BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO SEGUNDO.

BIBLIOTECA

DE

AUTORES ESPAÑOLES,

DESDE LA FORMACION DEL LENGUAJE HASTA NUESTROS DIAS,

ordenada

POR D. BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU.

OBRAS

DE

D. Nicolas y D. Leandro Fernandez de Moratin.

TERCERA EDICION.



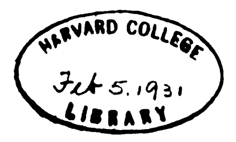
MADRID,

IMPRENTA DE LA PUBLICIDAD, Á CARGO DE D. M. RIVADENEYRA,

CALLE DE JESUS DEL VALLE, NÚM. 6.

—

1850.



Victor Wm. Cutter

ADVERTENCIA.

La merecida popularidad de que goza el nombre de don Leandro Fernandez de Moratin, como uno de nuestros mas insignes escritores, nos indujo á destinar á sus obras el segundo tomo de esta *Biblioteca*, después de Miguel de Cervantes Saavedra. Si alguno, por su particular predileccion á tal ó cual género de literatura, ó á determinados autores, hubiese preferido otra colocacion, podremos decirle para abreviar razones que, en una coleccion semejante, el órden de la publicacion es materia hasta cierto punto secundaria, mera cuestion de tiempo, que satisfactoriamente para todos quedará resuelta, á medida que vayamos adelantando nuestros trabajos.

Creimos desde luego que añadiríamos un grande interés á este tomo, si á las producciones de tan señalado ingenio hiciésemos preceder las de su padre don Nicolas; no precisamente por los vínculos tan estrechos de la sangre, que no siempre abarcan iguales disposiciones y tendencias, sino por la conformidad de miras con que sucesivamente procedieron padre é hijo, animados de una misma idea: la reforma del teatro español con arreglo á los preceptos clásicos; empresa que el primero acometió con ardor, y el segundo remató con singular felicidad. La breve vida de un solo hombre no fué suficiente para realizar el arduo pensamiento; pero hubo un heredero que lo aceptó; y los esfuerzos de los dos forman una sola accion en esta parte de los anales literarios.

Hay además la circunstancia de que las obras de Moratin el padre no son tan conocidas como merecen. Impresas separadamente en varias épocas, nunca han sido recopiladas; pues recopilacion no puede llamarse (ni tampoco lo pretende) el tomo de poesías póstumas que salió á luz en Barcelona el año de 1821, donde no se comprenden sino muy pocas de las que en sus mocedades publicó en forma periódica bajo el título de *El Poeta*: algunas de ellas se hallan mutiladas y reducidas á lijerísimas muestras, como el poema de la *Caza*, y se omiten las cuatro composiciones dramáticas que se le deben: monumentos preciosos, si no por su mérito absoluto, á lo menos por las bellezas que encierran, y por la influencia que sin duda ejercieron en los progresos del arte y en la revolucion de las ideas.

A esta falta hemos procurado suplir, valiéndonos de cuantos medios se han hallado á nuestro alcance; y para dar alguna muestra de su prosa (si bien en nuestro concepto la prosa castellana no recobró su majestad y energía hasta los tiempos de Jovellanos) hemos reproducido los apuntes del autor sobre las fiestas de toros, que por su curiosidad parecerán sobrado concisos, aun á los menos aficionados.

De las obras del hijo existen varias ediciones mas ó menos completas; pero ninguna tanto como la que presentamos. Hemos comparado los testos, escogiendo los mas legítimos, y tales deben considerarse los de las ediciones revisadas por el mismo autor en los últimos años de su vida; pues á nadie puede disputarse el derecho de pulir sus propios escritos, á guisa de codicilo de la herencia intelectual que lega á la posteridad. Pero como algunos de los retoques fueron conocidamente hechos por motivos ajenos á la literatura, y por respetos transitorios y caducados que no nos hallamos obligados á guardar, donde quiera que hemos adquirido este convencimiento, notamos las variantes que resultan de las copias mas autorizadas y de las ediciones primitivas. Bastante inédito sacamos de la oscuridad, como verá el lector, aunque sospechamos que existe algo mas. No queremos desaprovechar esta ocasion de rendir públicamente las gracias á los amigos que nos han proporcionado tan preciosos hallazgos.

No sin cortedad anunciamos que nos hemos atrevido á poner algunas notas, mas de las que al principio nos habíamos propuesto. Si esto no se juzga como un mérito que recomiende la presente edicion, séanos lícito siquiera alegar algo en nuestra defensa. Moratin en sus *Orígenes del Teatro español* trazó en grandes líneas la historia de él hasta Lope de Vega; luego en el *Discurso preliminar á sus comedias* nos describe la regeneracion dramática que se verificó en el siglo pasado. Sus repetidas ausencias en el estranjero, al paso que le proporcionaron el exámen de muchos documentos, le privaron de otros que hubiera probablemente descubierto y no han sido conocidos hasta después, ocultándole noticias tradicionales que hemos procurado recoger, y hubiéramos hecho mal en no publicar, ya que tan oportuna ocasion se nos venia á la mano. Aun en esto hemos, para no errar, solicitado auxilios ajenos, pero tan autorizados que bastará leer los nombres suscritos á algunas de las notas para lograr que se disimule y aun se aplauda nuestra osadía.

Finalmente, como Moratin no se desdeñaba, antes bien hacia cierto alarde de ser buen traductor, en las composiciones que tomó de otras lenguas hemos copiado el testo original: prodigalidad, si se quiere, pero insignificante en una edicion tan económica. Cuando esto no produzca otra ventaja que la de enseñar por ejemplos prácticos el arte de traducir, que en tan torpes manos suele andar hace dias, habremos logrado acudir á uno de los puntos débiles y poco defendidos por donde de contrabando se introduce tanta corrupcion en el campo de la lengua castellana.

La Vida de Moratin (D. Nicolas) es la que escribió su hijo para la edicion póstuma de Barcelona: no podíamos escoger otra sin perder en el cambio, y sin defraudar á nuestros lectores de una obra que de todas maneras está comprendida en el objeto de este tomo. La Vida de Moratin (D. Leandro) ha sido escrita con presencia de las publicadas hasta el dia, y fundada además en testimonios los mas auténticos. Esperamos que el público apreciará nuestra sincera voluntad.


HARVARD COLLEGE
Feb 5. 1931
LIBRARY

VIDA

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN,

FLUMISBO THERMODONCIACO (1).

Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid, de familia noble de Asturias, en el año de 1737. Era su padre jefe de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, la cual, muerto su esposo Felipe V, se retiró acompañada del infante don Luis al sitio de San Ildefonso, en donde permaneció durante el reinado de Fernando VI. Allí recibió Moratin su primera instruccion; y como desde muy niño hubiese manifestado un talento, en gran manera superior al de otros hermanos que tuvo, quiso su padre que siguiera la carrera de las letras, y le envió á cursar filosofía al colegio de jesuitas de Calatayud. Pasó después á Valladolid á estudiar leyes, alternando las lecciones de la escuela con la amenidad de los poetas clásicos griegos y latinos, arrebatado de una inclinacion vehemente, que le hacia preferible aquella distraccion á cuantas ofrecen la juventud y la libertad.

Graduado en leyes volvió á San Ildefonso, en donde se casó muy á gusto de sus padres (2) y de la reina, que inmediatamente le nombró ayuda de su guardajoyas. Muchas veces, procurando aquella señora alguna diversion á sus frecuentes melancolías, le llamaba á su cuarto, le pedia noticias de la vida escolástica, y se reia con las graciosas descripciones que la hacia Moratin del impertinente y ridículo ceremonial de las borlas, de los trabajos y angustias de las posadas, las músicas, los vítores, las palizas y las incursiones nocturnas que padecian las calderas del malcocinado de Valladolid.

Por la muerte de Fernando VI cesó el retiro en que habia vivido doce años la reina madre, que entró en Madrid con alegrías de triunfo, y en calidad de gobernadora, en tanto que su hijo Carlos III llegase á España. Restituido Moratin á su patria, que no conocia, tuvo ocasion de observarla sin las preocupaciones de la costumbre: vió sus bibliotecas, sus espectáculos, sus fiestas populares, sus tribunales, sus templos; procuró el trato de los que mas sobresalian en el estudio de las ciencias y de las artes; y á pocos meses de haber llegado ya era amigo

(1) Esta Vida fué escrita por *don Leandro Fernandez de Moratin*, quien cumpliendo la voluntad de su padre, quiso rendirle este homenaje de respeto, cuando en 1821 publicó en Barcelona la coleccion de las obras póstumas del mismo, con arreglo al manuscrito que pocos meses antes de su muerte habia entregado corregido y firmado á su amigo don Ignacio Bernascone. Podria quejarse el público de un grave perjuicio, si hubiésemos sustituido otra relacion, que nunca pudiera competir con la presente, dictada por el amor filial, escrita con una elegancia digna de tan docta pluma, y enriquecida con noticias preciosas y bien agrupadas sobre los sucesos públicos de aquella época, y el estado y progresos de nuestra literatura durante la mayor parte del reinado de Carlos III.

(2) Llamábase su padre don Diego, natural de Madrid, y su madre doña Inés Gonzalez Cordon, natural de Pastrana, de honrada familia de labradores de la misma villa: su esposa fué doña Isidora Cabo Conde, natural de Aldeasecа, cerca de Arévalo.

de don Luis Mison, insigne músico, del escultor don Felipe de Castro, de don Juan de Iriarte, del erudito maestro Florez, de don Agustin de Montiano, de don Luis Velazquez, y de la incomparable cómica María Ladvenant.

No habia dado en aquel siglo la poesía castellana paso alguno que no fuese encaminado á su decadencia. En vano el benemérito don Ignacio de Luzan quiso estimular á sus conciudadanos con la doctrina y el ejemplo. Su *Poética*, impresa en el año de 1737, no se leia en el de 1760, y sus composiciones líricas, en que celebró los esfuerzos que empezaron á hacer las bellas artes, se oyeron con privado aplauso en la academia de San Fernando; pero no sirvieron de otra cosa que de abultar los cuadernos de sus actas. Don Agustin de Montiano, su compatriota y su amigo, con menos ingenio y no inferior cultura y celo de nuestra opinion literaria, habia publicado dos tragedias, arregladas y decorosas, que no se han representado nunca (3), y dos discursos críticos, en que resumiendo la historia del arte recomendaba los buenos principios, que nadie intentaba seguir. El teatro, agitado por las parcialidades de chorizos, polacos y panduros, habia llegado á su mayor corrupcion. La poesía lírica toda era paranomásias y equívocos, laberintos, ecos, retruécanos, y cuanto desacierto es imaginable: en el género sublime, hinchazon, oscuridad, conceptos falsos, metáforas absurdas; en el gracioso, bufonadas truhanescas, chocarrerías, chistes obscenos, ninguna imitacion de la naturaleza visible ó patética, ningun precepto del arte que moderase ó dirigiese los ímpetus de la fantasía.

Empezó su reinado Carlos III, seguido de aquellas lisonjeras esperanzas que siempre acompañan á la exaltacion de un nuevo príncipe; y si en lo sucesivo no se vieron cumplidas todas, á lo menos empezaron á darse acertadas providencias en beneficio público. Adquirió la nacion nuevo espíritu, deseosa de adelantar y perfeccionarse en los varios conocimientos que constituyen la ilustracion y la prosperidad de un estado; y por todas partes se veian los efectos de su actividad, y los desvelos de un soberano interesado en estimularla. La prudente libertad que se dió á la imprenta fué un aliciente poderoso para que muchos literatos publicasen obras útiles en todos géneros, y la multitud de periódicos (que siempre escitan á que lean algo los que nada leerian, si no los hubiese) empezó á fomentar el buen gusto, la sana crítica y la erudicion.

Escribió Moratin por aquel tiempo *la Petimetra*, comedia sujeta al rigor del arte, la primera original que se habia escrito en España con este requisito, y la *Lucrecia*, tragedia igualmente estimable por su regularidad. Estas dos piezas se publicaron impresas, pero ninguna de ellas se representó (4). El teatro, tiranizado entonces por estúpidos copleros, administrado por cómicos del mas depravado gusto, y sostenido por una plebe insolente y necia, solo se alimentaba de disparates (5).

Gozaba Calderon en aquella época de tal concepto, que parecia atrevimiento sacrílego no-

(3) La *Virginia* y el *Ataulfo*.

(4) *La Petimetra* se imprimió en 1762, con una dedicatoria á la duquesa de Medinasidonia y una disertacion preliminar. A poco salió á luz la *Lucrecia* con otro discurso.

(5) Hablando de *la Petimetra*, decia su autor en los *Desengaños al teatro español*: «No me ha sido posible hacerla representar, ni lo ha conseguido un mi apasionado que en viéndola lo ha solicitado en Cádiz; pues en oyendo que está arreglada la desprecian; y advierta usted que no son los académicos de la Academia española, ni los de la de las ciencias de Lóndres ó Paris, ni de los Arcades de Roma, sino los mismos comediantes, y aun mas los poetastros ó versificantes saineteros y entremeseros, que andan siempre agregados á las compañías: estos son los jueces que en España tiene la poesía.» Sin embargo, tal vez esta prevencion le evitó un amargo desengaño, que, recibido en la juventud, es frecuentemente una herida mortal para el ingenio. Don Leandro, autor de esta Vida, en medio de la gran veneracion que profesaba á las obras de su padre, estampó este severo juicio sobre *la Petimetra*: «Esta obra carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion de estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco á propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez hubiera intentado representarla.»

ció que, floreciendo en edad menos infausta para las letras, seria un digno sucesor de Luzan, y caerian en desprecio y olvido las musas tabernarias del Piscator salmantino, Julian de Castro, el marqués de la Olmeda, Nieto, Rejon, Bazo, Camacho, Montoro, Benegasi, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibañez, Furmento, Nifo, Iparraguirre, Cernadas y otros mil, en cuyas manos perecia la poesía castellana, sin doctrina, sin decoro, sin arte. Así se verificó despues; pero las turbaciones políticas ocurridas en el año de 1766 interrumpieron por algun tiempo el progreso de las letras, mudaron la suerte y las costumbres del pueblo, hicieron suspicaz al gobierno, y alteraron en gran manera los planes y las ideas benéficas del soberano.

No es de este lugar referir las causas, las circunstancias y las resultas del tumulto de Madrid: baste decir, que muy de antemano conocieron los mas prudentes cuánto peligro amenazaba á la quietud pública, en vista de la poderosa influencia de los que preparaban una revolucion, dirigida á mudar todo el ministerio, poner otro á su gusto, y evitar por este medio las innovaciones y reformas que se meditaban, tan perjudiciales á los privados intereses de muchos, como favorables al bien general. Sucedió, en fin, el alboroto popular que unos solicitaban y otros temian; anticipóse la ejecucion, y se desvanecieron mil atrevidas esperanzas. La imprevista mudanza de la corte, desde Madrid á Aranjuez, evitó muchos daños, y quedó desmentido el famoso pasquin que apareció el martes santo :

Vicimus, expulimus : facilis jam copia regni.

Nombró el rey al conde de Aranda presidente del Consejo y capitán general de Castilla la Nueva, fió de su prudencia y talento el remedio de tantos males, y es necesario convenir en que no fué desacertada la eleccion.

En el año siguiente salieron espatriados de todos los dominios de España los religiosos de la Compañía de Jesus, y mientras se pedia en Roma con el mayor empeño la estincion de la órden, se imprimian en Madrid una multitud de escritos encaminados á desacreditar los principios y la conducta moral y política de aquella corporacion. Ganábase dinero y favor diciendo mal de los jesuitas; y una turba de escritores famélicos (siempre dispuestos á vender su pluma á quien se la quiera comprar) sació con esta clase de opúsculos la curiosidad comun, si bien el mismo que los estimulaba y protegia se hallaba poco satisfecho de que la causa del gobierno hubiera de encomendarse á tan ruines autores. Hablaba un dia el conde de Aranda con Moratin acerca de esto : hízole algunas insinuaciones, de las cuales no se daba por entendido; pero viéndose apurado en demasía, respondió con aquellos dos versos de la *Jerusalén librada* :

Nessuna à me col busto esangue e muto
Riman più guerra : egli morì qual forte.

El conde, sonriéndose, dijo : *escelente poeta era el Tasso*, y siguió hablando de otra materia con los demás que se hallaban presentes.

No ignoraba aquel gran político cuán grande sea la influencia del teatro en la cultura de una nacion; advertia el estado de abandono en que se hallaba el nuestro, y solicitaba que Moratin, en el ocio que le permitia la muerte de la reina madre, ocurrida en el año anterior, se dedicara á componer algunas obras dramáticas. El, entre tanto, mejoró los teatros de Madrid, arreglando su policía interior y esterior, cortando en su orígen la discordia que reinaba en ellos, reprimiendo las parcialidades de los que se llamaban apasionados, y dando al espectáculo mucha parte de la ilusion y el decoro que le faltaban. Hizo traducir las mejores piezas del teatro francés é italiano; y aunque no logró que desapareciesen todas las monstruosidades de que se componia el caudal cómico, mandó representar algunas buenas traducciones, en que vió el público una prueba certísima de que no están vinculados los aplausos á los desaciertos.

Cultivaba por entonces Moratin la amistad del célebre Cadahalso : juntos frecuentaban la

casa de María Ignacia Ibañez, sensible, modesta, hermosa, jóven actriz, á quien el segundo de ellos amaba con la mayor ternura, y, para honor de las que pisan el teatro, era igualmente correspondido. La celebró en sus versos con el nombre de *Filis*, y apenas empezó á llamarse dichoso, lloró su muerte. No quiso *Dalmiro* que su amiga representase la tragedia de *Sancho García*, hasta que Moratin la hiciese recomendable al público en el papel de *Hormesinda.*

Esta tragedia hubo menester toda la proteccion del conde de Aranda para darla al teatro; tal era la oposicion, que tenia la mayor parte de los cómicos, á lo que llamaban estilo francés. No es de omitir una anécdota que manifiesta con evidencia el estado de error en que se hallaban los actores y el público en el año de 1770. Espejo, barba de la compañía de Ponce, sujeto tan inútil para los papeles que piden nobleza y espresion patética, como inimitable en los caracteres de bajo cómico, era muy apasionado de Moratin. Leyóse la tragedia en el vestuario del teatro del Príncipe. María Ignacia no puso otra dificultad que la de creerse poco hábil para el desempeño de su papel. Vicente Merino, á quien llamaron *El abogado*, galán de aquella compañía, y amigo íntimo del poeta, repitió lo que habia dicho la divina *Filis*; los demás dijeron despropósitos, ó callaron entonces para murmurar después. Espejo, que debia representar el papel de *Trasamundo*, esperó la ocasion de hablar al autor separadamente, y le dijo con todo el candor de la amistad y de la ignorancia: *La tragedia es escelente, señor Moratin, y digna de su buen ingenio de usted. Yo por mi parte haré lo que pueda; pero, dígame usted la verdad: ¿á qué viene ese empeño de componer á la francesa? Yo no digo que se quite de la pieza ni siquiera un verso; pero ¿qué trabajo podia costarle á usted añadirla un par de graciosos?* Moratin le apretó la mano, llorando de risa, y le dijo: *Usted es un buen hombre, tio Espejo, estudie usted su papel, bien estudiadito, que lo demás sobre mi conciencia lo tomo.*

En efecto, ni el corrompido gusto del público, ni los anuncios fatales que habian esparcido los poetas tonadilleros, ni las voces de sedicion, con que uno de los mas audaces pedantes de aquel tiempo acaloraba debajo de la cazuela á la siempre temible turba de los chorizos, pudieron impedir que aquella pieza se recibiese con aplauso en el primero y los siguientes dias en que se repitió. Impresa después, mereció á los inteligentes el concepto de ser lo mejor que en aquel género se habia visto, después de dos siglos continuos de ingenioso desatinar (8).

A este esfuerzo de Moratín se debieron las tragedias originales que desde aquel tiempo en adelante empezaron á componerse. El desmintió la opinion absurda de que los españoles no gustaban de tragedias; confundió á los ignorantes que suponian imposible que una obra escrita con regularidad y buen gusto agradase al público de Madrid; introdujo este género en el teatro, á pesar de la resistencia que le opusieron, y hoy vemos con cuánto placer acude la multitud á ver los celos de *Orosmán*, la envidia de *Eteocles* y *Polinices*, y la funesta venganza de *Orestes*, cuando se sostienen en la escena con una regular ejecucion. En el año siguiente de 1771 se representó la tragedia de *Sancho García*, y Moratin celebró en elegantes versos el mérito del autor (9) y el de la interesante actriz que desempeñó, menos tímida con los aplausos de *Hormesinda,* el papel de la condesa de Castilla.

Persuadido el gobierno, por la esperiencia, de que la espulsion de los jesuitas causaba un atraso funesto en la educacion pública, habia procurado remediar este mal, acelerando la ereccion de nuevos colegios, cátedras particulares y escuelas generales en toda la Península; mereciéndole el mayor cuidado la habilitacion de los estudios de Madrid, que antes se conocian con el nombre de colegio Imperial. Publicado el concurso para las cátedras que habian de es-

(8) Elogiaron esta composicion don Juan de Iriarte con un epígrama latino, don Casimiro Gomez Ortega con otros dos en la misma lengua, y don J. B. Conti con un soneto italiano. Don Ignacio Bernascone escribió el prólogo con esquisita erudicion.

(9) El referido coronel don José Cadahalso, quien en aquel año publicó su tragedia bajo el nombre de *don Juan de Valle*, hasta que con el suyo verdadero la reimprimió en 1784.

tablecerse, Moratin fué uno de los opositores, y solo don Ignacio Lopez de Ayala pudo, entre muchos, hacer vacilar los dictámenes de la censura, que consideraba á los dos como los más sobresalientes. Concluidos los ejercicios, le dijo un dia Moratin : *No dude usted, Ayala, que la cátedra de poética será para usted. En estos casos no basta el mérito, si falta la habilidad de recomendarle. Acabada la oposicion me he metido en mi casa, no he visto á nadie, y por consiguiente, nadie se acordará de mí. Usted, animado del deseo justísimo de lograr lo que solicita, no habrá diligencia que no practique, y hará muy bien. Usted ha sido discípulo, pasante y novicio de los jesuitas : todos los apasionados que ellos tienen lo serán de usted, y yo, el primero de todos, aplaudiré una eleccion que va á recaer en un sujeto de verdadero mérito y amigo mio.* En efecto, Ayala obtuvo la cátedra, y ambos siguieron durante su vida en amistad inalterable.

La censura de un crítico tan imparcial como Moratin y que tanto se interesaba en el lucimiento de sus amigos, era inestimable en el concepto de Ayala, y no quiso leer á nadie su tragedia de *Numancia destruida*, hasta que Moratin la viese y le dijera su parecer. Así lo hizo, y supo aprovecharse de sus instrucciones con aquella docilidad que es peculiar de los que á fuerza de aplicacion y estudio llegan á conocer la dificultad del acierto. Entre los pasajes que le tachó fué el de mayor importancia una escena entera en que el poeta hacia salir al teatro á los jóvenes de Lúcia con los brazos cortados. Dióle á entender Moratin lo repugnante, lo inútil y ridículo de este episodio; y el autor, agradeciendo el aviso, suscribió á su dictámen.

Incapaz Moratin de resolverse á malograr el tiempo en las antesalas, de recomendarse al lacayo confidente, ni de acariciar á los falderitos de la señora, poco á propósito para trinchar en sus mesas y animarlas con chistes y cuentecillos alegres, demasiado austero para sufrir caprichos y aplaudir desórdenes, inútil en las contradanzas, ignorantísimo y torpe en el manejo de los naipes, mal podia hallar los caminos que dirigen con facilidad á la fortuna. Se conocia á sí mismo, y no se quejaba de su suerte, persuadido de que era temeridad desear que los demás mudasen de opiniones y de carácter, cuando él no era poderoso á alterar el suyo. Esta consideracion le retrajo siempre de entablar pretensiones que no habia de saber llevar adelante; y á pesar de la estimacion que debió á los infantes don Luis y don Gabriel, al conde de Aranda, á los duques de Medinasidonia y Arcos, á don Manuel de Roda, á Campomanes, Bayer, Llaguno, á los embajadores de Venecia y Francia, y á otros sujetos de grande autoridad é influjo, nunca se presentó á ellos en calidad de pretendiente: nada les pidió, y nada le dieron. Sin embargo, las atenciones de su casa, el amor á su esposa, la educacion de un hijo (en quien ya descubria prendas no desconformes á la celebridad del apellido que habia de heredarle), todo le inspiró el deseo de solicitar los medios necesarios al desempeño de tan importantes obligaciones. Volvió al estudio de las leyes, y asistió en calidad de pasante en casa de un amigo suyo, todo el tiempo que fué menester para recibirse de abogado en el colegio de Madrid, como lo verificó en el año de 1772.

La práctica de los tribunales le dió á conocer muy presto que no era aquella la carrera que debió seguir. Lamentábase de la multitud, contradiccion y oscuridad de las ya envejecidas leyes; del conflicto de jurisdicciones, de las clases privilegiadas, de lo arbitrario de los juicios, de la facilidad en admitir apelaciones, de la influencia funesta de los escribanos, nacida de la pereza ó la ignorancia de los jueces; de los artificios legales que han hallado la malicia y el interés para que los pleitos se eternicen; del triunfo, casi siempre cierto, en favor del poderoso, casi nunca obtenido de la pobreza desvalida y oscura. No tomaba todas las defensas que se le ofrecian, desengañaba á muchos litigantes, y les daba á conocer que la obligacion de un letrado no es desfigurar lo injusto y lo falso con apariencias de justicia y verdad, no apoyar cualquiera accion que se presente, sino solo aquellas que segun su conciencia le parezcan lícitamente intentadas. Aun en estas hallaba algunas, que por su naturaleza ofrecian á la parte contraria medios fáciles de dilatar la resolucion ó torcer á su favor la sentencia;

anunciábaselo desde luego á sus clientes, y les esplicaba cuán diferente cosa es tener razon que obtener justicia. No es difícil de inferir que este sistema, seguido por él constantemente, era el medio menos seguro de enriquecer; pero ni la rectitud de sus principios, ni el deseo que siempre tuvo de conservar la estimacion de los hombres de bien, le permitieron obrar de otra manera.

En tanto que continuaba, como le era posible, practicando la abogacía, no se olvidaba de que la naturaleza le habia formado para poeta, mas que para escribir pedimentos, y empleaba las horas que le dejaba libres aquella árida ocupacion en componer algunas obras líricas, sujetándolas con la mayor docilidad á la censura de sus doctos amigos, lo cual dió principio á una especie de academia privada, en que se reunian los literatos mas estimables de aquella época.

Habia cesado ya en el mando el conde de Aranda. Ni su talento, ni su integridad, ni la importancia de sus servicios, fueron bastantes á sostenerle por mas tiempo en el puesto que tan dignamente ocupó. Pasó de embajador á Paris, y todos los que habian sido favorecidos por él, es decir, los sujetos mas distinguidos por su mérito en todas clases, adoptaron el partido prudente de oscurecerse y no escitar los resentimientos de la envidia, que en las mudanzas políticas se manifiesta siempre de un modo feroz. Reuníanse frecuentemente Moratin, Ayala, Cerdá, Rios, Cadahalso, Pineda, Ortega, Pizzi, Muñoz, Iriarte, Guevara, Signorelli, Conti, Bernascone y otros eruditos, en la antigua fonda de San Sebastian, para lo cual tenian tomado un cuarto con sillas, mesas, escribanía, chimenea y cuanto era necesario á la celebracion de aquellas juntas, en las cuales (por único estatuto) solo se permitia hablar de teatro, de toros, de amores y de versos. Allí se leyeron las mejores tragedias del teatro francés, las sátiras y la poética de Boileau, las odas de Rousseau, muchos sonetos y canciones de Frugoni, Filicaja, Chiabrera, Petrarca y algunos cantos del Tasso y del Ariosto. Leyó Cadahalso sus *Cartas marruecas*, Iriarte algunas de sus obras, Ayala el primer tomo de las Vidas de españoles ilustres, que se proponia ir publicando con el título de *Plutarco español*, y una tragedia de *Abidis*, que probablemente se habrá perdido también. Leyéronse, conforme iban saliendo, algunos tomos de *El Parnaso español*, y la crítica á que dió lugar su lectura inspiró á Moratin y Ayala la idea de escribir un papel intitulado : *Reflexiones críticas dirigidas al colector de* el Parnaso, *don Juan Lopez Sedano*. La junta las examinó, y habia resuelto imprimirlas; pero Moratin, considerándolo mejor, la hizo desistir de su propósito. Conoció que tal vez la publicacion de aquella obra desanimaria al colector, en vez de corregirle ; que siempre era laudable su celo, aunque el acierto no lo fuese; que en aquella coleccion, aunque tan desigual y poco meditada, habia sin embargo escelentes composiciones, y que el benemérito don Antonio de Sancha, comun amigo de todos ellos, no merecia que se le diera un disgusto, cuando empleaba gran parte de su caudal en imprimir aquella obra con un esmero y un lujo tipográfico desconocidos hasta entonces. Sin embargo, el colector de *el Parnaso* se atrevió algun tiempo después á censurar en el tomo IX de su obra á don Vicente de los Rios y á Iriarte. Ni uno ni otro le perdonaron esta agresion, y el último publicó un difuso opúsculo intitulado : *Donde las dan las toman*, en que se aprovechó de las citadas *Reflexiones* de Moratin y Ayala para la amarga crítica que hizo de la coleccion de Sedano y de sus opiniones literarias. La junta de San Sebastian vió con mucho sentimiento esta discordia; pero no la pudo calmar.

Allí se leyó también la tragedia de *Numancia destruida*, impresa y representada poco antes, deseando su autor hacer una segunda edicion de ella con las correcciones que pareciesen mas esenciales. Examinada de nuevo en aquella docta tertulia, y oidas las juiciosas reflexiones de Signorelli, quedó no obstante aprobada la obra, con algunas cortas alteraciones, en gracia de los escelentes trozos que hay en ella, del espíritu nacional que la anima y de la seguridad del éxito en el teatro.

Conti, que habia publicado ya la traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso, vivia en la misma casa que Moratin, en la calle de la Puebla. núm. 30, junto á Doña María de Aragon, y en sus frecuentes conversaciones le persuadia Moratin á que emprendiese la traduccion de algunas obras de poetas españoles, y les procurase nueva celebridad, dándolos á conocer en la culta Italia. Conti se dedicó efectivamente á ello, consultando siempre los dictámenes de su amigo; á cuyo celo deben agradecerse los bellísimos versos italianos en que se halla traducido lo mejor de Garcilaso, Padilla, Herrera, Figueroa, los dos Argensolas y otros insignes autores nuestros. Solo llegaron á publicarse cuatro tomos de esta coleccion; el quinto se perdió manuscrito entre los papeles de don Eugenio de Llaguno, y el sesto, aunque enteramente concluido en el año de 1793, le retuvo en su poder el traductor, viendo el poco aprecio que merecia á la corte una empresa literaria que tanto favorecieron veinte años antes los ministros que ya habian dejado de mandar y de existir.

Ocupábase por entonces Signorelli en escribir la *Historia crítica de los teatros*; y Moratin, que cuando habló á sus compatriotas fué el mas rígido censor de los defectos del nuestro, no queria que Signorelli ignorase los rasgos de ingenio felicísimos, las situaciones patéticas ó cómicas, ni el mérito de lenguaje, facilidad y armonía que se encuentra en los desarreglados dramas de Lope, Calderon, Moreto, Rojas, Salazar, Solís y otros de su tiempo. El puso en manos de aquel docto escritor cuanto halló de mas apreciable en este género; y efectivamente, ningun crítico estranjero ha hablado con mayor acierto que Signorelli del mérito de los dramáticos españoles, particularmente en la segunda edicion de su obra, hecha en el año de 1787, diez años después de publicada la primera.

Entre tanto, las asambleas literarias de la fonda de San Sebastian continuaban siendo una escuela de erudicion, de buen gusto, de acendrada crítica; y las cuestiones que allí se ofrecian daban motivo á los concurrentes de indagar y establecer los principios mas sólidos, aplicados en particular al estudio y perfeccion de las letras humanas. Alguna vez se trató del mecanismo de las dos lenguas italiana y española, y convenian en que la nuestra, dedicada al género sublime, puede competir con su hermana, y aun escederla en robustez y majestad; que es aptísima para la epopeya, para la tragedia, para la historia, para la narracion elegante y fácil de las novelas, igualmente que para la malicia y viveza del diálogo cómico, en lo cual no la escede ninguna de las mas cultivadas de Europa. En esta ocasion escribió Iriarte unas curiosas observaciones, que leyó á la junta, sobre la varia construccion de las voces castellanas y su aptitud para las combinaciones armónicas: escrito muy apreciable, que reducido á menor estension, le sirvió después para una de las notas con que ilustró su poema de *la Música*.

Una vez habló Signorelli de la dificultad que se hallaria en traducir al español, con iguales estrofas y el mismo número de versos, cualquiera buena composicion italiana, y ofreció por ejemplo aquel célebre soneto de Juan de la Casa, que empieza:

Oh sonno! oh della cheta, umida, ombrosa
Notte, placido figlio!

Encargáronse de traducirle en otro soneto castellano Ayala, Iriarte, Moratin y Cadahalso, conviniendo en que la version que hiciese cada uno seria examinada y juzgada por los otros tres. Llevaron una noche las traducciones y las censuras (los italianos protestaron que no hablarian palabra, y serian meros espectadores en aquel tribunal); leyóse todo, y los cuatro opinaron de comun acuerdo que el soneto se habia traducido muy mal, y que no se podia traducir. Moratin, poco satisfecho, recogió todos los papeles, los tiró al fuego de la chimenea, y dijo: *Scribimus, et scriptos absumimus igne libellos.*

Esta reunion, compuesta de individuos tan recomendables, fué amenorándose por la au-

sencia forzosa de a gunos de ellos, y á los que permanecieron y la sostenian no les pareció admitir otros. La amistad, la identidad de principios é inclinaciones, la moderacion y la prudencia habian formado y continuado por algunos años aquella junta, y no era fácil hallar estas prendas en los que aspiraban á reemplazar á los ausentes. Conti se fué á Italia, Cadahalso á Salamanca, Iriarte pasaba muchas temporadas en los Sitios, Ayala padecia dolencias habituales, para cuyo alivio tuvo que retirarse á Grazalema su patria, en donde permaneció largo tiempo. Antes de salir de Madrid solicitó que Moratin se encargase de sustituirle en la cátedra, no queriendo dejarla en otras manos, interesado, como todos los demás profesores de aquel establecimiento, en que no decayese el buen concepto que ya habia empezado á adquirir en el público. Nombrado pues Moratin sustituto de la clase de poética con una parte de su dotacion, halló en sí mismo toda la disculpa que deseaba para desistir de un empeño á que solo habia podido inducirle el anhelo de mejorar su escasa fortuna. Dejó á un lado la *Curia philipica*, el *Gomez ad leges tauri*, el *Señor Covarrubias*, el *Villadiego*, el *Salgado de retentione*, el *Rojas de incompatibilitate* y otros doctos libros no menos útiles; y trató de enseñar á los discípulos que quisieran oirle el camino mas florido, aunque el mas estéril, de la inmortalidad.

Los instruia en amistosa conversacion, sin hacerles sospechar que los instruia. Indàgaba con ellos la razon del arte, y advertian libremente en las obras mas célebres los descuidos y los aciertos. Repetíales con frecuencia que él no enseñaba á nadie á ser poeta, porque sin un favor especial de la naturaleza ninguno lo es; pero les prometia que con el estudio de la poética adquiririan buen gusto y sólida doctrina, para saber la dificultad que tiene el serlo, y estimar el mérito de los mas distinguidos autores; á la manera que en una escuela de bellas artes, si no se forman grandes artífices, resultan á lo menos aficionados inteligentes. Burlábase de los dómines de aquel tiempo (pedantes por oficio y verdugos por inclinacion), que apenas veian pasar á los muchachos el temido puente de *quis vel qui*, les hacian perder las horas mas preciosas de la vida en medir dáctilos y pirriquios, y componer epicedios y genetlíacos en la lengua de Maron, cuando en la suya no eran capaces de escribir una carta. No ejercitaba en sus alumnos la memoria, sino el entendimiento; mas les hacia raciocinar que aprender; ni para captarse la benevolencia de sus padres y tios les proponia un determinado número de preguntas, á que debia corresponder otro igual de respuestas, á manera de letanía: ridícula instruccion, á la cual se reducian todos los exámenes públicos que se hacian entonces. Decia que no hallaba diferencia entre este género de enseñanza y la que se da á los papagayos, de los cuales nunca se exige que entiendan lo que dicen; basta que lo digan; y cuando en los certámenes de otros estudios oia chillar á los discípulos, respondiendo atropelladamente á las preguntas que se les hacian, segun el arancel impreso, decia á los suyos : *Vean ustedes aquí una bandada de cotorras y tordos, que están hablando de lo que no entienden. El que guste de ser pedante y fatuo, literato superficial y hablador intrépido, venga á estas aulas, que el maestro se lo enseñará.* Asistia á la suya un jóven de escelente disposicion para la poesía, sobrino de un caballero muy acomodado, el cual deseando que continuase en aquel estudio, al ver su constante aplicacion y el ingenio que manifestaba, le dijo á Moratin que le indicase, entre los poetas clásicos, de cuál nacion deberia preferirlos, para arreglarle con ellos y algunos otros una selecta librería. Moratin le respondió : *griegos y españoles, latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles.* Los que tengan algun conocimiento del arte advertirán cuánto dijo en esta respuesta.

El estudio de nuestra lengua le mereció tan particular atencion, que llegó á ser eminente profesor en ella, y á este conocimiento debió la abundancia que hallaba de frases y giros poéticos, de palabras acomodadas al género y al estilo de sus composiciones, y aquella facilidad que se adquiere tan dificilmente, con la cual parece que las obras de mayor mérito no costa-

ron trabajo particular al que las compuso, y que otro cualquiera sabrá hacer lo mismo. Error comun, que solo con la esperiencia se desvanece. Prueba fué de su maravillosa afluencia una comedia que compuso sobre la defensa de Melilla, en el año de 1775. Este suceso llenó de alegría al rey, á la corte, á toda la nacion, viendo destruido el numeroso ejército de los marroquíes delante de una débil plaza, que solo pudieron hacer inespugnable la prudencia, el valor, la generosa constancia de los jefes, soldados y presidarios que la defendieron. Instado Moratin, no solo de los cómicos, sino de otros muchos sujetos que le pedian lo mismo, tomó sobre sí el empeño de improvisar una comedia en que se pintase aquella accion gloriosa, diciéndole al duque de Medinasidonia, que era uno de los mas interesados en ello : *Haré un disparate; pero le haré pronto, una vez que V. E. se declara jefe de esta conspiracion. Hágale usted, Moratin*, respondió el duque; *disparates de esa clase solo usted puede hacerlos. Desde ahora le digo á usted lo que será su comedia : un monstruo del arte, en que veremos la fantasía, la diccion, la sonoridad de Lope, ya que no sea posible hallar en él la regularidad de Racine.* En seis horas, repartidas en tres noches, dictó la comedia á un escribiente, delante de algunos amigos que le quisieron acompañar; y mientras los cómicos se repartian los papeles para estudiarla, el duque halló ocasion de enseñársela á Carlos III, el cual, aplaudiendo los mas sobresalientes pasajes de ella, dijo : *Moratin es gran poeta; mi madre le quiso mucho, y yo aprecio su talento estraordinario; pero no se represente por ahora esta comedia. La guerra con Marruecos no se ha concluido, y no es conveniente fiarnos demasiado de la fortuna; á estos sucesos prósperos pudiera seguirse alguna desgracia. Esperemos á que se haga la paz.* En el mes de julio de aquel mismo año sucedió la infeliz jornada de Arjel.

Talassi, célebre poeta repentista italiano, habia llegado por entonces á Madrid, y de todas partes le solicitaban, deseosos de oirle. Moratin asistió dos ó tres noches en casa del embajador de Venecia, y quedó sorprendido al verle componer de repente sobre cualquier asunto que se le proponia, con buen plan, buenas imágenes, afectos oportunos, pura elocucion, fáciles y armoniosos versos. A ninguno de los que entonces cultivaban en Madrid la poesía le ocurrió el temerario intento de alternar con él; pero el duque de Medinasidonia miraba como una mengua nuestra que Talassi pudiese decir que no habia hallado en España quien se hubiera atrevido á competirle, como ya lo decia de los franceses, entre los cuales habia lucido esclusivamente su habilidad. Signorelli, á quien el duque habló sobre esto, le dijo: que aquella prontitud de poetizar se habia hecho peculiar de Italia, por la abundancia de espresiones que presta el idioma, y lo cultivado y formado que está ya para la composicion, en la cual el poeta repentista aplica fácilmente hemistiquios, y aun versos enteros que pertenecen á otros autores, siendo muy difícil que se verifique con otra lengua, mientras el arte de decir de repente no se promueva, no se cultive, y no sea un medio seguro de adquirir estimacion y recompensas. Díjole también que aquella práctica (aun suponiéndola en hombres de muy fecunda imaginacion, buen gusto y erudicion estensa) producia siempre composiciones mas brillantes que sólidas, capaces de sorprender en el momento en que se oyen; pero no tales que puedan sufrir impresas el detenido exámen de la crítica. Añadió que la mayor pesadumbre que puede darse al mas eminente poeta estemporáneo, es ponerle al lado un amanuense que vaya escribiendo lo que dice, y que si en España y Francia no se hallaban, como en Italia, improvisadores de crédito, también era de considerar que en ninguna de las tres naciones se habian compuesto de repente aquellas obras mas estimables con que se ha ilustrado la moderna literatura. No obstante, el duque hizo empeño particular de que Moratin alternara con Talassi, y al fin lo consiguió una noche en su casa, y á presencia de un concurso el mas capaz de apreciar el mérito de los dos poetas. A Talassi le tocó por suerte la muerte de Adonis, y á Moratin el paso de los israelitas por el mar Rojo. Uno y otro escitaron la admiracion del auditorio; y es necesario suponer que en la preferencia que obtuvo Moratin no dejaria de tener parte el

espíritu nacional; p[illegible] por mas imparciales que se quiera suponer á los oyentes, uno de los poetas era español, y le juzgaban españoles. El duque se proponia repetir aquel certámen alguna otra noche; pero [illegible]n, abrazando á Talassi, le dijo : *señor duque, esto de hacer versos de repente no es p[illegible]a todos, ni para todos los dias. En mí podrá ser una gracia, en Talassi es un ejercicio de muchos años. Si hemos alternado dignamente, bástele á V. E. esta prueba. Ni á mí me agradaria verme atropellado por otro, esponiéndome voluntariamente á ello, ni á él le conviene que nadie le oscurezca ni le compita. Gocemos de su estraordinaria habilidad; cante él solo, y está seguro de los aplausos de cuantos tengan la fortuna de oirle; pero no se me estorbe á mí la dulce satisfaccion de ser su amigo.* Dicho esto, y renovando á su competidor las mas sinceras demostraciones de afecto, escitó una aclamacion general del concurso, que repetia con entusiasmo : *basta, señor duque, basta; y sean amigos Talassi y Moratin.*

Concluyó este por entonces la tragedia de *Guzman el Bueno*, impresa poco después(10), y dedicada á su especial favorecedor el duque de Medinasidonia. De esta pieza habló Signorelli, con toda la estimacion que merece, en su *Historia crítica de los teatros*, y allí puede verse el juicio que de ella formó. Nunca se ha representado, aunque en su lectura hallan los inteligentes muchas cualidades dignas del mayor elogio. Mas de una vez han solicitado los cómicos que pusiera la mano en ella el autor de *El sí de las niñas*, y siempre se ha negado á hacerlo.

En medio de estas agradables tareas á que Moratin dedicaba su estudio, halló ocasion de manifestar que la fantasía de un gran poeta no impide, como presume el vulgo, la adquisicion de aquellos conocimientos políticos y económicos tan necesarios á la buena administracion pública, y tan ignorados muchas veces de los que tienen á su cargo la prosperidad de los pueblos. Escribió una *Memoria sobre los medios de fomentar la agricultura en España, sin perjuicio de la cria de los ganados*, y en ella y un cuaderno de adiciones, dirigido todo á la sociedad económica de Madrid, dió bien á entender cuánto le interesaba la felicidad de su nacion, cómo conocia el verdadero orígen de sus males, y los medios mas eficaces para disminuirlos; cuán particular estudio habia hecho de nuestra viciosa legislacion, del carácter nacional, sus prendas laudables, sus defectos, sus errores, sus preocupaciones funestas. La sociedad le nombró socio de mérito, y estractó en sus actas lo que halló mas digno de estimacion en aquella obra. Individuo ya de un cuerpo compuesto de celosos é ilustrados vocales, que protegia el soberano, y animaba el gran Campomanes (consumado jurisconsulto y economista de aquella edad), creyó Moratin que allí podria ocuparse útilmente, y desahogar el deseo que siempre tuvo de ver menos atrasada á su nacion, mas industriosa, menos ignorante, menos satisfecha de su ignorancia. Asistia sin intermision á las sesiones de su clase y á las juntas públicas, en que alguna vez elogió con sonoros versos la aplicacion y la virtud(11); desempeñaba los informes que se le pedian, los encargos que se fiaban á su actividad y conocimientos; y en cuanto era relativo á la utilidad de su patria, ninguno le escedió en laboriosidad, teson y diligencia.

Esta fué la única corporacion nacional de que quiso ser individuo. Nunca aspiró á ocupar un puesto ni en la Academia española, ni en la de la Historia, á las cuales parece que debió conducirle naturalmente su mérito y su celebridad. No solo se abstuvo de solicitarlo, sino que habiéndoselo propuesto algunas veces, manifestó su repugnancia, y aun pudiera existir entre los papeles de don Eugenio de Llaguno una carta que le escribió Moratin al Escorial, en respuesta á las instancias que aquel le hacia para que solicitase entrar en la Academia española, asegurándole que seria admitido inmediatamente en ella. Decíale Moratin entre otras cosas :

(10) En 1777.
(11) Véanse la Anacreóntica XXVIII, pág. 7, y la Elegía III, pág. 2 de este tomo.

ninguno se mete monje de San Benito, si la regla de San Benito no le gusta. A mí no me dan los reglamentos de la Academia, y mientras no se hagan otros, no seré yo miembro de cuerpo. El sólido mérito debe hallar abierto el paso á las sillas académicas, señor don Eu no ha de facilitarle el favor ni la súplica. La Academia, si ha de valer algo, necesita de bios, y estos para nada necesitan de la Academia. No puede concebirse absurdo mas tor el de exigir un memorial de los aspirantes, como si se tratara de pretender un estanquillo por eso nuestras congregaciones literarias significan tan poco en la Europa culta. Cualquie repase la lista de sus individuos (esceptuando unos pocos) creerá que está leyendo la de lo manos del Refugio. Esta escasez de hombres de mérito no se suple con bandas ni toisones, q no son del caso; tales dijes parecen muy bien al pié del trono; pero en una corporacion cie son cosa intempestiva, ridícula é incómoda. Tan injusto me pareceria ver á Ayala con la gran de Carlos III y la casaca de gentilhombre, por haber escrito la Numancia, *como me lo pare que á un ignorante le hagan académico, porque se llama Osorio, Manrique ó Tellez Mientras estas equivocaciones no se remedien (vuelvo á repetirlo), mientras no se hagan estatutos, nuestras academias servirán solo de aparentar lo que no hay, y de añadir una mas á la Guia de forasteros.* Es de suponer que con estas opiniones tendria poca segurid obtener el premio ofrecido por la Academia española, en el año de 1777, al que mejor empeñara en un canto heróico el elogio de Cortés, cuando hizo quemar las naves en cruz; pero Moratin no pudo resistir al deseo de celebrar aquella señalada accion, que tan pocos ejemplos en la historia. Escribió efectivamente un canto en octavas, que inti ***Las naves de Cortés***; le remitió á la Academia, y esta no halló en aquella composicion n bastante, ni para el premio, ni para el *accesit*. Premió y publicó únicamente la de don Vaca de Guzman; y como estas dos obras son ya muy conocidas del público, toda refl que acerca de ellas quisiera hacerse, pareceria inútil en este lugar y fuera de sazon.

En vista del poco aprecio que habia merecido su ensayo épico, no quiso Moratin aspir nuevo á los premios que la misma Academia propuso después; y pensó en ocupar las que le quedaban libres en elegir de sus obras impresas y manuscritas las que mereciese reccion, limarlas con esmero, formar una coleccion de ellas, y publicarlas. Ha sido no fortuna que entre la dispersion y saqueos judiciales, que han padecido en estos años úl los libros y papeles de aquel literato, se haya logrado conservar la coleccion de sus poéticas, como hoy se publica, y en los términos en que él la tenia arreglada y dispue para la prensa; pero no ha sido lo mismo de muchas de sus obras en prosa, y de su co pondencia literaria, que toda ha desaparecido, juntamente con una gran parte de su esc librería.

Entre sus cartas (que todas ellas versaban sobre materias de crítica y erudicion) era mas estimables las que habia escrito en varias ocasiones á Bayer, á Llaguno, á Conti y dahalso. Este le escribia desde Salamanca, y le daba noticia de los jóvenes que allí se d guian por su aplicacion al estudio de las buenas letras y su talento poético; prefiriendo ellos á don Juan Melendez Valdés, que empezaba entonces á componer en el género a rio algunas poesías llenas de gracia y de dulzura, imitando lo mejor de nuestros antiguos tas, y absteniéndose de los errores en que tropezaron tantas veces. Moratin veia con m placer las composiciones de aquel nuevo alumno de las musas; censuraba los defectos, a dia las bellezas, y estimulaba á Cadahalso á que le hiciera continuar por aquel género perder de vista jamás los buenos ejemplares griegos y latinos, y los que ofrece la lite moderna en las lenguas vivas. Sus advertencias, su docta crítica, y sus apreciables el contribuyeron en gran manera á que Melendez se confirmara en los buenos principios qu bia empezado á seguir, y que durante su vida le han adquirido tan bien merecidos apla

En los últimos años de la suya ocuparon á Moratin atenciones domésticas, encargos

., la enseñanza de sus discípulos, la correccion de sus obras y la correspondencia li-)n sus amigos ausentes. Retirábase durante el verano á un pueblo de la Alcarria, y lia al cuidado de su salud, que sucesivamente iba debilitándose. Asistia á los afanes de aquella gente laboriosa, abatida y mísera; alternaba en sus conversaciones, se en sus rudas fiestas, y hallando en su trato los mismos afectos, los mismos vicios que ciedades mas corrompidas (donde solo es diferente el objeto que los estimula), huia veces de los hombres, para entregarse á la contemplacion de la siempre hermosa na- La fecunda vega de Almonacid, las cumbres de Altomira, el castillo de Zorita, famoso toria (ya destruido por las guerras y el tiempo), los precipicios de donde se derrumba o el Tajo, y el desierto hórrido de Bolarque (morada que usurpan á las fieras hombres ñados y penitentes), todo acaloraba su fantasía y ejercitaba su talento. Allí encontraba endencia, la tranquilidad que anheló siempre su corazon, y en alguno de aquellos premeditaba establecerse en adelante, y prevenir la vejez y la muerte; pero no le fué verificarlo: sus obligaciones le precisaban á residir en Madrid, en donde, agraván- achaques de que adolecia, falleció el dia 11 de mayo de 1780, á los cuarenta y dos su edad.

en aquella medianía que tanto recomiendan los sabios: ni padeció las angustias de la, ni los estímulos de la ambicion. Su templanza, su cortesía, su ingenio, su erudicion, ter indulgente y sencillo, le adquirieron muchos y escelentes amigos en todas las cla- stado. La envidia le persiguió, como acostumbra, por los medios mas viles, y solo sus tiros la estimacion de los hombres de bien y su propia conciencia. Acompañado esposa inculpable y de un hijo, cuya educacion mereció todo su desvelo, sabia olvi- los desabrimientos y los aplausos que le adquiria su celebridad, gozando en los de- e esposo y padre aquellas delicias que solo saben disfrutar las almas sensibles y s.

ió y practicó la filosofía del arte, aplicado á la composicion poética, examinando la la necesidad de sus preceptos. Se familiarizó desde su primera edad con la lectura de riadores, oradores y poetas antiguos, modelos de la mayor perfeccion á que ha sa- gar el talento humano. Estudió la lengua de su nacion, su historia, sus leyes, sus ya s costumbres, y á la imitacion de los mas eminentes poetas nuestros añadió la de y franceses, emulando de los primeros la fantasía y el sonido armónico, y de los se- el método, la exactitud y la doctrina. Halló la poesía castellana en el último grado de ion; y él se atrevió á sostener nuevos principios, y á combatir errores, nacidos del mal ie generalmente se estendia á todos los ramos de la literatura. Desterró del teatro composiciones absurdas, que habiendo tenido su orígen en los siglos de barbarie, spués á tan alta estimacion el mas ingenioso de nuestros dramáticos. Dió ejemplos en a española de una regularidad que se consideraba como impracticable. Adelantó los s de la poesía lírica; y habiéndola encontrado grosera y trivial en manos de igno- os autores, se la dejó elegante, florida, patética, docta y armoniosa, á los que le n después.

dificultad ofrecen las artes, si ha de sobresalir en ellas el que las cultiva; pero atre- prescindir de la opinion y de la costumbre, luchar intrépido contra la tenacidad de la ia, hallar nuevos caminos para conseguir el acierto, fijar el gusto, y demostrar con gnas de aplauso la utilidad de la innovacion, es fatiga reservada solo á aquellos ta- xtraordinarios que produce la naturaleza no muchas veces.

FIN DE LA VIDA DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

VIDA

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

La relacion que precede de la breve vida de DON NICOLAS FERNANDEZ de MORATIN, al paso que nos descubre el bello fondo de un alma singular, nos esplica también hasta cierto punto las miras que se propuso en la educacion de su hijo DON LEANDRO, único que sobrevivió á tres hermanos muertos en la infancia.

Descendiente de una familia noble, no habia conocido mas orgullo que la modesta conciencia de sus propios merecimientos; criado al lado de una reina apartada del bullicio de la corte, aprendió temprano á conocer la vanidad de la humana grandeza y los peligros del trato palaciego; educado para la carrera del foro, halló por esperiencia que para medrar en él era insuficiente el talento, inútiles ciertos estudios, y alguna vez nociva la franqueza, de que no podia desprenderse; halagado por los hombres mas eminentes de su tiempo en saber y en dignidad, prefirió el honor de su íntima confianza á una proteccion aneja á cierta dependencia que le repugnaba: circunstancias todas que debieron influir poderosamente en su ánimo para dar á las inclinaciones de su hijo una direccion mas cierta y menos arriesgada.

Verificábase entonces en las clases elevadas de la sociedad una revolucion lenta, pero constante, y todo tendia á una nivelacion, aunque por caminos enteramente contrarios. Iba desapareciendo aquel aislamiento que cerraba al pueblo la entrada en las altas regiones, salvas las puertas de la lisonja y la servidumbre. Algunos nobles se confundian con las gentes mas despreciables; y entre chisperos, rufianes y mujercillas pasaban aquella vida que tan enérgicamente nos describió poco después Jovellanos en una de sus sátiras. Otros empero, mejor nacidos, abandonándose á la corriente de la época y de las nuevas necesidades, no descendian de su altura, sino que elevaban las demás clases, buscaban en ellas los hombres dignos, los admitian en su familiaridad, fundaban sociedades económicas, se instruian, se comunicaban, fomentaban las artes útiles y ennoblecian el trabajo y el ingenio.

Así es como Moratin el padre, sencillo en sus costumbres, exento de preocupaciones, desengañado de la privanza y nada ambicioso de honores y riquezas, llegó á concebir una idea fija de la doméstica felicidad, y descubriendo su genio poético nuevas bellezas en las humildes manipulaciones que hasta entonces como de servil condicion eran despreciadas, se prendó de la decorosa aplicacion que cundia en los hábitos populares, y por tres veces fué el cantor de ella en presencia del concurso mas escogido que tenia la espléndida corte de Carlos III.

Aun después de tantos años trascurridos, en que la sociedad no se ha desviado de aquella corriente, preocupaciones renacientes, aunque débiles y sin fuerza, nos han conducido á consignar aquí estas consideraciones, para que no se crea efecto de rareza de genio ó ciego antojo la carrera que don Nicolas Fernandez de Moratin señaló á su hijo don Leandro, quien al quedar huérfano de padre contaba veinte años y trabajaba de oficial aventajado en una joye-

ria, donde ganaba diez y ocho reales diarios. No propondremos por modelo absoluto esta conducta paternal; para esto fuera preciso que Moratin hubiese salido un artista tan eminente como Benvenuto Cellini : no se ha inventado todavía el arte de conocer las predisposiciones del individuo para el ejercicio á que le llaman la gloria y la fortuna; y cuando este arte se invente, tendrá todavía que luchar con el orgullo, la necedad y las preocupaciones. Una observacion haremos, por si puede importar. No es este el único ejemplo que nos presenta la historia de grandes autores dramáticos salidos del taller, desde el batihoja Lope de Rueda hasta uno de los mejores ingenios que en nuestros dias honran el Parnaso nacional.

Probablemente si la literatura hubiese proporcionado recursos productivos para una familia de muy medianas conveniencias, bastante modesta para no ambicionar, y sobrado altiva para pretender, Moratin el hijo hubiera abrazado alguna carrera literaria. Nacido en Madrid el 10 de marzo de 1760 (1), habia mostrado desde luego felicísimas disposiciones. Por su viveza, despejo y amable travesura, y también por la estremada gracia de sus facciones, era el ídolo de su familia, cuando á los cuatro años de su edad fué atacado por unas viruelas malignas que, después de haberle puesto al borde del sepulcro, le dejaron estremadamente desfigurado. «El estrago que este azote de la infancia hizo en su fisonomía, dice su biógrafo don Manuel Silvela, no fué menor que el que causó en su índole.» En efecto, desde entonces perdió su genio alegre, bullicioso y amable con todos, y volvióse tímido, receloso, taciturno : calidades que, segun veremos, no tuvieron corta influencia en los sucesos del resto de su vida.

Aprendió los primeros rudimentos en la escuela de un tal don Santiago Lopez, que por entonces debió de vivir en la calle de Santa Isabel. Un fragmento de su propia vida, que se halla todavía inédito, contiene curiosos recuerdos sobre aquella época de sensaciones primitivas, cuyo estudio ofrece tanto interés cuando se trata de hombres estraordinarios. «Salí de la escuela, dice él mismo, sin haber adquirido vicio, ni resabio, ni amistad alguna con mis condiscípulos; ni supe jugar al trompo, ni á la rayuela, ni á las aleluyas. Acabadas las horas de estudio, recogia mi cartera, y desde la escuela, de cuya puerta se veia mi casa, me ponia en ella de un salto.

»Allí veia los amigos de mi padre; oia sus conversaciones literarias, y allí adquirí un desmedido amor al estudio. Leia á *Don Quijote, el Lazarillo*, *las Guerras de Granada*, libro deliciosísimo para mí; la historia de Mariana, y todos los poetas españoles, de los cuales habia en la librería de mi padre escogida abundancia. Esta ocupacion y la de ir á ver á mi pobre abuelo, á quien ya reducian los achaques y los largos años á salir muy poco de su casa, me entretenian el tiempo; y así pasé los nueve primeros años de mi vida, sin acordarme de que era un muchacho.»

Entonces empezó á ensayar su musa en composiciones anacreónticas llenas de infantil ternura, que dedicaba á una niña de su misma edad, hija de don Ignacio Bernascone, íntimo amigo de su padre y vecino de la casa á que este trasladó su domicilio, que era la del número 30 de la calle de la Puebla, hoy del Fomento. Estos fueron sus primeros é inocentes amores, y el orígen de sus inspiraciones.

Descubria al mismo tiempo felicísimas disposiciones para las artes de imitacion : aprendió el dibujo con rápido aprovechamiento; inventaba con facilidad, diseñaba con correccion y delicadeza; y el gusto esquisito que reinaba en todas sus obras anunciaba un perfecto adornista. Hubo en la familia un proyecto de enviarle á Roma al lado del famoso Mengs, llamado el Pintor filósofo, que probablemente hubiera tenido un discípulo muy aventajado; pero la oposicion de su madre, que no podia soportar la idea de una separacion, las dificultades de un estudio largo, costoso y de lejanos productos, y el presentimiento que tenia su padre de

(1) [illegible]ió en la calle de Santa María, cuarto principal de la casa que forma esquina con la de San Juan, frente á la [illegible]e del mismo nombre.

la prematura muerte que iba á arrebatarle, frustraron esta combinacion, é inclinaron la preferencia de todos acia otro arte análogo al gusto que habia manifestado, capaz de proporcionarle desde luego alguna lijera retribucion, y ejercido además por personas muy allegadas, como eran don Victor Galeoti, casado con una tia suya, y su tio don Miguel de Moratin, quien se lo llevó á su taller de joyería, y emprendió su enseñanza con particular empeño de sacarle un distinguido artífice.

Eralo en efecto el mismo don Miguel, y además hombre adornado de escelentes prendas, de buenos conocimientos literarios y mas que mediano poeta (2). Como tal fomentaba esta aficion en su sobrino, á quien profesaba un cariño casi paternal; y á su ejemplo y escitaciones se debe tal vez que este no abandonase tan dulces entretenimientos, que fueron los primeros destellos de su gloria. Acogido á tan benévola proteccion, componia á hurtadillas de su padre, cuya severa censura temia, y mas si hubiese llegado á creer que estos inocentes ejercicios podian distraerle de su principal ocupacion.

En el año de 1779 la Academia española abrió un concurso de poesía proponiendo por asunto un canto épico sobre la *Toma de Granada* por los Reyes Católicos. Llevó el premio don José María Vaca de Guzmán, poeta favorito de aquel cuerpo, que dos años antes habia obtenido otro por las *Naves de Cortés destruidas*, en competencia con Moratin el padre. Se concedió el *accessit* á un don Efrén de Lardnaz y Morante, que presentó un romance endecasílabo (3). Bajo este pseudónimo se ocultó su verdadero autor, el mozo don Leandro, que lleno de sobresalto tuvo que confesar á su padre su feliz atrevimiento. La escena que pasó entre los dos en esta revelacion no puede describirse. Quien no sea padre, dice con razon el citado señor Silvela, renuncie á sentir las delicias de una sorpresa semejante.

Breve tiempo duró á don Nicolas esta paternal satisfaccion que le llenaba de orgullo y esperanzas; pocos meses después tuvo que acompañarle su hijo á la última morada, quedando atenido al corto salario que ganaba, único recurso para su afligida madre, que sobrevivió pocos años á tanto dolor.

No pasaron otros tres años sin que sus solitarias tareas consiguiesen un segundo triunfo, probablemente no esperado. La Academia española, en el concurso de 1782, distinguió con el *accessit* la sátira contra los vicios introducidos en la lengua castellana, que con el título de *Leccion poética* presentó Moratin bajo el nombre de don Meliton Fernandez (4) : con esta composicion, mas análoga que la anterior al tono de su musa, confirmó su buena reputacion entre los ingenios de la época; al paso que la memoria de su padre aumentaba el interés de los hombres de gusto en favor del modesto oficial de joyería. El, sin embargo, seguia enteramente retraido de todo trato literario, y hubiera continuado en su oscuridad, si la suerte no le hubiese deparado algunos amigos que por la corta diferencia de sus edades lograron inspirarle confianza, pudiendo convencerle de lo mucho que valia y de lo mas que de su buena disposicion debia esperarse.

Bajó una tarde al Prado en compañía de los padres Estala y Navarrete, de la Escuela pía, ambos jóvenes y ya grandes humanistas : allí se juntaron con el poeta don Leon de Arroyal, que por aquellos dias acababa de publicar sin nombre de autor su fábula del *Asno erudito*, y con don Juan Antonio Melon, que se distinguió después honrosamente en la república literaria. Prendóse este último de Moratin hasta el punto de contraer una amistad que duró sin interrupcion toda la vida, y adquirió sobre él la mas poderosa influencia, que tuvo no poca parte en importantes ocasiones para vencer su habitual timidez é irresolucion.

(2) Hemos tenido á la vista una voluminosa coleccion manuscrita de sus composiciones poéticas, en que manifiesta grande afluencia y facilidad, especialmente en el género erótico.

(3) Es el de la página 573 de este tomo.

(4) Esta composicion, corregida después y reducida á doscientos tres tercetos de doscientos ochenta y cinco que antes tenia, es la inserta en la página 576 de este mismo tomo.

Reuníanse estos amigos en la celda del padre Pedro Estala desde el anochecer hasta la hora de cerrar el convento, y en los dias festivos á todas horas. Allí leia aquel aplicado religioso sus traducciones de varias rapsodias de Homero, y cada uno de los concurrentes llevaba sus borradores, que se examinaban con severa crítica: se disputaba en grande sobre puntos literarios, se hincaba el diente sobre los escritos que salian á luz y sobre sus autores, se improvisaban églogas y coloquios dramáticos sobre asuntos serios y burlescos, y se formaban mil proyectos de publicaciones interesantes, de los cuales ninguno llegó á sazon. Propúsose entre otros el plan de un diccionario de hombres ilustres, espurgando las colecciones francesas, y aprovechando con preferencia las noticias recogidas por don Nicolas Antonio y otros biógrafos españoles: comenzóse la obra; pero don Juan Pablo Forner, que se habia recientemente agregado á la tertulia, se empeñó en que antes convenia publicar las disertaciones bíblicas del padre Calmet, empresa sobre cuyo buen éxito fundaban las mas lisonjeras esperanzas, con el fin de emplear su producto en otras ediciones que, aunque menos seguras, se conformaban mas con los estudios comunes y con la índole de sus respectivos ingenios. También se empezó este trabajo; pero tropezaron al momento con tantas dificultades, y hallaron tal discordancia entre su parecer y las interpretaciones del autor, que á pesar de la insistencia de Forner, quedó este proyecto abandonado. Pensóse también en dar á luz, en tomitos pequeños, una enciclopedia de damas, en la cual Moratin debia encargarse de la parte relativa á la historia, teatro y novelas; pero una alta señora se opuso, por mas que Melon con mucha gracia, y no sin ingenio y algun fondo de razon, quiso probar que el mejor modo de hacer aplicados á los jóvenes era procurar que las mujeres comenzasen á pedantear sobre toda clase de conocimientos.

La memoria de Moratin el padre quedaba entre tanto desairada por el poco aprecio que habia hecho la Academia de su canto épico de *Las Naves de Cortés*, que ni le mereció siquiera los honores de la impresion. Don Leandro consideró como un deber filial sacar de la oscuridad esta escelente produccion, apelando al voto público, que no ha confirmado la sentencia de aquel cuerpo esclarecido. Con este objeto, á espensas de su tio don Miguel, publicó en 1785 en la imprenta real dicho poema, con unas reflexiones (5), las cuales deben considerarse como su primer ensayo de crítica literaria, y el símbolo de su fe en materias de gusto con arreglo á los preceptos del mas puro clasicismo, que era entonces el tema de la escuela reformadora contra los abusos del ingenio.

Desde sus primeros años habia sido muy aficionado al teatro, reducido entonces al estado lastimoso que él mismo describió después en el discurso preliminar á sus comedias. Se ha visto ya cuánto se afanó su padre para introducir en el arte dramático las formas antiguas adoptadas por los franceses. El escaso resultado de sus conatos no arredró á Moratin, quien probando sus fuerzas iba conociendo que se hallaba destinado á dar cima á tamaña empresa, que como por herencia le pertenecia. Ya por aquel tiempo habia concebido el plan de *El Viejo y la niña*, y escrito algunas escenas que leyó en el pequeño círculo de sus amigos, los cuales con el mayor entusiasmo le animaron á seguir su buen propósito.

Este repetido estímulo, de cuya sinceridad no podia dudar, la continuacion de unos ejercicios tan seductores para quien sentia ya en su alma la fuerza de la vocacion, y las muestras de aprecio que recibia, así del público como de los inteligentes, debieron inspirarle cierta indiferencia y desvío con respecto á su ocupacion ordinaria, no tan mecánica que dejase de absorberle, á mas del tiempo, una parte de sus facultades, ni tan lucida que pudiese satisfacer el natural deseo de alguna gloria. Con la muerte de su madre habia cesado la obligacion que le encadenaba al taller; y podia ya entregarse con mas libertad á la incertidumbre de la suerte. El

(5) Así el canto como las reflexiones que le acompañan se hallan en la página 39 y siguientes de este tomo: una nota esplica la razon que hemos tenido para atenernos á la edicion de 1785, con preferencia al testo de las obras póstumas de don Nicolas, dadas a luz muchos años después.

lustre Jovellanos, h de nuestra nacion, que ya le conocia personalmente, le llamó un dia para proponerle pas á Paris en calidad de secretario de su amigo el conde de Cabarrús, que encargado por el gobierno de una mision importante, se hallaba próximo á trasladarse á aquella capital. Al principio opuso el tímido jóven mil dificultades : su tio don Miguel se resistió hasta el último estremo; pero su amigo Melon, hombre persuasivo y eficaz, lo allanó todo á gusto de cuantos se interesaban en sus adelantamientos de saber y de fortuna.

Pronto conoció Cabarrús todo el precio de esta adquisicion, y mas que como subalterno trató á Moratin como amigo, haciéndole partícipe y depositario de sus elevadas miras. En enero de 1787 emprendieron su viaje por Aragon y Cataluña, con bastante espacio para poder hacer sobre los paises que recorrian las observaciones que á un genio despejado é indagador sugieren siempre los objetos nuevos en la edad de sensaciones mas vivas y profundas. Vió por primera vez el mar en Barcelona, donde se detuvo ocho dias; visitó las ciudades de Monpeller y Marsella, donde se hallaba á fines de marzo, en Aviñon en 13 de abril, y habia llegado á su destino el 29 del propio mes. El viaje fué aprovechado, y en todo él no cesó de escribir á las personas que en Madrid le habian escitado simpatías ó prodigado obsequios. La mayor parte de esta correspondencia versaba sobre puntos de literatura y bellas artes, y demuestra lo mucho que estimaban su trato los hombres de mas valer de la nacion, como eran Cean-Bermudez, Forner, Jovellanos, Conti, don Eugenio Llaguno y otros. De esta manera esploraba el voto de los jueces competentes, antes de presentarse al público, cuyo fallo temia tanto mas cuanto menos rápida y eficaz era la accion de las ideas juiciosas contra los resabios del gusto estragado y los destemplados antojos de la muchedumbre.

Llevó á Paris el vivísimo deseo de conocer al célebre Goldoni, príncipe de la comedia italiana, que desterrado de su patria, Venecia, por motivos que no deshonran, vivia allí de una módica pension, con el título de lector de la reina Maria-Antonieta. Buscó á un amigo que le presentase á este anciano, y fué recibido con la amable cordialidad propia del ingenio en su decadencia, cuando se encuentra con la lozana juventud destinada á continuar la grande obra en beneficio de la ilustracion del género humano. Se habló por supuesto de teatro, se recitaron algunos pasajes de comedias, de que su propio autor habia perdido la memoria, y al llegar al punto de la conducta de los gobiernos con respecto á los ciudadanos que mas honran á su patria, no pudo Goldoni contener algunas lágrimas, que Moratin recordaria después muchas veces, cuando tuvo que verterlas por semejantes ingratitudes.

En aquella sazon tuvo Moratin el consuelo de abrazar á su amigo Melon, que se detuvo algunos dias en Paris antes de proseguir su viaje por Inglaterra y Holanda. Vivian juntos (6), y sin las sujeciones y miramientos que debian guardar en Madrid, pasaron los dias mas regocijados de su vida charlando hasta deshora de la noche, y contrahaciendo los gestos y muletillas de algunos palaciegos ridículos de la corte de Carlos III; en cuyos remedos, cuando se hallaba á puerta cerrada, solia Moratin soltar sin dique el torrente inagotable de sus gracias.

De acuerdo con el gobierno español dió Cabarrús al francés algunas ideas y planes para esquivar la revolucion que ya próximamente amenazaba; pero no fué escuchado, y dando por concluida su mision dispuso su regreso á España. Hallábase ya en Tolosa, cuando recibió una invitacion del gobierno francés, que le obligó á retroceder á Paris, dejando á su secretario, hasta que volviendo á reunirse con él continuaron su camino por Vitoria; pero en Pancorvo recibieron contraórden, entraron de nuevo en Francia, y por último á fines del año se restituyeron á la patria, hallándose ya en Madrid el 8 de enero de 1788.

Conservó el conde todavía por algun tiempo su valimiento en la corte; pero á poco suscitóse contra él tan deshecha tempestad, que alcanzó desagradablemente á su persona y á la de

(6) Ocuparon dos cuartos contiguos en la *Rue Vivienne, hôtel de la Cour de France*, después *hôtel des Etrangers*.

sus allegados. Encarcelado, privado de sus papeles, que se le ocuparon, abandonado de sus antiguos amigos, perseguido y calumniado por sus émulos, sufrió todas las consecuencias de lo que en los gobiernos absolutos se llama *desgracia*: calamidad estrema y misteriosa, que ni al inocente ni al culpado deja los medios legítimos de defensa, y que tiraniza con vulgaridades la pública opinion, obligándola á creer lo que ella resiste.

La situacion de Moratin no dejaba de ofrecer peligros; pues aunque nadie tenia interés directo en su perdicion, ni motivos de odio ó de envidia, basta en tales casos que haya quien se proponga hacer alarde de su diligencia en perseguir, solo por lisonja á los poderosos. Por esto apeló al único recurso que resta al discreto, cuando cualquier paso que se dé es una imprudencia que empeora la condicion del individuo sin mejorar la causa social; es decir, que se oscureció en medio del bullicio de la corte, refugiándose bajo el techo de su bondadoso tio, y volviendo á ayudarle en su obrador, que lo tenia en la calle de las Veneras.

Ocupó entonces sus ocios en retocar su primera comedia, *El Viejo y la Niña*, que admitida dos años antes por la compañía de Manuel Martinez, no habia llegado á representarse por melindres de una actriz que rehusó cierto papel; en 1788 otra actriz de la compañía de Eusebio Ribera se empeñó en encargarse de otro que á pesar de su mérito no le correspondia; circunstancia que retardó los ensayos, y entre tanto el vicario eclesiástico negó la licencia, dejando así cortada la cuestion.

Habia en aquel tiempo la peste de malos poetas que en todas épocas; pero con la desgracia además de que eran aplaudidos por gran parte del pueblo, que ya admiraba sus rebozados é ininteligibles conceptos, ya se recreaba con sus frialdades é insulseces. Quiso Moratin distraer el mal humor consiguiente á su posicion, ridiculizándolos segun merecian, y en 1789 publicó su folleto titulado *La Derrota de los pedantes* (7), en que algunos se vieron retratados, y no pudieron perdonar al autor, en quien traslucian bajo el velo del anónimo la misma pesada mano que en su *Leccion poética* les habia descargado sin piedad su primer azote.

Seguia entre tanto Moratin sin medios para dedicarse con tranquilidad á las amenas tareas de su aficion, y la idea de ser gravoso á su familia le era insoportable. Solicitó un empleo, último recurso de los desocupados inútiles para otra cosa, y nada logró á pesar de las buenas relaciones de Melon, que todo lo andaba para sacar á su amigo de los apuros cada dia mas apremiantes. Compuso una oda á la exaltacion al trono de Carlos IV, mas ni por ella logró llamar sobre sí la atencion de los que podian valerle. Era entonces ministro el conde de Floridablanca, á quien, segun dicen, divertian en estremo unos versos ramplones que le enviaba un tal Marcolini, músico de la capilla real. Creyó Moratin obtener su proteccion por un medio semejante; y así le escribió un romance (8), esplicándole su necesidad y modesta ambicion, reducida á ser abate,

Si el ser abate es ser algo.

Cayóle en gracia al atareado conde esta singular peticion, y encargó á don Sebastian Piñuela, oficial mayor de la secretaría, que era también aficionado á coplas y las hacia, que propusiese al suplicante para un beneficio simple; hízolo de la mejor gana el buen covachuelista, y creyó haber dado una muestrade régia liberalidad confiriéndole una prestamera de trescientos ducados en el obispado de Burgos, con la cual se ordenó Moratin de primera tonsura, y quedó como antes, poco menos que pereciendo.

Empezó luego á granjearse la privanza de los reyes el famoso don Manuel Godoy, después príncipe de la Paz, quien de la condicion de simple guardia de Corps, no sin murmullos de la pública opinion, fué encaramándose hasta las mas altas dignidades de la monarquía. Su com-

(7) Página 561 del presente tomo.
(8) Es el romance XI, pagina 600.

pañero en el cuerpo y grande amigo era don Francisco Bernabeu, jóven de prendas, amante de los hombres de mérito, y deseoso de favorecer. Conocia este á Moratin, á Forner y á Melon, y los presentó al nuevo valido, quien se declaró su protector, dándoles desde luego de su buena disposicion mayores prendas que se atrevian á esperar. A Moratin se le confirió por su mediacion un beneficio en la iglesia de Montoro, de valor de tres mil ducados, y una pension de seiscientos sobre la mitra de Oviedo, renta que le aseguraba una subsistencia holgada, exenta de toda obligacion, y propia para dedicarse á aquellos estudios que duran hasta la vejez. Tales eran en aquellos tiempos las anomalías de nuestra legislacion, que llamarán absurda nuestros hijos: el monarca disponia á su antojo de las rentas del Estado, que dividia sin proporcion entre las atenciones públicas y las exigencias de una corte disipadora; no habia presupuestos ni por consiguiente cantidades destinadas al estímulo de los ingenios y al progreso de la literatura nacional; y entre tanto desórden, que hacia mas sensible la creciente insuficiencia de los recursos, no quedaba otro para premiar la aplicacion y el talento, que el de dedicar á este deber social los fondos de naturaleza eclesiástica, que por una larga y constante acumulacion habian llegado á ser superabundantes con respecto á los fines para que fueron constituidos. De aquí la abusiva provision de los beneficios en personas seglares, las pensiones sobre las mitras, y la ridiculez de librar sobre la Iglesia los gastos de la reforma del teatro. Por fin, esta vez algo se hizo en favor de la ilustracion y las costumbres públicas, que no siempre fueron atendidas en la dispensacion de semejantes gracias.

Si Moratin, abandonándose al viento de la fortuna que tan propiciamente le soplaba, hubiese tratado de esplotar la benevolencia de su Mecenas, como hicieron otros adulándole con bajeza para injuriarle después, hubiera podido con facilidad y en breve tiempo ser uno de los personajes mas influyentes de la corte de Carlos IV. Agradecido á un ministro en quien encontraba la buena acogida que en vano solicitó de sus antecesores, debia renunciar el derecho de murmurar de él, sin contraer por esto la obligacion de adularle. Elogió sí aquellos actos de su administracion, que ahora forman su defensa y atenúan hasta el punto posible sus errores, y especialmente aquella proteccion que en algunas épocas y como por lucidos intervalos prodigó á los conocimientos útiles en artes y en literatura, mas de lo que podia esperarse de un hombre de pocas letras, disipado y desvanecido por la ambicion. Pero jamás fue partícipe de sus disoluciones, cantor de sus orgías, ni cómplice de sus intrigas palaciegas: le trataba con respeto, le visitaba con poca frecuencia, y abrumado por el peso de tantos halagos le correspondia con una cortedad que rayaba casi en indiferencia, con admiracion de los que codiciaban su valimiento.

A este se debió el que se allanasen los obstáculos que se habian opuesto á la representacion de *El Viejo y la Niña*, que se puso por fin en escena en el teatro del Príncipe el dia 22 de mayo de 1790 (9), y el público la recibió con aplauso. Satisfecho su autor con este primer triunfo en la carrera dramática, y deseoso de apartarse de una corte donde la corrupcion cundia maravillosamente, se retiró á un pueblo de la Alcarria para entregarse libremente al estudio y á la meditacion. Andarin incansable, recorria diariamente largas distancias, componiendo de memoria, que la tenia felicísima, lo que luego trasladaba al papel de vuelta á su casa. Allí iban á visitarle sus amigos de la primera juventud, para disfrutar de su instructiva conversacion y de sus gracias. Hubo un dia de decir que habia escrito un poema titulado *La Huerteida*, en burlesca celebridad de don Vicente García de la Huerta; pero que conociendo se habia sobradamente deslizado en la senda del ridículo, habia rasgado el borrador, aunque de algo se acordaba. Rogáronle todos que recitase los trozos que tuviese mas presentes, y después de muchas

(9) Véase en la página 335 la advertencia preliminar. Como esta y las que van al frente de las demás comedias contienen la historia de cada una, omitiremos en la presente Vida algunos pormenores, que hallarán los curiosos en su respectivo lugar.

negativas y repetidas instancias, lo dijo desde el principio hasta el fin, imitando con tal propiedad la fraseologia, el ahuecamiento de la voz, los visajes, manoteo y prosopopeya de su protagonista, que segun el testimonio de Melon, fué cosa de desternillarse de risa (10). Era Huerta, como no ignorará la mayor parte de nuestros lectores, un poeta en aquellos tiempos famoso y de momentos felices, jefe de una pandilla que le escuchaba como un oráculo, gran predicador en el café, intolerante, esclusivo y furioso émulo de Moratin, tanto por el aplauso del público, como por la repentina mudanza de su suerte. Así se vengó á sus solas quien le era tan superior, con la generosidad de condenar al olvido un trabajo que hubiera lisonjeado su amor propio á costa de su impertinente adversario.

Allí arregló Moratin su *Comedia nueva*, llamada comunmente *El café* (11), que se representó en el teatro del Príncipe, en 7 de febrero de 1792, precedida de una violenta conjuracion para hacerla naufragar para siempre en la primera noche. Razon tenian de alarmarse los pésimos autores que abastecian de necedades nuestro teatro; pues sátira mas graciosa y terrible contra ellos era difícil imaginarla. El cuadro estaba bastante recargado; pero, como pintado por mano diestrísima, la misma exageracion aumentaba la ridícula semejanza. A pesar de la protesta del autor en el prólogo, no era necesaria gran dósis de malicia para pillar al vuelo algunas alusiones personales. En el pedante don Hermógenes se creyó ver al abate don Cristóbal Cladera; en don Serapio muchos asistentes al patio se miraron retratados; y sobre todo, el protagonista don Eleuterio Crispin de Andorra presentaba numerosos puntos de contacto con don Luciano Francisco Comella, natural de Vich, dramaturgo infatigable, que trabajando á destajo apenas podia acudir á las necesidades de su numerosa familia. No habia sido Comella, como don Eleuterio, paje de ningun consejero, pero sí familiar y protegido desde su niñez por un grande que habia militado con su padre, y le acogió en su horfandad, fomentando su aplicacion mal dirigida; no se casó de secreto con ninguna marisabidilla doncella de la casa, sino con una dama de su protectora, de la cual se separó con este motivo; no le ayudaba su mujer en componer comedias, pero tenia una hija jorobadilla y muy lista que versificaba de repente, y le servia de amanuense á deshora de la noche, hasta que se caia de sueño y el candil se apagaba, como sucedió muchas veces, mientras el inspirado poeta le estaba dictando desde la cama con los ojos cerrados: por lo demás era, igualmente que el fingido don Eleuterio, hombre servicial con

(10) Melon retuvo en la memoria algunos pasajes que apuntó, y son tal vez los únicos que de este poema se han conservado. Concluia una octava, diciendo:

¿Y Virgilio? Virgilio era un gandumbas.
¿Acaso no sé yo lo que él sabia,
Y hasta dónde llegaban sus alcances?
Cue cotejen á ver su poesia,
Que la cotejen con mis tres romances.
Él jamas de su asunto se desvía,
Y refiere sin gracia muchos lances;
El imitó como cualquier bolonio:
Y yo, ¿de quién imito? del demonio.
. . . .

Y hablando de Paris, dice Huerta:

Paris, la gran Paris ya me vió un dia,
En sus concursos mas acreditados,
La vena confundir y la armonía
De los cisnes del Sena celebrados,
Cuando su Apolo, su Voltaire vivia,
Aquel que en frigidísimos y helados
Versos cantó de su saber por fruto
La Alcira y Jaira, el Mahomet y el Bruto.
Allí vi de Racine alguna cosa,
Cuando la Dumesnil representaba.
¿Y qué? si cuando aquella actriz famosa
Se esforzaba mejor, mas se notaba
La pesadez insulsa y soporosa,
La regularidad que Francia alaba:
Reglas malditas, arte encarecida,
Que he despreciado yo toda mi vida.
. . . .
. . . .
Mas de catorce tomos tengo escritos,
Que de puro escribir me he vuelto loco;
Y en corrigiendo algunos defectitos,
Dos ó tres (porque yo corrijo poco),
Se quedarian todos tamañitos,
Como los niños cuando viene el coco.
¡Si se imprimieran!! Pobre Betinelli,
Tiraboschi, Mason y Signorelli.
¡Si se imprimen!... no hay mas, los hago astillas.
¡Pobres pelotas! ¿Si querrán que sea
Tan indulgente yo como Lampillas?
O que mi musa lleve la librea
Del tímido y mezquino Cabanillas?
Contra bichos mi númen no se emplea;
Para acabar con tan maldita casta,
Con que yo suelte un estornudo basta.
Basta... ¿y no ha de bastar? ¡haya virotes!
¿No soy entre los arcades activo,
Ínclito paladin? ¿Saben los zotes
Que ya en las lenguas de la fama vivo?
Y que desde los rudos hotentotes
Al rubio inglés, al musulman altivo,
Escuchan las naciones con espanto
Y religiosa adoracion mi canto?

(11) Véase la pagina 558.

lo el mundo, deseoso de acertar, si hubiesen valido algun dinero los aciertos literarios, maso, honrado á toda prueba, crédulo y tan dócil, que da lástima el ver que no hubiese topado n maestros mejores que don Hermógenes ó con favorecedores tan juiciosos como don Pedro Aguilar.

Poco después pidió Moratin á Godoy, y consiguió de él, permiso para emprender un viaje por iropa, con el objeto de perfeccionar sus conocimientos, ó tal vez con el de huir los comprosos á que se consideraba espuesto por su involuntaria privanza, unida á la ojeriza de los que mostraban resentidos por sus escritos. Acababa de llegar á París cuando, el dia 3 de setiembe de 1792, oye por la calle un grande alboroto, se asoma á la ventana, y ve la cabeza de la incesa de Lamballe que, clavada en una pica, iba paseando en triunfo una furiosa muchembre, que consagró aquel dia terrible á toda clase de crueldades y abominaciones. No era opio del ánimo de Moratin el presenciar tales espectáculos, que amenazaban reproducirse n frecuencia. El mismo dia pidió su pasaporte para Inglaterra, y se trasladó apresuradamente ondres horrorizado de tanto desenfreno, y ansioso de contemplar por primera vez la verdera libertad arraigada en los hábitos populares, sin las mortales convulsiones de la licencia, la yermadora huella de la opresion.

Observó en Inglaterra y recogió en curiosísimos apuntes cuanto pudo causar en su espíritu vivas impresiones de que era capaz, en punto al carácter, ideas, tradiciones, legislacion y idencia política y comercial de aquella nacion singular, tan digna de ser estudiada. Era conniente que todos estos trabajos, de índole tan diversa, viniesen á parar en el principal objeto sus indagaciones : en la literatura, y especialmente en aquella parte de ella que juzgada sensaciones momentáneas, ante un jurado numeroso y compuesto de todas las clases y gras de inteligencia, es la que mejor espresa el condensado conjunto de las ideas predominan-, y el gusto instintivo de la sociedad. Empezó este exámen desde sus primeras fuentes : ocuró penetrarse del espíritu de Shakespeare; y preparado ya con el conocimiento de Lope Vega, pudo medir el alcance de estos dos grandes ingenios contemporáneos, que estampan un sello profundo en sus respectivas naciones. Quiso dar una muestra del primero con su duccion del *Hamlet,* que anotó y publicó posteriormente de vuelta á su patria (12).

Después de menos de un año de permanencia salió de Londres, en agosto de 1793, con direcn á Italia, previa licencia de su protector, quien al concedérsela le envió un socorro de treinta reales para gastos de viaje. Desembarcó en Ostende, pasó á Flandes y recorrió varios puntos Alemania, visitando sus ciudades mas famosas. Pasó allí un buen susto, que muchas veces ntaba, y fué : que viajando de noche en posta al través de la Selva-Negra, notó que se habia mido al postillon un hombre desconocido y de mala traza, con evidentes muestras de su ncierto para asesinarle á la primera ocasion, escitados sin duda los dos por el cuidado con e miraba sus cajones de papeles, donde supondrian que iban tesoros de otra especie. Pero ertó á alcanzarlos otra silla de posta, y no pudiendo por ordenanza pasar delante de la que prelia, tuvieron que andar juntas, hasta que salvados los puntos favorables al crímen, y llegado dia, desapareció aquella figura siniestra y cesó la zozobra del receloso viajero, cuyo miedo era infundado, atendida la multitud de desertores franceses y alemanes que á la sazon meleaban en aquel pais cometiendo todo género de atrocidades. Continuó su camino acia la iza, y visitó en Lucerna á don Pascual Vallejo, secretario de aquella legacion, á quien habia nocido en Madrid, y con quien se embarcó en el lago de los cuatro Cantones, bajando á Italia el San Gotardo, donde se separaron el uno para Jénova y el otro directamente para Bolonia. Allí fijó Moratin su residencia habitual, obsequiado por sus amigos los españoles que á la nbra de aquella universidad vivian enseñando y aprendiendo en el colegio de San Clemenmagnífico establecimiento que fundó en el siglo XIV el cardenal Albornoz, y que aun

2) El *Hamlet* se publicó en Madrid en 1798. Véase la página 473.

entonces conservaba buenos restos de su antigua nombradía. Fué recibido con particular cariño por don Simon Rodrigo Laso, rector del referido colegio; y en compañía de don Juan Tineo, varon eruditísimo y de un mérito singular, fué á recorrer la Italia en diferentes escursiones que ensancharon la esfera de sus conocimientos. Hacia muchos años que deseaba examinar aquel pais clásico y rico de gloriosos monumentos literarios, á los cuales el ejemplo de su padre debia haberle inspirado la mas decidida aficion. Con tan escelente guia estuvo en Milán, en Parma (donde en las prensas del célebre Bodoni hizo una buena edicion de la comedia *El café)*, en Florencia, en Pisa, en Roma, en Nápoles, en Ferrara, en Verona, en Vicenza, en Padua, en Venecia y en otras ciudades, que en medio de las turbaciones de aquellos tiempos ostentaban mas que en otros de mayor sosiego la fecundidad de sus ingenios y los quilates de su ilustracion.

No cansado de Italia, pero sí deseoso de volver á la patria, achaque que entre las mayores comodidades y distracciones suele acometer á los españoles, tras de breve tiempo de ausencia, determinó Moratin su regreso; y con este fin pasó á Jénova y luego á Niza á embarcarse, como lo verificó, el 18 de octubre de 1796, en la fragata española la *Venganza*. Pero fué tan poco afortunada esta navegacion, que después de una furiosa tempestad, en que tuvo tentaciones de arrojarse al agua, y acortar por breves momentos una vida que consideraba ya perdida, para no ver tanta desolacion en sus compañeros; después de huir por dos veces de una escuadra que avistaron y creyeron inglesa; tuvo que fondear el buque en la isla de San Pedro, inmediata á Cerdeña, y después en el puerto de Mahon, abstenerse de entrar en Cartagena, y seguir arrastrado por los vientos, hasta que por fin, el 11 de diciembre, logró entrar en la bahía de Aljeciras.

Entre tanto Melon, solícito siempre en procurar los aumentos de su amigo, le preparaba una agradable sorpresa. Habiendo quedado vacante la secretaría de la interpretacion de lenguas, sin consultar mas que su buen deseo, hizo presentar en nombre de Moratin un memorial pidiendo para él aquel destino, bastante lucrativo y descansado. Godoy, ya entonces duque de la Alcudia, se lo concedió sin vacilar; el agraciado, que recibió la noticia en Andalucía, se detuvo mas de un mes en recorrer sus mas importantes poblaciones, y á principios de febrero se presentó en Aranjuez, donde su protector le prodigó las mas lisonjeras distinciones de aprecio. Era esto suficiente para que todos los cortesanos le rodeasen brindándole con su amistad, que á pocos dias hubo de trocarse en el desvío mas completo. Hallábase en aquel real sitio una jóven de singular belleza y travesura, por cuya mano, segun fama, se repartian los empleos y pensiones de la monarquía. Antojóse al duque de la Alcudia que Moratin habia de celebrarla en unos versos; y por mas que le instó con aquellos ruegos que los mas encumbrados con servil obediencia se apresuraban á satisfacer, no pudo recabar del desdeñoso poeta, que así prostituyese su musa á una deidad que no le inspiraba. Esta conducta, que en aquellas corrompidas antesalas se pintaba como un rasgo de ridiculez é ingratitud, hizo presagiar una *desgracia* inmediata. En efecto, el duque manifestó descontento y aun amenazó castigo; pero la borrasca se disipó sin tardanza, y este incidente no tuvo ulteriores consecuencias.

Trasladóse Moratin á Madrid para encargarse de su secretaría, arreglarla y despachar los negocios de ella, que le dejaban espacio sobrado para dedicarse á sus preferidas ocupaciones solitarias, y para alternarlas con las reuniones en casa del ya nombrado don Juan Tineo: sociedad entre tertulia y academia, que él llamaba de los *Acalófilos*. Quiso el gobierno atender á la reforma del teatro, el cual alimentado por comedias del antiguo repertorio, mejor ó peor refundidas, por traducciones detestables y por dramas sin plan, sin invencion y sin verisimilitud, continuaba en la mayor postracion. A este efecto se creó una junta, recurso de cajon que antes y después ha sido la panacea de todos los males de España. Era su presidente, por serlo del consejo de Castilla, el general Cuesta: hombre muy entendido en materias de guerra,

pero lego en las de administracion y literatura, y lo que es peor, impetuoso, dominante y persuadido de buena fe de que las funciones de su presidencia, con respecto á sus colegas, eran ni mas ni menos que las de un jefe de batallon al frente de sus soldados. Seguíanle algunos golillas, mas propios para perorar sobre materias desconocidas, que para resolver con acierto cuestiones de organizacion teatral; y entre ellos tenia asiento nuestro Moratin, el único tal vez que se hallaba en disposicion de ilustrar los puntos que iban á controvertirse. Muy á los principios se manifestó la discordancia de opiniones que de tan heterogéneos elementos debia esperarse, hasta que un dia se puso tal de irritado y descompuesto el referido presidente, que viéndole Moratin en disposicion, segun temió, de tirarle el tintero, juzgó prudente retirarse para no dar un escándalo, y presentó su renuncia inmediatamente. Lo que la junta hizo en su ausencia no es cosa de contarse en este lugar; basta para formar alguna idea de sus actos la larguísima lista de comedias, que á guisa de índice espurgatorio mandó publicar á retazos, prohibiendo la representacion de centenares de ellas, algunas de las cuales no hubieran merecido tan severa censura, aun cuando fuera lícito y conveniente aplicar el sistema prohibitivo á materias que penden del gusto y opinion del público. Corregir su estravío y estragamiento se logra solo presentando ejemplos perfectos que puedan luchar con los depravados: esto no podia hacerlo mas que Moratin, quien, á pesar de sus resabios de intolerancia en esta parte (13), no creemos que hubiese autorizado semejante providencia.

Conociendo el gobierno la insuficiencia de la junta para lograr el objeto que se proponia, resolvió crear otra magistratura bajo el título de director de teatros, destino para el cual nombró á Moratin por una real órden. No era para él contraer un empeño, que reclamaba un carácter mas firme que el suyo, para desterrar abusos, luchar con dificultades de mil especies, y sobre todo para resistir y sortear con oportunidad y maña las exigencias de autores, cómicos, músicos y danzantes. Agradeció al gobierno esta distinguida confianza, pero no la admitió. En vista de ello, hízole preguntar el rey si conocia otra persona acomodada al intento: su vida retirada, su larga ausencia de España, la estrechez del círculo de sus relaciones (tal fué su contestacion) le ponian fuera del caso de hacer una propuesta acertada.

Mediante un trato modesto y económico, pudo Moratin juntar por aquellos años algunos ahorros, que hubieran sido mayores á ser él menos desprendido y dadivoso. En Pastrana, donde solia veranear, compró una casa que reedificó, plantando su huerto de acacias; en Madrid compró también una en la calle de Fuencarral, y otra en la calle de San Juan, cuya corraliza convirtió en jardin, y allí pasaba largas horas. Tuvo idea de casarse, lo consultó con Melon, y oidas las reflexiones de este, desistió de su pensamiento.

Ya desde antes de su segundo viaje al estranjero habia compuesto, con el título de *El Baron*, una zarzuela, que así se llamaban las representaciones mistas de declamacion y canto, á manera del *vaudeville* de los franceses. Destinada esta pieza á una diversion particular que no llegó á verificarse, hubiera quedado entre los borradores, á no haber ocurrido las circunstancias que en su propio lugar se refieren (14), y que le obligaron á poner la mano en su olvidada obra. El resentimiento de la compañía que, protegida por personas de poder y valimiento trabajaba en el teatro de los Caños del Peral, la prevencion con que el famoso Isidoro Maiquez miraba entonces al autor por influencia del ya difunto Huerta, y la docilidad de un tal don Andrés Mendoza, oficial de la inspeccion de caballería, que era, segun dicen, un bienaventurado, fueron los elementos de aquella intriga, que se convirtió contra sus mismos promovedores, ridiculamente envanecidos por un triunfo aparente y momentáneo. El plagio que Mendoza intituló *La Lugareña orgullosa* ha caido en olvido sempiterno: la comedia

(13) En apoyo de esta observacion puede verse lo que decimos en la nota 13, puesta al discurso preliminar de las comedias del autor (página 318).

(14) Véase la advertencia que precede á la comedia *El Baron*, en la página 373.

original de *El Baron*, representada en la Cruz, en 28 de enero de 1803, durará mientras haya memoria de la lengua castellana.

El 19 de mayo del año siguiente se estrenó en el mismo teatro otra comedia de Moratin, la *Mojigata* (15), produccion que debió escitar contra él otra clase de contrariedades, á mas de las puramente literarias; pues atacaba de frente la hipocresía; y la hipocresía, especialmente la de la mujer, no sufre la menor alusion, recelosa de que basta levantar una punta del velo para descubrir toda su odiosa fealdad. Ya esta comedia se habia representado en casas particulares en el espacio de los doce años anteriores, en que corrió manuscrita, tal como habia salido de las manos de su autor con algunas variantes. Cuando llegó ya el caso de darla al público, quiso, como solia, corregirla minuciosamente; y como observase que algunas espresiones pudieran parecer demasiado duras, las modificó ó suprimió en obsequio de respetables miramientos. Pero esto no bastó para desarmar á la envidia literaria, que desde este momento se conjuró con el fanatismo religioso para armarle cruda guerra. El público recibió con muestras de satisfaccion este nuevo fruto de su ingenio; pero á mas de las críticas mas ó menos decorosas á que dió lugar la comedia, llovieron tantas intrigas y anónimos, se le asestaron á traicion tiros tan bajos y rateros, que bien se conoció que andaba en ello el vicio que emplea siempre las armas mas ruines : la hipocresía.

Esta persecucion sorda é incansable llegó á su punto cuando, en 24 de enero de 1806, se representó la que consideramos por muchos títulos su obra maestra, la comedia *El Sí de las niñas* (16), cuyo triunfo fué completo en Madrid y en las provincias, en la escena y en la prensa. Ya no quedaba recurso á los enemigos de Moratin para disputarle una popularidad de que no podian disponer á su antojo ; apelaron al medio estremo, pero seguro, que entonces existia para inutilizar un ingenio : lo delataron á la Inquisicion. Con esto lograron su principal objeto, que era aburrirle, conociendo bien su carácter tímido y poco amigo de luchar sin esperanzas de buen éxito. Todo el amparo de sus valedores, que se consideraban omnipotentes, no era suficiente para librarle de desagrados; así que, hizo firme propósito de dejar para siempre de escribir para el teatro, abandonando el plan que tenia trazado para cuatro ó cinco comedias que hubieran sido probablemente otros tantos rayos de gloria para la escena nacional. Dando pues de mano á estas tareas, dedicó sus ocios á otras de distinta clase que para mas adelante tenia reservadas, y activó la recoleccion de materiales para los *Orígenes del teatro español*, dando tregua á las inspiraciones de su fantasía, y nueva materia de estudio á su talento juicioso é indagador, facultad que poseia tambien en alto grado.

Embebido en tales ocupaciones, á que admirablemente se conformaba su sistema de vida, ajeno de toda distraccion bulliciosa, le encontraron los acontecimientos del año de 1808, destinados á dislocar tanto la situacion de los negocios generales, como las privadas condiciones y esperanzas de todos los españoles. Jamás se habia mezclado en la política, sin dejar por eso de tener ideas propias acerca del gobierno que en circunstancias dadas consideraba mas conveniente á su patria, de la cual era amante sincero, sin aquellas exageraciones que sirven muchas veces de máscara, instrumento ó pretesto para otros fines. Sabida es la odiosidad que habia ido granjeándose el príncipe de la Paz, y la tempestad que descargó sobre su cabeza en el memorable dia 19 de marzo de aquel mismo año. Moratin no pertenecia al número de los ingratos que, despues de haber adulado bajamente á aquel hombre poderoso, le insultaban en el infortunio, olvidando los beneficios recibidos; y esto bastaba en aquellos dias para ser tenido por enemigo de la cosa pública : tal era el esceso á que habia llegado el furor popular, y tal el vértigo que se habia apoderado de los ánimos. Retiróse temblando á su casa en aquella noche terrible, y á la mañana siguiente temió ser víctima de algun atentado al oir las desaforadas vocife-

(15) Véase la página 392.
(16) Véase la pagina 418.

gciones de una cabrera tuerta que tenia su puesto en el portal de enfrente, desde donde animaba á los grupos, provocándoles á que asesinasen al pícaro traidor de su vecino. La precipitada sucesion de los acontecimientos inmediatos, que no daban siquiera lugar á discurrir y resolver, arrastró á Moratin y á otros muchos á una senda, por la cual se vieran con sorpresa arrojados á impulso de una incontrastable fatalidad. El escritor apartado de todo roce con los bandos no literarios, el hombre independiente é inofensivo, dueño de su opinion, el secretario de la interpretacion de lenguas, no abandonó su casa ni su destino; no emigró, no salió á coger un fusil ni á formar parte de las juntas que dirigieron el movimiento insurreccional del pais; cedió cuando cedia la cabeza del Estado, obedeció á sus jefes y permaneció en su puesto resuelto á seguir la buena ó mala fortuna que al cielo pluguiese depararle. A los que siguieron esta conducta llamó entonces el pueblo *afrancesados* : los trances de la comun desgracia hicieron de ellos un partido.

Después de treinta y ocho años de discordias no interrumpidas, después de tantos desengaños, escarmientos y vicisitudes en que ningun español, mas tarde ó mas temprano, ha podido librarse de dictados denigrantes y tenaces persecuciones, hora es ya de juzgar sin rencor á una parcialidad que ya no existe desde que faltó el objeto que pudo alimentarla. La deslumbradora gloria de un hombre cuya grandeza ya nadie se atreve á negar, el convencimiento de que era temeridad el luchar contra un poder que habia sojuzgado otras naciones de mayores recursos, la esperanza de ver establecida en España una organizacion mas conforme que la pasada con el espíritu del siglo y con las necesidades de la moderna sociedad, eran consideraciones que debieron influir en el ánimo de muchos hombres mas previsores que arrojados, sin que por esto dejasen de ser patriotas. Otros hubo que se confundieron con ellos por miras menos elevadas : achaque es este de todos los partidos sin escepcion. El noble entusiasmo nacional, á fuerza de constancia y de sacrificios, desconcertó los cálculos mas probables : alegrémonos de este resultado; pero no infamemos á los que no esperaron en él.

Tiempos de tanta turbulencia no eran los mas á propósito para las suaves y tranquilas ocupaciones de la literatura; la irritacion de los ánimos era estremada, toda palabra de prudencia se interpretaba siniestramente y se calificaba de traicion ; cada uno se recelaba hasta de sus amigos. Los mas íntimos de Moratin se vieron envueltos en igual causa, porque miraban con los mismos ojos la situacion de la patria. Al anuncio de la batalla de Bailén el ejército francés evacuó la plaza de Madrid, y los que se creyeron comprometidos trataron de salvarse del furor del pueblo. Moratin fué uno de ellos : acompañado de su amigo Conde se retiró á Vitoria en un calesin, al través de grandes peligros y pasando los mayores trabajos. Volvió á Madrid con los franceses, y siguió en su secretaría. En tan aciagas circunstancias hacia el bien que estaba en su mano, y muchos le debieron la existencia. Para esto solo cultivaba sus relaciones, viviendo enteramente aislado. La salvacion de un infeliz encausado por causa política le movió á recurrir á don Manuel Silvela, jóven dotado de sensibilidad esquisita y de ilustracion poco comun, que con una templanza admirable en el calor de los partidos estaba ejerciendo las severas funciones de alcalde de casa y corte. Esta buena accion fué el orígen de la larga amistad que se profesaron hasta sus últimos dias estos dos hombres benéficos que cada cual en su línea han sido el ornamento de la nacion y el amparo de sus conciudadanos.

En 1811 recibió de José Bonaparte el nombramiento de bibliotecario mayor, que, prescindiendo de toda pasion, no pudo á la verdad ser mas acertado. En el corto tiempo que pudo estar al frente de aquel establecimiento trató de dedicarse sin descanso á promover las grandes mejoras de que es susceptible, atendidos los inmensos tesoros literarios que todavía andan esparcidos en nuestra esquilmada España, y pudieran formar un depósito de incalculable precio y de gloria nacional. Hallábanse entonces sus intereses en un estado poco lisonjero. La sobrada confianza en un escribiente de su oficina le habia cargado con un desfalco de mas de

cien mil reales; por un descuido fatal no habia retirado de las manos de su apoderado de Córdoba una gruesa cantidad que representaba como tres anualidades de su beneficio de Montoro, el mas pingüe de sus recursos, y la junta de defensa de aquella ciudad se echó sobre aquellos fondos como pertenecientes á persona residente en pais ocupado por el enemigo; habia cedido la casa de Pastrana en dote á su prima Anita, casada con Conde; y las de Madrid, en cuyas obras habia empleado sumas considerables, casi nada producian en aquella época de miseria y hambre espantosa; su emigracion fué una ruina, y al volver de ella encontró su casa enteramente saqueada bajo la forma de un inicuo secuestro; sus liberalidades (17), su aficion á libros, pinturas y objetos curiosos, que desaparecieron en gran parte, habian absorbido todas sus economías, aun en las épocas mas holgadas. Hé aquí por qué, segun consta por recibos que se conservan en la biblioteca, tuvo muchas veces que tomar escasas partidas á cuenta de su haber mensual para subvenir á sus necesidades y remediar las ajenas.

Por marzo de 1812 dió al teatro una traduccion de *la Escuela de los maridos*, de Molière (18), autor á quien profesaba el mas profundo respeto. Maiquez, que le habia conocido, y por consiguiente habia desechado las antiguas prevenciones, se encargó de un papel; y el público, á pesar del mal humor dominante, asistió y aplaudió.

Pero el mismo año las fuerzas francesas, de resultas de su derrota en los Arapiles, tuvieron que abandonar la capital y retirarse acia Valencia. Hallábase Moratin en los mayores apuros para emprender su segunda emigracion: enfermo, débil, sujeto á continuos vómitos y sin el mas pequeño recurso. Pero tuvo la fortuna de que le acogiese en el coche, donde iba en compañía de don Manuel García de La Prada, la apreciable actriz María García, que le cuidó en este viaje con toda la delicadeza y esmero de la amistad. Era La Prada hombre instruido, acaudalado y cumplido caballero. Habia sido corregidor de Madrid durante la invasion, y desde este momento cobró á Moratin un cariño que jamás se desmintió después.

En Valencia encontró de gobernador militar al general Mazzuchelli, quien compadecido de su triste posicion le encargó la redaccion del diario, junto con su amigo don Pedro Estala, que secularizado ya y nombrado canónigo, habia venido á ser su compañero de desgracia. Sus artículos en este periódico se limitaban á la literatura: así vivió con estrechez hasta que á la salida de los franceses de aquella plaza pudo acomodarse en un mal calesin, que volcó en el camino. Iba en él una señora llamada doña Teresa Iturburu, que se quebró una clavícula; y con este motivo se vió en la precision de encerrarse en la fortaleza de Peñíscola, que á poco cercaron nuestras tropas, estrechándola por espacio de once meses. Durante el sitio, una casualidad le salvó la vida; pues convidado á comer por el gobernador, dejó pasar la hora entretenido en vestirse, cuando una esplosion violenta le derribó de la silla. Se habia volado la casa del gobernador, y cuantos estaban en ella quedaban sepultados en las ruinas. La plaza capituló al fin; y uno de los artículos convenidos fué que los españoles refugiados pudiesen salir con las tropas. Cansado Moratin de tan continuas vicisitudes, tomó una resolucion tan superior á su natural apocamiento, que bien da á conocer el estado de desesperacion en que se hallaba. Cogió su bastoncito; y solo, á pié, sin mas recomendacion que su nombre, salió al campo, llegó á la trinchera, y fué detenido por un centinela. Acudió el oficial del puesto, y así que supo quién era, le colmó de atenciones, y le dejó ir libremente á Valencia. El desgraciado fugitivo tuvo con esto ánimo bastante para presentarse al general Elío, que en aquella provincia ejercia el mando superior; pero esta autoridad le hizo tan brutal acogida, que llegó á echar mano á la espada como para pasarle, quiso luego prenderle, y á duras penas le dió permiso para embarcarse en un falucho con direccion á Francia. El buque por el tiempo contrario tuvo que arribar á

(17) De sus apuntes consta que en aquella época habia invertido la suma de cerca de seis mil duros en socorrer á varios parientes necesitados, á quienes hizo completa donacion de sus débitos.

(18) Véase la página 442.

rcelona, donde encontró jefes mas apreciadores del mérito, y mas considerados con la des-acia: tal fué el baron de Eroles, quien trató de persuadirle á que se quedase en aquella ciu-d; y bajo su proteccion recobró algun tanto la calma, y pudo proveer á sus intereses. Pero tre tanto, viendo agotados todos sus recursos, y no sabiendo resolverse á ser molesto á sus nigos, intentó dejarse morir de hambre, para cuyo efecto buscó fuera de la poblacion un arto en casa de unos pobres labradores, á quienes se proponia dejar dentro de una carta el ecio del alquiler. Un dia antes de ir á consumar tan funesta idea recibió de la corte noticias s favorables. Llegado á su término el juicio de purificacion que habia promovido, declaró rey Fernando VII que no le comprendia el artículo 1.° del decreto de 30 de mayo, llamado dulto, pero verdadera proscripcion; y mandó le fuesen devueltos los bienes secuestrados. La a de la calle de San Juan habia sido ya vendida; recobró la de la calle de Fuencarral, cuya nta dispuso y logró con los sacrificios que eran consiguientes á la urgencia de la realizacion. n esto, con algunas cobranzas de su beneficio, y con la almoneda de varios efectos, tristes liquias de su naufragio, pudo socorrerse, y aun depositar unos cuatro mil duros en una casa comercio que luego quebró, sin que este crédito haya podido hacerse efectivo. El obispo e era entonces de Oviedo, á pesar de las reales disposiciones, se obstinó resueltamente en garse al pago de la pension que gravaba sobre las rentas de su mitra, cohonestando su co-ciosa resistencia con los mayores denuestos contra su caido acreedor.

A fines de 1814 escribió con el título de *El Médico á palos* (19), y con alteraciones impor-tes y bien meditadas, una traduccion de otra comedia de Molière, que fué representada en el atro de Barcelona el 4 de diciembre. Así vivia con alguna tranquilidad, pero con intervalos recelo: tal era la constancia de sus enemigos, no ya literarios (pues la literatura habia casi saparecido de entre nosotros, y no renació con algun brillo hasta muchos años después), no de otra clase peor, que nunca satisface sus odios. So pretesto de ir á tomar los baños de ix en Provenza, solicitó su pasaporte para el estranjero; y el general Castaños, que le aprecia-, y que como hombre de mundo y consumada prudencia conocia lo espuesto de su situa-on, aprobando su plan, le indicó cuánto deseaba que no difiriese su cumplimiento. En efec-, tardaban mucho en Cataluña en entibiarse las pasiones que en pos de sí dejó la ocupacion ncesa; y á la verdad, ya por la tenaz resistencia del pais, ya por la desacertada eleccion de s jefes, aquella dominacion fué allí incomparablemente mas dura y opresora que en otras pro-ncias. El mariscal Suchet, humano en Valencia, fué cruel hasta el estremo en Tarragona; y sde el mando de Lecchi hasta el de Maurice Mathieu, Barcelona fué teatro de las mayores trocidades. Esto produjo indispensablemente una terrible y duradera reaccion; y el pueblo citado se alborotó en varias ocasiones contra los que habian cedido á la fuerza física y mo-l del invasor. Pero no estaba en esto el mayor peligro: la Inquisicion iba cada dia convir-éndose en instrumento de persecucion política; y Moratin no podia soportar la idea de aquel scuro centro de delacion y espionaje. Averiguaciones posteriores le dieron á conocer que sus mores no eran infundados.

Pasó en Montpellier la primavera de 1818, se trasladó luego á Paris, permaneciendo allí asta principios de 1820 con su amigo Melon, á quien no quiso seguir en su vuelta á España, refiriendo ir á Bolonia, con ánimo de establecerse en compañía de don José Robles Moñino, mbién grande amigo suyo desde su anterior estancia en aquella ciudad. Ocurrieron al mismo empo las notables mudanzas de aquel año. Una de las primeras providencias del gobierno onstitucional nuevamente aceptado por el rey fué la de llamar á su patria á los españoles au-ntes de ella por opiniones y hechos políticos: conducta que á los ojos de todo hombre ge-eroso de cualquiera opinion recomienda un sistema que así se inaugura, bajo la piadosa reencia de que es posible estudiar con aprovechamiento en la escuela de la desgracia. El

(19) Véase la página 461.

principal motivo de la voluntaria espatriacion habia desaparecido para Moratin. La Inqui acababa de sucumbir á las manos del pueblo para no volverse á levantar, como no lleg realizarse los sueños de los que, sin hablar de ella, nos van empujando mañosamente ac dos los abusos é instituciones de siglos que nos pintan como modelo de felicidad.

Partícipe Moratin de aquellas dulces esperanzas que animaban todos los corazones am de la reforma, se dirigió á España, y llegó otra vez á Barcelona, á cuyas comodidades, bridad de clima, cultura intelectual y demás circunstancias, se agregaba otra para M muy poderosa: el brillante estado de su teatro, que era en aquella época el primero de l cion, así en la declamacion española, como en el canto italiano. Allí encontró reunida b porcion de sus amigos. Antonio Pinto, hombre honradísimo y cómico jubilado, que po feliz ocurrencia habia salvado de un aparente desaire su comedia de *El Baron,* acababa c arrancado en triunfo de las mazmorras del santo Oficio; Felipe Blanco, en cuyo obsequi bia traducido *el Médico á palos,* continuaba regocijando la escena con sus gracias inagota La-Prada habia fijado allí su residencia, y el amable Cabanillas se lo llevó á la casa que l taba con vistas al puerto. Esta mansion le hubiera sido sumamente grata, si no la acibar noticia que recibió de la muerte de su deudo y amigo don José Antonio Conde, á cuy moria dirigió una oda rica en gusto y en sentimiento (20). Entonces le conoció el que es cribe, y aun recuerda con veneracion la benévola indulgencia con que fueron recibido aquel gran maestro los primeros ensayos de su pobre musa.

Entre tanto las concebidas esperanzas de paz y de buen gobierno menguaban de dia en la insubordinacion iba cundiendo, y las masas se insolentaban, como sucederá siempre, c después de reconocida una reforma aparece la vehemente sospecha de que no preside l ceridad en las altas regiones del poder. Desde principios de 1821 los dudosos proceder la Francia, la espedicion del Austria sobre Napoles, y la general disposicion de los gobi europeos anunciaban de lejos la invasion de 1823. Una nueva calamidad vino á compli situacion: la fiebre amarilla apareció en Barcelona, y sus primeros estragos, preludio de mayores, ahuyentaron á todos los que no se veian encadenados al pais por intereses di de trasportar. Don Manuel Garcia de La Prada precipitó su marcha, y ofreció á Moratin su pañia, que fué aceptada; sortearon del mejor modo posible las precauciones sanitarias ad das en los pueblos del tránsito y en la frontera, descansaron poco en Perpiñán, y se sep en Bayona, donde permaneció Moratin esperando el consejo de los acontecimientos, qu cierto no convidaban á entrar de nuevo en España. Desde allí escribió á su amigo Silvela, después de muchas vicisitudes residia en Burdeos al frente de un establecimiento de e cion para españoles, consultándole sobre lo que mas le convenia hacer; y en vista de su ciosas reflexiones y sinceros ofrecimientos, se fué á vivir con él, con propósito de pasar destamente los últimos años de su vida en el seno de la amistad, libre de cuidados enojo dedicado esclusivamente á sus mas caras ocupaciones. En todo el curso de la vida de M se observará constantemente que para él era necesidad imprescindible el arrimo de algun go con quien desahogar sus sentimientos, y dar algun ensanche á aquel espíritu poco e sivo, que se recataba de las relaciones superficiales ó indiferentes: necesidad que iba crec con su edad ya provecta, y sujeta á las incomodidades que á ella están vinculadas. Todo l contró en aquella familia sencilla, afectuosa, bien educada, modelo de todas las virtude mésticas y sociales: la vida metódica, la amena conversacion, el moderado ejercicio, la asistencia al teatro, que nunca dejó de ser su principal pasion, le mantenian en un esta contento que jamás habia disfrutado. «He llegado á la vejez, decia muchas veces, sin todavía ninguno de sus achaques; y no cambiaria mi feliz independencia, mi plácida sol ni por la mas opulenta fortuna, ni por el esplendor de un trono.»

(20) Se imprimió suelta, y es la de la página 592.

Entonces dió la última mano á sus *Origenes del teatro español,* obra formada lentamente en el espacio de muchos años, que no se publicó hasta después de su muerte, y por consiguiente no se halla comprendida en la edicion hecha en Paris, el año de 1825, por don Vicente Gonzalez Arnao, quien por cesion del autor adquirió la propiedad de las obras dramáticas y líricas allí recopiladas.

A fines de aquel mismo año tuvo un amago de apoplejía, el cual se resolvió después en una irritacion hemorroidal violentísima, que le mortificó por algun tiempo, y produjo un efecto sensible en su parte moral; pues desde entonces empezó á darse á la vida sedentaria, perdió su alegría y hasta menguó su aficion á los espectáculos teatrales. Solicitaciones de amigos, miras de conveniencia pública y personal y otros motivos honrosos para un padre de familia y para un celoso institutor de la juventud, hicieron que Silvela pensase en trasladar su establecimiento de Burdeos á Paris. No quiso tomar su resolucion definitiva hasta saber si Moratin le seguiria voluntariamente, pues de otra manera estaba decidido á desechar el proyecto, y á no abandonar á un anciano, que consideraba como un depósito precioso confiado por la Providencia á su cuidado. Moratin le animó ofreciéndole reunirse con él. Con esta promesa se adelantó Silvela, partiendo á Paris una mañana sin despedirse. Levantóse Moratin, y afectado por esta breve separacion y por la soledad en que quedaba, escribió aquel mismo dia su última voluntad, monumento de ternura y espresion de dulces y dolorosos recuerdos. Ya anteriormente hizo donacion á la Inclusa de Madrid de su casa de Pastrana, que, muerto Conde en pos de su esposa, habia vuelto á ser propiedad de su primer dueño. Con esto no le quedaba ninguna finca, y el dinero que habia juntado de sus ahorros, como que no tenia obligaciones póstumas, lo habia convertido en rentas vitalicias, que le producian unos seis mil francos anuales. Por consiguiente apenas tenia de qué disponer. Legó á varios amigos algunos cuadros y objetos artísticos, á la Academia su retrato pintado por Goya, sus libros y manuscritos á Silvela, instituyendo á una nietecilla de este por única heredera de lo que restaba, reducido á una inscripcion de cuatrocientos francos de renta, y á créditos de alguna importancia nominal, pero de difícil y dudosa realizacion. Se despidió cariñosamente de su patria y de sus amigos, pidió perdon á los que hubiese ofendido ú olvidado, y cumplido este deber postrero, sintió que su alma quedaba aliviada de un peso enorme.

Después de algun tiempo verificó su traslacion á Paris, y á poco vió en la mayor consternacion la familia que consideraba ya como suya. Silvela el padre estuvo á pique de sucumbir á la violencia de una pulmonía en enero de 1828; recayó en febrero, y apenas convalecido lloró dos veces la pérdida del hijo que mas le auxiliaba en sus tareas profesorales; pero al fin lo vió salvado para consuelo de los suyos y utilidad de su patria. El espectáculo de tanta agitacion y zozobra, de que como el que mas participaba, influyó fatalmente en la salud de Moratin, y precipitó probablemente el acometimiento de su última enfermedad. El 21 de mayo aparecieron los primeros síntomas, que procuró cuidadosamente ocultar, hasta que fué sorprendido arrojando en frecuentes vómitos una materia negruzca y de alarmante apariencia. A costa de mil instancias consintió en que se llamase al médico, que á pesar de sus esfuerzos y el auxilio de los mas hábiles profesores de aquella capital, no pudo lograr mas que pasajeros alivios: no era dado al arte contener los progresos del mal; procedia de lesion orgánica. Por la noche del 20 de junio perdió el conocimiento, y á las dos de la madrugada del siguiente dia quedó su cuerpo en perpetua inmovilidad.

El cementerio del padre Lachaise recibió aquellos venerables restos, entre las solitarias calles que corren á la derecha de la capilla, en medio de las tumbas que cubren los cuerpos de Molière y Lafontaine. Ningun español amante de la literatura, al visitar la capital de Francia, deja de pararse á orar frente de un sencillo monumento, en cuyo pedestal, que sostiene una urna cineraria, se lee la inscripcion siguiente :

AQUÍ YACE
DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN,
INSIGNE POETA CÓMICO Y LÍRICO,
DELICIAS DEL TEATRO ESPAÑOL,
DE INOCENTES COSTUMBRES Y AMENÍSIMO INGENIO:
MURIÓ EL 21 DE JUNIO DE 1828.

Allí en efecto, en tierra estranjera, yace un gran español, á quien la patria no ofreció bastante seguridad para morir tranquilamente en su seno. Hombre apartado de todo bando político, obediente á la autoridad existente de hecho ó de derecho, abstraido en sus estudios, propagador desde su retiro de una moral purísima y juiciosa, incapaz de dañar á nadie y de escitar, ni aun indirectamente, el desórden, anduvo errante largos años, no proscrito, sino ahuyentado por recelos sobradamente justos. La opinion echaba de menos su presencia; solo el gobierno se mostraba indiferente.

Después de su muerte, las ediciones de sus obras se reprodujeron con rapidez, así en Francia como en España. La Academia de la historia quiso honrar su fama europea, cuidando de darlas á luz aumentadas con los *Orígenes del teatro español*, que adquirió y facilitó el rey Fernando VII: en algunos pasajes alteró el testo por respetos que ya no existen, y en sus elogios le tributó el homenaje que permitia la condicion de los tiempos.

A mas de los escritos sueltos y recopilados, existen otros trabajos suyos, ahora de propiedad particular, que no han visto la luz pública, entre ellos las observaciones hechas en sus primeros viajes, y una voluminosa correspondencia literaria. Salió bajo su nombre, y dudamos que fuese con su anuencia, una traduccion del *Cándido* de Voltaire. Algunas composiciones se le atribuyen con mas ó menos probabilidad: faltando su reconocimiento, serian precisas algunas pruebas para considerarlas auténticas. Ya hemos dicho que después de *El Sí de las niñas* tenia trazado el plan de otras comedias, que abandonó por motivos de disgusto, superiores á su valor y no desvanecidos por los acontecimientos sucesivos. Con mayor tranquilidad de espíritu hubiera sin duda enriquecido con nuevos tesoros nuestra literatura.

Si fué severo con las obras de los demás, no era mas indulgente con las propias. Cuando manifestaba satisfaccion por lo que habia escrito, este natural movimiento no era de vanagloria, sino de fe en sus principios. Así es que corregia y limaba sin cesar con una minuciosidad escrupulosa y descontentadiza, unas veces con acierto y otras con desgracia, como pintor, que suavizando los contornos les quita la rústica pero varonil energía de su primera concepcion.

Moratin llevó á feliz remate la empresa acometida por su padre de variar el gusto y las ideas del público, y de reformar el teatro nacional segun los principios del puro clasicismo que ardientemente profesaba. Se halló solo en esta empresa; pues en aquella época no se presentaron ingenios capaces de ayudarle en tan difícil tarea, y cuando él desapareció, al instante se relajaron las severas reglas que habia prescrito con la discusion y con el ejemplo. En la literatura estaban concentradas todas las fuerzas de su actividad intelectual; solo en este campo era esforzado: hombre, y aun jefe de un partido, lo dirigia, pero no lo acaudillaba. Tuvo innumerables admiradores, pocos secuaces y ningun discípulo. Retirado, frio, casi esquivo, concedia difícilmente su intimidad; pero una vez concedida, la prodigaba sin tasa. Conocia á fondo la sociedad, como que tan al vivo la retrató; pero se mantuvo de ella á respetuosa distancia, para mejor observarla desde todos sus puntos de vista. Variarán las opiniones sobre los medios de agradar y de conmover; pero Moratin, que agradó y conmovió, será siempre venerado como uno de los grandes maestros del arte, como un autor de inmensa influencia sobre su siglo, como el Molière español.

FIN DE LA VIDA DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS

DE

DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS DE MORATIN (D. NICOLAS).

POESIAS.

ANACREONTICAS.

I. *A mi libro.*

Dime : ¿dónde caminas
Tan solo y confiado,
Sin protector alguno,
Librillo desdichado?
¿En qué elegancia fias
Tu aprecio y tu despacho?
¿Qué crítico piadoso
Te aseguró el aplauso?
Cuando en tí contuvieses
Los versos que cantaron
Con sonorosas liras
El Píndaro y Horacio,
De Mevios y de Zoilos
No pudieras librarlos,
Pues aun al propio Homero
Se le atrevió Aristarco.
Siendo esto así, no temas
El verte censurado,
Que no es toda censura
Prueba de que eres malo;
Y mas en este tiempo,
Que en la corte de Cárlos
Son muchos los que juzgan,
Mas los que aciertan raros.

II. *A mi Musa.*

Saldrás á ver la corte,
O inquieta Musa mia;
Mas pues así lo quieres,
Oye mis profecías :
Pararás en las manos
De aquellos que critican
Sin leer todas las obras,
Y al punto las arriman.
Despues irás á aquellos,
Que en un verso querrian
Ver armas, gaitas, muertes,
Chanza y melancolías.
Los necios presumidos,
Leyendo lo que digas,
Dirán muy satisfechos:
Esto yo me lo haria.
Los soberbios letrados,
Que solo horror fulminan,
Dirán : ¡que haya quien gaste
El tiempo en niñerías!
Serás en las tertulias
Gusto á unos, á otros risa;
Y alguien dirá : ¿es acaso
Ciencia la poesía?
Mas aunque eres humilde,
De los doctos confia,
Aunque no con aprecio,
Que con piedad te admitan.
Tambien, ¡oh favor grande!
Entre sus almohadillas
Pa, que albergue amable
Te den las madamitas.
Solo para con estas
Llevas permision mia
De dar satisfacciones,
Si acaso te replican.
Dilas que tú sus gracias
De cantar no te olvidas,
Su beldad, el cortejo,
La blonda ó la basquiña.
Di que tengan paciencia,
Y en fin, ó Musa, dilas,
Que como ellas te apoyen,
Lograste ya tu dicha.
Esta será tu suerte,
Y así nunca me digas,
Cuando mal te suceda,
Que no fuiste advertida.

III. *Motivo de escribir mi obra* (el Poeta).

Yo á cantar me aprestaba
Las armas españolas,
De Cortés y Pizarro
Las ínclitas victorias.
A nuestro ardor sujetos
Los reinos de la aurora,
Las gentes dominadas,
Las tributarias flotas.
Al Córdoba escelente,
Y al Cevallos, que ahora
Del portugués en Indias
Conquistó las colonias.
Al atrevido Aranda,
Que cuando á Almeida toma,
Con sus triunfantes armas
Puso espanto á Lisboa.
Al gran Cárlos Tercero,
Que mandando sus tropas
Del Sebeto la orilla
Manchó con sangre roja.
Pero la musa... tente,
Me dijo imperiosa,
Muchacho temerario,
¿A cuál golfo te arrojas?
La avilantez repites
Del que con furia loca,
Con derretidas alas
Dió su nombre á las ondas.
Muy débil es tu aliento
Para atronar con ronca
Voz el orbe al estruendo
De la guerrera trompa.
Solo á cantar alcanzas
Tu pasion amorosa,
Las damas de la corte,
Sus lazos y sus cofias.
Mas si aspirar pretendes
A empresas mas heróicas,
Limpia á Madrid del vicio,
Cual Juvenal á Roma.
Con satírico verso,
Que al suyo contrapongas,
Ridiculiza el vicio,
Y haz la virtud famosa.
Destierra el ocio infame,
Y estravagancias todas,
A que por su capricho
Los hombres se abandonan.
Solo así serás digno
Del cristal de Beocia,
Y así solo en Parnaso
Se adquiere la corona.

IV. *Aventura.*

Era yo pequeñito,
Y aun no contaba un lustro,
Cuando llegué jugando
A un romeral inculto.
Allí la blanca rosa,
Allí el clavel purpúreo,
Y el lirio azul formaban
Paraiso segundo.
La Primavera y Flora
De esquisito dibujo
Tendieron sobre el suelo
Tapetes amatuntos.
Las flores y cantueso,
Tomillo y sérpol mustio,
Perfumes evaporan
Hinchendo el aire puro.
Sobre laureles nobles
Alternan por su turno
Las tórtolas quejidos,
Las palomas arrullos.
Aquí yo fatigado
Una siesta de julio
Me recosté á la sombra
De un arrayán fecundo.
Dormídome hube apenas,
Cuando del valle oculto
De abejas un enjambre
A mí se viene junto.
Unas se me pusieron
Sobre mi rostro pulcro,
Que entonces no cediera,
Ganimedes, al tuyo.
Otras sobre las manos
Y sobre el pelo rubio,
Y otras colmena hicieron
Mis labios rubicundos.
Allí un panal fabrican,
Y yo entre sueños chupo
Goloso la miel nueva,
Y el paladar endulzo.
Despiértanme las aves
Con su blando susurro;
Y cantar dulcemente
Desde entonces procuro,
No las terribles armas
De Marte furibundo;
Mas sí de amor y Venus
El regocijo y gusto.

V. *Los Dos Niños.*

Era yo niño, cuando
Por un bosque vagando,
Hallé otro niño hermoso,
Que alegre y presuroso
Se acerca, y abrazóme;
Un dulce beso dióme,
Y halagüeño á mi oido
Dice: yo soy Cupido,
Hijo de Marte y Venus.
Mi ciencia te interpreta
Que serás gran poeta;
Pero mayor amante,
Y así nunca te espante
Acometer osado
Al mas alto imposible,
Pues te será accesible
Si de tí soy cantado.
Yo, triste, confiado
De sus voces traidoras,
Cuerdas pulsé sonoras.
Al númen engañoso
En verso numeroso
Celebré reverente,
Y amé á Dorisa luego;
Pero en vez del sosiego
Que esperé vanamente,
Hallé fatiga y penas,
Prisiones y cadenas.
En doloroso acento
A solas me lamento
Del niño aleve y doble:
Pues yo obré como noble,
Y él como fementido:
Yo cumplí mi palabra,
Y él no me la ha cumplido.

VI. *El Nido de Amor.*

El hijo de Venus,
El falso Cupido,
Entróse en mi pecho
Cuando era yo niño.
Los ojos cubria
De un volante sirio,
Aljaba en el hombro
Sonaba con tiros.
Batió sus alitas
De luces y visos,
Y al lado siniestro
Fabrica su nido.
Allí se me esconde,
Y allí es su retiro:
De Chipre se olvida,
De Pafos y Gnido.
Pero en tales fuegos
Ardió el pecho mio,
Que abrasó sus alas:
Volar no ha podido.
Yo mísero, lloro,
Lamento y le digo:
¿Qué placer encuentras,
Aleve Cupido?
O bien afrentado,
O ya compasivo,
Lleva tus incendios
A lugar mas digno.
Hiere á los que nunca
Rindió tu dominio;
Que apenas soy sombra
De lo que ya he sido.
Y si tú me pierdes
(Déjame decirlo),
¿Quién habrá que ensalce
Tus hechos invictos?
Este acento débil,
Este canto mio,
Es la mayor gloria
Que tienes, Cupido.

Con ellos aplaudo
Los ojos y rizos,
La mano tornátil,
El pié pequeñito,
La boca fragante
Y el hablar divino
De la ninfa mia;
Y así, hermoso niño,
Esfuérzate, y vuela
A pechos altivos,
Y rinde los héroes;
Que yo ya me rindo.

VII. *El Sueño.*

Hay una gruta
En la olorosa
Alcarria umbrosa,
Entre zarzales
Y peñascales
De humilde arroyo,
Que en sus honduras
Suena aguas puras,
Y coge el Arlas
Para llevarlas
Al rico Tajo,
Que está allá abajo.
La gruta enfrian
Los cefirillos,
Que entre tomillos
Vagan soplando.
Muy trasparente,
Casi á la entrada,
De agua filtrada
(La cual resuda
La peña ruda)
Poza ha formado
El destilado
Humor deshecho,
Que desde el techo,
Cayendo grato
De rato en rato,
Forma sonido
Blando al oido,
Y hace pompillas
En las orillas.
A guarecerme
De ardiente siesta
Niño y cobarde
Llegué una tarde,
De angustia lleno
Y acalorado.
Llevé en el seno
Diversas flores
Que dan olores;
Y recostado
Con pueril ceño,
Süave sueño
Me dejó en calma
La débil alma;
Las florecitas
De las manitas
Se me cayeron.
Luego vinieron,
Trayendo corvas
Largas tiorbas
Las nueve hermanas,
Niñas lozanas,
Muy amorosas.
Rojos claveles,
Lirios y rosas,
Forman caireles
Al pelo de oro;
Que con decoro
Esconde á trechos
Los albos pechos
Como la nieve.
Arrullo leve
De la que alterna
Tórtola tierna

Oigo, y suspiro,
Y en sueños miro
Que las doncellas
De flores bellas
Me dan corona,
Y de Helicona
Y Aonia fuente
Bañan mi frente.
Erato hermosa,
Que á Venus canta
Con gracia tanta,
Su dulce boca
Une á la mia,
Y allí imprimia
Ardiente beso,
Con muy travieso
Abrazo junto.
Desde aquel punto
Quedé inflamado
Y enamorado
Süavemente.
Iras y horrores
Del fiero Marte
Vayan aparte;
Solo la risa
De mi Dorisa,
Y el cerco ondoso
De oro precioso
Que orna su frente,
Y la hermosura
Celeste y pura,
Que absorto admira
El universo,
Canta mi verso,
Suena mi lira.

VIII. *La Barquerilla.*

En la olorosa,
Aspera Alcarria,
Antes que el Tajo
Reciba al Arlas,
Corriendo lentas
Sus verdes aguas,
En un remanso
Hay una barca.
No la que ofrece
Zorita la alta,
Que al trato sirve
De puente vaga;
Sino en la selva
Mas solitaria,
Con cañamares,
Nogueras anchas,
Sabina, enebro,
Junco y retamas.
Llegué aquí el dia
Que en Libra iguala
Cintio las horas,
Y él tramontaba.
Vi una barquilla
Muy adornada
Con gallardetes,
Tendal y varias
Flores, que penden
Haciendo sartas.
Una barquera
Hallé bizarra,
De pocos años
Y muchas gracias.
Sola y dichosa
Cantando estaba,
Libre de penas,
De envidia y saña.
La barca piso,
Que desamarra,
Y á la maroma
Va la zagala.
Cógela pronta
Con tierna palma,

Y el pié siniestro
Luego adelanta :
Gracioso zuño
La hermosa cara
Pone, y á fuerza
La tierra aparta.
  Tanto silencio,
Modestia tanta,
Me deja absorto
Mas que sus gracias;
Ni á hablar me atrevo,
Que aunque sin armas
Temor inspira
La virtud santa.
Mas cuando el medio
Camino falta,
Veis numerosa
Sonora banda
Que de perdices
Atravesaba.
No me detengo,
Pongo á la cara
Mi arcabuz, tiro,
Cae una al agua :
La misma sesga
Corriente mansa
La va trayendo,
Y ella la alcanza.
  Ninfa, la dije,
De esta comarca :
Mi don ensalcen
Las circunstancias;
Y aunque pequeño
Mírale grata,
Que acaso ofrezco
Tambien el alma.
Ella modesta
Y avergonzada,
Tiñó la nieve
Con escarlata,
Y agradecida
Paró la barca.
Las puras ondas
Su curso paran ;
El rico Tajo,
A quien la Alcarria
No le ve anciano
Cual Lusitania,
Sino que jóven,
Sobre pizarras
Y entre albareñas
Olivas marcha,
Envidioso
La frente alzaba,
Que balsaminas
Se la enguirnaldan.
  Cuando á mi ruego
La vi ya humana,
Dije : si gustas,
Barquera, canta.
Cantó.....Fecundo
Bosque de Palas,
Junqueras verdes,
Silvestres cañas,
Que el eco oisteis
De mi serrana,
Su melodía,
Donaire y gracia :
Decid si oyeron
Duliquias barcas
Tanto á sirenas
Sicilianas.
Las soledades
De aquella estancia,
La sombra oscura
Que se adelanta,
Fresco favónio,
Mareta blanda,
Y el manso arrullo
Que entre espadañas
Forman las olas
De aquellas playas;
Todo suspende,
Todo arrebata :
Naturaleza
Padece calma.
  Cantó las selvas
Y sus ventajas,
Con voz sonora
Y regalada.
Cantó la pompa
Fugaz y vana
De la opulenta,
Soberbia Mantua.
Yo, á quien hechiza
Dulzura tanta,
Dije : Barquera,
¡Oh! si duraran
Navegaciones
Tan fortunadas,
Para que juntos
Fuéramos hasta
Do no bararon
Quillas hispanas!
Cupido mismo
Sentado en la alta
Popa, la nave
Nos gobernara.
Venus en rica
Concha de nácar,
O Galatea
Sobre las aguas
Te juzgaria;
Mas débil aura
Ya el leño en esta
Ribera encalla.
  Salgo á la tierra
No deseada,
Cuando la noche
Del cielo baja.
Adios, Barquera,
Dije, gallarda :
Adios... Y al labio
La voz le falta.

IX. *Súplica despreciada.*

  Erato, dulce musa,
Que con sonoras voces
Cantas del ciego niño
Delicias y rigores :
  Díctame aquellos versos,
Que al son de lira acorde,
Modulaba festivo
El teyo Anacreonte.
  Así dije, y la ninfa
Con agrado escuchóme ;
Mas Cupido la mira,
Y el pérfido rióse.
  De este amante, la dijo,
Me alegran los dolores ;
No permitas que cante,
Yo le mando que llore.

X. *El Arroyo.*

  Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
A salir de su linde.
  Viniéronle deseos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas
Que de él la fama dice.
  Y con ocultos pasos,
Entre espadaña y mimbres,
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen.
  Ya que llegó á la orilla
Que las ondas embisten,
Los peligros le asustan,
Los golfos y las sirtes.
  Y cuando ver creia
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite,
  Halló las bramadoras
Tempestades terribles,
Cadáveres y tablas
De naves infelices.
  Atrás volver el paso
Quiso; pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles.
  Sin amparo en la tierra,
El de los cielos pide :
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
  Pero á su ruego sordos
La súplica no admiten ;
Que haber suele ocasiones
En que el llanto no sirve.
  Así sucede al hombre,
Que su quietud despide,
Y á los vicios se entrega
Que halagüeños le brinden.
  Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta cuando
Salir es imposible.

XI. *Fuga inútil.*

  Armaba Amor el arco
Para con él tirarme;
Yo en fuga presurosa
Evitaba su alcance.
  Y cuando me creia
Seguro,por los aires
Vino un dardo, y mi pecho
Pasó de parte á parte.
  Rióse Amor, y dijo :
Necio, huir es en balde,
Que mis flechas alcanzan
De poniente á levante.

XII. *Canto á Dorisa.*

  Busca, busca, Pizarro,
Quien tu aliento bizarro
Celebre dignamente
Al son de la trompeta;
Busca, busca poeta,
Que tus hazañas cuente,
Y á todo el mundo asombre
Con tu famoso nombre;
Porque yo no me atrevo,
Ni puedo enfurecerme.
No me trasporta Febo;
Venus y Amor me influyen,
Tus triunfos se me huyen,
Y no me arrojo á tanto ;
Mi voz es tierno llanto;
Busca pues quien te cante,
Que yo á Dorisa canto.

XIII. *A Dorisa.*

  Yo por region tranquila
Libre me paseaba,
Cuando encontré á Cupido
Armado con la aljaba.
  Al punto el arco toma,
Y contra mí dispara
Con sinrazon aleve,
Con cólera inhumana.

Yo del rigor huyendo,
Ya en el bosque me entraba,
Ya formaba mi escudo
De peñas y de ramas:
Fugitivo, acosado,
Vine á dar donde estabas,
Dorisa, cuyos ojos
Me hirieron en el alma.
No sé qué nuevo hechizo
Tuvieron tus miradas,
Que el riesgo que iba huyendo
Ya le solicitaba.
No escapé á tus ojuelos,
Aunque escapé á las jaras,
Y así huyendo del fuego,
Vine á dar en las llamas.

XIV. *Amor aldeano.*

Hoy mi Dorisa
Se va á la aldea,
Pues se recrea
Viendo trillar.
Sígola aprisa:
Cuantos placeres,
Mantua, tuvieres,
Voy á olvidar.
Que ya no quiero
Mas dignidades:
Las vanidades
Me quitó Amor.
Ni fama espero,
Ni anhelo á nada;
Solo me agrada
Ser labrador.
Voy amoroso
Para servirla,
Quiero seguirla
Por donde va.
Verá el hermoso
Trigo amarillo,
Luego en el trillo
Se sentará.
Yo iré con ella,
Y el diestro brazo
En su regazo
Reclinaré.
La ninfa bella
Me dará vida
Agradecida,
Viendo mi fe.
De esotros trillos
Que estén mas lejos
Los zagalejos
Me envidiarán.
Mil cupidillos,
Viendo á la bella,
En torno de ella
Revolarán.
Yo alborozado
Con dulces sones,
Tiernas canciones
La cantaré.
Ni habrá cuidado,
Ni habrá fatiga,
Que con mi amiga
No aliviaré.

XV. *A los ojos de Dorisa.*

Ojos hermosos
De mi Dorisa:
Yo os vi al reflejo
De luces tibias.....
¡Noche felice,
No te me olvidas!
Turbado y mudo
Quedé á su vista,
Susto de muerte
Me atemoriza,
Y solo huyendo
Pude evadirla.
Ojos hermosos:
Yo así vivia,
Cuando Amor fiero
Gimió de envidia.
Quiso que al yugo
La cerviz rinda,
Y os me presenta
Con pompa altiva
Una mañana,
Cuando ilumina
Febo los prados
Que abril matiza.
Vi que con nuevas
Flores se pinta
El suelo fértil,
La cumbre fria:
Los arroyuelos
Libres salpican,
Sonando roncos,
La verde orilla:
Gratos aromas
El viento espira,
Cantan amores
Las avecillas.
Ojos hermosos:
Yo me aturdia,
Cuando me ciega
Luz improvisa,
Con mas incendios
Y mas ruinas
Que si centellas
Júpiter vibra.
Nunca posible
Será que diga
Que pena entonces
Me martiriza.
¡Qué feliz era,
Qué bien hacia
Mientras huyendo
Sus fuegos iba!
¡Ojos hermosos!
Si conocida
A vos os fuese
Vuestra luz misma,
O en el espejo
La reflexiva
Tanto mostrara,
Conoceríais
Qué estrago al orbe
Se le destina,
Bien con enojos,
Bien con delicias.
¡Ay, cómo atraen,
Cómo desvian,
Cómo sujetan,
Cómo acarician!
Piedad, hermosas
Lumbres divinas,
De quien amante
Os solemniza.
Y si á mi verso
La suerte amiga
Da que en el mundo
Durable exista,
Aplauso eterno
Haré que os siga,
Y en otros siglos
Dareis envidia.

XVI. *A Dorisa, exhortándola al estudio de la poesía.*

Dorisa, si pretendes
Aplauso y fama eterna,
A obsequios de las musas
Tus años encomienda.
Estas dulces, afables,
Bellísimas doncellas,
Harán que de la muerte
Siempre vivas exenta.
Ellas dan regocijo,
Y el consuelo franquean:
Ellas dan el descanso,
Y el júbilo dan ellas.
La gracia y el donaire,
La voz y la belleza,
Los años lo arrebatan,
Y á no volverlo llevan.
Pero á los dulces verso
Y sonoras cadencias,
Del arte producidas,
El tiempo no hace mella.
Del alto Guadarrama
Las rocas y las breñas
Verás faltar primero,
Que estos versos perezca
Fué Safo la mas docta
De las muchachas lesbias
Y si no mas horrible,
No fué la menos fea.
No obstante, por sus ve
Empezó vida nueva,
Despues del precipicio
De la léucada peña.
Viviendo la burlaban,
Muriendo la celebran,
Por ser grande en el núm
La que en cuerpo pequeñ
No la fealdad sola,
Mas la misma belleza
Al valor de la musa
Rendida se confiesa.
Hermosa fué Corina
Entre las damas griegas,
Y en nuestra edad ningun
De su beldad se acuerda.
Pero celebran todos,
Que en métrica contiend
Triunfó por cinco veces
Del Píndaro de Tebas.
Marchitarán los años
Tu juventud risueña;
Pero borrar los versos
Al tiempo se le veda.
Vivirás celebrada
En la edad venidera,
Y no como á los necios
Te ocultará la tierra.
No son á las mujeres
Imposibles las ciencias;
Nicostrata responda,
Sabá é Hipsicratéa.
Animo pues, hermosa,
Tú sígueme, y no temas;
Remóntate conmigo,
Y hasta el Parnaso vuela.

XVII. *El Premio del ca*

Dame la limetilla
Con el Pedro-Jimenez,
Dorisa, si me pides
Que tus años celebre.
De este néctar los dios
En sus convites beben,
Y en copa de oro á Jove
Le sirve Ganimedes.
Este licor suave
Da favores alegres,
Disipando del alma
Inquietudes crüeles.
Este licor el númen
Para cantar enciende;
Y así, mientras de rosa
Me corono las sienes,
Y añado cuerdas de oro

A la lira luciente,
Para que el plectro dócil
Son delicado preste;
Dorisa, si me pides
Que tus años celebre,
Dame la limetilla
Con el Pedro-Jimenez.

XVIII. *Grato recuerdo.*

¡Noche postrera
Del mes de marzo,
Que última fuiste
De mis trabajos!
Todo tu giro
Yo desvelado
Ni envidié el sueño,
Ni su descanso.
¡Noche dichosa!
Tengo jurado
De venerarte
Todos los años,
Para memoria
De bien tan alto,
Y agradecido
Daré holocausto.
Una cordera
Yo te consagro,
Que entre las altas
Yerbas del prado
Crece con brincos
Y retozando:
De adormideras
Y de mastranzos,
Tobas y murtas
Te la enguirnaldo.
Vosotros finos
Amartelados,
Que ser felices
Vais esperando;
Cuando tal noche
Llegue, alegraos,
Y aun obligadla
Con el encanto
Para que os traiga
Propicios hados.
Yo á sus tinieblas
Prometo, en tanto
Que el cielo oscuro
Doren los astros,
De celebrarlas
Con himno sacro;
Pues ellas fueron
Las que premiaron
Una esperanza
De muchos años,
Con las delicias
Que gozo y callo.

XIX. *Disculpa de un error.*

Niña, mal haya
Mi vida siempre,
Si yo lo dije
Por ofenderte.
Fulmine el cielo
Rayos crüeles,
Y el mar en ondas
Fiero me anegue.
Los elementos
Tu injuria venguen,
Si yo lo dije
Por ofenderte.
Tenme por hombre
Falaz y aleve,
Nunca me juzgues
Por inocente;
Jamás tus ojos
Mire yo alegres,
La luz que al orbe
Le dan, me nieguen;
En tu desgracia
Eternamente,
De tí apartado,
Muriendo pene;
Nunca sin odio
De mí te acuerdes,
Si yo lo dije
Por ofenderte.

XX. *Amante feliz.*

Vencí, vencí, Cupido,
Madre Venus, Amores,
La celestial Dorisa
Ya por fin apiadóse.
Ceñidme de guirnaldas,
Coronadme de flores,
Y deshojad los mirtos
Sobre mi frente jóven.
Yo ví los claros ojos
Vibrando resplandores,
Que entre negras pestañas
Amorosos se esconden.
Yo ví la hermosa boca,
Que respiraba ardores
Y fragantes aromas
Y el néctar de los dioses,
Pronunciar entre perlas
Suavísimas razones,
Que el pecho me colmaron
De un consuelo sin nombre.
Dichosas mis fatigas
Y mi ardimiento noble,
Que merecer pudieron
Tan ricos galardones.
No, Aurora, te apresures
A humedecer los montes,
Ni á Febo le permitas
Que con su luz los dore.
Haz que su carro vuelque
Y dilate la noche,
Y eternamente cubra
De tinieblas el orbe.
No desveles tan presto
A los cansados hombres;
Deja que ellos sosieguen,
Y que un amante goce.

XXI. *El Vino dulce.*

Venus y Baco un dia
Quisieron que yo apure,
Ella sus confituras,
El otro sus azumbres.
Cada cual á su bando
Procura que me junte:
Yo dije, que ninguno
Tomase pesadumbre.
Que á entrambos serviria
Con mil solicitudes;
Y porque ni Dione
Ni Bromio se disgusten,
Ser goloso y beodo
Es cosa que me cumple;
Y así, beberé vino,
En siendo vino dulce.

XXII. *La Vida poltrona.*

Ahora que he comido
Aun mas que troglodita,
Y como un sibarita
O un tudesco he bebido,
Y el cielo oscurecido
En el diciembre helado
Tiene el suelo mojado,
Y la tarde es pesada,
Y el teatro me enfada
Por tanto desatino,
Echame otra vez vino,
Y tiéndeme la cama,
Muchacha remolona,
Y sobre mi persona
La manta palenciana
De veinte y cinco libras
(Que es tara de mosquete),
Y desde el pié al copete
Envuélveme, chiquilla.
El llover me molesta,
Y dormiré una siesta
Poltrona á maravilla.
Y si algun majadero
Viene, no hay que llamarme;
Que despertar no quiero
Sino para acostarme.

XXIII. *Todas merecen.*

Agrádanme las feas
Porque son agradables,
Y las que son hermosas
No es mucho que me agraden.
Me gustan las morenas,
Que son algo marciales,
Y las blancas, que tienen
El rostro como un ángel.
Las de los ojos negros
Con imperio me atraen,
Y los ojos azules
Son ojos celestiales.
Me encanta el rubio pelo
Al oro semejante,
Y el negro, que en los hombros
Cándidos se dilate.
Son para mí heroinas
Si son altas y grandes,
Y damas señoritas
Las que no fuesen tales.
La gruesa me parece
Matrona respetable,
Y ninfa delicada
La que es un poco grácil.
Que el ser de buen contento
Es cosa muy loable,
Segun dicen antiguos
Filósofos morales.
Por eso todas ellas
Logran enamorarme;
Y ¿veis cómo soy hombre
Prudente y razonable?

XXIV. *Gocemos hoy.*

Hernando, si la vida
Es círculo tan breve,
Que apenas se comienza
Ya vemos que fenece;
Si el dia que se pasa
Jamás al mundo vuelve,
O bien se llore triste,
O bien se goce alegre;
Si los graves cuidados
Aceleran la muerte,
Y solo sabe huirlos
Quien como tú es prudente;
Merezca tu desvelo
Lo que enmendarse puede;
Y de lo inevitable
Ni aun quiero que te acuerdes.
Brindemos dulces vinos
En plácidos banquetes,
Y con laurel y yedra
Coronemos las sienes.
Despues de haber bebido
La cítara se temple,
Y cantemos süaves
Amores y desdenes.

Recibe á la fortuna
Si á tus umbrales viene;
Mas no para alcanzarla
Te afanes y desveles.
Pues es virtud y fuerza,
Mostrar ánimo alegre
En las adversidades
Que remediar no puedes.

XXV. *Todos son locos.*

Burla y desprecia el jóven
Los juegos de los niños,
Y ya varon se rie
De lo que jóven hizo.
Estos al viejo insultan
Rezador y aburrido,
Que en su dictámen terco
No se allana á sufrirlos.
Ninguno se retracta:
Y yo en discordia digo,
Que todos razon tienen,
Que todo es desatino.

XXVI. *Corto poder de los hombres.*

Dime dónde se oculta
El dia que se pasa,
Con qué llave se encierra,
O si es de bronce el arca;
O dime, si tú sabes,
Con qué máquina ó trampa
Se suspenderá el curso
Que nuestra vida acaba;
O si con cien millones,
O con mas, si no bastan,
Retardará su golpe
La muerte sobornada.
Si con dinero ó letras
Se puede hacer, despacha,
Si no, tu hacienda es polvo,
Y tu ciencia ignorancia.

XXVII. *Mi golosina.*

No como Anacreonte
El lírico poeta,
A quien siempre beoda
Dictó la musa teya;
Ni como el otro amante
De Lálage y Glicera,
Cuya lira latina
Compite con la griega:
Tengo por Hipocrene
La tinajilla añeja,
Ni es mi Libetra el jarro,
Ni Helicon la botella.
Ni tampoco reparo,
Si mi vino se acuerda
Del viñadero moro
Que le apretó la tuerca.
A mí las nueve hermanas
Su influjo me franquean
Mejor con la dulzura
Que no con borracheras.
Antes que de mosquitos
Cercado iré de abejas;
Mas por los colmenares,
Que no por las bodegas.
Y así, Dorisa, al punto
Saca de la despensa
La almíbar lusitana,
Con plato á la chinesca;
O el tarro en que se guarda
La pinciana conserva,
Con acitron de Murcia,
Las orzas de Valencia;
O un terron duro y blanco
De la miel alcarreña,
Que en romerales liban
Mis aves aristeas.
Y en una rebanada,
Como las hostias mesmas,
Estiéndela tú propia
Con esas manos bellas.
Y luego dame un vaso
De cristal de Venecia
Con agua clara y fria,
Que en los dientes la sienta.
Con esto sí que el pecho
Se endulza y se consuela,
Y ya la voz süave
Para cantar se apresta.
De laureles y rosas
La guirnalda me tejan
Las ninfas delicadas
Como á jóven poeta.
Que no quiero corona
Como la que nos muestran
Del Baco semeleyo,
Con pámpanos y yedra.
Entonces sí que alegre
Cantaré de manera,
Que haré que suene ronca
La cítara de Tebas.
Despacha; mas si gustas
Que yo del vino beba,
Alcanza de Peralta
La ensogada limeta,
La de Jerez y Rota,
O el canarino néctar,
O aquella que escogida
Remite Valdepeñas.
Gustaré con templanza,
Pero no á la tudesca;
Y si á brindar me obligas,
Con golosina sea.

XXVIII. *Escelencias del ingenio sobre las riquezas.*

Fortuna puede hacerme
Rico, dándome renta,
Y á ti no podrá, necio,
Hacerte un gran poeta.
Que al fin me haga á mí rico
Puede ser que suceda;
Mas que te dé á ti ingenio,
No es posible que sea.

XXIX. *A un rico ignorante.*

Dios y el rey á porfía
Parece compitieron
Con los dos en favores,
Y nos enriquecieron.
El rey, de sus bajeles
Descargó el rico peso
Para llenar tus arcas
Del oro macilento.
El soberano, el grande,
El alto y el inmenso
Dios no me dió riquezas;
Pero me dió el ingenio.
Con él me dió la gracia
De no ser avariento,
Y el rey no puede darte
De tu hacienda desprecio.
Y así eres vil esclavo
De tu propio dinero,
Sin valor de gastarlo,
Con temor de perderlo.
Yo no temeré nunca
Perder lo que no tengo,
Ni el no tenerlo lloro,
Ni á conseguirlo anhelo.
Consumirán tu hacienda
Notarios y herederos,
Y en la mia no tiene
Jurisdiccion el tiempo.
Cuando tú y tus doblones
Esteis cenizas hechos,
Cuantos amen las musas
Celebrarán mis versos.

XXX. *Mi pobreza.*

Confieso que soy pobre,
Y que lo he sido siempre;
Mas no de ruin estirpe
Ni viles procederes.
Todos me leen y dicen,
El *Moratin* es este,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.
Desde el Nilo te sirve
La tórrida Siene,
Y en tu rancho trasquilas
Rebaños como nieve.
Yo soy pobre, tú rico;
Pero con cuanto tienes
No es posible que compres
El númen que me enciende.

XXXI. *Hambre é inapetencia.*

Muchos que comer tienen
Pero no tienen ganas;
Otros estan hambrientos
Y que comer les falta.
El tener uno y otro
No debo á herencia ó trampa,
Solo á Dios se lo debo;
A Dios pues doy las gracias.

XXXII. *El sabio y el rico*

Soy pobre, pero tengo
Virtud que me consuele;
Y no envidio, Licino,
Tu grandeza y tus bienes.
Admiracion y aplauso
Mis números adquieren,
Y tengo fama en vida
Mas que muchos en muerte.
Los techos de tu casa
Cien columnas mantienen,
Y encierras en tus arcas
Las minas de occidente.
Mas no con todas ellas,
Y aun si dobladas fuesen,
Adquirir lograrias
El númen que me enciende.
¿Y he de envidiarte, cuando
Lo que soy ser no puedes?
Lo que eres tú, cualquiera
De la ignorante plebe.

XXXIII. *La mujer humilde.*

Claudio, en toda la tierra
No hay cosa mas sublime,
Ni de valor mas grande,
Que la mujer humilde.
En tal virtud se cifran
Escelencias insignes:
Ni el oro de la Arabia,
Ni Tarsis la compiten.
Así venció Briseida
La cólera de Aquiles,
Y apiadó Sisigambis
Al macedon terrible.
Una mujer soberbia,
Aunque mirando hechice,

(*) Esta anacreóntica parece ser la ... regida, en la cual hemos suprimido ... que se repiten.

Con toda su belleza
Es monstruo aborrecible.
Por eso, ya que el pecho
A una pasion rendiste,
Leonora te la inspira,
Que es hermosa y humilde.

XXXIV. *La fama póstuma.*

Musa, dame coronas,
Dije, que ya he cantado,
Y es consecuencia justa
El premio, del trabajo.
Pero desde la cumbre
Florida del Parnaso
Voló la ninfa, y dice:
¡Oh, jóven temerario!
Si algun honor merecen
Tu númen y tu canto,
La vida siempre estorba
Para adquirir aplausos.
Porque la torpe envidia
Con atrevida mano,
Arranca de las sienes
Coronas que reparto.
Mas para que no juzgues
Que el odio puede tanto,
Que en olvido oscurezca
Versos que yo he dictado,
Sabe que un monumento
Erigiste mas alto,
Que el de tu rey ilustre
Magnífico palacio.
Y cuando Libitina
En el sepulcro avaro
Te precipite, y callen
Los afectos humanos,
Entonces fama eterna
Hará tu nombre claro,
Y sobre tus cenizas
Se hacinarán los lauros.

XXXV. *A don Agustin de Montiano y Luyando.*

Soñé que al hijo rubio
De Latona dije esto:
Para aprender, Apolo,
Enséñame tus versos.
Enséñamelos, dije,
Y él me respondió: necio,
No los hago, que solo
Influyo para hacerlos;
Pero si ver procuras
Los mejores modelos,
Y tanto, que por mios
Los adopto yo mesmo,
Vete a la imperial corte
Del gran Carlos Tercero,
Y al trágico Leginto
Busca, busca al momento.
Hallarasle en su estudio
Consonancias midiendo,
Cotejando las obras
De latinos y griegos.
Verás allí un estante
A su lado derecho,
Y un legajo precioso
Con diferentes metros.
Los mas son manuscritos,
Y muchos hay impresos,
Que estarlo merecian
En mármoles eternos.
Por señas que allí dice:
Montiano los ha hecho;
Repásalos, y aprende,
Que aquellos son mis versos.

XXXVI. *A los dias del coronel don José Cadahalso.*

Hoy celebro los dias
De mi dulce poeta,
Del trágico Dalmiro
Blason de nuestra escena.
Venga la hermosa Filis,
Y mi Dorisa venga,
Dorisa la que canta
Con la voz de Sirena.
Brindaremos alegres
Hasta perder la cuenta
En las tazas penadas
Del oloroso néctar.
O si mas nos agrada
La antigua usanza nuestra;
Muchachos diligentes,
Sacad la pipa añeja.
Y en aquel mar de vino,
Como naves de guerra,
Naden con altas asas
Las anchas tembladeras.
Bien hayan nuestros padres,
Que en sus bárbaras mesas
Bebieron con toneles,
Brindaron en gamellas.
Así hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
Los cuidados molestos
Que la vida atropellan.
Y si viene la muerte,
En semblante severa,
No podrá ya quitarnos
La celebrada fiesta.
Pues si para evitarla
No sirve la tristeza,
Y es su venida al hombre
Tan pronta como cierta;
Brindemos muchas veces
El tiempo que nos queda;
Dancemos y cantemos,
Y déjala que venga.

XXXVII. *A mis dias.*

Las vueltas de los cielos
Hoy trajeron mi dia,
Para que le aplaudamos
Con regocijo y grita.
Otros he celebrado
Con placer y alegría;
Pero yo no sé cómo
Se huyeron tan aprisa,
Ni dónde se escondieron,
Que no tengo noticia
De ellos, para volverlos
A gozar todavía.
El presente se pasa
Con la prontitud misma,
Y no sé si el futuro
Me encontrará con vida.
Pues, ¿no es una locura
Que yo anhelando viva
Por lo que, aunque me afane,
No es cierto que consiga?
Si no sé si mañana
Veré la luz vecina,
¿Por qué pierdo un instante
De aliviar mis fatigas?
Pues, huyan los pesares,
Y baile mi Dorisa,
Y venga la botella
Del licor de Montilla.
Y de arrayán y yedra
La guirnalda me ciña
La rubia sien, y luego
Venga, venga mi lira.
No cantaré las armas
De Aquiles, ni de Atridas;
Mas sí de Amor y Venus
Las amables delicias.
Y de mis camaradas,
Sentado en compañía
Recostado en la mesa,
No escasa, aunque no rica,
Mantendré hasta la noche
Plática divertida,
Tocando las especies,
Al paso que se brinda.
Y estaré tan contento,
Como si fuesen mias
Las flotas orientales,
Y el oro de las Indias.
Y pues su curso el tiempo
No es posible reprima;
Mientras viene la muerte,
Gocemos de la vida.

XXXVIII. *En elogio de las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid.*

No pido, sacro Apolo,
La trompa penetrante,
Que pende en las columnas
De pórfido y de jaspe.
Pues no cantar intento
Fatigas militares,
Las armas y varones,
Banderas y estandartes.
¡Qué coro de doncellas,
Hermosas en semblante,
En manos oficiosas
Y en celo infatigables,
Con premios y preseas
Hoy miro congregarse,
De Mantua en el alcázar,
De Mantua, que es su madre!
Así dije, y la Fama
Volando por el aire,
Con su clarin de plata
Pronuncia voces tales:
Su olímpica palestra
La Grecia ya no ensalce,
Ni carros disparados
Desde la eléa cárcel;
Que España la dichosa,
España la triunfante
Bajo el augusto Cárlos,
Al mundo saber hace,
Que no solo la ilustran
Sus fuertes capitanes,
Sino hasta lo mas tierno
Del sexo bello y frágil.
Esa puericia honesta,
Que es la virtud su esmalte
Y el ocio vil y torpe
Bajo su planta yace,
Huyó las anchas plazas,
Las populosas calles,
Los tratos licenciosos,
Las danzas y donaires;
Fué de su casa al templo
Cuando el lucero sale,
Y antes que el alba asome,
Ya á casa se retrae.
En ella se ejercita
De Palas en las artes,
Y así como la diosa
Vencer pudiera á Aracne.
Artificioso torno,
Sonoro, está delante,
Que próvida acomoda
Con manos virginales.
No forma tal susurro
De abejas el enjambre,
Ni es mas grata al oido
La cítara suave.
Añade á su armonía
Purísimos cantares:
Con ellos se divierte,

La alivian y distraen.
El pié sin descubrirse,
Llevando los compases,
Hace volver la rueda
En giros circulares.
Escarmenado copo
Del lino que la place
Coge en sutiles dedos,
De rosa y azahares.
Y en delicadas hebras
Hace que se dilate,
En hebras invisibles,
En hebras no palpables.
Discípulos de Apeles,
Alumnos de Timantes,
La doncella española
Así ha de retratarse.
No la pinteis moviendo
El cuerpo en torpe baile,
Con lujos peregrinos,
Vedados á sus madres;
Sino al trabajo atenta
Sin perder un instante,
Llenas de rubor casto
Sus luces adorables.
Huyendo, roto el arco
Y arpones penetrantes,
Al pérfido Cupido,
Y su alevosa madre.
Con miedo y reverencia,
Ante ella se retraen
Los ojos libertinos
Del atrevido amante.
Las matronas del pueblo
Y ancianos venerables,
Por nuera la apetecen,
Y su virtud aplauden.
Como aroma de Arabia
Que el pebetero esparce,
Así vuela su nombre,
Cual balsamo fragante.
Felicidad se èspera
Que de ella se propague;
Las prendas de tal hija
Son gloria de sus padres.
Toma, doncella, el premio
Debido á tus afanes,
Corona merecida
De tu virtud constante.
Y cuando las tareas
Con tonos acompañes,
Canta al piadoso Cárlos
Y su estirpe adorable.
Canta cómo desean
Verter por él su sangre
Sus claros españoles,
Guerreros y leales.
Naciones enemigas
De España formidable,
Cubrid la faz adusta
Con sombras y celajes.
Que si un tiempo la visteis
Belicosa y triunfante,
Hoy se ilustra: esto solo
La hará temida y grande.
Y si esforzada y docta
Cultiva nuevas artes,
Su gloria, su potencia
Crecerán admirables.
Esto dijo la Fama.
Vos, de la patria padres,
¿Es cierto, ó quiere Febo
Dulcemente engañarme?
Mas ya el eco resuena
Por plazas y por calles,
Y tal vez al anuncio
Esceden las verdades.
Y en tanto que de vuestro
Celo debe esperarse
Cuanto el arado rompe
Como la mano labre;
No os desagrade el rudo
Concento disonante,
Si aplaudiendo virtudes
Vuestro mérito aplaude.
Que al paso que se aumenten
Primores inmortales,
Ya sucederán cisnes
Que mas sonoros canten.

XXXIX. *Los lectores.*

Hay algunos lectores
En este ingrato mundo
De complexion tan rara,
De genio tan adusto,
Que no cual las abejas
Que en romerales mustios
A las mas bellas flores
Liban el dulce jugo;
Sino que como el torpe
Escarabajo oscuro,
Que ama el cieno y estiércol
Del muladar inmundo,
Así en cualquiera libro
Los conceptos mas puros
Sin reflexion los pasan,
Ni se detienen mucho.
Mas hallando algun yerro
(Que es un milagro sumo)
Parece que esto solo
Procuraban algunos.
Y á voces lo exageran
Celebrando su triunfo,
Y tildan á mis versos
Escondiendo los suyos.
Mas la musa desprecia
Tan frívolos insultos,
Y yo, ó bien de malicia,
O envidia les arguyo.

ROMANCES.

I. *Amor y honor.*

De la hermosa Belerifa
Era Benzaide el querido,
Moro discreto y galan,
Pocos años, mucho brio.
El que en las fiestas y zambras
Dando de su amor indicios,
Bordó la verde marlota
Con cifras de su apellido.
Desembarazar la lanza
Nunca le vió el enemigo,
Sin que sacase del golpe
En el adarga portillo.
Gozábanse dulcemente
De la dama en el retiro,
Sin que tanta posesion
Originase fastidio.
Veinte lunas se pasaron
Sin dar alguno motivo
De recelo en la amistad,
De tibieza en el cariño.
Ya no se ven ni se buscan:
¿Qué causa puede haber sido
La que llegó á separar
Dos corazones tan finos?
La ingrata Fortuna sola,
Que por costumbre ha tenido
A quien favorece Amor
Mirar con ceños esquivos.
El rey le negó los premios
En la guerra merecidos,
Retirando á la alcazaba
Sus despojos y cautivos.
Triste llega á los umbrales
De su dama y afligido,
Sobre una encintada yegua
Con el bozal de oro fino.
Vióla salir al balcon,
Y con ademán sumiso,
Arrodillando la alfana,
Inclinó el penacho altivo.
Humilde, con voz turbada,
Y suspirando la dijo:
Mi linda mora, los cielos
Guarden tus años floridos.
No ignoras que para amor
Ni me sirves, ni te sirvo;
Aunque estén los corazones
Recíprocamente unidos.
Para llamarnos esposos
(El honor así lo quiso)
Nos debe allanar primero
Suerte feliz el camino.
Y es tan escasa la mia,
Como ya, mi bien, lo has visto:
Que nada alcanzan mi celo,
Mi valor ni mis servicios.
Quédate en paz, y á los cielos
Por último don les pido,
Que antes de llegar á Loja
Logre hallar á don Rodrigo,
Maestre de Calatrava,
Del rey Fernando caudillo;
Pues con su muerte ó la mia
Mi desgracia finalizo.
Si le venzo, volveré
De recompensa mas digno,
Y el rey no sabrá negarme
Las mercedes que le pido.
Y si me vence, la vida
Acaba que desestimo,
Pues no la quiero sin tí,
Desdichado y ofendido.
Belerifa le responde:
No temas, Benzaide mio,
Que mirando al interés
Ponga tu amor en olvido.
Antes saldré de Granada,
Huyendo sola contigo,
A que nos den su favor
Los cristianos fronterizos.
Tomóla el moro la mano,
Alzándose en los estribos,
Y arremetiendo la alfana,
La lanza pedazos hizo.
A tu noble amor le toca
Despecho tan atrevido,
Y toca á mi pundonor
Esta accion, el moro dijo.
Y viéndola acongojada
Con lágrimas y suspiros,
Escaramuzando triste
Siguió de Loja el camino.

II. *Consuelo de una ausencia*

Ausentábase Alboraya
De los muros de Madrid,
La mora que mas hermosa
Plegó almaizar tuneci.
Blanca, rubia y colorada
Con los ojos de zafir,
En la zambra muy maestra,
En el adufe y lilí.
A despedirla salió
El gallardo Abenozmin,
Un morillo que á la bella
La sacó fuera de sí;
En las cañas y sortija
El mas diestro y mas gentil,
El que de un golpe divide
La jarameña cerviz.
Servia á la mora el moro,
Y rendidos en la lid,
Enviaba á sus mazmorras
Los cristianos mil á mil.
Sobre un alazán cabalga
Hijo de Guadalquivir,

Y le fulmina al tocarle
El acicate sutil.
  Lleva adornado el bonete
Con hebras de oro de Ófir,
Digo, con rubios cabellos
Que prendió su dama allí.
  Las plumas y martinetes
Confunden colores mil,
Y al cielo estrellado imita
Rica marlota turquí.
  El corvo alfanje suspende
Del bordado tahalí,
Muchas veces vencedor
En el alcance y la lid.
  Pintó en la adarga de Fez
Un corazon de carmin,
Con un mote que decia:
Esta el corazon te dí.
  Preciosa cadena de oro,
Sobre el pecho, en un viril,
Cuelga el retrato adorado
Entre el diamante y rubí.
  Tan bizarro salió el moro,
Que las damas de Madrid
Ni dejan los miradores,
Ni le cesan de aplaudir.
  El, viendo ya de las puertas
Su linda mora salir,
Escaramuzando en torno
La saludaba gentil.
  Correspondióle agradable,
Diciéndole: Abenozmin,
Aláh sabe lo que siento
Esta jornada infeliz.
  Si sabes corresponder
A lo que verás en mí,
De tu amor el premio puedes
A tu voluntad medir.
  Para probar los amantes
(Prueba que nunca temí)
Es oportuna la ausencia,
Ausencia que tiene fin.
  Si, como dices, me adoras,
No te debes afligir;
Pues conociéndome mas,
Muestras la fe que hay en tí.
  Humilde responde el moro:
Gallarda señora, así
Permita el cielo que venza
En batalla al fiero Cid,
  Como yo seré constante,
Aunque lluevan sobre mí
Mas desdichas, que al cristiano
Le causó nuestro Tarif.
  Aláh te guie, pues sabes
Con ingenio tan sutil,
Esperando merecer,
Hacer la ausencia feliz.

III. *Abdelcadir y Galiana.*

  Ya cabalga Abdelcadir
Cuando Febo se escondia:
Noche en que acuerda el cristiano
El natal de su Mesías.
  Y sin temor de rebatos
El fuerte moro se anima,
Contra las leyes de Marte,
A darle á Amor pruebas fijas.
  Era el gallardo africano
El campeon de la morisma,
Alcaide en Guadalajara,
Y adalid de su milicia.
  Galán danzando la zambra,
Diestro en cañas y sortija,
Y su esfuerzo era el asombro
De entrambas á dos Castillas.
  Galiana de Toledo,
Muy hermosa á maravilla,
La mora mas celebrada
De toda la morería.
  Boca de claveles rojos,
Alto pecho que palpita,
Frente ebúrnea, que adornó
Oro flamante de Tibar.
  Esta, con sus ojos bellos
Y atractivos de su risa,
Tiene el corazon del moro
Y toda el alma cautiva.
  Cada vez que á verla va
Una vereda practica,
Que desde Guadalajara
Hasta su jardin le guia.
  Nueve noches vive ausente,
Que las nieves lo impedian;
Mas ya no puede sufrir
Celos que su pecho agitan.
  Ese famoso Bernardo
Que del Carpio le apellidan,
Sobrino del rey Alfonso,
Jóven de grande valía,
  A Leon viniera entonces
Triunfante de Francia altiva;
El emperador vencido,
Y arrolladas sus insignias.
  Mató á Roldan encantado,
Cuerpo a cuerpo, en lid reñida,
Y la espada Balisarda
Sacó de su sangre tinta.
  El rey cristiano su tio
Con embajada le envia
Al toledano Abencir,
Y á Galiana su hija.
  Grandes presentes llevaba
De joyeles de alta estima,
Y un rico brocamanton,
Cosa que par no tenia.
  El broquel de Durandarte
Con Belerma allí esculpida,
Y la almádana espantosa
Que á Urjel de la Maza quita.
  Con esto, y cien estandartes
De las naciones vencidas,
Sale de Leon Bernardo
Con muy gran caballería.
  Abdelcadir arde en celos,
Que de ello tuvo noticias,
Y teme que el leonés
No le interrumpa su dicha.
  Mandó sacar de sus anchas
Y hermosas caballerizas
Su yegua, la mas veloz
Que produjo Andalucía.
  Es fama que la alazana
Del raudo céfiro es hija,
Y le vence en la carrera
Cuando al padre desafia.
  Dos cristianos curan de ella
Y á recaudo la tenian:
Nuño Fernandez de Salas,
Fortun de Lara García.
  Las crines y riendas de oro
Con la izquierda mano asidas,
Sin poner pié en el estribo,
Airoso el bárbaro brinca.
  Lanza toma de dos hierros
Que acicalados lucian,
En sangre de sus contrarios
No pocas veces teñida.
  Dos alas en el escudo
Pintó, que al sol se encaminan,
Con una letra que dice:
Alas mi amor necesita.
  El bonete á quien adorna
Tembladora argentería,
Con plumas gualdas y azules,
Al lado diestro derriba.
  Debajo del alquifá
Jaco apretó y coracinas,
Que le diera Jaira, hermana
De Abenrajel de Zorita.
  Desde el hombro pende al lado
De aceradas cadenillas,
Presa con el almaizar,
Cimitarra damasquina.
  Y en señal de estimacion
Se puso la manga rica
Que le bordó Galiana,
De inestimable cuantía,
  De perlas y de rubíes
Recamada y de amatistas:
Que la aprecia el moro en mas
Que á Zeca y Meca y Medina.
  Toma el oculto camino
Por la senda conocida,
De alhazor y de carrizos,
De retamares y olivas.
  ¡Ah, Galiana cruel!
Iba diciendo con ira,
Plegue á Aláh que á tu lindeza
Tu inconstancia no compita.
  Bella infanta de Toledo,
¿Por qué a un cristiano te inclinas,
Pagando á tu amartelado
Con rigores y falsías?
  Mas ya cierra negra noche
De vendaval y ventisca:
Larga la apetece el moro,
Y oscura la necesita.
  ¡Ah, míseros amadores,
Que os da el peligro osadía,
Y la esperanza os convierte
Los afanes en delicias!
  Lijero, mas que el Henares,
Caminaba por su orilla,
En la vega deleitosa
Que sus aguas fertilizan.
  Inclina el rostro de lejos
A Meco, la santa villa,
Que le acuerda la que tiene
Del Profeta las cenizas.
  Pasa en silencio el lugar
Donde el secreto peligra,
Que en sus lomas le repite
Eco, la parlera ninfa.
  Huyó la antigua Alcalá,
Torciendo un poco la via
Por la cuesta de Zulema,
Entre sus breñas erguidas.
  Ya de Titulcia atraviesa
Los olivares y viñas,
Donde Jarama á Tajuña
Aguas y nombre le quita.
  Vadeando pasa el rio,
Aunque soberbio venia,
Y en medio de sus toradas
Cruza galopando y silba.
  Saluda del nuevo sol
La luz que se descubria,
Y durante su carrera
Mas vagaroso camina.
  Deja a un lado los majuelos
Que enriquecerau á Esquivias,
Y á otro el inculto Aranjuez,
Hoy jardin de Falerina.
  Ya llega a la alta Boroj,
Aire toledano espira,
Y á la yegua el fuerte moro
Mas la acosa y mas la pica.
  Las llanuras atraviesa,
Parte á carrera tendida,
Suelta al aire el alquicel,
Da en el codon la mochila.
  Jamás olímpico circo
Vió escapada tan lucida;
Si es quien le conduce Amor,
Este sí que es buen auriga.
  Siguiendo el dorado Tajo,
Entre copadas encinas,
A Moceyo dejó atrás
Despues de la árida villa.
  La noche su negro manto
Estiende callada y fria,
Y solo el viento se escucha
Que los árboles agita.

Llega en paz, amante moro,
Y el vano temor disipa;
Que los hechos temerarios
Á las mujeres obligan.
Ya esta en Toledo, y oculto
Busca entre la sombra amiga,
De su princesa adorada
Los alcázares que habita.
Ella impaciente le aguarda;
Habla á solas y suspira,
Y maldice el temporal
Que así dilata su dicha.
Por los dorados andenes
Vaga inquieta, y no se enfria:
Quien sabe lo que es amor,
Si esto es imposible diga.
Pomposo zaragucel
De blanco túan vestia,
Hasta el morado chapin,
Con muchos pliegues y listas.
Labrada con gran primor
Lleva una marlota encima,
La mitad era turquí,
La otra mitad amarilla.
Un velo sobre el tocado,
Que un peine de nácar riza,
Colgando el sutil cendal
Con invencion nunca vista.
Verde liston ó diadema
Su frente hermosa ceñia,
Con zafiros y balajes,
Y una media luna encima.
Rojos corales al cuello,
Fragante y sutil camisa,
Y un apretador azul
Con dos lazos que pendian.
Llegando el moro al umbral
Pequeño pito tañia,
Otro le responde adentro,
Y el postigo facilitan.
Y atando la yegua al tronco
Que un ancho moral cubria,
Sube por un caracol
Con la esclava Geloïra.
Cual fué de los dos amantes
El saludo y bienvenida,
Júzguelo quien apartado
De sus amores suspira.
Solo la fama contó,
Que así que llegó á su vista,
Quedó el moro satisfecho
De los celos que traia.
Vanse á abrigado retrete
De persianas alcatifas,
Dorado guadamecí,
Cañamazos y ataujía.
Oculto perfumador
De mármol, ámbar espira,
Y el alto zaquizamí
Desde el suelo aromatiza.
Hay rico escaño de alerce
Y un blando almadraque encima:
Allí reposan, y en dulces
Miradas su gozo esplican.
La esclava se retiró;
Y entre dos almas tan finas,
El amor, la soledad,
Y la noche, ¿qué no harian?

IV. *Don Sancho en Zamora.*

Por la ribera del Duero
Tres jinetes cabalgaban,
Caballeros castellanos
De gran nombradía y fama.
Trotones llevan lijeros
Y ganosos de batalla,
De acero luciente armados
Desde la frente a las ancas.
El aire manso tremola
Pendoncillos de sus lanzas,
La de enmedio va en la cuja,
Los del lado la enristraban.
Martinetes y garzotas
En las penacheras altas
Coronan dorados yelmos,
Que al rayo del sol brillaban.
Sobre los quijotes penden
De los tiros las espadas,
Y al mover de los caballos
Iban sonando las armas.
Con escarces y bravura
Llegan batiendo la estrada:
Mirando van á Zamora,
A Zamora y sus murallas.
En ellas la plebe observa,
Los ricos hombres y damas,
Que quedan, aunque contrarios,
De su apostura prendadas.
De todos son conocidos
Cuando las viseras alzan,
Que ese noble rey don Sancho
Es el que en el medio marcha.
Y los que van á sus lados,
Puestos á son de batalla,
Eran la flor de Castilla:
El de Vivar y el de Lara.
De pechos sobre una almena
Mira y llora doña Urraca;
Con un delgado alfareme
Está cubriendo la cara.
Por la muerte de su padre,
Que ya en el cielo descansa,
Leonado color se viste
Y negro monjil arrastra.
Sus escuderos y dueñas
Mesurados la acompañan:
Ellas traen ricas patenas,
Ellos flojas martingalas.
Y quitando el antifaz,
La voz un poco levanta,
Y á su hermano le decia,
Que se detiene á escucharla:
Rey don Sancho, rey don Sancho,
El ardido en las batallas,
Valiente contra una débil
Mujer, sin culpa, y tu hermana.
¿Así del rey nuestro padre
La disposicion se guarda?
¡Oh, mal haya el caballero
Que al finado no le acata!
Sufren Elvira y García
Los rigores de tus armas,
Y allá en Toledo á los moros
Favor Alfonso demanda.
Cuando debiera Castilla
Libertar á toda España,
Con foso cercas mi muro,
Tu hueste mis campos tala.
Y azarques y sarracinos
En Segovia juegan cañas,
Y en Zocodover con cifras
Resplandecen sus adargas.
Y guarte, no llegue el dia
Que dandoles tú la causa,
Vengan a beber sus yeguas
Del Duraton y el Arlanza.
Ambicionando lo ajeno
Que tu padre nos dejara,
Con los cristianos aceros
Viertes la sangre cristiana.
¡Oh, cuánto fuera mejor
Esas iras emplearlas
Contra quien viera lo que es
Unido el poder de España!
Eso mismo quiero yo,
Responde don Sancho, infanta.
Mi padre erró, juzgue el mundo.
Soy rey. Esto digo, y basta.
Entonces ella quejosa
Prosiguió con voces altas:
¡Ah, soberbio castellano
El de la amarilla banda,
El de grabado gorjal
Y rapacejos de plata,
El de la dorada espuela,
Que yo le calcé, cuitada!
¿Quién creyera que Tizon
Contra mí se desnudara,
Cuando cabezas de reyes
Pensé me diera por arras?
Esto espere del amor
La mujer apasionada:
Bien sé lo que merecí,
Bien sé cómo se me paga.
Don Rodrigo de Vivar
Con la color demudada,
Turbado la respondiera,
Formando mal las palabras
Señora, sirvo á mi rey,
Tu afán me pesa en el alma
Lo demás hízolo amor,
Contra amor ninguno basta.
Entre multitud plebeya
Bellido Dolfos estaba,
Hijo de Dolfos Bellido,
Muy artero de asechanzas:
Y dijo: á pesar del Cid
No irá á sus tiendas mañan
El rey don Sancho con vida
Si mil vidas me costara.
Oyendo tales razones,
Con semblante y vista airad
Arremetió su caballo
Don Diego Ordoñez de Lar
Traidores sois, zamorano
Dice en voz tremenda y alt
Y os lo haré bueno en el ca
Cuerpo á cuerpo y lanza á la
Arias Gonzalo, al oir
Que á su ciudad denostaba
Caballeros, los del rey,
Gritó, no digais infamia;
Que hay hidalgos en Zam
De nobleza tan preciada,
Que ni en virtud ni en valo
Otro alguno los iguala.
Y en cuanto al reto, mis
Viven, y si honor los llama
Caballeros de mi sangre
Estiman la vida en nada.
Esto dijo Arias Gonzalo;
Y con astucia villana
El traidor Bellido Dolfos
Se apartó de la muralla.

V. *Empresa de Micer Jaq borgonon* (*).

En la villa que Pisuerga
Con diáfanas ondas ciñe,
Por alcázares reales,
Entre huertas y jardines,

(*) Micer Jaques, ó Jacobo de Lalain del Toison de oro, y camarlengo de Feli no, duque de Borgoña, fué hijo bastar dro de Luxemburgo, conde de San Polo aquel duque, y uno de los primitivos cab dicha órden. La corte de Borgoña era e tiempos el teatro de las empresas cab que consistian en una insignia con sn llevaba el mantenedor, regularmente quio de alguna dama, publicando de las condiciones con que la defendia; de que algun caballero queria lidiar, e A Borgoña pues acudian los aventurer las naciones á distinguirse, y no fueron que de España fueron á adquirir no recibir los obsequios de aquel sobera Fernando del Pulgar en sus *Claros Var* « por cierto no vi en mis tiempos, ni » los pasados viniesen tantos caballero » reinos y tierras estrañas á estos nuest » de Castilla é de Leon, por hacer arm » trance, como vi que fueron caballeros

palenque se dispone
barandilla y firme,
saugrienta liza
dican los clarines.
magnífico duque (1),
lo estéril y humilde
añas del linaje
dichoso naciste.
a esparcida arena
ta á marciales lides;
lo anhelante corre,
andamios oprime.
solio se levanta
gran rey que preside
nto real, que adornan
ldas y amatistes;
Alvaro de Luna,
ndestable, le sigue,
erior, escarchados
ar los borceguíes.
rica orfebrería
n collar de oro insigne,
rey de Aragon le diera,
lo en mil florines.
magnífico estrado
ados y tapices,
e Portugal,
e Castilla, asiste.
s trenzas alheñadas
osa crencha divide,
los hombros se recogen
lazadas turquíes.

ar por otras partes de la cristian- al conde don Gonzalo de Guzman, lerio; conoscí á Juan de Torres é lasco, Alfarán de Vivero é á mosen de Sayavedra, á Gutierre Quijada ego de Valera; é oí decir de otros que con ánimo de caballeros fue- mos estranjeros á facer armas con ballero que quisiese facerlas con ellas ganaron honra para sí e fama y esforzados caballeros para los fi- Castilla.» Otros nombres pudie- á los que cita Pulgar, y aunque no os que vinieron a España con igual nos muy famosos acudieron atrai- nta de galantería y magnificencia yo en la corte del rey don Juan II 434, se celebró junto á la puente el paso de Suero de Quiñones, que as; el año siguiente hubo en Se- tas mantenidas por Roberto, señor 1448 tuvo lugar la empresa á que romance. Micer Jaques, apellidado lero, quiso mostrar sus fuerzas y su rmando lo que decia la fama de unfos, y obtenida la venia del rey e le tuvo la plaza, combatió en Va- ego de Guzman, hermano de don zman, señor de Torija y conde Pa- bia torado con felicidad otras em- as partes. Diego de Guzman salió le herido en la cabeza, segun refie- Fernan Gomez de Cibdadreal, que na carta al espresado conde: «A ed le habrá arribado la loa de su como fijo de padre de raza se ovo e micer Jaques borgoñon. Mi epís- no la mando para dar a vuestra eso, mas la mando a dos cosas, que á vuestra merced contentamiento, su hermano va bien de la ferida de guarirá si Dios quiere, é yo lo afir- le mi arte me ha mostrado. La s- a para raparos de la mente, que lo á sabiendas le oviese prestado el la plasta de fierro sotil puesta a ue si el rey vedado se lo no oviera, un nieto al que tal diviése, ca juro por el cuerpo de Cristo, que fuera ro un año de primero que vuestro demandara el bacinete, etc.» — Nos portante poner esta nota para indi- idad del romance con los docu- ros que demuestran el carácter de se describe.

d.masid.nia, á quien dirigió el au- romance

Muy garrida, al lado suyo,
Color de púrpura viste
Blanca, infanta de Navarra,
Mujer del príncipe Enrique.
Ambas están rodeadas
De las damas que las sirven,
De meninas y donceles,
Y dueñas con sus monjiles.
Salió la condestablesa
Con preciosos faldellines,
Y una aljuba á la morisca
De cuchilladas sutiles.
El príncipe, en rico escaño,
Entre Cerdas y Manriques,
Y don Beltran de la Cueva
Muy en años juveniles.
Al son de bastardas trompas,
De un pabellon que se erige
En un canton de la plaza,
Con damascos y ornesíes,
De todas armas armado
Salió un guerrero terrible,
A quien de la frente al pié
Pavonado acero viste.
Era de bronce el escudo,
Y en francés la letra dice:
Que deja el alma cautiva
En los ojos de Amatilde.
A un corpulento frison
Los anchos lomos oprime,
Con paramentos de malla,
Y aun las riendas que le rigen.
Plumaje azulado oscuro,
Que sacude si se engríe,
Y al fuerte batir del casco
Dirán que la tierra gime.
El mantenedor valiente,
Despues que el palenque mide,
Alta la visera, al rey
Con voz atrevida dice:
Rey don Juan, si mis hazañas
Llegaron a estos confines,
Sabrás quien soy, y si no,
Tu y tus vasallos oidme:
Jáques de Lalaing me llamo,
De antigua prosapia insigne;
Que soy noble y borgoñon,
De mi empresa se colige.
Soy general de las armas,
Y del senado sublime
De Borgoña, y camarlengo
De su gran duque Felipe.
En mil justas y torneos
Logré victoria difícil,
Y a tu corte generosa
Por el lauro último vine.
Concédeme pues que en ella
Rete, emplace y desafie
A todos tus caballeros
De los que mas se distinguen.
Esto, en público pregon,
Con trompeta se repite;
Sordo rumor se difunde,
Mucho furor se reprime.
Iba el rey a responder;
Mas por la calle que sigue
Desde el Ochavo á San Pablo
Resonaron ministriles.
Y entre el vulgo que le cerca
Un caballero distinguen,
Que ansioso de pelear
Llega al palenque, y le admiten.
La lanza, así como entró,
Pasó de la cuja al ristre:
Banderilla verdegay
Tremolan los aires libres.
El generoso caballo
Despuntó los tamarices
Del Tajo en la verde orilla,
Entre céspedes y mimbres.
Los ojos son de esmeralda,
El color de blanco cisne,

La cola joyante seda,
Y hasta el estribo las crines.
Entró tan galán el jóven,
Que siu poder reprimirse,
Los unos le vitorean
Y los otros le bendicen.
Va un pajecito delante
Cuyos años no son quince,
De azul, amarillo y plata,
Color del dueño á quien sirve.
Lleva embrazado el escudo,
Y el peso apenas resiste,
Con siete cercos al canto
De acero bruñido y firme.
Todos del aventurero
Alta esperanza conciben,
Y sospechan que secreta
Licencia allí le encamine.
El poniéndose delante
De los reyes, hace humilde
Arrodillar al caballo,
Y que la cabeza incline.
Las doncellas de la reina
Se alzaron en pié á aplaudirle;
Pero una el rojo clavel
Trocó en blancos alelíes.
Es fama que era la bella
De los Toledos insignes,
Condes de la casa de Alba,
Con mas encantos que Circe.
Amor descubrió un secreto
Que muchas riendo envidien;
En tanto que los padrinos
El sol a entrambos dividen.
Micer Jaques borgoñon:
Gallardo español, le dice,
Alegra vuestra presencia
De tal modo á quien os mire,
Que aun yo, con ser estranjero
Y enemigo que os compite,
Me prendo de ese valor;
Y si gustais de decirme
Quién sois, lo tendré á merced;
Pues sabiendo con quién lidie,
O vencido, ó vencedor,
Será mi suerte felice.
Noble francés, le responde
El español, tú me rindes
Antes con tu cortesía,
Que la dura lanza vibres.
Don Diego soy de Guzman,
De tan generosa estirpe,
Que no es mas ilustre aquella
Que en real dosel nos preside.
Micer, que oyó que es Guzman
Y los conoce, concibe
Gran recelo, el trance teme;
Cauto disimula, y dice:
Hermosísimo garzon,
Cuanto siento, no es creible,
El que esponiéndote así
Tan poco tu vida estimes.
Por conservarte á tu rey
Combatiré y por servirte,
Hasta la primera sangre;
Despues te dejaré libre.
Sentido Guzman, responde:
Todo tu esfuerzo apercibe
Hasta matarme ó morir,
Que así en Castilla se riñe.
Y revolviendo las bridas,
Hace al caballo que brinque,
Y con denuedo y braveza
Escaramuzando gire.
A media rienda galopa,
Le sosiega y le reprime;
Tomó gran parte del campo,
Y hace á Micer que le imite.
Don Juan de Guzman, de la alta
Medinasidonia insigne
Primer duque, y de su casa
Escuderos y adalides.

Con los de su acostamiento,
La valla redonda ciñen,
Llevando dobles corazas
Bajo ropas carmesíes.
Y en caso de rompimiento
Procuraron prevenirse;
Que un estranjero en España
Halla siempre quien le admire.
Mas ya el condestable avisa,
Y sonaron añafiles:
Los dos fuertes caballeros
Con ímpetu fiero embisten.
Temblaron ambos caballos,
Y ellos en la silla firmes:
Cerca don Diego á Micer,
Y á lanzadas le persigue.
Pero viendo el borgoñon
Que en su caballo consiste
La desventaja, y Guzman
Tanto en el suyo confie,
Matársele pretendió:
Sacó la lanza del ristre,
Que arrojada, al noble bruto
Hijo del viento, dirige
Pero al ver el castellano
Venir el golpe terrible,
Revuelve el veloz caballo
Con prontitud de una tigre.
Y aunque a su salvo pudiera
Alancearle y herirle;
Como hidalgo se portó,
Como Guzman y Ramirez.
Jaques quitó del arzon
La partesana que esgrime,
Y don Diego, á cuchilladas
Trabándose, le recibe.
El francés de un solo golpe
Quiso que la accion termine:
Alza los brazos en alto,
Guzman que le aguarda finge;
Pero picando al caballo
Que dé en vacío consigue:
Micer al suelo cayó
Mal asido de las crines.
Ya esta el español a pié;
Entrambos á voces piden
Hachetas de desarmar,
Y escuderos se las sirven.
Faltó la esperanza en todos
Cuando notaron que riñe
Tierno un castellano Adonis
Con un borgoñon Alcides.
Al golpe que da parece
Que Marte la espada vibre,
Despida Belona el asta,
Y Jove el rayo fulmine.
Mas Guzman, ejercitando
Velocidad increible,
Entra y sale, y no hay encuentro
En que el francés no peligre.
El fiero batir confuso
De los aceros que esgrimen,
Hace al mas templado peto
Que se quebrante y se trice.
Así anduvieron gran pieza;
Pero ¿quién sabrá aplaudirte,
¡Oh Guzman! en esta empresa
Los hechos de armas que hiciste?
Avergonzado Lalaing
De que dura y no se rinde
El jóven, con ambos brazos
Y cuanta fuerza posible
Le fué, le descarga un golpe,
Que el eco sordo repite,
Haciéndole que un instante
Desatinado vacile;
Y en la despejada frente
Pequeña herida le imprime,
Con que el rostro matizó
Sangre del Segundo Enrique.
Mas no la pisada sierpe
Alla en la barbara sirte,
Ni leon que la saeta
Sintió en las anchas cervices,
Lanzando fuego los ojos
Y precipitado embiste
Por las puntas y los tiros
De fulminante salitre,
Como arremete el Guzman,
Da y hiere; y tanto resisten
Las armas, que la segur
En pedazos se divide.
Tira el borgoñon la suya,
Nueva esperanza concibe,
Y entrambos los combatientes
Desiguales fuerzas miden.
La corpulenta estatura
Del de Lalaing se distingue,
Que sobre el campeon de España
La altiva cabeza engríe;
Pero si no hay en Castilla
Luchador que le compite,
¿De qué el cuerpo agigantado
Al mantenedor le sirve?
Los dos a brazo partido
Asiéndose con ardides,
El impulso de sus fuerzas
Hace que en círculo giren.
Saltan piezas de las armas,
Rompen las hebillas firmes,
Nube de polvo los cubre,
De sangre y sudor se tiñen.
Así como dos montañas
De agua, que en el golfo triste
Noto y aquilon impelen,
Y hacen que se arremolinen,
Que gran tiempo combatiendo
Estremecen todo el linde;
Huyen al centro profundo
Tiburones y delfines,
Hasta que la menos fuerte
Llega al fin á sumergirse,
Y esotra los anchos mares
Corre, alborotando libre:
Así combaten los dos;
Pero el de Castilla insigne
Siente que el honor de España
En él entonces se cifre.
Y ardiendo en vergüenza noble
De heróico ardor se reviste:
Ase de nuevo al francés,
Y en sus brazos le constriñe.
Y aferrándole la gola
Con ambas manos le oprime,
Haciendo que el fuerte pecho
Descoyuntado palpite.
Dentro del yelmo se escuchan
Roncos suspiros y tristes:
Cayó á tierra el gran coloso,
Dudando todos si aun vive.
Guzman, la rodilla al pecho,
Por si piedad no le pide,
Saca el brillante puñal,
Levanta el brazo invencible.
Pero don Juan el Segundo
El cetro de oro que rige
Tiró airado, y diligentes
Los padrinos los dividen.
Buen rey, vuestra señoría
Perdone, el mancebo dice;
Que él es vano y afrentóme,
Yo soy Guzman, y vencile.
El rey dió a Micer la ropa
Rozagante que se viste,
Y el vencedor medicinas,
Y un espléndido convite.
Sus deudos, al son marcial
De atabales y clarines,
Le acompañan y conducen
Al pié del trono sublime.
Turbado pregunta al rey,
Si habrá mas en qué servirle,
Y él le respondió: Guzman,
Como quien eres cumpliste.

QUINTILLAS.

Fiesta de toros en Madrid.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.
Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.
Aja de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcon,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabon.
Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.
De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual mas hermosa,
Y Fatima la preciosa
Hija de Alí el alcadí.
El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.
Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.
No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,
Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.
Salió un toro del toril,
Y a Tarfe tiró por tierra,
Y luego a Benalguacil,
Despues con Hamete cierra
El temeron de Conil.
Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airon,
Sobre la inhiesta cerviz
Clavado con un arpon.
Todo galán pretendia

Ofrecerle vencedor
A la dama que servia:
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.
El alcaide muy zambrero
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
Todos miran à Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
Mas viendo se culparia,
Va à ponérsele delante:
La fiera le acometia,
Y sin que el rejon la plante
Le mató una yegua pia.
Otra monta acelerado:
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
A los de à pié que encontrara,
El circo desocupando,
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir:
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla, y dijo:
Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano.
Mucho le pesa à Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro lijero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero,
Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube,
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
En el yelmo los plumajes
Por los visos y celajes
Verjel de diversas flores.
En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendon,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
Ó á lo menos de venganza.
En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.
Era el caballo galán,
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademán:
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán.
Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto,
Ni mas hermoso paseo.
Dió la vuelta al rededor;
Los ojos que le veian
Lleva prendados de amor:
¡Aláh te salve! decian,
¡Déte el Profeta favor!
Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela, ni se estima.
Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
Mas cuando en medio se para,
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira:
Señora, sueños no son;
Así los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,
Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.
Sin descubrirle quién es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés:
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena.
Y supo, que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pié,
Y sus doncellas detrás:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.
Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detras de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.
La cola inquieto menéa,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu mas.
El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuánto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.
Mas ¡ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,
Ni llama así fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépido tronante
De sonora tempestad;
Como el bruto se abalanza
En terrible lijereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
Ó el monte y valle se hundia.
A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores escesivos,
Mi corto don admitiendo;
Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.
Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.
Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon,
Por brinquiño y por joyel.
Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.
Y en ronca voz, castellano,
Le dice: con mas decoros

Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.
Asi, dijo el de Vivar,
Respondo, y la lanza al ristre
Pone, y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompeteria.
Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acerca, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.
El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.
Y es fama, que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane a Madrid (*).

EPIGRAMAS.

I. *Filena devota.*

De imposibles santa Rita
Es abogada, y Filena
Con devocion muy contrita.
Reza á la santa bendita
A fin de que la haga buena.

II. *Correccion oportuna.*

Anda, que con un indiano
Se casa Marica Perez;
Pero es indiano que va,
Que no es indiano que viene.

(*) En el concepto de los inteligentes esta es la composicion mas acabada del autor: ella sola bastaria para dar celebridad á un poeta, y merece proponerse por modelo en su género, que si ha tenido despues aventajados secuaces, nada ha producido que pueda compararse con este bellísimo y animado cuadro, lleno de imaginacion, de sentimiento y de verdadera poesia.

III. *Laudable templanza.*

Ayer convidé á Torcuato:
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,
Dos gazapillos y un pato.
Doile vino, y respondió:
Tomadlo por vuestra vida,
Que hasta mitad de comida
No acostumbro á beber yo.

IV. *Saber sin estudiar.*

Admiróse un portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños de Francia
Supiesen hablar francés:
Arte diabólica es,
Dijo, torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal
Llega á viejo, y lo habla mal;
Y aquí lo parla un muchacho.

V. *Reflexion moral.*

La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo,
Y enternecido esclamaba:
¡Válgame Dios, lo que somos!

VI. *La lengua patria.*

Pregúntasme, ya lo veo,
Camilo, por qué escribí
Como el preste de Berceo:
Respondo, porque nací
Entre el mar y el Pirineo.

VII. *El gran teatro.*

El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles
Hacen primeros papeles...
Y á veces el entremés.

VIII. *Dorisa enojada.*

Enojada estás, Dorisa,
Y no obstante, tu afliccion
Mas que nunca se divisa:
No te dé el cielo ocasion
Por donde moverte a risa.

IX. *De un vizcaino.*

En Madrid un vizcaino
Admirado se quedó
Cuando pequeñito vió
Tanto muchacho doctrino.
Despues de veinte años vin
Y como ellos se parecen
Mas cuidados le merecen;
Y espantado dijo a dos:
Juras demonias de Dios,
Que estas muchachos no crece

X. *A una dama.*

Me pienso ya el mas feliz
De cuantos fueron y han sido
Pues en suerte me has caido
Bizarra y bella Beatriz:
Humillase mi cerviz
De muy buena voluntad,
Y te digo de verdad
Que es mi gusto tan estraño
Que aunque me has caido en a
Has de ser mi eternidad.

DECIMAS.

En la boda de un sarjento mayo

Celio estaba confiado
En sus pasadas victorias;
Pero nadie cantar glorias
Puede hasta haber acabado:
No le venció Marte airado,
Mas sí un niño enredador,
Porque vencerá el amor
A sarjentos superiores,
Si los hubiera mayores
Aun que el sarjento mayor.
Preciábase de invencible,
Y Amor fiero é insolente
Dijo: no ha de haber vivient
A quien yo no sea temible:
Juzgó vencerle imposible;
Y así armó treta gallarda,
No desembrazó alabarda,
Ni balazos le tiró:
Por flechas le disparó
Los dos ojos de Bernarda.
Ellos solos por despojos
A Celio pueden tener,
Y él solo pudo ceder
A tan soberanos ojos;
Con recíprocos antojos
Los dos el alma han sentido
Y así en este lance han sido
Sin contradiccion alguna,
Iguales en la fortuna
El vencedor y el vencido.
Trueca, beldad soberana
Pues Venus te hace hoy mu
Por su lícito placer
La austeridad de Diana;
Y tú, esposo, a quien se hun
Deidad que pudo ensalzart
Sin temor puedes llegarte,
Verás cuánto son mejor
Las dulces guerras de Amo
Que los horrores de Marte.

(*) Aunque algunas de las composic insertamos, comparadas con otras de ma rior, podrán parecer algo flojas, ya po cion, ya por la calidad de los asuntos q poco, siendo estas en tan corto número parecido conveniente suprimirlas, en r de una coleccion que deseamos salga u ta como es posible.

SONETOS.

I. *Resistencia inútil.*

Tiróme Amor de su carcaj luciente
Una amorosa jara penetrante:
Resistíla valiente y arrogante,
Pues quien resiste á Amor solo es valiente.
Con mi constancia altivo é insolente
Volvió á cimbrar el arco fulminante
Disparando á mi pecho de diamante
Hasta quedar sin municion ardiente.
Empeñóle á vencer mi inobediencia;
Tiróme el arco y el flechero de oro;
Mas viendo que aun no basta su violencia,
Se entró en mi corazon: ya amante lloro.
Cedió, por fin, mi heróica resistencia;
Piedad, ninfa, piedad, pues que te adoro.

II. *Poder de Amor.*

Aunque en abril y marzo las canales
Padezcan supresion ó mal de orina,
Aunque pronuncien cárcel y paulina,
Vestidos de rigor los tribunales;
Aunque los tamboriles ó atabales
Roncos publiquen guerra y chamusquina,
Aunque á la flota en tumba cristalina
Sepulte el ponto haciendas y metales;
Nada es bastante á perturbar la fija
Quietud poltrona en que á vivir me allano,
Ni hay aprension, ni antojo que dirija
Mi albedrío absoluto, soberano:
Nada tiene este mundo que me aflija;
Solo el Amor: maldígale Solano.

III. *A Leandro.*

(Imitacion de Marcial (1).

Del mas constante amor nave y pirata,
Faluca ardiente, y bergantin amante,
Intrépido, amoroso y arrogante
Boga Leandro en piélagos de plata.
Mas ¡ay! que inquieto el euro se desata:
Gime el ponto con silbo resonante,
Y al viviente batel ya fluctuante
Atropella, sumerge y arrebata.
Viéndose de la muerte amenazado,
A las ondas con voz entristecida
Así clamaba el jóven desdichado:
Perdonadme (les dijo) ahora en la ida;
Y sofocad mi aliento fatigado
En volviendo de ver á mi querida.

IV. *Libertad perdida.*

Cual gira el soto, de temor exento,
El bruto que le asorda con bramidos,
Si los yugos huyó desconocidos
La alta cerviz, no usada al sufrimiento;
Así en dichosa libertad contento,
No viendo mis espíritus rendidos,
Cayeron mil arpones rebatidos
Del que en lágrimas hace su alimento.
Mas cuando halló que por violencia ó arte
No es posible que siga su divisa,
Ni lleve las cadenas que reparte;
Mira, dijo el Amor con falsa risa,
Si me sobra poder para humillarte;
Y señaló á los ojos de Dorisa.

(1) Martialis, De Spectaculis, XVIII.

Quum peteret dulces audax Leander amores,
Et fessus tumidis jam premeretur aquis;
Sic miser instantes affatus dicitur undas:
Parcite, dum propero; mergite, dum redeo

V. *Jactancia amorosa.*

Dirán otros amantes venturosos,
Que en el tiempo feliz que ellos amaron
Un disgusto siquiera no pasaron,
Ni sufrieron desdenes rigurosos;
Que no sintieron celos venenosos,
Ni en la imaginacion se les pasaron;
Que con fortuna pródiga lograron
Del amor los contentos deliciosos:
Dirán, que entre mil ámbares sabéos,
En blando catre, ó en mullida cama
Saciaron apetitos y deseos;
Que apagaron con júbilo su llama;
Que alcanzaron victorias y trofeos;
Mas no que amaron tan hermosa dama.

VI. *Esquivez de Dorisa.*

¡Oh Eresma, que por madre retorcida
Caminas presuroso acia el ocaso,
Juzgando que te viene el tiempo escaso
Para acabar en Duero tu partida!
Humilde te suplico por tu vida
Que detengas un poco el veloz paso,
Y digas de quién huyes. ¿Es acaso
Del hermoso desdén de mi querida?
Sí, respondió un triton con espantable,
Ronca, sonora voz y faz terrible;
Porque aunque á su beldad, sacra, admirable,
Dejarla de adorar es imposible,
Su altivo, riguroso é implacable
Fiero desdén tambien es insufrible.

VII. *Reconvencion á Dorisa.*

Si tanto te impacienta que te quiera,
De tu propia beldad, Dorisa avara,
¿Por qué me consentiste que te hablara?
¿Por qué ocasion me diste á que te viera?
Si una vez que te ví imposible era
Que tus divinas luces no adorara,
¿Por qué hiciste, crüel, que me abrasara
El amoroso fuego de tu esfera?
No culpes de mi amor la vigilancia,
Culpa en verme tus muchas impiedades,
Tu vista fué ocasion de mi arrogancia;
Y así, ó bien te enfurezcas, ó te apiades,
Te condena el teson de mi constancia
A sufrir mi cariño eternidades.

VIII. *Atrevimiento amoroso.*

Amor, tú que me diste los osados
Intentos y la mano dirigiste,
Y en el cándido seno la pusiste
De Dorisa, en parajes no tocados;
Si miras tantos rayos, fulminados
De sus divinos ojos contra un triste,
Dame el alivio, pues el daño hiciste
O acaben ya mi vida y mis cuidados.
Apiádese mi bien. Dila que muero
Del intenso dolor que me atormenta;
Que si es tímido amor, no es verdadero;
Que no es la audacia en el cariño afrenta,
Ni merece castigo tan severo
Un infeliz, que ser dichoso intenta.

IX. *Amor constante.*

Dos veces ví la hermosa primavera
De rosas y jazmines coronada,
Que la hicieron cantando á la alborada
Mil avecillas salva placentera:
Dos veces ví las mieses en la era,
Y al padre Otoño la cabeza ornada
De pámpanos alegres, y la helada
Bruma dos veces empañó la esfera,

Despues, Dorisa, que tus ojos bellos
Dieron al triste corazon cuidado
Y redes me tejieron tus cabellos,
El tiempo alterna, y vuela, y se ha mudado;
No tus rigores, que amedrenta el vellos...
Y yo ni estoy feliz, ni escarmentado.

X. *Aplauso á Dorisa.*

Bendita sea la hora, el año, el dia,
Y la ocasion, y el venturoso instante,
En que rendí mi corazon amante
A aquellos ojos donde Febo ardia.
Bendito el esperar, y la porfía
Y el alto empeño de mi fe constante,
Y las saetas y arco fulminante
Con que abrasó Cupido el alma mia.
Bendita la afliccion que he tolerado
En las cadenas de mi dulce dueño,
Y los suspiros, llantos y esquiveces,
Los versos que á su gloria he consagrado
Y han de vencer del duro tiempo el ceño,
Y ella bendita innumerables veces.

XI. *Dorisa en traje magnífico.*

¡Qué lazos de oro desordena el viento
Entre garzotas altas y volantes!
¡Qué riqueza oriental, y qué cambiantes
De luz, que envidia el sacro firmamento!
¡Qué pecho hermoso, do el amor su asiento
Puso, y de allí fulmina á los amantes
Absortos al mirar sus elegantes
Formas, su delicioso movimiento!
¡Qué vestidura arrastra, de preciado
Múrice tinta y recamada en torno
De perlas que produjo el centro frio!
¡Qué estremo de beldad, al mundo dado
Para que fuese de él gloria y adorno!
¡Qué heróico y noble pensamiento el mio!

XII. *Modestia de Dorisa.*

Baja los ojos mi Dorisa hermosa
Por no mirarme, con vergüenza, honesta,
Y en muy breves palabras da respuesta
A una larga cuestion artificiosa.
Mas si de enamorada ó envidiosa
Los vuelve á alzar, y halla mi vista puesta
Siempre en la suya, tímida y honesta
Vuelve á bajarlos, ni moverlos osa.
Y al encontrar los suyos con los mios,
De purpúreo color el rostro bello
Con rubor casto y virginal enciende;
Y la añaden tal precio sus desvíos,
Que ni piensa arribar a merecello,
Ni hay voz que diga lo que el alma entiende.

XIII. *Dorisa mudable y hermosa.*

¿Temes acaso que indignado ahora,
Al ver la ingrata y fiera alevosía,
Procurando venganza el alma mia
Con ira que escitó tu accion traidora,
Acusara mi voz de engañadora,
Que ensalzó tu belleza y gallardía,
Y diré, que en pintarla procedia,
Como todo amador que ciego adora?
¡Ay! no el esceso fué de mi fineza,
Ni mintió el labio con amante anhelo,
Cuando alabó tu perfeccion, ¡perjura!
Pues, siendo asombro en la naturaleza,
Para mi perdicion te formó el cielo
Monstruo de ingratitud y de hermosura.

XIV. *Dorisa ingrata.*

Un alto y generoso pensamiento,
Inspiracion del cielo soberano,
Me puso la aurea cítara en la mano
Para cantar el dulce mal que siento.
Y fué tan grato el sonoroso acento,
Que la ancha vega, el apacible llano
Y el cavernoso monte carpentano
Mostraron compasion de mi tormento.
Turbóse el rio de cerúleo manto,
Oculto entre los álamos sombríos,
Al ver su cisne lamentarse tanto.
Moviéronse los brutos mas impíos,
Y los ásperos troncos á mi llanto;
Y no la que causó los males mios.

XV. *Funesto recuerdo.*

Hoy vuelve el cielo á recordarme el dia
Fatal y triste, en que miré postrada,
Con duros eslabones amarrada,
La indómita hasta allí libertad mia.
¡Ay, cómo me estremezco todavía,
Solo en pensar de aquella Circe airada
La vista fascinante envenenada,
Que trasformado en bruto me tenia!
Vosotros, que escuchais mi canto ahora,
Imaginad qué tales habrán sido
Mis males, y mi pena angustiadora;
Pues con haber sus lazos ya rompido,
La memoria no mas, vil y traidora
Me conturba aun el alma y el sentido.

XVI. *El escarmiento.*

Si fuese que despues del fatal dia
Que oscurezca a mis ojos la luz pura,
De mi larga jornada y mal segura
Quiere alguno emprender la áspera via,
¡Ay, escarmiente en la desdicha mia!
La huella observe en lóbrega espesura,
Con lágrimas borrada; y la amargura
No probara de su infelice guia.
No le engañen las rosas y azucenas,
El fresco arroyo, el floreciente prado,
Ni el acento de armónicas sirenas,
Ni el triste ejemplo de otro que ha pasado,
Ni el aparente fin de tantas penas...
Mire cuál premio el fiero Amor me ha dado.

XVII. *Aviso á quien ama.*

¿Son estos los sagrados juramentos
Que acompañaron la palabra dada
Por Dorisa, á mis plantas humillada
Con lágrimas, sollozos y lamentos?
¿La luna, el cielo, el sol, los elementos,
Testigos de una fe tan mal guardada;
Los celos que mintió, cuando irritada
Acusó de mudables mis intentos?
¿Las luces, que yo vi tan amorosas
En mí fijarse llenas de ternura,
Los labios, en ficciones abundantes?
¿Estas, las espresivas, alevosas
Caricias que estudiaba la perjura,
Son?... Estas son. Escarmentad, amantes.

XVIII. *Desengaño de amor.*

Verás, me dijo el flechador tirano,
El estremo de gracia y hermosura
Mayor que miró el mundo : criatura
Que en la tierra desmiente el ser humano.
Yo te concedo amarla ; porque ufano
Blasonar puedas en tu audaz locura,
Que ninguno adoró deidad tan pura,
Y presumirlo es pensamiento vano.

No por belleza igual Marte suspira;
Los dioses de sus orbes no han bajado
Por ninfa tal, que adoracion inspira.
Ni tanta perfeccion han celebrado
La griega, ausonia, ni la etrusca lira...
Mas nunca esperes merecer su agrado.

XIX. *Amor platónico.*

No fué la rica, inestimable trenza,
Que al oro escede en las tartesias minas,
Ni el matiz de encarnadas clavellinas
Que el rostro enciende en virginal vergüenza;
Ni aquella boca, que si á hablar comienza,
Ambar exhala entre las perlas finas;
Ni aquellas luces del amor divinas,
Causa bastante que mi pecho venza;
Mas solo el yugo fué que me asegura
Tanta virtud y un alma soberana,
Que ensalza al grande autor de tal hechura.
Ni amé cosa mortal, ni la tirana
Segur del tiempo perfeccion tan pura
Puede volver en leve sombra y vana.

XX. *Alabanzas del matrimonio.*

(Traduccion de Goldoni.)

¡Qué gusto que es tener la esposa al lado
Y escuchar decir *papa* á los hijuelos!
Del matrimonio muchos son los duelos,
Mas los gozos son mas y en mayor grado.
En el alegre ó en el triste estado
Se truecan los consejos y consuelos,
Y de los rojos labios sin recelos
Se goza fiel deleite regalado.
Y cuando llega ya la edad anciana,
¡Oh cuánto alivia y cuán fiël se esmera
De la consorte la piedad cristiana!
¡Santo, púdico amor! Antes que muera,
Esta mayor felicidad humana
Hazme lograr solo una vez siquiera.

XXI. *Ejecutoria de la verdadera nobleza.*

Si como tengo el padre noble, fuera
El verdugo de Málaga mi padre,
Y Flora, Lamia, ó Tais fuera mi madre,
¿Qué culpa en ser su hijo yo tuviera?
Si uno al nacer los padres eligiera,
Sin tener al oido quien le ladre,
Que al mismo rey le pese ó que le cuadre,
No hay duda que por padre le escogiera.
Pues si pudo nacer un sin ventura
El hijo del monarca y potentado,
¿De qué es su vanidad y su locura?
Sepa que solo es noble y es honrado
Aquel que con verdades asegura
Ser de sus mismas obras engendrado.

XXII. *A un presumido.*

Si una mujer que tienes altanera
No sabes gobernar, indigno Fabio,
Y está, con tu pormiso y con tu agravio,
Notada por chocante y cotarrera,
¿Por qué con faz hipócrita y severa
Fingiéndote estadista esperto y sabio,
Pretendes gobernar con necio labio
De España la católica bandera?
¿Juzgas que son cazuelas y pucheros
De Carlos las fortísimas legiones,
O como tu mujer los granaderos?
Y pues para mandarla aun no supones,
¿Cómo quieres mandar soldados fieros,
No mandando en tu casa aun tus calzones?

XXIII. *Dificultades del escritor.*

Si escribo en verso heróico y elocuente,
No me entienden los simples labradores;
Si humildes tonos canto de pastores,
Me mira el docto con rugosa frente;
Si accion emprendo de Mavorte ardiente,
Temblarán las doncellas sus horrores;
Si canto el frenesí de mis amores,
No espero que á otro sino á mi contente.
No sé en qué estilo adelantar procure,
Ni dónde encontraré reglas ni modos
Para que fama eterna me asegure.
Solo sé, que hallaré con mil apodos,
Y que aun quien mas al arte el fondo apure,
Es imposible el contentar á todos.

XXIV. *Al lector.*

O tú, cualquiera que del claro dia
Las horas blandas, mudas y lijeras,
Faltando acaso á lo que hacer debieras,
Gastas en repasar mi poesía;
Si cuanto ves alabas á porfía,
De necedad son muestras verdaderas;
Y si todos los versos vituperas,
De envidioso tambien te argüiria.
Que hay muchas cosas malas, es sin duda,
Y que hay algunas buenas, yo lo digo,
Otras medianamente se disponen.
Lo bueno, y malo, y lo mediano ayuda;
Pero te hago saber, lector amigo,
Que así todos los libros se componen.

XXV. *A don Juan Bautista Conti, por su escelente traduccion italiana de la primera égloga de Garcilaso.*

Las bellas ninfas del undoso rio,
En que halló cristalino mauseolo
El hijo audaz del rubicundo Apolo,
Quisieron escuchar al cisne mio;
Y dijo Febo: el instrumento fio
A tu destreza, ¡oh jóven! pues tú solo
Desde el oro del Tajo al de Pactolo
Llevarás de este amor el cruel desvío.
Cantaste, Conti; y á tu voz volvieron
Atónitas las ondas á escucharte
Las quejas de Salicio en son toscano.
Lampecia y sus hermanas no sintieron
Mientras cantabas con dulzura y arte
El precipicio del perdido hermano.

XXVI. *A la reina madre en los dias del rey.*

Hoy que á luz distes al mayor monarca,
Que reconocen climas y hemisferios;
A aquel, que en sus vastísimos imperios
Entrambos orbes poderoso abarca:
Mi humilde musa, que fiel se marca,
En vez de sumisiones, cautiverios,
Sentir hace en los ámbitos hesperios
El júbilo que alienta su comarca.
Goza, augusta Isabel, tan grande dia,
Célebre en nuestra historia sin segundo,
Pues fué oriente del Sol que á España envia;
Y aplauda con respeto muy profundo
Los años de este César mi Talía,
De este Alejandro, á quién se humilla el mundo.

ROMANCES HEROICOS.

I. *A un amigo en sus dias.*

Rompa la voz el tímido silencio,
Que hasta aquí mi respeto embarazaba,
Y haga público el númen en cadencias

Lo que en ecos pudiera hacer la fama.
  El torrente brillante de Aganipe,
Las ninfas halagüeñas de Castalia,
El Penéo, que en perlas desatado
Los Tempes fertiliza de Tesalia,
  El Pindo bello, el célebre Parnaso,
Y toda la península de Acaya,
Con su fino piadoso patrocinio
Me influyan, me apadrinen y me valgan.
  Hoy en el cielo angelicales coros,
Y en la tierra la Iglesia sacrosanta
La exaltacion celebran prodigiosa
Del sol amanecido en la Cantabria.
  Hoy aplauden las glorias y virtudes
Del que supo tan bien ejecutarlas,
De aquel que solo para ser tan santo
Informes pudo hacer en la campaña;
  De aquel valiente militar guerrero,
Que dejando del mundo las escuadras,
En basta ropa conmutó gustoso
La loriga, la cota y la coraza.
  Hoy mi afecto rendido te desea
Tan grande bien, felicidades tantas,
Que por su muchedumbre se confiese
El guarismo incapaz de numerarlas.
  Tan próspero y feliz el mundo todo
Te reconozca en fin, que juicio haga
Ser dispensable para ti el funesto
Decreto irremisible de las parcas.
  Vive gustoso, y sóbrete crecida
De placer y de dichas abundancia,
Con ese Adonis que te prestó el cielo,
Con esa Venus que te dió la España;
  Con esa rosa que produjo el fértil
Verjel de la provincia castellana,
Y en hermosos pimpollos por el orbe
Multiplique el valor de su fragancia.
  Y los dos en alegre compañía
Ninfas, nereidas, musas y nayadas
Os aplaudan, festejen y diviertan
Con cítaras, con trompas y con arpas;
  Y pidiendo perdon rendido el númen,
A tu benevolencia se avasalla,
Repitiendo lo dicho muchas veces
Con la lengua, la pluma y con el alma.

II. *A un amigo, desde San Ildefonso.*

  Porque cual en el Ponto
El infeliz Ovidio,
Sufriendo desterrado
Los enojos del César ofendido,
  Que acaso me imaginas,
O Gabriel, imagino
En esta de miserias
Para mí pecador última Tibur;
  En este inculto valle,
Cuyos gigantes riscos
Son Cabeza-melera
El Chorro, Peñalara y Siete-picos;
  En este seno en donde
Sus nieves y sus fríos
Temieran erizadas
Las árticas provincias de Calisto;
  En aquesta nevera,
En aqueste real sitio,
Mas malo que el de Troya,
Y peor que el tebano y numantino.
  Por si aquí me imaginas
De la suerte que digo,
Con tu olvido recelo
A mi desatencion justo castigo.
  Le temo, y le recelo,
Porque le he merecido,
Aunque en el mismo tiempo
De tu benevolencia me confío.
  Pero al mirar mi ofensa,
Pero al ver mi delito,
Dudo si su tijera
De nuestra amistad firme cortó el hilo.
  Dudo; pero ¿qué dudo?
Yo mi maldad repito;
Pues nunca dudar pude
De tu fe, tu firmeza y tu cariño.
  Creo; pero no creo
El que hayas incurrido
En olvidar al triste,
Que en el alma te tiene, aunque no ha escrito.
  Antes que yo tal crea,
Creeré que haya tenido
Medusa, la gorgona,
De serpientes y víboras los rizos;
  Creeré que hay Quimera,
Y creeré que haya habido
Bajo de una doncella
Cachorros, que amedrente su ladrido;
  Cuadrúpedos varones
Por los pechos unidos,
Un hombre de tres cuerpos,
Y un trifauce mastin en el abismo;
  Esfinge, harpías, y sierpes
De cuerpo desmedido,
Gigante con cien manos,
Y el guarda medio buey del laberinto:
  Esto creeré primero,
Que crea aun por resquicios
Que pueda haber faltado
La constancia fiel de tu cariño.
  Entre los dos hay muchos
Valles, montes, caminos;
Pero al amor de veras
Nunca jamás ausencias le han vencido.
  Tú estás en la Armedilla,
Yo estoy en este silo;
Tú estás en la Tebalda,
Y yo en bosque peor que los de Egipto.
  Aquí estoy desterrado,
Y ya destituido
De mirar los alegres
Campos pincianos, para mí floridos.
  Ya no veré en Pisuerga
Las ninfas de aquel rio,
En cuyas dulces aguas
Repetí las locuras de Narciso.
  Y en fin, ya de las leyes
El gavilán oficio
Renuncié; pues no quiero
Ciencia que ofende al pobre y salva al rico.
  A estudios mas sublimes
Desde aquí me dedico;
Y lo que la fortuna
Hacer quiera de mí yo determino.
  Aquí estaré esperando,
Cual si fuera en el limbo,
La piedad de los cielos
Y el amparo eficaz de mis amigos.
  Serán en este lance
Sus acciones testigos
Del que lo fué de veras,
Y el que en prosperidad lo fué fingido.
  Ya del Verbo humanado
Se acerca el natalicio,
Feliz tiempo en que espera
Mi triste corazon tener alivio.
  Ya á esperimentar viene
En los hombres inicuos
Ingratitud quien solo
Por verlos hace fuga del empíreo.
  Ya se sujeta el tierno
Omnipotente Niño
A sufrir impiedades
De aquellos á quien viene á dar auxilio.
  Ya por fin de Isaías
Se cumple el vaticinio,
Y ya de las Sibilas
Se admiran verdaderos los escritos.
  Y ahora yo te deseo
Todo gusto cumplido,
Felicidad te anuncio,
Y tu bien solamente solicito.
  Y ahora mandar puedes
Al mas constante amigo,
Que servirte desea,

Como por esperiencia lo habrás visto.
Bajo la helada bruma
Este romance escribo,
Tiritando las manos,
Sonándome los dientes con el frio.

SILVAS.

I. ***Dedicatoria al lector de su periódico titulado el* Poeta.**

A ti, lector amigo,
Dedico yo las métricas tareas,
Y á solas yo contigo,
Porque piadoso seas,
Te quiero hablar un poco.
No me juzgues por loco
Al verme confesar que soy poeta;
Porque á desdicha tanta se sujeta
Quien pretende agradarte;
Pues todo aquel que escribe,
¡Oh lector! solo anhela á contentarte.
Si yo tal consiguiera,
¡Qué dichoso seria!
A todos gusto diera,
Puesto que á mi lector yo complacia,
Y miedo no tendria
De rígidos fantásticos censores,
Que cuanto ellos no han hecho
No juzgan de provecho,
Sin piedad despreciando á los autores.
Y está cierto, lector, que si supiese,
Que no me era posible
Que yo gusto te diese,
Y mi verso te fuese aborrecible,
Tanto que le arrojaras,
Y ni aun por él la vista tú pasaras,
Que no se cansaria
En buscar tu aficion la musa mia;
Porque puedo jurarte,
Que tal no emprendería
Si acaso yo supiera
Que no hubiese de haber quien me leyera.
Pero porque es estilo entre pedantes
Cultas dedicatorias retumbantes,
Acudir á la historia,
Y copiarla en cualquier dedicatoria,
Y no sin voluntarias adiciones
De ciertos ó fantásticos blasones
Del Mecenas loado;
Yo que me hallo de tí necesitado,
¿Qué elogios callaré? ¿Cuál alabanza
En mi labio hallará paso cerrado?
Es tanta tu nobleza,
Que al mismo rey de España, ó lector pio,
Le igualas en grandeza,
Si acaso el rey leyese un verso mio.
Tú venciste un horrendo desafio,
Tú rendiste una plaza,
Como consta en la historia de Alcobaza.
Tú edificaste un rio con su puente,
Y tú eres descendiente
De Aquiles, de su padre y de su abuelo;
Y hay cierto medallon en Portobelo,
Que se encontró con inscripcion vascuence,
Por el cual se convence
Que en tiempo del rey Wamba tus pasados
Hasta Italia vinieron derrengados,
Con el hijo de Anquises en cuadrilla,
Trayendo los penates á costilla.
En fin, de mi lector las alabanzas
Son tales, que no á tanto, ó pluma, alcanzas.
Tú eres el absoluto,
A quien los sabios pagan su tributo.
Tú ultrajas ó tú premias
Cuantas obras trabajan
Con sudor las mas doctas academias.
Si tu aprobacion falta,
La musa se abatió mas grande y alta;
Y tu voluntad solo
La fama estiende en uno y otro polo;
Porque tú lo has querido
El gran Virgilio es grande y aplaudido;
Y como tú quisieras,
Cantar mis versos vieras
Por cuantos aman la española musa.
Ni te sirva de escusa
Para aceptar mis obras el asunto:
Yo te daré un conjunto,
Para que con tu gusto en él tropieces;
Cantaré algunas veces
A la sombra del mirto deleitosa
Mi pasion amorosa,
Y las gracias que ostenta singulares
La ninfa angelical del Manzanares.
Otras veces de yedra coronado,
En los grandes banquetes suntüosos,
Diré el vino estimado,
La fiesta y los manjares mas preciosos;
Y á veces con zampoña
Los sencillos amores
Que cantan en las selvas los pastores.
Ni dejarán mis versos olvidadas
Mil verdades certísimas, que inspira
A amar el eco de la dulce lira,
Aunque tal vez, lector, por agradarte,
Violentando mi genio en esta parte,
Cantaré la pavana
Al gruñir de la gaita zamorana;
Y aun viendo que esto abonas,
Fandangos, zarambeques y chaconas.
Ni tampoco se escusa
De el vicio reprender mi estóica musa.
Y alabarán mis versos numerosos
La patria, y á sus hijos mas famosos.
Y acaso, acaso con horrenda trompa,
Haciendo que furioso el aire rompa
El ímpetu sonante,
Tronaré guerra, escándalo y horrores,
Cantando en Cozco al español triunfante.
Si recibes, lector, con mil amores
Lo que con ellos de verdad te ofrezco,
Juzgaré que merezco
Aplauso universal y alta alabanza,
Pues dar gusto al lector mi musa alcanza;
Y juzgaré por vano
Cualquier juicio que forme
Quien mis versos no lea
Porque ¿qué ha de juzgar quien no me vea?

II. ***A las bodas de la infanta de España doña María Luisa de Borbon con el archiduque de Austria Pedro Leopoldo.***

Ven, Himeneo casto,
Hijo de Urania bello,
Que al tálamo las vírgenes conduces.
Ven con lijero paso,
Suelto el rubio cabello,
Con la antorcha nupcial que arroja luces;
Y cuando el aire cruces,
Por toda su distancia
Esparce la fragancia
Del cinamomo indiano: de esto sea
La esplendorosa tea.
Ven, ¡oh mancebo alado!
De rosas coronado
Y de violetas, flor de los amantes,
Y vengan los cupidos
Con cítaras sonantes,
En coros divididos,
Cantando alegres himnos y canciones,
En alabanza justa
De la funcion augusta
Que hoy celebrarse veo.
Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.
Ven, y trayendo el velo delicado
Para la nueva esposa,
Con grata melodía
Y voces de alegría
Todo resuene el arteson dorado.

Jamás á tan hermosa
Deidad en dulce ardor has inflamado,
Y como linda, honesta,
Al tálamo dispuesta
De Leopoldo dichoso,
Que ni el blason que hereda glorioso
De la ilustre Alemania
Y belicosa Hungría,
Precia en mas que la mano de María.
Las ninfas del Sebeto cristalino
Con acento divino
Cantan, cómo la vieron
En cuna de marfil que ellas mecieron,
Y cómo la enseñaron
Las primeras razones que escucharon
Pronunciar dulcemente
Con labio balbuciente;
Y los juegos pueriles
De sus bellos abriles;
Hasta que el cielo decretó que vaya
A la española playa,
Dando paso oportuno
Los cerúleos estanques de Neptuno.
De náyades un coro,
Pulsando con el plectro cuerdas de oro,
En las orillas del Danubio amenas
Que mueve entre metales sus arenas,
Conciertan por las anchas praderías
Mil danzas y armonías,
Celebrando al esposo;
Y él, no sufriendo a su pasion reposo,
Con ellas alternando
Repite, suspirando
En amante deseo:
Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo.
No así las de mi patrio Manzanares,
Que en otro tiempo ufano
Salpicó el verde llano
De perlas que vertia,
Las veces que sus márgenes veia
Florecer con la planta
De la divina infanta.
Hoy, llenas de amargura,
Su ruego importunándola, procura
Detener la partida,
Diciendo con acento doloroso:
«Como la flor que en el verjel umbroso
Nace en sitio ignorado,
De espinas guarnecida,
Ni la toca el arado,
Ni de planta mortal se ve ofendida;
Con blanda lluvia crece
Y el sol sus frescos tallos reverdece,
Los céfiros la orean,
Vírgenes y mancebos la desean;
Mas cuando ya cortada
Pierde el aroma y la color preciada,
Ni las vírgenes bellas,
Ni los mancebos que la amaron antes
La buscan anhelantes;
Así mientras intactas permanecen
Las jóvenes hermosas,
Son de todos queridas;
Pero si en las delicias amorosas
De nudos conyugales
Olvidan los rubores virginales,
Ni los aplausos ni el amor merecen
De niños ni doncellas.»
Esto en vano la dicen, que el destino
La llama á las orillas
Del Istro deleitosas,
Que su semblante han de gozar divino,
Y allí se escuchan voces sonorosas
Que repiten cantando:
«Cual vid desamparada,
Inculta y sola y sin robusto arrimo,
Sus estériles ramos dilatando,
Inútil crece y vive despreciada,
No enriquecida de su fruto opimo;
Mas si á un olmo galán tiende los brazos
Y en torno le circunda
Con amorosos lazos,
Bella se torna y próspera y fecunda:
Así la vírgen que los años pierde
En soledad esquiva,
Así la que gozó de su edad verde,
En dulce union, la gloria fugitiva.
¡Oh, ven, alta princesa!
Que el cielo se interesa
En dar á la virtud premios debidos:
Cuando suene agradable á tus oidos
La risa bulliciosa
De un generoso infante,
A sus progenitores semejante,
Que arbolando algun dia,
En fiera lid dudosa,
Los temidos pendones,
Con águilas augustas y leones,
Dará mas timbres á su estirpe clara.
Austria y Castilla le serán deudoras
De los triunfos que Marte le prepara,
Si acaudilla sus huestes vencedoras.»
Mas ya el Héspero viene:
Corre, estrella veloz, ¿qué te detiene?
Bajad los pabellones
¡Oh cupidos! y echad los aldabones
A las doradas puertas,
Que ya presente veo
El instante feliz. Ven, Himeneo.

III. *Al conde de Aranda, capitan general y presidente de Castilla.*

Cuando mis versos á la edad futura,
El tiempo perdonándolos, trasciendan
(Que el verso inmortal dura),
Y las gentes entiendan
Las alabanzas que me inspira Febo
De este Escipion, de este Licurgo nuevo.
De admiracion pasmadas
Quedaran recorriendo
Las edades pasadas,
Con afan, entre muchas, distinguiendo
Las prendas que tu mérito engrandecen,
Ilustre Aranda. Y si al saberlas crecen
Mas sus admiraciones;
Varon sublime, esclamarán, seria
Aquel que merecia
Tantas aclamaciones,
Que hizo feliz la edad que le ha logrado,
Que el mundo aun por su fama le respeta,
Que fué tan venerado,
Que tanto asunto en él halló el poeta.
No fué, señor, obsequio reverente,
Ni ficcion ingeniosa y elocuente
La que ha de hacer durables tus blasones;
Glorias son verdaderas.
No las dudeis, naciones,
No, ciertas fueron, gentes venideras.
Callaré tus primeras
Juventudes, que dieron
Claro indicio de tí, cuando supiste
En una y otra hazaña
Las fieras huestes gobernar de España,
Bajando á Italia, que temió su estrago
Mas que cuando rompió los Alpes frios
El héroe de Cartago;
Y ya depuestos militares brios,
A los muros que el Vístula corona
Paz y amistad llevaste.
El hijo de Filipo,
No hallando á tu virtud premio que baste
Quiso, cerrado el templo de Belona,
El cargo alijerar de tanto imperio
En que ejercita el mando,
De tu sublime rectitud fiando;
Y uno y otro hemisferio
Te ve de la española monarquía
Númen justo, benigno y poderoso,
Y ella por tí feliz, patrocinada
De los temidos filos de tu espada.
La gran Madrid, ornato y alegría
Te debe, y paz. Su pueblo numeroso,

Al ver que riges las soberbias gentes,
De lenguas y costumbres diferentes,
Con fácil yugo, tus aplausos canta,
Y a tu nombre levanta
Monumento inmortal, en donde unidos
Coronan tu trofeo
La espada, la balanza, el caduceo.
En tu escuela instruidos
Los alumnos de Marte
Templarán con prudencia la arrogancia
(Que el valor se desluce en la ignorancia),
Y siguiendo el católico estandarte,
Siendo tú su caudillo esclarecido,
Será el nombre temido
De la nacion hispana
Por cuanto ilustra el sol y el mar rodéa.
Que ya te vió la gente lusitana
En pertinaz peléa
Desordenar falanjes poderosas,
Y las torres de Almeida en llama ardiendo,
Atropellar sus quinas generosas,
Vencer terrible, y perdonar venciendo.
Otros, al son de cítara süave,
Los ánimos feroces
Templen con estudiadas armonías:
Otros honor procuren, imitando
Bellezas naturales,
Dando espíritu al lienzo y piedras frias,
O velen calculando
De los astros la máxima distancia,
O del mundo el orígen y la infancia:
Que reprimir con ánimo prudente
La malicia insolente,
Dar justísimas leyes á la tierra,
En paz segura prevenir la guerra,
Ocupar en virtud la larga vida
Que ya le tiene el cielo prometida
(Temido y grato á la nacion que manda),
Estas las artes son del grande Aranda.
Dicte celeste Musa
Moral ficcion y número elegante
A quien aspire á merecer corona
Por alegrar la multitud confusa
Con el cómico verso; otros, calzando
El cecropio coturno,
Suspendan los sentidos en nocturno
Espectáculo trágico, que inventa
Melpómene sangrienta.
Otro repita con acento blando,
Entre olorosas flores,
El dulce lamentar de dos pastores.
Otro ensalce los timbres que engrandecen
A Hesperia belicosa;
Que si tanto merecen,
Aranda insigne, los esfuerzos mios,
Y dócil á mi voz se presta Apolo,
Tú bastas á mi cítara. Tú solo
Serás por mí cantado
Con alabanza justa,
Que ha de triunfar del tiempo arrebatado,
Y de la envidia y de la parca adusta.

IV. *A don Ignacio Bernascone, escelente en la esgrima.*

Los que á su dulce acento
Las aguas en el rio
Suspenden y las aves en el viento,
Celebren de la olímpica palestra
Los duros luchadores,
O la braveza diestra
De los que en voladores
Carros, ganaron de laurel corona,
O la caballería
Veloz que el siciliano suelo cria.
Que el hijo de Latona
Quiso inspirar en mí mayor deseo.
Cantar sera mi empleo,
Y ¡oh, corresponda al gran sujeto el canto!
Del diestro Bernascone la alta esgrima
Y su invencible espada
Que el vulgo ve con amarillo espanto,
Y aquella gallardía,
Don que á pocos el cielo igual envia.
Marte, dios de la guerra,
En la grama nacido,
Si desciende á la tierra
Cubierto con las armas de Vulcano,
Verá de envidia herido
Al generoso atleta carpentano
Presentarse en el llano,
La diestra armada del terrible acero,
Que al revolver lijero,
Estrago anuncia inevitable y muerte.
En vano intenta el enemigo fuerte
Por muchas partes acosarle, en vano;
Que por todas le encuentra defendido:
La resistencia su valor inflama,
Y triunfos le asegura
Su brazo vencedor, nunca vencido.
El rayo por los aires despedido
De Jove poderoso,
En tempestad oscura,
No fué tan espantable,
Ni causó aquel asombro pavoroso
Que infunde disparada
Su rápida y prontísima estocada.
Cual hiere desde lo alto
El águila atrevida
Al dragon escamoso, y alza el vuelo,
Tal con lijero salto,
Al dar la pronta herida
Brinca veloz, hallando estrecho el suelo;
Que todo se estremece
Debajo de su planta,
Y el polvo que con ímpetu levanta
En torno le oscurece.
Segura es su victoria,
Y el aplauso, que en ecos resonantes
Lleva su nombre al templo de la gloria.
Musas, pues no mayores fueron antes
Las ístmias y neméas,
Ni las pitias hazañas,
En el afán circense,
Dadme coronas de laurel febéas,
Con que la frente adorne
Al jóven matritense,
Maravilla y honor de dos Españas;
Y estro divino, y número sonante,
Para que en verso lírico le cante.

V. *Al infante don Gabriel de Borbon, durante la guerra de España con Marruecos.*

Celestes musas de belleza eterna,
Que las altas virtudes
Engrandeceis con métrica armonía,
Dadme la que solía
Cítara lesbia resonar Alceo,
O la lira dulcísima de Orfeo.
Garzon real, con atrevido canto,
Lleno ya de su espíritu, levanto
Sobre el círculo azul de las estrellas.
El jóven Gabrïel, á quien las bellas
Gracias de nardo y mirto coronaron.
Cuando á Venus miraron
Dar suspiro doliente y amoroso;
Mientras él, de su afán no cuidadoso,
Los bosques del Parnaso y la espesura
Amó, y sus lauros y su fuente pura.
Virtud en él reside generosa,
Que admira el hemisferio.
¡Alma real, dignísima de imperio!
¿Si cantaré primero la hermosa
Tez sonrosada, los cabellos de oro,
O el fulgor de sus ojos rutilantes?
¿O si la gentileza y gallardía,
Que Libia con temor está mirando,
Mal segura en sus huestes arrogantes
Y su caballería?
Suenan las trompas y hórridos cañones,
Y al viento tremolando

Verde pendon, que á dura lid escita,
Del dueño de dos mundos
El pueblo de Ismael la saña incita.
Y en tanto que su gente numerosa
Llevar intenta á desigual batalla,
Si acuerda de Gabriel el ardimiento,
Duda cobarde en su dorado asiento
El fiero Ben Audalla:
No mande el padre que sus armas guie,
Y el Africa arenosa
Reduzca á sujecion y vil tributo,
Cuando á vencer le envíe,
Y á los muros de Fez y Tarudante
Estragos lleve, y escarmiento y luto.
Tanto promete en años juveniles
El generoso infante,
Que las prendas unió de sabio y fuerte,
Huyendo el ocio y sus deleites viles.
Tanto la patria espera,
Y ¡oh cisnes de Helicona!
Mirad cuán digna al número y al canto
Os da ocasion su mérito sublime;
Que ya de las injurias le redime
Del tiempo y de la muerte,
Y de lauros eternos le corona.

VI. *Al capitan general don Pedro Ceballos, por su gloriosa espedicion á la colonia del Sacramento.*

Musa, cantemos al varon glorioso,
Cuya fama sonando
Viene de las mansiones de occidente:
De donde su corriente
Vierte el Janeiro, raudo y espumoso.
El gran monarca hesperio,
Desde el trono que ocupa, gobernando
Al universo que le está adorando,
Miró en otro hemisferio
Menospreciar sus leyes,
Y á la santa amistad con saña dura
Rasgar la respetable vestidura;
La fe pública hollada,
Implorar los auxilios de su espada
Y bélica justicia;
Y llamando al blason de su milicia:
Ve y vence, dijo, al luso fementido;
Y fué al punto el monarca obedecido.
Porque ardiendo el soberbio castellano
Con el ansia marcial de la victoria,
Ganoso de alta gloria,
Su armada entrega al móvil Oceáno.
Corre al mar con presteza
El valor de la hispánica nobleza.
La juventud del Ebro, la que alegre
Baña sus cuerpos en el Cinca y Segre,
Y ¡oh Duero! de tu orilla
La flor de los guerreros de Castilla.
El ancho Guadiana
Y el que en los montes de Segura mana
Guadalquivir famoso,
Alistaron su pueblo belicoso.
Y al escuchar la trompa resonante,
La ribera del Júcar abundante,
Y la del Tajo con arenas de oro,
Dejan sus hijos (que detiene en vano
De anciana madre el lloro),
Por el puerto de Alcides gaditano.
Levan el ancla, y el cañon horrendo
Con pavoroso estruendo
Anuncia el buen viaje
Que Neptuno concede en feliz dia,
Y de nereidas grata compañía,
Nadando alegres por las crespas olas,
Va siguiendo á las naves españolas.
Ya surcan las marinas
Del ardiente Brasil, rico de minas,
Llevando desde Europa
La fortuna de Cárlos en la popa;
Y ya ocupando la enemiga tierra
Que al lusitano encierra,
Quiere la suerte que su vista asombre
(Valiendo por ejércitos su nombre)
Al invasor audaz: pues viendo apenas
De sus altas almenas
Tremolar los pendones de Pelayo,
Que listan cruces de oro,
A sus gentes turbó mortal desmayo.
Cobarde abandonó la rica presa
Y usurpado tesoro
La fugitiva hueste portuguesa;
Alas la dió el temor, mas la seguia
El adalid de España,
Que el paso la estorbó de la montaña,
Y á su patria y su rey dió en aquel dia
Nuevo renombre y gloria,
Coronado del árbol de victoria.
¡Oh Cárlos! si la paz que siempre anhelas
No le reduce á deponer la espada,
Verás, que ya la América humillada,
Tu gran caudillo las hinchadas velas
Soltando al viento, el piélago profundo
Surca otra vez con resonante proa
Hasta el opuesto límite del mundo.
Allí tus leyes llevará triunfante,
Tus armas y pendones,
Sujetando á tus piés fieras naciones
Con nuevos timbres que la fama cante.

EGLOGA

A Velasco y Gonzalez, famosos españoles, con mo haberse hecho sus efigies en la real academia Fernando, por mandado de su Majestad.

LUCINDO, CORIDON.

CORIDON.

¿Cómo, Lucindo, tanto has retardado
Tu vuelta á la majada,
Que aguardándote estoy desesperado?
Sin dueño tus terneros,
Por las vegas y oteros
Descarriados braman,
Y no pude cuidarlos,
Porque me dejó Perche encomendadas
Las vacas de la reina,
Y estos dias por mí fueron sacadas
De los hondos calderos las mantecas,
Y en las molduras huecas
Sus lises estampadas,
Y á la corte enviadas.
¿Dónde tanto estuvistes divertido,
Que te has mas de lo justo detenido?

LUCINDO.

¡Ay, Coridon amigo! si tú vieras
Lo que yo he visto, mas te detuvieras;
Y acaso, tu redil abandonado,
Trocaras el cayado
Por cinceles sonoros,
Por compases, buriles y pinceles,
Porque eternizan fieles
A los que con primor los ejercitan,
Y de la muerte evitan,
Como la sabia musa,
A cuya voz en valle y monte suena
El verso pastoril con dulce avena.

CORIDON.

Ya sé, que á ti en la márgen
De Eresma arrebatado,
Te miró el Valsain desmoronado
Manejar los pinceles,
Y mármoles herir con los cinceles;
Que estas fueron allí tus diversiones
Con la musa alternando,
Mientras que tus becerros
Gozaron del verdor de aquellos cerros.

LUCINDO.

Cierto es, que imitar quiso mi rudeza
A la madre comun naturaleza
Con líquidos colores;
Diversion, aunque estraña,
No ajena ni imposible á los pastores.

CORIDON.

Dime: ¿cómo en volver á la cabaña
Tanto te has detenido?
¿Y qué viste en la corte suntüosa?

LUCINDO.

Yo, aunque en Mantua nacido,
Por dilatada ausencia rigurosa
De verla fuí privado,
Hasta que quiso el hado
Que la matrona escelsa y soberana,
Semíramis fortísima y robusta,
Grande Isabel augusta,
Famosa en paz y en guerra,
Católica Cibeles parmesana,
Y madre de los dioses de la tierra,
Dos mundos admitió para mandarlos,
Y á las plantas ponerlos del gran Cárlos.
Entonces yo, cuidando sus vacadas,
Atravesé los puertos eminentes,
Dejando atrás el monte carpentano;
Y en este verde llano
Senté mi rancho, y los demás vaqueros
Pararon en cañadas diferentes.
Viniéronme á este tiempo los primeros
Impulsos de ir á ver la patria mia:
Yo ignorante creia
Que fuera semejante á nuestra aldea,
Aunque un poco mayor, como solemos
Comparar con los chotos
Los toros bravos, dueños de los sotos.
Pero esta poblacion, con real grandeza,
Levantó la cabeza
Sobre esotras ciudades,
Con mas escesos, mas desigualdades,
Que álamo de Aranjuez, al cielo osado,
Sobre el tomillo humilde y desmedrado.
Es rústico mi acento
Para poder contarte su opulento
Esplendor sin igual: solo te digo
Con sencillez de amigo,
Que no es indigno asiento
(Aunque mil reinos su corona encierra)
Del monarca mayor que hay en la tierra.
Mas lo que arrebató la atencion mia,
Fué el saber que aquel dia
Las artes nobles bellas,
De la naturaleza imitadoras,
Hermanas de la docta poesía,
Con honrosa porfía
Al mismo original aventajaban.
Yo ví cómo anhelaban
Por el premio ofrecido
Los jóvenes ansiosos,
Y ví los primorosos
Frutos de su trabajo esclarecido;
Que nunca ha de ocultarlos el olvido.
La docta arquitectura
No solo con murallas
Nuestro reino asegura;
Tambien aquí se emplea,
Y trazando soberbios frontispicios
La gran corte hermosea
Con tantos edificios,
Que yo para contarlos desaliento.
Ni te podré pintar aquel portento
De la hermosura, admiracion del arte,
Alcázar suntuoso
Del gran Cárlos augusto y poderoso
Campear allí se admira
La tirantez vistosa embalaustrada
Del gran lienzo que rasga el ventanaje.
Allí donde á las nubes su homenaje
Levanta audaz la fábrica tremenda
Sobrepujando á algunas;
Allí donde descansa en cien colunas
Fortísimas la máquina estupenda.
No competirla entienda
Choza de mayoral ó lavadero
De rico ganadero
De los de mas copiosa y pingüe hacienda,
Porque es mucho mas grande, á lo que creo,
Que el mayor esquileo
Donde van al esquilmo los ganados,
Que vuelven repastados
Del suelo fertilísimo estremeño:
Solamente es menor que su gran dueño.
Las otras dos hermanas,
Con no menor esmero,
Lo figurado dan por verdadero,
Y admirado y celoso,
Amigo Coridon, ¡quién lo creyera!
A mi Dorisa he visto en blanda cera
Tan al vivo copiada,
Que dudé si era propia ó figurada;
Y aunque no en la hermosura,
Solo la distinguí por la blandura.
Este arte y la pintura engañadora
En los asuntos dados,
Dejaron los sentidos encantados
Con lienzos que el pincel sutil colora.
Pero ¿quién podrá ahora
Contarte los primores que emplearon,
Con que al grande Velasco eternizaron?
Yo lo he visto pintado y esculpido
Tan bien, que afirmaré que vivo ha sido.
Yo ví, yo ví encresparse el mar undoso,
A quien turbaba intrépido el reposo
Con quillas aceradas
Pocok el almirante.
Yo ví á Albermarle fiero y arrogante
Avasallar los muros de la Habana,
De pocos españoles defendidos.
Ví avanzar los ingleses atrevidos,
En ser tantos fiados,
Que en vano contra inmensos escuadrones
Tronaban sobre el Morro cien cañones.
Velasco, el gran Velasco,
Conteniendo su ardor está en la brecha,
Revolviendo la espada portentosa,
Con que á ser viene mucho mas estrecha.
Y en el modelo y tabla primorosa
Tan vivo se veia,
Que aun juzgué le escuchaba
Lo que dicen que dijo en aquel dia:
«No me vereis rendir, fieros britanos,
Por mas que esteis ufanos
Con tanta muchedumbre.
No, no hallareis barata la victoria,
Que hoy será á vuestra costa bien comprada;
Vereis rendir primero
Mi vida que mi espada;
Mi rey, mi religion, mi patria amada
Verán que soy cristiano y caballero,
Y todo el mundo entero
No bastará á rendir á mis soldados,
Curtidos á los hielos y á los soles,
Pocos, pero arrestados,
Y todos verdaderos españoles;
A quien vereis con sangre enrojecidos
Hechos pedazos, pero no rendidos.»
Así el campeon decia,
Y Albermarle esto dijo,
Que allí en un lienzo escrito lo tenia:
«Ya no es hazaña alguna
Vencer la poca y fatigada gente,
Que á nuestros piés ofrece hoy la fortuna.
A ellos, nacion heróica, descendiente
Del valeroso Arturo,
Montad la brecha y coronad el muro,
Que solo guarda un mozo temerario.
Cerrad sobre él seguro,
De que ya no hay defensa en el contrario.
Venguemos hoy la afrenta recibida
De Almansa y de Brihuega,
Las que Italia no niega;

La que fué por el orbe tan sabida,
Cuando con nuestro oprobio
Vimos teñirse en la fatal empresa
Los mares de Tolon con sangre inglesa,
Por quien se llama el vencedor navarro,
Con mengua vuestra y mia,
Marqués de la Victoria de aquel dia;
La que sufrió la cólera anglicana
En la Cartago indiana
De aquel español fiero,
Que aun la envidia le alaba
(Con vergüenza lo digo), el grande Eslaba.
Tanta sangre vertida
De estímulo aquí sirva á vuestro enojo,
Paguen, paguen su arrojo,
Por mas que ellos se precien
Vanamente de estar toda su vida
Acostumbrados á vencer los moros,
Y á luchar cuerpo á cuerpo con los toros.»
Así dijo; y los lienzos figuraban
El horroroso estruendo de la guerra:
Los tiros se escuchaban,
Haciendo estremecer toda la tierra,
Que tembló algunas veces.
Dicen que eran los ásperos ingleses,
Escogidos los mas determinados,
Que en sus selvosos montes,
Para el duro ejercicio de la guerra
Alimenta Inglaterra;
Pero poco les vale allí su saña,
Porque contienden con la flor de España.
El capitan Velasco generoso
La espada esgrime intrépido y fogoso,
Con asombro y terror del enemigo,
De cuyos cuerpos muertos ciega el foso,
De su valor testigo.
Ninguno aguardar osa,
Deslúmbralos la espada luminosa,
Que los deja con furia castigados:
Ellos vuelven el rostro amedrentados
De tal ferocidad en un mancebo,
De Marte envidia, y mas galán que Febo,
Honor de la alta España.
Arde Albermarle en saña,
Al ver que un hombre solo,
Con valor que fué asombro en aquel polo,
Y con temeridad tan importuna,
Quiera servir de estorbo á su fortuna.
Y á Pocok luego ordena
Que con ronca y horrísona armonía
Dispare la espantosa artillería,
Diabólica invencion, que un monte allana,
Y al punto de la inglesa Capitana,
Con espanto y horror de los triones,
Tronó toda una andana de cañones.
El humo y polvo que pintado habia
Distinguir me impedia
Lo que ver deseaba:
Solo ví que llegaba
La muerte rigurosa
Al pecho triunfador del gran Gonzalez:
Gonzalez que en la honrosa
Faccion no dejó el lado
De su caudillo amado,
Tremolando de España los pendones,
Cuyo valor, del nuevo mundo espanto,
Hizo á Lóndres cubrir de luto y llanto;
Hasta que el pecho abierto
En tierra cayó muerto,
Vertiendo el alma por la herida fiera,
Sirviéndole de tumba su bandera.
El defensor del Morro,
La cabeza en dos partes separada,
Con un lienzo apretada,
No se quiere rendir á quien le ruega.
Por tres veces intrépido se llega,
Y arroja las banderas anglicanas,
Las pisa, y enarbola
La bandera española,
Que Gonzalez tendió á las auras vanas;
Y envidioso Velasco de su suerte,
Se abalanza á encontrar la hermosa muerte,
Que halló en la multitud de los britanos.
¡Oh dichosos hispanos!
Si algo pueden mis versos, del olvido
Será vuestro gran nombre redimido,
Obedeciendo a Carlos,
Aunque al son de zampoña,
Con tan sonora voz, que tenga Homero
La ventaja no mas de ser primero.
¡Oh Cárlos! que á mi pecho fatigado
Das nuevo aliento habiéndote nombrado!
Tú el mérito premiaste;
De tu piedad mi musa ha adivinado,
Que pues el premio al mérito acompaña,
Vuelve el siglo de Augusto á nuestra España.
Y si de Alcides coronó la frente
La antigüedad, porque limpió el inmundo
Establo de Augia, ¡cuántas mas razones
Hay para que inmortal tú te corones,
Pues has tu patria ya purificado!
Empeño reservado
A tu constancia solo,
En vano pretendido
De cuantos en tu cetro han precedido.
Animo, pues: yo cantaré gustoso
A la sombra tendido
En tu Aranjuez, poblado de frondosos
Arboles, que respiran por las hojas
No de amor las congojas,
Pero sí tu gobierno esclarecido;
Ni tus virtudes dejaré olvidadas,
Cuando cante las Indias conquistadas.
Corre, tiempo veloz. ¡Oh insigne Cárlos!
Tus méritos yo propio he de cantarlos,
Yo seré tu poeta:
¡Oh Cárlos, gran monarca augusto y pio,
Oh Cárlos, dulce imán del canto mio!

CORIDON.

Tente, Lucindo, espera: ¿á qué regiones
Te remontas de Febo trasportado?
¿De qué nuevo furor arrebatado
Tu espíritu se inflama?
Un pastorcillo, que en menuda grama
Se recuesta a cantar, no así debia
Prorumpir con osada fantasía
En son de guerra, y tanto
Que entre las armas y el horrible estruendo
De las trompetas suena ya tu canto.
Paréceme, que oyendo tu zampoña,
Escucho la bocina resonante
Del ciego esmirno, que cantó inflamado
La cólera de Aquiles indignado.
O pienso oir absorto
A esotro mantuano,
Que con favor del grande Octaviano,
Dejadas las camenas sicilianas,
Cantó con voz y espíritu divino
Las armas y el varon que á Italia vino.
O escuchar me parece
El estruendoso y bélico aparato
Con que suena la trompa de Torcuato.

LUCINDO.

No, Coridon, te espante,
Que yo á tu parecer tan alto cante,
Que un grande asunto heróico
No es posible cantarse bajamente,
Aunque un vaquero humilde hacerlo intente;
Y estoy avergonzado,
Porque el objeto es mas que lo cantado.

CORIDON.

Pues ya que la academia
El trabajo tan bien, cual dices, premia,
Lucindo, á los zagales encargadas
Dejemos las vacadas,
Y vamos en su número á alistarnos,
Para en las nobles artes emplearnos.

LUCINDO.

Dices bien: vamos pues; y tú, famosa
Academia feliz, por quien se allana

La juventud ardiente castellana
A desterrar el ocio
Con el sutil diseño,
Que luego sirve al militar empeño,
Perdona la osadía
Del que si mas supiera, mas haria
Por solo celebrarte.
Admite pues los rústicos loores,
Rústicamente dados
Del mayor de tus siempre apasionados,
Del menor de los árcades pastores.

ELEGIAS.

I. *A la muerte de la serenísima señora doña María Luisa, archiduquesa de Austria, hija del serenísimo duque de Parma.*

¿De cuál generacion será engendrado?
¿De qué tigre fierísima de Hircania
Habrá sido en su infancia alimentado?
¿De cuál dragon, de qué leon de Albania,
El que no sienta el corazon rompido
Del gran dolor que aflige hoy á Alemania?
La tierra un mar de lágrimas ha sido,
Eco triste en los montes no reposa
Repitiendo el suceso con gemido.
Murió Isabel, murió la mas hermosa
Beldad feliz, que en sus augustos lares
Produjo á Parma España belicosa:
La princesa de gracias singulares,
La hermosura del orbe idolatrada,
La ninfa celestial del Manzanares.
¿Quién creyera, que allí la muerte airada
Se atreviera á dar golpe no debido
Con su guadaña trémula afilada?
¿De qué a la tierna infanta le han servido
Las águilas feroces del imperio,
Ni de Francia el ejército temido?
Ni la bastó á librar del cautiverio
El poder del gran tio, que se estiende
Desde este hasta el antartico hemisferio.
¡Oh muerte inexorable! ¿qué te ofende
Nuestra vida, el gran bien de los humanos,
Que tu envidia usurpárnosle pretende?
Arrebataste con injustas manos,
Y sin tiempo, la flor mas delicada,
Que prometió los frutos mas lozanos.
Quedóse Europa atónita y pasmada
Al ver tu crüeldad, y el caro esposo
Llama en vano á la esposa regalada.
Sin alivio, esperanza ni reposo,
Inconsolablemente el lecho frio
Le es campo de batalla riguroso.
El alma exhala en uno y otro rio,
Tiende los dulces brazos enseñados,
Y solo halla el lugar triste y vacío.
Los mancebos, dejando otros cuidados,
Se conduelen, ó jóven, cuando clamas,
Y atienden á tu lloro lastimados.
Las rubias trenzas (que de amor son llamas)
Descompuestas, lloró el caso Viena
Con los ojos azules de sus damas.
Las ninfas del Danubio, y las del Sena,
Y aquellas del Erídano, que vieron
Del loco Faeton la triste escena,
Señas de su dolor acerbo dieron
Con llantos y suspiros encendidos,
Que a los montes sin alma enternecieron.
Llorad, Venus, llorad; llorad Cupidos,
Y cuanto el orbe tenga mas hermoso
Los juveniles rayos estinguidos.
El mismo dios de Amor triste y lloroso,
Roto el arco, la aljaba sin provecho,
La antorcha sin reflejo luminoso,
Hiere con tierna mano el blanco pecho,
Muere de enojo, angustia y desvarío,
Y aun es estremo corto al daño hecho.
Y vosotras, ó ninfas de mi rio,
Que humildes la arrullabais en real cuna,
Llorando acompañad el canto mio.
Vosotras, que lograsteis la fortuna
De oir del tierno labio balbuciente
Su voz angelical como ninguna,
¿Cuántas veces la dió vuestra corriente
Conchas, y caracolas, y corales,
Que fué su diversion tan inocente?
Vuestras anchas praderas desiguales
Vieron armar sus ojos de atractivo,
Que aun temieron los diosos celestiales.
Aquí empezó á vibrar el fuego activo
De sus divinos ojos, que ya ahora
De envidia á las estrellas son motivo.
Aquí cual la Diana cazadora
Del Eurota en la márgen florecida,
O del Cintio en la cumbre que el sol dora,
Ejercita las danzas divertida,
Menospreciando amores y querellas
De mil ninfas y vírgenes seguida.
Así con hermosísimas doncellas
Estas riberas hizo afortunadas,
Causando admiracion á las mas bellas;
Y bordando las telas delicadas
Con aguja sutil pintó la historia
De su estirpe y empresas señaladas.
Con las alas abiertas la victoria
De laurel coronaba á sus abuelos,
De sus soberbios triunfos en memoria.
Pintaba los infieles por los suelos
De nuestras armas al rigor llevados,
Que auxiliaron tal vez los mismos cielos;
Mas ya contra nosotros enojados,
Mostraron su rigor severamente,
Dejándonos de tanto bien privados.
Pero si algun remedio se consiente,
Solo es pensar que el alto firmamento
Por astro la conserva eternamente.
Y postrados al regio monumento
Verbena, apio, ciprés y boj publiquen
Por última fineza el sentimiento.
Y nuestros votos tímidos supliquen,
Que el funesto lugar jamás se vea
Sin lágrimas, que allí se multipliquen,
Y que la tierra al cuerpo leve sea.

II. *A la muerte de la reina madre doña Isabel Farnesio.*

¿Cómo es posible que permita el llanto
Lugar para la voz? ¿Cómo la pena
Podrá calmar un poco en tal quebranto?
De lágrimas la tierra miro llena,
Con suspiros y afán se enciende el viento,
Quejido ronco en todo el orbe suena.
La invicta España con funesto acento
Llorando está angustiada y dolorida,
Rasgado el preciosísimo ornamento.
Sin su reina está ya muy afligida,
Y trastornada la diadema augusta
De tan grandes imperios guarnecida.
Del leon fiero la altivez robusta
Yace mustia á sus piés aletargada,
Con espantable faz, triste y adusta.
La Europa melancólica, enlutada,
Tambien llorando, consolarla intenta;
Mas no su afliccion es para aliviada.
El padre Tajo, en vista macilenta
De sus ojos con túrbidas corrientes,
Su muy triste raudal llorando aumenta;
Taray morado y hojas diferentes
De negros olmos ciñen su cabeza,
Trastornadas las urnas de sus fuentes.
¡Oh Tajo! ¡Oh Tajo! ¡Oh bárbara aspereza
De tus riberas lóbregas, adonde
El oro con la arena se tropieza!
Funesto buho y cárabo responde
Con agüero á mi voz: ¿en dónde, díme,
Mi gran reina augustísima se esconde?
¡Oh muerte horrenda, de rigor sublime!

¡Oh inexorable, injusta, temeraria,
Bárbara, indigna, que á la vida oprime!
¿Qué has hecho, fiera, á nuestro ser contraria,
Furia implacable? ¿sabes lo que hisciste?
De todas tus crueldades la sumaria.
¿A la escelsa Isabela te atreviste,
A la heroina augusta y escelente,
Que en campo celestial de luz se viste?
Con esto has dado muestra solamente
De ser rigurosísima tirana,
Y de ser tu guadaña omnipotente.
El despotismo, que en la especie humana
Ejerce tu impiedad, yo no creia
Que alcanzase á mi reina soberana.
¿Quién pensara que tanta tiranía
Se pudiera entender con tal persona,
Y con quien tal rigor no merecia?
A la alta, á la católica Belona,
Que aun mas que de victorias, con ser tantas,
Ciñó de sus virtudes la corona.
A aquella heróica, cuyas regias plantas
Besaron las mas bárbaras naciones
En honor de las cruces sacrosantas.
Aquella, que de España los pendones
Hizo mil veces tremolar triunfantes,
Produciendo en el orbe admiraciones.
Sus hechos con trompetas resonantes
Publicará la Fama en todo el mundo,
Y atenderán los siglos mas distantes.
Cantará Apolo en ímpetu fecundo
Las heróicas magnánimas acciones
De su valor y espíritu profundo.
Ya les faltó el asombro á las naciones,
Faltó su reina á la triunfante España,
Estinguido el mayor de sus blasones.
Tú, muerte aleve, con injusta hazaña,
Manifestaste el ímpetu inclemente
Del bárbaro poder de tu guadaña.
¡Oh muerte inicua! deja que reviente
Mi dolor en baldones y en ultrajes
Contra tu infame cólera insolente.
¡Oh inicua, á decir vuelvo! ¿en qué parajes
Del ámbito terrestre no lloraron
El fúnebre rigor de tus carcajes?
Del Tajo las orillas resonaron
Con eco femenil y tierno lloro,
Y atónitas las hondas se pararon.
Donde entre el agua al mar vacia un tesoro.
Y la augusta Lisboa se engrandece,
Se oyó llanto tristísimo y sonoro.
Y la alta Italia, que inmortal florece,
¡Cuantos suspiros desperdicia al viento!
¡Ay, cómo sin consuelo se entristece!
¿Quién bastará a contar el triste acento
Con que la ninfa real del Arno llora,
Del Arno que resuena en fiel lamento?
Ni el Sebeto, ni el Pó pueden ahora
Contener los dos pechos varoniles
De aumentar su corriente brilladora.
Pero la suma de tus hechos viles,
Mayor que el consentir que á Polixena
Degüelle Pirro al túmulo de Aquiles,
Fué, parca horrible, con inmensa pena,
De la hija amada, y en Saboya amable,
Amortiguar la luz clara y serena.
Cuando no hicieras, muerte detestable,
Mas que esta sola infamia, ella bastara
A acreditarte infiel y abominable.
¿Cuál será el gran dolor de la hija cara?
Dos vidas bellas una nueva impía
Amenazando está con ira rara.
Huérfana está: ya no como solía
La escribirá escribiendo tiernamente:
¡Ay, qué pesar! Querida madre mia.
¿Habrá acaso furor, para que cuente
De aquel dia fatal, triste y horrendo
El lúgubre catástrofe inclemente?
Cuando la imagen de su horror tremendo
Con pavor se presenta á mi memoria,
Tiemblo de horror tal cosa refiriendo.
¿Cuál ímpetu se atreve á la alta gloria
De ser el coronista dignamente
De tan funesta y lamentable historia?
El Aranjuez sagrado y floreciente,
Que un tiempo á las delicias lisonjero,
Hizo que Chipre y Ménalo se afrente,
Con eco dolorido y lastimero,
Al valle averno en quejas semejaba,
Y aun le escedió en martirio mas severo.
Es fama que la ninfa que se lava
Del turbio mar de Antígola en las fuentes,
Entre el musco y verdin llorando estaba.
Y á las del real verjel tan escelentes,
O envió sus aguas negras y sangrientas,
O retiró del todo sus corrientes.
Las bóvedas fortísimas que asientas
Sobre tus muros, ínclito palacio,
Sonando están con quejas muy violentas.
Así el de Dido, en muy pequeño espacio,
Se anegó en lloro, y en clamor confuso,
Cuando el hijo de Anquises huyó al Lacio.
Y el alcázar de Troya, al ver intruso
Tanto escándalo, al fin del engañoso
Cerco que el griego ejército le puso;
Cuando huyendo Polites presuroso
Del rubio hijo de Aquiles implacable,
Al padre anciano acude temeroso:
Y él con la espada argólica espantable
En los brazos paternos le degüella,
Y esclama ansioso el viejo miserable.
Y oyendo su justísima querella,
De Hécuba el ruego, el lloro y el regazo.
Y los sacros altares atropella.
No fué menos crüel aquí tu brazo,
Pérfida muerte, cuando de tal vida
Cortó tu filo corvo el firme lazo.
Si el ser omnipotente y atrevida
Quieres que te concedan los humanos,
Haz que mas justa accion tal nombre pida.
¿Por qué no echas del mundo á los tiranos
Que arman soberbios de traidor acero
Las robadoras execrables manos?
Este sí fuera triunfo verdadero,
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo,
Restaurando el candor que hubo primero.
Mas ¡privarle con ceño furibundo
De su mas grande bien! ¿Cómo afrentada
No te sumerge el báratro profundo?
¿Qué te hizo mi gran reina? ¿Por qué airada
Usaste tal rigor? ¿Qué te ha ofendido
Toda Europa, que está desconsolada?
Al monarca español te has atrevido:
¿No sabes que este golpe le ha tocado,
Y lo mas tierno al corazon le ha herido?
Menos, menos le hubieras perturbado,
Si todo un mundo conmovido hubieras
Con inmensas naciones conjurado.
¡Oh la mas rigurosa de las fieras!
¡Ah, cómo te arrepientes temerosa,
Y te ocultas del Lete en las riberas!
Pero si sorda estás, ¿cómo afrentosa-
Mente te nombro, aun para abominarte?
Bate las alas, y huye, negra diosa.
Y á tí, reina, me vuelvo: hoy quiero hablarte
La vez postrera: Tú, tú te has huido,
Que nadie se atreviera a molestarte.
¿A dónde vas? ¿Tan mal te hemos servido?
¿Así dejas tus hijos y criados
En desconsuelo y en eterno olvido?
Ya de madre los nombres regalados
En la boca de Luis no escucharemos,
De Luis, el Benjamin de tus cuidados.
¡Ah, qué presentes tengo los estremos
Con que á tu estancia sin entrar miraba!
Nosotros consolarle no podemos.
Al rey tristes noticias le anunciaba:
Enterneciose el héroe poderoso,
Y un mundo y otro atónito temblaba.
Fué aquí bien menester su portentoso
Corazon. ¿Callaré? Decidlo, Musas,
Que no es tanto mi aliento sonoroso.
Un mar fué el rio en lágrimas difusas:
Tus nietos de pesar se desataron
En quejas lamentables y confusas.

Los ojos de la infanta, que enseñaron
A amar honestamente, vi llorosos;
Diluvios de los nuestros reventaron.
Y aquellos soberanos y amorosos,
Con que hace en un mirar con señorío
La deidad del Eridano, dichosos,
Templaron el espíritu y el brio,
Y asomándose están lágrimas bellas,
Como en la concha el oriental rocío.
La hermosa juventud de tus doncellas,
Como las Drias por Orfeo en Hebro,
Con sus manos ajaron las estrellas.
La ninfa celestial, que yo celebro,
Ya no atiende con párpados enjutos
De mi canto amoroso al dulce quiebro.
Tus damas, ya arrastrando largos lutos,
Los arrugan en lágrimas bañados;
Que estos te son justísimos tributos.
El muy fiel escuadron de tus criados
Estábamos allí por los rincones
Soñolientos, rendidos, trasnochados.
Las largas noches, llenas de aflicciones,
Llevábamos á bien: ¡Oh tiempo breve!
¡Oh si duraras siglos á millones!
¡Ay, cómo nos volvimos con pié leve
Sin tí divisos, del dolor trasuntos,
Cual grey sin el pastor, que pace nieve!
¿Cuándo nos volveremos á ver juntos?
Sin duda no será hasta aquel gran valle
Donde se juzguen vivos y difuntos.
¿Para esto tanto afán? ¿Y que yo calle
Será posible? Que si el cielo puede,
No quiere el cielo á mi alma alivio dalle.
¿Después de tanto afán esto sucede?
¿Éste es de nuestros males trabajosos
El premio que la suerte nos concede?
Cuando miro tus ricos y preciosos
Ornamentos, y alhajas celebradas,
Que harán á los monarcas envidiosos,
Las piedras del Mogol tan estimadas,
Sin poderme templar digo llorando:
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!
¡Ah infiel memoria! Yo me acuerdo cuando
A tus augustos piés te las servia:
¿Por qué ahora no lo estoy ejecutando?
¡Quién usa de tan grande tiranía!
¿Así nos dejas, y te vas, Señora?
Ya escuchar no te agrada la voz mia.
Algun tiempo juzgástela sonora:
Yo fuí tu cisne: ¿quién me lo dijera,
Que hubiese de cantar tu muerte ahora?
Esta es, sin duda, mi oblacion postrera,
En pago de mil bienes: ¡Oh! taladre
Mi angustia el corazon, y al punto muera.
Cantaré tu piedad mas que de padre,
Pues tanta fué, que dudo agradecido,
Si canto á mi señora, ó á mi madre.
Después, augusta reina, que te has ido,
No ha visto España el rostro á la alegría,
Tiniebla por el cielo se ha esparcido.
Mi cítara perdió la melodía,
Vuelta en lúgubre son, ronco mi acento,
Ya no puedo cantar como solia.
¿Cuánto mandabas desde aquel asiento?
Sacra historia, dáme otra semejante,
Veremos si es verdad lo que yo cuento.
¿Qué dirá Eresma fiel, cuando levante
La cabeza en sus urnas recostada,
Al verte así quien te miró triunfante?
¿Estos dones al Tajo enviar le agrada?
¡Cuántas veces la ví (dirá) valiente,
Desgreñando al bridon la crin rizada!
Cual Berecintia con torreada frente,
Por Helesponto va en los frigios carros,
Y en torno tanto dios su descendiente;
Así desenterrando los guijarros,
En la caza la ví ensayar la guerra
Que ejerció con alientos tan bizarros.
Grande amazona, ornato de esta sierra,
Católica Cibeles parmesana,
Y madre de los dioses de la tierra.
Mientras dure la cumbre carpentana,
Mientras yo lave el túmulo reciente,
Durará tu memoria en la fe humana.
¡Ah, cómo triste agüero bien patente
Ominoso anunció tambien ruina,
Si no fuese liviana nuestra mente!
Yo ví serpentear roja culebrina,
Y un cometa: graznó con ronco grajo
La siniestra corneja en hueca encina,
Donde se abrazan en el hondo bajo,
Entre ova y limos (trasponiendo Apolo),
Las ninfas de Jarama y las del Tajo.
Ví, yendo por el bosque triste y solo,
Que las verdes doncellas levantaban
Un cristalino y grande mauseolo.
No entendí para quién le dedicaban;
Solo oí con asombro, que llorando
Las ninfas en el hondo susurraban.
Entonces ví, que una águila chillando
Deja los tristes pollos con mancillas,
Y se remonta al cielo revolando.
Atónito con tantas maravillas
Quedé inmovil con huella tembladora,
Las lágrimas están en mis mejillas.
Divina Elisa: pues el cielo ahora
Te consiente mirar el ancho suelo,
Desde Cádiz al Ganjes, y la Aurora;
Pues que te es dado interceder que al cielo
Vamos á verte, ruega te veamos,
Que es en tal pena el único consuelo.
Arboles mustios de marchitos ramos,
Fresca ribera, diáfana corriente,
Grata una y otra á los silvestres gamos;
Surtidor ronco de murmúrea fuente,
Bosque opaco, palacio farnesino,
Tibre romano, honor de aquella gente,
Vosotros, que pasais por el camino,
Al ver la alta pirámide espantosa,
Suspéndete, estranjero peregrino.
Gran semideo, alto hijo de la diosa,
Carlos augusto, calma en tantas penas,
No desmayes á España poderosa.
Vosotras, Gracias, dadme á manos llenas,
En canastillos de purpúreas flores,
Mirtos, aromas, lirios y azucenas.
Y tú, enseñado á trágicos amores,
Pobre instrumento, queda eternamente
Por lo cantado, no por tus primores,
De un fúnebre ciprés aquí pendiente.

III. *A las niñas premiadas por la Sociedad económica de Madrid en la distribucion de* 1779 (*).

¿Habeis ya, padres de la patria, dado
El premio justo, el galardon debido,
Que la virtud y el mérito han ganado?
¿Habeis ya con preseas distinguido,
Y con preciosos dones este coro
De vírgenes hermosas escogido?
¿Habeisle honrado con gritar sonoro,
Venciendo sus elogios las arenas
Del mar que baña desde el indio al moro?
¿Están de joyas y de gozo llenas,
Como en Elis los fuertes luchadores
De las pitias y olímpicas faenas?
¿Confiesa el mundo ya con mil loores
Cómo el brazo español sabe igualmente
Rendir monarcas, que ejercer primores?
Pues si nadie verdad tan evidente
Hoy ya disputa, ¡oh sacra poesía!
Baja del cielo á iluminar mi mente.
Baja, y dame tu voz, que este es mi dia,
Y si yo no levanto á las estrellas
A ese hermoso escuadron, lo estrañaria.
Mi verso aspira á celestial por ellas,

(*) Bajo este título, no muy conforme con su asunto, leyó el autor en 1779, pocos meses antes de su muerte, esta composicion, que merece conservarse siquiera por las muchas noticias eruditas que encierra sobre las antigüedades madrileñas. Púsole algunas notas aclaratorias, que ampliadas después por nuestro amigo don Ramon Mesonero Romanos, reproducimos tambien como objeto de interesante curiosidad.

Por ellas soy en Maredit (1) nombrado
El honesto cantor de las doncellas.
Y pues yo falto solo, y escuchado
Soy, gremio escelso, y el oido inclinas
Al eco que otra vez has celebrado;
Repito sus virtudes peregrinas,
Como cuando á la cítara española
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.
Y porque no lo goces, Madrid, sola,
Y vuele su virtud por do triunfante
El pabellon de Carlos se tremola;
La amiga musa en patrio verso cante
A despecho de espíritus malignos,
Y de la envidia, que rabiando aguante.
Ya con influjos que vertió benignos
Sesgó el zodiaco iluminando Febo
Las doce casas de los doce signos:
Después que á impulsos del honroso cebo,
De mano femenil vimos primores,
Que estimularon á trabajo nuevo;
Cuando la fama en ecos voladores
A nuevo empeño á la palestra llama
Al virgíneo escuadron y sus labores;
Las niñas españolas, que la fama
A ejemplo de sus padres apetecen,
Arden en fiel pundonorosa llama.
De Minerva al estrépito se ofrecen:
Alzó la frente el patrio Manzanares,
A quien lirios entre álamos guarnecen;
Y vió, no sin asombros singulares,
En sus hijas la célica hermosura,
Con quien no es justo, ó Venus, te compares.
Vió la gala, el donaire y compostura,
La gracia inimitable que enamora,
Y alma mas que de humana criatura.
La pompa y garbo, y la invencion señora,
El modo, el atractivo y cuanto encierra
La estrema perfeccion encantadora.
No creeré que eran ninfas de otra tierra
Las que hicieron los dioses animales,
Y á las diosas con celos cruda guerra;
Sino nacidas junto á los umbrales (2)
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita
Con pozos de agua dulce y pedernales.
Donde reina el esmero y esquisita
Discrecion y lindeza cortesana,
Con fuerza que arrebata y precipita.
No hechizos dieron en la edad anciana
Las de Tiro y Sidon (3) mas halagüeños,
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.
Si esto juzgais de la pasion empeños,
Confesadlo, estranjeros, abrasados
Al volcán de los ojos madrileños.
Mas tales dotes, aunque no negados,
No admiran tanto al carpentano rio
Como el verlos tan bien aprovechados.
Pues sin virtud es todo desvarío:
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo
En los mortales con influjo pio?
La virtud, el trabajo y patrio celo
Movieron á las niñas inocentes
A la contienda y laborioso duelo.
Vinieron de los barrios diferentes
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
Reina augusta y señora de las gentes.
Vinieron con semblantes pudibundos
Las que habitan al austro, donde (4) lava
Los piés el agua de arboles fecundos.
Ninguna de estas fué del ocio esclava,
Y antes que suba á la piadosa escuela,
Diestra en tejer cordones, los acaba.
Ni las que miran de *justar la Tela* (5)
Faltan, ni las que están acia los juegos (6)
De Rufina y Campillo de Manuela.
Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
Y la calle (7) á quien dieron nombradía
Perdida Rodas, fugitivos griegos.
Las que el cristal del Ave de María
Beben muy puro en misteriosa (8) fuente,
Las de la nueva y vieja Morería.
Tambien vosotras, que el salitre (9) ardie
Veis destilar en el reciente hornillo,
Y los baños (10) de fábrica reciente.
De la Huerta del Bayo (11) y del Cerrillo
Vienen, y del corral de las Naranjas,
Y del moro Alamin (12) y hoy Alamillo.
Estas saben tejer flecos y franjas,
Obra morisca, y saben que el juzgado
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.
Tú, labrador (13) divino, que has sacado
De la Almudena el agua á maravilla,
Como el trigo en su cubo reservado:
Enviaste de tu calle y la Vistilla
Niñas honestas en virtud iguales,
Y de los Torrejones (14) de la Villa.
Ni holgaron con el fresco en sus portales
Las que de San Cebrian la antigua (15) erm
Buscan en torno, y no hallan las señales.
Ni del ciego Alcorán ven la mezquita (16
Que ya el apóstol príncipe mejora,
Ni del maese (17) Hazán la obra esquisita.
Tambien llegaron á la primer hora
Las del Cerrillo (18) de la Cruz, que atruen
Con ridícula farsa que desdora.
Y de la plazoleta donde suena
Solo el nombre del Angel (19), que es seg
Menos que aire la fabrica no buena.
Las de la fuente (20) que condujo el cura
De Colmenar, se ofrecen placenteras,
Y de la calle que por teson dura (21),
Y de la de las Conchas (22) ó Veneras
Con su casa hospital de Peregrinos (23),
Pues no hay vagas hipócritas romeras.
El profundo arenal (24), que dió caminos
Al agua, y dió llanura, que no habia
Tragando en sí los cerros convecinos,
Es ya calle que niñas mil envía,
Y es casa (25) de doncellas laboriosas
La que lo fué de vil mancebería (26).
Dos calles (27) remitieron presurosas
De sus pueblas las castas inocencias,
Y tres (28) Cavas sus hijas oficiosas.
Y el pretil y escarpadas eminencias
Del Castillo (29) y Estudio, porque el moro

(1) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey don Juan el I cedió esta villa al rey don Leon de Armenia, año de 1383.

(3) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *dibafa*, restaurada en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Canals, baron de la Vall-Roja, segun consta de las Memorias que ha publicado, como director general de tintes del reino.

(4) Barrio de Lavapiés ó Avapiés.

(5) Fuera de la puerta de Segovia, á la derecha

(6) Junto á las monjas Trinitarias.

(7) Calle de Rodas.

(8) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon la calle y barrio de donde espulsó á las prostitutas, y por esto San Simon la calle que está enfrente de la fuente.

(9) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valencia.

(10) Baños de Berete.

(11) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que el Casino de la reina.

(12) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(13) San Isidro.

(14) Junto á San Francisco.

(15) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente a la Trinidad

(16) Hoy parroquia de San Pedro.

(17) Solo se conserva en el hospital de la Latina una e puerta de este arquitecto moro.

(18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombr hoy teatro.

(19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.

(20) Fuente del Cura.

(21) Calle de Aunque-os-pese, Enhora-mala-vayas, y Sal-si-p las disputas que hubo sobre vender el terreno.

(22) Casa de las Conchas, que fué hospital de peregrinos.

(23) De ahí la denominacion de la calle, por dirigirse á dich

(24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmonta Jacometrezo y otras.

(25) En la calle de Toledo.

(26) La mancebía estaba en la calle de la Duda, frente chuelas de San Felipe ya derribadas.

(27) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Pueblas fueron don Joaquin de Peralta.

(28) Alta, Baja y de San Miguel.

(29) Donde está hoy la plazuela de Reveque y parroquia de S

Te llamó, ó Maredit, madre de ciencias;
Presentaron sus niñas con decoro,
Que se admiran de oir en su barriada
Como retumba el cóncavo sonoro.
Y es que allí la Alcazaba torreada
En tiempo fué del moro y el cristiano
Con minas (30), silos, cuevas y escapada,
Que duran á pesar del tiempo cano,
Y cuatro torres (31) en la casa antigua,
Obra real á estilo castellano.
Moslema (32) tuvo habitacion contigua,
Sabio astrólogo moro, en Majerito,
Que los hados futuros averigua.
Entre cercas de fuego en tal distrito
Al rey (33) hallaron los embajadores
Sobre un leon con ánimo inaudito.
Y por el aire y situacion mejores
Luego en la torre (34) de Hércules, robusto
Palacio deja que el dragon (35) esplores.
Y Carlos quinto, emperador augusto,
La dió su nombre, y el que vive, y viva
Desde ella manda con imperio justo.
Decidiendo con rayo ó con oliva
De la suerte del orbe, y los mortales
Al universo que en su apoyo estriba.
Las que junto á las termas (36) minerales,
Que tuvo Majerit antiguamente
Con pilas de fogosos pedernales,
Viven, dejaron el metal luciente,
O calle (37) rica, que del trasmierano
Herrera ves la segoviana puente.
Y vinieron tambien del altozano,
Que fué campo del rey, hoy su armería (38),
Y del porton de Balnadú (39) africano.
No las detuvo la alta valentía
Del gran Palacio, ni la nueva (40) puerta
De Castilla, sus fuentes, y ancha via.
Ni el justo elogio dejará encubierta
La virtud de vosotras, que habitando
Junto al pozacho (41), trabajais alerta;
Ni la que ve que ya no están manando
Los Caños del Peral, antiguamente
De Paratlo, queda en ocio blando.
O las que labran junto la eminente
Atalaya deshecha, que á su calle
Nombran de Espejo (42) equivocadamente.
Ni á las que aparta el legamoso valle
De Leganitos con su alcantarilla (43),
Ya llana (44), teman que mi verso calle.
¡Oh, monte espeso de la Ursaria villa,
Quinta del rey don Pedro, donde yace (45)
La luz del candilejo de Sevilla!
Tu gran barriada, que añadir le place
Al segundo Filipo en anchurosas
Calles que forma, y mil cruceros hace,
Envió niñas honestas y hacendosas,
Que acia el ártico polo están mirando
Al dragon enroscado entre las osas.
Ni dejarán mis versos de ir loando
Las que, hechas las hazanas de su casa,
De Maravillas (46) vienen en fiel bando.

(30) Hay allí profundas minas y escapes.
(31) Distintivo de casa real.
(32) Moslema, natural de Madrid en tiempo de moros. (*Biblioth. Arab. esp.*)
(33) Don Juan II, como lo dice Juan de Mena.
(34) La torre de Hércules, que luego se llamó de Carlos V, es la del ... que en el antiguo palacio.
(35) Armas antiguas de Madrid.
(36) Debajo de donde hoy es casa de los Consejos estaban los baños. ... Madrid, en la calle de Segovia, mas abajo de la parroquia de San Pedro.
(37) Calle de Segovia y casas de Moneda.
(38) Allí estuvo el santuario de Nuestra Señora de la Caridad, que des... se unió á la cofradía de la Paz.
(39) Puerta de Balnadú, estaba junto á la calle del Tesoro.
(40) Obras suntuosas del rey Carlos III, puerta de San Vicente, ca... de la Florida.
(41) A la calle de los Tintes.
(42) *Speculum*, hoy del Espejo.
(43) Leganitos ó Leganés, quiere decir *huertas* ó *de las huertas*, de la ... bra árabe *algannet*, *algannit*.
(44) De órden de don Manuel Ventura Figueroa, gobernador del con...
(45) En el convento real de Santo Domingo.
(46) Barrios de Madrid.

Y del Barquillo, término (47) que pasa
De Vicálvaro al tuyo, que algun dia,
¡O patria humilde! en tierra fuiste escasa.
Aguardad, que ya va la musa mia
A celebrar las de la Red (48), en donde
El ganado en un tiempo se vendia.
Ni en silencio pasarte corresponde
Gran (49) calle, andén de Olivo jebuséo,
Que hoy tanta regia máquina le esconde.
Tus hijas llegan con feliz deseo,
Que ven venir al sol del claro oriente,
Las damas de los toros y el paseo.
Ningun precepto hará que yo no cuente
A las que suben de la Redondilla (50),
De mil ninfas verjel antiguamente;
Porque en el tiempo que ensanchó la villa,
Y fundó el monasterio (51) edificado
Del rio al paso en la juncosa orilla,
El Cuarto Enrique en el antiguo Prado
Hizo ruar las damas muy galanas,
Y allí su caballero amartelado:
Ellos en potros, y ellas en lozanas
Mulas con sus gualdrapas, andariegas,
Y con sillas jinetas y rudanas.
Mas aunque ¡oh tiempo! todo lo trasiegas,
No evitarás por mí ser alabadas
Las de otras calles, cuyo autor no niegas.
De Jácome de Trezo (52), y las barriadas
De Juanelo, del de Alba, del Bastero,
De las Urosas y las Maldonadas.
Muchas vienen tambien del Mentidero (53),
De las Damas (54), plazuela de Moriana,
Eras de San Martin, que fué primero.
Los Fúcares de Jénova (55), y la anciana
Permision de los Francos, y de oriente
La abada horrenda (56), ú elefanta indiana,
Dan á sus calles nombre permanente,
Que hoy le afirman las niñas sus vecinas,
Con el de los Octoes (57) juntamente.
Y las que llenan alcarrazas finas
De agua en Puerta-Cerrada, y de Toledo
En la calle, San Juan y Cuatro Esquinas.
Suplid, señores, que olvidar no puedo
De Atocha la ancha estrada, y la pequeña
Calle del Niño, en que vivió Quevedo (58);
Ni la oculta plazuela (59), cuya leña
Allí trajeron mil carreterías,
Como el nombre en la calle nos lo enseña.
Los comuneros, en turbados dias
Por aquí vieron de la villa el foso
Contra la rebelion y tropelías.
Después siguiendo el tiempo belicoso
El gremio la ocupó de broqueleros (60):
Ya no usamos adorno tan honroso.
Las madres, que habitando en los cruceros,
De la Puerta del Sol ven el gentío,

(47) Fué de Vicálvaro.
(48) Red de San Luis. Llamábanse *red* los parajes en que se vendia el pan y otros géneros, por estar dentro de rejas de hierro, como en el peso real: así se decia red de las Velas el despacho de ellas junto al Rastro.
(49) Calle de Alcalá, antiguamente olivares.
(50) Aquí ruaban en tiempo de Enrique IV como ahora en el Prado.
(51) El convento de San Jerónimo, que Fernando el Católico trasladó adonde hoy está.
(52) Calles de estos nombres.
(53) El Mentidero se llamaba en Madrid una plazoleta que habia con árboles en la que es ahora la entrada de la calle del Leon, entre esta y la de las Huertas.
(54) De las Damas y Primavera, que estaba junto al campillo de Manuela, adonde acudian á divertirse, como ahora en Chamberí.
(55) Los Fúcares fueron dos célebres hermanos contratistas en tiempo de Carlos II. Los francos formaban barriadas aparte en muchas ciudades de España, como Sevilla, Madrid, Valladolid etc.
(56) La Abada era un animal monstruoso traido del Brasil por unos portugueses, que la enseñaban en la calle á que dió nombre.
(57) San Miguel de los Octoes ú ocho hermanos.
(58) Enfrente de la calle del Niño vivió Lope de Vega, y Cervantes en la esquina de la del Leon. Pudiera haberse dado á esta el nombre de Cervantes, de Lope á la de Francos y de Quevedo á la del Niño, recordando así la memoria de los primeros ingenios españoles que vivieron á distancia de muy pocos pasos.
(59) Plazuela de la Leña y calle de Carretas.
(60) Los fabricantes de broqueles vivian en la calle de las Carretas aun en tiempo de Carlos II.

Por ellas soy en Maredit (1) nombrado
El honesto cantor de las doncellas.
Y pues yo falto solo, y escuchado
Soy, gremio escelso, y el oido inclinas
Al eco que otra vez has celebrado;
Repito sus virtudes peregrinas,
Como cuando a la citara española
Puse aquí cuerdas griegas y latinas.
Y porque no lo goces, Madrid, sola,
Y vuele su virtud por do triunfante
El pabellon de Carlos se tremola:
La amiga musa en patrio verso cante
A despecho de espiritus malignos,
Y de la envidia, que rabiando aguante.
Ya con influjos que vertió benignos
Sesgó el zodiaco iluminando Febo
Las doce casas de los doce signos:
Después que a impulsos del honroso cebo,
De mano femenil vimos primores,
Que estimularon a trabajo nuevo;
Cuando la fama en ecos voladores
A nuevo empeño á la palestra llama
Al virgíneo escuadron y sus labores;
Las niñas españolas, que la fama
A ejemplo de sus padres apetecen,
Arden en fiel pundonorosa llama.
De Minerva al estrépito se ofrecen:
Alzó la frente el patrio Manzanares,
A quien lirios entre álamos guarnecen;
Y vió, no sin asombros singulares,
En sus hijas la célica hermosura,
Con quien no es justo, ó Venus, te compares.
Vio la gala, el donaire y compostura,
La gracia inimitable que enamora,
Y alma mas que de humana criatura.
La pompa y garbo, y la invencion señora,
El modo, el atractivo y cuanto encierra
La estrema perfeccion encantadora.
No creeré que eran ninfas de otra tierra
Las que hicieron los dioses animales,
Y a las diosas con celos cruda guerra;
Sino nacidas junto á los umbrales (2)
Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita
Con pozos de agua dulce y pedernales.
Donde reina el esmero y esquisita
Discrecion y lindeza cortesana,
Con fuerza que arrebata y precipita.
No hechizos dieron en la edad anciana
Las de Tiro y Sidon (3) mas halagüeños,
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.
Si esto juzgais de la pasion empeños,
Confesadlo, estranjeros, abrasados
Al volcan de los ojos madrileños.
Mas tales dotes, aunque no negados,
No admiran tanto al carpentano rio
Como el verlos tan bien aprovechados.
Pues sin virtud es todo desvario:
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo
En los mortales con influjo pio?
La virtud, el trabajo y patrio celo
Movieron a las niñas inocentes
A la contienda y laborioso duelo.
Vinieron de los barrios diferentes
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
Reina augusta y señora de las gentes.
Vinieron con semblantes pudibundos
Las que habitan al austro, donde (4) lava
Los piés el agua de arboles fecundos.
Ninguna de estas fué del ocio esclava,
Y antes que suba á la piadosa escuela,
Diestra en tejer cordones, los acaba.
Ni las que miran de *justar la Tela* (5)
Faltan, ni las que están acia los Juegos (6)
De Rufina y Campillo de Manuela.
Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
Y la calle (7) á quien dieron nombradía
Perdida Rodas, fugitivos griegos.
Las que el cristal del Ave de María
Beben muy puro en misteriosa (8) fuente,
Las de la nueva y vieja Morería.
Tambien vosotras, que el salitre (9) ardiente
Veis destilar en el reciente hornillo,
Y los baños (10) de fábrica reciente.
De la Huerta del Bayo (11) y del Cerrillo
Vienen, y del corral de las Naranjas,
Y del moro Alamin (12) y hoy Alamillo.
Estas saben tejer flecos y franjas,
Obra morisca, y saben que el juzgado
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.
Tú, labrador (13) divino, que has sacado
De la Almudena el agua á maravilla,
Como el trigo en su cubo reservado:
Enviaste de tu calle y la Vistilla
Niñas honestas en virtud iguales,
Y de los Torrejones (14) de la Villa.
Ni holgaron con el fresco en sus portales
Las que de San Cebrian la antigua (15) ermita
Buscan en torno, y no hallan las señales.
Ni del ciego Alcorán ven la mezquita (16)
Que ya el apóstol príncipe mejora,
Ni del maese (17) Hazán la obra esquisita.
Tambien llegaron a la primer hora
Las del Cerrillo (18) de la Cruz, que atruena
Con ridícula farsa que desdora.
Y de la plazoleta donde suena
Solo el nombre del Angel (19), que es segura
Menos que aire la fabrica no buena.
Las de la fuente (20) que condujo el cura
De Colmenar, se ofrecen placenteras,
Y de la calle que por teson dura (21),
Y de la de las Conchas (22) ó Veneras
Con su casa hospital de Peregrinos (23),
Pues no hay vagas hipócritas romeras.
El profundo arenal (24), que dió caminos
Al agua, y dió llanura, que no habia
Tragando en sí los cerros convecinos,
Es ya calle que niñas mil envía,
Y es casa (25) de doncellas laboriosas
La que lo fué de vil manceberia (26).
Dos calles (27) remitieron presurosas
De sus pueblas las castas inocencias,
Y tres (28) Cavas sus hijas oficiosas.
Y el pretil y escarpadas eminencias
Del Castillo (29) y Estudio, porque el moro

(1) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

(2) El rey don Juan el I cedió esta villa al rey don Leon de Armenia, año de 1383.

(3) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *dibafa*, restaura la en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Canals, baron de la Vall-Roja, segun consta de las Memorias que ha publicado, como director general de tintes del reino.

(4) Barrio de Lavapiés ó Avapies.

(5) Fuera de la puerta de Segovia, á la derecha

(6) Junto á las monjas Trinitarias.

(7) Calle de Rodas.

(8) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon de Roj la calle y barrio de donde espulsó á las prostitutas, y por esto se llam. San Simon la calle que está enfrente de la fuente

(9) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valencia

(10) Baños de Berete.

(11) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que ocupa el Casino de la reina.

(12) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(13) San Isidro.

(14) Junto á San Francisco.

(15) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente a la Trinidad

(16) Hoy parroquia de San Pedro.

(17) Solo se conserva en el hospital de la Latina una escalera puerta de este arquitecto moro.

(18) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre al co hoy teatro.

(19) Hubo allí ermita del Angel de la Guarda.

(20) Fuente del Cura

(21) Calle de Aunque-os-pese, Enhora-mala-vayas, y Sal-si-puedes, las disputas que hubo sobre vender el terreno.

(22) Casa de las Conchas, que fué hospital de peregrinos.

(23) De ahí la denominacion de la calle, por dirigirse á dicho hosp.

(24) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontaron de l Jacometrezo y otras.

(25) En la calle de Toledo.

(26) La mancebía estaba en la calle de la Duda, frente á las c chuelas de San Felipe ya derribadas.

(27) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Pueblas fueron hechas don Joaquin de Peralta.

(28) Alta, Baja y de San Miguel.

(29) Donde está hoy la plazuela de Rebeque y parroquia de San [illegible]

Resuena con aplausos repetidos
Del pueblo que por númen os venera.
  El Dios de los ejércitos, crecidos
Premios dé al celo y religion constante,
Dignamente por ella merecidos.
  Eche su bendicion, que al Orco espante
Sobre vuestras fortísimas legiones,
Y poderosa armada fulminante.
  Y, ó ninfas inocentes, oblaciones
Al cielo dirigid, por quien merece
Ser dueño universal de las naciones.
  Agradecedle el premio que os ofrece,
Ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo
Hasta dónde arrebata y engrandece.
  Ya veis : por ella elogio á vuestro anhelo :
Sin ella, ¿cuándo fuerais en tal dia
Con versos levantadas hasta el cielo?
  No desmayeis, que ya la musa mia
Dulces epitalamios os empieza,
Pues sigue á tal afán casta alegría.
  Ya no cantaré mas el aspereza,
La rota fe, é ingratitud horrible
De una inconstante y bárbara belleza :
  Sino el valor y aplicacion plausible
De vuestro pensamiento generoso,
Y vuestra educacion irreprehensible.
  Dichoso el tiempo que aplicais, dichoso
Al que le deis la nunca ociosa mano
Con el nombre amantísimo de esposo.
  Mayor felicidad al reino hispano
Dará vuestra labor, que la que pende
De la instabilidad del Océáno (82).
  Y pues la patria á vuestro premio atiende,
Trabajad, levantando al alto cielo
Súplica humilde, que los aires hiende.
  Pedid que de esta patria el santo celo
Se logre pronto, y que con pompa altiva
La paz afirme por el ancho suelo,
  Sus armas triunfen, y que Carlos viva.

SATIRAS.

I.

  Satírica la Musa castellana,
Al tiempo que riéndose la Aurora
El oriente pintó con oro y grana,
  Se me ofreció á la mente : á aquella hora
Bajaba á los antípodas huyendo
La noche de pesares causadora.
  Entonces en el lecho revolviendo
El cuerpo, de estar quieto ya cansado,
A sueño mas gustoso me encomiendo;
  Porque el sentido apenas embargado
Fué en dulces suspensiones de Morfeo,
La musa imaginé ver á mi lado.
  Era la bella ninfa, á lo que creo,
Tan estraño portento de hermosura,
Que aun no la juzgó tanto mi deseo,
  De sus cándidos miembros la blancura,
La riqueza pomposa del vestido
Bizarro con airosa compostura,
  Me dejaron del todo persuadido,
Que no es tosca la sátira, ni fea,
Si su influjo á buen fin va dirigido.
  La mirra de Ceilán, y la orontéa
Sus dorados cabellos exhalaban,
Que presumen vencer la luz febéa;
  Por la espalda brillando la ondeaban
Con alarde hermosísimo y prolijo,
Y el cuello ebúrneo de oro perfilaban.
  Al fin en mí poniendo el rostro fijo,
Voz sonora, dulcísima y divina,
Por boca de coral sacó, y me dijo :
  Pues ¿ cómo tu pereza así imagina
Ceñirte del laurel gloriosamente,
Que á tus sienes el cielo le destina?
  No el premio se consigue ociosamente,
Ni Apolo con el árbol ha adornado
De Dafne infiel la no cansada frente.
  El furor que en tu pecho ha derramado
Fué para que solícito en su enmienda
Fuese al mundo por tí comunicado.
  Y así de otra manera nadie entienda,
Que asiento ha de lograr en el Parnaso,
Por mas que con dineros lo pretenda.
  La dádiva del cielo no fué acaso;
Y pues fecundidad te ha concedido
De númen, aunque humilde, nada escaso,
  Tu aliento vuele ya mas atrevido,
Y á tu patria, del vicio infiel morada,
Amedrenta con cínico ladrido.
  Pues no bastó la cómica jornada,
Ni el calzarte el coturno sofocléo,
Para que la virtud fuese estimada.
  Ejecuta los fueros de tu empleo,
Pinta de la maldad, que la sujeta,
Lo infame, lo ridículo y lo feo.
  Que estas son del dignísimo poeta
Justas ocupaciones, y su verso
Reduce la república á perfeta.
  Solo para enseñar al universo
Con dulzura, á él el cielo os ha enviado,
Terror del ignorante y el perverso.
  Ni temas contra el vicio ser osado;
Porque yo en nombre suyo te aseguro
La noble proteccion del magistrado.
  Vuelve los ojos, vuelve al patrio muro,
Verásle en mil errores sumergido,
De los cuales sacarle yo procuro.
  ¿No adviertes entre el tráfago y ruido,
Que la hispana metrópoli alborota,
El noble y el plebeyo confundido?
  ¿No ves que la verdad está remota,
Porque de tus patricios la enajena
La envidia que veneno infernal brota?
  ¿No adviertes cómo audaz se desenfrena
La juventud de España corrompida
De Calderon por la fecunda vena?
  ¿No ves á la virtud siempre oprimida
Por su musa en el cómico teatro,
Y la maldad premiada y aplaudida,
  Y desde el Tajo aurífero hasta el Batro,
Está vuestra nacion desestimada,
Porque así lo quisieron tres ó cuatro?
  ¿No ves el arte cómica ignorada,
Y si la accion empieza en Filipinas,
En Lima ó en Jetafe es acabada?
  ¿No ves, no ves salir de las cortinas
Cosas que ni en el mundo han sucedido,
Ni pueden, si con juicio lo examinas?
  ¿ No ves cuál ignorancia ha ya cundido,
Y que con desvergüenza ya penetra
Aun lo mas reservado y escondido?
  ¿No ves que el no saber, ni aun una letra,
En las damas es hoy lo que mantiene
El aire y presuncion de petimetra,
  Y en su conversacion á cuento viene
Solo el corsé, la bata ó la basquiña,
Que la amiga prestada ó propia tiene?
  ¿ No ves que no hay quien su desórden riña,
Por no desazonar, como ellos dicen,
Los chistosos gracejos de la niña?
  ¿Que aguantan que su cuerpo martiricen
La cotilla, el zapato, el sofocante,
Hasta que de apretados se destricen?
  ¿ No ves que el que se precia de su amante
Por méritos alega monerías,
Para que en sus favores adelante?
  Esceden en suspiros á Macías,
Hacen vil profesion de lisonjeros,
Y así pasan las noches y los dias.

(82) Uno de los mayores beneficios que obtuvo España del reformador reinado de Carlos III, fué el establecimiento de las sociedades llamadas patrióticas ó económicas de amigos del pais, sobre la base en que el conde de Peñaflorida fundó en Vergara la vascongada en el año de 1765 Moratin fué uno de los primeros socios de la de Madrid, contribuyendo á los saludables fines de su instituto, no solo con sus elogios poéticos que leia en sus juntas generales, sino tambien con otros trabajos de no leve importancia en el seno de la sociedad. (Véase su vida.)

Y aquellos que se precian de mas fieros
Y valientes, pretenden por vilezas
El título de fuertes y guerreros.
Vilmente encenagados en torpezas
Frecuentan las zahurdas, que oyen solo
Sacrilegios, blasfemias é impurezas.
No solicitan ver el otro polo,
Ni del indio los climas apartados
Debajo de los trópicos de Apolo.
Ni tampoco a los libros dedicados
Buscan la heroicidad que las historias
Publican del valor de sus pasados
Pues siendo estas verdades tan notorias,
El estenderlas ¿cómo no a tu verso
Dará contra los pérfidos victorias?
Verase avergonzar todo perverso
Al escuchar patentes sus maldades
Por tu numen en todo el universo.
Estas son propiamente heroicidades:
Rendir los indomables corazones,
Como rendir batallas y ciudades.
No te escuses con tímidas razones,
Jóven incauto, que si me obedeces
Haré que con laureles te corones.
Así dijo la Musa: yo mil veces
La quise replicar; pero escondiose
Del sueño en las fingidas lobregueces
Y viendo que no es fácil que yo ose
Resistirla, á su mando me someto:
Satírico mi númen inflamose
Contra el vicio; mas no contra el sujeto.

II.

¿En este siglo, Fabio, imaginabas
Hallar el lustre y esplendor antiguo,
Que en los doctos varones admirabas?
¿Juzgabas que tuviesen ahora abrigo
Las obras de los ínclitos autores,
Que celebraste alguna vez conmigo?
De todas ciencias sabios profesores
Lograron suspender el universo,
Desde el pastor idiota a los doctores
Ahora está, Fabio, todo tan diverso,
Que solo por ser bueno desagrada
Prosa elegante ó sentencioso verso.
Disputa el labrador sobre la armada,
Juzga el soldado, porque fué su vida
Solo en vender cigarros empleada,
Que puede gobernar la esclarecida
Ibera monarquía, que ha dejado
El cielo al grande Carlos sometida.
El mercader, que está desocupado
Desde su mostrador con magisterio
El consejo gobierna y el estado;
Pone severa ley al ministerio,
Y trata con despego y sin caricia
A los hombres mas grandes del imperio
Todo es, Fabio, soberbia é impericia.
Nadie quiere bajarse a aquel que sabe,
Que lo tiene por mengua su malicia.
Reina en el siglo mas maldad, si cabe,
Que lloró Roma en tiempo del lascivo,
Digno de que la fama no le alabe.
A todo la ignorancia da motivo,
Y á aquel que entre unos y otros mas disputa,
Le juzgan digno del laurel y olivo.
Aplauden la comedia disoluta,
Que mas se estiende en aprobar el vicio,
Y hace amable la vida resoluta.
Mas la que enlaza el cómico artificio,
Y aplaude las virtudes, reprendiendo
Los yerros, que nos sirven de perjuicio;
En que castiga al áspero y horrendo
Traidor, ó al alevoso fementido
Con suplicio cruel su error tremendo;
O vitupera al falso y atrevido
Amante engañador, y premia en ella
Al virtüoso, al cuerdo y comedido;
No solo no se admite, se atropella,
Se desprecia, se infama, y aun acaso
Contra el autor se forma una querella
¡Oh triste! ¡Oh triste, o lamentable caso
Que a la virtud triunfante y gloriosa,
La han de cerrar en toda parte el paso!
¿Que mas imaginara la ambiciosa
Libertad de Aristipo, que fundaba
En deleites la gloria venturosa?
¿Qué mas se vió en el tiempo que reinaba
La barbaridad fiera, que el pagano
Pueblo gentil feroz representaba?
Daba muerte crüel violenta mano
Al que supone con accion fingida
Ser el el delincuente ó el tirano.
No hay tan fiera maldad, ni aborrecida,
Que les causase horror, y vivamente
Se miró en el teatro repetida.
Teatro fué de vicios claramente,
Y se gloriaban todos, y gozosos
Del peligro se holgaban inminente.
No se ven ya delitos tan odiosos
En las tablas, verídicos, ni horribles,
Espectáculos torpes, sanguinosos.
Pero se ven premiadas insufribles
Maldades, latrocinios y horrorosas
Acciones, dignas de un furor terrible.
Píntanse en ellas con las primorosas
Frases que Demóstenes ha ignorado,
Falsas á las virtudes mas hermosas.
Con retóricas voces esplicado
Disimulan el vicio apetecido,
Y hacen amable aun el mayor pecado:
Lo doran con tan vivo colorido,
Que pervierten sus voces a la honesta
Doncella, y al mancebo inadvertido.
Mas ¿qué admira maldad tan manifiesta,
Si en España no tienen mayor arte,
Que la imaginacion mas descompuesta?
Arrima los preceptos a una parte
Quien pretende escribir una comedia,
Y en tres jornadas ó actos la reparte
Finge ser el principio en Nicomedia,
Y acabando el suceso en Barcelona,
En Filipinas ó en Tetuan la media
Una fábula inventa fanfarrona,
En que agradando al público profano,
La moral instruccion y arte abandona
Hace al galan soberbio é inhumano,
Espadachin, sofístico, embustero,
Jugador, jurador, falso o liviano.
No le falta un amigo y compañero,
Que agregados los dos, a cuchilladas,
Se burlan del alcalde mas severo;
Persiguen las doncellas y casadas
Con escándalo horrible, profanando
Las casas mas honestas y guardadas.
Pone un tercero y cuarto de otro bando,
Opuestos a los dos antecedentes,
Con quien se andan contínuo acuchillando
El barba es de los viejos mas valientes,
En las leyes del duelo ejercitado,
Ejemplo de los hombres imprudentes.
En lugar de ser cuerdo, es arriscado
Que enseña a los mozuelos con atrevido
No la virtud, el duelo endemoniado.
Bajo un honesto velo representa
Una dama gallarda y soberana,
Que hasta del amor casto vive exenta.
Y luego se descubre mas profana,
Mas desenvuelta y mas provocadora
Que la lasciva emperatriz romana;
Mas que la incasta reedificadora
De los muros de Tebas, y que aquellas
Rameras torpes Lamia, Tais y Flora
¡Qué honesto ejemplo para las doncellas
Que dóciles e incautas asistiendo,
Les dan motivo de seguir sus huellas!
¡Qué consejos les da el estar oyendo
Premiados como gracia esclarecida
Su desenvuelto proceder horrendo!
Ve allí la libertad apetecida
La mas honesta dama y recatada,
Y aplaudirse la infame y libre vida

La autoridad paterna despreciada,
Y sacar á pesar de sus parientes
La dama de la casa mas guardada.
Los papeles, los ruegos indecentes,
Los criados, amigos, los terceros,
Las viejas alcahuetas imprudentes.
Ocultar en la casa hombres solteros,
Y perdiendo el decoro y el recato,
Hacerles mil cariños lisonjeros.
Allí se aprende el licencioso trato,
La vanidad, soberbia escandalosa,
Y el horrible y fantástico aparato.
Pues ¿qué dirás, si notas la furiosa
Dura imaginacion disparatada
Falsa, ademas de ser tan perniciosa?
No aparente verdad representada
Verás, ni una accion sola en una pieza,
Que en un lugar y tiempo sea acabada.
Acaba en Flandes, si en Madrid empieza:
Pásanse años á cientos ó millares,
Y la una accion con la otra se tropieza.
Las antiguas costumbres populares
Se mezclan con las nuestras mas modernas,
Mas estimadas, cuanto mas vulgares.
Los que al principio son personas tiernas,
En el medio son jóvenes crecidos,
Y al fin (por vejez ya) tiemblan las piernas.
En distintos lugares divididos
Se hablan dos personajes claramente,
Cual si estuvieran en un cuarto unidos.
Un lacayo verás ser muy prudente,
Y si no toma el amo sus consejos,
Arquear las cejas y arrugar la frente.
Verás ser imprudentes á los viejos,
Y aprender los mancebos las maldades
De los que ser debieran sus espejos.
Infinitas verás impropiedades:
Las damas hacer de hombres, y los hombres
De damas, y otras mil deformidades.
A Terencio y a Plauto no los nombres,
Que hay ignorante aquí que los desprecia,
Por ser su estilo llano: no te asombres.
Es la cultura lo que mas se aprecia,
Y las frases que nadie comprehende
Se aplauden mas que el vidrio de Venecia.
Ni basta al necio ver que no lo entiende,
Y dice mesurado: otros varones,
A quien la ciencia mas que á mí se estiende,
Perciben del concepto las razones,
Sin conocer que es falta de doctrina
No saber concordar las oraciones.
A lo que el poetastro mas se inclina,
Y toma por preciso y fijo norte
(Porque que somos todos imagina,
Como una labradora de vil porte,
Que se admira de ver con plata y oro
Las galas de las damas de la corte),
Es á llenar de máquinas el foro,
Y en lucido teatro suntüoso,
Mostrar de las tramoyas el decoro.
Es su cuidado hacerle así vistoso,
Y el ignorante juzga primor suyo
Lo que á otro le ha quitado su reposo.
Mas vale, Fabio amigo, un verso tuyo,
Que habla en claro lenguaje castellano,
Que cuanto en estos con razon arguyo.
Y así no olvides, no, no dés de mano
Tu númen hechicero, que enajena
A quien oye tu plectro soberano,
Haciéndole olvidar la propia pena.

III.

No callo, aunque me estés amenazando;
Ya que he empezado, proseguirlo quiero,
Porque por escribir estoy rabiando.
Es ser uno holgazán ó majadero
No escribir hoy cuando hay tantos autores
Que les falta impresor, venta y librero.
Con carteles pequeños y mayores
En postes, en esquinas y columnas
Entretienen las horas los lectores.
Por fachadas, ya breves, ya importunas,
Con obras y volúmenes convidan,
Buenas y malas, y medianas unas.
Sin que varios acasos se lo impidan
Alguno piensa, y piensa bien á veces,
Pues logra que sus números se pidan.
A otro rompiendo cinchas y jaeces,
Balija y postillones semanarios,
Desde Lóndres despachan sus jüeces.
Maximas bellas, con arbitrios varios
Le remiten de Europa los correos,
Que le traen desde Estranja los diarios.
Prométase ya el rústico trofeos,
Si no ama, no desprecie la estafeta,
Que á lo menos son nobles sus deseos.
Uno metido á huron todo interpreta,
Otro quitar abusos determina,
Y otro, amigo del público, se afecta.
Hay quien observa, y hay quien adivina,
Y otro escribe al cortejo el catecismo
Con sal, con gracia delicada y fina.
Sale el montante por el tiempo mismo,
Misceláneas políticas instables,
Porque luego padecen parasismo.
Máximas religiosas y loables
Nos da la pensadora Gaditana,
Anónima con faldas respetables.
Uno á escribir sin título se allana,
Otro sueña, á Feijóo comenta alguno,
Y va todo a parar á la aduana.
El hablador discreto, no importuno,
Dió cimiento y materia á este edificio
Entre los literatos cual ninguno.
Pues siendo el escribir ya casi oficio,
¿Por qué no podré yo como cualquiera
Dar de mi suficiencia algun indicio?
Porque si un poco alabancioso fuera,
Mis actos positivos mostraria,
Como dicen los hombres de carrera.
Antes de verte, ó sacra poesía,
La férula sufrí, y á Quintiliano,
Demóstenes y Tulio ví algun dia.
El rápido Jalon bilbilitano,
Con el Jiloca, de Marcial espejo,
Filósofo me vió, malo ó mediano.
A Aristóteles ví con sobrecejo,
Por ser en lo moderno la gran moda,
Aunque no lo merece el pobre viejo.
Pues ni Descartes, ni la turba toda
De alumnos hacen mas que solamente
Mudar nombres, segun les acomoda.
Pero es lo cierto, amigo, que se miente
Sin límite, y que solo hemos hallado
De alguna cosa luz escasamente.
Añadase, que ya me he electrizado,
Y que ví á un ratoncillo, cuya vida
La máquina neumática ha chupado.
Por tubos de larguísima medida
Los átomos he visto desiguales,
Con que es la aguja del imán traida.
Hasta el instinto ví á los animales;
Y si un dedo es mas largo el telescopio,
Quizas viera las almas racionales.
Ví un cuerpo evaporar del modo propio,
Y algun otro secreto yo escudriño,
Como aquel de las tubas de Falopio.
Ví la Instituta, siendo casi niño,
Y oí leyes de Pincia en el Liceo,
Esplicando en la cátedra Patiño.
Pues aunque es evidente que poseo
Tanta ciencia como hombre acaudalado,
O como cualquier mulo de acarreo;
No obstante, es uno siempre respetado,
Pues le juzgan un Séneca famoso
Con estos perendengues adornado.
Y no juzgues que tanto vanidoso
Con relacion de méritos impresa,
Con grados, y tabaco fastidioso,
Es segundo Crisóstomo por esa
Sola razon; pues no hay que dar fe alguna
A lo que á un escribano le interesa.

Si medito estas cosas una á una,
¿Por qué no he de dar yo mi arremetida
A probar con los otros mi fortuna?
Su casa á nadie le es mas conocida
Que á mí de Cobadonga las montañas,
Donde fué la morisma rebatida.
La historia sé muy bien de las Españas,
Y tambien los apócrifos autores,
Que lo fueron de enredos y patrañas;
Pero no están de suerte los humores,
Que pueda prometerme algun aprecio,
Si me remonto a empresas superiores:
Porque ¿qué hombre de bien, aunque mas necio
Si escribe, no hara satiras ahora,
Persiguiendo á los vicios con desprecio?
Pues ¿cuándo la cosecha dañadora
De este género fué tan abundante
Como la de esta edad, que el cuerdo llora?
¿Quién sufrirá ver ir tan relumbrante
Lleno del barrigon de Celestino,
Su forlon, que à cubrirle aun no es bastante?
Yo bien me acuerdo cuando à Madrid vino
Vestido de sayal, acompañado
Con los mozos que pesan el tocino
Canales en mi casa ha destazado,
Y ya cuando me ve, si es que me mira,
Aun no me corresponde saludado
¿A quién no ha de encender en mortal ira
Tal caterva de criticos, que al templo
De la sapiencia impunemente tira?
Con indignada admiracion contemplo
Tanto herir y enseñar con su censura,
Y no dar una muestra para ejemplo.
Soy la mas desgraciada criatura
Que se halla desde Antártico á Calisto,
Y menos de los críticos segura.
Yo estuviera de todos muy bien quisto,
Si solamente criticado hubiera,
Y mis dramas ninguno hubiese visto.
Lo que hacen estos guapos, yo lo hiciera,
Tirar sobre seguro, sin recelo
De que nadie á mis obras rebatiera.
Muchos me encaramaran hasta el cielo,
Como hacen con otros criticones,
Que traen a Calderon al redopelo;
Pero sin atender á mis razones,
Al instante que ves que yo censuro,
Las gafas, ó causídico, te pones:
Y en lugar de mirar lo que procuro
Decir cuando al teatro desengaño,
Mis escenas convocas á conjuro.
Y en hallando un defecto (no lo estraño,
Que yo nunca negué que soy falible,
Espuesto á la ignorancia y al engaño),
Con algazara y júbilo terrible
Muestras a tus amigos y criados
Los errores del crítico inflexible.
¡Oh muchas veces bienaventurados
Los que disparais tiros á metralla,
Detrás de la trinchera agazapados!
Sin riesgo veis de lejos la batalla,
Enseñais desde el puerto al navegante,
Y los toros herís desde la valla.
Pero, por fin, pasemos adelante,
Veremos otras causas que yo tengo
Para que escriba en sátira picante.
Contra ti, que nos cuentas tu abolengo,
Y de tus ascendientes degeneras,
Ya duro azote rígido prevengo.
Y vosotras, mujeres embusteras,
Frágiles, sin razon, antojadizas,
Presumidas, ingratas y parleras,
Ya vereis mis enojos y ojerizas:
He de hacer á los hombres manifiesta
Vuestra vida y costumbres enfermizas.
No hablo de la prudente ni la honesta:
Si acaso alguna honesta hay y prudente,
Mi musa á honrar su mérito se presta.
Ni se cómo en el mundo se consiente,
Que un ciudadano tenga cien millones,
Y hambrienta perecer la pobre gente.
Llegaron á su colmo las traiciones,
Maredit en malfines y bardajes
Abrió franca la entrada á las naciones.
Las modas volanderas de los trajes,
Traer al cuello un patrimonio entero,
Y en el dedo esmeraldas y balajes;
Y que esté sin pagar el cocinero,
Rabiando el mercader, desesperado
Con cuentas atrasadas el platero:
Esto solo es ser noble y ser honrado,
Hacer que de las trampas el importe
Al principal esceda del estado.
¡Qué cosa es ver andar por esa corte
Vago un robusto y áspero manchego,
Vendiendo medias sin destino ú norte,
Gritar su horrenda voz anís y espliego,
A pesar del fusil y su libranza,
Y cantar malas coplas tanto ciego!
¿Cuánto atrasa al estado la tardanza
Mecánica de mil oficialillos,
Que se presumen dignos de alabanza?
Seis años escolar de canastillos
Está aprendiendo á hacerlos Epitacio,
Y otro tanto el que amuela los cuchillos.
Si vilmente no fueran tan despacio,
De artífices la corte abundaria,
Y holgaran las solanas de palacio.
La dama que al galan entrado habia,
Si el marido impensadamente llega,
La alborotada sangre se le enfría;
Y toda de pavor trémula y ciega
Al tierno y perfumado caballero
Va corriendo, y le esconde en la Y griega:
El crítico pedante y palabrero,
Que censure sin jugo ni sustancia,
Preciado de farsante y vocinglero:
De los hombres en fin la estravagancia,
La diversion, los gustos, el halago,
Los vicios, el temor y la ignorancia,
Y á todo cuanto hicieren daré el pago,
Pues todas sus ridículas acciones
Serán de mis librillos el farrago.
Mas ya advierto, que rígido te pones,
Desconfiando tú de mi talento,
E intentas disuadirme con razones:
Que para la alta hazaña que yo intento,
Dices no bastarán mis fuerzas solas,
Ni aunque me acompañaran otros ciento;
Las satíricas musas españolas
De Rodrigo de Cota y Castillejo,
Y de los dos hermanos Argensolas,
Añades, que con fiero sobrecejo
Los vicios atacaron tan dichosas
Que no merezco entrar en su cotejo,
Y que ocupado en mas útiles cosas,
Mas dignamente el tiempo gastaría,
Cantando nuestras armas victoriosas.
Que al campeon de Vivar cantar podia,
O a nuestro Enéas el feroz Pelayo,
Que fundó la española monarquía.
O al mancebo del Carpio, que fué rayo
En los valles del bronco Pirineo,
Causando á un grande ejército desmayo:
Mas yo correspondiera á tu deseo,
Y horrorizara con guerrera trompa,
Si á nuestra edad no viese cual la veo.
No es bien, que el eco sonoroso rompa
Con espantoso estruendo armisonante,
Con regia majestad, con alta pompa.
Porque estando hoy el vicio tan pujante,
No es fácil escribir, sino que sea
Sátira avinagrada y mordicante:
Y siendo contra el vicio la peléa,
Y no contra el sujeto, aunque vicioso,
No tiene que enojarse el que me lea,
Porque no le imagine sospechoso.

IV. *Sobre la fama de los poetas.*

(Traduccion de Marcial) (1).

¿Qué será, que á los vivos es negada
La fama, y raras veces los lectores
Juzgaron á su edad aventajada?
Estos son de la envidia los rencores,
Que siempre despreciando á los presentes,
Piensa que los antiguos son mejores.
Búscanse así las sombras delincuentes
De Pompeyo; así buscan los ancianos
De Catulo los templos indecentes.
Enio es leido (Roma, los mantuanos
Versos te salvo), y del divino Homero
En su siglo burlábanse villanos.
Poco aplaudió el teatro al placentero
Menandro, y de Nason Corina sola
Conoció en vida el númen hechicero.
Y así, tú, ó Musa lírica española,
Suspéndete; porque si solamente
La fama con la muerte se acrisola,
No presumas que ser famoso intente.

ODAS.

I. *(Traduccion de Horacio)* (2).

Lib. 1.°, Od. 22.

El de la vida, Fusco, religiosa
Ni dardos usa, ni moriscos arcos,
Ni de la aljaba llena de saetas
Envenenadas;
O por las sirtes cálidas camine,
O por el alto Cáucaso desierto,
O por la tierra, donde fabuloso
Corre el Hidaspe.
Mientras inerme la sabina selva
Cruzo cantando a Lálaje, distante
Ya de mi quinta, de mi vista un lobo
Fiero se aparta.
Monstruo que nunca Daunia belicosa
Vió mas terrible en dilatados bosques,
Ni Mauritania de leones bravos
Arida madre.
Ponme en los campos frígidos, adonde
Ninguna planta goza el aura estiva,
Término al mundo, que la niebla y vientos
Sufre malignos.
Ponme debajo del vecino carro
Del sol, en tierra de habitar negada;
Serás mi amada, ¡oh Lálaje! que dulce
Cantas y ries.

II. *La poesía inmortaliza á la hermosura.*

Dorisa, el dulce verso armoniöso,
Por Apolo dictado,
A los que enciende con sagrados fuegos
Ciego Cupido el corazon amante,
No solo obliga á amar á los presentes
La hermosura por ellos ensalzada;
Pero á los no nacidos.
Del músico del Ponto el abundoso
Númen nos ha mostrado
Cuán grata fué Corina en dulces juegos.
Hoy enamora Cintia, y la inconstante
Lesbia, cantada en versos elocuentes.
Némesis y Licoris celebrada,
Cautivan los sentidos.
Quien oye atento el son tierno, amoroso,
Del cisne laureado,
Quisiera ver la causa á tales ruegos,
Y al mirar que su mérito levante
Con gracias no comunes á las gentes,
La ninfa de la Sorga es adorada
Por siglos repetidos.
Esto mismo, con verso numeroso,
Intento enamorado,
Y celebrar de mis errores ciegos
La causa bella: que en la edad distante
Tus prendas se conozcan escelentes,
Dama gentil, y vivas admirada
Con aplausos debidos.

III. *Dorisa ausente.*

En fin, Dorisa, en fin, ¡que te partiste
De mi presencia, y aun me tiene vivo
La angustia del terrible sentimiento,
Cuando el fiero dolor que yo recibo,
En el cuitado corazon y triste,
Descanso no me da por un momento!
¡Oh bárbaro tormento!
¡Oh rigurosa ausencia!
Cuya dura violencia,
Aunque de mil temores prevenida,
Es mucho mas de lo que fué temida;
Y aun mi pasion desesperada siente
Que no acabe mi vida,
La vida odiosa, que aborrezco ausente.
Con tanto afán y tanto desconsuelo
Paso las horas y molestos dias,
Y las noches larguísimas velando;
El llanto baña las mejillas mias;
Tiene mi queja importunado al cielo,
Y enfádanse los hombres escuchando
Mi triste acento. ¿Cuándo
Vendrá, señora mia,
El suspirado dia,
En que á mis ojos tu belleza pura
Los colme de placeres y ventura,
Y yo, admirando tu gentil presencia,
Te logre ya segura,
Sin mas peligro de temer ausencia?
Jamás tórtola amante y lastimada,
En los opacos olmos y fresnedas,
Llora al consorte que robó la muerte
Con mas gemidos que estas arboledas
Oyen de mi voz ronca, fatigada,
Y en invocarte cada vez mas fuerte.
Y de la misma suerte
Me deja el sol partiendo,

(1) *Martialis*, lib. v, epig. x.

AD REGULUM DE FAMA POETARUM.

Esse quid hoc dicam, vivis quod fama negatur,
Et sua quod raras tempore lector amat?
Hi sunt invidiæ nimirum, Regule, mores
Præferat antiquos semper ut illa novis.
Sic veterum ingrati Pompeii quærimus umbram;
Sic laudant Catulli vilia templa senes.
Ennius est lectus, salvo tibi, Roma, Marone;
Et sua riserunt sæcula Mœonidem;
Rara coronato plausere theatra Menandro;
Norat Nasonem sola Corinna suum.
Vos tamen, ó nostri, ne festinate libelli;
Si post fata venit gloria, non propero.

(2) *Horatius*, lib. i, ode xxii.
Integer vitæ scelerisque purus
Non eget mauri jaculis, nec arcu,
Nec venenatis gravida sagittis,
Fusce, pharetra:
Sive per syrtes iter æstuosas,
Sive facturus per inhospitalem
Caucasum, vel quæ loca fabulosus
Lambit Hydaspes.
Namque me silva lupus in sabina,
Dum meam canto Lalagen, et ultra
Terminum curis vagor expeditus,
Fugit inermem.
Quale portentum, neque militaris
Daunia in latis alit æsculentis,
Nec Jubæ tellus generat leonum
Arida nutrix.
Pone me, pigris ubi nulla campis
Arbor æstiva recreatur aura;
Quod latus mundi nebulæ, malusque
Jupiter urget:
Pone sub curru nimium propinqui
Solis in terra domibus negata:
Dulce ridentem Lalagen amabo
Dulce loquentem.

Y me encuentra volviendo,
Amortecido del dolor pasado:
Habiendo, en larga noche derramado
Lágrimas tristes. Que al tormento mio
El sueño le es negado,
Ni á mí se acerca silencioso y pio.
Pero es mayor mi pena, cuando veo
El oro relumbrar de tus balcones,
Con la serena luz del nuevo dia.
¡Ay tristes ojos, llenos de aflicciones,
Cuántas veces os alza mi deseo,
Pensando que allí está como solia
Y hallándose vacía
Mi gloria y mi contento,
Te sigue el pensamiento
Por anchas calles, templos suntüosos,
Soberbios espectáculos vistosos,
Donde te hablé y seguí continuamente,
Y afectos engañosos
Imaginan que estás allí presente.
Mas luego los parajes conocidos
Me dan tristeza, si esperanzas dieron
(Propia fortuna de infeliz amante);
Y como el bien me acuerdan que tuvieron,
Padecen nueva angustia mis sentidos.
Y se me representa en el instante
Tu celestial semblante
Placentero y modesto,
Y aquel amor honesto
Tan difícil de hallar, que tú has hallado:
Tu vista vencedora y dulce agrado,
El labio hermoso de encendida grana,
Y el hablar delicado,
Que otra cosa parece mas que humana.
Si de la humilde tierra al alto asiento
De Olimpo rutilante
Las voces de un amante
Llegan, ¡Dios ciego, el de las flechas de oro!
Cuenta á la bella que doliente adoro
(Antes que ausente de sus luces muera)
Los afanes que lloro;
Que ella me amara, si penar me viera.

IV. *A Don Pedro Napoli Signorelli, autor de la Historia crítica de los teatros.*

De Febo las hermanas,
Melpómene y Talía,
Los bosques dejan y la verde yerba:
Ya cultas ciudadanas,
Absorta las oia
La celebrada Atenas de Minerva,
Y Apolo las reserva
En Roma la triunfante,
Proscenio, en que sonoros
Alternaron los coros,
Donde el coturno lidio se levante,
Y las catorce gradas
De togados quirites ocupadas.
Mas ya tremendo suena
El implacable godo,
Armado de furor, espanto é ira.
¡Oh bárbara cadena!
Cede á su impulso todo:
Destruye y tala cuanto el orbe admira.
Ya pálido retira
El miedo á ambas hermanas:
El tiempo las oculta
Y en olvido sepulta,
Al rigor de las armas inhumanas;
Hasta que en aurea copa
Brindó con santa paz alegre Europa.
Del Tibre vió la orilla
Lucir restablecidos
Los teatros, con mármoles de Paro,
Y en la rica Sevilla
Ingenios escogidos
Dieron nuevo esplendor al Betis claro.
El Sena dió su amparo
A entrambas dulces musas,
El Danubio, hondo rio,
Y el Tamesis umbrío:
Mas aun amedrentadas y confusas,
Procuran monumento
De las injurias de la edad exento.
Entonces tú, Pierio,
Digno alumno de Apolo,
Ilustre é inmortal le has erigido.
Un reino y otro hesperio,
Admiran que tú solo
Las musas consolar hayas podido:
A fin de que el olvido
No su gloria consuma,
Y en los siglos futuros
Los aplausos seguros
Gocen, que deben á tu docta pluma,
De la Fama en el templo,
Para durable admiracion y ejemplo.

V. *A Pedro Romero, torero insigne.*

Citara áurea de Apolo, á quien los dioses
Hicieron compañera
De los regios banquetes, y ¡oh sagrada
Musa! que el bosque de Helicon venera,
No es tiempo que reposes:
Alza el divino canto y la acordada
Voz hasta el cielo osada,
Con eco que supere resonante
Al estruendo confuso y vocería,
Popular alegría
Y aplauso cortesano y triunfante,
Que se escucha distante
En el sangriento coso matritense,
En cuya arena intrépido se planta
El vencedor circense,
Lleno de glorias que la Fama canta.
Otras quiere adquirir, y así de espanto
Y de placer se llena
La villa que domina entrambos mundos.
Corre el vulgo anhelante, rumor suena,
Y se corona en tanto
De bizarros galanes sin segundos
Y atletas furibundos
El ancho anfiteatro. Allí se asoma
Todo el reino de Amor, y la hermosura
Que a Venus desfigura,
Y no hay humano pecho que no doma
(Baldon de Grecia y Roma),
Y en opulencia y aparato hesperio,
Muestra Madrid cuanto tesoro encierra
Corte de tanto imperio,
Del mayor soberano de la tierra.
Pasea la gran plaza el animoso
Mancebo, que la vista
Lleva de todos su altivez mostrando,
Ni hay corazon que esquivo le resista.
Sereno el rostro hermoso,
Desprecia el riesgo que le está esperando:
Le va apenas ornando
El bozo el labio superior, y el brio
Muestra y valor en años juveniles
Del iracundo Aquiles.
Va ufano al espantoso desafío:
¡Con cuánto señorío!
¡Qué ademan varonil! ¡qué gentileza!
Pides la venia, hispano atleta, y sales
En medio con braveza,
Que llaman ya las trompas y timbales.
No se miró Jason tan fieramente
En Colcos embestido
Por los toros de Marte, ardiendo en llama,
Como precipitado y encendido
Sale el bruto valiente
Que en las márgenes corvas de Jarama
Rumió la seca grama.
Tú le esperas, a un númen semejante,
Solo con débil, aparente escudo,
Que dar mas temor pudo:
El pié siniestro y mano está delante,

Ofrécesle arrogante
Tu corazon que hiera, el diestro brazo
Tirado atrás con alta gallardía;
Deslumbra hasta el recazo
La espada, que Mavorte envidiaría.
Horror pálido cubre los semblantes,
En trasudor bañados,
Del atónito vulgo silencioso:
Das a las tiernas damas mil cuidados
Y envidia á sus amantes:
Todo el concurso atiende pavoroso
El fin de este dudoso
Trance. La fiera que llamó el silbido
A ti corre veloz, ardiendo en ira,
Y amenazando mira
El rojo velo al viento suspendido.
Da tremendo bramido,
Como el toro de Fálaris ardiente,
Hácese atrás, resopla, cabecea,
Eriza la ancha frente,
La tierra escarba y larga cola ondéa.
Tu anciano padre, el gladiador ibero
Que a Grecia España opone,
Con el silvestre olivo coronado;
Por quien la áspera Ronda ya se pone
Sobre Elis, y el lijero
Asopo el raudo curso ha refrenado,
Cediendo al despeñado
Guadalentin: tu padre, que el famoso
Nombre y valor en ti ve renovarse,
No puede serenarse,
Hasta que mira al golpe poderoso
El bruto impetüoso
Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,
Con temeraria y asombrosa hazaña,
Que por nativo brio
Solamente no es bárbara en España.
¿Quién dirá el grito y el aplauso inmenso
Que tu accion vocifera?
Si el precio de tus méritos pregona
La envidia, con adorno á la estranjera,
Que dice: en el estenso
Mundo, ¿cuál rey que ciña la corona,
Entre hijos de Belona
Podrá mandar á sus vasallos fieros
(Como el dueño feliz de las Españas)
Hacer tales hazañas?
¿Cuál vencerán á indómitos guerreros
En lances verdaderos,
Si estos sus juegos son y su alegría?
¡Oh, no conozca España que varones
Tan invencibles cria!
Rogádselo á los cielos ¡oh naciones!
Y tú, por quien Vandalia nombre toma
Cual la aquiva Corinto
(Ni tal vió el circo máximo de Roma),
Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,
Tu gloria llevaré del occidente
A la aurora, pulsando el plectro de oro:
La patria eternamente
Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

VI. *A Don José..... en sus dias.*

La hermosa primavera,
De flores olorosas coronada,
Viene a templar la fiera
Riguridad del cano invierno airada:
Y en tu dichosa casa,
¡Oh amigo dulce! influye en este dia
Felicidad sin tasa,
Placer tranquilo, bienes y alegría.
Y yo, que tus favores
No escasamente algun tiempo he logrado,
Pretendo que no ignores
Cuánto agradecimiento en mí ha durado.
El dia venturoso,
Que acuerda la virtud sublime y bella
Del inocente esposo
De la hermosa de Dios Madre y doncella,
Goza alegre y ufano,
Y repetirle así por siglos ciento
Conceda el soberano
Gran Padre, a quien es basa el firmamento.
Humilde la fortuna
Te jure esclavitud siempre durable
Sin repugnancia alguna,
Y detenga a tu voz la rueda instable.
Vierta piadoso el cielo
Copiosa y blanda lluvia en tus sembrados,
Y colmen con desvelo
Tus paneras los siervos fatigados.
Tus hatos y majadas,
Que cerros y montañas desparecen,
Fingiéndolas nevadas,
Sus vellones, que blanco abrigo ofrecen,
Tan aumentadas sean,
Que en todo bosque, erial, prado ú repecho
Solo tuyas se vean
Desde el gallego mar hasta el estrecho.
Su cándida cuajada,
Tu mesa alegre, con el queso cano,
Mas que la coagulada
Leche al esmero de holandesa mano.
Con larga descendencia
De nietos héroes, generoso abuelo,
Admire la opulencia
De tu prosapia el rico hispano suelo.
En tálamo de armiños
Logra por mil edades con favores
Los honestos cariños
De esa madre feliz de los amores:
Ni dejes nunca, no, desocupado
De Bárbara la bella el tierno lado.

VII. *Al duque de Medinasidonia.*

¡Ay, no á la hercúlea enfermedad rendido
Y al acerbo dolor con mil afanes
Te postres, oh mi dueño esclarecido,
Blason de los Guzmanes!
No así te entregues á la pena dura
Con quejas, que amansaran mares bravas,
Que á mí tu siervo, tu feliz hechura,
El corazon me clavas.
Porque eres la mitad del alma mia,
Y me la tiene tu afliccion confusa:
Acorde union, sagrada simpatía
De la divina musa.
Y si fuese, ¡ay dolor! que a los humanos
El cielo te robara, ¿qué pudiera
Hacer sin ti? Pusiérame en las manos
De Libitina fiera:
Un mismo dia a entrambos igualara:
Ni el imperio del orbe y de sus bellas,
Opulentas coronas, me estorbara,
Para seguir tus huellas.
¿Ni qué hiciera la España generosa,
De quien eres el lustre y la grandeza,
Huérfana inconsolable, en dolorosa
Y funeral tristeza?
Sus cisnes sin amparo y de la avara
Suerte quejosos, en comun lamento,
¿A quién hallar pudieran, que apreciara
Su armonioso acento?
¿Quién cantara las ninfas y pastores
Y el bosque umbroso lleno de frescura,
Donde Venus habita y los amores,
Faltando tu dulzura?
No el númen, de mi voz importunado,
Lo consiente: los años inmortales
De la fénix te tienen acordado
Las lumbres celestiales.
Y así será, que inspiracion divina
Me lo anuncia: no engaña mi deseo,
Ni error cabe en la mente que ilumina
Espíritu febeo.
Y aunque el dolor te cause
Tu le amenoras con valor

No siente, no, como la plebe oscura
El corazon heróico.
Vive, señor, de tu consorte hermosa,
Idolatrada en los honestos lazos,
Y temple tus afanes amorosa
Con sus dulces abrazos.

VIII. *Madrid antigua y moderna.*

Los soberbios palacios
Con que ¡oh Madrid altiva! te engrandeces,
Ocupan los espacios
Anchos que en tus niñeces
Los arados rompieron tantas veces.
Viñedos y aranzadas
Del suelo que ocupaste has apartado,
Y hay torres levantadas
Donde en tiempo pasado
Creció el olivo, á Palas consagrado.
Por donde con el trillo
Circularon las yuntas de los bueyes
Sobre el haz amarillo,
Van dando al orbe leyes
En carro ebúrneo príncipes y reyes.
Fuiste ignorada aldea,
Y eres cabeza ya de entrambos mundos:
No aparta la febea
Luz sus rayos fecundos
De tus tierras y piélagos profundos.
Mas no de la grandeza
Presente fies: todo es vanidades,
Y acaba cuanto empieza,
Pues ya en nuestras edades
Ni Troya, ni Palmira son ciudades.
La Atlántica famosa
Se hundió en el mar: voraz el tiempo altera
El globo, no reposa,
No es hoy lo que antes era;
Ni ya Tule tampoco es la postrera.

IX. *Vanidad de las riquezas.*

¿De qué te sirve el oro atormentado
Bajo los duros cuños con ruido,
Con el rostro de Carlos estampado,
En círculos pequeños dividido,
A turbar tu quietud acá venido
Desde el indio remoto,
A merced de Euro y Noto,
Fiado á un leño enfermo y fugitivo
Por el inquieto mar no compasivo?
¿De qué el alcázar, ni el dorado techo
En mármoles de Paro sostenido,
Mas de cuidados, que de piedras hecho,
Con famoso pincel enriquecido?
¿Ni el vino en clima estraño producido
De sabor delicado,
Ni el manjar sazonado
De estranjero gloton, que el gusto adula
Perjudicial ministro de la gula?
Iñigo, no te envidio tu riqueza,
De pesares infiel producidora,
Que no me es tan molesta mi pobreza,
Que me estorbe cantar versos ahora:
Aquí donde dulcísima y sonora
Entre estos atochares
Del patrio Manzanares
Se desliza la diáfana corriente
Me tiendo yo á cantar alegremente.
De un árbol la alta copa al suelo envía
Sombra apacible; y yo aquí me reclino:
Ni alfombra de Florencia ó de Turquía,
Ni menos del damasco granadino
Compiten sus matices: del vecino
Soto una aura suave
Con respiracion grave,
Como suele soplar blanda marea,
Las hojas de los árboles menea.
Su libertad las simples avecillas,
Con pico de marfil vuelan cantando,
Iñigo, no aquí lloran las mancillas,
Que en tu jaula de hierro están llorando:
Los simples conejuelos van saltando
Por la hermosa ribera,
Yo miro su carrera
Desde el pié de este fresno divertido
De la ferviente siesta defendido.
Goza, goza tu casa edificada
A costa de pesares y cuidados,
No te consientan hora descansada
Sustos y pretendientes porfiados:
Cérquete el escuadron de tus criados
Necios, y aduladores,
Pension de los señores,
Que yo sin tantos riesgos divertida
Paso mas quieta y mas alegre vida.
Asústate, si oyeres que el britano
Pirata infiel prendió la flota indiana,
O si acaso voraz el Océano
La sumergió con ambicion tirana:
Que mi conformidad mejor se allana,
Pues que perder no tengo,
Y así á estar siempre vengo
Con no turbado rostro prevenido,
Y nunca un susto el sueño me ha rompido.

X. *Quietud del ánimo.*

Doy que dejes las Indias saqueadas,
Y empobrecido á ocaso, y al oriente
Desentrañado con avara mano,
Y con duro cerrojo inobediente
En tu sótano encierres apiladas
Las arcas con el oro mejicano:
Procurarás hallar descanso en vano;
Descanso, el bien mas grande de esta vida,
Que no basta á comprarle el gran tesoro,
Que al persa, al turco y moro
Rinden el Asia y Africa oprimida:
Ni el reluciente mármol granadino,
Ni de cedro las vigas olorosas,
Que estriban en cornisas estucadas,
Ni el jaspe de Liguria en animadas
Estátuas, de la vida no dudosas,
Ni las ricas molduras de oro fino,
Ni el pincel del Protógenes de Urbino,
Ni poseido el mundo todo entero
Bastan á dar descanso verdadero.
Mas solamente la conciencia pura,
Ilustre Gamoneda, al varon justo
Le da invencibles fuerzas, inocentes:
Ni teme al enemigo mas robusto,
Ni le amedrenta la fiereza dura
De los tigres, leones y serpientes:
En vano los carcajes insolentes,
Pesados con los dardos africanos,
Se aprestan contra él, ni la encendida
Pelota despedida
De los cañones turcos, ó britanos.
Esta es seguridad, y este apacible
Descanso verdadero, poco hallado,
Esta es vida feliz, y esta es gustosa
Fortuna abundantísima y dichosa,
Mejor que la de aquel siglo dorado:
En nuestra mano está, y es consequible
Arribar de la dicha á lo posible,
No con desvelo hidrópico avariento;
Mas con desinterés y entendimiento.
Cancion, si quien te viere se espantare
De la estóica doctrina en tí cantada,
Impropia de mis años juveniles;
Responde, que tierra hay que en los abriles
Da tambien flor, y fruta sazonada,
Sin que por no ser tiempo se repare;
Antes merece quien adelantare
Los frutos á la flor cuerdo y astuto;
Y en especialidad, si es bueno el fruto.

CANTO EPICO (*).

Las Naves de Cortés destruidas.

Canto el valor del capitán hispano
Que echó á fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer ó morir á sus legiones :
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones,
Empresa digna de su aliento solo;
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.
Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que á engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno :
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cántico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.
Dictame, Musa, cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impuso al bárbaro sangriento;
Y cómo á Veracruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno á las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto á las indianas flotas.
Aquí ostentaba su milicia un dia
Con pompa y gala, y en vistoso alarde:
Asombra la feroz caballería,
Tal es el fuego que en los brutos arde.
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho mas cobarde :
Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.
Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero
Apenas por su dueño sujetado :
Ancho pavés sin cifra ni letrero,
Y el peñasco de Amaya relevado,
Solar de su linaje; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.
Con un sayo galán de fino paño,
Con gorbion de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro Gonzalez de Trujillo;
Y Dávila soberbio en genio estraño
Fatiga los ijares á un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blason trece roeles.
De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas,
De bordada melania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que á tierra no pasó mejor soldado.
Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñido,
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
É indicando cuán poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido
Era su empresa ; en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.
Ordaz, con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante :
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡Oh insigne Láriz! tu valor que vuela
Desde Panuco al cabo de la Vela.
Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel, cabos negros y melado,
Gobiernas, y corriendo te alborozas :
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro,
El Ave de Gabriel quitada al moro.
Y Juan Velazquez de Leon movia
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimia,
Sonándole la espada en la escarcela,
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela :
En él encuentra la razon abrigo,
Deudo Velazquez, y Cortés amigo.
Un leon rojo por blason ponia
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él, que descendia
De los Leones de la casa de Arcos :
Una soberbia alfana, cuya cria
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico á paso lento lleva,
Y un negro asido á la nielada greva.
Y tú, Morla, tambien en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridon azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho ;
Pacheco un bayo arremetiendo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blason de los señores de Villena.
Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno jóven rubicundo,
Que él cual otro no fuera mas hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo-Mundo :
El mirar de un Adonis amoroso;
Y uniendo á lo galán lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazán de treinta meses.
Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniquíes,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alhamares de rubíes :
Cadena de labor muy estremada,
Y mangas de almaizares tunecíes,
Verjel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codon de mil colores.
En un rucio rodado muy brioso

(*) En esta edicion hemos seguido la que se hizo en 1785 en la imprenta real con preferencia á la de Barcelona en 1821. Las razones que á ello nos han movido, son las mismas que tuvo presentes el señor Quintana en sus Poesias selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena, donde estampó la juiciosa nota que copiamos : «Aunque en las obras de este autor publicadas en Barcelona en 1821 se ha reimpreso este poema muy diferentemente de como aquí se halla, se ha tenido por conveniente repetirle en la forma que se incluyó en la primera edicion de esta coleccion, igual en todo á la que se hizo de dicho canto en la imprenta real en 1785. Estrañarán algunos esta preferencia, fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las manos por quienes corrió la impresion de Barcelona, tan interesadas en la gloria del poeta, tan enteradas de los hechos que le pertenecen, y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1785 : el autor hacia cuatro años que habia muerto, y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles. Aquella pues es la propia, la genuina de don Nicolás Moratin, y no la de Barcelona; donde si las alteraciones que se han hecho han podido mejorar algun tanto la elegancia de estilo y la estructura de los versos, quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion, disminuido á veces su grandeza, su raudal, su robustez, y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. Pero esta es opinion mia particular en que no insisto, y que podrá no ser adoptada por otros. Sea de ella lo que se quiera, lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen menos suyo.» Si así lo juzgó tan autorizado colector, que se propuso presentar los modelos mas correctos y acabados de la poesía castellana, con harta mas razon debemos nosotros seguir su ejemplo, cuando el objeto de nuestra BIBLIOTECA no es tanto el señalar las composiciones mas dignas de imitacion y exentas de todo defecto, cuanto el presentar á los mas nombrados autores españoles, tales cuales fueron, sin estraña enmienda ni alteracion, cual conviene á la veraz historia de las ideas y del lenguaje, cuyos auténticos documentos vamos recopilando. La opinion generalmente admitida es, que Moratin el hijo, entonces de edad de veinte y cinco años, fué el editor del canto épico de *Las Naves de Cortés*, para vindicar la memoria de su padre, que consideraba ofendida por no haber llevado premio ni el *accessit* en el concurso abierto en 1777 por la Academia española, circunstancia sobre la cual se hallarán algunas noticias en una nota á la Vida del autor. Bajo este concepto, á continuacion del canto hemos reproducido las reflexiones críticas que acompañaron la citada edicion primitiva.

Sale Escobar con malla y finos antes :
Y en un caballo negro poderoso
Villaroel con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes,
Con que, ¡oh diestro Dominguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.
Admira tan lucida cabalgada
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina,
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestra que herir bien puede el pecho humano
Cupido con harpon americano.
Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo :
Rico manto de estrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo;
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.
Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardia;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendia :
El paso adelantó determinada
Acia el casto Aguilar, que allí venia,
Primero haciendo en muestras de obediencia,
A Cortés su señor la reverencia.
É inquieta dice : ¡oh noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante;
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante :
Di, acaba; y Aguilar se sonreia
De ella, y con la alta permision decia :
Aquel membrudo, de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de Leon, que violento
Vive en quietud, y así a la guerra viene;
Mírale cuan robusto y corpulento,
Cómo cruje la lanza y la sostiene,
Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.
Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro García;
Y el que sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloría,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebata en célica armonía,
Que estar mas que la tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.
Ese determinado madrileño
Es un noble Ramirez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas;
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas,
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.
Soto el de Toro, Olea el de Medina,
Son aquellos que ves; aquel Portillo;
Pizarro, á quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro ínclito caudillo;
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tormes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola
La celebrada Atenas española.
Mira aquel batallon de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temía
Cuando el Gran Capitán le vió á su lado;
Farfán es aquel alto que blandia
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.
Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletes, llenos de osadía,
Es Mesa el montañés, que sin cuidados
Él maneja un cañon de artillería;
Usagre y Catalán van a sus lados,
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nacion de Barcelona.
Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo;
Mas le siguen tus ojos inflamados,
Si ¡oh cacica! permíteme el decillo :
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Diaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.
Prosiguiera Aguilar; pero venia
Batiendo el acicate de ambos lados,
Mercado en una remendada pía,
El mas niño de todos los soldados :
Por su doncel al general servía,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza á infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.
Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta á los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fué bramando;
Atruena la espantosa artillería,
Por las concavidades retumbando.
Corral, Volante con Ranjel lijeras
Abatieron al suelo las banderas.
Cortés, el gran Cortés... ¡Divina Clío,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el mio,
Ni tan glorioso capitan triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra á su ejército delante!
¡Oh qué valor que ostenta y qué nobleza!
¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!
Ricas armas de esmero y maestría,
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto habia
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, á quien parece
El arnés con que armado resplandece.
Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumajes y airon empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente;
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente;
Música forman guarnecidas de oro
Templadas piezas al crujir sonoro.
Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas :
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturon, y allí pendiente
De Toledo la espada omnipotente.
Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que mas reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante;
Esculpió en medio por blason guerrero
Entre las uñas de un leon rapante,
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.
La gruesa lanza, estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo ó banderilla asida
Que bordó con primor sutil aguja;
Y al encuentro y veloz arremetida
Hace corriendo que al impulso cruja,
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.
Era alazán tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje :
De ormesí recamado el paramento,

De seda y oro y borlas el rendaje,
De bronces entallados la estribera,
Zafiros y balajes la testera.
El soberbio animal la crin estiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende
E indomito y ufano se pompea:
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas se hermosea,
Tal mónstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza
Cortés recorre así los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademán y por acciones
A cosa mas que humana semejante:
Y afable dice: ¡oh fuertes campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?
Hércules nuevos, de portentos fieros
Habeis triunfado con asombro mio:
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuánto la ensalza vuestro heróico brio.
¿Quién seran los audaces mensajeros
Que el mar salad por el norte frio,
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas á Castilla;
Y al rey don Carlos, al monarca hispano,
Refieran esta accion tan señalada,
Y cómo tiene ya por vuestra mano
Su España en tierra y nombre duplicada?
Decid primero, cómo el mónstruo insano
De la envidia en Velazquez halló entrada,
Y estorbar quiere heróicos pensamientos
A pesar de enemigos elementos;
Y que triunfando de él y de las olas,
Y vencedores del terrible infierno,
Vió Cozumel las naves españolas,
Y el simulacro con escarnio eterno:
Y en el rio tambien de Banderolas,
A Grijalva siguiendo su gobierno,
Tomamos puerto en la obstinada tierra,
Que el paso defendió con cruda guerra.
¿Y quien ha de callar la memorable
Batalla de Tabasco y gran conquista,
El poder de los indios formidable,
Su arrogancia increible por no vista?
¿Y cómo el tren de gente innumerable
A los campeones que la cruz alista,
Humilló al fin la indómita cabeza,
Y el bárbaro teson de su braveza?
Contad los arcos y las armas fieras,
Los escudos con fuegos abrasados,
Y que besan naciones tan guerreras
Los piés del rey católico sagrados:
Los cempoales de largas cabelleras,
Los de las sierras con el dardo osados,
De Cimpacingo y Quiabislan, que ataques
Sufren con los robustos Totonaques.
Decid, en fin, que al fuerte y poderoso
Emperador de ocaso, Motezuma,
A quien su inmensa Méjico en precioso
Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,
Marchamos á vedar el horroroso
Holocausto en que al ídolo perfuma
Con víctimas humanas y anhelantes,
Corazones y entrañas palpitantes.
Dijo: y á todos tímido recelo
Mas que la guerra la respuesta ataja;
Pues saben que Velazquez con desvelo
Por vengarse solícito trabaja,
Y al mar cubriendo su cerúleo velo,
Desde Cuba al Darien de naves cuaja,
Cerrando altivo con velera popa,
Las sendas de la América á la Europa.
Sobre un potro de Córdoba lijero,
Lleno de carmesí plumajería,
Con flecos en el verde mosquitero,
Montejo estaba audaz con ufanía:
Y volviendo al galán Portocarrero,
Que en un rucio rodado le seguia,
De coracina y fuerte lanza armado,
Carpetas y gualdrapas de brocado.
Jóven, le dijo, si dejar la guerra
Pareciere vileza y cobardía,
No ya por las delicias de mi tierra
Está abandono en tan urgente dia:
Tantos peligros que ese golfo encierra,
Y constante desprecia mi osadía,
Serán respuesta al que decir intente
Que de este suelo tímido me ausente.
Yo solo por los mares procelosos,
Rompiendo de Velazquez las armadas,
Bararé con mis buques presurosos
De España en las riberas apartadas:
Mas si tú con alientos generosos
Seguirme quieres, y las alteradas
Hondas surcamos en nadante pino,
La fama nos dará blason divino.
Estremecióse el generoso mozo
Con ansia de la gloria concebida,
El rostro enciende, donde el blando bozo
Muestra la tierna juventud florida;
Y dice: la nobleza de que gozo
Sabes bien: ves mi empresa conocida,
Con escaques azules jaquelada,
Y las quince banderas de Granada.
Si sabes del de Palma las acciones,
¿Cómo presumes que el seguirte deje
En las dificultosas ocasiones?
Contigo muera, y no de ti me aleje.
Dijo, y se derribó de los arzones.
Montejo sin saber qué le aconseje,
Le abraza afable, los caballos dieron
A sus amigos, y á Cortés se fueron.
Los principales cerca de él estaban
En gruesas y altas lanzas apoyados:
Unos en los mosquetes descansaban,
Y otros en los escudos muy pesados.
Del mensaje difícil razonaban,
Cuando ofrecen los dos determinados
Llevarle al rey, volviendo desde España
Con nueva gente á hallarse en la campaña.
Entonces de contento alborozado,
Torres el veterano esclama: ¡oh cielo!
Y ¡oh deidad, que en tu auxilio se ha fiado
Mi patria con solícito desvelo!
No está el brio español tan apagado,
Ni aun en tal clima y tan distante suelo,
Cuando aun se admira entre enemigas gentes
Tal esfuerzo de jóvenes valientes.
Así diciendo el venerable anciano
Con lágrimas ternísimas lloraba;
Muestra el cabello bajo el yelmo cano,
Y sollozando apenas pronunciaba;
Con la antes fuerte y ya trémula mano
Ciñe sus cuellos, y sus rostros lava,
Palpandolés con amorosas muestras
Los fuertes pechos y robustas diestras;
Y ¡oh mancebos fortísimos! decia,
Id á la dulce España, á quien no espero
Ver ya jamas, que al templo de María
Mi última edad sacrificarla quiero:
Y al punto del alto hombro desprendia
El rico tahalí, que en trance fiero
Él quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza
Al malique Alabéz, ganando á Baza.
Este que en perlas y esmeraldas orna
Le da al mas jóven con luciente espada
Mallorquina; a Montejo luego torna,
Y al morrion quitó fuerte lazada:
Con él la frente en otro tiempo adorna,
Le dice, Boabdeli, rey de Granada,
Que el alcaide prendió de los Donceles,
Terror de los Zegríes y Gomeles.
Abrázanlos esotros capitanes,
Y los despiden amorosamente,
Y con el fruto traen de sus afanes
De Motezuma el bárbaro presente:
Cortés con amistosos ademanes
Les fia su justicia, y reverente
Al caro padre y tierna madre envia
Dones, que ya por muerto le tenia.
Ya parten los dos ínclitos guerreros

Con ansia de la fama presurosos;
Ya les dan los amados compañeros
Mil dones de la América preciosos:
Adornados de bandas y plumeros
Tremolaban galanes y animosos
De oro en bilbilitanos capaceles
Garzotas entre blancos martinetes.
Todos los acompañan al navío,
Desde cuya alta popa ya tomando
Está Anton de Alaminos señorío
Del mar, que cede á su timon y mando;
Al canal de Bahama y su bajío
Está la vista y proa enderezando,
Por donde nunca se atrevió ninguno
A romper los estanques de Neptuno.
Cuando el rabioso espíritu, que enciende
La discordia y rencor en los mortales,
Oponerse al designio audaz pretende
Desde los calabozos infernales,
El centro infiel del báratro se hiende,
Pues ya se ven patentes las señales
Que larga edad se están allí temiendo,
Con el recelo al Orco estremeciendo.
En el abismo antigua fama habia,
Que la gente española vencedora
Al católico yugo humillaria
Las gentes del ocaso y de la aurora.
El príncipe infernal, que ya veia
Cumplirse los pronósticos ahora,
Concilio horrendo de la negra gente
Llama, y habló con cólera impaciente:
¿Con que no solo habeis de ser vencidos
Del alto arcángel, que brilló en luz pura,
Sino de hombres infames abatidos,
Sino (¡que horror!) de humana criatura?
¡Oh espíritus eternos, que atrevidos
Fuisteis al Hacedor! ¿temeis su hechura?
¿Sufrireis con ultraje y vituperio
Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?
¡Mas ay! que ese mancebo el mismo dia
Que nacer vimos al sajon Lutero,
Le vió España nacer con ansia mia,
Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero.
Visteis con cuán escasa compañía,
Mísero fugitivo y comunero,
Le llevó el mar á incógnitas regiones,
Que no vieron Colon ni los Pinzones.
Ya allí los sacrificios no consiente,
En que yo contra el hombre vengativo
Víctima le hago á un tiempo y delincuente,
De vida eterna y temporal le privo;
Y ya templo consagra reverente
A esa Madre del hijo de Dios vivo,
A esa Mujer, que lo es, aunque divina,
Y a quien mi frente á mi pesar se inclina.
En ella estriba todo el gran denuedo
De la española intrépida osadía;
Ella al indio crüel dió espanto y miedo;
Porque sin ella España ¿qué seria?
Ya miro que la fe de Recaredo
Alumbró los antípodas del dia,
Y el sacerdote (asombro allí no visto)
Baja a sus manos con su voz á Cristo.
Con pacíficos ramos en hilera
Los soldados cantaron el *Hossana*,
Con tal seguridad cual si allí fuera
La basílica insigne toledana;
Y présaga la mente verdadera
Ya ve que la soberbia castellana
Va por su rey y religion triunfante
A hacer portentos, que al infierno espante.
¡Ay, que ya me parece que mirando
Estoy encadenado a Motezuma
Por ese hombre feroz, digno del bando
Que resistió la omnipotencia suma!
Mil naciones humildes tributando
Adoracion con oro, aroma y pluma:
¡Tremendo Dios! ¡tanto favor a sola
La soberbia fierísima española!
Mas no nos acobarde el grande intento,
Espíritus rebeldes, que mayores
Fueron los nuestros, cuando al alto asiento
Del mismo Dios clamamos con furores.
La grande empresa escite nuestro aliento,
De ellos mismos nos valgan los rencores;
Pues para España no hay en la campaña
Mayor contrario que la misma España.
Mientras Narvaez á impedirlo llega
Hinchendo el leste su volante lona,
Con sedicion amotinada y ciega
Arda en tumulto el pueblo de Belona.
Dijo; y al punto el báratro se entrega
A horrenda confusion, gimió Gorgona,
Silban y braman monstruos diferentes,
De quimeras, dragones y serpientes.
No de otra suerte, ó con menor estruendo,
Desgajándose el polo centellante,
Su clara luz el cielo oscureciendo,
Reventando el infierno horror tronante,
Los astros de sus círculos cayendo,
Naturaleza absorta y vacilante,
Temblarán cielo, tierra y mar profundo
En la profetizada fin del mundo.
Mas ya Portocarrero las amarras
De un tajo rompe, al piélago sonante
Los lleva el viento, ondean ya las garras
En las banderas del leon rapante;
El rumbo anhelan de españolas barras,
Y a lo lejos el peto relumbrante
Muestra Montejo, é izan presurosos,
Dejando largos surcos espumosos.
Con lágrimas los siguen y gemidos,
Y el buen viaje gritan desde tierra:
Los tósigos de averno enfurecidos
En los ánimos flacos hacen guerra.
Grado con los Peñates atrevidos,
Mal en el pecho su furor encierra;
Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,
Lenguaraz á la chusma habló Escudero.
¿Y hasta cuándo, infelices, les decia,
Durará vuestro engaño? ¿y hasta cuándo
Creereis la temeraria altanería
De ese imprudente, á quien le dais el mando?
No es valor la frenética osadía,
Ni el ir á un mundo entero contrastando
Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,
Que crédito le den no lograremos.
Ya sé que el macedon, sé que el romano
Venció batallas é infinitas gentes;
¿Mas qué ejército impulso dió á su mano?
¿Y qué preparativos diferentes?
No negaré el esfuerzo castellano,
Supondré á los contrarios no valientes;
Mas ¿qué espíritu basta á la defensa
De quien resiste á multitud inmensa?
Finja el caudillo que animados troncos
Volcais cual la segur en la montaña,
Y que su atabal y caracoles roncos
Ni a la venganza incita, ni á la hazaña;
Que son cobardes, bárbaros y broncos,
Que el fulminante azufre los engaña;
Que cual centauros juzgue su rudeza
Hombre y caballo todo de una pieza.
Mas ¿cómo negara la muchedumbre
Temible, que á flechazos descendiendo
Sobre nosotros, hizo ya costumbre
De las bombardas el terrible estruendo?
¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,
Que muestra el que evitó su fin horrendo
En roto escudo y abollado casco
De las fuertes macanas de Tabasco?
Y cuando el clima y la naturaleza
Contra nosotros mismos no se armara,
¿Cuanta ventaja lleva la fiereza
Del indio montaraz y astucia rara?
¿Quién ignora el ejército y grandeza
De Motezuma atroz, que ya prepara
A sus deidades en banquete infausto
De nuestros cuerpos hórrido holocausto?
¡Ay, cuánto afan y muerte nos espera!
¡Y cuan pocos á España volveremos!
Ya esperimentareis el alma fiera
De Cuauhtemuch, su furia y sus estremos;
De Miscuac, que un caiman trae por cimera,

Tarde el ímpetu audaz conoceremos:
Y es, si acaso triunfamos, solamente
Porque otro en torpes vicios se alimente.
Yo ví a Teutile y Piipatoc severo
Cómo volvió la espalda, despreciando
Al mismo Hernan Cortés; sé que guerrero
Se arma en Tlascala innumerable bando:
Ni el estender el culto verdadero,
Ni el gran deseo de humillar al mando
Del monarca español la tierra opresa,
Disculparan tan temeraria empresa.
¡Oh locura! ¡Los moros africanos,
Ricos, vecinos, moros y valientes,
Infestan nuestras costas; y lejanos
Venimos a vengarlo en otras gentes!
Sin trabajo, ¡oh famosos castellanos!
Mil reinos les tomáramos potentes;
Y mas nos cuesta aquí solo buscarlos,
Que lo que allá costara el conquistarlos.
¿No es afrenta del pueblo bautizado,
Que esté en prisiones la sagrada Helia,
Habiendo él con sus armas ya llegado
Hasta el nadir y el túmulo del dia?
Allá si que católico soldado
Con fe valiente desalojaria
De tu muralla el bárbaro gentío,
Santa Jerusalen, el brazo mio.
Mas si Cortes tan imposible hazaña
Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia;
Pues no es razon de la lealtad de España
Que así se abuse en tanta contingencia:
Ciega esperanza al corazon engaña;
Pero sepa enmendarlo la prudencia.
Seguidme, dijo, al mar: grita la gente,
Cunde el tumulto arrebatadamente.
Como cuando en la octava maravilla
Del grande Escorial tan celebrado
Se mueve el coro, donde el arte brilla
Al furioso huracán desenfrenado:
Tiembla el panteon, la altísima capilla
Y estupendo cimborio agigantado,
Por los claustros bramando el aire zumba,
Y el pórtico magnífico retumba;
Así la zuiza militar en tierra,
Y a bordo la marítima zaloma
Se escucha con motin y civil guerra,
Y oculta rebelion el rostro asoma.
Cortés, en cuyo corazon se encierra
Valor, a quien ningun peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía:
Compañeros heróicos, les decia,
¿Qué es esto, generosos españoles?
¿Qué es de vuestro valor? ¿qué estoy oyendo?
¿Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
Con que vuestras mesanas y penoles
Despreciaron del Ponto el mónstruo horrendo;
Con que osasteis lo mas con alma presta,
Ó despreciais lo poco que nos resta?
Pues no lo desprecieis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algun dia.
¿El riesgo apeteceis de las campañas?
¡Qué propio en la española valentía!
Ya me dareis albricias por estrañas
Empresas, que hollará vuestra osadía;
La fama con escelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiracion y espanto.
No el vil temor ataja vuestro brio,
Ni olvido tanta hazaña celebrada:
¿Dónde esta, dónde, aquel soldado mio,
Que á Maila dividió su ardiente espada?
¿O el que en el espantoso desafío
Con Tumpoton de maza barreada
De una estocada, que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra?
Aquí estais todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero:
Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles
Se arremolinan en tumulto fiero;
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por Cuba el vulgo vocinglero,
Crece en las voces el teson é instancia,
Y en el caudillo invicto la constancia.
Bien como cuando el mar embravecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y de otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota;
A cuyo choque, aunque tan repetido,
Eternamente permanece inmota,
Sin que á las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.
Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braja con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso;
Y dice: auxilios débiles humanos
No den favor al corazon medroso:
O venza, ó muera; su única esperanza,
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.
Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rapida crujia
La banderilla, y silba reguilando;
Y á la nao capitana, á quien mecía
Blanda mareta, llega atravesando
De una á otra banda, y al impulso internas
Retumbaron las lóbregas cavernas.
Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar á nado á la cercana orilla,
Que el ancho boqueron con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconaje, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.
Á pique va sin tempestad la armada,
Porque los españoles animados
De la alta accion, con prisa acelerada
Dan barreno á los buques ancorados.
El fiero Hernan Cortés con vista airada
Terror infunde, y á los alterados
Que en la conjuracion mostraran brio
Hace dar al través con su navío.
Esto mismo Carrasco, y esto hacia
Alvarez Chico; Yañez arrebata
Una hacha de armas, la *Carlinga* hería
Dando al golfo su golpe entrada grata;
Ginés en el bajel que conducia,
Cual si fuera enemigo desbarata
Toda la eslora, á cuyos roncos sones
Huyeron los voraces tiburones.
El fuerte galeon empavesado,
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitan le ha despalmado
Por dar satisfaccion de sí bastante;
Y Arvenga el levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante,
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.
A fondo van así los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados.
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitrán mil hachones y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.
Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betun y fortísimos tablones;
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones,
Estiéndese la llama sonorosa,
Y á formar condensados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.
Fenece así el bellísimo navío
Del hermoso Saucedo bombardeado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el rio
De flámulas y jarcias adornado:
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Moron bien artillado,
Al que condujo á Dávila violento,
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.
Ya en la llanura inmensa aparecian

De tanta armada trozos solamente
Medio quemados: popas se veian
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,
Pedazos de banderas que se hundian,
Que el agua ó fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.
Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silbando
Ciega legion de espíritus impuros
Se precipita, el ponto rebramando.
¡Albricias, noble España! que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira cómo el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo.
Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió acia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado,
El aire en luz purísima vistiendo:
Cual descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante acia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente.
Cortés ambas las manos levantadas
Dice: ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas;
Sigo pronto tu anuncio y mi destino.
Los suyos por la cruz de las espadas
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensalzar, en vez del dios horrendo,
La cruz que tremolada van siguiendo.
En la hazaña el ejército se empeña;
Ya resuena el clarin y cajas luego,
Crece la aclamacion, y hecha la seña,
Marcha el campo español: ya no hay sosiego;
Equilíbrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Reventaron los cóncavos metales.
Los ídolos de Méjico temblaron
Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros con terror cobarde.
Si las musas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el leon de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos;
Heróico Hernan Cortés, será cantada
Tu accion por cuantos doblan la rodilla
Al monarca español, que en fe acendrada
El orbe que ganaste se le humilla;
Tu accion, que dió á la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al orco impío,
Y alta materia al rudo canto mio.

REFLEXIONES CRITICAS

de la edicion de 1785,

QUE SE ATRIBUYEN Á MORATIN EL HIJO.

En este canto se propuso el autor seguir el rumbo de los mejores épicos antiguos y modernos, sin ceñirse rigurosamente á la historia, ni alterar ó confundir los hechos principales de ella; pues uno y otro seria culpable. Así es que Ercilla por seguir lo verdadero, se olvidó de la ficcion poética; y queriendo despues unir en algunas partes una y otra circunstancia, como la falta consistia en el plan, no consiguió lo que deseaba, haciendo una obra que ni es historia, ni menos epopeya. Valbuena, por imitar en su *Bernardo* la desarreglada abundancia de Ludovico Ariosto, tocó el estremo opuesto. Allí todo es ficcion, todo adorno poético, todo episodios: el suceso principal se confunde entre tantos accesorios, que hacinados sin oportunidad ni conexion, fatigan al lector, y no le deleitan; le llevan de una á otra parte, sin dirigirle á la contemplacion del principal y único objeto, mostrándole infinitas riquezas para no dejarle gozar ninguna.

Evitando pues Moratin tales defectos, ordenó su fábula de esta manera. Despues de la proposicion é invocacion, se describe la reseña del campo español en las cercanías de Vera-Cruz. Cortés, deseando enviar mensajeros á Castilla, pregunta á los suyos, quién será de ellos el que se atreva á hacerlo. Preséntanse Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco Montejo; admítelos el general, y se previenen para el viaje. Luzbel en tanto convoca los espíritus infernales, mandándoles que se opongan á las ideas de los españoles. Hácenlo así, y escitan la discordia y motin en el campo, cuando Montejo y Portocarrero se hacen al mar. Cortés procura aplacar los ánimos inquietos: habla á sus gentes; pero viendo la obstinacion de los sediciosos, resuelve dar al través con toda la armada: arroja la lanza á la nave capitana; y advirtiendo sus parciales la determinacion, queman y destruyen los navíos. Cortés, viendo manifiestas señales de la proteccion que el cielo le concede, se inflama en nuevos deseos, levanta el campo, y marcha con los suyos la vuelta de Méjico.

Convenia dar noticia de los famosos capitanes que sirvieron en aquella jornada: por esto introduce el autor con oportunidad la reseña del ejército. Los príncipes de la épica, Homero, Virgilio, Tasso, y entre los nuestros Lope de Vega, Valbuena etc., lo hicieron tambien con el mismo intento. En los demas poemas, ademas de pintar las armas, caballos etc. en particular describieron allí sus autores varias naciones guerreras, cuyos trajes, paises, costumbres y otras particularidades ofrecen ancho campo para lucir la fantasía y erudicion del poeta, como Homero lo practicó felizmente en el segundo libro de la *Iliada*. Pero el autor de este canto se vió reducido á mas estrechos límites. ¿Cómo podria hacerse una tan pomposa descripcion de un ejército tan pequeño? ¿cómo hacer allí mencion de naciones diversas en patria y costumbres? Aun usando toda la licencia de exageracion, que se concede al poeta en tales circunstancias, no pudo este hacerlo sin nota de inverosimilitud. Ciñóse únicamente a pintar con los mas vivos colores los ilustres personajes, que tan nombrados fueron por sus hazañas en aquella conquista; estendióse cuanto le pudo permitir el asunto que manejaba; y no dudo que hallará el lector mucho que admirar en este punto.

No basta que haya variedad en las cosas que refiere un poeta: es necesario que la haya tambien en el modo de referirlas; pues suele suceder en una narracion poética que siendo todas las partes de que se compone escogidas y diferentes, resulta no obstante el todo desagradable por demasiada uniformidad en el plan de la narracion. Por esta causa varió el autor artificiosamente este pasaje, valiéndose de la narracion épica y de la dramática, como Lope de Vega en el canto XIX de su *Jerusalen*. En las primeras octavas habla por sí solo el poeta; y despues, siguiendo la misma materia que habia comenzado, introduce á la india doña Marina, que deseosa de saber quién son aquellos que ve presentes, hace á Jerónimo de Aguilar que la diga sus nombres y circunstancias: así pone el autor en boca de este todo lo restante, y anima el discurso por este medio con agradable variedad. En la epopeya habla el poeta, é introduce personajes, que ocultándose él, alternan en la narracion con discursos, que él por sí solo no podia proferir. De aquí resulta que el lector ve presentes aquellos sucesos; pierde de vista la ficcion; ya no es Homero el que habla; es Aquiles que se queja de Agamenon por las injurias recibidas; es Priamo, que pide angustiado el cuerpo de su querido Héctor, ó Andrómaca, que viendo á su esposo difunto, llora inconsolable su propia desventura, la del tierno Astianacte y la total desolacion de Troya.

Pero observemos cuánto lució la fantasía del autor en el pasaje que se va examinando. Todo él forma un cuadro vistoso y agradable; y el motivo de serlo es, que un poeta dotado de fecunda imaginacion (dádiva de la naturaleza), pasa á figurarse presentes las cosas sucedidas ó posibles: ve distintamente todos los objetos que realmente se ofrecerian segun las circunstancias, después valiéndose del arte, elige lo que es mas oportuno para su intento; y aquello lo mejora, adorna y ordena poéticamente. No todos tienen igual viveza de fantasía, no todos tienen gusto delicado para saber elegir lo mejor, ó lo mas conveniente; y esta es la causa de que manejando dos poetas un mismo asunto, el uno sorprende y arrebata, cuando el otro disgusta, ó porque le faltó abundante fantasía, que le presentase imágenes, ó porque no supo escogerlas y mejorarlas, ó porque no las supo ordenar.

Al son de la música militar se presentan sucesivamente aquellos héroes á quienes debe la nacion sus mayores glorias. Los escudos con divisas diferentes, ya con blasones de sus familias, ya con empresas particulares; los yelmos coronados de plumas, que mueve el viento; los trajes de diversos colores, las bandas, las armas, los caballos de generosa raza: ¡qué vista presenta todo esto tan agradable! En otra parte Aguilar, que razona con doña Marina vestida á la usanza india, ofrece otro objeto diverso y hermoso. Mercado, soldado de corta edad, paje de Cortés, viene á caballo apartando multitud de indios, que admiran aquel nuevo espectáculo; y avisa al ejército que el general se acerca. Suena confusa vocería por todo el campo, dispara la arcabucería y artillería, cuyo estruendo llega retumbando hasta la opulenta Méjico. Corral, Volante y Rangel abaten al suelo las banderas. Ya llega Cortés. El poeta agitado estraordinariamente invoca á la divina Clio, para que levante su ingenio á cantar con digno espíritu tan gran caudillo; y pasa después á pintarle con toda la fuerza y espresion de que es capaz la poesía y la lengua nuestra.

Bello es á mi parecer este pasaje; pero sus perfecciones no son de aquellas cuyo conocimiento está reservado á la inteligencia de los profesores del arte: cualquiera que con atencion le leyere no puede menos de alabar el acierto con que lo espresó el autor; y el que no halle en él cosa apreciable, no sé si diga que tiene mucha ignorancia, ó mucha envidia, ó todo junto.

En el razonamiento que hace Cortés á sus soldados refiere brevemente los sucesos mas notables de aquella jornada, para que así lo cuenten en España los mensajeros que ha de enviar. Por este medio se informa al lector de la oposicion de Diego Velazquez á Cortés, del viaje de este, de la destruccion de los ídolos en Cozumel, la entrada por el rio de Grijalva, la resistencia de los indios y su vencimiento; y por último se da noticia de Motezuma, á cuya corte dirige el capitan su marcha para estorbar la crueldad de sus horrendos sacrificios, y establecer en aquel vasto imperio la fe católica.

En la *Odisea*, *Eneida*, *Henriada* y otros poemas tenemos ejemplo de estas narraciones episódicas, en las cuales trata el autor de lo que precedió al principio de la accion de su obra La relacion de Eneas á Dido, en el segundo y tercero libro de la *Eneida*, no era absolutamente necesaria para que la accion fuese completa: esta comienza en la tempestad que arrojó las naves troyanas desde Sicilia á las costas de Africa: así que, dichos dos cantos son una parte episódica del poema; pero sin ellos quedaria la obra imperfecta precisamente, por ignorar el lector sin este auxilio las causas anteriores de que resultaron después aquellos sucesos. El poeta épico elige un solo pedazo de la historia para disponer sobre él la fábula de su poema; pero nunca dejará en silencio los antecedentes que tengan precisa conexion con el asunto que trata; si bien necesita no poco estudio para saber cuáles cosas debe manifestar, y cuáles omitir, en cuál ocasion y de qué modo debe referirlas. En el presente canto se insinúan por boca de Cortés los acaecimientos anteriores al que sirve de asunto, como ya advertí; y aunque pudiera el autor haberse dilatado mas en ellas, ciñó su discurso cuanto fué posible; pues siendo toda la obra de corta duracion, debia guardar en todas sus partes la proporcion correspondiente, para que ninguna de ellas fuese monstruosa por su demasiada grandeza. En una epopeya completa podia el escritor ocupar algunos cantos con la narracion de tales sucesos, pero en esta obra seria defecto dar á aquel pasaje mayor estension.

Cuando Montejo y Portocarrero se ofrecen á llevar el mensaje á España, Torres, soldado anciano, esclama al cielo lleno de regocijo, viendo el esfuerzo intrépido de aquellos jóvenes; se acerca á ellos, y apenas pronuncia sollozando tiernamente, vierte lágrimas de alegría, los abraza, y con trémula mano los tienta el pecho y las diestras robustas; quítase de los hombros el tahalí, que fué un tiempo del Malique Alabez, y el morrion que cubria sus canas venerables; él mismo da estos despojos á aquellos dos guerreros; despídese de ellos amorosamente; ya no espera volver á ver su dulce España, y fatigado de los años y los trabajos, desea acabar su vida en aquellos paises, cuidando del templo de la Vírgen nuestra señora. ¡Qué afectos tan tiernos escita este pasaje! Aquel fuerte soldado, que venció en Baza á Malique Alabez, hoy cubierto de canas ofrece sus armas, para que las manejen en nuevas empresas los que gozan florida edad, fuerzas y valor: se regocija de ver que aun no se ha estinguido el ardimiento español; que todavía, como cuando él era mancebo, hay varones osados que acometan grandes peligros; se despide por última vez de aquellos jóvenes guerreros, y conoce que ya no verá mas á España. ¡Qué sentimiento, morir entre gentes bárbaras, en regiones tan apartadas de la patria dulcísima! Pero quiere ya descansar de tantos afanes: su edad y su virtud no deben inspirarle sino ideas de religion: él se ofrece á cuidar del templo y aras de la Vírgen: él solo se va á quedar entre tantos millares de idólatras, y se queda contento: después de una carrera tan larga, tan llena de glorias, en que espuso su vida al furor enemigo por la fe, por su príncipe, por la pública felicidad, habitador del santuario, quiere dedicar en él los últimos instantes de su vida al culto de Dios, coronando con esta religiosa accion todas las otras.

A este tiempo Luzbel congrega en los abismos á sus secuaces, para estorbar los designios de los españoles. En esta oposicion consiste lo maravilloso de la fábula. En la epopeya luce particularmente lo majestuoso y admirable de la poesía. Inflamado el poeta de un ardor divino, se arrebata á lo mas grande, á lo mas sublime: ve nuevas regiones, produce, digámoslo así, nuevos mundos: lo cierto, lo posible, lo ideal, todo contribuye á facilitar al héroe las empresas mas difíciles. De aquí resultan aquellos sucesos maravillosos, que deciden de la suerte de los imperios, vencidos los mayores obstáculos, y ensalzando á lo sumo á un hombre, que favorecen las mismas deidades. De la union de acciones humanas y divinas, posibles y sobrenaturales, resulta lo que se llama máquina en las obras épicas. Los antiguos introdujeron en sus poemas los dioses que veneraban, y estos favoreciendo ó estorbando con su poder las empresas de los hombres, componian lo maravilloso de la fábula, su progreso, nudo y solucion.

Si debe ó no usarse la mitología, después que la verdadera religion ha destruido aquella vana creencia, ha sido siempre materia muy disputada entre los críticos. Pero ¿quién será el que haciendo revivir las fábulas del paganismo, se atreva á usarlas en un asunto sacado de la historia moderna? ¿A cuántos errores y contradicciones tiene que esponerse? Sannázaro, Camoens y otros incurrieron en esta falta. El mas ciego partidario de la ficcion antigua, leyendo las *Lusiadas* hallará en ellas una general confusion de ideas, y una mezcla de lo mas sagrado de nuestra

religion con lo mas profano de la gentilica : defecto que oscurece en gran parte el conocido mérito de aquel autor. Y á la verdad, ¿qué cosa puede hallarse mas repugnante que el concilio celebrado por Júpiter para tratar de las cosas del Oriente, y del éxito que deben tener las navegaciones de los portugueses? Baco los aborrece sobremanera, y pretende por todos modos estorbar su llegada á la India. Venus los ampara, porque tiene entendido de las parcas, que aquella gente ha de celebrarla por todos los países que domine. Marte sigue el partido de esta diosa ; y de aquí provienen despues todas las felicidades y desgracias que esperimenta el héroe en su larga navegacion. Pero donde á mi parecer hay mas que notar sobre este punto , es en el canto segundo de dicha obra. Vasco de Gama, habiendo partido de Melinde, navega acia la India ; Baco baja á los palacios de Neptuno ; ruégale que convoque á los dioses marinos : Triton los llama , y estando juntos, Baco implora su favor contra los portugueses sus enemigos : los dioses prometen ayudarle ; y lo hacen , escitando una furiosa tempestad, que pone á la armada cristiana en próximo riesgo de perderse : Vasco de Gama, á vista de tal conflicto, esclama diciendo :

> Divina guarda, angélica, celeste,
> Que os ceos, o mar, et terra senhoreas,
> Tú que á todo Israel refugio deste
> Por metade das agoas eritreas,
> Tu que libraste Paulo, et defendeste
> Das sirtes arenosas et ondas feas,
> E guardaste cos filhos o segundo
> Povoador do alagado et vacuo mundo, etc.
> No fim de tantos casos trabalhosos,
> Porque somos de tí desamparados
> Se este noso trabalho naon te ofende,
> Mas ántes teu serviço só pretende?

De esta manera pide al cielo le libre del riesgo en que se halla ; y parece que á tal súplica debia descender un paraninfo enviado del Omnipotente á sosegar con sola su presencia las embravecidas ondas del mar. Pues no es así; él invoca al verdadero Dios, protector del pueblo de Israel, de Noé y del apóstol Pablo ; y la diosa Venus viene á socorrerle acompañada de varias ninfas. No es necesario detenerme mas para hacer ver lo desatinado de este pasaje.

Tales inconvenientes resultan del uso de las fábulas antiguas en la epopeya : hoy son despreciables para nosotros aquellas ficciones ; como no son creidas, no pueden mover el corazon, ni causar los efectos que desean los que las usan.

> Une merveille absurde est pour moi sans appas :
> L'esprit n'est point ému de ce qu'il ne croit pas.

¿Ni cómo podrá espresarse con propiedad el carácter de los héroes, si se mezclan en la fabula las deidades gentílicas? Pelayo, Alfonso VIII, Fernando V no pueden tener otro carácter que el de príncipes religiosos, restauradores de la monarquía española, azote y terror de los infieles : sus acciones y discursos deben manifestar, en cualquier poema que de ellos se forme, estas prendas suyas ; pero si un poeta nos presentase á cualquiera de ellos combatiendo ejércitos enemigos con el favor de Juno ó Minerva, destruiria precisamente lo verosímil, hallaria á cada paso ideas opuestas y dificultades que no es posible vencer, formando de su obra una masa informe, despreciable á los ojos de cualquier hombre de mediano talento.

Y si observamos nuestra religion, ¿qué no hallaremos en ella adaptable á la poesía heróica? Un Dios omnipotente, que formó el universo con sola su palabra, que todo lo cria, lo alimenta y lo sostiene ; un Dios, á cuya voz terrible tiemblan los cielos y los abismos ; los ángeles, ministros suyos ó para el favor ó para el castigo ; los bienaventurados, otros tantos héroes fortísimos, que en premio de su virtud gozan de un eterno é incomparable galardon, protectores de los hombres que los invocan y reverencian. Por otra parte el príncipe de las tinieblas y secuaces infelices, que ven con dolorosa envidia levantarse el linaje humano á ocupar las moradas celestes, que ellos perdieron por su soberbia. ¿Cuán abundante materia ofrece todo esto á un poeta, que ayudado de ingenio y gusto, quiera unir en la epopeya lo verosímil á lo maravilloso?

Ni solo á esto se reducen sus facultades : las cosas morales y físicas toman nueva forma, las da cuerpo, voz y accion. La envidia, el sueño, la discordia, la guerra, la muerte, el furor etc. suplen muy bien por otras deidades que perdemos abandonando la mitología. Ademas que esta privacion no se estiende á ciertas frases y modos de decir poéticos con que los mejores escritores han espresado ciertas cosas, que sin imitar á los antiguos no podrian decirse tan gallardamente. Llamar Febo al sol, al iris la ninfa de Taumante, á la aurora esposa de Titan, y otras espresiones semejantes á estas, además de no alterar ellas por sí solas la composicion de la fábula, están ya recibidas de suerte que no es posible ni conveniente desecharlas.

El Tasso reformó con mucho acierto este punto, y en su *Jerusalen* abrió nueva senda, que han seguido después otros muchos con mas ó menos felicidad. El autor de este canto, firmemente persuadido de la solidez de estas ideas, adoptó lo mejor. Resta saber si usó lo maravilloso con oportunidad y acierto.

No debe el poeta, por ostentar lo sobrenatural y prodigioso, mezclar á cada instante las deidades sin aparente necesidad. *Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus inciderit.* Homero, segun algunos críticos, no guardó escrupulosamente este precepto; y parece que Virgilio pudiera haber omitido la intervencion de Iris en la muerte de Dido : para morir no necesitaba aquella reina auxilio celestial; la espada de Eneas bastaba para matarla.

Luzbel se declara enemigo implacable de Cortes; que es decir, va á estorbar las empresas de aquel famoso capitan ; aquel á cuya prudencia y valor ha de rendirse el dilatado imperio de Méjico; el que ha de aniquilar la impiedad y ciega idolatría de sus habitantes, esparciendo en ellos la fe de Jesucristo. Apenas se hallará en la historia de muchos siglos otro héroe y otra conquista, que den igual motivo á introducir en una epopeya semejante ficcion. Veamos pues si el autor la usó en lugar oportuno.

Habla Luzbel á sus secuaces cuando se embarcan para España los dos enviados de Cortés, soldados que han sido ya testigos de la suficiencia del general ; que han visto ya los primeros ensayos de su constancia, valor y atrevimiento en los peligros del mar, que ha superado dichosamente : en Cozumel, donde á vista de innumerables gentes ha destruido los horrendos ídolos, en que el demonio recibia adoracion é inciensos; y en Tabasco, cuyos habitantes, que le recibieron como enemigos, ya vencidos y escarmentados, le reverencian. Ya saben las ideas de su caudillo; tienen noticias ciertas de Méjico, la estension de sus límites, las calidades del clima y demás circunstancias. Esto, acompañado con los magníficos presentes que llevan va á escitar en el ánimo guerrero de los españoles deseos vivísimos de cruzar el Océano, y ser partícipes de las fatigas y la gloria de aquella jornada. Cárlos V, príncipe belicoso y grande, se agradará de ver estendido su imperio hasta aquellos remotos paises. La ocasion se acerca en que las monarquías de occidente van á rendirse al yugo español. Todo esto mira presente Satanás, y conociendo lo que podrá resultar de tales principios, va a estorbar (si le es posible) el disgusto que le amenaza.

Como se halla agitado de la indignacion y el furor, no es creible que en tal ocasion se valga de largo exordio y preámbulos artificiosos para manifestar á los que le escuchan su deseo. «¿Con que no solo, dice, sereis vencidos

»del arcangel, que resplandeció con pura luz, sino también de los abatidos hombres? ¡Qué horror! Vosotros, ó »eternos espíritus, que os atrevisteis contra el Criador, »ahora temeis á los que son hechura suya? ¿Sufrireis, con »ultraje y afrenta vuestra, que un hombre intente la des»truccion de vuestro imperio?» Así empieza. Después para escitarlos á la venganza pinta el estado en que se ve la idolatría: ya Cortés prohibe los sacrificios de víctimas humanas; consagra templos á la Madre de Dios, y en ellos el sacerdote hace con su voz que baje á sus manos Jesucristo, asombro nuevo en aquellos paises. Pasa después á decir lo que resultará precisamente, para que no se dilate el remedio, viendo manifiesto el peligro. Ya ve que la soberbia española va por su religion y su príncipe á ejecutar prodigios que darán espanto al mismo infierno; ya le parece que ve aprisionado al gran Motezuma por aquel hombre terrible; ve mil naciones tributarias rendirse obedientes al poder español. Pero conviene no desanimar á los que deben ayudarle: la pintura del riesgo se dirige á prevenir su astucia, no á escitar en ellos el desaliento; por esto acaba su discurso animándoles á la empresa. «Mayor atrevimiento fué el nuestro, les dice, cuando as»piramos al alto trono de Dios: escite nuestro brio la »misma dificultad: para vencer á los españoles, ellos mis»mos sean el instrumento; y mientras llega Narvaez á es»torbar sus triunfos, haced vosotros que reine el tumulto »y sedicion por todo el ejército cristiano.» Así concluye. Todo el infierno se conturba: óyese por todas partes el confuso estruendo que causan los monstruos que se encierran en él. Va el poeta á dar una comparacion de este horror, y dice que no será de otra suerte el trastorno general de la naturaleza, cuando la inmensa máquina del orbe llegue á su fin. Ignoro ciertamente cuál comparacion pudiera hallarse mas propia ó mas poética para denotar la alteracion y trastorno horrendo que causaron en el abismo las palabras del indignado Satanás.

Ya se hacen al mar los dos enviados de Cortés, y á este tiempo esparcen la sedicion y alboroto en el ejército los espíritus infernales. Alonso de Grado, los Peñates de Gibraleon y Pedro Escudero renuevan la instancia de volverse á Cuba, no bien hallados con la rígida disciplina que hacia observar el general en todas sus tropas, ó indignados de haber ellos sido escarmiento á los demás con el castigo de sus delitos. Escudero, mas que todos inquieto y atrevido, habla á los soldados: dice primero cuán difícil es la conquista que ha proyectado Cortés; le moteja de temerario; espone los peligros y afanes que van á padecer: para esto pondera la ferocidad y multitud de enemigos que los aguardan, su astucia, su intrepidez, sus armas, la diferencia del clima, la escasa noticia que se tiene de aquellas tierras, el poder de Motezuma, su ejército, sus capitanes cuya fama ha llegado ya á los españoles: todo esto lo acuerda para atraerlos á su voluntad, infundiéndoles temor, y haciéndoles que duden del éxito que podrá tener aquella jornada. Pero conociendo que el celo de la religion y el deseo justísimo de estender en aquel imperio la fe católica, son motivos suficientes para atreverse á las mayores dificultades, previene esta objecion diciendo, que si tal deseo los anima, en el Africa, vecina á España, pueden cumplirle, ó ya esponiendo gloriosamente su vida por libertar del yugo bárbaro la ciudad santa de Jerusalen. Así indignado contra el caudillo, escita en los mas débiles la rebelion, procurando persuadirlos á que negando la obediencia al jefe, le desamparen.

Conmueven sus razones á los que le escuchan; cunde el motin y alboroto por todas partes; compara el poeta este ruido al que forman los aires impetuosos en la real fábrica del Escorial. ¡Pero qué ideas ofrece en esta comparacion tan admirables! La robustez y magnitud gigantesca de aquel edificio, el estruendo horrible que se escucha por todo él, y el ímpetu furioso del huracán, á cuyo impulso retiembla el coro, el panteon y la soberbia cúpula.

Cortés, invencible á vista del peligro, corre las filas, y con alegre semblante dice á los suyos: «¿Qué es esto, »españoles, compañeros mios? ¿Vosotros sois honor de »la milicia? ¿Vosotros sois el terror del orbe? ¡qué estoy »oyendo! Con que supísteis despreciar intrépidos los ma»res alterados: con que os atrevisteis á vencer mayores dificultades?..? ¿O despreciais lo poco que nos resta?...» A la verdad no pudiera Cortés valerse en tal ocasion de mejor exordio: en estas breves razones va á captar su benevolencia, é infundir en ellos estímulos de verdadera gloria: los alaba, les acuerda su patria, para que el honor los anime á no hacer bajezas indignas, porque son españoles; los llama compañeros suyos, partiendo con ellos el mérito de tantas hazañas; ensalza su constancia y valor en los trabajos padecidos, para que arrostren los venideros con ánimo noble; y cuando parece que iba á reprender su debilidad, corrige el pensamiento con aquella espresion: «¿O despreciais lo poco que nos resta?» Como si dijera: no es posible que esta conmocion sea efecto de inconstancia ó temor: vosotros creeis que á tan altos hechos no pueden seguir otros mayores, y despreciais lo restante como indigno de todo vuestro aliento. «Pues no lo desprecieis, prosigue, que algun dia admi»rareis nuevas empresas, muy dignas de tales varones. »¿Apeteceis los riesgos de la guerra? propio es de voso»tros, que sois españoles, este deseo; pero ya llegará »tiempo en que me agradezcais haberos conducido adonde »lograreis victorias, que publicará despues la fama, para »dar con ellas admiracion al mundo.» De esta manera, olvidando el delito, los acuerda únicamente su obligacion; y con singular artificio, cuando los aconseja, los alaba, proponiéndoles el medio de borrar la cometida culpa. Después hace mencion de aquellas hazañas particulares, en que mostraron su valor otras veces. «¿Dónde »está aquel soldado mio que dividió á Maila? ¿Dónde »está, añade, el que en el desafío de Tumpoton clavó al »bárbaro contra la tierra? Aquí estais todos, ó leales »compañeros mios. Yo el primero sabré morir por la pa»tria: vamos á vencer.» Pero obstinados los sediciosos en su intento, ya no escuchan las razones del capitan: él en medio de tal desórden resiste invicto el teson horrible de aquellas gentes: ¡qué heroismo! ¡qué grandeza de alma! Compárale el poeta en tal situacion al peñasco de Cádiz, que resiste inmoble el furioso ímpetu de las ondas; y refiere después la última determinacion de aquel caudillo, que forma la solucion de la fábula.

Viendo pues el capitan que no era obedecido, pica el caballo, y corriendo acia el mar, habla airado y resuelto: tira su lanza á la nave capitana; acuden de una y de otra parte los que le son fieles; y obedeciendo sus intentos, destruyen á porfía toda la escuadra. Por no dilatarme fuera de lo justo, hablaré de aquello mas notable que se halla en todo este pasaje. El modo con que está dispuesto es verdaderamente poético; y juzgo el autor ser cosa oportuna apartarse algun tanto de la historia en él, para hacerle digno de la trompa épica. El que juzgue ser un defecto no haber seguido con escrupulosa nimiedad á Solís ó Bernal Diaz, seguramente ignora los principios del arte. Su mérito pues consiste ya en lo admirable y singular del suceso, que se debe á la buena disposicion de la fábula, y ya en las imágenes, que voy citar, con que lo adornó felizmente el autor. Cortés picando al caballo, que esparce con las manos menuda arena, se levanta sobre los estribos, alza atrás la diestra fortísima, arroja su lanza, que va silbando por el aire, y atraviesa de una á otra parte la nave capitana, que mecia en las aguas blanda mareta; al golpe retumban las cavernas lóbregas; la chusma se arroja al mar para ocupar la cercana ribera; el gran bajel se sumerge poco á poco entre las ondas; los soldados destru-

yen prontamente las naves restantes, y huyen al centro los peces tímidos; Arvenga el artillero dispara un cañonazo á uno de los buques, cuyo bauprés y proa desaparecen, formando al hundirse grandes círculos en el agua: otros aplican fuegos, suena la llama, y asciende el humo por los aires en negra nube; ya solo se ven por aquella inmensa llanura popas y doradas proas medio abrasadas y deshechas; una legion de espíritus malignos se precipita á los profundos senos del mar, y descendiendo una paloma sobre los pabellones, dirige después su vuelo acia Méjico: Cortés y los suyos, reconocidos á los beneficios del Altísimo, prometen no apartarse de aquella empresa, hácese la seña, suenan los instrumentos bélicos, desfilan las tropas, y á las descargas de artillería tiemblan en Méjico los simulacros abominables.

Tales son las imágenes poéticas con que adornó Moratin el ultimo pasaje de su obra. Como todas ellas son propias y escogidas, resulta una pintura agradab'e y viva, en que se presenta á nuestra idea aquella heróica accion de Cortés, digna sin duda de los mayores encarecimientos. Si hubieran de notarse las demás circunstancias dignas de aprecio, que se hallan en esta composicion, se alargaria este exámen demasiadamente: baste haber dado una idea de su mérito, esponiendo lo que me pareció oportuno en la disposicion de la fábula, sus principales partes, y los afectos, caracteres, comparaciones, pensamientos y adornos de la fantasía, por ser esto lo mas noble y digno de consideracion en cualquier poema. Mis lectores podrán observar lo restante, ya por lo que toca á la moralidad que encierra la obra, ya por las máximas y el ejemplo que ofrece de una virtud no muy comun, y de un heroismo el mas digno de imitacion y aplauso. Podrán asimismo reflexionar sobre la observancia de los principales preceptos, y tambien el mérito singular en la versificacion, colocacion de ideas, imitaciones, lenguaje poético, y otras circunstancias menores (aunque esenciales) que omití por no dilatarme en demasía.

Pero quisiera advertir á los menos instruidos en este estudio, que si estrañaren algunas frases y modos de decir no ya muy comunes, que usó Moratin en su canto épico, antes de reprobarlos consulten las obras de nuestros mejores poetas; examinen con atencion el lenguaje que hay en ellas, y cotejándole con el de la presente, hallarán entre este y aquel no poca semejanza. Es verdad que en sentir de algunos será culpable esta imitacion; pero no lo juzgan así los pocos que cultivan con acierto la poesía castellana. Hernando de Herrera en sus comentarios á las obras de Garcilaso dice así: «Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos estendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de todas las que viven ahora; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido á estrema pobreza; escusando por delicado gusto, siendo muy ajenos del buen conocimiento, las dicciones puras, propias y elegantes... Los italianos, hombres de juicio y erudicion, y amigos de ilustrar su lengua, ningun vocablo dejan de admitir sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios, por parecer solamente religiosos en el lenguaje; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la diccion peregrina cuando no la tiene propia ó natural, ó cuando es de mayor significacion. Y Aristóteles alaba en la poética y en la retórica el uso de las voces estrañas, porque dan mas gracia á la compostura, y la hacen mas deleitosa y mas retirada del hablar ordinario. Pero nosotros, solo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la ignorancia de la prudencia, y el poco juicio nuestro, desechando las que son en nuestra lengua puras, hermosas y eficaces, y sirviéndonos de las ajenas, impropias y de significacion menos vehemente. Si esto es enriquecer la lengua y adornarla con joyas peregrinas, júzguenlo los que saben y tienen verdadero conocimiento de estas cosas.»

¿Y qué podrá decirse de muchos de nuestros modernos escritores, que despreciando la diccion poética, que tanto ornamento y gala añade á las obras de los antiguos, usan en las suyas un lenguaje comun, débil y ajeno de toda belleza; de tal suerte que quitando las voces consonantes y la medida de los versos, quedan convertidas sus poesías en una prosa despreciable? Dirán que no hay razon para admitir en nuestros dias la locucion poética de los antiguos, porque el uso la desterró. Podria ser cierto cuando una dilatada serie de hombres doctos en esta ciencia hubiera ido desechando sucesivamente las voces y frases antiguas, usando en su lugar otras mas propias y elegantes. Pero sabida cosa es que así como todas las demás ciencias y artes, la poesía castellana decayó notablemente en el pasado y presente siglo. A aquellos hombres grandes, cuyas obras merecieron general aplauso, sucedió una turba servil de copleros infelices, conceptistas ridículos, que careciendo, si no de ingenio, de prudencia y buen gusto, inundaron el Parnaso español con escritos insípidos, dignos solamente de aprecio entre el vulgo de los ignorantes. ¿Serán estas obras las que han de probar que el lenguaje poético no debe usarse tal cual fué en los tiempos de nuestra buena poesía? ¿Diremos que estos autores se valieron de nuevos modos de decir, porque los recibidos hasta entonces eran de menos estimacion, ó porque no supieron otros? Y si de intento adoptaron otra diccion, ¿por qué adoptaron tambien otra poesía? ¿por que á los pensamientos sublimes, á las pinturas admirables, á las felices imitaciones de griegos y latinos, que tan abundantes son en nuestros buenos poetas, sustituyeron tantas figuras de palabras, tantos equívocos, tanta falsedad en los pensamientos, tantas puerilidades, que se hallan á cada paso en sus escritos? Confesemos con ingenuidad que así como ignoraron lo que era buena poesía, así tambien carecieron de gusto y eleccion para lo demás. Después de Herrera, Garcilaso, Fr. Luis de Leon, Jauregui, Lope, Ercilla, los Argensolas, y otros de su tiempo, solo hallamos copleros, no poetas. ¿Pues quién tuvo autoridad para desterrar la antigua locucion poética? ¿Deberemos buscarla en las obras de Montoro, Gerardo Lobo, Benegasi, Cernadas, Leon Marchante, y otros de esta secta; ó en aquellos cuyas producciones tan alabadas son entre los hombres de buen gusto? Lo sabrán sin duda algunos modernos, que á fuerza de querer purificar nuestro idioma, le enervan y destruyen enteramente; de tal modo, que si llega á seguirse este errado método, dentro de pocos años hablará el poeta el mismo lenguaje que el orador, y perderá la divina poesía aquel precio singular que siempre la ha distinguido y realzado sobre la prosa mas elegante.

Por lo que toca á esta composicion no hallo otra cosa mas esencial que poder añadir; si bien imagino que aunque logre entre algunos estimacion, no faltarán tampoco censores que la critiquen; pues como no se trata de hacer otra obra original mejor que ella, cosa harto difícil, el notar defectos y despreciarla es bastante fácil para cualquiera que se dedique á ello.

La corte abunda de eruditos, que no habiendo merecido á la naturaleza un talento sublime, cual se necesita para empezar á ser poeta; no habiéndose molestado tampoco en cultivar el árido estudio de los preceptos, el de la filosofía y demás ciencias que deben acompañarla, y mucho menos la lectura de buenos originales, suplen esta pequeña falta con la vana ostentacion de noticias sueltas, halladas por acaso, retenidas sin conexion ni discernimiento, y producidas con trastorno é ignorancia. Estos censuran libremente lo que no entienden: las obras

mas perfectas son defectuosas á su vista; y como la sabiduria y la ignorancia hacen atrevidos á los hombres, estos por el segundo motivo se erigen en jueces árbitros del mérito de los demás. Otros menos advertidos pretenden adquirir el mismo derecho por tal cual obrilla despreciable que han escrito: un elogio insulso, una traduccion, una comedia desatinada, digna por sus monstruosidades de representarse en nuestros teatros, dan suficiente autoridad á cualquier atronado para creerse capaz de notar errores en los Homeros y Virgilios. Si fuesen de esta clase los críticos que han de juzgar el presente canto, serán sus fatigas despreciadas de los hombres inteligentes y de buen gusto. Si por el contrario hubiese alguno, que segun los principios infalibles del arte, señale lo que hay en él digno de alabanza, y lo que necesitaba corregirse, será en tal caso acreedor á los mayores elogios.

El autor de esta obra vió muchas veces levantarse contra sus escritos numeroso tropel de críticos impertinentes; pero siendo iguales en ellos la malignidad y la modestia, nunca osaron dar al público una obra suya original, para demostrar por el modo mas breve cuál era el camino de los aciertos. Fácil es censurar; pero muy difícil producir obras estimables. Para conocer los delicados primores de un Virgilio ó un Torcuato, acaso no basta saber de memoria cuantas poéticas hay escritas: es necesario tener la grande alma de aquellos hombres para saber juzgarlos; el que no sea capaz de añadir un canto á la *Jerusalen librada,* calle y admire, y deje el empeño de la censura á quien sea capaz de competirla.

Muchas veces un preceptista rígido juzga defectos los que son acaso primores inimitables en una obra de poesía: todo quiere reducirlo á ciertas medidas geométricas, á cierta posibilidad física, que en las producciones del ingenio ó no hallan cabida, ó si la tienen, es en tales circunstancias y de tal modo, que no es comprensible á quien carece de un genio superior, que burla y confunde con la práctica las áridas especulaciones de los teóricos.

POEMA DIDACTICO.

CANTO PRIMERO.

Antigüedad, orígen y escelencias de la caza.

No, como suelo, del Amor tirano
Canto injustas hazañas dolorosas,
Ni tampoco de Marte el inhumano
Las furibundas armas espantosas,
Que cubren de cadáveres la tierra;
Pero la viva imágen de la guerra.
Con cual arte las fieras y las aves
Sujete el hombre, ó tú, deidad campestre,
Casta Diana, que ejercerlo sabes,
Dicta á mi inculta música silvestre,
Pues nunca otro español subió al Parnaso
Por donde yo dirijo el nuevo paso.
¡Luis, oh gran Luis! mi amparo, y ornamento!
Dame esfuerzo y valor para invocarte,
Que aquel soy, que con alto pensamiento
Destinaron los cielos á cantarte,
Y yo te llamaré con nombre justo,
Mecenas español, ibero Augusto.
Tú, que benigno y plácido escuchaste
Aun trémula á mi Musa balbuciente,
¿No la has de oir ahora? Tú llenaste
El mundo de la fama de clemente:
Tu virtud, tu piedad faltar no pudo:
Animo, ó Musa, arrójome: ¿qué dudo?
A dos hermanos hijos de Latona
Los dos seguimos, y esto nos ha unido:
Apolo la infructífera corona
Del triunfante laurel me ha prometido,
Y á tí, Dictina, enriquecerte traza
De abundantes despojos de la caza.
Tú has dado testimonios relevantes
De que en los premios clásicos se internan
De la literatura los amantes,
Siempre que sabios príncipes gobiernan,
Y que á pesar del odio mas perverso
Los versos ama quien merece el verso.
Sin duda tu gran madre soberana,
A cuya planta augusta yo me postro,
Para cantarte el arte de Diana
Me dará tiempo con sereno rostro,
Que un breve rato es mérito muy fijo
Dejar la madre por servir al hijo.
Si acaso el *gran Monarca* me escuchare
Benignamente con oido atento,
Díle que á mas empresas se prepare;
Pues prorumpiendo en ímpetu violento,
Ya vendrá tiempo, y cantaré con saña
Los grandes triunfos de la horrible España.
Mientras tanto contigo por la umbrosa
Selva feliz discurriré, siguiendo
La caza, de tus tiros temerosa:
Mil ninfas dulces coros disponiendo
En la espesura, allí con voz amiga
Aliviarán de entrambos la fatiga.
Díctame pues la musa castellana
Versos dignos de un príncipe, cual eres:
Ni asiste á formacion de docta plana
Mejor que á aquella en que alabado fueres,
Y reducido á números süaves,
Cazador diestro, escucha lo que sabes.
Hubo algun tiempo en los remotos años
Del mundo infancia, en que la dura tierra
No le causaba al hombre algunos daños,
Ni con zarzas ni abrojos hizo guerra,
Y sin cultivo pródiga y esclava
Los frutos de sus árboles le daba.
Todo era paz: aun no nacido habian
A turbar la quietud los monstruos fieros
De ambicion y política; escondian
Los montes no labrados los aceros,
Y aquel siglo inocente con decoro,
Por no le conocer, se llamó de *Oro.*
Retozó con los tiernos recentales
El lobo carnicero, y humillados
Amaban los mas fieros animales
Ser con humanas palmas halagados,
Y en la ley natural, que allí observaban,
Los hombres y los brutos descansaban.
Mas corrompiendo la malicia humana
La sencillez y cándida inocencia,
Naturaleza se mostró tirana,
Que así lo quiso eterna Providencia:
Huyeron de la mano audáz los frutos,
Bramaron rebelándose los brutos.
Y el hombre miserable condenado
A ganar con sudores el sustento,
La primer vez rompió con tosco arado
De la gran madre el rostro macilento,
Encerrando en su seno las semillas,
Que luego son garzotas amarillas.
Pero impaciente el hambre porfiada
De la tardanza, aun antes que él arase
Le dió principios de la caza osada,
En que con prontitud se remediase,
Y fué la primer arte que él procura,
Antes que la robusta agricultura.
Los ramos de las selvas desgajados
Fueron primeras armas, los crecidos
Peñascos de la cumbre derribados,
Los garrotes volteando despedidos,
Perniquebraron cabras y corderos,
Y alguna vez los corzos mas lijeros
Poco después las hondas baleares,
Con guijarros, que salen al chasquido,
Llevaron á los vientos y á los mares
La muerte al pez y al pájaro del nido,
Hasta que al fin Lamech en feliz dia
Diestro facilitó la cacería.
El primero dobló las fuertes varas

Para hacer arcos ; hizo á los estremos
Distantes acercarse con muy raras
Fuerzas, y ató la cuerda, como hoy vemos;
Este calzó para volar derechas
Con las plumas del águila las flechas.
Las reses en el monte perseguidas
Su nuevo ardid con llagas publicaron,
De este al que ejemplo dió á los homicidas,
Los primeros arpones traspasaron;
Pues juzgándolo (oculto en un grimazo)
Por fiera, lo mató de un saetazo.
Así fueron los hombres cazadores,
Sin mas arte que el arco y la fatiga,
Hasta que halló los últimos primores
Con sabio acuerdo, ó *Luis*, tu grande amiga,
Tu grande amiga, de mi Apolo hermana,
La casta y hermosísima Diana.
Esta beldad, del parto temerosa,
Aborreció los tálamos nupciales;
Por la ciudad trocó la selva umbrosa,
Y habita en los espesos robledales,
En los bosques y páramos montunos,
Huyendo los amores importunos.
Ésta primera y linda cazadora,
De los perros notó primeramente
Las diferentes castas; fué inventora
De la alta red, que cerca el continente,
En la que sin remedio al fin cautivos
Los animales son muertos ó vivos.
Y como hija de Jove, por quien crecen
Al cielo sus blasones, bien sabia
La hermosa infanta cuánto se parecen
El arte de reinar y montería,
Y que la astucia tiene tanta parte,
Como en las duras guerras del dios Marte.
Y como el *gran Monarca* se previene
Con ejércitos, naves y legiones,
Con que á ser respetado y señor viene,
Aun de las mas indómitas naciones,
Así la real doncella halló la traza
De todos los pertrechos de la caza.
Sonando va la aljaba de Corinto
Con las etolias flechas en el hombro,
Debajo de los pechos brilla el cinto,
Donde miran las fieras con asombro
Del jabalí de Arcadia la cerdosa
Testa, y del ciervo epíreo la ganchosa.
La rubia trenza, afrenta de su hermano,
Prende blanco liston, que ácaso pierde,
Dos broches alzan con donaire ufano
A un lado y otro la basquiña verde,
Las columnas de Paro descubriendo,
Que el real coturno calza y va luciendo.
En medio de cien ninfas sobresale
Como alta palma entre el centeno blando,
Pues no hay otra gallarda que la iguale:
¡Oh deidad! ¿cómo estoy de ti cantando?
¡Oh virgen! ¿con cuál verso en este dia
Te podrá celebrar la musa mia?
¿Por qué, dime, te agrada en la floresta
Huir los ocios y sufrir robusta
El estivo calor de la alta siesta,
Por qué el estrado persa no te gusta,
Ni las delicias del genial retrete,
O el espejo en pintado gabinete?
Guarda los ojos, ninfa, pues si vieras
A *Luis*, jóven galán, que yo celebro,
El propósito firme tú perdieras,
Tu le buscaras desde el Ebro al Hebro,
Si el sonrosado rostro le miraras,
De nuevo Endimion te enamoraras.
Tú fuiste la inventora del gran arte,
Que con el conquistar se ha equivocado.
Tus ardides aprende el fiero Marte,
Mucho el cazador tiene de soldado:
O Diana feliz, beldad estrema,
Que el tuyo dará nombre á mi poema.
¿Cuántos provechos á la especie humana
Tu deidad enseñó? Ningun indigno
Podrá, cazando, la traicion villana
Tramar con fiero espíritu maligno,
Pues robas la atencion, y los cuidados
Penosos por ti fueron rechazados.
Tú al hambre mal sufrida socorriste,
Los ánimos alegras: con tus manos
Las artes podalirias escediste,
Util gusto, y salud de los humanos:
Tú mantienes el cuerpo duro y fuerte,
Que ni teme á la guerra ni á la muerte.
Ni te agrada alistar en tus banderas
La generacion débil y bastarda,
Que niega á sus abuelos, y que alteras
Con el trueno infernal de la bombarda,
Ni afeminados lindos deliciosos,
Con dijes y perfumes olorosos.
Y vosotros, que en ocio abandonados
Torpemente vivís, la fama oculte
Vuestros nombres del cielo detestados,
Y en olvido oscurísimo sepulte:
Afrente vuestra infamia abominable
Del *gran Luis* el real pecho infatigable.
De príncipes y dioses aplaudida
Creció el arte: siguió su afan violento
Hipólito, que halló dos veces vida,
Niso, Eurialo, Orion, Céfalo atento,
Carpóforo, Meleagro, Cipariso,
Atis, Apolo, Adonis y Narciso.
Ni el grande emperador callar pretendo,
Que de la caza piscatoria á Opiano
Los elegantes números oyendo,
Con franca, liberal y larga mano,
Dió al poeta dulcísimo y sonoro
Por cada verso una moneda de oro
Fué así la caza hasta que halló el averno
La invencion de la pólvora tremenda:
Cesó en las selvas el silencio eterno,
Y viéndose morir con muerte horrenda
El bruto se espantó de oir el trueno,
Estando el cielo plácido y sereno.
No fué hecho este durísimo ejercicio
Para complexion leve y enfermiza,
O encenagada en el deleite ó vicio;
Gente quiere fortísima y rolliza,
De aguante pertinaz, nunca vencido,
De ágil cuerpo y espíritu atrevido.
Ni importa menos que elegir la gente,
Saber cuál vario género de fieras
Cada lugar, cada region sustente,
En bosques, peñascales ó en praderas,
Ni será para el arte menos bueno
Saber las diferencias del terreno.
Así el caudillo esperto reconoce
Del enemigo fuerza y calidades,
De cuál cielo y ambiente el clima goce,
Ni deja sin vencer dificultades,
Y anticipada y cierta de su gloria,
Le ofrece sus laureles la victoria.
Los gamos apetecen las llanadas,
Huye el lobo á los rudos peñascales,
Se acoge á las malezas intrincadas
El puerco, y los frondosos huecadales,
Seguidos de sabuesos y ventores,
Procuran los venados voladores.
El oriental idólatra sujeta
Al veloz tigre, el bárbaro africano
Al leon rojo desafía y reta,
Pronto el alfanje y el venablo en mano,
Y el lapon blanco caza audaz al oso,
Terrible, guedejudo y espantoso.
El Perú de sus Andes, asombrado
Tiembla los formidables culebrones,
En el desierto líbico abrasado
Dan silbos las cerastas y dragones,
Y al caimán sigue el indio americano,
Vasallo occidental del rey tu hermano.
De la España ausentó naturaleza
Piadosa tales monstruos: no en el monte
Al cazador asusta la braveza
Del indómito audaz rinoceronte,
Ni temas que al villano le amedrente
Con sus muy grandes roscas la serpiente.
Mas no dejó sin caza las montañas,
En que el valor y el gusto se ejercite:
No hay fieras horrendísimas y estrañas;

Pero porque esta falta se desquite,
Con prudencia y agrado (no te asombres,
Lo feroz de los brutos dió á los hombres.
De esta patria feliz, no del Sabéo
Las fértiles campiñas, los floridos
Verjeles de Ceilan, ni del Hibleo,
Ni del Pactolo yermo enriquecidos,
Ni cuanta amenidad, ó Tempe, alcanzas,
Pretendan competir las alabanzas.
Los cándidos rebaños desparecen
Las mas altas colinas, y los prados
Con árboles y trigos reverdecen,
Eterna primavera dan los hados:
Neptuno puso estala en esta tierra
De caballos lijeros y de guerra.
Añade tanto tren, tantas ciudades,
Tantos reinos vencidos, tantas gentes
Esclavas, tanta pompa y majestades,
Los soberbios palacios eminentes
De aquel que rige tierra y mar profundo,
Cárlos Tercero, emperador del mundo.
¡Salve, ó patria feliz, region de Marte!
Inclita engendradora de varones!
Los cielos me inclinaron á cantarte,
¡Oh Luis! da heróico aliento á mis razones:
¡Salve, ó madre de tanto esclarecido
Famoso capitan, nunca vencido!
Esta produjo al fuerte Viriato,
Terror de Roma y Rómulo de España,
A Trajano y Teodosio: el moro ingrato
De Bernardo y el Cid lloró la saña:
A los Laras, Bazanes y Girones,
Y Ponces, que domaron los leones.
Esta arrulló de acero en los paveses,
Los Cerdas generosos, y sin miedos
A Córdobas, Pizarros y Corteses,
Esta á los duques de Alba, á los Toledos,
Que envió Felipe á reprimir los grandes
Alborotos y escándalos de Flandes.
Esta dió cuna á *Cárlos* soberano,
Y á ti, gran *Luis*, mancebo esclarecido,
Que si hubiera algo mas, que ser su hermano,
Ya tu virtud lo hubiera conseguido:
Celebrad á mi patria, ó mis Camenas,
Por ser patria tambien de mi Mecenas.
Diana, ciegamente enamorada,
Por las selvas al sol te va buscando,
Jamás vió juventud que así la agrada,
Por fama te está solo idolatrando:
Ella te dió presteza, aliento y traza
Para el duro ejercicio de la caza.
En la flor de tu edad robustamente
Latiendo los espíritus, que agitan
El bien formado cuerpo y eminente,
Al afan venatorio le habilitan
Con movimiento grave, mas no tardo,
Despejo airoso, intrépido y gallardo.
Al céfiro con oro le enriquece
La vaga inundacion del rubio pelo,
El rizo mal peinado bien parece,
Ojos azules del color del cielo:
Plantel de acanto, rosa y maravillas,
Vertiendo leche y sangre las mejillas.
Al lado izquierdo inclina el galoneado
Castor fino, y con vista muy gallarda
Brilla un diamante, y el favonio osado
Va al desgaire moviendo la cucarda
Con cambiantes de visos y celajes,
Haciendo tornasoles los plumajes.
Mas, ¡oh cuán incansable el hombro sufre
El peso de la fúlgida escopeta,
Que vomita relámpagos de azufre!
Si no va la punzante bayoneta,
Del ancho cinturon resplandeciente
Pende al lado la espada omnipotente.
Pero ¿cuál verso esmirno ó mantuano
Bastará á celebrar las perfecciones
Del espíritu heróico, soberano?
De tanto empeño, ó Fama, no blasones;
Pues su nombre, que al mundo se derrama
Aun no cabe en las lenguas de la fama.
Y no solo á las fieras lazos pones,
Que, ó jóven, tu piedad ha cautivado,
Aun los mas intratables corazones;
Nadie se fué de tí desconsolado,
Que este es el gran cuidado que desvela
Al hijo de *Filipo* y de *Isabela*.
¡Oh, qué amante respeto que difunde
El semblante real, benigno y pio!
Solo el mirarle al pérfido confunde:
¡Oh qué agrado! y ¡con cuánto señorío!
¡Qué hermosa juventud que allí florece!
¡Oh! cuánta majestad que resplandece!
¡Cuánta ninfa real en sus retiros,
Tu tálamo nupcial procura ansiosa!
¡Oh cuántos ardentísimos suspiros
Está por tí exhalando alguna diosa!
Quejándose envidiosas y severas
De ver que las desdeñes por las fieras.
Solo así al duro Amor se le quebranta,
Ni la fuga con él es afrentosa;
Pero ¡ay dolor del triste que te canta!
Pues ni el huir, ni vida tan penosa,
Ni la fiel musa, ni tu ejemplo apenas
Me pueden libertar de sus cadenas.
Fatigando los montes todo el dia
Menosprecias los hielos y los soles,
Y no te da temor la noche fria:
Adoran tu valor los españoles,
Y esperan verse dueños de los hados,
Por tan fuerte adalid acaudillados.
Ni temes precipicios ni asperezas,
Los riesgos, intemperie y batideros:
Por las fragosidades y malezas
Revuelves los caballos mas lijeros;
Ni de la sed te rinde la fatiga,
Ni del hambre, doméstica enemiga.
El gran Fernan Gonzalez vió cazando
El pronóstico fiel de su victoria,
El casto Melanion, el bosque amando,
Su pureza libró con alta gloria,
Y Ganimedes fué con presto vuelo
Desde la caza arrebatado al cielo.
En la caza, Alejandro macedonio
Engendró aquel valor, que al orbe pisa,
El Hércules jayán amfitrionio,
Y el arrogante Aquiles de Larisa
Fueron con ejercicio tan terrible
El uno vencedor, y otro invencible.
Diré (y no juzgo que el discurso yerra)
Mirando tanto afan, peligro y traza,
Que no es la caza imágen de la guerra;
Sino la guerra imágen de la caza,
Y aun esta ha menester mayores brios,
Porque vence contrarios mas impíos.
Felices, si sus bienes conocieran,
Los cazadores, que en el campo ameno
El premio encontrarán, que cierto esperan:
Aunque no su ancho pórtico esté lleno
Del gran tropel de entrantes y salientes,
Ni le insten importunos pretendientes.
Ni anhelan por el techo artesonado
En dóricas columnas suspendido,
Ni con oro el vestido realzado:
Ni con uso estranjero han corrompido
Las costumbres patricias, ni á su lana
Blanquísima manchó tintura indiana.
Mas no les falta con quietud segura
De varios bienes rica y sana vida,
Los anchos campos, lagos de agua pura,
Las cuevas, la floresta divertida,
Las presas, el balar de los ganados,
Los apacibles sueños no inquietados.
Mis dulces musas, cuyo amor me ha herido,
Me enseñen qué fué el caós ó la nada,
Antes que el universo hubiese habido;
Cuál del alma inmortal es la morada;
Qué orígen tuvo el hombre y negro fiero;
Qué dijo al ver sus manos el primero;
En qué consiste lo que llaman vida;
Si es de los astros vida el movimiento;
Qué es la luz; si hay mas mundos á medida
De los soles que ostenta el firmamento;
Cómo el nuestro en el aire está librado;

Si está inmóvil, ó en torno es volteado;
Cómo al hombre las islas dieron casa;
Si hay esferas, ó gran region vacía;
Qué es muerte; ¿mas quién sabe lo que pasa
De esotra parte de la muerte fria?
Feliz el que en materias tan dudosas
Averiguó las causas de las cosas.
Mas si estas partes de naturaleza
Al humano indagar no se consiente,
Del Escorial y el Pardo la aspereza
Me agrade, y Aranjuez el floreciente,
El Parque, el Valsain y Eresma frio,
Caudaloso tal vez con llanto mio.
Dichoso el que en obsequio de Diana
Busca la opaca sombra en las fresnedas:
Estos huyen la pompa cortesana,
El fausto y ruido en peligrosas ruedas,
Con que suena el confuso laberinto
De la villa imperial de *Carlos Quinto*.
No les turba el tambor que incita á guerra,
Ni el saber que á la mar estén botando
Naves los astilleros de Inglaterra,
Ni los reinos, que se han de ir acabando,
Ni los altos palacios de los reyes,
Ni la verdad confusa entre las leyes.
Pero ellos de la caza sustentados,
Logran de las meriendas muy sabrosas,
Al márgen de una fuente recostados;
En casa aguardan fieles sus esposas,
Los hijuelos están junto á la madre,
En torno de los besos de su padre.
Con el trabajo el cuerpo está robusto,
Y los fornidos miembros se ejercitan;
No cual los viles, que con nombre injusto
Del ocio en los ejércitos militan:
Desprecian con los hielos y calores
La vida sin afan los cazadores.
Tal vida los antiguos castellanos
Tuvieron: los Alfonsos, los Bermudos,
Ramiros, los Fernandos soberanos,
Ordoños, Sanchos bravos y sañudos,
Y tal vez Manzanares vió al famoso
Gracian Ramirez alanceando á un oso.
Con tal gente creció la fuerte España,
Y así la gran Madrid ha dominado
Cuanto el sol dora y cuanto Doris baña:
Sus fábricas al cielo ha levantado,
Y ofrece en sus bellísimos espacios,
Para albergue á su rey siete palacios.
Indivil Argantonio, y los primeros
Españoles tal vida ejercitaron,
Cuando aun no domeñados los aceros,
El yunque y los martillos resonaron:
Tanto promete el que con juicio abraza
El muy noble ejercicio de la caza.
Esta arte hasta la cumbre has sublimado,
Y esta te canto, ó real garzon de España,
Mientras me enciendo á celebrarte armado,
Cubriendo de enemigos la campaña:
O Jóven, de Pelayo descendiente,
O consuelo y blason de nuestra gente.

CANTO II.

Peligros de la caza; pertrechos necesarios, como instrumentos, animales etc., y su enseñanza.

Pero en todas las cosas se requiere
Cierta medida: luce con templanza
Cualquiera accion; mas si en esceso fuere,
Nemesis justa niega la alabanza,
Y nada con pasion obrar debemos,
Pues siempre son viciosos los estremos.
¿Quién creyera que este arte que yo alabo,
Con su embeleso y atractivo hechizo
Reduzca al hombre de la infamia al cabo?
Pues, ó fiel Musa, cuenta lo que él hizo
En quien no le ejerció con juicio tanto,
Como el real cazador á quien yo canto.
No ha de seguirse con aquel anhelo,
Que Nicias, que siguiendo los venados
Cayó en un horno, ardiente Mongibelo:
Rindió el alma en sus cuernos enramados
Basilio emperador, y el Cidno rico
Ahogó después de caza á Federico.
De tal manera al hombre arrastra y doma,
Que olvidados los triunfos y combates,
Y el gran valor con que fatigó á Roma
El asombro del Ponto, Mitridates,
En siete años al bosque abandonado,
Cual Nabuco, jamás entró en poblado.
De Adriano rompió la caza un dia
Con dolor una pierna: ¿quién ignora
Los hados de Acteon? Al jóven Hia,
Hijo de Atlante, un leon cruel devora:
Por vil precio Esaú después de caza
Vendió el ser mayorazgo de tal raza.
El boscaje de Urriols á Juan Primero,
Que un tiempo tuvo en Aragon la silla,
Llora: salióle al rey un lobo fiero,
Y él armado de acero con que brilla,
Al ir con arrogancia á alancearlo,
Cayó muerto á los piés de su caballo.
Mas la tragedia mas horrenda, y triste
Que España lamentó, fué de Favila:
¡Oh monte Auseba, que el suceso viste!
Tú lo refiere, porque ya destila
Mi vista fiel de lágrimas un rio,
Viendo tal ruina en un monarca mio.
Era Favila estirpe de Pelayo,
Sucesor de su padre y tierno jóven:
Temblando calló el moro con desmayo,
Y él, para que los ocios no le roben
El ánimo heredado, en las laderas
Se ejercitaba en perseguir las fieras.
Una tarde, siguiendo el rey á un oso
Membrudo, corpulento, encapotado,
Con zarpas y melenas espantoso,
De sus perros y gente desviado,
Cebado en el alcance, se enmaraña
En la fragosidad de la montaña.
Y calando el cerdoso papahigo,
El bruto vuelve la espantable cara,
Y aunque el garzon se mira sin testigo,
Rechinando un venablo le dispara:
Erróle el golpe, y como el riesgo crece,
Desnuda la ancha espada resplandece.
Levántase en dos piés, y abre las manos
El tremendo animal, y á brazos viene
Con el segundo rey de los hispanos:
Y aunque el estoque ya envasado tiene,
Se traba entre los dos con fuerza mucha
Dura, aunque desigual, dudosa lucha.
Cada cual, segun puede al otro aferra,
En torno revolviéndose, y bregando
Como Alcides y el hijo de la tierra:
Está la fiera al rey sobrepujando
Con muy alta cerviz; pues teme y sabe,
Que un leve golpe allí su vida acabe.
Pero enojado el rey de la tardanza,
Dos veces por el vientre le ha metido
El brillante puñal con gran pujanza:
Dió el oso un horrendísimo bramido,
Y aprieta estremeciéndose de suerte,
Que á ambos dieron las ansias de la muerte:
Cuando veis de monteros la cuadrilla
Con dardos y con lanzas, y anhelantes
Los perros forcejeando en la trabilla,
Y con ropas de caza rozagantes
La esposa jóven reina, que aquel dia
Del rey quiso alegrar la cacería.
Pásmanse todos de suceso tanto,
La ronca voz se pega á la garganta:
¿Habrá acaso furor, lira, ni canto,
Que pondere el dolor de la alta infanta?
Si atónitos pinté los circunstantes,
Mi ingenio apele al velo de Timantes.
Muerto y despedazado un rey de España
Yace, y muerta la fiera su homicida,
Y á entrambos la mezclada sangre baña.
Pues tanto importa su preciosa vida.
¡Oh cielos! por mi ruego importunados,

De mi *Luis* apartad tan fieros hados!
Jamás el general ha de arriesgarse
De quien la salud pública depende,
Mas debe que un ejército estimarse:
Que un fuerte brazo, que atropella y hiende,
Se halla pronto; mas no con tal presteza
Una heróica y científica cabeza.
Cual tú cazas, así los cazadores
Deben cazar desde este al otro polo,
Tu heroicidad los reyes y señores
Imiten para serlo; pues no solo
Al cazador enseña tu desvelo:
De príncipes tambien eres modelo.
De un príncipe han de ser primeramente
Las soberanas ciencias alto empleo,
Las ciencias que distinguen noblemente
Al hombre racional del bruto feo;
Pues un hombre ignorante, aunque se alabe,
No es mas que el bruto, y si es, él no lo sabe.
Y si un plebeyo necio así es horrible,
¿Cuál monstruo fuera un príncipe ignorante,
Oprobio de su patria aborrecible?
Con tal azote, ó Júpiter tonante,
No castigues jamás á las naciones,
Ni aun á los turcos, persas, ni japones.
Pero si quieres dar felicidades
A algun pueblo tu amado, da un famoso
Príncipe como *Luis*: ¿Qué habilidades
O ciencias ignoró? Pues yo no oso,
Musas, decidlo vos, si podeis tanto,
Con vuestro celestial divino canto.
Así está con los libros en la mano
El que hizo su maestro en guerra y corte
Al héroe de Veletri, al rey tu hermano,
El Alejandro, el gran César del norte,
El gran campeon científico y robusto,
El rey de Prusia Federico Augusto.
En manejar las armas fulminantes
Se ejercite ya un príncipe instruido:
Retratos de la guerra semejantes
La caza y su fatiga siempre han sido:
En esta siga á mi Diana bella,
Mientras el fiero Marte llama á aquella.
Pero ante todas cosas es preciso
Saber qué prevenciones de instrumentos
La ninfa hermosa para el arte quiso:
Estos son los primeros fundamentos,
Pues la esperiencia halló que siempre yerra
Quien camina sin armas á la guerra.
Tacos de enjuto esparto, lavadores,
Yescas, bolsas de pólvora y de balas
Deben siempre llevar los cazadores:
Redes de malla grandes y no ralas
Con estacas de hierro, en que lijeras
Caen las tímidas liebres prisioneras.
Para los simples conejuelos, chillos,
Y lazadas de alambre escurridizas,
Perchas de blancas cerdas y capillos,
Frascos y sacatrapos, y tomizas,
Ganchos de muelle, cuerdas y podones,
Hachetas, pedernales y azadones.
Ni olvides al martillo con boqueta,
Trahillas y collares pespuntados,
Y para hacer llamada la corneta,
O para agamitar á los venados:
Reclamos de las delias codornices,
Señuelos de palomas y perdices.
El cazador se adorna y se defiende,
Llevando al cinto el cuchillon de monte,
Y calada penetra, rasga y hiende,
Aun contra la pujanza de Tifonte,
Aquella arma punzante de Belona,
Que el moderno furor halló en Bayona.
Para el cerco de telas ó de redes,
De cáñamo torcido prevendria
Varales, que apuntalen las paredes,
Con recaton de hierro clavaria
Los estacones de áspera corteza,
O por la prontitud ó la firmeza.
Los cuerpos elegidos de mancebos
Con buena paga esten bien mantenidos.
Alégranse en llevar vestidos nuevos,
Y viéndose robustos y lucidos,
Se empeñan en saber su ministerio:
Y aquel que sabe, en todo tiene imperio.
Este es el gran secreto en que consiste
El cantado valor de las naciones:
No teme un cuerpo que brocado viste
El fulminante horror de los cañones,
Y serán mas valientes los soldados,
Mas galanes y mas disciplinados.
Así las reales guardias, que lucidas
Resplandeciendo están con los galones,
Son la tropa mejor: lo distinguidas
Invencibles las hace en las funciones:
Después de ellas, ninguna gente iguales
A los carabineros siempre reales.
¿No ves cuán arrogantes y cuán fieros
Con las gorras, terciados los fusiles,
Marchan los espantables granaderos,
Trasunto cada cual del bravo Aquiles
Con bizarra y triunfante gallardía,
Honor de la española infantería?
Pues lo mas á la gala le es debido,
Que otros vieras no serles inferiores
Con su hacha, berretina, y su vestido:
Con la escopeta dió á los cazadores
Principios de tirar el muy bizarro,
Valiente capitán Pedro Navarro.
De Ricla, de Fernandez, ó de Algora,
De Bis, ó de Esquivel, ó el Soto diestro
Se elegirá el cañon: siempre, y ahora
El que forjó en Madrid algun maestro
De Europa á todo príncipe le agrada
Con llaves de Ripoll ó de Igualada.
Con sus hojas contenta esté Toledo,
Roma ostente pinturas rafaelas,
Cristal Venecia, del sirviente miedo,
Y Londres y Paris sus bagatelas;
Que mi patria guerrera armó al hispano
Las máquinas horrendas de Vulcano.
Las cóleras del pueblo reventaran
Oprimido con cargas insufribles:
Los cañones y el pueblo se comparan,
La piedad y política apacibles
Contienen á los dos, y la esperiencia
De ambas cargas dará segura ciencia.
Cubrirás con el punto la cabeza
Del ave que está enfrente y repinada,
Descerraja al pausar: tira á la pieza
Pronto y á tenazon, si va emboscada,
Si lleva el curso rápido ó lijero
Dispara el tiro un poco delantero.
Justo es que sepas, porque te señales,
Cómo á los animales debe hacerse
La guerra con los mismos animales:
Mandó así la política entenderse,
Y es arbitrio, que el triunfo trae consigo
La guerra á costa hacer del enemigo.
Así Roma á las gentes no domadas
Venció con las vencidas: con sus brazos
Hizo soberbias fábricas preciadas,
Y así mi rey los toscos embarazos
Del alto reventon allana y doma
Con los ciegos secuaces de Mahoma.
De la Africa vinieron los hurones
Contra la muchedumbre innumerable
De conejos: contra ellos protecciones
A Augusto por legado respetable
Pidió algun pueblo, pues si audaz pelea
Cualquiera ofende, aunque pequeño sea.
Mezcla el queso manchego bien rallado
Con agua tibia, y los mantiene fuertes:
Los conejos en vano se han fiado
De sus cuevas; que allí con duras muertes
Los atormentan, y con presa fiera,
Arrastrando los sacan acá fuera.
Así, viendo las fustas africanas
Con los prontos jabeques de su mando,
Rompiendo el seno á las espumas canas,
A vela y remo caza les va dando:
Ellas á Arjel procuran acostarse
Debajo del cañon á refugiarse.
Y aunque de sus fortines al abrigo

Al corsario español vencer desean,
Las rinde, y a remolco trae consigo,
Por mas que sin cesar le acañonean
Con retumbante estrépido sonoro,
El fiero Barceló, terror del moro.
Ni ha de costarte el último cuidado
La cria de los perros; ante todos
Elige el blanco, el rojo y el melado,
Y el negro, y porque eviten de mil modos
La rabia, haras que verlos nacer pueda
El signo aquario y Géminis de Leda.
Y con su inclinacion y la enseñanza
Los harás diestros: uno al ciervo sigue,
Otro á la zorra ó puerco se abalanza,
Otro á la liebre, al lobo otro persigue,
Uno los anchos rios atraviesa,
Otros de sangre son, y otros de presa.
Luego que los cachorros la luz viesen,
Y empiecen a correr, un gato vean
Con carne, y cuando todos le siguiesen,
De aquellos que mas ladran y jadean
Saca el mayor, y es bien le engolosines
Con carne de la caza á que le inclines.
Ni te agrade adestrarlos de mañana,
O al fresco ambiente en la serena tarde;
Sino cuando cuajó la nieve cana,
O la alta siesta con bochornos arde:
Aman limpieza en jalbegada casa,
Las aguas puras, frescas y sin tasa.
Salvia, retama, ruda y el romero,
Y el vinagre les cura enfermedades,
Y el zumaque da alivio al pié lijero
Del despeado en las fragosidades,
Y el vitriolo, azufre y vedegambre
De la sarna molesta quitó el hambre.
Son menester acémilas de machos
Lozanos, con bordados reposteros,
Con borlas, cascabeles y penachos:
Esta recua llevó á los cazadores
Las redes, arcabuces y estacones,
Y el convoy de las otras prevenciones.
Y hasta entrar en el bosque el coche tiren
Las fuerzas de las mulas corpulentas,
Las pardillas de Almagro en él se miren:
Ana con diligencias muy violentas
Halló esta especie cuando instó al jumento
Al no usado y monstruoso ayuntamiento.
Este humilde animal sirve de cebo
Del voraz lobo á la ansia carnicera,
Pues trabajando bien cuando era nuevo,
Este consuelo en la vejez le espera:
¡Oh infeliz bruto, ejemplo desdichado
De aquel que sirve bien y es mal premiado!
Por el monte el caballo muy brioso
Sigue la caza con veloz carrera,
De él esta el cazador menesteroso:
Procure que la raza muy lijera
Se multiplique: Gago fué el primero
Que entregó los caballos al montero.
A conocer aprende los humores,
La viveza, arrogancia y calidades
Por la diversidad de los colores:
Yo el bayo elegiria: es bien te agrades
Del negro, el tordo y alazan tostado,
Que antes le veras muerto que cansado.
Son los potros del Betis generosos,
Debajo de sus piés los campos truenan:
Con agudos relinchos sonorosos
Los establos de Córdoba resuenan:
Igual es de Aranjuez la casta mesma,
Los tuyos beben del nevado Eresma.
Inquieto en sus praderas el potrillo
Esta temblando intrépido, y levanta
La frente con muy alto cerviguillo,
Corre por el contorno, y no se espanta,
Sube al cerro, y bajando velozmente,
Corta al rio la rápida corriente.
Si acaso alguna vez oyó clarines,
O estruendo de armas, salta desgreñando
Al diestro lado las espesas crines:
Al viento en el correr desafiando,
Pide con los relinchos el jinete,
Y ciego por los campos arremete.
En el ojo y las sólidas junturas
Al buey imite, al aspero muleto
En el firme sentar las herraduras:
Al gato en el andar limpio y secreto:
En la vista y voltear muy velozmente
A la escamosa y lúbrica serpiente.
Del leon la arrogancia y la fiereza,
De zorra oreja y cola, del jumento
La uña, el cuello del lobo en fortaleza,
Y el pecho de mujer: para este intento,
¿Qué otro modelo mi atencion divisa,
Sino el angelical de mi Dorisa?
Nota, si lo consiente su desvío,
¡Con qué arte el pecho dividido ostenta!
¡Con cuánta gracia mira y señorio!
¡Con qué marcialidad que se presenta!
¡Cómo es de cuanto ve reina y señora,
Todo lo mira, y todo lo enamora!
Tal el Babieca fué, y el que a Castilla
Quitó el feudo: los tuyos muy valientes
Tascando estan en la montuosa orilla
Los espumosos frenos, impacientes
En los altos pesebres empotrados
De un tiron muchas veces arrancados.
Las yeguas son furiosas, oprimidas
Del fiero amor, que a nadie es mas dañoso,
Destilan de las ingles encendidas
El espeso hipomanes ponzoñoso,
Que la madrastra en yerbas venenosas
Con palabras mezcló supersticiosas.
Trepan estimuladas de la ardiente
Indómita lujuria al encumbrado
Peñalara, y al soplo de poniente,
Sin otro algun consorte han engendrado
Potro veloz, que al viento ha de igualarse:
¡Cosa por cierto estraña de contarse!
Este bruto galán nunca ha sabido
La vil adulacion: al mal jinete
Jamás sobre sus lomos ha sufrido:
Del loco hijo de Febo se promete
Los tristes hados el que no se ajuste
Con gentileza en el borrén y el fuste.
La ignorancia y lisonja envilecida,
Monstruos de los palacios execrables,
Jamas ante el gran *Luis* tendrán cabida:
Los lisonjeros son mas detestables,
Que el traidor, que de aceros inhumanos,
A ejército rebelde armó las manos.
Si asisten a su lado aduladores
Solo un príncipe esta, aunque acompañado,
En medio de asesinos y traidores:
Es vicio en ignorantes vinculado;
Y ofenden, aunque astutos disimulan,
Pues juzgan incapaz a aquel que adulan.
¡Oh ingratos á la patria y vuestro dueño!
Afrente un animal tanta vileza:
Tú, *Luis*, no temes del caballo el ceño:
¿Qué Lápita montó con tal destreza?
Ni Héctor troyano en su caballo Etonte,
Ni en Pegaso el galán Belerofonte.
Queriendo acaso remontarte al cielo,
Sin ser bastante el freno a sujetallo,
Galan jinete, haces temblar el suelo
Debajo de los piés de tu caballo,
Que ufano con tu peso y furibundo,
Va amenazando al viento, al mar y al mundo.
Cuando en tu resplandor salir dispones,
Trocando los guijarros en centellas,
La gran Madrid asoma a los balcones
La hermosa juventud de sus doncellas,
Que te aclama en estremos amorosos,
Dejando a mi y a muchos envidiosos.

CANTO III.

Cura de los Caballos, Pesquería y Astrología, como necesaria a los Cazadores.

Tambien tiene el caballo enfermedades:
Mas ¿quién la esplicacion de un bruto mudo

ıde bien? O nobles facultades,
usa os burló, ni hacerlo pudo;
›s bien ama su aficion rendida
l en los libros escondida.
›rré yo negar que la esperiencia
seño tal vez; mas fuera de esto
n vano imaginaria ciencia
itrario antídoto molesto,
a los dudosos ingredientes,
de los brutos inocentes.
iien persuadirá que al tigre fiero,
orrenda serpiente y su braveza,
a la ave y lobo carnicero,
instiuto la gran naturaleza
rarse y conservar la especie,
la humana medicina aprecie;
otro inquieto, mucho antes criado
oiese albéitar, le ha destituido
uto, y á su error le ha abandonado?
mbre de otros brutos ha aprendido
cia de curarse; de manera,
ı sola es la fija y verdadera.
nable libertad, que el gozque tiene,
grulla, leon é hipopótamo,
lespacio, con que á buscar viene
ıela, quina y el díctamo,
ria y clister; y Progne lista
idonia dá al polluelo vista.
al caballo libertad le dieses,
y, halló remedio á su dolencia:
in frenos ásperos las mieses,
ıse en el campo á la inclemencia,
ue así cobrando nuevos brios,
ra á vadear los anchos rios.
el hombre ignorante y presumido
r mas que tú. Naturaleza,
al que doma ha sometido
ida ley de su simpleza:
pudo con él la aprension fuerte,
nite el miedo de la muerte!
ıs destemplados los humores
ndo el infeliz desatentado
ca remedios dañadores:
ı este y á aquel, acongojado,
nformidad en tal abismo,
e otro sabe de él mas que no él mismo.
stan treinta lustros que ha vivido,
ı sin ejemplar, quiere mas de vida,
er eterno, loco y atrevido:
mprudencia, y algo de adquirida
, que el mundo física la llama,
apio y á Apolo dieron fama.
oh del hombre afrenta vil! ¡con cuánta
ad la muerte el bruto espera!
e el jumentillo, y no le espanta:
que es forzosa, y persevera,
›s mas humildes animales
cles y Marios y Aníbales.
e la grandeza generosa
allo español: lleva á su dueño,
hablar el siervo apenas osa,
le mira, ó mírale con ceño,
zga por la banda ó la venera,
de otra especie ó superior esfera;
ıoble bruto, al que al criado lleva,
idad se vuelve cariñoso,
por baldon, que se le atreva:
que es su hermano, y amoroso,
so que le ponen con medida,
ismo pesebre le convida.
engríen las cinchas tachonadas,
ntos, gualdrapas y jireles,
ata en hebillas martilladas:
así los hombres infieles
n consigo, justo es preguntallo:
s mas bruto, el dueño ó el caballo?
ues juntas ya estan las provenciones,
salga el cazador famoso:
la pesca, si ir allá dispones:
rtezas de color verdoso
, que porque tiznan huyen de ellas
nos de marfil de las doncellas.

De allí nacen lombrices para cebo:
¡Estraña metamórfosis! ó sea
Semilla oculta en invisible huevo,
O que el calor de nuevo la procrea,
Segun el libertino y el impuro
Dulce Lucrecio y célebre Epicuro.
Porque uno y otro bárbaro ateista,
Inventor de maldad la mas horrenda,
Atomos juzga cuanto ve la vista,
Y acaso esta gran máquina estupenda,
Negando independencia y cetro de oro
Al númen santo, al gran Dios que yo adoro.
Esta es de la ignorancia la insolencia,
Negar que hay dueño, aun del supuesto acaso,
Porque no alcanza á comprender su esencia:
Jamás confesará su ingenio escaso,
Que es conceder, que alguno le adelante,
Y siempre es presumido el ignorante.
Con sedales y redes prevenido
(Bajando á desovar el rio abajo)
Serás á Andrés y á Pedro parecido,
Llenas las redes en el hondo Tajo:
Quien de la caña amó la impertinencia,
Simulacro será de la paciencia.
Tambien al pez con yerbas se adormece,
Y se pesca de mimbre en los cañales,
Cuando tapando el agua desparece:
Despojos te darán no desiguales
A los del Tajo de Aranjuez, que un dia
Dió mil libras de peces en la ria.
Pero huye siempre el viento de levante
Para la caza y pesca: ábrego es bueno,
Y no pesques de Cintia en el menguante,
Ni con cielo enojado y no sereno,
Ni en mañanas con vientos destempladas
Del Eresma las truchas regaladas.
Ni tienes que estrañar que te aconseje
Para cazar la observacion del cielo:
Jamás tu vista ese cuidado deje,
Porque de él pende el régimen del suelo,
Y por su aspecto puedes ir seguro
En la adivinacion de lo futuro.
Mas no imitar pretendas vanidades
Del fanático astrólogo agorero,
Que sobre el libre arbitrio y voluntades
Del hombre juzgar quiere muy severo,
Pues solo alcanzarán tus predicciones
Del vario temporal las mutaciones.
Las plantas, las estrellas y animales,
Y aun las cosas sin vida al hombre enseñan:
Advirtió estas certísimas señales
El noble labrador, que hoy le desdeñan,
Y el ocio que entretiene á los pastores
En el campo, y tambien los cazadores.
Esperarás que lluvia inunde el prado;
Cuando las puntas de la luna nueva
Se ven oscuras, ó si ya ha llenado,
Y algun círculo espeso ú negro lleva:
Si la graja se espulga, ó si á la orilla
De los estanques se zambulle y chilla.
Tambien los gansos de la diosa Tetis
La lluvia anuncian con sonoras alas,
Y los caballos que alimenta Betis
Refregándose mucho en las estalas:
La paloma y la abeja, esta cobarde
Se recoge temprano, aquella tarde.
El grueso buey tendido al diestro lado,
Importuna la mosca porfiada,
El lobo en embestir precipitado,
El gallo que cantó de madrugada,
La rana sumergida, ó con estruendo
Las querellas de Lycia repitiendo.
Todo te avisará tiempo lluvioso,
Y la campana que aumentó el sonido,
Y de la grulla el vuelo presuroso,
O el relámpago y trueno ensordecido:
Si las lámparas altas centellean,
Y los bufetes de nogal chasquean.
El ábrego de Libia trae las nubes,
Y cuando en ellas desde el claro oriente
A ocultar tu semblante, ó Febo, subes,
O cuando vas cubierto al occidente,

O cuando te oscureces de improviso,
Jamás ave casera el campo quiso.
Conocieron tambien las hilanderas
De Abades, del Otero y San García
Por el mechon las lluvias venideras:
Entonces los carneros á porfía
Se topan, y á la aurora el solitario
Mas alegre cantó que lo ordinario.
Mudó la hormiga el nido, y la becerra
Con las romas narices levantadas
Coge el aire después que olió la tierra:
Los charcos ven sus aguas calentadas,
Grazna la infiel corneja, y se pasea,
Las gotas hacen pompa y menudea.
Pero si el sol está rojo al ponerse,
Y una encendida nube arrebolada
Le cubre, ó si la luna deja verse
De rubicunda cinta rodeada,
Si el nubarron se eleva al alto cielo,
O con figuras amedrenta al suelo;
Si acaso en las alturas de los montes
Se oye un sordo ruido, como cuando
En las fraguas de Lípari los brontes
Están con anchos fuelles resoplando,
O si representándose mas bellas,
Corren a todas partes las estrellas;
Si tronó en el invierno á la mañana,
O mas que lo que suele en primavera,
Y el eco se perdió de la campana;
O de Aracnes la tela muy lijera
Voló, y los perros á estregarse acuden,
Las anades y gansos se sacuden;
O si las nubes blancas y pequeñas
Amaneciendo raso, en las alturas
Se divisan: son todas ciertas señas
De que rotas las fuertes ligaduras,
Que amarran siempre á los furiosos vientos,
Trastornarán del mundo los cimientos.
Porque advertido el Padre omnipotente
Los encerró en cavernas muy profundas;
A no hacerlo, con cólera inclemente
Ejerciendo sus rabias furibundas,
Mantuvieran continua y cruda guerra
Por todos los confines de la tierra.
Un calabozo horrendo en las montañas
Del grande Escorial los aprisiona:
Ellos braman con furias muy estrañas;
Del monte que está encima la corona
Tiembla al murmúreo; sus furores crecen,
Y por forzar la cárcel se enfurecen.
De allí salen fortísimos zumbando
Por la ancha lonja en donde el arte brilla,
Los carros de gran peso arrebatando:
Trastórnase la octava maravilla,
Corren la tierra con silbido horrendo,
Los mas profundos mares revolviendo.
Y en la carrera de Indias el piloto
Cántabro, roto el mástil del navío,
Ronco y falto del arte apela al voto,
Y á la violencia del nordeste frio:
Las armadas inglesas y españolas
Suben hasta los cielos con las olas.
Tambien conocer puedes los serenos
Y alegres dias con señales ciertas:
En los bosques fructíferos y amenos
Música dulce, ó pajaro, conciertas,
Ni el alcion apartó del mar sus ojos,
Ni el lechon sucio hocica en los manojos.
El cuervo grazna, Scila hija de Niso
Paga la culpa del cabello de oro;
Y el gavilan la asalta de improviso:
La garza en vuelo rapido y sonoro
Corta los aires, sopla el tramontana,
Y abunda de rocío la mañana.
Febe despues del cuarto nacimiento
Se muestra alegre, limpia y afilada,
Y está clara en llegando al complemento:
El cielo con la leche derramada
De Juno (instando el Hércules infante)
Se ostenta mas hermosa y rutilante.
La Aurora el lecho de Titon dejando
Sale fresca de oriente á las barandas,
Las sierras descubiertas plateando,
Y por el llano, ó niebla sutil, andas,
Y al plaustro dando Apolo riendas flojas
De verde se vistió con bandas rojas.
Pero si se volvieren blanquecinos
Los nublados oscuros, y el solano
Te cegare con sucios remolinos;
Si en torno de la luna y de su hermano
Cerco pálido ú rojo se mostrare,
O el aire por la bruma se engruesare;
Caerán calladas aguas en vellones
De blanca nieve, la áspera Fuenfría
Tendrá en sus ventisqueros cien montones:
Ningun precepto mande que aquel dia
Suba pòr el camino alto y cubierto
Hasta los pinos del dañoso puerto.
En la cuajada nieve el rastro avisa
A las perras albanias y laconias
Si el lobo, gamo ó liebre huyó de prisa,
O de Tracia las grullas estrimonias:
Manda entonces, que usando su ejercicio
Cierna los plomos líquidos Mauricio.
Dicen que este en las fraguas de Vulcano
Trabajó con los cíclopes un dia,
Forjando rayos á la eterna mano,
Que con ellos terror al mundo envia,
Y en derretir metales salió diestro,
Y en los globos mortíferos maestro.
Mas solamente el aquilon soplando,
Cuando el carbon de arranque arde mas vivo
Lo ejecuta, cautísimo evitando
Que se introduzca el tufo muy nocivo
Del plomo en la cabeza, cuyo peso
Será mortal, si fuere con esceso.
Así orillas del bárbaro Orinoco
El maligno Curare, que está hiriendo
Con pestilente vaho en tiempo poco
Tres ancianas reduce á fin horrendo,
Antes que miren con veneno ungidas
De sus flechas las puntas homicidas.
Ni así te admire el plomo introducido:
De las yerbas las fibras delicadas
Con limalla sutil se han advertido,
Y al crisol zamorano examinadas
Se encuentren muchas veces (no te asombres)
Con hierro las entrañas de los hombres.
Si en otoño y estío á la mañana
Crece el calor, y el torbellino ha alzado
El suelo, y se espesó la nube cana,
Y descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante acia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente;
Gran tempestad se apresta. ¡Ay, cuántas veces
Temerá el pavoroso marinero
Monstruos marinos y diformes peces!
Borbollará bramando el surgidero
Terrible, que á pesar de mil afanes
Rompió el muy temerario Magallanes.
El padre Jove en noche tan horrible
Fulmina él propio rayos y centellas;
Creyeras ser del mundo el fin temible,
Desplomándose el cielo y las estrellas,
Las estrellas, que (ó piélago) oscureces
Mojadas con tus olas muchas veces.
Mas si al tiempo que el toro á Agenor fiero
Con los dorados cuernos relucientes
Abre al año las puertas, y el frontero
Can le cede y se esconde á nuestras gentes,
La oveja escupe mucho y tose; en vano
Templaras los incendios del verano.
Quema los pastos el ardiente sirio,
Y seco el vendaval corre furioso,
La sarna es á los brutos cruel martirio,
Ni la caza evitó el contagio odioso:
Llueve sin viento, estiéndese la peste,
Y á rabia incita estotro can celeste.
Azogue y fuego matará la sarna,
La sarna, que es gusanos engendrados,
Cuyo diente voraz mordiendo encarna:
Herodes y el gran Sila atormentados,
Y Seusipo el filósofo así fueron;
Insectos asquerosos los comieron.

Finalmente en el sol hallarás cierto
Pronóstico de todo: ¿ quién creyera
Que el sol engaña? Si nació cubierto
De nieblas, ó con manchas en su esfera
Variare el nacimiento, ó si le sube
Al lado izquierdo una pequeña nube;
O si cerúleo sale, la campaña
De aguas se inunda; rojo viento indica;
El propio tuvo compasion de España,
Cuando la infiel conjuracion inicua
Al empezar el siglo se movia
Contra la ibera escelsa monarquía.
Jamas hubo prodigios tan monstruosos,
Ni asombraron mas crínitos cometas,
Cometas que los necios temerosos
Juzgan exhalacion, siendo planetas,
Que Apolonio y Casini observadores
Los vieron a los siete superiores.
Y como es ancho el ámbito del orbe,
No es maravilla suceder azares
En tal tiempo: mas ¿ quién habrá que estorbe,
Que con ciega ignorancia, que en millares
Cunde, efecto del astro malicioso
No juzgue el vulgo vil supersticioso?
Los rios trastrocaron sus corrientes,
Y muchos acia el alto nacimiento
Volvieron asombrados á sus fuentes:
De horrenda voz se oyó nocturno acento,
Y el mundo al ver de Apolo oculto el coche
Temió del primer caos la eterna noche.
Pálida interponiéndose su hermana,
Negando el paso de las luces bellas,
Vistió de luto oscuro la mañana:
Así vió á media tarde las estrellas,
Muerto Jesus con general estrago,
El filósofo, honor del Areopago.
Y el caballo feroz del rey tu padre
Tres veces con horror bufó, saltando
Por las tinieblas, aunque no le cuadre
Al gran campeon que audaz le está enfrenando,
Y aquel jóven monarca vió en sus tierras
Mas que civiles intestinas guerras.
Mas de una vez se vió en combate horrendo
Las legiones filípicas y austriacas,
Con iguales banderas ejerciendo
Las cóleras, ó Venus, que hoy aplacas,
La muerte procurándose enemigos
Los deudos, los hermanos, los amigos.
¿Cuál furor, ó españoles, dió licencia
Tan grande al hierro? Ni los cielos santos
Vedaron que con bárbara inclemencia
Con nuestra sangre y nuestros propios llantos
Nuestros campos se inunden: otro acento
Cante el dolor que rompe mi instrumento.
Tiempo vendrá que el cazador cavando
Las hondas madrigueras, él se asombre,
Armas y grandes huesos encontrando:
Mas si para ensalzarse el regio nombre
De Carlos fué preciso, arda la guerra,
Y hartese con la sangre el mar y tierra.
¡Deidades, cuyo amparo ha protegido
Siempre á España! ¡Oh gran Madre concebida
Sin mácula! ¡Oh Millan esclarecido
De nuestros enemigos homicida!
¡Oh gran patron Jacobo el cebedeo,
Por quien rompida la coyunda veo.
Pues sabeis cuánto le promete el hado,
Al menos conservadme este real mozo
Que yo canto: bastante hemos pagado
La culpa de Rodrigo con sollozo:
Luis solo baste en penas tan internas
A enjugar estas lagrimas tan tiernas.
Y pues ya a caza sale apercibido
De todos los pertrechos y advertencias,
De sus perros y gentes asistido,
Fuera el ocio, y perdonen hoy las ciencias,
Y ¡oh Musa, compañera fiel! disponte,
Ven y sigamoslé los dos al monte.

CANTO IV.

La Volatería, ó Caza de las aves.

Vario se ostenta, hermoso y adornado,
Y parte de la gran naturaleza
Desde el monte la vista ha registrado:
Vese allí de las sierras la aspereza,
Los cerros, y los riscos, y las viñas
En la cuesta, y las fértiles campiñas.
Hondas cañadas y frondosos sotos,
Y los recién quemados verdugales,
Bosque y los altos páramos remotos;
Los caminos y bajos mobedales,
Y otra diversidad, donde hace cria
La fuerte venatoria y cetrería.
Dejemos á los rubios alemanes
Del Danubio la usada cacería
Con lañero, punic ó azor galanes,
Y el alcon de Tartaria ó Berbería,
Y á las tímidas aves alborote
El águila encrespándose el grupote.
Las alas bate y rota la pihuela,
De la alcandara el sacre enfurecido
A ser pirata de los aires vuela:
Al borní y al cernícalo atrevido,
Al voltor y esmeril ceben, y salte
Sobre la presa audaz el jerifalte.
Tampoco trataré la americana
Caza volátil y terrestre, en pago
De ocultarnos su origen con tirana
Ansia de persuadir, que del estrago
De aguas comun, que el universo abarca,
No halló puerto, salvándose en el arca.
Porque si esta es de aquella descendiente,
¿Cómo pasó á la America apartada,
Aun suponiendo unido el continente,
Por el norte ó la Atlántica soñada?
Pues los brutos enseña la esperiencia,
Que nunca abandonaron su querencia;
Pero si la embarcaron, ¿ es posible
Que llevaron los géneros mejores?
¿Tantas aves de canto apetecible,
O por la variedad de las colores?
Y ¿ tan de quicio el género arrancaron,
Que un individuo solo aun no dejaron?
¿Qué diré del cuadrúpedo, que habita
Allí, por falta de alas mas pesado?
Ni el veronés, ni el docto estagirita,
Que la naturaleza han indagado
De él se acuerda, ni de otros animales
Utiles mil y mil perjudiciales.
En tanto que averiguan estas cosas,
Y el tránsito ú origen de su gente,
Si la produjo el mar, pues populosas
Son las costas y yermo el centro ardiente:
No menor duda, que la aun no acabada
Del seco Egipto y de la Escitia helada.
En tanto pues, las ninfas de Viñuelas
Seguir me agrade, ó verlas en Bohadilla
Danzando al son de alegres castañuelas,
O en el alto corral de la Lastrilla,
Y en la casa del Campo y sus vivares,
Que fecunda mi patrio Manzanares.
Cuando en la primavera huyen los frios,
Las Atlántides hijas de Pleyone,
Que abren del mar la puerta á los navíos
Te avisarán que entonces se dispone
Cazar las codornices muy lascivas,
O con trasmallos ó reclamos vivas.
Si al cornigon, que siempre entre ellas anda
Guiándolas, tus tiros van certeros,
Dejaráse tirar toda la banda:
Busca su nido en los abrevaderos,
Soplando el cierzo: un canto las levante,
Y así se adiestra el perro vigilante.
Entonces entre fusta y las sembradas,
Y en rastrojos por tiempo caluroso
La perdiz con las medias encarnadas
Buscarás: la perdiz, manjar sabroso,
Digno de que en cazarle no reposes,
Y digno de las mesas de los dioses.

Fué un jóven cazador antiguamente,
Pero como a violar incestuoso
Los maternales tálamos se aliente,
La figura mudó, no lo vicioso;
Y empolla ajenos huevos, entre tanto
Que á su madre conocen por el canto.
Acuden de la hembra reclamados,
Que el aire á concebir hace se apreste,
Y en los aportaderos son tomados:
O á la pechuga de color celeste
Tirando, te dará despojos fijos
La municion con nombre de sus hijos.
A estos el galgo cansa, y cuando Astrea
Los dias con las noches igualare
Siguen al sembrador: el ala sea
Señal de que acia el lado á que inclinare
Cuando al rebozadero llega ansiosa,
Podrás asegurar la perezosa.
La chocha encontrarás en los chortales
(Pero huye siempre el cierzo y el solano)
Y al margen de los lagos y humedales,
Cuando al sentar de pico dió en el llano
Acia allí, gordos mas, si el hielo eriza,
El rayuelo y pardusca agachadiza.
Y tú, garza, que inquieta pronosticas
Graznando mucho, un temporal furioso,
Y, ó trinquetes, que sois aves mas chicas,
Y os agrada el solano fastidioso,
Cuando pesqueis al márgen de los rios
Señalan vuestro fin los versos mios.
Al pollo de agua al sol el diestro tira,
Y á las ardientes ánades nevando,
El perro de aguas los estanques gira
A nado, cuando allí se estan bañando,
Y desde un chozo vuelque tu escopeta
La avefria, alabanco y la zarceta.
Tira en verano en los agostaderos
En tollos á la ortega muy hermosa
Perdigones mortíferos zorreros:
Y entre el buey y la vaca perezosa
Al chorlito, si el tordo le abandona,
Que vuela mucho menos que apeona.
Al tordo en las rebalsas y chorreras
Pescando le acompaña el anda-rio,
Y en otoño destruyen las higueras,
Y entonces él sazone el plato mio:
Si en las florestas y los verdes prados
Asisten, serán de aguas inundados.
Ni tu inocencia, palomilla zura,
Ni el carecer de hiel te ha aprovechado
De que del cazador estés segura:
No un gran hurto la vida te ha costado;
Sino el rebusco de lo que desgrana
En campo birial la inútil alverjana.
Si tú hurtases provincias y regiones
Fueras héroe y monarca poderoso;
Mas porque vil semilla á hurtar te pones
Te engañan con señuélo malicioso,
Que en este mundo de maldades lleno
Hurtar es malo y conquistar es bueno.
Y á la cándida tórtola viúda,
Que en los rastrojos llora á su consorte,
O en la frondosidad solloza muda,
Hizo Diana de su tiro el norte,
Y llevó desde el risco y selva espesa
Los zorzales inquietos á su mesa.
Al bello abejaruco parecido
A la hermosa oropéndola en colores
Caza en un colmenar por atrevido:
La nube de estorninos voceadores
Con la red cazarás en campo raso,
O como los cazaba Garcilaso.
Dicen que ellos se curan á sí mismos,
Y su idioma admiró Roma y Atenas
En uno, sin notarle barbarismos:
Por estas esperiencias harto buenas
Ves que no al hombre solamente ha sido
El don de la palabra concedido.
Tambien he visto yo tirar al vuelo
Al sison y alcotán agradecido,
Cuando por la canícula arde el suelo:
Él de la vista humana ocultó el nido,
Respeta al muerto, al bienhechor da trato
Bueno, que en esto escede al hombre ingrato.
A las gangas, que dan vuelos muy largos
Chillando, y en el suelo son calladas,
Mas perspicaces que los ojos de Argos,
Tira en clima templado: si azoradas
Andan al fin de estío, la corona
Se ajará de Vertumno y de Pomona.
No el ser reina jurada de las aves
Con fuerte pico y uña corva armada,
Ni las piedras que al nido poner sabes,
Aguila, te libraron coronada;
Pero mas te remontas y alzas, cuando
Caes á los piés de *Luis* revoloteando.
Ni el ave á quien dió nombre tu tardanza
Callaré, con ojeo ó cabestrillo
Se matan desde donde el tiro alcanza
Detrás del manso buey ó fiel novillo:
De tal suerte... ¡ah memoria, qué constante
Que eres en dar tormentos á un amante!
De tal suerte me acuerdo, que en la undosa
Margen florida entre Pisuerga y Duero
Salió á verme cazar la ninfa hermosa
Celestial, por quien vivo ó por quien muero,
Y al grajo astuto, que en su olfato fia,
A falta de otra caza yo seguia.
Y oculto entre las yuntas y el villano,
La pólvora sintió, sin que se queme,
La negra banda: tiro, y deja el llano
Volando con estrépito: enojéme;
Mas viendo en uno herido menos prisa,
Reíme y se rió tambien Dorisa.
¿Ni por qué callaré cómo se coge
La cenicienta grulla desvelada?
Al tiempo tiraras que se recoge,
Yendo acia el gorronal, que el ruido enfada,
O cuando baja el céfiro penetra,
Formando de Pytágoras la letra.
Al buitre anacoreta en los desiertos
De las sierras mas ásperas su vista
Y olfato le enseñó los cuerpos muertos:
Flores al gran Filipo su conquista
Facilitó: del Pardo alcaide él era,
Y el arco embovedó de la buitrera.
¿Dónde, Ascalafo, llevas ya cansado
De *Luis* al humildísimo poeta?
Ascalafo, que en buho trasformado
Te miras hoy por no tener secreta
(Justo pago) la inútil golosina
De la desventurada Proserpina.
Aunque en las apartadas soledades,
Del sol aborreciendo la luz santa
Te ocultes, llorarás fatalidades,
Cuando á la tarde el tirador te espanta,
Ni amparan á las choas nunca quedas
De Aranjuez las frondosas alamedas.
No dejarán mis versos olvidados
Los miembros juveniles muy hermosos
Del hijo de Tereo trasformados:
O sol, mas en convites tan odiosos
Debieras esconder rayos celestes,
Que en la nefanda mesa de Tiestes.
De tí digo, faisán, que en las orillas
Del Fasis navegable, undoso rio,
A Colcos aumentó las maravillas
Tu canto, navegando el cristal frio,
Y hecho despojo solo tú competes
A los regios espléndidos banquetes.
Saso, maestro mio, tus pinceles
Con su retrato obligan á tal ave
A que se enrede absorta en los cordeles,
Pues tanto su hermosura estimar sabe,
Que la naturaleza en ella quiso
Repetir las locuras de Narciso.
Al picapuerco agrádete al pasillo
Tirarle y á las mirlas vocingleras
Buscando en la boñiga el gusanillo,
O en el zarzamoral y guindaleras:
Son blancas en Arcadia y con desvelos
Nunca mudan las plumas ni los celos.
Tampoco á tí te pasaré en silencio,
Hermoso francolin escarolado,

Cuyo amor á la patria reverencio:
La vida con mi España tú has dejado;
Quiéresla bien, pues no hay en esta vida
Pena mas grande que una despedida.
Con perro y arcabuz á morir vienes,
Infeliz, en invierno y en verano,
Que en todos tiempos la desgracia tienes,
Los perdigones del cañon de Cano
Vuelcan al paso al rabilargo astuto,
Cuando el otoño ofrece el dulce fruto.
A los vencejos de cabeza chata
Tu gran padre Filipo el Animoso
Tuvo en tirarlos diversion muy grata
De un balcon del alcázar poderoso
De la ciudad, que ser la hace escelente
El ignorado orígen de su puente.
Mas ¡oh mudanza! el gran monarca Augusto,
El ínclito, el magnánimo, el guerrero,
El pio, el padre de la patria, el justo,
Carlos, digo, en mansion de Marte fiero
Le mudó abriendo su marcial persona
Las tremendas escuelas de Belona.
Porque advertido el militar caudillo,
Sabe que no dan solo la escelencia
Las hojas de Toledo, y del Perrillo:
Y el soldado, que hallar quiere alta ciencia
Mas volver debe, si triunfar le agrada,
Las de los libros, que la de la espada.
Y satisfecho del valor hispano,
Que vió el mismo en Veletri y en Bitonto,
Adestrar pretendió la horrenda mano
En fulminar el rayo altivo y pronto,
Pues vencido será, si es ignorante,
El mas soberbio espíritu arrogante.
Esto solo faltaba: ya ampliamente
Lo remedió el gran rey; ya es veterana
La juventud indómita y ardiente;
Aprende la nobleza castellana
El arte de la guerra furibundo
Para ser luego escándalo del mundo.
Con infamia arrojado al foso horrible
Abocinado en asquerosa estancia
Gime oprobios el monstruo aborrecible,
Abominable y vil de la ignorancia,
Que huye el alcázar donde Alfonso el Sabio
Temió que el cielo en él vengue su agravio.
Pues enojado el Padre omnipotente
De que intentase corregir su hechura,
Le arrojó un rayo al tálamo luciente,
Cuyo fuego aclaró la noche oscura:
Tronó y los altos techos se horadaron,
Las tocas de la reina se abrasaron.
Hay dentro un gran salon, que, ó Febo, doras,
Y en él está la armígera academia:
Aquí están las virtudes triunfadoras,
Aquí el militar mérito se premia,
Y aquí están las terribles prevenciones
Con que arma la Castilla á sus leones.
La cureña con fuerte chapería
Crujiendo está debajo del gran peso
Del tremendo cañon de artillería:
Fulminantes mosquetes con esceso,
Balas, carcazas, bombas y fusiles,
Morteros, culebrinas y esmeriles.
Y porque á ejemplo de héroes valerosos
La juventud se aliente, en las paredes
Pendiendo están retratos primorosos,
Tanto, que porque, ó Rizzi, atrás te quedes
Los compitiera apenas el divino
Sin segundo pincel de Palomino.
Lede, Aguilar y Santa Cruz, tres soles
De la guerra, baldon del de Farsalia,
Monte-Mar, que pasó los españoles,
Como otro tiempo Aníbal contra Italia,
A Eslava y á Velasco, y al valiente
Cevallos, triunfador del occidente.
A todos da lugar la regia sala,
Y al jóven de Austria asombro de Lepanto;
Terror y admiracion el lienzo exhala,
Figurando á otros vivos con espanto:
Allí se ve un ejército que manda,
Después de gran camino, el grande Aranda.
Su gobierno le entrega ya enseñado
A humillar la frontera, que ha corrido
De canas y laureles coronado
El cauto Sarria, esperto y detenido,
Sujeto digno de segunda Eneida,
El Fabio hispano, el Josué de Almeida.
De los guardias al frente está pintado
El Ponce de Leon, y en edad tierna
El jóven Huéscar resplandece armado
Con los carabineros que gobierna,
Y entre otros muchos, que nombrar no oso,
Mendoza, y tú, Manrique el estudioso.
Tambien del mar la imágen espumosa
De mil quillas de acero se ve herida,
Sangrienta, y con oleadas espantosa:
De lo último del norte viene unida
Gran muchedumbre contra la alta España
En la escuadra holandesa y de Bretaña.
De estotra parte está nuestro armamento,
Que comanda Navarro, el gran Navarro:
¡Oh campeon! al mirar tu vencimiento
Prendada de tu espíritu bizarro,
Ya por la fama autorizadas tienes
Con la naval corona entrambas sienes.
A un tiempo se embistieron, y alteradas
Las ondas resonaron con estruendo:
Creyeras que nadasen arrancadas
Las Filipinas, ó en combate horrendo
Alterando los canos horizontes
Chocar los montes con los altos montes.
La capitana real, que al golfo manda,
A siete naves que la atacan tira
Cien cañonazos de una y otra banda:
La que no se va á pique se retira,
Porque la municion no participe
Del tronante cañon del *Real Felipe.*
Con el baston y la triunfante espada
Está á sus españoles animando
Navarro en la alta popa embalaustrada:
Neptuno, el rostro pálido sacando,
Vuelve á esconderle absorto del estruendo,
Y al verse dominar del grande Oquendo.
De Etna revienta incendios *La Isabela*,
¡Oh nombre augusto! y vence ya el *San Carlos*,
Pues quien tiene tal nombre no recela:
¡Oh gran bajel! no dudes sujetarlos,
Y á los dos mundos de tu dueño asombre
La triunfante potencia de tu nombre.
El humo, el agua, el fuego, la algazara,
Los truenos y espantosos alaridos,
La rabia fulminante, el ansia avara,
Los brulotes ardientes sumergidos,
Todo era asombro y confusion tan fiera,
Como si el cielo abajo se viniera.
Mas nada impide, ó hispanas naves bellas,
Que canteis la victoria y el trofeo:
Las hijas de Nereo todas ellas,
Y el padre de las hijas de Nereo
Danzando os acompaña á la carena
Debajo del cañon de Cartagena.
De Carlos la alta estátua en mármol duro
Preside á esotros reyes castellanos:
Dirás que con cincel de acero puro
Del Fidias Castro las gallegas manos
Lo hicieron, y al ver vivo al gran sujeto
Dejaron de acabarle por respeto.
Puesta se ve á sus piés en larga fila
La multitud inmensa de vasallos
Desde su real palacio hasta Manila:
¿Quién podrá distinguirlos, ni contallos?
¡Cuánta estraña nacion! ¡Cuán varias gentes
De lenguas y costumbres diferentes!
Están sus españoles muy leales
Allí, y los desceñidos africanos,
Y los últimos pueblos orientales:
Un mundo en reinos mil americanos,
Y el Marañon, que, ó Nilo, hace te afrentes,
Y no sufre los yugos de las puentes.
Aquí es la plaza de armas, aquí vieras
De Marte al carro uncir cuatro animales:
Con serpentinas vivas cabelleras
Silbando están las furias infernales:

Tiembla el alcázar de su boca inmunda,
Moviéndose el peñasco en que se funda.
Sobre un gran monton de armas aherrojado
Con las manos atrás con cien cadenas
Está allí el furor bélico amarrado:
Revientan sangre las hinchadas venas,
Y él morder quiere, estando á su despecho,
Las piñas y arteson del alto techo.
Revuélcase rabiando con estruendo,
Vuelve en blanco los ojos espantosos
Encarnizados con visaje horrendo:
Colérico los dientes espumosos
Cruje, hace estremecer la firme roca
Bramando horrible con sangrienta boca.
Pero el gran rey sus ímpetus oprime,
Cerrando á Jano el templo, y á la tierra
Con larga paz del miedo la redime,
Los brazos descansados de la guerra,
Domando á sus preceptos obedientes
Con blando freno las soberbias gentes.
El hizo a los soldados estudiantes,
Y ellos harán de hazañas grande serie,
Y vencerán altivos las pujantes
Hambre, sed, desabrigo y la intemperie,
Que esto, ó rey español, son tus soldados,
Esto y aun mas serán bien gobernados.
Aquí el rayo se forja, que asustando
Está á las mas indómitas naciones:
De aquí saldrá la guerra, como cuando
Con los carros los béticos bridones
Se desbocan, los llanos apetecen,
Ni al dueño ni á las riendas obedecen.
Mas, ¿dónde, ó Musa, tú me remontaste?
Salgamos del alcázar segoviano,
Prision de Riperdá, donde te entraste:
Y pues la caza con estilo llano
Própusiste cantar, deja la trompa,
Y mas fácil tu acento el aire rompa.

CANTO V.

La Caza de las fieras, y su naturaleza.

Desde el aire á la tierra descendiendo
No menos caza al tirador se ofrece:
Nembrot cuando á las fieras defendiendo
La entrada, con bastion se fortalece,
Con cuadrillas de gente armado y fiero
Enseñó á perseguirlas el primero.
Este inventó los dioses, que invenciones
Fueron del hombre vano en triste dia,
Y el vil temor redujo á las naciones
A la supersticiosa idolatría
Y la ignorancia; y él, que el mundo abarca,
Le conocieron por primer monarca.
Pero aunque con astucias delincuentes
Quitó la libertad á los humanos,
El natural derecho de las gentes
Reservó el campo de él y otros tiranos,
Porque de esta opresion el ansia toda
Fué privativa á la barbarie goda.
Huyendo de las Ursas temerosas
De bañarse en el mar, y del Bootes
Vienen cien mil escuadras numerosas,
Porque, ó Roma, ya esclava ser denotes,
Como cuando faltando Apolo rubio,
Anegó el orbe universal diluvio.
Rotas las cataratas de los cielos,
Reventados los cauces del gran fondo,
Las fuentes del abismo hundiendo suelos,
Se ovaló el mundo, que antes fué redondo;
Y así gimió, dejando los triones
Tan inmensos enjambres de naciones.
Mas ellos halagando á su fiereza,
Queriendo ser los únicos atroces,
De los montes vedaron la aspereza:
O en el lobo ó los ciervos muy veloces
Y otros verás con no leves indicios
Del hombre las virtudes y los vicios.
La ingratitud, la lealtad amiga,
La codicia y lascivia no saciadas,
La envidia, de los buenos enemiga,
La traicion, la inocencia, y aunque añadas
Los vicios y virtudes mas morales,
Lo hallarás en los brutos animales.
Porque advertido el gran Dios que yo adoro,
Cuando mezcló las masas de las cosas
Al principio, que creo, aunque le ignoro,
Formó de mil materias muy dudosas
Con organizaciones diferentes
Las máquinas hidráulicas vivientes.
Este es el gran secreto en que consiste
De unas el miedo y de otras la arrogancia,
En cada cual su inclinacion insiste,
De ella se aparta poco, y solo á instancia
De rápidos contrarios movimientos,
Accidentales sí, pero violentos.
Porque mas fuego líquido amarillo
Tiene el leon marmárico valiente,
Que el conejuelo tímido, y sencillo
Es mas feroz, aunque cualquiera intente
De cólera encender en este el fuego,
Como no es natural, se apaga luego.
¿Mas cuál enojo el Padre omnipotente
En quien está la autoridad suprema
Le infundió á este animal, para que intente
Sus hijuelos comer con ansia estrema?
Decidlo, ¡oh sabios! ó admirar plausibles
Los juicios del gran Dios incomprensibles.
Al tiempo que los Hedos lloviosos
Salen siguiendo á Arturo, y resplandece
La cretense corona en los reposos,
Que en Naxos á Ariadna Baco ofrece,
Los montesinos tímidos y albares
Busca entre la romaza y tomillares.
Y agrádete cazarlos en ojeos,
Y en los frescos arroyos en verano,
O con perchas de crin y hurones feos:
Hermafroditas juzga el vulgo vano
Que son el macho y hembra, y que conciben
Los dos, y engendran, y fecundos viven.
Mas la naturaleza ha dividido
En sexos lo viviente: en las fragosas
Lomas el perdiguero le ha cogido:
Y las liebres, manjar de las hermosas,
De blancas, pardas y tostadas pieles
Del color de las uvas moscateles:
Cazar el diestro suele en primaveras
En los panes crecidos, ó criando
En las recién segadas rastrojeras:
Debajo de las cepas; ó bien cuando
A alcanzarlas en llano, ó galgo, llegas,
O con redes tirazas y albanegas.
Ni hallarlas dudes, cuando están cebadas
En el poleo, que aplaudió Virgilio,
En simiente de enebro, ó las moradas
Flores del odorífero serpilio,
Del serpilio, del cual agradecida
Mi musa hace mencion restablecida.
Tienen partido el labio inquieto, es fama
Que no cierran los ojos vigilantes,
Corren mas cuando hiela, hacen la cama
Contra el viento, y la dejan ellas antes
De calentarla, busca de agua lejos
Los bárcenos lebratos y bermejos.
Los montes de Toledo y altas sierras
Dan el gato montés en cacería,
Que muy lijero corre por las tierras
Que la reja de *Wamba* arar solia,
Y el Castañar y Cuerva por tu mano
Ven muerto de Castilla al tigre hircano.
Ni serás tú en mis versos no aplaudido,
O animal muy astuto, que rociando
Detienes al basete que ha seguido:
Así en las sucias armas confiando,
Al leon fiero, horror de su distrito,
Desprecia el pequeñuelo mapurito.
Y á los informes osos abortados
Por rabias de su madre, que lamiendo
Los ve en su fealdad perfeccionados,
O iránlos en ojeos remetiendo,
O alguna cabra atada cebo sea,
Cuando oprimida intrépida garrea.

Pero tu bayoneta á su pujanza
Se oponga, pues si no le acaba el tiro
Colérico arremete á la venganza:
Bien la similitud que tiene admiro
Con el hombre, no en esto solamente;
Pero en las obras del amor ardiente.
De una doncella robador y amante
Un oso fué, depuesta la fiereza:
¿Quién de tal mezcla habrá que no se espante,
Viendo degenerar naturaleza?
El camina en dos piés para que asombre,
Tosco modelo sin pulir del hombre.
El le enseñó á hacer choza en que viviera,
Que antiguamente el hombre fué selvaje,
Y acaso él enseñado no lo fuera:
Su mano facilita á que trabaje,
Que en lo animal no esceden los humanos
Mas que en los cinco dedos de las manos.
Porque para las obras y artificios
Tal division parece que se ha hecho;
O hecha, la aplicó el uso á los oficios:
Causa el oso trabajo y no provecho,
Que en esto, insigne *Luis*, se parecia
Tu real caza á mi dulce poesía.
De Saboya los célebres sabuesos
Siguen al puerco jabalí cerdoso,
Cuyas navajas de tajantes huesos
Los parte como alfanje riguroso:
Despanzurra un caballo de alta fama
Cual toro de mil libras de Jarama.
En la pezuña y ásperos garrones,
En la cama y su estampa en los bañiles,
En el hondo aguzar los remolones,
Y en su escremento, hozando en los barciles
El cazador conoce con certeza,
Si es macho, ó su gordura y su grandeza.
La yerba oye nacer; ¿mas cual ha sido
A quien él se lo dijo? Su fiereza
Comparacion acaso no ha tenido:
¿Qué es mirarle acosado en la maleza,
Con colmillos y vista amenazando
Espumajos vertiendo y rebudiando?
Tímidos los monteros y lebreles,
Y mastines de presa con collares
De sombrero dudando, aunque fieles:
El de gredosos barros espaldares,
Y de peto se armó cota mas fina,
Que de Arjel celebrada jacerina.
Dicen que un tiempo le infundió el dios Marte
Tanta ferocidad cuando zeloso
De en los brazos, ó Venus, encontrarte
De tu Adonis, galán muchacho hermoso,
Del jabalí vistió brutal figura
Poblándose la piel de cerda dura.
Y arruando y las cerdas erizadas,
Pasa el colmillo al jóven descuidado
Las ingles de marfil sobredoradas:
Venus lloró, lloró la selva y prado,
Que con su sangre tiñe siempre vivo
Recuerdo funeral vegetativo.
Y al nocturno tejon, que panza arriba
Riñe, y para limpiar la tejonera
Es carro en que la tierra se reciba,
Y otro le arrastra y vacia, estando fuera,
En trampas cogerás, ó con destreza
Dale un pequeño golpe en la cabeza.
Cuelga con ignorancia religiosa
La madre al niño manos de tejones,
Supersticion gentílica, afrentosa,
Indigna de cristianos corazones:
Tú estorba, cazador, tal impostura
Del Priapo obscenísimo figura.
Mas si los cuerpos grandes, diligentes
Del mas galán venado procurares,
Que apetece las aguas de las fuentes;
Aprende en los frondosos gamallares
A concertarle, y si se oculta luego
Le obligue á la ballesta el lazo ciego.
Y nunca de él tus tornos conocidos
Dejes que sean; cuando está paciendo,
Camina tú con pasos no sentidos,
O al mismo instante que él se esté moviendo;
Y el que lacear un ciervo bien desea,
Ni le eche el viento, ni su sombra vea.
Suelen tambien cazarse en sacadillas,
Perros y gente en hutas repartidos;
Pero huye del arroyo las orillas:
Los que á estribo le tiran, escondidos
Tras de un caballo van con muda planta,
Que siendo de su pelo no le espanta.
Tú elige los castaños generosos,
Y anda con tiento y no á carrera ó saltos,
Mas si él sintió tus pasos silenciosos,
Y de las cuernas los candiles altos
Alza, el lado á que mire la esperiencia
Manda ganarle, que esta es su querencia.
Entonces con denuedo y gallardía
Suelta el perro goloso, á quien yo acaso
Con vinagre el olfato afinaria:
Si llovió, un matapolvo ya es escaso,
Y el rastro pierde todo en los verdores,
Que próvidos quemaron los pastores.
Pero el buen cazador lleva á la cama
Al perro, y coge el rastro nuevamente;
Mas el engaño y máquinas que trama
Para librarse, ¿quién habrá que cuente,
Ni la velocidad que por los cerros
Lleva, seguido de anhelantes perros?
Así pues en esta última campaña
Los enemigos tímidos huian,
A quien, diciendo á voces: cierra España,
Los voluntarios de Madrid seguian,
Resplandeciendo, alzadas las cuchillas,
Con las casacas verdes y amarillas.
Pero si el ciervo se entra en las vacadas,
Sobre una res se pone cauteloso,
Las pezuñas del suelo levantadas:
O da mil giros por el bosque umbroso,
O de alguna manada que ha encontrado
Levanta de refresco otro venado.
Mas el fino lebrel distingue astuto
Al que de tu cañon dió el pelotazo,
O en hondas huellas del herido bruto,
O en que agitados el pulmon y el bazo
Mas efluvios exhala el sobrealiento,
Que á la seca nariz le trajo el viento.
Amor que con durísimos arpones
Las fieras doma y las pintadas aves,
En el ciervo encendió vivas pasiones:
Si en tiempo de la brama imitar sabes
Su voz, agamitarle con reclamos
Debes, y á tiempo esfuerza los rebramos.
Ciego corre á las hembras, y la muerte
Suele hallar, que este premio amor ha dado,
Yo lo sé, ¡ay cielos! con infausta suerte:
Con la yerba sanícula ha curado
Su herida el ciervo, y en el parque herboso
Pace el haros y el séselis sabroso.
Su corazon de antídoto ha servido,
Y es su cola mortífero veneno:
¿Quién tal contradiccion en él ha unido?
Saca las sierpes del terrestre seno
Su aliento cual imán, todo le admira,
Párase al silbo, y asombrado mira.
Así se quedó un tiempo, cuando ansioso
Por Diana las selvas discurria
Flor á flor, tronco á tronco sin reposo:
Mas ¿qué espanta su anhelo y su porfía
¿Pues qué oculto rincon no es indagado
De un hombre cazador y enamorado?
Hay en la España citerior un monte,
Canato los antiguos le llamaron,
Y hoy Peñalara: si el feroz Tifonte
Cuando el Pelion y el Osa colocaron
Sobre Olimpo, este risco carpentano
Pone, tocara el cielo con la mano.
Bajo una peña cóncava pendiente
Se ve grutesca bóveda escavada
Contra el rayo estivál del sol ardiente:
De náyades y ninfas es morada,
Y en larga vena ofrece cristal frio
Por cauce interno oculto manantío.
Reviértese, formando gran laguna
De agua dulce, y de allí como en tramoya

A probar de otros rios la fortuna
Baja precipitándose el Lozoya,
Y botalete es ya petrificada
La nieve de mil siglos conjelada.
Aquí Diana en el fogoso estío
Venir suele á bañarse calurosa,
Por ser albergue lóbrego y sombrío:
Y de sus ninfas la cuadrilla hermosa
Tejerla suele con ebúrneas manos,
Cenador de cerezos y avellanos.
Mas siempre esta agua se miró con tanta
Veneracion, que no la han profanado
De bruto ni varon la inmunda planta:
Ni ramo de algun árbol desgajado
Cayó á enturbiarla, ni alterar las ondas,
Porque no altivo, ó Báratro, respondas.
Pues si tal vez tiraron los pastores
Con el sonante cáñamo algun canto,
Que dilata los círculos mayores,
Con gran tormenta y horroroso espanto
Responden desde adentro, y á montones
Cubren el cielo oscuros nubarrones.
Y la sonora tempestad creciendo,
Granizo espeso con furor da al valle;
La laguna de Gredos respondiendo
Desde las sierras de Avila, á encontralle
Despide otro turbion, y con desmayos
Todo es truenos, relámpagos y rayos.
Aquí pues con sus castas compañeras,
Dorando al Cancro el sol, llegó Dictina,
Soberbia con despojos de las fieras,
Y dijo: con el agua cristalina
(Los cuerpos de las ropas despojados)
Refresquemos los miembros fatigados.
Y el arco de oro y el carcaj de plata
Con las tirfidas flechas deponiendo,
El cristal ya desnuda la retrata,
A quien su hermosa tropa va siguiendo;
Mas veis aquí á Acteon, que entonces era
Galán mozo, y cazando persevera.
Levantan gran clamor las ninfas bellas,
Nunca usado en tan mudas soledades,
Y á Cintia rodearon todas ellas,
Que el rostro vuelve, y muestra crüeldades,
Y vergonzosa al jóven traspasara,
Si á mano las saetas encontrara.
Y así al rostro le arroja con la mano
Colérica las aguas vengadoras:
Si puedes, dice, blasonar ufano,
Que desnuda me has visto y á estas horas,
Cuéntalo; y luego que rociados fueron
Las orejas y hocico le crecieron.
Muda los muslos en delgadas piernas,
De áspero vello el cuerpo se ha poblado,
Y empiézanle á crecer las astas tiernas:
En puñal el piton se ha prolongado,
Ya escorrea el aspon, que antes fué usero,
Garzotas echa, y busca escodadero.
Viendo en el agua su bestial figura,
¿Cual fué su gran dolor y sentimiento?
Mientras medios inútiles procura
(Pues no perdió al instante su talento),
El primero Melampo el atrevido,
Y Ycnobates alzaron el ladrido.
Embiste Dromas, Canache y Dorceo,
Pánfago y Oribaso, arcades todos,
Harpalo, Too, Estícte y Melaneo:
Pemenis, Alce, Labros y Agriodos,
Teron, Ladon, Nebrófonos valiente,
Leucon blanco y Aelo el diligente.
Con dos hijos Harpía, y la engendrada
Nape de un lobo y Prérelas lijero,
Asbolo con Licisca acompañada
De su hermano Ciprion é Hilactor fiero,
El muy bravo Lacon y la peluda
Lacne, á quien Tigre y Lelape la ayuda.
Y ansiosos de la presa le seguian
Por la ruda montaña inaccesible,
Y aun sus quejas parece que decian:
Conoced vuestro dueño, si es posible,
Acteon soy; no lo oyen: repetidos
Vuelve el eco aumentados los ladridos.
Melanquetes le dió una dentellada
Primero por detrás, Teridamante
Otra cerca, Oresítrofo se enfada,
Y un hondo mordiscon hace que aguante;
Y sus perros así desconocieron
Al amo, á quien poco ha que obedecieron.
Así en el parque y alto bosquecillo
Del fresco Balsain queda espantado
Del cazador que sigue al cervatillo:
Aun no sus ojos tristes ha enjugado,
Y en su semblante muestra que aun ahora
Por el antiguo bien perdido llora.
A la cabra montés, corzo y paleto,
Y al gamo caza de la misma suerte,
Pues á la propia regla esta sujeto:
Su fuga es pico á viento aguda y fuerte,
Y en las hembras no tanto; gustan ellas
Del agridulce humor de las maellas.
Las hembras de esta especie han demostrado
Que no el materno pecho es muy preciso
Para que el hombre llegue a firme estado:
Amor, el fiero amor así lo quiso
Con el nieto de Gargoris, de estraña
Fortuna, antiguo príncipe de España.
Dió á luz la infanta en parto clandestino
Al montaraz Abidis, y una cierva
Lo crió al pecho, á ser cazador vino,
Y en correr diestro por la verde yerba:
El nos dió leyes; dividió con maña
En conventos jurídicos la España.
Pizarro, que aunque mas la repugnasen,
Llevó su audacia, ó temeraria ó cuerda,
Los nuestros al Perú, porque admirasen
El ver sus sombras á la mano izquierda,
Espuesto á la inclemencia fué encontrado
Cual Jove por la cabra amamantado.
¿Ni por qué callaré cómo se caza
El pardo lobo de ojos relucientes,
Y abierta boca, con que despedaza,
Que aguza con orégano los dientes?
Tú con bracos, lebreles y golosos,
Y de hierro con cepos espinosos,
Tomarle debes; ó con red ungida
Con su estiércol, los perros atrevidos
Serán por agasajo y la comida:
Gustan ser halagados y queridos,
Cual mayorazgo necio, mal criado,
Mimoso, consentido y regalado.
En la ribera del Meandro cana
Está el ciervo veloz amedrentado
Del latir de los perros de Diana:
El lobo en Sietepicos se ha albergado,
Y á vista á veces del pastor atento
Lleva la res, ganado el sotavento.
Nota siempre en lo inculto del boscaje
Cuando llamase el perro de parada,
Que allí es fácil que acuda el carnalaje:
Cauto le notarás la retirada;
Mas porque no se ofenda el duro callo,
No siga sus pisadas tu caballo.
Son brutos tan voraces y tan fieros,
Que ni á su misma especie han perdonado,
Comiendo al flojo allá en sus ahulladeros,
Donde naciendo Eresma despeñado,
Hasta el alcázar de Segovia y torre,
Mas que los corzos de su orilla corre.
Su gran ferocidad el rostro indica,
Pues del alma es señal no muy dudosa;
Mas tal vez, aunque rara, ello se implica
Con maravilla: así la ninfa hermosa
A quien ni á amarla, ni á aplaudirla basto,
Tiene el rostro lascivo, el pecho casto.
Pero el ingrato Amor ha prohibido
Echar perro á la loba; pues del dueño
Se olvida y la enamora en lo escondido:
Yo á no fiar en lealtad te enseño
Con su ejemplo del hombre mas honrado,
Si es de alguna pasion muy dominado.
Mas el cazador diestro la lebrela
Fuerte con prontitud desatrahilla,
Y en su alcance no corre, sino vuela;
Ni tiene que causarte maravilla,

Que á ser posible, inquietarán los cielos
Las hembras instigadas de los zelos.
Hombre fué el lobo y rey antiguamente,
A quien hoy Licaon la Arcádia llama;
Pero como burlar á Jove intente
(Si ciertas son las voces de la fama),
Vuelto en bruto, las yermas soledades
Habita, no olvidadas las maldades.
¡Cosa estraña! ó los brutos fueron hombres,
O el hombre ha de mil mezclas resultado
Generacion mejor, ó con renombres
Tal vez al ser antiguo se ha tornado,
O lo que mas con la razon conforma,
El hombre por sus vicios se trasforma.
Yo en blanco cisne, como aquel de Leda
Seré así por mis versos trasformado,
Sin que el tiempo ó la envidia herirme pueda;
Un padron á mi nombre he levantado
Mas duradero con mi humilde estilo
Que el bronce y las pirámides del Nilo.
Ni faltará jamás quien me leyere
Mientras que con doradas refulgencias
La rueda de los siglos se volviere:
El alma que hacen superior las ciencias
A vista de tal precio, en nada estima
Cuanto se acuña en Méjico y en Lima.
A la edad mas distante y venidera
Seré inmortal llevado, y aunque espire
No seré tuyo, ó tierra, cuando muera:
En su ignorancia sumergirse mire
El necio ocioso, que encerrar maquina
Los intactos tesoros de la China.
Que yo cantando á *Luis* seré dichoso,
Si de él ¡oh gran favor! soy escuchado;
A *Luis*, a quien vencer el portentoso
Mónstruo de mi fortuna está guardado,
Y a quien esperan darse prisioneras
En la batida general las fieras.

CANTO VI.

Batida general.

Ahora, ninfas de mi patrio rio,
Náyades frescas, verdes hamadrías,
Que del soto habitais en lo sombrío:
Napeas de los pastos, bellas drias,
Pues en mi plectro el tono se levanta
Inspirad dulces versos al que canta.
Y ¡ó sátiros, ó faunos y silvanos,
Y tú, padre Sileno, que tendido
Bajo de tu emparrado en los veranos
Estas del resistero defendido,
Todos venid, que en valles y praderas
La batalla campal se da á las fieras.
Si la dulzura de Luzán cantara,
Los montes con su metro humillaria,
A quien solo Montiano le igualara:
¡Oh antigua fe! oh piedad! oh muerte fria!
¡Oh Montiano! oh pesar! oh desvario!
¡Oh malogrado y dulce amigo mio!
¿Qué dolor me trasporta arrebatado?
¿Dónde estás, que no me oyes cual solias?
¿Cómo te has de mis ojos ausentado?
¿Por qué regiones nuevas y sombrías
Vagas ahora? ¿Acuérdaste, Montiano,
Cuando hablabas conmigo mano á mano?
¿Dime, ó mi amado, cómo te partiste
(Si á un difunto la voz es concedida)?
¿Cómo al fin poco á poco enmudeciste?
¿Qué hubiera prolongádote la vida?
¿Cómo cuando cadáver tú yacias
Yo te llamaba, y tú no respondias?
¿Eres tú aquel con quien (¡oh muerte fiera!)
Mis obras consultaba, y mutuamente
Las doctas tuyas? ¡Quién me lo dijera!
¡Cuánto te holgaras viendo la presente
Obra rústica, al fin de poca estima,
Como cosa que sale sin tu lima!
¿Cómo se muere? dime: ¡oh si te viera!
¡Oh cuántas cosas yo te preguntara
De la conversacion que entonces era
Materia nuestra! ¡Oh qué de veces cara
Te fué mi vista! ¿A quién en este caso
Dará Apolo el gobierno del Parnaso?
Tú al teatro español restableciste
El honor, á quien yo seguí inmediato,
Aunque inferior; mas no vencer pudiste
De nuestra dura patria al pueblo ingrato,
Y hoy debo (los malévolos aparte)
Sin lisonja, ni envidias celebrarte.
Si algo pudiere, ó dulce amigo, en cuanto
En láminas mis números se escriban,
Su luz esparza Apolo al azul manto,
Las musas duren, y mis versos vivan,
Tú Montiano serás: á manos llenas
Dadme purpúreas flores y azucenas.
Dadme perfumes, y aunque inútilmente
Tendré este vano y frívolo consuelo,
Y suban desde el túmulo reciente
Mis lágrimas y súplicas al cielo;
Mas calmen algo aquellas entre tanto,
Que es fuerza siga el empezado canto.
Síguele, ó Musa, y dime con cuál arte
En la alta Cogollada, en las Pamplinas,
O el hondo Quintanar, ó en otra parte,
A son de las cornetas y bocinas
Rinden las fieras la dañosa vida
En la ruidosa y general batida.
Esta es de los campeones digna hazaña,
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo
Como Alcides: del hombre la alta saña
La razon vence con pensar profundo;
Mas las fieras que en cóleras esceden
Matan sin mas razon, que porque pueden.
Cada cual conociendo á su enemigo
Se guarda, y así el mundo es conservado:
Tú elige en la batida el puesto amigo
Cara al viento: si el sol ha tramontado
Entre encarnada niebla húmeda y fria,
Hará ábrego ó gallego al otro dia.
Ni menos convendrá á los cazadores
De la caza saber la retirada,
Requeridos villanos y pastores:
Al que es prudente preguntar le agrada,
Pues siempre ventajoso ira á la guerra
El que fuere mas práctico en la tierra.
Ni dejen de informar las atalayas,
Que al sol verán salir del claro oriente,
Y atentas estas cosas, es bien vayas
A ver el puesto con el aire enfrente,
Del monte al paso de carrascas mochas
En las encrucijadas de las trochas.
Así el famoso capitán Leonidas
Los célebres tomó desfiladeros,
Y degolló en Termópilas vencidas
Persianas muchedumbres de guerreros
Con trescientos de Esparta solamente,
Pues tanto ayuda el puesto al que es prudente.
Y después que á la cola de un caballo
El cebo se arrastró, cortado el viento,
Porque pique la caza es bien dejallo:
Y prontas á cumplir tu mandamiento
Estén con prevenciones y cautelas
Las murallas portátiles de telas.
Ya alerta, *Luis*, estan tus cazadores
La firme juventud de tus monteros,
Los mozos de trahilla y ojeadores,
Fieles guardas y nobles ballesteros,
Y con fuertes caballos de parada
Cien mancebos montó la regalada.
Ya la espantosa prevencion horrible
De cañones de Aguirre y de Metola,
De Muñoz la recámara terrible,
De Corral, Leguizamo y española
Multitud diestra, que Vulcano enseña,
Con muestras de Palacios y Mirueña
En los grandes arcones conducida
Espera ser escándalo del monte,
Y la tropa auxiliar muy atrevida
De perros, de quien tiembla el horizonte,
Con mastines que arrastran grandes reses
Los anhelantes dogos irlandeses.

Inquieta la Perlucha forcejeando
Casi rompe el collar, fina lebrela,
Que está las blancas presas demostrando,
Con la piel del color de la canela,
Que Pizarro encontró, manchada á trechos
De blanco, y las pezuñas y los pechos.
De tal casta, pelaje y escelencia
Fué aquel famoso perro su ascendiente,
Que sirvió al arcediano de Palencia,
Llamado Bruto; y siendo tan valiente,
Para dejar sus miembros bien pagados
Contaron por millares los ducados.
Ni tu gran magnitud será callada
De mis versos, Sultán, perro atrevido,
Por quien la altivez turca es imitada:
De hermosa capa blanca te ha vestido
Naturaleza, y porque te adornaras
De grandes manchas bárcenas y claras.
Y las dos perdigueras ambas diestras,
La Mona con la Linda van trabadas,
Las dos en toda caza muy maestras:
Y tú, á quien las moliendas celebradas
De Caracas dan nombre, que derrama
De Guayaquil y Maracaibo fama.
Ya en filas ordenadas las cuadrillas
Obedecen á Hilario y a Galero:
Ya de aldeas, lugares y de villas
Salió de mozos escuadron guerrero
A caballo y á pié, batiendo ufanos
De callada los montes comarcanos.
Como cuando el gran rey publico guerra,
Que con denuedo, esfuerzo y alegría
Gimió asustada al ímpetu la tierra:
Todo el reino á las armas acudia
Con victorioso y bélico deseo
Desde el Calpe al quemado Pirineo.
Ya á trechos en las mangas embudadas
En hutas ciento están asegurando
De caballos y perros las paradas:
Ni la caza que está contramangueando
Puede hacer punta en los aportaderos,
Que lo estorba el afán de los rederos.
Ya a la gente de campo hacer la entrega
El sarjento mayor de la Persona
Espera, pues se dice que ya llega:
Ya mas veloz que Apolo y que Latona
Corriendo, automedon de mas destreza,
El látigo chasqueó Mala-cabeza.
O á caballo, gran *Luis*, vienes al puesto
Sobre un animal barbaro, arrogante,
Galán, osado, furibundo y presto,
Brillando el preciosísimo frontante,
Con ricos paramentos recamados
De alcachofas de plata en los dos lados.
Acaso al lado vas del grande hermano,
A quien con miedo y con temblor profundo
La tierra y el undísono Océano
Le da el imperio universal del mundo,
O el príncipe don Carlos te acompaña,
Esperanza feliz de la alta España.
Jóven Augusto, si á mi humilde trompa
Le es dado alzarse, con seguir tus huellas,
Haré que el aire diáfano se rompa,
Levantando tu nombre á las estrellas,
A las estrellas que en vistoso alarde
Ruega mi afecto que visites tarde.
Ya vendrá tiempo en que mi voz te cante
Heróico triunfador de las naciones;
Ahora tierno y castamente amante
Te contemplo: Cupido, tus arpones
Al primer descollar en sus abriles
Traspasaron dos pechos juveniles.
Ojala pronto, pues del mirto amado
Espera coronarte el Himeneo,
Logres por Himeneo coronado
(De la union felicísima trofeo),
En blando catre de mullidas flores
La dulce posesion de tus amores.
¡Oh cuánta pronostico en tu semblante
Grandeza y heroismo en breve idea,
Cuando empuñes el cetro de diamante
Aliviando al gran Padre! ¡Oh, nunca sea!
Y entrambos orbes con invicta mano
Gobierna anciano con el mas anciano!
Después que á la hermosísima princesa
Llegues ansioso con amantes lazos,
¡Oh, cuanto al universo le interesa
La resulta feliz de estos abrazos!
Y hará que, ó España, en júbilo reboses
La progenie adorada de los dioses.
Y tú, delicias de la hispana gente,
Hermoso Gabriel idolatrado,
No, no te olvido, jóven floreciente,
Que al venatorio estrépito llamado,
Vienes al bosque lóbrego y sombrío
A admirar las hazañas del gran tío.
Y en carroza imperial sobredorada
Llega la hermosa infanta archiduquesa,
Que á no estar de su hermana acompañada
Dirás que la hermosura sola espresa,
Y los tiernos Javier y Antonio hermanos,
Que aprecian los juguetes de mis manos.
¿Qué diré del concurso y la nobleza
Feliz del Tajo aurífero hasta el Batro?
De España poderosa la grandeza,
Que corona el soberbio anfiteatro,
Donde las fieras *Luis* humillar quiso,
Como el hombre en el sacro paraiso.
El perro pico á viento inquieto ha dado
Señal que está la res ya levantada,
Ya han los fuertes mancebos empujado
Blandamente la caza concertada:
No cual la seña alegra al coliseo
La solfa de Mison, que envidia Orfeo.
La corneta sonó, y indica el gamo,
Que por la ronca el hondo picadero
Cava, la mano abierta: un verde ramo
Da muestras del venado muy lijero,
Y la montera, que el jabalí embista
De blandas pieles y de corta vista.
El lienzo blanco tremolado al viento
Muestra que entre badenes y garranchos
Se esconde el lobo audaz sanguinolento,
De manos fuertes y de pechos anchos,
A quien tú esperas, *Luis*, del triunfo cierto,
O en un tollo, ó á pecho descubierto.
El pié siniestro al diestro adelantando,
En ambos firme con gentil despejo,
Y el cuerpo muy airoso perfilando:
Descompuesto con gracia el entrecejo,
Aprieta el pecho rebutida plata
Del bruñido marfil de la culata.
La mano izquierda corres al nielado
Limpísimo cañon resplandeciente,
La res con media vista has apuntado:
Tocando la derecha diestramente,
Porque de golpe, ó pedernal, te estrelles,
Muestran su fuerza elástica los muelles.
Peina el rastrillo, y con la chispa breve
La salitrosa pólvora encendiendo,
No cabe dentro, y rígida se atreve
A salir con estrépitos, haciendo
Al instrumento que tu mano tiene,
Sin licencia de Júpiter, que truene.
La cierva del Menalo cayó al tiro,
Cañon de Ortiz alarga el ballestero,
En quien como en espejo yo me miro:
De Erimanto el horror con su escudero
Mataste de otro con destreza tanta,
Como Meleagro, que ofreció á Atalanta.
Ni las muy grandes liebres catalanas,
Ni la astuta raposa se han librado
De las postas mortíferas tiranas:
De Lopez y Cenarro el azulado
Cañon, de bala en plomo muy lijero,
Envió la muerte al lobo carnicero.
Cayó: mas no á las fieras espantosas
Jóven heróico, vences solamente,
Los vicios y maldades mas monstruosas
Desvaneciste, estando tú presente,
Pues solo hiciste con tronante rayo
En los brutos fierísimos ensayo.
Oprimiste el orgullo y la soberbia,
Con el mónstruo mayor de la ignorancia,

Abatióse la pérfida protervia,
La presuncion, lisonja y la arrogancia;
Deshiciste la vil pobreza, en donde
Sus iras la infernal envidia esconde.
  Ya vencedor, triunfante de las fieras,
Erigirás magnífico trofeo:
Pompeyo así, domadas las iberas
Gentes, le alzó en el alto Pirineo,
Y á tu gran padre, que en quietud descansa,
Su triunfo escribe en gran coluna Almansa.
  Con la testa ganchosa y colmilluda
Del jabalí, que encama rabo á viento,
La del lobo traidor y astúta anuda,
La boca abierta, en ademán hambriento;
Y estén aves y brutos diferentes
Con las armas atados y pendientes.
  Entonces coronó la montería
Con los cuernos de caza resonantes,
Las trompas, la algazara y vocería:
Carga el despojo; ni te olvides antes
De premiar grato al venatorio gremio,
Que es consecuencia del trabajo el premio:
  El engendró los héroes, este mueve,
Y á él con vileza sigue disfrazado
Con nombre de interés la humilde plebe:
Cuando á los españoles han premiado,
Ellos mostraron del valor la suma,
Encadenando al Inca y Motezuma.
  Por él Epaminondas fué valiente,
Y el soberbio Tarif abominado
De nuestros padres; ni el decir afrente
Que á él deben las hazañas que han obrado
El grande capitán duque de Sésar,
Cortés, Pizarro, y Alejandro, y César.
  Los trabajosos números de Silio
Fáciles hizo, y remontó á los cielos
Los versos del altísono Virgilio;
Y encontrando en los príncipes consuelos
Los humildes que siguen las Camenas,
No faltarán Marones, si hay Mecenas.
  Luego á las plantas de tu madre augusta
Ofrece el gran botin, que está prestando
La brava res, que con la llaga adusta
Fosca empezó á gormar desatinando,
Que está enseñada á semejantes dones,
Vencidas por su mando las naciones.
  Aquí, si de mi lira asunto fuera,
Yo de esta gran Semíramis cantara
El grado á que ensalzó la gloria ibera;
Su luz al sol primero le faltara,
Nieve al invierno, y el bochorno á estío,
Que materia sublime al canto mío.
  Ya le acabé; feliz si por su ventura,
Benigno *Luis*, me hubieses dado oido
A mí, que con incógnita dulzura,
Habiendo hallar tu agrado pretendido,
Te canté las empresas de Diana
En mi florida juventud lozana.
  Madrid, la gran Madrid me alimentaba
En tiempo tan dichoso, y fué aplaudido
Sin méritos mi canto; aquí empezaba
La ciencia á abrir su alcázar escondido:
Ví en él los Malebranches, y Bacones,
Los Lokes, los Leibnitzes, y Neutones.
  Feijoó, mi gran Feijoó, las pirineas
Cumbres pasar los hizo, y ha mostrado
El rumbo á solidísimas ideas;
La física á ahuyentar ha comenzado
El falso pundonor caballeresco
De la nacion, y el genio quijotesco.
  Y yo, que como el cisne mantuano
Se ensayó en la geórgica, y saliendo
De las selvas, cantó al varon troyano,
Canté la caza: con terrible estruendo,
Triunfantes en las tierras y en las olas,
Me esperan ya las armas españolas.
  Para entonces mis méritos pretenden
La venia de aquella alma soberana,
De cuya alta atencion dos orbes penden;
E inflamada la musa castellana,
Seré nuevo Virgilio Mantuano,
A sombra de otro Augusto Octaviano.
  Cantando á este campeon tan escelente,
Debelador de monstruos y vestiglos,
Su nombre llevaré de gente en gente,
Hasta el fin de la tierra y de los siglos,
Y pondrá atento al orbe temeroso
Armisonante estruendo escandaloso.
  Luis: entre tanto mis pequeños dones
Admite, y reglas, que á admirar atento
Cómo en ejecucion diestro las pones,
Quedo en el bosque recobrando aliento,
De mi cantar un poco fatigado,
A la sombra de una haya recostado.

LA PETIMETRA, COMEDIA.

PERSONAS.

DON DAMIAN.	DOÑA JERONIMA.	DON RODRIGO, *su tio.*	MARTINA, *criada.*
DON FELIX.	DOÑA MARIA.	ANA, *criada.*	ROQUE.

La escena se representa en Madrid en el cuarto de doña Jerónima.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.

Que esperemos aquí un poco
La criada respondió.

FÉLIX.

Bien digo, don Damian, yo,
Que vos debeis de estar loco:
Cuando acabo de llegar
Hoy desde Valladolid,
Apenas entro en Madrid,
¿Y ya me haceis visitar?

DAMIAN.

Presto, don Félix, vereis,
Que teneis que agradecerme.

FÉLIX.

Pues si quereis complacerme,
Y si obligarme quereis,
Dadme cuenta, don Damian,
De lo que quereis de mí,
Y á qué venimos aquí;
¿Qué casa es esta? ¿qué afán
Es el que teneis con vos?

DAMIAN.

Don Félix, yo os lo diré;
Pero primero veré
Si estamos solos los dos.

FÉLIX.

Solos parece que estamos.

DAMIAN.

Pues atended....

FÉLIX.

Ya os escucho.

DAMIAN.

Bien sabeis que habrá tres años
Que á Valladolid partisteis,
Con harto pesar de entrambos,
A estudiar, y bien sabeis
Cuán libre yo de los lazos
Viví, con que amor enreda
Los jóvenes descuidados.
Pues no ha, don Félix, tres meses
Que una mañana en el Prado
Al pié de un árbol sentado,
Del fresco ambiente gozando,
Hallé una dama tan bella,
Que no cabiendo en el labio
Su perfeccion, no la pinto;
Pues siendo hermoso milagro,
La apoco si la exagero,
La ofendo si la retrato.
Valido de la ocasion,
Con el sombrero en la mano,
Disimulando lo amante
Con muestras de cortesano,
La hablé; respondió discreta
Y afable; mas no es estraño,
Siendo discreta, que huyese
Del vulgar grosero trato
De aquellas, que encubrir quieren
La necedad con lo ingrato.
Acompañéla á su casa,
É inquiriendo y preguntando,
Llegué á saber finalmente,
Por los vecinos del barrio,
Que es la dama por quien muero
Y en cuyos ojos me abraso,
Doña Jerónima Perez,
En cuya casa hoy estamos.
Es tanta su bizarría,
Su perfeccion y su garbo,
Que es lo menos su hermosura,
Con tenerla en sumo grado.
Aquel andar tan airoso,
Aquel chiste y desenfado,
Aquel primor con que juega
De la basquiña y el manto,
Su discrecion, su gracejo,
La invencion de su tocado,
El buen gusto en el vestir,
Y del vestido lo estraño,
Admiracion de la corte
Es, y aun de la España; y tanto,
Que ya por antonomasia
(Sin hacer cuenta ni caso
De tan bellas damas como
Tiene el recinto mantuano)
La Petimetra la llaman,
Título con que se ha alzado,
Y en Madrid es conocida.
Discurre tú por un rato
Cual será la que hace raya
En pueblo tan dilatado.
Y aun te aseguro quisiera
No fuese su primor tanto,
Por el peligro que tiene
Lo culto con lo afectado.
Es su dote, cuando menos,
Diez y siete mil ducados,
Segun ella me lo ha dicho.
Doña María Fajardo
Es su prima, y ambas juntas
Viven en un mismo cuarto;
Pero es de doña María
Tan circunspecto el recato,
Que ni aun que la hablen permite;
Y es su genio tan cerrado,
Cuanto abierto el de su prima;
Y en mí su modestia ha obrado
Ocultamente, de suerte
Que aunque estoy enamorado
De Jerónima, si el dote
Fortuna hubiera trocado,
Me trocara yo tambien;
Que la hermosura echó el fallo
En su rostro, y á gastar
El adorno y aparato
De estotra, no fuera menos;
Pero pues así los hados
Lo quieren, perdone el mundo,
Que á Jerónima idolatro.
A las dos las cela un tio,
Tan ridículo abogado,
Que si por algun descuido
Nos hallara en este cuarto,
Con ambas primas por fuerza
Nos casáramos entrambos;
Y por saber que á estas horas
Don Rodrigo está estudiando,
Vengo, porque por de noche
Ni á la tarde es escusado,
Segun la gran vigilancia
Con que las está guardando;
Pues no hay Mercurio que baste
Para adormecer tal Argos.

FÉLIX.

Cierto, don Damian amigo,
Que admiracion me ha causado.

DAMIAN.

Pues aun es mas lo callado,
Don Félix, que lo que digo.

FÉLIX.

Me hace admirar el saber
Que es don Rodrigo su tio.

ESCENA II.

DICHOS Y MARTINA.

MARTINA.

Usted y este señor mio

ɴden, y volver
le aquí á media hora.

DAMIAN.

¿qué hay de nuevo, Martina?

MARTINA.

ama está en la cocina,
cama mi señora.

DAMIAN.

a, y tu señora? di,
ó tu señora, y tu ama?

MARTINA.

cocina y la cama
ue lo distinguí;
quién hay que en buena cuenta
e por conclusion,
as las amas son
puerca cenicienta?
o esto último en casa,
aria, á fe, á fe
hay duda alguna en que
lo de ama no pasa;
otra es disparate
amarla señora;
a la llevó ahora
na el chocolate,
mpezarse á vestir.

DAMIAN.

ios, Martina.

FÉLIX.

Adios...

MARTINA.

ara entre los dos
a que decir.

ESCENA III.

N DAMIAN y MARTINA.

DAMIAN.

es?

MARTINA.

Una friolera,
l no lo tiene á mal.

DAMIAN.

o por cierto: di, ¿cuál
ieres?

MARTINA.

Yo quisiera
o gordo, señor,
go de menester.

DAMIAN.

qué te quieres hacer?

MARTINA.

ntal de labor,
o se ha cumplido el mes,
quiero pedir.

DAMIAN.

e tengo que venir,
e daré después.

MARTINA.

qué mejor ocasion,
e teneis voluntad?

DAMIAN.

le prisa.

MARTINA.

En verdad,
esas disculpas son...

DAMIAN.

on?

MARTINA.

Ganas de no darle.

DAMIAN.

¿No te he dicho ya que sí?

MARTINA.

El equívoco entendí.

DAMIAN.

No tienes que interpretarle.
Adios, hasta luego.

ESCENA IV.

MARTINA.

En humo
Verle quisiera volver.
Y ¡que haya simple mujer,
Que á galan que no da zumo,
Por mas que le aprietan, quiera,
Y por él esté muriendo,
Siendo un don Juan Pereciendo,
Sin blanca en la faltriquera!
¡Y que esta mujer se muera
Por aqueste mentecato,
Paseante y almirantero,
Viga derecha y pelmazo!
Sí, señor: mucho galon,
Que ayer lo desechó el amo,
Mucha vuelta con feston,
Buena media y buen zapato,
Sombrero fino, y la capa
Con tanto terciopelazo,
Espadin preso al ojal,
Cual venera ó relicario;
Y todo esto ¿en qué se funda?
En que soy don Damian Pablos,
Escribiente de un señor,
Con racion de nueve cuartos,
Acribillado de trampas,
A puro pedir prestado,
Y andar engañando bobas
Con fingidos mayorazgos.
Pero á fe, que de los dos
No sé cuál mas engañado
Será, porque la tal dama,
Sin ser juicio temerario,
Entre veinte compañeros
Valdrá cuatro ó cinco ochavos
Ella, su dote y su ropa.

ESCENA V.

DOÑA MARIA y MARTINA.

MARÍA.

¿Qué estás ahí, Martina, hablando?
¿Quién era aquel forastero,
Que con don Damian ha estado?

MARTINA.

Yo no se lo he preguntado.

MARÍA.

Pues yo de su traza infiero,
Que es hombre de calidad.

MARTINA.

¿En qué lo conoce usted?

MARÍA.

En su porte.

MARTINA.

Conoced
Quién es él por su amistad.

MARÍA.

Pues ¿qué amistad es la suya?

MARTINA.

La del que le trajo aquí.

MARÍA.

Yo nunca en mi vida ví
Libertad como la tuya.

MARTINA.

¿Qué es libertad? no, señora,
Bien la pura verdad ves,
Porque cual la amistad es,
Tal es el amigo ahora.
Y él será, aunque es tan galán,
Siendo de su mesmo estambre,
Un don Rabiando de hambre,
Como el señor don Damian.

MARÍA.

Calla, no lo oiga mi prima,
Que sale.

MARTINA.

¡Y con qué alborozo!

MARÍA.

No me parece mal mozo.

MARTINA.

Dale.

ESCENA VI.

DOÑA JERONIMA y ANA.

JERÓNIMA.

Tengo en mucha estima,
Anita, ese pitibú.
Anda, y búscamele tú. *(Vase Ana.)*

MARTINA.

¿No era mejor la cofieta
Con cinta del cigarrito?

JERÓNIMA.

No, que me la puse ayer,
Y hoy ponérmela es delito.

MARTINA.

Pues ¿qué importa?

JERÓNIMA.

Mentecata,
¿Te has criado en las Batuecas?
Dime: ¿dónde has visto tú,
Que una mujer de mis prendas
Use dos veces seguidas
Una cosa mesma? que eso
Se estilará en tu lugar,
Donde todo el año entero
La propia saya y jubon
Trae la mujer del alcalde,
Y si no lo halla de balde,
No se muda ni un cordon.
Mas yo que tal cual me veo,
A Dios gracias, poderosa,
¿Por qué he de usar una cosa
Como tú dices arreo?

MARTINA.

Es que el buen gusto pudiera
Ese defecto suplir.

JERÓNIMA.

No hay gusto en el repetir.
(Vuelve Ana).

ANA.

Juzgué que con él no diera,
Segun estaba escondido;
Pero en fin ha parecido.

JERÓNIMA.

¿Y el espejo?

ANA.

Ya está aquí.

JERÓNIMA.

Oyes, me parece á mí
Que mas limpio puede estar.

ANA.

Pues ¿cómo le he de limpiar?

JERÓNIMA.

¿Cómo has de limpiarle? así.
(Límpiale).
¿No ves esas listas anchas?
¡Qué curiosidad tan pura!
Así á mí se me figura
Que tengo el rostro con manchas.

ANA.

Yo bien le limpié.

JERÓNIMA.

¿Qué altercas?
¡No es cierto para rabiar,
No poderse bien peinar,
Por el teson de estas puercas!
¡Que tal necesidad reine
En un siglo tan contrario,
Que he de pagarla un salario,
No mas de porque me peine!
Y está con su habilidad
Tan vana la tal criada,
Que hace esto, y no hace mas nada;
Pues por cierto y por verdad,
Que veinte reales al mes,
Dos cuartos que almuerzo llama,
Y los desechos del ama,
Moco de pavo no es.
Y esto de que es menester
Estar por fuera decente
Es lo que te hace insolente,
Y te hace ensoberbecer.
Ahora digo, y con razon,
Habiendo en vestir tal norma,
Que las mujeres de forma
Tenemos gran sujecion.
¿Vamos á peinar?

ANA.

Señora...
Si usted sabe que en peinar
No la pudo contentar
Otra criada hasta ahora,
Y que luego que yo entré,
Sin ser esto vanidad,
Con mi grande habilidad
Toda la corte admiré,
¿Para qué es tanto rigor,
Por un descuido no mas?

JERÓNIMA.

¿Cuándo tú refrenarás
El pico tan hablador?

ANA.

¿Pues no me has de permitir,
Ni hablar con modo debido,
Habiéndote merecido
(Déjamelo ahora decir)
La confianza tan grande,
Que no á todas se la dan,
Del amor de don Damian?

JERÓNIMA.

Ya recelo yo que ande
Bien en tu boca mi honor,
Mas ¡desdichada de tí!

ANA.

No receles tal, y dí,
Sin lisonja ni favor:
En acertarse á peinar,
Y en ponerse el pitibú,
¿Hay alguna como tú?

JERÓNIMA.

No te lo puedo negar.

ANA.

Ni negarás que tu porte
Es ya por mi aplicacion
Envidia y admiracion
De las damas de la corte.

JERÓNIMA.

Cierto.

ANA.

Y si mas se penetra,
Segun todo el mundo vió,
Desde que te peino yo,
Te llaman la Petimetra.

JERÓNIMA.

Es verdad.

ANA.

Pues si es, ¿por qué
Al punto te has de enojar
En oyéndome parlar
Cualquier cosa?

JERÓNIMA.

Me enojé,
No tanto por lo que hablaste,
Como que por tu descuido
Lleno de polvo y torcido
El espejo me sacaste;
Y no es modo de servir
Este.

ANA.

No me riñas mas,
Y aplaude otras prendas mias.

JERÓNIMA.

Y tantas habladurías,
¿A qué asunto las dirás?

ANA.

Dígolo, porque pudiera
Darme alguna estimacion
El tener con perfeccion
Mi habilidad peluquera.
Y no es eso solamente
Lo que en mí se encontrará,
Porque otra ninguna habrá
Que pueda poner decente
Con menos costa á su ama,
Pues de cualquier trapo viejo
Formado un vestido dejo,
Digno de la mejor dama;
Que los vestidos de hoy dia
No son de coste, señora,
Porque solo se usa ahora
Hojarasca y policía;
Y los pocos que tú tienes
(Ahora que solas estamos)
Bien sabes que siempre andamos
Mudándolos.

JERÓNIMA.

Te entretienes
Mas de lo que es menester.

ANA.

Porque parezcan distintas,
Ya guarniciones, ya cintas.....

JERÓNIMA.

¡Qué habladora estás, mujer!

ANA.

En la bata.

JERÓNIMA.

Dejaló.

ANA.

En la basquiña y la falla.

JERÓNIMA.

Vamos á peinarme, y calla.

ANA.

Pero todo lo hago yo.

JERÓNIMA.

Sí, mas tráeme el peinador.

ANA.

Ya le tengo aquí, señora.

JERÓNIMA.

Anita, digo que ahora
Quitarme el vello es mejor,
Antes que venga mas gente.

ANA.

Pues qué, ¿no se quitó ayer?

JERÓNIMA.

No importa, que da en crecer,
Y apenas tengo los veinte;
Trae el vidrio, si te place,
Si no, con pez ó con cera.

ANA.

Tengo mi madre vellera,
Y ¿no sabré cómo se hace?

JERÓNIMA.

Mas calla, que Mariquita
Ya con sus ridiculeces
Viene aquí.

ESCENA VII.

DOÑA MARIA y DICHAS.

MARÍA.

¡Jesus mil veces!
¿Es posible, Jeromita,
Que á estas horas sin vestir
Estés en el tocador,
Sin ponerte á hacer labor,
Ni quererte persuadir
A que tanto señorío
Como el tuyo no está bien,
Ni le corresponde á quien
A espensas vive de un tio?
Ya sabes que la fortuna
Hoy me tiene reservados
Diez y siete mil ducados,
Y que á tí mas importuna
Te miró. No te alborote;
Pues no es vileza infamada
El que una doncella honrada
Lleve en honor todo el dote;
Y tú no contenta, prima,
Con andar vociferando
Que es tuyo, me estás tratando
Con desprecio y sin estima.
Ya ves que tú no haces nada,
Y yo siempre cocinera
Te sirvo, como si fuera
La mas indigna criada.
Pues no, prima, no es razon,
Que la que ha de ser mujer
De todo debe saber,
Del estrado y del fogon.
Bien sabes que nuestro tio
Muy agrio contigo está,
Y por eso te habla ya
Con despego y con desvío.
Todos se burlan de tí,
Y tú lo juzgas favor,
Que el celebrarte el humor
Es chanza que se usa aquí.

JERÓNIMA.

Bueno es eso; tú quisieras
Que una puerca fuera yo,
Y que me arrastren, ó no
Calandrajos y arpilleras,
Arpillera y calandrajos
Fuesen mi adorno y mi tren,
Y que llevara tambien
Por defuera los zancajos.
Quisieras que yo anduviese
Con tanto moco colgando,
Y que con los piés andando
Hiciera una y otra ese.
Que llevara el delantal
Arrastrando por un lado,
Y del otro levantado
Con las rodillas igual.
Quisieras que me peinara
En bolsa, moño, ó rodete,
O que anduviera el copete
Ofuscándome la cara.
Que el manto sin punta fuese,
Como viuda ó alcahueta,
Y una cola de bayeta
Con que las calles barriese.
Quisieras...

MARÍA.

No quiero nada:
Entendámonos, mujer,
Que un medio se ha de escoger,

riña acabada.
into ni tan poco
te pido yo:
no me gusto,
colgando el moco.

JERÓNIMA.

la limpieza
buena crianza.

MARÍA.

merece alabanza
r cuerpo la pureza.

JERÓNIMA.

é tienes que notar?

MARÍA.

.

JERÓNIMA.

No hay esceso
rque para eso
puso destinar
adres.

MARÍA.

Pues á mi
los me los ha dado?

JERÓNIMA.

tú has declinado
ne yo subí.

MARÍA.

yo? ¿qué motivo
razon como esta
yo? ¿por ventura
rás tu nobleza
pa y con vanidad,
de dónde venga?
yo á mi linaje
ivo con modestia
no escandalosa,
ia, y no deshonesta?
nde es mi desaseo,
tiempo que tú empleas
te, le gastara
mesma diligencia,
a bien mi papel
uier parte que fuera?
orres, prima mia,
e traigan en lenguas,
ote todo el mundo
z la Petimetra?
eor que tú juzgas,
onra para tí inmensa
uvieran por nada
s maravilleras.
ulo tan famoso!
o, que si tuvieras
discurso, la cara
cho te se cayera;
ní aun el ir contigo
mor y vergüenza,
todos son fantasmas,
risajes y muecas.
sé qué interés
o es el que te lleva
hombre vagabundo;
quien es consideras,
ne lo menos malo
e es suma pobreza,
ero, mucha hambre,
ire en la cabeza.
se está burlando,
te lisonjea,
es que es discrecion
es solapa y cautela.
riada, que el diablo
orque tú te pierdas,
e tiene la culpa
as de tus simplezas.
sus embelecos
olla, y.....

ANA.

Señora, buenas
Noticias, por vida mia;
Pues no, yo no aguanto de esas.
Si imagina que en Madrid
Me faltará conveniencia...
Pues tasadamente en casa
De cuatro ó cinco duquesas
Me están rogando que vaya
Con mucho empeño, y si fuera
Allí me celebrarian
Lo que aquí me vituperan.

ESCENA VIII.

DICHAS Y MARTINA.

MARTINA.

Señora, don Damian viene.

JERÓNIMA.

Pues lo que mi amor te ruega,
Mariquita, es que te acuerdes
Que naciste con prudencia.

MARÍA.

¿Viene aquel otro tambien?

MARTINA.

Sí, señora.

MARÍA.

No, no temas,
Que una cosa es estar solas,
Y otra haber gente de fuera.

MARTINA.

Aprisa, que está esperando.

MARÍA.

Díle que entre.

JERÓNIMA.

Dí que venga.

MARTINA.

Voy. *(Vase.)*

JERÓNIMA.

Al instante, al instante,
Anita, limpia esa mesa,
Arrima esos taburetes,
Corre esa cortina apriesa,
Quita de allí aquella jarra,
Y eso que emporcó la perra,
Llévate ese candelero,
Y las despabiladeras,
Y venga quien venga ahora.

ESCENA IX.

DICHOS, MARTINA, DON DAMIAN Y DON FELIX.

MARTINA.

¿Y aquello? *(De dentro.)*

DAMIAN.

No has de ser necia.

MARTINA.

¿Pues no dijo usted que luego?

DAMIAN.

Es verdad.

MARTINA.

Pues vaya.

JERÓNIMA.

¿No entra
El señor don Damian?

DAMIAN.

Solo *(Salen.)*
Esperaba esa licencia.

JERÓNIMA.

Dichosos, señor, los ojos
Que os ven.

DAMIAN.

Muy enhorabuena;
Pues siendo los vuestros, pido
Para ellos dichas eternas.

JERÓNIMA.

Discreto venís.

DAMIAN.

Señora,
Ya todo el mundo confiesa
Que lo soy, no porque en nada
Mis estudios lo comprueban;
Mas por ver cuán acertada
Es mi eleccion, pues venera
Vuestras órdenes.

JERÓNIMA.

Mil gracias:
Tomad sillas.

FÉLIX.

La obediencia
Disculpe la confianza.

JERÓNIMA.

Y aunque curiosidad sea
Propia en nosotras, sepamos,
Si no hay cosa que lo veda,
Quién es este caballero.

MARÍA.

Eso mi atencion espera. *(Aparte.)*

FÉLIX.

Vuestro esclavo.

JERÓNIMA.

Señor mio.

DAMIAN.

Es don Félix de Contreras,
Que de Valladolid vino
Hoy, y amistad muy estrecha
Profesamos, y fiado
Yo en la benignidad vuestra,
Me tomé el atrevimiento
De traerle.

JERÓNIMA.

Y desde hoy sepa,
Que es muy suya aquesta casa.

FÉLIX.

Para acudir siempre á ella
A ofrecer mis rendimientos,
Como debo.

MARÍA.

A poseerla.

JERÓNIMA.

Y ¿qué os parece la corte?

FÉLIX.

No es para mí cosa nueva.

JERÓNIMA.

¿Habeis otra vez estado?

FÉLIX.

Señora, si nací en ella.

JERÓNIMA.

Pues no estrañareis tampoco
De hallarme á una hora como esta
Tan indecente; y es cierto,
Que así estar yo no debiera,
Viniendo á favorecerme
Vos.

FÉLIX.

De cualquiera manera
Estais digna del aplauso,
Del obsequio y reverencia
Del mundo.

JERÓNIMA.

Es favor que os debo.

FÉLIX.

No es en mi favor, que es deuda.

MARÍA.

¡Válgame Dios, qué razones
Tan sentadas y discretas! *(Aparte.)*

JERÓNIMA.

¿Os habeis desayunado?

DAMIAN.

Ya está hecha esa diligencia.

JERÓNIMA.

Trae, Martina, el chocolate.

DAMIAN.

Hablemos de otra materia.

JERÓNIMA.

De la que gustareis vos.

ESCENA X.

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Buenos dias. La lavandera,
Señor, pide aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Que ahora con eso te vengas!

ROQUE.

¿Pues no he de venir, si dice
Que tiene el marido en pena,
Rabiando de sabañones,
Con dos potras y una hernia,
Y no puede trabajar?

DAMIAN.

Anda, ve, y dila que vuelva
Otro dia, y no me enfades.

MARTINA.

Roque, cuidado si cuentas
A alguien, que tu señor viene
A ver á mi ama.

ROQUE.

Necia,
Tú serás la que lo diga.

MARTINA.

No por cierto, no lo creas;
Sé yo callar de mis amas
Cosas mayores que no estas.

ROQUE.

Y yo tambien de mis amos.

MARTINA.

Secreto eres.

ROQUE.

Tú secreta.

DAMIAN.

Si al instante no te vas,
Te he de romper la cabeza.

ROQUE.

Si así dieses los almuerzos,
Y por las noches las cenas,
No ayunara yo al traspaso
Eternamente.

DAMIAN.

¿Qué rezas?

ROQUE.

El pan nuestro dánosle hoy,
Y perdona nuestras deudas.

DAMIAN.

Anda, infame.

ROQUE.

Usted, señor,
Quede con Dios.

ESCENA XI.

DICHOS, *menos Roque.*

JERÓNIMA.

Gasta flema,
Que no hay diablos que le aguanten.

DAMIAN.

Que me perdoneis es fuerza
Su ignorancia.

FÉLIX.

A vos, señora,
Os servimos de molestia.

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no os peinais.

JERÓNIMA.

Fuera eso mucha llaneza.

FÉLIX.

Pues estotro es despedirnos.

JERÓNIMA.

Pues por no perder tan buena
Conversacion, peinarme,
Puesto que me dais licencia.
Anita, vamos.

ANA.

Las flores
De la última moda estas
Que traigo son.

JERÓNIMA.

¿Qué os parecen?

DAMIAN.

De buen gusto.

FÉLIX.

Son muy bellas.

JERÓNIMA.

¿Lo haceis por no disgustarme?

DAMIAN.

No, señora, aunque no fueran
Buenas de por sí, es muy cierto,
Que á ser célebres empiezan,
Cuando esperan verse ufanas,
Siendo airon de tu cabeza.

JERÓNIMA.

Si en otra acaso estuviesen,
Bien sé yo que os parecieran
Algo mejor.

DAMIAN.

Si en el cielo,
Trasformadas en estrellas,
Las viese resplandecer,
Como la lira y la flecha,
No las estimara mas.

JERÓNIMA.

Bien sé que otra cosa os queda.

DAMIAN.

Queda mucho que decir,
Que si esplicarlo pudiera,
O hacer mi razon visible,
Ciertamente que no oyera
De tu boca lo que escucho.

JERÓNIMA.

Que me picas.

ANA.

Si es que no entra
Ese alfiler, y es por eso.

DAMIAN.

Porque en mi fe verdadera
No se trasluce mentira
Ni ficciones.

JERÓNIMA.

Que me aprietas.

ANA.

Si es que no tienes, oyendo,
Muy segura la cabeza.

JERÓNIMA.

Pues ¿cómo la he de tener?

ANA.

Siquiera un instante quieta.

JERÓNIMA.

¿Qué os parece á vos, don Félix,
Las disculpas, si son buenas
De vuestro amigo?

FÉLIX.

Señora,
Que ni la hay, ni puede haberla,
Juzgo, para no estimaros
Unicamente en la tierra.

JERÓNIMA.

Pues él no es de esa opinion.

FÉLIX.

Dudo yo que cierto sea.

JERÓNIMA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque no imagino
Que haya en el mundo tan necia
Ingratitud, que logrando,
No digo correspondencia,
Que esto es mucho, sino oidos
De vos, atrevido tenga
Animo para mirar
En el mundo otra belleza.
Yo, á lo menos si lograra
Tal favor, que no lo espera
Ni mi indignidad humilde,
Ni mi encogida modestia,
Girasol eterno vuestro
Arrebatado viviera,
Y absorto en contemplacion
De cuanto naturaleza
Apuró para formaros.

JERÓNIMA.

Pues aquí está quien desprecia
Todo lo que alabais vos.

DAMIAN.

No me apureis la paciencia,
Que eso es ya desesperarme.
Con vuestras palabras mesmas,
Y las de don Félix tengo
De mostrar con evidencia
Lo que os amo: vos decis
(Bien lisonja, ó verdad sea)
Que soy discreto.

JERÓNIMA.

Y lo afirmo

DAMIAN.

Don Félix, que sois perfecta
Acaba de confesar.

FÉLIX.

Lo confesará y confiesa.

DAMIAN.

Luego siendo yo discreto,
Como vos decis, es fuerza
Que ame lo que confesais
Vos que es perfecto; pues fuera
Necia discrecion la que
La perfeccion no quisiera.

JERÓNIMA.

Que me tiras.

ANA.

Como estás
Embebecida y suspensa,
No juzgué que te tiraba.

JERÓNIMA.

Me das tormento de cuerda,
Afloja, por Dios, un poco.

DAMIAN.

¿Es á mí?

JERÓNIMA.

No, sino á esta
Tonta, que me mortifica.

DAMIAN.

¿No me volveis la respuesta?

JERÓNIMA.

¡Ah! sí: ya no me acordaba.

DAMIAN.

¡Válgame el cielo, qué pena!
¡Que haya de haber siempre acasos
Que mis fortunas alteran!

JERÓNIMA.

Hay argumentos, señor,
Que si solo á lo que suenan
Se atiende, parecen claros,
Pero si se hace refleja,
Se esperimenta que algunos
En la práctica falsean;
Y así, señor don Damian,
Aunque la discrecion vuestra
Con sofísticos engaños
Me persuada que me quiera,
Mas que de favores, lleno
De invenciones y agudezas;
Lo que prueba el silogismo
Falsifica la esperiencia.

FÉLIX.

Esta mujer habla como
Si cursase las escuelas. *(Ap.)*

MARÍA.

Nunca vi, por mi desgracia,
A mi prima tan discreta. *(Ap.)*

JERÓNIMA.

¿No respondeis?

DAMIAN.

Sí, señora:
Estareis muy satisfecha
De que me habeis convencido.
Pues solo porque se vea
Que no, reparad, señora,
La artificiosa elocuencia
Con que me injuriais; por cierto
Es que en cualquiera materia
Donde luce el artificio,
Se trasluce la cautela.
Si el corazon vuestro herido,
Como tengo yo, tuvierais,
Si enajenados tuvieseis
Los sentidos y potencias,
No estuvieran tan espertos
Para con tanta presteza
Persuadir lo que no es,
Haciéndome á mí que crea
Lo que tu boca me dicta,
Aunque el alma me lo niega;
Y así, de esto inferiremos,
Con tu permiso y licencia,
Que muy discreta anduvistes,
Pero no muy verdadera.

MARÍA.

Grandemente se disculpa.

JERÓNIMA.

Pues yo no estoy satisfecha.

MARÍA.

¿Por qué?

JERÓNIMA.

Muchacha, despacio,
Que me tiras y repelas.
¡Ay qué mano tan pesada!
¡Válgame Dios! ¿quién pudiera
Ser cualquiera de vosotras,
Que de mes á mes se peina,
Y con todo está decente?
Este trabajito lleva
La que tiene obligaciones,
Como yo.

FÉLIX.

Señora, es fuerza,
Que las mujeres de modo
Se rindan á la tarea
Cotidiana de adornarse
Como conviene á su esfera.

JERÓNIMA.

Es verdad.

DAMIAN.

Parece que
De nuestra cuestion te alejas:
Sepamos en qué te ofendo,
Que hasta tanto que lo sepa
No estaré yo sosegado.

JERÓNIMA.

Pues por ver si te sosiegas,
Ya que eres tan importuno,
Anoche ¿qué dependencias
Tuvisteis, que no os he visto?

DAMIAN.

Como contingente sea,
Y aun imposible el hablaros,
Segun dijisteis vos mesma,
No vine anoche.

JERÓNIMA.

Es verdad;
Mas bien sabeis que á las rejas,
O al balcon suelo estar siempre,
Y aquel que adora de veras,
Si hablar no puede, con ver
Lleva el alma satisfecha.

DAMIAN.

Es así, pero.....

MARÍA.

Mi tio.
¡Ay Jesus! vamos apriesa,
Y buscar dónde esconderse.

JERÓNIMA.

Meteros en esa pieza,
Y tú, Martina, con ellos,
Para que con maña puedas
Impedir, si quiere entrar.

MARTINA.

¡Y que esto á mí me suceda!
¡Yo encerrada con dos hombres!
Por Cristo, que nada sepa
Roquillo.

JERÓNIMA.

Nada sabrá.

MARÍA.

Entrad, y cerrad la puerta.

ESCENA XII.

DOÑA MARIA, DOÑA JERONIMA, MARTINA, ANA y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Este caso, por mi vida,
Me ha de perder la cabeza;
No le ha habido semejante
En consejos ni en escuelas,
Ni el Vinio me da razon,
Ni Cujacio, ni Valencia,
Ni toda la turba-multa
De los autores, que llenan
Los estantes de mi estudio;
Y quiero ver si en Ortega,
Que me le dejé olvidado,
Hallo algo de esta materia:
¡Válgame Dios!

MARÍA.

Tio mio,
¿Dónde vais con tan suspensa
Admiracion?

RODRIGO.

Calla, niña,
Porque no son cosas estas
Para vosotras.

MARÍA.

Si estais
Malo, ó la terciana os entra,
Id por Dios á recogeros,
Que yo con la diligencia
Que acostumbro os cuidaré.

RODRIGO.

No es terciana, ¡ojalá fuera!
Que esto es cosa del honor.

MARÍA.

¡Cielo santo! ya estoy muerta,
Cosa del honor ha dicho. *(Ap.)*

RODRIGO.

Y así, á entrar voy á esta pieza.

JERÓNIMA.

¿A qué?

RODRIGO.

A que he de menester
Informarme con certeza...

JERÓNIMA.

¿De qué, señor?

RODRIGO.

De una cosa.

JERÓNIMA.

¡Ay! ¿qué cosa será esta? *(Ap.)*

MARÍA.

No entreis, señor.

RODRIGO.

Pues ¿por qué?

MARÍA.

Está cerrada la puerta.

RODRIGO.

Pues abridla, porque es
Preciso que un libro vea,
Que me le dejé olvidado.

MARÍA.

Esto es ya de otra materia. *(Ap.)*

RODRIGO.

Y va mi honor en sacar
Con lucimiento y presteza
A un litigante, que fia
De mí vida, honra y hacienda.

JERÓNIMA.

Martina, tu señor tiene
Que hacer dentro de esa pieza,
Y quiere entrar.

MARTINA.

¡Ay, señora! *(Dentro.)*
Por san Blas y santa Elena,
Que no le dejeis.

JERÓ[illegible]

¿Por [illegible]?

MAR[illegible]

Porque estoy [illegible]

¿Pues qué ha[illegible]

¡Ay[illegible]
De [illegible]

RODRIGO.

Aprisa, acaba:
¿Como estás de esa manera?

MARTINA.

Me estoy mirando las pulgas.

RODRIGO.

Pues que me abras aquí es fuerza,
Que no quiero verte nada.

MARTINA.

Si estoy en camisa puesta,
¿Cómo lo he de hacer, sin que
De empacho me caiga muerta?

RODRIGO.

¡Qué bien que á mí me parece
El recato en las doncellas!
Pues mira, dame ese libro
Por debajo de la puerta,
Que está ahí.

MARTINA.

¿En dónde, señor?

RODRIGO.

Ahí sobre esa papelera.

MARTINA.

Señor, aquí hay tres ó cuatro.

RODRIGO.

Veremos cuál de ellos sea.
(Bájase á mirar por debajo de la puerta.)

MARTINA.

¿Será este?

RODRIGO.

Dácale á ver.
(Entretiénese con los libros.)

ESCENA XIII.

DICHOS Y ROQUE.

ROQUE.

Deo gracias, la lavandera
Dice que esperar no puede.

JERÓNIMA.

¡Maldita sea tu lengua!
Vete al instante.

ROQUE.

No puedo,
Que sube por la escalera
El soplon del escribiente.

JERÓNIMA.

Todo lo perdimos de esta,
Si allí le abren, ve á los dos;
Si vuelve acá la cabeza,
Ve á estotro; aprisa, enemigo,
Métete bajo esta mesa.

ROQUE.

Allá voy. *(Métese.)*

RODRIGO.

¡Válgate Dios!
¡El pleito, y lo que me cuesta!
Pero el Barbosa ha de estar
Juzgo en esta cuadra mesma.
¡Ah Martina! un libro grande
¿No está ahí?

MARTINA.

Porque no le diera
El polvo, yo esta mañana
Al barrer las agujetas
Le até, y muy curiosamente
Le metí bajo la mesa
Del tocador de mi ama.

RODRIGO.

Y ¡que anden de esta manera
Mis libros! *(Va á sacarle.)*

MARÍA.

¿Dónde vais, tio?

RODRIGO.

¿Hay alguna otra doncella
Tambien en cueros aquí?

MARÍA.

No, sino que no es decencia,
Que os arrastreis vos, que yo
Puedo sacarle.

RODRIGO.

Pues ea,
Despacha.

MARÍA.

¡Vírgen del Cármen! *(Búscale.)*

RODRIGO.

¿Qué sucede? ¿No lo encuentras?

MARÍA.

No, señor.

RODRIGO.

Quita, que yo
Le hallaré.

JERÓNIMA.

Eso temo.

RODRIGO.

Necia,
Aparta; le buscaré.

MARÍA.

Nadie hará mas diligencia
Por daros gusto que yo.
Ya le encontré.

RODRIGO.

Si me llega
Nadie á mis libros, aunque
De polvo no se les vea,
A palos con el baston
La he de romper la cabeza. *(Vase.)*

ESCENA XIV.

DICHAS, *menos don Rodrigo.*

ANA.

Gracias á Dios, que salimos
De tal confusion y pena.

MARÍA.

Yo no soy para estos sustos,
Jeromita, yo estoy muerta;
Yo no sé qué gusto tienes
En esto.

JERÓNIMA.

Vaya, eso deja.
¡En qué poca agua te ahogas!

MARÍA.

Voime á esparcir allá fuera. *(Vase.)*

JERÓNIMA.

Ya podeis salir, señores.

ESCENA XV.

DICHAS, DON DAMIAN Y DON FELIX.

DAMIAN.

Ya impaciente lo desea
Mi afecto.

JERÓNIMA.

No hay que temer
De que ya mi tio vuelva,
Que aquello fué un accidente.
A ver, ese espejo llega:
¿Si estaré yo bien peinada?

DAMIAN.

Estás, Jerónima bella,
Trasformada en una Venus.

JERÓNIMA.

Las flores, ¿qué tal me sientan?

FÉLIX.

Mejor que no en su jardin.

JERÓNIMA.

¿Y los polvos?

DAMIAN.

Te hermosean.

JERÓNIMA.

¿Cómo me dice el lunar?

FÉLIX.

Como al cielo las estrellas.

JERÓNIMA.

Pues tráeme, Anita, abanicos.

ANA.

¿Cuál quereis? ¿el de la fiesta
De los toros de Aranjuez?

JERÓNIMA.

¡Jesus, qué cosa tan vieja!

ANA.

¿El del Peneque?

JERÓNIMA.

Tampoco.

ANA.

¿Del empedrado?

JERÓNIMA.

El que quieras,
Como no sea antiguallas.

ANA.

El de la moda postrera
Es este.

JERÓNIMA.

Muy bien: las cintas,
Las sortijas, las pulseras,
El collar, el ramillete,
Los guantes, caja y frasquera,
El reloj, las arracadas,
Y lo que sabes que lleva
Una mujer de mi porte.

ANA.

Todas estas cosas puestas
Por su órden tengo en la alcoba. *(Vase.)*

JERÓNIMA.

Pues voy, con vuestra licencia,
A acabarme de vestir.

DAMIAN.

Si os faltase camarera,
Aquí teneis quien os sirva.

JERÓNIMA.

Lo estimo. *(Vase.)*

MARTINA.

Una trampa buena
Le armamos al pobre viejo;
Mi astucia la paga espera.
Voy á mirar mi comida. *(Vase.)*

ESCENA XVI.

DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE *escondido.*

DAMIAN.

Ahora bien, mi atencion sepa
Qué habeis juzgado, don Félix,
Del mérito de mi prenda.
¿Hela exagerado mucho?
¿Ponderé sus escelencias?
¿No respondeis? Qué, ¿teneis
Encogimiento ó vergüenza
De decir que no os parece
Tan hermosa y tan discreta
Como yo os he ponderado?

FÉLIX.

¡Pluguiera á Dios que eso fuera!

DAMIAN.
s?
FÉLIX.
Nada.
DAMIAN.
No os entiendo.
FÉLIX.
› que no me entiendas,
poco me entiendo.
DAMIAN.
s.
FÉLIX.
¿Y si os pesa
ible claro yo?
DAMIAN.
una manera
s aseguro,
tad verdadera
sentir patente,
lo con cautela.
FÉLIX.
amian, vos dijisteis
ónima bella
DAMIAN.
Sí.
FÉLIX.
Y yo tambien.
lo así, es ya fuerza
aunque no discreto,
te es perfecta.
DAMIAN.
nima amais.
FÉLIX.
onsecuencia.
DAMIAN.
cuche yo de quien
dizo á verla!
FÉLIX.
eis que amabais
te á ella,
re las dos primas
diferencia.
DAMIAN.
sa, que
pudiera
ir á ninguna.
FÉLIX.
is la materia:
ie vos no amais,
er la que quiera.
DAMIAN.
no es,
sea.
FÉLIX.
la mujer;
ie me parezca,
vos encargado,
de mi tutela.
DAMIAN.
e la mia
así pretendas
gusto.
FÉLIX.
Yo nada
DAMIAN.
No tan recia
que nos oigan.
FÉLIX.
engo hacienda,
Y puedo casarme, y vos
Es imposible, aunque quierais.

DAMIAN.
Así mi afecto se paga:
¿Es razon ni amistad esta?

FÉLIX.
Nadie mas que yo el sagrado
De la amistad fiel venera.

DAMIAN.
Pues sabed que he de vengarme
De cualquier suerte que pueda.

FÉLIX.
No importa, que una traicion
No asusta á mi fortaleza.

DAMIAN.
Pues de Jerónima huid.

FÉLIX.
Como me lo mande ella.

DAMIAN.
No os ha de querer tampoco.

FÉLIX.
Bástame el que yo la quiera.

DAMIAN.
Perderemos la amistad.

FÉLIX.
Pues la culpa será vuestra.

DAMIAN.
A Jerónima dejad.

FÉLIX.
Ya eso es machaca y cansera.

DAMIAN.
Yo por ella os traje aquí.

FÉLIX.
Pues yo os mataré por ella.

DAMIAN.
¿Vos á mí?

FÉLIX.
Sí, don Damian.

DAMIAN.
Pues, don Félix, cuando quieras.

FÉLIX.
Tal arrogancia merece
Con la espada la respuesta:
Ahora es buena ocasion.

DAMIAN.
No: salgamos allá fuera.

FÉLIX.
Decís bien, que no es razon
Armar aquí una pendencia,
Que el tocador de una dama
No es bueno para palestra. (*Vanse.*)

(*Sale Roque de debajo de la mesa.*)

ROQUE.
Andad con dos mil demonios,
Canallas, malas cabezas,
Que he estado allí devanado,
Rotos brazos, piés y piernas.
No hay que temer que se maten;
Pues la cobarde prudencia
De Damian ya hallará modo
Como evadir la quimera.
Ya lo verá Martinilla,
Que con los majos se encierra:
Mas voy yo á ver lo c
Hasta que otro rato
A imitar á san Alejo
Debajo de la escalera.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA.

¿Estoy sola? Sí: parece
Que no me escucha aquí nadie,
Porque á un triste solamente
Le acompañan sus pesares.
Pues ya que nadie es testigo
Del fuego oculto que late
En mi pecho, que ya pena
Tierna y castamente amante,
Procure aplacar sus llamas,
Rompiendo mi voz el aire,
Y con lágrimas y quejas
Por boca y ojos se exhalen:
¡Qué nuevo galán Amor
Trajo á pisar mis umbrales,
Que á la primer vista ¡ay cielos!
Rindió mi pecho constante!
Pero este es al que gustosa
Junto al Pisuerga una tarde
Le respondí, aunque tapada,
Mas amorosa que afable.
Mas ¿qué digo? ¡yo prendada
De hombre ninguno! ¡oh pesares!
¡O afrenta! ¡oh vergüenza suma!
Confundidme y acabadme.
Primero, abriéndose en bocas
La tierra, viva me trague
En su oscurísimo centro,
¡Oh pudor! que te quebrante.
Pero ¿de qué sirven todos
Mis enojos, si no es fácil
Dejar de creer que en llamas
Mi triste corazon arde?
¿Es amar algun delito?
No: que hay tantos ejemplares
Que me disculpen, que aun juzgo
Que el no amar es yerro grande.
Amar, es naturaleza,
Convéncenme estas verdades.
¡Qué fácilmente que uno
Lo que quiere se persuade!
Don Félix, ¡cielos! don Félix
Es la causa de mis males,
Es galán, es entendido,
Es... mas disculpa es bastante.
Pero ¿de qué suerte puedo
Mis intentos declararle?
¿Diréselo? ¿Qué sé yo
Si es de otra hermosura amante,
Y qué sé yo si á su gusto
Mi beldad no es agradable?
Ni ¿qué sé yo si al oirme
Me reputará por fácil?
¡Oh, mal haya el que primero
Reputó por liviandades
El que las mujeres sientan,
Y que lo que sientan hablen!
Y ¡oh de los hombres dichosas
Las eternas libertades,
Porque dicen lo que quieren,
Y al fin cuanto quieren hacen!
Mas ya que de esta manera
Lo quieren los cielos, ame,
Note, obligue, solicite,
Sufra, advierta, espere y calle.

ESCENA II.

DOÑA MARIA Y MARTINA.

MARTINA.
Parece que se cansaron
Ya de esperar los galanes.

MARTINA.

Pues ¿qué tienes?

MARÍA.

¿Serás fiel?

MARTINA.

Pues qué, ¿eso dudando estás?
Mi fidelidad verás.

MARÍA.

Pues mira, Martina, aquel
Que hoy desde Valladolid
Vino, y trajo don Damian,
Tan discreto y tan galan,
A hacerme guerra en Madrid,
Del alma se apoderó,
Y yo el alma le entregué;
No sabe nada, porqué
No es razon mostrarlo yo.

MARTINA.

Bien hayas tú, que te pagas,
Para que á tu prima asombre,
De un hombre, que en todo es hombre
Con que tu amor satisfagas.
Este sí que es grande hallazgo,
Pues de los dos he entendido,
Cuando estaba allí escondido,
Que es un rico mayorazgo;
Este sí que es caballero.
De tu prima el disparate
Se enamoró de un petate,
Solo porque es lisonjero.

MARÍA.

Pues bien, Martina, te encargo
Notar, sin que te diviertas,
Sus acciones, y me adviertas
De esto, que queda á tu cargo.
Mira, que en callar te esmeres,
Que te está bien el callar,
Ten cuidado de avisar,
Y toma para alfileres.

ESCENA III.

MARTINA.

Yo por aquí ó por allí,
Siempre tengo de pillar;
Tal modo de negociar
De mi amo lo aprendí;
Pues vienen dos litigantes,
Y aunque ellos contrarios son,
A entrambos da la razon;
Y así del que vino antes,
Como del que fué el postrero,
De entrambos logra coger
Por su injusto parecer
Muchas gracias y el dinero.
Doña María no sabe
Cómo los dos repuntados
Salieron desafiados
Por su prima á un duelo grave,
Y yo todo lo atisbé;
Mas no lo quiero decir,
Quiérola así divertir,
Porque no lo perderé.

ESCENA IV.

MARTINA Y ROQUE.

ROQUE.

¡Ah Martinilla! ¡ah taimada!
Que con los majos te escondes;
¿Así á mi amor correspondes,
Y así injuriarme te agrada?

MARTINA.

Roque, como te escondistes
Tú, tambien me fué preciso;
Y aunque mi amor no lo quiso,
Tuve que hacer lo que vistes.

ROQUE.

Lo que he visto nada es,
Lo que no he visto es el cuento:
De puro zelos reviento
Convertido en portugués.

MARTINA.

Vaya, Roque, deja eso,
Y sabe que te soy fiel;
Y dime en qué paró aquel
Lance atrevido y travieso
De los dos enamorados.

ROQUE.

Pues que lo atisbaste tú,
Allá va con Bercebú:
Salieron muy mesurados,
Cabizbajos y mohinos,
Haciéndose de valientes,
Y murmurando entre dientes
Las coplas de Calainos.
Don Félix iba delante,
Don Damian, que no ha nacido
A ser guerrero atrevido,
Sino á ser chistoso amante,
Con mil consideraciones
Lo que pensaba no sé;
Pero cuando me arrimé
Le apestaban los calzones.
Acia el Prado enderezaron,
Frente á frente se pusieron,
Y de que solos se vieron
Las tremendas aprontaron.
Damian perdió los estribos,
Y el color se le mudó
Al punto que á Félix vió
Con la espada en cueros vivos;
Y con tiple de capon,
Muy preciado de prudente,
Le dijo: no es ser valiente
Esto, Félix, ni es razon
De que dos amigos tales,
Como somos vos y yo,
Se maten por lo que no
Puede valer cuatro reales;
Y así á su eleccion dejemos
El que ella escoja al que quiera;
Y haciendo de esta manera,
Los dos nos satisfaremos.
Dijo don Félix que sí;
Con que juzgo, que á engañarla,
A rendirla y obligarla
Vendrán los dos presto aquí.

MARTINA.

Pues, Roquito, entre los dos
No habrá celos ni desdén;
Querámonos los dos bien,
Y venga la paz de Dios.

ESCENA V.

DICHOS Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

¿Y don Félix ha venido?

MARTINA.

No le he visto.

ROQUE.

No, señor.

MARTINA.

Nunca vi ocasion mejor,
De lo que habeis prometido.

DAMIAN.

¿De qué?

MARTINA.

De lo que pedí.

DAMIAN.

¿Qué pediste?

MARTINA.

Aquellos cuartos.

DAMIAN.

¡Déjame, por Dios, que hartos
Males me cercan á mí!

MARTINA.

Si adentro no me llamaran,
Yo os pusiera como un trapo. (*Vase*

ROQUE.

Vaya, señor, que eres guapo,
Cual los diablos no pensaran.

DAMIAN.

Déjame, y calla.

ROQUE.

Señor:
Yo en mi vida fuí discreto;
Pero ahora me prometo
Un discurso superior.
Esta madama fatal,
Exsahumada con incienso,
Que la faltan, segun pienso,
Ocho cuartos para un real,
¿Posible es que te ha ligado
Con tal fuerza, señor mio,
Que te tenga el albedrío
Ciego y embarraganado?
¿No miras su presuncion,
Su melindre y su desdén,
Y aquel andar ten con ten,
Cual paso de procesion?
Pensando en el uso nuevo,
Y en darse en la cara el unto,
Ni sabe coser un punto,
Ni sabe echar sal á un huevo.
Yo por mujer escogiera
Una fresca mocetona
Entre marquesa y gorrona,
Entre madama y frutera.
Juzgarán tus opiniones,
Si la vieras por debajo
Entre tanto calandrajo,
El solar de los Girones.

DAMIAN.

Calla, atrevido.

ROQUE.

Señor,
Si la vista no me engaña,
Callando, piedras apaña,
Félix tu competidor.

DAMIAN.

Pues ve, y espera en la calle.

ESCENA VI.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

FÉLIX.

Ya, don Damian, juzgué yo
Que del dia instante no
Puede haber que aquí no os halle.

DAMIAN.

Es mi centro.

FÉLIX.

Y tambien mio.

DAMIAN.

Don Félix, sentido estoy
De que me ofendieseis hoy
Con tan grande desvarío.

FÉLIX.

Yo con nada os ofendí.

DAMIAN.

Faltasteis á la amistad.

FÉLIX.

No probareis que es verdad.

DAMIAN.

¿No lo probaré? pues di:
¿Es amistad, ni es razon,

do yo os traje aquí,
l cielo me dió à mi
lla y eleccion,
erais usurpar,
á la cortesía,
cosa que es mia
ùs enajenar?

FÉLIX.

espuesta es:
cielos son testigos,
omos tan amigos,
ces, ya lo ves.
o esta verdad
, para que
nputeis que violé
do à la amistad;
unque nos conozcamos
los tiempos atras,
liento no mas,
amistad profesamos.
mucha diferencia,
ay gran desigualdad
intrínseca amistad
correspondencia.
ebo agradecimiento
rme traido aquí,
ha sido afecto à mí,
desvanecimiento,
e yo me admirara,
ga por advertido
r por dama escogido
a hermosa y rara.
os desafié,
y enojado,
peis que provocado
tra arrogancia fué.
ar yo satisfecho,
sois para campaña,
era tan vil hazaña,
pesa haberla hecho.
Jerónima muera,
fenderos á vos,
ecis que entre las dos
cuál vuestro amor quiera.
e en un buen discurrir
on inferiré,
enojasteis porqué
anté en elegir.
l dote lo haceis,
no le necesito,
à la dama quito,
mia, ahí le teneis.

DAMIAN.

eparable.

FÉLIX.

Pues ea,
go en conclusion,
jaste á su eleccion
de su gusto sea.

ESCENA VII.

DICHOS Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

gar no es cortesía
los dos dejaros,
go à mortificaros
conversacion mia.

FÉLIX.

mortificacion:
liera ansioso el cuello
, que siendo tan bello,
lces sus penas son.

MARÍA.

empre el lisonjear
e ser tan usado
mbres de todo estado!

FÉLIX.

e os podeis engañar;
Y que quien tiene osadía,
Como veis, de replicaros,
No querrá lisonjearos,
Hermosísima María.

MARÍA.

Pues ¿en qué me replicais?

FÉLIX.

Qué, ¿no es réplica bastante
El que diga yo arrogante,
Señora, que os engañais?
Pues yo dijera, por Dios,
Al querer lisonjear,
Que no se puede engañar
Una dama como vos.

MARÍA.

Lisonja entonces no era,
Porque si yo me engañara,
Entonces se comprobara
Que yo tan hermosa fuera.
Mas ¡ay, que viene mi tio!
Esconderos al instante.

DAMIAN.

Siempre da un mísero amante
De un bajío à otro bajío. (*Escóndense.*)

ESCENA VIII.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

Sobrina, ¿qué haces?

MARÍA.

Señor:
Aunque estoy un poco mala.
Ibame á entrar á la sala
A ponerme à hacer labor.

RODRIGO.

De tí, niña, bien lo creo.
¡Ojalá como tú fuera
Esotra loca altanera,
Porque de ella, segun veo,
Nada se puede esperar,
Solo emplear noches y dias
En hacer mil cortesías,
Y en cómo se ha de adornar.
¿Qué está haciendo? ¿está cosiendo?
O hace alguna otra labor
De provecho?

MARÍA.

No, señor:
Juzgo que se está vistiendo.

RODRIGO.

Pues ¿cómo? ¿aun no está vestida?

MARÍA.

Ya bien presto acabará.

RODRIGO.

Pues ¿por qué no acaba ya,
Y va á guisar la comida?

MARÍA.

¡Ay qué engañado que estás!
Tio, fuerza es que lo avise,
Si tú aguardas que lo guise,
En tu vida comerás.

RODRIGO.

Pues ¿cómo?

MARÍA.

A mí no me toca
Decir de mi prima nada;
Llama à una ú otra criada,
Y sabelo de su boca,

RODRIGO.

A ella tengo de llamar,
Y de ella lo he de saber,
Y darla bien á entender
Lo que quiero ejecutar:
Ve y llámala.

MARÍA.

Ya está aquí.

ESCENA IX.

DON RODRIGO Y DOÑA JERONIMA.

RODRIGO.

¿Qué haces? ¿en qué te entretienes?
¿Qué ropa cosida tienes
De la que está para mí?

JERÓNIMA.

Ya lo haré.

RODRIGO.

Luego no has hecho
Todo el tiempo mas que holgar,
Ni hemos podido lograr
De tí cosa de provecho.
Pues mira: la última vez
Que yo te doy reprension,
Sabe que es esta ocasion,
Por tí, no por mi vejez.
Dos hermanas me quedaron,
Una loca, otra prudente,
Y á su tiempo competente
Ambas à dos se casaron.
Tu madre, Dios la dé gloria,
Neciamente se casó
Con tal sujeto, que aun no
Quiero tener de él memoria;
Pues después de haber jugado
Cuanto de tu madre era,
No fué mucho que muriera
Miserable y desdichado.
Huérfana entonces quedaste,
Trajete á pisar mis salas;
Mas de tu padre las malas
Condiciones heredaste.
La madre de esa tu prima
Casó con don Luis Fajardo,
Mozo hacendado y gallardo,
Y hombre al fin de toda estima.
Este al morir la dejó
Diez y siete mil ducados,
Que se los tengo guardados
En mis escritorios yo.
Las dos os diferenciasteis:
Ella modesta ha salido,
De honesto genio, encogido,
Y en todo os desigualasteis;
Porque tú, aunque ser debieras
Mas humilde por mas pobre,
Eres muy soberbia, sobre
Mil locuras altaneras.
Al mundo andas engañando
(Ves con qué verdad te arguyo)
Diciendo, que el dote es tuyo,
Que de estotra estoy guardando.
Tú la debieras servir,
Y ella á tí te está sirviendo,
Las cosas está ella haciendo,
Y tú haces solo dormir.
La otra noche aquella letra,
Que sonó con melodía,
Ya sé muy bien que decia,
Que eres tú la Petimetra.
Pues vive Dios, que si quieres
Echarte mas á perder,
En otra parte ha de ser
Donde allí te desesperes.
Yo vivo muy afrentado
De ver tantos galanteos,
Bufonadas y paseos,
Que ya todos lo han notado;
Y así, porque tanto yerro
Se haya una vez de enmendar,
O al punto te has de casar,
O meterte en un encierro.

ESCENA X.

DOÑA JERONIMA Y DOÑA MARIA.

MARÍA.

Enojado el tio va,
¿Qué ha dicho?

JERÓNIMA.

Nada, María:
Una vez que no lo oia
Nadie, nada se me da;
Porque todo lo que pasa,
Que nada importa verás,
Como no lo sepan mas
Que los de dentro de casa. *(Ap.)*
Voime á acabar de vestir;
No quiero perder la misa,
Que aunque corriendo y de prisa
No he de dejarla de oir.

ESCENA XI.

DON DAMIAN Y DON FELIX, Y *luego* DON RODRIGO.

DAMIAN.

Don Félix, ¿qué habeis oido?

FÉLIX.

Don Damian: ¿qué oisteis vos?

DAMIAN.

Nada percibí, por Dios.

FÉLIX.

Por Dios, que nada he entendido.

DAMIAN.

¿Posible es que no entendísteis?

FÉLIX.

¿Posible es que vos tampoco?

DAMIAN.

Yo nada.

FÉLIX.

¿Nada? ¿Ni un poco?

DAMIAN.

¿Yo? lo que vos percibísteis.

FÉLIX.

Pero aquí vuelve su tio.

DAMIAN.

Escondámonos, por Dios,
Que si nos halla á los dos,
Mayor pesar es el mio.
(Escóndense, y sale don Rodrigo.)

RODRIGO.

Un disparate iba á hacer,
Sin juicio ni reflexion,
Al ver la disolucion
De esta imprudente mujer. *(Vase.)*
(Salen don Damian y don Félix.)

DAMIAN.

Pues salir hemos podido,
Voy, Felix, en un instante
A cierta cosa importante,
Que es de mi cargo, y no olvido.
Vuelvo.

ESCENA XII.

DON FELIX.

Adios, solo quedé;
Y ¡que haya hombre como yo,
que de lo que le pasó
Avergonzado no esté!
¡Posible es que me cegara
Tan pronto y de tal manera,
Que a tal mujer yo quisiera,
Y por ella me prendara?
Sin juicio estuve por cierto,
Los sentidos tuve en calma,
O yo tuve absorta el alma,
O el entendimiento muerto.
Vivo afrentado y corrido,
Loco estoy de avergonzado,
Solo de haberme engañado
De un presupuesto fingido.
¿Yo á una tan loca mujer,
Tan sin juicio ni razon,
Me he de rendir con pasion,
Y por mia he de querer?
Recobremos lo perdido,
Que el todo no se perdió,
Pues aun tengo tiempo yo
De enmendarlo arrepentido.
Hombre soy, no es mucho que
Tan de pronto me engañara,
Pero aquí está el juicio para
Corregir lo que yo erré.
Suele uno incauto mirar
El engañoso oropel,
Y enamorado de aquel
Falso lucir y brillar,
Oro fino lo imagina;
Pero ya mas advertido
Conoce que no ha salido
De tan escelente mina.
Yo así, yo así me engañé:
Calidad la presuncion,
Lo atrevido discrecion
Incautamente juzgué.
Su locura es conocida,
No solo en Madrid, mas fuera,
Y yo solo juzgué que era
Por su virtud aplaudida.
Quiso la ignorancia mia
Mas de Jerónima aquel
Engañador oropel,
Que no el oro de María.
Aquella modestia, sí,
Aquel honesto mirar,
Aquel vergonzoso hablar,
Sí que me ha hechizado á mí,
Sin duda es doña María
Quien me dió conversacion,
Tapada en el espolon
De Valladolid un dia.
¡Y que tan ciego esté yo,
Que no la haya conocido,
Ni el alma me haya advertido
Que entonces me enamoró!
Y que yo desafiado
Saliese por la otra (¡oh cielos!).
De mí propio tengo zelos
Por haberlo ejecutado,
Y aun es pesar grande el mio,
Y sin ponderacion siento
El que en mi arrepentimiento
Tuviese parte su tio.
Para don Damian es propia,
Pues yo estoy dudando cuál
De los dos original
Es, ó cuál de los dos copia.
Goce el dote y su riqueza,
Pues mejor la suerte mia
Es, si logro de María
La honestidad y pobreza.
Porque se debe escoger,
Por el vicio ó por la fama,
Desenvuelta para dama,
Y honesta para mujer.
Habiéndole yo atisbado,
Fortuna me ayuda bien,
Porque su tio es á quien
Vengo yo recomendado.
Si me doy á conocer,
Sé que me agasajará:
Cuanto tenga me dará,
Y su huésped me hará ser.

ESCENA XIII.

DON FELIX Y MARTINA.

MARTINA.

¿Todavía no ha salido
Mi señora?

FÉLIX.

No, Martina.

MARTINA.

Vaya, á mí me desatina
Lo que dura este vestido.

FÉLIX.

¿Qué te parece?

MARTINA.

Señor,
Yo respondo, que muy mal.

FÉLIX.

De tus dos amas ¿á cuál
Quieres mas, ó es la mejor?

MARTINA.

¡Jesus! no me digas nada
De eso, porque esta señora
Es mala trabajadora,
Presumida y entoldada.
A todos tiene engañados
Con fingida presuncion;
Pues dice que suyos son
Diez y siete mil ducados,
Que son de doña María.

FÉLIX.

Esto no sabia yo;
Ahora digo que salió
Mas feliz la suerte mia.

MARTINA.

Pues qué, ¿la quereis?

FÉLIX.

Yo sí.

MARTINA.

Tambien ella os quiere á vos.

FÉLIX.

Calla, Martina, por Dios,
Que no me engañes así.

MARTINA.

No os engaño, en buena fe.
Proseguid y porfiad,
Y encontrareis la verdad
De lo que os aseguré.

FÉLIX.

Pues dila que yo la adoro,
Que tenga piedad de mí,
Que á sus ojos me rendí,
Y que de ella amante lloro;
Y toma esta niñería,
Para que puedas entrar
En mi nombre á refrescar
En una botillería.

ESCENA XIV.

DON FELIX Y DON DAMIAN.

DAMIAN.

Me he dado prisa bastante,
Por juzgar que ya tardaba.

FÉLIX.

Que vinieses deseaba,
Porque me voy al instante
A ver si han venido cartas,
Que después que yo saldrian
En las que me avisarian
De mis dependencias, que hartas
Tengo, don Damian, que hacer.

DAMIAN.

Id con Dios.

FÉLIX.

Guárdeos el cielo.

ESCENA XV.

DON DAMIAN.

Solo quedé, solo estoy:

ra á discurrir voy,
ido y con desvelo,
que mas me conviene;
ita loca mujer
in vil proceder
ñado me tiene?
ielo es justicia,
ecutado conmigo;
l cielo es castigo
endar mi codicia;
ndo yo imaginaba,
suyos los cantados
te mil ducados,
me pensaba,
gaño este dia,
ue la perfeccion,
sura y dote son
larda María.
t no lo ha entendido,
me ha declarado;
l se ha enamorado,
eñir ha salido
nima, será
e case con ella,
hacendada y bella
ni cuenta está.
go de servir,
erónima él;
que no soy fiel,
me llegué á rendir.
rónima querer,
obre viene á estar!
a ella que cenar,
vo que comer.
un esto no tengo,
mi mujer buena,
rzo, comida y cena
tal bien me prevengo.
á doña María,
rónima está,
vela Félix ya,
estotra ha de ser mia.
o es mudable ser,
enta en un sujeto,
dirse discreto
isto parecer.

ESCENA XVI.

DAMIAN, DOÑA JERONIMA y ANA *con mantos.*

JERÓNIMA.

nian, ¿hemos tardado?
culpa ha tenido;
r me habia perdido,
que le hemos hallado,
s podido salir.

DAMIAN.

iquí es disimular. *(Ap.)*
se tarde en hallar,
engo que decir;
contento estuviera
do aquí, señora,
no os mirara ahora,
da la vida os viera.

JERÓNIMA.

es eso?

DAMIAN.

Digo, que
no llegue á lograr,
con esperar
tento viviré.

JERÓNIMA.

ro juzgué otra cosa.

DAMIAN.

ieis nada, por Dios,
que no dejeis vos
erfecta y hermosa.

JERÓNIMA.

¿Qué os parece, don Damian?
¿Vengo buena? ¿está bien puesto,
O me sienta bien todo esto?

DAMIAN.

Todas las cosas están
Como en su centro, señora.

JERÓNIMA.

Pues la bata y el brial
Dijo que me estaba mal
Esta criada habladora.

DAMIAN.

No hay tal, que os está de modo,
Que aunque ahora no se ve,
Yo aseguraré bien que
Es de vuestra gala el todo.

JERÓNIMA.

Este pañuelo he estrenado,
Y tambien estas manillas
Con muy graciosas hebillas,
Y este rosario estrellado.

ANA.

Y como yo me esmeré
En peinarte hoy á la moda,
¿Qué va, que la corte toda
Se admira cuando te ve?

JERÓNIMA.

Aunque tú no me peinaras,
No me has de poder quitar
Este garbo en el andar,
Ni otras circunstancias raras,
Que me dió naturaleza.
Y aquesto no es alabarme,
Pues de ello quiso adornarme,
Ya que no me dió belleza.

DAMIAN.

¡Qué pesadez! ambas cosas
Naturaleza te dió,
Porque nunca he visto yo
No ser bellas las garbosas;
Que aunque la cara no sea,
El alma, que encierran dentro
De aquel bien dispuesto centro,
Se da á entender que no es fea.

JERÓNIMA.

Lo mesmo me dicen todos,
Todos no me han de engañar;
A Dios tengo que alabar
Por muy diferentes modos.

DAMIAN.

Vamos, si á misa hemos de ir,
Que yo no puedo esperar,
Y no os podré acompañar,
Si es que tardais en salir.

JERÓNIMA.

Qué, ¿os enfadais de ir conmigo?

DAMIAN.

No, señora.

JERÓNIMA.

Es que creí,
Que ibais á decir que sí.

DAMIAN.

Pongo al cielo por testigo.

JERÓNIMA.

Pues vamos acia allá fuera.
Damian, dadme el brazo vos,
Y ojalá que quiera Dios
Que hallemos misa lijera.
Mas por ver si bien tocada,
O algo olvidado me dejo,
Alcanza, Anita, ese espejo
Para darme otra mirada.

ANA.

Aqui está: ¡Jesus mil veces!
Ya van treinta miraduras,
Yo suelo mirarme á oscuras,
Sin aquestas pesadeces.

JERÓNIMA.

¿Quieres igualarte tú
Conmigo? ¡qué gracia, niña!
¿Necesitas tú basquiña,
Manto, punta y pitibú?
Daca el espejo, habladora.

ANA.

Ahí está.

JERÓNIMA.

Pienso, señor,
Que me está mejor la flor,
Que no endenantes, ahora;
Y es que como fatigada
Estoy de haberme vestido,
Con el afán que he tenidó
Estoy algo sonrosada.

DAMIAN.

Todo está bien: vamos pues.

JERÓNIMA.

Vamos bajando, y en tanto,
Repara, Anita, ese manto,
No sea que vaya al revés.
¡Ay Jesus! yo me iba á misa
Con los vuelos de dormir,
Y así no puedo salir;
Ve, y tráeme esotros aprisa.
Vaya, vaya, que la gente
Que en ello repararia
Sin duda alguna diria
Que iba en estremo decente;
Despáchate.

ANA.

Voy, señora. *(Vase.)*

JERÓNIMA.

Ni un rato pude lograr
De poderme sola hallar
Con vos, don Damian, y ahora,
Que se ofreció esta ocasion,
Hablemos de una vez claros,
Porque mis sucesos raros
De todas maneras son.
Por vos anda el honor mio
En peligro, don Damian,
Todos ladrándole están
Contra vos siempre á mi tio.
Mucho escándalo se ha dado,
Esto bien lo conoceis;
Y pues cual decis teneis
Un mayorazgo colmado;
Si nos hemos de casar,
Como me habeis prometido,
No lo echemos en olvido,
Ni en esto hay que retardar;
Pues como estoy hacendada,
Y el dote saben que tengo,
A estar cada dia vengo
De muchos importunada;
Y si acaso os descuidais,
Aunque yo firme he de ser,
Mirad que podreis perder
Lo que tanto deseais.

DAMIAN.

Yo siempre me alegraria,
Y nunca son mis intentos
Otros que vuestros aumentos
Y bien, Jerónima mia;
Y si os he galanteado,
Fué por solo imaginar
Que no hubiera de intentar
Nadie lo que yo he intentado.
No porque os juzgué olvidada,
Ni en oscura esclavitud;
Sino porque la virtud
Nunca suéle ser buscada.
Pero pues me decis vos

Que no falta quien os quiera,
Si esto bien se considera,
Dar mil gracias debo a Dios;
Pues ya sabido se está,
Sin que el decirlo me asombre,
Que otro cualesquiera hombre
Mas digno que yo será:
Y así estoy muy consolado,
Sin que á mi pena me aumente
De que en lo que es conveniente,
Señora, hayais mejorado.

JERÓNIMA.

¿Con que ya ingrato decís,
Con lisonja y mala fe,
Que yo me case? Y bien sé,
Que en cuanto me hablais mentís.
¿Con que ya tantas finezas,
Tantas vueltas y paseos,
Favores y galanteos
A menospreciar empiezas?
Todo el tiempo se ha perdido,
Que se ocupó en desear
Lo que no se ha de gozar
Por tu ingratitud y olvido.
Pues vive Dios, que has de ver,
Aunque me cueste la vida,
Que es víbora enfurecida
Despreciada una mujer.

DAMIAN.

De lo que gracias debieras
Rendirme, ¿quejas me das?
Considéralo, y verás
Mis palabras verdaderas.
No digo yo que no quiero
Casarme contigo, digo,
Que es mejor case contigo
Algun rico caballero,
Que con toda la decencia
Te trate que tú mereces,
Donde estés mejor mil veces
Y con mayor opulencia.
Mas sentiré yo el dejarte
Que tú lo puedes sentir;
Y no me he de despedir,
Aunque te pierda, de amarte.
¿Puedo hacer mayor portento,
Ni de mayor escelencia,
Que es buscar tu conveniencia
A costa de mi tormento?

JERÓNIMA.

Bien con eso te disculpas.

DAMIAN.

Mayor disculpa es, por Dios,
Que Félix os quiere á vos.

JERÓNIMA.

Pues de eso á mí ¿qué me culpas?

DAMIAN.

Rendido á vos le miré;
Por vos no ha mucho que al Prado
Me sacó desafiado.

JERÓNIMA

Pues yo no se lo mandé.
(Sale Ana.)

ANA.

Aquí están.

JERÓNIMA.

Vamos aprisa.
Que ellos causa hubieran sido,
Si no hubiesen parecido,
De que hoy perdiera la misa.
Id delante; yo ya voy *(Vase Damian.)*
Un poco mas consolada,
Puesto que galanteada
De dos á lo menos soy;
Y uno ú otro bien se infiere
Que caerán, y yo lo espero:
O el uno porque lo quiero,
O el otro porque me quiere.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX.

Ahora que solo he llegado,
Y Jerónima y Damian
Discurro que en misa están,
Porque yo los he atisbado,
Puede ser que halle ocasion
De hablar á doña María,
Y decir la pena mia
Con respeto y sumision.
Martinilla puede ser
Que dijese alguna cosa,
Que una es parlera, curiosa
Otra: una y otra mujer.

ESCENA II.

DON FELIX Y DOÑA MARIA.

MARÍA.

Don Félix, seais bien venido.

FÉLIX.

Seais, señora, bien hallada.

MARÍA.

Sea feliz vuestra llegada.

FÉLIX.

A los cielos eso pido.

MARÍA.

Qué, ¿no habeis acompañado
A mi prima?

FÉLIX.

No, señora.

MARÍA.

¿Por qué?

FÉLIX.

Porque estoy ahora
Mas altamente empleado.

MARÍA.

¿Pues no estuvierais mejor
Con mi prima?

FÉLIX.

No estuviera,
Que á estarlo, lo dispusiera
De otra manera el amor.

MARÍA.

¿Qué amor?

FÉLIX.

El mucho que os tengo.

MARÍA.

Ahora es buena ocasion,
Que de vuestra adulacion
A hacer burla me prevengo.

FÉLIX.

¿De mis afectos haceis
Burla?

MARÍA.

Sí, don Félix, sí,
Porque lisonjero os vi,
Y vos bien lo conoceis.

FÉLIX.

¿Es lisonja la verdad?

MARÍA.

¿Qué verdad?

FÉLIX.

El que yo os quiero.

MARÍA.

Dudo el que sea verdadero.

FÉLIX.

¿En qué hallais dificultad?

MARÍA.

El corto mérito mio
Me hace dudar.

FÉLIX.

Pues, señora,
Rompa de una vez los grillos
A mi silencio, y aunque
El atrevimiento indigno
De proferir que os adoro
Pague con un ceño esquivo,
Mas que morir de cobarde,
Vale morir de atrevido.
Don Félix soy de Contreras,
Tengo un mayorazgo rico,
Y esperando por instantes
Estoy, señora, el aviso
De un pleito que á mi favor
Se habrá sentenciado y visto;
Y por si acaso saliese
En contrario, yo he venido
A hacer estas diligencias;
Y porque sepais que os digo
La verdad, esta mañana,
Cuando á una posada arribo,
Hallé á este Damian, que un tiempo
Solo fué mi conocido,
Aunque él, por lo que le importa,
Dice que somos amigos.
Trájome al instante aquí,
Ponderándome el hechizo
De vuestra prima, á quien ama
El con afecto escesivo.
Yo confieso (ahora vereis
Que es verdad lo que yo os digo)
Que á la primer vista todo
Me arrebaté suspendido
De sus aparentes gracias.
No me avergüenzo al decirlo;
Pero ya desengañado,
Y habiendo bien advertido
Cuán diferentes las dos
Sois (y agradeced que omito
Contar vuestras perfecciones),
Ya de veras me he rendido
A vos; vuestro esclavo soy:
No querais que amor tan fino
Se malogre; que yo os juro
Por los cielos cristalinos,
Que no dejaré de amaros,
Mientras me miraren vivo.
Yo vengo recomendado
Por cartas á vuestro tio,
Y al instante que me vea,
Como yo le he conocido
En Valladolid, me hará
Cuanto agasajo imagino
Pueda hacerme; y vos, señora,
No olvideis lo que os he dicho.
Ved qué respondeis; que ahora,
Sin salir de aqueste sitio,
Espero de vuestra boca
La libertad ó el suplicio.

MARÍA.

Para responder, don Félix,
Muchas cosas necesito.

FÉLIX.

Decidme.

MARÍA.

Satisfacerme
Primeramente es preciso
De vuestro amor, porque quien
Sin consideracion quiso
A mi prima, y la aborrece
Casi en el instante mismo,
Es claro que no podrá
Mostrar constancia conmigo.

FÉLIX.

El querer á vuestra prima
Fué impensado é improviso;
Mas el quereros á vos

ya muy prevenido.
¡no os acordais
en Valladolid fino
dichosa tarde
de aquel peligro?

MARÍA.

d: bien os conozco.

FÉLIX.

i amor es antiguo.

MARÍA.

mo amaste á mi prima?

FÉLIX.

bia conocido.

MARÍA.

conoceis tampoco
mérito mio.

FÉLIX.

os respondo tambien,
da el alma os digo,
rtífice supremo
su habilidad quiso,
os formó tan hermosa;
e no querais oirlo,
ie es por despreciarme,
queis coloridos
o rigor; y ahora,
l desengaño he visto,
con Dios.

MARÍA.

Don Félix:
is tan ejecutivo!

FÉLIX.

irme sí ó no,
bastante tiempo he visto.

MARÍA.

id, si á mi prima
eis y habeis querido
n pequeño espacio,
lo vano el mio?

FÉLIX.

uise á vuestra prima
que á haberlo dicho,
s que la quisiera,
estorbos infinitos
ieran á mi intento;
vos os lo digo,
d que es verdad,
y por ofendido
á un hombre como yo
is de fementido;
ien engaña á una dama
a grande delito.
con Dios.

MARÍA.

Mira, Félix.

FÉLIX.

cis?

MARÍA.

Que no me animo
nada.

FÉLIX.

¿Por qué?

MARÍA.

es grande empacho el mio.

FÉLIX.

engañar le tengo;
ndo la verdad digo,
ma me da alientos
r lo que solicito.

MARÍA.

mele á mí tambien:
ñes, don Félix mio,
e recato, en mí propio,
Me tenga el labio encogido.
Ni estrañes, que ya que suelto
La voz, parezca al decirlo,
Que yo estoy acostumbrada
Á semejantes estilos;
Porque el que una mujer mire
Al santo fin que yo miro,
Ni es de su calidad mengua,
Ni es de su fama delito.
Te ví, y bien me pareciste;
Perdona, si no te digo
Que te quiero, que me abrasa
La vergüenza al proferirlo.
Diez y siete mil ducados,
Y aun mas es el dote mio,
Yo soy tuya, así los cielos
Lo han dispuesto y lo han querido:
Y siento no tener cuanto
Engendra el Potosí rico,
Para ofrecerte por muestras,
Félix, de lo que te estimo.

FÉLIX.

No al oro y plata, señora,
A tí solamente aspiro.

MARÍA.

¿Me faltarás?

FÉLIX.

¿Qué es faltar?
Primero que lo que digo
Falte, verás desplomarse
Los círculos de zafiros.

MARÍA.

¿Y mi prima?

FÉLIX.

Que tal cosa
No me nombres te suplico.

MARÍA.

Es que temo...

FÉLIX.

Pues ¿qué temes?

MARÍA.

Si serás para cumplirlo.

FÉLIX.

Mas temo yo tus mudanzas,

MARÍA.

Que no las temas te digo.

FÉLIX.

Con que ¿no temo?

MARÍA.

No temas.

FÉLIX.

¿Serás mia?

MARÍA.

¿Serás mio?

FÉLIX.

Sí.

MARÍA.

Sí.

FÉLIX.

Pues adios, señora.

MARÍA.

Adios... pero aquí mi tio
Viene.

FÉLIX.

No importa, que yo
Saldré bien de este peligro.

ESCENA III.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¿Con quién estabas hablando?
Mas ¡cielos! ¿qué es lo que miro?
¡Don Félix!

FÉLIX.

Á vuestras plantas
Estoy, señor don Rodrigo.

RODRIGO.

Enhorabuena á mi casa
Vos seais muy bien venido;
Y ¿cuándo fué la llegada?

FÉLIX.

Poco tiempo ha: de mi tio
El catedrático traigo
Esta carta, que á vos mismo
Dijo que se la entregara.

RODRIGO.

Somos muy grandes amigos.
Y ¿cómo está?

FÉLIX.

Le dejé
Con salud para serviros.

RODRIGO.

¿Y toda la demás gente?

FÉLIX.

Buenos.

RODRIGO.

Todos los antiguos
Concurrentes á la mesa
De naipes de vuestro tio,
¿Cómo están?

FÉLIX.

Con salud todos.

RODRIGO.

¡Qué bien que nos divertimos
Las noches de los inviernos!

FÉLIX.

Y ahora hacen todos lo mismo.

RODRIGO.

Me alegro; y vos ya sabeis,
Aunque es ocioso el decirlo,
Que tengo casa en Madrid;
Y aunque deba haber sentido,
Que sin atender á aquesto
Á una posada hayais ido,
Con todo, aun tiene remedio.

FÉLIX.

Es fineza que yo estimo;
Mas no quiero molestaros.

RODRIGO.

Ninguna disculpa admito;
En mi casa habeis de estar:
Dile al escribiente mio,
Mariquita, que se llegue
Por los trastos mas precisos
A la posada, que así
Sé yo honrar á mis amigos.

FÉLIX.

Obligado me confieso.

RODRIGO.

Y en el cuarto junto al mio
Poned la cama á don Félix.

MARÍA.

Voy, señor. *(Vase.)*

RODRIGO.

Debo advertiros,
Que al cuarto de mis sobrinas
No entreis con ningun motivo,
Porque no parece bien,
Y tal llaneza no admito,
Ni aun de sus mesmos parientes:
Esto acá es cierto capricho,
No de viejo, sino de
Hombre de maduro juicio,
Que sabe lo que es el mundo;
Y cuando á casa rendido
Vengais de pasear la corte,

Podeis muy bien divertiros
En mi estudio con mis cuadros,
Con mis mapas y mis libros.
Ved, que lo dicho, don Félix,
No lo pongais en olvido.

FÉLIX.

A todo cuanto mandais
Obediente me resigno.

(Sale doña María.)

MARÍA.

Ya todo dispuesto queda.

RODRIGO.

Pues ahora yo me retiro
Con vuestra licencia á leer
La carta.

FÉLIX.

En ella mi tio
Os informa por estenso,
Señor, á lo que he venido.

RODRIGO.

Ved que lo dicho, don Félix,
No lo pongais en olvido.

ESCENA IV.

DON FELIX Y DOÑA MARÍA.

MARÍA.

Dichosa ha sido mi suerte.

FÉLIX.

Mas feliz la mia ha sido,
Porque así habré conseguido
A menudo hablarte y verte;
Y aunque con tanto rigor
Quiere impedirlo tu tio,
Es un loco desvarío
Poner riendas al amor.
Ahora voy á la posada
A decirle al escribiente,
Que traiga lo conveniente,
Porque no se olvide nada.

MARÍA.

Adios.

FÉLIX.

Adios. *(Vase.)*

MARÍA.

¡Santo cielo!
Hoy vuestro poder me valga,
Permitidme que bien salga
Mi cuidado y mi desvelo.
Mi casto intento premiad,
Pues que lo sabeis bien claro,
Y halle en vosotros amparo
La encogida honestidad.

ESCENA V.

DOÑA MARIA, DOÑA JERÓNIMA Y DON DAMIAN.

JERÓNIMA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué cansada,
Prima, vengo, y qué molida!
Una silla, por tu vida,
Arrima, y ponla una almohada.

MARÍA.

Ya dos sillas aquí están.

JERÓNIMA.

Pues vendreis cansado vos,
Sentaos un poco, por Dios,
Que ya os ireis, don Damian.

DAMIAN.

Poco estaré.

JERÓNIMA.

Vaya, vaya,
Que está la calle Mayor
Con tanta gala y primor,
Que casi pasa de raya.
Un aderezo que vi,
Mejor no se puede hallar,
Con su peto y su collar,
Con lazos y escusalí.
Por no buscarle no estreno,
Porque estará ya olvidado
Otro que tengo guardado
Que es, si no mejor, tan bueno.
No me puedo levantar,
Cierto que esto es penitencia;
Pero con vuestra licencia
Voy á entrarme á desnudar.

ESCENA VI.

DOÑA MARIA Y DON DAMIAN.

MARÍA.

Yo tambien me voy.

DAMIAN.

Señora,
¿Solo me quereis dejar?

MARÍA.

Sí.

DAMIAN.

Es que os tengo yo que hablar.

MARÍA.

¿Qué quereis hablarme ahora?

DAMIAN.

Suspended un poco el paso,
Y escuchadme.

MARÍA.

Ya os escucho.

DAMIAN.

Con amor y miedo lucho.
Todo me hielo y me abraso. *(Ap.)*

MARÍA.

Decid, pues.

DAMIAN.

Digo, señora,
Que antes de todo postrado
A vuestras plantas os pido
Perdon de lo temerario
Que he de andar en lo que diga;
Mas yo solo confiado
En vuestra piedad, espero
Que no formareis agravio.
Yo, señora, conociendo
Los quilates y los grados
De vuestra hermosura, digo
Que humilde los idolatro,
Digo que os quiero de veras,
Y mas que á mi vida os amo;
Y en fin......

MARÍA.

No me digais mas.

DAMIAN.

Con que ¿os habeis enojado?

MARÍA.

¿No me he de enojar, si veo
Claramente un desengaño
De vuestra inconstancia ingrata?

DAMIAN.

Pues sabed, que porfiando
Se vence un muro, y un monte
Suele venir desplomado,
Se labra un diamante, y todo
Se le rinde al tiempo cano.

MARÍA.

Menos mi pecho, que está
De vos muy desengañado.

DAMIAN.

Pues por mas que os retireis,
Yo no he de dejar de amaros;
Y en oyendo mi razon
Os reducireis acaso.

MARÍA.

Primero que me reduzca,
Domesticareis un mármol. *(Vase.)*

DAMIAN.

No hay mujer que á la lisonja
Resista por grande espacio.

ESCENA VII.

DON DAMIAN Y DON FELIX.

FÉLIX.

Don Damian.

DAMIAN.

Don Félix.

FÉLIX.

Tengo
Un grande gusto que daros...

DAMIAN.

Yo á vos una enhorabuena.

FÉLIX.

Las albricias que yo aguardo,
Por la noticia que os dé,
Son muy grandes.

DAMIAN.

He pensado,
Que aun me las dareis mayores
Por las nuevas que yo os traigo.

FÉLIX.

Yo quiero hablar el primero.

DAMIAN.

Antes yo pretendo hablaros.

FÉLIX.

He de ser yo.

DAMIAN.

No has de ser.

FÉLIX.

Pues hablaremos entrambos
De una vez.

DAMIAN.

Es imposible.

FÉLIX.

Mas ¿qué os estais recelando
De lo que voy á decir?

DAMIAN.

Mas ¿qué vos habeis pensado?...

FÉLIX.

Nada pensé: oid.

DAMIAN.

No escucho.

FÉLIX.

Pues lo diré al aire vano.

DAMIAN.

Fuerza es oir; oigo pues.

FÉLIX.

Pues ya veis que ha poco rato,
Que porque os dije que amaba
A Jerónima, enojado
Con razon de que os quitase
Lo que ha tanto estais amando,
Con dolor de la amistad
Salimos desafiados.

DAMIAN.

Es verdad...

FÉLIX.

Pues, porque no haya
Entre amigos mas agravios,
La olvidé...

DAMIAN.

No lo sabrá,
Que yo tambien la he dejado. *(Ap.)*
Oid...

FÉLIX.

Aguardad que acabe,
Y os escucharé despacio.

DAMIAN.

Ahora me toca á mí.

FÉLIX.

Mientras no he finalizado
Mi razonamiento, ¿es justo
Que vos querais estorbarlo?
Escuchad, ó vive Dios...

DAMIAN.

Mas valiera no escucharlo.

FÉLIX.

Digo pues que porque no haya
Entre amigos mas agravios,
A Jerónima dejé,
Y el corazon me ha robado
Su prima doña María.

DAMIAN.

¡Que esto escucho, y no le mato! *(Ap.)*

FÉLIX.

¿Qué decís?

DAMIAN.

¡Hombre, á quien juzgo
Que trajo á Madrid el diablo,
Solo por mortificarme,
Y para ser mi contrario!
¿Posible es que á cuantas cosas
Dispongo, imagino y trato
Te has de oponer?

FÉLIX.

Pues ahora
Que alegre estaba esperando
De vos agradecimientos
Por la fineza que os hago,
¿Sin cuidar del beneficio
Con ingratitud os hallo?

DAMIAN.

¿Qué beneficio me has hecho,
Hombre, que el infierno trajo
Para estorbar mi quietud?
Sabe que yo imaginando
Que un grande favor te hacia,
Venciéndome todo cuanto
Fué posible, te he cedido
A Jerónima; milagro
Es este de mi amistad;
Y como nunca inclinado
Te vi á su prima, escogíla;
Y ya que una me has quitado,
Otra pretendes quitarme,
Para que si yo la alargo,
Ver en quién pongo los ojos,
Y obligarla de contado.

FÉLIX.

¿Con que á la bella María
Amais?

DAMIAN.

Esto es, Félix, claro.

FÉLIX.

No sé cómo con la espada
La respuesta no os he dado.
¡Con que tal atrevimiento
Teneis al ver que yo honrado,
Por ser gusto antiguo vuestro
Jerónima, os la he dejado!

DAMIAN.

Pues ya de parecer mudo.

FÉLIX.

No sé si podreis lograrlo.

DAMIAN.

Lograrélo con la espada.

FÉLIX.

Pues, aunque viole el sagrado,
Y aunque el honor aventure
De ambas primas, porque osado
Mas no seais, no habeis de
Salir vivo de este cuarto;
Sacad la espada...

DAMIAN.

Aunque cierto
Es que el sacarla es estraño
Contra un amigo, allá voy.

FÉLIX.

Siempre andais muy remirado
Cuando llegais á reñir.

DAMIAN.

Y ahora mas que nunca ando.
Lo primero y principal
Por el paraje en que estamos;
Lo otro, porque si de antes
Que eligiese ella dejamos,
Será bien hecho que ahora
Lo que allí hicimos hagamos.

FÉLIX.

¿Con que á su eleccion quereis
Que este duelo remitamos?

DAMIAN.

Sí.

FÉLIX.

Pues aunque sé muy bien,
Que afrenta á un enamorado
Consentir competidor
Que se muestre apasionado,
Como sé que contra mí
Sois tan pequeño contrario,
Que aun me afrentara el venceros,
Para ver si os desengaño
He de consentir en ello;
Y así obliguémosla entrambos,
Y esté en su eleccion el ser
O dichoso ó desdichado.

DAMIAN.

Pues porque á mí me es preciso
Ir á hacer cierto recado,
Iré y volveré, don Félix,
De aquí á brevísimo rato.

FÉLIX.

Id con Dios.

ESCENA VII.

DON FELIX Y DOÑA JERONIMA.

JERÓNIMA.

Señor don Félix,
¡Cuánto me alegro de hallaros!

FÉLIX.

Pues ¿qué mandais?

JERÓNIMA.

Seré breve.

FÉLIX.

Decid.

JERÓNIMA.

Vos sois avisado,
Y sabeis muy bien lo que
Una mujer de mi estado
Se corre al decirle á un hombre,
Que de su amor se ha prendado;
Y bien sabeis que cualquiera
Debe estar muy obligado
A semejante favor.
Yo (aunque me afrento al hablarlo)
Os quiero bien, ya lo he dicho,
Ved que respuesta no aguardo,
Porque supongo que á vos
No os conviene el ser ingrato.
Ved que una mujer os ruega
De mi sangre y de mi estado.

ESCENA VIII.

DON FELIX.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer
En un lance tan estraño?
Si lo que á mí me sucede
Se fingiera en un teatro,
Lance propio de comedia
Lo juzgara el vulgo vano.
Apenas á Madrid llego,
Y aun mis cosas no he empezado
A disponer, y tan pronto
Tantas confusiones hallo.
Despechada una mujer,
Que me quiere me ha mostrado;
El otro quiere á la otra,
Que es á quien de veras amo.
A esta, cierto, no la quiero;
Mas ¿cómo he de ser ingrato
A una mujer que me ruega?
Mas si á su prima idolatro,
¿Cómo he de poner en otra
Ni mi amor ni mi cuidado?
Y si el otro me ha cedido
Cauteloso ó cortesano
La que él primero adoraba,
Y ahora á mí me está adorando,
Y él quiere la que yo quiero,
Le hago grandísimo agravio
En no ceder, pues cedió,
Y él su gusto ha sujetado.
Pero todas estas cosas
Vinieran muy bien al caso,
Si no hubiera en medio amor;
Pero, pues amor ha entrado,
Ni Jerónima ó Damian,
Ni el mundo que esté en contrario,
Ni uno con sofisterías,
Ni la otra con halagos
Me apartarán, ó María,
Del amor que te he mostrado.

ESCENA IX.

DON FELIX, DON DAMIAN, Y *luego* ANA.

DAMIAN.

¿He tardado?

FÉLIX.

No por cierto,
Don Damian, no habeis tardado.

DAMIAN.

Pues yo ya habia juzgado
Que el cuarto estuviese abierto,
O que hubiesen ya salido
Las dos á conversacion.

FÉLIX.

Aun no será la ocasion.

DAMIAN.

Pues á buen tiempo he venido.

FÉLIX.

Pues mientras tanto que salen,
Ya que no hemos de reñir,
Mirad si quereis venir
Fuera.

DAMIAN.

Tus palabras valen
Mucho hoy conmigo; gustoso,
Aunque yo qué hacer no tengo,
A seguirte me prevengo,
Por no hacerme sospechoso
Con quedarme.

ANA.

Andad con Dios;
Mas presto volver podeis,
Si por ventura quereis
Hablar despacio á las dos.

FÉLIX.

Ya volvemos.

ESCENA X.

DOÑA JERONIMA y ANA.

JERÓNIMA.

Ya te dije,
Anita, como le hablé;
La respuesta no aguardé,
Y el aguardarla me aflige.
No se debiera buscar
Bien alguno, ni querer,
Tan solo por no tener
El trabajo de esperar.
Y es tan grande este dolor,
Que segun llego á pensar,
Si es malo el desesperar,
El esperar es peor;
Porque el bien, si es que se alcanza,
No causa placer cumplido,
Como está el pecho rendido
Al rigor de la esperanza.
Y á no haber sabido cierto,
Que por mí desafiado
Sacó á don Damian al Prado,
Primero me hubiera muerto,
Que decirle mi pasion;
Pero como su amor sé,
Por eso, Anita, le hablé
Con tanta resolucion.
Don Damian ya he conocido,
Y me lo dijo el criado,
Que es un tramposo, preciado
De discreto, y presumido.
Estotro es rico y galante,
Y es sin duda que me quiere;
Y como se dispusiere
Nuestra boda en un instante,
Tú serás mi camarera,
Y por de dia y de noche
Siempre hemos de andar en coche,
Tú al vidrio y yo á la testera.
Si una bata entonces saco,
Sacaré otra para tí,
Un reloj y escusalí,
Con tu caja de tabaco.
Estando así tan bonitas,
Tendremos mil galanteos,
Por lucir en los paseos
Y campar en las visitas.

ANA.

¿Y las cosas no escusadas,
Que en casa sean menester?

JERÓNIMA.

Para lo que haya que hacer
Recibiré otras criadas.

ANA.

Bien.

JERÓNIMA.

Compraré manteletas
De unas que he visto á la moda,
Bata hecha de aguja toda,
Paletinas y cofietas.

ANA.

Cualquiera moda que salga,
Por Dios, señora, que sean
Las primeras que se vean
Nosotras con ella.

JERÓNIMA.

Y valgan
Las cosas lo que valieren,
Yo mi nombre he de perder,
Si habrá en la corte mujer
Que antes con ellas las vieren.

ANA.

No tengo que responder,
Ni responderá el mas ducho;
Ahora me afirmo en que es mucho
Lo que alcanza una mujer.

JERÓNIMA.

Pues ahora solo me falta
Componerme mas y mas.
¿Van bien los pliegues de atrás?
¿La chinela azul resalta?

ANA.

Todo está bien.

JERÓNIMA.

La verdad,
Di: ¿te parezco donosa?

ANA.

No vi mujer mas hermosa
Ni con tanta gravedad.

JERÓNIMA.

¿Está este peinado igual?

ANA.

Él está, que ni pintado.

JERÓNIMA.

¿Es porque tú me has peinado?

ANA.

Por Dios que no digas tal.

JERÓNIMA.

Con que ¿puedo parecer?

ANA.

Y tan bien, que el que te viera,
Es preciso que te quiera
Sin poderse contener.

JERÓNIMA.

¿A Félix le gustaré?

ANA.

Al instante que te vea
Se ha de hacer una jalea.

JERÓNIMA.

Pues yo albricias te daré;
Pero entrémonos lijeras,
Verás con la astucia rara
Que me compongo la cara.
Entrame aquí las salseras.

ANA.

Que querais entrar me espanto,
Pues ¿no está aquí el tocador?

JERÓNIMA.

Sí, pero adentro es mejor,
Por si vienen mientras tanto.

ESCENA XI.

DICHAS y DOÑA MARÍA.

ANA.

Aquí está doña María.

JERÓNIMA.

Adios, que tengo que hacer.

MARÍA.

Pues vuelve presto, mujer.

JERÓNIMA.

Al instante, prima mia.

ESCENA XII.

DOÑA MARÍA y MARTINA.

MARTINA.

Contenta estás.

MARÍA.

Sí lo estoy,
Martina; y el caso fuera
Que el caso se compusiera,
Y quedara acabado hoy.

MARTINA.

Puede ser.

MARÍA.

No es imposible.

MARTINA.

Con que ¿él de veras te quiere?

MARÍA.

Lo cierto es que por mí muere.

MARTINA.

Mas ya sabes lo terrible
Que á las dos habló tu tio,
Sobre que no entrase aquí.

MARÍA.

Pero ¿qué se me da á mí,
Si ha de ser esposo mio?

MARTINA.

Ya presto vendrá á comer.

MARÍA.

Mucho no puede tardar.

MARTINA.

Pisadas oigo sonar.

MARÍA.

Alárgate un poco á ver.

MARTINA.

No es él, que es el pisaverde.

MARÍA.

¿Damian? Voime como un trueno,
Que este hombre en malo ni en bueno
Quiero que de mí se acuerde.

ESCENA XIII.

MARTINA, DON DAMIAN y ROQUE.

DAMIAN.

Calla, Roque.

ROQUE.

Si es verdad....

DAMIAN.

Calla, diablo.

ROQUE.

Lo que digo.

MARTINA.

Voime, pues no hablan conmigo,
Por no oir su necedad. *(Vase.)*

DAMIAN.

Calla, y da gracias á Dios,
Que no te he roto allá fuera
Esa cabeza altanera.

ROQUE.

Pues ya que estamos los dos
Solos, y no me das blanca,
Cobrar quiero en modo raro,
Porque por hablarte claro
El corazon se me arranca.
Díme, infeliz mequetrefe,
Pobre trompeta, holgazán,
Que eres un pobre bausán,
Y andas fingiéndote un jefe:
¿Quién demonios te ha soplado,
Por arte de Bercebú,
O de dónde sacas tú
Que he de ser yo tu criado?
Bien sabes tú que sirviendo
Estamos con cierto usía,
Y en su casa todo el dia
Te llaman Juan Pereciendo.
El tal amo lameron,
Que el soltar cuartos le amarga,
Bien ves que la paga alarga,
Y que acorta la racion.
Tú estos daños resarcidos
Tienes en los bienes suyos;
Pues diciendo que son tuyos,
Vas á lucir sus vestidos.

DAMIAN.

co tu malicia,
tu infiel capricho;
:n sé lo que has dicho,
ıa de faltar justicia.

ROQUE.

me ahorquen en hablando.

DAMIAN.

ROQUE.

› quiero callar.

DAMIAN.

ır no alborotar.

ROQUE.

:stés enamorado
ıfeliz pobretona,
.iene ni ha tenido
tú tienes creido
na gran señorona!
es cosa de risa,
ı agujero tanto
ounta de manto
ı de su camisa.
: anda tan á lo majo
ma y pulidito,
:as, pobrecito,
ı la maula debajo.
, voy á otra cosa:
a de ser tu mujer,
ú qué sabe hacer,
nilde y hacendosa?
en, yo la pregunto,
:sta niña: ¿cuál
punto pascual?
de sábana el punto?
e pone un guisado?
: arrima una olla?
; cachos de cebolla
ı en un estofado?
ıe no sabe nada
ni ella lo ha estudiado!
hacer un guisado
ıe será estremada.

DAMIAN.

;?

ROQUE.

El carnero verde.
:sta cosa infiero,
ser hacer carnero
ıuchacha se acuerde.

DAMIAN.

ınto.

ROQUE.

Yo, ¿por qué?

DAMIAN.

hablas equivocado.

ROQUE.

ıste, ó te has casado?

DAMIAN.

casar? ya la dejé.

ROQUE.

:o, por vida mia.
ıes dama?

DAMIAN.

Sí.

ROQUE.

Bien:
› sabremos quién?

DAMIAN.

ı doña María.

ESCENA XIV.

DON DAMIAN, DON FELIX Y ROQUE.

FÉLIX.

Aquel de Valladolid,
Don Damian, me ha detenido;
Él no sabe que he venido
Esta mañana á Madrid.
¿Han salido?

DAMIAN.

Todavía;
Mas ahora digo que sí.
Jerónima viene aquí,
Y tambien doña María.

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA JERONIMA, DOÑA MARÍA, ANA Y MARTINA.

FÉLIX.

Señoras, á vuestros piés.

DAMIAN.

Mi rendimiento se inclina.

ROQUE.

Y yo á los tuyos, Martina.

MARÍA.

Ya es bien tarde; ¿qué hora es?

JERÓNIMA.

Ved el reloj, don Damian.

ROQUE.

Adios, fueros guapetones;
Cosidas á los calzones
Las cadenillas están.

DAMIAN.

¡Infame!

FÉLIX.

No os inquieteis,
Dejadle por donde estais.
Señora, la que buscais
En mi reloj la hallareis.
(Da el reloj á doña María.)

MARÍA.

Tarde es ya.

JERÓNIMA.

Sillas tomad.

LOS DOS.

Con vuestra licencia.

MARÍA.

Aquí
Fijamente la hora vi;
Tomad el reloj.

FÉLIX.

Dejad.

JERÓNIMA.

Oyes, necia, descuidada,
Sosa, díme: ¿por qué no
Me trajiste el dominó?

ANA.

Tiene una punta rasgada.

MARÍA.

Tened.

FÉLIX.

Miradle despacio.

MARÍA.

Ya le he mirado bastante.

FÉLIX.

Ved, qué firme este diamante,
Y qué hermoso este topacio.

ANA.

Mas ¿quién viene?

JERÓNIMA.

El tio es.

MARTINA.

Ahora aquí será la risa.

MARÍA.

Tomad el reloj aprisa.

FÉLIX.

Yo le tomaré después.

ESCENA XVI.

DICHOS Y DON RODRIGO.

RODRIGO.

¡Válgame Dios! honra mia,
Que á tan infeliz estado
¿Posible es que hayas llegado
Por la infamia y picardía
De dos sobrinas malvadas,
De un huésped que infiel ha sido,
De un picaron atrevido
Y dos perversas criadas?
Mas no quiero alborotar;
Con paz averiguar quiero
Lo que responden primero,
Y después determinar.
No cuido de este bribon;
De Félix quiero saber,
Que á estotro yo le haré hacer
Lo que fuere de razon.
Don Félix, hablemos claros,
¿Qué os he dicho cara á cara?

FÉLIX.

La verdad: que aquí no entrara
Por los motivos mas raros
Que se ofrezcan.

RODRIGO.

Y que á vellas,
Sin á nadie esceptuar,
Nadie á este cuarto ha de entrar,
Que no se case con ellas.

FÉLIX.

Cierto.

RODRIGO.

Y no lo habeis cumplido.

FÉLIX.

¿No cumplí? ¿cómo que no?
Vuestro honor licencia dió
Que el que fuese su marido
Entre sin repulsa alguna,
Y aunque hoy vine, y entré hoy,
Yo cumplo como quien soy
En casándome con una.

ROQUE.

Yo con otra.

RODRIGO.

Tú, alcahuete,
¿Tambien estabas aquí?

ROQUE.

Yo vengo á tratar por mí,
Que no por ningun pobrete.

RODRIGO.

Y vos podeis de contado
A la otra prima elegir,
Pues ninguno ha de salir
Sino que salga casado.

ROQUE.

Esto va bueno, por Dios.

DAMIAN.

Yo lo acepto.

ROQUE.

Yo tambien.

RODRIGO.

Solo resta el ver á quién
Los dos quereis de las dos.

DAMIAN.

Yo, señor...

FÉLIX.
Tened un poco.
DAMIAN.
A mí me toca escoger.
FÉLIX.
No sé cómo podrá ser,
Porque yo ya me sofoco.
DAMIAN.
Yo tambien.
RODRIGO.
No haya quimera :
Mientras lo hablamos los tres,
Vosotras, niñas, bien es
Que os retireis allá fuera.

ESCENA XVII.

DON FELIX, DON DAMIAN Y DON RODRIGO.

DAMIAN.
Don Félix está prendado
De Jerónima la bella.
FÉLIX.
Vos me trajisteis por ella,
Siendo de ella enamorado.
DAMIAN.
Yo de ella ya no lo estoy.
FÉLIX.
Don Damian, si no lo estais,
¿Por ventura os acordais,
Que de ella me hicisteis hoy
Una arenga tan famosa,
Que pareció relacion
De don Pedro Calderon,
Alabándola de hermosa?
Pues queredla vos, que á mí
Me toca doña María;
Ella tiene prenda mia.
DAMIAN.
¿Cuál?
FÉLIX.
El reloj que la dí.
DAMIAN.
Viste á Jerónima; al verla,
Sin respetar mi amistad,
Con ciega temeridad
Te inclinastes á quererla.
FÉLIX.
Y la dejé, aunque la quise,
Por solo ver que era vuestra.
DAMIAN.
Yo os la cedí.
FÉLIX.
Yo tambien,
Y mi aficion á las prendas
Rendí de doña María.
DAMIAN.
Con tal que no sea á ella,
Servid y amad á la otra.
FÉLIX.
No ha mucho que en esta pieza
Me dijisteis, persuadiendo
Que mi afecto la rindiera :
Si á Jerónima no es,
A doña María sea.
Doña María ha de ser,
Aunque el mundo se opusiera.
DAMIAN.
Pues os haré mil pedazos
Antes que caseis con ella.
FÉLIX.
Ya ni atencion, ni cordura,
Ni respeto, ni prudencia
Bastan; la espada responda
A semejante insolencia.
DAMIAN.
Tambien la mia.
RODRIGO.
Teneos :
Ninguno á violar se atreva
El decoro de mi casa;
Dejémoslo á eleccion de ellas.
FÉLIX.
Soy contento.
DAMIAN.
Muerto estoy,
Mas el conceder es fuerza. *(Ap.)*
RODRIGO.
Salid.

ESCENA XVIII.

TODOS.

LAS DOS.
¿Qué mandas, señor?
RODRIGO.
Que cada cual al que quiera
Elija para marido.
LAS DOS.
Don Félix, mi mano es esta.
RODRIGO.
¡Qué es esto!
DAMIAN.
Perdido soy.
JERÓNIMA.
Que Don Félix me corteja,
Y es mi amor; hoy por mí al Prado
Fué á reñir una pendencia.
MARÍA.
Don Félix me ha prometido
Hoy ser mi esposo, y en esa
Suposicion hablo así.
RODRIGO.
Nueva confusion es esta.
JERÓNIMA.
Mi esposo es.
MARÍA.
Es mi marido.
RODRIGO.
Apuremos la materia :
Don Félix, ¿á cuál quereis?
FÉLIX.
Dí palabra, y cumpliréla,
Señor, á doña María;
Su prima se engaña ciega,
Pues juro que no la debo
Obra, palabra ni oferta,
Mas que su necia esperanza.
RODRIGO.
Pues sin acomodo queda,
Dad la mano al punto vos.
DAMIAN.
Yo no me caso con ella.
RODRIGO.
Pues ¿por qué?
DAMIAN.
Por ser quien es.
JERÓNIMA.
Pues no quede yo en afrenta :
Cáseme, y sea el que fuere,
Sombra de marido tenga;
Cumplid, don Damian, lo que
Me ofreceis por estas letras.
(Saca un papel
RODRIGO.
No hay remedio.
DAMIAN.
Si no le hay,
Preciso es que me convenga,
Aunque desde aqueste instante
Mi infierno ya en vida empieza
Con tal mujer.
ROQUE.
Chica.
MARTINA.
¿Qué?
ROQUE.
¿Te cansas de ser soltera?
MARTINA.
Yo sí.
ROQUE.
Pues daca esa mano.
MARTINA.
¿Y comer?
ROQUE.
Aqueso deja.
¿Con qué ha de comer tu ama,
Y se casa? pues pasa ella,
No hay que temer.
RODRIGO.
A esta infame,
Porque obró como quien era,
Los vestidos de su prima
Quitadla.
MARÍA.
No.
RODRIGO.
Vayan fuera.
(Quitanla la bata, y queda muy ridícul
ROQUE.
Si á él quitaran lo prestado,
Sin duda que pareciera,
Por la desnudez de entrambos
Matrimonio de Adan y Eva.
TODOS.
Y todas las que la imiten,
Si para tias no quedan,
Pararán en el estado
Que paró la Petimetra.

HORMESINDA, TRAGEDIA.

PERSONAS.

PELAYO.	GAUDIOSA.	MUNUZA.	GUARDIAS DE MUNUZA.
HORMESINDA.	ELVIRA.	ZULEMA.	GUARDIAS DE PELAYO.
TRASAMUNDO.	FERRANDEZ.	TULGA.	

La escena se representa en una sala del alcázar de Jijon.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

HORMESINDA, ELVIRA.

ELVIRA.

Bella Hormesinda, templa el sentimiento,
Suspende tu continuo y triste llanto;
Da lugar al consuelo, amada, y tanto
No llores y suspires afligida.
Mucho tardar no puede ya tu hermano
En volver á Jijon; su brazo heróico
Dejará la insolencia castigada
Del tirano Munuza: tú vengada
Por su acero serás; no desconfíes,
Y vuelve a serenar el rostro bello,
Que contemplan los míseros cristianos
Como única señal de su fortuna.
La miseria en que gimen importuna
Consuelan con mirarte como hermana
De Pelayo, su asilo y su esperanza;
Y así, porque su aliento no desmaye,
Suspende el llanto, esfuerza la alegría.

HORMESINDA.

¿Cómo podré alegrarme, Elvira mia,
Ni cómo fácil es que se consuele
La infeliz Hormesinda, que infamada
Se mira por un bárbaro villano?

ELVIRA.

No es cual juzgas tan áspero tirano:
Su mucho amor cegó su entendimiento,
Y atropelló con fino atrevimiento
Por lo que otro galán no atropellara
Que no fuese tan ciego y tan amante;
Pero te dió satisfaccion bastante
En el modo que pudo, pues ufano
Solo aspiró á la dicha de tu mano.

HORMESINDA.

¿Y cómo era posible que pensara
Un moro vil, infame y atrevido,
Entre tostados árabes nacido,
Llegar á conseguir fuera su esposa
La hermana de Pelayo? El gran Pelayo,
Que en las funestas márgenes del Lete
Al africano ejército fué rayo.
Un moro, que en escuela abominable
Los dogmas aprendió torpes y rudos,
Con que enseña falaz su errada seta
La falsa religion del vil profeta,
¿Pudiera presumir que una cristiana
Le admitiera por digno de sus brazos
Sacrílega con no lícitos lazos?
¡Ay Elvira! mi bárbara fortuna
Dió tanta libertad á su deseo,
Sin poder los cristianos resistirlo.
El verme en el ultraje que me veo
Le prestó alientos. ¿Quién me lo dijera
A mí, cuando el obsequio desdeñaba
De tanto conde godo; cuando fiera
Despedí esposos nobles en la Galia,
Y me negué á los príncipes de Italia?
¡Ah memoria! ¡Ah memoria! ¡Qué tormento
Tan bárbaro me das! ¿No soy yo aquella
Por quien mas de una vez la real Toledo
De príncipes augustos se poblaba?
¿No soy la que los ánimos prendaba
A un tiempo de los godos y españoles?
¿Pues cómo (¡ay de mí!) pudo un falso moro
Prender mi libertad con torpe nudo?
¿Cómo aspirar á ser mi esposo pudo
Quien no merece ser esclavo mio?
Yo, de la sangre astura descendiente,
Con la real casa goda emparentada;
Yo española y cristiana; yo hija amada
De Luz y de Favila; yo heredera
De mil cántabros pueblos y asturianos,
Que la vida espondrán por su señora,
Y en cautiverio vil me miro ahora!

ELVIRA.

Consolarte, señora, ya procura.

HORMESINDA.

¡Que así se ha malogrado mi hermosura!
¡Oh cielo santo! ¡Oh temeroso dia!
¡Qué lóbrego amanece! ¡Qué funesto
A una alma triste ajena de alegría!
¡Ay, cómo yo me acuerdo del pasado
Tiempo feliz, en que hasta el rey Rodrigo
Se vió por mi desdén martirizado!
¡Cuántas veces de envidia fué tocada
Con desesperacion la hermosa y linda,
Aunque infeliz, bellísima Florinda!
¡Cuántas veces de mí fué reputada
Por infeliz! ¡Mas ay! ¡Oh cuántas veces
Vengo á ser yo mas que ella desdichada!
¡Es esta la fortuna que envidiaron
Cuando mis fieros émulos juzgaron
Que el tálamo real yo le ocupase,
Despreciadas las prendas de Egilona,
Y estimé en poco entonces la corona!

ELVIRA.

Consuélete, señora, la desdicha
Comun que lamentamos; no eres sola:
Ya ves la nacion ínclita española
En su patria cautiva y sojuzgada
Por la canalla vil que Africa envia.
¿Quién ignora el conflicto y agonía
De aquella horrenda y pertinaz batalla

Que de nuestra prision la causa ha sido?
¿Hay por ventura alguno, á cuyo oido
Nuestra infelicidad no haya llegado?
No se escucha en desierto ni en poblado
Sino quejas y míseros lamentos
De madres infelices y de esposas,
Que vagando afligidas y llorosas
En vano con su voz hieren los vientos.
Los hijos de los padres separados,
En hondas y oscurísimas mazmorras
Lloran su desventura encadenados;
Los templos, los altares profanados
Sirven ya de pesebres y mezquitas.
No hubo infamias horrendas ni malditas
Que no ejerciese el bárbaro enemigo;
Mas su culpa asegura su castigo;
Pues Dios no sufrirá por mucho tiempo
Tanta prosperidad en un tirano.
Acaso no está lejos ya tu hermano,
En cuyo amparo el cielo se desvela,
Y él pondrá fin á tu dolor acerbo.

HORMESINDA.

Esa esperanza sola me consuela.
¿Mas qué dirá ¡ay Elvira! cuando llegue
A comprender Pelayo mi deshonra?
¿Qué dirá cuando entienda que engañado
Con fingidas promesas fué enviado
A Córdoba á tratar aleves paces?
¡Ah Munuza, ah Munuza! ¿Qué bien haces
En alejarle así! ¡Mas qué sangriento
Catástrofe te espera! ¡Cuán sediento
De sangre arrancará la espada fuerte!
El estrago menor será tu muerte.
Pero ¡con qué vergüenza iré delante
De Pelayo á contarle mis afrentas!
En vano, en vano, ó corazon, intentas
Esforzarme á decirlo; mas si callo
Muerte é infamia en mis silencios hallo;
Toda soy confusion, horror soy toda.

ELVIRA.

Munuza y Tulga, de la sangre goda
Bastardo descendiente, y renegado
De la cristiana ley, que ha abandonado,
Acia aquí salen.

ESCENA II.

MUNUZA, TULGA y DICHAS.

MUNUZA.

Adorada infanta,
¿Te vas porque yo vengo? ¿Qué te espanta?
No me presento del acero armado
Feroz guerrero con semblante airado;
Sumiso busco tu real clemencia
Para lograr el fin apetecido,
Por que tanto anhelaron mis deseos,
De nuestros empezados himeneos.

HORMESINDA.

Munuza, si con fuerza y rito impío
Puedes llamarte al fin esposo mio,
Qué mas quieres de mí? Ya se ha acabado
Cuanto en mí cabe; y ojalá no fuera
Jamas nuestro himeneo comenzado.
Permíteme llorar; si mi hermosura
Es contigo cual dices poderosa,
Déjame lamentar mi desventura.
¿Imaginas que poco has conseguido?

MUNUZA.

Juzgo que nada, ó que muy poco ha sido
Mientras no logre ver tu rostro bello
Bañado en alegría. Qué, ¿es posible
Que aun no obligó á tu amor la aficion mia?
Que no te he de mirar sin confusiones,
Sin lágrimas, suspiros, ni lamentos?
Que no han de tener fin tus sentimientos,
Que acrisolan mi amor y fe? Que nunca
Con párpados enjutos he de verte?

HORMESINDA.

Verás primero mi violenta muerte,
Que un agrado; mi ley no lo permite:
Antes al centro infiel me precipite
Mi desgracia, que yo dé seña alguna
De no acusar tu arrojo temerario.

MUNUZA.

Yo, Hormesinda, juzgué muy al contrario
De mi amor verdadero y tu nobleza.
Juzgué que mas prudente tu belleza
No olvidara el blason de agradecida;
Sé que de mi piedad es don tu vida,
Y no lo reconoces.

HORMESINDA.

¡Ah inhumanos!
Que en no matando, imaginais dar vida!
Esta es la condicion de los tiranos,
Y esta es, moro, la tuya.

MUNUZA.

Yo amoroso
No he podido hacer mas que ser tu esposo,
Y tú me has despreciado; el gran Mahoma
Me es testigo fiel, que abandonada
Mi lealtad y fe, de estas regiones
Te quise hacer jurar reina y señora,
Poniendo afectuosísimo en tu mano
El cetro del califa soberano,
Cuando abatí á pesar de tu fortuna
A tus piés mi soberbia y media luna.
Estas son las injurias recibidas
Por mí, y en recompensa tú me premias
Con no correspondientes galardones.

HORMESINDA.

No malogres, alcaide, tus razones
Con quien no entender puede su eficacia
Pues no soy yo absoluta: tengo hermano,
Y acaso de Jijon ya está cercano.
El sabrá tus razones y las mias,
Y pues en tu bondad tanto confías,
De tus obras espera ciertamente
Que el premio te dará correspondiente.
Vamos, Elvira.

ELVIRA.

Sígote, señora.

ESCENA III.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

¿Querrás, señor, desengañarte ahora?
¿Estás ya satisfecho? ¿No conoces
La indómita soberbia de esta gente?
Despechada, ¿qué dudas que ella intente
Sino tu perdicion? No, gran Munuza,
Tengas seguridad de tu enemigo,
Tu vida la asegura su castigo.

MUNUZA.

Yo le prometo, y tal que asombro sea
De mujeres ingratas á la dicha
Que en ellas Aláh santo en vano emplea.

TULGA.

Y aun ¡si evitar pretendes tu ruina!
Fuerza es que muera, y tu rigor se abona.
Pues mujer ofendida no perdona.
¿No advertiste cuán fiera y confiada
Pone las esperanzas en su hermano?
¿No te he dicho mil veces que es en vano
Con la santa piedad rogar á gentes
Que ponen en las armas su fortuna?
Menguará la triunfante media luna
Si olvidas el rigor, y si no arrancas
De raiz la semilla aquí escondida
En la fragosidad de estas montañas.

MUNUZA.

Nuevo asombro he de ser de las Españas.

TULGA.

La reconciliacion jamás esperes
Con ellos, pues su ley se lo prohibe.
Rencor eterno en sus entrañas vive,
Y yo siempre juzgué por sospechosa
La condicion altiva de Pelayo.

MUNUZA.

Desde que en campos de Jerez fué rayo
Destrozando las huestes africanas,
No sé con cuál horror, con cuál asombro
Contemplo su semblante; me parece
Que algun terrible fin me vaticina;
Mas yo pondré por obra su ruina
Segun hemos tratado; ya, cual dije,
Por la postrera vez la he suplicado,
Y al ver tanto desdén, el amor mio
En aborrecimiento se ha trocado.

TULGA.

A estas gentes irrita la clemencia
En lugar de obligarlas; no presumen
Que cumplen con su ley, si no aborrecen
Con mortal odio á cuantos agarenos
Siguen el Alcorán de tu profeta.
Jamás entre ellos, sin desprecio y rabia,
Escándalo y horror, tu nombre suena.
No presumas que ignore ya Pelayo
Cuanto ha pasado; acaso la venganza
Viene soberbio ya premeditando.

MUNUZA.

¿Y qué aprovechará su atrevimiento
Contra el poder de la Africa, que rijo
Como gobernador de estas regiones?
Vive Aláh sacrosanto, que al momento
Que llegue, ha de sufrir violenta muerte
A los agudos filos de mi alfanje.
Ni imagine tampoco que no alcance
A su hermana ingratísima mi furia.
No blasonará indemne de la injuria
Que hizo en mí á toda la nacion alarbe.
Tulga, por mas horrible, por mas grave
Que el lance llegue á ser, ¿tendrás aliento
De apoyar mis vastísimas ideas?

TULGA.

Espero, gran Munuza, que aun no creas
Lo que obrar me verás: ¡tan grandes cosas
De mi altivez y espíritu prometo!
Pues ya previne las fingidas letras,
De lo cual soy artífice escelente.

(Mostrando unos papeles.)

MUNUZA.

Pues yo á disponer voy, que con secreto
Mis órdenes se cumplan.

TULGA.

Me es muy fácil
Saber el corazon de los cristianos,
Pues aunque abandoné sus ritos vanos,
Les ha mi fiel astucia persuadido
Que solo soy apóstata fingido,
Por penetrar la mente del califa,
Y á su intento servir con el secreto.

MUNUZA.

Premiaré con los brazos de Jarifa
Tu lealtad: yo, yo te lo prometo.

ESCENA IV.

TULGA, TRASAMUNDO.

TRASAMUNDO.

Si, como dices, Tulga, son tan sanas
Tus internas ocultas intenciones,
Recibe el parabien; ya á estas regiones
El cielo nos condujo al gran Pelayo.
Como quien vuelve de un mortal desmayo,
Los míseros cristianos foragidos
Recobran los espíritus perdidos
Solo en ver á su príncipe.

TULGA.

¿Y es cierto
Que Pelayo de Córdoba ya ha vuelto?

TRASAMUNDO.

¿Pues qué no lo acredita mi alegría?
¿No te lo dice el corazon que viene
Quien nos ha de librar de tiranía?
¿No te alegras que al fin haya venido?

TULGA.

Noticia para mí gustosa ha sido;
Mas dilatar no puede mi fineza
El ir á saludarle. Trasamundo,
Permíteme ir á ver á nuestro infante.

ESCENA V.

TRASAMUNDO, GAUDIOSA.

GAUDIOSA.

Cosa notable ha sido, que al instante
Pelayo echó de menos á su hermana.

TRASAMUNDO.

No lo estraño, Gaudiosa, pues la sangre
Avisa al corazon: ¡qué cortesana,
Y dulcemente habló! Pero aquí viene.
Mira, hija mía, al jóven valeroso,
Restaurador insigne de su patria,
Que el cielo destinó para tu esposo:
Haz reverencia al príncipe de España.

ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ Y DICHOS.

PELAYO.

Mi admiracion, Ferrandez, no es estraña.

FERRANDEZ.

Aun no sabrá Hormesinda que has venido.

TRASAMUNDO.

Nuestro muerto placer ha revivido
Con tu presencia; ya las esperanzas
De libertad renacen; ¿qué tardanzas
Tan largas nos privaron de tu vista?

GAUDIOSA.

Desde antes de la bárbara conquista
No lograron mis ojos el consuelo
De mirar tu semblante.

PELAYO.

Sabe el cielo
Cuán importunamente le he rogado;
¡Pero ay de mí, princesa! ¡Cuán distintos
Están los tiempos! ¡Cuánto yo he pasado
Hasta llegar á conseguir el verte!

GAUDIOSA.

De nuestra adversa desgraciada suerte
Cuéntame los sucesos lastimosos,
Pues no te puedo oir otras razones,
Y te hallaste presente. Dí, Pelayo,
De aquella pertinaz batalla horrenda
El conflicto, la angustia y el desmayo.
Refiéreme cuán bárbaras naciones
Acaudillaba el arrogante Muza.
¿Quién fué aquel que empezó la escaramuza,
Y el primero rompió nuestras legiones?
¿Con qué armas Alcamán resplandecia?
¿Cómo eran los caballos que traia
De Arabia y Persia el Humaní sangriento?
¿Quién fué Olit? ¿Cuán robusto y corpulento
Era el caudillo? ¿Cómo gobernaba
Las inmensas falanges que mandaba?
Relátame, por fin, cuántos estragos,
Cuántos horrores, cuántos homicidios
Haya hecho sin piedad con mano impía,
Por castigo del cielo acá enviado,
Tarif, soberbio y bárbaro soldado.

PELAYO.

¿Por qué me mandas que renueve el triste,
Lamentable dolor de aquella historia,

Que sirve de martirio á la memoria;
Pues tú lo sabes y lo sabe el mundo?
¿Ni quién podrá sin lágrimas amargas
Referirte, princesa, la agonía
Y el lamentable estrago de aquel dia?
La piedad y el horror confusamente
Retiran de mi lengua las palabras;
Ni es posible tampoco que yo cuente
Tanta calamidad, asombro tanto.
Vieras allí mezclarse con espanto
Los unos y los otros confundiendo
Armas é insignias con atroz desórden,
Y en infernales cóleras ardiendo.
Allí en sangriento estrago se miraban
Mil lástimas, mil géneros de muertes:
Allí los mas robustos y mas fuertes
En tierra con furor se revolcaban.
Siete veces el sol, siete la luna,
Sin cesar admiraron el combate
De que pendió el aumento ó el remate
De la africana y gótica fortuna;
Hasta que (¡ay cielos!) al octavo dia,
¡Oh dia triste! oh lúgubre, funesto,
Indigno de la luz del sol divina!
¡Quién bastará con lágrimas y voces
A ponderar el horroroso estrago
De aquel dia infeliz y desastrado,
Que ojalá nunca entre los otros cuenten,
Y perezca en olvido sepultado,
Pues en él solo se amancilló toda
La altivez, presuncion y pompa goda!
Al dia octavo: ¡oh cielo! oh suerte impía!
Me horrorizo diciéndolo: ¡oh amada
Patria infeliz! oh España desgraciada!
Oh gloria goda! oh generacion fuerte
De temidos varones! oh Rodrigo!
¡Oh amor impuro, origen del castigo!
Oh antigua religion! oh culto santo!
No puedo referirlo sin que el llanto
Confunda mis acentos: el infame
Traidor Julian, apóstata, y los hijos
Del lascivo Witiza, y el prelado
Que entregó al voraz lobo el fiel ganado,
Pasáronse al contrario. Desde entonces
Fué la ruina total de los cristianos;
En montes trasformándose los llanos,
De hacinados cadáveres son pira.
Murió allí Atanagildo por la ira
Del furioso Alboal; murió Ildefonso
Al rigor de Muley; mi primo Andeca
El ánima exhaló por el impulso
De la diestra fatal del vil Audalla.
¡Oh almas nobles! que en esta cruel batalla,
No al valor, sino al número cedisteis,
Mi desesperacion y arrojo visteis.
No vivo de cobarde: sed testigos
De que no evité el riesgo mas urgente.
No sé si fué crüel ó fué clemente
Conmigo el cielo: entonces no le plugo
Llevar mi vida; quiso que yo solo
Quedase por testigo del sangriento
Destrozo lamentable de mi patria.
Me abalancé mil veces con intento
De morir; ni temblaba aunque mil veces
Contra mi pecho viese ya enristrada
La lanza del Tarif ensangrentada.
Mas tú preguntarás cuál haya sido
El suceso del rey: en tanto tiempo
Como duró el combate, ni podido
Verle yo habia; al fin se me presenta
Casi al morir la luz del postrer dia.
Pero ¡ah cielos! ¡qué horrible y demudado!
¡Ay de mí, cuál estaba, y cuán trocado
De aquel Rodrigo á quien Toledo augusta
Vió en las fiestas de galas adornado!
La faz terrible, pálida y adusta,
Todo sangriento y del sudor y el polvo
Y heridas con horror desfigurado.
La barba yerta; sucio y erizado
Tenia el cabello, que empapado en sangre,
Ajena y propia en hilos destilaba.
Lloroso, triste, acongojado estaba
Con el manto real todo rasgado,
Y la corona ya no la tenia.
Del carro de marfil saltado habia,
Porque grandes montones de difuntos
El curso de las ruedas impedian,
Y con largos gemidos y profundos
Tristísimos suspiros, sollozando
Dice: ¡oh Pelayo! todo lo perdimos;
Fuimos un tiempo godos y vencimos;
Fué Toledo, fué España, fué Rodrigo;
Mas Dios de mi lascivia por castigo
Contra mí levantó cuantas naciones
La media luna en Africa y en Asia
Tremolan en sus bárbaros pendones.
A Damasco de Siria y á la Arabia
El gótico poder ha trasladado.
Huye, hijo de Favila, que encargado
Te dejo el reino; tú eres la esperanza
De nuestra religion, que yo he perdido;
Mas voy por mi castigo merecido,
Pues injusto violé las sacras leyes,
Y en mi infortunio escarmentad ¡oh reyes!
Dijo, y viendo á Tarif cuán orgulloso,
Con homicidios mil iba insolente
Gritando furibundo, á grandes voces,
Dando aliento á sus bárbaros soldados,
Para mas no volver ante mis ojos,
A matarle ó morir determinado;
Por el tropel de las confusas armas
Batió el ijar á Orelia su caballo,
Y se arroja al contrario, poderoso,
Audaz, desesperado y espantoso.
Ya á todas partes que me vuelvo veo
Mezclarse con mil llantos la ruina
Del bando fiel y el bárbaro trofeo.
Por el campo tendidos se veian
Cuerpos de capitanes, de magnates
Despedazados y sangrientos bustos,
Cadáveres de jóvenes robustos.
Guadalete en sus ondas revolvia,
Turbio ya con la sangre, los penachos,
Los caballos y escudos de varones.
Ya el furor de las árabes legiones,
Roto el campo, el monarca fugitivo,
Cebada el ansia en su riqueza inmensa,
Tenia por el suelo destrozadas
Las tiendas de Rodrigo saqueadas.
Pero ¿por qué en contarte me detengo
El suceso fatal? La gente goda,
Que la roca tarpeya humilló un tiempo;
La que invencible sojuzgó, poniendo
Coyunda á la cerviz del Capitolio,
Cayó abatida; fué el honor perdido;
La patria á esclavitud se ha reducido,
Con mortandad horrible de sus fuertes
Hijos amados; la religion santa,
Que nuestros padres con fervor y tanta
Veneracion siguieron tantos años,
Todo violado fué por los estraños.
Y así lloran sus hijos profanados
Los templos sacrosantos; los altares,
Y los vasos divinos ultrajados;
Violadas las purezas virginales,
Y la nacion cautiva y aherrojada
En poder mas sacrílego y tirano
(Sin que Dios ofendido se lo estorbe)
De la nacion mas bárbara del orbe.
Todo al fin se perdió...... Pero ¿qué es esto?
¿Princesa, te enterneces? ¿Y vosotros
Sentís tambien el pecho lastimado?

TRASAMUNDO.

¿De qué generacion será engendrado,
De cuál osa fierísima nacido,
Cualquiera que no se haya enternecido
Habiendo nuestra lástima escuchado?

FERRANDEZ.

Yo estoy absorto y todo conturbado.

GAUDIOSA.

No puedo mas con mi dolor; ¡oh patria!
Oh antigua libertad! oh rito santo!

Dejadme retirar, porque yo sola
La rienda suelte amargamente al llanto.

ESCENA VII.

PELAYO, TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Si aquí finalizara el desconsuelo,
Fuera el daño mayor; pero ¡ah Pelayo!
Que aun hay mas grande mal.

PELAYO.

Señor, ¿qué dices?

FERRANDEZ.

Mayor mal, Trasamundo, es imposible.

PELAYO.

¡Que aun tiene fuerzas el rigor del hado!

TRASAMUNDO.

Ese gran corazon acostumbrado
Prevenle para el golpe mas horrible,
Que acaso nunca habrás imaginado.

PELAYO.

Si el haberse mi hermana retirado
De mi presencia á tiempo que yo vengo
Es indicio fatal; ya me prevengo
A morir de dolor: mi vida acabe
Al bárbaro rigor de mal tan grave;
Di, Trasamundo, que te oiré constante.

TRASAMUNDO.

Hay cosas que es preciso dilatarlas,
Y así perdona mi silencio, infante,
Que el respeto y la afrenta me acobardan.
La causa de este mal Munuza sabe:
De él te importa saberlo; mejor puede
Que ninguno informarte.

PELAYO.

¡Santos cielos!
¿Qué mas quereis de mí? ¿No me bastaba
Ver lo visto; llorar lo que he llorado;
Sino que cuando al puerto ya he llegado
Juzgando hallar bonanza, fugitivo
De la mar borrascosa y turbulenta,
Encuentro aquí mas brava la tormenta?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

No te entregues, Pelayo, al sentimiento
Con tal obstinacion: nuestro contento
Estriba solo en tí, tu rostro miran
Los míseros cristianos, que suspiran
En vil esclavitud, y si afligido
Te imaginan, su celo, su esperanza,
Y todo su valor está perdido.

PELAYO.

Si con la muerte el mal que me amenaza
Pudiera remediar, dichosa suerte
Fuera la mia en conseguir la muerte.

FERRANDEZ.

Munuza de su gente acompañado
Viene acia este lugar; el retirarte
Discurro que será mas acertado.
No sin la pompa y tren correspondientes
De dádivas, esclavos y presentes
Llegues á su presencia: mucho abona
La ostentacion y fausto á la persona.

ESCENA II.

FERRANDEZ, MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

FERRANDEZ.

Pelayo, mi señor, de su embajada
Acaba de llegar, y la licencia
Aguarda de ponerse en tu presencia.

MUNUZA.

No solo á mi permiso, á mi deseo
Pelayo es acreedor: dí que impaciente
El rato viviré que no le veo.

FERRANDEZ.

Vendrá á gozar tal dicha prestamente.

ESCENA III.

MUNUZA, TULGA, ZULEMA.

MUNUZA.

¡Ah, cómo sus frenéticos intentos
Le atajaré yo pronto! ¡Ah, cuán ufano
Le abatiré los altos pensamientos!

ZULEMA.

Todo cuanto emprendieres, gran Munuza,
Será á tu valor fácil; mi persona
Tus órdenes aguarda solamente
Para que al vil cristiano, al insolente
Necio despreciador de su fortuna
Dé á entender que á la cruz de su profeta
Del nuestro humillará la media luna.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado.

ZULEMA.

La beldad que Pelayo ha destinado
Para su esposa ocupará mi lecho,
De todos los cristianos á despecho,
Si me ayuda el poder del gran Mahoma.
Mi corazon terrible solo doma
Su vista soberana, desde el punto
Que acaudillando la valiente tropa,
Que el sagrado Alcorán á fuerza de armas
Introdujo en los términos de Europa,
Su palacio abrasé, que en las montañas
Puestas al septentrion de las Españas
Era defensa á forajida gente;
Pero ¡ah cielos, y cuán mas vorazmente
Mi pecho se abrasó con su hermosura!

MUNUZA.

Zulema, el lograr de ella te asegura
El suceso feliz que pronto espero.

TULGA.

Si el parecer admites, que te ha dado
Tu mas fiel y sumiso consejero,
Presto, Munuza, te verás vengado.

MUNUZA.

Su esterminio fatal he decretado;
El disimulo importa solamente.

ESCENA IV.

PELAYO, *con varios presentes;* MUNUZA, ZULEMA, FERRANDEZ, TULGA Y ACOMPAÑAMIENTO DE MOROS Y CRISTIANOS.

PELAYO.

Gracias, señor, al sumo Omnipotente,
Que salvo á tu presencia me condujo.

MUNUZA.

Pelayo, Aláh te salve; no rehuses
Admitir fino los estrechos lazos
Con que te brindan mis amantes brazos.

PELAYO.

En ellos se confirme la firmeza
De nuestra amistad fiel, de la alianza
Y confederacion establecida
Entre nosotros. Alahor, que el mando
Está en nombre de Ulit ejercitando,
Por sustituto suyo en las Españas,
Salud y paz de Córdoba te envía.

MUNUZA.

A Alahor y á Pelayo la fe mia

Siempre agradecerá lo que es debido.

PELAYO.

Pequeña muestra de su amor ha sido
La fineza que ves : con ser tan grande
Es menor que su afecto.

MUNUZA.

La fineza
Mayor que pudo hacerme, fué enviarme
Un amigo tan fiel, que tanto estimo.
Pero ¡ah cielo! ¡Por qué no permitiste
Que reciba á Pelayo menos triste!

PELAYO.

¿Qué te altera, Munuza? ¿Qué? ¿Imaginas
Que acaso han blandamente afeminado
Las delicias de Córdoba mi pecho?
De nuestra amistad firme el nudo estrecho
Aflojas, si no rompes, acusando
Mi falta de valor con tu tristeza.
La pena mas horrible, la fiereza
De todos los abismos conjurados
En vano asaltarán mi pecho heróico
A poder de trabajos inflexible.

MUNUZA.

Sé tu valor, tu espíritu invencible,
Y tu sangre real: eso me anima,
A no escusarte el golpe mas horrible
Que imaginado habrás; no lo fiara
De menor corazon, aunque importara
Mas, si posible fuera, ni á otro alguno,
Aunque igual amistad con él tuviera.

PELAYO.

No me tengas suspenso, ni impaciente.

MUNUZA.

Tulga, Zulema, retirad la gente,
Y todos despejad.

PELAYO.

Ferrandez, pronto
Mándalos apartar.

ESCENA V.

MUNUZA, PELAYO.

MUNUZA.

¿Estamos solos?

PELAYO.

Segun parece, nadie nos escucha.

MUNUZA.

Verás si de tu mal la causa es mucha:
Pero es tal, ¡oh Pelayo! que recelo
Que mi verdad peligre en tus oidos,
Pues no parecen tal, sino fingidos
Por maligna traicion de amigo falso
Los sucesos que oirás, si valor tienes
De escuchar una infamia tan horrenda.

PELAYO.

¡Una infamia! ¡Qué es esto! ¡Tan tremenda
Es mi suerte, que aun juzgas que me falte
Constancia para oirla! ¡Qué, es posible
Que no me faltó el ánimo, aunque viese
El último conflicto de mi patria!
¡Que he visto con aliento no turbado
Mi sangre derramar! ¡Que vi mi estado
Con fuego arder, mis gentes degolladas,
Cautivos los cristianos infelices,
Las basílicas santas profanadas,
Y nunca me faltó valor heróico!
Y ¡aun de mí dudas! ¿Cómo tanto tarda,
Siendo tan grande el daño que me aguarda?

MUNUZA.

Pues, gran Pelayo, no de alevosía
Quiero que acuses tú la amistad mia,
Que lo fuera muy grande mi silencio:
Tu persona y estirpe reverencio,
Y no es bien que un borron en tí consienta.
Hormesinda, tu hermana, poco atenta
Al decoro y blason de su prosapia,
Que á costa de peligros tú mantienes,
Frágil como mujer, de los desdenes
No se armó cual debiera : esto fué causa
De que (tu honor manchando) cometiese
El mas torpe y mas vil de los deslices.

PELAYO.

¡Tente, Munuza bárbaro! ¿Qué dices?

MUNUZA.

¿Conocerás las firmas de tu hermana?
Pues por ellas sabrás...

PELAYO.

¡Será posible!....
¡Mi hermana infiel! ¡Qué horror! ¿Qué dices, m

MUNUZA.

Me estremezco al decírtelo; confieso
Que es noticia crüel; pero por eso
Te la dice un amigo.

PELAYO.

¡Cielo santo!
Mucho mal esperaba; mas no tanto.
¿Para esto de las armas espantosas
Tu piedad me libró? ¿Para este golpe
Conservaste mi vida? ¡Oh, cuánto fuera
Mejor morir en la batalla fiera,
Que no ver mi deshonra! ¡Oh Dios eterno,
Por qué no fué á Pelayo permitido
Quedar en campos de Jerez tendido,
Donde tantos varones eminentes
Murieron por la patria; donde yace
En flor el hermosísimo Leandro,
Teodoro y Ranimiro, y los valientes
Iñigo y Sancho! ¡Oh! Jarafin soberbio,
El mas cruel del ejército africano,
¿Por qué no exhalé esta ánima mezquina
Al rigor de tu invicta y diestra mano?
O ¿por qué no despedazó mi cuerpo
Cuando con filo agudo y radiante
Tantos cristianos míseros desgarra
De Tarif la espantosa cimitarra?
¿O la tuya, Alboal, capitán bravo
De los fuertes maliques Alabeces?
¡Oh, bienaventurados muchas veces
Los que allí fenecieron trastornados
De las sangrientas turbulentas ondas
Del Guadalete, que llevó con saña
Tanto cuerpo difunto al mar de España!

MUNUZA.

Pelayo, á tus promesas corresponden
Esos estremos mal: ¿no blasonabas
De corazon de pórfido invencible?

PELAYO.

¿Quién pensara que pena tan horrible
Me hubiese de asaltar? La muerte fiera,
De bárbaros tormentos motivada,
Es lo que yo no temo; horror mas grande,
Si acaso puede haberle, despreciaba;
Pero tanto dolor no imaginaba,
Ni á mi nobleza óbliga el sufrimiento.
Mas, ¿cómo sin vengarme ni un momento
Puedo vivir? Pero, Munuza, díme:
¿Es posible que es cierto, que no hay duda,
Que no te has engañado, que evidente
Es cuanto de Hormesinda me has contado?

MUNUZA.

Es el suceso tal, que yo no en vano
De mi verdad juzgué que dudarias;
Pero, díme, Pelayo, ¿te confías
De la fiel amistad que te profeso?

PELAYO.

Sé tu amistad y mi desgracia, y eso
Me confirma en mi mal: ¿qué pena fuera
La que á mi corazon no acometiera?
¿Cuál dolor me faltó para acabarme?

MUNUZA.

Aunque para contigo acreditarme

No necesito apoyo, es buen testigo
De mi verdad Zulema.

PELAYO.

Qué, ¿Zulema
Tambien lo sabe ya? ¡Que tan estrema
Es mi infelicidad, que aun el consuelo
De ser oculta me ha negado el cielo!
¡Y que infame he de ser públicamente!

MUNUZA.

Conozco tu razon; no me consiente
Mi amistad verte con serenos ojos.
Verás las firmas, de mi fe testigos,
Y Alah santo dirija tu venganza.

ESCENA VI.

PELAYO, FERRANDEZ.

FERRANDEZ.

Y á tu infiel pecho el hierro de mi lanza. *(Ap.)*

PELAYO.

¡Qué es lo que me sucede! ¡Acaso el cielo
Conjuró contra mí todos los males
Para rendir mi pecho solamente!
¡Tan grande es mi soberbia! ¡Tan valiente
Contra el cielo mi espíritu he mostrado,
Que tanto en abatirle se ha empeñado!
¡Qué, no basta un dolor para rendirme!
¡Qué, tantos han de ser, y los mayores!
Mas ¿cómo inútilmente mis furores
Al aire desperdicio? ¿Cómo tengo
Valor para mirarme? ¿Cómo un punto
Vivo afrentado? Quien me ofende muera.
(Quiere irse.)

FERRANDEZ.

Señor, ¿adónde vas?

PELAYO.

El que no quiera
Conmigo de leal perder el nombre,
No me detenga.

FERRANDEZ.

Deja que me asombre
De tal resolucion, y en premio solo
De mis servicios, la atencion merezca
De escucharme un instante.

PELAYO.

Como ignoras
La causa de mi mal, y es imposible
Quepa en mi boca, aunque en mi pecho cabe,
Me intentas detener: si lo supieras,
De cobarde á mi brazo reprendieras.

FERRANDEZ.

Ningun dolo, ninguna alevosía
Por Munuza y los suyos fabricada,
De mi noticia huyó.

PELAYO.

¿Cómo en Munuza
Caber puede traicion, ni en mí consuelo?

FERRANDEZ.

Señor, si escuchas, apiadado el cielo
Quizá abrirá camino.

PELAYO.

¿Qué camino
Sin matar ó morir ha de encontrarse?

FERRANDEZ.

Mas ¿cuál obligacion mandó fiarse
De un infiel tan del todo?

PELAYO.

No equivoques
Las cosas malicioso: no los ritos,
No la contraria religion al hombre
Con el otro hombre á ser infiel obliga,
Ni impide que la ley cada cual siga
Que halló en su educacion ó su destino
(Arcano que venero, y no examino),
Para que el pecho, á quien razon gobierna,
Sensible á la amistad, al fin humano
Corresponda, á pesar del dogma vano.

FERRANDEZ.

Si el pensamiento noble y generoso,
Que adorna la grande alma de Pelayo,
Se difundiera en todos igualmente,
Pensaras sin error.

PELAYO.

¿No has escuchado,
Que el mismo Trasamundo, que encargado
De Hormesinda quedó, tembló al decirme
Su culpa? Aun cuando fuese aleve el moro,
¿Tambien será el cristiano delincuente?

FERRANDEZ.

¡Cielos, qué confusion!

PELAYO.

No me consiente
Mi impaciencia esperar..... ¿Pero qué miro?
¡Qué asombro! ¡Qué furor! ¿Cómo mi hermana
Se atreve sin honor?... ¿Por qué liviana
A buscar mi presencia?

FERRANDEZ.

Gran Pelayo,
Esperanza y blason de nuestra gente:
Si eres heróico, si cual firme rayo
De luz, de Cindasvinto y Recaredo
La ilustre sangre enardeció tu pecho,
Dame palabra de escuchar templado
La razon de Hormesinda, ó de tu planta
No me levantaré.

PELAYO.

Desconfiado
Prometo la atencion; mas no es posible.

ESCENA VII.

HORMESINDA, ELVIRA y DICHOS.

ELVIRA.

Llega, señora.

HORMESINDA.

¡Ay, qué dolor terrible
Me oprime el corazon! De la congoja
Desfallezco temblando; soy de hielo.

PELAYO.

Su delito la aumenta el desconsuelo.

FERRANDEZ.

No es delito el rubor.

HORMESINDA.

Señor.... hermano...
¿Qué digo? ¡Ay infeliz!

PELAYO.

En vano, en vano
Me apellidas con nombre que aborrezco.

HORMESINDA.

¡Ay cielos! ¡Qué es de mí! Qué, ¿no merezco
Ni atencion, ni piedad? ¿Qué es esto? ¿Cómo?
¿Los ojos vuelves con airado rostro?
¡Hermano! ¡Oh dulce hermano!

PELAYO.

¡Infiel hermana!

HORMESINDA.

¡Qué nueva ansia! ¡Cuál bárbaro tormento
De nuevo me acomete! ¡Cuando aliento
De mi hermano me dió la confianza,
Hallo este alivio! ¿Es esta la esperanza
Que en tí fundé, Pelayo?

PELAYO.

¿Qué mas quieres
Que ver que con indigna tolerancia,
Viéndote sin honor, mire primero
Tus lágrimas fingidas que tu sangre?
Pero remedie el vengador acero
Mi tardanza y tu culpa.

ELVIRA.

¡Cielo santo!

HORMESINDA.

¡Ay de mí!

FERRANDEZ.

Ten la cólera y la espada,
Por mí, por ella y la palabra dada.

PELAYO.

Pues ya que de leal ó de imprudente
Me intentas detener, recto juez quiero
Su descargo escuchar; nunca se cuente
Que hubo juez sordo; ni la mas violenta
Pasion obste al que aspira á justiciero.
¿Mas, qué disculpa (¡oh cielos!) dar intenta?
¿Cómo es posible hallarla? ¡Oh si la hallara!
¡Qué feliz fuera yo! pero son vanos,
Inútiles deseos. Di, infelice,
Desgraciada mujer; que hermana es nombre
Que se estremece el labio, si lo dice.
Di: ¿son estos los frutos de tan grandes
Trabajos por la patria tolerados?
¿Son estos los laureles deshojados
Sobre nuestra prosapia generosa?
¿Es posible que es esa tu alevosa
Sangre, sangre del justo Recaredo?
¿Que en medio de la cólera espantosa
Que oprime á tu nacion, tú inicua puedas
Mirar su ruina con enjutos ojos?
¿Que no tiembles de horror viendo despojos
De la muerte á los tuyos, que á Isidoro,
Tu jóven primo en piezas dividieron?
Murió gritando el bravo Teudiselo
Del estribo arrastrando, y su caballo
Le lleva revolcándose en el suelo.
Que....

FERRANDEZ.

Escúchala, señor. *(Deteniéndole.)*

ELVIRA.

Piedad, infante.

PELAYO.

¿Cuál puede ser satisfaccion bastante
De crimen tan horrendo? ¿Así mantienes
El honor de tu estirpe, que sostengo
A precio de mi sangre y de mi vida?
¿Para esto ver de Córdoba yo he vuelto,
Y Abdalasis mi cuello ha perdonado?
¡Qué! ¿en poco tiempo que falté á tu lado
Mas perdiste, que en tantos infortunios
Con inmensas fatigas yo he ganado?
¡Oh ley bárbara injusta! ¡Oh imprudente
Legislador, que promulgó primero
La ley crüel, que el crédito y la fama,
Por la virtud mil siglos conservados,
Pendan de los volubles pareceres
De la fragilidad de las mujeres!
Mas no pudo embotar con fieros hados
La punta á las durísimas espadas.

HORMESINDA.

Hermano... ¡Ay de mí triste! Infante... Hermano...
Yo...si...¡Qué horror! No hay culpa..¡Quién pensara...
Esto esperé... este apoyo. Amparo vano...
Triunfará mi enemigo... Angustia rara...
Después de mis desdichas... Esto solo
Faltaba á mi dolor... Desamparada,
Y ofendida... ¡Oh rigor! ¿A quién los ojos
Funestos volveré? Ya, ya el aliento
Me falta, y yo tambien... muero.

(Cae desmayada.)

FERRANDEZ.

Al momento
Socorred á la infanta.

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ay triste!

(Retíranla.)

PELAYO.

Sufrirlo puedo apenas; ¿pero viste
Cuál la puso en el último conflito
Solamente el horror de su delito?
¿Son Munuza, Zulema, ni los moros
Los que lo dicen solos? ¿Trasamundo,
Y ella misma, que es mas, no lo publica
Con la propia afliccion de su deshonra?
¿Qué suplicio mas fiero á un delincuente
Habrá, que hacerle su maldad presente?
¿Y habrá ya quien se oponga á su castigo?

FERRANDEZ.

Yo, señor, te suplico....

PELAYO.

¡Qué! ¿enemigo
Aun serás de mi honor y mi reposo?
¿Qué mas indicio quieres?

ESCENA VIII.

TRASAMUNDO Y DICHOS.

TRASAMUNDO.

Valeroso
Príncipe nuestro: pues la ocasion llega
No la malogre, ni vengar dilates
La afrenta de tu hermana. Fué el suceso...

PELAYO.

¡Cielos! ¿Otro dolor? Señor, no trates
Tan funestos asuntos: la sangrienta
Venganza que yo tome te asegure
De que estoy ya informado de mi afrenta;
No tú me la renueves.

TRASAMUNDO.

¿Informado
Estás, y con verdad?

PELAYO.

Ya nada ignoro.

TRASAMUNDO.

¿De lengua fiel?

PELAYO.

El gran Dios que yo adoro
Dirigirá mi brazo.

TRASAMUNDO.

¿Y te parece
Que hice bien en callártela?

PELAYO.

Merece
Tu lealtad mil premios.

TRASAMUNDO.

¡Se creyera
Delito tan atroz y abominable?

PELAYO.

Tan solo contra mí posible fuera.

TRASAMUNDO.

¿Qué dirá el mundo? ¡Oh crimen execrable!

PELAYO.

Verás hoy mi venganza.

TRASAMUNDO.

Mis consejos,
Mis fuerzas, aunque débiles, mis gentes,
Estamos á tal príncipe obedientes.
¿Y hoy ha de ser?

PELAYO.

Los últimos reflejos
No veremos del sol, sin que yo fiero
La venganza ejecute justiciero.

TRASAMUNDO.

Dispon de nuestros bienes y las vidas,
Que ya son tuyas; un deseo ardiente
Reina en nosotros de mirar cumplidas
Tus venganzas, y verte satisfecho.

FERRANDEZ.

Solo la confusion reina en mi pecho.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PELAYO, GAUDIOSA, TRASAMUNDO, FERRANDEZ

GAUDIOSA.

¿Es posible, señor, que la fortuna
Nos mire tan adversa, que vencidos
Peligros tan inmensos parecia
Que fuese á amanecer un claro dia,
Y en nuevo horror nos vemos sumergidos?
¡Que apenas los altares se ocultaban,
Quemado el santo incienso, que ofrecia
Por tu llegada, cuando ya sus iras
Parece que el abismo ha conjurado
Contra nosotros!

PELAYO.

Al corazon fuerte,
Princesa, así los cielos han querido,
Y así porque le quieren le acrisolan.
No fuera yo de tu grandeza digno
Con menos fieros males agitado.
Aquí te ofrezco un pecho acostumbrado
A mas terribles penas que la muerte;
Y ojalá que á tus plantas ofrecerte
Pudiera, como yo pensé algun dia,
Los reinos de los godos estendidos
Desde la ardiente Libia hasta Narbona.

GAUDIOSA.

Tan solo á tu virtud, no á la corona,
Señor, aspiro en tí; de mi amor casto
No son precio los cetros de los godos,
Ni el imperio oriental: si dable fuera
Que yo tus infortunios no sintiera,
La ocasion celebrara que ya tengo
De mostrar que es á tí, no al poderío,
Ni á la púrpura sacra el amor mio.

PELAYO.

Basta, princesa: ¡Oh quién se hallara ahora
Digno de tales voces! Mi desgracia
Aun no es de tan gran bien merecedora.
(Vase Gaudiosa.)

TRASAMUNDO.

Los astures y cántabros famosos
(Pueblo indomable, escándalo de Roma),
A inclinar la cerviz poco enseñados,
Con tardía cadena mal atados,
Buscan tus piés humildes: todos claman
Por su señor; por todos, sus ancianos
La religion, la vida, las haciendas
Y el alma depositan en tus manos.

PELAYO.

Gran principio ha de ser á las hazañas
De la restauracion de las Españas
Mi venganza primero; en este dia
Diles que admitiré la grande ofrenda
Despues que vengue yo la afrenta mia.

TRASAMUNDO.

Corto espacio imagino al grande intento.

PELAYO.

Sobra á mi pundonor, sobra á mi aliento.

TRASAMUNDO.

No desapruebo el noble ardor; mas dudo
De la celeridad.

PELAYO.

Señor, no dudes,
Ni pienses que la vida considero
Mas que como castigo de mi afrenta,
Mientras vive el culpado impunemente.
Ni imagine Gaudiosa que yo intente
Ofrecerla (¡qué horror!) mi enjuta mano
No humedecida con aleve sangre.

TRASAMUNDO.

Yo admito ese contrato, sí, y lo juro.
¡Qué grande alma! ¡Qué heróico! ¡Cielo santo!
¡Y vos, inteligencias celestiales,
En cuya proteccion espera España,
Vuestra piedad venero: tan del todo
No aniquilasteis el aliento godo,
Cuando en medio de tales infortunios
Conservais, á pesar del moro ardiente,
Juventud tan heróica y tan valiente.
Vive dichoso, ¡oh jóven! ¡Quién pudiera
Seguirte con mas firme y veloz planta
Como en la edad pasada, cuando al moro,
Que ya está á mis heridas enseñado,
Le hice volver al Africa gimiendo,
Y el estrecho cegué con sus navíos,
Caliente con su sangre, y al rey Wamba
Presenté de Bucefa el rico alfanje!
¡Oh, quién tuviera aquel antiguo brio,
La juventud gallarda y floreciente
De aquel tiempo! ¡Oh, qué tiempo tan dichoso!
Cuando contra Hilderico sedicioso
El justo Wamba al falso conde Paulo
Envió á las Galias, y el aleve conde
Amotinó el ejército: en persona
Fué el rey á castigarle y yo á su lado;
Y el piadoso monarca solamente
Se limitó á quitarle el talabarte
Que á mí me puso con sus propias manos,
El mismo que del hombro está pendiente.
Veisle aquí, y las insignias y el escudo
De su pérfido dueño: en dias solo
Como este en que Pelayo á vernos vuelve,
Le uso, al cuidado de esta mi Gaudiosa.
Con él la vez postrera (¡oh dolorosa
Memoria!) fuí á ver al rey Rodrigo,
Que no le he visto mas; ¡qué lozanía
Mostraba yo con él en algun tiempo!
A Pelayo en un todo parecía;
Así marchaba y me planté á ese modo;
Así sobre las armas descansaba
Cuando alguno me habló. ¿Mas qué simplezas
Digo? Perdona, infante, á un triste anciano,
Que es este nuestro genio.

PELAYO.

No lo sano
Del discurso me aparta; otros asuntos
Me retiran, señor, de tu presencia.

ESCENA II.

FERRANDEZ, TRASAMUNDO.

FERRANDEZ.

Trasamundo, á tu celo y tu prudencia
Toca evitar gran mal; sin duda alguna
Mucho engaño padece nuestro infante,
Yo procuré advertirle, y no me escucha.
Tus canas, tu consejo...

TRASAMUNDO.

Ni mis canas
Ni mi consejo faltan á Pelayo.
Sé bien tu lealtad, sé bien tus sanas
Intenciones, por eso te haces digno
De que yo no te calle una advertencia.
De los príncipes siempre reverencia
Los muy altos designios que emprendieron.
Menos daño los godos padecieron
Cuando en los baños de Toledo holgaba
Rodrigo con la Cava y sus amores.
Del cielo los decretos superiores
Le hubieran castigado á él solamente.
Un vasallo usurpó la accion del cielo,
Pues castigar al rey toca á Dios solo;
Y así han llovido indiferentemente
Desdichas sobre todos, aun mayores
Que el daño á quien se dió venganza horrenda;
Y siendo así esto, hoy que venera España
Tal padre de la patria, rey tan justo,
De corazon invicto no domado,
En las duras batallas enseñado,

Esperanza y delicias de los suyos :
¡Con cuál estremo agradecer debemos
Un bien tan grande y tan divino al cielo,
Que le costó cuidado el escogerle?

FERRANDEZ.

Tu dictámen, señor, de mi fiel celo
Nada dista.

TRASAMUNDO.

Lo sé.

FERRANDEZ.

Pero advertencias
Con el debido obsequio no repugnan
A un vasallo leal. Pelayo piensa...

ESCENA III.

ELVIRA, FERRANDEZ.

ELVIRA.

¿Quién dará á mi señora la defensa
Que su desgracia necesita?

FERRANDEZ.

El cielo
No ignora mi cuidado y mi desvelo.
Si otro medio no es dable, en desafío
Defenderé á Hormesinda y su pureza.
De una asta penderá la infiel cabeza,
Y el morado albornoz de cifras lleno,
Bordadas por su mora, haré se rinda
Por alfombra al estrado de Hormesinda.

ELVIRA.

La suerte aun ese alivio ha de negarte.

ESCENA IV.

ELVIRA, TULGA.

TULGA.

Munuza, mi señor, acia esta parte
Pensativo parece se retira;
Quizá le aqueja algun gran mal, Elvira,
Será en tí urbanidad el retirarte.

ELVIRA.

No me es desagradable huir su vista.

ESCENA V.

MUNUZA, TULGA.

TULGA.

No está finalizada la conquista
De la Iberia, señor: de tus piedades,
¿Quién creyera ser hijas este dia
La infiel obstinacion y rebeldía?

MUNUZA.

No sé con eso qué decirme intentas.

TULGA.

Gran Munuza, las prontas y violentas
Ejecuciones, en rebelde gente,
Aseguran el cetro solamente.
El inconsiderado atrevimiento
Del vil pueblo, un catástrofe sangriento
Le reprime tan solo, é insolencia
La escesiva bondad causa al cobarde,
Pues juzga la bondad por cobardía.
De estos viles esclavos ¿quién diria
Que volviesen á unir los escuadrones,
Haciendo ufanos de su gente alarde,
Pues ya armados están? Nuestros parciales
Nada me ocultan, ni ocultar quisieron,
Que a Pelayo por rey reconocieron,
Y tu muerte solícitos intentan,
El morado pendon ya tremolando.

MUNUZA.

¿Qué dices, Tulga? ¿Ese enemigo bando
De esclavos foragidos, infelices,
A quien su abatimiento y mi desprecio
Los libertó de estar encadenados,
A tanto se atrevieron? ¡Qué! ¿Aun ignoran
Que el poder mahométtico triunfante
Trastornó los imperios de levante?
¿Y que escediendo á Mario, en la abrasada
Libia y sus espantosos arenales
Hicimos, á pesar de sus dragones,
De Caton la gran marcha celebrada?
No miran el joyel de mi turbante,
Y el real calzado, de su rey despojos,
Y baldon suyo, que de mis enojos
Huyó aunque herido (el bruto reventado),
Librándole la noche encapotada.
Si á España, con ejércitos armada,
Pusimos yugo en la cerviz altiva,
¿Cómo podrá oponerse ya cautiva
Al poder sarraceno? ¡Qué! ¿Aun ignora
Que una débil mujer causa fué sola
De la infame cadena que hoy arrastra?
Pues otra mujer pérfida echa al cuello
De España los postreros eslabones,
Y el triunfo me ha de dar su misma muerte.

TULGA.

Cid Munuza, ¿qué dices? ¿De cuál suerte
Tan difíciles máquinas dispones?

MUNUZA.

Oye, y admirarás mis invenciones.
Cuando mi brazo y prevenida gente
Inútil fuera, ó la ponzoña ardiente
Dispuesta para el fin, se malograra;
Y cuando la fortuna me estorbara,
Que al cuchillo ú al tósigo se rinda
La vida de Pelayo y de Hormesinda;
Entonces, Tulga, cuando parecia
Que todo el gran proyecto se perdia,
Le verás conseguir : su mismo hermano,
O por sentencia ó por su propia mano,
La dará muerte fiera. Horror tan grande
Supe astuto infundirle : no lo dudes.
Mas si ni esto se logra, está Zulema
Pronto á matarla á todo riesgo, y luego
Sabrá esparcir la voz de que Pelayo
Fué el bárbaro y horrible fratricida.
Y esta fama en los suyos estendida
(La piedad infundiendo los rencores),
¿Qué esperas que produzca, sino horrores,
Escándalos, tumultos y alborotos
Contra Pelayo? Y del furor validos
En medio del motin de su vil plebe
Equivocada, muerte le daremos,
De sus mismos parciales ayudados.

TULGA.

Prontos tendrás tus árabes soldados.

MUNUZA.

Así toda la España sometemos
Al africano yugo, y les cortamos
La esperanza de nueva monarquía,
Aun cuando á tal aspire su osadía.

TULGA.

Solo encargo, señor, la diligencia
(Antes que el ciego vulgo se repare),
Pues ella en las empresas importantes
Principalmente el éxito asegura.

ESCENA VI.

MUNUZA, PELAYO.

PELAYO.

¡Cuán en vano en un pecho generoso
Los esfuerzos inútiles procuran
Dar alientos á un noble y ofendido!
Munuza amigo, si Pelayo ha sido
Digno de tu amistad, pues tantas veces
Nuestras desgracias has compadecido,
Ayúdame á sentir mi pena horrible,
Y duélete del trance en que me veo.
¡Oh triste precision! ¡Qué! ¿no es posible
Hallar medio en mi grande desventura,
Sino es el ser infame ó fratricida?
¿Yo á mi hermana quitar la dulce vida?
¿Yo vivir por sus hechos afrentado?

¡Terribles dos estremos! Díme, amado,
Y amigo muy leal, ¿qué ejecutaras
Si en tal conflicto como yo te hallaras?

MUNUZA.

Lo que debes hacer, Pelayo amigo,
Por tierna compasion no te lo digo;
Pero lo que yo hiciera, esto seria:
En mi imaginacion yo fijaria
La augusta y nobilísima ascendencia,
Venerada de todas las naciones,
Llena de lauros, triunfos y blasones;
El clamor de la fama voladora,
El pundonor de un noble delicado;
Con qué poco se pierde lo ganado;
Con qué facilidad se recupera;
Cuán poco á un corazon heróico altera
Ni el vínculo de sangre, ni otras viles
Pasiones vergonzosas femeniles;
Cuántos nobles ejemplos da la historia,
Dando al alma valor con la memoria;
Qué infame que es un noble ya afrentado;
Qué heróico que es un noble ya vengado;
Qué poco al ofensor nadie le debe;
Qué hazaña es el castigo de un aleve;
Cuánto mas le conviene á un godo hispano
Ser noble heróico, que afrentado hermano;
Cuánto el vencerse á sí...

PELAYO.

Basta, Munuza.
¿Qué dices? ¿Pues tan débil me imaginas,
Que repare en estragos, ni en ruinas
Por mi decoro? Morirá Hormesinda
Con esta espada.

MUNUZA.

Lo que á tí te toca
Sabrás sin duda hacer: como tu amigo
Que soy, no debí yo ser un testigo
De tu deshonra: el cómplice perverso
Sacrifiqué en tu honor con cruda muerte.

PELAYO.

¡Oh fiel amigo! ¡Oh cielos! De tal suerte,
Que todo el mundo ya mi bien procura,
¿Y solo aumento yo mi desventura
Con piedad afrentosa?... Ya está dada
La sentencia fatal.

MUNUZA.

¡Cuán generoso
Es tu pecho, Pelayo! ¡Qué glorioso
Te veré sin tal mancha! Amigo digno
De Munuza, y entonces en tus sienes
Pondré (mi juramento te lo abona)
De Asturias y Cantabria la corona.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

PELAYO, HORMESINDA, FERRANDEZ, ELVIRA.

HORMESINDA.

No teneis que animarme: á los vencidos
No haber ya que perder infunde aliento.
No puede ser mas grande mi tormento,
Ni mi afrenta mayor. ¡Pelayo! muera,
Muera tu hermana, sí; pero siquiera
Viva mi fama, y no con mancha indigna
De mi progenie ilustre, reputada
Por vil mujer; cobarde y desmayada
No me verás ahora; tu decoro
Me anima para hablarte; no la vida
Te pido, que aborrezco sin la fama.
Yo misma al opio, al hierro y á la llama
Me entregaré gustosa; pero advierte,
Que á tu inocente hermana das la muerte,
Creyendo en asesinos y traidores.
No son Tulga y Munuza mis mayores
Enemigos: me ofende mas Pelayo.
Pelayo, tú te acuerdas de la escuela
De nuestra dulce y suspirada madre.
¡Ay madre mia! Dí, ¿de nuestro padre
Desgraciado los santos documentos
Que nos daba, olvidaste? Qué, ¿has creido
Que los haya tambien puesto en olvido?
¿Juzgas que aquella educacion y ejemplo
Faltó de mi memoria, haciendo agravio
A tus padres y mios, á tí propio,
Y á mí que soy tu hermana, aunque infelice?
Lo que el vil, el traidor Munuza dice,
Sin exámen creiste; desgraciada
Nací; la infame vida estimo en nada.
Mas no tendrás disculpa: cruel hermano
Te llamará el alarbe y el cristiano.
Terribles infortunios te amenazan
Entre los moros: las reliquias godas,
Reliquias de Tarif y el fiero Muza,
Que esta montaña conservaba, todas
Serán aniquiladas. Traicion grande,
Sin duda hay contra tí; tendré el consuelo
De que muero sin culpa: no se diga
Jamás que hubo en la hermana de Pelayo
Mancha, ni dolo, y dígase que muero
Por tu gusto; ¡mas ay! ¡cómo algun dia
Sentirás con dolor la muerte mia,
Y con remordimientos inmortales
Juzgarás que las furias infernales
Albergas en tu pecho, y la memoria
Te atormentará horrible, cuando sepas
Que por creer la acusacion impía
De la canalla infiel mahometana
(¡Qué horror!) mataste á tu inocente hermana!

PELAYO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices? Vive, vive,
Mi hermana, mi Hormesinda, que no puedo
Tu llanto resistir.

ELVIRA.

¡Albricias, cielos!

FERRANDEZ.

Finalizaron ya los desconsuelos.

HORMESINDA.

No á mi razon atiendas solamente:
Mi inocencia sabrás de Trasamundo;
Justo y cierto será lo que él dijere.

PELAYO.

¡Válgame Dios! ¿Qué dices? Muere, muere,
Desdichada mujer, baldon y afrenta
De godos y españoles.

HORMESINDA.

¿Qué? qué es esto,
Pelayo? ¿Aun hay mas penas?

PELAYO.

Trasamundo
Es tu mayor contrario. ¿Pues creias
Que apoyase su honor tus demasías?
No cabe en tal virtud: él, él intenta
Que con tu sangre lave yo la afrenta
De los cristianos, ni me da á Gaudiosa
Hasta que mueras tú, para mi esposa,
¡Ni cómo era posible!

HORMESINDA.

¡Ay Dios eterno!
¡Ah nuevo! Ah horrible! Ah imprevenido golpe!
Armóse contra mí todo el infierno.
¡Tambien esto! Esto solo me faltaba.
¿Contra mí Trasamundo? ¿Quién creyera
Tan repentino horror? ¿De quien fiaba
Oigo tal? ¿Dónde iré? Piérdase todo.
¡Vida vil! Ya no quiero honor ni vida.
Por mí volverá el cielo. Ea, matadme,
Que el mundo infame y pérfido aborrezco,
Porque con esto de una vez se acaben
(Cuando al cuchillo mi cerviz se rinda)
Las horrendas desgracias de Hormesinda.

ESCENA II.

HORMESINDA, TRASAMUNDO, ELVIRA.

TRASAMUNDO.

¿Qué alteraciones en vosotras miro?
¿Qué nueva confusion y sobresalto
Vuestro semblante anuncia? No perdamos
La esperanza, Hormesinda, que aun no todo
Se anegó en Guadalete el valor godo.

HORMESINDA.

No es tiempo de callar; ya que yo muera
No juzguen culpa en mí la cobardía.
Trasamundo, Señor, ¡quién juzgaria
De vos tan gran maldad!

TRASAMUNDO.

Precipitada
Hormesinda, ¿qué dices?

HORMESINDA.

¿Qué esperabais
De mí sino lamentos dolorosos,
Eternas y tristísimas querellas,
Por vuestro proceder tan no esperado
De vuestro ejemplo, canas y prudencia?
¿Conoceisme? ¿Sabeis mi alta ascendencia?
¿Sabeis mi pundonor? Y aunque lo diga,
¡Mi honestidad, virtud, recogimiento,
Y regia educacion?

TRASAMUNDO.

Lo sé, Hormesinda.

HORMESINDA.

Pues ¿en qué os ofendí? ¿Por qué sangriento
Mi muerte procurais? ¿Tal se creyera
Del justo padre en quien la patria espera?
Vos prometisteis del traidor Munuza
Defenderme; mas yo quien me defienda
De vos ya necesito. ¿Tan infame
Soy, que pedis mi muerte? ¿Cuál delito
Me originó tal odio? ¿Soy yo acaso
La que llamó á los duros agarenos
De los altos alcázares de Ceuta
Con el rojo pendon de lunas lleno,
Y á voces á embarcar los animaba
Contra los godos en venganza ardiendo,
E incitando las armas espantosas,
Que tan grandes desdichas nos trajeron?
Yo, mísera, infeliz, ¡qué desventuras
A los godos causé? ¿Qué formidables
Ejércitos armé contra la patria?
Yo no traje á Tarif desde Damasco,
Ni de Libia llamé al soberbio Muza.
¡Mísera! ¿Qué hacer pude que incitase
Contra mí tal furor en los cristianos?
Yo lloré sus desgracias. ¿No fué el cielo
Por mis ruegos tambien importunado?
¿No imploré sus piedades? Ofendida
Mas que yo ¿quién habrá? ¿Quién de la suerte
Sufrió mayor tormento? El vil Munuza
Valido del conflicto, violentada
Me desposó con ritos execrables
(Tiemblo de horror diciéndolo) ¡Ah cuitada!
¡Moriré sin vengarme! Aborrecida
De los mios, iré prófuga y triste
A pedir el favor de los infieles,
O á morir entre bárbaros crueles,
Pues soy abominada; y Trasamundo,
Hasta verme morir, niega á mi hermano
De su Gaudiosa la ofrecida mano,
Queriéndola dotar con mi inocente
Sangre, pues juzga que su estirpe afrente.

TRASAMUNDO.

Hormesinda infeliz, mal informada
Mujer, ¿qué dices? ¿Yo matarte intento?
¿Yo culpo tu conducta? ¿Yo me afrento
De tu sangre? ¿Yo hacer nada en tu ofensa?
¿Yo dejar de morir en tu defensa?
¿Cómo es posible?

HORMESINDA.

Es vano el disímulo:
Pelayo, sí, Pelayo, él mismo ahora
Acaba de decírmelo, y el nombre
De Trasamundo le escitó los odios
Que á templar ya empezaba con mi llanto.

TRASAMUNDO.

¿Qué nuevo asombro es este? ¡Cielo santo!
Aquí hay gran mal oculto! ¡Satisfecha
Aun no está tu justicia, ya deshecha
En campos de Jerez con rabia impía
La goda triunfadora monarquía?
¿Aun no con tanta sangre hemos pagado
Del infeliz Rodrigo el gran pecado?
Qué, ¿dura el justo enojo todavía?
Engañada Hormesinda...

ELVIRA.

Infanta mia,
Trasamundo, callad, que he divisado
A Munuza que viene.

TRASAMUNDO.

Del malvado
Quiero huir la presencia. Vendré á verte.

ESCENA III.

MUNUZA, HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

No quede á mi dolor ninguna suerte
De alivio que no busque. Despechada
Tendré siquiera el frívolo consuelo
De insultar con furor á mi enemigo,
De furias implacables agitada:
En fin, Munuza, en fin...

MUNUZA.

Si despechada
Me pretendes hablar, á solas quiero
Satisfacerte; haz que se aparte Elvira.

(*Vase Elvira.*)

HORMESINDA.

Ya nadie escucha. En rabia y mortal ira
Arde mi pecho. ¿Estás, crüel, contento
Con mi desgracia ya? ¿Quedó tormento
Que no me hayas fierísimo buscado?
Engañar á mi hermano tú has logrado,
Y hacerme aborrecible. El Dios eterno
De los cristianos á quien firme adoro,
Y en quien espero, los castigos justos
Por infamia te dé tan execrable.

MUNUZA.

Mujer desesperada, aunque mas hable
Tu pasion, no se ofende mi grandeza.

HORMESINDA.

¿Tambien ese desprecio? ¡hay tal fiereza!
¿Pues tú quién eres? ¿Cuáles tus acciones
Son, sino infamias, robos y traiciones?
¿Cuándo entre árabes fuiste tú estimado?
¿Y entre los nobles godos qué has valido?

MUNUZA.

¿Valdré al menos los godos que he vencido?

HORMESINDA.

Con infidelidad y alevosías.

MUNUZA.

Ya no puedo sufrir mas demasías.
Ahora sabrás á quién has ofendido.
Con inaudita especie de tormento
He de darte el mas bárbaro castigo,
Pues no oye ahora mi voz ningun testigo.
Conozco tu razon, sé tu inocencia,
Que atropellé con ímpetu y violencia.
A tu hermano engañé, te lo confieso,
Por lograr tus favores, y por eso
Con fingidas promesas fué enviado
A Córdoba, y allí á ser degollado.
¡No se logró mi intento! Por gozarte,

Pues no hubo otro remedio, desposarte
Logré conmigo, aunque desesperada;
Pero tú, aunque conmigo desposada,
Mi lecho abominaste: tal desprecio
Pagué con tu descrédito, y has sido
Reputada por frágil; te ha adquirido
La infamia tu imprudente resistencia.

HORMESINDA.

Viva mi honestidad en la presencia
Del cielo; y téngame por delincuente
El mundo por tu esceso temerario.

MUNUZA.

No fué esceso: ¿por qué el favor no alabas
De servirse el señor de sus esclavas?
¿No te amé, y tanto bien tú le has perdido?
¿Qué mayor bien que amor correspondido?
Corrido estoy, rabioso y despechado
De no haber tus favores conseguido,
Aunque de ello en tu oprobio me he jactado.
Pues sufre mis enojos; de mi mano
Digna te quise hacer, y me ultrajaste.
¿No advertiste quién fueras, y quién eres?
A ser creyente hubieras ya ascendido
De la alta religion del gran Mahoma;
Y por fin, con el tiempo hubieras sido
Quizá la principal de mis mujeres,
Y á tu hermano mandaras como esclavo.
¿Imaginaste que tan necio fuese
Que hablar primero á tí te permitiese
Con lágrimas y estremos engañosos,
Propios de vuestro sexo, acostumbrado
Con ellos á triunfar, y me espusiese
A un desaire tal vez? ¿Eso querias?
¡Ah, cómo ignoras las cautelas mias!
Desde los años de mi tierna infancia
Aprendí con astucias y traiciones
El arte de engañar los corazones;
Y sé, que al que se juzga poderoso,
La primera noticia impresion hace,
Y es difícil borrársela: escelente
Virtud se necesita, que hay en pocos,
Pues pocos imaginan que se atreva
Nadie á engañarlos, ni que serlo puedan.
Mira á quién ofendiste, desgraciada,
Y no será (te juro) impunemente.
¿Quién te librará ya de mi venganza?
Tu mismo hermano (tanta confianza
De mí le persuadí) poder me ha dado
De que haga yo justicia á mi albedrío.
No hay piedad, ni remedio: tu desvío
Te costará la vida, y al instante
A una hoguera voraz con mil cadenas
Serás llevada presa á quemar viva.

HORMESINDA.

¡Cielo! ¿Esto sufres? ¿Fiera tan altiva
Consientes en el mundo? ¿Para cuándo
Guardas los rayos? ¡Cuán abominable
Maldad! ¡y qué horrorosa! Detestable
Político infernal, feroz, injusto
Autor de los delitos mas atroces,
Pérfido, ¿de cuál monstruo de las Sirtes
Fuiste engendrado? ¡Oh si pluguiese al cielo
Que en las ondas se hubiera sumergido
Con remolinos la maldita nave
Que pasó á las riberas españolas
Monstruo tan inhumano y tan horrendo!

MUNUZA.

Para tu pena y tu mayor tormento
Vuelvo a decirte, que eres inocente;
Pero todos te juzgan delincuente,
Y has de morir infame y despreciada
De los tuyos, y al fuego condenada.

ESCENA IV.

HORMESINDA, ELVIRA.

HORMESINDA.

En fin, ¡qué! ¿no hay remedio á mis desdichas?
¿Quién se vió en tal angustia?

ELVIRA.

¡Ay de nosotras!
Reducidas de nuevo á ser esclavas
Entre bárbaros fieros y crüeles,
¿Adónde iremos míseras cuitadas?
A que nos den por arras á sus moras,
A servir en sus baños deliciosos,
O á labrar sus marlotas y almaizares.

HORMESINDA.

¡Oh, acábeme mi angustia y mis pesares!

ESCENA V.

FERRANDEZ, ELVIRA.

ELVIRA.

Ferrandez, ¿es posible que á Pelayo
No podais disuadir? ¿Que solo pende
De su yerro la vida de su hermana,
Y aun la suya y la nuestra, y un tan leve
Inconveniente causa tal desdicha,
Tan fácil de enmendarse, y no se enmienda?
¡Nueva especie de pena, y mas tremenda
Que si fuera la pena irremediable!

FERRANDEZ.

¿Qué quieres que en dolor tan lamentable
Yo te responda, Elvira? Yo he fijado
Carteles en que reto y desafío
Al que acuse á Hormesinda; mas Pelayo
Mismo lo estorba: dice que es impío
Modo de hacer justicia echar la suerte,
O en el mas venturoso, ó el mas fuerte.

ELVIRA.

Pues yo voy á morir con mi señora.

ESCENA VI.

TRASAMUNDO, FERRANDEZ.

TRASAMUNDO.

Ferrandez, tu lealtad conozco ahora:
¡Quién lo hubiera pensado! nos perdemos.
Ya el gran palenque y grande hoguera vemos
(Horroroso cadalso de Hormesinda)
En la llanura próxima que linda
Con el muro; allí tiene el cruel Munuza
Escuadrones de yeguas africanas,
Sus tostados lanjetes y barrajis,
Con adargas de Fez resplandecientes,
Aljubas y alquifaes de escarlata
Están sobre las armas; á los cielos
Sube la llama; niños y doncellas
Tímidas, los ancianos y matronas
Suspiran con silencio, pues los moros
A los que oyen llorar los alancean.
Y culpan á Pelayo de sus lloros,
Pues publica el pregon que así lo manda.

FERRANDEZ.

¡Que esto se sufra! ¡Una española infanta
Morir así! ¡A los príncipes se debe
Advertir, cuando acaso se equivocan,
Lo que es muy cierto que saber quisieran!
Quien debe y puede, ofende si lo calla.
No hace el vasallo al rey otros favores,
Sino avisarle humilde lo que ignora.
El modo hace rebeldes y traidores,
Que los consejos no (cuando es preciso);
Los vasallos leales de rodillas
Advierten á su príncipe llorando,
Y él lo agradece; están los españoles
Exentos de sospecha, no á sus reyes
Solo veneran, sino aun al tirano:
Responda Juba y César el romano.

TRASAMUNDO.

Mas es padre que rey un rey de España.

FERRANDEZ.

Pues de rodillas quiero, que le engaña
Munuza el vil, con lágrimas decirle,
Y haga entonces su agrado, que á servirle
Y á obedecerle nadie irá mas presto.
Vamos, señor, al punto.

TRASAMUNDO.

Mas ¿qué es esto?
¡Qué confusion! ¡Qué estrépito se escucha!
¡Qué inquieta y dolorosa vocería!
Ya oigo el rumor del pueblo, ya vecinas
Se oyen las armas, y aun lucir las veo,
Ya suenan herraduras de caballos,
Y á lo lejos el son de las sordinas.
(Ruido.)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

TULGA, TRASAMUNDO.

TULGA.

Nada Munuza obró que con Pelayo
Antes no consultase: así de justo
Logró el renombre, y de Pelayo ha sido
Por eso en tal reputacion tenido.
Y es ir contra Pelayo el que á Munuza
Repugne.

MUNUZA *(saliendo).*

¿Qué es aquesto? Dí á Pelayo,
Que hoy verá mi amistad, que hoy se establecen
Entre nosotros las propuestas paces
Con pactos ventajosos.

TRASAMUNDO.

¿Y Hormensinda
Dónde está?

MUNUZA.

A mí me toca ese cuidado.
Haré lo que su hermano me ha rogado.

TRASAMUNDO.

Voy temblando y confuso. *(Vase.)*

TULGA.

Está dispuesto
Cuanto encargaste: el fuego, la ponzoña,
Las tropas, los amigos, las veredas,
Los pasos, los caminos, las celadas,
Los rumores, promesas y cizañas...
Todo está, nada falta.

MUNUZA.

Pues al punto
Entren á esa infeliz encadenada.

ESCENA II.

HORMESINDA *con prisiones*, ELVIRA, ZULEMA, TULGA, MUNUZA, GUARDIAS DE MOROS Y ALGUNOS CRISTIANOS *con grande aparato.*

HORMESINDA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Escuchad, moros; atended, cristianos.
No juzgueis mis decretos por tiranos,
Pues yo mas que vosotros me enternezco
De tan triste espectáculo, y tan tierna
Juventud malograda y hermosura.
Yo la contemplo una inocencia pura;
Mas ¿qué he de hacer? su hermano á voces clama
Que la entregue á voraz y ardiente llama:
Quizá tendrá motivos que le impelen.
Yo protestando al nombre sacrosanto
De Miramamolin y el gran Mahoma,
En su nombre ejecuto la justicia,
Las órdenes cumpliendo de Pelayo.

ZULEMA.

Tu compasion y rectitud admira.

ELVIRA.

¡Señora! ¡Ay de nosotras!

HORMESINDA.

Solo es tiempo
De convertir ya en mérito la pena.

ELVIRA.

¡Ay qué desdicha! ¡Ay muerte de horror llena!

HORMESINDA.

En fin, ¡que ni mis ruegos, ni mi llanto,
Ni mi llanto tristísimo é inútil,
Ni mis tiernos suspiros arrancados
Con profundo dolor de mis entrañas.
Ni el tránsito fatal en que me veo
Cercada de congojas y de angustias,
Ni mi razon, ni mi inocencia al cielo
Pudo apiadarle! ¡Ay qué dolor terrible
Me oprime el corazon! ¿A quién los ojos,
Los tristes ojos de llorar cansados,
Tanto tiempo en los cielos enclavados
Sin fruto, volveré? Por todas partes
La imágen espantosa de mi muerte
Miro en vision horrenda: en vano fuerte
Me intento hacer. Soy débil mujer flaca,
De innumerables penas combatida:
Mil enemigos mi inocente vida
Tiene sin culpa. ¡Ay bárbaro tormento!
¡Infeliz Hormesinda! ¡Ay desdichada!
¿Adónde voy? ¿Qué haré? Precipitada
En un abismo de ansia y desconsuelos
(¡Qué pena!) estoy: ¡valedme, santos cielos!

ELVIRA.

¡Ay Dios! ¡Ah España! ¡Ay míseros cristianos!

HORMESINDA

¡Ay! El mas infeliz de los hermanos....
¡Que esto quieres! ¡Pelayo! ¡Ay, si me vieras!
¡Ay! ¡Cómo acaso ya te enternecieras
En ver á tu inocente hermana triste
En tal angustia y trance! ¡Ay! ¡Y nacida
De las mismas entrañas que naciste!
¿Dónde estás, que no me oyes? ¡Oh cristianos!
Llevadle mis suspiros postrimeros,
Decid que su ignorancia le perdono,
Que resignada por su gusto muero.
Que solo siento el lance temeroso
Cuando se desengañe. ¡Ay!¡Cuántas veces
Repetirá mi nombre pavoroso!
¡Qué grande horror le espera! Dios eterno,
¿Voy á morir cargada de cadenas?
Dadme en este conflicto fortaleza:
Sirva mi muerte de espiar la culpa
De España, y pague solo mi cabeza.

UN CRISTIANO.

¡Oh trance horrible! ¡Oh bárbara fiereza!

TULGA Á MUNUZA.

Fortuna nuestro intento favorece.

HORMESINDA.

Mas ya que muera, si algo te merece
Hormesinda, Munuza, pues mi hermano
Te fué leal, pues fui de tí querida,
Que me des te suplico, no la vida,
Sino la muerte menos rigurosa.

MUNUZA.

Cualquiera muerte es una misma cosa.

HORMESINDA.

Pues muerta yo, publica mi inocencia.

MUNUZA.

Ejecutad al punto la sentencia.

HORMESINDA.

¡Ser una hermana por su mismo hermano
Sentenciada á morir! ¡Y sin delito!
¡Y á su enemigo pérfido entregada!
¡Qué atrocidad! ¡Oh cielo! ¡Ay desdichada!

MUNUZA.

Ve, infeliz, á morir, y haz con tu vida
Inútil sacrificio á tu Profeta;
Y vosotros guardad el gran suplicio, *(A las guar*
Hasta ser en cenizas reducida.

ESCENA III.

TULGA, PELAYO.

PELAYO.

¡Triste imaginacion! ¡Qué combatida
De funestas ideas! Mas ¿qué estruendo
Y rumor de la plebe ensordecido
Turba los muros de la antigua Gigia?
Tulga, ¿es Munuza fiel? ¿Me he equivocado
En el juicio que de él tengo formado?

TULGA.

¿Eso dudas, Pelayo? Vendrá ahora
Á firmar los tratados de alianza.

ESCENA IV.

TRASAMUNDO, PELAYO.

TRASAMUNDO.

Gran Pelayo, fiel y última esperanza
De la infeliz España que ya espira:
¿Qué es esto que nos pasa? ¿En qué desgracias
Vamos precipitándonos?

PELAYO.

El cielo
Así lo permitió; con menos fuertes
Remedios no es posible que se cure
Mi pundonor herido y mancillado,
Y aun doy gracias al cielo, pues me ha dado
Tan grande amigo, que á su cargo tome
Mi deshonor y á su venganza acuda;
Munuza, el fiel Munuza....

TRASAMUNDO.

¿El fiel Munuza?

PELAYO.

El fiel Munuza, sí, ¿qué te suspende?

TRASAMUNDO.

¡El fiel Munuza? ¡Oh cielos! ¿Con que entiende
Pelayo que Munuza, el vil Munuza
Es su amigo?

PELAYO.

Pues ¡qué! De lo que digo
Nadie se admirará.

TRASAMUNDO.

Séme testigo,
O Dios que lo ves todo, que Munuza
Es alevoso, es pérfido enemigo...
Sé que engañado vives: él soberbio
Sacrifica á Hormesinda á su fiereza.
El es facineroso; ella inocente.
La lealtad de España es obediente,
Y aun con importar tanto, dilataba
Desengañarte, porque te enojaba.

PELAYO.

Trasamundo, no adules mi deseo
Con nuevos imposibles: ¡si así fuera!
Mas ¡ay, que es muy crüel mi suerte fiera!

TRASAMUNDO.

No es crüel, es benigna; el cielo quiere
Volver por la inocencia de Hormesinda,
Sin causa perseguida: despechado
Munuza de haber sido despreciado,
Conociendo tu honor, te habló primero
Que otro te hablara, para que severo
La dieras muerte y odio te adquirieras
De tus cristianos, y acabar con todos.
Yo, Gaudiosa, Ferrandez y los godos
Todos lo saben; solo tú lo ignoras.

PELAYO.

¿Con que fueron sus máximas traidoras?

TRASAMUNDO.

Traidoras, y á tu muerte dirigidas.

PELAYO.

Pues dime: y ¿estas letras?...

TRASAMUNDO.

Son fingidas
Por mano infame del falsario Tulga.
Lo sé... Y la trama y pérfido artificio...

PELAYO.

Trasamundo, ¿es verdad?

TRASAMUNDO.

¿Pues aun lo dudas?
Dios sacrosanto, que con infinita....

PELAYO.

Suspende el juramento: ¿y mi inocente
Hermana dónde está?

TRASAMUNDO.

Con sus doncellas
Juzgo que está llorando recogida,
Esperando la muerte por instantes,
Para lo cual se la entregaste al moro.

PELAYO.

¿Yo al moro la entregué? Yo... Qué... ¿Qué dices?
¿Tanta vileza en la soberbia hispana
Fuera posible?... ¿Dónde está mi hermana?
Voy á abrazarla y voy con penetrantes
Heridas á matar al falso amigo.
¿Es verdad, ó me engaño?

TRASAMUNDO.

Lo que digo,
Dios eterno, confírmalo.

PELAYO.

No estorbes
Mis venganzas, señor, con detenerme:
¡Oh! qué funesto y qué terrible dia
Es este para mí de mi llegada!
¡Que tanta infamia estaba preparada!
Suelta, señor. *(Deteniéndole siempre.)*

TRASAMUNDO.

Pelayo, los furores,
La precipitacion, ni la violencia
No lo remedian: solo la prudencia
Puede valer cuando el contrario es fuerte,
Y si te precipitas, nos perdemos. *(Deteniéndole.)*

PELAYO.

¡Eterno Dios! ¿Qué dices? Me horrorizo.
¡Oh Pelayo infeliz! ¡Ay de mí triste,
Hombre inconsiderado y sin sentido!
¡Ay, Dios! ¿Qué iba yo á hacer? En un momento
¿Cuánto comprendo que ignoré hasta ahora?
¿De qué sueño profundo yo despierto?
¡Qué horror! ¡Ah vil Munuza! Ay Hormesinda,
Mi hermana, mi querida y dulce hermana!
Présago el corazon me lo decia:
Injusto fuí en creerte yo culpada.
Yo tomaré venganza tan horrenda
De tu agravio, que al fin le satisfaga.
Y juro por las almas generosas,
Que dejaron los cuerpos insepultos
Ya blancos esqueletos, á la orilla
Del infausto y sangriento Guadalete,
Que si una mujer fué la desventura
De España, otra será quizá la causa
De ser la mas triunfante monarquía,
Que á pesar de la tierra y mar profundo
Se iguale con los términos del mundo.
¿Dónde mi hermana está?

ESCENA V.

GAUDIOSA Y DICHOS.

GAUDIOSA.

Traicion hay grande.
Zulema, del amor que me ha tenido
Bárbaramente ciego, no ha podido
Un secreto callar. Que no bebiese
Del vino me encargó, que se ofreciese,
Cuando jureis las paces.

PELAYO.

¡Ah traidores!
¿Dónde mi hermana está? *(Queriendo irse.)*

ESCENA VI.

FERRANDEZ Y DICHOS.

FERRANDEZ.

Creyó que fuese
Fácil, el vil Munuza, hacer odioso
Su príncipe á los claros españoles;
No le valdrá su infamia; rodeados
De tropa estamos ya por todos lados
Por traicion de los moros.

PELAYO.

Al instante
Acudid á las armas.

TRASAMUNDO *(deteniéndole).*

Calla, infante,
No son esos estremos tan precisos,
Ni anduvieron los tuyos tan omisos,
Que no estén prevenidos á la muerte
Por librar á tu hermana y defenderte.
De Pedro, duque de Cantabria, el hijo
Está avisado: espera, porque á veces
No es lícito en la guerra errar dos veces.
Pues si el golpe se logra, como espero,
Contra el África vil, de la montaña
Rugiendo bajará el leon de España.

PELAYO.

¿Dónde mi hermana está, que no la veo?
Voy á buscarla, aunque se oponga el mundo.

TRASAMUNDO.

Disimula un instante, porque creo
Que aquí va á echar el resto la fortuna.
(Vase Pelayo.)

ESCENA VII.

ZULEMA, MUNUZA, *con grande acompañamiento*, Y DICHOS.

MUNUZA.

Hoy se ve llena la agarena luna
De Jijon en la torre embanderada,
Hoy la paz y alianza confirmada
Se verá entre los moros y cristianos.
Yo haré justicia indiferentemente
En nombre del califa soberano.
Entre unos y otros hoy establecemos
La confederacion con firmes pactos.
Con finezas, con dádivas y estremos
La amistad se confirme: hoy brindaremos,
Y en señal de la fe que os he jurado,
Tan recta es mi justicia, que forzado
Mi corazon piadoso, é informado
Por Pelayo, que muerte merecia
Su triste hermana, en este mismo dia,
Dando de mi virtud insigne muestra,
Sin distinguir personas, juez severo,
Abandonando aquello que mas quiero
La sentencié á quemar. Ya ejecutada
Estará la justísima sentencia.

TRASAMUNDO.

Cielos, ¿qué escucho?

FERRANDEZ.

¿Cómo tal violencia?

MUNUZA.

Esperad á Pelayo.

GAUDIOSA.

¡Ay desdichada!
Hormesinda infeliz! Ay malograda!
¡Ay dulce hermana y compañera mia
En todos mis trabajos! ¿Esto habia
La suerte reservado á tu hermosura?

FERRANDEZ.

Piérdase todo.

TRASAMUNDO.

Nada se aventura.

MUNUZA.

Teneos, ó mis guardias... Mas ¿qué es esto?

ESCENA VIII.

PELAYO, *trayendo á* TULGA, TROPA DE CÁNTABROS ASTURIANOS, Y DICHOS.

PELAYO.

Esto es, infame, haber ya conocido,
Por la vil confesion de un fementido,
Tus traiciones; ahí tienes al malvado
Digno ministro tuyo; ya ha apurado
Por fuerza el vaso que me preparabas.
¿De los terribles godos esperabas
Otras dádivas que estas, alevoso?

MUNUZA.

Arma, arma, mis alarbes y africanos.

PELAYO.

Arma, cántabros mios y asturianos.

(Ruido de guerra, y éntranse riñendo.)

MUNUZA *(entrándose).*

Arma.

TULGA.

¡Indigno Munuza! de tal dueño
Y tal servicio, premio tal se espera:
Con desesperacion ardiendo muero.
¡El corazon de angustia se me arranca!
¡Ay qué dolor tan bárbaro me oprime!
Mil víboras me muerden las entrañas.
(Vase cayendo.)

ESCENA IX.

ELVIRA, GAUDIOSA.

ELVIRA.

¡Ay infeliz! Gaudiosa, ¡ay desgraciada!
Los bárbaros verdugos de mi amada
Señora me arrancaron; ¡qué suspiros!
¡Qué llantos! qué ternezas !qué afligida!
¡Qué muerte! ¡Ay qué terrible despedida!

GAUDIOSA.

¿Qué es esto, Elvira? ¡Ay cielo! ¿A tal estremo
La desdicha llegó de los cristianos?
¡Ay esperanzas y deseos vanos
De nuestra libertad! Mas dime... cómo...
¿Por qué á Hormesinda tan desamparada
Dejaste en tal angustia? Di, ¿el malvado
Precepto habrá ya sido ejecutado?

ELVIRA.

Ya los ojos hermosos la vendaban,
Y á la hoguera voraz ya la acercaban,
Cuyo estallido y fuego conociendo,
Tembló, y tiernos suspiros dolorosos
De nuevo se escucharon. Yo apartada
Fuí con violencia, y á buscarte vengo,
Y á ayudarte á llorar.

GAUDIOSA.

Pero ¿qué escucho?
¿Qué estruendo de armas y rumor confuso?
¿Qué roncos atabales y bocinas,
Acercándose vienen? ¿qué lamentos,
Qué asombrosa algazara y vocería?
¡Ay triste España! ¡Hoy es tu postrer dia,
Mas fatal que en Jerez! ¡Ay de nosotras,
Espuesto el cuello al damasquino alfanje!
Ay, cielo santo, y qué terrible trance!
Ya hasta aquí llegan. ¡Ay! aparta, Elvira.

MOROS Y CRISTIANOS *(riñendo dentro).*

UN CRISTIANO.

Hoy ya la España, ó bárbaros, respira.

UN MORO.

Desde hoy sereis con yugos mas pesados
Conducidos á Siria encadenados.

GAUDIOSA.

Elvira, ¡ay de nosotras infelices!
¿Mas quién, ó cielos, viene aquí?

ELVIRA.

¿Qué dices?

ESCENA X.

HORMESINDA, *con las cadenas rotas*, GAUDIOSA, ELVIRA Y SÉQUITO.

GAUDIOSA.

¿Qué veo? ¿Es ilusion? ¿Cómo? ¡Hormesinda!

HORMESINDA.

Dejad que gracias á los cielos rinda
Por tal bien; puedo apenas esplicarlo:
La providencia así quiso ordenarlo.
Ya la hoguera fatal me amenazaba,
Cuando veis allí á Alfonso, que llegaba
Con sus jinetes; el gallardo Alfonso,
Hijo de Pedro, duque de Cantabria.
¡Qué sangriento combate! ¡qué terrible!
Él rompió mis cadenas: sorprendidos
Huyeron los infieles...

ESCENA XI.

TRASAMUNDO *apresurado*, DICHOS Y CRISTIANOS.

TRASAMUNDO.

Ya vencidos
Quedan los moros con horrible estrago,
Y el bárbaro Munuza, que esforzaba
La obstinada defensa, de Pelayo
Vió espantado brillar la ardiente espada.
Se embisten ferocísimos. ¡Qué asombro!
Qué espantoso combate! Al fin el moro,
Blasfemando colérico y tremendo,
Dió un gran gemido, y con horrenda herida,
Pálido el rostro de color de muerte,
Midió la tierra el bárbaro espantoso,
Mordiéndola rabiando en sangre tinto,
Revolcándose inquieto, y con visajes,
Quedando abominable y horroroso,
Con presencia infernal yerto cadáver.

GAUDIOSA.

Justísimo castigo, y no venganza.
(Saca un cristiano la cabeza de MUNUZA *clavada en una lanza.)*

TRASAMUNDO.

Veis la horrible cabeza en esa lanza,
Manando sangre, y arrastrando el cuerpo,
Con ignominia lleva el vulgo al fuego
Que antes para Hormesinda fué encendido.

TODOS.

¡Albricias! que ya el cielo se ha apiadado.

ESCENA XII.

PELAYO, FERRANDEZ, DICHOS Y CRISTIANOS *con espadas desnudas.*

PELAYO.

¿Perdonas á un hermano, que engañado
Con tanto indicio, aunque por tiempo breve,
Dudó de tu virtud?

HORMESINDA.

Hermano mio.....
(Abrázanse.)

PELAYO.

Digna de ser hermana de Pelayo.
¡Mi hermana! Mi Hormesinda, hermana amada...
¡Que logro verte viva y verte honrada!

HORMESINDA.

¡En qué peligro estuve!

PELAYO.

Destilando
Viene aun mi espada la caliente sangre
De tu enemigo. ¿Vesla aun exhalando
El último vapor?

HORMESINDA.

Dios soberano
Volvió por mi inocencia.

PELAYO.

Pues lo allana
Todo el cielo, marchad á Cobadonga.
Desde allí la conquista se disponga
De España, y escarmienten los tiranos,
Y en su prosperidad no estén ufanos;
Ni jamás desespere el inocente,
Pues Dios hace justicia; y si enojado
Nos castigó en Jerez, ya se ha apiadado.

CORO.

¡Oh si pluguiese al cielo
Que Pelayo lograse,
Como ha logrado esta feliz hazaña,
La mas gloriosa de librar á España!

LUCRECIA, TRAGEDIA.

PERSONAS.

LUCRECIA, *matrona romana, mujer de*
COLATINO, *sobrino de Tarquino Prisco.*
TRICIPTINO TARQUINO, *padre de Lucrecia.*
SEXTO TARQUINO, *hijo de Tarquino el Soberbio.*
ESPURIO LUCRECIO, *ayo de Tarquino.*
MEVIO, *su adulador.*
VALERIO PUBLIO, *hijo de Valerio, amante de Clau*
BRUTO LUCIO JUNIO.
CLAUDIA, *amante de Valerio.*
FULVIA, *amante de Tarquino.*

La escena se representa en Roma, en el salon de Lucrecia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

TARQUINO, COLATINO.

TARQUINO.

Ya, Colatino, hemos llegado á Roma,
Ya, como sabes, hemos discurrido
Por la ciudad, y ya de la conducta
De sus matronas vamos informados.
Ya sé, que tantos nobles capitanes,
Que por la patria espuestos peleando
El muro pertinaz de Ardea cercan,
Infelizmente viven engañados.
Cada cual celebrando á su consorte,
A las de los demás la anteponia,
Pintando su virtud y perfecciones;
Ya la docta esperiencia nos avisa
Cuán frágil la mujer y cuán mudable
Es, Colatino, en todas sus acciones.
Ya vistes como hallamos divertidas
A algunas en chistosas asambleas,
Cuando están en campaña sus esposos
Teniendo compasion del llanto de ellas;
Pero la tengo yo mayor de esotros
Cuyas mujeres en nocturnos juegos
Esponen a una suerte el patrimonio.
A algunas en los coros indecentes,
Cual las bacantes de la antigua Tracia,
Vemos danzar con torpe movimiento
Provocando al galán que la acompaña;
Otras vimos prestar benigno oido
Al deshonesto mozo, que cantando
Junta con blando son verso lascivo,
Y muchas, que ya el miedo abandonando,
El infame adulterio consentian
Aun antes de mirarse importunadas.
Porque no haya maldad sin cometerse,
Aun no quieren dorar con la disculpa
De la violencia un hecho tan aleve.
No juzgo, Colatino, que á Lucrecia
Tan indecentemente entretenida
Hallemos, que es de esotras diferente;
Sé que es honesta, y que es tambien prudente;
Pero es al fin mujer, cuyo marido
En su entender a Roma no ha venido,
Y asiste en el ejército; y segura,
Porque es ocasionada la hermosura,
Puede ser que, no aleve, cortesana,
Por aliviar la ausencia á amor tirana,
Alguna fiel visita haya admitido:
Que en la civilidad es permitido
El trato racional, y no es seguro
Que estés tan confiado en mujer frágil:
Pues no siendo contraria á su decoro
La urbanidad, al menos sospechoso
Puedes vivir de que aunque sin afrenta
Algun cariño lícito consienta.

COLATINO.

O Tarquino, qué bien me persüades
Con voces halagüeñas y suaves
A que imagine el daño que está lejos,
Para si acaso llega no temerle;
Pero estoy altamente satisfecho
Del amor conyugal de mi Lucrecia,
Y no me bastan tantos ejemplares
Como hemos visto, ni otros cien millares,
Para que de su amor yo desconfie.

TARQUINO.

No hay fe con un ausente, Colatino.

COLATINO.

Que hay en Lucrecia fe verás, Tarquino.

TARQUINO.

Posible es que te juzgues mas dichoso,
Que todos los demás; tambien los otros,
Lo mismo que tú afirmas, afirmaban;
Ya adviertes como entonces se engañaban.

COLATINO.

Entonces dije, y te repito ahora,
Que no eran menester palabras vanas,
Pudiendo remitirse á la esperiencia,
Y pues con mayor prisa que prudencia;
A Roma, como ves, hemos venido,
Y nos han ya mis lares recibido
Con silencio en la estancia mas interna
De mi casa, verás acreditadas
Con obras mis palabras refutadas
Tanto por tí, quedando satisfecho
Del noble corazon y casto pecho
De mi Lucrecia fiel y amada esposa;
Y pues en el ejército forzosa
Nuestra falta ha de ser, démonos prisa,
Y antes que venga el alba con su risa
Volvámonos á nuestros pabellones.

TARQUINO.

Puesto que á la esperiencia te dispones,
Mira qué hemos de hacer, que obedecerte
En todo determino.

COLATINO.

Ya la suerte
Nos presta la ocasion, porque he sentido
El quicio de esas puertas con ruido,
Y nosotros aquí, sin ser notados
Podemos informarnos retirados.
Mira á Lucrecia sobre aquel tapete
Con sus damas velando en su retrete:
¿ Ves?

TARQUINO.

Ya la veo.

COLATINO.

Escucha lo que dice.

ESCENA II.

LUCRECIA, CLAUDIA, FULVIA, Y DICHOS *(retirados)*.

LUCRECIA.

¡Ay de la esposa ausente é infelice,
Cuyo consorte en la enemiga tierra
Sufre el rigor de la espantosa guerra
Al frente de contrarios tan feroces,
Solo por ensalzar la patria! ¡Oh dioses!
¡Santos genios domésticos! ¡Oh lares!
¡Oh deidades de Roma tutelares!
Avasallad las bárbaras naciones,
Que su yugo resisten, no los nobles
Lechos desampareis de las romanas,
Que en triste viudedad temiendo viven;
Sea á la patria el muro ya rendido,
Y Colatino á mí restituido.

CLAUDIA.

Templa, hermosa Lucrecia, el sentimiento,
No con lágrimas ajes tu hermosura,
Que presto vendrá tiempo en que triunfante
Llegue á Roma feliz tu esposo amante,
Pues ya por largo espacio defendida
No puede ser, segun está oprimida
La bárbara ciudad ya temerosa,
De injustas almas pertinaz albergue.

FULVIA.

De su ignorancia el cielo ya apiadado
Permitirá que advierta cuánto ha errado
En no admitir por dueño á la gran Roma,
Pues no absoluta libertad se iguala
Al timbre heróico de vivir rendido
A la ciudad que Rómulo ha erigido.

LUCRECIA.

¿Oisteis por ventura algunas nuevas,
Pues vosotras soleis oir bastantes,
Del ejército nuestro? ¿Habrá empezado
A ser del ariete atormentado
El muro infiel? ¿Acaso nuestras gentes
Con fuegos de alquitrán resplandecientes
Abrasarán las fábricas soberbias
Contra Roma y el cielo levantadas?
¡Oh nacion dura! ¡Oh pueblo enfurecido,
Que obligas á olvidar el dulce nido
Con eterno dolor de las romanas
A los patricios nobles! ¡Cuánto temo
La juvenil intrepidez y el brio
Del bizarro y galán esposo mio!
El en toda ocasion será el primero,
Que el pecho heróico esponga al duro acero
Con sobresalto mio y honor suyo.
No durarás en pié mucho, rebelde
Indómita ciudad, si Colatino
Combate audaz tu muro diamantino.

CLAUDIA.

La patria en él se mira como espejo
De la fe, del valor y del consejo.

LUCRECIA.

Ahora es menester, doncellas mias,
Que os apliqueis con diligente mano
A concluir al son de mi suspiro
La clámide con púrpura de Tiro,
Que ha de vestir mi esposo rozagante
El dia venturoso que triunfante
Volver le mire Roma, coronado
Del eterno laurel de Febo amado;
Pero dejadme sola y encerrada,
En tanto que con lágrimas humildes
A los cielos mil súplicas envío,
Porque me restituyan el bien mio.

ESCENA III.

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

¿Has visto?

TARQUINO.

Sí.

COLATINO.

Qué dices?

TARQUINO.

Quedo absorto.

COLATINO.

No te respondo porque el tiempo es corto;
Pero antes de marcharnos determino,
Que no quede sin verte Triciptino,
De mi casta Lucrecia padre anciano,
Y padre de la patria; su prudencia
Refinó con larguísima esperiencia,
Ensalzando el honor de tus abuelos,
Y sentirá no vernos, y ofrecerte
Su hacienda y su persona hasta la muerte.

ESCENA IV.

TARQUINO, ESPURIO, MEVIO.

TARQUINO.

¡Válgame el Cielo! ¿Qué invasion de dudas,
Qué furioso tropel de confusiones
Mi triste corazon han inquietado?
¡De cuántos pensamientos agitado,
Mi espíritu vacila! ¿A qué he venido?
¿Qué he visto? ¿Qué me angustia? ¿Quién me ha herido
Con rayo celestial?

ESPURIO.

Señor.

MEVIO.

Mi dueño,
¿Qué tienes?

ESPURIO.

Lo que miro ¿es cierto, ó sueño?

TARQUINO.

No es sueño, amigos, ojalá que fuera,
Y yo quieto en el campo me estuviera,
Y no hubiese venido adonde creo
Que víctima he de ser de mi deseo.

ESPURIO.

Si acaso, pues merezco tu privanza,
Y me juzgas capaz de confianza,
Puedo en alguna cosa yo aliviarte,
Con fe leal te juro aconsejarte.

MEVIO.

Yo aunque indigno, señor, tus escepciones,
Tus favores logré no pocas veces:
Alto agradecimiento en mí ha durado,
Siempre fiel me tuvistes á tu lado,
Y si esta vida á tu servicio pronta
Hubieses menester, para eso solo,
Desde Ardea, como sabes, te he seguido;
No dudes de mi amor.

TARQUINO.

Agradecido
Me confieso á los dos, de los dos tengo
Satisfaccion igual; ya me prevengo
A descubrir mi pecho: A Roma vine....
(¿Estamos solos, nos escucha alguno?)

ESPURIO.

Ninguno percibir puede tus voces.

TARQUINO.

A Roma vine, y vi á Lucrecia hermosa,
¡Oh cuánta perfeccion miré en un punto!
En ella vi un dechado y un conjunto
De toda la beldad que el mundo tiene,
Y aun dudo si él produjo tal belleza.
Rindiéronme sus ojos; recogida
Estaba en sus labores divertida,

Llorando por la ausencia de su esposo;
Me robó mi quietud y mi reposo,
Aun mas su honestidad que su hermosura;
Si tan rico tesoro no poseo,
¡De qué me sirve ser de la alta estirpe
De los valerosísimos Tarquinos?
De qué el haber domado á los gabinos
Con industria y heróico atrevimiento?
No hay mas remedio al grave mal que siento:
Nada reparo, nada me acobarda,
Al tiempo solo acuso porque tarda.
La industria, el interés, ó la violencia
Me han de ayudar, no basta resistencia
Para mi intrepidez y mi denuedo;
Ni á Colatino temo, ni á los suyos,
Ni aunque todo el ejército conjure,
Ni temo el ser escándalo á mi patria,
Ni escuso por mi gusto destruirla,
Ni con voraces llamas consumirla,
Ni el baldon, ni la infamia me horroriza,
Ni el mirar zozobrando el Capitolio
En ondas puras de inocente sangre,
Ni me acobarda el riesgo, aunque evidente,
Ni la muerte, ni el cielo....

ESPURIO.

Señor, tente,
¿Qué dices? ¿Quién te priva del sentido?
¿Qué loco frenesí te ha poseido?
¡Oh, cuántos infortunios considero
Que están ya amenazando! ¡Oh patria! ¡oh patria!
¡Oh antigua libertad!

MEVIO.

Lo que ha pedido,
Espurio, nuestro príncipe no ha sido
Reprension, que al vasallo no compete;
Consejo te pidió, para que logre
Con el sigilo y brevedad posible
Su intento, que a un monarca es consequible.

ESPURIO.

No hallará en mí Tarquino consejero,
Que con semblante falso y lisonjero
Medrar procure á costa de su ruina:
Mi fe, mi gratitud....

TARQUINO.

Este no es tiempo
De cuidar de otra cosa; que mi vida,
Si no logro mi amor, está perdida.

ESPURIO.

¿No consideras?

TARQUINO.

Nada considero.

ESPURIO.

¿No quieres escucharme?

TARQUINO.

Nada quiero,
Sino es solo mi amor.

ESPURIO.

Pero ¿es posible,
Que con tal prontitud te haya rendido,
Cual repentino insulto, ó cual desmayo?

TARQUINO.

Es el amor de condicion de rayo.

ESPURIO

No es eso amor, es bárbaro deseo,
Y el príncipe magnánimo no debe
Dejar que indigna una pasion le arrastre;
El debe dominar á todas ellas.

TARQUINO.

Así lo dispusieron las estrellas.

ESPURIO.

Aunque inclinen, al sabio no compelen.

TARQUINO.

A mí el cielo y el hado me hacen fuerza.

ESPURIO

¡Cuán bien yo la desgracia prevenía
Desde el punto fatal que la porfía
Malvada se empezó, mojado el seso
Con el licor fervіente y espumoso
Que en las Carquesias pródigas de Baco
Brindó la ociosidad y el desatino!
Considera el escándalo, Tarquino,
Que á Roma vas á dar: ¿qué dirá Roma
Al ver que sus matronas mas honestas,
Mientras que sus esposos en campaña
Al peligro la amable vida esponen,
No se ven libres de sufrir la injuria
De la barbaridad de tu lujuria?
¿Qué sentirá su esposo Colatino?
¿Qué dirá el noble anciano Triciptino?

TARQUINO.

No vivo de sus dichos yo pendiente.

ESPURIO.

¿Qué dirá el grande Bruto, de la patria
Y de la libertad de sus patricios
Defensor obstinado, si tus vicios
Amenoran tal vez su atrevimiento?
¿No ves su militar furor violento,
Y cómo estan de Roma las legiones
Debajo de su mando y su conducta?

TARQUINO.

Son vanos los peligros que me espones:
¿Quién se puede atrever al soberano?

ESPURIO.

Responda Amulio, y Numitor su hermano,
Y Alba longa, de Ascanio edificada
Con la tirana sangre rociada.

TARQUINO.

No fué el amor autor de esa desdicha.

ESPURIO.

Es causa de mayores infortunios:
El conmovió las espantosas armas,
Y envuelta en odio y en engaño griego
Llevó á Troya el amor desatinado
La cólera de Aquiles indignado.

TARQUINO.

Menos sabio pretendo y mas sumiso,
Espurio, al inferior; de mi presencia
Te aparta al punto.

ESPURIO.

Triste te obedezco.
Porque es para tu mal.

ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

MEVIO.

Ya que merezco
Tan noble distincion, manda y ordena:
¿En qué puede servirte tu cliente?
¿Qué presumes hacer?

TARQUINO.

Deja primero
Confesar que lo justo y verdadero
Espurio me amonesta: ¡Oh cuánta! ¡oh cuán
Razon y fuerza la verdad desnuda
Tiene, aunque hallada en boca humilde y ruda
Bien la conozco, y no puedo abrazarla,
Mi amor me trajo al mas funesto estado
Que arrojar á un amante pudo el hado.

MEVIO.

Mira, señor, por tu preciosa vida,
Que mas que no el honor de Colatino,
Ni de Lucrecia importa; ¿qué te inquieta?
No es gran dificultad la que pretendes.
No es combatir á la ciudad de Nino
De sus floridos muros coronada:
Una frágil mujer desamparada
Ha de ser tu enemigo y tu trofeo;

No acometió alta empresa tu deseo.
Al príncipe, señor, lícito es todo
Cuanto gustare.

TARQUINO.

Con que de ese modo
¿No adquiriré de injusto infame nombre?

MEVIO.

Ningun arrojo puede haber que asombre
Un corazon real.

TARQUINO.

No, no prosigas,
Mevio, no he menester que mas me digas.

MEVIO.

Solo te advierto el disimulo cauto;
Con él allanarás los altos montes,
Y pues acia aquí viene Triciptino
Con el tirano que tu bien usurpa,
Yo me retiro hasta el umbral, Tarquino,
Y no me alejo mas; en mí confía
(Pues tu salud solícito pretendo),
Que vigilante y que leal te atiendo.

ESCENA VI.

TRICIPTINO, COLATINO, TARQUINO.

TRICIPTINO.

Enhorabuena el jóven valeroso,
Delicias de su patria, sea venido
A aumentar los blasones de mi casa
Con su presencia: anduvo muy escasa
Conmigo la fortuna hasta este dia,
Mil triunfos concedió á mi bizarría;
Mas ninguno se iguala al honor grande,
Que hoy consigue el anciano Triciptino
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

TARQUINO.

Justo premio debido á tus hazañas
Fueran mayores escepciones; pero
La patria, cuyo amparo y honor eres,
Con públicas estatuas y altos arcos,
En honra de tus triunfos erigidos,
Satisface por mí.

TRICIPTINO.

Se ven cumplidos,
Colmada la esperanza, mis deseos,
Pero, ó mancebos ínclitos, volveos,
No á la patria priveis de vuestro auxilio.

COLATINO.

Concede, padre, que á Lucrecia vea,
Y al punto me verás volver á Ardea.

TRICIPTINO.

Ya la casualidad te manifiesta
Patente el gabinete retirado:
Mira, Tarquino, la matrona honesta,
De Tanaquil tu abuela fiel traslado.

ESCENA VII.

LUCRECIA, CLAUDIA, Y DICHOS *(desviados)*.

LUCRECIA.

No te parezca el incesante lloro,
O Claudia, porfiado ni escesivo,
Que es gran causa un esposo que está ausente.

CLAUDIA.

No me parece; pero algun consuelo
A tu afligido corazon consiente:
Tu juventud no es justo que estragada
Se mire por tu angustia inconsolable.

LUCRECIA.

¡Ay Claudia! tengo yo por variable,
Y de la santa fe no guardadora
A cualquiera mujer, que fiel no llora
Noches y dias incesantemente,
Mientras el dulce esposo tiene ausente:
Yo mísera infeliz á llanto eterno
Con esta ausencia vivo condenada;
Ni me consuela ni divierte nada,
Mas siempre la memoria me fatiga,
Representando á mi querido esposo,
Cuyos amores solicito en vano,
Y es tan intenso este dolor tirano,
Que á la tenacidad de su tormento
Me falta (¡ay cielos!) el vital aliento.

COLATINO.

Recóbrate, Lucrecia, esposa mia,
Ya vengo, aquí me tienes amoroso;
Consuélate, señora.

LUCRECIA.

¿Velo, ó sueño?

COLATINO.

No sueñas, que yo soy.

LUCRECIA.

Mi bien, mi dueño,
Colatino, mi amor, mi dulce esposo,
¿A qué vinistes?

COLATINO.

A volverme al punto.

LUCRECIA.

¡Cuándo el mal con el bien no llegó junto
A un corazon amante! ¿A qué has venido?

COLATINO.

¿No en el jóven real has reparado
De quien para honra nuestra vengo al lado?

LUCRECIA.

La vista apacentada solamente
En tí que eres su objeto, nada ha visto
Sino es á tí, Tarquino; tú perdona
La lícita pasion de una matrona,
Del amor conyugal ejemplo casto.

TARQUINO.

El tiempo solo en admirarte gasto.

COLATINO.

Lucrecia, á lo que solo yo he venido,
Acompañado de Tarquino, ha sido
A admirar tu recato y tu modestia.
De la de su consorte cada uno
En las tiendas estaba hoy altercando,
Y con viva pasion exagerando.
Yo dije: á las palabras solamente
No creais, remitidlo á la esperiencia;
Vinímonos aquí con diligencia...

TARQUINO.

Y vimos que mereces mil coronas.

COLATINO.

Ejemplo de castísimas matronas.

LUCRECIA.

Yo me retiro á que los santos dioses
Miren mi gratitud.

TRICIPTINO.

Y yo contigo,
Que de tan gran fortuna soy testigo.

ESCENA VIII.

TARQUINO, COLATINO.

COLATINO.

Nada me digas.

TARQUINO.

Callo, y te obedezco.

COLATINO.

Pues aun hay mas que ver.

TARQUINO.

No, Colatino,
Hacer mayor pesquisa determino:
He visto que Lucrecia, al fin romana,
Es única en la fe y en la hermosura.

COLATINO.

Desengaños mayores te procura,
Tarquino, mi deseo.

TARQUINO.

Satisfecho
Estoy, y convencido.

COLATINO.

No repugnes,
Que procuremos ver otras matronas.

TARQUINO.

Por ahuyentar recelos de tu pecho
Te sigo, aunque forzado.

COLATINO.

Vamos, vamos.

TARQUINO.

En vano competir otra belleza
Con ella intentará: yo estoy rendido,
Lucrecia, á tu hermosura mas que humana;
Yo infeliz procuré ocasion de verte,
Y esta curiosidad será mi muerte.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FULVIA, CLAUDIA.

FULVIA.

No juzgué que Valerio te debia
Tanto cuidado, Claudia, como dices.

CLAUDIA.

Fulvia, con él espera mi deseo
Unirse al yugo santo de himeneo.

FULVIA.

Nunca de mi amistad te he dado muestras
Mayores que las que hoy pretendo darte,
Pues un secreto quiero revelarte,
Que siempre en mi interior tuve guardado.

CLAUDIA.

Será con gratitud recompensado,
Y con silencio grande retenido.

FULVIA.

Si á otra menos prudente que tú fuera,
Tal cosa no dijera, que peligro
Muy grande me será que se publique.

CLAUDIA.

Si algun consejo es menester que aplique,
No te le negaré.

FULVIA.

Pues sabe, Claudia,
Como es Tarquino oculto amante mio,
Y en sus promesas y en su amor confio
Que de Roma he de ser jurada reina,
Cuando llegue á empuñar su augusto cetro:
Por verme solamente he presumido
Que del acampamento haya venido,
Aunque otra cosa con engaño finja.
Y no te maravilles de que aspire
A presumir ser reina, pues lo fueron
Ya mis antepasados; descendiente
Soy, como sabes, del antiguo Evandro,
Con cuyo auxilio el fugitivo Enéas
Dejó á sus nietos de Saturno el Lacio;
Y no presumo que mi amor desdeñe,
Pues no me escede, ni en la noble sangre,
Ni en otros dotes, Claudia, no tamaños.

CLAUDIA.

Pero te escede, ó Fulvia, en los engaños
Con que á tu sencillez burlar procura.
¡Ah! ¡que no le conoces cuán aleve,
Cuán falso engañador y lisonjero
Tiene el semblante, y cuán ingrato y fiero
El doble corazon, lleno de astucias!
¿Posible es, Fulvia amiga, que imagines,
Aunque de abuelos ínclitos blasones,
Que el intrépido ardor de sus pasiones
Ha de rendir á la razon Tarquino?
¿Y que por fin á sola una belleza
Sujetara su irracional antojo?
No permitan los dioses que despojo
De su cautela ser te mire Claudia.
¡Oh, cuánto yerra la doncella incauta
Creyendo el llanto del fingido amante,
Que no repara en aumentar promesas!

FULVIA.

Mucho en mi desengaño te interesas:
Tanto debes de amarme, Claudia amiga,
Cuanto á él aborrecerle.

CLAUDIA.

Le aborrezco.

FULVIA.

¿Por qué?

CLAUDIA.

Ahora verás si yo merezco
Que tú cualquier secreto no me celes,
Pues con saber tu amor no me rehuso
De ponerme á peligro que reveles
Lo que voy á decir.

FULVIA.

En mi confía.

CLAUDIA.

Mi padre en posesion quieta regia
La opulenta ciudad de los gabinos,
Los gabinos feroces y guerreros
En ásperas batallas indomables,
Y en arrojarse al riesgo los primeros.
Aquí llegó una noche acongojado
Tarquino aleve, engañador malvado,
Con no menor astucia y disimulo,
Que el ingrato Sinon, que á Troya solo
Fué, lleno el pecho de traicion y dolo.
Arma tocó la juventud gabina
Al instante que cerca le miraron,
Y con presto furor desenvainadas
Las fúlgidas espadas relumbraron.
Matadme, dijo á voces, ó gabinos,
A mí el mas infeliz de los Tarquinos.
Ningunas armas jugaré en defensa
De esta angustiada y miserable vida,
Sin razon de los mios perseguida
Por voluntad de mi soberbio padre,
Que ansiosamente por mi fin anhela;
Él con azote rígido mi espalda
Cruelmente, como veis, ha castigado.
Dijo: y las voluntarias cicatrices
Les mostró á los gabinos infelices,
Ajenos de juzgar que sus heridas
De propósito fuesen recibidas,
Para engañar mejor su piedad simple.
Recíbele mi padre, y los magnates
Admitiéndole amigo le abrazaron,
Y las manos derechas se apretaron;
Pero él ingrato al ínclito hospedaje,
A Tarquino el soberbio un nuncio envía,
Pidiéndole consejo depravado,
Porque con él al punto determina
Vender injusto la ciudad gabina.
Encuentra al duro padre el mensajero
En un jardin ameno, y con la espada
Los vástagos mas altos y macollas,
Sin responder, al suelo derribaba.
Sábelo el hijo, y dice: ya comprendo
La mente de mi padre, y furibundo
Reduce la ciudad á lago inmundo
De senatoria y de patricia sangre;
Y en tanto las murallas sin defensa
Sus prevenidas huestes asaltaron,
Y de ellas con traicion se apoderaron
Y no contento de hecho tan infame,
Solícito pretende que yo le ame,
Sin advertir, que fiero y alevoso
Huérfana me dejó con mano impía.

Yo vi, yo misma vi los duros filos
De su terrible espada ensangrentarse
Al discurrir con ímpetus crueles,
En la presencia de mi propia madre,
Por la garganta de mi anciano padre,
Que su noble piedad llevó tal premio.
Considera tú, Fulvia, mis razones,
Y mira si las hay para que ansiosa
Yo le aborrezca, y para que tú temas
Verte engañar de un pecho fementido.

FULVIA.

El mio, Claudia, queda agradecido
Por advertencia tal; y sospechosa,
Yo observaré desde hoy en adelante,
Si es verdadero ó si es fingido amante.

CLAUDIA.

Tampoco juzgues, que por solo verte
Haya Tarquino à la ciudad venido,
Alguna otra maldad le habrá traido.

FULVIA.

De cualquier suerte, Claudia, te prometo
Averiguar mis dudas con secreto.

ESCENA II.

VALERIO, CLAUDIA.

VALERIO.

Temiendo la venida de Tarquino,
Pues no su proceder injusto ignoro,
Mi ejército dejé; los altos dioses
Me condujeron, Claudia, á tu presencia:
Muy receloso estoy de su insolencia,
Y así vengo á asistirte, y saber quiero
Si en tí dura el amor tan verdadero,
Como antes de partirme.

CLAUDIA.

Las doncellas
Cual yo de ilustre y generosa sangre
A un dueño solamente su fe entregan,
Y conservan la fe que han entregado,
Y aunque Tarquino intrépido y osado
Torcerla procuró, mi pecho heróico
Rechazó con desdenes su osadía,
Que es mas mi pundonor que su porfía.

VALERIO.

Tarquino, poco atento á tu decoro,
¿Tan insolente fué? ¿Qué dices, Claudia,?
Pues sabiendo mi amor, ¿cómo este aleve
Al hijo de Publícola se atreve?
¿No sabe que á mi voz y á la de Bruto
De Roma las legiones maniplares
Atienden obedientes? ¿Duda acaso,
Que algun hado contrario le amenaza?
A Bruto predijeron las estrellas,
Sobre Tarquino imperio: ya asaltada
La ciudad de tu padre, y aquietada,
Sacrificios solemnes se ofrecian,
Cuando una sierpe con rabiosos ojos
Escamosa, con boca silbadora,
Salió desenroscándose de en medio
De los sacros altares, y apagados
Los misteriosos fuegos, arrebata
Con furia los espuestos intestinos
Que el ministro solícito espiaba.
A Febo reverentes y medrosos
Consultan, y el oráculo responde:
El que ósculo de paz diese primero
A su madre, será este el verdadero
Y único vencedor; la turba frágil,
Crédula, fácil y engañosamente
Corrió precipitada, y cada uno
Dió á su madre de paz ósculo santo.
Pero de Bruto fueron advertidos
Los ocultos misterios no entendidos;
Porque de las cautelas y asechanzas
Del soberbio Tarquino se librase,
A tierra se arrojó disimulado,
Y á la madre comun besó amoroso,
De lo cual se mostró Febo servido,
Y si Tarquino injusto no ha entendido
Que aun tiene Roma espíritus romanos
Queridos de los dioses soberanos,
La vez primera que agraviarte intente,
Las iras, los enojos de Valerio
Será bien que el tirano esperimente.

CLAUDIA.

A Lucrecia, Valerio, he divisado,
No me será placer que aquí te vea;
¿Volveremos á vernos?

VALERIO.

Luego, Claudia,
Primero que al ejército me marche.

CLAUDIA.

Guárdete el cielo.

VALERIO.

El cielo te prospere.

ESCENA III.

CLAUDIA, LUCRECIA.

LUCRECIA.

La suerte haga de mí lo que quisiere;
Ya no pretendo alivio ni consuelo.

CLAUDIA.

Ahora te oigo quejar sin causa al cielo,
Pues ya te concedió ver á tu esposo.

LUCRECIA.

Sí; ¿mas no ves con cuán poco reposo
A la ciudad los dioses le han traido?
Aun si ha sido ilusion estoy dudando,
Y llego á imaginar que no le he visto.

CLAUDIA.

No volverá al ejército sin verte.

LUCRECIA.

Lo que quisiere haga de mí la suerte.

ESCENA IV.

TARQUINO, CLAUDIA.

TARQUINO.

Claudia, si haber venido á verte solo,
Abandonadas las romanas huestes,
Merece algun favor, solo deseo
Que seguir á Lucrecia me permitas;
A la patria y á mí decirla importa...

CLAUDIA.

Mientras no esté delante Colatino,
O el padre de Lucrecia Triciptino,
En vano solicitas que te escuche.

TARQUINO.

Lucrecia me conoce, y yo bien puedo...

CLAUDIA.

No puedes, porque á nadie es permitido...

TARQUINO.

A mí me es permitido entrar...

CLAUDIA.

Te engañas.

TARQUINO.

Donde Lucrecia esté.

ESCENA V.

FULVIA, TARQUINO.

FULVIA.

No se permite,
Tarquino, que ningun amante mio
A costa de mi afecto y mi desaire,
Ver otra dama en mi presencia intente,
Mientras no se confiese fementido.

TARQUINO.

Fulvia, si para amarla hubiera sido
Mi pretension, á tí te agraviaria;

Pero como intereses de la patria
A tal solicitud me compelian,
No juzgué que tu cólera escitasen
De la causa comun las pretensiones.

FULVIA.

¡Ah Tarquino! Si piensas que yo ignoro
De tu ingrata cautela el doble trato,
Por mas que disimule con recato
Indicios que ya llegan á evidencias,
Comprobados con largas esperiencias,
Te engañas, porque ya tus procederes
No pudieron estar mas tiempo ocultos
A quien de averiguarlos se interesa.

TARQUINO.

O Fulvia, para mí tan nueva es esa
Espresion, que no sé qué responderte.

CLAUDIA.

Con tu maldad delante tiemblas verte.

TARQUINO.

¿Qué maldad? Pues ¿en qué yo te he ofendido?

FULVIA.

¿Eso preguntas? Dime: ¿á qué has venido
Del campo á la ciudad?

TARQUINO.

A verte solo.

FULVIA.

¿A verme solo? Dame algun seguro.

TARQUINO.

Lo juro por los dioses.

FULVIA.

¡Ah, perjuro!
¿Así para que apoyen tus engaños
Citas a las rectísimas deidades?

TARQUINO.

Crédito ellas me dan, tú me le niegas;
Dudo cómo poder satisfacerte.

FULVIA.

Si libre de mis zelos quieres verte,
Cúmpleme una palabra que has de darme.

TARQUINO.

A todo cuanto quieras obligarme
Para satisfacerte, no rehuso.

FULVIA.

Pues supuesto que á Roma solamente
Por verme, como dices, has venido,
Y ya verme por fin has conseguido,
Y acá no te condujo mas intento,
Que vuelvas al ejército al momento
Es lo que mi recelo y mi amor pide.

TARQUINO.

No sé por qué pretendes apartarme
De tus divinos ojos, Fulvia mia.

FULVIA.

Por solo acreditar tu alevosía.

TARQUINO.

El irme lo será.

FULVIA.

No has de engañarme
Con aleve ficcion; nada te escucho,
Porque si ver no esperas otra dama
Mas que la que tu afecto dices ama,
Al campo tornarás, sin darme plazos,
Para venir mas digno de mis brazos;
Mas si en Roma te quedas esta noche,
Tú lograrás el fin á que has venido,
Persuadirás tu amor, que yo no creo,
A la infeliz que digas que es tu amada;
Pero yo quedaré desengañada.

ESCENA VI.

COLATINO, TARQUINO.

COLATINO.

Tarquino, ¿qué motivo ha ocasionado
Que desampares tú mi compañía?
¿Estábate tan mal ir á mi lado?
¿O te avergüenzas de que la gran Roma
Al hijo de mi rey conmigo vea?
Pues no te avergonzaste en la pelea
(Aunque el decirlo no me es decoroso)
De asistir á mi lado en el fogoso
Y aventurado aprieto del combate.
Allí no te eché menos, y aquí al punto
Que tuviste ocasion de mí te apartas
Ignorándolo yo, que te guiaba;
Y después que por Roma te he buscado
En vano, de tu vida cuidadoso,
Debajo de mis techos te he encontrado;
Para venir á honrarlos no imagino
Que de mí cautelarte necesites,
Y yo no sé tu accion á qué atribuya.

TARQUINO.

Solo á malicia y vil presuncion tuya,
Porque yo no discurro que un acaso
A nadie ocasionar pueda sospechas.

COLATINO.

¿Pues qué acaso infeliz te ha sucedido?

TARQUINO.

Solamente el habérteme perdido,
Y aunque por la ciudad yo te he buscado,
No me ha sido posible haberte hallado,
Y vínete á buscar donde pensaba
Que era preciso que acudir debieses.

COLATINO.

Tarquino, ello será como quisieses,
Y pues que satisfechos ya nos vemos,
Volvernos al ejército podemos.

TARQUINO.

Volvámonos; mas ¿qué ocasion á Bruto
Tambien le pudo á Roma haber traido?

ESCENA VII.

BRUTO, TARQUINO, COLATINO.

BRUTO.

El amor de la patria, que perdido
Miro en vosotros. ¡Oh desgracia nuestra!
Y ¡oh desgracia de Roma! ¡Que sus hijos,
A quien ella juzgó por los mas fijos
Apoyos de su firme consistencia,
Así la desamparen! ¿Cuál urgencia,
Tan grande os arrastró del campo á Roma?
¿Os rendisteis acaso á la fatiga
Que el áspero ejercicio de la guerra
Produce en los medrosos corazones?
¿Así desamparais los escuadrones,
Que de la patria el nombre soberano
Dilatan por los términos de Hesperia,
Indómitas naciones domeñando?
No es esta Roma, no: Roma es aquella;
No es tanto Roma el buque suntuoso
De edificios soberbios adornado,
Cuyas campiñas fertiliza el Tibre,
Como aquel noble ejército famoso
Formado de sus hijos escogidos,
Que el nombre augusto y la opinion romana
Sostienen, á morir apercibidos.
Allí asistir debeis, allí el honroso
Laurel se adquiere, y no en el perezoso
Tálamo conyugal, que aunque no obsceno,
Con lícitos placeres afemina.
¿No advertís por ventura la ruina
A que sin capitán están espuestas
Las huestes que dejais desamparadas?
¿Por qué adalid juzgais serán mandadas,
Si el atento enemigo las embiste
De vuestra sinrazon aprovechado?

No así, no así el gran Rómulo olvidado
Vivió de su deber; al crudo hielo
Las noches del invierno riguroso
Con la sabina lanza sufrió armado.
De tal modo à la escelsa monarquía,
Que al mundo rendirá, dió fundamento;
Mas no dura en vosotros tal intento.
¿Ignorais por ventura, que los hados
A Roma señalaron por cabeza
Del universo, cuando fué una hallada
Donde hoy erguido se alza el Capitolio?
Y no à vosotros el romano solio
Deberá su esplendor, ni sois romanos,
Ni sois.....

COLATINO.

Romanos somos, no la afrenta
Sin límite ha de ser. ¡Qué! Bruto, ¿intenta
Con tanto vilipendio tu osadía
Deslustrar la nobleza y sangre mia,
Roto de la amistad el nudo santo?

BRUTO.

Mucho quiero decir; pero no tanto.

TARQUINO.

Bruto, á mí tu oracion no me comprende,
Pues no de mi pensar el tuyo dista;
Que no huye del ejército Tarquino,
Ni escusa las batallas Colatino.

BRUTO.

¿Pues en qué os deteneis?

TARQUINO.

No de Lucrecia
Me quisiera apartar menos airoso
Que á lo que da lugar la cortesía.

COLATINO.

En lance tan urgente no querria
Que fueses tan atento: en despedirme
No el tiempo he de gastar que á Roma debo:
A montar á caballo voy al punto. *(Vase.)*

TARQUINO.

Es inhumanidad.

BRUTO.

¡Oh gran romano!
¡Hijo fiel de tu patria! El soberano
Gran padre de los dioses celestiales,
Te dé los triunfos al deseo iguales,
Pues nos has con tu ejemplo ya enseñado,
Que aunque reine en el pecho enamorado
De la hermosa consorte regalada
El tierno afecto, dulce y verdadero,
El amor de la patria es lo primero. *(Vase.)*

TARQUINO.

Fuerza es seguir; mas no, no desconfío,
Ni temo que se frustren mis intentos,
Pues su ausencia y mi engaño me asegura
Conseguir de Lucrecia la hermosura.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

MEVIO, FULVIA.

MEVIO.

No así debe un afecto despreciarse
Tan noble, Fulvia ingrata, como el mio;
Ya llega á ser desprecio tu desvío
Indigno de mi sangre y mi persona.

FULVIA.

Mal con esto tu mérito se abona,
Pues no debieras ser tan atrevido,
Que al hijo de tu rey, que te ha ascendido
A la altura que tanto te envanece,
Hubieses de aspirar á competirle
En la eleccion despótica del gusto:
¿Parécete, que acaso será justo,
que enseñada á escuchar quejas reales,
Las bajas de un vasallo desiguales
Benignamente admitan mis oidos?
Si Tarquino tu esceso no ignorara,
Tan opuesto á su amor y á su designio,
Aunque tú en su privanza te confías,
Despojo de su cólera serias;
¿Y aun á decir te arrojas que me quieres?

MEVIO.

¡Oh locaceguedad de las mujeres!
¡Que siempre al verdadero y fino amante,
Cual yo lo soy, menospreciais ingratas,
Y estimais al que falso y halagüeño
Solo alega por mérito el engaño!
Pues qué, el mal que amenaza tan estraño
A Roma, ó Fulvia, ¿no llegó á tu oido?
¿A mi suspiro solo es prohibido
Que pretenda llegar á tus orejas?

FULVIA.

En grande confuson, Mevio, me dejas;
¿Qué mal está á la patria amenazando?

MEVIO.

No imagino posible que lo ignores,
Aunque ha poco que el mal tuvo principio.
Tarquino ciegamente enamorado,
La patria, el riesgo y cielo despreciado,
La beldad de Lucrecia solicita
Con bárbara intencion y atrevimiento.
Algun insulto rápido y violento
Verás en deshonor de su hermosura.
Entonces quedarás, Fulvia, segura
De mi verdad y su ficcion aleve.
Y nunca mi lealtad la publicara,
Si el injusto arrancarte no intentara
Del pecho donde sabe que tú vives.
Por Lucrecia está en Roma: bien conozco
Que tú de mi verdad estás dudando;
Mas lograré te desengañes, cuando
Llore afrentada su rigor Lucrecia,
Y será tanta infamia abono mio;
Y de Tarquino en las maldades fio,
Que abogarán por mí, pues la esperiencia
Te empeñará á estimarme, cuando injusto
Logre Tarquino el vil intento fiero,
Juzgándome ya tú por verdadero.

ESCENA II.

CLAUDIA, FULVIA.

CLAUDIA.

¿En qué el tiempo diviertes, Fulvia amiga?

FULVIA.

Ay, Claudia, yo no sé lo que te diga,
Ni sé qué me sucede.

CLAUDIA.

Dí, no temas.

FULVIA.

Ese Tarquino, ese Tarquino aleve,
Que aun contra el cielo intrépido se atreve,
Con engañarme, Claudia, no contento,
A estremo llegó ya su atrevimiento,
Que ni aun seguro de él está el recato
Y honor de la hermosísima Lucrecia.
La infamia aborrecible que pretende,
Solo pensarla, á mi discurso ofende:
¡Tan grande es su malicia detestable!
Mevio, Mevio su indigno confidente,
A mí atrevido, al príncipe es ingrato,
Y obligarme pensó con sus traiciones;
Mira si algun remedio, Claudia, pones,
Porque no así la patria escandalice.

CLAUDIA.

Mi oracion fué pronóstico infelice.

FULVIA.

Apenas te apartastes de mi lado,
Le vi ya por mi mal verificado,
Porque ver á Lucrecia pretendiendo,

Incumbencias políticas fingia;
Mas no pudo encubrir la pasion ciega
De sus viles y bárbaros antojos,
Y aunque él se afectó ajeno de la culpa,
Fuego exhalaban los impuros ojos.
Y luego solicita que yo crea,
Persuadiendo con labio fementido,
Que solo del ejército ha venido
Por verme á Roma.

CLAUDIA.

Con el mismo engaño
Pensó mirar templada mi repulsa,
Y no le sucedió como pensaba :
Su error manifestar determinaba
Yo a Lucrecia ; mas helo suspendido,
Mirandola anegada en tierno llanto
Por la ausencia veloz de Colatino;
Y pues que en Roma no esta ya Tarquino
Por diligencia audaz del noble Bruto,
No ocultaré estas cosas á Valerio,
A Valerio, que espero prontamente,
Primero que al ejército se ausente,
Y dé cuerdo remedio á tantos males.

ESCENA III.

MEVIO *(acechando)*, Y DICHAS.

MEVIO.

Aun no la casa está con el silencio
Que necesito yo; mas ya parece
Que dejan libre el campo.

FULVIA.

Está bien, Claudia,
Vamos pronto, que á todo me resuelvo.

ESCENA IV.

MEVIO, *y despues* TARQUINO, ESPURIO.

MEVIO.

Ya bien puedes entrar.

TARQUINO.

Temblando vengo,
Y no es de miedo, Mevio, te aseguro,
Pues no temiera el asaltar el muro
De horribles enemigos coronado;
Pero esto de atreverme á quien adoro,
Y no poder vencerla sin injuria,
Y morir ciertamente, si no venzo,
Es hazaña temible.

ESPURIO.

Me avergüenzo,
Me avergüenzo, señor, de callar tanto;
Ayude a mi razon mi triste llanto,
Por si puede ablandar tu pertinacia.
¿Aun no te has convencido? ¿Aun imaginas,
Que Espurio te engañó con su consejo?
No desprecies el fiel de un cauto viejo,
Que desde tus niñeces te ha educado.
Ea, vuelve por tí. Mira, Tarquino,
Que siempre asiste al príncipe divino
Espíritu, que al cielo le levanta.
Aspira, aspira á distinguirte heróico
De la plebe comun, baja é infame :
Ella de sus pasiones arrastrada,
Sin ser a resistirlas poderosa
Precipitar se deja en ciego abismo:
No ha de pasarle al príncipe lo mismo
Que á un hombre vil del abatido vulgo.
¿No te horroriza la maldad horrible
Que intentas cometer tan obstinado?
Venciéndote a tí propio, te acreditas
Justamente de invicto y soberano,
Digna hazaña de un príncipe romano.

TARQUINO.

Espurio, si no quieres ver perdida
La atencion que á tus canas se le debe,
Desiste de la plática emprendida.

ESPURIO.

Ni yo debo callar, ni tú debieras
No escucharla, Tarquino.

TARQUINO.

Lo que debo
Hacer, lo sé muy bien : Espurio, vete,
No obligues á que mas ya no respete
Tu ancianidad tan llena de imprudencia.

ESPURIO.

Ese será tu mal, que yo te deje
Entregado á un infame lisonjero,
Que funda su interés en tu ruina.
Tu perdicion, Tarquino, se avecina,
Pues no puede venirle mayor daño
A un príncipe, que ver que se retiran
Los que la verdad justa le aconsejan,
Y que en poder de aduladores falsos
Entregado á sus máximas le dejan.
Ya te abandono, ya; mas, ó infelice,
¡Qué males mi recelo te predice!
No olvidará, no olvidará el castigo
Debido á tu insolencia el alto cielo;
El cuidará de sostener indemne
La libertad y la opinion romana,
Destruyendo tu cólera tirana.

ESCENA V.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

No sé cómo ha sufrido mi paciencia
Tan obstinada y bárbara imprudencia.

MEVIO.

No es digno de escitar tu real enojo
Un trémulo decrépito, demente,
Que apoya su razon solo en sus años ;
Y así, dime, señor, ¿por cuan estraños
Modos dejaste á Bruto y Colatino?

TARQUINO.

Apenas comenzamos el camino,
Cuando fingida rápida carrera,
Mostrando desear que mi persona
Al ejército llegue la primera,
Me alejé de ellos, y volviendo al punto
La rienda al velocísimo caballo,
Aquí llegué por senda desusada.
Ellos habrán seguido, y en Ardea
Pensarán encontrarme, y presurosos,
Viendo que allí no estoy, darán la vuelta
Acá sin duda alguna sospechosos;
Mas ¿qué aprovechará su diligencia
Contra mi pertinaz atrevimiento?
Pues no espero que Apolo me salude
Desde el oriente esperanzado amante,
Sin que mire (dejada la tardanza)
Vuelta en posesion dulce mi esperanza;
Y así, Mevio, prevente á todo riesgo,
Que mientras a mi lado esté mi espada,
Y tú fiel no me faltes de mi lado,
No hay que temer; ya tengo acá ideado
El éxito feliz, que cierto espero,
Y en tanto piensa tú los galardones
Con que pretendes ver recompensada
Tu lealtad.

MEVIO.

Si Fulvia mi adorada
Fuese mia, señor, nada mas quiero.

TARQUINO.

Su gusto ó mi poder lo facilita.

MEVIO.

Objeto de tu amor yo la juzgaba.

TARQUINO.

No era á ella, era á Lucrecia á quien buscaba.

MEVIO.

Pues siendo así, no temas descubrirte,
Manda, señor, que emprenderé alevoso
La maldad mas horrenda por servirte.

TARQUINO.

Retírate, que ruido allí he sentido.

ESCENA VI.

VALERIO Y CLAUDIA, *cada cual por su puerta, y dichos se retiran.*

CLAUDIA.

¿Valerio?

VALERIO.

¿Claudia?

TARQUINO.

Escucha aquí escondido.

CLAUDIA.

Temí que no vinieses, por lo mismo,
Valerio, que tu vista deseaba;
Sabe que hay grande mal; tú solo puedes,
Juntando tus parciales, atajarlo,
Defendiendo el honor de las romanas;
Tarquino el insolente...mas ¿qué es esto?
(Suena ruido.)

VALERIO.

Ola, ¿quién es el loco temerario,
Que aquí se atrevió á entrar?

TARQUINO.

Yo soy, Valerio.

VALERIO.

Pues tú en este paraje recatado,
¿Qué pretendes, Tarquino? ¿A qué has venido?

TARQUINO.

No estás de mi tutela tú encargado,
Para tomarme así la residencia,
Ni es fácil te consienta esa licencia
Quien en Roma te encuentra delincuente.
¿Así tus escuadrones desamparas,
Y á Roma vienes con nocturna fuga?

VALERIO.

No importa que prevenga tu malicia
Lo que escuchar debieras con justicia
De mi boca en oprobio de tu infamia.
¿Qué? ¿Son acaso aquí tus pabellones?

TARQUINO.

Yo para estar aquí tengo razones.

VALERIO.

Si imaginas que ignoro el vil motivo,
Te engañas; Claudia es mia, y quien quisiere
Contradecirlo.....

CLAUDIA.

Suspended, romanos,
Las iras, que hacen falta al enemigo,
No quiera el cielo hacerme á mí testigo
De una desgracia; á Triciptino al punto
Voy á llamar: ¡que no pudiese, cielos,
A Valerio avisar lo que intentaba!
Y él la intencion de Sesto ha equivocado.

VALERIO.

Cedo, no á tu valor, sino al sagrado
Que de mi ciega cólera te indulta;
Mas no cuentes desde hoy seguridades,
Pues mientras de tus viles procederes
La nobleza romana esté ofendida,
No faltarán peligros á tu vida.

ESCENA VII.

TARQUINO, TRICIPTINO.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cómo aquí volvistes, ó Tarquino,
En hora tan del todo intempestiva?

TARQUINO.

No estrañes mi venida, Triciptino,
Pues no me vale menos que la vida,
Que para bien comun de nuestra patria
Discurro que los dioses han guardado.

TRICIPTINO.

Pues, ¿cuál el daño fué que has evitado?

TARQUINO.

Adelantéme á Bruto y Colatino,
Apartéme por yerro del camino,
Y en la red engañosa y enemiga
De contrarias partidas avanzadas
Caí; anhelaron por prenderme osadas,
Y á precio de no pocas de sus vidas
Admiraron heróica mi defensa.
Libres siguieron Colatino y Bruto,
Porque en prenderme todos obstinados,
No cuidaron de mas; batí los lados
Al caballo de Tracia; á Roma llego,
Y á tu amparo doméstico me entrego
Mientras la oscura noche ofusca al mundo.

TRICIPTINO.

Las gracias rindo al cielo y dioses santos,
Que para nuestro bien, libre de tantos
Peligros á mi casa te han traido,
Y aun á tu riesgo estoy agradecido,
Pues me hará en los anales memorable,
Por los muy honoríficos blasones
Que consiguió el anciano Triciptino,
Dando hospedaje al hijo de Tarquino.

ESCENA VIII.

TARQUINO, TRICIPTINO, LUCRECIA.

TARQUINO.

Mi diestra con la tuya amablemente
Junto por tal favor. ¡Lucrecia hermosa!

TRICIPTINO.

Hija, Roma le encarga á tu desvelo,
Le cuides á su príncipe Tarquino,
Como á tu mismo esposo Colatino. *(Vase.)*

LUCRECIA.

Deudora seré siempre á mi fortuna
Por tal honor de mí no merecido,
Y será á mi linaje heróico timbre,
Que en sus lares Lucrecia la romana
A Tarquino hospedó con fe sencilla;
Ven, señor, á ocupar sin susto ajeno
La estancia á tu reposo destinada.

TARQUINO.

Vencí, vencí, mi astucia está lograda.
Vamos, señora, trémulo te sigo,
¡Tanto respeto en mí tu vista causa!
Y no olvides que dijo el padre anciano,
Discreta y hermosísima Lucrecia,
Que atiendas á tu príncipe Tarquino,
Como á tu mismo esposo Colatino.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

LUCRECIA, CLAUDIA *con luz.*

LUCRECIA.

Ya está toda la casa recogida,
Y Tarquino mi huésped albergado
Segun le corresponde, ya entregado
Al sueño habrá su fatigado cuerpo,
Y así ve, Claudia, y goza del reposo
Con que brinda la noche á los mortales.

CLAUDIA.

A obedecerte voy; mas mis leales
Afectos advertirte procuraban.

LUCRECIA.

No da lugar mi pena por ahora
A nada; vete, Claudia.

CLAUDIA.

Voy, señora.

ESCENA II.

LUCRECIA, TARQUINO.

TARQUINO.

Gracias, señora, que tan buena suerte
El cielo le concede á mi destino.

LUCRECIA.

¡Qué es esto! ¡es ilusion! ¿Cómo, Tarquino,
Estás á tales horas desvelado?

TARQUINO.

Nunca sosiega un pecho enamorado.

LUCRECIA.

¿Qué me dices? Ignoro tu designio.
Ya en tu lecho dormido te juzgaba.

TARQUINO.

¡Ah Lucrecia! ¿es posible que te hablaba
Mi corazon con tan oculta frase,
Que no me has entendido? ¿qué? aun mis ojos
No publicaron bien su sentimiento?
¿Juzgas tan libre el triste pensamiento
De Tarquino infeliz, que al sueño blando
Se pudiera rendir? Lucrecia, ¿cuándo
Viste tal dicha en desgraciado amante?

LUCRECIA.

Permite que me admire ó que me espante
De tan nueva razon; ¿no te ha traido
A Roma una desgracia?

TARQUINO.

Fué fingido
Lo que á tu padre dije, á tí te atajo
Con que fué una desgracia quien me trajo,
Desgracia que penando el alma llora.

LUCRECIA.

Pues, ¿qué desgracia ha sido?

TARQUINO.

Amor, señora;
Mirad si habrá desdicha que le iguale.

LUCRECIA.

Vuélvete á reposar, y en mí confía,
Señor, que cuanto esté de parte mia
Intercederé fiel por complacerte.

TARQUINO.

Lucrecia, no es posible obedecerte.
Qué, ¿aun no me has entendido?

LUCRECIA.

Ya comprendo
Lo que ello puede ser: alguna dama
En tu pecho encendió de amor la llama.

TARQUINO.

Tan voraz, que á morir me precipita.

LUCRECIA.

¿Y por ventura en esta casa habita?

TARQUINO.

Habita, y yo por verla solamente
Estoy de mis ejércitos ausente,
Y no volveré á ver los escuadrones
Sin llevar de su amor prenda segura.

LUCRECIA.

Señor, ve á recogerte, que te jura
Mi fe por el amor de Colatino
Servirte en lo que pueda. Ya imagino
La dama que será.

TARQUINO.

¿Quién imaginas
Que el alma me robó?

LUCRECIA.

Fulvia tu amada.

TARQUINO.

¡Ay mísero de mí! ¡que así engañada
Vivas, señora, á costa de mi afecto!
¿Yo á Fulvia he de querer? Mas altamente
Piensa mi regio corazon valiente.

LUCRECIA.

Pues siendo á Claudia hermosa, no desmayes,
Que no ha de ser ingrata á su fortuna.

TARQUINO.

Tú me burlas fierísima; ninguna
De ellas compite á la beldad que adoro.

LUCRECIA.

Confusa estoy; qué te responda ignoro,
Pues no siendo á cualquiera, he discurrido
Que habrás alguna dama tú escondido
En mi casa; pues no, no desconfíes,
Que yo la ampararé.

TARQUINO.

Tantas piedades
Las necesito yo: ¡santas deidades!
¿Quién se vió nunca en paso tan horrible?
Lucrecia discretísima, ¿es posible
Que mi turbado aliento, mi fiel llanto,
Mi alterado semblante, mi voz flaca,
Mi trémulo mover, mi cobardía,
Mas no te han dicho que lo que podia
Mi lengua ponderar? ¡Ah! ¡qué ignorantes
Sois, cuando os tiene cuenta, las mujeres!
¿No te obligó, señora, mi respeto
A no hacerme penar? ¿Quieres que acaso
Desmerezca mi lengua de atrevida
Lo que el alma merece por rendida?

LUCRECIA.

Tarquino, te aseguro que aun ignoro
La causa de tu mal; mi propia hermana
Admitirá á mi instancia tu himeneo
(Temblando estoy); dí, que servir deseo
Al hijo de mi rey.

TARQUINO.

Si yo te digo
La dama á quien adoro, ¿tus rigores
Se templarán conmigo?

LUCRECIA.

¡Santos cielos!
¿Qué me querrá decir? Dime, y no temas.

TARQUINO.

¿Cumplirás la palabra?

LUCRECIA.

No retardes
En descubrir el fuego en que te ardes.

TARQUINO.

Formará contra mí tu honor querella?

LUCRECIA.

Dí.

TARQUINO.

Pues, señora, es...

LUCRECIA.

Quién?

TARQUINO.

Lucrecia bella.

LUCRECIA.

¡Ay mísera de mí! ¡qué horror, Tarquino!
¿Qué dices? ¡Ay esposo Colatino!

TARQUINO.

Qué, señora, ¿te pesa el que te adore
Un corazon real?

LUCRECIA.

¿No ha de pesarme
Delito tan atroz? ¿Cómo es posible
Que tú puedas amarme, ni yo pueda
Corresponderte sin infamia horrible?
Yo loca, yo imprudente te habré dado
Motivo para tanto atrevimiento.

TARQUINO.

Lucrecia, sabe el cielo cuánto siento
Ser causa de tu enojo; mas no puedo
Con mi dolor: tu gracia, tu belleza,
Rindieron á tus plantas mi fiereza.

e hice á la patria sospechoso,
oné el ejército; no vuelvo
mire cumplida mi esperanza.
é dudas amarme? Un soberano
ierna al sabino y al romano,
pequeño triunfo de tu planta?

LUCRECIA.

Tarquino, digna yo de tanta
rande fortuna; tengo esposo,
tengo mi amor.

TARQUINO.

Es infinito
:; no á uno solo se limita.

LUCRECIA.

itico arguyas: quita, quita,
e soy Lucrecia, y Colatino
sposo.

TARQUINO.

Pues yo, que soy Tarquino,
é mi poder: ¿no los halagos
tu ingrato pecho? ¿el rendimiento
sprecias? Trocaré en violento
rrebatado el amor mio;
ite bien caro tu desvío,
petu y rigor de mi violencia
as de ver tu resistencia:
a tu despecho tu hermosura,
: de tardar mucho.

LUCRECIA.

A tal locura
idate mi fuga y mi desprecio.
ie venga a Roma Colatino,
dará el pago a tu maldad, Tarquino.

ESCENA III.

TARQUINO, MEVIO.

TARQUINO.

o que él presuma dar el pago,
a deshonor, ó yo tu estrago.

MEVIO.

constancia igual; allí escondido
:uché todo.

TARQUINO.

Al orco enfurecido
mi pecho con desprecios tales;
orrorosas furias infernales
ieron alquitrán en mis entrañas:
valdrá la fuga.

MEVIO.

Mas estrañas
iltades noto; su retrete
Lucrecia, ya sin alboroto
fácil que consigas tus intentos,
osible con él.

TARQUINO.

Gracias al oro
sta llave me dió; Mevio, no temas,
dame las espaldas, ten aliento,
se me afrento ya de haber andado
esta infiel mujer tan reportado.

ESCENA IV.

MEVIO.

aginé el empeño tan horrible
 ha llegado á ser; temblando espero
iltas infelices, consejero
ado fui, sin duda mi ruina
elo prontamente determina.

ESCENA V.

RECIA *huyendo*, TARQUINO *con la espada desnuda.*

TARQUINO.

mos si mi espada, infiel, te doma.

MEVIO.

Te pierdes, me perdí, perdióse Roma. *(Vase.)*

TARQUINO.

En vano con la fuga te redimes. *(Ásela.)*

LUCRECIA.

¡Qué horror! ¡Tarquino bárbaro! ¡qué intentas?
(Suéltase.)

TARQUINO.

¿Qué? ¿obligarme pretendes con afrentas?
Ya no hay remedio á mi pasion bastante,
Ya declaré mi intento, no es posible
Que pasion tan indómita y horrible
Se temple: despechado y aburrido,
Contra mi honor, te supliqué rendido,
Y tú me has despreciado. A mí, que el terco
Y obstinado teson del enemigo
Rindo feroz, ¿se ha de oponer la débil
Fragilidad de una mujer ingrata?

LUCRECIA.

¿Por qué con tal ultraje á mí me trata
Tu sinrazon, Tarquino? ¿Qué? ¿Es acaso
Porque á mi sangre y ascendencia heróica
Correspondo, tu infamia detestando?
No pienses tal. Un rayo centellante,
Vibrado de los cóncavos del cielo,
Me destruya primero. El hondo abismo
Abra la horrenda boca, y me sepulte
Viva en su centro, antes que la fe dada
A mi esposo quebrante.

TARQUINO.

Me provocas
A perderte el respeto: por bien sea
Lo que ha de ser por fuerza; vamos, vamos.
(Acosándola.)

LUCRECIA.

Repárate, detente, no profanes
El pundonor antiguo y venerado
De mi ilustre prosapia. ¿Así agradeces
La fineza del ínclito hospedaje,
Que pretendes pagarla con mi ultraje?
¿Esta es la confianza?

TARQUINO.

Amor es ciego,
Es loco, no repara, es temerario.
Cuanto menos respeto, mas adoro.

LUCRECIA.

¿Tú me adoras, buscándome un desdoro
Y un baldon á mi estirpe generosa?

TARQUINO.

Mas que tú indignamente cavilosa
Juzgas que no tiene ámbito mi pecho
Para guardar secreto: en mí confía.

LUCRECIA.

Tal cosa no creía: mi real sangre,
Mi obligacion, mi punto, mi decoro
No ignorarán mi infamia: ¿el tierno lloro
No te mueve á piedad? ¡Ay Colatino!
¡Mi bien, mi dulce bien! Ea, Tarquino,
Mira si has de matarme: acaba, acaba;
Derrama con furor la sangre pura
De la mas fiel consorte; el alma casta
Sin mancha volará á los hondos senos;
Y no tendrán disculpa las mujeres
Contra la mas violenta tiranía;
Su confusion será la muerte mia.

TARQUINO.

No pretendo matarte, no, Lucrecia,
En mucho mas mi amor tu vida aprecia:
De mi reino despótica, el tesoro
Será tuyo, y aun mas.

LUCRECIA.

¡Ah infame, infame!
¿Pretendes corromperme con el oro,
Como á vulgar mujer? ¡Eso faltaba
A mi dolor! ¡Ah, bárbaro tirano,

Injusto y alevoso! ¡Descreido!
¡De viles procederes!

TARQUINO.

Oyes, oyes;
¿Así se trata á un príncipe temido?
Vive el cielo, traidora, que me canso
De rogar lo que puede mi albedrío.
Vil.... *(Arremete á ella.)*

LUCRECIA, *de rodillas.*

Tarquino, señor, príncipe mio,
Muévate á compasion mirar postrada
Una infeliz mujer, que te suplica;
Véncete á tí, señor, con real grandeza,
Seré tu humilde esclava, mi pureza
Ha de ser solo el precio á que me compres.
Mira á mi pobre esposo Colatino,
Que de amistad y sangre el nudo santo
Contigo le une; muévate mi llanto
Derramado por él copiosamente;
No es digno de tal premio quien valiente
La patria ensalza á riesgo de su vida.
¿Qué esperas que haga en viéndome ofendida?
Del dolor morirá mi anciano padre,
Que no es posible menos. ¡Madre, madre!
¿Dónde estas que no me oyes? ¡Qué bien hizo
La muerte en escusarte de que vieras
En tal afrenta la hija regalada
Que educastes aquí con tanto esmero!
¡Ay, Colatino, mi último y primero
Amor! ¡Ay dulce esposo Colatino!
¡Piedad, piedad, señor! ¡Piedad Tarquino!

TARQUINO.

Falsa mujer, frenética, sin juicio,
Engañosa con lágrimas fingidas.
Mas me enfureces con aleve llanto.
De mí no ha de librarte todo cuanto
Poder la tierra y cielo tiene junto.
Por fuerza he de gozarte.

LUCRECIA.

Vil Tarquino, *(Levántase.)*
Que tal pronuncias con infame lengua;
No eres hombre, cruel, ni eres romano,
Fiera espantosa é insaciable monstruo
Eres; silbos horrendos de dragones
Debieron de arrullarte. Los leones
Sin duda en sus cavernas te criaron.
¿Cómo esto consentís, cielos injustos?
¿Para cuándo guardais rayos adustos?
Ayudadme á rendir á este tirano.
(Arrójase á él, y le quita el puñal.)

TARQUINO.

Procurar tú vencerme será en vano.

LUCRECIA.

No es en vano, ya está mi honor seguro.
Este agudo puñal de acero puro,
Que te quité, y en tí emplear no pude,
Mi vida acabe, y salve mi pureza.

TARQUINO.

Escucha antes de herirte.

LUCRECIA.

Un solo paso
No des, y escucho.

TARQUINO.

Ya sé tu altanero
Pensamiento cuál es; al venidero
Tiempo dejar pretendes fama heróica;
Pues no te ha de valer; serás infame
Después de muerta; ya que de otro modo
No puedo, he de vengarme de esta suerte.
Al esclavo mas vil daré la muerte,
Y el tuyo y su cadáver en tu lecho
He de poner, y al punto de adulterio,
Descubierto por mí y por mí vengado,
Te he de acusar, y adúltera juzgada
Para siempre serás en las historias,
Que guardan de los hechos las memorias;
Escándalo has de ser.

LUCRECIA

¡Oh cielo! ¡oh cielo!
¿Aun me niegas este único consuelo?
¿A quién me acogeré?

TARQUINO.

Ya no hay remedio.
(Acosándola.)
Lucrecia, á mi furor, los mismos dioses
Procurarán en vano tu defensa,
Y de la infamia ó la violenta muerte
No bastará ya el cielo á defenderte.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

BRUTO, COLATINO.

BRUTO.

¡Tarquino así engañarnos! Vive el cielo,
Que es maldad insufrible; ¡así la patria
Con tan poco reparo se abandona!
¿Y aspirará á ceñirse la corona
Quien es indigno de ella, y solo mirto
Le conviene mejor, que no laureles?

COLATINO.

Yo no sé, Bruto, qué presagios fieles,
O ilusivos acaso, aunque lo dudo,
Me anuncia el corazon; estoy turbado,
Ni sé qué me sucede.

BRUTO.

Triciptino
Acia aquí sale.

ESCENA II.

TRICIPTINO Y DICHOS.

TRICIPTINO.

Bruto, Colatino,
El cielo os trajo aquí sin duda alguna,
Cuando era menester; Lucrecia manda
Que al punto se os avise: no el motivo
Pude saber, y con recelo vivo
Pensando qué será; mas ella sale
Con traje de dolor.

ESCENA III.

LUCRECIA *de luto*, Y DICHOS.

COLATINO.

¡Cielos! ¿qué miro?

TRICIPTINO.

Yo me conturbo todo.

BRUTO.

Yo me admiro.

COLATINO.

Lucrecia, ¿cómo así?

TRICIPTINO.

¡Qué horror! Lucrecia,
¿Qué novedad es esta?

BRUTO.

Dí, señora,
Del luto la ocasion.... ¿Qué es esto?

TRICIPTINO.

¿Llora?

COLATINO.

Mi bien: ¿qué asombros tu silencio dice?

LUCRECIA.

¡Ay desdichada! ¡ay mísera infelice!
(De rodillas.)

COLATINO.

Levanta, dulce dueño; ¿el rostro casto
De mí retiras? ¿con vergüenza escondes
Los ojos soberanos, de hermosura

Llenos un tiempo y de rubor ahora,
Bajas por no mirarme? ¿Cuándo, cuándo
Tan odioso te fué tu Colatino?
¡Ah cielo! ¿hay tanto mal como adivino?

LUCRECIA.

¡Ay infeliz mujer! ¡Ay desdichada!

BRUTO.

Aquí está el noble Bruto; aquí su espada,
Que te defenderá de quien intente
Profanar con sacrílega osadía
Tu celestial belleza; entre los dioses
No estará libre de la furia mia.

TRICIPTINO.

Hija del alma, dí, no me atormentes
Con tu silencio, ni mi angustia aumentes.

COLATINO.

Lucrecia, esposa mia, ¿qué te aflige?
Cuéntame tu dolor, que por los cielos,
Que mi cólera horrible satisfaga
Con estrago y terror de tu enemigo;
¿Están salvas las cosas de mi casa?

LUCRECIA.

¿Cómo (¡ay de mí!) han de estar? ¿Ni cómo puede
Sin honra una mujer tener aliento
De hablar? ¡Oh infame! ¡Oh bárbaro! ¡Oh sangriento
E injusto forzador!

COLATINO.

Lucrecia, acaba;
Reviente tu dolor y empiece el mio
A atormentarme con rigor impío.

LUCRECIA.

Murió mi honor, murió el de las romanas.

TRICIPTINO.

¡Cielos! ¿que así afrentais mis nobles canas?

BRUTO.

Habla, señora; en mi valor confía.

LUCRECIA.

Esto, ¡oh Bruto! Esto, ¡oh padre, oh Colatino!
Esto le deberemos á Tarquino.
Mas, ¡ay de mí! ¿qué digo? ¿yo imprudente
Repito mi baldon? Altas deidades,
Que sordas á mis voces estuvisteis,
¿Cómo tan grande infamia consentisteis?
Bien sabeis mi inocencia; sed testigos,
Y acrisolad mi honor. ¡Oh cielo! ¿acaso
No es lícito acusar tu influjo escaso?
Mi frenesí perdona. ¡Oh cielo, oh cielo!
No me niegues este único consuelo.
Permite á mis justísimas querellas
Blasfemar del rigor de tus estrellas.
¡Mas qué delirio mi razon turbada
Tiene á rigores de la infame injuria?
¿Cómo diré yo propia, aunque lo intente,
Mi deshonra, mi afrenta y mi desdoro?
Por mí lo diga mi incesante lloro.
Vengad, romanos, con heróica diestra
La infamia, la maldad abominable,
El insulto bestial y detestable
Del bárbaro Tarquino fementido,
Y anégueme mi llanto y mi gemido. *(Llora.)*

TRICIPTINO.

Hija.

COLATINO.

Esposa.

BRUTO.

Lucrecia.

LUCRECIA.

No soy hija
Del ilustre romano Triciptino,
No esposa soy del noble Colatino,
Ni ya Lucrecia soy; serlo solia
En otro tiempo cuando Dios queria;
Pero ya solamente soy, ¡qué pena!
Por la violencia infiel de un fiero huésped,
Una infame mujer prostituida
Al bárbaro apetito de un tirano. *(Levántase.)*
Mas para que no cuente el tiempo cano,
Que hubo mujer que quiso infame vida
Mas que el honor, yo dejaré cumplida
Mi obligacion; sabrán quien fué Lucrecia,
Sabrán en cuanto el pundonor aprecia,
Y hallarán con mi muerte dolorosa
De virtud casta y de valor heróico
En las doctas historias verdaderas
Ejemplo las matronas venideras.

BRUTO.

¿Qué pretendes hacer?

LUCRECIA.

Morir rabiando.

COLATINO.

No, Lucrecia. No es digna tu inocencia
De un desastrado fin. El vil Tarquino
Al furor morirá de Colatino,
Y lavaré tu mancha con su sangre.
El cuerpo te forzó, no el pensamiento,
Ni el espíritu heróico; por contento
Me doy y satisfecho con su muerte.

TRICIPTINO.

Yo te respondo de la misma suerte.

COLATINO.

Los dos perdon te damos; vive, vive.

LUCRECIA.

Adios, Bruto. Adios, padre. Adios, esposo.
El perdon que me dais, yo no le quiero,
Mi afrenta vengue este brillante acero.

(Saca el puñal; estórbanla que se hiera, y ella huye adentro, cerrándose la puerta que habrá figurada.)

COLATINO.

Esposa, tente, ¿qué haces?

TRICIPTINO.

¡Hija mia!
¡Hija!

BRUTO.

Romped las puertas al momento,
O arrancaré de cuajo su cimiento.

COLATINO.

Lucrecia, esposa amada.

TRICIPTINO.

Hija, Lucrecia.

COLATINO.

Abre, Lucrecia fiel, que yo amoroso
Te concedo perdon.

LUCRECIA *(desde adentro con voz triste).*

Adios, esposo.

TRICIPTINO.

No dejes, hija, á tu caduco padre
Anegado en angustia y desconsuelos.

LUCRECIA.

¡Ay de mí! muerta soy. Valedme, cielos.

COLATINO.

¡Qué escucho!

TRICIPTINO.

¡Qué dolor!

BRUTO.

¡Ah vil Tarquino!

ESCENA IV.

CLAUDIA y DICHOS.

CLAUDIA.

¡Ay desdichado pueblo de Quirino!
¡Ay míseras romanas infelices,
Espuestas á violencias de tiranos!
Ya, ya Lucrecia con sus propias manos
A Roma le quitó la mejor vida,
Que el cielo dió jamás á fiel matrona.
Yo vi, yo vi á la intrépida amazona
Por oculto interior resquicio breve
Entrarse con furor precipitada,
Cerrándose la puerta por adentro.
Un suspiro ardentísimo del centro

De su pecho arrancó, y al cielo clava
Los ojos en sus lágrimas bañados,
Y aprestando el puñal, con tiernas voces
Esta deprecacion hizo á los dioses:
Ya, deidades, sabeis que al vil Tarquino
Cedió mi honestidad, solo vencida
Del miedo de la fama sospechosa.
Si entonces un testigo mas piadosa
Me hubiese dado vuestra providencia,
Hubiérame yo muerto en su presencia,
Sin dar lugar á que mi honor manchase;
Mas pues lo quiso así vuestra justicia,
Recibid este don tal como fuere,
Y apoyad la inocencia de quien muere
Gustosa por su honor. Dijo, y en vano
La disuadí con lágrimas y ruegos,
Pues desnudando el pecho de alabastro,
Clavó en él con furor la aguda punta.
Cayó sangrienta, y ya casi difunta,
Desperdicia el aliento por la herida,
Que la sangre derrama á borbotones.
Ella sin resplandor los claros ojos
Trémulos mueve ya, y á todos lados
Se vuelve con las ansias de la muerte.
La joyante madeja destrenzada
En la sangre caliente y encharcada
Se empapa con horror, y ella muriendo
Aun cuidadosa á su decencia atiende;
Con débil mano ya la falda estiende,
Pues ni allí faltar quiere á la modestia.
Murió en flor de sus años juveniles
La matrona de alientos varoniles,
Y sin ella á ver voy si yo merezco
Abandonar la vida que aborrezco. *(Vase.)*

ESCENA V.

BRUTO, COLATINO, TRICIPTINO.

TRICIPTINO.

¡Qué horror! La puerta rompe, á ver si aun vive!

BRUTO.

Caerá, aunque tenga el gonze diamantino.

COLATINO.

Ya la puerta saltó.

BRUTO.

¡Qué tarde vino
El infeliz remedio!

TRICIPTINO.

¡Cielo santo! *(Desmáyase.)*

Cae la puerta, y aparece muerta Lucrecia.

COLATINO.

¿Qué veo? ¡Ay infeliz Lucrecia mia,
Posible es que yo miro tu belleza
Muerta con tal rigor! ¿Que la fiereza
De Tarquino llegar pudiese á tanto!
Mi infeliz vida á eterno y triste llanto
Condeno desde aquí. Ya no respira,
Ya, ya el calor vital se le retira.
Ayudadme á llorar; ¿tú traspasado
El pecho casto con puñal sangriento?
¿Tú muerta, inocentísima cordera,
Y yo estoy vivo? Un rayo de tu esfera,
Jove, ¿por qué no vibras, y la vida
Me arrancas ya con causa aborrecida?
¡Ah Tarquino! ¡Ah Tarquino! ¡Ah infiel Tarquino,
Te daré cien mil muertes..!

BRUTO.

Colatino,
Aquí se ha de mostrar que eres romano,
Ten fortaleza, alivia al padre anciano;
No aumentemos el daño.

COLATINO.

Padre mio,
Mirad que sois romano.

TRICIPTINO.

¡Oh cielo impío!
¿Esto permites? A mi edad cansada
Le das este consuelo? ¡Ay hija amada!
¿Son estos los magníficos honores,
Que consiguió el anciano Triciptino
Dando hospedaje al hijo de Tarquino?
¡Ay anciano infeliz! Me falta aliento.
Tan horrible espectáculo sangriento
No permitais que mire. Ya mi muerte
Lejos no puede estar. ¡Infeliz suerte!
(Retíranle.)

Bruto saca el puñal á Lucrecia, y dice

BRUTO.

Por esta sangre generosa juro,
Y por el casto espíritu, que heróico
Será mi tutelar en esta empresa,
Que al infame Tarquino con ultraje
Daré cruel muerte, y todo su linaje
He de estinguir. Sucedan las segures
Al cetro; con sus haces los lictores
Ostenten el poder del magistrado.
Gobiernen providencias consulares
Con las jurisdicciones anuales,
Y acabemos con monstruos tan tiranos.
Ven, Colatino.

ESCENA VI.

ESPURIO, VALERIO Y DICHOS.

VALERIO.

Suspended, romanos;
Ya sé vuestro dolor; al falso Mevio
Hícele con furor que reventara
Por cien mil estocadas penetrantes
A un tiempo las traiciones y la vida.
A quí me confesó que está escondida
La causa de la angustia que lloramos.
Como paraje el menos sospechoso,
Tarquino le escogió para su asilo,
Hasta ver qué resulta. Aquí se esconde.
Busquémosle.

BRUTO.

¿Aquí está?

COLATINO.

Valerio, ¿dónde?

ESPURIO.

Allanemos la casa.

ESCENA VII.

TARQUINO Y DICHOS.

TARQUINO.

Despechado
Me arrojo ya á morir desesperado;
Digno soy de la muerte. Ea, matadme.

COLATINO.

¡Ah alevoso!

BRUTO.

¡Ah cruel!

VALERIO.

¡Ah fementido!

ESPURIO.

¡Ah falso vil!

COLATINO.

Muere, tirano.

BRUTO.

Muere.

VALERIO.

Injusto forzador.

ESPURIO.

Traidor infame.

TARQUINO.

¡Ay de mí! Muerto soy.

BRUTO.

Muere, lascivo.
Ve al hondo infierno, y para siempre llora
La cólera de Bruto vengadora.

ESPURIO.

Al punto á coronar el Capitolio
Vamos para domar los conjurados.

VALERIO.

Vamos.

COLATINO.

Vamos, amigos muy amados.

BRUTO.

Vámonos pues, y de la infame raza
No quede al mundo grande ni pequeño,
Y antes que las exequias de Lucrecia
Se celebren con regio fausto y pompa,
No quede gota de malvada sangre
Que no se vierta con furor violento,
Porque sirva á los siglos de escarmiento.

GUZMAN EL BUENO, TRAGEDIA.

PERSONAS.

DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO.
DON PEDRO, *su hijo*.
DOÑA MARIA CORONEL.
DOÑA BLANCA.
JIMEN JIMENEZ.
JACOB ABEN JUSEPH.
REDUAN AMIR.
ELVIRA.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena se representa en Tarifa.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Vista de Tarifa algo alta, y á un lado acampamento del moro.

DON ALONSO DE GUZMAN, JIMEN Y SOLDADOS.

JIMEN.

Gran don Alonso de Guzman el Bueno,
Ya sabes los sucesos de la guerra
Cuán inconstantes son.

GUZMAN.

Lo sé, Jimeno.

JIMEN.

Pues no te admirarás que la fortuna
No te sirva, cual suele, vez alguna.
El cielo sabe mi dolor, y cuánto
Me pesa ser el triste mensajero
De funestas noticias; mas no quiero
Ni las debo callar, no un imprudente
Se adelante á contártelas primero.

GUZMAN.

Jimen Jimenez, quieta está la gente
Por los muros y alcázar de Tarifa,
Cuya tenencia por don Sancho el Bravo,
Monarca de Leon y de Castilla,
Concedida me fué; buenos soldados
Militan á mis órdenes; la plaza
Abunda en provision de boca y guerra.
Y aunque piense inundar toda la tierra
Jacob Aben Juseph con gente armada,
Que hizo pasar (la tregua quebrantada)
De la Africa á las playas españolas,
El invencible esfuerzo castellano
Fuerzas divinas le contrastan solas.

JIMEN.

Pues hoy el dia amanecio aciago.

GUZMAN.

No me tengas suspenso ni impaciente.

JIMEN.

Ya oiste á la alborada aquel rebato:
Pues fué que Aben Juseph, fiero, insolente
Con los nuevos socorros y la gente
Que de Fez y Marruecos le enviaron,
En tanta multitud, que contra España
Jamás tantos millares de agarenos
A Europa desde el Africa pasaron;
Y esperando lograr buenos sucesos
Con los nuevos jinetes de Granada,
A tiempo que cansados de la vela
Juzgó á los nuestros, embistió furioso.
Contra él opuse un escuadron famoso
De caballos lijeros y peones;
Mas ¿qué harán contra inmensos batallones
Salió don Pedro de Guzman tu hijo,
Señor, contra tus órdenes espresas;
Salió no obstante sin noticia mia,
Que como ayo que soy desde su infancia
Procuro contener su lozanía.
La muchedumbre alarbe con pujanza
Cargó sobre los nuestros, que en la fuga
Solo hallaron remedio...

GUZMAN.

¿Y qué mi hijo
Volvió la espalda vergonzosamente?

JIMEN.

No, alcaide, antes intrépido y valiente...

GUZMAN.

¿Murió como cristiano caballero?

JIMEN.

No murió; pero queda prisionero.

GUZMAN.

¿Prisionero? ¿qué dices?

JIMEN.

Fueron vanos
Nuestros esfuerzos, y Beltran Lainez
Como bueno quedó muerto en el campo.

GUZMAN.

¡Que un jóven temerario é imprudente
Cause tanto pesar! ¡Que mis consejos
De tal manera este rapaz desprecie!

JIMEN.

Si acaso puede haber algun consuelo,
Tenle por su valor: desde la torre
Le vi arrogante atropellando moros
Por medio las escuadras y armas fieras
Entre las partesanas y montantes;
Y el bárbaro Muley, que su pujanza
Se atrevió á contrastar, cayó en la arena,
Sin que bastasen á evitar su muerte
Ni la adarga de Fez ni el jaco fuerte.

GUZMAN.

No repruebo el valor; mas él sabia
Que el arte de vencer no se reduce
A singular combate: el gran caudillo
Que á su mando un ejército conduce,
Mover y sustentar debe el gran cuerpo,
Y verá que el valor es una parte
Mínima de la guerra; mas no el todo,
Y aun es nocivo si le falta el arte.

JIMEN.

Con semejantes máximas ha sido
Don Pedro de Guzman por mi instruido
En el difícil arte de la guerra;
Pero los suyos le dejaron solo.

GUZMAN.

¡Oh cuánto el miedo del soldado yerra
Pensando redimirse con la fuga!
Pues quien va fugitivo no pelea.

JIMEN.

Don Nuño en vano rehacerlos quiso.

GUZMAN.

Si el soldado supiera cuán preciso
Le es el obedecer, fuera valiente
En ocasion, y en ocasion remiso;
Y el triunfo del que sabe es evidente,
Pues nunca va dudoso á la pelea.

JIMEN.

Mas ¿qué mandas, señor, que se provea
Sobre el rescate de tu hijo?

GUZMAN.

Hablando
Como soldado, me olvidé ser padre.
Cuido antes del comun que el propio daño.
Pero mi hijo está en poder de moros....
Corre, Jimen, y dí que los tesoros
Que en España y en Africa he ganado
Los doy todos por él; todo mi estado,
Y el puerto de Sanlúcar, y Medina
Sidonia por don Sancho prometida,
Todo se venderá para el rescate.

JIMEN.

Será bien que algun tiempo se dilate,
Pues hoy don Juan Ramirez con socorro
De Sevilla vendrá, y sus aduares.

GUZMAN.

Recelo las violencias del rey moro,
Y mi hijo en su poder me da cuidado,
Pues yo ni los jinetes de la costa,
Ni de Sevilla ese socorro aguardo.

JIMEN.

Así las cartas últimas lo dicen.

GUZMAN.

Pero, Jimenez, lo que mas me aflige
No es su prision, es la fatal noticia
Que yo mismo he de dar ¡terrible trance!
Precisamente. ¿Qué dirá mi esposa
Doña María Coronel, su madre?
Su madre, cuyo amor afectüoso
De la guerra apartarle pretendia,
Y á su lado continuo le queria,
¿Qué dirá cuando sepa la impensada
Prision del hijo? ¡Ay madre desdicha!

JIMEN.

Esa noticia á tí solo es debida.

GUZMAN.

¿Pues qué dirá tu Blanca, prometida
Por esposa al rapaz? ¡Triste doncella!
Tú en fin procura consolar á ella,
Que yo á su madre animaré si puedo;
Pero ella viene aquí.

ESCENA II.

DOÑA MARIA Y DICHOS.

DOÑA MARÍA.

¡Qué horror! ¡qué miedo!
¿Es verdad, ó ilusion? ¡Sueño espantoso!
¡Qué anuncio tan fatal! ¿Y mi hijo Pedro?

GUZMAN.

¿Qué turbacion, qué afán, doña María,
De tu semblante pálido colijo?
¿De qué es tu pena?

DOÑA MARÍA.

¿Dónde está mi hijo?

GUZMAN.

Cobra el perdido aliento, esposa mia,
Y dinos tu dolor.

DOÑA MARÍA.

¿Cómo no veo
A mi hijo Pedro, de su padre al lado?
Sin duda es cierto ¡ay Dios! lo que he soñado.

GUZMAN.

¿Por qué vanos pronósticos te guias?

DOÑA MARÍA.

Desmienta el cielo las sospechas mias,
Y ojalá no se cumpla el triste sueño
De esta noche fatal, sueño espantoso,
Que me hizo ver en el comun reposo
A mi hijo ¡ay hijo mio! en ese llano,
Y que un leon fierísimo africano
Con las sangrientas garras y los dientes
Su cuerpo con furor despedazaba.
Aun me parece escucho todavía
Del feroz bruto los rugidos roncos,
Y miro el fuego que en su vista ardia,
Y escucho los suspiros lastimosos
De mi hijo ensangrentado... Mas ¿qué es esto?
Señor... Guzman... esposo...¿el rostro vuelves?
¿Al cielo alzas los ojos lagrimosos?
¿Reprimiéndote en vano el color pierdes?
¿Dónde mi hijo está? ¿con que el terrible
Sueño fué cierto? Acaba, esposo mio.

GUZMAN.

¿Quién da crédito á un ciego desvarío?

DOÑA MARÍA.

Pero mi hijo ¿dónde está? Jimenez,
¿Sabes algo? Ve, tráele á mi presencia,
Que quiero en mi regazo acariciarle,
Y que con tiernos besos él consuele
El corazon de una asustada madre....
¿Mas tambien tú enmudeces?

JIMEN.

Sí, señora.

DOÑA MARÍA.

¿Luego mi hijo es muerto?

JIMEN.

Aun vive ahora.

DOÑA MARÍA.

¿Le ha cautivado el moro?

GUZMAN.

Y si así fuera,
¿Qué importaba el llorar?

DOÑA MARÍA.

¿Con que cautivo
Pedro está entre cadenas? y ¿yo vivo?
¿Cuándo un sueño infeliz no salió fijo
A una madre que teme el mal de un hijo?

GUZMAN.

No tan cierto salió; que Pedro aun vive,
Y ya pronto el rescate se apercibe.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿en qué os déteneis? ¡ay desdichada!
¡Que tal angustia estuvo preparada
Para mi tierno corazon! ¡Oh Pedro,
Hijo del alma, mi querido Pedro!
Desvelo de tu madre regalada,
¿Dónde estarás ahora? entre prisiones
En poder de abembizes y gomeles,
Sin tu madre, que siente tus dolores.

GUZMAN.

Cesen, doña María, los clamores,
Y ninguna desgracia tú receles.

DOÑA MARÍA.

Cesen ya los clamores, pues son vanos
Donde hay esfuerzo... Al arma, castellanos;
Id, traedme a mi hijo... El que volviere
Con él, pida á su arbitrio las preseas.

GUZMAN.

Ahora la prudencia se requiere:
Con fortuna cualquiera es virtüoso,
La desgracia examina el que es prudente.

DOÑA MARÍA.

No supo qué es ser madre quien tal dijo,
Ni vió en poder de bárbaros un hijo,
De bárbaros sin ley, de quien recelo
Cualquier atrocidad, y aun me parece
Que el corazon latiendo me la anuncia.
Mi labio apenas trémulo pronuncia
El nombre de mi hijo, recelando
Quizá algun grave mal.

GUZMAN.

Pues qué ¿en tal caso
No tuviera valor doña María?

DOÑA MARÍA, *asustada.*

¿Para qué preguntais que si tendria
Valor?

GUZMAN.

Para ver muerto...

DOÑA MARÍA.

A hablar no acierto:
¿A quién?

GUZMAN.

Al hijo...

DOÑA MARÍA.

¡Ay Dios! Pues qué ¿le han muerto?

GUZMAN.

No: mas con todo, ensaya el sufrimiento,
Que un gran mal debe hallarnos prevenidos.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! en vano aliento.
No entiendo esos misterios escondidos.

GUZMAN.

No ha muerto Pedro, no, doña María;
Mas yo tu corazon probar queria...

DOÑA MARÍA.

¡Prueba inhumana! Y qué, ¿así de una madre
Burla el afecto y la ternura un padre?
¿Esto es posible? ¡Oh, cuánto mejor fuera
Que este tiempo no así se consumiera,
Sino en dar libertad al hijo mio!
¡Lentitud afrentosa! yo no fio
Su libertad al tiempo, y pues su padre
No la procura, corro á ver si acaso
La encuentra ansiosa una afligida madre.

ESCENA III.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Oh cuántos males nacen de un mal solo!
Despechada su madre hacer podria
Quizá algun atentado; aquí es preciso
Que se interponga la prudencia mia.

JIMEN.

A mi hija Blanca por allí diviso;
Te seguiré en hablándola.

GUZMAN.

Ven luego.

ESCENA IV.

JIMEN, BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

Yo moriré de este dolor, Elvira,
Que no es posible menos. Pero, padre,
¿Don Pedro está cautivo?

JIMEN.

¿Qué delira
Tu imaginacion, Blanca? Estos acasos
Son propios de la guerra. Su rescate
Se va á ajustar ahora, y aguardamos
De Sevilla el socorro. Si eligiera
Un hombre sin valor para tu esposo,
No lloraras por él; mas no tuvieras
Tan noble dueño que á Castilla ensalza,
Ni esperaras, cual puedes, que otro dia
Alfombre con pendones africanos
El sevillano templo de María,
Ni que á Toledo se conduzca en hombros
De los moros gazules tu litera,
Donde verás que sus cautivos jeques
Del claro Tajo regarán tus huertas.
Consuélate, y adios.

ESCENA V.

BLANCA, ELVIRA.

BLANCA.

¡Consuelo vano!
Déjame, Elvira, lamentar contigo
La desventura de un amante triste,
De cuya ruina yo la causa he sido.

ELVIRA.

Pues tú, señora, ¿qué motivo diste?

BLANCA.

Sabes que Pedro, mi adorado Pedro
Para mi esposo estaba destinado;
Hoy era, Elvira, el dia suspirado
De nuestra dicha, y ya las prevenciones
Debidas de su casa á los blasones
Estaban prontas, pues Guzman el Bueno,
Para mostrarse de recelo ajeno,
Al moro despreciando, pretendia
Hoy celebrar las sacras ceremonias,
Poniendo colmo á la ventura mia.

ELVIRA.

Castilla aplaude tan solemnes bodas.

BLANCA.

Bodas cubiertas de tiniebla y luto
Por la temeridad de un ciego amante;
Pues él ardiendo en generoso esfuerzo
De su florida juventud lozana,
Galán con la esperanza de este dia,
De amor lleno me dijo: «Blanca mia,
» ¿Viste en qué airoso y bárbaro caballo
» Con las cubiertas bélicas de grana
» Fátima escaramuza? pues yo quiero
» Que sirva de troton á tu escudero,
» Y tu esclava ha de ser la altiva mora
» A pesar de las huestes africanas.»
¡Oh cuanto engañan esperanzas vanas!
Yo lo confieso, Elvira: arrebatóme
Presuncion mujeril; le armé yo misma,
Y en los tiros pendió por mí la espada.
¡Qué bizarro y marcial! ¡qué empenachada
Cimera! ¡qué alma, y qué purpúreo rostro!
Mas el número en fin al valor vence.

ELVIRA.

¡Oh, mal haya, señora, el fiero monstruo

De la guerra, baldon de los humanos!
¡Execrable inventor, que á los hermanos
Enseñaste á matar! ¡accion horrible!
Qué, ¿así la virtud reina? Qué, ¿es posible
Que no halló otro algun medio la malicia
De inquirir la verdad y la justicia?

BLANCA.

¿Mas qué añafiles y atabales roncos *(Tocan.)*
Se escuchan? Muerta voy; todo me asombra.

ELVIRA *á Jimen, al encontrarse.*

Si no vuelve don Pedro, tu hija muere.

ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

JIMEN.

El africano hizo llamada, y quiere
Seguro para hablar; bandera blanca
Su araldo tremoló, yo los rastrillos
Y puentes levadizas mandé luego
Facilitar, y Amir pasó y ya llega.

GUZMAN.

A tratar vendrá acaso de la entrega
De mi hijo; prevéngase el rescate,
Por magnífico y grande que le pida,
Nada se niegue, quede confundida
Su altivez, su codicia bien saciada,
Que sin duda será desmesurada,
Viendo la rica presa de que es dueño.
Pida hasta lo imposible; es deuda todo
A un hijo mio, honor del nombre godo.

JIMEN.

Ya entró el embajador; plaza, soldados.

ESCENA VII.

AMIR, ARALDO *con una bandera blanca,* MOROS, Y DICHOS.

AMIR.

No hay Dios sino Dios mismo; él tiene hollados
Con su planta á los fuertes, fuerte es solo,
Que con la noche cubre el claro dia;
Este te ensalce, Cid Guzman.

GUZMAN.

Confía,
Don Reduan Amir, dí tu embajada.

AMIR.

Aláh supremo y misericordioso,
Que á su pueblo mostró misericordia,
Vencedor de Satán, Dios poderoso,
Señor de muchos mundos, sublimado
Con gran sublimacion, reina en la altura;
Pero en la baja tierra el mando ha dado,
Como á divino entre los otros hombres,
A Aben-Jacob, de Fez y Tarudante
Monarca, y de Marruecos, y las playas
Muy estendidas que domina Atlante.

GUZMAN.

Prosigue, embajador.

AMIR.

Este arrogante
Guerrero es el amado de Mahoma,
De nuestra ley intérprete divino,
Que abrió con llave de doctrina santa:
Las estrellas le adoran por destino,
Y de su amor se mueren los luceros.
No hay mas rey que él y Aláh, por esto quiso
Pasar inmensas huestes contra España,
Por repetir, cual vió en Jerez Rodrigo,
De Muza y de Tarif la horrenda hazaña.
Puso cerco á Tarifa, y la fortuna
Que adora su triunfante media luna,
Le dió en sus sacras manos á tu hijo.
Es piadoso mi rey: dile, me dijo,
Que permito el rescate, agradeciendo
Cuanto sirviendo á mi divino padre
En Africa lidió siempre venciendo.

GUZMAN.

A Aben-Jacob las gracias y el rescate
Daré á su voluntad.

AMIR.

¿Tendrás deseo
De ver en libertad tu hermoso hijo?

GUZMAN.

Por medio del rescate ya le veo.

AMIR.

¡Cuántas lágrimas tiernas y suspiros
Habrá por él perdido ya su madre!

GUZMAN.

Embajador, propon las condiciones
Del trato, y lleno irás de ricos dones.

AMIR.

Ya ves que el preso es joya inestimable,
No solo, Cid Guzman, por ser el hijo
Primogénito tuyo, aunque es gran timbre,
Sino por su gallarda bizarría,
Su esfuerzo y tierna juventud amable,
Pues ya es muy gentil hombre y arriscado,
Y imán del campo moro es su hermosura.
La intencion de mi dueño, que es mas pura
Que alba leche de cándidas ovejas,
Conoce los afectos paternales,
Y no pretende á costa de caudales
Inmensos deslucir tu ilustre casa,
Ni que le des el oro que en sus naves
Hiran llevaba á Tiro para el templo
De Salomon desde esta rica Tarsis.
Un corto precio pide solamente
Por alhaja tan digna y escelente:
Fácil medio se halló para que veas
Presto á tu lado al hijo que deseas.

GUZMAN.

Sin duda Aben-Jacob, agradecido
De lo bien que en el Africa he servido,
Quiere mostrar que la virtud se encuentra
Aun entre religiones diferentes,
Propia grandeza de ínclito monarca.
El rescate y magníficos presentes
Le llevarás.

AMIR.

Pues solamente pide...

GUZMAN.

¿Qué pide el fiel magnánimo califa?

AMIR.

Que le entregues la fuerza de Tarifa.

GUZMAN.

¡Tarifa... yo!... entregar!... ¿qué dices, moro?

AMIR.

No te admire, Guzman; nada imposible
Te pide mi señor; ¿qué menos quieres?

GUZMAN.

Pues qué ¿tan incapaz de razon eres
Que ignoras que esta insigne fortaleza
No es mia propia, que es de mi rey solo?
Soy su lugar-teniente, y defenderla
Juré solemnemente al cielo mismo,
Haciéndole homenaje y pleitesía
En manos del maestre don Rodrigo
Al espirar: de aquesa Andalucía
Pídanme mis estados, ó si quiere
Cien mil doblas, y aun mas le llevarías.

AMIR.

Guzman, los que se precian de prudentes
Saben que esa fantasma, que honor llaman,
Es solo imaginaria, y que no existe
Sino en débiles almas; mi gran dueño,
A quien hace la luna reverencia,
Te ofrece inmensa y bárbara opulencia,
Y llegarás á merecer la dicha
De tocarle su barba, y en fiel muestra
De cariño besarla.

GUZMAN.

No pretendo
Por tales medios honra; ni españoles
Jamás piensan así: Dios es primero;
Pero despues su honor, que al rey ofrecen.

AMIR.

Pero algunos se encuentran, que merecen
Mas que los naturales: en Marruecos
Siempre honrado te vi, ni disgustado
Fuiste como en España por los fieros
Bandos sobre el derecho de los Cerdas.

GUZMAN.

En vano agravios frívolos me acuerdas.
Siempre seguí lo que pensé justicia.

AMIR.

Mas sin que sutilice la malicia,
La villa de Tarifa, que defiendes,
No es de tu primo el rey, que es tuya propia;
Pues tú con tus parciales, acostados
Y escuderos la tienes á tu costa.

GUZMAN.

Los nobles siempre estamos obligados
A cumplir la palabra; y así, moro,
Menos Tarifa, lo que quieras pide.

AMIR.

El cumplimiento de la fe se mide
Por distinta medida: nadie pudo
Prevenir al jurar, que preso fuera
Por nosotros tu hijo, y pues varía
Tan impensada circunstancia y cierta,
En ley ninguna el juramento obliga.

GUZMAN.

Quien toma á cargo alguna fortaleza,
Todo previene, y aun lo no posible:
No ese solo, si mil hijos tuviera,
Los diera por mi patria.

AMIR.

Y di, ¿si acaso
No le vuelves á ver? ¿si á Fez le llevan?

GUZMAN.

Mientras viva Guzman, mientras mi brazo
Maneje espada y lanza, su rescate
No es difícil.

AMIR.

Mas tú ya has prometido
Dar por él á Tarifa.

GUZMAN.

¿Yo tal dije?
¿Qué es lo que dices, moro alavecino?

AMIR.

Aun lo imposible oí que prometias.

GUZMAN.

No te diviertas con las ansias mias:
Vuélvete, embajador.

AMIR.

Pero si llega
La posible ocasion de que la villa
A fuerza de armas se entre, y toda España
Como en tiempos de Ulit, entonces quedas
Vil esclavo, sin hijo y sin honores.
¿Cuánto dieras por no haber malogrado
Entonces la ocasion de ser amigo
De tan gran rey por solo el corto obsequio
De un fortin, que va á dar al saco y fuego?
Repárate, Guzman, y desde luego
Vuelve en tí, haz lo preciso voluntario,
Que el sabio se acomoda á la fortuna.

GUZMAN.

Téngale tu rey preso; mas su cuna
Deberá respetar, que aunque cautivo
Bien conoce quién es.

AMIR.

Voy á hablar claro:
Guzman el justador, alcaide invicto,
No te alteres, escucha, pues quisiste
Que me llamase en Africa tu amigo.
Sabe, que Aben-Jacob el alto, el grande,
Que venció en guerra á los almoravides,
Y el imperio afirmó en los almohades,
Sobre el alcorán sacro jurar hizo
Mirando el rostro acia el oriente á todos
Los arrayaces de Africa y Egipto,
Que han de volver á hacer que España toda
Vuelva á adorar á aquel profeta hermoso,
Que ablandó los peñascos con su ruego;
Que han de ultrajar vuestra nobleza, y luego
Volver en Cobadonga á acorralaros,
Saquear á la incendiada Compostela,
Robando el cuerpo del patron Santiago.
Para principio de tan grande estrago
Quiso como Tarif rendir los muros
De la antigua Tarteso, á quien dió nombre,
Ejército juntó que á España asombre
De numerosas líbicas falanges:
No evitareis el cuello á sus alfanjes,
O á su yugo, aunque huestes mil aborte,
Ni con sus ricos hombres la Castilla,
Ni Aragon con sus bravos infanzones,
Que en defender se ocupan á Girona.
No está aun quieta Castilla, y la corona
Portuguesa buscó sus intereses.
Aun no están castellanos y leoneses
Con la reciente union bien hermanados.
Ya arma toca el rey moro de Granada
Con la flor de su tropa y sus linajes.
El infante don Juan mal enojado
Con nosotros milita, y en el lecho
Postrado yace el rey don Sancho el Bravo.
Aun se acuerdan los godos españoles
Del trance funeral de Guadalete,
Del de Alarcos y Uclés: Nuño de Lara,
Muerto por Almanzor, y el rey Alfonso
De Aragon, tambien muerto sobre Fraga
Por los moros; de Jaime al hijo amado
La mitrada cabeza dividióle
Fiero Atar el de Málaga; horror tanto,
Junto con el poder de mi gran dueño,
Derramador de sangre de cristianos,
Amedrenta á Castilla; y...

GUZMAN.

¿Hasta cuándo,
Amir, abusarás de mi seguro?
Dí á la morisma que combata el muro,
Que mas no quiero oir, que otra Numancia
Verá en Tarifa, á quien rendir pretende,
Que la flor de Castilla está á mi lado,
Donde es soldado aun el menor del pueblo,
Y un fuerte capitán cada soldado.

AMIR.

¿Mas no te aflige el riesgo de tu hijo?

GUZMAN.

O por el oro, ú el acero fijo
Su rescate será; yo daré modo.
Jimen, atiende.

Mientras habla Guzman con Jimen, dice á Amir el araldo:

ARALDO.

En gran peligro estamos,
Cidi, volvamonós, y no irritemos
Mas á tan feroz hombre, que da espanto.

AMIR.

Las rehenes de su hijo te aseguren.

ARALDO.

No hay mucho que fiar; ¿no ves con cuánto
Desprecio mira el riesgo de su hijo?
Quien de él no se apiadó, ¿qué piedad quieres
Que tenga de nosotros, si le irritas?
No ví tan atroz alma; al campo vamos.

AMIR.

¿Esa respuesta á Aben-Jacob llevamos?

GUZMAN.

Conforme te la di, dala al rey moro,
Y di que caballeros castellanos
Jamás rinden la plaza al enemigo,
Mientras pueda en la mano estar la espada;
Que es fuero de Castilla muy antiguo,
Que el alcaide à la puerta de su alcázar
Debe morir; primero en mi cadáver
Con honrosas heridas destrozado
Ha de poner los piés; y el entrar solo
Por encima de mí no está vedado.

AMIR.

Aláh Quivir te salve é ilumine:
¿Y de tu hijo?

GUZMAN.

El moro determine.

AMIR (*yéndose*).

¡Qué lealtad!

ARALDO.

¡Qué bárbara constancia!

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA, BLANCA, ELVIRA, GUZMAN, JIMEN.

DOÑA MARÍA.

Blanca, tu llanto enjuga, la distancia
No es mucha, ni de tiempo, ni camino,
Que hay para ver à tu querido esposo
Pedro, mi dulce y regalado hijo,
Pues su padre, al fin padre, habrá ajustado
Su rescate prudente, y va sin duda
A traérnosle Amir, suspende el lloro.

GUZMAN (*aparte*).

¡Otro dolor, otro tormento, cielos!

BLANCA.

Valido de esto el insolente moro
Pedirá suma inmensa; mas no importa:
Mi dote, mis alhajas y preseas,
Piérdase todo si don Pedro vuelve.

DOÑA MARÍA.

Blanca, cosas inútiles deseas,
Pues ¿qué podrá pedir el moro altivo,
Que no le dé su padre fácilmente?

GUZMAN.

Todo pudiera darle; solamente
El rescate que pide es imposible.

DOÑA MARÍA.

¡Cielos! ¡señor! ¡esposo!

BLANCA.

Qué, ¿no vuelve
Al instante don Pedro?

GUZMAN.

¡Trance horrible!
Ya volverá.

DOÑA MARÍA.

¿Pues cómo ya no ha vuelto?
Cuando pensé que la prudencia tuya,
Que sabe mi dolor y sentimiento,
Diera disposicion de que al momento
Volviera yo à vivir viendo à mi hijo,
¿Hay esta lentitud? ¡Toda soy hielo!
¿Qué es esto? ¿Pues qué ha dicho el enviado?

GUZMAN.

Aun no el contrato está finalizado;
Gran madurez las grandes cosas quieren.

DOÑA MARÍA.

Pues darles sin tardar cuanto pidieren.

GUZMAN.

Quizá no podré darle lo que pida.

DOÑA MARÍA.

Pues ¿qué puede pedir tan imposible?

GUZMAN.

Que le entregue las llaves de Tarifa.

DOÑA MARÍA.

¿Eso pide? ¡Qué horror! ¡Ay Blanca amada!
¡Qué sobresalto, y cuánta desventura
Me anuncia el corazon! que es muy terrible
Su padre.

BLANCA.

¡Oh infamia! ¡oh bárbara insolencia!

DOÑA MARÍA.

¿Y qué determinasteis?

GUZMAN.

La paciencia
Todo lo vence.

DOÑA MARÍA.

¡Ah cielos! Y si acaso
Le embarcan para el Africa, y no puedo
Quizá volverle à ver en muchos años,
¿Qué será de su madre, que le adora
Como prenda infeliz de sus entrañas?

JIMEN.

Con la esperanza os consolad, señora.

DOÑA MARÍA.

Pero, señor, si el moro no se allana,
¿Consentirás que vaya entre cadenas
A las mazmorras de Africa tal hijo
De tal padre, ó que reme en sus galeras,
O en ministerios viles ocupado
Desdiga de quien es?

GUZMAN.

Vivo fiado,
Que no hará cosa indigna à su persona.

DOÑA MARÍA.

Mas que su estirpe su virtud le abona.
Eso mismo à cualquiera empeñaria,
Que no fuese su padre, à dar el modo
Mas pronto de que vuelva; pero veo
Con dolor tal demora: ¡oh si yo fuera
A quien el contratar correspondiera!
¡Oh cómo no gimiera ya en prisiones,
No digo el hijo de doña María
Coronel, que son pocos mis blasones;
De Alonso Perez de Guzman el Bueno,
Digo, que esclavo está del sarraceno!

GUZMAN.

No aumentes mi tormento, esposa amada,
¿Qué cosa me dirás que yo no intente
Por dar la libertad tan deseada
A nuestro hijo? ¡Oh, qué acertado fuera
Que en las plazas mujer ninguna hubiera,
Que hacen daño mayor que el enemigo!

DOÑA MARÍA.

O piensa qué has de hacer, ó yo no sigo
Lentitud tan severa.

GUZMAN.

Pues ¿qué haria
Sin faltar à su honor doña María?

DOÑA MARÍA.

Le librara una madre à todo riesgo.

GUZMAN.

¿Y à riesgo del honor tambien y fama?

DOÑA MARÍA.

Y qué ¿es posible no hay otro remedio?
Un caudillo escelente da mil trazas
En la guerra: vasallo y padre debes
Discurrir; mas naturaleza misma
Dice que eres esposo y eres padre.

GUZMAN.

Pero Guzman y alcaide de Tarifa.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, *menos doña María.*

BLANCA.

Señor, doleos de la triste suerte
De toda vuestra miserable casa:
Ved qué bodas las mias, qué torneos,
Galas dispuestas, y sortija y cañas.
Mirad mis infelices casamientos,
Que bastaban ser mios y de un hijo
Vuestro, que el alma le conserva fijo,
Para ser todo desconsuelo y llanto.

JIMEN.

Mitiga el tuyo, hija querida, y tanto
No inquiete á don Alonso tu porfía:
Ve, y consuela la gran doña María,
Que el cielo dará luz; pero parece
Que el moro se descubre.

GUZMAN.

Pues al punto
Retirarnos adentro nos conviene;
Si algo quisiere, llame, no presuma
En mi debilidad, porque don Pedro
Está cautivo en la potestad suya.

JIMEN.

Nuestras postas descubren todo el llano.

ESCENA X.

Campamento del moro á un lado, y al otro vista de la plaza algo mas alta.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, MOROS.

ABEN-JACOB.

Amir, ¿con que ese fiero castellano
Tan inflexible estuvo?

AMIR.

Fueron vanas
Mis artes orientales, vano el ruego,
E inútiles tambien mis amenazas.

ABEN-JACOB.

Pues al remedio apelaremos luego
Premeditado, porque á fuerza ó arte
Yo he de entrar en Tarifa, si el sol entra.

AMIR.

Pues ve que lidias con el propio Marte.

ABEN-JACOB.

Ya te advertí que mi voluntad regia
Fué el conquistar á España, y que ya tengo
Preparativos, máquinas horrendas,
Ejércitos de tierra y mar inmensos,
Y mil galeras en el puerto surtas,
Sin contar dromedarios y elefantes,
Y en Algeciras berberiscas fustas.
Un mundo traigo entero, ya lo sabes,
Para lograr que la dichosa España
Vuelva á humillarse al yugo de Mahoma,
Y para que la gloria resplandezca
De Abu-Nazar como en los claros dias
De los Abderramanes y Almanzores,
Consagrados de Zeca en la mezquita:
Cuando oprimido el lustre y valor godo
La casa real de Córdoba dió leyes
Desde este nuestro mar al de Cantabria
A los soberbios y vencidos reyes.
El puerto de Tarif, llave de España,
Carteya de Argantonio antiguamente,
Quiero ganar primero, que hace frente
A Africa el mas cercano, y es su punta
La mas meridional en el estrecho.
Aquí empezó Tarif con su fortuna,
Y a su imitacion yo: Tarifa tiene
El destino de España, si ella viene
A mi poder, España vendrá toda,
Y hollaré como un tiempo en Guadalete
La altiva presuncion y pompa goda.

AMIR.

Escucho yo al señor de los creyentes
Con gran humillacion; pero bien sabes,
Que desde el dia santo de la hegira
Hasta el frio mayor del crudo invierno
Seis lunas hace ya que en libias naves
Llegamos á poner cerco á Tarifa:
¡Cuánto hemos padecido, qué rebatos
Nos dieron, qué constancia y qué salidas!
Y al fin, señor, es fuerza que advirtamos,
Que la guarda Guzman, el gran torneante.
Si en España otra espada semejante
Hubiera al tiempo del fatal Rodrigo,
Nunca la entraran ni Tarif, ni Muza.

ABEN-JACOB.

Soy irreconciliable su enemigo,
Y el deseo me llama á la venganza
Desde que me engañó con asechanza,
Y embarcó sus tesoros y su esposa,
Y desde Africa dió la vuelta á España.

AMIR.

No olvidarás, señor, la peligrosa
Batalla en que fué puesto por cautelas,
Y habiendo muerto á diez su heróico aliento,
Luego le echamos un leon hambriento,
El mas tremendo que abortó Getulia,
Y el soberbio animal ¡raro portento!
Rugió, y humilde se postró á su planta.
Africa toda la victoria canta
Que hubo en los valles de la gran serpiente,
Que hombres y brutos fiera devoraba,
Ruina y desolacion del continente;
Y en su caballo el español valiente
Combatió con la bestia levantada
Sobre sus alas, que con roncos silbos
Los montes atronó feroz hiriendo;
Todos huimos del dragon horrendo,
Y él solo con su espada el escamoso
Cuero rompió, cayó del aire á tierra
Con grande estruendo el espantable monstruo.

ABEN-JACOB.

A mas de la venganza que devora
Mi pecho, yo pensé vencer á España,
Y sé que sujetarla es imposible
Mientras haya Guzmanes; siempre han sido
Sus campeones, su defensa y muro,
Y hasta Oviedo hallaré paso seguro,
Si á él mato ó prendo, aunque se nombre ufano
Domador de leones y serpientes.

AMIR.

Difícil cosa, Aben-Juseph, pretendes.

ABEN-JACOB.

Por su hijo él con Tarifa está en mi mano

AMIR.

Del hijo no lo dudo, soberano
Miramamolin; pero al fiero padre
Quizá no habrá conflicto que le rinda.
No vi tal fortaleza; le observaba
Después de muchas esta noche misma.
Por el muro tal vez se paseaba
Vigilante; en su gran lanza apoyado
Tal vez atiende, el peto le relumbra,
La alta visera y el penacho altivo,
Y sus ojos al rayo de la luna.
Con el silencio oí cómo crujian
Las fuertes armas, que ni dia ni noche
Se quitó en todo el cerco de Tarifa.

ABEN-JACOB.

Pues hágase la seña y la llamada.

ARALDO.

Toca añafil. Castilla: ¡ah de la plaza!

ESCENA XI.

JIMEN *en lo alto, y luego* GUZMAN Y SOLDADOS.

JIMEN.

Moros, ¿á quién llamais?

ABEN-JACOB.

A Guzman llamo.

GUZMAN.

Aben-Juseph, ya escucho lo que mandas.

ABEN-JACOB.

¿Es posible que llegue tu osadía
A una temeridad tan obstinada,
Que no siendo posible defenderte
Quieras entregar bárbaro á la muerte
A tí, y á tu linaje, y tus soldados?

GUZMAN.

Rey moro, si en los tiempos ya pasados
En que tu padre me entregó la costa
Como jeque de Oran, Tanger y Ceuta,
La hubiera yo vendido con traidora
Resolucion, ¿por justo lo aprobaras?

ABEN-JACOB.

No vengo á disputar; mas pues reparas
En entregar la fuerza; Amir, al punto
Ejecuta mis órdenes.

GUZMAN.

Jimenez,
¿Qué pensará el rey bárbaro? recelo,
Que don Pedro, de angustias oprimido,
Al fin desmaye como niño tierno....
Pero no, que es Guzman, y es hijo mio.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, DON PEDRO Y GUARDIAS.

JIMEN.

¿Vesle, señor? ¡qué lástima!

ABEN-JACOB.

¿Conoces,
Guzman, á este doncel?

GUZMAN.

Negar no puedo
Que soy su padre.

DON PEDRO *(recio).*

Y yo, señor, tu hijo.

ABEN-JACOB.

Pues entrega la plaza, ó....

GUZMAN.

No prosigas:
Ya he respondido, haz lo que quieras, moro

ABEN-JACOB.

Pues si hasta ahora le guardé el decoro,
Ya con tu obstinacion me desobligas.
Don Pedro de Guzman, rendid la espada.

DON PEDRO.

Eso no; caballeros castellanos
Solo á su rey la ceden, y aunque presos
Mueren con ella en la atrevida mano.

GUZMAN.

Hijo, entrega la espada; así se sirve
A la patria y al rey; llegará dia
De recobrarla; sufra el valor algo.

DON PEDRO.

Padre, ¿lo juzgarán por cobardía
Los que están en sus casas descansando
En los ricos escaños de Castilla?

GUZMAN.

Yo te abono, don Pedro.

DON PEDRO.

Esa voz sola
Me obliga; Aben-Jacob, toma la espada, *(Dásela.)*
Que lo manda mi padre, y le obedezco;
Pero ve, que aunque ahora te la ofrezco
El hidalgo y constante español fuerte
Ni teme á los trabajos, ni á la muerte.

GUZMAN *(recio).*

Ese, ese es hijo mio.

ABEN-JACOB.

¿En fin te obstinas
En no entregar la plaza?

GUZMAN.

Antes la vida.

ABEN-JACOB.

Pues no estrañes si á todo rigor llevo
Las cosas al estremo mas terrible.

GUZMAN.

Yo soy leal.

ABEN-JACOB.

Tenaz, irreducible
A la razon. ¡Ah fiero castellano!

GUZMAN.

Si no aviso á mi rey, no está en mi mano...

ABEN-JACOB.

Ni en la mia tampoco la paciencia
Con tal hueste, y tan poca resistencia
Como teneis; el último recurso
Es el que ves: este almaizar encierra
En su seno, Guzman, la paz y guerra:
Ahí te le arrojo, elige lo que quieras; *(Le arroja.)*
O amistad buena, ó formidable estrago.

GUZMAN, *y luego* LOS CRISTIANOS.

¡Guerra! ¡guerra! ¡á las armas, Santiago!

ABEN-JACOB.

¡Qué rabia! ¡qué baldon!

AMIR.

Alma terrible.
Digna de ser creyente.

ABEN-JACOB.

Al mas horrible
Calabozo llevad al prisionero.

DON PEDRO.

Contento, ó padre, por España muero.

AMIR.

Corriendo viene allí doña María.

ABEN-JACOB.

Pues no le vea.

DON PEDRO.

¡Ay dulce madre mia! *(Llévanle.)*

ESCENA XIII.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN Y SOLDADOS.

DOÑA MARÍA.

Hijo mio, don Pedro, aguarda, hijo.
¿Adónde vas?

ABEN-JACOB.

Tu bárbaro consorte,
Cristiana, te dirá la triste suerte
A que le condenó, pues yo colijo
Que no piensa Guzman que ese es su hijo.

ESCENA XIV.

Amenórase el acampamento, y se ensancha la plaza.

DOÑA MARIA, GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es esto? ¡ay Dios! ¡qué horror! Yo estoy turbada
¿Qué es lo que me sucede? Un temblor frio
La sangre me cuajó. Yo me estremezco
Desatentada. ¿Qué es aquesto, esposo?

GUZMAN.

Esto es mostrar un pecho valeroso
Contra la obstinacion de la fortuna.
Esto es ser infeliz, ó ser dichoso.
Esto es hacer la mas tremenda prueba
De lo que puede el corazon de un noble.
Esto en fin ser leal.

DOÑA MARÍA.

¿Eres tú padre

De ese infeliz y aprisionado jóven?

GUZMAN.

Como del rey de España fiel vasallo.

DOÑA MARIA.

¡Ay hijo mio! ¿Que esto escucho, y callo?
Pues, cruel, ¿cómo así dejas que lleven
Al inocente niño desdichado
Con padre tan omiso?

GUZMAN.

El ansia mia
No aumente tu clamor, doña María.
Entrate á las tarimas de tu estrado
Con tus esclavas, ó con tus doncellas.
Ruega de España al gran patron Santiago.
Retiradla.

JIMEN.

Señor...

DOÑA MARÍA.

Ya te abandono,
Inflexible Guzman, padre inhumano,
De corazon indómito. A los cielos
Vuelvo mis ruegos anegada en llanto,
Pues no hay medio en la tierra. ¡O padre horrible,
Indigno de honra tal!

ESCENA XV.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¡Trance terrible!
¿Qué es esto? ¡Ay Dios! ¡qué horror! Qué, ¿me aban-
Todos como á una abominable fiera? (donan
¡Qué funeral horror en mi semblante
Llevo por ser leal! ¡Oh patria! oh España!
Oh rey, cuánto me debes! ¿No es bastante
El dolor paternal? ¿Y tú, Jimenez,
Me abandonas tambien?

JIMEN.

Señor...

GUZMAN.

Amigo,
Déjame lamentar aquí contigo.
Pues qué, ¿imaginas, dime, que no siento
En mi pecho el mas bárbaro tormento?
Pero es fuerza fingir. ¡Honores vanos,
Que obligan a olvidar el ser humanos!
Deme el cielo ¡ay dolor! la resistencia
Que necesito, y necesita España.
¡Oh Jacobo, patron, apóstol santo!
Libra á tu pueblo en su fatal quebranto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, BLANCA.

BLANCA.

¿Qué es esto? ¿es ilusion? Don Pedro amado,
¿Que te vuelven á ver mis tristes ojos
Rendidos de llorar? qué, ¿se ha apiadado
El cielo á mi dolor? Dulce bien mio,
Habla, dueño y señor, esposo, amante.

DON PEDRO.

¡Oh cielo! ¡oh Blanca! ¡oh pena penetrante!
Cielos, ¿para qué vine?

BLANCA.

¿A qué viniste?
¿Cómo estás libre? dime, acaba.

DON PEDRO.

¡Ay triste!

BLANCA.

Di, y no permitas que al dolor reviente;
¿A qué has venido?

DON PEDRO.

A verte solamente,
Blanca adorada mia.

BLANCA.

Yo fui causa
Fatal de tu prision, por mis errores.

DON PEDRO.

¡Infeliz suerte, y trágicos amores!

BLANCA.

No ya tan infelices, pues te veo;
Ya al fin todo calmó; mas tu severo
Padre viene.

DON PEDRO.

Retírate, señora.

BLANCA.

Búscame presto, ó tú mi muerte llora.

ESCENA II.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Hijo...

DON PEDRO.

Padre, á tus piés beso postrado *(De rodill*
La mano paternal y vencedora.

GUZMAN.

De confusiones mil estoy cercado;
Sácame pronto de ellas.

DON PEDRO.

Vengo solo
Por la postrera vez á despedirme
De mis padres y esposa, pues la muerte
Temo cerca en poder de aquel tirano.

GUZMAN.

¿La muerte temes, y eres castellano?

DON PEDRO.

No la temo, la espero.

GUZMAN.

Pero ¿cómo
Volviste? ¿Te has huido, ó te soltaron?

DON PEDRO.

No, señor: óyeme. La infanta mora
Perdidamente mi desprecio adora,
Y yo de su pasion ciega valido,
En secreto permiso la he pedido
Para venir, aunque por tiempo breve;
Ella facilitólo, pues de todos
Con sus hechizos el corazon mueve.
Pero pleito homenaje hice primero
De volver antes fiel á sus reales
Que me pueda su padre echar de menos.

GUZMAN.

Pues, don Pedro, los nobles y leales
No faltan nunca á su palabra, ni aunque
Importara mil vidas; vuelve, vuelve,
Y da á Fátima gracias de mi parte.
Vete antes que tu falta se conozca,
Y ella sufra las iras de su padre.

DON PEDRO.

Yo sé el tiempo que tengo concedido;
Permitid que á las plantas de mi madre
La dé el último abrazo.

GUZMAN.

En varoniles
Pechos nunca espresiones femeniles
Tienen digno lugar: estará ahora
Retirada en su estancia: vete al punto.

DON PEDRO.

Aun puedo esperar mas.

GUZMAN.

Pues que te dejo
Este rato, oye á un padre que te estima,
Por si estos son los últimos consejos.

DON PEDRO.

mento fierísimo, qué angustia!

GUZMAN.

ı ufana juventud robusta
ıs precipicios te despeña;
ı audaz desobediencia tuya
ı te condujo tan amargo.
timaste ni el militar cargo,
erna autoridad, y ciego
ıi voluntad saliste al campo.

DON PEDRO.

d, señor... Padre, no lo niego.

GUZMAN.

te castigó la Providencia
ı por tal desobediencia,
i poder vuelves, en consejo
a con rigor tu culpa trato.

DON PEDRO.

ɔ en ser hijo de español Torcuato.

GUZMAN.

res solo tú quien lo padece;
e desdichada, ¿qué merece,
lecer tanto? Jimen, Blanca,
ıspaña, y yo, que a todos sufro
ıs mas acerbas y crueles?

DON PEDRO.

o! ¿y de esta angustia no te dueles?

GUZMAN.

rte infeliz á tal estado
o, que aunque padre me es preciso
ıe de serlo; y así quiso
acia, que tenga que olvidarme
lla ó de ti; ya no hay remedio,
ıe pena y riguroso trance!
s justo tampoco que padezca
uno la patria. Yo reviento
endo dolor; mas ¿qué he de hacerme?
ue soy padre, soy leal vasallo.
ı patria cosa mas no hallo
cer que mi hijo; este le ofrezco,
ıdiera haciendo lo contrario.

DON PEDRO.

ado naci: ¡valedme, cielos!

GUZMAN.

uede quedar otro consuelo
l de la constancia generosa,
oble levantó sobre la plebe.
ɔ, si es preciso, cual se debe,
dignamente tu delito.
en el rigor de este conflito
a tu rey, si libre fueres;
estos instantes que vivieres
no has de usarlos. Una hazaña
e hacer blason y honor de España;
virtud puede: esta grandeza
levantó a Roma á tanta alteza;
alzo a Castilla, y grandes triunfos
ıo; ni pienses que un romano
ın el valor á un castellano,
ı rey dará acaso nuevos mundos.

DON PEDRO.

señor, humildemente admito
, tan hidalgos como justos.
! mi madre viene. ¡Madre mia!

ESCENA III.

DOÑA MARIA y DICHOS.

DOÑA MARÍA.

l alma, ay hijo! ¡ay qué alegría!

GUZMAN.

confusion, cielos! Viene á verte
ro, y vuelve al punto al campo moro.

DOÑA MARÍA.

olver? mis joyas y tesoro
Le llevad; pero el hijo de mi vida...
Primero he de morir.

GUZMAN.

Esposa, es fuerza,
Que así está prometido.

DON PEDRO.

Es cierto, madre.

DOÑA MARÍA.

Pues yo no le hice al moro tal promesa.
Entra á reposar, hijo.

GUZMAN.

No desmientas
A tu antiguo esplendor, doña Maria.

DON PEDRO.

No puede ser. ¡Ay dulce madre mia!

DOÑA MARÍA.

¡Prenda de mis entrañas, regalado
Dulce amor de tu madre! Ola, criados,
Servidle con la salva y la escarlata,
Y en su albergue descanse.

DON PEDRO.

¡Madre mia!

DOÑA MARÍA.

Hijo, qué, ¿no te acercas á tu madre,
Que te adora en estremo?

DON PEDRO.

Humilde beso
Tus piés, señora.

DOÑA MARÍA.

Alzate, llega, vuelve
Mil veces á mis brazos. Mas, ó Pedro,
Júrame no apartarte de mi lado.

DON PEDRO.

Señora, ya sabeis lo que he jurado.

DOÑA MARÍA.

Nada me aquieta.

GUZMAN.

Ya sufrir no puede
Tanto mi pundonor: doña María,
Ya que tu ciega sinrazon no cede
A lo que es justo y manda la hidalguía,
Advierte que don Pedro se ha buscado
Por su mano este mal: él á otros padres
Obligara á quebrar la fe jurada.
Pues él se lo adquirió, que sufra honrado
Cualquier suerte que tenga preparada.
Bien lo merece todo; ¿por qué ciego
No obedeció á su padre? ¿al mas prudente?
¿Al ayo? ¿al general que le mandaba?
Qué, ¿la obediencia militar es esta?

DOÑA MARÍA.

Mis lágrimas te sirvan de respuesta.

GUZMAN.

Pero bien: ¿qué mas tiene ese soldado
Que otro alguno? Tambien Fortun Fernandez
Está en el real del moro aprisionado.
¿Es mas que un hombre el uno y otro? ¿y quieres
Que por un hombre entregue yo una plaza,
Que es el antemural, y es la barrera
Sola que tiene la afligida España?
Aquí rechaza embates y avenidas
De la inmensa morisma: si esta presa
Rompe el ímpetu suyo y grandes furias,
Se inundará con sangre, incendio y muertes
Hasta las rocas ásperas de Asturias.
¿Y esto he de darle al moro?

DOÑA MARÍA.

¿Mas no adviertes,
Señor, la distincion de los sujetos?
¿No es hijo tuyo Pedro, y muy amado?

GUZMAN.

Hijo mio es aquí cualquier soldado.

DOÑA MARÍA.

En fin, ¿que ni te dueles, ni eres padre?

GUZMAN.

Sí, me duelo; mas soy tambien vasallo.

DOÑA MARÍA.

¿Qué es del valor antiguo y celebrado
Que es heróico blason de los Guzmanes?
¿Diré, esposo, que en tí ya se ha acabado?
Eso sí, para justas y torneos,
Y fiestas entre damas y galanes
Con fingidas batallas, eres Bueno;
Y en la ocasion que mas te convenia,
No libertas, quizá por cobardía,
Al hijo único tuyo en riesgo tanto.

GUZMAN.

¡Qué esto sufra! Señora, no me espanto
De tu delirio: el Africa lo cuente.
¿Habrá espada en Castilla tan valiente,
Que á la mia se oponga? Mas dejemos
De hablar con tan inútiles estremos,
Y el corazon sosiega.

DOÑA MARÍA.

¿Quién haria
Barbaridad tan fiera, aunque criado
Fuese en Libia en los montes de la luna?

GUZMAN.

Cualquiera que tuviese esta fortuna
De ofrecer por la patria un hijo solo.

DOÑA MARÍA.

Mejor es con valor que tiemble el polo
Defender á Tarifa; si los hombres
No se atreven, yo, yo con mis mujeres
Cada cual como líbica leona
A defender saldremos á mi hijo,
Pues su padre no quiere.

GUZMAN.

¿A mi persona
Se trata así? ya falta el sufrimiento.
¿Posible es que su madre en mi presencia
A un hijo mio dé tales consejos?
Por la vida del rey Don Sancho juro,
Y por vida del príncipe Fernando,
Que mas me inquieta la imprudente madre,
Que del Africa unida el moro bando.

DON PEDRO.

No aflijais mas, señora, á mi gran padre.

DOÑA MARÍA.

¡Ay madre infelicísima!

GUZMAN.

Dichosa
Mejor puedes decir, si á costa solo
De un hijo de tu vientre á lograr llegas
Que España de cadenas se liberte.
¿Cuántas dueñas de honor quizá te envidian
La dicha de ser madre de aquel hijo,
Que liberte á Castilla amenazada?
¡Oh cómo todas sin reparar nada
Entregaran sus hijos, si supieran
Que con eso á la patria redimieran!
¿Y tú no lo agradeces?

DOÑA MARÍA.

¿Y es posible
Que tendrás corazon tan inflexible
Para dar otra vez el hijo al moro?

GUZMAN.

No hay remedio, y á mí si me admitiera,
Y á tí tambien, esposa, aunque te adoro.

DOÑA MARÍA.

Yo iré á servir de esclava, y en la frente
Me dejaré marcar, libre á mi hijo,
El viva, y muera yo entre estraña gente.

GUZMAN.

¿En fin dices, esposa, que la fuerza
Entregue, y que vendamos hoy á España?
¿Que al rey y religion con mil traiciones
Y perjurios faltemos? ¿Esto quieres?
Di, acaba.

DOÑA MARÍA.

Libra á mi hijo si pudieres.

GUZMAN.

Como padre lo haré, como caudillo
Tambien si puedo; mas si no es posible,
Y no hay remedio ya, no solamente
He de entregarle yo; pero su madre
Gustosa ha de decir que lo consiente.

DOÑA MARÍA.

¡Sentencia injusta de terrible padre!
Ven, hijo, á consolarme el tiempo breve
Que te queda.

GUZMAN.

Ya irá, doña María;
Darle algunos avisos yo queria
Útiles. Despejad; solos quedemos.

DOÑA MARÍA.

Venme á ver presto, mira mis estremos.

ESCENA IV.

GUZMAN, DON PEDRO.

GUZMAN.

Estremos de flaqueza femeniles
Capaces de infundir la cobardía
En el pecho mas fuerte. Yo queria,
Don Pedro, examinar adónde llega
Tu valor: si los llantos de tu madre
Te enternecieron; y si Blanca ruega,
Si débil cederás; que á tal instancia
Casi recelo ya de tu constancia.

DON PEDRO.

¿Eso dudas, señor?

GUZMAN.

¿Estamos solos?

DON PEDRO.

Nadie escucha.

GUZMAN.

Pues di: ¿vuelves gustoso
A la prision del moro?

DON PEDRO.

Mi palabra
Di, y cumplo siempre alegre mis promesas.

GUZMAN.

¿Pues no es mejor yantar aquí á mis mesas,
Que allí irritar del árabe la saña?

DON PEDRO.

Soy hijo de Guzman, y soy de España.

GUZMAN.

Habla claro, hijo mio: ¿no confias
Tu secreto á tu padre? Di, no temas.
¿Piensas, que estrañaré que los temores
De la muerte, en el hombre naturales,
Te estremezcan? Son débiles los hombres;
Confiésalo á tu padre que te estima;
No hablas ya con Guzman el riguroso,
Nada sabrá el alcaide de Tarifa.
Confíate.

DON PEDRO.

Señor, no me acobarda
La prision, ni la muerte si es precisa.

GUZMAN.

Y dime, Pedro, ¿el tierno amor de Blanca,
Y su dulce himeneo hoy preparado
Te detendrá en la plaza?

DON PEDRO.

Si estuviera
Con el honor que ayer, si ya que hubiera
Sido preso, me hubiese rescatado,

U de otro cualquier modo libertado,
¿Qué mayor bien pudiera el mundo darme?
Mas cuando esclavo llego á imaginarme,
Vergüenza noble y temeroso empacho
Me aparta con rubor de su presencia.

GUZMAN.

Juzgo que la modestia y reverencia
Disfrazan tus palabras; de mí fia
Tu amor; entrambos somos militares,
Cuéntaselo al alcaide de Tarifa;
Nada sabrá Guzman tu adusto padre.

DON PEDRO.

El vano amor tiene hecha su manida
Solo en ociosas almas: no entre guerras
Vive, ni entre el honor; siempre que reine
Pasion mas fuerte, y varonil, y heróica,
El noble de esta el ímpetu contiene.

GUZMAN.

¿Podré creer que salen de tu boca
Verdades incorruptas?

DON PEDRO.

Ve si acaso
Corresponden, señor, á los preceptos
Que en la niñez me has dado.

GUZMAN.

¿Con que puedo
Fiar de tu valor?

DON PEDRO.

Seguramente.

GUZMAN.

¿Con que eres buen Guzman?

DON PEDRO.

Sí.

GUZMAN.

¿Y hijo mio?

DON PEDRO.

Mi ardor lo diga.

GUZMAN.

Con que el desvarío
De tu madre y esposa ¿no es bastante
A rendir tu valor siempre triunfante?
¿Y tendrás, si es preciso, atrevimiento
A sufrir de la muerte el fin violento?

DON PEDRO.

Y aun á tomarla por mi propia mano.

GUZMAN.

Conozco que tu pecho es castellano.
Llega, llega á mis brazos, hijo digno
De don Alonso de Guzman. ¡Qué gozo!
No esperaba yo menos de mi sangre.
Nada recelo ya.

DON PEDRO.

Pero quisiera,
Padre y señor, aun antes que me fuera,
Pues mi muerte cercana ya contemplo,
Seguir de los mayores el ejemplo:
Para esta última hora que me diesen
De Santiago patron de las Españas
El hábito pretendo: soy cristiano.

GUZMAN.

Haré que no carezcas de sus gracias.
Voy pronto á prepararlo.

ESCENA V.

DON PEDRO, DOÑA MARIA, BLANCA.

DOÑA MARÍA.

¿Por qué, ó Pedro,
Te escondes de tu madre que te ama?
¿Así pagas mi afecto y mi terneza?
¿Tan poco le merezco á tu fineza?
No vi hijo tan ingrato.

DON PEDRO.

Madre mia,
¿Por qué tanto me ofendes? ¿yo me olvido
Del entrañable amor y la ternura
De mi madre adorada? ¡qué locura
Fuera la mia! ¿Yo no te venero?
¿Yo mas que á mi persona no te quiero?
No, señora, quien tal dice se engaña.

DOÑA MARÍA.

¿Venciste de tu padre ya la estraña
Severidad? ¿dió alguna providencia?

DON PEDRO.

Me es preciso volver, no hay resistencia.

DOÑA MARÍA.

¿Esto se adelantó con su consejo?
¿Qué dices, Blanca, tú?

BLANCA.

Donde una madre
Y un hijo, y aun su padre, están tratando
Tan íntimos asuntos, ¿qué hablar puede
Una ignorante y mísera doncella,
Sino llorar su rigurosa estrella?

DOÑA MARÍA.

Mira, Blanca, mi esposo á tí te quiere
Con amor paternal; quizás podrías
Rogándole con llanto, su atroz alma,
Rendir, volviendo sus entrañas pias.

DON PEDRO.

No aflijais á mi padre.

BLANCA.

¿Quién, señora,
Mejor conseguirá lo que pidiere,
Que tú de un dueño que tan fiel te quiere?

DOÑA MARÍA.

¡Ay que es impenetrable! Ruega á Pedro,
Pues tú podrás con él mas que su madre,
Que no se vuelva al campo de los moros,
Que enviaré cien mil marcos de rescate:
Ruégaselo tú, Blanca, por tu vida;
La mia está en tu mano, hija querida,
Pues yo no puedo resistir tal pena.

ESCENA VI.

DON PEDRO, BLANCA.

DON PEDRO.

Mayor mal que la bárbara cadena.

BLANCA.

En fin, ¿que logro verte, y puedo hablarte
Sin riesgo?

DON PEDRO.

Háblame pronto, Blanca mia
(Ya no mia), que vuelan los instantes.

BLANCA.

Pues cuando nuestra madre me confía
El reducirte, ¿así respondes fiero?
¿Se dirá que una esposa á un caballero
Le suplicó algo en vano, y no fué oida?

DON PEDRO.

Déjame por la tuya y por mi vida.

BLANCA.

¿Esta, ingrato, es la fe que me juraste?
¿Nada has de hacer por mí? por tí, ¿qué pude
Hacer que yo no hiciese? Por tí solo,
Por tí dejé mi patria y mi regalo,
Y me vine á encerrar entre las armas,
Entre el estruendo, guerra y sobresalto.
Ten piedad de mi triste, dueño mio,
Y de mi desamparo y mi tristeza,
Duélate tanto mísero suspiro;
No te vayas, señor, que al dolor muero,
Por estos ojos de llorar cansados,
Por estas fieles lágrimas que vierto.
Si me amaste algun tiempo, si aun te dura
En el pecho la imágen de tu dama,
Que tan rendida y tan infeliz ama;
No te espongas al riesgo nuevamente,
Mira que algun gran daño te amenaza.

¡Ay que yo temo en desgraciada muerte
Verte morir! que el corazon me anuncia
No sé qué grande mal: ¡ay dueño mio!
No aumentes mi tormento y desvario.

DON PEDRO.

Blanca, consuelaté: si no estoy digno
De tu grande hermosura, no merezco
Lograrla por ahora: yo te ofrezco
Volver digno de ti.

BLANCA.

¿Con que mi llanto
Tan poco alcanza con mi amante? ¡O cuánto
Mísera me engañé! Terrible dia
Para tormento y desventura mia.

DON PEDRO.

Consuélete mi padre, Blanca amada,
Y no me des tan bárbaro tormento.

BLANCA.

En fin, ¿que ni mi amor, ni mi lamento
Pudo vencerte?

DON PEDRO.

No es posible.

BLANCA.

Aleve,
Ya tus traiciones pérfidas entiendo.
Jamás me amaste, ó ingrato; es imposible,
No lo creo, juraste falsamente.
Ya penetro el motivo tan urgente
De tu fidelidad aparentada.
Fatima es quien te arrastra, la jurada
Fe sera a ella, y si esto asi no fuere,
No es heróica virtud la que te incita
A ejecutar accion tan inaudita:
Es vanidad y altísima arrogancia
De tu altivo linaje, que pretende
Levantarse a los cielos con hazañas.
Siempre hicieron asi tus ascendientes:
Propia soberbia y barbara osadía
De la casa Guzman, que entronizada
Siempre indómita obro por fantasia.

DON PEDRO.

Mi sangre es cierto quien me obliga, Blanca.

BLANCA.

¿No os bastan tantos timbres adquiridos
De tu abuelo el rey godo Gundemaro?
¿Ni haber atropellado tantos reyes,
Tantas falanges barbaras hollando?
¿Ni en Sevilla tu abuelo entrar triunfante
Al lado invicto de Fernando el Santo?
¿Ni haber sido tu padre sabio amigo
De Alfonso emperador, rey de romanos?
¿Tantos triunfos y célebres blasones?
¿Ni de Sevilla ser mayor alférez,
Y alcaide de su alcazar y su torre?
¿Ni que te llame deudo muy cercano
El rey de Portugal y el castellano?
¿Tanto no basta a la ambicion inmensa
De honra à que siempre aspiran los Guzmanes?
¿Qué mas lauros quereis? ¿mayores timbres
Tuvo otro alguno? ¿en pecho humano caben?

DON PEDRO.

Esos mismos oprobios que me dices
Quien soy me acuerdan, y lo que hacer debo.

BLANCA.

Ceguedad loca de soldado nuevo:
¿Vas a poner por colmo a tus hazañas
La indigna accion de que a una esposa engañas,
Que te creyó inocente? ¿A este trofeo
Por último aspiró tu devaneo?
¿Una humilde doncella fiel y amante
Es de quien triunfas fiero y arrogante?
¿En esto para? ¿osar ya mas no puede
La gloria de Guzman, que al mundo escede?

DON PEDRO.

Basta ya: no me insultes, en mí fia,
Y adios, adios, querida esposa mia.

BLANCA.

En fin ¿te vas, y yo á morir me quedo,
Y sin vengar tu ingratitud? Malvado,
Pérfido, no eres tú como te jactas
De sangre real y abuelos engendrado.
Temerario y falaz, bárbaro jóven,
Feroz como tu padre, ¿así me dejas?
Ni eres Guzman: las sirtes abrasadas
De Libia entre dragones te abortaron,
Y con ponzoña y hiel te alimentaron.
Véngueme de tí el cielo.

(Vase con despecho.)

ESCENA VII.

DON PEDRO, JIMEN.

DON PEDRO.

¡Ay desgraciado!

JIMEN.

Don Pedro, ¿adónde vas precipitado?

DON PEDRO.

A salirme al instante de Tarifa.

JIMEN.

Fuerza es que te detengas retirado,
Que Amir entró en la plaza, y aquí viene
Con tu padre.

DON PEDRO.

¿Qué quiere? ¡suerte impia!
Si á Fátima dañé con mi tardanza,
Y ella sufre del padre la venganza?

ESCENA VIII.

GUZMAN, JIMEN, AMIR.

GUZMAN.

¿De qué es la turbacion? Amir, sosiega
El alterado pecho.

AMIR.

Guzman, mira
Que me han jurado en nombre de la reina
Los tuyos el seguro para hablarte.

GUZMAN.

Puedes seguramente confiarte
Con tal prenda: habla, moro.

AMIR.

Mucho pido:
Si no me favoreces soy perdido,
Mi vida esta en tu mano.

GUZMAN.

¿Con qué puedo
Servirte (acaba, dí) por mar y tierra?
Que una cosa es la paz, y otra la guerra.

AMIR.

Mucho dudo lograr lo que pretendo.

GUZMAN.

En no siendo el alcázar de Tarifa
Pide cuanto quisieres.

AMIR.

Tal no pido.

GUZMAN.

Pues concedido está.

AMIR.

Guzman, lo siento:
Mas lo que busco solo es a tu hijo.

GUZMAN.

Pues ¿qué novedad hay?

AMIR.

El rey mi dueño
Como almocaden suyo á mi custodia
Le fió: soy de Fatima el amante
Mas ciego que se ha visto; ella constante
Ama á don Pedro, y él rogarla pudo
Que le dé libertad un breve instante.
Mandómelo imperiosa, obedecila

A mi pesar, que no debiera; pero
Tanto arrastra un amor : juró primero
Solemnemente de volver al campo
Antes que el rey le llame, y en secreto.

GUZMAN.

¿Pues qué dudas, si mi hijo lo ha jurado?

AMIR.

De otro que no fuese él yo dudaria.

GUZMAN.

Tu falta de entereza merecia
Mas rigor; mas si aquestos militares
Delitos haces, cuida tu cabeza,
Que no encontrarás siempre con Guzmanes.
Mi hijo volverá al campo.

AMIR.

La presteza
Me interesa la vida.

GUZMAN.

¿Qué mas quieres?
Vaya al instante.

AMIR.

Tu virtud me asombra.

GUZMAN.

Pues si la aprecias, mi amistad te nombra
Protector de mi hijo : en ti confio
Que le defenderás de algun insulto.

AMIR.

Descuida, alcaide, que es empeño mio,
Y no cumplo con menos. Asombrado
Tiene tu gran valor al campo moro.
¿Seras tú el mas terrible y esforzado
De tu nacion, y espanto y maravilla?

GUZMAN.

Otros tiene mi rey allá en Castilla,
Que yo venero, y Africa conoce;
Mas puesto que tú quieres que yo goce
De tu amistad, la admito, y la disfruto.
Si la virtud en todas religiones
Tiene lugar, un hijo te encomiendo;
No porque en él se note cobardía,
Ni en mi para sufrir penas enormes.
Inconsolable está doña María,
Que es a quien solo contener pretendo.
Y haz que algun mensajero cada dia
La traiga nuevas de él, que bien pagadas
Serán; y este trabajo de ampararle
No te durará mucho, pues avisos
Tengo de que socorros al instante
Me vienen de la costa, y de Sevilla
Hombres de armas, y mil almogavares,
Y sé que con mil lanzas á estas horas
En Africa os inquietan los Farfanes :
Todo esperanza de la paz muy pronta.
Ya acia Castilla un mensajero corre :
Tú harás porque cobrar pueda á mi hijo
Con mas honrosas capitulaciones.

AMIR.

Nada haré que no deba.

GUZMAN.

Hidalgo moro,
Adios.

AMIR.

Elrab te salve, y en mí fia.
Jamás vi tal virtud en pecho humano :
Solo le falta el ser mahometano.

ESCENA IX.

GUZMAN, JIMEN, SOLDADOS.

GUZMAN.

¿Qué alboroto escuché?

JIMEN.

Ya su remedio
Puse al instante : inquietos los soldados
A Amir darle la muerte pretendieron.

GUZMAN.

¿A Amir? ¿y estando con seguro mio?

JIMEN.

Ya enfrené el imprudente desvarío.

GUZMAN.

¿Cómo á tanto desórden se atrevieron?

JIMEN.

Dijeron muchos hoy en nuestras haces,
Que el Miramamolin rompió las paces,
Y pues no guarda fe, no la merece.

GUZMAN.

Y qué, ¿no es justo que haya diferencia
De la fe del cristiano y su creencia
A la del moro? El obre como quiera,
Nosotros por la ley que es verdadera.
¿Ni quién dió tales fueros al soldado
Saldrá Amir libre, y presto, y escoltado.

ESCENA X.

JIMEN, *y luego* BLANCA.

JIMEN.

¡Rectitud admirable, y hidalguía
De valor sin igual!

BLANCA.

¿Adónde iría
Don Alonso, señor, vibrando enojos
Con la mano en la espada, que azorado
Centellas arrojaba por los ojos?

JIMEN.

¿Qué dices? A aplacarle iré á su lado.

ESCENA XI.

BLANCA, DON PEDRO.

BLANCA.

¡Ay! de cuánto dolor soy combatida!

DON PEDRO.

Blanca, esta es la postrera despedida.

BLANCA.

¡Qué tormento! ¡qué horror! ¡qué escucho, cielos!
¡Morir no basta, sino ausencia y celos!

DON PEDRO.

Consuélate, y adios.

BLANCA.

¿Cómo es posible?
¿A cada instante otro dolor terrible?
¿Desesperacion nueva á cada punto?

DON PEDRO.

Adios, esposa, que me espera el moro.

BLANCA.

Y qué, ¿yo he de callar? y qué ¿el decoro
Mujeril ha de ser nuevo tormento
Muriendo airada, y con inútil lloro?

DON PEDRO.

Qué, ¿aun no me dices el adios postrero?

BLANCA.

¿Adónde vas?

DON PEDRO.

A ley de caballero
A cumplir mi palabra.

BLANCA.

¿A quién, ingrato?
¿Para qué disimulo? mi recato
¿De qué sirve contigo?

DON PEDRO.

¿Ese consuelo
En medio de mis penas y desgracias
Llevo de tus piedades?

BLANCA.

¡Oh el mas fiero
De los hombres! Ya supe tus maldades.

Supe que amante de la infanta mora
La debes el favor de haber venido,
Y supe que volver la has prometido,
Y esa es tu obligacion. Bien recelaba
Yo de tu ingratitud : ¿esto merece
La que mas que á sí propia te adoraba?
¿Esto hacen los bizarros capitanes?

DON PEDRO.

No aumentes, Blanca, esposa, mis afanes :
¿Yo a Fatima querer? Otros cuidados
Tienen mis pensamientos ocupados.

BLANCA.

¿Qué mas prueba? ¿mi llanto y mi fineza
Pudieron ablandar esa dureza
Impropia de tu edad y de un amante?
¿Diste alguna señal de ser humano
A mis lagrimas tiernas y suspiros?
¿Qué mas hiciera el bárbaro tirano
Mas inculto, nacido en los retiros
De Masilia? ¿A una amante arrodillada
Hay quien tenga valor de negar nada?
Y tú me dejas sin piedad alguna
Entre conflictos, ansias y pesares.

DON PEDRO.

Aman de una manera los vulgares,
De otra los nobles : yo sé lo que siento,
Yo sé si disimulo mi tormento,
Y que no soy creido. Adios, señora.

BLANCA.

No te vayas, aguarda : en esta hora,
Postrera acaso de mi triste vida,
No quiero que me juzgues ofendida.
Yo te perdono, aunque evidente sea
Que en otra que no en mí tu amor se emplea.
¿Quién vio fineza tal? Desesperada
Te ofendí con razones arrogantes,
Licencia concedida á los amantes.
Lo confieso : perdona, esposo mio;
Error fué de mi ciego desvario.
Ya no son celos viles, piedad solo
Me mueve de tu vida amenazada;
No vuelvas, dueño amado, al real del moro,
Que es bárbaro sin ley, y si allá vuelves,
Tu muerte lloro con crueldad estraña.

DON PEDRO.

¿Me llorarás si muero por España?

BLANCA.

Que no vuelvas, con lágrimas te pido.

DON PEDRO.

Nuevo Régulo soy ; lo he prometido.

BLANCA.

No así desprecies tu evidente riesgo;
Yo iré á morir por tí, quédate, esposo.
¡Qué injusta paga de un amor inmenso!
Yo no sé dónde estoy, ni qué me digo.

DON PEDRO.

Déjame, Blanca, que mi estrella sigo.

BLANCA.

¡Dura estrella! A lo menos este dia
Suspéndelo ; ¿qué importa al rey, ni á España?

DON PEDRO.

España quizás hoy me necesita,
Y el rey tiene gran tiempo sus soldados
Para servirse de ellos solo un dia,
Y este acaso es el mio; en él yo puedo
Ganar mas honra que otros muchos héroes
En muchos siglos con feroz denuedo.

BLANCA.

¿Quién hollará peligros tan atroces
Como tu padre y tú? ¿Dónde se ha visto
Tan grande esfuerzo de ánimos feroces?

DON PEDRO.

No es tan grande la pena que resisto,
Y menos al valor de los Guzmanes.

BLANCA.

¿Quién tuviera tan bárbara osadía?

DON PEDRO.

Cualquiera que tuviese esta fortuna.

BLANCA.

Será; mas no se ha visto todavía.

DON PEDRO.

El tiempo corre, Blanca, Amir espera.

BLANCA.

¡Lance terrible! quién me lo dijera
Cuando por mí jugaste cañas! Cuando...
¿De qué cosas me estoy ahora acordando?

DON PEDRO.

No es ocasion; el plazo acaba.

BLANCA.

¿Amante
Vas de tu Blanca?

DON PEDRO.

Juro ser constante.

BLANCA.

¿Juras? Ya es esto de la dicha estremo;
Ahora tu muerte mas que nunca temo.
Dueño, adios para siempre : ¡mas qué ruido
(*Suena ruido.*)
Tan espantoso que aumentó mis penas!

DON PEDRO.

Adios, que con los tornos y cadenas
Movieron ya los puentes levadizos,
Y los rastrillos, para que yo salga.
Adios.

BLANCA.

El cielo ¡ay mísera! me valga.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JIMEN, DOÑA MARIA.

DOÑA MARÍA.

Qué, ¿á tanto llegar pudo la fiereza,
Jimen, del hijo mio, que se fuese
Sin despedir de su piadosa madre?
Consejo fué de su terrible padre,
Que mas le temo que al furor del moro.

JIMEN.

Deja, señora, el importuno lloro,
No desmaye la gente a tus gemidos.

DOÑA MARÍA.

¡Ay con qué error las madres deseamos,
O Jimen, ver crecer á nuestros hijos,
Para causar tormentos y cuidados!

JIMEN.

Señora, los que están bien educados
Por maravilla causaran pesares.

DOÑA MARÍA.

Ojalá, como han dicho, los socorros
Lleguen que ya se esperan por instantes,
Y a Pedro libren del poder del moro.

JIMEN.

No hay que fiar en esperanzas vanas,
Que hacen mayor el daño no creido,
Si como suelen al incauto engañan.
Ten el gran corazon bien prevenido
Siempre acia lo peor, que felizmente
Yerra quien halla el bien, y el mal consiente.
Señales ni noticia no han venido
Del socorro, señora, que en Sevilla
Todos ignoran el funesto lance.

DOÑA MARÍA.

¡Quién me dijera esta fatal desdicha,

Ahora que el rey de Portugal su tio
Llamó á ser su doncel al hijo mio,
Honrándose con él y con mi sangre?

JIMEN.

De otra manera el cielo lo ha querido.

DOÑA MARÍA.

Voy desde las almenas y homenajes
A no apartar mis ojos del camino.

JIMEN.

¡Madre infeliz! ¡qué alivio habrá que baste!

ESCENA II.

GUZMAN, JIMEN.

GUZMAN.

¿Qué fué, Jimen, lo que imprudente hablaste?

JIMEN.

Solo dije á la gran doña María
Que en esperanza incierta no fiase.

GUZMAN.

No me la desanimes todavía
En vez de confortarla; sabes cuánto
Mi pecho inquieta con su amargo llanto,
Que apenas puedo resistir, y ¿quieres
Esponerla tal vez á desafueros?

JIMEN.

Pero si la fortuna adversa fuere,
Prevenida estará.

GUZMAN.

No tan adversa,
Jimen, nos mira ya como parece,
Pues grande confusion de polvareda
Se advirtió acia el camino de Sevilla
Por nuestras vigilantes atalayas;
Cierta señal de que el socorro llega.

JIMEN.

Calmó mi susto, no recelo nada.

ESCENA III.

ELVIRA Y DICHOS.

ELVIRA.

¡Nueva desdicha horrible y no pensada!

JIMEN.

Di, Elvira, cualquier pena que te aflija.

ELVIRA.

Al campo moro huyó Blanca tu hija
A entregarse á la muerte por su amante.

JIMEN.

¡Qué escucho! ¡Ay infeliz!

ELVIRA.

No fué bastante
Mi fuerza ni mi lloro; despechada
Se descolgó por la muralla; nada
La pudo contener.

JIMEN.

¡Infeliz padre!
Yo moriré de este dolor.

GUZMAN.

Jimenez,
¿Qué es del valor y la constancia grande
Que á todos aconsejas? Fácilmente
Virtud mostramos en desdicha ajena,
¡Mas qué flaquezas en la propia pena!

JIMEN.

Cierto es; ¡pero una hija así arrestada!..

GUZMAN.

La ciega juventud precipitada
Nos lleva á tanto error; ¡naturaleza
Miserable la nuestra! solamente
Conocemos el mundo, cuando empieza
Ya á faltarnos la vida, y aprendemos
A vivir á la muerte, ya sin fruto
A costa de los golpes mas violentos
De infortunios, desgracias y escarmientos.

JIMEN.

Permite, don Alonso, que yo vea
Cómo á este mal remedio se provea.

GUZMAN.

¡No me bastan mis males! que es forzoso
Que á los demás consuele valeroso,
Como si yo estuviera consolado.
Vamos, Jimen; yo tomo ese cuidado.

ESCENA IV.

Acampamento.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, ELVIRA.

ABEN-JACOB.

Así he determinado la conquista,...

ELVIRA.

¡Los moros, cielos! huyo de su vista. *(Vase.)*

ABEN-JACOB.

Porque con mis mayores escarmiento.
Si ellos hicieran en Toledo asiento,
Ó pasados los montes de Castilla
Del Ezla ó de Arlanzon sobre la orilla,
Nunca bajara con tan gran braveza
De la hórrida mansion de la montaña
El resto de la gótica nobleza
A restaurar los términos de España.
Y, Amir, si no enfrenamos sus intentos,
Podemos recelarnos que algun dia
Venciendo con valor los elementos
Esta altiva nacion y monarquía,
Que tuvo vil principio en una cueva,
Segun es su soberbia, al fin se atreva
A buscarnos en Africa, y venciendo,
Sobre Ceuta y Orán, veloz cual rayo
Tremole sus pendones de Pelayo.

AMIR.

Habla Aláh por la boca del creyente
Mas fiel y religioso, que venero
Como á divino oráculo; sí, pero
No olvides el esfuerzo y la fiereza
Del soberbio español; sé con certeza
Que gran socorro aguardan prontamente,
Y así no irrites al Guzman valiente;
Dale á su hijo, y goza del rescate.

ABEN-JACOB.

¿Socorro esperan, y tan presto? ahora
Burlaré sus esfuerzos; resistencia
No permitirá el cielo á mi potencia.
Tráiganme ese garzon encadenado
Con prisiones y guardia.

AMIR *(aparte).*

Hemos errado
Su padre y yo, é incautos le perdimos
Pensando darle vida.

ABEN-JACOB.

Yo ver quiero
Si el socorro es mas pronto que mis iras.
Venga ese miserable.

ESCENA V.

DON PEDRO *en cuerpo con cadenas*, Y DICHOS.

DON PEDRO.

Aquí me tienes.

ABEN-JACOB.

Si quieres conservar, rapaz, la vida,
Tú propio has de pedir á tu cruel padre
Que me entregue á Tarifa; es ella sola
De tu infelice juventud rescate.

DON PEDRO.

A españoles magnánimos y nobles
Jamás tales propuestas se les hace;
Son pródigos del alma, y sin la guerra
Nunca sufren la vida en paz odiosa;

La muerte no es funesta si es gloriosa.
¿A mi padre tan viles condiciones
Como á un desconocido le propones?
Rey moro, bien sé yo que es imposible
Que las admita; pero á ser factible
Que mi padre en el trato consintiera,
Por mi fe y por mi rey muerte me diera.
No entrarás en Tarifa, te lo juro.

ABEN-JACOB.

Pues con tu sangre regaré su muro.

DON PEDRO.

Me conformo gustoso. ¡Oh madre mia
España! ¿quién tal cosa me diria,
Que habia yo de ser sacrificado
En tu honor? Jamás vi tal alegría,
Pues tanto timbre á mi gran casa añado.

ABEN-JACOB.

Temerario rapaz, bien se conoce
Que eres brutal estirpe abominable
De ese horrendo Guzman, fiera espantable,
A quien ya como á tal tengo cercado,
Sin que nadie le valga; irá el Salado
Y el Guadalmeji tintos y espumosos
Con vuestra hispana sangre aborrecida.

DON PEDRO.

Si la mia apeteces, los preciosos
Instantes no malogres; libra á España
A costa de mi vida, y soy dichoso.

ABEN-JACOB.

Amir, no vi braveza tan estraña,
Tal despreciar la muerte, apetecerla,
Provocarla, y con gozo padecerla.

AMIR.

¿No te lo dije, gran señor?

ABEN-JACOB.

Al muro
Llamada haced.

ARALDO (*recio*).

Guzman, Castilla, España,
¡Ah de las alcazabas de Tarifa!

ESCENA VI.

GUZMAN, JIMEN, CRISTIANOS *en el muro*.

GUZMAN.

Todos velan, ó moro, en sus castillos.
¿Qué pides, dí, con tanta vocería?

ABEN-JACOB.

Guzman, llegó mi cólera al estremo,
Me irritaste imprudente, y el supremo
Poder mio ultrajaste; ve en qué estado
Consientes á tu hijo aprisionado
Por tu tenacidad; con paz te ruego
Otra, y otra, y mil veces; mas si luego
No la admites rindiéndome la fuerza,
Tu hijo va á morir.

JIMEN.

¡Qué horror!

GUZMAN.

Jimenez,
¿Quién tal cosa, aun en bárbaro creyera?

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, alcaide?

GUZMAN.

¿En regia sangre,
Aunque mora, cabrá tal villanía?
Nunca á tanto creí que llegaria
Tu rigor, ni permite tal la guerra.

ABEN-JACOB.

Yo tengo de rendir toda tu tierra,
Y todo medio es lícito.

GUZMAN.

Aun es vano
Tentar así la fe de un castellano.
¿Amir, ese es tu auxilio y tu seguro?

AMIR.

A ley de moro hidalgo, nazareno,
Y por mis ascendientes yo te juro,
Que inculpable me miras.

ABEN-JACOB.

No malogres
La oportuna ocasion; para que veas
Lo que es una amistad que no deseas:
Don Pedro libre irá, y en casamiento
Feliz le ofrezco á Fátima mi hija,
Que alegre le honrará con su real mano.

GUZMAN.

¿Y habia de bajarse un castellano
A una princesa mora? Mas urgente
Y útil ocupacion hablar me veda
Contigo asunto vano: adios te queda.

ESCENA VII.

ABEN-JACOB, AMIR, ARALDO, Y DON PEDRO *retirado con* GUARDIAS.

AMIR.

Ya respiro, Aláh santo.

ABEN-JACOB.

¡Qué osadía!
¡Qué barbaridad fiera! ¿quién creeria
Aun viéndolo tal hombre? Amir, ¿qué es esto?
Tú los conoces bien, la verdad dices:
Mira con qué nacion y con qué gentes
Ferocísimas tanto peleamos,
Que ni estiman sus hijos inocentes,
Y el rostro vuelve, y en poder le deja
De sus mas rigurosos enemigos,
Sin que pueda ablandar su duro pecho
En ver al que es su sangre en tal conflicto.
¿Qué ejército lidió con tales fieras?
Vengan á combatirlas con nosotros,
Que en África dejamos los leones,
Y encontramos aquí mayores monstruos.

AMIR.

Apenas creo lo que estoy mirando;
Mas prevente, califa, á nuevo asombro.

ESCENA VIII.

BLANCA Y DICHOS.

BLANCA.

He de entrar á pesar del mundo entero.

ABEN-JACOB.

Mujer, ¿quién eres?

BLANCA.

De este prisionero
Soy esposa infeliz; ¡dueño adorado!

ABEN-JACOB.

A mi tienda real, ¿cómo has entrado?

AMIR.

Atropellando inmensos escuadrones.

ABEN-JACOB.

¿Tanto ultraje á mis regios pabellones?

BLANCA.

¿Cómo así estás, señor y esposo mio?

DON PEDRO.

Blanca, ¿á qué te arrojó tu desvarío?

ABEN-JACOB.

¿Qué quieres, dime, intrépida cristiana?

BLANCA.

Escucha, Aben-Jacob: va á sufrir muerte
Don Pedro de Guzman, muerte tirana
Por tu rigor injusto; si de humana
Sangre sediento buscas la inocente,
Tampoco contra ti soy delincuente;
Vierta la mia tu furor tremendo:
Yo me ofrezco á la muerte por mi esposo;
Mátame en lugar suyo: no comprendo

Diferencia en los reos; si es odioso
A tí, yo lo seré, te insulto y reto
De inhumano monarca; yo tus iras
Irrito, indigno de glorioso cetro.
Y no soy menor víctima á tu enojo,
Pues si de estirpe, y con razon se jacta,
El de los reyes de Leon y Oviedo,
Yo de Garci Jimenez de Navarra.

DON PEDRO.

¿Qué haces, Blanca?

ABEN-JACOB.

De cólera yo tiemblo.

BLANCA.

El viva, y muera yo.

DON PEDRO.

¡Terrible pena
Mayor que las pasadas!

ABEN-JACOB.

¡Qué desprecio
Mi soberbia padece! ambos procuran
Por dicha el blanco ser de mis rigores,
Sin temerlos: por ser mis enemigos
Los dos se afanan; quien la muerte fiera
Busca, ¿qué temerá?

DON PEDRO.

Tal no consientas,
Rey moro, porque solo el que milita
Debe sufrir las leyes de la guerra.
Ve cuanta gloria y esplendor te quita
Matar á una mujer tierna, inocente;
Vuélvesela á su padre heróicamente.

BLANCA.

Vuelve á mi esposo á su afligida madre,
Y muera yo, pues que sin él no vivo.

DON PEDRO.

Yo soy ofensor tuyo, y tu cautivo.

BLANCA.

Yo me entrego, y te injurio, y si no muero
Te quitaré la vida á puñaladas.

ABEN-JACOB.

¡Qué frenesí! Por si es industria, quiero
Que no les valga: ¿entrambos morir quieren?
Pues mi bondad otorga su demanda.
Mueran los dos.

DON PEDRO.

Aben..... Yo desvarío.

BLANCA.

Yo me conformo, si don Pedro muere,
Con no sobrevivir al dueño mio.

ABEN-JACOB.

Pues si los dos quereis amable vida
Gozar en dulce union, á vuestro padre
Decid que abra las puertas de Tarifa.

LOS DOS.

¿Dónde el verdugo está que ha de matarme?

ABEN-JACOB.

¿Eso decís? ¡qué rabia! No está lejos
De vuestro cuello. Amir, ven, ya es preciso
Aprontar los tormentos mas crueles.

ESCENA IX.

DON PEDRO, BLANCA, ARALDO Y GUARDIAS.

DON PEDRO.

¿Qué hiciste, Blanca? Todo lo has perdido.

BLANCA.

Perdiólo todo quien á tí te pierde.

DON PEDRO.

Goza los años que te presta el cielo
Mas felices que á mí; vendrá la muerte
Sin que la busques tú: yo no la temo;
Solo me aflige la tristeza y llanto
De mi madre infeliz, y el gran quebranto
De mi padre, que sufre los pesares
De todos con magnánima entereza.
Vuélvete, Blanca.

BLANCA.

No hay en mí flaqueza,
Señor, para arrostrar los infortunios
Que á tí te cercan sin acobardarte.
Tú para España debes conservarte,
A quien acaso colmarás de triunfos;
Pero á una mujer débil, que no espera
Laurel triunfal, permítela que muera:
Muera por tí.

DON PEDRO.

¡Virtud esclarecida!
¡Oh digna de otro dueño y larga vida!
Si algo te merecí, si alivio quieres
Darme en esta afliccion, piensa qué pena
Será la que atormente á nuestros padres
Cuando sepan tan bárbara tragedia,
De cuyo horror yo solo fuí la causa.
Vuélvete, Blanca, vuelve, y de consuelo
Sirva tu vista á su vejez cansada.
Esto te pide quien te adoró un tiempo
De tí correspondido; ve, acompaña
La amarga soledad que los espera.

BLANCA.

¡Ay, que yo moriré desesperada!

DON PEDRO.

No es valor el despecho; ni negada
Está del todo la piedad del cielo,
Que aun puede haber remedio, aun el socorro
Quizá pronto vendrá.

BLANCA.

De angustia muero.
Adios de cualquier modo para siempre.

DON PEDRO.

No ha mucho, Blanca, que tu afecto tierno
Dijo lo mismo: ¿ves si se ha apiadado
De nosotros cuidando al fin el cielo?
Lo propio será ahora.

BLANCA.

Los abrazos
Ultimos y primeros toma, esposo,
Por prenda, aunque infeliz, de mi amor casto.

DON PEDRO.

Deja antes que á tus plantas....

ARALDO.

Nazarenos,
El Miramamolin se acerca: paso. *(Los aparta.)*

BLANCA.

¡Desventurado amor!

DON PEDRO.

¡Desdicha fuerte!

ESCENA X.

ABEN-JACOB, AMIR, DICHOS Y GUARDIAS.

ABEN-JACOB.

Haced con la cristiana de la suerte
Que manda mi grandeza; ea, llevadla,
Y á la plaza llamad.

BLANCA.

Rey....

DON PEDRO.

Señor....

BLANCA.

¡Cielos!

DON PEDRO.

Guardias.... Gran señor...

BLANCA.

Moros....

ABEN-JACOB.

Arrastrando....

BLANCA.

Escuchad....

DON PEDRO.

Un instante.

ABEN-JACOB.

Con violencia
La retirad sin que hable.

AMIR.

La obediencia
Al califa se observe, musulmanes.

BLANCA.

¡Bárbaro, mónstruo!

DON PEDRO.

¡Indigno!

BLANCA.

¡Ay! entre afanes
Agonices rabiando, y por traidores
Pagues la pena horrenda que mereces.
(Llévanla.)

DON PEDRO.

¡Valedme, cielo, inumerables veces!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *menos* BLANCA.

ABEN-JACOB.

Llamad.

AMIR.

Toca, añafil. *(Tocan.)*

ARALDO.

¡Ah de los muros!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, GUZMAN, JIMEN, Y CRISTIANOS *en lo alto.*

GUZMAN.

Moros, ¿qué resolveis?

ABEN-JACOB.

No esteis seguros
Por la fuerza y socorro. Alá y Mahoma
A su amparo su pueblo amado toman,
Y al secuaz de Jesus no le consienten
Sobre la haz de la tierra sino esclavo;
Visteis vuestras cruzadas en Oriente.
A tu hijo, alcaide, de aherrojar acabo;
O antrega los alcázares, ó muere.

GUZMAN.

¡Desgracia y situacion fatal la mia!

JIMEN.

¿Dónde estarás? ¡ay hija Blanca mia!

ABEN-JACOB.

¿Qué respondes, cristiano?

GUZMAN.

He respondido.

ABEN-JACOB.

Tu mismo hijo aquí te ruega triste
No le quites la vida que le diste.

GUZMAN.

Para Dios y la patria fué la vida
(No lo ignora don Pedro) concedida:
Ni en él creo tal súplica, pues sabe
Que la muerte con honra es muerte bella,
Ni es mas que el miedo que se tiene de ella.

JIMEN.

¡Qué valor, que me afrenta! ¡Ay hija amada!

ABEN-JACOB.

Pues ya, Guzman, que no le rinde nada
A tu indomable corazon, advierte,
¿Cómo tendrás valor de ver su muerte
Delante de tus ojos al instante?

GUZMAN.

Tente, bárbaro, aguarda, ¿á un tierno infante
Te atreves solo? Con robustos hombres
Ejercita el valor: asalta el muro,
O en campo raso espera.

ABEN-JACOB.

Español duro,
Rinde á Tarifa, ó morirá tu hijo.

GUZMAN.

Moros, tiraos atrás, que ya se dijo
Que aborrezco tal pacto: ó mis flecheros
Fundíbulos, trabucos y ballestas,
Y máquinas de guerra al foso puestas
Os harán apartar roto el seguro.

ABEN-JACOB.

Con todo, mis piedades desde el muro
Permiten á su madre que le vea
La vez postrera, si es que lo desea.

GUZMAN.

Piedad crüel cual tuya: ya su madre
No necesita verle, ni aun yo propio.

JIMEN.

¿Podré con tal ejemplo yo quejarme?

ABEN-JACOB.

¿Qué esperamos visto esto? ¡Horrible mónstruo!
Rapaz, tu cuello siegue ya mi alfanje.
Agárrale, y al herirle sale su madre presurosa.

ESCENA XIII.

DOÑA MÁRIA Y DICHOS.

DOÑA MARÍA.

Detente, Aben-Jacob, aguarda, escucha
¡Ay hijo mio! ¡ay cielo! un breve instante.

ABEN-JACOB.

Dí presto, ó va á morir.

GUZMAN.

¡Lance terrible!

DOÑA MARÍA.

Duélete, Aben, de una afligida madre,
Así la suya á ver vuelva tu hija.

ABEN-JACOB.

Cristiana, vence á ese insensible padre.

DOÑA MARÍA.

Guzman, señor, esposo.

GUZMAN.

¡Qué agonía!
¿No me basta el pesar, doña María,
Que el corazon me oprime, que en tu llanto
Me das mas fiero y bárbaro quebranto?

DOÑA MARÍA.

¿No ves el espectáculo terrible,
Que aun pasma al enemigo? ¿ves los hierros?
¿Ves sobre el cuello ya la cimitarra?
Y que el que va á morir ¿ves que es tu hijo?

GUZMAN.

Todo lo veo, y miro mi desgracia.

DOÑA MARÍA.

¿Quién basta contra tantos enemigos?

GUZMAN.

Yo.

DOÑA MARÍA.

Por un hijo pide su fiel madre.

GUZMAN.

Señora, antes fuí hijo de mi padre,
Que padre de mi hijo.

DOÑA MARÍA.

¿No te ablandan
De una llorosa madre los suspiros?
Padre....

GUZMAN.

Llámame alcaide.

DOÑA MARÍA.

¡Ay, que es tu amado
Hijo don Pedro!

GUZMAN.

No es sino un soldado.

DOÑA MARÍA.

Un soldado hijo tuyo.

GUZMAN.

Lo son todos.

DOÑA MARÍA.

No permitas, señor, que de ansia muera
Entre ayes y suspiros dolorosos.

GUZMAN.

Para ahora es el valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Qué horror funesto este tremendo dia
A nuestra casa trajo!

GUZMAN.

Antes la ensalza.

DOÑA MARÍA

Guzman, dueño, señor: ¡ay hijo mio,
Que en un suplicio á verte morir llego
Entre fieros verdugos sin delito!
¿Para este trance te crié á mis pechos?
¿Quién creyera que así te malograras,
Y penas tan inmensas me causaras?
¿Te acuerdas, dulce esposo, de aquel tiempo
De su hermosa niñez, ¡ay tiempo, ay hijo!
En que era tus delicias y consuelo,
Sus dulces juegos, su inocencia y gracias,
Los tiernos besos y amorosas muestras,
Que en él fundaste toda tu esperanza?

GUZMAN.

Déjame, esposa mia.

DOÑA MARÍA.

¿Al fin no escuchas?

GUZMAN.

Siento tus males, los de Pedro y Blanca.

JIMEN.

¡Ay hija mia!

DOÑA MARÍA.

El corazon se altera.
Por fin, ¿qué determinas? dí.

GUZMAN.

Que muera.

DOÑA MARÍA.

¿Manda eso un padre? ¡ay cielos!

GUZMAN.

Un alcaide.

DOÑA MARÍA.

Y qué ¿no habrá remedio?

GUZMAN.

No es posible.

DOÑA MARÍA.

¡Desventurada madre! ¡padre horrible!
¿A quién me volveré? Moros, doleos
De una madre infeliz, que ya os suplica;
Si hay en Africa madres que se precian
De serlo, y si es que un hijo allí se estima.
Doleos de esta mujer desconsolada,
De un padre y de un esposo abandonada.
A vosotros me vuelvo, socorredme,
No estrañeis que os suplique aunque enemigos;
Ved cuál es mi dolor, y cuán intenso,
Pues no encuentro piedad entre los mios.

ABEN-JACOB.

Cristiana, si á piedad de su hijo propio
El terrible Guzman no se conmueve,
¿Cómo quieres hallarla en sus contrarios?
Él nos da los ejemplos mas crüeles,
Su hijo y él morirán, morireis todos,
Y todos los sectarios del ungido
Nazareno; Guzman quiere que acabe
Mi rigor con el pueblo incircunciso,
Pues, lo conseguirá; por este empiezo.
(Levanta el alfanje.)

DOÑA MARÍA.

Aben-Jacob, señor, suspende el filo,
Yo moriré por él, vierte mi sangre.
¿En qué pudo ofenderte un tierno niño?
A mí, á mí, vesme aquí; quiero arrojarme
Del muro á que me mates por mi hijo.

ABEN-JACOB.

Pide á su padre que á Tarifa entregue.

DOÑA MARÍA.

Sí; no le mates, deja que le ruegue.

AMIR.

Señor, no lo apresures, pues si muere
Don Pedro, es imposible entrar la plaza.

JIMEN, *habiéndose entrado un rato.*

Señor, nuestro consuelo el cielo traza;
Salieron con furor unos soldados,
Y embistiendo atrevidos y emboscados
Cautivaron á Fátima, y lijeros
Con gran valor por el portillo entraron.

GUZMAN.

¿Lo oyes, moro?

ABEN-JACOB.

Sí lo oigo.

GUZMAN.

¿Ves, si el cielo
Me escuchó?

ABEN-JACOB.

¡Qué pesar! ¡Mahoma injusto.

GUZMAN.

Pues un hijo por otro es cambio justo,
Dame á Pedro y á Fatima te entrego.

ABEN-JACOB.

De rabia horrenda y cólera estoy ciego.

GUZMAN.

¿Qué dices?

ABEN-JACOB.

Que á despecho de los mismos
Cielos he de vengar mi horrenda saña,
Que no te ha de valer la suerte estraña,
Aunque tengas á Fátima en prisiones.

GUZMAN.

Pues ya que á mis justísimas razones
Te niegas, sufre el mal que yo padezco,
Verás cuál es; no mates á mi hijo,
O tu hija morirá, que presa tengo.

ABEN-JACOB.

¡Ah bárbaro español! Africa tiene
Tambien heróicas almas, ni por eso
Se rinde mi valor; dala la muerte.

GUZMAN.

Traédmela, soldados, y él la vea
Morir. Si así lo quieres, mata y mato.

ABEN-JACOB.

Ni el impensado lance me acobarda;
Tu crueldad disculpará la mia.
(Alza el alfanje.)
Y pues así lo quieres, mato y mata.

DOÑA MARÍA.

Detente, Aben, que libre está tu hija;
Yo la amparo.

ABEN-JACOB.

Yo espero agradecido
Otro instante no mas; Guzman se rinda.

GUZMAN.

¿Qué es rendir?

DOÑA MARÍA.

Mi palabra está empeñada.

GUZMAN.

Pues cumplídsela al moro; libertada
Vaya Fatima al punto.

ABEN-JACOB.

No me obligo
Por eso al tanto, intrépido enemigo,
Ni me engaña tu astucia; alguna causa
O vanidad tendrás, fiero cristiano,
Para emprender tan espantosa hazaña.

GUZMAN.

Los soberbios leones de Castilla
Nunca se ceban en corderas mansas;
El contemplar á Fatima inocente
Es lo que me enternece solamente,
No pague ajena culpa.

AMIR.

Ahora digo
Que es sacra religion la de mi amigo.
¿Cuál dió tan gran virtud, ni cual perdona
Pudiéndose vengar de su enemigo?

ABEN-JACOB.

Si pretendes, soberbio castellano,
Avergonzarme con alarde ufano
De fingidas virtudes, te equivocas;
Mas con eso mi cólera provocas;
Ya no te ruego, esta es la vez postrera.

DOÑA MARÍA.

Gran Miramamolin, deja siquiera
Que haga el último esfuerzo.

ABEN-JACOB.

Acaba, acaba.

DOÑA MARÍA.

Ea, señor, cuanto en lo humano estaba
Hiciste por el rey; no hay fuerza alguna
Que baste á tal vaiven de la fortuna
Ya se vió tu constancia; á mas no obliga
La lealtad á nadie; no se diga
Que por ser buen vasallo fuiste padre
Despiadado y crüel, y que no sientes
Ver con tus ojos derramar tu sangre.

GUZMAN.

¡Oh esposa muy amada! ¡qué tormentos
Turban mi corazon! mi sentimiento
Aumentas con tus lágrimas; ahora
Quisiera yo el valor en tí, señora.
Si tu hijo Pedro muere, considera
Que es mártir de la fe, que gloria espera
Del cielo y de los hombres; mi esperanza
Tambien se pierde, y todas mis ideas.
¡Ay hijo mio! Esto es para que veas,
Que no soy insensible; mi desgracia
Me puso en la ocasion de que parezca
Crüel, que no lo soy. Hijo del alma,
A quien pensaba yo ¡mas ay qué engaño!
Dejarle mi loriga y mi caballo,
Para algun tiempo defender á España;
El ejemplo te anime; á Abrahan su padre
Le mandó Dios sacrificar el hijo.

DOÑA MARÍA.

A su padre, es verdad; mas no á su madre.

GUZMAN.

Retírate.

DOÑA MARÍA, *de rodillas.*

Con lágrimas te pido
A tus plantas, señor, arrodillada,
Que en un mar no me dejes anegada
De congojas y lástimas; del suelo
No me levanto sin algun consuelo,
No dejaré tus piés, que anego en llanto,
Si no me otorgas para un hijo vida.
Duélete de una madre amortecida
Del tremendo dolor que apenas sufro;
Mira á toda tu gente condolida
Llorando tu entereza ya culpable.
No solo oigo lamentos femeniles,
Los mas robustos pechos varoniles
Se enternecen y en lágrimas deshacen;
Todos conmigo lloran y te piden,
Que te adolezcas de la pena mia.

GUZMAN, *levantándola.*

¡Válgame el cielo! en fin, doña María,
¿Qué estremos son aquestos? ¿qué hacer puedo?
¿Cuál es tu peticion?

DOÑA MARÍA.

Si luego ó tarde
Se ha de rendir la plaza al grande asedio,
Liberta al menos tan amable vida.

GUZMAN.

¡Que á un alcaide español esto se pida!

DOÑA MARÍA.

¡Que no te vence mi suspiro y llanto!

GUZMAN.

Mucho puede conmigo, mas no tanto.

DOÑA MARÍA.

¿Con que morirá?

GUZMAN.

Sí.

DOÑA MARÍA.

¡Fatal sentencia!
¡Déme el cielo divino resistencia,
Que no la tengo ya! Padre inhumano,
Monstruo cruel, ¿consentirás tirano,
Que no corra tu sangre por las venas
De humana criatura? Las ajenas
Vidas estimas poco, si la tuya
Fuera, quizá ya hubieras entregado...

GUZMAN.

¿Que á mí de tal infamia se me arguya?
Moros.

ABEN-JACOB.

Dí.

GUZMAN.

Nuevo pacto.

ABEN-JACOB.

Ya te escucho.

GUZMAN.

Que á don Pedro entregueis, y que yo en cambio
Bajaré á morir.

DOÑA MARÍA.

¡Cielos!

ABEN-JACOB.

Ningun pacto
Quiero.

GUZMAN.

¿Tienes valor, hijo don Pedro?

DON PEDRO.

Muero como Guzman, como cristiano.

GUZMAN.

Hijo, el cobarde muere tantas veces
Cuantas teme el morir; el valeroso
Que la muerte desprecia, nunca muere.

DOÑA MARÍA.

No lo sufriré yo, viva mi hijo;
A defenderle, al arma, castellanos,
Salid á libertarle; las mujeres
Guardaron solas el Peñon de Martos.

GUZMAN.

¿Qué es esto, castellanos y leoneses?
Aquí de la lealtad; sobre las armas,
Alerta; tú moderalos, Jimenez.
Infelice mujer, refrena el labio,
O vive Dios castigaré el agravio
Hecho al monarca, no me tumultúes
Con llantos sediciosos mis soldados.

DOÑA MARÍA.

¡Nadie se mueve á mi lamento! O moros
Que estais viendo tal padre; ea, al asalto;

Arrimad pronto al muro las escalas;
Suban vuestras falanges; yo, yo misma
Os serviré de escudo, entrad la plaza.
Mueran todos, matadme á mí primero
Que yo llegue á mirar el trance fiero.
Y si premios quereis aventajados,
Grande riqueza tengo en mis estados,
Saciad vuestra codicia en esas joyas, *(Tíralas.)*
Tomad, enriqueceos; mas rescate
Daré tambien; me entregaré á mi propia,
Me arrojaré del muro hasta el adarve.
(Quiere arrojarse. Detiénela.)

GUZMAN.

Desgraciada mujer, detente; amigos,
Contenedla. ¡Qué horror!

DOÑA MARÍA.

Esfuerzos vanos.

GUZMAN.

Esposa, ¡oh cielo! Alerta, castellanos,
No nos sorprenda el moro. Escucha, atiende.

DOÑA MARÍA.

Rinde el muro que débil se defiende,
Y librese á mi hijo por ahora,
Que podeis luego recobrar la plaza
Y el honor, con mas número de tropas.

GUZMAN.

Pues si algo se pudiera á fuerza de armas,
¿Qué no intentara yo? ¿cuáles remedios
Piensas que no habré, esposa, imaginado?
Todo lo maquiné, lo pensé todo:
¿Ha de rendirse un noble hispano godo?

DOÑA MARÍA.

Rinde á Tarifa, porque Pedro viva.

GUZMAN.

¿Qué blasfema tu voz? Viven los cielos,
Que te abandonaré, doña María,
Sin que el materno afecto te disculpe,
Pues eres vulgar madre. ¿Cuál esposa
A un hombre como yo tal decir osa?
A Guzman, que me corro ¡vive el cielo!
De mirarte a mi lado, ¿quién tal dice?
¿Esto se escucha entre cristianos? ¿esto
Las ricas fembras de Castilla piensan?
¿La gran consorte de Guzman el Bueno?

DOÑA MARÍA.

Las madres digan si merezco saña.

GUZMAN.

¡Ah pundonor y lealtad de España,
Que tal se le aconseje! No es posible;
Lo escucho, y no lo creo. Heróicas almas
Del gran Fernan Gonzalez, de Bernardo,
Rodrigo el Campeador, Bustos y Vargas,
Alzad de vuestras tumbas do reposan
Las cabezas de lauros coronadas,
Vereis cuánta mancilla en la española
Nobleza cabe ya; ya se propone,
Que se entregue la tierra que ganasteis
Con vuestra sangre, afanes y sudores,
Por salvar solo á un jóven temerario.
¿Y yo lo escucho? ¿y esta infamia habia
A mi familia el cielo reservado?
¡Si á sus maridos tal traicion dirian
Las Jimenas, Violantes, y las Sanchas?
¡Qué pena! Vuelve en tí, doña María
Hernandez Coronel, mira los triunfos
De tu heróico linaje; no amancilles
Tanto timbre y victoria esclarecida.
La vida sin virtud ¿acaso es vida?
Lo que es preciso es justo, no hay remedio:
Acaso están los cielos destinando
Ensalzar nuestra sangre con tal hecho,
E ir nuestra descendencia propagando
Por medio de naufragios y conquistas,
Ejemplo, admiracion del universo.
Agora está mi rey en la su villa
De Alcalá noticioso del gran cerco
En medio de sus grandes de Castilla,
Y aunque sabe el poder y el tren del moro,
Dice á los caballeros de su corte:
Allí tengo á Guzman el valeroso,
No hay riesgo ni peligro que me importe.
Toda Castilla, al fin, España toda
Tiene puestas en mí las esperanzas;
Toda la cristiandad sabe que ahora
Defiendo yo del bárbaro esta plaza.
Todos en mí se fian; por mí piensan
Que cautivos no irán á las mazmorras,
Que soy campeon de la religion santa,
Y que del mismo Dios guardo la honra;
Que en esta fuerza España está fiada,
Y que si rompe la morisma airada,
Todo se pierde; restaurador nuevo
Me llaman, y creen todos en tal lance
Deberme tanto á mí como á Pelayo.
Africa misma mira con desmayo
El valor español; el universo,
Que lo sabe, mi accion está mirando;
Todos lo aguardan, y la fama siento
Que la lleva á los siglos mas distantes.
¿Y habrá con esto pechos de diamantes,
Que la virtud no encienda? ¿y será acaso
Posible que en los tiempos venideros
Se deshonre á Guzman, y que se diga
Que solo un llanto femenil le obliga
A eterna infamia y á deshonra inmensa?
¡Que una mujer, que fueron la defensa
De España sus abuelos, hoy la pierde,
Cual la Cava Florinda, y que yo fácil
Repito de Julian la accion aleve!
¿Esto quieres, señora? ¿y es posible?
¿La nota de traidor eternamente
Le impones á tu esposo de perjuro,
De falso, en quien su rey no está seguro?
¿De que vende su patria, la fe, el cielo?
¡Cuánta abominacion! ¡qué asombro! el suelo
Que piso me sepulte, esposa mia:
La pasion te cegó, vuelve en tí; que esto
No cabe en tu valor, doña María.

DOÑA MARÍA.

¡Válgame Dios! ¡de qué profundo sueño
Me despierta tu voz! Me animo en vano,
Me aliento noble, y madre desfallezco.
En pasion maternal nada es estraño,
Señor; me la enseñó naturaleza.
Mas yo manchar no intento la nobleza;
Soy Coronel, tu esposa, aunque soy madre.
Conozco ¡ay Dios! que tan prudente padre
Lo miró todo, y que aunque calla siente
La desgracia del hijo, y la imprudente
Sinrazon de la madre; mi disculpa
Será el perdon que de mi audacia pido.
Yo aumenté tu pesar. Con esta angustia
Probarnos quiere el cielo, lo conozco;
Humilde adoro la voluntad suya.
Venciste mi pasion, venciste, esposo;
Me asombra tu virtud, y aunque perezca
Al sentimiento horrible que me cerca,
Si no hay otro remedio, y Dios se agrada,
Si mi tormento y mi dolor conduce
A ensalzar la grandeza castellana,
Muera mi hijo á manos mas crüeles.

GUZMAN.

Digna corona de los Coroneles,
¡Oh gran doña María, prez y gloria
De españolas matronas! ¡raro ejemplo
De valor sin igual! llega á mis brazos,
Esposa digna de Guzman el Bueno.
No hay que tardar, las mesas prevenidas
Saquen á este bastion.

JIMEN.

¡Raro portento!

ABEN-JACOB.

Por las señas que vemos allá arriba
Guzman se vence de la madre al ruego;
Rendí á Tarifa, Amir, y gané á España.

AMIR.

Yo me atrevo á rendir al universo,

Pero no de Guzman la feroz alma.

ABEN-JACOB.

Guzman, ya tu piedad sabe tu hijo,
Que agradece; quitadle las prisiones,
Y á sus padres les lleve ricos dones.
Baja, alcaide, las puentes, que allá vamos.

GUZMAN.

Moro, ya mas palabra no escuchamos;
Guerra, guerra; Tarifa por Castilla.

ABEN-JACOB.

Vano, ¿y podrás sufrir que mi cuchilla
Degüelle al hijo tuyo?

GUZMAN.

Y si te falta
Espada, ahí tienes, bárbaro, la mia.

Desenvaina la espada, tírala, y la coge Amir.

DON PEDRO *(esclamando).*

Lumbrera celestial, este es el dia
Ultimo que te ven mis tristes ojos.

ABEN-JACOB.

Ahora yo tiemblo al ver tales arrojos.

DON PEDRO.

Padre, yo fuí la causa de tan grandes
Desdichas como sufres este dia
Funesto y memorable para España.

ABEN-JACOB.

Pues no cuente sin lágrimas la hazaña.

DON PEDRO, *arrodillado.*

Perdon y bendicion en este trance.

GUZMAN.

Hijo, la mia y la de Dios te alcance.

Vuelve la espalda; llévanse los moros á don Pedro; siéntanse á la mesa Guzman, doña María y Jimen, y viene

BLANCA.

¡Odiosa libertad!

JIMEN.

¡Qué es esto, cielos!

BLANCA.

No es virtud del alarbe; violentada
Me trajeron por fuerza hasta la entrada
Para que los soldados tumultúe
Con mis llantos y voces, y avanzarse
Entre la confusion á la muralla.
Allí ví una gran piedra prepararse,
Para sacrificar aquel cordero;
No me fué permitido que muriera
Por él; mas ya del sumo dolor muero.

DOÑA MARÍA.

¡Ay hijo mio! ¡inaguantable pena!

GUZMAN.

Esposa, ¿qué es de tu valor constante?

JIMEN *(reparando).*

Si no engaña la vista lo distante,
El socorro ya llega; ya diviso
El guion de Castilla, y los pendones
Bordados de castillos y leones;
Y con las huestes moras avanzadas
Ya escaramuzan nuestros batidores.
Don Juan Ramirez es...

Gran ruido, y levántanse todos.

GUZMAN.

¿Mas qué alboroto?

MOROS, *dentro.*

La Ellah ela Allah.

GUZMAN.

¡Terrible estruendo!
A su puesto, soldados, ¿qué es aquesto?

Voz dentro.

Ya á don Pedro cortaron la cabeza.

GUZMAN.

Cuidé que iban á entrar la fortaleza.

Desmáyase Blanca, y la retiran; y doña María derribando las mesas.

DOÑA MARÍA.

¡Ay de mí! ¿dónde estoy? ¡qué horror! qué asomb
¡Desdichada mujer, madre infelice!
¡Ay madre! ya no madre, tristes dias
Y luto esperan á las ansias mias.
¿Hay dolor semejante? ¡odiosa vida!
¡Desesperacion fiera! ¡horrible trance!
Cielo, ¿y esto consientes? ¿la inocencia
Atropellada así? Rayos tremendos,
Y muerte, ¿dónde estais? Hijo adorado,
Qué, ¿ya no te veré? qué, ¿tu cabeza
Dividida del cuerpo aun boqueando
Mueve los tristes moribundos ojos
Cárdenos y sin luz? ¿para esto vivo?
¿Por qué no abrasa un rayo vengativo
A tan infeliz madre? Moros fieros,
Bárbaros, inhumanos y crüeles,
De implacable fiereza, airado el cielo
Os sepulte en naufragios; fieras pestes
Consuman vuestra raza. O españoles,
Jamás la paz querais con tan vil gente;
Sed enemigos de su odioso nombre.
Salga algun vengador, ó descendiente
De la sangre guzmana y coronela,
Que lleve á sus riberas el espanto,
La desesperacion, la muerte y llanto.
Ni eternamente cesen los rencores;
Nuestras playas infesten á las suyas:
Mandadlo á vueśtros nietos, españoles.

GUZMAN.

Así será; ve, esposa; el llanto enjuga.

Retíranla.

JIMEN.

Castellano Abrahan, tú has acabado
Lo que el otro vió solo comenzado.
Ya no hay remedio, en vano te desvelas.

GUZMAN.

¿Conoces á Guzman, y le consuelas?

JIMEN.

Sí, hay consuelo: corrido y asombrado
Diviso al moro huir ya destrozado
Por el socorro, que aunque tarde vino.

GUZMAN.

Mas Tarifa y España se han librado.
Lo que me dió el Señor, él lo ha llevado;
Su poder veneremos infinito,
Y el nombre del Señor sea bendito.

CARTA HISTORICA

SOBRE

EL ORIGEN Y PROGRESOS DE LAS FIESTAS DE TOROS EN ESPAÑA (1).

ESCMO. SR. PRÍNCIPE PIGNATELLI :

El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leido, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su orígen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un orígen muy remoto, desfigurado, y con violencia; porque las fiestas de aquella nacion en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron orígen á nuestras fiestas de toros, se podrá tambien afirmar, que todas las acciones humanas deben su orígen precisamente á los antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no menor destreza que nuestros capeadores á los toros; y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos paises ha sido siempre ejercicio de las naciones que tienen valor naturalmente, aun antes de ser este aumentado con artificio.

La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la mas remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; solo pasaré á decir que habiendo en este terreno la previa disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercitado esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirian en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y cacerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo. Esto debió de ser por bizarría particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo XI tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la mano buscaba como podia al cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo, siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apalear bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda, en su *Resumpta Historial de España*, llegando al año de 1100, dice: *Se halla en memorias antiguas que* (este año) *se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo solo de España, etc.*

Tambien se halla en nuestras crónicas que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones, hubo tambien fiesta de toros.

Hubo tambien dicha funcion, y la enunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Leon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don García de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacian con las circunstancias del dia, y mucho menos fuera de España, en donde se corrian tambien, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser menos que con este desórden y atropellamiento, la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos, diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos: desgracia que no se verificara en España siendo el ganado mucho mas bravo (2). Por este suceso se prohibieron en Italia(3); pero en España prosiguieron per-

(1) *Lo curioso de la materia*, lo breve de la estension y lo escaso de los ejemplares de las anteriores ediciones (Madrid 1777, Valencia 1816) nos han inducido á insertar con algunas notas este opúsculo de don Nicolas Fernandez de Moratin para dar alguna muestra de su prosa, escrita con lijereza, con lucidez y sin particular estudio, que hubiera sido impertinente en una composicion epistolar.

(2) En este punto parece que cegó á Moratin su hereditaria aficion á las funciones de toros. No han ocurrido en nuestros tiempos frecuentes desgracias de este género; pero si hemos de dar crédito á escritores mas antiguos, las hubo muy lamentables por su número y sus circunstancias. El padre Pedro de Guzman, jesuita, que á principios del siglo XVII escribió un libro con el título de *Bienes del honesto trabajo*, decia que no se corrian toros vez en que no muriesen dos ó tres, ó á veces mas hombres. «El mesmo dia, añade, que se escribe esto murieron en esta corte en » unas fiestas destas cuatro hombres, y en algunas han muerto en España » mas. En Valladolid, en el año de 1612, en unas fiestas de la Cruz murie- » ron en la plaza, corriéndose en ella unos toros, diez personas; y si se » averigua, mueren en toda España un año con otro en estos ejercicios » doscientas y aun trescientas personas, cosa digna de sentirse y llorarse » mucho.» Bastantes años antes escribia don Luis Zapata su *Miscelanea*, que existe manuscrita en la biblioteca nacional; y en el capítulo de *Toros y toreros* dice: «El peligro es tan poco que no se sabe que en nuestros tiem- » pos hayan muerto toros sino á Mateo Vazquez Coronado, alguacil mayor » de Valladolid, que le hirió un toro en una pierna, de que murió en pocos » dias.» Pero el mismo escritor contradice después en otro lugar de esta obra la singularidad de esta desgracia; pues cuando pasa á la manera nuevamente introducida en su tiempo de torear con garrochon, dice: «Mas aquel fué lastimoso caso de don Diego de Toledo, hermano natural » del duque de Alba, un caballero mozo, muy gentil-hombre y muy seña- » lado: andando á los toros en Alba con un garrochon á las alegrías del » casamiento del duque su hermano, puso á uno el hierro en la frente » que no acertó á descogotarlo; dió un rebufo el toro en alto, revuelve » el garrochon, y escurre por su misma mano, y dale con el cuento en un » ojo, y pásasele y la cabeza y sesos, y sálele envuelto en ellos por la otra » parte; y al caer muerto se le quebraron dos costillas sobre su misma » espada.» Sobre este suceso están llenos de lamentaciones los cantos populares de aquel tiempo. Después que esta lucha pasó, de noble aficion que era, á oficio estipendiado, la esposicion se hizo menor; porque el repetido uso enseña los medios de evitarla; por lo cual, sin dejar de reconocer las ventajas de ciertos ejercicios de gimnástica gentileza, propios de las clases elevadas, creemos que se ha dado un gran paso acia la cultura, abandonando este género de valor y habilidad á los que de ello forman particular estudio, y sacan su subsistencia.

(3) Tambien se prohibieron en España mas de dos siglos después, en 1567, por el papa san Pio V, y anteriormente habia sido pedida su supresion por las cortes de Valladolid de 1555; pero la aficion de los españoles y

feccionándose mas cada dia dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de don Juan el II, en que dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, segun dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarría. Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros, y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca don Juan se casó con doña María de Aragon, en 20 de octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó mas el genio caballeresco y el arte de la jineta (como consta de Jorje Manrique); y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable del torear á caballo como de una condicion indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla; y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrísimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Vivarrambla; y de estas hazañas están llenos los romanceros y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Católicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevia á prohibirla, como lo dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «de los toros sentí lo que vos decis, »aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda »determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en »que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibir- »los), porque esto no era para mí á solas.»

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Carlos V, aun con haber nacido y criádose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un jabalí que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro jabalí en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo; y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borceguí de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez, llamado por escelencia *el Toreador*. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente. Del rey don Sebastian de Portugal se escribe que ejecutó el rejonear *con mucha ciencia*; y se celebra tambien al famoso don Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas *cara á cara y á galope, y sin antojos ni banda el caballo*. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató mas de cuatrocientos jabalíes, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse solo con los toros, sino que pasando al Africa, no quisieron ser menos que sus naturales; y así el marqués de Velada, siendo virey de Orán, salía muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tánger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y *que nadie le socorriese por ningun accidente*. Llegó este ejercicio á estremo de reducirse á arte, y hubo autores que le trataron; y entre ellos se cuenta don Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballerizo de S. M., que imprimió en Madrid unas *Reglas de torear* muy breves. Don Luis de Trejo, del órden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de *Obligaciones y duelo* de este ejercicio. Don Juan de Valencia, del órden de Santiago, imprimió tambien en Madrid *Advertencias para torear*. Y el año de 1643 don Gregorio de Tapia y Salcedo, caballero del órden de Santiago, imprimió en Madrid tambien *Ejercicios de la jineta*, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacian los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años ha admiró la corte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho don Gregorio de Tapia da varias reglas para torear, y trata la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo mas notable que don Lope Valenzuela se queja entonces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. Don Diego de Torres escribió unas *Reglas de torear*, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pié; y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de don Nicolas Antonio, hallará ciertamente mas autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Carlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la mas solemne que hubo fué el dia 30 de julio del año de 1725, á la que asistieron los reyes, en la plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas; y esto produjo otra nueva habilidad, y forma una cierta y nueva época de la historia de los toros.

Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas cortes eran en aquellos siglos las mas cultas de Europa. De los moros lo tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

> Para ver acosar toros valientes,
> Fiesta un tiempo africana y después goda,
> Que hoy les irrita las soberbias frentes, etc.

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y solo se apeaban al empeño de á pié, que era cuando el toro le hería algun chulo ó al caballo, ó el jinete perdía el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc.; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercén de una cuchillada, como don Manrique de Lara y don Juan Chacon, etc.

Los moros torearon aun mas que los cristianos, por que estos, además de los juegos de cañas, sortija etc., que tambien tomaron de aquellos, tenian empresas, aventuras, justas y torneos etc., de que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Burgos y el sitio del Pardo; pero estinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun mas en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Carlos II, á quien sirvió, autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la plaza Mayor á vista del rey, sin contar las estraordinarias y las de fuera de la corte. Ya se ha dicho que estas

la condescendencia de otros pontífices volvieron á introducirlas. En 1805 las prohibió de nuevo Carlos IV; pero la interrupcion duró pocos años, y su hijo Fernando VII estableció en Sevilla una escuela de tauromaquia para el fomento y perfeccion del arte, que como dice el autor en su oda á Pedro Romero (pag. 36):

Solamente no es bárbara en España.

fiestas eran solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros; entre estos hay memoria de Muza, Mañque-Alabez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño etc. Tambien fué insigne el conde de Villamediana; y don Gregorio Gallo, caballerizo de S. M. y del órden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, tambien diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla; y el duque de Medinasidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy dia, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decia que las verdaderas cinchas habian de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Carlos II con doña María de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros (4).

Don Nicolas Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 su *Cartilla de torear*; y en su tiempo eran buenos caballeros don Jerónimo de Olaso y don Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballerizo del duque de Medinasidonia; y tambien fué muy celebrado don Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey con mucho aplauso el año de 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos); porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza; pero no faltando la aficion de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos su perfeccion) es hazaña de este siglo.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desórden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragon, del cual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nacion; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló mas de cincuenta. Solo se hacia lugar á los caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entonces no habia toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometian al toro acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y á pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Albóndiga.

Hoy esto es insufrible, y no obstante en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes y en la plaza de Madrid, se mataron así los toros, desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la *Tauromaquia* escrita aquel año; prueba evidente de que no habia mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que tambien hacian los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalen* de desjarretar, dice:

........Que en Castilla los esclavos
Hacen lo mismo con los toros bravos.

Cuando no habia caballeros se mataba á los toros tirándolos garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban tambien, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacian con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los piés del suelo, por mas que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuacion; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26 se evidencia por Noveli que todavía no se ponian las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matándole cuerpo á cuerpo; y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y coleto de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas. Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetán, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto no se halla noticia de ningun estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid, en tiempo de Felipe IV.

Tambien debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto ó fué acaso, ó gentileza estraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó tambien Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero estremeño. Después vino el fraile de Pinto, y luego el fraile del Rastro, y Lorenzillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrísimo licenciado de Falces. Antiguamente hubo tambien en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y tambien acia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

Pero después que se hizo la plaza redonda en el soto Luzon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo el malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodriguez, ha puesto en tal perfeccion esta arte, que la imaginacion no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años ha, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro á seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni

(4) A estos nombres de insignes lidiadores antiguos pudieran añadirse otros muchos, mereciendo distinguido lugar don Diego Ponce de Leon, hijo del marqués de Zahara, á quien celebran á porfía Gonzalo Argote de Molina, en su discurso de la *Montería*, don Luis Bañuelos en su libro de la *Jineta*, manuscrito, Gonzalo Fernandez de Oviedo en sus *Quincuagenas*, y don Luis Zapata en la *Miscelanea* citada en la nota anterior. Mientras este caballero lucia su singular destreza en Sevilla, gozaban de gran nombradía Pedro Aguayo de Heredia en Córdoba, don Rodrigo de Paz en Salamanca, don Diego Ramirez (nombrado por el autor) en Madrid, don Francisco Zapata en Granada, y en varios puntos de Castilla don Francisco de Guzman, marqués de Hardales, y don Luis de Guzman, marqués de Algaba, quien, segun parece, fué el primero que toreó con garrochon, en competencia con otros, entre ellos don Pedro de Médicis, hermano del duque de Florencia.

en que le despaldillase ó le degollase etc., pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza; que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion; y nuestra difunta reina Amalia al verla sentenció: «que »no era barbaridad, como la habian informado, sino di- »version donde brilla el valor y la destreza.»

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla ó sobre una mesa, y con grillos á los piés poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros, cuando caen, suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamon le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros que con destreza y mucha fuerza pican á los toros con varas de detener: entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tienen dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varo, y Gomez, y Nuñez etc. (5)

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo mas noticias. Quedo no obstante muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Madrid 25 de julio de 1776.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

(5) Despues de la época en que escribió el autor, han sido famosos en el arte los picadores Laureano Ortega, Corchado y Alonso Ortiz; y los espadas Manuel Conde, Costillares, José Romero, José Delgado (Pepe Hillo) autor de un tratado, Perucho, Guillen, Leon, Arjona (Chúchares), Redondo (el Chiclanero), y Francisco Montes, quien ha publicado tambien las reglas que le guian en sus suertes asombrosas.

FIN DE LAS OBRAS DE DON NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS

DE

DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

OBRAS DE MORATIN (D. LEANDRO).

ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

PROLOGO.

Hasta ahora no se ha escrito una historia del teatro español ; la molesta fatiga de buscar los documentos relativos á él desde su orígen hasta fines del siglo XVI ha debido retraer á muchos, que por su talento y su buen gusto hubieran sabido desempeñar esta empresa difícil.

La maravillosa abundancia de autores dramáticos en el siglo XVII, y el crecido número de sus obras, añaden á la necesidad de conocerlos la de clasificarlos, compararlos y juzgarlos con la rectitud que pide la buena crítica.

Cultivada en el siglo anterior y en lo que va del presente la poesía teatral, siguiendo unos el ejemplo de los que les habian precedido, y ateniéndose otros á los principios que conoció la antigüedad y ha restablecido el gusto moderno, se hace indispensable un estudio particular para distinguir el mérito respectivo de obras que pertenecen á escuelas tan opuestas entre sí. Ni es conveniente para este exámen aprovecharse de lo que juzgaron los coetáneos acerca de ellas; porque en el choque de las opiniones que sostenian, muchas veces dirigió su pluma la parcialidad, y muy pocas la inteligencia.

Por otra parte el influjo que han tenido siempre en las producciones literarias el sistema del gobierno, el gusto de la corte, el método de estudios, la política y las costumbres, obligará á quien se proponga escribir la historia de nuestro teatro á buscar el orígen verdadero de sus progresos ó su decadencia; y esta indagacion está sujeta á las restricciones que imponen el respeto debido á la autoridad, y las demás circunstancias del tiempo en que se escribe.

Cuanto escribieron nuestros mejores bibliógrafos acerca de la dramática española no pasa de algunas indicaciones sueltas, traidas por incidencia, diminutas, mal ordenadas, y no capaces de satisfacer la curiosidad de los que desean una historia de nuestro teatro (1). Los segundos copiaron á los primeros, y los últimos nada han añadido de particular, repitiéndose por consiguiente las equivocaciones, la falta de plan y de verdad histórica y crítica que se advierte en tales escritos. Llegó el tiempo de las apologías, y apoyados los defensores de nuestro crédito literario sobre tan débiles fundamentos, compusieron libros enteros llenos de sofismas y errores, hablaron largamente del teatro, clasificaron obras que jamás habian visto, y manifestaron cuánto carecian (por la clase de estudios que habian tenido, por el estado que profesaban, y por el lugar en que escribian) de los auxilios y de la inteligencia que hubieran sido menester para que el desempeño hubiese correspondido á su celo laudable (2).

(1) Cuando Moratin escribió el presente prólogo, no habrian salido probablemente á luz las obras literarias de don Francisco Martinez de la Rosa, quien en su apéndice sobre la comedia dió estensos pormenores y atinados juicios sobre los primeros pasos y posteriores vicisitudes del teatro en España.

(2) De las espresiones del autor se deduce que quiso aludir al padre Javier Lampillas, jesuita, quien trasladado á Italia de resultas de la espulsion de su órden, se dedicó á trabajos literarios que le dieron suma celebridad. Creyendo este celoso español vulnerado el nombre de su patria por algunos escritores que se propusieron ilustrar la historia de los conocimientos humanos en todos sus ramos, publicó en Jénova el año de 1778, y reimprimió en Roma tres años después, una obra bajo el título de *Saggio stórico apologético della letteratura spagnuola*, donde á vueltas de una erudicion copiosísima se dejó llevar por un exagerado espíritu de nacionalidad. Acompañáronle en este empeño otros individuos famosos de aquella brillante emigracion, que contribuyeron no poco á disipar algunas prevenciones tambien estremadas de los estranjeros contra la cultura española.

¿Qué pudieron hacer los estranjeros cuando quisieron decir algo de nuestra poesía escénica, sino repetir las pocas noticias que hallaron esparcidas en algunos libros, ó cortar la dificultad diciendo que la literatura española es una pobre mina, que no paga el trabajo del beneficio? Así han creido algunos de ellos disimular con un desatino el orgullo de su ignorancia (3).

Falta pues á la cultura de nuestra nacion una historia crítica de su teatro, empresa tan superior a mis débiles fuerzas, que nunca tuve el atrevimiento de intentarla. No obstante, habiéndome aplicado desde mi juventud á reunir y ordenar cuantas noticias pude adquirir acerca de esto, así en España como fuera de ella, me persuadí de que podria ya formar con lo que tenia escrito una obra (que hoy presento al público) en que ilustrase los orígenes del teatro español (4).

No intento recomendar mi trabajo, ponderando la constante diligencia que supone la adquisicion de materiales que forman este libro, la lectura que me ha sido necesaria para ilustrarle, la meditacion que ha precedido á mis dictámenes, y el empeño nunca desmentido de hallar la verdad, rectificar las equivocaciones de los que me habian precedido, juzgar por mi propio, y presentar á los inteligentes un resúmen crítico en que manifiesto cuál fué el origen de nuestra escena, cuáles sus progresos, y cuáles las causas que influyeron en las alteraciones que padeció, hasta que Lope de Vega las autorizó con su ejemplo. Este es en compendio el plan del discurso histórico que precede á todo lo demás.

En las notas que le acompañan creo haber dado las pruebas de cuanto en él se afirma con autoridades irrecusables, mediante las cuales se aclaran muchos puntos pertenecientes á nuestra antigua literatura mal entendidos hasta ahora, ó del todo ignorados.

Sigue á esto un catálogo histórico y crítico de piezas antiguas, el primero que se ha publicado de este género. En él se da razon de mas de ciento y sesenta composiciones dramáticas, todas anteriores al tiempo en que Lope de Vega comenzó á escribir. Hablo del mérito de las que he tenido á la vista, hago mencion de sus bellezas y sus defectos, cito á la letra los pasajes mas sobresalientes de muchas de ellas, y no me olvido de copiar aquellos que merecen severa censura. Sé muy bien cómo se desacredita una obra escelente, citando solo sus faltas, y cómo se recomienda otra de poquísima estimacion, entresacando de ella los pasajes en que el autor, sin mérito suyo, acertó por casualidad; pero he querido apartarme de uno y otro estremo. No he querido hacer ni una apología, ni una acriminacion de nuestro teatro, sino una historia crítica de sus orígenes, presentándole tal como fué durante la época á que me he querido ceñir. Acompaña al exámen de las obras la noticia de muchos de sus autores. Los estranjeros mas que nosotros necesitan esto para salvar las equivocaciones que frecuentemente han padecido en sus atropellados diccionarios biográficos. En el órden que he dado á las piezas se observará toda la exactitud de que es susceptible, habiéndole sujetado á la autoridad de escritores los mas inmediatos que hablaron de ellas, á las fechas conocidas de sus primeras

(3) Respondiendo Signorelli á las impugnaciones que le habia dirigido el abate Lampillas sobre su *historia crítica de los teatros*, descargaba su conciencia literaria quejándose de la incuria de los autores españoles en recoger unos documentos que tanto les importaba producir en aquella gran cuestion. «Si los escritores nacionales (decia) se hubiesen anticipado á mí tejiendo una historia del teatro español, menos afan me hubiera costado coordinar mis noticias, y me habria aprovechado de semejante obra con la mayor satisfaccion.»

(4) La academia de la Historia, en la magnífica edicion de las obras de don Leandro Fernandez de Moratin que hizo diez y seis años ha, tratando del *Discurso histórico sobre los orígenes del teatro español* decia en su prólogo: «No » obstante lo apreciable de este trabajo, la academia en- » tiende que Moratin no acabó de agotar enteramente su » argumento, y que á pesar de sus doctas investigaciones » todavía dejó mucho que hacer a la diligencia y laborio- » sidad de los que le sucedan en esta empresa.» Penetrado de la verdad de esta observacion nuestro infatigable y erudito amigo don Eugenio de Ochoa, en la coleccion de Autores españoles que dió á luz en Paris, conocida bajo el nombre de edicion de Baudry, agregó algunas composiciones dramáticas escogidas entre las correspondientes a la época á que se contrae nuestro autor. Tal vez nosotros hubiéramos seguido su ejemplo, á no proponernos publicar muy en breve un tomo de *Dramáticos anteriores a Lope de Vega*, en el cual con el auxilio de los amigos que nos favorecen procuraremos suplir con las propias noticias y observaciones las que pudieron haberse escapado a la perspicacia de Moratin. De esta manera, dando en el presente tomo el testo legítimo del autor, evitamos un cotejo que no podia menos de sernos desventajoso. Solo nos atreveremos á poner alguna que otra nota en aquellos pasajes que en nuestro concepto exijan alguna mayor esplicacion, ó en que no estemos enteramente de acuerdo. — Debemos tambien citar con elogio y gratitud al aleman don J. N. Bohl de Faber, benemérito de nuestra litera-

ediciones, y á las épocas en que pudieron ser escritas y representadas, segun lo que resulta de la vida de sus autores, y las indicaciones que he sacado de la lectura de las mismas piezas. La mayor parte de las fechas que les he puesto es de una absoluta certeza; lo restante, de una probabilidad la mas verosímil. En este catálogo solo se incluyen las piezas dramáticas que se representaron ó pudieron representarse en los teatros de la nacion privados ó públicos; no se habla de las obras que con el título de comedias, tragedias, tragicomedias, fueron tan abundantes en el siglo XVI, que componen crecidos volúmenes, y nunca se hicieron para representarse, ni es posible hacerlo. A escepcion de la *Celestina,* orígen primero de esta clase de composiciones, á quien la prosa y diálogo castellano debieron conocidos adelantamientos, se ha omitido hablar de las otras, porque no siendo obras de teatro, piden una clasificacion distinta, y no conviene mezclarlas con las que se hicieron para representarse en él. De estas hablo esclusivamente, de las otras no. He mezclado las obras de los poetas dramáticos que vivian y componian en un mismo tiempo, para evitar el retroceso de los años y la confusion que necesariamente hubiera producido.

A continuacion del catálogo sigue una coleccion de piezas de teatro, elegidas segun me pareció conveniente para presentar lo mas digno de aprecio que nos queda de nuestros antiguos dramáticos así en prosa como en verso, y en todos los géneros que se cultivaron entonces. Las únicas alteraciones que he practicado en ella han sido poner título á algunas piezas que no le tenian, indicar el lugar y las mudanzas de la escena, dividir en actos dos comedias para hacer mas perceptible la regularidad de su fábula, suprimir algunas líneas del diálogo, ó por ser enteramente ocioso lo que en ellas se dice, ó porque la oscuridad del sentido anuncia desde luego que el impresor estropeó por descuido, ó no llegó á entender el original que copiaba. Esto es lo que me ha parecido no solo lícito, sino necesario; pero a esto solo he reducido las alteraciones y las enmiendas. El testo que presento es todo de los autores; no hay ni una silaba añadida á lo que ellos escribieron. Fácil me hubiera sido hacer una coleccion mas crecida, incluyendo en ella otras piezas de mérito; pero he creido que para desempeñar el fin que me propuse, la que he formado será suficiente (5).

tura, quien, además de su *Floresta de rimas castellanas*, imprimió en Hamburgo, el año de 1832, un *Teatro espanol anterior á Lope de Vega.* — El ilustre académico don Eugenio de Tapia, en un periódico mensual que con el nombre de *Museo literario* empezó á publicar en 1844, nos dió un catálogo, que reproduciremos en su lugar, de los títulos é interlocutores de noventa y cinco piezas dramáticas contenidas en un precioso códice que adquirió nuevamente la biblioteca nacional, á cuyo frente se halla dicho señor. — Finalmente, nuestro amigo don Fermin Gonzalo Moron, en su *Revista de España y del estranjero*, tomos IV, V, VI, VII y VIII, insertó, dividido en diez y ocho artículos, un *Ensayo histórico filosófico del antiguo teatro español*, en que á la par de la gran cuestion social que se propone discutir derrama luz abundante sobre la cuestion literaria.

(5) Hubo indudablemente otras muchas, y algunas se conservan todavía, ya impresas, ya inéditas. Nos abstenemos aquí de citar todas las que hasta ahora han llegado a nuestra noticia, esperando poder dar una lista mas completa, cuando llegue su turno al tomo que hemos anunciado en la nota anterior.

DISCURSO HISTORICO

SOBRE

LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

El orígen de los teatros modernos debe considerarse posterior á la formacion de las lenguas que hoy existen en Europa; si se les quiere atribuir mayor antigüedad, seria confundirlos con el teatro latino. Este acabó cuando las naciones sujetas antes al imperio de Roma y después á los bárbaros, corrompida la lengua latina, formaron dialectos diferentes, variándolos segun la influencia física de los climas que habitaban, y segun la que pudieron ejercer en el régimen y propiedad, en la acepcion y pronunciacion de los vocablos, ó en la introduccion de otros nuevos las gentes advenedizas que se mezclaron y confundieron con ellas.

Los visogodos (1), que por espacio de tres siglos dominaron nuestra Península, no nos dejaron otras reliquias de su lenguaje primitivo que algunas palabras, y en tan corto número, que no componen la milésima parte del nuestro, debiendo añadirse á ellas el uso de los artículos, lo indeclinable de los nombres, y alguna otra alteracion gramatical. Ni en códices, ni en monedas, ni en mármoles se halla ningun vestigio gótico: casi todo se habló y todo se escribió en latin.

Este idioma, conservado en las obras estimables de los sabios que florecieron en aquella edad, fué corrompiéndose con mucha rapidez en boca del pueblo, y no es fácil averiguar cómo le hablaba al empezar el siglo VII. Baste decir que si se representaron piezas dramáticas en España durante la dinastía de los visogodos (2), debieron escribirse en el lenguaje que usaba la multitud: mezcla informe del latin que ya se perdia, y del romance que se iba formando.

Conquistada España por los árabes en el siglo VIII, y empezada en el mismo su recuperacion, el idioma vulgar fué apartándose cada vez mas de su orígen primero, y enriqueciéndose con palabras, frases y modismos arábigos. Las conquistas fueron dilatándole por los paises que los cristianos iban ocupando, y la prosa castellana fué adquiriendo sucesivamente correccion, propiedad y copia de palabras hasta que se halló capaz de vulgarizar en ella las leyes y la historia.

La poesía (3), siguiendo los progresos de la lengua, imitó por aproximacion la medida de los versos latinos, supliendo la falta de cantidad con el uso de los consonantes; y acompañada algunas veces de la música y otras sin ella, sirvió para celebrar las alegrías privadas y públicas, ó para recomendar á la posteridad las virtudes cristianas de los santos, ó las acciones heróicas de los príncipes y capitanes.

Además de estas composiciones sagradas y profanas, habia otras mas cortas, cantadas al son de instrumentos por los *yoglares y yoglaresas* (4), gentes que hacian profesion de la música, del baile y la pantomima graciosa ó ridícula, con lo cual ganaban la vida entreteniendo al pueblo. Tambien acudian á las casas particulares y á los palacios, donde ejercian sus habilidades á presencia de los reyes y de su corte. No hay que buscar el principio de esta costumbre, que se pierde en la oscuridad de los siglos. La combinacion de los sonidos agradables, el canto, la risa, la danza, la imitacion de la figura, gesto, voz y acciones características de nuestros semejantes son tan geniales en el hombre, que en todas las edades y en todos los paises habitados se encuentran mas ó menos perfeccionados por el arte.

Han sido inútiles hasta ahora las investigaciones de los eruditos, que se lisonjearon de hallar entre las poesías de los árabes ó de los provenzales el orígen de los teatros modernos de Europa, y por consiguiente del nuestro.

Los árabes, así los que se estendian por el Oriente, Africa, Italia y las islas del Mediterráneo, como los que hicieron á Córdoba capital de su imperio en España, cultivaron con éxito feliz las ciencias naturales, la medicina, las matemáticas y la historia. En la poesía nada hicieron, fuera de los géneros narrativo, descriptivo, amoroso, encomiástico y satírico, desempeñando sus argumentos en poemas cortos, llenos por lo comun de metáforas, traslaciones y enigmas, de acrósticos, laberintos, antítesis, paronomasias y equívocos. Los diálogos sin ac-

cion que se hallan entre sus composiciones poéticas (*a*) no pertenecen al género dramático (5).

Los provenzales, con un idioma mucho mas pobre sin comparacion que el de los árabes, no instruidos como ellos en el conocimiento de las ciencias, pero dotados de una imaginacion fecunda (no estraviada fuera de los términos justos, no viciada con ornatos pueriles), y movida igualmente por los poderosos estímulos del heroismo y del amor, cultivaron un género de poesía que les fué peculiar, y perfeccionándose después con el estudio de la antigüedad y el uso de la buena crítica, llegó á ser comun á todas las naciones modernas (6). Las ciudades de Tolosa, Aviñon, Aix, Bessieres, Barcelona y Tortosa fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia (7), en que se ocuparon sujetos muy ilustres para celebrar amores y victorias, y amenizar las diversiones cortesanas con los frutos del ingenio, de la sensibilidad y la armonía. Estos poetas, que se llamaron trovadores, llegaron á formar colegios y academias; algunos recitaban y cantaban sus propios versos, otros fiaban este encargo á los músicos; pero nada se halla entre las obras que se conservan de ellos que pueda llamarse teatral (*b*). Las trovas, ditados, villanescas, tensiones, serventesios y otras piezas que se escribieron entonces, no son

(*a*) Las costumbres de los árabes difícilmente pudieran conciliarse con los espectáculos escénicos. La servidumbre de la mujer esparce en la vida doméstica de aquellos pueblos una monotonía lánguida, que no puede prestarse al movimiento animado que el drama requiere. El amor es entre ellos una pasion muy diferente de la que entre nosotros da lugar á variados afectos y á lances interesantes; y el amor es el elemento del teatro en todas las naciones que lo poseen. El mas honesto galanteo seria para ellos una liviandad insoportable. Por esto los árabes, aun en España, donde sus hábitos adquirieron cierta libertad, no conocieron la comedia, á no ser que demos este nombre á los diálogos en prosa ó verso en que entran mas de dos interlocutores. En la biblioteca del Escorial se conservan dos obras de este género, escritas ambas por moros andaluces. La una, que está marcada con el número 467, es un diálogo entre un juez y un abogado, que discurren de cosas pertenecientes á su profesion. No se dice quién fuese el autor, aunque por el estilo se infiere que era andaluz. La otra, que tiene el número 497, es un diálogo en que intervienen mas de cincuenta personas de diferentes profesiones, los cuales platican alternativamente acerca de los asuntos que les son peculiares, sin que por eso haya á la vez en escena mas que dos de ellos. El autor, llamado Mohammad-ben-Mohammad-ben-Alí, natural de Velez-Málaga, segun Casiri, floreció en el siglo XIV de nuestra era. La circunstancia de estar la primera de esta dos obras dividida en tres partes hizo creer á aquel distinguido orientalista que era una comedia, y como tal la describe en el tomo I, pág. 136 de su *Bibliotheca Arábico-Hispana Escurialensis;* proposicion cuando menos aventurada, supuesto que las dichas partes no tienen relacion alguna entre sí, siendo en todas diferente el asunto y diversos los interlocutores. De todas maneras es un hecho averiguado que entre los árabes son de todo punto desconocidas las representaciones teatrales. *(Nota de don Pascual Gayangos.)*

(*b*) Sin embargo de lo que dice aquí el autor, puede muy bien sostenerse sin gran temeridad la opinion contraria, ó por lo menos, alegar razones muy poderosas para dejar en duda si realmente el teatro moderno se introdujo en Castilla por medio de los trovadores provenzales ó lemosines. Estos, segun se dice mas adelante, dieron orígen á la poesía vulgar en todas las naciones, inclusa la italiana. La lengua que usaron fué la primogénita del latin, y sus primitivos cantares se estendieron por el levante á Italia, por el norte á Francia, y á España por el occidente. Cultivaron un género de poesía que les fué peculiar, sí, mas no por esto dejaron de cultivar otros géneros; y si se prueba que uno de ellos fué el dramático, podrá con suma probabilidad conjeturarse que tambien lo importarian junto con lo demás á los paises donde ejercieron su influencia civilizadora.

Ante todo convenimos con el autor en que no deben clasificarse como dramáticas las composiciones poéticas que se reducen á diálogos sin accion; y por consiguiente nos adherimos al parecer del señor Martinez de la Rosa, el cual *(Apéndice sobre la comedia española, época 1.ª)* no considera como representacion dramática la fiesta celebrada en Barcelona con motivo de la coronacion de Alfonso IV en 1328, de que se habla después; y en apoyo de ello, para evitar toda duda, hemos rectificado en su propio lugar (*Nota 19 del autor.*) el testo del historiador que la refiere.

Pero tampoco creemos con aquel distinguido crítico (*ibidem, época 2.ª*) que la primera composicion dramática española fuese la representacion alegórica, verificada el año de 1414 en Zaragoza por la coronacion del rey don Fernando de Aragon, llamado el Honesto. Indicaciones de fecha anterior nos obligan á pensar de otra manera. En primer lugar debemos espresar aquí nuestro sentir de que aquella composicion se escribió en lemosin y no en castellano. Gonzalo, ó sea Alvar García de Santa María, que es quien nos ha trasmitido el hecho, dice espresamente en su crónica hablando de dicha alegoría, *que torné en palabras castellanas:* luego estaba en otra lengua, y siendo la lemosina ó catalana la dominante en la corte de Aragon, y además la convencional entre los poetas, así como ahora la italiana entre los músicos, es probable que no se escribiria en otra: así opinaron Sismondi y Bouterwek, á quienes sin embargo, contradice el señor Martinez de la Rosa. Blancas en sus *Coronaciones de los reyes de Aragon* copia á Santa María en este pasaje; pero da tambien noticia de otras alegorías representadas en iguales solemnidades anteriores, y especialmente en la elevacion al trono del rey don Martin, en abril del año 1399, antes del advenimiento de la casa de Castilla. Esto bastaria para alejar algunos años mas el principio de las representaciones dramáticas en España, en cuya historia literaria deben comprenderse los reinos diversos que vinieron después á componer y redondear esta monarquía.

Entre los trovadores del siglo XIII y siguientes, en cuyo catálogo figuran nombres de la mas alta nobleza, era muy comun la *tensó* ó *tansó*, especie de escena en la cual dos ó mas interlocutores defendian á su vez en coplas de la misma medida y en rimas parecidas, casi siempre iguales, dictámenes contradictorios sobre diversas cuestiones de moral, de amor ó de caballería, que se sometian al fallo de otro trovador nombrado juez. De esta costumbre no hallamos en Castilla documento anterior á la época de Villasandino, el cual disputó con los mas afamados versificadores de su tiempo, como Micer Francisco Imperial, Manuel de Lando, Ferran Perez de Guzman, Fernandez de Gerena, Fernan Sanchez de Calavera, y otros que se hallan en el cancionero de Baena, y reproduciremos en el tomo correspondiente.

Pero largo tiempo antes los poetas catalanes se dedicaban á este ingenioso ejercicio. Las *tensós* eran unas ve-

de la clase de poemas activos que pide la escena. Es pues inútil buscar en la poesía de los arabes ni de los provenzales los origenes del teatro moderno.

Italia fué la primera nacion de Europa que después de la dominacion de los bárbaros (cuyas últimas dinastías desaparecieron á vista de las armas vencedoras de Carlomagno) empezó a cultivar las letras y renovar las perdidas artes. Muchas circunstancias políticas contribuyeron á su opulencia y su ilustracion durante los siglos XI, XII y XIII. Venecia frecuentaba todos los puertos del Mediterráneo, trayendo por Alejandria los frutos de Asia; y desde Istria, Dalmacia y las islas que ocupó en el Archipiélago, amenazaba con sus ejércitos y sus naves á la capital del imperio de Oriente. Pisa, Florencia, Padua, Cremona, Luca, Siena, Jénova y otras ciudades apellidaron libertad, y la sostuvieron con varia fortuna, haciéndose florecientes por el comercio con el auxilio de la politica y las armas. Bolonia empezó á ser docta; Milan renaciendo de sus ruinas, adquiria el nombre de espléndida; Amalfi se enriquecia con el trafico y la industria; y Roma, después de algunos siglos en que fué comun la ignorancia, gobernada ya por sabios pontífices, añadia á las donaciones de Pepino y de la condesa Matilde los teso-

ces improvisadas, otras preparadas de antemano por varios trovadores, otras en fin por un mismo autor que hacia defender encontrados temas por personajes distintos; y de todo se halla noticia en las relaciones de fiestas, torneos y cortes de amor. Como muestra notable por demas, citaremos la cuestion entre el vizconde de Rocaberti y mossen Jaume March sobre lo *Depertiment del estiu é del ivern*, y la sentencia de ella dada por don Pedro el Ceremonioso, que reinó desde el año 1328 al 1336, cual puede verse en el *Diccionario de escritores catalanes* del señor Torres Amat, copiada de un códice del siglo XIV que posee don José Grau. Y en otro códice, magnifico por cierto, del mismo siglo, que se conserva en el archivo de la corona de Aragon con el titulo de *Lleys de amor*, hay una preciosa *Arte poética*, donde se leen varias reglas para la *tensó*, la cual, dice, es *com tracts ó debat, en lo cual quiscú manté, sosté é rahona son propi sag*, hablándose de esta composicion como de un género de poesia muy conocido. No le llamaremos dramático; pero no podra negársenos que de tales coloquios al drama no hay mas que un paso.

Los franceses, que no sin graves fundamentos aspiran á una remota antigüedad en la representacion de los *Pasos* ó *Misterios* de que fueron teatro sus iglesias, encuentran en el pais lemosin los primeros vestigios de esta composicion dramatica. Raynouard, famoso y habilisimo recopilador de las poesías originales de los trovadores, nos copia la parábola dialogada de las *Vírgenes prudentes* y *las vírgenes locas*, cuyo manuscrito del siglo XI, segun el testimonio de F. Mandet (*Histoire de la langue romane*, *chap* 7), se halla en la biblioteca real de Paris, procedente de la abadia de San Marcial de Limoges. En ella habla Jesucristo en latin, y las vírgenes locas en provenzal, y de las palabras del final se infiere que este drama, no solo se recitaba, sino que se representaba en la iglesia por distintas personas. Precisamente a principios del siglo XII (1112) Ramon Berenguer III adquirió el condado de Provenza por el derecho de su esposa doña Dulcia, heredera de aquel estado, que siguió bajo la dominacion de la casa de Barcelona hasta el año 1245, en que pasó á la de Anjou. Todas las historias reconocen unánimemente el celo empleado por aquellos esclarecidos principes españoles para pulir y hermosear el idioma que era comun con leves variedades en sus estensos dominios al uno y al otro lado del Pirineo, hasta formar el romance mas dulce y primoroso que se habia conocido; y sin gran recelo de equivocarnos, pudiéramos afirmar de nuestra propia cuenta y riesgo que por entonces se propagaria el drama sagrado en Cataluña, aun cuando documentos irrecusables no viniesen a poner fuera de toda duda su existencia en tiempos inmediatos. Citaremos algunos.

El concienzudo padre maestro La Canal, continuador de la *España sagrada* (*tomo* 45, *trat.* 88, *cap.* 2), habla de los misterios representados en la catedral de Gerona, de cuya introduccion dice no haber hallado positiva noticia, al paso que consta su antigüedad por el códice titulado *Consueta*, que se formó en 1360 para el arreglo del culto y sus ceremonias, y se guarda en el archivo de aquella santa iglesia. En este códice se hace mencion, como de costumbre muy antigua, de la representacion del martirio de san Esteban en las segundas vísperas de Navidad; en las de san Juan Evangelista se celebraba la farsa llamada del *Obispillo*; pero era sumamente escandalosa, y contra ella declamaba, pidiendo su abolicion ante el cabildo, Andrés Alfonselo en 1475. Habia ademas entre otras la de las *Tres Marías*, señalada para el domingo de pascua de Resurreccion á la hora de maitines, y la ejecutaban los tres canónigos mas jóvenes, interviniendo además otros personajes, como el adúltero y su mujer, el boticario a quien Magdalena compraba su ungüento, su mujer y su hijo.

Entre los códices salvados del famoso archivo de Ripoll, y existentes ahora en el de la corona de Aragon, el de número 155 contiene entre otras cosas curiosas un fragmento de una obra de ingenio que lleva por titulo *Mascaron*: es de letra de fines del siglo XIII ó principios del XIV. La continuacion y final de este drama se hallan en otro códice del mismo archivo titulado *Miscelanea ascética*, y es de los procedentes del monasterio de san Cugat del Vallés. El argumento se reduce á una demanda entablada con todas las formalidades de derecho por Mascaron, apoderado con poder bastante de los demonios, contra el linaje humano ante el tribunal de Dios. Los personajes que hablan son Dios, madona santa María, abogada del género humano y Mascaron, procurador del infierno. El dialogo se halla interrumpido por relaciones y descripciones en boca del poeta, lo cual no seria un obstaculo insuperable para la representacion, pues podria recitarlas el coro, ó un cuarto personaje, como se practica ahora en las iglesias cuando se canta la pasion en los oficios de la semana santa.

No eran los templos el único teatro de semejantes espectáculos. El citado padre maestro La Canal refiere que en la procesion del Corpus, fiesta instituida en Gerona por Berenguer de Palaciolo, que murió en 1314, al llegar a la plaza de San Pedro y a la del Vino, los beneficiados de la catedral representaban el sacrificio de Isaac, la venta y sueño del patriarca José y otros asuntos de la Escritura.

En un libro colorado de notas manuscrito ó recopilado, de órden del antiguo magistrado municipal de Barcelona, por Francisco Vilar, secretario de su contaduría, en 1583, que se conserva en el archivo del ayuntamiento, y trata de *algunas cosas assenyaladas succehidas en Barcelona*, libro 1.°, que comprende casi los dos primeros tercios del siglo XV (hasta 1462), el capítulo 106 describe *el modo com se feye en lo temps antich la professó del dijous de Corpus.* Allí se refiere que después de los ganfalones, de las hachas de la Seo, de la ciudad, gremios y cofradias, cruces y cierta parte del clero, seguian las *representaciones* (de esta manera las llama) así del antiguo como del nuevo Testamento. En la de la creacion del mundo habia doce angeles cantando: *Senyor ver Deu*: a esta y otras seguia el

ros que, con ocasion de las novedades introducidas en la disciplina eclesiástica, empezaban á llevarle los negocios de todo el orbe católico. Las cruzadas, llevando al Oriente numerosos ejércitos, contribuian á la prosperidad de la Italia, que suministraba en sus ciudades y sus puertos las armas, las provisiones y los trasportes necesarios á una espedicion malograda y repetida tantas veces. Los mercados y las ferias que se celebraban frecuentemente propagaron la abundancia y el lujo, y con él las fiestas y las diversiones públicas. Solemnizábanse con magnificencia los desposorios de sus príncipes (8), sus paces y coronaciones, en las que se llamaron *Corti bandite;* y todas estas causas, dando estímulos al carácter nacional, produjeron una multitud de juglares, bufones, truhanes, mimos, bailarines, músicos y cantores, que acudian adonde los llamaba la ocasion del interés y del aplauso.

Entonces empezaron á renovarse (si del todo se habian perdido) (9) las ficciones dramáticas, imitando á la naturaleza en farsas groseras con figuras ridículas, disfraces y acciones que remedaban las costumbres de aquella edad. Los eclesiásticos (10), después de haber intentado muchas veces la abolicion de tales espectáculos, cuya desenvoltura era en estremo perjudicial, conocieron la insuficiencia de las leyes contra la fuerza de la opinion; y continuando la costumbre, establecida en las iglesias catedrales algunos siglos antes, de celebrar con músicas alegres, canciones, bailes y máscaras las fiestas mas solemnes de la religion, determinaron añadirles nuevos atractivos, y dar al pueblo con mas honestidad en el santuario los mismos placeres que disfrutaba en los paseos y plazas públicas.

Lejos de mitigar por este medio el escándalo, le hicieron mas grande. Unieron á la pompa católica las libertades del teatro, y los mismos que predicaban en el púlpito y sacrificaban en el altar, divertian después á los fieles con bufonadas y chocarrerías, depuestas las vestiduras sacerdotales, disfrazándose de rufianes, rameras, matachines y botargas. Entre los pasos á que daban lugar estas figuras, se mezclaban otros alusivos á los misterios de la religion, á la santidad de sus dogmas, á la constancia de sus mártires, á las acciones, vida y pasion de nuestro Redentor: union por cierto irreverente y absurda.

Duró este abuso hasta que Inocencio III prohibió severamente, al empezar el siglo XIII, que interviniesen los clérigos como actores en tales farsas; pero si en Italia, y particularmente en Roma, logró moderarse esta costumbre, ni el mal se estinguió enteramente allí, ni dejó de continuar por algunos siglos en las demás naciones de Europa (11), adonde se habia propagado con mucha rapidez.

De los cuatro reinos cristianos en que se dividia la mayor parte de España en el citado siglo, eran los mas poderosos el de Aragon, que gobernaba don Jaime llamado el Conquistador, príncipe de esclarecida memoria, y el de Castilla, en que reinaba Fernando III, que mereció el nombre de Santo. Los moros que quisieron permanecer en las provincias que uno y otro habian conquistado, profesaban las ciencias físicas y matemáticas, las buenas letras, la agricultura y las artes industriales; los judíos que vivieron bajo la dominacion de aquellos soberanos, sobresalian en el estudio de la medicina, y ejercitaban el comercio, que aumenta las riquezas y las comodidades de las naciones. Los vencidos contribuyeron á suavizar las costumbres de los vencedores. La corte de Alfonso X de Castilla apadrinó y aprovechó en favor

mayoral con su maza y veinte y cuatro diablos que batallaban á pié, con veinte ángeles *de espada* capitaneados por san Miguel; y entre otras representaciones infinitas habia la anunciacion de la Virgen, en la cual cantaban ángeles; el *entremés* de Belén con los reyes magos á caballo; el entremés de santa Eulalia con sus compañeras; el entremés de la misma santa con Daciano y doctores, y otros varios que seria largo enumerar. Una observacion curiosa viene en apoyo de la antigüedad de semejante costumbre: los gremios que se citan como concurrentes á la funcion son precisamente los que existian durante el siglo XIII, sin mencionarse ninguno de los instituidos después de aquel siglo.

Posteriormente al advenimiento de don Fernando el de Antequera al trono de Aragon, sobran los ejemplares de fiestas dramáticas en ocasiones solemnes. Así es que encontramos en el mismo libro los festejos con que fué obsequiado su hijo el rey don Alfonso el Magno á su regreso de Nápoles en 8 de diciembre de 1424; representáronse entonces varios entremeses y entre ellos el del Paraiso y el infierno, con la batalla de san Miguel y los ángeles buenos contra Lucifer y sus secuaces; hubolos igualmente en noviembre de 1458 cuando el rey don Juan y su esposa doña Juana juraron en la plaza llamada hoy del Duque de Medinaceli los privilegios y constituciones de Cataluña; en marzo de 1461, cuando la ciudad celebró la entrada del malogrado don Carlos, príncipe de Viana, recién puesto en libertad, segun refiere tambien Feliu de la Peña en sus anales; en noviembre del mismo año, en la recepcion de don Fernando el Católico entonces príncipe todavía; en 1477, en los desposorios de la hija del rey don Juan con el hijo del rey de Nápoles; en 1481, en la entrada de la reina de Castilla doña Isabel. Entonces, dice el citado códice, á mas de los fuegos artificiales hubo en la puerta de San Antonio una representacion alegórica de santa Eulalia y de ángeles, en la cual habia tres cielos girando el uno contra el otro, con luminaria y diversas imágenes de reyes, profetas y vírgenes, las cuales, supuesto que dichos cielos girasen constantemente, permanecian y mostraban estar en pié: circunstancia notable, pues indica que se tenia ya algun conocimiento del aparato escénico.

Estos hechos, á los cuales pudiéramos todavía añadir otros, prueban que en aquella parte de España, si no encontramos los orígenes de nuestro teatro, hallaremos por lo menos vestigios de mas remota antigüedad, y algun fundamento á la sospecha de que los poetas provenzales debieron influir poderosamente en la introduccion y propagacion del arte dramático en el resto de la Península.

(Nota de don José Sol y Padrís.)

de las ciencias los conocimientos de los sectarios del Talmud y del Alcoran: en ella y en la de su padre el rey san Fernando, y en la de su hijo y sucesor don Sancho, resonaron ya los versos de los trovadores y los cantos de los juglares, y se difundió la inclinacion á los estudios útiles y agradables. No estuvo ya ceñido el saber á los monasterios, adonde lo habia retraido en tiempos feroces el estrépito de las armas: se acercó al trono de los príncipes; y estos y los ricos hombres, y los caballeros que componian la corte, empezaron á gustar de los adornos del entendimiento y de los placeres de la civilizacion, sin descrédito del valor.

No es posible fijar la época en que pasó de Italia á España el uso de las representaciones sagradas; pero si se considera que al principio del siglo XIII eran ya intolerables los abusos que se habian introducido en ellas, puede suponerse con mucha probabilidad que ya en el siglo XI se empezarian á conocer en nuestra Península.

Cultivada la lengua patria con felices adelantamientos, hecha ya la poesía estudio de los eclesiásticos, de los caballeros y de los reyes, sonando ya en los templos, en los palacios y en los concursos populares las armonías de la música, y uniéndose á ella muchas veces las habilidades de la pantomima y la saltacion, poco era menester para que llegaran á formarse espectáculos dramáticos, que son el resultado de todos estos primores juntos.

Las fiestas eclesiásticas fueron en efecto las que dieron ocasion á nuestros primeros ensayos en el arte escénica: los individuos de los cabildos fueron nuestros primeros actores, el ejemplo de Roma autorizaba este uso, y el objeto religioso que le motivó disipaba toda sospecha de profanacion escandalosa. En aquellas farsas se representaban varias acciones tomadas del antiguo y nuevo Testamento, y no pocas tambien de los evangelios apócrifos. La festividad establecida por Urbano IV en honor de la sacrosanta Eucaristía se estendió á toda la cristiandad reinando en Castilla Alfonso X, y esto dió motivo á otras composiciones teatrales, en que empezaron á introducirse figuras fantásticas, mezclándose con repugnante union la alegoría y la historia.

La escasez de documentos no permite dar una idea mas individual de aquel teatro; pero resumiendo cuanto puede colegirse de los datos que existen relativos á este propósito, parece seguro que el arte dramática empezó en España durante el siglo XI; que se aplicó esclusivamente á solemnizar las festividades de la Iglesia y los misterios de la religion; que las piezas se escribian en castellano y en verso; que se representaban en las catedrales, adornadas con la música de sus coros; y que los actores eran clérigos, como tambien los poetas que las componian.

Alfonso X, conformándose en parte con lo que Inocencio III habia dispuesto, indicó (12) á los eclesiásticos la clase de piezas en que podian representar lícitamente; y estas, ya históricas, ya alegóricas, morales ó dogmáticas, continuaron por espacio de algunos siglos, hasta que desterradas del santuario pasaron á los teatros públicos. El mismo Alfonso X (13) declaró infames á los que ejecutaban por dinero las habilidades pantomímicas, las de bailar, cantar y tañer; y esta pudo ser entre otras la causa principal de que tardase tan largo tiempo en pasar el arte escénica á manos de representantes de oficio, puesto que siendo entonces una diversion puramente sagrada y religiosa, no era posible fiar su desempeño á los que se hallaban declarados infames por la ley.

Sancho IV tenia a su servicio (14) esta clase de gentes, juglares, bufones y *facedores de escarnio*, que con cantares y romances, diciendo agudezas, saltando y tocando instrumentos, entretenian privadamente á la familia real.

El breve reinado de aquel monarca, lleno de turbulencias, como el de su hijo Fernando IV, y la menor edad de Alfonso XI, en que se vió Castilla agitada de parcialidades y discordias, fueron épocas no favorables para el progreso de las artes, hijas de la abundancia y la paz, pero no se interrumpieron del todo los estudios filosóficos, la erudicion y las buenas letras.

El ilustre don Juan Manuel (15), nieto de Fernando III, fué un distinguido profesor en todas ellas, al paso que sus victorias le acreditaron de escelente caudillo. En sus obras doctrinales y poéticas dejó un testimonio de su estensa literatura y su buen gusto, y en las novelas ó cuentos de que se compone *El conde Lucanor*, la primera coleccion de este género que se vió en España, anterior sin duda al *Decameron* del Bocacio, aunque en el mérito no le compita.

Juan Ruiz (16), arcipreste de Hita, floreció igualmente en el reinado de Alfonso XI, y aunque no escribió ninguna pieza dramática, imitó aquel género en sus composiciones, mezclando en ellas chistes, cuentos, descripciones y dialogos cómicos que le fueron geniales. Este y los demás trovadores de su tiempo usaban ya diferentes combinaciones y medidas de versos (17) con que habia ido enriqueciéndose nuestra poesía, al paso que la música llegó tambien á adquirir el uso de muchos instrumentos (18) tomados de los árabes, de los italianos y franceses.

Entre tanto la corte de los reyes de Aragon disfrutaba con mas segura tranquilidad de las composiciones de sus poetas y de las gracias de sus juglares. En la coronacion de Alfonso IV (19), año de 1328, se representaron, cantaron y bailaron por el infante don Pedro (c), conde de Ri-

(c) De la crónica no consta que en la fiesta de la coronacion cantase los versos que á este propósito habia compuesto: los recitaron y cantaron los juglares que allí se nombran. (Véase la nota 19 del autor.)

agorza, hermano del rey, y por los ricoshombres, acompañados de algunos juglares, varias omposiciones poéticas escritas por el mismo infante. De esta noticia se deduce que la prosion de los juglares no solo se hallaba ya muy estimada, sino que habia adquirido mayores umentos, puesto que no solo tañian, cantaban y bailaban, sino que tambien declamaban azonamientos y diálogos.

Por los años de 1360, reinando en Castilla el rey don Pedro, se empezaron á ver (además e los dramas destinados al uso de las iglesias) algunas otras composiciones teatrales; y existe na que se ha creido de aquel tiempo (20), en que su autor supo reunir el baile, la música nstrumental, la declamacion y el canto. El argumento de esta pieza inclina á sospechar que uese precisamente una de las muchas que se ejecutaban en el templo, y en este caso seria la mas antigua que se conserva de aquella clase.

Don Pedro Gonzalez de Mendoza, que apartándose de la obediencia del rey don Pedro siguió l partido de don Enrique, del cual fué después mayordomo mayor, escribió (21) piezas dramáicas imitando las del teatro latino, y adornándolas con estribillos y canciones pastoriles. tendida la calidad del autor, puede creerse que compondria tales dramas en obsequio del ey para privado entretenimiento del palacio.

Ya por este tiempo, y en los reinados siguientes de Juan el I y Enrique III, además de la onstante lectura de los trovadores provenzales, que era comun en España, adquirieron esimacion entre nosotros (22) los célebres italianos Güido Cavalcanti, Dante Alighieri, Cino de istoya, y el príncipe de sus poetas líricos Francisco Petrarca. Hallaron sus obras en Castilla n aprecio particular, y comparándolas con las de los trovadores antiguos, vieron en estas nas elevacion de ingenio, mas oportuna erudicion, mas cultura en la frase poética, y una ersificacion mas variada y mas capaz de prestarse á las combinaciones de la armonía. El usto poético de los árabes y el conocimiento de sus costumbres (que dieron orígen á muchas uestras) mantuvieron y perfeccionaron los romances históricos ó amorosos (23), los cuales, ujetos del principio al fin á un solo consonante, se libertaron después de esta enfadosa mótonía, y produjeron el asonante, cadencia peculiar de los españoles. No puede asegurarse i la poesía teatral, que entonces permanecia esclusivamente en manos de los eclesiásticos, dquirió mayor perfeccion á vista de los adelantamientos que se verificaron en el género líico, puesto que no nos queda pieza ninguna representable de aquel tiempo para juzgar su érito, ni compararla con otras anteriores.

Al reinado de Enrique III siguió la menor edad de Juan el II, durante la cual su tio y tutor l infante don Fernando acreditó su consumada prudencia en el gobierno, igualmente que su alor y sus conocimientos militares. Sostuvo el trono de Castilla quebrantando el poder de os moros granadinos, y reprimiendo en el palacio las maquinaciones de la ambicion y de la nvidia. Sus prendas le hicieron digno de la corona de Aragon, que en competencia de otros rincipes le adjudicó el voto unánime de nueve electores (entre ellos el insigne orador crisiano san Vicente Ferrer), y en el año 1414 se coronó en Zaragoza con pompa magnífica. cudió á esta solemnidad no solo la nobleza de aquellos reinos, sino tambien la mayor parte e los grandes de Castilla. Fueron muy singulares las fiestas que se hicieron en tal ocasion; el célebre don Enrique de Aragon, marqués de Villena, compuso (24) una comedia alegórica, ue se representó delante del rey, de la reina y de aquella corte brillante (*d*).

Desde entonces la etiqueta del palacio, los usos cortesanos, los trajes, las diversiones, la ngua, la literatura y la poesía castellana acabaron de naturalizarse en la capital de Aragon, por consiguiente decayeron de su antiguo esplendor el gusto y cultura del idioma lemosino, n que los catalanes y valencianos habian adquirido tan merecida celebridad.

El reinado de Juan el II, que duró cerca de medio siglo, fué muy favorable al progreso e las buenas letras, cultivadas en prosa y verso por autores muy instruidos, dotados de un iicio recto y de una fecunda imaginacion. Entre los muchos de aquel tiempo se distinguió uestro Enio cordobés Juan de Mena, que no hallando suficiente el idioma patrio para la levacion de sus conceptos, supo enriquecerle y añadirle sonoridad y robustez, atreviéndose adoptar nuevos modos y palabras latinas, que han permanecido en nuestra diccion poética, cuyo uso siempre será laudable, si saben evitarse los estremos inmediatos de la oscuridad la afectacion.

Fueron émulos de su gloria el ya citado marqués de Villena y don Iñigo Lopez de Mendoza, arqués de Santillana, sin otros muchos que seria ocioso referir. El rey hacia versos, los haia su gran privado don Alvaro de Luna, condestable de Castilla; los mas ilustres personajes e aquella edad eran trovadores (25). En medio de las turbulencias políticas que agitaron el einado de aquel monarca, los torneos, los pasos honrosos, las justas, banquetes, danzas, úsicas y juguetes cómicos alegraban la corte, distraian de sus miserias al pueblo, que ad-

(*d*) Asistieron á estas fiestas, á mas del marqués de Viena, los mejores ingenios de Castilla, entre otros el cébre don Iñigo Lopez de Mendoza, entonces mozo de 16 años, y después marqués de Santillana, Ferran Manuel de Lando, que presentó al rey la corona enviada por Juan II, y otros.

miraba atónito las galas, la riqueza, el buen gusto, la bizarría y el valor de los que tan mal le gobernaban. Don Alvaro de Luna, buen caballero en el campo y en la tela, temido de sus émulos por su estremo poderío, la constancia de su fortuna y la energía de su carácter, grato á las damas por su gallarda presencia, su donaire natural, su cortesanía y su discrecion, en tanto que reunia en sí toda la autoridad que abandonaba su rey indolente, sabia entretenerle y apartarle de sus obligaciones con espectáculos ingeniosos y magníficos, dignos ya de la cultura de aquellos tiempos.

En el año de 1436 se vieron en Soria el rey don Juan y su hermana la reina de Aragon: hubo grandes fiestas (26), y los juglares y remedadores entretuvieron á la corte con música, bailes y acciones cómicas.

En el de 1440 don Pedro de Velasco, conde de Haro, el marqués de Santillana (27), y don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, fueron á Logroño á recibir y acompañar a la infanta doña Blanca, esposa del príncipe don Enrique, y á su madre la reina de Navarra. El conde de Haro, entre varias diversiones que dispuso en Briviesca para obsequiar á aquellas señoras, tuvo fiestas de toros, juegos de cañas, danzas y representaciones teatrales (28).

Enrique IV heredó con el reino la incapacidad de gobernarle. Entendia muy bien el latin, gustaba mucho de leer, de tocar el laud y cantar; tenia á su servicio escelentes músicos de instrumento y de voz que asistian á su capilla privada, en donde pasaba mucho tiempo oyendo las horas canónicas. Lo restante de su vida se entretenia en el monte: fué gran cazador, y mientras perseguia las fieras en los bosques del Pardo y de Balsain, los grandes se apoderaban de su autoridad y de sus tesoros, allanaban sus alcázares, se le alzaban con las fortalezas, alborotaban las ciudades y mantenian en todo el reino la anarquía mas espantosa. Si algunas fiestas permitió á la corte el genio melancólico del rey en los primeros años de su administracion, fueron solo algunas danzas en palacio, y algunas justas y ejercicios de caballería, como los que dió en el camino del Pardo don Beltran de la Cueva. Las habilidades mímicas, que en tiempo de don Juan el II habian sido estimadas, en el de su hijo decayeron considerablemente, y hasta el nombre de juglar se fué olvidando en el lenguaje comun.

La conducta libre de la reina, los escándalos del palacio, la impotencia física y moral del rey dieron ocasion al atrevimiento de muchos prelados, grandes y caballeros para declararle desposeido de la corona, eligiendo en su lugar al infante don Alfonso, cuya temprana muerte dejó a su hermana doña Isabel la esperanza y el deseo de reinar. Entre los que solicitaron su mano eligió á don Fernando, príncipe de Aragon, con el cual se casó sin noticia del rey don Enrique, en el año de 1469. Viniendo don Fernando á Castilla ocultamente para celebrar su desposorio le hospedó en su casa el conde de Ureña, haciendo representar en su obsequio una comedia (*e*), de la cual se ignoran todavía el autor y el título (29).

Los males políticos siguieron aumentándose durante los últimos años de Enrique IV, y una de las consecuencias que produjeron fué la ignorancia que se estendió á todas las clases del estado. Entre el corto número de escritores que florecieron en aquella edad funesta á las letras, se distinguió Rodrigo de Cota, autor de un *Diálogo entre el Amor y un Viejo* (30), pieza representable, escrita con gracia y elegancia; tambien compuso un diálogo pastoril entre *Mingo Revulgo y Gil Arribato*, en que pintó con una alegoría bien sostenida los desórdenes y calamidades de su tiempo.

Los eclesiasticos vivian en la mas crasa ignorancia y en la corrupcion de costumbres mas escandalosa, como se infiere por los decretos del concilio que mandó celebrar en Aranda en el año de 1473 don Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Allí se trató de mejorar la disciplina y los estudios del clero español, y entre otras cosas se prohibió (31) á los clérigos de las catedrales y demás iglesias que celebrasen ni permitiesen en las fiestas de Navidad, de San Esteban, San Juan, Santos Inocentes y misas nuevas las diversiones escénicas en que intervenian máscaras, figuras monstruosas, coplas indecentes, bufonadas y otros desórdenes indignos de la majestad del templo, que hasta entonces se habian acostumbrado, permitiendo no obstante que continuasen las representaciones sagradas y honestas que fuesen á propósito para escitar la devocion de los fieles.

El reinado de los Reyes Católicos dió principio á una época mas feliz para la monarquía. La autoridad real, única, vigilante y justa aseguró la paz interior del estado, ya reprimiendo las

(*e*) Sobre la realidad de esta representacion hay dudas muy poderosas. La noticia no tiene hasta ahora mas autoridad que la de don Blas de Nasarre en su prólogo á las comedias de Cervantes, donde lo aseguró, no sabemos con qué fundamento, y bien pudo ser una equivocacion de las muchas que padeció este escritor así en hechos como en juicios. Desde luego salta a la vista que por lo menos el autor de aquella composicion no pudo ser Juan de la Encina, que naceria probablemente en aquel mismo año, supuesto que cumplió cincuenta en el de 1519, segun se infiere de lo que dice en su *Tribagia*. Los cronistas contemporáneos, alguno de los cuales intervino muy activamente en aquella boda cuyas particularidades describe con suma prolijidad, no hacen mencion alguna de una circunstancia que por su novedad debió ser estraordinaria. Y finalmente, es del todo improbable, como observa el citado señor Martinez de la Rosa, el que una ceremonia verdaderamente clandestina, celebrada en ciudad tan populosa como Valladolid, sin el consentimiento y contra la espresa voluntad del rey, fuese acompañada de tan ruidosos regocijos.

violencias de tantos ilustres tiranos que le tenian sacrificado á su ambicion y á sus venganzas, ya reduciendo á moderados límites la libertad del pueblo, que solo es feliz en la obediencia de las leyes. En vano el rey de Portugal quiso apoyar con las armas los dudosos derechos de la infanta doña Juana su sobrina; la suerte de la guerra, que da y quita los imperios, aseguró el cetro á Isabel y Fernando.

El celo de la religion hizo á estos príncipes emprender la conquista del reino de Granada: difícil empeño, que necesitó diez años de fatigas y de combates, hasta que vencida la obstinada resistencia de sus enemigos, acabaron dichosamente en las torres del Alhambra la recuperacion que Pelayo empezó en Cobadonga. Grande y poderosa la nacion bajo su gobierno, dilatados sus dominios, y abierto el paso por el mar á las desconocidas regiones de occidente, empezó a disfrutar los beneficios que traen consigo el estudio de las letras y de las artes, la agricultura, la industria, la navegacion y el comercio.

En este tiempo dandose á conocer Juan de la Encina (32) con sus composiciones dramáticas, mereció la asistencia y el aplauso de la corte, que admiró en aquellas fabulas (aunque demasiadamente sencillas) buen lenguaje, gracia natural y versificacion sonora. Estas privadas diversiones, y otras hechas á su imitacion, pasaron al pueblo, que desde entonces empezó a ver cómicos de oficio dedicados á representar pequeños dramas de tres ó cuatro personajes, desempeñando algunos muchachos los papeles de mujer (*f*).

Fué contemporáneo de Juan de la Encina el célebre Fernando de Rojas, continuador de la novela dramática intitulada *Celestina* (33), en la cual añadió veinte actos al primero que halló escrito ya por autor no conocido. Juan de la Encina en sus composiciones representables sirvió de ejemplo á los que le siguieron y aventajaron después, cultivando la dramática en verso; y Rojas, aunque no hizo su obra para el teatro, dejó en ella tan escelente diálogo en prosa, que habiéndole imitado muchos, fueron muy pocos los que llegaron á igualarle. Con estos felices ensayos en el género escénico acabó el siglo xv.

La invencion de la imprenta, destinada á fijar y propagar verdades útiles á los hombres, difundia ya por todas partes sus artífices á principios del siglo xvi. Italia, siempre maestra del saber, cultivaba las letras con éxito feliz, buscando los ejemplares de perfeccion en las obras clásicas de la antigüedad, imprimiéndolas, traduciéndolas é imitándolas. La historia, la elocuencia, la poesía, la erudicion y todas las artes del diseño empezaron á florecer en grado eminente. Venecia, Milan, Ferrara, Florencia, Roma y Nápoles eran las capitales mas cultas de Europa en aquella sazon. La plausible ocupacion de los Médicis, y el pontificado de Leon X, renovaron en Italia la edad de Pericles y de Augusto.

A este tiempo nuestros ejércitos acaudillados por el que mereció el nombre de Gran Capitan aseguraban la posesion de Nápoles, y nuestra influencia sobre todos los estados de aquella nacion. En vano el poder de Francia quiso oponerse á la fortuna de nuestras armas; unas victorias eran presagio de otras mayores: la derrota del Garellano y la rendicion de Gaeta anunciaban para después la prision de un rey y el saqueo espantoso de Roma.

La comunicacion con los italianos propagó, mejoró y amenizó nuestros estudios; y como el agreste Lacio se habia ilustrado muchos siglos antes con las artes y literatura de la Grecia vencida, así España supo aprovecharse en igual ocasion de las que halló tan florecientes en los paises que sujetaba á su gobierno.

(*f*) Esta es la época en que, segun los datos mas probables, debe fijarse la introduccion de las verdaderas representaciones dramáticas en Castilla. Dice Rodrigo Mendez de Silva en su *Catálogo real de España*, año de 1492: «Comenzaron en Castilla las compañías a representar públicamente comedias, por Juan de la Encina, poeta de gran donaire, graciosidad y entretenimiento, festejando con ellas á don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, y á don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado.» De la coincidencia de esta novedad con otros sucesos públicos de importancia habla Agustin de Rojas en su *Viaje entretenido*, que si bien escribió mas de un siglo después, es autoridad respetable en la materia.

Y donde mas ha subido
De quilates la comedia,
Ha sido donde mas tarde
Se ha alcanzado el uso de ella,
Que es en nuestra madre España;
Porque en la dichosa era
Que aquellos gloriosos reyes,
Dignos de memoria eterna,
Don Fernando é Isabel
(Que ya con los santos reinan),
De echar de España acababan
Todos los moriscos, que eran
De aquel reino de Granada,
Y entonces se daba en ella
Principio á la inquisicion,
Se le dió á nuestra comedia.
Juan de la Encina el primero,
Aquel insigne poeta
Que tanto bien empezó,
De quien tenemos tres églogas
Que él mismo representó,
Que estas fueron las primeras;
Y para mas honra suya
Y de la comedia nuestra,
En los dias que Colon
Descubrió la gran riqueza
De Indias y Nuevo Mundo,
Y el Gran Capitán empieza
A sujetar aquel reino
De Nápoles y su tierra,
A descubrirse empezó
El uso de la comedia,
Porque todos se animasen
A emprender cosas tan buenas,
Heróicas y principales
Viendo que se representan etc.

Tuvo gran parte en esta revolucion el talento creador de Cisneros, ayudado de la instruccion que habia adquirido en sus viajes y de la estraordinaria fortaleza de su carácter, prenda necesaria para ilustrar y gobernar á los hombres. A principios del siglo XVI se erigia bajo sus auspicios la célebre universidad complutense, y en ella y en las demás del reino empezaron á distinguirse muchos profesores en todas facultades, que sobre el conocimiento de las lenguas sabias y de una selecta erudicion, enseñaron ciencias no conocidas en España hasta aquella época, ó mejoraron el método y la doctrina de las que antes se enseñaban mal. A los esfuerzos de aquel gran ministro debieron sus adelantamientos las letras sagradas, la jurisprudencia, la medicina, las humanidades, la historia, las lenguas doctas, la gramática, y la crítica, aunque no todos estos estudios pudieron prosperar igualmente, porque no en todos se adquirian iguales recompensas.

Francisco de Villalobos (34), erudito médico y buen prosista, dió á conocer el *Anfitrion* de Plauto con la traduccion que publicó de aquella comedia en el año de 1515.

Bartolomé de Torres Naharro (35), que vivia en Italia por entonces, compuso ocho comedias en que manifestó mucho conocimiento de su lengua, facilidad en la versificacion y talento dramático. Apartandose de la manera tímida de componer que Juan de la Encina habia seguido, dió á sus comedias mayor interés y estension; las dividió en cinco jornadas, aumentó el número de los personajes, y pintó en ellos caracteres y afectos convenientes á la fabula, adelantó el artificio de la composicion, y sujetó algunas de sus piezas a las unidades de accion, lugar y tiempo. Representadas é impresas en Italia pasaron a España, en donde sucesivamente impresas y prohibidas, y vueltas á imprimir (segun el influjo de las circunstancias), sirvieron de estudio á los que entonces se aplicaron á cultivar la poesía cómica.

Vasco Diaz Tanco (36) escribió tres tragedias (las primeras que se hicieron en España) tomando sus argumentos de la historia sagrada, las cuales no han llegado á nosotros.

Las graciosas comedias (37) que Cristóbal de Castillejo empezó á componer poco después fueron recibidas con mucho aplauso. Puede considerarse este poeta como el último y acaso el mejor de la antigua lírica española, y en el género cómico el mas digno sucesor de Torres Naharro. Fecunda imaginacion, conocimiento de costumbres, recto juicio, agudeza satírica, espresion clara, versificacion suave, tales prendas hicieron estimables sus fábulas cómicas, al mismo tiempo que las personas honestas las desaprobaron por su falta de moralidad y desenvoltura de sus personajes y situaciones.

En el año de 1527 se celebró en Valladolid con la representacion de algunos autos el bautismo de Felipe II. Estos cortos dramas, representados en las calles y sitios públicos, los desempeñaban los cómicos, que ya en aquel tiempo componian su caudal indistintamente de piezas sagradas y profanas, aplicándolas segun la ocasion lo requeria.

Fernan Perez de Oliva (38) tradujo en prosa el *Anfitrion* de Plauto, la *Electra* de Sófocles, y la *Hécuba* de Euripides. Su talento era mas á propósito para la gravedad de la tragedia que para los chistes y lijereza cómica; y así es que aunque la version que hizo de Plauto es inferior á la de Villalobos,en las dos tragedias elevó la prosa castellana á tanto decoro y robustez, que pudiera haber servido de ejemplar á los que hubiesen querido poner en la escena argumentos heróicos; pero no tuvo imitadores. Estas piezas nunca se representaron, y cuando llegaron á imprimirse, el mal gusto era ya general y dominante en nuestro teatro (*g*).

Estos fueron los autores mas distinguidos que cultivaron en España la poesia escénica antes del año de 1540 (*h*); pero no es posible pasar de esta época sin hablar de las causas que empezaron á motivar su corrupcion. Las principales fueron falta de estímulos y recompensa en favor de los que aplicaban su talento á este difícil género; decidida aficion á todo lo maravilloso, efecto inmediato de la comun lectura de los libros caballerescos; espiritu de mal entendida devocion, que profanó los sagrados misterios de la fe, haciéndolos asunto de las representaciones histriónicas; abusos de la autoridad censoria.

(*g*) A los autores que por aquellos tiempos se dedicaron á traducir los dramas del teatro antiguo, debe añadirse un nombre ilustre, el de Juan Boscan, introductor de las formas italianas en nuestra poesía. Consta de él que tradujo al castellano una tragedia de *Eurípides*, con la singularidad de que lo verificó en verso, cuando los demas sus contemporáneos lo hicieron en prosa. Este trabajo se ha perdido, sin embargo de haber estado para imprimirse, segun el privilegio que para ello fué concedido a su viuda el año de 1543.

(*h*) Entre los autores dramáticos que florecieron á fines del siglo XV y principios del siguiente omite Moratin a Gil Vicente, de quien no hace mencion hasta una época bastante posterior, á saber: en el año 1532, segun es de ver en su nota 48, y en los números 49 á 56 del catálogo. Conviene rectificar este punto, para evitar que seamos acusados de injusticia acia nuestros vecinos los portugueses, que se glorian de aquel ingenio. Gil Vicente era en efecto portugués, aunque escribió tambien en nuestra lengua. Fué contemporáneo de Juan de la Encina, y sobre el año de 1498 era ya conocido en su patria por sus ensayos dramáticos. En 6 de junio de 1502, segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan, después rey tercero de su nombre en Portugal, se representó en castellano su auto del Nacimiento, en presencia del rey don Manuel, que murió en 1521, por lo cual no puede negarse la anterioridad de la fecha á este autor, de quien y de sus obras volveremos á hablar en su lugar correspondiente.

Las universidades de España (39), aunque rectificaron y amenizaron sus estudios, no alteraron su organizacion antigua; y en aquellas escuelas generales, en que la juventud debió hallar enseñanza elemental de todas las ciencias, solo se enseñaron la teología, los cánones, la jurisprudencia y la medicina. De estas facultades las tres primeras obtuvieron la preferencia: para ellas se establecieron colegios magníficos, para ellas se guardaron las mas altas dignidades del estado; la última, poco estimada de los que se dedicaban á las otras, existia en razon de la importancia que le ha dado en todos tiempos el miedo de morir; pero el profesor mas eminente en ella no podia aspirar jamás ni al premio ni al honor que obtenian un teólogo, un canonista ó un jurisconsulto. Las demás ciencias se consideraban como auxiliares ó secundarias, y por consiguiente ni el estudio de las lenguas, ni la erudicion histórica, ni la filosofía moral, ni la oratoria, ni la poética, ni la amena literatura obtenian otra recompensa que la de facilitar á sus profesores una cátedra en que poder enseñarlas; y si estas que servian mas inmediatamente á las facultades privilegiadas merecian tan escasos premios, ¿cual seria el que se destinase á las ciencias naturales y exactas? ¿y cuáles podian ser los progresos del teatro? ¿ni quién habia de aplicarse á un estudio tan difícil, tan apartado de las sendas de la fortuna, si desatendido de las clases mas elevadas y menospreciado de los que se llamaban doctos, era solo el vulgo el que debia premiar y aplaudir sus aciertos?

En otra edad habian merecido las rudas producciones de nuestra dramática mas favorable acogimiento; los mas esclarecidos personajes la protegieron y la cultivaron, siendo igualmente estimada en los palacios y en los templos; pero aquella época habia pasado ya. Fernando el Católico, cuyo desabrido carácter habian hecho mas melancólico la vejez y las dolencias, nunca unió las prendas de literato ni estudioso á las que tuvo de buen caballero, de político y prudente rey. Germana de Fox, estranjera á nuestra lengua y nuestras costumbres, no era la protectora que mas convenia para fomentar el teatro. Felipe I y toda su corte, venidos de Flandes para introducir en el palacio desconocidas etiquetas y ceremonias, hecho esto, no hicieron mas; ni la temprana muerte de aquel soberano permitió otra cosa. Cárlos V viajando (40) y guerreando mientras reinó, flamenco, y rodeado de flamencos que se disputaron con escandalosa codicia las dignidades y los tesoros de la nacion, ni contribuyó al esplendor de nuestro teatro, ni supo conocerle: su corte ambulante y guerrera imitaba las inclinaciones del monarca. Los tumultos y discordia civil que alteraron las provincias en los primeros años de su gobierno fueron incidentes poco favorables á los progresos de la escena española.

Los libros de caballerías, que empezaron á conocerse en Europa acia el siglo XI, se estendieron por toda ella, y entretuvieron el ocio de los que gustaban de leer; apasionados de todo lo grande y estraordinario, suplieron con ellos el abandono de la historia. En España imitando lo que se habia escrito fuera de ella, se compuso el libro de *Amadís de Gaula*, acaso acia la mitad del siglo XIV, y después de él otros del mismo género, aunque menos ingeniosos, no por eso menos desatinados. Su crecido volúmen, el coste escesivo de las copias manuscritas (41), y por consiguiente la escasez de sus ejemplares mantuvieron escondida esta perjudicial erudicion en las bibliotecas privadas de los reyes y de los grandes señores, y no pasaron á manos del pueblo, ni pudo hacerse general su lectura hasta que la imprenta, economizando el tiempo y el coste, halló el secreto de multiplicar prodigiosamente los escritos en copias idénticas. La primera obra de esta clase que se imprimió en España (1) fué la citada historia de *Amadís*, como la mas célebre de todas ellas entre nosotros, y antes de acabarse el siglo XV era ya la comun lectura del pueblo.

En el siguiente se dieron muchos á imitar aquel género de ficcion y aquel estilo, y como apartándose de la verdad de la naturaleza, encuentra la fantasía espacios inmensos en que perderse, fué tal la abundancia de libros caballerescos publicados en aquella centuria (42), que ellos solos compondrian hoy una numerosa biblioteca, si la pluma del mas escelente de nuestros novelistas no hubiera acelerado su esterminio, dejándonos solo la memoria de que existieron. Ellos depravaron el gusto de la multitud, presentándole ficciones brillantes y maravillosas, otro órden físico y moral diferente de todo lo que existe, otro universo y otros hombres. Hacinaron prodigios para exaltar la fantasía, enredaron las fábulas con artificiosa complicacion de incidentes para sostener en movimiento la curiosidad, y pintaron afectos heróicos ó tiernos

(1) Para hablar con toda exactitud debe decirse *la primera que se imprimió en lengua castellana*; y es la que publicó Garci Ordoñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo, ignoramos en qué año, pero positivamente muy poco después de la toma de Granada, ocurrida á principios de 1492. Con anterioridad, en 1490, se habia impreso la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*; pero fué en lengua lemosina, y de esta edicion existe el único ejemplar conocido en la biblioteca de la Sapienza en Roma. Otra edicion se hizo en Barcelona el año de 1497. (Mendez, *Tipografía española*, pag. 72 y 115.) En la misma equivocacion incurrió Cervantes en el capítulo VI de la primera parte del *Don Quijote*; pero la rectificó don Diego Clemencin en sus comentarios al mismo. Del origen del *Amadís* y libros de caballería, trataremos mas estensamente en el tomo que destinamos á esta clase de obras.

para interesar el corazon. Damas hermosísimas, príncipes, reyes y emperadores; ausencias, celos, placeres de amor, torneos, divisas, conquistas, empresas temerarias, fatigas sobrehumanas, torres de bronce, palacios de cristal, lagos hirvientes, desiertos hórridos, islas nadantes, carros aéreos, hechiceros, fadas, genios, monstruos, enanos, gigantes, dragones, hipógrifos; todo esto fué materia de aquellos libros que llamaron historias. ¿Cómo el pueblo acostumbrado a ellas sabria contentarse en el teatro con una ficcion verosímil, imitada de la vida doméstica, animada con la espresion de los caracteres y afectos comunes, complicada por medios naturales, desenlazada con imprevista y fácil solucion, y toda ella ingeniosamente dispuesta para enseñar al auditorio verdades útiles, inspirándole horror al vicio y amor á la virtud? Ni el arte se hallaba tan adelantado que pudieran esperarse muchas obras dramáticas con estos requisitos, ni el concurso que habia de oirlas (acostumbrado en los libros caballerescos a invenciones mas seductoras) era ya capaz de percibir y estimar el mérito de una pieza teatral bien escrita. Así fué que apenas se empezó a cultivar la poesía escénica, los mismos que la adelantaron contribuyeron a corromperla, mezclando en sus composiciones personajes e incidentes exagerados, fantásticos, imposibles; y este error propagado de unos en otros, y alentado por el aplauso que recibia, inutilizó en adelante las prendas del ingenio, y atropelló los buenos principios de la ficcion dramatica, cuyo objeto es la imitacion de lo que existe, de lo que ha existido, de lo que puede existir entre los hombres.

A las maravillas del género romancesco se añadieron las que son inherentes á la religion; y como sus misterios iban desterrandose de los espectáculos que el pueblo acostumbraba a ver en las iglesias, fácilmente pasaron a los tablados públicos, y abrieron nueva senda á los poetas para escitar la admiracion con dramas sagrados, en que la creencia comun hacia verosímiles los prodigios, y el total abandono del arte aseguraba los aplausos. De aquí resultó la multitud de comedias de santos y de autos sacramentales ó natalicios (43), que por tanto tiempo alimentaron la equívoca devocion del vulgo, haciendo cada vez mas difícil la reforma de nuestro teatro.

La poesía lírica, no sujeta á la censura de la plebe, libre en sus argumentos, hija de la fantasía, intérprete de los propios afectos, émula de los mas calificados originales, llegó en la pluma de Garcilaso y de los que le siguieron á un alto punto de belleza, que desde el *Dulce lamentar* de Salicio y Nemoroso hasta las *Santas ceremonias pias* de Lupercio, la profecía del Tajo de Luis de Leon, y la victoria de Lepanto celebrada por Hernando de Herrera, produjo admirables obras; pero tanto distan entre sí los géneros poéticos, que lo que en uno es perfeccion, es desacierto en otro. El uso de la pompa épica y de los raptos y armonía lírica mal aplicados a las ficciones del teatro contribuyeron á descaminar el gusto. La destemplada imaginacion de los que pusieron en la escena argumentos y personajes ni históricos ni posibles mezcló todos los estilos, y adoptó locuciones tan distantes de la verdad, que la tragedia y la comedia, á fuerza de peregrinos adornos, perdieron aquella decorosa sencillez que debe caracterizarlas.

Las nuevas doctrinas que separaron de la comunion católica una gran parte de Europa, y el recelo de que su introduccion produjese iguales males y escandalos en España, dieron ocasion a precauciones estraordinarias, que quiza no se hubieran tomado sin esta causa, imponiendo restricciones á los ingenios y a la libertad de imprimir, y conteniendo en estrechos límites las artes de la imaginacion, á quienes tal estado no era ciertamente favorable. La autoridad sacrificó lo útil a lo necesario, y contuvo los vuelos de la ilustracion en obsequio de la paz y tranquilidad del reino (*j*). Pero no fué de tal modo que se sofocasen enteramente los esfuerzos y lozanía de los talentos españoles; y hoy en dia admiramos las producciones de los que siguiendo la sublime inspiracion de las musas, ilustraron en aquella época nuestras letras, y dejaron modelos que la edad presente procura, y no siempre consigue imitar.

En el año de 1548 se celebró en Valladolid, ausente el emperador Carlos V, el casamiento de la infanta doña Maria su hija con el archiduque Maximiliano. Para festejar a la corte se representó en palacio una comedia adornada con suntuoso aparato y decoraciones, a imitacion de las que se hacian entonces en Roma. Ningun ingenio español mereció emplear su pluma en obsequio de aquellos príncipes; la comedia se representó en italiano (*l*), como la habia escrito muchos años antes su autor Ludovico Ariosto (44).

(*j*) Obsérvese en este pasaje la circunspeccion con que se espresaba Moratin sobre la censura, y recuérdese lo que dijo en el prólogo sobre la influencia de la política y las costumbres en las producciones literarias, y sobre las restricciones que imponen a un autor el respeto a la autoridad y las demas circunstancias del tiempo en que se escribe. No es facil fijar la época en que se estamparia el presente pasaje en una obra, fruto de largos años: pero no se olvide que salió a luz bajo el reinado del último monarca, cuando se concedia muy poco ensanche al pensamiento. Las trabas puestas por el gobierno y la inquisicion produjeron sin necesidad efectos mas dañosos que los apuntados por el autor. La censura era solo indulgente con las ideas desenvueltas relativamente a la moral y el público decoro; y bajo la aprobacion y elogios de gravísimos examinadores se imprimian libros, a que el hombre mas cínico no daria su nombre en nuestros tiempos. En esta parte, un rubor discreto que ha echado hondas raíces en la opinion, suple con conocida ventaja el único fin util que pudiera proponerse la antigua censura.

(*l*) Años despues, cuando ya el teatro español poseia un regular repertorio, el pueblo se aficionó grandemente a

La prosa familiar aplicada al teatro no habia tenido hasta aquella época escritores que la cultivasen, y este mérito le reservó la naturaleza precisamente en favor del que parecia menos dispuesto a conseguirle. Un sevillano, hombre del pueblo, sin maestros, sin estudios, aplicado a ganar la vida en un ejercicio mecánico, hizo en la escena española una innovacion plausible, y abrió á los autores dramaticos un nuevo camino que no acertaron a seguir. Tal fué Lope de Rueda (45), que antes de la mitad del siglo XVI apareció en los teatros de su patria como ingenioso autor y gracioso representante.

La *Celestina* y las demas novelas en prosa que se hicieron á su imitacion tenian dos defectos, que en la escena son intolerables : erudicion afectada y pedantesca, y largos discursos de inoportunas doctrinas, prescindiendo de la escesiva duracion de aquellas fabulas, que no se hicieron para ser representadas, sino meramente leidas. Rueda, estudiándolas con prudente discernimiento, conoció sus defectos, imitó sus primores, y acomodándose á la impaciencia del publico (que habia de oirle en una plaza, en un corral ó un almacen, de pié, apretado, y sujeto á continua distraccion), escribió pequeños dramas de tres ó cuatro personas, con una accion muy sencilla, caracteres naturales, lenguaje castizo, diálogo chistoso y popular. Compuso ademas algunas piezas de mayor estension con mas interés y artificio, mezclando en ellas episodios poco necesarios, que representaba separadamente cuando le convenia; pero en estas piezas, queriendo imitar el gusto que reinaba entonces en Italia, se apartó algunas veces de aquella inapreciable sencillez que caracterizaba su talento dramático. Todavía fué mas estimable en los ingeniosos coloquios pastoriles que escribió en verso y se imprimieron despues de su muerte; pero esta edicion es absolutamente desconocida, y solo nos ha quedado uno entero y un fragmento de otro. Por estas obras mereció el nombre de padre del teatro español; y en ellas mismas, y en el testimonio unánime de los hombres doctos que se las vieron representar, se hallará la razon que tuvo su patria para colmarle de elogios, y recomendar á la posteridad su memoria.

El valenciano Juan de Timoneda (46), contemporáneo suyo, su amigo y editor de sus obras, le imitó en algunas piezas cómicas que compuso en prosa, no desnudas de mérito, por la facilidad de la diccion, la rapidez del diálogo y la regularidad de la fábula. Las que hizo en verso no merecen el mismo elogio, pues además de que la versificacion de Timoneda es trabajosa y desaliñada, queriendo darles novedad, se valió para conseguirlo (aunque no en todas ellas) de incidentes imposibles y personajes maravillosos, que no existiendo en la naturaleza, no son á propósito para el teatro. Hasta en esto quiso imitar á Lope de Rueda; que los descuidos de un hombre célebre producen por lo comun resultados muy infelices.

Alonso de la Vega (47), representante y autor de compañía, escribió algunas comedias en prosa, que en su tiempo tuvieron mucha aceptacion; pero la buena crítica halla tantos defectos en las tres que han llegado á nosotros, ya por la composicion de la fábula, ya por los caracteres y el estilo, que no justifican el aplauso que sus contemporáneos le dieron.

A competencia de estos componian otros muchos, de los cuales se conservan algunas obras, ó la noticia de ellas. Las compañías cómicas (48) vagaban por todas las provincias entreteniendo al pueblo con sus *comedias, tragedias, tragicomedias, églogas, coloquios, diálogos, pasos, representaciones, autos, farsas y entremeses;* que todas estas denominaciones tenian las piezas dramáticas que se escribieron entonces.

La propiedad (49) y decencia de los trajes, la decoracion y aparato escénico se hallaban todavía en un atraso miserable; porque como no habia en ninguna villa ni ciudad teatro permanente, y los actores se detenian muy poco en cada una de ellas (no permitiéndoles mayor dilacion el escaso caudal de piezas que llevaban), no era posible conducir por los caminos ni decoraciones, ni máquinas, ni utensilios de escena, ni la pobre ganancia que les resultaba de su ejercicio les permitia mayores dispendios.

Duraban todavía los abusos que el concilio de Aranda habia querido estinguir. Seguia celebrándose en el templo la fiesta ridícula de los Inocentes, y los dramas sagrados cuyo uso habia tolerado aquel concilio distaban mucho de la honesta y religiosa compostura que habia exigido en ellos. Fué pues preciso que el concilio toledano celebrado en los años de 1565 y 1566 tomase otra vez en consideracion este punto, prohibiendo de nuevo el grotesco regocijo de los Inocentes (50), previniendo que no se interrumpiesen los oficios divinos con ningun género de diversion; que las representaciones no se hiciesen dentro de la iglesia, y que los obispos mandasen examinar previamente las piezas de asunto sagrado que se diesen al pueblo, repitiendo la prohibicion á los clérigos de vestirse de máscara, ni representar en los citados espectáculos. En las demás diócesis de España se repitieron sucesivamente iguales providencias, y todo fué menester para desterrar del santuario desórdenes tan escandalosos, y sujetar

las representaciones italianas que trajo á España con su compañía un famoso mímico llamado Alberto Ganasa en 1574, y salió tan bien de su primera escursion, que posteriormente la repitió. Asi como ahora el placer de la música suple el conocimiento del idioma, suplia entonces la viveza de la gesticulacion en que eran estremados aquellos actores. Las entradas que dieron tales funciones, cuyas cuentas todavía se conservan, atestiguan la aceptacion que merecieron. Ganasa volvió á su patria rico, suerte que no se cuenta de ningun representante español de aquellos tiempos.

a sus ministros á no ser histriones, ni envilecer á vista del público la dignidad de su carácter.

Quedaron pues reducidas las antiguas acciones dramáticas de las iglesias á unos breves diálogos mezclados con canciones y danzas honestas, que desempeñaban los sacristanes, mozos de coro, cantores y acólitos en la fiesta de Navidad, precediendo á su ejecucion la censura del vicario eclesiástico. Ya no intervenian patriarcas, profetas, apóstoles, confesores ni mártires, sino ángeles y pastores : figuras mas acomodadas á la edad, al semblante, á la voz y estatura de los niños y jóvenes que habian de hacerlas. De aquí tuvieron orígen las piezas cantadas que hoy duran con el nombre de villancicos (51), los cuales mas artificiosos entonces que ahora, se componian de representacion, canto, danza, accion muda, trajes, aparato y música instrumental.

Los dramas sagrados, históricos, alegóricos ó morales, que por tantos años habian sido ejercicio peculiar de los sacerdotes, desaparecieron enteramente. Nada se habia impreso : los cabildos conservaban los manuscritos de estas obras como propiedad suya, y así les fué tan fácil destruirlas todas. El mismo celo religioso que las fomentó, acabó con ellas después; y aunque efectivamente ganó mucho en esto el decoro del templo y de sus ministros, la historia literaria se resiente de su pérdida (*m*).

Esta prohibicion dió nuevo impulso á los teatros públicos, en los cuales se vieron desde entonces con mayor frecuencia composiciones sagradas que atraian á la multitud ; el número de los autores dramáticos se fué aumentando, como igualmente el de las compañías cómicas. La emulacion de los actores, su interés y el deseo de ser aplaudidos les hizo adelantar en su arte, y nada omitieron para añadir á sus espectáculos el aparato y brillantez de que tanta necesidad tenian.

Un cómico natural de Toledo, llamado Navarro (52), autor de compañía, *inventó los teatros* por los años de 1570, que es decir, introdujo en ellos decoraciones pintadas y movibles, segun el argumento lo requeria; mudó el sitio de la música, aumentó los trajes, hizo varias alteraciones en las figuras de la comedia, puso en movimiento las maquinas, imitó las tempestades, y animó sus fábulas con el aparato estrepitoso de combates y ejércitos.

Ya se infiere de aquí que la dramática española iba apartándose de aquella sencillez que la habia hecho estimable en las mejores composiciones de los autores precedentes. Vanos fueron los esfuerzos del docto anónimo (53) que en el año de 1555 publicó en Amberes una buena traduccion de dos comedias de Plauto. El benemérito humanista Pedro Simon Abril (54) dió á conocer á sus compatriotas en los años de 1570 y 1577 el *Pluto* de Aristófanes, la *Medea* de Eurípides y las comedias de Terencio en lengua vulgar; nada de esto sirvió de ejemplo a los que escribian para el teatro. Jerónimo Bermudez (55), en el mismo año de 1577, presentó en su tragedia de *Nise lastimosa* una accion interesante, patética, llena de situaciones verosímiles y afectuosas, espresadas con grave y decoroso estilo. Las tragedias en prosa de Fernan Perez de Oliva, publicadas ya por Ambrosio de Morales, se leian con estimacion de los doctos, pero ninguno cuidó de imitarlas.

Otros literatos escribieron en la misma época comedias y tragedias latinas con apreciable regularidad : obras de mera erudicion, que no pudieron influir en los adelantamientos del teatro. Don Luis Zapata tradujo y publicó el *Arte poética* de Horacio; Juan Perez de Castro la de Aristóteles. Alonso Lopez, llamado el Pinciano, dió á luz poco después una difusa y juiciosa poética, en que reunió con buen gusto y eleccion los preceptos de la dramática; todo fué inútil, la depravacion de la escena española era ya inevitable.

El sevillano Juan de Malara (56) fué uno de los que mas contribuyeron á ella, escribiendo dramas desarreglados en que aplaudió el público muchas veces la diccion fácil y sonora con que supo hermosear los estravíos de su brillante imaginacion.

Juan de la Cueva (57), su compatriota, afluente versificador, que cultivando todos los géneros de la poesía para no ser perfecto en ninguno, siguió las huellas de Malara, empezó desde el año de 1579 á dar al público sus comedias y tragedias, oidas primero con general con-

(*m*) Tal vez á este género pertenecen algunas, cuando menos, de las contenidas en el códice de la Biblioteca nacional, de que hemos hablado en la nota 5 del Prólogo, y cuya descripcion nos da sucintamente don Eugenio de Tapia al frente de las dos muestras que publicó. — « Los dramas (dice) de esta rarísima coleccion forman un volúmen en folio de 468 fojas numeradas con tinta encarnada ; está muy bien escrito todo él, y la letra es del siglo XVI. Todas las composiciones son anónimas, y no hay una sola nota ó advertencia por donde pueda rastrearse quién fuese el compilador y quiénes los autores de tan distintas piezas ; el códice está falto de las ocho primeras hojas, y acaso en alguna de ellas se daria razon de uno y otro. Las mas de las composiciones llevan el nombre de autos, otras el de farsas, y dos ó tres se titulan coloquios, y tambien hay un entremés titulado de *las Esferas*. Es de presumir que todas ó la mayor parte se hubiesen representado, segun las loas ó introducciones que preceden, y la licencia que para representarse consta al pié de una de ellas. Muchas parecen, por su estilo y sencillez, del primer tercio del siglo XVI, otras son indudablemente posteriores. Todas son de corta estension, y tienen poco artificio dramático; distinguense no obstante muchas por la naturalidad del dialogo, la facilidad de la versificacion, y a veces por su gracia cómica, aunque todos sus asuntos son tomados del antiguo ó nuevo Testamento, ó de alguna leyenda mística. » — Este códice será objeto de nuestro estudio particular en su tiempo oportuno.

tento en Sevilla, y repetidas después en todas las ciudades del reino, sirviendo de modelos ó de disculpa á los que con menos talento se propusieron imitarle.

Entonces se vieron ya confundidos los géneros cómico y trágico en los argumentos de la fábula, en los personajes, en las pasiones y en el estilo. Se adoptaron todas las combinaciones líricas, épicas y elegíacas, olvidándose de la unidad y conveniencia imitativa que pide la espresion de los afectos y caracteres en el teatro. Empezó á desatenderse como cosa de poca estima la prosa dramática, que en ambos géneros habia llegado tan cerca de la perfeccion, merced al estudio de algunos beneméritos autores. Las comedias eran ya novelas en verso, compuestas de patrañas inverosímiles é inconexas; las tragedias un enredo confuso, que se desataba á fuerza de atrocidades repugnantes y feroces, ó una serie de situaciones faltas de unidad y artificio, copiadas de la historia, sin que el autor pusiera otra cosa de su parte que el diálogo y los versos.

Así halló el teatro Miguel de Cervantes (58), el cual, bien lejos de contribuir á mejorarle, como pudiera haberlo hecho, solo atendió á buscar en él los socorros que necesitaba su habitual pobreza, escribiendo como los demás, y olvidando lo que sabia para acomodarse al gusto del vulgo y merecer su aplauso.

Esta escuela, si tal debe llamarse, siguieron después Cetina, Virués (59), Guevara, Lupercio de Argensola (60), Artieda (61), Saldaña, Cozar, Fuentes, Ortiz, Berrío, Loyola, Mejía, Vega, Cisneros (62), Morales, y un número infinito de poetas de menor celebridad, que florecieron en Castilla, Andalucía y Valencia (*n*).

Hecho ya el teatro necesidad del pueblo, y multiplicándose por todas partes las compañías cómicas, llegaron á establecerse en la corte, ocupando los dos corrales (63) de la Cruz y el Príncipe, construido el primero en el año de 1579, y el segundo en el de 1582.

En ellos empezaron á oirse con admiracion los fáciles versos del jóven Lope de Vega, aquel hombre estraordinario á quien la naturaleza dotó de imaginacion tan fecunda, de tan afluente vena poética, que en ninguna otra edad le ha producido semejante. Nada estimaba el público en los teatros si no era de Lope; los demás poetas vieron que el único medio de adquirir aplausos era imitarle, y por consiguiente abandonaron el estudio de los buenos dramáticos de la antigüedad, las doctrinas de los mejores críticos, y aquellos preceptos mas obvios que dicta por sí solo el entendimiento sin necesidad del ejemplo ni de la lectura.

Al acabarse el siglo XVI (64), no cumplidos los cuarenta años de su edad, ya habia dado Lope á los teatros mas de cuatrocientas comedias, improvisadas, ya se entiende, como todas las que hizo después, como todas las demás obras que salieron de su pluma en prosa y en verso; pero si es admirable la fecundidad de su fantasía, que nunca supo sujetar á los preceptos del arte, no es menos de maravillar que improvisando siempre, muchas veces acertó. Los que prescindiendo de las infinitas bellezas que se hallan esparcidas en sus composiciones dramáticas, gusten solo de acriminar sus defectos, no les faltará materia abundantísima para la censura; pero si esta la estienden hasta el punto de culpar á Lope como corruptor de la escena española (65), no hallarán las pruebas que se necesitan para apoyar una acusacion tan injusta.

Lope no desterró el buen gusto del teatro, que ya estaba enteramente perdido cuando él empezó á escribir. Si algun cargo puede hacérsele, será solo el de no haber intentado corregirle; y en efecto, mucho podia esperarse de un talento como el suyo, de su esquisita sensibilidad, de su ardiente imaginacion, de su natural afluencia, su oido armónico, su cultura y propiedad en el idioma, su erudicion y lectura inmensa de autores antiguos y modernos, su conocimiento práctico de caracteres y costumbres nacionales. Si con estas prendas no aspiró á la gloria que adquirieron en Francia algunos años después Corneille y Moliere, esta es la sola culpa de que se le puede acusar.

El teatro español que, como ya se ha dicho, empezó en el templo, sujetaba á la ficcion escénica los misterios de la religion. En el templo, y después en las plazas y corrales, se oyó la voz de Dios, la de Cristo, la de su divina Madre, la de los apóstoles y mártires; los ángeles, los diablos, los vicios y las virtudes eran figuras comunes en aquellos dramas. Esto no lo inventó Lope, ya lo halló establecido en los teatros de su nacion. Si enredó sus fábulas con inverosímil artificio, huyendo el órden natural en que se suceden unos á otros los acaecimientos de la vida, si mezcló en ellas altos y humildes personajes, acciones heróicas y plebeyas, si pasó los términos del lugar y el tiempo, si faltó á la historia y á los usos característicos de las naciones; los poetas que le habian precedido le dieron ejemplo. Si puso en el teatro lo que solo cabe en las descripciones de la epopeya, lo que solo se permite á los movimientos líricos, si aduló la ignorancia vulgar pintando como posibles las apariciones, los pactos, los hechizos y todos los delirios que una vana credulidad autoriza; otros antes que él habian hecho lo mismo. Si se atrevió á mezclar entre sus figuras las deidades gentílicas, cuya existencia es

(*n*) Si nos propusiéramos citar nombres de ingenios que escribieron para el teatro en la época que medió entre Juan de la Cueva y la aparicion de Lope de Vega, resultaria una lista muy estensa. Pero limitándonos á los de mayor nombradía, no podemos omitir al canónigo Tárrega, y á Gaspar Aguilar, secretario del duque de Gandía.

tan absurda que destruye toda verosimilitud teatral; nada hizo de nuevo, repitió solamente lo que halló practicado ya, lo que el pueblo habia visto y aplaudido por espacio de muchos años. No corrompió el teatro; se allanó á escribir segun el gusto que dominaba entonces; no trató de enseñar al vulgo, ni de rectificar sus ideas, sino de agradarle para vender con estimacion lo que componia, y aspiró á conciliar por este medio (poco plausible) las lisonjas de su amor propio con los aumentos de su fortuna.

El exámen de sus obras dramáticas y las que escribieron imitándole sus contemporáneos, las innovaciones que introdujo Calderon dando á la fábula mayor artificio, los defectos, las bellezas de nuestro teatro y su influencia en los demás de Europa durante todo el siglo XVII, su decadencia en el siguiente, los esfuerzos que se hicieron para su reforma, el estado en que hoy se halla y los medios de mejorarle, darán materia á quien con mayores luces y menos próximo al sepulcro se proponga continuar ilustrando esta parte de nuestra literatura, que tanto puede influir en los progresos del entendimiento, y en la correccion y decoro de las costumbres privadas y públicas.

ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

NOTAS DEL AUTOR.

(1) *Los visigodos.*

Al empezar el siglo v ocuparon los visogodos una parte de España, y en los sucesivos (vencidas otras naciones bárbaras) la dominaron toda. Cuando entraron en ella hablaban con mas ó menos propiedad la lengua latina, puesto que habia ya mas de medio siglo que atravesando el Danubio se habian establecido en varias provincias del imperio, primero en calidad de refugiados, después como aliados, y por último como enemigos y conquistadores. La mayor parte de la nobleza gótica habia recibido su educacion entre los romanos. Así es que cuando llegaron á internarse en España, su lengua y sus costumbres eran las mismas que tenian los pueblos vencidos.

Los autores españoles que florecieron durante la monarquia gótica pertenecen esclusivamente á la baja latinidad. Justiniano, Elpidio, Justo, Nebridio, Agripio, Luciano, Severo, Eutropio, Leandro, Juan Biclarense, Fulgencio, Máximo, Isidoro, Balgasano, Sisebuto, Artuago, Paulo Emeritense, Braulio, los dos Eugenios, Fructuoso, Ildefonso, Orencio, Tajon, Juliano, Valerio: todos escribieron en latin.

Como los doctos y el vulgo tenian un mismo idioma, con la sola diferencia de que los unos le cultivaban en sus escritos con la pureza que les era dable, en tanto que la multitud le iba corrompiendo cada vez mas, no es de admirar que no se conserve ni un solo documento de la lengua gótica. Ha sido estudio particular de algunos eruditos reunir los vocablos que nos quedan de ella, y no hay mas que añadir á sus investigaciones.

Pudieran acumularse citas sin número en apoyo de cuanto se acaba de decir. Don Tomás Sanchez redujo á estas pocas líneas una asercion tan autorizada y tan evidente: «Cuando entraron en España los godos y demás »naciones del norte, era vulgar y casi universal en todo »nuestro continente la lengua latina introducida por los »romanos. Pero como los godos que le dominaron después »no aspiraron á introducir la suya, se conformaron con »la de los romanos vencidos, introduciendo en la latina »muchos vocablos de la gótica, dejando indeclinables los »nombres, porque lo eran en su idioma. Este fué el prin»cipio de la corrupcion de la lengua latina en España, y el »origen del romance que ahora usamos.»

Solo el deseo de opinar al revés de cuanto han dicho los demás pudo determinar al traductor del Blair á decir que «la lengua castellana es de origen godo; admi»tió con el tiempo vocablos latinos.» Debe leerse precisamente lo contrario. «La lengua castellana es de origen »latino; admitió con el tiempo vocablos godos.»

(2) *Durante la dinastía de los visogodos.*

Las naciones bárbaras del norte que invadieron á Europa disfrutaron en España, como en todas las demás provincias del imperio romano, de los espectáculos del anfiteatro, del circo y de la escena, que hallaron establecidos; y además de los teatros de madera que se construian en ocasiones particulares, existian usuales todavía los que habia de piedra en las principales ciudades de nuestra Península: tales eran los de Sagunto, Acinipo, Carteya, Emérita Augusta, y otros que yacen hoy desconocidos en sus ruinas.

Desde el siglo iv, en que el concilio iliberitano hizo mencion de los aurigas, pantomimos y cómicos, hasta el vii, en que todavía existian, se advierte la continuacion de los espectáculos que los godos adoptaron y sostuvieron. San Isidoro en sus *Orígenes*, lib. 18, cap. 41 y 59, exhorta á los cristianos á que se abstengan de las fiestas del circo, del anfiteatro y de la escena: lugares que segun lo espresa aquel santo doctor infectaba todavía la supersticion gentílica, y ofrecian á los ojos pompas y vanidades mundanas, crueldades feroces, imágenes de lascivia y torpezas abominables (1). Por los años de 620 Sisebuto «depuso á Eusebio, obispo de Barcelona, é hizo »poner otro en su lugar, como se entiende por las mismas »cartas suyas. La causa que se alegaba fué que en el tea»tro los farsantes representaron algunas cosas tomadas »de la vana supersticion de los dioses, que ofendian las »orejas cristianas. Esta pareció por entonces culpa bas»tante por haberlo el obispo permitido.» Así refiere Mariana esta anécdota en su *Historia general de España*, lib. 6.

Resulta de aquí que noventa años antes de la irrupcion de los árabes duraban en España los espectáculos del teatro, y puede inferirse con toda verosimilitud que continuaron hasta que Rodrigo perdió en Jerez la corona y la vida. Esclava la nacion en poder de los agarenos, solo una pequeña parte de ella conservó su libertad al abrigo de montañas inaccesibles: desde allí fué dilatando progresivamente sus conquistas, y durante algunos siglos no conoció mas ocupaciones que la de pelear, ni mas artes que las necesarias á la guerra. Si en alguna de las naciones de Europa cesaron del todo las diversiones de la escena, ninguna tuvo como la nuestra tanto motivo de abandonarlas.

(3) *La poesía siguiendo los progresos, etc.*

El primer poema castellano de los que hoy se conservan es el del *Cid*, escrito por desconocido autor á mitad del siglo xii, como lo manifiesta su misma rusticidad. En él todo es deforme: el lenguaje, el estilo, la versificacion y la consonancia. La única regularidad que se advierte (y no es plausible en un poema) es la de haber seguido en su narracion el órden de los sucesos segun los refiere la historia.

El clérigo Joan Lorenzo, natural de Astorga, escribió por los años de 1250 un poema de la vida de Alejandro, siguiendo en general la narracion de Quinto Curcio, añadiendo á veces circunstancias y hechos fabulosos que halló en otros autores. El lenguaje de Joan Lorenzo es ya mucho mas culto que el del poema del *Cid*, la versificacion mas sonora, la consonancia mas exacta.

Por el mismo tiempo floreció el presbítero Gonzalo de Berceo, que compuso entre otras obras poéticas, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, la *de San Millan*, la *de Santa Oria* y el *Martirio de San Lorenzo*. En ellas ciñéndose con poca invencion al asunto histórico que se habia propuesto desempeñar, manifestó ilustrado talento, sencillez, fácil abundancia, y tan puro y religioso candor (no desnudo de gracia en el estilo ni de armonía en los versos), que puede contarse entre los que ilustraron el primitivo Par-

(1) ¿Se propondria san Isidoro moralizar el teatro, introduciendo en él un género nuevo, cuando compuso su opúsculo dialogado. *Conflictus vitiorum et virtutum*, que se lee entre sus escritos? Algunos han sospechado por lo menos que esta obra fué destinada á la representacion; nosotros no nos creemos con bastantes conocimientos para ilustrar, cuanto menos para resolver, este problema.

naso castellano como el mas digno cantor de la devocion y la virtud: sus versos anuncian la inocencia de sus costumbres. ¿Quién hay que los lea sin prendarse del poeta que los compuso?

Alfonso X, llamado con sobrada razon el Sabio, entre varios monumentos que nos dejo de su literatura, escribió algunas composiciones poéticas en castellano y en gallego, y las que dedicó á celebrar los milagros de la Virgen se conservan con la música que les puso él mismo. Así se cantaron durante algunos años en la catedral de Sevilla.

Séame licito con este motivo esponer mi opinion acerca del *Libro de las Querellas* y el de *El Tesoro*. No creo que estas composiciones sean de Alfonso X. Cualquiera que tenga conocimiento de los progresos de la lengua y poesía castellana les dará dos siglos menos de antigüedad. Si las coteja con las demás obras en verso de aquel rey hallará mas fundada esta asercion, y si reflexiona que se hallaron entre los manuscritos del marqués de Villena, sospechará quién pudo ser el verdadero autor, y á cuál época pertenecen (2).

Hecha ya mencion de los primeros autores de nuestra poesía vulgar, no es de mi propósito continuar la serie de todos ellos. Velazquez habló de esto, y después de él don Tomás Sanchez añadió cuantas noticias pudo adquirir su diligencia.

(4) *Los yoglares y yoglaresas.*

Juglar, del latin *jocularis*, músico de instrumento y voz, pantomimo y representante. La primera indicacion que he podido hallar, acerca de los juglares en España, se encuentra en la crónica general, en donde hablandose del casamiento de las hijas del Cid con los condes de Carrion (que debió ser acia el año de 1098), se refiere que los juglares intervinieron en las fiestas celebradas en Valencia con aquel motivo.

Lo mismo se verificó después cuando el Cid casó otra vez á sus hijas con don Ramiro, infante de Navarra, y don Sancho, infante de Aragon, segun refiere tambien la citada crónica.

En un privilegio dado en Burgos por Alfonso VII, en el año de 1136, firma entre otros un juglar con estas palabras: *Pallea juglar confirmat.*

En los siglos posteriores se hace frecuente mencion de los juglares, y a este fin pueden verse las *Leyes de Partida*, las *Obras de Berceo* y *Joan Lorenzo*, el manuscrito de *cuentas de Sancho IV*, la *Historia de los reyes de Aragon* por Montaner, *El conde Lucanor*, las *Obras del Arcipreste de Hita*, la *Historia del monasterio de Sahagun*, el *Ceremonial del rey don Pedro de Aragon*, y las noticias que el P. Liciniano Saez sacó del archivo de Comtos de Navarra.

La cita mas reciente que ha llegado a mi noticia relativa á juglares, es la que copio don Tomás Sanchez del *Cancionero de Baena*, en donde se incluye una cantiga del poeta Villasandino, hecha «por alabanza e loores de »la redundante ciudad de Sevilla, e presentola en cabildo »é fizola cantar con juglares delante de los oficiales, é »ellos mandaronle dar en aguinaldo cient doblas de oro »por esta cantiga.» Refiérese esto a los principios del siglo XV, durante el cual, aunque las habilidades de los juglares permanecieron, la denominacion se fué olvidando, y llego á faltar enteramente en el uso comun del idioma despues de haber durado en él por espacio de mas de cuatro siglos.

(2) Esta fundadísima sospecha del autor adquiere muchos mas grados de probabilidad, si a las consideraciones que indica se agrega otra muy importante, relativa al asunto del libro del *Tesoro*, reducido al hallazgo de la piedra filosofal. Sabida es la fama de nigromante y alquimista que se granjeó en su tiempo el marques de Villena. No es improbable que con aquellos signos no descifrados hasta ahora, tal vez caprichosos y sin significacion, que van interpolados con las estancias castellanas, quisiese divertirse con los credulos, como creemos que se propuso en su libro del Aojamiento, cuya copia tenemos á la vista.

(5) *No pertenecen al género dramático.*

Nasarre dijo en el prólogo á las comedias de Cervantes: «Los árabes y moros fueron en las representa»ciones con hechos, gestos y palabras muy escelentes. »ayudados del genio poético y elegante lenguaje de su »nacion, como se hará ver cuando se publiquen las re»liquias de su literatura, que por felicidad grande se han »hallado poco ha en la famosa librería del Escorial, y »aun sin ellas se puede probar con nuestras historias.» Lo cierto es que en nuestras historias nada se halla que autorice tal opinion. En el Escorial no existe ninguna composicion de teatro escrita por los árabes. Casiri, que publicó la Biblioteca arábiga escurialense, ni vió ninguna, ni adquirió siquiera la noticia de que entre los árabes se cultivase este género de poesía. *Jam verò arabes europæorum more nec tragœdias nec comœdias agunt; an vero scripserint, altum apud scriptores silentium.* El erudito don José Antonio Conde, á quien mereci la mas cordial amistad y confianza, me aseguró repetidas veces que entre los muchos manuscritos que habia leido y estractado, para la formacion de su *Historia de los árabes en España*, no habia encontrado el menor indicio de que en aquella nacion se hubiese conocido nunca la poesía teatral.

(6) *Llegó á ser comun, etc.*

No es dudable que la poesía italiana trae su origen de la provenzal ó lemosina. En cuanto á la nuestra podemos asegurar que tuvo el mismo principio luego que abandonó la imitacion latina. De esta opinion fué el marqués de Santillana, el cual dijo: «Estendiéronse, creo, »de aquellas tierras y comarcas de los lemosinos estas ar»tes á los gállicos, é á esta postrimera é occidental parte, »que es la nuestra España, donde asaz prudente é fer»mosamente se han usado... Los catalanes, valencianos »y aun algunos del reino de Aragon fueron é son grandes »oficiales de esta arte... Ovo entre ellos de señalados hom»bres, asi en las invenciones como en el metrificar.»

Don Luis Velazquez dijo: «Los poetas provenzales de »España de que tenemos noticia suben hasta el siglo XI. En »él vivia don Pedro I de Aragon, si acaso es á él y no á don »Pedro II, á quien deben atribuirse los versos proven»zales de que habla Guillermo Castel. En el siglo XII los »hizo don Alfonso I de Aragon;» y continúa nombrando algunos célebres poetas catalanes y valencianos que cultivaron la poesía en lenguaje lemosino hasta el siglo XVI. A estas noticias deben añadirse las que recogió don Tomás Sanchez relativas al mismo propósito.

Los trovadores de Castilla escribieron en su propia lengua imitando á los provenzales y adoptando la medida y colocacion de sus versos. Los aragoneses compusieron algo en lemosino, y la mayor parte en castellano, que era su idioma natural. Los portugueses en el suyo siguieron tambien la misma escuela, es decir, que el gusto, la versificacion y el lenguaje provenzal fueron generales en Cataluña y en Valencia; pero los aragoneses, portugueses y castellanos cultivaron esclusivamente la suya, introduciendo en ella las formas poéticas que tomaron de los provenzales.

(7) *Fueron célebres por el estudio de la gaya sciencia.*

Desde el siglo XII empezaron á florecer en la parte meridional de Francia muchos trovadores cultivando la poesía que se llamó provenzal. Dueños los condes de Barcelona de grandes estados á la otra parte de los Pirineos, fácilmente pasó á Cataluña el gusto de versificar, siendo una misma la lengua vulgar en una y otra parte, la cual en lo sucesivo se estendió á Valencia conquistada por el rey don Jaime I.

En el libro que escribió el marqués de Villena de la *Gaya sciencia*, hablando de los progresos que hizo en la corona de Aragon, dice: «El rey don Juan de Aragon, primero de »este nombre, fijo del rey don Pedro II, fizo solemne em»bajada al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio

»de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la gaya sciencia, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para esto, ordenándolo desta manera: »Que oviese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno caballero, el otro maestro de teologia, el otro de leyes, el otro honrado cibdadano; é cuando alguno destos falleciese, fuese otro de su condicion elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

»En tiempo del rey don Martin su hermano fueron mas privilegiados é acrescentadas las rentas del consistorio para las despensas facederas, asi en la reparacion de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficiéronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

»Después de muerto el rey don Martin por los debates que fueron en el reino de Aragon sobre la sucesion, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

»Las materias que se proponian en Barcelona estando allí don Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de sancta Maria, otras de amores é de buenas costumbres. E llegado el dia prefigido congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partíamos ordenadamente con los vergueros delante, é los libros del arte que traian y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba don Enrique en medio, é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros mas abajo, é el suelo cubierto de tapiceria é fechos dos circúitos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las mas veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba: é fecho silencio levantábase el maestro en teologia, que era uno de los mantenedores, é facia una presuposicion con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se habia de tratar en aquel consistorio, é tornábase a sentar. E luego uno de los vergueros decia que los trovadores allí congregados espandiesen y publicasen las obras que tenian hechas de la materia á ellos asinada; é luego levantábase cada uno é leia la obra que tenia fecha, en voz inteligible, é traianlas escritas en papeles damasquinos de diversas colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras fermosas lo mejor que cada uno podia; é desque todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

»Teníanse después dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facian todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí esaminadas é leidas puntuadamente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometidos, é señalabanse en las márgenes de fuera. E todas así requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó a la que tenia menos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

»En el público congregabanse los mantenedores é trovadores en el palacio, é don Enrique partia dende con ellos como esta dicho para el capítulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facia una presuposicion loando las obras que ellos habian fecho, é declarando en especial cuál de ellas merescia la joya, é aquella la traia ya el escribano del consistorio en pergamino bien iluminada é encima puesta la corona de oro, y firmábalo don Enrique al pié, é luego los mantenedores, é sellábala el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traia la joya ante don Enrique, é llamado el que fizo aquella obra, entregábale la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiera cantar é en público decir.

»E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos mantenedores el que ganó la joya, é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio haciales dar confites y vino; é luego partian dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é joya acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios y natura ficieron entre los claros ingenios é los obscuros.» (*Orígenes de la lengua española*, por Mayans.)

(8) *Los desposorios de sus príncipes.*

El docto Muratori en sus disertaciones sobre las antigüedades de Italia nos da una idea de la pompa espléndida de tales fiestas. En cuanto á los espectáculos teatrales que empezaron á usarse en aquella nacion, merecen consultarse, entre muchas obras que tratan de esto, la *Historia literaria de Italia* de Tiraboschi y la *de los teatros* de Signorelli.

(9) *Si del todo se habian perdido.*

A las comedias y tragedias griegas ó latinas, que se representaban por toda la estension del imperio romano, sucedieron los mimos y pantomimos, que durante los últimos emperadores gentiles llegaron á ocupar casi esclusivamente los teatros de Roma y de las provincias sujetas á su dominacion.

La paz dada á la Iglesia por Constantino en el siglo IV no hizo cesar los acostumbrados espectáculos; apenas pudo contener la sangrienta ferocidad del anfiteatro y reprimir en la escena la torpe disolucion de sus mimos y acciones mudas. Constantino prohibió los gladiadores, obedeciéndose tan mal su decreto que al cabo de muchos años Arcadio y Honorio volvieron de nuevo á prohibirlos. El papa Gelasio I se lamentaba á fines del V siglo de la celebracion de las fiestas lupercales, que su celo y su autoridad no podian estinguir. Tanto tardan las naciones en abandonar sus costumbres y olvidar lo que las deleita.

Duraron pues los teatros con mas ó menos esplendor no solo en el Oriente (hasta que en el siglo XV acabó aquel imperio) sino tambien entre las demás naciones de Europa. En España, como ya se ha dicho, cesaron con la irrupcion de los moros en el siglo VIII. Véanse algunas pruebas de la continuacion de las fiestas teatrales, supuesta siempre la diferente forma que debieron ir adquiriendo con el trascurso de los años y la mudanza de las costumbres.

—Siglo IV, concilio cartaginense 3, año de 397: *Ut scenicis atque histronibus cæterisque hujusmodi personis vel apostaticis conversis vel reversis ad Dominum gratia vel reconciliatio non negetur.*

El poeta Ausonio, que murió á fines del mismo siglo, escribiendo á su amigo Auxio Paulo, le dice en su epístola 10:

Dactylicos elegos choriambum carmen epodos
Socci et cothurni musicam
Carpentis impone tuis: nam tota supellex
Vatum piorum chartea est.

Y en la epístola 14:

Attamen ut citiùs venias leviùsque vehare,
Historiam, mimos, carmina linque domi.

—Siglo V, concilio africano, año de 417: *Petendum ab imperatore ut prohibeat spectacula theatrorum in diebus dominicis et aliis sanctorum festis.*

—Siglo VI. Teodorico mandó hacer en el teatro de Pompeyo en Roma las reparaciones que fueron necesarias, como se lee en la epístola 51 de Casiodoro, lib. 4, en que escribiendo á Símaco le dice el rey: *Et ideo theatri fabri-*

cam magna se mole solventem, consilio vestro credimus esse reborandam. En el mismo lugar hace mencion de la existencia de los mimos y pantomimos, y de la perfeccion que habian llegado en sus dias aquellas artes.

Atalarico, su inmediato sucesor, escribiendo al senado romano, dice (lib. 9, epistola 21 de la coleccion de Casiodoro): *Nam si opes nostras scenicis pro populi oblectatione largimur, et ea studiosissimè consequuntur, qui adeo necessarii non habentur, quanto magis illis sine dilatione præbendæ sunt, per quos et honesti mores proveniunt, et palatio nostro facunda nutriuntur ingenia?*

En el concilio constantinopolitano, año de 536, contra los herejes acéfalos, se dice hablando de Pedro, uno de ellos: *Quantam servavit voluptuosissimam affectionem circa Stephanam scenicam, quam adducendo persuasione et blanditiis monasterio iniquè immittit et omni tempore privatim et continuò ipsi assidet.*

Las anécdotas de la misma Teodora, elevada por Justiniano al tálamo y solio imperial, son tan conocidas en la historia que seria ocioso repetirlas (3).

—Siglo VII, concilio romano, año de 680: *Statuimus etiam atque decernimus ut episcopi, vel quicumque ecclesiastici religiosam vitam professi sunt, armis non utantur, nec citharædos habeant, vel quæcumque symphonia, nec quoscumque jocos vel ludos ante se permittant.*

Concilio constantinopolitano 3, año de 680: *Omninò prohibet hæc sancta et universalis synodus eos, qui dicuntur mimi, et eorum spectacula, deinde venationum quoque spectationes atque in scena saltationes fieri..... Nec quid liceat eorum qui in sacerdotali ordine enumerantur vel monachorum in equorum curriculis subsistere, vel scenicos ludos sustinere.*

—Siglo VIII, en los capitulares de Carlomagno (por los años de 790): *Ut episcopi et abbates et abbatissæ cuplas canum non habeant, nec falcones, nec accipitres, nec joculatores.*

Por el mismo tiempo el monje Alcuino exhortaba en una de sus cartas a Angilberto, yerno de Carlomagno, a que se abstuviese de asistir a los espectaculos del teatro. (Mabillon, *Anales benedictinos*, lib. 26, núm. 13.)

—Siglo IX, concilio turonense, año de 813: *Histrionum quoque et obscenorum insolentias jocorum et ipsi animo cæterisque sacerdotibus effugienda prædicare debent.*

Concilio aquisgranense, año de 816: *Quod non oporteat sacerdotes aut clericos quibuscumque spectaculis in scenis aut in nuptiis interesse.*

Concilio parisiense, año de 829: *Hæc quippe à sanctis viris penitus sunt propellenda, quibus magis convenit lugere, quàm ad scurrilitates et stultiloquia et histrionum obscenas jocationes et cæteras vanitates, quæ animum christianum à rigore suæ rectitudinis emollire solent, in cachinnos ora dissolvere.*

—Siglo X. En la oracion del rey Edgar de Inglaterra, año de 967, se dice hablando de los vicios del clero: *Dicam quod boni lugent, mali rident, dicam dolens, et si tamen dici potest quomodo diffluant in comessationibus, in ebrietatibus, in cubilibus et impudicitiis, ut jam domus clericorum putentur prostibula meretricum, conciliabulum histrionum.*

En este siglo Roswita, religiosa benedictina de Grandesheim, compuso en latin bárbaro seis dramas intitulados: *Gallicanus, Dulcitius, Callimachus, Abrahamus heremita, Paphnutius*, y *Fides, spes et charitas.* Los argumentos de tales piezas y la calidad de la autora hacen creer que las compuso para representarse en el templo, segun costumbre de aquella edad, y a vista de un escogido auditorio.

(3) Gregorio de Tours (*De Gloria confessorum*, c. 6.) nos refiere que en las exequias de Santa Radegunda, celebradas en 587, cerca de doscientas religiosas cantaron una escena fúnebre dialogada al rededor del féretro, escena de que fue testigo, ó tal vez uno de los actores.

—Siglo XII. Un monje de Canterbury, llamado Guillermo Stephanides ó Fitz Stephen, que escribió durante el reinado de Enrique II una obra intitulada: *Descriptio nobilissimæ civitatis Londoniæ*, dice en ella: «Londres, en »vez de las farsas ordinarias propias del teatro, tiene dra»mas de un asunto mas santo, representaciones de los mi»lagros que los santos confesores obraron, ó de los sufri»mientos en que la gloriosa constancia de los mártires se »manifiesta.» (*Biografia dramática.*—Londres, 1782.)

A este siglo se refiere, en la opinion de muchos eruditos, un drama latino escrito en Alemania intitulado: *Ludus paschalis de adventu et interitu Antichristi.* Son interlocutores el papa, el emperador, los soberanos de Francia, de la Grecia y de Babilonia, el Anticristo, la Herejia, la Hipocresía, la Sinagoga y el Gentilismo.

—Siglo XIII. Concilio lateranense, año de 1215: *Clerici mimis, joculatoribus et histrionibus non intendant.*

Concilio ravenatense, año de 1286: *Ne clerici joculatores vel histriones à laicis transmissos recipiant.*

Pertenecen á este siglo las primeras noticias que se conservan de la existencia de piezas dramaticas en España, origenes de nuestro moderno teatro. Nadie duda que de esta época en adelante continuaron estos espectaculos en todas las naciones de Europa, y solo Grecia llegó a perderlos á fines del siglo XV, como ya se ha dicho.

(10) *Los eclesiásticos, etc.*

Signorelli, en su *Historia de los teatros*, lib. 3, dice: *Il clero cui importava che i popoli non venissero distratti dalla divozione, alla prima proscrisse siffatti spettacoli, indi cangiando condotta e seguendo lo stile delle precedenti età (quando ad onta di divieti si videro introdotti nelle chiese) ne ripiglio egli stesso l'usanza, esercitando l'arte istrionica, e muscherandosi, e cantando favole profane nel santuario.*

(11) *En las demás naciones.*

Para comprobar esta asercion bastaran algunas lijeras indicaciones. El que aspire á mayor noticia la encontrara en las muchas obras estranjeras histórico-criticas que tratan de esto (4).

En 1223, dia de Pascua de Resurreccion, se hizo una representacion en Padua, en la gran plaza que se llama *Prato della Valle.*

En 1264 se estableció en Roma la compañia llamada del *Gonfalone*, con el objeto principal de representar los misterios de la pasion de Jesucristo, como en efecto lo verificó por espacio de muchos años. En el de 1443 representaba en el coliseo. En el de 1584 se imprimieron sus ordenanzas en Roma.

En 1261 se estableció la compañia de *Battuti* en Treviso, y uno de sus reglamentos dice que los canonigos de aquella iglesia debian dar *in anno quolibet dictæ scholæ duos clericos sufficientes pro Maria et Angelo, et bene instructos ad canendum in festo fiendo more solito in die Annunciationis... Cantores habeant soldos X pro quolibet... in die Annunciationis B. M. V. cum fiet representatio.*

En 1298 el clero de Friuli dió una representacion de la pasion de Jesucristo en el dia de Pentecostés. En el reino

(4) Los franceses han hecho sobre esta parte de su antigua literatura profundas e importantes investigaciones, que han difundido clarisima luz en esta materia. Citaremos algunos autores, para que puedan consultarlos los curiosos: *Froissard, Febilien, Sauval, Saint-Foix*, los hermanos *Parfait*, en su Historia del teatro frances, t. I, *Maupoint*, en su Biblioteca de los teatros, *Beauchamp*, en sus Investigaciones sobre el teatro, la Historia general de los teatros, t. XI, el Diario de los sabios, mayo de 1828 y junio de 1836, el tomo XVI de la Historia literaria de Francia, *Villemain*, en su Cuadro de la literatura de la edad media, *Emilio Morice*, en su Ensayo sobre el aparato escénico desde los misterios basta la tragedia del Cid, *Carlos Magnin*, en sus Origenes del teatro moderno, y sobre todo por la especialidad del asunto *Onesimo Leroy*, en sus Estudios sobre los misterios. Si en toda historia literaria particular deben buscarse los puntos de contacto con la historia general comparada, para conocer algo a fondo las primeras tentativas dramáticas en España, no podemos prescindir de examinar las vicisitudes que tuvo el arte en aquellas naciones con las cuales ha existido siempre un comercio tan activo de ideas, de lenguaje y de costumbres.

de Nápoles se hicieron representaciones de este género, y la que desde tiempo inmemorial se hacia en Lanciano (provincia del Abruzo) en la noche del viernes santo, que concluia con una devota procesion, duró hasta el año de 1740, en que fué prohibida por el gobierno.

En 1304 se hacia en Toscana una fiesta teatral en que se imitaba el infierno con los diablos y los condenados, que daban ahullidos espantosos.

En el mismo año el cabildo y clero de Friuli representó la creacion de Adan y Eva, la Anunciacion y el parto de nuestra Señora.

Durante aquel siglo se representaron por toda Italia la conversion de la Magdalena y la de san Pablo.

En el siguiente se representó en Roma el drama sagrado de San Lorenzo y Paulo, y en la semana santa del año de 1452 se representaron los misterios de la pasion en la iglesia de Santa Clara de Nápoles, con magnificas decoraciones y a presencia de Alfonso I.

En Flandes y Alemania se usaron igualmente estas fiestas sagradas. Federico, landgrave de Turingia, asistió en la ciudad de Eisenach en el año de 1322 á una representacion, cuyo argumento era las vírgenes del Evangelio.

En la *Biografia dramática*, citada ya, se dice hablando del teatro ingles: «El año de 1378 los estudiantes de la »escuela de San Pablo presentaron una peticion a Ricar»do II suplicandole que prohibiese al pueblo ignorante re»presentar la historia del antiguo Testamento con gran per»juicio de la citada clerecía, que tenia hechos grandes »gastos para representarla en la pascua de Navidad.

»Cerca de doce años despues, esto es, en el de 1390, »los curas de las parroquias de Lóndres se dice haber re»presentado farsas en Skinners-Well el 18, 19 y 20 de ju»lio; y en el de 1409, el décimo año de Enrique IV, repre»sentaron en Clerkenwell (pozo de los clérigos), que to»mó su nombre de la costumbre de representar farsas allí »los curas de las parroquias, una farsa que se repitió por »ocho dias consecutivos, en la cual se trataba de la crea»cion del mundo, y acudió a verla la mayor parte de la no»bleza y caballeros del reino.

»Consta que en 1378 representaron los coristas de San »Pablo piezas dramaticas, y cerca de doce años despues de »esto se dice haber representado misterios los curas de »las parroquias de Lóndres en Skinners-Well.»

Por los años de 1380 se hacian ya en Francia representaciones de moralidades y misterios.

En 1402 los *Hermanos de la Pasion*, obtenida licencia de Carlos VI, establecieron su teatro en Paris, y representaron durante aquel siglo farsas de la pasion y misterios del antiguo Testamento. En la que se atribuye al obispo de Angers intervenian el Padre Eterno, Jesucristo, Lucifer, Satanas, la Magdalena y algunos de sus amantes. Lucifer daba una paliza a Satanás por no haber sabido tentar á Cristo como era menester. La hija de la Cananea con los diablos en el cuerpo se desahogaba diciendo mil torpezas y desatinos. El alma de Judas, no pudiendo salir por la boca que habia besado al divino Maestro, se escapaba por otra parte, llevándose de camino las entrañas del mal apóstol. Satanas volaba al pináculo con Jesucristo acuestas. Esto se representaba en la capital de Francia á mediados del siglo XV, y esto duró hasta pasado el XVI.

Pertenecen á esta última época, ademas de las vidas y milagros de los santos reducidas a accion dramatica, las moralidades y misterios intitulados: *Encarnacion y Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Misterio de la Pasion. La Resurreccion de Cristo. Misterio del caballero que dió su mujer al diablo. Las Actas de los Apóstoles. La Asuncion de nuestra Señora. Combate de la carne y del espíritu. Misterio de la Encarnacion de nuestra Señora. El diluvio universal. Moralidad del Hijo de perdicion que ahorcó á su padre. Tragedia del nacimiento y creacion del mundo*, etc. etc.

(12) *Indicó á los eclesiásticos.*

«Los clérigos... non deben jugar dados nin envol»verse con tafures, nin atenerse con ellos, nin deben en»trar en tabernas a beber, fueras ende si lo ficieren por »premia andando camino, nin deben ser facedores de jue»gos de escarnios porque los vengan á ver gentes cómo se »facen. E si otros omes los ficieren, non deben los cléri»gos hi venir, porque facen hi muchas villanias é desapos»turas. Nin deben otrosí estas cosas facer en las eglesias: »antes decimos que los deben echar de ellas desonrada»mente á los que lo ficieren: cada eglesia de Dios es fe»cha para orar é non para facer escarnios en ella, ca así »lo dijo nuestro señor Jesucristo en el Evangelio: que la »su casa era llamada casa de oracion, é non debe ser fe»cha cueva de ladrones. Pero representacion hay que pue»den los clérigos facer, asi como de la nacencia de nues»tro señor Jesucristo en que muestra cómo el ángel vino »á los pastores, é cómo les dijo cómo era Jesucristo na»cido. E otrosí de su aparicion cómo los tres reyes magos »le vinieron á adorar. E de su resurreccion, que muestra »que fué crucificado é resucitó al tercero dia: tales cosas »como estas que mueven al ome a facer bien é á haber »devocion en la fe, puédenlas facer, é demas, porque los »omes hayan remembranza que segun aquellas fueron las »otras fechas de verdad. Mas esto deben facer apuesta»mente é con muy grand devocion é en las cibdades gran»des donde oviere arzobispos ó obispos, é con su manda»do de ellos ó de los otros que tovieren sus veces, é non »lo deben facer en las aldeas.» (1.ª *Partida, tít.* VI, *ley* 34.)

(13) *El mismo Alfonso X, etc.*

«Otrosí los que son juglares é los remedadores é »los facedores de los zaharrones que públicamente andan »por el pueblo ó cantan ó facen juegos por precio, esto es »porque se envilecen ante otros por aquel precio que les »dan. Mas los que tañeren estrumentos ó cantasen por fa»cer solaz a sí mesmos, ó por facer placer a sus amigos ó »dar solaz á los reyes ó á los otros señores, non serian »por ende enfamados.» (7.ª *Partida, tít.* VI, *ley* 4.)

«Ilustres personas son llamadas en latin las personas »honradas é de gran guisa é que son puestos en dignida»des, asi como los reyes é los que descienden dellos, é »los condes, é otrosí los que descienden dellos, é los otros »omes honrados semejantes destos. E estos atales, como »quier que segun las leyes pueden recebir las barraganas, »tales mujeres ya que non deben recebir así como la sierva »ó fija de la sierva. Nin otrosí, la que fuese aforrada nin su »fija, nin juglaresa nin sus fijas, nin tabernera, nin rega»tera, nin alcahueta nin sus fijas, nin otra persona de aque»llas que son llamadas viles por razon de sí mismas, ó por »razon de aquellos do descendieren; ca non seria guisada »cosa que la sangre de los nobles fuese embargada nin »ayuntada á tan viles mujeres. E si alguno de los sobre»dichos ficiere contra esto, si oviese de tal mujer fijo se»gun las leyes, non seria llamado fijo natural, ante seria »llamado spurio, que quier tanto decir como fornecino. E »demás tal fijo como este non debe partir en los bienes »del padre, nin es el padre tenudo de criarle si non qui»siere.» (4.ª *Partida, tít.* XIV, *ley* 3.)

(14) *Tenia á su servicio, etc.*

En los libros de cuentas de este rey pertenecientes al año de 1293 se hace mencion de los vestidos y raciones que se daban en palacio a quince *tamboreros ú omes de los atambores*, a cuatro tromperos, a dos saltadores y a los joglares ó músicos del tamboret, del ayabeba, del añafil, de la rota, y al maestro de los órganos. Dábase racion a uno que tocaba el tamboril, llamado Jumnot. Los saltadores parece que eran moros; uno de
Fate. Habia mujeres músicas de voz y de
en una de las partidas se apunta lo que
las juglaresas. Existe este curioso
biblioteca de Madrid.

(15) *El ilustre don Juan Manuel, etc.*

Floreció en los reinados de Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI. La historia refiere sus acciones militares y políticas; la literatura conserva noticias de las doctas obras que compuso, si bien hasta ahora solo se ha publicado por medio de la prensa la del *Conde Lucanor*. Escribió además la *Crónica de España*, el *Libro de los Sabios*, *Libro del Caballero y del Escudero*, *Libro del Infante*, *Libro de Caballeros*, *Libro de la Caza*, *Libro de los Engenos*, *Libro de los Cantares*, *Libro de los Ejemplos*, *Libro de los Consejos*. Estas obras existieron en el monasterio de PP. dominicos de San Pablo de la villa de Peñafiel: allí estaban hace dos siglos y medio. ¿Quién sabe en dónde pararán ahora, ó si habrán perecido como otras muchas que la ignorancia y el total abandono de los buenos estudios ha dejado perecer?

El docto aleman Bouterwek se inclinó á creer que ciertos versos que se hallan en el *Cancionero general* fuesen compuestos por el que escribió el *Conde Lucanor;* pero no son de él, sino de alguno de sus descendientes, que segun la cultura del lenguaje y la correccion de los versos, debió florecer muy poco antes de la publicacion del *Cancionero*. Una sola reflexion bastara para comprobarlo. En el romance que cita Bouterwek se hace mencion de los frailes del Paular. El infante don Juan Manuel murió en el año 1347, y el convento del Paular se fundó en el de 1440.

(16) *Juan Ruiz, arcipreste de Hita.*

Son muy escasas las noticias que nos han quedado de este autor. Se cree que fué natural de Alcalá de Henares, y que murió de edad avanzada antes del año de 1351.

«De los poemas misceláneos (dijo don Juan Antonio Pellicer) de que se compone este códice del Arcipreste de » Hita, el mas principal es la fabula en que se finge que » por consejo de la diosa Venus, y con la terceria de la » vieja Trota-conventos, consigue don Melon de la Huerta » casarse con una viuda llamada doña Endrina. Pero este » poema no es parto original del Arcipreste, sin embargo » de su fecundo ingenio. Hallóle inventado por un poeta » de la baja latinidad, y de él le adoptó. Hay en efecto un » poema jocoso atribuido á Ovidio, intitulado *De Vetula*. » Habla de él Fabricio (*Bibl. latina, tomo* I, *pág.* 277), y » dice que se atribuye á Ovidio sin ningun fundamento, y » que acaso es obra de Pánfilo Mauriliano, monje que floreció en la media edad. Hace mencion de dos ediciones » que se hicieron de él, una en el año de 1470 y otra en el » de 1471» (no conoció otra de 1511 que he visto en la curiosa librería de mi amigo don Manuel Silvela); «pero omite » la única que se ha tenido presente para esta advertencia, publicada en Paris, año de 1550, con este título: » *Pamphilus de Amore cum commento familiari*, en cuarto. consta de treinta y cuatro hojas con testo y comentario. El autor de este es Antonio Proto, que antes que » Fabricio y otros conoció que no era obra de Ovidio, porque es fácil de conocer, pues solo es semejante a las de » aquel poeta en la materia amatoria de que trata; ó por » mejor decir, antes que todos lo descubrió nuestro Arcipreste, que habló de Ovidio y Panfilo como dos poetas » distintos, si ya no es que entonces no se hubiesen aun » confundido. Está escrito en hexametros y pentámetros, » es dramático: introdúcense en él cuatro personas que » son: Venus, Pánfilo, una vieja y una doncella llamada » Galatea; divídese en cinco actos..... De este breve estracto resulta que sobre esta tela tejió el Arcipreste de » Hita su poema exótico de las bodas de don Melon de la » Huerta con la hija de don Endrino y doña Rana. En él se » observan trasladados los pensamientos y comparaciones » del poema latino. Pero esta traduccion es tan libre y parafrastica, y el intérprete supo con la agudeza de su ingenio y amenidad de su imaginacion añadir tantas cosas » ya de suyo, ya tomadas de Ovidio, que hizo una como » obra nueva, pero en quien siempre se trasluce la trama » ajena etc.» (Véase la coleccion de poesías castellai anteriores al siglo XV, por don Tomás Sanchez, tomo I

(17) *Composiciones y medidas de versos, etc.*

Prescindiendo de la irregular versificacion del pc ma del *Cid*, en que se hallan versos de doce, catoı quince, diez y seis y diez y ocho sílabas, y consideran las composiciones posteriores escritas ya con mayor c tura y exactitud por los trovadores del XIII y XIV siglo, mos en ellas diferentes medidas de versos colocados (mayor artificio.

De cuatro sílabas.

Madre de Dios gloriosa,
Virgen santa María,
Fija é leal esposa
Del tu fijo Mesía;
Tú. Señora,
Dame agora
La tu gracia toda hora
Que te sirva todavía.

De seis sílabas.

Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio,
E dese rosio,
E de grand elada.
E á la decida
Di una corrida:
Fallé una serrana
Fermosa, lozana,
É bien colorada.
Dije yo á ella:
Homillome, bella.
Dis tú que bien corres,
Aquí non te engorres,
Anda tu jornada.

De siete sílabas.

Si no es lo que yo quiero,
Quiera yo lo que es.
Si pesar he primero,
Placer habré despues.
Tened esto por cierto:
Ca es verdad probada
Que honra y vicio grande
No han una morada.

De ocho sílabas.

Muy fuerte fué la contienda:
Dios ayuda á los cristianos,
El arraz volvió la rienda,
E fuió con sus paganos.
Si por el vicio ó folgura
La buena fama perdemos,
La vida muy poco dura;
Denostados fincaremos.

De nueve y diez sílabas.

Porque trovar é cousa en que yaz
Entendimiento por enquen ó faz,
A ó deber é de razon assaz:
Porque entenda é sabia dicer,
A que entend é de decir lle praz;
Ca ben trovar assi s' a de facer.
En el comienzo debe ome monstrar
A su mujer como debe pasar.

De once sílabas.

Non aventures mucho tu riqueza
Por conseio de ome que ha pobreza.
Por falso dicho de ome mentiroso
Non pierdas al amigo provechoso.
Non castigues al mozo maltrayéndole;
Mas dile como vayas aplaciéndole.
Quiero seguir á ti, flor de las flores,
Siempre desir, cantar de tus loores.

De doce sílabas.

Magder que algunos te hayan errado,
Por eso non dejes facer aguisado.
A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes. fermosas:
Ellas vinieron de muy mala mente
A oir mis canciones, que son dolorosas.

De catorce sílabas.

Era esta manceba de Dios enamorada;
Por otras vanidades non daba ella nada;
Ninna era de dias, de seso acabada;
Mas querrie ser ciega que veerse casada.
Con paz é seguranza es buena la pobreza,
Al rico temeroso es pobre la riqueza;
Siempre tiene recelo, ó con miedo tristeza;
La pobredat alegre es segura nobleza.

(18) *Muchos instrumentos, etc.*

En varias obras antiguas, y particularmente en las poesías del Arcipreste de Hita, se hace mencion de los instrumentos que se usaban antes de la mitad del siglo XIV, cuyos nombres no será ocioso copiar aquí. Arpa, atambor, ajabeba, albogue, albogon, adedura, añafil, albardana, adufe, atabal, bihuela, bihuela de péndola, bihuela de arco, baldosa, caño entero, chirimía, caramillo, cítola, dulcema, guitarra, guitarra morisca, guitarra latina, jiga, galipe francés, laud, mandurria, medio caño, ministril, odrecillo francés, orabin, órgano, pandero, panderete, rabé, rabé morisco, rota, salterio, sinfonía, sonajas, tamborete, trompa, zampoña. En las obras manuscritas de Alfonso X existentes en la biblioteca del Escorial se hallan pintados algunos de los instrumentos de que va hecha mencion.

(19) *En la coronacion, etc.*

«E com lo senyor rey e tuyts hagueren menjat en lo palau real, fó feit un seti molt rich é honrat al senyor rey é al arcabisbes que segueren en aquell seti com avien fet á la taula. El senyor rey ab la corona en la testa, axí com avia segut en la taula, el pom en la ma dreta é la verga en la ma sinestra levás de la taula é veuch s' enseure al dit siti al dit palau, é als seus peus en torn d'ell segueren nobles e caballers é nosaltres ciutadans. E com foren tuyts asseguts, en *Romaset* jutglar cantá altes veus un serventesch devant lo senyor rey novell, que'l senyor infant en Pere hach fet á honor del dit senyor rey, é la sentencia del dit serventesch era aytal que'l dit senyor infant li dix en aquell com significave la corona é 'l pom é la verga, é segons la significança lo senyor rey com debia fer; é perçó que ho sapiats, vull-vos-ho dir en suma; mes si pus clar ho volets saber, recorets al dit serventesch, é lla trovar-ho-ets pus clar. E la significança de la corona qui es tota rodona, é en rodonesa no ha començament ne fi, axí que la corona significa nostre senyor ver Deu tot poderós qui no ach començament ne aurá fi, é perçó com significa Deu tot poderós la li hum posade al cap, é no en la mitjanía, ne en los peus, mes en lo cap, hont es l'enteniment: e perçó la memoria deu aver á Deu tot poderos, é que li vaje al cor que ab aquesta corona que ha presa pusca guanyar la corona del regne celestial, lo qual regne es perdurable. E la verga significa justicia que deu tenir sobre totes coses, que axí com la verga es llonga é tesa, é la verga bat é castiga, axí la justicia castiga que'ls malvats no gosen fer mal, é'ls bons s'en milloren de llurs condicions. E lo pom significa que axí com ell te lo pom en la sua ma, que los seus regnes té en la ma é en poder seu; é pus Deu los li ha comenats, que'ls defena é 'ls reja é'ls govern ab veritat, ab justicia é ab misericordia é que no consenta que null' hom ne per sí ne per altri los fassa tort negú. E axí lo dit serventesch entés be lo dit senyor rey é la sentencia que portá; e sí á Deu plau ell ho metrá en obra en tal manera que tot lo mon ne será pagat: axí li'n do Deu gracia. E aprés com lo dit Romaset hach dit lo dit serventesch, en *Comí* dix una cançó novella que hach feyta lo dit senyor infant en Pere: é perçó com en *Comí* canta mills que null hom en Cathalunya, doná-la á ell que la cantás, e com la hach cantada, calla, é llevás en *Novellet* jutglar, e dix en parlant setcent versos rimats que'l dit senyor infant en Pere habia novellament feyts, é la tensó e 'l regiment sove tot lo regiment que 'l dit senyor rey deu fer, é la ordonació de la sua cort, é de tots los seus officials, axí en la dita cort, com en totes les sues provincies: é tot aço entés be lo dit senyor rey, axí com aquell senyor qui es lo pus sabi que senyor qui al mon sia; é perçó si á Deu plau metra-ho en obra. E com tot açó fó cantat é dit, fó vespre, é axí reglament ab la dita corona al cap é ab lo pom en la ma dreta é la verga en la sinestra, muntas en la cambra, é reposa que be li era ops, e tuyts anam-nos-en á les nostres posades» (5).

(20) *Que se ha creido de aquel tiempo, etc.*

Véase el número 1 del catálogo.

(21) *Escribió piezas dramáticas, etc.*

«Pedro Gonzalez de Mendoza mi abuelo... usó una » manera de decir cantares así como cénicos, plautinos y » terencianos, tambien en estrambotes como en serranas.» (Marqués de Santillana en su proemio al condestable).

(22) *Los célebres italianos, etc.*

Güido Cavalcanti murió en el año de 1300, Dante en el de 1321, Cino de Pistoya en el de 1336 y Petrarca en el de 1374.

(23) *Los romances históricos y amorosos.*

El orígen de nuestro romance se pierde en la oscuridad del tiempo: solo sabemos que los castellanos tomaron de los árabes esta composicion métrica. Conde en el prólogo de su estimable *Historia de los árabes en España* dijo: «Como la erudicion y la poesía eran una parte prin» cipal de la educacion caballeresca de nuestros árabes, » y sirven tanto para notar su ingenio y sus costumbres, » no he querido privar á mi historia de este ornato de » gusto arábigo, pues no hay entre ellos historia alguna de » mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos » profusion. Por eso he insertado los que me han parecido » mas característicos, y que por lo regular tienen relacion » con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido » imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestros ver» sos de romance, que es género mas usado en la métrica » arábiga de donde procede sin duda. Y los he hecho im» primir como ellos los escriben, porque cada dos versos » de nuestros romances equivalen á uno arábigo que ellos » dividen en dos partes.» Véase por ejemplo uno muy corto de los que Conde incluyó en la citada historia: es composicion de uno de los poetas favorecidos de Almanzor, que le enviaba en el invierno un cesto de rosas.

Cuando yo de mi jardin — te envío las rosas bellas,
Lo estraña la gente y dice — con admiracion de verlas:
Feliz se apresura el año — flor temprana el prado lleva;
O es que el tiempo de Almanzor — es perpetua primavera.

Fernando III dió repartimientos en Sevilla á dos trovadores que le acompañaron en la conquista de aquella ciudad, llamados el uno *Nicolas de los Romances*, y el otro *Domingo Abad de los Romances*.

Los romances mas antiguos que hoy conocemos pertenecen al reinado de Juan el II: los anteriores todos se han perdido. Tal vez pudieran hallarse algunos entre las poesías manuscritas de don Juan Manuel, si por fortuna llegasen á parecer algun dia.

Este género se fué perfeccionando como las demás combinaciones líricas, y en él se espresaron afectos delicados ó heróicos, segun los varios argumentos á que supieron aplicarle. Góngora y los que le imitaron mejor des-

(5) Esta cita del autor, amén de diminuta, se halla notablemente estropeada en las ediciones anteriores. En vista de estas faltas, parte de las cuales deben atribuirse al copista y parte á los impresores, procuramos restituir el testo á su primitiva pureza é integridad, supuesto que es en estremo curiosa la relacion de aquella poética ceremonia. A este efecto hemos consultado la *Chronica dels Reys de Arago, feta per Ramon Montaner, autor de vista, que fonch stampada en la insigne ciutat de Barcelona per Jaume Cortey, impressor en l'any* MDLXII. Hemos además comparado esta edicion con un códice en folio bien conservado, de papel y letra de principios del siglo XV, fol. 307 y 308, que se halla en la biblioteca de San Juan de dicha ciudad. Entre algunas variantes de leve entidad, observamos una de mayor importancia, y es que el manuscrito llama *Jovalet* al juglar que en el impreso lleva el nombre de *Novellet*. Este fragmento corresponde al capítulo 298, que es el último de dicha Crónica, y se titula: *Com aprés d'haber rebuda la corona del realme un seti molt rich fonch fett al senyor Rey n'Amphos en que sech ab sos richshomens é caballers, é hi cantaren en Romaset, é en Comí jutglars.*

empeñaron con mucho acierto esta parte de nuestra poesía nacional.

En el siglo anterior don Vicente Garcia de la Huerta y don Nicolas Fernandez de Moratin renovaron la composicion de romances históricos; y en los amorosos manifestó Melendez su delicada sensibilidad y su buen gusto.

(24) *Una comedia alegórica, etc.*

Véase el núm. 2 del catalogo. Cervantes no tuvo razon en decir que él habia sido el primero «que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro». Desde que el nuestro empezó a existir incurrieron algunos autores dramaticos en este desacierto. Ya se habia visto en él «la muerte, la justicia, la fama, la verdad, la razon, la fortuna, la misericordia, el amor, la paz, el tiempo, el sueño, el consuelo, el remedio, el mundo y la carne», antes que le ocurriese a Cervantes hacer hablar en sus comedias a «la enfermedad, el hambre, la curiosidad, la guerra, la necesidad, la desesperacion, el temor, la ocasion y y los celos».

(25) *Los mas ilustres personajes.*

En el *Cancionero general*, compilado por Hernando del Castillo, impreso en Valencia en el año de 1511, se halla una lista de ciento treinta y seis autores, cuyas obras se incluyen en el citado Cancionero. Muchos de ellos pertenecen al reinado de don Juan el II, y los ultimos al de los Reyes Catolicos, y aunque no es de este lugar mencionarlos todos, dara una idea del ardor con que se cultivó la poesia en aquellos tiempos la enumeracion de los siguientes poetas, pertenecientes a la mas alta nobleza de España:

Duque de Medinasidonia. Duque de Alba. Duque de Alburquerque. Marques de Santillana. Marques de Astorga. Marqués de Villena. Marques de Villafranca. Conde de Oliva. Conde de Benavente. Conde de Haro. Conde de Rivadeo. Conde de Coruña. Conde de Castro. Conde de Feria. Conde de Ureña. Conde de Paredes. Conde de Ribagorza. Vizconde de Altamira. Almirante de Castilla. Adelantado de Murcia. Mariscal Sayavedra. Fernan Perez de Guzman. Gomez Manrique. Lope de Estuñiga. Don Enrique Henriquez. Don Diego Lopez de Haro. Don Iñigo de Velasco. Don Luis de Vivero. Don Antonio de Velasco. Don Alonso de Silva. Don Rodrigo Manrique. Don Juan de Meneses. Don Alvaro de Bazan. Don Alonso de Cardona. Don Carlos de Guevara. Don Pedro de Acuña etc. Si hoy se tratase de publicar una coleccion de poesias de los que han cultivado este arte en los cien años ultimos, no seria posible enriquecerla con nombres tan ilustres.

(26) *Hubo grandes fiestas, etc.*

«El rey hizo gran fiesta a la reina en tanto que en Soria estuvo: se hicieron grandes fiestas donde salieron los caballeros ricamente habillados, y despues de aquellas se hicieron danzas y momos.» *(Crónica de Don Juan el II.)*

(27) *El marqués de Santillana, etc.*

Entre las muchas obras poeticas de este célebre literato se conserva una titulada *Comedieta de Ponza*. Cualquiera presumira por este titulo que fuese una pieza teatral, pero ni es comedia ni dialogo representable: es un poema escrito en coplas de arte mayor, en que el poeta propone, invoca, describe, reflexiona, refiere y lleva al cabo su difusa narracion, mezclando en ella varios razonamientos de las dos reinas de Aragon, la de Navarra y la infanta doña Catalina. Bocacio las consuela, y la Fortuna les promete la proxima libertad de los reyes de Aragon y Navarra, presos por los jenoveses en la batalla naval de Ponza, el dia 25 de agosto de 1435. Si se pregunta por qué llamó comedia a este poema, podra decirse que tuvo las mismas razones que el Dante para dar igual denominacion al suyo.

(28) *Y representaciones teatrales.*

«Y en los tres dias siguientes hubo danzas de los caballeros y gentiles hombres en palacio y momos y toros y juegos de cañas.» *(Crónica de D. Juan el II.)*

(29) *Se ignora todavía el autor y el título.*

Véase el número 3 del catálogo.

(30) *Autor de un diálogo, etc.*

Véase el número 4 del catalogo.

(31) *Se prohibió á los clérigos, etc.*

Ab ecclesia ubi redemptor noster Jesus, in cujus nomine omne genuflectitur, jugiter pro nobis immolatur, turpitudo quæque meritò est abolenda. Quia verò quædam tam in metropolitanis quàm in cathedralibus et aliis ecclesiis nostræ provinciæ consuetudo inolevit, et videlicet in festis Nativitatis Domini nostri Jesu Christi, et Sanctorum Stephani, Joannis et Innocentium aliisque certis diebus festivis, etiam in solemnitatibus missarum novarum (dum divina aguntur) ludi theatrales, larvæ, monstra, spectacula, necnon quàm plurima inhonesta et diversa figmenta in ecclesiis introducuntur, tumultuationes quoque et turpia carmina et derisorii sermones dicuntur, adeo quod divinum officium impediunt et populum reddunt indevotum: nos hanc corruptelam sacro approbante concilio revocantes, hujusmodi larvas, ludos, monstra, spectacula, figmenta, tumultuationes fieri, carmina quoque turpia et sermones illicitos dici, tam in metropolitanis quàm cathedralibus cæterisque nostræ provinciæ ecclesiis dum divina celebrantur præsentium serie omninò prohibemus: statuentes nihilominus, ut clerici, qui præmisa ludibria, et inhonesta figmenta officiis divinis immiscuerint aut immisceri permiserint, si in præfatis metropolitanis seu cathedralibus ecclesiis beneficiati extiterint, ex ipso per mensem portionibus suis mulctentur; si vero in parochialibus fuerint beneficiati triginta, et si beneficiati non fuerint quindecim, regalium pœnam incurrant fabricis ecclesiarum et tertio synodali æqualiter applicandam. Per hoc tamen honestas repræsentationes, et devota quæ populum ad devotionem movent, tam in præfatis diebus quàm in aliis, non intendimus prohibere.

(32) *Juan de la Encina.*

Véase desde el numero 5 hasta el 16 y el 19 del catálogo.

(33) *Intitulada Celestina.*

La primera edicion de la *Celestina* se hizo en Salamanca en el año de 1500. Algun tiempo antes corria manuscrita entre los curiosos toda la parte que compone el primer acto, que unos atribuyen á Juan de Mena, y otros a Rodrigo de Cota. El bachiller en leyes Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalban, añadió veinte actos al que halló escrito, en lo cual ocupó quince dias de vacaciones, que a decir verdad no pudieron ser mejor empleados.

Si él mismo ignoraba quién habia compuesto lo que halló inédito, dificil sera, si no imposible, averiguarlo ahora; baste decir que ni se reconoce en el primer acto el estilo de Juan de Mena, ni se puede comparar con el de Cota, puesto que solo se conservan de estos autores composiciones en verso. El que examine con el debido estudio el primer acto y los veinte añadidos, no hallara diferencia notable entre ellos, y si nos faltase la noticia que dio acerca de esto Fernando de Rojas, leeriamos aquel libro como produccion de una sola pluma. Espongo mi opinion apartandome de la del autor del *Dialogo de las lenguas*, y de los que le han copiado después. Creo en fin que el primer autor no pudo ser muy anterior al segundo, y que el ignorarse quien haya compuesto una obra anonima nunca ha sido razon bastante para suponerla muy antigua.

Como la tragedia griega se compuso de los relieves de Homero, la comedia española debió sus primeras formas a la *Celestina*. Esta novela dramatica, escrita en escelente prosa castellana, con una fabula regular, variada por medio de situaciones verosimiles e interesantes, animada con la espresion de caracteres y afectos, la fiel pintura de cos-

tumbres nacionales, y un diálogo abundante de donaires cómicos, fué objeto del estudio de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro. Tiene defectos que un hombre inteligente haria desaparecer sin añadir por su parte una sílaba al testo; y entonces conservando todas sus bellezas, pudiéramos considerarla como una de las obras mas clásicas que ha producido la literatura española.

Las ediciones de la *Celestina* de que he podido adquirir noticia, y de las cuales la mayor parte he tenido presente, son las que siguen :

Año de 1500, Salamanca.— 1501 por Estanislao Polono, Sevilla.—1502, Sevilla.—1514, por Tanotti da Cartrone, Milan.—1513, Venecia.—1523, Sevilla.—1525, Venecia.—1529, por Juan Viñao, Valencia.—1534, por Estefano Sabio, Venecia.—1535, Venecia.—1538, por Juan de Ayala, Toledo.—1539, Sevilla.—1553, por Gabriel Giolito, Venecia.— 1558, por los herederos de Juan de Junta, Salamanca.—1571, por Juan de Canova, Cuenca.— 1563, por Francisco de Cormellas, Alcalá.—1569, por Francisco de Robles, Alcalá. — 1569, por Martin Mares, Salamanca. — 1570, por Matías Gast, Salamanca.— 1591, por Fernando Ramirez, Alcalá.—1595, oficina plantiniana, Amberes.—1599, oficina plantiniana, Amberes.—1601, oficina plantiniana, Amberes.—1601, por Andrés Sanchez, Madrid.—1619, por Juan de la Cuesta, Madrid.—1633, con traduccion francesa por Cárlos Labayen, Pamplona.—1634, Ruan.—1644, con traduccion francesa por Carlos Osmont.—1822, Por don Leon de Amarita, Madrid.

(34) *Francisco de Villalobos, etc.*

Véase el número 20 del catálogo.

(35) *Bartolomé de Torres Naharro, etc.*

Véase desde el número 21 hasta el 29 del catálogo. Tuve entre mis libros la rarísima edicion de Roma de 1517 en folio, letra gótica, de la cual ninguno de nuestros bibliógrafos tuvo noticia. Era dádiva de don Gaspar de Jovellanos, que habia ilustrado con notas marginales de su mano algunos pasajes del testo : circunstancias que añadidas á la singularidad del libro, le hacian para mí mucho mas precioso. Las revueltas de los tiempos me privaron de esta rara y apreciable alhaja, sin que después me haya sido posible averiguar su paradero.

(36) *Vasco Diaz Tanco.*

Véanse los números 30, 31 y 32 del catálogo.

(37) *Las graciosas comedias.*

Véase el número 33 del catálogo.

(38) *Fernan Perez de Oliva.*

Véanse los números 43, 44 y 45 del catálogo.

(39) *Las universidades, etc.*

Don Gaspar de Jovellanos, en un informe dirigido al rey durante su ministerio, le decia : «Hubo un tiempo »en que España, saliendo de los siglos oscuros, se dió con »ansia á las letras : convencida al principio de que todos »los conocimientos humanos estaban depositados en las »obras de los antiguos, trató de conocerlas; conocidas, »trató de publicarlas é ilustrarlas; y publicadas, se dejó »arrastrar con preferencia de aquellas en que mas brillaba »el ingenio y lisonjeaban mas el gusto y la imaginacion. »No se procuró buscar en estas la verdad, sino la elegan»cia; y mientras descuidaba los conocimientos útiles, se »fué con ansia tras de las chispas del ingenio que brilla»ban en ellas... Vino después otra época en que los ries»gos de la religion arrebataron toda su atencion acia su »estudio. Vino el tiempo de las herejías y las sectas, tanto »mas ominosas á los estudios, cuanto entrándose á discur»rir sobre los derechos de los príncipes y los pueblos, pa»recian atacar la autoridad pública, y presentar la horri»ble imágen de la anarquía y del desórden. Desde enton»ces las ciencias eclesiásticas merecieron todo su cuidado, »y de cuantos progresos hicieron en ellas pueden ser ejem»plo el concilio tridentino y las insignes obras que nos »dejaron. En esta época nacieron nuestras universidades »formadas para el mismo objeto y sobre el mismo gusto. »Ellas fueron desde el principio unos cuerpos eclesiásti»cos; como tales se fundaron con autoridad pontificia. Tu»vieron la preferencia en las asignaciones de sus cátedras »la teología y el derecho canónico. La filosofía se cultivó »solamente como un preliminar para entrar á estas cien»cias, y aun la jurisprudencia y la medicina hubieran sido »descuidadas, si el amor del hombre a la vida y á los bie»nes pudiera olvidar el aprecio de sus defensores. No ha»blaré aquí de los vicios de esta enseñanza, que de una »parte eran derivados del estudio general de la literatura »de Europa, y de otra inherentes a la constitucion misma »de estos cuerpos. En la renovacion de los estudios el »mundo literario fué peripatético; y el método escolás»tico, su hijo mal nacido, fijó en todo él la enseñanza. Mas »ó menos tarde fueron las naciones sacudiendo este yu»go... La nuestra le siente todavía.»

(40) *Carlos V, viajando y guerreando, etc.*

Sus empresas políticas y militares le tuvieron casi siempre ausente de España, en donde no habia corte ni residencia estable para el soberano ni para los grandes caballeros y caudillos que le acompañaban. Dos veces estuvo en Africa, dos en Inglaterra, cuatro en Francia, siete en Italia, nueve en Alemania y diez en Flandes.

(41) *El coste escesivo, etc.*

En una de las eruditas notas con que ilustró el padre Liciniano Saez su tratado de las monedas del reinado de Enrique III, se hallan noticias interesantes acerca de la escasez de libros y su escesivo coste antes de la invencion de la prensa. No será inoportuno resumir aquí parte de ellas.

Alfonso X, en la Partida 2.ª, ley 11 del tít. XXXI, previno lo siguiente : «Estacionarios ha menester que haya »en todo estudio general para ser complido que tenga en »sus estaciones buenos libros é legibles é verdaderos de »texto é de glosa: que los loguen á los escolares para »facer por ellos libros de nuevo, ó para enmendar los que »toviesen escritos, etc. etc.»

El arcediano de Alcor, que vivia en el año de 1401, dice que habia tanta falta de libros en Castilla, que se arrendaban por años, y valian á las fábricas de las iglesias catedrales que los tenian muchos maravedís... Se arrendaba el uso de ellos cada año públicamente á dinero, á quien mas daba á la iglesia.

El abate Pluche, en su obra del *Espectáculo de la naturaleza*, dice : «En un hermoso ejemplar manuscrito de los »cánones de Graciano, que se guarda con mucho cuidado »en la biblioteca de los PP. celestinos de Paris, nos ad»vierte el copiante (al mismo tiempo que nos dice su nom»bre y patria) que tardó veintiun meses en acabar la co»pia. Con que en esta suposicion seria menester para sacar »cuatro mil ejemplares de esta coleccion emplear cuatro »mil copiantes cerca de dos años, ó un copiante conti»nuado por espacio de casi ocho mil años, cosa que puede »hacerse hoy en menos de cuatro meses.»

La librería mas copiosa de que pudo hallar noticia el P. Liciniano, es la que tenian los condes de Benavente en la fortaleza de aquella villa á mediados del siglo XV. Todo el catalogo de ella contiene unos ciento veinte volúmenes, debiendo advertirse que muchos de ellos son duplicados, puesto que solo de Tito Livio habia ocho copias mas ó menos completas.

Mas numerosa debió ser la librería del marqués de Villena, pues con los tomos que sacaron de ella se llenaron dos carros.

Por el dinero que hoy cuestan dos mil volúmenes apenas podrian entonces adquirirse cincuenta. La lectura estaba reservada á los muy ricos; el pueblo no leia.

(42) *La abundancia de libros caballerescos.*

Para dar una idea del entusiasmo con que se recibieron en España las ficciones de la andante caballería,

cuanto debieron influir en la opinion y en las costumbres, y qué gusto fantástico debieron escitar en la multitud que se entregó a tan perjudicial lectura, bastará presentar una lista de las que se publicaron desde los últimos años del siglo XV hasta fines del XVI, suponiéndose que en la que he formado no se incluyen todas, ni era posible, sino aquellas únicamente de cuya existencia he hallado noticia.

Debe advertirse que muchas de estas obras se reimprimieron, segun la aceptacion que habian adquirido.

Cárcel de amor, por Diego Hernandez de San Pedro, en Burgos, año de 1496.

El Baladro del sabio Merlin con sus profecías, en Burgos, 1498.

Merlin y demanda del santo Grial, Sevilla, 1500.

Historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús de Algarve, Sevilla, 1507.

El sesto libro de Amadís de Gaula, en que se cuentan los grandes hechos de Florisando, príncipe de Cantuaria, su sobrino, fijo del rey Florestan, por Paez de Ribera, Salamanca, 1510.

Tirante el Blanco de Rocasalada, caballero de la Jarretiera, que por su alta caballería alcanzó á ser príncipe y césar de Grecia, Valladolid, 1511.

Historia amorosa de Flores y Blancaflor, 1512.

Crónica del caballero Cifar, Sevilla, 1512.

Libro del esforzado caballero conde Partinoples, que fué emperador de Constantinopla, Alcalá de Henares, 1515.

Historia del valeroso caballero Polisman Florisio, que por otro nombre se llamó el caballero del Desierto, el cual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia, por Fernando Bernal, Valencia, 1517.

Libro del esforzado caballero Alderique, traducido en lengua española, Valencia, 1519.

Libro del muy esforzado caballero Claribalte, nuevamente venido á esta lengua castellana, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, Valencia, 1519.

Los cuatro libros del caballero Amadís de Gaula, por García Ordoñez de Montalvo, impresos por Antonio de Salamanca, 1519.

Crónica del emperador Clarismundo, por Juan de Barros, Coimbra, 1520.

Historia de don Olivante de Laura, por Antonio de Torquemada.

El séptimo libro de Amadís, en el cual se trata de los grandes fechos en armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandian y de Perion de Gaula, Sevilla, 1525.

Libro del noble y esforzado caballero Reinaldos de Montalban y de las grandes proezas y estraños hechos en armas que él y Roldan y todos los doce pares paladinos hicieron, Sevilla, 1525.

Historia de la linda Magalona, hija del rey de Nápoles y de Pierres, hijo del conde de Provenza, Toledo, 1526.

Historia de Gresil y Mirabella, con la disputa de Torrellas y Branzayda, por Juan de Flores, Toledo, 1526.

Libro del famoso caballero Palmerin de Oliva, que por el mundo grandes hechos en armas hizo, sin saber cuyo hijo fuese, Venecia, 1526.

Historia del caballero don Polindo, Toledo, 1526.

Libro de caballería celestial del pié de la rosa fragante, por Jerónimo de San Pedro.

Libro primero del esforzado caballero don Clarian de Landanis, hijo del noble rey Lautedon de Suecia, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1527.

La cuarta parte de don Clarian, en la cual se tratan los grandes hechos de Lidaman de Ganail, hijo de Rivamon de Ganail y de la princesa Daribea, Toledo, 1528.

Libro del esforzado caballero don Tristan de Leonís, y de sus grandes hechos en armas, Sevilla, 1528.

Historia de Lanzarote del Lago.

Historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia, por Nicolas de Piamonte, Sevilla, 1528.

Los tres libros del caballero Primaleon, Toledo, 1528.

Libro del caballero Florindo, 1528.

Crónica llamada el Triunfo de los nueve preciados de la fama, en la cual se contienen las vidas de cada uno, y los escelentes hechos en armas y grandes proezas que cada uno hizo en su vida, con la vida del muy famoso caballero Beltran de Guesclin, condestable que fué de Francia y duque de Molina, nuevamente traducida de lenguaje francés en nuestro vulgar castellano, por el honorable varon Antonio Rodriguez Portugal, principal rey de armas del rey nuestro señor, Lisboa, 1530.

Crónica del muy valiente caballero Platir, hijo del emperador Primaleon, Valladolid, 1533.

Historia de Enrique, hijo de doña Oliva, rey de Jerusalen y Emperador de Constantinopla, Sevilla, 1533.

Historia de los caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde Donaron, por Nuño de Garay.

Libro primero y segundo de Morgante y Roldan y Reinaldos, Valencia, 1535.

Crónica del muy valiente Amadís de Grecia, llamado el caballero de la Ardiente Espada, Sevilla, 1542.

Crónica del príncipe don Florando de Inglaterra, Lisboa, 1545.

Los cuatro libros del valeroso caballero don Cirongilio de Tracia, hijo del noble rey Elesfron de Macedonia, segun los escribió Novarco en griego y Promusis en latin, por Bernardo de Vargas, Sevilla, 1545.

Historia de los altos hechos de Silvis de la Selva, hijo de Amadís de Grecia.

Libro de los honestos amores de Peregrino y de Ginebra, por Hernando Diaz, Salamanca, 1548.

Los cuatro libros del muy noble y valeroso caballero Félix Magno, hijo del rey Falangrés de la Gran Bretaña y de la reina Clarinea, Sevilla, 1543.

Historia de los amores del caballero Paris y de la infanta Viena.

Historia del caballero Florimon.

Espejo de caballerías, en el cual se trata de los fechos de don Roldan y de Reinaldos, Sevilla, 1550.

Segunda parte del esforzado caballero don Clarian de Landanis y de su hijo Floramante de Colonia, por Jerónimo Lopez, Sevilla, 1550.

Crónica de Palmerin de Inglaterra, primera y segunda parte.

Historia del famoso príncipe Sferamundi de Grecia.

Historia de la reina Sevilla, Burgos, 1551.

La primera parte de la cuarta de la Crónica del escelentísimo príncipe don Florisel de Niquea, que fué escrita en griego por Galersis, y sacada en latin por Filastres Campaneo, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

Libro segundo de la cuarta parte del escelente príncipe don Florisel de Niquea, en que se trata principalmente de los amores del príncipe don Rogel y de la muy hermosa Archisidea, por Feliciano de Silva, Salamanca, 1551.

Caballerías de Clarindo de Grecia, por Tristan Gomez de Castro.

Historia de los amores de Clareo y Florisea, con los trabajos de Isea, por Alonso Nuñez de Reinoso, Venecia, 1552.

Historia del príncipe Félix Marte de Hircania, traducida de lengua toscana por Melchor Ortega, Valladolid, 1556.

Libro undécimo de Amadís, en el cual se trata principalmente de los hechos de Rogel de Grecia y de Agesilao de Colcos.

Trapisonda, Historia de don Reinaldos de Montalban, emperador de Trapisonda, primera, segunda y tercera parte, por Luis Dominguez, Toledo, 1558.

Leandro el Bel, segun le compuso el sabio rey Artidoro en lengua griega, Toledo, 1563.

Libro del invencible caballero Lepolemo, hijo del emperador de Alemania, y de los hechos que hizo, llamándose el caballero de la Cruz, Toledo, 1562.

Libro segundo del emperador Palmerin de Oliva, en que se cuentan los hechos de Primaleon y Polendos sus hijos, Medina del Campo, 1563.

Tercera y cuarta parte de Palmerin de Inglaterra, por Diego Fernandez de Lisboa.

Historia del invicto y magnánimo caballero don Cristalian de España, príncipe de Trapisonda, y del infante Lucescanio su hermano, hijos del emperador Lindelel, enmendada por doña Beatriz Bernal, Alcalá de Henares, 1586.

La Crónica de los muy valientes caballeros don Florisel de Niquea y el fuerte Anaxartes, hijos del escelente príncipe Amadís de Grecia, enmendada del estilo antiguo segun la escribió Zirfea, reina de Argines, por el noble caballero Feliciano de Silva, Lisboa, 1566.

Historia del valiente caballero Florambel de Lucea, hijo del rey Florineo de Escocia.

Historia del príncipe Erasto, hijo del emperador Diocleciano, por Pedro de la Vega, Amberes, 1573.

Libro primero del valeroso é invencible príncipe don Belianis de Grecia, sacado de la lengua griega, en la cual le escribió el sabio Friston, por un hijo del virtuoso varon Toribio Fernandez, Burgos, 1579.

Selva de aventuras, por Jerónimo de Contreras, Leon de Francia, 1580.

La bella Clotalda y cerco de Paris, por Bernardo de la Vega.

El Espejo de príncipes y caballeros. Parte primera dividida en tres libros, en los cuales se cuentan las inmortales proezas del caballero del Febo y de su hermano Rosicler, hijos del gran Trebacio, emperador de Constantinopla, con las altas caballerías y amores de la hermosísima y valerosa princesa Claridiana, y de otros grandes príncipes y caballeros, por Diego Ordoñez de Calahorra, Pedro de la Sierra, Marcos Martinez y Feliciano de Silva, Zaragoza, 1580.

Libro primero de los famosos hechos del príncipe Celidon de Iberia, por Gonzalo Gomez de Luque, Alcalá de Henares, 1584.

Las Sergas de Esplandian, quinto libro de Amadís de Gaula, por García Ordoñez de Montalvo, Zaragoza, 1587.

Libro de caballerías, por Simon de Silveira.

Historia de Luzman y Arbolea, por Jerónimo de Contreras.

Floranda de Castilla, lauro de caballeros, por Jerónimo de Huerta, Alcalá de Henares, 1588.

(43) *Comedias de santos.*

«¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¿Qué »de milagros falsos fingen en ellas, qué de cosas apó»crifas y mal entendidas? atribuyendo á un santo los mi»lagros de otro, y aun en las humanas se atreven á hacer »milagros sin mas respeto ni consideracion que parecer»les que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como »ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á »la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y »en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los »ingenios españoles.» (*Cervantes*, DON QUIJOTE, parte 1.ª, cap. 48.)

(44) *Su autor Ludovico Ariosto.*

Sandoval en la *Historia de Carlos V* dice: «Y al cabo »de tres ó cuatro dias que fueron casados, se repre»sentó en palacio una comedia de Ludovico Ariosto en la »forma de teatro y cenas (*escenas*) que los romanos so»lian representar, que fué cosa real y suntuosa.» Calvete refiere lo mismo en su *Viaje del príncipe don Felipe.*

(45) *Tal fué Lope de Rueda, etc.*

Véanse en el catálogo los números 66 hasta 73, desde 75 hasta 78, desde el 80 al 82, y desde 89 al 93.

(46) *El valenciano Juan de Timoneda.*

Véanse los números 95 y 96, y desde el 106 hasta el 118 del catálogo.

(47) *Alonso de la Vega, etc.*

Véanse en el catálogo los números 100, 104 y 105.

(48) *Las compañías cómicas, etc.*

A las reducidas compañías de farsantes que empezaron á conocerse en Castilla á principios del siglo XVI sucedieron otras mas numerosas, en las cuales ya habia músicos y cantores, y mujeres que representasen. En la pragmática de Carlos V y doña Juana su madre, hecha en Toledo en el año de 1534, se dice: «Mandamos que lo » que cerca de los trajes está prohibido y mandado por » las leyes de este título, se entienda asimismo con los » comediantes, hombres y mujeres, músicos y las demás » personas que asistan en las comedias para cantar y ta» ñer, los cuales incurran en las mismas penas que cerca » de esto están impuestas.»

Las diversiones teatrales pasaron de Castilla á Portugal, y el rey don Manuel asistió con su familia y su corte á las representaciones que daba en Lisboa el célebre farsante y poeta portugués Gil Vicente, autor de muchas piezas cómicas portuguesas y castellanas. Ayudábale á componerlas y recitarlas su hija Paula Vicente, insigne actriz, que fué en su tiempo la admiracion de Lisboa no menos por su ingenio felicísimo y sus gracias y hermosura, que por su conducta honesta y virtuosa. Continuaron los portugueses en todo aquel siglo cultivando el arte dramática, y entre ellos merecen particular mencion Francisco Saa de Miranda, autor de dos comedias, *Os Estrangeiros*, y *Os Vilhalpandos;* Antonio Ferreira, que escribió la tragedia intitulada *Castro;* y el gran Luis de Camoens, de quien se conservan dos comedias, una *O Rey Seleuco*, y otra *Os Anfitrioens*. La enumeracion de los demás poetas dramáticos portugueses y el exámen de su mérito ni pertenecen á nuestra historia literaria, ni al plan de esta obra.

(49) *La variedad y decencia de los trajes, etc.*

«Todos los aparatos de un autor de comedias se en» cerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos » blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro » barbas y cabelleras y cuatro cayados poco mas ó menos. » Componian el teatro cuatro bancos en cuadro y cuatro ó » seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cua» tro palmos..... El adorno del teatro era una manta vieja » tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo » que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músi» cos cantando sin guitarra algun romance antiguo.» (*Cervantes en el prólogo de sus comedias.*)

Agustin de Rojas, hablando de la misma época, dice en su *Viaje entretenido:*

Tañian una guitarra,
Y esta nunca salia fuera,
Sino adentro y en los bancos,
Muy mal templada y sin cuerdas.
Bailaba á la postre el bobo;
Y sacaba tanta lengua
Todo el vulgacho embobado
De ver cosa como aquella.

(50) *Prohibiendo de nuevo, etc.*

Prohibet sancta synodus in posterum turpem illum abusum quod die Innocentium intra ecclesiam theatrales quidam ludi edi publicè consuevere magna cum ordinis ecclesiastici ignominia, necnon et divinæ majestatis offensa; quippe qui christianorum oculos, quos oportet ad spiritualia provocari, ab his ad peccandi libidinem avertant.... spectacula verò, ludi quicumque et choreæ quæ alioqui præmisso examine permittente ordinario non aliàs in aliquot solemnitatibus ac processionibus agenda sint, nullo modo dum divina officia vel celebrantur, vel dicuntur, intra ecclesiam ipsam agi permittantur...Caveant tamen episcopi et eorum vicarii nedum solemnitatis divinæ causa ludos aliquot et spectacula edi publicè permittere velint, ea permittant quæ vel in minimo christianam religionem offendere vel spectantium animos in pravos mores quoquomodo inducere valeant..... Decernit etenim sancta synodus non alios ludos, non alia spectacula permittenda ab episcopo

fore, quàm quæ ad pietatem spectantium animos movere, et à pravis moribus deterrere possint.

Et ne quid fiat quod ordini ecclesiastico sit indecens, prohibet sancta synodus quoscumque in sacris constitutos aut beneficium ecclesiasticum habentes, ne in quocumque loco et tempore larvis personati incedant aut cujusque in quibuscumque spectaculis ac ludis personam agant, etc.

Pueden verse además el concilio compostelano celebrado en los años de 1565 y 66, el toledano del año de 1582, el valentino de 1590, y el tarraconense de 1591.

(51) *Con el nombre de Villancicos.*

Véase el número 102 del catalogo. El uso de los villancicos era ya comun en el siglo XV. Esta composicion constaba de una ó mas coplas de versos octosílabos con un estribillo que se repetia al fin de cada una de ellas. Algunas veces se aplicaban á asuntos de devocion, y en general á los amorosos. De esta clase son los que se hallan en el *Cancionero* : véanse por ejemplo los siguientes :

¿Qué sentis, corazon mio?
¿No decis
Qué mal es el qué sentis?
¿Qué sentistes aquel dia
Cuando mi señora vistes,
Que perdistes alegría
Y descanso despedistes?
¿Cómo á mi nunca volvistes?
¿No decis
Dónde estais que no venis?
¿Qué es de vos, que en mi no os hallo?
Corazon, ¿quién os ajena?
¿Qué fué de vos, que aunque callo,
Vuestro mal tambien me pena?
¿Quién os ató tal cadena?
¿No decis
Que mal es el que sentis?
Llorad, ojos, noche y dia;
No os canseis,
Que algun tiempo gozareis.
Llorad mi mal y tristura
Con tal fe, tal confianza,
Que si os vence desventura
No se pierda la esperanza.
No os canseis,
Que algun tiempo gozareis
No os canseis de tal pasion,
Pues vosotros merecistes
Que sufriese el corazon
Lo que vosotros hicistes.
Llorad y sufrid muy tristes;
No ceseis,
Que algun tiempo gozareis.

Juan de la Encina, Naharro, Castillejo, Timoneda y otros acostumbraron á concluir sus fábulas teatrales con un villancico. En las iglesias se cantaron tambien, sirviendo de adorno al diálogo que se recitaba entre ángeles y pastores, celebrando el misterio de la Eucaristía, y mas comunmente el nacimiento de nuestro señor Jesucristo.

Todavía dura este género de composiciones, aunque no siempre exentas de frialdades, bajezas y chocarrerías poco convenientes á la majestad del culto. Tal vez las han cantado los ciegos a las puertas de las tabernas al mismo tiempo que se entonaban con solemnidad en la iglesia. Véanse algunas colecciones impresas de los villancicos y motetes que se han cantado de dos siglos a esta parte en las catedrales de España, y se hallara cuán importante es que la autoridad eclesiástica ejerza su vigilancia para la correccion de semejantes abusos.

(52) *Llamado Navarro, etc.*

Sucedió á Lope de Rueda Navarro, natural de Toledo..... «Este levantó algun tanto mas el adorno de las co» medias, y mudó el costal de vestidos en cofres y baules; » sacó la música, que antes cantaba detras de la manta, al » teatro público ; quitó las barbas de los farsantes, que » hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, » é hizo que todos representasen a cureña rasa, si no era » los que habian de representar los viejos ú otras figuras » que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nu» bes, truenos y relámpagos, desafios y batallas.» (Cervantes en el prólogo de sus comedias.)

En el *Viaje entretenido* dice Agustin de Rojas .

Después como los ingenios
Se adelgazaron, empiezan
A dejar aqueste uso :
Reduciendo los poetas
La mal ordenada prosa
En pastoriles endechas,
Hacian farsas de pastores
De seis jornadas compuestas
Sin mas hato que un pellico,
Un laud, una vihuela,
Una barba de zamarro,
Sin mas oro ni mas seda.
Y en efecto poco á poco
Barbas y pellicos dejan,
Y empiezan á introducir
Amores en las comedias,
En las cuales ya habia dama,
Y un padre que á aquesta cela;
Habia galán desdeñado,
Y otro que querido era;
Un viejo que reprendia,
Un bobo que los acecha,
Un vecino que los casa
Y otro que ordena las fiestas.
Ya habia saco de padre,
Habia barba y cabellera.
Un vestido de mujer,
Porque entonces no lo eran
Sino niños; después de esto
Se usaron otras, sin estas,
De moros y de cristianos,
Con ropas y tunicelas.
Estas empezó Berrio ;
Luego los demás poetas
Metieron figuras graves,
Como son reyes y reinas.
Fue el autor primero de esto
El noble Juan de la Cueva, etc.

(53) *El docto anónimo, etc.*

Véanse los números 86 y 87 del catalogo.

(54) *Pedro Simon de Abril.*

Véanse los números 120, 121, 123 hasta el 128 del catálogo.

(55) *Jerónimo Bermudez.*

Véase el número 129 y 130 del catálogo.

(56) *Juan de Malara.*

Véanse los números 74, 88 y 101 del catálogo.

(57) *Juan de la Cueva.*

Véanse en el catálogo desde el número 132 hasta el 139, desde el 142 hasta el 145, y ademas los números 147 y 150.

(58) *Miguel de Cervantes.*

Véanse en el catalogo los números 155, 157, 158, 159, 160, 164, 165, 166 y 167.

(59) *Virués.*

Véanse los números 140, 141, 146, 148 y 149 del catalogo.

(60) *Lupercio de Argensola.*

Véanse los números 161, 162 y 163 del catálogo.

(61) *Artieda.*

Véase el número 151 hasta el 154.

(62) *Cisneros.*

Véase el número 122 del catálogo.

(63) *Los dos corrales.*

Las compañías cómicas se detenian en Madrid y en las demas poblaciones considerables, segun el acogimiento que les hacian y el caudal de piezas que llevaban. Arrendaban para esto algunos patios ó corrales, y en ellos armaban sus tablados y disponian los asientos para el concurso. El nombre de patio y corral llegó á ser sinónimo de teatro. Aun dura en los modernos la denominacion que se dió en lo antiguo a las *tablas*, *patio*, *gradas*, *corredorcillo*, *aposentos*, *barandilla*, *degolladero*, *cazuela* y *alojeros*. La que hoy es luneta se llamó al principio *bancos*, y la parte alta que hoy es tertulia y palcos terceros se llamó *desvanes*, porque en efecto lo eran.

Luis Quiñones de Benavente dijo en una de sus loas:

Lorenzo. Piedad, ingeniosos bancos.
Castor. Perdon, nobles aposentos.
Linares. Favor, belicosas gradas.
Bernardo. Quietud, desvanes tremendos.
Pinelo. Atencion, mis barandillas.
Piñero. Carísimos mosqueteros,
Granujas del auditorio,
Defensa, ayuda, silencio.
Lorenzo. Damas en quien dignamente
Cifró su hermosura el cielo,
Inés. Asi el abril de los años
Sea en vosotras eterno,
Y que el tiempo que teneis
No se sepa en ningun tiempo.
Margarita. Que piadosas y corteses
Pongais perpetuo silencio
Inés. A las llaves y á los pitos,
Silba de varios sucesos.

En el año de 1568 se representaba en un corral de la Puerta del Sol, en otro de la calle del Príncipe, propio de Isabel Pacheco, y en otro de la misma calle de un N. Barquillos. Después hubo comedias en otro de la calle del Lobo, de quien era dueño Cristóbal de la Puente. Hubo tambien otro corral llamado de la Valdivieso, en que algunas veces se representó. En el año de 1579 y en el de 1582 establecieron las cofradías de la Pasion y Soledad dos corrales: el primero en la calle de la Cruz, y el segundo en la del Príncipe. Estos mismos son los que trasformados ya en teatros conservan todavía el uso, el sitio y el nombre. Pellicer en su tratado sobre el *Orígen de la comedia y del histrionismo en España*, tomo I, recogió varias noticias curiosas acerca de los teatros materiales de Madrid.

(64) *Al acabarse el siglo XVI, etc.*

El crecido número de las composiciones dramáticas de Lope de Vega no es una tradicion oscura: esta apoyada en testimonios irrecusables. Véanse aquí reunidos algunos de ellos.

En el año de 1603 corrian ya impresas trescientas treinta y seis comedias suyas, de las cuales puso una lista en su obra intitulada *El Peregrino*, y allí mismo dijo que sin hacer mencion de los autos y de algunas comedias que no se acordaba, llevaba ya compuestas cuatrocientas sesenta y dos. En el *Arte nuevo de hacer comedias*, publicado en 1609, dijo que tenia escritas cuatrocientas ochenta y tres. Francisco Pacheco en el discurso que imprimió en el mismo año de 1609 sobre el retrato de Lope, afirmó que las comedias de aquel poeta llegaban a quinientas. Cervantes en el prólogo de las suyas, dadas á luz en 1615, dijo que Lope llevaba escritas mas de ochocientas. Dedicando el mismo Lope a su hijo la comedia de *El verdadero amante*, en el año de 1620, le dice que habia compuesto ya novecientas. En el prólogo a la vigésima parte de ellas, impreso en 1627, asegura tener ya escritas mil setenta. En la *Egloga á Claudio*, escrita antes del año de 1632, dice Lope hablando de sus comedias que hasta entonces habia hecho mil quinientas.

Juan Bodino en su epístola latina dirigida á Leon Allacci en el año 1636, muerto ya Lope, le atribuye mil quinientas. Fernando Cardoso en la oracion fúnebre de aquel poeta fija el número de sus comedias en mil quinientas. El P. Mtro. Avalos en su elogio de Lope dice que habia escrito mil setecientas. El licenciado Antonio de Leda en su poema intitulado *El Fénix Mantuano*, alabando á Lope, le reconoce por autor de mil ochocientas. El caballero Juan Bautista Marino dijo en el panegírico de Lope que habia compuesto dos mil. Don Juan Antonio de la Peña en la dedicatoria de su égloga elegiaca intitulada *Belardo* dice que Lope escribió mil seiscientas comedias, y en el prólogo que precede á la misma obra dice que fueron sus comedias mil seiscientas, y los autos sacramentales mas de doscientos, que es decir, le atribuye mil ochocientas obras de teatro. El doctor Juan Perez de Montalban, testigo de toda escepcion, en su libro intitulado *Para todos*, dice de Lope que en el año de 1632 llevaba impresos veinte tomos de comedias, y mil quinientas que se habian representado, sin contar los autos. El mismo en la *Fama póstuma* de Lope dice que las comedias que se habian representado de aquel autor llegaban á mil ochocientas, y que pasaban de cuatrocientos los autos sacramentales, en todo dos mil doscientas piezas dramáticas. Don Nicolas Antonio, en vista de tales aserciones dadas por íntimos amigos de Lope, publicadas en el mismo año que murió, no desmentidas por ninguno de los muchos émulos que tuvo, y que el mismo don Nicolas Antonio pudo verificar por los informes de los que alcanzaron los últimos años de Lope de Vega, y mas que todo por las mismas obras que entonces debian existir, no dudó asegurar en su Biblioteca que aquel poeta habia compuesto mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales.

(65) *Como corruptor de la escena.*

El prólogo que puso don Blas Nasarre á las comedias de Cervantes contiene escelentes doctrinas acerca del arte dramática; pero aquel literato se dejó llevar muchas veces de sus propias imaginaciones, de un espíritu de patriotismo mal entendido, y de un empeño no disculpable en desacreditar á Lope y Calderon, suponiéndolos corruptores de nuestro teatro, como si le hubieran hallado menos defectuoso, como si alguno de sus contemporaneos hubiera escrito con mayor acierto. Véanse aquí los errores que me han parecido mas notables en el citado prólogo, relativos á nuestra historia literaria y á otras materias de buen gusto y discernimiento crítico.

«Los arabes y moros fueron escelentes en las representaciones dramáticas. — Los trovadores provenzales fueron los primeros que escribieron comedias. — En las obras poéticas de Alfonso el Sabio, en las de Gonzalo de Berceo y romances antiguos se conservan testimonios auténticos de nuestras composiciones teatrales, con muchos siglos de anterioridad á las piadosas farsas de los italianos y franceses. — Los peregrinos que iban á Santiago cantaban y representaban al vivo los misterios de la religion y las historias sagradas, de cuya costumbre quedaron las relaciones de ciegos y los autos sacramentales. — Cervantes compuso sus comedias con la misma idea que el *Quijote*, haciéndolas de intento desarregladas y llenas de desatinos á fin de purgar del mal gusto y mala moral el teatro. — Cuando Lope empezó á escribir, eran ya las comedias adultas y perfectas, y él las volvió á las mantillas. — Calderon fué el segundo corruptor del teatro. — Moliere puso en la escena algunas de las comedias de este autor, que tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobacion entre los franceses. — Guillen de Castro, Rojas y Solis guardaron la moderacion que pide el estilo de las comedias. — Tenemos mayor número de comedias perfectas y segun arte que los franceses, italianos é ingleses juntos. — Tenemos comedias ajustadísimas á la razon y al arte, que en nada son inferiores á las de Moliere, Wicherley, Maffei y Riccoboni. — Don Esteban Manuel de Villegas es comparable á los mejores poetas griegos.»

Si me preguntasen mi opinion acerca de los artículos precedentes, responderia sin peligro de ser desmentido: todo es falso.

ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

CATALOGO HISTORICO Y CRITICO

DE

PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

AÑO DE 1356.

1. ANÓNIMO. «Danza general en que entran todos los estados de gentes.» Esta obra existe en la biblioteca del Escorial manuscrita de letra antigua, en un tomo en cuarto. Se creyó que el autor de ella fuese Rabí don Santo, judío que floreció en tiempo del rey don Pedro de Castilla; pero examinado el códice con mayor atencion, se ha visto que no es composicion del citado Rabí. El que escribió la *Danza general* es absolutamente desconocido, y solo puede inferirse que vivió á mediados del siglo XIV.

Su obra es una pieza dramatica escrita en coplas de arte mayor. No es facil decidir si los versos se cantaban ó se representaban; pero no cabe duda en que á lo menos alternarian con ellos las mudanzas del baile ejecutadas al son de la música. La Muerte, que es uno de los personajes, dice:

Yo só la Muerte cierta á todas criaturas
Que son y seran en el mundo durante;
Demando, é digo: ¡Oh home! ¿por qué curas
De vida tan breve en punto pasante?
Pues no hay tan fuerte nin recio gigante
Que deste mi arco se pueda amparar,
Conviene que mueras, cuando lo tirar
Con esta mi frecha crüel traspasante.

Siguense á esta otras octavas, y luego se introduce á un predicador que intima á todos la necesidad de morir, aconsejando la práctica de las buenas obras á fin de disponerse para entrar en una danza que tiene prevenida la Muerte, y dice esta:

A la danza mortal venit los nacidos
Que en el mundo sois de cualquier estado;
El que non quisiere, á fuerza é amidos
Facerle he venir muy toste parado.
Pues que ya el frayre vos ha predicado
Que todos ayades á facer penitencia;
El que non quisiere poner diligencia,
Non puede ya ser ya mas esperado.

Llama á su danza á dos doncellas, y dice:

A esta mi danza trax de presente
Estas dos doncellas que vedes, fermosas;
Ellas vinieron de muy mala mente
A oir mis canciones, que son dolorosas.
Mas non les valdrán flores ni rosas
Nin las composturas que poner solian:
De mí si pudiesen partirse querrian;
Mas non puede ser, que son mis esposas.

Véanse el 1.º y 4.º tomo de la coleccion de poesías castellanas anteriores al siglo XV, por don Tomas Sanchez (1).

1414.

2. DON ENRIQUE DE ARAGON, marqués de Villena. «Comedia alegórica, representada al rey don Fernando de Aragon (2).»

Don Enrique de Aragon, marqués de Villena, nieto de Enrique II, rey de Castilla, y biznieto del infante don Pedro de Aragon, floreció en el reinado de don Juan el II de Castilla. Fué hombre de mucho ingenio, muy estudioso é instruido tanto en letras humanas como en las ciencias físicas y matemáticas, que le adquirieron entre el vulgo la opinion de mágico. Murió en el año de 1434. Dejó sus libros al rey, y con ellos se llenaron dos carretas. Fray Lope de Barrientos, comisionado por el rey para examinarlas, «fizo quemar mas de cien libros (como »refiere Fernan Gomez de Cibdareal), que no los vió él »mas que el rey de Marroecos, ni mas los entiende que el »dean de Cidarodrigo; ca son muchos los que en este »tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes é ma»gos; é peor es que se facen beatos, faciendo á otros ni»gromantes.»

Escribió el marqués varias poesías, canciones y diálogos que se representaron, un poema de los *Trabajos de Hércules*, una *Traduccion de la Eneida*, otra *de la Divina Comedia de Dante*, y otra del tratado *de Oratore* de Ciceron. Compuso un libro de la *Gaya sciencia*, otro del *Arte cisoria*, y varios opúsculos. Vivió muy estimado así en la corte de Castilla como en la de Aragon, y para esta escribió la comedia alegórica que va mencionada. Hacian papel en ella la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz* y la *Misericordia*. Nasarre en el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, y Velazquez en los *Orígenes de la poesía castellana*, hacen memoria de esta comedia, refiriéndose á Gonzalo García de Santa María en la crónica que escribió del citado rey don Fernando I de Aragon.

1469.

3. ANÓNIMO. «Comedia representada en casa del conde de Ureña para obsequiar al infante don Fernando de Aragon con motivo de su desposorio con la infanta doña Isabel, hermana del rey Enrique IV de Castilla.» Se ignora si esta comedia existe. Nasarre da noticia de ella, atribu-

(1) El haberse creido que esta composicion fuese obra de Rabí don Santo de Carrion, fué por razon de hallarse continuada en el códice donde estan las obras de aquel antiguo poeta. Como quiera que fuere, es documento muy notable, y si realmente fué escrito con el objeto de representarse, exigia nada menos que treinta y cinco actores, á saber: la muerte, el predicador, el papa, el emperador, el cardenal, el rey, el patriarca, el duque, el arzobispo, el condestable, el obispo, el caballero, el abad, el escudero, el dean, el mercader, el arcediano, el abogado, el canónigo, el físico, el cura, el labrador, el monje, el usurero, el fraile, el portero, el ermitaño, el contador, el diácono, el recabdador, el subdiácono, el sacristán, el rabí, el alfaquí, el santero.

(2) Véase la nota (b) de la página 151, donde se hacen algunas observaciones sobre las circunstancias de esta comedia, y sobre la prioridad de otra representada quince años antes con semejante motivo, si damos fe al coronista Blancas.—Aun de época anterior leemos una curiosa noticia en un folleto titulado: *Teatro de Valencia*, publicado en aquella ciudad por don Luis Lamarca, año de 1840, donde (pág. 8) se dice: «en abril »de 1394 se representó en el palacio del Real una tragedia titulada *L'hom »enamorat é la fembra satisfeta* escrita por mosen Domingo Maspons, »consejero de Juan I, que poseyó en manuscrito del siglo XIV don José »Mariano Ortiz.» Será importante averiguar la certeza de este dato

yéndola á Juan de la Encina; pero en el año de 1469, en que se casaron los Reyes Católicos, Juan de la Encina lloraba en la cuna.

1470.

4. Rodrigo de Cota. «Dialogo.—Comienza una obra de Rodrigo de Cota á manera de diálogo entre el Amor y un viejo, que escarmentado de él, muy retraido se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del Placer derribada se muestra, cerrada la puerta, en una pobrecilla choza metido, al cual súbitamente paresce el Amor con sus ministros; y aquel humildemente procediendo, y el viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, fasta que el viejo del Amor fué vencido; y comenzó á hablar el viejo de la manera siguiente.» Así se anuncia esta obra en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo, impreso en Valencia por Cristóbal Hoffman, natural de Basilea, año de 1511.

Este diálogo es una representacion dramática con accion, nudo y desenlace; entre dos interlocutores no es posible exigir mayor movimiento teatral. Supone decoracion escénica, máquina, trajes y aparato; el estilo es conveniente, fácil y elegante; los versos tienen fluidez y armonía.

Poca noticia nos ha quedado del autor: se sabe solamente que existieron en el siglo xv dos parientes, vecinos de Toledo, con el nombre de Rodrigo de Cota, y que al mas antiguo de ellos llamaron el Tio.

A este se le atribuyen las *coplas de Mingo Revulgo*, y no con bastante seguridad el primer acto de la *Celestina*. Francisco del Canto, que reimprimió en Medina del Campo en el año de 1569 el *Diálogo del Amor y un viejo*, le anunció de este modo: *Diálogo hecho por el famoso autor Rodrigo de Cota, el Tio, natural de Toledo, el cual compuso la égloga de Mingo Revulgo*, etc. Si esta indicacion es segura, puede decirse que Rodrigo de Cota, el Tio, floreció durante los reinados de Juan el II y de Enrique IV. Las coplas de Revulgo son una sátira de los desórdenes ocurridos en tiempo de este último rey. Los que han creido que aludia á los de su antecesor, no han leido detenidamente las citadas coplas, en las cuales se pinta muy al vivo el carácter de don Enrique, sus inclinaciones, sus vicios, su retraimiento, su absoluto abandono y su escandalosa pasion á la portuguesa doña Guiomar de Castro, dama de la reina (3).

1492.

5. Juan de la Encina.—«Egloga representada en la noche de la Návidad de nuestro Salvador, adonde se introducen dos pastores, uno llamado Juan, é otro Mateo; é aquel que Juan se llamaba, entró primero en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é en nombre de Juan del Encina llegó á presentar cient coplas de aquesta fiesta a la señora duquesa; é el otro pastor llamado Mateo, entró después desto, é en nombre de los detractores é maldicientes comenzóse á razonar con él, é Juan estando muy alegre é ufano, porque sus señorías le habian ya recebido por suyo, venció la malicia del otro. Adonde prometió que venido el mayo sacaria la compilacion de todas sus obras, porque se las usurpaban é corrompian, é porque no pensasen que toda su obra era pastoril, segun algunos decian, mas antes conosciesen que á mas se estendia su saber.» Diálogo en verso sin artificio dramático (4).

1492.

6. «Egloga representada en la misma noche de Navidad, adonde se introducen los mesmos pastores de arriba: é estando estos en la sala adonde los maitines se decian, entraron otros dos pastores, que Lucas é Marco se llamaban, é todos cuatro en nombre de los cuatro evangelistas de la natividad de Cristo se comenzaron á razonar.» Consiste en un diálogo en verso sin accion, y concluye con un villancico cantado. Se infiere por esta pieza que en alguna sala de casa del duque de Alba se disponia un nacimiento (como todavía es costumbre en España), se rezaban delante de él los maitines con asistencia de los duques y de su familia, y acabado este acto religioso seguian las diversiones de representacion y de música.

1494.

7. «Representacion á la muy bendita pasion y muerte de nuestro precioso Redentor, adonde se introducen dos ermitaños, el uno viejo y el otro mozo, razonándose como entre padre é hijo camino del santo Sepulcro, é estando ya delante del monumento, allegóse á razonar con ellos una mujer llamada Verónica, á quien Cristo cuando le llevaban á crucificar dejó imprimida la figura de su rostro en un paño que ella le dió para se alimpiar del sudor y sangre. Va eso mesmo introducido un ángel, que vino á contemplar en el monumento, é les trajo consuelo é esperanza de la santa resurreccion.» Diálogo sencillísimo en verso, con buen lenguaje y estilo. Se infiere de su contenido que se representó en casa de los duques delante del monumento que se pondria el jueves santo en el oratorio (5).

1494.

8. «Representacion á la santísima Resurreccion de Cristo, adonde se introducen Josef é la Madalena é los discípulos que iban al castillo de Emaús; é primero Josef comienza contemplando el sepulcro... é en fin vino un ángel á ellos por les acrescentar el alegría é fe de la resurreccion.» Concluye este diálogo en verso con un villancico. Es creible que se representase tambien en el oratorio de los duques.

1495.

9. «Egloga representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo ó carnestollendas) adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneyto, é Bras, Pedruelo, é Llorente. E primero Beneyto entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho a dolerse é acuitarse porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia; é luego tras él entró el que llamaban Bras preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Llorente que les ayudó á cantar.» Esta égloga, escrita en verso, puede considerarse como un pequeño drama con nudo y solucion, en el cual oportunamente introdujo el autor los elogios del duque de Alba. La espresion de caracteres y afectos son convenientes á los personajes de la fábula (6).

1495.

10. «Egloga representada la mesma noche de antruejo ó carnestollendas, adonde se introducen los mesmos pastores de arriba llamados Beneyto, é Bras, é Llorente, é Pedruelo. E primero Beneyto entró en la sala, adonde el duque é duquesa estaban, é tendido en el suelo de gran reposo comenzó á cenar, é luego Bras que ya habia cenado, entró diciendo: *carnes fuera;* mas importunado de Beneyto tornó otra vez á cenar con él, é estando cenando é razonándose sobre la venida de cuaresma, entraron Llorente é Pedruelo, é todos cuatro juntamente comiendo y cantando con mucho placer dieron fin á su

(3) Esta composicion lindísima se hallará en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(4) Esta égloga y la anterior parecen ser dos escenas de un mismo drama, y juntas se hallan en la coleccion de Bohl de Faber.

(5) Hállase en la misma coleccion citada.

(6) Se halla en la coleccion de Moratin.

festejar.» Diálogo en verso desnudo de accion, que se acaba con un villancico (7).

1495.

11. «Egloga representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcilla llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla. E estando en su recuesta llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro se la sonsacó, é se tornó pastor por ella.» En esta égloga, escrita en verso, se advierte un poco de artificio dramático: el lenguaje y estilo son acomodados á los caracteres que en ella se introducen. El de Mingo le representó Juan de la Encina, como se infiere por el contesto de la pieza siguiente (8).

1496.

12. «Egloga representada por las mesmas personas que en la de arriba van introducidas, que son un pastor llamado Gil, é Pascuala é Mingo, é su esposa Menga, que de nuevo agora aquí se introducen. E primero Gil entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é Mingo, que iba con él, quedóse á la puerta espantado que no osó entrar, é después importunado de Gil entró, é en nombre de Juan de la Encina llegó á presentar al duque é duquesa sus señores la compilacion de sus obras, é allí prometió no trovar mas, salvo lo que sus señorías le mandasen, é después llamaron á Pascuala é a Menga, é cantaron é bailaron con ellas. E otra vez tornándose á razonar allí, dejó Gil el hábito de pastor que habia traido un año, é tornóse del palacio, é con él juntamente la su Pascuala, é en fin Mingo é su esposa Menga, viéndolos mudados del palacio, crecióles envidia, é aunque recibieron pena de dejar los hábitos pastoriles, tambien ellos quisieron tornarse del palacio, y probar la vida dél. Así que todos cuatro juntos muy ataviados dieron fin á la representacion cantando el villancico del cabo.» La composicion de este diálogo en verso no tiene mérito particular; pero la espresion de los caracteres, el estilo, la versificacion y el siguiente villancico merecen elogio.

Al Amor obedezcamos
Con muy presta voluntad;
Pues es de necesidad,
De fuerza virtud hagamos:
Al Amor no resistamos,
Nadie cierre á su llamar,
Que no le ha de aprovechar.
Amor amansa al mas fuerte,
E al mas flaco fortalece;
Al que menos le obedece
Mas le aqueja con su muerte;
A su buena ó mala suerte
Ninguno debe apuntar,
Que no le ha de aprovechar.
Amor muda los estados,
Las vidas y condiciones,
Conforma los corazones
De los bien enamorados:
Resistir á sus cuidados
Nadie debe procurar,
Que no le ha de aprovechar.
Aquel fuerte del Amor,
Que se pinta niño y ciego,
Hace al pastor palaciego,
Y al palaciego pastor:
Contra su pena é dolor
Ninguno debe fidiar,
Que no le ha de aprovechar.
El que es Amor verdadero
Despierta al enamorado,
Hace al medroso esforzado,
E muy polido al grosero:
Quien es de Amor prisionero
No salga de su mandar,
Que no le ha de aprovechar.
El Amor con su poder
Tiene tal jurisdicion,
Que cativa el corazon
Sin poderse defender:
Nadie se debe asconder
Si Amor viniere á llamar,
Que no le ha de aprovechar (9).

1496.

13. «Aucto del Repelon, en el cual se introduce pastores, Piernicurto é Johan Paramas, los cual tando vendiendo su mercadería en la plaza, llegaron los estudiantes que los repelaron, faciéndoles otra las peores. Los aldeanos, partidos el uno del otro p caparse de ellos, el Johan Paramas fuése á casa caballero: en entrando en la sala, fallándose fuer peligro, comenzó á contar lo que le acaesció. Sobre Piernicurto en la rezaga, que le dice como todo e se ha perdido, é entró un estudiante estando ell blando á refacer la chaza, al cual, como le vieron echaron de la sala. Sobrevienen otros dos pastores, vanta Johan Paramas un villancico.» No se alcanza p Juan de la Encina llamó auto á esta pieza, y no é ó representacion, como hizo con las otras. La pre es un diálogo en verso sin accion, en que hizo ha los interlocutores un lenguaje estremadamente gro rústico, como puede verse en los siguientes versos.

ESTUDIANTE.

Pues que ya te lo he jurado,
Ven acá, dímelo tú.

JOHAN.

¿Quieres saber lo que hú?
Engañónos, mal pecado,
Que stábamos nel mercado
Ña aquella praza denantes;
Un rebaño de studiantes
Nos hizón un mal recado.
Aqueste, yo os dó la fe
Que bonico lo paroren.

PIERNICURTO.

¿Y á mí ño me repeloren?

JOHAN.

Así, hizon té, ño sé qué.

PIERNICURTO.

No, que yo bien me guardé.

JOHAN.

Bien que el rabo lo pagó.
¿Cuidas que ño lo sé yo?

PIERNICURTO.

Cocorron que te daré.

1496.

14. «Representacion por Juan del Encina ante el esclarecido é muy ilustre príncipe don Juan, nuestro berano señor. Introdúcense dos pastores, Bras é Juan é con ellos un escudero que á las voces de otro pa Pelayo llamado, sobrevinieron; el cual de las do frechas del Amor mal herido se quejaba, al cual and por debesa vedada con sus frechas é arco de su gran der ufanándose el sobredicho pastor habia querido p der.» No carece de mérito en esta pieza el soliloquio Amor, en que describe la estension de su poderío. escrita en verso.

(7) Se halla en la coleccion de Bohl de Faber.

(8) Esta égloga está inserta en la coleccion de Moratin y en la de Bohl de Faber.

(9) La égloga entera se halla en la coleccion de Bohl de Faber.

1497.

15. «Egloga trovada por Juan del Encina, en la cual se introducen tres pastores, Fileno, Zambardo é Cardonio, donde se recuentra como este Fileno preso de amores de una mujer llamada Zéfira, de cuyos amores viéndose muy desfavorecido, cuenta sus penas á Zambardo y Cardonio, el cual no fallando en ellos remedio, por sus propias manos se mata.» El autor de *El Diálogo de las lenguas* cita con elogio una comedia intitulada: *Fileno y Zambardo;* pero no es de creer que aludiese á la presente composicion, á la cual su autor llamó égloga, y no comedia. Fileno, después de quejarse largamente de la ingratitud de su pastora, concluye quitándose la vida: sobrevienen dos amigos suyos, cargan con el cuerpo y se le llevan á enterrar; no hay mas fábula que esta. Escribió su obra Juan de la Encina en coplas de arte mayor, á diferencia de todas las otras. La pureza del lenguaje, el estilo y los versos tienen mérito. Véase este pasaje en que declama Fileno contra los vicios de las mujeres:

Desde el comienzo de su creacion
Torció la mujer del vero camino;
Que menospreciando el mando divino,
A sí y á nosotros causó perdicion;
De aquella en las otras pasó succesion,
Soberbia, codicia é desobediencia,
Y el vicio do halla mayor resistencia
Aquel mas seguir su loca opinion.
Discretas son todas á su parescer;
Si yerran ó no, sus obras lo digan;
¿Dime si viste en cosa que sigan
Mudanzas é antojos jamás fallescer?
Si aborresciendo nos muestran querer,
É si penando nos muestran folganza,
Yo é los que en ellas han puesto esperanza
Te pueden de aquesto bien cierto hacer.
El tiempo no sufre que en esto me estienda,
El cual faltaria, mas no que decir:
Sus artes cubiertas, su claro mentir,
Huirse debia, mas no lleva enmienda;
Y aunque de todas aquesto se entienda,
Sola Zefira á todas escede,
Cuya crüeza no sé, ni se puede
Pensar, ni ella misma creo la comprenda.
¿En cuál corazon de muy cruda fiera
Pudiera caber tan gran crüeldad,
Que siendo señora de mi libertad
Por otra no suya trocarla quisiera?
¡Oh condicion mudable lijera!
¡Oh triste Fileno! ¿en qué eres venido,
Que ni aprovecha llamarte vencido,
Ni para vencer remedio se espera?
La sierpe y el tigre, el oso y leon,
A quien la natura produjo feroces,
Por uso de tiempo conocen las voces
De quien los gobierna y humildes le son;
Mas esta, do nunca moró compasion,
Aunque la sigo después que soy hombre,
Y soy hecho ronco llamando su nombre,
Ni me oye ni muestra sentir compasion.

1498.

16. «Egloga trovada por Juan del Encina, representada la noche de Navidad, en la cual á cuatro pastores, Miguellejo, Juan, Rodrigacho é Anton llamados, que sobre los infortunios de las grandes lluvias é la muerte de un sacristán se razonaban, un ángel aparesce, é el nascimiento del Salvador les anunciando, ellos con diversos dones á su visitacion se aparejan.» Es un diálogo en estilo rústico, que se acaba con la inoportuna aparicion de un ángel. Cuéntales á los pastores el nacimiento del hijo de Dios, y ellos se encaminan á Belén para adorarle; pero como los tales pastores no son los del Evangelio, sino unos cabreros cristianos y españoles que hablan de los aguaceros y avenidas del año de 1498, resulta demasiado absurdo el anuncio del ángel y el desatinado viaje que emprenden (10).

1513 (11).

17. Don Pedro Manuel de Urrea. «Egloga de la tragicomedia de Calisto y Melibea, de prosa trovada en metro, por don Pedro Manuel Urrea, *dedicada á su madre la condesa de Aranda.*» Está inserta esta pieza entre las varias poesías de que se compone el *Cancionero* del mismo autor, impreso en Logroño *á costa y espensas de Arnao Guillen Brocar, maestro de la emprenta en dicha ciudad: le acabó en nombre de la santísima Trinidat á siete dias del mes de julio de* 1513, en folio.

El autor dice en el argumento: «Esta égloga ha de ser hecha en dos veces. Primeramente entra Melibea y después Calisto, y pasan allí las razones que aquí paresceu, y al cabo despide Melibea á Calisto con enojo, y sálese él primero, y después luego se va Melibea. Y torna presto Calisto muy desesperado á buscar á Sempronio su criado, y los dos quedan hablando hasta que Sempronio vá á buscar á Celestina para dar remedio á su amo Calisto. Está trovado esto hasta que queda solo Calisto, y allí acaba, y por no quedar mal, vanse cantando el villancico que va al cabo.» Por esta advertencia preliminar se ve que Urrea no aspiró al mérito de la invencion: puso en versos cortos la prosa que halló en el primer acto de la *Celestina*, y advirtiendo que no le resultaba una fábula entera, añadió un villancico *por no quedar mal.*

1514.

18. Juan de la Encina. «Farsa de Plácida é Vitoriano.» Esta obra, de la cual solo queda la noticia, se imprimió en Roma en el año de 1514. El citado autor de *El Diálogo de las lenguas* habla de ella con elogio, prefiriéndola á todas las demás del mismo poeta. La inquisicion la prohibió en el año de 1559.

Juan de la Encina nació en Salamanca (ó en algun pueblo inmediato á ella) en el año de 1468. Estudió en aquella universidad, protegido del maestrescuela don Gutierre de Toledo, hermano de don García de Toledo, conde

(10) Hállase en la coleccion de Bohl de Faber

(11) Antes de esta fecha se encuentra el auto pastoril de Nacimiento, el primero que en Portugal se representó, estando presentes el rey don Manuel y la reina doña Beatriz su madre, y la señora duquesa de Braganza su hija, en la segunda noche del nacimiento del príncipe don Juan II en Portugal (6 de junio de 1502), que se incluye entre las obras de Gil Vicente, impresas en Lisboa en 1562, y se reproduce en la coleccion de Bohl de Faber. *(Véase la nota (g) al Discurso histórico que precede, y la 15 al presente catálogo.)*

No podemos asegurar si se representaria anteriormente á esta época alguna de las piezas contenidas en el códice de la biblioteca nacional, que hemos citado, y cuyo índice ponemos á continuacion con las personas ó figuras que en ellos intervienen.

INDICE.

1. Auto del sacrificio de Abraham. Figuras: Abraham, un villano, Eliazer, Sara, una moza, cuatro convidados, Dios Padre, Isac, un ángel.

2. Auto del destierro de Agar. Figuras: Abraham, Sara, un ángel, dos pastores, Agar, Ismael, Voluntad, Deseo, Cuidado, Amor.

3. Auto de cuando Abraham se fué á tierra de Canaám. Figuras: Abraham, Dios Padre, Eliazer, Sara, Lot, tres pastores, el rey Faraon, un portero, tres del pueblo.

4. Auto de cuando Jacob fué huyendo á las tierras de Aran. Figuras: Laban, Collaco, Jacob, dos pastores, Raquel, Lia.

5. Auto de los desposorios de Isac. Figuras: Abraham, Eliazer, Rebeca, Batuel, Labá, el alegria, la moralidad, la letra, Delbora.

Nota. *Al fin de este auto hay unas coplas en loor de San Francisco, otras en loor de San Juan, y otras en loor de San Ambrosio.*

6. Auto de los desposorios de Isac. Figuras: Abraham, Eliazer, un villano, un mozo, Batuel, Rebeca, una criada suya, un batero, un sordo, Laban, Isac, un criado suyo.

7. Farsa del sacramento del amor divino. Figuras: El amor divino, el contentamiento, un labrador, un segador, un sembrador, un trillador, una panadera, una hornera.

8. Auto del robo de Digna. Figuras: Digna, el principe Siguen, un paje, un pastorcico, Jacob, el rey Emor, un villano, Leví, Rubé, Judas, un pregonero.

9. Farsa sacramental de la residencia del hombre. Figuras: Concien-

de Alba. Siguió despues la corte, y á los veinte y cinco años de su edad se hallaba colocado en la casa y familia de don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, y de su esposa doña Isabel Pimentel. Publicó la coleccion de sus obras con el título de *Cancionero*, que dividió en cuatro partes, dedicándola á los Reyes Católicos, al duque y duquesa de Alba, al príncipe don Juan, y á don García de Toledo, primogénito de los duques, el que murió en la funesta jornada de los Gelves. En la cuarta parte de esta coleccion incluyó sus obras dramáticas. El duque y duquesa de Alba, don Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, don Iñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado, el príncipe don Juan, y los mas ilustres caballeros y damas de aquella corte asistieron á estos privados espectáculos, en que Juan de la Encina se distinguió como poeta y gracioso cómico. Ignórase con qu-

cia, Justicia, Hombre, Angel de la guarda, Misericordia, Mundo, Carne. Lucifer.

10. Auto del magna. Figuras: Ruben, Manasés, Rudilia, Lia, un villano, Moisen, Aaron, otros del pueblo.

11. Auto de la lucha de Jacob con el ángel. Figuras: Jacob, Cozon, Lia, Rachel, Gil pastor, un ángel, Esaú y su gente de guerra.

12. Auto del finamiento de Jacob. Figuras: Jacob, Joseph, Senec, un villano, una moza, dos jitanas, Levi, Rubé, Simeon.

13. Auto de Sanson. Figuras: Los del pueblo de Sequi, los filisteos, un carretero, Sanson, Dalida, un villano.

14. Auto del rey Nabucodonosor, cuando se hizo adorar. Figuras: Ceguedad, Fe, Razon, Nabuc, tres legados, un villano, un pregonero, Sidrac, Misac, Abdenago, Contricion, Penitencia.

15. Auto del sueño de Nabucodonosor. Figuras: Un camarero, un paje, Arioc, el rey Nabuc, tres sabios, un pregonero, Daniel.

16. Auto del rey Asuero, cuando descompuso á Basti. Figuras: El rey Asuero, tres pajes, un mayordomo, un repostero, un villano, cuatro reyes, un truhan, la reina Basti, tres sabios.

17. Auto del rey Asuero cuando ahorcó á Aman. Figuras: La fortuna, cuatro que la acompañan, Aman, Ester, Atac, el rey Asuero, cuatro pajes, un verdugo, cuatro músicos.

18 Auto de la lepra de Naaman. Figuras: Naaman, su mujer, una captiva, un mayordomo, un criado, un villano, Sirio del Prado, el rey de Israel, Gezi, Eliseo.

Nota. *Este auto está sin concluir.*

19. Auto de la ungion de David. Figuras: Samuel, Dios Padre, un criado de Samuel, dos del pueblo, Isaí, sus ocho hijos, un pastor, David.

20. Auto de los desposorios de Joseph. Figuras: Putifar, Zenobia, un villano, Senec, un correo, Joseph, un ángel, un secretario, el rey Faraon, un atambor.

21. Auto de Tobias. Figuras: Tobias el viejo, Tobias su hijo, Ana, el ángel Rafael, Raquel, su mujer, Sara, Nabal, Bobo.

22. Auto de Abraham cuando venció los cuatro reyes. Figuras: Un villano, dos soldados, Abraham, Melchisedech, sus criados, Loth con su familia, Aner, Escol, Membret, el rey de Sodoma.

Nota. *Al fin hay unas coplas en loor del santísimo árbol de la santísima Veracruz.*

23. Auto del emperador Juveniano. Figuras: Juveniano, un paje, tres cazadores, un ángel, un secretario, un portero, la emperatriz, dos verdugos, un pregonero, un ermitaño.

24. Auto del sacrificio de Jeté. Figuras: Jeté, cuatro ladrones, los de Galad, Huencarral, dos embajadores, un atambor, Galarita, dos doncellas.

Nota. *Tambien este auto esta sin concluir.*

25. Auto de la conversion de san Pablo. Figuras: San Pablo, el príncipe de la ley, Abdaron, Abiatar, Cristo, Ananías, dos judíos.

26. Auto de san Jorje cuando mató la serpiente. Figuras: Los del pueblo, el rey, la infanta, la reina, dos doncellas, un pastor, san Jorje.

27. Auto de san Cristobal. Figuras: San Cristobal, un rey, el demonio, un truhan, un ermitaño, un portugués, un viejo, dos bobos, Jesucristo.

28. Auto de un milagro de sancto Andrés. Figuras: Un demonio en hábito de paje, otro de doncella, un obispo, un paje suyo, sancto Andrés.

29. Auto del martirio de Sant Justo y Pastor. Figuras: Daciano, un maestresala suyo, un pregonero, Sant Justo, Sant Pastor, un ángel.

30. Auto de la destruccion de Jerusalen. Figuras: Vespasiano, dos pajes, un senescal, un judío, la mujer Verónica, Pilato, el rey Archelao, un criado, Clemente, dos dueñas, algunos soldados.

31. Auto de la Asuncion de nuestra Señora. Figuras: Un ángel, sant Juan, sant Pedro, Santiago, sant Andrés, todos los demás apóstoles, Cristo.

32. Auto de la Asuncion de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un ángel, sant Juan, sant Andrés, Santiago, sant Pedro, Mose Rabí, otros dos judíos, Dios Padre, Cristo, el Espíritu Santo, santo Tomás, dos coros de ángeles, todos los demás apóstoles.

33. Auto de cuando santa Elena halló la cruz de nuestro Señor. Figuras: Santa Elena, el emperador, dos criados, Judas, Levi, Ruben, Abdaron, un difunto.

34. Entremés de las esteras. Figuras: Melchora, Antona, un bobo, un lacayo, un bachiller, el amo de las mozas.

35. Auto de la degollacion de sant Juan Baptista. Figuras: El rey Herodes, Cornelio, sant Juan, un paje, Herodías, su hija, un alguacil, un verdugo, sant Andrés, Santiago

36. Auto de la muerte de Adonias. Figuras: Adonias, Joab, Sadoch, Abiatan, el rey Salomon, Adoc, Bersabé y otros criados del rey.

37. Auto del martirio de santa Bárbara. Figuras: Dioscoro, dos canteros, santa Bárbara, dos pastores, un adelantado.

38. Auto del martirio de santa Eulalia. Figuras: Un procurador, Calfurnio, un alguacil, santa Eulalia, dos verdugos, dos ángeles.

39. Auto de san Francisco. Figuras: San Francisco, un hermano suyo, su padre, un obispo, un paje, fray Maseo, fray Inocencio, fray Buenaventura, fray Silvestre.

40. Auto del pecado de Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Gula, Avaricia, Dios Padre, Angel.

41. Auto de Cain y Abel. Figuras: Abel, Cain, Dios Padre, la envidia, la culpa, Lucifer, la muerte y cuatro que la traen.

Nota. *Está firmado este auto por el maestro Ferruz.*

42. Auto de la prevaricacion de nuestro padre Adan. Figuras: Adan, Eva, Lucifer, Dios Padre, un ángel, dos coros de ángeles.

43. La Justicia divina contra el pecado de Adan. Figuras: Justicia, Misericordia, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Adan, Eva, un ángel, dos coros.

44. Auto de los hierros de Adan. Figuras: Adan, libre albedrío, el deseo, el trabajo, la inocencia, la sabiduría, fe, esperanza, caridad, el error la misericordia.

45. Auto de la culpa y captividad. Figuras: Dos romeros, la culpa, la captividad, un villano, una pastora, dos profetas, un viejo, una vieja, la libertad.

46. Auto de la entrada de Jesucristo en Jerusalen. Figuras: Jesucristo, los doce apóstoles, un ciudadano, un villano, un renovero, un cambiador, un palomero, la turba del pueblo, tres fariseos.

47. Auto de la prision de sant Pedro. Figuras: El rey Herodes, Centurion, santo Pedro, Levi, Samuel, un ángel, Cristo, sant Marcos, su madre, una moza.

48. Auto del hijo pródigo. Figuras: El padre, el hijo, un villano, la madre, un portugués, Seudulo, una mujer enamorada, una moza, un porquero, el hijo mayor.

49. Auto de los desposorios de Moisen. Figuras: Moisen, un bobo, dos villanos, un viejo y otro mozo, Séfora, Getrona, Getron su padre.

50. Auto de la residencia del hombre. Figuras: La justicia, la misericordia, la conciencia, el ángel de la guarda, el hombre, Lucifer, el mundo y la carne.

51. Auto de la circuncision de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Señora, Fe, Prudencia, Humildad, Joseph, el sacerdote, Levi y Abiatar.

52. Auto de la huida de Egipto. Figuras: Joseph, nuestra Señora, un ángel, un viejo, un bobo, cuatro jitanas, un jitano.

53. Auto de las donas que envió Adan á nuestra Señora con Sant Lázaro. Figuras: Sant Lázaro, nuestra Señora, la humanidad.

54. Auto del despedimiento de Cristo de su madre. Figuras: Sant Pedro, sant Juan, nuestra Señora, la Magdalena, santa Marta, un ángel, Adan, Sant Lázaro.

55. Auto de la verdad y la mentira. Figuras: Verdad, Mentira, Malicia, Ignorancia, Pecado, Justicia.

56. Auto del hospedamiento que hizo santa Marta á Cristo. Figuras Cristo, los doce apóstoles, santa Marta, la Magdalena, Marcela.

Nota. *Al fin se leen unas coplas en loor de la santa Veracruz.*

57. Auto de acusacion contra el género humano. Figuras: Lucifer, Satan, Caron, Cristo, nuestra Señora, el ángel custodio, el ángel san Gabriel, el género humano, fragilidad.

Nota. *Al fin se leen unas octavas en loor de la sacratísima reina de los angeles, nuestra Señora.*

58. Auto de los triunfos de Petrarca á lo divino. Figuras: La razon, la sensualidad, el amor, David, Adan, Sanson, Salomon, la castidad, cuatro doncellas, la muerte, Abraham, Absalon, Alejandre, Hércules, la fama evangélica, los cuatro evangelistas, el tiempo, los cuatro tiempos del año, Cristo, dos ángeles.

59. Auto de Naval y de Abigail, y David, cuatro pastores y dos soldados y un pastorcillo, una moza llamada Sabinilla, y un bobo llamado Jordan

60. Auto de la resurreccion de Cristo. Figuras: Cristina, moza, Yunquera bobo, Feliso, Palmero, el tiempo, la paz, la libertad.

Nota. *Obra al fin una licencia de la vicaría general para la representacion de este auto: su fecha en Madrid a 28 de marzo de 1578.*

61. Auto de la resurreccion de Cristo. Figuras: Sant Juan, Sant Lucas, sant Mateo, sant Marcos, la caridad, la inocencia de Adan.

62. Auto de la asuncion de nuestra Señora. Figuras: Nuestra Señora, un ángel, sant Juan, Santiago y sant Pedro y los demás apóstoles.

63. Auto de la conversion de sant Pablo. Figuras: Sant Pablo, el príncipe sacerdotal, Audaron, Abiatar, Cristo, Ananías.

64. Auto de la conversion de la Magdalena. Figuras: La Magdalena, Susana, la vanagloria, Levi, Simeon, Cristo, sant Juan, sant Pedro, los demás apóstoles.

65. Colloquio de Fenisa á lo divino en loor de nuestra Señora. Figuras santo Lucas, santo Bernardo, santo Illefonso, nuestra Señora, la misericordia, la verdad, la justicia.

66. Coloquio de Fide ipsa. Figuras: Santo Juan, santo Agustin, santo Thomas, la fe, la esperanza, la caridad.

67. Farsa del Sacramento de las cortes de la Iglesia. Figuras: Fe, Iglesia, Esperanza, la hipocresía, el mundo, la novedad, el ciego entendimiento.

68. Farsa del sacramento. Figuras: Jeremías, Isaías, el cuidado, la fe, la esperanza, la caridad.

69. Farsa del sacramento de los sembradores. Figuras: Amor divino, Misericordia, Nazaren, Belen, Voluntad, Calvario, Jerusalen, la caridad.

70. Farsa del sacramento de la fuente de santo Juan. Figuras: Santo Juan, un ángel, un villano, un bachiller, un viejo, una moza, la Iglesia, un sacristan.

motivo ni en qué tiempo pasó á Roma: solo se sabe que permaneció algunos años en aquella capital, cultivando las letras y la música, en la cual llegó á ser eminente profesor. Ordenado de sacerdote, en el año de 1519 hizo un viaje á Jerusalen en compañía de don Fadrique Enriquez de Ribera, marqués de Tarifa; volvió á Roma en el mismo año, y en el de 1521 publicó en aquella ciudad un poema que intituló *Tribagia*, refiriendo en él menudamente su devota peregrinacion. Leon X le dió la plaza de maestro de la capilla pontificia, y el mismo (ó alguno de sus inmediatos sucesores) premió sus méritos con el priorato de Leon. Restituido á España murió en Salamanca, cumplidos 65 años de su edad, en el de 1534, y fué sepultado en aquella iglesia mayor.

La coleccion de sus obras (mas ó menos completa) se imprimió en Salamanca en los años de 1496 y 1509, y en Zaragoza en los de 1512 y 1516 (12).

1514.

19. Anónimo. «Egloga. Personas: Torino.—Guillardo.—Quiral. — Benita. — Illana. En la novela histórica intitulada *Cuestion de Amor*, en la cual bajo nombres fingidos introdujo su ingenioso autor a los mas distinguidos caballeros y damas de la ciudad de Nápoles, supone que la presente égloga fué representada delante de aquella reunion ilustre. Como en la citada novela se habla de lo ocurrido en Italia desde el año de 1508 hasta el de 1512, he creido poder fijar la composicion de ella acia el año de 1514, y todo su contesto anuncia haberse escrito y publicado en Nápoles. La edicion que he tenido presente es la que hizo Martin Nucio en Amberes, en el año de 1598.

Sus prendas de lenguaje, estilo y versificacion hacen muy estimable la mencionada égloga, que puede considerarse como una de las mejores piezas representables de aquel tiempo (13).

1515.

20. Francisco de Villalobos. «Comedia de Plauto llamada Anfitrion.» En esta traduccion se omite el prólogo del autor latino, se acorta el monólogo de Mercurio en el acto primero, en cuanto es relativo á informar á los espectadores de lo que sucederá en el progreso de la fábula; tambien se suprime el monólogo de Júpiter en el acto tercero. La traduccion está muy bien hecha, á escepcion de uno ú otro pasaje mal entendido por el traductor. Los demás defectos que en ella se advierten deben atribuirse menos á él que á las malas ediciones que pudo tener á la vista. Todas las que se habian publicado hasta el tiempo en que Villalobos hizo esta version, estaban llenas de faltas y errores, ya fuesen sacadas de los originales de la biblioteca de Florencia ó de la Palatina, porque unos y otros (y en especial los primeros) eran en estremo defectuosos. Hasta el siglo xvii no se conoció el testo genuino de Plauto, y por consiguiente merece mucha indulgencia el que se atrevió á traducirle á principios del siglo anterior.

Por los siguientes pasajes puede formarse idea del buen lenguaje y cultura de estilo de esta traduccion; el que guste de cotejarla con el original hallará que en punto á la fidelidad no es menos estimable.

ALCUMENA, ANFITRION, SOSIA.

ALCUMENA.

Harto poca cosa es el placer que se pasa en esta vida y en todas sus edades para con las tristezas y molestias de ella: así se compra bien lo uno por lo otro en la edad de los hombres. Así ha placido á los dioses, que siempre tras el deleite se siga la compañía del dolor; que si algun bien se alcanza, sea mayor el daño y el mal que de allí redunda. Esto tengo yo agora por esperiencia en mi casa, y por

71. Farsa del sacramento de Per Alforja. Figuras: El trabajo, Per Alforja, Teresa Jugon, la Iglesia, la sagrada Escritura.

72. Farsa del sacramento, llamada la esposa de los cantares. Figuras: La gracia, el alma, la necesidad, Confesion, Contricion, Penitencia, la hipocresía, el demonio, Cristo, la fortaleza.

Nota. *Esta farsa está sin concluir.*

73. Farsa del sacramento del pueblo gentil. Figuras: La Iglesia, el pueblo gentil, santo Tomás, santo Buenaventura.

74. Farsa del sacramento, llamada premática del pan. Figuras: La fe, el mundo, el vicio, la justicia, la razon.

75. Aucto de la visitacion de santo Antonio á santo Pablo. Figuras: Santo Antonio, un centauro, un sátiro, santo Pablo, tres ángeles, tres discipulos de Santo Antonio, dos leones.

76. Farsa del sacramento del engaño. Figuras: El engaño, la duda, Inocencia, Alma, el conocimiento, la providencia, la gracia, la penitencia.

77. Farsa del sacramento de Moselina. Figuras: Hebreo, Abelino, Moselina, Baticano, la ley de Gracia.

78. Farsa del sacramento de los cinco sentidos. Figuras: Ver, Oir, Oler, Gustar, Palpar, la fe, un pastor.

79. Farsa del sacramento, llamada de los lenguajes. Figuras: El amor divino, un villano, un vizcaino, un portugués, un luterano, un francés, la justicia, la misericordia.

80. Farsa del triunfo del sacramento. Figuras: Envidia, soberbia, pecado, engaño, estado de inocencia, muerte, desobediencia, fragilidad, justicia, esperanza, misericordia, la fe.

81. Farsa del sacramento de las coronas. Figuras: Religion, Teologia, Vicio, Vergüenza, una alma, Penitente.

82. Farsa del sacramento de los tres estados. Figuras: Agricultor, Sacerdocio, Milicia, ley de natura, ley de escritura, ley de Gracia, la fe.

83. Farsa sacramental de la moneda. Figuras: Cristo, Baptismo, Sacerdocio, el concilio, la Iglesia, la ley vieja, la justicia, un luterano.

84. Farsa del sacramento del entendimiento niño. Figuras: Entendimiento, Deleite, Voluntad, Memoria, la sabiduría de Dios.

85. Farsa sacramental de la fuente de la Gracia. Figuras: La gracia de Dios, el descuido, el vicio, Confesion, Contricion, Penitencia.

86. Farsa del sacramento. Figuras: Un pastor llamado Anton, santo Jerónimo, santo Gregorio, santo Lucas, santo Agustin, santo Ambrosio. Todos de hábito de pastores.

87. Farsa sacramental de la entrada del vino. Figuras: Adan, Moisen, el pueblo gentil, simple, la Iglesia, Fe, Esperanza, Caridad.

88. Farsa del sacramento de los cuatro evangelistas. Figuras: Santo Juan, santo Lucas, santo Mateo, santo Marcos, Anton Exido, Gil Guijarro.

89. Farsa sacramental, llamada desafío del hombre. Figuras: Lucifer, Soberbia, Mentira, Simplicidad, Angel de la guarda, Iglesia, Oracion, Penitencia.

90. Farsa del sacramento de Adan. Figuras: Adan, Apetito sensitivo, Apetito racional, Razon natural, Trabajo, Enfermedad, Pobreza, ley de Gracia, la fe.

91. Farsa sacramental de las bodas de España. Figuras: Europa, España, Tiempo, Guerra, Ignorancia, Hambre, Tristeza, Amor divino, la fe.

92. Aucto del descendimiento de la cruz. Figuras: Jeremías, nuestra Señora, santo Juan, la Magdalena, Joseph Abarimatía, Pilato, Centurion, Nicodemus.

93. Aucto de la redencion del género humano. Figuras: Redencion, Lucifer, Satanás, Bercebú, la culpa, Cristo, Adan, Eva y otros santos padres.

94. Aucto de la resurreccion de nuestro Señor. Figuras: Nuestra Señora, dos ángeles, Cristo, María Salomé, María Jacobé, la Magdalena, santo Pedro, santo Juan, santo Felipe, santo Tomás, Lucifer.

95. Aucto de la paciencia de Job. Figuras: Dios Padre, Satán, Job, un pastor, un yegüero, un cabrero, una moza, un villano, Arabissa, Baldac, sus dos compañeros.

(12) A mas de éstas ediciones cita Bohl de Faber una hecha en Sevilla en 1501, y otra en Burgos en 1505, que le sirvió de testo para las seis piezas que incluye en su coleccion de Hamburgo.

(13) A las piezas dramáticas correspondientes al año de 1514 deben añadirse las compuestas por Lucas Fernandez, que en aquel año dió á las prensas de Lorenzo de Lion Dedei, en Salamanca, un tomo en folio de farsas, que describe el erudito don Bartolomé Gallardo en el num. 4.° de su Criticon (1835). El título de dicho tomo es: *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernandez Salmantino, nuevamente impresas.* Contiene seis farsas, cuyos encabezamientos son los siguientes:

1. Comedia fecha por L. Fernandez, en lenguaje y estilo pastoril, en la cual se introducen dos pastores, dos pastoras y un viejo; los cuales son llamados Bras-Gil y Berenguella, y Miguel-Turra y Olalla, y el viejo es llamado Juan-Benito

2. Farsa ó cuasi comedia, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres personas; conviene á saber: una doncella y un pastor y un caballero.

3. Farsa ó cuasi comedia, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro personas; conviene á saber: dos pastores (Prabos y Pascual), é un soldado, é una pastora (Antona).

4. Egloga ó farsa del nacimiento de Jesucristo, fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen tres pastores y un ermitaño, los cuales son llamados Bonifacio, Gil, Marcelo, y el ermitaño Macario.

5. Auto ó farsa del nacimiento de N. S., fecha por L. Fernandez, en la cual se introducen cuatro pastores llamados Pascual, Lloreinte, y Juan, y Pedro-Picado.

6. Representacion de la Pasion de nuestro redemptor J. C., compuesta por L. Fernandez, en la cual se introducen las personas siguientes: Sant Pedro, é sant Dionisio, é sant Mateo, é Jeremías, é las tres Marías

mi misma lo se; que se me dió un rato de deleite cuando pude alcanzar de ver á mi marido por espacio de una noche, y este se me partió luego antes que amaneciese. Paresce que quedo sola sin alguna compañía en apartarse de aquí aquel á quien yo amo sobre todos. Mas pasion me queda de la ida de mi marido, que placer me dió su venida; mas esto me hace bienaventurada, que á lo menos venció por batalla á los enemigos, y en volver él á su casa con mucha honra me da consolacion. Sea de mí absente, con tal que alcanzada la gloriosa alabanza se retraya á su casa. Yo sufriré mucho el absencia suya con fuerte y firme ánimo, pues que tal galardon se me da, que vuelva mi marido vencedor de la batalla: esto habré yo por gran bien, porque la virtud es muy buen premio de los trabajos. La virtud en verdad á todas las cosas precede. La libertad, la salud, la vida, la hacienda, los padres, la patria y los hijos con la virtud se deffienden y se guardan; la virtud contiene en sí todas las cosas; todos los bienes están en quien está la virtud.....

ANFITRION.

Anfitrion muy alegre saluda á su deseada mujer, á la cual sola estima por la mejor de todas cuantas hay en Tebas, cuya bondad es famosa entre todos los ciudadanos. ¿Has estado buena, has deseado mi venida?

SOSIA.

Nunca vi cosa mas deseada. Ninguno le saluda mas que á un perro.

ANFITRION.

Y como te veo preñada, y como te veo embarnecida, alégrome.

ALCUMENA.

Ruégote por Dios que me digas: ¿por qué me saludas para burlar de mí, y me hablas tan amorosamente como si de poco acá no me hubieses visto, como si agora fuese la primera vez que llegas a tu casa viniendo de la guerra? Así me hablas, como si de mucho tiempo acá no me vieras.

ANFITRION.

Antes te certifico que yo no te haya visto en alguna parte, si agora no, después que me partí á la guerra

ALCUMENA.

¿Por qué lo niegas?

ANFITRION.

Porque deprendí á decir verdades.

ALCUMENA.

No hace cosa justa el que desaprende lo que aprendió. ¿Probaisme quiza por ver lo que tengo en el corazon? Mas dime: ¿por qué os volvisteis tan presto? ¿Hobo algun agüero que te hiciese tardar, ó detenerte alguna tempestad que no te fueses á tus huestes como poco ha me dijiste?

ANFITRION.

¿Poco ha? ¿Qué? ¿Tan poco?

ALCUMENA.

Tiéntasme; poquito ha, muy poquito, agora.

ANFITRION.

¿Cómo puede ser esto que dices, poquito ha, y agora?

ALCUMENA.

¿Qué piensas que tengo de hacer sino burlar de tí, pues que burlas de mí? Que dices que llegaste agora de nuevo, y aun agora partiste de aquí.

ANFITRION.

Esta mujer desvariando está.

El doctor Francisco de Villalobos, médico de Fernando el Católico y de Carlos V, además de algunos comentarios latinos que escribió sobre la historia natural de Plinio, y otros tratados y epístolas eruditas, compuso en castellano sus problemas, discursos y dialogos familiares sobre puntos de física, medicina, política y moral con puro lenguaje y estilo facil, gracioso y correcto. La comedia de *Anfitrion*, ilustrada con anotaciones, se imprimió en Zaragoza en el año de 1515, en Zamora en el de 1543, y en Sevilla, juntamente con las demás obras castellanas del mismo autor, en el de 1574. Murió de edad muy avanzada, reinando ya Felipe II, pero se ignora el año de su muerte.

1517.

21. BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO. «Comedia Serafina.» Preceden á esta comedia (como á todas las demas del mismo autor) el *intróito* y el *argumento*. El intróito es generalmente una relacion en verso, escrita en lenguaje y estilo rústico acomodado al personaje grosero que la representa. En ella pide silencio y atencion á los oyentes; refiere sus buenas cualidades, sus amores y sus celos, y algunos lances que ha tenido con las mozas de su pueblo, en todo lo cual hay espresiones y pinturas poco decentes. Acabado el intróito sigue el argumento, en el cual se da razon de la fabula que va á representarse. La *Comedia Serafina* (como todas las obras de Naharro) está escrita en verso y dividida en cinco jornadas.

Floristan habia vivido mucho tiempo con Serafina bajo palabra de casamiento; disgustado de ella y cediendo á la voluntad de sus padres se casa con Orfea, mujer honesta y virtuosa. Serafina lo sabe, le acusa de inconstante y pérfido, y él reconociendo su primera obligacion resuelve matar á Orfea para quedar libre y poderse casar con Serafina. Consulta esta idea con un fraile ermitaño llamado Teodoro, el cual le responde que haga lo que guste, y que él se lava las manos como Pilatos. Orfea, al saber de boca del mismo Floristan que le va á quitar la vida, llora sus culpas, perdona á su ofensor y pide á Dios misericordia. El fraile sin cuidar de otra cosa trata solo de confesarla para que muera cristianamente, y á este efecto se la lleva á su casa. Consultan de nuevo Floristan y el fraile, y este le sugiere el arbitrio de casar á Orfea con Policiano, hermano de Floristan, que acaba de llegar despnés de una larga ausencia, para lo cual no hallan inconveniente, asegurando Floristan que no ha consumado el matrimonio con Orfea. Llega pues Policiano, y felizmente se descubre que era amante de Orfea, con lo cual todo se facilita y quedan ajustados á placer ambos casamientos.

El carácter de Serafina está bien sostenido. Orfea interesa en la tercera jornada, cuando se lamenta como una mujer inocente, enamorada é infeliz. El carácter de Floristan es abominable, supersticioso, cruel, disoluto, inconsecuente, y además hablador insulso y empalagoso pedante. Resuelve matar á Orfea, porque dice que ella ó él deben morir precisamente; que si él se mata, como Serafina y Orfea le quieren tanto, se moriran de pesadumbre, y para evitar tres muertes determina asesinar á su inocente esposa. En medio de esta barbarie se encomienda a Dios como pudiera el hombre mas penitente, diciendo:

Mas, Señor, por tu pasion
Redime mi alma triste,
Tú, que tambien redimiste
Captivitatem Sion.
Que si en juicio perfecto
Con tu siervo entras de grado,
No será justificado
Ningun hombre en tu conspecto
Del mi pecado secreto
Múndame, Rey Nazareno, etc.

El fraile es un ente ridículo, siempre hablando en latin macarrónico, siempre echando sentencias, estropeando la Escritura, y corriendo de una á otra parte muy diligente sin hacer nada. Un leguillo que le acompaña habla tambien en latin, hace gestos á Dorosia, criada de Serafina, y le ofrece regalos.

El latin que gasta todo es parecido á este.

Maneo solus in boscorum,
Sicut mulus sine albarda,
Mortis mea non se tarda
Propter meus peccatorum.

riedad de idiomas que hay en esta comedia promas estravagante confusion que puede imaginarse. ı y Dorosia hablan en valenciano, el fraile y su lego onden en latin, Orfea y Bruneta su criada se queitaliano, y Floristan las consuela en castellano.

1517.

: Comedia Trofea. Intróito y argumento. » La Fama ı las glorias del rey don Manuel de Portugal, y asele oscureceria el nombre de Ptolomeo, pues ha gaıas tierras que el geógrafo describió. Sale Ptolomeo encia que dice haberle dado Pluton, y se queja de ha dicho la Fama en mengua suya. Ella le hace una elacion de las provincias y ciudades conquistadas ca y en Asia por don Manuel, y le convida á que mo se le postran los reyes vencidos. Cascolucio y 'omillo barren el salon donde está la silla del rey; los dos se sienta en ella, é imita al cura de su lugar ı anuncia las fiestas el domingo ; se entretienen s en echarse maldiciones el uno al otro; un paje los n paz, y les manda apresurar el barrido; hacenlo entre tanto cantan coplillas y cuentan cuentos. Sante reyes orientales á prestar obediencia á don Maque los recibe sentado en su trono; y aunque ni él s hablan una palabra, el intérprete suple por todos ı largo razonamiento en que va nombrando á los rele están presentes de Gelof, Caul, Narsinga, Man Monicongo etc., y dice por último que todos deautizarse, y ser gobernados por leyes que esperan r del rey de Portugal, su dueño y natural señor. Este anta luego que el intérprete ha concluido, y se va sponder. Vuelve después el rey á ocupar el trono, y á Cascolucio, Gil Bragado, Juan Tomillo y Mingo , que después de haber echado pajitas para saber ha de hablarle primero, le presentan una zorra, un un cordero y un águila, esplicándole la alusion poy moral de aquellos presentes. El rey, como lo tiene stumbre, no les responde nada, y se va. Apolo ená la Fama unos versos que ha compuesto en elogio del le manda que dilate su nombre por toda la tierra, y á la reina y al príncipe. La Fama esparce varios pa(sin duda al auditorio). Mingo Oveja le pide uno l, ella no quiere dársele y altercan sobre esto. Mingo ece á publicar por el mundo las glorias del rey don l como la Fama le preste las alas para el viaje. Ella concede; y luego que Mingo las tiene puestas, que volar cae por el suelo y se rompe la cabeza; vuelve as á la Fama llamándola *hechicera y puta*; y ella á consolarle le da un villancico, que cantan después todos para concluir el drama. Esta comedia es un o insípido, dilatado con episodios impertinentes, secuencias y chocarrerías.

1517.

« Comedia Soldadesca. Intróito y argumento. » La a es en Roma. Guzman se queja de su mala fortuna; e un capitán conocido suyo, le dice que tiene en de reclutar quinientos peones para el ejército del y le ofrece el grado de sota-capitán. Viene un tamqueda ajustado tambien; y el capitán le manda publirecluta. Mendoza, Pero Pardo y Juan Gonzalez hacen preguntas al tambor sobre las condiciones del enganl capitán habla á sus nuevos soldados; les acuerda sus iciones, y les promete por su parte buena paga y buen Manrique y Mendoza se repuntan de palabras, el calos pone en paz. Un fraile apóstata se presenta á plaza de soldado, y queda recibido bajo el nombre iño. Juan Gonzalez, Liaño y Pero Pardo van á alojarse de un labrador llamado Cola; este habla en italiano; ldados no le entienden, y resultan equivocaciones ıuas entre unos y otros. Mándanle que les prepare una buena comida, y entre tanto le requiebran la criada: él se desespera, pide favor á Juan Francisco su paisano y amigo, y tratan de dar una buena paliza á los españoles. Guzman y Mendoza murmuran del capitán: se proponen hurtarse una docena de pagas, comprar dos yeguas, desertar, llevarse dos mujeres para sí, y otras para hacer torpe tráfico de ellas. Cola se queja al capitán de que los soldados que han entrato en su casa se han comido cuanto habia en ella, y le han hecho mil insultos; el capitán los apacigua á todos, y propone á Cola y á Juan Francisco que sienten plaza tambien; admiten el partido, y se concluye la comedia con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.

Esta pieza, meramente episódica, no tiene particular interés, ni se busque en ella objeto moral, idea de la cual el autor estuvo distante: quiso únicamente hacer una pintura exacta de las costumbres corrompidas de una soldadesca disoluta, y supo desempeñarlo con facilidad y lijereza cómica.

1517.

24. « Comedia Tinelaria. Intróito y argumento.» La escena es en Roma en casa de un cardenal. La accion se reduce á que sus criados con lo que le hurtan comen y gastan y viven en la mayor disolucion y abandono. Al acabar la primera jornada se van á almorzar; la tercera se gasta toda en comer; en la quinta cenan y se emborrachan. Desde el primero al último de los personajes (que llegan á veinte y dos) todos son ladrones, glotones, borrachos, maldicientes, blasfemos, provocativos y disolutos. El autor acudió al arbitrio infeliz de introducir diferentes idiomas para animar el diálogo: uno habla en latin, otro en francés, otro en italiano, otro en valenciano, otro en portugués, y los demás en castellano. Esta gregueria poliglota, y el número escesivo de personajes que pone á un tiempo en la escena, producen una confusion intolerable. A pesar de tantas nulidades no deja de hallarse uno ú otro pasaje escrito con inteligencia. Véase el siguiente diálogo entre el despensero del cardenal y la lavandera su amiga.

LUCRECIA.

Buenos dias te dé Dios.

BARRABÁS.

¡Oh qué milagro tamaño!
Y buenas noches á vos
Porque es la mitad del año.

LUCRECIA.

¿He tardado?

BARRABÁS.

Tanto que me has enojado
Para hacer maravillas.

LUCRECIA.

Por tu vida que he esperado
Que tocasen campanillas.

BARRABÁS.

¡Qué placer!
Dime, ¿quién debe atender,
Si presumes como sueles,
Los manteles al comer,
O el comer á los manteles?

LUCRECIA.

No sé nada :
Como quier que fuí criada
Donde siempre fuí servida
Sé muy poco de colada,
Y menos de aquesta vida.

BARRABÁS.

¡Guay de mí!
Diez años ha que te ví
Morar en el Burgo viejo,
Y siempre te conocí
Lavandera de concejo.

LUCRECIA.

¿Como qué?
Pues no ha mas que me casé.
Mira si bien has mentido,
Pues harto estuve á la fe
Con el ruin de mi marido.

BARRABÁS.

Si querrás,
Dime cuantos años has;
No me niegues la verdad.

LUCRECIA.

Veinte, por Dios, y no mas
He hecho por Navidad.

BARRABÁS.

Ora pues
No quiero ser descortés;
Pero asi me ayude Dios,
Que creo que ha veintitres
Que dices que has veintidos.

LUCRECIA.

Dí, pues, ea,
Que aquella que en tí se emplea
Se puede contar por loca;
Nunca yo fui vieja y fea,
Sino en tu maldita boca.
¡Ay perdida!
Que de nadie en esta vida
Nunca fui tan mal tratada,
Ni de hombre menos querida
Ni menos acariciada.
Y aun ayer,
Por quererte á tí querer
(Cosa que no me conviene),
He dejado un mercader
Que me diera cuanto tiene;
Y aun hiciera
Que en llegando me vistiera,
Y hoy me ruega de hora en hora,
Y en su casa me tuviera
Servida como señora.
¡Desgraciado!
Dime, ¿dónde has tú hallado
Otra boba como yo,
Que hobiera por tí negado
La madre que me parió?
Bien me miembra,
Que quien en ruin tierra siembra
Diz que coge mal y tarde.
¡Maldita sea la hembra
Que se fia de un cobarde!

BARRABÁS.

Calla, esposa;
Por una tan poca cosa
No tomes esos enojos,
Que no hay dama mas hermosa
Si preguntan a mis ojos.
¿Qué mas quieres?
Vieja ó moza, cual tú eres,
Quiero yo mas tu gervilla
Que á todas cuantas mujeres
Han salido de Castilla.

25. «Comedia Himenea. Intróito y argumento. Jornada primera.» Himeneo, amante de Febea, ronda de noche las puertas de su dama acompañado de sus criados Eliso y Boréas, á quienes manda guardar el puesto mientras vá á disponer una música; quedándose solos manifiestan uno y otro su cobardia; llega el marqués, hermano de Febea, seguido de Turpedio su paje; los criados de Himeneo huyen; el marqués, receloso de su hermana, porque sabe la frecuencia con que Himeneo le da músicas y alboradas, quiere entrar a verla, pero Turpedio le disuade con buenas razones, y ambos se retiran. *Jornada segunda.* Vuelve Himeneo acompañado de sus criados y algunos músicos, que cantan al son de instrumentos algunos versos amorosos. Febea se asoma á la ventana y habla con Himeneo, á quien promete, obligada de sus instancias, que á la noche siguiente le permitiria la entrada en su cuarto. Himeneo se va lleno de lisonjeras esperanzas; el marqués y Turpedio ven á lo lejos los que se retiran; el marqués quisiera embestir con ellos, pero el paje le dice que será mejor remitir su venganza á otra ocasion en que vengan mas bien armados. Aprueba el marqués las reflexiones de su criado, y quedan en volver á la noche próxima. *Jornada tercera.* Boréas reprende á Eliso su compañero porque no quiso recibir unos regalos que su amo Himeneo queria hacer á los dos. Sale Doresta, criada de Febea, á la ventana; Boréas la requiebra y le pide que á la noche cuando Himeneo vaya á ver á su señora le permita entrar con él; Doresta se lo concede, y ellos se van. Turpedio el paje del marqués habla á Doresta, y ella le desprecia; ambos se repuntan de palabras, se injurian y amenazan recíprocamente. *Jornada cuarta.* Himeneo encarga á sus criados que guarden la puerta, y se entra en casa de Febea; quedan en la calle Boréas y Eliso temblando de miedo; sobreviene el marqués con su paje, y ellos huyen inmediatamente dejándose Boréas la capa en el suelo; por ella infiere el marqués que Himeneo estará dentro con su hermana; rompe las puertas, y va á buscarle lleno de furor. *Jornada quinta.* Sale Febea huyendo de su hermano, que la persigue con la espada desnuda; ella le suplica que no mate á su amante, confiesa el amor que le ha tenido, y no se juzga culpada sino infeliz en haberle amado. El marqués imagina que solo con matarla satisface la injuria que ha recibido; va á ponerlo en ejecucion, cuando sale Himeneo, que con ruegos corteses va mitigando el enojo del marqués, hasta que persuadido de sus razones y las de su hermana, los perdona y aprueba gustoso su casamiento. Fábula muy sencilla, bien conducida, animada con situaciones y afectos naturales y oportunos. La accion consiste en la solicitud de Himeneo á la mano de Febea; el tiempo no escede de veinte y cuatro horas; el lugar de la escena es invariable. Tiene defectos, pero se compensan sobradamente con el mérito particular que la recomienda y la distingue (14).

1517.

26. «Comedia Jacinta. Intróito y argumento.» La escena es en un camino cerca de Roma. En la primera jornada sale Jacinto quejandose en un soliloquio del mal tratamiento que dan los señores á quien los sirve. En la segunda sale Precioso despechado al ver la falsedad de los que se venden por amigos. En la tercera Fenicio llora la vanidad del mundo, y el engaño de los hombres, que se olvidan del fin para que fueron nacidos, y va resuelto a meterse fraile y hacer penitencia. Pagano, criado de una principal señora llamada Divina, que vive en un castillo o palacio poco distante del camino, y tiene de costumbre detener á los pasajeros para agasajarlos y saber de ellos novedades, les manda esperar y va á dar cuenta á su ama de la venida de los tres; quedan solos en la cuarta jornada, discurriendo sobre la bondad de aquella señora, y con este motivo alaban en general las buenas prendas de las mujeres. En la jornada quinta viene Divina, les hace preguntas sobre las causas que les han movido á viajar, y por último, prendada de la buena gracia de Jacinto, le escoge por marido, y á los otros dos les ofrece hospedaje y todo buen tratamiento.

La falta de accion, la distribucion simétrica de las escenas, los largos soliloquios, la semejanza de situaciones, el poco interés, lo atropellado é inverosímil del desenlace son los defectos principales de esta comedia. Su mérito consiste en el decoro de los caracteres, la solidez filosófica de las máximas en que abunda, la pureza del lenguaje, la elegancia del estilo, la fluidez de su versificacion. Véanse los siguientes trozos, que confirmarán esta aser-

(14) Moratin inserta esta comedia en su coleccion, y tambien Bohl de Faber en la suya, junto con la Jacinta, la Calamita y la Aquilana, que corresponden á los numeros 26, 27 y 28 de este catálogo.

n el dictámen de los inteligentes. Jacinto dice en la ra jornada :

¿Quieres saber mi fortuna?
Yo te la quiero decir,
Que por morir ni vivir
No me da cosa ninguna.
Sabrás que desde la cuna,
Sin un punto de reposo,
No me acuerdo vez alguna
Poderme llamar dichoso;
De servir muy codicioso,
No de vivir vagabundo,
Mas ir al cabo del mundo
Tras un señor virtuoso.
Sabe Dios cuánto holgara
De saber algun oficio,
Porque en tan ruin ejercicio
Tan buen tiempo no gastara;
Pero ¿quién jamás pensara,
Donde son tantos señores,
Que un señor no se hallára
Para buenos servidores?
Aquellos son los traidores
Que decimos las verdades,
Y los que ensayan maldades
Suceden en los favores.
Todos están concertados
De traer todas sus vidas
Las bestias muy guarnecidas
Y los siervos despojados.
Tienen puestos sus cuidados
En continuo atesorar,
Sacando algunos ducados
Que se gastan en cazar;
Y si quieren algo dar,
No lo dan á pobrecicos,
Sino á aquellos que son ricos,
Que es echar agua en el mar.

icio en la jornada tercera habla así contra la codicia:

Pues, ó ciega criatura,
Que con este mundo vives,
Que en cabo de él no recibes
Sino solo sepultura,
¿No miras que es gran locura
Si deja tu pensamiento
Lo que para siempre dura
Por lo que dura un momento?
Que este mundo todo es viento;
Pues de pobres, ni de ricos,
Ni de grandes, ni de chicos,
Ninguno vive contento.
¡Oh, loco el hombre y mujer
Con cuanto puede afanarse,
Que piensa de contentarse
Por mas haberes haber!
Que si bien por carecer
Se duele la pobre gente,
No veo que por tener
Algun rico se contente;
Porque en el siglo presente
Muy mas grande ser conviene
El temor que el rico tiene,
Que el dolor que el pobre siente.

into en la jornada cuarta dice, hablando de las mu-
:

Pues esto digo en favor
De las que corren fortuna,
Pero digamos de alguna
Que tiene un poco de amor:
Con cuánta pena y dolor,
Por poco mal que sintais,
Anda y torna en derredor
Demandándoos cómo estais,
Diciéndoos qué le mandais,
Consolándoos como suele,
Preguntándoos dónde os duele,
Porfiandoos que comais.
Hela va muy afligida
A decir misas por vos,
Y á rogar contino á Dios
Que os mande salud y vida;
Su comer y su bebida
Sospiros, lágrimas son;
Llora, gime, plañe y crida
De todo su corazon.
No puede ningun varon
Pagalle complidamente
Las lágrimas solamente
Que deja en cada rincon.
Pues de esto bien informados,
Que otro bien no hobiere en ellas,
A todas y á cualquier dellas
Somos todos obligados:
Cuanto mas que sus cuidados,
Sus grandezas, sus hazañas
Son servir á sus amados
Con obras y lindas mañas;
Y en los tiempos de sus sañas,
Cuando os partís, ellas lloran;
Cuando tornais, os adoran
Con el alma é las entrañas.
. . . .
¡Qué gloria de nuestra pena,
Qué alivio de nuestro afán!
Sin duda no hay cosa buena
Donde mujeres no van.
La gente sin capitán
Es la casa sin mujer,
Y sin ella es el placer
Como la mesa sin pan.

1517.

27. «Comedia Aquilana. Intróito y argumento.» En esta comedia hay un don Bermudo, rey de Leon, cuya hija Felicina está enamorada de Aquilano, jóven estranjero y muy querido del rey. Va á verla de noche á su jardin, le dice amores, y ella disimula cuanto puede su pasion con desdenes honestos; suena ruido; él quiere ocultarse entre las ramas de un árbol, pero cae al suelo y queda lastimado del golpe. Este accidente y el desconsuelo de verse despreciado alteran su salud. Bermudo encarga á sus médicos que le asistan, y uno de ellos dispone que salgan varias damas y se presenten á Aquilano, por si esto puede distraerle: salen las damas y con ellas la infanta Felicina; luego que Aquilano la ve, se altera y se turba, lo que da á conocer al médico que sin duda está enamorado de ella; sabido esto por el rey determina matar á Aquilano, y de órden suya le llevan á degollar á un patio de palacio; Felicina desesperada en su desventura sale al jardin con propósito de ahorcarse, pero los criados se lo estorban. Descúbrese entre tanto que Aquilano es hijo del rey de Hungría, y Bermudo le casa con la infanta.

En esta comedia se muda el lugar de la escena con mucha frecuencia: la accion en unos pasajes desfallece (como sucede en la segunda jornada, que toda es inútil), y en otros está atropellada y violenta. Dos jardineros, que pudiera haber omitido el autor, ocupan una gran parte del drama con necedades impertinentes; lo mismo hacen la criada de Felicina y el criado de Aquilano. El reconocimiento de este por príncipe de Hungría no está preparado, y hace inverosímil y forzada la solucion. El estilo es muy desigual, y por lo comun trivial é indecoroso en los personajes mas elevados. Faltó el autor al respeto que se debe á la historia, suponiendo un príncipe Aquilano de Hungría yerno de un rey don Bermudo de Leon y heredero de su corona. Las libertades poéticas no permiten tanto.

1520.

28. «Comedia Calamita. Intróito y argumento.» Floribundo, hijo de Euticio, enamorado de una jóven llamada Calamita (supuesta hija de Trapaneo), se vale de la

mediacion de Libina, criada de Calamita, para que su señora corresponda. No sin mucha dificultad se consigue vencer la esquivez de la doncella; pero al fin se logra que reciba la visita de Floribundo, y á presencia de los criados los dos amantes se dan las manos, y se abrazan en señal del futuro consorcio. Floribundo, gozoso de su mucha ventura, alaba en un soliloquio las prendas de su amada, y discurriendo sobre la dificultad de hacer una buena eleccion en el matrimonio, añade estos bellos versos:

Quien ha de tomar mujer
Por su vida,
Tome la mas escondida
Para su seguridad;
La que en virtud y bondad
Fuere criada y nacida.
La muy en mucho tenida
Por hermosa,
Esta diz que ès peligrosa,
La muy sabida mudable,
La muy rica intolerable,
Soberbia la generosa;
La complida en cualquier cosa
Y acabada
Menos que todas me agrada;
Porque, segun mi pensar,
Mala cosa es de guardar
La de todos deseada.

Euticio, irritado de que su hijo trate de casarse con Calamita, da órden á un criado para que le aceche, y cuando le vea salir de casa de su querida le mate; pero después de esta resolucion hallando á Trapaneo le ruega con instancia que le diga francamente de quién es hija Calamita. Trapaneo le asegura que el padre de aquella jóven fué un señor muy principal de la ciudad de Trápana, y que él recogió aquella niña y la crió como hija suya para evitar la cólera del padre, que habia amenazado á su esposa de matar la criatura que pariese si no era varon. Satisfecho Euticio con esto, hace venir á los dos amantes, los perdona y los casa.

La accion es mucho mas animada en esta comedia que en las anteriores del mismo autor, merced á los incidentes episódicos de que abunda. La escena es en una calle delante de la casa de Calamita; la duracion puede considerarse como de veinte y cuatro horas; el estilo y la versificacion no carecen de mérito; los celos de Torcazo, marido de Libina, el carácter de esta y su escesiva familiaridad con un escolar vestido de mujer dan lugar á situaciones y discursos muy indecentes; la resolucion de Euticio de matar á su hijo para estorbar el casamiento es atropellada y brutal; las circunstancias que dan lugar al desenlace y al reconocimiento de Calamita, ni están preparadas ni son verosímiles.

1520.

29. «Diálogo del Nacimiento. Introito y argumento.» Dos peregrinos, que vienen el uno de Santiago y el otro de Jerusalen, se encuentran en la noche de Navidad cerca de Roma. Hablan largamente del nacimiento de Cristo, y ventilan cuestiones teológicas de las mas intrincadas y sutiles; cansados de hablar tratan de proseguir su viaje esperando alojarse en el hospital de los españoles, y ambos cantan un romance, que empieza:

Triste estaba el padre Adan
Cinco mil años habia,
Cuando supo que en Betlen
Era parida María,
Y en el limbo donde estaba
De contento no cabia;
Para los unos andaba,
Para los otros corria, etc.

Acabado el romance, llegan Hernando y Garrapata, dos pastores zafios que convidan á los peregrinos á la misa del Gallo, y se van todos cantando un villancico. El diálogo de los peregrinos no es mas que fatigoso, pesado y pedantesco; el que sigue de los pastores necio y rudo en demasía, y lleno de desvergüenzas y vaciedades.

Bartolomé de Torres Naharro, natural de la Torre, cerca de Badajoz, vivió en Roma después de haber sido rescatado de las prisiones de Arjel; se sabe que era eclesiástico, y pertenecia á la familia de Fabricio Colona, general del papa. La primera edicion de sus obras líricas y dramáticas que intituló *Propaladia*, se publicó en Roma en el año de 1517, con privilegio que le dió para ello Leon X, y se las dedicó á don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, yerno de Fabricio Colona. En la citada edicion solo hay siete comedias, faltando la *Calamita*, que su autor publicó después. Divulgada la *Propaladia* en Roma, se prohibió inmediatamente á causa de la amarga censura que hizo el poeta en algunas de sus obras de algunos vicios de aquella corte. La persecucion suscitada contra él debió de ser tan grande que huyó á Nápoles, y allí permaneció bajo la proteccion de los citados Colona y Dávalos. Se ignoran otras circunstancias de su vida, como tambien el año en que murió.

Sus comedias han dado ocasion de discordia á los literatos nacionales y estranjeros, en cuyos dictámenes se nota demasiado espíritu de parcialidad, incompatible con la buena crítica. Nasarre dijo que las comedias de Naharro se representaron en Roma y en Nápoles con indecible aplauso, que enseñaron á los italianos á escribir comedias, y que se aprovecharon poco de su enseñanza. Lo cierto es que en la época en que Naharro escribió se hacian en Italia tan buenas y mejores y peores comedias que las suyas. Signorelli no solo niega esta enseñanza, sino que supone que tales obras no se imprimieron ni se representaron jamás en Italia. No es de admirar que aquel docto crítico no hubiese visto la edicion de Roma de 1517; pero ¿cómo se olvidó de haber leido en cualquiera de las ediciones posteriores estas espresiones del autor, dirigidas al marqués de Pescara? «Si algun tiempo este mi bajo libro » en los altos reinos de la poderosa España perviniese, su» piese decir á los grandes de ella cuán buen hermano y » procurador tienen acá en V. S.» ¿Cómo no hizo reparo en estas? «Ansimesmo hallarán en parte de la obra algu» nos vocablos italianos (especialmente en las comedias), » de los cuales convino usar habiendo respeto al lugar y á » las personas á quienes se recitaron.» Esto y la lectura de las mismas comedias (especialmente la *Soldadesca*, la *Serafina*, la *Tinelaria* y la *Jacinta*) ¿no era bastante á convencerle de que las comedias de Naharro se imprimieron efectivamente en Italia, que se representaron en Italia, y que los espectadores, ó gran parte de ellos, fueron italianos?

Después de la edicion de Roma hay noticia de las que se hicieron en Sevilla en los años de 1520, 1533 y 1545, como tambien de la de Madrid en el de 1573, aunque muy estropeada con las omisiones y enmiendas que mandó hacer la inquisicion. En esta dice el editor: «La *Propaladia* » de Torres Naharro, obra singular y estremada en el do» naire y gracia de la lengua, aunque estaba prohibida en » estos reinos años habia, se leia é imprimia de ordinario » en los estranjeros.» Esto supone la existencia de otras ediciones que no he tenido presentes (13). Véase la *Biblioteca* de don Nicolas Antonio; el *Prólogo á las comedias de Cervantes*, por Nasarre; Velazquez, *Orígenes de la poesía castellana;* Signorelli, *Historia crítica de los teatros;* y Lampillas en el tomo IV de su *Ensayo apologético*.

(13) Bohl de Faber habla de una edicion de Amberes sin fecha, y tanto este autor como don Francisco Martinez de la Rosa suponen hecha en Nápoles, y no en Roma, la de 1517.

1520.

30. Vasco Diaz Tanco de Fregenal. «Tragedia de Absalon.»

1520.

31. «Tragedia de Aman.»

1520.

32. «Tragedia de Jonatás.»

Vasco Diaz Tanco, natural de Fregenal en Estremadura, dedicó á Felipe II siendo príncipe una historia de los turcos, sacada de lo que escribieron sobre esta materia Paulo Jovio y otros autores, y la intituló *Palinodia*. Publicó además otra obra intitulada *Los veinte triunfos*; otra *sobre los títulos de dignidades temporales y mayorazgos de España*; otra con el título de *Jardin del alma cristiana*, impresa en Valladolid, año de 1552, y en esta dice que siendo jóven escribió las tres tragedias mencionadas de *Absalon*, *Aman* y *Jonatás*. Nadie asegura haberlas visto; se ignora si se imprimieron ó se representaron; pero no pudiendo dudar que el autor las compuso, he creido poder suponer su existencia con alguna probabilidad acia el año de 1520, aunque no con una absoluta certeza. Puede creerse que Vasco Diaz murió por los años de 1560. Don Nicolas Antonio, Montiano, Velazquez y Signorelli trataron acerca de este autor en sus respectivas obras citadas ya otras veces.

1521.

33. Anónimo. «Comedia llamada Hipólita, nuevamente compuesta en metro.» Argumento; «Hipólito, caballero, mancebo de ilustre y antigua generacion de la Celtiberia (que al presente se llama Aragon), se enamoró en demasiada manera de una doncella llamada Florinda, huérfana de padre, natural de la próvincia antiguamente nombrada Bética (que al presente llaman Andalucía); y poniendo Hipólito por intercesor á un paje suyo llamado Solento, estorbaba cuanto podia porque Florinda no cumpliese la voluntad de Hipólito; pero ella compelida de la gran fuerza de amor que á la continua le atormentaba, concedió en lo que Hipólito con tanto ahinco la importunaba, y asi ovieron cumplido efecto sus enamorados deseos, intercediendo ansimesmo en el proceso Solisico, paje de Florinda, y discreto mas que su tierna edad requeria, y Jacinto, criado de Hipólito, malino de condicion, repunó siempre, y Carpento, criado ansimesmo de Hipólito (hombre arrofianado), por complacer á Hipólito no solamente le parecian bien los amores, pero devotó que el negocio se pusiese á las manos; é así todas las cosas ovieron alegres fines, vistiendo Hipólito á todos sus criados de brocado y sedas, por el placer que tenia en así haber Florinda (doncella nacida de ilustre familia) concedido en su voluntad, seyendo la mas discreta y hermosa, y dotada en todo género de virtud que ninguna doncella de su tiempo.» Después de este estravagante anuncio sigue la comedia, dividida en cinco escenas. La accion es lánguida, y la entorpecen impertinentes discursos, sentencias pedantescas y rasgos de erudicion histórica puestos en boca de los criados de Hipólito y en la de Florinda, que estimulada de indomable apetito habla de Popilia, Medea, Penélope, Sanson, Electra, David, Clodio, Salomon, Lamec, Masinisa y el rey don Rodrigo, todo para venir á parar en abrir aquella noche la puerta á su amante. Esta indecente farsa está escrita con muy mal lenguaje, y muchos defectos de consonancia y medida en los versos.

1521.

34. «Comedia nuevamente compuesta, llamada Serafina. *Argumento*. Evandro, caballero, natural del reino antiguamente Lusitania llamado, y al presente Portugal, se enamoró de una señora Serafina llamada, de estremada manera hermosa y dotada de todo género de virtud, natural del reino de Castilla, y era casada con un caballero Filipo llamado, el cual era de natura frio, y fué causa principal para se enamorar de Evandro; pero Artemia, madre de Filipo, en gran manera la guardaba, á cuya causa Pinardo, criado y paje de Evandro, fué en hábito de mujer en casa de Serafina y concertó con ella que hablase á Evandro, y así tornó á casa muy próspero. Pero Popilia, sirviente de casa de Evandro, y Davo, criado suyo, mucho y largamente informaron á Evandro de cómo Artemia era dueña de malas costumbres, de lo cual maravillado Evandro fué en casa de Serafina disfrazado, solamente acompañado de Pinardo, donde se efectuó su propósito, y así todo ovo próspero y agradable fin.» Esta comedia escrita en prosa se divide en seis escenas: en la cuarta y la sesta hay situaciones de la mayor obscenidad. Es de presumir que una composicion de tal naturaleza no se haya representado nunca; pero el autor hubo de suponer que podria ponerse en el teatro, pues al concluir dice uno de los personajes: «Quedad y holgaos entre esa gente de » palacio, é regocijaos bien, que yo Pinardo acabo de » representar la comedia Serafina llamada.» El estilo es en general afectado, oscuro, pedantesco y redundante. Popilia, criada de Evandro, Cratino, Davo y Pinardo, criados del mismo, abundan en máximas y sentencias filosóficas que no hay quien los sufra. Sus autores predilectos son Aristóteles, san Jerónimo, san Bernardo, Platon, Salustio, san Gregorio, Ciceron, Salomon, san Agustin, Séneca y Pitágoras.

El autor de estas comedias es desconocido, y rarísima la única edicion que de ellas se hizo en Valencia por Jorje Costilla, año de 1521.

Precede á las dos comedias citadas otra llamada *Tebaida*, dedicada por el autor al duque de Gandía. No se incluye en este catálogo, porque no es un drama representable, sino una novela dramática escrita en prosa, y dividida en quince escenas, ni menos larga que la *Celestina* ni mas honesta, pero muy inferior á aquel escelente original en las prendas de lenguaje y estilo.

1522.

35. Cristobal de Castillejo. «Farsa de la Constanza.» Precede á la obra un *intróito* y *argumento* escrito en latin y en coplillas de pié quebrado: el dios Himeneo es el actor de este prólogo, cuya composicion es en estremo fastidiosa. La farsa se divide en siete actos; los personajes son: Anton, Marina, Gil, Constanza, un cura y un fraile. Los dos primeros actos contienen dos escenas en estremo lúbricas y groseras entre dos distintos matrimonios, en que maridos y mujeres se echan recíprocamente en cara sus defectos. No menos chocantes son los dos actos siguientes, en que hablan un cura y un fraile, y este á instancia del cura predica un sermon infame, digno de un rufian, con espresiones muy semejantes á las de la madre Celestina en la famosa tragicomedia de su nombre. En los actos restantes los dos maridos tratan de descasarse y trocar sus mujeres, y se da el espectáculo tan de mal ejemplo como inverosímil de que los personajes del segundo y tercer acto aprueben y formalicen el proyecto. Continuando la estravagancia, todo concluye con un *Oremus* en latin bárbaro, y un villancico que se canta entre todos los personajes.

Se advierte en esta farsa poca accion, demasiada semejanza en algunas situaciones, episodios mal unidos á la fábula, pinturas, espresiones y máximas sumamente licenciosas é inmorales. Al mismo tiempo se encuentra mucha gracia cómica, maestría en el uso del idioma, y en la versificacion facilidad y dulzura. Lástima es que tan buenas cualidades estén afeadas con tan grandes y reprensibles defectos. El original de esta pieza, que tuve presente, existe manuscrito en la biblioteca del Escorial.

Cristobal de Castillejo nació en Ciudad-Rodrigo por los años de 1494. Antes de cumplir los quince de su edad entró á servir de paje al infante don Fernando. Se halló en los viajes que hizo el rey Católico á Córdoba en el año de 1508, y á Estremadura en el de 1516. Fué secretario del mencionado infante don Fernando, electo rey de romanos en 1531, y permaneció mas de treinta años en su corte; estuvo algun tiempo en Venecia, pero se ignoran la época y el objeto de su viaje. El año de 1541 se hallaba preso en Viena, aunque no se sabe el motivo. Poco medrado y muy lleno de desengaños se retiró de aquella corte, y volvió á España tan harto del mundo, que tomó el hábito cisterciense en el monasterio de San Martin de Valdeiglesias, en donde murió de edad muy avanzada. Escribió con gracia, pureza y facilidad en versos cortos, preferibles en su opinion á los endecasílabos, que se introdujeron en su tiempo; enriqueció con chistes satíricos sus composiciones, en cuyo artificio poético si hay algo que reprender, es la lozanía y escesiva abundancia que las caracteriza. El privilegio dado en el año de 1573 á Juan Lopez de Velasco para imprimir las obras de Castillejo, que, segun dice el editor, «andaban derramadas y perdidas » de mal escritas, y con riesgo de prohibirse por algunos » respetos », prueba que ni hasta entonces se habian publicado, ni el autor (si vivia) cuidaba de hacerlo. En cuanto á sus comedias, que se suponen fruto de su juventud, ni se sabe cuántas compuso, ni si alguna vez se representaron.

1523.

36. Pedro Altamira. « Áuto de la aparicion que nuestro señor Jesucristo hizo á los dos discípulos que iban á Emaús, en metro de arte mayor, compuesto por Pedro Altamira, el mozo, natural de Hontiveros; impreso con licencia en Burgos, año de 1523.»

Un ángel hace el prólogo diciendo cuanto ha de verse en la representacion: Lucas y Cleofás van camino de Emaús hablando de la muerte de Jesucristo, de su vida admirable, de su doctrina y sus milagros; pero dudan no obstante si será el Mesías prometido. Cristo se les aparece en forma de peregrino, y van en su compañía discurriendo sobre el mismo propósito. Uno y otro admiran la sabiduría y elocuente persuasion del peregrino, y llegando á Emaús le convidan á cenar. En el siguiente pasaje, que sirve de solucion á la fábula, podrá verse una muestra del buen estilo y versificacion en que está escrito.

LUCAS.

Hasta en la forma de la bendicion,
Señor, tú paresces al santo Jesú.

CLEOFÁS.

Algun señalado varon eres tú,
Que tanto le imitas en conversacion.

LUCAS.

La gran soledad, la pena y pasion
Que por él tenemos, en solo mirarte
Paresce que amansa. Rabí, tú nos parte
El pan con tus manos de consolacion.

PEREGRINO.

Tomad.

LUCAS.

¿Tú no miras qué bien parescia
El pan en su corte que está rebanado?

CLEOFÁS.

Verdad es por cierto, é ansí está quebrado
Segun que el nuestro maestro partia.

LUCAS.

El es.

CLEOFÁS.

¡Buen Jesus!

LUCAS.

¡Mi bien!

CLEOFÁS.

¡Mi alegría!

LUCAS.

¡Maestro!

CLEOFÁS.

¡Buen padre!

LUCAS.

¡Mi dulce señor!

CLEOFÁS.

¡Mi Dios y mi gloria!

LUCAS.

¡Mi buen redentor!

CLEOFÁS.

¡Mi firme remedio!

LUCAS.

¡Esperanza mia!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce consuelo de desconsolados!

LUCAS.

¡Oh gozo gozoso de nos afligidos!

CLEOFÁS.

¡Oh firme remedio de nos ya perdidos!

LUCAS.

¡Amparo sûave de desamparados!

CLEOFÁS.

Pedímoste, Padre, por tierra postrados
La tu bendicion.

(Cristo los bendice, y desaparece.)

LUCAS.

Pues qué ¿ya te vas?

CLEOFÁS.

Señor, ¿ya nos dejas?

LUCAS.

¿Qué es esto, Cleofás?

CLEOFÁS.

¡Qué gozos escelsos!

LUCAS.

¡Y cuán señalados!

CLEOFÁS.

¿Por qué nos has, Padre, tan presto dejado?

LUCAS.

¡Oh gloria! ¿tan presto desapareciste?

CLEOFÁS.

¿Por qué los tus rayos tan presto escondiste,
Do queda tu cuerpo tan glorificado?

LUCAS.

Agora te digo que verificado
Está nuestro bien con mucha firmeza.

CLEOFÁS.

¡Oh Padre! perdona la nuestra dureza,
Que tanto dudamos ser resucitado.

LUCAS.

¡Oh alto misterio!

CLEOFÁS.

¡Oh dulce vision!

LUCAS.

¡Oh ciegos nosotros, de turbios sentidos!
¡Y no conocelle!

CLEOFÁS.

¡Oh endurecidos,
Que nunca creimos su resurreccion!

LUCAS.

Debiéramosle sacar por razon:
¿Qué hombre pudiera tener en el mundo
Tal voz, tal presencia, tal rostro jocundo,
Tan altas palabras de contemplacion?

CLEOFÁS.

¡Oh santo maestro Jesú, que te vimos!

LUCAS.

Hermano Cleofás, verdad nos decian
Las santas mujeres que visto le habian;
Magüer que nosotros las nunca creimos.

CLEOFÁS.

¿Mas cómo en oirle nos embebecimos
Por el camino cuando nos hablaba,
Y las escripturas ansi declaraba,
Que todo aquel tiempo no le conocimos?

LUCAS.

Agora podemos decir que tenemos
Cierto el remedio, la gloria, y el bien.

CLEOFÁS.

Razon es que vamos á Jerusalen
Y á nuestros hermanos aquesto contemos.

1537.

37. Anónimo. «Auto del bautimo de san Juan Bautista.» No hay otra noticia de esta composicion que la que dió Sandoval en su *Historia de Carlos V*, libro 16, refiriendo el aparato que se hizo en Valladolid «para el bautismo de Felipe II celebrado en 5 de junio del año de 1527. Dice allí que «desde la casa de don Juan de Mendoza, donde posaba la »emperatriz, hasta el altar mayor de la iglesia de San Pa»blo, se hizo un pasadizo muy enramado y con muchas »flores y rosas, limones y naranjas y otras frutas. Habia en »los arcos triunfales y en cada uno de ellos muchos reta»blos. En el primero hicieron su auto, en el segundo, ter»cero y cuarto otro auto. El quinto estaba á la puerta que »está dentro del patio de la iglesia: este era mas alto que »alguno de los otros; estaba en él un altar, á manera de »un aparador de muchas gradas. En estas estaban ricas »imágenes de bulto de plata doradas, y algunas de oro con »otras piezas de gran valor. Estaban puestos en dos can»deleros dos cuernos grandes de unicornio: estos y todo »lo que habia era del emperador. Aquí se representó el »bautismo de san Juan Bautista». Se ignora el argumento de los otros autos.

1528.

38. Esteban Martinez. «Auto de cómo san Juan fué concebido, y ansimesmo el nacimiento de san Juan. Entran en él las personas siguientes: Primeramente un pastor, Zacarías, santa Isabel, un ángel llamado Gabriel, dos vecinos del pueblo, un muchacho, José, nuestra Señora, una parienta de Zacarías, una comadre, una mujer, un bobo, un sacerdote. Agora nuevamente hecho por Esteban Martinez, vecino de Castromocho. Burgos, en casa de Juan de Junta, año de 1528.» No queda otra noticia del autor de esta obra, ni hay en ella mérito particular.

1528.

39. Juan Pastor. «Auto nuevo del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor, compuesto por Juan Pastor. Son interlocutores de la obra el emperador Octaviano, un secretario suyo, un pregonero, un viejo llamado Blas Tozuelo, un bobo, su hijo llamado Perico, san José, santa María, pastores, Miguel Recalcado, Anton Morcilla, Juan Relleno, un ángel. Impreso en Sevilla, año de 1528.» Esta composicion, escrita con poco ingenio y absoluta ignorancia del arte, nada contiene que merezca elogio.

40. «Farsa de Lucrecia. Tragedia de la castidad de Lucrecia, agora nuevamente compuesta en metro por Juan Pastor, natural de la villa de Morata, en la cual se introducen las personas siguientes: El rey Tarquino, su hijo Sesto Tarquino, un negro suyo: Colatino, duque de Colacia; Lucrecia, su mujer; un bobo, criado suyo; Espurio; Lucrecio, padre de Lucrecia; Junio Bruto y Publio Valerio, parientes de Colatino.» Impresa en 4.°, sin lugar de impresion, letra gótica. Está escrita en quintillas con pié quebrado, mala versificacion, insufribles impertinencias del negro y del bobo.

41. «Farsa llamada Grimaltina.»

42. «Farsa llamada Clariana.» No hay otra noticia de estas dos piezas que la que da el mismo autor al fin de la farsa de *Lucrecia*.

1529.

43. Fernan Perez de Oliva. «Comedia de Anfitrion.» Esta comedia, que intituló así Fernan Perez de Oliva: «Muestra de la lengua castellana en el Nacimiento de Hércules, ó comedia de Anfitrion, tomando el argumento de la latina de Plauto», está escrita en buen lenguaje y estilo. Suprimió Perez de Oliva entre los personajes de la comedia los de Tésala y Bromia, criadas de Alcumena, y añadió el de Naucrates, amigo de Anfitrion. Como no se propuso hacer una traduccion literal, no puede culpársele de haber omitido el prólogo que precede al drama en su original, el soliloquio de Mercurio en el acto primero, y los de Mercurio y Júpiter en el tercero, porque en realidad no son necesarios á la fábula. En las demás alteraciones que hizo fué poco feliz.

Parece que huye voluntariamente de las gracias de Plauto, y en lo que añade manifiesta poco gusto dramático, ningun talento cómico, y mucho deseo de filosofar y disertar fuera de sazon, dilatando ó debilitando las situaciones de mayor interés. ¿Quién ha de aprobarle que convierta la escena sencilla y afectuosa del acto primero entre Júpiter y Alcumena en una sesion académica, en que se trata del origen de la guerra, los males que produce, la política de los príncipes en formar ejércitos con la gente mas perdida de la república, para que pereciendo en los combates gocen quietud los hombres virtuosos, con otras máximas de igual solidez, y todas inoportunas cuanto es imaginable? ¿Quién le ha de perdonar el cuento intempestivo, insípido y largo que puso en el segundo acto en boca de Sosia, del cual solo resulta haber echado á perder una de las mejores situaciones del original? ¿Quién le disculpará la alteracion de todo el acto quinto, la supresion del escelente monólogo de Bromia con que principia, y la aparicion de Júpiter, máquina absolutamente necesaria para dar á la fábula el único desenlace que le conviene? Esta la concluyó Plauto con la sumision religiosa de Anfitrion debida á tanto númen, y en la de Oliva se le hacen decir blasfemias contra todos los dioses, y aun profecías alusivas á la venida de Jesucristo, cosa impertinentísima sobre toda ponderacion. Son muchos los ejemplos que pudieran citarse de la culpable libertad con que el imitador español estropeó las bellezas del poeta latino; pero bastará uno solo, tomado del acto IV, en que se pinta la situacion desesperada del esposo de Alcumena.

. . . . Perii miser!
Quid ego, quem advocati jam atque amici deserunt?
Nunquam edepol me inultus istic ludificabit quisquis est.
Nam ad regem recta me ducam, resque ut facta est eloquar.
Ego pol illum ulciscar hodie Thessalum veneficum,
Qui perversè perturbavit familiæ mentem meæ.
Sed ubi ille est? intrò edepolabiit credo ad uxorem meam.
Qui me Thebis alter vivit miserior? quid nunc agam?
Quem omnis mortales ignorant, et ludificant, ut lubet.
Certum est introrumpam in ædibus ubi quemque hominem aspexero;
Sive ancillam, sive servum, sive uxorem, sive adulterum,
Seu patrem, sive avum videbo, obtruncabo in ædibus.
Neque me Jupiter, neque dii omnes id prohibebunt, si volent.
Quin sic faciam uti constitui: pergam in ædibus nunc jam.

Véase lo que el maestro Oliva sustituyó:

«¿Qué es esto? ¿Heme tornado por ventura loco, que »así me siento conturbado? Todas mis partes son altera»das: el alma con espanto, el cuerpo con temblor, y con »ira el corazon. En la boca siento hiel, en los dientes ra»bia, mostaza en las narices, rumor en los oidos, y relám»pagos en los ojos. Impetus me vienen de quebrar, de sal-

»tar, de herir, de hacer mayores cosas que mis fuerzas »pueden. No pienso que podrán mis miembros reposar »sino cansados. Ya no podrá mi ira amansarse sino harta. »El fuego que en mí arde no se puede apagar sino con san- »gre, etc.»

Cuando Moliere puso en el teatro francés esta comedia, se apartó muchas veces del testo original, y siempre para mejorarle. Oliva al contrario, cada vez que se separa de lo que Plauto escribió, desatina.

1530.

44. «Tragedia. La Venganza de Agamenon.» Traduccion muy libre de la *Electra* de Sófocles. Siguió Perez de Oliva la disposicion de la fábula original y el órden de las escenas con poca alteracion; pero suprimió mucha parte del dialogo, sin duda para que resultase el progreso de la accion mas rápido, aunque por este medio la desnudó de muchas bellezas. Baste citar por ejemplo la relacion de la supuesta muerte de Orestes, diminuta y pobre en la traduccion, y tan inferior á la de Sófocles, que no es disculpable la mutilacion que hizo en ella el traductor español: conservó los coros, y con ellos la inverosimilitud que constantemente producen, suprimiendo sin embargo todos los escelentes trozos líricos del original, que pueden considerarse como entreactos de la tragedia y la parte mas brillante y armoniosa de su composicion; no acertó en sacar a la escena un ataud con un cadaver embalsamado dentro, en lugar de la urna manejable y lijera en que supone Sófocles que podian contenerse las cenizas de Orestes: esta alteracion hecha por Oliva ni es conveniente, ni teatral, ni conforme a la imitacion de costumbres; en lo que añadió al testo original peca muchas veces contra el buen gusto, se aparta de aquella grave sencillez que piden la situacion y los personajes, y les hace decir espresiones dignas de la férula. «Principalmente (dice Electra) que yo »os ruego me digais ¿qué lluvia pensais que tengo yo en »mi cuerpo donde se consumiesen tantas lágrimas como »vierten mis ojos? ¿O qué capacidad es la de mi pecho »para detener en él la muchedumbre de mis gemidos, que »salidos fuera no caben en los aires? Habed, yo os ruego, »de mí compasion: no querais atapar con vuestros con- »sejos los respiraderos de las hornazas de fuego que dentro me atormentan.» Pregunta Electra á Orestes quién es; y su hermano le responde: «Soy un hombre que navega en »su sepulcro por las ondas de la fortuna.» Estos y algun otro rasgo de estilo alambicado, metafórico y pedantesco no son de Sófocles; son añadiduras impertinentes de su traductor.

1530.

45. «Tragedia. Hécuba triste.» En la traduccion de esta pieza de Eurípides usó el maestro Oliva de igual libertad que en la antecedente. Suprimió el personaje de Taltibio (demasiado episódico en el original), puso en boca de una parte del coro la relacion de la muerte de Polixena, é igualmente omitió la escena de Agamenon y Hécuba, para lo cual no pudo hallar una razon plausible. Las mujeres troyanas abren un hoyo en la arena para sepultar á Polidoro, cosa que ni se halla en el testo de Eurípides, ni es conforme a las costumbres griegas; en el original se propone Hécuba quemar en una misma hoguera los cuerpos de Polixena y Polidoro y darles un mismo sepulcro. Al fin de la tragedia suprimió las prediccíones de Polimnestor, y echó a perder el desenlace. Aquellos terribles anuncios, y el dialogo a que dan lugar, dan á la catástrofe toda la fuerza, movimiento y perturbacion trágica que en tales casos se necesita. Entre las añadiduras que se atrevió á hacer Perez de Oliva, es bien ridícula la siguiente en el diálogo de Polixena y Hécuba:

POLIXENA.

¿Qué es esto, madre, que lloras con tan tristes gemidos? ¿Qué quieren estos hombres armados?

HÉCUBA.

Vienen, hija, por tí. ¡Oh hija triste, á qué tálamo te han de llevar!

POLIXENA.

¿Cómo, dí, madre, entre tantas desventuras me quieren casar?

HÉCUBA.

Sí, hija Polixena, adonde nunca me veas.

POLIXENA.

El esposo ¿quién es? ¿adónde está?

HÉCUBA.

Está con los muertos.

POLIXENA.

¡Ay madre mia! ¿con hombre muerto me quieren casar?

HÉCUBA.

Sí, hija, mia, con muerto muerta te han de casar.

Ni esta es Hécuba como el poeta la pintó, ni esta es Polixena, cuyo carácter (digno de la hermana de Héctor) es de lo mas escelente de la tragedia griega. Hécuba en la traduccion entretiene su dolor hablando á su hija en estilo enigmático; y Polixena parece una niña de colegio con mucha gana de casarse, y tan simplecita que se atemoriza creyendo que la van á casar con un muerto. Entienda quien pueda las siguientes espresiones de Hécuba: «¡Oh mujeres! agora siento que los dolores de nuestros »partos son dolores que parimos, que nos quedan guarda- »dos para cuando los graves casos de nuestros hijos sabe- »mos.» Mas adelante dice: «De los leones y dragos, y »otras bestias fieras, se cuenta que amparan a aquellos »que sienten de ellos quererse favorescer, y este hombre »(peor que drago y leon) mató á mi hijo, de quien él por »su voluntad se habia encargado.» Esta erudicion zoológica no es de Eurípides, ni de la situacion, ni de la persona que habla; parece un retazo de sermon gerundio.

A estos defectos podrá añadir algunos otros la crítica imparcial de quien examine estas dos tragedias cotejándolas con sus originales; pero al mismo tiempo resultará de su lectura un concepto muy favorable á Perez de Oliva, el primero que dió á conocer entre nosotros el teatro griego. Su lenguaje es puro, su estilo en general grave, elegante y numeroso: nadie antes de él habia dado á la prosa dramática tanto decoro y majestad; y después ninguno le imitó.

Nació Fernan Perez de Oliva en Córdoba por los años de 1494; estudió en Salamanca y Alcalá de Henares, en París y en Roma, donde permaneció algun tiempo. Volvió á París, enseñó filosofía en aquellas escuelas, y restituido a España en el año de 1524, obtuvo en Salamanca las cátedras de filosofía y teología, y el cargo de rector de aquella célebre universidad. Su estensa erudicion en las lenguas sabias, sus profundos conocimientos en las ciencias morales y exactas, su aplicacion á las buenas letras, juntamente con las prendas estimables de su carácter, después de haberle merecido el favor de los pontífices Leon X, Adriano VI y Clemente VII, determinaron á Carlos V á elegirle por maestro del príncipe su hijo, empleo que no llegó á servir, habiendo muerto en el año de 1533, antes de cumplir los cuarenta de su edad. Sus obras castellanas en prosa y verso permanecieron manuscritas, hasta que su sobrino Ambrosio de Morales las dió á la prensa en el año de 1585. Véase la *Biblioteca* de Don Nicolas Antonio, y el tomo VI del *Parnaso español*.

1530.

46. ANÓNIMO. «Farsa sobre el matrimonio para representarse en bodas, en la cual se introducen un pastor y su mujer, y su hija Mencía desposada, un fraile y un maestro de quebraduras. Es obra muy apacible y provechosa Impresa en Medina del Campo, con licencia, en casa de Juan Godinez de Millis, año de 1530.» Se ignora el merito de esta obra citada por Pellicer en su *Tratado histórico sobre*

el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España, tomo I.

1531.

47. Jaime de Huete. «Comedia llamada Tesorina, hecha nuevamente por Jaime de Huete.» Se incluyó esta obra en el índice de libros prohibidos por la inquisicion en el año de 1559. No hay otra noticia de ella ni de su autor.

1532.

48. Ausias Izquierdo Zebrero. «Lucero de nuestra salvacion al despedimiento que hizo nuestro señor Jesucristo de su bendita madre, pasos muy devotos y contemplativos estando en Betania. Por Ausias Izquierdo Zebrero: en Sevilla, por Fernando Maldonado, año de 1532. Figuras del auto: Hijo y madre, ángel con cartas de Adan, David, Moisen, Hieremias, Abrahan, Magdalena.» El nombre de este autor hace sospechar que fuese catalán ó valenciano. Jimeno, en su estimable obra de los *Escritores del reino de Valencia*, habla de un Ausias Izquierdo que publicó algunos opúsculos, y entre ellos una *Representacion ó auto sacramental de un milagro de la Vírgen del Rosario, impreso en Valencia, año de* 1589. Sin embargo de la identidad del nombre y apellido, no es de creer que sea el mismo que dió á luz en 1532 el auto que se incluye en este catálogo, cuyo corto mérito quita el deseo de toda investigacion acerca del autor que le compuso.

1532.

49. Gil Vicente. «Auto hecho por Gil Vicente sobre los muy altos y muy dulces amores de Amadís de Gaula con la princesa Oriana, hija del rey Lisuarte.»
50. «Comedia Rubena.»
51. «El templo de Apolo,» tragicomedia.
52. «Romería de agraviados,» comedia.
53. «La Nao de amores,» comedia.
54. «Al parto de la reina,» tragicomedia.
55. «La Fragua de amor,» tragicomedia.
56. «La Floresta de engaños,» comedia.

La primera de estas piezas se halla prohibida en el índice de la inquisicion de 1559: todas las que van citadas están escritas en castellano, á escepcion de otras que compuso el mismo autor en portugués. No he visto la edicion que hizo de todas ellas su hijo Luis Vicente en el año de 1557 (16).

1534.

57. Anónimo. «Comedia llamada Orfea, dirigida al muy ilustre y magnífico señor don Pedro de Arellano, conde de Aguilar.» Este caballero fué uno de los que acompañaron á Carlos V en la espedicion de Tunez. La comedia se prohibió por el santo oficio, y es una de las obras insertas en el índice que se ha citado ya.

1535.

58. Francisco de las Navas. «Comedia llamada Fidea, compuesta por Francisco de las Navas.» No hay mas noticia de esta comedia sino la de haberla incluido la inquisicion en el mencionado índice.

1537 (17).

59. Andres Prado. «Farsa llamada Cornelia, en la cual se introducen las personas siguientes: un pastor llamado Benito, y otro llamado Anton, y un rufián llamado Pandulfo, y una mujer llamada Cornelia, y un escudero su enamorado, donde hay cosas bien apacibles para oir: hecha por Andres Prado, estudiante. Medina del Campo, por Juan Godinez de Millis, año de 1537.» Nada se sabe de este autor; la farsa contiene algunas situaciones de bajo cómico, no mal sostenidas con las gracias del diálogo.

1539.

60. Anónimo. «Tragicomedia alegórica del paraiso y del infierno, moral representacion del diverso camino que hacen las almas partiendo de esta presente vida, figurada por los dos navíos que aquí parescen: el uno del cielo, y el otro del infierno, cuya subtil invencion y materia en el argumento de la obra se puede ver. Son interlocutores un ángel, un diablo, un hidalgo, un logrero, un inocente llamado Juan, un fraile, una moza llamada Floriana, un zapatero, una alcahueta, un judío, un corregidor, un abogado, un ahorcado por ladron, cuatro caballeros que murieron en la guerra contra moros, el barquero Caron. Fué impresa en Burgos en casa de Juan de Junta, á veinte y cinco dias del mes de enero, año de 1539.» Estos personajes se van presentando sucesivamente para entrar en la barca del paraiso; pero solo llegan á conseguirlo el bobo Juan y los cuatro caballeros: los demás, aunque altercan y lo resisten, van á parar á manos del diablo, que los embarca para el infierno; las situaciones son idénticas; no hay desenlace ni enredo. Con la introduccion de tan diferentes clases de gentes se pintan no sin gracia las costumbres de aquella edad.

Esta obra es una imitacion de la que escribió el portugués Gil Vicente por los años de 1519, y se representó delante de los reyes don Manuel y doña Leonor, cuyo título es: *Auto de moralidade composto per Gil Vicente, per contemplaçaon da serenísima é muyto catolica Reynha Donha Lionor nossa senhora, é representada* per seu mandado *á o poderoso principe é muy alto rey don Manoel primeiro de Portugal deste nome.* Una y otra composicion existian pocos años ha en la escogida librería del marqués de Campo-Alanje (18).

1540.

61. Anónimo. «Coloquio de Fenisa. Hablan en él Valerio, Marsilio, Silvio, Bobo, Fenisa. Fué impreso en Sevilla, año de 1540. Esta obra, escrita en verso con poca invencion y ninguna elegancia, no merece particular exámen.

1540.

62. Anónimo. «Coloquio. En las presentes coplas se trata como una hermosa doncella andando perdida por una montaña encontró un pastor, el cual vista su gentileza se enamoró de ella, y con sus pastoriles razones la requirió de amores, á cuya recuesta ella no quiso consentir, y des-

(16) Las obras de Gil Vicente se imprimieron tambien en Lisboa, en 1562. Esta edicion contiene treinta y cuatro piezas en portugués y ocho en castellano, que reprodujo Bohl de Faber. Una es el *Auto pastoril del nacimiento*, de que hemos hablado en la nota 11 del catálogo. Las otras son: *Auto de los reyes magos*, entre dos pastores, un ermitaño y un caballero.—*Auto de la sibila Casandra*, entre Casandra, pastora; Salomon, pastor; Erutea, Peresica y Simeria, tias de Casandra; Esaias, Mosen y Abrahan, tios de Casandra.—*Auto de los cuatro tiempos*, entre el Invierno, el Verano, el Estío y el Otoño.—*Comedia de Rubena.*—*Comedia del viudo.*—*Tragicomedia del triunfo del Invierno.*—*Auto de los físicos.*—Moratin no debió de conocer estas obras: pues de ellas citó únicamente la comedia de *Rubena* entre las ocho composiciones de este autor de que nos da noticia. Al trasladar sus títulos M. Puibusque, en su interesante obra titulada *Histoire comparée des littératures espagnole et française*, equivocó sus fechas, tomando los números ordinales de este catálogo por los años de su representacion en el siglo XVI.

Gil Vicente, segun Barbosa, murió en Evora en 1557, en edad muy avanzada, y está enterrado en el convento de San Francisco, con un epitafio que se dejó compuesto él mismo.

(17) En este año 1537 se imprimió en Valencia una «*Farsa á manera de tragedia* como pasó de hecho en amores de un caballero y una dama. Introdúcense estas personas: Un pastor llamado Torcato, que es el dicho caballero; otro pastor que se dice Roseno, que era un su amigo; una pastora llamada Liria, que es la dama; un pastor llamado Gazardo, que era su esposo; un clérigo llamado Carlino, hermano de Liria; una labradora llamada Frosina, y su marido llamado Toral, tio de Gazardo; y una hija suya llamada Feriola. Entra un pastor con el argumento como quien viene de camino.» Tenemos á la vista una copia puntual de esta composicion, que está en prosa.

(18) Tenemos igualmente copia de este raro impreso, que segun parece no es una mera imitacion de Gil Vicente, sino una traduccion hecha por él mismo; pues lleva su nombre, y añade: «Compúsolo en lengua portu-

pues viene un salvaje á ellos, y todos tres se conciertan de ir á una ermita que allí cerca estaba á hacer oracion á nuestra Señora. Vistas y examinadas, y con licencia impresas en Valladolid año de 1540.» Ya se ve por lo que antecede que en esta obra no hay composicion dramatica: la pintura de los afectos y el estilo en que está escrita no carecen de mérito.

1541.

63. Anónimo. «Farsa llamada Custodia.» Se halla prohibida en el citado índice de la inquisicion. No hay otra noticia de ella ni del autor que la compuso.

1542.

64. Anónimo. «Farsa de los enamorados.» Se halla título entre las obras prohibidas por el santo Oficio en índice mencionado.

1543.

65. Anónimo. «Farsa llamada Josefina.» Prohibida igu mente en el mismo índice de la inquisicion.

1544.

66. Lope de Rueda. «Paso en el cual se introducen t personas: Luquitas, paje; Alameda, simple; Salcedo, am

» guesa, y luego el mesmo autor le trasladó á la lengua de Castilla, au» mentándolo.» Es notable la viveza del diálogo y la naturalidad con que pinta las costumbres y preocupaciones de aquellos tiempos. Trasladaremos para muestra la disputa entre el diablo y el fraile que no queria embarcarse para el infierno.

Entra un fraile con una moza por la mano y una espada y un broquel y casco y guante; entra danzando una baja, y dice:

Fraile. Fan, fan, fan, fan, fan,
Ta ri ra ri, ri ra ran,
Ta ri ra ri, ri ra ran.
Diablo. Ya viene un fraile danzando;
Bueno va.
Padre, allegaos acá.
Fraile. Deo gratias; ¿qué quereis?
Diablo. Que vuestra danza acabeis,
Pues que tan polida va;
La señora ayudará.
Fraile. «Rey don Alonso, rey mi señor.» *(Bailando.)*
Diablo. Juro á Dios que es cosa bella.
¡Cómo danza la doncella!
Fraile. Yo le enseño á mi sabor.
Y aun tiene mayor favor
Esta dona,
Que aunque me veis de corona,
Sé mucho del esgrimir;
A cualquiera haré huir,
Qu'es muy fuerte mi persona.
Diablo. Pues la virtud te adona
En ser varon,
Sabrás dar una licion
Con una gentil levada.
. . . .
Sigue un paso de esgrima, y luego continúa:
Diablo. Sus, poned faldas en cinta,
A embarcar.
Fraile. ¿A dó nos quereis llevar?
Diablo. Donde esteis muy gasajado
Vos y vuestra dama al lado,
Do tengais bien que llorar.
Fraile. ¡Un hombre tan singular,
Religioso!
Yo he rezado por misterios
Cien mil himnos y salterios,
Por lo cual no estó dudoso
De ir á tener reposo
A paraiso.
Ego sum repenediso
De algun mal, si alguno obré.
Diablo. ¿Cómo es eso; qué, qué, que?
¿Cuándo fuiste tu arrepiso?
Aunque tuviste ese aviso,
Fué tu pensamiento vano,
Pues asióte como alano
El guardian,
Y fray Pedro el sacristán,
Mas por envidia y cordojo,
Que por quitarte de enojo.
Fraile. ¿Luego ellos aquí vernán?
Diablo. Para las barbas de Adan,
Sin mentir,
Que yo los haga venir
A tenerte compañía.
Fraile. No espero yo tu porfía,
Que á esotra me quiero ir.
Comenzadme de seguir
Mi señora;
Piensa este barquero ahora
De ponerme á mí en afán.
Ta-la-la-lá, la-la-lan.
Diablo. Bien lo sigue la traidora.
Fraile. ¡Ah patron!
Angel. ¿Qué me quieres, fray Anton?
Fraile. Que pues me salva mi fama,
A mí y á esta gentil dama
Nos lleves á salvacion.
Angel. ¿Parécete á ti razon?
Fraile. Así lo canta
Nuestra madre Iglesia santa,
Que quien vive en religion
Reciba buen galardon.
Angel. Nunca esa razon me espanta.
El que su vida levanta
De la tierra,
Y á los vicios hace guerra,
Y vence los tres gigantes,
Este irá con los gozantes
De la gloria verdadera.
Mas tú que d'esta manera
Has pasado,
Siempre en paz has sosegado
Con la carne y con el mundo.
Nunca tuviste cuidado
De la muerte,
Ni quisiste recogerte
De tus inicuas maldades,
¿Y con estas vanidades
Piensas que he yo de acogerte?
Fraile. No seais con mí tan fuerte
Por agora,
Siquiera por la señora
Floriana qu'está conmigo.
Angel. Esa es, á fe, tu enemigo.
Fraile. No me la enojes agora.
Angel. Vete después, en buen hora
Sin contrastes,
Al navío que fletastes.
Fraile. Por cierto no lo fleté,
Qu'el de gloria concerté,
Y agora me lo quitastes.
Angel. Cuando, padre, vos entrastes
En religion,
Érades pobre garzon,
No teniais qué comer;
Entrastes allí, á mi ver,
Por comer de mogollon.
¿No fuera mejor razon
Trabajar,
Que no holgar y tragar?
Del afán de los cuitados
Andais gordos y aviciados,
Lo demás quiero callar.
Fraile. Si aqueso me ha de dañar,
Nadie queda
Que no va por esa rueda.
Angel. El que así es aquí verná,
Y en mi barco no entrará.
Fraile. No ha de haber nadie que pueda
Entrar dentro.
Angel. Sí, todos los de este cuento:
Los buenos trabajadores,
Sean grandes ó menores,
Sean seglares ó en convento.
Juan (bobo). Acábese ese tormento
De parlar,
Dejaldos ir á embarcar,
Que los llama aquel patron.
Angel. ¡Andad con la maldicion!
Diablo. Acabad, padre, de entrar.
Fraile. Ya que me quereis llevar,
Todavía,
A esta dama y su valía
Dejalda volver al mundo.
Diablo. Mejor irá allá al profundo
A teneros compañía;
Entrad, que se nos va el dia,
Entrad, señora.
Fraile. ¡Oh espejo en que mi alma adora:
No me la trateis ansí!
¡Oh sin ventura de mí,
Y qué gente tan traidora!
Diablo. Toma este remo, en malhora.....

Luquitas y Alameda se han entretenido en comer buñuelos y pasteles; su amo Salcedo, que los ha estado esperando mucho tiempo, les pide cuenta de aquella tardanza; Luquitas se disculpa echando mentiras; pero Alameda contradice con su simplicidad los artificios de su compañero, y sin querer los inutiliza. El amo persuadido de que ellos comen y se divierten con lo que a él le sisan, los castiga á entrambos. En prosa (19).

1544.

67. «Comedia Eufemia.» A esta comedia, escrita en prosa y dividida en ocho escenas, precede un corto prólogo. Leonardo, caballero jóven, se despide de su hermana Eufemia deseoso de ver mundo y buscar fortuna; halla en Valencia a Valiano, príncipe ilustre y poderoso, que le recibe por secretario y le da toda su confianza. Leonardo le refiere las calidades de su hermana Eufemia, y Valiano enamorándose de oidas, determina hacerla venir á Valencia y casarse con ella; Paulo, criado antiguo de Valiano, envidioso de la privanza que disfruta Leonardo, parte en diligencia adonde Eufemia está; y siéndole imposible el verla por mas que lo procura, logra únicamente que una criada le dé algunos cabellos de un lunar que tiene su señora en un hombro; con esto vuelve á Valencia, y dice á Valiano que ha merecido los favores de la hermana de Leonardo, presentando como prueba de lo que asegura los cabellos del lunar; el príncipe irritado contra Leonardo le da pocos dias para que se justifique, y al cabo de ellos si no lo hace se propone quitarle la vida; avisada Eufemia por su hermano de la acusacion que se hace contra ella y del peligro en que él está, va á Valencia, confunde al impostor Paulo, a quien el príncipe manda llevar al suplicio que estaba preparado para Leonardo; hace poner á este en libertad, le restablece en su gracia, y se casa con Eufemia. Esta fábula, mas interesante que verosímil, tiene unidad en la accion, no en el lugar ni en el tiempo. En los caracteres de Eufemia y Leonardo hay oportuna espresion de afectos, y locucion pura y elegante; los de Vallejo, lacayo baladron; Polo, su compañero; Grimaldos, paje; Eulalia, negra, y Ana, jitana, abundan en chistes cómicos, y producen incidentes graciosos, aunque no necesarios a la integridad de la composicion (20).

1545.

68. «Paso en el cual se introducen dos personas: Alameda, simple; Salcedo, amo.» Alameda halla en el monte una mascara, se la enseña á su amo Salcedo, y este por burlarse le dice que aquella es la cara de Diego Sanchez, un santero á quien habian muerto y desollado pocos dias antes unos ladrones; añade que la justicia anda en busca de los delincuentes, que si tropieza con ella es perdido, y que lo mejor será que se vaya á la ermita de San Anton y se haga santero; Alameda le deja la mascara, y se va a la ermita; Salcedo, envuelto en una sábana con la máscara puesta, le llama en voz lamentable, y le hace creer que es el alma de Diego Sanchez; le encarga que á media noche vaya á un arroyo donde está su cuerpo insepulto, y le lleve al cementerio de San Gil. Alameda, lleno de miedo, echa á correr, y el fingido muerto le sigue y le acosa por todas partes. Diálogo en prosa con buen estilo, animado y gracioso (21).

1545.

69. «Comedia Armelina.» Pascual Crespo, herrero, tuvo en su juventud un hijo en una amiga suya, la cual se fué con un capitán á Hungría llevándose al niño; este, muerta su madre y tambien el capitán (que le dejó heredero de sus bienes), fué criado por un caballero de aquella tierra llamado Viana, el cual tenia una hija pequeña llamada Florentina, á quien daba muy mal trato su madrastra; por lo cual un pariente suyo se la robó, y hallándose embarcado con ella á vista de Cerdeña le asaltaron corsarios: la niña quedó cautiva; después la vendieron en Cartagena á un hermano de Pascual Crespo, y este por último la recibió en su casa dándole el nombre de Armelina. Crespo y su mujer viéndola ya en edad, tratan de casarla (aunque ella lo repugna) con el zapatero Diego de Córdoba. Llega en esto á aquella ciudad Viana acompañado de Justo su hijo adoptivo, y habiéndole asegurado un griego que allí encontraria á su hija Florentina, no omite diligencia para conseguirlo. Consulta con Muley Bucar, moro granadino, grande hechicero, el cual hace un conjuro espantoso, invoca á Medea, y sale en efecto Medea de los infiernos para decirle que la niña que se busca está en aquella ciudad; entre tanto Justo enamorado de Armelina ronda su casa; ella apurada por Crespo y su mujer, que tratan de reducirla a que se case con el zapatero, se va desesperada á las orillas del mar con resolucion de tirarse al agua desde un alto peñasco; al ir á ejecutarlo sale el dios Neptuno y lo estorba; llévala á su casa, y allí delante de todos les hace saber que Justo es hijo del herrero Crespo, y Armelina es la Florentina hija de Viana que con tanto empeño se busca; conciértase la boda de Florentina y Justo; Neptuno en calidad de padrino se entra con ellos á celebrarla. Por este estracto se echará de ver lo complicado, romancesco é inverosímil de esta fábula, en la cual apenas puede alabarse otra cosa que el buen lenguaje y la viveza del diálogo. Puede citarse como la primera pieza de magia que se conoce en nuestro teatro: está escrita en prosa, y se divide en seis escenas (22).

1546.

70. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Lucio, doctor médico; Martin de Villalba, simple; Bárbara, su mujer; Jerónimo, estudiante.» Martin de Villalba es objeto de las burlas de su mujer, que tiene en casa con nombre de primo al estudiante de quien está enamorada; se finge enferma, y el pobre Martin va y viene á casa del médico, le regala pollos para tenerle grato, y se bebe todas las purgas que aquel receta á su mujer, porque esta le asegura que le aprovecharán infinito si él se las toma. Por último, la mujer se va de casa acompañada del estudiante, diciendo á Martin que va á cumplir unas novenas, le encarga que ayune á pan y agua en tanto que vuelve, y él promete cumplirlo, aviniéndose á que el médico siga curándole para que ella se restablezca enteramente. Argumento cómico, buena prosa, perniciosa moral (23).

1546.

72. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Caminante, licenciado Jáquima, bachiller Brazuelos.» El caminante se halla sin dinero, y no teniendo conocimientos en la ciudad, le ocurre buscar al licenciado Jáquima, para el cual trae una carta; este, que vive en compañía del bachiller Brazuelos, recibe muy bien al caminante y le convida á comer; quedan solos el bachiller y el licenciado, y como este no tiene un cuarto para obsequiar al huésped, pide al otro que le preste lo necesario para salir de aquel empeño, pero Brazuelos, que se halla en el mismo caso, nada puede darle. Sin embargo, para salir del apuro con menos afrenta, discurre que el licenciado se oculte entre la manta de la cama cuando el hués-

(19) Este gracioso paso de Lope de Rueda es el primero de los comprendidos en el *Deleitoso*, que publicó su amigo Juan de Timoneda. Quéjase Bohl de Faber de la inutilidad de sus diligencias para adquirirlo. En el mismo caso se halla otra composicion que cita Moratin en el núm. 72 de este catálogo; pero no la incluye en su coleccion. De una y otra podemos disponer, y nos aprovecharemos en tiempo oportuno.

(20) Esta comedia va inclusa en la coleccion que sigue al presente catálogo.

(21) Está en la coleccion de Moratin con el título de *La Carátula*.

(22) Se halla en la coleccion de Bohl de Faber.

(23) Está en la coleccion de Moratin con el título de *Cornudo y contento*.

ped venga, y que él le dirá que de órden del arzobispo ha tenido que salir de la ciudad á toda priesa con el encargo de publicar unas bulas; acordado esto, llama el caminante, el licenciado se esconde, y tapa con la manta, y admirado el huésped de no hallarle en casa, le dice el bachiller que si está, pero que ha sido tanta la vergüenza que ha tenido de hallarse sin dinero para darle de comer, que se ha metido debajo de la manta, y diciendo esto tira de ella y se le descubre; salta el licenciado de la cama lleno de enojo contra el bachiller, resulta una quimera muy acalorada entre los dos, y el caminante, viendo que allí no hay disposicion de comida, se aburre, los deja riñendo y se va. Prosa lijera y facil; la malicia del bachiller produce buen efecto cómico (24).

1547.

72. «Paso en que se introducen las personas siguientes: Honciguera, ladron; Panarizo, ladron; Mendrugo, simple.» Panarizo y Honciguera esperan á Mendrugo, que lleva una cazuela de comida á la cárcel en donde está presa su mujer; le salen al paso, le meten en conversacion, y entre otras cosas le hablan de la tierra de Jauja, abundantísima y feliz sobre todo lo descubierto; Mendrugo quiere saber las maravillas que le anuncian de ella; le hacen sentar en el suelo, y empiezan á referirle los rios de leche, los puentes de mantequillas, los arboles cuyos troncos son de tocino, la miel, los pasteles, las aves y viandas esquisitas que se hallan preparadas y de balde en aquel delicioso pais; Mendrugo los oye absorto, y ellos aprovechandose de su aturdimiento arrebatan la cazuela, y desaparecen. Ficcion sencillísima, en prosa.

1547.

73. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Brezano, hidalgo; Cebadon, simple; Samadel, ladron.» Brezano da quince reales a su criado Cebadon para que se los lleve al casero; Samadel se hace encontradizo con el criado, y sabiendo la comision que lleva, finge que es el casero mismo; recibe los quince reales, y le da por carta de pago una carta particular que lleva consigo; vuelve Cebadon á ver á su amo, y por el contenido de la carta y las señas que da el mozo del fingido casero, conocen uno y otro el engaño que les ha hecho; van en busca del ladron, le encuentran en la calle, riñen, y Cebadon y su amo corren tras él. En prosa, buen dialogo (25).

1548.

74. Juan de Malara. «Comedia llamada Locusta.» Se ignora el argumento de esta comedia.

1548.

75. Lope de Rueda. «Paso en el cual se introducen las personas siguientes: Torrubio, simple viejo; Agueda de Toruégano, su mujer; Mencigüela, su hija; Aloja, vecino.» Torrubio viene del campo con una carga de leña; Agueda su mujer le pregunta si ha plantado el renuevo de olivo que él llevó; él dice que sí, y ella supone que dentro de seis ó siete años ya llevara cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y cortando de él otros renuevos podrá plantarse un olivar; ella cogera las aceitunas, el marido las llevara en el asno á la plaza, y Mencigüela las vendera: aquí empieza lo mas agitado de la accion, porque Agueda no quiere que la chica venda el celemin de aceitunas en menos de dos reales, y su marido dice que bastara venderlas a catorce ó quince dineros; Mencigüela recibe órdenes contrarias de su padre y de su madre, y á cada uno de ellos promete hacer lo que le mandan; esta docilidad le perjudica mucho, porque solo sirve de escitar la cólera de entrambos, que la castigan alternativamente; sale al ruido Aloja su vecino; pregunta la causa de aquella desazon, y viendo que todo ello es sobre fijar el precio á que han de venderse las aceitunas que deben nacer de allí á treinta años, procura ponerlos en paz y concluir aquella ridícula contienda. Motivo cómico muy gracioso sostenido con un buen dialogo en prosa (26).

1549.

76. «Farsa del Sordo.» Esta pieza escrita en verso, atribuida á Lope de Rueda, no tiene mérito particular.

1550.

77. «Comedia Medora. Intróito.» La comedia está escrita en prosa y distribuida en seis escenas; la accion se supone en Valencia. Acario tuvo una hija y un hijo en estremo parecidos el uno al otro; siendo muy chicos los dos, una jitana robó al niño, dejando uno suyo en su lugar, que murió de allí á poco tiempo; crió Acario á su hija llamada Angélica, y llegando á edad juvenil se enamoró de ella Casandro, mancebo acomodado de aquella ciudad; la jitana vuelve á Valencia trayendo consigo á Medoro vestido de mujer; resultan frecuentes equivocaciones nacidas de la semejanza de Medoro y Angélica, hasta que la jitana descubre la verdad, refiere el hurto que hizo del niño, pide perdon, y fácilmente se le conceden, verificandose el casamiento de Casandro con Angélica. Esta fabula, en que Lope repitió lo que ya habia puesto en otra (y no ciertamente para mejorarlo), se entorpece y confunde con episodios inútiles, y carece de verosimilitud. Los amores del viejo Acario con Estela, los disfraces que se pone, los palos que recibe, la salida de Barbarina su mujer, que se va en camisa á media noche al cementerio á buscar tierra de siete muertos, y otras impertinencias de esta clase, son incidentes de farsa grosera y trivial. Las baladronadas de Gargullo y el chasco que le da la jitana no carecen de gracia cómica; el dialogo en general es animado y fácil (27).

1551.

78. «Coloquio de Camila. Intróito.» Sigue el coloquio en prosa, sin division de actos ni de escenas. La accion parece que se supone en las cercanías de Valencia: Socrato perdió un hijo pequeño que tenia, y poco después halló en su puerta una niña de pecho, á quien crió con nombre de Camila, hasta que llegando á edad de diez y siete años, trato de casarla con el barbero maese Alonso, viudo y viejo; Camila, enamorada del pastor Quiral, repugna el matrimonio que se le propone, y viéndose hostigada de las instancias de Socrato, se huye de casa, se va al monte, y en él quiere quitarse la vida; pero la Fortuna se le aparece y le promete su proteccion; sospéchase que Quiral haya sacado de su casa á Camila, y él desesperado de haberla perdido, viendo que le piden cuenta de ella, dice que en efecto la ha robado y después la ha muerto: en consecuencia de esta declaracion tratan de ahorcarle; la Fortuna, encargándose de desenredar esta maraña, lleva consigo a Camila, y hace saber á los interesados en ello que aquella niña criada por Socrato es Galatea, hija del barbero maese Alonso; declara tambien como Socrato es Anastasio, natural de Rosellon, el cual mudando de residencia tuvo por conveniente mudar de nombre, y por último dice tambien que el pastor Quiral es el hijo de Socrato, á quien halló pendiente de las mantillas en un arbol un hostalero del Coll de Balaguer; esto sabido, sale Quiral de la cárcel y le casan con Camila. Tal es el embrollo que sirve de accion de esta pieza. La confusion que resulta de la discorde union de tan opuestos caracteres y personajes es estravagante en demasía: el lenguaje siempre es bueno; el estilo

(24) Está en la coleccion de Moratin con el título de *El Convidado*.
(25) Está en la coleccion de Moratin con el título *Pagar y no pagar*.
(26) Está en la coleccion de Moratin con el título *Las Aceitunas*.
(27) Está en la coleccion de Bohl de Faber.

desigual, á veces propio del bajo cómico, y á veces lo quiere ser culto degenera en pedantesco, caden-, lleno de perífrasis y trasposiciones violentas (28).

1551.

Juan de Rodrigo Alonso. «Comedia hecha por Juan ›drigo Alonso (que por otro nombre es llamado de ›sa), vecino de la ciudad de Segovia, en la cual por ocucion de diversas personas en metro se declara la ria de santa Susana á la letra, cual en la prosecucion mente parescerá, hecha á loor de Dios nuestro señor, e 1551. Son interlocutores de la presente obra los de contenidos: santa Susana, sus doncellas Orisia y Pa-, su padre Elquias, su madre, Joaquin su marido, dos os suyos, voz popular, los dos inicos viejos, sus dos tros, los substitutos Elifaz y Manasés, Daniel, car-o, pregonero.» Esta comedia, escrita en redondillas ı cual no hizo mas el autor que poner en dialogo lo efiere la historia), tiene sin embargo interés dra-:o, situaciones y afectos, enredo, solucion y morali- El ejemplar que tuve presente existe en la biblio- real de Paris. En la de Madrid hay otro.

1551.

Lope de Rueda. «Coloquio.» Se ignora si estaba to en prosa ó verso: los interlocutores son dos res, dos pastoras y el Amor. Lorenzo Gracian, en ıtado de la *Agudeza* ó *Arte de ingenio*, recomendó el :io dramático de este coloquio, diciendo: «Comenzó rodigioso Lope de Rueda, á quien llamó el jurado de doba Juan Rufo inimitable varon con verdad: tuvo es-:ntes invenciones; sea bastante prueba aquella en introduce cuatro amantes encontrados, dos pastores ıs pastoras, apasionados entre sí con tal arte que nin-o correspondia á quien le amaba; pidieron al Amor, ıremio de haberle desatado de un árbol, á que le ha-ı amarrado la Virtud y la Sabiduría, que les trueque voluntades y haga el Amor que ame cada uno á quien ma; y cuando parece que se desempeña, entonces nreda mas la traza; porque pregunta Amor qué vo-ades quiere que violente y mude, las de los hombres s de las pastoras; que se concierten entre sí: aquí a la mas ingeniosa disputa, dando razones ellos y ; por parte de cada sexo, que es una muy ingeniosa ncion.»

1552.

«Coloquio en verso.» Nada se sabe acerca del argu-ɔ y personajes de este coloquio, citado por Cervan-ı la comedia de *Los Baños de Arjel*, donde incluyó gmento que sigue:

Si el recontento que trayo
Venido tan de rondon,
No me lo abraza el zurron,
¿Cuáles nesgas pondré al sayo,
O qué ensanches al jubon?
Y si al contarlo estremeño,
Con un donaire risueño
Ayer me miró Constanza,
¿Qué turba habrá ya ó mudanza
Que no la pase por sueño?
Esparcios, las mis corderas,
Por las dehesas y prados,
Mordey sabrosos bocados;
No temais las venideras
Noches de nubros airados;
Antes os anday esentas
Brincando de recontentas,
No os aflija el ser mordidas
De las lobas deshambridas,
Tragantonas, mal contentas;
Y al dar de los vellocinos
Venid siempre no ronceras
Rumiando por las laderas
A jornaleros vecinos
O al corte de sus tijeras,
Que el sin medida contento
Cual no abarca el pensamiento
Os librara de lesion,
Si al dar el branco vellon
Barruntais el bien que siento.
Mas ¿quién es este cuitado
Que asoma acá entelerido,
Cabizbajo, atordecido,
Barba y cabello erizado,
Desairado y mal erguido?

82. «Coloquio de Timbria. Intróito.» Este coloquio no tiene division de actos ni de escenas; está escrito en prosa: su fabula es en estremo complicada y absurda, y el empeño de referirla causaria fastidio al lector, no instruccion ni deleite (29).

1553.

83. Anónimo. «Comedia de Peregrino y de Jinebra.» Se halla entre las obras prohibidas del citado índice de inquisicion. Probablemente el autor de esta comedia redujo en ella á accion dramática el argumento de una novela que se habia publicado en el año de 1548 con este título: *Libro de los honestos amores de Peregrino y Jinebra, fecha por Hernando Diaz.*

1553.

84. Francisco de Avendaño. «Comedia nuevamente compuesta por Francisco de Avendaño, muy sentida y graciosa, en la cual se introducen las personas siguientes: la Fortuna, un caballero quejoso de ella llamado Muerto, otro caballero herido de amor llamado Floriseo, una doncella llamada Blancaflor, dos pastores, el uno llamado Salaver y el otro Pedrucio, un paje llamado Listino: dirigida al muy noble y valentísimo señor don Juan Pacheco, capitán general de la gente del ilustrísimo señor marqués de Villena, año de 1553, sin lugar de impresion.»

En el intróito que le precede se alaba el autor de ser esta la primera pieza de teatro escrita en tres jornadas. Virués, Cervantes y Artieda, que florecieron muchos años después, creyeron ser inventores de esta novedad.

La obra citada está escrita en coplas de pié quebrado.

1554.

85. Luis de Miranda. «Comedia Pródiga. Dirigida al muy magnífico señor Juan de Villalba, de la cibdad de Plasencia, compuesta y moralizada por Luis de Miranda, placentino, en la cual se contiene (demás de su agradable y dulce estilo) muchas sentencias y avisos muy necesarios para mancebos que van por el mundo, mostrando los engaños y burlas que están encubiertos en fingidos amigos, malas mujeres y traidores sirvientes. Impresa en Sevilla en casa de Martin de Montesdoca; acabóse á diez dias de diciembre año 1554.» En unas coplas que se hallan al fin de la obra dice el autor que después de haber servido algunos meses en la milicia, se habia hecho clérigo, y esto es lo único que se sabe acerca de él. La comedia esta escrita en redondillas, y se divide en siete actos cortos. *Acto primero.* Publícase á son de tambor una recluta de gente para la guerra; Pródigo, deseoso de salir de la sujecion doméstica, resuelve seguir la milicia en calidad de caballero aventurero, pide á su padre Ladán la legítima que le corresponde; el padre lo repugna mucho, pero al fin cediendo á sus instancias le entrega dos mil ducados en oro y tres mil en una letra de cambio, le da muy buenos consejos, le despide y le deja ir acompañado de Felisero, criado de toda su confianza; júntanse en el camino con

Bohl de Faber insertó en su coleccion algunos pasos de este co-

(29) Tambien de este coloquio trae algunos pasos el referido Bohl de Faber.

Silván y Orisento, soldados viciosos y estafadores; llevan á Pródigo á una venta cerca de Sevilla; él paga por todos, se aficiona de una moza llamada Sirguera, y con ella y los demás prosigue su viaje.—*Acto segundo*. Llegan á un pueblo donde hay feria; gasta Pródigo mil ducados en cadenas y medallas que regala á Silvan y Orisento; su criado Felisero quiere irle á la mano, pero él no hace caso, y se va con la moza; Olivenza, rufián baladron y cobarde con quien ella vivia, la anda buscando; Alfenisa y Grimana, mujeres públicas, le dan noticia de que está en poder de Pródigo; conciertan Olivenza, Silván y Orisento lo que ha de hacerse para quitar á Pródigo la gorra guarnecida y el rico joyel de oro que lleva al cuello; luego que viene sale Olivenza con la espada desnuda, pidiendo la moza á los soldados, haciendo grandes amenazas; ellos embisten con él; Pródigo se mete en medio para apaciguarlos, y en la fingida quimera le atropellan, le tiran al suelo, le hieren en la cara, le quitan el joyel y la gorra, y todos desaparecen; la madre de las mozas viéndole tan mal parado le recoge en su casa.—*Acto tercero*. Un alguacil lleva preso á Pródigo como tambien á Grimana y su madre para que en la cárcel declaren lo que ha sucedido; Felisero va á verse con su amo, habla después con el alguacil y el carcelero, y á fuerza de gratificaciones consigue que suelten á Pródigo y á las dos mujeres; los dos mil ducados en oro se consumieron enteramente, y Pródigo encarga á su criado que vaya á cobrar la letra de cambio; estando en la prision habia visto en unas ventanas de enfrente á una hermosa doncella, de la cual quedó enamorado; luego que se ve libre y solo, se pasea delante de la casa; ve salir de ella á una criada llamada Florina, de la cual se informa acerca del nombre y circunstancias de aquella dama; Florina le dice que seria muy conveniente que diese una alborada á su señora, y él promete hacerlo así en la mañana próxima; llega Felisero, y le cuenta que los pajes que habia recibido se han escapado, y que los soldados sus amigos se le han llevado los caballos, el sayo y la capa; le da el dinero de la letra, y él lleno de esperanzas amorosas olvida sus pérdidas, y solo piensa en la música que ha de dar á su dama.—*Acto cuarto*. Dada la música, proporciona Florina que Pródigo pueda ver á su señora Alcanda, escondido en la huerta, de lo cual resulta el siguiente diálogo:

PRÓDIGO.

¿Hora dónde me pornia
Para ver si ser pudiese
Lo que hace ó respondiese
Mi señora aqueste dia?
Aquí me pongo en parada
Por estar mejor alerta.

ALCANDA.

Florina, cierra esa puerta.

FLORINA.

Señora, ya está cerrada.

PRÓDIGO.

¡Oh mi remedio y mi amada!
Tras sus pisadas me voy
Por ver lo que por mí hoy
Hace ó dice su criada.

FLORINA.

¿Qué te paresció, señora,
Del cantar de esta mañana?

ALCANDA.

Tan bien, que de buena gana
Le escucharia hasta agora.

FLORINA.

¿Paréscete que do mora
Tal virtud que habrá verdad?
Pues sabe que en la ciudad
Solo á ti, señora, adora.
Esto téngolo entendido
(Aunque no pensé decillo)
En que ayer me dió este anillo,
Y una saya ha prometido.

ALCANDA.

¿Aquesto me has escondido?
Muestra el anillo, veremos.
Vos ni yo no le tendremos,
Vuelva allá donde ha venido.
Y otra vez de esta manera
Con nuevas no me vengais,
Si malas pascuas hayais,
Doña sucia y hechicera.
¡Mira si yo soy ramera
De estraños y forasteros,
O si me faltan dineros
Para que precie á un cualquiera!

FLORINA.

No pensé que la enojara;
Perdóneme tu merced.

ALCANDA.

¡Gentil pensar! Entended.
¿Pensabais que me holgara?

FLORINA.

A lo menos que burlara
De velle así enamorado.

ALCANDA.

¿Y por qué, si tú le has dado
A sus hablas buena cara?
¡Mal pecado! Ya le habrás
Dado cuenta de quien soy,
De lo que hago y á do voy,
Y de todo lo demás.

FLORINA.

Por cierto, nunca jamás
A él ni á nadie tal dí.

ALCANDA.

Hora quítate de ahí;
No hablemos en esto mas.

PRÓDIGO.

Ya yo me maravillaba
De suerte tan favorable.
¡Oh mi ventura mudable!
¡Y cuan engañado estaba!

Felisero aconseja á Pródigo que desista de aquella solicitud; pero Florina, á pesar de todo lo ocurrido, anima su esperanza, y le dice que no haria mal en valerse de la mediacion de una vieja alcahueta que vive allí cerca. Pródigo, después de regalar á Florina, va á verse con Briana (que así se llama la alcahueta), la cual en fuerza de las dadivas que recibe, se pone en camino para favorecer los amores de Pródigo.—*Acto quinto*. Felisero, vista la perdicion inevitable de su amo, y no atreviéndose á volver á casa de Ladán, se va con resolucion de hacerse ermitaño; Alcanda hace echar á la Briana de su casa á palos y golpes que le dan sus criados; Lizán y Cerbero, rufianes, amigos de la vieja, la encuentran en la calle y la llevan á su casa, en donde Pródigo la estaba esperando; refiérele el mal éxito de su mensaje, y se lamenta de que los criados de Alcanda le han quitado todo el dinero que tenia; Pródigo para consolarla la socorre con doblada cantidad, y á instancia de la Briana recibe en su servicio á Lizán y Cerbero; va con ellos á rondar la calle de Alcanda, y sigue este diálogo:

PRÓDIGO.

Venid conmigo los dos;
Lleguemos aquí, veamos;
A propio tiempo llegamos.
Labrando está, me parece,
Dejadme ver qué se ofrece.

LIZÁN.

Al propósito topamos.

ALCANDA.

¿Dó vas, negro? ven acá,
Ve y llama á aquel caballero
Que paresce forastero;
Veremos qué nos dirá,
Que por ventura vendrá
De Flandes, do está mi padre;
Que todo el mal de mi madre
Es por no saber dó está.

NEGRO.

Allégate acá, señor,
Que te llama mi señora.

PRÓDIGO.

No vengamos en mal hora,
Mas la muerte me es favor.

NEGRO.

Entra dentro al corredor,
Que hora se pone á labrar.

ALCANDA.

¿Osado sois de aquí entrar,
Decí, don perro traidor?
¿Paréceos bien enviarme
Una rapaza indiscreta,
Y una pública alcahueta,
Que eran para disfamarme?
¿Habia yo de fiarme
A humo muerto en cualquiera?

PRÓDIGO.

Quien tal ha hecho que muera;
No quiero mas disculparme.

ALCANDA.

Direis no haber conocido
Por no ser de la ciudad;
Mas donde hay sagacidad,
Todo en un hora es sabido.
Otro aviso he yo tenido
Algo mas disimulado,
Que á la muchacha he mesado,
Y á la vieja he sacudido.
Sabe Dios cuánto pesar
Que me quedaba por vos.
Mirá si debeis á Dios
Con tal esclava topar.

PRÓDIGO.

Imágen para adorar
He yo, señora, topado.

ALCANDA.

No, sino sierva, mi amado.
Dejemos hora el hablar,
Y esta noche con la escala
Vuelve, señor, muy secreto;
Que sin falta te prometo
De te esperar en la sala,
Porque la puerta es tan mala
Que rechina que es espanto.
Hora ve, descansa en tanto,
Dios nuestro Señor te vala.

PRÓDIGO.

¿Es posible que soy yo
Quien tanto bien ha alcanzado?
¡Oh yo bienaventurado
Mas que cuanto Dios crió!
Quien no se determinó,
No sabe lo que ha perdido;
Que mas que fortuna ha sido
El que nunca la temió.

Vuelve Pródigo á casa de la Briana, le cuenta todo lo que le acaba de suceder, y ella dice:

Al diablo yo las doy
Aquestas muy desdeñosas,
Que estas son las mas mañosas;
Jesú, fuera de mí estoy.
Entra agora allá, señor,
Dirás estas maravillas
A aquellas mozas bobillas
Porque sepan qué es amor,
Y sepan qué es dar dolor,
Y después á manos llenas
Concediendo tras las penas
El descanso y el favor.
Hora yo estoy espantada
De ver la sagacidad,
La malicia y la maldad
De esta edad desventurada.
¡Que una muchacha encerrada
Tuviese tales rodeos!
Mira quien vió sus meneos,
Y la vió tan enfadada.
Maldito el que es menester
Bienquerencias ni terceras,
Que ellas tienen sus maneras
Con que se dan á entender;
Todas saben no querer,
Mas no todas defensarse;
Y todas saben negarse,
Pero pocas fuertes ser.
Rapazas que aun alimpiarse
No saben ni son criadas,
Las vereis ya requebradas
A las ventanas pararse,
De los que pasan burlarse
Con sus risitas y señas;
Y no son tan duras peñas
Que no vengan á quebrarse.

La Briana concierta con Lizán y Cerbèro que á la noche cuando vaya Pródigo á ver á Alcanda le hagan caer de la escala al subir ó bajar por ella, y aprovechando la accion le roben cuanto tiene para repartirlo entre los tres.—*Acto sesto.* Pródigo, disfrazado con un mal vestido que le ha dado la Briana (para quitarle el suyo), va á la cita acompañado de sus nuevos servidores; ponen la escala, y entra Pródigo por una ventana al cuarto de Alcanda; después de un diálogo en que Cerbero y Lizán tratan de la bellaquería que tienen resuelta, sale Pródigo, y al bajar por la escala le dejan caer al suelo, le quitan el bolson del dinero disimuladamente, y le conducen á casa de Briana; fingen que van á buscar á un cirujano, y desaparecen para no volver; Pródigo, quejándose de su caida y echando de ver que aquellos pícaros le han quitado el dinero, pide á la Briana que le disponga una cama; pero ella, que ya nada tiene que esperar, le echa de su casa y le deja en la calle, solo á media noche, lloviendo, desfallecido, sin un cuarto, y lleno de dolores en todo su cuerpo; ve á un caballero que va á entrar en su casa; le pide limosna, y el caballero manda que le den un pan; de allí se encamina al hospital, y no le quieren recibir; vuelve á buscar al caballero, ruégale encarecidamente que le admita por criado de su casa, y queda recibido para guardar los puercos. — *Acto séptimo.* Pródigo, reducido á la mayor miseria, se pone en camino para volver á casa de su padre; halla una ermita y en ella á su criado Felisero, que está haciendo vida solitaria, el cual le confirma en su resolucion y le acompaña hasta que llegan á casa de Ladán; Pródigo se echa á sus piés, le pide perdon, y el padre amoroso todo lo olvida al verle tan arrepentido; le hace poner ricas vestiduras, y manda que se hagan fiestas y alegrías en celebridad de haber recobrado un hijo por quien habia derramado tantas lágrimas.

Está muy bien desempeñado el fin moral de esta fábula, que es sin duda una de las mejores del antiguo teatro español, bien pintados los caracteres, bien escritas algunas de sus escenas; las situaciones se suceden unas á otras, aunque no con particular artificio dramático, siempre con verosimilitud y rapidez. La duracion del suceso es indeterminada; el lugar de la escena varía continuamente, y no pudiera sin mucha violencia ponerse ahora en el teatro; pero en el tiempo en que esta pieza se compuso, la ima-

ginacion de los espectadores todo lo suplia. Existe en la biblioteca real de Paris.

1555.

86. Anónimo. « Comedia de Plauto, intitulada *Milite glorioso*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1555.

1555.

87. « Comedia de Plauto, intitulada *Menecmos*,» traducida en lengua castellana. Amberes, 1555. En estas dos traducciones merecen alabanza el lenguaje y el estilo. Véanse los dos siguientes trozos sacados de la primera.

« No estás bien en los negocios; porque en la mala mu» jer y en el enemigo todo cuanto se gasta es perdido; » pero con el huésped y con el amigo ganancia es lo que » se gasta, y tengo por buena dicha topar con huéspedes » de mi condicion á quien reciba en mi casa; come y » huelga y bebe conmigo, y alégrate de mi compañía; li» bre te es mi casa y yo tambien soy libre, quiero gozar » de mi con libertad, porque por la misericordia de los » dioses y por las riquezas que me concedieron, pude » muchas veces casarme con alguna de muchas mujeres » que se me ofrecieron de muy buena casta y con mucho » dote, pero no quise meter en mi casa una gruñidora con » quien perdiese mi libertad....

» Como tengo muchos parientes, no me hacen falta los » hijos; agora vivo a mi voluntad y dichosamente siguiendo » lo que se me antoja; cuando me muriere, dejaré mis bie» nes a mis deudos que los partan entre sí; ellos comen » conmigo, curan de mi salud, vienen a ver qué hago, si » mando alguna cosa; antes que amanezca ya estan en » mi cámara; pregúntanme si he dormido bien aquella » noche, téngolos en lugar de hijos; envianme presentes » y regalos; si hacen sacrificios, dan de ellos mayor parte » a mí que a sí; sacanme de mi casa, llévanme a las su» yas à comer y cenar; aquel se tiene por mas desdichado » que me envió menos; ellos debaten entre sí con sus » presentes; yo callo, y recíbolos; desean mis bienes; » pero entre tanto consérvanlos y acreciéntanlos con los » suyos. »

Si en la traduccion de estas comedias se advierte á las veces error de inteligencia en algunos pasajes, omisiones en otros, espresiones que pertenecen a varias personas en boca de una sola, debe considerarse cuáles serian los ejemplares latinos que pudo tener presentes el traductor. Ya se ha dicho en otra ocasion cuan viciadas fueron las ediciones de Plauto durante el siglo XVI. Ignórase hasta ahora quién fué el traductor de estas dos piezas, y solo se infiere por la dedicatoria que hace de ellas al secretario Gonzalo Perez, que se hallaba en Lila empleado en la real Hacienda.

1556.

88. Juan de Malara. «Tragedia de Absalon.» No hay otra noticia de esta pieza que la que dió su mismo autor en la obra intitulada *Filosofia vulgar*, donde dice que habia compuesto una tragedia de Absalon.

1556.

89. Lope de Rueda. *Paso*. Introdúcense en él Sigüenza, lacayo; Sebastiana, mundana; Estepa, lacayo. Sebastiana cuenta á Sigüenza una riña que ha tenido con otra moza, amiga de Estepa, diciéndole entre otras cosas que habló muy mal de él llamandole ladron desorejado; Sigüenza se enfada sobremanera, refiere un caso de honra en que se vió precisado a deshacerse de las orejas para defenderse de sus contrarios; amenaza á todo el mundo y promete vengar con estrago espantoso las ofensas que a su amiga y a él les han hecho; sale Estepa, insulta a Sigüenza y á Sebastiana, y exige que Sigüenza se desdiga de cuanto ha dicho; Sigüenza lo hace diciendo que estaba borracho, y que mintió como un tacaño; Estepa añade que se ponga de rodillas y se deje dar por mano de Sebastiana tres pasagonzalos en las narices; luego que esto se hace, Estepa le toma la espada y se va con la moza. Gracioso dialogo en prosa, buena imitacion de caracteres y costumbres (30).

1556.

90. « Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Dalagon; Pancorbo, simple; Periquillo, paje; Peiruton, gascon; Guillelmillo, paje. » Dalagon echa de menos una caja de turrones de Alicante que tenia sobre el escritorio; llama con separacion á sus criados, y les pregunta quién se los ha comido; ninguno le da razon, y se acusan recíprocamente; el amo se enfada y les va dando de palos uno á uno; después de esto se acuerda Guillelmillo el paje de que su amo se los pidió y los guardó en el escritorio; Dalagon reconoce que es cierto lo que el paje dice, y para contentar á sus criados les promete repartir entre ellos todos los turrones; consultan los criados entre sí, y determinan portarse con el amo generosamente no tomando los turrones que les ofrece, y restituyéndole con puntualidad los palos que les dió: así lo hacen, y Dalagon esperimenta bien á su despecho el desinterés de sus criados, recibiendo una gran paliza que le dan entre todos. Tiene agudeza la solucion de esta pequeña fabula; esta escrita en prosa.

1556.

91. « Comedia de los Engaños.» Está escrita en prosa y dividida en diez escenas. Virginio, ciudadano romano, tuvo un hijo y una hija gemelos; perdió al hijo en la confusion del saqueo de Roma en el año de 1527, y se fué con su hija Lelia á vivir á Módena; allí se enamoró de ella un mancebo llamado Lauro; pero después se aficionó de Clavela, hija de Gerardo: Lelia (á la cual habia dejado su padre en un convento mientras él iba á Roma á recuperar alguna parte de sus bienes) ofendida de la ingratitud de Lauro, se sale del convento, y vestida de hombre entra á servir de paje á su amante con el designio de introducir desconfianza entre él y Clavela; vuelve Virginio de Roma, halla que su hija no parece; llegan á este tiempo a Módena un jóven romano llamado Fabricio con su maestro y un criado; este Fabricio es precisamente el hijo que Virginio perdió y lloraba por muerto, tan semejante a su hermana Lelia, que de esta circunstancia resultan frecuentes engaños, confusion y disturbios, hasta que llega á declararse quién es Fabricio, y quién el fingido paje de Lauro, resultando los casamientos de Lauro con Lelia y de Fabricio con Clavela. Esta comedia, en que se hallan algunas felices imitaciones de Plauto, es muy artificiosa é interesante, aunque en sus incidentes no hay toda aquella verosimilitud que pide el teatro. Siguió Lope en la composicion de esta fábula una de las novelas de Bandello, que se habian impreso en Luca en el año de 1554, alterando los nombres de personajes y ciudades segun le pareció conveniente; en lo demas imitó mucho el original italiano. Esta escrita con buen lenguaje, y entre las partes episódicas es muy gracioso el papel de la negra Guiomar, criada de Clavela (31).

1556.

92. « Coloquio llamado Prenda de amor. Personas: Menandro, pastor; Simon, pastor; Cilenia, pastora. » Altercan Menandro y Simon sobre cual de ellos ha sido mas favorecido de Cilenia, la cual ha dado á Simon uno de

(30) Es el paso que con el título de *el Rufian cobarde* inserta Moratin en su coleccion.

(31) Se halla en la coleccion de Moratin. En la edicion de Lope de Rueda de 1567 esta comedia se llama de *los Engañados*, y hay en ella muchas variantes.

sus zarcillos, y á Menandro una sortija; viene Cilenia apacentando su ganado, y ambos le ruegan que declare a cuál de ellos ha entendido favorecer mas; ella rehusa declararse, y se va, dejando en manos de Simon su retrato con esta letra:

Mira y verás
En mi cuanto tú querrás,

y en las de Menandro un corazon pintado con un mote alrededor que dice:

Ya no tengo mas que dar,
Pues te doy el corazon.

Cada uno de ellos imagina por la dádiva y la letra que le acompaña ser el mas venturoso, y con esta lisonjera presuncion ambos quedan contentos y amigos. Está escrito en quintillas (32).

1558.

93. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Madrigalejo, lacayo ladron; Molina, lacayo; un alguacil, un paje.» Madrigalejo se entretiene con Molina refiriéndole algunos trabajos que ha pasado con la justicia; viene en su busca un alguacil á instancias de un paje á quien Madrigalejo habia hurtado un libro de devociones; les hace varias preguntas, y descubre un lio de ropa que ocultaba Molina por encargo de Madrigalejo; los hace atar á entrambos, y los lleva á la cárcel prometiéndoles que saldrán muy pronto de allí para las galeras. Diálogo en prosa.

Lope de Rueda, natural de Sevilla, fué batidor de oro; cediendo al impulso que le inclinaba al teatro, se hizo actor y autor; y formando una pequeña compañía corrió las provincias y principales ciudades de España. En Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Toledo, Madrid, Segovia y Valladolid representó con estraordinario aplauso del público sus mismas obras. Todas las hizo imprimir después de su muerte su amigo Juan de Timoneda. Se ha perdido la edicion de sus *Coloquios en verso*, que en aquel tiempo se estimaron como lo mejor que salió de su pluma, y solo ha quedado el de las *Prendas de amor*. Las cuatro *Comedias*, los dos *Coloquios*, los diez *Pasos* (todo en prosa) y el Coloquio en verso, se publicaron en Valencia por el citado Timoneda en los años de 1567 y 1570. Parte de estas obras se imprimieron en Sevilla y en Logroño (33). Floreció Lope de Rueda desde los años de 1544, en que empezó á darse á conocer, hasta el de 1560, en que probablemente murió. En el de 1558 representó en Madrid y en Segovia, y en aquel año le vieron sin duda en la corte Miguel de Cervantes y Antonio Perez, haciendo ambos mencion de haber sido testigos de su habilidad y de sus aplausos. Murió en Córdoba, y el cabildo de aquella catedral le hizo enterrar en la nave principal de ella entre los dos coros: honor concedido á un cómico, y en aquel tiempo, que manifiesta cuánta fué la estimacion que hicieron de él sus contemporáneos; pero la posteridad mas injusta ha dejado perecer y olvidar el depósito de sus cenizas, que ocupan ya desconocido y comun sepulcro.

1558.

94. Anónimo. «Farsa llamada Rosiela, nuevamente compuesta, en la que se introducen las personas siguientes: Palomeo, padre de Floriseo; Rosiela, dama; Floriseo, galán; Justina, criada; Cambano, padre de Benito, bobo; Pinamarte, criado de Palomeo; Marigreja y Pablos Gil. Cuenca, 1558.»

Amores, diálogos pastoriles, gracias del bobo, niños robados en la cuna, reconocimientos y otros incidentes romancescos muy usados por los dramáticos de aquel tiempo. La versificacion es bastante buena.

1559.

95. Juan de Timoneda. «Comedia de los Menecmos, puesta en gracioso estilo y elegantes sentencias.» Valencia, 1559. Timoneda tradujo libremente en prosa esta comedia de Plauto; suprimió con inteligencia dos personajes poco necesarios, varió el prólogo, quitó los soliloquios inútiles de Penículo en el primer acto, y en el tercero el de Menecmos casado en el cuarto, y el de Mesenio en el quinto. Dió muy oportunamente mayor estension á algunas escenas, á otras mas naturalidad, mejoró el desenlace y conservó en toda la pieza la gracia y lijereza cómica del autor latino. Precede á la comedia un prólogo en que hablan el dios Cupido y tres pastores (34).

1559.

96. «Comedia llamada Cornelia: es muy sentida, graciosa y regocijada.» Valencia, 1559. Esta comedia, por el gusto de las que entonces se admiraban en Italia, tiene algunas situaciones imitadas de *El Nigromante* de Ariosto. Está escrita en prosa con muy buen lenguaje; el diálogo es rápido y natural, abunda en chistes cómicos no siempre decentes, pero en las costumbres libres de aquella edad hallaban aplauso. La esposicion de esta pieza es muy defectuosa, y sin el prólogo separado que le precede nada se sabria de los antecedentes que motivan la fábula. Poseia un ejemplar impreso de estas dos comedias don Ramon Cabrera, individuo de la real Academia española.

1560.

97. Anónimo. «Paso. Interlocutores: Monserrate, simple; Coladilla, paje; Valverde, doctor; Jumilla, mujer; alguacil Porqueron.» La escena es en Valencia. Coladilla, sabiendo que va á venir una mujer de Rusafa á consultar á su amo el médico sobre una dolencia que padece su madre, persuade á Monserrate su compañero á que se vista las ropas del doctor que aun está durmiendo, y finja ser él mismo, á fin de recibir dos reales y un bollo que sabe que traerá la mujer; viene esta, y Monserrate sentado, y Coladilla detrás que le va dictando lo que ha de decir, le preguntan sobre la enfermedad de su madre, y Monserrate le prescribe los remedios, equivocando con disparates cuanto Coladilla le dice al oido. La mujer da los dos reales y el bollo, y Monserrate la hace llevar una redoma de bebida blanca que estaba debajo de la cama de la médica, encargándola que se la haga beber á la enferma; se va la mujer, viene el doctor Valvérde, y hallando á Monserrate vestido con sus ropas se enfada y riñe; vuelve la mujer acompañada de un alguacil lamentándose de que por haber dado á su madre un poco de lo que contenia la redoma acaba de espirar. La supuesta bebida era una disolucion de solimán con que se lavaba la médica; el alguacil se lleva á la cárcel á los criados del doctor y al doctor con ellos. Diálogo en prosa.

1560.

98. «Paso de los Ladrones, en el cual se introducen las personas siguientes: Cazorla, viejo ladron; Buitrago, ladron nuevo; Salinas, ladron nuevo; Joan de Buenalma, simple.» Está escrito en prosa; parece que se quiere figurar la escena en Valencia; Salinas y Buitrago se recomiendan á Cazorla para que les instruya en el oficio de que son principiantes; Cazorla les da varios consejos so-

(32) Hállase en la coleccion de Moratín.

(33) En Sevilla el año de 1576 se imprimieron las cuatro comedias Eufemia, Armelina, de los Engaños y Medora, los dos coloquios de Camila y Timbria, y un *Dialogo sobre la invencion de las calzas*, que aunque sin accion, se compuso sin duda para ser representado; sin embargo, el autor de los Orígenes no habla de él. En Logroño se imprimió por Matías Mares el *Deleitoso* bajo este título: «Compendio llamado el Deleitoso, en el cual se contienen muchos pasos graciosos del escelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, para poner en principios y entre medias de coloquios y comedias. Recopilados por Juan Timoneda.» Contiene los número 66, 68, 70, 71, 72, 73, 75 y 92 del presente catálogo.

(34) Está inclusa en la coleccion de Moratín.

bre lo que deberán practicar si llegan á caer en manos de la justicia para salir menos mal de los interrogatorios, de los careos y del potro; les refiere varios ardides de que ha usado durante su larga carrera, y les da alguna noticia de la nomenclatura germanesca usada entre los de su ejercicio; sale Joan de Buenalma con una cesta de huevos, traman conversacion con él Buitrago y Salinas; este le desafía á saltar á pié juntillas, y como Joan de Buenalma le desprecia, y dice que en conciencia no puede apostar con él por la conocida ventaja que le lleva; disponen que salte con los piés y los brazos atados; él se aviene á ello, y al ir á dar el salto, ve que Salinas se escapa llevándose el dinero apostado; Buitrago, á quien dió á guardar el capote, se va en seguimiento del otro; Cazorla con la cesta de los huevos echa á correr detrás de los dos, y Joan de Buenalma se queda atado de brazos y piés, sin dinero, sin capote y sin cesta. El juego de teatro suple en esta pieza la falta de accion.

1560.

99. «Paso. Introdúcense en él las personas siguientes: Gutierrez de Santibañez, lacayo mozo; Inesa Lopez, fregona; Rodrigo del Toro, simple; Salmeron, amo.» Está escrito en prosa. Gutierrez, á quien Rodrigo del Toro tiene encargado que le busque una novia, concierta con Inesa hacerle una burla, y viéndole venir con un plato de confitura que lleva á unas monjas, Gutierrez le dice (enseñándole á Inesa) que aquella es la novia que ha encontrado mas á propósito para él; Rodrigo conviene desde luego en casarse con ella, y á falta de colacion para celebrar el contrato, Gutierrez le propone que puede suplir el plato de confitura, dando después á su amo cualquiera disculpa de haberle perdido; y esto dicho, se lleva Gutierrez el plato, Inesa enamora á Rodrigo, y él lleno de empacho, solo acierta á decir simplezas; estando en esto, viene Gutierrez disfrazado de mujer, reconviene á Rodrigo de que la deja por otra olvidando las obligaciones que le debe; Rodrigo se embrolla con las voces y altercaciones de las dos; sale su amo, averigua el caso, y trata de oir á entrambas, para decidir cual tiene razon; por último, determina que debe casarse con la disfrazada; Rodrigo fastidiado de una y otra no quiere ser marido de ninguna; toma el baston de su amo, embiste con ellas y desenlaza á palos la fábula.

Timoneda publicó los tres pasos precedentes en una coleccion que intituló *Registro de representantes.*

1560.

100. Alonso de la Vega. «Comedia llamada Tolomea. Argumento. En la ciudad de Alejandría, muy magníficos auditores, habia dos mercaderes, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César: el Marco César tenia un hijo, y Cosme Alejandrino un hijo y una hija dicha Argentina; estos dos hijos fueron criados por una ama, la cual adrede los trastrocó, que dió á cada cual padre el que no era su hijo, y fueron llamados los dos por un nombre dichos Tolomeos; semejáronse tanto en estatura y gesto, que cualquiera que los veia tomaba el uno por el otro; allegándose á edad de casarse, el Marco César, pensando que era su hijo el que tenia, trató casamiento para que casase con Argentina, hija de Cosme Alejandrino, y por ser forzado de ir á Florencia diéronse los viejos tan solamente las manos; Tolomeo, hijo de Marco César, que estaba en casa de Cosme Alejandrino, habíase ya juntado con Argentina y la tenia preñada; ella de pensar que de su hermano (no lo siendo) se habia empreñado, y que de otra parte el casamiento estaba efectuado con Tolomeo de Marco César, no sabia qué medio se tomase. Al fin (si están vuestras mercedes atentos) verán cómo pare, y en cuántos infortunios se ve el pobre niño, y de qué arte y suerte se viene á descubrir cuyo hijo es cada uno, con lo demás que la comedia pretende representar delante tan agradecidos señores. Y queden con Dios.» Esta comedia es por estremo desatinada: son interlocutores en ella un nigromante, un endriago, el dios Febo, el dios Cupido, Orfeo, Medea y un diablo; la escena es en Alejandría y en los montes de Armenia; el tiempo ilimitado, la accion inverosímil, indecente, confundida con episodios inconexos; el lenguaje y estilo nada tienen que disculpe sus faltas. Está escrita en prosa y distribuida en ocho escenas.

1561.

101. Juan de Malara. «Comedia (se ignora el título) en elogio de la villa de Utrera.»

Juan de Malara, maestro de humanidades en Sevilla su patria, escribió entre varias obras que le dieron estimacion, la *Filosofía vulgar*, que contiene mil refranes glosados, un poema en octavas intitulado *Hércules*, otro en verso suelto dividido en doce libros que intituló *Psique*, y otro del martirio de santa Justa y Rufina en versos latinos y castellanos. El mismo da noticia en su obra de la *Filosofía vulgar* de haber compuesto una tragedia de *Absalon*, y una comedia intitulada *Locusta*, que se representó en las escuelas de Salamanca en el año de 1548, de las cuales se ha hecho ya mencion en este catálogo. En cuanto á la presente comedia, no hay otra indicacion de ella que la que dió Rodrigo Caro en las *Antigüedades* de la villa de Utrera, diciendo que en el año de 1561 se representó en Utrera una comedia en verso, del maestro Juan de Malara, que tal vez fué la primera que se escribió en verso en España (en lo cual se equivocó), y que principiaba así:

Villa de Utrera, noble y venturosa.

No se sabe si esta y las demás piezas dramáticas de Malara llegaron á imprimirse. Juan de la Cueva su compatriota le llama *Menandro bético*, y dice que compuso mil tragedias, y mereció mucha alabanza por haber alterado el uso antiguo conformándose con el nuevo; espresiones que reducidas á su justo valor quieren decir que Malara compuso muchas piezas dramáticas poco arregladas á los principios del buen gusto y muy aplaudidas en su tiempo. No hay otra noticia de este autor; la época en que dió sus obras al teatro debió ser desde el año de 1548 hasta el de 1570, con poca diferencia.

1561.

102. Pedro Suarez de Robles. «Danza del santísimo nacimento de nuestro señor Jesucristo, al modo pastoril, compuesta por Pedro Suarez de Robles, clérigo de evangelio, natural de Ledesma. Son interlocutores un ángel y ocho pastores; el primero se llama Anton, el segundo Rebanado, el tercero Pascual, el cuarto Toral, el quinto Pellejon, el sesto Pelayo, el séptimo Rebollo, el octavo Tereso, san José y nuestra Señora, y el niño Jesus (este no habla) y otros cuatro ángeles que estarán con cuatro ciriales junto al nacimiento, y á su tiempo cantarán un villancico.» Impreso en Madrid año de 1561. Nada se sabe de este autor. La composicion citada es muy curiosa, por cuanto en ella se ve la disposicion de estos dramas sagrados, cuyo uso duró tantos años en las iglesias de España. Al empezar la obra se esplica la situacion y movimentos de los personajes en esta forma: «Han de salir los pastores » en dos hileras repartidos; delante de ellos el que tañe » el psalterio ó tamborino; al son irán danzando hasta en » medio de la iglesia, y allí harán algunos lazos, y tras de » los pastores irán los ángeles con los ciriales, y si hu- » biere aparejo ocho ángeles que llevan el palio del San- » tísimo Sacramento, y debajo irá nuestra Señora y san » José, y llegarán hasta las gradas del altar mayor, y allí » estará una cuna á modo de pesebre, y allí pondrán al

» niño Jesus, y de rodillas nuestra Señora y san José » puestas las manos como contemplando; los ángeles » repartidos á un lado y á otro, y mirando acia el niño; » y estando de esta manera acabarán los pastores de dan- » zar; y luego saldrá un ángel al púlpito, y dirá lo si- » guiente.... y los pastores oyendo la voz mostrarán es- » pantarse mirando para arriba á una y otra parte. » El órden con que está dispuesto el diálogo, la danza y música es este : anuncia el ángel el nacimiento de Jesucristo á los pastores, y desaparece; los ángeles del nacimiento cantan un villancico en alabanza del hijo de Dios; oyen los pastores aquella música, y determinan ir á adorar al recien nacido, y se van danzando adonde está el pesebre; sigue después un villancico entre los ángeles y los pastores; llegan estos, y san José les da la bienvenida; cada uno de ellos dice un par de coplas, ofrece su presente al niño, y danza; san José agradece sus dones; la Vírgen ruega á su hijo que favorezca á aquellos pastores, y ella por su parte les promete ampararlos y ser abogada suya. Concluye la fiesta con otro villancico en que cantan y bailan los ángeles y los pastores, alternando las coplas con este estribillo:

Acá en Belén nace nuestro Dios;
Nace de María para bien de nos.

1562.

103. Anónimo. «Comedia llamada Feliciana.» Juan de Timoneda, en su coleccion de novelas intitulada *Patrañuelo*, impresa en Valencia año de 1566, al fin de la patraña XIII dice: « De este cuento pasado hay hecha comedia, que se » llama *Feliciana*. » No se sabe otra cosa de esta pieza ni del autor que la compuso.

1562.

104. Alonso de la Vega. « Tragedia llamada *Serafina*. » Argumento. La pieza se divide en ocho escenas, y está escrita en prosa. Serafina, hija de un cardenal y de una matrona romana, vive en Nápoles en casa de Alberto, á quien su padre la envió siendo niña para que la educase; jóven ya, hermosa y rica, la solicitaron varios, y entre ellos dos príncipes de Italia, que se hacen por sus amores una guerra cruel; Marco Atanasio, hijo de Alberto, está igualmente enamorado de ella, pero solo recibe desprecios; sueña Serafina que habia de ser casada con el hombre mas bello del mundo; consulta sobre esto á un nigromante, y le dice este que el mas bello hombre del mundo es el Amor; esto sabido no aspira á mas la doncella que á conocerle, verle y tratarle, y ofrecerse á su voluntad; solo ama al Amor, todos los hombres son para ella indiferentes; buscando al Amor se le aparece una ninfa, y en su compañía Páris y Narciso; la ninfa le dice que viene de parte del dios Cupido á presentarle aquellos dos jóvenes, los mas hermosos que ha visto el mundo, para que elija entre los dos el que mas le guste; Serafina insiste en que solo quiere al Amor, y las visiones desaparecen; entre tanto Alberto echa de su casa á su hijo Atanasio, porque se obstinaba en ser amante de su pupila; el hijo valiéndose de un criado roba á su padre el cofre del dinero para atender á sus urgencias; la justicia le coge con el hurto; el padre conviene desde luego en que será menester ahorcarle; pero á ruegos de Serafina todo se compone; esta, agitada siempre de la manía de buscar y conocer al Amor, ve aparecerse repentinamente dos salvajes que le enseñan en un escudo la pintura de Cupido; queda absorta á vista de tanta hermosura, y los salvajes le echan una cadena al cuello y se la llevan presa á la floresta solitaria por el atrevimiento de haberse querido igualar con un dios, de quien solo puede aspirar á ser esclava; Marco Atanasio se va por los montes quejándose de la ingratitud de su señora, é invoca á Cupido para que le favorezca; viene Cupido inmediatamente, y le da su arco y una flecha para que en caso necesario se la dispare á Serafina; muda Atanasio su vestido en otro pastoril, sale al encuentro de su querida, le habla amorosamente, y ella sigue despreciándole; él entonces le dispara la saeta, y cae Serafina sin sentido; viendo Atanasio que no se mueve ni responde, la cree muerta, saca un puñal y se quita la vida; Serafina vuelve en sí, y enamorada ya de Atanasio le halla muerto, sácale el puñal que tiene clavado en el pecho, y con él se mata. Todo lo que sigue á esto en la escena octava es un conjunto de impertinencias añadidas á la monstruosa y estravagante fabula que el autor se atrevió á llamar tragedia.

1563.

105. « Comedia de la duquesa de la Rosa.» Preceden á esta comedia el *intróito* y el *argumento*. El intróito, escrito en prosa por el gusto de Lope de Rueda, es muy ingenioso, y el estilo florido y elegante. La comedia, igualmente en prosa, no tiene division alguna de actos ni de escenas. Una infanta de Dinamarca se aficionó en su juventud á un infante de España llamado Dulcelirio, que estuvo algun tiempo en la corte del rey su padre; al despedirse Dulcelirio le dió la infanta un anillo para memoria de su inclinacion; casó después la infanta en Francia con el duque de la Rosa; empezó á enfermar de grave dolencia, y le aconsejaron que fuese en peregrinacion á Santiago de Galicia para implorar del santo apóstol el restablecimiento de su salud; hizo en efecto su romería; sus achaques desaparecieron, y á la vuelta pasando por Burgos la hospedó en su palacio (sin darse á conocer) el infante Dulcelirio; pero al despedirse, dándole de beber, le echó en la copa el anillo que habia recibido de ella en Dinamarca; la duquesa le reconoce, pero no dándose por entendida sigue su camino y llega felizmente á la presencia de su esposo; un mayordomo del duque enamorado de su ama se atreve á declararle su pasion; ella le reprende ásperamente diciéndole que si no desiste de aquella indecente solicitud dará cuenta de ello á su marido. El mayordomo engañando á un hermano suyo hace que vaya á esconderse detrás de las cortinas de la cama de la duquesa, y entre tanto avisa al duque de que la señora le es infiel, y le hace *maleficio;* van todos allá, sale de entre las cortinas el hermano del mayordomo, y este, antes que el otro pueda hablar palabra, le mata á puñaladas; queda presa la señora y condenada á muerte si en el término de tres meses no se presenta algun caballero que la defienda; ella escribe á Dulcelirio lo que le pasa; llega el mensajero á Burgos en cosa de un minuto; el infante le responde que no puede encargarse de su defensa; pero sin embargo se viste de fraile, va á Francia en otro minuto, halla modo de introducirse con la duquesa, y esta sin reconocerle se confiesa con él; satisfecho por lo que resulta de la confesion de la inocencia de su penitente, se presenta armado en el campo al tiempo que la sentencia va á ejecutarse; pelea con el mayordomo, y le mata; el duque da gracias al cielo por tan señalado favor, pero de allí á pocos instantes le da calentura y se muere y le entierran; Dulcelirio declara á la duquesa que él ha sido el fraile que la ha confesado y el caballero que la ha defendido, y esto dicho se casan los dos. Los que no gustan de fábulas sencillas y prefieren el género romancesco (lleno de situaciones tan inesperadas como imposibles) hallarán en esta comedia lo que apetecen: la Verdad, el Consuelo y el Remedio cantan á coros y dan conversacion á la duquesa cuando está encerrada en la torre esperando la muerte; un portugués muy enamorado, un Tomé Santos, bobo, y un bachiller Valentin (personajes inútiles y pegadizos), son insoportables cada cual en su género.

Alonso de la Vega murió en Valencia antes del año de 1566. Timoneda imprimió las tres piezas de que se ha be-

cho mencion, y dice, hablando con el lector en un soneto que las precede:

Tres farsas ó comedias nos compuso
En prosa castellana, tan sentidas
Con que tu pensamiento recrease.
Y aquí en nuestra Valencia Dios propuso
Sus dias para él fuesen cumplidos,
Y para el cielo fué do descansase.

1563.

106. JUAN DE TIMONEDA. «Entremés de un ciego, un mozo y un pobre.» Está escrito en coplas de pié quebrado. Un ciego acompañado de su lazarillo va pregonando coplas y oraciones; quéjase de que nadie le da limosna, ensaya la voz para las coplas que se propone cantar, y sobreviene un pobre, cuyas plegarias le incomodan mucho, conociendo que con ellas atraerá la gente y él se quedará sin que nadie le dé limosna; repúntanse de palabras el ciego y el pobre, se insultan á cuál mas puede, y el diálogo se concluye á palos. Es la pieza mas antigua de teatro que se llama entremés.

1563.

107. «Paso de dos clérigos, cura y beneficiado, y dos mozos suyos simples».En coplas de pié quebrado. Se reduce á una altercacion muy reñida entre el beneficiado y el cura sobre que cada uno de ellos quiere para sí el pié de altar, las ofrendas y los responsos; se tratan de majaderos, de ignorantes en el latin, y llegan a punto de darse de palos, contando el uno y el otro con que sus mozos les daran auxilio; pero el beneficiado, no fiándose demasiado en el valor del suyo, se acobarda, evita la paliza huyendo, y el cura se queda por dueño del campo.

1563.

108. «Paso de dos ciegos y un mozo muy gracioso para la noche de Navidad.» Escrito en coplas de pié quebrado. Palillos, mozo travieso y apicarado, desearia aplicarse á á algun oficio, para lo cual refiere al auditorio sus buenas cualidades, y entre ellas cuenta haber robado ciertos dineros á un ciego, de quien habia sido lazarillo: Martin Alvarez, ciego, sale por un lado pregonando sus oraciones, y por otro Pedro Gomez, ciego tambien, sale anunciando las suyas; salúdanse entrambos, y creyendo que están solos hablan con entera confianza; Alvarez cuenta al otro que su lazarillo le robó seis ducados que tenia escondidos, y escapó con ellos; Gomez le aconseja que en adelante lleve el dinero encima de sí, como él lo hace, y en prueba de ello le dice que lleva cosidos alrededor del bonete los ducados que va recogiendo, y así está seguro de que nadie se los quite; esto dicho, Palillos, que todo lo ha estado oyendo, le arrebata el bonete de la cabeza, y echa á correr; Gomez cree que es Martin Alvarez el que le ha hecho aquella burla, y le pide el bonete; el otro, que ignora lo que ha sucedido, no sabe qué decirle, ni halla manera de justificarse; enfadanse los dos, y se sacuden una gran paliza (35).

1563.

109. «Paso de un soldado, y un moro, y un ermitaño.» El soldado engaña al moro diciéndole que es despensero de unos frailes, y con este pretesto le toma dos gallinas que llevaba el moro para vender; llama al ermitaño, le dice en secreto que aquel hombre se quiere confesar, y el ermitaño dice al moro que se aguarde mientras vuelve, ofreciendo despacharle muy pronto; persuadido el moro con esto de que se trata de pagarle de allí á un rato, deja ir al soldado con las gallinas, y se espera á que salga el ermitaño; vuelve este en efecto, y resulta entre los dos una altercacion muy acalorada. Por último, ni el moro se confiesa, ni el ermitaño le paga, y todo finaliza con una solemne tunda de garrotazos y mojicones. Está escrito en coplas de pié quebrado.

1563.

110. «Paso de la Razon, la Fama y el Tiempo.» No hay nada de accion, todo es mero diálogo alusivo al nacimiento de nuestro señor Jesucristo; está escrito en quintillas; el estilo y la versificacion no carecen de mérito

1564.

111. «Tragicomedia llamada Filomena.» Preceden á la obra un *intróito* y un *argumento*, en que se refiere la fábula de Progne y Filomena, y se pide atencion al auditorio. La tragicomedia está dividida en siete escenas, y escrita en quintillas, con algunos trozos de muy buen estilo y fáciles versos; se muda frecuentemente el lugar, segun la accion lo pide, que unas veces se supone en Atenas y otras en Tracia; se habla en este drama del puerto de Denia y del castillo de Alarcon; hay títulos de alteza y empleo de mayordomo; se elogia el vino de Roda y de San Clemente, y Filomena dice *¡Jesus!* Un bobo criado de Tereo, que se mete en todo y todo se lo habla, es tan escesivamente necio y pesado que no se le puede sufrir.

1564.

112. «Farsa llamada Paliana.» Precede á la farsa un *intróito*. Está escrita en coplas de pié quebrado; no tiene division ninguna de actos ni de escenas: Filomena, mujer de Paliano, refiere haber soñado que salia fuego de sus entrañas, y que después venian dos salvajes y le apagaban; este sueño, por la circunstancia de hallarse Filomena en cinta, atemoriza á Paliano, que envía un criado á la Seo para que busque á un nigromante y se le traiga, á fin de preguntarle lo que puede significar el sueño de su esposa; venido el nigromante se informa de todo, y le dice á Paliano que le nacerá un hijo que abrasará como el fuego, y que hasta que se cacen dos salvajes en el monte, aquel fuego no tendrá fin; le aconseja que se vaya de la ciudad, y lleve á su mujer á la majada, y cuando haya parido haga conducir el niño al monte, y dejarle allí, atándole primero un cordon para que sirva de señal. Todo se hace segun el nigromante lo dispuso; hallan dos salvajes al niño en lo mas áspero de la montaña, se proponen darle á criar, y á pocos versos después sale tan destetado, tan crecido y robusto, que ya está enamorado de su madre, á quien ha visto casualmente por aquellos cerros; los salvajes, que desean complacerle en todo, van con él á la casa de campo de Paliano; roban á Filomena y se la llevan á la montaña. Llega Paliano á su casa, y sabido el suceso, va á ver si puede hallar á su esposa ó á los salvajes, ó á Infantico (que así se llamaba el jóven), y los encuentra á todos juntos; quiere matarlos, ellos se defienden; y la mujer (para desvanecer los justos celos de su marido) le dice con el mayor candor que no hace mas que ocho dias que la robaron. Paliano, en medio de sus furores, se acuerda repentinamente de lo que el nigromante le pronosticó, y halla que aquel mancebo debe de ser su hijo y aquellos salvajes los que vió en sueños su mujer: así se confirma todo en muy breves palabras; se abrazan, y se concluye la fábula. Ya se ve por este estracto lo que ella será: baste añadir que en cuanto á los caracteres, afectos, situaciones, estilo y versos, nada hay tampoco que merezca alabanza.

1564.

113. «Comedia llamada Aurelia.» En el intróito de esta comedia se dice:

Y sabrán, cierto, que fué
La intencion
Del autor y su opinion,

(35) Hállase en la coleccion de Moratin.

En su comedia, señores,
Esquivar pasos de amores,
Y tomar nueva invencion.

vencion que tomó no fué ciertamente de las mas Salucio y Aurelia, hermanos, cuentan como su abia sido muy rico, y hallándose sin hijos, trató dar su dinero de modo que nadie pudiese hallarle: para esto de un nigromante, y por su consejo hizo re, metió en ella sus riquezas, cerróla muy bien, ida la fuerza del encanto en un anillo (dádiva del) le partió por en medio; quedóse con la mitad de . otra la tiró al mar; hecho esto, la torre quedó e; tuvo después los dos hijos mencionados, á los solo pudo dejar en herencia la mitad de aquel fatal y murió bien arrepentido de su disparate. Salucio correr mundo, dejando el medio anillo á su her-.urelia, que le hace colgar sobre la puerta, por si legase alguno que tenga la otra mitad, puesto que los dos pedazos se junten el encanto quedará des- No hay para qué seguir la trama irregular y ab-e esta pieza; baste decir que después de muchas ones impertinentes, Salucio halla en su viaje á dos nos, de los cuales el uno, entre varias reliquias curiosos que le enseña, le hace ver un medio ani-: luego reconoce ser el mismo que le ha de resti-perdidas riquezas; cuenta al peregrino el estraño la torre encantada; vanse juntos a casa de Salu-:en la prueba de unir los dos pedazos del anillo, y) un espantoso estrépito se deshace la torre, quedan stos los tesoros de su padre, y Aurelia se casa con grino. Esta comedia se divide en cinco jornadas, y crita en coplas de pié quebrado.

1565.

«Farsa llamada Trapacera.» Intróito, en el cual se iblando del drama que sigue después:

El nombre de ella será
Trapacera;
Por ser en l'arte y manera
Hecha á modo de farsalia,
Como se usa en Italia
Y por toda su ribera.

o, mancebo, acompañado de su lacayo Corbalo, sa de Rufina, mujer de Rodrigo, carretero; la cual prometido que le tendrá en su casa una linda don-amada Licea, hija de Facio, rico labrador, que se a diariamente para que la enseñe algunas labores. los Rufina asomada á la ventana; pregunta á Flavio los dineros en que se habian concertado, y él dice ; Rufina le despide diciéndole que no entrará ni la doncella hasta que los traiga; Flavio se desnuda as de gala que lleva puestas, se las da á Corbalo le las empeñe y le traiga dinero, con lo cual Rufina nda y le deja entrar; esta se va después á casa de á quien echa en cara su mala correspondencia, abiendo enseñado á hacer mil delicadas labores á Licea, piensa pagarla con una estrecha habitacion da, y un ducado al mes en dinero por única grati-a; se apartan muy mal contentos el uno del otro, jo, para dar pesadumbre á Rufina, trata de fingir nde la casa en que ella vive; insta Rufina á Cor-diéndole el dinero que se le ha prometido, y él se diciendo que aun no le ha podido adquirir. De ór-Facio van á medir y tasar la casa de Rufina; ella ue están dentro se llenan de consternacion, por-llándose allí oculto y despojado de sus vestidos el Flavio en compañía de Licea, va á suceder un es-si dan con ellos; para evitar este peligro meten dentro de una cuba; pero hecho esto sobreviene , dueño de la cuba, acompañado de un alguacil, y á llevársela, porque habiéndola vendido á Rodrigo, marido de Rufina, no se la paga, habiéndose pasado el término que le dió. Rodrigo no quiere entregar la cuba; Antolin se empeña en llevársela, Rufina la reclama, diciendo que todo cuanto hay en la casa es dote suyo, y la cuba tambien. Facio para ponerlos en paz dispone que se lleve la cuba á su casa, y allí esté depositada hasta que se averigüe á quién pertenece; llévansela en efecto, y á Flavio dentro de ella; Corbalo, valiéndose de Rodrigo y de otros dos camaradas suyos, urde un enredo al viejo Hilario, padre de Flavio, á fin de disculpar la ausencia del hijo, y sacarle algun dinero para contentar á la codiciosa Rufina. El pasaje siguiente dará una idea de las astucias que Corbalo usa con Hilario, como tambien del estilo y diálogo de esta pieza.

HILARIO.

Corbalo, ¿Flavio, dó está
Di, traidor,
Mentiroso, trampeador,
Por qué me traes engañado?
Dime: ¿dónde está encerrado,
Falso damnificador?

CORBALO.

Señor, ruégoos por mi amor,
Si mandais
Que el enojo despidais,
Que si os mentí no era engaño,
Sino deshacer el daño
Y el gran peligro en que estais.

HILARIO.

¿Cómo? dí.

CORBALO.

Si me escuchais
Lo diré.
Sepa pues vuesa mercé...

RODRIGO.

Salí acá, Flavio, ¿dó estais?
Si el dinero no me dais
Aquí la muerte os daré.

HILARIO.

¿Y qué es aquello?

CORBALO.

Oígame.
Que ha tomado
Con su mujer acostado
Rodrigo á Flavio, y de vero,
A promesa de dinero
Le ha la vida otorgado.

HILARIO.

¿Y Rodrigo?

CORBALO.

Veislo armado
De un lanzon.

HILARIO.

Y los otros dos ¿quién son?

CORBALO.

Dos primos de su mujer,
Que le han venido á valer
Como vieron la cuestion.

HILARIO.

¿Y Flavio?

CORBALO.

De un paredon
Que saltó,
Muy lijeramente entró.....

HILARIO.

¿Dónde? dilo.

CORBALO.

En el palacio
De casa del señor Facio.

HILARIO.

En fin, qué, ¿ya se salvó?

CORBALO.

A Rodrigo querria yo
Que le demos
Los dineros.

HILARIO.

¿Cómo haremos?

CORBALO.

¿Cómo qué? traer contados
Los veinticinco ducados,
Y por ahí concluiremos.

HILARIO.

Muy mejor es que busquemos
Donde esta
Facio, que él la librará,
Que es amo de ese bestiaso.

CORBALO.

Qué, no, señor, que es mal caso
Que tambien se agraviará.

HILARIO.

Pues dí tú cómo será,
Que no sé.

CORBALO.

Yo, señor, se lo diré,
Que por popar el dinero
La vida puesta al tablero
No es justo, señor, que esté

HILARIO.

Muy bien dices; pero ve,
Y el lanzon
Quitarás á ese cabron,
Y prométele de dallos.

CORBALO.

¿Cuándo?

HILARIO.

Luego, que á sacallos
Voy á casa, de un cajon.

Dicho esto, Corbalo despide á Rodrigo y á sus camaradas. Facio, al registrar la cuba que tiene en depósito, halla dentro al jóven Flavio, y á las sospechas que concibe se añade el aviso que le da Dominica, criada de Rufina, refiriéndole que ha visto en casa de su ama á Flavio y Licea, que se estaban abrazando; desesperado Facio con esta noticia, se queja muy sentidamente; Hilario procura mitigar su cólera, pero el ofendido padre no halla consuelo...

Hasta aquí llega el ejemplar incompleto que poseia el erudito don Pedro Caro, marqués de la Romana. Si se atiende al estado de la fabula, poco puede ser lo que falte. Parece verosímil que el desenlace consista en que Licea se case con Flavio, los viejos queden amigos y perdonen las picardías de Corbalo y de Rufina, causa principal de tanto disgusto. Hay en esta pieza una accion cómica bien conducida, sin episodios inútiles que la dilaten ó la compliquen, caracteres bien desempeñados, enredo verosímil, progresivo interés, diálogo animado y gracioso. Puede contarse entre las mejores fabulas dramaticas que se compusieron en aquel tiempo. Está escrita en coplas de pié quebrado, sin division de actos ni de escenas.

1565.

115. «Farsa llamada Rosalina, muy apacible y graciosa, con intróito.» Está escrita en coplas de pié quebrado, sin division ninguna de actos ni de escenas. Antonio Pomar y Leandro Pisano, mercaderes, reflexionando sobre la vanidad de las cosas humanas, y desengañados del mundo, determinan retirarse á un convento : Leandro tiene una hija llamada Rosalina, y el considerar que ha de abandonarla si se mete fraile le hace vacilar en su propósito, bien que despues advierte que mientras viva Lucano su suegro, nada puede faltar á su hija ; resuelven pues los dos amigos poner en ejecucion su designio sin dar cuenta á nadie, y este dialogo se interrumpe mas de una vez con las simplezas de Juan, criado de Leandro, que entra y sale muy fuera de propósito, y entre él y Lorenzo, otro criado tonto, dicen despues mil boberías que ocupan una larga escena ; el viejo Lucano da cuenta a su nieta Rosalina de que Leandro falta de casa, y no se sabe adónde ha ido ni cuándo volvera; los criados salen á cada instante con varios pretestos a interrumpir la conversacion y decir frialdades. No es menos inútil el diálogo de Rosalina con su criada Marisanchez, y el que se sigue de un portugués muy enamorado y muy hidalgo que requiebra á Rosalina; Marisanchez le despide, él no hace caso, y sigue ponderando su pasion amorosa y el fuego que le consume las entrañas, lo cual oido por Marisanchez, coge un barreño lleno de agua y se le echa encima; Antonio y Leandro buscan en un desierto a un ermitaño venerable, a quien piden les dé el habito de penitencia y les permita vivir en su compañía; el ermitaño aplaude su resolucion, y les dice que cuando oigan sonar la campanilla de la ermita, vayan allá y les tendra prevenida la cena y los habitos que piden ; apenas quedan solos, cuando se les aparecen el Demonio, el Mundo y la Carne, procurando todos tres disuadirlos de abrazar aquel estado tan lleno de aspereza y afliccion, pero ellos se mantienen firmes, se encomiendan á Dios, hacen la señal de la cruz, desaparecen aquellas visiones, suena la campanilla, y se van en busca de los hábitos y la cena. Lucano refiere a su nieta que ha recibido una carta de Leandro en que le dice que ha ido á servir á Dios ; Rosalina oye esta noticia con mucha resignacion, y exhorta á su abuelo á que se consuele ; vuelven los criados con sus acostumbradas tonterías, y luego que han dicho bastantes, le ocurre á Lucano la idea de hacerse fraile tambien y meter monja á Rosalina ; ella recibe la proposicion de muy buena voluntad, y ambos se van á poner en ejecucion sus santos deseos; quedan solos los criados, y despiden al auditorio.

1565.

116. «Farsa llamada Floriana. Intróito.» Escrita en coplas de pié quebrado. No he podido formar juicio de esta pieza; porque solo se conservaba una hoja de ella en el ejemplar que tuve presente.

1566.

117. «Auto de la Oveja perdida.» Esta pieza de Juan de Timoneda se imprimió en Valencia en el año de 1597 en un libro intitulado *Cuaderno espiritual al Santísimo Sacramento y á la Asuncion. Auto de la Oveja perdida y otras cosas.* Lo considero como reimpresion.

1567.

118. «Coloquio pastoril.» No le he visto. Le imprimió en Valencia Pedro Mey, año de 1567.

Juan de Timoneda, natural de Valencia, adquirió mucha celebridad no solo por las obras de honesto entretenimiento que publicó a su costa, sino por las que él mismo compuso, y le acreditaron de hombre de buen ingenio y de no vulgar erudicion: vivió en Valencia junto a la Merced, y allí tenia su tienda de libros. Se ignoran las circunstancias de su vida, como tambien el año de su nacimiento y el de su muerte; la primera obra que publicó, intitulada *Silva de varias canciones* se imprimió en Sevilla en el año de 1511; llegó á edad muy avanzada, como lo comprueba un retrato suyo que conservo, y aun mucho mas otro que vi en la biblioteca real de Paris, que sirve de adorno á la primera llana de su obra intitulada *Memoria hispánica.* Allí le representó el artífice con barba larga y crecida, y coronada la frente con una guirnalda de hiedra. Cervantes aludió á la vejez de este benemérito

literato, diciendo en la comedia de *Los Baños de Arjel*:

Antes que mas gente acuda
El coloquio se comience,
Que es del gran Lope de Rueda,
Impreso por Timoneda
Que en vejez al tiempo vence.

La mayor parte de sus obras dramáticas (de las cuales, á escepcion de dos, no tuvo noticia Jimeno) la publicó el autor en Valencia, impresa por Joan Mey con este título: «Turiana, en la cual se contienen diversas comedias y farsas muy elegantes y graciosas, con muchos entremeses y pasos apacibles, agora nuevamente sacados á luz por Joan Diamonte (anagrama de Joan Timoneda), dirigida al muy ilustre señor don Juan de Villarrasa, gobernador y teniente de visorey y capitán general del reino de Valencia, mi señor. — Impresa en Valencia en casa de Joan Mey, con licencia del santo Oficio. Con privilegio real por cuatro años.» Debe advertirse que aunque las piezas de que se compone la *Turiana* tienen las diferentes fechas de 1563, 1564 y 1565, todas juntas forman una sola coleccion, como lo indica el título.

1570.

119. Gaspar Vazquez. «Comedia de la Constanza. Alcalá de Henares, año de 1570.»

El autor de esta pieza fué comediante. Don Tomás Tamayo de Vargas hace mencion de él en su *Biblioteca* manuscrita.

1570.

120. Pedro Simon de Abril. «El Pluto de Aristófanes.»

121. «Medea, de Eurípides.»

Hace mencion de estas dos traducciones don Nicolas Antonio en su *Biblioteca*.

1573.

122. Alonso Cisneros. «Comedia intitulada: *Callar hasta la ocasion.*»

Alonso Cisneros, autor de esta comedia (que no he tenido presente), fué natural de Toledo, comediante y autor de compañía, después de haber representado cuando jóven en la de Lope de Rueda. En los libros de la contaduría del hospital general de Madrid, hablando de las limosnas que se dieron para edificar el corral de la Cruz en el año de 1579, se halla esta partida: «Miércoles 19 de octubre »dió Cisneros una comedia de limosna para ayuda á la »obra del teatro que las obras pias Pasion y Soledad la»bran en la calle de la Cruz; é valió el aprovechamiento »de la entrada de la puerta, que pertenecia al dicho Cis»neros, doscientos treinta y tres reales, y para las cofra»días hubo aquel dia de entrambos tablados, corredor y »ventanas ciento setenta y cuatro reales.» Luis de Cabrera, en su *Historia de Felipe II*, *libro* VII, tratando del carácter violento é iracundo del príncipe don Carlos, dice: «Habia mandado que le representase una comedia Cis»neros, escelente representante; y por órden del carde»nal Espinosa, impedido y desterrado, no osó venir á pa»lacio. Indignóse contra el cardenal (á quien sumamente »aborrecia por su imperioso gobierno y gracia que tenia con »el rey); y viniendo á palacio le asió del roquete, poniendo »mano á un puñal, y le dijo: curilla, ¿vos os atreveis á »mí, no dejando venir á servirme Cisneros? Por vida de »mi padre, que os tengo de matar. Del cardenal, arrodi»llado y humilde, fué detenido y satisfecho.»

1577.

123. Pedro Simon de Abril. «Comedias de Terencio. Andria.»

124. «El Eunuco.»

125. «El Heautontimorúmenos.»

126. «Los Adelfos.»

127. «La Hecira.»

128. «El Formion.»

Pedro Simon de Abril, natural de Alcaraz, fué uno de los literatos mas sobresalientes de su siglo; enseñó lengua griega en la universidad de Zaragoza, y letras humanas en otras escuelas de Aragon; se ignora el año de su muerte, que debió ser después del de 1589. Puede verse el crecido número de sus obras en la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio, de las cuales algunas se han perdido manuscritas, y entre ellas la traduccion del *Pluto*, puesto que la de *Medea* asegura Velazquez haberse publicado en Barcelona en el año de 1599. Merece mucho aprecio su traduccion completa de Terencio, que después de impresa en Zaragoza en el año que indica este catálogo, se reimprimió por el autor en Alcalá de Henares en el año de 1583 mas corregida que la primera, y arreglado el testo latino por el que Gabriel Faerno publicó en Florencia, valiéndose tambien de las observaciones que le comunicó su amigo Francisco Sanchez de las Brozas, catedrático de retórica en la universidad de Alcalá. Esta version de Terencio se reimprimió en Barcelona en 1599 y en Valencia en 1762, recomendada como lo merece por el erudito Mayans, circunstancia que fué bastante para inspirar á don Juan de Iriarte un epigrama insípido, en que quiso desacreditar el mérito de la traduccion y desairar de camino al editor, con quien tenia resentimientos particulares. Obras de tal naturaleza no se deslucen con un equívoco chabacano, disuelto en cuatro versos frios, y siempre se estimará la traduccion de Abril como una de las mejores entre las pocas que se han hecho en España de los clásicos latinos. Pondré una muestra (sin particular eleccion) sacada de la *Hecira*, para que por ella se vea la fidelidad del traductor, su lenguaje y su estilo. Es la escena segunda del acto cuarto.

SOSTRATA, PANFILO.

SOSTRATA.

Bien sé yo, hijo mio, que tú tienes de mí sospecha que tu mujer se ha ido de casa por mi terriblez y malas costumbres, aunque lo disimulas cuerdamente. Pero así los dioses me amen, y así vea de ti aquel gozo que deseo, como nunca (que yo sepa) he merecido que ella me aborreciese con razon. Y aquel grande amor que yo hasta aquí creia que me tenias, agora por la esperiencia lo has mostrado, porque tu padre me ha contado allá dentro cómo me has preferido á tu amor. Y yo agora estoy determinada de darte por ello el galardon, para que sepas, Panfilo, que tengo con qué premiarte ese maternal amor. Hijo mio, yo entiendo que esto es lo que á vosotros cumple y á mi honra; yo estoy determinada de irme de aquí con tu padre al alquería, porque mi presencia no os haga estorbo, ni quede escusa ninguna para que no vuelva á casa tu Filomena.

PANFILO.

¿Qué determinacion es esta, madre mia? ¿Por su necedad de ella te has de ir á morar de la ciudad al alquería? No harás tal, ni yo daré lugar que los que mal nos quieren digan que eso lo ha causado mi porfía y no tu comedimiento; demás de esto yo no quiero que tú por mi respeto dejes tus amigas y tus parientas y tus dias de regocijo.

SOSTRATA.

Ninguna cosa de esas me da ya contento ninguno; mientras mis años lo sufrieron, ya yo me he gozado harto de eso; ya agora todos estos ejercicios me cansan; lo que yo agora mas procuro es que mis muchos años no den pena á nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis dias. Yo veo que aquí sin razon soy aborrecida; tiempo es ya de dar lugar. De esta manera entiendo que quitaré á todos las ocasiones, y yo me libraré de esta sospecha, y á ellos les daré contento. Dame por tu vida lugar de librarme de esta mala fama que comunmente tienen las mujeres.

PANFILO.

Cuán dichoso soy con todo lo demás, si no fuera por esto, en tener tal madre como esta y tal mujer como aquella.

SOSTRATA.

Hijo mio, yo te ruego que no se te haga de mal sufrir

este inconveniente, como quiera que él sea. Si en todo lo demás ella es á tu gusto, y como yo creo que lo es, hijo mio, hazme este placer, y hazla volver á casa.

PANFILO.

¡Ay desdichado de mí!

SOSTRATA.

Y tambien de mí. Porque eso no menor pena me da á mí que á ti, hijo mio.

1577.

129. JERÓNIMO BERMUDEZ. «Tragedia de Nise lastimosa.» Está escrita en varios metros, verso suelto de once y siete sílabas, sáficos y adónicos, liras, sestinas y sonetos. *Acto primero*. Después de un monólogo del infante don Pedro (que no tiene menos de ciento treinta y seis versos endecasílabos) sale el secretario, y quiere persuadirle á que se aparte de la linda Inés. El infante indignado de tal propuesta esclama con vehemente pasion:

Hombres de entrañas fieras y dañadas,
¿Qué me quereis? ¿Qué sinrazon os hago
En amar de esta suerte á quien me paga
Con otro tal amor? A quien el mundo,
A quien todo este reino, á quien vosotros
Que así me perseguis, debeis servicio,
Y gracias á los cielos, que quisieron
De cosa tan divina enriqueceros.
Hombres que procurais mi mal y muerte,
Poned los ojos donde yo los mios,
Y el alma y corazon, y vereis luego
La ceguera en que estáis. ¿Qué monarquía
De aquel acatamiento glorioso
Colgada no estará? Y aquella cara
Que tanto aborreceis, ¿no es mas humana?
En cuerpo tan hermoso, al alma hermosa,
Discreta, noble, honesta, casta y pura,
¿Qué tacha podeis dar?

Sigue el primer coro de coimbresas, y á este el segundo, en el cual se dice hablando del poder de amor:

Tambien el mar sagrado
Se abrasa en este fuego;
Tambien allá Neptuno
Por Menalipe anduvo
Y por Medusa ardiendo...
Tambien las voladoras
Y las músicas aves,
Y aquella sobre todas
De Júpiter amiga,
No pueden con sus alas
Huir de amor, que tiene
Las suyas mas lijeras.
¿Qué cosa hay en el mundo
Que del amor se libre?
Antes el mundo todo
Visible y que no vemos,
No es otra cosa en suma,
Si bien se considera,
Que un espíritu inmenso,
Una dulce armonía,
Un fuerte y ciego nudo
De amor, con que las cosas
Están trabadas todas...
Amor puro las cria,
Amor puro las guarda...
Seríamos peores
Los hombres que las fieras,
Si amor no fuese cebo
De nuestros corazones.

Acto segundo. Pacheco y Coello aconsejan al rey Alfonso que mate á Inés; queda solo el rey, se queja de los afanes del reinar, y pide favor á Dios en la tribulacion que padece; el coro primero, habiendo observado las agitaciones del rey, dice:

Triste pobreza nadie la desee,
Ciega riqueza nadie la procure,
La bienaventuranza de esta vida
Es medianía.
Príncipes, reyes y monarcas sumos
Sobre nosotros vuestros piés teneis;
Sobre vosotros la cruel Fortuna
Tiene los suyos.
Sopla en los altos montes mas el viento;
Los mas crecidos árboles derriba,
Rompe tambien las mas hinchadas velas
La tramontana.
Como sosiegan en el mar las ondas,
Así sosiegan estos pechos llenos;
Nunca quietos, nunca satisfechos,
Nunca seguros.

Acto tercero. Inés con sus tres hijos (que no ha[l] sale asombrada y refiere á su ama un sueño espantos[o] que vió que tres leones la despedazaban á vista de su[s] jos; el ama procura consolarla y distraerla; pero el [...] le anuncia que vienen á matarla; crecen la perturba[cion] y el terror, y acaba así este bellísimo acto:

CORO.

Cerca viene
La muerte que te busca. Ponte en salvo.
Huye, cuitada, huye, que ya suenan
Las duras herraduras; gente armada
Corriendo viene aquí; viene á buscarte
El rey determinado ¡oh desdichada!
A descargar su saña en ti. Tus hijos
Esconde si hallas donde no les quepa
De estos tus hados parte.

INÉS.

¡Oh sin ventura!
¡Oh sola sin abrigo! Señor mio,
¿Dónde estás, que no vienes? ¿Quién me busca[?]

CORO.

El rey.

INÉS.

Pues ¿qué me quiere?

CORO.

¡Rey tirano,
Y tales los que tal le aconsejaron!
Por ti pregunta, y á tus tiernos pechos
Con duro hierro traspasar pretende.

AMA.

Cumpliéronse tus sueños.

INÉS.

Ama, huye,
Huye de esta ira grande que nos busca;
Yo sola quedo, sola aunque inocente.
No quiero mas socorro; venga luego
Por mí la muerte, pues sin culpa muero.
Vosotros, hijos mios, si ella fuese
Tan cruda que de mí apartaros quiera,
Por mí gozad acá de aqueste mundo;
Socórrame hora Dios... y... socorredme,
Mujeres de Coimbra... ¡Oh caballeros,
Ilustre sucesion del claro Luso,
Pues veis á esta inocente en tal estrecho,
Amigos, socorredla!...
Mis hijos, no lloreis, que tiempo os queda;
Gozaos de esta madre en cuanto os viva;
Y vosotras, amigas, rodeadme,
Cercadme en torno todas, y pudiendo
Libradme ahora, porque Dios os libre.

Acto cuarto. Alvar Gonzalez y Pacheco instan a[l rey] para que apresure la muerte de Inés; esta se le pre[senta] acompañada de sus hijos y de las mujeres de Coim[bra] la escena segunda, en la cual se admiran con razo[n los] trozos siguientes:

Venid tambien vosotras, á tal punto
No me dejeis. Pedid misericordia,
Pedid misericordia para aquesta
Tan inocente cuanto desdichada;
Llorad el desamparo de estos niños
Tan tiernos y sin madre. Mis amores,
El padre veis aquí de vuestro padre,
La mano le besad, á su clemencia
Os entregad, pedidle que la emplee

En esta vuestra madre, cuya vida
Os vienen á robar.....
¿No me oyes, señor mio? ¿Así te dejas
Llevar de la pasion y del engaño?
¡Oh! mis amigos, llámome a vosotros,
Hablad al rey por mí, favorecedme,
Pedidle piedad; si en algun tiempo
Entró en vuestras entrañas, ó si dulce
Amor de hijos pudo enterneceros,
Que si no me valeis pudiendo ahora,
Vosotros me matais.....
¿Pecados contra tí? ¿Tan gran pecado
Es bien querer á quien á mi me quiere?
Si amor con muerte pagas, ¿con qué piensas,
Señor, pagar el odio? Amé á tu hijo,
No le maté, que amor amor merece.
¿Y estos son mis pecados? ¿estos quieres
Con muerte castigar? ¡Crüel castigo!

El rey se enternece y quiere que viva, pero Coello, Gonzalez y Pacheco, quedando solos con él, le culpan de escesivamente débil.

REY.

No veo culpa que merezca pena.

GONZALEZ.

Aun hoy la viste, ¿y no la ves ahora?

REY.

Mas quiero perdonar que ser injusto.

GONZALEZ.

No se consiente al rey pecar en nada.

REY.

Soy hombre.

GONZALEZ.

Pero rey.

REY.

El rey perdona.

Insta de nuevo Alvar Gonzalez; el rey vacila, y diciendo que no quiere intervenir en aquella muerte, los deja en libertad para que si lo creen necesario y justo quiten la vida á Inés. Coro primero, coro segundo, que refiere haberse ejecutado aquella atrocidad lamentable.

Yace en su sangre envuelta la cuitada
A los piés tiernos de sus tristes hijos,
Que á ellos acudió la sin ventura;
Mas ellos no pudieron guarecella,
Porque los tiernecitos no tenian
Fuerzas para quitar los duros hierros
A manos tan crüeles, que a sus ojos
Tan delicadas carnes traspasaban.
¡Oh manos crudas!

Acto quinto. Después de un soliloquio del infante viene un mensajero que le refiere la muerte de Inés; el infante prorumpe en un largo discurso, en que á pesar de algunos estravios hay afectos oportunos y bien espresados, y así concluye la tragedia.

Su defecto principal es la falta de accion y enredo dramático; el acto quinto es inútil; el personaje del infante es de absoluta nulidad; el del rey mal desempeñado, por indeciso y débil. Entrega á Inés en manos de sus asesinos al mismo tiempo que la reconoce inocente; el interés que hace cometer tanta crueldad á Coello, Pacheco y Gonzalez no se manifiesta; la ausencia del infante ni se motiva ni se disculpa; la escena es en Lisboa y en Coimbra; la versificacion es floja y desaliñada no pocas veces. El estilo, prescindiendo de uno ú otro descuido, no carece de elevacion y afectos trágicos. Los coros, en que hay muy buenos trozos de poesía, son tan inverosímiles como en las tragedias griegas y latinas, y en las que los italianos hacian entonces.

1577.

130. «Tragedia de Nise laureada.» Está escrita en variedad de metros como la antecedente. *Acto primero.* Diálogo pesadísimo entre el rey y el obispo; el rey se lamenta de la muerte de Inés, y el obispo en ciento noventa y cuatro versos endecasílabos hace lo que puede por consolarle, contándole la creacion del mundo y el pecado de Adan, y hablándole de Moisés y de Agamenon; el rey se lo agradece y le llama *padre en Cristo*, pero tan triste se queda como se estaba. Sale el alcaide y le entrega las llaves del castillo de Coimbra; preséntansele sus hijos; el rey se enternece al verlos, y dice:

REY.

Hijos de mis entrañas, ¿conocéisme?
Amores, ¿dónde es ida vuestra madre?
¿Por qué se fué? ¿por qué os dejó tan solos?

AMA.

Su madre desde el cielo los bendice.

Si toda la pieza se pareciese á esto, ¡cuánto habría que admirar en ella! Un camarero, que se presenta sin necesidad, empieza á dar consejos al rey, y á decirle sentencias para que se consuele de la pérdida de Inés; el rey con mucha razon esclama:

¡Pesado aviso de filosofía!
Sin la causa quitar de las tristezas
Querellas hacer dulces y süaves.

El coro primero canta un soneto, acabado el cual asegura el rey que castigará cruelmente á los tres matadores de Inés, trocándolos por otros tantos foragidos de Castilla que tiene en su poder. El coro segundo canta una cancion en que hay muy buenos versos. *Acto segundo.* El condestable dice á solas un par de octavas; después canta el coro:

¡Oh corazones
Mas que de tigres!
¡Oh manos crudas
Mas que de fieras!
¿Cómo pudistes
Tan inocente,
Tan apurada
Sangre verter?
¡Ay! que su grito,
¡Oh Lusitania!
¡Patria mia!
Trae los rayos
Del vivo fuego,
Que purifica
Toda la tierra
Contaminada
De la crüeza
Que cometiste.

Sigue á estos buenos versos una enfadosa escena entre el rey, el embajador de Castilla y el condestable, el cual no lleva á bien que se entreguen los tres fugitivos castellanos en cambio de los tres portugueses, sobre lo cual altercan él y el rey. Los siguientes versos darán alguna idea del pedantismo, la garrulidad y redundancia del condestable. Habla de cuán escelente virtud es la justicia, y dice:

Ella es la fuente mas que pegaséa
De todos los arreos y grandezas
Que en los humanos pechos se atesoran;
Ella es el cuento, el peso y la medida
En que consiste el ser de los vivientes;
Ella es la madre pia del sentido,
El nervio del sentido y del juicio,
De la tranquilidad y del descanso
De todos los ilustres pensamientos.
Ella es aquel ambrosia regalado
Y aquel suave néctar de los dioses,
Aquel sagrado cuerno de Amaltea,
Que esta vertiendo siempre los tesoros,
Y enriqueciendo los dorados siglos
De gracias y virtudes inefables.

Asi prosigue disparatando hasta que logra enfadar al rey como es natural; queda resuelto que se haga sin dilacion el cambio de los delincuentes; el condestable acompañado del coro dice un soneto; sigue el coro después cantando unas estrofas que no valen mucho. *Acto tercero*. El camarero á solas y después el coro anuncian en muy buenos versos la próxima coronacion de Inés; sigue un dialogo simétrico entre el camarero y el rey: cada uno de ellos dice una sentencia de dos en dos versos, de tres en tres y de cuatro en cuatro. La escena siguiente no es menos ridícula: hablando el rey, y respondiendo el eco las ultimas silabas *Ida*..... *Es*..... *Sombra*..... *Es*. El coro intenta consolar al rey, que prorumpe en una larga lamentacion, y asi que acaba, toma la palabra el obispo y le echa una platica de cosa de ochenta versos sobre las escelencias de la tierra. Viene el condestable, y entre él y el rey sigue otro dialogo simétrico é impertinente; descúbrese el trono, y en él adornado de vestiduras reales el cadaver de Inés; el rey la corona, y el condestable le da las gracias por haber concedido a Portugal tan escelente reina; el coro primero canta una oda en sáficos y adónicos; sigue el coro segundo y canta otra en versos cortos menos buenos que la anterior. *Acto cuarto*. Aparecen presos en la cárcel Gonzalez, Pacheco y Coello; un guardia les escupe en la cara, el verdugo les da la enhorabuena de que hayan venido gordos y frescos; insultos de una y otra parte; viene el alcaide, alterca con ellos, y por ultimo manda que les den tormentos crueles durante la noche, hasta que al dia siguiente se les remate. El verdugo enterado de la órden dice:

Un rato al potro y otro rato al brete.

Los coros primero y segundo cantan dos composiciones de ningun mérito. *Acto quinto*. Monólogo inútil del alcaide; sale el rey acompañado de grandes y caballeros, guardias y pueblo; preséntanse los reos; el rey levanta un latigo que tiene en la mano, y cruza la cara á Coello; empieza la ejecucion; el coro alterna en el dialogo con los personajes del drama; saca el verdugo el corazon por las espaldas a Alvar Gonzalez, y le muestra al rey y a toda la corte, diciendo:

Si alguno esta tocado de la rabia,
Podra quemalle y deshacelle en polvos,
Que así bebidos son de grande efecto.

Después hace lo mismo con Pacheco y Coello sacándoselos por el pecho. Manda el alcaide que lleven a quemar los cuerpos, el rey lo aprueba, y concluida esta matanza atroz sigue un largo discurso del rey, tan lleno de amor de Dios, de arrepentimiento de sus culpas, de vehementes deseos de penitencia para merecer por ella el eterno descanso, que no hay mas que pedir; los coros primero y segundo reflexionan sobre la vanidad de las cosas humanas, y la necesidad de que el hombre se convierta á Dios y abomine los vicios.

No hay fábula en esta pieza, ni interés, ni enredo, ni desenlace, ni afectos, ni caracteres, ni situaciones; todo es languidez, desaliño, impertinencia, atrocidad feroz, olvido continuo de los preceptos que dicta el buen juicio en esta clase de composiciones. Si se esceptuan algunos pedazos dignos de estimacion, que ya se han citado en su lugar, todo lo restante es en estremo defectuoso.

Fray Jerónimo Bermudez, natural de Galicia, religioso dominicano, catedratico de teologia en Salamanca, nació, segun la opinion del colector de *El Parnaso español*, pasado el año de 1530, y aun vivia en el de 1589. Fue muy erudito en las lenguas sabias y en el estudio de las buenas letras; compuso entre otras obras las dos tragedias mencionadas en este catalogo, y las dió a luz en Madrid, año de 1577, con el nombre supuesto de Antonio de Silva: la primera de ellas no es original, sino traduccion libre de la que escribió antes del año de 1558 el portugués Antonio Ferreira, intitulada *Castro*. «La accion de la *Nise lastimosa* (dice Signorelli en la *Historia de los teatros*) se »representa parte en Lisboa y parte en Coimbra, como la »*Castro* del portugués, á la cual sigue servilmente de es»cena en escena la tragedia castellana. Empieza, prosigue »y concluye de la misma manera, copiando las situaciones, »los pensamientos y las palabras; en suma Bermudez siguió »á Ferreira como la sombra al cuerpo, copiándolo y tra»duciéndolo todo, hasta los defectos, los adornos líricos, »y los pensamientos demasiado sutiles en boca del prín»cipe.» Montiano y Lampillas hablaron de las dos tragedias de Bermudez con escesiva parcialidad (36).

1578.

131. ANÓNIMO. «Comedia intitulada Metamorfosea,» en tres jornadas, escrita en verso. Belisena, amante despreciada de Medoro, Eleno, amante despreciado de Belisena, Albina, amante despreciada de Eleno, Robina, amante despreciada de Alisio: unos suplican y otros despiden, hasta que llegandose a cansar los desdeñados de su mala suerte, resuelven poner su aficion en los que antes los querian; pero como estos se habian cansado tambien de rogar, ya no los quieren, de modo que se renueva la misma dificultad que hubo al principio, aunque en sentido contrario, y la fabula se acaba sin desenlazarse. Todos los personajes hacen y dicen lo mismo; los seis interlocutores pudieran reducirse a dos, y las tres jornadas a tres escenas. El estilo es incorrecto y trivial. Se halla esta pieza en la biblioteca del convento de Santa Catalina de Barcelona (37).

1579.

132. JUAN DE LA CUEVA. «Comedia de la muerte del rey don Sancho y reto de Zamora por don Diego Ordoñez. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla, año de 1579, siendo asistente de ella don Francisco Zapata de Cisneros. Representóla Alonso Rodriguez, autor de comedias, en la huerta de doña Elvira.» Esta y las demás piezas dramaticas de Juan de la Cueva están divididas en cuatro jornadas, y su diálogo es una mezcla continua de estrofas líricas, endecasilabos sueltos, redondillas, tercetos y octavas. La fabula carece de artificio dramatico; los sucesos se representan en accion unos después de otros como la historia los refiere. No se comprende cómo pudo verificarse en ningun teatro la mudanza continua de lugar sin que el dialogo de los personajes se interrumpa. ¿Como se han de representar con verosimilitud los paseos del rey y Bellido Dolfos, la fuga precipitada de este, la muerte de su caballo, herido por el Cid, que le sigue corriendo, la batalla de don Diego Ordoñez y los tres hijos de Arias Gonzalo combatiendo todos a caballo, el ejército castellano rodeando la valla, Zamora a la vista, y sus muros coronados de pueblo, y hablando todos desde lugares tan distantes? El autor contó sin duda con que la imaginacion de los espectadores supliria todo lo que faltaba a la imitacion teatral. El estilo de Juan de la Cueva es facil y abundoso, descuidado muchas veces, otras humilde en demasía, otras magnifico y muy próximo al tono de la epopeya, pero casi nunca afectuoso ni dramatico. Cuando el rey admite en su favor a Bellido Dolfos y va con él reconociendo los muros de Zamora, uno de los que están de guardia grita desde las almenas, avisando al rey que no se fie de aquel malvado. El

(36) Las dos tragedias *Nise lastimosa* y *Nise laureada* se hallan en el apendice que don Eugenio de Ochoa puso á la coleccion de Moratin en la edicion de Paris de 1843.

(37) Probablemente habrá perecido este ejemplar junto con otras muchas preciosidades en la quema de aquel edificio ejecutada en el alboroto de 1835. Inserta esta comedia en su apéndice el citado don Eugenio de Ochoa, atribuyendola á Joaquin Romero de Cepeda. Está en verso, como otra titulada *Selvaje*, del mismo autor, y es la que en el número 136 de este catalogo se da como de autor desconocido.

poeta intercaló en este discurso algunos trozos de un antiguo romance, artificio ingenioso, que siempre produce muy buen efecto en la escena si se aplica con oportunidad como él lo hizo. Los versos tomados del romance son :

Rey don Sancho, rey don Sancho,
No dirás que no te aviso
Que del cerco de Zamora
Un traidor habia salido.
Bellidos Dolfos se llama,
Hijo de Dolfos Bellido,
Cuatro traiciones ha hecho,
Y con esta serán cinco.

1579.

133. «Comedia del saco de Roma y muerte de Borbon, y coronacion de nuestro invicto emperador Carlos V. Fué representada esta farsa la primera vez en Sevilla por Alonso Rodriguez, famoso representante, en la huerta de doña Elvira, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros, conde de Barajas.» Juan de la Cueva fué el primero entre nosotros que se atrevió á hacer una comedia del asalto y saqueo de una ciudad ; la pintura que presenta en esta de la insaciable codicia, las violencias y el brutal desórden de un ejército vencedor, es muy conforme al original que imita. El lugar de la escena se supone en las cercanías de Roma, en sus muros, en sus plazas y calles, en las inmediaciones de Bolonia, dentro de ella, y en el presbiterio de la iglesia de San Petronio. La accion dura desde el mes de mayo del año de 1527 hasta el de febrero de 1530; las desigualdades de versificacion y estilo corresponden á la desatinada estructura de la pieza.

1579.

134. «Tragedia de los Siete infantes de Lara. Esta tragedia representó la primera vez en Sevilla, en la huerta de doña Elvira, Alonso Rodriguez, siendo asistente don Francisco Zapata, etc.» Montiano tuvo razon en decir que esta pieza no debió intitularse *Los Siete infantes de Lara;* y en efecto, antes que empiece la accion ya están muertos los tales infantes. Con cualquiera título que se la ponga, la tragedia quedará siempre mala. La escena es en Córdoba, en Salas y en Barbadillo; dura la accion unos veinte años; toda se compone de situaciones sueltas siguiendo el órden histórico. La infanta Zaida, aficionada á hechicerías, acompañada de su criada Hafa, diestra en estas artes, hace un conjuro para que Gonzalo Bustos no se vaya, invocando á los ministros de Averno á fin de que estorben su viaje; pero los ministros de Averno se están quietos; el conjuro no tiene efecto (cosa muy verosímil) y Bustos se va ; queda Mudarra en el vientre de su madre al fin de la segunda jornada, y al acabar la tragedia mata á Ruy Velazquez (despues de haber recibido el santo bautismo), y hace quemar viva á doña Lambra dentro de su casa. En cuanto al estilo debe advertirse que entre la magnificencia y pompa de algunos diálogos, hay espresiones que distan demasiado de la gravedad del coturno. Por ejemplo, las siguientes cuando Gonzalo Bustos está comiendo con el rey Almanzor :

ALMANZOR.
¿Comeis así por allá?
BUSTOS.
Sí, señor, del mismo modo
Se sirve y se come todo,
No en el suelo como acá.
ALMANZOR.
Bueno ha estado este guisado.
¿Háte dado gusto, Bustos?
BUSTOS.
Es tal, que á todos los gustos
Será por fuerza estremado.
ALMANZOR.
¿Ha faltado alguna cosa?
BUSTOS.
Señor, á lo que imagino,
Tener sabor de tocino.
ALMANZOR.
¡Oh qué comida enfadosa!
No sé por qué los cristianos
Tan sucia comida usais,
Sino es porque gustais
De comer cieno y gusanos.
No sin causa el dios Mahoma,
So pena de grande afan,
Nos veda por su Alcoran
Que ningun moro lo coma.

1579.

135. «Comedia de la libertad de España por Bernardo del Carpio. Esta farsa fué representada la primera vez en Sevilla por Pedro de Saldaña, famoso autor y escelente representante. Representóse en las Atarazanas, etc.» Esta fábula empieza *ab interitu Meleagri.* En las primeras escenas se pintan los amores del conde de Saldaña y la infanta doña Jimena, y en las últimas la gran victoria de Roncesvalles debida al prodigioso valor de su hijo Bernardo del Carpio; así es que su duracion viene á ser unos veinte años; la escena es en Leon, en Saldaña y en los Pirineos. A pesar de tanta materia como eligió el poeta para su obra, todavía hay en ella episodios y personajes inútiles : el número de estos llega á veinte y tres, sin contar los dos ejércitos combatientes. Alfonso el Casto es feroz, pusilánime, caviloso, inconsecuente y nulo; Bernardo un baladron temerario que insulta al rey su tio y amenaza á todo el universo. Véanse algunos rasgos de su carácter, y de camino los descuidos de estilo y decoro en que incurrió el autor :

¿Esto me encubrias, cielo?
¡Oh cielo! ¿tal me encubriste?
¿Qué fué la causa? ¿Temiste
Verme destruir el suelo?
Sí haré, y el mundo y mundos;
Si hay mil mundos, mil espero
Asolar con brazo fiero,
Y mil horribles profundos.
¡Oh rey fiero! ¡Oh rey tirano!
Rey injusto, rey crüel,
Rey soberbio, rey infiel,
Rey sin ley, rey mal cristiano.
¿En qué fundas tu locura?
¿En las armas? Sus, al arma,
Al arma; mas no te arma
De armas el armadura.....
Id presto con diligencia,
Y decid que esta es sazon
De conseguir el blason
De su ilustre descendencia.
Que domen el arrogancia
Del enemigo y su saña,
Porque vean que es España
España, y no España Francia.
Si en el centro del mar por mas seguro,
Carlos, á tí y tus doce lleva el miedo,
O al reino horrible del Erebo oscuro,
Temiendo lo que en todos hacer puedo;
En su profundidad no os aseguro,
Que allá os irá buscando mi denuedo;
Y si al cielo os subís, allá la muerte
Os iré á dar con este brazo fuerte.

La gran victoria que obtiene Bernardo, en que él solo combate y vence á los doce Pares, haciendo en el ejército una espantosa carnicería, no es menos admirable que las hazañas de Amadís, de Morgante ó de don Cirongilio, ni menos distante de la verosimilitud dramática. El dios de la guerra, maravillado de tanto valor, baja del Olimpo, corona á Bernardo, y le dice al acabar esta descabellada composicion:

Yo só el dios Marte, que tan alto hecho
Quiero remunerar, tu esfuerzo y maña;

Y esta corona de laurel te endono,
Y por segundo Marte te corono.

1579.

136. «Comedia del Degollado. Esta comedia representó la primera vez en Sevilla Pedro de Saldaña. Recitóse en la huerta de doña Elvira, etc.» La fábula de esta comedia está dispuesta con tan poca economía, que de cuatro jornadas que tiene pudiera reducirse fácilmente á dos. La escena se finge en las cercanías de Velez de la Gomera, y en una ciudad de Africa que no se nombra; los amores del príncipe moro con su esclava Celia están pintados sin la menor inteligencia del arte, y tanto, que para espresar el poeta cuan escesiva era su pasion, le convierte de repente en un personaje ridículo de entremés, y á la ilustre y castísima Celia en una moza chocarrera y descocada. Le dice el príncipe que le trate como á un criado suyo, que ella debe mandar y él obedecerla; Celia, haciendo el papel de señora, le llama *indiscreto, bárbaro, majadero y badajo;* le destina á servir al mozo de la cocina, y á ser ayudante del barrendero; le hace bailar y dar saltos, y luego manda que se vaya a acostar. A vueltas de estos desatinos hay sin embargo algunas situaciones no mal desempeñadas, entre las cuales merece estimacion la última escena de la jornada cuarta.

1579.

137. «Tragedia de la Muerte de Ayax Telamon sobre las armas de Aquiles. Representó esta tragedia Pedro de Saldaña, haciendo él mismo la figura de Ayax admirablemente. Recitóse la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» La escena es en Troya en el monte Ida, y en el acampamento de los griegos; la accion no empieza hasta lo último de la segunda jornada, resultando inútil todo cuanto precede, y por consiguiente inútiles tambien los personajes de Eneas, Anquises, Acates, Venus, Elena, Andrómaca y Canopo. Imitó Cueva en las primeras escenas á Virgilio, poniendo en accion mucha parte de lo que se refiere en el segundo libro de la Eneida. Imitó á Ovidio en los discursos de Ayax y Ulises, reduciéndolos mucho como convenia a la forma dramatica, pero hubiera debido no apartarse del poeta latino en la conclusion del razonamiento de Ulises.

. . . . . . aut si mihi non datis arma,
Huic date: et ostendit signum fatale Minervæ.

A esta situacion verdaderamente teatral hace Ovidio seguir la adjudicacion de las armas de Aquiles en favor del elocuente Ulises, y á esto la desesperada muerte de Ayax. Cueva, en vez de imitar aquella rapidez, gasta otra jornada en diálogos impertinentes de Agamenon y Menelao, que están discordes en su opinion. Ulises y Ayax vuelven á comparecer para ser juzgados, y se repite inútilmente una misma situacion, se entorpece el progreso de la fabula y el interés se debilita; convienen todos los reyes y caudillos en que Nestor decida, y se publica esta ridícula sentencia:

Visto todo lo alegado
De Telamon el valiente
Y de Ulises elocuente
Sobre lo que han demandado,
Fallamos que á Ulises den
Las armas porque es razon,
Y esto firma Agamenon,
Diomedes, Nestor tambien.

Ayax se mata al oir esto; se aparece la Fama, y dice que nadie toque el cuerpo de Ayax, porque Júpiter quiere que se convierta en una flor.

Y porque el auditorio circunstante,
Que oido ha la tragedia dolorosa,
Se vaya a reposar, pido en descuento
Que muestre con aplauso el ir contento.

Montiano dijo hablando de esta pieza, que *abunda de sentencias, y en toda la fábula es admirable la diccion.* No á todos parecerá admirable, pero puede decirse que aunque el estilo *serpit humi* en muchas ocasiones, en general es una de las piezas mejor escritas de Juan de la Cueva.

1579.

138. «Comedia del Tutor. Fué representada esta comedia por primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Sevilla y en Salamanca; los personajes van y vienen de una parte a otra á pesar de tan larga distancia con imposible facilidad; la accion dura unos siete ú ocho meses; Leotacio, que se enamora por un retrato, y solicita ser correspondido de Aurelia, es una figura inútil, que solo sirve de duplicar la accion y confundirla; el episodio de la tercera jornada en que Licio vestido de diablo espanta á Leotacio y Astropo, no solo es inoportuno, sino contrario á los fines que Licio se ha propuesto. Con mas estudio y meditacion hubiera podido el autor simplificar su fábula dándole mayor unidad, interés y verosimilitud, pero nada de esto hizo. Sin embargo, hay en ella un fin moral, algunas situaciones cómicas y facilidad en el diálogo.

1579.

139. «Comedia de la Constancia de Arcelina. Fué representada esta comedia con grandísimo estremo en la huerta de doña Elvira por Pedro de Saldaña, etc.» Nada omitió en esta comedia Juan de la Cueva para hacerla agradable á los ojos del vulgo: amores, celos, venganzas, disfraces, homicidios, reo, alguaciles, verdugo, horca, magia, conjuros, espíritus, pastores, magistrados, caballeros, montes, cabañas, buen lenguaje, sonoros versos. Si hoy se repitiese en el teatro, hoy la desaprobarian los doctos y la aplaudiria la multitud. La escena es en Colibre y en sus cercanías. Menalcio está enamorado á un tiempo de las dos hermanas Arcelina y Crisea; igualmente enamoradas de él, echan suertes para saber cuál de las dos ha de quererle esclusivamente; Arcelina mata a su hermana para quedar sola en el cariño de Menalcio; Fulcino, amante de Arcelina, trata de matar á Menalcio para que Arcelina le quiera, y si no lo consigue, matar á las dos hermanas. Suposiciones todas tan inverosímiles y violentas, que cuanto resulta de ellas es repugnante confusion, no enredo dramatico. Son inútiles los personajes de Fulcino, Gelcino, Orbante, Tesifone, Zoroastres, Aquiles, Egisto, Ifis, Dido, Pastulcio, Olimpo, don Porcelo y don Cristino: quitados todos estos, y cuanto hacen y dicen, todavía puede quedar la fabula en toda su integridad; la jornada segunda es ociosa y absurda á pesar de la escelente versificacion en que está escrita. Véase una prueba de talento perdido en las siguientes octavas:

ORBANTE.

¿Del dulce fuego del amor que aspira
Tu firme pecho eres conmovido,
Fiél Fulcino, á despreciar la ira
Del reino horrible del eterno olvido?
¿Y quieres ser (que su crueldad no admira
Tu escelso corazon de amor regido)
Los que habitan el triste rio Aqueronte
Y los del encendido Flegetonte?
¿Y quieres por mi apremio poderoso
Que parar haga de Ixion la rueda,
Que tenga Ticio de su mal reposo,
Que Sisifo en descanso verse pueda,
Que deje el Can trifauce el espantoso
Ladrido, y salir fuera les conceda
A las terribles furias, y a mi mando
Vengan, el reino de Pluton dejando?

FULCINO.

Cuando por mi amistad, amigo Orbante,
Hicieres que pervierta el movimiento
El sol, que no se mueva el cielo errante,

Que del infierno pare el cruel tormento ;
Entenderé de tu amistad constante
Que es poco, y esto ha dado atrevimiento
A mi necesidad pedir tu amparo,
Por entender que no has de serme avaro.

ORBANTE.

Para que se confirme en esta parte
Lo que entiendes de mí, Fulcino amigo,
Y cuanto gusto mio es agradarte
Y verte libre de crüel castigo,
A aquella parte cumple desviarte,
En tanto que con mago apremio ligo
Al rey estigio del sulfúreo infierno,
Y a los ministros del castigo eterno....
Agora es tiempo, ¡ oh tú, Pluton potente!
Que des lugar al fuerte encanto mio,
Sin que impida ningun inconveniente
Lo que demando y lo que ver confio :
Y es que envíes con priesa diligente
Un alma de tu estigio señorío
A ver la luz del mundo que aborrece,
Y á declarar un caso que se ofrece....
Si así no lo hicieres, dura guerra
A tu reino daré con nuevos males;
Con luz heriré el centro que te encierra
Mostrando tus cavernas infernales;
Tus tres jueces, que á aquel que en vida yerra
Condenan á las penas eternales,
Quitaré de su asiento y duro mando,
Si no me das, Pluton, lo que demando.

TESÍFONE.

Potente Orbante, cuyo fuerte encanto
El reino de Pluton todo ha movido
De tal suerte, que puesto en grave espanto,
El uso del tormento ha suspendido:
Mira qué pides, no te tardes tanto,
Que solo á que tu mando sea cumplido
Me envia el rey de la region oscura
A ver la luz á los dañados dura.

A estos rasgos épicos desatinadamente inoportunos suceden situaciones y afectos mas verosímiles, mas convenientes á la buena comedia: véase este corto escelente monólogo en que Arcelina fugitiva, oculta en la aspereza de los montes, manifiesta la inquietud y los temores que la agitan:

Injusto y severo amor,
Que me traes á tal estremo,
Que ausente la vida temo
Porque vivo en tal dolor.
¿ Qué puedo hacer, ¡ ay cuitada !
Del cielo tan perseguida,
Y del mundo aborrecida,
Y de Menalcio apartada?
Huyendo la cruda muerte
Que á mi hermana di, ¡ ay crüel !
Ausente vivo de aquel
Que causó mi acerba suerte.
En estas malezas moro,
Sola, entre animales brutos,
Comiendo silvestres frutos,
Bebiendo el agua que lloro.
Paso el dia suspirando,
De ansias y recelos llena,
Revuelta en mi culpa y pena,
La noche en vela llorando.
Miro, ¡ ay sin ventura ! al cielo
A quien enemiga soy,
Cuéntole el mal en que estoy,
Y no hallo en él consuelo....
Es tal el temor que tengo
Y el amor que en mi alma está,
Que acometo á ir allá,
Y queriendo ir me detengo.
Con sobresaltos resuelvo
Esconderme en la espesura,
Donde nada me asegura,
Y á mi acerbo llanto vuelvo.
Del silbo del ganadero,
Del canto del ruiseñor,
Del aire si hace rumor,
Me sobresalto y me altero.

Menalcio manifiesta una vileza que horroriza, instando á que muera Arcelina que acaba de declararse delincuente para salvarle la vida á él; hay artificio en el desenlace, y es oportuna la astucia del gobernador, encaminada á que el padre de Arcelina perdone á quien quitó la vida á Crisea.

1579.

140. Cristóbal de Virués. *Tragedia.* «La gran Semíramis.» Prólogo en verso suelto, en el cual se dice :

Y solamente porque importa advierto
Que esta tragedia, con estilo nuevo
Que ella introduce, viene en tres jornadas
Que suceden en tiempos direrentes.
En el sitio de Batra la primera,
En Nínive famosa la segunda,
La tercera y final en Babilonia,
Formando en cada cual una tragedia
Con que podrá toda la de hoy tenerse
Por tres tragedias, no sin arte escritas.

Jornada primera. Nino tiene sitiada la ciudad de Batra. Semíramis sugiere á su esposo Menon, general de Nino, un medio seguro de ganarla, y en efecto se logra; el rey agradece á su general la victoria, y él presenta á Semíramis, diciendo como se casó con ella en Ascalon, como se la llevó después á Nínive, etc.; quedan solos Semíramis y Nino; este le hace una declaracion amorosa, y le propone que se casará con ella, dando á Menon su hija por mujer; Semíramis resiste, llega Menon, el rey le hace el mismo partido, y le rehusa; irritado Nino le amenaza, y se lleva por fuerza á Semíramis; hace Menon gran sentimiento, determina ahorcarse, despídese de su esposa ausente en una larga cancion de estilo lírico, florido y redundante, y se ahorca en efecto; salen dos soldados, le descuelgan y se le llevan á enterrar. *Jornada segunda.* De la primera á la segunda jornada pasan diez y seis años. Manda Nino llamar á los grandes del reino á instancias de Semíramis, y la corona en su presencia, dandole absoluto poder en todos sus estados por término de solo cinco dias, en los cuales nada podrá él mandar y nadie deberá obedecerle; Semíramis da sus órdenes secretas á Zelabo y á Zopiro, del cual está enamorada, como se lo declara después con harta impudencia; Zelabo, en cumplimiento de lo que se le ha encargado, viene diciendo que ha sorprendido al rey y le deja encerrado en la torre; Zopiro anuncia después a Semíramis que ya ha llevado á su hijo Ninias al templo de Vesta, en donde queda con el traje de vírgen vestal; á continuacion de un soliloquio de Zopiro y un diálogo insípido entre este y Zelabo se junta el consejo; preséntase á él Semíramis con las vestiduras de Ninias (por quien todos la tienen, atendida la semejanza idéntica de hijo y madre), les da una carta escrita y firmada por ella misma, y al irla á leer dicen entre todos esta ridícula octava :

JANTO.

De la reina es la letra y firma y sello.

CREON.

Suyo es el sello y suya es firma y letra.

TROILO.

Bien conocida es letra y firma y sello.

ORÍSTENES.

No hay que dudar en sello, firma ó letra.

SEMÍRAMIS.

Pues conoceis la letra y firma y sello,
Dejad el sello y firma, oid la letra,
Leed y oid la letra de esta carta,
De esta importante cuanto triste carta.

La carta dice en suma que Belo y Juno se aparecieron en un carro tirado de cisnes, entrando en la sala donde estaban Semíramis y Nino, y asiendo á este de las manos y

sentándolo en un solio de cristal, le arrebataron consigo, diciendo á Semíramis qué era su voluntad que el trono de Asiria pasase á su hijo Ninias, y que ella se hiciese vestal; concluye la carta mandando la reina que coronen á su hijo, y firma en el templo de Vesta, en donde finge que está ya retirada; los del consejo creen de buena fe cuanto la carta dice, y resuelven coronar al rey en el siguiente dia; queda sola Semíramis, y hace traer encadenado á su esposo Nino, que no la reconoce, y creyendo que habla con su hijo sospecha que haya muerto á Semíramis; esta le hace beber un vaso de veneno, y se retira: llora el rey la suerte de su esposa, que supone muerta por órden de Ninias, pero contandole los asistentes la verdad del caso, espira lleno de desesperacion y angustias. *Jornada tercera.* De la segunda a la tercera jornada pasan seis años; Semíramis declara a los grandes como ha estado reinando todo aquel tiempo en habito varonil; nombra por rey á su hijo, se despoja de toda su autoridad, y quedándose a solas con él le manifiesta, como ya parece que lo habia hecho otras veces, su pasion incestuosa; la resistencia del hijo no la contiene; insiste una y otra vez en su propósito. Véase una muestra de la manera con que espresó el poeta la vehemente pasion de Semíramis:

Mayor dolor que la muerte
Me causara el alejarte,
Que mi tormento mas fuerte
Sera no poder mirarte,
Pues mi mayor gloria es verte.
Muera, y sea en tu presencia
(Que muerte sera gustosa),
Y no viva yo en ausencia,
Que es muerte mas rigorosa
Y mas áspera sentencia.
No puedo sin tí pasar,
No puedo sin tí vivir;
Por fuerza te he de buscar,
Por fuerza te he de seguir,
Por fuerza te he de alcanzar.
No puedes huir de mí,
Que he de correr mucho yo,
Pues quiere que sea así
El crüel que me hirió,
Dejándote sano a tí.

Duda Ninias, en un soliloquio, si matará á la reina en venganza de su padre y castigo de su desenfreno y sus vicios; ella vuelve á instar y él á despreciarla; Zelabo, en un monólogo insufrible de doscientos versos, se queja de la corrupcion de las cortes, la ingratitud que reina en ellas, la adulacion, la envidia; mas dijera si no le interrumpiese Diarco, que viene muy afligido de haber visto el trágico fin de Semíramis, muerta a manos de su hijo, y repite en dos canciones las palabras que oyó decir á la reina moribunda. Con este motivo conversan muy despacio los dos refiriendo que era hija de una ramera; la crianza que las aves le dieron, y los principales hechos de su reinado; su lujuria feroz, la muerte de sus amantes (y entre ellos Zopiro), sus victorias, la sedicion apaciguada en Babilonia, la fabrica de sus muros, los huertos, pensiles y otras particularidades con que dilatan una larga escena, en la cual el poeta se olvidó enteramente del arte; Ninias cuenta a los grandes, que Semíramis acaba de convertirse repentinamente en paloma, volando al cielo, en donde la recibieron Belo, Nino y Juno; los consejeros y magnates, acostumbrados á creer patrañas, reciben esta con la misma candidez que las anteriores; el rey, quedándose á solas con Zelabo y Diarco, les confiesa de buena fe que todo cuanto acaba de decir ha sido un embrollo, y que él es en efecto el que ha quitado la vida a su madre; esto dicho les ruega que le acompañen para quemar el cuerpo. La tragedia se presenta después al auditorio, y dice una octava que pudiera haberse omitido.

Si la *Semíramis* es una tragedia, tiene tres acciones, sin unidad de lugar ni de tiempo, y sea una ó tres (como el autor lo indicó en el prólogo), la economía y distribucion de la fábula de cada una de ellas es muy defectuosa. En unas partes los incidentes se atropellan y confunden, y en otras se entorpece el movimiento de progresion con dilaciones impertinentes; en la segunda jornada se verán ejemplos del primer defecto, y en la tercera del segundo. La muerte de Menon produce una catástrofe mezclada de horror y ridiculez; la de Nino es mas teatral, la de Semíramis del todo repugnante, ni es necesaria ni está preparada con arte; algunas situaciones afectuosas están desempeñadas con oportuna espresion; el estilo es muy desigual, rara vez dramatico, y cuando se eleva mas, degenera en lírico; contribuye no poco á la impropiedad del diálogo el estar escrita esta obra (como las restantes del mismo autor) en sonetos, quintillas, redondillas, estrofas líricas, verso suelto, tercetos y octavas, mezcla monstruosa y estravagante.

1579.

141. «Tragedia. La cruel Casandra. Prólogo.» Esta pieza está dividida en tres partes; hay en ella tres ó cuatro acciones, siendo por consecuencia su plan complicado en estremo é incomprensible; los caracteres inoportunos, inverosímiles; las costumbres depravadas en todos los personajes principales; si se esceptúan uno ó dos (que apenas tienen parte en la fábula), el príncipe, Fulgencio, Alberto, Fabio, Tancredo, Filadelfo, Casandra, y hasta un pajecillo llamado Matías, todos son malvados, y cuanto hacen y dicen es un conjunto de indecencias, atrevimientos y picardias; la catastrofe es brutal, y como todo lo restante complicada y violenta; los muertos son ocho, y al desenlace aparecen cinco cadaveres en la escena; solo queda vivo el rey y unos criados. Ni en el estilo ni en la versificacion hay cosa tolerable: todo es desaliño, puerilidades y bajezas; es verdad que todo sucede en un salon y en una mañana.

1580.

142. Juan de la Cueva. «Tragedia de la Muerte de Virginia y Apio Claudio. Representóse esta tragedia en la huerta de doña Elvira por el escelente é ingenioso representante Pedro de Saldaña, etc.» La escena es en Roma y en Algido; la duracion de la fábula indeterminada y de pocos dias; la accion acaba en la tercera jornada, y se dilata inútilmente en la que sigue, con detrimento de la unidad y del interés; la pintura de los afectos es generalmente débil; Marco Claudio, confidente del decemviro, habla a veces con el decoro que corresponde al género tragico, y á veces incurre en bajezas imperdonables. Entre los personajes hay un escribano que ni por el nombre que se da á su oficio, ni por el estilo que usa en sus escritos, pertenece a la tragedia ni á las costumbres romanas. Véase cómo se esplica:

Preguntado Apio Claudio, que presente
Esta en la carcel en prisiones puesto,
Si conoce á Virginio, que esta ausente,
Dice que sí; y replicando en esto
Qué tiempo habra, responde llanamente
Que no le fué tal hombre manifiesto,
Sino desde que Marco su criado
La esclava ante él por pleito ha demandado.
Tornado á preguntar si conocia
A Virginia, declara que en su vida
La vio, etc.

Sentencian los jueces que Apio Claudio muera en la prision, y después sea arrojado su cuerpo al Tiber, y cometen la ejecucion de la sentencia no menos que a un edil. Esto supone demasiado olvido de la historia y de las costumbres de las naciones. A pesar de estos y otros defectos puede asegurarse que esta tragedia es la menos mala de las cuatro que existen de Juan de la Cueva.

1580.

143. «Comedia de El Príncipe tirano. Representóse esta comedia la primera vez en la huerta de doña Elvira en Sevilla por Pedro de Saldaña, etc.» Fábula llena de atrocidad y absurdos. Las parcas hilan la vida de la princesa en un rincon del jardin, mientras el príncipe hace a Trasildoro que abra una sepultura profunda para enterrar en ella á su hermana luego que la mate. Viene la princesa, el príncipe le da de puñaladas, las parcas cortan el hilo de su vida, pero no se acuerdan de hilar ni cortar el de Trasildoro, que muere tambien á manos del príncipe y le entierra con su hermana, todo á vista del espectador; la furia Aleto, los tormentos que da el príncipe á su amo y á su ayo para que declaren lo que ignoran, la mina que hace Gracildo en pocas horas para salir por ella de la prision, las sombras de la princesa y Trasildoro, que persiguen al rey y al príncipe, los conjuros de Cratilo (mágico y grande del reino de Colcos), que las hace declarar á qué son venidas, todo es atropellado, inconsecuente, inverosímil, imposible, horrendo, ajeno del teatro: el rey manda que saquen de la prision al príncipe, y puesto en un seron tirado de dos caballos le lleven arrastrando por las calles de la ciudad con el pregonero delante, y llegado al suplicio le corte el verdugo los piés, las manos y la cabeza, que le descuartice, y dejando clavada en un palo la cabeza en medio de la plaza, se coloquen los cuartos en los caminos públicos, de donde nadie pueda quitarlos pena de la vida. Después de arreglado por el rey este ceremonial, se escapa el príncipe de la cárcel; los grandes instan al rey en su favor, y este por no quedar sin sucesion todo lo olvida, le perdona con imprevista clemencia, y le hace jurar como heredero legítimo del trono: *ægri somnia.*

1580.

144. «Tragedia de El Príncipe tirano. Esta tragedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en la huerta de doña Elvira, etc.» Esta pieza es una segunda parte de la anterior; en ella se abandonó el autor á todo género de estravíos; el carácter del príncipe es uno de aquellos que no existiendo en la naturaleza, no son admisibles en el teatro. «Los retratos del vicio (dice Montiano »hablando de este personaje fantástico) han de ser adap»tables á lo que se ve, á lo que se oye, ó á lo que puede »haberse leido; porque si trascienden de estos límites co»nocidos y trillados, todo lo que se arrima al esceso ó á »la ponderacion hace perder la justa medida que requiere »la fábula en sí y en cualquiera de sus partes para ser pro»porcionada á las respectivas pasiones de lástima y terror, »sin cuyos requisitos corre aventurada la tragedia, y es»puesta á que se malogre su fin, engendrando en lugar de »aquellos afectos incredulidad é indiferencia, que son los »contrarios que mas la destruyen.» La aparicion del reino de Colcos es uno de los delirios mas absurdos en que pudo incurrir el autor, usurpando esta ficcion á la poesía lírica y aplicándola al teatro, en donde nada se sufre que sea imposible de suceder. Si en otras piezas de Juan de la Cueva suele hallarse entre muchos defectos alguna cosa digna de elogio, en la presente todo está mal imaginado, mal combinado y mal escrito. Adviértase que en Colcos se usaban *pajes, contadores, maestresalas, secretarios* y *letrados:* al rey se le daba el título de *majestad;* se celebraban *cortes* cuando convenia, y en palacio habia *besamanos.* ¿Por qué habia de respetar la historia el poeta que atropelló con todo lo demás?

1580.

145. «Comedia de El Viejo enamorado. Esta comedia representó Pedro de Saldaña la primera vez en Sevilla en el corral de don Juan..... Es comedia digna de mucha memoria, considerada la moralidad de ella, etc.» Las primeras escenas de esta comedia anuncian una fábula regular, pero antes de acabarse la primera jornada ya se echa de ver que el autor perdió el tino, y acudió al acostumbrado registro de sus nigromantes, furias, deidades y fantasmas alegóricas, encantos, vuelos, trasformaciones, hundimientos y cuantos desatinos de este género pudo sugerirle su destemplada fantasía. Las desigualdades y estravíos del estilo corresponden perfectamente a la irregularidad de la pieza.

1580.

146. Cristóbal de Virués. «Tragedia de Atila furioso.» Se divide en tres jornadas. La reina, mujer de Atila, perdida de amores por Flaminia (dama del rey en traje varonil con nombre de Flaminio); Gerardo, amante de la reina; otra reina prisionera, llamada Celia, de quien Atila se enamora; Flaminia, que trata de perder á la reina mujer de Atila para casarse con él después; diálogos de amor y situaciones cómicas, ronda nocturna, balcon y escondites. Atila, avisado por Flaminia, sorprende á la reina en un mal paso, y á ella y á Gerardo los mata, casándose inmediatamente con Celia su prisionera; Flaminia celosa da un veneno al rey que le vuelve loco, y en sus primeros furores mata a Celia su nueva esposa; sale frenético á la escena, ahoga a Flaminia, y él cae muerto. De estas situaciones y afectos se forma el complicado enredo de esta fabula, que ni es comedia, no obstante las muchas ridiculeces que contiene, ni es tragedia, aunque en el curso de ella perecen unas cincuenta y seis personas, sin contar en este número la tripulacion de una galera quemada, de la cual no se dice cuántos individuos iban en ella. El caracter de Atila es de aquello que no se ve jamás: al capitán y tripulacion de una galera apresada por los suyos los manda meter en otra galera, y que le peguen fuego en medio del rio para que sirva de diversion al pueblo; á un gobernador de Ratisbona, que habia sido *visitador de Nuremberga,* le manda ahorcar de una almena; a tres hermanos que habian hallado medio de sacar á su padre de la cárcel, donde hacia seis años que estaba por no poder pagar *seis mil ducados* que debia á la *real cámara,* los manda descuartizar; á un embajador romano que le habia hablado con poco respeto le manda cortar las orejas y las narices, y á unas cuarenta y cinco mujeres que se habian defendido en un fuerte hasta que el hambre les obligó á rendirse, las manda atar de dos en dos y ponerlas en lo alto de una torre para que se mueran allí de necesidad. Presentándole á Guillermo, rey de Esclavonia, vencido y prisionero, Atila, deseoso de que muera como corresponde a su alta dignidad, manda que le echen á los leones; Guillermo le pide misericordia, pero inútilmente, y el alcaide le conduce á la leonera. A estos rasgos de brutalidad y á los ridículos é indecentes amores de la reina, de Flaminia, de Gerardo y de Atila, sigue la furia de este, que á Montiano pareció que está pintada con viveza y naturalidad, siendo á mi entender lo mas necio de todo. El que entienda el arte podrá decir si los siguientes versos, declamados en el teatro, no son mas á propósito para escitar la risa de los oyentes, que para inspirarles maravilla y terror.

Formados escuadrones representen
Al enemigo la batalla, y talen
El campo todo donde están las naves,
Y la caballería en tropas trote
Por el inmenso globo de la luna.....
Mis entrañas son fuego del infierno,
El vino es el amor de nuestras bodas,
La dulce copa ya no es copa, es capa,
Es-capa-se del alma y del infierno,
Y del fuego, y de amor, y de la boda.....
Armas son esas para mí ridículas;
¿Víboras me arrojais, culebras y áspides?
Con el aliento solo yo consúmolas.
Ministros fuertes de mi esfuerzo y ánimo,
Capitanes, soldados, armas, máquinas,
Militares, bravísimos ejércitos,
Antrófagos, lestrigones y ciclopes

Mundos, infiernos, manos mias sólidas
Mas que diamantes, y mas fuertes y ásperas,
Dadme aquí montes de pesantes pórfidos
Con que sepulte estos gigantes pérfidos.
Viértase, corra la sangre,
No quede persona viva,
Todos mueran, nadie viva,
Todo el mundo se desangre.

No dude el lector que en trescientos cincuenta versos que recita el furibundo Atila, hallará iguales ó mayores disparates que los que acaban de citarse.

1581.

147. Juan de la Cueva. «Comedia de La libertad de Roma por Mucio Scévola. Esta farsa representó Alonso de Capilla, ingenioso representante, en las Atarazanas en Sevilla etc.» De cuatro jornadas que tiene esta comedia sobran las tres; por consiguiente la aparicion del dios Quirino, las furias, el desafío de Espurio y Bruto, la operacion de cortar á Sulpicio, *coram populo*, las orejas, una mano y las narices, su muerte, la quema de su cuerpo (que se hace en el teatro), la conservacion de sus cenizas en una urna de oro, los viajes del rey Tarquino y aun su existencia, todo es inútil. Mucio Scévola, protagonista de la fábula, no aparece hasta la cuarta jornada, y en ella se precipita la accion y se concluye. El estilo unas veces toca en gigantesco y ampuloso, y otras en prosáico, desaliñado y ridículo.

1581.

148. Cristóbal de Virués. «Tragedia, La infeliz Marcela.» Está dividida en tres partes, que así llamó el autor á las jornadas. *Parte primera.* Una tempestad hace varar en la costa de Galicia el navío en que iba Marcela, prometida esposa del príncipe Landino; saltan en tierra Marcela, el conde Alarico, Tersilo su amigo é Ismeno; este por órden de Alarico, va á Compostela á buscar un coche para llevar á la princesa, la cual se queda dormida en unos peñascos. Entre tanto apartándose á un lado Alarico dice á Tersilo que está enamorado de Marcela, y que espera que en aquella ocasion le ayude; Tersilo le reprende su mal proceder, sacan las espadas y queda Tersilo herido de muerte; al ruido despierta Marcela, huye, y Alarico va detrás de ella. Tersilo en vez de quejarse de sus heridas, se pone á recitar una jácara moral de mas de cien versos, llena de metáforas ingeniosas y reflexiones profundas; llega Ismeno su hermano que trae un carro para llevar á Marcela, halla á Tersilo moribundo, y le conduce al carro, prometiéndole el herido que por el camino le contará todo el suceso; sale Alarico persiguiendo todavía á la princesa, con la cual hubiera logrado su dañada intencion, si las voces de los salteadores de aquel monte no se lo estorbaran; suelta á Marcela, y huye; los salteadores corren tras de él; Formio, capitán de todos ellos, llama á Felina (mujer perdida que vive con él), le encarga que cuide de Marcela, y se va con los demás en busca del conde fugitivo; quedan solas Marcela y Felina, y esta al ver las galas de la princesa se alegra infinito, y dice:

FELINA.
Muy á mi gusto ha venido
La presa esta vez á fe;
Con ella renovaré
Este mi viejo vestido;
Y de joyas y dinero,
¿Cómo va la bolsa, dama?
Conforme la gala llama,
En gran cantidad le espero.

MARCELA.
Solo lo que ves, amiga,
Es lo que pude sacar
De una tormenta del mar
Con harta pena y fatiga.

FELINA.
Esa es muy grande mentira,
Y yo sé que de ella habré
Mas de dos joyas á fe.

MARCELA.
Toda me busca y me mira.

FELINA.
Ahora bien, en mi presencia
Se desnude en carnes luego,
Que esotro buscar es juego.
Ea, dama, diligencia.
Quite la ropa y no crea
Que es donaire el desnudar,
Que no me he de contentar
Hasta que en carnes la vea.

Después de este dialogo, poco digno de Melpómene, sale muy á propósito Oronte, señor de un castillo que está en aquellas montañas; Marcela le pide proteccion, y él llevándosela consigo, amenaza á Felina y a los salteadores que viven con ella; los incidentes de esta primera parte son imitacion del episodio de Isabela, que se halla en el canto XIII del *Orlando* de Ariosto. *Parte segunda.* Landino, seguido de unos criados, se lamenta en tercetos elegantes de la tardanza de Marcela; los criados le determinan á que se vuelva á la ciudad, y al retirarse les advierten unos pastores el camino que han de llevar para no encontrarse con los salteadores que andan por aquellas asperezas; después de una escena inútil de los pastores, vienen los ladrones que traen atado al conde Alarico, y dicen:

FORMIO.
Por cierto muy buen galán:
Dejar la dama y huir.

FRACASO.
Digo que puede servir
La hija del Preste Juan.

BRANDO.
Si le ha de servir huyendo,
Nadie en el mundo mejor.

ZAMBO.
Y podrá alcanzar su amor,
Si le ha de alcanzar corriendo.

RUMBO.
¡Oh hideputa el hidalgo,
Y qué lijero es de piés!

TRINCO.
Cierto, gran lástima es
Que el señor no sea galgo.

Acabadas estas necedades, Formio encarga á los pastores que les lleven la comida por la boca de la cueva que cae al mar; promete á Felina que traera preso á Oronte, y la deja en compañía de Alarico; este le cuenta que es conde y muy favorecido del príncipe Landino, con el cual hizo un viaje á Inglaterra, en donde el príncipe se casó con Marcela, hija del rey inglés; que Landino hubo de volverse á España á combatir con los moros, y que habiéndolos vencido le envió á él para que trajese á la princesa; que á su vuelta tuvieron una gran tempestad, y en esto llega Formio trayendo presos a Oronte y Marcela. Después de una escena inútil, quedándose a solas con ella (y escuchando Felina escondida) hace Formio á la princesa una declaracion amorosa: ella le llama *fiero monstruo* y *fiera dura*, y él á ella *loca altiva*, *arrogante*, *bárbara*, *indiscreta* é *ingrata*; Felina en un monólogo resuelve envenenar á Formio con una rosquilla ó mazapan para entregarse después á Alarico, de quien esta perdidamente enamorada; sale este, ella le pregunta si querrá pagarle el cariño que le tiene, él se lo promete y se dan la mano de amigos. Formio, que lo ha visto todo, se desespera, y en otro monólogo (ni mas ni menos que el anterior de Felina) se propone darle veneno, con la diferencia de que no será en mazapan, sino en un frasco de agua fria; los pastores determinan ir á Compostela a dar aviso al príncipe de que Marcela está en poder de los

salteadores. *Parte tercera.* Diálogos inútiles entre Formio y su gente; queda solo, y dice que ya tiene prevenido el tósigo para Felina; llega esta, le dice amores, saca la rosquilla emponzoñada y le insta á que se le coma; él por su parte le convida á beber del frasco, altercan sobre ello, y por último ni ella bebe ni él come, y lo dejan para mejor ocasion. Sigue un soliloquio del pastor Montano; el príncipe Landino, acompañado de criados y pastores, determina asaltar la cueva en que se recogen los bandidos. Otro soliloquio de Formio, que trae el frasco de agua envenenada, y al irse le deja á un lado; halla á Marcela, y le presenta la fatal rosquilla que le dió Felina, exhortandola á que se la coma, y añade:

Que es cordial medicina
Para el triste corazon.

Quedando sola Marcela, empieza á comerse la rosquilla; ve el frasco, se echa unos cuantos tragos, y con este motivo trae a la memoria aquel tiempo dichoso, en que

Una dama de este lado
Y otra de estotro tenia,
Cuando en mi estrado queria
Beber, comiendo un bocado.
Que el menino, que la dueña,
Que el mayordomo acudia
A cuanto yo apetecia
Haciendo sola una seña.
Que con tanta reverencia
Le traian a Marcela
Con el agua de canela
Las conservas de Valencia.

Hechas estas consideraciones, apurada la rosquilla y bebida la pócima del frasco, le da un sueño profundo del cual no vuelve la desventurada princesa. Suena dentro gran rumor de pelea, y es el caso que el príncipe Landino con los que le acompañaban ha vencido y muerto a cuantos habia en la cueva, esto es, Alarico, Felina, Oronte, Formio, Fracaso, Brando, Trinco, Zambo y Rumbo, y otros ladrones anónimos, añadiéndose á tantas muertes la de Marcela, cuyo cadaver se lleva el príncipe para darle honrada sepultura. Esta composicion no es una tragedia, es una novela en diálogo escrita en versos buenos y malos, heróicos y ridículos; personajes inútiles, episodios inconexos, ripio y distracciones continuas, y el *agua de canela*, y la *rosquilla*, y las *conservas*, la *dueña*, el *menino*, el *mayordomo*, el *Preste Juan*, y el *hidalgo*, y el *galgo*, y el *hideputa*.

1581.

149. «Tragedia de Elisa Dido.» Está dividida en cinco actos. *Acto primero.* Dido, acompañada de senadores y grandes de Cartago, da respuesta en el templo de Júpiter a Abenamida, embajador de Yarbas, prometiéndole que se casará con el rey su amo. Ido el embajador se disputa á presencia de la reina sobre si es acertada ó no su resolucion; Fenicio y Falerio la aprueban, Carquedonio y Seleuco la contradicen; estos últimos, enamorados ambos de Dido, quieren estorbar su casamiento con Yarbas; pero Seleuco, mas tímido que el otro, nada resuelve. Delbora, prisionera en Cartago, pregunta á Ismeria los sucesos de Dido, y ella en ciento diez y siete versos le refiere la muerte de Siqueo por Pigmalion, el sueño de Dido en que se le apareció su esposo, le aconsejó que huyese con sus riquezas, etc. Carquedonio interrumpe la narracion, y se queja con Ismeria de lo mal que la reina paga el amor que le tiene; ruega á Ismeria que interceda por él, y ella promete hacerlo; concluye el acto con el coro. *Acto segundo.* Seleuco determina declarar su amor á la reina; Ismeria (que está enamorada de él) le pregunta la causa de sus melancolías, y él despues de varios rodeos le dice haber sido fingido el cariño que hasta entonces le habia manifestado, que está prendado de la reina, y ruega á Ismeria que le mate en castigo de su perfidia, pero ella no quiere matarle, y se va desesperada. Delbora declara en un soliloquio que está enamorada de Carquedonio, al cual parece que se lo ha dicho ya algunas veces, pero sin fruto, y trae después á la memoria como la hizo prisionera, le ofreció libertad y ella la rehusó, y como por último vino á Cartago. Después hablando con Ismeria vuelve a sacar la conversacion de Dido, y la otra, sin hacerse mucho de rogar, le cuenta lo que Dido respondió á su esposo cuando le vió en sueños. Carquedonio las interrumpe, y quedándose á solas con Delbora le insta ella á que declare el pesar que su semblante manifiesta, y él la desengaña, diciéndole que no puede corresponderle, porque está enamorado de Dido, y con este motivo le refiere parte de la historia de aquella reina, empezándola precisamente en el punto en que Ismeria la dejó. Delbora le oye hasta que él mismo se cansa de hablar y se despide; acaba el acto con el coro, que pondera en cultos versos los peligros de amor.

¡Oh míseros mortales,
Que seguis del amor el bando injusto,
Por infinitos males
Pasando, tras un breve y falso gusto!
¿Dónde vais tras un ciego
Sino á dar una mísera caida?
¿A qué dulce sosiego
Quien vuela alado, tristes, os convida?
¿Qué premio soberano
Esperais de un desnudo y de un tirano?
Insufribles tormentos
Los premios son que el fiero amor reparte;
Mil varios descontentos
Son los sosiegos de que os hace parte;
Siguiéndole es muy cierto
Ir do no hay quien levantarse pueda
Sin quedar preso ó muerto;
Y al que menos mal que esto le suceda
Será virtud divina,
Que solo contra amor es medicina.
El favor empleando
De virtud fuerte, fuertemente armada,
Huid del fiero bando
De esta furia infernal, que disfrazada
En blando niño afable,
Tras sus falsos halagos y dulzuras,
Con vida miserable,
Con amargas y tristes desventuras,
Duramente persigue
Al desdichado que su bando sigue.
Virtud divina emplee,
Pidiendo al cielo su favor de veras,
Quien arrastrar se vee
Tras las falsas divisas y banderas
Del falso amor tirano,
Si verse libre de su imperio quiere;
Que no menos que mano
De tal virtud importa y se requiere,
Segun es de gigante
La fuerza del desnudo y tierno infante;
Solo virtud divina
Al fiero mal de amor es medicina.

Acto tercero. Abenamida vuelve del campo de Yarbas, y presenta en nombre de este á la reina una espada, una corona y un anillo; admite Dido agradecida estas dádivas, y quedando á solas con Ismeria, recuerda las memorias de Siqueo. Ismeria en un monólogo dice que la noche anterior la luna estaba sangrienta, que se apareció un cometa y tembló la tierra; ruega á los dioses que aparten de Cartago la desgracia que aquellos prodigios anuncian; viene Delbora, y sin aguardar Ismeria á que la otra se lo suplique, vuelve á tomar el hilo de la historia comenzada, y le refiere como la reina huyó de Tiro con sus riquezas. Pirro corta la relacion y les dice que Carquedonio y Seleuco, seguidos de varias tropas, han embestido los reales de Yarbas, donde se ha trabado gran pelea,

No pude al llanto detener el freno,
Que á pesar mio, sin saber lo que era,
Me vi el marchito rostro de agua lleno,
Ofreciendo á mis ojos la ribera
Y el monte donde el grande Carlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,
Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de envidia de su gloria,
Airado entonces mas que nunca estuvo.
Y estas cosas volviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron a los ojos,
Forzadas de desgracia tan notoria;
Pero si el alto cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos,
Cuando me vea en mas feliz estado,
O si la suerte ó si el favor me ayuda,
A verme ante Filipo arrodillado,
Mi temerosa lengua cuasi muda
Pienso mover en la real presencia,
De adulacion y de mentir desnuda,
Diciendo: alto señor, cuya potencia
Sujetas trae las bárbaras naciones
Al desabrido yugo de obediencia...
Todos de allá, cual yo, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,
Poderoso señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos que estan siempre llorando;
Y pues te deja agora la discordia,
Que tanto te ha oprimido y fatigado,
Y á mas andar te sigue la concordia,
Haz, buen rey, que por ti sea acabado
Lo que con tanta audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.
Con solo ver que vas pondrás espanto
A la bárbara gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.

Sobreviene otro cautivo, y en una relacion de cerca de doscientos versos les cuenta el martirio que acaban de dar los moros a un clérigo valenciano. *Jornada segunda.* Izuf encarga á Aurelio que se vea con una hermosa esclava española llamada Silvia, y que le persuada á que sea menos esquiva con él; Aurelio disimula, y se encarga de hacerlo así. Saca el pregonero a la plaza dos muchachos llamados Juan y Francisco, juntamente con su padre y su madre; los pregona, los vende á dos mercaderes, y despidiéndose de sus padres se va cada uno de ellos con su amo. *Jornada tercera.* Procura Izuf vencer con halagos y promesas el desdén de Silvia presentándosela á su mujer Zara, y esta quedando á solas con ella le refiere como está enamorada de Aurelio, y le ruega que sea medianera en sus amores. *Jornada cuarta.* Pedro Alvarez, que al principio de la fábula estaba regalado y contento con su suerte, ha resuelto escaparse y encaminarse á Orán: con esta determinacion se despide de su camarada Saavedra. Ignorábase que Fatima fuese hechicera, pero en efecto lo es, y hace un conjuro en favor de su amiga Zara para que Aurelio le corresponda; luego que ha dicho estos versos, que deben de ser muy eficaces para el caso,

Rápida, ronca, run, ras, parisforme,
Grandura, dencliraz, pantasilonte,

sale una Furia, y le dice que la indiferencia de Aurelio solo la podrán vencer la Necesidad y la Ocasion. Fátima le manda que se las envie cuanto antes y tratará con ellas lo que debe hacerse. Se ven a solas Aurelio y Silvia, y hallandose ella solicitada de Izuf y él de Zara, acuerdan lisonjear con alguna esperanza al moro y á la mora en tanto que escriben á España para solicitar su rescate. Pedro Alvarez, fatigado, roto y hambriento, va caminando a Orán; échase á dormir a la sombra de unas matas, y cuando despierta se halla con un leon a su lado que le está haciendo compañia; levantase lleno de miedo, sigue andando, y el leon se va detras de él como un perrito. *Jornada quinta.* Alvarez prosigue su viaje en compañía del leon, y se halla felizmente muy cerca de Orán; la Necesidad y la Ocasion, invisibles á Aurelio, le van persuadiendo á que coresponda agradecido al amor de Zara, pero sin saber por qué le dejan solo, y no lo aciertan, porque entonces cobra él todo su esfuerzo, y se propone no ceder jamas á las instancias de la mora. El muchacho Juan sale vestido de turco, muy contento de serlo y de que ya no se llama Juanito sino Soliman; su hermano Francisco se horroriza, y Aurelio lamenta la suerte de los niños cristianos que viven en poder de moros. Silvia y Aurelio se encuentran, se dan un abrazo, y Zara é Izuf los sorprenden; Zara acusa á la esclava, Izuf al esclavo, y ellos se disculpan de mala manera. El rey de Arjel en audiencia pública manda á Izuf que le entregue al cautivo y a la cautiva que tiene en su poder; él lo repugna mucho, y el rey dispone que le lleven de allí y le harten de palos; traen á su presencia á un malagueño que se habia escapado, y el rey dice:

¡Oh tú, rajá Caud, dalde seiscientos
Palos en las espaldas, muy bien dados,
Y luego le dareis otros quinientos
En la barriga y en los piés cansados.

Y responde el malagueño:

¿Tan sin ley ni razon tantos tormentos
Tienes para el que huye aparejados?

Y añade el rey:

Chito. Chifuz, Breguede, al punto atalde,
Abrilde, desollalde y aun matalde.

Decretadas estas palizas, se presentan Silvia y Aurelio; el rey les indica el rescate que han de enviarle desde España, y les concede libertad bajo su palabra; dan aviso de que ha llegado un navío, y en él fray Juan Gil, religioso trinitario que viene á rescatar; los cautivos regocijados en estremo dan gracias á la Virgen por su infinita misericordia.

Esta comedia es un drama episódico, en el cual si se quiere decir que hay una accion, solo puede hallarse en los amores pareados y simétricos del renegado Izuf y su mujer Zara, que solicitan á Silvia y Aurelio; sirviendo de atropellado desenlace la paliza de Izuf. Lo restante todo es personajes y situaciones sueltas sin enlace ni composicion dramatica; los conjuros de Fátima, la Furia, la Ocasion y la Necesidad, y el leon que sirve de escudero á Pedro Alvarez, son desatinos imperdonables; el estilo, que a veces tiene algun decoro y correccion, es en general desaliñado y prosáico.

1582.

156. Joaquin Romero de Cepeda. «Comedia Selvaje» (en cuatro jornadas), en la cual por muy delicado estilo y artificio se descubre lo que de las alcahuetas á las honestas doncellas se les sigue, en el proceso de lo cual se hallaran muchos avisos y sentencias. «Por Joaquin Romero de Cepeda. Sevilla, 1582.» En la primera y segunda jornada no hizo el autor otra cosa que estractar en versos fáciles (y no desnudos de elegancia) los cuatro primeros actos de la *Celestina*. En la tercera jornada apartándose de aquel escelente original, atropelló los incidentes, añadiendo no pocas estravagancias. Lucrecia, acompañada de la vieja alcahueta Gabrina, abandona la casa de sus padres y se va a la de Anacreo, su amante; los padres de Lucrecia echándola menos van á casa de Gabrina con la justicia, y de allí á la de Anacreo, pero este y Lucrecia han huido descolgándose por una ventana. Presos Gabrina y el criado Rosio, los llevan á la plaza; allí aparece la horca á vista del auditorio, suben al reo y le cuelgan; á Gabrina la empluman, le ponen una coroza, y sentándola en la escalera del suplicio queda abandonada á merced de los

bachos, que á porfía le tiran brevas, berengenas y ..ites, le remesan los pelos y le dan puñadas; hecho dice el juez:

Quiten luego á esa mujer,
Y entierren al ahorcado.

..la cuarta jornada sale por un monte Lucrecia con .. y saetas, y llora la mala ventura de sus amores; ..ego que se retira sale por otro lado Anacreo lamen..ose igualmente de la desdicha en que se ve. Salen ..ués Albina y Arnaldo, padres de Lucrecia, vestidos ..peregrinos, en busca de su hija; descansan un rato de ..tiga del camino, y al querer proseguirle los sorpren..dos ladrones llamados Tarisio y Troco; el viejo Ar..o quiere defenderse, y muere á sus manos; sobreviene ..ido Anacreo, y mata á Tarisio; su compañero Troco ..a huyendo; sigue el reconocimiento de Anacreo y Al.., y cuando tratan de enterrar el cadaver de Arnaldo, ..en dos salvajes entre los cuales se ve á Anacreo en ..cho peligro de perder la vida; pero Lucrecia, que se ..rece muy oportunamente, dispara una flecha y cae ..rto uno de los salvajes. Anacreo en tanto consigue ..ar al segundo; la madre y el amante sin reconocer á ..recia le agradecen el socorro que les ha dado; ella al ..se descubre, y con el regocijo de los tres acaba la fá... Composicion romancesca, mal ordenada y llena de ..rosimilitud. Existe un ejemplar en la libreria del con..to de Santa Catalina de los domínicos de Barcelona (39).

1583.

57. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. «Tragedia de ..mancia.» Véase la lista de los interlocutores de esta ..za: Escipion, Yugurta, Cayo Mario, embajador pri..ro, embajador segundo, soldado primero, soldado se..ndo, Quinto Fabio, España, el rio Duero, Teógenes, su ..jer, un hijo suyo, Corabino, numantino primero, nu..ntino segundo, numantino tercero, numantino cuarto, ..rquino, Morandro, Leoncio, sacerdote primero, sacer..e segundo, uno del pueblo, Milvio, un cuerpo muerto, ..a, mujer primera, mujer segunda, mujer tercera, ..madre, un hijo, un hermano, la Guerra, la Enferme..l, el Hambre, Viriato, Servio, Emilio, la Fama.» Está ..idida la obra en cuatro jornadas, escrita en tercetos, ..avas, redondillas y verso suelto. *Jornada primera.* Es..ion reprende á sus soldados la vida regalada, lasciva ..glotona que traen, advirtiendo con sobrada razon y po..simo decoro trágico,

Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.

A estos vicios atribuye el no haberse ganado á Numan.. después de diez y seis años de guerra: manda que se ..gan del campo las meretrices, que se reformen las ..cinas y se destierre todo regalo y blandura. Dos emba..lores numantinos proponen á Escipion paz y amistad, ..ro él se niega á cuanto no sea entregarse a discrecion; ..pone que se cerque a Numancia con grandes fosos, y ..la escena siguiente ya está concluida toda la obra. Es..ña, viendo rodeados á los numantinos con trincheras ..fosos profundos, esceptuando solo la orilla del Duero, ..bla con el rio invocándole en los siguientes versos, que ..n de los mejores de toda la pieza:

Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansi en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro como el Tajo ameno,
Y ansi las ninfas fugitivas sueltas,
De que esta el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus ondas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras;
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oido, ó que á escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas.
Si tú con tus continuos movimientos
De estos fieros romanos no me vengas,
Cerrado veo ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

El Duero (acompañado de tres muchachos que son otros tantos riachuelos que desaguan en él) anuncia á España que la ruina de Numancia es infalible, pero que su gloria sera inmortal, y en los siglos futuros Atila, Borbon y el duque de Alba la vengarán de Roma. Añade tambien que los reyes de España adquirirán el dictado de Católicos y que en tiempo de un rey llamado Felipe II *(sin segundo)*, *el jiron lusitano, que se cortó de los vestidos de Castilla, ha de zurcirse de nuevo y unirse á su estado. Jornada segunda.* En una asamblea de numantinos se resuelve que Corabino salga á desafiar a cualquier romano que se atreva á combatir con él, pactando primero, que si Corabino vence, los romanos levantarán el sitio, y si él queda vencido se entregará la ciudad; proposicion muy imprudente y poco numantina. Resuelven tambien que se hagan sacrificios á Júpiter, y que el mago Marquino por medio de sus hechizos y conjuros averigüe los hados de Numancia. Leoncio reprende á Morandro viéndole muy enamorado de Lira en tiempo de tanta calamidad, y en efecto Leoncio tiene sobrada razon. Se empieza el solemne sacrificio con tristes agüeros; la llama arde mal, se ven aguilas en el aire que persiguen a otras aves, las acosan y las cercan; suena ruido subterráneo; cruza una centella por el templo y al ir á degollar la victima sale un demonio, se la lleva y trastorna de paso las aras y utensilios. Después de un dialogo inútil entre Leoncio y Morandro, sale Marquino, y hace sus conjuros sobre una sepultura, invocando á los ministros infernales, llamandolos *canalla vil*, y á Pluton *cornudo;* echa de sí la sepultura un cuerpo muerto, al cual hace hablar el nigromante á fuerza de aspersiones y latigazos; el muerto anuncia la ruina que amenaza á la ciudad, y Marquino desesperado al oirle se arroja con él a la sepultura, quedando enterrados los dos. *Jornada tercera.* Corabino desde el muro de Numancia propone el desafío de que ya se ha hecho mencion; pero Escipion no asiente á ello, y le vuelve la espalda. Corabino, irritado de aquel desprecio, se desahoga en injurias contra los romanos llamándolos *cobardes*, *pérfidos*, *tiranos*, *villanos*, *fementidos*, *ingratos*, *feroces*, *revoltosos*, *desleales*, *crueles*, *mal nacidos*, *codiciosos*, *infames*, *pertinaces*, *adúlteros*, *canalla y liebres*. Teógenes quiere asaltar los atrincheramientos, pero las mujeres con sus reflexiones y lágrimas se lo estorban; resuélvese quemar en la plaza todo lo mas precioso que cada uno tenga, descuartizar los romanos que están prisioneros, é írselos comiendo. Morandro, siempre lleno de amor, requiebra á Lira, y ella le dice que se está muriendo de hambre y es imposible que viva una hora segun lo desfallecida que se siente; él determina escalar aquella noche las trincheras del enemigo para traerle algo que cenar, y su amigo Leoncio se ofrece á acompañarle. Dos numantinos refieren que en la hoguera de la plaza (cuyas llamas suben *hasta la cuarta esfera)* se están quemando todas las riquezas de la ciudad; dicen tambien que se ha mandado quitar la vida á las mujeres y a los niños; sale una mujer con dos chiquillos que no cesan de pedirle pan, y ella se aflige sin poder hacerles entender que no le tiene ni sabe dónde hallarle. *Jornada cuarta.* Penetran en el acampamento de los romanos Morandro y Leoncio; este último queda muerto en la empresa, el otro vuelve a Numancia con un poco de bizcocho en una cestilla; se le presenta a Lira para que coma, y cae muerto de resultas de las muchas heridas que ha recibido. Un niño, hermano de Lira, sale cayéndose de hambre,

(39) Otra comedia hay con el mismo título de *Selvajia*, de que el autor ..tendria noticia; fué compuesta por Alonso de Villegas, cura de San ..arcos de Toledo.

dice que su padre y su madre acaban de morir, y él no teniendo ya fuerzas para mascar ni tragar el pan, espira a los piés de su hermana. Se presentan el Hambre, la Enfermedad y la Guerra: esta escita á las otras dos á que apresuren la total asolacion de Numancia, incidente inútil como los personajes de él. Teógenes lleva a su mujer, dos hijos y una hija al templo de Diana, y allí los mata; vase después á la plaza, y se tira á la hoguera; el humo que sale de Numancia y el silencio que se observa en ella determinan a Escipion á enviar esploradores que vuelven refiriendo la mortandad y ruina espantosa que han visto. De toda la poblacion solo queda un muchacho que aparece en lo alto de una torre; Escipion le promete vida y libertad, pero él desprecia sus ofrecimientos, y se tira de la torre al suelo; viene la Fama por el aire y elogia la heroicidad de Numancia.

La eleccion de argumento en esta pieza es poco feliz: la destruccion de una ciudad con la de todos sus habitantes presta materia á la narracion épica, pero no es para el teatro. En él no se deben presentar como objeto primario las empresas militares, sino las acciones y afectos heróicos; en toda fábula escénica se promueve el interés concentrándole; si se divide se debilita. Cervantes creyó producir mayor efecto trágico poniendo á la vista muchas situaciones de calamidad y afliccion, y no advirtió que resultaria necesariamente una accion episódica, dispersa y menuda. Los personajes fantásticos que introdujo lo acaban de echar á perder.

Si es contraria esta opinion á la que formaron de esta pieza los alemanes Bouterwek y Schlegel, puede considerarse cuál habrá sido mi sentimiento no pudiendo suscribir a los elogios que de ella hicieron aquellos doctos críticos; resulta necesaria de la absoluta imposibilidad de conciliar sus principios con los mios acerca de la composicion dramática.

1584.

158. « Comedia de la batalla naval. » Nada se sabe de esta obra sino el título. Si el argumento que desempeñó el poeta fuese (como parece muy probable) la célebre victoria naval de Lepanto, es de inferir que nuestra literatura no habrá perdido nada en perderla; la escribió en tres jornadas.

1584.

159. «Comedia de la gran Turquesca.» Cervantes la citó; nadie la ha visto hasta ahora, y no es posible conjeturar lo que seria.

1584.

160. « Comedia de la Jerusalen. » Habiendo escrito el mismo autor un drama trágico del sitio y ruina espantosa de Numancia, no seria mucho que hubiese caido en el error de poner en accion teatral la destruccion de Jerusalen por Tito, ó que fuese argumento de esta comedia la conquista de aquella ciudad por los cruzados. A estas conjeturas da lugar la falta de noticias que tenemos acerca de esta composicion dramática.

1585.

161. Lupercio Leonardo de Argensola. «Tragedia de la Isabela.» Se divide en tres jornadas; está escrita en octavas, verso suelto, quintillas, tercetos y estrofas líricas; la Fama hace el prólogo. *Jornada primera.* Alboacen, rey moro de Zaragoza, enamorado de Isabela, doncella cristiana, manda salir desterrados á todos los cristianos, creyendo por este medio humillarla y atraerla á su voluntad. Muley, amante favorecido de la misma doncella (que acaba de recibir el bautismo en el campo enemigo), se propone dilatar la ejecucion del decreto, y facilitar entre tanto los medios convenientes para que el rey don Pedro se apodere de Zaragoza. El viejo Audalla en un monólogo da parte al auditorio de que él tambien está enamorado de Isabela, y luego que lo ha dicho se va. Sospechoso el rey de la conducta de Muley hace que le prendan. *Jornada segunda.* Lamberto y Engracia, padres de Isabela, su hermana y muchos cristianos vienen á pedirle que interceda por ellos con el rey. Véanse (prescindiendo de la poca delicadeza del padre de Isabela) las prendas del lenguaje, estilo y armonía que embellecen esta situacion.

ISABELA.

¡Oh padres, á quien debo reverencia!
¡Oh santa perseguida compañía,
Postrada sin razon en mi presencia,
Espectáculo triste de este dia!
¿De qué manera puedo dar audiencia
(Ni quien seso tuviese la daria)
Viendo vuestros aspectos venerados
A mis indignos piés así postrados?
Las rodillas alzad del duro suelo,
O revolved los ojos hechos ríos
Al sumo plasmador de tierra y cielo,
Y dirigid allá los votos pios,
Y pues que mis entrañas no son hielo,
Ni los hircanos tigres padres mios,
Probad á conquistar otra dureza
Con estos aparatos de tristeza.
Que yo sin espectáculo presente,
Cuando fuese mi muerte necesaria,
Padeceré las penas obediente.
¡Obediente! ¿qué dije? voluntaria;
Y por el bien comun de nuestra gente
Y daño de la pérfida contraria,
Una muerte, mil muertes, y si puedo
Muchas mas pasaré sin algun miedo.

LAMBERTO.

Pues oye. Bien sabemos cuán rendido
En amorosas llamas al rey tienes,
Y cuán desesperado y ofendido
Con tus castas repulsas y desdenes;
Pero si tú con un amor fingido
Sus locos pensamientos entretienes,
Y cebas la esperanza lisonjera,
Al yugo volverá la cerviz fiera.
Así que, con hacer lo que te digo,
Queda la voluntad del rey por tuya:
Harás que no prosiga su castigo
Ni de la dulce patria nos escluya.
Puedes así vencer al enemigo,
O darnos ocasion que se atribuya
A sola tu dureza nuestra pena,
Y digan : Isabela nos condena.
Al rey por cierto tiempo fingir puedes
Precisa castidad tener votada,
Y que cuando del voto libre quedes
La prenda le darás tan deseada.
En este medio tiende astutas redes,
Suspiros, llantos, vistas regaladas,
Palabras tiernas, cebo de estas cosas,
Y lágrimas, si puedes, amorosas.
Si ves la perdicion de los cristianos
No basta, que bastar sola debia,
Ni la muerte crüel de tus hermanos,
La de tu vieja madre, ni la mia;
Por el que puso en cruz las santas manos
(Hijo del Padre Eterno y de María),
Te conjuro, te ruego, pido y mando
Que muestres á mis ruegos pecho blando.

ENGRACIA.

¿Por qué dilatas tanto la respuesta?
¿Aguardas por ventura que te pida,
Besándote los piés y descompuesta,
Merced á voces de mi corta vida?
¿O gustas de mirar ante tí puesta
Esta mísera gente perseguida?
Di, que solemnidad del pueblo quieres,
Que tanto la respuesta nos difieres.
Mira que si salimos de los muros,
Por el segundo César fabricados
(A mas que no saldremos muy seguros
De ser todos ó muertos ó robados,
Porque jamás los bárbaros perjuros
Observan ley ni pactos concertados),
La sagrada ciudad queda desierta

Y nuestra religion en ella muerta.
El templo de la Vírgen quedaria,
Si no por los cimientos derribado,
A lo menos con vicios cada dia
De los odiosos moros profanado,
Y todo su tesoro se daria
En manos del sacrílego malvado,
Reliquias y devotos simulacros,
Todos los ornamentos al fin sacros.
Harán de las dalmáticas jaeces
A los fieros caballos andaluces,
Con las borlas pendientes, que mil veces
Acompañaron clérigos y luces,
Y para refirmar los piés soeces
El oro servirá de nuestras cruces,
Haciendo de él labradas estriberas
Quizá con las historias verdaderas.
¿Será posible pues que tú permitas,
Con daño de los tuyos infelices,
Que solas permanezcan las mezquitas,
Y que sus ignominias autorices?
Tú, tú de la ciudad sagrada quitas
La religion cristiana y sus raices;
Tu dura pertinacia nos destierra,
Y no la del tirano de la tierra.

ISABELA.

No mas, no mas, queridos padres, basta,
Si no quereis sin vida verme luego,
Que donde la razon así contrasta
Poca necesidad hay de tal ruego.
Yo pues con intencion sincera y casta
(Solo por procurar nuestro sosiego)
Al fiero rey daré de amor señales
Fingidas, si fingirse pueden tales.

LAMBERTO.

La bendicion de Dios omnipotente
Y la nuestra tambien recibe ahora;
Tu nombre se dilate y acreciente
En cuanto mira el cielo y el sol dora;
Y si es ya de creer que alguna gente
Debajo del ignoto polo mora,
Allá tus alabanzas se dilaten
Y con admiracion todos la traten.

ENGRACIA.

Estos maternos brazos lo primero
Recibe por señal de lo que siento,
Sírvante de collar, bien que grosero,
Pero lleno de amor y de contento;
Que en otro tiempo mas feliz espero,
Con mayor aparato y ornamento,
Mejorar estos dones, y tu cuello
Ceñirle del metal de tu cabello.

UN VIEJO.

Tus obras cantaremos escelentes,
Si bien á la desierta Libia vamos,
O bajo de la zona los ardientes
Y no sufribles rayos padezcamos;
Y nuestra sucesion y descendientes
Daran las mismas gracias que te damos;
Los niños con su lengua ternezuela
Repetirán el nombre de Isabela.

Después de esta afluencia épica, Adulce, moro valenciano, sale á contar á los árboles, en muy buenos versos, cómo habiendo venido á Zaragoza á pedir socorros para recuperar el trono que le han usurpado, se enamoró de la infanta Aja, hermana del rey, y que hace ya tres años que él se lamenta, y ella no le escucha.

Tres veces os he visto, verdes plantas,
De vuestras frescas hojas adornadas;
Tres veces descompuestas, y otras tantas
De flores y de frutos coronadas,
Después que la soberbia sobre cuantas
Han sido por hermosas celebradas,
Aja cruel (orígen de mi pena)
A mi dura cerviz puso cadena.

El rey se entristece viéndose precisado á quitar la vida á Muley, pero su confidente Audalla procura tranquilizarle, y le anima á que apresure la ejecucion. Isabela pide al rey que revoque el decreto de destierro contra los cristianos; el rey se disculpa diciéndole que ha consultado sobre ello á un santo alfaquí, del cual hace esta bella pintura:

Yo ví con apariencia manifiesta
Que no fué la respuesta por él mismo,
Mas por algun espíritu compuesta,
Como si alguna furia del abismo
Al sabio las entrañas le royera,
O como que le toma parasismo.
Con los mismos efectos y tal era
La presencia del viejo cuando vino
A darme la respuesta verdadera.
Andaba con furioso desatino
Torciéndose las manos arrugadas,
Los ojos vueltos de un color sanguino.
Las barbas, antes largas y peinadas,
Llevaba vedijosas y revueltas,
Como de fieras sierpes enroscadas.
Las tocas, que con mil nudosas vueltas
La cabeza prudente le ceñian,
Por este y aquel hombro lleva sueltas.
Las horrendas palabras parecian
Salir por una trompa resonante,
Y que los yertos labios no movian.
Si quieres que tu dios ¡oh rey! levante
La rigurosa diestra, dijo, mira
El medio que será solo bastante.

Isabela, oyendo decir al rey que la muerte de Muley está decretada, se ofrece á morir por su amante, lo cual solo sirve de irritar la cólera del rey, que la manda llevar á una prision. La infanta Aja sale á decir en un soliloquio que está enamorada de Muley, á quien el rey su hermano va á quitar la vida. Llega Adulce, y ella reconociendo cuán ingrata ha sido á su amor, le pide que liberte á Muley del peligro que le amenaza, y Adulce promete complacerla. *Jornada tercera.* El viejo Audalla, despreciado de Isabela, acelera su muerte y la de Muley; la hoguera en que han de ser quemados está ya dispuesta, ella le pide que le permita ver á sus padres y á su hermana; Audalla se lo concede, y se descubren tres cadáveres, que son los de Lamberto, Engracia y Ana, sobre los cuales hace Isabela estremos de dolor. Aja, desde un aposento de las torres del alcázar descubre á lo lejos el lugar del suplicio y el gentío que acude á ver morir á Muley é Isabela; todavía espera que Adulce cumplirá su palabra, pero sobreviene un nuncio y le refiere la muerte de los amantes. Aja desesperada premedita matar al rey. Azan y Zancala se cuentan el uno al otro la muerte de Audalla por haber sabido el rey que estaba enamorado de Isabela; Azan descubre la cabeza de Audalla destinada á ser pasto de los lebreles; Aja sale por un lado con un puñal y una luz en las manos, y por otra parte Selin, que le refiere cómo su señor Adulce acaba de matarse, no habiéndose atrevido á ser ingrato á los beneficios del rey, ni volver á la presencia de Aja sin haber cumplido lo que le prometió. Dicho esto presenta la cabeza de Adulce para que no dude la infanta de que su relacion es verdadera; ella en cambio le cuenta que acaba de matar á puñaladas á su hermano el rey, y que está resuelta á morir, para lo cual ruega á Selin que se encargue de ejecutarlo; pero al ver que de ninguna manera quiere prestarse á ello, corre precipitada y se tira desde lo alto de una torre á un profundo estanque. Aparécese glorioso el espíritu de Isabela; dice que ha renacido como el fénix, y pide aplauso.

Carece esta fábula de unidad, sencillez, distribucion y verosimilitud, y por consecuencia de interés. El rey, Audalla y Muley, enamorados de Isabela; Aja é Isabela enamoradas de Muley; Adulce enamorado de Aja, complican y embrollan la accion; ni el suplicio, ni la hoguera, ni tres cadáveres y dos cabezas sangrientas en el teatro, ni

el furor recíproco de morir y matar que reina en todo el drama, son medios suficientes á producir la compasion trágica; solo pueden escitar el repugnante hastío del horror. Algunas escenas están muy bien escritas, pero en composiciones de esta naturaleza el lenguaje castizo, el estilo elegante, la versificacion flúida y numerosa, aunque son partes muy necesarias, no son las únicas.

1585.

162. «Tragedia La Alejandra.» La escribió el autor en verso suelto, quintillas, tercetos, cuartetas y octavas. La tragedia hace el prólogo. Los antecedentes de la accion son estos: Acoreo, capitan de Tolomeo, rey de Egipto, se rebeló contra su señor, le mató y se apoderó del reino; pudo escapar felizmente del estrago el niño Orodante, hijo de Tolomeo, á quien crió Rémulo, y llegado a edad juvenil lo introdujo en palacio, y le hizo copero de Acoreo; este, habiendo hecho morir á su primera esposa, se casó con Alejandra, mujer dotada de singular hermosura, de oscura familia y depravadas costumbres. Lupercio, íntimo privado de Acoreo y esclarecido capitan, adquirió gran poder en el reino; Alejandra estaba enamorada de él, pero Lupercio despreciaba su amor por el de la princesa Sila, hija de Acoreo y de su primera esposa. *Jornada primera.* Rémulo y Ostilo se proponen hacer caer á Lupercio de la gracia en que esta; Alejandra le solicita, él se resiste, ella le acosa, y solo la fuga puede salvarle de las instancias poco decentes de la reina. Ostilo y Rémulo declaran al jóven Orodante su nacimiento ilustre con todas las circunstancias de la muerte de Tolomeo su padre, cuya camisa ensangrentada le presentan; Orodante jura venganza, y dice:

Por bandera real, por estandarte
Llevar quiero continuo esta camisa.

Jornada segunda. Ostilo y Orodante hablan de concierto á Acoreo; el primero le hace creer que Lupercio junta sus parciales para rebelarse y quitarle la corona; el segundo le dice que Alejandra le ha encargado que cuando sirva la copa le dé un veneno en ella; Rémulo confirma a Acoreo cuanto los otros le han dicho. Lupercio va a entrar al cuarto del rey, y le detienen a la puerta, le hacen entregar la espada y le atan las manos con un cordel. Sale Acoreo, le habla sañudo, y manda á los guardias que se le quiten de allí; luego que se recitan diez versos de ocho sílabas viene el nuncio refiriendo la muerte de Lupercio con tales circunstancias, que para verificarse hubieran sido menester muchas horas; allí traen la cabeza y los cuartos de Lupercio envueltos en un paño y la sangre en un canjilon. Hace Acoreo que llamen a Alejandra, y luego que viene le dice que ha tenido sueños terribles, y que acaba de sacrificar un toro a los dioses para tenerlos propicios; dicho esto, le hace que se lave las manos en la sangre que contiene el barreño; alzan el paño, y reconoce Alejandra la cabeza de Lupercio juntamente con el cuerpo hecho tajadas. Vase Acoreo, y envia a Orilo su criado con un puñal, un cordel y una ponzoña para que Alejandra escoja lo que mas le convenga; toma el veneno y se lo bebe; Orilo avisa a Acoreo que viene inmediatamente para ver morir a la reina; ella le dice mil injurias, se parte la lengua con los dientes, se la escupe al rostro, y muere. Suena rumor de guerra; Orilo cuenta al rey que Ostilo y Rémulo han amotinado al pueblo; Acoreo se dispone a la defensa; aparécesele el alma de Tolomeo y le anuncia próxima muerte. *Jornada tercera.* Sitiado Acoreo en el castillo degüella con su espada a vista del auditorio unos niños (no se sabe cuántos) hijos de los principales ciudadanos de Ménfis, y tira las cabezas a los sitiadores. Dado el asalto se rinde el castillo; Orilo y Fabio matan á Acoreo y llevan la cabeza a Orodante, el cual los manda morir por traidores. La princesa Sila se asoma a una torre; Orodante le dice desde abajo que esta enamorado de ella, y le ruega que le admita por esposo; Sila le dice que suba; él va en efecto lleno de dulces esperanzas, y cuando llega á abrazarla, cae muerto a puñaladas por ella; hecho esto y viendo la princesa que los parciales de Orodante van subiendo á la torre, y que no le quedan medios para la fuga, se precipita de la torre abajo. La tragedia vuelve a presentarse; recuerda á los espectadores la moralidad de la fabula, y pide aplauso.

Esta pieza es aun peor que la antecedente, porque á la irregularidad de su plan y a la inverosimilitud de sus atroces caracteres y situaciones, se añade mayor desaliño en el estilo y en los versos: tan mala es que Lampillas no se atrevió a disculparla en su *Ensayo apologético*, no obstante haber aplicado todo su ingenio sofístico a defender los desaciertos de la *Isabela*. Sedano y Signorelli hablaron con imparcialidad de estas dos piezas en el *Parnaso español* y en la *Historia de los teatros* (40).

1585.

163. «Tragedia. La Filis.» No ha visto la luz pública todavía: si llegase a parecer seria de desear hallarla menos imperfecta que las otras dos, y mas digna de los elogios que a todas tres prodigó Cervantes.

Lupercio Leonardo de Argensola nació en Barbastro, de noble familia, en el año de 1565: estudió juntamente con su hermano Bartolomé, y en sus obras líricas manifestó su mucho talento, su erudicion y delicado gusto. Fué secretario de la emperatriz María de Austria, gentilhombre de cámara del archiduque Alberto, y coronista de Aragon. Pasó a Nápoles con su familia y su hermano, sirviendo al lado de don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, la secretaría de estado y guerra de aquel vireinato; allí murió en el año de 1613. Sus composiciones poéticas corren impresas con las de Bartolomé, y unas y otras son de lo mejor que han producido las musas españolas. Tenia veinte años cuando en el de 1585 se representaron en Zaragoza y en Madrid las tragedias de que se ha hecho mencion, pero no se imprimieron entonces. Sedano en la citada coleccion de *El Parnaso espanol*, tomo VI, da mas larga noticia de la vida y circunstancias de este poeta, y a él se debe la publicacion de la *Isabela* y la *Alejandra*, que hasta su tiempo estuvieron desconocidas.

1586.

164. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. «Comedia de la Amaranta ó la de Mayo.» Es una de las veinte ó treinta comedias que compuso el autor antes del año de 1578.

1586.

165. «Comedia de El Bosque amoroso.» Pertenece á la misma época, y solo nos ha quedado la noticia de su título.

1587.

166. «Comedia de la única y bizarra Arsinda.» Nada se sabe tampoco acerca de esta comedia. Cervantes hizo mencion de ella como de las otras.

1587.

167. «Comedia la Confusa.» De esta comedia dijo su autor que podia tener lugar por buena entre las mejores de capa y espada que hasta entonces se habian representado, y en otra parte dijo tambien hablando de sí:

Soy por quien la Confusa, nada fea,
Pareció en los teatros admirable,
Si esto a su fama es justo que se crea.

Tales elogios (aunque en boca del mismo autor) hacen muy probable que si no era una composicion escelente, seria a lo menos la mejor de todas las comedias que dió al teatro. Las que imprimió en el año de 1615 no pertenecen al presente catalogo (41).

(40) Don Eugenio de Ochoa reprodujo tambien la *Isabela* en su apéndice á los *Orígenes de Moratin*.

(41) Citaremos sus títulos, siquiera para que no se confundan las de

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares en el año de 1547, y murió en Madrid en el de 1616. Estudiante en la corte, soldado en Lepanto, cautivo en las prisiones de Arjel, soldado otra vez en Portugal y en las islas Azores; papelista, recaudador, pretendiente desatendido, escritor ingenioso, ameno y elegante, en una palabra, autor del *Quijote;* vivió en habitual pobreza, y lleno de años, de achaques, de obligaciones, de pundonor y de justos resentimientos, dejó muriendo á su patria ingratísima una acusacion de que no han podido sincerarla los esfuerzos tardíos con que la posteridad ha querido honrar su memoria. En el siglo anterior se ocuparon en reunir y publicar las noticias de su vida algunos beneméritos literatos, y entre ellos Mayans, Rios y Pellicer. Después de ellos don Martin Fernandez de Navarrete ha dado á luz con el auxilio de nuevos documentos la vida de aquel célebre novelista: obra de mucha erudicion, que ha merecido justamente el aprecio de los aficionados al estudio de nuestra historia literaria, y de cuantos admiran el ingenio y los escritos del inmortal Cervantes.

1587.

168. Gabriel Laso de la Vega. «Tragedia. La honra de Dido restaurada.» Se infiere por el título que el autor, siguiendo el ejemplo de Virués, se atuvo á la historia comunmente recibida de aquella reina, apartándose de la ficcion de Virgilio.

1587.

169. «Tragedia de la destruccion de Constantinopla.» No he visto esta pieza ni la anterior. Montiano dió noticias de entrambas; se imprimieron en Alcalá de Henares, año de 1587, en una coleccion intitulada: *Romancero de Gabriel Laso de la Vega.*

Poca noticia se conserva de este autor; solo se sabe por lo que dice don Nicolas Antonio en su Biblioteca, que fué natural de Madrid, que además del libro citado ya, publicó un poema épico, intitulado *Cortés valeroso ó la Mejicana*, y que tambien escribió otras obras elocuentes é históricas, de las cuales la mayor parte quedó manuscrita (42).

«Entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope » de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y » puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes; llenó » el mundo de comedias propias, felices y bien razona- » das..... y si algunos (que hay muchos) han querido en- » trar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos » no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él » solo.»— *(Cervantes.)*

una y otra época, entre las cuales hay treinta años de distancia. Las impresas en 1614 son el *Gallardo español*, la *Casa de los celos*, los *Baños de Arjel*, el *Rufián dichoso*, la *Gran sultana*, el *Laberinto de amor*, la *Entretenida* y *Pedro de Urdemalas*; y además ocho entremeses, que son: el *Juez de los divorcios*, el *Rufián viudo*, la *Eleccion de los alcaldes de Daganzo*, la *Guarda cuidadosa*, el *Vizcaino fingido*, el *Retablo de las maravillas*, la *Cueva de Salamanca* y el *Viejo celoso*. En 1624 se imprimió otro entremés suyo, titulado *Los dos Habladores.*

(42) Desde la aparicion de Juan de la Cueva, en 1569, hasta la de Lope de Vega, en 1588, hay, como hemos observado en otra nota al discurso histórico, muchos autores dramáticos de la misma escuela, á mas de los que cita Moratin. Formar una lista de ellos y de sus producciones seria obra larga, y en este momento no podria salir de nuestras manos ni aun medianamente completa, pues exige un estudio particular, tanto mas dificil cuanto incierta es la época de la publicacion ó representacion de muchas de estas piezas, antes ó después del año en que se ha fijado la línea divisoria. Don Eugenio de Ochoa, en su citado apéndice, nos ha dado la *Enemiga favorable*, del canónigo Tárraga; el *Mercader amante*, de Gaspar de Aguilar; los *Mal casados de Valencia*, de Guillen de Castro, y el *Celoso*, de don Alonso Uz (Vaz) de Velasco, admirable imitador de la *Celestina*, en argumento y en lenguaje.

ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

COLECCION DE PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

RODRIGO DE COTA.

DIALOGO.

(Obra de Rodrigo Cota á manera de diálogo entre el Amor y un Viejo, que escarmentado de él, muy retraido se figura en una huerta seca y destruida, do la casa del placer derribada se muestra, cerrada la puerta en una pobrecilla choza metido, al que súbitamente paresció el Amor con sus ministros, y aquel humildemente procediendo, y el Viejo en áspera manera replicando, van discurriendo por su fabla, hasta que el Viejo del Amor fué vencido.)

VIEJO.

Cerrada estaba mi puerta:
¿A qué vienes, por dó entraste?
Di, ladron, ¿por qué saltaste
Las paredes de mi huerta?
La edad y la razon
Ya de ti me han libertado;
Deja el pobre corazon
Retraido en su rincon
Contemplar cuál le has parado.
La beldad de este jardin
Ya no temo que la halles,
Ni las ordenadas calles,
Ni los muros de jazmin,
Ni los arroyos corrientes
De vivas aguas potables,
Ni las albercas y fuentes,
Ni las aves producientes
Los cantos tan consolables.
Ya la casa se deshizo
De sotil labor estraña,
Y tornóse esta cabaña
De cañuelas de carrizo.
De los frutos hice truecos
Por escaparme de tí,
Por aquellos troncos secos,
Carcomidos, todos huecos,
Que parescen cerca mí.
Sal del huerto, miserable,
Ve á buscar dulce floresta,
Que tú no puedes en esta
Hacer vida deleitable.
Ni tú ni tus servidores
Podeis bien estar conmigo;
Que aunque estén llenos de flores,
Yo sé bien cuántos dolores
Ellos traen siempre consigo.

AMOR.

En tu habla representas
Que no me has bien conoscido.

VIEJO.

Sí, que no tengo en olvido
Cómo hieres y atormentas.

AMOR.

Escucha, padre, señor,
Que por mal trocaré bienes,
Por ultrajes y desdenes
Quiero darte grande honor:
A tí, que estás mas dispuesto
Para me contradecir;
Así tengo presupuesto
De sofrir tu duro gesto,
Porque sufras mi servir.

VIEJO.

Habla ya, di tus razones,
Di tus enconados quejos,
Pero dímelos de lejos,
El aire no me inficiones;
Que segun sé de tus nuevas,
Si te llegas cerca mí,
Tú farás tan dulces pruebas,
Que el ultraje que ahora llevas
Ese lleve yo de tí.

AMOR.

Comunmente todavía
Han los viejos un vecino,
Enconado, muy malino,
Gobernado en sangre fria;
Llámase melanconía,
Amarga conversacion;
Quien por tal estremo guia
Ciertamente se desvia
Lejos de mi condicion.
Mas después que te he sentido
Que me quieres dar audiencia,
De mi miedo muy vencido,
Culpado, despavorido,
Se partió de tu presencia.
Este moraba contigo
En el tiempo que me viste,
Y por esto te encendiste
En rigor tanto conmigo.
Donde mora este maldito
No jamás hay alegría,
Ni honor, ni cortesía,
Ni ningun buen apetito.
Pero donde yo me llego
Todo mal y pena quito,
De los hielos saco fuego,
Y á los viejos meto en juego,
Y á los muertos resucito.
Yo compongo las canciones,
Yo la música suave,
Yo demuestro al que no sabe
Las sotiles invenciones;
Yo fago volar mis llamas
Por lo bueno y por lo malo,
Yo hago servir las damas,
Yo las perfumadas camas,
Golosinas y regalo.
Visito los pobrecillos,
Huello las casas reales,
De los senos virginales
Sé yo bien los rinconcillos;
Mis pihuelas y mis lonjas
A los religiosos atan;
No lo tomes por lisonjas,
Sino ve, mira las monjas,
Verás cuán dulce me tratan.
Yo hago las rugas viejas
Dejar el rostro estirado,
Y sé como el cuero atado
Se tiene tras las orejas,
Y el arte de los ungüentes
Que para esto aprovecha;
Sé dar cejas en las frentes,
Contrahago nuevos dientes
Do natura los desecha.
Yo las aguas y lejías
Para los cabellos rojos,
Aprieto los miembros flojos,
Y do carne en las encías;
A la habla tremulenta,
Turbada por senectud,
Yo la hago tan exenta,
Que su tono representa
La forma de juventud.
En el aire mis espuelas
Fieren á todas las aves,
Y en los muy hondos concaves
Las reptillas pequeñuelas.
Toda bestia de la tierra
Y pescado de la mar
So mi gran poder se encierra,
Sin poderse de mi guerra
Con sus fuerzas amparar.
Pues que ves que mi poder
Tan luengamente se estiende,
Do ninguno se defiende,
No le pienses defender;
Y á quien á buena ventura
Tienen todos de seguir,
Recibe, pues que procura
No hacerte desmesura,
Mas de muerto revivir.

VIEJO.

Maestra lengua de engaños,
Pregonero de tus bienes,
Dime agora: ¿por qué tienes
So silencio tantos daños?
Que aunque mas doblado seas
Y mas pintes tu deleite,
Estas cosas do te arreas
Son deformes caras feas,
Encubiertas del afeite.
Y como te glorificas
En tus deleitosas obras,
¿Por qué callas las zozobras
Do lo vivo mortificas?
Di, maldito: ¿por qué quieres
Encobrir tal enemiga?

Sábete que sé quién eres,
Y si tú no lo dijeres
Que esta aquí quien te lo diga.
El libre haces cautivo,
Al alegre mucho triste,
Do ningun pesar consiste
Pones modo pensativo;
Tú ensuciaste muchas camas
Con aguda llama fuerte,
Tú mancillas muchas famas,
Y tú haces con tus llamas
Mil veces pedir la muerte.
Tú hallas las tristes yerbas
Y tú los tristes potajes,
Tú mestizas los linajes,
Tu limpieza no conservas,
Tú doctrinas de malicia,
Tú quebrantas lealtad,
Tú con tu carnal cobdicia
Tú vas contra pudicicia
Sin freno de honestidad.
Tú nos metes en bollicio,
Tú nos quitas el sosiego,
Tú con tu sentido ciego
Pones alas en el vicio.
Tú destruyes la salud,
Tú rematas el saber,
Tú haces en senectud
La hacienda y la virtud
Y el autoridad caer.

AMOR.

No me trates mas, señor,
En contino vituperio,
Que si oyeres mi misterio
Convertirlo has en loor.
Verdad es que inconveniente
Alguno suelo causar,
Porque del amor la gente
Entre frio y muy ardiente
No saben medio tomar.
Razon es muy conoscida
Que las cosas mas amadas
Con afán son alcanzadas
Y trabajo en esta vida.
La mas deleitosa obra
Que en este mundo se cree
Es do mas trabajo sobra,
Que lo que sin él se cobra
Sin deleite se posee.
Siempre uso de esta astucia
Para ser mas conservado,
Que con bien y mal mezclado
Pongo en mí mayor acucia;
Y revuelto allí un poquito
Con sabor de algun rigor
El deseo mas incito,
Que amortigua el apetito
El dulzor sobre dulzor.
Por ende si con dulzura
Me quieres obedescer,
Yo haré reconoscer
En ti muy nueva frescura;
Ponerte he en el corazon
Este mi vivo alborozo,
Serás en esta ocasion
De la misma condicion
Que eras cuando lindo mozo.
De verdura muy gentil
Tu huerta renovaré,
La casa fabricaré
De obra rica y sotil,
Sanaré las plantas secas
Quemadas por los friores;
En muy gran simpleza pecas,
Viejo triste, si no truecas
Tus espinas por mis flores.

VIEJO.

Allégate un poco mas;
Tienes tan lindas razones,
Que sofrirte he que me encones
Por la gloria que me das.
Los tus dichos alcahuetes,
Con verdad ó con engaño,
En el alma me los metes
Por lo dulce que prometes
De esperar en todo el año.

AMOR.

Abracémonos entramos
Desnudos, sin otro medio,
Sentirás en ti remedio
Y en tu huerta frescos ramos.

VIEJO.

Vente á mí, mi dulce Amor,
Vente á mis brazos abiertos;
Ves aquí tu servidor
Hecho siervo de señor,
Sin tener tus dones ciertos.

AMOR.

Hete aquí bien abrazado;
Dime: ¿qué sientes agora?

VIEJO.

Siento rabia matadora,
Placer lleno de cuidado,
Siento fuego muy crescido,
Siento mal y no lo veo,
Sin rotura estoy herido;
No te quiero ver partido,
Ni apartado te deseo.

AMOR.

Agora verás, don Viejo,
Conservar la fama casta;
Aquí te veré do basta
Tu saber y tu consejo.
Porque con soberbia y riña
Me diste contradicion,
Seguiras estrecha liña
En amores de una niña
De muy duro corazon.
Amarás mas que Macías,
Hallarás esquividad,
Sentiras las plagas mias
Fenesciendo viejos dias
En ciega cautividad,
Viejo triste entre los viejos,
Que de amores te atormentas,
Mira cómo tus artejos
Parescen sartas de cuentas,
Y las uñas tan crescidas,
Y los piés llenos de callos,
Y tus carnes consumidas,
Y tus piernas encogidas
Cuales son para caballos.
Amargo viejo, denuesto
De la humana natura,
¿Tú no miras tu figura
Y vergüenza de tu gesto?
¿Y no ves la lijereza
Que tienes para escalar?
¡Qué donaire y gentileza!
¡Y qué fuerza y qué destreza
La tuya para justar!
¡Quién te viese entremetido
En cosas dulces de amores,
Y venirte los dolores
Y atravesarse el gemido!
Depravado y obstinado,
Deseoso de pecar;
Mira, malaventurado,
Que te deja á tí el pecado,
Tú no le quieres dejar.

VIEJO.

Pues en tí tuve esperanza,
Tú perdona mi pecar;
Gran linaje de venganza
Es las culpas perdonar.
Si del precio del vencido
Del que vence es el honor,
Yo de tí tan combatido
No seré flaco, caido,
Ni tú fuerte, vencedor.

Esta composicion, segun la pone Moratin, se halla indudablemente incompleta. En las ediciones antiguas tiene por lo menos ciento cincuenta versos mas, que en nada desmerecen. Nos reservamos reproducirla íntegra en el tomo correspondiente al teatro español anterior á Lope de Vega.

JUAN DE LA ENCINA.

EGLOGA.

(Representada en la noche postrera de carnal (que dicen de antruejo, ó carnestollendas), adonde se introducen cuatro pastores llamados Beneito é Bras, Pedruelo é Lloriente; é primero Beneito entró en la sala, donde el duque é duquesa estaban, é comienzó mucho á dolerse é acuitarse, porque se sonaba que el duque su señor se habia de partir á la guerra de Francia, é luego tras él entró el que llamaban Bras, preguntándole la causa de su dolor, é después llamaron á Pedruelo, el cual les dió nuevas de paz, é en fin vino Lloriente, que les ayudó á cantar.)

BENEITO.

¡Oh triste de mí, cuitado,
Lacerado!
Noramala acá nascí;
¡Qué sera, triste de mí,
Desdichado?
Ya no hay huzia, mal pecado

BRAS.

¡Ah! Beneito del Collado,
¿Dónde vas?

BENEITO.

Miefé, miefé, miefé, Bras,
De muerte voy debrocado.

BRAS.

Debrocado ya y mortal.

BENEITO.

E aun bien tal.

BRAS.

En mal hora é en mal punto;
Dome a Dios que estas difunto.

BENEITO.

¡Ay! zagal,
No sabes aun bien mi mal.

BRAS.

Tu gesta bien da señal
De muy malo.

BENEITO.

Ya mas seco estoy que un palo,
Que es mi mal mas desigual.

BRAS.

¿E de qué se te achacó?

BENEITO.

No faltó;
De cuido, grima y cordojo.

BRAS.

Asmo que debe ser ojo.

BENEITO.

Miefé, no;
Dese mal no peco yo.

BRAS.

¿Desde cuándo te tomó
Tu accidente?

BENEITO.

Desde que primeramente
Una nueva se sonó.
E tal nueva descutir
Es morir.
Yo siempre llanteo é cramo;
Que se suena que nuestramo
Se quiere a las Francias ir.

BRAS.

Eso yo lo oí decir
Por muy cierto,
Antes mucho de mes muerto,
E que el marzo ha de partir.

BENEITO.

Dime, Bras, ¿qué sentiremos
Si lo vemos,
Que se parte é que nos deja?
Cuando un poco que se aleja
Ya creemos
Que del todo nos perdemos.

BRAS.

Miefé, Beneito, roguemos
Por su vida,
Que forzada es la partida,
Por mas que nos quillotremos.

BENEITO.

¡Ah! no praga á Dios contigo,
E aun conmigo,
Si has de salir verdadero.

BRAS.

¿E tú dudas, compañero?
Yo me obrigo
Ser verdad lo que te digo.

BENEITO.

¡Ay de mí! tan sin abrigo
Mi ganado,
No quiere pacer bocado,
Aunque lo lance en el trigo.

BRAS.

¡Oh qué casta tan aguda,
La res muda
Sentir el mal de su dueño!

BENEITO.

Mi ganado en verme el ceño
Se demuda
Como persona sesuda.

BRAS.

Beneito, no pongo duda,
Que bien siento
Que sentiras gran tormento
En quillotranza tan cruda.

BENEITO.

Tan cruda dices, é cuanto
Yo me espanto
Como no soy muerto ya.
En pensar que se nos va
Ya no canto;
Mi cantar es todo llanto.

BRAS.

Júrote á sant Pedro santo
Que lo creo;
Tan deslumbrado te veo
Que me pones gran quebranto.

BENEITO.

Quebranto malo nos vino
¡Ay! mezquino.

BRAS.

¡Oh cuán desalmados sos!
Roguemos por él a Dios
De contino,
Por que lleve buen camino:
Que dome á Dios que magino,
Si él va allá,
Que muy gran vitoria habrá,
Que es muy diestro é de gran tino.

BENEITO.

Eso yo te lo aseguro,
E aun te juro
Donde fuere su pendon,
Que no falte corazon
Huerte é duro,
Cual es fortaleza é muro.

BRAS.

E aun con eso, no me curo
Que se vaya
Donde gran vitoria traya
Por su gran esfuerzo puro.
E aun ahotas qr'el concie te
De tal suerte
La gente de su rebaño,
Que en las Francias haga daño;
Donde acierte
No es menester otra muerte.
Digo hey,
Tiene gran cariño al rey,
E el rey le quiere muy huerte.
E por él se nos destierra
A la guerra;
Allá volará su fama.

BENEITO.

Acá quedará nuestrama
En esta tierra,
Donde todo el bien se encierra.

BRAS.

Asmo que en toda la sierra
Hasta agora
Nunca se vió tal señora.

BENEITO.

Quien eso no cree yerra.

BRAS.

Miefé yerra, é aun te digo
Como amigo,
Que de lo que mas me pesa,
De nuestrama la duquesa,
Que me obrigo
Que sienta gran desabrigo.

BENEITO.

¡Ah! no pese á sant Rodrigo,
Que con eso
Ya no tengo solo un hueso
Que tenga salud conmigo.
Todo, todo me desnuelo
Con gran duelo,
Trasijado de cordojos,
Hago laguna mis ojos
Sin consuelo:
Llanteando me desvelo,
Allastrado por el suelo
De pesar,

No me puedo levantar
A poder hacer un pelo.

BRAS.

Calla, calla, dolorido,
Pan perdido:
Huzia en Dios que no se irá.
Pedruelo nos lo dira,
Si es venido,
Que hoy al mercado era ido.

BENEITO.

Por amor de Dios te pido
Anda, Bras,
Llámale, corre, verás
Cuál habrá nuevas oido.

BRAS.

Que me prace, juro á mí,
Guarda aquí.
¡Ah! Pedruelo, ¿estás acá?

PEDRUELO.

Acá estoy; asmo que ha.

BRAS.

¿Qués de tí?
Fuístete, que no te vi.

PEDRUELO.

Pues bien tarde me partí
Del ganado.

BRAS.

¿Hoy ha sido buen mercado?

PEDRUELO.

Bueno, miefé, pues vendí.

BRAS.

¿Qué llevabas de vender?
Ora ver.

PEDRUELO.

Tres gallos é dos gallinas;
Traje puerros é sardinas
Por comer
El domingo á mi prazer.

BRAS.

Tal estaba
Que no se me percordaba
La cuaresma que ha de ser.

BENEITO.

Así te vea logrado;
Pues que vienes del mercado,
Tú me da
De las nuevas que hay allá.

PEDRUELO.

Miefé, dicen que estará,
Si á Dios praz,
Ya Castilla é Francia en paz,
Que ninguna guerra habrá.

BENEITO.

¿No habrá guerra? dí, mozuelo,
Dí, Pedruelo.

PEDRUELO.

No, que Dios anda en medio,
E él quiere enviar remedio
Desde el cielo.
No tengas ningun rescelo,
Toma, toma gran consuelo
Que te prega.

BENEITO.

Yo te mando una borrega
De las que andan al majuelo;
Pues me das nueva tan buena,
Por estrena
Te la mando, si no mientes.

PEDRUELO.

Dícenlo todas las gentes:
Ya se suena,
Toda la villa está llena.

BENEITO.

Hasme dado buena cena;
Buenos ramos
Habremos con nuestros amos,
Si Dios las paces ordena.

PEDRUELO.

Yo lo doy por ordenado,
Dios loado.

BENEITO.

Loado sea Jesú,
Ruega, ruégaselo tú
Con cuidado,
Que eres zagal sin pecado,
Da cramor acelerado
Con hemencia.

PEDRUELO.

¡Oh señor! por la cremencia
Danos tiempo paciguado.

BRAS.

Todos, todos nos juntemos
Y cramemos
Al Señor muy reciamente.

BENEITO.

Ves, allí viene Lloriente.

PEDRUELO.

Comencemos.

BRAS.

No comiences, esperemos;
Ven, Lloriente, cantaremos.

LLORIENTE.

Que me praz.

BENEITO.

Roguemos á Dios por paz.

LLORIENTE.

Miefé, Beneito, roguemos.

VILLANCICO.

Roguemos á Dios por paz,
Pues que de él solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
El que vino desde el cielo
A ser la paz en la tierra,
El quiera ser desta guerra
Nuestra paz en este suelo
El nos dé paz é consuelo,
Pues que dél solo se espera,
Quél es la paz verdadera.
Mucha paz nos quiera dar
El que á los cielos da gloria.
El nos quiera dar vitoria
Si es forzado guerrear,
Mas si se puede escusar,
Dénos paz muy placentera,
Quél es la paz verdadera.
Si guerras forzadas son,
El nos dé tanta ganancia,
Que á la flor de lis de Francia,
La venza nuestro Leon;
Mas por justa peticion
Pidámosle paz entera,
Quél es la paz verdadera.

EGLOGA.

(Representada en recuesta de unos amores, adonde se introduce una pastorcita llamada Pascuala, que yendo cantando con su ganado entró en la sala adonde el duque é duquesa estaban, é luego después de ella entró un pastor llamado Mingo, é comenzó á requerilla, é estando en su recuesta, llegó un escudero que tambien fué preso de sus amores. Recuestando é altercando el uno con el otro, se la sonsacó é se tornó pastor por ella.)

MINGO.

Pascuala, Dios te mantenga.

PASCUALA.

Norabuena vengas, Mingo.
Hoy que es dia de domingo,
¿No estás con tu esposa Menga?

MINGO.

No hay quien allá me detenga.
Quel cariño que te tengo
Me pone un quejo tan luengo
Que me acosa que me venga.

PASCUALA.

¡Eh! no praga á Dios contigo,
E aun con tu esposa Menguilla:
¿Cómo dejas tu esposilla
Por venirte acá conmigo?

MINGO.

Soncas, soncas, ¿no te digo
Que eres zagala tan bella
Que te quiero mas que á ella?
Dios lo sabe, ques testigo.

PASCUALA.

Miefé, Mingo, no te creo
Que de mí estés namorado;
Pues eres ya desposado,
Tu querer no lo deseo.

MINGO.

¡Ay Pascuala! que te veo
Tan lozana y tan garrida,
Que yo te juro a mi vida
Que deslumbra si te oleo.
E porque eres tan hermosa
Te quiero: mira, verás,
Quiéreme, quiéreme mas,
Pues por tí dejo á mi esposa;
E toma, toma esta rosa
Que para tí la cogí,
Aunque no curas de mí,
Ni por mí se te da cosa.

PASCUALA.

¡Oh qué chapados olores!
Mingo, Dios te dé salud,
E goces la juventud
Mas que todos los pastores.

MINGO.

E tú dasme mill dolores:
Dame, dame una manija,
O siquiera esa sortija
Que traya por tus amores.

PASCUALA.

Tirte, tirte allá, Minguillo,
No te quillotres de vero;
Hete viene un escudero,
Vea que eres pastorcillo;
Sacude tu caramillo,
E tu hondijo é tu cayado;
Haz que aballas el ganado,
Silba, hurria, da gritillo.

ESCUDERO.

Pastora, sálvete Dios.

PASCUALA.

Dios os dé, señor, buen dia

ESCUDERO.

Guarde Dios tu galanía.

PASCUALA.

Escudero, así haga á vos.

ESCUDERO.

Tienes mas gala que dos
De las de mayor beldad.

PASCUALA.

Esos que sois de cibdad
Perchufais huerte de nos.

ESCUDERO.

Deso no tengas temor.
Por mi vida, pastorcica,
Que te hago presto rica
Si quieres tener mi amor.

PASCUALA.

Esas trónicas, señor,
Allá para las de villa.

ESCUDERO.

Vente conmigo, carilla,
Deja, deja ese pastor.
Déjale, que Dios te vala,
No te pene su penar,
Que no te sabe tratar
Segun requiere tu gala.

MINGO.

Estate queda, Pascuala,
No te engañe ese traidor
Palaciego, burlador,
Que ha burlado otra zagala.

ESCUDERO.

Hideputa, avillanado,
Grosero, lanudo, brusco.

MINGO.

¡Ah! no praga Dios con vusco,
Porque venís muy pendado.

ESCUDERO.

Cura allá de tu ganado,
Calla si quieres, matiego.

MINGO.

Porque sois muy palaciego
Presumís de corcovado:
¿Cuidais que los aldeanos
No sabemos quebrajarnos?
No penseis de sobajarnos
Esos que sois cibdadanos,
Que tambien tenemos manos
E lengua para dar motes,
Como aquesos hidalgotes
Que presumís de lozanos.
Anda acá, Pascuala, vamos,
No paremos, ques ya tarde.

ESCUDERO.

Por vida de quien... Aguarde,
Porque mas nos entendamos.

PASCUALA.

Espera, Mingo, veamos.

ESCUDERO.

¡Oh! ¡bendita tal zagala!
Yo te doy mi fe, Pascuala,
Que no nos desavengamos.
Pénasme por solo verte,
E con tu vista me aquejas;
Si tú te vas é me dejas,
Muy presto verás mi muerte:
No me trates de tal suerte,
Pues que yo te quiero tanto.

MINGO.

Júrote á sant Junco santo
Que la quiero yo mas huerte.

ESCUDERO.

¿Qué aprovecha tu querer,
Que no tienes que le dar?
Que la fe é el bien amar
En las obras se ha de ver.

MINGO.

Yo te juro á mi poder
Que le dé yo mill cosicas,
Que aunque no sean muy ricas,
Serán de bell parescer.

ESCUDERO.

Dime, pastor, por tu fe,
¿Qués lo que tú le darás,
O con qué la servirás?

MINGO.

Con dos mill cosas que sé.
Yo, mi fe, la serviré
Con tañer, cantar, bailar,
Con saltar, correr, luchar,
E mill dones le daré.
Daréle buenos anillos,
Cercillos, sartas de prata,
Buen zueco, buena zapata,
E manguitos amarillos;
Manto, saya, sobresaya
E alfardas con sus orillas,
Almendrillas é manillas,
Para que por mí las traya.
E frutas de mill maneras
Le daré desas montañas,
Nueces, bellotas, castañas,
Manzanas, priscos é peras,
Dos mill yerbas comederas,
Cornezuelos, botijinas,
Piés de burro, zapatinas,
E gavanzas é acederas.
E aun daréle pajarillas,
Codornices é zorzales,
Jergueritos é pardales,
Pegas, tordos, tortolillas.
¿Cómo no te maravillas?

ESCUDERO.

Calla, calla, que es grosero
Todo cuánto tú le das:
Yo le daré mas é mas,
Porque mas que tú la quiero.

MINGO.

Miefé, señor escudero,
Ella diga quién le agrada,
E de aquel sea adamada,
Aunque yo la amé primero.

ESCUDERO.

Pláceme que sea así,
Pues que quieres que así sea,
E luego, luego se vea
Antes que vamos de aquí;
E tú mesmo se lo dí,
Porque después no te quejes;

Mas cumple que me la dejes
Sí dice que quiere á mí.

MINGO.

Así te mantenga Dios,
Pascuala, que tú nos digas,
E por la verdad te sigas,
A cuál quieres mas de nos.

PASCUALA.

Miefé, de vosotros dos,
Escudero, mi señor,
Si os quereis tornar pastor,
Mucho mas os quiero á vos.

ESCUDERO.

Soy contento é muy pagado
De ser pastor ó vaquero;
Pues me quieres é te quiero,
Quiero cumplir tu mandado.

PASCUALA.

Mi zurron é mi cayado
Tomad luego por estrena.

ESCUDERO.

Venga, venga enhorabuena,
E vamos luego al ganado.
E tú, Mingo, no te espantes,
Descordoja tu cordojo,
Aunque tengas gran enojo,
Ruégote que te levantes;
No te aquejes ni quebrantes,
Pues que tan buen zagal eres,
Seamos, si tú quisieres,
Amigos mejor que de antes.

MINGO.

Mucho me pena esta llaga
Cuando bien bien me percato;
Mas pues ya sois de este hato,
Buena pro, señor, os haga.
Ya muy poco espacio vaga:
Quedad si quereis quedar,
Que yo voy á repastar.

ESCUDERO.

Vamos todos, Dios te praga.

VILLANCICO.

Repastemos el ganado:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Ya no es tiempo de majada,
Ni de estar en zancadillas:
Salen las siete cabrillas,
La media noche es pasada.
Viénese la madrugada:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Queda, queda acá el vezado,
Hélo va por aquel cerro;
Arremete con el perro,
E arrójale tu cayado,
Que anda tan desmandado:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.
Del ganado derreniego,
E aun de quien guarda tal hato,
Que siquiera solo un rato
No quiere estar en sosiego,
Aunque pese ora á sant Pego:
Hurriallá,
Queda, queda, que se va.

ANONIMO.

EGLOGA.

PERSONAS.

TORINO.
GUILLARDO.
QUIRAL.
BENITA.
ILLANA.

TORINO.

¡Oh grave dolor! ¡oh mal sin medida!
¡Oh ansia rabiosa, mortal de sufrirse!
Ni puede callarse, ni osa decirse
El daño que acaba del todo mi vida.
Mi pena no puede tenerse escondida,
La causa no sufre poder publicarse,
Ni para decirse, ni para callarse,
Ni entrada se halla ni tiene salida.
Conténtate agora, amor engañoso,
Pues todos tus fuegos con tanto furor
Encienden y abrasan de un pobre pastor
Sus tristes entrañas sin dalle reposo.
Bien te podrás llamar vitorioso
Venciendo un vencido que quiso vencerse,
De quien imposible le fué defenderse,
Ni tú si la vieses serás poderoso.
¡Oh triste ganado que estas sin señor
A solas paciendo! pues solo te dejo,
Quejarte has de mí, tambien yo me quejo
Del mal que sin culpa me hace el amor.
No plangas perder tan triste pastor,
De quien no esperabas ya buena pastura,
Pues él ya no espera sino desventura;
Déjale a solas pasar su dolor.
Agora reposo que solo me veo,
Agora descanso enmedio mis males:
¡Oh lágrimas mias! ¡oh ansias mortales!
¡Oh tristes sospiros con quien yo peleo!
La vida aborrezco, la muerte no veo,
Que aun esa me niega su triste venir,
Y trueca el matarme con darme el vivir,
Por no complacer mi triste deseo.

GUILLARDO, TORINO.

GUILLARDO.

¡Oh! doila a buego que juras tamañas,
Como este pastor descubre que siente;
Yo nunca vi en otro que estando doliente
Dijese que se arden en él sus entrañas.
Yo creo que tiene heridas estrañas:
Qué, ¿querrán del todo con yerbas matallo?
Quiero buscar quien venga a curallo,
Si puedo hallarle por estas cabañas.
Quizá le ha mordido un perro dañado,
O cualque animal ó lobo rabioso,
Pues da tales vuelcos, ni tiene reposo,
Y está de los ojos tan ciego y turbado.
No ve do los deja zurron ni cayado,
Vertida la yesca, quebrado el rabel.
¿O es el demoño que anda con él?
¿O cualque desastre que tiene el ganado?
¡Oh! dolo á Dios y cómo no siente:
Mayor es que sueño aqueste su mal.
Allí me paresce que viene Quiral,
Que le es gran amigo, y aun cabo pariente.
Quiero llamalle, zagal es valiente.
Oyes, Quiral, allégate acá.

QUIRAL, GUILLARDO, TORINO.

QUIRAL.

Miefé, Guillardo, yo ya me iba allá,
Que bien ha buen rato que lo tengo en miente.

GUILLARDO.

Pues yo te he llamado para hacerte ruego
Que vengas á ver tu amigo Torino,
Que aquí le he hallado tan fuera de tino,
Que dice que se arde en llamas de fuego.

QUIRAL.

Quizá habrá perdido ó choto ó borrego,
Y está maldiciendo la res que le cria.

GUILLARDO.

No es ese el mal, Quiral, que él decia:
Mayor es el daño de que él está ciego.
¡Oh! sálvete Dios.

TORINO.

Vengais norabuena.

QUIRAL.

¿Qué sientes, Torino, que gimes tan huerte?

TORINO.

Siento, pastores, el mal de la muerte,
Y esta no llega por darme mas pena;
Pasion me combate, razon me condena,
Dolor me fatiga, tristeza me aqueja,
Querria sanar, querer no me deja,
Los males son mios, la causa es ajena.

QUIRAL.

¿De qué desesperas? ¿Has algo sembrado
Que piensas perdello, ó quizá no nazca?
¿O has miedo que falte lugar donde pazca
En estos ejidos tu poco ganado?

TORINO.

No es ese, pastor, mi grave cuidado;
Mas verme penado de muerte herido,
De mano de quien me tiene aborrido,
Y así desespero de ser remediado.

GUILLARDO.

Ahotas que pienso que tu mal oteo,
Y dudo que creo que es mal de amorío;
Dale al demoño tan gran desvarío,
Que mata la vida su solo deseo.

TORINO.

Mayor es el daño, Quiral, que poseo;
Que en todos los males que sufro y consiento
Fallesce esperanza y crece tormento,
Y en todos los medios remedio no veo.
Guillardo, Guillardo, mi mal es que adoro
De amor á Benita, porque es mi señora:
Mi vida la quiere, mi alma la adora,
Y ella me trata peor que á un moro.

GUILLARDO.

¡Oh! Dome á Dios, ¿y agora lo ignoro?
Eso que dices querencia se llama
Cuando algun zagal vos dice que ama;
Ya yo lo sabia, mia fe, de coro.
Pues héla aquí viene la que así te mata,
Con otra zagala que se anda tras ella;
Levanta, Torino, y vamos á ella
Por bajo estas matas, pues no se da cata;
Y pues que te quejas que ansina te trata,

Abúrrela un tiro con este mi dardo.

TORINO.

¡Ay! no plegue á Dios, amigo Guillardo,
Que yo la merezca tocar su zapata.

BENITA, ILLANA, TORINO, GUILLARDO, QUIRAL.

BENITA.

¿Qué estais ahí hablando á solas, pastores,
Que asi embebecidos estais razonando?

TORINO.

Mis males, señora, estamos contando,
Que vos los haceis ser siempre mayores.

BENITA.

Torino, Torino, tú no te enamores
En parte do nunca se sientan tus males;
Que busques y sirvas tus pares iguales,
Y allí verás tarde alcanzar favores.

TORINO.

Mis ojos que han sido la puerta y escala
Por do la hermosura hirió con sus tiros,
Estos me han hecho, señora, serviros.
Lo que no merezco mi pena lo iguala.
Si causa no tengo, razon no me vala,
Pues que yo no quiero que mi mal merezca
Sino que querais que yo le padezca,
Que tal intencion por cierto no es mala.
Y pues que virtud en todo os es guia,
Valer, merecer y mucha nobleza,
No useis conmigo de tanta crueza
Porque es imposible mudar mi porfía.
Consejo no quiero, remedio querria
De vos, mi señora, de quien yo le espero,
En veros doler de verme que muero,
Y es vuestra la culpa, la pena es la mia.

BENITA.

A mí no me place tu mal por mi vida,
Asi como dices segun se te antoja;
Tu pena y servicio en todo me enoja,
Pues déjate de ello, y tenerme has servida.
A esto que digo razon me convida,
Y mi honestidad que da inconvenientes;
Que nunca yo mire el mal que tú sientes,
Porque aunque mas sea mi estado lo olvida.

TORINO.

Si tal fantasía me juzgan ser loca,
Mas loco seria quien tal me juzgase,
Que si con mis ojos te viese y mirase
Veria que es justo mi vida ser poca;
Que no puede menos, señora, mi boca
Hacer que no diga del mal la ocasion,
Y aunque ella quisiese trocar la razon,
El fuego de dentro la causa provoca.

BENITA.

Pues créeme, pastor, y haz lo que digo,
Y quédate adios con tu compañía.

TORINO.

Miefé, Benita, imposible seria,
Que aunque aquí me dejas allá voy contigo,
Y tú aunque te vas, aquí estás conmigo,
Que siempre en mis ojos tu figura está.
Benita está aqui, Torino está allá;
Si esto no crees la obra es testigo.

TORINO, QUIRAL, GUILLARDO.

GUILLARDO.

Escucha, Quiral, yo nunca tal vi;
Benita se es ida, Illana con ella,
El se está aquí, diz que va con ella,
La otra está allá, y diz que está aquí.
Dios me defienda y me libre de tí.
¿No eres Torino? Aquí te ha dejado.

TORINO.

Mi cuerpo dejó, mi alma ha llevado,
Que estando con ella no parte de mí.

QUIRAL.

Que no morirás: ¿qué estás ahí diciendo?
Que amor aunque mate no acaba la vida,
Y aunque su pena no tiene medida,
A aquel que mas mata le deja viviendo.

TORINO.

Yo eso que dices bien claro lo entiendo,
Porque esa razon es muy verdadera;
Mas es que morir, contino que muera,
Penando en la vida, mil muertes sufriendo.

QUIRAL.

Mándeme Illana, pues que es tan hermosa.
Que nunca la vea ni nunca la huya;
Si quiere matarme, ¿mi vida no es suya?
Y si ella la mata será venturosa.
¿Pues no te parece que es bien poderosa
Benita, que puede mandarte que mueras?
Pues sirve, Torino, que nunca debieras
En toda tu vida hacer otra cosa.

VILLANCICO.

Nunca yo pensé que amor
Con sus amores,
De amor matase pastores.
Tras galanes palaciegos
Yo pensé que siempre andaba,
Y no pensé que mataba
Los pastores ni matiegos;
Mas do van tras sus borregos,
Veo que con su dolor
Les da dolores
Con que los mata de amores.
Con su nombre falso engaña
Que parece que no es nada,
Y de majada en majada,
Y de cabaña en cabaña
Va con su engañosa maña
Prometiendo su favor,
Y sus favores
Matan después los pastores.

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO.

COMEDIA HIMENEA.

PERSONAS.

HIMENEO.
MARQUES.
FEBEA.
DORESTA.
BOREAS.
ELISO.
TURPEDIO.
CANTORES.

JORNADA PRIMERA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Guarde Dios, señora mia,
Vuestra graciosa presencia
Mi sola felicidad;
Aunque es sobrada osadía
Sin tomar vuestra licencia
Daros yo mi libertad.
Pero en mi primer miraros
Tan ciego de amor me vi,
Que cuando miré por mí
Fué tarde para hablaros,
Hasta agora
Que de mí sois ya señora.
Habeisme muerto de amores,
Y dejáisme aquí en la plaza
Donde publique mis yerros;
Como aquellos cazadores
Que desque matan la caza
La dejan para los perros.
Donde quiera que me halle
Diré siempre que es mal hecho,
Pues yo vos guardo en mi pecho,
Vos me dejeis en la calle.
Bien me viene
Que sin culpa muera y pene.

BOREAS.

¿Aun agora comenzamos,
Y tantos duelos tenemos?

HIMENEO.

¿Qué hablas allá, villano?

BOREAS.

Digo, señor, que nos vamos,
Que mañana tornaremos,
Y quiza con mejor mano.

HIMENEO.

Mas vame por la vihuela,
Quizá diré una cancion
Tan envuelta en mi pasion,
Que todo el mundo se duela,
Sino aquella
Que dolor no cabe en ella.

BOREAS.

No podrás, señor, tañer,
Porque le falta la prima,
Y están las voces gastadas.

HIMENEO.

No cures, hazla traer,
Que el dolor que me lastima
Las tiene bien concertadas.

BOREAS.

Aunque te sepa enojar
Haremos bien de nos ir.

HIMENEO.

¿Y es tiempo de ir á dormir?

BOREAS

Y aun hora de levantar.

HIMENEO.

Calla, loco,
Que en mis males sabes poco.

BOREAS.

Sepas que estás en error,
Si tan grosero me hallas
Como tú me certificas;
Pues de cierto sé, señor,
Que con la pena que callas
Es nada cuanto publicas.
Y si mueres por tal dama
Tienes muy justa querella,
Pues otros mueren sin vella
Que se ahogan en su fama,
Con decir
Que es la vida bien morir.

ELISO.

Dile de eso y medraremos.

HIMENEO.

¿Qué hablas allá entre dientes,
Almahacen de negligencia?

ELISO.

Que presto lo llevaremos
Con los otros inocentes
A la casa de Valencia.

HIMENEO.

No medre quien te vistió.
¿Y á quién tienes de llevar?
Tú de mí debes hablar.

ELISO.

Vos lo decís, que no yo.

HIMENEO.

¡Oh borracho,
Mal criado é sin empacho!

ELISO.

Mas, señor, pues que así es,
Tu señoría provea
Que ninguno aquí te halle;
Porque su hermano el marqués
De la señora Febea
Visita mucho esta calle;
Trae muy buenos criados,
Y tú los tienes mejores.
Reniega de los amores,
No vamos descalabrados.

HIMENEO.

Yo me quedo;
Váyase quien les ha miedo.

ELISO.

Si quieres, señor, probar
Cuánto miedo les tenemos,
Y saber cuánto nos tienen,
Anda, vete á reposar;
Nosotros nos quedaremos
A respondelles si vienen.

HIMENEO.

Pues catad que esteis velado,
Porque vernán mas de dos.

ELISO.

Vengan diez, cuerpo de Dios,
Que no se irán alabando.

BOREAS.

Ya viniesen,
Con tal que no nos huyesen.

HIMENEO.

Mientras no os enojaren
No los corrais por agora,
Que seria inconveniente;
Sino que si bravearen,
Por amor de mi señora
Los espanteis solamente.

ELISO.

Ve con Dios, deja hacer,
Que de todo les porneinos.

BOREAS.

Habla paso, y acordemos
Lo que mas es menester.

HIMENEO.

Digo, Eliso,
Haz que estés sobre el aviso.

BOREAS, ELISO.

ELISO.

Muy modorro sois, amigo,
Porque yo me sé guardar
De los peligros mundanos.

BOREAS.

A la fe que estás conmigo.
Hagamos por nos salvar
Como dos buenos hermanos.
Huigamos de esta congoja,
Y apartémonos del mal;
Que á la fe todo lo al
Es andar de mula coja.

ELISO.

Pues sabrás

quiero mas.

BOREAS.

ıe te decir
amiga mia
ce por mí;
e mentir,
a fantasía
ıos bien aquí.

ELISO.

ımos, par Dios,
ıs cosas hablemos,
entiremos
os todos dos.

BOREAS.

le es tomada....

ELISO.

ınque eso sea,
:asas caidas
on la luna,
lie nos vea
nuestras vidas,
ra ninguna.

BOREAS.

que has dicho bien,
tu razon,
quel canton
no sé quién.

ELISO.

ombra del muro.

BOREAS.

:ada parte.

ELISO.

bien mirado,
no te digo.

BOREAS.

puedo jurarte
ıabia quedado
gre conmigo.

ELISO.

ı esos temores
rdido el correr,
ıto placer
ntes tus amores;
mos,
o nos debemos.

BOREAS.

hermano, tu deseo
ıber desea,
e ellas es esta:
stro amo Himeneo
de Febea,
erva Doresta.
rmosa doncella,
l criatura,
ı en hermosura
vivir con ella;

an sin igual.

ELISO.

ado algun dia?
es que te quiere?
pises abrojos.

BOREAS.

ı juraria
rme pena y muere,
ıienten los ojos.

. . . .

querer cual el mio.

ELISO.

leido aquel testo,
o debe ser
Hombre que en hombre se fia?
Pues si verdad es aquesto,
Quien se fiase en mujer
Muy mas maldito seria.
A la fe para gozallas
Y no perderse tras ellas,
Oillas y no creellas,
Sacudillas y dejallas.
No lo digo
Porque las soy enemigo.

BOREAS.

Mucho tienes de grosero;
Bien paresce, Eliso hermano,
Que aun no te conosce amor;
Que pensarias primero
Que no está mas en su mano
Del verdadero amador.
Porque aquel que pena y muere,
Si bien ama, y es así,
No puede hacer de sí
Sino lo que amor quisiere,
Desque dió
Su libertad á quien vió.
Por ende no hables mas
En juzgar vidas ajenas,
Pues das á muchos molestia;
Que si no quieres querrás,
Y penarás si no penas,
Y caerás de tu bestia.
Pornás en amor tu fe
Y alabarás sus fatigas,
Por mucho que agora digas
De esta agua no beberé;
Que por damas
Honramos vidas y famas.

ELISO.

Boreas, hermano mio,
Recia cosa es la razon
Contra lenguas desarmadas,
Y dicen que es desvarío
Dar coces al aguijon
Y á la carreta pernadas.
Acuerda si nos iremos,
Que será bien que nos vamos,
Y tambien que proveamos
En buscar qué almorzaremos.

BOREAS.

Nunca he gana
De almorzar por la mañana.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién va allá? ¿Jugais de piés?
Tornad un poco, galanes,
Y llevareis que contar.

MARQUÉS.

Turpedio.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUÉS.

¿Quién es?

TURPEDIO.

No sé cuántos rufianes
Que andaban á capear.

MARQUÉS.

Mas si los has conoscido,
Guarda no fuese Himeneo.

TURPEDIO.

Par Dios, señor, no lo creo,
Porque no ovieran huido.

MARQUÉS.

Antes, cierto,
Huye de ser descubierto.

TURPEDIO.

Puede ser, mas aquí viene
Cada noche y cada dia
Con músicas y alboradas.

MARQUÉS.

Si esa presuncion él tiene,
Voto á la Vírgen María,
Yo le ataje las pisadas.

TURPEDIO.

Déjale, señor, hacer,
Que es usanza del palacio,
Y es un modo de solacio
Festejar y dar placer,
Y un deporte
Sin el cual no hay buena corte.

MARQUÉS.

Bien me place el festejar,
Mas no en mi casa, par Dios,
La verdad hora hablando,
Porque tras de este cantar
Yo sé bien que mas de dos
Se quedan después llorando.

TURPEDIO.

Bien siento do van tus flechas.
No temas aunque eso sea;
Que la señora Febea
No es de esas que tú sospechas.
¡Qué doncella,
Para burlarse con ella!

MARQUÉS.

Tocaremos á la puerta
Por ver qué hace siquiera;
No nos vamos sin hablalle.

TURPEDIO.

No estará, señor, despierta;
Seria cosa grosera
Dar voces hora en la calle.

MARQUÉS.

¿Pues dónde iremos agora?

TURPEDIO.

Vamos por la sillería,
Que presto será de dia
Y abrirá aquella señora,
Y aun haremos
Que nos dará que almorcemos.

MARQUÉS.

No nos debemos partir,
Que á esta hora suelen dar
Las músicas y alboradas;
Y si aquel ha de venir,
No puede mucho tardar;
Oigamos sus badajadas.

TURPEDIO.

Sí que no vienen campanas
En las músicas que ordenan.

MARQUÉS.

Vernán badajos, que suenan
Maitines por las mañanas.

TURPEDIO.

Sin mentir
Por nos se puede decir.
Porque ha diez horas, señor,
Que andamos por la cibdad
Sonando como badajos,
Y cogemos poco honor,
A decirte la verdad,
De aquestos vanos trabajos.
Bien es un poco por ende
Pasear sobre la cena,
Y es usanza justa y buena,
Para mancebos se entiende;
Lo demás
Va muy fuera de compás.

MARQUÉS.

Pues yo te diré que sea.
Vámonos hora á dormir
Lo que queda hasta el dia:

Quédese con Dios Febea,
Mañana podré venir
A tentar su fantasía.

. . . .

JORNADA SEGUNDA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO, CANTORES.

BOREAS.

No hay nadie.

HIMENEO.

Habla callando:
Mira que tengo sospecha
Que aun están por ahí.

BOREAS.

Yo los vi, señor, cantando
Por esta calle derecha,
Buen rato lejos de aquí.

HIMENEO.

Pues, sus, buen hora es aquesta
Si no duermen mis amores;
Haz llegar esos cantores,
Y demos tras nuestra fiesta.

ELISO.

Aquí vienen.

HIMENEO.

Llámalos. ¿Qué se detienen?

ELISO.

Caminad. ¿Qué estais parados?

HIMENEO.

Callando, cuerpo de Dios,
¿Qué voces son hora aquestas?

ELISO.

Pues si los tengo llamados
Una vez y mas de dos,
¿Helos de traer acuestas?

HIMENEO.

No corrompas mis placeres.
Por mi fe que nos oigamos;
Aquí solo no riñamos,
Y en casa cuanto quisieres.

CANTOR PRIMERO.

¿Qué haremos?

HIMENEO.

Señores, que comencemos.

CANTOR PRIMERO.

Acaba con esos trastes.

CANTOR SEGUNDO.

Calla pues tú, majadero.

CANTOR PRIMERO.

¡Cómo sobras de cortés!
¿Diremos lo que ordenastes?

HIMENEO.

Sí, bien. La cancion primero,
Y el villancico después.
Pero yo os ruego por tanto
Que vaya la cosa tal,
Que se descubra mi mal
En vuestras voces y canto:
Por ventura
Se aliviará mi tristura.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Tan ufano está el querer
Con cuantos males padesce,
Que el corazon se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.

CANTOR PRIMERO.

La pena con que fatigo
Esme tan favorecida,
Que de envidiosa la vida
Ya no quiere estar conmigo.
Ella se quiere perder:
Vuestra merced lo meresce,

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Y el corazon se enloquesce
De placer
Con tan justo padescer.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Es mas preciosa ventura
Vuestra pena
Que cualquiera gloria ajena.

CANTOR SEGUNDO.

La pena que vos causais,
Los suspiros, el tormento,
Con vuestro merescimiento
Todo lo glorificais.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Mas codiciosa dejais
Vuestra pena
Que cualquiera gloria ajena.

CANTOR PRIMERO.

Los que nunca os conoscieron
Penarán por conosceros,
Y los que gozan de veros
Porque mas antes no os vieron.

CANTOR PRIMERO Y SEGUNDO.

Que por mayor bien tuvieron
Vuestra pena,
Que cualquiera gloria ajena.

HIMENEO.

No mas, señores, agora,
Dejemos para otro dia;
Poco y bueno es lo que place.
Tambien porque esta señora
Se paró á la gelosía,
Quiero saber lo que hace.

CANTOR PRIMERO.

Vamos.

CANTOR SEGUNDO.

Vamos.

HIMENEO.

Id con Dios.

HIMENEO, BOREAS, ELISO, FEBEA.

BOREAS.

Ce, señor, buen tiempo tienes.

HIMENEO.

¡Oh mayor bien de los bienes!
Es mi bien.

FEBEA.

Mas quién sois vos?

HIMENEO.

Quien no fuese,
Ni mas un hora viviese.

FEBEA.

No os entiendo, caballero.
Si merced quereis hacerme,
Mas claro habeis de hablarme.

HIMENEO.

Y aun con eso solo muero,
Que no quereis entenderme
Sino entender en matarme.

FEBEA.

Cómo os llamais os demando.

HIMENEO.

Por las llamas que me dais,
Del fuego que me causais
Lo podeis ir trasladando.

FEBEA.

Gentilhombre,
Quiero saber vuestro nombre.

HIMENEO.

Soy el que en veros me veo
Devoto para adoraros,
Contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo,
Que si no espero gozaros
No quisiera conosceros,
Porque en ser desconoscida
Me matais con pena fuerte,
Sabiendo que de mi muerte
No podeis ser bien servida;
Pero sea,
Pues por vos tambien se emplea.

FEBEA.

Bien me podeis perdonar
Que, cierto, no os conoscia.

HIMENEO.

Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA.

En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.

HIMENEO.

Yo gano tanto cuidado
Que jamás pienso perdello,
Sino que con merescello
Me paresce estar pagado;
Pues padezco
Menos mal del que merezco.

FEBEA.

Gran compasion y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Querria poder sanaros
Por tener en qué serviros.

HIMENEO.

Ojalá pluguiese á Dios
Que querais como podeis,
Porque mis males saneis,
Que esperan á sola vos.

FEBEA.

Dios quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.

HIMENEO.

Esa y todas juntamente
Caben en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero de esta solamente
Tengo yo necesidad,
Aunque soy indigno de ella.

FEBEA.

Mas meresceis que pedís,
Aunque lo que es no sé;
Mas de grado lo haré
Si puedo como decís,
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.

HIMENEO.

Pláceme, señora mia,
Que me habeis bien entendido;
No os quiero mas detener;
Vuestra misma fantasía
Vos dirá que lo que pido
Lo compra bien mi querer.
Y las mercedes pesadas
Que con fatiga se hacen
Son las que alegran y placen,
Y las que son estimadas;
De las cuales
Todas las vuestras son tales.

FEBEA.

lo complaceros,
en qué manera,
ais cosa cierta.

HIMENEO.

viniere á veros
venidera,
abrir la puerta.

FEBEA.

arde.

HIMENEO.

¿Qué, señora?
ie ya el favor?

FEBEA.

no me es honor
erta á tal hora.

HIMENEO.

s
asadas promesas.

FEBEA.

o quereis que os abra?
iellos tiempos tales
es sois descorteses.

HIMENEO.

tal palabra;
sanar mis males,
is esos reveses.
que mis pasiones
idan enojaros,
is escusaros
adas razones,
te
iusais nueva muerte.

FEBEA.

mas resistir
a que me dais,
que m la deis.
ais de ven...,
que mandais
s el que debeis.

HIMENEO.

siervo y cautivo
o merescimiento,
parto contento
rced que recibo.

FEBEA.

os.

HIMENEO.

l quede con vos.

IEO, BOREAS, ELISO.

BOREAS.

ies has conseguido
d que deseaste,
rme á tu querer;
os lo prometido,
es que nos mandaste
cias del placer.

HIMENEO.

s, de muy buen grado,
izon en todo caso.
el sayo de raso,
ibon de brocado,
dia
é mejor valía.

BOREAS.

de ti memoria
iente tu vivir
a y fama sin par,
anta victoria
engas que pedir,
te falta que dar.

ELISO.

iero tus brocados,
Ni consiento, ni es honesto
Que quedes tú descompuesto
Por componer tus criados.
Ten cordura,
Que tu largueza es locura.

BOREAS.

Bien dices.

HIMENEO.

No quiero yo,
Sino daros esto y mas.

ELISO.

No queremos un cabello.

HIMENEO.

¿Por qué?

ELISO.

Señor, porque no;
Sino aquello que nos das
Te debes honrar con ello.

HIMENEO.

Pues callad, hermanos mios,
Sed los que sois por entero,
Que yo os daré, si no muero,
Mas que ropas y atavíos;
Que el amor
Es de hermano y no señor.

ELISO.

Por eso, señor, tomamos
La voluntad por el hecho
De tu mucha cortesía;
Mas si quieres que nos vamos,
Sernos ha mayor provecho,
Porque se hace de dia.
Esta tarde tornaremos
Yo y Boreas paseando,
Para ver disimulando
Con qué esperanza vernemos.

HIMENEO.

Así sea.
Quede Dios con mi Febea.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

Ce, señor, oyes que digo,
Veslos allá do han pasado,
Que agora parten de aquí.

MARQUÉS.

Pese al diablo conmigo
Porque nos hemos tardado,
Que no se fueran así.

TURPEDIO.

Déjalos, señor, andar,
Tu señoría no pene,
Porque la noche que viene
No nos pueden escapar;
Que haremos
De modo que los tomemos.

MARQUÉS.

¿Cómo se podrá hacer
Que si yo la noche vengo
Pueda ver toda la fiesta?
Porque aunque sepa perder
La persona y cuanto tengo,
Yo sabré qué cosa es esta.
Y aun si le tomo con ella,
Prometo á Dios verdadero,
Y á fe de buen caballero,
De matar á él y á ella;
Que la vida
Por la fama es bien perdida.

TURPEDIO.

Pues, señor, en conclusion
A nos nos cumple venir
Antes de ser prevenidos,
Y detrás de aquel canton
Estaremos á sentir
Sin que seamos sentidos;
Y de allí si estás alerta
Le podrás bien ver entrar,
Y así podemos saltar
Para tomalle la puerta;
Lo demás
Se hará como querrás.

MARQUÉS.

Pues luego bueno seria,
Sin que mas aquí tardemos,
Que nos vamos á comer
Y que durmamos el dia,
Pues la noche velaremos
Como será menester,
Y aun venir acompañados
Nos será cosa muy sana;
Quizá vernemos por lana
No tornemos trasquilados,
Y por ende
Vengamos como se entiende.

TURPEDIO.

Antes, señor, te prometo
Que con ayuda de Dios,
Tú y yo podemos bastar;
Y tambien porque el secreto,
Después que sale de dos,
Es una cosa vulgar.
Pues si no rescibes pena,
Solos nos cumple venir
Porque no dés á sentir
Si tu hermana es mala ó buena.
Ten buen seso,
Que su honra está en tu peso.

MARQUÉS.

Y aun por esto yo procuro
Que aunque venga acompañado
Me lo pague todavía.

TURPEDIO.

De aqueso yo te aseguro,
Que ningun enamorado
Se pagó de compañía;
Y cuando bien la trajere
Traërá sus dos criados,
Que de sombras de tejados
Huirán á cual mas pudiere.

MARQUÉS.

Ya se alcanza
Hasta dó llega su lanza.

TURPEDIO.

Pues, señor, no nos curemos
Ni de sus armas temamos,
Pues que no son Aníbales.
Vengamos como debemos,
Que nosotros dos bastamos
Para cuatro lanzas tales.

MARQUÉS.

Bien me aconsejas por cierto,
Yo me confío de ti.
Pero vámonos de aquí,
No sientan nuestro concierto;
Que en consejas
Las paredes han orejas.

JORNADA TERCERA.

BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Pues, Eliso, hermano mio,
No te quiero ser muy luengo,
Ni sé si te enojarás;
Mas con lo que en ti confío
Y el gran amor que te tengo,
Te diré lo que oirás;
Por eso no te receles,
Que los buenos servidores
Han de ser á sus señores
Muy leales y fieles;

Mas no tanto
Que se pongan del quebranto.
Bien te debes acordar
Desde ayer á lo que creo;
Nota bien lo que diré,
Que no quisiste tomar
Lo que te daba Himeneo,
Ni yo por ti lo tomé.
Ni me hagas entender
Que aquella fué lealtad;
Que es la mayor necedad
Que nunca te vi hacer,
Pues perdiste
Lo que en diez años serviste.

ELISO.

No tengas á maravilla
Si no quise á dos por tres
Lo que nuestro amo nos dió,
Que cierto tengo mancilla
De velle para quien es
Mas pobre que tú ni yo.
Si cuando rico se viere
No se acordare de nos,
Allá contará con Dios
Cuando de este mundo fuere;
Pues vivamos,
Que no falta que vistamos.

BOREAS.

No das en todo el terrero,
Ni por ahí te me escapas,
Ni tienes razon ninguna;
Porque es un necio grosero
Quien puede tener dos capas
Y se contenta con una.
Lo que somos obligados
Es servir cuanto podemos,
Y tambien que trabajemos
En que seamos pagados;
De otra suerte
Nuestra vida es nuestra muerte.

ELISO.

Hermano, bien te he entendido,
Por lo cual a tu mandado
Me ternás continuamente,
Y aunque tengo por perdido
Todo el tiempo que he dejado
De te ser muy obediente;
Y pues ya tan claras son
Mi mentira y tu verdad,
Confieso mi necedad
Y alabo tu discrecion,
Y de hoy mas
Yo haré lo que verás.

BOREAS.

Mucho huelgo, hermano Eliso,
Pues que repruebas el mal
Como de buenos se espera;
Vivamos sobre el aviso,
Que sin duda el hospital
A la vejez nos espera;
Por lo cual te cumple, hermano,
Que sin vergüenza ni miedo
Cuando te dieren el dedo
Que abarques toda la mano.
Haz si puedes
Que puedas hacer mercedes.

ELISO.

Hermano, deja hacer,
Que no quiero mas laceria
De la que tengo pasada;
Y aun si recibes placer
Dejemos esta materia
Porque está bien disputada.
Buen tiempo se nos ofrece,
Y es cosa justa y honesta;
Hablemos á tu Doresta
Que á la ventana parece.

BOREAS.

Ya la veo,
Y es cumplido mi deseo.

ELISO.

Pues anda, vela á hablar;
Yo quedaré de esta parte,
Y escucharé desde aquí,
Que me conviene notar
Cómo sabes requebrarte
Para que aprenda de tí.

BOREAS.

No te burles aunque callo,
Ni me tengas por grosero,
Que en manos está el pandero
De quien bien sabrá tocallo.

ELISO.

Ve callando,
Que ya nos está mirando.

BOREAS, ELISO, DORESTA.

BOREAS.

Doresta, señora mia,
Guarde Dios vuestra beldad
Y vuestra gentil manera.

DORESTA.

Si no por la compañía,
Yo os hablara, de verdad,
De modo que no os pluguiera.

BOREAS.

¿Por qué, señora Doresta?

DORESTA.

Porque no me motejeis,
Que si otra vez lo haceis
No os placerá la respuesta,
Que aunque fea
No tengo envidia á Febea.

BOREAS.

Señora, no os deis fatiga
Por yo decir una cosa
Que dirá cualquier que os viere.

DORESTA.

Boreas, ¿quereis que os diga?
Cual me veis fea ó hermosa,
Tal no falta que me quiere.

BOREAS.

Pluguiera, señora, á Dios
En aquel punto que os vi,
Que quisiera tanto á mí
Como luego quise á vos.

DORESTA.

¡Bueno es eso!
A otro can con ese hueso.

BOREAS.

Ensayad vos de mandarme
Cuanto yo podré hacer,
Pues os deseo servir,
Siquiera porque en probarme
Conozcais si mi querer
Concierta con mi decir.

DORESTA.

Si mis ganas fuesen ciertas
De quereros yo mandar,
Quizá de vuestro hablar
Saldrian menos ofertas.

BOREAS.

Si mirais,
Señora, mal me tratais.

DORESTA.

¿Cómo puedo mal trataros,
Con palabras tan honestas
Y por tan corteses maños?

BOREAS.

Como ya no oso hablaros,
Que teneis ciertas respuestas
Que lastiman las entrañas.

DORESTA.

Por mi fe, tengo mancilla
De veros así mortal.
¿Moriréis de aquese mal?

BOREAS.

No sería maravilla.

DORESTA.

Pues, galán,
Ya las toman do las dan.

BOREAS.

Por mi fe, que holgaria,
Si como otros mis iguales
Pudiese dar y tomar;
Mas veo, señora mia,
Que recibo dos mil males,
Y ninguno puedo dar.

DORESTA.

¿Qué sabeis vos si los dais,
Aunque no se da á entender?
Como vos soleis hacer,
Que sin dolor os quejais.

BOREAS.

Plegue á Dios
Que mi pena pene á vos.

DORESTA.

Vos andais tras que publique
Lo que está mejor secreto
Para mi fama y la vuestra;
Pues sin que mas os suplique
No querais, pues sois discreto,
Que haga tan loca muestra.

BOREAS.

No os quiero mas deservir,
Pues algo pienso entenderos,
Y tendré que agradeceros
Si me mandardes venir
Hora cierta,
Que no me negueis la puerta.

DORESTA.

Tal cosa no me mandeis,
Que modo ninguno veo
De poder hacello así.

BOREAS.

Esta noche, si quereis,
Cuando abriréis á Himeneo,
Me podeis abrir á mí.

DORESTA.

Mejor vivan ella y él.
Por eso perded cuidado,
Que mi ama ha concertado
Que ninguno entre con él.

BOREAS.

Pues haced
Que me cumplais la merced.

ELISO.

Ha de ser para mañana.
Vámonos, que eres prolijo.

BOREAS.

¿Consentís, señora, vos?

DORESTA.

Señor, sí, de buena gana,
Pues que aquel señor lo dijo.
Id con la gracia de Dios.

BOREAS.

Y en la vuestra quede yo
Para mi consolacion.

DORESTA.

Estad de buen corazon,
Que Dios por todos murió.

ORBEAS.

ncho en buen hora.

ELISO.

creyera
alcanzabas
) oficio,
, no viera,
sta hablabas,
à tu servicio.

OREAS.

os tardemos,
mo está esperando.

ELISO.

ir hablando,
npo tenemos.

IO, DORESTA.

URPEDIO.

s, señora
os, por tanto,
sa Doresta.

ORESTA.

, en buen hora.
hico santo
tanta fiesta?

URPEDIO.

anto vos,
racia hallaron,
s os miraron
nen por dios,

ra conmigo.

ORESTA.

iso venis!
os bendiga.
ié me decir?

RPEDIO.

a, decis,
s enemiga
go servir.

ORESTA.

davía?

RPEDIO.

e hacello.

ORESTA.

as, si pienso en ello,
tesía.

RPEDIO.

ORESTA.

ie dejeis.

RPEDIO.

idillo
s vos agora.

ORESTA.

ie vos en todo.

RPEDIO.

naravillo,
recedora
pisa lodo.

ORESTA.

ichacho.

RPEDIO.

os paresceré.

ORESTA.

uestra fe,
vuestro empacho.

RPEDIO.

id hayais.

DORESTA.

Pues yo vos prometo á Dios
Que yo lo diga al marqués,
Y quizá por vuestro daño.

TURPEDIO.

Pues si tal sale de vos,
Yo os daré tanto mal mes
Que nunca os falte mal año.

DORESTA.

¡Veis qué rapaz sin mesura,
Cómo tiene presuncion!

TURPEDIO.

Pues voto al fuerte Sanson
De daros mala ventura;
Que aquí está
Quien de vos me pagará.

DORESTA.

Pues no te tomes conmigo,
Que no me espantan tus motes
Por mucho que me amenaces;
Que si á tu amo lo digo
Te hará dar mil azotes,
Que es castigo de rapaces.

TURPEDIO.

Pues si alcanzarte pudiera,
Por eso que agora dices,
Te cortara las narices,
Doña puerca, escopetera.

DORESTA.

Para vos.

TURPEDIO.

¡Oh! reniego, y no de Dios.

JORNADA CUARTA.

HIMENEO, BOREAS, ELISO.

HIMENEO.

Pues agora, mis hermanos,
Tú, Boreas, y tú, Eliso,
Lo hablado se os refiere;
Yo me pongo en vuestras manos,
Ved que esteis sobre el aviso
Mientras yo dentro estuviere.

BOREAS.

Señor, así lo haremos;
Entra tú con mano diestra,
Que por tu fama y la nuestra,
Si conviene, moriremos.

HIMENEO.

Yo lo creo.

ELISO.

Tal es, señor, el deseo.

HIMENEO.

¿Será tiempo de llamar?

ELISO.

Es temprano cuanto quiera,
Dejemos dormir la gente.

BOREAS.

Mas, señor, en tal lugar
Quien tras tiempo tiempo espera,
Tiempo vien que se arrepiente.

HIMENEO.

Pues luego dad aca, vamos,
Llegad conmigo, y veremos.

BOREAS.

¿Quereis, señor, que gastemos
Lo que los dos concertamos?
Que Febea
Solo á tí, señor, desea.

HIMENEO.

Pues solo voy.

ELISO.

Ve con Dios.

BOREAS, ELISO.

BOREAS.

Mas vaya con el diablo.

ELISO.

No, que se va santiguando.

BOREAS.

Calla tú, cuerpo de nos;
Cuanto yo concierto y hablo
Tanto tú me vas gastando.

ELISO.

No hago por cierto, hermano.

BOREAS.

Pues cuando llamar queria,
¿Por qué de gran grosería
Dijiste que era temprano?
Que es locura
Esperar mala ventura.
Porque en aquestos conciertos
Si fuésemos afrentados
Demorando aquí con él,
Esperando somos muertos,
Y huyendo, deshonrados,
Y no sé qué fuera dél.
Mas solos de esta manera,
Si quisiéramos huir,
Podemos después decir
Una mentira cualquiera.
Mi consejo
Será guardar el pellejo.

ELISO.

Dejemos esta cuestion,
Y mira que ya es entrado.

BOREAS.

¿Pues qué tienes en la mente?

ELISO.

Que me hables sin pasion,
Y dejando lo pasado
Hablemos en lo presente.

BOREAS.

Tengo tan poco sentido,
Y estoy tan fuera de mí,
Que por no me ver aquí
No quisiera ser nascido.

ELISO.

Calla, hermano,
Que te quejas muy temprano.

BOREAS.

¡Oh, que haga mal viaje
Quien en tan fuerte jornada
Y en tal congoja me mete!
Pues hombre de mi linaje
Nunca supo qué era espada,
Ni broquel, ni coselete.
Yo tambien soy mas que loco
Por venir en tal lugar,
Pues que no quiero matar,
Ni que me maten tampoco.

ELISO.

Cuerdo eres,
Hagamos lo que quisieres.

BOREAS.

Que no esperemos batalla,
Sino que luego nos vamos
Por no ser muertos aquí.

ELISO.

¿Pues si sale y no nos halla?

BOREAS.

No faltará qué digamos,
Si dejas hablar á mí.

ELISO.

Pues para todo hay remedio,
Sin porqué no nos andemos,
Cuando algo sentiremos
Meteremos tierra en medio.

BOREAS.

¡Qué placer!
¿Y quien no puede correr?

ELISO.

¿Cómo no?

BOREAS.

Porque no puedo,
Que son las armas pesadas,
Y dejallas no osaré;
Tambien porque con el miedo
Tengo las piernas cortadas,
Que moverme no podré.

ELISO.

Pues deja, hermano Boreas,
Las armas con que te hallas,
Porque quizá por salvallas
Perderás cuero y correas,
Y verás
Cuán sin pena correrás.

BOREAS.

Pues si las armas perdiese,
¿Nuestro amo qué diria
De cobarde y de judío?
Que si escusa no tuviese
Para dar, como cumplia,
Me echaria en aquel rio.

ELISO.

Pues si no puedes con ellas,
Dámelas para que huyas,
Que las mias y las tuyas
Yo daré mal cabo de ellas.

BOREAS.

Y la capa,
¿Qué dirán si se me escapa?

ELISO.

Para la capa ternás
Dos mil escusas sobradas
Para no poder salvalla,
Que si tú quieres dirás
Que jugando á cuchilladas
Te fué forzado dejalla;
Porque los hombres de guerra,
Para poderse valer,
Primero de acometer
Dejan la capa por tierra.

BOREAS.

Pues espera,
Tendréla de esta manera.

MARQUES, TURPEDIO.

TURPEDIO.

¿Quién anda ahí?

MARQUÉS.

Mueran, mueran.
¿Por dó van?

TURPEDIO.

Allá han traspuesto;
Mas la capa irá conmigo.

MARQUÉS.

Pese á tal, si no huyeran,
Que por ventura de presto
Llevaran un buen castigo.

TURPEDIO

Mas, señor, ¿sabes que creo
Que sabrás lo que deseas?
Que esta capa es de Boreas,
Un criado de Himeneo.

MARQUÉS.

Dí, ¿qué fué?

TURPEDIO.

Sí, señor, en buena fe.

MARQUÉS.

¿Cuántos eran?

TURPEDIO.

Solos dos;
Y por la capa, señor,
Son sus criados de aquel.

MARQUÉS.

Pues voto al cuerpo de Dios,
Que queda dentro el traidor.

TURPEDIO.

Si tal es, doblen por él.

MARQUÉS.

Ven acá, que es de pensar
De qué manera haremos.

TURPEDIO.

Señor, que luego llamemos,
Pues que nos conviene entrar.

MARQUÉS.

Ciertamente;
Se nos irá, si nos siente.

TURPEDIO.

¿Pues quieres cosa mas cierta
Por quitar este recelo
Y acertar esta jornada?
Da tú una coz á la puerta
Que dés con ella en el suelo.
Jugaremos de antuviada.
Ningun temor se reciba
Si entramos apercibidos,
Que aun no seremos sentidos
Cuando seremos arriba.

MARQUÉS.

Sus pues, vamos,
Que ya sobrado tardamos.
Dame esa capa tú á mí.

TURPEDIO.

Toma la rodela, aosadas.

MARQUÉS.

Dala acá, que bien te entiendo.

TURPEDIO.

Pues si quereis así.
Y arrancadas las espadas
Vamos diciendo y haciendo.

MARQUÉS.

Pues si viniere en tus manos,
Y le pudieres coger,
Haz que no haya menester
Médicos ni cirujanos.

TURPEDIO.

Entra presto,
Deja á mí hacer el resto.

JORNADA QUINTA.

MARQUES, FEBEA, DORESTA, TURPEDIO.

MARQUÉS.

¡Oh! mala mujer, traidora,
¿Dónde vais?

TURPEDIO.

Paso, señor.

FEBEA.

¡Ay de mí, desventurada!

MARQUÉS.

¿Pues qué os parece, señora?
¿Para tan gran deshonor
Habeis sido tan guardada?
Confesaos con este paje,
Que conviene que murais;
Pues con la vida escusais
Un tan antiguo linaje.
Quiero daros,
Que os doy la vida en mataros.

FEBEA.

Vos me sois señor y hermano
(Maldigo mi mala suerte
Y el dia en que fui nascida),
Yo me pongo en vuestra mano,
Y antes os pido la muerte
Que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
Que nascí tan sin ventura;
Gozará la sepultura
Lo que no pudo Himeneo.

MARQUÉS.

¿Fué herido?

TURPEDIO.

No, que los piés le han valido.

FEBEA.

Señor, después de rogaros
Que en la muerte que me dais
No os mostreis todo crüel,
Quiero tambien suplicaros
Que pues á mí me matais,
Que dejeis vivir á él.
Porque segun lo atribuyo,
Si sé que muere de esta arte,
Dejaré mi mal aparte
Por mejor llorar el suyo.

MARQUÉS.

Toca á vos
Poner vuestra alma con Dios.

FEBEA.

No me querais congojar
Con pasion sobre pasion
En mis razones finales;
Dejadme, señor, llorar,
Que descansa el corazon
Cuando revesa sus males.

MARQUÉS.

Pues contadme en qué manera
Pasa todo vuestro afán.

FEBEA.

Pláceme, porque sabrán
Como muero, sin que muera,
Por amores
De todo merecedores.
Doresta.

DORESTA.

Ya voy, señora.

FEBEA.

Ven acá, serás testigo
De mi bien y de mi mal.

TURPEDIO.

Señor, es una traidora.

DORESTA.

Tú de bondad enemigo.

MARQUÉS.

Callad, hablemos en al.

FEBEA.

Hablemos como la suerte
Me ha traido en este punto,
Do yo y mi bien todo junto
Moriremos de una muerte;
Mas primero
Quiero contar como muero.
Yo muero por un amor,
Que por su mucho querer
Fué mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer

l bien empleado,
eda otro pesar
.e vida mia,
'uando podia
para gozar,

nto deseé.
n este deseo,
ton me revienta
lor amoroso
'yera à Himeneo,
ra descontenta
ra quejoso.
quien me maldice,
ue el mas me rogaba
ue él lo deseaba,
qué no lo hice.
mi!
'o asi como así.
iejo de que muero,
mortal como reo;
muerte traidora,
iiera primero
ciera a Himeneo,
mcho en buen hora:
ndo de esta suerte,
azon á mi ver
el hombre ó mujer
duela mi muerte,
lando
r dónde, cómo y cuándo?
hice traicion;
yo no sé à quién,
io lo he sabido;
fué con razon,
, hice bien
r a mi marido,
as que las doncellas,
ue tiempo tuvieren,
il si no murieren
ue mueren por ellas;
'iendo
famas viviendo.

MARQUÉS.

eis el morir,
que en el nascer
e nos concede
en oi decir
ran locura temer
scusar no se puede.
la con dolor
qué la quereis,
riendo vivireis
ida mejor,
tan
no sienten afan.
nar de miseria
el desbarbado
man a una,
es con la laceria,
con el cuidado,
con la fortuna.
s esta jornada,
te mundo ruin
eguir aquel fin
fuisteis criada;
ero
s aqui primero.

EO, BOREAS, ELISO,
UES, FEBEA, DORESTA,
EDIO.

HIMENEO.

, no os movais.

MARQUÉS.

no? Mozo.

TURPEDIO.

Señor.

MARQUÉS.

Llega presto.

TURPEDIO.

Vesme aquí.

HIMENEO.

No braveeis, si mandais.
Callad y hareis mejor,
Si quereis creer á mí.

MARQUÉS.

Pues ¿quién sois vos, gentilhombre?

HIMENEO.

Soy aquel que mas desea
La honra y bien de Febea,
Y es Himeneo mi nombre,
Y ha de ser,
Pues que fué y es mi mujer.

MARQUÉS.

Catad, pues sois caballero,
No querais forzosamente
Tomaros tal presuncion.

HIMENEO.

No quiera Dios, ni yo quiero,
Sino muy humanamente
Lo que me da la razon;
Y porque con la verdad
Se conforme mi querella,
Hagamos luego con ella
Que diga su voluntad,
Y con todo
Hágase de aqueste modo:
Que si Febea dijere
Que me quiere por marido,
Pues lo soy testigo Dios,
Que pues la razon lo quiere
(No perdiendo en el partido)
Lo tengais por bueno vos.
Pues sabeis bien que en linaje
Y en cualquier cosa que sea,
La condicion de Febea
Me tiene poco ventaje;
Y esto digo
Porque vos sois buen testigo.

MARQUÉS.

Bien veo que sois iguales
Para poderos casar,
Y lo saben donde quiera;
Pero digo que los tales
Lo debrian negociar
Por otra mejor manera.

HIMENEO.

Ya sé yo poner tercero
Donde fuera menester,
Pero si tomo mujer
Para mí solo la quiero;
Pues así
Quise engañarme por mí.
Yo, señora, pues ordeno
Que se quede lo pasado,
Si bien mataros quisiera,
El hacia como bueno,
Y le fuera mal contado
Si de otro modo hiciera.

MARQUÉS.

No haya mas, pues que es ya fecho,
Plegue al divino Mesías
Que le goceis muchos dias
Y que os haga buen provecho;
Pues casastes
Mejor de lo que pensastes.

HIMENEO.

Yo digo, pues que así es,
Que vos nos tomeis las manos
Por quitar estas zozobras;
Y si quisiérdes después
Seamos buenos hermanos
Y hagamos nos las obras.

MARQUÉS.

¿Quereis vos?

FEBEA.

Soy muy contenta.

MARQUÉS.

Dad acá.

ELISO.

Gracias á Dios.

BOREAS.

Sí, pues que hace por nos
En sacarnos de esta afrenta.

MARQUÉS.

Pues veamos
Qué será bien que hagamos.

HIMENEO.

Si vuestra merced mandare,
Vámanos á mi posada,
Sentirá mis ganas todas,
Y segun allí ordenare
Nombraremos la jornada
Para el dia de las bodas.

ELISO.

Pues antes que aqueso sea,
Boreas y yo, señores,
Nos damos por servidores
A la señora Febea.

FEBEA.

Por hermanos.

BOREAS.

Besamos sus piés y manos.

ELISO.

Tambien al señor marqués
Ofrecemos el deseo,
Con perdon de lo pasado.

TURPEDIO.

Yo tambien, pues que así es,
Me dó al señor Himeneo
Por servidor y criado.

FEBEA.

Mas porque nuestros afanes
Nos causen cumplida fiesta,
Casemos á mi Doresta
Con uno de estos galanes.

MARQUÉS.

¿Y con quién?

FEBEA.

Con el mas hombre de bien.

HIMENEO.

Cada cual lo piensa ser.

FEBEA.

Por cierto todos lo son.

MARQUÉS.

Pues, señora, ¿qué remedio?

FEBEA.

Que la demos á escoger;
Porque ella tiene aficion
A Boreas ó á Turpedio.

TURPEDIO.

Yo, señores, no la quiero.

DORESTA.

Malos años para vos.

TURPEDIO.

Pues voto al cuerpo de Dios...

MARQUÉS.

Calla, rapaz majadero.

FEBEA.

No haya mas;
Toma tu cual mas querrás.

HIMENEO.

Yo tomo el cargo, señora,
De casaros á Doresta
Si se confia de mí;
Dejémoslo por ahora:
Vámonos, que es cosa honesta,
No nos tome el sol aquí.

MARQUÉS.

Pues adios.

HIMENEO.

No quiero nada.

MARQUÉS.

Sí, señor.

HIMENEO.

Par Dios no vais.

MARQUÉS.

¿Por qué no?

HIMENEO.

Porque vengais
A conocer mi posada,
Holgaremos
Que cantando nos iremos.

MARQUÉS.

Pláceme por vuestro amor,
Si mi hermana vuestra esposa
Nos hiciese compañía.

FEBEA.

Soy contenta.

HIMENEO.

Pues, señor,
Cantemos alguna cosa
Solamente por la via.

MARQUÉS.

¿Qué diremos?

HIMENEO.

De la gloria
Que siente mi corazon
Desque venció su pasion.

MARQUÉS.

Decid victoria, victoria;
Vencedores,
Cantad victoria en amores.
Victoria, victoria,
Los mis vencedores,
Victoria en amores.
Victoria, mis ojos,
Cantad si llorastes,
Pues os escapastes
De tantos enojos;
De ricos despojos
Sereis gozadores.
Victoria en amores.

LOPE DE RUEDA.

LA CARATULA, PASO.

PERSONAS.

ALAMEDA, *simple.* | SALCEDO, *su amo.*

Campo solitario.

ALAMEDA.
¿Acá está vuesa merced, señor mosamo?

SALCEDO.
Aquí estoy; ¿tú no lo ves?

ALAMEDA.
Pardiez, señor, á no toparos, que no le pudiera encontrar aunque echara mas vueltas que un podenco cuando se viene á acostar.

SALCEDO.
Por cierto, Alameda, que es negocio ese que no se puede creer facilmente.

ALAMEDA.
A no creerme dijera que no estábades en vuestro juicio, pues á fe que vengo á tratar con vuesa merced un negocio, que me va mucho en mi conciencia, si acaso me tiene cilicio.

SALCEDO.
Silencio querrás decir.

ALAMEDA.
Sí, silencio será, pienso que...

SALCEDO.
Pues dí lo que quieres, que el lugar harto apartado es, si ha de haber silencio ó cosa de secreto.

ALAMEDA.
¿Hay quien nos pueda oir por aquí? Mirelo bien, porque es cosa de grande secreuto, y en topetando que le topete, luego le conosciquerá vuesa merced como si se lo dijeran al oido.

SALCEDO.
Que te creo sin falta.

ALAMEDA.
¿Pues no m'habia de creer siendo nieto de pastelero?

SALCEDO.
¿Qué hay? acabemos.

ALAMEDA.
Hable quedo.

SALCEDO.
¿Qué aguardas?

ALAMEDA.
Mas quedo.

SALCEDO.
Dí lo que has de decir.

ALAMEDA.
¿Hay quien nos escuche?

SALCEDO.
¿No te habemos dicho que no?

ALAMEDA.
Sabed que me he hallado una cosa con que podré ser hombre, de Dios en ayuso.

SALCEDO.
¿Cosa de hallar, Alameda? Tu compañero quiero ser.

ALAMEDA.
No, no; solo me lo hallé, solo me lo quiero gozar, si la fortuna no me es adversa.

SALCEDO.
Amuestra qué te has hallado, enséñanoslo.

ALAMEDA.
¿Ha visto vuesa merced un cernícalo?

SALCEDO.
Sí, muy bien.

ALAMEDA.
Pues mayor es mi hallazgo con mas de veinte y cinco maravedís.

SALCEDO.
¿Es posible? amuestra, á ver.

ALAMEDA.
Ni sé si la venda, ni sé si lampeñe.

SALCEDO.
Amuestra.

ALAMEDA.
A paso, á paso, mírela tantico.

SALCEDO.
¡Oh desventurado de mí! ¿que todo eso era tu hallazgo?

ALAMEDA.
¿Cómo? ¿no's bueno? Pues sepa vuesa merced que viniendo del monte por leña, me la'ncontré junto al vallado del corralejo este diabro de hilosomía. ¿Y adónde nacen estas, si sabe vuesa merced?

SALCEDO.
Hermano Alameda, no sé qué te diga, sino que fuera mejor que se te cayeran las pestañas de los ojos antes que te acontesciera una desdicha tan grande.

ALAMEDA.
¿Desdicha es hallarse el hombre una pieza como esta?

SALCEDO.
¿Y cómo si es desdicha? No quisiera estar en tu piel por todo el tesoro de Venecia. ¿Tú conoces este pecador?

ALAMEDA.
¿Pecador es este?

SALCEDO.
Díme, Alameda, ¿no tienes noticia del santero que desollaron los ladrones la cara por roballo, Diego Sanchez?

ALAMEDA.
¿Diego Sanchez?

SALCEDO.
Sí, Diego Sanchez; no me puedes negar que no sea este.

ALAMEDA.
¿Qu'est'es Diego Sanchez? ¡Oh desdichada de la madre

que me parió! ¿Pues cómo no m'encontró Dios con unas arguenas de pan, y no con una cara de un desollado? Ce, Diego Sanchez, Diego Sanchez; no, no pienso que responderá por mas voces que le den. Y diga, señor, ¿qué se hicieron de los ladrones? ¿halláronlos?

SALCEDO.

No los han hallado; pero sábete, hermano Alameda, que anda la justicia muerta por saber quién son los delincuentes.

ALAMEDA.

Y por dicha, señor, ¿soy yo agora el delincuente?

SALCEDO.

Sí, hermano.

ALAMEDA.

¿Pues qué me harán si me cogen?

SALCEDO.

El menor mal que te harán (cuando muy misericordiosamente se hayan contigo) será ahorcarte.

ALAMEDA.

Ahorcarme, y después echarme han á galeras, y mas yo que soy algo ahogadizo de la garganta; y así por averiguado tengo, señor, que si me ahorcasen, se me quitaria la gana del comer.

SALCEDO.

Lo que yo te doy por consejo, hermano Alameda, es que luego te vayas á la ermita de Sant Anton, y te hagas santero así como lo era el otro cuitado, y de este arte la justicia no te hará mal ninguno.

ALAMEDA.

Y dígame, señor, ¿cuánto me costará una tablilla y campanilla como aquella de aquel desdichado?

SALCEDO.

No es menester hacella de nuevo, que la del pasado santero anda vendiendo el pregonero de la villa, y se la podrás comprar; mas de una cosa tengo miedo.

ALAMEDA.

Yo de mas de doscientas. ¿Y es la suya de qué?

SALCEDO.

Que estando solo en la ermita, te podria asombrar alguna noche el espíritu de aquel cuitadillo; pero mas vale que te asombre á tí, que no que asombres tú á otros colgado del pescuezo como podenco en barbacana.

ALAMEDA.

Y mas yo, qu'en apretándome la nuez un poco no puedo resollar.

SALCEDO.

Pues, hermano, anda presto, porque si te tardas, podria ser que topases la justicia.

ALAMEDA.

¿Y qué se ha de hacer de aquesta filomancia, ó qué es?

SALCEDO.

Esta, déjala estar, no te topen con ella.

ALAMEDA.

Pues yo me voy, ruegue á Dios que me haga buen santero; hora, sus, quedad norabuena, señor Diego Sanchez.

SALCEDO.

Agora menester será, pues le he hecho encreyente á este animalazo que está carátula es el rostro de Diego Sanchez, de hacelle una burla sobre ella, y es que yo me quiero ir a apañar con una sabana lo mejor y mas artificiosamente que pueda, y le saldre al encuentro, fingiendo que soy el espíritu de Diego Sanchez, y vereis qué burla tan concertada será esta. Sus, voilo á poner por obra.

(Bosque. Entrase Salcedo, y sale Alameda, simple, vestido como de santero, con una lumbre en la mano y una campanilla.)

ALAMEDA.

Para la lámpara del aceite, señores. Trabajosísima cosa es el hombre santero, que nunca se mantiene sino de mendrugos de pan; que no parezco sino gozque de conejero, que lo matan de hambre porque cace mejor á sabor; y mas que los gozques que solia tener por amigos, como me ven con este traje me han desconocido; y como ven que de puerta en puerta ando pidiendo, y les recojo los mendrugos de pan que ellos solian tener por principal mantenimiento, así se vienen á mí las bocas abiertas, como el cuquillo á las mariposas; y lo peor de todo es que no se menea un mosquito en la ermita, cuando luego pienso que es el álima del santero desollado, y no tengo otro remedio sino, en sintiendo algo, capuzarme la cabeza debajo la ropa, que no parezco sino olla de arroz que la tapan porque no se le salga la sustancia della. Dios me despene por quien él es. Amén.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

¡Ay! llamado me han. ¿Hay quien dé por Dios para la lámpara del aceite?

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Ya son dos Alamedas. Alameda y en mitad del monte, no es por mi bien. Dios sea conmigo.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

El Espíritu Santo consolador sea conmigo y contigo. Amén. Quizás será alguno que me quiera dar limosna.

SALCEDO.

Alameda.

ALAMEDA.

Así, así, mucho Alameda, Alameda, y después quebrarme han el ojo con una blanca.

SALCEDO.

Alonso de Alameda.

ALAMEDA.

Alonso y todo; ya me saben el nombre de pila, no es por bien esto; quiero preguntar que quién es, con dolor de mi corazon. ¿Quién sois?

SALCEDO.

¿No me conosces en la voz?

ALAMEDA.

¿Yo en la voz? ni aun querria; no os conozco si no os viese la cara.

SALCEDO.

¿Conociste á Diego Sanchez?

ALAMEDA.

El es, él es; mas podrá ser que no sea él, sino otro. Señor, conoscí siete ú ocho en esta vida.

SALCEDO.

¿Pues cómo no conosces á mí?

ALAMEDA.

¿Sois vos alguno dellos?

SALCEDO.

Sí soy; porque antes que me desollasen la cara...

ALAMEDA.

El desollado es, el desollado es; Dios sea con mi álima.

SALCEDO.

Porque me conozcas me quiero mostrar á tí.

ALAMEDA.

¿A mí? Yo os lo perdono; mas, señor Diego Sanchez, aguarde que pase por el camino otro que le conozca mejor que yo.

SALCEDO.

A tí soy enviado.

ALAMEDA.

¿A mí, señor Diego Sanchez? Por amor de Dios, yo me doy por vencido, y me pesa de buen corazon y de mala voluntad.

SALCEDO.

¿Qué dices?

ALAMEDA.

Estoy turbado, señor.

SALCEDO.

¿Conócesme agora?

ALAMEDA.

Ta, ta, ta; sí, señor; ta, ta, ta; ya le conozco.

SALCEDO.

¿Quién soy yo?

ALAMEDA.

Si no m'engaño, sois el santero que le desollaron la cara por roballe.

SALCEDO.

Sí soy.

ALAMEDA.

Pluguiera á Dios que nunca lo fuérades. ¿Y no teneis cara?

SALCEDO.

Denantes solia tener cara, aunque agora la tengo pegadiza por mis pecados.

ALAMEDA.

¿Pues qué quiere agora, señor, su merced Diego Sanchez?

SALCEDO.

¿Dónde están las notomías de los muertos?

ALAMEDA.

A las sepulturas me envía. ¿Y comen allá, señor Diego Sanchez?

SALCEDO.

Sí; ¿por qué lo dices?

ALAMEDA.

¿Y qué comen?

SALCEDO.

Lechugas cocidas, y raices de malvas.

ALAMEDA.

Bellaco manjar es ese por cierto. ¡Qué de purgados debe de haber allá! ¿Y por qué me quereis llevar con vos?

SALCEDO.

Porque sin mi licencia os posistes mis ropas.

ALAMEDA.

Tómelas, tómelas, y lléveselas, que no las quiero.

SALCEDO.

Vos propio habeis de venir, y si diéredes el descargo que convenga, dejaros han que volvais.

ALAMEDA.

¿Y si no?

SALCEDO.

Quedaros heis con las notomías en las cisternas viejas. Mas resta otra cosa.

ALAMEDA.

¿Qué es, señor?

SALCEDO.

Habeis de saber que aquellos que me desollaron me echaron en un arroyo.

ALAMEDA.

Fresco estaria allí su magnificencia.

SALCEDO.

Y es menester que al punto de la media noche vais al arroyo, y saqueis mi cuerpo y le lleveis al cimenterio de Sant Gil, que está al cabo de la villa, y allí junto digais á grandes voces: Diego Sanchez.

ALAMEDA.

Y diga, señor, ¿tengo d'ir luego?

SALCEDO.

Luego, luego.

ALAMEDA.

Pues, señor Diego Sanchez, ¿no será mejor que vaya á casa por un borrico en que vaya caballero su cuerpo?

SALCEDO.

Sí, aguija presto.

ALAMEDA.

Luego torno.

SALCEDO.

Anda, que aquí os aguardo.

ALAMEDA.

Dígame, señor Diego Sanchez, ¿cuánto hay de aquí al dia del juicio?

SALCEDO.

Dios lo sabe.

ALAMEDA.

Pues hasta que lo sepais vos podeis aguardar.

SALCEDO.

Venid presto.

ALAMEDA.

No comais hasta que venga.

SALCEDO.

¿Ansí? aguarda, pues.

ALAMEDA.

Válame sancta María. Dios sea conmigo, que me viene siguiendo.

EL RUFIAN COBARDE, PASO.

PERSONAS.

SIGUENZA, *lacayo*.
SEBASTIANA, *mundana*.
ESTEPA, *lacayo*.

Calle.

SIGUENZA, SEBASTIANA.

SIGUENZA.

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por estenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.

Que no, sino cuál hinchiria su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y a las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGUENZA.

¡Ah, pese á la puta! ¿por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.

Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valia mas que todo mi linaje.

SIGUENZA.

¡Ah putañona! como si yo no supiese que su madre fué una segunda Celestina.

SEBASTIANA.

Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladron desorejado...

SIGUENZA.

Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

SEBASTIANA.

Que si no se huyera de la cárcel, como se huyó, le hicieran escribano real, y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos.

SIGUENZA.

Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

SEBASTIANA.

Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGUENZA.

Ya, ya, no me digas mas. ¡Ladron desorejado! ¿y de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.

La sucia, como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, atrévese a hablar, diciendo que te las cortaron por ladron.

SIGUENZA.

¡Ah pícara! ¿Por ladron á mí? ¿no sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.

Yo te creo; pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te lisiaron de ellas?

SIGUENZA.

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve dias andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en dia escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone): Campos, Piñeda, Osorio, Campuzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo, y Jamote el Desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas, dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGUENZA.

A eso voy; que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno dia murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste; ¿mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladron?

SIGUENZA.

¿Ladron? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufián por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrian á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazon?

SEBASTIANA.

¿Ello es ansí que fuiste en galera?

SIGUENZA.

Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de ladron á hombre vividor.

SEBASTIANA.

¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

SIGUENZA.

¿No te paresce que es harta buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodia con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.

Harto bueno es aqueso.

SIGUENZA.

Catay pues por qué afrentan á un hombre de honra, y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan

limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.

¿Cómo limpiamente?

SIGUENZA.

¿No te paresce que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.

Oye, que Estepa viene.

SIGUENZA.

Por tu vida ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.

¿Para qué?

SIGUENZA.

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.

¡Ah Sigüencilla! ¿paréscete bien de blasonar de quien vale mas que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGUENZA.

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA.

Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA.

Tómala, Sigüenza.

SIGUENZA.

Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA.

Dí, bellaco: ¿no te paresce que esa tu mujercilla no es bastante para descalzar el chapin de la mia?

SIGUENZA.

Espérese, señor, certificarme he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.

¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

ESTEPA.

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladron, tomá vuestra espada.

SIGUENZA.

Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

ESTEPA.

Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijisteis delante de vuestra amiga.

SIGUENZA.

¿De qué, señor?

ESTEPA.

De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGUENZA.

Desdecirme, no, no; no me paresce cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

SEBASTIANA.

Hela.

SIGUENZA.

Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.

Acaba, ladron azotado.

SIGUENZA

¿Ladron azotado? Sus, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.

¿No? pues aguarda.

SIGUENZA.

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTÉPA.

¿De qué suerte? Veamos.

SIGUENZA.

Desta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay mas que tratar.

ESTEPA.

Pues mas habeis de hacer.

SIGUENZA.

Haré cuanto vuesa merced mandare.

ESTEPA.

Que me deis la espada.

SIGUENZA.

¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

ESTEPA.

Digo que me la habeis de dar.

SIGUENZA.

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.

Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGUENZA.

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

ESTÉPA.

Sus, arrodillaos, porque mas devotamente los recibais.

SIGUENZA.

Ya estoy, señor, arrodillado, haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA.

Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

SIGUENZA.

¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

ESTEPA.

Tené tieso ese pescuezo.

SIGUENZA.

Señora Sebastiana, *miserere mei*: pasito, no tan recio.

ESTEPA.

Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

SIGUENZA.

La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mias, que aun me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

EUFEMIA, COMEDIA.

PERSONAS.

LEONARDO, *gentil hombre.*
EUFEMIA, *su hermana.*
VALIANO, *señor de baronías.*
CRISTINA, *criada.*
JIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*
MELCHOR ORTIZ, *simple.*
PAULO, *anciano criado.*
VALLEJO, *lacayo.*
POLO, *lacayo.*
EULALIA, *negra.*
GRIMALDO, *paje.*
ANA, *jitana.*
ACOMPAÑAMIENTO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Leonardo.

LEONARDO, MELCHOR.

LEONARDO.

Larga, y en demasiada manera, me ha parescido la pasada noche; no sé si fué la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser ansí. Porque buen rato ha que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fué á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchor lo que anoche le dejé encomendado. Melchor, ¡ah! Melchor.

MELCHOR.

Apriesa, apriesa, que se entran los moros por la villa. Henchí en mal punto el ringlon, si quereis que responda.

LEONARDO.

Melchor. Válgale el diablo á este asno; ¿y dónde está que no me oye?

MELCHOR.

Dizque no oigo: pardiez que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido. Mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquiera hombre de honra. A ese Melchor échele un soportativo, y verá cuán recio só con él.

LEONARDO.

Superlativo quieres decir, badajo.

MELCHOR.

Sí, señor. ¿Pues por qué nos barajamos ellotro dia Jimena de Peñalosa é yo?

LEONARDO.

No me acuerdo.

MELCHOR.

¿No se acuerda que nos medio apuñeteamos porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnia la de los Peñalosas que los Ortices?

LEONARDO.

Paresce que me voy acordando ya.

MELCHOR.

¡Ah! gloria á Dios. Pues aquese Melchor aguátele con alguna cosita al principio porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEONARDO.

Ah, señor Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEONARDO.

¡Oh, mal os haga Dios! qué, ¿tantos términos habemos de tener para que salgais?

MELCHOR.

Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEONARDO.

¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MELCHOR.

Que dice ella que es mejor que mi madre, con no haber hombre ni mujer en todo mi pueblo que en abriendo la boca no diga mas bien de ella que las abejas del oso.

LEONARDO.

Aqueso, de bien quista debe ser.

MELCHOR.

¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEONARDO.

Mácula querrás decir.

MELCHOR.

Mujer que todo el mundo la alaba. ¿No es harto, señor?

LEONARDO.

Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MELCHOR.

No hay que decir. ¿Qué pueden decir? que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesta de su cuerpo: lo demás no fuera ella... ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEONARDO.

Bota.

MELCHOR.

¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEONARDO.

Borracha.

MELCHOR.

Aqueso tenia tambien, que en esotro así podian fiar de ella oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mí una olla de puchas, que todo lo ponia en cobro.

LEONARDO.

Eso es cuanto á la madre. ¿Y tu padre era oficial?

MELCHOR.

Señor, miembro dizque era de justicia en Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

¿Qué fué?

MELCHOR.

Miente vuesa merced los cargos de un pueblo.

LEONARDO.

Corregidor.

MELCHOR.

Mas bajo.

LEONARDO.

Alguacil.

MELCHOR.

No era para alguacil, que era tuerto.

LEONARDO.

Porqueron.

MELCHOR.

No valia nada para correr, que le habian cortado un pié por justicia.

LEONARDO.

Escribano.

MELCHOR.

En todo nuestro linaje no hubo hombre que supiese leer.

LEONARDO.

¿Pues qué oficio era el suyo?

MELCHOR.

¿Como los llaman á aquesos que de un hombre hacen cuatro?

LEONARDO.

Bochines.

MELCHOR.

Asi, asi, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

LEONARDO.

Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MELCHOR.

Pues ¿cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi zapato, siendo todos hijos de Adrian y Esteban.

LEONARDO.

Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

ESCENA II.

LEONARDO, EUFEMIA.

EUFEMIA.

¿Qué madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEONARDO.

Carisima Eufemia, querria, si Dios de ello fuere servido, comenzar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

EUFEMIA.

Qué, ¿todavia estás determinado de caminar sin saber á dó? Cruel cosa es esta. Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay sin ventura! que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros carisimos padres se me representa. ¡Ay hermano! acordarte debrias que al tiempo que tu padre é mio murió, cuánto á tí dél quedé encomendada, por ser mujer y menor que tú. No hagas tal, hermano Leonardo; ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justísimas plegarias se encomienda.

LEONARDO.

Cara y amada Eufemia, no procures estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias ha que tengo determinado, de lo cual sola la muerte seria parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es que hagas aquello que las virtuosas y sabias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeidas y apartadas, suelen hacer; no tengo mas que avisarte, sino que do quiera que me hallare, serás á menudo con mis letras visitada. Y por agora en tanto que yo me llego á oir misa, harás á ese mozo que entienda en lo que anoche le dejé mandado.

EUFEMIA.

Ve, hermano, en buen hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEONARDO.

Asi lo haré : queda con Dios.

ESCENA III.

EUFEMIA, MELCHOR.

EUFEMIA.

Ortiz, Melchor Ortiz.

MELCHOR.

Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

EUFEMIA.

Sal aquí, que eres de menester.

MELCHOR.

Ya, ya, no me digais mas, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUFEMIA.

Pues si lo sabeis, hacedlo y despachá, que vuestro señor es ido á oir misa, y será presto de vuelta.

MELCHOR.

No sé por dónde me lo comience.

EUFEMIA.

Con tal que se haga todo, comenzá por do querreis.

MELCHOR.

Ora, sus, ya voy en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

EUFEMIA.

No, si no lo dices.

MELCHOR.

Saber á lo que vó, ó á qué.

EUFEMIA.

¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese a acostar? Oislo, Jimena de Peñalosa.

ESCENA IV.

EUFEMIA, MELCHOR, JIMENA.

JIMENA.

Mi ánima, entrañas de quien bien os quiere. ¡Ay! si he podido dormir una hora en toda esta noche.

EUFEMIA.

¿Y de qué, ama?

JIMENA.

Mosquitos, que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

MELCHOR.

Debe dormir la señora abierta la boca.

JIMENA.

Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MELCHOR.

¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana se echa los nueve hecha cuba?

JIMENA.

¡Ay! señora, ¿paréscele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara? ¡Ay! plegue á Dios que en agraz te vayas.

MELCHOR.

¡En agraz! A lo menos no la podrán comprender á la señora esas maldiciones, aunque me perdone.

JIMENA.

¿Por qué, molde de bodoques?

MELCHOR.

¿Cómo se puede la señora chapa de palmito ir en agraz, si à la contina está hecha uva?

JIMENA.

Aosadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MELCHOR.

Pase adelante la cara de mula que tiene torozon.

JIMENA.

¡Ay! señora, déjeme vuesa merced llegar à ese pailon de cocer meloja. ¿Qué le paresce cuál me para el aguja de ensartar matalates? ¡ Paramento de bodegon! allega, allega, canton de encrucijada, aparejo para cazar abejarucos.

EUFEMIA.

Paso, paso, ¿qué es esto? No ha de haber mas crianza siquiera por quien teneis delante?

ESCENA V.

CRISTINA Y DICHOS.

CRISTINA.

¡Ay! señora, ¿y no hay un palo para este lechonazo? Por mi salud si no paresce que anda acá fuera algun juego de cañas segun el estruendo.

EUFEMIA.

En verdad que parescen contino, estando juntos, gato y perro.

CRISTINA.

Haria mejor, á buena fe, ese señor Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias ha no se le cae la silla de encima.

MELCHOR.

Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices. ¿Cómo demonio se le ha de caer, si está con la gurupera y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUFEMIA.

Librada sea yo del que arriedro vaya. ¿Paréscete que es bien estar el cuartago sin quitar la silla tres dias ha? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

JIMENA.

Los recados del señor.

MELCHOR.

¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, ¿ dejáralo estar ansí?

CRISTINA.

¿Y paréscete á tí que procede de buen querer dejalle con la silla tres dias?

MELCHOR.

Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene. Otro peor mal no tuviese, que esotro bien le pasaria.

EUFEMIA.

¡Ay amarga! ¿y qué?

MELCHOR.

Que desde que señor vino anteyer del alquería, maldito el grano de cebada que ha probado, de todos cuantos piensos le he puesto.

EUFEMIA.

¡Jesus! Dios sea conmigo: ¿pues agora lo dices? Corre, Cristina, mira si es verdad lo que este dice.

MELCHOR.

Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz e Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

JIMENA.

Honrados dictados tenia el señor vuestro padre.

MELCHOR.

Tal me haga á mí Dios, amén.

EUFEMIA.

Harto bien te deseas por cierto.

MELCHOR.

Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba mas el juez en ello que si nunca hubiera tocado en él.

CRISTINA.

¡Ay, señora, qué desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

EUFEMIA.

¿Con freno?

MELCHOR.

Sí, señora, el freno, el freno.

EUFEMIA.

¿Pues con el freno le has dejado, traidor?

MELCHOR.

¿Pues he de ser yo adivinador, ó vengo yo de casta para ser tan mal criado como aqueso?

EUFEMIA.

¿ Pues qué mala crianza era desenfrenar un rocin?

MELCHOR.

Si le enfrenó nostramo, ¿paréscele qu'era límite de buena crianza, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho?

JIMENA.

La retórica como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

MELCHOR.

¿Retórica? ¿Sabe que la mamé en la leche?

EUFEMIA.

¿Tan sabia era su madre del señor?

MELCHOR.

Pardiez, señora, las noches por la mayor parte en levantándose de la mesa, no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

CRISTINA.

Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir.

EUFEMIA.

Bien has dicho, entremos.

JIMENA.

Pase delante el de los buenos recados.

MELCHOR.

Vais ella, la de las buenas veces.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

POLO, VALLEJO.

POLO.

A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; pero ¿ qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra de este desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? ¡Catá que es cosa hazañosa la deste hombre, que ningun dia hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa ó parte dellos en revuelta. ¡Mira hora porqué diablos se envolvio con Grimaldicos el paje del capiscol, siendo uno de los honrados mozos que hay en el pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcanza su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir en el mundo? ¿Cómo puede pasar una cosa como esta, y mas estando á la puerta de la Seo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? ¿Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nasció se me quiera venir á las barbas, y que me dirán á mí los lacayos de mi amo que calle por ser el capiscol su señor amigo de quien a mí me da de comer? Así podria yo andar desnudo é ir de aquí á Jerusalen los piés descalzos y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Aca está mi compañero. ¡Ah! mi señor Polo, ¿acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO.

No he visto ninguno.

VALLEJO.

Bien está, señor Polo, la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los términos que llevo en mis pendencias, y si viéredes algunos muertos á mis piés (que no podrá ser menos, placiendo á la majestad divina), el ojo á la justicia en tanto que yo me doy escape.

POLO.

¿Cómo? ¿Qué tanto pecó aquel pobre mozo que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALLEJO.

¿Mas quiere vuesa merced, señor Polo? Sino que llevando el rapaz la falda al capiscol su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta que no tuviera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO.

¿Por tan poca ocasion? ¡válame Dios!

VALLEJO.

¿Poca ocasion os parece reírseme después en la cara como quien hace escarnio?

POLO.

Pues de verdad que es Grimaldicos honrado mozo, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALLEJO.

¿Tal decís, señor Polo? Mas me pesa que sois mi amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decíme vos, ¿cuál quereis que esecute?

POLO.

Hablad paso, que veisle aquí dó viene.

ESCENA II.

POLO, VALLEJO, GRIMALDO.

GRIMALDO.

Ea, gentiles hombres, tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

POLO.

Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio; y halo tomado tan á pechos que no basta razon con él.

GRIMALDO.

Hágase vuesa merced á una parte, y veamos para cuánto es esa gallinilla.

POLO.

Hora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio; veamos si me harán tan señalada merced los dos que no riñan por agora.

VALLEJO.

Así me podrian poner delante todas las piezas de artillería que están por defensa en todas las fronteras de Asia, Africa y Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia, y que volviesen agora á resucitar las lombardas de hierro colado con que aquel cristianísimo rey don Fernando ganó á Baza, y finalmente aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige, viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO.

Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuando habíades de mezclar las galeras del gran turco, con todas las demás que van de levante á poniente.

VALLEJO.

Qué, ¿no las he mezclado? pues yo las doy por emburulladas; vengan.

GRIMALDO.

Señor Polo, ¿para qué tanto almacén? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALLEJO.

¿Quién es ladron, babosillo?

GRIMALDO.

Tú lo eres; ¿hablo yo con otro alguno?

VALLEJO.

¿Tal se ha de sufrir? ¿que se ponga este desbarbadillo conmigo á tú por tú?

GRIMALDO.

Yo, liebre, no he menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del señor Polo pienso limpiar las suelas de estos mis estivales.

VALLEJO.

¡Las suelas, señor Polo! ¿Qué mas podia decir aquel valerosísimo español Diego García de Paredes?

GRIMALDO.

¿Conocístele tú, palabrero?

VALLEJO.

¿Yo, rapagon? El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién le acabó sino él y yo?

POLO.

¿Vuesa merced? ¿Y es cierto eso del campo?

VALLEJO.

¡Buena es esa pregunta! y aun unos pocos de hombres que allí sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste brazo que veis?

POLO.

Pardiez que me paresce aquello una cosa señaladísima.

GRIMALDO.

Que miente, señor Polo. Un hombre como Diego García de Paredes, ¿se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALLEJO.

¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIMALDO.

Si entonces no, agora lo eres.

VALLEJO.

¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIMALDO.

¿Cómo? ¿Qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra mas llena dello que de simiente mala?

VALLEJO.

Ya, ya sé qué es eso; á vuesa merced que sabe de negocios de honra, señor Polo, quiero contárselo, que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fuí á Benavente á un caso de poca estofa, que no era mas sino matar cinco lacayos del conde, porque quiero que lo sepa. Fué porque habian revelado una mujercilla que estaba por mí en casa del padre en Medina del Campo.

POLO.

Toda aquella tierra sé muy bien.

VALLEJO.

Después que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodiciéme de un manto de un clérigo y unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cogióme la justicia, y en justo y en creyente, etc. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora, ¿fáltame á mí de comer en casa de mi amo para que use yo de aquesos tratos?

GRIMALDO.

Suso, que estoy de priesa.

VALLEJO.

Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquestas ligagambas.

POLO.

Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALLEJO.

Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO.

¿Está agora bien?

VALLEJO.

Agora métame una nómina que hallará al lado del corazon.

POLO.

No hallo ninguna.

VALLEJO.

¿Qué? ¿no traigo una nómina?

POLO.

No por cierto.

VALLEJO.

Lo mejor me he olvidado en casa debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella. Espérame aquí, ratoncillo.

GRIMALDO.

Vuelve acá, cobarde.

VALLEJO.

Hora, pues sois porfiado, sabed que os dejara un poco mas con vida si por ella fuera. Déjeme, señor Polo, hacer a ese hombrecillo las preguntas que soy obligado en descargo de mi conciencia.

POLO.

¿Qué le habeis de preguntar? decí.

VALLEJO.

Déjeme vuesa merced hacer lo que debo. ¿Qué tanto ha, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIMALDO.

¿Qué parte eres tú para pedirme eso, cortabolsas?

VALLEJO.

Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aquese pobrete mozo que le digan algo á su padre, ó qué misas mande que le digan por su alma.

POLO.

Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALLEJO.

¿Y cómo se llama su padre?

POLO.

¿Qué os va en saber su nombre?

VALLEJO.

Para saber después quién me querrá pedir su muerte.

POLO.

Ea, acabá ya, que es vergüenza; ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALLEJO.

¿Luis de Grimaldo?

POLO.

Sí, Luis de Grimaldo.

VALLEJO.

¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO.

No mas que aquesto.

VALLEJO.

Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por de derecho apretá cuanto pudiéredes, que despu sea ejecutada en mí esta sentencia, os diré el por q

POLO.

Yo, señor, líbreme Dios que tal haga, ni quite la quien nunca me ha ofendido.

VALLEJO.

Pues, señor, si vos por serme amigo rehusais, llamar á un cierto hombre de Piedrahita, á quien muerto por mis propias manos casi la tercera parte generacion, y aquese como capital enemigo mio en mí propio su saña.

POLO.

¿A qué efecto?

VALLEJO.

¿A qué efecto, me preguntais? ¿No decís que es e de Luis de Grimaldo, alguacil mayor de Lorca?

POLO.

Y no de otro.

VALLEJO.

¡Desventurado de mí! ¿Quién es el que me ha l tantas veces de la horca, sino el padre de aquese llero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos abrid aqueste pecho, y sacadme el corazon, y abril medio, y hallareis en él escripto el nombre de vuesl dre Luis de Grimaldo.

GRIMALDO.

¿Cómo? que no entiendo eso.

VALLEJO.

No quisiera haberos muerto por los santos de Dio toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servici gentil hombre en recompensa de las palabras que conoscer he dicho.

GRIMALDO.

Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejc todo lo que os cumpliere.

VALLEJO.

Sus, vamos, que por el nuevo conoscimiento n traremos por casa de Malara el tabernero, que aquí cuatro reales; no quede solo un dinero que todo gaste en servicio de mi mas que señor Grimaldo.

GRIMALDO.

Muchas gracias, hermano; vuestros reales guar para lo que os convenga, que el capiscol mi señor dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra

VALLEJO.

Señor, como criado menor me puede mandar. Va Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo, el rapaz es entonado?

POLO.

A fe que paresce mozo de honra. Pero vamos qu'es ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALLEJO.

El lacayuelo quedó. ¡Ah Grimaldico, Grimaldico, te has escapado de la muerte por dárteme á conocer guarte no vuelvas á dar el menor tropezoncill mundo, que toda la parentela de los Grimaldos n parte para que á mis manos ese pobrete espritillo aun está con la leche en los labios, no me le riadas.

ESCENA III.

Plaza pública.

LEONARDO, MELCHOR.

MELCHOR.

¡Oh, gracias á Dios que me le deparó! ¿Paréscele que ha sido buena la burla? ¿Esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemos de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEONARDO.

¿Qué fué lo que me rogó, que no me acuerdo?

MELCHOR.

¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

LEONARDO.

¿Pues qué mala compañía has tú de mí rescebido en esta jornada?

MELCHOR.

Fíase el hombre en él, pensando luego daremos la vuelta, y ha unas siete horas que anda un hombre como perro rastrero, y á mal ni á bien no le he podido dar alcance.

LEONARDO.

¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

MELCHOR.

Acabe ya. ¿Tenia yo blanca para dar al pregonero?

LEONARDO.

¿Y para qué al pregonero, acemilon?

MELCHOR.

Para que me pregonara como á bestia perdida, y así de lance en lance me adestrara donde á vuesa merced le habian aposentado.

LEONARDO.

Qué, ¿tan poca habilidad es la tuya que á la posada no atinas?

MELCHOR.

Pues si atinara, ¿habia de estar agora por desayunarme?

LEONARDO.

Qué, ¿no has comido? ¿es posible?

MELCHOR.

¡Calle! ¿Tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro?

LEONARDO.

¿Cómo diablos te perdistes esta mañana?

MELCHOR.

Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fué hombre, sino azar para mí, yo desviéme un poco, pensando que hablaba de secreto, y no mas cuanto doy la vuelta á ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeza; atraviesan á mí otros dos (que verdaderamente el uno parescia á vuesa merced en las espaldas), y los dos cuélanse dentro en la Seo á oir misa que decian, que duró hora y media; yo contino allí detrás pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el *benelicamus dolime*, que responden los otros *dougráfilas*, lleguéme ad'aquel que le parescia, y díjele: ea, señor, ¿habemos de ir á casa? El, que vuelve la cabeza, y me ve, dijo: ¿conócesme tú, hermano?

LEONARDO.

¡Oh! quién te viera!

MELCHOR.

Yo que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volver á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hállolas todas cerradas.

LEONARDO.

¡Cuál andarias!

MELCHOR.

Yo diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas de un cabo á otro para huir?

LEONARDO

Sí, he visto algunas veces.

MELCHOR.

Pues ni mas ni menos andaba el sin ventura de Melchor Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oir aquella misa, qu'era la postrera. Pero vamos, señor, si habemos d'ir

LEONARDO.

¿Adónde?

MELCHOR.

¿Dizque adónde? A casa.

LEONARDO.

¿A casa? ¿y á qué á tal hora?

MELCHOR.

Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEONARDO.

¿Para qué sal y orégano?

MELCHOR.

Para echar las tripas por la boca.

LEONARDO.

¿Cómo?

MELCHOR.

Señor, ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con que sustentarse, si le paresce á vuesa merced.

LEONARDO.

Pues agora no puede ser; and'acá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas, y téngole de acompañar, y oirás las mas solemnes voces que oiste en toda tu vida.

MELCHOR.

Vamos, señor, enhorabuena; pero si oir voces se pudiese escusar, rescebiria yo señaladísima merced.

LEONARDO.

¡Ah, don traidor! que agora pagareis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno; ¡ah! ¿acordaisos?

MELCHOR.

Pues pecador fuí yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer á una cantonada desas, que no hallaré quien me diga: ¿qué has menester?

LEONARDO.

Ora, suso, toma toda esa calle adelante, y pregunta por el hostal del Lobo; cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

MELCHOR.

Agora va razonablemente el partido de Melchor; pero ¿no sabríamos lo que sobró para mí?

LEONARDO.

Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MELCHOR.

Yo voy; quiera Dios que ansí sea.

ESCENA IV.

LEONARDO, POLO.

POLO.

Guarde Dios al gentil hombre.

LEONARDO.

Vengais norabuena, mancebo.

POLO.

Dígame, ¿es vuesa merced un estranjero que llegó los

dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquesta tierra?

LEONARDO.

Yo creo que soy aquese por quien preguntais; ¿mas porqué lo decís?

POLO.

Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y escelente contador; finalmente, que seria mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de secretario de Valiano mi señor, porque como hasta agora sea mozo y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedara en esta tierra y en servicio del señor de ella, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEONARDO.

Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quién es, nos topamos una jornada de aquí, y sabiendo la voluntad mia, que era de estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra; asimismo como de mi cosecha no tengo habilidad ninguna, sino es aqueste escrebir y contar que cuando niño mis padres (que en gloria sean) me enseñaron, acordaria aquese gentil hombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

POLO.

Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habra mas que de él se dice, pero yo creo que andan por la villa en busca suya; vuesa merced vaya a palacio adonde le están aguardando, que no sera razon dejar pasar tan buena coyuntura, sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

LEONARDO.

Muchas gracias, yo lo agradezco; voime.

POLO.

Vaya con Dios.

LEONARDO.

Beso sus manos.

ESCENA V.

PAULO, POLO.

PAULO.

¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO.

Ya puede ver, señor Paulino.

PAULO.

¿Has habido noticia d'este gentil hombre que voy buscando por la villa?

POLO.

¡Ah! agora se va de aquí derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAULO.

¿Qué manera de hombre ó edad es á lo que muestra?

POLO.

Gentil mancebo y dispuesto es, señor, y muy buena platica que tiene, y su edad será de veinticinco ó treinta años.

PAULO.

¿Va bien tratado?

POLO.

Segun su traje, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAULO.

¿De qué nascion?

POLO.

Español me paresce.

PAULO.

Anda, vamos.

POLO.

Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una visita de mi señora Eulalia, la negra.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle. Noche oscura.

VALIANO, LEONARDO, VALLEJO.

VALIANO.

La causa, Leonardo, por que á tal hora conmigo te mandé que apercibido con tus armas salieses, no fué porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me comenzaste á apuntar, y por eso te he traido por calles tan escombradas de gentes; solamente á Vallejo el lacayo dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

VALLEJO.

¿Adolos? ¿dónde van? mueran los traidores.

VALIANO.

Paso, paso; ¿á quién has visto? ¿qué te toma?

VALLEJO.

¡Ah pecador de mí! Señor, ¿á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona? Vete, señor, á acostar, y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á cazar gaviluchos a los robres de Mechualon.

VALIANO.

¡Válate el demonio! ¿no aseguras ese corazon? ¿quién me habia de enojar en mi tierra, bausan?

VALLEJO.

¡Oh! reniego de los aparejos con que cazan las tórtolas en la Calabria, ¿y eso dices, señor? ¿no ves que es de noche, pecador soy á Dios, y á lo escuro todo es turbio? A fe de bueno que si no reconociera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIANO.

¿A mí, traidor?

VALLEJO.

No sino dormí sin perro: es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos esta el determinarme, y en las de aquel que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos volver la de dos filos á su lugar.

VALIANO.

Todo me paresce bien, si no te emborrachases tan á menudo.

VALLEJO.

Eres mi señor, y tengo de sufrirte; mas á decírmelo otro, no fuera mucho que estuviese con los setenta y dos.

VALIANO.

Agora quédate ahí, y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALLEJO.

A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esa calle, no bastará á mudarme el pié derecho donde una vez le clavare.

VALIANO.

Así conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: aquesa hermana tuya, después de ser tan hermosa como dices, ¿es honesta y bien criada?

LEONARDO.

Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo; por-

, como yo sea parte y tan principal, no deberian es ser admitidas como de otro cualquiera. La falta, e yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demás · mujer de cualquier señor de título, segun su

VALLEJO.

Leonardo.

LEONARDO.

ıy, hermano Vallejo?

VALIANO.

.eonardo, qué quiere ese mozo.

VALLEJO.

paresce que entendí que hablaban en negocio de y si acaso es así, por los cuatro elementos de la ima tierra, no hay hoy dia hombre en toda la reel mundo que mas corrido esté que yo, ni con a.

VALIANO.

, Vallejo?

VALLEJO.

ia, señor, a quien se pudiese encargar un negocio te como á mí?

VALIANO.

ıé manera?

VALLEJO.

n toda la vida airada, ni en toda la máquina astroquien mas sujecion tengan las mozas que á Vallejo ı?

VALIANO.

villano.

VALLEJO.

engañes, señor, que si conoscieses lo que yo co- ı la tierra, aunque seas quien seas, pudiérasle llaeras bienaventurado, si fueras como yo dichoso en

VALIANO.

ıé puedes conoscer?

VALLEJO.

rada de Catalinilla la vizcaina! la que quité en Cáder de Barrientos el sotacómitre de la galera del e no andaba en toda el armada moza de mejor : era ella.

LEONARDO.

mo Vallejo, cállate un poco.

VALLEJO.

digo sino porque hablamos de ballestas.

VALIANO.

illarte, dí?

VALLEJO.

Dios te perdone, Leonor de Valderas! aquella, esa merced, que era mujer para dar de comer a ito.

VALIANO.

Leonor era aquesta?

VALLEJO.

e yo saqué de Córcega, y la puse por fuerza en un le Almería, y allí estúvose nombrando por mia le yo desjarreté por su respeto á Mingalarios, corde Estepa.

VALIANO.

: el diablo.

VALLEJO.

le el brazo á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno en los percheles de Malaga, el agua hasta os.

VALIANO.

ue, Leonardo, que si ello es ansí como tú lo pinrá ser que se hiciese por tí mas de lo que piensas.

LEONARDO.

Señor, yo siempre rescibí y rescibo de tu mano mercedes sin cuenta, pero en cuanto á esta hermana mia, tú sabrás que es mas de lo que tengo dicho.

VALLEJO.

¡Válame nuestra Señora del Pilar de Zaragoza! ¡Ah, ladrones, ladrones! Leonardo, apunto, apunto.

LEONARDO.

¿Qué es aqueso que has visto?

VALIANO.

¿Quién son?

VALLEJO.

Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han huido. ¡Ah! rapagones, en gurullada me vais, agradesceldo...

VALIANO.

¿A quién?

VALLEJO.

Yo me lo sé: señor Leonardo, en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vamos tú y yo á dar una escurribanda á casa de Bulbeja el tabernero.

LENONARDO.

¿Para qué?

VALLEJO.

Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado; que, segun soy informado, no ha media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafin.

VALIANO.

¿Qué dice ese mozo, Leonardo?

LEONARDO.

No lo entiendo, señor.

VALLEJO.

¡Diz que no lo entiende! sé que no hablo yo en algarabía. Veamos de cuándo acá han tenido ellos atrevimiento de meter vaca en la dehesa sin registralla el dueño del armadijo.

VALIANO.

Hora yo quiero, Leonardo, si te paresce, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como este me determiné sin dalles parte.

LEONARDO.

Señor, á tu voluntad sea todo.

VALLEJO.

Vamos, señor, que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIANO.

¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALLEJO.

Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIANO.

Veamos los quilates.

VALLEJO.

Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí a mofar de la tierra; veamos de quién tomaron licencia, sin registrar primero delante de aqueste estival.

VALIANO.

Sus, baste ya, tira adelante.

VALLEJO.

Nunca Dios lo quiera, que mas guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro, que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y cargada sobre tí la fornida puente levadiza con que la fuerza de noche se asegura.

ESCENA II.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

Cristina hermana, ¿qué te paresce del olvido tan grande

como Leonardo mi querido hermano ha tenido en escrebirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto? ¡Oh ánimas del purgatorio bienaventuradas! poned en corazon á aquel hermano que con sus letras ó con su persona me torne alegre y gozosa.

CRISTINA.

Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido mas, especialmente que quien sirve á otro pocas veces es de sí señor. Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura mas árduos de aquel señor á quien sirve le estorbaran de hacer lo que él querria. Así, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUFEMIA.

¡Ay, amiga mia! Dios por su piedad inmensa lo haga de manera que con letras suyas esta casa nuestra sea contenta y alegre.

ESCENA III.

EUFEMIA, CRISTINA, ANA.

ANA.

Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia; daca, que Dios te hara prosperada, y te dé lo que deseas. Buena cara, buena cara.

CRISTINA.

¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente! que en lugar de apiadarse la persona dellas y de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos.

ANA.

Calla, calla, garrida, garrida. Dame limosna por Dios, y diréte la buenaventura que tienes de haber tú y tu señora.

EUFEMIA.

¿Yo? ¡ay cuitada! ¿Qué ventura podrá tener que sea prospera la que del vientre de su madre salió sin ella?

ANA.

Calla, calla, señora honrada; pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUFEMIA.

¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de zozobras, miserias y afanes?

CRISTINA.

¡Ay señora! por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir.

ANA.

Escucha, escucha, pico de urraca, que mas sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUFEMIA.

Acabemos; toma y dale aqueso, y vaya con Dios.

CRISTINA.

A buena fe que antes que se vaya nos ha de catar el signo.

EUFEMIA.

Déjala, y váyase con Dios, que no estoy agora de esas gracias.

ANA.

Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga antes de su tiempo, que harta te esta aparejada.

EUFEMIA.

Yo lo creo; agora si habeis acertado.

CRISTINA.

No se entristezca, señora, que todo es burla y mentiras cuanto estas echan por la boca.

ANA.

Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcomiuias ¿es burla?

CRISTINA.

¡Ay señora! que habla por la boca del que arriedro vaya. Ansí haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUFEMIA.

¿Hay tal cosa? Qué, ¿es posible aqueso?

CRISTINA.

Como estamos aquí; decí mas, hermana.

ANA.

No querria que te corrieses por estar tu señora delante.

CRISTINA.

No haré por vida de mi ánima; ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

ANA.

¿Dasme licencia que lo diga?

CRISTINA.

Digo que sí, acabemos.

ANA.

El par de las tórtolas, que heciste creer á la señora que las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRISTINA.

Mira de qué se acuerda: aqueso fué antes que mi señor Leonardo se partiese desta tierra.

ANA.

Así es la verdad, pero tú y el mozo de caballos os las comistes en el descanso de la escalera; ¡ah! bien sabeis que digo en todo la verdad.

CRISTINA.

Malograda, me coma la tierra, me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

ANA.

Pues, señora, una persona tienes lejos de aquí que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorecido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada; mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUFEMIA.

¡Ay desventurada hembra! por causa mia dices que se vera esa persona en peligro. ¿Y quién podra ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

ANA.

Yo, señora, no sé mas; pero pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buen hora, que si algo mas supiere, yo te vendré á avisar; quedad con Dios.

CRISTINA.

¿Y de mí no me dices nada, si seré casada ó soltera?

ANA.

Mujer serás de nueve maridos, y todos vivos. ¿Qué mas quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUFEMIA.

¿No me dices mas de mi negocio, y así me dejas dudosa de mi salud?

ANA.

No sé mas que decirte, solamente que tu trabajo no sera tan durable que en el tiempo del mas fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanezcais tan contentos y alegres, cuanto la misericordia divina lo sabe obrar.

ESCENA IV.

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

¡Ay amarga de mí! Señora, ¿y no ve que me dijo que dizque seria yo mujer de nueve maridos, y que todos esta-

rian vivos? ¡Ay malaventurada fui yo! ¿y cómo puede ser aqueso?

EUFEMIA.

Calla, déjame; que aunque todo cuanto estas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho, mas triste quedo y mas afligida que la escura noche. Entrémonos.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Gabinete del palacio de Valiano.

VALIANO, PAULO.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, hermana deste alevoso y malvado de Leonardo, à quien yo en tanta alteza he puesto?

PAULO.

Digo, señor, que sí.

VALIANO.

¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAULO.

Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho. ¿Qué mas quieres?

VALIANO.

Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAULO.

Señor, pasóme con ella aquello que pasa con las demas. No fué cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar à una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por mas señas Cristina.

VALIANO.

Y la criada ¿qué te dijo?

PAULO.

Si habia menester algo de aquella casa. Yo, como lo sabia antes de agora, así como yo habia dicho à vuesa merced que no eran menester muchos casamenteros, coléme alla, especialmente que de otras vueltas la dama me conoscia y me habia llevado mis reales; quedéme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante; y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine à darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIANO.

¿En fin?

PAULO.

En fin, que ella me dió, para que me pusiese en el sombrero ó en la gorra, un pedazo de un cabello que le nasce del hombro izquierdo, en un lunar grande, y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello: veislo aquí, agora yo he cumplido con quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de tí, ni menos que otro se atreva d'aconsejarte, siendo criado tuyo, semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendia de tu honra.

VALIANO.

No cures, Paulo, que bien entendido tenia yo dese traidor, que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra à esta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta traicion menos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes mercedes por tan señalados servicios.

PAULO.

Ansí conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conoscido, y el bueno y leal por su fidelidad remunerado.

VALIANO.

Vamos, Paulo, que yo te prometo que su castigo sea escarmiento para los presentes y por venir.

PAULO.

Ve, señor, que así es menester que en los traidores se ejecute la justicia.

ESCENA II.

Sala en casa de Leonardo.

EUFEMIA, CRISTINA.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina hermana, ven acá, aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste corazon cercado. ¿Qué te diré, sino que después que aquella jitana con nosotras estuvo, una hora sin mil sobresaltos no he vivido? porque aunque como en burlas tomé sus palabras, así veo à los ojos sus desconsolados pronósticos.

CRISTINA.

¿Cómo, señora mia? ¡ay! por Dios, no te vea yo triste, ni imagines tal, que si en alguna cosa por yerro aciertan, en dos mil devanean; porque todo cuanto hablan no es á otro fin sino por sacar de aquí y de allí con sus palabras lo mas que pueden, y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos dalles fe alguna.

EUFEMIA.

¡Ay Cristina! yo bien tengo entendido qu'es así como tú dices; pero ¿qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion?

CRISTINA.

Calla, señora, encomiéndalo todo á Dios, que es el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aquí á Melchor Ortiz.

ESCENA III.

EUFEMIA, CRISTINA, MELCHOR.

CRISTINA.

¡Ah! Melchor hermano, tú seas muy bien venido. ¿Qué nuevas traes á mi señora? dí, ¿qué tal queda señor?

MELCHOR.

Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz que le han de hacer.

EUFEMIA.

¿Qué le han de hacer? dime presto.

MELCHOR.

¡Válame Dios! y no se acuite vuesa merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados.

CRISTINA.

¿Que andan encapuchados? frailes querrás decir.

MELCHOR.

Sí, sí.

CRISTINA.

¿Qué es lo que le han dicho, Melchor?

MELCHOR.

Que ordene su álima, y que no será nada placiendo á Dios, que en despegándole aqueste de aquesto, le sacarán de la cárcel.

EUFEMIA.

¡Ay! Cristina, yo me muero.

CRISTINA.

Callad, señora mia, no diga tal, que aqueste sin duda desvaría; ¿no le conoce ya vuesa merced? ¿Díjote algo señor? ¿Dióte carta para mi señora?

MELCHOR.

Díjome que me morase acá, porque no sirviese ninguno después de finado.

CRISTINA.

¿Cómo finado? ¿qué dices?

MELCHOR.

Digo que no lo ha en voluntad que le finen, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo, pero él su camino ha de hacer.

CRISTINA.

Asno, ¿hate dado alguna carta?

MELCHOR.

¿Dijiste asno á un hombre que puede ya dar consejo, segun las viñas y almendrales que hay por ahí adelante?

CRISTINA.

¿Traes carta de tu señor? acaba, dilo.

MELCHOR.

¿No te dicen ya que sí? ¿qué diabros le toma?

CRISTINA.

¿Pues adola?

MELCHOR.

Mira, Cristina, lávame aquestos piés, y zahúmame esta cabeza, y dame de almorzar y déjate de estar á temas conmigo.

CRISTINA.

¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abrase; daca la carta.

MELCHOR.

Mírela, señora, en esa talega.

CRISTINA.

No viene aquí nada.

MELCHOR.

Pues si no viene, ¿qué quiere que le haga yo? ¿téngome de acordar dónde está por fuerza?

EUFEMIA.

Dácala, hijo, dime dónde la traes, por un solo Dios.

MELCHOR.

Señora, déjeme volver allá á preguntar á mi señor, si lo hallare por morir, adónde la puso, y acabemos.

EUFEMIA.

¡Ay cuitada! Mira qué es aquello que blanquea en aquella caperuza.

MELCHOR.

Déjalo, dimuño, que es un papel entintado que me dió mi amo, el que solia ser, para señora.

EUFEMIA.

¡Ay! pecadora fui á Dios: ¿pues qu'es lo que te han estado pidiendo dos horas ha?

MELCHOR.

¿Pues aqueso es carta? yo por papel lo tenia; tómela, que por su culpa no se ha caido por el camino, que despues que la puso ahí el que si place á Dios han de finar la semana que viene, no me he acordado mas della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

EUFEMIA.

Cristina, hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

CRISTINA.

(Lee.) *Sea dada en la mano de la mas cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.*

MELCHOR.

Para ti debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

CRISTINA.

Calla un poco.

(Lee.) *Carta de Leonardo para Eufemia.* «Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona, » Eufemia, á Dios dar debo, de su mano divina el justo » premio sobre tí se ejecutase, no sé si seria bastante tu » deshonestísimo y infernal cuerpo á soportar lo que por » sus nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la » causa, maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, » y descendiendo de padres tan ilustres, cuya bondad te » obligaba a regir en parte alguna, en tanta disolucion y » deshonestidad hayas venido, que no solo te dés libremente á los que tu nefando cuerpo codician, mas aun » tanta parte á tus enamorados das de él, que públicamente » y en tela de justicia se muestran contra mí con cabellos » del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré » por alabar á quien no conoscia, pues ya la sentencia del » señor, á quien contigo queria engañar, revocar no se » puede, que solos veinte dias de tiempo me han dado para » que yo ordene mi ánima y para si algun descargo pudiere » dar. Y porque para quejarme de tí seria derramar razones al viento, vive á tu voluntad, falsa y deshonesta » mujer, pues yo de ello pagaré con la cabeza lo que tu » con tu disolucion ofendiste.»

EUFEMIA.

¿Qué es esto? ¿Qué es lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿qué deshonestidades tan grandes han sido las mias, ó quién es aquel que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRISTINA.

¡Ay señora mia! que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú; y si me perdonares, yo bien te diria lo que de aquesto alcanzo.

EUFEMIA.

Di lo que quisieres; no dudes del perdon, con que me dés alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRISTINA.

Sabe pues, señora mia, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa, por pecar de ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUFEMIA.

Dí, acaba ya, que no es tiempo de estar gastando tanto en palabras; dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRISTINA.

Sabe, señora mia, que en los dias pasados un hombre como estranjero me pidió por tí, diciéndome si seria posible poderte ver ó hablar; yo, como viese tu tan grande recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible, y él fue tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro derecho tienes; yo, pensando que no hacia ofensa á tu honra ni á nadie, tuve por bien, viéndole tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo dí

EUFEMIA.

No me digas mas, que algun grande mal debe de haber sucedido sobre ello. Vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destos veinte dias ir allá lo mas encubiertamente que pueda. Veamos si podré en algo remediar la vida de este carísimo hermano, que sin saber la verdad tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRISTINA.

Si tú aqueso haces, y en el camino te apresuras, yo lo doy todo, con el auxilio divino, por remediado. Vamos.

MELCHOR.

¿Yo tengo de ir allá?

CRISTINA.

Sí, hermano; ¿pues quién nos habia de servir por el camino sino tú?

MELCHOR.

Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareaje, no le hiciesen atravesar mas veces este camino; pero vaya.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

PAULO.

cuán bien van los negocios mios, y cuán bien he valerme! ¡Oh qué astucias he tenido para despri-ste advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me so la fortuna, y cuán largo crédito he cobrado con ! Bien esta: que pocos son los dias que le faltan plir de la dilacion que le pusieron para que de sí escargo alguno si lo tenia. ¿Qué hombre habrá en ta tierra de mas buena ventura que yo, en haciendo de aqueste? Pues quizá tengo mal testigo en Va-icayo, pues por interese de dos doblas que le pro- el camino cuando conmigo fué, dice que se ma- todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo Mas voime, que no sé quién viene, no quiero ser nadie, por ser el caso de la suerte que es.

ESCENA II.

POLO.

! bendito sea Dios, que me ha dejado escabullir un aqueste importuno de Valiano mi señor, que no sino que todo el dia está pensando en otro, sino is que fuera de propósito se encaminan. Agora yo sombrado cómo Leonardo, á los ojos de todos tan o y cuerdo mozo, le quisiese así engañar con darle der que su hermana fuese tan buena, que para ser suya le faltase nada. Con su pan se lo coma, que iesa se dan ya para que pague con la gorja lo que on la lengua. Dios me guarde de ser entremetido, quiero andar siguiendo mi planeta, que si aquesta nia se va conmigo, como me tiene prometido, yo o de los bienaventurados hombres de todo mi li-a estoy a su puerta; aquí sobre la calle en este lo sé que duerme. ¿Qué señas haré para que salga? ien va, que aquella que canta es.

ESCENA III.

POLO, EULALIA.

EULALIA *(canta).*

Gila Gonzalé
De la vila yama:
No sé yo madres
Si me l'abriré.
Gila Gonzalé
Yama la torre:
Abrime la voz,
Fija Yeonore;
Porque lo cabayo
Mojaba falcone:
No sé yo madres
Si me l'abriré.

POLO.

señora mia Eulalia. ¡Ah! señora. ¡Qué embebida la música!

EULALIA.

! Ofréscomel'á Dios turo poreroso, criador na ; na tierras.

POLO.

señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama esea sino hacerte todo servicio.

EULALIA.

scete á vos qu'eso da bon jemplos, á la ventana doña honradas, recogidas como yo, facer aqueya a tal horas?

POLO.

e debe haber conoscido. ¡Ah! señora Eulalia.

EULALIA.

Mal años para vos; y paréscete bien á la fija de la hombre honrados facer cudolete á la puta ajenas?

POLO.

¡Oh pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

EULALIA.

¿Quién está ahí? ¡Jesú! ó la voz me la miente, ó's aqueya que yama mi señor Poyos.

POLO.

¡Oh! bendito aquel que te dejó entender.

EULALIA.

¡Ay! señor mios, ¿á tales horas?

POLO.

Señora mia, por una pieza como vuesa merced aun no es temprano para servilla.

EULALIA.

Pues á bona fe qu'está la persona de malas ganas.

POLO.

Que la guarde Dios; ¿y de qué?

EULALIA.

Siñor, preséntame la siñora doña'Idonza, un prima mia, una botetas de lejías para'nrubiarme los cabeyos; y como yo sá tan delicara, despójame na cabeza como nas ponjas, pienso que tenemos la mala ganas.

POLO.

¡Válame Dios! ¿pues no hay remedio para eso?

EULALIA.

Sí, sí, guáreme Dios, ya m'envía á visitar la siñora navadesa la monja Sancta Pabla, y me dice que me enviara una malacina para que me le quiten como las manos.

POLO.

¿Pues agora te pones á enrubiar?

EULALIA.

Sí, ¿por qué no? ¿no tengo yo cabeyo como la otro?

POLO.

Sí, cabellos, y aun á mis ojos no hay brocado que se le compare.

EULALIA.

Pues, buenafé, que ha cinco noche que face oracion a siñor Nicolas de Tramentinos.

POLO.

San Nicolas de Tolentino querrás decir; ¿y para qué haces la oracion, señora?

EULALIA.

Quiere casar mi amos, y para que me depares Dios marido á mi contentos.

POLO.

Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

EULALIA.

Y cómo, siñor, ¿no miras mas qu'esos? ¿paréscete á vos que daba yo bon ejemplo y cuenta de mi linajes? ¿Qué te dirá cuantas señoras tengo yo por mi migas en esta tierra?

POLO.

¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EULALIA.

Siñor, ona forza neva nerrechos se pierde, honra y berbechos no caben la sacos.

POLO.

¿Pues qué honra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EULALIA.

Ya yo lo veo, señor. Mas quiero vos sacarme, y napues perdida na tierra. ¡Que te conozco!

POLO.

Mi reina, ¿aqueso me dices? No te podria yo dejar que primero no dejase la vida.

EULALIA.

¡Ah! traidoraz, dolor de torsija que rebata tolo rombres; á otro hueso con aquese perro, que yo ya la tengo rocegados.

POLO.

En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora, ¿conquien te querian casar?

EULALIA.

Yo quiere con un cagañeroz; dice mi amo que no, que mas quiere con unoz potecarioz; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, quien tenga l'oficio tenga maleficio.

POLO.

¿Pues yo no soy oficial?

EULALIA.

¿Quin oficios, siñor Poyos?

POLO.

Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruecas y husos y echar soletas y brocales á calabazas; otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda honra. No dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que después yo te haré señora de un estrado y cama de campo y guadameciles: ¿qué quieres mas, mi señora?

EULALIA.

Agora sí me contenta; ¿mas sabe qué querer yo, siñor Poyos?

POLO.

No, hasta que me lo digas.

EULALIA.

Que me comprar una monas, un papagayos.

POLO.

¿Para qué, señora?

EULALIA.

Los papagayos para qu'enseña á fablar en jaula, y lo mona para que la tengas yo á mi puerta como dueña d'estabro.

POLO.

De estrado querrás decir.

EULALIA.

Sí, sí, ya la digo yo. Nafablo, ¿mas sabe que me falta rogar á mi siñora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos?

POLO.

¿Para qué es el ventalle, señora?

EULALIA.

Para poneme lantre la cara, porque si me mira alguna conoscida no me la conoscas.

POLO.

Señora, yo lo haré; mas voime, que toda la tierra está revuelta por ir á ver á aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia de él.

EULALIA.

¡Ay malogrados! por cierto que me pesas como si no fueras mi fijo; mas si marinas busca, tome lo que baila.

POLO.

Adios, mi señora, que ya el dia se viene á mas andar, y la gente madruga hoy mas que otros dias por tomar lugar; porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era estranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EULALIA.

¡Ay! amarga se vea la madre que le parió.

POLO.

Hasta mi amo Valiano le pesa estrañamente con su muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traido al término en que agora está: adios.

EULALIA.

L'Espíritu Santo te guarda mi ánima, y te libra entretutanto.

POLO.

¡Pese á tal con la galga! ¡Yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella pónesеme en señoríos! Espántome cómo no me pidió dosel y todo en que poner las espaldas. No tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, ¿y demándame papagayo y mona?

EULALIA.

Siñor Poyos, siñor Poyos.

POLO.

¿Qué hay, mi vida?

EULALIA.

Traígame para mañana un poquito de mosaza, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO.

De veta, querrás decir: ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EULALIA.

Para hacer una muda para las manos.

POLO.

¿Qué? con esa color me contento yo, señora; no has menester ponerte nada.

EULALIA.

Así la verdad, que aunque tengo la cara moreníca, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO.

A ser mas blanca no valias nada; adios, que así te quiero yo para hacer reales.

EULALIA.

Guíate la Celetina, que guiaba la toro la enamorados.

ESCENA IV.

Plaza delante del palacio de Valiano.

EUFEMIA, CRISTINA.

CRISTINA.

Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga, le digas lo que te parescerá.

EUFEMIA.

Aquel Todopoderoso Señor, que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion, de suerte que la verdad sea manifiesta, y aquel carísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion así él como yo somos sin culpa.

CRISTINA.

Esfuérzate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la verdad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUFEMIA.

Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRISTINA.

¡Ay, señora mia! y el que con él viene es el estranjero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo.

EUFEMIA.

Calla, que hablando salen.

ESCENA V.

VALIANO, PAULO, VALLEJO, ACOMPAÑAMIENTO Y DICHAS.

VALIANO.

Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?

PAULO.

Señor, sí, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

VALIANO.

Bien has hecho; mas ¿qué gente es aquesta?

PAULO.

Señor, no las conozco; estranjeras parescen.

VALLEJO.

Voto á tal, que la delantera parésceme moza de chapa: desde aquí la acoto para que coma en el plato que come el hijo de mi padre.

EUFEMIA.

Señor ilustre, estranjera soy, en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIANO.

De eso huelgo yo infinitísimo que esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese mas que por ser estranjera, vuestro arte y buen aseo provoca á cualquiera a haceros todo servicio; así que, demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedís nada se os negará.

EUFEMIA.

Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIANO.

¿Ofendida, y en mi tierra? Cosa es que no soportaré.

VALLEJO.

Suso, señor, armémonos todos los de casa, y dame á mí la mano; verás cuán presto revuelvo los rincones de esta ciudad, y la hago sin querella.

VALIANO.

Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

EUFEMIA.

Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

PAULO.

¿Yo? ¿burlais de mí, señora, ó querreis pasar tiempo con las gentes?

EUFEMIA.

No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama la postrer noche me hurtaste una joya muy rica, debajo la cabecera de mi cama.

PAULO.

¿Qué es lo que decís, señora? Por otro quizás me habreis tomado, que yo no os conozco, ni sé quién sois. ¿Cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUFEMIA.

¡Ah don traidor! qué, ¿no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda?

VALIANO.

Paulo, responde: ¿es verdad lo que esta dueña dice?

PAULO.

Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo: ni la conozco, ni la ví en mi vida.

EUFEMIA.

¡Ay! señor, que lo niega aquese traidor por no pagarme mi joya.

PAULO.

No llameis traidor á nadie, que si traicion hay, vos la traeis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

EUFEMIA.

¡Ay traidor! qué, ¿tú no has dormido conmigo?

PAULO.

Que digo que no os conozco, ni sé quién sois.

EUFEMIA.

¡Ay, señor! tómenle juramento, que él dirá la verdad.

VALIANO.

Poné la mano en vuestra espada, Paulo.

PAULO.

Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormido con ella, ni sé su casa, ni la conozco, ni sé lo que se habla.

EUFEMIA.

Pues, traidor, oigan tus oidos lo que tu infernal boca ha dicho; pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAULO.

¿De qué manera? qué es lo que decís? qué os debo?

EUFEMIA.

Dí, desventurado, si tú no me conoces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAULO.

¿Yo testimonio? Loca está esta mujer.

EUFEMIA.

¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAULO.

¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado, y muera mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUFEMIA.

Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conoscerme me has levantado?

PAULO.

Anda de ahí con tu testimonio ó tus necedades.

EUFEMIA.

Dime, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAULO.

Sí, lo he dicho, y aun traido las señas de su persona.

EUFEMIA.

Y esas señas, ¿cómo las hubiste? ¿si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, cómo no me conosces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIANO.

Aquí hay gran traicion, segun yo voy entendiendo.

CRISTINA.

Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora, aunque agora por venir disfrazada no me conozcas? ¿Y viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene, y te lo dí, sin pensar que á nadie hacia ofensa?

VALIANO.

¡Ah! don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado.

VALLEJO.

Afuera hay cantos, mosca de Arjona. Tambien me queria el señor coger en el garlito.

VALIANO.

¿De qué manera?

VALLEJO.

Rogóme en el camino, cuando fuimos con él, que testificase yo como él habia dormido con la hermana de Leonardo, por lo cual me habia prometido para unas calzas, y hubiérame pesado si en lugar de calzas me dieran un jubon de cien ojetes.

VALIANO.

Suso, tomen á este alevoso, y pague por la pena del Talion. ¡Qué bien sabia yo lo que en mi fiel Leonardo tenia! Sáquenle de la prision, y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtenle luego la cabeza en el lugar que él para mi Leonardo tenia aparejado.

VALLEJO.

Que se haga, señor mio, luego su mandamiento.

VALIANO.

Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en nuestras tierras y por señora dellas y mia, que aun no pienso pagalle con todo aquesto la tribulacion que su hermano en la cárcel, y ella por le salvar, habrán padescido.

VALLEJO.

Señor, *in corbona* es: ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIANO.

Suso, córtense libreas á todos los criados de mi casa; y vos, señora mia, dadme la mano, y entremos á yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y después hacer lo que debo en cumplimiento de lo que á Leonardo habia prometido.

EUFEMIA.

Como tú, señor, lo mandares, seré yo la dichosa.

ESCENA VI.

VALLEJO.

Abrazado va mi amo con la rapaza. Pero yo soy el mejor librado de este negocio, pues me escapé de arrebatar una centena por testigo falso. Yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer, y dad la vuelta á la plaza, si quereis ver descabezar un traidor y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita y avisada y diligente. *Et vale.*

A los que lean la presente comedia en el Teatro español anterior á Lope de Vega, *que el año de 1832 publicó en Hamburgo el señor* Bohl de Faber, *debemos advertir que si comparan entre sí ambos testos, encontrarán variantes de alguna consideracion. El que siguió el erudito aleman fué una copia de la edicion de Sevilla de 1576, que dice ser la única que se conoce; pero en esto anduvo equivocado. Existe otra hecha en Valencia en 1567, la cual es escelente y rarísima; y esta sirvió probablemente á Moratin, supuesto que de su cotejo resultan levísimas diferencias. De todas maneras el testo de nuestro autor lleva gran ventaja al de Bohl de Faber, quien indudablemente, al dar á la prensa su apreciable coleccion, no habria visto los* Orígenes del teatro español, *impresos muy poco antes.*

EL CONVIDADO, PASO.

PERSONAS.

LICENCIADO JAQUIMA.
BACHILLER BRAZUELOS.
CAMINANTE.

Zaguán de casa pobre.

CAMINANTE.

ındísimos trabajos que el hombre puede niserable vida, es el caminar, y el super- dineros. Dígolo esto, porque se me ha ·to negocio en esta ciudad, y en el camino ıguas me han faltado los reales; no tengo o este, que soy informado que vive en licenciado de mi tierra; veré si con una o puedo ser favorescido. Esta debe de ser r quiero: ¿quién está acá?

BACHILLER.

¿quién está ahí?

CAMINANTE.

vuesa merced acá fuera.

BACHILLER.

› manda?

CAMINANTE.

‹uesa merced razon de un señor licen-

BACHILLER.

CAMINANTE.

lecir: él es hombre bajo, cargado de es- ro, natural de Burbáguena.

BACHILLER.

, diga cómo se llama.

CAMINANTE.

llamaba el licenciado Cabestro.

BACHILLER.

posada está uno que se hace nombrar el ma.

CAMINANTE.

ıbe de ser, porque de Cabestro á Jáquima › me paresce que hay; llámele.

BACHILLER.

¡Ah! ¿señor licenciado Jáquima?

LICENCIADO.

merced, señor bachiller Brazuelos?

BACHILLER.

;a vuesa merced acá fuera.

LICENCIADO.

ıor, que me tenga por escusado, que ando ;ancia del estudio, y estoy en aquello que *ʼrsus tempore, et quia bonus tempus est,*

BACHILLER.

ȷue está aquí un señor de su tierra.

LICENCIADO.

lios! señor bachiller, ¿ha visto vuesa mer-

BACHILLER.

ɔer Plinio.

LICENCIADO.

Señor bachiller, y mis pantuflos de camelote sin aguas, ¿halos visto?

BACHILLER.

Periquillo los llevó á echar unas suelas y capilladas, porque estaban maltratadillos.

LICENCIADO.

Señor bachiller, mi manteo ¿hále visto?

BACHILLER.

Ahí le teníamos encima de la cama esta noche en lugar de manta.

LICENCIADO.

Ya lo he hallado. ¿Qué es lo que manda vuesa merced?

BACHILLER.

¿Agora sale con todo eso á cabo de dos horas que le estoy llamando? Aqueste señor le busca, que dice que es de su tierra.

LICENCIADO.

¿De mi tierra? Sí será, pues él lo dice.

CAMINANTE.

¿No me conosce vuesa merced, señor licenciado?

LICENCIADO.

No le conozco, en verdad, si no es para servirle.

CAMINANTE.

¿No conosce vuesa merced á un Juanitico Gomez, hijo de Pero Gomez, que íbamos juntos á la escuela, y hecimos aquella farsa de los gigantillos?

LICENCIADO.

Ansí, ansí, ¿es vuesa merced hijo de un tripero?

CAMINANTE.

Qué, no señor, ¿no se le acuerda á vuesa merced que mi madre y la suya vendian rábanos y coles allá en el arrabal de Santiago?

LICENCIADO.

¿Rábanos y coles? Basos y colchones, quiso decir vuesa merced.

CAMINANTE.

Sea lo que mandare, mas á fe que no me conosce.

LICENCIADO.

Ya, ya caigo en la cuenta: ¿no es vuesa merced el mochacho que hizo la moceta, aquel bellaquillo, aquel de las calcillas coloradas?

CAMINANTE.

Sí, señor, yo soy ese.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! ¡Señor bachiller, una silla, Periquillo, rapaz, una silla.

CAMINANTE.

Que no es de menester, señor.

LICENCIADO.

¡Oh, señor Joan Gomez! abráceme. Y ¿dióle alguna cosa que me trujese mi madre?

CAMINANTE.

Sí, señor.

LICENCIADO.

Tórneme á abrazar, señor Joan Gomez. ¿Qué es lo que le dió? ¿Es cosa de importancia?

CAMINANTE.

¿Y pues no?

LICENCIADO.

¡Oh señor Joan Gomez! él sea muy bien venido; amuestre lo que es.

CAMINANTE.

Es, señor una carta que me rogó que le trujese.

LICENCIADO.

¿Carta, señor?, ¿Y dióle algunos dineros la señora mi madre?

CAMINANTE.

No, señor.

LICENCIADO.

¿Pues para qué queria yo carta sin dinero? Agora, señor Joan Gomez, hágame tan señalada merced de venirse á comer con nosotros.

CAMINANTE.

Señor, beso las manos de vuesa merced; en la posada lo dejo aparejado.

LICENCIADO.

Hágame este placer.

CAMINANTE.

Señor, por no ser importuno, yo haré su mandamiento, y de camino me traeré la carta que dejé encomendada al mesonero.

LICENCIADO.

Pues vaya.

CAMINANTE.

Beso sus manos.

Sala de los estudiantes.

LICENCIADO.

¿Qué le paresce, señor bachiller Brazuelos, deste nuestro convidado?

BACHILLER.

Muy bien, señor.

LICENCIADO.

A mí no, señor, sino muy mal.

BACHILLER.

¿Por qué, señor?

LICENCIADO.

Porque yo para convidalle, ni tengo blanca, ni bocado de pan, ni cosa, ofrézcola á Dios, que de comer sea; y por tanto querria suplicar á vuesa merced que vuesa merced me hiciese merced de me hacer merced (pues estas mercedes se juntan con esotras mercedes que vuesa merced suele hacer) me hiciese merced de prestarme dos reales.

BACHILLER.

¿Dos reales, señor licenciado? ¿saca burla del tiempo? Sabe vuesa merced que traigo este andrajo en la cabeza, por estar mi bonete empeñado por seis dineros de vino en la taberna, ¿y pídeme dos reales?

LICENCIADO.

¿Pues no me haria vuesa merced una merced de pensar una burla, en que se fuese este convidado con todos los diablos?

BACHILLER.

¿Burla dice? Déjeme á mí el cargo, que yo le haré una que vaya diciendo que vuesa merced es muy honrado, y muy cabido con todos.

LICENCIADO.

Asi, ¿de qué manera lo hará vuesa merced?

BACHILLER.

Mire vuesa merced: él ha de venir agora á comer; vuesa merced se meterá debajo de esta manta, y en venir, luego preguntará: ¿qué es del señor licenciado? Yo le diré: el señor arzobispo le ha enviado á publicar ciertas buldas, que fué negocio de presto, que no se pudo hacer otra cosa.

LICENCIADO.

¡Oh, cómo dice bien vuesa merced! Pues mire pienso que es él que llama.

CAMINANTE.

Ha de casa.

BACHILLER.

Sí, él es, métase presto.

LICENCIADO.

Mire que me cobije bien, que no me vea.

CAMINANTE.

Ha de casa.

BACHILLER.

¿Quién está ahí? ¿quién llama?

CAMINANTE.

¿Está en casa el señor licenciado?

BACHILLER.

¿A quién busca?

CAMINANTE.

Al señor licenciado Jáquima.

BACHILLER.

A comer pienso que verná vuesa merced.

CAMINANTE.

No vengo por cierto, señor.

BACHILLER.

Picadillo debe de traer el molino.

CAMINANTE.

No traigo en verdad.

BACHILLER.

No lo niegue vuesa merced. Qué, para decir que v á comer ¿es de menester tantas retóricas?

CAMINANTE.

Verdad es que venia á comer, que el señor licen me habia convidado.

BACHILLER.

Pues certificole que tiene vuesa merced muy mal cado de esta vez, porque en casa no hay blanca, n cado de pan para convidalle.

CAMINANTE.

Pues no creo yo que el señor licenciado sacara l de mí.

BACHILLER.

Qué, ¿no me cree vuesa merced? Pues sepa que de corrido está puesto debajo de aquella manta.

CAMINANTE.

No lo creo si con mis ojos no lo viese.

BACHILLER.

¿Que no? Pues mire vuesa merced cuán contrito arrodillado.

CAMINANTE.

¡Jesus! ¡Jesus! señor licenciado, ¿para mí era de nester tantos negocios?

LICENCIADO.

Juro á Dios que ha sido muy bellaquísimamente h

BACHILLER.

No ha estado sino muy bien.

LICENCIADO.

No ha estado sino de muy grandísimo bellaco, que me escondí, vos me lo mandasteis.

BACHILLER.

No os escondiérades vos.

LICENCIADO.

No me lo mandaseis vos; y agradesceldo al seño mi tierra, don bachillerejo de no nada.

BACHILLER.

¿De no nada? Aguarda.

CAMINANTE.

Id con todos los diablos, allá os averiguad vos mesmos.

LAS ACEITUNAS, PASO.

PERSONAS.

ORUVIO, *simple, viejo.*
GUEDA DE TORUEGANO, *su mujer.*
MENCIGUELA, *su hija.*
ALOJA, *vecino.*

Calle de un lugar.

TORUVIO.

ios, y qué tempestad ha hecho desd'el resnonte acá, que no parescia sino qu'el cielo dir y las nubes venir abajo! Pues decí agora aparejado de comer la señora de mi mujer, la mate. ¿Oislo, mochacha Mencigüela? Sí, n en Zamora. Agueda de Toruégano, ¿oíslo?

MENCIGUELA.

:e! y habeisnos de quebrar las puertas.

TORUVIO.

ico, mira qué pico, ¿y adónde está vuestra a?

MENCIGUELA.

ı casa de la vecina, que le ha ido á ayudar á adejillas.

TORUVIO.

ejillas vengan por ella y por vos ; andad, y

AGUEDA.

e los misterios; ya viene de hacer una negra eña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO.

la de leña le paresce á la señora; juro al que éramos yo y vuestro ahijado á cargalla, os.

AGUEDA.

ala sea, marido; ¡ y qué mojado que venís!

TORUVIO

ıo una sopa d'agua. Mujer, por vida vuestra algo que cenar.

AGUEDA.

ablos os tengo de dar, si no tengo cosa nin-

MENCIGUELA.

e, y qué mojada que venia aquella leña!

TORUVIO.

; dirá tu madre qu'es el alba.

AGUEDA.

chacha, adrézale un par de huevos para que e, y hazle luego la cama; y os aseguro, manca se os acordó de plantar aquel renuevo de e rogué que plantásedes.

TORUVIO.

qué me he detenido, sino en plantalle como

AGUEDA.

do, ¿y adónde lo plantaste?

TORUVIO.

ı la higuera breval, adonde si se os acuerda os

MENCIGUELA.

Padre, bien puede entrar á cenar, que ya está adrezado todo.

AGUEDA.

Marido, ¿no sabeis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí á seis ó siete años llevará cuatro ó cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí á veinte y cinco ó treinta años terneis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO.

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

AGUEDA.

Mira, marido, ¿sabeis qué he pensado? que yo cogeré el aceituna, y vos la acarreareis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza; y mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? ¿No veis qu'es cargo de consciencia, y nos llevará el almotacen cad'al dia la pena? que basta pedir á catorce ó quince dineros por celemin.

AGUEDA.

Callad, marido, qu'es el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO.

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

AGUEDA.

Hora no me quebreis la cabeza; mira, mochacha, que te mando que no las dés menos el celemin de á dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo á dos reales castellanos? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como quisiéredes, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Ven acá, mochacha, ¿á cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como mandáredes, madre.

AGUEDA.

A dos reales castellanos.

TORUVIO.

¿Cómo, á dos reales castellanos? Y'os prometo que si no haceis lo que y'os mando, que os tengo de dar mas de doscientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGUELA.

A como decís vos, padre.

TORUVIO.

A catorce ó quince dineros.

MENCIGUELA.

Así lo haré, padre.

AGUEDA.

¿Cómo así lo haré, padre? Toma, toma, hacé lo que y'os mando.

TORUVIO.

Dejad la mochacha.

MENCIGUELA.

¡Ay madre! ¡ay padre! que me mata.

ALOJA.

¿Qu'es esto, vecinos? ¿Por qué maltratais ansí la mochacha?

AGUEDA.

¡Ay, señor! este mal hombre que me quiere dar las cosas á menos precio, y quiere echar á perder mi casa; unas aceitunas que son como nueces.

TORUVIO.

Yo juro á los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AGUEDA.

Sí son.

TORUVIO.

No son.

ALOJA.

Hora, señora vecina, hacéme tamaño placer que os entreis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

AGUEDA.

Averigüe, ó póngase todo del quebranto.

ALOJA.

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO.

Qué, no señor, que no es d'esa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa; sino en la heredad.

ALOJA.

Pues traeldas aquí, que y'os las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGUELA.

A dos reales quiere mi madre que se vendan lemin.

ALOJA.

Cara cosa es esa.

TORUVIO.

¿No le paresce á vuesa merced?

MENCIGUELA.

Y mi padre á quince dineros.

ALOJA.

Tenga yo una muestra dellas.

TORUVIO.

Válame Dios, señor, vuesa merced no me qui tender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitu dice mi mujer que de aquí á seis ó siete años lleva tro ó cinco hanegas de aceituna, y qu'ella la co que yo la acarrease, y la mochacha la vendiese, fuerza de drecho habia de pedir á dos reales p celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto la quistion.

ALOJA.

¡Oh, qué graciosa quistion! Nunca tal se ha vi aceitunas no están plantadas, ¿y ha llevado la mo tarea sobre ellas?

MENCIGUELA.

¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO.

No llores, rapaza; la mochacha, señor, es c oro. Hora andad, hija, y ponedme la mesa, q prometo de hacer un sayuelo de las primeras ac que se vendieren.

ALOJA.

Hora andad, vecino, entraos allá dentro, y te con vuestra mujer.

TORUVIO.

Adios, señor.

ALOJA.

Hora por cierto, que cosas vemos en esta vid ponen espanto. Las aceitunas no están plantadas, habemos visto reñidas.

LOS ENGAÑOS, COMEDIA.

PERSONAS.

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.*
LELIA, *bajo el nombre de Fabio.*
CLAVELA, *dama.*
FABRICIO, *hijo de Verginio.*
LAURO, *caballero.*
JULIETA, *criada.*
GUIOMAR, *negra.*
FRULA, *mesonera.*
PAJARES, *simple.*
CRIVELO, *lacayo.*
QUINTANA, *ayo de Fabricio.*
MARCELO, *amo de Clavela.*
SALAMANCA, *simple.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO.

GERARDO.

ete, Verginio, ser tiempo de darse conclusion concierto que ya otras veces tú y yo hemos co- i tener?

VERGINIO.

erardo, no tengas pensamiento que esté yo con igoja que tú podrás tener por no haber dado fin ;ocio que para cada uno de los dos tan deseado mas no debes maravillarte, pues sabes que mi no ha dado lugar á que con mas brevedad se

GERARDO.

ñor Verginio, que si como yo muchas veces he no te hallaras á tiempo ni con dineros para itavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este viene, dímelo, que de los que yo tuviere te e muy buena voluntad.

VERGINIO.

agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GERARDO.

en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu está en el monesterio?

VERGINIO.

ios Dios, señor; ¿pues adónde habia de estar, i yo dejado por mi propia mano en compañía ima mia, que en el mismo monesterio ha hecho ' Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo pre-

GERARDO.

s, señor, que lo pregunto sin causa.

VERGINIO.

GERARDO.

ior, te lo diré. Has de saber que mediante el i tu ausencia yo envié disimuladamente á saber ñoras monjas si tu hija estaba en el monesterio, e sabido por cosa muy cierta que no está allá no que anda acá fuera.

VERGINIO.

o entendido, señor Gerardo, que si eso han di- onjas, no es sino por hacer á mi hija que profe- ue así las unas como las otras he sabido yo que rado grandísima aficion.

GERARDO.

Bien lo creo.

ESCENA II.

PAJARES, MARCELO Y DICHOS.

PAJARES.

¿Cuál volver? juro al cielo de Dios, allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pié y descalzos, y aunque vengan en cueros.

MARCELO.

Aguardad, don asno, que yo os haré decir de no, cuando os mandaren la cosa.

PAJARES.

¡Asno! ¿Parésceos bien cuál habeis parado la caña con que la otra hacia la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VERGINIO.

¿Qué es aquesto, Pajares? ¿Cómo sales ansí? ¿Qué ropas son esas?

PAJARES.

Las basquiñas de la señora Lelia.

VERGINIO.

¿Quién te las vistió?

PAJARES.

Yo me las vestí.

VERGINIO.

¿Para qué?

PAJARES.

Estáse lavando mi sayo.

VERGINIO.

¿Para qué se lava tu sayo?

PAJARES.

Embarréme anoche.

VERGINIO.

¿Adónde?

PAJARES.

En el soterraño.

VERGINIO.

¿Cómo?

PAJARES.

Caí: hay mas son que caí.

MARCELO.

Cayó el asno, cayó.

PAJARES.

Yo caí, yo; que hombre soy para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VERGINIO.

Hora no hay quien te entienda.

PAJARES.

Disque no hay quien me entienda. Espere vuesa merced,

que yo le cogeré á las palabras. ¿Qué está á la entrada de la escalera, junto junto al soterraño, al rincon?

VERGINIO.

Ya, ya te entiendo.

PAJARES.

Pues ahí, mal punto, caí; hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VERGINIO.

¿Pues cómo decias que te habias embarrado?

PAJARES.

Pues díjelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerado ó alquitrado, que no embarrado.

VERGINIO.

Mas qué bueno estarias para retratar.

PAJARES.

Yo le diré á vuesa merced qué tal, que me decian que parescia calabaza en conserva, ó milanazo con liga.

VERGINIO.

¿Y agora por qué reñíades? decidme, Marcelo.

PAJARES.

Porque queria el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigallieta.

GERARDO.

No era razon.

PAJARES.

No en verdad, señor desposado.

VERGINIO.

Pues, amo, ¿dónde queriades ir?

MARCELO.

Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moza, y roguéle á este asno que pues estaba ansí, se rebozase y tomase un manto, porque me fuese acompañando, y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el monesterio, y porque se lo mandé nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJARES.

¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está. No me hubiésedes vos mas aína hundido las costillas á garrotazos.

VERGINIO.

Pues, Pajares, ¿qué mas bien querias que venir acompañando á una dama?

PAJARES.

Ande d'ahí. ¿Tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre?

VERGINIO.

¿Yo, cómo?

PAJARES.

¿Paréscele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con alguno del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VERGINIO.

Por cierto, muy malas.

PAJARES.

¿Qué nuevas?

VERGINIO.

¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJARES.

Yo le diré que piensa el otro qu'es el hombre majano ó sayalero, y decille ha que ando hecho santera ó dama de forja.

GERARDO.

Señor Verginio, yo me entro; y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VERGINIO.

Señor, á la mano de Dios; ya ve que no se entiende en otra cosa.

GERARDO.

Muy bien, señor.

ESCENA III.

VERGINIO, MARCELO, PAJARES.

VERGINIO.

Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso abrevia en ir por ella porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mias mis besamanos.

MARCELO.

Pláceme. ¡Oh desdichada de tí, Lelia! Por Dios, señor, mas estimara verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene mas años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podria tener por biznieta.

VERGINIO.

Ya, ya lo veo; mas ¿y qué quereis que haga, pecador de mí? ya veis en cuánto estremo van hoy dia las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MARCELO.

¿Cómo muy á cuenta?

VERGINIO.

Yo os lo diré. Está concertado que yo le dé á mi hija Lelia por mujer, dotándomela en mil florines de su propia moneda, con tal condicion que si mi hijo paresce dentro de cuatro años, le cáse con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MARCELO.

Bien está, señor; pero yo mas querria un rato de contentamiento que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VERGINIO.

Pues, amo, id y mirad que no vengais sin ella.

MARCELO.

Pierda cuidado.

PAJARES.

Pues yo, amo, quédome.

MARCELO.

Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJARES.

Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VERGINIO.

Entrate conmigo, tontazo.

ESCENA IV.

MARCELO, LELIA.

MARCELO.

¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor. No en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera. ¿Mas qué digo? ¿Qué es lo que veo? En verdad que si Lelia no estuviera en el monesterio, jurara que era aquesta que aquí viene en hábito de hombre, ¿pero qué digo? que no es otra por mi fe.

LELIA.

¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me esconderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MARCELO.

Lelia.

LELIA.

Amo.

MARCELO.

¿Qu'es aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es este? ¿Por ventura es este el monesterio donde así tu padre como todos

pensamos tenerte recogida? Háblame: ¿de qué enmudeces?

LELIA.

Señor amo, á quien con mas razon debria yo llamar padre, no os debeis de maravillar al verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy de que no seré culpada de mi atrevimiento.

MARCELO.

No me digas tal, que temblándome están las carnes, si el viejo alcanzase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado. Por tu vida, ¿no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA.

Señor, como fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres se han conformado contra mí...

MARCELO.

¿Cómo contra tí?

LELIA.

Bien tendreis en la memoria como cuando por nuestros pecados Roma fué saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fué pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre mas sin placer le hace vivir.

MARCELO.

Por cierto no paresce sino que fué ayer, y á buena fe que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA.

Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con mas presteza.

MARCELO.

Prosigue.

LELIA.

Pues viniéndose mi padre á vivir aquí á Módena, yo por mi mal ví á Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual conversando en la casa de mi padre, de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son lícitos.

MARCELO.

Muy bien sé todo eso.

LELIA.

Y por depositarme mi padre en el monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa, nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, antes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, escesivamente se ha enamorado.

MARCELO.

Hora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada, y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por tí, y no salí á otra cosa de casa, sino á llevarte.

LELIA.

Déjame concluir.

MARCELO.

Di pues.

LELIA.

No tuve otro remedio después que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Cándida, la monja tia mia, el grande afán que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

MARCELO.

Di, que bien te entiendo.

LELIA.

Acaesció pues un dia que de habérsele muerto un paje suyo venia el mas afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase que no se trocaria por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del monesterio y servirle de paje en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto estremo he podido, y le sirvo todavía.

MARCELO.

¡Hay tal cosa en el mundo! Y agora, ¿qué piensas hacer?

LELIA.

Sola una cosa quiero de vos.

MARCELO.

¿Y es?

LELIA.

Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MARCELO.

Pues ¿qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA.

Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre, y le he parescido bien; yo, viéndola tan aficionada, hele dicho que si á Lauro no pretende olvidar y aborrecer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MARCELO.

¿Y crees tú que eso lo hará?

LELIA.

Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la tarde seré en vuestra posada, y hablaremos mas largamente.

MARCELO.

Pues mira que no dejes d'ir; cata que te quedo aguardando.

LELIA.

Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta; adios.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

GERARDO.

¡Oh! válame Dios, y cuán averiguada cosa es el hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar, especialmente yo, que después que hablé á Verginio sobre tomar por mujer su hija Lelia, paresce que no traigo juicio de hombre, y este Verginio es tan espacioso, que segun lo deseo, dudo ver el tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar acia su estancia á dalle otro tiento, como que voy á otra cosa; mas primero es menester advertir á mi hija Clavela que si acaso viniere á demandar de mí, que le digan que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará. Guiomar, ¡ah! Guiomar. ¿No respondes? ¿estás sorda?

ESCENA II.

GERARDO, GUIOMAR.

GUIOMAR.

Ya vo, siñor. ¡Jesú! ¡Jesú! líbramela Dios de la diabro.

GERARDO.

Decí, ¿téngome de quebrar la cabeza primero que respondais? ¿Qué haciades allá dentro, dueña?

GUIOMAR.

¿Eso me lesí, siñor, delante de las honras de mi cara? farta de la faciendas tenemo que facer.

GERARDO.

¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIOMAR.

¡Ay, siñor Jesucristo! ¿qué faciendas me lo pides?

Primero por la mañanas ¿no barremo la casa? Enapué ¿no ponemo la oya? Enapué ¿no paramo la mesa? Enapué ¿no fregamo la cudeya y la pratos?

GERARDO.

Bien.

GUIOMAR.

Enapué ¿no me manda siñora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GERARDO.

De azucena, diablo, que eso pienso que querrás decir.

GUIOMAR.

Sin, siñor, y de jamin y de monqueta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

GERARDO.

¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIOMAR.

Anagoras, siñor, y dícime siñora Clavela: callán, fija Guiomá, aprender ben á colar las flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequero de aquese que adoba la guante.

GERARDO.

¿Qué es aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIOMAR.

No, siñor; que ya tenemo un prima mia contrita na religiona, monja, priora, nabadesa, ayá en mi tierra de Manicongo, muy honradas. Yo, siñor, queremos muntipricar á mundos.

GERARDO.

Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablarse ha mas despacio sobre ese negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela, que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIOMAR.

Que me placer, siñor, sin que me la mandas.

GERARDO.

Anda, ve.

ESCENA III.

GERARDO, GUIOMAR, CLAVELA.

GUIOMAR.

Siñora, que lecir siñor....

CLAVELA.

Así, ¿qué es lo que dice?

GUIOMAR.

Que vosamerced pare ventana, que queremo fablar con eya.

CLAVELA.

¿Qué me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de prisa, y que te diga á tí qué es lo que quiere.

GUIOMAR.

Anda, siñora, dal'en diabro aquesa monadiya, turo dia trabajar, nome la padre, la fiyo, la santo, amén.

CLAVELA.

Aquí á la puerta le hablaré. ¿Para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qué es lo que mandas, señor?

GERARDO.

No cosa ninguna, que si os envié á llamar no fué mas sino por no decillo a esa lengua de tordo. Por vida vuestra que si viniere Verginio, padre de Lelia, á demandar por mí, le digais que en casa de Millan Muñoz el tendero me hallará; no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

CLAVELA.

Pierda cuidado.

GERARDO.

Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Que me placer, siñor. ¿No dice en casa mal años te rar Dios entero?

GERARDO.

Esos sean para tí, perra.

CLAVELA.

Déjela, señor, que yo me acordaré dello; vaya en buen hora.

ESCENA IV.

CLAVELA, GUIOMAR.

CLAVELA.

En buena fe, pues la calle está sola, y no paresce nadie, quiero sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda. Hija Guiomar.

GUIOMAR.

Como tú la quieres, siñora mi álima la corazon.

CLAVELA.

Entra allá por tu vida, y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

GUIOMAR.

Facémolo como mandar, por ciertos.

CLAVELA.

¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en tí que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, di?

GUIOMAR.

Toma, cátala ahí tu almohadilla, siñora.

CLAVELA.

Muestra acá, y llámame esa rapaza que me saque aquí un asiento.

GUIOMAR.

Chuchuleta, machacha. Siñora, no responder, piensa que sa muerta.

ESCENA V.

CLAVELA, GUIOMAR, JULIETA.

JULIETA.

¡Ay amarga de mí! ¿y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de brezo?

CLAVELA.

¡Ah, señora Julieta! ¡ah dueña! ¿No salís?

JULIETA.

Sí, señora, héme aquí: ¿qué manda?

CLAVELA.

¿Qué haciades allá dentro, picuda?

JULIETA.

Sí, picuda; ¿qué habia de hacer?

CLAVELA.

Sácame aquí un asiento, y dejaos de rezongar.

JULIETA.

Sí, por cierto, ¿y todo eso era? ¿qué, no podia traello la cucaracha de sótanos? Sino muy al lado con su señora.

GUIOMAR.

Anda, ofrézcote an diabro; trae aquí un par de monadiyas en que sentar siñora.

JULIETA.

Pues agradeceldo á quien está delante, que en buena fe que... quizá.

CLAVELA.

Bien. ¿Qué es lo que quizá? Pues si yo arrebato un varapalo, por ventura os pondré quizá en paz.

JULIETA.

¿Pues por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esa cara de espárrago por remojar?

GUIOMAR.

Mirame la salamandera. ¿Ha visto qué pantasía tiene, cara de sin gorgüenza?

JULIETA.

¿Oíste, mi duelo, para quién han de tener vergüenza? ¿Quién es ella, así la arrastren?

CLAVELA.

¿Callaremos? Ea, tengamos la fiesta en paz si os pesa; calla tú, Guiomar.

GUIOMAR.

Jesú, Jesú. ¿No mira vosamercé que praguntar quién sa yo? Mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo que sar yo la sabrina na reina Berbasino, cuñados de la marques de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JULIETA.

Si, sí, no le ronqueis.

CLAVELA.

Calla, rapaza. ¿Y reina era tu tia, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay siñora! ¿pensar vosamercé que san yo fija de alguno negra de par ahí? Ansí haya bono siglo álima de doña Bialaga, siñora.

CLAVELA.

Gentil nombre tenia para dalle buen siglo.

GUIOMAR.

Sí, siñora, doña Bialaga yamar siñora mi madre, y siñor mi padre Eliomor; cuenta que quiere lesir don Diegos.

JULIETA.

Mira cómo quereis esos bledos: ¡qué gentiles nombres para un podenco!

GUIOMAR.

Por eso primer fijo que me nacer en Portugal le yamar Diguito, como siñor su saragüelo.

CLAVELA.

Su agüelo dirás.

GUIOMAR.

Sí, siñora, su sabuelo.

CLAVELA.

¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIOMAR.

¡Ay, siñora! no me la mientes, que me face lágrima yorar. Téngolo, siñora, la India le san Juan de Puntorico, y agora por un mes lagoso me cribió un carta aquela ringlonsito tan fresco como un flor de aquese campo. ¡Ay entraña la mia, fijo mio!

JULIETA.

Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIOMAR.

¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria, mandaria! Plégata Dios que mala putería te corra, y no veas carralasolendas.

CLAVELA.

¡Ay amarga! ¡Qué carnestolendas, y qué mal pronunciadas!

JULIETA.

Mal corrimiento venga por tí, amén.

GUIOMAR.

Anda, putiñas medrosas: no es mi honras tomame contigos.

JULIETA.

¡Miren qué fantasía! Pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

GUIOMAR.

Cagajon para'l, merda tomá pala vos y á mandamento (1).

CLAVELA.

Y déjala, Guiomar, que es una loca; sino dime: ¿qué es lo que tu hijo te envió á decir?

GUIOMAR.

Aquella mochacho, aquella mi fijo métemelo á prinsipio de carta diciendo: Lustrísima madre mia Guiomar; la carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sa bono, bendito sea Riós, loado sea Riós, amén. ¡Ay! Dios te la presie, fijo de la corazon y de lantrañas

CLAVELA.

No llores, Guiomar, no llores.

GUIOMAR.

No podemo facer otro, porque tenemo latrógamo turo, turo yeno de fatriqueras.

CLAVELA.

Bien está por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú, Julieta, pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.

ESCENA VI.

LAURO, LELIA.

LAURO.

¿Qué te paresce, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA.

¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella le aborrece por todo estremo.

LAURO.

¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio (y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado): aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupais?

LELIA.

¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacerse pudiesen.

LAURO.

Pues ¿qué remedio?

LELIA.

Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves.

LAURO.

Cambiar el propósito no puedo.

LELIA.

Si no puedes, estate ansí.

LAURO.

Ansí lo pienso hacer.

LELIA.

Poco ánimo tienes; paresce que nunca en tu vida quisiste bien, sino que Clavela fué la primera que tu corazon comenzó á sojuzgar.

LAURO.

No, ni Dios tal quiera; antes creo que de haber yo sido ingrato á Lelia, hija de Vergisio, romano (la cual á tí te paresce en estremo), ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

(1) Estas indecentes espresiones y otras bajas y soeces, que se leen en las piezas de la presente coleccion, no se sufririan hoy en nuestros teatros; pero aquí no pudieron omitirse, habiéndose de dar la verdadera y puntual idea de nuestra dramática en sus principios, y de manifestar los pasos por donde fué subiendo desde su rudeza primitiva hasta el estado de cultura y gala en que la puso el famoso Lope de Vega. *(Nota de la Acad.)*

LELIA.

Y dime, señor: esa Lelia que dices ¿es muerta? ¿Cómo dejaste de tener su amor?

LAURO.

Muerta no; antes después que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca mas della he sabido, de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

LELIA.

De esa manera, señor, mal le pagas; paresce que debrias procurar por ella y tornar en una amistad tan lícita.

LAURO.

No, en ninguna manera.

LELIA.

¿Cómo no?

LAURO.

Aquese cómo tampoco lo alcanzo, Fabio, antes tengo creido que de haber inferido Clavela mi señora que yo estoy aficionado á Lelia, me desama, lo cual, si ello es ansí, que de rabia muera. Y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo (si mi salud deseas), que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solia, antes huigo de acordarme della, ni aun de oirla mentar. ¿Entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué has habido? ¿qué desmayo ha sido este?

LELIA.

Déjame, señor, que no es nada, sino que yo suelo ser apasionado del corazon, y tómanme á veces estos desmayos, y si me das licencia iréme á la posada, porque ya casi en los piés no me puedo sostener.

LAURO.

Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA.

No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAURO.

Hijo, vete á la posada, y descansa.

LELIA.

El descanso tarde espero.

LAURO.

¿Qué dices?

LELIA.

Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAURO.

Pues, hijo, ve, y aquello haz con que mejor te hallares y menos para tu salud daño sea.

LELIA.

Voy, señor, lleno de desconfianza.

LAURO.

Anda, que presto seré contigo después de haber dado algunas vueltas por esta calle, donde mi señora Clavela reside.

ESCENA VII.

VERGINIO, PAJARES.

PAJARES.

Hora juro al cielo de Dios, nostramo, si yo sé á qué tengo d'ir ni á qué efeto vuesa merced me envía. Sé qu'el otro ni la otra no son ahora tan niños que no sabrán venirse; cuantis mas que ya es hora de comer, y la mesma hambre las ha de acarrear á casa, como á mochachos fuidores.

VERGINIO.

Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardanza es la que haces, y venirte has acompañando.

PAJARES.

Qué, ¿no está bien cubrida?

VERGINIO.

No: acaba ya.

PAJARES.

Apártese vuesa merced de mi cobridero, y perdone.

VERGINIO.

¿Paréscete que está bien cubierta?

PAJARES.

Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VERGINIO.

¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, ansí la has de poner.

PAJARES.

¿Ansí? Ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VERGINIO.

Agora sí, toma este sombrero.

PAJARES.

¿Quién lo ha de tomar?

VERGINIO.

¡Dizque quien! Tú lo has de tomar.

PAJARES.

¡A porpósito! ¿Búrlase conmigo? Hame liado como a costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene maneras ni sacabuches mi capa como balandrán de arcediano.

VERGINIO.

Asno, ¿qué por aquí bajo no la sabes sacar.

PAJARES.

¿Por dónde?

VERGINIO.

Por aquí: duelos te dé Dios.

PAJARES.

Dice la verdad; mas pecador de mí y de vuesa merced, y perdone, que los parto por medio, ¿quiere que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caido en el garlito, ó como mulo de anoria que dando vueltas no halla paradero cierto?

VERGINIO.

Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJARES.

Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

VERGINIO.

Pues lo que te mando no es sino que vayas al monesterio de Sancta Bárbara.

PAJARES.

¿Y para qué á Sancta Bárbula? ¿Quiere que diga la santa que voy disfrezado, escudriñándole los rincones de casa?

VERGINIO.

Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJARES.

Y aun deso mal punto estoy corrido, porque á las horas de comer me lanza de casa, como á los mozos de los carniceros la cuaresma.

VERGINIO.

¿Pues tanto piensas tardar allá?

PAJARES.

¿Pues no tengo de tardar yendo á pié como voy?

VERGINIO.

De esa manera razon tiene vuesa merced; entre en casa, y ensille un poyo de esos en que vaya caballero.

PAJARES.

¿Un poyo?

VERGINIO.

¿Dónde vas?

PAJARES.

A ensillar un poyo como mandó.

VERGINIO.

¿Pues, animal, el poyo se ha de menear?

PAJARES.

Pues eso es lo que me cumple, porque nunca salga de la posada.

VERGINIO.

¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJARES.

¿Quién le demanda una cabalgadura? Cabalgablanda me diese vuesa merced, que cabalgadura ni grado ni gracias.

VERGINIO.

¿Qué es cabalgablanda?

PAJARES.

Un rollo ó rosca de aquellos que han amasado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo; y á necesidad, un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no ir hombre pensando en mal ni murmurar de nadie.

VERGINIO.

¿Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retorizar? Al fin no podias parar sino en cosas de comer.

PAJARES.

¿No ve vuesa merced que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y daros han, y que todos los buenos con pan son duelos?

VERGINIO.

Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote que yo os haga ir presto.

PAJARES.

No me prometa vuesa merced cosa ninguna, qu'eso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VERGINIO.

Primero vernán los otros que este macho se vaya de aquí. Espera, tomaré lo que digo.

PAJARES.

¿Qué os paresce? Espérele el reloj de Guadalupe. Aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mi pecador, mas esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

ESCENA VIII.

PAJARES, MARCELO.

MARCELO.

¡Pues qué diablos! ¿Tantos ves que venimos? ¿no ves que vengo solo?

PAJARES.

¿Solo viene? Cuantis que por la otra cantaba el cuquillo: *que por vos siquiera no os trajera Dios acá.*

MARCELO.

Mas que no te hallara.

PAJARES.

Señor amo, nostramo es ido por un garrote.

MARCELO.

¿Para qué?

PAJARES.

Pienso que para engarrotarme.

MARCELO.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no os iba á llamar. Por vida vuestra que si trajere garrote, y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

MARCELO.

Que me place.

PAJARES.

Ya lo trae; quiérole decir que ya no es de menester. Señor, hé aquí el amo, deje el garrote.

ESCENA IX.

VERGINIO, PAJARES, MARCELO.

VERGINIO.

¿Es ya venido? Pues tomá vos, porque vais presto cuando os mandare la cosa.

MARCELO.

Paso, señor, paso.

PAJARES.

Amo, ¿y el concierto?

MARCELO.

Harto le decia, paso, señor.

PAJARES.

Dios le perdone, y á vuesa merced. Estánle diciendo ya no es de menester el garrote, y él no sino sacudir como en costal relleno. Bendito sea Dios.

VERGINIO.

Pues amo, ¿cómo venis sin aquella moza?

MARCELO.

Señor, entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VERGINIO.

Vamos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

FABRICIO, FRULA.

FABRICIO.

Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene, y por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oir una misa, y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRULA.

¿Y á quién quereis que lo diga, señor? ¿al que paresce abad, el que riñó anoche con el mozo sobre el asar de los caracoles?

FABRICIO.

A ese mismo.

FRULA.

¡Oh, cómo es renegado, cuerpo non de Dios conmigo! Pues perdonadme, señor, vuestro padre pensé que era.

FABRICIO.

Antes le tengo en lugar de mas que padre.

FRULA.

¿Sois de aquí?

FABRICIO.

Romano soy.

FRULA.

¿Habeis estado aquí en Módena otra vez sin esta?

FABRICIO.

En mi vida.

FRULA.

Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente de esta tierra, porque es la mas mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán; y vos sois mozo, no seria mucho engañaros fácilmente.

FABRICIO.

Yo lo agradezco; mas decíme, señor huésped, ¿cómo es vuestra gracia?

FRULA.

Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FABRICIO.

Señor Frula, no me engañarán si yo puedo. Haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRULA.

Id en buen hora.

ESCENA II.

FABRICIO, JULIETA.

FABRICIO.

Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh qué bonita moza! A mí paresce que viene encaminada.

JULIETA.

¿Qué es esto? ¿Andas de camino, Fabio? ¿Qué hábito es aquese? ¿Qué es de tu señor?

FABRICIO.

¿Mi señor? ¡Donosa está la pregunta! ¿Si nos vido anoche llegar de camino, y piensa que es mi señor maese Pedro Quintana? No me maravillo que aun el huésped pensó que era mi padre.

JULIETA.

¿No respondes?

FABRICIO.

Durmiendo queda en el meson. ¿Por qué lo dices?

JULIETA.

¡Mesonero es el tiempo! ¿Cómo andas ansí medrado? Paresce que hate dado tu amo esa capa.

FABRICIO.

¿Mi amo? Mi amo es mi buen dinero.

JULIETA.

¿Ya mandais dineros, Fabio?

FABRICIO.

¿Otro Fabio? Errado me ha el nombre. ¿Eres tú por ventura moza de Frula mi huésped? ¿De dónde me conosces tú á mí?

JULIETA.

¡Ganosico vienes de burlas! Anda ya, ya, mala landre me mate después de muerta. ¡Para mí, que como dicen soy de Córdoba y nascí en el potro! Mira que te ha menester mi señora, ven presto.

FABRICIO.

Bien me dijo á mí mi huésped, que era diabólica la gente de esta ciudad; esa debe de ser moza de alguna cortesana, y como me ve estranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JULIETA.

Acabemos. ¿Qué hablas entre dientes, Fabio?

FABRICIO.

Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JULIETA.

Fabricio ó Fabio; ansí veo que te llama tu amo y mi señora.

FABRICIO.

¿Por qué calle iremos?

JULIETA.

Por la de oro; como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FABRICIO.

Sí, mas no me acuerdo ya.

JULIETA.

¡Miraldo al desatinadico! Estuviste anoche, y no atinas; pues ven conmigo, que yo te adestraré.

FABRICIO.

¿Es lejos?

JULIETA.

Es el mal dolor que Dios te dé, amén. ¿Haces del bobo? Sí, sí, tomaldo á cuestas, deciros ha mil gracias. Mira, quédate aquí en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

ESCENA III.

FABRICIO.

Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama; porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y si no, ella volverá por hacerme caer con pié derecho; pues mándole yo que harta mala ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene; no quiero que digan que estoy á puerta semejante aguardando tanda, como quien va al molino á moler.

ESCENA IV.

VERGINIO, GERARDO.

VERGINIO.

¿Qué quereis, señor, que os diga? ¿A quién mas que á mí con mas justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella...

GERARDO.

Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VERGINIO.

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndole yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fuí yo en persona á sabello.

ESCENA V.

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

JULIETA.

¡Jesus! vista soy de mi señor; volveréme. No, que será peor. Sus, que ya la tengo pensada.

VERGINIO.

Vuelve acá, rapaza; ¿pensabas que no te habia visto? Dí, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA.

Señor, envíame mi señora Clavela á llamar uno de estos cajeros, que le queria comprar no sé qué cuentas.

GERARDO.

¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! Cajero dizque iba á llamar, señor Verginio: ¿ha visto atravesar por aquí algun cajero?

VERGINIO.

¿Qué, señor? Poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JULIETA.

En buen hora, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino vesme aquí.

GERARDO.

Calla, calla, rapaza. Ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA.

Rezando la dejé.

VERGINIO.

¡Tal sea mi vida! Cierto terná mejor juicio que no la mia. ¿Pero qué digo? Hela, hela, señor, no hay mas que decir: topado ha Sancho con su rocin. Llégate, llégate, hija Lelia, que conoscida eres.

ESCENA VI.

FABRICIO Y DICHOS.

FABRICIO.

¿Lelia? Abrenuncio; donosa gente es esta.

GERARDO.

Sea bien venida la señora; digo, el galán. Por Dios, que os está bien ese hábito; si yo fuese que vos, nunca me le quitaria.

VERGINIO.

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? Qué devaneo ha sido aqueste? Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO.

¿Decis á mi, hombre honrado?

VERGINIO.

¡Donosa es la respuesta! Dí, ¿búrlaste conmigo?

FABRICIO.

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO.

¡Santo Dios, qué poca vergüenza! ¿Qué, aun fingirá no conoscerte? toma por ahí; tené gana de casaros con semejantes.

VERGINIO.

Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado, y en lo porvenir haya enmienda.

JULIETA.

Cata que es el diablo el buey rabon. Lelia diz que se llama el otro.

GERARDO.

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA.

Digo que se engañan en buena fe, señores; mejor conozco yo este mocito que á mis propias manos.

VERGINIO.

Y tú ¿de dónde le conosces?

JULIETA.

De mil veces que le he visto con su amo.

GERARDO.

¿Y cómo se llama?

JULIETA.

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO.

¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO.

Por Dios, no sé qué me diga; esta tierra debe de ser de bárbaros, el uno me toma por estranjero, el otro por mujer, el otro por paje; no hay quien los entienda.

VERGINIO.

No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos ni servir á nadie; basta que sirvais aquí á vuestro marido.

FABRICIO.

Por Dios, si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase á hablar de otra manera. ¿Qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GERARDO.

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo teneis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan, como dicen.

VERGINIO.

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido. ¿Qué le paresce que hagamos de ella?

GERARDO.

Señor, lo que á mí me paresce, que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella; que quizá por ser mujer como ella, la hará venir á lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA.

¡Mujer es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa sino á llamalle.

GERARDO.

¡Qué rezas, Julieta?

JULIETA.

Digo, señor, que á la mano de Dios, que es muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser mujer como ella.

VERGINIO.

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO.

Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GERARDO.

¿Qué cosa es por Dios? tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA.

Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la mas linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO.

Paso, paso, señores; que no pienso deberos nada.

GERARDO.

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza ó por grado; ayuda aquí, Julieta.

JULIETA.

Eso es de gracia, que á mas soy obligada por lo que toca siquiera á mi ama. ¿Coceais? Callá, que vos saldreis manso, y el patron quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

VERGINIO, GERARDO, JULIETA.

VERGINIO.

El mas contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa de Gerardo, solo por dejar á mi hija Lelia en compañía de la suya.

GERARDO.

¿Adónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como este, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce. ¿Qué cumple mas?

VERGINIO.

¡Válame Dios! ¿Qué es aquello?

JULIETA.

¡Ay señor Verginio! por el amor de Dios, que se vaya presto de aquí.

VERGINIO.

¿Cómo, qué ha sucedido?

JULIETA.

Ya lo decia yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VERGINIO.

¿Qué dices?

JULIETA.

Digo que mi señor se está armando con determinacion de matar á vuesa merced.

VERGINIO.

No hará, hija.

GERARDO.

¡Así, que fiándome yo de un hombre de tanta honra, me haya engañado tan malamente! ¡Ah don traidor! ¿aquí estais?

JULIETA.

¡Ay! señor, téngase.

GERARDO.

Déjame, rapaza.

ESCENA II.

CRIVELO Y DICHOS.

CRIVELO.

Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto siquiera por quien está en medio.

VERGINIO.

Mira, buen hombre, si algo presumis que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta, y os responderé como mandáredes.

GERARDO.

Andá, que aquí os aguardo.

CRIVELO.

Que no es menester nada deso, señor Verginio. ¿No sabriamos qué ha sido esto?

VERGINIO.

Yo no lo entiendo.

GERARDO.

¿Qué, no lo entendeis?

CRIVELO.

Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay, ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivelo, que basta á remediarlo todo.

GERARDO.

¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo de este señor, me engañase?

CRIVELO.

¿De qué manera?

GERARDO.

De esta: que á fuerza de brazos me ha hecho poner un mancebo en mi casa, que se llama Fabricio.

JULIETA.

Que no, sino Fabio, señor.

CRIVELO.

Ya le conozco.

GERARDO.

Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VERGINIO.

Sí que lo es.

GERARDO.

¿Aun porfías, mal hombre?

CRIVELO.

Téngase, señor, y mire quién está delante.

GERARDO.

Yo fiándome dél, creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela, y le he hallado abrazado y besándose con ella. ¿Paréceos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

VERGINIO.

Restituirme mi hija, digo yo, y dejaos de esas francias.

GERARDO.

Restituidme vos mi honra; no penseis vencerme con palabras.

VERGINIO.

Esperadme pues aquí.

ESCENA III.

GERARDO, JULIETA, CRIVELO.

CRIVELO.

Vuelta, vuelta, señor Verginio, señor Gerardo; él se va sin duda á armar, quitémonos de aquí.

GERARDO.

¿Cuál quitar? juro á mí pecador, de aquí no me quite hasta verme persona con persona con él: veamos á cuánto llega su lanza.

CRIVELO.

Mejor será que se quite de la calle, y no dé que decir á los vecinos.

JULIETA.

Bien dice Crivelo, señor.

GERARDO.

Por ese respeto lo quiero hacer.

CRIVELO.

Pues, señor, quédese con Dios y éntrese en su ca

GERARDO.

Y vaya con él.

ESCENA IV.

FRULA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿Tanto madrugoren, que no tı ron acuerdo de almorzar primero que se huesen, ı huésped?

FRULA.

¿Yo no te dije que no sé mas de cuanto el mozo primero por esa puerta, que el otro como abad fué e busca?

SALAMANCA.

Y dígame, señor mesonero ó bodegonero, ó como gracia, por vida d'esa cara, cara honrada, ¿sin almor salioren?

FRULA.

Tu señor el mozo bebió con una tórtola.

SALAMANCA.

¡Pues qué diabros! ¿No habia taza en casa, que l con una tórtola?

FRULA.

¡Como! Un pájaro, animal.

SALAMANCA.

Y qué, ¿animal no es pájaro?

FRULA.

No, pues eres tú.

SALAMANCA.

Mercedes, señor huésped.

FRULA.

Si tú no quieres entenderte. Lo que yo digo es qu mió la tórtola, y bebió tras de ella, y el abad, viend era ido, demandó sopas de la olla, y ansí se fué.

SALAMANCA.

¿Qu'en sopado va? ¡Ah! ¿búrlase?

FRULA.

¿Por qué me tengo de burlar?

SALAMANCA.

Yo juro al cielo de Dios, que no fué ese hecho si hombres lamineros: eso meresce el pobre de Salam por irse á dormir en el pajar y ahorrar de cama.

FRULA.

¡Catá! Qué, ¿Salamanca te llamas?

SALAMANCA.

Salamanca me llamo, y aun me pesa dello.

FRULA.

¿Por qué?

SALAMANCA.

Porque en cosas de comer siempre quedo manco.

FRULA.

Hora bien, queda enhorabuena.

SALAMANCA.

Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh! pobre de t lamanca, ¿dónde irás agora solo y en tierra ajena, almorzar ni quien te convide? por aquí será bien que viese y pida la plaza á do se venden cosas de comer.

ESCENA V.

LAURO, CRIVELO.

LAURO.

Cuéntame, Crivelo, lo que á contar me empezast errar solo un punto.

CRIVELO.

Que yo te lo diré, señor, sin discrepar ni tan solamente una puntada.

LAURO.

Pues di.

CRIVELO.

Has de saber, señor, que como tú me enviaste en casa de Clavela à ver à qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo à Verginio y à Gerardo.

LAURO.

¿Y sobre qué?

CRIVELO.

Sobre que oí decir à Gerardo que habia hallado á Fabio abrazado con su hija Clavela.

LAURO.

¡Oh traidor! Qué, ¿tal oiste?

CRIVELO.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fué bien oido.

LAURO.

¿Que fué bien oido? ¡Tacaño!

CRIVELO.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVELO.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos; si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELO.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

LAURO.

Crivelo, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELO.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, si no, desotra, y capete en tierra. Vamos.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Calle.

LELIA, QUINTANA, SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor espediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivelo su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado; ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?

LELIA.

¿Qué mozo es este que me ha llamado?

QUINTANA.

¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabricio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

LELIA.

Hombre honrado, ¿conoceisme vos á mí?

QUINTANA.

Sí que te conozco.

SALAMANCA.

Sí que os conoscemos.

LELIA.

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA.

Bien sé con quién hablo: con Fabricio hablo.

LELIA.

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA.

Mi amo.

LELIA.

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SALAMANCA.

Vamos, qu'es hora de comer.

LELIA.

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA.

El me la quita, pues venir no quiere.

LELIA.

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA.

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA.

Bien teneis vos por qué callar, dómine Faldetas, pues antes de salir de la posada así os engullís las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

ESCENA II.

LAURO, CRIVELO y DICHOS.

LAURO.

Cátale, Crivelo; dale, muera.

LELIA.

¡Santa María, señora! sed conmigo.

QUINTANA.

Teneos, gentil hombre.

CRIVELO.

Que no hay que tener.

SALAMANCA.

A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO.

En casa de Verginio se ha metido.

ESCENA III.

MARCELO, QUINTANA, LAURO, SALAMANCA, CRIVELO.

MARCELO.

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa ajena?

LAURO.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA.

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO.

Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio que pocos dias ha que acontesció en mi pueblo, maravilloso de oir.

SALAMANCA.

Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

MARCELO.

¿Para qué? di.

SALAMANCA.

Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aquí las cumpretas.

QUINTANA.

Déjele, señor.

LAURO.

Que me place de lo oir; pero ha de ser con una condicion, que entregueis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fe de quien soy.

SALAMANCA.

¡Qué gentiles alientos para quien querria estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO.

Di presto.

MARCELO.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que este caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera; la primera, viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos dias le sirvió; pues andando á la desconoscida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto estremo que estuvo para desesperar, y está hoy en dia que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da á conoscer de su señor?

MARCELO.

Porque teme del mal suceso.

LAURO.

¿Cuál mal suceso? A fe de caballero que si por mí tal acaesciera... Mas ¿qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MARCELO.

Señor, si por tí tal acaesciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidaras otro cualquier amor por mujer tan constante, siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO.

¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podria pagar un tan conforme amor?

MARCELO.

Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero me jures á fe de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podria pagar con otra cosa sino con tomalla por mujer.

MARCELO.

¿Hiciéraslo ansí?

LAURO.

Y no de otra manera.

MARCELO.

Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado.

LAURO.

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO.

Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

LAURO.

No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELO.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acu jos en un rincon á desnudar; yo deciale: hermano ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? y re díame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

LAURO.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pag lo que tengo dicho.

SALAMANCA.

Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio, ¿q peramos? Vámonos *ad comedendum ad posatam*.

QUINTANA.

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

SALAMANCA.

¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la m de Alcalá de Humares.

QUINTANA.

Escúchate. Dígame, señor, ¿cómo dijo denantes llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO.

Verginio, romano.

QUINTANA.

¿Verginio, romano?

MARCELO.

Sí, señor.

QUINTANA.

¿Tuvo otro hijo sin esta?

MARCELO.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA.

Por hallado se puede tener el dia de hoy; que lle á ver aquí á Módena so amparo y guarda mia, se n desparecido, y pensando ser este que se retrajo en tra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELO.

¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUINTANA.

Sí, señor.

CRIVELO.

Ta, ta, que me maten si ese que vos decís no es han tomado por Lelia, y está encerrado en casa d rardo.

MARCELO.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos ent á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Leli vaya aquí con Crivelo.

QUINTANA.

¿Dónde, señor?

MARCELO.

A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá a con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.

QUINTANA.

¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escán

CRIVELO.

Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

ESCENA IV.

QUINTANA, SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Y pues? ¿yo, mase Quintana ó cuartana, quédom cho campaleon? ¿Piensa que me he de mantener del

QUINTANA.

¡Oh! toma, cata ahí cuatro reales, y dalos á Fr mesonero en señal que se los debemos, y dile que el portillon de la ropa.

SALAMANCA.

mas?

QUINTANA.

n que sobró del almue[illegible], y vente aquí á la po-
señor Verginio.

SALAMANCA.

› place, y al pan podeis agradescer la vuelta.

ESCENA V.

VERGINIO, PAJARES.

VERGINIO.

'ajares.

PAJARES.

señor.

VERGINIO.

:ures de mas sino hacer como yo hiciere; vea-
e darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal
ese.

PAJARES.

ne, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados,
la voluntad de Dios?

VERGINIO.

o es el que me ha ofendido.

PAJARES.

o mas? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO.

lo te han de dar cuenta? Gerardo se llama. ¿Por
:es?

PAJARES.

querríame llegar á la iglesia.

VERGINIO.

¡ué?

PAJARES.

ıcelle decir una misa de salud.

VERGINIO.

badajo, que no sé quién viene.

PAJARES.

es el uno, y el otro saludador me paresce.

ESCENA VI.

CRIVELO, QUINTANA Y DICHOS.

CRIVELO.

le Dios, señor Verginio.

VERGINIO.

en venido con la compañía.

QUINTANA.

ıs manos.

PAJARES.

:rivelo, ¿paréscele en qué andenes y riesgos me
› mis pecados?

CRIVELO.

, Pajares?

PAJARES.

ı, me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVELO.

qué hace al caso, dí?

PAJARES.

me hizo á mí mata-hombres? Que aun por mis
los dias pasados mató mi padre un huron, y en
ıince dias no osaba salir de noche al corral do le
erto.

QUINTANA.

ıé?

PAJARES.

no me asombrase su álima.

CRIVELO.

Verginio, bien puede vuesa merced enviar este
ısa á desarmarse.

PAJARES.

¡Ah! Dios te dé salud, amén.

VERGINIO.

¿Cuál enviar? Venís vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en tanto que me dé mi hija tan sana y tan buena como se la entregué.

CRIVELO.

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

VERGINIO.

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?

CRIVELO.

¿Moza? Yo digo que es mozo.

QUINTANA.

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentil hombre que se llama Lauro.

CRIVELO.

Dice verdad, señor; con mi amo.

PAJARES.

¿Y sin pedirme perdon, señor?

VERGINIO.

¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJARES.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martilojo de mi bravario.

VERGINIO.

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso sería yo si tal fuese.

CRIVELO.

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO.

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo, ¿quién ha de ser?

QUINTANA.

Tu hijo, señor.

VERGINIO.

¿Qué me contais?

QUINTANA.

La verdad sin falta.

VERGINIO.

¡Oh Providencia divina!

CRIVELO.

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado y ganar las albricias.

VERGINIO.

Corre, ve.

PAJARES.

Yo á desalancearme.

ESCENA VII.

VERGINIO, QUINTANA.

VERGINIO.

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA.

Quintana, á su servicio.

VERGINIO.

¿De qué tierra?

QUINTANA.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO.

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA.

Señor, tú has de saber que el dia de la revuelta que fué saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino en poder tu hijo de un capitán español dicho Fabricio, y

por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que fallesció lo dejó heredero de su hacienda.

VERGINIO.

¡Santo Dios!

QUINTANA.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenia padre que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos estranjeros que en Módena residian, determiné de encaminarle á esta ciudad y traelle en tu presencia.

VERGINIO.

Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltaros en los dias de mi vida.

ESCENA VIII.

GERARDO, FABRICIO, CLAVELA, CRIVELO Y DICHOS.

CRIVELO.

Señor, hé aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO.

¿Qué le paresce, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios cómo siempre vienen á parar en buen suceso?

VERGINIO.

Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA.

Fabricio, abraza á tu padre.

FABRICIO.

Déme sus manos, señor.

VERGINIO.

¡Jesus! y cuán semejante es á Lelia; bendígate hijo mio, y á tu esposa.

CLAVELA.

Y á él dé largos dias de vida.

GERARDO.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dio Lelia fuese mi mujer, segun aquí Crivelo me ha co digo que yo me tengo por muy dichoso y conten su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por cons y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento, do celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELO.

Sus, señores; si les pareciese alcanzar de la f confitura que allá dentro está aparejada, alléguense á sada del señor Verginio, que, á fe de hombre de bie gun el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto donen.

CORNUDO Y CONTENTO, PASO.

PERSONAS.

LUCIO, *doctor médico.*
MARTIN DE VILLALBA, *simple.*
BARBARA, *su mujer.*
JERONIMO, *estudiante.*

Plaza de un lugar.

LUCIO.

ιerabilis doctor! ¿Qué fortuna es esta, que no :ptado en todo el dia de hoy recepta ninguna? rad quién asoma para mitigar mi pena! Este es que le ha hecho encreyente su mujer que está y ella hacelo por darse el buen tiempo con un :; y él es tan importuno, que no lo hace con dos itas al dia. Pero venga, que en tanto que los po-l corral le turaren, nunca su mujer estará sin a bien allegado el bueno de Alonso de....

MARTIN.

, señor licenciado, Martin de Villalba me llamo, su honra.

LUCIO.

(que vita. ¿Para qué era nada desto, hermano Villalba?

MARTIN.

perdone vuesa merced, que aun están todavía los, pero sane mi mujer, que yo le prometo un : tengo á engordar.

LUCIO.

os salud.

MARTIN.

, primero á mi mujer, plegue á Dios, señor.

LUCIO.

ho, toma esos pollos, ciérrame esa jelosía.

MARTIN.

, señor, que no son pollos de jelosía, vuesa uede estar descuidado. ¿Sabe cómo los ha de

LUCIO.

cierto.

MARTIN.

imeramente les ha de quitar la vida y plumallos; pluma y los hígados, si los tuvieren dañados.

LUCIO.

ıués?

MARTIN.

s ponellos á comer si tuviere gana.

LUCIO.

e paresce todo eso. ¿Pues cómo se ha sentido e vuestra mujer?

MARTIN.

algun tanto ha reposado, que como ha dormido juel su primo el estudiante, que tiene la mejor nsalmador del mundo todo, no ha dicho en toda e, aquí me duele.

LUCIO.

"eo.

MARTIN.

ıos Dios del diablo.

LUCIO.

la en casa?

MARTIN.

aqueso no huese, ya seria muerta.

LUCIO.

bien la purga?

MARTIN.

¡A mi madre! Ni aun la quiso oler; pero buen remedio nos dimos, porque le hiciese impresion la melecina.

LUCIO.

¿Cómo así?

MARTIN.

Señor, aquel primo suyo, como es muy letrado, sabe lo que el diablo deja de saber.

LUCIO.

¿De qué manera?

MARTIN.

Díjome: mirad, Martin de Villalba, vuestra mujer está de mala gana, y es imposible que ella beba nada desto; vos decís que quereis bien á vuestra mujer; dije yo, á mi madre, no esteis en eso, que juro á mí que la quiero como las coles al tocino. Dijo él entuences: pues tanto monta; bien os acordais que cuando os casaron con ella, dijo el crego ser unidos en una misma carne. Dije yo: así es verdad; dijo él: pues siendo verdad lo qu'el crego dijo, y siendo toda una misma carne, tomando vos esa purga, tanto provecho le hará á vuestra mujer como si ella la tomase.

LUCIO.

¿Qué hicistes?

MARTIN.

Pardiez, apenas hubo acabado la zaguera palabra cuando ya estaba el escudilla mas limpia y enjuta que la podia dejar el gato de Mari Jimenez, que creo que no hay cosa mas desbocada en toda esta tierra.

LUCIO.

Bien le aprovecharia.

MARTIN.

Guárdenos Dios; yo fuí el que no pude mas pegar los ojos, que ella á las once del dia se despertó, y como á mí me habia quedado aquella madrugada tan enfecto el estrómago con aquello de la escudilla, hízole tanto provecho á ella, que se levantó con una hambre, que se comiera un novillo si se lo pusieran delante.

LUCIO.

¿En fin?

MARTIN.

En fin, señor, que como no me podia menear del dolor que en estos ijares sentia, díjome su primo: andad mal punto, que sois hombre sin corazon; de una negra purguilla estais, que me paresceis un buho serenado; entuences el señor diciendo y haciendo, apañó una gallina por aquel pescuezo, que paresce que agora lo veo, y en un santiamén fué asada y cocida, y traspillada entre los dos.

LUCIO.

Hiciérame yo al tercio, como quien juega á la primera de Alemaña.

MARTIN.

¡A mi madre! Bien lo quisiera yo, sino que me hicieron encreyente que le haria daño á mi mujer lo que yo comiere.

LUCIO.

Hicistes muy bien, mirad quién ha de vivir seguro de

aquí adelante; segun me paresce, á vos basta que curemos.

MARTIN.

Sí, señor, pero no me mande mas de aquello de la'scudilla, si no, no será mucho á muchas escudilladas ahorrar de tripas, y quedarse el cuerpo como canjilon agujereado.

LUCIO.

Agora pues, yo tengo ciertas visitas, id en buen hora, y acudíos por acá mañana, que con un buen regimiento que y'os ordenaré, basta para que se acabe de curar.

MARTIN.

Dios lo haga, señor.

ESTUDIANTE.

Por el cuerpo de todo el mundo, señora Bárbara, veis aquí á vuestro marido que viene de acia casa del doctor Lucio, y creo que nos ha visto. ¿Qué remedio?

BÁRBARA.

No tengais pena, señor Jerónimo, que yo le enalbardaré como suelo, hacerle he encreyente que vamos á cumplir ciertos votos que convienen para mi salud.

ESTUDIANTE.

¿Y creerlo ha?

BÁRBARA.

¿Cómo si lo creerá? Mal lo conosceis; si yo le digo que en lo mas fuerte del invierno se vaya á bañar en la mas helada acequia, diciendo que es cosa que importa mucho á mi salud, aunque sepa ahogarse, se arrojará con vestidos y todo. Háblele.

ESTUDIANTE.

Bien venga el señor Martin de Villalba, marido de la señora mi prima, y el mayor amigo que tengo.

MARTIN.

¡Oh señor primo de mi mujer! Norabuena vea yo aquesa cara de pascua de hornazos. ¿Dónde bueno? O ¿quién es la revestida, como borrica de llevar novias?

ESTUDIANTE.

Déjala, no la toques, una moza es que nos lava la ropa allá en el pupilaje.

MARTIN.

¿Mas á fe?

ESTUDIANTE.

Sí en mi ánima, ¿habíate de decir yo á tí uno por otro?

MARTIN.

Bien lo creo, no te enojes; ¿y adónde la llevas?

ESTUDIANTE.

A casa de unas beatas, que le han de dar una oracion para el mal de la jaqueca.

MARTIN.

¿Búrlasme, dí?

ESTUDIANTE.

No, por vida tuya y de cuanto luce delante mis ojos.

MARTIN.

V'en buen hora; ¿has menester algo?

ESTUDIANTE.

Dios te dé salud, no agora.

MARTIN.

Como tú deseas.

BÁRBARA.

¡Oh grande alimaña! que aun no me conosció. Aguija, traspongamos.

MARTIN.

Ola, ola, primo de mi mujer.

ESTUDIANTE.

¿Qué quieres?

MARTIN.

Aguarda, cuerpo del diabro, que ó yo m'engañ aquella saya la de mi mujer; sí, ella es: ¿dónde llevas?

BÁRBARA.

¡Ah don traidor! Mirad qué memoria tiene de n topa su mujer en la calle, y no la conosce.

MARTIN.

Calla, no llores, que me quiebras el corazon, te conosceré, mujer, aunque no quieras, de aquí a pero dime: ¿dónde vas? ¿volverás presto?

BÁRBARA.

Sí volveré, que no voy sino á tener unas noven santa con quien yo tengo grandísima devocion.

MARTIN.

¿Novenas? ¿Y qué son novenas, mujer?

BÁRBARA.

¿No lo entendeis? Novenas se entiende que teng tar yo allá encerrada nueve dias.

MARTIN.

¿Sin venir á casa, álima mia?

BÁRBARA.

Pues, sin venir á casa.

MARTIN.

Sobresaltado me habias, primo de mi mujer, bu maldita la sangre que me habias dejado engotada.

BÁRBARA.

Pues concédeme una cosa.

MARTIN.

¿Y qué, mujer de mi corazon?

BÁRBARA.

Que ayuneis vos todos estos dias que yo allá est pan y agua, porque mas aproveche la devocion.

MARTIN.

Si no es mas que aqueso, soy muy contento; v'e hora.

BÁRBARA.

Adios; mirad por esa casa.

MARTIN.

Señora mujer, no te cumple hablar mas como e que el doctor me ha dicho que á mí me ha de cu tú, bendito Dios, ya vas mejorando.

ESTUDIANTE.

Quedad en buen hora, hermano Martin de Villal

MARTIN.

Ve con Dios; mira, primo de mi mujer, no dejes d sejarla que si se halla bien con las novenas, que l decenas, aunque yo sepa ayunar un dia mas por s

ESTUDIANTE.

Yo lo trabajaré, queda con Dios.

MARTIN.

Y vaya con él.

PAGAR Y NO PAGAR, PASO.

PERSONAS.

BREZANO, *hidalgo*.
CEVADON, *simple*.
SAMADEL, *ladron*.

Sala de casa particular.

BREZANO.

s cosa estraña que á un hidalgo como yo se le semejante afrenta y agravio cual este? y es o de esta mi casa en que vivo, sobre cierto le quedé á deber, me ha enviado á emplazar eces. Yo quiero y tengo determinado de lla- on mi criado, y dalle los dineros para que se , Cevadon, sal acá.

CEVADON.

ma vuesa merced?

BREZANO.

yo llamo.

CEVADON.

ue me llamaba.

BREZANO.

ó que le llamaba?

CEVADON.

n qué? En nombrarme por mi nombre.

BREZANO.

acá, ¿conosces?

CEVADON.

ya conuezco.

BREZANO.

sces?

CEVADON.

aqueste, el que dijo vuesa merced.

BREZANO.

CEVADON.

l'acuerda.

BREZANO.

de burlas; dime si conosces á aquel casero en que vivo.

CEVADON.

muy bien lo conuezco.

BREZANO.

re?

CEVADON.

su casa.

BREZANO.

tá su casa?

CEVADON.

merced, eche por esta calle derecha, y torne mano izquierda, y junto la casa, empar de la casa mas arriba está un poyo á la puerta.

BREZANO.

iendes, asno; no te digo sino si conosces al casa.

CEVADON.

ior, muy rebien.

BREZANO.

ora?

CEVADON.

merced, váyase derecho á la iglesia y éntrese lga por la puerta de la iglesia, y dé una vuelta alrededor de la iglesia, y deje la iglesia, y tome una callejuela junto á la callejuela, empar de la callejuela, la otra callejuela mas arriba.

BREZANO.

Bien sé que sabes allá.

CEVADON.

Sí, señor, demasiadamente sé.

BREZANO.

Sus, toma estos quince reales, y llévaselos, y dile que digo yo que lo ha hecho ruinmente en enviarme á emplazar tantas veces, y que digo yo que me haga merced de no hacello tan mal conmigo; y mira que al que se los has de dar ha de tener un parche en el ojo, y una pierna arrastrando, y primero que se los des te ha de dar una carta de pago.

CEVADON.

¿Que primero que le dé yo los dineros, le tengo de dar una carta de pago?

BREZANO.

Que no, asno, él á tí.

CEVADON.

Ya, ya, él á mí, yo lo haré muy requisimamente.

Calle.

SAMADEL.

Segun soy informado, por aquí ha de venir un mozo con unos dineros que los ha de dar á un mercader; yo le tengo de hacer encreyente que soy el mercadante y cogelle los dineros, que bien creo que serán buenos para alguna quinolilla: ta, ta, quiero disimular, que hélo aquí do viene.

BREZANO.

Mira que lo sepas hacer, diablo.

CEVADON.

Que lo sabré hacer, ¡válame Dios!

SAMADEL.

Ola, hermano, ¿es hora que traigais esos dineros?

CEVADON.

¿Es vuestra merced el que los ha de recibir?

SAMADEL.

Y aun el que los habia de tener en la bolsa.

CEVADON.

Pues, señor, díjome mi amo que le diese á vuesa merced, y tomase vuesa merced quince reales.

SAMADEL.

Sí, quince han de ser, dad acá.

CEVADON.

Tome: aguarde vuesa merced.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

¿Diz qué? las insinias.

SAMADEL.

¿Qué insinias?

CEVADON.

Dijo mi amo que habia de tener vuesa merced un parche en el ojo, y traer una pierna arrastrando.

SAMADEL.

Así, pues si no es mas deso, cata aquí el parche.

CEVADON.

Avese d'ay, ¿diz que eso es parche?

SAMADEL.

Digo que sí es.

CEVADON.

Digo que no es.

SAMADEL.

Digo que lo es, aunque os pese.

CEVADON.

No quiero pesar, señor, séalo al mandado de vuesa merced, parche es, ¡válame Dios! son como traia vuesa merced abajo el sombrerillo, no habia visto el parche.

SAMADEL.

Hora, sus, dad acá los dineros.

CEVADON.

Tome vuesa merced.

SAMADEL.

Echa.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¿Qué tengo de aguardar?

CEVADON.

La pierna arrastrando ¿qu'es della?

SAMADEL.

¿La pierna? Vesla aquí.

CEVADON.

Tome vuesa merced los dineros.

SAMADEL.

Vengan.

CEVADON.

Aguarde.

SAMADEL.

¡Oh pecador de mí! ¿qué quieres que aguarde?

CEVADON.

¿Qué tengo de aguardar? la carta de pago.

SAMADEL.

Pues vesla aquí; toma, bobo, que en verdad veinte años ha que está escrita, y decidle á vuestro amo que digo yo que es un grandísimo bellaco.

CEVADON.

¿Que le diga yo á mi amo que vuesa merced es un grandísimo bellaco?

SAMADEL.

Que no, sino que yo se lo digo á él, y que lo ha hecho ruinmente.

CEVADON.

Ta, ta, eso de ruin le habia de decir yo á vuesa merced, que mi amo me dijo que se lo dijese, téngalo por recibido.

SAMADEL.

Bien está, vete con Dios.

CEVADON.

Vaya vuesa merced; ofrézcole al diabro el parche que lleva, que miedo tengo que no me haya engañado.

BREZANO

Ola Cevadon, ¿traes recado?

CEVADON.

Si, señor, traigo todo recado, y la carta de pago, y todo negocio viene.

BREZANO.

¿Mirástele bien? ¿viste si tenia parche?

CEVADON.

Sí, señor, un parchazo tenia tan grande como mi bonete.

BREZANO.

¿Vístelo tú?

CEVADON.

No, señor, mas él dijo que le traia.

BREZANO.

¿Pues así habias de fiar de su palabra?

CEVADON.

Sí, señor; sé que no habia de infernar ellotro su : truque de un parche ni de quince reales.

BREZANO.

Ora, sus, que tú traerás algun buen recado; y ¿traia la pierna arrastrando?

CEVADON.

Sí, señor, luego que le dí los dineros arrastró an pierna; mas luego que se fué iba mas derecho que u

BREZANO.

Baste, veamos la carta.

CEVADON.

Tome, señor.

BREZANO.

Señor hermano.

CEVADON.

¿Dice ahí señor hermano?

BREZANO.

Sí, que dice señor hermano.

CEVADON.

Debe de ser hermano del que recibió los dineros.

BREZANO.

Ansí debe de ser. *Las libras de azafrán...*

CEVADON.

¿Ahí dice libras de azafrán?

BREZANO.

Sí, aquí así dice.

CEVADON.

¿Las libras de azafrán? ¿Yo no he traido á vuesa m azafrán?

BREZANO.

A mí no.

CEVADON.

¿Pues cómo viene el papel enzafranado?

BREZANO.

¿Tú no ves que te ha engañado, que por darte ca pago te ha dado carta mensajera?

CEVADON.

¿Carta, ó qué?

BREZANO.

Carta mensajera.

CEVADON.

Pardiez si eso es verdad, que lo ha hecho muy bella mamente.

BREZANO.

¿Qué remedio, señor?

CEVADON.

Yo diré á vuesa merced qué remedio. Que tomemo dos palos, y que vamos callibajo, vuesa merced pri yo tras dél, y si á dicha l'encontramos, cobraremos tros dineros; cuando no, servirme ha de criado estu

BREZANO.

¿Qué es servirte de criado?

CEVADON.

¿Qué, señor? Que y'os compezaré á bravear con él, lo hizo de ruin hombre de llevarse los dineros sin p ni pierna arrastrando; y en esto vuesa merced desc con la paliza.

BREZANO.

Pues, sus, vamos.

CEVADON.

Vamos.

SAMADEL.

Bien dicen que lo bien ganado se pierde, y lo malo,

sto digolo porque aquellos dineros que tomé al
nzo, los medios se fueron en un resto, y los otros
on en un bodegon; dicen que van en busca mia,
otro remedio sino diferenciar la lengua.

BREZANO.

e le conozcas bien.

CEVADON.

cuidado vuesa merced, que yo le conosceré re-
igase poco à poco tras mi.

BREZANO.

CEVADON.

señor.

BREZANO.

CEVADON.

nemos, el del sombrerito es.

BREZANO.

ie sea él.

CEVADON.

señor, este me tomó los dineros.

BREZANO.

iblale.

CEVADON.

e de bien.

SAMADEL.

i bagase qui us pari.

CEVADON.

No habla cristianamente, señor.

BREZANO.

Sepamos pues en qué lengua habla.

SAMADEL.

Yuta drame á roquido dotos los durbeles.

BREZANO.

¿Qué dijo?

CEVADON.

Que se los comió de pasteles.

SAMADEL.

¿No he fet yo tan grasa llegea?

BREZANO.

¿Qué es lo que dice?

CEVADON.

Qu'él los pagará, aunque se pea

SAMADEL.

¿Qué he de pagar?

CEVADON.

Los dineros que me quisiste hurtar.

SAMADEL.

Tomá una higa para vos, don villano.

CEVADON

Pero tomad vos esto, don ladron tacaño.

BREZANO

Eso sí, dale.

CEVADON.

Aguarda, aguarda

PRENDAS DE AMOR, COLOQUIO.

PERSONAS.

MENANDRO, *pastor*.
SIMON, *pastor*.
CILENA, *pastora*.

SIMON, MENANDRO.

SIMON.

Menandro, ya hemos llegado
Do podemos deslindar,
Y dejar averiguado
Cuál es mas aventajado,
Y tiene mas que esperar.
Que si Cilena pastora
A los dos favor nos dió,
A mí mas me aventajó,
Pues aquella clara aurora
Su zarcillo me entregó.

MENANDRO

Si por combate ó razones
La gran locura en que estás,
Simon, defender querrás,
Propon luego tus quistiones,
Porque á todo me hallarás:
Dices que te dió un zarcillo
De su oreja delicada,
Y que á mí no me dió nada,
Porque m'entregó un anillo
De mano tan alindada.

SIMON.

¿Quién vido señal de amor
Tan manifiesta y tan clara,
Ni de tan alto valor?
Pues me dió por mas favor
Las insinias de su cara;
Por aquí quiero cazarte.
Ven acá, Menandro hermano,
Pues quieres aventajarte,
¿Cuál es mas preciosa parte:
Las orejas, ó la mano?

MENANDRO.

Si va por via de honor
De honra, los afrentados
Por justicia y castigados
Viven con gran deshonor
Si fueren desorejados.
Y por tanto yo diria
Que en esta causa ó quistion,
Simon, las orejas son
De menor precio y valía,
Que no nuestras manos son.
¿Quieres ver cómo la mano
Es de mayor escelencia?
Ten cuenta, Simon hermano,
Y verás la diferencia
Porque no estés tan ufano.
Si te vas á desposar,
En señal de casamiento
Lo primero que has de dar
¿Qué ha de ser?

SIMON.

A mi pensar
Es la mano, á lo que siento.

MENANDRO.

¿Y después el sacerdote
Cuando os velais en la igreja,
El anillo acemilote,
Ponételo, dí, majote,
En la mano, ó en la oreja?
No tienes qué responder,
Que ya queda averiguado,
Por ser mas aventajado,
Y esto se puede bien ver
Por el anillo esmaltado.

SIMON.

Sea, dices que es ansí;
Tú contento con tu anillo,
Yo con mi dulce zarcillo.

MENANDRO.

A la fe sábete aquí
Que te he vencido, carillo.

SIMON.

La gran soberbia que cobras,
Menandro, en el proponer,
Me da muy claro á entender
Que por la envidia que sobras
Te tengo aquí de vencer.

MENANDRO.

Mi fe tú estás añasgado,
No te aprovechan razones,
Y tus debres conclusiones
Claramente han demostrado
Ser fracas en dos ringlones.

SIMON.

Tente, que siento pisadas;
Cilena debe de ser.

MENANDRO.

Suso, ella podrá hacer
Que cesen nuestras puñadas,
Y altercanza y contender.

(Entra Cilena, pastora).

CILENA.

Anday, mi branco ganado,
Por la frondosa ribera,
No vais tan alborotado,
Seguid acia la ladera
Deste tan ameno prado;
Gozad la fresca mañana
Llena de cien mil olores,
Paced las floridas flores
De las selvas de Diana
Por los collados y alcores.

MENANDRO.

¡Oh Cilena! bien llegada:
Dichosos tales collados
Que de tí son visitados;
De tí, pastora agraciada,
Queremos ser acrarados.
Bien te acuerdas que en el prado
A Simon diste un zarcillo,
Y á mí me diste un anillo
En señal de aventajado,
Causa de nuestro omecillo.
Dice y afirma Simon
Que todo el favor le diste,
Y que á mí me aborreciste:
Aquesta es nuestra quistion,
Y tú en ella nos posiste.

CILENA.

Quisiera lugar tener,
Cierto, garridos pastores,
Para que vuestros errores
Dejaran de proceder
Sobre tal causa de amores.
Mas pues que soy allegada,
Porque no os quejeis de mí,
Tomad eso que va ahí,
Y otra vez en la majada
Sabreis presto el no ó el sí.
Por agora perdonad,
Que no puedo detenerme;
Pastores, en paz quedad,
Yen lo que os dí contemplad
Porque dejeis de quererme.

SIMON.

Dí, Menandro, ¿qué te ha dado?

MENANDRO.

A mí dióme un corazon
Con un letrero esmaltado.

SIMON.

Y á mí su rostro pintado
Al vivo en gran perfeccion;
Tambien lleva su letrero.

MENANDRO.

¿Qué dice?

SIMON.

Mira, y verás
En mí cuanto tú querrás.
Dichoso Simon cabrero,
¿Qué es lo que deseas mas?
En esto se ha conoscido
Yo ser mas aventajado
Amado y favorecido,
Pues mi Cilena me ha dado
Su rostro al vivo esculpido.

MENANDRO.

Simon, no estés tan ufano,
No pienses con tu labor
Llevarte todo el favor.

SIMON.

¿Qué dice tu letra, hermano?
Que esta llena está de amor.

MENANDRO.

Yo no tengo mas que dar,
Pues te doy el corazon;
Mas con aqueso, garzon,
No tienes de gloriar
Ni mostrar mas presuncion.
¡Oh señal nada imperfeto
De la pastora Cilena!

SIMON.

¡Oh empresa de mi pena!

MENANDRO.

¡Oh espejo de mi objeto!

SIMON.

¡Oh voz que en mi alma suena!
¡Oh rostro mas que hermoso!

MENANDRO.

¡Oh pastor bien fortunado!

SIMON.

¡Oh retrato delicado!

MENANDRO.

¡Oh corazon amoroso,
Qué de contento me has dado!
Dejemos nuestro altercar,
Simon, que si vas contento,
Yo voy mas que recontento.

SIMON.

Yo sin mas que desear,
De alma y de pensamiento.

ALONSO DE LA VEGA.

AMOR VENGADO, PASO.

PERSONAS.

CUPIDO.
FALACIO, *pastor*.
BRUNEO, *pastor*.
DORESTA, *pastora*.

FALACIO.

› nos persigas ni apremies, tente afuera, ıcostumbrado á ser captivo, adora la li- s con tus blasones y poderes absolutos ternescer nuestro silvestre y salvajino otros la soledad amamos, las peñas nos rales nos recrean, las yerbas nos refres- nuestras brutales fuerzas despedazamos ·es y basiliscos amontamos. Reconosce, razones que contra tales fieras pueden, mas que bastantes serán.

CUPIDO.

ıes ! ¡ Contra mi poder tan atrevidamente tornad en vosotros, y conosced que soy mo Vulcano, y á los pechos blancos de i madre criado; temido de los fuertes, odos obedescido; pues ¿qué haceis, bru- ante mí no os humillais? Amando á la que por uno de vosotros se deshace, a primavera, del verano, y no aguardeis ud; catad que como me sirviéredes, así donados.

BRUNEO.

›? Tente á una banda, Falacio, no piense publica subjectarnos, ni con yerba de su saca, saca tu cachicuerno cuchillo, aquel s hayas y altos robles de estas nuestras car sueles; y si fuerza contra fuerza po- manos lo tomemos, y ellas solas lo de-

FALACIO.

BRUNEO.

FALACIO.

nos piensa subjectar bajo sus piés.

DORESTA.

es, que contra el poderoso Amor no hay que basten... Escogido rey, en tal guerra e puede haber victoria.

CUPIDO.

·va mia, pues amas sin ser amada, y los ›os dos zagales se enduresceu contra tí, i enherbolada flecha, y al que mas ama- corazon.

FALACIO.

uneo.

BRUNEO.

a, que no hay quien te ame.

FALACIO.

Y si tirares no nos yerres, que á nuestras manos morirás.

CUPIDO.

Suelta, zagala.

FALACIO.

¡Ay, que me siento herido!

BRUNEO.

¿Tan presto desmayas? Poco ánimo es el tuyo. ¿De quién?

FALACIO.

De amores de esta zagala.

BRUNEO.

Ten, ten fuerte como yo.

CUPIDO.

Aguarda porque no te alabes.

BRUNEO.

¡Ay, que me siento vencido de aquesta que adora mi vida!

CUPIDO.

¿Sois amantes?

FALACIO Y BRUNEO.

Y tus siervos.

FALACIO.

¡Oh zagala! pues tu amor nos ha vencido, apiádate de nosotros.

DORESTA.

Como si nunca os viera.

FALACIO.

Tú eres mi señora.

DORESTA.

Vosotros mis enemigos.

BRUNEO.

¡Oh gran diosa!

DORESTA.

¡Oh crueles!

FALACIO.

Aguarda, aguarda.

DORESTA.

No me cumple.

BRUNEO.

Por ti morimos.

DORESTA.

Yo vivo en veros morir.

FALACIO.

Yo peno.

DORESTA.

Yo descanso.

BRUNEO.

Yo tu esclavo.

DORESTA.

Yo señora.

FALACIO.

Yo sospiro.

DORESTA.

Yo canto.

BRUNEO.

Yo te sigo.

DORESTA.

Yo huyo.

(Aquí se arrodillan los pastores delante de Cupido.)

FALACIO Y BRUNEO.

Amor, Amor, apiádate de nosotros.

CUPIDO.

Levantaos, nuevos amantes; aunque rebeldes habeis sido, es justo que de la que os amó y amais seais galardonados. ¡Oh hermosa zagala! ámalos, pues que te aman.

DORESTA.

¿A cuál de ellos?

CUPIDO.

Bien preguntas: esa causa no quiero determinarla sin consejo de amadores; mas como rey absoluto mando que entre tanto que se determinare, andes en medio de los dos por selvas y boscajes, adonde con casto amor de ellos servida seas, y con su vista te contentes. Ea, caballeros, gentiles hombres, lindas damas, en vuestro juicio lo dejo, que juzgueis lo que aquí ha pasado; entrambos la merescian; entrambos fueron forzados. ¿Cuál se puede llamar amador, el que la zagala hirió con su flecha, ó el que yo herí de mi voluntad?

JUAN DE TIMONEDA.

LOS CIEGOS Y EL MOZO, PASO.

PERSONAS.

MARTIN ALVAREZ, *ciego*.
PERO GOMEZ, *ciego*.
PALILLOS, *mozo*.

.LOS.
eñores,
ento
n cuento
emores.
es

a forzado
d

loado.
pensado

le gente

abrá
nte;
de veinte

cer
co valgo,
ijodalgo
Lucifer.
comer

ná,
ecir
servir
a.

e perderme)
hero,
ero,
rme,
entenderme

ecario;
es muy viejo,
ejo
mario.
icario

lia
niese,
me viese,
ia;
ad mia

abajase
mil sobras,
obras
ejase.
no se pase

otar
e tengo.
vengo,
gular;
ntar

muy sana;

Sé romper lo que está sano,
Sé al pan dar una mano,
Si de comer tengo gana.
Si veo que está liviana
La redoma,
El pesar que allí me asoma
Jamás tiene par ni cuento;
Cuando estoy harto y contento,
Por jamás harán que coma.
Pues si alguno dice: toma,
Con dinero,
Luego me vuelvo lijero.
Por abreviar de razones:
En fin estas condiciones
Son propias de caballero.
Si preguntais de ganchero,
Por mi fe
Nunca en mi vida lo usé,
Sino una vez seis ducados,
Y estos me fueron forzados
Hurtar de do los hurté.
Sobre ellos contaros he,
Con que holgueis,
Un donaire, y tomareis
En oillo pasatiempo.
Yo estaba, no ha mucho tiempo,
Con un amo que reireis,
Y porque mejor noteis,
Era ciego;
Que de su vida reniego,
Cual el triste lo pasaba,
Que de pan no me hartaba.
Yo, como rapaz matiego,
Acordé tramalle un juego
Muy gracioso
Y para mí provechoso,
Y es que supe que escondia
Los dineros que tenia,
Por ser dellos codicioso;
Yo, como mozo astucioso,
De hambre muerto,
Acechéle el lugar cierto
Do escondia este dinero,
Y vi que en un agujero
Lo escondia con concierto.
Yo en haberlo descubierto
La vereda,
Con mi mano mansa y queda
Apañé todo el candal;
Pero en fin todo fué á mal,
Yo perdido y la moneda.
Pues del hurtar no me queda
Ningun bien,
Quiero huir de tal desden.
No sé en qué precio preciase
Que al presente un amo hallase,
Ansí plegue á Dios. Amén.

MARTIN ALVAREZ.

Devotos cristianos, ¿quién
Manda rezar
Una oracion singular
Nueva de nuestra Señora?

PALILLOS.

Parece que he oido agora
Ad algun ciego hablar.
Veislo por do fué á asomar,
Ciego es;
Este es mi amo, pardiez,
De quien agora os hablé.
Huiré... ¿mas para qué?
Esconderme quiero pues.

MARTIN ALVAREZ.

Mandadme rezar, pues que es
Noche santa,
La oracion segun se canta
Del nacimiento de Cristo.
¡Jesus! nunca tal he visto;
Cosa es esta que me espanta:
Seca tengo la garganta
De pregones
Que voy dando por cantones,
Y nada no me aprovecha;
Es la gente tan estrecha,
Que no cuida de oraciones.

PERO GOMEZ.

¿Quién manda sus devociones,
Noble gente,
Que rece devotamente
Los salmos de penitencia,
Por los cuales indulgencia
Otorgó el papa Clemente?

MARTIN ALVAREZ.

Ciego es este ciertamente
Como yo,
El que agora voces dió;
Mi compadre es si no miento.

PERO GOMEZ.

La oracion del nacimiento
De Cristo.

MARTIN ALVAREZ.

Ce.

PERO GOMEZ.

¿Quién llamó?

MARTIN ALVAREZ.

Pero Gomez.

PERO GOMEZ.

¿Quién es?

MARTIN ALVAREZ.

¿No
Me conoceis?

PERO GOMEZ.

Martin Alvarez, ¿qué haceis?
Buenas noches le dé Dios.

MARTIN ALVAREZ.

Compadre, así haga á vos.
¿A dó bueno?

PERO GOMEZ.
Ver podeis :
Vo por ciudad, como veis,
Pregonando
Y la oracion voceando
De Cristo, pues en verdad
Es hoy su natividad.

MARTIN ALVAREZ.
En la mesma oracion ando.

PERO GOMEZ.
¿Sin mozo vais? dende cuándo,
Me decí.

MARTIN ALVAREZ.
Dos mil años há que en mí
Ya no está, que segun fundo,
En el universo mundo
Tan gran bellaco no ví.

PALILLOS.
Llegarme quiero acia allí
Cerca de ellos
Y un poquito revolvellos,
Pues contra mí se desmandan.

PERO GOMEZ
Compadre, tábanos andan :
¿No sentis?

MARTIN ALVAREZ.
Rabia con ellos,
¡Oh! hideputa en los cabellos
He tomado...
Creo que no... ¡Oh! mal grado
Que se me fué.

PERO GOMEZ.
Mas... pardios...
¡Oh! reniego non de vos.

MARTIN ALVAREZ.
Juro á diez que va enlodado,
Pues volviendo á lo pasado
Que primero
Hablamos, deciros quiero
Que mi mozo cuando huyó
Seis ducados me hurtó.

PERO GOMEZ.
Mas... ¿burlais?

MARTIN ALVAREZ.
No, son de vero.
Dejóme tan lastimero
De verdad,
Y en tanta necesidad,
Compadre, podeis creer,
Cual nunca me pensé ver.

PERO GOMEZ.
¡Oh qué mozo y qué bondad!
Si Dios me dé sanidad
Y alegría,
Que en verdad tal no sabia.
¿Mas cuánto ha que yo os hablo
Que deis los mozos al diablo?
Vos teneis vuestra porfía
Que os roban de cada dia
Por razon
Cuanto pueden sin pasion,
Y el mozo, por hablar claro,
Para nosotros es caro
Tan solo por la racion.
Así que, en mi opinion,
Hallo pues
Que ir á solas mejor es
Que no mal acompañado :
Y si no, cuando es mirado,
Ganancia y caudal perdés.

PALILLOS.
¡Oh qué gracioso entremés!
El buen viejo
¡Qué ejemplos da y aparejo!
Muy bien predica elegante.

MARTIN ALVAREZ.
Compadre, de aquí adelante
Tomaré vuestro consejo,
Pues se ve que sois añejo
De saber.
Mas vos tambien á mi ver
Debeis, compadre y vecino,
El dinero de contino
En buen recado poner,
Y no ansina lo tener
Aviniente
Sin temor de inconveniente;
Si los poneis á su bozo,
Ved si los hurtará el mozo,
No digo seis, pero veinte.

PALILLOS.
¡Sí, tomaldo al inocente,
Que si hallara
Los veinte, que los dejara!

MARTIN ALVAREZ.
¡Pues, pésete á la fortuna!
Do estaban, persona alguna
Hallarlos nunca pensara;
No pues porque los ganara
Mal ganados,
Sino creo que mis pecados
Me han traido á pagadero.

PERO GOMEZ.
¿Dó estaban?

MARTIN ALVAREZ.
En un agujero
Dentro en mi casa guardados.

PERO GOMEZ.
¡Oildo! cuán bien alzados
(Cara atrás)
Los tenia.

MARTIN ALVAREZ.
No sé qué mas
Podia hacer en guardallos.

PERO GOMEZ.
Compadre, con vos llevallos
Era muy mejor y en paz.

PALILLOS.
¡Oh hideputa, y qué hipocrás,
Si no miento,
Que sois vos, segun que siento!

PERO GOMEZ.
Aosadas que yo no he miedo
Los dineros, si hacer puedo
Me hurten do los asiento.

MARTIN ALVAREZ.
Pues ese tal regimiento
Que usar
Soleis, me debeis vos dar.

PERO GOMEZ.
Pláceme, siempre procuro,
Compadre, por ir seguro,
Los dineros no apartar
De mí, sino los llevar
Yo conmigo,
Pues son nuestro bien y abrigo;
Que allí do el dinero va,
Mi corazon siempre está
Con él, por ser fiel amigo,
Y aun mis dineros me obligo,
Si quereis,
Apostar que no sabeis
En qué parte van de mi
Persona.

MARTIN ALVAREZ.
Ea que sí.

PERO GOMEZ.
Compadre, no acertareis.

MARTIN ALVAREZ.
Apostay que los traeis,
Sin mentir,
En los zapatos.

PERO GOMEZ.
Reir
Me haceis á boca llena.

PALILLOS.
¡Oh qué plática tan buena!
Llegar quiero por oir.

PERO GOMEZ.
En fin, quiéroosIo decir
Donde están
Y el lescondrijo do van,
Mas con todo no quisiese
Que aquí alguno lo oyese
Por no me ver en afan.

PALILLOS.
Callar cumple, juria san,
Con primor.

MARTIN ALVAREZ.
Esperá, y será mejor
Reconoscer si habrá alguno
Por aquí. No hay ninguno,
Hablar podeis sin temor.

PERO GOMEZ.
Pues sabed que alrededor
Del bonete
Los llevo como á ribete,
Compadre, y emparejados.

MARTIN ALVAREZ.
Y serán ¿cuántos ducados?

PERO GOMEZ.
Hasta cinco ó seis ó siete...
Dad acá: ¡en gentil sonete
Os entonais!

MARTIN ALVAREZ.
¿Qué diablos me demandais?

PERO GOMEZ.
Mi bonete.

MARTIN ALVAREZ.
¿Cómo? ¿Cuándo
Os faltó?

PERO GOMEZ.
No esteis burlando:
Echaldo acá.

MARTIN ALVAREZ.
Mas ¿burlais?

PERO GOMEZ.
Compadre, ¿de eso os picais?

MARTIN ALVAREZ.
¡Qué hablar!
Mirá si os soleis picar
Vos en hacer cosa tala,
Que esa palabra es muy mala.

PERO GOMEZ.
¡Oh qué buen disimular
Que teneis!

MARTIN ALVAREZ.
Id á rodar,
Que no nada.

PERO GOMEZ.
Compadre, á mí no me agrada
Que con dineros burlemos;
Si no, ved que perderemos
La nuestra amistad pasada.

MARTIN ALVAREZ.
Dígoos que esa badajada
Que decis
Es mal dicha, si sentis.

PERO GOMEZ.
Ea, dejad aquesos fieros,
Y volvedme los dineros,
Que vos los teneis.

MARTIN ALVAREZ.
Mentis.

LOS MENEMNOS, COMEDIA.

INTROITO.

PERSONAS.

CUPIDO.
GINEBRO, *pastor*.
CLIMACO, *pastor*.
CLAUDINO, *pastor*.

CORO.
Oye, Cupido, señor,
No te quejes de pastores,
Que el remedio de amador
Es decir mal del amor,
Y á la fin morir de amores.

CUPIDO.
enamorados pastores, ¿de dónde os vino que recostados en vuestras cabañas y con osásedes ultrajar mi divinidad? Y pues con s he traido á este lugar, cada uno dé razon para que se haga justicia.

GINEBRO.
ɪr Cupido, á mí ningun perjuicio me tienes vivo con contentamiento.

CLAUDINO.
ı descontentamiento.

CLIMACO.
ho mas.

CUPIDO.
causa.

CLAUDINO.
ıtaré, muy alto Cupido. Ha de saber tu ma- ndonos heridos de tu mano Ginebro, Cli- amores de la muy hermosa zagala Temisa, ɪr quitarnos de rencillas y cordojos de pre- ınte su agraciado conspecto para que dijese cual de nosotros escogia por su reque-

CLIMACO.
ncumbrado Cupido, mejor lo comprendas, que primero cada cual de nos contó en su gracias de que era dotado.

CUPIDO.
gracias le propusistes.

CLAUDINO.
: amantísima zagala, sábete que soy tan es- e por mis fuerzas soy temido en toda Estre- mas valientes zagales, por lo cual pretiendo e escoger por tu servidor.

CLIMACO.
oye, zagala de bel parescer, tú sabrás que esta no se hallará zagal tan franco y liberal porque nasce esta virtud de ánimo generoso o que me recibirás por tu zagal, dejando á otros.

GINEBRO.
requebrada pastora, sabrá tu hermosura que yo mas me precio es de ser prudente y sa- manera que primero que hable ni ponga por cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y n esto tiene no le puede ser dañosa la prós- a fortuna, debes rescebirme por tu reque-

CUPIDO.
quién escogió?

CLIMACO.
por mi mala suerte.

GINEBRO.
A mí, porque así convenia.

CLAUDINO.
A tí, que nunca debiera.

CUPIDO.
Antes sabiamente escogió la zagala.

CLIMACO.
¿Por qué?

CUPIDO.
Yo te lo diré. Para que la mujer discreta quiera bien, has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércules, ni las liberalidades del magno Alejandro.

CLAUDINO.
¿Si no, qué, señor Cupido?

CUPIDO.
Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crianza, amor luengo, celar la honra: todas estas cosas bien alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

CLIMACO.
Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luengos, pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, síguense grandes peligros.

CLAUDINO.
Dice la verdad.

CLIMACO.
Di, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

CLAUDINO.
Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal terná ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

CUPIDO.
Bien paresce que sois pastores. Habeis de saber que al verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es esforzado en refrenar sus ojos, mandándoles que no miren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir escándalo; es mas que liberal en no dar parte de sus secretos, cuando ve que no conviene; y habeis de saber que los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades, porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ganados, faltan ellos tambien.

CLIMACO.
Tienes razon; vencido nos has, oh alto Cupido, y damos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Temisa.

CLAUDINO.
Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nuestras acostumbradas cabañas y pracenteros sombríos.

CUPIDO.
Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que os encomendó el autor al entrar de la puerta.

GINEBRO.
Que somos contentos.

CLIMACO.
Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz y salud tan larga como la vida de Matusalen, y os hace saber como quiere, por daros placer y regocijo, representar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos:

pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

CLAUDINO.

Quitate allá; déjamelo comenzar á mí.

CLIMACO.

Comienza ya.

CLAUDINO.

Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla bobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenia dos hijos, nascidos de un parto; eran tan semejantes en la forma y gesto, que muchas veces la misma madre que los habia parido tomaba al uno por el otro.

GINEBRO.

Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para Levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

CLIMACO.

Siendo embarcado, fuéle la fortuna tan contraria que tres dias y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adónde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera, adonde todos perecieron, escepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

CLAUDINO.

El desdichado mancebo vínose á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

GINEBRO.

La desventurada madre, sabiendo en Sevilla las t nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombr nemno al hijo que le quedaba, por el amor que te hijo y marido ya defuntos.

CLIMACO.

De manera, señores, que ambos á dos hermanos (que mejor lo entendais) se llamaban Menemnos.

GINEBRO.

Muerta la madre, el Menemno sevillano certificad un adevino que su hermano era vivo y que estaba e paña, determinó de ir á buscallo con un esclavo s á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde p medios se vernán á conoscer, como aquí claramen rán los que atender quisieren.

CLAUDINO.

Nosotros no podemos atender.

CUPIDO.

Ni quiero que atendais, sino que nos vamos cant

CLIMACO.

Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,
Bien es el pecho que yo le abra.
Quien ama sin ser amado
Meresce ser desamado,
Y ese tal enamorado
Con este que descalabra,
Bien es el pecho que yo le abra.

LOS MENEMNOS.

PERSONAS.

CASANDRO, *padre de*
AUDACIA, *mujer de*
MENEMNO, *casado.*
MENEMNO, *mancebo.*
TRONCHON, *esclavo.*
TALEGA, *simple.*
DOROTEA, *ramera.*
AVERROIS, *médico.*
LAZARILLO, *criado.*

Calle.

ESCENA PRIMERA.

MENEMNO, *casado*; TALEGA.

Calle.

MENEMNO, *casado.*

¡Oh qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hice del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido; mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas hélo aquí donde sale.

TALEGA.

¡Pecador de mí, señor Menemno! y ¿piensas que no te habia entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis mieses, y comer y tomar solaz á costa ajena.

MENEMNO, *casado.*

¿En qué te detuviste?

TALEGA.

¡Ojo en qué me detuve! En esperar que el viejo de tu suegro se hiciese invisible, qu'estaba rezando en el patin, y quiso Dios que s'encambró.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué algarabía es esa?

TALEGA.

¿No lo entiendes? Digo que se entró en la cáma así no me vido.

MENEMNO, *casado.*

Y á mí sí me ha visto.

TALEGA.

Que no te vió. Pues dime, señor Menemno, ¿e estamos? ¿Llevas hecha presa para dar á tu pre enferma?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué enferma ó preñada dices?

TALEGA.

Enferma llamo yo á tu amiga Dorotea, pues conti que pena por tus amores, y preñada de deseos, nunca hace sino pedir. Mira, Menemno, que esas se han de dar á semejantes mujeres *cum modis et f* y á ten con ten.

MENEMNO, *casado.*

Mas sabiamente has hablado de lo que te piensas; ¿qué haré, pecador de mí, si sus deseos y mi aficion conformes?

TALEGA.

lcion ciega razon; plegue á Dios que á bien
sos arremangos, á feria vayas que mas ganes.

MENEMNO, *casado*.

sieres venir, quédate.

TALEGA.

yo tal poquedad, vaya perro tras su dueño.
, señor; la presa que llevas es sustanciosa.

MENEMNO, *casado*.

Una rica saya es de mi mujer, la cual pro-
a mi Dorotea.

TALEGA.

¿qué te dará?

MENEMNO, *casado*.

da en querer rescebir lo que yo le doy, cuanto
prometido de aparejar una espléndida comida
tres amigos, enviándole yo lo necesario.

TALEGA.

en casa de Dorotea ha de ser el *tu autem* y
no faltaré allí por la vida, que tambien soy tu

MENEMNO, *casado*.

remos mas encubierto?

TALEGA.

que las paredes han oidos, y no dé sobre mí tu

MENEMNO, *casado*.

temes, cobardazo?

TALEGA.

¿No sabes tú que dicen *facientes, et consen-*
sé como mas? Lo que yo te aconsejo es que
descubiertos no te cures de convidados, por-
es que en los convites reina el vino, y á do el
el secreto es descubierto, sino que pues gracias
omo por cuatro, y á necesidad por cinco, que
solas con Dorotea le peguemos; porque en fin
or muchas manos en un tajador.

MENEMNO, *casado*.

s, no iremos sino los dos.

TALEGA.

aces, Dorotea terná mas contento, tú menos
yo mas provecho, y la saya no sera descubier-
ida que me la tornes á mostrar, que tengo de-
a.

MENEMNO, *casado*.

en.

TALEGA.

Oh qué linda color tiene!

MENEMNO, *casado*.

or! si lo sintieses.

TALEGA.

! veamos: á tres cosas huele.

MENEMNO, *casado*.

tres?

TALEGA.

tornar a oler. Veamos.

MENEMNO, *casado*.

uele?

TALEGA.

o primero, pues la hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *casado*.

ndo?

TALEGA.

ues se la ha de vestir Dorotea.

MENEMNO, *casado*.

ero?

TALEGA.

o huele á linda comida, pues por su respeto
omer.

MENEMNO, *casado*.

o estais, amigo.

TALEGA.

No estó por cierto. Pero la comida ¿para cuándo será?

MENEMNO, *casado*.

Para cuando yo quisiere.

TALEGA.

Mire, que se trabaje que sea hoy, porque quien pasa punto pasa mucho.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que hoy se hará.

TALEGA.

Mira, señor, que te soplico que en nuestra comida no habite carne cuadrángula.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne cuadrángula?

TALEGA.

Segun el cura de mi lugar, cuadrángulo es aquello que tiene cuatro partes, cuatro esquinas, cuatro asientos, cuatro peañas, y por eso llamo yo, señor, carne cuadrángula el carnero, la vaca, *et totius animalibus de quatuor pedes*.

MENEMNO, *casado*.

Ya te entiendo, bachiller; yo te prometo que no falten pollos y palominos *et cœtera*.

TALEGA.

¿Y *et cœtera* tambien? ¿Qué cosa es, señor?

MENEMNO, *casado*.

Quiero decir, otras cosas muchas.

TALEGA.

Pues mira, señor, que entre esas no falte para los principios carne conforme á mi nombre.

MENEMNO, *casado*.

¿De qué manera conforme á tu nombre?

TALEGA.

¿Cómo me llaman á mí?

MENEMNO, *casado*.

Talega.

TALEGA.

Pues la carne entalegada pido, cuerpo non de Dios, si me ha de entender.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué es carne entalegada?

TALEGA.

Longanizas, morcillas, sobreasadas.

MENEMNO, *casado*.

Pues eso no faltará.

TALEGA.

Así, así, háblame de esa manera, que pues yo encubro tus maldades, encúbreme el estómago de buenas viandas.

ESCENA II.

MENEMNO, *casado;* TALEGA, AUDACIA.

AUDACIA.

¡Ah! señor Menemno. ¡Ah! señor marido.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh pesar de la fortuna! Mi mujer me llama. ¿Qué haremos, Talega?

TALEGA.

¿Qué me sé yo?

MENEMNO, *casado*.

Ven acá, cúbrete esta capa, y toma esta saya, y disimuladamente aguárdame en ese canton.

TALEGA.

Ensimúleme vuestra mercé.

MENEMNO, *casado*.

Vuélvete. Anda, que bien estás.

TALEGA.

Ya estoy vuelto. Señor, señor.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué quieres? maldito seas tú.

TALEGA.

Que se me resbala, que se me cae la saya que has hurtado de tu mujer para dar á Dorotea.

MENEMNO, *casado.*

Calla, endiablado.

AUDACIA.

¡Ah marido!

MENEMNO, *casado.*

¡Ah mujer!

AUDACIA.

Jesus, y qué respuesta tan seca.

MENEMNO, *casado.*

Cual la pregunta.

AUDACIA.

¿No quieres que sea mi pregunta seca y desabrida, pues sin propósito sales tan de mañana de casa?

TALEGA.

En salvo está quien repica.

MENEMNO, *casado.*

¡Oh, mujer loca y perversa! ¿Y siempre me has de dar enojos con tus celos y locuras? ¿Cómo? ¿y qué entiendes tú de mis negocios para que digas que sin propósito salgo de casa?

AUDACIA.

Malo está de ver de qué pié cojqueas.

MENEMNO, *casado.*

Pues yo te prometo que si de hoy mas haces lo que agora heciste, que nos han de oir los sordos.

AUDACIA.

¿Por qué nos han de oir los sordos?

TALEGA.

Ahí, ahi, que encaja bien un bofeton.

MENEMNO, *casado.*

Cada vez que salgo de casa me ha de detener y llamar dos y tres veces, y demandarme adónde voy y adónde vengo, qué tengo que hacer, ó qué negocios traigo. De manera que mas la tengo de tener por portera alquilada, que por mujer propia.

AUDACIA.

Tales sois vosotros, que no hay de quien fiar.

MENEMNO, *casado.*

Mas tales sois vosotras, que no hay quien os pueda contentar.

AUDACIA.

Por eso haces tú bien, que no procuras de contentar sino á una que yo conozco.

MENEMNO, *casado.*

¿Cómo se llama?

TALEGA.

Dorotea.

AUDACIA.

Basta que tú sepas cómo se llama.

MENEMNO, *casado.*

Ya sé dó van esos tiros.

AUDACIA.

Si lo sabes, algo digo.

MENEMNO, *casado.*

Sí, dices hartas necedades; y habla paso, porque no demos enojo al viejo de tu padre.

AUDACIA.

No quiero, sino dar voces como loca.

MENEMNO, *casado.*

Pues vocea cuanto quisieres, que por darte mas enojo, iré á cenar y á tomar mis placeres con la que dices que conosces.

TALEGA.

Así, así, anden voces.

AUDACIA.

¡Oh mal siglo haya quien me casó contigo!

MENEMNO, *casado.*

Mas quien te me dió á conoscer.

ESCENA III.

CASANDRO, AUDACIA, MENEMNO, *casado;* TA

CASANDRO.

¡Ah vergüenza! ¡Enhoramala, vergüenza! y tan desmesuradas voces, ni hagais testigos de poquedades á los vecinos. ¿Qué es esto que de co he de ser tercero de vuestros enojos?

AUDACIA.

¡Ay padre! á esta vida dígole muerte.

CASANDRO.

¿Cómo? ¿Sobre qué ha sido?

MENEMNO, *casado.*

Déjala, mientra llora sin razon y está con aquel que yo te lo contaré brevemente. Has de saber, se á su soberbia y menosprecio han sobrevenido celos.

CASANDRO.

¡Celos! ¿y de qué?

MENEMNO, *casado.*

Dice que tengo manceba, y que robo la casa.

TALEGA.

Verum est.

AUDACIA.

Mas cómo si así no fuese....

CASANDRO.

Oyete, serpentina, déjanos hablar.

MENEMNO, *casado.*

Con los cuales celos, y sin razon, me mata cada porque le oso responder me trata peor que si fue lega.

TALEGA.

¡Y mala talegada te dé Dios! ¿y quién te manda brarme?

AUDACIA.

Pues qué ¿no robas la casa? Y el diamante q que te dí, ¿qué es de él?

TALEGA.

¿Pues qué, si supieses de la saya?

MENEMNO, *casado.*

En casa del platero está para soldalle.

TALEGA.

Mas en casa de la puta para aniquilalle.

AUDACIA.

Plegue á Dios que sea verdad lo que dices.

MENEMNO, *casado.*

Yo digo verdad mejor que tú meresces.

CASANDRO.

¿No has de callar, loca?

AUDACIA.

Callaré, pues son dos contra mí.

TALEGA.

Y tres, aunque os pese.

AUDACIA.

Platicad á vuestro placer, que yo entrarme qu no oir palabras locas.

MENEMNO, *casado.*

Tomad que rebite.

CASANDRO.

Calla y súfrete, hijo Menemno, que de los pacie el reino de Dios.

TALEGA.

Así es la verdad, mas no de él, sino de ella.

CASANDRO.

Pues que solos estamos, oye, hijo Menemno, que uno está contento, dice mas loores de aquel co miento por la lengua que no tiene en el corazon; contrario, cuando está descontento dice menos de le queda en el pecho encerrado. Dígolo esto, yer porque me han lastimado las lágrimas de mi hija y sadas razones, de tal manera que ni sabré decir siento, ni sentir lo que meresces.

MENEMNO, *casado.*

Di lo que pudieres decir.

CASANDRO.

Sola una cosa diré, y es que deberias acordarte de quién fuiste por tu desdicha, y de quién eres por mi causa, y cómo de perdido te hice ganado y de siervo libre, casándote con mi única y amada hija, con la cual llevaste linaje, hermosura, virtud y mucho dinero.

MENEMNO, *casado.*

Antes, señor, si lo juzgas, quitada esa pasion de padre, hallarás que me diste mucho hueso y poca carne; quiero decir, que es tanta su altivez, locura y soberbia, que oscurece y desdora todo ese linaje, hermosura y hacienda, de tal manera que me hace vivir el mas triste y desconsolado del mundo.

CASANDRO.

Quien mula quiere sin tacha, hijo Menemno, estése sin ella. ¿No sabes tú ya que todas las mujeres quieren hablar y que todos callen; quieren mandar y ninguna ser mandada; quieren libertad y que ninguno sea libre, y quieren regir y ninguna ser regida?

MENEMNO, *casado.*

Pues ¿qué es lo que quieren?

CASANDRO.

Una sola cosa.

MENEMNO, *casado.*

¿Y es?

CASANDRO.

Ser alabadas, y ver y ser vistas.

MENEMNO, *casado.*

Leido he (y por mis pecados lo tengo esperimentado), que el mas fiero y peligroso enemigo del hombre es la mujer mal acondicionada, y de aquí nasce una verdad, y es que el marido hace todo lo que quiere la tal mujer, y ella no ha de hacer ninguna cosa de las que desea su marido.

CASANDRO.

Sabiamente has hablado; pero mira que no es de hombres cuerdos lastimar á sus mujeres con palabras, luego que han enojo con ellas.

MENEMNO, *casado.*

Concediendo ser verdad lo que dices, te certifico, señor, que si antes alcanzara lo que agora alcanzo, y de lo mucho que siento sintiera entonces un poco, no trocara yo mi pobreza y libertad por tu próspero casamiento.

CASANDRO.

Por haberle yo mandado á mi hija que se casase contigo, se casó, que no porque lo quisiese ella de grado, que de nobles fué demandada, sabiendo que viene de muy buena parte.

TALEGA.

Sí, cuando viene de la igreja.

MENEMNO, *casado.*

Aquí no tratamos de linajes, que cuanto á eso tambien sabria defender mi partido, sino que si vieses de la manera que me trata, dirias que me sobra razon.

CASANDRO.

Oye, hijo Menemno, ningun hombre sufre tanto á su mujer que no sea obligado de sufrille mas, considerando que al fin el hombre es hombre, y la mujer mujer. Cierto, muy atrevida es la mujer que se toma con su marido, pero muy mas loco es el marido que toma pendencias públicas con su mujer.

MENEMNO, *casado.*

Las injurias que me dice no las puedo, señor, sufrir.

CASANDRO.

Mira, las injurias que hacen las mujeres mejor se castigan con tenerlas en poco, que con vengarlas.

MENEMNO, *casado.*

En fin, ¿no hay castigo para ellas?

CASANDRO.

Yo no digo que no le hay, pero sepan todos los hombres del mundo que todas las cosas sufren castigo, sino la mujer, que quiere ruego. El hombre que quiere vivir cu paz con su mujer, tres reglas ha de guardar.

MENEMNO, *casado.*

¿Cuáles son?

CASANDRO.

Amonestarla mucho, reprenderla poco, y no poner manos en ella.

TALEGA.

Y los piés sí, á buenas coces.

MENEMNO, *casado.*

¿Y de cuándo acá las puse yo en mi mujer?

CASANDRO.

Ni es menester, porque la causa por que ella te riñe y yo te amonesto, es poquedad tuya, y daño suyo y mio en tener amiga, como dicen que la tienes.

MENEMNO, *casado.*

Ni hay tal, ni quien tal diga.

TALEGA.

Sí hay tal, y quien tal diga, que só yo.

CASANDRO.

Bien está: el tiempo es tan buen maestro, que ni por miedo ni por vergüenza no deja de descubrir las verdades.

TALEGA.

Ni yo tampoco.

CASANDRO.

Abaste lo dicho. Y agora ¿qué piensas de hacer?

MENEMNO, *casado.*

Queria ir á casa de Micer Duarte, porque Talega es ido ya delante con el libro.

TALEGA.

Mas con la saya.

MENEMNO, *casado.*

Para que acabemos de rematar aquellas cuentas.

CASANDRO.

Ve con la bendicion de Dios, que yo entre tanto me acabaré de vestir.

ESCENA IV.

MENEMNO, *casado;* TALEGA, DOROTEA.

TALEGA.

Gracias sean dadas á Dios, que el viejo acabó de predicar.

MENEMNO, *casado.*

Ven, Talega.

TALEGA.

Vamos, señor, y desensimúlame y toma la saya, porque no me hallen con el hurto en las manos.

MENEMNO, *casado.*

Daca, acabemos ya.

TALEGA.

No me paresces agora propísimamente sino al hijo pródigo, que lleva á empeñar ropa por mengua de dineros.

MENEMNO, *casado.*

Déjate de esas gracias, y da en esa puerta y llama á Dorotea, porque salga á rescebir este presente.

TALEGA.

¿Quién está en casa? ¡Ola, aho! No responde nadie, señor. Si has perdido quizá por la mano.

MENEMNO, *casado.*

No te entiendo.

TALEGA.

No sé si está dentro algun *dóminus fatotum*, de esos que llevan ropas largas.

MENEMNO, *casado.*

No se ha de presumir tal de mi querida Dorotea.

TALEGA.

Si de amor de ramera te fias, engañado vas, porque no dura tanto como sol de ivierno y pluvia de verano, *et est*

impossibile que la que es acostumbrada de someterse á muchos por fuerza, ame á ninguno de grado.

MENEMNO, *casado.*

Déjate de eso. Torna á llamar.

TALEGA.

¡Ola, aho! ¿No hay nadie acá?

DOROTEA.

¿Quién llama?

MENEMNO, *casado.*

Yo, mi señora.

DOROTEA.

¡Ay mi señor Menemno! ¡ay entrañas mias! ¿y tú eres? Vengas en buen hora.

MENEMNO, *casado.*

Y en esa misma estés tú, deleite mio. En mirándote se me quitan todos los enojos y aborrezco á mi mujer.

DOROTEA.

¿Quién viene contigo, señor Menemno?

MENEMNO, *casado.*

Talega, criado de tu merced.

TALEGA.

Y de su criada, que es bonita.

MENEMNO, *casado.*

Crianza, señor.

TALEGA.

Estoy tan criado, que ha veinte años que no mamé.

DOROTEA.

Gracioso está Talega.

MENEMNO, *casado.*

De desgraciado está gracioso.

DOROTEA.

Señor Menemno, ¿qué es eso que traes?

TALEGA.

Abre el ojo. Olido ha de narices como podenco de muestra.

MENEMNO, *casado.*

Rosa y vida mia, son tus vestidos, y los despojos de la loca de mi mujer.

DOROTEA.

¿Esta es la saya que me prometiste?

MENEMNO, *casado.*

Esta es, tómala, que si yo puedo, haré de manera que cuantas tiene mi mujer sean tuyas, pues yo soy tuyo.

DOROTEA.

Mercedes, amor mio.

TALEGA.

Oreja, perra, y cuán bien que la ase.

MENEMNO, *casado.*

Yo las rescibo de tí en quererlas tú rescebir de mí.

TALEGA.

Así, así con el diablo. Desa manera presto quedarán en blanco los bienes de nostramo.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué es eso que dices de blanco y de presto?

TALEGA.

Digo, señor, que se entienda de presto en la comida, y que no falte vino blanco.

MENEMNO, *casado.*

Bien dices. Mira, señora, ya sabes lo que me prometiste si la saya venia en tu poder.

DOROTEA.

Muy bien, señor, yo lo entiendo.

MENEMNO, *casado.*

Pues aparéjanos muy bien de comer para mediodía.

DOROTEA.

A mejor tiempo no podias hablar, porque está la olla bien forrada ya.

TALEGA.

¿Es el aforro de pluma, ó de lana?

DOROTEA.

De todo hay: una gallina y un carnero.

TALEGA.

Poco es eso para mis apetitos.

DOROTEA.

Qué, ¿tú has de comer acá?

MENEMNO, *casado.*

Convidado le he porque veas cuán bien sabe come

TALEGA.

Como, señora Dorotea, á dos cajos, que de verme garás mochísimo.

DOROTEA.

De veras que tomo placer que sea Talega mi convi una y muchas veces.

TALEGA.

Un placer y mochísimos que Dios te dé.

DOROTEA.

Por amor de tú, prometo de multiplicar dos pare pollos mas.

TALEGA.

Multiplicadas que tengas las narices.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué dices, asno?

TALEGA.

No, no, sino los dias de su vida. Los pollos me tu ron. Señora, mira que sean asados, por vida de esa de rosa.

DOROTEA.

Yo lo haré mejor que tú te piensas.

TALEGA.

De esa manera la talega de Talega quedará relle esta vez.

DOROTEA.

¿Qué quiere decir eso?

TALEGA.

Yo soy talega de mi amo, y mi talega es mi vient como bien, mi talega está buena, y la de mi amo porque no me puedo mover después de harto.

DOROTEA.

Buenas propiedades tienes.

MENEMNO, *casado.*

Señora, entre tanto que se adereza la comida, casa de Micer Duarte á negociar un poco.

DOROTEA.

Ven, señor, presto, y no te detengas.

TALEGA.

Bien dice la señora. Hagamos pasos de fraile convi que mejor es que nosotros aguardemos la comida, q comida á nosotros.

MENEMNO, *casado.*

Escucha, Talega, que en esto va mucho. Allégat posada, y dirás á mi suegro que somos convidado Micer Duarte, que no nos aguarden. ¿Sabráslo decir

TALEGA.

Mirad si sabré.

MENEMNO, *casado.*

Vuelve luego, que en su casa te aguardo.

TALEGA.

Muy bien, señor.

ESCENA V.

MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

MENEMNO, *mancebo.*

Hágote saber, Tronchon, que la mayor alegría que ten los navegantes, es cuando de lejos sobre las m mas ondas descubren la tierra.

TRONCHON.

Y mayor si la tierra que descubren fuese suya dime, señor, yo te soplico: ¿á qué respeto ó caus biendo rodeado todas las islas del mar, venimos á d barcar á Valencia?

MENEMNO, *mancebo.*

Necio, ¿no sabes tú que voy buscando a mi her

TRONCHON.

:uándo acabarás de llevarme de aquí para allá, y a Poyatos. Seis años hace agora que andamos en el.

MENEMNO, *mancebo.*

ié te fatigas, asno?

TRONCHON.

ne que si anduviéramos á buscar una aguja, en npo la hubiéramos hallado. Dígolo porque pienso amos á tu hermano entre los muertos.

MENEMNO, *mancebo.*

ese á Dios que hallase quien de cierto me dijese ya entre los muertos; pero entre tanto que esto e, no dejaré de buscarlo entre los vivos.

TRONCHON.

mo tú mandares, esclavo te soy, no puedo sino ; pero no querria que nos detuviésemos mucho icia.

MENEMNO, *mancebo.*

:á, torpe, en una ciudad tan insigne y noble :a ¿no será bien que nos detengamos mas que no ara considerar muy particularmente el regimiento ública, la suntuosidad de los edificios, la riqueza mplos, los trajes de los caballeros y damas, y en mil cosas?

TRONCHON.

cual la pintas, y aun mejor, si no la gastasen s como la gastan.

MENEMNO, *mancebo.*

ié modo la gastan tres erres?

TRONCHON.

nera es rameras, porque hay de ellas *magnam em.*

MENEMNO, *mancebo.*

segunda?

TRONCHON.

unda renegadores, que reniegan y juran de Dios, lo mil partes.

MENEMNO, *mancebo.*

rcera?

TRONCHON.

:era regatones, porque hay tantos que no podeis in bocado en la boca que no pase por tres ó cua-s. Y porque veo que la moneda se nos va apo-a costa cresciendo, querria que saliésemos presto udad.

MENEMNO, *mancebo.*

Dios hará merced.

TRONCHON.

e tanto échate á dormir. ¿No sabes tú que por el uila el perro?

MENEMNO, *mancebo.*

ónde diablos sacas tanta cosa como dices hoy, y :es eres tan necio?

TRONCHON.

nadas que me toman.

MENEMNO, *mancebo.*

dad que lo creo, y hoy mas que nunca.

TRONCHON.

ido á las rameras supradichas, has de saber que is tienen asalariados sus cabestreros.

MENEMNO, *mancebo.*

quien te entienda hoy.

TRONCHON.

bestreros son aquellos que por otro nombre son alcahuetes.

MENEMNO, *mancebo.*

qué nasce de ahí?

TRONCHON.

que estos cabestreros tienen de costumbre de au de Valencia, y si ven alguna nao recién ve-nida, preguntan cómo se llama el patron y pasajeros de ella, y aun en los mesones los estranjeros de arte.

MENEMNO, *mancebo.*

¿A qué fin todo eso?

TRONCHON.

Para que viéndolos por la ciudad, los llaman por sus propios nombres, porque piensen que los conocen, y así los engañan.

ESCENA VI.

DOROTEA, MENEMNO, *mancebo*; TRONCHON.

DOROTEA.

¿Ce, señor?

MENEMNO, *mancebo.*

¿Que es aquello, di?

TRONCHON.

No sé: detengámonos.

DOROTEA.

¡Ah mi alma! ¡ah mi corazon! ¿cómo no entras en esta casa, que es mas tuya que mia?

MENEMNO, *mancebo.*

¿Con quién habla esta mujer?

DOROTEA.

Con tí hablo, mi señor.

TRONCHON.

¿Cómo? ¿Quién es él?

DOROTEA.

Menemno: el *omnis homo* de mi casa,

TRONCHON.

No hay aquí ningun olmis olmo de tu casa.

DOROTEA.

Amigo, ¿quién te pone á do no te mandan? Yo con Menemno hablo, á quien conozco, y no contigo, que nunca te vi.

MENEMNO, *mancebo.*

Habla pues lo que quisieres.

DOROTEA.

Lo que quiero es que entres luego á comer, pues la comida que mandaste aparejar está á punto ya.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Qué comida ó qué bebida es esa?

DOROTEA.

La que tengo aparejada para tí y para mí?

MENEMNO, *mancebo.*

¿Para mí? Ojalá dijeses verdad.

DOROTEA.

Sí, para tí. Si no, entra, y verlo has.

MENEMNO, *mancebo.*

Señora, no burles de un hombre tan estranjero y no conoscido como yo.

TRONCHON.

Abre el ojo, que cabestrero anda por aquí.

DOROTEA.

Ea, señor Menemno, dejemos de eso, y no sufras que ese burle de mí. Dí, ¿qué es de Talega?

TRONCHON.

Mirad si está informada ya de la talega de la ropa que viene en la nave.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Por cuál talega ó saco pides?

DOROTEA.

Por el mozo de Casandro tu suegro, el cual vino contigo cuando me diste la saya que hurtaste á tu mujer.

MENEMNO, *mancebo.*

Ni tengo mujer, ni sé qué te dices, ni jamás estuve en esta ciudad hasta hoy que desembarqué de la nave.

DOROTEA.

¿De qué nave?

TRONCHON.

De una que es de tablas y madera.

DOROTEA.

Señor Menemno, por amor de mí, que dejadas las burlas aparte, entres en casa, entre tanto que voy á mirar los pollos, que se asan demasiado.

MENEMNO, *mancebo.*

Oye, Tronchon, ¿no será pusilanimidad mia dejar de entrar allá?

TRONCHON.

No será sino sabieza dejar de entrar allá.

MENEMNO, *mancebo.*

Audaces fortuna juvat. ¿Qué me puede hacer una mujer?

TRONCHON.

Segun tú eres bueno, lo menos que puede es dejarte sin blanca.

MENEMNO, *mancebo.*

Para eso buen remedio: toma la bolsa.

TRONCHON.

Daca. Pero mira que dice el refrán que quien mucho se rasca, llaga se hace; por eso mira mucho el fin.

MENEMNO, *mancebo.*

Anda, que es de cobardes mirar mucho los fines. Entrar quiero, y ve tú al meson, y después vernás por acá.

TRONCHON.

A Dios te encomiendo.

MENEMNO, *mancebo.*

¡Ah señora mia!

DOROTEA.

¡Ah señor!

MENEMNO, *mancebo.*

Conozco haber errado en burlarme de tí; pero si lo hice fué por disimular con el esclavo que estaba conmigo.

DOROTEA.

¿Cómo? ¿De quién es el esclavo?

MENEMNO, *mancebo.*

De mi suegro, que no ha dos dias que lo compró.

DOROTEA.

Avisado paresce.

MENEMNO, *mancebo.*

Eslo cierto, y pues él no nos ve ni nos oye, entremos cuando mandares.

DOROTEA.

¿No quieres aguardar á Talega?

MENEMNO, *mancebo.*

Ni lo quiero aguardar, ni quiero que entre acá, porque estoy enojado con él.

DOROTEA.

Sea como tú mandares; empero, amor mio, quiero que me hagas una merced.

MENEMNO, *mancebo.*

No una, sino ciento haré; por eso pide.

DOROTEA.

Que después de comer lleves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO, *mancebo.*

Avisada eres en todo, porque haciéndolo así ternás saya á tu medida, y no la conoscerá aquella maldita de mi mujer.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO, *mancebo.*

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

ESCENA VII.

CASANDRO, AUDACIA, TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Dias ha que deseaba decirte mi parescer, y lo he dilatado hasta que me dieses una ocasion para ello, como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te paresce que tengo razon, señor padre, quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno el uso de este maldito tiempo, que primero se hal hacienda y á la postre de la persona, fué la caus las virtudes de mi criado y tu marido, que piens berle dado tanto cuanto meresce.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad, si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le dí.

AUDACIA.

¿Por qué?

CASANDRO.

Porque se ofresce á grandísimos trabajos el q con mujer hermosa.

AUDACIA.

¿A qué trabajos, siendo ella buena?

CASANDRO.

Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez bia por ser hermosa como tú. Lo segundo, que buena de su persona (cual tú te precias de serlo) l por no ser acompañada de humildad, una vanaglo portable de sufrir, y sin eso pretendeis todas las h que cometen herejía vuestros maridos, si entie otro sino en daros placeres.

AUDACIA.

Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi me los da á mí.

CASANDRO.

Eres tú la causa de ello.

AUDACIA.

¿Yo? ¡Ay desdichada de mí! ¿Que él viva ama soy yo la causa?

CASANDRO.

Sí, en serle tan desdeñosa como lo eres, segu por mis ojos lo he visto: que si te sigue, le huye sirve, no lo estimas; si te ama, le aborreces; si te le maldices; si te olvida le infamas, y si te hace dices que te engaña.

AUDACIA.

En cuanto á eso no le debo nada.

CASANDRO.

Sí le debes, y mucho, porque las costumbres d rido han de ser leyes para la mujer, y tú haces l trario.

AUDACIA.

Porque son malas sus costumbres, por eso las digo yo.

CASANDRO.

En tu mano está hacer que sean buenas.

AUDACIA.

¿De qué manera?

CASANDRO.

Con cinco yerbas que traigas contigo.

AUDACIA.

¿Díme qué yerbas son esas?

CASANDRO.

La primera que seas callada; la segunda que sea fica; la tercera que seas sufrida; la cuarta que se nesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco hija mia, son de tal propiedad, que las malas cost del marido convierten en buenas.

AUDACIA.

rian ser cincuenta, que á mi marido no le quita-
ıo tenga una puta. Pero no quiero altercar mas
jue siendo mi padre abogas contra mí.

CASANDRO.

ıenester sino que mudemos de palabras y tú de
. Aquel que allí viene paresce que sea Talega.

TALEGA.

or!

CASANDRO.

ıy de nuevo?

TALEGA.

zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto querrás
ıe.

CASANDRO.

ya de decir á lo que venís.

TALEGA.

o me turbe su mercé. El señor Duarte manda...
no que soplica á vuestra merced.

CASANDRO.

e soplica, enalbardado?

TALEGA.

ruega que perdone, y que coma á su pracer con
porque yo y...

AUDACIA.

e el ruin delantero.

TALEGA.

azon. Que el señor Menemno y yo quiere que
ɛmos con él.

CASANDRO.

tá. Entremos, hija, y tú tambien.

TALEGA.

Pésete á mal grado! Que me acusará contumacia
Doro... El señor Duarte quise decir, si no voy á
go.

CASANDRO.

eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego

ESCENA VIII.

ɴEMNO, *mancebo;* DOROTEA; TALEGA.

MENEMNO, *mancebo*,

ıortales dioses! Muchas gracias os hago porque
rmitido que una ramera, que acostumbra de ro-
nancebos, me haya dado de su propia voluntad
y este diamante y saya. Bien sé que me ha to-
otro, mas con todo eso no me acusa la concien-
tornárselo por agora, porque dicen que quien
ıdron, etc. Buscar quiero á mi esclavo para reir
la burla, y gozar con él de estos putánicos des-

TALEGA.

al diabro las preguntas, y á quien las inventó á
del comer. Sabia Casandro que soy convidado, y
ıame mas cosas de su yerno que dias hay en lon-
como si le habia yo de otorgar la verdad... Mas
allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto:
debe de correr entre él y la pelleja Dorotea.
ı que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

MENEMNO, *mancebo*.

ieres, amigo?

TALEGA.

a saya?

MENEMNO, *mancebo*.

que yo la llevo.

TALEGA.

a por tu vida?

MENEMNO, *mancebo*.

de maestre Chillon el sastre para que la adobe.

TALEGA.

ı se hará eso, señor: vamos á comer primero.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidadores como hay en esta ciudad?

TALEGA.

Yo no te convido, señor, antes tú me has convidado á mí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿A dónde?

TALEGA.

En casa de Dorotea.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Cómo te llamas?

TALEGA.

¿A la hora del comer, cómo te llamas? Buena burla es esa.

MENEMNO, *mancebo*.

A fe que no burlo.

TALEGA.

Talega me llamo.

MENEMNO, *mancebo*.

Qué, ¿tú eres Talega?

TALEGA.

Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces como agora, si no te burlas.

MENEMNO, *mancebo*.

Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

TALEGA.

Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme tan al revés por mal agüero lo tengo. Mas no quiero desconfiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quien está en su casa?

DOROTEA.

¿Quién llama?

TALEGA.

Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es venido á comer?

DOROTEA.

¿Cómo si es venido? Ya vino y se fué?

TALEGA.

¿Que ya comió? ¡Mezquino de mí!

DOROTEA.

Ya comió. ¿Cómo no veniste?

TALEGA.

No me burle, señora, que me fino de hambre.

DOROTEA.

Que no me burlo.

TALEGA.

Oiga, señora Dorotea.

DOROTEA.

Ve con todo los diablos, que no quiero oirte.

TALEGA.

¿Así que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Talega! ¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los caballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga de manera, que le haga mal provecho á Dorotea la saya, y á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

ESCENA IX.

MENEMNO, *casado;* DOROTEA; AUDACIA; TALEGA.

MENEMNO, *casado*.

No me acuerdo después que nací, estar sin comer á tal hora, especialmente siendo convidado; mas cáusalo tambien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus cuentas. Pero ¿qué es esto, que Talega no vuelve de donde lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Ola, aho! Abrid aquí.

DOROTEA.

¿A quién han de abrir?

MENEMNO, *casado*.

A tu cativo, señora mia.

DOROTEA.

¿Qué es esto, señor Menemno?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué ha de ser?

DOROTEA.

¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre, y el diamante al platero?

MENEMNO, *casado.*

¿Qué saya, qué diamante me has dado?

DOROTEA.

No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te dí.

MENEMNO, *casado.*

¿Para qué?

DOROTEA.

Para que lo hicieses adobar todo.

MENEMNO, *casado.*

¿Adónde me lo diste?

DOROTEA.

Aquí dentro con mis propias manos.

MENEMNO, *casado.*

¿Cuándo?

DOROTEA.

Cuando acabamos de comer tú y yo.

MENEMNO, *casado.*

Engañada vives.

DOROTEA.

Así es la verdad, pues que burlas de mí.

MENEMNO, *casado.*

Digo que después que te dí la saya, no he puesto los piés en tu casa.

DOROTEA.

Buen disimular es ese, Menemno.

MENEMNO, *casado.*

No hay aquí ningun disimular.

DOROTEA.

¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo trairás todo perfumado.

MENEMNO, *casado.*

No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerraisme las ventanas? Abranse estas puertas.

AUDACIA.

Así, qué rufian te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te habia de tomar en el lazo? Nunca mi corazon me fué traidor.

MENEMNO, *casado.*

¡Oh señora mujer! ¿y qué buscas por acá?

AUDACIA.

Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

MENEMNO, *casado.*

¿Pues á quién, á Talega?

TALEGA.

Yo no sé nada de la saya.

MENEMNO, *casado.*

Por mi vida que me digas á qué vienes.

AUDACIA.

Por la saya vengo.

MENEMNO, *casado.*

¿Por qué saya ó sayo?

AUDACIA.

Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

TALEGA.

El es de ella, que no ella de él.

MENEMNO, *casado.*

¿No callareis vos, don bellaco?

TALEGA.

Tú haces las bellaquerías; no me cale hacer señas que calle.

MENEMNO, *casado.*

Por el Dios Júpiter te juro, mujer, que tales sel he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo l tigaria.

AUDACIA.

Déjate de eso; daca la saya.

MENEMNO, *casado.*

¿Ha habido en casa algun desaguisado, que así v despavorida?

AUDACIA.

Palabras.

MENEMNO, *casado.*

¿Has habido quistion con tu padre?

TALEGA.

¡Cómo anda huyendo por no otorgar!

MENEMNO, *casado.*

¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

TALEGA.

No, que yo por la comida lo he.

MENEMNO, *casado.*

¿Estás enojada contra mí por ventura?

AUDACIA.

¿Pues contra quién, don traidor?

MENEMNO, *casado.*

¿Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

TALEGA.

¡Oh hideputa! *Jocantibus* gorgoreais; bien paresc está la barriga llena.

MENEMNO, *casado.*

Calla, perro; si no, por vida de la señora...

TALEGA.

No callaré, pues comiste sin mí.

MENEMNO, *casado.*

Dí adónde, ahorcado.

TALEGA.

Pónte en medio, señora.

AUDACIA.

No me le toques. Dí adónde.

TALEGA.

En casa de la puta Dorotea.

MENEMNO, *casado.*

¿Yo? aun me vea comido vivo, si hoy he comido b ni puesto los piés en su casa.

AUDACIA.

No lo niegues, que la verdad de todo me ha c Talega.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué le dijiste, puerco?

TALEGA.

No sé. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pr taselo á ella, que te sabrá bien jabonar.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué te dijo, señora mia?

AUDACIA.

¡Cómo haces del raposo! Díjome, que me hurtar mi casa una saya.

MENEMNO, *casado.*

¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenias?

AUDACIA.

¿Quién se podrá librar del ladron de casa?

MENEMNO, *casado.*

¿Quién es el ladron de casa?

AUDACIA.

Uno que se dice Menemno.

MENEMNO, *casado.*

¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

AUDACIA.

Mira, dame la saya, y no me hagas decir desati tornarme loca.

TALEGA.

Ninguna mujer se puede tornar loca.

MENEMNO, *casado.*

probado, señora mujer, lo mucho que me ebo. Si yo he fingido tener amistad con Doro- para ver si harias aquel sentimiento, que las aman á sus maridos suelen hacer. La saya se solamente sacar la invencion de ella, porque ıca tan gentil dama te ha visto, como cuando ella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la

AUDACIA.

o que dices, si no creyese quien tú eres; mas ozco por mis pecados muy conoscido, á otro hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Dorotea se contenta con las obras, contén- las palabras.

MENEMNO, *casado.*

: yo os muela á palos no callareis, don mazor- , ve con Dios, que no pararé hasta que seas

AUDACIA.

Talega, que razon es que mi padre sea infor- estras trapazas.

TALEGA.

ñora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

ɲo de oir?

TALEGA.

› le amonesté que no fuese tras putas, pues ba tenerte á tí.

AUDACIA.

l criado, y anda allá, que tú y él entonces se- , cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

or, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

horamala con tus latines.

ESCENA X.

mancebo; CASANDRO; AUDACIA; TALEGA.

MENEMNO, *mancebo.*

sto, que no puedo encontrar con mi esclavo Por cierto que lo hice como mal considerado bolsa de los dineros, que por ventura se habrá ɡar en algun bodegon; mas no será para tanto, rariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con allejera que parezco pregonero? ¿Pero quién ıe vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué traen consigo.

AUDACIA.

puede sufrir, señor padre, que esté yo casada mal hombre como este?

CASANDRO.

: pues.

AUDACIA.

costáseme un dedo de la mano.

TALEGA.

otest fieri, señor, porque *col Deus conjungit epalat.*

CASANDRO.

smero, que no se dice por tanto.

TALEGA.

, estando muerto de hambre.

CASANDRO.

e quejas de tu marido?

AUDACIA.

de que me hurta el oro, sayas y cuanto tengo ımeras.

CASANDRO.

hace, lo hace muy mal; y si no, tú lo haces ımtarle falso testimonio.

AUDACIA.

Que no es sino verdadero. Helo do viene. ¡Desvergonzado! ¿No tienes vergüenza de paresċer delante de mí con ese vestido?

MENEMNO, *mancebo.*

Mujer honrada, ¿con quién piensas hablar?

AUDACIA.

Con uno que meresce estar en la horca.

MENEMNO, *mancebo.*

Porque sois hermosa, no seais atrevida.

CASANDRO.

Aparta, hija. Menemno, ven acá. Dime, ¿qué rencillas son estas que tienes con tu mujer?

MENEMNO, *mancebo.*

Padre honrado, ni te conozco, ni tengo mujer, ni jamás fui casado.

AUDACIA.

¿Negarás, bellaco, que eres mi marido?

MENEMNO, *mancebo.*

Porque sé que hablas con pasion, y porque veo que me tomas por otro, responderé con paciencia, diciendo que ni soy tu marido, ni eres mi mujer.

TALEGA.

Cásate, señora, conmigo, y váyase él con todos los diablos el traga pollos.

AUDACIA

Quítate de ahí, asno. Dime, ¿no es esa la saya que me hurtaste y prometiste devolver?

MENEMNO, *mancebo.*

Habla cortesmente, que nunca fuí ladron, ni jamás me precié de hacer cosa fea.

TALEGA.

Eso sí, Menemno, negar á pié juntillas.

MENEMNO, *mancebo.*

¿De dónde me conosces y sabes mi nombre?

TALEGA.

Mas ¿de dónde desconoces tú á Talega?

MENEMNO, *mancebo.*

De nunca haberlo conoscido.

TALEGA.

¿No tomaste tú esta saya á tu mujer, y la diste delante de mí á tu puta?

MENEMNO, *mancebo.*

No seas mal criado, si no, el diablo será.

AUDACIA.

Señor padre, ¿esta no es mi saya, y este no es mi marido Menemno?

CASANDRO.

Ella es tu saya, y él es tu marido.

MENEMNO, *mancebo.*

De todo eso no tengo sino el nombre.

CASANDRO.

Ven acá, Menemno: veamos si negarás esto. ¿Tú no moras en aquella casa frontera?

MENEMNO, *mancebo.*

Plegue á Dios, que si yo en ella jamás entré, que dentro en los infiernos more.

CASANDRO.

Sin duda que se ha tornado loco.

MENEMNO, *mancebo.*

Pues estos dicen que soy loco, mejor será fingir locuras por echarlos de mí.

AUDACIA.

Bien dices, señor padre; ¿no ves qué boca abre? parece que me quiere comer.

MENEMNO, *mancebo.*

El dios Apolo me manda que queme los ojos á esta mujer con lámparas ardiendo.

TALEGA.

La paz de Dios descienda sobre tí y sobre nosotros, amén.

MENEMNO, *mancebo.*

Sí, sí, Apolo, yo haré lo que mandas, que á esta mujer y á Talega les dé con esta mi espada mil cuchilladas.

TALEGA.

Señora, huigamos de aquí, que tengo miedo que ni tú tengas Talega ni yo señora.

CASANDRO.

Bien dice: id á casa los dos, porque no haga en vosotros algun desatino; pero mira, Talega, que vayas en un salto á llamar al médico Averrois, para ver si dará algun remedio á este loco.

TALEGA.

Sí haré, señor.

MENEMNO, *mancebo*.

Ya te entiendo, Apolo, que quieres que desmenuce los huesos de este viejo con su bordon.

CASANDRO.

Caro te costará, si tú á mí te allegas.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Qué dices? ¿Que tome una azuela con la cual acepille las carnes de este mal viejo?

CASANDRO.

Mal te dé Dios: mejor me será huir de este, porque el loco y el buey se han de mirar de lejos.

MENEMNO, *mancebo*.

Muchas cosas me has mandado, Apolo, ¿y agora de nuevo quieres que vaya con ímpetu y mate á este viejo?

CASANDRO.

¡Oh cruel enfermedad! No estoy mas aquí. Quiero llamar al médico.

MENEMNO, *mancebo*.

¡Cuán á cuenta me ha venido hacer del loco! Mas ¿cuál fuera que esta señora me rescibiera en su cama creyendo que era su marido; como la otra en la mesa, tomándome por su amigo? Yo lo hiciera cierto, segun ella es hermosa, si no se aventurara mas que aventuré con la otra, porque á la ramera quitéle lo que ella hurtó, y yo le puedo tornar tres doblado; mas á la casada, en este caso quitárale la honra, que quitada no se la pudiera tornar. En fin, quiero huir de pueblo donde tantas cosas en tan poco tiempo me han acontecido; y si viniere el viejo, no le digan por cuál de estas dos calles me fuí.

ESCENA XI.

MENEMNO, *casado*; CASANDRO; AVERROIS; LAZARILLO.

MENEMNO, *casado*.

Dia triste y de aciago ha sido este para mí, pues todo lo que pensaba hacer muy secreto, me ha echado en público aquel bellaco de Talega; pero á fe que no se reirá de ello. Tambien esotra bellaca al fin hízolo como ramera, que por mas que le rogué que me diese la saya con propósito de darle otra mejor, está en sus trece que ya me la dió. ¡Desdichado de mí! No sé qué me haga. ¿Qué es aquello?

AVERROIS.

Camina, Lazarillo.

LAZARILLO.

Ya camino, *domine*.

AVERROIS.

Eso sí, siempre que podrás hablar algun latin congrio ó no congrio, no lo dejes de hablar, que yo te haré gran persona. Dí, *¿quid est necessitas?*

LAZARILLO.

La necesaria, señor.

AVERROIS.

No solamente respondiste como gramático, mas como escelente filósofo, porque aquella cosa es puramente necesaria, adonde echamos aquello que si no lo echásemos, moriríamos.

LAZARILLO.

Verum est.

AVERROIS.

Bona salus, señor Casandro.

CASANDRO.

Sea bien venido, señor doctor. Escuchado he la plática que has pasado con tu criado, y he holgado en oir sus dezas.

AVERROIS.

Es el mas agudo rapaz del mundo, y es hermano de zarillo de Tormes, el que tuvo trecientos y cinc amos.

CASANDRO.

¿Cuánto ha que está contigo?

AVERROIS.

No ha mas de medio año, y sabe ya todos los nomi vos, conjugaciones y cuarto libro de coro, y hablará un dia latin tan bien como yo, sin que le entienda labra.

CASANDRO.

Bien lo creo; mas ¿cómo te has detenido tanto?

AVERROIS.

He curado una pierna al dios Esculapio, y he conce un brazo á Baco, que los dos habiendo tastado cierto nos en la isla de Candía, dieron consigo por una esc abajo.

CASANDRO.

De manera que tambien eres médico de los dioses de los hombres.

LAZARILLO.

Ita, domine.

AVERROIS.

¡Oh qué *ita domine* tan regalado! ¿Qué te parece, Casandro?

CASANDRO.

Muy bien, pero vengamos al caso. Has de saber que nemno mi yerno está doliente, y pienso que es de al imaginacion diabólica que habrá entrado en su ent miento.

AVERROIS.

Eso verná de algunos enojos rescebidos con mujer

CASANDRO.

A la letra es ese su mal, señor doctor.

AVERROIS.

Has de saber, señor, que Hipócrates, Galeno y Av *et omnia schola medicorum* ponen ciento y cincuent medios para ese mal. El primero es...

CASANDRO.

Ce, silencio; he allí á Menemno,

AVERROIS.

Juntémonos los dos.

CASANDRO.

Sea ansí. Menemno, hijo, ¿qué es de la saya?

MENEMNO, *casado*.

¿Qué saya, señor?

CASANDRO.

La que tenias agora.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh dioses inmortales! ¿y qué será esto?

CASANDRO.

¿No oyes lo que dice?

AVERROIS.

Ya veo que invoca los dioses.

CASANDRO.

¿Qué esperas? Haz tu oficio, maestro.

LAZARILLO.

¿Qué quiere decir maestro? *Domine doctor, domine tor* acostumbran de llamarle.

CASANDRO.

Calla, rapaz, no seas tan reagudo.

AVERROIS.

Menemno, dame esa mano. No pasees tanto, no p tanto, pecador de mí, que es malo eso para tu enfe dad.

MENEMNO, *casado*.

¿Qué enfermedad? Vete enhoramala.

AVERROIS.

¿Veis cómo desvaria? Escucha, y verás que le hago

n profundísimas, que h ı tornar un hombre loco, y otras para ton ɜ de loco cuerdo : *redite.*

CASANDRO.

ɪemos ya.

AVERROIS.

ɜmno, sosiégate. Dime, ¿sientes alguna cosa?

MENEMNO, *casado.*

ventura insensible, que no tengo de sentir?

AVERROIS.

ia yo, que no podias estar sin sentir. Dime, ɪebes, blanco ó tinto?

MENEMNO, *casado.*

horca tú y tus preguntas.

CASANDRO.

ınza á enloquecer.

AVERROIS.

ɛengo dicho, señor?

MENEMNO, *casado.*

úntame si como el pan colorado ó verde, ó aves ı y peces con pluma.

CASANDRO.

¿no ves qué locuras se le sueltan? ¿Por qué emedio?

AVERROIS.

preguntalle he otras cosas.

CASANDRO.

ı cuantas quisieres.

AVERROIS.

o, dime, ¿suélensete algunas veces endurecer

MENEMNO, *casado.*

ıblos! ¿Soy de género de langosta?

AVERROIS.

e blandos los has de tener. Burlábame contigo. o, señor, que agora vienen las preguntas para ı todo su seso. Dime, Menemno, ¿sientes alguque te rugen las tripas?

MENEMNO, *casado.*

ɜstoy harto, no; mas agora sí, que estoy hamcon gana de comer.

AVERROIS.

rmes los ojos cerrados?

MENEMNO, *casado.*

ı, velando, abiertos.

CASANDRO.

ıerdamente respondió.

AVERROIS.

atelo ahí sano, señor.

CASANDRO.

agora tan loco como cuando amenazaba á su fuego.

AVERROIS.

› de estar? Duelos me dé Dios.

MENEMNO, *casado.*

ı dices que amenazaba yo?

CASANDRO.

ıcuerdas cuando á mí y á tu mujer nos querias

MENEMNO, *casado.*

ar á quien tanto deseo la vida?

AVERROIS.

de mí, señor. ¿Quieres echarme á perder? Téno curado, ¿y estás contendiendo con él? Ven mno, hablemos aparte tú y yo. Has de saber que omos los locos, que tú demasiado seso tienes. no es aun tiempo que sepas estos secretos de Apártate allá.

LAZARILLO.

ate, digo yo, de los *quinquaginta cruciatos auri.*

AVERROIS.

¡Oh! sí, señor. Téngolos á punto que son mucho menester, porque tengo de hacer con ellos en mi casa un cierto cocimiento con cincuenta maneras de yerbas, para cada cruzado una, traidas de la insula Fortunada, y después de todas hacer un emplastro por ciertos puntos de astrología, y después ponérselo en los piés para fortificar la cabeza.

CASANDRO.

Abreviemos, que ya está á punto todo.

AVERROIS.

Bene dixisti. Oye, Menemno: tú has de saber que conozco muy bien que si tu entendimiento está algo alterado, es por algun enojo que has habido.

MENEMNO, *casado.*

Dices la verdad.

AVERROIS.

Hora pues, por hacer placer á mí, y acreditar mi medicina, y no enojar á tu suegro, has todo lo que yo te dijere.

MENEMNO, *casado.*

Soy contentísimo.

AVERROIS.

Si lo haces, yo te prometo de partir contigo los cincuenta cruzados, porque tú ni has menester medicina, ni yo la entiendo mas que esa pared.

MENEMNO, *casado.*

Pero has de manera, maestro, que me lleven en todo caso á tu casa.

LAZARILLO.

Bien dices, porque allí haremos buena gira, y beberemos *autant.*

AVERROIS.

Decir yo, señor Casandro, que está Menemno del todo sano, no diria verdad; pero helo traido á punto de hacer que me sea en todo obedientísimo.

CASANDRO.

Veamos.

AVERROIS.

Menemno.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué mandas, señor doctor?

AVERROIS.

Alza el brazo derecho. ¿No puedes mas?

MENEMNO, *casado.*

No, señor.

AVERROIS.

Agora da una vuelta en derredor. ¿No ves, señor? Por la doctrina del grande Hipócrates te juro que si quiero te lo convertiré en nabo. Echate de esa ventana abajo.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué es de la ventana?

AVERROIS.

Está quedo, loco, no te muevas. Aprende, rapaz, estos medicinales puntos. Agora, Menemno, dame esa espada.

CASANDRO.

Agora vas bien; eso me contenta.

AVERROIS.

Coge así los brazos.

MENEMNO, *casado.*

Ya están cogidos. ¿Qué es lo que haces?

AVERROIS.

Súfrete, que por tu bien se hace, que estés atado un poco con este cordel, porque así dice Avicena que se debe hacer.

LAZARILLO.

In quarta et sexta ad finem.

AVERROIS.

¡Oh cómo acotaste bien, rapaz! Es menester, señor Casandro, que de esta manera atado lo lleves á mi casa, porque allí con aquel emplastro aureo te lo daré sano en tres dias.

CASANDRO.

Antes ha de ir así como está á la casa de los locos, porque aquella es su propia morada. Vaya, vaya presto.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh ciudadanos! ¡Oh amigos mios! Socorredme, que me llevan contra mi voluntad acusado falsamente.

ESCENA XII.

MENEMNO, *casado;* CASANDRO; AVERROIS; LAZARILLO; TRONCHON, *y después* MENEMNO, *mancebo.*

TRONCHON.

¡Oh dioses inmortales! ¿qué es lo que con mis ojos veo? No sé por qué causa llevan aquellos á mi amo forzosamente.

CASANDRO.

Averrois, ayúdame. ¿En qué piensas?

TRONCHON.

Menemno.

MENEMNO, *casado*.

¡Oh amigo! No consientas que se me haga tamaña afrenta.

TRONCHON.

¿Por qué llevais así á este gentil hombre?

CASANDRO.

Porque es loco.

TRONCHON.

¿Quién dice tan grande maldad?

CASANDRO.

Este médico.

TRONCHON.

Asosegaos, que no es loco.

CASANDRO.

Si no, ¿qué mal tiene?

TRONCHON.

Esta asombrado y endemoniado.

AVERROIS.

¿Endemoniado? Arriedro vaya Satanás.

CASANDRO.

Dí, doctor, ¿cómo no le conociste el mal?

AVERROIS.

Sé que yo, señor, nunca fuí doctor en diablos, pero veamos este lo que sabe.

CASANDRO.

¿Qué remedio darás tú?

TRONCHON.

Muy grande. Quiero hablarle al oido para ver si es de los demonios secretos. Mira, Menemno, si quieres librarte de estos tus enemigos, yo te daré una espada entre manos.

MENEMNO, *casado*.

Ya la querria tener.

TRONCHON.

De los demonios públicos es; á voces quiero hablarte. Yo te mando de parte de Dios que te vayas á los infiernos sin dañar ni atormentar á este hombre.

MENEMNO, *casado*.

No saldré si primero no veo la cruz, ó señal della.

CASANDRO.

¡Oh pobre mancebo! Bendito seas tú, Dios. ¡Oh cruel mancilla!

TRONCHON.

¿No hay por aquí una cruz? Mostradme esa espada, que tanto montará como cruz.

AVERROIS.

Déjasela, Lazarillo.

TRONCHON.

Besa, ladron, y abrázate con ella.

MENEMNO, *casado*.

¿Así que como loco me llevábades? Aguardad un poquito, perros traidores.

AVERROIS.

A huir, señor Casandro, que soltado se ha.

MENEMNO, *casado*.

Id con la maldicion, bellacos.

TRONCHON.

¿Qué te paresce, señor, con qué astucia te he lib de esta gente?

MENEMNO, *casado*.

Mas te debo, que á cuantos hombres hay en el mu por eso mira lo que yo podré hacer por tí.

TRONCHON.

Que me hagas libre te pido.

MENEMNO, *casado*.

¿Por ventura eres tú mi esclavo, para que te haga l ó conózcote yo?

TRONCHON.

No quiero entrar en si me conoces ó no, sino qu dés por libre.

MENEMNO, *casado*.

Digo que te doy por libre, y que te tengo en cuen hermano.

TRONCHON.

Quero ir agora al meson, y traerte he la bolsa de lo neros y las piezas de plata que me encomendaste.

MENEMNO, *casado*.

Anda, que aquí te espero. Cosas maravillosas me acontecido hoy. Dorotea me dió á entender que hab mido con ella, y que me dió la saya y el diamante. Mi gro y este borracho de médico que estoy loco, y este a que soy su amo, y que me traerá los dineros y la plata perar quiero, y ver en qué para esto.

MENEMNO, *mancebo*.

Dios te guarde, gentil hombre.

MENEMNO, *casado*.

Así haga á tí.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Habitas en esta tierra?

MENEMNO, *casado*.

Sí habito, hartos años ha.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Por ventura sabríasme dar razon de un esclavo est jero?

MENEMNO, *casado*.

Si no das otras señas, es preguntar por Mahoma en nada.

TRONCHON.

¡Ah! señor Menemno.

MENEMNO, *casado y mancebo*.

¿Qué quieres?

TRONCHON.

Qué, ¿dos amos tengo yo?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

No sino uno.

TRONCHON.

¿Quién es ese uno?

MENEMNO, *casado y mancebo*.

Yo soy.

TRONCHON.

¿Qué quiere decir yo soy? Esperad; ¿quién ha dere bir esta plata?

MENEMNO, *casado y mancebo*

Yo.

TRONCHON.

Válame Dios, ¿y qué será esto? ¿A cuál de los dos yo cuando lo llevaban atado como loco?

MENEMNO, *casado*.

A mí.

TRONCHON.

Pues tú eres mi amo, y habrás la plata, y él que done.

MENEMNO, *mancebo*.

¿Tórnaste loco, Tronchon? ¿Y cómo no te acue que veniste hoy conmigo de la nave?

TRONCHON.

Por cierto que tienes razon. Tú busca mozo, que es mi amo.

MENEMNO, *casado.*

¿Dó vas, desconocido? ¿Yo no soy quien te ha hecho franco en este lugar?

TRONCHON.

Por cierto, sí, tú eres mi amo y mi señor.

MENEMNO, *mancebo.*

Ven acá, desmemoriado, ¿no te acuerdas que cuando quise entrar en casa de la ramera te encomendé la bolsa con los dineros?

TRONCHON,

Tú sin duda eres mi amo Menemno.

MENEMNO, *casado.*

Tambien yo me llamo Menemno.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Tú Menemno?

MENEMNO, *casado.*

Sí, yo Menemno, y mi padre Menemno.

TRONCHON.

¿Cuál seria, que fuese este quien buscamos tanto ha?

MENEMNO, *mancebo.*

¿Eres natural de esta tierra?

MENEMNO, *casado.*

No, sino de Sevilla.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Acuérdaste algo de allá?

MENEMNO, *casado.*

Acuérdome que siendo yo de quince años nos embarcamos mi padre y yo en una nave para las partes de levante.

MENEMNO, *mancebo.*

Dime, y no rescibas pesadumbre, ¿cuántos hijos tuvo tu padre?

MENEMNO, *casado.*

No mas de dos.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Cuál era el mayor?

MENEMNO, *casado.*

Ninguno.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Cómo pudo ser eso?

MENEMNO, *casado.*

Porque nacimos de un mismo parto.

MENEMNO, *mancebo.*

¿Llamásteisos entrambos Menemnos?

MENEMNO, *casado.*

No, que el otro se decia Claudio.

MENEMNO, *mancebo.*

Pues yo soy ese Claudio.

MENEMNO, *casado.*

¿Tú? ¡Oh hermano mio! Claudio, seas muy bien venido.

MENEMNO, *mancebo.*

Y tú muy bien hallado, hermano Menemno.

MENEMNO, *casado.*

Dime, hermano, ¿quién te mudó el nombre de Claudio en Menemno?

MENEMNO, *mancebo.*

Has de saber, que como nos vinieron nuevas que mi padre y tú érades muertos, luego nuestra madre (que en gloria sea), por el amor que tenia á nuestro padre y á tí, me mudó el nombre de Claudio en Menemno.

ESCENA ULTIMA.

MENEMNO, *casado;* MENEMNO, *mancebo;* TRONCHON; AUDACIA; TALEGA.

AUDACIA.

¿Es verdad eso que me cuentas, Talega?

TALEGA.

¡Toma si es verdad! ¡Vieras huir á Casandro tu padre y al faldudo de maestre Averrois mas lijeros que gamos!

AUDACIA.

¿Y á Menemno á dó lo podria yo hallar agora para meterlo secretamente en casa?

TALEGA.

¿Qué me sé yo? Dios se lo perdone á vuestra merced, y á mí tambien, porque al principio se podia escusar todo esto. Albricias, abricias, señora, albricias.

AUDACIA.

¿Qué has, inocente? ¿De qué te tengo de dar albricias?

TALEGA.

¡Oh señora! que en lugar de un Menemno tienes dos Menemnos, y en lugar de un marido dos maridos. Cátalos allí.

AUDACIA.

La verdad dice. ¡Qué es esto, Dios mio!

MENEMNO, *casado.*

No te aflijas, señora, que yo soy tu marido, y alégrate, que este gentil hombre que ves tan semejante á mí es mi hermano, que ha mucho tiempo que anda en busca mia.

AUDACIA.

¿Tu hermano? Abrazarle quiero por cierto.

TRONCHON.

Sin duda que la ramera te tomó por el señor tu hermano.

MENEMNO, *casado.*

¿Qué es eso de la ramera?

MENEMNO, *mancebo.*

Has de saber que una ramera tomándome por tí me convidó á comer, y después me dió una saya y un diamante.

TALEGA.

En fin, señor, que sobre vos vino el *comedentes,* y *super nos* el *gementes et flentes.*

MENEMNO, *casado.*

Has de saber, señor hermano, qu'esa comida yo la ordené para mí á Talega, y dí la saya.

AUDACIA.

¿Otorgais, otorgais, don ladron?

MENEMNO, *casado.*

Es la verdad, que yo te la hurté para darla á Dorotea.

MENEMNO, *macebo.*

No recibas pena, señora, que él lo hará muy mejor de aquí adelante, y la saya y diamante está en mi poder con otras joyas muchas que traigo para servirte con ellas.

AUDACIA.

En verte, señor hermano, se me ha quitado todo el enojo que tenia.

MENEMNO, *casado.*

Señor hermano, yo prometí de hacer libre á Tronchon.

MENEMNO, *mancebo.*

Desde agora le doy por libre para siempre.

AUDACIA.

Sus, señores, entremos dentro, porque alcance mi padre de este placer y alegría.

TALEGA.

¡Oh! ¿qué haremos de comer?

MENEMNO, *casado.*

Entremos cantando.

CANCION.

Enhorabuena vengais vos,
Hermano mio,
Pues á pesares hoy entre nos
Dais desvío.

FIN DE LOS ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

COMEDIAS.

DISCURSO PRELIMINAR (1).

ıL empezar el siglo xvııı tuvieron principio en España las calamidades de la guerra de suion. Apenas hubo descanso para celebrar con espectáculos alegres, en los primeros años siglo, la coronacion de Felipe V, su casamiento con María Gabriela de Saboya, y el naci-ɩnto de un príncipe de Asturias. En tales ocasiones se representaron delante de los reyes el teatro del Buen Retiro, y después al pueblo, algunas comedias de don Antonio de Zara, gentil hombre de S. M., que florecia entonces entre pocos y oscuros autores, ninguno az de competirle (2). Habíase propuesto por modelo las obras de Calderon, y es fácil inr hasta dónde llegarian los primores de quien solo aspiraba á imitar los ejemplos poco uros de aquel dramático.

:n sus zarzuelas ó comedias de música repitió Zamora iguales desaciertos á los que Canɑo, Calderon y Salazar habian amontonado en las suyas: fabulas de absoluta inverosimid, estilo afectado, crespo, enigmático, lleno de conceptos sutiles y falsos, de empalaa discrecion que no puede sufrirse. En las comedias historiales confundió los géneros de ragedia, de la comedia y aun de la farsa, sin otro mérito que el de muchos rasgos de in-:il fantasía, buen lenguaje y versos sonoros. Lo mismo hizo en las piezas mitológicas y en de asuntos sagrados.

.ien años antes habia escrito el P. Gabriel Tellez (conocido bajo el nombre de Tirso de ina) la comedia de *el Burlador de Sevilla*, la mas á propósito para conmover y deleitar á ·lebe ignorante y crédula. Representada con aplauso en los teatros de España, pasó á los ıás de Europa : en Francia se hicieron cinco traducciones de ella (mas ó menos libres) por ars, Dorimond, Dumenil, Tomás Corneille y el gran Molière. Goldoni, en el siglo anterior uestro, no se desdeñó de repetirla.

os antagonistas del teatro no perdonaron los defectos de una comedia tan perjudicial á las nas costumbres, y hubo de sufrir, como era justo, una severa prohibicion. Zamora trató

En las ediciones anteriores este *Discurso* prelimi-:e llama *Prólogo*, título sobradamente humilde para abajo de tal importancia, y mucho mas desde que ɩmpletó con las ampliaciones originales que por don ɩte Gonzalez Arnao fueron facilitadas á la Academia Historia, y sirvieron para la edicion de Madrid en . El prólogo de las primitivas hechas en Paris em-ı describiendo el estado del teatro español á media-lel siglo último; este emprende la relacion de sus viɩdes desde los primeros años del mismo, hasta cum-el primer cuarto del presente. Encierra por consi-ɩte un período muy dilatado, y período cabal; pues : entonces el teatro español, entre el influjo de las inas nuevamente acreditadas y las gloriosas reminis-as de los antiguos ejemplares, ha tomado una direc-enteramente distinta, adquiriendo un repertorio no-por su valor y asombroso por su abundancia. No es ɩmente una historia que pueda llamarse tal; pero es eña rápida y hecha con talento de una laboriosa re-ion literaria, que no llegó á consumarse hasta que ı poderoso apoyo intervino en ella el mismo que la ibe, consignando al mismo tiempo con claridad y pre-sus creencias dramáticas, autorizadas por los pro-riunfos. La historia está por hacer; pero aquí está el e ella, y además algunos materiales, todos aprove-:s. ¿Quién escribirá esta historia? Un grande inge-s la tiene prometida : don Juan Eugenio Hartzen-, que en sus apuntes insertos en la *Revista de España, ias y del estranjero* ha dicho que los presentaba solo como muestras y trabajos preparatorios de una obra mas circunstanciada y estensa que se propone componer cuando las circunstancias se lo permitan. En ello hará un bien inmenso á la literatura; pues hay una necesidad de conocer una época que ya pasó, y que por consiguiente puede ser juzgada con imparcialidad y en conjunto. El señor Hartzenbusch tiene razon. «Los autores que se han ocupado en »este asunto solo han hecho mencion de los poetas mas »principales de la época y de los ensayos mas felices que »se hicieron : con los nombres de Luzán, Montiano, Jove-»llanos, Iriarte, Cruz, los Moratines, Huerta, Ayala y Cien-»fuegos llenan toda la estension del siglo xvııı ; de los »demás autores coetáneos solo dicen lo que basta para »que nadie se atreva á leer ni aun los títulos de sus obras.» Es preciso ya conocerlas, sin la prevencion y animosidad de las escuelas militantes, ahora que pueden leerse impunemente sin temor de que sus estravíos arrastren la opinion é inficionen el buen gusto. Reconociendo la escasez de nuestros conocimientos en una materia especial sobre la que no hemos tenido lugar de hacer grandes estudios, hemos acudido á nuestro amigo, para que con los datos que á fuerza de laboriosidad tiene recogidos se sirviese ilustrar brevemente aquellos pasajes que á su juicio lo mereciesen. Nunca hemos pedido en vano los auxilios de este generoso literato, animado como nosotros del mas ardiente deseo de difundir y vulgarizar cuanto pueda contribuir á la rectificacion de las ideas y al esclarecimiento de puntos hasta aquí desdeñosamente examinados.

(2) Era entonces nuestro teatro lo mismo que habia sido

de refundirla, y conservando el fondo de la accion, la despojó de incidentes inútiles; dió al carácter principal mayor espresion, y toda la decencia que permitia el argumento, haciéndole mas agradable mediante la feliz pintura de costumbres nacionales con que le supo hermosear; y añadiendo a esto las prendas de locucion y armonía, conservó al teatro una comedia que siempre repugnará la sana crítica, y siempre sera celebrada del pueblo.

Deseoso de agradarle, escribió Zamora la primera y segunda parte de *el Espíritu foleto*, en que por la intervencion de un duende festivo y revoltoso, hacinó prodigios y trasformaciones, autorizando á los que despues, con menos gracia, inundaron el teatro de mágicos y diablos, que todavía le ocupan a despecho del sentido comun. En la comedia de *Don Domingo de don Blas* confundió Zamora grandes intereses de reyes y príncipes con afectos comunes y situaciones de indecorosa ridiculez. La figura cómica de don Domingo, bien imaginada y mal sostenida, hace reir no pocas veces; pero sus gracias mezcladas con intolerables descuidos no dan una idea favorable del buen gusto de aquel poeta. Mayor mérito se reconoce en la comedia de *el Hechizado por fuerza*, aunque no exenta de considerables imperfecciones. La accion está complicada con episodios inútiles, no verosímiles, y dirigidos únicamente á dilatar y entorpecer un mal desenlace. Unas veces habla don Claudio como un hombre de instruccion y talento, y otras como pudiera el mas estúpido; no es fácil entender si toma de veras ó de burlas lo que están haciendo con él, si efectivamente piensa que está hechizado, ó si trata solo de engañar á los que intentan persuadírselo. Las situaciones cómicas, que son muchas, degeneran en triviales algunas veces; el estilo, si no siempre es correcto, siempre es fácil y alegre; la diccion escelente, la versificacion sonora, el diálogo rápido, animado y lleno de chistes.

Zamora no hizo otra cosa mejor ni sus contemporáneos escribieron obra ninguna de mayor mérito. Murió acia el año de 1740; compuso hasta unas cuarenta comedias, y en las que existen impresas se echa de ver que siguiendo las huellas de sus predecesores, muchas veces rivalizó con ellos; pero desconociendo los preceptos del arte, cultivó la poesía escénica sin mejorarla, y la sostuvo como la encontró.

Don Pedro Scoti de Agoiz, coronista de los reinos de Castilla, compuso por entonces algunas comedias y zarzuelas, en las cuales, si merece aprecio la facilidad de su versificacion, no es de alabar la confianza con que se abandonó á la imitacion de originales defectuosos, acomodándose al gusto depravado de su tiempo.

Don Diego de Torres y Villarroel, catedrático de matemáticas y astronomía en la universidad de Salamanca, además de algunas zarzuelas de corto mérito, publicó una comedia intitulada *el Hospital en que cura amor de amor la locura*, fábula de dos acciones, personajes y estilo tabernario, ninguna perfeccion que disculpe sus muchos desatinos. Tuvo aquel poeta grande celebridad en su tiempo, y no sin causa, pues aunque no conoció el estilo elevado de nuestra lengua, supo desempeñar en sus obras prosáicas con gracia y facilidad los asuntos familiares y humildes; pero el corto paso que parece que hay de esta clase de escritos, al tono y espresion de la buena comedia, no supo darle. No fué bastante su talento á inventar una fábula regular; con todo el conocimiento que tenia de los vicios y ridiculeces comunes, no supo trazar un solo carácter, ni dar unidad ni interés á su obra; quiso enredarla, y la embrolló; quiso hacerla muy graciosa, y resultó chabacana y sucia. Con menos facilidad todavía ejercitó su pluma don Tomas de Añorbe y Corregel, capellán de las monjas de la Encarnacion de Madrid, en unas diez y ocho ó veinte comedias que dió á luz, en las cuales nada se encuentra que merezca elogio ni perdon. Si hay alguna de sus piezas que pueda citarse como la peor, es sin duda *el Paulino*, que el autor se atrevió á llamar tragedia, y de la cual hablaron Luzan y Montiano con el desprecio que merece. Aun suponiéndole ignorante de la lengua francesa, bien pudo haber visto el *Cinna* de Corneille, que habia traducido con inteligencia y publicó en el año de 1713 don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan (3). Allí hubiera po-

el último tercio de la larga vida de Calderon: una escuela donde al lado del maestro se habian formado discípulos inferiores á él; pero no faltos de mérito. Tres eran los que a manera de satélites reflejaban tibiamente su luz: Bances Candamo, Zamora y Cañizares; a mayor distancia que ellos se dejaba todavia percibir Melchor Fernandez de Leon; el resto, salva una sola escepcion, no merecia la honra de ser nombrado. Todos estos autores creian á pié juntillas el arte de hacer comedias de Lope de Vega; con arreglo á aquellos estatutos literarios escribian; con arreglo al gusto introducido por Lope y cimentado por Calderon los juzgaba el público, y a nadie se le ocurria que hubiese mas que aprender en la materia. En esta fe murió en 1704 don Francisco Bances; en esta vivian Cañizares, Zamora, Fernandez de Leon, Luis de Oviedo y otros veinte y tantos escritores que componian á la sazon el deslucido séquito de la Talía española. *(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)*

(3) Es de creer que el marqués de San Juan no destinó su traduccion al teatro, donde hubiera parecido escasa de movimiento: propúsose únicamente trasladar á nuestro idioma la obra de Corneille sin quitarle una tilde, y desempeñó su fin con bastante acierto, atendidas las dificultades que tuvo que vencer. No bien establecidas todavía por falta de uso las correspondencias mas elegantes entre las palabras de una y otra lengua, el deseo de no desperdiciar un solo concepto del original hizo que la traduccion resultase difusa, como que una tragedia de pocos lances vino a estenderse á mas de tres mil versos de diferentes medidas. En una misma escena se ven empleados varios metros y aun varios asonantes: libertad á que pocos se habian

dido á lo menos sospechar lo que es una tragedia; pero de nada sirven los ejemplos á quien no los quiere seguir.

Por entonces el ilustre benedictino Feijoo, animado del ardiente anhelo de ilustrar á su nacion disipando las tinieblas de ignorancia en que se hallaba envuelta, se atrevió á combatir en sus obras preocupaciones y errores absurdos. Es admirable el generoso teson con que llevó adelante la empresa de ser el desengañador del pueblo, á pesar de los que aseguran su privado interés en hacerlo estúpido. Con la publicacion de sus obras facilitaba el camino de un modo indirecto á los autores dramáticos para esponer en el teatro á la risa pública las prácticas supersticiosas, las opiniones funestas que habian autorizado la falsa filosofía, la equivocada política, la credulidad y la costumbre; pero no habia poetas capaces de seguirle ni de aprovecharse de las luces de su doctrina.

Los autores del estimable periódico intitulado *Diario de los literatos de España* examinaban con juiciosa crítica las obras que entonces se publicaban; sostenian los principios mas sólidos del raciocinio y del buen gusto, y trataban de encaminar acia la perfeccion, en cuanto les era posible, la literatura nacional. Su fatiga no fué muy larga, y hubieron de abandonar el empeño por falta de lectores y de agradecimiento público.

La Academia española, establecida á imitacion de la francesa con una organizacion igualmente defectuosa, vencida en gran parte aquella lentitud que es inherente á esta clase de cuerpos literarios, atendia con laudable celo á la formacion del Diccionario de nuestra lengua; pero no pudo por entonces dirigir sus tareas á otros objetos, ni contribuir á los progresos de la oratoria y la poesía; su influencia no pasó mas allá del salon en que celebraba sus juntas.

En las escuelas se enseñaban á la luz de la antorcha de Aristóteles, teología, cánones, leyes y medicina, sin el auxilio de la filosofía, sin el de la historia, sin el de la política, sin el de las matemáticas, sin el de la física, sin el de la erudicion, sin el de las lenguas doctas, sin el de las letras humanas. Nada de esto se sabia, porque nadie lo podia enseñar, y nadie solicitaba aprenderlo. *Todas las cátedras de las universidades* (dice Torres) *estaban vacantes, y se padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura geométrica se miraba en este tiempo como las brujerías y las tentaciones de san Anton, y en cada círculo se les antojaba una caldera donde hervian á borbollones los pactos y los comercios con el demonio... Pedí á la universidad la sustitucion de la cátedra de matemáticas, que estuvo sin maestro treinta años, y sin enseñanza mas de ciento y cincuenta.* Si esto sucedia en el mas célebre de nuestros gimnasios, ¿cuál debia ser el estado de las buenas letras, el gusto crítico, la amenidad y correccion de nuestra poesía, la cultura de nuestra escena miserable?

Don Ignacio de Luzán, hijo de una ilustre familia de Aragon, educado en Italia, discípulo de los mas acreditados profesores que florecian en ella, adquirió con el estudio, el trato y el ejemplo, conocimientos científicos y literarios que en España no hubiera podido adquirir. Este erudito humanista dió á luz en Zaragoza en el año de 1737 una poética, la mejor que tenemos. Celebrada de los muy pocos que quisieron leerla, y se hallaban capaces de conocer su mérito, no fué estimada del vulgo de los escritores, ni produjo por entonces desengaño ni correccion entre los que seguian desatinados la carrera dramática (4).

El ministerio, ocupado esclusivamente en buscar dinero para sostener la sangrienta guerra de Italia, no podia aplicar su atencion ni estender sus liberalidades en beneficio del teatro.

creido autorizados, y que pocos se tomaron después. El lenguaje no carece de elevacion y brio, salva alguna oscuridad é incorreccion. Esta novedad no ejerció grande influencia en el espíritu literario; sin embargo, la traduccion no dejaria de ser leida, puesto que se reimprimió en 1731. Así principió la revolucion que, seguida lenta y constantemente por espacio casi de un siglo, dió por resultado un corto número de obras exentas de los defectos de nuestro teatro antiguo, pero privadas tambien de sus grandes bellezas. *(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)*

(4) Sea cual fuere el aspecto bajo el cual se considere la historia de la literatura de España, al llegar á este período es imposible prescindir de la poderosa influencia de la escuela clásica, que junto con la dinastía, las modas y las costumbres, nos trajeron los franceses desde principios del siglo. No fueron desconocidos á nuestros ingenios los preceptos de la antigüedad. Los que mas se apartaron de ellos y dieron los primeros ejemplos de desobediencia, Juan de la Cueva y Lope de Vega Carpio, mostraron bien, el uno en su *Ejemplar poético* y el otro en su *Arte nuevo de hacer comedias*, hallarse bien enterados de las reglas dramáticas, que muy á sabiendas violaron, ya sea que las encontrasen sobrado estrechas para el ímpetu de su osada fantasía, ya que seducidos por el aura popular creyesen que la diversidad del gusto era condicion inherente de la sociedad en que vivian. Si observamos los pasos del ingenio español en diversas épocas, hallaremos que hay algo de verdad en ese indócil espíritu de independencia y odio á toda traba, de que, tomándolo en mala parte, se nos acusa comunmente. Convendremos hasta cierto punto en este hecho, con tal que no se achaque á ignorancia lo que es mas bien esceso de gallardía. Nuestros autores han dado repetidos testimonios de la ventaja que nos han llevado los estranjeros en cuanto á la observancia de las reglas. A este propósito decia ya á mediados del siglo XV nuestro marqués de Santillana: «los itálicos prefiero yo, so enmienda » de quien mas sabrá, á los franceses, solamente ca las sus » obras se muestran de mas altos ingenios, é adórnanlas é » compónenlas de fermosas é peregrinas historias; é á los » franceses de los itálicos *en guardar el arte* (a).» Siglo y medio después decia Cervantes: «los estranjeros, que » con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia

(a) Proemio al Condestable de Portugal.

Las flotas no salian de los puertos de América; lo que producian las contribuciones todo se consumia en formar ejércitos y conducirlos á la pelea; la administracion interior se desatendia; los sueldos de los innumerables empleados no se pagaban; los magistrados de las cámaras de Castilla é Indias, después de haber vivido en la escasez y aun en la miseria, se enterraban de limosna en Recoletos. El pueblo era el único protector de los teatros; el premio que obtenian los poetas, los actores y los músicos, se cobraba en cuartos á la puerta; no es mucho que unos y otros procurasen agradar esclusivamente á quien los pagaba, y hablarle en necio para asegurar sus aplausos.

Eran los teatros unos grandes corrales á cielo abierto, con tres corredores al rededor, divididos con tablas en corta distancia que formaban los aposentos: uno muy grande y de mucho fondo enfrente de la escena, en el cual se acomodaban las mujeres; debajo de los corredores habia unas gradas; en el piso del corral hileras de bancos, y detrás de ellos un espacio considerable para los que veian la funcion de pié, que eran los que propiamente se llamaban mosqueteros. Cuando empezaba a llover, corrian á la parte alta un gran toldo; si continuaba la lluvia, los espectadores procuraban acogerse á la parte de las gradas debajo de los corredores; pero si el concurso era grande, mucha parte de él tenia que salirse, ó tal vez se acababa el espectáculo antes de tiempo. La escena se componia de cortinas de indiana ó de damascos antiguos: única decoracion de las comedias de capa y espada. En nuestra niñez hemos oido recordar con entusiasmo á los viejos *aquel romper de cortinas de Nicolas de la Calle*. En las comedias que llamaban de teatro ponian bastidores, bambalinas y telones pintados, segun la pieza lo requeria, y entonces se pagaba mas á la puerta. Como la comedia se empezaba á las tres de la tarde en invierno, y á las cuatro en verano, ni habia iluminacion, ni se necesitaba.

El primer teatro que adquirió una forma regular fué el de los Caños del Peral, en donde muy a principios del siglo se hicieron algunas óperas y después comedias italianas por una compañía que llamaron de los Trufaldines. El marqués don Aníbal Scoti, mayordomo mayor de la reina doña Isabel Farnesio, hizo varias obras de consideracion en aquel teatro por los años de 1738, dándole mayor comodidad y ornato, y en él continuaron los italianos por algun tiempo haciendo sus farsas de representacion y de música. Este ejemplo estimuló á la autoridad á construir de nuevo dos teatros en el sitio de los dos corrales, que por espacio de

»nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo los absur- »dos y disparates de las que hacemos (*b*).» Lo mismo decia de sí mismo Lope de Vega:

. . . contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia (*c*).

Francisco Cascales por los mismos años se espresaba de esta manera: «los poetas estranjeros, digo, los que son »de algun nombre, estudian el arte poética, y saben por ella »los preceptos y observaciones que se guardan en la épica, »en la trágica, en la cómica, en la lírica y en otras poesías »menores. Y de aquí vienen á no errar ellos, y á conocer »fácilmente nuestras faltas (*d*).» Esto se decia en la edad mas brillante de las letras españolas, cuando todavía no eran conocidas las grandes obras que elevaron el teatro francés a una altura que no tiene ejemplo.

Mientras nuestra literatura dramática, libre de toda imitacion de lo antiguo y de lo estranjero, seguia entre el aplauso popular desde el último tercio del siglo XVI una carrera propia, característica, nacional, se verificaba en Francia un fenómeno, y se resolvia una gran cuestion. Allí autores de gran capacidad, así en lo cómico como en lo trágico, reproducian las formas griegas, amoldando á ellas asuntos de todas clases y de todas épocas, sagrados y profanos, serios y burlescos, públicos y familiares. Los espectadores aplaudian, los críticos juzgaban y eran exigentes en todo lo que tocaba á la severa aplicacion de las reglas, parte fundadas, parte convencionales, que nos habian dejado Aristóteles y Horacio. Luego estas formas no llegaban a encadenar el ingenio hasta el punto de quitarle la accion; luego no eran tan incompatibles con las costumbres como los nuestros habian supuesto. Naturalmente y sin esfuerzo alguno el resplandor del siglo de Luis XIV debia difundirse por las naciones que se hallaban mas en contacto con su monarquía, y mucho mas por España desde que vino á reinar en ella un príncipe francés con gran séquito de franceses. ¿Cómo pues tardó tanto en acreditarse entre el pueblo y en inocularse entre los escritores esta doctrina, que contaba con tantos elementos? Las turbaciones de aquella época no dan razon suficiente: habia otra causa que es menester decir.

El ingenio español se hallaba estinguido casi totalmente. Largos años de opresion habian destemplado las inteligencias, que perdida su antigua energía, ni reproducian las ideas de tiempos mejores, ni estaban dispuestas a recibir otras nuevas. En vano algunos literatos quisieron difundirlas en escritos que no pasaron de la mediocridad, hasta que Luzán las espuso con gusto y filosofía. El vulgo las juzgaba como novedades peligrosas, y acusaba de afrancesamiento á sus autores. Siempre ha sucedido y sucederá lo mismo: en todas las artes, tanto la reforma como la corrupcion no lograrán prosélitos, si un genio estraordinario no se pone á la cabeza del movimiento. La superioridad de Garcilaso sobre sus contemporáneos determinó la adopcion de las maneras italianas en la poesía castellana, a despique de la brava oposicion de Castillejo á los petrarquistas; el talento de Góngora acreditó el culteranismo, inficionando con él á sus mismos émulos. Nadie era capaz de presentar en el género de los dramáticos franceses modelos dignos de aprecio é imitacion, hasta que al cabo de largo tiempo, al declinar el siglo, en pos de algunos precursores sobrado débiles, apareció este hombre, que fijó el gusto de su época. Tal fué la causa del notable retardo que se observa en la aplicacion á la escena española del sistema entonces universalmente reconocido como el único legítimo y aceptable. Así se dilató por tanto tiempo una lucha, en la cual mas que el arte contra el ingenio combatia el prosaismo contra la ampulosidad.

(*b*) Don Quijote, parte 1.ª, cap. 48.
(*c*) Arte nuevo de hacer comedias.
(*d*) Tablas poéticas — 5.

siglo y medio habian sido indecente asilo de las musas españolas. El de la Cruz (alterando en algo los planes que dejó hechos don Felipe Jubarra) se concluyó en el año de 1743; y el del Príncipe, dirigido por don Juan Bautista Sachetti (de quien era entonces delineador don Ventura Rodriguez) quedó acabado en el año de 1745, y se estrenó con la zarzuela intitulada *el Rapto de Ganimedes*.

Esta plausible novedad, que dió á la corte unos teatros regulares y cómodos, nada influyó en todo lo demás relativo á ellos: siguieron las cortinas, y el gorro y la cerilla del apuntador, que vagaba por detrás de una parte á otra; siguió el alcalde de corte presidiendo el espectáculo sentado en el proscenio, con un escribano y dos alguaciles detrás; siguió la miserable orquesta, que se componia de cinco violines y un contrabajo; siguió la salida de un músico viejo tocando la guitarra cuando las partes de por medio debian cantar en la escena algunas coplas, llamadas *princesas* en lenguaje cómico. La propiedad de los trajes correspondia á todo lo demás: baste decir que Semíramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glasé, vuelos angelicales, paletina de nudos, escusalí, tontillo y zapatos de tacon; Julio César con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadin de concha y su corbata guarnecida de encajes. Aristóteles (como eclesiástico) sacaba su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y baston de muletilla (5).

Con estos avíos se representaban las comedias antiguas y las que diariamente se componian de nuevo. El número de poetas crecia en proporcion de la facilidad que hallaban para escribir, habiendo reducido á dos axiomas toda su poética: 1.° que las obras de teatro solo piden ingenio; 2.° que las reglas observadas por los estranjeros no eran admisibles en la escena española.

Autorizado con estas libertades, compuso algunas comedias don Eugenio Gerardo Lobo, capitán de guardias españolas, que habiendo servido en las guerras de Portugal é Italia, se hizo estimable por su inteligencia y su valor, y llegó á obtener distinguidos honores en la milicia. Fácil y gracioso versificador en el género burlesco; hinchado, oscuro y retumbante en el sublime, y en uno y otro conceptista sutil, equivoquista y amigo de retruécanos miserables. Solo hay de él dos comedias impresas: la que intituló *El mas justo rey de Grecia*, estriba en un vaticinio de Apolo que puntualmente se verifica. A veces quiere imitar la de *el Esclavo en grillos de oro;* pero tenia menos talento que Candamo, y quedó muy inferior á su original: el gracioso, llamado *Veleta*, es de lo menos gracioso que puede verse. En cuanto á historia y costumbres, mil desaciertos, ningun asomo de regularidad dramática. Algunos pasajes están escritos con bastante facilidad y decoro, otros desaliñados, otros de estilo enigmático y gigantesco. La de *los Mártires de Toledo y tejedor Palomeque* no es mejor. Cuchilladas, devocion, resistencias á la justicia, celos, apartes, escondites, salir y entrar sin saber á qué, requiebros, locuras, chocarrerías, bravatas, naufragio, martirio, bautismo ridículo. La escena es en Toledo, en Málaga y en Arjel. El estilo desigual, nunca oportuno, á veces energúmeno, á veces ratero y chabacano.

Un sastre llamado don Juan Salvo y Vela, eligiendo el camino mas breve de agradar al patio mediante el auxilio de los contrapesos y las garruchas, publicó la comedia de *el Mágico de Salerno Pedro Vayalarde*, y tanto aplauso tuvo, y tanto le solicitaron los cómicos y los apasionados, que dió libre curso á la vena poética; y en otras cuatro comedias que escribió con el mismo titulo, amontonó cuantos disparates le pidieron y algunos mas. Compuso después un auto y varias comedias de santos, todo por el mismo gusto, adquiriendo general estimacion entre las mujeres, los beatos y los muchachos.

Don Francisco Scoti de Agoiz, caballerizo de campo de S. M., heredó de su padre (de quien se ha hecho mencion anteriormente) la inclinacion á la poesía dramática, y compuso algunas comedias que se representaron en los teatros públicos; pero en nada contribuyó á mejorarlos: tales son las que se conservan impresas, que aun son inferiores á las de su padre.

Entre estos autores de inferior mérito sobresalia don José de Cañizares, infatigable escri-

(5) Aquí es necesario advertir que semejantes impropiedades no eran esclusivas de la escena española: lo mismo sucedia en los teatros estranjeros; y para convencerse de ello no hay mas que tener á la vista muchas láminas francesas é inglesas que dan de ello el mas evidente testimonio. Esto duró hasta muy avanzado el siglo: á mediados de él el tontillo, las chinelas de alto tacon, los tocados con polvos eran tambien en Francia los atavíos de las matronas griegas y romanas, y de las ninfas, cuando Mlle. Clairon tuvo el heroismo de querer ser buena actriz presentándose al público sin el traje riguroso prescrito por las ordenanzas de la moda, mientras Lekain suprimia los sombreros con plumas que cubrian antes la cabeza de Edipo, de Herodes y de Julio César. Pero á pesar de esta reforma, subsistian otros anacronismos, que no acabaron de desterrarse hasta que en 1791 Talma introdujo en las tablas los estudios que David estaba haciendo sobre el lienzo.—Así es que el atraso notado por Moratin era entonces general en los teatros de Europa, aun donde el drama habia hecho progresos en otro sentido.

tor de comedias, que supo imitar en las suyas, si no todos los aciertos, toda la irregularidad de las antiguas. No tuvo talento inventor; pero llegó á suplir esta falta con una particular habilidad que manifestó para saber introducir en sus fábulas cuanto habia leido en las otras: este fué su mayor estudio. Apenas se hallará en sus comedias una situacion de algun interes, sin que fácilmente pueda indicarse el autor de quien la tomó. A esto añadió de su parte un diálogo animado y rápido, un buen lenguaje y un estilo en los asuntos heróicos crespo, metafórico y altisonante, y en los comunes y domésticos festivo, epigramático, chisposo, si así puede decirse. En los versos cortos tuvo mucha facilidad, pero en los endecasílabos era tan desgraciado, que mereció la censura de Jorge Pitillas, cuando los llamó *ramplones y malditos*. En los últimos años de Carlos II ya escribia para el teatro. Fué después fiscal de comedias (que este nombre se daba entonces al encargo de censor), y existen aprobaciones suyas desde el año de 1702 hasta el de 1747. Durante la guerra de sucesion fué capitan de caballería, y retirándose del servicio, el duque de Osuna su protector le colocó en la contaduría de su casa. Aun existe la que habitaba en la calle de las Veneras, y en ella murió de avanzada edad, poco antes del año de 1750.

Corren impresas unas ochenta comedias suyas, y como no todas las que escribió se imprimieron, puede inferirse que el número de ellas fué muy considerable. Compuso zarzuelas, comedias de figuron, de enredo amoroso, historiales, mitológicas, de santos, de valentías, de magia; no hubo argumento que él no aplicase al teatro. Si se consideran únicamente aquellas en que mas se acercó á la buena comedia, no es posible disimular que en las de figuron escedió los límites de lo verosímil, recargó los caracteres, mezcló muchas gracias y situaciones verdaderamente cómicas con infinitas chocarrerías, y á cada paso adoptó los recursos de una farsa grosera. En las que se propuso por objeto una pasion amorosa, valiéndose de anécdotas y personajes históricos (como en las de *el Rey Enrique el Enfermo; Si una vez llega á querer, la mas firme es la mujer; el Picarillo en España*, y otras de este género), la composicion de la fábula no es intrincada ni fatigosa; y con la mucha práctica y facilidad que tenia el autor para los versos octosílabos, introdujo escenas de estilo florido y conceptuoso, no distante de los originales que imitaba, y siempre agradable á la multitud que oye y no examina.

Cañizares tuvo presentes las mejores piezas francesas é italianas que se habian publicado en su tiempo; pero no conoció su mérito, y precisamente las imitaciones que hizo de ellas son lo peor de cuanto escribió para el teatro. Véase *el Sacrificio de Ifigenia*, y se hallará un embrollo desatinado, compuesto de triquiñuelas de amor, estocadas, soliloquios, batallas campales, diálogos simétricos, baladronadas caballerescas, consejos de guerra, templo y aras, y la diosa Diana que baja cantando en una nubecita para dar fin á tanto delirio. Estilo gigantesco, atestado de metáforas y de imágenes monstruosas é inconexas. Agamenon dice *que el monte dividido en dos puntas da al mar abrazos de arena*, y que la armada surta en el puerto es una *ciudad permanente de peñas sobre cimientos de espuma y cristal*; y entre estas bocanadas heróicas alternan á cada paso con donaire de callejuela *Lola*, criada de Ifigenia, y *Pellejo*, lacayo de Aquiles. Esta comedia la hizo Cañizares (como él mismo advierte) *para mostrar las comedias segun el estilo francés* (6). Tambien se atrevió á competir con Metastasio en la comedia intitulada *No hay con la patria venganza, y Temístocles en Persia*. Allí hay majestades y altezas, y se habla del niño de la rollona, de los diablos, de los serafines y de los ciegos que venden jácaras. Allí hay un insufrible gracioso llamado *Tulipán*, y un hijo de Temístocles que canta seguidillas: este y las damas, y el infante Darico, celebran una academia ó certámen poético, y cada cual de los concurrentes responde cantando á las cuestiones delicadas que se proponen unos á otros. Allí hay además un concierto vocal é instrumental, con unas coplillas en que la rosa habla con el clavel de parte de la siempreviva, y el clavel responde. En otra escena el rey llama á un vaso de vino con veneno *denodado bruto y púrpura confeccionada*. Todo esto prueba demasiado que el buen Cañizares escribia sin conocimiento de los preceptos poéticos: su abundante vena le adquirió por espacio de medio siglo una celebridad popu-

(6) En esta primera imitacion del teatro francés, que se hizo en España en el siglo pasado, se tomó tan poco del original, que apenas pudo conocerse la diferencia entre la obra imitada y las que se escribian segun el sistema reinante desde Lope. Por la obra de Cañizares no podia adivinarse lo que era una tragedia clásica; la innovacion que hizo estaba reducida á lo siguiente: menos enredo en la fábula, menos versos y mas actos. Esto no bastaba para introducir acá el gusto francés. A pesar de todo, la Ifigenia de Cañizares tiene un mérito relativo. Racine, poeta trágico de primer órden, imitando, traduciendo, copiando á cada paso á Eurípides, porque su público se lo permitia, dió á luz una obra maestra. Cañizares, poeta cómico de segunda línea, precisado á apartarse de Racine, porque el gusto clásico no era el nuestro, produjo sin embargo una obra en que hay caracteres, interés, y aun grandeza; por lo cual se ha sostenido brillantemente en la escena hasta principios de nuestro siglo; hacer esto no es poco. Lo bueno ó mediano que hay en la comedia es de Cañizares, es nuestro; mucho, muchísimo de lo bueno que tiene la tragedia de Racine pertenece esclusivamente al ingenio de Eurípides. Aunque no se sabe de positivo el año en que Cañizares haria este trabajo, es fijo que antes del año de 1716 estaba ya publicado.

(*Nota de don J. E. Hartzenbusch.*)

ar de aquellas que duran en la tiniebla del error, y que luego se disminuyen ó desaparecen á la luz de mejores doctrinas (7).

Fernando VI, muerto su padre, ocupó el trono en el año de 1746. La accion mas gloriosa de su reinado fué la de apresurarse á firmar la paz, después de tan sangrientas é inútiles guerras. Su complexion flemática, su delicada sensibilidad, su instruccion no vulgar, la dura sujecion en que habia vivido siendo príncipe, todo le estimulaba á procurarse desahogos no conocidos, entregándose á las suaves inclinaciones que por tanto tiempo habia tenido que reprimir. María Bárbara de Portugal, su esposa, congeniaba en gran manera con él : celosa del decoro de la majestad, liberal, magnífica, inteligente en las bellas artes, profesora eminente en la música, apreciaba el mérito de los que dedicaban su estudio á cultivarlas. Se hallaban sin hijos, sin esperanza probable de tenerlos, y por consiguiente bien distantes uno y otro de toda idea de ambicion; solo se prometian en su reinado abundancia y felicidad. Las flotas detenidas en la América debian enriquecer prontamente el erario; podian repararse muchos males con una administracion regular, y era de creer que libre ya la nacion de las calamidades que habia sufrido, la corte adquiriria nuevo esplendor, dando lugar á los placeres que proporcionan la riqueza y el buen gusto en el ocio halagüeño de la paz; y así sucedió.

Cuando la reina madre doña Isabel Farnesio se trasladó desde el palacio de Buen Retiro á una casa particular junto á la plazuela de Afligidos, y después al real sitio de San Ildefonso, deseó que continuara sirviéndola entre los cantores de su cámara Carlos Broschi, llamado Farinello, que algunos años antes habia hecho venir de Lóndres para distraer con su voz suavísima la profunda melancolía de Felipe V; pero la reina Bárbara no quiso permitirlo, y Farinello se quedó en la corte con el título de criado familiar de S. M.

Farinello (dice Riccoboni en sus Reflexiones históricas) *es el último y el mas jóven de los músicos italianos de gran reputacion. Canta por el gusto de Faustina; pero segun la opinion de los inteligentes, no solo es muy superior á ella, sino que ha llegado al último grado de la perfeccion. En el año de 1734 fué llamado á Lóndres, en donde cantó tres inviernos con general aplauso; vino á Paris en el año de 1736, y después de haber lucido su habilidad en las casas mas distinguidas, adonde le llamaron favoreciéndole como merece, tuvo el honor de cantar en el cuarto de la reina, y en aquella ocasion le aplaudió el rey con tales espresiones, que toda la corte quedó maravillada. Cuantos le han oido le admiran, y es general la opinion de que Italia no ha producido nunca (y tal vez no producirá en adelante) músico tan perfecto. Actualmente se halla en España, destinado á cantar en el cuarto del rey y de la reina. Aquel monarca, mediante sus liberalidades y las gruesas pensiones que le ha señalado, ha hecho la fortuna del señor Broschi, el cual por su parte ha sabido merecerla, no menos en atencion á su habilidad sobresaliente, que á la de sus méritos personales.*

Era de presencia sumamente agraciada, como mostraba un retrato suyo pintado por Amiconi, que poseia don José Marquina, corregidor de Madrid : estimable cuadro, que en la noche del 19 de marzo del año 1808 pereció en las llamas al furor popular. Acostumbrado al estudio de las actitudes nobles del teatro, y á la frecuente conversacion de personas bien educadas, daba á sus palabras y movimientos el tono, la elegancia y el decoro que tanto interesan en el trato social. Su modestia era admirable : ni el distinguido favor de los reyes, ni los obsequios de los mas ilustres personajes de la corte, que solian asistir á su antesala y solicitar con empeño las menores señales de su amistad, fueron bastantes á ensoberbecerle. A cada paso les recordaba él mismo su orígen humilde, su profesion escénica, y solo convenia en que por uno de los caprichos de la fortuna se habia visto trasladado, sin mérito suyo, de las tablas de un teatro público á los piés de un monarca empeñado en favorecerle. Así con-

(7) Habiéndose representado por primera vez la ópera de Temístocles de Metastasio en la corte de Viena el año de 1736, la imitacion que de ella hizo Cañizares hubo de ser posterior, por lo menos de veinte años, á su primer ensayo sobre la tragedia clásica, y aun pudo ser mas considerable la distancia, supuesto que nuestro autor vivió hasta el año de 1750. Sea como fuere, por lo que dice Moratin se puede ver que poco habian adelantado sus creencias en la nueva escuela. Así es que aumentó el número de los personajes, los presentó con costumbres españolas, no prescindió de la obligada intervencion de los graciosos, amplificó el argumento y sus incidencias, y varió las circunstancias del desenlace. Con todas estas alteraciones, la imitacion resultó muy libre, pero no se apartó tanto del modelo que se proponia, como lo habia hecho en su anterior imitacion de la Ifigenia. De la comparacion entre el original y la copia resulta Cañizares muy inferior á Metastasio, aunque no tanto como con respecto á Racine; la razon es muy sencilla : pues la obra del lírico italiano no es tan bella, tan acabada, tan inmediata á la perfeccion como la del trágico francés. Tiene Cañizares algunas escenas bien desempeñadas, algun carácter bien sostenido, lenguaje á veces enérgico, pero no muy puro, versificacion escabrosa. La censura de Moratin sobre la introduccion de coplas cantadas puede muy bien justificarse hasta cierto punto. Metastasio quiso hacer una ópera, Cañizares quiso hacer una zarzuela; si en esto hay defecto, mas debe atribuirse al género que al autor. Tocante á la espresion que se tilda de *denodado bruto y púrpura confeccionada*, estoy en la creencia de que el testo está viciado en la impresion. Creo haberle restituido á su verdadera lectura en mis apuntes para la historia del teatro moderno español, artículo III, inserto en la *Revista de España, de Indias y del estranjero*, diciembre de 1845.

(Nota de don J. E. Hartzenbusch.)

fundia la torpe adulacion de los muchos que le fatigaban solicitando su mediacion y su amistad. Pudo influir eficazmente en los destinos de la monarquía, y jamás quiso tomar parte, ni aun remota, en los asuntos del gobierno. Los ministros, ansiosos de complacerle, anhelaban conocer sus deseos, y no pudieron lograrlo; ni quiso empleos, ni influyó en las resoluciones, ni elevó ni persiguió á nadie; tenia parientes en Italia, y á ninguno de ellos permitió que se presentase en Madrid. La historia no ofrece ejemplo de una privanza acompañada de tanta moderacion.

A este hombre estraordinario se encargó la direccion del teatro del Buen Retiro, para que se hicieran en él óperas italianas, igualmente que todo lo relativo á las serenatas que se cantaban por el verano en Aranjuez, los embarcos nocturnos en la escuadra del Tajo, las iluminaciones, fuegos de artificio y demás festejos durante la jornada; en suma, todas las diversiones del palacio se fiaron á su inteligencia y á su buen gusto. Broschi supo desempeñar todos estos encargos, si no con economía, con admirable acierto.

Trajo á Madrid los mas escelentes profesores de música vocal é instrumental, maquinistas y pintores de escena, y adornó las representaciones con magnificencia suntuosa. Cuando se hacian algunas en el salon llamado *de los Reinos*, cubrian el piso esquisitas alfombras, las paredes colgaduras de tisú de oro, espejos, tallas y pinturas, entre las cuales se colocaban estatuas; la iluminacion correspondia á todo lo demas; los músicos de la orquesta tenian uniformes de grana con galon de plata. En una ópera cantada en el teatro se presentó una decoracion toda de cristal; en otra ocasion se iluminó la sala del concurso con doscientas arañas; en la ópera de *Armida placata* se vió un sitio delicioso con ocho fuentes de agua natural, y una entre ellas con un surtidor que subia á sesenta piés de altura, sonando entre los árboles el canto de una multitud de pájaros, imitado con la mayor inteligencia. La riqueza de los trajes, muebles y utensilios del teatro, las comparsas (que á veces se componian de cincuenta mujeres y doscientos hombres), la vista de los ejércitos con numerosa caballería, elefantes, carros, máquinas de guerra, armas, insignias, música militar, los fuegos artificiales que se veian al acabarse el espectáculo mas allá de la escena (cerrándose la boca del teatro, para que el humo no ofendiese, con dos correderas compuestas de los mayores cristales de la fábrica de San Ildefonso), todo era digno de un gran monarca que disipaba en esta diversion la opulencia de sus tesoros.

Los poetas que escribieron las óperas, serenatas é intermedios desde el año 1747 hasta el de 1758, fueron el abate Pico de la Mirandola, Pedro Metastasio, Migliavacca, José Bonechi y Pablo Rolli. Las piezas que se cantaron en el Retiro y en Aranjuez fueron estas. Operas: *La Clemenza di Tito*, *Angelica e Medoro*, *Il Vellocino d'oro*, *Polifemo e Galatea*, *Artasserse*, *Armida placata*, *Demofoonte*, *Demetrio*, *Didone abbandonata*, *Siroe*, *Niteti*, *il Re pastore*, *Adriano in Siria*. Serenatas: *L'Asilo d'Amore*, *La Festa chinese*, *La Nascita di Giove*, *L'Isola disabitata*, *Le Mode*, *La Ninfa smarrita*. Intermedios: *Il Cavalier Bertoldo*, *La Burla da vero*, *La Statua*, *Il Giuocatore*, *L'Ucellatrice*, *Il Cuoco*, *Don Trastullo*, *Il Conte Tulipano*.

Por esta rápida enumeracion se echará de ver que aquellos brillantes espectáculos, dirigidos por un italiano y desempeñados por italianos, poco ó ningun influjo pudieron tener en el adelantamiento de los teatros españoles. Entre los músicos de la orquesta, solo don Luis Mison y otros dos ó tres instrumentos no eran estranjeros; entre los que cantaron solo hubo una actriz española; los artífices empleados en la pintura de las decoraciones, en la invencion y direccion de las máquinas, vinieron de Italia tambien. Se mandó que todas las piezas se imprimieran traducidas en castellano para distribuirlas á los concurrentes en la primera noche de su ejecucion. Se abrió el teatro con la ópera de *la Clemenza di Tito*; encargóse á don Ignacio de Luzán la traduccion de ella, y la hizo, aunque en muy pocas horas, con el acierto que era de esperar; las que se imprimieron después las tradujo un médico italiano llamado don Orlando Boncuore, que ni se avergonzó de suceder á Luzán en aquel encargo, ni tuvo escrúpulo de hacerse escritor en una lengua que no sabia. Sus traducciones pueden considerarse como otros tantos modelos de estravagancia y ridiculez.

En tanto pues que se admiraban reunidos en el Retiro todos los primores de la música, de la poesía, de la perspectiva, del aparato y pompa teatral, la escena española, miserable y abandonada de la corte, se sostenia con entusiasmo del vulgo en manos de ignorantes cómicos y de ineptísimos poetas. De nada sirvió el haberse dado al corregidor de Madrid el título de protector de los teatros, con el encargo de la formacion de compañías y el gobierno de ellas: la depravacion de nuestra dramática pedia de parte de la suprema autoridad providencias mas directas y mas eficaces.

El pueblo que tan estragado gusto manifestaba, se hubiera engañado mucho menos en sus juicios, si no se hubiese dejado sojuzgar por la opinion de ciertos caudillos que por entonces le dirigian, tiranizando las opiniones y distribuyendo como querian los silbidos, las palmadas y los alborotos. Los apasionados de la compañía del Príncipe se llamaban *Chorizos*, y llevaban en el sombrero una cinta de color de oro; los de la compañía de la Cruz *Polacos*, con cinta en el sombrero de azul celeste; los que frecuentaban el teatro de los Caños tomaron el nom-

bre de *Panduros*. Habia un fraile trinitario descalzo, llamado el P. Polaco (8), jefe de la parcialidad á que dió nombre, atolondrado é infatigable voceador, que adquirió entre los mosqueteros opinion de muy inteligente en materia de comedias y comediantes. Corria de una parte á otra del teatro animando á los suyos para que dada la señal de ataque, interrumpiesen con alaridos, chiflidos y estrépito cualquiera pieza que se estrenase en el teatro de los Chorizos, si por desgracia no habian solicitado de antemano su aprobacion, al mismo tiempo que sostenia con exagerados aplausos cuantos disparates representaba la compañía polaca, de quien era frenético panegirista. Otro fraile francisco llamado el P. Marco Ocaña, ciego apasionado de las dos compañías, hombre de buen ingenio, de pocas letras, y de conducta menos conforme de lo que debiera ser á la austeridad de su profesion, se presentaba disfrazado de seglar en el primer asiento de la barandilla inmediato á las tablas, y desde allí solia llamar la atencion del público con los chistes que dirigia á los actores y á las actrices; les hacia reir, les tiraba grajea, y les remedaba en los pasajes mas patéticos. El concurso, de quien era bien conocido, atendia embelesado á sus gestos y ademanes, y el patio cubierto de sombreros chambergos (que parecian una *testudo* romana) palmoteaba sus escurrilidades é indecencias.

Entre este desórden y barahunda seguian representándose las comedias que daban á luz los pocos y mal cultivados ingenios, que muerto ya Cañizares, querian ser sus imitadores, y no acertaban á conseguirlo. Tales fueron don Manuel de Iparraguirre, don José de Ibañez y García, don José de Lobera y Mendieta, autor, entre otras, de una comedia intitulada *La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la venerable órden tercera de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo ;* don Antonio Frumento, Marcos de Castro, Vicente Guerrero, uno y otro cómicos ; el P. Juan de la Concepcion, Manuel Guerrero (cómico tambien y además canonista y teólogo), don Manuel Daniel Delgado, don Antonio Camacho y Martinez, y otros de la misma escuela. Don José Julian de Castro, poeta de ciegos, no desprovisto de gracia y facilidad para sus romancillos y jácaras, dió al teatro la comedia intitulada *Mas vale tarde que nunca*, en la cual hay privado perseguido, trueque de puñales, batida general, con aquello de *á la cumbre, á la espesura, al monte, al valle, á la selva;* preso que se lamenta de su desgracia glosando coplas; lacayo entremetido, equivoquista y sucio; pasito de cárcel entre el leal y el traidor, y el rey que los escucha desde un rincon. Cuantos desaciertos se hallan esparcidos en las comedias de aquel tiempo, otros tantos se hallarán hacinados en esta.

Don Blas de Nasarre en el año de 1749 (9) habia recomendado, en el prólogo que puso á las

(8) La Academia de la Historia anotó este pasaje, felicitándose por la mejora de costumbres que desde la época á que el autor se refiere habia cundido en las órdenes religiosas, cuyos individuos guardaban ya mas el decoro de sus respectivos institutos. Don Vicente Garcia de la Huerta en el prólogo de su Teatro español, impreso en 1785, espresó que callaba por justas razones el orígen que no ignoraba del nombre de *Polacos;* pero contó el lance que habia dado lugar á la denominacion de *Chorizos*. «Francisco Rubert, por otro nombre Francho, fué la causa del apellido de *Chorizos* que se dió en el año de 1742 á los individuos de la compañía de que era entonces autor Manuel Palomino, con motivo de ciertos chorizos que comia en un entremés; y habiéndose hallado una tarde sin ellos, hizo tales y tan graciosas esclamaciones contra el encargado de llevar los chorizos, que era el guardaropa de la compañía, y movió tanto la risa de los espectadores, que desde entonces se llamó de los *Chorizos*.»

(9) Las ediciones anteriores dicen *en el año de* 1743: es errata. En 1749 fué cuando el bibliotecario don Blas de Nasarre, con motivo de publicar las comedias de Cervantes segun la edicion de 1615, las acompañó con un prólogo en que, segun dice el autor, recomendó las mas conocidas reglas del arte dramático: pero á vuelta de sus eruditas reflexiones amontonó tantos errores, que el mismo Moratin tuvo que articularlos en una larga enumeracion en su nota 69 á la presente obra (pág. 176). Hasta entonces no se habian enzarzado en polémica formal los partidarios de una y otra escuela; y es sumamente curioso el ver los papeles que entonces salieron, y escitaron la atencion del público, para ver hasta qué punto se llevaba la exageracion de una y otra parte, tratándose mútuamente nada menos que de malos españoles y aun de herejes. La censura, sobrado severa y por lo tanto injusta, que habia fulminado Nasarre contra Lope y Calderon, irritó á sus ciegos idólatras, que llevando la defensa al último estremo dijeron mil despropósitos, y lo que es peor, con poco ingenio. Rompió el ataque un folleto anónimo con el título de *La Sinrazon impugnada, y Beata del Lavapiés*, coloquio entre cuatro personas; y en seguida don Tomás de Erauso y Zavaleta publicó, dedicado á la marquesa de la Torrecilla, un *Discurso crítico sobre el orígen, calidad y estado presente de las comedias en España contra el dictámen que las supone corrompidas, y en favor de sus mas famosos escritores, el doctor frey Lope Félix de Vega Carpio y don Pedro Calderon de la Barca:* libro de poca sustancia, en las 350 y mas páginas que contiene ; pero libro que merece verse como fiel traslado de las opiniones y tendencias de su tiempo. Quiso el autor comprometer en su causa á los hombres mas graves y autorizados que pudiesen apoyarla; y así dirigió una circular á varios solicitando el exámen de su obra. Contestaron haciéndose lenguas de ella el maestro Fr. Agustin Sanchez, padre de provincia de la órden de la Trinidad, el maestro Eusebio Quintana, ex-provincial de los clérigos menores, el maestro Fr. José de Jesus María, prior de Recoletos, el maestro don Alejandro Aguado, definidor de la órden de San Basilio, y el padre Manuel de Castro, prepósito de San Cayetano. El voto de tantos teólogos no podia menos de ser de gran peso en materias de literatura teatral; y el P. Juan de la Concepcion, carmelita descalzo, que por comision del Consejo censuró la obra, al paso que se limita á decir que nada contiene opuesto á la fe, á la moral y á las regalías de S. M., añade que difiere para cuando se le pida el espresar su dictámen en cuanto al arte y método que debe observarse en las representaciones dramáticas; este último á lo menos era del oficio, como autor de comedias. En el cuerpo del discurso se hallan, aunque toscamente deli-

comedias de Cervantes, las mas conocidas reglas del arte dramático. Luzan tradujo y publicó una comedia de M. de La Chaussée, con el título de *la Razon contra la moda*, la cual ni entonces ni después se ha visto en el teatro. En los años de 1750 y 51 dió á luz don Agustin de Montiano y Luyando dos tragedias originales intituladas *Virginia* y *Ataulfo*, nunca representadas, y de las cuales existe una traduccion francesa. En ellas confirmó su laborioso autor aquella sabida verdad, de que pueden hallarse observados en un drama todos los preceptos, sin que por eso deje de ser intolerable á vista del público; y de que para acercarse á la perfeccion en este género, no basta que el autor sea un hombre muy docto, si le falta el requisito de ser un eminente poeta. Don Juan de Trigueros en el año de 1752 dió á la prensa, traducido en escelente prosa castellana, el *Británico* de Racine. Don Eugenio de Llaguno y Amirola publicó en el año de 1754, traducida en muy buenos versos, la *Atalia* del mismo autor. Nada de esto pasó al teatro.

La corrupcion era general. En las aulas y escuelas públicas se enseñaban sutilezas y vaciedades á la juventud, no verdades útiles: lejos de cultivar y perfeccionar el entendimiento de los discípulos, se le pervertia inhabilitandolo para adquirir los conocimientos sólidos de las ciencias. En los púlpitos, segun se lamentaban prelados celosos y respetables, se habia introducido la costumbre de predicar sermones disparatados y truhanescos: tejido informe de paradojas y sofisterías, metáforas, antítesis, cadencias, juguetes insípidos de palabras, erudicion inoportuna, aplicacion reprensible de los testos sagrados á las circunstancias mas triviales, lo mas divino confundido con lo mas indecente, la sublime y celestial doctrina de Jesucristo con las preocupaciones y cuentos del vulgo, y todo salpicado de bufonadas y chistes groseros. En los tribunales no se usaba ni mejor lógica ni mas delicado gusto. El espíritu y la aplicacion de las leyes se embrollaban con las diferentes cavilaciones de los glosistas; supliase la falta de filosofía, de historia, de erudicion, de verdadera elocuencia con retruécanos, paranomasias, adagios, cuentos y seguidillas. Tal vez ganó el pleito quien mas supo hacer reir á los jueces: y así se defendian los intereses, los derechos, la vida y el honor de los hombres.

Entre los desaciertos del teatro, no era el menor la representacion de los autos sacramentales. El ángel Gabriel anunciaba á la Vírgen (papel que desempeñaba la célebre Mariquita Ladvenant) la encarnacion del Verbo, y al responder, traducidas en buenos versos castellanos, las palabras del Evangelio: *Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* los apóstrofes hediondos del patio y las barandillas, dirigidos á la cómica, interrumpian el espectáculo con irreligiosa y sacrílega algazara, y hacian conocer á muchas madres cuan mal habian hecho en llevar consigo á sus hijas honestas. Una mujer con la custodia en las manos, acompañada de los coros, cantaba en procesion el *Tantum ergo*. La primavera, el apetito, el alma, el cuerpo, la culpa, la gracia, el cedro, la rosa, el domingo, el lunes y el martes, la gentilidad, el mundo, el olfato y todos los sustantivos del diccionario, eran interlocutores en aquellas fabulas. En una salia S. Pablo con su montante enseñando á esgrimir á la Magdalena; en otra se decia que la Samaritana vive en la calle del Pozo, y que Jesucristo murió en la de las Tres Cruces: en otra se aconsejaba á S. Agustin que se fuese al hospital de San Juan de Dios. Así estaba el teatro cuando vino de Nápoles el señor don Carlos III, quien por un justísimo decreto puso fin á los indicados escándalos, prohibiendo la representacion teatral de asuntos sagrados.

Don Nicolas Fernandez de Moratin, estimado generalmente como uno de nuestros mejores líricos modernos, compuso á instancias de Montiano, su amigo, una comedia intitulada *la Petimetra*. Esta obra, impresa en el año de 1762, carece de fuerza cómica, de propiedad y correccion en el estilo; y mezclados los defectos de nuestras antiguas comedias con la regularidad violenta á que su autor quiso reducirla, resultó una imitacion de carácter ambiguo y poco a propósito para sostenerse en el teatro, si alguna vez se hubiera intentado representarla. La *Lucrecia*, tragedia que publicó el mismo autor en el año siguiente, es obra de mayor mérito, aunque la eleccion del argumento parece poco feliz, el progreso de la fábula entorpecido con episodios inútiles, y el estilo muy distante á veces de la sublimidad que pide este género.

Estos dos beneméritos autores fueron los primeros que se atrevieron á procurar la reforma de nuestro teatro, escribiendo piezas originales, compuestas con regularidad y decoro, y aunque no consiguieron toda la perfeccion a que aspiraban, su estudio y su celo fueron laudables.

Don José Clavijo y Fajardo, en su obra periódica intitulada *El Pensador*, censuró el desarreglo de las comedias que entonces se representaban; y esto dió motivo á que el mencionado Moratin publicase en el año de 1762 algunos discursos críticos en que probó, que los autos de Calderon (tan aplaudidos del vulgo de todas clases) no debian tolerarse en una nacion ilustrada y católica. No pudo desentenderse el gobierno de la eficacia de sus razones, y desde entonces quedó limpia la escena española de composiciones tan absurdas (10).

neadas las libres doctrinas de la moderna escuela romántica. Si hubiera habido mas gusto, mas filosofía y sobre todo menos trabas en la imprenta, hubieran podido entonces discutirse útiles cuestiones: pero siempre faltaba lo principal, lo decisivo: el ejemplo de alguno que poniendo en práctica uno ú otro de los dos sistemas hubiese tenido el acierto de dar una obra perfecta ó menos defectuosa. Este caso no se verificó todavía.

(10) Los autos sacramentales se prohibieron por real cedula de 11 de junio de 1765; pero ya tres años antes

Pocos años después obtuvo permiso el marqués de Grimaldi, ministro de Estado, para abrir teatros en los sitios, y allí se representaron tragedias y comedias traducidas, en que se vió, juntamente con el mérito de las composiciones, la propiedad de la escena y de los trajes, y una declamacion, si no escelente, libre á lo menos de los vicios estravagantes que eran peculiares de los actores de Madrid y de las provincias (11).

El gran conde de Aranda, presidente de Castilla, empleó al mismo tiempo la acreditada habilidad de los hermanos Velazquez en pintar decoraciones para los teatros del Príncipe y de la Cruz; aumentó y mejoró la orquesta, estableció una policía interior y esterior que mantuviese el órden y decencia en el concurso, y reprimió la turbulenta parcialidad de los apasionados de ambas compañías, entre los cuales un herrero de la calle de Alcalá, llamado *Tusa*, era el alborotador mas obstinado y loco. Favoreció tambien con su trato y amistad á los escritores mas distinguidos de aquella época, y les exhortaba á componer piezas dramáticas, cuya representacion eficazmente promovia, á pesar de la repugnancia de los cómicos, poco dispuestos á recibir lo que no fuese irregular y absurdo.

Entonces se repitieron en Madrid las traducciones que se habian hecho para los Sitios, y ademas se escribieron algunas tragedias originales. Tales fueron la *Hormesinda*, de Moratin, mas laudable por algunas situaciones interesantes, por las buenas imitaciones de Virgilio, por su lenguaje y versificacion, que por el artificio de su fábula (12); *Guzman el Bueno*, del mismo autor, en que hay un carácter bien sostenido, afectos heróicos, pintura de costumbres, violencia repugnante en la unidad de lugar, y no suficiente correccion de estilo; *Don Sancho García*, de don José Cadahalso, arreglada y débil, con rimas pareadas á imitacion de los franceses, cuya cadencia simétrica es en estremo desagradable á nuestros oidos; *Raquel*, de don Vicente García de la Huerta, que siguiendo el mismo plan de *la Judía de Toledo*, de don Juan Bautista Diamante, no acertó á regularizarle, sin añadirle graves defectos; hay en ella un carácter sobresaliente; los demás, ó por falta de conveniencia dramática ó por inconsecuentes, han merecido la desaprobacion de los críticos; en los pensamientos se descubren á veces resabios de mal gusto; el lenguaje es bueno, la versificacion sonora. *Numancia destruida* es de don Ignacio Lopez de Ayala, donde la mala eleccion del argumento, los amores episódicos que la entorpecen y debilitan, la unidad del lugar que produce inverosimilitud continua, se compensan con un estilo animado y robusto, con la pintura enérgica de Roma usurpadora, y el feroz heroismo patriótico de Numancia con el efecto teatral que produce siempre su representacion. *Munuza*, de don Gaspar Melchor de Jovellanos; *Jahel*, de don Juan Lopez Sedano; *Progne y Filomena*, de don Tomás Sebastian y Latre, y otras de inferior mérito que se compusieron entonces, fueron ensayos plausibles de lo que hubiera podido adelantarse en este género, si sus autores hubieran merecido al gobierno mas decidida proteccion.

En la comedia nada se hizo, por mas que el público, y los que habitualmente componian para el teatro, vieron indicado en las piezas traducidas que se representaban cuál era el camino que debia seguirse para obtener el acierto en este difícil género de la dramática.

Don Ramon de la Cruz fué el único de quien puede decirse que se acercó en aquel tiempo á conocer la índole de la buena comedia; porque dedicándose particularmente á la composicion de piezas en un acto, llamadas *sainetes*, supo sustituir en ellas, al desaliño y rudeza villanesca de nuestros antiguos entremeses, la imitacion exacta y graciosa de las modernas costumbres del pueblo. Perdió de vista muchas veces el fin moral que debiera haber dado a sus pequeñas fabulas; prestó al vicio (y aun á los delitos) un colorido tan halagüeño, que hizo aparecer como donaires y travesuras aquellas acciones que desaprueban el pudor y la virtud, y castigan con severidad las leyes. Nunca supo inventar una combinacion dramática de justa grandeza, un interés bien sostenido, un nudo, un desenlace natural; sus figuras nunca forman un grupo dispuesto con arte; pero examinadas separadamente, casi todas estan imitadas de la

habian empezado contra ellos las hostilidades de parte de la prensa, que empezó a gozar de algun mayor ensanche, y á la verdad se hizo mas decorosa. En 1762 *El Pensador* en su numero 9 dió la señal de ataque; contestóle un papel suelto con el título de *Romance liso y llano*, y salió a la defensa del primero don Nicolas Fernandez de Moratin, padre del autor, con tres folletos llamados *Desengaños al teatro español*, que por aquellos tiempos tuvieron gran boga. Repitió *El Pensador* sus arremetidas en distintas ocasiones, interesando la piedad de los que se escandalizaban de la irreverencia resultante de presentar los mas encumbrados misterios de nuestra religion á guisa de espectaculo. No espondremos aquí en general nuestra opinion sobre esta clase de dramas; pero si diremos que los que se representaban en aquella época eran el oprobio del arte, y el desacato mas directo a los objetos sagrados. El mal debió cortarse de raiz, y así se hizo. Algunos autos hay entre los de época mas antigua, que podrian ahora representarse sin peligro del decoro religioso, y que si pecan contra las reglas del arte, son un prodigio de riqueza en invencion y en lenguaje.

(11) «Por los años de 1769 hasta 1772, inmediatos al establecimiento de un nuevo teatro español en los Sitios reales, tuvo superior encargo el autor (dice de si mismo don Tomas de Iriarte) para traducir del francés varias composiciones dramaticas, cuales fueron *el Malgastador*, *la Escocesa*, *el Mal hombre*, *el Aprehensivo ó el Enfermo imaginario*, *la Pupila juiciosa*, *el Mercader de Esmirna* etc.»

(12) Véanse en la vida de don Nicolas Fernandez de Moratin las dificultades con que tuvo que luchar para conseguir que se representase esta tragedia en los teatros de Madrid.

naturaleza con admirable fidelidad. Esta prenda, que no es comun, unida á la de un diálogo animado, gracioso y facil (mas que correcto), dió á sus obrillas cómicas todo el aplauso que efectivamente merecian (13).

Cesó en su presidencia el conde de Aranda, en su ministerio el marqués de Grimaldi, y los teatros de los Sitios se cerraron; los de Madrid siguieron mezclando con su antiguo caudal las traducciones que habian adquirido; y enriqueciéndose cada dia con nuevos disparates, solia suceder que cuando en la Cruz se representaba el *Misántropo* ó la *Atalia*, en el Príncipe palmoteaba el vulgo á Ildefonso Coque haciendo *el Negro mas prodigioso, ó el Mágico africano*. Nunca se habia visto mas monstruosa confusion de vejeces y novedades, de aciertos y locuras. Las musas de Lope, Montalván, Calderon, Moreto, Rojas, Solís, Zamora y Cañizares; las de Bazo, Regnard, Laviano, Corneille, Moncin, Metastasio, Cuadrado, Moliere, Valladares, Racine, Concha, Goldoni, Nifo y Voltaire, todas alternaban en discorde union; y de estos contrarios elementos se componia el repertorio de ambos teatros (14).

Así han seguido, y así continuarán hasta que entre los medios que pide su reforma, se acuerde la autoridad del primero que debe adoptarse, eligiendo el caudal de las piezas que han de darse al público en los teatros de todo el reino, sin omitir el requisito de hacer que se obedezca irrevocablemente lo que determine (15).

(13) El Teatro de don Ramon de la Cruz comprende diez tomos publicados desde el año de 1786 hasta el 1791. Se incluyen en él sus comedias, que no valen gran cosa, y solo unos treinta sainetes de mas de trescientos que compuso. En este género fué inimitable; un centenar de ellos se imprimió hace tres años con un buen prólogo de don Agustin Duran, quien se espresa en los términos siguientes acerca de su mérito: «Don Ramon de la Cruz se propuso reproducir en la escena todo aquello que en la sociedad observaba, y mas convenia á su clase de talento. Discípulo de la escuela filosófica, hombre de ingenio agudo y observador, poeta facil aunque incorrecto, buen dialoguista, pero poco fino y delicado, epigramático, oportuno y chistoso en el decir, instruido, mas no profundo en la ciencia ni en el arte, logró retratar con vigor y energía los hábitos, costumbres y caracteres de la plebe de su época, y contrastarlos enérgicamente con los de categorías mas elevadas. Mas como la comedia clásica no se prestaba a sus intentos, adoptó las formas del sainete, combinándolo en un drama corto, pero de bastante estension para desarrollar en él una accion sencilla, y bosquejar un cuadro de costumbres. Así es que este género de composicion en manos de Cruz apareció bajo el imperio de una intencion moral, filosófica y decidida, formando, por decirlo así, el eslabon intermedio entre el entremés antiguo y la comedia verdadera y clásica. Don Ramon de la Cruz fué quizá el primero entre nosotros que se puso en el buen camino de esta, y el que penetrando su espíritu, tanto en la intencion dramática como los medios de apoderarse del ridículo de las situaciones, y de realzarlas con buenos diálogos llenos de sal, oportunidad y gracejo, enseñó ó inspiró á Moratin hijo las bellas producciones dramáticas que le hicieron justamente célebre, poniéndole al frente de los cómicos clásicos españoles. Hubiéralo sido Cruz, si al feliz ingenio con que le dotó naturaleza reuniese el saber y el buen gusto que produce el estudio severo de las Humanidades, si en vez de hacerse poeta de circunstancia, lo fuese de intencion; si en vez de ser fecundo y redundante, fuese mas parco, mas severo y mas correcto en sus obras. Satisfecho Cruz de las buenas dotes cómicas que tenia, pero desconociendo las que le faltaban, é incitado por el deseo de desmentir a los que le juzgaban incapaz de elevarse a otro género mas noble de drama que aquel que habia ejercitado, quiso desmentirlos; y el mismo que en sus sainetes lleno de gracejo no tuvo igual, produjo algunas comedias harto frias y nada graciosas.»

(14) Entre esta anarquía teatral, el género que menos privaba con el público era el llamado clásico; y en vano se esforzaban los preceptistas en persuadir que fuera de su riguroso formulario no habia verdadera comedia, ni verdadera tragedia; empeño que á nuestro modo de ver llevaban á la exageracion, cercando con límites sobrado estrechos el campo del ingenio. No solo trazaban las formas, sino que pretendian escluir del teatro una porcion de materias ó asuntos, que sin embargo en su representacion podian agradar y enseñar, si el poeta tenia acierto en manejarlos. El daño estaba en que no se presentó quien lo hiciese con maestría. Los *Autos Sacramentales*, en que hubieran podido combinarse alegorías ingeniosas y sublimes personificaciones, se reducian á piadosas herejías, profanaciones y despropósitos. Los dramas de *santos* en que pudieran pintarse con verdad y vivísimo colorido las actas de heroicidad admirable que ha inspirado el cristianismo, eran un tejido de ridiculeces sin plan ni artificio. Si las costumbres habian variado lo bastante para disminuir el interés de las comedias de *capa y espada*, reflejo de una sociedad que ya no existia, tampoco se esplotaban los recursos dramáticos de las ideas y usos contemporáneos. Las comedias de *figuron*, que obtuvieran entonces gran boga, eran caricaturas chabacanas, y no sátiras delicadas de un vicio ó de un carácter existente en la naturaleza. Propagóse entonces un género importado de fuera, y que no por esto era de difícil aclimatacion, mediante un buen cultivo: hablamos del *drama sentimental*, que por el abuso que de él se hacia fué motejado con el nombre de *comedia llorona*, de la cual dice con sobrada razon el señor Martinez de la Rosa: «Si he »de decir francamente mi dictámen, creo que el que no »entre en la clasificacion de Aristóteles ni de Horacio no »es razon suficiente para cerrar la puerta del teatro mo»derno á este género de composicion, que puede lo»grar cumplidamente el objeto del drama: dar útiles lec»ciones al pueblo y divertirle agradablemente.» Pero entonces los censores de la literatura eran intolerantes, y á semejanza de los revolucionarios, para reformar empezaron por destruir.

(15) Aquí nos vemos obligados á separarnos de la opinion del autor, que pretende estender las atribuciones de la censura oficial á un terreno que no le pertenece. Aun en el que es verdaderamente suyo, en el de la moral pública y de la política, se ha escedido el gobierno en muchas ocasiones no permitiendo representar composiciones dramaticas, que ó por su mérito hubieran ilustrado nuestra literatura, ó por su pobreza no se hubieran granjeado la nombradía y el interés que acompañan a toda obra, cuando merece los honores de la prohibicion. En la cuestion de gusto, debe reservarse á las empresas de teatros aquel derecho que sea suficiente á no dejar perjudicados sus intereses; pero fuera de esto, el público espectador es el solo juez competente. Algunas veces es injusto, pero aumentar el número de las jurisdicciones seria aumentar el

El Delincuente honrado, tragicomedia escrita por don Gaspar de Jovellanos acia el año de 1770, corrió manuscrita con estimacion; y aunque demasiado distante del carácter de la buena comedia, se admiró en ella la espresion de los afectos, el buen lenguaje y la escelente prosa de su diálogo. Impresa en Barcelona sin anuencia del autor, no se vió representada en los teatros públicos hasta mucho tiempo después.

En el dicho año de 1770, al cumplir los diez y ocho de su edad, publicó don Tomás de Iriarte bajo el anagrama de don Tirso Imareta, la comedia intitulada *Hacer que hacemos*, la cual desagradó a los inteligentes por su falta de interés y de caracteres; los cómicos, al leerla, creyeron con mucha razon que no podria sostenerse en el teatro.

La villa de Madrid, que celebró con regocijos públicos el nacimiento de los infantes gemelos y la paz con Inglaterra, hizo representar en el año de 1784 dos piezas dramáticas, que apenas vistas desaparecieron para siempre de nuestra escena. *Los Menestrales*, comedia de don Cándido María Trigueros, erudito, moralista, poligloto, anticuario, economista, botánico, orador, poeta lírico, épico, didáctico, trágico y cómico; obra escrita á pesar de Apolo, mereció las zumbas de Iriarte, y la desaprobacion del público. *Las bodas de Camacho*, comedia pastoral de don Juan Melendez Valdés, llena de escelentes imitaciones de Longo, Anacreonte, Virgilio, Taso y Gesner, escrita en suaves versos, con pura diccion castellana, presentó mal unidos en una fábula desanimada y lenta personajes, caracteres y estilos que no se pueden aproximar, sin que la armonía general de la composicion se destruya. Las ideas y afectos eróticos de Basilio y Quiteria, la espresion florida y elegante en que los hizo hablar el autor, se avienen mal con los raptos enfáticos del ingenioso hidalgo : figura exagerada y grotesca, á quien solo la demencia hace verosímil, y que siempre pierde, cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve á repetirla. Las avecillas, las flores, los céfiros, las descripciones bucólicas (que nos acuerdan la imaginaria existencia del siglo de oro) no se ajustan con la locuacidad popular de Sancho, sus refranes, sus malicias, su hambre escuderil, que despierta la vista de los dulces zaques, el olor de las ollas de Camacho y el de los pollos guisados, los cabritos y los cochinillos. Quiso Melendez acomodar en un drama los diálogos de *el Aminta* con los del *Quijote*, y resultó una obra de quínola, insoportable en los teatros públicos, y muy inferior á lo que hicieron en tan opuestos géneros el Taso y Cervantes.

No sin mucha dificultad consiguió el mencionado Iriarte dar á la escena en el año de 1788 la comedia de *el Señorito mimado*, la cual muy bien representada por la compañía de Martinez, obtuvo los aplausos del público, en atencion á su objeto moral, su plan, sus caracteres, y la facilidad y pureza de su versificacion y estilo. Tal vez mereció la censura de los que notaron en ella falta de movimiento dramático, de lijereza y alegría cómica; pero fácilmente se disimularon estos defectos, en gracia de las muchas cualidades que la hicieron estimable en la representacion y en la lectura. Si ha de citarse la primera comedia original que se ha visto en los teatros de España, escrita segun las reglas mas esenciales que han dictado la filosofía y la buena crítica, esta es.

Don Leandro Fernandez de Moratin, que ya tenia compuesta por aquel tiempo la comedia de *El Viejo y la Niña*, luchando con los obstáculos que á cada paso dilataban su publicacion, meditaba la difícil empresa de hacer desaparecer los vicios inveterados que mantenian nuestra poesía teatral en un estado vergonzoso de rudeza y estravagancia. No bastaban para esto la erudicion y la censura; se necesitaban repetidos ejemplos : convenia escribir piezas dra-

de las injusticias. Moratin hubiera debido conocer los inconvenientes de su pretension, en vista del resultado que tuvo, á últimos del siglo pasado ó principios del presente, la junta nombrada por el gobierno para juzgar las piezas dramáticas que podian representarse ; pero jefe como era de una escuela nueva y contrariada, hubo de incurrir en la intolerancia y el esclusivismo. Otros antes que él participaron de la misma idea. « Todos estos inconvenientes » cesarian, y aun otros muchos mas que no digo (dice Cervantes en boca del cura), con que hubiese en la corte una » persona inteligente y discreta que examinase todas las » comedias que se representasen, no solo aquellas que se » hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen re- » presentar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, » ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia » alguna ; y desta manera los comediantes tendrian mucho » cuidado de enviar las comedias á la corte y con seguri- » dad podrian representarlas, y aquellos que las componen » mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, teme- » rosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exá- » men de quien lo entiende. Y de esta manera se harian bue- » nas comedias, y se conseguiria felicísimamente lo que » en ellas se pretende, etc." (*Don Quijote*, parte 1, cap. 48). A este propósito dice el juicioso don Diego Clemencin en sus comentarios : « El cura queria que se estableciese » un censor comun para comedias y libros caballerescos; » y yo creo que tan inútil hubiera sido lo uno como lo » otro : si hubiera existido este magistrado literario, acaso no se hubiera impreso el Quijote. » Y nosotros añadimos: Si la autoridad se hubiera arrogado semejante privilegio, y Moratin hubiese escrito algunos años antes, no se hubiera representado *La Comedia nueva* ni *El Sí de las niñas*. Otros medios tiene el gobierno para hacer que el teatro sea uno de los signos de cultura nacional. Fomente los buenos estudios, libre los teatros de trabas y gravámenes insoportables, asegure los derechos de la propiedad literaria, estimule á los ingenios que sobresalgan, no con empleos que los apartan de su vocacion, sino con recompensas, honores y consideracion, y sobre todo, cuando se trate de favorecer el ingenio, la instruccion, la aptitud, prescinda de colores políticos. Lo demás seria hacer que unos pocos monopolizasen este ramo de literatura y los demás no quisiesen esponerse á ejercitar en balde su ingenio.

máticas segun el arte: no era ya soportable contemporizar con las libertades de Lope, ni con las marañas de Calderon. Uno y otro habian producido imitadores sin número, que por espacio de dos siglos conservaron la escena española en el último grado de corrupcion. No era lícito que un hombre de buenos estudios se ocupase en añadir nuevas autoridades al error. No debia ya paliarse el mal; era menester estinguirle.

Consideró Moratin que la comedia debe reunir las dos cualidades de utilidad y deleite, persuadido de que seria culpable el poeta dramático que no se propusiera otro fin en sus composiciones que el de entretener dos horas al pueblo sin enseñarle nada, reduciendo todo el interés de una pieza de teatro al que puede producir una sinfonía, y que teniendo en su mano los medios que ofrece el arte para conmover y persuadir, renunciase á la eficacia de todos ellos, y se negara voluntariamente á cuanto puede y debe esperarse de tales obras en beneficio de la ilustracion y la moral. «Los autores de las comedias, dijo Nasarre, conociendo la » utilidad de ellas, se deben revestir de una autoridad públîca para instruir á sus conciudada» nos; persuadiéndose de que la patria les confía tácitamente el oficio de filósofos y de cen» sores de la multitud ignorante, corrompida ó ridícula. Los preceptos de la filosofía puestos » en los libros son áridos y casi muertos, y mueven flacamente el ánimo; pero presentados en » los espectáculos animados, le conmueven vivamente. El filósofo austero se desdeña de ganar » los corazones; el tono dominante de sus máximas ofende ó cansa. El cómico escita alterna» tivamente mil pasiones en el alma; hácelas servir de introductores de la filosofía; sus lec» ciones nada tienen que no sea agradable, y estan muy apartadas del sobrecejo magistral que » hace aborrecible la enseñanza y aumenta la natural indocilidad de los hombres».

Sentado el principio de que toda composicion cómica debe proponerse un objeto de enseñanza desempeñado con los atractivos del placer, concibió Moratin que la comedia podia definirse así: «Imitacion en diálogo (escrito en prosa ó verso) de un suceso ocurrido en un » lugar y en pocas horas entre personas particulares, por medio del cual, y de la oportuna » espresion de afectos y caracteres, resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes » en la sociedad, y recomendadas por consiguiente la verdad y la virtud.»

Imitacion, no copia, porque el poeta observador de la naturaleza, escoge en ella lo que únicamente conviene á su propósito, lo distribuye, lo embellece, y de muchas partes verdaderas compone un todo que es mera ficcion; verisímil, pero no cierto; semejante al original, pero idéntico nunca. Copiadas por un taquígrafo cuantas palabras se digan durante un año, en la familia mas abundante de personajes ridículos, no resultará de su copia una comedia. En esta, como en las demas artes de imitacion, la naturaleza presenta los originales; el artífice los elige, los hermosea y los combina.

Hoc amet, hoc spernat promissi carminis auctor;
. . . . et quæ
Desperat tractata nitescere posse, relinquit.

En diálogo; porque a diferencia de los demás géneros de la poesía, en que el autor siente, imagina, reflexiona, describe ó refiere, en la dramática que produce poemas activos, se oculta del todo, y pone en la escena figuras que obrando en razon de sus pasiones, opiniones é intereses, hacen creible al espectador (hasta donde la ilusion alcanza) que está sucediendo cuanto allí se le presenta. La perspectiva, los trajes, el aparato escénico, las actitudes, el movimiento, el gesto, la voz de las personas, todo contribuye eficazmente á completar este engaño delicioso, resulta necesaria del esfuerzo de muchas artes.

En prosa ó verso. La tragedia pinta á los hombres, no como son en realidad, sino como la imaginacion supone que pudieron ó debieron ser; por eso busca sus originales en naciones y siglos remotos. Este recurso, que la es indispensable, la facilita el poder dar á sus acciones y personajes todo el interés, toda la sublimidad, toda la belleza ideal que pide aquel género dramático; y como en ella todo ha de ser grande, heróico y patético en grado eminente, mal podria conseguirlo, si careciese de los encantos del estilo sublime, y de la pompa y armonía de la versificacion.

La comedia pinta á los hombres como son, imita las costumbres nacionales y existentes, los vicios y errores comunes, los incidentes de la vida doméstica; y de estos acaecimientos, de estos individuos y de estos privados intereses forma una fábula verisímil, instructiva y agradable. No huye, como la tragedia, el cotejo de sus imitaciones con los originales que tuvo presentes; al contrario, le provoca y le exige, puesto que de la semejanza que las da resultan sus mayores aciertos. Imitando pues tan de cerca a la naturaleza, no es de admirar que hablen en prosa los personajes cómicos; pero no se crea que esto puede añadir facilidades a la composicion. *Difficile est propriè communia dicere.* No es fácil hablar en prosa como hablaron Melibea y Areusa, el Lazarillo, el pícaro Guzman, Monipodio, Dorotea, la Trifaldi, Teresa y Sancho. No es fácil embellecer sin exageracion el diálogo familiar, cuando se han de espresar en él ideas y pasiones comunes; ni variarle, acomodándole á las diferentes personas que se introducen, ni evitar que degenere en trivial é insípido por acercarle demasiado á la verdad que imita.

Estos mismos obstáculos hay que vencer si la comedia se escribe en verso. Ni las quintillas, ni las décimas, ni las estrofas líricas, ni el soneto, ni los endecasílabos pueden convenirla; solo el romance octosílabo y las redondillas se acercan á la sencillez que debe caracterizarla, y aun mucho mas el primero que las segundas. La facilidad, la energía, la gracia, la pureza del lenguaje, la templada armonía que debe resultar de la eleccion de las palabras, de la dimension variada de los períodos, de la contraposicion de las terminaciones asonantes, todo será necesario para llevar á su perfeccion este género de poesía, que parece que no lo es. Ni espere acertar el que no haya debido á la naturaleza una organizacion feliz, al estudio y al trato social un estenso conocimiento de nuestra bellísima lengua, enriquecido con la continua leccion de nuestros mejores dramáticos antiguos, los cuales, á vueltas de su incorreccion y sus defectos, nos ofrecen los únicos escelentes modelos que deben imitarse, cuando la buena crítica sabe elegirlos.

Un suceso ocurrido en un lugar, y en pocas horas. Boileau en su escelente Poética redujo á dos versos los tres preceptos de unidad.

Una accion sola, en un lugar y un dia,
Conserve hasta su fin lleno el teatro.

Esto mismo recomendaba el autor del *Quijote* setenta años antes que el poeta francés; los buenos literatos españoles coetáneos de Cervantes tenian ya conocimiento de estas reglas. Lope las citó, juntamente con otras muchas, manifestando, que si no las seguia, no era ciertamente porque las ignorase; pues no solo habló de ellas el Pinciano en su *Filosofía antigua poética*, impresa en 1596, sino que Bartolomé de Torres Naharro (ciento y veinte años antes que naciera Boileau) las habia practicado en alguna de sus comedias.

El Pinciano dijo, hablando á este propósito, en la citada obra : «Toda la accion se finja ser »hecha dentro de tres dias... cuanto menos el plazo fuere, tendrá mas de perfeccion... Y de »aquí puede colegirse cuáles son los poemas do nace un niño, y crece, y tiene barbas, y se »casa, y tiene hijos y nietos; lo cual en la fábula épica, aunque no tiene término, es ridículo; »¿qué será en las activas, que le tienen tan breve?... Aquella fábula será mas artificiosa, que »mas deleitare y mas enseñare con mas simplicidad... En vano se aplican muchos modos para »una accion... Si una sola basta para enseñar y deleitar en un poema, ¿para qué se aplicarán »muchas?»

Creyó en efecto Moratin que si en la fábula cómica se amontonan muchos episodios, ó no se la reduce á una accion única, la atencion se distrae, el objeto principal desaparece, los incidentes se atropellan, las situaciones no se preparan, los caracteres no se desenvuelven, los afectos no se motivan; todo es fatigosa confusion. Un solo interés, una sola accion, un solo enredo, un solo desenlace : eso pide, si ha de ser buena, toda composicion teatral. Las dos unidades de lugar y tiempo, muy esenciales á la perfeccion dramática, deben acompañar á la de accion, que la es indispensable; y si parece difícil la práctica de estas reglas, no por eso habrá de inferirse que son absurdas ó imposibles. No se cite el ejemplo de grandes poetas que las abandonaron, puesto que si las hubieran seguido, sus aciertos serian mayores. Ni se alegue que si en la representacion de una pieza cómica ó trágica es necesario que exista (para salvar las impropiedades que el arte no puede vencer) una tácita convencion de parte del auditorio, nada importa que esta convencion se dilate y aumente sin conocidos límites. Si tal doctrina llegara á establecerse, presto caerian los que la siguieran en el caos dramático de Shakspeare, y las representaciones del teatro se reducirian á las mantas y los cordeles con que decoraba los suyos Lope de Rueda. Existe en efecto la tácita convencion; pero aplicable solamente á disculpar los defectos que son inherentes al arte, no los que voluntariamente comete el poeta. Ya se ha visto con repetidos ejemplos que la observancia de las unidades de accion, tiempo y lugar es posible y es conveniente : nada hay que decir en contrario, sino que la ejecucion es dificultosa; ¿y quién ha creido hasta ahora que sea fácil escribir una escelente comedia?

Sujeta la fábula cómica á los preceptos que van indicados, hallará comprobada el espectador en su orígen, progreso y desenlace la verdad moral é intelectual que el poeta ha querido recomendarle, si la composicion se dispone con tal inteligencia, que resulte conveniente, verisímil y teatral. Para ser la fábula conveniente deberá existir una inmediata conexion entre la máxima que se establece y el suceso que ha de comprobarla. Para hacerla verisímil no basta que sea posible; ha de componerse de circunstancias tan naturales, tan fáciles de ocurrir, que á todos seduzca la ilusion de la semejanza. Para hacerla teatral deberá ser la esposicion breve, el progreso continuo, el éxito dudoso, la solucion (resulta necesaria de los antecedentes) inopinada y rápida; pero no violenta, ni maravillosa ni trivial.

Entre personas particulares. Como el poeta cómico se propone por objeto la instruccion comun, ofreciendo á vista del público pinturas verisímiles de lo que sucede ordinariamente en la vida civil, para apoyar con el ejemplo la doctrina y las máximas que trata de imprimir en el ánimo de los oyentes, debe apartarse de todos los estremos de sublimidad, de horror, de maravilla y de bajeza. Busque en la clase media de la sociedad los argumentos, los perso-

najes, los caracteres, las pasiones y el estilo en que debe espresarlas. No usurpe á la tragedia sus grandes intereses, su perturbacion terrible, sus furores heróicos. No trate de pintar en privados individuos delitos atroces que por fortuna no son comunes, ni aunque lo fuesen pertenecerian á la buena comedia, que censura riendo. No siga el gusto depravado de las novelas, amontonando accidentes prodigiosos para escitar el interés por medio de ficciones absurdas de lo que no ha sucedido jamás ni es posible que nunca suceda. No se deleite en hermosear con matices lisonjeros las costumbres de un populacho soez, sus errores, su miseria, su destemplanza, su insolente abandono. Las leyes protectoras y represivas verificarán la enmienda que pide tanta corrupcion ; el poeta ni debe adularla, ni puede corregirla.

La oportuna espresion de afectos y caracteres se hace tan indispensable en la comedia, que sin ellos queda imperfectísima la imitacion, y si en todos los hombres existe una fisonomía y un genio que los particulariza y los distingue, mal acierta a imitarlos el que los iguala en la escena, y á todos los hace sentir, discurrir y obrar de una manera idéntica. Este defecto, que abunda en las comedias de nuestro antiguo teatro, y es muy frecuente en las modernas de otras naciones, no se disimula ni con los rasgos delicados del ingenio, ni con la abundancia de chistes epigramáticos, ni con la pureza del lenguaje, ni con la cultura del estilo, ni con la fluidez sonora de los versos ; si no hay oportuna espresion de afectos y caracteres, todo es perdido. El arte de escogerlos y de combinarlos, y el de preparar las situaciones para que naturalmente se desenvuelvan, ofrece no pequeñas dificultades a un poeta cómico.

Resultan puestos en ridículo los vicios y errores comunes en la sociedad mediante la disposicion de la fabula y la espresion de los caracteres. En cuanto á estos, conviene que algunos sean ridículos, pero todos no, porque sin esta contraposicion no apareceria la deformidad en toda su luz, ni existiria la necesaria degradacion en las figuras, que tocadas con diferente fuerza deben quedar subalternas á la que se presenta como principal. Los defectos meramente físicos, involuntarios y de imposible enmienda, no deben ser objeto primario de la burla, si bien muchas veces se introducen como medios auxiliares para completar la pintura del vicio que se trata de corregir. Ninguna ridiculez corporal debe esponerse en el teatro á la irrision pública, si otra moral no la acompaña. Los vicios y errores que pinta la comedia deben ser comunes, porque no siéndolo, ninguna utilidad produciria su imitacion. Una estravagancia, que rara vez se verifique en algun individuo, no puede servir para enseñanza de la multitud, que podria esclamar indignada contra el poeta : «Erraste el objeto de correccion que te »proponias ; nadie de nosotros adolece del vicio que pintas, ni conocemos á ninguno que le »tenga.»

Debe pues ceñirse la buena comedia á presentar aquellos frecuentes estravíos que nacen de la índole y particular disposicion de los hombres, de la absoluta ignorancia, de los errores adquiridos en la educacion ó en el trato, de la multitud de las leyes contradictorias, feroces, inútiles ó absurdas, del abuso de la autoridad doméstica y de las falsas máximas que la dirigen, de las preocupaciones vulgares ó religiosas ó políticas, del espíritu de corporacion, de clase ó paisanaje, de la costumbre, de la pereza, del orgullo, del ejemplo, del interés personal; de un conjunto de circunstancias, de afectos y de opiniones que producen efectivamente vicios y desórdenes capaces de turbar la armonía, la decencia, el placer social, y causar perjudiciales consecuencias al interés privado y al público.

Recomendadas por consiguiente la verdad y virtud en la fábula cómica, mediante la censura de los vicios del entendimiento y del corazon, desempeñará el poeta el objeto de utilidad general que debió proponerse. Enseña la verdad, cuando apoyada su doctrina en los conocimientos de la física, en el exacto raciocinio de la filosofía, que preside á las ciencias, en los sucesos que eterniza la historia, en la crítica y buen gusto de la literatura y de las artes, rectifica los errores adquiridos en la enseñanza de malos estudios, ó en el ejemplo de personas preocupadas ó estúpidas; y el pueblo, á quien habitualmente rodea espesa nube de ignorancia, halla en el teatro la única escuela abierta para él, donde se le desengaña sin castigarle, y se le ilustra cuando se le divierte.

En la comedia se recomienda la virtud haciéndola amable, como efectivamente lo es ; pintando en otros hombres pasiones generosas o tiernas, que haciéndolos superiores á todo otro interés menos laudable, los determinan á proceder en las varias combinaciones de la vida segun los principios de la justicia, de la prudencia, de la humanidad y del honor lo piden. Cuantos vicios risibles infestan la sociedad, otros tantos descubre la comedia para inducirnos á conocerlos y evitarlos, al mismo tiempo que nos acuerda las obligaciones que debemos desempeñar en el trato del mundo para evitar los peligros que á cada paso nos presenta, para merecer por una conducta irreprensible la estimacion y el amor de los buenos, para hallar en el testimonio de nuestra conciencia el mas poderoso consuelo, la mas segura proteccion contra los accidentes de la fortuna ó la injusticia de los hombres.

Tales fueron los principios generales que Moratin creyó convenir al teatro cómico; pero debia pasar mas adelante el que tomaba sobre sí el empeño de reformar el nuestro. Su propia observacion le dió á conocer que si el arte es suficiente para evitar el error, no basta él solo

para producir los aciertos: estos nacen de otro orígen; no los aprende el poeta, los halla en sí; no los adquiere á fuerza de instruccion, la naturaleza se los da. Espliquen los que hayan llegado á saberlo, cuál sea la causa de que en unos individuos sí, y en otros no, se hallen facultades tan diferentes, que hacen imposible á estos lo que aquellos encuentran fácil y genial; baste la persuasion de que efectivamente reside en determinados sujetos una peculiar aptitud mental, que les hace percibir lo que para otros muchos, dotados á lo que parece de la misma disposicion orgánica, permanece ignorado y oculto. Este sentido, este particular instinto (si algun nombre ha de dársele) es el que ha producido hasta ahora los eminentes profesores en las artes de imitacion. A él se deben la *Venus* de Médicis y el *Apolo* de Belvedere; Velazquez, guiado por él, supo pintar el aire; por él Moliere halló el verdadero carácter de la comedia; por él Rossini en sus inesperadas combinaciones armónicas añade á la música nuevos encantos. Si esta facultad creadora existió en Moratin para dar á sus composiciones dramáticas aquella facilidad difícil, aquella fuerza de espresion, aquel espíritu de vida, aquella constante apariencia de verdad, sin la cual nada es tolerable en la escena, la posteridad justa sabrá decidirlo.

En el éxito que tuvieron sus obras cómicas, representadas y leidas, vió logrado el fin que se propuso al componerlas. Dió en ellas el ejemplo práctico de que la observancia de las reglas asegura el acierto, si el talento las acompaña; y que el arte dramática, como todas las demás, resulta de principios certísimos é inalterables, sin cuyo conocimiento los mejores ingenios se precipitan y se malogran. Quiso imitar el atrevimiento laudable de Corneille y de Moliere, que haciéndose superiores á las ideas comunes de su siglo, crearon la tragedia y la comedia en Francia. No pactó con los errores vulgares; no aspiró á una celebridad fácil de adquirir; quiso dar á su nacion modelos dignos de ser imitados por los que sigan después tan árduo camino, y si no bastó su talento á igualar deseos tan generosos, merece á lo menos la gloria de haberlo intentado. Cuando haya en España buenos estudios; cuando el teatro merezca la atencion del gobierno; cuando se propague el amor á las letras en razon del premio y el honor que logren; cuando cese de ser delito el saber, entonces (y solo entonces) llevarán otros adelante la importante reforma que él empezó.

Quiso tambien desmentir de una manera victoriosa las equivocaciones en que han incurrido no pocos estranjeros que han escrito acerca de nuestro teatro, creyendo hallar en el carácter nacional las causas de su corrupcion, acumulando errores sobre este supuesto, copiándose unos a otros, y obstinándose en decidir magistralmente sobre el mérito científico de una nacion, sin conocer la historia de su literatura, sus costumbres ni su lengua, sin querer preguntar jamás lo que ignoran á los únicos que les pudieran instruir.

Cuando hablan del teatro español exageran su irregularidad, el espíritu caballeresco que le domina, los caracteres fantásticos, el enredo complicado, los incidentes imposibles de que se componen sus fábulas, escritas, á lo que ellos dicen, con estilo oriental, ditirámbico, erizado de metáforas, equívocos y sutilezas, redundante, hinchado, tenebroso, *ampullas et sexquipedalia verba*. Tal es la pintura que hacen de él; y confundiendo las épocas en razon de su mucha ignorancia, han atribuido y atribuyen á los españoles que hoy viven el mismo depravado gusto que reinaba dos siglos ha. Nos echan en cara nuestra decidida inclinacion á los autos sacramentales, y el placer con que vemos imitados en accion dramática los misterios de la religion, olvidándose de que hace ya setenta años que no se representan tales dramas en ninguno de los teatros de España. Nos citan una comedia de *San Amaro*, cuya accion dura doscientos años, y un auto que acaba con el *Ite missa est*; y no añaden que no hay un solo español ni estranjero que haya visto jamás en nuestra escena la representacion de tal comedia ni de tal auto.

¿Qué dirian si juzgásemos el teatro francés por sus antiguas moralidades y sus misterios? ¿ó si para apreciar el talento cómico de Moliere les citáramos el saco de Scapin, la trasformacion de M. Jourdain en Mamaouchi, los cuernos de Sganarelle, el aguavá de Trufaldin, la materia copiosa y laudable de Lucinda, las deposiciones de Argante y las jeringas de Pourceaugnac? ¿Qué dirian, si callando los aciertos de Goldoni, de Albergati, de Metastasio, de Monti, del terrible Alfieri, nos acordásemos únicamente de los voluntarios desatinos con que infestó el conde Gozzi los teatros de su nacion? ¿si no halláramos otros ejemplares que citar que el de *Arlequin tragado por la ballena*, *Arlequin que nace de un huevo*, *el príncipe Taer convertido en piedra*, ó *la Dama serpiente*, piezas no ignoradas, como la de *San Amaro*, no sepultadas en el polvo de las bibiotecas, como nuestros autos, sino repetidas frecuentemente en las principales ciudades de Italia, en donde los que hoy viven han podido verlas no pocas veces?

Pero no solo dan por supuesto que la escena española permanece en un estravagante desarreglo, sino que se adelantan á negarnos hasta la posibilidad de la enmienda. «Como la co» media tiene por objeto las acciones de personas inferiores y humildes, no siendo esto con» forme con el carácter altivo de los españoles, puede asegurarse con verdad que la comedia » nunca tuvo cabida en España. —Ningun español ha podido sujetar su talento á la unidad de

»lugar. No quieren los españoles salir del teatro conmovidos de ningun afecto de desprecio, »de odio ó de amor: les pareceria vergonzoso perder en una representacion su natural indi»ferencia.—Como la galantería de los españoles ha sido heredada de los moros, les ha que»dado á aquellos un cierto sabor de Africa, de que no han participado las demás naciones.» Esto dice el abate Cuadrio en su *Historia poética.* «La mezcla de bufonesco y serio, de trá»gico y cómico, de caballeresco y popular agrada estremadamente á los españoles.» Esta observacion es del P. Caymo, autor de la obra intitulada *El vago italiano.* «La verdadera comedia »no ha sido conocida nunca de los españoles, que no saben reir sin gravedad, ni toleran en »el teatro personas vulgares sino acompañadas con los héroes.» Este rasgo de crítica es del abate Bettinelli. «En la comedia aprecian siempre los españoles los enredos de Calderon, Ro»jas, Moreto y otros autores del mismo género, y durará este aprecio mientras sus fábulas »tengan una relacion general con las costumbres.—Si en España no se aplican a pintar los »caracteres y ridiculeces de la sociedad, que tanto nos agradan en Moliere, consiste en que »de algunos siglos á esta parte la sociedad no ha dejado de ser en España lo que antes era.» Esto escribia M. La Harpe en el año de 1797.

¿Para qué citar mas? El público español, aplaudiendo las comedias de Moratin, responde a tan atropelladas censuras. En España se llama comedia nacional la que pinta costumbres españolas; y el gusto dominante en la Península (como en todo lo restante de Europa) es el de ver copiados en el teatro los originales que se encuentran á cada paso en el trato comun. El desarreglo no es nacional, no lo ha sido nunca en ninguna parte, á no suponer que exista una nacion de estúpidos, en quienes no produce deleite la imitacion de la verdad. El desarreglo es meramente accidental y transeunte en todas partes, con mas ó menos duracion. Decir que en España se aprecian las comedias antiguas porque las costumbres no se han mudado, es hablar con tanto desacuerdo como si se tratara de un pais remoto y casi desconocido. Precisamente por haberse mudado las costumbres, por no parecerse ya los españoles que hoy viven á los que existieron dos siglos ha, las comedias escritas en aquel tiempo han decaido de la estimacion que tuvieron, y desaparecerán del todo á proporcion del número de piezas modernas que vaya adquiriendo el teatro. El público español, que tiene por muy nacionales las comedias de Moratin, ha visto en ellas la pintura fiel de nuestros usos y costumbres, de nuestros actuales vicios y errores. Ha visto que un español ha sabido sujetar su carácter altivo á tratar acciones domésticas, reducirlas á las temidas reglas de unidad, y aun algo mas que esto. Ha visto que no hay en sus fábulas personas heróicas, ni mezcla de bufonesco y serio, de trágico y cómico, de caballeresco y popular. Ha visto que en su representacion se apasionan los espectadores, lloran ó rien, segun el autor quiso que lo hiciesen, y que no les es posible conservar aquella inmobilidad de estátuas con que el bueno del abate Cuadrio nos caracteriza. Ha visto por último en las citadas piezas la observancia mas rigurosa del arte, unida á muchos de los primores que se admiran en nuestro antiguo teatro, y no se dice que nadie haya percibido en ellas hasta ahora ningun sabor ni resquemo africano, oriental ni francés.

Hubo una época en que algunos jóvenes, mal instruidos en sus primeros estudios, sin conocimiento de la antigua literatura, ignorantes de su propio idioma, negándose al estudio de nuestros versificadores y prosistas (que despreciaron sin leerlos), creyeron hallar en las obras estranjeras toda la instruccion que necesitaban para satisfacer su impaciente deseo de ser autores. Hiciéronse poetas, y alteraron la sintáxis y propiedad de su lengua, creyéndola pobre, porque ni la conocian ni la quisieron aprender; sustituyeron á la frase y giro poético, que la es peculiar, locuciones peregrinas é inadmisibles; quitaron á las palabras su acepcion legítima, ó las dieron la que tienen en otros idiomas; inventaron á su placer, sin necesidad ni acierto, voces estravagantes que nada significan, formando un lenguaje oscuro y bárbaro, compuesto de arcaismos, de galicismos y de neologismo ridículo. Esta novedad halló imitadores, y el daño se propagó con funesta celeridad. Por ellos dijo Capmany: «Estos bastardos españoles »confunden la esterilidad de su cabeza con la de su lengua, sentenciando que no hay tal ó tal »voz, porque no la hallan. ¿Y cómo la han de hallar, si no la buscan ni la saben buscar? ¿Y »dónde la han de buscar, si no leen nuestros libros? ¿Y cómo los han de leer, si los despre»cian? Y no teniendo hecho caudal de su inagotable tesoro, ¿cómo han de tener á mano las »voces de que necesitan?»

A la ignorancia de la lengua se añadió la del arte de componer; falta de plan poético, pobreza de ideas, redundancia de palabras, apóstrofes sin número, destemplado uso de metáforas inconexas ó absurdas, desatinada eleccion de adjetivos, confusion de estilos, y constante error de creer sencillo lo que es trivial, gracioso lo que es pueril, sublime lo gigantesco, enérgico lo tenebroso y enigmático. A esto añadieron una afectacion intolerable de ternura, de filantropía y de filosofismo, que deja en claro el artificio pedantesco, y prueba que tales autores carecieron igualmente de sensibilidad que de doctrina.

Si en las obras sueltas de Moratin no se advierten estravíos de igual naturaleza, no por eso pudo lisonjearse de haber llegado á la perfeccion, que siempre huye del anhelo con que los

ımbres la solicitan: nada hay perfecto. Nunca aspiró á la gloria de poeta lírico; per(
ıso algunas obras en este género para desahogo de su imaginacion y sus afectos, ó pa
sponder agradecido á los que estimaban en algo las producciones de su pluma. Si
te ramo de la poesía los mejores ejemplos de la antigua y moderna literatura; cultivó
ıa con aplicacion infatigable; evitó los errores que veia difundirse y aumentarse diari
ılaudidos por la ignorancia y la falsa crítica, y sostenidos por la autoridad, que con
icazmente á propagarlos; pero ni desconoció la distancia á que se hallaba del aciertc
n grande su amor propio que le hiciese olvidar cuán difícil es adquirir en el Parn
›ronas (16).

(16) Concluye Moratin este discurso preliminar con la posicion de sus doctrinas sobre el teatro, y la relacion los esfuerzos que hizo para nacionalizar las leyes que ›ron los antiguos preceptistas, y habian despreciado estros ingenios españoles como trabas sobrado emba-‹osas. Pero al paso que en el catálogo que sigue á este ›curso comprende las composiciones dramáticas hasta año de 1825, ningun juicio emite acerca de las que arecieron después que él empezó á escribir, tarea que obablemente le repugnaria; supuesto que á la delicaza de toda cuestion sobre autores contemporáneos, se regaba la circunstancia de ser todos inferiores á él; r lo cual cualquier crítica hubiera tenido el doble viso rivalidad y de magisterio. En vista del buen éxito que bian logrado las producciones de Moratin, parece que ıchos hubieran debido animarse á imitarle, para comrtir su gloria. Sin embargo, fueron muy pocos. En la ıgedia clásica hicieron tentativas dignas de alabanza enfuegos, Quintana y algunos otros. En la comedia aun ė mas escaso el fruto de su ejemplo. Disminuida no-›lemente la aficion á las comedias antiguas, que eran tes el embeleso del pueblo, para que su representa-›n no chocara tan de frente con las ideas dominan-ı, se hicieron de ellas numerosas refundiciones, unas ertadas, otras caprichosas y sin conocimiento. Fuera de to, los teatros eran abastecidos casi esclusivamente por ıducciones francesas, muchas de ellas dadas como oriıales ó como imitaciones, sin mas artificio que la munza de nombres en las personas y en los lugares. Era to ya tan sabido, que todo autor que daba al público alna composicion propia, tenia buen cuidado de añadir título: *comedia original*. La aparicion de una de estas era un verdadero acontecimiento literario; y de *de las niñas* hasta *La Hija en casa y la madre e cara*, de don Francisco Martinez de la Rosa, rep en 1821, poquísimas novedades ocurrieron digna cion. Después de 1825, en que termina el catál(los últimos destellos de la escuela clásica que hi cir algunos autores de edad ya provecta, buen ı jóvenes de ardiente imaginacion se arrojaron ani poesía dramática, precedidos de don Manuel Bre Herreros, que por la facilidad de su diálogo y poı didad de sus composiciones vino á ser el Scrib(y señaló el tránsito de una á otra escuela; pues tarse de la sencillez terenciana en sus argume tauró las galas de la rima, que se habian consid mo peligrosas por los reformadores del teatro. tiempo se verificó la irrupcion romántica, que antigua disciplina, ensanchando el campo del i tes comprimido por la severidad de las tres u desde entonces tenemos ya un teatro nacion: debe avergonzarse de entrar en comparacione: bellezas y bastante sobrio en libertades. No desc en este lugar la actual abundancia, ni la pasad: Somos alguna vez comentadores, y no continu las obras de Moratin. Lo que después de él fué español, lo escribirá mas docta pluma. Sentim(lo haya hecho el citado señor Martinez de la Rosa cluye su relacion en el tiempo en que se *Café*. «Ponemos (dice) la citada comedia por ıc » historia de nuestra dramática, como una de es: » que suelen colocarse en los caminos, las cuale » á un tiempo la distancia que falta por andar, » la senda que debe seguirse. »

DE

PIEZAS DRAMATICAS PUBLICADAS EN ESPAÑA DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XVIII

HASTA LA EPOCA PRESENTE (1825).

En este catálogo se ha procurado observar, cuanto es posible, el órden cronológico. En él se incluyen las piezas dramáticas de representacion ó de música que se han visto en los teatros de España, ó se han publicado impresas desde el principio del siglo XVIII hasta la época presente (1).

Las que van señaladas con estas letras *A. A.*, ó son efectivamente anónimos, ó se han colocado en esta clase por no haber tenido el colector noticia de sus autores. Las tragedias van distinguidas con una *T*, las óperas con una O, las zarzuelas con una *Z*.

Don Tomás Genis. Adquirir para reinar; Triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela.

Don Rodrigo Pedro de Urrutia. Rey decretado del cielo.—Astucias de Lucifer.—La Violencia por castigo, y la hermosura por premio.

Don Juan de Vera y Villarroel. Felipe V en Italia.—Mujer, ángel y milagro.—El Patron de Salamanca.—La Perla de Cataluña y peñas de Monserrate.—San Juan de Sahagun.—Cuanto cabe en hora y media.—La Corona en tres hermanos.— Mas triunfa el amor rendido.

A. A. Al freir de los huevos.—El rey don Pedro en Lisboa.—Sueños hay que son verdades, y Felipe V en Estremadura.—El Sueño del perro.—Hacer la cuenta sin la huéspeda. Z.—Opera escénica á la entrada de la señora doña Luisa Isabel de Borbon, princesa de Asturias.—Los Encantos de Amenon. Z.—El Infante don Carlos en Sicilia, y Felipe V en Sevilla.—Arcas y Calisto. Z.—Los amores de la Aurora. Z.

Don Francisco Pizarro Picolomini, marqués de San Juan. Cinna. T.

Don Juan Bernardino Rojo. El Amor correspondido sin poder lograr su centro.

Don Francisco Gomez de Acosta. Póngala nombre el discreto.

Don Melchor Fernandez de Leon. Conquista de las Molucas.—Los dos mejores hermanos.—El Veneno en la guirnalda.—Icaro y Dédalo.—El primer templo de amor.—San Francisco de Borja.—No hay amor como fingir.—Endimion y Diana.—Los tres mayores prodigios.— San Justo y Pastor.—El Sordo y el Montañés.—Venir el amor al mundo

Don Diego de Torres y Villarroel. El Hospital en que cura amor de amor la locura (2).

Don Jerónimo Guedeja y Quiroga. Nuestra Señora de los Reyes.—La Mejor luz de Sevilla.—Si toda la vida e sueño, en el sueño está la muerte, y el Asombro de Palermo.

Don Francisco Salgado. Nuestra Señora de la Luz.—Araspes y Pantea. Z.

Don Antonio Tellez de Acevedo. Glorias de Jesus cautivo, y Prodigios del rescate.—Los Bandos de Luca y Pisa —La Margarita del Tajo que dió nombre á Santarén.—Sant Colomba, primera y segunda parte.—El Muerto disimulado.—La Mozuela del sastre, ó No hay disfraz en la nobleza —La Gracia contra la culpa, y Primer mártir de Cristo.—Dicha y desdicha del juego.—El Peregrino en su patria y milagroso enfermero, san Roque.

Don Marcos Lanuza. Las Bélides. Z.—Celos vencidos de amor.

Don Pedro Scoti de Agoiz. Apolo y Leucotoe. Z.—Los Juicios del cielo, no examinarlos y obedecerlos.—Filis y Demofoonte. Z.—El Primer blason de Israel.

Don Antonio de Zamora. Todo lo vence el amor.—El Hechizado por fuerza.—Mazariegos y Monsalves.—El Custodi de la Hungria, san Juan Capistrano.—La Doncella de Orleans.—Aspides hay basiliscos. Z.—Judas Iscariote.—Po oir misa y dar cebada nunca se perdió jornada.—Cada un es linaje aparte, y los Mazas de Aragon.—Siempre hay qu envidiar amando.—Amar es saber vencer, y el Arte contra el poder.—Columna sobre columna.—Amor es quint elemento.—El Blason de los Guzmanes, y Defensa de Tarifa.—Con bellezas no hay venganzas.—La Destruccion d Tebas.—Con música, y por amor.—Desprecios vengan desprecios.—La Fe se firma con sangre.—La Honda de David —Don Bruno de Calahorra.—El Indiano perseguido.—E Lucero de Madrid, san Isidro Labrador.—Duendes son lo

(1) Dice la advertencia puesta á la edicion primitiva de Paris, que el presente catálogo comprende cuanto se ha publicado en España en este género en todo el siglo anterior y en los años que van pasados del presente, y que si bien es el mas completo que hasta entonces se habia hecho, admite sin duda, como todas las obras de tal naturaleza, correcciones y aumento. A pesar de esto la Academia de la historia en su edicion, en lugar de añadir artículos á la lista, suprimió bastantes por respetos que eran muy poderosos en aquel tiempo, pero que han cesado después. La coleccion del señor Ochoa siguió á la Academia; pero hemos creido mas propio de la nuestra atenernos al testo reconocido por el autor. Aun cuando perteneciéramos á algun partido político, nos despojaríamos de él, tratando de recoger documentos para la imparcial historia de la literatura española; y si bien el breve trienio constitucional de 1820 á 1823 produjo poco notable en el género dramático de circunstancias, estamos persuadidos de que esto poco no desmerece ser examinado, ó siquiera conocido por curiosidad. Sin alterar ni interrumpir el órden que se propuso el autor, citamos por medio de notas los títulos de algunas composiciones que no llegaron á su conocimiento, y el nombre de algunos autores que da por anónimos, y hemos podido averiguar. Estamos muy distantes de creer que con esto quede completo el trabajo; pero habremos facilitado algun tanto el de quien emprenda la historia documentada de nuestro teatro, que segun dijimos está todavía por escribir.

Debemos observar que una buena parte de las piezas dramáticas de la segunda mitad del siglo anterior y del primer tercio del actual, son traducciones, imitaciones ó refundiciones del teatro francés, por cuyo medio hemos recibido de segunda mano algunos auxilios del aleman.

(2) Don Diego de Torres compuso otras piezas dramáticas de corta e tension que ocupan el tomo IX de la coleccion de sus obras (Madri 1795), y al parecer se representaron por aficionados en Salamanca y Leo Tales son: El Juicio de Páris y Robo de Elena. Z. — La Armonía en l insensible y Eneas en Italia. Z. — Baile de la Ronda al uso. — Sainete baile de negros. — Sainete de los Jitanos. — Sainete de la taberna de l puerta de Villamayor.— Sainete del Valenton. — Sainete de la Peregrin —Sainete del miserable.—Fiesta de gallos y Estafermo en la Aldegüela.—Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso. — Y otros interme dios, introitos y fines de fiesta sin título, ó dedicados á alguna solemn dad doméstica de sus amigos.

alcahuetes, y el Espíritu foleto, primera y segunda parte. — Matarse por no morirse.—El Templo vivo de Dios.—La Mística monarquía.—Preso, muerto y vencedor, todos cumplen con su honor, y Defensa de Cremona.—No muere quien vive en Dios.—Ser fino y no parecerlo.—No hay mal que por bien no venga.—Don Domingo de don Blas.—El Primer Inquisidor, san Pedro martir.—Quitar de España con honra el feudo de las doncellas.—El Triunfo vivo de Dios.—Viento es la dicha de amor. Z.—Victoria por el amor. Z.

Don N., conde de Clavijo. Júpiter y Io. Z.—Celos vencidos de amor.

A.A. La Elisa. Z.—El Rapto de Ganimedes. Z.—La Traicion necesitada, y Fortuna de Tequeli.—Antes difunta que ajena. Z.—No todo indicio es verdad, Pelope y Laodamia. Z.— Triunfo y error de los celos y el amor. Z.

Don Tomás de Añorbe y Corregel. La Virtud vence al destino.—La Tutora de la Iglesia y Doctora de la ley, primera, segunda y tercera parte.—Los Amantes de Salerno. —El Caballero del cielo.—El Duende de Zaragoza.—Cómo luce la lealtad á vista de la traicion, ó la Hija del Senescal.—El Daniel de la ley de gracia y Nabuco de la Armenia.—La Encantada Melisendra y Piscator de Toledo.—Júpiter y Danae. Z.—Nulidades del amor.—La Oveja contra el pastor, y tirano Boleslao.—El Paulino. T.—Princesa, ramera y mártir, santa Afra.—El poder de la razon.

Don Felice Rodriguez de Ledesma. El Monarca mas prudente.—El Cuchillo de sí mismo.

Don Juan Salvo y Vela. El Magico de Salerno Pedro Vayalarde, primera, segunda, tercera, cuarta y quinta parte. —El Laurel de Apolo.—Tambien hay duelo en los santos. —La Manzana de oro. Z.—San Antonio de Padua.

Don Diego de Aguayo. Querer sabiendo querer, y gran reina Trinacria.

Don Bernardino José de Reinoso y Quiñones. Quitar el cordel del cuello es la mas justa venganza, ó el Pobre fundador del hospital mas famoso, el venerable Anton Martin, primera y segunda parte.—La Sacra esposa de Cristo y doctora de su Iglesia, santa Catalina.—El Sol de la fe en Marsella y conversion de la Francia, santa María Magdalena, primera y segunda parte.

Don N., conde de Atarés. Apolo y Driope. Z.

Don José de Cañizares. La Boba discreta.—Carlos V sobre Tunez.—Abogar por su ofensor, y baron del Pineli.—Acis y Galatea. Z.—El Asombro de la Francia Marta la Romorantina, primera, segunda, tercera y cuarta parte.—El Valor como ha de ser.—Las Nuevas armas de amor.—El Asturiano en la corte y músico por amor.—La mas ilustre fregona.—A un tiempo rey y vasallo.—La Viva imágen de Cristo.—Montes afirma el desdén. Z.—El Anillo de Giges, primera, segunda y tercera parte.—La Ventura por la voz. —La Muerta viva, santa Cristina.—Las tres Comedias en una.—A cual mejor, confesada y confesor.—Tambien por la voz hay dicha.—La mas amada de Cristo, santa Gertrudis la Magna, primera y segunda parte.—Las Amazonas de España.— El Angel del Apocalipsi.—Lo que va de cetro a cetro y crueldad de Inglaterra.—Telémaco y Calipso. Z.—Amando bien no se ofenderá un desdén.—El Santo niño de la Guardia.—Milagro es hallar verdad.—Angélica y Medoro. Z.—Lo que vale ser devoto de san Antonio de Padua.—El Sol de occidente.—La Invencible castellana.—El Sacrificio de Ifigenia, T., primera y segunda parte.—Amor es todo invencion.—Si una vez llega á querer la mas firme es la mujer.—Las Cuentas del Gran Capitan.—Castigar favoreciendo.—Yo me entiendo y Dios me entiende. —No hay con la patria venganzas, y Temistocles en Persia. —El Picarillo en España.—Un Precipicio con otro.—Clicie y el Sol. Z.—Cumplirá un tiempo quien ama con su Dios y con su dama.—El Príncipe don Carlos.—El Prodigio de la Sagra. —De leve chispa gran fuego.—Por acrisolar su honor competidor hijo y padre.—El Pleito de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez.—De comedia no se trate, allá va ese disparate.—Ponerse hábito sin pruebas, y guapo Julian Romero.—Don Juan de Espina en Madrid.—Don Juan de Espina en Milan.—El Rey Enrique el Enfermo.—Cuál enemigo es mayor, el destino ó el amor.—La Hazaña mayor de Alcides.—El Dómine Lucas.—De los encantos de amor la música es el mayor, y el Montañés en la corte.—Hasta lo insensible adora.—Apolo y Climene. Z.—El imposible mayor en amor le vence amor.—El Cantero de Constantinopla.—El Honor da entendimiento y el mas bobo sabe mas.—Santa Francisca Romana.—La Heróica Antonia García.—Fieras afemina amor.—El estrago en la fineza.—Sin caridad no hay fortuna.—El Monstruo Napolitano ó el error y el escarmiento.—Santa Brígida.—Fortuna te dé Dios, hijo.—San Vicente Ferrer, primera y segunda parte.—El Dichoso Bandolero.—Santa Juana de la Cruz.—La Vida del gran tacaño.—La Señora Mariperez.—La Banda de Castilla, y privado perseguido.—Pedro Urdemalas.

Don Francisco Scoti de Agoiz. Las Hazañas de Juan de Arévalo.—El Valor nunca vencido.—El Triunfo mayor de Alcides.

Don N., conde de las Torres. Decio y Araclea. Z.

Juan Hidalgo. El Monstruo de Barcelona.—Muzárabes de Toledo.—El Niño Dios en Egipto, y mas dichoso ladron.

Don Luis de Oviedo. Los sucesos de tres horas.

Don Juan de Benavides. Apolo y Dafne. Z.—El Marte español.—Nuestra Señora del Mar.

Fr. Juan de la Concepcion. Guerra y paz de las estrellas.

Don Eugenio Gerardo Lobo. El mas justo rey de Grecia. —Los Mártires de Toledo y Tejedor Palomeque (3).

Vicente Guerrero. El Valiente Negro en Flandes, segunda parte.

Marcos de Castro. Disparates concertados dicen bien en todo tiempo.

A. A. Armida aplacada. O.—Angélica y Medoro. O.—El Vellon de oro. O.—Polifemo y Galatea.—Artajerjes. O. —Demofoonte. O.—Demetrio. O.—Dido abandonada. O. —Siroe. O.—Niteti. O.—El Rey pastor. O.—Adriano en Siria. O.—Semíramis reconocida. O.—El Héroe de la China, O., etc.

Don Ignacio de Luzán. La Razon contra la moda.—La Clemencia de Tito. O. (4).

Don Juan de Trigueros. Británico. T. (5).

Don Agustin de Montiano y Luyando. Virginia. T.—Ataulfo. T.

Don Eugenio de Llaguno y Amírola. Atalía. T.

Don Antonio Merano y Guzman. En vano el poder persigue á quien la deidad protege, y mágico Apolonio.

Don Manuel Daniel Delgado. Cómo se engañan los celos.

Don Antonio Camacho y Martinez. Vida y muerte de Thamas Kaulikan.

Don José de Lobera y Mendieta. La Mujer mas penitente y espanto de caridad, la venerable hermana Mariana de Jesus, hija de la V. O. T. de penitencia de N. P. S. Francisco de la ciudad de Toledo.—Sin el oro pierde amor imperio, lustre y valor.

Don Nicolas Gonzalez Martinez. La tragedia anunciada es menor sucedida que esperada.—Dar honor el hijo al padre, y al hijo una ilustre madre.—Santo, esclavo y rey a un tiempo.

(3) Don Eugenio Gerardo Lobo escribió tambien una loa titulada: El Triunfo de las mujeres, que se halla entre sus obras (Pamplona, 1729).

(4) Don Ignacio de Luzán tradujo en verso el Artajerjes de Metastasio; pero no lo imprimió; y una comedia italiana, llamada las Ceremonias de Aurelia. En 1742 compuso, hallándose en Monzon, una comedia, la Virtud coronada, para representarse en la casa de ayuntamiento. (Latassa, *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*, tomo v.)

(5) Esta traduccion con un estenso prólogo se publicó en 1752 con anagrama de don *Saturio de Iguren*

nuel de Iparraguirre. El Enfermo imaginario.—
to.
onio Frumento. Sastre, rey y reo á un tiempo,
de Astracan.—En vano es querer venganzas
or pasiones vence.—Lances de amor, desdén

Fernandez Bustamante. Al andar fortuna ayuda.
r la ciencia vence.—No siempre el destino ven-
n imperio amor domina, y Príncipes encubiertos.
e la fe en su oriente, y conversion de Irlanda.—
r perfeccion se encuentra el mejor estado, santa
e Bolonia.—Azote de la herejía y espejo de la
Jácome de la Marca.—Celos, aun imaginados,
al precipicio, y mágico Diego de Triana.—El
le Arjel, y mágico Mahomad.
tonio Pablo Fernandez. El Angel lego y pastor,
al Bailon.—Los dos amantes mas finos, Píramo
-La Prudencia en la niñez.
mon de Arellano y Cruz. Antorcha del querer
turas de Himeneo.
ancisco Sierra. Convertirse un gran pesar en la
gría.
é Benegasi y Luxán. Llámenla como la llamen.
sebio Ruiz Ruiz. No hay artes contra el amor,
ue todo es mi sangre.
rnando Jugazzis Pilotos. Combates de amor y
).
cas Merino y Solares. El Muerto resucitado.
nuel Vela. Casarse por golosina.
nuel Lassala. José descubierto á sus hermanos. T.
acho Abarca. T.
tonio Gonzalez de Leon. El hijo de Ulises.
colas Fernandez de Moratin. La Petimetra.—Lu-
.—Hormesinda. T.—Guzman el Bueno. T.
é Cadahalso. Don Sancho García. T.
é Clavijo y Fajardo. La Feria de Valdemoro. Z.
aca. T.—El Heredero universal.—El Vanaglo-
eltran en el serrallo.
blo Olavide. Celmira. T.—Hipermenestra. T.—
r francés.
spar de Jovellanos. El Delincuente honrado.—
T.
acio Lopez de Ayala. Numancia destruida. T.
an Lopez Sedano. Jahel. T.—El Misántropo.
tonio Bazo. La Criada mas leal.—Los tres ma-
digios en tres distintas edades, y origen carmeli-
Hijo de sus obras, y empeños de una banda.—El
-Merope y Polifonte.—El Caballero y la Dama.—
avaro.—La Verdad en el engaño.—Sacrificar el
las aras del honor es el mas heróico amor, Cleo-
metrio.—La Piedad de un hijo vence la impiedad
dre, y real jura de Artajerjes.—Paz de Artajer-
recia.
más Sebastian y Latre. Británico. T.—El Pare-
ogne y Filomena. T.
Filoctetes. T.—Los dos mas finos amantes des-
por amor, ó víctimas de la infidelidad.—Ha-
z y privanza.—Nobleza de un fiel amigo, y pre-
traicion.—Riesgo, esclavitud, disfraz, ventura,
eidad.—La Majestad en la aldea. Z.—Por socor-
madre, venderse un hijo al suplicio.—Entre el
l amor, el honor es lo primero.—Amor destrona
, y rey muerto por amor.—Dar ser á su propio
Osman.—El Padre de familia (7).—Gianguir. T.—
y buen corazon.—No hay mudanza ni ambicion
verdadero amor, ó el Rey pastor.

e anagrama de don Juan Francisco del Postigo, que hizo una
de la Zaira de Voltaire en el año de 1765. (Véase el prólogo
de Huerta.)
adre de familia, de Diderot, hizo una traduccion el marqués
cios, otra don Francisco Rodriguez de Ledesma, y últimа-
don Juan de Estrada.

Don Francisco Mariano Nifo. El Juicio de una mujer hace al marido discreto.—La Casa de moda.—Ipsipile y Jason.—Dios protege la inocencia, Elvira reina de Navarra.—No hay en amor fineza mas constánte, que dejar por amor su mismo amante, ó la Ninéti.

Don Joaquin de San Pedro. El Enfermo imaginario.

D. F. T. R. Siempre triunfa la inocencia.

Don Vicente García de la Huerta. Lisi desdeñosa, ó el Bosque del Pardo.—Raquel. T.—Agamenon vengado. T. La Fe triunfante del amor y cetro, ó la Jaira. T.

José Valles. Propio es de hombres sin honor pensar mal y hablar peor.—El mas temido andaluz.—La Margarita.—No hay fiera mas irritada que una mujer indignada.

Don Enrique Ramos. El Guzman. T.

Don Narciso Solano y Lobo. La Amazona de Mongat y Aventuras de Tequeli.—Merecer por sí la suerte quien por sí la desmerece.—El Job de la ley de gracia.—Premios son venganzas de amor.

A. A. El Tambor nocturno.—Clelia triunfante en Roma.—La Buena Nueva.—Zafira. T.—La Criada mas sagaz.—Meroe. T.—La Esposa persiana.—El Jugador.—Agamenon. T.—Siroe. T.—La Escuela de las madres.—La Enferma por amor.—Pamela, primera y segunda parte.—El Mágico Federico.—Witing. T.—Hamlet, rey de Dinamarca. T. (8).—Ester. T.—A un tiempo esclavo y señor, y mágico africano.—Fedra. T.—No hay traidores sin castigo ni lealtad sin lograr premio, Mecencio y Flaminio en Roma. T.

Don N. Mello. (9). Entre los riesgos de amor sostenerse con honor, ó la Laureta.

Don N. Martinez (10). Gustavo Adolfo, rey de Suecia.

Don Antonio Rezano. Acrisolar el dolor con el mas filial amor.

Don N. Moren (11). Buen Amante y buen Amigo.

Don N. Maldonado (12). Triunfos de lealtad y amor, ó la Cleonice.

Don N. Ripoll. Cegar al rigor del hierro.—Antídoto de la Grecia.—Ingenio y representante, san Ginés y san Claudio.—Marta aparente.

Don Bruno Solo y Zaldivar. Triunfo de amor y lealtad, y traidor en la apariencia.—Por cumplir una palabra derramar su propia sangre.—La Bella Pastora y ciudadana en el monte.—Los Impacientes chasqueados y burladora burlada.—El Parecido en el trono, y Traicion por la venganza.—El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio, Focas y Mauricio.

Don José Cumplido. Al amor de madre no hay afecto que le iguale, ó la Andrómaca.

Don N. Carrillo (13). Tambien lidia una mujer con otra mujer por celos.

Don Manuel Fermin de Laviano. La afrenta del Cid vengada.—El Godo rey Leovigildo, y vencido vencedor.—Morir por la patria es gloria, y Atenas restaurada.—La defensa de Sevilla por el valor de los godos.—Al deshonor heredado vence el honor adquirido.—Los Pardos de Aragon.—El Sol de España en su oriente, y toledano Moisés.—Triunfos de valor y honor en la corte de Rodrigo.—La Suegra y la Nuera.—El Pretendiente y la Mujer virtuosa.—La Inútil Precaucion y Barbero de Sevilla.—El Reo inocente.—Sigerico, primer rey de los godos.—La Española comandante.—La Viuda indiferente, y esquileo de Castilla.—El Tirano Gunderico.—La Toma de Sepúlveda por el conde Fernan Gonzalez.—La Bella Guayanesa.—La Restauracion de Madrid.—Valor y honor de Otoniel.—La Buena Casada.—El verdadero heroismo está en vencerse á sí mismo.

(8) ¿Será la traduccion del Hamlet de Ducis, que hizo don Ramon de la Cruz dándole el nombre de Amleto?
(9) Es probablemente errata por Madama Abelle.
(10) Es don Juan Manuel Martinez.
(11) Es doña Isabel María Morón.
(12) Es don Francisco Javier Maldonado.
(13) Es don Bernardo Vicente Lobon y Carrillo.

Don Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla. Quien complace á la deidad acierta á sacrificar. —Briseida. Z. —El Prado viejo por la noche.—El Niño y la Niña.—La Pragmática, primera y segunda parte.—La Prueba feliz. —Eugenia.—La Escocesa.—Portentosos efectos de la naturaleza.—El Ensayo con empeño.—El Veneno fingido.—Las Mujeres defendidas.—Los Payos en la corte.—Mas puede el hombre que amor, ó querer á dos y ser firme.—Las Superfluidades.—Las Señorías de moda.—La Tornaboda en ayunas.—El Baile de repente.—El Casero burlado.—La Fiesta de pólvora.—Danzantes sin tamboril.—Los Abates vengados.—La Fuerza de la lealtad.—La Presumida burlada.—En casa de nadie no se meta nadie, ó el Buen marido. Z.—El Alcalde contra amor.—El Espejo de las modas.—El Barbero.—La Civilizacion.—Las Botellas del olvido.—El Marido discreto.—La Oposicion á cortejo.—El Fénix de los hijos.—Los Baños inútiles.—La Casa de los linajes.—Las Máscaras de la aldea.—La Indiana.—La Embarazada ridícula.—El Fandango de candil.—El Duende.—La Hostería del buen gusto.—Las Labradoras de Murcia. Z. —La Falsa devota. —Talestris, reina de Egipto. T. —Las Petimetras.—Resultas de los saraos.—Los Convalecientes. —La Mesonerilla. Z.—Doncella, viuda y casada.—Los Propósitos de las mujeres.—La Noche buena en el monte.—El Pretendiente hablador.—El Italiano fingido.—El Chico y la Chica.—El Amigo de todos.—El Baile sin mescolanza. —El Padrino y el Pretendiente.—Los Maridos engañados y desengañados.—El Labrador y el Usía.—La Comedia de Valmojado.—La Giganta en Madrid.—El Divorcio feliz, ó la Marquesita.—Juanito y Juanita.—Los Destinos errados. —El Tordo hablador.—Los Hombres con juicio.—El Licenciado Farfulla. Z.—El Deseo de seguidillas.—Inesilla la de Pinto.—El Heredero loco.—La Señorita displicente. —El Cortejo escarmentado.—El Alcalde boca de verdades.—La Olimpiada.—Ramos de huésped.—Las Zagalas del Genil. Z.—Los Pobres con mujer rica, ó el Picapedrero.—El Porqué de las tertulias.—El Diablo autor aburrido.—Los Fastidiosos.—La Amistad, ó el Buen Amigo.—El Refunfuñador.—La Tertulia de la estafa.—La Enferma de mal de boda.—Clementina. Z.—La Comedia casera.—El Almacén de novias.—La Feria de la Fortuna.—El Tio y la Tia. Z.—Las Tres Graciosas.—Los Payos y los soldados. —La Devocion engañosa.—La Merienda á escote.—La Isla de amor. Z.—La Centinela.—El Sombrerito.—Las Frioleras.—La Espigadera, primera y segunda parte.—El Abate Diente agudo.—Los Gigantones.—El Maestro de la niña. Z. —Los Picos de oro.—El Petimetre.—El Severo Dictador y vencedor delincuente, Lucio Papirio y Quinto Fabio.—La Comedia de carpinteros.—El Premio de las doncellas. —Los Segadores festivos.— El tio Tuétano.—Los Payos hechizados.—La Orquesta femenina.—El Marido sofocado. —Los Criados simples.—La Retreta.—Las Segadoras de Vallecas. Z.—El Mercader vendido.—La Maja majada.—La Discreta y la Boba.—El Dia de campo, primera y segunda parte.—Manolo.—Las Majas en el ensayo.—La plaza Mayor de Madrid por Navidad.—Los Abates y las Majas.—El Hospital de los tontos.—Bayaceto. T.—Los Novios espantados.—Las dos Viuditas.—El Casado por fuerza.—El Estranjero. Z.—El Mal de la niña.—Los Cazadores de lindas.—El Hablador.—Fineza de los ausentes.—Garzon fingido.—Músicos y danzantes.—La Fantasma.—El Careo de los majos.—La Escuela.—Las Damas apuradas. —Zara.—Donde las dan las toman, ó los Zapateros y el Renegado.—Los Vaqueros de Aranjuez.—La Comedia de Maravillas.—La Bella Criada.—La Falsa devocion.—La Chupa bordada. —El Espejo de los padres.—Los Volatines pesados.—La Academia del Ocio.—El Caballero don Chisme. — La Isla desierta.—El Enemigo de las mujeres. —El Filósofo aldeano. Z.—El Pollo.—Las Castañeras picadas.—Chiribitas el Yesero.—El No.—Monsieur Corneta, ó el Cochero Simon.—El Meson por Navidad.—Las Mahonesas.—Don Soplado.—La Sosa.—La Viuda hipócrita.—El Sarao.—El Reverso del Sarao.—La Molinera espantada. —Celinda. T.—Los Cuatro Barrios.—El Cortejo fastidioso.—Las Caleteras.— El Sueño.—El Retrato hablador.—El Nacimiento á lo vivo.—Los Hombres solos.—Las Tertulias de Madrid. —Los Viejos verdes. —Sesostris, rey de Egipto. T.—El Teatro por dentro.—Ecio triunfante en Roma. T. —Los dos Libritos.—La Crítica.—La Visita de duelo.—El Agente de sus negocios.—Los Escrúpulos de las damas.—La Academia de música.—El Majo de repente.—El Triunfo del interés.—Las Fiestas útiles.—Los Hijos de la paz.—Los Impulsos del placer.—La Petra y la Juana, ó el Casero prudente.—El Alcalde limosnero.—El Ensayo casero, primera y segunda parte.—La Viuda burlada.—El Café estranjero —Las Amazonas modernas.—El Gracioso picado.—El Hijito de vecino. —El Abaniquero. —La Bella Madre. —La Funcion completa.—La Botillería.—El Chasco de las arracadas.—Los Majos vencidos.—Cayo Fabricio.—Tres, y de las tres ninguna.—El Pleito del pastor.—La Música a oscuras.—Las Señoras forasteras.—El Retrato.—Cenobia.—Las Piedras de san Isidro.—Poner la escala para otro.—El Médico y los Cautivos.—Las Máscaras de Madrid.—El Hospital de la moda.—La Capilla de cómicos.—Las Foncarraleras. Z.—El Burlador burlado.—Las Buenas vecinas.—La Despedida.—El Forastero prudente. —El Entierro de la compañía de Ribera.—Las Escofieteras.—Los Cómicos en Arjel.—El Aderezo bien pagado.—El Caballero de Medina. —El Buñuelo.—La avaricia castigada, y los Segundones. —La Víspera de San Pedro.—El Rey Pastor.—El Tio Felipe, primera y segunda parte.—El Rastro por la mañana. —El Casamiento desigual, ó los Butibambas y Mucibarrenas.—Los Payos en el ensayo.—El Padre indulgente.—El Maestro de rondar.—Las Presumidas burladas.—Oposicion á sacristán.—Las Pescadoras. Z.—La Pradera de San Isidro.—El Novio rifado.—Las Majas vengativas.—El Peluquero, primera, segunda y tercera parte.—La Noche de San Juan.—La Noche de San Pedro.—La Venganza del Verdillo.—Los Ociosos, etc. (14).

Don Cándido María Trigueros. Buena Esposa y mejor Hija, la Necepsis. T.— Egilona. T. — El Precipitado.—Duendes hay, señor don Gil. — Los Menestrales.

Don Tomás de Iriarte. Hacer que hacemos. — El Mercader de Smirna. — El Amante despechado. — El Malgastador. — El Aprensivo. — La Pupila juiciosa. — El Mal Hombre. — La Escocesa.—El Filósofo casado.— El Huérfano inglés, ó el Ebanista.—El Huérfano de la China. T.—Guzman. — La Librería. — El Señorito mimado. — El Don de gentes. — La Señorita mal criada.

Don Leandro Fernandez de Moratin. El Viejo y la Niña. — La Comedia Nueva. — Hamlet. T. — El Baron. — La Mojigata. — El Sí de las niñas. — La Escuela de los Maridos.— El Médico á palos.

Don Juan Melendez Valdés. Las bodas de Camacho.

Don Cristóbal María Cortés. La Casa sobre el buen tono.— Athaulpa. T.—Eponina. T.

Don José Sedano. La Posadera feliz, ó el Enemigo de mujeres.— La Pasion ciega á los hombres.— Silesia. T.

Don N. Isunza. Lidiar amor y poder hasta llegar á vencer, y Seleuco, rey de Siria.

Don Juan Clímaco Salazar. Mardoqueo. T.

Don N. Tudó (15). La Mujer honrada.

A. A. La Constancia española y Sitio de Calahorra.-Troya abrasada. T.— Mitridates. T. — La Restauracion de Orán. — Berenice en Tesalónica. — La Viuda gaditana.—Don Rodrigo de Vivar.—Cual es afecto mayor, ó el Triunfo de Tomiris. — Temístocles. T. — Zaida. T. — Guillermo de Hanau. T.—Jerjes. T.—Jonatás. T.—Beverley ó el Jugador

(14) Don Ramon de la Cruz compuso otros muchos sainetes, unos inéditos y otros recopilados, entre ellos el Calderero y la vecindad, que Moratin coloca entre los anónimos.

(15) Es don Juan Francisco Tudó.

Razon, justicia y honor triunfan del mayor vajandro en Scútaro.—Kaulikan, rey de Persia.
ego Rejon de Silva. Gabriela de Vergi. T.
dro Perez de Guzman, duque de Medinasidonia. T.—Hernan Cortés. T.
ente Camacho. Demetrio en Siria.
renzo de Villarroel, marqués de Palacios. Ana .—El Duque de Alburquerque. T.—El Conde de hez. T.—Hernan Cortés. T.—El Conde de So-rtabano. T.—Abdolomino. T.—Alejandro el No- Ana de Cleves. T.—El Duque de Somerset. T.— s. T.—Apocouque. T.
an Pablo Forner. El Filósofo enamorado, ó la Es- la amistad.
varo María Guerrero. El Hidalgo tramposo.
an Pison y Vargas. El Rutzvanscadt, ó el Quico.
acio García Malo. Doña María Pacheco. T.—El nte.—Coriolano. O.
sé Joaquin Mazuelo. Sofonisba. T.
renzo Daniel y Don Alonso Antonio Cuadrado. La San Felipe por las armas españolas.
onso Antonio Cuadrado. El Valor de las Murcia- a lunas africanas.
., condesa del Carpio. La Aya francesa.
del Rey. Defensa de Barcelona por la mas nazona.—La Enemistad mas cruel por suerte, enganza.—La Fiel Pastorcita y Tirano del casti- Viuda generosa.—Caprichos de Amor y Celos.— nero de Guerra, ó un curioso accidente.—La iada.—La Faustina.—Polixena.—Anfriso y Be- el Amor sencillo.—Hernan Cortés en Tabasco.— sta Labradora.—Areo, rey de Armenia, ó la Eli-

Villaverde (16). Zoraida, reina de Tunez.—Al- l en Alarcos.—El Bastardo de Suecia.
El Criado de dos amos.—Ariadna abandonada .—La Mujer variable.—El Comerciante inglés.—) (17).—El Tirano de Lombardía.—Esmaltes del rtud, lealtad y valor, ó la Esposa fiel.—Cosroas y — El médico supuesto.—Alexis.—Los Juegos s.—Avelino, ó el Gran Bandido.—Lina. T.—La la indigencia.—El Calderero y la vecindad.— engañada.—Amalia, ó la Ilustre camarerita. O. gico de Candahar.—Union del reino de Aragon ndado de Barcelona.—A falta de hechiceros lo ser los gallegos (18).—El Faeton.—Los Desgra- lices, ó Acmet el Magnánimo.—El Optimista.
omingo Botti. El Logrero, etc. (19).
oncin. De dos enemigos hace el amor dos ami- Triunfo de las Roncalesas.—El Viejo imperti- La Virtud premiada, ó el verdadero buen hijo.— aso nacen muchos.—Quedar triunfante el rendido o el vencedor, Codro el ateniense.—El Queso de — Cómo ha de ser la amistad.—Herir por los mis- s.—Amistad, Lealtad y Amor saben vencer el El Feliz Encuentro.—La Buena Madrastra.—El en la traicion y triunfante el perseguido.—La Res- n de Astorga.—Crueldad y sinrazon vencen astu- or, ó Maxencio y Constantino.—El Embustero en- — Olimpia y Nicandro.—Lograr el mayor imperio liz desengaño.—Para averiguar verdades el tiempo testigo, ó el Hijo de cuatro padres.—Sertorio el mo.—Los Esposos reunidos.—La dicha viene no se aguarda.—Un Montañés sabe bien dónde el aprieta.—Persecuciones y dichas de Raimundo y Mariana.—Hallar en su misma sangre el castigo y el baldon y crueldad de Mitridates.—La mas heróica piedad mas noblemente pagada, y el Elector de Sajonia.—El Asturiano en Madrid y Observador instruido.—Hechos heróicos y nobles del valor godo español.—La mujer mas vengativa por unos injustos celos, etc.

Don N. Ramonell. La Conquista de Mallorca.
Don Pedro Estala. El Pluto.—Edipo Tirano. T.
Don Mariano Luis de Urquijo. La Muerte de César. T.
José Concha. La Desgraciada hermosura doña Inés de Castro.—El Matrimonio por razon de estado.—Narsetes. T. —Antes que todo es el rey.—El honor mas combatido, y crueldades de Neron.—La Nuera sagaz.—El mas heróico español.—Mustafá. T.—La Pérdida de España.—La Restauracion de España.—Mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y natural vizcaino.—A España dieron blason las Asturias y Leon, triunfos de don Pelayo.— Ciro, príncipe de Persia.—La Inocencia triunfante.—Premia el cielo con amor de Cataluña el valor, y glorias de Barcelona.—Orestes. T.—El Rencor mas inhumano de un pecho aleve y tirano, y Condesa Jenovitz.
Don José Ortiz y Sanz. Orestes en Sciro. T.
Antonio Robles. Blanca y Guiscardo.—Manlio Capitolino. T.—Gustavo Wasa. T.—Ifigenia en Tauris. T.—Scipion en Cartagena.—El Mudo.
Don Antonio Valladares y Sotomayor. A Suegro irritado Nuera prudente.—El Francés generoso.—A diluvios de desdenes cura tempestad de celos.—El Encanto por amor. —Faltar á padre y amante por obedecer al rey, ó la Etrea. —A gran mal gran resistencia.—El Hombre singular.— La Enriqueta.—La Escuela de las mujeres.—El Desafío feliz.—Este es el mayor placer que el hombre puede tener.—El Amigo verdadero.—La Elmira.—De la mas fiera crueldad sabe triunfar la virtud.—Curar los males de amor es la física mayor.—Constantino y Fausta.—Buscar el mayor peligro y hallar la mayor fortuna.—Atis y Erinice.— El Católico Recaredo.—El Conde Werwich.—El Dichoso por la suerte y tambien por la eleccion.—El Comerciante de Burdeos.—Rufino y Aniceta.—El Culpado sin delito.— Amarse sin verse.—Adelaida, reina de Francia.—Beneficios reiterados con ingratitud pagados.—El Capitán y el Alférez ó la Simple discreta.—De la sepultura al trono.— El engaño amoroso.—Castigar con la fineza.—De fieras hace amor hombres.—Samir y Dircea.—El Vasallo Rey.— Los dos famosos Manchegos, y Máscaras de Madrid.—Las cuatro Naciones, ó la Viuda sutil.—La Posada feliz.—El Usurero celoso.—Sidney y Wolsan.—La Maleta.—El Preso por amor, ó el Real Encuentro.—Obsequiar y aborrecer.—Las Vivanderas ilustres.—Nunca el rencor vencer puede adonde milita amor.—El Vinatero de Madrid.—Trápala y Tramoya.—Los Acasos de una noche.—No hay solio como el honor.—Los Maragatos de Astorga.—No hay cosa que no se sepa.—El Trapero de Madrid.—Cuál mas obligacion es, la de padre ó la de juez.—La Noche crítica.—El Miliciano.—Lealtad, Traicion é Inocencia, ó Sifiro y Etolia.—Los Tios y los Sobrinos.—El Matrimonio deshecho.—Quien no pretende no alcanza.—El Rey es primero.—Efectos de la virtud y consecuencias del vicio. —La Fundacion de Madrid, por Manto y Ocno Bianor.—El Grito de la naturaleza.—Saber premiar la inocencia y castigar la traicion.—Los Huérfanos.—La sangre sin fuego hierve.—La Amistad mas bien pagada.—El Marido de su hija.—El Tutor celoso.—Despreciar una corona.—La Virtud premiada.—El Baron de Sinflock.—Las Máximas de un buen padre para hacer bueno á un mal hijo.—El Príncipe de Condé.—Hoy don Juan y ayer don Diego.—La Isabela de Plimout.—El Laomedonte.—El Hombre mordaz.—Los Jardineros amantes.—La Magdalena cautiva.—El Fabricante de paños.—Los Hermanos fingidos.—El Mentor.— Los Criados embusteros.—Esceder en heroismo la mujer al héroe mismo, ó la Emilia.—Guzman el Bueno, gober-

don José Villaverde Fernandez.
Telémaco es de don Dionisio Solís.
comedia de magia es de don Nicolás Fernandez Martinez.
lujo tambien la comedia el Escultor y el ciego, que se halla nónimas.

nador de Tarifa.—Saber del mayor peligro triunfar sola una mujer, ó la Elvira.—El Emperador Alberto, ó la Adelina, primera y segunda parte.—El Galeote cautivo.—Defensa de la Coruña por la heróica María Pita.—El Carbonero de Londres.—A una grande heroicidad pagar con otra mas grande.—La Dicha por un delito.—Eduardo III.—Cautelas contra finezas.—Las Buenas costumbres.—Damon y Roselia.—El Mágico de Astracan.—Eduardo IV.—El sitio de Landau.—El Mágico del Mogol.—Etolia y Menope.—Empeños de un abanico.—Por esposa y trono á un tiempo, y Mágico de Servan.—Eduardo VIII.—La Amistad es lo primero.—El Mágico por amor.—Ejilona, viuda del rey don Rodrigo.—El Enfermo por amor.—Conseguir sin pretender.—El Degradado.—Espártaco en Roma.—Eufrosina.—Otro segundo Faeton tambien roto en Valdemoro.

Don N. Rodriguez. El Feliz hallazgo, ó el Abate mas astuto.

Don Bernardo María de Calzada. La Subordinacion militar.—Caton en Utica. T.—Motezuma. T.—Alcira. T.—El Hijo natural.

Don Agustin de Silva, conde-duque de Aliaga.—Las Troyanas. T.—El Sofa.

D. N. Menchero (20). Braben Ben-Alí. T.

Don Francisco Messeguer. El Chismoso.

Don Francisco Durán. La Industriosa Madrileña, y Fabricante de Olot.

A. A. Los Amantes engañados, ó los Falsos Recelos.—El Delirio, ó las Consecuencias de un vicio. O. (21).—Matilde de Orleim.—Los Amantes generosos.—El Sacrificio de Isaac. O.—El fruto de un mal consejo contra el mismo que le da.—La Merienda de horterillas.—Los Títeres, ó lo que es el mundo (22).—Ricardo corazon de Leon. O.—Los peligros de la corte.—Juanito y Rosita.—El Jóven Carlos.—Las dos Hermanas.—Los Viajes del emperador Sigismundo, ó el Escultor y el Ciego.—El Reloj de madera. O.—Las Minas de Polonia (23).—Una hora de ausencia.—Los forasteros en Madrid.—El Molino de Kléber.—El hombre de la Selva Negra, ó el Pícaro honrado (24).—Las Esposas vengadas.—Idomeneo. O.—El Sordo en la posada (25).—La Andria (26).—Las Ruinas de Babilonia.—Los Palos deseados (27).—Las Carceles de Lamberg.—La Madrastra.—La escuela de los plebeyos.

Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos. Las Hermanas generosas.—Idomeneo. T.—Zoraida. T.—La Condesa de Castilla. T.—Pítaco. T.

Don Luciano Francisco Comella. Catalina II, emperatriz de Rusia.—Catalina II en Cronstad.—Federico II, rey de Prusia.—Federico II en el campo de Torgau.—Federico II en Glatz.—La Jacoba.—La Cecilia, primera y segunda parte.—El Pueblo feliz.—Luis XIV el Grande.—La Buena Esposa.—El Abuelo y la Nieta.—El Buen Hijo, ó María Teresa de Austria.—Ino y Temisto. T.—El Buen Labrador.—María Teresa de Austria en Landau.—El Error y el Honor.—La Escocesa de Lambrun.—El Tirano Gesler.—El Casado avergonzado.—El Tirano de Ormuz.—Doña Inés de Castro.—Los Esclavos felices.—La Dama desengañada.—La Cifra. O.—El Hijo reconocido.—Ino y Neifile.—La Isabela. O.—La Moscovita sensible.—La Novia impaciente.—Doña Berenguela.—La Dama sutil.—Los Dos Amigos.—El Hombre agradecido.—El Estatuario griego.—El Dichoso arrepentimiento.—El Engaño desengaño.—El Sitio de Calés.—Los Falsos Hombres de bien.—El Ayo de su hijo.—El Fénix de las mujeres, ó la Alceste.—La Escuela de los celosos. O.—El Hombre de bien.—Natalia y Carolina.—La Familia indigente.—La Judit castellana.—Asdrubal. T.—Los Amantes de Teruel.—El mayor rival de Roma, Viriato. T.—La Razon todo lo vence.—Siquis y Cupido.—El Ardid militar.—Los Hijos de Nadasti.—El Hombre singular, ó Isabel I de Rusia.—Cadma y Sinoris.—Nina, ó la Loca por amor. O.—El Fénix de los criados, ó María Teresa de Austria.—Los Amigos del dia.—El Matrimonio secreto. O.—Cristóbal Colon.—Pedro el Grande, czar de Moscovia.—Séneca y Paulina.—Andrómaca.—El Avaro.—Alejandro en Oxidraca.—Los Amores del conde de Cominges.—El Indolente.—Las Lágrimas de una Viuda.—La Enferma fingida por amor. O.—El Negro sensible.—Hércules y Deyanira.—Cristina de Suecia, etc.

Don Francisco Copons. Ramona y Roselio. O.

Don Francisco Rodriguez de Ledesma. Mahoma. T.—El Petardista adulador.—El Vicioso Celibato.—Lucrecia Pazzi. T.—La Moda.—Virginia romana. T.—Leonido, ó el Amor desgraciado.—La Clemencia de Tito.

Don Vicente Rodriguez de Arellano. Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.—El Celoso don Lesmes.—El Atolondrado.—La Parmenia.—Marco Antonio y Cleopatra.—Soliman II.—El Esplin.—Dido abandonada.—La Atenea.—La noche de Troya.—Armida y Reinaldo, primera y segunda parte.—La Mujer de dos Maridos.—El Pintor fingido.—Augusto y Teodoro, ó los Pajes de Federico.—El Sitio de Toro, y noble Martin Abarca.—El Duque de Pentiebre.—A Padre malo buen Hijo.—La Dama labradora.—El Marinerito. O.—El gran Seleuco.—La Reconciliacion, ó los dos Hermanos.—Clementina y Desormes.—La Opera cómica. O.—La Fulgencia, ó los dos Maniáticos.—Cecilia y Dorsán.

Don Santos Diez Gonzalez. Amfitrion.—El Casamiento por fuerza.

Don Gil Lorena de Arozar (28). La lealtad, ó la Justa Desobediencia.

Doña María Rosa Galvez. Saul.—Blanca de Rossi. T.—Safo.—Florinda. T.—Amnon. T.—Zinda. T.—Alí-Beck.—La Delirante.—Catalina, ó la Bella labradora.—Un loco hace ciento (29).

Juan Gonzalez del Castillo. Numa, T.—La Madre hipócrita.—El Ventorrillo por la mañana.—El Gato.—El Chasco del manton.—El Payo de la carta.—El Soldado fanfarron, primera, segunda y tercera parte.—Los Zapatos.—El Maestro Pezuña.—Casa de vecindad de Cadiz, etc. (30).

Don Manuel José Quintana. El duque de Viseo. T.—Pelayo. T.

Don Gaspar de Zavala y Zamora. La Justina.—El Amor perseguido y la Virtud triunfante.—El Naufragio feliz.—Tener celos de sí mismo.—El Triunfo del Amor.—Sitio y toma de Breslau.—El Premio de la humanidad.—Cenobia y Radamisio. T.—El Amante generoso.—El Perfecto amigo.—Semíramis. T.—El Dia de campo.—El Amor constante, ó la Holandesa.—La Tamara, ó el Poder del beneficio.—Alejandro en Sogdania.—Llegar á tiempo.—El Bueno y el Mal amigo.—Aragon restaurado por el va-

(20) Es don José Milanés Mechero.
(21) Es traduccion de don Dionisio Solís.
(22) Es traduccion de don Felix Enciso Castrillon.
(23) Es traduccion de doña María Gasca y Medrano.
(24) Es traduccion de don Bernardo Gil.
(25) Es traduccion de don Félix Enciso Castrillon.
(26) Comedia de Terencio traducida por don Manuel Dequeiane.
(27) Este sainete es de don Juan del Castillo.

(28) Parece anagrama de Rodriguez de Arellano.

(29) De doña María Rosa Galvez hay tambien Los figurones literarios.—El Egoista.—Las Esclavas amazonas.—La Delirante.—Bion.

(30) De este autor, que en su género compitió con don Ramon de la Cruz, conocemos además los sainetes siguientes: El dia de toros en Cadiz.—La Feria del Puerto.—El Soldado tragabalas.—La Cura de los deseos y varita de las virtudes.—El Letrado desengañado.—El Soldado por fuerza—El Médico poeta.—La inocente Dorotea.—El Café de Cádiz.—El Cortejo sustituto.—El Triunfo de las mujeres.—La Casa nueva.—El Robo de la pupila.—El lugareño en Cádiz.—El Liberal.—La Boda del mundo-nuevo.—La Mujer corregida.—La Mujer resuelta.—Los Caballeros desairados.—Los Jugadores.—Los literatos.—Los Majos envidiosos.—El Maestro de la tuna.—Los Cómicos de la legua.—El Desafío de la Vicenta.—Felipa la chiclanera.—El Marido desengañado.—Los Naturales opuestos.—Los Nobles ignorados.—El Aprendiz de torero.—El Fin del pavo.—Los Palos deseados.

s hijos.—Palmis y Oronte.—Carlos V sobre Dura.
ıeróica espartana.—El Rey Eduardo III.—El Im-
las costumbres.—El Confidente casual.—La Des-
de Sagunto.—La Tienda de joyería.—Faustina y
-La mayor piedad de Leopoldo el Grande.—Se-
·lisa.—Por ser leal y ser noble dar puñal contra
e, y la Toma de Milan.—Los Esteriores engaño-
s Víctimas del amor, Ana y Sindham.—Euridice
ó el Amor constante.—Una pieza cómica que no
cómica.—La Hidalguía de una inglesa.—El Czar
El Calderero de San German.—El Amante hon-
.as Tramas de Garulla.—Adriano en Siria.—La
·mencia de Tito. T.—El Amor dichoso.—Car-
rey de Suecia, primera, segunda y tercera parte.
ncido y vencedor, Julio César y Caton.—El Sol-
ırcista.—Belerofonte en Licia.
.opez Estremera. Los Espósitos, etc.
El Matrimonio casual (31).— A Pícaro pícaro y me-
na travesura.— El Negro y la Blanca (32).—Los
s en la aldea.—La Prueba caprichosa (33).—El Di-
ır amor (34).—Los Toros de Juan Tuerto.—El Car-
le Livonia.—Ginebra de Escocia.—La Intriga por
ınas.—El Anciano y los Jóvenes.—La Esposa cul-
ı).—El Sombrero que habla (36).—Blanca de Bor-
-Quien porfia mucho, alcanza.—El Contrato anula-
Casa en venta (37).—A Perro viejo no hay tus tus. O.
via de Gandul.—Los dos Ayos.—El Ermitaño del
osilipo.—La Intriga epistolar.—Mi Tia Aurora. O.
a contra mentira.—El Tio Legaña.—La Correccion
.—El Capítulo segundo.—La Inés.—La Novia co-
El Fin del pavo.—La Griselda. O.—El Bosque de
-Los vecinos.—El Secreto. O.—La Tertulia estra-
—El Médico turco. O.—La Prueba de la ausencia.
ar y Adelaida.—Guerra abierta.—La Familia
:.—El Cuadro.—La Vestal. O.—Rómulo y Er-

ıan Francisco Pastor. Pablo y Virginia.
. *Rebolleda.* El Amor y la Intriga.
onisio Solís. Romeo y Julieta.—El Hijo de Agamem-
—Tello de Neira. T.—Misantropía y arrepenti-
-Juan Calás, ó la Escuela de los jueces (38).
sé Vargas Ponce. Abdalasis. T.
imon de Viegas. El Rabula, ó el Abogado ha-

ıdrés Miñano. El Gusto del dia.
ntonio Sabiñon. Alejandro en la India.—Los Hijos
›. T.—La Muerte de Abel. T.—Cleonice.
. *W. y M.* El Conde de Korff en Thionville.
:lian de Velasco. La Mujer celosa.
ımás García Suelto. El Cid. T.—El Solteron y su

ndrés de Mendoza. La Lugareña orgullosa.
ɔustin García de Arrieta. El Conde de Olsback.
oso confundido.
ıan Francisco del Plano. La Orgullosa.—Gom-
ıniada. T.

comedia es original de don Francisco Filomeno.
e don Vicente Rodriguez de Arellano.
·ece traducida por don Francisco de Paula Naranjo.
ivorcio por amor, la Intriga por las ventanas, Mentira contra
i tia Aurora, los dos Ayos, y el Médico turco, son traducciones
ix Enciso Castrillon.
aduccion de don J. F. Pastor.
·aduccion de don Manuel Andrés Igual, de quien es tambien
; que lecciones son y efectos del desengaño.
sta comedia en un acto hay una traduccion de Castrillon y otra
genio de Tapia.
on Dionisio Solís se cuentan otras composiciones dramáticas:
› Polimenes, ó los Misterios de Eleusis.—Fédima.—Maho-
:dias traducidas; Camila.—Blanca de Borbon.—Tello de
edias originales; La Sevillana.—El Enredador, comedias imi-
Pupila.—Las literatas.—La Comparsa de repente, comedias
á mas de algunas óperas y muchas refundiciones de nuestros
guos.

Don Félix Enciso Castrillon. El Distraido.—El Español y la Francesa.—Gerarda y Dorotea.—El Teatro sin actores.—Hijo legítimo y natural.—El Reconciliador, ó el Hombre amable.—La Comedia de repente (39).

Don N. Isusquiza. El Celoso y la Tonta (40).

Don José Marchena. Polixena. T.—El Hipócrita.—La Escuela de las mujeres.

Don Francisco Gonzalez Estéfani. El Padre de familia.

Don Teodoro de la Calle. Otelo, ó el Moro de Venecia. T.—Machbeth. T.—Blanca y Moncasin. T.

Don Francisco Sanchez Barbero. Coriolano. T. (41).

Don Manuel Estrada. El Abate Lepée.

Don Antonio Marqués. El Aguador de París.—La recompensa del arrepentimiento (42).

Don Tomás Alvear. Los Desengaños.

Don Eugenio Tapia. Agamenon. T.—Cosroas y Siroe.—Adolfo y Clara, ó los dos Presos. O.—El Califa de Bagdad. O.—El Preso ó el Parecido. O. (43).

A. A. Las Mocedades de Enrique V.—Oscar. T. (44).—La Criada ama. O.—La Misantropía desvanecida.—La Posadera chasqueada.—Alina, reina de Golcondá. O.—Una mañana de Enrique IV.—El Error de un buen Padre.—Los dos Yernos (45).—La Urraca ladrona.—Juan de París. O.—El Filinto, ó el Egoista.—El Opresor de su familia.—La Optica moral.—La Estatua.—El Sobrino fingido.—Las cuatro Puertas de calle.—Las Visitandinas. O.—El Rey Fernando en Bayona.—El Sermon sin fruto.—El Desafio y el Bautizo.—La Musa aragonesa, ó los Poetas.

Don Miguel Sarralde. Los Rechazos.—Los Gemelos.

Don José Mor de Fuentes. El Calavera.—La Mujer varonil (46).

Don José Rangel. Los Templarios. T.—Felipe II. T.—Motezuma. T.

Don Manuel Bravo. El Certámen poético.—Los Compromisos.—La Llegada oportuna.—Los Parvulitos.

Don José María Carnerero. Citas debajo del olmo.—Elvira y Perci, ó los Efectos de la violencia. T.—El Viajante desconocido.—La Novicia.—La Huerfanita.—La Campanilla ó el Diablo paje. O.—La Antesala (47).

(39) A mas de las composiciones contenidas en este artículo, y de las citadas en las notas 22, 25 y 34, pertenecen á este autor las siguientes, bastantes de ellas originales, sin hacer mérito de las refundiciones: Aviso á los casados.—La Casualidad contra el cuidado.—Cobrar en vida lo gastado en el entierro.—La Defensa de Valencia.—Los Enredos de un curioso.—El Esopo moderno.—Haber de casarse sin tener con quién.—El Hombre de bien amante, casado y viudo.—Los Inquilinos de sir John, ó la familia de la India, Juanito y Coleta.—La Musicomanía.—El Sueño.—Los tres Maridos.—Las Mujeres.—Cual el padre tal el hijo.—Los Carboneros de Holbach.—El Sepulcro de Adelaida.—El mayor Palmer.—El Seductor enamorado.—Roberto, ó el Bandolero honrado.—Ester. T.—Hércules y la Felicidad.—Las cuatro columnas del trono español.—La Defensa de Vigo.—El Espejo mágico.—Don Sisebuto en la feria del Cármen.—Castillos en el aire.—La noche de un proscrito.—¿Quién repara en una letra?—La una y media, señor conde.—La Musa aragonesa, ó los poetas.—El Niño bitongo.—Una fineza de Inglaterra.—La madre Mariana.—La Casa tapiada.—Tipos-Saib.—El Sermon sin fruto en Logroño.—El vano humillado.—Don Hilarion del Vencejo.—El Gato guisado.—Seguir dos liebres á un tiempo.—El bachiller Bodega.—La Boda del verdadero himeneo.—El Opresor de su familia.—La Urraca ladrona.—Verdadero himeneo.—La Eleccion de esposo. O.—Pamela casada. O.—El Tesoro fingido. O.—La Biblioteca de los zapatos. O.

(40) Don Dámaso de Isusquiza compuso tambien el *Avaro*.

(41) A este insigne humanista debemos tambien un drama lírico titulado *Saul*.

(42) Son de don Antonio Marqués y Espejo los dramas siguientes: Miss Clara Harlowe.—La Filantropía, ó la Reparacion de un delito.—Matilde de Orleim.—Amor y virtud á un tiempo.—Los compadres codiciosos.

(43) Don Eugenio de Tapia ha compuesto además: La Acelina.—La Madrastra.—La Soltera suspicaz, ó Amar desconfiando.—El Hijo predilecto.—Idomeneo, drama trágico en un acto.

(44) Es de don Juan Nicasio Gallego.

(45) Esta comedia, y *Filinto ó el Egoista*, que se cita después, son traducciones de don José Marchena.

(46) Deben añadirse: El Egoista, ó el mal Patriota.—La fonda de Paris.

(47) Don José María Carnerero, por los años inmediatos á la formacion de este catálogo, componia: La Noticia feliz.—La Tertulia realista.—El Regreso del monarca.—El regio cumpleaños. Y traducia: Luis IX. T.—Hamlet. T.—El Marido ambicioso.—El conde de Fal-

Don Francisco Altés y Gurena. El Conde de Narbona. T. El Conde de Cominges.—Gonzalo Bustos. T.—El Espósito, ó el Mozo de café (48).

José Maqueda. Sancho Panza en su gobierno. — El Entierro de don Guillermo.

A. A. La Noche de un Proscripto.— El Desquite (49). — El Preguntón y el Cadete.—La Comedianta.—La Cabeza de Bronce, ó el Desertor húngaro.—El Panarizo de Federico II, ó la Peticion estravagante.—No se compra amor con oro. O.—El Adivino por casualidad, ó el Diamante perdido.—Omasis, ó José en Egipto. T. (50).—Los Hermanos á la prueba.—El Turco en Italia. O.—Carlos y Carolina, ó los Esposos perseguidos.— La Condesa de Collado Herboso. O.—La Fuerza de la ley, ó la Corona de laurel.—El héroe Mina en los campos de Arlaban.—El Alcalde de Sardam, ó la Taberna holandesa.—La Familia á la moda. —Marco Antonio. O.—El Hombre gris.—La Cenicienta. O. —El Perro de Montargis.—Juanita y Felipe. O.—La Treinta y una. O.

Don Luis de Mendoza. Padilla. T.

Don Angel de Saavedra Ramirez de Baquedano. Aliatar.—Lanuza. T. (51).

Don José Joaquin de Mora. Nino II. T. (52).

Don Francisco Martinez de la Rosa. Lo que puede un empleo.—La Viuda de Padilla. T.—La Niña en casa y la Madre en la máscara (53).

Don Fernando Cajigal, marqués de Casa-Cajigal. El Matrimonio tratado.—Los Perezosos.—La Sociedad sin máscara.—La Educacion.—El Murmurador.—El Engaño feliz. O.

A. A. El Donado fingido.—La Pierna de palo. O.—La Italiana en Argel. O.—Los Huéspedes, ó el Barco de vapor.—Los ladrones de Calabria.—Seguir dos liebres a un tiempo.—La Equivocacion, ó los dos Mendozas.—El Baron de Felsheim.—El Amigo íntimo.—El Monte de San Bernardo. O.—Leon de Norbel, ó el Preso de Stocolmo. —El Fundador de las casas de niños espósitos Vicente Paul.—El Leñador escocés.—Vasconia salvada. T.—El Interior de la Inquisicion. — Cayo Graco. T. — La palabra Constitucion.—El Remordimiento, ó la Capilla de Glenstor. —La Entrada del héroe Riego en Sevilla.—El dia 7 y 8 de marzo de 1820.—Roma libre. T.—El Trapista en los campos de Ayerbe.—Virginia. T.—El Novio austro-ruso, ó los Rusos en Miguel-Turra.—Coletilla en Navarra.—El dia 7 de julio de 1822. —Una noche de alarma en Madrid (54).

Don Manuel Eduardo Gorostiza. Indulgencia para todos.—El Jugador.—El Amante jorobado.—Tal para cual, ó los Hombres y las Mujeres.—Don Dieguito.—Las Cuatro Guirnaldas.—Las Costumbres de antaño (55).

A. A. Federico y Carlota, ó el Hijo asesino del padre por socorrer á su madre.—Los Frailes en la trampa.—El Desengaño de los ilusos y entrada de las tropas nacionales en la Conca de Tremp.

José Robreño. Mosén Anton en las montañas de Monseny, primera y segunda parte.— La Defensa del fuerte de Blanes y presa de mosén Pedro.—La Regencia de la Seo de Urgel. —Milans en la villa de Pineda.— Numancia de Cataluña y libre pueblo de Porrera.— La Toma de Castelfollit.—Entrada de las tropas nacionales en Balaguer.—Huida de la regencia de Urgel y desgracia del padre Liborio. — El general Mina en Artesa de Segre.

kland. — Los dos Sargentos franceses. — El Primo de todo el mundo.— El pobre Pretendiente. — El afán de figurar. — El Peluquero de antaño y el peluquero de ogaño. — El Naufragio, ó los Herederos. — El Casamiento por conviccion.— La Cuarentena.— Gustavo Poleska, ó el pan de la Boda. — Lo que es mudar de vestido, y oros son triunfos. — El Fardo ó la ambicion de un lacayo. — Los tres compañeros de cuarto. — El Tutor inglés. — Una oficina por dentro. — El Embajador. — La Muda en el bosque. — Miel sobre hojuelas. — El Diplomático. — Los Festejos olímpicos.

(48) Hay de este autor otras dos tragedias : Mudarra. — La Muerte de Cesar.

(49) Es traduccion de don Manuel Bernardino García Suelto.

(50) Esta tragedia fué traducida por don Juan Francisco Pastor.

(51) Don Angel de Saavedra, actual duque de Rivas, ha dado después al teatro : El duque de Aquitania. — Malek-Adel. — Tanto vales cuanto tienes. — Don Alvaro, ó la Fuerza del sino. — Solaces de un prisionero. — La Morisca de Alajuar. — El Crisol de la lealtad. — El Desengaño en un sueño. — El Parador de Bailén.

(52) Debe añadirse : La Aparicion y el marido.

(53) Ha compuesto igualmente : La Conjuracion de Venecia. — Moraima. T. — Edipo. T. — Los Celos infundados. — Abenhumeya. — La Boda y el duelo. — El Español en Venecia, ó la Cabeza encantada.

(54) De las obras dramáticas comprendidas en esta lista de anónimas, el *Amigo íntimo*, y *una Noche de alarma* en Madrid son de don Manuel Eduardo Gorostiza, á quien se atribuye tambien el *Novio austro-ruso* : *Vasconia salvada* es de don Miguel de Burgos ; la *Palabra Constitucion*, de don Gaspar Zavala y Zamora ; *Roma libre* fué traducida por don Antonio Saviñon ; y *Virginia* por don Dionisio Solís.

(55) Don Manuel Eduardo Gorostiza, á mas de las piezas citadas por Moratin y las espresadas en la nota anterior, compuso las comedias : *Contigo pan y cebolla*, *Virtud y patriotismo*, y *el Secretario y el Cocinero*.

EL VIEJO Y LA NIÑA

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1790.

Estas resultas esperan
Tales casamientos.
ACTO III, *escena XV*.

ADVERTENCIA.

En el año de 1786 leyó el autor esta comedia á la compañía de Manuel Martinez, y los ;alanes fueron de opinion de que tal vez no se sufriria en el teatro, por la sencilla disposicion le su fábula, tan poco semejante á las que entonces aplaudia la multitud; pero se determiiaron á estudiarla, á pesar de este recelo, persuadidos de que ya era tiempo de justificarse á os ojos del público, presentándole una obra original escrita con inteligencia del arte.

Costó no pequeña dificultad obtener licencia para representarla, y solo pudo conseguirse iaciendo en ella supresiones tan considerables, que resultaron truncadas las escenas, inconecuente el diálogo, y toda la obra estropeada y sin órden. A esta desgracia se añadió otra no nenos sensible. La segunda dama de la compañía, que frisaba ya en los cuarenta, no quiso educirse á hacer el papel de doña Beatriz, á fin de conservar siquiera en el teatro las apaiencias de su perdida juventud. La comedia volvió á manos del autor, y desistió por entonces le la idea de hacerla representar.

Dos años después, creyendo que las circunstancias eran mas favorables, restableció el maiuscrito y se le dió á la compañía de Eusebio Ribera, bien ajeno de prevenir el grave inconeniente que amenazaba. Una actriz, que por espacio de treinta años habia representado con iceptacion del público en algunas ciudades de Andalucía y en los sitios reales, mujer de gran alento, sensibilidad y no vulgar inteligencia en las delicadezas del arte, se hallaba entonces le sobresaliente en aquella compañía. Leyó la comedia, la aplaudió, la quiso para sí, y deterninó representarla y hacer en ella el personaje de doña Isabel. Podia muy bien aquella estiiable cómica desempeñar los papeles de Semíramis, Athalía, Clitemnestra y Hécuba; pero io era posible que hiciese el de una jóven de diez y nueve años, sin que el auditorio se burase de su temeridad. El conflicto en que se vió el autor fué muy grande, considerando que lebia sacrificar su obra por una tímida contemplacion, ó que habia de tomar sobre sí el odioso mpeño de sacar de error á una dama, á quien ni la partida de bautismo ni el espejo habian lesengañado todavía. Si la compañía de Martinez no hizo esta comedia porque una actriz se iegó a fingir los caracteres de la edad madura, tampoco la compañía de Ribera debia repreentarla, mientras no moderase otra cómica el infausto deseo de parecer niña.

Entre tanto, la comedia se iba estudiando, y el autor anunciaba en silencio un éxito infeliz, jue se hubiera verificado, si otro incidente no hubiese venido á disipar sus temores. El vicaio eclesiástico no quiso dar la licencia que se le pedia para su representacion, y el autor reogió su obra, agradeciendo la desaprobacion del juez, que le libertaba de la del patio.

Pasaron otros dos años, y todo se halló favorable. Los censores aplaudieron el objeto moal, la regularidad de la fábula, la imitacion de los caracteres, la gracia cómica, el lenguaje, l estilo, la versificacion : todo les pareció digno de alabanza. Así varían las opiniones acerca el mérito de una obra de gusto; y tan opuestos son los principios que se adoptan para exaiinarla, que á pocos meses de haberla juzgado unos perjudicial y defectuosa, otros admiran u utilidad, y la recomiendan como un modelo de perfeccion.

El público, supremo censor en estas materias, oyó la comedia de *el Viejo y la Niña*, repreentada por la compañía de Eusebio Ribera en el teatro del Príncipe el dia 22 de mayo de 790. Aplaudió, si no el acierto, la aplicacion y los deseos del autor, que daba principio á su arrera dramática con una fábula en que tanto lucen la regularidad y el decoro.

Juana García desempeñó el papel de doña Isabel, reuniendo á sus pocos años su agradable resencia y voz, la espresion modesta del semblante, y la regular compostura de sus acciones. lanuel Torres, uno de los mejores cómicos que entonces florecian, agradó sobre manera al

público en el papel de don Roque, y Mariano Querol supo fingir el de Muñoz con tal acierto, que pudo quitar al mas atrevido la presuncion de competirle (*).

Representada esta comedia en los teatros de Italia por la traduccion que hizo de ella Signorelli, fué recibida con aplauso público; pero muchas ilustres damas, acostumbradas tal vez á los desenlaces de la *Misantropía* de Kotzbué, y *la Madre culpable* de Beaumarchais, hallaron el de la comedia de *el Viejo y la Niña* demasiado austero y melancólico, y poco análogo á aquella flexible y cómoda moralidad, que es ya peculiar de ciertas clases en los pueblos mas civilizados de Europa. Cedió el traductor con escesiva docilidad á la poderosa influencia de aquel sexo, que llorando manda y tiraniza; mudó el desenlace (para lo cual hubiera debido alterar toda la fábula), y por consiguiente, faltando á la verisimilitud, incurrió en una contradiccion de principios tan manifiesta, que no tiene disculpa.

(*) Esta comedia se imprimió el mismo año de 1790 precedida del siguiente prólogo: « Nunca hubiera pensado el autor de esta comedia en imprimirla, si la circunstancia de haberse de representar en uno de los teatros de la corte no le hubiese en algun modo obligado á ello, ó si una cierta celebridad, que habia ya adquirido, mas por sus desgracias que por su mérito, no hubiera multiplicado las copias en demasía.

»No atreviéndose á prevenir el juicio que formará de ella el público, evitará estenderse sobre los dos puntos principales, á que suele reducirse toda prefacion: alabar la obra, ó disculpar sus defectos: lo primero seria ridículo, y nunca lo hará; lo segundo, fuera de sazon y acaso inútil.

»Los inteligentes juzgarán del mérito de esta comedia y hallarán que, á ejemplo de los mejores poetas dramáticos, ha seguido el autor de ella la senda que dirige á la perfeccion; cuanto contribuye á la bondad de tales obras le ha merecido particular estudio, y aun pudiera haberse lisonjeado del acierto, si por desgracia no fuera su talento tan inferior á su aplicacion.

»Sabe muy bien que los mas escelentes autores cómicos no están libres de defectos. El que sigue á lo lejos sus huellas, y funda toda su gloria en imitarlos, mal podria esperar que su ingenio, su estudio y sus años hubiesen de producir grandes cosas; cree solamente que evitó muchos errores; que observó hasta el punto que le fué posible las leyes del buen gusto y de la razon; pero no es tan poderoso su amor propio, que baste á lisonjearle con ilusiones halagüeñas.

»Nunca temió la crítica, porque á ella sola es concedido perfeccionar los conocimientos humanos; desprecia, sí, los esfuerzos de la malignidad, que exasperan y no corrigen, insultan y nunca prueban. La meditacion continua del arte y la lectura de los grandes modelos le han servido á lo menos de darle á conocer lo mucho que ignora; ni se juzga infalible, ni se obstinará en sostener contra la evidencia sus opiniones, por estar persuadido de que la verdadera sabiduría va siempre acompañada de la docilidad y la modestia; que la presuncion ridícula de saberlo todo cierra el paso á los adelantamientos; y que el ignorante que resiste á la correccion, no la merece.

»Así, cuando una crítica justa, apoyada en principios sólidos, demuestre al autor de esta obra los muchos defectos que sin duda habrá cometido, la enmienda será su única respuesta; y como logre acertar, muy poco le importará después deber á la ajena ilustracion sus propios aciertos. »

EL VIEJO Y LA NIÑA.

PERSONAS.

DON ROQUE.	DOÑA ISABEL.	MUÑOZ.	GINES.
DON JUAN.	DOÑA BEATRIZ.	BLASA.	

La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de don Roque.

representa una sala con adornos de casa particular; mesa, canapé y sillas. En el foro habrá dos puertas: una del despacho de don y otra que da salida á una callejuela, que se supone detrás de la casa. A los dos lados de la sala habrá otras dos puertas: por la de la a se sale á la escalera principal; la de enfrente sirve de comunicacion con las habitaciones interiores.

La accion empieza por la mañana, y acaba antes del mediodía.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

z!

MUÑOZ.

¡Señor!
(Responde desde adentro.)

DON ROQUE.

Ven acá.

MUÑOZ.

ıe queda abandonada *(Sale.)*
rta y zaguán.

DON ROQUE.

¿No echaste
.igo las aldabas
:rrojillo?

MUÑOZ.

Sí eché.

DON ROQUE.

o hay que recelar nada
ıs á la vista estamos;
gotillos ladra,
ınte bajarás.

MUÑOZ.

ıé fin es la llamada?

DON ROQUE.

e comunicarte
nto de importancia.
. el rosario y escucha.

MUÑOZ.

› y escucho.

DON ROQUE.

Escusada
:rá repetirte,
o debes olvidarla,
macion y el aprecio
s merecido en mi casa.
seis años y medio,
ıeses y dos semanas
ue comes mi pan.
ıidumbre tan larga...

MUÑOZ.

, le he comido, ¿y qué?

DON ROQUE.

Digo que esto solo basta
A que tú, reconocido,
Cuando yo de tí me valga...

MUÑOZ.

Vamos al asunto.

DON ROQUE.

Vamos.
Sabrás, Muñoz, que la causa
De mi mal, lo que me tiene
Sin saber por donde parta,
Es ese don Juan... ¿Qué dices?

MUÑOZ.

¿Yo acaso he dicho palabra?

DON ROQUE.

Jurara...

MUÑOZ.

(Ap. Lo que no suena
Oye, y lo que suena nada.)
Señor, adelante.

DON ROQUE.

Digo
Que el autor de mi desgracia
Es este don Juan, que vino
A Cádiz ayer mañana,
Y aceptándome la oferta
Que le hice yo de mi casa...

MUÑOZ.

La culpa la teneis vos.
¿Quién os metió...

DON ROQUE.

No sin causa
Hice el convite, Muñoz,
Porque él en Madrid estaba
Con don Alvaro de Silva
Su tio, con quien trataba
Yo, por tener á mi cargo
Aquello de la aduana...
Ya te acuerdas. Murió el tio;
Fuerza fué, pues le dejaba
Por su heredero, tratar
Con el sobrino, y en varias
Cartas que escribí, formando
Unas cuentas, que quedaban
Sin concluir, por algunas
Cantidades devengadas,
Le dije que si quería
Venir á hospedarse á casa
Cuando pensara en volver
A Cádiz... Mas ¿quién juzgara
Que lo hubiese de admitir?
Un hombre de circunstancias
Como es él, que en la ciudad
Conocidos no le faltan
De su edad y de su humor,
¿A qué fin...? Ni fué mi instancia
Nacida de buen afecto;
Porque mal pudiera usarla
Con un hombre que en mi vida
Pienso no le ví la cara.

MUÑOZ.

Pues ya estais desengañado.

DON ROQUE.

Sí lo estoy; pero aun me falta
Que decir, porque esta noche
Al pasar yo por la sala,
Noté que en el gabinete
El y mi mujer estaban.

MUÑOZ.

¡Bueno!

DON ROQUE.

Acércome; mas no
Pude entenderles palabra.
Solo ví que el tal don Juan
Como que la regañaba,
Iba á levantarse, y ella
Con acciones y palabras
Le detenia. Yo viendo
Aquello de mala data,
Dí algunos pasos atrás,
Hice ruido con las chanclas,
Entro, y la encuentro cosiendo
Unas cintas á mi bata,
Y á él entretenido en ver
Las pinturas y los mapas.

MUÑOZ.

¡Qué prontitud de demonios!

DON ROQUE.

¿Qué he de hacer en tan estraña
Situacion, Muñoz amigo?
¿Qué debo hacer? De mi hermana
No me he querido fiar,
Porque en secreticos anda
Con Isabel, y sospecho
Que las dos...

MUÑOZ.

Son buenas maulas.
En fin, lo que yo anuncié

Al pié de la letra pasa.
Viejo el amo y achacoso,
La mujer mocita y guapa...
Lo dije. No puede ser.
Si es preciso...

DON ROQUE.

Tú me matas,
Muñoz, con eso; pues cuando
Buscan alivio mis ansias
En tu consejo, te pones
A reñirme cara á cara,
Sin decirme...

MUÑOZ.

Como á mí
No se me dijo palabra
De la boda, no pensé
Que saliendo calabaza
La tal boda, fuese yo
De provecho para nada.

DON ROQUE.

Aquello ya se pasó.

MUÑOZ.

Un mes ha no se acordaba
Nadie de Muñoz, y ahora...
Bien dicen : toda es mudanzas
Esta vida... ¡Qué consultas
Tan secretas y tan largas
Se celebraron aquí!
¡Qué prodigios, qué alabanzas
De la novia! Y entre tanto
Vejete que se juntaba,
Ninguno hubo que dijese :
« Don Roque, ved que no es sana
Determinacion casaros.
Si ya teneis enterradas
Tres mujeres, no llameis
A que os entierre la cuarta.
Ya no es bien visto. »

DON ROQUE.

Muñoz,
Olvida cosas pasadas;
Dime lo que debo hacer.

MUÑOZ.

Parece cosa de chanza!
¡Un setenton enfermizo
Casarse! Y ¿con quién se casa?
Con una niña que apenas
En los diez y nueve raya.
Y después (sin advertir
El riesgo que le amenaza)
Recibe en su casa á un hombre
Que la conoció tamaña,
Y ella y él desde chiquitos
Se han tratado, y aun se tratan,
Con harta satisfaccion.

DON ROQUE.

¿Con que esa amistad es larga?

MUÑOZ.

¡Toma! ¿Con que no sabeis
Quién es ella?

DON ROQUE.

Sé que estaba
En poder de su tutor
Don Pedro Antonio de Lara,
Que la educó.

MUÑOZ.

Bien está.
Tambien sabreis que pasaba
Muchas veces la tal niña,
Por vivir tan inmediata,
A casa de vuestro amigo
Don Alvaro; allí trataba
Con el sobrino dichoso.
El no es mucho que pagara
Las visitas. ¡Ya se ve!
Es atento... Se formaba
La tertulia, y entre tanto
Que los abuelos jugaban,
Ellos jugaban tambien,
Y todo era bulla y zambra.
En fin, la amistad nació
En la niñez; si ella es mala,
Si se debe sospechar
Que del juguete pasara
A otra cosa (que en la edad
Que tienen no será estraña),
Eso discurridlo vos,
Que yo no entiendo palabra.

DON ROQUE.

¡Ay Muñoz, lo que me cuentas!
Ya se ve, fueron tan raras
Las veces que fuí allá,
Que no es mucho lo ignorara.
Trataba de mis negocios
Con don Alvaro... ¡Pues vaya,
Que la aficion es de ayer!
Como quien no dice nada,
Sus diez años, por lo menos,
Llevan de amor.

MUÑOZ.

Cosa es clara.
(Hace que se va.)

DON ROQUE.

¿Te vas?

MUÑOZ.

Me voy.

DON ROQUE.

No, Muñoz;
Dime lo que se te alcanza
En este asunto, y qué puedo
Hacer.

MUÑOZ.

Dale, ya me cansa
Tanto pedir parecer.
¿Qué dudais? Que sin tardanza
El huésped y su criado
Salten de aquí; que la hermana
Pegota vaya tambien
A mantenerse á su casa.
Guardad á vuestra mujer,
Señor don Roque, guardadla;
Que no sois nada galán,
Y ella es bonita y muchacha.
Jamás la consentireis
Festines ni serenatas,
Ni amiguillas, ni paseos,
Ni cosa que la distraiga
De la aguja y del fogon.
Y no penseis que esto alcanza.
Por el pronto...; pero al cabo,
Siempre... En fin, no digo nada.
Ello... Haced lo que os parezca.
Basta de consulta.
(Quiere irse, y don Roque le detiene.)

DON ROQUE.

Aguarda,
Muñoz. ¡Que ha de ser preciso
Tal cuidado y vigilancia
Para conservar mi honor!

MUÑOZ.

Y si mientras que se trata
Aquí su conservacion,
Está el huésped en la sala
Arrullando á la señora,
No adelantaremos nada.

DON ROQUE.

No temas, que le dejé
Encerrado en esa estancia
De mi despacho. Fingiendo
Que iba á escaparse la gata,
Torcí la llave, y no puede
Salir hasta que yo vaya.

MUÑOZ.

¡Raro arbitrio! ¿Con que hareis
Esa espulsion?

DON ROQUE.

Sin tardanza;
Y tanto que determino
Que ninguno duerma en casa
Esta noche.

MUÑOZ.

¿No es mejor
Que antes de comer se vayan?

DON ROQUE.

Ello ha de ser; es preciso.

MUÑOZ.

Allí viene vuestra hermana
La viudita, consejera
Y compinche de mi ama.
¡Eh! ya podeis empezar;
La ocasion la pintan calva.

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

Roque, saca chocolate,
Que las pastillas del arca
Se acabaron.

DON ROQUE.

¿Se acabaron?

DOÑA BEATRIZ.

Sí; ¡como quedaron tantas!

DON ROQUE.

Pues, señor, ¿quién se ha sorbido
Tanto chocolate? Vaya
Que esto va malo, Beatriz,
Jamás he visto en mi casa
Tal desórden. Ya se ve,
Si parece una posada.
Mas he gastado en un mes,
Que en un año cuando estaba
Solo con Muñoz. Yo quiero
Poner remedio. Tú, hermana,
Es menester que recojas
Tus trasticos, y te vayas;
Déjame con mi mujer,
Que no quiero tantas faldas
Junto á mí. Cuando la boda,
Viniste con tu criada
A recibir á la novia,
Asistirla, agasajarla...
En fin, á mangonear
Unicamente : escusada
Venida. Pero aun supuesto
Que ella te necesitara
En los primeros dos dias,
Las cuatro ó cinco semanas
Que ha que nos casamos, pienso,
Beatriz, que son muy sobradas,
Y que ya te puedes ir.
Tu marido, que Dios haya,
Te dejó por heredera,
Y entre créditos, alhajas
Y hacienda, quedó bastante
Para que no le lloraras.
A mí no me necesitas
Para nada, para nada.
Si fuera decir...

DOÑA BEATRIZ.

Y dime,
¿Toda esa arenga, en sustancia,
Es porque me vaya?

DON ROQUE.

Sí.

DOÑA BEATRIZ.

¿Sí? Pues no me da la gana.

DON ROQUE.

é?

DOÑA BEATRIZ.

Porque conozco
tú las marañas
urdiendo. Tú quieres
dos de casa,
o porque sientes
ivo que se gasta
alma, y después
zar con estrañas
es a dar
a esa muchacha;
erece, á fe.
e su desgracia,
entes. Una niña
, abandonada
, á un bribon,
gar de procurarla
iento feliz,
daver la casa,
ue viendo en tí
que mostrabas
ni le pediste
ni el pudiera darlas.
acion merece;
uieres negarla
que halla en mí
su amiga y su hermana;
n fin, que no sea
a, sino esclava...
n juicio, por Dios.

DON ROQUE.

ién te ha dicho nada
ujer? ¿Quién la oprime,
iñe, quién la casca?
imo, no procuro...?

DOÑA BEATRIZ.

ras apurarla
iento; y no sé,
como te aguanta.

DON ROQUE.

Quieres que las cosas
hacer, no las haga?
que vaya á buscar,
mujer en casa,
ponga el peluquin
pie la casaca?
s...

DOÑA BEATRIZ.

No quiero tal.

DON ROQUE.

ubierto de canas,
petimetre lindo,
de las damas,
ito, monuelo,
de contradanzas,
ende y arlequin?

DOÑA BEATRIZ.

e dice que tal hagas?

DON ROQUE.

; que todas sois
casquivanas.

DOÑA BEATRIZ.

e eres fastidioso,
y.

DON ROQUE.

Y tú preciada
illa y doctora.

DOÑA BEATRIZ.

e todas tus maulas
tiendo.

DON ROQUE.

Beatriz ..

DOÑA BEATRIZ.

¡Eh! Déjate de eso, y saca
Chocolate, corre.

DON ROQUE.

Al fin,
Todo es quimeras, y en nada
Hemos quedado. ¡Ay, señor!
(Abre con la llave la puerta de su despacho, y se va por la del lado izquierdo.)
(Ap. ¡Si no he de poder echarla!)

ESCENA III.

DOÑA BEATRIZ, GINES.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién buscas?

GINÉS.

A mi amo.

DOÑA BEATRIZ.

Ahí en el despacho estaba.
Ya sale.

ESCENA IV.

DON JUAN, GINES.

(Sale don Juan del despacho de don Roque con una carta en la mano, y se la da á Ginés.)

DON JUAN.

Corre, Ginés;
Ve al puerto, lleva esta carta,
Y allí pregunta á cualquiera
Por don Diego de Arizabal,
Que es capitán de navío,
Alto, moreno, que hablaba
Conmigo ayer por la noche.

GINÉS.

Ya estoy.

DON JUAN.

Y díle que á causa
De tener que prevenir
Ciertas cosas que me faltan,
No puedo pasar á verle.
Dale este papel, y aguarda
La respuesta, que es precisa,
Por escrito ó de palabra,
Y vuelve al instante.

GINÉS.

Voy.
Pero solo deseara
Saber si en estos encargos
De la partida se trata
Que pensais hacer de Cádiz

DON JUAN.

Ya es cosa determinada.
Y hoy mismo quiero salir;
O cuando mucho, mañana.

GINÉS.

¿Y adónde iremos?

DON JUAN.

Adonde
Lejos esté de mi patria.
Mi primo don Agustin
Es oidor en Guatemala,
Deudo y amistad nos une.
Allí nada me hará falta.

GINÉS.

¿Y aquí, señor?

DON JUAN.

Aquí solo
Tengo sustos y desgracias.
Déjame, por Dios, que estoy
Fuera de mí.

GINÉS.

Muy estraña
Resolucion me parece.

DON JUAN.

Tú, Ginés, no ignoras nada.
Bien sabes que desde niños
Nos quisimos, que la amaba
Mas que á mi vida... Mi tio,
Viendo que se retardaban
Sus asuntos, resolvió
Ir á Madrid; yo, que estaba
Sujeto á su voluntad,
Fuí con él... ¿Y quién juzgara
Que esta ausencia causaría
A mi amor fatigas tantas?
Despedíme de ella, y nunca
La ví mas apasionada:
Lloró, suspiró, rogó
Que no la dejase. ¡Ah, falsa,
Engañadora! Llegamos
A Madrid, y en tan amarga
Ausencia solo con ver
Su letra me consolaba.
Escribióme mil finezas,
Yo la repetí otras tantas;
Y al cabo de pocos meses
Ya no recibí mas cartas.
A esta sazon, un amigo
Me escribió que se casaba
Isabel; mas sin decirme
Con quién, ni cómo la ingrata
Pudo olvidar en un dia
Tantos años de esperanzas.
Muerto mi tio, dejé
A don Antonio Miranda
Mis poderes, para que
Dirigiese y arreglara
Mis intereses. Dispongo
A toda prisa la marcha,
Resuelto á ocultarme en Cádiz
Hasta saber si era falsa
O cierta la ingratitud
De esa mujer. Di mil trazas
Para lograr este fin;
Y eligiendo la mas mala,
Resuelvo parar aquí,
Porque sabiendo la rara
Condicion de este don Roque,
El cual con nadie se trata,
Y es su casa una prision
Eternamente cerrada,
Juzgué ser fácil estar
En ella, sin que notara
Nadie mi venida. Llego
En fin, y encuentro casada
A la pérfida Isabel.
¡Qué lance! cuando acababa
Ayer de llegar, y dice
Don Roque que está de gala
Porque es novio; llama luego,
Para que yo celebrara
La eleccion, á su mujer.
Viene al fin acompañada
De doña Beatriz. Si vieras...
Yo no la dije palabra.
Ella, la cruel, queria
Disimular; fueron vanas
Diligencias. Yo la ví,
Llorosa y acongojada,
Mirar á una y otra parte
Fuera de sí; no acertaba
A hablar siquiera. ¡Ay de mí!
El es un necio, y en nada
Reparó.

GINÉS.

¿Y habeis hablado
Con ella á solas?

DON JUAN.

Estaba
Anoche en un cuarto de esos.

¡Con qué halago en sus palabras,
Qué hermosa, qué fementida,
Quiso moderar mi saña,
Quiso de nuevo engañarme!
Pero apenas empezaba,
Vino su marido. Ahora
Ni puedo ni quiero hablarla.
¿Qué ha de decir? ¿Cómo puede
Decir que tuvo constancia
Ni que amó de veras? ¿Cómo?

GINÉS.

Quizá, señor, obligada
Por su tutor... Ella es niña
Todavía, y como estaba
Tan oprimida.

DON JUAN.

¡Ay Ginés!
No hay disculpa, no has de hallarla;
Soy infeliz... Pero yo,
Con fuga precipitada
Mi patria abandono, y ella
Libre se queda y ufana
De su triunfo; ¿y no podré
Culpar su aleve inconstancia?
¿Su trato engañoso? Mira,
Ginés, vuélveme esa carta.

GINÉS.

¿Qué pensais hacer?
(Le da la carta á don Juan.)

DON JUAN.

No sé;
Porque tengo tan turbada
La imaginacion, que dudo,
Resuelvo, temo, contrarias
Ideas á un tiempo mismo
Me martirizan el alma.
Ve adentro, recoge todos
Mis papeles en la caja;
Que ya tengo en el baul
Arreglado lo que falta.
¿Me seguirás?

GINÉS.

Yo, señor,
Gustoso os acompañara
Al cabo del mundo; solo
Me aflige vuestra desgracia.

DON JUAN.

Sí, Ginés, no me abandones.

GINÉS.

En mí no hallareis mudanza;
Siempre os he querido bien.

DON JUAN.

Pues haz lo que he dicho, y calla.

ESCENA V.

DON JUAN, DON ROQUE.

DON JUAN.

Señor don Roque, supuesto
Que están ya verificadas
Nuestras cuentas, entrareis
Para firmar la cobranza,
Vereis los vales.

DON ROQUE.

Qué, ¿es todo
En papel?

DON JUAN.

¡Si no se halla
Dinero! Además que, ¿cómo
Quereis que yo me arriesgara
A venir por un camino
Con él?

DON ROQUE.

(Ap. Como tú te vayas,
Todo va bueno.) Decia
Que os daré sobre la marcha
El recibito, y quedais
Solventado. ¡Buena paga
Era el tio! Le traté
Muchos años, y estimaba
A sus amigos. Buen hombre,
Y alegre; siempre de chanza.
¡Pobre don Alvaro! ¿Y cuánto,
Limpio ya de polvo y paja,
Os ha venido á quedar?

DON JUAN.

Las haciendas en Chiclana
Y el vínculo.

DON ROQUE.

Sí, no es mal
Bocado. Amigo, hoy se gasta
Mucho, y en no habiendo mucho,
Lo poco presto se acaba.
Vos habeis quedado bien.
Ahora tomareis casa,
La pondreis á la moderna,
Buenos trastos; y mañana
Os casais; y la mujer,
Que tampoco irá descalza....
Viviréis como un señor.
¿Y cuándo, cuándo se trata,
De buscar casa?

DON JUAN.

(Ap. ¡Qué tonto
Es el hombre!) No pensaba
En eso; porque si acaso
No se me proporcionara
Lo que intento, en Cádiz nunca
Faltan muy buenas posadas
Para quien tiene dinero.
Allí viene....
(Mirando á la puerta del lado izquierdo.)
(Ap. No he de hablarla.)

DON ROQUE.

¿Con que, en fin, determinais?...

DON JUAN.

Si quereis dejar firmadas
Aquellas cuentas, entrad.

ESCENA VI.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

Me dejó con la palabra
En la boca. El hombre tiene
Cosas bien estrafalarias.
¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON ROQUE.

¿Con que
Nos quiere dejar mi hermana?
¿Te lo ha dicho?

DOÑA ISABEL.

No, señor.

DON ROQUE.

Pues sí, parece que trata
De irse á su casa. Está ya
La pobrecilla cascada;
Y aunque es moza, los trabajos
Y pesadumbres acaban
Bastante. Tú, ¿qué me dices?
¿Sentirás que se nos vaya?

DOÑA ISABEL.

Sí, señor; decidla vos
Que se quede.

DON ROQUE.

¿Sí? *(Ap.* Aquí hay maula.
Es verdad que como vive
Tan cerca, que sus ventanas
Dan enfrente de las nuestras,
Desde aquí puedes hablarla
Todos los días.

DOÑA ISABEL.

Su genio
Es muy amable; me agrada
Tanto, que nunca quisiera
Que se fuese.

DON ROQUE.

¿Sí? *(Ap.* Aquí hay maula.)

ESCENA VII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Señor, ahí vino el cajero
De monsieur Guillermo.

DON ROQUE.

¿Cuántas
Veces ha venido ya?
¿No le he dicho que esperaba
Cartas de nuestros amigos
De Hamburgo, y cuando las haya
Recibido....

MUÑOZ.

Bien, ¿y qué?
Si no es esa la embajada
Que ha traido. *(Ap.* La paciencia
De un santo no me bastara.)
Dice que á las nueve en punto
En su escritorio os aguarda,
Y os entregará el dinero
Del importe de las granas
El inglés Anson.... Manson....
¿Qué sé yo cómo se llama?
El inglés....

DON ROQUE.

Sí, ya lo sé.
¿Y precisamente aguarda
Hoy á pagarlo?

MUÑOZ.

Parece
Que al primer viento se marcha.

DON ROQUE.

Pues, y es preciso acudir.
¡Que por una patarata
Le han de incomodar á un hombre,
Y hacerle salir de casa
Cuando quieren! Tú, Muñoz,
Tampoco sirves de nada
Para estas cosas. Se ofrece
Escribir en una llana
Cuatro renglones, no sabes;
Vas á buscar una carta,
No entiendes el sobrescrito;
Y yo....

MUÑOZ.

Pues, pese á mi alma,
¿No lo sabeis años ha?
¡Cuidado que teneis gana
De quimera! Si no sé,
¿Qué le hemos de hacer? ¡No es mala
La aprension, salir ahora,
Sin haber sobre qué caiga,
Con esa pata de gallo!

DON ROQUE.

Muñoz, ¿por eso te enfadas?
Lo dije porque si fuera
Posible que me aliviaras
En ciertas cosas...

MUÑOZ.

¡El diantre
ivencion! Vaya, vaya.

DON ROQUE.

. Muñoz, no te enojes.
in polvo.

MUÑOZ.

¡La zanguanga
vito! Tengo aquí.

DON ROQUE.

), que eso es granzas.

MUÑOZ.

gusta.

DON ROQUE.

Este es
ello bueno de marras,
re de la Merced.
la caja; Muñoz la abre, y hallándola vacía se la vuelve.)
perdas?

MUÑOZ.

Aquí no hay nada.

DON ROQUE.

ad; se me olvidó
abaco en la caja.
enaré después.

MUÑOZ.

entella te parta!

ESCENA VIII.

N ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

iñoz es fatal.

DOÑA ISABEL.

que mas me pasma
espuestas que tiene.

DON ROQUE.

enio. *(Ap.* No la agrada
es viejo.) Dame, dame
juin. Esta bata
in lo que denota el diálogo.)
ro pónlos allí;
a volviendo á casa
o he de hallar. Ayer
da la mañana
buscando el gorro;
mi señora hermana
uardó tan guardado,
un ella se acordaba
puso. Las cosas
en su lugar.

DOÑA ISABEL.

La caja
quin no la encuentro.

DON ROQUE.

Dios! Ahí estaba
le ese bufete.
lado, no se caiga.
gorro. Donde he dicho.
bien. En el arca
a chupa verde,
boton de plata,
aca blanquizca;
ido...
loña Isabel por la izquierda.
oque, en justillo, se pasea por
ro.)
Esta muchacha...
r! y lo peor
si don Juan no salga,
me voy y se quedan
bueno va la danza!

Únicamente Muñoz...
Y Muñoz está que salta
Conmigo, no sé por qué.
¡Isabelilla! ¿despachas?

DOÑA ISABEL.

Estaba todo revuelto.

(Sale doña Isabel con los vestidos.)

DON ROQUE.

Como aun no estás enterada
De las cosas, ni el paraje
Donde se ponen y guardan
Mis vestidos. ¡Ah! si vieras....

(Dirá esto mientras se viste, ayudándole doña Isabel.)

Otro gallo me cantaba
Entonces. Cuando vivia
Mi difunta Nicolasa.
¡Qué puntualidad! qué aseo!
Era una mujer muy guapa.
Y siendo moza, que apenas
A los cuarenta llegaba
Cuando murió, nunca, nunca
La pobrecita pensaba...

DOÑA ISABEL.

¿Vais en cuerpo?

DON ROQUE.

No por cierto,
Que hace un ambiente que pasma.
¡Ella gustar de cortejos,
Ni como otras desolladas...
¡Qué! jamás.

DOÑA ISABEL.

¿Traigo el capote?

DON ROQUE.

¿Cómo?

DOÑA ISABEL.

¿Si quereis que traiga
El capote?

DON ROQUE.

El redingot.

DOÑA ISABEL.

Pues bien; eso preguntaba.

DON ROQUE.

Sí, señor, muy hacendosa;

(Dirá esto mientras doña Isabel le acepilla el vestido.)

Continuamente aplicada
A la labor, eso sí;
Y las otras dos, la Pacha
Y la Manolita, todas
Fueron á cual mas honradas;
A su marido y no mas.
Ya se ve, buenas cristianas.

DOÑA ISABEL.

(Ap., al irse por la izquierda.
¡Dios me dé paciencia! Ay triste!)

DON ROQUE.

Si esta mujer no es negada,
Ha de conocer, preciso,
Que mis indirectas hablan
Con ella; y si las entiende,
Será regular que...

DOÑA ISABEL.

¿Falta

(Sale con el capote y se le pone á don Roque.)

Alguna cosa?

DON ROQUE.

No mas.
Haz que limpien esta sala;
Que pongan bien esos trastos.
Yo no sé cómo mi hermana...
Pues ella bien alcanzó
A Manolita. ¡Estremada
Era en la limpieza! Cuando
Quieras puedes preguntarla
Si todo no lo tenia
Como una taza de plata.
Era muy mujer ¡oh! aquella.

(Se entra en el despacho.)

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL, BLASA.

DOÑA ISABEL.

¿Qué es esto que por mí pasa?
¡Pobre Isabel!

BLASA.

¿No sabeis,
Señora, cómo se marcha
Don Juan?

DOÑA ISABEL.

Yo no sé. ¿Pues cómo?

BLASA.

He visto á Ginés que anda
Recogiendo sus trebejos,
Y á toda prisa los guarda.
El, como es tan martagon,
Ni siquiera una palabra
Me ha querido responder;
Pero se van.

DOÑA ISABEL.

Que se vayan;
¿Qué cuidado te da á tí?

BLASA.

Ninguno; solo estrañaba
Que habiendo llegado ayer
A las diez de la mañana,
Hoy á las nueve se vuelvan
A marchar.

DOÑA ISABEL.

Tendrán posada
Mas á su gusto. ¿Quién sabe?
Beatriz parece que llama.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON ROQUE.

DON ROQUE.

No hay remedio, erre que erre.

(Al salir del despacho.)

(Ap. Aquí hay alguna entruchada.)
Pues, burla burlando, ya
Las nueve no hay que esperarlas.
Vamos allá. Presto vuelvo;
Allí pronto se despacha,
Y el remusguillo que corre,
Para tener delicada
La cabeza, no es muy bueno.
Presto vuelvo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

En sus palabras,
En sus acciones, hay siempre
Misterio; siempre me habla
Con ambigüedad; me observa...
Ya se fué. Soy desgraciada.

(Mirando á la puerta por donde se fué don Roque.)

¿En qué le pude ofender?

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DON JUAN.

¿Aun está aquí?

(Al salir don Juan del despacho ve á doña Isabel, y hace ademan de volverse á entrar; doña Isabel le detiene.)

DOÑA ISABEL.

No te vayas,

Solos estamos. ¡Ay Dios!
¿Tú me vuelves las espaldas?
¿A tu Isabel?

DON JUAN.

¡Tu Isabel!
¡Qué dulce espresion!

DOÑA ISABEL.

Declara
A quien te quiere tu enojo...
Don Juan, no ignoro la causa;
Pero escúchame, sabrás...

DON JUAN.

¿Qué he de saber? Que eres falsa,
Que me abandonaste, que...
Ya lo sé.

DOÑA ISABEL.

¡Don Juan!

DON JUAN.

¡Ingrata!

DOÑA ISABEL.

Oyeme. ¿Tan poco puedo
Contigo?

DON JUAN.

No, no te valgas
De artificios, que algun dia...
Pero ya es tarde; se acaba
El sufrimiento tambien
En los amantes.

DOÑA ISABEL.

¿No bastan
Estas lágrimas?

DON JUAN.

Fingidas.

DOÑA ISABEL.

No lo son.

DON JUAN.

Déjame, aparta,
Isabel.

DOÑA ISABEL.

Cruel! ¿Qué quieres
De una mujer humillada?
(Doña Isabel le deja y se va despechada á un estremo del teatro. Don Juan la sigue.)

DON JUAN.

¿Qué he de querer, ni qué puedes
Tú decir que satisfaga
A mi indignacion? Que fuiste
Por el tutor violentada
Hasta al pié de los altares;
Que allí diste una palabra
Que repugnó el corazon;
Que niña, desamparada
Y oprimida, al fin cediste;
Y que cuando suspirabas
Por mí, juraste otro amor.
¿Es eso lo que pensabas
Decirme? Pues mira: todo,
Todo es inútil; no alcanza
A disculparte; no es cierto
Que me quisiste... ¡Inhumana!
¡Tú sabes qué golpe es este
Para mí?

DOÑA ISABEL.

Señor, yo amaba
De veras. ¡Ay! mis finezas
Ciertas fueron y no falsas,
Y sé que el poder del mundo
Que entonces se conjurara
Contra mí... Pero tú ignoras
Que habiendo sufrido tantas
Sinrazones y cautelas,
En mi daño conjuradas,
Los celos pudieron solo
Conseguir que me olvidara
De tu amor... No me olvidé,
Sino que desesperada,
Frenética, consentí
En lo que mas repugnaba.
Mi resolucion no fué
Ingratitud; fué venganza.

DON JUAN.

Isabel, ¡celos! ¿de quién?
¿Con qué motivo? Me engañas.

DOÑA ISABEL.

No te engaño.

DON JUAN.

¿Pues qué fué,
Isabel? ¿Quién envidiaba
Mi fortuna? ¿Quién te pudo
Persuadir? Dímelo.

DOÑA ISABEL.

Estaba
Mi tutor harto instruido
De todo. Juzgó lograda
Su victoria cuando vió
Que á los dos nos separaba
La suerte; entonces me dijo
Que era fuerza me casara
Con don Roque; repugné,
El instó. ¡Memoria amarga!
Divulgóse en la ciudad
Que don Alvaro pensaba
Casarte en Madrid: con esto
Vió su cautela lograda...
Fingió dos cartas...

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí, don Juan, donde le daban
Cuenta dos amigos suyos
De que ya casado estabas,
Obedeciendo á tu tio.
El dispuso que llegaran...

DON JUAN.

¡Ah, indigno, que me has quitado
Lo que yo mas estimaba!

DOÑA ISABEL.

Hizo que las viera yo;
Logró su astucia villana.
¡Ay! una mujer amante
¡Cómo se ciega y se engaña!
Instó de nuevo, y al fin...

DON JUAN.

Deja, déjame que vaya
A pasar á ese traidor
El pecho de una estocada.

DOÑA ISABEL.

Señor, ¡ay de mí! Ya es tarde.
(Deteniendo á don Juan.)
¿Qué piensas hacer? No añadas
Nuevos males á mi mal.
Quizá te está preparada
Mejor ventura que á mí;
No quieras, no, malograrla
Por esta infeliz mujer
Que ya no es tuya. Mis ansias,
Mis fatigas, yo sabré
Con paciencia tolerarlas;
Como tú vivas feliz,
A Isabel eso la basta.

DON JUAN.

¡Ay Dios! ay Dios! ¿Dónde estoy?
Con cada razon me matas.
Por compasion no te muestres
De mí tan enamorada.
¡Mas yo me detengo aquí!
¿Qué hay que esperar? Nada falta
Que saber; harto comprendo
Tu pasion y mi desgracia.

DOÑA ISABEL.

No, don Juan; si así te ausentas
Del todo me desamparas:
Aunque te quedes en Cádiz,
Siempre viviré apartada
De tus ojos. ¿Qué te obliga
A que dejes esta casa
Con tanta celeridad?
Mi corazon se dilata
Solo con verte. No niegues
Este consuelo á tu amada
Isabel.

DON JUAN.

¡Qué ceguedad!
¿Eso intentas? Calla, calla,
Infeliz, no solicites
Lo que á tí y á mí nos daña.
¿Cómo quieres que se oculte
El amor que nos inflama?
¿Cómo quieres que yo pueda
Tolerar, viendo logradas
Por otro felicidades
Que solo á mí destinabas,
Que solo yo merecí?
¿No basta, dime, no basta
Que para siempre te pierda,
Sin que á mis penas se añadan
Celos, que han de producir
Desesperacion, venganzas?
¡Ay, Dios! Déjame.

DOÑA ISABEL.

¿Te vas?
¿Así te vas? ¡Qué villana
Accion! ¡Me dejas!

DON JUAN.

No sé.
Fuerza será que me vaya...
El único medio es este
De impedir una desgracia
Próxima, terrible... A entrambos
Nos está bien evitarla.
(Don Juan se va por la puerta de derecha, doña Isabel por la izquierda.)

DOÑA ISABEL.

¡Señor! dadme resistencia,
Que á tanto dolor ya falta.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

Solos parece que estamos.
(Don Roque, dejando el capote y sombrero sobre el canapé, observa aquello está solo; se acerca despues á la puerta de la derecha, y llama á Muñoz.)
Entra, Muñoz.

MUÑOZ.

¿Y qué es ello?

DON ROQUE.

Nada mas que preguntarte
Del encargo que te he hecho...

MUÑOZ.

¿Qué encargo?

DON ROQUE.

¿No te advertí
Que los dos quedaban dentro?

MUÑOZ.

¿Qué dos?

DON ROQUE.

Don Juan é Isabel;
Y que vieras...

MUÑOZ.

Ya me acuerdo.
Yo no he visto nada.

DON ROQUE.

¿Nó?
¿Con que don Juan se fué presto?

MUÑOZ.

Un buen ratillo tardó.

DON ROQUE.

Ya; pero ¿en ese intermedio
No se hablaron?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

¡Pues no te encargué que luego
Que yo me fuese estuvieras
Escuchando muy atento
Á los dos.....

MUÑOZ.

En el portal
Me he estado casi durmiendo.

DON ROQUE.

¿Con que nada has hecho?

MUÑOZ.

Nada.

DON ROQUE.

¡Hombre! ¿nada? pues es cierto
Que se puede descuidar.....
¡Valgame Dios!

MUÑOZ.

Yo me entiendo.

DON ROQUE.

¿Qué entendiduras, Muñoz,
Son esas, ni qué misterio
Puede haber?

MUÑOZ.

Yo lo diré;
Yo lo diré claro y presto:
Que no quiero andar fisgando,
Que no quiero llevar cuentos
Entre marido y mujer;
Yo sé muy bien lo que es eso.
Está un marido rabiando,
Hecho un diablo del infierno
Contra su mujer; encarga,
Para apurar sus recelos,
A un criado que la observe
Palabras y pensamientos.
Bien; observa, escucha, cuenta
Lo que vió, y arma un enredo
De mil demonios. Hay riñas,
Lloros, furias, juramentos,
Gritos..... La mujer conoce,
Y es fácil de conocerlo,
Que toda aquella tronada
Vino por el soplonzuelo.
Trama un embuste, de suerte
Que el marido, hecho un veneno,
Se irrita contra el fisgon,
Le atesta de vituperios,
Y le echa de casa. Agur;
Perdió de una vez su empleo.
Pues cierto que las mujeres
No tienen modo de hacerlo
Con primor. Está el marido
Rechinando, ¿y qué tenemos?
Nada... Viene la señora;
El se encrespa; bien, y luego
Anda el mimito, el desmayo,
La lagrimilla, el requiebro,
Y ¿qué sé yo? De manera
Que destruye en un momento
Cuanto el amo y el criado
Proyectaron. Y yo creo
Que cuando un marido tiene
Medio trabucado el seso
Con las caricias malditas,
Irá en mal estado el pleito
Del chismoso del criado;
Porque ellas no pierden tiempo.
Entonces entra el decir
Que es un bribon, embustero
El pobre correveydile,
Respondon, pelmazo, puerco.
Con un poco de borracho
Y otro poco de ratero.
El maridazo es entonces
Voto de amén, no hay remedio;
Ella logra cuanto quiere
De este modo, y... Yo me entiendo.

DON ROQUE.

Hombre, por amor de Dios.....

MUÑOZ.

Si digo que yo no puedo,
No puedo; no hay que moler,
Ya está dicho. A perro viejo
No hay tús tús.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz,
Coge un cordel.....

MUÑOZ.

¿A qué efecto?

DON ROQUE.

Y ahórcame.

MUÑOZ.

No necesita
Ni cordeles ni venenos
Quien se casa á los setenta
Con muchacha de ojos negros.

DON ROQUE.

¡Dale bola con la edad!

MUÑOZ.

¡Dale con pedir consejo!

DON ROQUE.

Tú mismo me aconsejaste,
No ha mucho, sobre el suceso
De ayer noche, y me dijiste.....

MUÑOZ.

De lo dicho me arrepiento.

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, como soy
Cristiano, que ya no puedo
Aguantarte. ¡Qué maldita
Condicion!

MUÑOZ.

Pues yo ¿qué he hecho
De malo? ¿Hice yo la boda?
¿Dí yo mi consentimiento
Para que viniera el huésped,
La hermana, ni el tacañuelo
De Ginés, ni la criada
Que me embrolla los almuerzos?
¿Yo he de pagarlo sin ser
Arte ni parte? ¿Qué es esto?

DON ROQUE.

Hombre, ven acá. ¿Quién dice
Que tengas la culpa de ello?
Solo digo que he sentido
Que hayas andado tan lerdo
En hacer lo que te dije;
Esto es regular, sabiendo
Que se quedaban en casa,
Y juzgando..... ¿Ladró el perro?

MUÑOZ.

No ha ladrado, ni se acuerda
De ladrar.

DON ROQUE.

Pensé que el medio
Mas prudente era observar....

MUÑOZ.

Muy en la memoria tengo
Que no ha diez meses decíais:
«Muñoz, ya este es otro tiempo;
Ya enviudé; ¡qué bien estoy
Sin desazones ni enredos!»
Diez meses ha, no hará mas;
No se me olvidan tan presto
Las cosas. Ya estais casado,
Lleno de desasosiegos;
Lo pasado se olvidó;
Y atarugado y suspenso
Con lo presente: «Muñoz,
¿Qué dices? Dame un consejo,
Un arbitrio.....» ¿Para qué?
¿Para deshacer lo hecho?
No hay escape. ¿No os casásteis?
El que os ha metido en ello
Que os saque.

DON ROQUE.

Yo no te digo,
Muñoz, que busquemos medios
De descasarme; no tal.

MUÑOZ.

¿Con que no tal? ¿Eh? Me alegro.
¿Con que el arbitrio mejor
De lograr algun sosiego,
Que era separarse de ella.....

DON ROQUE.

¡Ay hombre! déjate de eso.
¿Separarnos! No, señor.
Vaya; por ningun pretesto.
El mal era para mí
Entonces.... Lo que pretendo
Es echar de casa á todos
Esos huéspedes molestos.
Para conseguirlo es fuerza
Que me ayudes: esto quiero;
Pues aunque he dicho á mi hermana
Que se vaya, y siempre observo
Las palabras de don Juan,
Para ver qué pensamiento
Es el suyo, ella me aturde,
Me saca mil argumentos,
Y tengo á bien de callar.
El, afectando misterios,
Nunca responde á derechas,
De suerte.....

MUÑOZ.

¡Para mi genio!

DON ROQUE.

De suerte que yo no sé
Cómo salir de este empeño.
Ellos al cabo se irán;
Pero entre tanto no es bueno
Que don Juan con Isabel,
Dándole nosotros tiempo,
Tenga muchas conferencias.
Y hoy, para darme tormento,
Ese diablo de ese inglés
Quiere entregarme el dinero
De las granas; fuí allá;
Ya no estaba; con que tengo
Que volver precisamente.
Tres mil duros, nada menos,
Importa; es fuerza volver.

MUÑOZ.

¿Y qué quiere decir eso?

DON ROQUE.

Que es menester que me ayudes,
Muñoz; por Dios te lo ruego.
Una especie (por la calle
Lo he venido discurriendo)
Una especie me ha ocurrido,

Muy bella para el intento.

MUÑOZ.

¿Qué es la especie?

DON ROQUE.

Una bicoca,
Que ha de surtir buen efecto.

MUÑOZ.

Y bien, decid la bicoca.

DON ROQUE.

¿Cómo?

MUÑOZ.

Que lo digais presto.

DON ROQUE.

No es mas sino aparentar
Que los dos nos vamos luego.
Tú recogerás la capa,
Y dentro de tu aposento
Te has de esconder. Yo me voy;
Y observando si hay silencio
En esta pieza, te subes
Pasito á pasito, y viendo
Que no hay nadie en ella, entonces
Te ocultas con mucho tiento,
Que nadie te llegue á ver.
Satisfechas allá dentro
De que tú tambien te has ido,
Vendrán aquí sin recelo
A patullar. Isabel
Descubrirá sus secretos
Con Beatriz; las dos..... En suma,
De esta manera sabremos
Cuanto hay que saber..... ¿Te ries?

MUÑOZ.

¡Y qué mala gana tengo
De risitas! Pero á veces
No está en un hombre el ser serio.

DON ROQUE.

Pero, ¿y á qué viene? Dale
Con la risa.

MUÑOZ.

Viene á cuento,
Sí, señor.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Por qué?
Está muy lindo el proyecto
Del escondite; una cosa
Solamente echo de menos.
Ya se ve, no es esencial.

DON ROQUE.

¿Y qué cosa?

MUÑOZ.

El agujero,
El rincon, la gazapera
Donde ha de estar encubierto
El centinela.

DON ROQUE.

Es verdad;
Se me fué del pensamiento.
Debajo del canapé,
Que es muy facil.

MUÑOZ.

Ya lo veo.

(Se va y vuelve después.)

DON ROQUE.

Muñoz, Muñoz, hombre, mira.
Muñoz..... Pues estamos buenos.
Si no me cuesta la vida
Este embrollo, soy eterno.
Muñoz, amigo Muñoz,
Por Dios, mira.

MUÑOZ.

¿Qué hay de nuevo?
¿Otro proyecto mejor?

DON ROQUE.

Que es preciso...

MUÑOZ.

Ya lo entiendo;
Es preciso, bien está.

DON ROQUE.

Mira.

MUÑOZ.

Si todo el infierno
Viniera á casa, no juzgo
Que hubiese mas embelecos.
¡Caramba! ¿Es cosa de chanza?
¡Yo agazaparme! Primero.....
Digo, á la vejez viruelas.
Yo debo de ser un leño,
Un zarandillo, un...

DON ROQUE.

Muñoz.
Mira, Muñoz; ya no quiero
Nada de tí; ya conozco
Lo bien que pagas mi afecto.
¡Qué ley! ¡qué ley! Yo creí
Que tu aspereza y tu gesto
De vinagre era apariencia
Nada mas... ¡Y yo, camueso
De mí, sin quererle echar,
Por mas que me lo dijeron
Sus amas! ¡Pero, señor,
Que haya de olvidar tan presto!...
¡Qué ingratitud! Cuantas veces
Se le ha ofrecido dinero,
Sabe que se le he prestado;
Sabe que yo he sido empeño
Para todos sus parientes;
Sabe que en mi testamento
Le dejo cuanto en conciencia
Puedo darle.

MUÑOZ.

¿Y yo sé eso?

DON ROQUE.

Pues qué, ¿no sabes las mandas
Que dejo allí?

MUÑOZ.

No por cierto.

DON ROQUE.

¡Toma! un año de salario
Contado desde el momento,
En que yo fallezca; mando
Que si alguna cuenta tengo
Contra tí, se dé por nula;
Mando tambien...

MUÑOZ.

Yo no debo
Nada á nadie.

DON ROQUE.

Hombre, pudiera
Suceder que en aquel tiempo
Me lo debieras.

MUÑOZ.

Ya estoy.

DON ROQUE.

Te mando un vestido nuevo,
Como le quieras, y todos
Los mios; tambien te dejo
La caja de plata. En suma,
Ya lo he dicho, cuanto puedo
Dejarte. ¿Y por una cosa
Tan fácil como te ruego,
Te enfureces como un tigre?
En fin, se acabó, yo espero
Que te ha de pesar bien pronto.
Vete, que yo no te fuerzo.
¿No quieres hacerlo?... Vete.

MUÑOZ.

Yo no he dicho que no quiero.

DON ROQUE.

¿Pues qué has dicho?

MUÑOZ.

¿Qué sé yo?

DON ROQUE.

No, no gusto de rodeos;
*(Suena la campanilla al lado derech
Muñoz quiere irse, y don Roque
va deteniendo.)*
Dí lo que quieres hacer.

MUÑOZ.

Han llamado. Qué... veremos.

DON ROQUE.

No hay veremos. Habla claro.

MUÑOZ.

Si voy á abrir.

DON ROQUE.

No; primero
Has de resolverte.

MUÑOZ.

Digo
Que sí lo haré.

DON ROQUE.

¿Cierto?

MUÑOZ.

Cierto.

ESCENA II.

DON ROQUE, DON JUAN.

DON ROQUE.

¡Ay, qué Muñoz! ¡Qué carácter
Tan temoso y tan soberbio!
En fin, dijo que lo hará.

(Sale don Ju

Y bien, don Juan, ¿qué hay de bue

DON JUAN.

Nada ocurre.

DON ROQUE.

Cansadillo
Vendreis de correr el pueblo
Buscando casa. Es un diantre,
Es un diantre. Esta que tengo
Ya veis qué estrecha, qué antigua
Llena toda de agujeros,
Sin comodidad ninguna;
Me cuesta un horror. Y siento
Infinito no hallar otra;
Porque, pongo por ejemplo,
Viene un huésped, es preciso
Todos los trastos ponerlos
Hacinados, arrastrar
Colchones... y removiendo
Las cosas de su lugar,
Se destruyen sin consuelo.
Y todo por no tener
De sobra un par de aposentos
Donde poner unas camas.
Es trabajo.

DON JUAN.

Ya lo veo.

DON ROQUE.

¿Qué deciais?

DON JUAN.

Solo digo
Que teneis razon en eso.

DON ROQUE.

¡Ah! ¿pues no la he de tener?
Como que mi hermana, viendo

a incomodidad
en la casa, ha resuelto
suya. Si aquí...
necesario verlo.
o engorro. Yo á vos
ito con cumplimiento,
ser de otra suerte.
s; para poneros
noche no mas)
a, se ha revuelto
y cierto, me pesa
na no poderos
ida...
l entrarse en el despacho.)
Nada, como
lijera á un muerto.

ESCENA III.

i JUAN, DOÑA BEATRIZ.

DON JUAN.

lirectas! En mi vida
lo tanto á un necio.

DOÑA BEATRIZ.

guardado ya
s trastos, y creo,
s señas, que os vais.
go a servirte acierto,
on satisfaccion;
nocido y te quiero
primera edad,
bien deseo.
igas el motivo
rtida; sospecho
, no la pregunto;
mudes de intento.
no tienes casa
ivir, yo la tengo;
quieres quedar
(que no lo apruebo)....
si te quedas, trata
ar los pensamientos
un se sienta en una silla.)
arte. Tus amigos,
es muchos y buenos,
tirán. No des
ir. Es muy mal hecho
la paz de una casa,
de amor y sosiego
ir disensiones.
siste, ya es tiempo
larla; ya es casada;
s tuya.

DON JUAN.

Si un perverso
a de astucias viles,
era yo en ajeno
ella fuera mia.
amarse nacieron
s almas, y debian
con nudo estrecho,
uién pudo desatarle?
e rompe? ¡Qué tormento!

DOÑA BEATRIZ.

ay reciente el mal,
año que digas eso;
fin...

DON JUAN.

¿Y hay en la tierra
, virtud, respeto
igion? ¡Valerse
ıtoridad que dieron
es, y esclavizar
ızon puro y tierno
ya reside amor!
rocidad, qué violento
io! Ella turbada
l pudor y el respeto,
engañada y sola...
Ya se ve, no pudo menos.
¡Tantos contra mi querida
Isabel! Yo sin saberlo,
Ausente de ella cien leguas,
De tristes sospechas lleno;
Ella celosa de mí
Sin motivo, resistiendo
Mil astucias. ¡Desgraciada!
¡Qué afliccion, qué desconsuelo
El tuyo! ¿Y hay en la tierra
Piedad, virtud? No lo creo.
(Levántase agitado, y llama acercándose á la puerta de la izquierda.)

DOÑA BEATRIZ.

¡Válgame Dios! yo estoy muerta.
¡Juanito! ¡qué descompuesto,
Qué perdido estás!

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

Un hombre de entendimiento
Debe conocer...

DON JUAN.

¡Ginés!

DOÑA BEATRIZ.

¿No me escuchas?

ESCENA IV.

DON JUAN, DOÑA BEATRIZ, GINES.

DON JUAN.

Vuelve presto.
Mira...

GINÉS.

Señor.

DON JUAN.

Ve á la plaza,
Y en casa de don Anselmo
Pregunta, porque él me ha dicho
Que verá de componerlo
Con un capitán su amigo,
En cuyo buque podremos
Salir hoy mismo.

GINÉS.

No acabo
De entender...

DON JUAN.

Mira, don Diego
De Arizabal no nos puede
Llevar; pero podrá hacerlo
Un amigo suyo en otra
Embarcacion. A este efecto
Quedó en hablarle y llevar
La razon á don Anselmo;
Y allí se ha de preguntar.
Yo voy entre tanto al puerto,
Y aquí me hallarás.
(Ginés se va. Don Juan, después de una breve suspension, haciendo una cortesía á doña Beatriz, se va tambien.)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE.

DON ROQUE.

¡Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ocurre?

DON ROQUE.

Saber deseo
Cuándo me dejas en paz,
Cuándo mudas de aposento;
Mas claro: cuándo te vas
A tu casa.

DOÑA BEATRIZ.

Estoy en ello;
Lo pensaré.

DON ROQUE.

No me empieces
Con tranquillas ni rodeos.
Ya te he dicho que te vayas,
Que te vayas. Pues es cierto
Que están las cosas baratas;
Y sobre todo no quiero
Mas huéspedes. ¿Hay tal tema?
Yo no digo que pretendo
Que te vayas y no vuelvas
En toda la vida á vernos;
No, señor, una vez ú otra
Cuando quieras, santo y bueno;
Pero eso de estarse aquí
Regalando, ni por pienso.
Mi mujer no necesita
A su lado consejeros:
Con que así, fuera.

DOÑA BEATRIZ.

Está bien;
No te has de enfadar por eso.

DON ROQUE.

Pero vete.

DOÑA BEATRIZ.

Ya me iré,
Déjalo estar.

DON ROQUE.

Es que quiero
Que te vayas al instante.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, al instante. ¡Qué empeño!
No faltaba mas. Cuidado,
Hombre, que te vas haciendo
El ente mas fastidioso,
Mas ridículo y mas fiero
Que se puede imaginar.
Tú quieres que en el momento
Que mandas te sirvan; quieres
Que hasta el mismo pensamiento
Te adivinen, porque todo
Lo sueles pedir á gestos.
Si encuentras alguna cosa
Puesta tres ó cuatro dedos
Mas allá de donde tú
La dejaste, armas un pleito.
Si estás alegre, por fuerza
Han de estar todos contentos;
Y si te da la morriña
(Que dura meses enteros),
Ninguno se ha de reir.
Si ves hablar en secreto,
Al instante te malicias,
Como eres tan majadero,
Que te burlan ó disponen
Asaltarte los talegos.
Si echan en la lamparilla
Un poco de aceite menos,
Son ladrones, porque todo
Lo sisan para venderlo.
Si echan aceite de mas,
Que no tienen miramiento
Ni conciencia, y se conoce
Bien que no lo pagan ellos.
Genio como el tuyo, vaya,
No se ha visto; y lo que siento
Es que siempre va á peor.
Por esto, hermano, por esto
No me voy. Isabelita
Antes de su casamiento
Apenas te conocia;
Yo la digo, yo la advierto
Mil cosas. Es menester
Que te vaya comprendiendo,
Que sepa tus estrañezas,
En fin, que te trate; y luego
Verás cómo, sin que nadie
Me lo avise, dejo el puesto;
Que por no verte se puede

Dar muchísimo dinero.
Adios.

ESCENA VI.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Beatriz! A otra puerta.
Pero no perdamos tiempo;
Esta es la ocasion. ¡Muñoz!
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
Lo primero es lo primero.
¡Muñoz!

MUÑOZ.

Vaya.

DON ROQUE.

Mira, ahora
Es ocasion. Mientras veo
Si alguno viene, te escondes,
Como tenemos dispuesto.
Vamos, hombre. ¡Qué pesado
Eres!

MUÑOZ.

No soy mas lijero.

DON ROQUE.

(Se encamina acia el canapé. Muñoz se está quieto.)
Despacha. Por este lado
Puedes entrar.

MUÑOZ.

¡El proyecto!

DON ROQUE.

Hombre...

MUÑOZ.

Dale; si es inútil
Todo. ¿Qué pensais que haremos
Con el escondite? Nada,
Nada; si lo estoy ya viendo.
¿A qué es cansarse? Y supongo
Que hoy se van; lo doy por hecho,
Que los tres quedamos solos;
Las inquietudes, los celos
No se acabarán jamás.

DON ROQUE.

¿Por qué?

MUÑOZ.

¿Pues no dais en ello?
Porque no puede hacer migas
Una niña con un viejo;
No, señor. Si ha de vivir
Siempre metida en encierro,
Condenada de por vida
A vestiros y coseros,
A ver ese gesto, á oir
El continuo cencerreo
De la tos, á calentar
Bayetas en el invierno
Para el vientre, á cocer yerbas,
Preparar polvos y ungüentos,
Parches, cataplasmas; digo:
¿Como la ha de gustar esto?
Vaya, si no puede ser.
Todo será fingimiento...

DON ROQUE.

Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Quiero hablar,
Que no soy ningun podenco.
Sí, señor, á cada paso
Habrá silbidos, acechos,
Billeticos, tercerías.

DON ROQUE.

En parte, Muñoz, comprendo
Tu razon; su genio es ese.

MUÑOZ.

¡Dale bola! No es el genio;
La edad, la edad: ahí está,
En la edad está el misterio.
Los hombres y las mujeres,
Todos, poco mas ó menos,
Son de una misma calaña.
Los chicos gustan de juegos,
De correr y alborotar,
Y poner mazas á perros;
Las muchachas, trasformando
En mantellina el moquero,
Van á misa y á visita,
Se dicen mil cumplimientos,
Y en cachivaches de plomo
Hacen comida y refresco.
Luego que son grandecillas
Olvidan tales enredos;
Ni piensan en otra cosa
Que en uno ú otro mozuelo
Que al salir de casa un dia
Las hizo al descuido un gesto.
Señora madre las guarda,
Las refiere mil ejemplos,
Y las hace por la noche
Repasar un libro viejo
En que dice no sé qué
De pudor y encogimiento.
El padre piensa que tiene
En la doncella un portento
De virtud, y ella entre tanto
Piensa en su lindo don Diego.
Pues no digo nada, el cuyo,
Que anda que bebe los vientos,
Y pasa noches enteras
Hecho un arrimon eterno,
Aguardando la ocasion
De ver un postigo abierto
Por donde doña Rosita
Le diga: «Ce, caballero.»
Ella y él por señas piden
Matrimonio presto, presto,
Y en eso nada hay de mal;
Mas ¿por qué no lo pidieron
Cuando el uno en la plazuela
Con otros chicos traviesos
Jugaba á la coscojilla,
Y ella en el recibimiento
Con las muchachas de enfrente
Se estaba haciendo muñecos
De trapajos, y les daba
Sopitas de cisco y yeso?
¿Por qué? Porque con los años
Es preciso que mudemos
De inclinaciones, señor;
Y cuando se acerca el tiempo
De que la sangre nos bulle
Y nos pide galanteo,
Los mocitos se aficionan
A las mozas, no hay remedio;
Porque cada cual se arrima
A su cada cual. ¿No es esto?
Y pensar que el genio causa
Esta inclinacion, es cuento;
O es menester confesar
Que todos tienen un genio
Cuando tienen cierta edad.
Yo, señor, en mí lo veo:
Fuí muchacho y mozalbete,
Y tuve por aquel tiempo
Las travesurillas propias
De un chiquito y de un mozuelo;
Pero después se acabó.
¡Ojala no fuera cierto!
Y no espero, ¿qué esperar?
Ni por asomo lo pienso,
Que ninguna picarilla,
Que la rebose en el cuerpo
La robustez y el calor,
Se aficione de mi gesto.
Vamos, eso es disparate;
Y aunque es doloroso el verlo,
Señor don Roque de Urrutia,
Es preciso conocernos.

DON ROQUE.

Muñoz, calla, calla, calla
Por Dios y no hablemos de eso,
Que cada palabra tuya
Me parte de medio á medio.

MUÑOZ.

¡Así pudiera esplicarme
Del modo que lo comprendo!

DON ROQUE.

Pues ¿qué mas has de decir?
Mal haya amén...

MUÑOZ.

El camueso
Que...

DON ROQUE.

Calla.

MUÑOZ.

Callo y me escurro.
(Hace que se va, y vuelve.)

DON ROQUE.

Vuelve, mira.

MUÑOZ.

Miro y vuelvo.

DON ROQUE.

Hombre, si te he dicho ya
Que tienes razon, que es cierto
Cuanto dices y dirás;
Pero, Muñoz, *¿quid faciendum?*
¿Quieres que me tire á un pozo?
¿Quieres?...

MUÑOZ.

Yo, señor, no quiero
Mas que decir mi sentir
Sin disfraces ni rodeos.

DON ROQUE.

Ya me lo has dicho mil veces,
Y cada vez que te veo
Predicar sobre el asunto
Me degüellas. Lo que quiero
Es que te escondas.

MUÑOZ.

¿En dónde?

DON ROQUE.

Aquí. Vamos, entra presto.
Nadie viene. Vamos, hombre.

MUÑOZ.

Por el alma de mi abuelo,
Que disparate mayor...

DON ROQUE.

Muñoz, lo dicho: acabemos,
O te escondes, ó te vas.

MUÑOZ.

Sí...

DON ROQUE.

Vete, que no te quiero
Volver á ver en mi vida.
Vaya, marcha.

MUÑOZ.

Ya me meto.

DON ROQUE.

Por aquí.

MUÑOZ.

Vamos allá.
(Empieza Muñoz á meterse debajo del canapé.)

DON ROQUE.

Luego que te metas dentro,
Te tiendes de largo á largo,
Y descansas.

MUÑOZ.

Ya lo entiendo.

DON ROQUE.

o cabes?

MUÑOZ.

No lo sé.

DON ROQUE.

MUÑOZ.

Que allá lo veremos.

DON ROQUE.

que viene gente.

MUÑOZ.

; otra.

DON ROQUE.

Vaya, lerdo.

MUÑOZ.

: quiero, escopeta.

ndole posible acabarse de ocul-trata de salir, y don Roque le 'a tirándole de las piernas.)

DON ROQUE.

:nen ya.

MUÑOZ.

Si no puedo
ante ni atrás,
e venga un regimiento.

DON ROQUE.

az por salir, á ver.

MUÑOZ.

' que tirar tan de recio.

DON ROQUE.

que salgas aprisa.

MUÑOZ.

.

DON ROQUE.

¡Terrible aprieto!

MUÑOZ.

rieto ha sido el mio,
r poco no reviento.

ESCENA VII.

N ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

rá visto... Pero no.

DOÑA ISABEL.

mabais?

DON ROQUE.

No por cierto.
Ésta es escusa.) Parece.
s huéspedes se fueron.

DOÑA ISABEL.

que sí.

DON ROQUE.

¿Qué me dices
: don Juan? Ves qué atento,
itendido, qué buen mozo.
le conoció chicuelo,
a le ve... Sin sentir
mos haciendo viejos.
Cómo calla la bribona!)
me parece que tengo
ie de haberte visto
a vez, allá en tiempo
Alvaro, en su casa.

DOÑA ISABEL.

dad.

DON ROQUE.

Sí, bien me acuerdo.
raviesos erais todos!
billidos y qué estruendo
a en la sala oscura
s noches del invierno,
Cuando íbamos á jugar
Al revesino don Pedro,
Don Andrés y don Martin
De Urquijo! ¡Qué hombres aquellos!
Aquellos sí que eran hombres.
¿Lloras?

DOÑA ISABEL.

No, señor.

DON ROQUE.

Yo veo
Que lloras. Dí la verdad.
¿Qué tienes? Algun misterio
Hay aquí. Di, ¿por qué lloras?

DOÑA ISABEL.

No lo estrañeis, pues me acuerdo,
Con eso que me decís,
De aquel venturoso tiempo...

DON ROQUE.

De aquel tiempo cuando os ibais
A retozar...

DOÑA ISABEL.

No por cierto.

DON ROQUE.

Tú, don Juan y otras muchachas,
Y el hijo de don...

DOÑA ISABEL.

No es eso.

DON ROQUE.

De don Blas, y en la cocina
No dejabais en su puesto
Ni vasija ni cacharro.
Isabel, aquellos juegos,
Aquellos juegos...

DOÑA ISABEL, *aparte.*

¡Ay, triste!

ESCENA VIII.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, GINES.

DON ROQUE.

¡Hola! (*Ap.* Recado tenemos,
Y billetico tambien :
Yo he de verle.) ¿Adónde bueno,
(Ginés sacará una esquela en la mano; durante la escena se la da á don Roque, quien la lee y se la vuelve á Ginés.)
Señor Ginés?

GINÉS.

A buscar
A mi amo.

DON ROQUE.

(*Ap.* Ya te entiendo.)
¿Con que al amo?

GINÉS.

Sí, señor.

DON ROQUE.

¿Y ese papelillo abierto
Es para el amo tambien?
Dádmele acá.

GINÉS.

Bueno es eso.
Si no es para vos.

DON ROQUE.

No importa.

GINÉS.

Advertid.

DON ROQUE.

Yo nada advierto.
Es empeño el verle ya.

GINÉS.

Ahí le teneis, si es empeño.

DOÑA ISABEL, *aparte.*

¡Qué dirá el papel!

GINÉS, *aparte.*

El hombre
Gasta mucho cumplimiento.

DOÑA ISABEL, *aparte.*

Llena de temor estoy.

DON ROQUE.

Pues toma ; llévale presto,
Que importa.

GINÉS.

Si no está en casa,
Aquí á la puerta le espero.

DON ROQUE.

Harás bien.

GINÉS.

Agur, señores.

DON ROQUE.

Adios, amigo.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

DON ROQUE.

En efecto,
Se va don Juan.

DOÑA ISABEL.

¿ Cómo ? ¿ Adónde ?

DON ROQUE.

(Ap. ¿ Sí será el lloro por esto ?)
Hoy mismo se ha de embarcar.
¿ Qué dices ?

DOÑA ISABEL.

Yo nada.

DON ROQUE.

El viento
Es propio para salir ;
Y me parece muy bueno
Que vaya á América. Allí
Si se da por el comercio,
Hay muy buena proporcion;
Pero, en fin, cuando lo ha hecho,
Él sabrá por qué se va
Y á lo que va, que no es lerdo.
¿ Qué dices ?

DOÑA ISABEL.

Nada , señor.

DON ROQUE.

Es un mozo muy atento
Y de bella inclinacion.
Yo he celebrado en estremo
Haberle tenido en casa ;
Y aunque ha estado poco tiempo,
He conocido que tiene
Prendas de muy caballero.
¿ Qué te parece ? ¿ Es verdad ?

DOÑA ISABEL.

No hay duda, señor, es cierto.

DON ROQUE.

¿ Estás triste ?

DOÑA ISABEL.

No , señor.

DON ROQUE.

¿ Qué, no te gusta que hablemos
De nuestro huésped ?

DOÑA ISABEL.

A mí
¿ Qué se me puede dar de eso ?

DON ROQUE.

Dices bien. ¡ Hola ! ya es tarde.
(Sacando el relej.)

DOÑA ISABEL.

¿Salís otra vez?

DON ROQUE.

Sí, tengo
(Se pone el capote y el sombrero.)
Que hacer mil cosas. Muñoz
Tambien ha de salir luego.
Cuando se vaya, tened
Cuidado si ladra el perro,
O si alguien llama. Adios, chica.
(Ap., al tiempo de irse por la derecha.)
Tú caerás en el anzuelo.

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

¿Vienes adentro, Isabel,
Ó te agrada que saquemos
A esta pieza la labor?

DOÑA ISABEL.

¡Ay, Beatriz!

DOÑA BEATRIZ.

Dejemos eso,
Isabelita.

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

Vámos, hermana. ¿Qué es esto?
¿No ha de haber prudencia en tí?
¿Es ese el ofrecimiento
Que me has hecho de olvidarle,
Y siguiendo mi consejo
Despedirle para siempre,
Antes que llegue el estremo
De que lo sepa mi hermano?

DOÑA ISABEL.

Ya lo sabe; ya no es tiempo
De disimular con él.
Mis ojos se lo dijeron,
Mis suspiros.

DOÑA BEATRIZ.

¿Pues qué ha dicho?

DOÑA ISABEL.

Nada; pero yo, que advierto
En sus palabras y acciones
Mucho artificio y misterio,
He llegado á conocer
Que está resentido, inquieto,
Y celoso de don Juan.

DOÑA BEATRIZ.

No lo estraño; y aun por eso
Conviene que se apresure
Su marcha.

DOÑA ISABEL.

Ya la ha resuelto
El mismo, y ha de embarcarse
Muy pronto, segun entiendo.

DOÑA BEATRIZ.

Eso es lo que debe hacer;
Y á tí te importa en estremo
No verle mas. Los combates
De amor se vencen huyendo.
No le admitas, no le escuches.
Si es noble, si es caballero,
Ha de conocer á cuánto
Le obliga el honor, ni creo
Que permita que mi hermano
Viva de tí descontento:
No querrá verte infeliz.
Si te quiere bien, si es cuerdo,
Si teme á Dios, con dejarte
Dará á tanto mal remedio.

DOÑA ISABEL.

¡Qué bien dices! Tú me das
Valor, tú me das consuelo.
Yo misma, sí, yo sabré,
Dando fin á tanto yerro,
Decirle que me abandone,
Que se vaya, que no quiero
Volver á ver en mi vida
A un hombre que ya aborrezco.

DOÑA BEATRIZ.

¿Le aborreces? ¿Y has de ser
Tú la que le digas eso?
No, Isabel, no te conviene.
Vente conmigo allá adentro,
Y fingiendo que estás mala,
A tu retiro daremos
Disculpa, ven.

DOÑA ISABEL.

Ya te sigo.

ESCENA XI.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

Gente viene; mas ¿qué veo?
El es: me voy. ¿Qué he de hacer?
¡Triste de mí! No, no quiero
Verle.

DON JUAN.

¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Si venís
O enamorado ó atento
A despediros de mí,
Guarde vuestra vida el cielo,
Y os lleve con bien.

DON JUAN.

Venia...
A solo decirte vengo...

DOÑA ISABEL.

Sí, que te vas. Ya lo sé;
Vete, yo te lo aconsejo.

DON JUAN.

¡Ah! Que no sabes la pena...

DOÑA ISABEL.

Sí, ya sé lo que te debo;
Vete, y déjame morir.

DON JUAN.

¡Ay Isabel! ¡Para esto
Volví á Cádiz! Para ver
Rotos los nudos estrechos,
La union mas apetecida
Que formó el trato y el tiempo!
¡Ay! ¡qué tiempo aquel! ¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas?...

DOÑA ISABEL.

Yo desfallezco.

DON JUAN.

Cuando de nuestra fortuna
Tú contenta y yo contento,
Esperábamos de amor
Galardones lisonjeros.
El trato, la inclinacion,
La edad, los alegres juegos,
Los mal fingidos desvíos...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¡ay de mí! yo muero.

DON JUAN.

Un suspiro, una palabra
De tu boca, un halagüeño
Mirar, toda mi ambicion
Era, todos mis deseos.
Ya se acabó. Si te quise,
Si en nuestros años primeros
Eramos los dos felices,
Pasó como sombra y sueño;
Ya solo la muerte aguardo.

DOÑA ISABEL.

¡Oh! ¡no lo permita el cielo!
Yo sí moriré de angustia,
Que no hay valor en el pecho
Para tanto padecer.

DON JUAN.

Adios; ya no nos veremos
Otra vez. De tí apartado
Buscaré climas diversos.
Isabel, querida mia,
No te olvides del afecto
Que nos tuvimos los dos.
Ya nada de tí pretendo,
Sino que mi fe, mi amor
Viva en tu memoria eterno.
Quiéreme bien, piensa en mí.
Tal vez hallará consuelo
Mi dolor, cuando imagine
Que de la hermosa que pierdo
Alguna lágrima, algun
Tierno suspiro merezco.
Mas ¡qué digo! No, Isabel,
Olvida el cariño nuestro,
Ama á tu esposo y no mas:
Amale, yo te lo ruego,
Y déjame ya partir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON JUAN.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Ni puedo
Hablar, ni sé qué decirte.
¡Ah! si vieras cómo tengo
El corazon!

DON JUAN.

¡Ah! si vieras...
Pero, adios, y este postrero
Abrazo confirme...
(Quiere abrazarla, y doña Isabel se tira.)

DOÑA ISABEL.

Aparta.

DON JUAN.

¿Huyes?

DOÑA ISABEL.

Sí, de tí me alejo;
Que me ofreces mil peligros
En cada vez que te veo.

DON JUAN.

¡Cruel!

DOÑA ISABEL.

¡Ah, don Juan! ¿qué quieres?
¿Qué quieres de mí? si el cielo
Lo ordena así: ya lo ves.
Nuestro honor lo está pidiendo...
Mas no te vayas de Cádiz,
Ni me des mayor tormento:
No porque te pierda ausente
Quieras que te llore muerto;
Que á un infeliz mas le sirve
De afliccion que de consuelo
Buscar provincias remotas
Con tantos mares en medio.
Esta ciudad, patria tuya,
Ofrece muchos objetos;
Y tus penas cederán
A la reflexion y al tiempo.
Baste á infundirte valor
Ver que yo te doy ejemplo,
Que me separo de tí
Entregada al mas acerbo
Dolor. Sí, que si no fuese
Este amor tan verdadero,
No fuera virtud en mí
Dejarte como te dejo.
Pero es preciso, don Juan:

›ra yo de sentimiento,
›ente, desamparada
mi bien; que alegre muero,
à costa de tanta pena
ra mi opinion conservo.

DON JUAN.

y, querida de mis ojos!
›uién te ha dado tal esfuerzo?

DOÑA ISABEL.

›h virtud! ¡oh dolorosa
›rtud!
›e va por la izquierda, don Juan por la derecha. Queda sola la escena por un breve espacio.)

ESCENA XII.

MUÑOZ.

Es preciso hacerlo:
›legó el caso. No hay que darle
Encaminándose al canapé. Cuando está medio escondido, suena la campanilla á la derecha, y acaba de esconderse.)
Vueltas, no tiene remedio.
¡Ay, qué boda! ¡Ay, qué don Juan!
Muñoz, ánimo, y á ello.
No, pues ya no he de salir,
Aunque echen la puerta al suelo.

ESCENA XIII.

BLASA, GINÉS.

BLASA.

Ya van, ya van. ¡Hay tal prisa!
(Atravesando el teatro, y vuelve á salir con Ginés.)

GINÉS.

Juzgué que estaba durmiendo.

BLASA.

No, sino que se ha marchado
Sin decir nada allá dentro.
Vaya que es muy fastidioso
El tal Muñoz.

GINÉS.

Yo no entiendo
Cómo don Roque le aguanta.

BLASA.

¿Cómo? Bien fácil es eso.
Porque hace doscientos años
Que está en la casa sirviendo;
Porque es viejo, que los dos
No se llevan mes y medio;
Porque es ruin como su amo;
Porque le ha cogido miedo;
Porque para cualquier cosa
Se vale de su consejo;
Y si Muñoz no lo dice
No puede haber nada bueno;
Porque le sirve de espía;
Le va con todos los cuentos,
Y cuando sale su amo
Se está en el portal fingiendo
Que duerme ó reza, y no hay cosa
Que él no sepa; viene luego
Don Roque, y el estantigua
Maldito de su escudero
Cé por bé todo lo sopla.

GINÉS.

¡Haya pícaro de viejo!

BLASA.

Rogando estoy á mi ama
Que me saque de este encierro,
Que volvamos otra vez
A nuestra casa, y dejemos
A esos hombres, que parecen
Dos espantajos de un huerto.
Vaya, que los dos...

GINÉS.

Pues yo,
Blasilla, pronto los dejo.

BLASA.

¿Si? ¿cómo?

GINÉS.

Como nos vamos
Allá... ¿qué sé yo? muy lejos.

BLASA.

¿Y cuándo?

GINÉS.

Hoy mismo, si el aire
No nos pone impedimento.

BLASA.

Dichoso tú, que de hoy mas
No verás á ese estafermo
De Muñoz, ni á mi don Roque
Tan regañon y tan terco.

ESCENA XIV.

BLASA, GINES, DOÑA ISABEL.

DOÑA ISABEL.

¡Blasa!

BLASA.

Señora.

DOÑA ISABEL.

Prepara
Mi bastidor.

BLASA.

Voy corriendo. *(Vase.)*

DOÑA ISABEL.

¿En dónde estará tu amo?

GINÉS.

En la playa, mientras vuelvo
Con la caja que quedó
Sobre la mesa allá adentro.

DOÑA ISABEL.

Ve por ella. ¡Ay desdichada!
(Vase Ginés por la izquierda.)
No hay que hacer, se va en efecto.
Qué precision puede haber
De cruzar un golfo inmenso,
Que nos ha de separar,
No solo para no vernos,
Sino para no saber
Si mi bien es vivo ó muerto?
(Sale Ginés con una caja cubierta de encerado.)
Esto importa. Ginés, dile
A tu señor que le espero,
Sin falta, al instante, ahora:
Pues no ha nada que salieron
Don Roque y Muñoz. En fin,
Dirásle que á todo riesgo
Venga, que le quiero hablar.

GINÉS.

Voy, señora; pero temo...

DOÑA ISABEL.

¿Qué?

GINÉS.

Que es ya mala ocasion;
Porque está todo dispuesto,
Y al primer tiro de leva
Saldrán las naves del puerto.

DOÑA ISABEL.

¡Mísera! Corre... ¡Ay de mí!

ESCENA XV.

MUÑOZ.

Gracias á Dios que se fueron.
(Saca la cabeza, y sale después sacudiéndose.)
¡Canallas! si tardo un poco
En salir, pierdo el pellejo.
¡La Blasita! ¡Pues el otro
Bribon! ¡Y cómo me he puesto
De basura!... ¿Si será
Verdad lo del testamento?
¡Qué buena gente hay en casa!
Los demonios del infierno
No son de raza peor.
Don Roque, malo va esto.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DOÑA BEATRIZ.

En fin, parece que Dios
Todas las cosas ordena
A favor nuestro. Don Juan,
Conociendo lo que arriesga
En quedarse, va á partir;
La escuadra se hará á la vela
En esta mañana misma.
Ya, Isabel, estoy contenta.
Y no presumas, hermana,
Que tu marido sospecha
De tí: nada ha visto, nada
Puede pensar en tu ofensa.
Con todo su mal humor
El te quiere; y si te esmeras
En complacerle, verás
Disminuidas tus penas.

DOÑA ISABEL.

Sí, Beatriz, así lo haré;
Tú mi timidez ahuyentas;
Conozco mi error, conozco
Los peligros que me cercan
Mientras dure una pasion
Que ya reprimir es fuerza.
¡Oh! ¡qué mal hice en llamarle!

DOÑA BEATRIZ.

Todo con el tiempo cesa;
Si bien no es mucho que ahora
Turbada y débil te sientas.
Eres niña, y este golpe
Mucho sentimiento cuesta.

DOÑA ISABEL.

Dígalo quien como yo
Hubiese amado de veras.
(Aparte en ademán de irse.)
Alguien viene; él es sin duda.)
¿Adónde iré?

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te inquieta?
¿Por qué te vas, si es mi hermano?

ESCENA II.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ.

DON RO[illegible]

(Ap. ¿Qué entruch[illegible] serán estas
De volver y de to[illegible]
¿Dónde está[illegible]
¡Cuánto va[illegible]
Los pedazo[illegible]
En la [illegible]

Ayer que t[illegible]
No ha h[illegible]

Idos de [illegible]

¿Te

DON ROQUE.

¿Qué don Juan?

DOÑA BEATRIZ.

¿Que si te quedas
Con ese vestido, ó quieres
La bata?

DON ROQUE.

Cuando la quiera
Yo sabré llamar.

DOÑA BEATRIZ.

¿Te ha vuelto
El flato? ¿Quieres que cuezan
Manzanilla?

DON ROQUE.

No, señora.

DOÑA BEATRIZ.

Pues, hombre, ¿qué te molesta?

DON ROQUE.

Nada. ¿Qué la importará
Que yo tenga lo que tenga?
¿No he dicho que me dejeis?
(Se quita el sombrero y el capote, los deja sobre el canapé, y acercándose á la puerta de la derecha, llama á Muñoz.)

DOÑA BEATRIZ.

Ven, Isabel.

ESCENA III.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

Muñoz, entra.
¿Con que el recado no es mas?...

MUÑOZ.

¿Ahora salimos con esa?
Sí, señor, no es nada mas
Que lo que dije ahí afuera.

DON ROQUE.

¿Que vaya y diga á su amo
Que venga al punto?

MUÑOZ.

Que venga.

DON ROQUE.

¿Que los dos hemos salido?

MUÑOZ.

Eso mismo.

DON ROQUE.

¿Que le espera
Sin falta, sin falta?

MUÑOZ.

Cierto.

DON ROQUE.

¿Y dices que estaba inquieta,
Y lloraba?

MUÑOZ.

No que no.

DON ROQUE.

¿Y qué otra cosa era aquella
que me empezaste á decir?

MUÑOZ.

Eran alabanzas vuestras.

DON ROQUE.

Con que, en efecto, ¿estantigua
Me llamaron?

MUÑOZ.

Y postema.

DON ROQUE.

¿Y cenacho?

MUÑOZ.

Y viejarron.

DON ROQUE.

¡Habrá mayor insolencia!
¿Con que todas esas flores
Dijo de mí?

MUÑOZ.

Y otras treinta.

DON ROQUE.

¿Y luego le dió el recado?

MUÑOZ.

La del recado no es esa.

DON ROQUE.

Pues Isabel...

MUÑOZ.

Isabel
No trató de la materia.
Blasilla fué la que dijo
Que don Roque es un babieca,
Que parece un espantajo,
Que es sordo como una piedra,
Que le corrompe el aliento,
Que tiene hinchadas las piernas,
Que no puede ser casado,
Que...

DON ROQUE.

Calla, por Dios, no quieras
Que vaya allá y de un porrazo
La mate. ¡Haya picaruela,
Habladora, embusterona!

MUÑOZ.

Yo no sé si es embustera;
Pero que lo dijo es cierto.

DON ROQUE.

De suerte, que ya no queda
En esta casa ninguno
Que mi tormento no sea,
Mi repudricion... ¡Infame!..
Si estoy por ir y cogerla
(Paseándose inquieto por la escena.)
De los cabellos, y darla
A la pícara tal felpa...
¡Válgame Dios! ¿Qué he de hacer?
Señor, si este mozo intenta
Salir hoy mismo de Cádiz,
Si al fin se marcha, y nos deja;
Si yo le he visto en la playa
Aguardando á que viniera
El bote; si se despide
De mí; si el tiempo se acerca
De salir, que de un instante
A otro la señal esperan;
¡San Antonio! ¿para qué
Le habrá mandado que venga?

MUÑOZ.

Con el hijo de mi madre
Pudieran venirse á fiestas.

DON ROQUE.

Pues en tal caso ¿qué harias?

MUÑOZ.

Yo sé muy bien lo que hiciera.

DON ROQUE.

Hombre, por San Juan bendito,
Te suplico...

MUÑOZ.

Ya comienza
Otra vez el pordioseo.

DON ROQUE.

Que me digas lo que hicieras
Si fueras don Roque ahora.

MUÑOZ.

Si fuera don Roque en esta
Ocasion, no dejaria
Vivir á Muñoz; le diera
Mil quejas á cada instante
(Don Roque se distrae sin atender á l que Muñoz le dice.)
Porque no huele y acecha;
Le pidiera parecer
Una, cuatro, veinte, treinta
Veces, y... Qué, ¿no me ois?

DON ROQUE.

Mira, Muñoz, la cabeza
La tengo como un tambor:
Vaya, no hay que darle vueltas;
Lo que te he dicho has de hacer.

MUÑOZ.

¿Qué he de hacer?

DON ROQUE.

¿Ya no te acuerdas

MUÑOZ.

¿De qué, señor?

DON ROQUE.

Es verdad.
Si estoy loco.

MUÑOZ.

¿Quién lo niega?

DON ROQUE.

Ya se ve, si no lo he dicho.
Es el caso que si espera
A don Juan, quizá él no viene
Porque sabe ó se recela
Que estoy en casa. Ginés
(Vaya, como si lo viera)
Me habrá atisbado al entrar;
Pero en nuestra diligencia
Consiste. Mira: ya sabes
Dónde las llaves se cuelgan.
¿Conoces la del porton?

MUÑOZ.

¿Cuál, señor?

DON ROQUE.

Aquella vieja.

MUÑOZ.

Sí, ya estoy; la del postigo
Que cae á la callejuela.

DON ROQUE.

Esa misma.

MUÑOZ.

Si ha mil años
Que por allí nadie entra
Ni sale.

DON ROQUE.

No importa nada:
Tráeme la llave.

MUÑOZ.

¿Y qué nueva
Invencion?

DON ROQUE.

Ya la sabrás.
Ten cuidado no te sientan.

ESCENA IV.

DON ROQUE.

¡Ay, señor! esto va malo,
(Durante la escena se pasea, se sient se levanta, manifestando en sus a ciones su agitacion.)
Malo, malo. ¡Picaruela!...
¿Si parecerá la llave?
Muñoz dice bien: no es ella
Quien tiene la culpa; yo,
Yo la he tenido... Si fuera
Decir... pero sí, enmendarse:
Cuando cumpla los ochenta.
Bien dice Muñoz; mal año

Si dice bien. El me inquieta
Con sus cosas; pero encaja
Unas verdades tan secas...
Si yo hubiese consultado
Con él, no me sucediera
Este chasco: no por cierto.
¡Pobre don Roque! qué buena
La hiciste! ¡Pobre don Roque!
Pero quizá, si nos deja
Este don Juan, puede ser
Que lograra... Dios lo quiera.

ESCENA V.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.
¿Pareció?

MUÑOZ.
Pareció.

DON ROQUE.
¿Y qué?
¿Ninguno te vió cogerla?

MUÑOZ.
Nadie ha visto nada.

DON ROQUE.
¿No?
Pues anda, y dila que venga.

MUÑOZ.
¿A quién?

DON ROQUE.
A Blasa.

MUÑOZ.
¿A la niña
Deslenguada y bachillera
Que os trató de podrigorio?
Pues ¿qué pretendeis con ella?

DON ROQUE.
Entablar este proyecto,
(Poniéndose el capote.)
Con el cual, si no se yerra,
A los dos he de pillar:
Pondré en claro mis sospechas,
Y entonces me han de pagar,
Juro á tal, la desvergüenza.
Llama á Blasilla.

MUÑOZ.
Ahí parece
Que viene.

DON ROQUE.
Pues salte afuera.

MUÑOZ.
Con tanto preparativo,
Tanto vaya, torne y vuelva,
Se pasa el tiempo; y ¿qué hará?
Lo que hizo Cascaciruela.

ESCENA VI.

DON ROQUE, BLASA.

DON ROQUE.
Oyes, Blasita.

BLASA.
¡Señor!

DON ROQUE.
(Ap. Vamos á hacer la deshecha.)
Mira, yo voy á salir:
Si á eso de las doce y media
No he vuelto á casa, es señal
Que me quedo á comer fuera.

BLASA.
¿Fuera, señor?

DON ROQUE.
Sí, porque
Un conocido me espera
Para un asunto, y tal vez
No querrá que á casa vuelva,
Y habré de comer con él.

BLASA.
Vaya, señor, que no os dejan
Parar un punto.

DON ROQUE.
Es preciso
Hacer yo mis diligencias.

BLASA.
Y nosotras encerradas
En esta cárcel estrecha;
Si no es á misa, jamás
Damos por ahí una vuelta.

DON ROQUE.
Las mujeres recogidas
Que tienen juicio y vergüenza,
Se están en casa, y no son
Busconas ni callejeras.
En casa, en casa. *(Ap.* Me voy,
Que ya el enojo me ciega.)
(Se va, olvidándose del sombrero.)

BLASA.
Digo, señor, ¿y el sombrero?
¡Señor! Sí... ¡Qué paso lleva!
¡Señor! ¿Cuánto va que pierde
Este viejo la chabeta?
Ya vuelve. Gracias á Dios.
(Vuelve don Roque, Blasa le da el sombrero y él se va.)
Tomad el sombrero.

DON ROQUE.
Venga.

ESCENA VII.

BLASA, MUÑOZ.

BLASA.
¡Qué singular es el hombre!
¿Y que haya mujer que quiera,
(Blasa se pasea por el teatro. Cuando sale Muñoz y la ve, quiere retirarse.)
En lo mejor de su edad,
Con una cara de perla,
Dos ojos como luceros,
Y un chiste que á todos prenda,
Enlodazarse en un viejo
Tan carcamal y tan bestia?
¡Guarda, Pablo! Mejor es
Morir de puro doncella,
Que sufrir á un mamarracho
De un maridazo, alma en pena,
Con mas tachas y alifafes
Que el caballo de Gonela.
¿Qué es eso, señor Muñoz?
¿Os meten miedo las hembras?
Si os estorbo...

MUÑOZ.
Sí, me estorbas.

BLASA.
¿Con que os estorbo? ¿De veras?

MUÑOZ.
No tengo gana de hablar.

BLASA.
¿Con que me iré?

MUÑOZ.
Cuando quieras.

BLASA.
¡Qué ceño! Desde que estoy
En esta casa perversa,
Nunca os he visto reir;
Siempre con mal gesto.

MUÑOZ.
Y ella,
Siempre hablar que te hablarás.

BLASA.
Hago bien, que tengo lengua.

MUÑOZ.
Hace mal.

BLASA.
No, sino bien.

MUÑOZ.
Vaya, no tengamos fiesta.

BLASA.
Quiero hablar.

MUÑOZ, *amenazándola.*
Calla,

BLASA.
Sí, quiero
Hablar. ¡Dale! ¡Hay tal cansera!
Fastidiosazo de viejo.

MUÑOZ.
Mira...

BLASA.
Cara de laceria.

MUÑOZ.
Sí...

BLASA.
Rodrigon, pitarroso,
Judas: rabia, rabia.

MUÑOZ.
Espera.

ESCENA VIII.

MUÑOZ, DON ROQUE.

MUÑOZ.
¡Picarona! Bien se ve
Que no hay en casa quien tenga
Calzones. ¡Picaronaza!
¡Atrevida, desenvuelta!
¡A mí! Vaya, yo no entiendo
Cómo he tenido paciencia.
El diablo sabe por qué.

DON ROQUE.
Muñoz, ya estamos de vuelta.
(Sale don Roque por la puerta del foro que da salida á la callejuela indicada. Deja el capote y sombrero en el canapé.)
Buena prevencion ha sido
Que pasaras á esta pieza
Para espantarlas de aquí.
Cuando cerrabas la puerta
Ví al canalla de Ginés,
Que estaba de centinela
En esa casa de al lado;
Yo torcí la callejuela,
Fingiendo no haberle visto;
Y él, que me observaba, apenas
Me aparté un poco, marchó,
Sin duda á llevar las nuevas
A don Juan ó don Demonio.

MUÑOZ.
Pero bien, ¿qué se granjea
Con ese embrollo maldito
De vueltas y de revueltas?
Cuidado, que mas parecen
Cosas de chicos que juegan,
Que no de señor mayor.

DON ROQUE.
Mira, Muñoz, esta treta
Es para que si don Juan,
Como le han dicho que venga,
Por temor de hallarme aquí
Se ha detenido, y espera
Para asegurar el lance
Billete, recado ó seña,
Saliendo yo, desde luego
Su duda se desvanezca,
Y entonces...

MUÑOZ.
¿Y entonces, qué?

DON ROQUE.
La cosa está ya dispuesta...

Pero no nos detengamos
En balde, que el tiempo aprieta.
Vete, por Dios, á tu cuarto.

MUÑOZ, *aparte*.

Mucha diversion me espera.

DON ROQUE.

En tanto que yo la traigo
Acia acá... Pero ¿no es ella?

MUÑOZ.

La misma.

ESCENA IX.

DON ROQUE, DOÑA ISABEL.

(Al salir doña Isabel se sorprende de ver allí á don Roque.)

DON ROQUE.

¿De qué te asustas?

DOÑA ISABEL.

Presumí que estabais fuera,
Porque Blasa...

DON ROQUE.

Sí, he salido
A dar por ahí una vuelta,
Y... ¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Nada.

DON ROQUE.

¿Qué?

DOÑA ISABEL.

Nada, señor.

DON ROQUE.

No se pierda
El tiempo.
(Cierra con llave la puerta de la izquierda.)

DOÑA ISABEL.

Señor, ¿qué haceis?
¡Ay de mí! la llave...

DON ROQUE.

Deja
La llave; nada te importa
La llave.

DOÑA ISABEL.

Pero ¿á qué es esta
Prevencion?

DON ROQUE.

Mira, Isabel,
Yo sé que á don Juan esperas;
El va á venir.

DOÑA ISABEL.

¡Señor!

DON ROQUE.

Calla;
No me grites, que lo echas
A perder. El va á venir:
Yo me escondo en esa pieza;
Tú, sentada en esta silla,
De modo que yo te vea,
Le has de recibir. Dirásle
Que ni un punto se detenga
En mi casa; que á qué vienen
Todas esas morisquetas
De hacer que se va, y quedarse;
Que en su vida á verte vuelva;
Y que aunque yo no sé nada,
Es muy fácil que lo sepa...
Pero á la puerta han llamado.
(Suena la campanilla acia el lado derecho. Don Roque coloca la silla á la distancia que le conviene. Doña Isabel no quiere sentarse. Don Roque, asiéndola de ambos brazos, la obliga á hacerlo.)
Siéntate; la silla vuelta
Acia este lado.

DOÑA ISABEL.

Advertid...

DON ROQUE.

Escusadas advertencias.

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor, lo que haceis.

DON ROQUE.

Isabelita, ten cuenta
Con lo que te he dicho. Mira
Que si noto alguna seña
Ó palabra, no podré
Reportarme, aunque mas quiera,
Y tendremos que sentir.

DOÑA ISABEL.

¡Ay infeliz! ¡Qué funesta
Situacion! Pero, es posible...

DON ROQUE.

Presto; vamos, que ya llega.

DOÑA ISABEL.

Escuchadme.

DON ROQUE.

Lo que he dicho
Harás. Cuidado con ella.
(Amenazándola. Recoge el capote y el sombrero, y se va á su despacho, dejando un poco entreabierta la puerta para observar desde adentro lo que suceda.)

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON JUAN.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! desgraciada de mí!
¡Ay, qué angustia! ¡Quién pudiera
Avisarle! No hay remedio.

DON JUAN.

¿En fin, Isabel, ordenas
Que volviendo á verte ahora
Nuevo tormento padezca?
¿A qué fin, Isabel mia,
Me detienes, si no espera
Alivio nuestro dolor?
Pero ¿qué pesar te aqueja?
¿Qué tienes? Enjuga, hermosa,
Esas lágrimas; en ellas
Harto me dices; no ignoro
De tus ojos la elocuencia.
Ya sé, mi bien, ya sé cuánto
Esta partida te cuesta;
Pero...

DOÑA ISABEL.

Don Juan, ¿qué decís?
¿Qué decís? Idos, no sea
Que mi esposo...

DON JUAN.

No receles,
Que no está en casa. No temas.
Y Ginés quedó advertido
De avisarme cuando venga.

DOÑA ISABEL.

En cualquiera ocasion debo
Serle fiel. Ved que si llega
A saber vuestra porfía...

DON JUAN.

¡Cielos! ¿qué mudanza es esta?
¿Qué lenguaje, que no entiendo?
Isabel, haz que yo sepa
Estos enigmas, que el alma
Tengo de tu voz suspensa.
Tú me llamaste, y ahora...

DOÑA ISABEL.

¿Yo os llamé?

DON JUAN.

Qué, ¿me lo niegas?
¿Me lo niegas? ¡Ah cruel!
Pues...

DOÑA ISABEL.

Callad.

DON JUAN.

Tú harás que pierda
El sentido, ingrata. ¿Cómo
Cupo en tí tanta fiereza?

DOÑA ISABEL.

Ignoro lo que decís.

DON JUAN.

¿Lo ignoras? Pero no quieras
Apurar mi sufrimiento,
Isabel, de esa manera.

DOÑA ISABEL.

Ya he dicho que os vais. Hacedlo;
No por vos, señor, padezca
Mi decoro.

DON JUAN.

¡Ah, fementida
Mujer! ¡Que así mi firmeza
Pagas! ¿Para esto quisiste
Que viniese? ¿Para esa
Nueva traicion, que tenias
Contra mi vida dispuesta?
Si ya me aparté de tí,
Si ya mi fuga resuelta
Pensaba no verte mas,
¿A qué me dices que vuelva?
Pérfida!

DOÑA ISABEL.

Mirad, señor,
Lo que decís; pues si llega
Vuestra ceguedad á tanto
Que alguno de casa os sienta...
Mi esposo...

DON JUAN.

Sí, ya lo sé.
¿Le has dicho ya que no tema;
Que el amor que me juraste
Fué mentirosa apariencia?
Pero, aleve, ¿qué disculpa
Me das? ¿Ninguna te queda?
Callas, infiel, porque sabes
Que callando me atormentas.
¿Y yo me detengo? Adios.
Voy á morir; nada anhela
Tu amante, sino acabar
La vida que ya detesta;
Ni seré tan infeliz
Que cuando aspiro á perderla,
No lo consiga al impulso
De tempestades deshechas.
Así pudiera olvidar
Mi error pasado y mi pena,
Tus alevosos cariños...
¡Ah! ¿qué digo? No. Perezcan,
Perezcan... Yo las creí
Alivio de mis tristezas...
(Saca unas cartas y las rasga. Doña Isabel se levanta queriendo en vano contenerle.)
Tuyas son. ¡Traidoras cartas!
Míralas: tuya es la letra...
No quede memoria alguna...

DOÑA ISABEL.

¿Qué haceis? ¡Ay de mí!

DON JUAN.

No, deja,
Déjame.

DOÑA ISABEL.

¡Cielos! Señor!...

DON JUAN.

No las quiero, no. Me acuerdan
Tus engaños.

DOÑA ISABEL.

¡Infeliz!
¿Qué nueva desdicha es esta?
Idos, señor.

DON JUAN.

Sí, cruel.

DOÑA ISABEL.

¡Pobre de mí! Yo voy muerta.
(Tuerce la llave de la puerta del lado izquierdo, y se va.)

ESCENA XI.

DON ROQUE.

Mejor será. Sí, es mejor.
(Sale apresuradamente de su despacho con capote y sombrero.)
Hasta que embarcar le vea...
Vamos allá, no se escurra,
Y tengamos otra fiesta.
¡La Isabelita y su alma!
Esta es echadiza.

ESCENA XII.

DON ROQUE, DOÑA BEATRIZ, DOÑA ISABEL.

DOÑA BEATRIZ.

Espera.

DON ROQUE.

Voy de prisa.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué ha ocurrido,
Hermano? que en esa pieza
He visto á Isabel llorosa,
Angustiada, descompuesta...
La pregunto, y no responde;
Solo suspirando alienta...
¿Qué ha habido aquí?

DON ROQUE.

Lo mejor
Es preguntárselo á ella,
Que yo no estoy para echar
Relaciones de comedia.
(Vase al tiempo que doña Isabel sale por la parte opuesta. El diálogo indica la accion y movimiento de los personajes.)

DOÑA ISABEL.

¡Beatriz, hermana! ¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué es esto, Isabel, que llena
De dudas me tienes?

DOÑA ISABEL.

Esto
Es sufrir penas acerbas;
Esto es nacer desdichada.
¿Qué haremos? Llama. No; deja,
Es mejor que... Yo no sé.
No estoy en mí.

DOÑA BEATRIZ.

Escucha, espera.
¿Adónde vas?

DOÑA ISABEL.

A evitar
Que le mate.

DOÑA BEATRIZ.

¿A quién? Sosiega
El temor.

DOÑA ISABEL.

¿Pues no ha salido
Detrás de él? No me detengas;
Déjame que vaya...

DOÑA BEATRIZ.

¿A qué?

DOÑA ISABEL.

A morir, pues ya no queda
Otro remedio, Beatriz;
Ni hay mujer á quien suceda
Igual desgracia. Don Juan
Vino...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué dices?

DOÑA ISABEL.

Sí. En esa
Pieza se ocultó tu hermano.
Todo lo ha visto. El se aleja
Culpando mi ingratitud.
¡Ay, Beatriz! ni se me acuerda
Lo que le dije, ni supe,
Ni era fácil que advirtiera...
¡Mísera! ¿qué pude hacer?

DOÑA BEATRIZ.

¿En fin, Isabel, te deja?
Pues si en él se va el peligro,
No así desmayes, ni cedas
Tan pronto á la desventura,
Que acaso tú propia aumentas
Con tu temor.

DOÑA ISABEL.

Es verdad.
Pero ¡ay de mí! cuando vuelva
¿Qué le diré? ¿Quién podrá
Reducirle á que me crea?
Si está airado contra mí
Y confirmó su sospecha
Este acaso, no es posible
Que á mis razones atienda.
¡Infeliz! ¿Y vivo, y vivo?
¿Cómo hay en mí resistencia?

DOÑA BEATRIZ.

No á la desesperacion
Te entregues de esa manera;
Y piérdase todo, como
La esperanza no se pierda.
Ven adentro; que no es bien
Esponerse á que te vea
Mi hermano al volver.

DOÑA ISABEL.

Bien dices;
Vamos..... ¡El tiro de leva!
(Al encaminarse las dos acia el lado izquierdo se oye á lo lejos un cañonazo. Dona Isabel cae desmayada en una silla.)
¡Ya se va, Beatriz! ¡Dios mio!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué te da, hermana? No alienta.
Isabel!.... ¡Válgame Dios!
No vuelve. Si llamo, es fuerza
Que esto se publique.... ¡Blasa!
Estas resultas esperan
Tales casamientos. ¡Blasa!
Será preciso que venga.
Pero ya vuelve. ¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

¡Ay de mí!

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué sientes? Prueba
Si te puedes sostener;
Iré por agua.

DOÑA ISABEL.

No, espera,
No te vayas.

DOÑA BEATRIZ.

No me iré.
Apóyate en mí.

DOÑA ISABEL.

¡Qué pena!

DOÑA BEATRIZ.

Llora, suspira; que ahora
Nadie nos ve.

DOÑA ISABEL.

¡Qué funesta
Venida!

DOÑA BEATRIZ.

Isabel, por Dios.....
¿Otra vez de eso te acuerdas?

DOÑA ISABEL.

Ya se fué, ya se acabó
El afán.

DOÑA BEATRIZ.

¡Que así te quieras
Atormentar!

DOÑA ISABEL.

Ya se fué.
¡Triste de la que se queda!
No volveremos á vernos
Jamás. ¿Quién me lo dijera?
Mucho le quise, Beatriz,
Mucho le quise.

DOÑA BEATRIZ.

Si empiezas
De nuevo con esas cosas,
Te abandono.

DOÑA ISABEL.

¡Ay! ¿tú me dejas?

DOÑA BEATRIZ.

No; descansa.

DOÑA ISABEL.

En fin se va,
Creyendo que le desprecia
Su amada, que le aborrece.....
¡Ah! no es verdad, no lo creas.
Te quiero, mi bien, te adoro;
No dudes de mi firmeza;
Primero y último amor
Es el que en mi pecho alberga.
Soy infeliz, no mudable.
Digna fué de tus finezas
Isabel; ¡ay! que la vida
La ha de costar esta ausencia.

DOÑA BEATRIZ.

Hermana, ven. Me parece
(Mirando á la puerta de la derecha. Dona Isabel se levanta llena de agitacion.)
Que ha entrado. No te detengas.

DOÑA ISABEL.

¡Desgraciada! ¿Adónde, adónde
Iremos que no me vea?
¿Cómo evitaré su enojo?
Helado temor me cerca.
¡Si viene, mísera yo!

DOÑA BEATRIZ.

Vamos, Isabel.

DOÑA ISABEL.

Si fuera
Posible..... Pero ¿qué digo?
Esta es ya mucha bajeza,
Mucho abatimiento es este;
Aquí le espero resuelta.
A quien todo lo ha perdido,
¿Qué peligro le amedrenta?
Quita; ya no voy contigo;
Aquí le aguardo.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué intentas?

ESCENA XIII.

DOÑA ISABEL, DOÑA BEATRIZ, DON ROQUE, MUÑOZ.

MUÑOZ.

Pero yo ¿qué le he de hacer?

DON ROQUE.

Es que quiero que las veas,
A ver por dónde la toman.

MUÑOZ.

Si la cosa está ya hecha,
¿Qué diablos han de decir?
¿Ni qué importa.....

DON ROQUE.

¡Buena pieza!
Ya se fué don Juan; cumplió
Por último su promesa.
Vaya bendito de Dios.
Ello es regular que tengas,
Ayudada de mi hermana,
Tu amiga y tu consejera,
Buena porcion de mentiras
Y de embolismos dispuesta
Para el caso; pero ya
Conozco todas sus tretas.
Y las tuyas. Sí por cierto,
Me ha enseñado la esperiencia.

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué quieres decir con eso?

DON ROQUE.

¡Eh! ¿no lo dije? Ya empieza.
Pero hablemos de una vez.
Ya has visto que no te queda
Disculpa alguna; ya has visto
Que lo sé todo, y que es fuerza,
No siendo yo ningun tonto,
Que esto me enfade y me duela.
Es regular.

DOÑA ISABEL.

Sí, señor.
Bien decís. Vuestra sospecha
Es justa, no he de negarlo;
Pero sabed...

DON ROQUE.

¡Bueno fuera
Que lo negaras!

MUÑOZ.

Pues digo,
Que se morderá la lengua.

DOÑA ISABEL.

Sabed que yo, desgraciada,
Oprimida, con violencia
Os dí la mano de esposa.
No hay remedio, ya soy vuestra.
Pero don Juan... Sí, señor,
Le quise, fué verdadera
Nuestra pasion.

DOÑA BEATRIZ.

¡Isabel!
¿Qué es lo que dices?

DOÑA ISABEL.

No fuera
Justo engañaros; le amé.
Así lo quiso mi estrella.
El igualmente... Dejad,
Dejadme, señor, que vierta
Estas lagrimas; que todo
Lo que callo dicen ellas.
En fin, engañado vos,
Yo sin tener quien volviera
Por mí, fuí víctima triste
la avaricia perversa
mi tutor.

DON ROQUE.

Digo, ¿y cómo
Entonces, que conviniera
Hablarnos á todos claro,
Callaste como una muerta?

DOÑA ISABEL.

¡Ah, señor! Con tantos años
¿Aun no teneis esperiencia
De lo que es una muchacha?
¿No sabeis que nos enseñan
A obedecer ciegamente,
Y á que el semblante desmienta
Lo que sufre el corazon?
Cuidadosamente observan
Nuestros pasos, y llamando
Al disimulo modestia,
Padece el alma, y... No importa,
Con tal que calle, padezca.
El respeto, la amenaza,
La edad inocente y tierna,
La timidez natural,
Las siempre falsas ó inciertas
Noticias del mundo... ¡Ay triste!
No soy yo sola; no es esta
La primera vez que supo
La autoridad indiscreta
Oprimir la voluntad.

DON ROQUE.

Muy bien. Y toda esa arenga
¿Qué quiere decir?

DOÑA BEATRIZ.

¿Tan necio
Serás, que no lo comprendas?
Quiere decir, que si acaso
Estás airado con ella
Por lo que viste, ya han hecho
Cuanto apetecer pudieras
Separándose los dos.
¿Qué mas disculpa deseas?
Ya no hay motivos de enojo.

DON ROQUE.

Cierto; es una friolera;
No ha habido nada; no importa
Nada; no vale la pena.
¿Es verdad? Lo que yo he visto
No ha sido nada, ¡eh! ¡Parlera
De Satanas!

DOÑA ISABEL.

Ya os he dicho
Que le he querido, y que fuera
Mentir negaroslo; pero
El cielo ve mi inocencia.
El sabe que en tal peligro
Logré con débiles fuerzas,
Si no vencer mi pasion,
Evitar efectos de ella.
Le llamé para decirle
Que en su patria se estuviera,
Donde parientes y amigos
Aliviaran sus tristezas;
Recelando que si ahora
Desesperado se ausenta,
Su mismo pesar le mate.
¡Cuántos peligros le cercan!
Pero no, no se malogren
Los instantes. Ya deshecha
Esta amistad, acabada
La causa de vuestra queja,
Vos satisfecho quedais;
Yo triste, asombrada, llena
De dolor. ¡Ah! Ya se fué;
Ya se logró vuestra idea,
Se logró... Pero ¡qué golpe
Tan terrible! ¡Qué violenta
Separacion! Mucho vale
La virtud, pues tanto cuesta.
En fin, señor, por vos solo,
Por una pasion tan necia
Y una aborrecida union,
De vuestra edad tan ajena,
Yo perdí mi libertad,
Y él á la muerte se acerca.
Pero este esfuerzo cruel
Algun galardon espera;
Sí, que tanto sacrificio
Bien merece recompensa.
Ya está resuelto. Apartada
De vos, en la mas estrecha
Clausura vivir intento,
Si es vida lo que me resta.
Allí...

DOÑA BEATRIZ.

¿Qué has dicho, Isabel?

DON ROQUE.

Mujer, ¿qué clausura es esa?
Qué? No, señor, en mi casa
La tendrás. ¡Pues era buena
La invencion!

DOÑA BEATRIZ.

¡Hermana!

DOÑA ISABEL.

No.
Ya lo he pensado, y no queda
Otro arbitrio. ¿Cómo quieres
Que mi trato no le ofenda?
Lleno de desconfianzas
Vivirá; por mas que quiera
Tranquilizarle, jamás
Faltarán celos y quejas.
Cada accion será un delito,
Cada palabra una prueba
Contra mí; su edad, su genio...
No es posible que convengan,
Para vivir en quietud,
Circunstancias tan opuestas.
Es preciso separarnos.
En tu casa, mientras llega
A efecto, estaré contigo.
Vos, señor, haced que sea,
Si fuere posible, hoy mismo.
Yo os lo suplico, si queda
Alguna reliquia en vos
De aquella aficion funesta
Que me habeis tenido.

DON ROQUE.

Vamos,
No hablemos de esa materia.
Yo me olvidaré de todo,
Y...

DOÑA ISABEL.

No, no, señor, es fuerza
Que esta merced me otorgueis.

DON ROQUE.

Tú, Beatriz, tendrás con ella
Mas autoridad; por Dios
Persuádela.

DOÑA BEATRIZ.

Ya no es esta
Ocasion, ni hallarse pueden
Razones que la contengan.
Basta que no te ofendió,
Basta que elegir pretenda
El medio de no ofenderte
Jamás; y pues limpio queda
Tu honor, déjala vivir
En donde no te aborrezca.

DON ROQUE.

¿Con que yo me he de quedar
Sin mujer por una tema?
¿Con que yo tengo la culpa?
¡Isabel!

DOÑA ISABEL.

Estoy resuelta.
Hacedlo. A vuestra opinion
Importa que no se estienda
El caso por la ciudad;
El sigilo y la presteza
Convienen.

DON ROQUE.

Teneis razon;
Matadme, ya nada resta
Sino morirme de rabia.

DOÑA ISABEL.

No, vivid, señor; y sea

Con mucha felicidad,
Que yo habitaré conte...
En la soledad que abraz.. ,
Porque asegurada en ella
Tengamos quietud los dos.
Vamos, Beatriz.

DOÑA BEATRIZ.

No difieras
Un instante lo que pide.

DON RO .UE.

¡Muñoz!

MUÑOZ.

Otra moledera.

DON ROQUE.

Pero bien, Muñoz, ¿qué dices?
Hombre, por Dios.

MUÑOZ.

Si entendiera
Que pudiese haber quietud
Sin encierro, torno y verjas,
No os aconsejara tal;
Pero si es tan manifiesta
La dificultad, que nadie
Habrá que no la comprenda;
Si es preciso, aunque ella fuese
Una santa Dorotea.
Vamos, eso es tan palpable,
Que no merece la pena
De gastar tiempo. ¿Se va?
Muy bien pensado. ¿Se encierra?
Lindamente. A vos os quita
Quebraderos de cabeza,
Y ella en no viendo jamás
Esa cara, está contenta;
Con que, abreviarlo y agur.

DON ROQUE.

¿Con que ello ha de ser por fuerza?
¡Isabel!

(Don Roque quiere detenerla. Doña Isabel, al acercarse á la puerta, le dirige las últimas palabras con entereza y resolucion.)

DOÑA ISABEL.

No, no os escucho.

DON ROQUE.

Pero ¿es posible que quieras?...

DOÑA ISABEL.

No me sigais; apartad,
Que en vos se me representa
Un tirano aborrecido.
Lejos de vuestra presencia
Podré vivir; pero ved
Que si un error os empeña
En obligarme á ceder,
No bastará la prudencia,
Y es temible una mujer
Desesperada y resuelta. *(Vase.)*

DOÑA BEATRIZ.

Ya lo has visto: no la apures.

DON ROQUE.

Haré todo lo que quiera.
Dejadme vivir en paz,
Dejadme... y Dios la haga buena.

DOÑA BEATRIZ.

Pero....

DON ROQUE.

Sí, mañana mismo
Haremos la diligencia,
Mañana... Y que me perdone,
Que yo la perdono á ella.

ESCENA XIV.

DON ROQUE, MUÑOZ.

DON ROQUE.

¡Válgame Dios, qué muchacha!

(Se pasea por la escena, con ademanes del mayor sentimiento.)

¡Válgame Dios!

MUÑOZ.

No creyera...

DON ROQUE.

Calla, que en cuanto me digas
Tendrás razon; pero deja
Que reniegue de mí mismo;
Pues yo, por mi lijereza,
He sido causa de todo.
Ya lo pago, y aunque sea
Tarde, reconozco ahora
Que no son edades estas
Para pensar en casorios.

MUÑOZ.

Si muchos lo conocieran...
Pero sí... Cuanto mas viejos,
Mas niños y mas troneras.

LA COMEDIA NUEVA,

COMEDIA EN DOS ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1792.

> Non ego ventosæ plebis suffragia venor.
> *Horat., epist. 19, lib. 1.*

ADVERTENCIA.

« Esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual de nuestro teatro (dice el prólogo de su primera edicion); pero ni en los personajes ni en las alusiones se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia, para que por ella pueda indicarse el original. Procuró el autor, así en la formacion de la fábula como en la eleccion de los caracteres, imitar la naturaleza en lo universal, formando de muchos un solo individuo (*)».

En el prólogo que precede á la edicion de Parma se dice: « De muchos escritores ignorantes que abastecen nuestra escena de comedias desatinadas, de sainetes groseros, de tonadillas necias y escandalosas, formó un don Eleuterio; de muchas mujeres sabidillas y fastidiosas, una doña Agustina; de muchos pedantes erizados, locuaces, presumidos de saberlo todo, un don Hermógenes; de muchas farsas monstruosas, llenas de disertaciones morales, soliloquios furiosos, hambre calagurritana, revista de ejércitos, batallas, tempestades, bombazos y humo, formó *el Gran Cerco de Viena;* pero ni aquellos personajes ni esta pieza existen. »

Don Eleuterio es en efecto el compendio de todos los malos poetas dramáticos que escribian en aquella época, y la comedia de que se le supone autor, un monstruo imaginario, compuesto de todas las estravagancias que se representaban entonces en los teatros de Madrid. Si en esta obra se hubiesen ridiculizado los desaciertos de Cañizares, Añorbe ó Zamora, inútil ocupacion hubiera sido censurar á quien ya no podia enmendarse, ni defenderse. Las circunstancias de tiempo y lugar, que tanto abundan en esta pieza, deben ya necesariamente hacerla perder una parte del aprecio público, por haber desaparecido ó alterádose los originales que imitó; pero el trascurso mismo del tiempo la hará mas estimable á los que apetezcan adquirir conocimiento del estado en que se hallaba nuestra dramática en los veinte años últimos del siglo anterior. Llegará sin duda la época en que desaparezca de la escena (que en el género cómico solo sufre la pintura de los vicios y errores vigentes); pero sera

(*) Prosigue el prólogo de la edicion de 1792: « Además de ser este el medio de imitacion que practican todas las artes, es el mas inocente, cuando han de espresar objetos de formas; pues reuniendo en un solo sujeto circunstancias que solo se hallan esparcidas en muchos, resulta la pintura con toda la espresion característica que es conveniente, y al mismo tiempo carece de aquella semejanza individual (odiosa sin duda), y que es propia solo de quien retrata, y no de quien inventa.

» El fin moral de esta comedia es harto manifiesto; y en cuanto al artificio de ella, las situaciones, episodios, estilo y otros requisitos, nada hay que decir, puesto que el público debe juzgarla, y no es conveniente anticipar en tales casos ni las disculpas ni los elogios. Baste solo advertir, que esta obra se publica en circunstancias las mas favorables para esperar de ella todo el efecto que es capaz de producir.

» Muchas veces las resoluciones mas justas, dirigidas á corregir los abusos que autorizó la costumbre ó la ignorancia, suelen hallar una resistencia invencible en la opinion pública; y si esta no se rectifica, aquellas se inutilizan y se desprecian.

» Una parte muy numerosa de la nacion ve con dolor el abandono de nuestro teatro; desea que una mano poderosa remueva los obstáculos que impiden su adelantamiento; y no en vano se lisonjea de que, abierto el paso á las luces, los buenos ingenios se dedicarán á seguir una carrera tan nueva y tan gloriosa, para honor de la patria y utilidad comun.

» Si hay, no obstante, una clase de gentes, a quienes la falta de principios, la indolencia, el interés y otras pequeñas pasiones hacen obstinadas en el error, contra ellas se dirige la censura. ¿Y qué otro medio se hallaria mas conveniente que el de presentar en el teatro, castigados y espuestos al desprecio general, los vicios del teatro mismo? ¿Qué otra respuesta puede darse á los que atribuyen al mal gusto de toda una nacion la decadencia de nuestra poesía dramática, que ridiculizarlos y confundirlos á los ojos de la misma nacion ofendida por ellos? ¿Y qué mayor servicio podrá hacer un escritor que el de esplorar la opinion pública, rectificarla con sólidas doctrinas, y facilitar al gobierno por este medio la mas pronta ejecucion de sus ideas?

» Tales reflexiones animaron al autor de esta obra; y si considera que la correccion del teatro está en manos de quien, uniendo al poder la ilustracion y el celo, prepara á las letras nuevo esplendor y prosperidad, ¿cómo no despreciará los clamores vanos de la ignorancia? ¿Y cómo no se complacerá con el público español de haber contribuido, en el modo que le fué posible, á que se verifique esta revolucion feliz, que ya no puede mirar como distante? »

un monumento de historia literaria, único en su género, y no indigno tal vez de la estimacion de los doctos.

Luego que el autor se la leyó á la compañía de Ribera, que la debia representar, empezaron á conmoverse los apasionados de la compañía de Martinez. Cómicos, músicos, poetas, todos hicieron causa comun; creyendo que de la representacion de ella resultaria su total descrédito y la ruina de sus intereses. Dijeron que era un sainete largo, un diálogo insulso, una satira, un libelo infamatorio; y bajo este concepto se hicieron reclamaciones enérgicas al gobierno para que no permitiera su publicacion. Intervino en su exámen la autoridad del presidente del consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico; sufrió cinco censuras, y resultó de todas ellas que no era un libelo, sino una comedia escrita con arte, capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Los cómicos la estudiaron con esmero particular, y se acercaba el dia de hacerla. Los que habian dicho antes que era un diálogo insípido, temiendo que tal vez no le pareciese al público tan mal como á ellos, trataron de juntarse en gran número, y acabar con ella en su primera representacion, la cual se verificó en el teatro del Príncipe el dia 7 de febrero de 1792.

El concurso la oia con atencion, solo interrumpida por sus mismos aplausos; los que habian de silbarla no hallaban la ocasion de empezar, y su desesperacion llegó al estremo, cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace don Serapio de la ignorante plebe que en aquel tiempo favorecia ó desacreditaba el mérito de las piezas y de los actores, y tiranizando el teatro, concedia su proteccion á quien mas se esmeraba en solicitarla por los medios que allí se indican. El patió recibió la leccion áspera que se le daba con toda la indignacion que era de temer en quien iba tan mal dispuesto á recibirla; lo restante del auditorio logró imponer silencio á aquella irritada muchedumbre, y los cómicos siguieron mas animados desde entonces, y con mas seguridad del éxito. Al esclamar don Eleuterio en la escena VII del acto segundo : *¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?* supo decirlo el actor que desempeñaba este papel con espresion tan oportunamente equívoca, que la mayor parte del concurso (aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo) interrumpió con aplausos la representacion. La turba de los conjurados perdió la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que obtuvo en aquel dia esta comedia no pudo ser mas conforme á los deseos del autor.

Manuel Torres sobresalió en el papel de don Pedro, dándole toda la nobleza y espresion que pide; Juana García, en el de doña Mariquita, mereció general estimacion, nada dejó que desear, y dió á las tareas de los artífices asunto digno; Polonia Rochel representó con acierto la presuncion necia de doña Agustina; el escelente actor Mariano Querol pintó en don Hermógenes un completo pedante, escogido entre los muchos que pudo imitar; Manuel García Parra escitó el entusiasmo del público en su papel de don Eleuterio: la voz, el gesto, los ademanes, el traje, todo fué tan acomodado al carácter que representó, que parecia en él naturaleza lo que era estudio.

LA COMEDIA NUEVA.

PERSONAS.

DON ELEUTERIO.	DOÑA MARIQUITA.	DON PEDRO.	DON SERAPIO.
DOÑA AGUSTINA.	DON HERMOGENES.	DON ANTONIO.	PIPI.

La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitacion principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

La accion empieza á las cuatro de la tarde y acaba á las seis.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPI.

(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo. Pipi.

PIPÍ.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ.

No, señor; poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPÍ.

Si, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa francachela?

PIPÍ.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPÍ.

Pues qué, ¿no lo sabia usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

PIPÍ.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.

En efecto, aquí está *(Leyendo en el Diario que está sobre la mesa.)*: COMEDIA NUEVA INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡cuánto mas vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPÍ.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegrara de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPÍ.

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy dia son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPÍ.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿tambien las señoras decian coplillas?

PIPÍ.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componia de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho mas que retozar con aquel don Hermógenes, y tirarle miguitas de pan al peluquin.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPÍ.

Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decian: «Mariquita, una copla, vaya una copla,» se hacia la vergonzosa; y por mas que la estuvieron azuzando á ver si rompia, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decia que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco ha, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ.

¡Oh! ese es don Serapio.

DON ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPÍ.

El es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los dias á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente, y las partes de por medio.

PIPÍ.

Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí

se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oirle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPÍ.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPÍ.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia, y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entonces?

PIPÍ.

Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPÍ.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decian. Para ellos no habia nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral, y... Deje usted: las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decian? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre, difícil es esplicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los estranjeros, particularmente los franceses.

PIPÍ.

Pues, ya decia yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Sí tal: aquí tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta), las que se han compuesto.

PIPÍ.

Pues ya se ve: mire usted, ¡reglas! No faltaba mas. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPÍ.

Y las demás que van saliendo cada dia tampoco las tendrán: ¿no es verdad usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPÍ.

Bien; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entonces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él...

DON ANTONIO.

Cierto. *(Ap. ¡Qué simplicidad!)*

PIPÍ.

Entonces escribiria. ¡Qué! todos los meses sacaria dos ó tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPÍ.

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo: no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPÍ.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPÍ.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje, y el amo se le murió á lo mejor, y él se habia casado de secreto con la doncella, y tenian ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPÍ.

¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON PEDRO.

Café.

(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.)

PIPÍ.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPÍ.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No... Basta.

PIPÍ.

¿Quién es este?

(Al retirarse después de haber servido el café á don Pedro.)

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPÍ.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!

(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aun no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Después unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo; falta muy poco. Súbase usted.

(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro; saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

DON SERAPIO.

Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted; y si quieren mas licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos mas. Pipí.

PIPÍ.

¡Señor!

DON SERAPIO.

Palabra.

(Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)

DON ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)

DON PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace estraño.

DON PEDRO.

En efecto lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

DON ANTONIO.

Pues; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy soy el primero en los espectaculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio; tengo pocos, pero buenos amigos y á ellos debo los mas felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serio; pero, ¿qué le he hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda mas digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Sí; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO.

Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO.

Aquí mismo he oido hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de estrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.

¿Y por qué? Porque no vengo á predicar al café; porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana; porque no disputo, ni ostento erudicion ridícula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aquí á perder el dia, y á escitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y estravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aquí, de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué debe hacer?

DON PEDRO.

Tomar café.

DON ANTONIO.

¡Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.

A la comedia.

DON ANTONIO.

¿Supongo que irá usted á ver la pieza nueva?

DON PEDRO.

Qué ¿han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.

Pero, ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

(Pipí sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.)

DON PEDRO.

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay mas que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO.

¡Hola! Parece que hablan de mi funcion.

(Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.)

DON ANTONIO.

De suerte, que ó es buena, ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si por el contrario está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO.

Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. *(Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.)* Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene

en dar iguales aplausos á lo mas disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

DON ANTONIO.

Sí, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no seria cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

DON ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La funcion de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar

DON ANTONIO.

¿Es este el autor?

(Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí, vuelve á hablar con don Eleuterio.)

PIPÍ.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene proteccion.

DON PEDRO.

Si es esta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nacion los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta), y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No, señor; ahora en tiempo de calor no se da mas. Si fuera por el invierno, entonces...

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen mas las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve acia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.)

DON ELEUTERIO.

Pues mire usted, aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaria de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á este, otros á aquel, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luego, como son tantos á escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve! ¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO.

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra a los autores de la corte.

DON ELEUTERIO.

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO.

Cierto.

DON ELEUTERIO.

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO.

En efecto.

DON ELEUTERIO.

El cuarto.

DON ANTONIO.

¡Oh! sí, el cuarto. Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO.

Y si hay familia...

DON ANTONIO.

No hay duda; si hay familia es cosa terrible.

DON ELEUTERIO.

Vaya usted á competir con el otro tuno, que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO.

¿Y qué remedio? Ahí no hay mas sino arrimar el hombro al trabajo, escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es escelente, y para mí tengo que.....

DON ELEUTERIO.

¿La ha leido usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

DON PEDRO.

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor. ¿Pues no se habia de imprimir?

DON PEDRO.

Mal hecho. Mientras no sufra el exámen del público en el teatro, está muy espuesta; y sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO.

¡Qué! No, señor. Si le digo á usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO.

Se vende en los puestos del *Diario*, en la librería de Perez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita, y en el puesto de los cobradores á la entrada del coliseo. Se vende tambien en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la.....

DON PEDRO.

¿Se acabará esta tarde esa relacion?

DON ELEUTERIO.

Como el señor preguntaba.

DON PEDRO.

Pero no preguntaba tanto. ¡Si no hay paciencia!

DON ANTONIO.

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ.

Si yo tuviera dos reales. ¡Voto va!

DON ELEUTERIO.

Véala usted aquí.

(Saca una comedia impresa, y se la da á don Antonio.)

DON ANTONIO.

¡Oiga! es esta. A ver. Y ha puesto su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. *(Lee don Antonio.)* POR DON ELEUTERIO CRISPIN DE ANDORRA... «Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates, y una brigada de húsares á caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabeis, vasallos mios,
Que habrá dos meses y medio
Que el turco puso a Viena

Con sus tropas el asedio,
Y que para resistirle
Unimos nuestros denuedos,
Dando nuestros nobles brios,
En repetidos encuentros,
Las pruebas mas relevantes
De nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

«Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.»

DON ELEUTERIO.

¿Qué tal? ¿No le parece á usted bien? *(Hablando á don Pedro.)*

DON PEDRO.

¡Eh! á mí, qué...

DON ELEUTERIO.

Me alegro que le guste á usted. Pero no; donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO.

¿Muerta?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, muerta.

DON ANTONIO.

¡Qué situacion tan cómica! Y estas esclamaciones que hace aquí, ¿contra quién son?

DON ELEUTERIO.

Contra el visir, que la tuvo seis dias sin comer, porque ella no queria ser su concubina.

DON ANTONIO.

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir seria un bruto.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

Lascivo como un mico, feote de cara; ¿es verdad?

DON ELEUTERIO.

Cierto.

DON ANTONIO.

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, sí. Lo mismo me le he figurado yo.

DON ANTONIO.

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone! Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO.

No, por Dios; no lo lea usted.

DON ELEUTERIO.

Es que es uno de los pedazos mas terribles de la comedia.

DON PEDRO.

Con todo eso.

DON ELEUTERIO.

Lleno de fuego.

DON PEDRO.

Ya.

DON ELEUTERIO.

Buena versificacion.

DON PEDRO.

No importa.

DON ELEUTERIO.

Que alborotará en el teatro, si la dama lo esfuerza

DON PEDRO.

Hombre, si he dicho ya que...

DON ANTONIO.

Pero á lo menos, el final del acto segundo es menester oirle.

(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia á don Eleuterio.)

Emperador. Y en tanto que mis recelos...
Visir. Y mientras mis esperanzas...
Senescal. Y hasta que mis enemigos...
Emperador. Averiguo.
Visir. Logre.
Senescal. Caigan.
Emperador. Rencores, dadme favor.
Visir. No me dejes, tolerancia.
Senescal. Denuedo, asiste á mi brazo.
Todos. Para que admire la patria
El mas generoso ardid
Y la mas tremenda hazaña.

DON PEDRO.

Vamos; no hay quien pueda sufrir tanto disparate. *(Se levanta impaciente, en ademan de irse.)*

DON ELEUTERIO.

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO.

¿Pues no?

(Don Antonio observa á don Eleuterio y á don Pedro, y se rie de entrambos.)

DON ELEUTERIO.

¡Vaya, que es tambien demasiado! ¡Disparates! ¡Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leido la comedia! Cierto que me ha chocado. ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los dias, y siempre gusta, y siempre lo aplauden á rabiar.

DON PEDRO.

¿Y esto se representa en una nacion culta?

DON ELEUTERIO.

¡Cuenta, que me ha dejado contento la espresion! ¡Disparates!

DON PEDRO.

¿Y esto se imprime, para que los estranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO.

¡Llamar disparates á una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy dia no se puede escribir nada, nada que no se muerda y se censure. ¡Disparates! ¡Cuidado que!...

PIPÍ.

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO.

(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso; pero me enfada que hablen así. Figúrate tú si la conclusion puede ser mas natural, ni mas ingeniosa. El emperador está lleno de miedo, por un papel que se ha encontrado en el suelo sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambangaum, que es el traidor...

PIPÍ.

¡Calle! ¡Hay traidor tambien! ¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO.

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo, que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa mas natural.

(Lee don Eleuterio; lo suspende, y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos...
Y mientras mis esperanzas...
Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes! ¡á que buena ocasion llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON HERMÓGENES.

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO.

A la órden de usted.

DON ANTONIO.

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO.

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado *(Don Pedro se acerca á la mesa en que está el* Diario; *lee para sí, y á veces presta atencion á lo que hablan los demás)* para decidir la cuestion que se trata: todo el mundo sabe su instruccion y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones que ha hecho del francés, sus actos literarios, y sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES.

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted solo es acreedor á toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted, el mas ameno de nuestros dias, su profunda erudicion, su delicado gusto en el arte rítmica, su...

DON ELEUTERIO.

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES.

Su docilidad, su moderacion...

DON ELEUTERIO.

Bien; pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES.

Estas prendas sí que merecen admiracion y encomio.

DON ELEUTERIO.

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada ó no.

DON HERMÓGENES.

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorumpido en un aserto tan...

DON ELEUTERIO.

Eso no hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada mas.

DON HERMÓGENES.

Si diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulæ, aliæ simplices, aliæ implexæ.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad. *Eisi de ton mython oi men aploi oi de peplegmenoi. Cai gar ai praxeis...*

DON ELEUTERIO.

Hombre; pero si...

DON ANTONIO.

(Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos para contener la risa.)

Yo reviento.

DON HERMÓGENES.

Cai gar aipraxeis on mimeseis oi...

DON ELEUTERIO.

Pero...

DON HERMÓGENES.

Mythoi eisin i archousin.

DON ELEUTERIO.

Pero si no es eso lo que á usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES.

Ya estoy en la cuestion. Bien que, para la mejor inteligencia, convendria esplicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnicion, ó anagnórisis, partes necesarias á toda buena comedia, y que segun Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO.

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO.

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES.

Si consideramos el orígen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO.

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES.

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxipo, Anaxándrides, Eúpolis, Antíphanes, Philípides, Cratino, Cráles, Epicrátes, Menecrátes y Pherecrátes...

DON ELEUTERIO.

Si le he dicho á usted que...

DON HERMÓGENES.

Y los mas celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos convinieron *nemine discrepante* en que la prótasis debe preceder á la catástrofe necesariamente. Es así que la comedia del *Cerco de Viena*...

DON PEDRO.

Adios, señores.

(Se encamina acia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.)

DON ANTONIO.

¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO.

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oir eso?

DON ANTONIO.

Pero si el amigo don Hermógenes nos va á probar con la autoridad de Hipócrates y Martin Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES.

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido á propalar tal asercion.

DON PEDRO.

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo, que por lo que el señor ha leido de ella, y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito á la violeta, presumido y fastidioso hasta no mas. Adios, señores. *(Hace que se va, y vuelve.)*

DON ELEUTERIO.

(Señalando á don Antonio.)

Pues á este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO.

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor, y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores, que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas mas que por el ingenio por la necesidad ó la presuncion. Yo no conozco al autor de esa comedia, ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aun está á tiempo, puesto que es la primera obra que pu-

blica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran á destajo; que siga otra carrera, en que por medio de un trabajo honesto podrá socorrer sus necesidades y asistir á su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes; y que mientras esta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nacion, ó no harán nada, ó harán lo que únicamente baste para manifestar que saben escribir con acierto, y que no quieren escribir.

DON HERMÓGENES.

Bien dice Séneca en su epístola diez y ocho, que...

DON PEDRO.

Séneca dice en todas sus epístolas, que usted es un pedanton ridículo, á quien yo no puedo aguantar. Adios, señores.

ESCENA V.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, PIPI.

DON HERMÓGENES.

¡Yo pedanton! *(Encaránd ose acia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.)* ¡Yo, que he compuesto siete prolusiones greco-latinas sobre los puntos mas delicados del derecho!

DON ELEUTERIO.

¡Lo que él entenderá de comedias, cuando dice que la conclusion del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES.

El será el pedanton.

DON ELEUTERIO.

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince dias! Y si empieza á llover...

DON HERMÓGENES.

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor á cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Pioz.

DON ANTONIO.

Nadie pone duda en el mérito de usted, señor don Hermógenes, nadie; pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

DON ELEUTERIO.

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

DON ANTONIO.

Sí, señor, gustará. Voy á ver si le alcanzo; y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO.

Buen pensamiento: sí, vaya usted.

DON ANTONIO.

En mi vida he visto locos mas locos.

ESCENA VI.

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

DON ELEUTERIO.

¡Llamar detestable á la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oirle!

DON HERMÓGENES.

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir, que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo....

DON ELEUTERIO.

¡Oh!

DON HERMÓGENES.

Digo, me parece que (sin vanidad) pocos habrá que....

DON ELEUTERIO.

Ninguno. Vamos; tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES.

Que reunan el ingenio á la erudicion, la aplicacion al gusto, del modo que yo (sin alabarme) he llegado á reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO.

Vaya, de eso no hay que hablar: es mas claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES.

Pues bien. A pesar de eso, hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir mas lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol, delante de cuarenta ó cincuenta personas.

DON ELEUTERIO.

¡Picardía! Y usted ¿qué hizo?

DON HERMÓGENES.

Lo que debe hacer un gran filosofo: callé, tomé un polvo, y me fuí á oir una misa a la Soledad.

DON ELEUTERIO.

Envidia todo, envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES.

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que.... Pero, dígame usted: ¿ni siquiera una onza de oro le han querido adelantar á usted á cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

DON HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando....

DON ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

DON ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene usted algun pico en la hostería, tambien se....

DON HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

DON ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(Vase Pipí por la puerta del foro.)

DON ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros; se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacendosilla y muy mujer; ustedes estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden; entre tanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada; ¿qué sé yo? Ello es que el ministro le estima á usted: ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

DON ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán....

DON HERMÓGENES.

ete memoriales le he entregado la semana

DON ELEUTERIO.

ce?

DON HERMÓGENES.

ellos puse por lema aquel celebérrimo dita: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum ... umque turres.*

DON ELEUTERIO.

ijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES.

; que ya está enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO.

le digo a usted! Vamos, eso está conse-

DON HERMÓGENES.

deseo, para que a este consorcio apetecido el episodio de tener que comer, puesto que *et Bacho friget Venus.* Y entonces, ¡oh! en-...on un buen empleo y la blanca mano de Mariuna otra cosa me queda que apetecer sino que conceda numerosa y masculina sucesion.

(Vanse por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

...STINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, ...N HERMOGENES, DON ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

DON SERAPIO.

...e de los puñales, créame usted, es de lo me-...ha visto.

DON ELEUTERIO.

...eño del emperador?

DOÑA AGUSTINA.

...cion que hace el visir á sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA.

...í me parece que no es regular que el empera-...miera, precisamente en la ocasion mas....

DON HERMÓGENES.

...el sueño es natural en el hombre, y no hay di-...que un emperador se duerma, porque los va-...edos que suben al cerebro....

DOÑA AGUSTINA.

...ted hace caso de ella? ¡Qué tontería! Si no ...e se dice.... Y á todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO.

Deje usted. Podrán ser ahora....

DON HERMÓGENES.

...a mi reloj *(Saca su reloj.)* que es puntualísimo. ...lia cabales.

DOÑA AGUSTINA.

...es aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez ...r gente

...iéntanse todos menos don Eleuterio.)

DON SERAPIO.

...nte ha de haber? Si fuera en otro cualquier ...hoy todo el mundo va á la comedia.

DOÑA AGUSTINA.

...leno, lleno.

DON SERAPIO.

...ombre que dara esta tarde dos medallas por un luneta.

DON ELEUTERIO.

Ya se ve, comedia nueva, autor nuevo, y...

DOÑA AGUSTINA.

Y que ya la habrán leido muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

DON SERAPIO.

Hoy los Chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? ¿Eh?

DON SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenia en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos... Pero ¡cómo los hice rabiar! y que...

DON ELEUTERIO.

Soy con ustedes; voy aquí á la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA.

¿A qué?

DON ELEUTERIO

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razon de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO.

Al instante. *(Vase.)*

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, ¿por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres, y qué falta de comprension!

DOÑA MARIQUITA.

Pues; siempre me está usted diciendo eso. *(Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.)* Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera á usted!

DON HERMÓGENES.

Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamas un amor comparable al mio?

DOÑA AGUSTINA.

¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUSTINA.

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de

quien está hablando? Mire usted, para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de usted coja esos cuartos, vera usted cómo todo se dispone; porque la quiero á usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y... ¿qué se yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

DOÑA MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á usted. Es menester que usted se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregírselas (como usted habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increible lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que llora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruidas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA.

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que.....

DOÑA AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

DON HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estática; después...

DOÑA MARIQUITA.

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor, si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, se aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó después del veneno, y manoseando continuamente *Gacetas* y *Mercurios* para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y entre tanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece a usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Cómo quiere usted que...

DOÑA MARIQUITA.

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA.

Esta es su cancion; siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razon mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro, y los esperimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamados *pollex, index* é *infamis*, que es decir: que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo; y que mas elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo ó un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve, en comiendo versos no se necesita cocina.

DON HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que usted quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? ¿que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES.

No, señora, la aplaudirán.

DON SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA.

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordia la lengua.

DON SERAPIO.

¿Alto? uno alto, ¿eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Pícaron! ¡vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. ¡Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador! que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

DON SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA.

Si no es ese.

DON SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y qué mala vida dió á su mujer! ¡Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

DOÑA MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera..... ¡eh!... Pero el otro dia ¡qué cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes *(vuelve á sentarse)* por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio : ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver.....

DOÑA MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Ademas de eso, la dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche usted un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina, y vea usted si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se vé, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin, el que necesita es preciso que...Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer taciturnidad y admiracion á la turba mas garrula, mas desenfrenada é insipiente.

DOÑA AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafío á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado : figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO.

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES.

Aturdirá.

DON SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

DOÑA MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMOGENES.

DOÑA AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO.

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar : habrá vendido .... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO.

¡Ah! y cuide usted *(Levántase.)* que les pongan buen engrudo, por que si no...

DON ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya : ¿es verdad?

DON HERMÓGENES.

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA.

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares.

DON SERAPIO.

¡Qué friolera! Y mas de ochocientos tambien.

DOÑA AGUSTINA.

¿He acèrtado?

DON SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO.

No, señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

DON SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

DOÑA AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

DON HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho por la diferencia que va de uno á tres. De donde concluyo, que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

DOÑA AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

DON SERAPIO.

¡Qué! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

DON ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA.

Pues, seis reales : cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. *(Llorando.)* ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

DOÑA MARIQUITA.

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO.

A la órden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO.

Pues ¿cómo tan presto? ¿No dijo usted que iria á ver la comedia?

DON ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado *(Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de manteles, cubiertos etc., y le pone sobre el mostrador.)* en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulias, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA.

Si lo dije.

DON ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA.

Sí, puede usted venir con toda satisfaccion, caballero.

DON ANTONIO.

Señora, doy á usted mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que...

DON SERAPIO.

¿La tonadilla?

(Se levantan todos.)

DOÑA MARIQUITA.

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA.

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

DOÑA AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán...

DON HERMÓGENES.

Yo lo diré *(Saca el reloj.)*: las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA.

¡Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA.

A ver... *(Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oido, y se le vuelve.)* Si está parado.

DON HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA.

Vamos.

DON ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA.

Vamos pronto... ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO.

Aquí está.

DON ANTONIO.

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA.

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA.

Vamos aprisa.

DON ANTONIO.

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en...

DOÑA MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPI.

DON ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ.

Sí, señor.

DON ANTONIO.

¡Qué paso llevan! Ya se ve, se fiaron del reloj de don Hermógenes.

PIPÍ.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos es un despropósito; pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues, y la comedia ¿en qué estado queda?

DON PEDRO.

Hombre, no me hable usted de comedia *(Se sienta)*, que no he tenido rato peor muchos meses ha.

DON ANTONIO.

Pues ¿qué ha sido ello? *(Sentándose junto á don Pedro.)*

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendacion de usted) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que,

por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

DON ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comedion?

DON PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traia visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oir desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO.

¿Qué dice usted?

DON PEDRO.

Es increible. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverisímiles, episodios inconexos, caracteres mal espresados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia ni de costumbres, no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificacion, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

DON ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las estravagancias.

DON PEDRO.

Pero ¡no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices! ¿Qué pensarán de nuestra cultura los estranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reir ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

DON PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es esta?

ESCENA VI.

DON SERAPIO, DON HERMOGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

DON SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPÍ.

Voy, voy allá.

DON SERAPIO.

Despáchate.

PIPÍ.

¡Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.)* ¿Por qué no mira usted?

DON HERMÓGENES.

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, estracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO.

Yo no, no traigo.

DON PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMOGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

DON ELEUTERIO.

Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.
(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

DON SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ.

¡Qué! si está en un camaranchon, que...

DON ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

DON SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si ustedes...

DOÑA AGUSTINA.

No, no es menester.

DOÑA MARIQUITA.

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA.

Alguna cosa.

DON SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

DON ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido este?

DON ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada, que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO.

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto. Allí habia una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta

tremolina salia la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decia: Madre, deme usted pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo... El patio estaba tremendo. ¡Qué oleadas! ¡qué toser! ¡qué estornudos! ¡qué bostezar! ¡qué ruido confuso por todas partes!... Pues, señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no habia comido en seis dias, y apenas el chico empezó á pedirla pan, y ella á decirle que no le tenia, cuando para servir á ustedes, la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decia yo que era imposible que... *(Siéntase junto á doña Agustina.)*

DON ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, usted bien sabe lo que es la pieza; informe usted a estos señores... Tome usted. *(Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.)* Léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis dias tiene razon de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. *(Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.)* Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

DON ELEUTERIO.

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA.

¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES.

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me moveria de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA.

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo. Tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexion, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

DON PEDRO.

Pues no decia usted eso poco tiempo ha.

DON HERMÓGENES.

Fué para animarle.

DON PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si usted conocia que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor, y le persuadia que era escelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA.

¿Con que es mala?

DON HERMÓGENES.

Malísima.

DON ELEUTERIO.

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

Usted se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

DON PEDRO.

No, señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga á repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO.

Si usted es marido de esa *(A don Eleuterio.)* señora, hágala usted callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho á usted que...

DON ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves *(Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.)* cómo estás.... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo *(A don Hermógenes.)*, no sé qué pensar de usted.

DON HERMÓGENES.

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con usted; si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si usted me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo y á la zumba de esta tarde?

DON HERMÓGENES.

Usted es pacato y pusilánime en demasía... ¿Por qué no le anima á usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA.

¿Y qué quiere usted *(Levántase.)* decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...

DON HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

DOÑA AGUSTINA.

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No sé cómo *(Se levanta muy enojada, encaminándose acia don Hermógenes, que se va retirando de ella.)* no me tiro á él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA.

Váyase usted.

DON ELEUTERIO.

¡Picaron!

DON HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

DON ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Después *(Se sienta con ademanes de abatimiento.)* de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon... Mire usted qué hombre; después de haberme traido en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien, y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar; por el maldito empeño de ustedes de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone); quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO.

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que la que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO.

La paciencia *(Se levanta con viveza.)* la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA.

Pero, hombre, ¿que no has de reflexionar?...

DON ELEUTERIO.

Calla, mujer; calla, por Dios, que tú tambien...

DON SERAPIO.

No, señor; el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le... La comedia es buena, señor; créame usted á mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y.....

DON ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me...

DON PEDRO.

¿Todavía está usted en esa equivocacion?

DON ANTONIO.

(Ap. á don Pedro. Déjele usted.)

DON PEDRO.

No quiero dejarle; me da compasion... Y sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted? ¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitacion? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? ¿Qué, no hay mas sino meterse á escribir, á salga lo que salga, y en ocho dias zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay mas que escribir comedias? Si han de ser como la de usted ó como las demás que se la parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observacion continua, sensibilidad, juicio esquisito; y todavía no hay seguridad de llegar á la perfeccion.

DON ELEUTERIO.

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no vale un cuarto, que he gastado en la impresion lo que no tenia...

DON ANTONIO.

No, la impresion con el tiempo se venderá.

DON PEDRO.

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderá.

DON ELEUTERIO,

Pues, vea usted: no se venderá; y pierdo ese dinero; y por otra parte.... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran; seré mal poeta, seré un zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picaron de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenia para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos, y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO.

Pero ahí no hay mas que hacerles una obligacion de irlos pagando poco á poco, segun el empleo ó facultad que usted tenga, y arreglándose á una buena economía.

DOÑA AGUSTINA.

¡Qué empleo ni qué facultad, señor! si el pobrecito no tiene ninguna.

DON PEDRO.

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO.

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse á servir á un caballero indiano, pero se murió; lo dejé todo, y me metí á escribir comedias, porque ese don Hermogenes me engatusó y...

DOÑA MARIQUITA.

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO.

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO.

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO.

Cuatro, señor; que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO,

¡Hijos tiene! *(Ap. con ternura* ¡Qué lástima!)

DON ELEUTERIO.

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO.

(Ap. ¡Infeliz!) Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted pendiera la suerte de esa pobre familia. Yo tambien he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazon de un padre. Dígame usted: ¿sabe usted contar? ¿escribe usted bien?

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, lo que es así cosa de cuentas, me parece que sé bastante. En casa de mi amo... porque yo, señor, he sido paje... allí, como digo, no habia mas mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa; como, ya se ve, estos señores no entienden de eso. Y siempre me porté

como todo el mundo sabe. Eso si, lo que es honradez y... ¡vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO.

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO.

En cuanto á escribir, yo aprendi en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografia... Aquí tengo... Vea usted... *(Saca un papel y se le da á don Pedro.)* Ello está escrito algo de prisa, porque esta es una tonadilla que se habia de cantar mañana... ¡Ay, Dios mio!

DON PEDRO.

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO.

Sí, señor, tiene su introduccioncita, luego entran las coplillas satíricas con su estribillo, y concluye con las...

DON PEDRO.

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO.

Ya.

DON PEDRO.

Es menester que se deje usted de esas tonterías. *(Volviéndole el papel.)*

DON ELEUTERIO.

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

DON PEDRO.

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; esta es una condicion precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acompaño con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna á que le han reducido á usted sus desvaríos necesita, mas que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y prontos. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO.

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA.

¿De veras, señor? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA.

¿De veras?

DON PEDRO.

Quiero hacer mas. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid; acabo de colocar a un mozo de mérito, que entendia en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y desde luego puede usted contar con una fortuna proporcionada á sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte á hacer feliz el nuevo destino que á usted le propongo. Si cuida de su casa, si cria bien á sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber, y cuanto conviene á una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedanton de don Hermógenes; porque, segun se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz; y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra, yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda; no hay que dudarlo. Ademas, yo tengo muy buenos amigos en la corte, y... Créanme ustedes, soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazon muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA.

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse á los piés de don Pedro; él lo estorba y los abraza cariñosamente.)

DON ELEUTERIO.

¡Qué generoso!

DON PEDRO.

Esto es ser justo. El que socorre la pobreza, evitando á un infeliz la desesperacion y los delitos, cumple con su obligacion; no hace mas.

DON ELEUTERIO.

Yo no sé cómo he de pagar á usted tantos beneficios.

DON PEDRO.

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO.

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA.

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO.

No hablemos de eso.

DON ANTONIO.

¡Ah, don Pedro! qué leccion me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO.

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo en iguales circunstancias.

DON ANTONIO.

Su carácter de usted me confunde.

DON PEDRO.

¡Eh! los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO.

Vaya, vaya; yo estoy loco de contento.

DON PEDRO.

Mas lo estoy yo; porque no hay placer comparable al que resulta de una accion virtuosa. Recoja usted esa comedia *(Al ver la comedia que está leyendo Pipí.)*; no se quede por ahí pendida, y sirva de pasatiempo á la gente burlona que llegue á verla.

DON ELEUTERIO.

¡Mal haya la comedia *(Arrebata la comedia de mano de Pipí, y la hace pedazos.)* amén, y mi docilidad y mi tontería! Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA.

Yo encenderé la pajuela.

DOÑA AGUSTINA.

Y yo aventaré las cenizas.

DON PEDRO.

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado; su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instruccion le han hecho escribir disparates. El público le ha dado á usted una leccion muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran en desengañarse!

EL BARON,

COMEDIA EN DOS ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1803.

> Noli affectare quod tibi non est datum;
> Delusa ne spes ad querelam recidat.
> *Phedri, fab., lib. 3.*

ADVERTENCIA.

En el año 1787 escribió el autor una zarzuela intitulada *el Baron*, que se debia representar en casa de la condesa viuda de Benavente, lo cual no llegó á verificarse; pero la obra corrió manuscrita con mas aprecio del que efectivamente merecia.

Una dilatada ausencia del autor dió facilidad á algunos para que, apoderándose de ella, la trataran como á cosa sin dueño. Alteraron á su voluntad situaciones y versos, añadieron personajes, aumentaron ó suprimieron donde les pareció varios trozos cantables, y la desfiguraron de un modo lastimoso. Con estas enmiendas, supresiones y apostillas, la tomó á su cargo don José Lidon, organista de la capilla real, y compuso la música segun pudo y supo. Entre tanto cayó en poder de los que se llaman apasionados: juventud ociosa y alegre, y poco difícil en materias de gusto. Parecióles muy buena (como era de temer), la estudiaron á porfía, la representaron sin música en varias casas particulares, y por último, en el teatro público de Cádiz apareció mutilada y deforme.

Restituido el autor á su patria, vió la mala suerte que habia tenido su obra, y una de las mayores dificultades que tuvo que vencer fué la de persuadir á su amigo don José Lidon á que diera por perdido el tiempo que habia gastado en componer la música, y á que desistiera del empeño que tenia en que los cómicos se la cantaran. Logrado esto, conoció la necesidad de corregirla, para lo cual suprimió todo lo añadido por mano ajena, y todo lo cantable; dió á la fábula mayor verosimilitud é interés, á los caracteres mas energía, y alterando el primer acto, y haciendo de nuevo el segundo, de una zarzuela defectuosa compuso una comedia regular.

Entre tanto que la estudiaban los mismos actores que con tanto celo y acierto habian desempeñado las dos primeras piezas del autor, la compañía de los Caños del Peral se dió por ofendida de aquella preferencia. Sus protectores (gente poderosa y de grande influjo en la corte) meditaron una venganza poco delicada para desahogo de su mal fundado resentimiento. Hallaron un buen hombre que se prestó á sus miras, dilatando en tres actos la zarzuela de *el Baron,* suprimida la música, añadidos de propio caudal varios trozos, y lo restante copiado á la letra del original que estropeaba. Sin haberlo sospechado jamás, se halló de repente poeta; puso por título á sus mal zurcidos retales el de *la Lugareña orgullosa;* la llamó comedia original; insultó en el prólogo al autor de *el Baron*, y la pieza contrahecha se estudió, se imprimió y se representó en el teatro de los Caños, antes que en el de la Cruz estuviera corriente la de Moratin. Tanta fué la actividad con que se aceleró la ejecucion de aquella ratería. El público no quedó, sin embargo, muy satisfecho del mérito de la obra; y siendo ya tan conocida la zarzuela de *el Baron,* la rapiña del autor intruso, su mala fe, sus cortos alcances y su ridícula presuncion le desacreditaron completamente.

La comedia de Moratin se representó en el teatro de la Cruz el dia 28 de enero del año de 1803. Sabíase de antemano que iba á ser silbada; el jefe que mandaba la espedicion era conocido y temible, la turba que tenia á sus órdenes numerosa é intrépida. Durante la representacion intentaron los voceadores el ataque mas de una vez, pero el público logró contenerlos; faltaban pocos versos para concluirla, y creyeron que era ya urgente hacer el último esfuerzo y cumplir el empeño que habian contraido. Voces, gritos, golpes, silbidos, barahunda espantosa, todo se puso en práctica, y aquella parte de auditorio á quien habia parecido bien la comedia, contribuyó con aplausos á que creciese el estrépito y la confusion. Unos pedian que se anunciase otra funcion para el dia siguiente, y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, que se dilataba con teson de una y otra parte, Antonio Pinto,

amigo del autor, logró con dificultad que le oyeran; y dijo : « Los cómicos han creido que la comedia que se acaba de representar, es una de aquellas pocas composiciones que mas ilustran el teatro español. Una parte del público abunda en esta opinion, y lo manifiesta de un modo indubitable; otra parece que la desaprueba y quiere que se anuncie para mañana pieza distinta. Deseando los cómicos acertar, quisieran saber si la comedia de *el Baron* ha de repetirse mañana, ó no. Lo que decida el público eso harán ellos; su obligacion es complacerle.» Esta alocucion, lejos de calmar el desórden y conciliar los ánimos, sirvió solo de aumentarle y dividirlos, y hubiera durado mucho tiempo aquella discordia, si los conjurados, dando ya por seguro su triunfo, no hubieran salido atropelladamente á dar el anuncio á los que esperaban afuera. Corrió la voz por las esquinas y callejuelas, tabernas, cafés y tertulias, de que la comedia de Moratin habia sido silbada : noticia que llenó de regocijo á los que lamentándose continuamente de que nada se hace bueno en España, cuando alguna vez se hace, desestiman lo que echaban menos y atropellan el mérito con quien son incapaces de competir (*).

Algunos sabios y sabias se acostaron tarde aquella noche, ocupados en escribir coplillas mordaces é insípidas en celebridad de la gran victoria que habian logrado, contra el talento y la aplicacion virtuosa, la parcialidad y la ignorancia. Corrieron estos opúsculos al otro dia de mano en mano, y á pocas horas de existencia perecieron en desprecio y olvido. En la segunda representacion no hubo mas ruido que el de los aplausos; los conspiradores no asistieron, el vino los habia reunido, y el vino está caro en Madrid. El público desapasionado vengó con su aprobacion los insultos anteriores, retuvo como frases proverbiales muchas espresiones de la comedia, y desde entonces oye siempre con aprecio esta fábula sencilla, verisímil, cómica, instructiva, y en la cual se observan, como en todas las otras del autor, los preceptos del arte y del buen gusto.

Antonio Ponce desempeñó con mucha inteligencia el difícil personaje del Baron; Antonio Pinto, para quien era muy acomodado el carácter de don Pedro, satisfizo las esperanzas del autor y del público. Mariano Querol, en el de Pascual, acertó como siempre lo hacia cuando copiaba la rústica y lerda sencillez de nuestros lugareños. El papel de la tia Mónica en boca de María Ribera se admiró como lo mas perfecto que puede presentar la ficcion dramática.

(*) *El Baron* se imprimió antes de ser representado, con una dedicatoria al príncipe de la Paz, y un prólogo en que se traslucen ya los recelos del autor sobre su buena acogida. En él se dice : « Desnuda de los adornos que no eran suyos, habrá de sufrir esta comedia la censura de la multitud en el teatro. Aquel es el tribunal en que estas obras se aplauden ó se condenan: el público (no el vulgo) reunido allí es el juez imparcial é incorruptible que debe examinarlas; lo que él decide no admite apelacion. El autor, aspirando siempre á merecer su aprecio, lo ha procurado en esta obra, sujetándose á los preceptos que enseña el arte; sin el cual otros ingenios, en gran manera superiores al suyo, solo han producido desaciertos.

« Si por dicha lograse en el teatro una mediana ejecucion, resultará otra prueba mas de que una fábula simple y verisímil, unos caracteres imitados directamente de la naturaleza, costumbres nacionales, viveza en el diálogo, sencillez urbana en el estilo, algun chiste cómico, buena moral, y sobre todo practicable, es lo que basta para adquirir á un poeta dramático la general estimacion. Sigan otros enhorabuena carrera distinta; pero es difícil anunciarles un éxito igualmente feliz.»

EL BARON.

PERSONAS.

DON PEDRO.	ISABEL.	EL BARON.	PASCUAL.
LA TIA MONICA.	LEONARDO.	FERMINA.	

La escena es en Illescas, en una sala de la casa de la tia Mónica.

El teatro representa una sala adornada á estilo de lugar. Puerta á la derecha, que da salida al portal; otra á la izquierda para las habitaciones interiores, y otra en el foro con escalera por donde se sube al segundo piso.

La accion empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las diez de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

LEONARDO, FERMINA.

LEONARDO.

Sí, Fermina; yo no sé
Qué estraña mudanza es esta,
Ni apenas puedo creer
Que en tres semanas de ausencia
Se haya trocado mi suerte
De favorable en adversa.
¿Qué misterios hay aquí?
¡Por qué su vista me niega
Isabel? ¿Por qué su madre,
Que me ha dado tales pruebas
De estimacion, me despide,
Me injuria?... ¡Oh! ¡cuánto recela
Un infeliz!... Pero, díme :
Ese Baron que se hospeda
En esta casa...

FERMINA.

¿El Baron?

LEONARDO.

Sí; ¿qué pretende? ¿qué ideas
Son las suyas?

FERMINA.

No es posible
Que un instante me detenga.
(Mirando adentro con inquietud.)

LEONARDO.

Pero díme...

FERMINA.

Es que si viene
Mi señora, y os encuentra,
Habrá desazon.

LEONARDO.

Después
Que yo de tu boca sepa
Mi desventura, me iré.
Dí...

FERMINA.

Pues bien, la historia es esta:
Ya sabeis que hace dos meses
Con muy corta diferencia
Que el baron de Montepino
Se nos presentó en Illescas.
Tomó un cuarto en la posada
De enfrente. Estando tan cerca,
Desde su ventana hablaba
Con nosotras... bagatelas
Y chismes de vecindad;
Vino hasta media docena
De veces á casa, y luego
Fué la amistad mas estrecha.
Hablaba de sus vasallos,
De su apellido y sus rentas,
De sus pleitos con el rey,
De sus mulas, et cetéra.
Mi señora le escuchaba
Embebecida y suspensa,
Y todo cuanto él decia
Era un chiste para ella.
Hizo el diantre que á este tiempo
Se os pusiese en la cabeza
Ir á ver á vuestro primo;
Que, á la verdad, no pudierais
Haber ido en ocasion
Mas mala.

LEONARDO.

Estando tan cerca
De Toledo, estando enfermo
De tanto peligro, ¿hubiera
Sido razon?...

FERMINA.

Yo no sé...
Voy á acabar, no nos sientan.
Nuestro Baron prosiguió
Sus visitas con frecuencia;
Siempre al lado de mis amas,
Siempre haciéndolas la rueda,
Muy rendido con la moza,
Muy atento con la vieja,
De suerte que la embromó.
La ha llenado la cabeza
De viento; está la mujer
Que no vive ni sosiega
Sin su Baron; y él, valido
De la estimacion que encuentra,
Quejándose muchas veces
De que la posada es puerca,
De que no le asisten bien,
Que los gallos no le dejan
Dormir, que no hay en su cuarto
Ni una silla ni una mesa;
Tanto ha sabido fingir,
Y ha sido tan majadera
Mi señora, que ha enviado
Por la trágica maleta
Del Baron, y ha dado en casa
Eficaces providencias
Para que su señoría
Coma, cene, almuerce y duerma.
En efecto, ya es el amo;
Se le han cedido las piezas
De arriba; viene á comer,
Se sube á dormir la siesta,
Vuelve á jugar un tresillo,
O sale á dar una vuelta
Con las señoras; después
Vienen á casa, refresca,
Cena sin temor de Dios,
Vuelve á subir, y se acuesta.
Tal es su vida. El motivo
De haber venido á esta tierra
Ha sido, segun él dice...
¡Para el tonto que lo crea!
No sé qué lance de honor
De aquellos de las novelas:
Persecuciones, envidias
De la corte, competencias
Con no sé quién, que le obligan
A andarse de ceca en meca...
En fin, mentiras, mentiras
Mal zurcidas todas ellas.
Esto es lo que pasa. Ahora
Inferid lo que os parezca.
Isabel os quiere bien;
Pero Patillas lo enreda
A veces, y...

LEONARDO.

Sí, su madre
Es tal que podrá vencerla;
Y hará que me olvide, hará
Que á su pesar la obedezca...
¡A su pesar!... Pero ¿quién
Me asegura su firmeza?
¿Quién sabe si ya olvidada
Del que la quiso de veras,
A un hombre desconocido
Dará su mano contenta?...
Adios... ***(Hace que se va, y vuelve.)***
Pero tú, que sabes
Cuanto mi amor interesa,
Haz que yo la pueda hablar:
Dila el afán que me cuesta...
Dila en fin, que no hay amante,
Por mas infeliz que sea,
Que si no merece afectos,
Desengaños no merezca. ***(Vase.)***

FERMINA.

Pobrecillo! Mucho temo
Que el tal Baron te la juega.
Y al cabo de tantos años
De ilusiones lisonjeras,
Tantos suspiros perdidos,
Tanto rondar à la puerta,
Tus proyectos amorosos
En esperanzas se quedan.
¿Y esto es amar? Esto es
Vivir remando en galeras.

ESCENA II.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Fermina, ¿diste el recado
De que mi hermano viniera
Al instante?

FERMINA.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Mucho tarda.

FERMINA.

Si es un pelma.

TIA MÓNICA.

Y es para una cosa urgente.

FERMINA.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

¡Cierto que es buena
La curiosidad!

FERMINA.

¡Señora!
¿Pues à qué santo es la fiesta?
¡No es cosa! ¡la paletina,
La saya rica, las vueltas
De corales!

TIA MÓNICA.

Calla, loca.

FERMINA.

¡Válgame Dios! ¡si lo viera
El difunto!

TIA MÓNICA.

¿Qué difunto?

FERMINA.

El que está comiendo tierra.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

FERMINA.

Mi señor, que en su vida
Pudo lograr que os pusierais
Una cinta, y os llamaba
Desastrada, floja y puerca,
Andrajosa, y...

TIA MÓNICA.

Si no callas,
He de romperte las piernas,
Habladora.

FERMINA.

Yo...

TIA MÓNICA.

Bribona.

FERMINA.

Sí...

TIA MÓNICA.

¿Qué palabras son esas?...

FERMINA.

Señora, si él lo decia,
Y los vecinos se acuerdan...
¡Válgame Dios! que yo no
Lo saco de mi cabeza.
Por cierto que muchas veces
Daba unas voces tremendas
Que alborotaba la casa
Y os llamaba majadera...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Y...

TIA MÓNICA.

Calla.

FERMINA.

Bien está.

ESCENA III.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, FERMINA.

DON PEDRO.

¡Hola! ¿Quién riñe?

TIA MÓNICA.

Es con esta
Picudilla.

FERMINA.

Mi señora
Me pone de vuelta y media
Porque digo la verdad,
Y porque...

TIA MÓNICA.

Vete allá fuera.

FERMINA.

Porque digo que mi amo...

TIA MÓNICA.

Vete.

FERMINA.

Ya me voy.

TIA MÓNICA.

No vuelvas
Sin que te llame; y cuidado
No te plantes à la reja.

ESCENA IV.

DON PEDRO, LA TIA MONICA.

DON PEDRO.

Con que, mi señora hermana,
Asunto de consecuencia
Debe de ser el que ocurre.
Yo, como sé tus vivezas,
No me he dado mucha prisa *(Se sienta.)*
A venir; pero se enmienda
Todo con haber venido.
Vaya pues.

TIA MÓNICA.

Solo quisiera
(Sentándose junto á don Pedro.)
Que me dieras unos cuartos.

DON PEDRO.

¿Para qué?

TIA MÓNICA.

Para una urgencia.

DON PEDRO.

¿Urgencias tú?... Bien está.
¿Como cuánto?

TIA MÓNICA.

Si tuvieras
Cien doblones...

DON PEDRO.

Sí, los tengo;
Pero ajusta bien la cuenta,
Que se acabará el dinero
A pocas libranzas de esas.
Doce mil reales me diste,
Si la mitad se cercena,
Quedan seis mil nada mas.

TIA MÓNICA.

Ya lo sé.

DON PEDRO.

Pues bien, receta;
Ello es tuyo, si lo quieres
Todo, allá te las avengas.

TIA MÓNICA.

No, todo no, cien doblones
Me darás.

DON PEDRO.

¿Con que hay urgencias?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, lo necesito,
Y no quiero darte cuentas
De cómo, y cuándo, y por qué.

DON PEDRO.

Pues yo tengo mis sospechas
De que tú quieres decirlo.

TIA MÓNICA.

¿Decirlo yo? No lo creas.

DON PEDRO.

¿No? Pues bien, no hablemos ya
Del asunto.

TIA MÓNICA.

¡Bueno fuera
Que, siendo el dinero mio,
Cada vez que se me ofrezca
Gastar algo, te pidiese
El dinero y la licencia!

DON PEDRO.

No dices mal.

TIA MÓNICA.

Pues, tú quieres
Tenernos como en tutela.
¡Buena aprension!

DON PEDRO.

Sí por cierto;
Y á fe que es mala incumbencia
Querer mandar á una viuda
Tan verde y tan peritiesa,
Con paletina y brial.

TIA MÓNICA.

¿No podré, cuando yo quiera,
Ponerme mi ropa?

DON PEDRO.

Sí;
Pero me admiro de verla
Salir á lucirlo, al cabo
De medio siglo que lleva
De cofre.

TIA MÓNICA.

Ya que lo tengo,
Quiero gastarlo.

DON PEDRO.

Es muy cuerda
Resolucion; tanto mas,
Que convienen la decencia
Y el adorno á una señora
En cuya casa se hospeda
Todo un Baron.

TIA MÓNICA.

Es verdad.
Ya entiendo tus indirectas.
Sí, señor, le tengo en casa,
Ni un solo ochavo le cuesta
Comer y dormir aquí;
Le regalo, y le quisiera
Regalar con tal primor,
Que en vez de sufrir molestias,
No echara menos su casa,
Su fausto y sus opulencias.

DON PEDRO.

¡Sus opulencias!... ¡El pobre
Baron!... ¡Y qué mala estrella
Redujo á su señoría

A ser vecino de Illescas?
¿De qué enfermedad murieron
Sus lacayos? ¿En qué cuesta
Se rompió el coche, y cayeron
La Chispa y la Vandolera?
¿Qué jitanos le murciaron
El bagaje? ¿Qué miserias
Son las suyas, que se vino
Sin sombrero y sin calcetas?...
¿No podrás satisfacerme
A estas dudas?

TIA MÓNICA.

No tuviera
La menor dificultad.

DON PEDRO.

Pero, en efecto, ¿me dejas
En la misma confusion?

TIA MÓNICA.

Si; piensa de él lo que quieras,
Nada importa.

DON PEDRO.

Y en efecto,
Hermana, hablando de veras,
¿Es un caballero ilustre?

TIA MÓNICA.

De la primera nobleza
De España, muy estimado
En las cortes estranjeras,
Primo de todos los duques.

DON PEDRO.

¡Oiga!

TIA MÓNICA.

Y es por línea recta
Nieto de no sé qué rey.

DON PEDRO.

¡No es cosa la parentela!

TIA MÓNICA.

Si le trataras, verias
Qué conversacion tan bella
Tiene, qué cortés, qué afable,
Qué espresivo con cualquiera,
Y qué desinteresado.

DON PEDRO.

Eso la sangre lo lleva.

TIA MÓNICA.

Pero, el pobre caballero,
¡Válgame Dios! cuando cuenta
Sus desgracias...

DON PEDRO.

¿Qué desgracias?

TIA MÓNICA.

Hará llorar á las piedras.
Ha sido gobernador,
Yo no sé si de Ginebra...
Ello es en Indias, y un conde,
Hermano de una duquesa,
Cuñada de un primo suyo,
El picaron, mala lengua,
Le ha puesto en mal con el rey.

DON PEDRO.

¡Haya bribon!

TIA MÓNICA.

Y por esta
Calumnia se ve obligado
A disfrazar su grandeza
Y andar de aquí para allí;
Pero Dios querrá que venga
A saberse la verdad,
Y entonces... ¡Pero si vieras
Cuánto favor le merezco
Al buen señor! El me enseña
Todas sus cartas; y algunas
Que vienen en otras lenguas,
De Francia y de mas allá
De Francia, para que sepa
Lo que dicen, las esplica
En español todas ellas.
Pero ¡Qué cosas le escriben!

DON PEDRO.

¿Qué cosas?

TIA MÓNICA.

Cosas muy buenas.

DON PEDRO.

Ya.

TIA MÓNICA.

Le dicen que se vaya
A Lóndres, ó á Ingalaterra,
Que el rey de allí le dará
Mucho dinero y haciendas...
Pero él no quiere salir
De España.

DON PEDRO.

Pues no lo acierta.
¿Por qué no se va al instante
A tomar esas monedas?
¿Qué puede esperar? ¿Que un dia,
Ahí en una callejuela,
Le conozcan, se le lleven,
Y le corten la cabeza
Por una equivocacion?

TIA MÓNICA.

No, que segun las postreras
Noticias, van sus asuntos
De mejor semblante, y piensa
Dentro de poco poner
Tan en claro su inocencia,
Que al que levantó el embuste
Quizás le echarán á Ceuta.

DON PEDRO.

Eso es natural... Y dime,
Hablando de otra materia
Que nos interesa mas
Y conviene tratar de ella,
¿Qué tenemos de tu hija?

TIA MÓNICA.

Nada.

DON PEDRO.

¿Nada? ¿Estás dispuesta
A casarla con Leonardo?
Lo supongo.

TIA MÓNICA.

No, no es esa
Mi intencion.

DON PEDRO.

¡Calle! ¿Y por qué
Se ha mudado la veleta?

TIA MÓNICA.

Porque sí.

DON PEDRO.

Ya; ¿con que quieres
Hacerla morir doncella?

TIA MÓNICA.

¿Qué prisa corre el casarla?

DON PEDRO.

¡Oiga! ¡No es mala la idea!
¿Qué prisa corre? ¡Ahí es nada!
Tú, hermana, ya no te acuerdas
De cuando tuviste quince.
¡Qué prisa corre! ¡Es muy buena
La especie, por vida mia!

TIA MÓNICA.

Digo bien.

DON PEDRO.

Vamos, ya empiezas
A delirar, y estas cosas
Piden discurso y prudencia.
Es menester que se case.

TIA MÓNICA.

Pues yo no quiero que sea
Con un pelgar infeliz.

DON PEDRO.

Muy bien; pero considera
Que casándose á mi gusto
Es suyo cuanto yo tenga;
Que Leonardo es un muchacho
De talento y buenas prendas;
Que en Madrid le dió su tio
Una educacion perfecta;
Y cuando llegó á faltarle
(Renunciando á las ideas
De ambicion, considerando
Que el producto de su hacienda
Bien cuidada, y sobre todo
Su moderacion, pudieran
Hacerle vivir feliz),
Vino, reclamó la oferta
Que le hiciste de casarle
Con Isabel... Lo desean
Entrambos; todo el lugar
Su esperada union celebra;
Tú lo has prometido, y...

TIA MÓNICA.

Sí;
Pero las cosas se piensan
Mejor, y... Vamos... Yo sé
Lo que he de hacer; no me vengas
A predicar.

DON PEDRO.

Eso no.
Tú harás lo que te parezca;
Pero mira que es tu hija.
No la oprimas, no la tuerzas
La voluntad, ni presumas
Que con gritos y violencia
Has de estinguir en un dia
Una inclinacion honesta
Que el trato y el tiempo hicieron
Inalterable.

TIA MÓNICA.

No temas
Nada... Yo me entiendo.

DON PEDRO.

Adios.
(Se levantan los dos.)

TIA MÓNICA.

Anda con Dios.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué cabeza!)
Voy á contar los seis mil,
Y haré que el muchacho venga
Conmigo para traerlos.
A mas ver.

TIA MÓNICA.

¡Qué mosca lleva!

ESCENA V.

LA TIA MONICA, EL BARON.

BARON.

Señora, muy buenas tardes.

TIA MÓNICA.

Estoy á vuestra obediencia,
Señor Baron.

BARON.

Hoy ha sido
Mucho mas larga la siesta.

TIA MÓNICA.

¡Qué! no, señor... A las tres
Ya estaba haciendo calceta.
Mi alcoba es un chicharrero...
Y la calor la desvela
A una, de modo que...

BARON.

Cierto.
Aquí faltan unas piezas

De verano... Ya se ve;
¡Estas casas tan mal hechas!
¿Estuvisteis mucho tiempo
En Madrid?

TIA MÓNICA.

Muy poco: apenas
Estuve un mes.

BARON, *paseándose.*

De ese modo
Es casualidad que vierais
Mi casa.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle está?

BARON.

Es un caseron de piedra
Disforme.

TIA MÓNICA.

¿En qué calle?

BARON.

Y tengo
Pensado, luego que vuelva,
Echarle al suelo.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

BARON.

Para hacerle á la moderna.

TIA MÓNICA.

Será lástima.

BARON.

No tal:
Además, que se aprovechan
Todos los jaspes, y al cabo
Por mucho, mucho que pueda
Gastarse, vendrá á costar
Tres millones... y aun no llega.

TIA MÓNICA.

¿Y acia dónde está?

BARON.

He pensado
Reducirle cuanto sea
Posible; y segun los planes
Que me vinieron de Antuerpia,
Queda mas chico y mejor.
Una columnata abierta,
Circular, y en el ingreso
Esfinges, grupos y verjas.
Gran fachada, escalinata
Magnífica, cinco puertas,
Peristilo egipcio... Y dentro
Su jardin con arboledas,
Invernáculos, estanques,
Cascada, gruta de fieras,
Saltadores, laberinto,
Aras, cenotafios, bellas
Estatuas, templos, ruinas...
En fin, cuatro frioleras
De gusto... Y sobre la altura
Del monte que señorea
El jardin, un belveder
De mármoles de Florencia,
Con bóvedas de cristal,
En medio de una plazuela
De naranjos del Perú.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios, qué grandeza!

BARON.

Todo es vuestro: allí estareis
Servida como una reina.
Mi palacio, mis sorbetes,
Mis papagayos, mi mesa,
Mis carrozas de marfil
Con muelles á la chinesca,
Todo es para vos.

TIA MÓNICA.

Señor,
Tanto favor me avergüenza.

BARON.

Mas mereceis, mas os debo;
Que habeis sido en mi deshecha
Fortuna el iris de paz,
Y es justo que á tanta deuda
Corresponda... Mas decidme
(Que entre los dos la reserva
Y el misterio no están bien),
Un jóven que nos pasea
La calle, y atentamente
Nuestras ventanas observa,
¿Quién puede ser? El es nuevo
En el lugar.

TIA MÓNICA.

De manera,
Señor Baron, que...

BARON.

Esta noche...
No sé si estabais despierta...
Ello era tarde, sonó
Una cítara, y con ella
Un romance de Gazul,
Cierto moro que se queja
De que su mora por otro
Nuevo galán le desdeña.
¿No me direis?...

TIA MÓNICA.

Sí, señor...
(*Ap.* ¡Válgame Dios, yo estoy muerta!)
Por mas que procuro...

BARON.

En fin,
¿Podré yo saber quién sea?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, sí... Ya se ve,
Como él es de aquí...

BARON.

¿De Illescas?

TIA MÓNICA.

Sí, señor, y ha vuelto ahora
De Toledo... Pero ella...
No, señor... nunca...

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

El es un tonto, y se empeña
En que... ¡Vaya! Lo primero
Que la dije: cuando vuelva,
Cuidado, no ha de ponerme
Los piés en casa.

BARON.

¡Discreta
Prevencion! Si Isabelita
No le quiere, que no venga.

TIA MÓNICA.

¡Qué ha de querer! No, señor,
Nada de eso. ¿Pues no fuera
Un disparate?... No digo
Que la muchacha merezca
Un marqués...

BARON.

¡Merece tanto,
Doña Mónica!... Es muy bella,
Muy amable... Ved que es mucho,
Mucho lo que me interesa
Su felicidad... Adios,
(Asiéndola de la mano, y apretándosela con espresion de cariño.)
Que aun no es tiempo de que os deba
Decir mas. Llegará el dia
De mi fortuna y la vuestra.

ESCENA VI.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

No hay que dudar; él está
(Se pasea con inquietud; se para; interrumpe ó acelera el discurso, segun lo indican los versos.)
Perdido de amor por ella;
Es claro, es claro... ¡Y el otro
Picaruelo!... Como vuelva,
Ni de noche ni de dia,
A hacernos la centinela,
Yo le aseguro... ¡Qué dicha!
Pero ¿quién me lo dijera
Dos meses ha? ¿quién? Y ahora
Las señoronas de Illescas,
Las hidalgotas, que son
Mas vanas y... Ya me llega
Mi tiempo á mí... ¡Presumidas!
Rabiarán cuando lo sepan.
¡Fermina!

FERMINA.

¡Señora!
(Responde desde adentro, y sale despues.)

TIA MÓNICA.

¿En dónde
Está Isabel?

FERMINA.

En la pieza
De comer.

TIA MÓNICA.

¿Sola?

FERMINA.

Solita.

TIA MÓNICA.

¿Y qué hace allí?

FERMINA.

Se pasea
De un lado al otro, suspira,
Llora un poquito, se sienta,
Se queda suspensa un rato,
Se pone á coser, lo deja,
Vuelve á llorar...

TIA MÓNICA.

¿Y á qué es eso?

FERMINA.

A que no está muy contenta.

TIA MÓNICA.

¿Por qué?

FERMINA.

Porque... yo no sé;
Porque... Locuras, rarezas,
Juventudes.

TIA MÓNICA.

¿Con que tú
No sabes de qué procedan
Esa inquietud y esos lloros?

FERMINA.

Yo sí.

TIA MÓNICA.

Pues dílo; ¿qué esperas?

FERMINA.

Que me prometais oirme
Con mucho amor.

TIA MÓNICA.

No me tengas
Impaciente.

FERMINA.

Que si digo
Alguna cosa que escueza,
No me pongais como un trapo...

TIA MÓNICA.

FERMINA.

ıe no haya quimeras

TIA MÓNICA.

ɔacha.

FERMINA.

Y venga yo
culpas ajenas.

TIA MÓNICA.

bado?

FERMINA.

Ya empiezo,
ɪue me dais licencia.
ɪue tiene es amor;
: esplicarme deba
nte, vos teneis
ı de su dolencia.

TIA MÓNICA.

FERMINA.

señora: Leonardo...

TIA MÓNICA.

o nombres; no quieras
irrite.

FERMINA.

Bien está;
fada, no se vuelva
ar. Aquel mocito,
doña Manuela,
otro tiempo os debió
ños y finezas;
como, ya se ve,
onita presencia,
güeño y cortés,
esplicar sus penas,
á la niña... Esto es cosa
gular y muy puesta
ɔn, y el que lo estrañe
ntiende la materia.
nada! juventud,
ion, obsequio, prendas
bles, juramentos
ɔr y constancia eterna.
ı no ha de enamorar?
ligo, ¿somos de piedra?
:s...

TIA MÓNICA.

No me digas mas.

FERMINA.

: como una muerta;
s demás callaran
en... pero sí, ya es buena
ıte de este lugar.

TIA MÓNICA.

qué?

FERMINA.

Nada.

TIA MÓNICA.

No me vengas
isterios.

FERMINA.

Como hay tantos
ıes, malas cabezas,
que... Pero chiton:
iero ser picotera.

TIA MÓNICA.

licen?

FERMINA.

Esta mañana,
lado de la iglesia,
conocido vuestro...
nbre nada interesa
Para el caso... me llamó,
Y me dijo: picaruela,
Que no nos has dicho nada...

ESCENA VII.

PASCUAL, LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

¿A qué vienes tú? ¡No es buena

(Pascual sacará en la mano un pequeño envoltorio de papel. A las primeras palabras de la tia Mónica hace ademán de volverse por la puerta que entró.)

La gracia! Sin que te llamen
Ya te he dicho que no vengas.
¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Muy bien está.

TIA MÓNICA.

Para eso tienes la pieza
De los perros.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

Y que nunca te suceda
Subir cuando yo esté hablando
Con alguien; cuenta con ella.

PASCUAL.

Bien está.

TIA MÓNICA.

¡No es mala maña!

PASCUAL.

Bien, yo, como...

TIA MÓNICA.

Oyes, ¿qué llevas?

PASCUAL.

Un rebujo.

TIA MÓNICA.

¿Qué?

PASCUAL.

Un papel.

TIA MÓNICA.

Pero ¿quién... Llámale, lerda.

(Fermina va acia la puerta para detener á Pascual.)

¿Qué es eso?

PASCUAL.

Es un cucurucho
De papel.

TIA MÓNICA.

¡Mira qué flema!
A ver.

PASCUAL.

Me voy con los perros.

TIA MÓNICA.

Yo he de perder la paciencia.
¿No te le ha dado mi hermano?

PASCUAL.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

Pues, ¿qué esperas?
Dámele acá, y vete.

(Quitándole el papel de la mano.)

PASCUAL, *aparte al tiempo de irse.*

Siempre
Se enfada, cuando...

TIA MÓNICA.

¿Qué rezas?

PASCUAL.

Cuando... Si por mas que uno
Quiere... nada, nunca acierta.

ESCENA VIII.

LA TIA MONICA, FERMINA.

TIA MÓNICA.

Prosigue.

FERMINA.

Pues me decia:
¿Con que la boda está hecha
Del Baron é Isabelita?
Yo, señor, de esa materia
No sé nada, dije yo.
¡Que no sabes! á tu abuela.
Tú callas porque conoces
El disparate que piensa
Tu señora; pero ya
Por todo el lugar se suena.
Todos dicen que á su hija
La esclaviza, la violenta
Llevada del interés.
¿De dónde la vino á ella,
La locona, emparentar
Con marqueses ni princesas?
¿De dónde? ¿No han sido siempre
En toda su parentela,
Alta y baja, labradores?
¿Pues qué mas quiere? ¿Qué intenta?
¿Por qué no casa á Isabel
Con un hombre de su esfera,
Que la pueda mantener
Con estimacion, que sea
Hombre de bien, que el honor
Vale por muchas grandezas;
Y no entregarla á un bribon,
Que nadie sabe en Illescas
Quién es ni de dónde vino,
Ni adónde va, ni qué espera?
¡Galopin! ¡Qué ha de ser él
Baron! como yo abadesa.
¡Desarrapado! que vino
Sin calzones y sin medias,
Y heredero de tu amo,
Con poquísima vergüenza,
De galas que no son suyas
Adornado se presenta
Por el pueblo. ¡Badulaque!
¡Ay, si alzara la cabeza
El que pudre, y en su casa
Tantos desórdenes viera!
¡Pobrecito! No murió
De gota, murió de aquella
Maldita mujer, que fué
Su purgatorio en la tierra,
Ridícula, fastidiosa,
Atronada, tonta y vieja...

TIA MÓNICA.

Vamos, calla, bueno está,
Y que digan lo que quieran;

(Paseándose con inquietud.)

Eso es envidia, y no mas.

FERMINA.

(Ap. No has llevado mala felpa.)
Ya se ve, todo es envidia.

TIA MÓNICA.

Yo haré lo que me parezca.

FERMINA.

Ya se ve.

TIA MÓNICA.

No necesito
Que ninguno de ellos venga
A gobernarme.

FERMINA.

Seguro.

TIA MÓNICA.

Si están que se desesperan

Los picarones... En fin,
Querrá Dios que yo los vea
Confundidos, que me aparte
De ellos, y que nunca vuelva
A este maldito lugar.

FERMINA.

¿Sí? ¡Válgame Dios, qué buena
Determinacion, señora!
¿Y adónde iremos?

TIA MÓNICA.

¡Qué necia
Eres! A Madrid.

FERMINA.

¡Qué gusto!
A Madrid... ¿Con que de veras,
A Madrid? ¿Con el Baron?

TIA MÓNICA.

Pues ya se ve.

FERMINA.

¡Qué contenta
Se pondrá la señorita!
¡Qué felicidad la nuestra!
¡A Madrid! *(Ap.* ¡Pobre Isabel!
Ya está dada tu sentencia.)
El Baron, señora.

TIA MÓNICA.

Vete...
¡Ah! mira; sacude aquella
Ropa, y avisad al sastre.

ESCENA IX.

LA TIA MONICA, EL BARON.

(El Baron saldrá muy pensativo con unos papeles en la mano.)

TIA MÓNICA.

Vaya, me alegro. ¿Qué nuevas
Tenemos? ¿No respondeis?
¡Ay, señor!

BARON.

¡Cómo se mezclan
Entre las mayores dichas
Los cuidados y las penas!
Aquel sujeto de quien
Os dije veces diversas
Que va á Madrid disfrazado,
Y allí examina y observa,
Ve a mis gentes, y conduce
Toda la correspondencia,
Ya llegó.

TIA MÓNICA.

¿Sí? ¿Y ha traido
Alguna noticia buena?

BARON.

Esa es carta de mi hermana:
Si quereis, podeis leerla.
(La da uno de los papeles, y lee la tia Mónica.)

TIA MÓNICA.

«Mi querido hermano: he recibido la última tuya, y la sortija de diamantes que me envias de parte de esa señora, á quien darás en mi nombre las mas atentas gracias, asegurándola de los vivos deseos que tengo de conocerla, y diciéndola tambien que no la envio por ahora cosa ninguna, para que no juzgue que aspiro á pagar sus espresiones y la merced que te hace, con dádivas que, por muy esquisitas que fueran, siempre serian inferiores al cordial afecto que la profeso. Nuestro primo el arzobispo de Andrinópoli ha escrito desde Cacabelos, y parece que dentro de pocos dias llegará á su diócesis. Mil espresiones del condestable y del marqués de Famagosta su cuñado. Ya puedes considerar cuál habrá sido nuestra alegría al ver aclarada tu inocencia, y castigados tus enemigos. El rey desea verte; lo mismo tus amigos y deudos, y mas que todos tu querida hermana

La vizcondesa de Mostagán.»

¡Válgame Dios, qué fortuna!
(Le vuelve la carta.)
Os doy mil enhorabuenas.
Gracias á Dios.

BARON.

¡Ay, señora!

TIA MÓNICA.

¿Qué pesadumbre os aqueja
En tanta felicidad?

BARON.

La mayor, la mas funesta
Para mí... Ved esa carta,
Y hallareis mi muerte en ella.
(Da otro papel á la tia Mónica, que lee tambien.)

TIA MÓNICA.

«En efecto, amado sobrino, tus cosas se han compuesto como deseábamos. Ayer se publicó la resolucion del rey; declara injustos cuantos cargos se te han hecho; y el conde de la Península, tu acusador, está sentenciado á prision perpetua en el castillo de las Siete Torres. Quedo disponiendo á toda prisa los coches y criados que deben conducirte; y entre tanto no puedo menos de recordarte que tu boda con doña Violante de Quincozes, hija del marqués de Utrique, capitán general de las islas Filipinas y costa Patagónica, concluido este asunto que la retardó, no tiene al presente ninguna dificultad. El caballero Wolfango de Remestein, jefe de escuadra del emperador (que se hallaba en Madrid de vuelta de los baños de Trillo), será el padrino; y esperamos con ansia ver efectuado este consorcio, en que tanto interesan las dos familias. Recibe por todo mis enhorabuenas, y manda á tu tio que te estima,

El príncipe de Siracusa.»

¿Con que, segun esto...

BARON.

¿Veis
(Toma el papel, y se le guarda con los demás.)
Cómo se tratan y acuerdan
Entre los grandes señores
Cosas de tal consecuencia?
Porque lleva en dote cinco
Villas y catorce aldeas;
Porque es única, y porque
Nuestro sucesor pudiera
Añadir, á mis castillos
De plata y mis bandas negras,
Dos águilas, siete grifos
Verdes, y nueve culebras,
¡Por eso yo he de perder
Mi libertad!... Si pudiera
Resolver... ¿Y por qué no?
Piense lo que le parezca
El de Siracusa, y diga
El senescal lo que quiera,
Mi eleccion es libre... Pero,
¿Qué he de hacer en tan estrecha
Situacion? En un lugar
Miserable... Ni hay quien tenga
Comercio, ni hay corredores,
Ni se pueden girar letras,
Ni... ¡Vaya! es cosa perdida...
Si á lo menos conocieran
Mi firma, yo libraria
Sobre Esmirna ó Filadelfia
Diez mil rixdalers, y entonces...

TIA MÓNICA.

¿Y entonces?

BARON.

Yo resolviera.
Yo evitara que me hallasen
Aquí; dejara dispuestas
Las cosas; me marcharia
Con la mayor diligencia
A Montepino, que dista
Unas diez y siete leguas.
Ibais allá, y un domingo
En mi capilla secreta
Nos desposábamos.

TIA MÓNICA.

¿Quién?

BARON.

¿Pues no adivinais quién sea
El objeto de mi amor?
Isabel.

TIA MÓNICA.

¡Señor!...

BARON.

Por ella
Todo lo despreciaré.

TIA MÓNICA.

Permitid...
(Quiere arrodillarse, y el Baron lo estorba.)

BARON.

¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Quisiera
Hablar, y no puedo hablar,
Porque es tanta la sorpresa
Y el gozo... ¡Bendito Dios!

BARON.

No os admire la violencia
De mi pasion: tanto pueden
La hermosura y la modestia.
Pero ¿ha llegado á entender
Isabel cuánto la aprecia
Su huésped? ¿Ha conocido
Cuánto su favor desea?
¿Sabe acaso...

TIA MÓNICA.

Ella, señor,
No tiene pizca de lerda,
Y aunque nunca la haya dicho
Sino así, por indirectas...
Ya se ve, no era posible
Menos, sino que advirtiera
Grande inclinacion en vos.

BARON.

Y vuestro hermano, ¿qué piensa
de mí? ¿qué dice? ¿ha sabido
Algo?

TIA MÓNICA.

A lo menos sospecha
Mucho, porque es malicioso...
¡Vaya!... Pero no hay quien pueda
Contar con él para nada;
Siempre estamos de contienda,
Y, ya lo veis, es muy rara
La vez que pisa mis puertas.
Hombre estravagante, y...

BARON.

Pero
Es vuestro hermano, y no fuera
Justo pasar adelante
En ello sin darle cuenta.
Además, que yo conservo

Una especie... y no debierais
Olvidarla vos. Me acuerdo
Que una vez, hablando en estas
Cosas, dijisteis que quiere
Mucho á Isabelita, y piensa
Darla en dote... ¿cuanto?

TIA MÓNICA.

Puede
Darla mucho si él quisiera.
¡Oh! si...

BARON.

Pues qué, ¿no querrá?

TIA MÓNICA.

Si es muy bruto.

BARON.

Eso me llena
De admiracion. ¿No querrá?
Pues cuando Isabel no muestra
Repugnancia, cuando vos
Entrais en ello contenta,
¡Cuando quiero yo!...

TIA MÓNICA.

Señor,
No os altereis, son rarezas:
Cosas suyas.

BARON.

Pues no importa;
Es menester que lo sepa.

TIA MÓNICA.

Inútil será.

BARON.

¿Por qué?
Conviene que yo le vea;
Yo le hablaré.

TIA MÓNICA.

Bien está;
Pero no espereis que ceda,
Es muy cabezudo.

BARON.

Y cuando
Ese temor nos detenga,
¿Qué os parece que podemos
Hacer? Suponed que llega
Mi tren; que se llena el pueblo
De latigos y libreas;
Que mi primo el archiduque,
No habra remedio, me lleva
A la corte... ¿Y Isabel?
¿Y mi amor?... Cuando se encuentra
Un gran señor sin dinero,
¡Qué chiquito que se queda!
¡Maldito dinero! amén.

TIA MÓNICA.

Si para la fuga vuestra
Bastaran... Ello es tan poco
Que casi me da vergüenza
Ofrecéroslo. Aqui tengo
Cien doblones; si os sirvieran...

Saca el papel que la dió Pascual, le toma el Baron, y le guarda.)

BARON.

A verlos... ¿y en oro? Bien...
Muy bien... Iré como pueda.
En una mula... Al instante
Doy allá mis providencias
Para que mi mayordomo
Traiga un coche, que se queda
En la ermita, y llegará
Cuando todo el mundo duerma.
Viene, os avisa; estareis
Prevenidas, de manera
Que salís de aquí á las dos
De la noche, con la fresca,
Y reventando seis tiros,
Estais á las ocho y media
En Montepino. Nos dice
Una misa muy lijera
Mi capellán; nos desposa,
Y si es menester nos vela,
Y á las diez ya sois mi madre.

TIA MÓNICA.

Pero, señor...

BARON.

¿Qué os inquieta?

TIA MÓNICA.

Nada... ¿Es un sueño?

BARON.

Conviene
Que dispongais cuanto sea
Necesario. Por mi parte
No omitiré diligencia...
Y... adios.

TIA MÓNICA.

Bien está...
(Ap. al tiempo de irse. No sé
Lo que me pasa. Estoy fuera
De mí... Loca, loca... y tiemblo
Toda de piés á cabeza.) *(Vase.)*

BARON.

Cansado estoy de mentir. *(Paseándose.)*
Por mas que diga esta vieja...
Sí, yo he de verle... Si al cabo
Ha de darla el dote, venga,
Que estoy de prisa... Se toman
Los cuartos, y adios, Illescas;
Adios tontos, que me voy
Adonde jamas os vea.
Sí... ¡caramba!... Y este nuevo
Amante que nos acecha
No me gusta, no.

ESCENA X.

EL BARON, FERMINA.

(Saca Fermina varios vestidos de mujer, que pondrá sobre una silla; se acerca á la puerta de la derecha, y llama.)

FERMINA.

¡Pascual!

BARON.

¡Oiga! ¿Qué galas son esas?

FERMINA.

Son vestidos de mi ama,
Que con suma lijereza
Se han de achicar, alargar,
Aforrar, tapar troneras,
Guarnecer, desfigurar,
De tal modo que parezcan
Nuevecitos.... y empeñada
Su merced en que lo hiciera
Yo.... ¡Buena droga! Pues qué,
¿No hay sastres? ¡Cómo receta!

BARON.

¡Pobre Fermina!

FERMINA.

¡Pascual! *(Llama.)*
¡Eh! se estará en la bodega
Estudiando á Carlomagno.
¡Pascual! *(Llama.)*

BARON.

Le diré que venga.

FERMINA.

No, señor, yo iré.

BARON.

Si voy
A salir, nada me cuesta
Decírselo.

FERMINA.

Muchas gracias.

ESCENA XI.

EL BARON, FERMINA, PASCUAL.

BARON.

(Al irse el Baron sale Pascual por la misma puerta.)
Díme, Pascual, ¿será esta
Buena ocasion para ver
A don Pedro?

PASCUAL.

De manera
Que como suele acostarse
Después de cenar, y cena
Unas veces tarde, y otras
Presto, y otras.... Ello, buena
Hora es de verle.

BARON.

¿Sí?

PASCUAL.

Digo,
Como él esté ya de vuelta
En su casa, entonces.... Pero
Si no ha vuelto, de por fuerza
El....

BARON.

Ya estoy.

PASCUAL.

De juro....

BARON.

Adios.
¡Famosas esplicaderas! *(Vase.)*

PASCUAL.

¿Me llamabas?

FERMINA.

Sí; al instante,
Aprisa, de una carrera
Has de ir á casa del sastre.

PASCUAL.

Allá voy. *(Hace que se va, y vuelve.)*

FERMINA.

Oyes, badea,
Si no te he dicho el recado
Que le has de dar, ¿á qué es esa
Locura?

PASCUAL.

A que no me digan
Que soy sosonazo y pelma.

FERMINA.

Díle que venga al instante,
Al instante, que le espera
El ama. ¿Lo entiendes?

PASCUAL.

Sí.

FERMINA.

Pues anda, y mueve esas piernas.

ESCENA XII.

ISABEL, FERMINA.

ISABEL.

Fermina, Leonardo viene;
Le he visto desde la reja,
Y va á subir. Quiero hablarle,
Quizá por la vez postrera.
Mi madre, que está rezando
En su cuarto, nos franquea
La ocasion. Tú.... sí, Fermina,
Débate yo la fineza,
Si me quieres bien.... En ese
Pasillo estarás, y observa
Si sale mi madre ó llama,
O alguno viene de afuera,
Y avísame; no nos hallen
Juntos, y todo se pierda.
¿Lo harás por mí?... Pero él viene...
Amiga, no te detengas;
Adios.

FERMINA.

Voy allá.

ESCENA XIII.

LEONARDO, ISABEL.

LEONARDO.

¡Isabel!

ISABEL.

¡Leonardo! quién lo dijera!....
¡Leonardo!

LEONARDO.

¿Y quién, al dejarte
Tan cariñosa y tan tierna,
Debió temer que hallaria
Tantos males á su vuelta?
¡Este breve tiempo ha sido
Bastante!....

ISABEL.

¡Fatal ausencia
La tuya!

LEONARDO.

En fin, sepa yo
De una vez cuál es mi pena,
Cuál es mi suerte.... Disipa
Las dudas que me atormentan.
¿Díme si puede ser cierto
Lo que ya todos recelan?....
Si esas lágrimas me anuncian
Amor, si debo creerlas?

ISABEL.

Leonardo, no es ocasion
De que los instantes pierdas,
Burlándote de mi fe
Con dudas que son ofensas.
No es ocasion. Si lo fuese,
Mucho decirte pudiera;
Pero donde el tiempo falta
Están por demás las quejas.
Yo te he querido, y te quiero....
Sabe Dios cuánta violencia
Padezco al decirlo, y cuánto
Sufre una mujer honesta
Si lo que debe al silencio
Tiene que decir la lengua.
Te quiero.... y voy á perderte.

LEONARDO.

¿Eso dices?.... ¿Nada esperas
De mí?

ISABEL.

Si lo que hasta ahora
Fué temor, ya es evidencia;
Si mi madre al escuchar
Tu nombre, toda se altera;
Si no quiere que atravieses
Los umbrales de mis puertas;
Si manda que sus criados
Ni aun te saluden siquiera,
Y.... Pero ¿qué mas? si ahora
Acaba de darme cuenta
De ese enlace aborrecido....
¡Mísera yo!

LEONARDO.

Nada temas.

ISABEL.

Y ha de ser pronto, segun
Pude alcanzar.... Está ciega,
Fuera de sí..... ¿Qué podemos
Hacer? ¿Qué esperanza resta?

LEONARDO.

Pero, Isabel, dueño mio,
¡Qué estraño dolor te aqueja!
¿Tú infeliz, viviendo yo?...
No así de temores llena
Me quites todo el valor;
Que mal tenerle pudiera
Viéndote desconsolada
Y en triste llanto deshecha.
Veré á tu madre, y si tienen
Las pasiones elocuencia,
Yo la sabré reducir;
O cuando burladas viera
Mis esperanzas, amor
Muchos ardides inventa,
Y nada me detendrá
Como tú, Isabel, me quieras.

ISABEL.

¿Resuelves hablarla?

LEONARDO.

Sí.

ISABEL.

¿Qué has de decirla que sea
Bastante al fin que procuras?

LEONARDO.

¿Qué la diré? Que si piensa
Hacerte infeliz, venderte
A una soñada opulencia,
Dar tu mano á un impostor,
Faltar á tantas promesas,
Perderme, burlarme á mí.....
Cosa difícil intenta.
La diré que tú eres mia;
Que al bárbaro que pretenda
Privarme de tí, rompiendo
Los nudos que amor estrecha,
Sangre ha de costarle y muerte.
Si á tanto aspira, prevenga
El pecho á mi espada, y juzgue
Que para usurpar la prenda
De mi cariño, no basta
Que engañe, seduzca y mienta;
Debe lidiar y vencer.
Tú serás la recompensa
Del valor, ya que tu llanto
Y tu eleccion se desprecian;
Y el mas infeliz, al golpe
De su enemigo perezca.

ISABEL.

¿Eso has de hacer?

LEONARDO.

O dejar
Que en solo un punto se pierdan
Tantos años de esperanzas,
Tan bien pagadas finezas,
Tan puro amor..... Pero no,
No los instantes que vuelan
Se malogren..... Voy á hablarla.
Adios..... La desgracia nuestra
Resolucion, osadía
Pide, no cobardes quejas.

ISABEL.

Todo es en vano. La vas
A irritar, no á convencerla.

LEONARDO.

Sí, cederá.

ISABEL.

Mal conoces
Su obstinacion.

LEONARDO.

Cuando sea
Tanta, y este medio falte,
Otros eficaces quedan.

ISABEL.

¡Duros, sangrientos!

LEONARDO.

Quien ama
Como yo, todo lo intenta.
Es mucho lo que me importa,
Para que vacile y tema.
Vale mucho mi Isabel
Para esponerme á perderla
(Cogiéndola con ternura de la mano, y besándosela.)

ISABEL.

Leonardo, mi bien..... No sé
Qué decir..... Haz lo que quieras.
En tal peligro, tú solo
Sabes lo que mas convenga;
Yo, ¡infeliz! ¿qué he de saber?
Llorar..... Adios; él te vuelva
Mas venturoso á mi vista,
Y este afán alivio tenga.

LEONARDO.

Siempre fué de los osados
La fortuna compañera;
El cobarde que la teme
Siempre la ha tenido adversa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON.

¡Válgate Dios por el hombre!
(Se sienta junto á una mesa, en que habrá dos luces.)
Cuando no nos hace falta,
A las cuatro de la tarde
Está metido en la cama;
Y hoy, que me interesa el verle,
No parece por su casa.
¡Oh! si á cuenta de la dote
Quisiera dar unas cuantas
Onzas!... ¡Gran golpe!... Es verdad
Que el tal abuelito es caña;
Muy socarron.....

ESCENA II.

EL BARON, LEONARDO.

LEONARDO.

(Sale hablando entre sí; al ver al Baron esclama complacido de hallarle.)
¡Qué mujer,
Qué carácter, qué ignorancia.....
Qué insensible!... ¡Ah!...

BARON, *aparte, con timidez.*

¡Malo! ahora
Este demonio me envasa.

LEONARDO.

¡Señor Baron!

BARON, *levantándose.*

¡Oiga! ¿Qué
Se ofrece?

LEONARDO.

Cuatro palabras.

BARON.

Decid catorce, y sentaos,
Que no es bien que.....

LEONARDO.

Nada, nada;
Estoy bien así..... ¿Sabeis
Quién soy?

BARON.

Yo no; pero basta
Veros para conocer
Que sois hombre de importancia.
Tomad asiento. *(Vuelve á sentarse.)*

LEONARDO.

Ya he dicho
Que no.

BARON.

Bien.

LEONARDO.

A mí me llaman
; soy un vecino
ıeblo. Esa muchacha
....

BARON.

¿Quién?

LEONARDO.

Isabel.

BARON.

LEONARDO.

quiero; se trata
tar su albedrío;
le veras, me enfada
ecto. La niña
ce de ganas;
, ni por asomo,
ue su madre es fatua,
señor, ó un pillo
esto no sé palabra),
ılla y yo debemos
fensa tanta,
ı. De los dos
ha de lograrla;
, si sois... ¿quién lo duda?...
, y os agravia
tenta disputaros
de una dama,
he á media noche
en esas tapias
l camino. Allí
quien...

BARON.

¡Qué bobada!
, señor, yo no quiero
no.

LEONARDO.

Muchas gracias;
le ser.

BARON.

¿Ha de ser?
dia noche?

LEONARDO.

Sin falta.

BARON.

las tapias de...

LEONARDO.

Sí;
un tiro de bala
.. Pero, si quereis,
peraré en la plaza;
ıntos.

BARON.

No tal;
ılo... Ello me causa,
ne da compasion,
una niñada...
ntres!... quitar la vida
nbre de circunstancias
s.

LEONARDO.

No os dé cuidado.

BARON.

ad teneis?

LEONARDO.

La que basta
temer la muerte.

BARON.

ıadre?

LEONARDO.

Sí, y hermanas...
ıué teneis, cordura
O miedo, ó como se llama?

BARON.

¿Miedo yo?

LEONARDO.

Digo, pudiera
Suceder.

BARON, *levantándose con viveza.*

¡Qué petulancia!
¡Qué insulto!

LEONARDO.

¿No le teneis?
Pues bien, espero que vaya
El señor Baron.

BARON.

Sin duda.

LEONARDO.

¿A las doce?

BARON.

Hora menguada
Para vos... Iré á las doce.

LEONARDO.

Adios. *(Hace que se va, y vuelve.)*

BARON.

Agur.

LEONARDO.

Aun me falta
Que decir, porque no quiero
Dejaros en ignorancia.
Ved que si no vais, la burla
Os ha de salir muy cara,
Y donde quiera que os vea,
Solo ú con gente, con armas
O sin ellas, en la calle,
En cualquiera parte... En casa,
En la iglesia, os atravieso
El pecho de una estocada.

ESCENA III.

BARON.

¡Estamos bien!... ¡Yo salir!
Y el tal hombre tiene trazas
(Paseándose.)
De hacer lo que dice... ¡Yo
Salir!... Saldré; pero falta
Saber por dónde... Sí, el aire
Seco de Illescas me daña...
Cosa de miedo no tengo...
El me conoció en la cara
Que no soy espadachin...
Esto de que yo me vaya
Sin dar un susto al zurraco
Del viejecito, es chanada.
Eso no... ¿Pues qué, en Illescas
Se sabe mas que en Triana?
(Saca el reloj.)
Las ocho... Pero si espera
En efecto, si se enfada
Porque no voy, si me encuentra
Luego, y me... ¡Cosa mas rara!
¡Calle! ya está el otro aquí.

ESCENA IV.

DON PEDRO, EL BARON.

BARON.

Si os ha dicho la criada
Que os fuí á buscar, seria
Mejor que á mí me avisaran,
Y hubiera pasado allá.

DON PEDRO.

A mí no me ha dicho nada,
Ni vengo por vos. Queria
Hablar un rato á mi hermana
De un chisme que me han contado:
Una especiota de tantas
Que corren por el lugar...
Es la gente muy bellaca,
Y sobre una friolera
Miente, desatina, y hablan
Cosas que... ¡vaya!

BARON.

Y en fin,
¿Qué ha sido?

DON PEDRO.

Nada en sustancia;
Pero que tal vez pudiera
Tener resultas muy malas.
Mi hermana no considera
Estas cosas; tiene en casa
Una muchacha, y la pobre
Chica, honesta, bien criada,
Que nunca ha dado ocasion
A decir una palabra
Contra su conducta, pierde
Por su madre lo que gana
Por sí.

BARON.

Doña Isabelita
Es un conjunto de gracias
Y perfecciones; y el verla
Oscurecida, eclipsada
En un lugarote, espuesta
A que la entreguen mañana
A un rústico labrador
Sin modales, ni crianza,
Ni estudios, da compasion.
Bien que no falta, no falta
Quien tal vez sabrá estraerla
De esta atmósfera, elevarla
A mayor sublimidad,
Y hacer que en ella recaigan,
Y en su familia, los dones
Que la fortuna contraria
Les negó.

DON PEDRO.

¡Qué tontería!
No, señor, no es desdichada
Tanto como vos decís,
Ni tan oscura y opaca
La atmósfera, ni hay eclipses,
Ni es menester levantarla
Tan alto... ¡Qué! No, señor.
En este lugar se casan
Muy bien las niñas. Es cierto
Que no hay aquí (y es desgracia)
Una juventud de alcorza,
Corrompida y perfumada,
Cigarrera, petulante,
Ociosa, habladora y fatua,
Como la que he visto yo
Ir bailando contradanzas
Allá en la Puerta del Sol.
De eso no tenemos nada...
Pero hay jóvenes honrados,
Ricos, de buena crianza,
Atentos, que nunca insultan
Al decoro de las canas;
Que á las mujeres, ni las
Adoran ni las ultrajan,
Las estiman; que si ignoran
Las locas estravagancias
Que inventa el lujo, se visten
Como la modestia manda...
La instruccion no es mucha; pero
Tienen aquella que basta
Para ser hombres de bien,
Para gobernar su casa,
Dar buen ejemplo á sus hijos,
Y hacerles amable y grata
La virtud, que ellos practican.
Isabel no está enseñada
A otra cosa, ni la inquietan
Ambiciosas esperanzas.

Tiene un novio que la quiere,
Ella le estima en el alma;
Yo soy contento, y espero
Que no pasen dos semanas
Sin que haya boda... Tendremos
Gran comida, trisca y danza,
Y á la tarde chocolate,
Agua de limon y horchata.

BARON.

Mucho me admira ese modo
De pensar.

DON PEDRO.

Y á mí me pasma
(Imitando el tono grave y ponderativo del Baron.)
El vuestro. ¿Quereis que sea
Vizcondesa ó almiranta?

BARON.

Quisiera verla feliz.

DON PEDRO.

Pues si lo quereis, dejadla.

BARON.

Pero si la suerte hiciese
Que se la proporcionara
Otro destino mejor...

DON PEDRO.

¿Mejor que verse casada
A su gusto en su lugar?
No puede ser.

BARON.

Yo pensaba
Que su madre, en este caso,
Debiera ser consultada
Y obedecida.

DON PEDRO.

Su madre
Es una pobre aldeana,
Y no sabe mas de mundo
Que los chiquillos que maman;
Pero no importa. El encargo
De convertirla y sacarla
De error no es cosa difícil,
Y á pesar de su ignorancia
Dentro de muy pocas horas
Conocerá quién la engaña.

BARON.

¿Pues quién se atreve?...

DON PEDRO.

Hay bribones
Que viven de enredo y trampa.

BARON.

¿Qué me decís?

DON PEDRO.

Sí, señor;
Pero á bien que están tomadas
Las callejuelas, y espero...

BARON.

Pero ¿qué ha sido? ¿qué pasa?

DON PEDRO.

No es cosa; un cierto sujeto
Que ignora, segun la traza,
Con quién las ha, miente, pilla
Dinero, adula á mi hermana,
Introduce enemistad
En nuestra familia, y causa
Mil disgustos... Pero el tal
Picaron que así nos trata,
O se arrepiente esta noche,
O le enterramos mañana.

BARON.

Oiga!... Pues... *(Con turbacion.)*
Señor don Pedro,
Si me permitís que vaya...
Tengo que escribir... Estuve
A buscaros... solo para
Tener el gusto de veros,
Y... pues...

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Aunque basta
Para mayores empresas
La prudencia consumada
Que os adorna, si quereis
Valeros de mí, me holgara
Infinito concurrir
En cuanto yo pueda y valga
A vuestros fines.

DON PEDRO.

Lo estimo.

BARON.

Os tengo aficion, y cuantas
Veces os miro, me acuerdo
De Pero Nuñez de Vargas,
Mi bisabuelo. El retrato
Que tenemos en mi casa
Tanto se os parece, que...

DON PEDRO.

¡Calle!

BARON.

Sí, la misma gracia
De mirar, la ceja corva,
Y esa nariz prolongada,
Robusta y...

DON PEDRO.

¡Cierto que es buena
Fatalidad! ¿Quién pensara
Que...

BARON.

¿Cómo?

DON PEDRO.

Digo que es fuerte
Desdicha. Un señor de tanta
Suposicion parecerse
A un pobre demonio, es gaita.

BARON.

Pues no lo dudeis.

DON PEDRO.

Ya estoy.

BARON.

Diez mil escudos me daba
En onzas de oro mi primo
El duque de... por la tabla
No mas.

DON PEDRO.

¿Sin el marco?

BARON.

Pues,
Sin el marco.

DON PEDRO.

¡Pieza rara
Será el tal cuadro!

BARON.

Allí tengo
Todo lo mejor de Italia...

DON PEDRO.

Buenas noches.

BARON.

A mas ver.
Repito lo dicho, y...

DON PEDRO.

Gracias,
Señor baron.

BARON, *aparte, tomando una de las lu-ces, y yéndose por la puerta del for-*

Este viejo
Es un talego de maulas.

ESCENA V.

DON PEDRO, ISABEL.

DON PEDRO.

Mucho miedo lleva el nieto
De Pero Nuñez... ¡Qué charla
Tiene! y...

ISABEL.

¡Señor!

DON PEDRO.

¡Isabel!
¿Qué es eso? ¡Qué acongojada
Estás, qué triste!

ISABEL.

¿Quereis
Que no lo esté? Ni esperanza
De consuelo tengo ya,
Viendo que el ruego no basta,
Ni la sumision, ni el llanto,
Ni razones, ni amenazas.
En vano Leonardo quiso
Persuadirla y moderarla;
Mas la irritó.

DON PEDRO.

Ya lo sé;
Ya me lo ha dicho... Y estaba
Enfadadillo además.
En la juventud nos falta
Moderacion... Ni es posible
Usar de aquella templanza
Que dan los años. Leonardo
Se ve ofendido; mi hermana
Es terca; no será mucho
Que de una en otra palabra,
La disputa haya venido
A parar en lo que paran
Todas, cuando las pasiones
Nos acaloran y arrastran.

ISABEL.

Es verdad; bien lo temí...
Se lo dije; pero estaba
Empeñado en verla.

DON PEDRO.

Y bien,
¿Cómo ha de ser? Es desgracia
Inevitable.

ISABEL.

Tal vez
Otras mayores me aguardan.
¿Sabeis que intenta reñir
Con el Baron?... Si esto pasa...
Si muere... ó vuelve culpado
De un homicidio, ¡qué infausta
Victoria! ¡Qué objeto horrible
Para mí!

DON PEDRO.

No temas nada,
Isabelita; valor.
¿Presumes tú que llegara
A tener efecto, haciendo
Yo papel en esta farsa?
No por cierto. El tal Baron
No gusta de cuchilladas;
Leonardo al salir le dijo
Que á las doce le esperaba
Ahí afuera. Esta sería
Resolucion temeraria
Y necia en otra ocasion,
Pero como aquí se trata
De acosarle, de aburrirle,
De obligarle á que se vaya,
O que desista, y nos diga

Claro y en pocas palabras
Que es un tunante, conviene
Llenarle de miedo al mandria,
Y ya lo está. No hay peligro;
El uno teme y se guarda,
Y al otro le guardo yo;
Ten segura confianza
En mí.

ISABEL.

Solo en vos pudiera
Tenerla.

DON PEDRO.

Verás burlada
La malicia de tu huésped;
Verás que tu madre acaba
De conocer hasta dónde
Las apariencias engañan.
Sí, consuélate. Ya sabes
Que siempre he sido en tu casa
Tu amigo y tu protector;
Que no hay cosa, por estraña
Que fuese, que me detenga
Cuando de tu bien se trata.
¿No te acuerdas de que siendo
Chiquitita me llamabas
El otro papá? que has sido
Alivio de mis desgracias?
Que en esta ocasion soy yo
Quien ha de suplir la falta
De tu buen padre, y hará
Que vivas afortunada
Y muy contenta?... ¿Lo sabes?

ISABEL.

Sí, señor, lo sé.

DON PEDRO.

Pues calma
Esa agitacion.

ISABEL.

Mi llanto,
Mi turbacion, no la causa
El temor... Ya es alegría,
(Besando la mano á don Pedro y acariciándole.)
Ternura, dulce esperanza
Y agradecimiento.

DON PEDRO.

Vamos,
Un mimito, ¡eso faltaba!

ISABEL.

¡Querido padre!

DON PEDRO.

¡Hija mia!

ISABEL.

¿Me quereis?

DON PEDRO.

Pregunta es vana.
¿No te he de querer? ¿No ves
Que á mí tambien se me arrasan
Los ojos?... Pero tu madre
Viene.

ISABEL.

Ya no me acobarda
Su vista; pues tengo en vos
Un amigo que me ampara.

ESCENA VI.

DON PEDRO, LA TIA MONICA, ISABEL.

TIA MÓNICA.

¡Oiga!... Los dos en consulta.
¿Qué negocios de importancia
Tendrán que tratar? ¿No he dicho
(A Isabel.)
Mil veces que no me salgas
Acá afuera?

ISABEL.

Yo salí...

TIA MÓNICA.

Ya sabes que no me agrada
Tanto palique.

ISABEL.

Señora,
Sí...

TIA MÓNICA.

Vete. Tú la levantas
De cascos; tú me la pierdes.
(Isabel hace una cortesía y se va.)

DON PEDRO.

¿Yo, mujer?

TIA MÓNICA.

Sí, tú... ¿Qué estabas
Diciéndola?

DON PEDRO.

Que te sufra.

TIA MÓNICA.

Habrás venido á inquietarla,
A llenarla de ilusiones
La cabeza, y que no haga
Cosa que la mande yo.

DON PEDRO.

No tal; he venido á causa
De que ya por el lugar
Dicen todos que la casas
Con el Baron; me preguntan
A mí que no sé palabra,
Y hago un papel infeliz...
¡Es fuerte cosa! no hablan
De otra materia en las tiendas,
En la botica, en la plaza,
En casa del alojero;
Y á mí no me dices nada
De este bodorrio!

TIA MÓNICA.

A su tiempo
Lo sabrás; y esos que pasan
La vida en chismotear,
Verán después si se engañan
O aciertan.

DON PEDRO.

Pero si vieras
Qué risa les da, y qué ganas
Me dan á mí de rabiar.
¿Quién ha de tener cachaza
Para sufrir que se digan
Tales cosas de una hermana?
Yo te digo la verdad:
Si quieres ver acalladas
Esas voces, desmentir
Los enredos que levantan
Contra tí, cásala presto.

TIA MÓNICA.

Presto será.

DON PEDRO.

Y que se vaya
Ese Baron, ó ese infierno,
Que nos tiene alborotadas
Las cabezas.

TIA MÓNICA.

Cuando quiera
Hallará la puerta franca.

DON PEDRO.

¿Y si no quiere?

TIA MÓNICA.

Si no
Quiere, no tengo yo cara
Ni desvergüenza bastante
Para echarle de mi casa.
A un señor de su carácter,
A quien he debido tantas
Atenciones, ¿te parece
Que es regular se le hagan
Esos desaires? Tu allá
Con tu gramática parda
Sabrás mucho; pero en punto
De urbanidad y crianza,
Sabes muy poco.

DON PEDRO.

En efecto,
La tal noticia no es falsa. *(Se sienta.)*

TIA MÓNICA.

¿Qué noticia?

DON PEDRO.

La de estar
Persuadida y confiada
En que el Baron ha de ser
Tu yerno... ¡Ilusion mas rara
No se dará!... ¡Vanidad
Maldita, que así nos saca
De juicio y nos pierde!... Un hombre
De tan ilustre prosapia,
Primo de condes y duques,
Biznieto de doña Urraca,
Y chozno del rey don Silo,
Venir á hacernos la gracia
De casarse con tu hija...
¡Qué desatino!

TIA MÓNICA.

¿A qué llamas
Desatino? ¿Por ventura
Te parece cosa mala,
Cuando vemos favorable
La ocasion, aprovecharla?
¿Será la primera vez
Que un caballero se casa
Con una mujer humilde?
¿Quién ignora lo que arrastra
Una pasion?

DON PEDRO.

¡Qué pasion,
Mujer, ni qué calabaza!
¡Cuidado que... ¿Dónde has visto
Pasiones de esa calaña?
En las comedias, que vienen
Príncipes de Dinamarca
Vestidos de jardineros,
Y están de amores que rabian
Por alguna pastorcita,
Con su zurron y sus cabras.
Se dicen flores, hay celos,
Desdenes, lloros, mudanzas...
Se casan al fin, y luego
Salen con la patochada
De que la tal moza es hija
Del duque de Transilvania,
Y otros delirios así;
Pero en el mundo no pasa
Nada de eso.

TIA MÓNICA.

¿No?

DON PEDRO.

Jamás.
Y cuando en amores trata
Algun señoron con una
Jovencilla bien carada,
Huérfana, plebeya y pobre,
Ojo avizor, que allí hay trampa.
No, señor; los matrimonios
De esa gente no se entablan
Por trato y cariño. Cogen
La pluma, y en una llana
De papel suman partidas.
Cuatro y dos seis, llevo nada;
Ocho y siete quince, llevo
Una, y cuatro cinco; sacan
El total al pié, y segun
Lo que en el ajuste ganan,
Hay boda ó no hay boda... Y sea
La novia jibosa y chata
Y tuerta, y el novio manco,
Viejo, gotoso y con sarna;

Conózcanse mucho, ó nunca
Se hayan hablado palabra;
Con amor ó sin amor...
¡ Bendígalos Dios ! se casan.

TIA MÓNICA.

Eso sí, como te dejen
Hablar, piquito no falta,
Ni murmuracion... En fin,
Si te incomoda y te enfada
Cuanto digo y pienso, vete:
Déjame en paz, no me traigas
Cuentos, ni alborotes mas
Con esas estravagancias
A tu sobrina. Yo soy
La que debe gobernarla,
Sé lo que mas la conviene;
Nadie como yo se afana
Tanto por ella. Es mi hija,
Y á este amor ninguno iguala.

DON PEDRO.

¿Y por ese amor la quieres
Precipitar, entregarla
A un hombre desconocido,
Trapalon, tuno de playa?...
¡Y tú tan boba!... ¿No ves
Que es un pícaro y te engaña?
¿No lo ves?

TIA MÓNICA.

No, porque tengo
Antecedentes que bastan
A persuadirme; tú no
Los tienes, por eso ensartas
Tanto disparate.

DON PEDRO

Pero
Yo te concedo de gracia
Que es un señor; que él y el rey
Meriendan juntos: ¿qué sacas
De aquí? ¿Le darás tu hija?

TIA MÓNICA.

¿Tuvieras tú repugnancia
En dársela?

DON PEDRO.

Sí.

TIA MÓNICA.

Se ve
Que no eres su madre, y hablas
Como un viejo sin cabeza.

DON PEDRO.

Hablemos claros, hermana.
Ese cariño de madre
Que me ponderas con tanta
Frecuencia, no es el motivo
Que te dirige; y si tratas
De engañarme á mí, no pierdas
El tiempo. Mira, tú rabias
Por hacer gran papelon;
Siempre has sido tiesa y vana,
Muy amiga de mandar,
Enemiga declarada
De quien tiene mas dinero,
Mejor jubon, mejor saya
Que tú. Te comes de envidia
Cuando ves que á las hidalgas
Las llaman doñas; te lleva
Dios cuando las ves sentadas
En la iglesia junto al banco
De la justicia; y por darlas
Que merecer, por vengarte
De la humillacion pasada,
Eres tú capaz, no solo
De entregar esa muchacha
A un hombre indigno, sino
De ponerte á la garganta
Un dogal.

TIA MÓNICA.

¿Yo?

DON PEDRO.

Tú... ¡Que ideas
Tienes tan descabelladas
De grandeza! ¿No es verdad
Que ya á tus solas aguardas
El feliz momento en que
Oigas que todos te llaman
Escelencia, que ñoria
Es cosa bien ordinaria?
¿No es cierto que allá en tu mente
El plan de vida repasas
Que has de tener? Coches, modas,
Brillantes, sedas y holandas,
Mesa para los hambrientos
Que por lo que adulan tragan...
Baile, academias, teatros,
Solemne robo de banca,
Prodigalidad, miseria,
Orgullo, bajeza y trampas.
Llamar cultura á la infame
Depravacion cortesana,
Bestia á todo hombre de bien,
Y á todo acreedor, canalla...
¿No es ese tu plan? ¿No es esta
(Levantándose.)
La gran fortuna que guardas
A mi sobrina infeliz?...
Y esa ambicion insensata,
Esa vanidad, ¿te atreves
A desmentirla y llamarla
Amor de madre?

TIA MÓNICA.

¿Me quieres
Dejar en paz? Vete, calla.

DON PEDRO.

¿Sabes el mal que apeteces?
¿Sabes tú que donde falta
Moderacion, no hay placer?
¿Sabes que donde no haya
Virtud, no hay felicidad?

TIA MÓNICA.

Hombre, por Dios no me hagas
Desesperar.

ESCENA VII.

EL BARON, LA TIA MONICA, DON PEDRO.

BARON.

(Sale por la puerta del foro con una luz en la mano, que dejará sobre la mesa.)

¿Permitís
Que un solo instante os distraiga
De vuestra conversacion?

TIA MÓNICA.

No era cosa de importancia;
Y aunque lo fuese...

BARON.

Me alegro
De hallaros juntos... Yo estaba
Indeciso... Pero es fuerza
Salir una vez de tantas
Inquietudes, esplicarme
Con claridad, no dar causa
A disgustos, ni sufrir
En mi decoro la mancha
Mas pequeña. Yo, señor
Don Pedro, por la desgracia
Que acaso sabeis, me ví
En la situacion amarga
De abandonar mis amigos,
Mis conveniencias, mi patria...
Disfrazado, fugitivo,
Hube de fingir en varias
Partes nombre y calidad;
Y cuando despues de tantas
Desventuras ví lucir
Algun rayo de esperanza,
Vine á este pueblo, creyendo
Que estar á poca distancia
De la corte me seria
Favorable. Vuestra hermana
Me vió, la conté mi historia,
Condolióse al escucharla;
Me hospedó aquí, donde á fuerza
De atenciones no esperadas,
Y tal vez no merecidas,
Alivio hallaron mis ansias.
Isabel... ¿Cómo pensais
Que fuese fácil tratarla
Sin quererla bien?... Yo os ruego
Que no os altereis; me falta
Poco que añadir, y espero
Que tendreis la tolerancia
De no interrumpir á quien
Por última vez os habla.
Digo que la quise bien,
Y aunque su madre os lo calla,
Traté de hacerla mi esposa,
En la segura esperanza
De conseguirlo, y creyendo
Que vos no perdierais nada.
Pero he visto que en el pueblo
Se murmura, se propagan
Mil calumnias contra mí.
Hay alguno que nos guarda
La puerta, y tan atrevido
Que me insulta y me amenaza;
Hay alguno que desprecia
Mi caracter, que me trata
De seductor, y...

DON PEDRO.

¿Por quién
Lo decís?

BARON.

Por nadie. Tantas
Injurias no las toleran
Los Benavides de Vargas...
Con dos renglones pudiera
Confundir á quien me agravia,
Y... no lo haré... Tengo ya
Noticia de que me aguardan
En la corte; mi contrario
Está preso, el rey me llama,
Quiere verme, y es preciso
Que con diligencia parta.
Pero en tanto, no os daré
Disgusto. El tiempo que haya
De estar en Illescas (puesto
Que hasta pasado mañana
No vendrán mis coches) pienso
Alojar en la posada
Que cuando vine ocupé,
Y os juro que de esta casa
Saldré luego que amanezca;
Y aunque en el pueblo quedara
Muchos meses, nunca en ella
Pondré los piés. Ya que tanta
Ofensa ha sido aspirar
A esta union abominada,
Ahí os queda la infeliz
Isabel, sacrificadla...
Yo la quise hacer dichosa,
Vos no quereis, y esto basta.

TIA MÓNICA.

¡Válgame Dios! pero...

BARON.

No,
No os canseis.

TIA MÓNICA.

¡Fuerte desgracia
Es esta!... Porque otros digan..
Mientras yo no he dado causa;
Mientras la niña está pronta
A lo que su madre manda...

¡Animas benditas, pues
Cierto!... ¿Y tú qué dices?

DON PEDRO.

Nada.
Que el baron habla muy bien,
Que le tomo la palabra,
Que si la cumple debemos
Darle todos muchas gracias...
Y que me voy á acostar.

TIA MÓNICA.

¡Qué necedad, qué ignorancia!
¡Si es muy tonto!... Pero yo,
Señor, por que...

DON PEDRO.

Consoladla,
Señor Baron.

BARON.

No hay remedio.

TIA MÓNICA.

¡Qué mujer tan desdichada!

BARON.

Es preciso hacerlo así,
Lo exigen las circunstancias,
Mi estimacion es primero
Que mi amor.

DON PEDRO.

(Ap. ¡Qué zalagarda
Me ha querido armar!...) Adios,
Mónica, duerme y descansa.
Señor Baron, buenas noches.
¿Quedamos en que mañana,
Luego que amanezca?...

BARON.

Sí.

DON PEDRO.

¿Os ireis á la posada?

BARON.

Ya lo he dicho.

DON PEDRO.

¿Y no volveis
Aquí?

BARON.

No.

DON PEDRO.

¿Y así que os traigan
El equipaje, los tiros
Y las carrozas de nácar,
Os vais?

BARON.

Me iré.

DON PEDRO.

Lindamente.
(Ap. Pues con todo, no me engañas.)

ESCENA VIII.

EL BARON, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.

¿Qué es lo que pasa por mí?
Señor Baron de mi alma,
¿Qué es esto?

BARON.

Ver si por medio
De un artificio se calma
La envidia, el odio, el furor
De esa gente temeraria.

TIA MÓNICA.

¿Qué decís?

BARON.

Ficcion ha sido;
Jamás han salido vanas
Mis promesas, no temais.

TIA MÓNICA.

Yo al escucharos estaba
Muerta, muerta... Si quisieran
Sangrarme, no me sacaran
Gota de sangre.

BARON.

Lo creo,
Pero todo ha sido traza
Para deslumbrarle.

TIA MÓNICA.

Bien,
Bien hecho.

BARON.

Fué necesaria
Precaucion... Pero escuchad
Lo que se ha de hacer sin falta.
Mañana pasaré el dia
En el meson; cuando caiga
La noche saldré de Illescas,
Dejo en Toledo encargada
Al arcediano la mula,
Tomo su coche y me plantan
Las colleras de un tiron,
Antes que anochezca, en Parma,
Un lugarcito pequeño,
El primero que se halla
De mis estados, cruzando
El lago de Nicaragua.
Hoy es lunes, bien; estoy
El miércoles en mi casa;
Jueves, viernes... sale justa
La cuenta. Estad preparadas,
Tenedlo todo dispuesto,
Y el sábado, sin tardanza
Ninguna, recibireis
A media noche una carta,
Que os dará mi mayordomo;
Y al instante, acompañadas
De él y de un negro, salís
Adonde el coche os aguarda,
Y... ya lo he dicho, el domingo
Se logran mis esperanzas.
¿Con que estais? A media noche...

TIA MÓNICA.

Sí, sí, ya estoy enterada;
El sábado. Bien está.

BARON.

Ved que en esa confianza
Me voy, y os espero.

TIA MÓNICA.

Pues,
Señor, ¿temeis que no vaya?
Aunque fuera menester
Ir solas, á pié y descalzas,
Fuéramos; vivid seguro.

BARON.

Podeis llevar la criada
Tambien para que os asista.
Y advertid que se levanta
Ya un fresquecillo al salir
El sol, que molesta y daña;
Cuidado, abrigarse bien,
Porque aunque tiene persianas
El coche, pieles y estufa,
Estais algo delicada,
Y es bueno cuidarse.

TIA MÓNICA.

Así
Lo haré.

BARON.

Si esto se llegara
A saber, tal vez seria
Cosa muy aventurada.
Ya veis que en Madrid me ofrecen
Una rica mayorazga,
Hermosa, ilustre. Su padre
Es caudatario del papa;
Su primo duque de Ultonia;
Nobleza mas acendrada
Que la suya, mas antigua,
Es imposible encontrarla,
Aunque espriman la de todos
Los príncipes de Alemania.
No es fácil pues renunciar
A este enlace sin que haya
Desazones, y á este fin
Pienso escribir unas cartas
Para evitar desde luego
Que vengan por mí, con varias
Escusas que fingiré.
De esta manera se gana
Tiempo... Pero á nadie, á nadie
Habeis de decir palabra.

TIA MÓNICA.

Bien está, señor.

BARON.

A nadie.
Y cuando digan mañana
O esotro que me marché,
Fingid que no sabeis nada.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Disimulad
El corto tiempo que falta;
Idme á buscar; logre yo
La posesion suspirada
De Isabel, y hasta ese punto
Nadie entienda lo que pasa.

TIA MÓNICA.

Ya, ya estoy.

BARON.

Después vereis
Que en esta dicha os alcanza
Aun mas de lo que esperais.

TIA MÓNICA.

Pues, señor, ¿qué mas?...

BARON.

Pensaba
En no decíroslo; pero
Hablemos en confianza.
Vos, ¿qué edad podeis tener?
Estais fresca, bien tratada,
Robusta y ágil... Es cierto
Que no deja de hacer falta
La dentadura.

TIA MÓNICA.

¡Ay, señor,
Que no es la vejez la causa!
Jaquecas y corrimientos,
Y pesadumbres...

BARON.

Mi hermana
La vizcondesita cumple
Veinte y dos años por pascua,
Y está lo mismo que vos,
Y porque no se la caiga
Un diente que la ha quedado,
Solo come cosas blandas:
Sémola, huevos mejidos,
Puches, y así... La obstinada
Tos que padeceis, los flatos,
La debilidad y náuseas
Del estómago, se curan
Mudando de temple y aguas
Y alimentos. Con un poco
De ejercicio y unas cuantas
Friegas que os den, se disipa
La hinchazoncilla que carga
A las piernas, y en dos dias
Os hallareis fuerte y apta
Para las segundas nupcias.

TIA MÓNICA.

¿Quién, yo?... Pero, señor... ¡Vaya!
¡Jesus, qué calor!

BARON.

Amiga,
La viudez desconsolada
Es un estado terrible,
Y en él las jóvenes pasan
Muchos trabajos... A ver
Un polvo.

TIA MÓNICA.

Y en la de plata.
(*Saca una caja, y se la da al Baron, el cual, después de tomar un polvo, se la guarda como distraido.*)

BARON.

Mi tio, de quien algunas
Veces os hablé, se halla
Viudo y sin hijos; si muere,
Todos sus estados pasan
A un estranjero, cuñado
Del hospodar de Valaquia;
Y esto es doloroso.

TIA MÓNICA.

Cierto,
Siendo un nacion...

BARON.

Yo tomara
Que fuese nacion no mas;
Pero lo que nos enfada
Es que, además de estranjero,
Es hereje.

TIA MÓNICA.

¡Virgen santa!
¡Hereje!

BARON.

Pues ved qué gusto
Nos dará, que si mañana
Llegase á faltar el tio,
Todos sus bienes los haya
De gozar aquel mastin,
Que no entiende una palabra
De español, ni sabe el credo,
Ni va á misa.

TIA MÓNICA.

¡Qué canalla!

BARON.

Ni ayuna, ni...

TIA MÓNICA.

¡Picaron!

BARON.

Pues por eso se pensaba
Hacerle una burla; el tio
Está en lo mismo, y se allana
A todo. El fin es casarle;
Y si la novia se encarga
De darle en dos ó tres años
Dos ó tres chiquillos, basta;
No la piden mas, y el otro
Se queda tocando tablas.
Con que ved si...

TIA MÓNICA.

Yo, señor,
Aunque á la verdad estaba
Bien ajena de pensar
En eso... pero se trata
De serviros, y podeis
Mandarme como á una esclava.
Y en todo aquello que yo
Pueda y...

BARON.

Bien.

TIA MÓNICA.

Si estoy turbada,
Señor, y no sé...

BARON.

Al instante
Quiero escribir lo que pasa
Al príncipe vuestro esposo,
Que está esperando con ansia
La resolucion.

TIA MÓNICA.

Decidle
Mil cosas.

BARON.

Ya estoy.

TIA MÓNICA.

Y gracias
Infinitas.

BARON.

Bien. Ahora
Voy á poner esas cartas.
Cuidad que no suba nadie
Por allá arriba, ni hagan
Ruido.

TIA MÓNICA.

Bien está.

BARON.

Porque
Al instante que las haya
Cerrado, me iré á dormir.

TIA MÓNICA.

¿Sin cenar?

BARON.

No tengo gana;
He comido bien.

TIA MÓNICA.

Siquiera
Unas sopas.

BARON.

Nada, nada.

TIA MÓNICA.

O un huevecito escalfado.

BARON.

No, no es menester. Mañana
Llevará un posta los pliegos
A Madrid, y así que él parta,
Me voy al meson... Adios.
Un abrazo. (*Abrazándose.*)

TIA MÓNICA.

Y mil.

BARON.

Honrada
Dueña.

TIA MÓNICA.

Servidora vuestra.

BARON.

Adios... La ausencia no es larga.

TIA MÓNICA.

Con todo, señor, si ahora
No llorase, reventara.
(*Enternecida y enjugándose las lágrimas. Toma una de las luces para ir alumbrando al Baron, el cual se la quita; la coge de la mano, se la besa respetuosamente, y se va con la luz por la puerta del foro.*)

BARON.

Hasta el domingo... ¿Qué haceis?

TIA MÓNICA.

Alumbraros.

BARON.

No faltaba
Mas.

TIA MÓNICA.

Pero si yo...

BARON.

Vos sois
Mi madre, no mi criada.

ESCENA IX.

TIA MONICA.

¡Bendito, bendito, amén!
¡Con qué respeto me trata
El pobrecito! ¡Qué humilde!
Si á boca llena me llama
Su madre... Pero no dice
Bien; no, señor... Si me faltan
Algunos dientes, tambien
Tengo las muelas muy sanas,
Gracias á Dios... ni me duele
La boca, ni... Pues me agrada
La especie de... ¡Bueno fuera
Que nos viniese de estranja
El otro bribon ahullando
En su lengua chapurrada!...
¡Maldito!... Pues aunque él viva
Mas años que Mariblanca,
Yo le juro que no lleve
Ni un alfiler, ni una hilacha.
No, señor, todo á los niños...
¡Ay, hijos de mis entrañas!
¡Angelitos!... ¡Sí, pues poco
Los querrá su padre! ¡Vaya!

ESCENA X.

PASCUAL, LA TIA MONICA.

PASCUAL.

Pues, señor, ya fui allá,
Y dije que le esperaban
Al instante.

TIA MÓNICA.

¿A quién?

PASCUAL.

Al sastre.

TIA MÓNICA.

¿Después de dos horas largas,
Te vienes con eso?

PASCUAL.

Pues
Fui y dije, digo: el ama
Está esperando al señor
Juan, y dice que le aguarda,
Que no deje de ir corriendo,
Corriendo, porque hace falta
Que vaya, y...

TIA MÓNICA.

Bien: ¿y qué dijo?

PASCUAL.

¿Quién, él? El no ha dicho nada.

TIA MÓNICA.

Pues qué, ¿no le has visto?

PASCUAL.

Yo,
No por cierto.

TIA MÓNICA.

Qué, ¿no estaba?

PASCUAL.

Sí, señora.

TIA MÓNICA.

¿Y no le dieron
El recado?

PASCUAL.

La Colasa
Se le dió.

TIA MÓNICA.

¿Con que vendrá?

PASCUAL.

¡Qué ha de venir!

TIA MÓNICA.

Pues acaba,
¿Por qué no viene?

PASCUAL.
Porque
ıe esta mañana...
ıor, el pobre sastre
oner unas tablas
ır, y una red
.r la ventana,
ɔ allí se le fué
ı, como andaba
clavos, y el pelo
edó en una escarpia...
ıllí se cayó
palo donde enganchan
:ha, cuando tienen
: sacos de paja;
ılli se cayó
de la Marta;
ıllí cayó al suelo,
ıllí por la trampa
va, zas, cayó
a, porque estaba
r, y desde allí
ın una tinaja
diente... Y desde allí
on á la cama,
ıs esté acostado
: salir de casa...
no puede venir.

TIA MÓNICA.
·do afortunada;
anto, cuando yo
, se descalabra.
ı ropa... Cuidado,
án lo que denotan los versos.)
adentro... Aguarda,
ue lo arrugas todo?

PASCUAL.
e no se me caiga.

TIA MÓNICA.
é aliño!

PASCUAL.
Si...

TIA MÓNICA.
Suelta;
endrá á doblarla;

PASCUAL.
en.

TIA MÓNICA.
Oyes, dí,
dejaste que entrara
ı esta tarde?

PASCUAL.
¿Yo?
Luego se me pasa
a no sé por qué.

TIA MÓNICA.
:on que le abras
ı otra vez... ¿Estás?

PASCUAL.

TIA MÓNICA.
Mientras no le llaman,
ıra qué venga. Dile,
otra vez, que el ama
ho que no le dejes
e está fastidiada
no quiere ni oirle
nas, que se vaya.
·ndes?

PASCUAL.
Pues ya se ve
ıtiendo. Si yo estaba
pio, y cuando vino
o: no está en casa
ı él dice: tonto,

Si la he visto á la ventana...
Con que entró, y aquí se estuvo.
Salió después... Yo pensaba
Que no volviera, y á poco
Cátale otra vez. Se para
A la puerta, y dice... No:
Entonces no dijo nada;
Cogió y se entró derechito
Sin hablar una palabra.
Con que yo, como le ví
Así, que no preguntaba
Cosa ninguna...

TIA MÓNICA.
¿Dos veces
Estuvo?

PASCUAL.
Dos... Pues si anda
Siempre... ¡Toma!... y hace señas...
Y anoche á las once dadas
Estuvo cantando, y...

TIA MÓNICA.
Bien,
Ya lo sé.

PASCUAL.
No era guitarra,
Era otra especie de...

TIA MÓNICA.
Si,
Ya estoy.

PASCUAL.
De instrumento.

TIA MÓNICA.
Calla.
¡Picarones!... todos, todos
Son contra mí, todos tratan
De burlarme; pero yo
Les prometo...
(Se va con mucho enfado sin atender á lo que dice Pascual.)

ESCENA XI.

PASCUAL.

Pues cantaba
Unas coplas... Eso sí,
Las coplas eran muy guapas,
Y... ¡Calle! ya se marchó.
Si está medio espiritada
Esta mujer... ¡Ay, qué rico
(Se acerca adonde está la ropa, desdobla una bata, y la examina por todas partes con admiracion.)
Zagal!... No, señor, que es bata,
Y con su cola y sus vuelos
Largos, y sus cintas... ¡Anda,
Majo!... ¡Y cómo cruje!... Apuesto
Que á mí me viene pintada.
¡Vaya, vaya, estas mujeres
Qué cosas tan buenas gastan!
Y es bien anchota... Probemos
(Se pone la bata, mírase á uno de los espejos, y empieza á pasearse de un lado á otro, afectando ademanes mujeriles.)
A ver... ¡Qué! si está cortada
Para mí... ¡Pobre Pascual,
Siempre vestido de lana
Churra!... ¡Ay, qué guapo! Así va
La médica por la plaza;
Lo mismo, lo mismo, así.

ESCENA XII.

PASCUAL, FERMINA, LA TIA MÓNICA.

FERMINA.
¿Qué estás haciendo? ¡No es mala
La diversion!

PASCUAL.
¡Ay! ¡Qué susto
Me has dado!

FERMINA.
Vamos, despacha.
(Harán lo que indica el diálogo.)
Ropa fuera... ¡Se habrá visto
Mayor zangandungo!

PASCUAL.
Vaya,
No te enfades... tira...

FERMINA.
Poco
A poco, que me lo rasgas.
¡Por vida de!...

PASCUAL.
No te enfades,
Mujer.

TIA MÓNICA, *llamando desde adentro.*
¡Fermina!

FERMINA.
¡Ay! que llama.

PASCUAL.
¿Qué te parece, si viene
Y nos pilla?

FERMINA.
Me alegrara.

PASCUAL.
Como está sobre la chupa,
Se arruga todo y se atasca.

TIA MÓNICA, *vuelve á llamar desde adentro.*
¡Fermina!

PASCUAL.
¡Válgate Dios!
Tira, mujer.

FERMINA.
Si no alargas
Un poco el brazo... ¡Ay! que viene.

PASCUAL.
Ya se ve que viene.

FERMINA.
Marcha,
Corre.

PASCUAL.
¿Adónde?

FERMINA.
¿Qué sé yo?
Al desván.

PASCUAL.
Arriba patas,
Al desván... Oyes, por Dios,
Que no digas...
(Hace que se va, y vuelve.)

FERMINA.
Corre y calla.
(Vase Pascual por la puerta del foro, con la bata á medio quitar y arrastrando.)

ESCENA XIII.

FERMINA, LA TIA MONICA.

TIA MÓNICA.
¿Dónde estás, sorda, que grito *(Sale.)*
Como una desesperada,
Y no respondes?

FERMINA.
Aquí,
Doblando esta ropa.

LA MOJIGATA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1804.

> Malus, bonum ubi se simulat tunc est pessimus.
> *Publio Syro.*

ADVERTENCIA.

Escrita y no corregida todavía á satisfaccion del autor la comedia de *la Mojigata*, empezaron á verse copias de ella desde el año de 1791. Durante los viajes de Moratin fuera de España, corrió esta pieza igual fortuna que la de *el Baron*, con poca diferencia. La representaron en muchas casas particulares de la capital, y se celebró el acierto con que la desempeñaron varios aficionados en casa del abogado Perez de Castro, y en la de la marquesa de Santiago. Los cómicos de las provincias la incluyeron en su caudal, y la representaban frecuentemente; solo mereció el autor á la estimacion que le profesaban los actores de Madrid, que se abstuviesen de darla al público, sabiendo que se proponia hacer en ella alteraciones muy esenciales, y que no podia serle agradable saber que la representaban sin su aprobacion por manuscritos tan viciados y tan llenos de errores suyos y ajenos.

A su vuelta hizo en ella las correcciones que le parecieron convenientes; y estudiada y ensayada por los cómicos de la compañía de la Cruz, se representó en aquel teatro el dia 19 de mayo de 1804. No hubo parcialidades, ni venganzas, ni conspiracion, ni alboroto : la esperiencia habia dado á conocer la inutilidad de estos medios, y el nombre del autor aseguraba ya los aplausos. El público la recibió con aprecio particular; no así los falsos devotos ni los críticos. Los primeros abominaron de ella, y no les faltaba razon; los segundos publicaron delicadas observaciones, en que manifestaron por una parte su laudable anhelo de ver el arte en toda su perfeccion, y por otra su corta inteligencia para indicar á los que le practican los medios de lograrlo. Las censuras produjeron elogios y defensas; y es de notar que unos y otras se escribieron con urbanidad y moderacion : prendas no muy comunes en este género de escritos, y que hoy dia totalmente se desconocen.

El autor, impasible en medio de estas disputas, y únicamente deseoso de que nadie le defendiese aunque muchos le criticasen, si algo encontró en aquellos opúsculos digno de atencion, supo aprovecharlo; y prescindiendo de todo lo que no le pudo convencer, remitió á sus propias observaciones en los efectos del teatro las enmiendas que hizo sucesivamente en esta y en las demás composiciones suyas.

Ponce desempeñó con perfeccion el papel de don Claudio. Pinto manifestó su acreditada inteligencia en el de don Luis, como Francisco Vaca en el de don Martin. Josefa Virg, estimable actriz, cuya flexibilidad se ha prestado siempre á los caracteres mas difíciles y mas opuestos entre sí, representó con acierto el descaro, el impaciente deseo de libertad, la astucia, la falsa devocion de doña Clara. María García sobresalió en el personaje de doña Inés. Para inferir que el de Perico mereció la aceptacion pública, baste decir que le hizo Querol. Francisco Lopez causó el sentimiento de que su papel del demandadero no fuese mas largo; porque en él pintó con escelencia un viejecillo tan pusilánime, inepto, encogido, frio, memo y ñoño como el autor le imaginó (*).

(*) Esta comedia salió impresa el año de 1804 con una dedicatoria en verso al príncipe de la Paz, cuya proteccion no seria inútil para vencer las dificultades que debieron ofrecerse á su representacion, de parte de aquellos que consideran peligroso presentar en el teatro las mañas de la hipocresía. Este es cabalmente el vicio que en nuestra opinion mas merece salir á la vergüenza; pues los demás se descubren por sí mismos con toda su fealdad y repugnancia; y este se oculta bajo una máscara seductora que conviene arrancar. Segun se dice en la advertencia, *la Mojigata* antes de salir al público se representó en casas particulares con arreglo á copias viciadas, que luego enmendó el autor. Estas copias sin embargo son todavía buscadas por los curiosos; pues no todas las correcciones fueron hechas con el objeto de mejorar el lenguaje, sino con el de evitar en lo posible escrúpulos y susceptibilidades, que ya no deben existir. La academia de la historia en su edicion modificó algun pasaje. Nosotros, siguiendo diferente camino, damos fielmente el testo de Moratin á tenor de la edicion de París; pero donde juzgamos que el autor hizo alteraciones por motivos ajenos á la literatura, ponemos por nota las variantes sacadas de las mas legítimas copias manuscritas.

LA MOJIGATA.

PERSONAS.

DON LUIS.
DON MARTIN.
DOÑA CLARA.
DOÑA INES.
DON CLAUDIO.
LUCIA.
PERICO.
EL TIO JUAN.

La escena es en Toledo, en una sala de casa de don Luis.

El teatro representa una sala de paso con algunos adornos, mesa y sillas. A la derecha habrá una puerta por donde se va á la calle; otra á la izquierda para las habitaciones interiores; otra en el foro, que es la del cuarto de don Claudio, y á un lado y otro de ella dos ventanas usuales.

La accion empieza á las diez de la mañana, y se acaba á las cinco de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Mira, hermano, si no quieres
Que riñamos muy de veras,
No hablemos mas del asunto;
Dejémoslo.

DON LUIS.

Tú te inquietas
Por nada. Cuando las cosas
No van segun tus ideas,
Regañas, gritas....

DON MARTIN.

¿Y cómo
He de llevar en paciencia
Lo que está pasando? ¿Y cómo
He de aprobarlo? ¿No es ella
Mi sobrina? ¿No eres tú
Mi hermano?

DON LUIS.

Nadie lo niega;
Pero, pues yo soy su padre,
Y está á mi cargo y tutela,
Déjamela gobernar.

DON MARTIN.

Es verdad.... ¡Y la gobiernas
Perfectamente!.... ¿A qué vienen
Dilaciones y reservas?
Llegó don Claudio a Toledo;
Se han visto ya; pues ¿qué esperas?
Cásalos.

DON LUIS.

Yo te diré.
Me escribió veces diversas
Don Pedro sobre el asunto;
Me levantó á las estrellas
Los méritos de su hijo;
Yo, que me acordaba apenas
De haberle visto pequeño,
Esperaba á que vinieran
Ciertos informes de Ocaña
Para darle una respuesta
Decisiva; pero el padre,
Que gasta poca paciencia,
Sin avisarme le hizo
Venir aquí. Siendo fuerza
Admitirle, no juzgué
Conveniente que supiera
Inés nuestras intenciones.
Al principio observé en ella
Un agrado indiferente,
Que presumí que pudiera
Con el trato ser amor;
Pero después, tan diversa
Se le ha mostrado, que siempre
Le recibe con tibieza
O seriedad. Yo, entre tanto,
Me confirmo en la sospecha
De que don Claudio es un poco
Simple, de mala cabeza....
Esta noche no ha dormido
En casa.... Yo sé que juega....
En fin, ello es necesario
Indagar qué vida lleva,
Y sobre todo saber
Si Inés admite contenta
Esta boda, ó la repugna.

DON MARTIN.

Es una cosa muy puesta
En razon.... Segun la niña
Lo determine y resuelva;
Y la autoridad del padre....

DON LUIS.

Esa autoridad se templa
En estos casos; pues todo
Lo demás fuera violencia
E injusticia.

DON MARTIN.

Sí, blandura,
Mimo, cariñitos.... Deja,
Deja, que ya verás pronto
Los efectos.

DON LUIS.

Quien te oyera
Hablar así, pensaria,
Segun lo que tú lo esfuerzas,
Que la muchacha camina
A su perdicion derecha,
Y que su padre la ofrece
Medios para que se pierda.

DON MARTIN.

Si observase la conducta
De su prima, allí aprendiera
A servir á Dios, á ser
Humilde, juiciosa y quieta.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pues ya se ve
Que sí.

DON LUIS.

¿Pues quién te lo niega?

DON MARTIN.

Es que yo sé bien por qué
Lo digo.... Hay gran diferencia
De prima á prima.

DON LUIS.

¿Y quién dice
Que no?

DON MARTIN.

Por mas que lo quieras
Negar.

DON LUIS.

¡Cierto que la tuya
Es una niña muy bella!
Siempre está metida en casa;
Ayuna cuando la observa
Su padre; cuando se va,
Se abalanza á la despensa
Y se desquita....

DON MARTIN.

No hay tal.

DON LUIS.

Sí hay tal. Hace sus novenas,
Reza la corona, tiene
Oracion mental, se encierra
En su cuarto, abre el balcon,
Y á oscuras, porque no pueda
Verla su padre, se pasa
La niña las noches frescas
De verano patullando
Con el cabo de bandera
De ahí al lado.

DON MARTIN.

No hay tal cosa.

DON LUIS.

Sí hay tal cosa. Como emplea
En el servicio de Dios
Las horas de esta manera,
No cose jamás, no aplancha,
No hace un punto de calceta,
No mueve un trasto, ni quiere
Ocuparse en las faenas
Propias de toda mujer,
Y deja el encargo de ellas
A su prima; pues la vida
Contemplativa y austera
No la permite atender
A las cosas de la tierra.
Cuando su padre la ve,
Libros devotos hojea;
Cuando queda sola, entonces
Es la lectura diversa:
Coplas alegres, historias
De amor, obrillas lijeras,

Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde, predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.
Estas obras de moral
Don Benito se las presta;
Ese estudiante andaluz,
Opositor à prebendas,
Que vive en el guardillon.

DON MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta,
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

¡Perversa
Envidia!

DON LUIS.

No hay tal envidia.

DON MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras;
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera
Ser, pero.....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No seré yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, sí, señor,
Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas
En que ha de ser.....

DON MARTIN.

Y será;
Porque yo quiero que sea,
Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades.
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No;
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

DON LUIS.

Ello así parece, pero
Haces muy mal en creerla.

DON MARTIN.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú, si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á ti
Te enamora y embelesa.

DON MARTIN.

¿Fingida virtud?

DON LUIS.

Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, escelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las mas lijeras
Faltas; gritabas; no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha....
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;
La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza
Para engañar á su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

DON MARTIN.

¡Bien! muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.

DON LUIS.

¿Te vas?

DON MARTIN.

Se acabó el sermon,
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!... ¡Qué tres!

(Se va don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.)

ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON LUIS.

Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos..... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

DON CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y.....

DON LUIS.

Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas,
Y que te lleven los trastos
Al meson..... Pero ¡que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas,
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demás, no dar respuesta
Con tino ni reflexion...
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y.....

DON CLAUDIO.

De esa manera,
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia
Si no permiten un poco
De libertad...

DON LUIS.

Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO.

Yo no sé cómo entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
A decir que es un huron;
Si no calla...

DON LUIS.

Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demás te demuestra
Que fuiste poco gracioso,
¿Por qué repites la escena?
¿Por qué quieres que á ti solo
Te escuchen? ¿Por qué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuelve.)

DON CLAUDIO, *aparte.*

Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.

DON LUIS.

Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu canticio infernal;
Que después de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.

(Vase por la puerta de la izquierda.

ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

(Saldrá Perico por la puerta del lado derecho.)

PERICO.

¡Señor!

DON CLAUDIO.

¡Periquillo! ¿Cómo?...

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.

Un abrazo y otro, y mil.
Vine anoche, estabais fuera...

DON CLAUDIO.

Sí, tuve que hacer.

PERICO.

Al fin
No es la prision muy estrecha,
Cuando hay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

Ya llevé mi reprimenda.
¿Y qué dices? ¿Qué hay de bueno
Por Ocaña? ¿Cómo dejas
A mi padre?

PERICO.

Tan contento
De la dicha que os espera.
Me dió una carta... Y por cierto
Que al mudarme la chaqueta
Me la dejé en el meson.

DON CLAUDIO.

¿Y no te ha dado siquiera
Algunos cuartos?

PERICO.

¿A mí?
Ni el valor de una peseta.
Dice que yo no le sirvo,
Que os presente á vos la cuenta,
Y que me pagueis sin falta,
Pronto, y en buena moneda.

DON CLAUDIO.

Bien dicho; pero no tengo
Un maravedí.

PERICO.

¡Pues fuera
Cosa de ver!... ¿Por ventura,
En tres semanas y media
Que falto de aquí...

DON CLAUDIO.

Sí, amigo.
¿Qué quieres? á uno le tienta
El diablo, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo
Qué tener mala cabeza

DON CLAUDIO.

Es verdad que yo he gastado
En comprar mil frioleras
Tambien; pero lo de anoche...

PERICO.

¿Y qué ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda
Ahí en casa del Zurdillo.

PERICO.

¡Bueno!

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?
Estuvo la Catujilla,
Y aquella moza trigueña...

PERICO.

¿La Virtudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;
Yo, y el hijo de la Crespa.

PERICO.

Adelante.

DON CLAUDIO.

¡La Catuja,
Hombre, qué chica tan bella!

PERICO.

Al caso.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos;
Y para alegrar la fiesta,
Un sarjento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

DON CLAUDIO.

Pues, amigo; sacó
La barajilla; se empeña
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero después se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
El echó cuatro por vidas,
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde,
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas
Tambien?

DON CLAUDIO.

Puse yo por ellas,
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

DON CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

DON CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir,
A ver si don Luis encuentra
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

DON CLAUDIO.

Toma; pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

DON CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

DON CLAUDIO.

Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste;
Pues de la propia manera
Ha seguido..... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO.

¡Qué desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero.....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.)

Quisiera
Ver si..... No..... Bien puede ser;
Pero..... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Vereis qué idea.
Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin.

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Después de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror. Qué sé yo?
Casas molinos, jaciendas,
Jolivas..... En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
El por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
Esta Clara, ¿se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla cuando la requiebran?
Si uno se arrima ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

DON CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla,
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacía
Intencion.....

PERICO.

¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella;
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y.....

DON CLAUDIO.

¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas.....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?

Novelas entretenidas,
Filosóficas, amenas,
Donde, predicando siempre
Virtud, corrupcion se enseña.
Estas obras de moral
Don Benito se las presta;
Ese estudiante andaluz,
Opositor á prebendas,
Que vive en el guardillon.

DON MARTIN.

Pues yo te doy por respuesta,
Que no he visto tales libros,
Ni pienso que ella los lea,
Ni sé de tal don Benito,
Ni he sospechado que tenga
Con nadie conversacion.

DON LUIS.

Pues todo es verdad.

DON MARTIN.

¡Perversa
Envidia!

DON LUIS.

No hay tal envidia.

DON MARTIN.

Bien está; dí lo que quieras;
No me podrás persuadir
Que la muchacha no es buena.
Y sobre todo, pensar
Que su disimulo llega
A tanto, que siendo alegre
Y revoltosa y traviesa,
Solo por disimular
En un convento se encierra
Para siempre, es un delirio
Que solo tú le dijeras.

DON LUIS.

No la he visto profesar.

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

Bien pudiera
Ser, pero.....

DON MARTIN.

Profesará.

DON LUIS.

No seré yo quien lo crea.

DON MARTIN.

Profesará, sí, señor,
Profesará.

DON LUIS.

Si te empeñas
En que ha de ser.....

DON MARTIN.

Y será;
Porque yo quiero que sea,
Y será.

DON LUIS.

Bien, no te enfades.
Pero si la trampa hiciera
Que renunciase las tocas,
¡Qué chasco para quien piensa
Heredarla en vida!

DON MARTIN.

No;
Por ese lado no temas.
No es niña de las de ahora,
No es cabecilla, ni anhela
A mas que á dejar el mundo
Por la estrechez de una celda.

DON LUIS.

Ello así parece; pero
Haces muy mal en creerla.

DON MARTIN.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque apenas dice
Palabra que verdad sea.
Si yo la conozco, si
La observo, si sé sus tretas
Mejor que tú, si no puede
Engañarme con aquella
Fingida virtud que á tí
Te enamora y embelesa.

DON MARTIN.

¿Fingida virtud?

DON LUIS.

Fingida,
Y la causa es manifiesta.
Cuando era niña mostraba
Candor, escelentes prendas;
Pero tú, queriendo ver
Mayor perfeccion en ella,
Duro, inflexible, emprendiste
Corregir las mas lijeras
Faltas; gritabas; no hacia
Cosa en tu opinion bien hecha....
Tu rigor produjo solo
Disimulacion, cautelas;
La opresion, mayor deseo
De libertad; la frecuencia
Del castigo, vil temor;
Y careciendo de aquellas
Virtudes que no supiste
Darla, aparentó tenerlas.
La hiciste hipócrita y falsa;
Y así que adquirió destreza
Para engañar a su padre,
Le engañó de tal manera,
Que solo cuando mas vicios
Tuvo, la creyó perfecta.

DON MARTIN.

¡Bien! muy bien!... Voy admirado
De razones tan discretas.

DON LUIS.

¿Te vas?

DON MARTIN.

Se acabó el sermon,
Y van á cerrar la iglesia.
Mira, tu don Claudio sube
Cantando por la escalera.
¿Si habrá dormido esta noche
Al fresco?... ¡Qué tres cabezas,
El padre, la señorita
Y el yerno!... ¡Qué tres!

(Se va don Martin por la puerta del lado derecho, y por la misma sale don Claudio.)

ESCENA II.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON LUIS.

Ya era
Tiempo de volver á casa.
Te aguardamos con la cena
Hasta las once, y al cabo
No te vimos..... Nunca vuelvas
A trasnochar de ese modo.

DON CLAUDIO.

Es que me detuve ahí cerca,
En casa de un conocido,
Que tiene una tos muy recia,
Y calentura, y.....

DON LUIS.

Pues mira
Que cuando otra vez suceda
No te canses en venir,
Porque haré cerrar las puertas,
Y que te lleven los trastos
Al meson..... Pero ¡que tengas
Tan poco juicio, que ayer
(Y eso que fué la primera
Vez) en casa de don Juan
Tales locuras hicieras!
Fumar donde nadie fuma,
Silbar, rascarse las piernas,
Y rebañar con el dedo
Las jícaras y lamerlas;
Interrumpir cuando hablaban
Los demás, no dar respuesta
Con tino ni reflexion...
¿Qué gracias eran aquellas
Tan pesadas que dijiste?
¿Quién te pudo dar licencia
Para correr por la casa,
Y derretir la manteca
En la cocina, escaldar
Al gato, y.....

DON CLAUDIO.

De esa manera.
Cuando vaya á alguna parte
Me habré de estar hecho un bestia
Si no permiten un poco
De libertad...

DON LUIS.

Pero es fuerza
Que esa libertad moderen
El respeto y la prudencia.

DON CLAUDIO.

Yo no sé cómo entenderlo.
Si uno calla, luego empiezan
A decir que es un huron;
Si no calla...

DON LUIS.

Si no encuentras
Medio, no es mucho que en ambos
Estremos necio parezcas.
Si ves que al ir á decir
Una gracia se te suelta
Un disparate, y el ceño
De los demás te demuestra
Que fuiste poco gracioso,
¿Por qué repites la escena?
¿Por qué quieres que á tí solo
Te escuchen? ¿Por qué no piensas
Antes lo que has de decir?
¡Que haya cátedras y escuelas
De saber hablar, y el arte
De callar nadie le enseña!

(Hace que se va, y vuelve.)

DON CLAUDIO, *aparte.*

Si me apura mas, tan fijo
Que le digo cuatro frescas.

DON LUIS.

Mira que voy á escribir
A mi cuarto. Si te quedas
En casa, por Dios te pido
Que no vayas á esa pieza
Jalbegada del rincon
A repetir la tarea
De tu canticio infernal;
Que después de ser tan bella
La voz que tienes, no sabes
Dejarlo, á todos molestas,
Y das tales alaridos
Que en la vecindad se quejan.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

DON CLAUDIO, PERICO.

(Saldrá Perico por la puerta del derecho.)

PERICO.

¡Señor!

DON CLAUDIO.

¡Periquillo! ¿Cómo?...

PERICO.

Como que estoy ya de vuelta.

› y otro, y mil.
·he, estabais fuera...

DON CLAUDIO.

que hacer.

PERICO.

Al fin
prision muy estrecha,
ay asuetos nocturnos.

DON CLAUDIO.

mi reprimenda.
ices? ¿Qué hay de bueno
a? ¿Cómo dejas
re?

PERICO.

Tan contento
ba que os espera.
na carta... Y por cierto
udarme la chaqueta
jé en el meson.

DON CLAUDIO.

ha dado siquiera
cuartos?

PERICO.

¿A mí?
›r de una peseta.
yo no le sirvo,
resente a vos la cuenta,
e pagueis sin falta,
y en buena moneda.

DON CLAUDIO.

ho; pero no tengo
vedí.

PERICO.

¡Pues fuera
ver!... ¿Por ventura,
semanas y media
› de aquí...

DON CLAUDIO.

Sí, amigo.
ieres? à uno le tienta
›, y...

PERICO.

¿Qué mayor diablo
›r mala cabeza?

DON CLAUDIO.

id que yo he gastado
›rar mil frioleras
ı; pero lo de anoche...

PERICO.

ha sido?

DON CLAUDIO.

Una merienda
casa del Zurdillo.

PERICO.

!

DON CLAUDIO.

¿Qué quieres que hiciera?
la Catujilla,
la moza trigueña...

PERICO.

tudes?

DON CLAUDIO.

Esa misma;
l hijo de la Crespa.

PERICO.

:e.

DON CLAUDIO.

¡La Catuja,
›, que chica tan bella!

PERICO.

'.

DON CLAUDIO.

Pues merendamos;
Y para alegrar la fiesta,
Un sarjento de milicias
Que le falta media oreja,
Viene, y... ¿Sabes de quién es
Primo? De la Molinera.

PERICO.

Ya.

DON CLAUDIO.

Pues, amigo; sacó
La barajilla; se empeña
El juego, y... ¡vaya!... Diez duros
Que importó la francachela,
Por una parte, y por otra
El... ¡Maldito de Dios sea!
Si en el sacanete siempre
Tengo una suerte perversa...
Eso sí, yo le gané
Las cuatro manos primeras;
Pero después se volvió
El naipe, y en hora y media
Que duró aquello, perdí
Cuanto puse y mas que hubiera.
El echó cuatro por vidas,
Se levantó de la mesa
Diciendo que era ya tarde,
Fuése, y á todos nos deja
Sin blanca.

PERICO.

¿Y á las muchachas
Tambien?

DON CLAUDIO.

Puse yo por ellas,
Porque no era regular...

PERICO.

¿Con que, en fin, de la remesa
Que vino ya no hay un cuarto?

DON CLAUDIO.

Nada, y... Yo no sé qué hiciera.
Y ese prendero maldito
Me va cogiendo las vueltas
Por un poco que le debo.

PERICO.

¿Tambien esa?

DON CLAUDIO.

Tambien esa.
Y dice que ha de venir,
A ver si don Luis encuentra
Modo de que yo le pague.

PERICO.

Y bien, dejarle que venga.

DON CLAUDIO.

Toma; pues si el viejo sabe
Eso, la hiciéramos buena.

PERICO.

¿Qué, ya empieza á regañar
El suegro en flor?

DON CLAUDIO.

Me revienta.

PERICO.

¿Y doña Inés?

DON CLAUDIO.

Doña Inés
Ya viste que andaba seria
Conmigo cuando te fuiste;
Pues de la propia manera
Ha seguido..... De las dos
Primas la que mas me peta
Es la Clarilla. Esa sí.
Y no he dejado de hacerla
Algunos cocos. A mí
Me gusta.

PERICO.

¡Qué desvergüenza!
Si quiere cantar maitines,
¿A qué vendrá distraerla?
Pero.....

DON CLAUDIO.

¿Qué es eso?

PERICO.

Dejadme.

DON CLAUDIO.

¿Qué te suspende?

PERICO.

(Hace ademanes de discurrir y vacilar en la resolucion.)

Quisiera
Ver si..... No..... Bien puede ser;
Pero..... ¡Divina ocurrencia!
Y se ha de hacer, no hay remedio.

DON CLAUDIO.

¿Pero qué?...

PERICO.

Vereis qué idea.
Supongo que ya sabeis
El gran fortunon que espera
Don Martin.

DON CLAUDIO.

¿Lo de Sevilla?
Algo sé.

PERICO.

Después de cena
Me contó ayer la criada
El caso letra por letra.
Ello es que los viejos tienen
En Sevilla (ó por mas señas
Ya no lo tienen) un primo
Beneficiado, que deja
Por su heredera absoluta
A doña Clara. La herencia
Es un horror... ¿Qué sé yo?
Casas, molinos, haciendas,
Jolivas..... En fin, el lance
Es que como da en la tema
De ser monjita, su padre
(Sin que nadie se lo pueda
Disputar) todo lo pilla.
El por instantes espera
La copia del testamento,
Teniendo noticias ciertas
De que ya el beneficiado
Goza de la vida eterna.
Pues aquí de mi invencion.
Esta Clara, ¿se mosquea
Cuando la dicen que es linda?
¿Chilla, cuando la requiebran?
Si uno se arrima, ¿le vuelve
Un torniscon, ó se alegra?

DON CLAUDIO.

Siempre que he llegado á hablarla,
Se ha mostrado muy risueña;
Pero como yo no hacia
Intencion.....

PERICO.

¿Qué, de quererla?
Pues ya es preciso. La otra
No os gusta, ni vos á ella;
Y al contrario, si podeis
Alzaros con la prebenda
De la novicia, y.....

DON CLAUDIO.

¡Qué pillo
Eres para cosas de estas!

PERICO.

Si en la gran Compluto fuí
El coco de las escuelas.

DON CLAUDIO.

Pues mira, tú la has de hablar,
Periquillo, y cuando veas.....

PERICO.

¿Yo? ¿Pues me he de casar yo?

DON CLAUDIO.

Hombre, si me da vergüenza....
Vergüenza no, sino así
Como.....

PERICO.

¡Pues cierto que es buena
Ocasion de timideces,
Y melindres é indirectas!
Vaya que no he visto tal.

DON CLAUDIO.

Pues, ¿y si luego nos echa
Noramala?

PERICO.

Probaremos.
Háganse las diligencias,
Y si da en que ha de ser santa,
Por muchos años lo sea.

DON CLAUDIO.

Gente viene.

PERICO.

Y es, no menos,
El señor Juan de Corella,
Demandadero mayor,
Por gracia de la abadesa,
Del consabido convento.
Segun dijo Lucigüela
Anoche..... Ya sé á qué viene.
Esperad en esa pieza
Mientras se va.

(Vase don Claudio por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

PERICO, EL TIO JUAN.

PERICO.

¡Señor Juan!
¡Oh, señor Juan!

TIO JUAN.

Esta esquela
Traigo para don Martin.
¿Se puede entrar?

PERICO.

Está fuera.

TIO JUAN.

¿Sois de la casa?

PERICO.

¿Pues no?
Y es mucho que no se acuerda
El señor Juan. A recados
Al convento me despean.

TIO JUAN.

Como yo no paro allí
Un instante.....

PERICO.

¿Y la parienta?
Siempre tan robusta, ¡eh! vaya.

TIO JUAN.

Si se murió por cuaresma.

PERICO.

¡Hombre!

TIO JUAN.

¡Toma!... Yo no sé
Si aquí os la deje ó si vuelva.
Estoy tan harto de andar.....
Es sobre aquello de Illescas.

PERICO.

Sí, de Illescas..... Por aquel
Censillo de las bodegas.

(Quitándole al tio Juan el papel de la mano.)

Bien, pues yo se la daré
A don Martin cuando venga.

TIO JUAN.

Mejor es.

PERICO.

Sí, y él irá
Por allá con la respuesta.

TIO JUAN.

No se olvide.

PERICO.

Quedo en ello.

ESCENA V.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

(Después de haber leido el papel hace estremos de alegría.)

¡Lindo!

DON CLAUDIO.

¿Qué locura es esa?
Hombre, qué...

PERICO.

¡Santo papel,
Que así nuestro mal remedias!

(Lee el papel, y luego le dobla y se le guarda.)

«J. M. y J.—Mi señor don Martin: á consecuencia del aviso que recibimos el otro dia de que usted nos habia hecho la caridad (Dios se la pague) de cobrarnos en Illescas, cuando volvió de Madrid, los tres mil y cuatrocientos reales de aquel censillo, habia dado órden á don Lorenzo el mayordomo para que pasase á ver á usted y se hiciera cargo de ellos; pero desde ayer está el pobrecito con un cólico terrible: el Señor quiera mejorarle, que harto se lo rogamos todas. El dador de esta es persona muy segura, y podrá entregarle dicha cantidad. Usted perdone estos enfados, dando memorias á todos los de su casa, y á nuestra Clara en particular, que deseamos verla, y pedimos á Dios la dé su gracia para que le sirva.—B. L. M. de usted su mayor servidora.—Juana María de la Resurreccion del Señor, abadesa indigna.»

DON CLAUDIO.

¿Y qué sacamos con eso?

PERICO.

¡Ahí es una friolera!
¿Este don Martin me ha visto?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué sé?

PERICO.

Vamos con flema.
Cuando llegamos de Ocaña
Un mes ha, ¿no estaba él fuera?

DON CLAUDIO.

En Madrid, que luego vino.

PERICO.

Muy bien; y antes de su vuelta
¿No me fuí yo?

DON CLAUDIO.

Sí.

PERICO.

¿Y anoche
No me estuve en esas piezas
De ahí adentro, que ninguno
Me vió sino la doncella?

DON CLAUDIO.

Tú lo sabrás.

PERICO.

Yo lo sé...
Y don Martin por mas señas
¿No es medio cegato?

DON CLAUDIO.

Y mucho.

PERICO.

¿Sí? Pues la trampa está hecha.
Si no pagais al prendero,
Se enfada, viene, lo cuenta,
Y nos pierde... Sin dinero
Ninguno paga sus deudas.
Yo conozco al señor Juan,
Y él no sabe quien yo sea...
Por otra parte, las madres
No han de ser tan avarientas,
Que hoy mismo quieran los cuartos.
Mañana tomo soleta,
Y voy á Madrid.

DON CLAUDIO.

¿A qué?

PERICO.

A encargos y diligencias
Sobre el pleito.

DON CLAUDIO.

Ya.

PERICO.

Pues bien,
Me voy; y aunque el hombre vuelva,
¿A quién dirá el desdichado
Que entregó la triste esquela?
Sospechan en mí, no importa.
Me escriben, respondo; vuelta
A escribir y á responder;
Los canso, se desesperan...
Y si el asunto va mal,
Que me escriban á Ginebra.
Además, como se logre
Que doña Clarita os quiera,
Entonces... Pero ella viene.

DON CLAUDIO.

Háblala, mira, no pierdas
Este lance.

PERICO.

¿Pero vos
Teneis trabada la lengua?

DON CLAUDIO.

Ya viene. Adios.

(Vase por la puerta de la derecha.)

PERICO.

¿No hay remedio?
Pues buen ánimo, y á ella.

(Se sienta de espaldas á la puerta por donde sale doña Clara, y hablará como si creyese estar solo. Doña Clara escucha y le observa.)

ESCENA VI.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

¡Válgate el diantre, la niña,
Qué presto ha dado por tierra
Con mi buen señor!

DOÑA CLARA.

¡Perico!

PERICO.

Y ahí es decir que nos queda
Esperanza... ¡pobrecito!...
De que se seque y se muera.
¿Qué ha de esperar? Que la encierren,
La pelen, y no la vea
Jamás.

DOÑA CLARA.

¿Si será por mí?

PERICO.

ır! ¿Y no valiera
ırselo? ¡Ha de ser
la, tan indigesta,
do a aquel infeliz...
e ser, aunque fuera
ınton.

DOÑA CLARA.

¡Periquillo!

PERICO.

a de haber que consienta
nuchacho, tan muchacho,
ı solariega,
tuera tontamente
vo de mas fuerza
que la al Clarita
ısa y pispireta,
tiene la boca
la y pequeña
tiene los ojos
, y... Pues por esa
ılla ha de curarle,
l mal nos vino de ella.

*nta fingiendo sorpresa de ha-
ver visto á doña Clara.)*

DOÑA CLARA.

Qué, ya has venido
a?

PERICO.

Y aun mejor fuera
venido.

DOÑA CLARA.

¿Por qué?

PERICO.

ı... ¡Si lo supiera!...

DOÑA CLARA.

alo?

PERICO.

No, señora.

*etirando, y finge hablar entre
unas espresiones, segun lo in-
l diálogo.)*

DOÑA CLARA.

¿Adónde?

PERICO.

A la iglesia

DOÑA CLARA.

Porque yo vengo

PERICO.

'ero ¿qué se arriesga?

DOÑA CLARA.

es?

PERICO.

Si el desdichado
ı salud por estas
ıs, para mí
cargo de conciencia.
si me quereis
r...

DOÑA CLARA.

Di lo que quieras.

PERICO.

s solos?

DOÑA CLARA.

Parece

PERICO.

o tiemblo...

DOÑA CLARA.

No temas.

PERICO.

Si me prometeis callar...

DOÑA CLARA.

Estraño que me lo adviertas.

PERICO.

Pues, señora, perdonad
Mi atrevimiento, y...

DOÑA CLARA.

¿Qué intentas?
¿A qué quieres atreverte?

PERICO.

No os altereis. Quien espera
Hallar compasion en vos
No vendrá á haceros ofensa.

DOÑA CLARA.

En fin, ¿qué quieres?

PERICO.

Contaros
Un chasco, una morisqueta
De amor. Don Claudio se quiere
Volver á Ocaña; no encuentra
Quietud en Toledo, y juzga
Que es el remedio la ausencia.
El no quiere á doña Inés,
La aborrece.

DOÑA CLARA.

¿Qué me cuentas?

PERICO.

Y al mismo tiempo por otra
Está que se desespera.

DOÑA CLARA.

¿Qué dices? ¡Cosas del mundo!
¿Con que es de Ocaña?... Por fuerza,
De allí será.

PERICO.

No, señora,
No es de allí.

DOÑA CLARA.

¡Pues qué! ¿Pudiera
Tener ya en Toledo amores?
Dímelo todo... y no temas
Que se lo cuente á mi prima,
No.

PERICO.

¿Con que ha de ser? Pues ea.
Señora, él os quiere, y...

DOÑA CLARA.

¿Cómo?

PERICO.

Y os quiere de tal manera
Que es frenesí.

DOÑA CLARA.

¡Qué osadía!
Pues... vete, vete, y no vuelvas
A verme nunca.

PERICO.

De vos
No esperaba otra respuesta.
Por falta de reprension
Y de consejos no queda,
Que bien claro se lo he dicho;
Pero la pasion le ciega...
Quedad con Dios. *(Hace que se va.)*

DOÑA CLARA.

Oyes, mira.

PERICO.

¿Qué he de ver? Harto se muestra
Que no teneis caridad.
¿Qué podeis decir que sea
Nuevo para mí? ¿Que vais
A ser monja? Enhorabuena.
¿Que es un loco? Los amores
Pierden la mejor cabeza.

(Hace que se va.)

DOÑA CLARA.

Mira.

PERICO.

Dejadme, por Dios.

DOÑA CLARA.

¿Con que esa pasion es cierta?

PERICO.

¡Ay, señora! ¿Lo dudais?

DOÑA CLARA.

¿Pues quién me asegura de ella?

PERICO.

Vuestros ojos.

DOÑA CLARA, *riéndose.*

¡Ah, bribon!...

PERICO.

Pero si se considera,
Yo no sé qué inconveniente
Puede haber...

DOÑA CLARA.

Calla, que empiezas
A irritarme.

PERICO.

Otras habria
Que admitiesen la fineza
De un amante tan leal:
Pero vos... ¡Ah, ¡si yo os viera
Casada con él... casada,
Entre los mimos y fiestas
De hermosas criaturitas,
Vivarachitas, traviesas
Como su madre!

DOÑA CLARA.

Perico,
Vete... ¡Ay, Dios! toda me inquietas.

PERICO.

Aunque mireis con horror
El matrimonio, pudiera..

DOÑA CLARA.

No, yo no le tengo horror.

PERICO.

Pues ¿qué detencion es esa?
El es de buena familia,
De buena edad, buenas prendas...

DOÑA CLARA.

Eso sí; no es mal muchacho.

PERICO.

La verdad: ¿no le quisierais
Para marido? ¿No os gusta?
¿No tiene linda presencia?

DOÑA CLARA.

Sí, déjame.

PERICO.

¡Pobrecillo!
¡Qué desesperadas nuevas
Le voy á dar!... Es inútil
Hablar mas de la materia.

(En ademan de irse.)

DOÑA CLARA.

¿Te vas?

PERICO.

¿Qué he de hacer?

DOÑA CLARA.

Atiende.
Dile...

PERICO.

Sí, que nunca os vea.

DOÑA CLARA.

No es eso.

PERICO.

Que si se quiere
Morir de amor, que se muera.

DOÑA CLARA.

No, sino... Tú no me entiendes.

PERICO.

¿Cómo quereis que os entienda?

DOÑA CLARA.

Dile... Que es un atrevido...
¡Ay, Periquillo! ¡Me cuesta
Tanto rubor!

PERICO.

¡Qué locura!
¡Vaya! Sobre que se juega
Limpio.

DOÑA CLARA.

Dile que vendré
A hablar con él esta siesta
Aquí mismo, que me espere...
Pero decirlo pudieras
Como que sale de tí.

PERICO.

¡Oh! bien. A mi cargo queda.
Pero, ¿no le digo mas?

DOÑA CLARA.

Harto es eso.

PERICO.

Mas quisiera.

DOÑA CLARA.

Vete, vete.

PERICO.

Pero no
Me le riñais cuando venga.
¿No?

DOÑA CLARA.

Bien, no le reñiré.

PERICO.

Que el quereros no es ofensa.
(Vase por la derecha.)

DOÑA CLARA.

Adios, picarillo, adios.

ESCENA VII.

DOÑA CLARA, LUCIA.

DOÑA CLARA.

Muchacha, estoy muy contenta.
Ya no hay tocas, ya no hay torno.

LUCÍA.

Pues ¿qué novedad es esa?
Ya sé que no le ha de haber.

DOÑA CLARA.

Sí; pero no es lo que piensas.
Don Claudio está enamorado
De mí.

LUCÍA.

¡Calle!

DOÑA CLARA.

Sí; y no creas
Que es un pasatiempo, no;
Es cariño muy de veras.
A la siesta nos veremos
Para tratar lo que deba
Disponerse, y...

LUCÍA.

Ya que hablais
De eso, sabed que os espera
En la esquina, deseando
Un ratillo de parleta,
El hijo de la escribana.

DOÑA CLARA.

Anda, ve y dile que vuelva
Después, ó no venga mas.

LUCÍA.

Es ingratitud muy fea.

DOÑA CLARA.

¿Qué importa? Le quise ayer,
Porque imaginé que fuera
Preciso valerme de él;
Pero ya tiene licencia
De mudarse.

LUCÍA.

Yo no alcanzo
Por qué con tal lijereza
De ese don Claudio os fiais.

DOÑA CLARA.

¿Qué sabes tú, majadera?
Si desde el punto que vino
Observé la indiferencia
Que gastaba con mi prima;
En el estrado y la mesa
Se sentaba junto á mí,
Y yo, que no soy muy lerda...
Ayer mismo me cogió,
Sin que nadie lo advirtiera,
Esta mano, y la apretó
Tanto, y dijo: ¡Ay, Clara bella,
Monilla, guapilla!

LUCÍA.

Y vos,
¿Qué dijísteis?

DOÑA CLARA.

¿Qué pudiera
Decirle estando allí todos?
Me puse... así... muy contenta.
Le miré, y no mas.

LUCÍA.

El gusto
Será, si las cosas llegan
A efecto, ver á los viejos.

DOÑA CLARA.

¿Qué han de hacer cuando lo sepan?
Y sobre todo, primero
Soy yo.

LUCÍA.

¿No temeis la fiera
Condicion de don Martin?

DOÑA CLARA.

¿Y por qué debo temerla?

LUCÍA.

Porque si os casais, no habrá
Quien su cólera detenga.
Y como le habeis sabido
Embobar con apariencias
De santica...

DOÑA CLARA.

Hija, en el mundo
El que no engaña no medra;
Y hoy mas que nunca conviene
Usar de astucia y reserva.
Fingir, fingir... Si mi padre
Trata de heredarme, y piensa,
Después de haberme tenido
Tan abatida y sujeta,
Que he de sepultarme en vida,
Valiente chasco se lleva.
Harto he sufrido. Ya es tiempo
De romper estas cadenas,
De vengarme, y de vivir.

LUCÍA, *mirando adentro.*

Vuestra prima.

DOÑA CLARA.

Salte afuera,
Que la he dicho que tenia
Que hablar á solas con ella...
Y al arrimon le dirás...
Que me duele la cabeza.

ESCENA VIII.

DOÑA CLARA, DOÑA INES.

DOÑA INÉS.

Y bien, Clarita, ¿qué ocurre?

DOÑA CLARA.

Que me saques de una estrema
Inquietud.

DOÑA INÉS.

¿Cuál es la causa?

DOÑA CLARA.

Como tu bien me interesa
Tanto... Dime, este don Claudio,
Que segun todos sospechan
Ha venido á ser tu novio,
¿Es de tu gusto? De veras,
¿Le quieres?

DOÑA INÉS.

¿Yo? No por cierto.
¿Imaginas que pudiera
Prendarme de él?

DOÑA CLARA.

¡Lindamente
Disimulas!

DOÑA INÉS.

¡Qué simpleza!

DOÑA CLARA.

¿Con que no le quieres?

DOÑA INÉS.

No.
Porque no hay cosa que vea
En él que no me disguste.

DOÑA CLARA.

¿Y si tu padre se empeña
En ello?

DOÑA INÉS.

No, no es capaz
De empeñarse en que yo sea
Infeliz... Me quiere mucho,
Y tiene mucha prudencia.

DOÑA CLARA.

No te puedo ponderar,
Inés, cuanto me consuela
Que pienses así. Yo estaba
En estremo descontenta,
Temiendo que ibas á hacer
Una locura.

DOÑA INÉS.

No temas.

DOÑA CLARA.

El, en efecto, parece
Un hidalguito de aldea,
Vanidoso, tonto y pobre,
Aturdido, mala lengua...
¡Y qué figura tan rara!

DOÑA INÉS.

En eso, prima, no aciertas;
Que es buen mozo.

DOÑA CLARA.

Si te gusta,
Inés, en buen hora sea.

DOÑA INÉS.

Pero ¿qué tiene que ver
Que le quiera ó no le quiera
Para decir la verdad?
El me fastidia, me apesta,
No puedo sufrirle; pero
Es buen mozo.

DOÑA CLARA.

No hay belleza
Sino en Dios; las criaturas
Todas somos imperfectas.

ÑA INES.
n eso?
ÑA CLARA.
En fin,
lesprecias,
no te inclines
seas

ÑA INÉS.
Prima, yo
a, muy lega,
a al mundo.
ÑA CLARA.
ue nos cercan
peligros?
OÑA INÉS.
ero piensas
ad de un claustro
se encuentran (1)?
ÑA CLARA.
virtud...
OÑA INÉS.
en cualquiera
liz...
ÑA CLARA.
que aquella
, humilde,
mas perfecta.
OÑA INÉS.
consigo
n serias,

s *primitivas dicen* :
ora que puede una
da de jerga,
en un rincon,
a rincon padezca
s debilidades
lemás nos molestan?
DOÑA CLARA.
do la virtud?
DOÑA INÉS.
d; pero esta
odas las clases
, lo cual es prueba
hombre santifica
no que sea
pion le dé
ciones que tenga.
DOÑA CLARA.
e en las religiones...
DOÑA INÉS.
heil que pudiera
sto? Yo conozco
muy perfectas;
o todas, que tienen
verdadera,
ligámoslo así,
á en la tierra:
mbien he visto
s y doncellas
gion, honor,
nto, prudencia,
ca y alegría
les que nos cercan;
labra, he visto,
confusion vuestra,
sirven á Dios
rvirle desean.
DOÑA CLARA.
e negarás
enos espuesta
elijo.
DOÑA INÉS.
Seria
nos imprudencia
persuadir:
nacion es cierta,
ero no juzgues
no te imita yerra.
ado que se oponga
l mas austera;
mejor aquel
mitió sin violencia.
con un hombre
l amor me uniera,
do de esposa y madre
nes estrechas,
tan virtuosa
con la correa,
alario, tus tocas,
as de estameña.

Que el empeño de cumplirlas
Hará temblar á cualquiera.
Mucho de Dios necesita
La que á tanto se resuelva;
Porque si las cumple bien,
Prodigioso esfuerzo cuesta;
Y si no, después de amarga
Vida, ¡qué suerte la espera!

DOÑA CLARA.
Eso sí, tú siempre... Vamos,
Se conoce que no apruebas
Mi eleccion.

DOÑA INÉS.
¿No he de aprobarla?
Sí, prima; y no te parezca
Que yo la repugne en tí,
Porque á mí no me convenga.
Yo, que me conozco, y veo
Mi débil naturaleza,
Llena de temor, elijo
La menos difícil senda.
Tú vas por otra, y vas bien,
Si tienes constancia y fuerzas,
Y mucha virtud, que al fin
La perfeccion está en ella.

DOÑA CLARA.
Eso apetezco, esa es
La felicidad que anhela
Mi corazon.

DOÑA INÉS, *con ironía.*
¡Qué bien haces!

DOÑA CLARA.
Allí viviré contenta.

DOÑA INÉS.
Y aun aquí no vives triste.

DOÑA CLARA.
¿Cómo?

DOÑA INÉS.
Digo, que no dejas
De procurar distracciones...

DOÑA CLARA.
¿Qué quieres decir?

DOÑA INÉS.
Honestas,
Se supone.

DOÑA CLARA.
Pero...

DOÑA INÉS.
Anoche,
Con aquel tiple y aquellas
Coplas... ¡Tal cual! Ello sí,
Cantaron mil desvergüenzas,
Pero la sierva de Dios
Allí se estuvo muy quieta...
Y hubo tosecilla y...

DOÑA CLARA.
Calla,
No me apures la paciencia,
Mira, que...

DOÑA INÉS.
¡La santa!

DOÑA CLARA.
Calla,
Que te arrancaré la lengua.

ESCENA IX.

DON MARTIN, PERICO, DOÑA CLARA, DOÑA INES.

(Perico sale vestido ridículamente con casaca, manguito y baston, un parche en un ojo, y cojeando.)

DON MARTIN.
Entrad, caballero. Niñas...
(Vanse doña Clara y doña Inés.)

PERICO.
Pues aquí teneis la esquela.
(Le da la esquela á don Martin.)

DON MARTIN.
Si me permitís...

PERICO.
Leed.
(Lee don Martin. Perico se pasea, y se limpia el sudor con un pañuelo.)

DON MARTIN.
¡Válgame Dios!

PERICO.
¿Qué os inquieta?

DON MARTIN.
¿Con que el pobre don Lorenzo?...

PERICO.
Sí, amigo, ¡quién lo dijera!
Después de diez años largos
Que no le he visto, se acuerda
De morirse... ¡Es mucho trago!
Y ahí es decir que me queda
Otro hermano.

DON MARTIN.
¿Luego vos
Sois su hermano?

PERICO.
Un mes me lleva.
Yo me llamo don Sempronio
De Hinestrosa; mi parienta
Se llama doña María
Godinez Rivadeneira;
De mis hijas, la mas gorda
Se llama doña Teresa;
La menor, doña Guiomar;
Y entrambas por consecuencia
Son sobrinas del difunto.

DON MARTIN.
¿Murió?

PERICO.
No; pero sospechan
Que morirá... Si queréis
Entregarme lo que reza
El papelito.

DON MARTIN.
Al instante:
Voy allá... *(Hace que se va, y vuelve.)*
Pero ello es fuerza
Que hiciese algun disparate
Al comer.

PERICO.
Si no que sea
Que ayer tarde merendó
Un cochinillo con setas...

DON MARTIN.
Eso basta.

PERICO.
Ya se ve
Que basta y sobra; y pudiera
Ser suficiente á matar
Al convidado de piedra.

DON MARTIN.
Cierto que ha sido un...

PERICO.
Anoche
A eso de las once y media
Le entró tal calenturon,
Que pensamos que se fuera
Por la posta... Convulsiones,
Hipo, delirio... ¡Tremenda
Noche! Todos aturdidos,
Toda la casa revuelta...
Juntáronse tres doctores,
De los de mas reverendas,
Que tienen atarugadas

De difuntos las iglesias... (2)
Todo se volvió visajes,
Y polvos, y citas griegas;
Pero viendo que el paciente
No mejoraba con ellas,
Le recetaron la uncion,
Que para el alma es muy buena.

DON MARTIN.

¡Qué desgracia!

PERICO.

La mayor
Que sucedernos pudiera...
Si me quereis despachar...

DON MARTIN.

(Hace que se va, y vuelve.)
La pobre doña Vicenta
¿Cómo está?

PERICO.

¿Cómo ha de estar?
Traspasada... Si quisiérais
Despacharme...

DON MARTIN.

Sí, al momento
Iré, si me dais licencia,
A buscar ese dinero.

PERICO.

Id con Dios.

ESCENA X.

PERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

Tenemos hechas
Mil diligencias. La niña
Mas blanda está que una breva.

DON CLAUDIO, *desconociéndole.*

¡Periquillo!

PERICO.

El mismo soy.

DON CLAUDIO.

He vuelto á saber que nuevas...

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Pero ¡qué traje,
Hombre!...

PERICO.

Vamos, no se pierdan
Los instantes. La monjita
Por vos se deshace y quema.
A la siesta no salgais,

(2) *Dicen las copias citadas:*
Comenzaron á tratar
De la dignidad escelsa
Del arte, su antigüedad,
Sus notorias preeminencias
Y blasones, despreciando
Bisturí, vendaje y tienta;
Todo se volvió dicterios,
Bramidos y citas griegas;
Pero cuando se acordaron
Del enfermo, allí fué ella;
Allí fué sacar retazos,
Vengan al caso ó no vengan,
De Hipócrates el divino,
Villacorta, Albini, Heredia,
Antonini, Celso, Harheo
Y una infinita caterva
De homicidas, que trataron
De cólicas verdinegras:
Dale con el mesenterio,
El píloro, las vertébras,
El tejido celular
Y la hemorroidal interna;
Y dale con que si el clister
Fué invencion de la cigüeña.
En fin, viendo que el paciente
No mejoraba con esas,
Le recetaron la uncion,
Que es para el alma muy buena.
DON MARTIN.
¿Pero no rompió?
PERICO.
¿Romper?
Sí; romper: en esto piensa.
¡Ay, señor! ya no hay remedio.

Que ha de venir á esta pieza
A hablar con vos del asunto
Matrimonial.

DON CLAUDIO.

¿Sí? ¿de veras?

PERICO.

De veras... Pero id al cuarto,
Que si don Martin nos viera
Hablar, éramos perdidos.
Al cuarto.

DON CLAUDIO.

Pero ¿qué intentas?

PERICO.

Al cuarto.

ESCENA XI.

PERICO, DON MARTIN.

DON MARTIN.

Pues aquí está
(Le da un papel con dinero.)
Todo, y en buena moneda.
Contadlo.

PERICO.

No, ¿para qué?

DON MARTIN.

Sí, contadlo, que pudiera
Haber equivocacion.

PERICO.

¿Y las niñas están buenas?
(Se pone á contar el dinero sobre la mesa.)

DON MARTIN.

Sin novedad.

PERICO.

¡Cuántas veces
Me escribió mi hermano de ellas!

DON MARTIN.

Pues apenas las conoce.

PERICO.

No importa para que sepa
Sus prendas y las estime.
Uno, dos, tres... ¿Y no piensa
Doña Clarita en casarse?

DON MARTIN.

¡Ay! no, señor; esa lleva
Otro destino mejor.

PERICO.

¿Con que al fin está resuelta
A dejar el siglo? ¡Bueno,
Bueno, bueno!... Y dos son treinta;
Treinta y uno, treinta y dos,
Treinta y tres... Y mas valiera
Que la imitase su prima.

DON MARTIN.

No es para malas cabezas
Esa vocacion.

PERICO.

Ya sé
Que es un poquillo sardesca;
Pero su padre...

DON MARTIN.

¡Su padre!
Siempre estamos en quimera
Por eso.

PERICO.

Cuarenta y ocho,
Cuarenta y nueve, cincuenta.
(Envuelve el dinero en el papel, y le guarda.)
Cabal está... Sí, don Luis
No tiene aquella prudencia,
Aquel tino... Con que, amigo...

DON MARTIN.

Dad á la madre abadesa
Memorias, y vos, mandad.

PERICO.

Solo serviros desea
Don Sempronio de Hinestrosa.

DON MARTIN.

Me holgara de que pudiera
El pobre enfermo escapar.

PERICO.

Es muy duro de cabeza,
Y si da en que no ha de ser,
Se habrá de morir por tema.

DON MARTIN.

¡Pobre mozo!

PERICO.

Sí por cierto.

DON MARTIN.

Permitid...
(Don Martin quiere irle acompa[...] y él lo rehusa.)

PERICO.

No, que es molestia.

DON MARTIN.

Hasta la puerta no mas.

PERICO.

Vos hareis que no me mueva
De aquí.

DON MARTIN.

Pues mandad, y adios.
(Vase por la puerta del lado izquie[...] y después Perico por la derecha.)

PERICO.

Esto sí que me contenta.
La muchacha ya nos quiere,
El viejo dió las pesetas,
Don Claudio revive, y yo
Tengo mi cobranza cierta.
Fortunilla, no te mudes
De madre mimona en suegra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, LUCIA, DON CLAU[...]

(Estarán cerradas las ventanas, [...] teatro oscuro. Doña Clara y Luc[...] encaminan acia la puerta del cu[...] de don Claudio.)

DOÑA CLARA.

Pisa quedito, no sea
Que la gente alborotemos.

LUCÍA.

Mucho temo que nos pillen.

DOÑA CLARA.

Chito.

LUCÍA.

Si apenas resuello.

DOÑA CLARA.

Mira si aguarda don Claudio.

LUCÍA.

Allá voy.
(Lucía se adelanta, llama, y sale [...] Claudio.)
Si sale el viejo,
Y en estos malos fregados
Coge á la niña, ¡qué bueno!
¡Don Claudio!...

DON CLAUDIO.

¿Quién es?

LUCÍA.

Salid.

DON CLAUDIO.

Ya te sigo; pero llevo
Un miedo, que es un horror.

LUCÍA.

No temais, que á mayor riesgo
Nos esponemos nosotras.
Vos sois hombre de provecho,
Y os importarán muy poco
Treinta palos mas ó menos.
Aquí está.

DOÑA CLARA.

Señor don Claudio.

DON CLAUDIO.

Doña Clara, mucho os debo,
Mucho, mucho...

DOÑA CLARA.

Ten cuidado
No nos oigan y lo echemos
Todo a perder. *(Lucía se retira.)*
Periquillo
Me habló del cariño vuestro;
Yo vengo á saber de vos
Si lo que asegura es cierto;
Porque me admira infinito
Que un hombre... que un caballero
De prendas así varíe
De inclinaciones tan presto.
Mi prima, ¿en qué desmerece
Para que os deba un desprecio?
¿Es menos linda que yo?

DON CLAUDIO.

Es que no consiste en eso,
Sino...

DOÑA CLARA.

Pues ¿en qué consiste?

DON CLAUDIO.

Yo, acá, bien me lo comprendo;
Pero no me sé esplicar.
Tiene doña Inés un cierto
No sé qué, que no me gusta;
La verdad... Yo no me meto
En si es bonita ó es fea,
En si tiene ó no buen genio;
Pero...

DOÑA CLARA.

Ved que vuestro padre
Aprueba este casamiento,
Y á este fin os envió.

DON CLAUDIO.

Pero bien, si no la quiero.

DOÑA CLARA.

Yo no alcanzo la razon.

DON CLAUDIO.

Ni yo tampoco lo entiendo.
Ella es muy buena muchacha,
Muy honrada, no lo niego;
En fin, yo...

DOÑA CLARA.

Mucho arriesgais,
Don Claudio; pues al saberlo
Mi padre, el vuestro, y mi tio,
Se habrán de enfadar por ello,
Y con razon.

DON CLAUDIO.

¿Y qué importa?

DOÑA CLARA.

Y dareis un sentimiento
A mi prima.

DON CLAUDIO.

¡Eh! doña Inés,
Segun lo que en ella veo,
No podrá sentirlo mucho.

DOÑA CLARA.

¿Por qué no?

DON CLAUDIO.

Porque sospecho
Que no me quiere gran cosa.

DOÑA CLARA.

Si á vuestros merecimientos
Igualara su pasion,
Mucho debiera quereros...
Pero es menester tambien
Para amar entendimiento.

DON CLAUDIO.

¡Oh, si fuera como vos!

DOÑA CLARA.

Yo, don Claudio, no pretendo
Canonizar mi conducta
A costa de su desprecio.
Solo sé que de las dos
Es tan diferente el genio,
Tan opuestas las costumbres,
Que en nada nos parecemos.
Esto habrá dado ocasion
Para que algunos sujetos
De prendas muy estimables
(Tal vez sin yo merecerlo)
Pongan los ojos en mí;
Pero, don Claudio, os protesto
Que, ingrata á su amor, hallaron
Solo indiferencia y tedio.
Siempre retirada en casa,
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este traje
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun así... ¡Somos tan malos!...
Mas no todos hacen esto.
Mi prima... Es al fin mi sangre,
Y sobre todo, no quiero
Que nadie piense de mí
Que sus acciones reprendo;
¡Jesus! eso no.

DON CLAUDIO.

Es verdad,
Pero acá bien conocemos
Lo que va de prima á prima.
Ese garbito, ese aseo,
Ese modo de mirar,
Doña Clara, ¡es mucho bueno!

DOÑA CLARA.

Y sobre todo, don Claudio,
La virtud, recogimiento
Y santo temor de Dios
Es lo principal. Yo veo
Muchas de mi edad (y acaso
Tengo bien cerca el ejemplo)
Que interpretando á su modo
Procederes deshonestos,
Llaman cultura y donaire
Lo público del esceso,
Lo escandaloso del vicio...
¡Ay, mi don Claudio, qué tiempos
Alcanzamos!... Ya se ve,
¡El mundo, el mundo!

DON CLAUDIO.

Ello es cierto
Que se ven cosas que pasman...
(*Ap.* Si dura el sermon reviento.)

DOÑA CLARA.

Por eso no haciendo cuenta
Ni de los bienes que heredo
En Sevilla, ni pagada
De amorosos rendimientos,
Blandas caricias que tanto
Pueden en mi débil sexo,
Un claustro fué mi eleccion.

DON CLAUDIO.

Con que al fin...

DOÑA CLARA.

Antes de veros.

DON CLAUDIO.

¿Y después?

DOÑA CLARA.

Mucho os estimo,
Don Claudio.

DON CLAUDIO.

Pero pensemos...

DOÑA CLARA.

Si es verdad que me quereis...

DON CLAUDIO.

¿Si es verdad? ¿Pues no ha de serlo?
¡Toma! ¿Quereis que lo jure?

DOÑA CLARA.

¡Jurar! ¡ay Dios! No por cierto;
¡Vaya! ¡jurar!

DON CLAUDIO.

Pues, amiga,
Una vez que resolvemos
Casarnos, y está el asunto
De tal manera...

DOÑA CLARA.

Hablad quedo.

DON CLAUDIO.

Que importa la diligencia
Y... ¡Vaya! Como están ellos
En que os habeis de...

(Sale Lucía apresurada; al quererse entrar sale doña Inés. Lucía se aparta á un lado, la deja pasar y se va.)

LUCÍA.

Señora,
Que viene gente. Escapemos
Aprisa.

ESCENA II.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INES, DON MARTIN.

DOÑA INES.

¿Quién anda aquí?
¿Es Clara?

DOÑA CLARA.

Callad.

DON CLAUDIO.

Me alegro.

(Don Claudio tropieza en una silla y cae con ella, se aturde, y no acierta á su cuarto.)

DOÑA INES.

¿Quién es?

DON CLAUDIO.

Ya he perdido el tino;
Me pillaron, esto es hecho.

DOÑA CLARA.

Callad.

DON MARTIN.

¡Que no han de dejarme

(Al oirse adentro las voces de don Martin, suena ruido de abrir ventanas.)

Nunca dormir con sosiego!

DOÑA CLARA.

Mi padre... Somos perdidos,
Ya no hay escape... Este viejo
De... ¡Por vida!...

ESCENA III.

DOÑA CLARA, DON CLAUDIO, DOÑA INES, DON MARTIN.

(Al salir don Martin abre una de las ventanas, y se ilumina el teatro.)

DON MARTIN.

¡Qué bolina

Anda por aquí? ¿qué estruendo?
¡Hola, don Claudio! ¿Qué haceis
Aquí?

DON CLAUDIO.

¿Yo qué culpa tengo?...
(Vase, y entra en su cuarto.)

DON MARTIN.

¡Qué respuesta!... ¿Y la Inesita?

DOÑA INÉS.

Si acabo de entrar.

DON MARTIN.

Lo creo.
¿Y tú?

DOÑA CLARA.

Lo mismo... Yo acabo
De entrar... Estaba leyendo
En Kempis, y al escuchar
Este ruido, vine luego
A ver quién era.

DON MARTIN.

¿Ello, al cabo,
Inesita, no sabremos
La verdad?... Pues ¿quién estaba
Aquí? ¿quién? Dilo.

DOÑA INÉS.

Yo entiendo,
Que sin duda era don Claudio
Con mi prima.

DOÑA CLARA.

¡Bueno es eso!
¿Inés, yo?...

ESCENA IV.

LUCIA, DOÑA CLARA, DOÑA INES, DON MARTIN.

LUCÍA.

¿Qué ha sido?

DON MARTIN.

Nada;
Cosa de poco momento.
Que estaban hablando á oscuras
Mi sobrina y el monuelo
Botarate de don Claudio.
¡Qué libertades! ¡qué escesos!
Y echa la culpa á su prima.

DOÑA CLARA.

¿Piensas de mí?...

DOÑA INÉS.

Yo no pienso
Mal de nadie; pero digo
Las cosas como las veo.

DON MARTIN.

¿Con que habrá sido esta niña?

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DON MARTIN.

¡Qué atrevimiento!
(Se encamina colérico acia doña Inés, y doña Clara le detiene.)
Mira...

DOÑA CLARA.

Dejadla... Bien haces,
Inés, yo te lo agradezco.
Bien haces, que soy muy mala;
Prima, muy mala... No tengo
Disculpa, acúsame mas,
Cúlpame, que mas merezco
Por mis pecados.

DON MARTIN.

¿Y tienes
Corazon para estar viendo
Sin confundirte?...

DOÑA INÉS.

Si yo...

DOÑA CLARA.

No os enfadeis; dad asenso
A cuanto diga, señor.
Si yo misma lo confieso
Que soy muy gran pecadora.
Dios ha elegido este medio
Para probarme... Creed
Cuanto dice... ó á lo menos
Perdonadla, perdonadla,
(Se arrodilla, y llora.)
Querido papá.

DOÑA INÉS.

¡Qué estremo
De iniquidad!... ¿Es posible.
Clara?

DON MARTIN.

Vete, que no quiero
Verte, picarona... Vete.

DOÑA INÉS.

Advertid...

DON MARTIN.

Huye al momento
De mi presencia... ¡Embustera!
¡Basilisco!... Alza del suelo,
(Levanta á doña Clara, y la abraza cariñosamente.)
Hija de mi corazon.
No llores, que me enternezco,
Y sé tu virtud... ¡Qué envidia
La teneis todos!

DOÑA INÉS.

No puedo
Sufrir mas. *(Vase.)*

DON MARTIN.

Anda, que yo
Contaré todo el suceso
A tu padre... Lo sabrá,
Sí, lo sabrá sin remedio,
(Abre Lucía la otra ventana.)
Lo sabrá.

DOÑA CLARA.

No, padre mio,
Por Dios...

DON MARTIN.

Vamos allá adentro,
Niña, vamos...
(Cogiendo de la mano á doña Clara.)
Lo sabrá:
Yo se lo diré bien presto,
Yo se lo diré.

DOÑA CLARA.

Señor...

DON MARTIN.

Yo se lo diré.

ESCENA V.

LUCIA, DON CLAUDIO.

LUCÍA.

¡Qué enredo
De los diantres inventó!

DON CLAUDIO, *asomándose á la puerta de su cuarto.*

¿Se han ido ya?

LUCÍA.

Ya se fueron,
¿No lo veis?

DON CLAUDIO.

¿Y en qué quedamos?

LUCÍA.

En que supo revolverlo
Doña Clara de tal modo,
Que va el padre hecho un veneno,
Creyendo que doña Inés
Fué la culpada.

DON CLAUDIO.

¡Qué ingenio
Tiene! Vaya, si es muy guapa...
Con que dí, ¿cómo podremos
Hablarnos y ventilar
Este asunto?... Que me temo
Que no ha de llegar á colmo.

LUCÍA.

Yo, señor, si en algo acierto
A serviros...

DON CLAUDIO.

La dirás
Que estoy á todo dispuesto;
Que haga de su capa un sayo...
Y que era preciso vernos
Otra vez, y hablar, y...

LUCÍA.

Bien.

DON CLAUDIO.

Pues bien.

LUCÍA.

¿Veis este pañuelo
Qué roto y qué malo está?

DON CLAUDIO.

A fe que no es nada nuevo.

LUCÍA.

¿Estais en que os serviré
Con solicitud y esmero?

DON CLAUDIO.

Sí, ya estoy.

LUCÍA.

¿Que mediaré
Siempre con igual empeño
En vuestro favor?

DON CLAUDIO.

Se entiende.

LUCÍA.

¿Y que guardaré el secreto?

DON CLAUDIO.

Preciso.

LUCÍA.

Pues si tuvierais
Ahí á mano algun dinero...
Poco... como medio duro...

DON CLAUDIO.

Precisamente no tengo.

LUCÍA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

No, de veras.

LUCÍA.

Vaya que sí.

DON CLAUDIO.

¿Quieres verlo?
Si llegan á doce cuartos
(Saca el bolsillo, y cuenta unos cuartos.)
Será mucho... Quince y medio.
Tómalos.

LUCÍA.

¡Qué tiñería!

DON CLAUDIO.

¿No los quieres?

LUCÍA.

Sí los quiero,
(Toma los cuartos y se los guarda.)
Vengan... ¿Pero me dareis
Después...

DON CLAUDIO.

Sí, yo te lo ofrezco.

LUCÍA.

...edio duro?

DON CLAUDIO.

Un doblon
...go de dar lo menos,
... mi padre me envie
...socorro.

LUCÍA.

Ya entiendo.
...uidado. Agur.

DON CLAUDIO.

Adios.

ESCENA VI.

...ON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

...re, qué falta me has hecho!

PERICO.

...ido ocupaciones
...aves... Ahí os entrego
...da carta. *(Le da una carta.)*

DON CLAUDIO.

Venga.

PERICO.

...as: vuestro prendero
...icaron! me ha leido
...ta de tres pliegos,
... consta lo vendido,
...lo, empeñado y resto.

DON CLAUDIO.

...ombre mas fastidioso?

PERICO.

...ide su dinero,
...straño que fastidie.
... ha salido a cuento,
...bien quiero pediros
...e os fastidie por ello)
... ayuda de costa.

DON CLAUDIO.

..., calla, no gastemos
...po.

PERICO.

Es que me debeis
... duros lo menos.

DON CLAUDIO.

...enfadas.

PERICO.

Es que salgo
... de aquí, y no puedo
...r.

DON CLAUDIO.

O calla, ó vete.

PERICO.

... desde el mes de enero
... pasado, estoy
...n esclavo sirviendo
...r don Claudio Perez,
...a dado en este tiempo,
...ta de mis salarios,
...ces y emolumentos,
...idad de cuarenta
...eales; añadiendo
...suma unos calzones
..., que segun sintieron
...itos...

DON CLAUDIO.

Si no callas,
...rra te prometo
...e.

PERICO.

¿Zurra? Acabóse;
...vengaré en silencio.
Y puesto que Periquillo,
Indigno lacayo vuestro,
Tiene en su poder la suma
De tres mil y cuatrocientos
Reales de vellon...

DON CLAUDIO.

¿Qué dices?

PERICO.

Por legítimo derecho
Habidos...

DON CLAUDIO.

¡Calle! ¿Con que...

PERICO.

Y no me pagais, y en premio
De mis servicios recibo
Amenazas y denuestos,
Y...

DON CLAUDIO.

¡Periquito!

PERICO.

Ya caigo.
¡Periquito! y á buen tiempo.

DON CLAUDIO.

Si...

PERICO.

No, señor, se acabó:
(Quiere irse, y don Claudio le va deteniendo.)
Soy un bergante.

DON CLAUDIO.

Dejemos
Eso, y dime...

PERICO.

¡Picardía!
¡A un hombre de mi talento
Y mi probidad, tratarle
Como no se trata á un negro!

DON CLAUDIO.

Aunque no me lo dés todo...

PERICO.

¿Todo? Sí, ya estoy en eso.

DON CLAUDIO.

Pero siquiera...

PERICO.

Este mozo
Necesita mucho arreglo.
Casa atrasada, que pide
Juez interventor.

DON CLAUDIO.

Entremos
A mi cuarto, y me dirás
Por dónde ha venido el cuervo,
Y... Vamos, allí se hará
La distribucion.

PERICO.

Veremos.

DON CLAUDIO.

Pues qué, ¿no has de darme?

PERICO.

Poco.

DON CLAUDIO.

Anda, que...

PERICO.

El mucho dinero
Es causa de muchos vicios;
Nos hace ingratos, soberbios,
Insufribles, tontos...

DON CLAUDIO.

Alguien
Viene... Mira que te espero.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO.

Por Dios no dejes
De...

PERICO.

Quedo enterado... Adentro.

ESCENA VII.

PERICO, DON LUIS.

DON LUIS.

¡Oiga! ¿Y estás por acá,
Inocente? ¿Qué hay de bueno
En Ocaña? ¿Cómo dejas
A tu señor?

PERICO.

Gordo y fresco.

DON LUIS.

¿Te dió carta para mí?

PERICO.

Dice que por el correo
Os escribió, y no le ocurre
Nada que decir de nuevo.
Para el señorito traigo
Cuatro letras.
(Entrase Perico en el cuarto de don Claudio.)

DON LUIS.

Bien.

ESCENA VIII.

DON LUIS, LUCÍA.

DON LUIS, *sentándose junto á una mesa.*

No puedo
Tranquilizarme. Asegura
Tanto mi hermano el suceso...
Sí, mejor es... La criada
Podrá servir á mi intento.
La sorprenderé... No es cosa
Antes de saber si es cierto...
Pero si lo fuese, y tantos
Años y tantos desvelos
Se malograsen... ¡Lucía! *(Llama.)*
¡Cual será mi sentimiento!
¡Oh juventud! ¡Oh temible
Juventud!... Disimulemos. *(Sale Lucía.)*

LUCÍA.

¿Qué mandais, señor?

DON LUIS.

Te hago
Salir aquí porque tengo
En la cabeza una idea,
Y decírtela pretendo...
Sé tu honradez, y presumo
Que contigo nada arriesgo.

LUCÍA.

Sí, señor, bien os podeis
Fiar de mí.

DON LUIS.

Así lo creo.
Ya has visto como don Claudio
Pasó de Ocaña a Toledo,
Y habrás conocido bien,
Como todos, el objeto
De esta venida; aunque á nadie
Se lo dije, previniendo
Lo que nos sucede ya.
Inés no le quiere, y veo
Que el carácter de uno y otro
Son de tal modo diversos,
Que fuera temeridad
Seguir adelante en ello.
Esto me da pesadumbre;
Porque si a Ocaña le vuelvo,
Su padre lo sentirá.
Es mi amigo, sé su genio,
Y tal vez podrá creer

Que esta boda se ha deshecho
Por mí, sin mirar las causas
Que me han obligado á hacerlo.
Yo... ¿Qué quieres que te diga?
Por todas partes encuentro
Dificultades. Mi hermano
Tan obstinado, tan necio...
¡Sacrificar á su hija
De ese modo!... Te confieso
Que á no saber con certeza
Que Clara le tiene afecto,
Y él la corresponde, nunca
Hubiera pensado en ello;
Pero pudiendo casarla
Con la ocasion que tenemos
En la mano...

LUCÍA.

Ya se ve,
En siendo un partido bueno...

DON LUIS.

Pues estamos... ¿Y cuál puede
Hallarse mejor?

LUCÍA.

Es cierto.

DON LUIS.

Ella conoce muy bien
Los procederes violentos
De su padre; disimula...
¿Y qué ha de hacer?

LUCÍA.

¡Tal empeño
De señor! ¡Querer por fuerza
Que se pudra en un encierro!
Pero sí, lo que ella dice:
Un año falta lo menos
Para profesar, y un año
Da lugar á mil proyectos.

DON LUIS.

Si por esa friolera
Que hubo esta tarde, se ha puesto
Furioso, desesperado...
Yo me levanté el primero,
Escuché desde esa pieza,
Y al cabo todo el misterio
No era nada... Si se quieren,
¿No han de procurar los medios
De hablarse? ¿No es natural
Que se aprovechen del tiempo
Mas oportuno?

LUCÍA.

Así es.

DON LUIS.

Yo por mi parte la absuelvo.
Pero fué temeridad
Esponerse á tanto riesgo;
Porque si mi hermano llega
Mas pronto y con mas silencio,
Y descubre que es su hija,
De un golpe la hubiera muerto.

LUCÍA.

¡Ay, señor, que todavía
No se me ha quitado el miedo!

DON LUIS.

Ya se ve, como no tienen
Ocasion... Cuando queremos
Una cosa, se atropella
Por todo... Los devanéos
De los mozos no me admiran,
Y aunque ya pasó, me acuerdo
Que en mi juventud no fui
Ningun padre del desierto.

LUCÍA.

Ella está que se desvive
Por él.

DON LUIS.

Yo no desapruebo
Del todo esa inclinacion;
Bien que el asunto es muy serio,
Y se debe proceder
Con madurez... Pero temo
No lo echen todo á perder...
¿Y cuál es su pensamiento?

LUCÍA.

Como salió don Martin
A lo mejor, no hubo tiempo
De nada; pero el criado
De don Claudio es muy travieso,
Y él se encargará de todo;
Porque predicar convento
Es necedad.

DON LUIS.

Ya lo sé.

LUCÍA.

Jamás ha pensado en ello
Doña Clara; pero quiere
Esperar la suya, y luego...

DON LUIS.

Ya se ve... pero el criado
¿Qué ha de saber? ¿Qué talento
Tiene, ni qué... No, señor,
Así no va bien... Yo espero
Hallar un medio mejor...
Yo lo pensaré... Y quedemos
En que á nadie has de decir
Cosa ninguna.

LUCÍA.

Os prometo
Que no chistaré.

DON LUIS.

Cuidado
Con hablar... Y tambien quiero
Que si determinan algo,
Me avises; porque recelo
Que si no se les dirige,
La yerren de medio á medio.
Son muchachos, no reparan
En nada... Pero silencio:
Ya lo he dicho.

LUCÍA.

Bien está.

DON LUIS.

Pues vete, no te echen menos
Tus amas.

(Vase Lucía.)

Cayó en el lazo.
Así podré contenerlos.
No se determinarán
A un atentado, creyendo
Que estoy de su parte, y pueden
Valerse de mi consejo
Y mi autoridad... En tanto
No faltará algun pretesto
Para apartarle de aquí.
Ella es muy astuta, y temo
Que... ¡Yo solo!... Harto difícil
Ha de ser... Pero ¡qué enredos

(Levántase.)

De niña! ¡Qué educacion!
¡Qué frutos vamos cogiendo!
¡Y Inés! ¡Y mi pobre Inés!
¡Válgame Dios!

ESCENA IX.

DON LUIS, PERICO.

DON LUIS.

¿Está adentro
Don Claudio?

PERICO.

En su cuarto queda,
Sí, señor; está leyendo
Un libro...

DON LUIS.

¿Qué libro?

PERICO.

Aquel
De Marcolfa y Cacaseno.
Se divierte... ¿Mandais algo?

DON LUIS.

Nada; que te vayas presto.

PERICO.

Con vuestra licencia...

(Haciendo cortesías.)

DON LUIS.

Vete
No gusto de cumplimientos.
Vete.

(Vase Perico por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

DON LUIS, DON MARTIN.

DON MARTIN.

¿Has salido de casa?

DON LUIS.

Si quieres algo, voy luego
A salir.

DON MARTIN.

Solo que veas
Si alguna razon tenemos
De Sevilla. Y no te canses
En buscar en el correo
Las cartas, que allí no hay nada;
Ya está visto... Si á don Diego
El chantre no le han escrito
Algo, ó... mira, ahora me acuerdo,
Tal vez don Juan, como tiene
Amistad y parentesco
Con los dos testamentarios,
Sabrá decir qué hay en esto.
Yo no salgo, porque estoy
Ocupado en ese enredo
De las cuentas del monjío... (3)
Es buena cosa por cierto,
Que hasta el hacer penitencia
Nos ha de costar dinero.
Adios. *(Hace que se va, y vuelve.)*
Pero ¿qué salida
Ha dado tu agudo ingenio
Sobre el lance de esta tarde?
Ya se ve: los documentos
Morales, la permitida
Libertad, el trato honesto,
La contemplacion, el mimo
De su padre... no hay remedio.
¿Qué ha de resultar? Preciso:
Infamias y desenfreno,
Y escándalos...

DON LUIS.

Mejor es
Callar.

DON MARTIN.

Y procedimientos

(Don Martin se pasea, don Luis quiere responderle y se contiene.)

De libertinaje... Y yo
Soy tonto, y soy majadero,
Y no sé mi obligacion...

(3) *Añaden las copias:*

Y suben... ¡Qué! sin consuelo.
No, las monjitas ya saben
Vender la toca á buen precio.

DON LUIS.

Eso sí.

DON MARTIN.

Pero los otros.....
Nos avisan de que ha muerto
El primo, y sin enviar
La copia del testamento,
O siquiera una razon
De lo que deja dispuesto,
Se están con tanta paciencia.

Ya se ve, como no leo
Libros, y no sé de mundo,
Ni tengo instruccion, ni entiendo
Nada de cosa ninguna...
Y con este humor tan negro
Que Dios me dió, no es estraño
Que incurra en mil desaciertos,
Y haya educado tan mal
A tu sobrina. Yo siento
Mucho que la tonta quiera
Vivir en un monasterio,
Porque al lado de tu hija
Pudiera en muy poco tiempo
Adelantar. Estos hombres
Sabios, doctos, estupendos,
Que nada ignoran, y nadie
Sabe lo que saben ellos,
¡Qué lastima no aplicarlos
A rectores de colegios!

DON LUIS.

Vamos, Martin, no me apures
La paciencia... ¿No podremos
Vernos jamás sin que haya
Quimeras y sentimientos?

DON MARTIN.

Yo lo digo, como eres
Tan letrado y tan...

DON LUIS.

Dejemos
Eso por Dios.

DON MARTIN.

Y tan hábil,
Y... Vaya, si te molesto
Callaré.

DON LUIS.

Sí, me molestas.

DON MARTIN.

Pues, de hoy mas, alto silencio.
Una cosa te queria
Decir, pero ya la dejo;
A bien que á mí no me importa.

DON LUIS.

¿Y qué cosa?

DON MARTIN.

Un chisme, un cuento.

DON LUIS.

¿Será algun otro delito
De Inés?

DON MARTIN.

No, del caballero
De Ocaña, don Claudio.

DON LUIS.

¿Y qué?

DON MARTIN.

Ayer encontré á un sujeto
Que sabe todas sus maulas.
Dice que no hay en Toledo
Mayor calavera; dice
Que entre los bailes, el juego,
Las meriendas en el rio,
Las tremolinas y escesos
Cotidianos, ha gastado
Todo lo suyo y lo ajeno;
Quo le han heredado en vida
Chalanes, bodegoneros,
Rufianes y pelanduscas.
¿Qué te parece?

DON LUIS.

Lo creo.
El muchacho es abonado
Para todo.

DON MARTIN.

Yo celebro
Mucho tu serenidad.

DON LUIS.

¿Qué quieres, que alborotemos
La casa?

DON MARTIN.

No; pero...

DON LUIS.

A mí
Nada me coge de nuevo.
Si es un bien, le sé gozar;
Si es un mal, busco el remedio;
Y si no le tiene, sé
Sufrir, y sufro en silencio.

DON MARTIN.

Sentencias y mas sentencias,
Muy erudito y muy lerdo.
Ahí tienes á tu querida
Inesita, al embeleso
De su padre. Adios. *(Hace que se va.)*

ESCENA XI.

DOÑA INES, DON LUIS, DON MARTIN.

DOÑA INÉS.

Señor...
Mucho me alegro de veros
Juntos.

DON MARTIN.

¿Si? Pues nos verás
Separados al momento.
(Don Martin quiere irse, y le detiene doña Inés.)

DOÑA INÉS.

No, señor, no os vais: delante
De vos aclarar pretendo
Un engaño que me ofende.

DON MARTIN.

Pues, sobrinita, ahí te dejo
A tu padre. Cuanto quieras
Le puedes mentir sin miedo;
Anchas tragaderas tiene,
Y tú un piquito muy bello.
No haré yo falta.

DOÑA INÉS.

Esperad.

DON MARTIN.

Lo dicho dicho. Hasta luego.

ESCENA XII.

DON LUIS, DOÑA INES.

DON LUIS.

¿Lloras, Inés?

DOÑA INÉS.

¿Pues, señor,
No he de llorar? ¿Cómo puedo
Sufrir una acusacion,
Que apoya con tal empeño
Mi tio?... ¿Seré insensible?...

DON LUIS.

Eres muy niña, y el tiempo
Te enseñará á conocer,
Con dolorosos ejemplos,
Que la inocente virtud
Es muchas veces objeto
De la envidia, la venganza,
Y el encono mas perverso...
Pero, Inés, para vencer
Todo su furor, tenemos
Una conciencia segura,
Y hay un Dios que la está viendo.

DOÑA INÉS.

¡Padre!

DON LUIS.

¡Mi querida Inés!
(Abrazando á doña Inés.)

DOÑA INÉS.

Pero ¿sabeis el suceso?

DON LUIS.

Lo sé, nada ignoro ya.
Todo cuanto me dijeron
Contra tí, calumnia ha sido.
Tu padre está satisfecho:
¿Quieres mas?

DOÑA INÉS.

Eso me basta.

DON LUIS.

Era imposible un esceso
Tan culpable en tu prudencia,
En tu decoro, en tu honesto
Proceder... Con que ya ves
Que el llorar no viene á cuento;
A no ser que... Pero no.

DOÑA INÉS.

¿Qué decís?

DON LUIS.

Que fueran celos

DOÑA INÉS.

¡Celos! ¿Y de quién? ¿De un hombre
Tan aturdido, tan lleno
De estravagancias?

DON LUIS.

Sería
Mucha locura, en efecto.

DOÑA INÉS.

Bien sabeis lo que os he dicho
Acerca de él, lo que pienso
De su conducta, y que solo
Pudiera vuestro precepto
Obligarme...

DON LUIS.

No, hija mia.
¿Obligarte? No lo intento.
Tu padre es tu amigo, y quiere
Que vivas feliz... ni debo
Corresponder de otro modo
A tu amor y tu respeto.
No te casarás con él,
No será tu esposo un necio
Sin virtud y sin honor.
El sale.

DOÑA INÉS.

Me voy adentro,
Si lo permitís.

DON LUIS.

¿Ni verle
Quieres?

DOÑA INÉS.

Señor, no lo puedo
Remediar, es imposible.

ESCENA XIII.

DON LUIS, DON CLAUDIO.

DON CLAUDIO, *aparte.*

¿Aun no se ha marchado el viejo?
¡Que posma!

DON LUIS.

¿Y qué es lo que escribe
Tu padre?

DON CLAUDIO.

Que se ha resuelto
A venir, y que mañana
Por la noche nos veremos,
O esotro dia á comer.

DON LUIS.

Gran placer me da con eso.

DON CLAUDIO.

Y á mí.

DON LUIS.

Somos muy amigos...
Y habrá diez años, lo menos,
Que no le he visto... sí habrá.

DON CLAUDIO, *aparte*.

¿Pór qué no se estará quieto
En su lugar?

DON LUIS.

¿Qué decias?

DON CLAUDIO.

Nada, que estoy muy contento.

DON LUIS.

Pues es menester que tú,
Mañana en amaneciendo,
Montes á caballo y vayas
A recibirle. Este obsequio,
Como que sale de tí,
Le agradará.

DON CLAUDIO.

Ya lo veo,
Pero yo... Si puede ser
Que se detenga en Ciruelos.

DON LUIS.

Y bien, allí le hallarás.

DON CLAUDIO.

Es que el cura es algo nuestro:
Como primo de mi madre
Viene á ser... Sí, dicho y hecho,
Primo... no hay mas que son primos.

DON LUIS.

¿Y qué importa el parentesco
Para que salgas mañana

DON CLAUDIO.

Es que si... Pero no puedo
Ciertamente, porque...

DON LUIS.

¿Tienes
Que visitar al enfermo
De anoche? Perico irá
Contigo... Ve disponiendo
Lo que hubieres menester.
Si quieres mis dos podencos,
Te los daré.

DON CLAUDIO.

¿Para qué
Tengo de llevar los perros?

DON LUIS.

Para cazar.

DON CLAUDIO.

Yo no gusto
De cazar.

DON LUIS.

Pues no por eso
Te detengas, no los lleves.

DON CLAUDIO.

¿No es mejor estarnos quedos,
Si él al cabo ha de venir?

DON LUIS.

Pues porque ha de venir, quiero
Que salgas á recibirle;
Si no viniera, ¿á qué efecto
Era el salir?

DON CLAUDIO.

(*Ap.* ¡Qué manía!)
Si estoy sin botas.

DON LUIS.

Yo tengo
Botas, y te las daré;
Y espuelas, y silla, y freno,
Y latigo... No hará falta
Nada, nada.

DON CLAUDIO.

Lo agradezco.
¿Y dónde he de hallarle?

DON LUIS.

Tú
Sigue el camino derecho,
Y al cabo darás con él.
Ello es menester hacerlo;
Con que á las cuatro podrás
Salir, y gozas el fresco
De la mañana.

DON CLAUDIO.

Si está
Nublado.

DON LUIS.

No tengas miedo.

DON CLAUDIO.

¿Y si en medio de esos trigos
Nos descarga un aguacero?

DON LUIS.

Llevad las capas.

DON CLAUDIO.

Estoy
Tan malo...

DON LUIS.

¿De qué?

DON CLAUDIO.

Del pecho.

DON LUIS.

¡Aprension! Luego que salgas
Al campo, te pones bueno.
(*Vase por la puerta del lado derecho.*)

ESCENA XIV.

DON CLAUDIO, DOÑA CLARA.

DON CLAUDIO.

Se fué... ¡Cuidado que es chasco!
¡Se habrá visto tal empeño!

DOÑA CLARA.

Aguardando que se fuera
He estado para poderos
Hablar.

DON CLAUDIO.

Pero ¿y don Martin?

DOÑA CLARA.

Está en su cuarto escribiendo;
No hay que temer.

DON CLAUDIO.

No volvamos
A la de marras.

DOÑA CLARA.

Ya dejo
Centinela.

DON CLAUDIO.

Pues, amiga,
Este don Luis es un terco.
Pues no le ocurre al maldito...

DOÑA CLARA.

Ya lo sé; si he estado oyendo
La disputa.

DON CLAUDIO.

Y bien, ahora
¿Qué se ha de pensar, qué haremos?
Mi padre viene... Por fuerza
Viene... ¡Toma! Ya le siento
Llegar.

DOÑA CLARA.

Por eso conviene
Aprovechar los momentos.

DON CLAUDIO.

Pero si quiere que salga
Mañana.

DOÑA CLARA.

Yo ya le entiendo.
El nos quiere separar;
Es malicioso en estremo...
Y el fuego de amor, don Claudio,
Mal puede estar encubierto.
Pero en fin, á vos os toca,
No á mí, procurar los medios
Mas conducentes. Obrad
Con actividad, y espero
En Dios que ha de coronar
Nuestros designios honestos.

DON CLAUDIO.

Ya se ve, que aquí no vamos
A hacer ningun gatuperio,
Sino á casarnos no mas;
Solo que yo me recelo...

DOÑA CLARA.

¿Qué recelais?

DON CLAUDIO.

¿Qué sé yo?
Pero, amiga, si me meto
En este embrollo y después
Lo huelen... Como tenemos
Tantos avizoradores
Encima, y como...

DOÑA CLARA.

¡Qué necios
Temores en un amante!

DON CLAUDIO.

Y como después me quedo
Solo, porque Periquillo
Se va sin falta.

DOÑA CLARA.

¿A qué efecto
Se va, ó adónde?

DON CLAUDIO.

A Madrid,
Sobre encargos que le ha hecho
Mi padre, y para que lleve
Al abogado unos pliegos
Que importa que no se pierdan.
Porque como tiene el pleito
Con el alcalde mayor
Dos años ha sobre aquello
De la villa del Juncar...
Y el agente es un mostrenco,
Que está la mitad del año
Fuera, y la mitad enfermo,
Quiere que Perico vaya
A ver...

DOÑA CLARA.

¿Y lo dejaremos
Así, don Claudio? Y si el otro
Se va, ¿no tendreis aliento
Para nada?

DON CLAUDIO.

Sí, señora;
Pero es menester primero
Ir allá á casa de un quidam,
Para que le consultemos...

DOÑA CLARA.

Pues, don Claudio, en tales casos
La prontitud, el secreto
Y la prudencia...

DON CLAUDIO.

¡Prudencia!
Bastante prudencia tengo,
Lo que sobra... Pero el diablo
Lo enreda, y...

DOÑA CLARA.

Mirad que el tiempo
Es precioso, que mañana
Os vais, que viene á Toledo
Vuestro padre; á mí me quieren

tar en un convento...
s veremos jamas,
perdereis y os pierdo.

DON CLAUDIO.

bien, al instante voy
r, a ver si encuentro
muchacho.

DOÑA CLARA.

Avisadme
que hubiereis dispuesto.

DON CLAUDIO.

eciso.

DOÑA CLARA.

No perdais
tuna que os ofrezco;
nos las diligencias,
: Dios.

DON CLAUDIO.

¡Es gran proyecto!
no se ha de lograr.

DOÑA CLARA.

osotros queremos,
i lo ha de impedir? Mi padre
idra furioso, y luego
de ceder... Si acaso
s que os azote el vuestro...

DON CLAUDIO.

e ha de azotar?... Sí, ¡toma!
re es un pobre viejo,
as vanidad y mas
as, y anegado en pleitos
desuellan... Don Luis
e palabra de esto.
amiga, si no fuera
e es del ayuntamiento,
antos encuentra al paso
eva a la carcel presos,
o sudan... ¡por fuerza!
alir, no hay remedio...
ño que por desgracia
ltamos, no comemos.

DOÑA CLARA.

ien, ¿qué os detiene?

DON CLAUDIO.

A mí
iene... Yo me entiendo,
: al cabo es un embrollo
monio, y tengo un miedo
...

DOÑA CLARA.

Bien está, don Claudio.
tro amor fuera cierto,
a resolucion
ayores empeños.
onozco; bien está.
lemán de irse. Don Claudio la detiene.)

DON CLAUDIO.

, vaya.

DOÑA CLARA.

¡Perverso!

DON CLAUDIO.

illa!

DOÑA CLARA.

¡Seductor!

DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

, no quiero veros.

DON CLAUDIO.

pobrecita mia.

DOÑA CLARA.

e. Adios.

DON CLAUDIO.

Acabemos
De una vez esas angustias,
Y haya paz.

DOÑA CLARA.

¡Ay! ¡Cómo puedo
Hallar paz, si el corazon
Se rompe dentro del pecho!
¡Qué lejos estaba yo
De saber amar, qué lejos!
Sola, ignorante, apartada
De los lazos lisonjeros
Que ofrece el mundo, ¿quién pudo
Hacer que cayera en ellos?
Por vos mi quietud perdí;
Por vos, ingrato, me veo
Apartada de la senda
De perfeccion, y este ciego
Amor me arrastra, y no deja
Lugar al entendimiento.
¡Qué desengaño!... ¡Y qué tarde
Viene!... Pero ¿á quién me quejo?
Yo soy la culpada... Quise
A un hombre, y este es el premio...
Son fementidos, y vos
Falso, mas que todos ellos, (*Llora.*)
Cobarde, inflexible al llanto
De una infeliz.

DON CLAUDIO.

Por san Pedro,
Que no sé lo que me pasa,
Ni á qué son esos estremos;
Si digo que voy allá,
Que entre los dos... En efecto,
Ello hoy mismo se ha de hacer;
Y aunque después eche ternos
Vuestro padre, y rabie el mio,
Y don Luis se caiga muerto;
Si nos casamos, de todo
Lo demas se me da un bledo.
Y no haya mas, ni lloreis
Así, que ya me enternezco...
¡Cáscaras! Si estoy que no
Me llega la ropa al cuerpo
Hasta ver en qué quedamos...
Voy á la consulta, y vuelvo.
(Se va don Claudio por la puerta de la derecha. Doña Clara sonriéndose se enjuga las lágrimas, y se va por el lado opuesto.)

DOÑA CLARA.

Anda con Dios... Ya parece
Que se le ha quitado el miedo.
Valen mucho unos suspiros
Bien ponderados y á tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

PERICO, DOÑA CLARA.

PERICO.

Rendido estoy. ¡Qué malditas
(*Siéntase.*)
Callejuelas! Empinadas,
Tuertas, angostas... ¡Por cierto
Que los trabajos que pasa
El que sirve á un loco!... Pero,
Como dicen en Ocaña,
A buen bocado, buen grito.
¡Oh señorita!
(*Sale doña Clara. Perico se levanta.*)

DOÑA CLARA.

¿Aquí estabas?

PERICO.

Vengo en busca de don Claudio,
Que me dijo...

DOÑA CLARA.

No está en casa.

PERICO.

Si me dijo que viniese
Volando, que me esperaba...

DOÑA CLARA.

Pues no ha venido.

PERICO.

A buscarle.
(*Hace que se va, y vuelve.*)

DOÑA CLARA.

Pero ¿en qué estado se hallan
Esas cosas? ¿Qué ha resuelto?

PERICO.

¡Ay, señora de mi alma!
Que don Luis nos descompone
Nuestro plan.

DOÑA CLARA.

No temas nada.

PERICO.

¡Ay, señora! que mi amo
En cada paso se atasca,
Se atolondra... Hemos corrido
La ciudad y su comarca
Buscando á un cierto don Lucas,
Muy amigo y camarada,
Hombre de bien, si los hay,
Que para estas zalagardas
De bodorrios clandestinos
No tiene igual en España.
Le hablamos, nos dió un consejo,
Y en verdad que no se halla
Otro mejor.

DOÑA CLARA.

Pues á mí
Me ocurre... Sí... Y eso basta.
Una obligacion...

PERICO.

Seguro.

DOÑA CLARA.

De matrimonio, firmada
Por los dos...

PERICO.

Pues, si es la idea
De don Lucas.

DOÑA CLARA.

Si llegara
El caso de que mi tio
Maliciase lo que pasa,
Hecho y firmado el papel...

PERICO.

Hatillo, y salto de mata.

DOÑA CLARA.

Bien que... Mira, de ninguna
Modo ha de salir mañana.

PERICO.

Se entiende.

DOÑA CLARA.

Y si nos apuran,
Fuga, depósito...

PERICO.

¡Oh Clara
Prudentísima y sutil!
Eso ha de ser.

DOÑA CLARA.

Si le falta
Dinero...

PERICO.

¿No ha de faltarle?
Pues bolsa mas apurada
Que la suya ¿quién la vió?

DOÑA CLARA.

Yo tengo algunas albajas
Que empeñar, cuyo valor
Para cuanto ocurra alcanza;
Y una vez fuera de aquí,
Y libre de esta canalla
Que me cerca...
(Al ver doña Clara á don Martin, que asoma por la puerta de la izquierda, fingiendo no haberle visto, prosigue sin turbarse lo siguiente del diálogo, mudando el tono y la accion.)
Solo siento,
¡Sábelo Dios!... que no hayan
Seguido mi parecer.
Yo he querido ser descalza,
Porque á mas austeridad,
Mayor corona se aguarda;
Pero en mí no hay albedrío,
Y debo hacer lo que manda
Mi papá.

PERICO.

¿Y á qué demonios
Viene?... ¡Hay hembra mas bellaca!
(Ve á don Martin, y finge igualmente no haberle visto.)
Y dice bien que es locura.
Una niña delicada
Como vos... ¡Eh! no, señor:
Las penitencias relajan
La salud, siendo escesivas (4).
Ya probareis lo que anda
Por allá, y en siendo monja
Negra, cenicienta ó blanca,
Calzada y todo, vereis
Qué trabajillos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿Sin una pizca de coche,
Sin un palmo de ventana?
¿Comer en cifra y cenar
Acelgas y remolachas?
¡Ahí es un grano de anís!

DOÑA CLARA.

Con ese lenguaje engaña
El enemigo a los hombres.
Difícil nos pinta y ardua
La senda del bien, y así
Del sumo bien nos aparta.

ESCENA II.

DON MARTIN, DOÑA CLARA, PERICO.

DON MARTIN.

Vamos, niña, ya te he dicho
Que estos estremos me cansan.
Pues no, bien claro te habló
El padre fray Gil... ¡No es nada!
¡Capuchinita se quiso
Meter! Es cosa muy santa,
¿Quién lo duda? Pero debes
Considerar que no alcanzan
Todas una resistencia
Tan grande y tan continuada
Como allí se necesita.
¿Qué la sucedió á sor Blasa
De la Trasverberacion?
Bien te acuerdas qué muchacha
Tan robustona, tan fuerte...
Perdió el color y las ganas
De comer... Vómitos, flatos,
Ya la purgan, ya la sangran,
Ya va mejor, ya peor;
Al año y medio que estaba
En el convento, murió.

PERICO.

Don Martin, aconsejadla;
Desimpresionadla bien.

DON MARTIN.

¿Quién eres tú?

PERICO.

Soy de casa,
Periquillo.
(Hace una cortesía, y se va por la puerta de la derecha.)

DON MARTIN.

¡Ah! sí, el criado
De don... Adios. Buena traza
Tiene ese muchacho... No,
Y en lo que te dijo hablaba
Como un libro. Con que vamos,
Ya te he dicho que no hagas
Calendarios, ¡eh! que estás
Tristona y desmejorada
De pensar en eso: ¿entiendes?

DOÑA CLARA.

Sí, señor.

DON MARTIN.

Después que vayas
Conociendo aquellas cosas,
Le darás á Dios mil gracias
De estar allí. Y no te empieees
Luego con estraordinarias
Penitencias á afligir,
No, señor... Ser moderada,
Obediente, calladita,
Acudir á lo que mandan
Las superioras, tratar
A las otras como hermanas...

DOÑA CLARA.

Si lo son en el Señor.

DON MARTIN.

Pues por eso digo. Amarlas
Mucho... y no meterse en chismes
Ni rencillas, nada, nada
De eso. Ser muy puntual
En todo aquello que encarga
La regla: que solo en esto
Estriba ser buena y santa.
Porque si no, el enemigo....

DOÑA CLARA, *fingiendo escesiva timidez* (5).

¡Ay! el enemigo...

DON MARTIN.

Aguarda
La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

¡Dios nos libre!

DON MARTIN.

Lazos y redes nos arma.

DOÑA CLARA.

Como el traidor solo busca
La perdicion de las almas,
La carne es frágil, y el siglo
Todo engañifas y trampas...
¡Ay, papá!
(Asiendo de las manos á don Mart

DON MARTIN.

Calla, hija mia,
No te atemorices, calla;
Ten resolucion, que el diablo
Se vuelve á puertas cerradas,
Como dijo el otro.

DOÑA CLARA

¡Somos
Tan débiles!

DON MARTIN.

Vaya, vaya,
No mas... ¡Qué diantre! No puede
Uno decirla palabra
Sin que...(*Ap.* Pobrecita!..) ¡Eh! vo
A ver si tenemos cartas
De Sevilla. Se lo dije
A mi hermano, y como gasta
Aquella sorna, me hará
Rabiar antes que las traiga.

(4) *En las copias se encuentra la siguiente variante.*

Y no es mala circunstancia
Para ser bueno, estar bueno;
No pienso que Dios se enfada
Porque gastemos zapatos,
O chinelas, ó alpargatas.
Además que en siendo monja
Negra, cenicienta ó parda,
Calzada y todo, vereis
Qué trabajitos se pasan.
¿Es cosa de chirinola
Vivir siempre emparedada?
¿La castidad, la obediencia
La pobreza voluntaria,
Y estar maullando el latin
De la noche á la mañana?
¡Ahí es una bagatela!
Y si echais la sobrecarga
De mas ayunos, mas rezos,
Cilicios y zurribandas,
No hay monja para dos dias.

(5) *Dicen las copias.*

DOÑA CLARA.

¡Ay padre! eso no... ¡Qué horror!
Si estoy atemorizada
De un ejemplo que he leido
Muy espantoso.

DON MARTIN.

Dí, vaya:
Dí el ejemplo, si te acuerdas.

DOÑA CLARA.

Pues dice que allá en Italia,
En un convento de monjas
(Yo no sé si eran bernardas),
En un pasillo tenian
Una cruz de Caravaca;
Y una monja muy devota
Luego que se levantaba
Iba a hacer tres reverencias
A la cruz cada mañana;
Una vez dejó de hacerlas,
Porque atravesó una gata
Con un pedazo de congrio
En la boca; ella irritada,
Ya se ve, no se acordó
De que allí la cruz estaba;
Cogió un látigo, y marchó,
Las faldas arremangadas,
Tras de la gata golosa;
Y aquella misma semana
Una leguita que habia,
De vida muy arreglada,
Oyó de noche una voz
Que dijo, como se hallaba
En duda la salvacion
De la madre sor fulana.
Refirióselo á la otra,
La cual, viendo la amenaza
Del cielo, se arrepintió
De su culpa, y murió santa.

DON MARTIN.

¿Pues no te lo dije yo?
Es menester mucha maña,
Porque si no, el enemigo...

DOÑA CLARA.

¡Ay! el enemigo...

DON MARTIN.

Aguarda
La ocasion, y...

DOÑA CLARA.

Dios nos libre.

DON MARTIN.

En hallando descuidada
A la pobre religiosa,
Como él está siempre en arma,
La destruye, y, cuántas veces,
Viendo que su astucia es vana,
No pudiendo mas, las pilla
Del hábito, las arrastra
Por la celda, las azota,
Las muerde, y luego las baja
A la huerta, y las zambulle
De cabeza en una charca!
Pues mil veces lo he leido
En los libros: no, no es chanza.

DOÑA CLARA.

¡Ay, papá!

DON MARTIN.

Pero estas cosas
A quien de veras se aparta
Del mundo, no deben darle
Susto ni desconfianza:
Al contrario, ten valor,
Que hallándote preparada,
El diablo poco podrá
Ofenderte.

DOÑA CLARA.

Dios lo haga.

DOÑA CLARA.

papa.
odilla, y le besa la mano.)

DON MARTIN.

Adios, niña.

DOÑA CLARA.

nserve en su gracia.
a oracion mental,
ıernes será muy larga.

ESCENA III.

MARTIN, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

ama virtud,
es patarata.
todo consiste
ena enseñanza.
on Martin por la puerta de la tropieza con don Claudio, que le apresuradamente.)
que!... Pero ¿por que
.

DON CLAUDIO.

No reparaba.

DON MARTIN.

DON CLAUDIO.

engo de prisa.

DON MARTIN.

DON CLAUDIO.

Como entraba

DON MARTIN.

Y a qué vendran
as?

DON CLAUDIO.

¿Quien pensara
ierais tan al paso?

DON MARTIN.

le! *(Vase.)*

DON CLAUDIO.

Nada falta
Perico venga,
os la maraña.
. ¿estas ahí?
en su cuarto, y cierra por dentro.)

ESCENA IV.

A CLARA, DON LUIS.

DOÑA CLARA.

lio... digo... Yo entrara,
una al cuarto de don Claudio, rrada la puerta, duda y obor un lado y otro si alguien

rro... No, no puede
ie espero a que salga...
eligros... ¡Que vida
desesperada!
rimida, estudiando
templi v laudo laudas,
! qui... Pero no,
nos la esperanza;
aciencia, que ya
cosa mañana.
o lo dije?
a la puerta del lado derecho, ide sale después don Luis.)

DON LUIS.

¿Qué buscas?

DOÑA CLARA.

¡Válgame Dios!
(Hace que busca por el suelo alguna cosa, después quiere irse, y don Luis la detiene.)

DON LUIS.

¿Qué?

DOÑA CLARA.

Buscaba
Una estampa muy devota
Que me dio el padre Berlanga,
Y ni sé dónde la... ni...
¡Cuanto siento no encontrarla!

DON LUIS.

¿Te vas? Ven aqui.

DOÑA CLARA.

Señor.

DON LUIS.

Ven acá. ¿Por qué te estrañas
Así? Cuando nos juntamos
En la mesa no me hablas,
Y después, ó estás metida
En tu cuarto, ó si me hallas,
Huyes de verme... ¿Qué es esto?
¿Conmigo tan enfadada?

DOÑA CLARA.

¿Enfadada? No, señor.

DON LUIS.

Al tiempo que te separas
De tu familia, y nos dejas
Para siempre, ¿así me tratas?

DOÑA CLARA.

Perdon, mi querido tio,
Perdon.
(Quiere arrodillarse, y don Luis lo estorba.)

DON LUIS.

¡Ay niña! levanta,
Que no gusto de eso. Dime...
Pero quisiera que hablaras
Con ingenuidad. ¿Estás
Contenta?

DOÑA CLARA.

Siento en el alma
Un gozo, que no es posible
Esplicarle con palabras.

DON LUIS.

Yo presumí que el temor
A tu padre fuese causa
De callar y darle gusto,
Aunque hubiese repugnancia
En ti.

DOÑA CLARA.

¡Cómo! No, señor.

DON LUIS.

Las hijas bien educadas
Hacen tales sacrificios
Muchas veces.

DOÑA CLARA.

En mí falta
Ese mérito.

DON LUIS.

¿Por qué?

DOÑA CLARA.

Porque no me venzo en nada.
Doy gusto á mi padre, y sigo
Mi vocacion.

DON LUIS.

¡Cosa estraña!

DOÑA CLARA.

¿Pues esto os puede admirar?
No lo entiendo.

DON LUIS.

Una muchacha
Bonita, de genio alegre,
Que por instantes aguarda
Heredar un patrimonio
En que mire asegurada
Su fortuna, ¿se desprende
De todo, renuncia tantas
Felicidades, se encierra
En una celda, se aparta
Del mundo? No hay medio, ó es
Muy embustera ó muy santa.
Pero dime, si no es esa
Tu inclinacion, ¿por qué engañas
A quien te puede servir,
A quien te quiere en el alma
A pesar de tus defectos?
¿Aun no te dan estas canas
Bastante seguridad? (6)

DOÑA CLARA.

Pero ¿quién os dice...

DON LUIS.

¡Ingrata!

DOÑA CLARA.

¡Por cuántos medios procura
El enemigo que caiga
En el pecado!... Pues no,
No ha de rendir mi constancia;
Que Dios...

DON LUIS.

Oyes, niña, mira

(6) *En las copias prosigue así:*

DON LUIS.

Si tu padre por su rara
Condicion te da temor,
¿Por qué á mí no me declaras
Tus intenciones? ¿Soy yo
Tu enemigo? ¡Qué! ¿no bastan
El parentesco, la edad,
El amor, las circunstancias
Que ocurren para que dejes
Conmigo de ser ingrata?
¿No me dirás la verdad?

DOÑA CLARA.

Yo, señor, no oculto nada.

DON LUIS.

Pero si la suerte hiciese
Que se te proporcionara
Alguna colocacion,
Pudiera...

DOÑA CLARA.

¿Yo ser casada?
No, señor.

DON LUIS.

¡Tanto aborreces
Ese estado?

DOÑA CLARA.

Soy muy mala;
Soy muy mala, sí, señor:
Dejadme, que Dios me llama
Por esta senda; dejadme;
Allí el mérito se labra
Con la mortificacion;
Allí viviré apartada
Del siglo, donde es peligro
Todo é ilusiones vanas.

DON LUIS.

Sí, donde todo es peligro
E ilusion, y donde tantas
Virtudes verás tambien,
Virtudes las mas sagradas
Que inspira naturaleza;
Virtudes que al contemplarlas
Con atencion, se ve en ellas
La felicidad cifrada
De los estados; virtudes
No estériles, no encerradas
En un sepulcro. ¡Qué orgullo
Es el nuestro! ¡Oh! ¡Qué ignorancia!
Unos solo ven error
En el claustro; desgraciadas
Victimas, celo imprudente,
Seduccion, vana observancia,
Ambicion, desobediencia
Al principe; otros se apartan
Del mundo para lograr
El derecho que buscaban
De abominar á los hombres;
Nada es bueno si no alcanzan
Su aprobacion: solo en ellos
La virtud se ve estractada.
¡Ah! quien de veras la busque,
Confesará que se halla

Que yo no gusto de maulas.
¿A mí te vienes con frases
De mision?... ¡Eh! no me hagas
Enfadar. Si yo te falto,
¿Quién con mayor eficacia,
Con mas cariño, sabrá
Defenderte de la estraña
Tenacidad de tu padre,
Vencer su cólera, y cuantas
Ocasiones se presenten
Oportunas emplearlas
En tu favor?... Este empeño,
Nacido de su ignorancia,
Y el plan que has seguido, haciendo
La gazmoña y la beata,
Te han reducido á tal punto,
Que no sé yo cómo salgas;
Pero al fin es tiempo ya
De que se acabe esta farsa;
Es tiempo de que conozca
Tu padre que no te agrada
La vida contemplativa;
Que tu inclinacion te llama
A otro estado en que podrás
Vivir contenta y honrada,
Y servir á Dios sin tocas,
Sin hábitos ni alpargatas,
Como buena madre y buena,
Esposa, y buena cristiana.

DOÑA CLARA.

¡Yo! ¿Qué decís?...

En una y en otra parte,
A pesar de cuanto claman
La impiedad y el fanatismo;
Verá cuán pura y cuán santa,
Cuán humilde es la virtud;
Y si en él acaso falta,
Verá á lo menos que debe
Conocerla y adorarla.

DOÑA CLARA.

Ya sé que en cualquiera estado
Que se examine se hallan
Muchos siervos del Señor;
Este elegí, porque adapta
Mas á mi genio.

DON LUIS.

Tu genio
No es para este estado, Clara.

DOÑA CLARA.

Pero, señor.

DON LUIS.

Te conozco
Bien; si estás determinada
A fingir, á seducirme,
Sobrina, en vano te cansas.

DOÑA CLARA.

Pues ¿qué motivos he dado?

DON LUIS.

Vuelvo á decirte que nada
Conseguirás; te conozco:
Con una apariencia falsa
De virtud quieres burlarme;
Porque estás acostumbrada
A hacerlo con los demás;
Quien escuche tus palabras
Te abonará: quien atiende
A tus obras, no se engaña.

DOÑA CLARA.

¿Tantas mis maldades son,
Que puedan?...

DON LUIS.

Eres tan mala,
Porque finges ser tan buena;
Porque eres disimulada
E hipócrita; porque en tí
La impostura se disfraza,
La soberbia, el interés,
El descaro, la venganza,
Con el nombre de humildad,
De fe, de piedad cristiana.
Hija... y tal vez los malvados
Logran seducir la incauta
Credulidad; pero en breve
Tiempo la ilusion se acaba;
Porque nunca el que carece
De bondad sabe imitarla.

DOÑA CLARA.

Harto persuadida estoy
De que no á todos agrada
Mi modo de proceder;
Ya sé que algunos me infaman,
Pero nunca presumí
Que en vos, señor, encontrara
Crédito su acusacion;
En fin, sufro resignada
Hasta aquí... para alejarme
De su vista poco falta.

DON LUIS.

Si no quiere
Entenderlo, si desbarra
Como suele, en mí tendrás
Todo el apoyo que basta,
Y... Vamos, es menester
No hacerse la mojigata,
No mentir, no aparentar
Perfecciones que te faltan...
Tenerlas, ó no fingirlas.

DOÑA CLARA.

Pero, señor...

DON LUIS.

Si llegaras
A ocultar (que no es posible)
Toda la flaqueza humana
Con diabólico artificio,
Que el vulgo ignorante aplauda;
Aunque seduzcas al mundo,
¡Infeliz! á Dios no engañas.

DOÑA CLARA.

Pero ¿no sabré de dónde
Nace este error? ¿Qué malvada
Lengua os informa de mí?
¿Quién me calumnia y me infama?
Pero no... Yo la perdono;
Es mi prima, y eso basta,
Y antes perderé la vida
Que ofenderla.

DON LUIS.

¡Qué artimaña
Es esa? ¿A qué viene ahora
Mezclar á tu prima en nada?

DOÑA CLARA.

Es muy diverso su modo
De pensar; es muy contraria
A su conducta la mia.
Cada accion, cada palabra
Que advierta en mí, pensará
Que es una censura amarga
De sus deslices... ¡Qué mal
Me conoce! ¡Qué mal paga
Mi cariño!... Pues si somos
Frágil barro, ¿quién estraña
Que ceda á la tentacion
El mas prevenido, y caiga?
Y cuando para sufrirla
Los vínculos no bastaran
De la sangre, ¿olvidaria
Yo la caridad cristiana?...
¿No sabré (si Dios me asiste)
Padecer y perdonarla?

DON LUIS.

Acabemos, lengüecita
De víbora, que me falta
Ya el sufrimiento... Si quieres
Hacer el papel de santa
Bendita, con ese amor
Y esa caridad que gastas,
Vete, que en vez de engañarme,
Cólera y tedio me causas.

(Doña Clara hace una reverencia en ademán de irse. Don Luis la coge de la mano, se reprime, y la habla con espresion cariñosa.)

Mi amistad, mi proteccion
Te ofrezco, y todo se acaba
Si quieres ser con tu tio
Humilde, sencilla y franca.
Yo disiparé el peligro
Urgente que te amenaza;
Yo haré que ni la opinion
Pública te culpe en nada,
Ni tu padre se disguste
A vista de tal mudanza.
Jóvenes hay en Toledo
De buena sangre, de honradas
Prendas, y alguno hallaremos
Para tí.

DOÑA CLARA.

¡Qué temeraria
Proposicion!

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA CLARA.

¿Yo,
Señor?...

DON LUIS.

¿Pues qué?

DOÑA CLARA.

¿Yo casada?

DON LUIS.

¿Con que no?

DOÑA CLARA.

Conozco y huyo
Las vanidades mundanas...
Tengo ya mejor esposo.

DON LUIS.

Bien está.
(Inquieto y reprimiendo el enojo.)

DOÑA CLARA.

Que no se cansa
De amar.

DON LUIS.

Muy bien.

DOÑA CLARA.

Y con premios
Eternos corona y paga
Los afanes de esta vida
Transitoria.

DON LUIS.

¿Sí? Pues anda...
Vete de aquí... Y nunca, nunca
Me vuelvas á hablar palabra...

DOÑA CLARA.

Bien, señor.
(Hace una cortesía, y se va.)

DON LUIS.

Nunca, porque
No sé si tendré templanza
Para sufrirte... ¡Embustera!
¡Oh virtud, cómo te ultrajan! (7)

ESCENA V.

DON LUIS, PERICO.

PERICO.

Ahí he encontrado en la puerta
A un mozo con esta carta
(Le da una carta.)
De parte de... ¿Cómo dijo?
De...

DON LUIS.

¿De don Juan de Miranda?

PERICO.

Cierto... que ha venido inclusa

(7) *En las copias concluye así esta escena:*

DON LUIS.

¡Qué pérfida obstinacion!
Este silencio que guarda
Ya es un sistema: don Claudio
Debe salir sin tardanza;
Si se detiene, hay peligro,
Fuera un absurdo casarla
Con él. ¡Oh, si yo pudiese
Hacer dilatar su entrada
En el convento! Esta herencia
Pudiera proporcionarla
Un partido ventajoso;
Pero su padre...

PERICO.

Deo gratias.
Señor don Luis, ahí me han dado
En la estafeta esta carta
Para vos.

ue le enviaba
sujeto.

DON LUIS.

Sí.

PERICO.

oneis la tardanza,
oy ha comido fuera,
uelto por su casa
tres.

DON LUIS.

¿No te ha dicho
dio...

PERICO.

¿Lo de la marcha?
, si ya está todo
lo.

DON LUIS.

La criada
tara temprano...
quiero que vayas
¿Entiendes?

n Luis por la puerta del lado izquierdo.)

PERICO.

Ya estoy.

ESCENA VI.

ERICO, DON CLAUDIO.

PERICO.

ue tiene cerrada
a.

ca á la puerta de don Claudio, allándola cerrada llama.)

¡Señor!... Perico.

DON CLAUDIO.

que ya te esperaba
aciencia.

PERICO.

¿Y qué ha habido?

DON CLAUDIO.

la paz ajustada
rendero. El se lleva
s algo baratas,
cabo yo no habia
r desempeñarlas,
... Y sobre todo, habiendo
nadie repara.
eja?

PERICO.

Mi señora
igida Menchaca,
everenda, dice,
a lo que se la manda,
dad, por serviros,
no quiere que haya
dos...

DON CLAUDIO.

Muy bien.

PERICO.

Pero,
e allí no se trata
que por una noche
niña posada
y al otro dia
, clerigo, y arda

DON CLAUDIO.

Pues ya.

PERICO.

Y supongo
emos despachada
tura del papel.

DON CLAUDIO.

Aquí está. *(Da un papel á Perico.)*

PERICO.

¡Viveza estraña!

DON CLAUDIO.

Ahí he puesto los regalos
Que la hago yo. Doña Clara
Pondrá lo que á mí me dé,
Firma luego, y santas pascuas.

PERICO.

(Lee el papel y le guarda.)

«Yo, don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña; y yo, doña Clara Francisca Bustillo, doncella toledana. Estando en perfecta salud y con nuestro cabal entendimiento, hacemos de mancomun la presente obligacion de contraer himeneo marital y consorcio de primeras nupcias, al instante, ó cuanto mas presto fuere posible; que tal es nuestra última voluntad. Y queremos ser obligados por justicia, si alguno de nosotros se llamase antana, lo que Dios no quiera ni permita, amén. Y amén de esto nos hemos dado mano y palabra, y nos hemos dado otras frioleras, las cuales van puestas al fin de esta escritura, por modo de inventario. Fecha en Toledo, etc.—Yo don Claudio Meliton Perez y Perez, caballero hijodalgo, natural de Ocaña.»

Lindamente, y está todo
Dicho con suma elegancia.
¿Son estas las frioleras?

(Don Claudio saca un envoltorio de papel, y Perico le guarda.)

DON CLAUDIO.

Esas son.

PERICO, *en ademan de irse.*

Pues á buscarla.

ESCENA VII.

LUCIA, DON CLAUDIO, PERICO.

PERICO.

¿Qué tenemos, chica?

LUCÍA.

Solo
Deciros que doña Clara
Está que se desespera.

PERICO.

Pues ya voy á consolarla.

LUCÍA.

Dice que si habeis resuelto
Algo...

PERICO.

Y mucho, y que no falta
Ya sino... *(Hace que se va, y vuelve.)*
Di, ¿la Inesita
Y su padre están de guardia,
De modo que yo no pueda
Entrar sin llevar sotana?

LUCÍA.

No temas.

PERICO.

Es que al señor
Don Luis, con aquella pausa
Le tengo un miedo cerval.

LUCÍA.

Cuando he venido quedaba
En su cuarto; doña Inés
Está cosiendo en la sala
Del jardin.

PERICO.

¿Sí? Pues logremos
La ocasion, no se nos vaya.

ESCENA VIII.

DON CLAUDIO, LUCIA.

LUCÍA.

¿Y qué habeis dispuesto?

DON CLAUDIO.

Yo,
Mujer, no dispongo nada...
Ello, ó me caso, ó el diablo
Viene y tira de la manta.

LUCÍA.

Es que don Luis... Pero cuenta,
Que os lo digo en confianza...
Cuidado.

DON CLAUDIO.

Bien.

LUCÍA.

Ya lo sabe
Todo, y como...

DON CLAUDIO.

¡Qué desgracia!

LUCÍA.

Lo sabe; pero...

DON CLAUDIO.

¿Lo sabe?
Vamos, ya me...

LUCÍA.

Es que mi ama...

DON CLAUDIO.

No hay que hacer... Somos perdidos.
Preciso... Salto de mata...
¿Qué tengo ya que esperar?

LUCÍA.

Pero escuchad lo que pasa,
Y después...

DON CLAUDIO.

Cierto; y después
Vendrá el viejo, se lo planta
Al otro viejo, y me metea
Entre puertas, y...

LUCÍA.

No hay nada
De eso. Al contrario. Don Luis
Está en serviros, y trata
De que os caseis.

DON CLAUDIO.

Pues ya estoy;
Por eso es toda la rabia.
Porque él me quiere casar
Con aquella remilgada
De Inés, y yo no la quiero.

LUCÍA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

¿Y lo callabas,
Mujer?... ¿Y no me lo has dicho
Dos horas ha?... Corre, llama
A Perico.

LUCÍA.

Si no es eso.

DON CLAUDIO.

Voy á ver si en la posada
Encuentro mulas... Sí, vamos,
Si yo lo premeditaba,
Si lo dije, si Perico
Me ha metido en esta danza.

LUCÍA.

Si no me quereis oir.
Si es locura declarada

La que teneis. Si don Luis
Está de enojo que salta
Contra su hermano, porque
Mete monja á doña Clara.
Si el mismo don Luis me ha dicho
Que era mejor os casarais
Con ella. Si me mando
Que no os dijera palabra,
Porque él sabrá disponerlo
Con su hermano, sin que haya
Peloteras, y os caseis
De bien á bien. Si él se encarga
De todo, ¿á qué viene ahora
Esa furia?

DON CLAUDIO.

A que pensaba
Que... Pero ¿es cierto, Lucía?
No puede ser, tú me engañas.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

¿Con que es verdad?

LUCÍA.

Yo se lo he dicho á mi ama...

DON CLAUDIO.

¿Y qué dice?

LUCÍA.

Como está
Con don Luis tan enfadada,
No lo ha querido creer.

DON CLAUDIO.

Pues ya se ve que eso es maula.

LUCÍA.

No, señor.

DON CLAUDIO.

Pues yo te digo
Que sí.

LUCÍA.

Pues yo me fiara
De él, y fuera lo mejor.

DON CLAUDIO.

Lo mejor fuera afufarlas...
No hay que hacer, si todas son
Astucias y zalagardas
De este don Luis ó este infierno.

ESCENA IX.

PERICO, LUCIA, DON CLAUDIO.

PERICO.

Ya tenemos despachada
Esta comision. Lucía,
La religiosa te llama
Para no sé qué envoltorio;
Corre.

LUCÍA.

Allá voy.

DON CLAUDIO.

Mira, aguarda.

(Don Claudio se pasea, y hace que busca alguna cosa en los bolsillos. Lucía le coge las vueltas, y alarga la mano para recibir lo que piensa que va á darla. Al fin de la escena, don Claudio saca las yescas, enciende un cigarro y fuma.)

LUCÍA.

¿Qué mandais?

DON CLAUDIO.

Yo te diré.

LUCÍA, *aparte.*

Ya llegó la suspirada
Flota. Ya tengo pañuelo.

DON CLAUDIO.

Me parece á mí...

LUCÍA.

¡Qué guapa
Estaré con él!

DON CLAUDIO.

Quisiera...
Es verdad que doña Clara...

LUCÍA.

¿Y qué tiene que ver ella
Con eso?

DON CLAUDIO.

Ya, pero...

LUCÍA.

Vaya,
Señor, si ha de ser.

DON CLAUDIO.

Al cabo
Ello...

LUCÍA.

Me le haré de gasa.

DON CLAUDIO.

Pero no, no nos metamos
En camisa de once varas.
Vete, vete.

LUCÍA.

¡Haya pelon!

ESCENA X.

DON CLAUDIO, PERICO.

DON CLAUDIO.

¿Y el papel?

PERICO.

Ella le guarda.

DON CLAUDIO.

¿Y qué te dió?

PERICO.

Veislo aquí.

(Saca envuelto en un pañuelo lo que indica el diálogo.)

¡Cosas suyas! Tres medallas,
Un par de ligas manchegas,
Una cruz de Caravaca,
Estas dos santas Teresas
De barro, y una navaja.

DON CLAUDIO.

Bien... Pero ¿qué te parece?
¿Hemos de salir mañana?

PERICO

No por cierto.

DON CLAUDIO.

¿Y si don Luis
Aprieta?

PERICO.

Buenas palabras:
Que está bien, que es grande idea,
Que sin que él os lo mandara
Lo hubierais hecho, que apenas
Haya luz saldreis de casa.

DON CLAUDIO.

¿Y luego?

PERICO.

Y luego cenais,
Buenas noches y á la cama.
Y después, cuando esté toda
La familia sosegada,
Inquietud, sudor, bostezos,
Horripilacion y bascas.
Me levanto, enciendo un cabo,
Hago estrépito, se alarman
Todos... ¿Qué será? Si es flato,
Si es cólico, si es terciana...
Y cuando amanezca Dios
(Esto es, á las once dadas)
Os sentis algo mejor,
Comeis poquito y sin ganas,
Hablais con voz enfermiza,
Dormís una siesta larga,
Y os quedais como si todo
Hubiera sido una chanza.

DON CLAUDIO.

¡Oh! como tú no me faltes,
Ningun peligro me atasca.

PERICO.

Sí, pero no os atasqueis
Tampoco aunque yo me vaya,
Porque no hay duda, he de irme.

DON CLAUDIO.

¿Tan presto?

PERICO.

De madrugada,
No hay remedio. Ese maldito
Demandadero me ataja
Las callejuelas... Si vuelve
Segunda vez y me halla,
Nos destruye... Ahí en la esquina
Le ví que se encaminaba
Acia aquí: pude lograr
Diciéndole no sé cuántas
Mentiras, que se volviese.
Pero si cojo la rauta,
Entonces, ancha es Castilla...
¡Ah! sí, ya no me acordaba
De que hay que buscar los trastos.
Voy allá.

DON CLAUDIO.

¿Para qué?

PERICO.

Para
Que don Luis se tranquilice,
Viendo que ya se preparan
Los chismes de cabalgar.
El que vive de la trampa,
Mi don Claudio, es menester
Que no se descuide en nada.
(Vase al cuarto de don Claudio.)

ESCENA XI.

DON CLAUDIO, DON LUIS, DON MARTIN.

DON LUIS.

(Saca un papel en la mano.)

Mucho sentirá mi hermano
Esta novedad... ¿Tú estabas
Aquí?

DON CLAUDIO.

Sí, señor... ¿Qué diantre
De papel será el que saca?
¿Cuánto va...

DON LUIS.

Déjame solo.

DON CLAUDIO.

¿Cuánto va que la muchacha
Se le ha dejado pillar?
(Don Claudio se entra en su cuarto.)

DON LUIS.

No sé qué medios me valgan
Para templarle. Un carácter
Como el suyo, que no guarda
Moderacion, ni previene
Ni tolera las desgracias.
El viene aquí.

DON MARTIN.

Ya me han dicho
Que has recibido una carta
De Sevilla... Yo no entiendo...

A mí no me escriben nada,
Ni una letra.

DON LUIS.

Sí, porque
Ha ocurrido una mudanza
Bien imprevista... ¿Dijiste
Al primo que se casaba
Inesilla?

DON MARTIN.

No por cierto.
Solo le escribí que Clara,
Manifestando deseos
De ser religiosa, estaba
Resuelta a empezar muy pronto
Su noviciado, y que...

DON LUIS.

Y basta
Eso para conocer
Que tuvo razon sobrada
De revocar su primera
Disposicion.

DON MARTIN.

Con que... ¡Vaya!
Pues... A ver...

DON LUIS.

Toma.
(Le da el papel á don Martin.)

DON MARTIN.

En efecto,
Es una botaratada
De aquel hombre... Siempre fué
Medio loco...
(Despues de haber leido, tira el papel sobre la mesa.)
¿Quién pensara
Esta salida, después
De tanto esperar y tantas
Promesas?... Si me escribió
Habrá dos ó tres semanas,
Diciéndome que sus males
No le daban esperanzas
De vida, que ya tenia
Todas sus deudas pagadas,
Y arreglado el testamento;
Que á Clarita la dejaba
Por heredera, y que... Yo
Respondí dándole gracias,
Como era razon...

DON LUIS.

Y en vista
Del aviso que le dabas,
Debió de reflexionar
Que estando determinada
Clara á ser monja, seria
Inútil favor nombrarla
En el testamento; y quiso
Que su prima Inés gozara
De esta merced, pues está
Sin colocar... No es estraña
Resolucion.

DON MARTIN.

Dices bien.
No hay cosa mas acertada...
Y la niña lo merece,
Lo merece. ¡Bribonaza!
Desenvuelta!... Así va el mundo.
¡La prenda de mis entrañas,
La pobrecita, quedar
De esta manera burlada!...
¡Y el otro bruto salirnos
Al cabo con la zanguanga
De que no lo necesita!
Y qué, ¿á mí no me hace falta? (8)

ESCENA XII.

EL TIO JUAN, DON LUIS, DON MARTIN.

TIO JUAN.

Muy buenas tardes, señores.

DON MARTIN.

¿Qué tenemos?

TIO JUAN.

Que me manda
Venir la madre San Pedro
A decir á doña Clara,
Que mañana por la tarde
La Aragonesita ensaya
Al órgano el villancico
Que han de cantar en la octava...
Es aquel de: *Pastorcillo,
Pastorcillo, come y calla,
Come y calla...* Con que dijo
Que viniera y avisara,
Para que...

DON MARTIN.

Bien.

TIO JUAN.

Pero ¿qué
Diré?

DON MARTIN.

Que bien, que mañana
Irá por allá.

TIO JUAN.

(Hace que se va, y vuelve.)
¿Os han dado
Una esquelita firmada
De la abadesa?

DON MARTIN.

Tambien.

TIO JUAN.

No lo digo porque haga
Falta, sino...

DON MARTIN.

Ya llevó
El dinero.

TIO JUAN.

Es que me encarga
La abadesa...

DON MARTIN.

¿Qué encargó?

TIO JUAN.

Que os dijera que no es tanta
La urgencia, que haya de ser
Hoy mismo.

DON MARTIN.

¡Desatinada
Prevencion!... Si ya le he dado
El dinero.

TIO JUAN.

¿A quién?

DON MARTIN.

¡Machaca!
A don Sempronio.

TIO JUAN.

¿Y quién es
Don Sempronio?

DON MARTIN.

¡Qué pesada
Taravilla de preguntas!
¡Vaya que el hombre me cansa
De veras!

TIO JUAN.

Pero...

DON MARTIN.

Al hermano
De don Lorenzo... Aun no acaba
De entenderlo.

TIO JUAN.

Es que no tiene
Tal hermano.

DON MARTIN.

Es que me enfada
De veras el señor Juan.
Váyase de aquí, ¿qué aguarda?

TIO JUAN.

Señores, lléveme Dios
Si yo entiendo una palabra...
Sobre que no hay tal hermano.

DON MARTIN.

Sobre que viene con ganas
De impacientarme... Si digo
Que estuvo conmigo, vaya,
¿Qué replica?... Es un cojo,
Tuerto, cargado de espaldas,
Gangoso, muy hablador.

TIO JUAN.

¡Gangoso!... Si en esta sala
Di yo el papel á un mocito...
La verdad, yo estoy en brasas...
Quise volver, y le hallé
Ahí cerca. Dijo que estabais
Fuera; dije, que vendria
Después; dijo que escusara
El venir, porque estas noches
No soleis cenar en casa,
Y no os venís á acostar
Hasta las doce muy largas.
Con que yo...

DON MARTIN.

Pero ¿no ves
Cuánto disparate ensarta
Este menguado?

TIO JUAN.

Si el otro
Fué quien me dijo.....

DON LUIS.

Apostara
Que te han hecho alguna burla.

DON MARTIN.

¿Qué burla? Si es que desbarra
Ese infeliz, y no sabe
Lo que está diciendo.

DON LUIS.

Calla,
Que hemos de ver si... ¡Perico!

(8) *Esta escena en las copias continúa del modo siguiente:*

DON LUIS.

No por cierto.

DON MARTIN.

¿Con que no?

DON LUIS.

No, señor.

DON MARTIN.

Déjame, calla;
Déjame.

DON LUIS.

Pero ¿no puedes
Gozar una descansada
Vejez sin adquirir mas?
Luego que profese Clara
Quedas solo. Y lo que tienes
¿Para ti solo no basta?
Si hay disculpa á la avaricia
Del hombre en la edad anciana,
Es solo el amor paterno;
Pero si ya asegurada
La fortuna de los hijos,
Aun quiere mas, aun se afana;
Y á la orilla del sepulcro,
Cuando ya le desamparan
Todas las pasiones, solo
El vil interés le abrasa,
Muere aborrecido, muere
Sobre su riqueza intacta.

DON MARTIN.

Dices bien, para morirme
De sentimiento y de rabia
No necesito dinero.

DON LUIS.

¡Respuesta mas adecuada!
Por tu vida.

PERICO, *desde adentro.*

¡Señor!

DON LUIS.

¡Perico!

ESCENA XIII.

PERICO, DON LUIS, DON MARTIN, EL TIO JUAN.

PERICO.

¿Quién llama?

(Al ver al tio Juan se sorprende, y hace ademán de buscar algo debajo de la mesa y entre las sillas.)

TIO JUAN.

El es sin duda... No hay mas,
Que es él.

PERICO.

No sé dónde paran
Estas espuelas...

DON LUIS.

Escucha
Un recado.

PERICO.

Están atadas
Con un cordel.

(Quiere volverse á entrar en el cuarto de don Claudio, pero don Luis le trae asiéndole del cuello.)

DON LUIS.

Oye aquí
Primero.

PERICO.

Voy á buscarlas.

DON LUIS.

¿Quién es aquel don Sempronio
Que dijo que le enviaba
La abadesa?

PERICO.

Yo, señor,
¿Qué he de saber? No sé nada.

DON LUIS.

¿Con que no?

PERICO.

Cierto que no.

DON LUIS.

Si no lo dices, canalla,
Te he de hacer ahorcar.

PERICO.

¿No mas?

DON LUIS.

Dilo al instante.

DON MARTIN.

Despacha.

PERICO.

¡Ah! demandadero indigno,
¡Qué banderilla me plantas!
No te lo demande Dios.

DON LUIS.

Vamos, cuando esta mañana
Vino el señor, ¿á quién dió
La esquela?

PERICO.

Bien escusada
Pregunta. ¿Pues no lo ha dicho?
A mí.

DON MARTIN.

¿Y el otro fantasma
Que vino por el dinero?

PERICO.

Yo fui.

DON MARTIN.

¿Con aquella pata?

PERICO.

Sí, señor, y con aquel
Parche y aquella casaca.

DON LUIS.

¡Picaron!... Cosa mas...

DON MARTIN.

Dí,
¿Y el dinero en dónde para?

DON LUIS.

¿Qué hiciste de él?

PERICO.

¿Qué sé yo?

TIO JUAN

¡Vamos que el mocito es caña!

DON MARTIN.

¿Qué has hecho de él?

PERICO.

No le tengo
Aquí; dejadme que vaya
A casa de un conocido,
Y os le traigo sin tardanza.

DON MARTIN.

Pues corre.

(Don Martin le da un envion para que se vaya. Don Luis le vuelve á asir, y queda entre los dos.)

DON LUIS.

No hay que soltarle.

PERICO.

Pero iré bajo palabra
De honor.

DON LUIS.

O entrega el dinero,
O vas á pagar tus maulas
A un calabozo.

PERICO.

¡Qué empeño!...

DON LUIS.

Y en tanto que el señor llama
A la justicia...

TIO JUAN.

Allá voy.
(Hace que se va, y vuelve.)

PERICO.

Aquí está el dinero.

(Saca un bolsillo, don Martin le toma, cuenta el dinero, y se lo guarda.)

DON MARTIN.

Daca,
Ratero.

PERICO.

¡Ratero á mí!

DON MARTIN.

¿Y está todo?

PERICO.

Lo que falta
Don Claudio os lo pagará,
Que yo no me pringo en nada.

DON MARTIN.

Vamos á ver.

DON LUIS.

Pues, amigo,
Ya habeis visto lo que pasa;
Y así direis á las madres
Que cuando mi hermano salga
Irá por allá.

TIO JUAN.

Está bien.

PERICO.

La del humo.

ESCENA XIV.

DON LUIS, DON MARTIN, PERICO, DON CLAUDIO.

DON LUIS.

¡Buena alhaja
De mozo nos ha venido!
¿Y en estos enredos anda
Tu señor?

DON MARTIN.

¿Pues qué creias?

DON LUIS.

Nunca pensé que llegara
A tal.

DON MARTIN.

Sí, que el jovencito
Es sujeto de esperanzas.

DON LUIS.

Pero es menester saber
Qué ha habido en esto, y qué... Llama
A ese muchacho.

PERICO.

¡Don Claudio!
¡Señor don Claudio!

DON LUIS.

Esto pasa
De travesura, y es cosa
Muy seria para dejarla
Así.

PERICO.

Si pudiera yo
Entre tanto...

(En ademán de quererse ir por la puerta del lado derecho.)

DON LUIS.

No te vayas...
Quieto.

PERICO.

Bien está.

DON CLAUDIO, *saliendo de su cuarto.*

¿Qué ocurre?

DON LUIS (9).

¿Para esto has venido á casa,
Claudio? Nunca te creí
Inclinado á tan villanas
Acciones. El hospedaje,
La amistad, la confianza,
¿Se pagan así?

DON MARTIN.

¡Bribon!

DON CLAUDIO.

Toma, ¿pues qué...

DON MARTIN.

¡Le matara
De un golpe!

DON CLAUDIO.

Maldito sea
El papel y... Yo pensaba

(9) *Las copias dicen así:*

DON LUIS.

¿Para esto has venido á casa,
Claudio? ¿Así nos correspondes?
¿Qué acciones son tan villanas
Las tuyas, tan afrentosas
En un hombre que se jacta
De noble con tal empeño?
¡Oh! la nobleza se gana
Por obra, no por abuelos.
¿Qué satisfaccion preparas
A mi hermano? ¿Así te burlas
De todos?

Que no os pudiera ofender
Tanto, tanto.....

DON LUIS.

¡Es buena gracia
Por mi vida! ¿Te parece
Que es para menos la chanza?

DON CLAUDIO.

Ya; pero en cumpliendo como
Hombre de bien.

DON LUIS.

¿Y á qué llamas
Cumplir como hombre de bien,
Después de hacer una infamia?
¿Qué dirá tu padre cuando
Lo sepa? ¿No ves que basta
Para quitarle la vida
Esta pesadumbre?

DON CLAUDIO.

¡Vaya,
Que lo ponderan!... ¡Mi padre!
¿Cuánto va que no se enfada?

DON LUIS.

¿Qué dices? ¿Estás en tí?

DON CLAUDIO.

Pues digo bien; ya me cansa
Tanto exagerar las cosas.
¡Mi padre!... Pues apostara
La cabeza á que mi padre
Lo aprueba, y me da las gracias.
Y sobre todo... ¡Cuidado,
Que parece que me tratan
Como á un chiquillo!... ¡Oh! Pues yo
Por bien soy como una malva;
Pero por mal... ¿Si querrán
Que me acoquine, y les vaya
A pedir perdon?... Parece
Que es alguna cosa estraña,
Segun se ponen..... La quiero;
Ya se ve, me da la gana
De quererla; ella me quiere
Tambien á mí; con que pata.
¡Toma!... El papel ya está hecho;
Su padre quiso encerrarla;
Ella no quiere ser monja
Francisca, ni mercenaria,
Ni dominica, ni alforja;
Ha querido ser casada,
Y se ha casado conmigo.

DON MARTIN.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué ha sido?

DON LUIS.

Calla,
Déjale hablar.

PERICO.

Si mi amo
Está diciendo patrañas,
Si sueña.

DON LUIS.

Calla, ó te mando

(Con ímpetu colérico. Perico se va atemorizado par la puerta de la izquierda.)

Tirar por una ventana.....
Vete de aquí.

DON CLAUDIO.

Digo bien.
Si no hay cosa que yo haga
Que no se tilde y se riña.
Pues yo bien quieto me estaba.
Ella quiso... ¿Yo qué habia
De hacer? ¿Dormirme en las pajas?
Y al cabo que...

DON MARTIN.

Pero ¿cómo...

DON CLAUDIO.

El cómo es cosa muy larga
De contar... Que sois mi suegro,
Cabalito, en dos palabras.....
Y lo que ha de ser por fuerza,
Tomarlo de buena gana.

DON MARTIN.

Si.....

(Lleno de turbacion y de inquietud, llama acercándose á la puerta del lado izquierdo.)

¡Válgame Dios! No sé
Lo que me sucede... ¡Clara!

ESCENA XV.

DOÑA CLARA, DON LUIS, DON MARTIN, DON CLAUDIO.

DOÑA CLARA.

Señor... Padrecito mio,
¿Me llamais á mí?

DON CLAUDIO.

Te llama,
Porque ya lo sabe todo.
Entre los dos me majaban
A sermones..... El papel
Nos le han pillado: eso pasa.

DON MARTIN.

Ya lo comprendo..... ¡Dios mio!
Déjame, que he de matarla.

(Huye doña Clara, y se pone al lado de don Claudio. Don Luis detiene á su hermano, que hace ademanes de cólera.)

DON LUIS.

¿Qué vas á hacer?

DOÑA CLARA.

Claudio, presto,
Sácame de aquí.

DON MARTIN.

¡Malvada!...
¡Hija inobediente!... ¿Así
Lo que te quise me pagas?
La he de matar.

DOÑA CLARA.

Al instante
Llévame de aquí, ¿qué aguardas?
El papel le tengo yo;
Tu mujer soy, no tu dama;
En cualquier parte hallaremos
Proteccion..... Nada nos falta,
Mientras yo viva á ninguno
Necesitas.

DON MARTIN.

¡Desgraciada!

(Don Martin, sintiéndose desfallecido, se apoya en la mesa. Don Luis le sostiene y le encamina á la puerta de la izquierda.)

No puedo estar....

DON LUIS.

Mira, vete
Allá adentro..... No adelantas
Nada con verla.

DON MARTIN.

Es verdad.....
Pero has de hacer que se vayan
Sin dilacion.

DON LUIS.

Bien.

DON MARTIN.

Que no
Me pongan los piés en casa
Nunca, nunca.

ESCENA XVI.

DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO (10).

DON CLAUDIO.

Vamos.

(Don Claudio y doña Clara hacen ademán de irse por la puerta del lado derecho. Don Luis los detiene.)

DON LUIS.

¿Cómo?
¿Y adónde ireis?

DOÑA CLARA.

El lo manda.
No faltará quien nos quiera
Recibir.

DON CLAUDIO.

Si aquí nos halla,
Puede hacer un desatino.
Vamos.

DON LUIS.

¿Quieres que se añada
El escándalo al absurdo
Que habeis hecho?

DOÑA CLARA.

Estoy muy harta
De sufrirle..... ¿No habeis visto
Cuánto le irrita que haya
Pensado en casarme, como
Cualquiera mujer se casa?
¿No ha de tener esto fin?
¿He de vivir siempre esclava?...
Chico, vamonos... Y no,

(10) *Toda esta escena y la siguiente se hallan muy diversas en las copias. Cuando doña Clara ve que la herencia ha recaido en su prima, esclama:*

DOÑA CLARA.

¡Inés!
Votová... Muero de rabia.

DON LUIS.

Sí, que tal vez son visibles
En la tierra las venganzas
De un Dios ofendido, sí:
¿Qué te admira? Hija malvada,
Hipócrita, si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

Es justo que le engañara.
Ya habeis visto qué oprimida
Me ha tenido, qué crianza
Me dió: nunca perdonó
A la edad, ni al sexo nada;
Fué mi tirano; yo ví
Que en fingir aseguraba
Mi tranquilidad.

DON LUIS.

No sigas
Adelante; calla, calla,
Pérfida; para abonarte
Ninguna disculpa basta.
Tu padre no te ha sabido
Dirigir, pero juzgaba
Hacer lo mejor; tu padre
Te educó con ignorancia,
Pero te quiso, te quiso
Tanto, que su amor llegaba
A fanatismo: si fué
En el principio estremada
Su rigidez, en el modo,
No en la intencion, se engañaba,
. . . .
Este yerro ha sido causa
De tanto mal; ¡pero tú
Le vendiste! ¡Ah! ¡tú le matas!
Sí, tú le matas, porque
No opusiste la constancia
A su vigor; la humildad
Verdadera, no afectada,
No sacrílega; la honesta
Sencillez, prenda que falta
A vuestro sexo engañoso:
Esas son todas las armas
Con que deshace una hija
La furia mas obstinada
De un padre; ya ves el premio
De tu iniquidad; repara
Qué esposo te has elegido;
Mira qué vida te aguarda:
La miseria, el abandono,
Los delitos acompañan
Tu consorcio.

No temais que esto dé causa
A escándalos. Hay papeles.
Prendas, testigos que bastan
A probar que es mi marido
Y yo su mujer. Mañana
A las ocho, con un sí
Y una bendicion se acaba
Todo, y entonces...

DON CLAUDIO.

¿Entonces?
No han de pasar dos semanas
Sin que me venga á pedir
Limosna, y...

DON LUIS, *con mucho enojo.*

¡Pícaro!

DON CLAUDIO.

Vaya,
Que... Pues digo bien; la herencia
Viene... y en habiendo plata...

DON LUIS, *tomando la carta que está sobre la mesa, se la da á doña Clara. Esta la lee, y hace ademanes de sorpresa y abatimiento.*

Mira, infeliz, en qué estriban
Tu orgullo y tus esperanzas.

DOÑA CLARA.

¿Qué es esto?... ¡Ay de mí! ¿Es posible?
Moriré desesperada.
¡Inés la heredera!

DON LUIS.

Sí,
El cielo quiere premiarla,
Y á tí te castiga.

DON CLAUDIO.

¡Calle!
Pues cierto que...

DOÑA CLARA.

¡Desdichada!

DON LUIS.

¿Qué te admira? Si engañaste
A tu padre, ¿qué esperabas
Sino vivir infeliz?

DOÑA CLARA.

¡Qué miseria nos aguarda!
¡Que afrentas! Inés, llegó
El tiempo de tu venganza.
¡Ay! mi padre vuelve.. ¿En dónde
Me ocultaré?

(Don Claudio y doña Clara se retiran al fondo del teatro.)

ESCENA XVII.

DON MARTIN, DOÑA INES, DON LUIS, DOÑA CLARA, DON CLAUDIO.

DON MARTIN.

No, te cansas
En balde... No quiero verla.

DOÑA INÉS.

Pero, señor...

DON MARTIN.

Que se vaya,
Que se vaya, que me deje
Morir.

DOÑA INÉS.

Pobre, abandonada
De su padre, ¿adónde irá?

DON MARTIN.

Que no me mire á la cara
Jamas.

DOÑA INÉS.

Prima, ven aquí,

(Doña Clara se acerca tímida y confusa, y vuelve á retirarse al ver el enojo de don Martin.)

Llega, humíllate á sus plantas,
Bésale la mano.

DON MARTIN.

Quita.

DOÑA INES.

Por mí, señor.

DON MARTIN.

Vete, aparta,
¡Hija indigna!

DON LUIS.

Pero, hermano,
Es menester perdonarla...
¿Qué quieres hacer?

DON MARTIN.

Que vea
Cuántas desdichas arrastra
Su delito.

DOÑA INES.

Yo no puedo
Ver sin que me llegue al alma
La desgracia de mi prima...
¿He de tolerar que salga
Da aquí con la maldicion
De su padre, rodeada
De afliccion y de miserias?
Hambre, desnudez la aguardan,
Remordimientos crueles
Que al mal obrar acompañan...
No, si la virtud consiste
En acciones, no en palabras;
Hagamos bien... Padre mio,
No me negueis esta gracia.
Permitid que con mi prima
Toda mi fortuna parta;
Que no, no quiero riquezas
Si no he de saber usarlas
En amparar infelices...
¡Oh, maldito el que las haga
Estériles, y perece
Sobre el tesoro que guarda!

DON MARTIN.

¡Inés, sobrina!

(Don Martin y don Luis espresan su sorpresa y su ternura.)

DON LUIS.

¡Querida
Inés!

DON MARTIN.

¡Tú sí que eres santa!

DOÑA INÉS.

No, señor, soy compasiva
Nada mas... Pero se pasa

(Va adonde está doña Clara, y la trae de la mano.)

El tiempo, y es menester
Que hoy mismo quede firmada
Mi cesion.

DOÑA CLARA, *besando las manos á doña Inés.*

Inés, yo he sido
Para contigo muy mala;
Perdóname.

DOÑA INES.

¡Qué locura!
Yo no me acuerdo de nada,
De nada.

DON MARTIN.

Yo sí me acuerdo,
Ni puedo olvidarlo... ¡Falsa,
Hipócrita, aborrecible
Mujer! (11)

DON LUIS.

¡Cómo te arrebata
El furor!... Pero conviene
Ceder á las circunstancias.
Hágase lo que propone
Inés; con ella reparta
Sus bienes, yo lo consiento;
Pero ha de ser sin que haya
Ni firmas, ni obligacion...
Se lo ha prometido, y basta.
Así podrá contenerlos

(11) *En las copias dice*

DON LUIS.

No estás en tí
Si quieres desampararla
De esta manera, ¡qué afrentas,
Qué abominacion preparas
A esta familia inocente!
Ella quede castigada;
Nosotros no, ni al delito
Suyo tu deshonra añadas.
El vulgo, siempre inclinado
Al que padece, no guarda
Término, mira el suceso
Y no examina la causa;
Juzga apresuradamente
De todo, y aunque se engaña
Muchas veces, de su voz
Pende el honor y la fama.
¡Qué dirán de mí si dejo
Perecer sin esperanza
De consuelo á esa infeliz!
¿Qué dirán? Que le arrebatan
Su fortuna, que su prima
Es tan vil, tan inhumana,
Que hallándose poseyendo
Riquezas que no esperaba,
Insensible á la piedad,
Su afrenta su muerte causa.
No, hermano; no ha de quedar
Así; lo que Inés acaba
De proponer debe hacerse;
Pero sin la circunstancia
De firma ni de obligacion.
Ella quedará encargada
De asistirlos, de aliviar
Compasiva su desgracia.
Esto ha de ser, su soberbia
Harto quedará humillada
Entonces; Ines no ignora
Que la justicia es la basa
De las acciones honestas,
Y aquí sabrá dispensarla,
Segun ella lo merezca,
Su proteccion, pues no basta
Ser compasiva; conviene
Saber en qué circunstancia,
Cómo y con quién ha de ser.
Pienso que no resta nada
Que añadir. Este es el medio
Que á mi parecer ataja
Mil inconvenientes; ceda
Tu rigor; no les añadas
Mayores penas; que al fin
Lo habrás de sentir mañana

DON MARTIN.

Haz lo que quieras, que yo
No sé qué decir; es tanta
Mi angustia, mi confusion...
¡Ay Inés! ¡Qué mal pensaba
De tí!

DON LUIS.

Tales son los juicios
De los hombres: se disfrazan
Los vicios con apariencias
Engañosas, se levantan
Hasta el cielo, los adoran,
Y la virtud siente y calla.

DON CLAUDIO.

Doña Inés, yo de contento
No acierto á decir palabra.

DON MARTIN.

Picaron, mira...

DON LUIS.

No turbes
Con represiones amargas
Nuestro placer; se acabó
Todo, todo; solo falta
Que hoy mismo sin detencion,
Para no volver, se vayan
Esos criados. Ya ves,
Sobrina, qué dolor causa
A tu padre, á mí, y á cuantos
Con tu proceder agravias.
Tu prima, la que ofendiste,
La que ha sido calumniada
Y aborrecida, olvidando
Sus ofensas, te levanta
De un precipicio. ¡Ah! ¿conoces
Cuán digna es de ser amada,
Y que solo serás buena
Cuando llegues á imitarla?
Y tú de hoy mas corrigiendo
Las travesuras pasadas,
Claudio, concilia el afecto
De esta familia que ultrajas
Con un atentado; sabe
Guardar respeto á las canas
De mi hermano, y hazte digno

En su deber, y obligada
Clara de la inevitable
Necesidad de agradarla,
Sabrá arreglar su conducta,
Reprimir la estravagancia
De su marido, y en fin,
Si en ella estímulos faltan
De honor, hará el interés
Lo que la virtud no alcanza.

De todo el favor que alcanzas.
Sí: son tus hijos, y esperan
A tus piés hallar tu gracia
Y tu bendicion.

(Don Luis coge de la mano á don Claudio y doña Clara, los pone á los piés de su hermano; este los levanta enternecido, y despues de una breve suspension los deja, y se abraza con Inés.)

DON MARTIN.

Alzad,
Alzad. ¡Inés!

DON LUIS.

Encargada
Queda de ser protectora
De su prima; la palabra
Te doy de que cumplirá
Una obligacion tan grata
A un ánimo generoso, etc.

Y tú, porque yo lo pido,
Por no dejar desairada
A la pobre Inés, que está
Pendiente de tus palabras,
Perdónalos.

(Don Claudio se acerca; él y doña Clara se arrodillan delante de don Martin, que haciéndolos levantar, se encamina á doña Inés y la abraza.)

DON MARTIN.

Bien... Alzad,
Hijos... Y no me hableis nada,
No... Que es mucha la inquietud
Que siento... ¡Qué mal pensaba
De tí!... ¡Bendita!... ¡Hija mia!
¡Querida Inés!

DON LUIS.

Encargada
Queda de ser protectora
De su prima y de esta casa,
Y amparo de tu vejez...
¡Oh! quiera el cielo colmarlas
De dichas, y en amistad
Vivan verdadera y larga!

DOÑA INÉS.

Sí, señor, sí, viviremos
Siempre amigas, siempre hermanas.

(Doña Inés y doña Clara se abrazan.)

DON LUIS.

Lo espero así...

(Asiendo de las manos á doña Inés, con espresion de ternura.)

Pero tú
No sabes cómo se halla
Mi corazon. Al placer
Que siento por tí, no igualan
Todas las felicidades
De la tierra... Ni trocara
La dicha de ser tu padre
Por el trono de un monarca.
¡Ojalá fuese el ejemplo
Público!.. Si esto miraran
Aquellos á quienes tanto
Las apariencias arrastran,
Distinguieran la virtud
Verdadera de la falsa.

EL SI DE LAS NIÑAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE LA CRUZ, AÑO DE 1806.

ADVERTENCIA.

El Si de las Niñas se representó en el teatro de la Cruz el dia 24 de enero de 1806, y si puede dudarse cuál sea entre las comedias del autor la mas estimable, no cabe duda en que esta ha sido la que el público español recibió con mayores aplausos. Duraron sus primeras representaciones veinte y seis dias consecutivos, hasta que llegada la cuaresma se cerraron los teatros, como era costumbre. Mientras el público de Madrid acudia á verla, ya se representaba por los cómicos de las provincias, y una culta reunion de personas ilustres é inteligentes se anticipaba en Zaragoza á ejecutarla en un teatro particular, mereciendo por el acierto de su desempeño la aprobacion de cuantos fueron admitidos á oirla. Entre tanto se repetian las ediciones de esta obra : cuatro se hicieron en Madrid durante el año de 1806, y todas fueron necesarias para satisfacer la comun curiosidad de leerla, escitada por las representaciones del teatro.

¡ Cuánta debió ser entonces la indignacion de los que no gustan de la ajena celebridad, de los que ganan la vida buscando defectos en todo lo que otros hacen, de los que escriben comedias sin conocer el arte de escribirlas, y de los que no quieren ver descubiertos en la escena vicios y errores, tan funestos á la sociedad como favorables á sus privados intereses! La aprobacion pública reprimió los ímpetus de los críticos folicularios : nada imprimieron contra esta comedia, y la multitud de exámenes, notas, advertencias y observaciones á que dió ocasion, igualmente que las contestaciones y defensas que se hicieron de ella, todo quedó manuscrito. Por consiguiente no podian bastar estos imperfectos desahogos a satisfacer la animosidad de los émulos del autor, ni el encono de los que resisten á toda ilustracion, y se obstinan en perpetuar las tinieblas de la ignorancia. Estos acudieron al medio mas cómodo, mas pronto y mas eficaz, y si no lograron el resultado que esperaban, no hay que atribuirlo á su poca diligencia. Fueron muchas las delaciones que se hicieron de esta comedia al tribunal de la inquisicion. Los calificadores tuvieron no poco que hacer en examinarlas, y fijar su opinion acerca de los pasajes citados como reprensibles, y en efecto, no era pequeña dificultad hallarlos tales, en una obra en que no existe ni una sola proposicion opuesta al dogma ni a la moral cristiana.

Un ministro, cuya principal obligacion era la de favorecer los buenos estudios, hablaba el lenguaje de los fanáticos mas feroces, y anunciaba la ruina del autor de *el Sí de las Niñas* como la de un delincuente, merecedor de grave castigo. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces, y esta oposicion poderosa han debido temer los que han dedicado en ella su aplicacion y su talento á la indagacion de verdades útiles, y al fomento y esplendor de la literatura y de las artes. Sin embargo, la tempestad que amenazaba se disipó á la presencia del príncipe de la Paz : su respeto contuvo el furor de los ignorantes y malvados hipócritas, que no atreviéndose por entonces á moverse, remitieron su venganza para ocasion mas favorable.

En cuanto á la ejecucion de esta pieza, basta decir que los actores se esmeraron á porfía en acreditarla, y que solo escedieron al merito de los demás los papeles de doña Irene, doña Francisca y don Diego. En el primero se distinguió María Ribera por la inimitable naturalidad y gracia cómica con que supo hacerle. Josefa Virg rivalizó con ella en el suyo; y Andrés Prieto, nuevo entonces en los teatros de Madrid, adquirió el concepto de actor inteligente, que hoy (1) sostiene todavía con general aceptacion.

(1) Esto se escribia en 1825. Andrés Prieto murió unos diez años despues.

EL SI DE LAS NIÑAS.

PERSONAS.

DON DIEGO.	DOÑA IRENE.	RITA.	CALAMOCHA.
DON CARLOS.	DOÑA FRANCISCA.	SIMON.	

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una mas grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho á un lado. Una mesa en medio, con banco, sillas etc.

La accion empieza á las siete de la tarde, y acaba á las cinco de la mañana siguiente.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, SIMON.

(Sale don Diego de su cuarto. Simon, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO.

¿No han venido todavía?

SIMON.

No, señor.

DON DIEGO.

Despacio la han tomado por cierto.

SIMON.

Como su tia la quiere tanto, segun parece, y no la ha visto desde que la llevaron á Guadalajara...

DON DIEGO.

Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas, estaba concluido.

SIMON.

Ello tambien ha sido estraña determinacion la de estarse usted dos dias enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y sobre todo cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del hijo pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles, y la conversacion ronca de carromateros y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO.

Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos, y no he querido que nadie me vea.

SIMON.

Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. ¿Pues hay mas en esto que haber acompañado usted á doña Irene hasta Guadalajara, para sacar del convento á la niña y volvernos con ellas á Madrid?

DON DIEGO.

Sí, hombre, algo mas hay de lo que has visto.

SIMON.

Adelante.

DON DIEGO.

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho..... Mira, Simon, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien, y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado á esa niña del convento y nos la llevamos á Madrid.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues bien... Pero te vuelvo á encargar que á nadie lo descubras.

SIMON.

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes.

DON DIEGO.

Ya lo sé, por eso quiero fiarme de ti. Yo, la verdad, nunca habia visto á la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre, he tenido frecuentes noticias de ella; he leido muchas de las cartas que escribia; he visto algunas de su tia la monja, con quien ha vivido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos dias; y á decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos.

SIMON.

Sí por cierto... Es muy linda y...

DON DIEGO.

Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia! Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... sí, señor, mucho talento.... Con que, para acabar de informarte, lo que yo he pensado es...

SIMON.

No hay que decírmelo.

DON DIEGO.

¿No? ¿Por qué?

SIMON.

Porque ya lo adivino. Y me parece escelente idea.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Escelente.

DON DIEGO.

¿Con que al instante has conocido...

SIMON.

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole á usted que me parece muy buena boda; buena, buena.

DON DIEGO.

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMON.

Seguro que sí.

DON DIEGO.

Pero quiero absolutamente que no se sepa, hasta que esté hecho.

SIMON.

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO.

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaria quien murmurase, y dijese que era una locura, y me...

SIMON.

¿Locura? ¡Buena locura!..... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO.

Pues ya ves tú. Ella es una pobre... Eso sí... Pero yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMON.

Eso es lo principal... Y sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO.

Dices bien..... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor, regalonas, entremetidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios.... No, señor, vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren y...

SIMON.

Pero siendo á gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO.

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporcion en la edad, que...

SIMON.

Vamos que no me parece tan notable la diferencia. Siete ú ocho años, á lo mas.

DON DIEGO.

¡Qué, hombre! ¿Qué hablas de siete ú ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMON.

Y bien, ¿qué?

DON DIEGO.

Y yo, aunque gracias á Dios estoy robusto y... con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMON.

Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO.

¿Pues de qué hablas?

SIMON.

Decia que... Vamos, ó usted no acaba de esplicarse, ó yo le entiendo al revés..... En suma, esta doña Paquita ¿con quién se casa?

DON DIEGO.

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMON.

¿Con usted?

DON DIEGO.

Conmigo.

SIMON.

¡Medrados quedamos!

DON DIEGO.

¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?...

SIMON.

¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO.

¿Pues qué creias? ¿Para quién juzgaste que la destinaba yo?

SIMON.

Para don Carlos, su sobrino de usted, mozo de talento, instruido, escelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba l niña.

DON DIEGO.

Pues no, señor.

SIMON.

Pues bien está.

DON DIEGO.

¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la habia de ir sar!... No, señor, que estudie sus matemáticas.

SIMON.

Ya las estudia; ó por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO.

Que se haga hombre de valor y.....

SIMON.

¡Valor! ¿Todavía pide usted mas valor á un ofic en la última guerra, con muy pocos que se atrevi seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, l gunos prisioneros, y volvió al campo lleno de he cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho qued entonces del valor de su sobrino; y yo le ví á ust de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey mió con el grado de teniente coronel y una cru cántara.

DON DIEGO.

Sí, señor, todo es verdad; pero no viene á cu soy el que me caso.

SIMON.

Si esta usted bien seguro de que ella le quiere, asusta la diferencia de la edad, si su eleccion es

DON DIEGO.

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarian con e me? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara si es juicio; esta de Alcalá, aunque no la conozco, sé una señora de escelentes prendas; mira tú si de querra el bien de su hija; pues todas ellas me l cuantas seguridades puedo apetecer... La criada servido en Madrid, y mas de cuatro años en el c se hace lenguas de ella; y sobre todo me ha infor que jamás observó en esta criatura la mas rem nacion á ninguno de los pocos hombres que ha p en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros dev misa, y correr por la huerta detras de las mar echar agua en los agujeros de las hormigas, sido su ocupacion y sus diversiones... ¿Qué dices

SIMON.

Yo nada, señor.

DON DIEGO.

Y no pienses tú que, á pesar de tantas segurid aprovecho las ocasiones que se presentan para ir su amistad y su confianza, y lograr que se espli migo en absoluta libertad... Bien que aun hay Solo que aquella doña Irene siempre la interrum se lo habla... Y es muy buena mujer, buena.....

SIMON.

En fin, señor, yo desearé que salga como u tece.

DON DIEGO.

Sí, yo espero en Dios que no ha de salir mal el novio no es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera c me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo que estoy con él?

SIMON.

¿Pues qué ha hecho?

DON DIEGO.

Una de las suyas... Y hasta pocos dias ha no lo l El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, brino, bien dado está; pero voy al asunto. Lle de irse á Zaragoza á su regimiento... Ya te ac que a muy pocos dias de haber salido de Madrid noticia de su llegada.

SIMON.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMON.

Asi es la verdad.

DON DIEGO.

Pues el pícaro no estaba allí cuando me escribia las tales cartas.

SIMON.

¿Qué dice usted?

DON DIEGO.

Sí, señor. El dia 3 de julio salió de mi casa, y á fines de setiembre aun no habia llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMON.

Tal vez se pondria malo en el camino, y por no darle á usted pesadumbre...

DON DIEGO.

Nada de eso. Amores del señor oficial, y devaneos que le traen loco..... Por ahí en esas ciudades puede que..... ¿Quién sabe? Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de estas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMON.

¡Oh! no hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO.

Me parece que están ahí... Sí. Busca al mayoral, y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMON.

Bien está.

DON DIEGO.

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasluzca, ni... ¿Estamos?

SIMON.

No haya miedo que á nadie lo cuente.

(Simon se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE.

¡Ay, qué escalera!

DON DIEGO.

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE.

¿Con que usted, á lo que parece, no ha salido?

(Se sientan doña Irene y don Diego.)

DON DIEGO.

No, señora. Luego mas tarde daré una vueltecilla por ahí..... He leido un rato. Traté de dormir, pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala peste en ellos. Anoche no me dejaron parar... Pero mire usted, mire usted *(Desata el pañuelo y manifiesta algunas cosas de las que indica el diálogo.)* cuantas cosillas traigo. Rosarios de nacar, cruces de ciprés, la regla de San Benito, una pililla de cristal... mire usted qué bonita, y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí... ¡Ay! y una campanilla de barro bendito para los truenos!... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE.

Chucherías que la han dado las madres. Locas estaban con ella.

DOÑA FRANCISCA.

¡Como me quieren todas! ¡y mi tia, mi pobre tia lloraba tanto!... Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE.

Ha sentido mucho no conocer á usted.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, es verdad. Decia, ¿por qué no ha venido aquel señor?

DOÑA IRENE.

El padre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA.

Toma, *(Vuelve á atar el pañuelo y se le da á Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.)* guárdamelo todo allí, en la escusabaraja. Mira, llévalo así de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ya se ha roto la santa Gertrudis de alcorza!

RITA.

No importa; yo me la comeré.

ESCENA III.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA.

¿Nos vamos adentro, mamá, ó nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE.

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO.

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE.

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! (7) Está hecho un cielo... *(Siéntase doña Francisca junto á doña Irene.)* Mi hermana es la que sigue siempre bastante delicadita. Ha padecido mucho este invierno... Pero vaya, no sabia qué hacerse con su sobrina la buena señora. Está muy contenta de nuestra eleccion.

DON DIEGO.

Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas á quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE.

Sí, Trinidad está muy contenta; y en cuanto á Circuncision, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo espresiva que estuvo, y...

DON DIEGO.

Es verdad. Solo falta que la parte interesada tenga la misma satisfaccion que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE.

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO.

Todo eso es cierto, pero...

DOÑA IRENE.

Es de buena sangre, y ha de pensar bien, y ha de proceder con el honor que la corresponde.

DON DIEGO.

Sí, ya estoy; ¿pero no pudiera sin faltar á su honor ni á su sangre?...

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá? *(Se levanta y vuelve á sentarse.)*

DOÑA IRENE.

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato

(7) En las ediciones del año 1806 é inmediatos, aquí doña Francisca interrumpe á su madre, diciendo: «Pues con todo, aquella monja gorda » que se llama la madre Angustias, bien sudaba..... ¡Ay, cómo sudaba la » pobre mujer!»

es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, que le habrá usted visto. Y le hicieron, segun me contaba su merced, para enviárselo á su tio carnal el padre fray Serapion de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO.

Ya.

DOÑA IRENE.

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte, particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oir hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA.

Valgate Dios, qué moscas tan...

DOÑA IRENE.

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO.

Eso bueno es.

DOÑA IRENE.

Sí, señor; pero como la familia ha venido tan á menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que por lo que puede tronar, ya se le esta escribiendo la vida; y ¿quién sabe que el dia de mañana no se imprima con el favor de Dios?

DON DIEGO.

Sí, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE.

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político el canónigo de Castrojeriz, no la deja de la mano; y á la hora de esta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO.

¿Con que para cada año un tomo?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

¿Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE.

De ochenta y dos años, tres meses y catorce dias.

DOÑA FRANCISCA.

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE.

Anda, vete. ¡Válgate Dios, qué prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía á don Diego, da un beso á doña Irene, y se va al cuarto de esta.*) que le haga una cortesía á la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO.

Sí, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA.

Mire usted, así.

DON DIEGO.

¡Graciosa niña! Viva la Paquita, viva.

DOÑA FRANCISCA.

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Es muy jitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO.

Tiene un donaire natural que arrebata

DOÑA IRENE.

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecos de mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho mas de considerar tan inmediata su colocacion, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime á los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO.

Quisiera solo que se esplicase libremente acerca de nuestra proyectada union, y...

DOÑA IRENE.

Oiria usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO.

Sí, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinacion, oyéndoselo decir con aquella boquilla tan graciosa que tiene, seria para mí una satisfaccion imponderable.

DOÑA IRENE.

No tenga usted sobre ese particular la mas leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que á una niña no la es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal pareceria, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda, se atreviese á decirle á un hombre: yo le quiero a usted.

DON DIEGO.

Bien, si fuese un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haria muy mal; pero á un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos dias, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de esplicarse...

DOÑA IRENE.

Conmigo usa de mas franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que á usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche después que usted se fué á recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oirla.

DON DIEGO.

¿Y qué? ¿Hablaba de mí?

DOÑA IRENE.

Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, esperimentado, maduro y de conducta...

DON DIEGO.

¡Calle! ¿Eso decia?

DOÑA IRENE.

No, esto se lo decia yo, y me escuchaba con una atencion como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas la dije! Y ella, que tiene mucha penetracion, aunque me esté mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el dia? Casan á una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho, á una de diez y siete con otro de veinte y dos: ella niña sin juicio ni esperiencia, y él niño tambien sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es mundo. Pues, señor (que es lo que yo digo), ¿quién ha de gobernar la casa? ¿quién ha de mandar á los criados? ¿quién ha de enseñar y corregir á los hijos? Porque sucede tambien que estos atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasion.

DON DIEGO.

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos á muchos que carecen del talento, de la esperiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educacion.

DOÑA IRENE.

Lo que sé decirle á usted es que aun no habia cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de mas respeto, mas caballeroso... y al mismo tiempo mas divertido y decidor. Pues, para servir á usted, ya tenia los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO.

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE.

Pues á eso voy... Ni á mí podia convenirme en aquel entonces un boquirubio con los cascos á la jineta...No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias á Dios, como una manzana; ni en su vida conoció otro mal, sino una especie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan á menudo y tan de recio, que á los siete meses me hallé viuda y en cinta de una criatura que nació después, y al cabo y al fin se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO.

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesion el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, ¿pues por qué no?

DON DIEGO.

Lo digo porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso...¿Y fué niño, ó niña?

DOÑA IRENE.

Un niño muy hermoso. Como una plata era el angelito.

DON DIEGO.

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura, y...

DOÑA IRENE.

¡Ay, señor! Dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DON DIEGO.

Yo lo creo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Ya se ve que será una delicia, y...

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO.

Un embeleso, el verlos juguetear y reir, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes.

DOÑA IRENE.

¡Hijos de mi vida! Veinte y dos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales solo esta niña me ha venido á quedar; pero le aseguro á usted que...

ESCENA V.

SIMON, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMON. *(Sale por la puerta del foro.)*

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO.

Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el baston, que quisiera dar una vuelta por el campo. *(Entra Simon al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un baston, se los da á su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.)* ¿Con que, supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE.

No hay dificultad. A la hora que á usted le parezca.

DON DIEGO.

A eso de las seis. ¿Eh?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE.

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE.

¡Válgame Dios! ahora que me acuerdo... ¡Rita!... Me le habrán dejado morir. ¡Rita!

RITA.

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

DOÑA IRENE.

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA.

Sí, señora. Mas ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE.

¿Hiciste las camas?

RITA.

La de usted ya está. Voy á hacer esotras antes que anochezca, porque si no, como no hay mas alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE.

Y aquella chica ¿qué hace?

RITA.

Está desmenuzando un bizcocho, para dar de cenar á don Periquito.

DOÑA IRENE.

¡Qué pereza tengo de escribir! *(Se levanta y se entra en su cuarto.)* Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncision.

RITA.

¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empiezan á ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan á mí las mujeres gazmoñas y zalameras! *(Entrase en el cuarto de doña Francisca).*

ESCENA VII.

CALAMOCHA.

(Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas; lo deja todo sobre la mesa, y se sienta.)

¿Con que ha de ser el número tres? Vaya en gracia..... Ya, ya conozco el tal número tres. Coleccion de bichos mas abundante, no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay! ¡ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias á que los caballitos dijeron: no podemos mas, que si no, por esta vez no veia yo el número tres, ni las plagas de Faraon que tiene dentro..... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco..... Reventados están... *(Canta Rita desde adentro. Calamocha se levanta desperezándose.)* ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... Vaya, aventura tenemos... ¡Ay! qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII.

RITA, CALAMOCHA.

RITA.

Mejor es cerrar, no sea que nos alivien de ropa, y... *(Forcejeando para echar la llave.)* Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA.

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA.

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA.

¡Calle!... ¡Rita!

RITA.

¡Calamocha!

CALAMOCHA.

¿Qué hallazgo es este?

RITA.

¿Y tu amo?

CALAMOCHA.

Los dos acabamos de llegar.

RITA.

¿De veras?

CALAMOCHA.

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué, ni con quién habló, ni cómo lo

dispuso : solo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana á Guadalajara, y á las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta á correr y á sudar y á dar chasquidos... En suma, molidos los rocines, y nosotros á medio moler, hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor á ver á un amigo, mientras se dispone algo que cenar..... Esta es la historia.

RITA.

¿Con que le tenemos aquí?

CALAMOCHA.

Y enamorado mas que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado á quitar el hipo á cuantos le disputen la posesion de su Currita idolatrada.

RITA.

¿Qué dices?

CALAMOCHA.

Ni mas ni menos.

RITA.

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA.

¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele, Medoro un zascandil, y Gaiferos un chiquillo de la doctrina.

RITA.

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA.

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás? ¿Cuando llegaste? que...

RITA.

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y mas cartas, diciendo que tenia concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bien quisto; en suma, cabal y perfecto, que no habia mas que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta á todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecita, qué afligida estuvo. Ni queria comer, ni podia dormir..... Y al mismo tiempo era preciso disimular, para que su tia no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatorias y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar á tu amo; esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos habia ponderado, no consentiria que su pobre Paquita pasara á manos de un desconocido, y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros estrellados en las tapias del corral. Apenas partió la carta á su destino, cata el coche de colleras y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio que vienen por ella; recogimos á toda prisa nuestros meriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos antes de ayer á Alcalá. La detencion ha sido para que la señorita visite a otra tia monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Por esta casualidad nos...

CALAMOCHA.

Sí. No digas mas... Pero... ¿Con que el novio está en la posada?

RITA.

Ese es su cuarto, *(Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca)* este el de la madre, y aquel el nuestro.

CALAMOCHA.

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mio?

RITA

No por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo; porque ayer metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pié, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA.

Bien... Adios.

(Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.)

RITA.

¿Y adónde?

CALAMOCHA.

Yo me entiendo... Pero el novio ¿trae consigo criados, amigos ó deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA.

Un criado viene con él.

CALAMOCHA.

¡Poca cosa!..... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adios.

RITA.

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA.

Se supone. Estas cosas piden diligencia; y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga á cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Con que ese es nuestro cuarto, eh?

RITA.

Sí. De la señorita y mio.

CALAMOCHA.

¡Bribona!

RITA.

¡Botarate! Adios.

CALAMOCHA.

Adios, aborrecida.

(Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.)

ESCENA IX.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA.

¡Qué malo es!..... Pero..... ¡Válgame Dios, don Félix aquí!... Si, la quiere, bien se conoce... *(Sale Calamocha del cuarto de don Carlos, y se va por la puerta del foro.)* ¡Oh! por mas que digan, los hay muy finos; y entonces, ¿qué ha de hacer una?..... Quererlos : no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea, que está ciega por él? ¡Pobrecita! ¿Pues no seria una lástima que... Ella es.

DOÑA FRANCISCA, *saliendo.*

¡Ay, Rita!

RITA.

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho á ese hombre..... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaria cosas imposibles... Y que es tan bueno, y que es rico, y que me irá tan bien con él... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento ni sé fingir, por eso me llaman picarona.

RITA.

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA.

Ya, como tú no lo has oido... Y dice que don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto á mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazon.

(Se va oscureciendo lentamente el teatro.)

RITA.

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?.... ¿No se acuerda usted ya de aquel dia de asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay! ¿cómo puedo olvidarlo?... Pero, ¿qué me vas á contar?

RITA.

Quiero decir, que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué rodeos!... Don Félix. ¿Y qué?

RITA.

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA.

Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces..... mal aconsejada de ti.

RITA.

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos escándalo? Hasta ahora nadie lo ha sospechado en el convento. El no entró jamás por las puertas, y cuando de noche hablaba con usted, mediaba entre los dos una distancia tan grande, que usted la maldijo no pocas veces... Pero esto no es del caso. Lo que voy á decir es, que un amante como aquel no es posible que se olvide tan presto de su querida Paquita..... Mire usted que todo cuanto hemos leido á hurtadillas en las novelas no equivale á lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda usted de aquellas tres palmadas que se oian entre once y doce de la noche? ¿de aquella sonora punteada con tanta delicadeza y espresion?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mientras viva conservaré la memoria... Pero está ausente... y entretenido acaso con nuevos amores.

RITA.

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA.

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA.

¡Qué boberia! Desengáñese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añovér. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la eleccion, quéjese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía..... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creible que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terrero y la conversacion á oscuras, y en todo aquel tiempo, bien sabe usted que no vimos en él una accion descompuesta, ni oimos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá dicho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! Es lástima... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho mas... nada mas.

RITA.

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué sabes tú?

RITA.

Bien lo sé. Apenas haya leido la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando á consolar á su amiga... Pero... (*Acercándose á la puerta del cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

¿Adónde vas?

RITA.

Quiero ver si....

DOÑA FRANCISCA.

Está escribiendo.

RITA.

Pues ya presto habrá de dejarlo, que empieza á anochecer... Señorita, lo que la he dicho á usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué dices? No me engañes.

RITA.

Aquel es su cuarto..... Calamocha acaba de hablar conmigo.

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

RITA.

Sí, señora... Y le ha ido á buscar para...

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que me quiere?... ¡Ay Rita! Mira tú si hicimos bien de avisarle... Pero ¿ves qué fineza?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas solo por verme..... porque yo se lo mando!..... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! yo le prometo que no se quejará de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA.

Voy á traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí, pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante; y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA.

Dices bien... Pero no; él tiene resolucion y talento, y sabrá determinar lo mas conveniente..... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay mas que salir con cualquiera escusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus concuñados, y del obispo que murió en el mar..... Además, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas, cuando me decia que era imposible apartarme de su memoria, que no habria peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA.

Sí, bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!..... Pues mira cómo me dijo la verdad.

(*Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita, por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(*Teatro oscuro.*)

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aun... (*Acércase á la puerta del foro, y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon...

DOÑA FRANCISCA.

Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando.... Médicos botica.... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquíntida y asafétida..... Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tias, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni a mi diligencia... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo, nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. ¡Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!...

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien. (*Toma una luz, y hace que se va.*)

DOÑA FRANCISCA, *aparte, á Rita.*

¿No ha venido?

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... (*Vase Rita al cuarto de doña Irene.*) Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar...

DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... (*Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, segun lo indica el diálogo.*) Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que estén.

RITA.

¿Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas..... ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

¡Rita!

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante.. Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede..... Has de decir á Simon que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

RITA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el gloria patri y la oracion del santo sudario... Ello por otra parte edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetecieras las tendrias, porque como él

re tanto, y es un caballero tan de bien y tan teme- e Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa es el que siempre que te hablo de esto, bayas dado lor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa ilar, señor!

DOÑA FRANCISCA.

ia, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

es buen empeño de... ¿Y te parece á ti que no sé r bien de dónde viene todo eso?... ¿No ves que co- las locuras que se te han metido en esa cabeza de ?... ¡Perdóneme Dios!

DOÑA FRANCISCA.

... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

quieres engañar á mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mu- tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion e tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA, *aparte.*

dida soy!

DOÑA IRENE.

ontar con su madre... como si tal madre no tuvie- te aseguro que aunque no hubiera sido con esta , de todos modos era ya necesario sacarte del to. Aunque hubiera tenido que ir a pié y sola por nino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué le niña este! Que porque ha vivido un poco de entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser nja tambien... Ni que entiende ella de eso, ni qué... s los estados se sirve a Dios, Frasquita; pero el cer a su madre, asistirla, acompañarla y ser el o de sus trabajos, esa es la primera obligacion de a obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

erdad, mamá... Pero yo nunca he pensado aban- a usted.

DOÑA IRENE.

le no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

ñora, créame usted. La Paquita nunca se apartará adre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

ñora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que y la pesadumbre que me darás si no te portas en omo corresponde... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA, *aparte.*

e de mí!

ESCENA V.

EGO (*sale por la puerta del foro, y deja so- mesa sombrero y baston*), DOÑA IRENE, DOÑA CISCA.

DOÑA IRENE.

como tan tarde?

DON DIEGO.

s salí tropecé con el rector de Málaga, y el doc- la, y hasta que me han hartado bien de chocola- lios no me han querido soltar... (*Siéntase junto ene.*) Y a todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE.

en.

DON DIEGO.

a Paquita?

DOÑA IRENE.

aquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo sto a su madre y obedecerla.

DON DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

¿Qué se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DON DIEGO.

No, poco a poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violen- tos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la hace sentar inmediata á él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no...

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. ¿No ve usted que..

DON DIEGO.

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva a decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estabamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, pro- ponen, aconsejan; eso si, todo eso si; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimo- nios infelices, uniones monstruosas, verificadas sola- mente porque un padre tonto se metió a mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer ha- lla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tio se empeñaron en regalar a Dios lo que Dios no queria? ¡Eh! No, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hom- bres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creido imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad..... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. Pero ¿cuál seria entre todas ellas la que no estu- viese ya prevenida en favor de otro amante mas apeteci- ble que yo? ¡Y en Madrid! figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas cos- tumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si a pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la

hubiesen hecho elegir sujeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro cuidadillo en su corazon, créame usted, la menor disimulacion en esto nos daria á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos dias ha, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envia memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningun catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleíllo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venia en latin, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!.. Pues si tal hubiera... ¡Valgame Dios!.. la mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenias doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo para que se tranquilice, y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy mas tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

DON DIEGO.

No, hija mia: esto es dar alguna espresion á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco..... Quiero solo que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor, que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la previene no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No, señor, todo al contrario... Boda mas á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO.

Pero de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

(Levántase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.)

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pio sino el de verte colocada antes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sábes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?

DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. *(Levántase don Diego, y después doña Irene.)* No venga alguno, y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien.

(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... ¡Eh! chit... señorita...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Dios!... ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!.. Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... El es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion. *(Se va al cuarto de Doña Irene.)*

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

DON CARLOS *sale por la puerta del foro,* DOÑA FRANCISCA.

DON CARLOS.

¡Paquita!... vida mia!.. Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

DON CARLOS.

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada mas alegria?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

DON CARLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de doña Irene.)

DON CARLOS.

¡Sola!

DOÑA FRANCISCA.

No, señor.

DON CARLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. *(Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.)* Mejor... Pero ¿no hay nadie mas con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie mas, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CARLOS.

Si me dejase llevar de mi pasion y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El tambien será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atencion.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CARLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

DON CARLOS.

¿Cuál?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen...

DON CARLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... El insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS.

Y usted ¿qué esperanza le da?.. ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ingrato!.. ¿Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

DON CARLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CARLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazon... Todo él es mio... ¿Digo bien?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS.

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me anima!... Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligacion mil y mil veces prometida? Pues á eso mismo vengo yo... Si ustedes se van á Madrid mañana, yo voy tambien. Su madre de usted sabrá quien soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, á quien mas que tio debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo mas inmediato ni mas querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algun atractivo, esta circunstancia añadiria felicidades á nuestra union.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS.

Ya lo sé. La ambicion no puede agitar á un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA.

Querer y ser querida... Ni apetezco mas, ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS.

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse, y esperar que la suerte mude nuestra afliccion presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué se ha de hacer para que á mi pobre madre no la cueste una pesadumbre?... ¡Me quiere tanto!... Si acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! Quedó tan consolada con lo poco que acerté á decirla... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS.

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no he de tenerla? ¿Piensa usted que estuviera yo viva, si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué habia yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener á quien volver los ojos, ni poder comunicar á nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de lo mucho que me quiere.

(Se enternece y llora.)

DON CARLOS.

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla á usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido ¿quién puede oponérsele? Nada hay que temer.

DOÑA FRANCISCA.

¿Es posible?

DON CARLOS.

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y solo la muerte bastará á dividirlas.

ESCENA VIII.

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy á traer la cena, y se van á recoger al instante... Y usted, señor galan, ya puede tambien disponer de su persona.

DON CARLOS.

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA.

Ni yo.

DON CARLOS.

Hasta mañana. Con la luz del dia veremos á este dichoso competidor.

RITA.

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente: con su chupa larga, su camisola limpia, y sus sesenta años debajo del peluquin. *(Se va por la puerta del foro.)*

DOÑA FRANCISCA.

Hasta mañana.

DON CARLOS.

Adios, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS.

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA.

¿De quién?

DON CARLOS.

Buenas noches... Duerma usted bien, Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dormir con amor?

DON CARLOS.

Adios, vida mia.

DOÑA FRANCISCA.

Adios. (*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX.

DON CARLOS, *paseándose con inquietud;* CALAMOCHA, RITA.

DON CARLOS.

¡Quitármela! No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio repugnándolo su hija... mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!.. Maldito él sea, que tantos desórdenes origina.

CALAMOCHA, *saliendo por la puerta del foro.*

Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... á lo menos parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia estraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras, que no hay mas que pedir. Pan de Meco, vino de la tercia... Con que si hemos de cenar y dormir, me parece que seria bueno...

DON CARLOS.

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA.

Abajo... Allí he mandado disponer una angosta y fementida mesa, que parece un banco de herrador.

RITA, *saliendo por la puerta del foro con unos platos, taza, cucharas y servilleta.*

¿Quién quiere sopas?

DON CARLOS.

Buen provecho.

CALAMOCHA.

Si hay alguna real moza que guste de cenar cabrito, levante el dedo.

RITA.

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(*Entrase en el cuarto de doña Irene.*)

CALAMOCHA.

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

DON CARLOS.

¿Con que vamos?

CALAMOCHA.

¡Ay! ay! ay!.. (*Calamocha se encamina á la puerta del foro, y vuelve; se acerca á don Carlos, y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta á saludar á Simon.*) ¡Eh! chit, digo...

DON CARLOS.

¿Qué?

CALAMOCHA.

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CARLOS.

¿Es Simon?

CALAMOCHA.

El mismo... Pero ¿quién diablos le...

DON CARLOS.

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA.

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir, y... ¿Me da usted licencia para que...

DON CARLOS.

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habrá venido este hombre?

ESCENA X.

SIMON (*sale por la puerta del foro*), DON CARLOS, CALAMOCHA.

CALAMOCHA.

Simon, ¿tú por aquí?

SIMON.

Adios, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA.

Lindamente.

SIMON.

¡Cuánto me alegro de...

DON CARLOS.

¡Hombre, tú en Alcalá! ¿Pues qué novedad es esta?

SIMON.

¡Oh, que estaba usted ahí, señorito! ¡Voto á sanes!

DON CARLOS.

¿Y mi tio?

SIMON.

Tan bueno.

CALAMOCHA.

¿Pero se ha quedado en Madrid, ó...

SIMON.

¿Quién me habia de decir á mí... ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted de cada vez mas guapo... ¿Con que usted irá á ver al tio, eh?

CALAMOCHA.

Tú habrás venido con algun encargo del amo.

SIMON.

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA.

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CARLOS.

Puede ser. Como tiene mi tio ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido á eso?

SIMON.

¡Y qué buena maula le ha salido el tal administrador! Labriego mas marrullero y mas bellaco no le hay en toda la campiña... ¿Con que usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS.

Pues... Figúrate tú.

SIMON.

¿O va usted allá?

DON CARLOS.

¿Adónde?

SIMON.

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA.

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado mas de cuatro leguas?

SIMON.

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta, y tardan mas de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA, *aparte separándose de Simon.*

¡Maldito seas tú, y tu camino, y la bribona que te dió papilla!

DON CARLOS.

Pero aun no me has dicho si mi tio está en Madrid ó en Alcalá, ni á qué has venido, ni...

SIMON.

Bien, á eso voy... Sí, señor, voy á decir á usted... Con que... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI.

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMON, CALAMOCHA.

DON DIEGO, *desde adentro.*

No, no es menester: si hay luz aquí. Buenas noches, Rita.

(*Don Carlos se turba, y se aparta á un estremo del teatro.*)

DON CARLOS.

¡Mi tio!...

DON DIEGO.

¡Simon!

(*Sale don Diego del cuarto de doña Irene encaminándose al suyo; repara en don Carlos, y se acerca á él. Simon le alumbra, y vuelve á dejar la luz sobre la mesa.*)

SIMON.

Aquí estoy, señor.

DON CARLOS.

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO.

Vamos... Pero... ¿quién es?

SIMON.

Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS.

Yo estoy muerto.

DON DIEGO.

¿Cómo un amigo?... ¿Qué? Acerca esa luz.

DON CARLOS.

¡Tio!

(*En ademán de besarle la mano á don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

DON DIEGO.

Quítate de ahí.

DON CARLOS.

¡Señor!

DON DIEGO.

Quítate. No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Si usted se altera y...

DON DIEGO.

¿Qué haces aquí?

DON CARLOS.

Mi desgracia me ha traido.

DON DIEGO.

¡Siempre dándome que sentir, siempre! Pero... (*Acercándose á don Carlos.*) ¿Qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA.

Porque le tiene á usted ley, y le quiere bien, y...

DON DIEGO.

A tí no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho: si, alguna locura has hecho que le habrá de costar la vida á tu pobre tio.

DON CARLOS.

No, señor, que nunca olvidaré las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO.

Pues, ¿á qué viniste? ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algun disgusto con tus jefes? Sácame de esta inquietud, Carlos... Hijo mio, sácame de este afán.

CALAMOCHA.

Si todo ello no es mas que...

DON DIEGO.

Ya he dicho que calles... Ven acá. (*Asiendo de una mano á don Carlos, se aparta con él á un estremo del teatro, y le habla en voz baja.*) Dime qué ha sido.

DON CARLOS.

Una lijereza, una falta de sumision á usted. Venir á Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO.

¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS.

Nada mas, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿qué desgracia era aquella de que me hablaste?

DON CARLOS

Ninguna. La de hallarle á usted en este paraje... y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas, y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO.

¿No hay mas?

DON CARLOS.

No, señor.

DON DIEGO.

Míralo bien.

DON CARLOS.

No, señor... A eso venia. No hay nada mas.

DON DIEGO.

Pero no me digas tú á mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje, y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adios, disciplina militar... Vamos... eso no puede ser.

DON CARLOS.

Considere usted, tio, que estamos en tiempo de paz; que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso á la guarnicion... Y en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobacion y la licencia de mis superiores; que yo tambien miro por mi estimacion, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO.

Un oficial siempre hace falta á sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y les dé ejemplo de subordinacion, de valor, de virtud.

DON CARLOS.

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO.

Todos estos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tio!... Lo que quiere su tio de usted no es verle cada ocho dias, sino saber que es hombre de juicio, y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz, y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CARLOS.

Señor, si...

DON DIEGO.

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA.

Es que los caballos no están ahora para correr... ni pueden moverse.

DON DIEGO.

Pues con ellos *(A Calamocha.)* y con las maletas al meson de afuera. Usted *(A don Carlos.)* no ha de dormir aquí... Vamos *(A Calamocha.)* tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos, y marchar... Ayúdale tú... *(A Simon.)* ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMON.

Tendré unas cuatro ó seis onzas.

Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da á don Diego.)

DON DIEGO.

Dámelas acá. Vamos, ¿qué haces?... *(A Calamocha.)* ¿No he dicho que ha de ser al instante? Volando. Y tú *(A Simon.)* ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.)

ESCENA XII.

DON DIEGO, DON CARLOS.

DON DIEGO.

Tome usted... *(Le da el dinero.)* Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido un desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre; y en obrando tú segun corresponde, seré tu amigo como lo he sido hasta aquí.

DON CARLOS.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Pues bien : ahora obedece lo que te mando.

DON CARLOS.

Lo haré sin falta.

DON DIEGO.

Al meson de afuera. *(A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos, y se van por la puerta del foro.)* Allí puedes dormir, mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningun pretesto ni entres en la ciudad... cuidado. Y á eso de las tres ó las cuatro marchar. Mira que he de saber á la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Mira, que lo has de hacer.

DON CARLOS.

Sí, señor, haré lo que usted manda.

DON DIEGO.

Muy bien... Adios... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré tambien cuándo llegas á Zaragoza : no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CARLOS.

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO.

Si te digo que lo sé, y que te lo perdono, ¿qué mas quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

DON CARLOS.

Quede usted con Dios. *(Hace que se va, y vuelve.)*

DON DIEGO.

¿Sin besar la mano a su tio, eh?

DON CARLOS.

No me atreví. *(Besa la mano á don Diego, y se abrazan.)*

DON DIEGO.

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos á ve

DON CARLOS.

¿Qué dice usted? No lo permita Dios.

DON DIEGO.

¿Quién sabe, hijo mio? ¿Tienes algunas deud falta algo?

DON CARLOS.

No, señor, ahora no.

DON DIEGO.

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo. cuentas con la bolsa del tio... Pues bien, yo esc señor Aznar para que te dé cien doblones de ore Y mira cómo lo gastas... ¿Juegas?

DON CARLOS.

No, señor, en mi vida.

DON DIEGO.

Cuidado con eso... Con que, buen viaje. Y no t res : jornadas regulares y nada mas... ¿ Vas conte

DON CARLOS.

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me beneficios, y yo le pago mal.

DON DIEGO.

No se hable ya de lo pasado... Adios...

DON CARLOS.

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO.

No, no por cierto... Me disgusté bastante, pe acabó... No me dés que sentir. *(Poniéndole amb sobre los hombros.)* Portarse como hombre de bien

DON CARLOS.

No lo dude usted.

DON DIEGO.

Como oficial de honor.

DON CARLOS.

Así lo prometo.

DON DIEGO.

Adios, Carlos. *(Abrazándose.)*

DON CARLOS, *aparte, al irse por la puerta del*

¡ Y la dejo!... ¡ Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sa horabuena... Pero no es lo mismo escribírselo, Después de hecho, no importa nada... ¡Pero aquel respeto al tio!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz, y se va á su El teatro queda solo y oscuro por un breve esp

ESCENA XIV.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará un la pone encima de la mesa.)

RITA.

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

Se habrán recogido ya... Estarán rendidos.

RITA.

Precisamente.

DOÑA FARNCISCA.

¡Un camino tan largo!

RITA.

¡ A lo que obliga el amor, señorita !

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien puedes decirlo : amor... Y yo ¿qué no h por él?

RITA.

Y deje usted, que no ha de ser este el último mil Cuando lleguemos á Madrid, entonces será ella. ¡I

bre don Diego ¡qué chasco se va á llevar! Y por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA.

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretension, ni yo tendria que disimular mi répugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo á nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la mas dichosa de las mujeres.

RITA.

¡Ay! ahora que me acuerdo... Pues poquito me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo tambien la cabeza... Voy por él.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA.

¿A qué vás?

RITA.

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA.

Si, tráele, no empiece á rezar como anoche... Allí quedó junto á la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA.

Si, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos á nuestra calle del Lobo, número 7, cuarto segundo, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito porton, que rechina que...

DOÑA FRANCISCA.

Te puedes llevar la luz.

RITA.

No es menester, que ya sé dónde está.

(Vase al cuarto de doña Irene.)

ESCENA XV.

SIMON *(sale por la puerta del foro)*, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMON.

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho.... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMON.

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Los arrieros?

SIMON.

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van á Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA.

¿Quiénes dice usted que son?

SIMON.

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aquí?

SIMON.

Sí, señora, ahí en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA.

No los he visto.

SIMON.

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta habrán despachado ya la comision que traian... Con que se han ido... Buenas noches, señorita.

(Vase al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio de mi alma! ¿Qué es esto?.. No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(Siéntase en una silla inmediata á la mesa.)

RITA.

Señorita, yo vengo muerta.

(Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa; abre la puerta del cuarto de don Cárlos, y vuelve.)

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, que es cierto!.. ¿Tú lo sabes tambien?

RITA.

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podia engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y eran ellos?

RITA.

Sí, señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA.

Pero ¿se han ido fuera de la ciudad?

RITA.

Si no los he perdido de vista hasta que salieron por puerta de Mártires... Como está un paso de aquí.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y es ese el camino de Aragon?

RITA.

Ese es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Indigno!... ¡Hombre indigno!

RITA.

¡Señorita!

DOÑA FRANCISCA.

¿En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA.

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo á descubrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues no le quise mas que á mi vida?... ¿No me ha visto loca de amor?

RITA.

No sé qué decir al considerar una accion tan infame.

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, ni es hombre de bien... ¿Y vino para esto? ¡Para engañarme, para abandonarme así!

(Levántase, y Rita la sostiene.)

RITA.

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle mas... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA.

Te cansas en vano... Di que es un pérfido, di que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aquí, que puede venir alguien, y...

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos... Vamos á llorar... ¡Y en qué situacion me deja!... Pero ¿ves qué malvado?

RITA.

Sí, señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién? Conmigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este galardon?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de doña Francisca.)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.)

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

Aquí, á lo menos, ya que no duerma no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca este!... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar... *(Simon despierta, y al oir á don Diego se incorpora, y se levanta.)* ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

Qué ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO.

Sí, aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO.

¡Mala comparacion!... Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé! qué triste!

DON DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

DON DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta lijereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO.

¡No, qué! No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogia... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazon. *(Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.)* ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos, segun parece.

DON DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Aposta son amores con la moza de la posada, que parece un

DON DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos... *(Tocan una sonata desde tro.)* (1) Pues dígole á usted que toca muy lindam pícaro del barberillo.

DON DIEGO.

No; no hay barbero que sepa hacer eso, por m que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ve

DON DIEGO.

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe la im cia que darán ellos á la tal música!... No gusto y comodar á nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con e dos se encaminan á la ventana. Don Diego y S retiran á un lado, y observan.)

SIMON.

¡Señor!... ¡Eh!... Presto, aquí á un ladito.

DON DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huel das que trasciende.

DON DIEGO.

¿Sí?... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO, SIMO

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Siguiendo la pared ¿no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Sí, señora... Pero vuelven á tocar... Silencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él

RITA.

¿Pues no ha de ser?... La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla... *(Repiten desde adentro la sonata anteri* él es... ¡Dios mio!... *(Acércase Rita á la ventana, vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.)* Ve, r de... Albricias, corazon. El es.

SIMON.

¿Ha oido usted?

DON DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO.

Calla.

(1) Aquí en las primeras ediciones cantaba don Carlos en desde adentro las siguientes coplas:

Si duerme y reposa
La bella que adoro,
Su paz deliciosa
No turbe mi lloro,
Y en sueño corónela
De dichas amor.
Pero si su mente
Vagando delira,
Si me llama ausente,
Si celosa espira;
Diréla mi bárbaro,
Mi fiero dolor.

DON DIEGO.

Buen estilo; pero canta demasiado quedo.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco á ver este ruiseñor?

DOÑA FRANCISCA.

(Se asoma á la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones mas ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy. Y ¿qué habia de pensar viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es esta?... Rita, *(Apartándose de la ventana, y vuelve después.)* amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!..... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender..... ¡Ay, don Félix! nunca le he visto á usted tan tímido... *(Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.)* No, no la he cogido; pero aquí está sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el dia los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?...... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... Y ¿cómo le parece á usted que estará el mio?... No me cabe en el pecho... diga usted.

(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA.

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA.

Vamos... *(Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de doña Francisca.)* ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO, SIMON.

DON DIEGO.

¿Qué grito fué ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

DON DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMON, *tentando por el suelo cerca de la ventana.*

No encuentro nada, señor.

DON DIEGO.

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO.

Sí... ¿Qué amante es este?... ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusion.

SIMON.

Aquí está. *(Halla la carta, y se la da á don Diego.)*.

DON DIEGO.

Vete abajo, y enciende una luz... En la caballeriza ó en la cocina... Por ahí hàbrá algun farol... Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simon por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tias, ó yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir?.... ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos!... ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!... ¡Celos!... ¿Yo?... ¡En qué edad tengo celos!... Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento; esta indignacion, estos deseos de venganza ¿de qué vienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que..... *(Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira á un estremo del teatro.)* Sí.

ESCENA V.

RITA, DON DIEGO, SIMON.

RITA.

Ya se han ido... *(Rita observa, escucha, asómase después á la ventana, y busca la carta por el suelo.)* ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picaron... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido!..... ¿Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos sino pareciese... ¿Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz...

(Sale con luz. Rita se sorprende.)

RITA.

¡Perdida soy!

DON DIEGO, *acercándose.*

¡Rita! ¿Pues tú aquí?

RITA.

Sí, señor, porque...

DON DIEGO.

¿Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba... Yo le diré á usted... Porque oimos un ruido tan grande...

SIMON

¿Sí, eh?

RITA.

Cierto..... Un ruido y.... mire usted, *(alza la jaula que está en el suelo)*, era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato?...

RITA.

Se le hubiera comido.

(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMON,

Y sin pobre... ni plumas hubiera dejado

DON DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

¡Ah! Deje usted, encenderemos esta, *(Enciende la vela que está sobre la mesa.)* que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO

¿Y doña Paquita duerme?

RITA.

Sí, señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo..

DON DIEGO.

Vamos.

(Don Diego se entra en su cuarto. Simon se va con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No, señora.

DOÑA FRANCISCA.

Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(Rita coge la luz, y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda... Aquí estarian cuando yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses... Si es lo único que faltaba á mi desdicha... No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí...

DOÑA FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! *(Siéntase.)*

RITA.

Sin haberse esplicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... Pero ¿sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse; que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme seria imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz... ¡Dios mio, perdon... perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! *(Mirando acia el cuarto de don Diego.)* que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si don Diego la ve á usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO, SIMON, DOÑA FRANCISCA, RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

DON DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al moro, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de don Diego, se va Simon por la del foro.)

SIMON.

Voy allá.

DON DIEGO.

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(Rita se va al cuarto de doña Irene.)

ESCENA VIII.

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

DON DIEGO.

¿Qué siente usted? *(Siéntase junto á doña Francisca.)*

DOÑA FRANCISCA.

No es nada... Así un poco de... Nada... no tengo nada.

DON DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Pues ¿por qué no hace usted mas confianza de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazon?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

DON DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez soy yo la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO.

Pues ¿de quién, hija mia?... Venga usted acá... *(Acércase mas.)* Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulacion. Dígame usted: ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la eleccion, no se casaria conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

DON DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No, señor; no, señor.

DON DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

DON DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinacion al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas...

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco; no, señor... Nunca he pensado así.

DON DIEGO.

No tengo empeño de saber mas... Pero de todo lo que acabo de oir resulta una gravísima contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... Pues ¿qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme esclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del dia.)

DOÑA FRANCISCA.

Y ¿qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

DON DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO.

¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Después... y mientras me dure la vida seré mujer de bien.

DON DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted: estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

DON DIEGO.

Pero ¡qué obstinado, que imprudente silencio!..... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

DON DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

DON DIEGO.

Hé aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña: enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan honéstas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, orígen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama escelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

DON DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio!

DON DIEGO.

Sí, Paquita; conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta... ¡Mire usted qué desórden este! ¡qué agitacion! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

DON DIEGO.

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase... ¡criatura! en la situacion dolorosa en que la veo? *(Asiéndola de las manos.)*

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

DON DIEGO.

Mal conoce usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

(Quiere arrodillarse; don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

DON DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata no, infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy, señor don Diego!

DON DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido... ¿qué sé yo?.. una equivocacion mia, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA.

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)

DON DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON, DON DIEGO.

SIMON.

Ahí están, señor.

DON DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cando yo salia de la puerta, los vi á lo lejos, que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo; se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aquí, y usted no queria que le viesen.

DON DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasion el verle así, tan...

DON DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

DON DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasion!.. Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

DON DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida... Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)

DON DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS, DON DIEGO.

DON DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted..... ¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

DON CARLOS.

En el meson de afuera.

DON DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CARLOS.

Sí, señor, entré en la ciudad y...

DON DIEGO.

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sujeto... *(Siéntase.)*

DON DIEGO.

¡Precision!

DON CARLOS.

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio.... Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?.. Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)

DON CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DON DIEGO.

Quiere saber su tio de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CARLOS.

¿Para qué saber mas?

DON DIEGO.

Porque yo lo quiero, y lo mando. ¡Oiga!

DON CARLOS.

Bien está.

DON DIEGO.

Siéntate ahí... *(Siéntase don Carlos.)* ¿En dónde has conocido á esta niña?.. ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?.. ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel dia, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel dia del convento para que se esparciese un poco... Yo no sé qué ví en ella, que escitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos... El intendente dijo entre otras cosas... burlándose... que yo era muy enamorado, y le ocurrio fingir que me llamaba don Félix de Toledo. Yo sostuve esta ficcion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted..... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel dia, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole...

DON DIEGO.

Prosigue.

DON CARLOS.

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia estrañara mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mias; y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion que mientras viva me hará infeliz.

DON DIEGO.

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CARLOS.

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura, y conoce el mundo) con mil artificios que á cada paso le ocurrian, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, á las cuales respondian con otras tres desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy á deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fuí para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije mas, ni la hablé de mis parientes ni de mis esperanzas, ni la dí á entender que casándose conmigo podria aspirar á mejor fortuna, porque ni me convenia nombrarle á usted, ni quise esponerla á que las miras de interés, y no el amor, la inclinasen á favorecerme. De cada vez la hallé mas fina, mas hermosa, mas digna de ser adorada... Cerca de tres me-

ses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida á un desmayo mortal, y me fuí ciego de amor adonde mi obligacion me llamaba... Sus cartas consolaron por algun tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos dias ha, me dijo como su madre trataba de casarla, que primero perderia la vida que dar su mano á otro que á mí; me acordaba mis juramentos, me exhortaba á cumplirlos... Monté á caballo, corrí precipitado al camino, llegué á Guadalajara, no la encontré, vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted, no hay para qué decírselo.

DON DIEGO.

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CARLOS.

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor, pasar á Madrid, verle á usted, echarme á sus piés, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Solo su consentimiento y su bendicion para verificar un enlace tan suspirado, en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO.

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar muy de otra manera.

DON CARLOS.

Sí, señor.

DON DIEGO.

Si tú la quieres, yo la quiero tambien. Su madre y toda su familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que á ti te hizo... ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta á obedecer á su madre y darme la mano así que...

DON CARLOS.

Pero no el corazon. *(Levántase.)*

DON DIEGO.

¿Qué dices?

DON CARLOS.

No, eso no... Seria ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste; ella se portará siempre como conviene á su honestidad y á su virtud; pero yo he sido el primero, el único objeto de su cariño, lo soy y lo seré... Usted se llamará su marido, pero si alguna ó muchas veces la sorprende, y ve sus ojos hermosos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte usted jamás el motivo de sus melancolías... Yo, yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas á á un amigo ausente.

DON DIEGO.

¿Qué temeridad es esta?

(Se levanta con mucho enojo, encaminándose ácia don Carlos, el cual se va retirando.)

DON CARLOS.

Ya se lo dije á usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversacion... Viva usted feliz, y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto, es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue á lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO.

¿Con que en efecto te vas?

DON CARLOS.

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO.

¿Por qué?

DON CARLOS.

Porque no me conviene verla en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran á verificar... entonces...

DON DIEGO.

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo á don Carlos, le hace venir mas adelante.)

DON CARLOS.

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO.

¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazon para decírmelo?

DON CARLOS.

Alguien viene... *(Mirando con inquietud ácia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego, y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedírselo.)* Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO.

¿Adónde vas?... No, señor, no has de irte.

DON CARLOS.

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle á usted inquietudes crueles.

DON DIEGO.

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS.

Pero si...

DON DIEGO.

Haz lo que te mando.

(Éntrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

ESCENA XI.

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE.

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos dias... *(Apaga la luz que está sobre la mesa.)* ¿Reza usted?

DON DIEGO, *paseándose con inquietud.*

Sí, para rezar estoy ahora.

DOÑA IRENE.

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen luego que.. Pero ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO.

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE.

Pues qué... Dígalo usted por Dios... ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa, así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO.

Vamos, ahora no hablemos de malos partos ni de conservas... Hay otra cosa mas importante de que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE.

Están recogiendo la ropa y haciendo el cofre, para que todo esté á la vela, y no haya detencion.

DON DIEGO.

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse *(Siéntanse los dos.)* por nada de lo que yo diga; y cuenta, no nos abandone el juicio cuando mas lo necesitamos... Su hija de usted está enamorada...

DOÑA IRENE.

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Sí, señor, que lo está; y bastaba que yo lo dijese para que...

DON DIEGO.

¡Este vicio maldito de interrumpir á cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA

Bien, vamos,

]

¿

DON DIEGO.

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE.

Pero ¿quién le ha contado á usted esos disparates?

DON DIEGO.

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado; y cuando se lo digo á usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE, *llorando*

¡Pobre de mí!

DON DIEGO.

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE.

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO.

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE.

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenia un genio como una serpiente...

DON DIEGO.

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE.

Que lo mismo era replicarle que se ponia hecho una furia del infierno, y un dia del Corpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste en los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO.

Pero ¿es posible que no ha de atender usted á lo que voy á decirla?

DOÑA IRENE.

¡Ay! no, señor, que bien lo sé, que no tengo pelo de tonta, no, señor.... Usted ya no quiere á la niña, y busca pretestos para zafarse de la obligacion en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazon!

DON DIEGO.

Señora doña Irene, hagame usted el gusto de oirme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore, y gima, y grite, y diga cuanto quiera... Pero entre tanto no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE.

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO.

Que no volvamos otra vez á llorar y á...

DOÑA IRENE.

No, señor, ya no lloro.

(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DON DIEGO.

Pues hace ya cosa de un año, poco mas ó menos, que doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia... Y por último, existe en ambos una pasion tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuido eficazmente a hacerla mayor... En este supuesto...

DOÑA IRENE.

Pero ¿no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua que no nos quiere bien?

DON DIEGO.

Volvemos otra vez á lo mismo... No, señora, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE.

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas encerrada en un convento, ayunando los siete reviernes, acompañada de aquellas santas religiosas! ¡Ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascaron, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncision... Pues bonita es ella para haber disimulado á su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO.

Aquí no se trata de ningun desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinacion honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse..... Lo que digo es que la madre Circuncision, y la Soledad, y la Candelaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde; usted ha contado muy de lijero con la voluntad de su hija... Vaya, ¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razon.

(Saca el papel de don Carlos y se le da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca á la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego, y procura en vano contenerla.)

DOÑA IRENE.

¡Yo he de volverme loca!... ¡Francisquita!... ¡Virgen del Tremedal!... ¡Rita! ¡Francisca!

DON DIEGO.

Pero ¿á qué es llamarlas?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que quiero que venga, y que se desengañe la pobrecita de quien es usted.

DON DIEGO.

Lo echó todo á rodar... Esto le sucede á quien se fia de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII.

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA.

¡Señora!

DOÑA FRANCISCA.

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE.

Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que ya no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú tambien lo has de saber... Por fuerza lo sabes..... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(Presentando el papel abierto á doña Francisca.)

RITA, *aparte á doña Francisca.*

Su letra es.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO.

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... *(Asiendo de una mano á doña Francisca, la pone á su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Déme usted ese papel... *(Quitándola el papel de las manos á dona Irene.)* Paquita, ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA.

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO.

Pues este es el papel que tiraron á la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. *(Lee.)* «Bien mio; si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue á

sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no espiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tio. Viva usted dichosa, y olvide para siempre á su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina.*»

DOÑA IRENE.

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA.

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE.

¿Con que es verdad lo que decia el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(Se encamina acia doña Francisca, muy colérica y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.)

DOÑA FRANCISCA.

¡Madre!... Perdon.

DOÑA IRENE.

No, señor, que la he de matar.

DON DIEGO.

¿Qué locura es esta?

DOÑA IRENE.

He de matarla.

ESCENA XIII.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CARLOS.

Eso no... *(Sale don Carlos del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva acia el fondo del teatro, y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.)* Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA.

¡Carlos!

DON CARLOS, *acercándose á don Diego.*

Disimule usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE.

¿Qué es lo que me sucede, Dios mio?... ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Qué escándalo!

DON DIEGO.

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija de usted está enamorada... Separarlos y matarlos, viene á ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza á tu mujer.

(Don Carlos va adonde está doña Francisca, se abrazan, y ambos se arrodillan á los piés de don Diego.)

DOÑA IRENE.

¿Con que su sobrino de usted?

DON DIEGO.

Sí, señora, mi sobrino, que con sus palmadas, y su música, y su papel me ha dado la noche mas terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos mios, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA.

¿Con que usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(Los hace levantar con espresiones de ternura.)

DOÑA IRENE.

¿Y es posible que usted se determine á hacer un sacrificio?...

DON DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos!... Paquita! ¡Qué dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer! Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS, *besándole las manos.*

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE.

¡Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

DON DIEGO.

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece; estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted, que quiero abrazarle... *(Abrázanse don Carlos y doña Irene, doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.)* Hija, Francisquita. ¡Vaya! Buena eleccion has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO.

Paquita hermosa, *(Abraza á doña Francisca.)* recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez..... Vosotros *(Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.)* sereis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mí me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS.

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL PRINCIPE, AÑO DE 1812.

ADVERTENCIA.

En la primera edicion de esta comedia halló Moratin la oportunidad que deseaba de manifestar el alto aprecio que siempre habia hecho del mérito de Moliere. El prólogo que puso en ella es un panegírico del poeta francés, y su traduccion un tributo de agradecimiento que dedicó á tan digno maestro el mas apasionado de sus imitadores.

« Ha traducido á Moliere (dice el citado prólogo) con la libertad que ha creido conveniente para traducirle en efecto, y no estropearle; y de antemano se complace al considerar la sorpresa que debe causar á los criticadores la poca exactitud con que ha puesto en castellano las espresiones del original, cuando hallen páginas enteras en que apenas hay una palabra que pueda llamarse rigurosamente traducida. ¿Quién le perdonará la osadía de omitir en su version pasajes enteros, abreviarlos ó dilatarlos, alterar algunas escenas, conservar en otras el resultado, prescindir del diálogo en que las puso el autor, y sustituir en su lugar otro diferente? Esto no se llama traducir, esclamarán llenos de celo y de erudita indignacion (*). »

Creia Moratin que siempre se habian traducido mal en español las comedias de Moliere, por haber llegado á persuadirse que lo que es gracioso y espresivo en francés, conservará su gracia y su energía traduciéndolo literalmente; por haberse impuesto la ley de no añadir ni alterar nada de lo que dijo el autor, quedando por consiguiente sin compensacion las muchas bellezas que se pierden en el paso de una lengua a otra; por no haberse atrevido á modificar ó suprimir del todo lo que el buen gusto y la decencia repugnan ya, lo que exigen otros tiempos y otras costumbres, tan diferentes de las que el autor conoció. Traducciones desempeñadas con tan escrupulosa fidelidad, en vez de recomendar la obra que copian, la deterioran y la desacreditan. Suprimió pues el traductor de esta comedia las digresiones que halló en el original, relativas á los trajes que se usaban en Francia en el año de 1661, entonces y ahora impertinentes en la fábula. Motivó las salidas y entradas de los interlocutores, donde vió que Moliere habia descuidado este requisito. Añadió á las ficciones de la astuta Isabel (llamada en la traduccion doña Rosa) todo el cúmulo de circunstancias indispensables para hacer el engaño verisímil, y de consiguiente disminuyó por este medio la estúpida credulidad de Sganarelle (don Gregorio), que en la pieza francesa es notoriamente escesiva. Omitió en el dialogo muchas espresiones, que si fueron aplaudidas cuando se escribieron, ya no las sufre la decencia del teatro. Hizo desaparecer en el carácter de Isabel la indecorosa desenvoltura con que abandonando su casa, va derecha á la de su amante (á quien no conoce sino de vista) para entregarse en sus manos, y autorizarle a que disponga de ella á su voluntad.

Allons sans crainte aucune
A la foi d'un amant commettre ma fortune.

Nada de esto hay en la traduccion. Nada hay tampoco de los incidentes violentos que preparan el desenlace, cuando escondida la pupila (sin dejarse ver de ninguno), el galán desde la ventana, los dos hermanos, el comisario y el escribano desde la calle ajustan el casamiento, sin que se averigüe primero quién es la que se casa, y á la luz de un farol atropellan y firman un contrato de tal entidad; en lo cual no parece sino que todos ellos han perdido el juicio, segun son absurdas las inconsecuencias de que abunda aquella situacion. El traductor desechó todo esto, y simplificando el desenredo, conservó la sorpresa, sin perjuicio de la verisimilitud: y en él, como en toda la comedia, añadió nuevos donaires cómicos, y nuevos rasgos caracteristicos, para suplir con ellos lo que podia perderse en los pasajes que le fué necesario variar ó suprimir. *La comedia española* (decia frecuentemente Moratin) *ha de llevar*

(*) Por estas razones se ha suprimido la insercion del original de la comedia de Moliere, que al principio nos habíamos propuesto insertar. Son tan comunes en España los ejemplares de las obras del gran cómico francés, que á cualquier curioso le será facilísima la confrontacion.

basquiña y mantilla; y si en las piezas originales que compuso se advierte religiosamente observada esta máxima, puede asegurarse que en *la Escuela de los Maridos* no aparece el menor indicio de su procedencia; tal es la imitacion fiel de las costumbres nacionales que en ella se advierte; y tal es el diálogo castellano con que supo animarla y hacerla española.

Ya estaba concluida esta obra, cuando una pérfida invasion alteró la quietud de España en el año de 1808. El rumor espantoso de la guerra hizo enmudecer á las musas, desanimó á las artes, y ocupada la capital, como toda la Península, por los ejércitos enemigos, el mayor empeño que tenian los que mandaban entonces, era el de mantener y multiplicar las diversiones públicas, dar novedad y esplendor á los espectáculos, y hacer que un pueblo oprimido cantase al son de las cadenas. Fueron muy poderosas las instancias que se le hicieron á Moratin para que diese al teatro nuevas producciones; pero no existian ya los motivos que le habian estimulado á ocuparse en esto. Nada quiso hacer de nuevo, y solo se pudo conseguir que diese á los cómicos y á la prensa la traduccion de *la Escuela de los maridos*, advirtiendo él mismo en el prólogo que con ella se despedia para siempre del teatro (*).

Representada en el del Príncipe el dia 17 de marzo de 1812, fué recibida con el aprecio que era de esperar, en atencion al deseo que generalmente se manifestaba de ver alguna otra composicion suya, después del largo silencio que habia guardado. Es poco elogio de Isidoro Maiquez decir que hizo con perfeccion el papel de don Enrique, acostumbrado á sobresalir en otros de mas difícil desempeño. Josefa Virg, que con tanto primor habia sostenido su parte en *la Mojigata* y *el Sí de las Niñas*, correspondió en el carácter de doña Rosa al concepto de escelente actriz que tenia asegurado ya en el público. Eugenio Cristiani acertó á representar el de don Gregorio con toda la espresion y movimiento cómico que requiere aquel ridículo personaje. María García y Gertrudis Torre, en lo poco que tuvieron que hacer, contribuyeron eficazmente al mayor lucimiento de esta obra.

(*) Del mismo año de 1812 aparecen dos ediciones, de las cuales la una es probablemente contrafaccion de la otra, segun lo indica el mismo empeño de buscar la semejanza de los tipos, cuya diferencia salta á la vista sin grande esfuerzo de observacion.

LA ESCUELA DE LOS MARIDOS.

PERSONAS.

DON GREGORIO.	DOÑA LEONOR.	COSME.	UN LACAYO. } No hablan.
DON MANUEL.	JULIANA.	UN COMISARIO.	UN CRIADO. }
DOÑA ROSA.	DON ENRIQUE.	UN ESCRIBANO.	

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de don Gregorio, y la de enfrente la de don Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de don Enrique, y al otro lado la del Comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

La accion empieza á las cinco de la tarde y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque usted es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de usted ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

DON MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

DON GREGORIO.

¿Y quién se burla? Otros tan mentecatos como tú.

DON MANUEL.

Mil gracias por la atencion, señor don Gregorio.

DON GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobacion?

DON MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa estravagancia que te hace tan ridículo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

DON GREGORIO.

En eso tienen razon, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiria; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

DON MANUEL.

¡Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los mios fuesen muchos mas, ¿seria esta una razon para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... Pues qué, ¿la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberemos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordidez que repugne á cuantos nos vean, y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que...

DON GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá mas dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor, destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educacion de entrambas; y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecia esta union; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocacion proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mia como me ha dado la gana, ¿estamos?

DON MANUEL.

Sí; pero me parece á mí...

DON GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que usted no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que mas le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta; séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oir las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mia viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapaticos de color sino los dias en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mio; yo veo los

trabajos que pasan otros, y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA, JULIANA, (*Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatas á la puerta.*) DON GREGORIO, DON MANUEL.

DOÑA LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Qué fastidio!

DOÑA LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

DOÑA ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo mas alto que...

DON GREGORIO.

¡Oiga! ¿Y adónde van ustedes, niñas?

DOÑA LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

DON MANUEL.

Si por cierto: vamos allá.

DOÑA LEONOR.

Y mire usted: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que por qué no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirla; con que, si usted quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardin, y al anochecer estamos de vuelta.

DON GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, segun lo indica el diálogo.*) puede irse adonde guste, usted puede ir con ella... Tal para cual. Usted puede acompañarlas si lo tiene á bien; y usted á casa.

DON MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

DON GREGORIO.

A mas ver.

(*Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademán de entrarse con ella en su casa.*)

DON MANUEL.

La juventud necesita...

DON GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca tambien muchas veces.

DON MANUEL.

Pero ¿hay algun inconveniente en que se vaya con su hermana?

DON GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

DON MANUEL.

Considera que...

DON GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande... y considero que me interesa mucho su conducta.

DON MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA, *aparte.*

¡Tuerto maldito!

DOÑA ROSA.

No creo que tiene usted motivo ninguno para...

DON GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la esplicaré yo á usted si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿qué quiere usted decir con eso?

DON GREGORIO.

Señora doña Leonor, con usted no va nada. Usted es una doncella muy prudente. No hablo con usted.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿piensa usted que mi hermana estará mal en mi compañía?

DON GREGORIO.

¡Oh, qué apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están los demás.*) No estará muy bien, no, señora; y hablando en plata, las visitas que usted la hace me agradan poco, y el mayor favor que usted puede hacerme, es el de no volver por acá.

DOÑA LEONOR.

Mire usted, señor don Gregorio, usando con usted de la misma franqueza, le digo que yo no sé cómo ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que usted la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mujeres! Pues qué, ¿estamos entre turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afán se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa usted que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea usted; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como usted y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

DON GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á tu familia, ¿ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

DON MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor escesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosías, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una mujer, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todo no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobraban los deseos.

DON GREGORIO.

Todo eso que dices no vale nada.

(*Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.*)

DON MANUEL.

Será lo que tú quieras... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, repren-

der sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones, que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) no hay cosa que mas contribuya á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye mejor que los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi mujer; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los mios. Mas quiero verla ajena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

DON GREGORIO.

¡Qué blandura, qué suavidad! Todo es miel y almíbar... Pero permítame usted que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla después, y que se verá usted sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su mujer, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

DON MANUEL.

Y ¿por qué ha de hacerse esa mudanza?

DON GREGORIO.

¿Por qué?

DON MANUEL.

Sí.

DON GREGORIO.

No sé. Si usted no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

DON MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

DON GREGORIO.

¡Calle! ¿Con que si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

DON MANUEL.

¿Y por qué no?

DON GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de anteojo y...

DON MANUEL.

Sin duda.

DON GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio, y..

DON MANUEL.

Cuando ella quiera.

DON GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

DON MANUEL.

Preciso.

DON GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galán amartelado?

DON MANUEL.

Si no es sorda.

DON GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

DON MANUEL.

Pues ya se supone.

DON GREGORIO.

Quítate de ahí, que eres un loco... Vaya usted adentro, niña; usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA

DON MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

DON GREGORIO.

¡Oh! qué gusto he de tener cuando la tal esposa le.. ..

DON MANUEL.

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

DON GREGORIO.

¡Qué gusto ha de ser para mí!

DON MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á tí el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

DON GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que usted le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

DON GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

DON MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

Pero ¿no irá usted por mí?

DON MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañaros. Adios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mujeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

(Don Manuel y las dos mujeres se van por una de las calles.)

DON GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan... ¡Qué familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y mujer de mundo: unos criados sin vergüenza ni... No, la prudencia misma no bastaria á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla..... Pondremos remedio... Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, *(Salen los dos de la casa de don Enrique y observan á don Gregorio, que estará distante.)* DON GREGORIO.

COSME.

¿Es él?

DON ENRIQUE.

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

DON GREGORIO.

Pero ¡no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres!...

DON ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

DON GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua, *(Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.)* no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinaje y...

DON ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.)

DON GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de...*(Estornuda y se suena.)*

DON ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

DON GREGORIO.

¿Eh? *(Se vuelve acia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.)* Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

DON GREGORIO.

¿Quién va? *(Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.)* Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

DON GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... ¡Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

DON ENRIQUE.

Mucho sentiría, caballero, haberle distraido á usted de sus meditaciones.

DON GREGORIO.

En efecto.

DON ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted, que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

DON GREGORIO.

Bien.

DON ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la mayor sinceridad cuánto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

DON GREGORIO.

Lo estimo.

DON ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona...

DON GREGORIO.

Muy bien.

DON ENRIQUE.

¿Y sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva...

DON GREGORIO.

¿Qué me importa?

DON ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y...

DON GREGORIO.

¡Eh!

DON ENRIQUE.

Realmente *(Después de una larga pausa prosigue don Enrique. Se para, deseando que don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.)* Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y usted ¿en qué pasa el tiempo?

DON GREGORIO.

En mis negocios.

DON ENRIQUE.

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace usted?

DON GREGORIO.

Lo que me da la gana.

DON ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de usted, y...

DON GREGORIO.

Agur.

(Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

DON ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

DON ENRIQUE.

¡Ah! ¡Yo me desespero!

COSME.

¿Y por qué?

DON ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante, que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á usted le apesadumbra debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una mujer, á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galán. Yo no soy enamoradizo, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no había para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su mujer, la martirizan y la desesperan. Y ¿qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrajes que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo

agradece, y... en fin, se adelanta camino. Créame usted: la aspereza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

DON ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano? Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para...

DON ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte, que ella todavía no sabe que usted la quiere?

DON ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella acia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor, ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

DON ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Sí, discurramos.

DON ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

DON ENRIQUE.

Pues ¿qué importa que...

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra... No, no, a casa... Y despacito, como que...

DON ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, después de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quien es el sujeto.

(Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve des

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me un inocente amor!

DON GREGORIO.

¿No dices que has oido, que se llama don Enri

DOÑA ROSA.

Sí, don Enrique.

DON GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déja yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace

(Vuelve á apartarse y se queda pensativo. Entre la Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregori la de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculp considera el injusto rigor que padezco?

DON GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se m haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ve proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQU

DON GREGORIO.

¡Qué bruto de... *(Al salir Cosme da un gran trop don Gregorio.)* ¡No ve usted qué modo de salir poco no me hace desnucar el bárbaro!

(Mientras don Gregorio busca y limpia el somb ha caido por el suelo, sale don Enrique, y du escena le trata con afectado cumplimiento, lo impacientando progresivamente á don Gregori

DON ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

DON GREGORIO.

¡Ah! precisamente es usted el que busco.

DON ENRIQUE.

¿A mí, señor?

DON GREGORIO.

Sí por cierto... ¿No se llama ustad don Enrique

DON ENRIQUE.

Para servir á usted.

DON GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues, señor, si usted lo pe tengo que hablarle.

DON ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacer ted en algo?

DON GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle un obsequio, y por eso me he tomado la libertad á buscarle.

DON ENRIQUE.

¿Y usted venia á mi casa con ese intento?

DON GREGORIO.

Sí, señor... ¿Y qué hay en eso de particular?

DON ENRIQUE.

¿Pues no quiere usted que me admire, y que en con el honor de que...

DON GREGORIO.

Dejémonos ahora de honores y de envanecim Vamos al caso.

DON ENRIQUE.

Pero tómese usted la molestia de pasar adelant

DON GREGORIO.

No hay para qué.

DON ENRIQUE.

Sí, sí, usted me hará este favor.

DON GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

DON ENRIQUE.

¡Oh! No es cortesía permitir que usted...

DON GREGORIO.

Pues yo le digo á usted que no quiero moverme.

DON ENRIQUE.

Será lo que usted guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino.

(Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; después se detiene dudando lo que ha de hacer.)

DON GREGORIO.

Pero si de pié le puedo decir a usted lo que...

DON ENRIQUE.

¿De pié? ¡Oh! no se trate de eso.

DON GREGORIO.

¡Vaya que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

DON GREGORIO.

No le traiga usted.

DON ENRIQUE.

Pero seria una desatencion indisculpable...

DON GREGORIO.

Hombre, mas desatencion es no querer oir á quien tiene que hablar con usted.

DON ENRIQUE.

Ya oigo.

(Don Enrique hace ademán de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)

DON GREGORIO.

Así me gusta... Por Dios, dejémonos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere usted oirme?

DON ENRIQUE.

Sí por cierto, con muchísimo gusto.

DON GREGORIO.

Dígame usted... ¿sabe usted que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

DON ENRIQUE.

Sí, señor.

DON GREGORIO.

Pues bien; si usted lo sabe, no hay para qué decírselo... Y ¿sabe usted que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupilaje, por estar destinada al honor de ser mi mujer?

DON ENRIQUE, *con sorpresa y sentimiento.*

No sabia eso.

DON GREGORIO.

Pues yo se lo digo á usted. Y además le digo, que si usted gusta, no trate de galantearmela y la deje en paz.

DON ENRIQUE.

¿Quién?... ¿Yo, señor?

DON GREGORIO.

Sí, usted. No andemos ahora con disimulos.

DON ENRIQUE.

Pero ¿quién le ha dicho á usted que yo esté enamorado de esa señorita?

DON GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

DON ENRIQUE.

Pero repito que...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Ella misma.

DON ENRIQUE.

¿Ella?

(Se admira y manifiesta particular interés en saber lo restante.)

DON GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á usted que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á usted, que ha entendido muy bien lo que usted quiere decirla con sus miradas, desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de usted; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que usted se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

DON ENRIQUE.

¿Y dice usted que es ella misma la que le ha encargado?...

DON GREGORIO.

Sí, señor, ella misma, la que me hace venir a darle á usted este consejo saludable, y á decirle, que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de usted, le hubiera dado este aviso mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa usted que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene usted un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miradas acia otra parte. Adios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á usted.

(Se aparta de ellos adelantándose acia el proscenio.)

DON ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á usted pesadumbre, que alguna maraña hay oculta, y sobre todo, que no desprecia su obsequio de usted la que le envia ese recado.

DON GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

DON ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, después de haberles observado, se pasea por el teatro.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

DON GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida.

(Mientras don Gregorio se pasea y hace ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto; él por último se encamina á su casa y le sorprende hallar á doña Rosa.)

DOÑA ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... ¡Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

DON GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla... ¡Calle! Qué ¿estabas aquí?... Ya despaché mi comision.

DOÑA ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

DON GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

DOÑA ROSA.

¿Eso dice usted? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

DON GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

DOÑA ROSA.

Apenas habia usted salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparrado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro, temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la ventana, viene uno por el aire, que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y... ¿qué le parece á usted que era?

DON GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

DOÑA ROSA.

No, señor. Era este envoltorio de papel.

(Saca de la faltriquera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.)

DON GREGORIO.

¡Calle!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

DON GREGORIO.

¡Oiga!

DOÑA ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como usted la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

DON GREGORIO.

¡Picardia como ella!.. ¿Y el muchacho?

DOÑA ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire usted, el corazon le tengo tan oprimido, que...

DON GREGORIO.

Bien te lo creo.

DOÑA ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta a ese diablo de ese hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que usted mismo...

DON GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa manera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encárgo de muy buena gana de ser el portador.

DOÑA ROSA.

Pues tome usted.

(Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademán de ir á abrir la carta; doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.)

DON GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez.—Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

DOÑA ROSA.

¡Ay! No por cierto: no la abra usted.

DON GREGORIO.

¿Y qué importa?

DOÑA ROSA.

¿Quiere usted que él se persuada á que yo he tenido la lijereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envie; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No, señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion ninguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca a intentar locura semejante.

DON GREGORIO.

Tiene muchísima razon. *(Se aparta acia un lado, y vuelve después á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.)* Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravillan. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

DOÑA ROSA.

Pero si usted tiene gusto de leerla...

DON GREGORIO.

No, nada de eso.

DOÑA ROSA.

Léala usted si quiere, como no la oiga yo.

DON GREGORIO.

No, no, señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré después aquí á la botica á encargar aquel un güentillo para los callos... Volveré á hacerte compañía, y leeremos un par de horas en *Desiderio y Electo...* ¿Eh? Adios.

DOÑA ROSA.

Venga usted pronto. *(Se entra doña Rosa en su casa.)*

ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

DON GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta índole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. ¡Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No, señor, las mujeres son lo que se quiere que sean. *(Va á casa de don Enrique, y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.)* Deo gracias.

COSME.

¿Quién es? ¡Oh! señor don...

DON GREGORIO.

Tome usted, dígale usted á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella señorita, ni a enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire usted, cerrada viene. Dígale usted que por ahí podrá conocer el buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

DON ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que usted ha enviado á doña Rosita...

(Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.)

DON ENRIQUE.

¿Yo?

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve a usted sin haberla querido abrir... Lea usted pronto, y veremos si mi sospecha se verifica.

DON ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá a usted sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de usted el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz;

DON ENRIQUE.

Porque al fin, como usted tiene tanto interés en que yo me desespere y...

DON GREGORIO.

Venga usted, venga usted.... ¡Rosa!

DON ENRIQUE.

No es decir esto que usted...

DON GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que usted se desengañe... ¡Rosita! ¡Niña!

DON ENRIQUE.

Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

DON GREGORIO.

Usted lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, DON GREGORIO, COSME.

DOÑA ROSA.

¿Qué es esto?... *(Sorprendida al ver á don Enrique.)* ¿Viene usted a interceder por él, á recomendarmele para que sufra sus visitas, para que corresponda agradecida á su insolente amor?

DON GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño, cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres, que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

DOÑA ROSA.

Pues ¿no le he manifestado á usted ya cuál es mi deseo, que todavia se atreve á dudar? ¿De qué manera debo decirselo?

DON ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de usted, y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que usted le pronuncie delante de mí.

DOÑA ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á usted ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á usted los íntimos afectos de mi corazon.

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?

DOÑA ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

DON GREGORIO.

¿Lo ve usted?... Sí, monita, sí; yo cuidaré de cumplir tus deseos.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(Manifiesta en la espresion de sus palabras que las dirige a don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.)

DON GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

DOÑA ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad.....

DON GREGORIO.

No hay mal en eso.

DOÑA ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse, que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

DON GREGORIO.

Sí, pobrecita mia..... Sí, morenilla de mi alma.

DOÑA ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

DON GREGORIO.

Ven aquí, perlita; *(Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda, y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.)* consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha..... Vamos, no te me angusties; calla, que... Amigo, *(Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.)* ya lo ve usted. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

DON ENRIQUE.

Bien está, señora; usted se ha esplicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

DOÑA ROSA.

No puede usted hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

DON GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

DOÑA ROSA.

¿Le ofendo á usted en decir esto?

DON GREGORIO.

No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera... Una aversion tan escesiva...

DOÑA ROSA.

Por mucha que le manifieste, mayor se la tengo.

DON ENRIQUE.

Usted quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de usted una persona que tanto la ofende.

DOÑA ROSA.

Vaya usted con Dios, y cumpla su palabra.

DON GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á usted este mal rato; pero...

DON ENRIQUE.

No, no crea usted que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de usted.

DON GREGORIO.

Vaya usted con Dios.

DON ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que reviento de risa. *(Retirándose acia su casa, entran en ella los dos, y se cierra la puerta.)*

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

DON GREGORIO.

De veras te digo, que este hombre me da compasion.

DOÑA ROSA.

Ande usted, que no merece tanta como usted piensa.

DON GREGORIO.

Por lo demás, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

DOÑA ROSA, *turbada.*

¿Mañana?

DON GREGORIO.

Sin falta ninguna... Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

DOÑA ROSA.

Pero...

DON GREGORIO.

Sí, amiguita, mañana seras mi mujer. Ahora mismo voy antes que oscurezca aquí á casa de don Simplicio el escribano, para que esté avisado y no haya dilacion. Adios, hechicera.

(Don Gregorio se va por una calle. Doña Rosa entra en su casa, y cierra.)

DOÑA ROSA.

¡Infeliz de mí! ¿Qué haré para evitar este golpe?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

(La escena es de noche. Doña Rosa sale de su casa, manifestando el estado de incertidumbre y agitacion que denota el diálogo.)

DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

DOÑA ROSA.

No hay otro medio... Si me detengo un instante, vuelve, pierdo la ocasion de mi libertad, y mañana... No... primero morir. Declarándoselo todo á mi hermana y á don Manuel, pidiéndoles amparo, consejo... Es imposible que me abandonen. Desde su casa avisaré á mi amante, y él dispondrá cuanto fuere menester, sin que mi decoro padezca... *(Don Gregorio sale por una calle á tiempo que doña Rosa se encamina á casa de su hermana; se detiene, y al conocerle duda lo que ha de hacer.)* Vamos, pero... Gente viene... Y es él... ¡Desdichada! ¡Todo se ha perdido!

DON GREGORIO.

¿Quién está ahí, eh? ¡Calle! ¡Rosita! ¿Pues cómo? ¿Qué novedad es está?

DOÑA ROSA.

¿Qué le diré?

DON GREGORIO.

¿Qué haces aquí, niña?

DOÑA ROSA.

Usted lo estrañará.

(Indica en la espresion de sus palabras que va previniendo la ficcion con que trata de disculparse.)

DON GREGORIO.

¿Pues no he de estrañarlo? ¿Qué ha sucedido? Habla.

DOÑA ROSA.

Estoy tan confusa y...

DON GREGORIO.

Vamos, no me tengas en esta inquietud. ¿Qué ha sido?

DOÑA ROSA.

¿Se enfadará usted si le digo...

DON GREGORIO.

No me enfadaré. Dilo presto. Vamos.

DOÑA ROSA.

Sí, precisamente se va usted a enojar, pero... Pues tenemos una huéspeda.

DON GREGORIO.

¿Quién?

DOÑA ROSA.

Mi hermana.

DON GREGORIO.

¿Cómo?

DOÑA ROSA.

Sí, señor, en mi cuarto la dejo encerrada con llave para que no nos dé una pesadumbre. Yo iba á llamar á doña Ceferina, la viuda del pintor, á fin de suplicarla que me hiciera el gusto de venirse á dormir esta noche á casa, porque al cabo, estando ella conmigo... como es una mujer de tanto juicio, y...

DON GREGORIO.

Pero ¿qué enredo es este, señor, que hasta ahora, lléveme el diablo, si yo he podido entender cosa ninguna?.. ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Ha venido... Mire usted, le voy á revelar un secreto que le va á dejar aturdido... Pero no se ha de enfadar usted, ¿no?

DON GREGORIO.

¡Dale!... ¿Lo quieres decir, ó tratas de que me desespere? ¿A qué ha venido tu hermana?

DOÑA ROSA.

Yo se lo diré á usted... Mi hermana está enamorada de don Enrique.

DON GREGORIO.

¿Ahora tenemos eso?

DOÑA ROSA.

Sí, señor. Hace mas de un año que se quieren, y casi al mismo tiempo que se han dado palabra de matrimonio. Por esto fué la mudanza desde la calle de Silva á la plazuela de Afligidos, pretestando Leonor que queria vivir cerca de mi casa, no siendo otro el motivo que el de parecerla muy acomodado este barrio desierto, adonde tambien se mudó inmediatamente don Enrique, para tener mas ocasion de verle y hablarle, aprovechándose de la libertad que siempre la ha dado el bueno de don Manuel.

DON GREGORIO.

Pero este don Enrique ó don demonio, ¿á cuántas quiere? ¡Si yo estoy lelo!

DOÑA ROSA.

Yo le diré á usted. Continuaron estos amores hasta que don Enrique, celoso de un don Antonio de Escobar oficial de la secretaria de Guerra, con quien la vió una tarde en el jardin botánico, la envió un papel de despedida lleno de espresiones amargas; y desde entonces no ha querido volverla á ver. Parecióle conveniente ademas pagar con celos que él la diese, los que le habia causado el tal don Antonio; y desde entonces dió en seguirme adonde quiera que fuese, y hacerme cortesías, y rondar la casa, todo sin duda para que mi hermana lo supiera y rabiase de envidia. Yo, que ignoraba esto, bien advertí las insinuaciones de don Enrique; pero me propuse callar y despreciarle, hasta que informada esta tarde de todo por lo que me dijo Leonor (la cual vino á hablarme muy sentida, creyendo que yo fuese capaz de corresponder a ese trasto), resolví decirle á usted lo que á mí me pasaba, omitiendo todo lo demás, para que la estimacion de mi hermana no padeciese... ¿Qué hubiera usted hecho en este apuro? ¿No hubiera usted hecho lo mismo?

DON GREGORIO.

Conque... Adelante.

DOÑA ROSA.

Pues como yo la dijese á Leonor que inmediatamente haria saber al dichoso don Enrique, por medio de usted, cuánto me desagradaba su mal término, se desconsoló, lloró, me suplicó que no lo hiciese; pero yo le aseguré que no desistiria de mi propósito. Pensó llevarme á casa de doña Beatriz para estorbármelo; usted no quiso que fuera con ella, y no parece sino que algun ángel le inspiró á usted aquella repugnancia. Lo que ha pasado esta tarde con el tal caballero bien lo sabe usted; pero falta decirle que así que usted me dejó para ir á verse con el escribano, llegó mi hermana, la conté cuanto habia ocurrido, y... Vaya, no es posible ponderarle á usted la aflic-

cion que manifestó. Llamó á su criada, la habló en secreto, y quedandose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido á su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar a don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto, que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

DON GREGORIO.

¡Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y don Manuel sabrán todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se irá. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni á todo el mundo teme.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mcuho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardias? No, señor. Yo la daré á entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

DOÑA ROSA.

No, señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó á su casa ó á lo menos á la de doña Beatriz, si teme que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va acia su casa, y vuelve.*)

DON GREGORIO.

Muy bien; aquí espero á que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese á usted, seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio; y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido..... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retírese usted, y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á ti la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que si.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo allá arriba y la saco á patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy allá... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero repito que no se descubra usted, ni la hostigue, ni.....

DON GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA *se encamina acia su casa, y vuelve.*

¡Ah! Mire usted. Asi que ella salga, éntrese usted, y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante á acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece á usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita... Pero mira que si no sale...

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro á usted que saldrá.

(*Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia acia su casa, impaciente del éxito.*)

DON GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupará ahora mi erudito hermano? Estará poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no, señor... Mañana á las diez desposorio, á las once comer, á las doce coche de colleras, y á las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano verá lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(*Se acerca mas á un lado de la puerta de su casa, colocándose acia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

DON GREGORIO.

En efecto la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y adonde irá la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

DON ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME.

¡Noche toledana!

DON ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(*Doña Rosa, después de haberse alejado un poco acia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

DOÑA ROSA.

El se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion acia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

DON ENRIQUE.

¿Quién es?

DOÑA ROSA.

Yo.

DON ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

DOÑA ROSA.

Yo soy.

DON ENRIQUE.

A mi casa.

DOÑA ROSA.

Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

DON ENRIQUE.

La que debe usted esperar de un hombre de honor.

DOÑA ROSA.

Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

DON ENRIQUE.

Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez; y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario á esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

DON ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

DON ENRIQUE.

Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

DON GREGORIO.

Pues, señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... *(Se encamina á casa de don Manuel; después se detiene.)* No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...

(Va á casa del comisario, y llama.)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

DON GREGORIO.

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

DON GREGORIO.

Pues, señor... Oiga usted aparte... *(Se aparta con el comisario á poca distancia de los demás.)* Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

DON GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

¡Oiga! ¿Es usted su hermano?

DON GREGORIO.

Para servir á usted.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

DON GREGORIO.

Pues el caso es que esta niña, hija de padres m honrados y virtuosos, perdida de amores por un manc bito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.

¡Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco much

DON GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya usted co ce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

DON GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimoni pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles cuan cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

DON GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor co sario, se trata de salvar el decoro de una doncella, impedir que el tal caballero... Ya ve usted.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna te mos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede muy útil... *(Alza un poco la voz volviéndose acia el esc bano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy ofi so.)* Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano real.

DON GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

DON GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

DON GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Conocido en testamentarías, subastas, inventarios, d pojos, secuestros y...

DON GREGORIO.

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

DON GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligenci

DON GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien.

(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abre entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

DON GREGORIO.

Veamos si está en casa este inalterable filósofo, y contaremos la amarga historia... *(Llama en casa de Manuel, abren la puerta, se supone que habla con al criado, queda la puerta entornada, y don Gregorio pasea esperando á su hermano.)* ¿Está? Que baje inmed tamente, que le espero aquí para un asunto de mucha i

cion que manifestó. Llamó a su criada, la habló en secreto, y quedándose conmigo sola, me dijo en un tono de desesperacion que me hizo temblar, que la chica habia ido a su casa á decir que esta noche no iria, porque doña Beatriz se habia puesto mala, y la habia rogado que se quedase con ella. Y que tambien iba encargada de avisar a don Enrique, en nombre mio, de que á las doce en punto le esperaba yo en el balcon de mi cuarto, que da al jardin. Con este engaño se propone hablarle, y dar á sus celos cuantas satisfacciones quiera pedirla.

DON GREGORIO.

¡Picarona! enredadora! desenvuelta!... Y bien, ¿tú qué le has dicho?

DOÑA ROSA.

Amenazarla de que usted y don Manuel sabran todo lo que pasa, y que yo seré quien se lo diga para que pongan remedio en ello; afearla su deshonesto proceder, instarla á que se fuera de mi casa inmediatamente.

DON GREGORIO.

¿Y ella?

DOÑA ROSA.

Ella me respondió que si no la sacan arrastrando de los cabellos, que no se ira. Que en hablando con don Enrique, y desvaneciendo sus quejas, ni á usted, ni á don Manuel, ni a todo el mundo teme.

DON GREGORIO.

Mi hermano merece esto y mucho mas... Pero ¿cómo he de sufrir yo en mi casa tales picardías? No, señor. Yo la daré a entender á esa desvergonzada, que si ha contado contigo para seguir adelante en su desacuerdo, se ha equivocado mucho; y que yo no soy hombre de los que se dejan llevar al pilon como el otro bárbaro. Yo la diré lo que... Vamos.

(*Quiere entrar en su casa, y doña Rosa le detiene.*)

DOÑA ROSA.

No, señor, por Dios, no entre usted. Al fin es mi hermana. Yo entraré sola, y la diré que es preciso que se vaya al instante, ó a su casa ó á lo menos a la de doña Beatriz, si teme que don Manuel estrañe ahora su vuelta.

(*Hace que se va acia su casa, y vuelve.*)

DON GREGORIO.

Muy bien; aqui espero a que salga.

DOÑA ROSA.

Pero no se descubra usted, no la hable, no se acerque, no la siga... Si le viese a usted, seria tanta su confusion y sobresalto, que pudiera darla un accidente... Si ella quiere enmendar este desacierto, aun hay remedio; y mucho mas si ese hombre se va, como ha prometido..... En fin, yo la haré salir de casa, que es lo que importa; pero, por Dios, retírese usted, y no trate de molestarla.

DON GREGORIO.

¡Marta la piadosa!... ¡Cierto que merece ella toda esa caridad!

DOÑA ROSA.

Es mi hermana.

DON GREGORIO.

¡Y qué poco se parece á tí la dichosa hermana!... Vamos, entra, y veremos si logras lo que te propones.

DOÑA ROSA.

Yo creo que sí.

DON GREGORIO.

Mira que si se obstina en que ha de quedarse, subo alla arriba y la saco a patadas.

DOÑA ROSA.

No será menester. Voy alla... (*Hace que se va, y vuelve.*) Pero repito que no se descubra usted, ni la hostigue, ni.....

DON GREGORIO.

Bien, sí, la dejaré que se vaya adonde quiera.

DOÑA ROSA *se encamina acia su casa, y vuelve.*

¡Ah! Mire usted. Asi que ella salga, éntrese usted, y cierre bien su puerta... Yo estoy tan desazonada, que me voy al instante a acostar.

DON GREGORIO.

Pero ¿qué sientes?

DOÑA ROSA.

¿Qué sé yo? ¿Le parece a usted que estaré poco disgustada con todo lo que ha sucedido?... Nada me duele; pero deseo descansar y dormir... Con que... buenas noches.

DON GREGORIO.

Adios, Rosita.. Pero mira que si no sale...

DOÑA ROSA.

Yo le aseguro a usted que saldrá.

(*Entrase dejando entornada la puerta. Don Gregorio se pasea por el teatro mirando con frecuencia acia su casa, impaciente del éxito.*)

DON GREGORIO.

Y á todo esto, ¿en qué se ocupara ahora mi erudito hermano? Estara poniendo escolios á algun tratado de educacion... ¡La niña y su alma!... Bien que ¿cómo habia de resultar otra cosa de la independencia y la holgura en que siempre ha vivido?... ¡Mujeres! qué mal os conoce el que no os encierra y os sujeta y os enfrena y os cela y os guarda!... Pero no, señor... Mañana a las diez desposorio, a las once comer, á las doce coche de colleras, y a las cinco en Griñon... ¿Cómo he de sufrir yo que la bribona de la Leonorcica se nos venga cada lunes y cada martes con estos embudos? No por cierto... Allá mi hermano vera lo que... ¡Oiga! Parece que baja ya la niña bien criada.

(*Se acerca mas a un lado de la puerta de su casa, colocándose acia el proscenio, y escucha atentamente lo que dice desde adentro doña Rosa, la cual finge que habla con su hermana.*)

DOÑA ROSA.

No te canses en quererme persuadir. Vete... Antes que todo es mi estimacion... Vete, Leonor, ya te lo he dicho... ¿Y qué importa que me oigan? ¿Soy yo la culpada?... Vete. Acabemos, sal presto de aquí.

DON GREGORIO.

En efecto la echa de casa... (*Sale doña Rosa de su cuarto con basquiña y mantilla semejantes á las que sacó doña Leonor en el primer acto. Luego que se aparta un poco, cierra don Gregorio su puerta y guarda la llave.*) ¿Y adonde ira la doncellita menesterosa?... Ganas me dan de... Pero no, cerremos primero.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, COSME, DOÑA ROSA, DON GREGORIO.

(*Los dos primeros salen de su casa.*)

DON ENRIQUE.

¿Dijiste al ama que no me espere?

COSME.

Sí, señor.

DON ENRIQUE.

Pues cierra y vamos, que aunque sepa atropellar por todo, he de hablarla esta noche.

(*Cierra Cosme la puerta con llave.*)

COSME.

¡Noche toledana!

DON ENRIQUE.

Y á pesar de quien procura estorbarlo, ella y yo seremos felices.

(*Doña Rosa, después de haberse alejado un poco acia el fondo del teatro, vuelve encaminándose á casa de don Manuel; don Gregorio se adelanta igualmente y la observa. Ella se detiene.*)

DOÑA ROSA.

El se acerca á la puerta de don Manuel. ¿Qué haré?... Ya no es posible... (*Se retira llena de confusion acia el fondo del teatro. Don Enrique se adelanta, la reconoce y la detiene.*) ¡Infeliz de mí!

DON ENRIQUE.

¿Quién es?

DOÑA ROSA.

Yo.

DON ENRIQUE.

¿Doña Rosita?

DOÑA ROSA.

Yo soy.

DON ENRIQUE.

A mi casa.

DOÑA ROSA.

Pero ¿qué seguridad tendré en ella?

DON ENRIQUE.

La que debe usted esperar de un hombre de honor.

DOÑA ROSA.

Yo iba á la de mi hermana; pero él me observa, no puedo llegar sin que me reconozca, y...

DON ENRIQUE.

Está usted conmigo... Pasará usted la noche en compañía de mi ama, mujer anciana y virtuosa... Mañana daré parte á un juez; y á él, á don Manuel, á su tutor de usted, y á todo el mundo, les diré que es usted mi esposa, y que estoy pronto si es necesario a esponer la vida para defenderla... Abre, Cosme. Venga usted.

(Cosme abre la puerta de la casa de don Enrique.)

DOÑA ROSA.

Allí está.

DON ENRIQUE.

Bien, que esté donde quiera. Poco importa.

DOÑA ROSA.

Allí, allí.

DON ENRIQUE.

Sí, ya le distingo... No hay que temer, quieto se está... ¡Y qué bien hace en estarse quieto!... Adentro.

(Asiéndola de la mano se entra con ella en su casa, y Cosme detrás.)

DON GREGORIO.

Pues, señor, se marchó á casa del galán. No puede llegar á mas el abandono y la... Pero ¡qué regocijo siento al ver tan solemnemente burlado á este hermano que Dios me dió, necio por naturaleza y gracia, y presumido de que todo se lo sabe!... Vamos á darle la infausta noticia... *(Se encamina á casa de don Manuel; después se detiene.)* No, el asunto es serio, y si el tiempo se pierde, si yo no pongo la mano en esto, puede suceder un trabajo... Al fin es hija de un amigo mio... Sí, mejor es... Allí pienso que ha de vivir el comisario...

(Va á casa del comisario, y llama.)

ESCENA III.

UN COMISARIO, UN ESCRIBANO, UN CRIADO, DON GREGORIO.

(Salen los tres primeros por una de las calles. El criado con linterna. La escena se ilumina un poco.)

COMISARIO.

¿Quién anda ahí?

DON GREGORIO.

¡Ah! ¿No es usted el señor comisario del cuartel?

COMISARIO.

Servidor de usted.

DON GREGORIO.

Pues, señor... Oiga usted aparte... *(Se aparta con el comisario á poca distancia de los demás.)* Su presencia de usted es absolutamente necesaria para evitar un escándalo que va á suceder... ¿Conoce usted á una señorita que se llama doña Leonor, que vive en aquella casa de enfrente?

COMISARIO.

Sí, de vista la conozco, y al caballero que la tiene consigo... Y me parece que ha de ser un don Manuel de Velasco.

DON GREGORIO.

Hermano mio.

COMISARIO.

¡Oiga! ¿Es usted su hermano?

DON GREGORIO.

Para servir á usted.

COMISARIO.

Para hacerme favor.

DON GREGORIO.

Pues el caso es que esta niña, hija de padres n honrados y virtuosos, perdida de amores por un man bito andaluz que vive aquí en este cuarto principal...

COMISARIO.

¡Calle! Don Enrique de Cárdenas; le conozco much

DON GREGORIO.

Pues bien. Ha cometido el desacierto de abandonar casa, venirse á la de su amante... Vamos, ya usted co ce lo que puede resultar de aquí.

COMISARIO.

Sí... En efecto.

DON GREGORIO.

Ello hay de por medio no sé qué papel de matrimon pero no ignora usted de lo que sirven esos papeles cua cesa el motivo que los dictó... ¡Eh! ¿me esplico?

COMISARIO.

Perfectamente... ¿Y ella está adentro?

DON GREGORIO.

Ahora mismo acaba de entrar... Con que, señor co sario, se trata de salvar el decoro de una doncella impedir que el tal caballero... Ya ve usted.

COMISARIO.

Sí, sí, es cosa urgente. Vamos... Por fortuna te mos aquí al señor, que en esta ocasion nos puede muy útil... *(Alza un poco la voz volviéndose acia el es bano que está detrás, el cual se acerca á ellos muy ef so.)* Es escribano...

ESCRIBANO.

Escribano real.

DON GREGORIO.

Ya.

ESCRIBANO.

Y antiguo.

DON GREGORIO.

Mejor.

ESCRIBANO.

Mucha práctica de tribunales.

DON GREGORIO.

Bueno.

ESCRIBANO.

Conocido en testamentarías, subastas, inventarios, (pojos, secuestros y...

DON GREGORIO.

No, ahí no hallará usted cosa en que poder...

ESCRIBANO.

Y muy hombre de bien.

DON GREGORIO.

Por supuesto.

ESCRIBANO.

Es que...

COMISARIO.

Vamos, don Lázaro, que esto pide mucha diligenc

DON GREGORIO.

Yo aquí espero.

COMISARIO.

Muy bien.

(Llama el criado á la puerta de don Enrique, se abr entran los tres. La escena vuelve á quedar oscura.)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DON MANUEL.

DON GREGORIO.

Veamos si esta en casa este inalterable filósofo, contaremos la amarga historia... *(Llama en casa de Manuel, abren la puerta, se supone que habla con e criado, queda la puerta entornada, y don Gregori pasea esperando á su hermano.)* ¿Está? Que baje inme tamente, que le espero aquí para un asunto de mucha

.. ¡Bendito Dios! ¡En lo que han parado tantas sublimes, tantas eruditas disertaciones! ¡Qué tutor! Vaya si... majadero mas completo y mas su dictámen... ¡Oh, señor hermano!
uel sale de la puerta de su casa, y se detiene inmediato á ella.)

DON MANUEL.

ué estravagancia es esta? ¿Por qué no subes?

DON GREGORIO.

tengo que hablarte, y no me puedo separar de

EL, *adelantándose acia donde está don Gregorio.*
uena. . ¿Y qué se te ofrece?

DON GREGORIO.

darte muy buenas noticias.

DON MANUEL.

. ?

DON GREGORIO.

as a regocijar mucho con ellas... Dime: mi se- Leonor ¿en dónde esta?

DON MANUEL.

o lo sabes? En casa de su amiga doña Beatriz. esta tarde, yo me vine porque tenia una por- rtas que escribir, y supongo que ya no puede un instante a otro... Pero ¿á qué viene esa pre-

DON GREGORIO.

í, por hablar algo...

DON MANUEL.

ué quieres decirme?

DON GREGORIO.

Que tu la has educado filosóficamente, persua- n mucha razon) de que las mujeres necesitan libertad, que no es conveniente reprenderlas las, que no son los candados ni los cerrojos los ran su virtud, sino la indulgencia, la blandura, prestarse a todo lo que ellas quieren... ¡Ya se r, enseñada por esta cartilla, ha sabido corres- no era de esperar a las lecciones de su maestro.

DON MANUEL.

uro que no comprendo a qué propósito puede de cuanto dices.

DON GREGORIO.

recio, que bien merecido esta lo que te sucede, usto que recibas el premio de tu ridícula pre- Llegó el caso de que se vea prácticamente lo lucido en las dos hermanas la educacion que dado. La una huye de los amantes; y la otra, mujer perdida y sin vergüenza, los acaricia y le.

DON MANUEL.

declaras el misterio, dígote que...

DON GREGORIO.

rio es que tu pupila no está donde piensas, sino un caballerito, del cual se ha enamorado re- nte; y sola y de noche, y burlandose de ti, ha ar mejor compañía... ¿Lo entiendes ahora?

DON MANUEL.

ue Leonor. ..

DON GREGORIO.

, la misma...

DON MANUEL.

jate de chanzas, y no me...

DON GREGORIO

el niño es chancero!... ¡Se dara tal estupidez! ted, señor hermano, y vuelvo a repetirselo, que ta se ha ido esta noche á casa de su galan, y , y lo he visto yo, y se quieren mucho, y hace año que se tienen dada palabra de matrimonio, todas tus filosofias. ¿Lo entiendes?

DON MANUEL.

Pero es una cosa tan ajena de verisimilitud...

DON GREGORIO.

¡Dale!... Vamos, aunque lo vea por sus ojos no se lo harán creer... ¡Cómo me repudre la sangre!... Amigo, dígote que los años sirven de muy poco cuando no hay esto, esto. *(Señalandose con el dedo en la frente.)*

DON MANUEL.

Ello es que tú te persuades á que...

DON GREGORIO.

Figúrate si me habré persuadido... Pero mira, no gastemos prosa... ven y lo verás, y en viéndolo, espero y confio que te persuadirás tambien. Vamos.
(Se encamina á casa de don Enrique, y después vuelve.)

DON MANUEL.

¡Haber cometido tal esceso, cuando siempre la he tratado con la mayor benignidad, cuando la he prometido mil veces no violentar, no contradecir sus inclinaciones!

DON GREGORIO.

Ya temia yo que no habia de ser creido, y que perderíamos el tiempo en altercaciones inútiles. Por eso, y porque me pareció conveniente restaurar el honor de esa mujer, siquiera por lo que me interesa su pobrecita hermana, he dispuesto que el comisario del cuartel vaya allá, y vea de arreglarlo, de manera que evitando escándalos, se concluya, si se puede, con un matrimonio.

DON MANUEL.

¿Eso hay?

DON GREGORIO.

¡Toma! Ya están allá el comisario y un escribano que venia con él... Digo, á no ser que usted halle en sus libros algun testo oportuno para volver á recibir en su casa á la inocente criatura, disimularla este pequeño desliz, y casarse con ella. .. ¿Eh?

DON MANUEL.

¿Yo? No lo creas. No cabe en mi tanta debilidad, ni soy capaz de aspirar á poseer un corazon que ya tiene otro dueño. Pero á pesar de cuanto dices, todavia no me puedo reducir á...

DON GREGORIO.

¡Qué tercò es!... Ven conmigo, y acabemos esta disputa impertinente.
(Se encamina con su hermano acia casa de don Enrique, y al llegar cerca salen de ella el comisario y el criado. El teatro se ilumina como en la escena tercera.)

ESCENA V.

EL COMISARIO, UN CRIADO, DON GREGORIO, DON MANUEL.

COMISARIO.

Aquí, señores, no hay necesidad de ninguna violencia. Los dos se quieren, son libres, de igual calidad... No hay otra cosa que hacer sino depositar inmediatamente á la señorita en una casa honesta, y desposarlos mañana... Las leyes protegen este matrimonio y le autorizan.

DON GREGORIO.

¿Qué te parece?

DON MANUEL, *reprimiéndose.*

¿Qué me ha de parecer?... Que se casen.

DON GREGORIO.

Pues, señor, que se casen.

COMISARIO.

Diré á usted, señor don Manuel. Yo he propuesto a la novia que tuviese a bien de honrar mi casa, en donde asistida de mi mujer y de mis hijas, estaria, si no con las comodidades que merece, á lo menos con la que pueden proporcionarla mis cortas facultades; pero no ha querido admitir este obsequio, y dice que si usted permite que vaya a la suya, la prefiere á otra cualquiera. Es cierto que esta eleccion es la mejor; pero he querido avisarle a usted para saber si gusta de ello, ó tiene alguna dificultad.

DON MANUEL.

Ninguna..... Que venga. Yo me encargo del depósito.

COMISARIO.

Volveré con ella muy pronto.

(Se entra con el criado en casa de don Enrique. El teatro queda oscuro otra vez.)

DON GREGORIO.

No me queda otra cosa que ver... Pero ¿cuál es mas admirable, el descaro de la pindonga, ó la frescura de este insensato que se presta á tenerla en su casa después de lo que ha hecho, que la toma en depósito de manos de su amante para entregársela después tal y tan buena?... ¡Ay! Si no es posible hallar cabeza mas destornillada que la suya..... No puede ser.

DON MANUEL.

No lo entiendes, Gregorio... Mira, tú has hecho intervenir en esto á un comisario para evitar los daños que pudieran sobrevenir, y has hecho muy bien... Yo la recibo por la misma razon; para que su crédito no padezca; para que no se trasluzca lo que ha sucedido entre la vecindad, que todo lo atisba y lo murmura; para que mañana se casen, como si fuera yo mismo el que lo hubiese dispuesto; para manifestar á Leonor que nunca he querido hacerme un tirano de su libertad ni de sus afectos; para confundirla con mi modo de proceder comparado al suyo... Pero.... ¡Leonor! ¿Es posible que haya sido capaz de tal ingratitud?

DON GREGORIO.

Calla, que... *(Salen por una calle doña Leonor, Juliana, y el lacayo con un farol, y habiendo pasado ya por delante de la puerta de don Enrique, al volverse don Gregorio las ve. Doña Leonor al ver gente se detiene un poco. Se ilumina el teatro.)* Sí... Ahí la tienes. Pídela perdon.

DON MANUEL.

¡Yo! ¡Qué mal me conoces!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, JULIANA, UN LACAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

DON MANUEL.

Leonor, no temas ningun esceso de cólera en mí, bien sabes cuánto sé reprimirla; pero es muy grande el sentimiento que me ha causado ver que te hayas atrevido á una accion tan poco decorosa, sabiendo tú que nunca he pensado sujetar tu albedrío, que no tienes amigo mas fino, mas verdadero que yo... No, no esperaba recibir de tí tan injusta correspondencia... En fin, hija mia, yo sabré tolerar en silencio el agravio que acabas de hacerme; y atento solo á que tu estimacion no pierda en la lengua ponzoñosa del vulgo, te daré en mi casa el auxilio que necesitas, y te entregaré yo mismo el esposo que has querido elegir.

DOÑA LEONOR.

Yo no entiendo, señor don Manuel, a qué se dirige ese discurso... ¿Qué accion indecorosa? ¿qué agravio? ¿qué esposo es ese de quien usted me habla?... Yo soy la misma que siempre he sido. Mi respeto á su persona de usted, mi agradecimiento, y para decirlo de una vez, mi amor, son inalterables... Mucho me ofende el que presuma que he podido yo hacer ni pensar cosa ninguna impropia de una mujer honesta, que estima en mas que la vida su honor y su opinion.

DON MANUEL, *volviéndose á don Gregorio.*

¿Oyes lo que dice?

DON GREGORIO, *acercándose á doña Leonor.*

Ya se ve que lo oigo..... Con que Leonorcita... Ahorremos palabras..... ¿De dónde vienes, hija?

DOÑA LEONOR

De casa de doña Beatriz.

DON GREGORIO.

¿Ahora vienes de allí, cordera?

DOÑA LEONOR.

Ahora mismo... ¿No ve usted á Pepe, que nos á acompañar?

DON GREGORIO.

¿Y no sales de casa de don Enrique?

DOÑA LEONOR.

¿De quién? ¿De ese que vive aquí en... ¡El cierto.

DON GREGORIO.

¿Y no habeis concertado vuestro casamiento cia del comisario?

DOÑA LEONOR.

Me hace reir... ¿Ves qué desatino, Juliana?

DON GREGORIO.

¿Y no estais enamorados mucho tiempo ha?

DOÑA LEONOR.

Muchísimo tiempo... ¿Y qué mas?

DON GREGORIO.

¿Y no estuviste en mi casa esta noche? ¿y n ron salir de allí? ¿y no te fuiste derechita á la lán? ¿y no te vi yo?

DOÑA LEONOR.

Esto pasa de chanza. Usted no sabe lo que *(Asiendo del brazo á don Manuel se dirige acia* Vamos á casa, don Manuel, que ese hombre ha poco entendimiento que tenia; vamos.

ESCENA VII.

DOÑA ROSA, DON ENRIQUE, EL COMISARIO, EL COSME, UN CRIADO, DOÑA LEONOR, JULIAN CAYO, DON MANUEL, DON GREGORIO.

(El criado saldrá con la linterna. La luz del teat plica.)

DOÑA ROSA.

¡Leonor!... Hermana!...

(Corriendo acia doña Leonor la coge de las m las besa.)

DON GREGORIO.

¡Huf!...

(Al reconocer á doña Rosa, se aparta lleno de co

DOÑA ROSA.

Yo espero de tu buen corazon que has de pe el atrevimiento con que me valí de tu nombre p seguir el fin de mis engaños. El ejemplo de tu m tud hubiera debido contenerme; pero, hermana sabes qué diferente suerte hemos tenido las dos.

DOÑA LEONOR.

Todo lo conozco, Rosita... La eleccion que h no me parece desacertada; repruebo solament dios de que te has valido... Mucha disculpa tie toda la necesitas.

DOÑA ROSA.

Cuanto digas es cierto, pero..... *(Volviéndose á gorio, que permanece absorto y sin movimiento.)* sido la causa de tanto error, usted.... No me a presentarme ahora á sus ojos, si no estuviese bi de que en todo lo que acabo de hacer, aunque le le sirvo..... La aversion que usted logró inspira taba mucho de aquella suave amistad que une para hacerlas felices..... Tal vez usted me acus viandad; pero puede ser que mañana hubiera u verdaderamente infeliz, si yo fuese menos hones

DON ENRIQUE.

Dice bien, y usted debe agradecerla el honor q serva y la tranquilidad de que puede gozar en ade

DON MANUEL, *acercándose á don Gregorio.*

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido pa, es necesario que te conformes.

DOÑA LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio a lo sucedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que a las mujeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡Hombre mas tonto!

COSME, *hablando con Juliana*.

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

DON GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentandose sucesivamente la energía de su espresion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanas en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita mujer... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y... ¡Ah! desdichado del que vista de lo que a mí me sucede se fie de ninguna! La mujer es un abismo de malicias y picardias. Sexo engañador, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio, si quiere llevarsele.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso acia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

DON MANUEL.

No dice bien... Las mujeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrara la boda.

DOÑA ROSA.

¿La mia no mas?

DON MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha, con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

DOÑA LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

DOÑA ROSA.

Sí, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

DOÑA LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mí corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

DON MANUEL.

¡Querida Leonor!

(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)

JULIANA.

¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

EL MEDICO A PALOS.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA EN EL TEATRO DE BARCELONA, AÑO DE 1814.

ADVERTENCIA.

Escribió Moratin la traduccion libre de la comedia de Moliere, intitulada *le Médecin malgré lui*, para que la representase en un dia destinado á su beneficio el gracioso de la compañía cómica de Barcelona Felipe Blanco, á quien debia particulares atenciones de amistad. Siguió en la version de esta pieza los mismos principios que le habian dirigido en la precedente. Simplificó la accion, despojándola de cuanto le pareció inútil en ella. Suprimió tres personajes, MM. Robert, Thibaut y Perrin, y por consiguiente dejó perder la graciosa escena segunda del primer acto, y la segunda del tercero, para no interrumpir la fábula con distracciones meramente episódicas, sujetándola á la estrecha economía que pide el arte, sin la cual, á fuerza de ornatos viciosos, se entorpece la progresion dramática y se debilita el interés. Redujo á tres las cinco palizas que halló en la pieza original. Pasó en silencio la existencia inútil de un amante que no aparece en la escena, y esta omision le facilitó el medio de dar á la resistencia obstinada de don Jerónimo un motivo mas cómico, y mas naturalidad al desenlace.

Omitió igualmente las lozanías y espresiones demasiado alegres del supuesto médico, que no se hubieran tolerado en ningun teatro de España, y se hallan en la escena primera del primer acto, en las cuarta, quinta y séptima del segundo, y en la tercera del tercero de la obra francesa; y persuadido de que las imágenes asquerosas ni son donaires cómicos, ni deben presentarse jamás á un auditorio decente, omitió lo que hay de este género en la escena sesta, acto segundo, y en la quinta, acto tercero, del original. Si Moliere viviese, haria en esta y otras piezas suyas las mismas correcciones, con mas severidad y mayor acierto.

En las ediciones francesas se advierte que la escena es en el campo; pero si por esto se entendiese unidad de lugar, seria equivocarse mucho. El primer acto de la comedia de *el Médico á palos* debe representarse en un monte; los dos siguientes en una sala de la casa de don Jerónimo. Si Moliere (que no es creible) imaginó que la escena fuese constantemente la misma, no dispuso su fábula en términos de que pudiera verificarse; y si en el teatro se hiciese la prueba de no mudar la decoracion segun se ha indicado, resultarian impropiedades demasiado absurdas. Esta comedia no admite unidad de lugar.

Nada resta que decir acerca de la traduccion, sino que Moratin supo darla todo el aire de originalidad que necesitaba para hacerla mas agradable al público español que habia de oirla; y en efecto, representada en el teatro de Barcelona el dia 5 de diciembre de 1814, el concurso, reconociendo la fuerza cómica de que abunda en la accion y el diálogo, unió á los elogios del poeta francés los que le pareció que merecian las frecuentes infidelidades de su traductor.

Felipe Blanco dió mucha gracia y naturalidad al papel de Bartolo. Vicente Alfonso obtuvo general aceptacion en el de don Jerónimo; y Bárbara Fort, para quien era muy genial el de Martina, le desempeñó con inteligencia.

EL MEDICO A PALOS.

PERSONAS.

JERONIMO.	LEANDRO.	BARTOLO.	GINES.
A PAULA.	ANDREA.	MARTINA.	LUCAS.

...nta en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

...os, y qué durillo está este tronco! El hacha ..., y él no se parte... *(Corta leña de un árbol ...ro: deja después el hacha arrimada al tron... a acia el proscenio, siéntase en un peñasco, eslabon, enciende un cigarro y se pone á fu...* ...o trabajo es este!... Y como hoy aprieta el ...go, y me rindo, y no puedo mas... Dejémos... ...ejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. ...i bien un rato de descanso y un cigarrillo, ...e vida otro la ha de heredar... Allí viene mi ...raera de bueno?

...A *sale por el lado derecho del teatro.*

...qué haces ahí sentado, fumando sin trabajar? ...enes que acabar de partir esa leña y llevarla ...es cerca de mediodia?

BARTOLO.

...si no es hoy, sera mañana.

MARTINA.

...spuesta.

BARTOLO.

..., mujer. Estoy cansado, y me senté un rato ...igarro.

MARTINA.

...guante á un marido tan poltron y desidioso! ...rabaja.

BARTOLO.

...o, mujer; si acabo de sentarme.

MARTINA.

BARTOLO.

...uiero, dulce esposa.

MARTINA.

...n verguenza, sin atender á sus obligaciones! ...de mí!

BARTOLO.

...abajo es tener mujer! Bien dice Séneca: que ...eor que un demonio.

MARTINA.

...hombre tan hábil, para traer autoridades de

BARTOLO.

...il? A ver, a ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragán, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligacion.

BARTOLO.

Mira, mujer, que me vas enfadando.

(Se levanta desperezándose, encamínase acia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.)

MARTINA.

¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, *dando de palos á Martina.*

¿Sí? Pues toma.

MARTINA.

¡Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

ANDREA, *aparte*.

Allí le duele.

DON JERÓNIMO.

Vete.

ANDREA.

Ya me iré, señor.

DON JERÓNIMO.

Vete, que no te puedo sufrir.

LUCAS.

¡Que siempre has de dar en eso, Andrea! Calla, y no desazones al amo, mujer; calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados ajenos, que al fin y al cabo, el señor es el padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor; no tiene remedio.

DON JERÓNIMO.

Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

LUCAS.

El médico viene.

ESCENA III.

BARTOLO, GINES, DON JERONIMO, LUCAS, ANDREA.

(Salen por la derecha Ginés y Bartolo, este vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos y baston.)

GINES.

Aquí tiene usted, señor don Jerónimo, al estupendo médico, al doctor infalible, al pasmo del mundo.

DON JERÓNIMO.

Me alegro mucho de ver á usted, y de conocerle, señor doctor.

(Se hacen cortesía uno á otro, con el sombrero en la mano.)

BARTOLO.

Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

DON JERÓNIMO.

¿Hipócrates lo dice?

BARTOLO.

Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

¿Y en qué capítulo?

BARTOLO.

En el capítulo de los sombreros.

DON JERÓNIMO.

Pues si lo dice Hipócrates, será preciso obedecer.

(Los dos se ponen el sombrero.)

BARTOLO.

Pues como digo, señor médico, habiendo sabido...

DON JERÓNIMO.

¿Con quién habla usted?

BARTOLO.

Con usted.

DON JERÓNIMO

¿Conmigo? Yo no soy médico.

BARTOLO.

¿No?

DON JERÓNIMO.

No, señor.

BARTOLO.

¿No? Pues ahora verás lo que te pasa.

(Arremete acia él con el baston levantado en ademán de darle de palos. Huye don Jerónimo, los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.)

DON JERÓNIMO.

¿Qué hace usted, hombre?

BARTOLO.

Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

DON JERÓNIMO.

Detenedle vosotros... ¿Qué loco me habeis traido aquí?

GINES.

¿No le dije á usted que era muy chancero?

DON JERÓNIMO.

Sí; pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

LUCAS.

No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

GINES.

Mire usted, señor facultativo, este caballero que presente es nuestro amo, y padre de la señorita qu ted ha de curar.

BARTOLO.

¿El señor es su padre? ¡Oh! perdone usted, señor p esta libertad que...

DON JERÓNIMO.

Soy de usted.

BARTOLO.

Yo siento...

DON JERÓNIMO.

No, no ha sido nada... (*Ap.* ¡Maldita sea tu cast Pues, señor, vamos al asunto. (*Saca la caja, se la pre á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad* tengo una hija muy mala...

BARTOLO.

Muchos padres se quejan de lo mismo.

DON JERÓNIMO.

Quiero decir que está enferma.

BARTOLO.

Ya, enferma.

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Me alegro mucho.

DON JERÓNIMO.

¿Cómo?

BARTOLO.

Digo que me alegro de que su hija de usted nec de mi ciencia, y ojalá que usted y toda su familia estu sen á las puertas de la muerte, para emplearme en su tencia y alivio.

DON JERÓNIMO.

Viva usted mil años, que yo le estimo su buen des

BARTOLO.

Hablo ingenuamente.

DON JERÓNIMO

Ya lo conozco.

BARTOLO.

¿Y cómo se llama su niña de usted.?

DON JERÓNIMO.

Paulita.

BARTOLO.

¡Paulita! ¡Lindo nombre para curarse!... Y esta don ¿quién es?

DON JERÓNIMO.

Esta doncella es mujer de aquel. (*Señalando á Luc*

BARTOLO.

¡Oiga!

DON JERÓNIMO.

Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica para usted la vea.

ANDREA.

Durmiendo quedaba.

DON JERÓNIMO.

No importa, la despertaremos. Ven, Ginés.

GINES.

Allá voy.

(Vanse los dos por la izquierda.)

ESCENA IV.

BARTOLO, ANDREA, LUCAS.

BARTOLO, *acercándose á Andrea con ademanes y g espresivos.*

¿Con que usted es mujer de ese mocito?

ANDREA

Para servir á usted.

BARTOLO.

¡Y qué frescota es! ¡Y qué... Regocijo da el verla... ¡

ca tiene!... ¡Ay, qué dientes tan blancos, tan igua-
qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida
un par de ojos mas habladores ni mas traviesos.

LUCAS.

Habrá demonio de hombre! ¡Pues no la esta re-
lo el maldito!...) Vaya, señor doctor, mude usted
rsacion, porque no me gustan esas flores. ¿De-
mi se pone usted a decir arrumacos á mi mujer?
como no cojo un garrote, y le...
*por el teatro si hay algun palo. Bartolo le de-
tiene.)*

BARTOLO.

re, por Dios, ten caridad. ¿Cuantas veces me han
mar de medico?

LUCAS.

cuenta con ella.

ANDREA.

riento de risa.
*nandose a recibir á doña Paula, que sale por la
de la izquierda con don Jerónimo y Ginés.)*

ESCENA V.

JERONIMO, DOÑA PAULA, GINES, LUCAS, BARTOLO, ANDREA.

DON JERÓNIMO.

nte, hija mia, que yo confio en la sabiduría por-
de este señor, que brevemente recobraras tu sa-
a es la niña, señor doctor. Hola, arrimad sillas.
*sillas los criados. Doña Paula se sienta en una
na entre Bartolo y su padre. Los criados detrás.)*

BARTOLO.

que esta es su hija de usted?

DON JERÓNIMO.

ngo otra, y si se me llegara á morir me volveria

BARTOTO.

guardara muy bien. Pues qué, ¿no hay mas que
sin licencia del medico? No, señor; no se morira...
tedes aqui una enferma, que tiene un semblante
hacer perder la chabeta al hombre mas tétrico
do. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro a us-
bonita cara tiene!

DOÑA PAULA.

¡ah! ¡ah!

DON JERÓNIMO.

gracias a Dios que se rie la pobrecita.

BARTOLO.

o! ¡Gran señal! gran señal! Cuando el médico
a las enfermas es linda cosa... Y bien, ¿qué la
isted?

DOÑA PAULA.

a, ha, ha.

BARTOLO.

¿Que dice usted?

DOÑA PAULA.

a, ha

BARTOLO.

a, ha, ha. ¿Que diantre de lengua es esa? Yo no
palabra.

DON JERÓNIMO.

ese es su mal. Ha venido a quedarse muda, sin
ueda saber la causa. Vea usted qué desconsuelo

BARTOLO.

soberia! Al contrario, una mujer que no habla es
o. La mia no padece esta enfermedad, y si la tu-
o me guardaria muy bien de curarla.

DON JERÓNIMO.

ir de eso, yo le suplico a usted que aplique todo
ro a fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

BARTOLO.

Se la aliviará, se la quitara: pierda usted cuidado. Pero es curacion que no se hace asi como quiera. ¿Come bien?

DON JERÓNIMO.

Si, señor, con bastante apetito.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Duerme?

ANDREA.

Si, señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

BARTOLO.

¡Malo!... ¿Y la cabeza la duele?

DON JERÓNIMO.

Ya se lo hemos preguntado varias veces; dice que no.

BARTOLO.

¿No? ¡Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... ¡Claro! esta claro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué indica?

BARTOLO.

Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

DON JERÓNIMO.

¿Secuestrada?

BARTOLO.

Si por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿de qué ha podido proceder este accidente?

BARTOLO.

Este accidente ha podido proceder y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora doña Paulita el uso espedito de la lengua.

DON JERÓNIMO.

¡Este hombre es un prodigio!

LUCAS.

¿No se lo dijimos a usted?

ANDREA.

Pues á mi me parece un macho.

LUCAS.

Calla.

DON JERÓNIMO.

Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacer?

BARTOLO.

Se puede y se debe hacer... El pulso... *(Tomando el pulso á doña Paula.)* Aristóteles en sus protocolos habló de este caso con mucho acierto.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué dijo?

BARTOLO.

Cosas divinas... La otra... *(La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.)* A ver la lengüecita... ¡Ay, qué moneria!... Dijo... ¿Entiende usted el latin?

DON JERÓNIMO.

No, señor, ni una palabra.

BARTOLO.

No importa. Dijo: *Bonus bona bonum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, est modus in rebus; amarylida sylvas.* Que quiere decir, que esta falta de coagulacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores... acres, proclives, espontáneos y corrumpentes. Porque como los vapores que se elevan de la region... ¿Estan ustedes?

ANDREA.

Si, señor, aqui estamos todos.

BARTOLO.

De la region lumbar, pasando desde el lado izquierdo donde está el higado, al derecho en que esta el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del craneo: de aqui es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria), que la malignidad de dichos vapores... ¿Me esplico?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor, perfectamente.

BARTOLO.

Pues, como digo, supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gastricos. *Doceo doces, docere, docui, doctum, ars longa, vita brevis: templum, templi : augusta vindelicorum, et reliqua*..... ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

DON JERÓNIMO.

Cuanto hay que decir.

GINÉS.

Es mucho hombre este.

DON JERÓNIMO.

Solo he notado una equivocacion en lo que...

BARTOLO.

¿Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

DON JERÓNIMO.

Creo que dijo usted que el corazon está al lado derecho, y el hígado al izquierdo; y en verdad que es todo lo contrario.

BARTOLO.

¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con esas vejeces? Sí, señor, antiguamente así sucedia, pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

DON JERÓNIMO.

Perdone usted, si en esto he podido ofenderle.

BARTOLO.

Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente está dispensado de tener sentido comun.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

BARTOLO.

Primeramente harán ustedes que se acueste, luego se la darán unas buenas friegas... bien que eso yo mismo lo haré... y después tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

ANDREA.

¡Qué disparate!

DON JERÓNIMO.

¿Y para qué es buena la sopa en vino?

BARTOLO.

¡Ay, amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografía! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática, que simpatiza y absorbe el tejido celular y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

DON JERÓNIMO.

Pues no lo sabia.

BARTOLO.

Si usted no sabe nada.

DON JERÓNIMO.

Es verdad que no he estudiado, ni...

BARTOLO.

¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted cómo á los loros los atracan de pan mojado en vino?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

¿Y no hablan los loros? Pues para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos tambien á doña Paulita, y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

DON JERÓNIMO.

Algun ángel le ha traido a usted á mi casa, señor doctor... Vamos, hijita, que ya querrás descansar. . Al instante vuelvo, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

BARTOLO.

Don Bartolo.

DON JERÓNIMO.

Pues así que la deje acostada seré con usted, se Bartolo... (*Se levantan los tres.*) Ayuda aquí, An Despacito.

BARTOLO.

Taparla bien, no se resfríe. Adios, señorita.

DOÑA PAULA.

Ba, ba, ba, ba.

DON JERÓNIMO *hace que se va acompañando á doñ y vuelve á hablar aparte con Lucas.*

Lucas, ve al instante y adereza el cuarto del se limpio todo, una buena cama, la colcha verde, con agua, la aljofaina, la toalla, en fin, que no f ninguna... ¿Estás?

LUCAS, *marchando por la puerta de la dere*

Sí, señor.

DON JERÓNIMO.

Vamos, hija mia.

(*Vanse don Jerónimo, doña Paula, Andrea y G la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Yo sudo... En mi vida me he visto mas apura es imposible que esto pare en bien, imposible! ahora que todos andan por allá dentro puedo... mal estamos... En las espaldas siento una desazo me deja... Y no es por los palos recibidos, sino que aun me falta que recibir.

(*Vase por la parte del lado d*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO *sale sin sombrero ni baston por la de* DON JERONIMO.

BARTOLO.

Pues, señor, ya está visto. Esto de escabullirse gocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de postura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡A Bartolo!... (*Paseándose inquieto por el teatro.*) pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

DON JERÓNIMO *sale por la izquierda.*

No ha habido forma de poderla reducir á que se Ya la están preparando la sopa en vino que usted Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

DON JERÓNIMO, *sacando la bolsa y tomando de ella escuditos.*

Usted, amigo don Bartolo, estará en mi casa obs y servido como un príncipe, y entre tanto quiero q usted la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

DON JERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

DON JERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

DON JERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

DON JERÓNIMO.

Sí, señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré.

(Los toma y se los guarda.)

DON JERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO *sale por la puerta de la derecha recatándose*, BARTOLO.

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted, y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso... *(Tomando el pulso, con gestos de displicencia.)* Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure; si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO, *con despego.*

Pues ¿á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasion, un pretesto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano, que yo haga de alcahuete. *(Irritado y alzando mas la voz.)* ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

LEANDRO.

¡Señor!

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballerito!

LEANDRO.

Calle usted, señor; no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca usted que...

(Se pasea inquieto.)

LEANDRO.

¡Válgame Dios, qué hombre!... Probemos á ver si...

(Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Qué errar? ¡Un sujeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues, señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí, señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No, señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puede contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿Sería posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y esperó que usted...

(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

ANDREA *sale por la izquierda*, BARTOLO, LUCAS.

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demás importa seis maravedís, y como yo te cure á tí, mas que se muera todo el género humano.

(Sale por la derecha Lucas; va acercándose detrás de Bartolo, y escucha.)

ANDREA.

Yo no tengo nada que curar.

BARTOLO.

Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡Qué bruto es, y qué celoso tan impertinente!

ANDREA.

¿Qué quiere usted? Cada uno cuida de su hacienda.

BARTOLO.

¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel gaznápiro este cuerpecito gracioso?

(*Se encamina á ella con los brazos abiertos, en ademan de abrazarla. Andrea se va retirando, Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara acia él, y quedan abrazados los dos. Andrea se va riendo por la puerta del lado izquierdo.*)

LUCAS.

No le he dicho á usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero, hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo... (*Le da un envion al tiempo de desasirse de él.*) ¡Se habrá visto mico mas enredador!

ESCENA IV.

DON JERONIMO *sale por la izquierda*, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

DON JERÓNIMO.

¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¡Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (*Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.*) Digo, ¡don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO, *desde adentro.*

¡Señor!

BARTOLO.

¡Don Casimiro!

LEANDRO, *saliendo.*

¿Qué manda usted?

DON JERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un escelente didascálico... boticario que llaman ustedes... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

DON JERÓNIMO.

Mire usted qué decaida está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto

ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINES, DON JERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(*Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.*)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

DON JERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(*Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea tercia en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Jerónimo, y á otro Ginés y Lucas.*)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, tos, rosolis de perfecto amor y de leche de v tos y julepes. ¿Por qué le parece á usted qu cho venir?

DON JERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No, señor, si es un hor pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

DON JERÓNIMO.

¿Qué? (*Volviéndose acia donde está su hij* ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí, señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

DON JERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á do vuelve lleno de alegría acia Bartolo, el cu lleno de satisfaccion.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la di medad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la junta y entera, á ver qué hacia.

DON JERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿ (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la m* di alguna cosa.

GINES, *aparte á Lucas.*

Aquí me parece que hay gato encerrado... ¿

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla pa usted que amo á Leandro, y que quiero casa

DON JERÓNIMO.

Pero si...

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

DON JERÓNIMO.

Es que...

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo sarme con un hombre que me idolatra. Si uste bien, concédame su permiso sin escusas ni di

DON JERÓNIMO.

Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobret

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sa sobre todo, sarna con gusto no pica.

DON JERÓNIMO.

Pero ¡qué borboton de palabras la ha ve pente á la boca!... Pues, hija mia, no hay qu No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hij me moriré de la desesperacion.

DON JERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de su l agitado y colérico. Doña Paula se retira acia habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor usted el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré, solamen virle á usted, será ponerle sordo para que no la

DON JERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¿piensas tú, hija m que...

(*Encaminándose acia doña Paula. Bartolo le

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el aire por el jardin, y verá usted cómo poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla, don Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como usted mande, señor doctor. Vamos, señorita.

DOÑA PAULA.

Vamos enhorabuena.

DON JERÓNIMO.

Id vosotros tambien.

(A Lucas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

DON JERONIMO, BARTOLO.

DON JERÓNIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenia cuando enmudeció, fué sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice ni hable con juicio.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dice usted? Pues me convence esa reflexion.

(Saca la caja don Jerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.)

BARTOLO.

¡Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo entenderia un poco mejor... Venga un polvo.

DON JERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude usted... Es una evacuacion que nosotros llamamos *tricolos tetrastrofos.*

ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINES *(van saliendo todos tres por la puerta del foro)*, DON JERONIMO, BARTOLO.

GINES.

¡Señor amo!

LUCAS.

¡Señor don Jerónimo!... ¡Ay qué desdicha!

ANDREA.

¡Ay, amo mio de mi alma! que se la llevan.

DON JERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LUCAS.

El boticario no es boticario.

GINES.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

DON JERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! Y vosotros, brutos, ¿habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LUCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

DON JERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico?...

BARTOLO, *aparte lleno de miedo.*

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

DON JERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí habia una larga de tender ropa.

LUCAS.

Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella.

(Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.)

DON JERÓNIMO.

Me las ha de pagar..... Pero ¿acia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

LUCAS.

Aquí está la soga.

DON JERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de piés y manos al doctor aquí en esta silla... *(Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.)* Pero me lo habeis de ensogar bien fuerte.

GINES.

Pierda usted cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.)

DON JERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(Se va don Jerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.)

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

GINES.

Echa otra vuelta por aquí.

LUCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi mujer?

GINES.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINES.

Perfectamente.

MARTINA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Dios guarde á ustedes, señores.

LUCAS.

¡Calle, que está usted por acá! Pues ¿qué buen aire la trae á usted por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, *abrazándose con Bartolo.*

¡Ay, hijo de mi alma!

LUCAS.

¡Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINES.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LUCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está usted ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

DON JERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINES, MARTINA.

(Sale don Jerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la la izquierda.)

DON JERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribon... Y tú ¿qué has hecho¿ los has visto?

ANDREA.

No, señor, no los he descubierto por ninguna parte.

DON JERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado, y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... *(Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.)* ¿Adónde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO (*salen por la puerta del lado derecho*), DON JERONIMO, BARTOLO.

LEANDRO.

¡Señor don Jerónimo!

DOÑA PAULA.

¡Querido padre!

DON JERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames!

LEANDRO *se arrodilla con doña Paula á los piés de don Jerónimo.*

Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de usted, que esto no seria decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted la mande; pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante a quitarla la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

DON JERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

DOÑA PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

DON JERÓNIMO, *alterándose.*

¡Su dinero de usted! ¡su dinero de usted! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice que no le pediremos nada.

DON JERÓNIMO.

Ni un maravedí.

DOÑA PAULA.

Ni medio.

DON JERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mante dulaques?

LEANDRO.

Mi tio. ¿Pues no ha oido usted que aprueba es miento? ¿Qué m is he de decirle?

DON JERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí, señor; yo soy su heredero.

DON JERÓNIMO.

¿Y qué tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

¡Ay! no, señor, muy achacoso. Aquel hum piernas le molesta mucho, y nos tememos que d á otro...

DON JERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con *(Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro la mano.)* Vaya, concedido, y venga un par de al

LEANDRO.

Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

DOÑA PAULA.

Usted nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quién me hace feliz? ¿No hay un cris me desate?

DON JERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quién le ha puesto á usted así, médico *(Desatan los criados á Bartolo.)*

BARTOLO.

Sus pecados de usted, que los mios no merec

DOÑA PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabrem decerle á usted el favor que nos ha hecho.

MARTINA.

¡Marido mio! *(Se abrazan Bartolo y Martina.)* horabuena, que ya no te ahorcan. Mira, trátame á mí me debes la borla de doctor que te die monte.

BARTOLO.

¿A tí? Pues me alegro de saberlo.

MARTINA.

Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio e dicina.

GINES.

Y yo porque ella lo dijo lo creí.

LUCAS.

Y yo lo creí porque lo dijo ella.

DON JERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí tambien, raba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion d no por lo que efectivamente saben, sino por el que forma de ellos la ignorancia de los demás.

HAMLET.

ADVERTENCIA.

La presente tragedia es una de las mejores de Guillermo Shakespeare, y la que con mas frecuencia y aplauso público se representa en los teatros de Inglaterra. Las bellezas admirables que en ella se advierten, y los defectos que manchan y oscurecen sus perfecciones, forman un todo estraordinario y monstruoso, compuesto de partes tan diferentes entre sí por su calidad y su mérito, que difícilmente se hallarán reunidas en otra composicion dramática de aquel autor ni de aquel teatro; y por consecuencia, ninguna otra hubiera sido mas á propósito para dar entre nosotros una idea del mérito poético de Shakespeare, y del gusto que reina todavía en los espectáculos de aquella nacion.

En esta obra se verá una accion grande, interesante, trágica, que desde las primeras escenas se anuncia y prepara por medios maravillosos, capaces de acalorar la fantasía y llenar el ánimo de conmocion y de terror. Unas veces procede la fábula con paso animado y rápido, y otras se debilita por medio de accidentes inoportunos y episodios mal preparados é inútiles, indignos de mezclarse entre los grandes intereses y afectos que en ella se presentan. Vuelve tal vez á levantarse, y adquiere toda la agitacion y movimiento trágico que la convienen, para caer después y mudar repentinamente de carácter, haciendo que aquellas pasiones terribles, dignas del coturno de Sófocles, cesen y den lugar á los diálogos mas groseros, capaces solo de escitar la risa del vulgo. Llega el desenlace, donde se complican sin necesidad los nudos, y el autor los rompe de una vez, no los desata, amontonando circunstancias inverisímiles que destruyen toda ilusion, y ya desnudo el puñal de Melpómene, le baña en sangre inocente y culpada; divide el interés y hace dudosa la existencia de una Providencia justa, al ver sacrificados á sus venganzas en horrenda catástrofe el amor incestuoso y el puro y filial, la amistad fiel, la tiranía, la adulacion, la perfidia y la sinceridad generosa y noble. Todo es culpa, todo se confunde en igual destrozo (*).

Tal es en compendio la tragedia de *Hamlet*, y tal era el carácter dramático de Shakespeare. Si el traductor ha sabido desempeñar la obligacion que se impuso de presentarle como es en sí, no añadiéndole defectos, ni disimulando los que halló en su obra, los inteligentes deberán

(*) Este juicio de Moratin acerca del *Hamlet* no es mas severo que el de otros críticos de la escuela clásica, que han hecho profundos estudios sobre Shakespeare. Trasladaremos aquí el voto del hombre acaso mas competente entre los mismos ingleses. Samuel Johnson, que puso á las obras de su gran compatriota el prólogo mas admirable, y acompañó cada una de ellas con observaciones tan breves como justas, al llegar al *Hamlet* se esplica así: «Si debiésemos caracterizar los dramas de Shakespeare con las circunstancias que en cada uno mas preponderan y le distinguen de los demás, tendríamos que conceder al presente la palma de la variedad. Son tan numerosos sus incidentes, que su argumento daria materia á una larga novela. En sus escenas alterna constantemente lo divertido con lo patético: lo divertido, lleno de observaciones juiciosas é instructivas; lo patético, exento sin embargo de toda violencia superior á la natural altura de los humanos sentimientos. Van apareciendo sucesivamente caracteres diversos, que presentan variadas formas de costumbres y de lenguaje. La pretendida locura del protagonista ofrece pasos sumamente amenos, los tristes desvanecimientos de Ofelia enternecen el corazon; y cada personaje produce el efecto calculado por el autor, desde el espectro que en el primer acto nos hiela la sangre de horror, hasta el ente ridículo que en el último nos inspira justo desprecio.

»El plan sin embargo no está libre de censura: la accion camina, á la verdad, en progresion continua; pero se interponen escenas, que ni la detienen ni la empujan. »No hay razon que justifique la fingida locura de Hamlet, »quien nada hace que no pudiera igualmente hacer si se »le creyera en su cabal juicio. Su desvarío llega á un »punto exagerado, cuando trata á Ofelia con tal aspereza, »que solo puede considerarse como crueldad inútil y caprichosa.

»En todo el curso de la tragedia Hamlet es mas bien un »instrumento ciego que un agente con intencion. Después de haber convencido al rey por medio de una estratagema, nada hace para castigarle; y su muerte es al »cabo obra de la casualidad, sin que Hamlet intervenga en »lo mas mínimo.

»La catástrofe no es feliz; el cambio de los puñales es »un recurso mas bien de la necesidad que del arte. Lo »mismo hubiera sido deshacerse de Hamlet con el hierro, »y de Laertes con la copa.

»Acúsase al poeta de haberse separado de la justicia »poética, y con igual razon pudiera reconvenírsele por haber prescindido de la verosimilitud. El espectro deja la »mansion de la tumba con frívolo pretesto: la venganza »que reclama no llega á verificarse sino con la muerte »del que ha de tomarla; y la recompensa, que debiera obtenerse por el castigo de un usurpador y un asesino, queda destruida por la prematura muerte de Ofelia: la jóven, la bella, la pia, la inocente.»

juzgarlo. Baste decir que para traducirla bien no es suficiente poseer el idioma en que se escribió, ni conocer la alteracion que en él ha causado el espacio de dos siglos, sin identificarse con la índole poética del autor, seguirle en sus raptos, precipitarse con él en sus caidas, adivinar sus misterios, dar á las voces y frases arbitrariamente combinadas por él la misma fuerza y espresion que él quiso que tuvieran, y hacer hablar en castizo español á un estranjero, cuyo estilo, unas veces fácil y suave, otras enérgico y sublime, otras desaliñado y torpe, otras oscuro, ampuloso y redundante, no parece produccion de una misma pluma; á un escritor, en fin, que ha fatigado el estudio de muchos literatos de su nacion, empeñado en ilustrar y esplicar sus obras; lo cual, en opinion de ellos mismos, no se ha logrado todavia como era menester.

Si estas consideraciones deberian haber contenido al traductor y hacerle desistir de una empresa tan superior á su talento, le animó por otra parte el deseo de presentar al público español una de las mejores piezas del mas celebrado trágico inglés, viendo que entre nosotros no se tiene todavía la menor idea de los espectáculos dramaticos de aquella nacion ni del mérito de sus autores. Otros quizás le seguiran en esta empresa, y fácilmente podran oscurecer sus primeros ensayos; pero entre tanto no desconfía de que sus defectos hallarán alguna indulgencia de parte de aquellos en quienes se reunan los conocimientos y el estudio necesarios para juzgarle.

Ni halló tampoco en las traducciones que los estranjeros han hecho de esta tragedia el auxilio que debió esperar. M. Laplace imprimió en francés una traduccion de las obras de Shakespeare, que á pesar de sus defectos no dejó de merecer aceptacion, hasta que M. Letourneur publicó la suya, que es sin duda muy superior á la primera. Este literato poseia perfectamente el idioma inglés, y hallándose con toda la inteligencia que era menester para entender el original, pudiera haber hecho una traduccion fiel y perfecta, pero no quiso hacerlo.

Habia en su tiempo en Francia dos partidos muy poderosos, que mantenian guerra literaria y dividian las opiniones de la multitud. Voltaire, apasionado del gran mérito de Racine, profesaba su escuela; se esforzó cuanto pudo por imitarle en las muchas obras que dió al teatro, y este ilustre ejemplo arrastró á muchos poetas, que se llamaron racinistas. El partido opuesto, aunque no tenia á su frente tan temible caudillo, se componia no obstante de literatos de mucho mérito, que prefiriendo lo natural á lo conveniente, lo maravilloso á lo posible, la fortaleza á la hermosura, los raptos de la fantasía á los movimientos del corazon, y el ingenio al arte; admirando los aciertos de Corneille, se desentendian de sus errores, é indicaban como segura y única la senda por donde aquel insigne poeta subió á la inmortalidad. Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. La multitud de papeles que diariamente se esparcian por el público ridiculizando la secta racinista, y apurando para ello cuantas sutilezas sugiere el ingenio y cuantos medios buscan la desesperacion y la envidia, si por un momento escitaban la risa de los lectores, caian despues en oscuridad y desprecio cuando aparecia en la escena francesa la *Fedra*, la *Ifigenia*, el *Bruto* ó el *Mahomet*. Entonces se publicó la traduccion de Letourneur, impresa por suscricion, dedicada al rey de Francia, y sostenida por el partido numeroso de aquellos á quienes la reputacion de Voltaire atropellaba y ofendia. Tratóse pues de exaltar el mérito de Shakespeare, y de presentarle á la Europa culta como el único talento dramático digno de su admiracion y capaz de disputar la corona á los Eurípides y Sófocles. Así pensaron abatir el orgullo del moderno trágico francés, y vencerle con armas auxiliares y estranjeras, sin detenerse mucho á considerar cuán poca satisfaccion debia resultarles de una victoria adquirida por tales medios.

Con estos antecedentes, no será dificil adivinar lo que hizo Letourneur en su version de Shakespeare. Reunió en un discurso preliminar, y en las notas y observaciones con que ilustró aquellas obras, cuanto creyó ser favorable á su causa, repitiendo las opiniones de los mas apasionados críticos ingleses en elogio de su compatriota, negándose voluntariamente á los buenos principios que dictaron la razon y el arte, y estableciendo una nueva poética, por la cual no solo quedan disculpados los estravios de su idolatrado autor, sino que todos ellos se erigen en preceptos, recomendándolos como dignos de imitacion y aplauso.

En aquellos pasajes en que Shakespeare, felizmente sostenido de su admirable ingenio, espresa con acierto las pasiones y defectos humanos, describe y pinta los objetos de la naturaleza, ó reflexiona melancólico con profunda y sólida filosofía, allí es fiel la traduccion; pero en aquellos en que se olvida de la fábula que finge, del fin que debió en ella proponerse, de la situacion en que pone á sus personajes, del carácter que les dió, de lo que dijeron antes, de lo que debe suceder despues, y acalorado por una especie de frenesí no hay desacierto en que no tropiece y caiga, entonces el traductor francés le abandona, y nada omite para disimular su deformidad, suponiendo, alterandó, sustituyendo ideas y palabras suyas á las que halló en el original; resultando de aquí una traduccion pérfida, ó por mejor decir, una obra compuesta de pedazos suyos y ajenos, que en muchas partes no merece el nombre de traduccion.

Lejos pues de aprovecharse el traductor español de tales versiones, las ha mirado con la desconfianza que debia; y prescindiendo de ellas y de las mal fundadas opiniones de los que han querido mejorar á Shakespeare con el pretesto de interpretarle, ha formado su traduccion sobre el original mismo, coincidiendo por necesidad con los traductores franceses cuando los halló exactos, y apartándose de ellos cuando no lo son, como podrá conocerlo fácilmente cualquiera que se tome la molestia de cotejarlos.

Esto es solo cuanto quiere advertir acerca de su traduccion. Las notas que acompañan á la tragedia son obra suya, y á escepcion de una ú otra especie que ha tomado de los comentadores ingleses (segun lo advierte en su lugar), todo lo demás, como cosa propia, lo abandona al exámen de los críticos inteligentes.

Si se ha equivocado en su modo de juzgar, ó por malos principios ó por falta de sensibilidad, de buen gusto ó de reflexion, no será inútil impugnarle; que harto es necesario agitar cuestiones literarias relativas á esta materia, para dar á nuestros buenos ingenios ocupacion digna, si se atiende al estado lastimoso en que yace el estudio de las letras humanas, los pocos alumnos que hoy cuenta la buena poesía, y el merecido abandono y descrédito en que van cayendo las producciones modernas del teatro.

HAMLET (1).

PERSONAS.

CLAUDIO, *rey de Dinamarca.*
GERTRUDIS, *reina de Dinamarca.*
HAMLET, *príncipe.*
FORTIMBRAS, *príncipe de Noruega.*
La sombra del rey Hamlet.
POLONIO, *sumiller de corps.*
LAERTES, *hijo de Polonio.*
OFELIA, *hija de Polonio.*
HORACIO, *amigo de Hamlet.*

VOLTIMAN, CORNELIO, RICARDO, GUILLERMO, ENRIQUE, *cortesanos.*
MARCELO, BERNARDO, FRANCISCO, *soldados.*
REINALDO, *criado de Polonio.*

Dos embajadores de Ingla[terra].
Un cura.
Un caballero.
Un capitán.
Un guardia.
Un criado.
Dos marineros.
Dos sepultureros.
Cuatro cómicos.

Acompañamiento de grandes, caballeros, damas, soldados, curas, cómicos, criados etc.

La escena se representa en el palacio y ciudad de Elsingor, en sus cercanías y en las fronteras de Dinamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Esplanada delante del palacio real de Elsingor. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO.

(*Francisco estará paseándose haciendo centinela. Bernardo se va acercando acia él. Estos personajes y los de la escena siguiente estarán armados con espada y lanza.*)

BERNARDO.
¿Quién está ahí?

FRANCISCO.
No: respóndame él á mí. Deténgase, y diga quién es...

BERNARDO.
¡Viva el rey.

FRANCISCO.
¿Es Bernardo?

BERNARDO.
El mismo.

FRANCISCO.
Tú eres el mas puntual en venir á la hora.

BERNARDO.
Las doce han dado ya; bien puedes ir á recogerte.

FRANCISCO.
Te doy mil gracias por la mudanza. Hace un frio que penetra, y yo estoy delicado del pecho.

BERNARDO.
¿Has hecho tu guardia tranquilamente?

FRANCISCO.
Ni un raton se ha movido (2).

BERNARDO.
Muy bien. Buenas noches. Si encuentras á Horacio y Marcelo, mis compañeros de guardia, diles que vengan presto.

FRANCISCO.
Me parece que los oigo... Alto ahí. ¡Eh! ¿Quién va?

ESCENA II.

HORACIO, MARCELO y dichos.

HORACIO.
Amigos de este pais.

MARCELO.
Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

ACT I.

SCENE I.

Elsinore. A Platform before the Castle. FRANCIS[CO] *his post. Enter to him* BERNARDO.

BERNARDO.
Who's there?

FRANCISCO.
Nay, answer me: stand, and unfold yourself.

BERNARDO.
Long live the king!

FRANCISCO.
Bernardo?

BERNARDO.
He.

FRANCISCO.
You come most carefully upon your hour.

BERNARDO.
'Tis now struck twelve; get thee to bed, Francisc[o].

FRANCISCO.
For this relief, much thanks: 'tis bitter cold,
And I am sick at heart.

BERNARDO.
Have you had quiet guard?

FRANCISCO.
Not a mouse stirring.

BERNARDO.
Well, good night.
If you do meet Horatio and Marcellus,
The rivals of my watch, bid them make haste.

Enter Horatio and Marcellus.

FRANCISCO.
I think, I hear them.—Stand, ho! Who is there?

HORATIO.
Friends to this ground.

MARCELLUS.
And liegemen to the Dane.

FRANCISCO.
noches.
MARCELO.
ırado soldado! Pàsalo bien. ¿Quién te relevó de ·la?
FRANCISCO.
lo, que queda en mi lugar. Buenas noches.
ıncisco : Marcelo y Horacio se acercan adonde está Bernardo haciendo centinela.)
MARCELO.
Bernardo!
BERNARDO.
está ahí? ¿Es Horacio?
HORACIO.
azo de él.
BERNARDO.
·nido, Horacio; Marcelo, bien venido.
MARCELO.
¡se ha vuelto à aparecer aquella cosa esta noche?
BERNARDO.
a he visto.
MARCELO.
) dice que es aprension nuestra, y nada quiere :uanto le he dicho acerca de esa espantosa fan- : hemos visto ya en dos ocasiones. Por eso le he ıe se venga a la guardia con nosotros, para que ›che vuelve el aparecido, pueda dar crédito à ojos, y le hable si quiere.
HORACIO.
io, no vendra.
BERNARDO.
onos un rato, y deja que asaltemos de nuevo tus el suceso que tanto repugnan oir, y que en dos ·guidas hemos ya presenciado nosotros.
HORACIO.
:n : sentémonos, y oigamos lo que Bernardo nos
(Siéntanse los tres.)
BERNARDO.
ıe pasada, cuando esa misma estrella que está al del polo habia hecho ya su carrera para ilumi- espacio del cielo donde ahora resplandece, Mar- a tiempo que el reloj daba la una...
MARCELO.
ılla ; mírale (3) por donde viene otra vez.
ce á un estremo del teatro la sombra del rey armado de todas armas, con manto real, yelmo ıbeza, y la visera alzada. Los soldados y Hora- :vantan despavoridos.)
BERNARDO.
nisma figura que tenia el difunto rey.
MARCELO.
·, tú que eres hombre de estudios, háblale.
BERNARDO.
ıarece todo al rey? Mírale, Horacio.
HORACIO.
·ecido es... Su vista me conturba con miedo y
BERNARDO.
que le hablen.
MARCELO.
, Horacio.
cio se encamina acia donde está la sombra.
eres tu, que así usurpas este tiempo à la noche, ·encia noble y guerrera que tuvo un dia la ma- soberano dinamarqués que yace en el sepulcro? r el cielo te lo pido.
(Vase la sombra á paso lento.)
MARCELO.
que esta irritado.
BERNARDO.
e va como despreciandonos.

FRANCISCO.
Give you good night.
MARCELLUS.
O, farewell, honest soldier :
Who hath reliev'd you?
FRANCISCO.
Bernardo hath my place.
Give you good nigth. *(Exit Francisco.*
MARCELLUS.
Holla! Bernardo!
BERNARDO.
Say,
What, is Horatio there?
MARCELLUS.
A piece of him.
BERNARDO.
Welcome, Horatio; welcome, good Marcellus.
MARCELLUS.
What, has this thing appear'd again to-night?
BERNARDO.
I have seen nothing.
MARCELLUS.
Horatio says,'tis but our fantasy;
And will not let belief take hold of him,
Touching this dreaded sight, twice seen of us :
Therefore I have entreated him, along
With us to watch the minutes of this night;
That, if again this apparition come,
He may approve our eyes, and speak to it.
HORATIO.
Tush! tush! 'twill not appear.
BERNARDO.
Sit down awhile;
And let us once again assail your ears,
That are so fortified against our story,
What we two nights have seen.
HORATIO.
Well, sit we down,
And let us hear Bernardo speak of this.
BERNARDO.
Last night of all,
When yon same star, that's westward from the pole,
Had made his course to illume that part of heaven
Where now it burns, Marcellus, and myself,
The bell then beating one,—
MARCELLUS.
Peace, break thee off; look, where it comes again!
Enter Ghost.
BERNARDO.
In the same figure, like the king that's dead.
MARCELLUS.
Thou art a scholar, speak to it, Horatio.
BERNARDO.
Looks it not like the king? mark it, Horatio.
HORATIO.
Most like : —it harrows me with fear, and wonder.
BERNARDO.
It would be spoke to.
MARCELLUS.
Speak to it, Horatio.
HORATIO.
What art thou, that usurp'st this time of night,
Together with that fair and warlike form
In which the majesty of buried Denmark
Did sometimes march? by heaven, I charge thee, speak.
MARCELLUS.
It is offended.
BERNARDO.
See! it stalks away.

HORACIO.

Detente, habla. Yo te lo mando, habla.

MARCELO.

Ya se fué. No quiere respondernos.

BERNARDO.

¿Qué tal, Horacio? Tú tiemblas, y has perdido el color. ¿No es esto algo mas que aprension? ¿Qué te parece?

HORACIO.

Por Dios, que nunca lo hubiera creido sin la sensible y cierta demostracion de mis propios ojos.

MARCELO.

¿No es enteramente parecido al rey?

HORACIO.

Cómo tú á tí mismo. Y tal era el arnés de que iba ceñido cuando peleó con el ambicioso rey de Noruega; y así le vi arrugar ceñudo la frente cuando en una altercacion colérica hizo caer al de Polonia sobre el hielo, de un solo golpe... ¡Estraña aparicion es esta!

MARCELO.

Pues de esa manera, y á esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero delante de nuestra guardia.

HORACIO.

Yo no comprendo el fin particular con que esto sucede; pero en mi ruda manera de pensar, pronostica alguna estraordinaria mudanza á nuestra nacion.

MARCELO.

Ahora bien, sentémonos; *(Siéntanse.)* y decidme, cualquiera de vosotros que lo sepa, ¿por qué fatigan todas las noches á los vasallos con estas guardias tan penosas y vigilantes? ¿Para qué es esta fundicion de cañones de bronce, y este acopio estranjero de máquinas de guerra? ¿A qué fin esa multitud de carpinteros de marina, precisados a un afán molesto, que no distingue el domingo de lo restante de la semana? ¿Qué causas puede haber para que sudando el trabajador apresurado junte las noches á los dias? ¿Quién de vosotros podrá decírmelo?

HORACIO.

Yo te lo diré, ó á lo menos los rumores que sobre esto corren. Nuestro (4) último rey (cuya imágen acaba de aparecérsenos) fué provocado á combate, como ya sabeis, por Fortimbrás (5) de Noruega, estimulado este de la mas orgullosa emulacion. En aquel desafío, nuestro valeroso Hamlet (que tal renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida) mató á Fortimbrás, el cual por un contrato sellado y ratificado segun el fuero de las armas, cedia al vencedor (dado caso que muriese en la pelea) todos aquellos paises que estaban bajo su dominio. Nuestro rey se obligó tambien á cederle una porcion equivalente, que hubiera pasado á manos de Fortimbrás, como herencia suya, si hubiese vencido; así como, en virtud de aquel convenio y de los articulos estipulados, recayó todo en Hamlet. Ahora el jóven Fortimbrás, de un carácter fogoso, falto de esperiencia y lleno de presuncion, ha ido recogiendo de aquí y de allí por las fronteras de Noruega una turba de gente resuelta y perdida, á quien la necesidad de comer determina á intentar empresas que piden valor; y segun claramente vemos, su fin no es otro que el de recobrar con violencia y á fuerza de armas los mencionados paises que perdió su padre. Este es, en mi dictámen, el motivo principal de nuestras prevenciones, el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitacion y movimiento en que toda la nacion está.

BERNARDO.

Si no es esa, yo no alcanzo cuál puede ser... Y en parte lo confirma la vision espantosa que se ha presentado armada en nuestro puesto con la figura misma del rey que fué y es todavía el autor de estas guerras.

HORACIO.

Es por cierto una mota que turba los ojos del entendi-

HORATIO.

Stay; speak: speak, I charge thee, speak.
(Exit Ghost

MARCELLUS.

'Tis gone, and will not answer.

BERNARDO.

How now, Horatio? you tremble, and look pale:
Is not this something more than fantasy?
What think you of it?

HORATIO.

Before my God, I might not this believe,
Without the sensible and true avouch
Of mine own eyes.

MARCELLUS.

Is it not like the king?

HORATIO.

As thou art to thyself:
Such was the very armour he had on,
When he the ambitious Norway combated;
So frown'd he once, when, in an angry parle,
He smote the sledded Polack on the ice.
'Tis strange.

MARCELLUS.

Thus twice before, and jump at this dead hour,
With martial stalk hath he gone by our watch.

HORATIO.

In what particular thought to work, I know not;
But, in the gross and scope of mine opinion,
This bodes some strange eruption to our state.

MARCELLUS.

Good now, sit down, and tell me, he that knows,
Why this same strict and most observant watch
So nightly toils the subjects of the land?
And why such daily cast of brazen cannon,
And foreign mart for implements of war;
Why such impress of shipwrights, whose sore task
Does not divide the Sunday from the week:
What might be toward, that this sweaty haste
Doth make the night joint-labourer with the day:
Who is't, that can inform me?

HORATIO.

That can I;
At least, the whisper goes so. Our last king,
Whose image even but now appear'd to us,
Was, as you know, by Fortinbras of Norway,
Thereto prick'd on by a most emulate pride,
Dar'd to the combat; in which our valiant Hamlet
(For so this side of our known world esteem'd him.)
Did slay this Fortinbras; who, by a seal'd compact,
Well ratified by law and heraldry,
Did forfeit, with his life, all those his lands,
Which he stood seiz'd of, to the conqueror:
Against the which, a moiety competent
Was gaged by our king; which had return'd
To the inheritance of Fortinbras,
Had he been vanquisher; as, by the same co-mart,
And carriage of the article desingn'd,
His fell to Hamlet: Now, sir, young Fortinbras,
Of unimproved mettle hot and full,
Hath in the skirts of Norway, here and there,
Shark'd up a list of landless resolutes,
For food and diet, to some enterprise
That hath a stomach in't: which is no other
(As it doth well appear unto our state,)
But to recover of us, by strong hand,
And terms compulsatory, those 'foresaid lands,
So by his father lost: And this, I take it,
Is the main motive of our preparations;
The source of this our watch, and the chief head
Of this posth-haste and romage in the land.

BERNARDO.

I think, it be no other, but even so:
Well may it sort, that this portentous figure
Comes armed through our watch; so like the king
That was, and is, the question of these wars.

HORATIO.

A mote it is, to trouble the mind's eye.

miento. En la época (6) mas gloriosa y feliz de Roma, poco antes que el poderoso César cayese, quedaron vacíos los sepulcros, y los amortajados cadáveres vagaron por las calles de la ciudad gimiendo en voz confusa; las estrellas resplandecieron con encendidas colas, cayó lluvia de sangre, se ocultó el sol entre celajes funestos, y el húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno, padeció eclipse, como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya iguales anuncios de sucesos terribles, precursores que avisan los futuros destinos: el cielo y la tierra juntos los han manifestado á nuestro pais y á nuestra gente... Pero... silencio... ¿Veis?... Allí... Otra vez vuelve... *(Vuelve á salir la sombra por otro lado. Se levantan los tres, y echan mano á las lanzas. Horacio se encamina acia la sombra, y los otros dos siguen detrás.)* Aunque el terror me hiela, yo le quiero salir al encuentro... Detente, fantasma. Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algun beneficio para tu descanso y mi perdon, háblame. Si sabes los hados que amenazan á tu pais, los cuales felizmente previstos puedan evitarse, ¡ay! habla... O si acaso durante tu vida acumulaste en las entrañas de la tierra mal habidos tesoros, por lo que se dice que vosotros, infelices espíritus, después de la muerte vagais inquietos, decláralo... detente y habla... Marcelo, detenle...

(Canta un gallo á lo lejos, y empieza á retirarse la sombra; los soldados quieren detenerla haciendo uso de las lanzas; pero la sombra los evita, y desaparece con prontitud.)

MARCELO.

¿Le daré con mi lanza?

HORACIO.

Sí, hiérele, si no quiere detenerse.

BERNARDO.

Aqui está.

HORACIO.

Aqui.

MARCELO.

Se ha ido. Nosotros le ofendemos, siendo él un soberano, en hacer demostraciones de violencia. Bien que, segun parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos vanos y cosa de burla.

BERNARDO.

Él iba ya á hablar cuando el gallo cantó (7).

HORACIO.

Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente apremiado con terrible precepto. Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace dispertar al dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye á su centro; y la fantasma que hemos visto acaba de confirmar la certeza de esta opinion.

(Empieza á iluminarse lentamente el teatro.)

MARCELO.

En efecto, desapareció al cantar el gallo. Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de su morada; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos: ¡tan sagrados son y tan felices aquellos dias!

HORACIO.

Yo tambien lo tengo entendido así, y en parte lo creo. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con la rosada túnica, viene pisando el rocío de aquel alto monte oriental. Demos fin á la guardia, y soy de opinion que digamos al jóven Hamlet lo que hemos visto esta noche; porque yo os prometo que este espíritu hablará con él, aunque ha sido para nosotros mudo. ¿No os parece que le demos esta noticia, indispensable en nuestro celo y tan propia de nuestra obligacion?

In the most high and palmy state of Rome,
A little ere the mightiest Julius fell,
The graves stood tenantless, and the sheeted dead
Did squeak and gibber in the Rom an streets.
. . . .
As, stars with trains of fire and dews of blood,
Disasters in the sun; and the moist star,
Upon whose influence Neptune's empire stands,
Was nick almost to dooms-day with eclipse.
And even the like precurse of fierce events,—
As harbingers preceding still the fates,
And prologue to the omen coming on,—
Have heaven and earth together demostrated
Unto our climatures and countrymen.—

Re-enter Ghost.

But, soft; behold! lo, where it comes again!
I'll cross it, though it blast me.—Stay, illusion.
If thou hast any sound, or use of voice,
Speak to me:
If there be any good thing to be done,
That may to thee do ease and grace to me,
Speak to me:
If thou art privy to thy country's fate,
Which, happily, foreknowing may avoid,
O, speak!
Or, if thou hast uphoarded in thy life,
Extorted treasure in the womb of earth,
For which, they say, you spirits oft walk in death,
(Cock crows.)
Speak of it:—stay, and speak.—Stop it, Marcellus.

MARCELLUS.

Shall I strike at it with my partizan?

HORATIO.

Do, if it will not stand.

BERNARDO.

'Tis here!

HORATIO.

'Tis here!

MARCELLUS.

'Tis gone! *(Exit Ghost.*
We do it wrong, being so majestical,
To offer it the shew of violence;
For it is, as the air, invulnerable,
And our vain blows malicious mockery.

BERNARDO.

It was about to speak, when the cock crew.

HORATIO.

And then it started, like a guilty thing
Upon a fearful summons. I have heard,
The cock, that is the trumpet to the morn,
Doth with his lofty and shrill-sounding throat
Awake the god of day, and, at his warning,
Whether in sea or fire, in earth or air,
The extravagant and erring spirit hies
To his confine: and of the truth herein
This present object made probation.

MARCELLUS.

It faded on the crowing of the cock.
Some say, that ever'gainst that season comes,
Werein our Saviour's birth is celebrated,
This bird of dawning singeth all night long:
And then, they say, no spirit dares stir abroad;
The nights are wholesome; then no planets strike,
No fairy takes, nor witch hath power to charm,
So hallow'd and so gracious is the time.

HORATIO.

So have I heard, and do in part believe it.
But, look, the morn, in russet mantle clad,
Walks o'er the dew of yon high eastern hill:
Break we our watch up; and, by my advice,
Let us impart what we have seen to-night
Unto young Hamlet: for, upon my life,
This spirit, dumb to us, will speak to him:
Do you consent we shall acquaint him with it,
As needful in our loves, fitting our duty?

MARCELO.

Sí, sí, hagámoslo. Yo sé en dónde le hallaremos esta mañana con mas seguridad.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, VOLTIMAN, CORNELIO, CABALLEROS, DAMAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Aunque la muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía tan reciente en nuestra memoria, que obliga á mantener en tristeza los corazones, y á que en todo el reino solo se observe la imágen del dolor, con todo eso, tanto ha combatido en mí la razon á la naturaleza, que he conservado un prudente sentimiento de su pérdida, junto con la memoria de lo que á nosotros nos debemos. A este fin he recibido por esposa á la que un tiempo fué mi hermana y hoy reina conmigo, compañera en el trono de esta belicosa nacion; si bien estas alegrías son imperfectas, pues en ellas se han unido á la felicidad las lágrimas, las fiestas á la pompa fúnebre, los cánticos de muerte á los epitalamios de himeneo, pesados en igual balanza el placer y la afliccion. Ni hemos dejado de seguir los dictámenes de vuestra prudencia, que en esta ocasion ha procedido con absoluta libertad, de lo cual os quedo muy agradecido. Ahora falta deciros que el jóven Fortimbrás (8), estimándome en poco, ó presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá producido en el reino trastorno y desunion, fiado en esta soñada superioridad, no ha cesado de importunarme con mensajes, pidiéndome le restituya aquellas tierras que perdió su padre, y adquirió mi valeroso hermano con todas las formalidades de la ley. Basta ya lo que de él he dicho. Por lo que á mí toca, y en cuanto al objeto que hoy nos reune, véisle aquí: Escribo al rey de Noruega, tio del jóven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, á fin de que le impida llevarlos adelante; pues tengo ya exactos informes de la gente que levanta contra mí, su calidad, su número y fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltiman, vosotros saludareis en mi nombre al anciano rey; aunque no os doy facultad personal para celebrar con él tratado alguno que exceda los límites espresados en estos artículos. *(Les da unas cartas.)* Id con Dios, y espero que manifestareis en vuestra diligencia el celo de servirme.

VOLTIMAN.

En esta y cualquiera otra comision os daremos pruebas de nuestro respeto.

CLAUDIO.

No lo dudaré. El cielo os guarde.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES, DAMAS, CABALLEROS Y ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Y tú, Laertes, ¿qué solicitas? Me has hablado de una pretension: ¿no me dirás cuál sea? En cualquiera cosa justa que pidas al rey de Dinamarca, no será vano el ruego. ¿Ni qué podrás pedirme, que no sea mas ofrecimiento mio que demanda tuya? No es mas adicto á la cabeza el corazon, ni mas pronta la mano en servir á la boca, que lo es el trono de Dinamarca para con tu padre. En fin, ¿qué pretendes?

LAERTES.

Respetable soberano, solicito la gracia de vuestro permiso para volver á Francia. De allí he venido voluntariamente á Dinamarca á manifestaros mi leal afecto, con motivo de vuestra coronacion; pero ya cumplida esta deuda, fuerza es confesaros que mis ideas y mi inclinacion me
de nuevo á aquel pais, y espero de vuestra mucha
---- esta licencia.

MARCELLUS.

Let's do't, I pray; and I, this morning, know
Where we shall find him most convenient. *(Exe*

SCENE II.

The same. A Room of State in the same.

Enter the King, Queen, HAMLET, POLONIUS, LA TES, VOLTIMAND, CORNELIUS, *Lords, and tendants.*

KING.

Though yet of Hamlet our dear brother's death
The memory be green; and that it us befitted
To bear our hearts in grief, and our whole kingdom
To be contracted in one brow of woe;
Yet so far hath discretion fought with nature
That we with wisest sorrow think on him,
Together with remembrance of ourselves.
Therefore our sometime sister, now our queen,
The imperial jointress of this warlike state,
Have we, as 'twere, with a defeated joy,—
With one auspicious, and one dropping eye;
With mirth in funeral, and with dirge in marriage,
In equal scale weighing delight and dole,—
Taken to wife: nor have we herein barr'd
Your better wisdoms, which have freely gone
With this affair along:—For all, our thanks.
 Now follows that you know, young Fortinbras,—
Holding a weak supposal of our worth;
Or thinking, by our late dear brother's death,
Our state to be disjoint and out of frame,
Colleagued with this dream of his advantage,
He hath not fail'd to pester us with message,
Importing the surrender of those lands,
Lost by his father, with all bands of law,
To our most valiant brother.—So much for him.
Now for ourself, and for this time of meeting.
Thus much the business is: We have here writ
To Norway, uncle of young Fortinbras,—
Who, impotent and bed-rid, scarcely hears
Of this his nephew's purpose,—to suppress
His further gait herein; in that the levies,
The lists, and full proportions, are all made
Out of his subject:—and we here despatch
You, good Cornelius, and you, Voltimand,
For bearers of this greeting to old Norway;
Giving to you no further personal power
To business with the king, more than the scope
Of these dilated articles allow.
Farewell; and let your haste commend your duty.

CORNELIUS AND VOLTIMAND.

In that, and all things, will we shew our duty.

KING.

We doubt it nothing; heartily farewell.
(Exeunt Voltimand and Corneli
And now, Laertes, what's the news with you?
You told us of some suit. What is't, Laertes?
You cannot speak of reason to the Dane,
And lose your voice: What would'st thou beg, Laerte
That shall not be my offer, not thy asking?
The head is not more native to the heart,
The hand more instrumental to the mouth,
Than is the throne of Denmark to thy father.
What would'st thou have, Laertes?

LAERTES.

My dread lord,
Your leave and favour to return to France;
From whence, though willingly I came to Denmark,
To shew my duty in your coronation;
Yet now, I must confess, that duty done,
My thoughts and wishes bend again toward France,
And bow them to your gracious leave and pardon.

CLAUDIO.

¿Has obtenido ya la de tu padre? ¿Qué dices, Polonio?

POLONIO.

A fuerza de importunaciones ha logrado arrancar mi tardio consentimiento. Al verle tan inclinado, firmé últimamente la licencia de que se vaya, aunque á pesar mio, y os ruego, señor, que se la concedais.

CLAUDIO.

Elige el tiempo que te parezca mas oportuno para salir, y haz cuanto gustes y sea mas conducente á tu felicidad. ¡Y tú, Hamlet, mi deudo, mi hijo!

HAMLET.

Algo mas que deudo, y menos que amigo (9).

CLAUDIO.

¿Qué sombras de tristeza te cubren siempre?

HAMLET.

Al contrario, señor: estoy demasiado á la luz.

GERTRUDIS.

Mi buen Hamlet, no así tu semblante manifieste afliccion; véase en él que eres amigo de Dinamarca: ni siempre con abatidos párpados busques entre el polvo á tu generoso padre. Tú lo sabes, comun es á todos; el que vive debe morir, pasando de la naturaleza á la eternidad.

HAMLET.

Sí, señora, á todos es comun.

GERTRUDIS.

Pues si lo es, ¿por qué aparentas tan particular sentimiento?

HAMLET.

¿Aparentar? No, señora, yo no sé aparentar. Ni el color negro de este manto, ni el traje acostumbrado en solemnes lutos, ni los interrumpidos sollozos, ni en los ojos un abundante rio, ni la dolorida espresion del semblante, junto con las fórmulas, los ademanes, las esterioridades de sentimiento, bastarán por sí solos, mi querida madre, á manifestar el verdadero afecto que me ocupa el ánimo. Estos signos aparentan, es verdad; pero son acciones que un hombre puede fingir... Aquí, (*Tocándose el pecho.*) aquí dentro tengo lo que es mas que apariencia: lo restante no es otra cosa que atavíos y adornos del dolor.

CLAUDIO.

Bueno y laudable (10) es que tu corazon pague á un padre esa lúgubre deuda, Hamlet; pero no debes ignorarlo: tu padre perdió un padre tambien, y aquel perdió el suyo. El que sobrevive limita la filial obligacion de su obsequiosa tristeza á un cierto término; pero continuar en interminable desconsuelo es una conducta de obstinacion impía. Ni es natural en el hombre tan permanente afecto, que anuncia una voluntad rebelde á los decretos de la Providencia, un corazon débil, un alma indócil, un talento limitado y falto de luces. ¿Será bien que el corazon padezca, queriendo neciamente resistir á lo que es y debe ser inevitable? ¿á lo que es tan comun como cualquiera de las cosas que mas á menudo hieren nuestros sentidos? Este es un delito contra el cielo, contra la muerte, contra la naturaleza misma; es hacer una injuria absurda á la razon, que nos da en la muerte de nuestros padres la mas frecuente de sus lecciones, y que nos está diciendo desde el primero de los hombres hasta el último que hoy espira: «mortales, ved aquí vuestra irrevocable suerte.» Modera pues, yo te lo ruego, esa inútil tristeza; considera que tienes un padre en mí, puesto que debe ser notorio al mundo que tú eres la persona mas inmediata á mi trono, y que te amo con el afecto mas puro que puede tener á su hijo un padre. Tu resolucion de volver á los estudios de Witemberga es la mas opuesta á nuestro deseo, y antes bien te pedimos que desistas de ella, permaneciendo aquí estimado y querido á vista nuestra, como el primero de mis cortesanos, mi pariente y mi hijo.

GERTRUDIS.

Yo te ruego, Hamlet, que no vayas á Witemberga: qué-

KING.

Have you your father's leave? What says Polonius?

POLONIUS.

He hath, my lord, wrung from me my slow leave,
By laboursome petition; and, at last,
Upon his will I seal'd my hard consent:
I do beseech you, give him leave to go.

KING.

Take thy fair hour, Laertes; time be thine,
And thy best graces: spend it at thy will.—
But now, my cousin Hamlet, and my son,—

HAMLET.

A little more than kin, and less than kind. (*Aside.*)

KING.

How is it, that the clouds still hang on you?

HAMLET.

Not so, my lord, I am too much i'the sun.

QUEEN.

Good Hamlet, cast thy nighted colour off,
And let thine eye look like a friend on Denmark.
Do not, for ever, with thy vailed lids
Seek for thy noble father in the dust:
Thou know'st, 'tis common; all, that live, must die,
Passing through nature to eternity.

HAMLET.

Ay, madam, it is common.

QUEEN.

If it be,
Why seems it so particular with thee?

HAMLET.

Seems, madam! nay, it is; I know not seems.
'Tis not alone my inky cloak, good mother,
Nor customary suits of solemn black,
Nor windy suspiration of forc'd breath,
No, nor the fruitful river in the eye,
Nor the dejected 'haviour of the visage,
Together with all forms, modes, shews of grief,
That can denote me truly: These, indeed, seem,
For they are actions that a man might play:
But I have that within, which passeth show;
These, but the trappings and the suits of woe.

KING.

'Tis sweet and commendable in your nature, Hamlet,
To give these mourning duties to your father:
But, you must know, your father lost a father;
That father lost, lost his; and the survivor bound
In filial obligation, for some term
To do obsequious sorrow: But to persèver
In obstinate condolement, is a course
Of impious stubbornness; 'tis unmanly grief:
It shews a will most incorrect to heaven,
A heart unfortified, or mind impatient;
An understanding simple and unschool'd:
For what, we know, must be, and is as common
As any the most vulgar thing to sense,
Why should we, in our peevish opposition,
Take it to heart? Fye! 'tis a fault to heaven,
A fault against the dead, a fault to nature,
To reason most absurd; whose common theme
Is death of fathers, and who still hath cried,
From the first corse, till he that died to-day,
This must be so. We pray you, throw to earth
This unprevailing woe; and think of us
As of a father: for let the world take note,
You are the most immediate to our throne;
And, with no less nobility of love,
Than that which dearest father bears his son,
Do I impart toward you. For your intent
In going back to school at Wittenberg,
It is most retrograde to our desire:
And, we beseech you, bend you to remain
Here, in the cheer and comfort of our eye,
Our chiefest courtier, cousin, and our son.

QUEEN.

Let not thy mother lose her prayers, Hamlet;

date con nosotros. No sean vanas las súplicas de tu madre.

HAMLET.

Obedeceros en todo será siempre mi primer conato.

CLAUDIO.

Por esa afectuosa y plausible respuesta quiero que seas otro yo en el imperio danés. Venid, señora. La sincera y fiel condescendencia de Hamlet ha llenado de alegría mi corazon. En aplauso de este acontecimiento no celebrará hoy Dinamarca festivos brindis, sin que lo anuncie á las nubes el cañon robusto, y el cielo retumbe muchas veces á las aclamaciones del rey, repitiendo el trueno de la tierra. Venid.

ESCENA V.

HAMLET.

¡Oh, si esta demasiado sólida masa de carne pudiera ablandarse y liquidarse disuelta en lluvia de lágrimas, ó el Todopoderoso no asestara el cañon contra el homicida de sí mismo! ¡Oh Dios! ¡oh Dios mio! ¡Cuán fatigado ya de todo, juzgo molestos, insípidos y vanos los placeres del mundo! Nada, nada quiero de él: es un campo inculto y rudo, que solo abunda en frutos groseros y amargos. ¡Que esto haya llegado á suceder á los dos meses que él ha muerto!... No, ni tanto; aun no ha dos meses. Aquel escelente rey que fué, comparado con este, como con un sátiro, Hiperion; tan amante de mi madre, que ni á los aires celestes permitia llegar atrevidos á su rostro. ¡Oh cielo y tierra!... ¿para qué conservo la memoria? Ella, que se le mostraba tan amorosa como si en la posesion hubieran crecido sus deseos. Y no obstante, en un mes... ¡ah! no quisiera pensar en esto. ¡Fragilidad, tú tienes (11) nombre de mujer! En el corto espacio de un mes, y aun antes de romper los zapatos (12) con que, semejante á Niobe, bañada en lágrimas, acompañó el cuerpo de mi triste padre... sí, ella, ella misma... ¡Cielos! una fiera, incapaz de razon y discurso, hubiera mostrado afliccion mas durable. Se ha casado, en fin, con mi tio, hermano de mi padre; pero no mas parecido á él, que yo lo soy á Hércules. En un mes... enrojecidos aun los ojos con el pérfido llanto, se casó. ¡Ah delincuente precipitacion, ir á ocupar con tal diligencia un lecho incestuoso! Ni esto es bueno, ni puede producir bien. Pero hazte pedazos, corazon mio, que mi lengua debe reprimirse.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO, BERNARDO, MARCELO.

HORACIO.

Buenos dias, señor.

HAMLET.

Me alegro de verte bueno... ¿Es Horacio, ó me he olvidado de mí propio?

HORACIO.

El mismo soy, y siempre vuestro humilde criado.

HAMLET.

Mi buen amigo, yo quiero trocar contigo ese título que te das. ¿A qué has venido de Witemberga?... ¡Ah, Marcelo!

MARCELO.

Señor.

HAMLET.

Mucho me alegro de verte con salud tambien. Pero, la verdad, á qué has venido de Witemberga?

HORACIO.

Señor... deseos de holgarme.

HAMLET.

No quisiera oir de boca de tu enemigo otro tanto; ni podrás forzar mis oidos á que admitan una disculpa que te ofende. Yo sé que no eres desaplicado. Pero dime ¿qué asuntos tienes (13) en Elsingor? Aquí te enseñaremos á ser gran bebedor antes que te vuelvas.

HORACIO.

He venido á ver los funerales de vuestro padre.

I pray thee, stay with us, go not to Wittenberg.

HAMLET.

I shall, in all my best, obey you, madam.

KING.

Why, 'tis a loving and a fair reply;
Be as ourself in Denmark.—Madam, come;
This gentle and unforc'd accord of Hamlet
Sits smiling to my heart: in grace whereof,
No jocund health, that Denmark drinks to-day,
But the great cannon to the clouds shall tell,
And the king's rouse the heavens shall bruit again
Re-speaking earthly thunder. Come away.

(Exeunt King, Queen, Lords, etc., Polonius, and Laertes.)

HAMLET.

O, that this too too solid flesh would melt
Thaw, and resolve itself into a dew!
Or that the Everlasting had not fix'd
His canon 'gainst self-slaughter! O God! O God!
How weary, stale, flat, and unprofitable,
Seem to me all the uses of this world!
Fie on't! O fie! 'tis an unweeded garden,
That grows to seed; things rank, and gross in nature,
Possess it merely. That it should come to this!
But two months dead!—nay, not so much, not two:
So excellent a king; that was, to this,
Hyperion to a satyr: so loving to my mother,
That he might not beteem the winds of heaven
Visit her face too roughly. Heaven and earth!
Must I remember? why, she would hang on him
As if increase of appetite had grown
By what it fed on: And yet, within a month,—
Let me not think on't;—Frailty, thy name is woman!—
A little month; or ere those shoes were old,
With which she follow'd my poor father's body
Like Niobe, all tears;—why she, even she,—
O heaven! a beast, that wants discourse of reason,
Would have mourn'd longer,—married with my uncle,
My father's brother; but no more like my father,
Than I to Hercules: within a month;
Ere yet the salt of most unrighteous tears
Had left the flushing in her galled eyes,
She married:—O most wicked speed, to post
With such dexterity to incestuous sheets!
It is not, nor it cannot come to, good;
But break, my heart; for I must hold my tongue.

Enter Horatio, Bernardo, and Marcellus.

HORATIO.

Hail to your lordship!

HAMLET.

I am glad to see you well:
Horatio,—or I do forget myself.

HORATIO.

The same, my lord, and your poor servant ever.

HAMLET.

Sir, my good friend; I'll change that name with you.
And what make you from Wittenberg, Horatio?—
Marcellus?

MARCELLUS.

My good lord, —

HAMLET.

I am very glad to see you; good even, sir. —
But what, in faith, make you from Wittenberg?

HORATIO.

A truant disposition, good my lord.

HAMLET.

I would not hear your enemy say so;
Nor shall you do mine ear that violence,
To make it truster of your own report
Against yourself: I know, you are no truant.
But what is your affair in Elsinore?
We'll teach you to drink deep, ere you depart.

HORATIO.

My lord, I came to see your father's funeral.

HAMLET.

I pray thee, do not mock me, fellow-student;
I think, it was to see my mother's wedding.

HORATIO.

Indeed, my lord, it follow'd hard upon.

HAMLET.

No se burle de mí, por Dios, señor condiscípulo. Yo creo que habrás venido á las bodas de mi madre.

HORACIO.

Es verdad: ¡como se han celebrado inmediatamente!

HAMLET.

Economía, Horacio, economía. Aun no se habian enfriado los manjares cocidos para el convite del duelo, cuando se sirvieron en las mesas de la boda... ¡Oh! yo quisiera haberme hallado en el cielo con mi mayor enemigo, antes que haber visto aquel dia. ¡Mi padre!... me parece que veo á mi padre.

HORACIO.

¿En donde, señor?

HAMLET.

Con los ojos del alma, Horacio.

HORACIO.

Alguna vez le vi. Era un buen rey.

HAMLET.

Era un hombre tan cabal en todo, que no espero hallar otro semejante.

HORACIO.

Señor, yo creo que le vi anoche (14).

HAMLET.

¿Le viste? ¿A quién?

HORACIO.

Al rey vuestro padre.

HAMLET.

¿Al rey mi padre?

HORACIO.

Prestadme oido atento, suspendiendo un rato vuestra admiracion, mientras os refiero este caso maravilloso, apoyado con el testimonio de estos caballeros.

HAMLET.

Sí, por Dios, dímelo.

HORACIO.

Estos dos señores, Marcelo y Bernardo, le habian visto dos veces hallándose de guardia, como á la mitad de la profunda noche. Una figura semejante á vuestro padre, armada segun él solia de piés á cabeza, se les puso delante, caminando grave, tardo y majestuoso por donde ellos estaban. Tres veces pasó de esta manera ante sus ojos, que oprimia el vapor, acercándose hasta donde ellos podian alcanzar con sus lanzas; pero débiles y casi helados con el miedo, permanecieron mudos sin osar hablarle. Diéronme parte de este secreto horrible; volme á la guardia con ellos la tercera noche, y allí encontré ser cierto cuanto me habian dicho, así en la hora como en la forma y circunstancias de aquella aparicion. La sombra volvió en efecto. Yo conocí á vuestro padre, y es tan parecido á él, como lo son entre sí estas dos manos mias.

HAMLET.

¿Y en dónde (15) fué eso?

MARCELO.

En la muralla de palacio, donde estábamos de centinela.

HAMLET.

¿Y no le hablasteis?

HORACIO.

Sí, señor, yo le hablé; pero no me dió respuesta alguna. No obstante, una vez me parece que alzó la cabeza haciendo con ella un movimiento, como si fuese á hablarme; pero al mismo tiempo se oyó la aguda voz del gallo matutino, y al sonido huyó con presta fuga desapareciendo de nuestra vista.

HAMLET.

¡Es cosa bien admirable!

HORACIO.

Y tan cierta como mi propia existencia. Nosotros hemos creido que era obligacion nuestra avisaros de ello, mi venerado príncipe.

HAMLET.

Sí, amigos, sí... pero esto me llena de turbacion. ¿Estais de centinela esta noche?

HAMLET.

Thrift, thrift, Horatio! the funeral bak'd meats
Did coldly furnish forth the marriage tables.
'Would I had met my dearest foe in heaven,
Or ever I had seen that day, Horatio! —
My father, — Methinks, I see my father.

HORATIO.

Where,
My lord?

HAMLET.

In my mind's eye Horatio.

HORATIO.

I saw him once, he was a goodly king.

HAMLET.

He was a man, take him for all in all,
I shall not look upon his like again.

HORATIO.

My lord, I think I saw him yesternight.

HAMLET.

Saw! who?

HORATIO.

My lord, the king your father.

HAMLET.

The king my father!

HORATIO.

Season your admiration for a while
With an attent ear; till I may deliver,
Upon the witness of these gentlemen,
This marvel to you.

HAMLET.

For God's love, let me hear.

HORATIO.

Two nights together had these gentlemen,
Marcellus and Bernardo, on their watch,
In the dead waist and middle of the night,
Been thus encounter'd. A figure like your father,
Armed at point, exactly, cap-à-pié,
Appears before them, and, with solemn march,
Goes slow, and stately by them: thrice he walk'd,
By their oppress'd and fear-surprised eyes,
Within his truncheon's length; whilst they, distill'd
Almost to jelly with the act of fear,
Stand dumb, and speak not to him. This to me
In dreadful secrecy impart they did;
And I with them, the third night kept the watch:
Where, as they had deliver'd, both in time,
Form of the thing, each word made true and good,
The apparition comes: I knew your father;
These hands are not more like.

HAMLET.

But where was this?

MARCELLUS.

My lord, upon the platform, where we watch'd.

HAMLET.

Did you not speak to it?

HORATIO.

My lord, I did;
But answer made it none: yet once, methought,
It lifted up its head, and did address
Itself to motion, like as it would speak:
But, even then, the morning cock crew loud;
And at the sound it shrunk in haste away,
And vanish'd from our sight.

HAMLET.

'Tis very strange.

HORATIO.

As I do live, my honour'd lord, 'tis true;
And we did think it writ down in our duty,
To let you know of it.

HAMLET.

Indeed, indeed, sirs, but this troubles me.
Hold you the watch to-night?

TODOS.

Sí, señor.

HAMLET.

¿Decís que iba armado?

TODOS.

Sí, señor, armado.

HAMLET.

¿De la frente al pié?

TODOS.

Sí, señor, de piés á cabeza.

HAMLET.

Luego no le visteis el rostro.

HORACIO.

Le vimos, porque traia la visera alzada.

HAMLET.

Y qué, ¿parecia que estaba irritado?

HORACIO.

Mas anunciaba su semblante el dolor, que la ira.

HAMLET.

¿Pálido, ó encendido?

HORACIO.

No, muy pálido.

HAMLET.

¿Y fijaba la vista en vosotros?

HORACIO.

Constantemente.

HAMLET.

Yo hubiera querido hallarme allí.

HORACIO.

Mucho pavor os hubiera causado.

HAMLET.

Sí, es verdad, sí... ¿Y permaneció mucho tiempo?

HORACIO.

El que puede emplearse en contar desde uno hasta ciento con moderada diligencia.

MARCELO.

Mas, mas estuvo.

HORACIO.

Cuando yo le ví, no.

HAMLET.

La barba blanca, ¿eh?

HORACIO.

Sí, señor, como yo se la habia visto, cuando vivia, de un color ceniciento.

HAMLET.

Quiero ir esta noche con vosotros al puesto, por si acaso vuelve.

HORACIO.

¡Oh! si volverá, yo os lo aseguro.

HAMLET.

Si él se me presenta en la figura de mi noble padre, yo le hablaré, aunque el infierno mismo abriendo sus entrañas me impusiera silencio. Yo os pido á todos, que así como hasta ahora habeis callado á los demás lo que visteis, de hoy en adelante lo oculteis con el mayor sigilo; y sea cual fuere el suceso de esta noche, fiadlo al pensamiento, pero no á la lengua; yo sabré remunerar vuestro celo. Dios os guarde, amigos. Entre once y doce iré á buscaros á la muralla.

TODOS.

Nuestra obligacion es serviros.

HAMLET.

Sí, conservadme vuestro amor, y estad seguros del mio. Adios. (*Vanse los tres.*) El espíritu de mi padre... con armas... no es esto bueno. Recelo alguna maldad. ¡Oh, si la noche hubiese ya llegado! Esperémosla tranquilamente, alma mia. Las malas acciones, aunque toda la tierra las oculte, se descubren al fin á la vista humana.

ESCENA VII.

Sala de la casa de Polonio.

LAERTES, OFELIA.

LAERTES.

Ya tengo todo mi equipaje á bordo. Adios, hermana,

ALL.

We do, my lord.

HAMLET.

Arm'd, say you?

ALL.

Arm'd, my lord.

HAMLET.

From top to toe?

ALL.

My lord, from head to foot.

HAMLET.

Then saw you not
His face?

HORATIO.

O yes, my lord; he wore his beaver up.

HAMLET.

What, look'd he frowningly?

HORATIO.

A countenance more
In sorrow than in anger.

HAMLET.

Pale, or red?

HORATIO.

Nay, very pale.

HAMLET.

And fix'd his eyes upon you?

HORATIO.

Most constantly.

HAMLET.

I would, I had been there.

HORATIO.

It would have much amaz'd you.

HAMLET.

Very like,
Very like: Stay'd it long?

HORATIO.

While one with moderate haste might tell a hundre

MARCELLUS AND BERNARDO.

Longer, longer.

HORATIO.

Not when I saw it.

HAMLET.

His beard was grizzl'd? no?

HORATIO.

It was, as I have seen it in his life,
A sable silver'd.

HAMLET.

I will watch to-night;
Perchance, 'twill walk again.

HORATIO.

I warrant, it will.

HAMLET.

If it assume my noble father's person,
I'll speak to it, though hell itself should gape,
And bid me hold my peace. I pray you all,
If you have hitherto conceal'd this sight,
Let it be tenable in your silence still;
And whatsoever else shall hap to-night,
Give it an understanding, but no tongue;
I will requite your loves: So, fare you well:
Upon the platform, 'twixt eleven and twelve,
I'll visit you.

ALL.

Our duty to your honour.

HAMLET.

Your loves, as mine to you: Farewell.
(Exeunt Horatio, Marcellus, and Bernardo.)
My father's spirit in arms! all is not well;
I doubt some foul play: would, the night were com
Till then sit still, my soul: Foul deeds will rise,
Though all the earth o'erwhelm them, to men's eyes. (

SCENE III.

A Room in Polonius's House.

Enter LAERTES *and* OPHELIA.

LAERTES.

My necessaries are embark'd; farewell:

y cuando los vientos sean favorables y seguro el paso del mar, no te descuides en darme nuevas de ti.

OFELIA.

¿Puedes dudarlo?

LAERTES.

Por lo que hace al frívolo obsequio de Hamlet, debes considerarle como una mera cortesanía, un hervor de la sangre, una violeta que en la primavera juvenil de la naturaleza se adelanta á vivir, y no permanece; hermosa, no durable; perfume de un momento, y nada mas.

OFELIA.

¿Nada mas (16)?

LAERTES.

Pienso que no; porque no solo (17) en nuestra juventud se aumentan las fuerzas y tamaño del cuerpo, sino que las facultades interiores del talento y del alma crecen tambien con el templo en que ella reside. Puede ser que él te ame ahora con sinceridad, sin que manche borron alguno la pureza de su intencion; pero debes temer al considerar su grandeza, que no tiene voluntad propia, y que vive sujeto á obrar segun á su nacimiento corresponde. Él no puede, como (18) una persona vulgar, elegir por sí mismo, puesto que de su eleccion depende la salud y prosperidad de todo un reino; y ve aquí por qué esta eleccion debe arreglarse á la condescendencia unánime de aquel cuerpo de quien es cabeza. Así pues, cuando él diga que te ama, será prudencia en ti no darle crédito, reflexionando que en el alto lugar que ocupa, nada puede cumplir de lo que promete, sino aquello que obtenga el consentimiento de la parte mas principal de Dinamarca. Considera cuál pérdida padeceria tu honor, si con demasiada credulidad dieras oidos á su voz lisonjera, perdiendo la libertad del corazon, ó facilitando á sus instancias impetuosas el tesoro de tu honestidad. Teme, Ofelia; teme, querida hermana; no sigas inconsiderada tu inclinacion; huye el peligro, colocándote fuera del tiro de los amorosos deseos. La doncella mas honesta es libre en esceso, si descubre su belleza al rayo de la luna. La virtud misma no puede librarse de los golpes de la calumnia. Muchas veces el insecto roe las flores hijas del verano, aun antes que su boton se rompa; y al tiempo que la aurora matutina de la juventud esparce su blando rocío, los vientos mortíferos son mas frecuentes. Conviene pues no omitir precaucion alguna, pues la mayor seguridad estriba en el temor prudente. La juventud (19), aun cuando nadie la combata, halla en sí misma su propio enemigo.

OFELIA.

Yo conservaré para defensa de mi corazon tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, mira no hagas tú lo que algunos rígidos pastores (20) hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.

LAERTES.

¡Oh! no lo receles. Yo me detengo demasiado; pero allí viene mi padre: pues la ocasion es favorable, me despediré de él otra vez. Su bendicion repetida será un nuevo consuelo para mí.

ESCENA VIII.

POLONIO, LAERTES, OFELIA.

POLONIO.

¿Aun estás aquí? ¡Qué mala vergüenza! A bordo, á bordo; el viento impele ya por la popa tus velas, y á ti solo aguardan. Recibe mi bendicion, y procura imprimir en la memoria estos pocos preceptos. No publiques (21) con facilidad lo que pienses, ni ejecutes cosa no bien premeditada primero. Debes ser afable, pero no vulgar en el trato. Une á tu alma con vínculos de acero aquellos amigos que adoptaste después de examinada su conducta; pero no acaricies con mano pródiga á los que acaban de salir

And, sister, as the winds give benefit,
And convoy is assistant, do not sleep,
But let me hear from you.

OPHELIA.

Do you doubt that?

LAERTES.

For Hamlet, and the trifling of his favour,
Hold it a fashion, and a toy in blood;
A violet in the youth of primy nature,
Forward, not permanent; sweet, not lasting;
The perfume and suppliance of a minute;
No more.

OPHELIA.

No more but so?

LAERTES.

Think it no more:
For nature, crescent, does not grow alone
In thews, and bulk; but, as this temple waxes,
The inward service of the mind and soul
Grows wide withal. Perhaps, he loves you now;
And now no soil, nor cautel, doth besmirch
The virtue of his will: but, you must fear,
His greatness weigh'd, his will is not his own;
For he himself is subject to his birth:
He may not, as unvalued persons do,
Carve for himself; for on his choice depends
The safety and the health of the whole state;
And therefore must his choice be circumscrib'd
Unto the voice and yielding of that body,
Whereof he is head: Then, if he says he loves you,
It fits your wisdom so far to believe it,
As he in his particular act and place
May give his saying deed; which is no further,
Than the main voice of Denmark goes withal.
Then weigh what loss your honour may sustain,
If with too credent ear you list his songs;
Or lose your heart; or your chaste treasure open
To his unmaster'd importunity.
Fear it, Ophelia, fear it, my dear sister;
And keep you in the rear of your affection,
Out of the shot and danger of desire.
The chariest maid is prodigal enough,
If she unmask her beauty to the moon:
Virtue itself scapes not calumnious strokes:
The canker galls the infants of the spring,
Too oft before their buttons be disclos'd.
And in the morn and liquid dew of youth,
Contagious blastments are most imminent.
Be wary then: best safety lies in fear;
Youth to itself rebels, though none else near.

OPHELIA.

I shall the effect of this good lesson keep,
As watchman to my heart: But, good my brother,
Do not, as some ungracious pastors do,
Show me the steep and torny way to heaven;
Whilst, like a puff'd and reckless libertine,
Himself the primrose path of dalliance treads,
And recks not his own read.

LAERTES.

O fear me not.
I stay too long; — But here my father comes.

Enter POLONIUS.

A double blessing is a double grace;
Occasion smiles upon a second leave.

POLONIUS.

Yet here, Laertes! aboard, aboard, for shame;
The wind sits in the shoulder of your sail,
And you are staid for: there, — my blessing with yo
(Laying his hand on Laertes' he
And these few precepts in thy memory
Look thou character. Give thy thoughts no tongue,

del cascaron y aun están sin plumas. Huye siempre de mezclarte en disputas; pero una vez metido en ellas, obra de manera que tu contrario huya de ti. Presta el oido á todos, y á pocos la voz. Oye las censuras de los demás; pero reserva tu propia opinion. Sea tu vestido tan costoso cuanto tus facultades lo permitan, pero no afectado en su hechura; rico, no estravagante; porque el traje dice por lo comun quién es el sujeto, y los caballeros y principales señores franceses tienen el gusto muy delicado en esta materia. Procura no dar ni pedir prestado á nadie; porque el que presta suele perder á un tiempo el dinero y el amigo, y el que se acostumbra á pedir prestado falta al espíritu de economía y buen órden que nos es tan útil. Pero sobre todo, usa de ingenuidad contigo mismo, y no podrás ser falso con los demás: consecuencia tan necesaria como que la noche suceda al dia. Adios, y él permita que mi bendicion haga fructificar en ti estos consejos.

LAERTES.

Humildemente os pido vuestra licencia.

(*Se arrodilla y besa la mano á Polonio.*)

POLONIO.

Sí, el tiempo te está convidando, y tus criados esperan; vete.

LAERTES.

Adios, Ofelia, (*Abrázandose Ofelia y Laertes.*) y acuérdate bien de lo que te he dicho.

OFELIA.

En mi memoria queda guardado, y tú mismo tendrás la llave.

LAERTES.

Adios.

ESCENA IX.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

¿Y qué es lo que te ha dicho, Ofelia?

OFELIA.

Si gustais de saberlo, cosas eran relativas al príncipe Hamlet.

POLONIO.

Bien pensado, en verdad. Me han dicho que de poco tiempo á esta parte te ha visitado varias veces privadamente, y que tú le has admitido con mucha complacencia y libertad. Si esto es así (como me lo han asegurado, á fin de que prevenga el riesgo), debo advertirte que no te has portado con aquella delicadeza que corresponde á una hija mia y á tu propio honor. ¿Qué es lo que ha pasado entre los dos? Dime la verdad.

OFELIA.

Ultimamente me ha declarado con mucha ternura su amor.

POLONIO.

¡Amor! ¡ah! Tú hablas como una muchacha loquilla y sin esperiencia en circunstancias tan peligrosas. ¡Ternura la llamas! ¿Y tú das crédito á esa ternura?

OFELIA.

Yo, señor, ignoro lo que debo creer.

POLONIO.

En efecto es así, y yo quiero enseñártelo. Piensa bien, que eres una niña, que has recibido por verdadera paga esas ternuras que no son moneda corriente. Estímate en mas á ti propia; pues si te aprecias en menos de lo que vales (por seguir la (22) comenzada alusion), harás que pierda el entendimiento.

OFELIA.

El me ha requerido de amores, es verdad; pero siempre con una apariencia honesta, que...

POLONIO.

Sí por cierto, apariencia puedes llamarla. ¿Y bien? Prosigue.

OFELIA.

Y autorizó cuanto me decia con los mas sagrados juramentos.

Nor any unproportion'd thought his act.
Be thou familiar, but by no means vulgar.
The friends thou hast, and their adoption tried,
Grapple them to thy soul with hooks of steel;
But do not dull thy palm with entertainment
Of each new-hatch'd, unfledg'd comrade. Beware
Of entrance to a quarrel; but, being in,
Bear it, that the opposer may beware of thee.
Give every man thine ear, but few thy voice:
Take each man's censure, but reserve thy judgment.
Costly thy habit as thy purse can buy,
But not express'd in fancy; rich, not gaudy:
For the apparel oft proclaims the man;
And they in France, of the best rank and station,
Are most select and generous, chief in that.
Neither a borrower, nor a lender be;
For loan oft loses both itself and friend;
And borrowing dulls the edge of husbandry.
This above all, — To thine ownself be true;
And it must follow, as the night the day,
Thou canst not then be false to any man.
Farewell; my blessing season this in thee!

LAERTES.

Most humbly do I take my leave, my lord.

POLONIUS.

The time invites you; go, your servants tend.

LAERTES.

Farewell, Ophelia; and remember well
What I have said to you.

OPHELIA.

'Tis in my memory lock'd,
And you yourself shall keep the key of it.

LAERTES.

Farewell. (*Exit. Laerte*

POLONIUS.

What is't, Ophelia, he hath said to you?

OPHELIA.

So please you, something touching the lord Hamlet.

POLONIUS.

Marry, well bethought:
'Tis told to me, he hath very oft of late
Given private time to you; and you yourself
Have of your audience been most free and bounteous:
If it be so, (as so 'tis put on me,
And that in way of caution,) I must tell you,
You do not understand yourself so clearly,
As it behoves my daughter, and your honour:
What is between you? give me up the truth.

OPHELIA.

He hath, my lord, of late, made many tenders
Of his affection to me.

POLONIUS.

Affection? puh! you speak like a green girl,
Unsifted in such perilous circumstance.
Do you believe his tenders, as you call them?

OPHELIA.

I do not know, my lord, what I should think.

POLONIUS.

Marry, I'll teach you: think yourself a baby:
That you have ta'en these tenders for true pay,
Which are not sterling. Tender yourself more dearly.
Or, (not to crack the wind of the poor phrase,
Wronging it thus,) you'll tender me a fool.

OPHELIA.

My lord, he hath impórtun'd me with love.
In honourable fashion.

POLONIUS.

Ay, fashion you may call it, go to, go to.

OPHELIA.

And hath given countenance to his speech, my lord.
With almost all the holy vows of heaven.

POLONIO.

Sí, esas son redes para coger codornices. Yo sé muy bien, cuando la sangre hierve, con cuánta prodigalidad presta el alma juramentos á la lengua; pero son (25) relámpagos, hija mia, que dan mas luz que calor : estos y aquellos se apagan pronto, y no debes tomarlos por fuego verdadero, ni aun en el instante mismo en que parece que sus promesas van á efectuarse. De hoy en adelante cuida de ser mas avara de tu presencia virginal ; pon tu conversacion á precio mas alto, y no á la primera insinuacion admitas coloquios. Por lo que toca al príncipe, debes creer de él solamente que es un jóven, y que si una vez afloja las riendas, pasará mas allá de lo que tú le puedes permitir. En suma, Ofelia, no creas sus palabras, que son fementidas, ni es verdadero el color que aparentan; son intercesoras de profanos deseos; y si parecen sagrados y piadosos votos, es solo para engañar mejor. Por último, te digo claramente, que de hoy mas no quiero que pierdas los momentos ociosos en hablar ni mantener conversacion al príncipe. Cuidado con hacerlo así ; yo te lo mando. Vete á tu aposento.

OFELIA.

Así lo haré, señor.

ESCENA X.

Esplanada delante del palacio. Noche oscura.

HAMLET, HORACIO, MARCELO.

HAMLET.

El aire es frio y sutil en demasía.

HORACIO.

En efecto, es agudo y penetrante.

HAMLET.

¿Qué hora es ya?

HORACIO.

Me parece que aun no son las doce.

MARCELO.

No, ya han dado.

HORACIO.

No las he oido. Pues en tal caso ya está cerca el tiempo en que el muerto suele pasearse. Pero ¿qué significa este ruido, señor?

(Suena á lo lejos música de clarines y timbales.)

HAMLET.

Esta noche se huelga el rey, pasándola desvelado en un banquete con gran vocería y traspieses de embriaguez; y á cada copa del Rin que bebe, los timbales y trompetas anuncian con estrépito sus victoriosos brindis.

HORACIO.

¿Se acostumbra eso aquí?

HAMLET.

Sí se acostumbra; pero aunque he nacido en este pais y estoy hecho á sus estilos, me parece que seria mas decoroso quebrantar esta costumbre que seguirla. Un esceso tal, que embrutece el entendimiento, nos infama á los ojos de las otras naciones desde oriente á occidente. Nos llaman ebrios; manchan nuestro nombre con este dictado afrentoso, y en verdad que él solo, por mas que poseamos en alto grado otras buenas cualidades, basta á empañar el lustre de nuestra reputacion. Así acontece frecuentemente á los hombres. Cualquiera defecto natural en ellos, sea de su nacimiento, del cual no son culpables (puesto que nadie puede escoger su origen), sea cualquiera desórden ocurrido en su temperamento, que muchas veces rompe los límites y reparos de la razon, ó sea cualquier hábito que se aparte demasiado de las costumbres recibidas, llevando estos hombres consigo el signo de un solo defecto que imprimió en ellos la naturaleza ó el acaso, aunque sus virtudes fuesen tantas cuantas es concedido á un mortal, y tan puras como la bondad celeste, serán no obstante amancilladas en el concepto público por aquel único vicio que las acompaña : un solo

POLONIUS.

Ay, springes to catch woodcocks. I do know,
When the blood burns, how prodigal the soul
Lends the tongue vows : these blazes, daughter,
Giving more light than heat, — extinct in both,
Even in their promise, as it is a making, —
You must not take for fire. From this time,
Be somewhat scanter of your maiden presence;
Set your entreatments at a higher rate,
Than a command to parley. For lord Hamlet,
Believe so much in him, that he is young;
And with a larger tether may he walk,
Than may be given you : In few, Ophelia,
Do not believe his vows : for they are brokers,
Not of that die which their investments show,
But mere implorators of unholy suits,
Breathing like sanctified and pious bonds,
The better to beguile. This is for all, —
I would not, in plain terms, from this time forth,
Have you so slander any moment's leisure,
As to give words or talk with the lord Hamlet,
Look to't, I charge you; come your ways.

OPHELIA.

I shall obey, my lord. *(Exeunt.*

SCENE IV.

The Platform.

Enter HAMLET, HORATIO, *and* MARCELLUS.

HAMLET.

The air bites shrewdly; it is very cold.

HORATIO.

It is a nipping and an eager air.

HAMLET.

What hour now?

HORATIO.

I think, it lacks of twelve.

MARCELLUS.

No, it is struck.

HORATIO.

Indeed? I heard it not; it then draws near the season,
Wherein the spirit held is wont to walk.
(A flourish of trumpets, and ordnance shot off, within.)
What does this mean, my lord?

HAMLET.

The king doth wake to-night, and takes his rouse,
Keeps wassel, and the swaggering up-spring reels;
And, as he drains his draughts of Rhenish down,
The kettle-drum and trumpet thus bray out
The triumph of his pledge.

HORATIO.

Is it a custom?

HAMLET.

Ay marry, is't :
But to my mind, — though I am native here,
More to the manner born, — it is a custom
More honour'd in the breach than the observance.
This heavy-headed revel, east and west,
Makes us traduc'd, and tax'd of other nations :
They clepe us, drunkards, and with swinish phrase
Soil our addition; and, indeed, it takes
From our achievements, though perform'd at height,
The pith and marrow of our attribute.
So, oft it chances in particular men,
That, for some vicious mole of nature in them,
As, in their birth (wherein they are not guilty,
Since nature cannot choose his origin),
By the o'ergrowth of some complexion,
Oft breaking dow the pales and forts of reason;
Or by some habit, that too much o'er-leavens
The form of plausive maners; — that these men, —
Carrying, I say, the stamp of one defect;
Being nature's livery, or fortune's star, —
Their virtues else (be they as pure as grace,
As infinite as man may undergo),
Shall in the general censure take corruption
From that particular fault. The dram of base

adarme de mezcla quita el valor al mas precioso metal, y le envilece.

HORACIO.

¿Veis, señor? ya viene.

(Aparécese la sombra del rey Hamlet acia el fondo del teatro. Hamlet al verla se retira lleno de horror, y después se encamina acia ella.)

HAMLET.

¡Angeles (24) y ministros de piedad, defendednos! Ya seas alma dichosa ó condenada vision, traigas contigo aura celestial ó ardores del infierno, sea malvada ó benéfica intencion la tuya, en tal forma te me presentas, que es necesario que yo te hable. Sí, te he de hablar... Hamlet, mi rey, mi padre, soberano de Dinamarca... ¡Oh! respóndeme, no me atormentes con la duda. Dime, ¿por qué tus venerables huesos, ya sepultados, han roto su vestidura fúnebre? ¿Por qué el sepulcro, donde te dimos urna pacífica, te ha echado de sí, abriendo sus senos que cerraban pesados mármoles? ¿Cuál puede ser la causa de que tu difunto cuerpo, del todo armado, vuelva otra vez á ver los rayos pálidos de la luna, añadiendo á la noche horror? ¿y que nosotros, ignorantes y débiles por naturaleza, padezcamos agitacion espantosa con ideas que esceden á los alcances de nuestra razon? Dí, ¿por qué es esto? ¿por qué? ó ¿qué debemos hacer nosotros?

HORACIO.

Os hace señas de que le sigais, como si deseara comunicaros algo á solas.

MARCELO.

Ved con qué espresivo ademán os indica que le acompañeis á lugar mas remoto; pero no hay que ir con él.

HORACIO.

No, por ningun motivo.

HAMLET.

Si no quiere hablar, habré de seguirle.

HORACIO.

No hagais tal, señor.

HAMLET.

¿Y por qué no? ¿Qué temores debo tener? Yo no estimo la vida en nada, y á mi alma ¿qué puede él hacerla, siendo como él mismo cosa inmortal?... Otra vez me llama... Voile á seguir.

HORACIO.

Pero, señor, si os arrebata al mar (25) ó á la espantosa cima de ese monte, levantado sobre los peñascos que baten las ondas, y allí tomase alguna otra forma horrible, capaz de impediros el uso de razon, y enajenarla con frenesí... ¡Ay! ved lo que haceis. El lugar solo inspira ideas melancólicas á cualquiera que mire la enorme distancia desde aquella cumbre al mar, y sienta en la profundidad su bramido ronco.

HAMLET.

Todavía me llama... Camina. Ya te sigo.

(La sombra hará los movimientos que indica el diálogo. Horacio y Marcelo quieren detener á Hamlet, y él los aparta con violencia, y la sigue.)

MARCELO.

No, señor, no ireis.

HAMLET.

Dejadme.

HORACIO.

Creedme, no le sigais.

HAMLET.

Mis hados me conducen y prestan á la menor fibra de mi cuerpo la nerviosa robustez del leon de Nemea. Aun me llama... Señores, apartad esas manos... por Dios... ó quedará muerto á las mias el que me detenga... Otra vez te digo que andes, que voy á seguirte.

ESCENA XI.

HORACIO, MARCELO.

HORACIO.

Su exaltada imaginacion le arrebata.

Doth all the noble substance often dout,
To his own scandal.

Enter Ghost.

HORATIO.

Look, my lord, it comes!

HAMLET.

Angels and ministers of grace defend us!—
Be thou a spirit of health, or goblin damn'd,
Bring with the airs from heaven, or blasts from hell,
Be thy intents wicked, or charitable,
Thou com'st in such a questionable shape,
That I will speak to thee; I'll call thee, Hamlet,
King, father, royal Dane: O, answer me!
Let me not burst in ignorance! but tell,
Why thy canoniz'd bones, hearsed in death,
Have burst their cerements! why the sepulchre,
Wherein we saw thee quietly in-urn'd,
Hath op'd his ponderous and marble jaws,
To cast thee up again! What may this mean,
That thou, dead corse, again in complete steel,
Revisit'st thus the glimpses of the moon,
Making night hideous; and we fools of nature,
So horribly to shake our disposition,
With thoughts beyond the reaches of our souls?
Say, why is this? wherefore? what should we do?

HORATIO.

It beckons you to go away with it,
As if it some impartment did desire
To you alone.

MARCELLUS.

Look, with what courteous action
It waves you to a more removed ground:
But do not go with it.

HORATIO.

No, by no means.

HAMLET.

It will not speak; then I will follow it.

HORATIO.

Do not, my lord.

HAMLET.

Why, what should be the fear?
I do not set my life at a pin's fee;
And, for my soul, what can it do to that,
Being a thing immortal as itself?
It waves me forth again;—I'll follow it.

HORATIO.

What, if it tempt you toward the flood, my lord,
Or to the dreadful summit of the cliff,
That beetles o'er his base into the sea?
And there assume some other horrible form,
Which might deprive your sovereignty of reason,
And draw you into madness? think of it:
The very place puts toys of desperation,
Without more motive, into every brain,
That looks so many fathoms to the sea,
And hears it roar beneath.

HAMLET.

It waves me still:—
Go on, I'll follow thee.

MARCELLUS.

You shall not go, my lord.

HAMLET.

Hold off your hands.

HORATIO.

Be rul'd, you shall not go.

HAMLET.

My fate cries out,
And makes each petty artery in this body
As hardy as the Némean lion's nerve.—
(Ghost becko
Still am I call'd;—unhand me, gentlemen;—
(Breaking from t
By heaven, I'll make a ghost of him that lets me:—
I say, away:—Go on, I'll follow thee.
(Exeunt Ghost and H

HORACIO.

He waxes desperate with imagination.

MARCELO.

Sigámosle, que en esto no debemos obedecerle.

HORACIO.

Sí, vamos detrás de él..... ¿Cuál será el fin de este suceso?

MARCELO.

Algun grave mal se oculta en Dinamarca.

HORACIO.

Los cielos dirigirán el éxito.

MARCELO.

Vamos, sigámosle.

ESCENA XII.

Parte remota cercana al mar, vista á lo lejos del palacio de Elsingor.

HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

¿Adónde me quieres llevar? Habla, yo no paso de aquí.

LA SOMBRA.

Mírame.

HAMLET.

Ya te miro.

LA SOMBRA.

Cuasi es ya llegada la hora en que debo restituirme á las sulfúreas y atormentadoras llamas.

HAMLET.

¡Oh, alma infeliz!

LA SOMBRA.

No me compadezcas: presta solo atentos oidos á lo que voy á revelarte.

HAMLET.

Habla, yo te prometo atencion.

LA SOMBRA.

Luego que me oigas, prometerás venganza.

HAMLET.

¿Por qué?

LA SOMBRA.

Yo soy el alma de tu padre, destinada por cierto tiempo á vagar de noche, y aprisionada en fuego durante el dia, hasta que sus llamas purifiquen las culpas que cometí en el mundo. ¡Oh! si no me fuera vedado manifestar los secretos de la prision que habito, pudiera decirte cosas que la menor de ellas bastaria á despedazar tu corazon; helar tu sangre juvenil; tus ojos, inflamados como estrellas, saltar de sus órbitas; tus anudados cabellos separarse, erizándose como las púas del colérico espin. Pero estos eternos misterios no son para los oidos humanos. Atiende, atiende, ¡ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte; venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

¿Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuán dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaria de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardin dormido me mordió una serpiente. Todos los oidos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invencion; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre hoy ciñe su corona.

HAMLET.

¡Oh! Présago me lo decia el corazon. ¡Mi tio!............

MARCELLUS.

Let's follow; 'tis not fit thus to obey him.

HORATIO.

Have after:—To what issue will this come?

MARCELLUS.

Something is rotten in the state of Denmark.

HORATIO.

Heaven will direct it.

MARCELLUS.

Nay, let's follow him. *(Exeunt.*

SCENE V.

A more remote Part of the Platform.
Re-enter Ghost and HAMLET.

HAMLET.

Whither wilt thou lead me? speak, I'll go no further.

GHOST.

Mark me.

HAMLET.

I will.

GHOST.

My hour is almost come,
Wen I to sulphurous and tormenting flames
Must render up myself.

HAMLET.

Alas, poor ghost!

GHOST.

Pity me not, but lend thy serious hearing
To what I shall unfold.

HAMLET.

Speak, I am bound to hear.

GHOST.

So art thou to revenge, when thou shalt hear.

HAMLET.

What?

GHOST.

I am thy father's spirit;
Doom'd for a certain term to walk the night,
And, for the day, confin'd to fast in fires,
Till the foul crimes, done in my days of nature,
Are burnt and purg'd away. But that I am forbid
To tell the secrets of my prison-house,
I could a tale unfold, whose lightest word
Would harrow up thy soul; freeze thy young blood;
Make thy two eyes, like stars, start from their spheres;
Thy knotted and combined locks to part,
And each particular hair to stand on end,
Like quills upon the fretful porcupine:
But this eternal blazon must not be
To ears of flesh and blood:—List, list, O list!—
If thou didst ever thy dear father love,—

HAMLET.

O heaven!

GHOST.

Revenge his foul and most unnatural murder.

HAMLET.

Murder?

GHOST.

Murder most foul, as in the best it is;
But this most foul, strange, and unnatural.

HAMLET.

Haste me to know it; that I, with wings as swift
As meditation, or the thoughts of love,
May sweep to my revenge.

GHOST.

I find thee apt;
And duller should'st thou be than the fat weed
That rots itself in ease on Lethe's wharf,
Would'st thou not stir in this. Now, Hamlet, hear.
'Tis given out, that, sleeping in mine orchard,
A serpent stung me; so the whole ear of Denmark
Is by a forged process of my death
Rankly abus'd: but know, thou noble youth,
The serpent, that did sting thy father's life,
Now wears his crown.

HAMLET.

O, my prophetic soul! my uncle!

LA SOMBRA.

Sí; aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡Oh, talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la reina mi esposa, que yo creia tan llena de virtud. ¡Oh, Hamlet, cuán grande fué su caida! Yo, cuyo amor para con ella fué tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fuí aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mias. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolucion procure escitarla bajo divina forma, así la incontinencia, aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormia yo una tarde en mi jardin, segun lo acostumbraba siempre. Tu tio me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oido su ponzoñosa destilacion, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cútis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fué, que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh, maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la naturaleza, no sufras, no, que el tálamo real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominable incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la accion, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al cielo; deja que aquellas agudas puntas, que tiene fijas en su pecho, la hieran y atormenten. Adios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del dia. Adios, adios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, *y después* HORACIO Y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿Y quién mas? ¿invocaré al infierno tambien?... ¡Eh! no... Detente, corazon mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debiliteis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de ti! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observacion estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volúmen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh, mujer la mas delincuente! ¡Oh, malvado, malvado! ¡halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... *(Saca un libro de memorias, y escribe en él.)* Sí..... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y este es mi tio... Sí, tú eres... ¡Ah! pero la espresion que debo conservar es esta: «Adios, adios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, *gritando desde adentro.*

¡Señor! ¡señor!

MARCELO, *gritando desde adentro.*

¡Hamlet!

GHOST.

Ay, that incestuous, that adulterate beast,
With witchcraft of his wit, with traitorous gifts,
O wicked wit, and gifts, that have the power
So to seduce!) won to his shameful lust
The will of my most seeming-virtuous queen:
O, Hamlet, what a falling-off was there!
From me, whose love was of that dignity,
That it went hand in hand even with the vow
I made to her in marriage; and to decline
Upon a wretch, whose natural gifts were poor
To those of mine!
But virtue, as it never will be mov'd,
Though lewdness court it in a shape of heaven;
So lust, though to a radiant angel link'd,
Will sate itself in a celestial bed,
And prey on garbage.
But, soft! methinks I scent the morning air:
Brief let me be:—Sleeping within mine orchard,
My custom always of the afternoon,
Upon my secure hour thy uncle stole,
With juice of cursed hebenon in a vial,
And in the porches of mine ears did pour
The leperous distilment: whose effect
Holds such an enmity with blood of man,
That, swift as quicksilver, it courses through
The natural gates and alleys of the body;
And, with a sudden vigour, it doth posset
And curd, like eager droppings into milk,
The thin and wholesome blood: so did it mine;
And a most instant tetter bark'd about,
Most lazar-like, with vile and loathsome crust,
All my smooth body.
Thus was I, sleeping, by a brother's hand,
Of life, of crown, of queen, at once despatch'd:
Cut off even in the blossoms of my sin,
Unhousel'd, disappointed, unanel'd;
No rekoning made, but sent to my account
With all my imperfections on my head:
O, horrible! O, horrible! most horrible!
If thou hast nature in thee, bear it not;
Let not the royal bed of Denmarck be
A couch for luxury and damned incest.
But, howsoever thou pursu'st this act,
Taint not thy mind, nor let thy soul contrive
Against thy mother aught; leave her to heaven,
And to those thorns that in her bosom lodge,
To prick and sting her. Fare thee well at once!
The glow-worm shows the matin to be near,
And 'gins to pale his uneffectual fire:
Adieu, adieu, adieu! remember me. (E

HAMLET.

O all you host of heaven! O earth! What else?
And shall I couple hell?—O fie!—Hold, hold, my he
And you, my sinews, grow not instant old,
But bear me stiffly up!—Remember thee?
Ay, thou poor ghost, wile memory holds a seat
In this distracted globe. Remember thee?
Yea, from the table of my memory
I'll wipe away all trivial fond records,
All saws of books, all forms, all pressures past,
That youth and observation copied there;
And thy commandment all alone shall live
Within the book and volume of my brain,
Un mix'd with baser matter: yes, by heaven.
O most pernicious woman!
O villain, villain, smiling, damned villain!
My tables,—meet it is, I set it down,
That one may smile, and smile, and be a villain;
At least, I am sure, it may be so in Denmark: (Writi
So, uncle, there you are. Now, to my word;
It is, *Adieu, adieu! remember me.*
I have sworn't.

HORATIO.

(Within.) My lord, my lord,—

MARCELLUS.

(Within.) Lord Hamlet,—

HORACIO.

Los cielos le asistan.

HAMLET.

¡Oh! háganlo asi.

MARCELO.

¡Hola! ¡eh! señor.

HAMLET.

¡Hola! amigos, ¡eh! venid, venid acá.

(*Salen Horacio y Marcelo.*)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Qué noticias nos dais?

HAMLET.

¡Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazon humano... Pero ¿guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí, señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, teneis razon; y por eso mismo, sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos; vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas; sí por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

¡Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por san Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cuál sea.

HAMLET.

Que nunca revelareis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HORATIO.

(*Within.*) Heaven secure him;

HAMLET.

So be it!

MARCELLUS.

(*Within.*) Illo, ho, ho, my lord!

HAMLET.

Hillo, ho, ho, boy! come, bird, come.

Enter HORATIO *and* MARCELLUS.

MARCELLUS.

How is't, my noble lord?

HORATIO.

What news, my lord?

HAMLET.

O, wonderful!

HORATIO.

Good my lord, tell it.

HAMLET.

No;
You will reveal it.

HORATIO.

Not I, my lord, by heaven.

MARCELLUS.

Nor I, my lord.

HAMLET.

How say you then; would heart of man once think it?—
But you'll be secret,—

HORATIO AND MARCELLUS.

Ay, by heaven, my lord.

HAMLET.

There's ne'er a villain, dwelling in all Denmark,
But he's an arrant knave.

HORATIO.

There needs no ghost, my lord, come from the grave,
To tell us this.

HAMLET.

Why, right; you are in the right;
And so, without more circumstance at all,
I hold it fit, that we shake hands, and part:
You, as your business, and desire, shall point you;
For every man hath business and desire,
Such as it is,—and, for my own poor part,
Look you, I will go pray.

HORATIO.

These are but wild and whirling words, my lord.

HAMLET.

I am sorry they offend you, heartily; yes,
'Faith, heartily.

HORATIO.

There's no offence, my lord.

HAMLET.

Yes, by St. Patrick, but there is, Horatio,
And much offence too. Touching this vision here,—
It is an honest ghost, that let me tell you;
For your desire to know what is between us,
O'er master it as you may. And now, good friends,
As you are friends, scholars, and soldiers,
Give me one poor request.

HORATIO.

What is't, my lord?
We will.

HAMLET.

Never make known what you have seen to-night.

HORATIO AND MARCELLUS.

My lord, we will not.

HAMLET.

Nay, but swear't.

HORATIO.

In faith,
My lord, not I.

MARCELLUS.

Nor I, my lord, in faith.

HAMLET.

Upon my sword.

MARCELLUS.

We have sworn, my lord, already.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demás, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le ois hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca direis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca direis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿cómo puedes taladrar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

¡Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡qué estraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) estraño debeis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofía. Pero venid acá, y, como antes dije, prometedme (así el cielo os haga felices) que por mas (33) singular y estraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo estravagante), nunca vosotros al verme así dareis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por donde se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! ¡Oh! ¡nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA [1].

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO.

Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas. *(Le da un bolsillo y unas cartas.)*

REINALDO.

Así lo haré, señor.

HAMLET.

Indeed, upon my sword, indeed.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Ha, ha, boy! say'st thou so? art thou there, true-p
Come on,—you hear this fellow in the cellarage.–
Consent to swear.

HORATIO.

Propose the oath, my lord.

HAMLET.

Never to speak of this that you have seen,
Swear by my sword.

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Hic et ubique? then we will shift our ground:—
Come hither, gentlemen,
And lay your hands again upon my sword:
Swear by my sword,
Never to speak of this that you have heard.

GHOST.

(Beneath.) Swear by his sword.

HAMLET.

Well said, old mole! can'st work i'the earth so fa
A worthy pioneer!—Once more remove, good frie

HORATIO.

O day and night, but this is wondrous strange!

HAMLET.

And therefore as a stranger give it welcome.
There are more things in heaven and earth, Horati
Than are dreamt of in your philosophy.
But come;—
Here, as before, never, so help you mercy!
How strange or odd soe'er I bear myself,
As I, perchance, hereafter shall think meet
To put an antic disposition on;—
That you, at such times seeing me, never shall,
With arms encumber'd thus, or this head-shake,
Or by pronouncing of some doubtful phrase,
As *Well, well, we know;*—or, *We could, an if w*
would;—or, *If we list to speak;*—or, *There be, a*
if they might;—
Or such ambiguous giving out, to note
That you know aught of me:—This do you swear,
So grace and mercy at your most need help you!

GHOST.

(Beneath.) Swear.

HAMLET.

Rest, rest, perturbed spirit! So, gentlemen,
With all my love I do commend me to you;
And what so poor a man as Hamlet is
May do, to express his love and friending to you,
God willing, shall not lack. Let us go in together;
And still your fingers on your lips, I pray.
The time is out of joint;—O cursed spite!
That ever I was born to set it right!
Nay, come, let's go together. (E

ACT II.

SCENE I.

A Room in Polonius's House.

Enter POLONIUS *and* REYNALDO.

POLONIUS.

Give him this money, and these notes, Reynaldo.

REYNALDO.

I will, my lord.

POLONIO.

. admirable golpe (2) de prudencia, que antes
: informaras de su conducta.

REINALDO.

mismo estaba yo.

POLONIO.

uy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has
iar qué dinamarqueses hay en Paris, y cómo, en
nos, con quién y en dónde están, á quién tratan,
; tienen; y sabiendo por estos rodeos y pregun-
:tas que conocen á mi hijo, entonces ve en dere-
objeto, encaminando á él en particular tus in-
s. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo:
o á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á
)... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

r, muy bien.

POLONIO.

›nozco un poco; pero... (has de añadir enton-
no le he tratado. Si es el que yo creo, á fe que
lavera; inclinado á tal ó tal vicio... y luego di-
:uanto quieras fingir; digo, pero que no sean co-
:rtes que puedan deshonrarle. Cuidado con eso:
› de aquellas travesuras, aquellas locuras y es-
nunes á todos, que ya se reconocen por com-
iseparables de la juventud y la libertad.

REINALDO.

l jugar, ¿eh?

POLONIO.

gar, beber, esgrimir, jurar, disputar, putear...
› bien puedes alargarte.

REINALDO.

›n eso hay harto para quitarle el honor.

POLONIO.

:ierto; ademas, que todo depende del modo con
ıses. No debes achacarle delitos escandalosos,
como un jóven abandonado enteramente á la
; no, no es esa mi idea. Has de insinuar sus de-
tal arte, que parezcan nulidades producidas de
jecion y no otra cosa, estravíos de una imagina-
nte, ímpetus nacidos de la efervescencia gene-
angre.

REINALDO.

:ñor...

POLONIO.

querrás saber con qué fin debes hacer esto, ¿eh?

REINALDO.

ı de saberlo.

POLONIO.

eñor, mi fin es este, y creo que es proceder con
rdura. Cargando estas pequeñas faltas sobre mi
o lijeras manchas de una obra preciosa), gana-
edio de la conversacion la confianza de aquel á
tendas examinar. Si él está persuadido de que el
› tiene los mencionados vicios que tú le impu-
des que él convenga con tu opinion, diciendo:
, ó amigo, ó caballero... en fin, segun el título ó
e la persona ó del pais...

REINALDO.

stoy.

POLONIO.

tonces él dice... (3) dice... ¿Qué iba yo á decir
Algo iba yo á decir. ¿En qué estábamos?

REINALDO.

él concluirá diciendo al amigo ó al caballero...

POLONIO.

:luirá diciendo... es verdad... así te dirá precisa-
s verdad, yo conozco á ese mozo, ayer le vi, ó
otro dia, ó en tal y tal ocasion, con este ó con
:to; y allí, como habeis dicho, le vi que jugaba,
:ontré en una comilona, acullá en una quimera
ıego de pelota, y... (puede ser que añada) le he

POLONIUS.

You shall do marvellous wisely, good Reynaldo,
Before you visit him, to make inquiry
Of his behaviour.

REYNALDO.

My lord, I did intendt it.

POLONIUS.

Marry, well said: very well said. Look you, sir,
Inquire me first what Danskers are in Paris;
And how, and who, what means, and where they keep.
What company, at what expense; and finding,
By this encompassment and drift of question,
That they do know my son, come you more nearer
Than your particular demands will touch it:
Take you, as'twere, some distant knowledge of him,
As thus,—*I know his father, and his friends,*
And, in part, him;—Do you mark this, Reynaldo?

REYNALDO.

Ay, very well, my lord.

POLONIUS.

And, in part, him,—but, you may say, *notwell:*
But, if't be he I mean, he's very wild;
Addicted so and so;—and there put on him
What forgeries you please; marry, none so rank
As may dishonour him; take heed of that;
But, sir, such wanton, wild, and usual slips,
As are companions noted and most known
To youth and liberty.

REYNALDO.

As gaming, my lord.

POLONIUS.

Ay, or drinking, fencing, swearing, quarrelling,
Drabbing:—You may go so far.

REYNALDO.

My lord, that would dishonour him.

POLONIUS.

'Faith, no; as you may season it in the charge.
You must not put another scandal on him,
That he is open to incontinency;
That's not my meaning: but breathe his faults so quaintly,
That they may seem the taints of liberty:
The flash and out-break of a fiery mind;
A savageness in unreclaimed blood,
Of general assault.

REYNALDO.

But my good lord,—

POLONIUS.

Wherefore should you do this?

REYNALDO.

Ay, my lord,
I would know that.

POLONIUS.

Marry, sir, here's my drift;
And I believe, it is a fetch of warrant:
You laying these slight sullies on my son,
As 'twere a thing a little soil'd i'the working
Mark you,
Your party in converse, him you would sound,
Having ever seen in the prenominate crimes,
The youth you breathe of, guilty, be assur'd,
He closes with you in this consequence;
Good sir, or so; or *friend*, or *gentleman*,—
According to the phrase, or the addition,
Of man, and country.

REYNALDO.

Very good, my lord.

POLONIUS.

And then, sir, does he this,—he does—
What was I about to say? By the mass, I was about
To say something:—Were did I leave?

REYNALDO.

At, closes in the consequence.

POLONIUS.

At, closes in the consequence,—Ay, marry;
He closes with you thus:—*I know the gentleman;*
I saw him yesterday, or t'other day,
Or then, or then, with such, or such; and, as you say,
There was he gaming; there o'ertook in his rouse:
There falling out at tennis; or, perchance,

visto entrar en una casa pública, *videlicet*, en un burdel, ó cosa tal. ¿Lo entiendes ahora? Con el anzuelo de la mentira pescarás la verdad, que así es como nosotros los que tenemos talento y prudencia solemos conseguir por indirectas el fin directo, usando de artificios y disimulacion. Así lo harás con mi hijo, segun la instruccion y advertencias que acabo de darte. ¿Me has entendido?

REINALDO.

Sí, señor, quedo enterado.

POLONIO.

Pues adios, buen viaje.

REINALDO.

Señor...

POLONIO.

Examina por tí mismo sus inclinaciones.

REINALDO.

Así lo haré.

POLONIO.

Dejándole que obre libremente.

REINALDO.

Está bien, señor.

POLONIO.

Adios.

ESCENA II.

POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

Y bien, Ofelia, ¿qué hay de nuevo?

OFELIA.

¡Ay, señor, que he tenido un susto muy grande!

POLONIO.

¿Con qué motivo? Por Dios que me lo digas.

OFELIA.

Yo estaba haciendo (4) labor en mi cuarto, cuando el príncipe Hamlet, la ropa desceñida, sin sombrero en la cabeza, sucias las medias, sin atar, caidas hasta los pies, pálido como su camisa, las piernas trémulas, el semblante triste como si hubiera salido del infierno para anunciar horror... se presenta delante de mí.

POLONIO.

Loco, sin duda por tus amores, ¿eh?

OFELIA.

Yo, señor, no lo sé; pero en verdad lo temo.

POLONIO.

¿Y qué te dijo?

OFELIA.

Me asió una mano y me la apretó fuertemente. Apartóse después á la distancia de su brazo, y poniendo así la otra mano sobre su frente, fijó la vista en mi rostro recorriéndole con atencion, como si hubiese de retratarle. De este modo permaneció largo rato, hasta que por último sacudiéndome lijeramente el brazo, y moviendo tres veces la cabeza abajo y arriba, exhaló un suspiro tan profundo y triste, que pareció deshacérsele en pedazos el cuerpo y dar fin á su vida. Hecho esto, me dejó, y levantada la cabeza comenzó á andar, sin valerse de los ojos para hallar el camino; salió de la puerta sin verla, y al pasar por ella fijó la vista en mí.

POLONIO.

Ven conmigo; quiero ver al rey. Ese es un verdadero éstasis de amor, que siempre fatal á sí mismo en su esceso violento, inclina la voluntad á empresas temerarias, mas que ninguna otra pasion de cuantas debajo del cielo combaten nuestra naturaleza. Mucho siento este accidente. Pero díme, ¿le has tratado con dureza en estos últimos dias?

OFELIA.

No, señor: solo en cumplimiento de lo que mandasteis, le he devuelto sus cartas, y me he negado a sus visitas.

POLONIO.

Y eso basta para haberle trastornado así. Me pesa no haber juzgado con mas acierto de su pasion. Yo temí que

I saw him enter such a house of sale,
(Videlicet, a brothel,*) or so forth.*—
See you now;
Your bait of falsehood takes this carp of truth;
And thus do we of wisdom and of reach,
With windlaces, and with assays of bias,
By indirections find directions out:
So, by my former lecture and advice,
Shall you my son: You have me, have you not?

REYNALDO.

My lord, I have.

POLONIUS.

God be wi'you; fare you well.

REYNALDO.

Good my lord,—

POLONIUS.

Observe his inclination in yourself.

REYNALDO.

I shall, my lord.

POLONIUS.

And let him ply his music.

REYNALDO.

Well, my lord. *(Exit.)*

Enter Ophelia.

POLONIUS.

Farewell!—How now, Ophelia? what's the matter?

OPHELIA.

O, my lord, my lord, I have been so affrighted!

POLONIUS.

With what, in the name of heaven?

OPHELIA.

My lord, as I was sewing in my closet,
Lord Hamlet—with his doublet all unbrac'd;
No hat upon his head; his stokings foul'd,
Ungarter'd, and down-gyved to his ancle;
Pale as his shirt; his knees knocking each other;
And with a look so piteous in purport,
As if he had been loosed out of hell,
To speak of horrors,—he comes before me.

POLONIUS.

Mad for thy love?

OPHELIA

My lord, I do not know;
But, truly, I do fear it.

POLONIUS.

What said he?

OPHELIA.

He took me by the wrist, and held me hard;
Then goes he to the length of all his arm;
And, with his other hand thus o'er his brow,
He falls to such perusal of my face,
As he would draw it. Long staid he so;
At last, a little shaking of mine arm,
And thrice his head thus waving up and down,—
He rais'd a sigh so piteous and profound,
At it did seem to shatter all his bulk,
And end his being: That done, he lets me go:
And, with his head over his shoulder turn'd,
He seem'd to find his way without his eyes;
For out o'doors he went without their helps,
And, to the last bended their light on me.

POLONIUS.

Come, go with me; I will go seek the king.
This is the very ecstasy of love;
Whose violent property foredoes itself,
And leads the will to desperate undertakings,
As oft as any passion under heaven,
That does afflict our natures. I am sorry,—
What, have you given him any hard woords of late?

OPHELIA.

No, my good lord; but, as you did command,
I did repel his letters, and denied
His access to me.

POLONIUS.

That hath made him mad.
I am sorry, that with better heed and judgment,
I had not quoted him: I fear'd, he did but trifle,

era solo un artificio suyo para perderte... ¡Sospecha indigna! ¡Eh! Tan (5) propio parece de la edad anciana pasar mas alla de lo justo en sus conjeturas, como lo es en la juventud la falta de prevision. Vamos, vamos á ver al rey. Conviene que lo sepa. Si le callo este amor, seria mas grande el sentimiento que pudiera causarle teniéndole oculto, que el disgusto que recibirá al saberlo. Vamos.

ESCENA III.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venido (6), Guillermo; y tú tambien, querido Ricardo. Además de lo mucho que se me dilataba el veros, la necesidad que tengo de vosotros me ha determinado á solicitar vuestra venida. Algo habeis oido ya de la trasformacion de Hamlet. Así puedo llamarla, puesto que ni en lo interior ni en lo esterior se parece nada al que antes era; ni llego a imaginar qué otra causa haya podido privarle así de la razon, si ya no es la muerte de su padre. Yo os ruego á entrambos, pues desde la primera infancia os habeis criado con él, y existe entre vosotros aquella intimidad nacida de la igualdad en los años y el genio, que tengais á bien deteneros en mi corte algunos dias. Acaso el trato vuestro restablecerá su alegría; y aprovechando las ocasiones que se presenten, ved cuál sea la ignorada afliccion que así le consume, para que descubriéndola procuremos su alivio.

GERTRUDIS.

Él ha hablado mucho de vosotros, mis buenos señores, y estoy segura de que no se hallarán otros dos sujetos á quienes él profese mayor cariño. Si tanta fuese vuestra bondad, que gusteis de pasar con nosotros algun tiempo para contribuir al logro de mi esperanza, vuestra asistencia será remunerada como corresponde al agradecimiento de un rey.

RICARDO.

VV. MM. tienen soberana autoridad en nosotros, y en vez de rogar deben mandarnos.

GUILLERMO.

Uno y otro obedeceremos, y postramos á vuestros piés, con el mas puro afecto, el celo de serviros que nos anima.

CLAUDIO.

Muchas gracias, cortés Guillermo. Gracias, Ricardo.

GERTRUDIS.

Os quedo muy agradecida, señores, y os pido que veais cuanto antes á mi doliente hijo. *(A los criados.)* Conduzca alguno de vosotros á estos caballeros adonde Hamlet se halle.

GUILLERMO.

Haga el cielo que nuestra compañía y nuestros conatos puedan serle agradables y útiles.

GERTRUDIS.

Sí. Amén.

ESCENA IV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, ACOMPAÑAMIENTO.

POLONIO.

Señor, los embajadores (7) enviados á Noruega han vuelto ya en estremo contentos.

CLAUDIO.

Siempre has sido tú padre de buenas nuevas.

POLONIO.

¡Oh! sí, ¿no es verdad? Y os puedo asegurar, venerado señor, que mis acciones y mi corazon no tienen otro objeto que el servicio de Dios y el de mi rey; y si este talento mio no ha perdido enteramente aquel seguro olfato con que supo siempre rastrear asuntos políticos, pienso

And meant to wreck thee; but, beshrew my jealousy!
It seems, it is as proper to our age
To cast beyond ourselves in our opinions,
As it is common for the younger sort
To lack discretion. Come, go we to the king:
This must be known; which, being kept close, might move
More grief to hide, than hate to utter love.
Come. *(Exeunt.*

SCENE II.

A Room in the Castle.

Enter King, Queen, ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN, *and Attendants.*

KING.

Welcome, dear Rosencrantz, and Guildenstern!
Moreover that we much did long to see you,
The need, we have to use you, did provoke
Our hasty sending. Something have you heard
Of Hamlet's transformation; so I call it,
Since not the exterior nor the inward man
Resembles that it was: What it should be,
More than his father's death, that thus hath put him
So much from the understanding of himself,
I cannot dream of: I entreat you both,
That,—being of so young days brought up with him;
And, since, so neighbour'd to his youth and humour,—
That you vouchsafe your rest here in our court
Some little time: so by your companies
To draw him on to pleasures; and to gather,
So much as from occasion you may glean,
Whether aught, to us unknown, afflicts him thus,
That, open'd, lies within our remedy.

QUEEN.

Good gentlemen he hath much talk'd of you;
And, sure I am, two men there are not living,
To whom he more adheres. If it will please you
To shew us so much gentry, and good will,
As to expend your time with us a while,
For the supply and profit of our hope,
Your visitation shall receive such thanks
As fits a king's remembrance.

ROSENCRANTZ.

Both your majesties
Might, by the sovereign power you have of us,
Put your dread pleasures more into command
Than to entreaty.

GUILDENSTERN.

But we both obey;
And here give up ourselves, in the full bent,
To lay our service freely at your feet,
To be commanded.

KING.

Thanks, Rosencrantz, and gentle Guildenstern.

QUEEN.

Thanks, Guildenstern, and gentle Rosencrantz:
And I beseech you instantly to visit
My too much changed son.—Go, some of you,
And bring these gentlemen where Hamlet is.

GUILDENSTERN.

Heavens make our presence, and our practices,
Pleasant and helpful to him.

QUEEN.

Ay, amen!

(Exeunt Rosencrantz, Guildenstern, and some Attendants.

Enter Polonius.

POLONIUS.

The embassadors from Norway, my good lord,
Are joyfully return'd.

KING.

Thou still hast been the father of good news.

POLONIUS.

Have I, my lord? Assure you, my good liege,
I hold my duty, as I hold my soul,
Both to my God, and to my gracious king:
And I do think, (or else this brain of mine
Hunts not the trail of policy so sure

haber descubierto ya la verdadera causa de la locura del príncipe.

CLAUDIO.

Pues díuosla, que estoy impaciente de saberla.

POLONIO.

Será bien que deis primero audiencia á los embajadores: mi informe servirá de postres á este gran festin.

CLAUDIO.

Tú mismo puedes ir á cumplimentarlos é introducirlos. *(Vase Polonio.)* Dice que ha descubierto, amada Gertrudis, la causa verdadera de la indisposicion de tu hijo.

GERTRUDIS.

¡Ah! yo dudo que él tenga otra mayor que la muerte de su padre, y nuestro acelerado casamiento.

CLAUDIO.

Yo sabré examinarle.

ESCENA V.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, VOLTIMAN, CORNELIO, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Bien venidos, amigos. Di, Voltiman, ¿qué respondió nuestro hermano el rey de Noruega?

VOLTIMAN.

Corresponde con la mas sincera amistad á vuestras atenciones y á vuestro ruego. Así que llegamos mandó suspender los armamentos que hacia su sobrino, fingiendo ser preparativos contra el polaco; pero mejor informado después, halló ser cierto que se dirigian en ofensa vuestra. Indignado de que abusaran así de la impotencia á que le han reducido su edad y sus males, envió estrechas órdenes á Fortimbrás, que sometiéndose prontamente á las reprensiones del tio, le ha jurado por último que nunca mas tomará las armas contra V. M. Satisfecho de este procedimiento el anciano rey, le señala sesenta mil escudos anuales, y le permite emplear contra Polonia las tropas que habia levantado. A este fin os ruega concedais paso libre por vuestros estados al ejército prevenido para tal empresa, bajo las condiciones de recíproca seguridad, espresadas aquí.

(Saca unos papeles, y se los da á Claudio.)

CLAUDIO.

Está bien: leeré en tiempo mas oportuno sus proposiciones, y reflexionaré lo que debo en este caso responderle. Entre tanto os doy gracias por el feliz desempeño de vuestro encargo. Descansad. A la noche sereis conmigo en el festin. Tendré gusto de veros.

ESCENA VI.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO.

POLONIO.

Este asunto se ha concluido muy bien. (*Claudio hace una seña, y se retira el acompanamiento.*) Mi soberano (8), y vos, señora: esplicar lo que es la dignidad de un monarca, las obligaciones del vasallo, porque el dia es dia, noche la noche, y tiempo el tiempo, seria gastar inútilmente el dia, la noche y el tiempo. Así pues, como (9) quiera que la brevedad es el alma del talento, y que nada hay mas enfadoso que los rodeos y perífrasis... seré muy breve. Vuestro noble hijo está loco; y le llamo loco, porque, si en rigor se examina, ¿qué otra cosa es la locura sino estar uno enteramente loco? Pero dejando esto aparte...

GERTRUDIS.

Al caso, Polonio, al caso, y menos artificios.

POLONIO.

Yo os prometo, señora, que no me valgo de artificio alguno ¡es cierto que él está loco! es cierto que es lástima, y es lástima que sea cierto; pero dejemos á un lado esta pueril antítesis, que no quiero usar de artificios. Convengamos pues en que está loco, y ahora falta

As it hath us'd to do,) that I have found
The very cause of Hamlet's lunacy.

KING.

O, speak of that; that do I long to hear.

POLONIUS.

Give first admittance to the embassadors;
My news shall be the fruit to that great feast.

KING.

Thyself do grace to them, and bring them in.

(Exit Polon

He tells me, my dear Gertrude, he hath found
The head and source of all your sons's distemper.

QUEEN.

I doubt, it is no other but the main;
His father's death, and our o'erhasty marriage.

Re-enter Polonius, with Voltimand and Corneli

KING.

Well, we shall sift him.—Welcome, my good friend
Say Voltimand, what from our brother Norway?

VOLTIMAND.

Most fair return of greetings, and desires.
Upon our first, he sent out to suppress
His nephew's levies; which to him appear'd
To be a preparation'gainst the Polack;
But, better look'd into, he truly found
It was against your highness: Whereat griev'd,—
That so his sickness, age, and impotence,
Was falsely borne in hand,—sends out arrests
On Fortinbras; which he, in brief, obeys;
Receives rebuke from Norway; and, in fine,
Makes wow before his uncle, never more
To give the assay of arms against your majesty.
Whereon old Norway, overcome with joy,
Gives him three thousand crowns in annual fee;
And his commission, to employ those soldiers,
So levied as before, against the Polack;
With an entreaty, herein further shown,

(Gives a pap

That it might please you to give quiet pass
Through your dominions for this enterprise;
On such regards of safety, and allowance,
As therein are set down.

KING.

It likes us well;
And, at our more consider'd time, we'll read,
Answer, and think upon this business.
Mean time, we thank you for your well-took labour:
Go to your rest; at night we'll feast together:
Most welcome home!

(Exeunt Voltimand and Cornelius.)

POLONIUS.

This business is well ended.
My liege, and madam, to expostulate
What majesty should be, what duty is,
Why day is day, night night, and time is time,
Were nothing but to waste night, day, and time.
Therefore,—since brevity is the soul of wit,
And tediousness the limbs and outward flourishes,—
I will be brief: Your noble son is mad:
Mad, call I it: for to define true madness,
What is't, but to be nothing else but mad?
But let that go.

QUEEN.

More matter, with less art.

POLONIUS.

Madam, I swear, I use no art at all.
That he is mad, 'tis true: 'tis true, 'tis pity;
And pity'tis, 'tis true: a foolish figure;
But farewell it, for I will use no art.
Mad let us grant him then: and now remains

descubrir la causa de este efecto, ó por mejor decir, la causa de este defecto; porque este efecto defectuoso nace de una causa, y así resta considerar lo restante. Yo tengo una hija... la tengo mientras es mia: que en prueba de su respeto y sumision... notad lo que os digo... me ha entregado esta carta. (*Saca una carta y lee en ella los pedazos que indica el diálogo.*) Ahora resumid los hechos y sacareis la consecuencia. *Al ídolo celestial de mi alma, á la sin par Ofelia...* Esta es una alta frase... una falta de frase sin par... Es una falta de frase, pero oid lo demás. *Estas letras destinadas á que tu blanco y hermoso pecho las guarde: estas...*

GERTRUDIS.

¿Y esa carta se la ha enviado Hamlet?

POLONIO.

¡Bueno por cierto! Esperad un poco, seré muy fiel.

Duda que son de fuego las estrellas,
Duda si al sol el movimiento falta,
Duda lo cierto, admite lo dudoso;
Pero no dudes de mi amor las ansias.

Estos versos aumentan mi dolor, querida Ofelia; ni sé tampoco espresar mis penas con arte; pero cree que te amo en estremo, con el mayor estremo posible. Adios. Tuyo siempre, mi adorada niña, mientras esta máquina exista.—Hamlet.

Mi hija, en fuerza de su obediencia, me ha hecho ver esta carta, y ademas me ha contado las solicitudes del príncipe, segun han ocurrido, con todas las circunstancias del tiempo, el lugar y el modo.

CLAUDIO.

Y ella ¿cómo ha recibido su amor?

POLONIO.

¿En qué opinion me teneis?

CLAUDIO.

En la de un hombre honrado y veraz.

POLONIO.

Y me complazco en probaros que lo soy. Pero ¿qué hubierais pensado de mí, si cuando he visto que tomaba vuelo este ardiente amor... porque os puedo asegurar que aun antes que mi hija me hablase, ya lo habia yo advertido..... ¿qué hubiera pensado de mí V. M. y la reina que está presente, si hubiera tolerado este galanteo? ¿Si haciéndome violencia a mi propio hubiera permanecido silencioso y mudo, mirándolo con indiferencia? ¿Qué hubierais pensado de mí? No, señor, yo he ido en derechura al asunto, y la dije á la niña ni mas ni menos: hija, el señor Hamlet es un príncipe muy superior a tu esfera... Esto no debe pasar adelante. Y después la mandé que se encerrase en su estancia, sin admitir recados ni recibir presentes. Ella ha sabido aprovecharse de mis preceptos, y el príncipe... (para abreviar la historia) al verse desdeñado, comenzó á padecer melancolías, después inapetencia, después vigilias, después debilidad, después aturdimiento, y después (por una graduacion natural) la locura que le saca fuera de sí, y que todos nosotros lloramos.

CLAUDIO.

¿Creeis, señora, que esto haya pasado así?

GERTRUDIS.

Me parece bastante probable.

POLONIO.

¿Ha sucedido alguna vez... (tendria gusto de saberlo) que yo haya dicho positivamente, esto hay, y que haya resultado lo contrario?

CLAUDIO.

No se me acuerda.

POLONIO.

Pues separadme esta de este, (*Señalando la cabeza y el cuello.*) si otra cosa hubiere en el asunto... ¡Ah! por poco que las circunstancias me ayuden, yo descubriré la ver-

That we find out the cause of this effect;
Or, rather say, the cause of this defect;
For this effect, defective, comes by cause:
Thus it remains, and the remainder thus.
Perpend.
I have a daughter; have, while she is mine;
Who, in her duty and obedience, mark,
Hath given me this: Now gather, and surmise.
—To the celestial, and my soul's idol, the most beautifie Ophelia,—
That's an ill phrase, a vile phrase; *beautified* is a vile phrase; but you shall hear.—Thus:
In her excellent white bosom, these, etc.

QUEEN.

Came this from Hamlet to her?

POLONIUS.

Good madam, stay awhile; I will be faithful.—

Doubt thou, the stars are fire; (*Reads.*)
Doubt, that the sun doth move:
Doubt truth to be a liar;
But never doubt, I love.

O dear Ophelia, I am ill at these numbers; I have not art to reckon my groans: but that I love thee best, O most best, believe it. Adieu.

Thine evermore, most dear lady, whilst this machine is to him, HAMLET.

This, in obedience, hath my daughter shown me:
And more above, hath his solicitings,
As they fell out by time, by means, and place,
All given to mine ear.

KING.

But how hath she
Receiv'd his love?

POLONIUS.

What do you think of me?

KING.

As of a man faithful and honourable.

POLONIUS.

I would fain prove so. But what might you think,
When I had seen this hot love on the wing,
(As I perceiv'd it, I must tell you that,
Before my daughter told me,) what might you,
Or my dear majesty your queen here, think,
If I had play'd the desk, or table-book;
Or given my heart a working, mute and dumb;
Or look'd upon this love with idle sight;
What might you think? no, I went round to work
And my young mistress thus did I bespeak;
Lord Hamlet is a prince out of thy sphere;
This must not be: and then I precepts gave her,
That she should lock herself from his resort,
Admit no messengers, receive no tokens.
Which done, she took the fruits of my advice;
And he, repulsed, (a short tale to make,)
Fell into a sadness; then into a fast;
Thence to a watch; thence into a weakness;
Thence to a lightness; and, by this declension,
Into the madness wherein now he raves,
And all we mourn for.

KING.

Do you think, 'tis this?

QUEEN.

It may be, very likely.

POLONIUS.

Hath there been such a time, (I'd fain know that,)
That I have positively said, '*Tis so*,
When it prov'd otherwise?

KING.

Not that I know.

POLONIUS.

Take this from this, if this be otherwise:
(*Pointing to his head and shoulder.*)
If circumstances lead me, I will find

dad donde quiera que se oculte, aunque el centro de la tierra la sepultara.

CLAUDIO.

¿Y cómo te parece que pudiéramos hacer nuevas indagaciones?

POLONIO.

Bien sabeis que el príncipe suele pasearse algunas veces por esa galería cuatro horas enteras.

GERTRUDIS.

Es verdad, así suele hacerlo.

POLONIO.

Pues cuando él venga, yo haré que mi hija le salga al paso. Vos y yo nos ocultaremos detrás de los tapices, para observar lo que hace al verla. Si él no la ama y no es esta la causa de haber perdido el juicio, despedidme de vuestro lado y de vuestra corte, y enviadme á una alquería á guiar un arado.

CLAUDIO.

Sí, yo lo quiero averiguar.

GERTRUDIS.

Pero, ¿veis? (10) ¡Qué lástima! Leyendo viene el infeliz.

POLONIO.

Retiraos, yo os lo suplico: retiraos entrambos, que le quiero hablar si me dais licencia.

ESCENA VII.

POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

¿Cómo os va, mi buen señor?

(Hamlet sale leyendo un libro).

HAMLET.

Bien, á Dios gracias.

POLONIO.

¿Me conoceis?

HAMLET.

Perfectamente. Tú vendes peces.

POLONIO.

¿Yo? No, señor.

HAMLET.

Así fueras honrado.

POLONIO.

¿Honrado decís?

HAMLET.

Sí, señor, que lo digo. El ser honrado, segun va el mundo, es lo mismo que ser escogido uno entre diez mil.

POLONIO.

Todo eso es verdad.

HAMLET.

Si el sol engendra (11) gusanos en un perro muerto, y aunque es un dios, alumbra benigno con sus rayos á un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POLONIO.

Sí, señor, una tengo.

HAMLET.

Pues no la dejes pasear al sol. La concepcion es una bendicion del cielo, pero no del modo en que tu hija podrá concebir. Cuida mucho de esto, amigo.

POLONIO.

Pero ¿qué quereis decir con eso? Siempre está pensando en mi hija. No obstante, al principio no me conoció... Dice que vendo peces... ¡Está rematado, rematado!... Y en verdad que yo tambien, siendo mozo, me ví muy trastornado por el amor...casi tanto como él. Quiero hablarle otra vez. ¿Qué estais leyendo?

HAMLET.

Palabras, palabras, todo palabras.

POLONIO.

¿Y de qué se trata?

HAMLET.

¿Entre quién?

POLONIO.

Digo que de qué trata el libro que leeis.

Where truth is hid, though it were hid indeed
Within the centre.

KING.

How may we try it further?

POLONIUS.

You know sometimes he walks four hours togethe
Here in the lobby.

QUEEN.

So he does, indeed.

POLONIUS.

At such a time I'll loose my daughter to him,
Be you and I behind an arras then;
Mark the encounter: if he love her not,
And be not from his reason fallen thereon
Let me be no assistant for a state,
But keep a farm, and carters.

KING.

We will try it.

Enter Hamlet, reading.

QUEEN.

But look, where sadly the poor wretch comes, r

POLONIUS.

Away, I do beseech you, both away;
I'll board him presently: —O, give me leave.—

(Exeunt King, Queen, and Atte

How does my good lord Hamlet?

HAMLET.

Well, god-'a-mercy.

POLONIUS.

Do you know me, my lord?

HAMLET.

Excellent well; you áre a fishmonger.

POLONIUS.

Not I, my lord.

HAMLET.

Then I would you were so honest a man.

POLONIUS.

Honest, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; to be honest, as this world goes, is to
man picked out of ten thousand.

POLONIUS.

That's very true, my lord.

HAMLET.

For if the sun breed maggots in a dead dog, b
god, kissing carrion,—Have you a daughter?

POLONIUS.

I have, my lord.

HAMLET.

Let her not walk i' the sun: conception is a ble
but as your daughter may conceive,—friend, look, l

POLONIUS.

How say you by that? *(Aside.)* Still harping
daughter:—yet he knew me not at first; he said,
fishmonger: He is far gone, far gone: and, truly, in my
I suffered much extremity for love; very near this. I'l
to him again.—What do you read, my lord?

HAMLET.

Words, words, words!

POLONIUS.

What is the matter, my lord?

HAMLET.

Between who?

POLONIUS.

I mean, the matter that you read, my lord.

HAMLET.

De calumnias. Aquí dice (12) el malvado satírico, que los viejos tienen la barba blanca, las caras con arrugas, que vierten de sus ojos ámbar abundante y goma de ciruela, que padecen gran debilidad de piernas y mucha falta de entendimiento. Todo lo cual, señor mio, aunque yo plena y eficazmente lo creo, con todo eso, no me parece bien hallarlo afirmado en tales términos; porque al fin vos seríais sin duda tan jóven como yo, si os fuera posible andar acia atras como el cangrejo.

POLONIO.

Aunque todo es locura, no deja de observar método en lo que dice. ¿Quereis venir, señor, adonde no os dé el aire?

HAMLET.

¿Adónde? ¿A la sepultura?

POLONIO.

Cierto que allí no da el aire. ¡Con qué agudeza responde siempre! Estos golpes felices son frecuentes en la locura, cuando en el estado de razon y salud tal vez no se logran. Voile á dejar, y disponer al instante el careo entre él y mi hija. Señor, si me dais licencia de que me vaya...

HAMLET.

No me puedes pedir cosa que con mas gusto te conceda, esceptuando la vida, eso sí, esceptuando la vida.

POLONIO.

Adios, señor.

HAMLET.

¡Fastidiosos y estravagantes viejos!

POLONIO, *á Guillermo y Ricardo, que salen por donde él se va.*

Si buscais al príncipe, vedle ahí.

ESCENA VIII.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

RICARDO.

Buenos dias, señor.

GUILLERMO.

Dios guarde á V. A.

RICARDO.

Mi venerado príncipe.

HAMLET.

¡Oh, buenos amigos! ¿Cómo va? ¡Guillermo, Ricardo, guapos mozos! ¿Cómo va? ¿Qué se hace de bueno?

RICARDO.

Nada, señor: pasamos una vida muy indiferente.

GUILLERMO.

Nos creemos felices en no ser demasiado felices. No, no servimos de airon al tocado de la fortuna.

HAMLET.

¿Ni de suelas á su calzado?

RICARDO.

Ni uno ni otro.

HAMLET.

En tal caso (13) estaréis colocados acia su cintura: allí es el centro de los favores.

GUILLERMO.

Cierto, como privados suyos.

HAMLET.

Pues allí en lo mas oculto... ¡Ah! dices bien, ella es una prostituta... ¿Qué hay de nuevo?

RICARDO.

Nada, sino que ya los hombres van siendo buenos.

HAMLET.

Señal que el dia del juicio va á venir pronto. Pero vuestras noticias no son ciertas... Permitid que os pregunte mas particularmente: ¿por qué delitos os ha traido aquí vuestra mala suerte á vivir en prision?

GUILLERMO.

¿En prision decís?

HAMLET.

Slanders, sir: for the satirical rogue says here, that old men have grey beards; that their faces are wrinkled; their eyes purging thick amber, and plum-tree gum; and that they have a plentiful lack of wit, together with most weak hams: all of which, sir, though I most powerfully and potently believe, yet I hold it not honesty to have it thus set down; for yourself, sir, shall be as old as I am, if, like a crab, you could go backward.

POLONIUS.

Though this be madness, yet there's method in it. *(Aside.)* Will you walk out of the air, my lord?

HAMLET.

Into my grave?

POLONIUS.

Indeed, that is out o'the air.—How pregnant sometimes his replies are! a happiness that often madness hits on, which reason and sanity could not so prosperously be delivered of. I will leave him, and suddenly contrive the means of meeting between him and my daughter.—My honourable lord, I will most humbly take my leave of you.

HAMLET.

You cannot, sir, take from me any thing that I will more willingly part withal; except my life, except my life, except my life.

POLONIUS.

Fare you well, my lord.

HAMLET.

These tedious old fools!

Enter Rosencrantz and Guildenstern.

POLONIUS.

You go to seek the lord Hamlet; there he is.

ROSENCRANTZ.

God save you, sir! *(To Polonius.)*
(Exit Polonius.)

GUILDENSTERN.

My honour'd lord!—

ROSENCRANTZ.

My most dear lord!

HAMLET.

My excellent good friends! How dost thou, Guildenstern? Ah, Rosencrantz! Good lads, how do ye both?

ROSENCRANTZ.

As the indifferent children of the earth.

GUILDENSTERN.

Happy, in that we are not over-happy; On fortune's cap we are not the very button.

HAMLET.

Nor the soles of her shoe?

ROSENCRANTZ.

Neither, my lord.

HAMLET.

Then you live about her waist, or in the middle of her favours?

GUILDENSTERN.

'Faith, her privates we.

HAMLET.

In the secret parts of fortune? O, most true; she is a strumpet. What news?

ROSENCRANTZ.

None, my lord; but that the world's grown honest.

HAMLET.

Then is dooms-day near: But your news is not true. Let me question more in particular. What have you, my good friends, deserved at the hands of fortune, that she sends you to prison hither?

GUILDENSTERN.

Prison, my lord?

HAMLET.

Sí: Dinamarca es una cárcel.

RICARDO.

Tambien el mundo lo será.

HAMLET.

Y muy grande, con muchas guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

RICARDO.

Nosotros no éramos de esa opinion.

HAMLET.

Para vosotros podrá no serlo, porque nada hay bueno ni malo sino en fuerza de nuestra fantasía. Para mí es una verdadera cárcel.

RICARDO.

Será vuestra ambicion la que os le figura tal: la grandeza de vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAMLET.

¡Oh, Dios mio! Yo pudiera estar encerrado en la cáscara de una nuez, y creerme soberano de un estado inmenso... Pero estos sueños terribles me hacen infeliz.

RICARDO.

Todos esos sueños son ambicion, y todo cuanto al ambicioso le agita no es mas que la sombra de un sueño.

HAMLET.

El sueño en sí no es mas que una sombra.

RICARDO.

Ciertamente, y yo considero la ambicion por tan lijera y vana, que me parece la sombra de una sombra.

HAMLET.

De donde resulta que los mendigos son cuerpos, y los monarcas y héroes agigantados, sombras de los mendigos... Iremos un rato á la corte, señores, porque á la verdad no tengo la cabeza para discurrir.

LOS DOS.

Os iremos sirviendo.

HAMLET.

¡Oh! no se trate de eso. No os quiero confundir con mis criados, que, á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero decidme por nuestra amistad antigua: ¿qué haceis en Elsingor?

RICARDO.

Señor, hemos venido únicamente á veros.

HAMLET.

Tan pobre soy, que aun de gracias estoy escaso: no obstante, agradezco vuestra fineza... Bien que os puedo asegurar que mis gracias, aunque se paguen á ochavo, se pagan mucho. ¿Y quién os ha hecho venir? ¿Es libre esta visita? ¿Me la haceis por vuestro gusto propio? Vaya, habladme con franqueza; vaya, decídmelo.

GUILLERMO.

¿Y qué os hemos de decir, señor.?

HAMLET.

Todo lo que haya acerca de esto. A vosotros os envían sin duda, y en vuestros ojos hallo una especie de confesion, que toda vuestra reserva no puede desmentir. Yo sé que el bueno del rey y tambien la reina os han mandado que vengais.

RICARDO.

Pero ¿á qué fin?

HAMLET.

Eso es lo que debeis decirme. Pero os pido por los derechos de nuestra amistad, por la conformidad de nuestros años juveniles, por las obligaciones de nuestro no interrumpido afecto, por todo aquello, en fin, que sea para vosotros mas grato y respetable, que me digais con sencillez la verdad. ¿Os han mandado venir, ó no?

RICARDO, *mirando á Guillermo.*

¿Qué dices tú?

HAMLET.

Ya os he dicho que lo estoy viendo en vuestros ojos: si me estimais de veras, no hay que desmentirlos.

HAMLET.

Denmark's a prison.

ROSENCRANTZ.

Then is the world one.

HAMLET.

A goodly one; in which there are many confines, w
and dungeons; Denmark being one of the worst.

ROSENCRANTZ.

We think not so, my lord.

HAMLET.

Why, then 'tis none to you; for there is nothing
good or bad, but hinking makes it so: to me it is a p

ROSENCRANTZ.

Why, then your ambition makes it one; 'tis too n
for your mind.

HAMLET.

O God! I could be bounded in a nut-shell, and
myself a king of infinite space; were it not that I ha
dreams.

GUILDENSTERN.

Which dreams, indeed, are ambition; for the ver
tance of the ambitious is merely the shadow of a dr

HAMLET.

A dream itself is but a shadow.

ROSENCRANTZ.

Truly, and I hold ambition of so airy and light a q
that it is but a shadow's shadow.

HAMLET.

Then are our beggars, bodies; and our monarc
outstretch'd heroes, the beggars' shadows: Shall
the court? for, by my fay, I cannot reason.

ROSENCRANTZ, GUILDENSTERN.

We'll wait upon you.

HAMLET.

No such matter: I will not sort you with the res
servants; for, to speak to you like an honest man
most dreadfully attended. But, in the beaten way of
ship, what make you at Elsinore?

ROSENCRANTZ.

To visit you, my lord; no other occasion.

HAMLET.

Beggar that I am, I am even poor in thanks; but I
you: and sure, dear friends, my thanks are too d
halfpenny. Were you not sent for? Is it your own
ning? Is it a free visitation? Come, come; deal justl
me: come, come; nay, speak.

GUILDENSTERN.

What should we say, my lord?

HAMLET.

Any thing—but to the purpose. You were sent fo
there is a kind of confession in your looks, which
modesties have not craft enough to colour: I know
good king and queen have sent for you.

ROSENCRANTZ.

To what end, my lord?

HAMLET.

That you must teach me. But let me conjure you,
rights of our fellowship, by the consonancy of our
by the obligation of our ever-preserved love, and by
more dear a better proposer could charge you with
even and direct with me, whether you were sent
no?

ROSENCRANTZ.

What say you? *(To Guilden*

HAMLET.

Nay, then, I have an eye of you; *(Aside.)*—If yo
me, hold not off.

GUILLERMO.

Pues, señor, es cierto : nos han hecho venir.

HAMLET.

Y yo os voy á decir el motivo : así me anticiparé á vuestra propia confesion, sin que la fidelidad que debeis al rey y la reina quede por vosotros ofendida. Yo he perdido de poco tiempo á esta parte, sin saber la causa, toda mi alegría, olvidando mis ordinarias ocupaciones ; y este accidente ha sido tan funesto á mi salud, que la tierra, esa divina máquina, me parece un promontorio estéril ; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis sobre nosotros, esa techumbre majestuosa sembrada de doradas luces, no otra cosa me parece que una desagradable y pestífera multitud de vapores. ¡Qué admirable fábrica es la del hombre! ¡Qué noble su razon! ¡Qué infinitas sus facultades! ¡Qué espresivo y maravilloso en su forma y sus movimientos! ¡Qué semejante á un ángel en sus acciones ! Y en su espíritu ¡qué semejante á Dios! El es sin duda lo mas hermoso de la tierra, el mas perfecto de todos los animales. Pues no obstante, ¿qué juzgais que es en mi estimacion ese purificado polvo? El hombre no me deleita... ni menos la mujer... bien que ya veo en vuestra sonrisa que aprobais mi opinion.

RICARDO.

En verdad, señor, que no habeis acertado mis ideas.

HAMLET.

Pues ¿por qué te reías cuando dije que no me deleita el hombre?

RICARDO.

Me reí al considerar, puesto que los hombres no os deleitan, qué comidas de cuaresma dareis á los cómicos que hemos hallado en el camino, y están ahí deseando emplearse en servicio vuestro.

HAMLET.

El que hace de rey sea muy bien venido; S. M. recibirá mis obsequios como es de razon; el arrojado caballero sacará á lucir su espada y su broquel, el enamorado no suspirará de balde, el que hace de loco acabará su papel en paz, el patán dará aquellas risotadas con que sacude los pulmones áridos, y la dama espresará libremente su pasion, ó las interrupciones del verso hablarán por ella. ¿Y qué cómicos son?

RICARDO.

Los que mas os agradan regularmente. La compañía trágica de nuestra ciudad.

HAMLET.

¿Y por qué andan vagando así? ¿No les seria mejor para su reputacion y sus intereses establecerse en alguna parte?

RICARDO.

Creo que los (14) últimos reglamentos se lo prohiben.

HAMLET.

¿Son hoy tan bien recibidos como cuando yo estuve en la ciudad? ¿Acude siempre el mismo concurso?

RICARDO.

No, señor, no por cierto.

HAMLET.

¿Y en qué consiste? ¿Se han echado á perder?

RICARDO.

No, señor. Ellos han procurado seguir siempre su acostumbrado método; pero hay aquí una cria de (15) chiquillos, vencejos chillones, que gritando en la declamacion fuera de propósito, son por esto mismo palmoteados hasta el esceso. Esta es la diversion del dia ; y tanto han denigrado los espectáculos ordinarios (como ellos los llaman), que muchos caballeros de espada en cinta, atemorizados de las plumas de ganso de este teatro, rara vez se atreven á poner el pié en los otros.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Con que son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Abandonarán el ejercicio cuando pierdan la voz para cantar? Y cuando tengan que hacerse

GUILDENSTERN.

My lord, we were sent for.

HAMLET.

I will tell you why ; so shall my anticipation prevent your discovery, and your secrecy to the king and queen moult no feather. I have of late, (but, wherefore, I know not,) lost all my mirth, forgone all custom of exercises: and, indeed, it goes so heavily with my disposition, that this goodly frame, the earth, seems to me a steril promontory: this most excellent canopy, the air, look you, this brave o'er-hanging firmament, this majestical roof fretted with golden fire, why, it appears no other thing to me, than a foul and pestilent congregation of vapours. What a piece of work is a man! How noble in reason! how infinite in faculties! in form, and moving, how express and admirable! in action, how like an angel! in apprehension, how like a god! the beauty of the world! the paragon of animals! And yet, to me, what is this quintessence of dust? man delights not me, nor woman neither; though, by your smiling, you seem to say so.

ROSENCRANTZ.

My lord, there is no such stuff in my thoughts

HAMLET.

Why did you laught then, when I said, *Man delights not me?*

ROSENCRANTZ.

To think, my lord, if you delight not in man, what lenten entertainment the players shall receive from you : we coted them on the way ; and hither are they coming, to offer you service.

HAMLET.

He that plays the king, shall be welcome; his majesty shall have tribute of me : the adventurous knight shall use his foil, and target : the lover shall not sigh gratis ; the humorous man shall end his part in peace : the clown shall make those laugh, whose lungs are tickled o'the sere ; and the lady shall say her mind freely, or the blank verse shall halt for't.—What players are they?

ROSENCRANTZ.

Even those you were wont to take such delight in, the tragedians of the city.

HAMLET.

How chances it, they travel? their residence, both in reputation and profit, was better both ways.

ROSENCRANTZ.

I think, their inhibition comes by the means of the late innovation.

HAMLET.

Do they hold the same estimation they did when I was in the city? Are they so followed?

ROSENCRANTZ.

No, indeed, they are not.

HAMLET.

How comes it? Do they grow rusty?

ROSENCRANTZ.

Nay, their endeavour keeps in the wonted pace : But there is, sir, an aiery of children, little eyases, that cry out on the top of question, and are most tyrannically clapped for't : these are now the fashion ; and so beratile the common stages, (so they call them,) that many, wearing rapiers, are afraid of goose-quills, and dare scarce come thither.

HAMLET.

What, are they children? who maintains them? how are they escoted? Will they pursue the quality no longer than they can sing? will they not say afterwards, if they should

cómicos ordinarios, como parece verosímil que suceda, si carecen de otros medios, ¿no dirán entonces que sus compositores los han perjudicado, haciéndoles declamar contra la profesion misma que han tenido que abrazar después?

RICARDO.

Lo cierto es que han ocurrido ya muchos disgustos por ambas partes, y la nacion ve sin escrúpulo continuarse la discordia entre ellos. Ha habido tiempo en que el dinero de las piezas no se cobraba hasta que el poeta y el cómico reñian y se hartaban de bofetones.

HAMLET.

¿Es posible?

GUILLERMO.

¡Oh si lo es! Como que ha habido ya muchas cabezas rotas.

HAMLET.

Y qué, ¿los chicos han vencido en esas peleas?

RICARDO.

Cierto que sí, y se hubieran burlado del mismo Hércules con maza y todo.

HAMLET.

No es estraño. Ya veis mi tio, rey de Dinamarca. Los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, ahora dan veinte, cuarenta, cincuenta y aun cien ducados por su retrato de miniatura. En esto hay algo que es mas que natural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

GUILLERMO.

Ya están ahí los cómicos.

HAMLET.

Pues, caballeros, muy bien venidos á Elsingor; acercaos aquí, dadme las manos. Las señales de una buena acogida consisten por lo comun en ceremonias y cumplimientos; pero permitid que os trate así, porque os hago saber que yo debo recibir muy bien á los cómicos en lo esterior, y no quisiera que las distinciones que á ellos les haga pareciesen mayores que las que os hago á vosotros. Bien venidos... Pero mi tio padre, y mi madre tia, á fe á fe, que se equivocan mucho.

GUILLERMO.

¿En qué, señor?

HAMLET.

Yo no estoy loco, sino cuando sopla el nornordeste; pero cuando corre el sur, distingo muy bien un huevo de una castaña.

ESCENA IX.

POLONIO Y DICHOS.

POLONIO.

Dios os guarde, señores.

HAMLET.

Oye aquí, Guillermo, y tú tambien..... un oyente á cada lado. ¿Veis aquel vejestorio que acaba de entrar? Pues aun no ha salido de mantillas.

RICARDO.

O acaso habrá vuelto á ellas, porque segun se dice, la vejez es segunda infancia.

HAMLET.

Apostaré que me viene á hablar de los cómicos, tened cuidado.... Pues, señor, tú tienes razon; eso fué el lunes por la mañana, no hay duda.

POLONIO.

Señor, tengo que daros una noticia.

HAMLET.

Señor, tengo que daros una noticia. (*Imitando la voz de Polonio.*) Cuando Roscio era actor en Roma...

POLONIO.

Señor, los cómicos han venido.

HAMLET.

¡Tuh! tuh! tuh!

POLONIO.

Como soy hombre de bien que sí.

grow themselves to common players, (as it is most li if their means are no better,) their writers do them wr to make them exclaim against their own succession?

ROSENCRANTZ.

'Faith, there has been much to do on both sides; the nation holds it no sin, to tarre them on to controve there was, for a while, no money bid for argument, un the poet and the player went to cuffs in the question.

HAMLET.

Is it possible?

GUILDENSTERN.

O, there has been much throwing about of brains.

HAMLET.

Do the boys carry it away?

ROSENCRANTZ.

Ay, that they do, my lord; Hercules and his load t

HAMLET.

It is not very strange: for my uncle is king of Denm and those, that would make mouths at him while m ther lived, give twenty, forty, fifty, an hundred d a-piece, for his picture in little. 'Sblood, there is s thing in this more than natural, if philosophy coul it out.

(*Flourish of trumpets wit*

GUILDENSTERN.

There are the players.

HAMLET.

Gentlemen, you are welcome to Elsinore.—Your han Come then: the appurtenance of welcome is fashio ceremony: let me comply with you in this garb; le extent to the players, which, I tell you, must shew outward, should more appear like entertainment yours. You are welcome; but my uncle-father, and mother, are deceived.

GUILDENSTERN.

In what, my dear lord?

HAMLET.

I am but mad north-north-west: when the Wi southerly, I know a hawk from a hand-saw.

Enter Polonius.

POLONIUS.

Well be with you, gentlemen!

HAMLET.

Hark you, Guildenstern?—and you, too;—at each hearer: that great baby, you see there, is not yet o his swaddling-clouts.

ROSENCRANTZ.

Happily, he's the second time come to them; for, say, an old man, is twice a child.

HAMLET.

I will prophesy, he comes to tell me of the players; it.—You say right, sir: o'Monday morning; 'twas indeed.

POLONIUS.

My lord, I have news to tell you.

HAMLET.

My lord, I have news to tell you. When Roscius w actor in Rome.—

POLONIUS.

The actors are come hither, my lord.

HAMLET.

Buz, buz!

POLONIUS.

Upon my honour,—

HAMLET.

Cada actor viene caballero en burro.
(*Hamlet declama este verso en tono trágico y los que dice poco después.*)

POLONIO.

Estos son los mas escelentes actores del mundo, así en la tragedia (16) como en la comedia, historia ó pastoral, en lo cómico-pastoral, histórico-pastoral, trágico-histórico, trági-cómico-histórico-pastoral, escena (17) indivisible, poema ilimitado..... ¡Qué! Para ellos ni Séneca es demasiado grave, ni Plauto demasiado lijero, y en cuanto á las reglas de composicion y á la franqueza cómica, estos son los únicos.

HAMLET.

¡Oh Jepté, juez de Israel!...

¡Qué tesoro poseiste!

POLONIO.

¿Y qué tesoro era el suyo, señor?

HAMLET.

¿Qué tesoro?

No mas que una hermosa hija
A quien amaba en estremo.

POLONIO.

Siempre pensando en mi hija.

HAMLET.

¿No tengo razon, anciano Jepté?

POLONIO.

Señor, si me llamais Jepté, cierto es que tengo una hija á quien amo en estremo.

HAMLET.

¡Oh! no es eso lo que se sigue.

POLONIO.

Pues ¿qué sigue, señor?

HAMLET.

Esto:

No hay mas suerte que Dios, ni mas destino.

Y luego, ya sabes:

Que cuanto nos sucede él lo previno.

Lee la primera (18) línea de aquella devota cancion, y ella sola te manifestará lo demás. Pero, ¿veis? Ahí vienen otros á hablar por mí.

ESCENA X.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, POLONIO Y CUATRO CÓMICOS.

HAMLET.

Bien venidos, señores; me alegro de veros á todos tan buenos. Bien venidos..... ¡Oh! ¡oh camarada antiguo! mucho se te ha arrugado la cara desde la última vez que te ví. ¿Vienes á Dinamarca á hacerme parecer viejo á mi tambien? ¡Y tú, mi niña, oiga! ya eres una señorita; por la Vírgen, que ya está vuesarced una cuarta mas cerca del cielo desde que no la he visto. Dios (19) quiera que tu voz, semejante á una pieza de oro falso, no se descubra al echarla en el crisol. Señores, muy bien venidos todos. Pero amigos, yo voy en derechura al caso, y corro detrás del primer objeto que se me presenta, como halconero francés. Yo quiero al instante una relacion. Sí, veamos alguna prueba de vuestra habilidad. Vaya un pasaje afectuoso.

CÓMICO PRIMERO.

¿Y cuál quereis, señor?

HAMLET.

Me acuerdo de haberte oido en otro tiempo una relacion que nunca se ha representado al público, ó una sola vez cuando mas... Sí, y me acuerdo tambien que no agradaba á la multitud; no era ciertamente manjar para el vulgo. Pero á mí me pareció entonces, y aun á otros cuyo dictámen vale mas que el mio, una escelente pieza, bien

HAMLET.

Then came each actor on his ass,—

POLONIUS.

The best actors in the world, either for tragedy, comedy, history, pastoral, pastoral-comical, historical-pastoral, tragical-historical, tragical-comical-historical-pastoral, scene individable, or poem unlimited: Seneca cannot be too heavy, nor Plautus too light. For the law of writ and the liberty, these are the only men.

HAMLET.

O Jephthah, judge of Israel,—what a treasure hadst thou!

POLONIUS.

What a treasure had he, my lord?

HAMLET.

Why — *One fair daughter, and no more,*
The which he loved passing well.

POLONIUS.

Still on my daughter. *(Aside.)*

HAMLET.

Am I not i'the right, old Jephthah?

POLONIUS.

If you call me Jephthah, my lord, I have a daughter that I love passing well.

HAMLET.

Nay, that follows not.

POLONIUS.

What follows then, my lord?

HAMLET.

Why, *As by lot, God wot,* and then; you know, *It came to pass, as most like it was,*—The firts row of the pious chanson will shew you more; for look, my abridgment comes.

Enter four or five Players.

You are welcome, masters; welcome, all:—I am glad to see thee well:—welcome, good friends.— O, old friend? Why, thy face is valanced since I saw thee last; Com'st thou to beard me in Denmark?—What! my young lady and mistress! By'r lady, your ladyship is nearer to heaven, than when I saw you last, by the altitude of a chopine. Pray God, your voice, like a piece of uncurrent gold, be not cracked within the ring.—Masters, you are all welcome. We'll e'en to it like French falconers, fly at any thing we see: We'll have a speech straight: Come, give us a taste of your quality; come, a passionate speech.

1 PLAYER.

What speech, my lord?

HAMLET.

I heard thee speak me a speech once,—but it was never acted; or, if it was, not above once: for the play, I remember, pleased not the million; 'twas caviare to the general: but it was (as I received it, and others, whose judgments, in such matters, cried in the top of mine,) an excellent play; well digested in the scenes, set down with as much modesty as cunning. I remember, one said, there were no salleds in the lines, to make the matter savoury;

dispuesta la fábula, y escrita con elegancia y decoro. No faltó sin embargo quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, y que lo insignificante del estilo anunciaba poca sensibilidad en el autor; bien que no dejaban de tenerla por obra escrita con método, instructiva y elegante, y mas brillante que delicada. Particularmente me gustó mucho en ella una relacion que Eneas hace á Dido, y sobre todo cuando habla de la muerte de Príamo. Si la tienes en la memoria... empieza por aquel verso... deja, deja, veré si me acuerdo.

Pirro feroz como la hircana tigre.......

(*Todos los versos de esta escena los dicen con declamacion trágica.*)

No es este; pero empieza con Pirro... ¡ah!...

Pirro (20) feroz, con pavonadas armas,
Negras como su intento, reclinado
Dentro en los senos del caballo enorme,
A la lóbrega noche parecia.
Ya su terrible, ennegrecido aspecto
Mayor espanto da. Todo le tiñe
De la cabeza al pié caliente sangre
De ancianos y matronas, de robustos
Mancebos y de virgenes, que abrasa
El fuego de inflamados edificios
En confuso monton; á cuya horrenda
Luz que despiden, el caudillo insano
Muerte y estrago esparce. Ardiendo en ira,
Cubierto de cuajada sangre, vuelve
Los ojos, al carbunclo semejantes,
Y busca, instado de infernal venganza,
Al viejo abuelo Príamo.....

Prosigue tú.

POLONIO.

¡Muy bien declamado, á fe mia! con buen acento y bella espresion.

CÓMICO PRIMERO.

Al momento
Le ve lidiando, ¡resistencia breve!
Contra los griegos; su temida espada
Rebelde al brazo ya, le pesa inútil.
Pirro, de furias lleno, le provoca
A liza desigual; herirle intenta,
Y el aire solo del funesto acero
Postra al débil anciano. Y cual si fuese
A tanto golpe el Ilion sensible,
Al suelo desplomó sus techos altos,
Ardiendo en llamas, y al rumor suspenso.
Pirro.... ¿Le veis? la espada que venia
A herir del teucro la nevada frente
Se detiene en los aires, y él inmoble,
Absorto y mudo y sin accion su enojo,
La imagen de un tirano representa
Que figuró el pincel. Mas como suele
Tal vez el cielo en tempestad oscura
Parar su movimiento, de los aires
El ímpetu cesar, y en silenciosa
Quietud de muerte reposar el orbe,
Hasta que el trueno, con horror zumbando,
Rompe la alta region; así un instante
Suspensa fué la cólera de Pirro,
Y así, dispuesto á la venganza, el duro
Combate renovó. No mas tremendo
Golpe en las armas de Mavorte eternas
Dieron jamas los ciclopes tostados,
Que sobre el triste anciano la cuchilla
Sangrienta dió del sucesor de Aquiles.
¡Oh fortuna falaz!.... Vos, poderosos
Dioses, quitadla su dominio injusto;
Romped los rayos de su rueda y calces,
Y el eje circular desde el Olimpo
Caiga en pedazos del abismo al centro.

POLONIO.

Es demasiado largo.

HAMLET.

Lo mismo dirá de tus barbas el barbero. Prosigue. Este solo gusta de ver bailar ó de oir cuentos de alcahuetas, o si no se duerme. Prosigue con aquello de Hécuba.

nor no matter in the phrase, that might indite th of affection: but called it, an honest method, as some as sweet, and by very much more handso fine. One speech in it I chiefly lov'd: 'twas Æn to Dido; and thereabout of it especially, where h of Priam's slaughter. If it live in your memory, this line; let me see, let me see;

The rugged Pyrrhus, like the Hyrcanian beast,
'tis not so; it begins with Pyrrhus.

The rugged Pyrrhus,—he, whose sable arms,
Black as his purpose, did the night resemble,
When he lay couched in the ominous horse,
Hath now this dread and black complexion sme
With heraldry more dismal; head to foot
Now is he total gules; horridly trick'd
With blood of fathers, mothers, daughters, sons
Bak'd and impasted with the parching streets,
That lend a tyrannous and a damned light
To their lord's murder. Roasted in wrath, and
And thus o'er-sized with coagulate gore,
With eyes like carbuncles, the hellish Pyrrhus
Old grandsire Priam seeks;—So, proceed you.

POLONIUS.

'Fore God, my lord, well spoken; with good acc good discretion.

1 PLAYER.

Anon he finds him
Striking too short at Greeks; his antique sword,
Rebellious to his arm, lies where it falls,
Repugnant to command. Unequal match'd,
Pyrrhus ad Priam drives; in rage, strikes wide;
But with the whiff and wind of his fell sword
The unnerved father falls. Then senseless Ilium,
Seeming to feel this blow, with flaming top
Stoops to his base; and with a hideous crash
Takes prisoner Pyrrhus' ear: for, lo! his sword
Which was declining on the milky head
Of reverend Priam, seem'd in the air to stick:
So, as a painted tyran, Pyrrus stood;
And, like a neutral to his will and matter,
Did nothing
But, as ve often see, against some storm,
A silence in the heavens, the rack stands still,
The bold winds speechless, and the orb below
As hush as death: anon the dreadful thunder
Doth rend the region: So, after Pyrrus' pause,
A roused vengeance sets him new a work;
And never did the Cyclops' hammers fall
On Mars's armour, forg'd for proof eterne,
With less remorse than Pyrrhus' bleeding sword
Now falls on Priam.—
Out, out, thou strumpet, Fortune! All you gods,
In general synod, take away her power,
Break all the spokes and fellies from her wheel,
And bowl the round nave down the hill of heaven,
As low as to the fiends!

POLONIUS.

This is too long.

HAMLET.

It shall to the barber's, with your beard.—Pr'ythee on: — He's for a jig, or a tale of bawdry, or he sle say on: come to Hecuba.

CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida reina.....

HAMLET.

¡La mal ceñida Reina!

POLONIO.

Eso es bueno, mal ceñida reina, ¡bueno!

CÓMICO PRIMERO.

Pero quien viese, ¡oh vista dolorosa!
La mal ceñida reina, el pié desnudo,
Girar de un lado al otro, amenazando
Estinguir con sus lagrimas el fuego....
En vez de vestidura rozagante
Cubierto el seno, harto fecundo un dia,
Con las ropas del lecho arrebatadas
(Ni á mas la dió lugar el susto horrible),
Rasgado un velo en su cabeza, donde
Antes resplandeció corona augusta.....
¡Ay! quien la viese, á los supremos hados
Con lengua venenosa execraria.
Los dioses mismos, si á piedad les mueve
El linaje mortal, dolor sintieran
De verla, cuando al implacable Pirro
Halló esparciendo en trozos con su espada
Del muerto esposo los helados miembros.
Lo ve, y esclama con gemido triste,
Bastante á conturbar allá en su altura
Las deidades de olimpo, y los brillantes
Ojos del cielo humedecer en lloro.

POLONIO.

Ved cómo muda de color, y se le han saltado las lágrimas. No, no prosigais.

HAMLET.

Basta ya, presto me dirás lo que falta. Señor mio, es menester hacer que estos cómicos se establezcan, ¿lo entiendes? y agasajarlos bien. Ellos son sin duda el epítome histórico de los siglos, y mas te valdrá tener despues de muerto un mal epitafio, que una mala reputacion entre ellos mientras vivas.

POLONIO.

Yo, señor, los trataré conforme á sus méritos.

HAMLET.

¡Qué cabeza esta! No, señor, mucho mejor. Si á los hombres se les hubiese de tratar segun merecen, ¿quién escaparia de ser azotado? Trátalos como corresponde á tu nobleza y á tu propio honor; cuanto menor sea su mérito, mayor sea tu bondad. Acompáñalos.

POLONIO.

Venid, señores.

HAMLET.

Amigos, id con él. Mañana habrá comedia. Oye aquí tú, amigo, dime, ¿no pudierais representar *la Muerte de Gonzago?*

CÓMICO PRIMERO.

Si, señor.

HAMLET.

Pues mañana á la noche quiero que se haga. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria unos doce ó diez y seis versos que quiero escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

CÓMICO PRIMERO.

Sí, señor.

HAMLET.

Muy bien; pues vete con aquel caballero, y cuenta no hagais burla de él. Amigos, hasta la noche. Pasadlo bien.

RICARDO.

Señor.

HAMLET.

Id con Dios.

ESCENA XI.

HAMLET.

Ya estoy solo. ¡Qué abatido, qué insensible soy! ¿No es admirable que este actor, en una fábula, en una ficcion, pueda dirigir tan á su placer el ánimo, que así agite y des-

1 PLAYER.

But who, ah woe! had seen the mobled queen—

HAMLET.

The mobled queen?

POLONIUS.

That's good; mobled queen, is good.

1 PLAYER.

Run barefoot up and down, threat'ning the flames
With bisson rheum; a clout upon that head,
Where late the diadem stood; and, for a robe,
About her lank and all o'er-teeming loins,
A blanket, in the alarm of fear caught up;
Who this had seen, with tongue in venom steep'd,
'Gainst fortune's state would treason have pronounc'd:
But if the gods themselves did see her then,
When she saw Pyrrhus make malicious sport,
In mincing with his sword her husband's limbs;
The instant burst of clamour that she made,
(Unless things mortal move them not at all,)
Woul have made milch the burning eye of heaven,
And passion in the gods.

POLONIUS.

Look, whether he has not turned his colour, and has tears in's eyes. — Pr'ythee, no more.

HAMLET.

'Tis well; I'll have thee speak out the rest of this soon. —Good my lord, will you see the players well bestowed? Do you hear, let them be well used; for they are the abstract, and brief chronicles, of the time: After your death you were better have a bad epitaph, than their ill report while you live.

POLONIUS.

My lord, I will use them according to their desert.

HAMLET.

Odd's bodikin, man, much better: Use every man after his desert, and who shall 'scape whipping? Use them after your own honour and dignity: The less they deserve, the more merit is in your bounty. Take them in.

POLONIUS.

Come, sirs.

(Exit Polonius, with some of the Players.

HAMLET.

Follow him, friends: we'll hear a play tomorrow. — Dost thou hear me, old friend; can you play the murder of Gonzago?

1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

We'll have it to-morrow night. You could, for a need, study a speech of some dozen or sixteen lines, which I would set down, and insert in't? could you not?

1 PLAYER.

Ay, my lord.

HAMLET.

Very well. — Follow that lord; and look you mock him not. [*Exit Player.*] My good friends, *(To Ros. and Guil.)* I'll leave you till night: you are welcome to Elsinore.

ROSENCRANTZ.

Good my lord! *(Exeunt Ros. and Guild.)*

HAMLET.

Ay, so, God be wi' you: — Now I am alone.
O, what a rogue and peasant slave am I
Is it not monstrous, that this player here,
But in a fiction, in a dream of passion,

figure el rostro en la declamacion, vertiendo de sus ojos lágrimas, débil la voz, y todas sus acciones tan acomodadas a lo que quiere espresar? Y esto por nadie: por Hécuba. ¿Y quién es Hécuba para él, ó él para ella, que así llora sus infortunios? Pues ¡qué no haria si él tuviese los tristes motivos de dolor que yo tengo! Inundaria el teatro con llanto, su terrible acento conturbaria á cuantos le oyesen, llenaria de desesperacion al culpado, de temor al inocente, al ignorante de confusion, y sorprenderia con asombro la facultad de los ojos y los oidos. ¡Pero yo, miserable, sin vigor y estúpido, sueño adormecido, permanezco mudo, y miro con tal indiferencia mis agravios! Qué, ¿nada merece un rey con quien se cometió el mas atroz delito para despojarle del cetro y la vida? ¿Soy cobarde yo? ¿Quién se (21) atreve á llamarme villano, ó á insultarme en mi presencia, arrancarme la barba, soplármela al rostro, asirme de la nariz, ó hacerme tragar lejía que me llegue al pulmon? ¿Quién se atreve á tanto? ¿Seria yo capaz de sufrirlo? Sí, que no es posible sino que yo sea como la paloma, que carece de hiel, incapaz de acciones crueles; á no ser esto, ya se hubieran cebado los milanos del aire en los despojos de aquel indigno, deshonesto, homicida, pérfido seductor, feroz malvado, que vive sin remordimientos de su culpa. Pero ¿por qué he de ser tan necio? ¿Será generoso proceder el mio, que yo, hijo de un querido padre (de cuya muerte alevosa el cielo y el infierno mismo me piden venganza), afeminado y débil desahogue con palabras el corazon, prorumpa en execraciones vanas como una prostituta (22) vil ó un pillo de cocina? ¡Ah! no, ni aun solo imaginarlo. ¡Eh!... Yo he oido que tal vez asistiendo á una representacion hombres muy culpados, han sido heridos en el alma con tal violencia por la ilusion del teatro, que á vista de todos han publicado sus delitos; que la culpa, aunque sin lengua, siempre se manifestará por medios maravillosos. Yo haré que estos actores representen delante de mi tio algun pasaje que tenga semejanza con la muerte de mi padre. Yo le heriré en lo mas vivo del corazon, observaré sus miradas; si muda (23) de color, si se estremece, ya sé lo que me toca hacer. La aparicion que ví pudiera ser un espíritu del infierno. Al demonio no le es difícil presentarse bajo la mas agradable forma; sí, y acaso como él es tan poderoso sobre una imaginacion perturbada, valiéndose de mi propia debilidad y melancolía, me engaña para perderme. Yo voy á adquirir pruebas mas sólidas, y esta representacion ha de ser el lazo en que se enrede la conciencia del rey.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Galería de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¿Y no os fué posible indagar en la conversacion que con él tuvisteis, de qué nace aquel desórden de espíritu que tan cruelmente altera su quietud con turbulenta y peligrosa demencia?

RICARDO.

El mismo reconoce los estravíos de su razon, pero no ha querido manifestarnos el origen de ellos.

GUILLERMO.

Ni le hallamos en disposicion de ser examinado, porque siempre huye de la cuestion con un rasgo de locura, cuando ve que le conducimos al punto de descubrir la verdad.

GERTRUDIS.

¿Fuisteis bien recibidos de el?

RICARDO.

Con mucha cortesía.

Could force his soul to his own conceit,
That from her working, all his visage wann'd;
Tears in his eyes, distraction in's aspect,
A broken voice, and his whole function suiting
With forms to his conceit? And all for nothing?
For Hecuba!
What's Hecuba to him 'or he to Hecuba,
That he should weep for her? What would he do,
Had he the motive, and the cue for passion,
That I have? He would drown the stage with tears,
And cleave the general ear with horrid speech;
Make mad the guilty, and appal the free,
Confound the ignorant, and amaze, indeed,
The very faculties of eyes and ears.
Yet I,
A dull and muddy-mettled rascal, peak,
Like John a-dreams, unpregnant of my cause,
And can say nothing; no, not for a king,
Upon whose property, and most dear life,
A damn'd defeat was made. Am I a coward?
Who calls me villain? breaks my pate across;
Plucks off my beard, and blows it in my face?
Tweaks me by the nose? gives me the lie i'the throat
As deep as to the lungs? Who does me this?
Ha!
Why, I should take it: for it cannot be,
But I am pigeon-liver'd, and lack gall
To make oppression bitter: or, ere this,
I should have fatted all the region kites
With this slave's offal: Bloody, bawdy villain!
Remorseless, treacherous, lecherous, kindless villain!
Why, what an ass am I? This is most brave;
That I, the son of a dear father murder'd,
Prompted to my revenge by heaven and hell,
Must, like a whore, unpack my heart with words
And fall a cursing, like a very drab,
A scullion!
Fie upon't! foh! About my brains! Humph! I have heard
That guilty creatures, sitting at a play,
Have by the very cunning of the scene
Been struck so to the soul, that presently
They have proclaim'd their malefactions;
For murder, though it have no tongue, will speak
With most miraculous organ. I'll have these players
Play something like the murder of my father,
Before mine uncle: I'll observe his looks;
I'll tent him to the quick; if he do blench,
I know my course. The spirit, that I have seen,
May be a devil; and the devil hath power
To assume a pleasing shape; yea, and, perhaps,
Out of my weakness, and my melancholy,
(As he is very potent with such spirits,)
Abuses me to damn me: I'll have have grounds
More relative than this: the play's the thing,
Wherein I'll catch the conscience of the king.

ACT III.

SCENE I.

A Room in the Castle.

Enter King, Queen, POLONIUS, OPHELIA, ROSENCRANTZ, *and* GUILDENSTERN.

KING.

And can you, by no drift of conference,
Get from him, why he puts on this confusion;
Grating so harshly all his days of quiet
With turbulent and dangerous lunacy?

ROSENCRANTZ.

He does confess, he feels himself distracted:
But from what cause he will by no means speak.

GUILDENSTERN.

Nor do we find him forward to be sounded;
But, with a crafty madness, keeps aloof,
When we would bring him on to some confession
Of his true state.

QUEEN.

Did he receive you well?

ROSENCRANTZ.

Most like a gentleman.

GUILLERMO.

se le conocia una cierta sujecion.

RICARDO.

…untó poco, pero respondia à todo con prontitud.

GERTRUDIS.

…abeis convidado para alguna diversion?

RICARDO.

…eñora, porque casualmente habíamos encontrado …mpañia de cómicos en el camino: se lo dijimos, y … complacencia al oirlo. Están ya en la corte, y creo …nen órden de representarle esta noche una pieza.

POLONIO.

…es la verdad, y me ha encargado de suplicar à …I. que asistan a verla y oirla.

CLAUDIO.

…mucho gusto: me complace en estremo saber que …l inclinacion. Vosotros, señores, escitadle à ella, …did su propension à este género de placeres.

RICARDO.

…o haremos.

ESCENA II.

…LAUDIO, GERTRUDIS, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

…i amada Gertrudis, deberás tambien retirarte, por… …mos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si …asualidad, encuentre á Ofelia. Su padre (1) y yo, … los mas aptos para el fin, nos colocaremos donde … sin ser vistos: así podremos juzgar de lo que en… …os pase, y en las acciones y palabras del príncipe …remos si es pasion de amor el mal de que adolece.

GERTRUDIS.

…à obedeceros; y por mi parte, Ofelia, ¡oh, cuánto …a que tu rara hermosura fuese el dichoso origen de …encia de Hamlet! Entonces yo deberia esperar que …ndas amables pudieran para vuestra mutua felici… …tituirle su salud perdida.

OFELIA.

…eñora, tambien quisiera que fuese así.

ESCENA III.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

POLONIO.

…te por aquí, Ofelia. Si V. M. gusta, podemos …tarnos. Haz que lees en este libro (*dándola un* … esta ocupacion disculpará la soledad del sitio... …a es por cierto en que tenemos mucho de que acu… … ¡Cuántas veces con el semblante de la devocion …riencia de acciones piadosas engañamos al diablo …!

CLAUDIO.

…siado cierto es..... (*Ap.* ¡Qué cruelmente ha …esa reflexion mi conciencia! El rostro de la mere… …rmoseada con el arte, no es mas feo despojado de …tes, que lo es mi delito disimulado en palabras trai… …Oh, qué pesada carga me oprime!)

POLONIO.

…siento llegar, señor; conviene retirarnos.

ESCENA IV.

HAMLET, OFELIA.

…t dirá este monólogo, creyéndose solo. Ofelia à un estremo del teatro lee.)

HAMLET.

…ir (2) ó no existir, esta es la cuestion. ¿Cuál es …na accion del ánimo: sufrir los tiros penetrantes …rtuna injusta, ú oponer los brazos à este torrente …nidades, y darlas fin con atrevida resistencia? Mo… …lormir. ¿No mas? ¿Y por un sueño, diremos, las …nes se acabaron y los dolores sin número, patrimo… …uestra débil naturaleza?... Este es un término que …mos solicitar con ansia. Morir es dormir..... y tal

GUILDENSTERN.

But with much forcing of his disposition.

ROSENCRANTZ.

Niggard of question; but, of our demands,
Most free in his reply.

QUEEN.

Did you assay him
To any pastime?

ROSENCRANTZ.

Madam, it so fell out, that certain players
We o'er-raught on the way: of these we told him;
And there did seem in him a kind of joy
To hear of it: they are about the court;
And, as I think, they have already order
This night to play before him.

POLONIUS.

'Tis most true:
And he beseech'd me to entreat your majesties,
To hear and see the matter.

KING.

With all my heart; and it doth much content me,
To hear him so inclin'd.
Good gentlemen, give him a further edge,
And drive his purpose on to these delights.

ROSENCRANTZ.

We shall, my lord. *(Exeunt Ros. and Guild.*

KING.

Sweet Gertrude, leave us too:
For we have closely sent for Hamlet hither;
That he, as 'twere by accident, may here
Affront Ophelia:
Her father, and myself (lawful espials,)
Will so bestow ourselves, that, seeing, unseen,
We may of their encounter frankly judge;
And gather by him, as he is behav'd,
If't be the affliction of his love, or no,
That thus he suffers for.

QUEEN.

I shall obey you:
And, for your part, Ophelia, I do wish,
That your good beauties be the happy cause
Of Hamlet's wildness: so shall I hope, your virtues
Will bring him to his wonted way again,
To both your honours.

OPHELIA.

Madam, I wish it may.
(Exit Queen.

POLONIUS.

Ophelia, walk you here:—Gracious, so please you,
We will bestow ourselves:— Read on this book;
(To Ophelia.)
That show of such an exercise may colour
Your loneliness.—We are oft to blame in this,—
'Tis too much proved,—that, with devotion's visage,
And pious action, we do sugar o'er
The devil himself.

KING.

O, 'tis too true! how smart
A lash that speech doth give my conscience!
The harlot's cheek, beautied with plast'ring art,
Is not more ugly to the thing that helps it,
Than is my deed to my most painted word:
O heavy burden! *(Aside.)*

POLONIUS.

I hear him coming; let's withdraw, my lord.
(Exeunt King and Polonius.

Enter HAMLET.

HAMLET.

To be, or not to be, that is the question:—
Whether 'tis nobler in the mind, to suffer
The slings and arrows of outrageous fortune;
Or to take arms against a sea of troubles,
And, by opposing, end them?—To die,—to sleep.—

vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo; porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando háyamos abandonado este despojo mortal, es razon harto poderosa para detenernos. Esta es la consideracion que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaria la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres mas indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con solo un puñal? ¿Quién podria tolerar tanta opresion, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa mas allá de la muerte (aquel pais desconocido, de cuyos límites ningun caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir á buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta prevision nos hace á todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia por esta sola consideracion mudan camino, no se ejecutan, y se reducen á designios vanos. Pero... ¡la hermosa Ofelia! Graciosa niña, espero que mis defectos no serán olvidados en tus oraciones.

OFELIA.

¿Cómo os habeis sentido, señor, en todos estos dias?

HAMLET.

Muchas gracias. Bien.

OFELIA.

Conservo en mi poder algunas espresiones vuestras que deseo restituiros mucho tiempo ha, y os pido que ahora las tomeis.

HAMLET.

No, yo (3) nunca te dí nada.

OFELIA.

Bien sabeis, señor, que os digo verdad..... Y con ellas me disteis palabras de tan suave aliento compuestas, que aumentaron con estremo su valor; pero ya disipado aquel perfume, recibidlas, que un alma generosa considera como viles los mas opulentos dones, si llega á entibiarse el afecto de quien los dió. Vedlos aquí.

(Presentándole algunas joyas. Hamlet rehusa tomarlas.)

HAMLET.

¡Oh! ¡oh! ¿Eres honesta?

OFELIA.

Señor.....

HAMLET.

¿Eres hermosa?

OFELIA.

¿Qué pretendeis decir con eso?

HAMLET.

Que si eres honesta y hermosa, no debes consentir que tu honestidad trate con tu belleza.

OFELIA.

¿Puede acaso tener la hermosura mejor compañera que la honestidad?

HAMLET.

Sin duda ninguna. El poder de la hermosura convertirá a la honestidad en una alcahueta, antes que la honestidad logre dar á la hermosura su semejanza. En otro tiempo se tenia esto por una paradoja; pero en la edad presente es cosa probada... Yo te queria antes, Ofelia.

OFELIA.

Así me lo dabais á entender.

HAMLET.

Y tú no debieras haberme creido, porque nunca puede la virtud injerirse tan perfectamente en nuestro endurecido tronco, que nos quite aquel resquemo original..... Yo no te he querido nunca.

OFELIA.

Muy engañada estuve.

No more;—and, by a sleep, to say we end
The heart ache, and the thoussand natural shoc
That flesh is heir to,—'tis a consummation
Devoutly to be wish'd. To die?—to sleep?—
To sleep! perchance to dream;—ay, there's the r
For in that sleep of death what dreams may com
When we have shuffled off this mortal coil,
Must give us pause: there's the respect,
That makes calamity of so long life:
For who would bear the whips and scorns of tim
The oppressor's wrong, the proud man's contum
The pangs of despis'd love, the law's delay,
The insolence of office, and the spurns
That patient merit of the unworthy takes,
When he himself might his quietus make
With a bare bodkin? who would fardels bear,
To grunt and sweat under a weary life;
But that the dread of something after death,—
The undiscover'd country, from whose bourn
No traveller returns,—puzzles the will;
And makes us rather bear those ills we have,
Than fly to others that we know not of?
Thus conscience does make cowards of us all:
And thus the native hue of resolution
Is sicklied o'er with the pale cast of thought;
And enterprises of great pith and moment,
With this regard, their currents turn awry,
And lose the name of action.—Soft you, now!
The fair Ophelia:—Nymph, in thy orisons
Be all my sins remember'd.

OPHELIA.

Good my lord,
How does your honour for this many a day?

HAMLET.

I humbly thank you; well.

OPHELIA.

My lord, I have remembrances of yours,
That I have longed long to re-deliver;
I pray you, now receive them.

HAMLET.

No, not I;
I never gave you aught.

OPHELIA.

My honourd'd lord, you know right well you
And, with them, words of so sweet breath com
As made the things more rich: their perfume lo
Take these again; for to the noble mind,
Rich gifts wax poor, when givers prove unkind.
There, my lord.

HAMLET.

Ha, ha! are you honest?

OPHELIA.

My lord?

HAMLET.

Are you fair?

OPHELIA.

What means your lordship?

HAMLET.

That if you be honest, and fair, you should a
discourse to your beauty.

OPHELIA.

Could beauty, my lord, have better commer
with honesty?

HAMLET.

Ay, truly; for the power of beauty will sooner
form honesty from what it is to a bawd, than th
of honesty can translate beauty into his likenes
was some time a paradox, but now the time g
proof. I did love you once.

OPHELIA.

Indeed, my lord, you made me believe so.

HAMLET.

You should not have believed me; for virtue ca
inoculate our old stock, but we shall relish of it:
you not.

OPHELIA.

I was the more deceived.

HAMLET.

e á un convento: ¿para qué te has de esponer 'e de hijos pecadores? Yo soy medianamente ro al considerar algunas cosas de que puedo sería mejor que mi madre no me hubiese pa- ›y muy soberbio, vengativo, ambicioso, con mas ›bre mi cabeza que pensamientos para espli- tasía para darles forma, ni tiempo para llevar- ıcion. ¿A qué fin los miserables como yo han de ıstrados entre el cielo y la tierra? Todos somos ıalvados: no creas á ninguno de nosotros; vete, convento... ¿En dónde está tu padre?

OFELIA.

está, señor.

HAMLET.

s que cierren bien todas las puertas, para que ıacer locuras las haga dentro de su casa. Adios.

(Hace que se va, y vuelve.)

OFELIA.

buen Dios, favorecedle!

HAMLET.

sas, quiero darte esta maldicion en dote. Aun- un hielo en la castidad, aunque seas tan pura ieve, no podrás librarte de la calumnia. Vete á ıto. Adios. Pero... escucha: si tienes necesidad :, cásate con un tonto; porque los hombres avi- en muy bien que vosotras los convertís en fie- :onvento, y pronto. Adios.

(Hace que se va, y vuelve.)

OFELIA.

o con su poder le alivie!

HAMLET.

hablar mucho de vuestros afeites y embelecos. .leza os dió una cara, y vosotras os haceis otra Con esos brinquillos, ese pasito corto, ese ha- do, pasais por inocentes y convertís en gracia lefectos mismos. Pero no hablemos mas de esta que me ha hecho perder la razon... Digo solo que adelante no habrá mas casamientos; los que ya ıados (esceptuando uno) permanecerán así; los uedarán solteros... Vete al convento, vete.

ESCENA V.

OFELIA.

ıé trastorno ha padecido esa alma generosa! La on del cortesano, la lengua del sabio, la espada ero, la esperanza y delicias del estado, el espejo ura, el modelo de la gentileza que estudiaban dvertidos, todo, todo se ha aniquilado. Y yo, la ɔnsolada é infeliz de las mujeres, que gusté al- ı miel de sus promesas suaves, veo ahora aquel sublime entendimiento desacordado, como la sonora que se hiende, aquella incomparable pre- quel semblante de florida juventud, alterado con . ¡Oh, cuánta, cuánta es mi desdicha de haber ue ví, para ver ahora lo que veo!

ESCENA VI.

CLAUDIO, POLONIO, OFELIA.

CLAUDIO.

! Qué! No van por ese camino sus afectos; ni en dicho, aunque algo falto de órden, hay nada que ɔcura. Alguna idea tiene en el ánimo que cubre y su melancolía, y recelo que ha de ser un mal el produzca. A fin de prevenirlo, he resuelto que ntamente para Inglaterra á pedir en mi nombre dos tributos. Acaso el mar y los paises diferentes ɔn la variedad de objetos alejar esta pasion que sea la que fuere, sobre la cual su imaginacion golpea. ¿Qué te parece?

HAMLET.

Get thee to a nunnery; why would'st thou be a breeder of sinners? I am myself indifferent honest; but yet I could accuse me of such things, that it were better my mother had not borne me. I am very proud, revengeful, ambitious; with more offences at my beck, than I have thoughts to put them in, imagination to give them shape, or time to act them in. What should such fellows as I do crawling between earth and heaven! We are arrant knaves, all; believe none of us: Go thy ways to a nunnery. Where's your father?

OPHELIA.

At home, my lord.

HAMLET.

Let the doors be shut upon him; that he may play the fool no where but in's own house. Farewell.

OPHELIA.

O, help him, you sweet heavens!

HAMLET.

If thou dost marry, I'll give thee this plague for thy dowry; Be thou as chaste as ice, as pure as snow, thou shalt not escape calumny. Get thee to a nunnery; farewell. Or, if thou wilt needs marry, marry a fool; for wise men know well enough, what monsters you make of them. Go a nunnery, go; and quickly too. Farewell.

OPHELIA.

Heavenly powers, restore him!

HAMLET.

I have heard of your paintings too, well enough; God hath given you one face, and you make yourselves another: you jig, you amble, and you lisp, and nick-name God's creatures, and make your wantonness your ignorance: Go to; I'll no more of't; it hath made me mad. I say, we will have no more marriages: those that are married already, all but one, shall live; the rest shall kepp as they are. To a nunnery, go. *(Exit.*

OPHELIA.

O, what a noble mind is here o'erthrown!
The courtier's, soldier's, scholar's eye, tongue, sword:
The expectancy and rose of the fair state,
The glass of fashion, and the mould of form,
The observ'd of all observers! quite, quite down!
And I, of ladies most deject and wretched,
That suck'd the honey of his music vows,
Now see that noble and most sovereign reason,
Like sweet bells jangled, out of tune and harsh;
That unmatch'd form and feature of blown youth,
Blasted with ecstasy: O, woe is me!
To have seen what I have seen, see what I see!

Re-enter King and Polonius.

KING.

Love! his affections do not that way tend;
Nor what he spake, though it lack'd form a little,
Was not like madness. There's something in his soul,
O'er which his melancholy sits on brood;
And, I do doubt, the hatch, and the disclose,
Will be some danger. Which, for to prevent,
I have, in quick determination,
Thus set it down: He shall with speed to England,
For the demand of our neglected tribute:
Haply, the seas, and countries different,
With variable objects, shall expel
This something-settled matter in his heart;
Whereon his brains still beating, puts him thus
From fashion of himself. What think you on't?

POLONIO.

Que así es lo mejor. Pero yo creo, no obstante, que el origen y principio de su afliccion provengan de un amor mal correspondido. Tú, Ofelia, no hay para qué nos cuentes lo que te ha dicho el príncipe, que todo lo hemos oido.

ESCENA VII.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

Haced lo que os parezca, señor; pero si lo juzgais á propósito, seria bien que la reina retirada á solas con él, luego que se acabe el espectáculo, le inste á que la manifieste sus penas, hablándole con entera libertad. Yo, si lo permitís, me pondré en paraje de donde pueda oir toda la conversacion. Si no logra su madre descubrir este arcano, enviadle á Inglaterra, ó desterradle adonde vuestra prudencia os dicte.

CLAUDIO.

Así se hará. La locura de los poderosos debe ser examinada con escrupulosa atencion.

ESCENA VIII.

Salon de palacio.

(El salon estará iluminado; habrá asientos que formen semicírculo para el concurso que ha de asistir al espectáculo. Ha de haber en el foro una gran puerta con pabellones y cortina, por donde saldrán á su tiempo los actores que deben representar.)

HAMLET Y DOS CÓMICOS.

HAMLET.

Dirás (4) este pasaje en la forma que te le he declamado yo: con soltura de lengua, no con voz desentonada, como lo hacen muchos de nuestros cómicos; mas valdria entonces dar mis versos al pregonero para que los dijese. Ni manotees así acuchillando el aire; moderacion en todo, puesto que aun en el torrente, la tempestad, y por mejor decir, el huracán de las pasiones, se debe conservar aquella templanza que hace suave y elegante la espresion. A mí me desazona en estremo ver á un hombre muy cubierta la cabeza con su cabellera, que á fuerza de gritos estropea los afectos que quiere esprimir, y rompe y desgarra los oidos del vulgo rudo, que solo gusta de gesticulaciones insignificantes y de estrépito. Yo mandaria azotar á un energúmeno de tal especie; Herodes de farsa, mas furioso que el mismo Herodes. Evita, evita este vicio.

CÓMICO PRIMERO.

Así os lo prometo.

HAMLET.

Ni seas tampoco demasiado frio; tu misma prudencia debe guiarte. La accion debe corresponder á la palabra, y esta á la accion, cuidando siempre de no atropellar la simplicidad de la naturaleza. No hay defecto que mas se oponga al fin de la representacion, que desde el principio hasta ahora ha sido y es ofrecer á la naturaleza un espejo en que vea la virtud su propia forma, el vicio su imágen, cada nacion y cada siglo sus principales caracteres. Si esta pintura se exagera ó se debilita, escitará la risa de los ignorantes; pero no puede menos de disgustar á los hombres de buena razon, cuya censura debe ser para vosotros de mas peso que la de toda la multitud que llena el teatro. Yo he visto representar á algunos cómicos, que otros aplaudian con entusiasmo, por no decir con escándalo, los cuales no tenian acento ni figura de cristianos, ni de gentiles, ni de hombres; que al verlos hincharse y bramar no los juzgué de la especie humana, sino unos simulacros rudos de hombres, hechos por algun mal aprendiz. Tan inicuamente imitaban la naturaleza.

CÓMICO PRIMERO.

Yo creo que en nuestra compañía se ha corregido bastante ese defecto.

HAMLET.

Corregidle del todo, y cuidad tambien que los que ha-

POLONIUS.

It shall do well: but yet I do believe,
The origin and commencement of his grief
Sprung from neglected love.—How now, Oph
You need not tell us what lord Hamlet said;
We heard it all.—My lord, do as you please;
But, if you hold it fit, after the play,
Let his queen mother all alone entreat him:
To shew his grief; let her be round with him;
And I'll be plac'd, so please you, in the ear
Of all their conference. If she find him not,
To England send him: or confine him, where
Your wisdom best shall think.

KING.

It shall be so:
Madness in great ones must not unwatch'd go.

SCENE II.

A Hall in the same.

Enter HAMLET, *and certain Playe*

HAMLET.

Speak the speech, I pray you, as I prom you, trippingly on the tongue: but if you m many of our players do, I had as lief the town my lines. Nor do not saw the air too much with thus; but use all gently: for in the very torre and (as I may say) whirlwind of your passio acquire and beget a temperance, that may giv ness. O, it offends me to the soul, to hear periwig-pated-fellow tear a passion to tatters, t to split the ears of the groundlings; who, f part, are capable of nothing but inexplicable d and noise: I would have such a fellow whipp doing Termagant; it out-herods Herod: Pray y

1 PLAYER.

I warrant your honour.

HAMLET.

Be not too tame neither, but let your own d your tutor: suit the action to the word, the action; with this special observance, that yo not the modesty of nature: for any thing so from the purpose of playing, whose end, both and now, was, and is, to hold, as'twere, th to nature; to show virtue her own feature, own image, and the very age and body of th form and pressure. Now this, overdone, or off, though it make the unskilful laugh, cann the judicious grieve; the censure of which o your allowance, o'er-weigh a whole theatre o there be players, that I have seen play,—and h praise, and that highly,—not to speak it prof neither having the accent of christians, nor christian, pagan, nor man, have so strutted, wed, that I have thought some of nature's j had made men, and not made them well, th humanity so abominably.

1 PLAYER.

I hope, we have reformed that indifferently

HAMLET.

O, reform it altogether. And let those, tha

le payos no añadan nada á lo que está escrito en
; porque algunos de ellos, para hacer reir á los
mas adustos, empiezan á dar risotadas, cuando
; del drama deberia ocupar toda la atencion. Esto
no, y manifiesta demasiado en los necios que lo
ı el ridículo empeño de lucirlo. Id á prepararos.

ESCENA IX.

ILET, POLONIO, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

, Polonio, ¿gustará el rey de oir esta pieza?

POLONIO.

or, al instante, y la reina tambien.

HAMLET.

ecir á los cómicos que se despachen. ¿Quereis ir a darles prisa?

RICARDO.

ucho gusto.

ESCENA X.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

ı es?... ¡Ah! Horacio.

HORACIO.

: aqui, señor, á vuestras órdenes.

HAMLET.

oracio, eres un hombre cuyo trato me ha agra-
npre.

HORACIO.

ieñor...

HAMLET.

as que pretendo adularte; ¿ni qué utilidades
ı esperar de tí, que esceptuando tus buenas pren-
tienes otras rentas para alimentarte y vestir-
ırá quien adule al pobre? No... Los que tienen al-
ı la lengua, váyanse á lamer con ella la grandeza
, y doblen los goznes de sus rodillas donde la li-
:uentre galardon. ¿Me has entendido? Desde que
se halló capaz de conocer á los hombres y pudo
, tú fuiste el escogido y marcado para ella; por-
pre, ó desgraciado ó feliz, has recibido con igual
e los premios y los reveses de la fortuna. Dicho-
los cuyo temperamento y juicio se combinan con
lo, que no son entre los dedos de la fortuna una
puesta á sonar segun ella guste. Dame un hombre
:a esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el
e mi corazon: sí, en el corazon de mi corazon,
hago contigo. Pero yo me dilato demasiado en
ı noche se representa un drama delante del rey;
ıs escenas contiene circunstancias muy parecidas
ı muerte de mi padre, de que ya te hablé. Te en-
: cuando este paso se represente observes á mi
mas viva atencion del alma; si al ver uno de
lances su oculto delito no se descubre por sí so-
ıda el que hemos visto es un espíritu infernal, y
mis ideas mas negras que los yunques de Vul-
amínale cuidadosamente; yo tambien fijaré mi
u rostro, y después uniremos nuestras observa-
ra juzgar lo que su esterior nos anuncie.

HORACIO.

en, señor; y si durante el espectáculo logra hur-
tra indagacion el menor arcano, yo pago el hurto.

HAMLET.

en á la funcion; vuélvome á hacer el loco, y tú
ento.

ESCENA XI.

ı, GERTRUDIS, HAMLET, HORACIO, POLO-
FELIA, RICARDO, GUILLERMO Y ACOMPAÑA-
DE DAMAS, CABALLEROS, PAJES Y GUARDIAS.

(Suena marcha dánica.)

CLAUDIO.

estás, mi querido Hamlet?

clowns, speak no more than is set down for them: for there be of them, that will themselves laugh, to set on some quantity of barren spectators to laugh too; though, in the mean time, some necessary question of the play be then to be considered: that's villanous; and shows a most pitiful ambition in the fool that uses it. Go, make you ready. *(Exeunt players.*

Enter Polonius, Rosencrantz, and Guildenstern.

How now, my lord? will the king hear this piece of work?

POLONIUS.

And the queen too, and that presently.

HAMLET.

Bid the players make haste.— *(Exit Polonius.*
Will you two help to hasten them?

BOTH.

Ay, my lord. *(Exeunt Ros. and Guild.*

HAMLET.

What, ho; Horatio!

Enter Horatio.

HORATIO.

Here, sweet lord, at your service.

HAMLET.

Horatio, thou art e'en as just a man
As e'er my conversation cop'd withal.

HORATIO.

O, my dear lord.—

HAMLET.

Nay, do not think I flatter:
For what advancement may I hope from thee,
That no revenue hast, but thy good spirits,
To feed, and clothe thee? Why should the poor be flatter'd?
No, let the candied tongue lick absurd pomp;
And crook the pregnant hinges of the knee,
Where thrift may follow fawning. Dost thou hear?
Since my dear soul was mistress of her choice,
And could of men distinguish her election,
She hath seal'd thee for herself: for thou hast been
As one, in suffering all, that suffers nothing;
A man, that fortune's buffets and rewards
Hast taken with equal thanks: and bless'd are those,
Whose blood and judgment are so well co-mingled,
That they are not a pipe for fortune's finger
To sound what stop she please: Give me that man,
That is not passion's slave, and I will wear him
In my heart's core; ay, in my heart of heart,
As I do thee.—Something too much of this.—
There is a play to-night before the king;
One scene of it comes near the circumstance,
Which I have told thee of my father's death.
I pr'ythee, when thou seest that act afoot,
Even with the very comment of thy soul
Observe my uncle: if his occulted guilt
Do not itself unkennel in one speech,
It is a damned ghost that we have seen;
And my imaginations are as foul
As Vulcan's stithy. Give him heedful note:
For I mine eyes will rivet to his face;
And, after, we will both our judgments join
In censure of his seeming.

HORATIO.

Well, my lord:
If he steal aught, the whilst this play is playing,
And 'scape detecting, I will pay the theft.

HAMLET.

They are coming to the play; I must be idle:
Get you a place.

Danish march. A Flourish. Enter King, Queen, Polonius, Ophelia, Rosencrantz, Guildenstern, and others.

KING.

How fares our, cousin Hamlet?

HAMLET.

Muy bueno, señor; me mantengo del aire como el camaleon, engordo con esperanzas. No podreis vos cebar así á vuestros capones.

CLAUDIO.

No comprendo esa respuesta, Hamlet, ni tales razones son para mí.

HAMLET.

Ni para mí tampoco. ¿No dices tú que una vez representaste en la universidad? eh?

POLONIO.

Sí, señor, así es; y fuí reputado por muy buen actor.

HAMLET.

¿Y qué hiciste?

POLONIO.

El papel de Julio César. Bruto me asesinaba en el Capitolio.

HAMLET.

Muy bruto (6) fué el que cometió en el Capitolio tan capital delito. ¿Están ya prevenidos los cómicos?

RICARDO.

Sí, señor, y esperan solo vuestras órdenes.

GERTRUDIS.

Ven aquí, mi querido Hamlet, ponte á mi lado.

(Gertrudis y Claudio se sientan junto á la puerta por donde han de salir los actores. Siguen por su órden las damas y caballeros. Hamlet se sienta en el suelo á los pies de Ofelia.)

HAMLET.

No, señora; aquí hay un imán de mas atraccion para mí.

POLONIO.

¡Ah! ah! ¿habeis notado eso?

HAMLET.

¿Permitireis que me ponga sobre vuestra rodilla?

OFELIA.

No, señor.

HAMLET.

Quiero decir, apoyar mi cabeza en vuestra rodilla.

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

¿Pensais que yo quisiera cometer alguna indecencia?

OFELIA.

No, no pienso nada de eso.

HAMLET.

¡Qué dulce cosa es... (7)

OFELIA.

¿Qué decís, señor?

HAMLET.

Nada.

OFELIA.

Se conoce que estais de fiesta.

HAMLET.

¿Quién, yo?

OFELIA.

Sí, señor.

HAMLET.

Lo hago solo por divertiros. Y bien mirado, ¿qué debe hacer un hombre sino vivir alegre? Ved mi madre qué contenta está, y mi padre murió ayer.

OFELIA.

¡Eh! no, señor, que ya hace dos meses.

HAMLET.

¿Tanto ha? ¡Oh! pues quiero vestirme todo de arminios, y llévese el diablo el luto. ¡Dios mio! ¿dos meses ha que murió, y todavía se acuerdan de él? De esa manera ya puede esperarse que la memoria de un grande hombre le sobreviva quizás medio año; bien que es menester que haya sido fundador de iglesias, que si no, por la Virgen santa no habrá nadie que de él se acuerde, como del caballo de palo, de quien dice aquel epitafio:

Ya murió el caballito de palo,
Y ya le olvidaron así que murió.

(Suenan (8) trompetas, y se da principio á la escena muda.)

HAMLET.

Excellent, i'faith; of the camelion's dish: promise-crammed: You cannot feed capons

KING.

I have nothing with this answer, Hamlet; are not mine.

HAMLET.

No, nor mine now. My lord,—you playe university, you say? (

POLONIUS.

That did I, my lord; and was accounted a

HAMLET.

And what did you enact?

POLONIUS.

I did enact Julius Cæsar: I was killed i Brutus killed me.

HAMLET.

It was á brute part of him, to kill so there.—Be the players ready?

ROSENCRANTZ.

Ay, my lord; they stay upon your patienc

QUEEN.

Come hither, my dear Hamlet, sit by me.

HAMLET.

No, good mother, here's metal more attra

POLONIUS.

O ho! do you mark that? (

HAMLET.

Lady, shall I lie in your lap?

(Lying down at Op

OPHELIA.

No, my lord.

HAMLET.

I mean, my head upon your lap?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

Do you think, I meant country matters?

OPHELIA.

I think nothing, my lord.

HAMLET.

That's a fair thought to lie between maids l

OPHELIA.

What is, my lord?

HAMLET.

Nothing.

OPHELIA.

You are merry, my lord.

HAMLET.

Who, I?

OPHELIA.

Ay, my lord.

HAMLET.

O! your only jig-maker. What should a ma merry? for, look you, how cheerfully my m and my father died within these two hours.

OPHELIA.

Nay, 'tis twice two months, my lord.

HAMLET.

So long? Nay, then let the devil wear bl have a suit of sables. O heavens! die two m and not forgotten yet? Then there's hope, a memory may outlive his life half a year: But he must build churches then: or else shall h thinking on, with the hobby-horse; whose For, O, for, O, the hobby-horse is forgot.

Trumpets sound. The dumb show follo

luque y la duquesa (que lo harán los cómicos segundo); al encontrarse, se saludan y abra- uosamente; ella se arrodilla mostrando el ma- to; él la levanta y reclina la cabeza sobre el su esposa. Acuéstase el duque en un lecho de ella se retira al verle dormido. Sale el cómico que hace el papel de Luciano, sobrino del du- cerca, le quita al duque la corona, la besa, le en el oido una porcion de licor que lleva en un hecho esto se va. Vuelve la duquesa, y hallando su marido, manifiesta gran sentimiento. Sale con dos ó tres que le acompañan, y hace ade- dolor; manda retirar el cadáver, y quedando on la duquesa, la solicita y la ofrece dádivas; te un poco y le desdena, pero al fin admite su nse.)

OFELIA.

iiica esto, señor?

HAMLET.

a asesinato oculto, y anuncia grandes malda-

OFELIA.

arece, la escena muda contiene el argumento

ESCENA XII.

CÓMICO CUARTO Y DICHOS.

HAMLET.

sabremos por lo que nos diga ese actor; los pueden callar un secreto, todo lo cuentan.

OFELIA.

à este lo que significa la escena que hemos

HAMLET.

erto, y cualquiera otra escena que le hagais ver. s avergonceis de representársela, él no se aver- deciros lo que significa.

OFELIA.

o, qué malo sois! Pero dejadme atender á la

CÓMICO CUARTO.

Humildemente os pedimos
Que escucheis esta tragedia,
Disimulando las faltas
Que haya en nosotros y en ella.

HAMLET.

prólogo, ú mote de sortija?

OFELIA.

to ha sido!

HAMLET.

riño de mujer.

ESCENA XIII.

ICO PRIMERO, CÓMICO SEGUNDO Y DICHOS.

CÓMICO PRIMERO.

reinta (9) vueltas dió de Febo el carro
ondas saladas de Nereo
obo de la tierra, y treinta veces
z prestada han alumbrado el suelo
unas, en giros repetidos,
és que el dios de amor y el himeneo
lazaron, para dicha nuestra,
lo santo el corazon y el cuello.

CÓMICO SEGUNDO.

h! quiera el cielo que otros tantos giros
na y al sol, señor, contemos
que el fuego de este amor se apague.
s mi pena inconsolable al veros
te, triste y tan diverso ahora
el que fuisteis... Tímida recelo...
da mi afliccion nada os conturbe;
pecho femenil llega al esceso
or y el amor. Allí residen
al proporcion ambos afectos,

Enter a King and a Queen, very lovingly; the Queen embracing him, and he her. She kneels, and makes show of protestation unto him. He takes her up, and declines his head upon her neck: lays him down upon a bank of flowers; she, seeing him asleep, leaves him. Anon comes in a fellow, takes off his crown, kisses it, and pours poison in the King's ear, and exit. The Queen returns; finds the King dead, and makes passionate action. The poisoner, with some two or three Mutes, comes in again, seeming to lament with her. The dead body is carried away. The poisoner wooes the Queen with gifts; she seems loath and unwilling awhile, but, in the end, accepts his love. (Exeunt.

OPHELIA.

What means this, my lord?

HAMLET.

Marry, this is miching mallecho; it means mischief.

OPHELIA.

Belike, this show imports the argument of the play.

Enter Prologue.

HAMLET.

We shall know by this fellow: the players cannot keep counsel; they'll tell all.

OPHELIA.

Will he tell us what this show meant?

HAMLET.

Ay, or any show that you'll show him: be not you ashamed to show, he'll not shame to tell you what it means.

OPHELIA.

You are naught, you are naught; I'll mark the play.

PROLOGUE.

For us, and for our tragedy,
Here stooping to your clemency,
We beg your hearing patiently.

HAMLET.

Is this a prologue, or the posy of a ring?

OPHELIA.

'Tis brief, my lord.

HAMLET.

As woman's love.

Enter a King and a Queen.

P. KING.

Full thirthy times hath Phœbus' cart gone round
Neptune's salt wash, and Tellus' orbed ground;
And thirty dozen moons, with borrow'd sheen,
About the world have times twelve thirties been;
Since love our hearts, and Hymen did our hands,
Unite commutual in most sacred bands.

P. QUEEN.

So many journies may the sun and moon
Make us again count o'er, ere love be done!
But, woe is me, you are so sick of late,
So far from cheer, and from your former state,
That I distrust you. Yet, though I distrust,
Discomfort you, my lord, it nothing must:
For women fear too much, even as they love;
And women's fear and love hold quantity;

O no existe ninguno, ó se combinan
Este y aquel con el mayor estremo.
Cuán grande es el amor que á vos me inclina,
Las pruebas lo dirán que dadas tengo;
Pues tal es mi temor. Si un fino amante,
Sin motivo tal vez vive temiendo,
La que al veros así toda es temores,
Muy puro amor abrigará en el pecho.

CÓMICO PRIMERO.

Sí, yo debo dejarte, amada mia;
Inevitable es ya; cederán presto
A la muerte mis fuerzas fatigadas;
Tú vivirás, gozando del obsequio
Y el amor de la tierra. Acaso entonces
Un digno esposo...

CÓMICO SEGUNDO.

No, dad al silencio
Esos anuncios. ¿Yo? ¿Pues no serian
Traicion culpable en mí tales afectos?
¿Yo un nuevo esposo? No; la que se entrega
Al segundo señor, mató al primero.

HAMLET.

Esto es zumo de ajenjos.

CÓMICO SEGUNDO.

Motivos de interés tal vez inducen
A renovar los nudos de himeneo,
No motivos de amor; yo causaria
Segunda muerte á mi difunto dueño,
Cuando del nuevo esposo recibiera
En tálamo nupcial amantes besos.

CÓMICO PRIMERO.

No dudaré que el corazon te dicta
Lo que aseguras hoy; fácil creemos
Cumplir lo prometido, y fácilmente
Se quebranta y se olvida. Los deseos
Del hombre á la memoria están sumisos,
Que nace activa y desfallece presto.
Así pende (10) del ramo acerbo el fruto,
Y así maduro, sin impulso ajeno,
Se desprende despues. Difícilmente
Nos acordamos de llevar á efecto
Promesas hechas á nosotros mismos,
Que al cesar la pasion cesa el empeño.
Cuando de la afliccion y la alegría
Se moderan los ímpetus violentos,
Con ellos se disipan las ideas
A que dieron lugar, y el mas lijero
Acaso los placeres en afanes
Muda tal vez, y en risa los lamentos.
Amor, como la suerte, es inconstante:
Que en este mundo al fin nada hay eterno,
Y aun se ignora si él manda á la fortuna,
O si esta del amor cede al imperio.
Si el poderoso del lugar sublime
Se precipita, le abandonan luego
Cuantos gozaron su favor; si el pobre
Sube á prosperidad, los que le fueron
Mas enemigos su amistad procuran,
(Y el amor sigue á la fortuna en esto)
Que nunca al venturoso amigos faltan,
Ni al pobre desengaños y desprecios.
Por diferente senda se encaminan
Los destinos del hombre y sus afectos,
Y solo en él la voluntad es libre,
Mas no la ejecucion; y así el suceso
Nuestros designios todos desvanece.
Tú me prometes no rendir á nuevo
Yugo tu libertad... Esas ideas
¡Ay! morirán cuando me vieres muerto.

CÓMICO SEGUNDO.

Luces me niegue el sol, frutos la tierra,
Sin descanso y placer viva muriendo,
Desesperada y en prision oscura,
Su mesa envidie al eremita austero;
Cuantas penas el ánimo entristecen,
Todas turben el fin de mis deseos
Y los destruyan, ni quietud encuentre
En parte alguna con afán eterno;
Si ya difunto mi primer esposo,
Segundas bodas pérfida celebro.

In neither aught, or in extremity.
Now, what my love is, proof hath made you know
And as my love is siz'd, my fear is so.
Where love is great, the littlest doubts are fear:
Where little fears grows great, great love grows there.

P. KING.

'Faith, I must leave thee, love, and shortly too;
My operant powers their functions leave to do:
And thou shalt live in this fair world behind,
Honour'd, belov'd; and, haply, one as kind
For husband shalt thou—

P. QUEEN.

O, confound the rest!
Such love must needs be treason in my breast:
In second husband let me be accurst!
None wed the second, but who kill'd the first.

HAMLET.

That's wormwood. *(Aside.)*

P. QUEEN.

The instances, that second marriage move,
Are base respects of thrift, but none of love:
A second time I kill my husband dead,
When second husband kisses me in bed.

P. KING.

I do believe, you think what now you speak;
But, what we do determine, oft we break.
Purpose is but the slave to memory:
Of violent birth, but poor validity:
Which now, like fruit unripe, sticks on the tree;
But fall, unshaken, when they mellow be.
Most necessary 'tis, that we forget
To pay ourselves what to ourselves is debt:
What to ourselves in passion we propose,
The passion ending, doth the purpose lose.
The violence of either grief or joy
Their own enactures with themselves destroy:
Where joy most revels, grief doth most lament;
Grief joys, joy grieves, on slender accident.
This world is not for aye; nor 'tis not strange,
That even our loves should with our fortunes change
For, 'tis a question left us yet to prove,
Whether love lead fortune, or else fortune love.
The great man down, you mark, his favourite flies
The poor advanc'd makes friends of enemies.
And hitherto doth love on fortune tend:
For who not needs, shall never lack a friend;
And who in want a hollow friend doth try.
Directly seasons him his enemy.
But, orderly to end where I begun,
Our wills, and fates, do so contrary run,
That our devices still are overthrown;
Our thoughts are ours, their, ends none of our own
So think thou wilt no second husband wed;
But die thy thoughts, when thy first lord is dead.

P. QUEEN.

Nor earth to me give food, nor heaven light!
Sport and repose lock from me, day and night:
To desperation turn my trust and hope!
An anchor's cheer in prison be my scope!
Each opposite, that blanks the face of joy,
Meet what I would have well, and it destroy!
Both here, and hence, pursue me lasting strife,
If, once a widow, ever I be wife!

HAMLET.

Si ella no cumpliese lo que promete...

CÓMICO PRIMERO.

Mucho juraste... Aquí gozar quisiera
Solitaria quietud; rendido siento
Al cansancio mi espíritu. Permite
Que alguna parte le conceda al sueño
De las molestas horas.

(Se acuesta en un lecho de flores.)

CÓMICO SEGUNDO.

Él te halague
Con tranquilo descanso, y nunca el cielo
En union tan feliz pesares mezcle. *(Vase.)*

HAMLET.

Y bien, señora, ¿qué tal os va pareciendo la pieza?

GERTRUDIS.

Me parece que esa mujer promete demasiado.

HAMLET.

Sí, pero lo cumplirá.

CLAUDIO.

¿Te has (11) enterado bien del asunto? ¿Tiene algo que ea de mal ejemplo?

HAMLET.

No, señor, no. Si todo ello es mera ficcion; un veneno... fingido; pero mal ejemplo, ¡qué! no, señor.

CLAUDIO.

¿Cómo se intitula este drama?

HAMLET.

La Ratonera. Cierto que sí... es un título metafórico. En esta pieza se trata de un homicidio cometido en Viena... el duque se llama Gonzago, y su mujer Baptista... Ya, a vereis presto... ¡Oh! ¡es un enredo maldito! ¿Y qué importa? A V. M. y á mí, que no tenemos culpado el ánimo, no nos puede incomodar; al rocin (12) que esté lleno le mataduras le hará dar coces; pero á bien que nosotros no tenemos desollado el lomo.

ESCENA XIV.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Este que sale ahora se llama Luciano, sobrino del duque.

OFELIA.

Vos suplis perfectamente la falta del coro.

HAMLET.

Y aun pudiera servir de intérprete entre vos y vuestro amante, si viese puestos en accion entrambos títeres.

OFELIA.

¡Vaya, que teneis una lengua que corta!

HAMLET.

Con un buen suspiro que deis, se la quita el filo.

OFELIA.

Eso es; siempre de mal en peor.

HAMLET.

Así haceis vosotras en la eleccion de maridos: de mal en peor... Empieza, asesino..... Déjate de poner ese gesto de condenado, y empieza. Vamos..... el cuervo graznador está ya gritando venganza.

CÓMICO TERCERO.

Negros designios, brazo ya dispuesto
A ejecutarlos, tósigo oportuno,
Sitio remoto, favorable el tiempo,
Y nadie que lo observe. Tú, estraido
De la profunda noche en el silencio,
Atroz veneno, de mortales yerbas
(Invocada Prosérpina) compuesto;
Infectadas tres veces, y otras tantas
Esprimidas después, sirve á mi intento;
Pues á tu actividad mágica, horrible,
La robustez vital cede tan presto.

Acércase adonde está durmiendo el cómico primero; destapa un frasquillo, y le echa una porcion de licor en el oido.)

HAMLET.

If she should break it now,— *(To Ophelia.)*

P. KING.

'Tis deeply sworn. Sweet, leave me here a while;
My spirits grow dull, and fain I would beguile
The tedious day with sleep. *(Sleeps.)*

P. QUEEN.

Sleep rock thy brain;
And never come mischance between us twain! *(Exit.*

HAMLET.

Madam, how like you this play?

QUEEN.

The lady doth protest too much, methinks.

HAMLET.

O, but she'll keep her word.

KING.

Have you heard the argument? Is there no offence in't?

HAMLET.

No, no, they do but jest, poison in jest; no offence i'the world.

KING.

What do you call the play?

HAMLET.

The mouse-trap. Marry, how? Tropically. This play is the image of a murder done in Vienna: Gonzago is the duke's name; his wife, Baptista: you shall see anon; 'tis a knavish piece of work: But what of that? your majesty, and we that have free souls, it touches us not: Let the galled jade wince, our withers are unwrung.—

Enter Lucianus.

This is one Lucianus, nephew to the king.

OPHELIA.

You are as good as a chorus, my lord.

HAMLET.

I could interpret between you and your love, if I could see the puppets dallying.

OPHELIA.

You are keen, my lord, you are keen.

HAMLET.

It would cost you a groaning, to take off my edge.

OPHELIA.

Still better, and worse.

HAMLET.

So you mistake your husbands.—Begin, murderer;— leave thy damnable faces, and begin. Come;—
——The croaking raven
Doth bellow for revenge.

LUCIANUS.

Thoughts black, hands apt, drugs fit, and time agreeing;
Confederate season, else no creature seeing;
Thou mixture rank, of midnight weeds collected,
With Hecat's ban thrice blasted, thrice infected,
Thy natural magic and dire property,
On wholesome life usurp immediately.
(Pours the poison into the Sleeper's ears.)

HAMLET.

¿Veis? Ahora le envenena en el jardin para usurparle el cetro. El duque se llama Gonzago..... Es historia cierta, y corre escrita en muy buen italiano. Presto vereis cómo la mujer de Gonzago se enamora del matador.

(Levántase Claudio lleno de indignacion. Gertrudis, los caballeros, damas y acompañamiento hacen lo mismo, y se van segun lo indica el diálogo.)

OFELIA.

El rey se levanta.

HAMLET.

Qué, ¿le atemoriza un fuego aparente?

GERTRUDIS.

¿Qué teneis, señor?

POLONIO.

No paseis adelante, dejadlo.

CLAUDIO.

Traed luces. Vamos de aquí.

TODOS.

Luces, luces.

ESCENA XV.

HAMLET, HORACIO, CÓMICO PRIMERO, CÓMICO TERCERO.

HAMLET.

(Hamlet canta estos versos en voz baja, y representa los que siguen después. Los cómicos primero y tercero estarán retirados á un estremo del teatro, esperando sus órdenes.)

El ciervo herido llora,
Y el corzo no tocado
De flecha voladora,
Se huelga por el prado;
Duerme aquel, y á deshora
Veis este desvelado;
Que tanto el mundo va desordenado (13).

Y dígame, señor mio: si en adelante la fortuna me tratase mal, con esta gracia que tengo para la música, y un bosque de plumas en la cabeza, y un par de lazos provenzales en mis zapatos rayados, ¿no podria hacerme lugar entre un coro de comediantes?

HORACIO.

Mediano papel.

HAMLET.

¿Mediano? escelente.

Tú sabes, Damon querido,
Que esta nacion ha perdido
Al mismo Jove, y violento
Tirano le ha sucedido
En el trono mal habido,
Un... ¿quién diré yo? un... un sapo.

HORACIO.

Bien pudierais haber conservado el consonante.

HAMLET.

¡Oh! mi buen Horacio; cuanto aquel espíritu dijo es demasiado cierto. ¿Lo has visto ahora?

HORACIO.

Sí, señor, bien lo he visto.

HAMLET.

¿Cuando se trató del veneno?

HORACIO.

Bien, bien le observé entonces.

HAMLET.

¡Ah! quisiera algo de música *(A los cómicos)*: traedme unas flautas..... Si el rey no gusta de la comedia, será sin duda porque..... porque no le gusta. Vaya un poco de música.

ESCENA XVI.

HAMLET, HORACIO, RICARDO, GUILLERMO.

GUILLERMO.

Señor, ¿permitireis que os diga una palabra?

HAMLET.

Y una historia entera.

HAMLET.

He poisons him i'the garden for his estate. I
Gonzago; the story is extant, and written in v
Italian: You shall see anon, how the murdere
love of Gonzago's wife.

OPHELIA.

The king rises.

HAMLET.

What! frighted with false fire!

QUEEN.

How fares my lord?

POLONIUS.

Give o'er the play.

KING.

Give me some light:—away!

POLONIUS.

Lights, lights, lights!

(Exeunt all but Hamlet an

HAMLET.

Why, let the strucken deer go weep;
The hart ungalled play:
For some must watch, while some must s
Thus runs the world away.—

Would not this, sir, and a forest of feathers, (i
of my fortunes turn Turk with me,) with two I
roses on my razed shoes, get me a fellowship i
players, sir?

HORATIO.

Half a share.

HAMLET.

A whole one I.

For thou dost know, O Damon dear,
This realm dismantled was
Of Jove himself; and now reigns here
A very, very—peacock.

HORATIO.

You might have rhymed.

HAMLET.

O good Horatio, I'll take the ghost's word fo
sand pound. Didst perceive?

HORATIO.

Very well, my lord.

HAMLET.

Upon the talk of the poisoning,—

HORATIO.

I did very well note him.

HAMLET.

Ah, ah!—Come, some music; come, the rec
For if the king like not the comedy,
Why then, belike,—he likes it not, pe

Enter Rosencrantz and Guildenstern.

Come, some music.

GUILDENSTERN.

Good my lord, vouchsafe me a word with you

HAMLET.

Sir, a whole history.

GUILLERMO.

?...

HAMLET.

bien : ¿qué le sucede?

GUILLERMO.

retirado á su cuarto con mucha destemplanza.

HAMLET.

'ino, eh?

GUILLERMO.

eñor, de cólera.

HAMLET.

¿no sería mas acertado írselo á contar al médico? s que si yo me meto en hacerle purgar ese humor puede ser que se le aumente?

GUILLERMO.

señor, dad algun sentido á lo que hablais, sin des-ros con tales estravagancias de lo que os vengo

HAMLET.

nos de acuerdo. Prosigue pues.

GUILLERMO.

ina vuestra madre, llena de la mayor afliccion, me buscaros.

HAMLET.

muy bien venido.

GUILLERMO.

cumplimientos no tienen nada de sinceridad. Si darme una respuesta sensata, desempeñaré el en-e la reina; si no, con pediros perdon y retirarme ó todo.

HAMLET.

señor, no puedo.

GUILLERMO.

o?

HAMLET.

des una respuesta sensata, y mi razon está un poco a: no obstante, responderé del modo que pueda á ne mandes, ó por mejor decir, á lo que mi madre da. Con que nada hay que añadir en esto. Vamos Tú has dicho que mi madre...

RICARDO.

', lo que dice es que vuestra conducta la ha llenado 'esa y admiracion.

HAMLET.

maravilloso hijo, que así ha podido aturdir á su Pero dime, ¿esa admiracion no ha traido otra con-ia? ¿No hay algo mas?

RICARDO.

que desea hablaros en su gabinete, antes que os coger.

HAMLET.

edeceré, si diez veces (14) fuera mi madre. ¿Tie-in otro negocio que tratar conmigo?

RICARDO.

, yo me acuerdo de que en otro tiempo me esti-mucho.

HAMLET.

ra tambien. Te lo juro por estas manos rateras.

RICARDO.

¡cuál puede ser el motivo de vuestra indisposicion? cierto, es cerrar vos mismo las puertas á vuestra , no queriendo comunicar con vuestros amigos los que sentís.

HAMLET.

muy atrasado.

RICARDO.

o es posible, cuando teneis el voto del rey mismo ederle en el trono de Dinamarca?

HAMLET.

ro mientras nace la yerba... Ya es un poco anti-al refrán. ¡Ah! ya están aquí las flautas.

GUILDENSTERN.

The king, sir, —

HAMLET.

Ay, sir, what of him?

GUILDENSTERN.

Is, in his retirement, marvellous distempered.

HAMLET.

With drink, sir?

GUILDENSTERN.

No, my lord, with choler.

HAMLET.

Your wisdom would show itself more richer, to signify this to the doctor; for, for me to put him to his purgation, would, perhaps, plunge him into more choler.

GUILDENSTERN.

Good my lord, put your discourse into some frame, and start not so wildly from my affair.

HAMLET.

I am tame, sir: — pronounce.

GUILDENSTERN.

The queen, your mother, in most great affliction of spirit, hath sent me to you.

HAMLET.

You are welcome.

GUILDENSTERN.

Nay, good my lord, this courtesy is not of the right breed. If it shall please you to make me a wholesome answer, I will do your mother's commandment: if not, your pardon, and my return, shall be the end of my business.

HAMLET.

Sir, I cannot.

GUILDENSTERN.

What, my lord?

HAMLET.

Make you a wholesome answer; my wit's diseased: But, sir, such answer as I can make, you shall command: or, rather as you say, my mother: therefore no more, but to the matter: my mother, you say, —

ROSENCRANTZ.

Then, thus she says: Your behaviour hath struck her into amazement and admiration.

HAMLET.

O wonderful son, that can so astonish a mother! — But is there no sequel at the heels of this mother's admiration? impart.

ROSENCRANTZ.

She desires to speak with you in her closet, ere you go to bed.

HAMLET.

We shall obey, were she ten times our mother. Have you any further trade with us?

ROSENCRANTZ.

My lord, you once did love me.

HAMLET.

And do still, by these pickers and stealers.

ROSENCRANTZ.

Good my lord, what is your cause of distemper? you do, surely, but bar the door upon your own liberty, if you deny your grief to your friend.

HAMLET.

Sir, I lack advancement.

ROSENCRANTZ.

How can that be, when you have the voice of the king himself for your succession in Denmark?

HAMLET.

Ay, sir, but, *While the grass grows*, — the proverb is something musty.

ESCENA XVII.

CÓMICO TERCERO Y DICHOS.

HAMLET.

Dejadme ver una... ¿A qué tengo de ir ahí? *(Guillermo y Ricardo se acercan á Hamlet con ademán obsequioso, siguiéndole adonde quiera que se vuelve, hasta que viendo su enfado se apartan.)* Parece que me quieres hacer caer en alguna trampa, segun me cercas por todos lados.

GUILLERMO.

Ya veo, señor, que si el deseo de cumplir con mi obligacion me da osadía, acaso el amor que os tengo me hace grosero tambien é importuno.

HAMLET.

No entiendo bien eso. ¿Quieres tocar esta flauta?

GUILLERMO.

Yo no puedo, señor.

HAMLET.

Vamos.

GUILLERMO.

De veras que no puedo.

HAMLET.

Yo te lo suplico.

GUILLERMO.

Pero si no sé palabra de eso.

HAMLET.

Mas fácil es que tenderse á la larga. Mira, pon el pulgar y los demás dedos segun convenga sobre estos agujeros, sopla con la boca, y verás qué lindo sonido resulta. ¿Ves? Estos son los puntos.

GUILLERMO.

Bien, pero si no sé hacer uso de ellos para que produzcan armonía. Como ignoro el arte...

HAMLET.

Pues mira tú en qué opinion tan baja me tienes. Tú me quieres tocar, presumes conocer mis registros, pretendes estraer lo mas íntimo de mis secretos, quieres hacer que suene desde el mas grave al mas agudo de mis tonos; y ve aquí este pequeño órgano, capaz de escelentes voces y de armonía, que tú no puedes hacer sonar. ¿Y juzgas que se me tañe á mí con mas facilidad que á una flauta? No, dame el nombre del instrumento que quieras; por mas que le manejes y te fatigues, jamás conseguirás hacerle producir el menor sonido.

ESCENA XVIII.

POLONIO Y DICHOS.

HAMLET.

¡Oh! Dios te bendiga.

POLONIO.

Señor, la reina quisiera hablaros al instante.

HAMLET.

¿No ves allí aquella nube que parece un camello?

POLONIO.

Cierto, así en el tamaño parece un camello.

HAMLET.

Pues ahora me parece una comadreja.

POLONIO.

No hay duda, tiene figura de comadreja.

HAMLET.

O como una ballena.

POLONIO.

Es verdad, sí, como una ballena.

HAMLET.

Pues al instante iré á ver á mi madre. Tanto harán estos, que me volverán loco de veras. Iré, iré al instante.

POLONIO.

Así se lo diré.

HAMLET.

Fácilmente se dice: al instante viene... Dejadme solo, amigos.

Enter the Players, with recorders.

O, the recorders: — let me see one. — To w with you. — Why do you go about to recover the me, as it you would drive me into a toil?

GUILDENSTERN.

O, my lord, if my duty be too bold, my love is mannerly.

HAMLET.

I do not well understand that. Will you play pipe?

GUILDENSTERN.

My lord, I cannot.

HAMLET.

I pray you.

GUILDENSTERN.

Believe me, I cannot.

HAMLET.

I do beseech you.

GUILDENSTERN.

I know no touch of it, my lord.

HAMLET.

'Tis as easy as lying: govern these ventages w fingers and thumb, give it breath with your mou will discourse most eloquent music. Look you, t the stops.

GUILDENSTERN.

But these cannot I command to any utterance mony; I have not the skill.

HAMLET.

Why, look you now, how unworthy a thing you me. You would play upon me; you would seem my stops; you would pluck out the heart of my you would sound me from my lowest note to the to compass: and there is much music, excellent this little organ; yet cannot you make it speak. do you think, I am easier to be played on tha Call me what instrument you will, though you ca you cannot play upon me.

Enter Polonius.

God bless you, sir!

POLONIUS.

My lord, the queen would speak with you, sently.

HAMLET.

Do you see yonder cloud, that's almost in sh camel?

POLONIUS.

By the mass, and 'tis like a camel, indeed.

HAMLET.

Methinks, it is like a weasel.

POLONIUS.

It is backed like a weasel.

HAMLET.

Or, like a whale?

POLONIUS.

Very like a whale.

HAMLET.

Then will I come to my mother by and by. — T me to the top of my bent. — I will come by and b

POLONIUS.

I will say so. *(Exit P*

HAMLET.

By and by is easily said. — Leave me, friends.

(Exeunt Ros. Guil. I

ESCENA XIX.

HAMLET.

ɜ es el espacio (15) de la noche apto á los maleficios. ·s la hora en que los cementerios se abren, y el in- respira contagios al mundo. Ahora podria yo beber te sangre; ahora podria ejecutar tales acciones, que se estremeciese al verlas. Pero vamos á ver á mi :. ¡O corazon! no desconozcas la naturaleza, ni per- que en este firme pecho se albergue la fiereza de . Déjame ser (16) cruel, pero no parricida. El puñal a de herirla esté en mis palabras, no en mi mano; ılen el corazon y la lengua; sean las que fueren las aciones que contra ella pronuncie, nunca, nunca mi solicitará que se cumplan.

ESCENA XX.

Gabinete.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

no le quiero aquí, ni conviene á nuestra seguridad libre el campo á su locura. Prevenios pues, y haré ımediatamente se os despache para que él os acom- ı Inglaterra. El interés de mi corona no permite ya erme a un riesgo tan inmediato, que crece por ins- ; en los accesos de su demencia.

GUILLERMO.

momento dispondremos nuestra marcha. El mas y religioso temor es aquel que procura la existencia ıtos individuos, cuya vida pende de V. M.

RICARDO.

·s obligacion en un particular defender su vida de ofensa, por medio de la fuerza y el arte, ¿cuánto mas a conservar aquella en quien estriba la felicidad pú- ? Cuando llega a faltar el monarca, no muere él solo, que á manera de un torrente precipitado arrebata ;o cuanto le rodea; como una gran rueda colocada cima del mas alto monte, a cuyos enormes rayos es- sidas innumerables piezas menores, que si llega á no hay ninguna de ellas, por mas pequeña que sea, o padezca igualmente en el total destrozo. Nunca el ano exhala un suspiro, sin escitar en su nacion ge- lamento.

CLAUDIO.

ɔs ruego que os prevengais sin dilacion para el viaje) encadenar este temor, que ahora camina demasia- re.

LOS DOS.

ıos á obedeceros con la mayor prontitud.

ESCENA XXI.

CLAUDIO, POLONIO.

POLONIO.

or, ya se ha encaminado al cuarto de su madre. Voy tarme detrás de los tapices para ver el suceso. Es ɔ que ella le reprendera fuertemente; y como vos) habeis observado muy bien, conviene que asista á conversacion alguien mas que su madre, que natu- ıte le ha de ser parcial, como á todas sucede. Que- adios; yo volveré a veros antes que os recojais, pa- :iros lo que haya pasado.

CLAUDIO.

cias, querido Polonio.

ESCENA XXII.

CLAUDIO.

, mi (17) culpa es atroz! Su hedor sube al cielo, lle- consigo la maldicion mas terrible; la muerte de un no. No puedo recogerme á orar, por mas que efi- nte lo procuro; que es mas fuerte que mi voluntad to que la destruye. Como el hombre a quien dos

'Tis now the very witching time of night;
When churchyards yawn, and hell itself breathes out
Contagion to this world: Now could I drink hot blood,
And do such business as the bitter day
Would quake to look on. Soft; now to my mother. —
O, heart, lose not thy nature; let not ever
The soul of Nero enter this firm bosom:
Let me be cruel, not unnatural:
I will speak daggers to her, but use none;
My tongue and soul in this be hypocrites:
How in my words soever she be shent,
To give them seals never, my soul, consent! *(Exit.*

SCENE III.

A Room in the same.

Enter King, ROSENCRANTZ, *and* GUILDENSTERN.

KING.

I like him not: nor stands it safe with us;
To let his madness range. Therefore, prepare you;
I your commission will forthwith despatch,
And he to England shall along with you:
The terms of our estate may not endure
Hasard so near us, as doth hourly grow
Out of his lunes.

GUILDENSTERN.

We will ourselves provide:
Most holy and religious fear it is,
To keep those many bodies safe,
That live, and feed, upon your majesty.

ROSENCRANTZ.

The single and peculiar life is bound,
With all the strength and armour of the mind,
To keep itself from 'noyance; but much more
That spirit, upon whose weal depend and rest
The lives of many. The cease of majesty
Dies not alone; but, like a gulf, doth draw
What's near it, with it: it is a massy wheel,
Fix'd on the summit of the highest mount,
To whose huge spokes ten thousand lesser things
Are mortis'd and adjoin'd; which, when it falls,
Each small annexment, petty consequence,
Attends the boist'rous ruin. Never alone
Did the king sigh, but with a general groan.

KING.

Arm you, I pray you, to this speedy voyage;
For we will fetters put upon this fear,
Which now goes too free-footed.

ROSENCRANTZ. GUILDENSTERN.

We will haste us.
(Exeunt Rosencrantz and Guildenstern.

Enter Polonius.

POLONIUS.

My lord, he's going to his mother's closet:
Behind the arras I'll convey myself,
To hear the process; I'll warrant, she'll tax him home:
And, as you said, and wisely was it said,
'Tis meet, that some more audience, than a mother,
Since nature makes them partial, should o'er-hear
The speech of vantage. Fare you well, my liege:
I'll call upon you ere you go to bed,
And tell you what I know.

KING.

Thanks, dear my lord.
(Exit Polonius.
O, my offence is rank, it smells to heaven;
It hath the primal eldest curse upon't,
A brother's murder! — Pray can I not,
Though inclination be as sharp as will;
My stronger guilt defeats my strong intent;
And, like a man to double business bound,

obligaciones llaman, me detengo á considerar por cuál empezaré primero, y no cumplo ninguna..... Pero si este brazo execrable estuviese aun mas teñido en la sangre fraterna, ¿faltará en los cielos piadosos suficiente lluvia para volverle cándido como la nieve misma? ¿de qué sirve la misericordia, si se niega á ver el rostro del pecado? ¿Qué hay en la oracion sino aquella duplicada fuerza, capaz de sostenernos al ir á caer, ó de adquirirnos el perdon habiendo caido?... Sí, alzaré mis ojos al cielo, y quedará borrada mi culpa... Pero ¿qué género de oracion habré de usar? Olvida, Señor, olvida el horrible homicidio que cometí... ¡Ah! que será imposible, mientras vivo poseyendo los objetos que me determinaron á la maldad; mi ambicion, mi corona, mi esposa... ¿Podrá merecerse el perdon cuando la ofensa existe? En este mundo estragado sucede con frecuencia que la mano delincuente, derramando el oro, aleja la justicia y corrompe con dádivas la integridad de las leyes; no así en el cielo, que allí no hay engaños, allí comparecen las acciones humanas como ellas son, y nos vemos compelidos a manifestar nuestras faltas todas sin escusa, sin rebozo alguno..... En fin, en fin, ¿qué debo hacer?... Probemos lo que puede el arrepentimiento... ¿y qué no podrá?...Pero ¿qué ha de poder con quien no puede arrepentirse? ¡Oh situacion infeliz! ¡Oh conciencia, ennegrecida con sombras de muerte! ¡Oh alma mia aprisionada! que cuanto mas te esfuerzas para ser libre, mas quedas oprimida. ¡Angeles, asistidme! Probad en mi vuestro poder. Dóblense mis rodillas tenaces; y tú, corazon mio de aceradas fibras, hazte blando como los nervios del niño que acaba de nacer. Todo, todo puede enmendarse. *(Se arrodilla y apoya los brazos y la cabeza en un sillon.)*

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, HAMLET.

HAMLET.

Esta es la ocasion propicia. Ahora está rezando, ahora le mato... *(Saca la espada; da algunos pasos en ademán de ir á herirle; se detiene, y se retira otra vez acia la puerta.)* Y así se irá al cielo..... ¿Y es esta mi venganza? No, reflexionemos. Un malvado asesina á mi padre, y yo, su hijo único, aseguro al malhechor la gloria; ¿no es esto, en vez de castigo, premio y recompensa? Él sorprendió á mi padre acabados los desórdenes del banquete, cubierto de mas culpas que mayo tiene flores..... ¿Quién sabe, sino Dios, la estrecha cuenta que hubo de dar? Pero, segun nuestra razon concibe, terrible ha sido su sentencia. ¿Y quedaré vengado dandole á este la muerte, precisamente cuando purifica su alma, cuando se dispone para la partida? No, espada mia, vuelve á tu lugar, y espera ocasion de ejecutar mas tremendo golpe. Cuando esté (18) ocupado en el juego, cuando blasfeme colérico, ó duerma con la embriaguez, ó se abandone á los placeres incestuosos del lecho, ó cometa acciones contrarias á su salvacion, hiérele entonces; caiga precipitado al profundo, y su alma quede negra y maldita, como el infierno que ha de recibirle. *(Envaina la espada.)* Mi madre me espera. Malvado, esta medicina, que te dilata la dolencia, no evitará tu muerte.

ESCENA XXIV.

CLAUDIO.

Mis palabras suben al cielo, mis afectos quedan en la tierra. *(Se levanta con agitacion.)* Palabras sin afectos nunca llegan á los oidos de Dios.

ESCENA XXV.

Cuarto de la reina.

GERTRUDIS, POLONIO, HAMLET.

POLONIO.

Va a venir al momento. Mostradle entereza; decidle que sus locuras han sido demasiado atrevidas é intolerables; que vuestra bondad le ha protegido, mediando entre él y

I stand in pause where I shall first begin,
And both neglect. What if this cursed hand
Were thicker than itself with brother's blood?
Is there not rain enough in the sweet heavens,
To wash it white as snow? Whereto serves mercy,
But to confront the visage of offence?
And what's in prayer, but this two-fold force,—
To be forestalled, ere we come to fall,
Or pardon'd, being down? Then I'll look up;
My fault is past. But O, what form of prayer
Can serve my turn? Forgive me my foul murder!—
That cannot be; since I am still possess'd
Of those effects for which I did the murder?
My crown, mine own ambition, and my queen.
May one be pardon'd, and retain the offence?
In the corrupted currents of this world,
Offence's gilded hand may shove by justice:
And oft 'tis seen, the wicked prize itself
Buys out the law. But 'tis not so above:
There is no shuffling, there the action lies
In his true nature; and we ourselves compell'd,
Even to the teeth and forehead of our faults,
To give in evidence. What then? what rests?
Try what repentance can: What can it not?
Yet what can it, when one can not repent?
O wretched state! O bosom, black as death!
O limed soul, that, struggling to be free.
Art more engag'd! Help, angels, make assay!
Bow, stubborn knees! and, heart, with strings of steel,
Be soft as sinews of the new-born babe!—
All may be well! *(Retires, and kneels.)*

Enter Hamlet.

HAMLET.

Now might I do it, pat, now he is praying;
And now I'll do't;—and so he goes to heaven:
And so am I reveng'd? That would be scann'd:
A villain kills my father; and, for that,
I, his sole son, do this same villain send
To heaven.
Why, this is hire and salary, no revenge.
He took my father grossly, full of bread;
With all his crimes broad blown, as flush as May;
And, how his audit stands, who knows, save heaven?
But, in our circumstance and course of thought,
'Tis heavy with him: And am I then reveng'd,
To take him in the purging of his soul,
When he is fit and season'd for his passage?
No.
Up, sword; and know thou a more horrid hent:
When he is drunk, asleep, or in his rage;
Or in the incestuous pleasures of his bed;
At gaming, swearing; or about some act
That has no relish of salvation in't:
Then trip him, that his heels may kick at heaven:
And that his soul may be as damn'd, and black,
As hell, whereto it goes. My mother stays:
This physic but prolongs thy sickly days.

The King rises, and advances.

KING.

My words fly up, my thoughts remain below:
Words, without thought, never to heaven go.

SCENE IV.

Another Room in the same.

Enter Queen and POLONIUS.

POLONIUS.

He will come straight. Look you, lay home to him;
Tell him, his pranks have been too broad to bear with;
And that your grace hath screen'd and stood between

lignacion que escitó. Yo entre tanto (19) retira-
ıardaré silencio. Habladle con libertad, yo os

HAMLET, *gritando desde adentro.*

¡madre!

GERTRUDIS.

prometo; nada temo. Ya le siento llegar. Reti-

olonio se oculta detrás de unos tapices.)

ESCENA XXVI

GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO.

HAMLET.

e (20) mandais, señora?

GERTRUDIS.

muy ofendido tienes á tu padre.

HAMLET.

nuy ofendido teneis al mio.

GERTRUDIS.

ı aquí; tú me respondes con lengua demasiado

HAMLET.

/ allá... y vos me preguntais con lengua bien

GERTRUDIS.

esto, Hamlet?

HAMLET.

ːs eso, madre?

GERTRUDIS.

das de quien soy?

HAMLET.

la cruz bendita que no me olvido. Sois la reina, ı el hermano de vuestro primer esposo, y... ¡ojalá si!... ¡Eh! sois mi madre.

GERTRUDIS.

á. Yo te pondré delante de quien te haga ho- ıas acuerdo.

HAMLET.

lamlet, asiendo de un brazo á Gertrudis, la ha-
sentaos, y no saldreis de aquí, no os movereis, ponga un espejo delante, en que veais lo mas vuestra conciencia.

GERTRUDIS.

entas hacer? ¿Quieres matarme?... ¿Quién me .¡Cielos!

trudis la estraordinaria agitacion que Hamlet ta en su semblante y acciones, teme que va á , y grita despavorida pidiendo socorro. Polonio alir de donde está oculto, y después se detiene. advierte que los tapices se mueven, sospecha ıdio está escondido detrás de ellos, saca la es- ı dos ó tres estocadas sobre el bulto que halla, y : hablando con su madre.)

POLONIO.

pide... ¡oh!...

HAMLET

; esto?... Un raton... Murió... (21) Un ducado á á muerto.

POLONIO.

ní!

GERTRUDIS.

s hecho?

HAMLET.

Qué sé yo?... ¿Si seria el rey?

GERTRUDIS.

:ion tan precipitada y sangrienta!

HAMLET.

ıd, madre mia, accion sangrienta, y cuasi tan ımo la de matar á un rey, y casarse después mano.

GERTRUDIS.

. un rey?

Much heat and him. I'll silence me e'en here.
Pray you, be round with him.

QUEEN.

I'll warrant you;
Fear me not;—withdraw, I hear him coming.
(Polonius hides himself.)

Enter Hamlet.

HAMLET.

Now, mother; what's the matter?

QUEEN.

Hamlet, thou hast thy father much offended.

HAMLET.

Mother, you have my father much offended.

QUEEN.

Come, come, you answer with an idle tongue.

HAMLET.

Go, go, you question with a wicked tongue.

QUEEN.

Why, how now, Hamlet?

HAMLET.

What's the matter now?

QUEEN.

Have you forgot me?

HAMLET.

No, by the rood, not so:
You are the queen, your husband's brother's wife;
And,—'would it were not so!—you are my mother.

QUEEN.

Nay, then I'll set those to you that can speak.

HAMLET.

Come, come, and sit you down; you shall not budge;
You go not, till I set you up a glass,
Where you may see the inmost part of you.

QUEEN.

What wilt thou do? thou wilt not murder me?
Help, help, ho!

POLONIUS. *(Behind.)*

What, ho! help!

HAMLET.

How now! a rat? *(Draws.)*
Dead, for a ducat, dead.

(Hamlet makes a pass through the arras.)

POLONIUS. *(Behind.)*

O, I am slain. *(Falls and dies.)*

QUEEN.

O me, what hast thou done?

HAMLET.

Nay, I know not:
Is it the king?

(Lifts up the arras, and draws forth Polonius.)

QUEEN.

O, what a rash and bloody deed is this!

HAMLET.

A bloody deed;—almost as bad, good mother,
As kill a king, and marry with his brother.

QUEEN.

As kill a king?

HAMLET.

Sí, señora, eso he dicho. *(Alza el tapiz, y aparece Polonio muerto en el suelo.)* Y tú, miserable, temerario, entremetido, loco... Adios. Yo te tomé por otra persona de mas consideracion. Mira el premio que has adquirido; ve ahí el riesgo que tiene la demasiada curiosidad... *(Volviendo á hablar con Gertrudis, á quien hace sentar de nuevo.)* No, no os torzais las manos... Sentaos aquí, y dejad que yo os tuerza el corazon. Así he de hacerlo, si no le teneis formado de impenetrable pasta, si las costumbres malditas no le han convertido en un muro de bronce opuesto á toda sensibilidad.

GERTRUDIS.

¿Qué hice yo, Hamlet, para que con tal aspereza me insultes?

HAMLET.

Una accion que mancha la tez purpúrea de la modestia, y da nombre de hipocresía á la virtud; arrebata las flores de la frente hermosa de un inocente amor, colocando un vejigatorio en ella; que hace mas pérfidos los votos conyugales que las promesas del tahur; una accion que destruye la buena fe, alma de los contratos, y convierte la inefable religion en una compilacion frívola de palabras; una accion, en fin, capaz de inflamar en ira la faz del cielo, y trastornar con desórden horrible esta sólida y artificiosa maquina del mundo, como si se aproximara su fin temido.

GERTRUDIS.

¡Ay de mí! ¿Y qué accion es esa, que así esclamas al anunciarla con espantosa voz de trueno?

HAMLET.

Veis aquí presentes en esta y esta pintura *(Señalando á dos retratos que habrá en la pared, uno del rey Hamlet, y otro de Claudio.)* los retratos de dos hermanos. ¡Ved cuanta gracia residia en aquel semblante! Los cabellos (22) del sol, la frente como la del mismo Júpiter, su vista imperiosa y amenazadora como la de Marte, su gentileza semejante a la del mensajero Mercurio cuando aparece sobre una montaña cuya cima llega á los cielos. ¡Hermosa combinacion de formas, donde cada uno de los dioses imprimió su carácter, para que el mundo admirase tantas perfecciones en un hombre solo. Este fué vuestro esposo. Ved ahora el que sigue. Este es vuestro esposo, que como la espiga con tizon destruye la sanidad de su hermano. ¿Lo veis bien? ¿Pudisteis abandonar las delicias de aquella colina hermosa por el cieno de ese pantano inmundo? ¡Ah! ¿lo veis bien?... Ni podeis llamarlo amor, porque en vuestra edad los hervores de la sangre están ya tibios y obedientes á la prudencia; ¿y qué prudencia descenderia desde aquel a este? Sentidos teneis, que á no ser así, no tuvierais afectos; pero esos sentidos deben de padecer letargo profundo. La demencia misma no podria incurrir en tanto error; ni el frenesí tiraniza con tal esceso las sensaciones, que no quede suficiente juicio para saber elegir entre dos objetos cuya diferencia es tan visible..... ¿Qué espíritu infernal os pudo engañar y cegar así? Los ojos sin el tacto, el tacto sin la vista, los oidos, el olfato solo, una débil porcion de cualquier sentido hubiera bastado á impedir tal estupidez..... ¡Oh modestia! ¿y no te sonrojas? ¡rebelde infierno! si así pudiste inflamar las médulas de una matrona, permite, permite que la virtud en la edad juvenil sea dócil como la cera, y se liquide en sus propios fuegos; ni se invoque al pudor para resistir su violencia, puesto que el hielo mismo con tal actividad se enciende, y es ya el entendimiento el que prostituye al corazon.

GERTRUDIS.

¡Oh Hamlet! no digas mas... Tus razones me hacen dirigir la vista á mi conciencia, y advierto allí las mas negras y groseras manchas, que acaso nunca podrán borrarse.

HAMLET.

¡Y permanecer así entre el pestilente sudor de un le-

HAMLET.

Ay, lady, t'was my word.—
Thou wretched, rash, intruding fool, farewell!
(To Polo.
I took thee for thy better; take thy fortune:
Thou find'st, to be too busy, is some danger.—
Leave wringing of your hands: Peace; sit you down,
And let me wring your heart: for so I shall,
If it be made of penetrable stuff;
If damned custom hath not braz'd it so,
That it be proof and bulwark against sense.

QUEEN.

What have I done, that thou dar'st wag thy tongue
In noise so rude against me?

HAMLET.

Such an act,
That blurs the grace and blush of modesty;
Calls virtue, hypocrite; takes off the rose
From the fair forehead of an innocent love,
And sets a blister there; makes marriage-vows
As false as dicers' oaths: O, such a deed
As from the body of contraction plucks
The very soul; and sweet religion makes
A rhapsody of words: Heaven's face doth glow
Yea, this solidity and compound mass,
With tristful visage, as against the doom,
Is thought-sick at the act.

QUEEN.

Ah me, what act,
That roars so loud, and thunders in the index?

HAMLET.

Look here, upon this picture, and on this;
The counterfeit presentment of two brothers.
See, what a grace was seated on this brow:
Hyperion's curls; the front of Jove himself:
An eye like Mars, to threaten and command;
A station like the herald Mercury,
New-lighted on a heaven-kissing hill;
A combination, and a form, indeed,
Where every god did seem to set his seal,
To give the world assurance of a man;
This was your husband.—Look you now what follows
Here is your husband; like a mildew'd ear,
Blasting his wholesome brother. Have you eyes?
Could you on this fair mountain leave to feed,
And batten on this moor? Ha! have you eyes?
You cannot call it, love: for at your age,
The hey-day in the blood is tame, it's humble,
And waits upon the judgment; and what judgment
Would step from this to this? Sense, sure, you have,
Else could you not have motion: But, sure, that sense
Is apoplex'd; for madneess woul'd not err;
Nor sense to ecstasy was ne'er so thrall'd,
But it reserv'd some quantity of choice,
To serve in such a difference. What devil was't
That thus hath cozen'd you at hoodman-blind?
Eyes without feeling, feeling without sight,
Ears without hands or eyes, smelling sans all,
Or but a sickly part of one true sense
Could not so mope.
O shame! where is thy blush? Rebellious hell,
If thou canst mutine in a matron's bones,
To flaming youth let virtue be as wax,
And melt in her own fire; proclaim no shame,
When the compulsive ardour gives the charge;
Since frost itself as actively doth burn
And reason panders will.

QUEEN.

O Hamlet, speak no more:
Thou turn'st mine eyes into my very soul;
And there I see such black and grained spots,
As will not leave their tinct.

HAMLET.

Nay, but to live

ɔso, envilecida en corrupcion, prodigando ca-
ıor en aquella sentina impura!

GERTRUDIS.

ıo mas, que esas palabras como agudos puña-
ıis oidos... No mas, querido Hamlet.

HAMLET.

ıo... un malvado... vil... inferior mil veces á
nto esposo... escarnio de los reyes, ratero del
mando, que robó la preciosa corona, y se la
l bolsillo.

GERTRUDIS.

ESCENA XXVII.

DIS, HAMLET, LA SOMBRA DEL REY HAMLET.

HAMLET.

botarga... ¡Oh espíritus (25) celestes! defen-
idme con vuestras alas... ¿Qué quieres, vene-
ı?

GERTRUDIS.

está fuera de sí.

HAMLET.

caso á culpar la negligencia de tu hijo, que
or la compasion y la tardanza, olvida la impor-
ɔion de tu precepto terrible?... Habla.

LA SOMBRA.

des. Vengo a inflamar de nuevo tu ardor cuasi
Pero ¿ves? Mira cómo has llenado de asombro
Ponte entre ella y su alma agitada, y hallarás
inacion obra con mayor violencia en los cuer-
ɔiles. Háblala, Hamlet.

HAMLET.

pensais, señora?

GERTRUDIS.

! ¿y en qué piensas tú, que así diriges la vista
ıy nada, razonando con el aire incorpóreo?...
na se ha pasado á tus ojos, que se mueven
tus cabellos, que pendian, adquiriendo vida y
se erizan y levantan como los soldados á
ɔroviso rebato despierta. ¡Hijo de mi alma!
na sobre el ardiente fuego de tu agitacion la
ia... ¿A quién estás mirando?

HAMLET.

... ¿Le veis qué palida luz despide? Su as-
olor bastarian a conmover las piedras... ¡Ay!
; asi; no sea que ese lastimoso semblante des-
lesignios crueles, no sea que al ejecutarlos
ɔs medios, y en vez de sangre se derramen lá-

GERTRUDIS.

dices eso?

HAMLET.

ıada allí?

GERTRUDIS.

eo todo lo que hay.

HAMLET.

; nada tampoco?

GERTRUDIS.

que lo que nosotros hablamos.

HAMLET.

... ¿Le veis?... Ahora se va... Mi padre... con
ɪmo que se vestia... ¿Veis por dónde va?...
al pórtico.

ESCENA XXVIII.

GERTRUDIS, HAMLET.

GERTRUDIS.

efecto de la fantasía. El desórden que padece
ɔroduce esas ilusiones vanas.

HAMLET.

n? Mi pulso, como el vuestro, late con re-
alo, y anuncia igual salud en sus compases....

In the rank sweat of an enseamed bed;
Stew'd in corruption; honeying, and making love
Over the nasty stye;—

QUEEN.

O, speak to me no more;
These words, like daggers, enter in mine ears;
No more, sweet Hamlet.

HAMLET.

A murderer, and a villain:
A slave, that is not twentieth part the tythe
Of your precedent lord:—a vice of kings:
A cutpurse of the empire and the rule;
That from a shelf the precious diadem stole,
And put it in his pocket!

QUEEN.

No more.

Enter Ghost.

HAMLET.

A king
Of shreds and patches:—
Save me and hover o'er me with your wings
You heavenly guards!—What would your gracious figure?

QUEEN.

Alas! he's mad.

HAMLET.

Do you not come your tardy son to chide,
That, laps'd in time and passion, let's go by
The important acting of your dread command?
O, say!

GHOST.

Do not forget: This visitation
Is but to whet ty almost blunted purpose.
But look! amazement on thy mother sits:
O, step between her and her fighting soul;
Conciet in weakest bodies strongest works;
Speak to her, Hamlet.

HAMLET.

How is it with you, lady?

QUEEN.

Alas, how is't with you?
That you do bend your eye on vacancy,
And with the incorporal air do old discourse?
Forth at your eyes your spirits widly peep;
And, as the sleeping soldiers in the alarm,
Your bedded hair, like life in excrements,
Starts up, and stands on end. O gentle son,
Upon the heat and flame of thy distemper
Sprinkle cool patience. Whereon do you look!

HAMLET.

On him! on him!—Look you, how pale he glares!
His form and cause conjoin'd, preaching to stones,
Would make them capable.—Do not look upon me;
Lest with this piteous action, you convert
My stern effects: then what I have to do
Will want true colour; tears, perchance, for blood.

QUEEN.

To whom do you speak this?

HAMLET.

Do you see nothing there?

QUEEN.

Nothing at all; yet all, that is, I see.

HAMLET.

Nor did you nothing hear?

QUEEN.

No, nothing, but ourselves.

HAMLET.

Why, look you there! look, how it steals away!
My father, in his habit as he liv'd;
Look, where he goes, even now, out at the portal!
(Exit Ghost.

QUEEN.

This is the very coinage of your brain:
This bodiless creation ecstasy
Is very cunning in.

HAMLET.

Ecstasy!
My pulse, as yours, doth temperately keep time,
And makes as healthful music. It is not madness,

Nada de lo que he dicho es locura. Haced la prueba, y vereis si os repito cuantas ideas y palabras acabo de proferir, y un loco no puede hacerlo. ¡Ah, madre mia! en merced os pido que no apliqueis al alma esa uncion halagüeña, creyendo que es mi locura la que habla, y no vuestro delito. Con tal medicina lograreis solo irritar la parte ulcerada, aumentando la ponzoña pestífera que interiormente la corrompe... Confesad al cielo vuestra culpa, llorad lo pasado, precaved lo futuro, y no estendais el beneficio sobre las malas yerbas para que prosperen lozanas. Perdonad este desahogo a mi virtud, ya que en esta delincuente edad la virtud misma tiene que pedir perdon al vicio, y aun para hacerle bien le halaga y le ruega.

GERTRUDIS.

¡Ay, Hamlet! tú despedazas mi corazon.

HAMLET.

¿Sí? Pues apartad de vos aquella porcion mas dañada, y vivid con la que resta mas inocente. Buenas noches... Pero no volvais al lecho de mi tio. Si careceis de virtud, aparentadla al menos. La costumbre (24), aquel monstruo que destruye las inclinaciones y afectos del alma, si en lo demás es un demonio, tal vez es un ángel cuando sabe dar a las buenas acciones una cierta facilidad con que insensiblemente las hace parecer innatas. Conteneos por esta noche; este esfuerzo os hará mas facil la abstinencia próxima, y la que siga después la hallareis mas fácil todavía. La costumbre es capaz de borrar la impresion misma de la naturaleza, reprimir las malas inclinaciones y alejarlas de nosotros con maravilloso poder. Buenas noches; y cuando aspireis de veras a la bendicion del cielo, entonces yo os pediré vuestra bendicion... La desgracia de este hombre *(Hace ademán de cargar con el cuerpo de Polonio; pero dejándole en el suelo otra vez vuelve á hablar á Gertrudis.)* me aflige en estremo; pero Dios lo ha querido así: á él le ha castigado por mi mano, y á mí tambien precisándome á ser el instrumento de su enojo. Yo le conduciré adonde convenga, y sabré justificar la muerte que le di. Basta. Buenas noches. Porque (25) soy piadoso, debo ser cruel; ve aquí el primer daño cometido; pero aun es mayor el que después ha de ejecutarse... ¡Ah! escuchad otra cosa.

GERTRUDIS.

¿Cuál es? ¿Qué debo hacer?

HAMLET.

No hacer nada de cuanto os he dicho, nada. Permitid que el rey hinchado con el vino, os conduzca otra vez al lecho, y allí os acaricie, apretando lascivo vuestras mejillas, y os tiente el pecho con sus malditas manos, y os bese con negra boca. Agradecida, entonces, decladle cuanto hay en el caso: decidle que mi locura no es verdadera, que todo es artificio... Sí, decidselo; porque ¿cómo es posible que una reina hermosa, modesta, prudente, oculte secretos de tal importancia á aquel (26) gato viejo, murciélago, sapo torpísimo? ¿Cómo seria posible callárselo? Id, y á pesar de la razon y del sigilo, abrid la jaula sobre el techo de la casa y haced que los pajaros se vuelen; y semejante al mono (tan amigo de hacer esperiencias), meted la cabeza en la trampa, á riesgo de perecer en ella misma.

GERTRUDIS.

No, no lo temas; que si las palabras se forman del aliento, y este anuncia vida, no hay vida ni aliento en mí para repetir lo que me has dicho.

HAMLET.

¿Sabeis que debo ir a Inglaterra?

GERTRUDIS.

¡Ah! ya lo habia olvidado. Sí, es cosa resuelta.

HAMLET.

He sabido que hay ciertas cartas selladas, y que mis dos condiscípulos (de quienes yo me fiaré como de una víbora ponzoñosa) van encargados de llevar el mensaje, facili-

That I have utterd'd: bring me to the test,
And I the matter will re-word; which madness
Would gambol from. Mother, for love of grace,
Lay not that flattering unction to your soul,
That not your trespass, but my madness, speaks:
It will but skin and film the ulcerous place;
Whiles rank corruption, mining all within,
Infects unseen. Confess yourself to heaven;
Repent what's past; avoid what is to come;
And do not spread the compost on the weeds,
To make them ranker. Forgive me this my virtue:
For in the fatness of these pursy times,
Virtue itself of vice must pardon beg;
Yea, curb and woo, for leave to do him good.

QUEEN.

O Hamlet! thou hast cleft my heart in twain.

HAMLET.

O, throw away the worser part of it,
And live the purer with the other half.
Good night: but go not to my uncle's bed;
Assume a virtue, if you have it not.
That monster, custom, who all sense doth eat
Of habit's devil, is angel yet in this;
That to the use of actions fair and good
He likewise gives a frock, a livery,
That aptly is put on: Refrain to-night:
And that shall lend a kind of easiness
To the next abstinence: the next more easy:
For use almost can change the stamp of nature,
And either curb the devil, or throw him out
With wondrous potency. Once more, good night;
And when you are desirous to be bless'd,
I'll blessing beg of you.—For this same lord,

(Pointing to Pol

I do repent. But heaven hath pleas'd it so,—
To punish me with this, and this with me,
That I must be their scourge and minister.
I will bestow him, and will answer well
The death I gave him. So, again, good night!—
I must be cruel, only to be kind:
Thus bad begins, and worse remains behind.—
But one word more, good lady.

QUEEN.

What shall I do?

HAMLET.

Not this, by no means, that I bid you do.
Let the bloat king tempt you again to bed:
Pinch wanton on your cheek; call you, his mouse;
And let him, for a pair of reechy kisses,
Or paddling in your neck with his damn'd fingers,
Make you to ravel all this matter out,
That I essentially am not in madness,
But mad in craft. 'Twere good, you let him know:
For who, that's but a queen, fair, sober, wise,
Would from a paddock, from a bat, a gib,
Such dear concernings hide? who would do so?
No, in despite of sense and secrecy,
Unpeg the basket on the house's top,
Let the birds fly; and, like the famous ape,
To try conclusions, in the basket creep,
And break your own neck down.

QUEEN.

Be thou assur'd, if words be made of breath,
And breath of life, I have no life to breathe
What thou hast said to me.

HAMLET.

I must to England; you know that?

QUEEN.

Alack,
I had forgot; 'tis so concluded on.

HAMLET.

There's letters seal'd: and my two school-fellows,—
Whom I will trust, as I will adders fang'd,—
They bear the mandate; they must sweep my way,

y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. ¡Oh!... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro... Pero...

RICARDO, *desde adentro.*

¡Hamlet! ¡señor!

HAMLET.

¿Qué ruido es este? ¿Quién llama á Hamlet?...... ¡Oh! ya están aquí.

(Salen Ricardo y Guillermo.)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en dónde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

¡Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Qué es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey a las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Sí, señor, entremetido; que como una esponja chupa del favor del rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes a lo último de su carrera es cuando sirven mejor al príncipe; porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te esprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en estremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en dónde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el rey; pero el rey no está con el cuerpo. El rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada... pero guarda, Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de Palacio.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Qué peligroso es dejar en libertad á este mancebo! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Conviene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

As level as the cannon to is blank,
Transports his poison'd shot,—may miss our name,
And hit the woundless air.—O come away!
My soul is full of discord, and dismay. (Ex

SCENE II.

Another Room in the House.

Enter HAMLET.

HAMLET.

Safely stow'd,—*(Ros. etc. within.* Hamlet! lor let!) But soft,—what noise? who calls on Hamlet? they come.

Enter Rosencrantz and Guildenstern.

ROSENCRANTZ.

What have, you done, my lord, with the dead b

HAMLET.

Compounded it with dust, whereto'tis kin.

ROSENCRANTZ.

Tell us where 'tis; that we may take it thence,
And bear it to the chapel.

HAMLET.

Do not believe it.

ROSENCRANTZ.

Believe what?

HAMLET.

That I can keep your counsel, and not mine sides, to be demanded of a sponge!—what re should be made by the son of a king?

ROSENCRANTZ.

Take you me for a sponge, my lord?

HAMLET.

Ay, sir; that soaks up the king's countena rewards, his authorities. But such officers do the service in the end: He keeps them, like an ape, in ner of his jaw; first mouthed, to be last swallowe he needs what you have gleaned, it is but squee and, sponge, you shall be dry again.

ROSENCRANTZ.

I understand you not my lord.

HAMLET.

I am glad of it: A knavish speech sleeps in a fo

ROSENCRANTZ.

My lord, you must tell us where the body is, an us to the king.

HAMLET.

The body is with the king, but the king is not body. The king is a thing—

GUILDENSTERN.

A thing, my lord?

HAMLET.

Of nothing: bring me to him. Hide fox, and all

SCENE III.

Another Room in the same.

Enter King, attended.

KING.

I have sent to seek him, and to find the body.
How dangerous is it, that this man goes loose?
Yet must not we put the strong law on him:
He's lov'd of the distracted multitude,
Who like not in their judgement, but their eyes;
And, where'tis so, the offender's scourge is weig
But never the offence. To bear all smooth and ev
This sudden sending him away must seem
Deliberate pause. Diseases, desperate grown,
By desperate appliance are reliev'd.

ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿ Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adónde ha llevado el cadáver.

CLAUDIO.

Pero él ¿en dónde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el príncipe.

ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿ en dónde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿ A cenar? ¿ Adónde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos a los demás animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come después. El rey gordo y el mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto para todo.

CLAUDIO.

¡ Ah !

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que há comido a un rey, y comerse después el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿ Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar cómo un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿ En dónde está Polonio?

HAMLET.

En el cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte. Bien que, si no le hallais en todo este mes, le olereis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. *(Vánse los criados.)*

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET.

¿ A Inglaterra?

CLAUDIO.

Sí, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Sí, muy bien debe parecerte, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

Enter Rosencrantz.

Or not at all.—How now? what hath befallen?

ROSENCRANTZ.

Where the dead body is bestow'd, my lord,
We cannot get from him.

KING.

But where is he?

ROSENCRANTZ.

Without, my lord; guarded, to know your pleasure.

KING.

Bring him before us.

ROSENCRANTZ.

Ho, Guildenstern! bring in my lord.

Enter Hamlet and Guildenstern.

KING.

Now, Hamlet, where's Polonius?

HAMLET.

At supper.

KING.

At supper? where?

HAMLET.

Not where he eats, but where he is eaten: a certain convocation of politic worms are e'en at him. Your worm is your only emperor for diet: we fat all creatures else, to fat us; and we fat ourselves for maggots: Your fat king, and your lean beggar, is but variable service; two dishes, but to one table; that's the end.

KING.

Alas! alas!

HAMLET.

A man may fish with the worm that hath eat of a king; and eat of the fish that hath fed of that worm.

KING.

What dost thou mean by this?

HAMLET.

Nothing, but to show you how a king may go a progress through the guts of a beggar.

KING.

Where is Polonius?

HAMLET.

In heaven; send thither to see: if your messenger find him not there, seek him i'the other place yourself. But, indeed, if you find him not within this month, you shall nose him as you go up the stairs into the lobby.

KING.

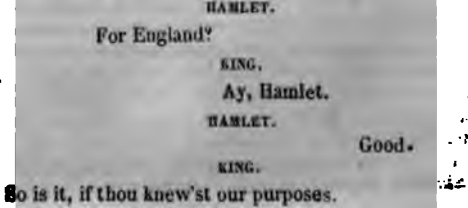
Go seek him there. *(To some attendants.)*

HAMLET.

He will stay till you come. *(Exeunt attendants.)*

KING.

Hamlet, this deed, for thine especial safety,—
Which we do tender, as we dearly grieve
For that which thou hast done,—must send thee hence
With fiery quickness: Therefore, prepare thyself;
The bark is ready, and the wind at help,
The associates tend, and every thing is bent
For England.



HAMLET.

For England?

KING.

Ay, Hamlet.

HAMLET.

Good.

KING.

So is it, if thou knew'st our purposes.

HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡Adios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre... Padre y madre son marido y mujer; marido y mujer son una carne misma, con que... mi madre... ¡Eh! Vamos a Inglaterra.

ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente; instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, esta sellado y pronto. Id, no os detengais. *(Vanse Ricardo y Guillermo.)* Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarqués, y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe, por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRÁS, UN CAPITÁN, SOLDADOS.

FORTIMBRÁS.

Id, capitán (4), saludad en mi nombre al monarca danés; decidle, que en virtud de su licencia, Fortimbrás pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere S. M. comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITÁN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRÁS.

Y vosotros caminad con paso vagaroso.

ESCENA IX.

UN CAPITÁN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (5), ¿de dónde son estas tropas?

CAPITÁN.

De Noruega, señor.

HAMLET

Y decidme, ¿adónde se encaminan?

CAPITÁN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quién las acaudilla!

CAPITÁN.

Fortimbrás, sobrino del anciano rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia, ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITÁN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

HAMLET.

I see a cherub, that sees them. — But, come; fo
gland!—Farewell, dear mother.

KING.

Thy loving father, Hamlet.

HAMLET.

My mother: Father and mother is man and wife
and wife is one flesh; and so, my mother. Come, f
gland.

KING.

Follow him at foot; tempt him with speed aboard;
Delay it not, I'll have him hence to-night:
Away; for every thing is seal'd and done
That else leans on the affair: Pray you, make haste
(Exeunt Ros. and Gu
And, England, if my love thou hold'st at aught,
(As my great power thereof may give thee sense;
Since yet thy cicatrice looks raw and red
After the Danish sword, and thy free awe
Pays homage to us,) thou may'st not coldly set
Our sovereign process; which imports at full,
By letters conjuring to that effect,
The present death of Hamlet. Do it, England;
For like the hectic in my blood he rages,
And thou must cure me: 'till I know, 'tis done,
Howe'er my haps, my joys will ne'er begin.

SCENE IV.

A Plain in Denmark.

Enter FORTINBRAS, *and Forces, marching*

FORTINBRAS.

Go, captain, from me greet the Danish king;
Tell him, that, by his licence, Fortinbras
Craves the conveyance of a promis'd march
Over his kingdom. You know the rendezvous.
If that his majesty would aught with us,
We shall express our duty in his eye,
And let him know so.

CAPTAIN.

I will do't, my lord.

FORTINBRAS.

Go softly on.

(Exeunt Fortinbras and Forc

Enter Hamlet, Rosencrantz, Guildenstern, etc

HAMLET.

Good sir, whose powers are these?

CAPTAIN.

They are of Norway, sir.

HAMLET.

How purpos'd, sir,
I pray you?

CAPTAIN.

Against some part of Poland.

HAMLET.

Who
Commands them, sir?

CAPTAIN.

The nephew to old Norway, Fortinbras.

HAMLET.

Goes it against the main of Poland, sir,
Or for some frontier?

CAPTAIN.

Truly to speak, sir, and with no addition,
We go to gain a little patch of ground,
That hath in it no profit but the name.
To pay five ducats, five, I would not farm it;
Nor will it yield to Norway, or the Pole,
A ranker rate, should id be sold in fee.

HAMLET.

Why, then the Polack never will defend it

CAPITÁN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y escesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que esteriormente se vea la razon por que el hombre perece. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITÁN.

Dios os guarde.

(Vanse el capitán y los soldados.)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, escitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad, y emplea todo su tiempo solo en dormir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No: aquel que nos formó dotados de tan estenso conocimiento, que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea pues brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer, puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y espone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Cómo pues permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de escitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... ¡Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galería de palacio.

GERTRUDIS, HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe escitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre: dice que continuamente oye que el mundo esta lleno de maldad; solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pié cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma estravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin

CAPTAIN.

Yes, 'tis already garrison'd.

HAMLET.

Two thousand souls, and twenty thousand ducats,
Will not debate the question of this straw:
This is the imposthume of much wealth and peace;
That inward breaks, and shows no cause without
Why the man dies.—I humbly thank you, sir.

CAPTAIN.

Gòd be wi' you, sir. *(Exit.*

ROSENCRANTZ.

Will't please you go, my lord?

HAMLET.

I will be with you straight. Go a little before.
(Exeunt Ros. and Guil.
How all occasions do inform against me,
And spur my dull revenge! What is a man,
If his chief good, and market of his time,
Be but to sleep, and feed? a beast, no more.
Sure, he, that made us with such large discourse,
Looking before, and after, gave us not
That capability and godlike reason
To fust in us unus'd. Now, whether it be
Bestial oblivion, or some craven scruple
Of thinking too precisely on the event,—
A thought, which, quarter'd, hath but one part wisdom,
And ever, three parts coward,—I do not know
Why yet I live to say, *This thing's to do;*
Sith I have cause, and will, and strength, and means,
To do't. Examples, gross as earth, exhort me:
Witness, this army of such mass, and charge,
Led by a delicate and tender prince;
Whose spirit, with divine ambition puff'd,
Makes mouths at the invisible event;
Exposing what is mortal, and unsure,
To all that fortune, death, and danger dare,
Even for an egg-shell. Rightly to be great,
Is, not to stir without great argument;
But greatly to find quarrel in a straw,
When honour's at the stake. How stand I then,
That have a father kill'd, a mother stain'd
Excitements of my reason, and my blood,
And let all sleep? while, to my shame, I see
The imminent death of twenty thousand men,
That, for a fantasy, and trick of fame,
Go to their graves like beds; fight for a plot
Whereon the numbers cannot try the cause,
Which is not tomb enough, and continent,
To hide the slain?—O, from this time forth,
My thoughts be bloody, or be nothing worth! *(Exit.*

SCENE V.

Elsinore. A Room in the Castle.

Enter Queen and HORATIO.

QUEEN.

I will not speak with her.

HORATIO.

She is importunate; indeed, distract;
Her mood will needs be pitied.

QUEEN.

What would she have?

HORATIO.

She speaks much of her father; says, she hears
There's tricks i'the world; and hems, and beats her heart;
Spurns enviously at straws; speaks things in doubt,
That carry but half sense: her speech is nothing,
Yet the unshaped use of it doth move
The hearers to collection; they aim at it,

con que las dice, y dando á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion espresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. *(Vase Horacio.)* El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

(Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.)

¿Cómo al amante
Que fiel te sirva,
De otro cualquiera
Distinguiría?
Por las veneras
De su esclavina,
Bordon, sombrero
Con plumas rizas,
Y su calzado
Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á qué propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decís?.. Atended á esta:

Muerto es ya, señora,
Muerto, y no está aquí.
Una tosca piedra
A sus plantas ví,
Y al césped del prado
Su frente cubrir.

¡Ah! ¡ah! ¡ah! *(Dando risotadas.)*

GERTRUDIS.

Sí; pero, Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian...

ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRUDIS.

¡Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian
Como la nieve del monte,
Y al sepulcro le conducen
Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Cómo estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague... Dicen que la lechuza fué antes una doncella, hija de un panadero... ¡Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser... Dios vendrá a visitaros.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

And botch the words up fit to their own thoughts;
Which, as her winks, and nods, and gestures yield
Indeed would make one think, there might be thou
Though nothing sure, yet much unhappily.

QUEEN.

'Twere good she were spoken with; for she may st
Dangerous conjectures in ill-breeding minds;
Let her come in. *(Exit H*
To my sick soul, as sin's true nature is,
Each toy seems prologue to some great amiss:
So full of artless jealousy is guilt,
It spills itself in fearing to be spilt.

Re-enter Horatio with Ophelia.

OPHELIA.

Where is the beautous majesty of Denmark?

QUEEN.

How now, Ophelia?

OPHELIA.

How should I your true-love know (Sings.)
From another one?
By his cockle hat and staff,
And his sandal shoon?

QUEEN.

Alas, sweet lady, what imports this song?

OPHELIA.

Say you? nay, pray you, mark.

He is dead and gone, lady,
He is dead and gone;
At his head a grass-green turf,
At his heels a stone.

O, ho!

QUEEN.

Nay, but Ophelia,—

OPHELIA.

Pray you, mark.

White his shroud as the mountain snow, (Sings.)

Enter King.

QUEEN.

Alas, look here, my lord.

OPHELIA.

Larded all with sweet flowers;
Which bewept to the grave did go.
With true-love showers.

KING.

How do you, pretty lady?

OPHELIA.

Well, God'ield you! They say, the owl was a b daughter. Lord, we know what we are, but kno what we may be. God be at your table!

KING.

Conceit upon her father.

OPHELIA.

Pray, let us have no words of this; but when th you, what it means, say you this:

De san Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga.
Despierta el mancebo,
Se viste de gala.
Y él responde entonces:
Por el sol te juro
Que no lo olvidara,
Si tú no te hubieras
Venido á mi cama.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
Le dice indignada:
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.
Y abriendo las puertas
Entró la muchacha,
Que viviendo virgen
Volvió desflorada.

CLAUDIO.

¿Cuánto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... *(Se entristece y llora.)* Pero yo no puedo menos de llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos... *(Con mucha viveza y alegría.)* Vamos, la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, *á Horacio.*

Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO.

¡Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado él mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos, y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan estraños casos, se oculta entre sombras misteriosas, sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oidos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dispara, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Qué estruendo es este?

Good morrow, 'tis Saint Valentine's day,
All in the morning betime,
And I a maid at your window,
To be your Valentine:
Then up he rose, and don'd his clothes,
And dupp'd the chamber door:
Let in the maid, that out a maid
Never departed more.

KING.

Pretty Ophelia!

OPHELIA.

Indeed, without an oath, I'll make an end on't:

By Gis, and by saint Charity,
Alack, and fy for shame!
Young men will do't, if they come to't,
By cock, they are to blame.
Quoth she, before you tumbled me,
You promis'd me to wed:

(He answers.)

So would I ha'done, by yonder sun,
An thou hadst not come to my bed.

KING.

How long hath she been thus?

OPHELIA.

I hope, all will be well. We must be patient: but I cannot choose but weep, to think, they should lay him i' the cold ground: my brother shall know of it, and so I thank you for your good counsel. Come, my coach! Good night, ladies; good night, sweet ladies; good night, good night.

(Exit.

KING.

Follow her close; give her good watch, I pray you.

(Exit Horatio.

O! this is the poison of deep grief; it springs
All from her father's death: And now behold,
O Gertrude, Gertrude,
When sorrows come, they come not single spies,
But in battalions! First, her father slain;
Next, your son gone; and he most violent author
Of his own just remove: the people muddied,
Thick and unwholesome in their thoughts and whispers,
For good Polonius' death; and we have done but greenly,
In hugger-mugger to inter him. Poor Ophelia
Divided from herself, and her fair judgment:
Without the which we are pictures, or mere beasts.
Last, and as much containing as all these,
Her brother is in secret come from France:
Feeds on his wonder, keeps himself in clouds,
And wants not buzzers to infect his ear
With pestilent speeches of his father's death;
Wherein necessity, of matter beggar'd,
Will nothing stick our person to arraign
In ear and ear. O my dear Gertrude, this,
Like to a murdering piece, in many places
Gives me superfluous death. *(A noise within.)*

QUEEN.

Alack! what noise is this?

ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En dónde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepujando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laertes ciego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, ¡viva Laertes!

GERTRUDIS.

¡Con qué alegría sigue, ladrando, esa trailla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En dónde está el rey? *(Volviéndose acia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.)* Vosotros quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejeis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno príncipe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mí una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio, infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero, Laertes, ¿cuál es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrudis, no le contengas..... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes; la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?..... Déjale, Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.

¿En dónde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y cómo ha sido su muerte?... ¡Eh!... No, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza; suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

Enter a Gentleman.

KING.

Attend:
Where are my Switzers? Let them guard the door:
What is the matter?

GENTLEMAN.

Save yourself, my lord;
The ocean, overpeering of his list,
Eats not the flats with more impetuous haste,
Than young Laertes, in a riotous head,
O' erbears your officers! The rabble call him, lord
And, as the world were now but to begin,
Antiquity forgot, custom not known,
The ratifiers and props of every word,
They cry, *Choose we; Laertes shall be king!*
Caps, hands, and tongues, applaud it to the cloud
Laertes shall be king, Laertes king!

QUEEN.

How cheerfully on the false trail they cry!
O, this is counter, you false Danish dogs.

KING.

The doors are broke. *(Noise*

Enter Laertes, armed; Danes following.

LAERTES.

Where is the king? — Sirs, stand you all withou

DANES.

No, let's come in.

LAERTES.

I pray you, give me leave.

DANES.

We will, we will. *(They retire without th*

LAERTES.

I thank you: — keep the door. — O thou vile kin
Give me my father.

QUEEN.

Calmly, good Laertes.

LAERTES.

That drop of blood, that's calm, proclaims me ba
Cries, cuckold, to my father; brands the harlot
Even ere, between the chaste unsmirched brow
Of my true mother.

KING.

What is the cause, Laertes,
That thy rebellion looks so giant-like? —
Let him go, Gertrude: do not fear our person;
There's such divinity doth hedge a king
That treason can but peep to what it would,
Acts little of his will. — Tell me, Laertes,
Why thou art thus incens'd? — Let him go, Gert
Speak, man.

LAERTES.

Wery his my father?

KING.

Dead.

QUEEN.

But not by him.

KING.

Let him demand his fill.

LAERTES.

How came he dead? I'll not be juggled with:
To hell, allegiance! vows, to the blackest devil!
Conscience, and grace so the profoundest pit!
I dare damnation: To this point I stand, —
That both the worlds I give to negligence,
Let come what comes; only I'll be reveng'd
Most throughly for my father.

CLAUDIO.

¿Y quién te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

¿Querrás sin duda conocerlos?

LAERTES.

¡Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelícano amoroso, los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como a tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar.

(Ruido y voces dentro.)

LAERTES.

¿Qué novedad... qué ruido es este?

ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA,

ACOMPAÑAMIENTO.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)

LAERTES.

¡Oh, calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas en estremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal esceso, que el peso del castigo tuerza el fiel y baje la balanza... ¡Oh, rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!..... ¡Oh cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrépito?... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al esceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Lleváronle en su ataud
Con el rostro descubierto.
Ay no ni, ay ay ay no ni.
Y sobre su sepultura
Muchas lágrimas llovieron.
Ay no ni, ay ay ay no ni.

Adios, querido mio. Adios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):
Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!... El pícaro del mayordomo fué el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

KING.

Who shall stay you?

LAERTES.

My will, not all the world's:
And, for my means, I'll husband them so well
They shall go far with little.

KING.

Good Laertes.
If you desire to know the certainty
Of your dear father's death, it's writ in your revenge,
That, sweepstake, you will draw both friend and foe,
Winner and loser?

LAERTES.

None but his enemies.

KING.

Will you know them then?

LAERTES.

To his good friends thus wide I'll ope my arms;
And, like the kind life-rend'ring pelican,
Repast them with my blood.

KING.

Why, now you speak
Like á good child, and a true gentleman.
That I am guiltless of your father's death,
And am most sensible in grief for it,
It shall as level to your judgment pear,
As day does to your eye.

DANES. *(Within.)*

Let her come in.

LAERTES.

How now! what noise is that?

Enter Ophelia, fantastically dressed with straws and flowers.

O heat, dry up my brains! tears, seven times salt,
Burn out the sense and virtue of mine eye! —
By heaven, thy madness shall be paid with weight
Till our scale turn the beam. O rose of May!
Dear maid, kind sister, sweet Ophelia!—
O heavens! is't possible, a young maid's wits
Should be as mortal as an old man's life?
Nature is fine in love: and, where 'tis fine,
It sends some precious instance of itself
After the thing it loves.

OPHELIA.

They bore him barefac'd on the bier;
Hey no nonny, nonny hey nonny:
And in his grave rain'd many a tear;—
Fare you well, my dove!

LAERTES.

Hadst thou thy wits, and didst persuade revenge,
It could not move thus.

OPHELIA.

You must sing, *Down a-down, an you call him a-down-a.* O, how the wheel becomes it! It is the false steward, that stole his master's daughter.

LAERTES.

This nothing's more than matter.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. *(A Laertes.)* Tomad, amigo, para que os acordeis..... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan y á sus memorias tristes.

OFELIA, *á Gertrudis.*

Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda..... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usareis con la distincion que os parezca... *(A Claudio.)* Esta es una margarita... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)
De plumas vario
Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nos deja, se va,
Y no ha de volver.
No, que ya murió,
No vendrá otra vez...
Su barba era nieve,
Su pelo también.
Se fué ¡ dolorosa
Partida! se fué.
En vano exhalamos
Suspiros por él.
Los cielos piadosos
Descanso le den.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... ¡Eh! señores, adios.

ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Óyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Óigannos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano ajena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quiénes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros que, segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. *(Vase el criado.)* Yo no sé de qué parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

OPHELIA.

There's rosemary, that's for remembrance; pr
love, remember: and there is pansies, that's for th

LAERTES.

A document in madness; thoughts and remen
fitted.

OPHELIA.

There's fennel for you, and columbines: — the
for you; and here's some for me: — we may call
of grace o'Sundays: — you may wear your rue
difference. — There's a daisy: — I would give y
violets; but they withered all, when my father die
say, he made a good end. —

For bonny sweet Robin is all my joy,

LAERTES.

Thought and afliction, passion, hell itself,
She turns to favour, and to prettiness.

OPHELIA.

And will he not come again?
And will he not come again?
No, no, he is dead,
Go to thy death-bed,
He never will come again.
His beard was as white as snow,
All flaxen was his poll:
He is gone, he is gone,
And we cast away moan;
God'a mercy on his soul!

And of all christian souls! I pray God. God be wi'

(Exit O

LAERTES.

Do you see this, O God!

KING.

Laertes, I must commune with your grief,
Or you deny me right. Go but apart,
Make choice of whom your wisest friends you will
And they shall hear and judge 'twixt you and me:
If by direct or by collateral hand
They find us touch'd, we will our kingdom give,
Our crown, our life, and all that we call ours,
To you in satisfaction: but, if not,
Be you content to lend your patience to us,
And we shall jointly labour with your soul,
To give it due content.

LAERTES.

Let this be so;
His means of death, his obscure funeral, —
No trophy, sword, nor hatchment, o'er his bones
No noble rite, nor formal ostentation, —
Cry to be heard, as 'twere from heaven to earth,
That I must call't in question.

KING.

So you shall;
And, where the offence is, let the great axe fall.
I pray you, go with me. *(E*

SCENE VI.

Another Room in the same.

Enter HORATIO, *and a* SERVANT.

HORATIO.

What are they, that would speak with me?

SERVANT.

Sailors,
They say, they have letters for you.

HORATIO.

Let them come
(Exit S
I do not know from what part of the world
I should be greeted, if not from lord Hamlet.

ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO PRIMERO.

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros también.

MARINERO PRIMERO.

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio como nos han dicho.

HORACIO *lee la carta.*

«Horacio, luego que hayas leido esta, dirigirás esos hombres al rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos dias de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navío era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegamos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desaferrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si huyeras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oido, que te dejarán atónito, bien que todas ellas no serán suficientes á espresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. Adios. Tuyo siempre.—HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presenteis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis después adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, después que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta... Pero decidme: ¿por qué no procedeis contra escesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra grandeza, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian escitaros tan particularmente á reprimirlos.

CLAUDIO.

Por dos razones, que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (18) que la reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan estrechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon, por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del príncipe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracán tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion..... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas..... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

Enter Sailors.

I SAILORS.

God bless you, sir.

HORATIO.

Let him bless thee too.

I SAILOR.

He shall, sir, an't please him. There's a letter for you, sir; it comes from the ambasador that was bound for England; if your name be Horatio, as I am let to know it is.

HORATIO.

(Reads.) Horatio, when thou shalt have overlooked this, give these fellows some means to the king; they have letters for him. Ere we were two days old at sea, a pirate of very warlike appointment gave us chase: finding ourselves too slow of sail, we put on a compelled valour; and in the grapple I boarded them: on the instant, they got clear of our ship; so I alone became their prisoner. They have dealt with me, like thieves of mercy: but they knew what they did; I am to do a good turn for them. Let the king have the letters I have sent; and repair thou to me with as much haste as thou would'st fly death. I have words to speak in thine ear, will make thee dumb; yet are they much too light for the bore of the mater. These good fellows will bring thee where I am. Rosencrantz and Guildenstern hold their course for England; of them I have much to tell thee. Farewell.

He that thou knowest thine, Hamlet.

Come, I will give you way for these your letters;
And do't the speedier, that you may direct me
To him, from whom you brought them. *(Exeunt*

SCENE VII.

Another Room in the same.

Enter KING *and* LAERTES.

KING.

Now must your conscience my acquittance seal,
And you must put me in your heart for friend;
Sith you have heard, and with a knowing ear,
That he, which hath your noble father slain,
Pursu'd my life.

LAERTES.

It well appears: — But tell me,
Why you proceeded not against these feats,
So crimeful and so capital in nature,
As by your safety, greatness, wisdom, all things else,
You mainly were stirr'd up.

KING.

O, for two special reasons;
Which may to you, perhaps, seem much unsinew'd,
But yet to me they are strong. The queen, his mother,
Lies almost by his looks; and for myself,
(Mi virtue, or my plague, be it either which,)
She is so conjunctive to my life and soul,
That, as the star moves not but in his sphere,
I could not but by her. The other motive,
Why to a public count I might not go,
Is, the great love the general gender bear him:
Who, dipping all his faults in their afection,
Work like the spring that turneth wood to stone,
Convert his gyves to graces; so that my arrows,
Too slightly timber'd for so loud a wind,
Would have reverted to my bow again,
And not where I had aim'd them.

LAERTES.

And so have I a noble father lost;
A sister driven into desperate terms;
Whose worth, if praises may go back again,
Stood challenger on mount of all the age
For her perfections. But my revenge will come.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta..... Presto te informaré de lo demás. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la... Pero... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del príncipe: esta para V. M., y esta para la reina. *(Da unas cartas á Claudio.)*

CLAUDIO.

¡De Hamlet! ¿Quién las ha traido?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibió del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO *lee una carta.*

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia real; y entonces, mediante vuestro perdon, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta.—HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, *examinando con atencion la carta.*

Sí, es de Hamlet... *Desnudo*... y en una enmienda que hay aquí, dice: *solo*... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo..... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fué de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto... ¡Eh! ¡Cómo es posible!... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?

LAERTES.

Sí, señor, como no procureis inclinarme á la paz.

CLAUDIO.

A tu propia paz, no á otra ninguna. Si él vuelve ahora gustado de este viaje y rehusa comenzarle de nuevo, yo le ocuparé en una empresa que medito, en la cual perecerá sin duda. Esta muerte no escitará el aura mas leve de acusacion; su madre misma absolverá el hecho juzgándole casual.

LAERTES.

Seguiré en todo vuestras ideas, y mucho mas si disponeis que yo sea el instrumento que las ejecute.

CLAUDIO.

Todo sucede bien... Desde que te fuiste se ha hablado mucho de tí delante de Hamlet, por una habilidad en que dicen que sobresales. Las demás que tienes no movieron tanto su envidia como esta sola, que en mi opinion ocupa el último lugar.

LAERTES.

¿Y qué habilidad es, señor?

CLAUDIO.

No es mas que un lazo en el sombrero de la juventud, pero que le es muy necesario; puesto que así son propios de la juventud los adornos lijeros y alegres, como de la edad madura las ropas y pieles que se viste por abrigo

KING.

Break not your sleeps for that: you must not t
That we are made of stuff so flat and dull,
That we can let our beard be shook with dang
And think it pastime. You shortly shall hear m
I loved your father, and we love ourself;
And that, I hope, will teach you to imagine; -
How now? what news?

Enter a Messenger.

MESSENGER.

Letters, my lord! fro
This to your majesty; this to the queen.

KING.

From Hamlet! Who brought them?

MESSENGER.

Sailors, my lord, they say: I saw them not;
They were given me by Claudio; he receiv'd t
Of him that brought them.

KING.

Laertes, you shall l
Leave us. *(Exit.*

(Reads.) High and mighty, you shall know
naked on your kingdom. To-morrow shall I b
see your kingly eyes: when I shall, first asking
don thereunto, recount the occasion of my
more strange return.—HAMLET.

What should this mean? Are all the rest come
Or is it some abuse, and no such thing?

LAERTES.

Know you the hand?

KING.

'Tis Hamlet's character.
And, in a postscript here, he says, *alone:*
Can you advise me?

LAERTES.

I am lost in it, my lord. But let him come;
It warms the very sickness in my heart,
That I shall live and tell him to his teeth,
Thus diddest thou.

KING.

If it be so, Laertes.
As how should it be so? how otherwise? —
Will you be rul'd by me?

LAERTES.

Ay, my lord;
So you will not o'er-rule me to a peace.

KING.

To thine own peace. If he be now return'd, —
As checking at his voyage, and that he means
No more to undertake it, — I will work him
To an exploit, now ripe in my device,
Under the which he shall not choose but fall:
And for his death no wind of blame shall breath
But even his mother shall uncharge the practic
And call it, accident.

LAERTES.

My lord, I will be rul'd;
The rather, if you could devise it so,
That I might be the organ.

KING.

It falls right,
You have been talk'd of since your travel much,
And that in Hamlet's bearing, for a quality
Wherein, they say, you shine: your sum of part
Did not together pluck such envy from him,
As did that one; and that, in my regard,
Of the unworthiest siege.

LAERTES.

What part is that, my

KING.

A very ribband in the cap of youth,
Yet needful too; for youth no less becomes
The light and careless livery that it wears,
Than settled age his sables, and his weeds,
Importing health and graveness. — Two months

ia... Dos meses ha que estuvo aquí un caballero
indía... Yo conozco á los franceses muy bien, he
contra ellos, y son por cierto buenos jinetes;
alan de quien hablo era un prodigio en esto. Pa-
er nacido sobre la silla, y hacia ejecutar al ca-
admirables movimientos como si él y su valiente
maran un cuerpo solo; y tanto escedió á mis
e todas las formas y actitudes que yo pude ima-
legaron á lo que él hizo.

LAERTES.

que era normando?

CLAUDIO.

mando.

LAERTES.

Lamond, sin duda.

CLAUDIO.

no.

LAERTES.

ozco bien, y es la joya mas preciosa de su nacion.

CLAUDIO.

ste, hablando de ti públicamente, te llenaba de
or tu inteligencia y ejercicio en la esgrima, y la
e tu espada en la defensa y el ataque; tanto, que
a vez que seria un espectáculo admirable el verte
otro de igual mérito, si pudiera hallarse; puesto
un aseguraba él mismo, los mas diestros de su
recian de agilidad para las estocadas y los quites
esgrimias con ellos. Este informe irritó la envi-
mlet, y en nada pensó desde entonces sino en
con instancia tu pronto regreso para batallar con-
ra de esto...

LAERTES.

hay además de eso, señor?

CLAUDIO.

s, ¿amaste á tu padre, ó eres como las figuras de
, que tal vez aparentan tristeza en el semblante
s falta un corazon?

LAERTES.

ué lo preguntais?

CLAUDIO.

que piense que no amabas á tu padre, sino por-
ue el amor (15) está sujeto al tiempo, y que el
stingue su ardor y sus centellas, segun me lo ha-
esperiencia de los sucesos. Existe en medio de
de amor una mecha ó pábilo que la destruye al
permanece en un mismo grado de bondad cons-
te, pues la salud misma degenerando en plétora
or su propio esceso. Cuanto nos proponemos ha-
ria ejecutarse en el instante mismo en que lo
, porque la voluntad se altera fácilmente, se de-
e entorpece, segun las lenguas, las manos y los
es que se atraviesan; y entonces aquel estéril de-
emejante á un suspiro que exhalando pródigo el
causa daño en vez de dar alivio... Pero toquemos
de la herida. Hamlet vuelve... ¿Qué accion em-
s tú para manifestar mas con las obras que con las
que eres digno hijo de tu padre?

LAERTES.

aré? Le cortaré la cabeza en el templo mismo.

CLAUDIO.

que no deberia un homicida hallar asilo en parte
i reconocer límites una justa venganza; pero, buen
haz lo que te diré: Permanece oculto en tu cuar-
do llegue Hamlet, sabrá que tú has venido; yo le
mpañar por algunos que alabando tu destreza den
lustre á los elogios que hizo de ti el francés. Por
6), llegareis a veros; se harán apuestas en favor
otro..... él, que es descuidado, generoso, inca-
da malicia, no reconocera los floretes; de suerte,
ra muy facil, con poca sutileza que uses, elegir
da sin boton, y en cualquiera de las jugadas to-
faccion de la muerte de tu padre.

Here was a gentleman of Normandy, —
I have seen myself, and serv'd against, the French,
And they can well on horseback: but this gallant
Had witchcraft in't; he grew unto his seat;
And to such wond'rous doing brought his horse,
As he had been incorps'd and demi-natur'd
With the brave beast: so far he topp'd my thought,
That I, in forgery of shapes and tricks,
Come short of what he did.

LAERTES.

A Norman, was't?

KING.

A Norman.

LAERTES.

Upon my life, Lamord.

KING.

The very same.

LAERTES.

I know him well: he is the brooch, indeed,
And gem of all the nation.

KING.

He made confession of you;
And gave you such a masterly report,
For art and exercise in your defence,
And for your rapier most especial,
That he cried out 'twould be a sight indeed,
If one could match you: the scrimers of their nation,
He swore, had neither motion, guard, nor eye,
If you oppos'd them: Sir this report of his
Did Hamlet so envenom with his envy,
That he could nothing do, but wish and beg
Your sudden coming o'er, to play with you.
Now, out of this, —

LAERTES.

What out of this, my lord?

KING.

Laertes, was your father dear to you?
Or are you like the painting of a sorrow,
A face without a heart?

LAERTES.

Why ask you this?

KING.

Not that I think, you did not love your father;
But that I know, love is begun by time;
And that I see, in passages of proof,
Time qualifies the sparck and fire of it.
There lives within the very flame of love
A kind of wick, or snuff, that will abate it;
And nothing is at a like goodness still:
For good ness, growing to a pleurisy,
Dies in his own too-much: that we would do,
We should do when we would; for this would changes,
And hath abatements and delays as many,
As there are tongues, are hands, are accidents;
And then this should is like a spendthrift sigh,
That hurts by easing. But, to the quick o'the ulcer:
Hamlet comes back; what would you undertake,
To show yourself indeed your fathers' son
More than in words?

LAERTES.

To cut his throat i'the church.

KING.

No place, indeed, should murder sanctuarize;
Revenge should have no bounds. But, good Laertes,
Will you do this, keep close within your chamber:
Hamlet, return'd, shall know you are come home:
We'll put on those shall praise your excellence,
And set a double varnish on the fame
The Frenchman gave you; bring you, in fine, together,
And wager o'er your heads: he, being remiss,
Most generous, and free from all contriving,
Will not peruse the foils; so that, with ease,
Or with a little shuffling, you may choose
A sword unbated, and, in a pass of practice,
Requite him for your father.

LAERTES.

Así lo haré, y á ese fin quiero envenenar la espada con cierto ungüento que compré de un charlatán, de cualidad tan mortífera, que mojando un cuchillo en él, adonde quiera que haga sangre introduce la muerte, sin que haya emplasto eficaz que pueda evitarla, por mas que se componga de cuantos simples medicinales crecen debajo de la luna. Yo bañaré la punta de mi espada en este veneno, para que apenas le toque muera.

CLAUDIO.

Reflexionemos mas sobre esto..... Examinemos qué ocasion, qué medios serán mas oportunos á nuestro engaño; porque si tal vez se malogra, y equivocada la ejecucion se descubren los fines, valiera mas no haberlo emprendido. Conviene pues que este proyecto vaya sostenido con otro segundo, capaz de asegurar el golpe, cuando por el primero no se consiga. Espera..... Déjame ver si... Haremos una apuesta solemne sobre vuestra habilidad y... Si, ya hallé el medio. Cuando con la agitacion os sintais acalorados y sedientos (puesto que al fin deberá ser mayor la violencia del combate), él pedirá de beber, y yo le tendré prevenida espresamente una copa, que al gustarla solo, aunque haya podido librarse de tu espada ungida, veremos cumplido nuestro deseo. Pero..... calla..... ¿Qué ruido se escucha?

(Suena ruido dentro.)

ESCENA XXIV.

GERTRUDIS, CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

¿Qué ocurre de nuevo, amada reina?

GERTRUDIS.

Una desgracia va siempre pisando las ropas de otra; tan inmediatas caminan. Laertes, tu hermana acaba de ahogarse.

LAERTES.

¡Ahogada!... ¿En dónde?... ¡Cielos!

GERTRUDIS.

Donde (17) hallareis un sauce que crece á las orillas de ese arroyo, repitiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas pálidas. Allí se encaminó ridículamente coronada de ranúnculos, hortigas, margaritas y luengas flores purpúreas, que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una denominacion grosera, y las modestas doncellas llaman dedos de muerto. Llegada que fué, se quitó la guirnalda, y queriendo subir á suspenderla de los pendientes ramos, se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal ella y todos sus adornos rústicos. Las ropas huecas y estendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante á una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia, ó como criada y nacida en aquel elemento. Pero no era posible que así durase por mucho espacio... Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbian la arrebataron á la infeliz, interrumpiendo su canto dulcísimo la muerte, llena de angustias.

LAERTES.

Qué, ¿en fin se ahogó? ¡Mísero!

GERTRUDIS.

Sí, se ahogó, se ahogó.

LAERTES.

¡Desdichada Ofelia! demasiada (18) agua tienes ya; por eso quisiera reprimir la de mis ojos... Bien que á pesar de todos nuestros esfuerzos, imperiosa la naturaleza sigue su costumbre, por mas que el valor se avergüence..... Pero luego que este llanto se vierta, nada quedara en mí de femenil ni de cobarde... Adios, señores... Mis palabras de fuego arderian en llamas, si no las apagasen estas lagrimas imprudentes. *(Vase Laertes.)*

CLAUDIO.

Sigámosle, Gertrudis, que después de haberme costado tanto aplacar su cólera, temo ahora que esta desgracia no la irrite otra vez. Conviene seguirle.

LAERTES.

I will do't:
And, for the purpose, I'll anoint my sword.
I bought an unction of a mountebank,
So mortal, that, but dip a knife in it,
Where it draws blood, no cataplasm so rare,
Collected from all simples that have virtue
Under the moon, can save the thing from deat
That is but scratch'd withal: I'll touch' my poi
With this contagion; that, if I gall him slightly
It may be death.

KING.

Let's further think of this;
Weigh, what convenience, both of time and m
May fit us to our shape: if this should fail,
And that our drift look through our bad perfor
'Twere better not assay'd; therefore this proje
Should have a back, of second, that might hol
If this should blast in proof. Soft; — let me se
We'll make a solemn wager on your cunnings.
I ha't:
When in your motion you are hot and dry,
(As make your bouts more violent to that end
And that he calls for drink, I'll have preferr'd
A chalice for the nonce; whereon but sipping,
If he by chance escape your venom'd stuck;
Our purpose may hold there. But stay, what n

Enter Queen.

How now, sweet queen?

QUEEN.

One woe doth tread upon another's heel,
So fast they follow: — Your sister's drown'd, l

LAERTES.

Drown'd! O, where?

QUEEN.

There is a willow grows ascaunt the brook,
That shows his hoar leaves in the glassy strea
Therewith fantastic garlands did she make
Of crow-flowers, nettles, daisies, and long pur
That liberal shepherds give a grosser name,
But our cold maids do dead men's fingers call t
There on the pendent boughs her coronet wee
Clambering to hang, an envious sliver broke;
When down her weedy trophies, and herself,
Fell in the weeping brook. Her clothes spread
And, mermaid-like, a while they bore her up:
Which time, she chanted snatches of old tunes
As one incapable of her own distress,
Or like a creature native and indu'd
Unto that element: but long it could not be,
Till that her garments, heavy with their drink,
Pull'd the poor wretch from her melodious lay
To muddy death.

LAERTES.

Alas then, she is drown'd?

QUEEN.

Drown'd, drown'd.

LAERTES.

Too much of water hast thou, poor Ophelia,
And therefore I forbid my tears: but yet
It is our trick; nature her custom holds,
Let shame say what it will: when these are go
The woman will be out. — Adieu, my lord!
I have a speech of fire, that fain would blaze.
But that this folly drowns it.

KING.

Let's follow, Gertru
How much I had to do to calm his rage!
Now fear I, this will give it start again;
Therefore, let's follow.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Cementerio contiguo á una iglesia.

SEPULTUREROS PRIMERO Y SEGUNDO.

SEPULTURERO PRIMERO.

la que ha de (1) sepultarse en tierra sagrada, la beradamente ha conspirado contra su propia sal-

SEPULTURERO SEGUNDO.

e que sí: con que haz presto el hoyo. El juez ha ido ya el cadáver, y ha dispuesto que se la entier- grado.

SEPULTURERO PRIMERO.

entiendo cómo va eso... Aun si se hubiera aho- ciendo esfuerzos para librarse, anda con Dios.

SEPULTURERO SEGUNDO.

n juzgado que fué.

SEPULTURERO PRIMERO.

o, eso fué *se offendendo*; ni puede haber sido de nera, porque... ve aquí el punto de la dificultad: e ahogo voluntariamente, esto arguye por de con- a accion, y toda accion consta de tres partes, que cer, obrar y ejecutar, de donde se infiere, amigo que ella se ahogó voluntariamente.

SEPULTURERO SEGUNDO.

... Pero óigame ahora el tio Socaba.

SEPULTURERO PRIMERO.

eja, yo te diré. Mira, aquí está el agua. Bien. Aquí hombre. Muy bien... Pues, señor, si este hombre nete dentro del agua, se ahoga á sí mismo; por- fas ó por nefas, ello es que él va.... Pero atiende digo. Si el agua viene acia él y le sorprende y le ntonces no se ahoga él á sí propio... Compadre el que no desea su muerte no se acorta la vida.

SEPULTURERO SEGUNDO.

, ¿hay leyes para eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

ve que las hay, y por ellas se guia el juez que exa- los casos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

es que te diga la verdad? Pues mira, si la muerta una señora, yo te aseguro que no la enterrarian do.

SEPULTURERO PRIMERO.

cto, dices bien; y es mucha lástima que los gran- onajes hayan de tener en este mundo especial o, entre todos los demás cristianos, para ahogarse rse cuando quieren, sin que nadie les diga nada... allá con el azadon... *(Pónense los dos á abrir una a en medio del teatro, sacando la tierra con es- y entre ella calaveras y huesos.)* Ello es que no lleros de nobleza mas antigua que los jardineros, eros y cavadores, que son los que ejercen la pro- e Adan.

SEPULTURERO SEGUNDO.

ué, ¿Adan fué caballero? (2)

SEPULTURERO PRIMERO.

! como que fué el primero que llevó armas... Pero erte una pregunta, y si no me respondes á cuen- e confesar que eres un...

SEPULTURERO SEGUNDO.

nte.

SEPULTURERO PRIMERO.

es el que construye edificios mas fuertes que los n los albañiles y los carpinteros de casas y navios?

SEPULTURERO SEGUNDO.

hace la horca, porque aquella fábrica sobrevive uilinos.

SEPULTURERO PRIMERO.

eres, por vida mia. Buen edificio es la horca;

ACT V.

SCENE I.

A Church-yard.

Enter two Clowns, with spades, etc.

1 CLOWN.

Is she to be buried in christian burial, that wilfully seeks her own salvation?

2 CLOWN.

I tell thee, she is; therefore make her grave straight: the crowner hath set on her, and finds it christian burial.

1 CLOWN.

How can that be, unless she drowned herself in her own defence?

2 CLOWN.

Why, 'tis found so.

1 CLOWN.

It must be *se offendendo*; it cannot be else. For here lies the point: If I drown myself wittingly, it argues an act: and an act hath three branches; it is, to act, to do and to perform: argal, she drowned herself wittingly.

2 CLOWN.

Nay, but hear you, goodman delver.

1 CLOWN.

Give me leave. Here lies the water; good: here stands the man; good: if the man go to the water, and drown himself, it is, will he, nill he, he goes; marck you that: but if the water come to him, and drown him, he drowns not himself: argal, he, that is not guilty of his own death, shortens not his own life.

2 CLOWN.

But is this law?

1 CLOWN.

Ay, marry is't; crowner's-quest law.

2 CLOWN.

Will you ha'the truth on't? If this had not been gentlewoman, she should have been buried out of christian burial.

1 CLOWN.

Why, there thou say'st: and the more pity, that great folks shall have countenance in this world to drown or hang themselves, more than their even christian. Come, my spade. There is no ancient gentlemen but gardeners, ditchers, and gravemakers; they hold up Adam's profession.

2 CLOWN.

Was he a gentleman?

1 CLOWN.

He was the first that ever bore arms.

2 CLOWN.

Why, he had none.

1 CLOWN.

What, art a heathen? How dost thou understand the scripture? The scripture says, Adam digged: could he dig without arms? I'll put another question to thee: if thou answerest me not to the purpose, confess thyself—

2 CLOWN.

Go to.

1 CLOWN.

What is he, that builds stronger than either the mason, the shipwright, or the carpenter?

2 CLOWN.

The gallows-maker; for that frame outlives a thousand tenants.

1 CLOWN.

I like thy wit well, in good faith; the gallows does well:

pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fábrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para ti... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y traeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando.*

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando.*

La edad callada en la huesa
Me hundió con mano crüel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor escelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírsele prestado después. ¿No puede ser así?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas..... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los míos se estremecen al considerarlo.

but how does it vell? it does well to those that do than dost ill, to say, the gallows is built stro the churck; argal, the gallows may do well to t again; come.

2 CLOWN.

Who builds stronger than a mason, a shipwri carpenter?

1 CLOWN.

Ay, tell me that, and unyoke.

2 CLOWN.

Marry, now I can tell.

1 CLOWN.

To't.

2 CLOWN.

Mass, I cannot tell.

Enter Hamlet and Horatio, at a distanc

1 CLOWN.

Cudgel thy brains no more about it; for you will not mend his pace with beating: and, whe asked this question next, say, a gravemaker; th that he makes, last till doomsday. Go, get thee to and fetch me a stoup of liquor. (*Exit*

1 *Clown digs, and sings.*

In youth, when I did love, did love,
Methought, it was very sweet,
To contract, O, the time, for, ah, my beho
O, methought, there was nothing meet.

HAMLET.

Has this fellow no feeling of his business? he grave-making.

HORATIO.

Custom hath made it in him a property of easi

HAMLET.

'Tis e'en so: the hand of little emploiment daintier sense.

1 CLOWN.

But age, with his stealing steps.
Hath claw'd me in his clutch,
And hath shipped me into the land,
As if I had never been such.

(*Throws up*

HAMLET.

That scull had a tongue in it, and could sing on the knave jowls it to the ground, as if it were Ca bone, that did the first murder! This might be th a polictician, which this ass now o'er-reaches; would circumvent God, might it not?

HORATIO.

It might, my lord.

HAMLET.

Or of a courtier; which could say, *Good morro lord! How dost thou, good lord?* This might be such-a-onet hat praised my lord such-a-one's hor he meant to beg it; might it not?

HORATIO.

Ay, my lord.

HAMLET.

Why, e'en so: and now my lady Worm's; chap knocked about the mazzard with a sexton's spade fine revolution, and we had the trick to see't. I bones cost no more the breeding, but to play a with them? mine ache to think on't.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando.*

Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Y esa otra, ¿por qué no podria ser la calavera de un letrado?... ¿Adónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus litigios, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por qué sufre ahora que ese bribon grosero le golpee contra la pared con el azadon lleno de barro?.. ¡Y no dirá palabra acerca de un hecho tan criminal!.. Este seria quizás, mientras vivió, un gran comprador de tierras, con sus obligaciones, reconocimientos, transacciones, seguridades mutuas, pagos, recibos.... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y el cobro de sus cobranzas: todo ha venido á parar en una calavera llena de lodo. Los títulos de los bienes que poseyó cabrian difícilmente en su ataud, y no obstante eso, todas las fianzas y seguridades recíprocas de sus adquisiciones no le han podido asegurar otra posesion que la de un espacio pequeño capaz de cubrirse con un par de sus escrituras... ¡Oh! y á su opulento sucesor tampoco le quedará mas.

HORACIO.

Verdad es, señor.

HAMLET.

¿No se hace el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

Sí, señor, y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

Pues digote, que son mas irracionales que las terneras y carneros los que fundan su felicidad en la posesion de tales pergaminos..... Voy á tramar conversacion con este hombre. *(Al sepulturero.)* ¿De quién es esa sepultura, buena pieza?

SEPULTURERO PRIMERO.

Mia, señor (5). *(Cantando.)*

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

Sí; yo creo que es tuya porque estás ahora dentro de ella... Pero la sepultura es para los muertos, no para los vivos: con que has mentido.

SEPULTURERO PRIMERO.

Ve ahí un mentís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

¿Para qué muerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO PRIMERO.

No es hombre, señor.

HAMLET.

Pues bien, ¿para qué mujer?

SEPULTURERO PRIMERO.

Tampoco es eso.

HAMLET.

¿Pues qué es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO PRIMERO.

Un cadáver que fué mujer; pero ya murió... Dios la perdone.

HAMLET.

¡Qué taimado es! Hablémosle clara y sencillamente, porque si no, es capaz de confundirnos á equívocos. De tres años á esta parte he observado cuánto se va sutilizando la edad en que vivimos..... Por vida mia, Horacio, que ya el villano sigue tan de cerca al caballero, que muy pronto le desollará el talon... ¿Cuánto tiempo ha que eres sepulturero?

1 CLOWN.

A pickaxe, and a spade, a spade, *(Sings.)*
For—and a shrouding sheet:
O, a pit of clay for to be made
For such a guest is meet.

(Throws up a skull.)

HAMLET.

There's another: why may not that be the scull of a lawyer? Where be his quiddits now, his quillets, his cases, his tenures, and his tricks? why does he suffer this rude knave now to knock him about the sconce with a dirty shovel, and will not tell him of his action of battery? Humph! This fellow might be in's time a great buyer of land, with his statutes, his recognizances, his fines, his double vouchers, his recoveries: is this the fine of his fines, and the recovery of his recoveries, to have his fine pate full of fine dirt? will his vouchers vouch him no more of his purchases, and double ones too, than the length and breadth of a pair of indentures? The very conveyances of his lands will hardly lie in this box; and must the inheritor himself have no more? ha?

HORATIO.

Not a jot more, my lord.

HAMLET.

Is not parchment made of sheep-skins?

HORATIO.

Ay, my lord, and calves-skins too.

HAMLET.

They are sheep, and calves, which seek out assurance in that. I will speak to this fellow:—Whose grave's this, sarrah?

1 CLOWN.

Mine, sir.—

O, a pit of clay for to be made *(Sings.)*
For such a guest is meet.

HAMLET.

I think it be thine, indeed; fort thou liest in't.

1 CLOWN.

You lie out on't, sir, and therefore it is not yours: for my part, I do not lie in't, yet it is mine.

HAMLET.

Thou dost lie in't, to be in't, and say it is thine: 'tis for the dead, and not for the quick: therefore thou liest.

1 CLOWN.

'Tis a quick lie, sir; 'twill away again, from me to you.

HAMLET.

What man dost thou dig it for?

1 CLOWN.

For no man, sir.

HAMLET.

What woman, then?

1 CLOWN.

For none, neither.

HAMLET.

Who is to be buried in't?

1 CLOWN.

One that was a woman, sir; but, rest her soul, she's dead.

HAMLET.

How absolute the knave is! we must speak by the card, or equivocation will undo us. By the lord, Horatio, these three years I have taken note of it: the age is grown so picked, that the toe of the peasant comes so near the heel of the courtier, he galls his kibe.—How long hast thou been a gravemaker?

SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortimbrás.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿No lo sabeis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en que nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, á bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porqué allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy estraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mayor hideputa, loco!.... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones....Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se

1 CLOWN.

Of all the days i'the year, I came to't that day
last king Hamlet overcame Fortinbras.

HAMLET.

How long's that since?

1 CLOWN.

Cannot yout tell that? every fool can tell th
that very day that young Hamlet was born: he tl
and sent into England.

HAMLET.

Ay, marry, why was he sent into England?

1 CLOWN.

Why, because he was mad: he shall recove
there; or, if he do not, 'tis no great matter ther

HAMLET.

Why?

1 CLOWN.

'Twill not be seen in him there; there the men
as he.

HAMLET.

How came he mad?

1 CLOWN.

Very strangely, they say.

HAMLET.

How strangely?

1 CLOWN.

'Faith, e'en with losing his wits.

HAMLET.

Upon what ground?

1 CLOWN.

Why, here in Denmark; I have been sexton
and boy, thirty years.

HAMLET.

How long will a man lie i'the earth ere he rot

1 CLOWN.

'Faith, if he be not rotten before he die, (a
many pocky corses now-a-days, that will scarc
laying in,) he will last you some eight year, or
a tanner will last you nine year.

HAMLET.

Why he more than another?

1 CLOWN.

Why, sir, his hide is so tanned with his trade
will keep out water a great while; and your wate
decayer of your whoreson dead body. Here's a
hath lain you i'the earth three-and-twenty years

HAMLET.

Whose was it?

1 CLOWN.

A whoreson mad fellow's it was. Whose do
it was?

HAMLET.

Nay, I know not.

1 CLOWN.

A pestilence on him for a mad rogue! he pou
gon of Rhenish on my head once. This same
was Yorick's scull, the king's jester.

HAMLET.

This? *(Takes t*

1 CLOWN.

E'en that.

HAMLET.

Alas, poor Yorick!—I knew him, Horatio; a f
infinite jest, of most excellent fancy: he hath b
on his back a thousand times! and now, how abh
my imagination it is! my gorge rises at it. Here hu
lips, that I have kissed I know not how oft. W

hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto ya enteramente de músculos, ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... Ve al tocador de alguna de nuestras damas, y dila para escitar su risa, que por mas que se ponga una pulgada de afeite en el rostro, al fin habrá de esperimentar esta misma trasformacion... *(Tira la calavera al monton de tierra inmediato á la sepultura.)* Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cual es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro metido debajo de tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaria este mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

(El sepulturero primero, acabada la escavacion, sale de la sepultura y se pasea acia el fondo del teatro. Viene después el sepulturero segundo, que trae el aguardiente; beben y hablan entre sí, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo indica el diálogo.)

HAMLET.

¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio!... Y ¿por qué no podria la imaginacion seguir las ilustres cenizas de Alejandro hasta encontrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

A fe, que seria escesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirle allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro... Y ¿por qué con este barro, en que él está ya convertido, no habran podido tapar un barril de cerveza? El emperador César, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno... Pero callemos... hagámonos a un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, los grandes... ¿A quién acompañan? ¡Qué ceremonial tan incompleto es este!..... Todo ello me anuncia, que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano... Sin duda era persona de calidad... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORACIO, UN CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(Conducen entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, vestida con túnica blanca y coronada de flores. Detrás sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un estremo del teatro.)

LAERTES.

¿Qué otra ceremonia falta(6)?

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, jóven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar a muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las

your gibes now? your gambols? your songs? your flashes of merriment, that were wont to set the table on a roar? Not one now, to mock your own grinning? quite chap-fallen? Now get you to my lady's chamber, and tell her, let her paint an inch thick, to this favour she must come; make her laugh at that.—Pr'ythee, Horatio, tell me one hing.

HORATIO.

What's that, my lord?

HAMLET.

Dost thou think Alexander looked o'this fashion i'the earth?

HORATIO.

E'en so.

HAMLET.

And smelt so? pah!

(Throws down the scull.)

HORATIO.

E'en so, my lord.

HAMLET.

To what base uses we may return, Horatio? Why may not imagination trace the noble dust of Alexander, till he find it stopping a bung hole?

HORATIO.

'Twere to consider too curiously, to consider so.

HAMLET.

No, faith not a jot; but to follow him thither with modesty enough, and likelihood to lead it. As thus. Alexander died, Alexander was buried, Alexander returneth to dust; the dust is earth; of earth we make loam : and why of that loam, whereto he was converted, might they not stop a beer-barrel?

Imperious Cæsar, dead, and turn'd to clay,
Might stop a hole to keep the wind away:
O, that the earth, which kept the world in awe,
Should patch a wall to expel the winter's flaw!

But soft! but soft! aside!—Here comes the king.

Enter Priests, etc. in procession; the corpse of Ophelia, Laertes, and Mourners, following; King, Queen, their trains, etc.

The queen, the courtiers. Who is this they follow?
And with such maimed rites! This doth betoken,
The corse, they follow, did with desperate hand
Foredo its own life. 'Twas of some estate:
Couch we a while, and mark.

(Retiring with Horatio.)

LAERTES.

What ceremony else?

HAMLET.

That is Laertes,
A very noble youth:—Mark.

LAERTES.

What ceremony else?

I PRIEST.

Her obsequies have been as far enlarg'd
As we have warranty: Her death was doubtful;
And, but that great command o'ersways the order,

leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No, mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. *(Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.)* Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Qué!... ¡La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. *(Esparce flores sobre el cadáver.)* Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á tí del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... *(Métese en la sepultura.)* Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(Atravesando por en medio de todos, va acia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quita esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

She should in ground unsanctified have lodg'd
Till the last trumpet; for charitable prayers,
Shards, flints, and pebbles, should be thrown o[n her:]
Yet here she is allowed her virgin crants,
Her maiden strewments, and the bringing home
Of bell and burial.

LAERTES.

Must there no more be done?

I PRIEST.

No more be done!
We should profane the service of the dead,
To sing a *requiem*, and such rest to her
As to peace-parted souls.

LAERTES.

Lay her i'the earth;—
And from her fair and unpolluted flesh,
May violets spring!—I tell thee, churlish priest,
A minist'ring angel shall my sister be,
When thou liest howling.

HAMLET.

What, the fair Ophelia!

QUEEN.

Sweets to the sweet. Farewell!
(Scattering
I hop'd thou should'st have been my Hamlet's wi[fe;]
I thought, thy bride-bed to have deck'd, sweet [maid,]
And not have strew'd thy grave.

LAERTES.

O, treble woe
Fall ten times treble on that cursed head,
Whose wicked deed thy most ingenious sense
Depriv'd thee of!—Hold off the earth a while,
Till I have caught her once more in mine arms:
(Leaps into th[e grave.)]
Now pile your dust upon the quick and dead;
Till of this flat a mountain you have made,
Ta o'er-top old Pelion, or the skyish head
Of blue Olympus.

HAMLET.

(Advancing.) What is he, whose grief,
Bears such an emphasis? whose phrase of sorrow
Conjures the wand'ring stars, and makes them s[tand]
Like wonder-wounded hearers? this is I,
Hamlet the Dane. *(Leaps into the [grave.)]*

LAERTES.

The devil take thy soul!
(Grappling w[ith him.)]

HAMLET.

Thou pray'st not well.
I pr'ythee, take thy fingers from my throat;
For, though I am not splenetive and rash,
Yet have I in me something dangerous,
Which let thy wisdom fear. Hold off thy hand.

KING.

Pluck them asunder.

QUEEN.

Hamlet, Hamlet!

ALL.

Gentlemen,—

HORATIO.

Good my lord, be quiet.
(The attendants part them, and they come ou[t of the] grave.)

HAMLET.

Why, I will fight with him upon this theme,
Until my eyelids will no longer wag.

QUEEN.

O, my son! what theme?

HAMLET.

I lov'd Ophelia; forty thousand brothers
Could not, with all their quantity of love,
Make up my sum.—What wilt thou do for her?

KING.

O, he is mad, Laertes.

QUEEN.

For love of God, forbear him.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. *(Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.)* ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien..... ¿Vienes aquí á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella? Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparacion un terron pequeño... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violencia podrá agitarle por algun tiempo; pero después, semejante á la mansa paloma cuando siente animadas las mellizas crias, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Óyeme: ¿cuál es la razon de obrar así conmigo?... Siempre te he querido bien... Pero...... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones..... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo... Esta sepultura se adornará con un monumento durable... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas; pero entre tanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demás; pero, ¿te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos útil, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Así es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero; y á tientas, favorecido de la oscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logro mi deseo, me apodero de sus papeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis recelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del rey. Una órden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

'Zounds, show me what thou'lt do:
Woul't weep? woul't fight? woul't fast? woul't tear thyself?
Woult't drink up Esil? eat a crocodile?
I'll do't.—Dost thou come here to whine?
To outface me with leaping in her grave?
Be buried quick with her, and so will I:
And, if thou prate of mountains, let them throw
Millions of acres on us; till our ground,
Singeing his pate against the burning zone,
Make Ossa like a wart! Nay, an thou'lt mouth,
I'll rant as well as thou.

QUEEN.

This is mere madness.
And thus a while the fit will work on him;
Anon, as patient as the female dove,
When that her golden couplets are disclos'd,
His silence will sit droping.

HAMLET.

Hear you, sir
What is the reason that you use me thus?
I lov'd you ever: but it is no matter;
Let Hercules himself do what he may,
The cat will mew, and dog will have his day. *(Exit.*

KING.

I pray the, good Horatio, wait upon him. *(Exit Horatio.*
Strengthen your patience in our hast night's speech; *(To Laertes.)*
We'll put the matter to the present push.—
Good Gertrude, set some watch over your son.—
This grave shall have a living monument:
An hour of quiet shortly shall we see;
Till then, in patience our proceeding be. *(Exeunt.*

SCENE II.

A Hall in the Castle.

Enter HAMLET *and* HORATIO.

HAMLET.

So much for this, sir; now shall you see the other;—
Yo do remember all the circumstance?

HORATIO.

Remember it, my lord!

HAMLET.

Sir, in my heart there was a kind of fighting,
That would not let me sleep: methought, I lay
Worse thas the mutines in the bilboes. Rashly,
And prais'd be rashness for it.—Let us know.
Our indiscretion sometimes serves us well,
When our deep plots do pall; and that should teach us,
There's a divinity that shapes our ends,
Rough-hew then how we will.

HORATIO.

That is most certain.

HAMLET.

Up from my cabin,
My sea-gown scarf'd about me, in the dark
Grop'd I to find out them: had my desire;
Finger'd their packet; and, in fine, withdrew
To mine own room again: making so bold,
My fears forgetting manners, to unseal
Their grand commission: where I found, Horatio,
A royal knavery; an exact command,—
Larded with many several sorts of reasons.
Importing Denmark's health, and England's too,
With, ho! such bugs and goblins in my life.—
That, on the supervise, no leisure bated,
No, not to stay the grinding of the axe,
My head should be struck off.

HORATIO.

Is't possible?

HAMLET.

Mira la órden aquí; (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele.*) podrás leerla en mejor ocasion. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cuál se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué rey este!

HAMLET.

zgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo ıalta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha ıonrado á mi madre, que se ha introducido furtiva- ıte entre el solio y mis derechos justos, que ha cons- ıdo contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ıo será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No ıera culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es y para quitar á un hombre la vida un instante basta... me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido tes, en que olvidado de mí propio, no vi en miento la imagen y semejanza del suyo. Pro amistad, sí... Pero, ciertamente, aquel ter que daba a sus quejas irritó en esceso m

HORACIO.

Callad... ¿Quién viene aquí?

HAMLET.

Here's the commission: read it at more leisure.
But wilt thou hear now how I did proceed?

HORATIO.

Ay, 'beseech you.

HAMLET.

Being thus benetted round with villanies,
Or I could make a prologue to my brains,
They had begun the play:—I sat me down;
Devis'd a new commission; wrote it fair:
I once did holt it, as our statists do,
A baseness to write fair, and labourd'd much
How to forget that learning: but, sir, now
It did me yeoman's service. Wilt thou know
The effect of what I wrote?

HORATIO.

Ay, good my lord.

HAMLET.

An earnest conjuration from the king,—
As England was his taithful tributary;
As love between them, like the palm, might flourish,
As peace should still her wheaten garland wear,
And stand a comma 'tween their amities;
And many such like as's of great charge.—
That, on the view and knowing of these contents,
Without debatement further, more, or less,
He shoul the bearers put to sudden death,
Not shriving-time allow'd.

HORATIO.

How was this seal'd?

HAMLET.

Why, even in that was heaven ordinant;
I had my father's signet in my purse,
Which was the model of that Danish seal:
Folded the writ up in form of the other;
Subscrib'd it; gave't the impression; plac'd it safely,
The changeling never known. Now, the next day
Was our sea-fight: and what to this was sequent
Thou know'st already.

HORATIO.

So Guildenstern and Rosencrantz go to't.

HAMLET.

Why, man, they did make love to this employment;
They are not near my conscience; their defeat
Does by their own insinuation grow:
'Tis dangerous, when te baser nature comes
Between the passe and fell incensed points
Of mighty opposites.

HORATIO.

Why, what a king is this!

HAMLET.

Does it not, think thee, stand me now upon?
He, that hath kill'd my king, and whor'd my mother;
Popp'd in between the election and my hopes;
Thrown out his angle for my proper life,
And with such cozenage; is't not perfect conscience,
To quit him with this arm? and is't not be to damn'd,
To let this canker of our nature come
In ther evil?

HORATIO.

It st be shortly known to him from England,
is the issue of the business there.

HAMLET.

l be short: the interim is mine;
man's life's no more than to say, one.

HAMLET.

Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuánto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE.

Decia, que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y ¿á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el diálogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espa- francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cure- primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el fran- cés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto vos decis) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce as no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él once, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitis el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes

HAMLET.

What imports the nomination of this gentle

OSRIC.

Of Laertes?

HORATIO.

His purse is empty already; all his golden spent.

HAMLET.

Of him, sir.

OSRIC.

I know, you are not ignorant—

HAMLET.

I would you did, sir; yet, in faith, if you di not much approve me;—well, sir.

OSRIC.

You are not ignorant of what excellence La

HAMLET.

I dare not confess that, lest I should comp in excellence; but, to know a man well, we himself.

OSRIC.

I mean, sir, for his weapon; but in the im on him by them, in his meed he's unfellowed

HAMLET.

What's his weapon?

OSRIC.

Rapier and dagger.

HAMLET.

That's two of his weapons: but, well.

OSRIC.

The king, sir, hath wagered with him six B ses: against the which he has impawned, as I French rapiers and poniards, with their assign hangers, and so: three of the carriages, in fa dear to fancy, very responsive to the hilts, m carriages, and of very liberal conceit.

HAMLET.

What call you the carriages?

HORATIO.

I knew, you must be edified by the marge had done.

OSRIC.

The carriages, sir, are the hangers.

HAMLET.

The phrase would be more german to the m could carry a cannon by our sides; I would, hangers till then. But, on: six Barbary horses French sword, their assigns, and three libera carriages; that's the French bet against the D is this impawned, as you call it?

OSRIC.

The king, sir, hath laid, that in a dozen pass yourself and him, he shall not exceed you thr hath laid, on twelve for nine; and it would c mediate trial, if your lordship woul vouchsafe t

HAMLET.

How, if I answer, no?

OSRIC.

I mean, my lord, the opposition of your trial.

HAMLET.

Sir, I will walk here in the hall: if it please l it is the breathing time of day with me: let t brought, the gentleman willing, and the ki purpose, I will win for him, if I can; if not, nothing but my shame, and the odd hits.

ENRIQUE.

e ¿lo diré en esos términos?

HAMLET.

la sustancia; después lo podeis adornar con to-
ıres de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

recomiendo nuevamente mis respetos á vuestra

HAMLET.

e vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

muy bien de recomendarse á sí mismo; porque lo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

ɜ parece un vencejo que empezó á volar y chi-
l cascaron pegado á las plumas.

HAMLET.

n antes de mamar hacia ya cumplimientos á la te es uno de los muchos que en nuestra corrom- son estimados, únicamente porque saben aco- al gusto del dia con esa esterioridad halagüeña osa... y con ella tal vez suelen sorprender el ɜ los hombres prudentes; pero se parecen dema- espuma, que por mas que hierva y abulte, al lo se reconoce lo que es; todas las ampollas deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

parece que S. M. os envió un recado con el ·ique, y este ha vuelto diciendo que espera- :a sala. El rey me envia á saber si gustais de ba- ˌaertes inmediatamente, ó si quereis que se di-

HAMLET.

:onstante en mi resolucion, y la sujeto á la vo- rey. Si esta hora fuese cómoda para él, tam- para mí: con que hágase al instante ó cuando tal que me halle en la buena disposicion que

CABALLERO.

la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.

ı.

CABALLERO.

quisiera que antes de comenzar la batalla, ha- aertes con dulzura y espresiones de amistad.

HAMLET.

tencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

e habeis de perder, señor.

HAMLET.

enso que no. Desde que él partió para Francia, lo de ejercitarme, y creo que le llevaré ven- ... no podras imaginarte qué angustia siento orazon... ¿Y sobre qué?... No hay motivo.

HORACIO.

eso, señor...

HAMLET.

; vanas!... Especies de presentimientos capa- turbar un alma femenil.

HORACIO.

interiormente alguna repugnancia, no hay pa- ɜñaros. Yo me adelantaré á encontrarlos, y les ais indispuesto.

OSRIC.

Shall I deliver you so?

HAMLET.

To this effect, sir; after what flourish your nature will.

OSRIC.

I commend my duty to your lordship. (*Exit.*

HAMLET.

Yours, yours.—He does well, to commend it himself; there are no tongues else for's turn.

HORATIO.

This lapwing runs away with the shell on his head.

HAMLET.

He did comply with his dug, before he sucked it. Thus has he (and many more of the same breed, that, I know, the drossy age dotes on,) only got the tune of the time, and outward habit of encounter; a kind of yesty collection, which carries them through and through the most fond and winnowed opinions; and do but blow them to their trial, the bubbles are out.

Enter a Lord.

LORD.

My lord, his majesty commended him to you by young Osric, who brings back to him, that you attend him in the hall: he sends to know, if your pleasure hold to play with Laertes, or that you will take longer time.

HAMLET.

I am constant to my purposes, they follow the king's pleasure: if his fitness speaks, mine is ready; now, or whensoever, provided I be so able as now.

LORD.

The king, and queen, and all are coming down.

HAMLET.

In happy time.

LORD.

The queen desires you, to use some gentle entertainment to Laertes, before you fall to play.

HAMLET.

She well instructs me. (*Exit Lord.*

HORATIO.

You will lose this wager, my lord.

HAMLET.

I do not think so; since he went into France, I have been in continual practice; I shall win at the odds. But thou would'st not think, how ill all's here about my heart: but it is no matter.

HORATIO.

Nay, good my lord,—

HAMLET.

It is but foolery; but it is such a kind of gain-giving, as would, perhaps, trouble a woman.

HORATIO.

If your mind dislike any thing, obey it: I will forestal their repair hither, and say, you are not fit.

HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podria ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se dén la mano.)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Si, vamos... uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, segun su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

HAMLET.

Not a whit, we defy augury; there is a spe
dence in the fall of a sparrow. If it be now,
come; if it be not to come, it will be now; i
now, yet it will come: the readiness is all: sin
of aught he leaves, knows, what is't to leave
Let be.

*Enter King, Queen, Laertes, Lords, Osric,
dants, with foils, etc.*

KING.

Come, Hamlet, come, and take this hand fr
(The King puts the hand of Laertes into that

HAMLET.

Give me your pardon, sir: I have done you wr
But pardon it, as you are a gentleman.
This presence knows, and you must needs ha
How I am punish'd with a sore distraction.
What I have done,
That might your nature, honour, and exceptio
Roughly awake, I here proclaim was madness
Was't Hamlet wrong'd Laertes? Never, Haml
If Hamlet from himself be ta'en away,
And, when he's not himself, does wrong Lae
Then Hamlet does it not, Hamlet denies it.
Who does it then? His madness: if't be so,
Hamlet is of the faction that is wrong'd;
His madness is poor Hamlet's enemy.
Sir, in this audience,
Let my disclaiming from a purpos'd evil
Free me so far in your most generous thought
That I have shot my arrow o'er the house,
And hurt my brother.

LAERTES.

I am satisfied in nature,
Whose motive, in this case, should stir me m
To my revenge: but, in my terms of honour,
I stand aloof; and will no reconcilement,
Till by some elder masters, of known honour,
I have a voice and precedent of peace,
To keep my name ungor'd: but till that time,
I do receive your offer'd love like love,
And will not wrong it.

HAMLET.

I embrace it freely;
And will this brother's wager frankly play.—
Give us the foils; come on.

LAERTES.

Come, one for me

HAMLET.

I'll be your foil, Laertes; in mine ignorance
Your skill shall, like a star in the darkest nigh
Stick fiery off indeed.

LAERTES.

You mock me, sir.

HAMLET.

No, by this hand.

KING.

Give them the foils, young Osric.—Cousin Ham
You know the wager?

HAMLET.

Very well, my lord,
Your grace hath laid the odds o'the weaker sid

...no temo perder. Yo os he visto ya esgrimir á entrambos, y aunque él haya adelantado después, por eso mismo el premio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

Este es muy pesado. Dejadme ver otro.

(Enrique presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)

HAMLET.

Este me parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.

Sí, señor.

CLAUDIO.

Cubrid esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da la primera ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da un quite al contrario, disparen toda la artillería de las almenas. El rey beberá á la salud de Hamlet, echando en la copa una perla mas preciosa que la que han usado en su corona los cuatro últimos soberanos daneses..... Traed las copas, y el timbal diga á las trompetas, las trompetas al artillero distante, los cañones al cielo, y el cielo á la tierra: ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de Hamlet.... Comenzad, y vosotros, que habeis de juzgarlos, observad atentos.

HAMLET.

Vamos (13).

LAERTES.

Vamos, señor. *(Batallan Hamlet y Laertes.)*

HAMLET.

Una.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Que juzguen.

ENRIQUE.

Una estocada, no hay duda.

LAERTES.

Bien, á otra.

CLAUDIO.

Esperad..... Dadme de beber. *(Claudio echa una perla en la copa y bebe, alarga después la copa á Hamlet, y él rehusa tomarla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y cañonazos.)* Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con ella á tu salud. Dadle la copa.

HAMLET.

Esperad un poco. *(Vuelven á batallar.)* Quiero dar este bote primero. Vamos..... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.

Sí, me ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

¡Oh! nuestro hijo vencerá.

GERTRUDIS.

Está grueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet, toma este lienzo y limpiate el rostro... La reina brinda á tu buena fortuna, querido Hamlet. *(Toma la copa y bebe; Claudio lo quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez.)*

HAMLET.

Muchas gracias, señora.

CLAUDIO.

No, no bebais.

GERTRUDIS.

¡Oh! señor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

¡La copa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.

No, ahora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

Ven, hijo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

Ahora vereis si le acierto.

(Laertes habla con Claudio en voz baja, mientras Gertrudis limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

I do not fear it: I have seen you both:—
But since he's better'd, we have therefore odds.

LAERTES.

This is too heavy, let me see another.

HAMLET.

This likes me well. These foils have all a length?
(They prepare to play.)

OSRIC.

Ay, my good lord.

KING.

Set me the stoups of wine upon that table:—
If Hamlet give the first or second hit,
Or quit in answer of the third exchange,
Let all the battlements their ordinance fire;
The king shall drink to Hamlet's better breath;
And in the cup an union shall he throw,
Richer than that which four succesive kings
In Denmark's crown have worn. Give me the cups;
And let the kettle to the trumpet speak,
The trumpet to the cannoneer without,
The cannons to the heavens, the heaven to earth,
Now the king drinks to Hamlet.—Come, begin;—
And you, the judges, bear a wary eye.

HAMLET.

Come on, sir,

LAERTES.

Come, my lord, *(They play.)*

HAMLET.

One.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Judgment.

OSRIC.

A hit, a very palpable hit.

LAERTES.

Well,—again.

KING.

Stay, give me drink. Hamlet, this pearl is thine;
Here's to thy health.—Give him the cup.
(Trumpets sound; and cannon shot off within.)

HAMLET.

I'll play this bout first, set it by awhile.
Come—Another hit; What say you? *(They play.)*

LAERTES.

A touch, a touch, I do confess.

KING.

Our son shall win.

QUEEN.

He's fat, and scant of breath.—
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brows;
The queen carouses to thy fortune, Hamlet.

HAMLET.

Good madam,—

KING.

Gertrude, do not drink.

QUEEN.

I will, my lord;—I pray you, pardon me.

KING.

It is the poison'd cup; it is too late. *(Aside.)*

HAMLET.

I dare not drink yet, madam; by and by.

QUEEN.

Come, let me wipe thy face.

LAERTES.

My lord, I'll hit him now.

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomais á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos.

(Batallan.)

ENRIQUE.

Nada: ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora... esta...

(Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.

Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!.. Me han envenenado! *(Queda muerta en la silla.)*

HAMLET.

¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traicion... Buscad por todas partes...(14).

LAERTES.

No, el traidor está aquí. *(Dirá esto sostenido por Enrique.)* Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano esta el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.)

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña...¿ Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... El mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mia, ni sobre mí la tuya!

(Cae muerto.)

KING.

I do not think it.

LAERTES.

And yet it is almost against my conscience.

HAMLET.

Come, for the third, Laertes. You do but dally;
I pray you, pass with your best violence
I am afeard, you make a wanton of me.

LAERTES.

Say you so? come on. *(Th*

OSRIC.

Nothing, neither way.

LAERTES.

Have at you now.

(Laertes wounds Hamlet; then, in scuffling, the rapiers, and Hamlet wounds Laertes.)

KING.

Part them, they are incens'd

HAMLET.

Nay, come again. *(The qu*

OSRIC.

Look to the queen there, ho!

HORATIO.

They bleed on both sides. —How is it, my lord?

OSRIC.

How is't, Laertes?

LAERTES.

Why, as a woodcock to my own springe, Osric;
I am justly kill'd with mine own treachery.

HAMLET.

How does the queen?

KING.

She swoons to see them bl

QUEEN.

No, no, the drink, the drink,—O my dear Haml
The drink, the drink;—I am poison'd!

HAMLET.

O villany!—Ho! let the door be lock'd
Treachery! seek it out. *(Laert*

LAERTES.

It is here, Hamlet: Hamlet, thou art slain;
No medicine in the world can do thee good,
In thee there is not half an hour's life;
The treacherous instrument is in thy hand,
Unbated, and envenom'd: the foul practice
Hath turn'd itself on me; lo, here I lie,
Never to rise again. Thy mother's poison'd;
I can no more, the king, the king's to blame.

HAMLET.

The point
Envenom'd too!—Then, venom to thy work.
(Stabs th

OSRIC AND LORDS.

Treason, treason!

KING.

O, yet defend me, friends, I am but hurt.

HAMLET.

Here, thou incestuous, murd'rous, damned Dane,
Drink off this potion:—Is the union here?
Follow my mother. *(Kin*

LAERTES.

He is justly serv'd;
It is a poison temper'd by himself.—
Exchange forgiveness with me, noble Hamlet.
Mine and my father's death come not upon thee;
Nor thine on me

HAMLET.

lo te perdone... Ya voy á seguirte... Yo muero, ...Adios, reina infeliz... *(Abrazando el cadáver de is.)* Vosotros, que asistis pálidos y mudos con el este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... *(Emanifestar desfallecimiento y angustias de muerte. los circunstantes le acompaña y sostiene. Horacio remos de dolor.)* La muerte es un ministro ineque no dilata la ejecucion... Yo pudiera deciros... es posible. Horacio, yo muero. Tú, que vivirás, verdad y los motivos de mi conducta á quien los

HORACIO.

No lo creais. Yo tengo alma romana, y aun ha aquí parte del tósigo.
en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él copa, va á beber. Hamlet quiere estorbárselo, iados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet. ra al suelo.)

HAMLET.

esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, queacio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada redejaré después de mi muerte! Si alguna vez me ;ar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad eces, alarga por algun tiempo la fatigosa vida en ido lleno de miserias, y divulga por él mi historia... répito militar es este?
úsica militar, que se va aproximando lentamente.)

ESCENA X.

T, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPAÑAMIENTO.

CABALLERO.

n Fortimbrás, que vuelve vencedor de Polonia, on la salva marcial que oís á los embajadores de a.

HAMLET.

iro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi alienuedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero o (16) á anunciar que Fortimbrás será elegido por acion. Yo moribundo le doy mi voto... Díselo tú, ale de cuánto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí soya... silencio eterno. *(Muere.)*

HORACIO.

, se rompe ese gran corazon!... Adios, adios, amaipe. *(Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.)* os angélicos te acompañen al celeste descanso!... ómo se acerca hasta aquí ese estruendo de atam-

ESCENA XI.

BRÁS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRÁS.

ónde está ese espectáculo? (17)

HORACIO.

uscais aquí? Si no quereis ver desgracias espan- paseis adelante.

FORTIMBRÁS.

ste destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia ¿qué festin dispones en tu morada infernal, que erido con un golpe solo tantas ilustres víctimas?

EMBAJADOR PRIMERO.

riza el verlo!... Tarde hemos llegado con los men- Inglaterra. Los oidos á quienes debíamos dirigira insensibles. Sus órdenes fueron puntualmente as. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, os dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

ecibiríais de su boca aunque viviese todavía, que dió órden para tales muertes. Pero puesto que

HAMLET.

Heaven make thee free of it! I follow thee.
I am dead, Horatio:—wretched queen, adieu!—
You that look pale and tremble at this chance,
That are but mutes or audience to this act,
Had I but time, (as this fell sergeant, death,
Is strict in his arrest,) O, I could tell you,—
But let it be:—Horatio, I am dead;
Thou liv'st; report me and my cause aright
To the unsatisfied.

HORATIO.

Never believe it;
I am more an antique Roman than a Dane.
Here's yet some liquor left.

HAMLET.

As thou'rt a man,—
Give me the cup; let go; by heaven I'll have it.—
O God!—Horatio, what a wounded name,
Things standing thus unknown, shall live behind me?
If thou didst ever hold me in thy heart,
Absent thee from felicity awhile,
And in this harsh world draw thy breath in pain,
To tell my story.—
(March afar off, and shot within.)
What warlike noise is this?

OSRIC.

Young Fortinbras, with conquest come from Poland,
To the ambassadors of England gives
This warlike volley.

HAMLET.

O, I die, Horatio;
The potent poison quite o'er-crows my spirit;
I cannot live to hear the news from England:
But I do prophecy, the election lights
On Fortinbras; he has my dying voice;
So tell him, with the concurrents, more or less,
Which have solicited.—The rest is silence. *(Dies.)*

HORATIO.

Now cracks a noble heart;—Good night, sweet prince
And flights of angels sing thee to thy rest!
Why does the drum come hither? *(March within.)*

Enter Fortinbras, the English Ambassadors, and others.

FORTINBRAS.

Where is this sight?

HORATIO.

What is it, you would see?
If aught of woe, or wonder, cease your search.

FORTINBRAS.

This quarry cries on havoc?—O proud death!
What feast is toward in thine eternal cell,
That thou so many princes, at a shot,
So bloodily hast struck?

1 AMBASSADOR.

The sight is dismal;
And our affairs from England come too late:
The ears are senseless, that should give us hearing,
To tell him, his commandment is fulfill'd,
That Rosencrantz and Guildenstern are dead:
Where should we have our thanks?

HORATIO.

Not from his mouth,
Had it the ability of life to thank you;
He never gave commandment for their death.

vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un escelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectaculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

But since, so jump upon this bloody question,
You from the Polack wars, and you from England,
Are here arriv'd; give order, that these bodies
High on a stage be placed to the view;
And let me speak, to the yet unknowing world,
How these things come about: so shall you hear
Of carnal, bloody, and unnatural acts;
Of accidental judgments, casual slaughters;
Of deaths put on by cunning, and forc'd cause;
And, in this upshot, purposes mistook
Fall'n on the inventors' heads: all this can I
Truly deliver.

FORTINBRAS.

Let us haste to hear it,
And call the noblest to the audience.
For me, with sorrow I embrace my fortune;
I have some rights of memory in this kingdom,
Which now to claim my vantage doth invite me.

HORATIO.

Of that I shall have also cause to speak,
And from his mouth whose voice will draw on more.
But let this same be presently perform'd,
Even while men's minds are wild; lest more mischa
On plots, and errors, happen.

FORTINBRAS.

Let four captains
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;
For he was likely, had he been put on,
To have prov'd most royally: and, for his passage,
The soldier's music, and the rites of war,
Speak loudly for him.—
Take up the bodies.—Such a sight as this
Becomes the field, but here shows much amiss.
Go, bid the soldiers shoot. *(A dead ma*
(Exeunt, bearing off the dead bodies; a
which, a peal of ordnance his shot o

NOTAS.

ACTO PRIMERO.

ló Shakespeare el argumento de esta tragedia en la antigua his- Dinamarca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como igualmente todas las que abrazan épocas tan remotas.

ı se dice que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3370 de 3390. Le sucedió Horvendilo su yerno, principe de gran va- se habia hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, rey ·ga, á quien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó .npo, porque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion, la vida alevosamente, casándose después con su cuñada Gerutha, Rorico, valiendose para rendirla á su voluntad de astucias y ame-

t, hijo de Horvendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de ·, se fingió loco para disimular mejor sus designios, bien que ocultarlos en tal manera que su tio no llegase á sospechar que ncia que mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que nosa jóven fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas ho- ia, y hablase con el, esperando que al verla depondria toda di- ion, y daria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que ocultarse en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese mo le advirtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugi- amlet no dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con ·lla.

ra·ia esta cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. se de la corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo ase en el cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á vi- : observara cuidadosamente. Vino en efecto el principe, y empezó locuras como acostumbraba, meneando los brazos, cantando ı gallo, y examinando todos los escondites del aposento, hasta ·ezó con el que estaba escondido entre los colchones de la cama; con la espada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el ca- ı trozos, los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Vol- ues á verse con su madre, y asegurado ya de que no habia espias oyesen, la reprendió ásperamente por haberse casado con el ma- : su padre, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme ion en que estaba de vengarse, haciéndola prometer por último adie revelaria aquel importante secreto.

o el rey á su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de aca- el principe por cualquiera medio que fuese. Envióle á Inglaterra ñado de dos consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel que le rogaba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, el viaje, mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de achos que llevaban; y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo so, y escribió encima espresiones tan diferentes de las suprimi- : así que leyó las cartas el rey de Inglaterra hizo ahorcar á los nsajeros, acogió al principe con estraordinarias muestras de de allí á poco tiempo le casó con su hija.

o después de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que ose esparcido la voz de que era muerto, se celebraban sus fune- egó á tiempo de asistir á un banquete que daba el rey á los se- : la corte: Hamlet, en el desórden y alegría de la mesa, logró ıchar á todos los grandes; cuando los vió en estado de no poder ·, dió fuego al palacio, fué al cuarto del rey que estaba durmien- atravesó el cuerpo con su misma espada. Convocados después los del reino, justificó ante ellos su conducta, le aclamaron rey, y l trono, hasta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de ia, murió á sus manos en una batalla, año de 3480 del mundo, 520 tes de Jesucristo, segun el cómputo vulgar.

un raton se ha movido. Espresion muy natural en un soldado, y ena de la sublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la* se atreve á preferirla á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia:*

Mais tout dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.

:nester mucha ignorancia ó mucha pasion para dar tal fallo.

rale por dónde viene. La aparicion del muerto es ociosa é intem- en esta escena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese da generalmente, se exigiria á lo menos que se colocaran donde :n producir todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si em- tragedia con la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? ojeto mas terrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del ¿Por qué no se aparece desde luego al principe Hamlet? ¿Sale gatorio á este fin, y malgasta las horas en pasearse á oscuras y r centinelas? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia ver de otro que no sea él mismo? Es increible que un alma venida mundo la yerre tan de lleno.

uestro último rey. En el teatro es muy precioso el tiempo, y estos s le pierden solamente con su conversacion. El desafío del rey marca con el de Noruega, la invasion que premedita Fortimbrás, arativos que se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia: de esto y no de otra cosa debia tratarse. Dirán que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota 4.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno,* puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta escepcion.

(7) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Londres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbrás estimándome en poco.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Enrique, el capitán, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ofuscan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe: todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind*. Hanmer, en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nombre es mujer.* Letourneur traduce: *¡Oh fragilidad! la mujer y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para espresar que las mujeres son frágiles. ¿A qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para esprimir una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Después de esta imágen ridícula y humilde, viene esotra: *En un mes..... enrojecidos aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(13) *¿Qué asuntos tienes en Elsingór?* Hasta ahora no se sabia cuál fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le ví anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podria suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se espresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el terror del principe.

(16) *¿Nada mas?* ¿Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡Con qué amable sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasaje está oscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que ímpetus fogosos de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Misceláneas literarias* traduce mal este pasaje, diciendo: *Un principe, un heredero del reino no debe trinchar la vianda por sí mismo; es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran tan sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los poetas y cómicos se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe-

conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula: son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relampagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relampagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento: que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Esto discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue después.

(25) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡Con qué muda inquietud se espera el exito! Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido: aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refiéremelo presto.* Hamlet dice bien: el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez, no adornos que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á oscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Qué paraje y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio: este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Vírgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la cuaresma, domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas espresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas, de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witembergs, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Sí, sí, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer, en sus *Notas á Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, espresando en la fórmula: *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice:

Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

(31) *¡Ah! ¿Eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las espresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real*; lo de *hic et ubique*, lo pone en francés, conociendo cuán ridículo es en latin; y el *topo viejo* le trasforma en *fantasma invisible.* Esto no se llama traducir.

(32) *Por eso como á un estraño debeis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas á Shakespeare.*) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando á la palabra *estraño* la significacion de *estranjero.*

(33) *Por mas singular y estraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica después.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representacion, es del todo inutil, pertenece al género cómico, y abunda en espresiones poco decentes.

(2) *Seria un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto deliró Shakespeare dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos viejos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremés, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca debe debilitarse, todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarrero y [illegible] chin. No basta que la naturaleza nos presente esta union [illegible] objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí: desecha lo inútil ó inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y en esta eleccion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que cuando Antonio presentó en el foro romano á vista del pueblo la túnica ensangrentada de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa que en un rincon vendiese higos ó asara castañas; pero si un pintor se atreviese á introducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se burlarian de él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse, que era natural. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pintura debia producir; es natural, pero inoportuno y ridículo; y tú eres un artífice ignorante, puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste solo á copiarla.

(3) *Pues entonces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es un rasgo cómico, digno de Molière. La debilidad de su cabeza no le permite seguir sin interrupcion la serie de ideas que convienen á su propósito, su locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habla sin tino y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se halla tan distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensaba decir.

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se ve que el príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector espera sin duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del drama se verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede en todo con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta fingida locura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que no pudiera hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados los viejos á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, y adquiriendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay [illegible] circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les hace pasar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas veces por esceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario: carecen de experiencia, no saben adivinar en el momento presente lo que será después; la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos diferentes de lo que son en sí; proceden con temeridad, y solo aprenden á fuerza de escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo pasado les hace en estremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos y la poca práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y este atrevimiento son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes, de quienes no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir pullas de Hamlet y morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman *Guildenstern* y *Rosencrantz.*

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores [illegible] en el primer acto de Elsingór, han ido á Noruega, han dado su mensaje, y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuanto dice Polonio en esta escena va dirigido á escitar la risa del público, y asi se verifica. Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza y sublimidad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores, se equivocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente mas risueños que los franceses; pero entre estos últimos se ha cultivado con mas acierto la poesía dramática, han aplicado á cada uno de sus géneros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio; y aquella nacion, lijera y alegre mas que otra ninguna de Europa, rie con *Tartuffe* y llora con *Phedra.*

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos de Polonio, las protestas de que será cosa breve (que en él es imposible), las antítesis y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y elegancia, las distracciones que padece, las interrupciones con que rompe el discurso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, sagaz político, prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse hombre de importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y manifiestan lo que el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra edad y con otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¡Qué lástima!* Hasta ahora todos los personajes de la tragedia original han hablado cuasi siempre en verso, pero de aquí en adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de verso y prosa, en lo que tambien han querido hallar un primor sus panegiristas.

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se hallarán muchas espresiones en boca de Hamlet que carecen de sentido; pero debe considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren que este pasaje aluda á unos versos de Juvenal, Sát. 10.

(13) *En tal caso, estareis colocados.* Este pasaje se omite en la representacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el concepto de haber sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tiempo escribieron para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1597 se publicó en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre ellos á los cómicos (Hanmer). Vease tambien la nota 22 del acto primero.

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará de ver el lector que en todo este pasaje duerme profundamente el padre del teatro inglés. Aquí se trata de las compañías de cómicos que representaban en Londres á fines del siglo XVI, entre las cuales tenian mucho aplauso la de los músicos de la capilla real, y otra que llamaron *Children of the revels* (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que atraian escitaron la envidia de los demas cómicos, como se ve en esta escena claramente. Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Hamlet tales discursos, no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de buena fe que en este pasaje Shakespeare *se aparta un poco de su asunto.* En efecto, se aparta un poco.

(16) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta especie de catálogo que hace Polonio de los varios géneros de piezas dramáticas que se

representaban en tiempo del autor, pudieran añadirse otros muchos que se hallan en la *Biografía dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, aunque no han pecado menos que los ingleses en confundir los generos y estilos, han sido mas moderados en dar á sus piezas denominaciones arbitrarias y ridículas. En nuestro teatro no se conocen mas clases que estas: *Auto*, *Comedia*, *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* (que no es mas que comedia en un acto), *Entremes* (que equivale á farsa), y *Zarzuela* (que es lo mismo que opera cómica); y ningun autor español ha dado á sus dramas otros nombres que estos. No obstante, el abate Betinelli en su obra de *Il Risorgimento d'Italia*, cap. 5, dice hablando del teatro español: *Nuevos nombres inventaron para tan nuevas representaciones. Una se llamaba comedia de capa y espada, otra de dos partes ó jornadas, otra de tres ingenios, autos sacramentales, alegóricos, historiales, y otras extravagancias semejantes a estas.* Es lastima por cierto hallar en un literato de tan conocido merito equivocaciones que desacreditarian a un pedante foliculario y superficial. Ningun autor español ha dado el nombre de *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarmente se llamen así aquellas en que no entran personajes heróicos, para distinguirlas de las demas. Los *autos*, sean de composicion alegórica ó historial, nunca han tenido otro nombre que el de *autos*; y el ser una pieza de dos ó tres jornadas, de uno o mas ingenios, no es circunstancia que la quite el ser rigurosa tragedia ó comedia; ni el formar dos ó tres o mas fábulas de un solo personaje, quiere decir que los generos se alteren y confundan. *Ifigenia en Tauris* no es mas que una segunda parte de *Ifigenia en Aulide*, y una y otra son tragedias. *Ircana en Julfa e Ircana en Hispahan* son la segunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y todas tres comedias arregladas de las mejores del teatro italiano. En este deberia haber buscado el docto Betinelli ejemplos de estravagancia, que no hallara tan abundantes ni en el español ni en el ingles, ni en otro alguno de Europa; y es ciertamente demasiada generosidad atribuirnos la invencion de tales ridiculeces, cuando Italia puede reclamar este elogio que se la debe de justicia. Veanse aquí unos cuantos nombres de los que sus autores han dado á sus piezas dramaticas, y juzgue el que sea imparcial a quien pertenece por escelencia el título de inventor: *Archicomedia caprichosa-moral. Anatopismo músico. Archidrama musical. Accion regi-cómica moral. Comedia infernal. Comedia tropológica. Comedia tragi-comedia en comedia. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama heroi-cómico-histórico. Drama civil y rustico. Drama melo-trágico. Dramatica grotesca. Etopeya trágica. Fabula eteroclita. Fabula tragico-regia pastoral. Invencion pastoral escénica-representable. Opera heroica pesatiri-cómica. Opera anagramati-cómica. Parabola sacro-dramatica. Representacion ceremática espiritual. Tragicomedia ideal. Tragicomedia pastoral piscatoria. Tragico-satira. Tragi-comedia pastrocomica-heroica.* Si no bastan los títulos citados, vease la *Dramaturgia de Leon Alacci*, y se hallaran algunas docenas mas; pero estos solos prueban suficientemente que el erudito italiano procedió con suma lijereza y absoluta ignorancia de la literatura estranjera, que faltó a la imparcialidad de buen critico, y que fingiendo lo que no existe, se olvidó de que en su tierra se habian escrito *archidramas*, *anatopismos*, *y etopeyas*, *y fabulas eteroclitas y anagramati-cómicas*, *infernales*, *ceremáticas y tricuricenas*.

(17) *Escena indivisible.* Hay quien ha creido que por *escena indivisible* debia entenderse *escena fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en tiempo de Shakespeare habia ya quien escribiese dramas con unidad de lugar, pero como no hay autoridad ni documento que apoye esta opinion, ni se dice quien fue el poeta que tales obras compuso, ni quién las imprimió, ni quien las vió, no será temeridad presumir que jamas habran existido. Estas piezas y las seis comedias de Lope escritas con arte, y las mil tragedias atribuidas a Malara, por quien no sabe el trabajo que cuesta hacer una, pueden ponerse en la lista de los bienes deseados.

(18) *La primera línea de aquella devota cancion.* En este pasaje y el anterior en que habla de Jepte, se alude á las coplas devotas ó villancicos que se cantaban por las calles en tiempo del autor.

(19) *Dios quiera que tu voz.* Hamlet habla con un muchacho, que hace papel de mujer.

(20) *Pirro feroz con pavonadas armas.* Algunos eruditos han creido que Shakespeare quiso en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del estilo declamatorio, hinchado y retumbante; otros, que no los han hallado defectuosos, son de contrario parecer. Esta variedad de opiniones nace sin duda de que todos ellos han dado por supuesto que Shakespeare no podia hacer ni aprobar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzguen impecable hallaran estos versos muy dignos de su pluma: fantasia robusta, imágenes atrevidas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mucha descripcion, adornos inoportunos, viciosa abundancia: tales son las prendas que caracterizan este y el siguiente pasaje; y ellas delatan el verdadero autor. Las armas negras como la intencion de Pirro; la sangre cuajada, que le cubre de la frente al pié; el aire de su espada, que postra al debil Príamo; el Ilion, que como si fuera sensible a tanto golpe, desploma sus techos; la rueda de la fortuna, precipitándose hecha pedazos desde el cielo hasta los abismos; Hecuba, que intenta estinguir con su llanto el incendio de Troya; Pirro, que deshace en trozos menudos el cadáver de Príamo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en lágrimas, son espresiones ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que equivalen a cualquiera demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo inoportuno y redundante de ellas impide a sus apasionados reconocerlas por suyas, sirva de compensacion á estos defectos las dos escelentes comparaciones de la calma que precede al rayo, y el golpe de los cíclopes sobre las armas de Marte.

(21) *¿Quien se atreve a llamarme villano?* El pensamiento es: ¿será posible que yo (acostumbrado jamas á que nadie me insulte) tolere ahora tan graves ofensas? Si, que ha faltado en mí sin duda el antiguo valor, pues no he tomado ya venganza de un enemigo que detesto. Esta reflexion de Hamlet es justa y oportuna; pero las imagenes ridículas con que la amplifica y adorna lo echan todo á perder.

(22) *Prostituta vil.* Letourneur omitió en la version de este monólogo lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lejía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traduccion *sera exacta y fiel, formando una copia parecida, donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original.*

(23) *Si muda de color, si se estremece.* ¿Y esta seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando vea, por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos.* Véase la nota 1 del primer acto.

(2) *Existir ó no existir.* Johnson esplica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de vengarse sin esponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera: Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si despues de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestion, cuya resolucion determinará si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir en paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, este seria un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir despues de la muerte. Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad; esto da tueras á la conciencia y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de esponer, podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? No es ocasion; su padre le pide venganza, el cielo le avisa a fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿es bien que tema la muerte, ni le asuste la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ficcion del demonio la aparicion que vió? Pues si todo es falso, nada hay que emprender; su tio no es ni usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al príncipe, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas aplaudidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te di nada.* No se halla razon que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Diras este pasaje.* Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representar. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos.* En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos, y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió.* Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus oraciones de tales frialdades, y no es de admirar que se usara en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *Vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie between maids'legs!

(8) *Suenan trompetas.* En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razon. O debió interrumpir esta escena luego que vió el argumento de ella, ó debia sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue despues, en la cual nada hay que pudiera ofenderle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder: cuando ve la representacion muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió.* No deja de estar un poco embrollada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años y un mes.

(10) *Así pende del ramo.* Esto no es mas que una viciosa amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina, y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estupido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado a huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; cierto es que la Providencia quiere su muerte; la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe escitar en el jóven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas: esto ha de sentir, de esto ha de hablar.... ¿Quién hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, porque al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton, *Notas a Shakespeare.)*

(16) *Déjame ser cruel, pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á ver á la reina, la hablara á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patetico tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse a la conmiseracion y al llanto.

Hanmer en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice así: «En ambas tragedias se ve precisado un jóven príncipe a vengar la muerte de su padre; sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado después con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra, pidiendo favor á Egisto é implorando perdon de su hijo que la mata, mientras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la ultima de estas pasiones es propia do la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato.»

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavía la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella tragedia griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo está manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí así que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella escelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Que mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso academico, sino que tocadas lijeramente y unidas á los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon é indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando este ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey, pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras esta pidiendo perdon a Dios de sus pecados, podrá salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiéndole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un príncipe virtuoso y magnánimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Vease la nota 1 del primer acto.

(20) *¿Que me mandais, señora?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situacion, lo animado y rapido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha escitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide vehem[illegible] afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Espíritus celestes, defendedme.* Esta aparicion del muerto [illegible] Dice que viene á inflamar el ardor casi estinguido de Hamlet, y no tiene razon: nunca el principe se ha manifestado mas [illegible] en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar [illegible] de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son propias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente dan [illegible] y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el [illegible] tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir [illegible] pasaje.

ACTO CUARTO.

(1) *Así el oro.* Como el rey acaba su discurso con una [illegible] la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra [illegible] teatro hay mucho de esto tambien. Si don Felix se compara [illegible] tropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es [illegible] enamorado del norte; si dice don Carlos que su amor es [illegible] como el fénix de Arabia, doña Leonor le replica que su [illegible] escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. [illegible] de discretear, volviéndose los interlocutores décima por [illegible] cepto por concepto, no está ya en uso. La buena crítica ha [illegible] teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verisimilitud.

(2) *El cuerpo está con el rey.* Steevens lo interpreta así: *El [illegible] en la casa del actual rey; pero el verdadero* (esto es, el [illegible] *no esta con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece mas [illegible] manera: *El ataud esta cerca del rey; pero el rey no esta [illegible] ataud*; que es decir: no está muerto aun como debia estarlo [illegible] cree que se pudiera esplicar en estos términos: *El rey [illegible] cuerpo*, esto es: *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma [illegible] rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo.* Si los [illegible] tadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no [illegible] la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos.* No hay dificultad en decir [illegible] engordamos á los demás animales para alimentarnos con ellos [illegible] gusanos engordan después comiéndonos á nosotros; tampoco [illegible] mirar que un hombre se coma un pez que tragó á un gusano [illegible] bia alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es verdad [illegible] el mal está en que no viene á cuento, en que es ocioso y [illegible] que un principe de Dinamarca se esplica en este pasaje como [illegible] de Sacedon.

(4) *Id, capitan.* Este es el principe de Noruega, tan [illegible] dos primeros actos: no hay que esperar que este nuevo [illegible] parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya [illegible] cena de versos, se irá á Polonia, la conquistara, y volverá [illegible] que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector notará que habiéndose embarcado en Elsingór para ir á Inglaterra, se [illegible] en el camino con un ejercito de Noruega que marcha a Polonia [illegible] confesar que la geografía de Shakespeare no es de las mas exa[illegible]

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo que [illegible] otras veces: culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de [illegible] Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó encierran [illegible] doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de un país [illegible] cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres por un [illegible] un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de ningun principe [illegible] ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los hé[illegible] cian igualmente la vida; la diferencia está en que aquellos la [illegible] por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo lo que vale [illegible] de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las circunst[illegible] su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exigen.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude a una costumbre [illegible] lar muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras tenian [illegible] dado de ponerse á la ventana ó salir á la calle en el primer dia [illegible] al rayar el alba; y el jóven que las veia primero, aquel creian [illegible] el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas*, [illegible] mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante a la [illegible] acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana en la [illegible] de San Juan, con el cabello suelto y un pié desnudo dentro de un [illegible] lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre que [illegible] en la calle, suponiendo que así debia llamarse el que habia de [illegible] marido. A esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la comedia:

Yo por conseguir mi intento
Los cabellos doy al viento,
Y el pié izquierdo á una bacia
Llena de agua clara y fria,
Y el oido al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en ti suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena
A quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
Alguna que me provoque
A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada sirve á [illegible] cion principal, es un episodio que produce en la representacion [illegible] ble efecto. No se caracteriza, como la del principe, con bufon[illegible] chocarrerías, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es verda[illegible] la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y cruel

sensible de aflccion, turba su entendimiento, y en cuanto hace ı manifiesta. Se va al campo, y teje guirnaldas y festones de flores s que amontona sin eleccion; con ellos se corona y adorna; vaga ı de una parte en otra, sin hallar en nada placer; solloza y rie, se tal vez, pero á nadie ofende; pisa y trastorna cuanto halla al paso; :ce melancólica, y prorumpe después cantando versos que apren- .iempo mas feliz, unos alusivos al estado de su corazon, y otros en se ve conexion ni objeto; á todos saluda cariñosa, con todos re- ıs rústicos dones que lleva en la falda; á cada momento se dis- ıbla de su padre y suspira, se acuerda de su hermano, desea verle lo le ve no le conoce. Su risa, sus cantares, su furor, su alegría, rimas, su silencio, son toques felices de un gran pincel que dió á ura toda la espresion imaginable.

usd, señor. Todo lo restante de este acto está lleno de accidentes lados e inverisimiles. Laertes, que partió para Francia al empe- ı tragedia, está ya de vuelta en Elsingór, furioso por vengar la de su padre sucedida la noche antecedente. Hecho cabeza del motinado que le aclama rey, combate y dispersa las guardias del , y entra en el seguido de sus parciales, sin que hasta ahora se haya noticia alguna de que la nacion esté disgustada con el soberano, : se alcance por qué el pueblo pone los ojos en un caballero parti- omo Laertes, que pasa su vida en hacer viajes, olvidándose del e, legítimo heredero del trono, á quien ama tan ciegamente, que us defectos los aplaude como virtudes. Estas inconsecuencias ma- ın que el autor se cansó poco en estudiar el plan de su tragedia. ı aquel tiempo (esceptuando en Italia, donde ya se conocia el arte) los poetas dramáticos hacian lo mismo. Lope de Vega, Hardy y ıpeare siempre escribieron de prisa.

La naturaleza. Este concepto alambicado, que se rompe de puro udiera tener lugar en una oda amorosa de Solís, ó en un soneto ımediana; en boca de Laertes son muy inverisimiles tales espre-

Et ce n'est point ainsi que parle la nature.

Abajito esta. Por no dejar este pasaje en blanco ha sido necesario ir una traduccion cuasi arbitraria. El original dice: *Down a-down : call him a-down-a*. Estas palabras, en que no hay sentido algu- no tambien las anteriores de *Ay no ni, ay ay no ni*, son estribillos en tiempo del autor. En nuestras comedias se hallan á cada paso lares semejantes: por ejemplo, en la de *Guardarse á sí mismo*:

Luneta
Alala allá de la sonsoneta.

le *El Garrote mas bien dado*:

Yo soy tiritiritaina,
Flor de la jacarandaina
Yo soy tiritiritina,
Flor de la jacarandina.

y los estribillos modernos de la tirana, la jota, el caballo, cucá, le, chandé, trompilipitrómpili, cerengue, cachirulo y otros de esta e, ni pueden traducirse á otra lengua, ni en la nuestra significan

Y ruda para vos tambien. La ruda se llamaba en Inglaterra yerba lel domingo, porque los curas católicos usaban de ella, mezclán- ɔn la bebida que daban á los energúmenos cuando los exorciza- esto se practicaba en los domingos. (Warburton en sus *Notas á speare.)*

Un solitario. El pájaro solitario, segun la opinion vulgar de Ingla- ecordaba la memoria de los difuntos á quienes se habia tenido en ayor cariño; y cuando una de estas aves entraba en alguna casa, que anunciase la muerte próxima de alguno de aquella familia. rneur, *Notas á Shakespeare.)*

Una es que la reina su madre. Los astros que no se mueven sino de su propia esfera, el pueblo que baña en su afecto las faltas del)e, la fuente que muda los troncos en piedras, las flechas que no ı resistir al huracán y se vuelven al arco, son flores calderonianas oducen el mismo delicioso aturdimiento en el vulgo de Lóndres el de Madrid.

El amor esta sujeto al tiempo. En este pasaje se repiten las mis- eas que puso el autor en boca del cómico en el acto tercero.

Por último llegareis á veros. El medio que discurre Claudio para la vida al príncipe, es el mas arriesgado que pudo escoger: quiere e morir en su palacio á vista de su madre, de sus amigos, de toda e, ó herido por un florete sin boton, ó emponzoñado con el un- ı del charlatán ó con la bebida que ha de prepararle. Pues ¿cómo e que la muerte de Hamlet, producida por tales medios, descubrirá :ion á los ojos de todos, y que no habrá nadie que no le juzgue ı cómplice? ¿Cómo no teme que resulten alborotos en el pueblo, ú do de la alevosa muerte de su príncipe, ó haciéndose de la parte .tador, á quien poco antes ha proclamado rey? ¿No es de creer que a general conmocion Claudio será la víctima sacrificada á la ven- pública? ¿Hay circunstancia en este proyecto que no le manifieste ɔso y absurdo? ¿Es posible que un rey malvado no halle medios guros de consumar un delito de esta especie sin dilacion, sin pu- ıd, sin esponerse á perder en la empresa el cetro y la vida? La au- del príncipe le facilita la ejecucion; ¿por qué no estorba su venida ıgór? ¿por qué no le hace morir en el camino, donde nadie lo vea ni ı, y salva entonces todas las dificultades, su maldad queda oculta, bra de un enemigo que aborrece? Hasta ahora se ignoraba cuál ɪl carácter de Laertes; pero al ver que adopta el plan propuesto por nadie dudará que es un mal caballero, sin ideas de honor ni de

Donde hallareis un sauce. La narracion de la muerte de Ofelia es te breve, y aunque se omitiera el segundo periodo, en que se hace ɪracion de las flores que la adornaban, nada se perderia. En situa- semejantes á esta no se toleran largos discursos, porque si el su- ceso debe escitar violentos afectos en el personaje que escucha, no es natural que los reprima por dar lugar á que el nuncio le luzca con una vana verbosidad.

(18) *Demasiada agua tienes ya*. El agua que llora Laertes nada tiene que ver con el agua en que su hermana acaba de ahogarse; por mucho que llore, no crecerá el arroyo, ni la difunta recibirá daño alguno. Tampoco tiene razon en creer que sus palabras puedan encenderse, porque las palabras no se encienden jamás; y la precaucion de apagarlas con lágrimas parece inútil. Todo cuanto dice Laertes en este pasaje es afectado, falso, pueril, de pésimo gusto.

ACTO QUINTO.

(1) *Y es la que ha de sepulturas*. Las ridiculeces y chocarrerías, de que esta obra está llena, las han dicho hasta ahora las personas mas principales: Hamlet, el sumiller de corps del rey de Dinamarca, los grandes y caballeros han hecho á ratos papel de bufones. En las primeras escenas del acto quinto se presentan nuevos personajes, y tales, que por lo que dicen y lo que son, apenas podrian tolerarse en la farsa mas grosera y soez. Se ve una iglesia, un cementerio, dos sepultureros cavando una sepultura, esparciendo por el teatro la tierra, las calaveras y huesos destrozados, diciéndose el uno al otro bufonadas y equívocos frios, para escitar la risa del vulgo en medio de tanto horror. El célebre Garrick tentó una vez representar esta tragedia suprimiendo lo mas repugnante y absurdo; quitó por consiguiente los sepultureros y los huesos; pero aunque tuvo en su favor la aprobacion de los hombres de juicio, el concurso abandonaba su teatro, y acudia á deleitarse con *Hamlet*, tal cual salió de las manos de Shakespeare, que se representaba al mismo tiempo en el de Covent-Garden. El pueblo inglés gusta de horrores y bufonadas, discursos filosóficos, lenguaje altisono, batallas y entierros, brujas, aparecidos, cachetes, triunfos, música, suplicios y cadáveres. Esto podrá tal vez consolar en parte la envidia de las naciones que no han producido un Bacon ni un Newton.

(2) *Pues qué, ¿Adan fué caballero?* Aquí hay un juego de palabras que no puede conservarse en la traduccion. La voz inglesa *arms* significa igualmente armas y brazos. Dice el tio Socaba que Adan fué el primero que tuvo brazos; el tio Rascura lo entiende mal, y replica que Adan no tuvo armas. Socaba, citándole la Escritura, insiste en que Adan no podia cavar si no hubiese tenido brazos. Los apasionados de Shakespeare hallarán poco que admirar en este pasaje, el cual traducido á la letra es como sigue:

SEPULTURERO PRIMERO.

Ello es que no hay caballeros de nobleza mas antigua que los jardineros, sepultureros y cavadores, que son los que ejercen la profesion de Adan.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues qué, ¿Adan fué caballero?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! como que fué el primero que llevó armas (brazos).

SEPULTURERO SEGUNDO.

¡Qué! si nunca las tuvo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, tú debes de ser algun gentil... Pues ¿cómo entiendes aquello de la Escritura? La Escritura dice: Adan cavó; ¿y cómo podia cavar sin brazos (armas)? *No hay remedio. Pero voy á hacerte una pregunta, etc.*

(3) *Qué poco siente ese hombre*. Si parece estraño que los sepultureros hagan papel en una tragedia, mas lo parecerá que un príncipe trame conversacion con ellos, unifa sus necedades, y se divierta en revolver los huesos y moralizar sobre las calaveras. ¡Y qué imágenes amontona el autor! Horrendas, asquerosas, repugnantes, ridículas. ¡Y qué estilo tan ajeno del decoro trágico! La calavera del que pedia prestado el caballo, de la cual el señor gusano se apoderó; la del letrado que se enriqueció á fuerza de equívocos y embrollos, y no se querella aunque se ve estropeada con el azadon y llena de barro; la altercacion con el sepulturero sobre si es la sepultura suya ó no; la esplicacion de lo que puede durar sin corromperse un hideputa de un curtidor; las profundas reflexiones de Hamlet sobre los dados y chitas que se hacen con los huesos de muerto; sobre que los compradores de tierras son mas brutos que las terneras y carneros; sobre si seria posible tapar un tabique hendido ó un barril de cerveza con las cenizas de César y Alejandro... ¿puede darse cosa mas impertinente, mas necia y soez? ¡Qué desengaño para los que piensan que un poeta solo necesita ingenio!

(4) *Para que esa gente se divierta*. En el original se hace mencion de un juego antiguo que llamaban *loggats*: las piezas con que la gente ordinaria le jugaba solian hacerse de huesos de muertos.

(5) *Mia, señor*. La oscuridad que se nota en este pasaje nace de la varia significacion del verbo *to lie*, que unas veces es *mentir* y otras *estar*. De aquí resulta en el original un equívoco ridículo que no se ha podido conservar en la traduccion.

HAMLET.

Sí, yo creo que es tuya, porque estas (mientes) *ahora dentro de ella.*

SEPULTURERO.

Vos estais (mentis) *fuera de ella, y por eso no es vuestra; por lo que hace á mí, yo no estoy* (no miento) *dentro de ella; pero no obstante es mia.*

HAMLET.

Tú estás (mientes) *en ella, y estando en ella, dices que es tuya; pero la sepultura es para los muertos, etc.*

(6) *¿Qué otra ceremonia falta?* A una escena de cementerio y sepultura no podia seguir otra cosa que un entierro, y veisle que viene á paso grave y tardo, con sus bayetas, su ataud, sus clérigos y su acompañamiento detrás: en tanto que suena la campana fúnebre, á cuyo sonido el gran concurso que llena los teatros de Covent-Garden y Hay-Market enmudece atónito. Esto agrada al vulgo, y en todas las naciones le hay, y quienes adulen su ignorancia y le aturdan sin enseñarle.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello.* Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóbil sus nuevas crias!

(8) *Esil.* Lago inmediato á Elsingór.

(9) *Pues sabrás, amigo.* Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué estraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverisímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Véase la nota 1 del primer acto.

(10) *En hora feliz.* Este nuevo personaje es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres períodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caluroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportunos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á Polonio, á Ricardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeñado este papel sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es excesivo, aun cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta hay treinta y dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta gente.

(11) *Sepa morir.* La voz comun de que el corazon no es traidor carece de fundamento: después de ocurrido un mal, se dice que le anunciaba el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los presentimientos que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre vanos, y si tal vez aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única luz que en la oscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos engaña. Nuestro destino es ignorar lo que sucederá después, y cuando nos obstinamos en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispóngase el hombre á cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de la adversidad, aparte de sí el temor que anuncia desdichas que no vendrán, ó si vienen nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la mano de una Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor el número de los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido.* Al acercarse la catástrofe, hace el autor mas amable al protagonista Hamlet, reconociendo el esceso que cometió, y pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y su generoso proceder hacen resultar mas la perfidia de sus enemigos que le preparan una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos.* Habiendo visto ya la escena de la sepultura y las [illegible]nes, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto el haber introducido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. La reina muere por una equivocacion, tomando la copa del veneno que estaba prevenido para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precaucion de Claudio y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la reina, á quien ciertamente no queria matar. Laertes muere tambien por otra casualidad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el trueque de las espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un recurso de la necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes.* De aquí en adelante hasta la conclusion de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegante sin vano ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huecas y gigantescas: digno de la situacion y los personajes.

(15) *Toma, acompaña a mi madre.* Ve aquí lograda por un accidente la venganza que pidió el muerto al principio del drama, la cual no se verifica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el cielo encargó la ejecucion. Todos los principales personajes de esta tragedia mueren culpados é inocentes, sin que esta matanza general sirva de aumentar el efecto trágico; pues al contrario le disminuye, dividiendo el interes que deberia concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres que ensangrientan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Parece que el autor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Fortimbrás que tal espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar.* Este pasaje está un poco oscuro. Parece que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependiente de Dinamarca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos daneses. Hamlet insinúa su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono, y espera que Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *¿En dónde está este espectáculo?* Como el personaje de Fortimbrás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda salida sea tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con que ha conquistado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cierto; pero no es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Inglaterra Ricardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en Elsingór con la noticia del mal despacho que hallaron en Lóndres aquellos infeli-

LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

Esta obra no necesita prólogo; por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponérselas.

STÁBASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en mullido catre de pluma; un mosquitero verde le de- lia de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; alacio en profundo silencio, y el dios bien comido, or bebido y nada cuidadoso. Roncaba pues su relu- ite majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercu- que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cer- o, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos. n esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando epente se levantó tal estruendo en los patios, corre- es y portalon del palacio, que parecia hundirse aque- oberbia máquina. Alteróse Mercurio, dió un salto de ama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á esto es, sin talares, porque madama Terpsicore, la ; juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido o antes a la cama pasito á pasito, y se los habia quita- poı nacerle rabiar. Afligióse sobremanera, y á tientas ouso los gregüescos, la chupa y la camisa; porque es a que el tal dios no puede dormir en verano, si no de- e todos los trastos, quedándose á la lijera como su lre le parió.

a que se halló decente el correveidile de los dioses, ó en pernetas con su caduceo en la mano y en la ca- a el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averi- r la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió ir un burujon de gente que luego conoció ser de los de ı. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian io desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, rial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué sto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo, es esto?—¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno ninuetes, ¿qué ha de ser? sino que toda la comarca es- n arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál ı cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy que de quedar por puertas si duerme cuatro minutos s.—¿Pero no sabremos...—No hay mas que saber, aña- Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que a, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me use, ni en tú te la tienes, Pedro.—¡Cáspita, dijo Mer- io, y en qué lindo dia me he venido a comer á esta dita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el con- , por mas que mi hermano me molia á recados todos domingos: mi padre come mucho mejor que él, y mas gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de a fresca de Aganipe; no, si yo no fuera tonto, no me ederia esto. ¡Majadero de mí, que podria estar ahora el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, ju- do con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que aho- el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi for- a!»

sto decia Mercurio lleno de indignacion; y mientras s llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á ulapio que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados, de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia dispertarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbréo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian á Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y diráslo que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto.

—Ay, hijo mio, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales?—No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion?—No son esos, replicó Polimnia; ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelíces que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadur-

nan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?...... ¡Mísera!... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcazar, y vió el mas tremendo espectaculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pié de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y a breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse a las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos: tanto que al escucharlas comenzó a temblar de pié y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir a Terpsícore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos a tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? —Ahí los tienes, respondió la Musa sacandolos de la faltriquera; póntelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados.—¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas, y atandose á toda prisa las correhuelas de los escarpines alíjeros: ¿yo escapar? no en mis dias; ahora si, escapar: dejadme á mí, y vereis quién es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete, y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: «¡Ah de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse. Y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejeis las armas por una y otra parte; y a vosotros, quien quiera que seais, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviereis, se la digais al instante sin andaros en ambages ni tranquillas; que como ella sea justa, desde luego quedareis servidos: porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por quererle responderle todos á la par, que aunque se desgañitaba diciendoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado pues de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya union en vosotros para que una comision vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitais, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habeis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo a pedir de boca. Los nuestros no saldran un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasareis tampoco de la línea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarros, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella; porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegais á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decia el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, segun se supo después, no habia en toda la casa mas instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate: las tropas se retiraron a los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que habia pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que habia servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa el *Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponien-

do un plan de fortificacion y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni mas ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en estremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenia, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traido, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar a unas gentes demasiado dispuestas a cometer cualquier esceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó a buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caia al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte, y llorando su prision como pudiera el mismo Macías.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y qué pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡Haya picaruelo! ¿No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pié quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida, que el tal improvisante debe de tener manejo y vena.»

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

—¡Oh favor! esclamó el de los ovillejos, ¡oh favor!» y tendiendose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas a Mercurio y le besó los piés una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantandose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podia contener la risa.

«¡Que es posible, decia arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es posible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patareo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alípede, es verdad ó ilusion dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó estravío de la imaginacion férvida? ¿Es soporoso nocturno rapto, que en la atezada caligine...—No es caligine, ni rapto atezado, ni cosa alguna de las que habeis dicho, replicó Mercurio: mi hermano os quiere ver, y a eso vamos alla; pero os advierto en caridad que trateis de no hablarle en culto, ni le jugueis del vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

—¿Qué decís, ínclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podra caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible.—Si es posible ó no, añadió Mercurio, vereislo después; y vuelvo á avisaros que si no dejais esas gallardías de estilo, lo habreis de pasar muy mal, señor repentista.—*Sileo libenter*,» dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio, y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quién poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! esclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir, que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dira que un hombre como yo, de tan esquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para tí, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada. ¿Y qué obras son estas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur*? Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y misto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epòpeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchneos que me cubrian? Pero, ¡qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demás la naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mia! Esta pues Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde

su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolviase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambeles por las orillas à modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas saber;» y acercándose á él, le dijo al oido: «mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos; porque si así no lo hiciereis, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde;» y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Dióselo Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Númen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasion, ¡ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Ouest y el Austro,
Y hurtando á las Memnósides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, á venerar tu espectro.»

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa; las musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban los unos á los otros sin saber lo que les sucedia; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja, que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declameis versos tenebrosos; lo que únicamente quiere es... ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Símil no mucho á resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz rompiendo el diáfano teristro,
No ya disímil yo, si el indio electro
Prestarme gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Métricos mucho al eminente claustro
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

—«¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádsele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos, y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevadle, [illegible] verle.» El [illegible] del dios bermejo [illegible], que [illegible] su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograse el fin á que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algun tanto habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él, mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesífone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmintea, el suceso es este:

»Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguán, somos alumnos vuestros; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantes; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

»¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

»Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas, ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

»Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa, debemos ilustrar á la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nacion ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos, sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, segun la hemos visto decadente y mal parada.

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo envió á la patria prosperidades ó desdichas.

merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los unos a los otros, tratandonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho dias: el público se desengaña, ó nosotros, por un quítame allá esas pajas, nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvio en cenizas los soberbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un convento.

»Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgabamos irremediable nuestra desgracia; cuando circuidos de horrores y faltos de consejo hollábamos caliginoso pavor, y palpabamos atezadas lobregueces, *ecce Corinna venit, ecce*, benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va a tener un príncipe, la nacion le jurara sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es precisamente la epoca de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurreccion.

»Queremos cantar, sí, señor; queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe don Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no arrojemos decimas y octavas como el puño. Volveremos a estasiarnos y a dormirnos, y cruzaran por esos aires a media noche al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa vision, desprendida del Olimpo a nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heróicos y romanzones, que sera una confusion.

»¿Y los toros? ¡Oh, mi Dios! ¡Los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias esquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldran á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el *toro pater*!

Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas; no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruedas, ni registro de cañeria, ni bola de puente que no engrudemos de alto a bajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habra diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay cirreo númen! ¡ay reverendo citarista fulgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

»¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadia de tantos criticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad crinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

»Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada segun estilo, en la cual se esprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos a publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y diran los envidiosos críticos tantas perrerias, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis además, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Direis que para que la nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al publico, ya en papelilles sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte, en sus librerias y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Direis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudicion, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiendo que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupcion poly-metri-encomiastica que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan a las librerias acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

»Tal es, señor, nuestra pretension: que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombria que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidas en aromas índicos... pero en vuestro ceño, radiante númen, advierto no sé qué displicencia que me obliga a omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

»En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho menos que nada tacitos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicímoslo así; nos preguntaron ¿quienes éramos y á qué veniamos? respondímos á todo; y sacando el que parecia jefe de los demás un volúmen membranáceo, leyó en él no sé qué índices ó apuntaciones, y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio póntico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos habia maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que seria ofenderle el dar un solo paso adelante.

»Esto nos dijo Luzan, que asi parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo mientras lo restante patentizo.

»Replicámosle, como era razon; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos; no quiso verlos; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes; [illegible]; y encendido en cólera fulminó dicterios y amenazas. [illegible] tísima la vindicta; arremetimos intrépidos [illegible] en tierra; acudieron gentes en su ayuda; [illegible] porfía, y fluctuámos en incierto Marte, hasta que el [illegible] declaró por nosotros el honor triunfal, *in triumpho*, [illegible] dando en el campo casi difunto el jefe, y los [illegible] atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados [illegible]

»Por estos principios conocereis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuanto os habeis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla; vereis tambien que no son doctos, ni jamas han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no solo dañosas á quien las lea, porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque escitando en el público el prurito de saber a poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

» Cesará entonces esta guerra continua que manteneis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñara, que no es dado a la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que graduan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

» Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, habrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamara poetas a aquellos que, como vosotros sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden escitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

» Y ¿son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con aullido disonante las felicidades de la nacion española en la jura de su querido príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del ilustre tronco de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo, que uniendo la piedad de su abuelo a la justicia, a la fortaleza, a la grande alma de su generoso padre, aprenda a su lado el arte de hacer felices a los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la majestad ni el cetro son comparables a la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace a los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan a la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo, que al tiempo mismo que el joven príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que a su vista conozca cuanto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y a los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando a sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno príncipe aun mas allá de los límites de su grande imperio.

» Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables; que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavia en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

» Pero ¡vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y dí a los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.»

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal, de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y estos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y lijereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse después del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando a los eruditos á que, dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas a placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y esperiencia militar.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir acia la escalera cuanto hallaron que podia ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habian servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque

segovianos, colocaban por su órden los dientes y elas que habian perdido su primer asiento, y usaban ios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se ucian a gran cantidad de telas de araña, pegotes de o y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, iva, orines y buenas razones.

Observado esto, partió acia la escalera para dar aviso ordenar lo que convenia; preguntó por su hermano, y dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar a Mercu-; pero a breve rato quedó satisfecho de la inocentísima nducta de Apolo; porque uno de los poetas que habia á rebusca de libros vino diciendo que en la cocina se taba guisando una gran porcion de mistos, y que el os imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si gaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedan-s, era indubitable su destruccion.

«Que me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de cer el último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que nda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebo-do, avanzara á viva fuerza sobre la opuesta de los ene-gos a fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará buen órden siempre acia el patio, describiendo un rto de circulo, para que en llegandolos á sacar del tal, se les vuelva a presentar por frente toda la linea. ntras esto se verifica, el centro y el ala derecha se ntendran sobre la defensiva, y avanzarán ó se deten-n segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.»

sí se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Men-a y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la iega no era de burlillas sino muy a toca ropa, no de-on de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bar-mé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; vedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á ha se en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con abeza llena de tolondrones, y un arañazo en el rostro le hacia derramar no poca sangre; y el mismo Men-a, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de re-tirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna uierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias cas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables poder mas, y todas impresas por suscricion, con de-atoria y prólogo.

ero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mer-io la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole sion, hizo una señal, que al observarla don Alonso de illa gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; des-ga, y al patio.*»

orrió la orden, y al repetir la línea «*descarga, y al io,*» comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pe-tes, que desde luego los menos locos reconocieron inevitable su ruina.

¿cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los idos, al estremecimiento horrible que causaba en los tes del portalon la bateria incesante de libros, parecia el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella te? Allí volaban a docenas, á cientos, enormes cuer-de medicina bañados en sangre; allí las historias sa--profanas de imagenes aparecidas; allí tomos gigan-cos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante ipato, se rompian en el aire contra otros no menos formes de sermonarios, crónicas de religiones, y dis-as ridículas, en las que se veia embrollada hasta el ul-o punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de las las doctrinas, y unos y otros caian después con es-atoso estruendo, aplastando cuanto debajo de si encon-ban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, izaban los comentadores, glosadores é intérpretes del recho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasi, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte* de Gracián, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron a estas las de don Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoida*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandía*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de *los Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de miscelaneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en estremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse a una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado a mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado a mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

»Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corres-

ponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de caracter, que no sea ningun chisgarabís, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la escelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor; repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿ quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encen fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, a trementina caliente, pez y rescoldo. No era fa á tan horrible fuerza: dieron á huir acia la p la necesidad no permitia otra cosa; el ejército abrió en dos columnas para que dejándoles la y asegurado el palacio, se les pudiese cargar la retirada; y así que los vieron fuera, salier conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza c tida lijera á seguir el alcance, y otros cuerpo se iban apostando por todos los caminos y sen naso, que absolutamente ignoraban los enemi

En estas y estotras ya era de noche: la os cansancio, los golpes recibidos, el miedo, l llevaban, y sobre todo, el no tener conocimi del terreno por donde iban, eran todas circun tales que aumentaban la desgracia de los fugi

Mercurio y los suyos les decian que se rindi algunos de ellos lo habian hecho (incluso el tuerto, que le acababan de sacar medio des una zanja), porque si adelante seguian, pere sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en est nirse á buenas: correr que te correrás como g peñascos, atrabancar malezas, y no dar oíd les decian: esto fué lo que hicieron, hasta qu á encarrilar la mayor parte de ellos por unas carpadas y altísimas, á breve rato comenza por ellas agarrados unos á otros, y dando precipitaron en una gran laguna, que está al p llos peñascos, y se forma de las vertientes de

Los pocos que andaban descarriados por va riales libraron mejor, porque cayeron en m de Apolo: recibieron todo agasajo y buena as les cataron las feridas, y fueron tratados co que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas bu dos los de casa no se hartaban de dar gracias tan feliz victoria; despacháronse estraordina partes con aviso de lo ocurrido en aquel trem en ocho que duraron las fiestas quedó Timbr reciendo, porque el gasto de bollos, bizcoch vas, bebidas heladas y chocolate ascendió á m puede sufrir el bolsillo de un dios que prote poesía.

Después de pasado el turbion de visitas y en se trató de lo que convendria hacer con lo Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de los separadamente, para ver á cuántas estaban y en vista del informe que presentaron estos mandó que algunos de ellos, después de habe una buena reprimenda, se restituyesen á sus pasaporte para todos los registros del Parnas cestillas en que se les puso su racion de pan, sas; y á los mas contritos, por via de ayuda de partieron las caritativas Musas de propio caudal los maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á ju examinadores eran incurables, los encerraron las de los locos, donde hoy se hallan tan en c siempre, y tan sabios como su madre los parió

POESIAS SUELTAS.

LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

Don Fernando y Doña Isabel.

Cesse tudo o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se levanta.
Camoens, Lusiadas, canto 1.°

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Era la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se estendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.
En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envía,
Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía;
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.
Este, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculta estancia en que el primor lucia
Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follajes varios y labores ricas.
Por el salon a trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.
En pedestales del mosáico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes y califas.
De Osmán y Alí, terror del oriente,
El mármol muestra la presencia misma
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.
Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato y majestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fe confía.
Este miraba el rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.
Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni a hablar acierta, ni callar podia;
Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.
«¿Dónde vas, dijo: ¿dónde, desgraciado
Monarca, evitarás la saña mia,
Huyendo del que nunca desampara
A los creyentes que en su amor se fian?
Detente, y en el lecho, a quien adornan
Ricas alhombras, turcas alcatifas,
Reposa, y con el ocio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.
¿Qué importa que al furor del nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?
Mientras Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.
¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?
El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuanto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,
¿Hoy fuerzas no tendrá, viéndose libre
De la cadena que arrastró algun dia,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?
Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos y la fe rompida?
Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas;
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confía;
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruina.
Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,
Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia;
El gran sepulcro librará de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.
Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al cielo súplicas envía:
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.
¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?
Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido, á vista de tus muros,
Otra ciudad levanta. ¡Qué ignominia!
Ya los Abencerrajes, que otro tiempo
En bandos á la corte dividian,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones a tu vida.
Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina;
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guia.
Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas;
Y pasando del Tajo la corriente,
En la corte imperial fijes tu silla,
Después de haber deshecho en las Asturias
La turba de sus gentes fugitiva.
Un nuevo Abderramán y un nuevo Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovará el incendio y la ruina.
La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imágen venerada de María.
El Corán se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Jijon á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.
Esto será; que así te lo promete

En la infeliz ciudad el aire bendian;
El vulgo corre temeroso y ciego,
Deja el muro y ocupa la mezquita.
Asi venciendo Vespasiano y Tito
Los fuertes muros de la sacra Elia,
Esta lloró su misera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destruida.
Boabdeli, de valor y fuerzas falto,
Al Albaicin medroso se retira:
Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.
Quién le aconseja que la gente anime,
Tienda al aire las árabes insignias,
Salga a campaña, y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.
Quién pretende, primero que rendirse,
Que en llamas arda la ciudad querida,
Dando la vida al tósigo y al hierro,
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.
Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sesto lustro de su edad cumplia,
Arabe en patria, Aldoradin en sangre,
Hijo de Abenhucen y Geloira,
Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica:
«Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo, que veloz camina,
No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
Para librar la patria que peligra.
¿Espondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruina?
No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenon, ni Aquiles de Larisa.
Yo ofrezco, apenas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.
La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heróica accion, si Boabdelí la anima.
—Sí, yo la apruebo,» dijo, y de los hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblando reverente la rodilla.
Vistese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,
En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.
En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envia,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.
El dilatado borceguí guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.
Del ancho tabalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte y damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo,
Cuando á servir á Solimán partia.
La istriada lanza acomodó en la cuja,
Que cual un mimbre el bárbaro blandia,
A cuyo golpe en desigual pelea
Felipe de Aragon perdió la vida.
Pintó en la adarga de Azamor el moro
Herido un corazon que en fuego ardia,
Y en campo azul alrededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daria.
La rica manga adorna el diestro lado,
Que de aljófar bordó y argenteria
Con cifras de su nombre Zelidora,
Que ausente dél en Tremecén vivia.
De un tostado alazán oprime el lomo,
De largas crines y cabeza erguida,
Pecho espacioso y espumante boca
Y dócil á la rienda que le guia.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Iliberis antigua;
Sus muros deja atrás y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendió la clara linfa.
Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,
Sintió pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujian.
Refrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenia,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en lijero tropel tras él venia.
Sale a encontrarle, y previniendo el asta:
«¿Quién eres? dijo, ¿dónde te encaminas?
Dí, si eres granadino ó castellano,
Y cual es el intento que te guia.
—Soy granadino, respondió, y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,
Tu primo Zulemán es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.
Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzmán valiente,
Impío verdugo de agarenas vidas.
Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Cartama alcaide,
Caudillo y alhagib de su milicia.
Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.
Tres veces ciento alárabes jinetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabarán que determinas.
Contigo vengo á que morir me veas
A manos del que causa mi desdicha,
O á que, logrando la venganza, vuelva
A consolar la pena que origina.»
Abrazale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.
Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.
No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se estendia.
Bajan ardiendo de la escelsa cumbre
Ardientes leños, maquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
A quien el Tajo aurífero salpica.
Al fiero impulso de huracán horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando;
Su presencia a los débiles anima;
Manda al de Cádiz, que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
Zulemán, que advirtió salir armada
La gente que el de Cadiz acaudilla,
Vuelve la rienda, y acia el bosque parte
A prevenirlo al comenzar el dia.
El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle, y al caballo pica.
Mas viendo la distancia, alta la diestra

Las verdades te amargan, ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.
  Pues hablemos en paz; que es desacierto
Desengañar al que el error desea:
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.
  Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las Musas,
Y trepar á la fuente pegaséa.
  Pues si el aceite y la labor no escusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus gracias lloverán infusas.
  Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.
  ¡Qué romances harás, y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!
  ¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!
  Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarasla Filis ó Marfisa.
  Dila que es nieve cuando mas te irrite:
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
  Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desdén sonoro hielo (*);
Breve disgusto que incomoda y pasa.
  Dirás que el encendido Monjibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.
  Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.
  Pues si el cabello á celebrar te pones,
Mas que los rayos de Titán hermoso,
¡Qué mérito hallarás, que perfecciones!
  Dila que el alma, ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En crespa tempestad del oro undoso (**).
  Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó süaves
Arcos, que flecha te clavaron dura.
  Cuando las luces de su Olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.
  Dí, que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó por darte en ojos,
Que si se ponen, quedarás difunto.
  Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazon; y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos (***).
  Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.
  Dí, que es pensil su vulto de mezclados
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.
  La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes (****),
Alto asunto al poeta que la cante,
  Hará que en su alabanza desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
O madreperla hermosa de rubíes.
  Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco paso
En él, y en blanco te dejó el aleve.
  Y di, que venga un literato al uso,
Con su Luzán y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:
  Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.
  Así tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana:
Tigre, de rosa y alhelí vestido.
  Mas quiero suponer, que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana:
  No importa, así va bien. Luego compones
Diez ó doce llorosas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
  No te puedo prestar ningunas mias;
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte y frias.
  Dirás, que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado:
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
  El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
  Y en lugar de escribir: «Aquí reposa
Fabio, que se murió de mal de amores,
Culpa de una muchacha melindrosa,»
  Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.
  Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sujeto su labor emplean.
  Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.
  No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
  Que ya te ofrecen mil aparadores,
Trasformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.
  Suena algazara; cada cual despega
Un frasco y otro; la embriagada gente
Empieza á improvisar..... ¿Y quién se niega?
  ¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?
  Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.
  Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,
  Cómo anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.
  La quintilla acabó; los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso;
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
  «Bomba, bomba,» repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.
  Y qué, ¿tú callarás? ¿Nada te escita
A mostrar de tu númen la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?
  ¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.
  Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.
  ¿A qué fin? Con medir en un instant
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.
  ¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros tal vez, ó mas perversos?
  No porque alguno Píndaro le llama,
Oyendo su incesante taravilla,
Pienses que númen superior le inflama.
  Los muchachos le siguen en cuadrilla;
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
  Si arrebatarle quieres la corona,
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.
  Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás que aplauso en Avapiés granjeas.
  Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,

(*) Quevedo.
(**) Idem.
(***) Gerardo Lobo.
(****) Quevedo.

Y en ellas mezclarás sátira amarga.
Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.
Y esta compilacion de boberias
Al público darás, de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envías.
Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Jeromo.
Mas si tu orgullo oscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,
Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.
Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.
Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,
Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas;
Al motor de la máquina rotunda
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.
La ninfa al verle, ajena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.
Ya los recibe el mar; la virgen treme,
Y al juvenco los álguidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.
Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (*),
Prorumpe en ululatos dolorosos;
Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas (**),
Los antros duplicaron circunstantes.
Mas Creta ofrece playas estendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.
Huye gozoso amor, y agradecido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy estendido.
Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.
La locura también faetontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.
Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto;
Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro a la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;
Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.
Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
Habla erizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,
Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.
Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y a Benengeli el mas cerril maltrata.
Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
Que él solo entiende; y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

(*) Silvela.
(**) Villamediana.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion a su valor sujeta.
Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.
Y el númen lleno de furor sagrado:
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
A dominar imperios enseñado,
Que, dando ley al báratro profundo
Su fuerte brazo, sujetó invencible
La dilatada redondez del mundo.»
Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa;
Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando a los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.
Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son estremados.
Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia.
Y en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con espresiones gratas,
Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.
Mas, no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados:
Crítica sufrirán, zurra y proceso.
Dirán, que los asuntos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.
Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á esplicarte.
Después que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,
Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente (*),
E invoca a una deidad tu protectora.
Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.
Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes oratoria,
Y toda la gentil mitología;
Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.
Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.
Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;
Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.
A espuertas verterás, a carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
¡Oh cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,

(*) Caudamo.

Febo, que á tu pesar ha cultivado!
¡Cuánta aventura, y cuanto encantamento!
¡Cuantos enamorados campeones!
¡Cuánto jardin y alcázar opulento!
Pondras los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,
Que no le encontrarán ni con hurones.
Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece?
En un valle oscurísimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.
Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado (*),
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
¡Cuanta vasija y unto preparado
Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,
Que al triste que lo ve deja admirado!
Allí le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.
Y mira una ficcion muy adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,
Siempre logras con esta fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecenas,
Que no te faltará, por vida mia.
Y si tales patrañas son ajenas
De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas;
Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo.
¡Válame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.
Vuelve después donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al espirar el dia,
Dandole Tétis hospedaje y cama.
Y en su precipitada correría
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
Muda el auriga acia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente...
Pero de un criticon me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.
¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.
No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló, desgarra y quema.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas,
Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebron degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.
Ni hay que decirle que la tal doncella
Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella;
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.
No, señor, nada basta: enfurecido,
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.
«¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!
Dice en horrenda voz, que impetuosa
Como turbio raudal se precipita.
El gusto y la razon, en verso, en prosa,
La invencion rectifiquen; que sin esto
Jamás se acertará ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en errores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto,
Muestra lo que produce el estragado
Talento que sin luz se descamina,
De la docta eleccion abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil ó tenebroso,
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,
Oye solo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladin, enderezando tuertos!
¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,
Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y celos repetidos;
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heróica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.
No es mas que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y jifero.
Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el númen ignorante
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya veis los muros de Florencia ó Gante;
Ya el son del pito los trasforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo,
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas?
«¡Oh qué abominacion!» Dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Mas te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolineo coro,

(*) Quevedo.

Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos estremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura:
Suena en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuñe,
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,
A nadie superior, de nadie esclavo.
Pero ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupcion, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descanse?
¡Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambicion! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor ruina
Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe,
La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz; retumba y muere.
¿Ves, adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto,
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿La numerosa
Turba no ves, que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrépito levanta?
¡Ay! no le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afanes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Céres,
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado,
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Áspero monte, opaca selva y fria!
¿Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Que de la altura al valle se deslicen,
Y lentas formen trasparente lago
A los cisnes de Venus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,
Y leves auras espirando olores:
Esto á mi corazon le basta... Y cuando
Llegue el silencio de la noche eterna,
Descansaré, sombra feliz, si algunas
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

II. *A don Gaspar de Jovellanos* (2).

Sí: la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.
Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives,
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.
Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rin profundo á las nevades cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Napoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Util ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.
Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornado de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.
Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la débil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿A quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve todo es ruinas?
Todo: que á no volver huyen las horas

Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.
E ved de cuál arte ser quito pensó
El rey, que sesudo catara sus fechos:
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
E luego é de sí voceros mandó
Que cedo a la rica Toledo se vayan,
E aquesa manceba garrida le trayan,
Fija del infante que Dios perdonó.
La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando à la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura,
La voz falagosa, gentil su ademán:
Florinda, la causa del nueso desmán,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.
¡Oh! vivan entramos en placida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado y blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura periuclita cante,
E aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

VII. *A un ministro, sobre la utilidad de la historia.*

Ya el invierno, de nubes coronado,
Detuvo en hielos su corriente al rio:
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adios; y tú, valle sombrío,
A los placeres del amor sagrado
Venus hoy te abandona y los amores,
Y el sol, cercano al capricornio frio,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata
Negamos del estudio à las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte:
Justa obediencia, y justo imperio enseña.
Si á tí benigno el cielo
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no à las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta;
Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio espire.
Docta la historia ejemplo verdadero
A tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que redimen sus fastos del olvido,
Si politicos ya, si belicosos
A tanta gloria, a tal poder llegaron;
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras;
Si fué de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.
Ya no existis, naciones poderosas;
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existis. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Eufrates que tronando suena,
Y el lugar desconoce
Donde la asiria Babilonia estuvo.
Que al héroe macedon miró triunfante,
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos,
Encuentra solo; y la ciudad que pudo
Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora;
Sus arcos y obeliscos suntüosos
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son ruinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras
Los pórticos del foro
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro,
Donde el arte espresó formas divinas...
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Cómo repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.
De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro oscuro el aquilon compite,
Y Jove en alto carro conducido
Fulmina a los alcazares centellas;
O cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra el fuego brama
Con rumor espantoso,
Y en su reventazon muda los montes,
Ciudades arruina,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, escede
A las iras del cielo y del abismo.
Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado
Para ejemplo à los siglos espantoso.
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el márgen con ímpetu violento,
Arboles, chozas y peñascos duros,
Rapido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así barbaras gentes, descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron venganza.
Asi en edad distinta,
Osado el trace, sin hallar defensa,
Escediendo el suceso à la esperanza,
Trastornó los imperios del Oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente;
El Araxes y el Tigris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra que llenó de espanto y luto

Amigos tengo, y con ajenas plumas
Me presentara intrépido y soberbio,
Y la alquilada erudicion pudiera
Valerme aplauso entre la plebe osada
De los pedantes, cuya ciencia es solo
Mentir doctrina, aparentar estudios.
Nunca, señor, de la impostura el arte
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
Mucha constancia y direccion prudente,
El acercarse de Minerva al templo.
La vida es breve; el límite se ignora
Que debió á su Hacedor la siempre varia
Robusta en producir naturaleza.
Las artes que la imitan, aspirando
A conseguir la perfeccion, desisten
A su vista confusas y cobardes
Del atrevido intento. Un primor solo,
Una sola verdad á sus alumnos
Cuesta prolijo afan, y aquel que logra
Adelantarse en la difícil via
A los que siguen con incierta planta
El mismo generoso intento, adquiere
Ilustre honor que en las edades vive.
Sabio le llama el mundo, porque en una
Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos,
No porque en ella al término llegase,
Que inaccesible de los hombres huye.
Solo el pedante vocinglero, hinchado
De vanidad y ponzoñosa envidia,
Todo lo sabe. En el café gobierna
Los imperios del orbe, y mientras bebe
Diez copas de licor, sorprende, asalta,
Gana de Gibraltar el puerto y muro.
Consultadle, señor, vereis qué pronto
Cubriendo el mar de naves españolas,
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,
Y los tesoros de Jamaica os pone
En la calle Mayor. ¿Quereis oirle
Por tres horas no mas? Latin, tudesco,
Arabe, griego, mejicano y chino,
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
Haber, los sabe. Erudicion, historia,
Náutica, esgrima, metalurjia y leyes:
En todo es superior, único y solo.
Poco estima á Mozart; nota con ceño
Que Cimarosa en tal ó tal motivo
No estuvo muy feliz. Habla y decide
En materia de escorzos y contrastes,
Tonos de luz, degradacion de tintas,
Pliegues y grupos. Convulsion padece
Con el silabizar de Garcilaso,
¡Tan delicado tímpano es el suyo!
Las faltas ve de propiedad y estilo
En que se deslizó la mal tajada
Péñola de Cervantes... Vive, insigne
Honor y gloria de la edad presente,
Para instruccion comun; esplendorosa
Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
La vasta enciclopédica doctrina
Que ostentas en banquetes clamorosos,
No te la sé envidiar, y si consigo
Que alguna vez mi rudo verso escuche
Aquel que alivia el grave peso á Cárlos
En la dominacion de tanto imperio,
A mas no aspira mi talento humilde.

VI. *Al mismo, en lenguaje y verso antiguo* (3).

A vos, el apuesto complido garzon,
Asmándovos grato la péñola mia,
Vos faz omildosa la su cortesía
Con metros polidos vulgares en son;
Cá non era suyo latino sermon
Trovar, é con ese decirvos loores:
Calonges é prestes, que son sabidores,
La parla vos fablen de Tulio y Maron.
Por ende, si tanto la suerte me da,
Magüer que vos diga roman paladino,
Fiducia me viene que lueñe é vecino
La gen acuciosa mi carta verá:
E vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotil,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza piaciente que non finirá.
E tanto merece falagos é amor
Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
E al comun conorte la mucha amistanza,
Ovo de don Carlos, el nueso señor.
«Sepades, le dijo, buen alcanzadór,
Que en todo el mi regno vos fago imperante;
A tal que del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.
Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad;
A non acuitallos las mientes parad;
En algos abonden é pan otrosí;
E cuando mis tierras (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los míos punar é vencer,
Ca siempre ganosos de lida los vi.
E ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses é todo lo al,
E mucho trotero ardido é leal
De los mas preciados que en Córdoba son,
E fustas con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albion.
E guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas lé dieron asaz.
Allí do pregonan olganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina;
Que tanto en él vale locuela sagaz.
Empero non yaga de error circuido;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é punido:
Ansí el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
E parte, al agudo estímulo pronta,
O párase dócil el freno sentido.»
A tal platicaba la su señoría,
E cedo el magnate repuso á don Rey:
«Non fuera nascido de alcuña de ley
Si al vueso talante non obedescia.
Solene homenaje fago é pleitesía,
(E dijol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
E España recabde su prez é valía.»
De entonce colmalla de bienes cuidó:
La paz se posara á su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,
E quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.
E vímosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, é á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid:
Ansí de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.
¡Oh fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el troton!
Tímidos fuyeran jinete é peon,
En llama aburando sus tiendas caidas;
E á la funerea matanza é feridas,
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.
Devédalo empero la pro comunal,
E del alto alcázar do tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla;
Sotil palaciano, sirviente leal:
Largosa, por ende, la mano real
Quisiera abastalle de dones subidos,

De la doblez, los hielos del olvido,
Que la alma fuente del sentir cegaron?
Héme en fin junto á tí, que ya te tiendo
Un brazo de salud. ¡Ay! no disocies
A la fiel confianza de tu frente.
Con el destino escuda la dureza,
Y flecha tu interior con las memorias.
No el díscolo interés, soplando estéril,
Impida de tu pecho al golfo umbrío
Que en claridad lumbrosa se desnuble.
» El hombre es solo quien guarnece al hombre,
Mi buen Andrés. No marques en oprobio
Tu vivir breve; al sexual cariño
El brutal apetito rinda el cetro,
Y cubre con tu mano tu deshonra,
Que en cuanto vieres navegar los astros,
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo;
Que las pasiones para siempre yacen,
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
El frio del no ser; entre horfandades
Pasea en espectáculo profundo
La muerte el carro, y propiciar no puede
Mas al mortal que suspirar deseos.»
¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces
Que de tan inhumana jerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á oscuras,
Quema tus libros y renuncia al pacto,
Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solteron te queda;
Y que doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas: cásate esta noche,
Y larga sucesion te den las Furias.

IX. *A Claudio.*

El filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan solo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,
Mas que el perro de Filis. No te puedo
Decir con cuántas indirectas frases,
Y tropos elegantes y floridos,
Me pidió de almorzar. Cedí al encanto
De su elocuencia, y vieras conducida,
Del rústico gallego que me sirve,
Ancha bandeja con tazon chinesco
Rebosando de hirviente chocolate
(A tres pajes hambrientos y golosos
Racion cumplida), y en cristal luciente
Agua que serenó barro de Andújar;
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
De leves tortas y bizcochos duros,
Que toda absorben la pocion süave
De Soconusco, y su dureza pierden.
No con tanto placer el lobo hambriento
Mira la enferma res que en solitario
Bosque perdió el pastor, como el ayuno
Huésped el don que le presentó opimo.
Antes de comenzar el gran destrozo,
Altos elogios hizo del fragante
Aroma que la taza despedia,
Del esponjoso pan, de los dorados
Bollos, del plato, del mantel, del agua;
Y empieza á devorar. Mas no presumas
Que por eso calló: diserta y come,
Engulle y grita, fatigando á un tiempo
Estómago y pulmon. ¡Qué cosas dijo!
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!
¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!
¡Oh corrupcion!» esclama; y de camino
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue
Nuestra depravacion, y un placer solo
Tantos afanes y dolor produzca
A la oprimida humanidad! Por este
Sorbo llenamos de miseria y luto
La América infeliz; por él Europa,
La culta Europa en el Oriente usurpa
Vastas regiones, porque puso en ellas
Naturaleza el cinamomo ardiente;
Y para que mas grato el gusto adule
Este licor, en duros eslabones
Hace gemir al atezado pueblo,
Que en África compró, simple y desnudo.
¡Oh, qué abominacion!» Dijo; y llorando
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
Cuanto en el hondo canjilon quedaba.
Claudio, si tú no lloras, pues la risa
Llanto causa tambien, de mármol eres;
Que es mucha erudicion, celo muy puro,
Mucho prurito de censura estóica
El de mi huésped; y este celo, y esta
Comezon docta, es general locura
Del filosofador siglo presente.
Mas difíciles somos y atrevidos
Que nuestros padres, mas innovadores,
Pero mejores no. Mucha doctrina,
Poca virtud. No hay pícaron tramposo,
Venal, entremetido, disoluto,
Infame delator, amigo falso,
Que ya no ejerza autoridad censoria
En la Puerta del Sol, y allí gobierne
Los estados del mundo, las costumbres,
Los ritos y las leyes mude y quite.
Próculo, que se viste y calza y come
De calumniar y de mentir, publica
Centones de moral. Nevio, que puso
Pleito á su madre y la encerró por loca,
Dice que ya la autoridad paterna
Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
De no pagar á su pupila el dote,
Habiéndola comido el patrimonio
Que en su mano rapaz la ley le entrega,
Dice que no hay justicia, y se conduele
De que la probidad es nombre vano.
Rufino, que vendió por precio infame
Las gracias de su esposa, solicita
Una insignia de honor. Camilo apunta
Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,
En ilustres garitos disipando
La sangre de sus pueblos infelices;
Y habla de patriotismo... Claudio, todos
Predican ya virtud como el hambriento
Don Ermeguncio cuando sorbe y llora...
Dichoso aquel que la practica y calla.

ODAS.

I. *A la Virgen nuestra Señora, con motivo de la fi... cular celebrada en Lendinara (estado veneci... año de* 1795 (5).

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna Doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.
Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.
Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen: dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Númen adoran.
Madre piadosa, que el lamento humano

Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando el castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo;
Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.
Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, origen
De la primera culpa.
Basta su voz a serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.
O ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcazares altos;
O ya, sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y a las naciones populosas lleve
Desolacion horrible;
Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde a sus piés ve las estrellas,
Quietud impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.
¡Oh! celebradla; y el dichoso dia,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud, ejemplo sea
A los futuros siglos.
Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.
Si: tú me inspira, y en amor divino
Arda por tí mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:
Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre
Si religion le dicta.
En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto
Aras dedica y templos.

II. *A la muerte de Carlos III, y advenimiento de Carlos IV al trono.*

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena;
Y al golpe absorta, procurando en vano
A su afliccion consuelo,
La madre España con la faz llorosa,
Palida y triste, la region serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido,
De el Africa arenosa
Al cántabro feroz nunca vencido.
Parténope su llanto
Acompañó con ecos funerales,
Que oyó doliente la ciudad de Flora.
Atrás volvió sus ondas con espanto
El Tajo, y los reales
Alcazares huyó de la opulenta
Corte de Luso, y turbulento ahora
Ve por los anchos términos que baña
Cuánto, ¡oh muerte violenta!
Cuanto quitaste á la infeliz España.
Pero el cielo concede
Límite á su dolor, que nunca pudo
Al linaje mortal durar eterno
El lloro ni el placer. Así sucede
Al diciembre desnudo
La estacion bella que el abril repite;
Y el valle que cubrió rígido invierno
De nieve y hielos, produciendo flores,
Nuevo placer permite
A la madre de amor y á los amores.
Huyó con raudo vuelo
De Carlos el espíritu dichoso
Adonde se ciñó mejor corona.
Númen es tutelar que desde el cielo
Asiste poderoso
A la nacion. Ni pudo con su vida
Su favor acabar: no la abandona,
Vive á la tierra, y de su imperio justo
La gloria repetida
Verá, reinando el heredero augusto.
Sí: que alumno constante
Del arte de reinar, oyó á su lado
Dictar al mundo las sagradas leyes
Que adora y cumple, y vió por él triunfante
La patria, y humillado
El vicio y el error. Que así se alcanza
Honor digno y sublime entre los reyes.
No hay gloria sin virtud. El abandono,
La impiedad, la venganza,
Tal vez convierten en afrenta el trono.
Tal vez la incorruptible
Posteridad con brazo prepotente
Los ídolos trastorna que adoraba
Sacrilego el temor, y aborrecible
Vuela de gente en gente
La memoria de un príncipe tirano.
Irrita al cielo, y su poder se acaba,
No la abominacion de sus acciones,
Que vive el inhumano
Para ejemplo y horror de las naciones.
No así tú, que has sabido
Imitar las virtudes gloriosas
De un padre ilustre. ¡Oh Carlos! ¡Cuánto espera
De tí la patria! ¡Oh! ¡cuánto ha concedido
Con manos generosas
El cielo á tu nacion! Ya se engrandece
Por tí, tu nombre aplaude y le venera,
Y alzando los pendones de Castilla,
Hoy el cetro te ofrece
De un mundo y otro, que á tu pié se humilla.
El cetro que heredaste
Le mereces tambien. La paz festiva
Entre las ciencias y las artes bellas,
Que desde tu niñez remuneraste,
Ciñe de verde oliva
Tu diadema real. Edad dichosa
Darás al mundo, si prosperan ellas:
Que la ignorancia torpe en vituperio
Y ruina lastimosa
Muda la pompa del mayor imperio.
No, no acerqueis la planta
Al solio de mi rey, abominados
Monstruos que el vicio de las cortes cria:
Calumnia atroz que la inocencia santa
Pisas, y á los malvados,
Indignos de vivir, de honores llenas;
Fanatismo cruel, licencia impía;
Y tú, nacida para oprobio eterno
Del orbe que envenenas,
Pérfida adulacion, huye al averno.
Huye, que la justicia,
La prudencia, el valor apoyo ofrecen
Y larga duracion al cetro hispano.
Ya del nuevo esplendor fueron primicia
Acciones que merecen
Alabanza inmortal; y... ¡oh! nunca osada
La discordia vertiendo de su mano
Escándalos, horror, luto á la tierra,
De víboras crinada,
Las puertas rompa al templo de la guerra.
Que el estruendo espantoso
De Mavorte, y las trágicas victorias
En los escesos del furor violentos
Gratos no son á un ánimo piadoso.
A mas ilustres glorias
Aspira, ¡oh Carlos! Mas si acaso intentan,
Violando los sagrados juramentos,
Enemigas potencias ofenderte,
Fulmina el rayo, y sientan
Juntos amago y golpe, y ruina y muerte.
Que así verás temido
Tu nombre escelso. La malicia humana

Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que después benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El aureo siglo de Saturno y Rea.
¡Oh, cuanto el dios de Cinto
Me inspira! ¡Oh, cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro,
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.
Allí tu nombre suena,
Allí abultada en mármoles se ofrece
La serie de los ínclitos varones,
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imágen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Erídano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh! ¡cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ¡Oh Dios omnipotente!
Que tantas alegrías
Permites hoy a la española gente!
¡Oh, señor! si á tu oido
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras a la nacion que fiel te adora,
Carlos viva feliz, y su estendido
Imperio haga dichoso
Emulo de tal padre y tal maestro.
Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.
Mas ya el rumor se estiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa;
El son de Marte las esferas hiende:
A Carlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin canoro
Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor respetas,
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
¡Oh, si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh, si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el numida feroz me escucharia.
Mas no, mi dulce musa,
No te enajene el atrevido intento;
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

III. *A la memoria de don Nicolas Fernandez de Mor*

Flumisbo, el celebrado
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre,
Ya las sombras habita
De los elisios bosques:
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone,
La rica vestidura
Desceñida sin órden,
Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.
Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.
Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,
Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.
Ninfas, la queja es vana.
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,
Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,
Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.
Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
A números acordes,
De la region que tiene
Por su cenit al norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,
Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

IV. *A don Gaspar de Jovellanos* (7).

Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio rio
Ve los alcázares de Mantua escelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro á las musas.
Para mí siempre númen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
O en larga ausencia viva remoto,
Olvida méritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz á mi cítara, materia al verso,
Y al númen tímido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbría,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro á Minerva
La sien ceñida, flores y pampanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma cándida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al ínclito varon aplauden,
Dando a los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

V. *A los colegiales de San Clemente de Bolonia.*

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El número de lustros que cumplí?
¿Y en la duda indecisa,
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente ví?
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afán cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor.
¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pié?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fuí.
Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso a la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.
Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades, que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.
Seguidme, y al umbroso
Bosque mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Cítara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.
Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?
Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postradas ante el ara estén.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones.....
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió también.

VI. *A Nísida.*

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los dias?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reias,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undoso:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.
¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus piés un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?
En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.
Ni digas indignada
Que es indomable corazon el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frio
Del ruego que me cansa me desvío.
Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.
Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto á España.
Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.
¡Qué amable, si el oido
Presta suspensa á mi pasion doliente!
¡O el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!
¡Ay! si benigno un dia
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

VII. *A Rosinda, histrioniza* (8).

Cupido no permite
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.
El me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.
Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves

Esos ojos, incendio
De los dioses celestes,
Premio darás que baste
A que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.
No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.
¡Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?
Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,
Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
O en tu placer se goza,
O en tu dolor padece.
Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:
¡Qué honesta, si declaras
La pasion que te vence,
O imaginados celos
Tu risa desvanece!
¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!
La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.
Mas en el drama triste
Que dictó Melpoméne
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.
¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?
Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,
Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus piés humillado
Te dirá lo que pueden.
Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,
Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;
Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.
Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.
Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Bétis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,
Presta su voz, y anima
Los mudos caractéres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,
Vereis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poetas
Os aclama celestes.
Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.
Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
Ni galardon mas alto
¿Quién pudo merecerle?
Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.
¡Oh amor! libra mi pecho
Del afan que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.
Basta que en ella admire
Las dotes escelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,
Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.
Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,
Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
En acentos süaves
De cítara doliente.
Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

VIII. *Los dias.*

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!
Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.
Pero ¡qué!... No la cierres;
Si es menester abrirla;
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.
El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio;
¡Famoso petardista!
¡Oh! ya está aquí don Lúcas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,
Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.
¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.
Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.
Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.
Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.
Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa

Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.
Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?
¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?
Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.
El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa á cuestas
Un canjilon de almíbar;
Y al otro, que jugaba
Detras de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.
Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.
Mis libros no parecen;
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.
¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita;
Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,
¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.
Váyanse enhoramala;
Salgan todos aprisa,
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.
Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamas a repetirla.
Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la Villa.

IX. *Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda de Valencia el mariscal Suchet, año de* 1812 (9).

Ya la feliz ribera
Del edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.
¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.
¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa
Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú, que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu corva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo oscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Turia! si difunde el cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolinea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

X. *A la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte de su hijo el conde de Niebla.*

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.
A los acerbos dias
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en órden admirable
Todo lo muda y todo lo gobierna.
Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima, por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.
Esa vida fugaz no toda es tuya;
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza;
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.
Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta,
La indócil fantasía

Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió; sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
¡Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
¡Oh! cómo hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
A su nacion laureles,
Gloria á su estirpe, y á su rey venganza.
Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.
El, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que abandona,
Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.
Ya no es mortal; entre los suyos vive:
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo luminoso.
Debajo de sus piés parece oscuro
El gran planeta que preside al dia.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éter puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Verá los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

XI. *En nombre de unas niñas, á los dias de la duquesa de Wervick y Alba.*

Admite benigna,
Duquesa escelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo;
Su amor y su celo
No vanos serán.
La voz inocente
Al Númen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
¡Oh! llegue á su oido
La súplica nuestra;
Prodigue su diestra
En tí su favor.
Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo crüel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él.
Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria;
Fatigue á la historia
Mil años y mil.
Cercada te mires
De prole fecunda;
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.
Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.
Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

XII. *A la muerte de don José Antonio Conde, anticuario, historiador y humanista* (10)

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!
Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.
O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion;
O á mí solo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.
Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.
Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.
Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.
Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando

Sonó de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.
Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.
Y el cantico festivo,
Que en belica armonía
El pueblo fugitivo
Al Númen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.
La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó a tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y marmoles
Amiga te mostró.
Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rapida,
Memorias te dictó.
Desde que el cielo airado
Llevo a Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayo el po l r de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos arabes
Las cruces de Isabel.
A tí fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz o la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.
Y á tí de dos naciones
Ilustres enemigas
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.
Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.
La parca inexorable
Te arrebató a la tumba.
En eco lamentable
La bóveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sonó ronco gemir.
¡Ay! perdona, ofendido
Espíritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes sólidas
Tienen ya galardon,
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben pérfidas
Envidia y ambicion.

TRADUCCIONES DE HORACIO (11).

I. A *Venus* (*).

Deja tu Chipre amada,
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.
Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y á Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin tí no apetecida.

II. A *Leucónoe* (**).

No pretendas saber (que es imposible)
Cuál fin el cielo á tí y á mí destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fíes,
Crédula, del futuro incierto dia.

III. A *Iccio* (***).

Qué, ¿al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y á los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cuál servirte puede
Bárbara cautiva,
Que llore á tus manos
Su esposo difunto?
¿Cuál en regio alcázar

(*) HORAT., lib. 1, ode XXX.

O Venus, regina Gnidi Paphique
Sperne dilectam Cypron, et vocantis
Ture te multo Glyceræ decoram
Transfer in ædem.
Fervidus tecum Puer, et solutis
Gratiæ zonis, properentque Nymphæ
Et parum comis sine te Juventas
Mercuriusque.

(**) HORAT., lib. 1, ode XI.

Tu ne quæsieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi
Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios
Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!
Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam
Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi
Spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit invida
Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(***) HORAT., lib. 1, ode XXIX.

Icci, beatis nunc Arabum invides
Gazis, et acrem militias paras
Non ante devictis sabææ
Regibus, horribilique Medo
Nectis catenas! Quæ tibi virginum
Sponso necato barbara serviet?
Puer quis ex aula capillis
Ad cyatum statuetur unctis,
Doctus sagittas tendere Sericas
Arcu paterno? Quis neget arduis
Pronos relabi posse rivos
Montibus et Tiberim reverti,
Quum tu coemtos undique nobiles
Libros Panæti, Socraticam et domum
Mutare loricis Iberis
Pollicitus, meliora tendis?

Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaria
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver a su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afan adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

IV. *A Licino* (*).

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.
El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.
Muchas veces el viento
Arboles altos rompe; levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas;
Hiere el rayo las cumbres elevadas.
No en la dicha confía
El varon fuerte; en la afliccion espera
Mas favorable dia;
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.
Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.
En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

(*) HORAT., lib. 2, ode X.

Rectius vives, Licini, neque altum
Semper urgendo, neque, dum procellas
Cautus horrescis, nimium premendo
Litus iniquum.
Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.
Sæpius ventis agitatur ingens
Pinus, et celsæ graviore casu
Decidunt turres; feriuntque summos
Fulmina montes.
Sperat infestis, metuit secundis
Alteram sortem bene præparatum
Pectus. Informes hyemes reducit
Jupiter, idem
Submovet. Non si male nunc, et olim
Sic erit: quondam cithara tacentem
Suscitat Musam, neque semper arcum
Tendit Apollo.
Rebus angustis animosus atque
Fortis adpare: sapienter idem
Contrahet vento nimium secundo
Turgida vela.

V. *Que la virtud nada teme* (*).

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas;
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.
Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.
Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si ríe,
Dulce si canta.

VI. *A Póstumo* (**).

A PÓSTUMO.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstume, caro Póstumo, los años!

(*) Es la oda XXII del libro 1 de Horacio, que tradujo tambien Moratin el padre, y se halla copiada en la pág. 3.

(**) HORAT., lib 2, ode XIV.

Eheu! fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni: nec Pietas moram
Rugis, et instanti Senectæ
Adferet, indomitæque Morti.
Non, si trecenis, quotquot eunt dies,
Amice, places illacrymabilem
Plutona tauris, qui ter amplum
Geryonen, Tityonque tristi
Compescit unda, scilicet omnibus
Quicumque terræ munere vescimur,
Enaviganda, sive reges,
Sive inopes erimus coloni.
Frustra cruento Marte carebimus,
Fractisque rauci fluctibus Hadriæ;
Frustra per auctumnos nocentem
Corporibus metuemus Austrum.
Visendus ater flumine languido
Cocytus errans; et Danai genus
Infame, damnatusque longi
Sisyphus Æolides laboris.
Linquenda tellus, et domus, et placens
Uxor: neque harum, quas colis, arborum
Te, præter invisas cupressos
Ulla brevem dominum sequetur.
Absumet hæres Cæcuba dignior
Servata centum clavibus: et mero
Tinget pavimentum superbum
Pontificum potiore cœnis.

Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque á su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
El al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro;
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Belides, y de Sisifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el ciprés funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cécubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontífices gustaron
En aureas tazas de opulenta cena.

VII. *A Augusto* (*).

¿De cuál varon ó semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira ó flauta resonante?
¿De cuál deidad, á cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío

(*) HORAT., lib. I, ode XII.

Quem virum, aut heroa lyra vel acri
Tybia sumes celebrare, Clio?
Quem Deum, cujus recinet jocosa
Nomen imago.
Aut in umbrosis Heliconis oris,
Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,
Unde vocalem temere insecutæ
Orphea sylvæ,
Arte materna rapidos morantem
Fluminum lapsus celeresque ventos,
Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus?
Quid prius dicam solitis Parentis
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum
Qui mare ac terras, variisque mundum
Temperat horis.
Unde nil majus generatur ipso,
Nec viget quidquam simile aut secundum:
Proximos illi tamen occupavit
Pallas honores.
Præliis audax, neque te silebo
Liber; et sævis inimica Virgo
Belluis; nec te metuende certa
Phœbe sagitta.
Dicam et Alciden, puerosque Ledæ
Hunc equis illum superare pugnis
Nobilem: quorum simul alba nautis
Stella refulsit.
Defluit saxis agitatus humor,
Concidunt venti, fugiuntque nubes;
Et minax, nam sic voluere, Ponto
Unda recumbit.
Romulum post hos prius, an quietum
Pompili regnum memorem, an superbos
Tarquini fasces, dubito, an Catonis
Nobile letum.
Regulum et scauros, animæque magnæ
Prodigum Paullum, superante Pœno,
Gratus insigni referam Camena,
Fabriciumque.
Hunc et incomtis Curium capillis,
Utilem bello tulit, et Camillum,
Sceva paupertas, et avitus apto
Cum lare fundus.
Crescit, occulto velut arbor ævo,
Fama Marcelli: micat inter omnes
Julium sidus velut inter ignes
Luna minores.
Gentis humanæ pater atque custos,
Orte Saturno, tibi cura magni
Cæsaris fatis data, tu secundo
Cæsare regnes.
Ille, seu Parthos Latio imminentes
Egerit justo domitus triumpho,
Sive subjectos Orientis oræ
Seras et Indos,
Te minor latum reget æquus orbem
Tu gravi curru quaties Olympum;
Tu parum castis inimica mittes
Fulmina lucis.

Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura,
Que el curso detenia
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los árboles movia,
Y el ímpetu veloz paró del viento?
¿A quién primero ensalzaré cantando,
Sino al gran Padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana;
Si bien segunda en el amor divino
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni á ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni á la virgen cazadora;
Ni á Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.
También los triunfos cantaré de Alcides,
Y á los hijos de Leda, celebrado
Jinete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El raudo viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.
Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Numa
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, á quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza toleró. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto;
Así la fama crece de Marcelo;
Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino
La proteccion de Augusto,
Tú reina, y él á ti segundo sea;
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
El, inferior á ti, dé soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

VIII. *Profecía de Nereo* (*).

Llevando por el mar el fementido
Pastor á Helena en sus idálias naves,

(*) HORAT., lib. I, ode XV.

Pastor cum traheret per freta navibus
Idæis Helenen perfidus hospitam,
Ingrato celeres obruit otio
Ventos, ut caneret fera
Nereus fata. Mala ducis avi domum,
Quam multo repetet Græcia milite
Conjurata tuas rumpere nuptias,
Et regnum Priami vetus.

Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles : « En mal hora, esclama,
Llevas a tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡ Cuanto al caballo y caballero espera
Sudor y afan. ¡ Oh, cuánto á la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonânte,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Helena trences, y en acorde lira,
Grato a las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas à tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, lijero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
¡ Ay! ¿ No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, á los tuyos
Uno y otro fatal? ¿ No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Principe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merion conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que a su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, así cobarde
Y sin aliento evitarás su golpe ;
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama argiva.»

IX. *Contra el lujo y avaricia de su tiempo* (*).

No de mi casa en altos artesones
Brilla el marfil ni el oro,
Ni colunas, que corta en sus regiones
Apartadas el moro,
Sostienen trabes aticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
Púrpuras de Laconia para el uso
De su señor mis siervas;
Pero vivo contento
De que jamás faltaron
En mi virtud y númen afluente.
Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas a la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso;
Harto soy venturoso
Con mis campos sabinos.
Una y otra después arrebatadas
Huyen las lunas, y de igual manera
Las nuevas horas á morir caminan.
Tú, cercano à la muerte,
De marmol edificas levantadas
Fabricas, olvidado de la tumba;
Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
Buscas en él cimiento.
¡ Qué mucho si los términos vecinos
Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
Por ásperos caminos
Timidos huyen la mujer y esposo,
Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
Palacio mas seguro
Que la mansion del Aqueronte avara :
Ella le espera habitador futuro.
¿ Para qué anhelas mas? ¿ si al que mendiga,
Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
El aprisiona à Tántalo, y la estirpe
De Tántalo famosa;
El, de quien sufre angustia dolorosa
(Invocado tal vez, ó aborrecido),
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS.

I. *A la capilla del Pilar de Zaragoza.*

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
A quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Eheu, quantus equis, quantus adest viris
Sudor! quanta moves funera Dardanæ
Genti! Jam galeam Pallas et ægida
Currusque et rabiem parat.
Nequidquam, Veneris præsidio ferox,
Pectes cæsariem, grataque feminis
Imbelli cithara carmina divides :
Nequidquam thalamo graves
Hastas, et calami spicula Gnossii
Vitabis, strepitumque, et celerem sequi
Ajacem; tamen, heu! serus adulteros
Crines pulvere collines.
Non Laertiaden, exitium tuæ
Gentis; non Pylium Nestora respicis?
Urgent impavidi te Salaminius
Teucer; te Sthenelus sciens
Pugnæ, sive opus est imperitare equis
Non auriga piger. Merionen quoque
Nosces. Ecce furit te reperire atrox
Tydides melior patre :
Quem tu, cervus uti vallis in altera
Visum parte lupum graminis immemor
Sublimi fugies mollis anhelitu;
Non hoc pollicitus tuæ.
Iracunda diem proferet Ilio
Matronisque Phrygum classis Achillei :
Post certas hyemes uret Achaicus
Ignis Pergameas domos.

(*) Horat., lib. II, ode XVIII.

Non ebur, neque aureum
Mea renidet in domo lacunar;
Non trabes Hymettiæ
Premunt columnas ultima recisas
Africa; neque Attali
Ignotus heres regiam occupavi;
Nec Laconicas mihi
Trahunt honestæ purpuras clientæ.
At fides et ingeni
Benigna vena est; pauperemque dives
Me petit. Nihil supra
Deos lacesso; nec potentem amicum
Largiora flagito,
Satis beatus unicis Sabinis.
Traditur dies die,
Novæque pergunt interire Lunæ.
Tu secanda marmora
Locas sub ipsum funus, et sepulcri
Immemor, struis domos;
Marisque Baiis obstrepentis urges
Submovere littora,
Parum locuples continente ripa.
Quid? quod usque proximos
Revellis agri terminos, et ultra
Limites clientium
Salis avarus; pellitur paternos
In sinu ferens Deos
Et uxor, et vir, sordidosque natos.
Nulla certior tamen
Rapacis Orci fine destinata
Aula divitem manet
Herum. Quid ultra tendis? Æqua tellus
Pauperi recluditur
Regumque pueris : nec satelles Orci
Callidum Prometheo
Revexit auro captus. Hic superbum
Tantalum, atque Tantali
Genus coercet; hic levare functum
Pauperem laboribus
Vocatus atque non vocatus audit.

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa,
Donde el Señor en majestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.
Don que la fe dictó, y erige eterno
Religiosa nacion á la divina
Madre que adora en simulacro santo.
Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

II. *A don Juan Bautista Conti* (12).

Febo desde la tierna infancia mia
Quiso que el plectro de marfil pulsara,
Y en las alturas de Helicon gozara
Sus verdes bosques y su fuente fria.
Mas dudosa la mente desconfía,
Conti, aspirar al premio que prepara
A solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta poesía.
Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no escusas,
Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente
Suspenso al canto el coro de las Musas.

III. *A Flérida, poetisa* (13).

Basta, Cupido, ya, que á la divina
Ninfa del Turia reverente adoro;
Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.
¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Sí, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina;
Ya, coronada del laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.
Para tanto poder débil trofeo
Adquieres tú, si sola su hermosura
Bastó á rendir mi corazon amante.

IV. *Las Musas.*

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdades dicta, disipando errores;
Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro;
Une en la historia al interés decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores;
Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz, bañada en lloro;
Calíope victorias; danzas guia
Tersícore gentil; Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco;
Pinta vicios ridículos Talía
En fabulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español Iriarco.

V. *Junio Bruto.*

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad; corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.
Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro;
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.
Valerio alza la diestra; en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma:
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma.»

VI. *Rodrigo.*

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía;
El campo godo destrozado ardia
Con llama que descubre estrago horrendo.
Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelio, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.
En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.
Surca las aguas, cede al poderoso
Ímpetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

VII. *Cuentas de Eliodora, saltatriz.*

Siete duros al mes de peluquero;
Para calzarme nueve; las criadas,
Que necesito dos, no están pagadas
Si no les doy cien reales en dinero.
Diez duros al bribon de mi casero;
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,
Noventa duros, poco mas. — Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco..... ¿Y la comida?
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.
—¿Y esto en un mes?—Si á usted no le contenta!
—Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida!.....
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

VIII. *La noche de Montiel.*

¿Adónde, adónde está, dice el infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,
Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.
Herido el rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.
No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la muerte
Por un delito atroz una corona.

IX.

X. *A Clori, declamando en fábula trágica.*

¿Qué acento de dolor el alma vino
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?...
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste
A su labio y su accion poder divino?
Quiere que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y llore;
Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

XI. *Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.*

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona:
Diverso de mi genio es mi semblante.
Prosa ó verso me dicen elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.
Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo heroicidades tristes;
Mas si quereis vosotros divertiros,
Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

XII. *A la memoria de don Juan Melendez Valdés.*

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.
Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente á su cantor ceñia.
Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;
Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento (*).

XIII. *La despedida.*

Naci de honesta madre; dióme el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente,
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.
Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas a mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.
Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.
Pero si así las leyes atropellas,
Si para tí los méritos han sido
Culpas; adios, ingrata patria mia.

(*) La Academia de la Historia en su edicion de Moratin defiende á la nacion española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los restos de don Juan Melendez Valdes yacen en Montpeller bajo un monumento erigido por el actual señor duque de Frias, quien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quiso rendirle este homenaje de veneracion en nombre de sus conciudadanos.

XIV. *A la exposicion de los productos de industria y ar... hecha en el palacio del Louvre el año de* 1819 (1).

Hoy que cerrado el templo de Belona,
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal áurea corona;
Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,
Que cuando, para hacer á Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.
Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio;
Mientras su claro príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
A la estabilidad de tanto imperio.

XV. *A la muerte del escelente actor Isidoro Maiquez.*

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma,
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.
Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;
¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas en la tumba de Isidoro
Cetro depone y púrpura y corona.

XVI. *Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, que conserva en Paris, en la galería del Luxemburgo.*

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio adora,
A que la fuga de Sinon traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.
El otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Héctor sin vida, y Hécuba doliente.
Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad escita.
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII. *A don Luis de Silva, Mocíño de Albuquerque, au... de las* Geórgicas portuguesas.

Cantó el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores;
Después empresas celebró mayores,
Y a Roma alzó durable monumento.
Tú así, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Epica trompa harás sonar al viento.
Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.
Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inestinguible gloria,
De tu patria serás varon segundo.

VIII. *A doña Luisa Gomez Carabano, premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica.*

Esa guirnalda que enlazo a tu frente,
Premio de docto afán, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.
Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,
En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.
No la que obtienes hoy cede á ninguna :
Préciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadirán decoro.

IX. *A la señora M. D., bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado* Amor en la Aldea.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco armada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.
O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prision burlada;
Dulces afectos inspirar la agrada :
Triunfa, y castiga ó premia generosa.
Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.
No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera :
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX. *La Muerte* (*).

(Inédito.)

En tanto que al imperio de la muerte
Llega á ceder nuestra existencia vana,
Votos ofrece la piedad cristiana
Hoy que sus triunfos con horror advierte.
Doliente aspira a mejorar la suerte
De los que un tiempo la flaqueza humana
Manchó de culpa, y purifica y sana
La pena en carcel pavorosa y fuerte.
Los que hoy existen breve sepultura
Ocuparán después, pero perdido
No será, no, su celo fervoroso;
Que entonces hallarán las que han vertido
Lágrimas tiernas, y en region mas pura
Adquirirán también vida y reposo.

XXI. *La resurreccion de la carne.*

(Inedito.)

Cuando al sonido del clarin llamado
El hombre salga de su tumba fria,
Supremo Juez en el tremendo dia
Descendera de incendios rodeado.
Premio al justo dará, pena al malvado
Que de su ley eterna se desvía.
Pero ¿cual es ¡oh Dios! el que podria
Aparecer sin mancha de pecado?
No hay mérito sin tí; mas si la ofensa
Perdonas, y el error se desvanece
Al lloro del mortal arrepentido;
Hoy sacrificios en tu templo ofrece,
Y se atreve a esperar piedad inmensa;
Porque eres tú, Señor, el ofendido.

(*) Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con motivo de las honras celebradas en 1814 por la compañía dramática de Barcelona en sufragio de sus hermanos difuntos.

XXII. *Abnegacion estúpida.*

(Inédito.)

El pobre Polidemo dijo un dia :
Basilio, tú gobernarás mi hacienda;
Y aunque todo se gaste, empeñe y venda,
Siendo tu voluntad, será la mia.
Pagaré numerosa compañía
Que a mí me insulte y á tu gusto atienda :
Entrégate al placer, cena, merienda;
No estorben mis pesares tu alegría.
Aunque soy ignorante, será bueno
Hacerme mas estúpido y mas tonto,
Que los estudios para mí son malos.
Y si es que alguna vez me desenfreno,
Trátame con rigor, átame pronto;
Y si tengo razon, dame de palos.

ROMANCES.

I. *A un ministro.*

Ayer salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues, señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo:
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
El al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma, no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezamos
Este diálogo molesto :
« Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.
¿Con que va bien?... — Lindamente.
— Sí, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo :
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso...
Digo, será la andaluza
De ahí abajo. — No por cierto.
— ¿Con que no?... — ¡Qué bobería!
Ni la conozco, ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
— Pues, amigo, linda moza.
¡Cáspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona... La trajo
De Cadiz don Hemeterio,
Y en un año le ha roido
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. — Buen provecho;
Pero á mas ver, porque ahora

Voy de prisa, y hace fresco.
— Hombre, para ir á palacio
Es temprano. — Estoy en eso,
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre....
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima a usted. — A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que á usted le estima. Un sujeto
Que va allí mucho... Y ¿qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
No, señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, lijeros,
Alegres, claros, süaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya; pero usted debia
Mudar de tono... — En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y oscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto;
No, señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
— Bien esta; pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?..... — Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos:
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y adios, que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.
Mire usted... yo... la verdad...
También... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena; y en fin...
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que a las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas a luz, porque... — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
A aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro dia.
— Y una cancion que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
Acabar hoy. — A los Caños.
— Y un arbitrio. — A los infiernos.»
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay, señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda,
Os vais á habitar al yermo.

II. *Al conde de Floridablanca* (*).

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado:
Oye la leccion, y cuenta
Con alterar un vocablo.
Primeramente pondraste
La mantellina de trapo,
La basquiña de pedir,
Y el gesto de *No hay un cuarto;*
Que cuando me ha reducido
Mi desgracia, ó mi pecado,
A un potaje de lentejas,
Que siempre es mi estraordinario,
No es bueno que vayas tú
Muy levantada de cascos,
Crujiendo sedas, y llena
La cabeza de penachos.
Moderacion, Musa mia;
La moderacion te encargo;
No valga mas que el señor
El vestido del criado,
Y diga el ilustre conde
Al verte de punta en blanco,
Que eres musa prostituta,
Y yo tolerante y manso.
Iras... pero no; que estan
Los porteros conjurados,
Y... yo me entiendo. No vayas,
Que es gastar el tiempo en vano.
Vete derecho a San Gil,
Y ponte en medio del paso
Y no te apartes por mas
Que el cielo llueva venablos.
Espérate allí; y en viendo
Que la misa se ha acabado,
Ojo avizor... que ya sale:
Llegó la ocasion, al caso.
Pero si, como otras veces,
Va de prisa, y no ha mirado,
O se atraviesa una viuda,
O algun soldado de antaño,
O de un coscorron te envian
Al cancel mas inmediato,
O un abad gordo se sube
Encima de ti gritando;
Y en tanto se cierra el coche,
Y ya mas veloz que un rayo
Corre, tu le alcanzaras,
Que el ayuno hace milagros.
Corre; y á pié firme esp
A la puerta de palacio,
Que allí ha de parar, y allí
Te ha de ver si no ha cega
Y entonces torciendo el
Como novicio descalzo,
Dile... (Así nunca tus vers
Se impriman en el diario);
Dile... «Señor, Moratin
Está que le lleva el diablo
Ni sabe qué hacer, ni sabe
Cómo poder obligaros.
» No viene en propia pe
A repetir el asalto,
Por no seros importuno,
Puesto que lo ha sido tant
» Y así, preséntome a v
Con poderes que me ha d
Escuchadme la embajada,
Que en dos puntos la desp
» Primero; que os da lo
No como se dan hogaño,
Por cumplimiento y por u
De papelitos pintados;
» Sino por estimacion
Y afecto sencillo y llano,
Sin hipérboles de moda
Ni palabrones hinchados,
» Rogando al cielo os co
Mas vida que á un mentec
Mas robustez que á un flam
Mas fortuna que á un bell
» Para que la envidia os
Vivir feliz muchos años,
Querido de la nacion,
Y amigo siempre de Carlo
» Esto ruega al cielo; y
Que os dijese me ha mand
Y voy al segundo punto:
La compasion os encargo.
» Dice que pues hoy es
De gracias y de agasajos,
El agasajo le hagais
De sacarle de trabajos;
» Que el pobrecito está
De esperar desesperado;
Y solo vuestra palabra
La vida le va alargando.
» El médico le visita;
Le manda jarabe y baños,
Caldos de pollo y sustanci
Y medicinas y emplastos.
» Pero si vos no mandais
Hacerle beneficiado,
O una pension clerical
Le recetais para el caso,
» Ni pediluvios, ni ungüe
Ni píldoras, ni electuarios,
Ni aunque se acueste con
Todo el protomedicato,
» Bastara para que el tris
Con la intemperie de marz
No se muera de inaccion
Como mueren los fidalgos.
» ¡Oh, señor!... (Aquí es
Musa, que esfuerces el llan
Con aquello de *¡Ay de mí!*
Y sollozos y desmayos.)
» ¡Oh, señor! no permita
Que se muera tan tempran
Si no quereis que se vista
De luto todo el Parnaso.
» Sois poderoso, y es fuer
Que al impulso de esa man
La mas adversa fortuna
Mire su rigor postrado.
» Que si los que adora el
Tienen de divinos algo,
Es solo poder hacer
Felices los desdichados.
» Y pues la Europa os ad
Al pié del dosel hispano

(*) Este romance fue escrito por el autor, siendo aun muy jóven, y dirigido al conde de Floridablanca, á quien cayo tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedia, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

en paz y justicia
imperio dilatado,
· diga de vos, que habiendo
› en la tierra tanto,
Moratin no pudo
feliz vuestra mano.
›smentid, señor, la errada
›n del vulgo vano,
.zga que en el hospicio
Apolo su palacio.
·smentidla, pues á vos
·l cielo reservado
florecer las letras
favor á los sabios.
› no imagino que pueda
·tension admiraros
:osa mas despreciable
lo os ha pedido? ¿cuándo?
no pide que le deis
›la de arcediano,
ere ser intendente,
lue, ni veinticuatro;
lo quiere ser abate:
›edir tan moderado
o, si por ventura
abate es ser algo!
.ta fué su vocacion
sus primeros años;
lo estorbeis, que al fin
atólico cristiano,
en conciencia no podeis
ir á este muchacho
egue á verificar
›nostico tan santo.
›, señor. Considerad
s el punto delicado;
bien, y si quereis
mejor, consultadlo.
ualquiera abate os dirá
:apita milagros;
ımbién tiene indulgencias
los escapularios.
, señor: tambien las tiene;
.o autor italiano
ı que ha habido en Europa
cinco abates santos.
quién sabe si los cielos
ıtin han guardado
ı media docena
.os bienaventurados?
quién sabe si algun dia
coleccion de un claustro,
lienzo, colorido
s futuros Ticianos,
vera á mi santo niño
ıdito y cabizbajo,
›dillas en el suelo
as entrambas manos,
ı chupilla y motilon,
.udibundizado,
ıendo la sagrada
ı de vuestra mano? »
› le dirás; y espero
sultas del encargo,
espera un mal poeta
:cisiones del patio.
ıue si la suerte hiciese
ıo es posible esperarlo
bondad de mi dueño
›n reverencio y amo)
mi súplica no hallase
encia ni despacho,
ces, Musa, ya puedes
r aposento y plato.
:a algun talento chirle,
› que en Madrid hay tantos
os que viven surtiendo
·illos á destajo.
él puedes ajustarte
eses ó medios años;
cada inspiracion
›ague de contado.

Con esta al público grazna,
Y engruda los esquinazos,
Y Dios te ayude y te dé
Lectores desocupados;
Que si yo me llego á ver
De una vez desesperado,
O me meto á traductor,
O me degüello, ó me caso.

III. *Al príncipe de la Paz en una de sus venidas á la corte desde el sitio de Aranjuez en 1780.*

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,
Si no hay en la vista engaño,
Que venís bueno y alegre
De las orillas del Tajo,
Recibid el parabién
En versos cojos y mancos;
Y si no os parecen buenos,
A mí me pasa otro tanto.
Es muy difícil hacerlos
Bruñiditos y limados;
Pide tiempo, y no lo tienen
De sobra los secretarios.
Sabreis que mi señoría
Trabaja mas que un forzado,
Traduciendo, corrigiendo,
Reconstruyendo y firmando.
Sabreis que de Babilonia
El famoso campanario,
Si á mi portal se compara,
Fué un juguete de muchachos.
Vierais allí un tunecino
Que viene desaforado,
A que le traduzca yo
Unas coplas de su hermano;
Un irlandés que no entiende
La factura de dos barcos,
Y no sabe si llevaban
Naranjas ó atun salado;
Mucho clérigo de prima
Y abatillos currutacos,
Emigrantes, bailarines
Y caldereros gabachos;
Viudas que quieren casarse,
Y como murió don Braulio
En Norlingen, me presentan
Un bosque de garabatos.
Yo los he de interpretar,
Y van y vienen recados:
Que por Dios que las despache,
Que es conciencia dilatarlo.
¿Pues, cuando vienen de Roma
Los diplomas sacrosantos
Que aquella ciudad bendita
Regala al orbe cristiano?
Allí es ver cómo las Musas
Se escapan por los tejados
Huyendo la incomprensible
Coleccion de garabatos.
Las bulas y pergaminos
Con tanto sello colgando
Para leche, para huevos,
Para no comer pescado;
Dispensas y absoluciones
Para primos y cuñados,
Que en vez de quererse bien
Se quisieron demasiado;
Para que don Agapito
Diga una misa volando,
Y supla por veinte mil
Que en dinero le pagaron.
Para que sor Dorotea
Se vaya á tomar los baños,
Y fray Serapion no rece
Mientras le duren los flatos;
Para que vuelvan al siglo
Los que al siglo renunciaron...
Entonces una irrupcion
Viene de godos y alanos,
Espesa nube de frailes,
Sobre mi casa tronando,
Blancos, cenicientos, muzgos,
Negros, azules y pardos;
Mallorquines, andaluces
Estremeños y canarios;
Habaneros á docenas,
Y á cientos los peruanos,
Impacientes de soltar
Capuchas y escapularios;
Me llenan de maldiciones
Cada momento que tardo:
Todos con su papelon,
Unos en otros brincando,
Que sin mi firma no puede
Cargar con ellos el diablo.
Todos en su tierna edad
Por un padre endemoniado
Y á fuerza de mojicones
Y palizas, profesaron;
Todos han sufrido injurias
Atroces de sus hermanos,
Y el convento los persigue
Porque son buenos y santos;
Todos tienen una hermana
Viuda y pobre y sin amparo,
Y dos sobrinas doncellas
Recatadas por el cabo,
Cuya doncellez está
Por instantes peligrando,
Y si no las guarda el fraile,
Van á suceder estragos.
Esta es mi vida, estas son
Las amarguras que paso,
Los combates que me dan,
Las escaladas que aguanto.
No os admire pues que sean
Mis versos pocos y malos;
Hágalos mejores quien
Esté menos ocupado;
Que para alegrarme yo
De veros contento y sano
Y que el cielo en largas dichas
Os guarde felices años,
No necesito de Apolo,
De las Musas y el Parnaso,
Y en prosa humilde diré
Que os venero siempre y amo
Y os digo verdad, así
Vos me querais otro tanto:
Es mucho; con la mitad
Me doy por afortunado.

IV. ***A una dama que le pidió versos.***

(No recopilado.)

¿Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabeis qué malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabeis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se estasía,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal, y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.

Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Númen, furor, los que envían
A Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo
Que los urga y que los ciega·
Él los inspira, y así
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras;
Otro diablo comilon
Que corre de mesa en mesa;
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras;
Y otro en fin, que es el que temo,
Jugueton, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lagrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda,
Así tambien, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro mas enfadoso,
Mas insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Este, el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,
Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña a hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
Él apuntó a Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncin
Sus nefandas Roncalesas,
A don Bruno sus tramoyas,
A Luciano sus endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico don Fermin
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Solo este diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y por divertirse hacerte
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero,
A don Lucas, a Cacea,
Y á tanto varon famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta biblioteca.
Y tu, que desde tu silla
Presides a sus tareas,
Y en pérfidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algun conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la legua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas,
Bien presto libertaría
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura,
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano: los cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo a la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras,
Que aquí y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas lijeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni el aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta,
De copleros chabacanos
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente aulla,
Y al run run de sus cencerras
Las musas desaparecen,
Febo y las gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osara acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salanova gobierna?
¿Y vos, señora, pedis
(Supongo que fué por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta,
Yo, cuando en tal ignominia
Esta de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela;
Mientras Concha, haciendo ajustes
Con Martinez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y a Trigueros le despacha
El título de poeta,
¿Yo he de escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los bardos
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe oscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen,
Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
O han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

V. *Aguinaldo poético.*

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos:
Para el que ha de recibir,
El mas alegre del año;
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto, que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo, en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy estravagante y raro
Que el pobre regale al rico,
Y al provincial el donado;
Pero al fin, si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quien me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he portar con garbo;
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto;
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no espereis que os envie
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria esquisita,
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi escelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No, señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Fácil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
A Apolo, mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto,
Y en vez de tanta morcilla,
Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que solo producen
Indigestiones y hartazgos;
Si quereis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño,
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos;
Ahí está el fénix de Arabia.

s un manjar delicado,
pavones soberbios
van de Juno el carro;
lomitas de Venus,
Capricornio y Tauro,
ece estrellas, segun
n autor castellano:
venas las pondremos
cabeche con caldo,
quitandoles las colas
stupendo regalo.
itones, las harpias,
rifos y centauros,
en jigote, y otros
, y otros empanados;
cuanto a vinos... El vino
ramente es muy malo,
era y convulsiones,
e en la cabeza estragos:
ia es mejor; y el agua
e baja despeñando
fuente Cabalina
s faldas del Parnaso,
mas que los licores
rsella celebrados,
ldo liquido ardiente,
io sabroso y caro.
i a fin de comida
is de beber un trago,
daré el néctar que sirve
e el garzon troyano.
presente, capaz
nplar el ceño airado
vista, de un relator,
virey americano,
para vos le tengo
nido y arreglado:
apetito, y picar
lo, y muérase el diablo.
de ir por tierra, Pluton,
es, Ceres y Baco
estaran a porfia,
lo los quiera, sus carros.
de ir por el mar, Neptuno,
Anfitrite y Glauco
nova a Barcelona
n en dos latigazos.
uereis que se lleve
aire, y evitamos
tro de los ingleses,
n todo meten el gancho,
r, Apolo y Venus
llevaran volando;
que en las aduanas
sitaran el cargo.
en lugar de cubrirle
ñuelos valencianos,
conclusiones llenas
epcias y mamarrachos,
briremos de versos,
o que siendo el regalo
del Pindo, ¿quién pone
voltorio prosaico?
s iran, que las musas,
o para vos el canto,
u inspiracion divina
mi numen tardo.
aquí como quedo
o y desempeñado,
mucho favor que os debo
ca de Ovidio os pago.

VI. *Mas vale callar* (16).

ié será que habiendo sido
usa que tanto honrais,
edeceros pronta
umisa voluntad,
m perezosa esté,
o me quiere inspirar
Los versos que me pedís,
Si cuando pedís, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores,
Con su vena perenal?
¿O fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, a mi se me acusa
De indolente y holgazan,
Ella se abanica y rie,
Yo me apuro, y vos instais.
¿Qué la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Satiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpara
Su silencio pertinaz:
Que es mejor, cuando el asunto
Obliga á mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
Pues ¿por qué de la ocasion
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa á tanto
Literato charlatán;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en menudos las ciencias,
Que no supieron jamas;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desván,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden á los demás?
¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan a escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fué la que un dia
Dió leccion tan magistral
(Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad),
Que á todo autorcillo astroso
Llenó de terrible afan
Creyendo cercano el punto
De su esterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad;
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Emboboeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga:
Vencejos, no chilleis mas.
Seguid, y lluevan abates,
Moros, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detrás.
Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase á dormir tres horas
A los Caños del Peral.
Pero, señor; si la Musa
Se llega a determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio
O el caustico Juvenal,
¿No sera de tanto monstruo
Las cóleras provocar,
Y esponer a mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas estan?
No, señor; pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamás,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal;
Y entre los tontos padece
Martirio la ingenuidad.

VII. *A Geroncio* (17).

Cosas pretenden de mi,
Bien opuestas en verdad,
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: « Señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal:
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está:
Pues ¿qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion;
Si ayuna, crece su mal;
A la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamas.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital;
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detrás.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal,
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distraccion, la alegria
Rústica le curarán:
Mucho burro, muchos baños
Y mucho no trabajar.»
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular,
Dicen: «¡Oh, si Moratin
No fuese tan haragán;
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
El ha sabido adquirir
La estimacion general;

Aplauso y envidia escita
Cuanto llega á publicar :
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va ;
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapán ,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que a su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No, señor, quien ha tenido
La culpa de este desmán,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar;
Y allí, con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo;
Almuerza y vuelve al telar;
Come, si llenaste cuatro ;
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si esta corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental*.
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y mas.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El esprimido caudal.»
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad) ;
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas alla,
Don Mauricio, don Senén,
Don Cristóbal, don Beltran
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen : « Moratin cayó,
Bien le pueden olear ;
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada ;
No hay enredo allí ni sal,
Ni caracteres, ni versos,
Ni lenguaje, ni...—Es verdad,
Dice don Tiburcio ; ayer
Me aseguró don Cleofás,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo alemán...
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos a la par,
Traduccion... Pues él ¿por dónde
Ha de saber inventar?
No, señor, es traduccion;
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamas,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar,
¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo!
Esclama don Bonifaz :
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
—¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.
Díganos usted.—No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible; soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, süaves
Vínculos de afecto y paz ;
Todo almíbares, y todo
Deliquios de amor social ;
Pero es cierto que... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contara... —Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá :
Diga usted.—Pues bien : el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor, ni lo sera.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear :
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me esplico?—En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está.»
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual :
Ni sé qué hacer, ni confío
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da ;
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a;*
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí ;
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar,
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas,
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan,
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

VIII. *Juicio del año de* 1813.

(Inédita.)

Ya llegó el año de trece
Por su paso natural ;
Y el de doce, *Dios* lo guie,
Acia la historia se va.
Costumbre ha sido poner
Por cabeza de almanak
Lo que muchos llaman juicio
Y yo llamo necedad,
Prólogo de lo futuro,
Juego de pronosticar,
Anticipada gaceta
De lo que sucederá.
Y ¿qué sucede? lo mismo,
Poco menos, poco mas.
Que ya se ha visto en el mundo
Desde los años de Adan.
Dócil la naturaleza
En su movimiento igual
Cumple del Númen eterno
La constante voluntad.
Nada es nuevo á quien medita
Lo que va quedando atrás ;
Lo que ha pasado es imagen
De lo que debe pasar.
Pero es tan desatinada
La humana curiosidad,
Que olvidando lo que fué,
Pregunta lo que será.
Y ¿en qué libro encontraremos
El método singular
De conocer los sucesos
Que tan callados estan?
El sumario de Cortés
Poquísima luz nos da,
En Salamanca se ignora,
En Lóndres no saben mas.
¡Oh tiempo feliz aquel
De inepta credulidad,
Tan fecundo en maravillas
Que no conocemos ya!
Uno buscaba entre chispas
La piedra filosofal,
Suplemento de las minas
De Golconda y del Catay.
Otro, rebosando azumbres,
Daba salud a un lugar;
Y a repiques apagaba
Centellas un sacristán.
Las viejas entre tinieblas
Con untura general
Embrujaban el ambiente
De Rusafa y Campanar.
Este, atisvaba tesoros
La víspera de San Juan ;
Y aquel, á puro exorcismo,
No dejaba diablo en paz.
Los difuntos empleaban
Las noches en pasear
Con llamas y cadenitas
Y estribillo de ¡ay! ay! ay!
Los magos quemando azufre
Llamaban á Satanás,
Y él obediente acudia
Como un donado á un guardian.
Los duendes en la cocina,
En la alcoba, en el portal,
En el terrado, en la cueva,
En lo oscuro del desvan,
No dejaban escribir,
Barrer, coser ni guisar,
Ni quedaba trasto a vida
En toda la vecindad.
Pasó aquel tiempo, y con él
La ciencia de adivinar ;
Los profetas se acabaron
Para no volver jamás,
Pérdida que solamente
La pudiera reparar
Nuestro juicio, porque el año
Sin juicio se quedara.

Dejemos los otros mundos
En el espacio en que están;
Giren como Dios lo quiso,
Brillen si deben brillar.
Y en esta pequeña bola
Llena de ignorancia y mal,
Posada incómoda y triste
Que debemos habitar,
Tratemos de ser felices,
Pues la prudencia nos da
El secreto de sufrir
Y los medios de gozar.

IX. *El coche en venta.*

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Acia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres.
«Y no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde,
Parece inglés;
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalán cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas;
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa;
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester;
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo;
Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pié
Hasta la turca
Jerusalén.»
¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle,
Me equivoqué;
Sigo mi trote,
Sigue también,
Suelto de lengua,
Agil de piés,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
El, por seguirme,
Dió tal vaivén
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió después,
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

EPIGRAMAS.

I. *Para una estatua de la Farmacia.*

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

II. *Para el sepulcro de Almanzor* (18).

No existe ya, pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III. *Para la cortina de un teatro.*

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y mascara engañosa,
Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz majestüosa
Bañada en lloro, al corazon envía
Piedad, terror cuando declama triste.

IV. *Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas* (19).

En esta veneranda tumba, humilde,
Yace Salicio : el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardon. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambicion remoto,
Al trato facil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazon, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V. *Para un retrato del autor remitiéndosele á una señora valenciana.*

A la Ninfa del Turia ilustre y bella
Mi imágen doy, y el corazon con ella.

VI. *A un niño llorando en los brazos de su madre.*

(Traduccion del inglés.)

Tú, que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rias.

VII. *A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.*

En un cartelon leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende ....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

VIII. *Irrevocable destino de un autor silbado.*

«Cayó á silbidos mi *Filomena.*
—Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es buena.
—¿Y qué cristiano la ha de leer?»

IX. *A Lesbia, modista.*

Lesbia, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las escedes,
De ninguno necesitas.

X. *A la misma, de otro modo.*

En la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes das,
Lesbia, tú invencion se apura;
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran mas.

XI. *A la misma, de otro modo.*

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afan,
Venus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

XII. *A un comerciante que puso en su casa una estatua de Mercurio.*

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y también de los ladrones.

XIII. *A Geroncio.*

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular;
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

XIV. *A Pedancio, autor de una obra en que le ayudaban varios amigos.*

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

XV. *Al mismo.*

Tu critica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

XVI. *A un mal bicho.*

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

XVII. *A una señorita francesa.*

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazon, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasion que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

Los padres del limbo (20).

CORO.

¡OH, cuánto padece de afanes cercada,
Merced al engaño de fiero enemigo,

En largo castigo la prole de Adan!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ PRIMERA.

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel, llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
Perdió de Edén la habitacion serena;
Espada refulgente
Vibró en sus puertas serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal estinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el númen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adan segundo.
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras,
Y el íris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita;
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del Averno
Cederán á su voz omnipotente;
Quebrantará las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el Hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
Adonde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol, acompañado
De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo;
Goce la tierra durable consuelo;
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ TERCERA.

Ven, prometido
Jefe temido,
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria;
Llene tu gloria
De dicha el mundo.
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo;
Goce la tierra durable consuelo;
Mire á los hombres piadoso el Señor.

La Anunciacion.

VOZ PRIMERA.

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

VOZ SEGUNDA.

El bello semblante
En risa bañó,
Que inspira alegría,
Disipa temor.

VOZ PRIMERA.

El rubio cabello
Al hombro esparció;
Diadema le ciñe
De estremo valor.

VOZ SEGUNDA.

Ropajes sutiles
Adorno le son,
Y en ellos duplica
Sus luces el sol.

VOZ PRIMERA.

¡Feliz habitante
De la alta region!

VOZ SEGUNDA.

¡Alado ministro
Del sumo Hacedor!

VOZ PRIMERA.

En hora bendita
La tierra te vió.

VOZ SEGUNDA.

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

VOZ PRIMERA Y SEGUNDA.

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

VOZ TERCERA.

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El ángel del Señor, y resplandece
La estancia de María;
De fragrantes aromas se enriquece
El aire en torno, y suena melodía
Igual á la del cielo.
La honesta Vírgen, ruborosa y muda,
Se postra absorta al paraninfo hermoso;
Ve tanto bien, y merecerle duda.
El, con acento grave y amoroso,
«No temas, no, la dice,
De las hijas de Adan la mas felice.
Llena de gracia estás; está contigo
El Dios que adoras inefable, eterno;
Y el fruto santo que de tí se espera
Se ha de llamar Jesus.» Dijo, y la esfera
Que en luces arde y arreboles de oro
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ CUARTA.

¡Oh instante dichoso
De amor y consuelo,
Que la tierra al cielo
Para siempre unió!
¡Y al Dios poderoso,
Que truena indignado,
Piadoso, humanado,
Sumiso le vió!

CORO.

Vírgen, madre, casta esposa,
Sola tú la venturosa,
La escogida sola fuiste,
Que en tu seno recibiste
El tesoro celestial.
Sola tú con tierna planta
Oprimiste la garganta
De la sierpe aborrecida,
Que en la humana frágil vida
Esparció dolor mortal.

Cántico á nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente
Eco doliente, lamentos y voces;
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ PRIMERA.

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad, ¡oh Númen poderoso!
Si súplica mortal merece tanto.
Por tí los orbes giran refulgentes,
Por tí naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
¡Ay! no perezca la estimable vida
De la que fué nuestro comun consuelo
En la no merecida
Constante desventura
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fué nuestro amparo; ella serena
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas;
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guia,
Si las tinieblas del error desvía
Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya...
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta
A tu ley soberana,
En leve sombra y vana
Se debe disipar;
Antes la parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galán de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.

Público ilustre, que benigno siempre
Sabes suplir la insuficiencia mia,
Perdonas el error por el deseo,
Y al mas cobarde generoso animas;
Si el don que te presento no es bastante
A igualar los afectos que le dictan,
Sé que mereces mas; pero no alcanzo
La perfeccion á que mi celo aspira.
Tiempo será, que en esta escena admires
A quien mas docto y mas feliz te sirva;
Que la suerte reparte desiguales
Las gracias, los talentos y la dicha.
A mí me dió humildad; con esta solo
Esperar debo tu atencion benigna.
Damas hermosas, de vosotras fio
Que mi esperanza se verá cumplida:
Hechiceras de amor, en cuyos ojos
La libertad del corazon peligra;
Pues el don celestial de hacer felices
Es vuestra principal prerogativa;
¿Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?
Las leyes que dictais, ellos confirman,
Y el orbe entero en voluntarios nudos
Adora vuestra dulce tiranía.

Traduccion de Grécourt.

El niño ceguezuelo
Adormecióse un dia
En el recinto oscuro
De los bosques del Ida.
Venus temor concibe
Al ver que no volvia
De tan largo reposo
Que al de la muerte imita.
Y en lágrimas hermosas
Bañando las mejillas,
Al padre omnipotente
Su dolor comunica.
Jove, que tanta pena
Mitigar determina,
A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.
Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,
Al medio menos tardo
Su decision inclina.
Manda que al bosque umbroso
Donde el Amor dormia
Vayan los celos tristes,
Y en torno de él asistan.
Parten ellos veloces,
Y al rumor que traian,
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.
¡Mas ay! que desde entonces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el dulce sueño
Sus párpados visita.

Traduccion de Pablo Rolli (*).

Diálogo.

«¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?
—Sí, que la he visto pasar el puente,
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cuello verde liston.
—¿Solo el cordero la acompañaba?
—También con ella iba un pastor.
—¿Lícidas?—Ese; Lícidas era:
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?
—¡Ay, vaquerillo! ¡Qué feliz eres!
Pues aun ignoras lo que es amor.»

Idilio á la ausencia.

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
Van á crecer del Tajo la corriente;
Esta es la selva deliciosa, donde
Gozan las horas del ardor estivo
Las bellas Hamadríades, formando
Lijeras danzas y festivos coros.
Inarco, ¡ay infeliz! ¡así la cumbre
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
¿Así á pisar esta ribera vuelves?
Prófugo, triste, en mi destino incierto,
Dejé mi choza y mis alegres campos
Y los muros de Mantua generosa,
Y al bienhadado Coridon y Aminta,
Y al constante en amor Alfesibeo;

(*) *Sonetto pastorale in dialogo, di Paolo Antonio Rolli.*

Sai tu dirmi, o fanciullino,
In qual pasco gita sia
La vezzosa Egeria mia
Ch'io pur cerco dal mattino?—
Il suo gregge è qui vicino,
Ma pur dianzi à quella via
Gir l'ho vista, e la seguia
Quel suo candido agnelino.—
Nè v'er'altri che l'agnello?—
Sopragiunsela un pastore.—
Ah! fù Silvio!—Appunto quello:
Ma tu cangi di colore?—
Te felice pastorello,
Che non sai che cosa è Amore.

Todo lo abandoné. Por ignorada
Senda me aparto con errante huella,
Y atrás vo viendo alguna vez los ojos:
«Adios, mi patria, sollozando dije:
Adios, praderas verdes, donde oculto
Entre juncos y débiles cañerlas
Manzanares humilde se adormece
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso
Para nunca volver.» A la espesura
De incultos bosques y profundo valle
La planta muevo apresuradamente;
Bien como el ciervo, al conocerse herido
De enherbolado arpon, las cumbres altas
Sube, desciende de la sierra al llano,
Y los anchos arroyos atraviesa:
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo
Hierro, teñido en la caliente sangre,
Cerca del corazon lleva pendiente.
  Yo, así en el pecho abrasadora llama
Siento: ni la distancia ni los dias
Alivian mi dolor; que en la memoria
Mi bella ausente y sus hechizos duran.
El donaire gentil, la risa, el canto,
El pié que mueve en ágil danza, honesta,
Los dorados undívagos cabellos,
El claro resplandor de entrambas luces,
Y el alto pecho que süavemente
Se agita al suspirar: delicioso,
Cándido seno, donde Amor se anida,
Disculpa de mi ciego desvarío.
  Si alguna vez á mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada húmida noche,
Al fatigado espíritu aparece
De mi partida el infeliz instante.
Miro los ojos de esplendor divino
Que en lágrimas se inundan amorosas,
La trenza ondosa deslazada al viento,
Suelta la veste cándida, y escucho
La conocida voz, las dulces quejas,
Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad oscura.
Tiemblo, y en vano la funesta imágen
Quiero de mí apartar. Ya me parece
Que con halagos de pasion nacidos
La linda Isaura mi partida estorba;
Ya, que indignada á su amador acusa
De ingrato desleal; ya, que rendida
A su afliccion, la voz y el llanto cesan...
Yo, ¡mísero! ciñendo el cuello hermoso,
Y á su labio tal vez uniendo el mio,
Juro á los cielos, que primero falte
Mi aliento débil, que en ajenos brazos
Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
Antes que olvide mi pasion primera.
Mas ya se acerca el trance aborrecido:
Late oprimido el corazon... Entonces
Al violento pesar de mí se aparta
Leve la imágen de la muerte triste,
Mas que la muerte inexorable y dura.
  Venus, hija del mar, diosa de Gnido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,
La aljaba de marfil pendiente al lado:
Si hay piedad en el cielo; si el humilde
Ruego de un infeliz no vos ofende,
¡Oh! basten ya las padecidas penas.
Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
Aquel dulce reir, y la süave
Voz de sirena escuche, y sus favores
Gozando, tornen las alegres horas.
Pero si acaso mi destino fuere
Tan enemigo á la ventura mia,
Que en larga ausencia padecer me manda;
Alma Citeres, flechador Cupido,
Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
Fugaz descienda, en vana sombra y fria,
A la morada de Pluton terrible.
  Inarco así, de la que adora ausente,
A las deidades del Olimpo sordas
Demandaba piedad. Damon en tanto,
Jóven pastor, que al valle reducia
Pobre rebaño de manchadas cabras,
Al pié de un olmo halló sobre la yerba
Al amante zagal, apenas vivo.
Le alzó del suelo con amiga mano,
Razones, no escuchadas, repitiendo,
Por si con ellas aliviar lograse
Su grave afán: piadoso le conduce
A su rústico albergue, y vagaroso
El fiel Melampó á su señor seguia.

La sombra de Nelson.

. . . . Ite
Ferte citi flammas, date vela, impellite remos.
Virg., Aeneid. iv.

  Cuando al estrago de naval pelea
Cayó sin vida el adalid británo,
Fiero terror del mar, la yerta cumbre,
Del opulento Gerion sepulcro,
Toda en las sombras de profunda noche
Arder se vió con pálidas centellas;
Y á la dudosa lumbre, pavoroso
Espectro apareció, de sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto,
La frente herida, y á sus plantas rota
Naval corona y militares lauros.
Y en voz terrible, que el estruendo pudo
Y el ímpetu calmar del espumoso
Piélago hinchado en la tartesia orilla,
«Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido
Instante que los cielos señalaron
En su furor contra mi patria. ¡Oh! nunca
Tanto la suerte amiga sublimara
Tu gloria y tu poder, para que fueras
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
Que ya cercana inevitable miro;
¡Ambiciosa Albion! Vive, y el trono
Ocupa que afirmó de Clodoveo
El gran caudillo, cuyo nombre adoran
El Sena y el Tesin precipitado,
Y dos coronas á su frente ciñe.
Vive, y sus armas vencen, y al sonido
De sus trompetas vuelan fugitivas
Las águilas augustas. Inflamada
En belicoso ardor la fuerte Hesperia
Une á las rojas cruces de Pelayo
El blason imperial, que en sus pendones
Tiende el francés al aire. ¡Poderosa
Union, que tanto aborreciste y temes!
  «Tronó el cañon, y huyendo de las playas
Corvas, al mar se entregan animosos:
Entre enemigos vientos, niebla oscura,
Hórrida tempestad... Yo ví el sangriento
Choque, el incendio y la comun ruina;
Yo de tus armas el honor temido
Sostuve, en tanto que á la suerte plugo;
Supe en los tuyos escitar crüeles
Alientos; supe acometer terrible,
Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
Cóncavas suena del peñasco enorme,
Gloria de Alcides, funeral lamento,
Debido á tanto horror. Las crespas ondas
Sacan bramando á la desierta orilla
Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desnudos;
Las que no oculta su profundo centro,
Naves soberbias, que á merced llevadas
Del huracán, contra su muro embisten.
¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena
Hoy meditabas aclamar festiva
El triunfo, y dar coronas á mi frente,
Cubre la tuya de ciprés funesto,
Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
Vuelve á la patria, y para siempre llore,
Que es justo su dolor... No en esta sola
Víctima, no, los hados enemigos
A nuestra gente su rigor limitan:

Mayor desolacion y estragos piden;
Que al pié del solio del ibero Augusto
Próvido asiste de la guerra el númen :
La espada y el tridente húmido empuña,
Y la tierra y el mar de numerosas
Huestes se cubre, y de nadantes pinos
Al eco de su voz... Cede á la eterna
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
Grabó el destino. Los imperios mueren,
Su esplendor se oscurece, la fortuna
Que los engrandeció los abandona,
Y aun la memoria de su nombre acaba.
Si es dado al tuyo que su fin dilate,
No el ceño irrites del leon, que ruge
En su caverna, y de temor desnudo
Lame las garras con tu sangre tintas.
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego
De la discordia, y sientan las naciones
Del oro corruptor, que los delitos
Compra, el poder irresistible. Cerque
Los tronos altos sedicion traidora,
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
El favor que los débiles te pidan.
Ni guardes fe, ni los jurados pactos
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
A los cielos clamó: *¡Guerra y venganza!*
—*¡Venganza!* repitió desde sus muros
De bronce armados Cádiz Eritrea,
Y el Espartario golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino
Clamó: *¡Venganza!...* Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto
En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
Carlos, la tierra que a tu pié se humilla
Pide venganza. Cumple los deseos
De los que imploran tu favor, y esperan
En nuevas lides, combatiendo audaces,
Castigar al soberbio que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte...
Arma su diestra, y te darán victorias.

Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.

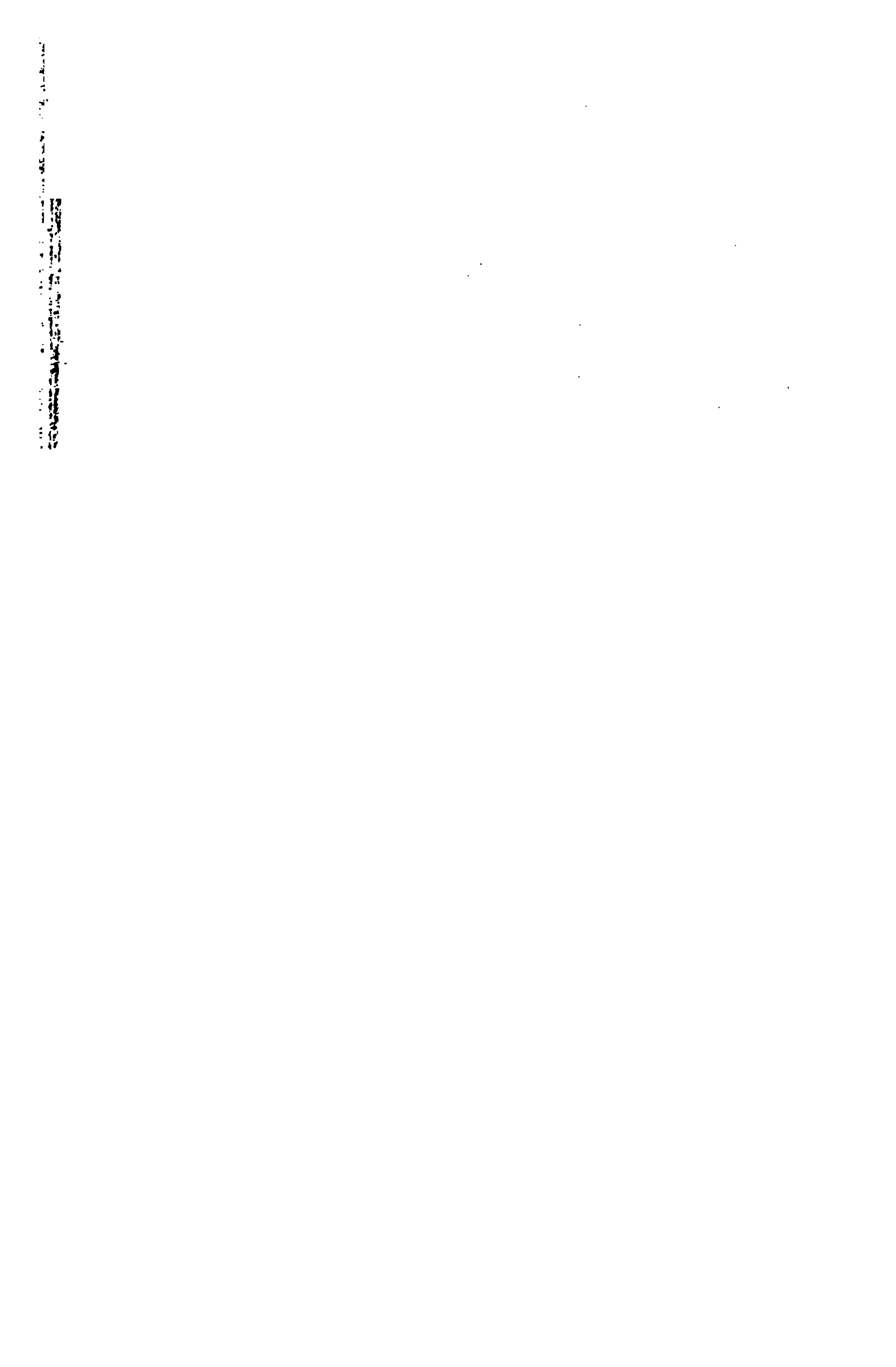
¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa
Prole real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envía.
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Ceres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuántas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor süave
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz, sombra la cerque oscura,
Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imágen celestial. Vos, entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el origen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla,
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia, que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto;
Del hondo Betis á los campos frios
Que al mar usurpa el belga, del nevoso
Apenino á las barbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la exciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
Filipo, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona;
Muerte infeliz le estorba que en süave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo :
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el cielo habita, y ya con él permite
Carlos que en urna breve los despojos
También descansen de su digno hermano,
Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral; que tanto pudo
Imperiosa opinion, y así condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, príncipe escelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De Carlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supisteis,
Y humillado á sus piés regir su imperio;
Ved ya del celo y el afan constante
La adquirida merced, y cuánta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono
Suprema Augusta. Así la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la vi distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio á mi teson constante;
Y á tí, sublime artífice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futura,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

Elegía á las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algun dia
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad lijera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.
Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomándose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armónías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracán, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No mas trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region estraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.
Breve será, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.



NOTAS A LAS POESIAS SUELTAS.

penas, Fabio, lo que dicrs creo. Esta sátira, que publicó la Aca-
:spañola en el año de 1782, y reimprimió después en la coleccion
s premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para
ı nuevo á la prensa.
:se en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico
ıtico, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdivi-
.sí logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su
:duciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fanta-
sus afectos; á lo que refiere, celebrando los héroes y los gran-
esos que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el
ına imágen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles,
spirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.
lírica, después de hablar de los argumentos triviales y de nin-
:rés, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exa-
n, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los
os y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de re-
r la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes gro-
ļue desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en
as antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que
un estilo afectado y pedantesco: aludiendo particularmente á las
e Góngora, Villamediana y Silveira; y en los modernos la mez-
urda de los arcaismos con palabras, acepciones y locuciones
as, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por
iente su pureza y su peculiar elegancia.
épica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y
ı de ficcion. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas
storias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia
rés ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en
ıltitud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban
eso del poema, y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, ha-
ıarracion increible. Por las indicaciones que da el autor en esta
se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas
raucana de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Mé-*
Villagrán, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el
ı contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angé-*
Luis Barahona de Soto. Estiende su crítica á las menudencias
s que degradan la sublimidad de la epopeya; á las imágenes re-
tes en las descripciones de las batallas, á los estravíos de la fan-
á la inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dra-
estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo),
ıéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones deriva-
los libros caballerescos, que ya no sufre la filosofía de nuestra
esceden los límites de toda licencia poética.
dramática acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber
lido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las
:s, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al
os argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto
ı de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó rece-
ıdo los de otra clase mas elevada como acciones positivamente
es. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los lla-
graciosos, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fati-
ıpariciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondi-
billadas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la
le la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados con-
y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas en-
das fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las
ıtos y personajes mitológicos (último esceso del error), mere-
también la desaprobacion del poeta.
r la presente composicion debe considerarse, que la Academia
lió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema
:o. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redun-
, desaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos
s al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su len-
escelente poética de Boileau; nos falta en España un poema se-
:, y mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.
: la pura amistad que en dulce nudo. Don Gaspar Melchor de Jo-
s, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los rei-
le Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, juris-
o, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas pren-
ımabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A
mbre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la au-
, ni el tiempo, ni las violencias y alteraciones políticas, pudieron
ir ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre
ır elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran aco-
ıs á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca
ı debido conocer. No es mucho pues que el autor de *el Delin-*
honrado padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal
noticia de su delito.

Agitada después la nacion en el conflicto de una invasion estranjera, su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados, le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto, complido garzon.* Los inteligentes dirán cuál sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personaje mereció la predileccion del soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se lo deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfía le presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratin, ni su consejero, ni su criado; pero fué su hechura; y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entónces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas que llegaron después á trastornar el órden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones...* Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que, reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasajes del centon con sus mismos originales. Esta precaucion, y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion, de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las *lecciones de Hugo Blair*. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Arguijo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez; porque no configuraron sus poesías*, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de *Melendez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías*.

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, desencaminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera limar, castigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que serena.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latinas, compuestas al mismo asunto, en el año de 1785.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfador, á cuya planta
Yace el hereje impío, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumisbo, el celebrado.* Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravíos del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron después. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificacion de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oido acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitacion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograría dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermudez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traduccion de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó después á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicacion al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, espresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios esteriores mas inmediatos á sus murallas. La órden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaidía, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses después, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio; y si como fué un frances el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por un juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su memoria nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir, bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo XIX, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta coleccion se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo, desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la eleccion é imitacion de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un figlio,
Che vivi rai pria nel senato ibero
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i succesor di Piero.
Ei, fra l'ire di Marte, e nel periglio
Resse lo stato, e freno l'angio altero:
Tolse la patria all'africano artiglio,
E dell'Egeo le vie schiusse al nochiero.
Per lui Pallade ha tempio: e la, di quante
Natura erbe creó chiostra verdeggia:
Per lui piano é il cammin su gli ardui scogli.
Vom, non di fregi e d'or ch'offre la reggia;
Ma de suoi re, ma di sua patria amante...
Deh! si gran dono, ò ciel, tardi ritogli.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau sigue esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por escelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que seria bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, también lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estravie á la juventud con falsos raciocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esclavizando la fantasía de los demás con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes, aplicados á la teoría de las artes que no hayamos practicado jamas.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La esposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demás de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los estranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el lujo

endurecido al fuego para usos domésticos, ó para la construccion de edificios, hasta las porcelanas y los cristales; curtidos, encajes, lienzos, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, pendulos, globos, armas, instrumentos músicos: cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

(15) *Tu solo el arte adivinar supiste.* Isidoro Maiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos por ultimo á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion, sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles: esto han sido en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han ocupado la escena española, desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar es, que entre tales cómicos hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros estranjeros. ¡Que fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesario que cada uno buscase y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante espresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿quien deberia exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en su declamacion robusta, heróica, patética y vehemente?

Maiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor estremadamente frio, que entendia y no espresaba sus papeles), pasó á Francia en el año 1799; vió en Paris el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atencion reflexiva, de que él solo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los estremos de dolor, de alegria, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia: cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aun hizo mas. Conoció que no debia copiar, sino imitar los escelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la espresion francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que el repetia, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras, que se habian escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. También se dijo (¿qué desaciertos no dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que solo hacia tragedias, y que persuadido el mismo de su nulidad para los caractéres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los generos, para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la perfeccion; y él supo hallarla. *Fenelon, García del Castañar, el Vano humillado, Otelo, Orestes, el Pastelero de Madrigal, la Casa en venta, el mejor Alcalde el Rey, la Zaira, el Rico Hombre de Alcalá, el Distraido, Pelayo, el Convidado de piedra, Numancia destruida.* En suma: las tragedias estranjeras, las españolas, las piezas lijeras del teatro francés, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las maximas que él habia adoptado, como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fue un secreto; ni tuvo rivales, ni quiso discípulos; con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

Su vida fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido después por el mismo á la patria. Cuando esta logró sacudir el yugo estranjero, Maiquez, digno intérprete de las ideas de la libertad, escitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heróicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos; hasta que por último, llegó á verse otra vez odioso á la corte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciendola menos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

(16) *¿Que será, que habiendo sido.* Hombres hay de tan adusto humor, que no solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demás. Si por ellos fuese no existirian en la republica de las letras, ni el asno de Sancho, ni la truncida Zapaquilda. Suponen que toda composicion festiva y alegre es cosa de menos valer: como si fuera fácil encubrir la instruccion con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y donaires, y escitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura, sino disimulada en formas halagüeñas así lo así pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos escitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinacion: sígala también el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo; pero el que las tenga no dude que en la poesía graciosa y lijera cultiva un género de muy difícil ejecucion.

Esta (considerándola en toda la estension que admite) exige un plan poético: una conveniente distribucion de sus partes, proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios, un objeto de utilidad, al cual vayan encaminados todos los medios, imitacion constante de lo verdadero y de lo bello, eleccion y sobriedad en las descripciones, variedad y graduacion en los caracteres, espresion en los afectos, solidez en el raciocinio, agudeza y decoro en las burlas, inteligencia en el uso del idioma, pureza en el estilo, facilidad y armonía en la versificacion. Cuando en una composicion burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Cosas pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetian acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo don Rafael Costa le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud, poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendria sujetarle á una contribucion poética, lisonjeándose de que, precisado á escribir para medrar, enriqueceria la escena española con mas acierto que los Zavalas, Moncines y Valladares; cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entre tanto sus enemigos (que no eran pocos) decian las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invencion. Hasta el personaje de Geroncio es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, a quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya, pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet, Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los ultimos años del siglo x. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer; pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre estraordinario. Nombrado alhagib, dignidad que le hacia segundo jefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Anibal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fué una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas, sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes; asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacia con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fué contraria la fortuna, y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido; negóse á la curacion de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad; su hijo Abdelmelich le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda compararsele; la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años después, se oscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta veneranda tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Salas, capellán de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rustico*, la pintura de *La calle de San Anton*, y alguna otra de sus obritas burlescas, merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano exento de guardias, y una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el rey parar el coche, y que llamasen al capellán; el cual se acercó sin admiracion, sin timidez, ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leérselos á la reina; le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas, agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo; despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya le suponia maestrescuela de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatian fastidiosamente sus opúscu-

los éthicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrian á buscarle, cuando le veian de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecia. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(20) *¡Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicona. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creacion, el paraiso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiendo en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el dia para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada, la soberbia Atalía, la humilde Estér, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden escitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el sarafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Númen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fue su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle, ó él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas incapaces, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la curiosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

AUTO DE FE

CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

Relacion de las personas que salieron al Auto de la Fe que los señores don Alonso Becerra Holguin, del hábito de Alcántara, licenciado Juan Valle Alvarado, y licenciado Alonso de Salazar y Frias, inquisidores apostólicos del reino de Navarra y su distrito, celebraron en la ciudad de Logroño en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 años, y de las cosas y delitos por que fueron castigadas.

APROBACION.

Por comision del señor doctor Vergara de Porres, chantre y catedrático de la colegial de la ciudad de Logroño, vicario por el señor obispo de Calahorra: yo fray Gaspar de Palencia, guardián del convento de San Francisco de la dicha ciudad de Logroño, y consultor del santo Oficio, vi y examiné una relacion de los procesos y sentencias que se relataron en el Auto que celebraron los señores inquisidores en la dicha ciudad en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 años, y hallo ser toda muy conforme á lo que se relató en dicho Auto, y ninguna cosa de la dicha sumaria relacion es contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres cristianas; antes muy verdadera, y necesario que venga á noticia de todos los fieles para desengaño de los engaños de Satanás. Fecha en San Francisco de Logroño en 6 de enero de 1611.— Fray Gaspar de Palencia.

LICENCIA.

Nos el doctor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial de Nuestra Señora de la Redonda de esta ciudad de Logroño, y vicario en todo este arciprestazgo de la dicha ciudad por don Pedro Manso, obispo de Calahorra y la Calzada, del consejo del rey nuestro señor etc. Por las presentes y su tenor damos licencia (1) á Juan de Mongaston, impresor, vecino de esta dicha ciudad, para que pueda imprimir esta sumaria relacion del Auto de Fe que se ha celebrado en esta dicha ciudad en 7 y 8 dias del mes de noviembre del año de 1610, sin incurrir en pena ni censura alguna; atento á no haber en ella cosa contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres.

Dada en Logroño, á 7 de enero de 1611 años. — El doctor Vergara de Porres.—Por su mandado, Cristóbal de Enciso, notario.

JUAN DE MONGASTON (2), IMPRESOR, AL LECTOR.

Esta relacion ha llegado á mis manos, y por ser tan sustancial, y que en breves razones comprende con gran verdad y puntualidad los puntos y cosas mas esenciales que se refirieron en las sentencias de los reconciliados y condenados por la demoniaca seta de los brujos, he querido imprimirla, para que todos en general y en particular puedan tener noticia de las grandes maldades que se cometen en ella, y les sirva de advertencia para el cuidado con que todo cristiano ha de velar sobre su casa y familia.

Impresa con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

AUTO.

Este Auto de la Fe es de las cosas mas notables que se han visto en muchos años, porque á él concurrió gran multitud de gente (3) de todas partes de España y de otros reinos; y sábado 6 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, lo primero, siguiendo un rico pendon de la cofradía del santo Oficio, hasta mil familiares, comisarios y notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pendientes de oro y cruces en los pechos. Despues iba gran multitud de religiosos de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañía de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad; y para ver el dicho Auto, de todos los monasterios de la comarca habia acudido tanta multitud de religiosos (4), que vino á ser tan célebre y devota esta procesion como jamás se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaba en hombros el guardián de San Francisco, que es calificador del santo Oficio, y delante iba la música de cantores y ministriles, y cerraban la procesion dos dignidades de la iglesia colegial y el alguacil (5) del santo Oficio con su vara, y otros comisarios y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buen órden llevaron á plantar la Santa Cruz en lo mas alto de un gran cadalso de ochenta y cuatro piés en largo y otros tantos en ancho, que estaba prevenido para el Auto, y con vistosos faroles y familiares de guarda estuvo toda la noche, hasta que el dia siguiente, luego que amaneció, salieron de la Inquisicion. Lo primero, cincuenta y tres personas que fueron sacadas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin cinto y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas á la garganta, con lo cual se significa que habian de ser azotados. Luego se seguian otras veinte y una personas con sus sambenitos y grandes corozas con aspas de reconciliados, que tambien llevaban sus velas en las manos, y algunos sogas á la garganta. Luego iban cinco estatuas de personas difuntas con sambenitos de relajados, y otros cinco ataudes con los huesos de las personas que se significaban por aquellas estatuas. Y los últimos iban seis personas con sambenito y corozas de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas entre dos alguaciles de la Inquisicion, con tan buen órden y lucidos trajes los de los penitentes, que era cosa muy de ver. Tras ellos iba, entre cuatro secretarios de la Inquisicion en muy lucidos caballos, una acémila, que en un cofre guarnecido de terciopelo llevaba las sentencias; y en lo último iban á caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Alvarado, y licenciado Alonso Salazar y Frias, llevando en medio al mas antiguo, acompañados del estado eclesiástico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba en medio de la procesion el doctor Isidoro de San Vicente con el estandarte de la Fe, puestos en muy buen órden, que representaba todo grande autoridad y gravedad.

Llegados al cadalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en él, por bajo de la Santa Cruz: las once personas que habian de ser relajadas, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la mas alta grada, y luego los reconciliados, y en lo mas bajo los que habian de ser penitenciados. Y de la otra parte del tablado, enfrente, se subia

---

(1) Fray Gaspar de Palencia, guardián del convento de San Francisco de Logroño, tuvo el honor de llevar la Cruz verde y asistir al auto como calificador del santo Oficio, y asegura que esta relacion es toda muy conforme á los procesos y sentencias que se relataron en el dicho auto, y muy verdadera. El doctor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial, y vicario del arciprestazgo, que asistió tambien á la funcion, y concluida que fué llevó la espresada Cruz verde á la iglesia de donde la habian sacado, es el mismo que da la licencia para que se imprima esta obra. Con tales seguridades no podrá dudar el lector mas escrupuloso y nimio que cuanto se dice en ella es compendio fiel de lo que se leyó en los púlpitos por los secretarios de aquel ilustrado, santo y compasivo tribunal.

(2) Este Juan de Mongaston imprimió en el año de 1618 las Eróticas de don Estéban Manuel de Villegas, y el poeta en el esceso de su agradecimiento le llamó *prez de los impresores*, pero me parece que anduvo muy hiperbólico.

(3) Y por otros motivos tambien.

(4) Asueto y mula, y holgura de tres semanas; y engullir sin término, y beber sin medida. ¡Y en Logroño!

(5) Ya hemos visto en Madrid á los nietos de los infantes de la Cerda honrarse con esta dignidad, y ocuparse, acompañados de otros esbirros y de sus robustos lacayos, en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar á los calabozos de la Inquisicion tunos, libertinos, frailes y viejas. ¡Estraordinaria degradacion de la nobleza mas ilustre de Europa! ¡Vergonzoso empleo, que apetecian como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio!

por once gradas al sitial donde se pusieron los señores inquisidores, teniendo el estado eclesiástico á la mano diestra, y la ciudad y caballeros á la siniestra; y en lo mas alto de la grada primera se sentó el fiscal del santo Oficio con el estandarte. Y los consultores y calificadores, y los religiosos y eclesiásticos, se acomodaron en dichas gradas, que cabrian hasta mil personas. Todo lo restante del tablado estaba lleno de caballeros y personas principales, y en medio se levantaba un púlpito cuadrado en que se ponian los penitentes cuando se les leian las sentencias por los secretarios del santo Oficio, que para leerlas se subian en otros dos púlpitos que estaban en partes cómodas del tablado.

Comenzóse el Auto por un sermon que predicó el prior del monasterio de los Dominicos, que es calificador del santo Oficio, y aquel primero dia se leyeron las sentencias de las once personas que fueron relajadas á la justicia seglar, que por ser tan largas y de cosas tan estraordinarias ocuparon todo el dia hasta que queria anochecer, que la dicha justicia seglar se entregó de ellas, y las llevó á quemar, seis en persona y las cinco estatuas con sus huesos, por haber sido negativas, convencidas de que eran brujas y habian cometido grandes maldades. Escepto una que se llamaba María de Zozaya, que fué confitente, y su sentencia de las mas notables y espantosas de cuantas allí se leyeron. Y por haber sido maestra y haber hecho brujos á gran multitud de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, aunque fué confitente, se mandó quemar por haber sido tan famosa maestra y dogmatizadora.

El lunes siguiente, cuando amaneció, estaban ya puestos en el cadalso todos los demás penitentes, y debajo de su dosel los señores inquisidores con el estado eclesiástico y ciudad, y todo lo demás dispuesto en la forma que estuvo el dia atrasado, y se volvió á proseguir el Auto por un sermon que predicó el provincial (6) de la órden de San Francisco, que es tambien calificador del santo Oficio. Y luego comenzaron á leer las sentencias de dos famosos embusteros, que fingiendo ser ministros del santo Oficio, habian cometido (7) grandes maldades. Uno de ellos fué desterrado de todo el distrito de la Inquisicion, y el otro que pagase y restituyese gran cantidad de dinero que habia estafado con embustes y maldades que cometió socolor del santo Oficio; diéronsele doscientos azotes, y fué desterrado perpetuamente de todo el distrito de la Inquisicion, y los cinco años á las galeras, á remo y sin sueldo. Otros seis fueron castigados por blasfemos con diversas penas. Otros ocho, por diversas proposiciones heréticas, fueron castigados con abjuracion *de levi*, destierro y otros castigos, conforme á la gravedad de sus delitos. Otros seis, cristianos nuevos de judíos, los cuatro de ellos porque guardaban los sábados, y en ellos se ponian camisas y cuellos limpios y mejores vestidos, y hacian otras ceremonias de la ley de Moysén, abjuraron *de levi* con destierro y otras penitencias; y otro porque habia cantado diversas veces este cantar:

Si es venido, no es venido,
El Mesías prometido,
Que no es venido.

y por otras proposiciones erróneas que habia dicho, fué castigado con la misma pena. El otro, por haber sido judío judaizante por tiempo de veinte y cinco años, y haber pedido misericordia con lágrimas y demostracion de arrepentimiento, fué admitido á reconciliacion con sambenito y cárcel, en la casa de la penitencia del santo Oficio. Un moro, que confesó haberlo sido con apostasía, fué reconciliado con sambenito y cárcel perpetua. Otro, por haber sido luterano, creyendo y teniendo proposiciones de la secta de Lutero, fué tambien reconciliado con sambenito y cárcel perpetua, y se le dieron cien azotes. Las diez y ocho personas restantes fueron reconciliadas por haber sido toda su vida de la seta de los brujos, buenas confitentes, y que con lágrimas habian pedido misericordia, y que querian volverse á la fe de los cristianos. Leyéronse en sus sentencias cosas tan horrendas y espantosas, cuales nunca se han visto; y fué tanto lo que hubo que relatar, que ocupó todo el dia desde que amaneció hasta que llegó la noche, que los señores inquisidores fueron mandando cercenar muchas de las relaciones, porque se pudiesen acabar en aquel dia. Con todas las dichas personas se usó de mucha misericordia (8), llevando consideracion mucho mas al arrepentimiento de sus culpas, que á la gravedad de sus delitos y al tiempo en que comenzaron á confesar: agravándoles el castigo á los que confesaban mas tarde, segun la rebeldía que cada cual habia tenido en sus confesiones.

Acabado el Auto al punto que anochecia, las veinte y una personas que habian de ser reconcilladas fueron llevadas á las gradas de la parte donde estaba el dosel y tribunal del santo Oficio, y puestos de rodillas en la grada mas alta, se hizo un solemnísimo y devotísimo acto, con que fueron recibidas á reconciliacion, y absueltas de la escomunion en que estaban por el señor doctor Alonso Becerra y Holguin, inquisidor mas antiguo; y esto se hizo con tan grande gravedad y autoridad, que toda la multitud de gente estaba admirada y suspensa con la grande devocion. Y luego que se acabó el dicho solemne acto, el dicho señor inquisidor mas antiguo quitó el sambenito á una de las brujas, que se llamaba María de Yurreteguía, diciendo que se le quitaba porque fuese ejemplo á toda la misericordia que con ella se usaba por el dolor con que habia sido buena confitente, y el ánimo con que habia perseverado en se defender de las grandes molestias que los brujos la habian hecho para la volver á reducir á su seta y bandera: lo que causó tan gran devocion y piedad á todos, que no cesaban de dar mil bendiciones (9) y alabanzas á Dios y al santo Oficio, con que se acabó aquel solemne acto. Y el chantre de la iglesia colegial llevó sobre sus hombros la Santa Cruz á la iglesia con mucho acompañamiento y música, que iban cantando el *Te Deum laudamus* tras todos los penitentes, que acompañados de familiares fueron vueltos á la Inquisicion, y el estado eclesiástico y la ciudad tornaron tambien acompañando á los señores inquisidores; y se acabó todo buen rato despues de haber anochecido.

Y porque se tenga noticia de las grandes maldades que se cometen en la seta de los brujos, pondré tambien una breve relacion de algunas de las cosas mas notables que apuntamos algunos curiosos, que con cuidado las íbamos escribiendo en el tablado, y son las siguientes.

El demonio, para propagar esta abominable y maldita seta, se aprovecha de los brujos mas antiguos y mas ancianos, que con mucho cuidado se ocupan en ser maestros y enseñadores de ella. Y á los que pretenden que sean brujos no los pueden llevar al aquelarre (que con este nombre llaman á sus ayuntamientos y conventículos, y en el vascuence suena tanto como decir *prado del Cabron*; porque el demonio, que tienen por dios y señor en cada uno de los aquelarres muy ordinario se les aparece en ellos en figura de cabron), sin que primero consientan en que serán brujos, y siendo de edad de discrecion prometan que harán el reniego. Y habiendo consentido y prometídolo así, en una de las noches que hay aquelarre, va la persona maestra que le ha enseñado y convencido á que sea brujo, á su cama ó parte donde está durmiendo, y le despierta como dos ó tres horas antes de media noche, y habiéndole primero despertado si duerme, le unta con una agua verdinegra y hedionda las manos, sienes, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, y luego le lleva consigo por el aire, sacándolos por las puertas ó ventanas que les abre el demonio, ó por otro cualquier agujero ó resquicio de la puerta, y con grande velocidad y presteza llegan al aquelarre y campo diputado para sus juntas, donde lo primero presenta al brujo novicio al demonio, que está sentado en una silla, que unas veces parece de oro, y otras de madera negra, con gran trono, majestad y gravedad, y con un rostro muy triste, feo (10) y airado (que por entonces se representa en figura de

(6) ¡Qué dos piezas de elocuencia se ha perdido la posteridad: el sermon del padre provincial y el del padre prior! Tan bueno seria el uno como el otro. ¡Y cómo resplandeceria en los dos el espíritu de tolerancia, de mansedumbre, de caridad evangélica!

(7) Procurarian imitar bien lo que fingieron.

(8) Yo lo creo. ¿Qué tribunal ha habido jamás tan piadoso? Él no hacia otra cosa que aprisionar, atormentar, desterrar, confiscar, afrentar, escomulgar, azotar, ahorcar y quemar á los miserables que cogia debajo. Si se le morian en los calabozos, los condenaba en estatua y les quemaba los huesos; y los nombres, apellido y patria de estos y de aquellos los ponia en letras bien gordas á la entrada de las iglesias, para que todo el que supiera leer lo leyese, y durasen por siglos en las familias que dejaban los efectos de su clemencia clerical. Ni estos debieron llamarse tribunales, sino congregaciones filantrópicas.

(9) Es axioma corriente que á Dios se le deben dar gracias por todo; y en efecto, bien podemos nosotros dárselas por habernos hecho nacer un poco mas tarde, y no ser contemporaneos del doctor Vergara de Porres, ni del doctor Alonso Becerra y Holguin.

(10) No anda discreto el demonio en esto de presentarse tan feo y de mal humor en los aquelarres, porque puede echarlo todo á perder. Brujo habria, particularmente entre los novicios, que al verle de tan espantable gesto le hiciese una higa, y no volviera jamás á la tertulia.

Casi todos los que nos dan noticias del demonio (que no sé por cierto de dónde las adquieren) nos le pintan rematadamente necio; pero yo tengo para mí, allegándome á la opinion de un autor católico y muy acreditado,

Que el diablo es bellacon, mas no ignorante.

Y en cuanto á si es feo ó no lo es, yo llevo la afirmativa, y digan lo que quieran sus apasionados. Pero ¿qué especie de fealdad es la suya? *Hoc opus, hic labor est.* ¿Será como se presenta á las madres brujas, ó como el Tasso le describe, que no parece sino que le vió? Ahí va la pintura del gran poeta italiano, y el lector podrá escoger entre los dos el demonio que mas le guste.

Siede Pluton nel mezzo, e con la destra
Sostien lo scetro ruvido e pesante.
Ne tanto scoglio in mar, ne rupe alpestra,
Ne pur Calpe s'innalza o'l magno Atlante,
Ch'anzi lui non paresse un picciol colle:
Si la gran fronte, e le gran corna estolle.
Orrida maestà nel fero aspetto
Terrore accresce e più superbo il rende.
Roseggian gli occhi, e di veneno infetto,
Come infausto cometa il guardo splende:
Gli involve il mento e su l'irsuto petto
Ispida e folta la gran barba scende,
E in guisa di voragine profonda
S'apre la bocca, d'atro sangue immonda

gro con una corona de cuernos pequeños y tres de ellos son es, y como si fuesen de cabron, los dos tiene en el colodrillo y a frente, con que da luz y alumbra á todos los que están en el y la claridad es mayor que la que da la luna, y mucho menos da el sol, y la que basta para que todas las cosas se vean y ; los ojos tiene redondos, grandes, muy abiertos, encendidos os; la barba como de cabra, el cuerpo y talle como entre hom- on, las manos y piés con dedos como de persona; mas de que iguales, aguzados acia las puntas con uñas rapantes, y las vas como ave de rapiña, y los piés como si fuesen de ganso. voz espantosa, desentonada, y cuando habla, suena como un do rozna; mas de que la voz es baja y las palabras que habla ronunciadas, que no se dejan entender claramente, y siempre una voz triste, ronca, aunque con muy grande novedad y arro- su semblante es muy melancólico, y parece que siempre está cuando la bruja maestra le presenta el novicio le dice: *Señor, igo y presento*; y el demonio se le muestra agradecido, y le tratara bien, para que con aquel vengan muchos mas. Y iandan hincar de rodillas en presencia del demonio, y que re- la forma y de las cosas que la bruja su maestra le lleva indus- liciéndole el demonio las palabras con que ha de renegar, las ido, y reniega lo primero de Dios, de la Virgen Santa María, su todos los santos y santas, del bautismo y confirmacion y de crismas, y de sus padrinos y padres, de la fe y de todos los , y recibe por su dios y señor al demonio; el cual le dice que elante no ha de tener por su dios y señor al de los cristianos ue es el verdadero dios y señor que le ha de salvar y llevar al pa- ego le recibe por su dios y señor, y le adora besándole la mano en la boca y en los pechos, encima del corazon y en las partes as, y luego se revuelve sobre el lado izquierdo, y levanta la cola mo la que tienen los asnos), y descubre aquellas partes, que eas y las tiene siempre sucias y muy hediondas, y le besa tam- las debajo de la cola. Y luego el demonio tiende la mano iz- bajándosela por la cabeza acía el hombro izquierdo ó en otras partes del cuerpo (segun que á él le parece), le hace una ncándole una de sus uñas, con que le hace una herida, y saca ie recoge en algun paño ó en alguna vasija, y el novicio siente da muy gran dolor, que le dura por mas de un mes, y la marca r toda la vida; y después en la niñeta de los ojos con una cosa como si fuese de oro, le marca (sin dolor) un sapillo, que sirve 11) con que se conocen los brujos unos á otros. Y luego el de- á la maestra ciertas monedas de plata en precio y compra de lavo y un sapo vestido, que es un demonio en aquella figura, sirva como ángel de guarda (12) al brujo novicio que ha renega- osa notable que por la mayor parte las monedas se desapare- la bruja maestra no tiene provecho en ellas, mayormente si no dentro de veinte y cuatro horas después que las reciben. Y el pre persevera en poder de los brujos, teniéndole y sustentán- iestra mucho tiempo, hasta que el demonio se lo manda entre- jo novicio. También es cosa notable que la marca que el de- hace, es de tal condicion, que con ella les amortigua la parte entra la uña del demonio; de manera que aunque por ella (13) una aguja ó alfiler, no sienten dolor ninguno. Y en la sentencia de Joanes de Echalar, herrero, se refirió que habiendo decla- rado que la marca se la habia puesto el demonio en la boca del estóma- go, los señores le mandaron mirar, y hallando la señal, hicieron que por ella le metiesen un alfiler, y apretaron tanto, hasta que el alfiler se quedó hincado y derecho, diciendo siempre que no sentia cosa ninguna: y poniéndoselo sobre otra cualquier parte de su cuerpo, luego se quejaba y sentia mucho dolor.

Acabado de hacer el reniego, el demonio y demás brujos ancianos que están presentes advierten al novicio que no ha de nombrar el nombre de Jesus ni de la Virgen Santa María, ni se ha de persignar ni santiguar; y luego le mandan que se vaya á holgar y bailar con los demás brujos alrededor de unos fuegos fingidos que allí el demonio les presenta, y les dice que aquellos son los fuegos del infierno, y que entren y salgan por ellos, y verán como no queman ni dan pena ninguna; y que así pues no hay mas pena que aquella en el infierno, que se huelguen y hayan pla- cer, y no teman de hacer cuanto mal pudieren; pues los fuegos del in- fierno no queman ni hacen mal ninguno: con que se animan á cometer todo género de maldades, y se huelgan y entretienen bailando y danzan- do al son de tamborino y flauta, que en el aquelarre de Zugarramurdi (14) (del cual eran casi todos los dichos brujos) le tañia uno que se llamaba Joanes de Goyburu, y á son de atambor, que le tañia otro que se llama Juan de Sansin (15), ambos primos, que fueron sacados al Auto, y recon- ciliados por haber sido buenos confitentes; y duran en las dichas danzas y bailes, haciendo fiesta al demonio (que les está mirando), hasta que es hora de cantar el gallo, después de media noche, que se vuelven todos á sus casas acompañados de sus sapos vestidos, y se deshace la junta porque no pueden estar mas en ella, y en muy breve tiempo llegan á sus casas. Y el dicho Juan de Goyburu, algunas noches que venia al aque- larre desde otro lugar que estaba dos leguas del de Zugarramurdi, con- fiesa que cuando se volvia á él, si llegaba la hora de cantar el gallo (16), su sapo vestido se le desaparecia y dejaba en el camino, y le proseguia á pié hasta su casa, porque no podia ir mas por el aire.

nfiérese de aquí que las seis desventuradas bru- iicharradas por el doctor Holguin con autoridad ca, tendrian cada una de ellas su sapito en el ojo. eriguada y constante, y de lo cual no debe dudar r benévolo.

Jna especie de asistente, ó paje, ó pedagogo, ó o de á pié, ó hermano lego.

En el año de 1652 quemaron en Jinebra á una ha llamada Micaela Chaudron, á quien llegaron á ir que era hechicera. El estracto del proceso es labiéndose Micaela Chaudron encontrado con el las puertas de la ciudad, el diablo la dió un beso, ió por suya, la imprimió en el labio superior y en lerecha la señal que acostumbra á poner á aque- sonas á quienes mas particularmente favorece. lo del diablo es una marca que deja insensible la que está, como lo afirman todos los jurisconsul- onógrafos. Mandó el diablo á la pobre Micaela que hechizase á dos muchachas que la indicó, lo cual con la mayor diligencia y puntualidad. Los pa- de las maleficiadas acusaron á la Chaudron, y esta tras fueron interrogadas y presentadas al careo. ron que sentian cierto prurito ó comezon en al- artes de su cuerpo, y que, por consecuencia pre- taban endemoniadas. Llamáronse médicos, ó á lo loctores en medicina; visitaron á las tres mucha- uscaron en la Micaela el sello infernal, y para ha- metieron por distintas partes una aguja muy larga; icha sangre, y la paciente manifestó con sus alha- e los signos diabólicos no la habian dejado inseu- sible. Viendo pues los jueces que aun no estaba plena- mente probado que fuese hechicera, la aplicaron á cues- tion de tormento, secreto infalible para obtener cuantas pruebas se necesitan. Cedió la infeliz á la violencia de la tortura; confesó cuanto exigieron de ella; pero como quiera que los médicos no estaban satisfechos todavía con la operacion judicial, repitieron las suyas en busca del sello del diablo. Tanto hicieron, que llegaron á descubrir un pequeño lunar en un muslo de la muchacha; metieron de nuevo la aguja, y como las mortificaciones del potro habian sido tan terribles, apenas sintió aquella víctima desdichada las pruebas que estaban haciendo. Esto fué bastante para que la medicina y la jurisprudencia diesen por averiguado el delito; bien que como ya empezaban a suavizarse mucho las costumbres, aunque es cierto que la quemaron, usaron de la cortesía de ahorcarla primero.

En todos los tribunales de la Europa cristiana se fulmi- naban iguales sentencias, y esta bárbara estupidez ha durado tanto, que en los tiempos modernos, en el año de 1750, han quemado con toda solemnidad en Wurtzbur- go, ciudad de Franconia, á una mujer acusada de ser he- chicera, señora de mucha distincion, abadesa de un convento. ¡Y en nuestra edad y siendo emperatriz María Teresa de Austria! (*Voltaire*, *Diccionario filosófico.*)

(14) Lugar pequeño del reino de Navarra en el valle de Bastán, á doce leguas de Pamplona. En el año de 1802 ascendia á poco mas de cuatrocientas personas todo su vecindario.

(15) Se ve que el demonio se acomoda al uso de la tierra. *Adonde fueres, haz como vieres.* En Valencia gus- tan mucho las brujas de atabalillos y dulzainas, y cantan la jota; en la Mancha tocan panderos y tiples; en Anda- lucía sonajas y panderetas; en Galicia gaitas; en Portugal guitarras, y en Zugarramurdi se huelgan con la flauta de Goyburu y el tamborino de Juan Sansin.

(16) El gallo es un pájaro muy de bien, y no consiente picardías. Así que él empieza a cantar, van que el diablo se los lleva brujas, y silfos, y espectros, y lemures, y trasgos, y duendes, y toda la descreida canalla de visio- nes horrendas, que durante la noche hacen tantas trave- suras por los barrancos, encrucijadas y cementerios. Si todos supiesen la habilidad de este cantor, en mas esti- macion le tuvieran, y la gente regalona no se daría tanta prisa á comer pollos.

En los teatros de Inglaterra se recomienda mucho esta virtud del gallo, y en una de sus mas aplaudidas trage-

Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, untándolos y llevándoselos al aquelarre, porque no quiere que renieguen hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de María de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habia criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaria mucho, industriándola en lo demás que habia de hacer, y dándola noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquelarre, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que renegase de la Vírgen Santa María (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguian temiéndose de que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun deseo de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habia de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometia como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dió, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando también cómo, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que la comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del altar. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre con mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de muerte, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estaba de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Y habiéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchos y buenos consejos, la consoló y animó, mandándola que muy de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darla la absolucion hasta que tuvo órden para ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala seta, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquelarre y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y visto cómo eran brujos ciertas personas, y entre ellas la dicha María de Yurreteguia; y habiendo venido esto á noticia de Estéban de Navalcorea, su marido, él y sus deudos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y [illegible] afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedia al mundo venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á hablar á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decia, la cual respondió que la pusiesen en presencia de ella y la convenceria y haria confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dijo muchas razones y cosas que habian pasado en el aquelarre, y la dicha María de Yurreteguia se defendia jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban á la dicha María de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y convencida, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un desmayo, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto en sí con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó cómo era verdad todo lo que la francesa decia, y que ella habia sido bruja desde muy niña por enseñanza de María Chipia, su tia y hermana de su madre (que tambien fué sacada al Auto y reconciliada), y dijo y confesó muchas cosas que habia hecho siendo bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdon á sus vecinos de los males que les habia hecho, y públicamente confesó como era bruja, y les pidió perdon. Y confiesa que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que nunca hasta entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzaron á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquelarre, poniendola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquelarre, estando el demonio y todos sus brujos con el, les dijo el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar de su casa á la dicha María de Yurreteguia para la llevar al aquelarre. Y poniendolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puercos y cabras, y á Graciana de Barrenechea (que era reina del aquelarre) en figura de yegua, se fueron á la casa de María de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la huerta de ella (dejando todos los brujos mozos en la dicha huerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de tener para sacalla de su casa y llevar al aquelarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndoselas el demonio; y hallaron que la dicha María de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convocado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenian todos los de la casa de los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquelarre é irian á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquelarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escaño, y por cima dél sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha María de Yurreteguia, y para la llamar haciéndole señas que fuese con ellos. Y María Chipia, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí la llamaban con la mano, haciendola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándola que se la habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendia dando voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echádoles unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha María de Yurreteguia, la cual á voces decia: «dejadme, traidores, no me persigais mas, que harto he ya seguido al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rosario que tenia al cuello, levantó la cruz dél en alto diciendo: «dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me ha de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego o el aire, huye a su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni ánima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreva á presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Búrgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadenita y olor de azufre, y *¡ay de mí!* pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿á quién se debe? Al gallo. ¡Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socaliñas y malos partos nos ahorra!

(17) *Illiacos intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Vírgen Santísima, ¡adónde vamos a parar! Esta es doctrina frailesca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, tambien yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿seguir despues la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femineo, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion a tanto númen? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme a la estabilidad de sus refectorios.

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escaño, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludovico Enio en la comedia de *El purgatorio de san Patricio.*

Yo no sé por qué no habíamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso

y de la Vírgen Santa María, se desaparecieron y fueron todos haciendo un gran ruido en lo alto de la casa y en el tejado. Y habiéndose vuelto con mucha tristeza adonde estaban los demás brujos, el demonio con gran despecho se daba unos grandes golpes con la mano izquierda en los pechos, para mostrar la grande pena y dolor que tenia por no haber podido reducir á su bandera á la dicha María. Y por vengarse de ella le arrancaron las berzas de la huerta, y le rompieron y destrozaron muchos piés de manzanos (21), y luego se fueron á un molino que tenia arrendado el suegro de la dicha María de Yurreteguia, y para mas se vengar de ella, le desbarataron rompiendo y quebrando el rodezno, y desencasaron el husillo y le echaron en el agua, y la piedra de moler la desencasaron y echaron á una parte del molino, y después el demonio; y otro mucho número de demonios (que allí se aparecieron, y todos los brujos) levantaron en alto todo el molino, que estaba puesto sobre cuatro pilares, y lo llevaron á lo alto de un cerro qué estaba allí junto, donde lo tuvieron un rato con mucho regocijo y risa por ver que habian llevado entera toda aquella máquina, y porque las brujas mas viejas (como trabajaban tanto para lo llevar) iban diciendo: «aquí mozas y en casa viejas;» y después volvieron todo el molino entero como lo llevaron, y los demonios lo pusieron y concertaron como estaba, dejando roto el rodezno y el husillo en el agua, y la piedra molar á un lado. Como la habian puesto, se fueron con mucho sentimiento y despecho por no haber podido volver á su bandera á la dicha María de Yurreteguia, y el dia siguiente se hallaron hechos todos los dichos daños, y llevaron oficiales que aderezaron y repararon el molino.

Porque esta María de Yurreteguia dió principio en la dicha forma á que se descubriese esta seta y complicidad, y perseveró siempre en sus confesiones, resistiendo con mucho ánimo al demonio y á los demás brujos que pretendian reducirla á su gremio, se usó con ella de tan grande misericordia, que se le quitó el sambenito (estando en el tablado) después que fué reconciliada, y se le dió licencia para que pudiese volver á su tierra, para que fuese ejemplo á todos los demás brujos de la misericordia que con ella se usaba por ser buena confitente (22).

Cuando los maestros pretenden hacer brujos á los que han ya llegado á edad de discrecion, primero se lo dicen, y si resisten y no quieren consentir en que serán brujos, no los pueden llevar al aquelarre; mas si consienten, los llevan en la forma dicha. Y para hacer brujos los que han llegado á edad de discrecion (si tienen de cinco ó seis años arriba), les ganan primero el consentimiento dándoles algunas manzanas, nueces ó golosinas, y diciendoles que si quieren ir á una parte donde se holgarán mucho con otros niños; y á los que resisten no los llevan contra su voluntad, y á los que son pequeños que no pueden prestar consentimiento, sin darles ni decirles cosa ninguna, los pueden sacar de sus camas y llevarlos, si sus padres ó las personas que los acostaron no los persignaron ó santiguaron, ó les echaron agua bendita, ó pusieron algunas reliquias, que á los tales (aunque les pueden hacer algunos males) no pueden sacarlos de su casa y llevarlos al aquelarre. Y los brujos que no han llegado á edad de discrecion para renegar, y los brujos novicios que han ya renegado, siempre están debajo del amparo y tutela de sus maestros que los hicieron brujos; y no fian de ellos sus secretos y mayores maldades porque no los descubran. Y en los aquelarres los ocupan en guardar una gran manada de sapos (23), que los brujos (en compañía del demonio) recogen por los campos para hacer dellos veneno y ponzoñas; dándoles para que los guarden unas varillas, y advirtiéndoles que los traten con mucho respeto y veneracion, y á los que así no lo hacen los castigan cruelmente. Y porque María de Yurreteguia á un sapo que se apartó de la manada le volvió á ella careándole con el pié, y no con la varilla que para ello la habian dado, se lo acriminaron por un gran delito, y la castigaron dándola muchos azotes y pellizcos, de que le duraron los cardenales algunos dias. Y todos estos brujos menores no pueden ir al aquelarre sino es en compañía de sus maestras, que todas las noches de aquelarre van por ellos á sus casas, y los untan y llevan, y tienen cuidado de volvellos á sus camas. Y los que son renegados tienen en su poder los sapos vestidos, y los sustentan y alimentan hasta tanto que están ya muy aprovechados en maldades, y entonces los admite á la dignidad de poder hacer ponzoñas, echándoles para ello su bendicion, que siempre el demonio comienza todas las cosas que hace de consideracion con ella. Y el dicho Miguel de Goyburu y otros muchos de los dichos brujos refieren que la echa en esta manera: Levanta la mano izquierda hasta la frente, los dedos acia arriba, y entrecerrada la mano, y luego con gran presteza revuelve los dedos abajo, y juntamente el brazo y mano hasta la llegar por bajo de la cintura, y luego la va revolviendo acia arriba, haciendo con ella unos círculos alrededor, como cuando se devana al revés. Y á los que son admitidos á esta dignidad, luego el demonio les entrega los sapos vestidos que dió á sus maestras cuando renegaron, y de allí adelante salen de la sujecion de sus maestras; sustentan y alimentan sus sapos, y se untan, y van por sí al aquelarre sin que tengan necesidad de padrinos, y son admitidos á mayores secretos y maldades, que no se comunican á los brujos menores.

Estos sapos vestidos son demonios (24) en figura de sapo, que acompañan y asisten á los brujos para los inducir y ayudar á que cometan siempre mayores maldades; están vestidos de paño ó de terciopelo (25) de diferentes colores, ajustado al cuerpo con sola una abertura, que se cierra por lo bajo de la barriga, con un capirote como á manera de capillo, y nunca se les rompe, y siempre permanece en un mesmo ser; y los sapos tienen la cabeza levantada, y la cara del demonio, del mesmo talle y figura que la tiene el que es señor del aquelarre y al cuello traen cascabeles (26) y otros dijes. Hanlos de sustentar, y les dan de comer y beber, pan, vino y de las demás cosas que tienen para su sustento; y lo comen llevándolo con sus manos á la boca, y si no se lo dan, se lo piden diciendo: «nuestro amo, poco me regalais, dadme de comer (27).» Y muchas y diversas veces hablan y comunican con ellos sus cosas, y el demonio les toma estrecha cuenta del cuidado que tie-

se representan *La peregrina Doctora*, *El Diablo predicador*, *Marta la Remorantina*, *El Diluvio universal*, *El Nazareno Sanson*, *El Anillo de Giges*, *El Convidado de piedra*, *El Lucero de Madrid y Pedro Vayalarde*, con sus dos hijos endemoniados, y el Cristo que habla y dice con voz acigarrada y aguardentosa: «ya estas perdonado, Pedro.»

(21) Esto es muy comun en los lugares; pero ya no son las brujas ni el demonio los autores de tales fechorías; son otra clase de gentes. El tio Canene arranca las lechugas al tio Herodes, y le rompe la tinaja del aceite; el hijo del Chato quema las colmenas de Anton Chiribitas; y Panchurrin y Canicuca hacen astillas en una noche la parra de don Cleofás el Hidalgo; le quitan las camisas de la azotea, y le echan rescoldo en el peluquin; pero esto no se remedia con agua bendita ni exorcismos. Pide justicia y cadena, y garrote no pocas veces.

(22) Quiere decir esto, que el que no se confesaba reo de un supuesto delito no tenia que esperar misericordia de aquel misericordiosísimo tribunal. No pudo inventarse medio mas sutil de hallar culpa donde no la hubiese. El juez siempre quedaba acreditado ó de compasivo ó de justo, aliviando el castigo al que confesaba, y quemando al que no queria confesar. Al malvado y al débil se les ofrecian medios fáciles para evitar el rigor de la ley; pero el inocente, el virtuoso, el que estimaba en mas que la vida el testimonio de su conciencia, perecia en las llamas.

(23) ¡Escelente asunto para una égloga! Si yo fuera poeta introduciria un par de zagalejos, brujos novicios, los dos en cueros vivos, los dos chorreando ungüento verde y fétido, y pastoreando sapos por los campos de Barahona en una noche lluviosa de diciembre, cantando uno y otro al son del tamborino sus celos, sus esperanzas, sus dulces amores con las brujas de Angon, de Trijueque, de Jirueque y de la Rebollosa. Mezclaria oportunamente en sus amebeos, discretos encomios del gran cabron que los preside; les haria cenar ternillas de ahorcado, lagartijas y pedos de lobo; y como ya es costumbre inveterada que todas las églogas se concluyan al anochecer, la mia (por no parecerse á ninguna) se acabaria al cantar del gallo, y el *quiquiriquí* me serviria de desenlace.

(24) Ya me lo daba á mí el corazon.

(25) La triste bruja que hubiese de vestir á tanto sapito de paño y terciopelo, y traerlos á todos ellos decentes y aseados, como es regular, se veria muy apurada; pero el prudente demonio removió este obstáculo, disponiendo que los vestidos (por un continuado milagro) ni se les empuerquen, ni se les rompan. Con su camisolita de percal, su chaqueta, su pantaloncito, sus medias botas y su gorro á cada uno, los tiene ya equipados para toda la vida. Es gasto, pero al fin se hace de una vez; y en verdad que no nos sucede lo mismo á nosotros, los que no somos sapos, que á cada paso tenemos que llevar dinero á la tienda de Castillo para sustituir calzones y renovar levitas.

(26) Que el vestido del criado
Dice quién es el señor.

(27) Esto no me gusta. ¡Tanto apetito y tanto regodeo, y que se les ha de dar una comida tan espléndida, y que á cada paso se han de estar quejando de que no los tratan bien! ¡Vaya, que son melindrosos y de mal contentar los tales sapitos, que no he visto tal en mi vida! Pues pese á su alma, ¿no ven que el gran pontífice del aquelarre, que vale mas que ellos y toda su generacion, se contenta con una pepitoria de sesos y tabas de muerto, y ellos (ridículo vulgo de diablos) han de exigir de la pestilente bruja que los cuida manjares mas delicados y esquisitos? Es imposible que la pobre mujer no se vea negra para

nen en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y darles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y estendia hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponia en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y á hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va enconando é hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas,» y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barreña que para ello le ponen, la cual recogen y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres dias de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, diciendo: «señor, en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una mesma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios.» Y María de Zozaya añade que decia ciertas palabras en vascuence, que quiere decir *aquí y allí*. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguia se quejaba y decia á María Chipía, su tia, que para qué la achicaba y ponia tan chiquita, y le respondia que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvia á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (28), llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otras veces van por su pié, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llegan al aquelarre, donde está el demonio con horrenda y muy espantosa figura. Y Graciana de Barrenechea, reina del aquelarre (29), dice que es de un gravísimo y malísimo olor. Y puestas de rodillas en su presencia, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corros; y á los que dejan de acudir á los aquelarres (aunque sea por precisa ocupacion ó por grave enfermedad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para ello en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Telechea confiesa (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasion de que habiendo sido elegido su marido por rey de los moros (á usanza de aquella tierra para se holgar y festejar la fiesta de San Juan en competencia de otro rey, que también eligen, de los cristianos, como era reina, tuvo ocupacion legítima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto la maltrataron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender que estaba con mal de corazon, para que su marido no viniese á imaginar y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con ella acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, sin que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echaron sueño para que no pudiese despertar (30); y en todo el dia estuvo tan mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los azotes) que estaba con grave enfermedad de corazon. Y refieren otros grandes castigos que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir con mucha puntualidad á los aquelarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquelarres, no osan hablar ni poner en plática las cosas que pasan en ellos, aunque estén juntos en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ello los manda azotar muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (concordando con otros muchos que lo declaran dél) que era verdugo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que parlaban las cosas que pasaban en él, y descubrian que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unas manojas de mimbres retorcidos, ó con unos espinos muy ásperos, que se les metian por la carne y salia sangre, y que lo mas ordinario el demonio sacaba luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y polvos) (32) un botecito de barro colorado, en que tenia un ungüento con que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se les quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y llevaban en sus carnes metidas las puntas de los espinos, y que diversas veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se las estaban sacando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos niños declarado en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana los llevaban al aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y viendo los padres sus malos tratamientos, y que los niños se consumian y temblaban con los dolores, acudieron al vicario de la iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, y en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuarenta niños, donde también dormia el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia los bendecia y conjuraba echándoles agua bendita, por lo cual no los podian sacar de casa. Y que aquella noche por órden del demonio hacian sus juntas muy cerca de la casa del dicho vi-

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendiguez.

¡Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuitados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí a un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoni, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nitrate, y sulfureto, aceite y cenizas graveladas, en fin, él allá se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenia el rey en la cárcel, á peticion de su casero, y cuando salia de ella comia bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormia de balde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazuencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pobrísimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y adivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estraccion: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tio Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectore*, como yendo en una ocasion desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebídose un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á deshora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban cruzando por la media region. Oyó voces de hombres, y risotadas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderetas; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,
Tres de Pozuelo,
Y la Capitanita
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaracion (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramurdi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demasiado necio y habitual en muchos maridos; adolecen de ello, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que haya tontos que se dejen aporrear y azotar sabiendo que está en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. ¡Gran boticario!

negrio; é iban todas las noches á ver si los podrian sacar entrando por las puertas de la calle, aunque estaban cerradas, y por la ventana, haciendo ruido para poner miedo á los que estaban en casa, y que habian tenido grandes carcajadas de risa y entretenimiento por ver el cuidado y diligencia grande con que el vicario andaba con una sobrepelliz y estola, y un libro en la una mano y en la otra un hisopo echando agua bendita y conjurando á todos los muchachos (33); y que mas de treinta de los brujos se subieron á lo alto del tejado, y allí hicieron mucho ruido y quebraron muchas tejas, porque por la dicha razon no pudieron sacar los dichos niños. Y que dos noches que el vicario se descuidó en los conjurar, entendiendo que estaban ya seguros, le echaron sueño que no pudo despertar, y le sacaron los niños y llevaron al aquelarre, y los azotaron cruelmente porque habian parlado; y que el dia siguiente estuvieron todos muy malos de los malos tratamientos. Y estando un dia en la escuela pasaron por junto á ella dos de las brujas que los llevaron al dicho aquelarre, y salieron todos los muchachos (con grandes voces y á pedradas tras ellas) diciendo que aquellas eran las que los habian azotado, y que decian la verdad. Y las hubieran muerto si no se hubieran encerrado en su casa. Y todo estaba verificado y comprobado segun que ella lo confesó.

Demás de los bailes, se huelgan cuando están en el aquelarre saliendo á espantar y hacer mal á los pasajeros en figuras diferentes para que no puedan ser conocidos; que el demonio (al parecer) los trasforma en aquellas figuras y apariencias, y en las de puercos, cabras y ovejas, yeguas y otros animales, segun que es mas á propósito para sus intentos. Y en la dicha forma confiesan todos que salieron á espantar á Martin de Amayur, molinero, una noche que iba desde Zugarramurdi á su molino, y él se defendió con un palo que llevaba, y alcanzó un golpe á Maria Presoná, que se llegó muy cerca, y cuando le recibió dió un gran grito, y estuvo muy mala por algunos dias; y el dicho (34) molinero, del grande espanto que tuvo, en llegando al molino cayó desmayado, y refiere todo el suceso. Y todas las brujas confitentes declaran que consolando á la dicha Maria Presoná por el mal que habia recibido del golpe del palo, le decian que ella se tenia la culpa por se haber llegado tan cerca. Y que en la mesma forma salieron al camino á tres hombres que nombraron, vecinos de Zugarramurdi, que se volvian á sus casas después de haber dejado su ganado en el campo; y haciendo mucho ruido entre unos castaños en las hojas secas dellos que estaban ya en el suelo, los espantaron; y revolviendo con sus espadas desenvainadas en las manos sobre los dichos brujos, que estaban en figuras de gatos y perros y otras formas de animales, se fueron retirando hasta meterse en una laguna; y así dichas personas no osaron pasar adelante, y se volvieron retirando, y con grande furia corrieron hasta llegar á sus casas; y el espanto que tomaron les duró por muchos dias, de que llegaron á estar muy malos. Y refieren otros muchos males y burlas que hicieron en la dicha forma; y como el demonio en el aquelarre les decia las personas que no acostumbraban á echar la bendicion á la mesa cuando comian y cenaban, y no daban las gracias á Dios después de comer, para que fuesen á sus casas á les hacer males y daños; y que el demonio les iba alumbrando y les abria las puertas, y echando sueño á las personas que estaban en la casa, danzaban y bailaban en ella, quebraban platos, y hacian otros daños y males semejantes.

Mientras que están en el aquelarre no pueden nombrar el santo nombre de Jesus, ni de la Virgen santa Maria, su madre, sino es para renegar, ni pueden persignarse ni santiguarse; y de ello los advierten luego que son admitidos á la seta de los brujos; y si algunas veces se descuidan y los nombran, les suceden muy grandes daños, y al punto se deshacen los aquelarres, y castigan gravemente á las personas que los nombraron. Y Maria de Iriarte y Joanes de Goyburu refieren que estando una noche bailando en el aquelarre de Zugarramurdi vino á él una moza francesa (del aquelarre de Trapaza, reino de Francia), que era grande bailadora, y en el baile daba unos saltos tan altos como son altos los tejados, y unas castañetas que sonaban mucho á maravilla, y con la mucha admiracion que de ello recibió la dicha Maria de Iriarte, dijo: *¡Jesus, qué es esto!* y al punto todo se desapareció, quedándose ella sola y á oscuras, por lo cual fué después gravemente castigada. Y que habiendo salido una noche á espantar á dos hombres que venian de dejar su ganado en el campo, los fueron acosando y persiguiendo gran rato, hasta que con el grande espanto que recibieron, á veces llamaban el nombre de Jesus, con que no pudieron mas seguirlos, aunque del espanto cayeron y estuvieron enfermos mucho tiempo. Y el dicho Miguel de Goyburu refiere que habiendo ido el demonio y los brujos de Zugarramurdi á visitar al demonio y brujos de otro aquelarre, Estebania de Telechea, bruja reconciliada, viendo la grande multitud de brujos que habia en él (que eran mas de quinientos), maravillada de ver tanta gente, nombró el nombre de Jesus, y con grande ruido en un instante se hundió y desapareció todo, y se volvieron á sus casas, que no pudieron estar mas en el aquelarre. Y que habiendo tenido mucho deseo de ser brujo un marinero de Ezcayn, dijo á Maria de Ezcayn, vecina de dicho lugar, que era bruja, que le enseñase á ser brujo, y le daria un sayuelo el mas galán que se hubiese puesto en su vida. Y habiéndole ella prometido que le haria brujo, le llevó al aquelarre que hay en el dicho lugar (untándole primero con el agua que se untan), y cuando le presentó ante el señor, y él vió que era tan feo, y que le besaban debajo de la cola, admirándose de ver aquello, dijo á la dicha Maria: *¿este es vuestro señor?* y santiguándose, dijo: *Jesus;* y que luego al punto todo se hundió y desapareció con mayor furia y presteza que vuelan los pájaros y las palomas, y el marinero se quedó á oscuras en el sitio donde estaban, sin que supiese de sí; y fué menester que la dicha Maria volviese después por él para le llevar por su pié á casa. Y muchos de los brujos confitentes refieren que una noche el demonio les dijo como venian seis navios por la mar, y que era menester que fuesen á causar tempestad y destruirlos. Y habiendo ido acia San Juan de Luz, entraron como dos leguas por la mar adentro, y luego toparon con los navios. El demonio con gran lijereza dió un salto acia atrás; y revolviéndose sobre la mano izquierda, le levantó en alto, y echó su bendicion diciendo con una voz gorda y ronca: *aire, aire, aire;* y luego al punto se levantó una temerosa tempestad y unos furiosos aires, contrarios los unos de los otros, que llevaban los navios á que se encontrasen para se hacer pedazos; con que luego levantaron grandes clamores los que venian en ellos, arremetiendo unos á las velas y otros al leme, y no pudiendo resistir á la tempestad, levantaron un gran clamor invocando el nombre de Jesus, y uno levantó una cruz en alto de un navio, con que no pudieron mas detenerse, y con grande ímpetu y estruendo huyeron, y se volvieron á sus casas. Y el dicho Joanes de Echalar refiere que la primera noche que del aquelarre le llevaron por el aire á destruir los frutos y panes, los brujos levantaron un gran ruido, mayor que si cuarenta de á caballo corrieran juntos, y mas espantoso que cuando truena, y admirado de aquello nombró el nombre de Jesus, y al punto se desapareció todo, y él cayó en tierra, y quedándose á oscuras en el campo, como atónito, pasado un rato oyó que daba el relej, con que entendió estaba cerca del lugar, y á gatas como pudo se fué allá donde oyó que sonaba la campana; y habiendo llegado á casa, cayó desmayado, y estuvo malo del espanto muchos dias, y después le azotaron y castigaron gravemente. Y Maria de Echaleco refiere que habiéndola llevado la reina Graciana de Barrenechea por el aire un dia después de comer á un campo donde estaba una cueva, dejándola sola se fué acia la cueva, y pasado un rato vió que la dicha Graciana y Estebania de Telechea salieron de la cueva llevando en medio y abrazado al demonio en muy espantosa figura, y que todos tres iban acia donde ella estaba, de que con el espanto que tuvo nombró el nombre de Jesus, y luego al punto se desaparecieron. Y quedando ella sola reconoció como estaba en el prado Berroscoberro, donde acostumbraban á hacer sus juntas, y por su pié se volvió al lugar, que estaba cerca. Y refieren otras muchas cosas y sucesos notables que han visto por haberse nombrado el santo nombre de Jesus; y que es tan espantoso para el demonio y todos los brujos, que tiemblan siempre que le oyen nombrar, y pierden la fuerza, de manera que no pueden ejecutar los males que pretenden hacer, ni detenerse en la parte que le nombran.

En las vísperas de ciertas fiestas principales del año, que son las tres Pascuas, las noches de los Reyes, de la Ascension, Corpus Christi, Todos Santos, la Purificacion, Asuncion y Natividad de nuestra Señora, y la noche de San Juan Bautista, se juntan (35) en el aquelarre á hacer solemne

(33) Buena es la sobrepelliz, y muy á propósito el bonete; la estola, el libro y el hisopo me parecen esencialísimos; pero quisiera yo que aquel santo clérigo hubiese armado á las criaturas con defensivos mas eficaces, que un autor profano llamó *chucherías*. Por ejemplo: un colmillo de jabalí, una santa Teresa de barro, la cruz de Caravaca, la regla de San Benito, un cuerno, una mano de tejon, la piedra del rayo, la piedra del águila, una pipa de san Ignacio, la firma de santa Teresa, una higa de azabache con su media luna detrás, un *Agnus Dei*, una medalla de santa Elena, un niño en cruces y una castaña de Indias; y á buen seguro, que pertrechados los chiquillos con esta espetera, aunque al vicario se le hubiese olvidado conjurarlos, y durmiese mas que los *siete durmientes* de Moreto, ni brujo, ni bruja, ni diablo, ni sapo, ni cosa mala les hubieran tocado al pelo de la ropa, y les hubiera ahorrado á aquellos angelitos la cruel zurribanda que tuvieron que padecer. Y todo ¿por qué? Por el descuido del señor vicario de Zugarramurdi, por no saber su oficio. Si yo fuese vicario, de otro modo me portaria.

(34) Hay una pantomima intitulada *El tonto molinero*: ¿quién sabe que este Martin de Amayur no diese motivo a componerla? He repasado hoja por hoja la Dramaturgia de Leon Alacci; pero allí no hay nada que tenga relacion con esto. Lo propongo á los curiosos por si gustan de hacer nuevas indagaciones. Bien que no quiero omitir una reflexion que me ocurre, y es: que el tal molinero, á pesar de su tonteria, acertó con el único espediente que sugiere la mas consumada prudencia para cuando uno se ve acosado de brujas. No hay sino encomendarse á Dios, y garrotazo en ellas.

(35) Al llegar con mis anotaciones á este pasaje de la misa y la zambra diabólica de que se habla mas adelante, te aseguro, lector carísimo, que estuve por hacer añicos el testo y la glosa, y desistir de la publicacion de esta obrilla. Porque es, en efecto, tan groseramente necio y bestial cuanto aquí se refiere, y supone tan torpe y hedionda estupidez de parte de sus autores, que no parece posible, sin esfuerzo particular, llevar adelante su lectura. En esta incertidumbre quise oir el dictámen de tres amigos que vinieron á verme una mañana á mi desaliñado guardillon. Les leí de un cabo al otro el Auto de Fe y la relacion de la

adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oido, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo talle y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeños, y de [illegible] son seis ó siete, y cuando son menester se aparecen allí [illegible] cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y [illegible] dosel, y en él unas imágenes de figuras del demonio, cáliz, hostia, [illegible] y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia [illegible] misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, [illegible] dándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces [illegible] roncas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que [illegible] de piedra, y les predica un sermon, en que les dice que no [illegible] gloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y [illegible] al paraiso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, [illegible] dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos [illegible] mal pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertorio, [illegible] para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas [illegible] preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un [illegible] la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la [illegible] una vacinilla como las que usan en las iglesias con que piden para [illegible] brar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada [illegible] de los dichos eslabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos [illegible] brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á [illegible] cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pié [illegible] hasta llegar á hincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapaz, y echan en la (37) vacinilla el dinero que traen para ofrecer, y unos ofrecen un sos, que es media tarja, y otros [illegible] entero, y los mas ricos y poderosos ofrecen un franco, que son tres [illegible], y cuando los echan en la vacinilla dicen: *esto por el honor del [illegible] y honra de la fiesta;* y las mujeres también ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego [illegible]

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el diálogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprímalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convengámonos.

DON PABLO.

Imprímase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegírico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artífice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creido que valia mas que muchas disertaciones la reimpresion de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debia hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavía en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar a la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede elegir, para evitar ambos estremos, sino el de publicar el aquelarre como está, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Doy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estremecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Logroño con esa pregunta. Ella lo creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de personas, lo imprimio para que lo leyèsen los que no lo oyeron. Ella debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué oidos honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es lícito desnudar á Venus, ni aun para azotarla.

EDITOR.

Sí, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco halagüeños, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quien ha de hallar complacencia ni peligro en semejante lectura, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que añadir? Lo mismo digo acerca de la ridícula misa del diablo. ¿Qué perjuicio ha de resultar de la descripcion disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguirá venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, lea la que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como esta.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN

Sí por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en creciendo se ordenarán á la diablesca, serán predicadores sabatinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) ¡Por qué tanto el demonio misacantano no habia de ser también aficionado á la limosnita!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán tortillas: que *el abad de lo que canta yanta.*

hincan de rodillas junto á él, y le besan la mano izquierda y los pechos encima del corazon, y dos brujos que hacen el oficio de caudatarios le alzan las faldas para que le besen en las partes vergonzosas, y revolviéndose el demonio sobre la mano izquierda, le alzan la cola y descubren aquellas partes que son muy sucias y hediondas, y al tiempo que le besan debajo de ella tiene prevenida (que les da) una ventosidad de muy (39) horrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que le besen en aquellas partes. Y hecha la ofrenda prosigue su misa y alza una cosa redonda como si fuera de suela de zapato, en que está pintada la figura del demonio, diciendo: *este es mi cuerpo;* y todos los brujos puestos de rodillas le adoran dándose golpes en los pechos, diciendo *Aquerragoyti, Aquerrabeyti*, que quiere decir: *Cabron arriba, Cabron abajo*. Y lo mesmo hacen cuando alza el cáliz, que es como de madera, negro y feo, y come la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y después se ponen todos los brujos alrededor, y los va comulgando dándole á cada uno un bocado negro (en que está pintada la figura del demonio), que es muy áspero y malo de tragar, y luego les da un trago de una bebida que es muy amarga, y en tragándola les enfria mucho el corazon.

Luego que el demonio acaba su misa, los conoce á todos, hombres y mujeres, carnal (40) y sométicamente, y la dicha Graciana de Barrenechea, reina, iba señalando las brujas que habian de ir (41) donde estaba el demonio un poquito apartado para el dicho efecto. Y Estebanía de Iriarte, su hija, era la que mas continuaba ir á los dichos actos (42), y luego que la dicha su madre le hacia señal para que fuese, Joanes de Goyburu, su marido (tañendo con el tamborino, y Joanes de Sansin con el atambor), iban á la parte donde estaban las brujas, y la sacaban de entre ellas, y la llevaban á la parte donde estaba el demonio, que luego.... la conocia sométicamente, estándole haciendo el son el dicho su marido Joanes de Sansin (43). .....Y luego que el demonio acaba de cometer las dichas maldades, y otras muy abominables que se dejan de referir, los brujos se mezclan unos con otros, hombres con mujeres, los hombres con hombres, sin consideracion á grados ni á parentescos; y el demonio los aparea y señala con cuáles se han de juntar en forma de casamiento, diciéndoles: *este es bueno para ti, y tú eres buena para este*; y en aquellos torpísimos actos se juntan en el aquelarre, y fuera de él, con torpísimas y nefandas maldades, y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes; de dia y de noche se les aparece el demonio en espantosa figura...... y á las mujeres.... muy de ordinario (44) se les va á las camas. Y María de Zozaya refiere, que casi todas las noches le tenia en su cama; y le abrazaba, trataba, hablaba y comunicaba en la misma forma que si fuera su marido, sin haber mas diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, de invierno y de verano, tenia las carnes frias, que aunque mas hacia no se las podia calentar. Y estas mismas maldades hacen y ejercitan en todas las noches siempre que van al aquelarre, y después muchas veces de dia, después de haber comido; fingiendo que estan hilando, lavando los platos, ó en otros actos semejantes, ó saliéndose á pasear acia el campo, el demonio los arrebata, y llevándolos encubiertos con sus malas artes (de manera que aunque ellos ven á la gente, no pueden ser vistos), van á cierta parte que tienen señalada para se juntar y mesclar en actos torpes y deshonestos los unos con los otros, y con el demonio (45). Y en sus casas de dia ni de noche no los echan menos aunque duermen en una mesma cama, porque de noche el demonio echa sueño á los maridos ó á las mujeres que no son brujos, de manera que no puedan (46) despertar; y en el lugar que desecupa el brujo, cuando van al aquelarre, se pone un demonio de su mismo talle y figura, que está allí representando su persona hasta que vuelven, y cuando vienen les dice las cosas que han sucedido mientras han estado ausentes. Y la dicha María de Zozaya refiere que habiéndose ido una noche al aquelarre, una vecina llamó á su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no le tenian, y cuando volvió del aquelarre se lo dijo. Y Marijuan refiere que otra noche fueron á buscar á su casa para comprar unos huevos, y también el demonio respondió por ella por la ventana, diciendo que no los tenia. Y contándoselo cuando volvió del aquelarre, le respondió que bien se los pudiera dar, que allí estaban en la cantarera. Y que siempre que habia de ir al aquelarre de dia, cerraba muy bien sus puertas por de dentro, y el demonio la sacaba por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondia por ella. Y aunque travesaba por cima de todo el lugar, y veia y conocia á todos los que topaba ella por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no la viesen; y cuando volvia, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habian buscado.

En la noche de San Juan, después de acabada su misa y las ceremonias y dichas maldades, va el demonio con todos los brujos á la iglesia, y abriéndoles las puertas se queda él fuera, y los brujos hacen muchas ofensas y ultrajes á la santa Cruz y á las imágenes (47) de los santos.

(39) ¡Buen provecho!

(40) ¡Estraño modo de desayunarse!

(41) Que es decir, bruja y diabla con sus puntas y collares de alcahueta.

(42) Yo lo creo. Para estos menesteres las hijas son mas á propósito que las madres.

(43) ¡Pobre Juan!

(44) El cabron ha sido personaje muy respetable en la antigüedad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas prendas. En el pueblo de Dios fué necesario prohibir espresamente que las damas tratasen con demasiada familiaridad á esta y otras bestias; de las cuales ya no hacen caso las que hoy tenemos por mas antojadizas y pecadoras. «Cum omni pecore non coibis, nec maculaberis cum » eo. Mulier non succumbet jumento, nec miscebitur ei, » quia scelus est. Qui cum jumento et pecore coierit, morte » moriatur: pecus quoque occidite. Mulier quæ succubue» rit cuilibet jumento, simul interficietur cum eo: sanguis « eorum sit super eos. »

El padre Martin del Rio, jesuita doctísimo, nos refiere que las brujas llaman al cabron *Martinico;* que las favorece con particulares muestras de amor, y que, agradecido á la docilidad que encuentra en ellas, las sirve muchas veces de cabalgadura. Dice también que todos los herejes son mágicos, y aconseja en caridad que se les dé tormento. Cita gravísimas autoridades en apoyo de la opinion de que su tocayo Lutero fué hijo de un cabron y de una mujer; y asegura que otra parió en el año de 1598 una criatura, cuyo padre habia sido el demonio disfrazado de cabron. Si yo tuviera dinero (que no le tengo) reimprimiria las obras del padre Martin del Rio y otras de su clase, para confusion de los incrédulos y regocijo universal.

(45) Ahora, que viene á cuento, permítase que diga francamente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavía no tenemos noticias bien seguras, después de tanto como se ha dicho en las leyendas áureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderon.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con él hasta la consumacion de los siglos, *et ultra;* pero nadie me quitará de la cabeza que á este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que á Titon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podia tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y está sifilítico y lleno de lacras; porque solo hallándose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el picaron de las mañas antiguas. ¡Qué intrépido, qué lozano, qué de buen apetito en los oteros y barrancas de Zugarramurdi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie refiere de él empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ningun nuevo chiquillo á criar, ni se dice que se huelgue con él mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judía, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres; pudiéndoselele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso:

Todo lo mancha, todo lo atropella,
No perdona casada ni doncella.

¿Quién seria capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que él guarda todavía en sus papeleras? ¿Ni quién sabria reducir á número los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afligidas viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logré como de limosna el grado de bachiller; murióse mi tio, que era capellan de Reyes Nuevos; dejé los estudios, tomé el hábito, y nunca pude pasar de fraile de misa de once, y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no bajaria de tres tomos en folio, y se intitula: *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hijos del diablo, desde que empezó á ser padre hasta que lo ha dejado de ser.*

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por virtud, que en él no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar á sus nietecillos su pasados verdores; y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y cuidarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo propósito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda:

Vixi puellis nuper idoneus,
Et militavi non sine gloria.

(46) De manera que todo el que no profese de brujo está condenado á ser marmota.

(47) Y eso que María de Yurretegui consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y á los brujos y

cas y chupan la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupá y tragá eso, que es bueno para vosotras*; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los azotan cruelmente con unos espinos ó mimbres retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguél de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chupó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas partes chupó y ahogó, apretándolos con las manos y con la lengua por la garganta, nueve criaturas, y con los dichos polvos y ponzoñas mató [illegible] hombres y una mujer, declarando los nombres de todos ellos y los males que padecieron hasta morir dentro de pocos dias, y otro gran número de niños, hombres y mujeres á quien causó diferentes males y enfermedades, refiriendo las causas de su venganza. Y Estebania de Iriarte, su hermana, y Graciana de Barrenechea, su madre, refieren cosas muy notables y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebania de Telechea confiesa haber muerto una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en las migas que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se le ensució en un avental nuevo que tenia puesto; y que á un muchacho grande porque le dijo: *¡ah, puta vieja! el pescuezo te se tuerza*, le aguardó en cierta parte por donde habia de pasar, y llevando la mano untada con los ungüentos ponzoñosos, trayéndosela por la cabeza y el pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad, de que dentro de pocos dias murió. Y refiere otras muchas muertes y males que de dia hizo con los dichos polvos y ponzoñas, llegando como en burla á tocar con ellos á las personas que pretendia hacer los dichos males. Y María Presoná y María Joanto, hermanas, refieren que el demonio en el aquelarre les dijo que ya habia mucho tiempo que no hacian males (como acusándoles el descuido que en esto tenian), por lo cual ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echaron unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho dias murieron ambos; y que solo lo hicieron solo por dar contento al demonio, que después se les mostró agradecido porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y [illegible] de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que tambien emponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles unos pocos de los polvos en las partes donde les quitaban los pezones ó en algun agujero sutil y disimulado que les hacian, y las daban á las personas que querian hacer males, con que enfermaban si las comian, y padecian grandes trabajos.

Siempre que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas personas ó criaturas (después de enterrados), en las primeras noches que han de ir al aquelarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y desentierran los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) los parientes mas cercanos (con machetes que para ello llevan) los abren y sacan las tripas, y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que cayere del cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, componiéndola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se echa de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al difunto los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aquelarre y los despedazan en puestas, y los dividen en tres partes: una cuecen, otra asan, y la otra

» vos, ascarides, ut converse in aquam recedatis à cor-» pore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, » et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro no-» bis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te effi-» ciaris sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul » sint, moriantur, et exeant à corpore tuo: ut in Domino » gaudentes dicamus; dum appropiant super te nocentes, » ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latin al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantísimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocacion de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad in-» fernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio » de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fue-» gos que los hirvientes étneos montes manan, goberna-» dor y veedor de los tormentos y atormentadores de las » pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Tesífone, » Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras » del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y som-» bras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vo-» lantes harpías, con toda la otra compañía de espanta-» bles y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida » cliéntula, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas ber-» mejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con » que están escritas, por la gravedad de aquestos nom-» bres y signos que en este papel se contienen, por la ás-» pera ponzoña de las víboras de que este aceite fué he-» cho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á » obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello » estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con » aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello » de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mi-» rare, mas su corazon se ablande á conceder mi peticion. » Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Ca-» listo, tanto, que despedida toda honestidad, se descu-» bra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto » hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no » lo haces con presto movimiento, ternásme por capital » enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; » acusaré cruelmente tus contínuas mentiras; apremiaré » con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y otra vez te conjuro.» *(Acto III.)*

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á un difunto el saco bendito que tiene encima no hay manera de llevársele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño alguno. Por eso los cereros venden hábitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual aseguran la quietud de los finados, y a ellos también les resulta alguna conveniencia. ¿Cuantas veces se ha visto (ó se ha oido á lo menos) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados á los difuntos por entre los encinares y en las arboledas y malezas profundas gritando en voz lúgubre que les hagan el favor de quitarles el hábito, á fin de que estando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alcrebite en que se está sancochando el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo ya) no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¿no es una solemne majadería que los otros se incomoden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo menos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo cierto es que ha sucedido muchas veces, y que no hay patán, por ignorante y rústico que sea, y aunque no se afeite sino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muertos condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

Es tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ronquillo, que ya estuve resuelto á contarlo, porque lo sé con tales circunstancias y menudencias, que á no haberlo presenciado yo mismo, es imposible tener mas puntual conocimiento de ello; pero me acuerdo todavía de la nota 52, página 626, y de lo larga y tendida que salió del tintero. No quiera Dios que yo abuse jamás de la tolerancia de mis lectores, ni me empeñe en decirles todo lo que sé. Agradézcanme lo que callo.



de los pellejos de los sapos, y dan sus quejas al demonio contándole las causas de su enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para las tales personas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que pretenden que tengan, segun el apetito de su venganza, y el demonio se la concede. Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo algunas brujas de las mas ancianas en la seta, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque trae dos en el colodrillo, solo aquel es el que da luz, y les abre las puertas y guia hasta las camas donde están durmiendo, y les echa su bendicion y sueño que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

viendo á la carga de allí á pocos dias, tuvo con el demonio el diálogo siguiente :

VICARIO.

¿En qué se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

En chocolate.

VICARIO.

¿De qué se habia confeccionado?

DEMONIO.

De los miembros de un hombre muerto.

VICARIO.

¿Cómo?

DEMONIO.

De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones para corromperle el semen é impedirle la generacion.

VICARIO.

¿Hay original fuera, ó señal esterior que se pueda quemar?

DEMONIO.

No, por el Dios que te crió á ti y á mí.

VICARIO.

¿Qué persona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

Está ya juzgada.

VICARIO.

¿Y á qué fin?

DEMONIO.

A fin de reinar.

VICARIO.

¿En qué tiempo fué?

DEMONIO.

En tiempo de don Juan de Austria, á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

Vuelto á preguntar el diablo en otra ocasion (porque ya he dicho que el padre vicario no le dejaba sosegar), respondió : que al rey le habian dado hechizos en dos veces, por mandado de su madre Mariana de Austria. Que la que se los dió primero «se llamaba Casilda, fué casada y tuvo » dos hijos. Cuando se los mandaron hacer (no los hijos, » sino los hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué » quien los hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer. » Ella propia buscó el cadáver de un ajusticiado en la mi» sericordia. » La segunda toma de demonios que le dieron al rey la dispuso « una hechicera famosa, que vivia en » la calle Mayor, era casada, tenia hijos y se llamaba Ma» ría.» Diéronse á buscar por Madrid Marías y Casildas; pero por mas que hicieron no hallaron la que deseaban; y entre tanto el bueno del rey, que no era lerdo, eligió por su especial abogado y protector á san Simon, patriarca de Jerusalén, gran santo y pariente suyo, á quien particularmente encargó que le sacara con bien de tan enrevesado negocio.

El señor Rocaberti, inquisidor general, y el padre confesor, aconsejados del vicario de Cangas, se iban todos los dias á palacio luego que amanecia, y apenas despertaba S. M., le hacian desayunar con un gran cuenco de aceite bendito ; poníanle en cueros, como su madre le parió, y estregándole primero muy bien la cabeza con el mismo aceite, le ungian después lo restante del cuerpo como á un atleta, sin dejar parte ni resquicio que no bendijeran y pringaran, y á mayor abundamiento le propinaban de cuando en cuando una buena purga, en que además de los diluentes y laxantes que son de estilo, habia incienso bendito, pedacillos de *Agnus Dei*, huesos de mártires pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Bebíase el rey esta pócima con una devocion ejemplar; y lo que es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguia preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no responderia á derechas á nada que le preguntasen, si no se lo demandaban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto « á fin de que se restituyese la devocion á aquella santa imágen, que estaba muy resfriada en los fieles ». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. Es la primera : que aquel demonio era un demonio de bien y muy devoto, y con algunos amagos y vislumbres de cristiano viejo; y es la segunda : que las tres monjitas endiabladas, y y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vous êtes orfèvre, Mr. Josse.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y lo hizo como lo pensó : el vicario de Cangas se fastidió de preguntar, y el padre Froilán, viendo que ni el canjilon de aceite bendito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simon, ni las unciones, ni la purga servian de nada, llegó casi á desesperar de la empresa. Cuando veis que un dia se presenta muy oficioso en la cámara del rey el escelentísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venia una informacion, hecha por el obispo de Viena, de lo que habian declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo lo remitia el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo é instruccion. La declaracion de los tudescos decia : que al rey le habia maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivia en la calle de Silva, y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivia la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisicion, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de endiablar, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino de Alemania á toda priesa, llamado, y rogado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo exorcista de cuantos florecian entonces. Maravillas se contaban de él : no habia demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y afligia, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á los infiernos por no sufrirle. Pues este bendito fraile, que se llamaba fray Mauro Tenda, emprendió la cura del rey ; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció esencialísimo interrogar á unas endemoniadas, que andaban en aquella sazon por Madrid haciendo visajes. Pillólas un dia entre puertas, y compeliendo á la mas habladora, hizo que el diablo le respondiese á cuanto le quiso preguntar ; y la conversacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAURO.

¿Quién malefició al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MAURO.

¿Es la reina?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

DIABLO.

Don Juan Palla.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor te dé mal de muerte,* ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir, y padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quien pidieron venganza de enfermedad.

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada María de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berbería.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que nuevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron a enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantísimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros de la suprema; los depuso, los desterró y metió en encierros y castillos; la suprema y toda la clerigalla, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de acíbar y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia al Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y frailesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando cacharetear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un heresiarca, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos comisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que lo supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavía duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo XVIII haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creido que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senone, abadía de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpreso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcilli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consuntos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia (segun el citado reverendísimo) en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemársele separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa, desde el año de 1730 al de 35, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, a la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

tras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que ber cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, quelarre de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella coner amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello idia y celos Marijuan de Odia, bruja que también tenia amoy era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (54) u á tener entre sí emulacion y pesadumbres, sintiendo mua dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida también o; por lo cual determinó de tomar contra ella venganza; y en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y compele cómo queria vengarse de ella matandola, y que el demonio ió: *pues vos lo quereis, hagase así*. Y que estando en su cama que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas ancia- a despertar, y le dijo se levantase luego, porque habian de ir la venganza que le habia pedido; y que esto el demonio lo che que no era de aquelarre por coger á la dicha Marijuan de idada y dormida; porque siendo como era bruja, no pudiera venganza tan cómodamente en noche que fuera de aquella habia de estar despierta y en él; y habiendo ido en comlemonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dandazo de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de polvos, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (55) dia murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el sieso y por su natura (56); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente les su-

. en busca de un vampiro que habia muerto seis antes, y se divertia en chupar á diestra y siniestas criaturas encontraba por aquellos contornos. le al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, dote, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero e, que no entendia de fiestas, fulminó inmediata- . sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de dugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por do, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. Y cómo se holgaria el bellaco de ver celosas a la y a la Barrenechea! porque esto de ser querido, a nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo le lisonjea y le envanece.

n sobrinito mio, que para esto del verso es una acaba de escribir una tragedia de magia y música, a: *La venganza mas horrenda y muerte de Mari-* cual se representará, sin remedio, en alguno de os de la corte para esta pascua próxima. Es una taracea, compuesta, como otras de su género, de de los mas acreditados dramaticos antiguos y mopegados unos a otros con admirable oportunidad a. No quiero decir lo que es el plan, porque serle al publico anticipadamente la mitad de la dipero, sin que me lleve el amor a mi sangre, cocristiano que es una de las mas acabadas piezas as se han visto. Lo menos va á durar cuarenta ganla bien ó háganla mal, llueva ó no llueva. Tenda las señoras mujeres; habrá a la puerta mantigarradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capoaos trizas, y asfixias y navajazos para adquirir bi- Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente Dios que no vuelvan á representar en su vida. la lista de los personajes para divertir la curiosilos apasionados, en tanto que Baus dispone las as y adoba las garruchas.

an Cabron. Sultán y capellán mayor del aquelarre rramurdi.

iana de Barrenechea. Bruja, reina y papisa del re.

iuan de Odia. Bruja, concubina del Gran Cabron, a y sin sueldo.

anía de Iriarte. Bruja, concubina del mismo, con io y gajes.

Sansin. Su esposo, brujo y maestro de capilla elarre.

el de Goyburu. Barba brujo, tamborilero y acólito n Cabron.

in de Vizcar. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

de Echalar. Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon ina.

a de Echalcco. Bruja, graciosa.

in de Amayur. Buen cristiano, hombre de bien y o tonto.

María Chipia. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

Socarradillo..... | Diablos monacillos.
Centella.
Rabilargo.
Garrillas.........

Don Fermin de Iparraguirre. Natural de Yurre de Arratia, vicario de Zugarramurdi.

Don Ignacio Javier María de Erretarchecojaunarena. Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagas, grajas, cercinácalas, mochuelas y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(56) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan descoloridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, calomelanos de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la portería de chiquillos entecos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta estructura, ceja populosa, nariz adunca, cerviz taurina, ademán hercúleo, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo à las hermanas, y repartiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el asperso-rio de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se volvia sudando á su celda. Yo bien te diria cuál era la oracion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calainos... No obstante, así como así, mañana vendrán los nuestros, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frailes. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.
» Sint mala quæ libas, ipse venena bibas.
» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

»Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo » te defendat. Maledicti et excommunicati dæmones: in » virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma» nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je» hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et » separamus à creatura ista *Pascual de Jaramillo*, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei: » et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habea» tis potestatem per pestem, nec per alliquod quodcumque » maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vo» bis à Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus; » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » *Oremus*. Accipiat, quæsumus, Domine Deus noster be» nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et » mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tuæ » propitiationes beneficia semper inveniat. Amen. Potestas » Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri» corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro

OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Coleccion de piezas dramáticas anteriores a Lope de Vega.

Comedias.

Poesías sueltas.

Composiciones diversas.

FIN DEL ÍNDICE.


3 2044 010 229 300


STALL-STUDY
CHARGE
CANCELLED
STALL-STUDY
WIDENER
WIDENER
MAR 1 9 1998
MAR 1 5 1998
CANCELLED
BOOK DUE
SEP 1 1 1995
JAN 3 0 1995
BOOK DUE
WIDENER
WIDENER
MAR 1 5 1998
MAR 1 9 1998
BOOK DUE
CANCELLED

pero ¿cómo es bueno? Es bueno para los que hacen mal: ahora bien, tú haces mal en decir que la horca es fabrica mas fuerte que una iglesia; con que la horca podria ser buena para tí... Volvamos á la pregunta.

SEPULTURERO SEGUNDO.

¿Cuál es el que hace habitaciones mas durables que las que hacen los albañiles, los carpinteros de casas y de navíos?

SEPULTURERO PRIMERO.

Sí, dímelo, y sales del apuro.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Ya se ve que te lo diré.

SEPULTURERO PRIMERO.

Pues vamos.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues no puedo decirlo.

SEPULTURERO PRIMERO.

Vaya, no te rompas la cabeza sobre ello... Tú eres un burro lerdo que no saldrá de su paso por mas que le apaleen. Cuando te hagan esta pregunta, has de responder: el sepulturero. ¿No ves que las casas que él hace duran hasta el dia del juicio?... Anda, ve ahí á casa de Juanillo, y traeme una copa de aguardiente.

ESCENA II.

HAMLET, HORACIO, SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando.*

Yo amé en mis primeros años,
Dulce cosa lo juzgué;
Pero casarme, eso no,
Que no me estuviera bien.

HAMLET.

¡Qué poco (3) siente ese hombre lo que hace, que abre una sepultura y canta!

HORACIO.

La costumbre le ha hecho ya familiar esa ocupacion.

HAMLET.

Así es la verdad. La mano que menos trabaja tiene mas delicado el tacto.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando.*

La edad callada en la huesa
Me hundió con mano crüel,
Y toda se destruyó
La existencia que gocé.

HAMLET.

Aquella calavera tendria lengua en otro tiempo, y con ella podria tambien cantar... ¡Cómo la tira al suelo el pícaro! Como si fuese la quijada con que hizo Cain el primer homicidio. Y la que está maltratando ahora ese bruto, podria ser muy bien la cabeza de algun estadista, que acaso pretendió engañar al cielo mismo. ¿No te parece?

HORACIO.

Bien puede ser.

HAMLET.

O la de algun cortesano que diria: felicísimos dias, señor escelentísimo, ¿cómo va de salud, mi venerado señor? Esta puede ser la del caballero Fulano, que hacia grandes elogios del potro del caballero Zutano para pedírseleprestado después. ¿No puede ser asi?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

¡Oh! sí por cierto; y ahora está en poder del señor gusano, estropeada y hecha pedazos con el azadon de un sepulturero... Grandes revoluciones se hacen aquí, si hubiera entre nosotros medios para observarlas..... Pero ¿costó acaso tan poco la formacion de estos huesos á la naturaleza, que hayan de servir para que esa gente (4) se divierta en sus garitos con ellos?... ¡Eh! Los mios se estremecen al considerarlo.

but how does it well? it does well to those that d than dost ill, to say, the gallows is built str the churck; argal, the gallows may do well to again; come.

2 CLOWN.

Who builds stronger than a mason, a shipwri carpenter?

1 CLOWN.

Ay, tell me that, and unyoke.

2 CLOWN.

Marry, now I can tell.

1 CLOWN.

To't.

2 CLOWN.

Mass, I cannot tell.

Enter Hamlet and Horatio, at a distance.

1 CLOWN.

Cudgel thy brains no more about it; for your will not mend his pace with beating: and, when asked this question next, say, a gravemaker; the that he makes, last till doomsday. Go, get thee to Y and fetch me a stoup of liquor. (*Exit* 2

1 *Clown digs, and sings.*

In youth, when I did love, did love,
Methought, it was very sweet,
To contract, O, the time, for, ah, my behov
O, methought, there was nothing meet.

HAMLET.

Has this fellow no feeling of his business? he grave-making.

HORATIO.

Custom hath made it in him a property of easi

HAMLET.

'Tis e'en so: the hand of little emploiment daintier sense.

1 CLOWN.

But age, with his stealing steps.
Hath claw'd me in his clutch,
And hath shipped me into the land,
As if I had never been such.

(*Throws up*

HAMLET.

That scull had a tongue in it, and could sing o the knave jowls it to the ground, as if it were C bone, that did the first murder! This might be t a polictician, which this ass now o'er-reaches would circumvent God, might it not?

HORATIO.

It might, my lord.

HAMLET.

Or of a courtier; which could say, *Good morr lord! How dost thou, good lord?* This might b such-a-onet hat praised my lord such-a-one's ho he meant to beg it; might it not?

HORATIO.

Ay, my lord.

HAMLET.

Why, e'en so: and now my lady Worm's; cha knocked about the mazzard with a sexton's spad fine revolution, and we had the trick to see't. bones cost no more the breeding, but to play with them? mine ache to think on't.

SEPULTURERO PRIMERO, *cantando*.

Una piqueta
Con una azada,
Un lienzo donde
Revuelto vaya,
Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

¿por qué no podria ser la calavera de un le- ¿dónde se fueron sus equívocos y sutilezas, sus interpretaciones, sus embrollos? ¿Por ra que ese bribon grosero le golpee contra el azadon lleno de barro?. ¡Y no dirá palabra hecho tan criminal!.. Este seria quizás, mien- gran comprador de tierras, con sus obligacio- mientos, transacciones, seguridades mutuas, s.... Ve aquí el arriendo de sus arriendos, y as cobranzas: todo ha venido á parar en una de lodo. Los títulos de los bienes que po- difícilmente en su ataud, y no obstante eso, zas y seguridades recíprocas de sus adqui- han podido asegurar otra posesion que la de queño capaz de cubrirse con un par de sus Oh! y a su opulento sucesor tampoco le que-

HORACIO.

señor.

HAMLET.

e el pergamino de piel de carnero?

HORACIO.

y de piel de ternera tambien.

HAMLET.

:, que son mas irracionales que las terneras y que fundan su felicidad en la posesion de ta- s..... Voy á tramar conversacion con este *sepulturero.)* ¿De quién es esa sepultura,

SEPULTURERO PRIMERO.

(5). *(Cantando.)*

Y un hoyo en tierra
Que le preparan:
Para tal huésped
Eso le basta.

HAMLET.

que es tuya porque estás ahora dentro de sepultura es para los muertos, no para los e has mentido.

SEPULTURERO PRIMERO.

entís demasiado vivo; pero yo os le volveré.

HAMLET.

nuerto cavas esa sepultura?

SEPULTURERO PRIMERO.

re, señor.

HAMLET.

¿para qué mujer?

SEPULTURERO PRIMERO.

s eso.

HAMLET.

es lo que ha de enterrarse ahí?

SEPULTURERO PRIMERO.

que fué mujer; pero ya murió... Dios la per-

HAMLET.

do es! Hablémosle clara y sencillamente, , es capaz de confundirnos á equívocos. De ta parte he observado cuánto se va sutili- en que vivimos..... Por vida mia, Horacio, no sigue tan de cerca al caballero, que muy llará el talon... ¿Cuánto tiempo ha que eres

1 CLOWN.

A pickaxe, and a spade, a spade, (Sings.)
For—and a shrouding sheet:
O, a pit of clay for to be made
For such a guest is meet.

(Throws up a skull.)

HAMLET.

There's another: why may not that be the scull of a lawyer? Where be his quiddits now, his quillets, his cases, his tenures, and his tricks? why does he suffer this rude knave now to knock him about the sconce with a dirty shovel, and will not tell him of his action of battery? Humph! This fellow might be in's time a great buyer of land, with his statutes, his recognizances, his fines, his double vouchers, his recoveries: is this the fine of his fines, and the recovery of his recoveries, to have his fine pate full of fine dirt? will his vouchers vouch him no more of his purchases, and double ones too, than the length and breadth of a pair of indentures? The very conveyances of his lands will hardly lie in this box; and must the inheritor himself have no more? ha?

HORATIO.

Not a jot more, my lord.

HAMLET.

Is not parchment made of sheep-skins?

HORATIO.

Ay, my lord, and calves-skins too.

HAMLET.

They are sheep, and calves, which seek out assurance in that. I will speak to this fellow:—Whose grave's this, sirrah?

1 CLOWN.

Mine, sir.—

O, a pit of clay for to be made (Sings.)
For such a guest is meet.

HAMLET.

I think it be thine, indeed; fort thou liest in't.

1 CLOWN.

You lie out on't, sir, and therefore it is not yours: for my part, I do not lie in't, yet it is mine.

HAMLET.

Thou dost lie in't, to be in't, and say it is thine: 'tis for the dead, and not for the quick: therefore thou liest.

1 CLOWN.

'Tis a quick lie, sir; 'twill away again, from me to you.

HAMLET.

What man dost thou dig it for?

1 CLOWN.

For no man, sir.

HAMLET.

What woman, then?

1 CLOWN.

For none, neither.

HAMLET.

Who is to be buried in't?

1 CLOWN.

One that was a woman, sir; but, rest her soul, she's dead.

SEPULTURERO PRIMERO.

Toda mi vida, se puede decir. Yo comencé el oficio el dia que nuestro último rey Hamlet venció á Fortímbrás.

HAMLET.

¿Y cuánto tiempo habrá?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Toma! ¿No lo sabeis? Pues hasta los chiquillos os lo dirán. Eso sucedió el mismo dia en què nació el jóven Hamlet, el que está loco y se ha ido á Inglaterra.

HAMLET.

¡Oiga! ¿Y por qué se ha ido á Inglaterra?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porque... porque está loco, y allí cobrará su juicio; y si no lo cobra, a bien que poco importa.

HAMLET.

¿Por qué?

SEPULTURERO PRIMERO.

Porqué allí todos son tan locos como él, y no será reparado.

HAMLET.

¿Y cómo ha sido volverse loco?

SEPULTURERO PRIMERO.

De un modo muy estraño, segun dicen.

HAMLET.

¿De qué modo?

SEPULTURERO PRIMERO.

Habiendo perdido el entendimiento.

HAMLET.

Pero, ¿qué motivo dió lugar á á eso?

SEPULTURERO PRIMERO.

¿Qué lugar? Aquí en Dinamarca, donde soy enterrador, y lo he sido de chico y de grande por espacio de treinta años.

HAMLET.

¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin corromperse?

SEPULTURERO PRIMERO.

De suerte que si él no corrompia ya en vida (como nos sucede todos los dias con muchos cuerpos galicados, que no hay por dónde asirlos), podrá durar cosa de ocho ó nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

HAMLET.

¿Pues qué tiene él mas que otro cualquiera?

SEPULTURERO PRIMERO.

Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por mor de su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo al agua; y el agua, señor mio, es la cosa que mas pronto destruye á cualquier hideputa de muerto. Ve aquí una calavera que ha estado debajo de tierra veinte y tres años.

HAMLET.

¿De quién es?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mayor hideputa, loco!.... ¿De quién os parece que será?

HAMLET.

Yo ¿cómo he de saberlo?

SEPULTURERO PRIMERO.

¡Mala peste en él y en sus travesuras!... Una vez me echó un frasco de vino del Rin por los cabezones....Pues, señor, esta calavera es la calavera de Yorick, el bufon del rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO PRIMERO.

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!... Yo le conocí, Horacio... Era un hombre sumamente gracioso, de la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que siendo yo niño me llevó mil veces sobre sus hombros... y ahora su vista me llena de horror, y oprimido el pecho palpita... Aquí estuvieron aquellos labios donde yo dí besos sin número... ¿Qué se

1 CLOWN.

Of all the days i'the year, I came to't that da[y]
last king Hamlet overcame Fortinbras.

HAMLET.

How long's that since?

1 CLOWN.

Cannot yout tell that? every fool can tell th[at]
that very day that young Hamlet was born: he t[hat is mad,]
and sent into England.

HAMLET.

Ay, marry, why was he sent into England?

1 CLOWN.

Why, because he was mad: he shall recove[r his wits]
there; or, if he do not, 'tis no great matter ther[e.]

HAMLET.

Why?

1 CLOWN.

'Twill not be seen in him there; there the men [are as mad]
as he.

HAMLET.

How came he mad?

1 CLOWN.

Very strangely, they say.

HAMLET.

How strangely?

1 CLOWN.

'Faith, e'en with losing his wits.

HAMLET.

Upon what ground?

1 CLOWN.

Why, here in Denmark; I have been sexton h[ere, man]
and boy, thirty years.

HAMLET.

How long will a man lie i'the earth ere he rot?

1 CLOWN.

'Faith, if he be not rotten before he die, (as [we have]
many pocky corses now-a-days, that will scarce [hold the]
laying in,) he will last you some eight year, or n[ine year:]
a tanner will last you nine year.

HAMLET.

Why he more than another?

1 CLOWN.

Why, sir, his hide is so tanned with his trade,
will keep out water a great while; and your water
decayer of your whoreson dead body. Here's a s[cull now;]
hath lain you i'the earth three-and-twenty years.

HAMLET.

Whose was it?

1 CLOWN.

A whoreson mad fellow's it was. Whose do y[ou think]
it was?

HAMLET.

Nay, I know not.

1 CLOWN.

A pestilence on him for a mad rogue! he pou[red a fla-]
gon of Rhenish on my head once. This same s[cull, sir,]
was Yorick's scull, the king's jester.

HAMLET.

This? *(Takes t[he scull.)]*

1 CLOWN.

E'en that.

HAMLET.

Alas, poor Yorick!—I knew him, Horatio; a f[ellow of]
infinite jest, of most excellent fancy: he hath b[orne me]
on his back a thousand times! and now, how ab[horred in]
my imagination it is! my gorge rises at it. Here h[ung those]
lips, that I have kissed I know not how oft. V[...]

us burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos epentinos que de ordinario animaban la mesa e estrepito? Ahora, falto ya enteramente de , ni aun puedes reirte de tu propia deformidad... ador de alguna de nuestras damas, y dila para risa, que por mas que se ponga una pulgada de el rostro, al fin habrá de esperimentar esta misma cion... (*Tira la calavera al monton de tierra a la sepultura.*) Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

s, señor?

HAMLET.

tu que Alejandro metido debajo de tierra tendria horrible?

HORACIO.

que sí.

HAMLET.

laria este mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

rencia alguna.

urero primero, acabada la escavacion, sale de ltura y se pasea acia el fondo del teatro. Viene el sepulturero segundo, que trae el aguar- beben y hablan entre sí, permaneciendo retira- la la escena siguiente, como lo indica el diá-

HAMLET.

é abatimiento hemos de parar, Horacio!... Y no podria la imaginacion seguir las ilustres ceni- lejandro hasta encontrarlas tapando la boca de ril!

HORACIO.

ue seria escesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

or cierto. No hay sino irle siguiendo hasta condu- con probabilidad y sin violencia alguna. Como si : Alejandro murio, Alejandro fué sepultado, Ale- redujo a polvo, el polvo es tierra, de la tierra barro... Y ¿por qué con este barro, en que él convertido, no habran podido tapar un barril de El emperador César, muerto y hecho tierra, par un agujero para estorbar que pase el aire... quella tierra que tuvo atemorizado el orbe, ser- ez de reparar las hendiduras de un tabique con- temperies del invierno... Pero callemos... hagá- un lado, que... Sí... aquí viene el rey, la reina, s... ¿A quién acompañan? ¡Que ceremonial tan o es este!..... Todo ello me anuncia, que el di- conducen dió fin a su vida con desesperada in duda era persona de calidad... Ocultémonos y observa.

ESCENA III.

, GERTRUDIS, HAMLET, LAERTES, HORA- CURA, DOS SEPULTUREROS, ACOMPAÑAMIENTO DE CABALLEROS Y CRIADOS.

a entre cuatro hombres el cadáver de Ofelia, con tunica blanca y coronada de flores. Detrás preste y todos los que hacen el duelo, atrave- l teatro a paso lento, hasta llegar adonde está 'tura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet io se retiran a un estremo del teatro.)

LAERTES.

ra ceremonia falta (6)?

HAMLET.

quel es Laertes, joven muy ilustre.

LAERTES.

eremonia falta?

EL CURA.

an celebrado sus exequias con toda la decencia u muerte da lugar a muchas dudas, y a no ha- rpuesto la suprema autoridad que modifica las

your gibes now? your gambols? your songs? your flashes of merriment, that were wont to set the table on a roar? Not one now, to mock your own grinning? quite chap-fa- llen? Now get you to my lady's chamber, and tell her, let her paint an inch thick, to this favour she must come; make her laugh at that.—Pr'ythee, Horatio, tell me one hing.

HORATIO.

What's that, my lord?

HAMLET.

Dost thou think Alexander looked o'this fashion i'the earth?

HORATIO.

E'en so.

HAMLET.

And smelt so? pah!

(Throws down the scull.)

HORATIO.

E'en so, my lord.

HAMLET.

To what base uses we may return, Horatio? Why may not imagination trace the noble dust of Alexander, till he find it stopping a bung hole?

HORATIO.

'Twere to consider too curiously, to consider so.

HAMLET.

No, faith not a jot; but to follow him thither with mo- desty enough, and likelihood to lead it. As thus. Alexan- der died, Alexander was buried, Alexander returneth to dust; the dust is earth; of earth we make loam : and why of that loam, whereto he was converted, might they not stop a beer-barrel?

Imperious Cæsar, dead, and turn'd to clay,
Might stop a hole to keep the wind away:
O, that the earth, which kept the world in awe.
Should patch a wall to expel the winter's flaw!

But soft! but soft! aside!—Here comes the king.

Enter Priests, etc. in procession; the corpse of Ophelia, Laertes, and Mourners, following; King, Queen, their trains, etc.

The queen, the courtiers. Who is this they follow?
And with such maimed rites! This doth betoken,
The corse, they follow, did with desperate hand
Foredo its own life. 'Twas of some estate:
Couch we a while, and mark.

(Retiring with Horatio.)

LAERTES.

What ceremony else?

HAMLET.

That is Laertes,
A very noble youth :—Mark.

LAERTES.

What ceremony else?

I PRIEST.

Her obsequies have been as far enlarg'd
As we have warranty: Her death was doubtful;
And, but that great command o'ersways the order,

leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de oraciones piadosas, hubieran caido sobre su cadáver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No, mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra, pues. *(Ponen el cadáver de Ofelia en la sepultura.)* Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á tí, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Qué!... ¡La hermosa Ofelia!

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. *(Esparce flores sobre el cadáver.)* Adios... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh! una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á ti del mas sublime entendimiento!... No... esperad un instante; no echeis la tierra todavía... no... hasta que otra vez la estreche en mis brazos... *(Métese en la sepultura.)* Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul estremidad del olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que así invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oirle?... Yo soy Hamlet, príncipe de Dinamarca.

(Atravesando por en medio de todos, va acia la sepultura, entra en ella, y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides..... Quita esos (7) dedos de mi cuello; porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle..... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No; por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil hermanos juntos no podrán con todo su amor esceder al mio... ¿Qué quieres hacer por ella? Dí.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

She should in ground unsanctified have lodg'd
Till the last trumpet; for charitable prayers,
Shards, flints, and pebbles, should be thrown
Yet here she is allowed her virgin crants,
Her maiden strewments, and the bringing hom
Of bell and burial.

LAERTES.

Must there no more be done?

I PRIEST.

No more be done!
We should profane the service of the dead,
To sing a *requiem*, and such rest to her
As to peace-parted souls.

LAERTES.

Lay her i'the earth;-
And from her fair and unpolluted flesh,
May violets spring!—I tell thee, churlish pries
A minist'ring angel shall my sister be,
When thou liest howling.

HAMLET.

What, the fair Ophelia!

QUEEN.

Sweets to the sweet. Farewell!
(Scattering
I hop'd thou should'st have been my Hamlet's w
I thought, thy bride-bed to have deck'd, sweet
And not have strew'd thy grave.

LAERTES.

O, treble woe
Fall ten times treble on that cursed head,
Whose wicked deed thy most ingenious sense
Depriv'd thee of!—Hold off the earth a while,
Till I have caught her once more in mine arms:
(Leaps into th
Now pile your dust upon the quick and dead;
Till of this flat a mountain you have made,
Ta o'er-top old Pelion, or the skyish head
Of blue Olympus.

HAMLET.

(Advancing.) What is he, whose grief,
Bears such an emphasis? whose phrase of sorrow
Conjures the wand'ring stars, and makes them s
Like wonder-wounded hearers? this is I,
Hamlet the Dane. *(Leaps into the*

LAERTES.

The devil take thy soul!
(Grappling w

HAMLET.

Thou pray'st not well.
I pr'ythee, take thy fingers from my throat;
For, though I am not splenetive and rash,
Yet have I in me something dangerous,
Which let thy wisdom fear. Hold off thy hand.

KING.

Pluck them asunder.

QUEEN.

Hamlet, Hamlet!

ALL.

Gentlemen,—

HORATIO.

Good my lord, be quiet.
(The attendants part them, and they come o grave.)

HAMLET.

Why, I will fight with him upon this theme,
Until my eyelids will no longer wag.

QUEEN.

O, my son! what theme?

HAMLET.

I lov'd Ophelia; forty thousand brothers
Could not, with all their quantity of love,
Make up my sum.—What wilt thou do for her?

KING.

O, he is mad, Laertes.

QUEEN.

For love of God, forbear him.

HAMLET.

ue intentas hacer. (*Los sepultureros llenan de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, ...garte al sustento, hacerte pedazos, beber ...o, devorar un caiman? Yo lo haré tam...nes aqui a lamentar su muerte, a insultarme ...e en su sepulcro, a ser enterrado vivo con ...ien, eso quiero yo; y si hablas de montes, ...obre nosotros yugadas de tierra innumera...que estos campos tuesten su frente en la tór... el alto Osa parezca en su comparacion un ...o... Si me hablas con soberbia, yo usaré un altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

...efectos de su frenesí, cuya violencia podrá algun tiempo; pero despues, semejante á la ...a cuando siente animadas las mellizas crias, ...novimiento y mudo.

HAMLET.

...ual es la razon de obrar asi conmigo?... ...querido bien... Pero...... nada importa. Aun...o Hercules con todo su poder quiera estor...mayara y el perro quedara vencedor.

(...*ase Hamlet, y Horacio le sigue.*)

CLAUDIO.

..., no le abandones..... Laertes, nuestra pla...the anterior fortificara tu paciencia mientras ...que importa en la ocasion presente... Amada ...ra bien que alguno se encargue de la guarda ...sta sepultura se adornará con un monumento ...ero que gozaremos brevemente horas mas ...ero entre tanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

...*acto, el mismo que sirvió para la represen...n asientos que han de ocuparse en la es-*

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

...dicho sobre esta materia. Ahora quisiera ...lo demas; pero, ¿te acuerdas bien de todas ...cias?

HORACIO.

...acordarme, señor?

HAMLET.

...(9), amigo, que agitado continuamente mi ...a especie de combate, no me permitia con...o, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz ...ente cargado de prisiones. Una temeridad... ...dar gracias a esta temeridad, pues por ella ...nfesemos que tal vez nuestra indiscrecion ...til, al paso que los planes concertados con ...cidad se malogran; prueba certisima de que ...os conduce a su fin todas nuestras acciones, ...l hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

...rdad.

HAMLET.

...de mi camarote, mal rebujado con un ves...ero, y a tientas, favorecido de la oscuridad, ...nde ellos estaban. Logro mi deseo, me apo...apeles, y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvi...los toda consideracion, tuve la osadia de ...hos, y en ellos encuentro, amigo, una ale... ...orden precisa, apoyada en varias ra...mportante a la tranquilidad de Dinamarca y ...aterra, y... ¡oh! mil temores y amenos de ...n vivo... En fin, de ...a que luego que fuese ...on ni aun para afilar el segun el filo, me ...za

HORACIO.

HAMLET.

'Zounds, show me what thou'lt do:
Woul't weep? woul't fight? woul't fast? woul't tear thyself?
Woul't drink up Esil? eat a crocodile?
I'll do't.—Dost thou come here to whine?
To outface me with leaping in her grave?
Be buried quick with her, and so will I:
And, if thou prate of mountains, let them throw
Millions of acres on us; till our ground,
Singeing his pate against the burning zone,
Make Ossa like a wart! Nay, an thou'lt mouth,
I'll rant as well as thou.

QUEEN.

This is mere madness.
And thus a while the fit will work on him;
Anon, as patient as the female dove,
When that her golden couplets are disclos'd,
His silence will sit droping.

HAMLET.

Hear you, sir
What is the reason that you use me thus?
I lov'd you ever: but it is no matter;
Let Hercules himself do what he may,
The cat will mew, and dog will have his day. (*Exit.*

KING.

I pray the, good Horatio, wait upon him.
(*Exit Horatio*
Strengthen your patience in our last night's speech:
(*To Laertes.*
We'll put the matter to the present push.—
Good Gertrude, set some watch over your son.—
This grave shall have a living monument:
An hour of quiet shortly shall we see;
Till then, in patience our proceeding be. (*Exeunt*

SCENE II.

A Hall in the Castle.

Enter HAMLET *and* HORATIO.

HAMLET.

So much for this, sir; now shall you see the other: -
Yo do remember all the circumstance?

HORATIO.

Remember it, my lord!

HAMLET.

Sir, in my heart there was a kind of fighting,
That would not let me sleep: methought, I lay
Worse than the mutines in the bilboes. Rashly,
And prais'd be rashness for it.—Let us know.
Our indiscretion sometimes serves us well,
When our deep plots do pall; and that should teach us,
There's a divinity that shapes our ends,
Rough-hew then how we will.

HORATIO.

That is most certain.

HAMLET.

Up from my cabin,
My sea-gown scarf'd about me, in the dark
Grop'd I to find out them: had my desire;
Finger'd their packet; and, in fine, withdrew
To mine own room again: making so bold,
My fears forgetting manners, to unseal
Their grand commission: where I found, Horatio,
A royal knavery; an exact command,—
Larded with many several sorts of reasons
Importing Denmark's health, and England's too,
With, ho! such bugs and goblins in my life
That, on the supervise, no leisure bated,
No, not to stay the grinding of the axe
My head should be struck off.

HORATIO.

Is't possible?

HAMLET.

Mira la órden aquí; (*Le enseña un pliego, y vuelve á guardársele.*) podrás leerla en mejor ocasion. Pero, ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado así de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una órden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán útil me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí, señor.

HAMLET.

Una súplica del rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de ambos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras espresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último que vista que fuese aquella carta, sin otro exámen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudisteis sellar?

HAMLET.

Aun eso tambien parece que lo dispuso el cielo; porque felizmente traia conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo paraje, y nadie nota el cambio... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que después sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos a la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su castigo... Ellos mismos se han procurado su ruina... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas, cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi rey, que ha deshonrado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan aleves... ¿no será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No sera culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer, como hasta aquí, maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisaran de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entre tanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta... Solo me disgusta, amigo Horacio, el lance ocurrido con Laertes, en que olvidado de mí propio, no vi en mi sentimiento la imagen y semejanza del suyo. Procuraré su amistad, si... Pero, ciertamente, aquel tono amenazador que daba a sus quejas irritó en esceso mi cólera.

HORACIO.

Callad.. ¿Quién viene aquí?

HAMLET.

Here's the commission: read it at more leisure.
But wilt thou hear now how I did proceed?

HORATIO.

Ay, 'beseech you.

HAMLET.

Being thus benetted round with villanies,
Or I could make a prologue to my brains,
They had begun the play:—I sat me down;
Devis'd a new commission; wrote it fair:
I once did hold it, as our statists do,
A baseness to write fair, and labour'd much
How to forget that learning: but, sir, now
It did me yeoman's service. Wilt thou know
The effect of what I wrote?

HORATIO.

Ay, good my lord.

HAMLET.

An earnest conjuration from the king,—
As England was his faithful tributary;
As love between them, like the palm, might flourish,
As peace should still her wheaten garland wear,
And stand a comma 'tween their amities;
And many such like as's of great charge.—
That, on the view and knowing of these contents,
Without debatement further, more, or less,
He shoul the bearers put to sudden death,
Not shriving-time allow'd.

HORATIO.

How was this seal'd?

HAMLET.

Why, even in that was heaven ordinant;
I had my father's signet in my purse,
Which was the model of that Danish seal:
Folded the writ up in form of the other;
Subscrib'd it; gave't the impression; plac'd it safely,
The changeling never known. Now, the next day
Was our sea-fight: and what to this was sequent
Thou know'st already.

HORATIO.

So Guildenstern and Rosencrantz go to't.

HAMLET.

Why, man, they did make love to this employment;
They are not near my conscience; their defeat
Does by their own insinuation grow:
'Tis dangerous, when te baser nature comes
Between the passe and fell incensed points
Of mighty opposites.

HORATIO.

Why, what a king is this!

HAMLET.

Does it not, think thee, stand me now upon?
He, that hath kill'd my king, and whor'd my mother;
Popp'd in between the election and my hopes;
Thrown out his angle for my proper life,
And with such cozenage; is't not perfect conscience,
To quit him with this arm? and is't not be to damn'd,
To let this canker of our nature come
In further evil?

HORATIO.

It must be shortly known to him from England,
What is the issue of the business there.

HAMLET.

It will be short: the interim is mine;
And a man's life's no more than to say, one.
But I am very sorry, good Horatio,
That to Laertes I forgot myself;
For by the image of my cause, I see
The portraiture of his: I'll count his favours:
But, sure, the bravery of his grief did put me
Into a towering passion.

HORATIO.

Peace; who comes here?

ESCENA V.

HAMLET, HORACIO, ENRIQUE.

ENRIQUE.

(10) feliz haya regresado V. A. a Dinamarca.

HAMLET.

gracias, caballero... ¿Conoces a este moscon?

HORACIO.

or.

HAMLET.

te de, que el conocerle es por cierto poco Este es señor de muchas tierras y muy fertiles, que el sea un bestia que manda en otros tan no el, ya se sabe, tiene su pesebre fijo en la ey... Es la corneja mas charlera que en mi vida ero, como te he dicho ya, posee una gran por-dvo.

ENRIQUE.

principe, si vuestra grandeza no tiene ocupacion estorbo, yo le comunicaria una cosa de parte del

HAMLET.

ispuesto a oirla con la mayor atencion... Pero el sombrero en el uso a que fue destinado. El se hizo para la cabeza.

ENRIQUE.

gracias, señor... ¡Eh! el tiempo esta caluroso

HAMLET.

ontrario, muy frio. El viento es norte.

ENRIQUE.

que hace bastante frio.

HAMLET.

o creo... a lo menos para mi complexion hace que abrasa

ENRIQUE.

estremo... sumamente fuerte, como... yo no se ... Pues, señor, el rey me manda que os informe hecho una grande apuesta en vuestro favor. asunto.

HAMLET.

presente que el sombrero se...

ENRIQUE.

ñor... lo hago por comodidad... cierto... Pues e Laertes acaba de llegar a la corte... ¡Oh! es to caballero, no cabe duda. Escelentes cualida-ato muy dulce, muy bien quisto de todos... Cier do sin pasion, es menester confesar que es la de la nobleza, porque en el se hallan cuantas neden verse en un caballero.

HAMLET.

a que de el haceis no desmerece nada en vues-aunque yo crei que al hacer el inventario de sus se confundirian la aritmetica y la memoria, y ian insuficientes para suma tan larga. Pero sin su elogio, yo le tengo por un hombre de grande de tan particular y estraordinaria naturaleza, ndo con toda la exactitud posible) no se hallara nza sino en su mismo espejo; pues el que pre-caria en otra parte solo encontrara bosquejos

ENRIQUE.

cabais de hacer justicia imparcial en cuanto ha el.

HAMLET.

o sepase a que proposito nos enronquecemos tremetiendo en nuestra conversacion las alaban-e galan.

ENRIQUE.

deeis, señor?

HORACIO.

a mejor que le hablarais con mas claridad? Y-or, que no os seria dificil.

Enter Osric.

OSRIC.

Your lordship is right welcome back to Denmark.

HAMLET.

I humbly tank you, sir.—Dost know this water-fly?

HORATIO.

No, my good lord.

HAMLET.

Thy state is the more gracious; for'tis a vice to know him: he hath much land, and fertile; let a beast be lord of beasts, and his crib shall stand at the king's mess. 'Tis a chough; but, as I say, spacious in the possession of dirt.

OSRIC.

Sweet lord, if your lordship were of leisure, I should impart a thing to you from his majesty.

HAMLET.

I will receive it, sir, with all diligence of spirit. Your bonnet to his right use; 'tis for the head.

OSRIC.

I thank your lordship, 'tis very hot.

HAMLET.

No, believe me, 'tis very cold; the wind is northerly.

OSRIC.

It is indifferent cold, my lord, indeed.

HAMLET.

But yet, methinks, it is very sultry and hot; or my complexion—

OSRIC.

Exceedingly, my lord; it is very sultry,—as 'twere,—I cannot tell how.—My lord, his majesty bade me signify to you, that he has laid a great wager on your head.—Sir, this is the matter—

HAMLET

I beseech you remember —

(Hamlet moves him to put on his hat.)

OSRIC.

Nay, good my lord, for my ease, in good faith.-Sir, here is newly come to court, Laertes: believe me, an absolute gentleman, full of most excellent differences, of very soft society, and great showing: indeed, to speak feelingly of him, he is the card or calendar of gentry, for you shall find in him the continent of what part a gentleman would see.

HAMLET.

Sir, his definement suffers no perdition in you;—though, I know, to divide him inventorially, would dizzy the arithmetic of memory: and yet but raw neither, in respect of his quick sail. But, in the verity of extolment, I take him to be a soul of great article; and his infusion of such dearth and rareness, as, to make true diction of him, his semblable is his mirror; and, who else would trace him, his umbrage, nothing more.

OSRIC.

Your lordship speaks most infallibly of him.

HAMLET.

Tho concernancy, sir? why do we wrap the gentleman in our more rawer breath?

OSRIC.

Sir?

HORATIO.

Is't not possible to understand in another tongue? You will do't, sir, really

HAMLET.

Digo que ¿á qué viene ahora hablar de ese caballero?

ENRIQUE.

¿De Laertes?

HORACIO.

¡Eh! ya vació cuánto tenia, y se le acabó la provision de frases brillantes.

HAMLET.

Sí, señor, de ese mismo.

ENRIQUE.

Yo creo que no estareis ignorante de...

HAMLET.

Quisiera que no me tuvierais por ignorante; bien que vuestra opinion no me añadiria un gran concepto... Y bien, ¿qué mas?

ENRIQUE.

Decia, que no podeis ignorar el mérito de Laertes.

HAMLET.

Yo no me atreveré á confesarlo por no igualarme con él, siendo averiguado que para conocer bien á otro es menester conocerse bien á sí mismo.

ENRIQUE.

Yo lo decia por su destreza en el arma, puesto que segun la voz general, no se le conoce compañero.

HAMLET.

¿Y qué arma es la suya?

ENRIQUE.

Espada y daga.

HAMLET.

Esas son dos armas... Vaya, adelante.

ENRIQUE.

Pues, señor, el rey ha apostado contra él seis caballos bárbaros, y él ha impuesto por su parte (segun he sabido) seis espadas francesas con sus dagas y guarniciones correspondientes, como cinturon, colgantes, y así á este tenor... Tres de estas cureñas particularmente son la cosa mas bien hecha que puede darse. ¡Cureñas como ellas!.. ¡Oh! es obra de mucho gusto y primor.

HAMLET.

Y ¿á qué cosa llamais cureñas?

HORACIO.

Ya recelaba yo que sin el socorro de notas marginales no pudierais acabar el dialogo.

ENRIQUE.

Señor, por cureñas entiendo yo, así, los... los cinturones...

HAMLET.

La espresion seria mucho mas propia, si pudiéramos llevar al lado un cañon de artillería; pero en tanto que este uso no se introduce, los llamaremos cinturones... En fin, vamos al asunto. Seis caballos bárbaros contra seis espadas francesas con sus cinturones, y entre ellos tres cureñas primorosas... ¿Con que esto es lo que apuesta el francés contra el dinamarqués? ¿Y á qué fin se han impuesto (como vos decís) todas esas cosas?

ENRIQUE.

El rey ha apostado que si batallais con Laertes, en doce jugadas no pasarán de tres botonazos los que él os dé; y él dice, que en las mismas doce os dará nueve cuando menos, y desea que esto se juzgue inmediatamente, si os dignais de responder.

HAMLET.

¿Y si respondo que no?

ENRIQUE.

Quiero decir, si admitís el partido que os propone.

HAMLET.

Pues, señor, yo tengo que pasearme todavía en esta sala; porque si S. M. no lo ha por enojo, esta es la hora crítica en que yo acostumbro respirar el ambiente. Tráiganse aquí los floretes, y si ese caballero lo quiere así, y el rey se mantiene en lo dicho, le haré ganar la apuesta si puedo; y si no puedo, lo que yo ganaré será vergüenza y golpes

HAMLET.

What imports the nomination of this gentleman'

OSRIC.

Of Laertes?

HORATIO.

His purse is empty already; all his golden wo spent.

HAMLET.

Of him, sir.

OSRIC.

I know, you are not ignorant—

HAMLET.

I would you did, sir; yet, in faith, if you did, i not much approve me;—well, sir.

OSRIC.

You are not ignorant of what excellence Laerte

HAMLET.

I dare not confess that, lest I should compare w in excellence; but, to know a man well, were i himself.

OSRIC.

I mean, sir, for his weapon; but in the imputa on him by them, in his meed he's unfellowed.

HAMLET.

What's his weapon?

OSRIC.

Rapier and dagger.

HAMLET.

That's two of his weapons: but, well.

OSRIC.

The king, sir, hath wagered with him six Barb ses: against the which he has impawned, as I tak French rapiers and poniards, with their assigns, hangers, and so: three of the carriages, in faith, dear to fancy, very responsive to the hilts, most carriages, and of very liberal conceit.

HAMLET.

What call you the carriages?

HORATIO.

I knew, you must be edified by the margent, had done.

OSRIC.

The carriages, sir, are the hangers.

HAMLET.

The phrase would be more german to the mat could carry a cannon by our sides; I would, it hangers till then. But, on: six Barbary horses ag French sword, their assigns, and three liberal c carriages; that's the French bet against the Dan is this impawned, as you call it?

OSRIC.

The king, sir, hath laid, that in a dozen passes yourself and him, he shall not exceed you three hath laid, on twelve for nine; and it would con mediate trial, if your lordship woul vouchsafe the

HAMLET.

How, if I answer, no?

OSRIC.

I mean, my lord, the opposition of your p trial.

HAMLET.

Sir, I will walk here in the hall: if it please hi it is the breathing time of day with me: let the brought, the gentleman willing, and the king purpose, I will win for him, if I can; if not, I nothing but my shame, and the odd hits.

ENRIQUE.

...que ¿lo diré en esos términos?

HAMLET.

...es la sustancia; despues lo podeis adornar con to... flores de vuestro ingenio.

ENRIQUE.

...r, recomiendo nuevamente mis respetos a vuestra ...za.

HAMLET.

...pre vuestro, siempre.

ESCENA VI.

HAMLET, HORACIO.

HAMLET.

...ce muy bien de recomendarse á sí mismo; porque ...ludo mucho que nadie lo hiciese por él.

HORACIO.

...me parece un vencejo que empezó a volar y chi... ...el cascaron pegado a las plumas.

HAMLET.

...aun antes de mamar hacia ya cumplimientos á la ... Este es uno de los muchos que en nuestra corrom... ...lad son estimados, unicamente porque saben aco... ...se al gusto del dia con esa esterioridad halagüeña ...quiosa... y con ella tal vez suelen sorprender el ... de los hombres prudentes; pero se parecen dema... ...la espuma, que por mas que hierva y abulte, al ...soplo se reconoce lo que es; todas las ampollas ...se deshacen, y no queda nada en el vaso.

ESCENA VII.

HAMLET, HORACIO, UN CABALLERO.

CABALLERO.

...r, parece que S. M. os envió un recado con el ...Enrique, y este ha vuelto diciendo que espera... ...esta sala. El rey me envia a saber si gustais de ba... ...on Laertes inmediatamente, o si quereis que se di...

HAMLET.

...y constante en mi resolucion, y la sujeto á la vo... ...del rey. Si esta hora fuese comoda para él, tam... ...es para mi : con que hagase al instante ó cuando ...con tal que me halle en la buena disposicion que

CABALLERO.

...y la reina bajan con toda la corte.

HAMLET.

...

CABALLERO.

...quisiera que antes de comenzar la batalla, ha... ...a Laertes con dulzura y espresiones de amistad.

HAMLET.

...vertencia muy prudente.

ESCENA VIII.

HAMLET, HORACIO.

HORACIO.

...que habeis de perder, señor

HAMLET.

...pienso que no. Desde que el partio para Francia, ...sado de ejercitarme, y creo que le llevaré ven... ...ero... no podrás imaginarte qué angustia siento ...el corazon... ¿Y sobre que?... No hay motivo.

HORACIO.

...do eso, señor...

HAMLET.

...nes vanas!... Especies de presentimientos capa... ...de turbar un alma femenil.

HORACIO.

...is interiormente alguna repugnancia, no hay pa... ...preñaros. Yo me adelantaré a encontrarlos, y les ...estais indispuesto.

OSRIC.

Shall I deliver you so?

HAMLET.

To this effect, sir; after what flourish your nature will.

OSRIC.

I commend my duty to your lordship. *(Exit.*

HAMLET.

Yours, yours.—He does well, to commend it himself; there are no tongues else for's turn.

HORATIO.

This lapwing runs away with the shell on his head.

HAMLET.

He did comply with his dug, before he sucked it. Thus has he (and many more of the same breed, that, I know, the drossy age dotes on,) only got the tune of the time, and outward habit of encounter: a kind of yesty collection, which carries them through and through the most fond and winnowed opinions; and do but blow them to their trial, the bubbles are out.

Enter a Lord.

LORD.

My lord, his majesty commended him to you by young Osric, who brings back to him, that you attend him in the hall: he sends to know, if your pleasure hold to play with Laertes, or that you will take longer time.

HAMLET.

I am constant to my purposes, they follow the king's pleasure: if his fitness speaks, mine is ready; now, or whensoever, provided I be so able as now.

LORD.

The king, and queen, and all are coming down.

HAMLET

In happy time.

LORD.

The queen desires you, to use some gentle entertainment to Laertes, before you fall to play.

HAMLET.

She well instructs me. *(Exit Lord*

HORATIO.

You will lose this wager, my lord.

HAMLET.

I do not think so; since he went into France, I have been in continual practice; I shall win at the odds. But thou would'st not think, how ill all's here about my heart: but it is no matter.

HORATIO.

Nay, good my lord,—

HAMLET.

It is but foolery; but it is such a kind of gain-giving, as would, perhaps, trouble a woman.

HORATIO.

If your mind dislike any thing, obey it: I will forestal their repair hither, and say, you are not fit.

HAMLET.

No, no... Me burlo yo de tales presagios. Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible. Si mi hora es llegada, no hay que esperarla; si no ha de venir ya, señal que es ahora; y si ahora no fuese, habrá de ser después: todo consiste en hallarse prevenido para cuando venga. Si el hombre al terminar su vida ignora siempre lo que podria ocurrir después, ¿qué importa que la pierda tarde ó presto? Sepa morir (11).

ESCENA IX.

HAMLET, HORACIO, CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, ENRIQUE, CABALLEROS, DAMAS, ACOMPAÑAMIENTO.

CLAUDIO.

Ven, Hamlet, ven y recibe esta mano que te presento.

(Hace que Hamlet y Laertes se dén la mano.)

HAMLET.

Laertes, si estais (12) ofendido de mí, os pido perdon. Perdonadme como caballero. Cuantos se hallan presentes saben, y aun vos mismo lo habreis oido, el desórden que mi razon padece. Cuanto haya hecho insultando la ternura de vuestro corazon, vuestra nobleza ó vuestro honor, cualquiera accion, en fin, capaz de irritaros, declaro solemnemente en este lugar que ha sido efecto de mi locura. ¿Puede Hamlet haber ofendido á Laertes? No. Hamlet no ha sido, porque estaba fuera de sí; y si en tal ocasion (en que él á sí propio se desconocia) ofendió á Laertes, no fué Hamlet el agresor, porque Hamlet lo desaprueba y lo desmiente. Pues ¿quién puede ser? Su demencia sola... Siendo esto así, el desdichado Hamlet es partidario del ofendido, al paso que en su propia locura reconoce su mayor contrario. Permitid pues que delante de esta asamblea me justifique de toda siniestra intencion, y espero de vuestro ánimo generoso el olvido de mis desaciertos. Disparaba el arpon sobre los muros de ese edificio; y por error herí á mi hermano.

LAERTES.

Mi corazon, cuyos impulsos naturales eran los primeros á pedirme en este caso venganza, queda satisfecho. Mi honra no me permite pasar adelante, ni admitir reconciliacion alguna, hasta que examinado el hecho por ancianos y virtuosos árbitros, se declare que mi pundonor está sin mancilla. Mientras llega este caso, admito con afecto recíproco el que me anunciais, y os prometo de no ofenderle.

HAMLET.

Yo recibo con sincera gratitud ese ofrecimiento, y en cuanto á la batalla que va á comenzarse, lidiaré con vos como si mi competidor fuese mi hermano... Vamos. Dadnos floretes.

LAERTES.

Sí, vamos... uno á mí.

HAMLET.

La victoria no os será difícil: vuestra habilidad lucirá sobre mi ignorancia, como una estrella resplandeciente entre las tinieblas de la noche.

LAERTES.

No os burleis, señor.

HAMLET.

No, no me burlo.

CLAUDIO.

Dales floretes, jóven Enrique. Hamlet, ya sabes cuáles son las condiciones.

HAMLET.

Sí, señor, y en verdad que habeis apostado por el mas débil.

(Traen los criados una mesa, y en ella, cuando lo manda Claudio, ponen jarros y copas de oro que llenan de vino. Claudio y Gertrudis se sientan junto á la mesa, y todos los demás, segun su clase, ocupan los asientos restantes. Quedan en pié los criados que sirven las copas, Hamlet y Laertes, que se disponen para batallar, y Horacio y Enrique en calidad de jueces ó padrinos.)

HAMLET.

Not a whit, we defy augury; there is a speci[al] dence in the fall of a sparrow. If it be now, 'tis come; if it be not to come, it will be now; if it now, yet it will come: the readiness is all: since n of aught he leaves, knows, what is't to leave be Let be.

Enter King, Queen, Laertes, Lords, Osric, and dants, with foils, etc.

KING.

Come, Hamlet, come, and take this hand from

(The King puts the hand of Laertes into that of I

HAMLET.

Give me your pardon, sir: I have done you wrong
But pardon it, as you are a gentleman.
This presence knows, and you must needs have h
How I am punish'd with a sore distraction.
What I have done,
That might your nature, honour, and exception,
Roughly awake, I here proclaim was madness.
Was't Hamlet wrong'd Laertes? Never, Hamlet:
If Hamlet from himself be ta'en away,
And, when he's not himself, does wrong Laertes
Then Hamlet does it not, Hamlet denies it.
Who does it then? His madness: if't be so,
Hamlet is of the faction that is wrong'd;
His madness is poor Hamlet's enemy.
Sir, in this audience,
Let my disclaiming from a purpos'd evil
Free me so far in your most generous thoughts,
That I have shot my arrow o'er the house,
And hurt my brother.

LAERTES.

I am satisfied in nature,
Whose motive, in this case, should stir me most
To my revenge: but, in my terms of honour,
I stand aloof; and will no reconcilement,
Till by some elder masters, of known honour,
I have a voice and precedent of peace,
To keep my name ungor'd: but till that time,
I do receive your offer'd love like love,
And will not wrong it.

HAMLET.

I embrace it freely;
And will this brother's wager frankly play.—
Give us the foils; come on.

LAERTES.

Come, one for me.

HAMLET.

I'll be your foil, Laertes; in mine ignorance
Your skill shall, like a star in the darkest night,
Stick fiery off indeed.

LAERTES.

You mock me, sir.

HAMLET.

No, by this hand.

KING.

Give them the foils, young Osric.—Cousin Haml
You know the wager?

HAMLET.

Very well, my lord,
Your grace hath laid the odds o'the weaker side

CLAUDIO.

o perder. Yo os he visto ya esgrimir á entram- nque él haya adelantado despues, por eso mis- mio es mayor á favor nuestro.

LAERTES.

muy pesado. Dejadme ver otro.

presenta varios floretes. Hamlet toma uno, y Laertes escoge otro.)

HAMLET.

e parece bueno... ¿Son todos iguales?

ENRIQUE.

or.

CLAUDIO.

esta mesa de copas llenas de vino. Si Hamlet da ı ó segunda estocada, ó en la tercera suerte da al contrario, disparen toda la artillería de las al- l rey beberá á la salud de Hamlet, echando en na perla mas preciosa que la que han usado en ı los cuatro últimos soberanos daneses..... Traed , y el timbal diga á las trompetas, las trompe- llero distante, los cañones al cielo, y el cielo á ahora brinda el rey de Dinamarca á la salud de . Comenzad, y vosotros, que habeis de juzgarlos, atentos.

HAMLET.

(13).

LAERTES.

, señor. *(Batallan Hamlet y Laertes.)*

HAMLET.

LAERTES.

HAMLET.

gguen.

ENRIQUE.

tocada, no hay duda.

LAERTES.

ı otra.

CLAUDIO.

l..... Dadme de beber. *(Claudio echa una perla a y bebe, alarga despues la copa á Hamlet, y él marla. Suena á lo lejos ruido de trompetas y s.)* Hamlet, esta perla es para ti, y brindo con salud. Dadle la copa.

HAMLET.

d un poco. *(Vuelven á batallar.)* Quiero dar este ero. Vamos..... Otra estocada. ¿Qué decís?

LAERTES.

ha tocado: lo confieso.

CLAUDIO.

uestro hijo vencerá.

GERTRUDIS

ueso y se fatiga demasiado. Ven aquí, Hamlet n lienzo y limpiate el rostro... La reina brinda á fortuna, querido Hamlet. *(Toma la copa y bebe; quiere estorbar; y Gertrudis bebe segunda vez.)*

HAMLET.

s gracias, señora.

CLAUDIO.

bebais.

GERTRUDIS.

eñor, perdonadme, yo he de beber.

CLAUDIO.

pa envenenada!..... Pero... no hay remedio.

HAMLET.

ora no bebo, esperad un instante.

GERTRUDIS.

jo mio, te limpiaré el sudor del rostro.

LAERTES.

ereis si le acierto.

abla con Claudio en voz baja, mientras Gertru- limpia con un lienzo el sudor á Hamlet.)

KING.

I do not fear it: I have seen you both:—
But since he's better'd, we have therefore odds.

LAERTES.

This is too heavy, let me see another.

HAMLET.

This likes me well. These foils have all a length?
(They prepare to play.)

OSRIC.

Ay, my good lord.

KING.

Set me the stoups of wine upon that table:—
If Hamlet give the first or second hit,
Or quit in answer of the third exchange,
Let all the battlements their ordnance fire;
The king shall drink to Hamlet's better breath;
And in the cup an union shall he throw,
Richer than that which four successive kings
In Denmark's crown have worn. Give me the cups;
And let the kettle to the trumpet speak,
The trumpet to the cannoneer without,
The cannons to the heavens, the heaven to earth,
Now the king drinks to Hamlet.—Come, begin;—
And you, the judges, bear a wary eye.

HAMLET.

Come on, sir,

LAERTES.

Come, my lord, *(They play.)*

HAMLET.

One.

LAERTES.

No.

HAMLET.

Judgment.

OSRIC.

A hit, a very palpable hit.

LAERTES.

Well,—again.

KING.

Stay, give me drink. Hamlet, this pearl is thine;
Here's to thy health.—Give him the cup.
(Trumpets sound; and cannon shot off within.)

HAMLET.

I'll play this bout first, set it by awhile.
Come—Another hit; What say you? *(They play.)*

LAERTES.

A touch, a touch, I do confess.

KING.

Our son shall win.

QUEEN.

He's fat, and scant of breath.—
Here, Hamlet, take my napkin, rub thy brows;
The queen carouses to thy fortune, Hamlet.

HAMLET.

Good madam,—

I will, my lord;—

(Aside.)

CLAUDIO.

Yo pienso que no.

LAERTES.

No sé qué repugnancia siento al ir á ejecutarlo.

HAMLET.

Vamos á la tercera, Laertes... Pero bien se ve que lo tomais á fiesta: batallad, os ruego, con mas ahinco. Mucho temo que os burleis de mí.

LAERTES.

¿Eso decís, señor? Vamos.

(Batallan.)

ENRIQUE.

Nada: ni uno ni otro.

LAERTES.

Ahora... esta...

(Vuelven á batallar; se enfurecen, truécanse las espadas y quedan heridos los dos. Horacio y Enrique los separan con dificultad; Gertrudis cae moribunda en los brazos de Claudio. Todo es terror y confusion.)

CLAUDIO.

Parece que se acaloran demasiado... Separadlos.

HAMLET.

No, no, vamos otra vez.

ENRIQUE.

Ved qué tiene la reina... ¡Cielos!

HORACIO.

¡Ambos heridos! ¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE.

¿Cómo ha sido, Laertes?

LAERTES.

Esto es haber caido en el lazo que preparé... justamente muero víctima de mi propia traicion.

HAMLET.

¿Qué tiene la reina?

CLAUDIO.

Se ha desmayado al veros heridos.

GERTRUDIS.

No, no... ¡La bebida!... ¡Querido Hamlet!... ¡La bebida!.. Me han envenenado! *(Queda muerta en la silla.)*

HAMLET.

¡Oh, qué alevosía!... ¡Oh!... Cerrad las puertas... Traicion... Buscad por todas partes...(14).

LAERTES.

No, el traidor está aquí. *(Dirá esto sostenido por Enrique.)* Hamlet, tú eres muerto... No hay medicina que pueda salvarte: vivirás media hora apenas... En tu mano está el instrumento aleve, bañada con ponzoña su aguda punta... ¡Volvióse en mi daño la trama indigna!... Vesme aquí postrado para no levantarme jamás... Tu madre ha bebido un tósigo... No puedo proseguir... El rey, el rey es el delincuente.

(Claudio quiere huir. Hamlet corre á él furioso, y le atraviesa la espada por el cuerpo. Toma la copa envenenada, y se la hace apurar por fuerza. Le deja muerto en el suelo, y vuelve á oir las últimas palabras de Laertes.)

HAMLET.

¿Está envenenada esta punta? Pues, veneno, produce tus efectos.

TODOS.

Traicion, traicion.

CLAUDIO.

Amigos, estoy herido... Defendedme.

HAMLET.

¡Malvado, incestuoso, asesino! Bebe esta ponzoña...¿ Está la perla aquí? Sí, toma (15), acompaña á mi madre.

LAERTES.

¡Justo castigo!... El mismo preparó la pocion mortal... Olvidémonos de todo, generoso Hamlet, y... ¡Oh, no caiga sobre tí la muerte de mi padre y la mia, ni sobre mí la tuya!

(Cae muerto.)

KING.

I do not think it.

LAERTES.

And yet it is almost against my conscience.

HAMLET.

Come, for the third, Laertes. You do but dally;
I pray you, pass with your best violence
I am afeard, you make a wanton of me.

LAERTES.

Say you so? come on. *(They*

OSRIC.

Nothing, neither way.

LAERTES.

Have at you now.

(Laertes wounds Hamlet; then, in scuffling, they rapiers, and Hamlet wounds Laertes.)

KING.

Part them, they are incens'd.

HAMLET.

Nay, come again. *(The quee*

OSRIC.

Look to the queen there, ho!

HORATIO.

They bleed on both sides. —How is it, my lord?

OSRIC.

How is't, Laertes?

LAERTES.

Why, as a woodcock to my own springe, Osric;
I am justly kill'd with mine own treachery.

HAMLET.

How does the queen?

KING.

She swoons to see them ble

QUEEN.

No, no, the drink, the drink,—O my dear Hamlet
The drink, the drink;—I am poison'd!

HAMLET.

O villany!—Ho! let the door be lock'd
Treachery! seek it out. *(Laerte*

LAERTES.

It is here, Hamlet: Hamlet, thou art slain;
No medicine in the world can do thee good,
In thee there is not half an hour's life;
The treacherous instrument is in thy hand,
Unbated, and envenom'd: the foul practice
Hath turn'd itself on me; lo, here I lie,
Never to rise again. Thy mother's poison'd;
I can no more, the king, the king's to blame.

HAMLET.

The point
Envenom'd too!—Then, venom to thy work.
(Stabs the

OSRIC AND LORDS.

Treason, treason!

KING.

O, yet defend me, friends, I am but hurt.

HAMLET.

Here, thou incestuous, murd'rous, damned Dane,
Drink off this potion:—Is the union here?
Follow my mother. *(King*

LAERTES.

He is justly serv'd;
It is a poison temper'd by himself.—
Exchange forgiveness with me, noble Hamlet.
Mine and my father's death come not upon thee;
Nor thine on me

HAMLET.

...lo te perdone... Ya voy a seguirte... Yo muero, ...Adios, reina infeliz... *(Abrazando el cadáver de ...tis.)* Vosotros, que asistis pálidos y mudos con el ...este suceso terrible... Si yo tuviera tiempo... *(Em- ...manifestar desfallecimiento y angustias de muerte. ...e los circunstantes le acompañan y sostiene. Horacio ...tremos de dolor.)* La muerte es un ministro ine- ...que no dilata la ejecucion... Yo pudiera deciros... ...es posible... Horacio, yo muero. Tu, que vivirás, ...la verdad y los motivos de mi conducta á quien los

HORACIO.

...? No lo creais. Yo tengo alma romana, y aun ha ...o aquí parte del tosigo.

...en la mesa el jarro del veneno, echa porcion de él ...la copa, va a beber. Hamlet quiere estorbárselo, ...riados quitan la copa á Horacio, la toma Hamlet. ...ira al suelo.)

HAMLET.

...esa copa... presto... por Dios te lo pido. ¡Oh, que- ...racio! si esto permanece oculto, ¡qué manchada re- ...n dejaré despues de mi muerte! Si alguna vez me ...gar en tu corazon, retarda un poco esa felicidad ...teces, alarga por algun tiempo la fatigosa vida en ...undo lleno de miserias, y divulga por él mi historia... ...strepito militar es este?

...musica militar, que se va aproximando lentamente.)

ESCENA X.

...T, HORACIO, ENRIQUE, UN CABALLERO Y ACOMPA- ...ÑAMIENTO.

CABALLERO.

...en Fortimbras, que vuelve vencedor de Polonia, ...con la salva marcial que ois a los embajadores de ...ra.

HAMLET.

...spiro, Horacio; la activa ponzoña sufoca mi alien- ...puedo vivir para saber nuevas de Inglaterra; pero ...vo (16) a anunciar que Fortimbras sera elegido por ...nacion. Yo moribundo le doy mi voto... Dìselo tú, ...ale de cuanto acaba de ocurrir... ¡Oh! Para mí so- ...a ya... silencio eterno. *(Muere.)*

HORACIO.

...n, se rompe ese gran corazon!... Adios, adios, ama- ...pe. *(Le besa las manos, y hace ademanes de dolor.)* ...ros angelicos te acompañen al celeste descanso!... ...como se acerca hasta aquí ese estruendo de atam-

ESCENA XI.

...BRAS, DOS EMBAJADORES, HORACIO, ENRIQUE, SOLDADOS, ACOMPAÑAMIENTO.

FORTIMBRAS.

...donde está ese espectaculo? (17)

HORACIO.

...buscais aquí? Si no quereis ver desgracias espan- ...pasas adelante.

FORTIMBRAS.

...Este destrozo pide sangrienta venganza... Soberbia ...que festin dispones en tu morada infernal, que ...berado con un golpe solo tantas ilustres victimas?

EMBAJADOR PRIMERO.

...eza el verlo!... Tarde hemos llegado con los men- ...Inglaterra. Los oidos a quienes debiamos dirigir- ...a insensibles. Sus ordenes fueron puntualmente ...las. Ricardo y Guillermo perdieron la vida... Pero, ...os dará las gracias de nuestra obediencia?

HORACIO.

...recibirias de su boca aunque viviese todavia, que ...dio orden para tales muertes. Pero puesto que

HAMLET.

Heaven make thee free of it! I follow thee.
I am dead, Horatio:—wretched queen, adieu!—
You that look pale and tremble at this chance,
That are but mutes or audience to this act,
Had I but time, (as this fell sergeant, death,
Is strict in his arrest,) O, I could tell you,—
But let it be:—Horatio, I am dead;
Thou liv'st; report me and my cause aright
To the unsatisfied.

HORATIO.

Never believe it;
I am more an antique Roman than a Dane.
Here's yet some liquor left.

HAMLET.

As thou'rt a man,—
Give me the cup; let go; by heaven I'll have it.—
O God!—Horatio, what a wounded name,
Things standing thus unknown, shall live behind me?
If thou didst ever hold me in thy heart,
Absent thee from felicity awhile,
And in this harsh world draw thy breath in pain,
To tell my story.—
(March afar off, and shot within.)
What warlike noise is this?

OSRIC.

Young Fortinbras, with conquest come from Poland,
To the ambassadors of England gives
This warlike volley.

HAMLET.

O, I die, Horatio;
The potent poison quite o'er-crows my spirit;
I cannot live to hear the news from England:
But I do prophecy, the election lights
On Fortinbras; he has my dying voice;
So tell him, with the concurrents, more or less,
Which have solicited.—The rest is silence. *(Dies.)*

HORATIO.

Now cracks a noble heart;—Good night, sweet prince
And flights of angels sing thee to thy rest!
Why does the drum come hither? *(March within.)*

Enter Fortinbras, the English Ambassadors, and others.

FORTINBRAS.

Where is this sight?

HORATIO.

What is it, you would see?
If aught of woe, or wonder, cease your search.

FORTINBRAS.

This quarry cries on havoc?—O proud death!
What feast is toward in thine eternal cell,
That thou so many princes, at a shot,
So bloodily hast struck?

1 AMBASSADOR.

The sight is dismal;
And our affairs from England come too late:
The ears are senseless, that should give us hearing,
To tell him, his commandment is fulfill'd,
That Rosencrantz and Guildenstern are dead:
Where should we have our thanks?

HORATIO.

Not from his mouth,
Had it the ability of life to thank you;
He never gave commandment for their death.

vos, viniendo victorioso de la guerra contra Polonia, y vosotros, enviados de Inglaterra, os hallais juntos en este lugar, y os veo deseosos de averiguar este suceso trágico, disponed que esos cadáveres se espongan sobre una tumba elevada á la vista pública, y entonces haré saber al mundo, que lo ignora, el motivo de estas desgracias. Me oireis hablar (pues todo os lo sabré referir fielmente) de acciones crueles, bárbaras, atroces: sentencias que dictó el acaso, estragos imprevistos, muertes ejecutadas con violencia y aleve astucia, y al fin proyectos malogrados que han hecho perecer á sus autores mismos.

FORTIMBRÁS.

Deseo con impaciencia oiros, y convendrá que se reuna con este objeto la nobleza de la nacion. No puedo mirar sin horror los dones que me ofrece la fortuna; pero tengo derechos muy antiguos á esta corona, y en tal ocasion es justo reclamarlos.

HORACIO.

Tambien puedo hablar en ese propósito, declarando el voto que pronunció aquella boca que ya no formará sonido alguno... Pero ahora que los ánimos están en peligroso movimiento, no se dilate la ejecucion un instante solo, para evitar los males que pudieran causar la malignidad ó el error.

FORTIMBRÁS.

Cuatro de mis capitanes lleven al túmulo el cuerpo de Hamlet con las insignias correspondientes á un guerrero. ¡Ah! si él hubiese ocupado el trono, sin duda hubiera sido un escelente monarca... Resuene la música militar por donde pase la pompa fúnebre, y hágansele todos los honores de la guerra... Quitad, quitad de ahí esos cadáveres. Espectáculo tan sangriento mas es propio de un campo de batalla que de este sitio... Y vosotros haced que salude con descargas todo el ejército.

But since, so jump upon this bloody question,
You from the Polack wars, and you from England,
Are here arriv'd; give order, that these bodies
High on a stage be placed to the view;
And let me speak, to the yet unknowing world,
How these things come about: so shall you hear
Of carnal, bloody, and unnatural acts;
Of accidental judgments, casual slaughters;
Of deaths put on by cunning, and forc'd cause;
And, in this upshot, purposes mistook
Fall'n on the inventors' heads: all this can I
Truly deliver.

FORTINBRAS.

Let us haste to hear it,
And call the noblest to the audience.
For me, with sorrow I embrace my fortune;
I have some rights of memory in this kingdom,
Which now to claim my vantage doth invite me.

HORATIO.

Of that I shall have also cause to speak,
And from his mouth whose voice will draw on more.
But let this same be presently perform'd,
Even while men's minds are wild; lest more mischance
On plots, and errors, happen.

FORTINBRAS.

Let four captains
Bear Hamlet, like a soldier, to the stage;
For he was likely, had he been put on,
To have prov'd most royally: and, for his passage,
The soldier's music, and the rites of war,
Speak loudly for him.—
Take up the bodies.—Such a sight as this
Becomes the field, but here shows much amiss.
Go, bid the soldiers shoot. *(A dead march.)*

(Exeunt, bearing off the dead bodies; after which, a peal of ordnance is shot off.)

NOTAS.

ACTO PRIMERO.

…speare el argumento de esta tragedia en la antigua his…ca, llena de acaecimientos increibles y fabulosos, como …nte todas las que abrazan épocas tan remotas.

… que Rorico reinó en Dinamarca desde los años de 3570 … Le sucedió Horvendilo su yerno, príncipe de gran va… hecho famoso por la victoria que obtuvo de Coller, rey …ien mató en singular combate; pero Horvendilo reinó …rque movido su hermano Fengo de envidia y ambicion, …levosamente, casándose despues con su cuñada Gerutha, …aliéndose para rendirla á su voluntad de astucias y ame…

…le Horvendilo y Gerutha, deseando vengar la muerte de …gió loco para disimular mejor sus designios, bien que …os en tal manera que su tio no llegase á sospechar que … mostraba era ficcion. Para aclarar sus dudas hizo que …en fuese á un bosque donde Hamlet pasaba algunas ho…dase con él, esperando que al verla depondria toda di…ria lugar á que notasen sus palabras y acciones los que … en la espesura y presenciar el suceso; pero ya fuese …virtió de antemano, ó que su prudencia solo se lo sugi… dió señal ninguna de juicio mientras se entretuvo con

… cautela, pensó el rey en otra que le salió mucho peor. …corte por algunos dias, y dispuso que un confidente suyo … cuarto de la reina, para que cuando Hamlet fuese á vi…ra cuidadosamente. Vino en efecto el príncipe, y empezó … como acostumbraba, meneando los brazos, cantando … examinando todos los escondites del aposento, hasta …el que estaba escondido entre los colchones de la cama; …ada, sacóle arrastrando de allí, le mató, dividió el ca…los hizo cocer, y se los dió á comer á los puercos. Vol…se con su madre, y asegurado ya de que no habia espías … reprendió ásperamente por haberse casado con el ma…, la declaró el motivo de su fingida locura y la firme …e estaba de vengarse, haciéndola prometer por último …aria aquel importante secreto.

… su vuelta el mal éxito de sus astucias, trató solo de aca…e por cualquiera medio que fuese. Envióle á Inglaterra …os consejeros suyos, á quienes dió cartas para aquel …aba que así que llegase Hamlet le hiciese matar. Este, …mientras sus compañeros dormian, logró apoderarse de … llevaban, y al ver lo que se trataba en ellos, borró lo …bió en ellas espresiones tan diferentes de las suprimi…eyó las cartas el rey de Inglaterra hizo ahorcar á los … acogió al príncipe con estraordinarias muestras de …poco tiempo le casó con su hija.

… de este suceso volvió Hamlet á Dinamarca, y halló que …ido la voz de que era muerto, se celebraban sus fune…mpo de asistir á un banquete que daba el rey á los se… Hamlet, en el desórden y alegría de la mesa, logró …os los grandes; cuando los vió en estado de no poder … al palacio, fué al cuarto del rey que estaba durmien… … cuerpo con su misma espada. Convocados despues los …ustificó ante ellos su conducta, le aclamaron rey, y …sta que habiéndose rebelado Vicleto, gobernador de … sus manos en una batalla, año de 3480 del mundo, 520 … cristo, segun el cómputo vulgar.

…e *ha movido*. Espresion muy natural en un soldado, y …ublimidad trágica. M. Home, en su *Ensayo sobre la* … preferiria á la de Racine en el primer acto de *Ifigenia*: …*el dort, et l'armée, et les vents, et Neptune.*

…ha ignorancia ó mucha pasion para dar tal fallo.

…*nde viene*. La aparicion del muerto es ociosa é intem…ena. Cuando la introduccion de tales visiones no fuese …mente, se exigiria á lo menos que se colocaran donde … todo el efecto teatral de que son susceptibles. Si em…n la aparicion de un espectro, ¿cómo ha de acabar? …rrible podrá presentarnos el poeta en lo restante del …o se aparece desde luego al príncipe Hamlet? ¿Solo …e fin, y malgasta las horas en pasearse á oscuras y …? Si desea que su hijo le vengue, ¿no es imprudencia …que no sea él mismo? Es increible que un alma venida …erre tan de lleno.

… rey. En el teatro es muy precioso el tiempo, y estas … solamente con su conversacion. El desafío del rey … de Noruega, la invasion que premedita Fortimbrás, … se hacen para resistirle, y todo cuanto Horacio dice á sus camaradas, no tiene que ver con la accion de la tragedia: de esto y no de otra cosa debia tratarse. Diráse que es natural que en un cuerpo de guardia hablen los soldados de lo que ha sucedido en su tiempo ó de las novedades del dia: no hay duda, y tambien es natural que jueguen á la perinola y duerman y ronquen.

(5) *Fortimbrás de Noruega.* No se halla ningun rey de este nombre en la serie de los reyes de Noruega. Véase la nota 4.

(6) *En la época mas feliz y gloriosa de Roma.* Horacio usa aquí un estilo digno de la tragedia; pero es de temer que Marcelo y Bernardo no sepan quién fué César, puesto que no habia nacido todavía. En cuanto á lo del *húmedo planeta, cuya influencia gobiernan el imperio de Neptuno*, puede asegurarse prudentemente que no le entenderian una palabra. El discurso que Horacio dirige al muerto no padece esta escepcion.

(7) *El iba ya á hablar cuando el gallo cantó.* Horacio, que es hombre de estudios, no debia creer los disparates que dice, ni los que añade Marcelo acerca de los espíritus, las brujas, los encantos y los planetas siniestros; pero todo esto va dedicado al populacho de Lóndres, á quien Shakespeare quiso agradar contándole patrañas maravillosas. El poeta dramático no ha de adular la ignorancia pública: su obligacion es censurar los vicios é ilustrar el entendimiento.

(8) *El jóven Fortimbrás solicitándome un paso.* Ya se ha dicho que este Fortimbrás y esta guerra nada tienen que ver con la accion del drama. Fortimbrás, de quien tanto se habla, sale á decir siete versos en el cuarto acto, y á enterrar los muertos en el quinto. Los embajadores de Inglaterra, los de Dinamarca, Ricardo, Guillermo, Reinaldo, Enrique, el capitan, el cura del entierro, los marineros, los soldados del primer acto, los sepultureros y el ejército de Noruega, todo es inútil. Este cuadro está cargado de figuras que ahogan el grupo principal. Hasta ahora entre todos los personajes que han ido saliendo á la escena, no se ha dicho cosa que importe: todo es apurar la paciencia de quien escucha, con dilaciones y rodeos.

(9) *Algo mas que deudo y menos que amigo.* En el original dice: *A little more than kin, and less than kind.* No puede conservarse en castellano el juguete de las palabras *kin* y *kind*. Hanmer, en su edicion de las obras de Shakespeare publicada en 1744, dice que acaso este verso será algun proverbio usado en tiempo del autor.

(10) *Bueno y laudable es.* Este discurso está lleno de verdades importantes, dichas con noble simplicidad, sin metáforas, ni ambages, ni ornatos viciosos.

(11) *¡Fragilidad! tú tienes nombre de mujer.* Literalmente dice: *¡Fragilidad! tu nombre es mujer.* Letourneur traduce: *¡Oh fragilidad! la mujer y tú teneis un mismo nombre.* De cualquier modo que se diga será una locucion impropia para espresar que las mujeres son frágiles. ¿A qué fin usar de circunloquios falsos y pueriles para espresar una idea tan sencilla?

(12) *Aun antes de romper los zapatos.* Despues de esta imágen ridícula y humilde, viene esta: *En un mes..... arrojándose aun sus ojos con el pérfido llanto, se casó.* ¿Por qué no omitió la primera, si en la segunda se incluye el mismo pensamiento con mas energía y mas decoro? Porque Shakespeare ignoraba el arte, y no sabia borrar. No puede ser otra la razon.

(13) ¿*Qué asuntos tienes en Elsingör*? Hasta ahora no se sabia cuál fuese el lugar de la escena.

(14) *Señor, yo creo que le ví anoche.* Conservando diez ó doce versos de las escenas anteriores, podia suprimirse todo lo restante, y empezar la tragedia por aquí.

(15) *¿Y en dónde fué eso?* En todo este diálogo animado y rápido se espresa perfectamente la curiosidad, la inquietud, el temor del príncipe.

(16) ¿*Nada mas?* ¿Quién duda ya que Ofelia está enamorada de Hamlet? ¡Con qué sensible sencillez manifiesta en dos palabras el estado de su corazon! Estos rasgos caracterizan los grandes talentos.

(17) *Porque no solo en nuestra juventud.* Este pasaje está oscuro en el original como en la traduccion. Es una repeticion de lo que se ha dicho antes, esto es, que los obsequios de Hamlet no nacen de cariño verdadero y constante, ni son mas que impulsos ligeros de un hombre á quien le bulle la sangre en el cuerpo con la lozanía de la juventud.

(18) *El no puede como una persona vulgar.* Voltaire en sus *Misceláneas literarias* traduce mal este pasaje, diciendo: *Un príncipe, un heredero del reino no debe trinchar la vianda por sí mismo; es menester que le escojan los pedazos de ella.* Shakespeare no dice nada de esto, y no es justo atribuirle lo que no pensó.

(19) *La juventud, aun cuando nadie la combate.* Esta y otras muchas máximas que se hallarán en lo restante de la obra, encierran una sólida é importante doctrina, que se hace inútil recomendarlas á la consideracion del lector.

(20) *Algunos rígidos pastores.* Sarcasmo del autor contra los eclesiásticos de su tiempo, de quienes los puritas y calvinistas se hallaban ofendidos.

(21) *No publiques con facilidad.* Estos consejos serán muy buenos, pero no son del caso. Ni el viaje de Laertes, ni el modo con que debe-

conducirse en Francia interesan poco ni mucho, porque nada de esto tiene relacion con la fábula : son partes episódicas, desunidas, ociosas, que la dilatan sin utilidad.

(22) *Por seguir la comenzada alusion.* ¿Y qué necesidad tiene de seguirla, ni aun de haberla empezado? ¿No es error, cuando se trata de dar consejos á una niña, oscurecérselos entre metáforas y alusiones que acaso no entenderá? Dirán que Polonio es un personaje ridículo; ¿y no es error introducir en una tragedia figuras ridículas?

(23) *Son relampagos, hija mia.* El amor de Hamlet es: *Un hervor de la sangre, es una violeta que se adelanta á vivir y no permanece, es perfume de un momento, es como los relampagos, que dan mas luz que calor, que se apagan pronto y no son fuego verdadero. Sus palabras son fementidas. No es verdadero el color que aparentan. Si parecen sagrados votos, es para engañar mejor.* De toda esta inútil pompa de palabras é imágenes resulta un solo pensamiento : que no es verdadero ni puede ser durable el amor de Hamlet.

(24) *Angeles y ministros de piedad.* Este discurso está lleno de vehemencia, de terror y sublimidad trágica, y prepara oportunamente la situacion que sigue después.

(25) *Si os arrebata al mar.* El temor de Horacio es justo, las ideas que le sugiere espantosas; pero Hamlet ha visto ya á su padre, y ninguna consideracion le detiene, va á seguirle. ¡Qué pavorosa agitacion se apodera del auditorio! ¡Con qué muda inquietud se espera el éxito! Ya se olvidan cuantos desaciertos han precedido : aquí triunfa el talento del poeta; ya ha conmovido con poderoso encanto los ánimos de la multitud que le sigue atónita.

(26) *Refieremelo presto.* Hamlet dice bien : el muerto no deberia distraerse en lo que no es del caso. Esta situacion, mas que otra ninguna, pide concision y rapidez, no adornos que son impropios del personaje que habla; no reflexiones, que el auditorio las hará.

(27) *Conviene que yo apunte en este libro.* ¿No es risible ver á Hamlet en un despoblado, á media noche, á oscuras, tiritando de frio y de horror, sacar el lapicero y el libro de memoria, y apuntar á toda prisa la recóndita verdad de que un hombre, aunque sepa sonreirse, puede ser un malvado? ¡Que paraje y qué ocasion para ocuparse en escribir apuntaciones insulsas!

(28) *No existe en toda Dinamarca.* Iba á decirles que no hay en Dinamarca hombre mas infame que su tio; pero se detiene, considerando que será mejor ocultarles lo que acaba de saber.

(29) *Por san Patricio.* Hamlet no podia jurar por san Patricio : este santo, apóstol de Irlanda, floreció mil años después. En esta obra se habla de los ángeles y los diablos, de Adan, Jesucristo, la Virgen, san Valentin, el Purgatorio, el juicio final, la sagrada Escritura, la santa Cruz, la cuaresma, domingo y la Eucaristía. Siendo lo peor que entre estas espresiones propias del cristianismo, y que suponen personajes mas modernos, se mezclan á las veces ideas gentílicas, de donde resulta un embrollo inconexo y absurdo. Lo mismo sucede en lo perteneciente á la historia profana, usos y costumbres. Alejandro, César, Bruto, Roscio, Herodes y Neron son posteriores á Hamlet, en cuya edad no habia pólvora ni cañones, minas ni hornillos, ni títulos de duque, majestad, ni alteza, ni relojes de campana, ni estudios de Witemberga, ni morbo gálico, ni peregrinos, ni conventos.

(30) *Si, si, sobre mi espada.* Era costumbre religiosa de los dinamarqueses jurar sobre la espada, y acaso sobre la cruz de la guarnicion. Se dice que el juramento comun de los escitas era por la espada y el fuego. Los irlandeses juraban por sus espadas tambien. (Hanmer, en sus *Notas a Shakespeare.*)

En España se observó antiguamente la misma costumbre, que aun dura en la milicia. Los caballeros juraban sacando la espada ó empuñándola, espresando en la fórmula : *por esta espada, por la cruz de esta espada.* A esta usanza aludió don Nicolas Fernandez de Moratin en una de sus obras, donde dice :

Y es fama que a la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane a Madrid.

(31) *¡Ah! ¿Eso dices?* Letourneur, empeñado en hermosear su ídolo, tuvo gran cuidado de omitir las espresiones familiares del original en todo este pasaje, como lo hace en otros muchos. Aquello de *hombre de bien*, lo traduce por *sombra real;* lo de *hic et ubique*, lo pone en frances, conociendo cuán ridículo es en latin; y el *topo viejo* le trasforma en *fantasma invisible.* Esto no se llama traducir.

(32) *Por eso como a un estraño debeis hospedarle.* Alusion á las leyes de la hospitalidad. (Warburton, *Notas a Shakespeare.*) Nótese que Hamlet juega del vocablo, dando a la palabra *estraño* la significacion de *estranjero.*

(33) *Por mas singular y estraordinaria.* Aquí anuncia Hamlet la idea de fingirse loco, segun lo verifica después.

ACTO SEGUNDO.

(1) *Escena primera.* Esta escena se omite en la representacion, es del todo inutil, pertenece al genero cómico, y abunda en espresiones poco decentes.

(2) *Seria un admirable golpe de prudencia.* El carácter de Polonio (lord chambelan del rey de Dinamarca, que equivale á sumiller de corps) jamás se desmiente. Viejo ridículo, presumido, entremetido, hablador infatigable, destinado á ser el gracioso de la tragedia. Los que se obstinan en defender cuanto delira Shakespeare dicen que el carácter de este personaje está bien seguido, y tienen razon; dicen tambien que en las cortes y en los palacios hay abundancia de estos viejos ridículos, y tambien es cierto; pero tales figuras son buenas para un entremes, no para una tragedia. Los afectos terribles que deben animarla, las grandes ideas de que ha de estar llena, la noble y robusta espresion que corresponde á tales pasiones, la unidad de interés que nunca deb[e] todo esto se aviene mal con las tonterías de un viejo chocarr[ero] chin. No basta que la naturaleza nos presente esta union objetos. Un buen poeta no debe imitarla como es en sí : d[e] útil é inoportuno, elige lo que es conveniente á sus fines, y e[n] cion consiste el gran secreto del arte. Es muy natural que c[uando] nio presentó en el foro romano á vista del pueblo la túnica e[nsangrenta]da de César, hubiese alguna vieja mugrienta y astrosa que e[n] vendiese higos ó asara castañas; pero si un pintor se atrevie[se á intro]ducir esta figura grotesca en un cuadro de aquel asunto, se b[urlarian de] él los inteligentes, y en vano gritaria para disculparse, que e[s natural]. Sí, es natural (le dirian), pero destruye el efecto que tu pin[tura debia] producir; es natural, pero inoportuno y ridículo; y tú eres un ign[o]rante, puesto que debiendo imitar la naturaleza, te ceñiste sola[mente...]

(3) *Pues entonces él dice.... dice.* Este olvido de Polonio es cómico, digno de Molière. La debilidad de su cabeza no le p[ermite se]guir sin interrupcion la serie de ideas que convienen a su pro[pósito; su] locuacidad llena estos vacíos con palabras insignificantes, habl[a...] y pierde de vista el objeto principal de su discurso, hasta que se [ve tan] distante de él, que necesita preguntar al otro lo que le pensab[a...]

(4) *Yo estaba haciendo labor.* Por la relacion de Ofelia se [ve que el] príncipe ha empezado ya la ficcion de su locura. El lector e[spera sin] duda grandes cosas de este artificio; pero en el progreso del [drama] verá que no resulta nada de interesante, y que Hamlet procede con suma imprudencia. Johnson dice que no se ve que esta f[ingida lo]cura sea bien fundada, pues nada hace Hamlet con ella que n[o pudiera] hacer igualmente estando en juicio.

(5) *Tan propio parece de la edad anciana.* Acostumbrados l[os viejos] á juzgar siempre de lo que sucederá por lo que ha sucedido, [y adqui]riendo en la práctica la presuncion de acertarlo todo, no hay circunstancia de la cual no piensen adivinar el éxito. Esto les [hace pa]sar mas allá de los límites de la prudencia, y yerran muchas [veces por] esceso de prevision. En los jóvenes sucede al contrario : carec[en de ex]periencia, no saben adivinar en el momento presente lo que [vendrá des]pués; la vehemencia de sus pasiones les pinta los objetos dif[erentes de] lo que son en sí; proceden con temeridad, y solo aprenden á [costa de] escarmientos. La debilidad de los viejos y el ejemplo de lo p[asado les] hace en estremo tímidos y cavilosos; el vigor de los mancebos [y la falta de] práctica del mundo, les hace atrevidos. Aquella timidez y es[te atrevi]miento son sin duda el origen de todas sus equivocaciones.

(6) *Bien venido, Guillermo.* Ve aquí dos nuevos personajes, d[e quienes] no se tenia noticia, condenados entrambos á sufrir pullas de [Hamlet y á] morir ahorcados en Inglaterra. En el original se llaman Guild[enstern y] *Rosencrantz.*

(7) *Los embajadores enviados á Noruega.* Estos embajadores [que salieron] en el primer acto de Elsingór, han ido á Noruega, han dado su [embajada] y ya están de vuelta. Nadie dirá que se han detenido mucho.

(8) *Mi soberano y vos, señora.* Ya se ve que todo cuanto dic[e Polonio] en esta escena va dirigido á escitar la risa del público, y así [...] Los que atribuyen esta mezcla de cómico y trágico, de bajeza [y sublimi]dad, al carácter de la nacion y no á ignorancia de los escritores [se equi]vocan mucho. Los ingleses y los españoles no son ciertamente [mas ri]sueños que los franceses; pero entre estos últimos se ha cul[tivado con] mas acierto la poesía dramática, han aplicado á cada uno d[e sus géne]ros los personajes, los afectos y el lenguaje que les es propio, [y esta] nacion, lijera y alegre mas que otra ninguna de Europa, ríe c[on Tartuf]*fe* y llora con *Phedra.*

(9) *Como quiera que la brevedad.* Los exordios y rodeos d[e Polonio,] las protestas de que será cosa breve (que en él es imposible), [las antíte]sis y equívocos que vierte á cada paso para afectar cultura y [agudeza,] las distracciones que padece, las interrupciones con que r[ompe su dis]curso continuamente, su vanidad ridícula de vasallo fiel, sa[bio ministro,] prudente padre, y el prurito de meterse en todo y hacerse [de] importancia, llenan de sales cómicas este carácter, y maniﬁe[stan cuánto] el gran talento de Shakespeare hubiera sabido hacer en otra[s obras con] otros principios.

(10) *¿Pero veis? ¡Qué lástima!* Hasta ahora todos los per[sonajes de la] tragedia original han hablado cuasi siempre en verso, pe[ro de aquí en] adelante usa el autor con mas frecuencia la mezcla de ver[so y prosa,] lo que tambien han querido hallar un primor sus panegirist[as.]

(11) *Si el sol engendra gusanos.* De aquí en adelante se [hallan mu]chas espresiones en boca de Hamlet que carecen de sentid[o, si no ha de] considerarse que hace el papel de loco.

(12) *Aquí dice el malvado satírico.* Algunos quieren qu[e aquí] aluda á unos versos de Juvenal, Sát. 10.

(13) *En tal caso, estareis colocados.* Este pasaje se omit[e en la repre]sentacion, y debe advertirse que Shakespeare goza el con[cepto de haber] sido el autor mas honesto y decente de cuantos en su tie[mpo escribieron] para el teatro.

(14) *Creo que los últimos reglamentos.* En el año de 1[...] en Inglaterra un edicto contra los vagos, incluyendo entre [ellos á los có]micos (Hanmer). Vease tambien la nota 22 del acto prime[ro.]

(15) *Pero hay aquí una cria de chiquillos.* Ya echará d[e ver el lector] que en todo este pasaje duerme profundamente el padre d[e la obra.] Aquí se trata de las compañías de cómicos que represe[ntaban en Lon]dres á fines del siglo XVI, entre las cuales tenian mucho a[plauso los] músicos de la capilla real, y otra que llamaron Childr[en of the revels] (Niños de la diversion), las cuales por el concurso que a[traian excitaban] la envidia de los demas cómicos, como se ve en esta esc[ena.] Cuan grande sea el desacierto de poner en boca de Haml[et...] no hay para qué ponderarlo. Letourneur confiesa de b[uena fe que en] este pasaje Shakespeare *se aparta un poco de su asunt[o]*; [...] aparta un poco.

(16) *Así en la tragedia como en la comedia.* A esta e[...] go que hace Polonio de los varios géneros de piezas d[...]

› del autor, pudieran añadirse otros muchos que s *dramática* de Erskine Baker. Nuestros poetas, nenos que los ingleses en confundir los géneros moderados en dar á sus piezas denominaciones n nuestro teatro no se conocen mas clases que *Tragicomedia*, *Tragedia*, *Sainete* (que no es acto), *Entremés* (que equivale á farsa), y *Zar*que ópera cómica); y ningun autor español ha nombres que estos. No obstante, el abate Betti*sorgimento d' Italia*, cap. 3, dice hablando del *nombres inventaron para las nuevas represen*a *comedia de capa y espada, otra de dos partes ingenios, autos sacramentales, alegóricos, histo*ıencias *semejantes á estas*. Es lástima por cierto tan conocido mérito equivocaciones que dete foliculario y superficial. Ningun autor español *capa y espada* á sus comedias, aunque vulgarıellas en que no entran personajes heróicos, para ıás. Los *autos*, sean de composicion alegórica ó sido otro nombre que el de *autos*; y el ser una adas, de uno ó mas ingenios, no es circunstancia osa tragedia ó comedia; ni el formar dos ó tres é personaje, quiere decir que los géneros se altei*a en Tauris* no es mas que una segunda parte de a y otra son tragedias. *Ircana en Julfa é Ircana* gunda y tercera parte de la *Esposa persiana*, y egladas de las mejores del teatro italiano. En este el docto Betinelli ejemplos de estravagancia, que es ni en el español ni en el ingles, ni en otro alertamente demasiada generosidad atribuirnos la ulces, cuando Italia puede reclamar este elogio a. Veanse aquí unos cuantos nombres de los que as piezas dramáticas, y juzgue el que sea imparpor escelencia el título de inventor: *Archicome*- *Analopismo musico. Archidrama musical. Accion media infernal. Comedia tropológica. Comedia* *sa. Comi-drama. Capricho satiri-cómico. Drama*- *Drama civil y rustico. Drama melo-trágico. Dra*- *ıa tragica. Fabula eteroclita. Fabula trágico-re*- *pastoral escénica-representable. Opera heroi*- *ra anagramati-cómica. Parabola sacro-dramá*- *emitica espiritual. Tragicomedia ideal. Tragi*- *storia. Tragico-satira. Tragi-comedia pastoral*- bastan los títulos citados, véase la *Dramaturgia* arán algunas docenas mas; pero estos solos prue- e el erudito italiano procedio con suma ligereza e la literatura estranjera, que faltó á la imparcialque fingiendo lo que no existe, se olvidó de que escrito *archidramas*, *analopismos*, y *elopeyas*, y *agramati-cómicas*, *infernales*, *eremíticas* y *tri*-

le. Hay quien ha creido que por *escena indivisible fija*, sacando de aquí la consecuencia de que en habia ya quien escribiese dramas con unidad de ay autoridad ni documento que apoye esta opiué el poeta que tales obras compuso, ni quién las vió, no sera temeridad presumir que jamás haıas y las seis comedias de Lope escritas con arte, uidas á Malara, por quien no sabe el trabajo que en ponerse en la lista de los bienes deseados.

ı de aquella devota cancion. En este pasaje y el e Jepte, se alude a las copias devotas ó villancicos calles en tiempo del autor.

u *voz*. Hamlet habla con un muchacho, que hace

paronadas armas. Algunos eruditos han creido en estos versos (sean suyos ó ajenos) burlarse del nchado y retumbante; otros, que no los han hale contrario parecer. Esta variedad de opiniones dos ellos han dado por supuesto que Shakespeare sar cosa que no fuese perfecta. Los que no le juzin estos versos muy dignos de su pluma: fantasíadas, espresion gigantesca, pompa de estilo, mus importunos, viciosa abundancia: tales son las en este y el siguiente pasaje; y ellas delatan el mas negras como la intencion de Pirro; la sangre de la frente al pie; el aire de su espada, que posllion, que como si fuera sensible á tanto golpe, a rueda de la fortuna, precipitándose hecha pesta los abismos; Hécuba, que intenta estinguir o de Troya, Pirro, que deshace en trozos menuo; las estrellas, ojos del cielo, humedecidos en nes ó ideas tan propias del autor de *Hamlet*, que demostracion. Y si lo gigantesco, lo recargado, lo te de ellas impide a sus apasionados reconocerr compensacion á estos defectos las dos escelenla calma que precede al rayo, y el golpe de los s de Marte.

a llamarme villano? El pensamiento es: ¿seré tumbrado jamas á que nadie me insulte) toleres? Sí, que ha faltado en mí sin duda el antiguo do ya venganza de un enemigo que detesto. Esta justa y oportuna; pero las imágenes ridículas con na le echan todo á perder.

stourneur omitió en la version de este monólogo lo de arrancar las barbas y soplarlas, el asir las narices, la lajía, la paloma sin hiel, la prostituta y el pillo de cocina, no obstante haber prometido solemnemente en el prólogo que su traduccion será *exacta y fiel, formando una copia parecida, donde se verán la composicion, las actitudes, el colorido, las bellezas y los defectos del cuadro original*.

(23) *Si muda de color, si se estremece*. ¿Y está seguro Hamlet de que el rey se estremecerá y mudará de color? ¿No es de creer que un malvado cauto, artificioso, halagüeño, que no siente remordimientos de su culpa, y que ha sabido con tanta destreza disimularla, sabrá tambien conservar en aquella ocasion una tranquilidad aparente que desbarate todas las ideas del príncipe? Cuando vea, por la escena que le han de representar, que Hamlet sabe ya las circunstancias de la muerte de su padre y el agresor de ella, ¿tardará un momento en quitarle la vida, ó podrá omitir un nuevo delito que le es necesario, estando tan hecho á cometer otros mayores? Hamlet, que ha fingido hasta ahora estar loco, ya parece que lo es de veras, pues no conoce que puede ser víctima de su propio artificio.

ACTO TERCERO.

(1) *Su padre y yo testigos los mas aptos*. Véase la nota 4 del primer acto.

(2) *Existir ó no existir*. Johnson esplica la situacion de Hamlet y la serie de sus ideas, en esta forma: «Hamlet que se ve ofendido del modo mas atroz, no hallando camino de venganza sin esponerse al mayor peligro, raciocina de esta manera: Antes que yo pueda formar plan ninguno, conviene decidir si después de esta vida hemos de existir ó no. Ve aquí la cuestion, cuya resolucion determinará si es mas conveniente al decoro y á la razon sufrir con paciencia los ultrajes de la fortuna, ó armarme contra ella y acabar con la vida todos mis males. Si morir es lo mismo que dormir, esto seria un término apetecible; pero si morir es soñar, esto es, conservar todavía la sensibilidad, en tal caso bien es detenerse un poco á reflexionar qué especie de sueños pueden ocurrir después de la muerte. Esta consideracion, este temor de lo futuro, nos hace sufrir por tanto tiempo la calamidad; esto da fuerzas á la conciencia, y entorpece la resolucion. Hamlet iba á contraer á sí mismo, y á las circunstancias en que se halla, estas observaciones generales; pero la vista inopinada de Ofelia interrumpe sus reflexiones.»

No obstante la opinion que se acaba de esponer, podria notarse que el discurso de Hamlet es impropio de la situacion en que se halla. Porque ¿cuáles pueden ser sus ideas? ¿Quiere matarse? No es ocasion; su padre le pide venganza, el cielo le avisa á fuerza de prodigios que el tirano debe morir, y él ha de ser el instrumento. ¿Teme perecer en la empresa? Este temor es indigno de un alma grande, indigno de quien está seguro de la justicia de su causa, y debe contar con el favor de la Omnipotencia, que pues le ordena aquella accion, sabrá darle los medios de ejecutarla, y disipará todos los peligros. Un hombre animado de tal impulso ¿se libra que teme la muerte, ni le asusta la consideracion de la eternidad? ¿Ha creido acaso que es ilusion del demonio la aparicion que vió? Pues si todo es falso, nada hay que emprender; su tio no es el usurpador ni fratricida. Tales son las dificultades que ocurren acerca del soliloquio de Hamlet, el cual no parece convenir á las circunstancias presentes. Colóquese, por ejemplo, en el primer acto antes de la escena en que los soldados hablan al principio, y entonces será oportuno cuanto se dice en él.

Prescindiendo de estos reparos, de cuya solidez juzgarán los inteligentes, el monólogo de Hamlet es uno de los pasajes mas espléndidos de esta tragedia, y merece serlo.

(3) *No, yo nunca te di nada*. No se halla causa que disculpe la dureza bárbara con que Hamlet trata en esta escena á la inocente y sensible Ofelia. Pudiera muy bien hacer con ella el papel de loco, sin despreciarla ni abatirla.

(4) *Dirás este pasaje*. Ve aquí un príncipe á quien se le acaba de aparecer el alma de su padre, entretenido en dar lecciones de representacion. ¡Qué tranquilidad de ánimo! Así se gastan cinco actos en una fábula que pudiera holgadamente reducirse á tres.

(5) *Los que hacen de payos*. En tiempo del autor solian los cómicos ingleses introducir discursos, y aun escenas enteras, inventadas de repente en el teatro, para dar novedad á los dramas y lucir la prontitud de su ingenio; de lo cual resultaban defectos muy considerables, y á este abuso alude Shakespeare.

(6) *Muy bruto fué el que cometió*. Estas puerilidades y equívocos necios no son propios de la tragedia, ni de la comedia, ni de obra ninguna escrita con gusto y juicio. En tiempo de Shakespeare se hizo tan comun esta corrupcion, que los mas graves predicadores llenaban sus sermones de tales frialdades, y no es de admirar que se usase en el teatro lo que se aplaudia en el púlpito. Véase la *Vida de Shakespeare*, escrita por Hanmer.

(7) El pasaje que se ha dejado en blanco es uno de aquellos cuya traduccion podria ofender la modestia de los lectores. El original dice:

That's a fair thought to lie between maids' legs!

(8) *Suenan trompetas*. En esta escena muda se representa la muerte del rey Hamlet, con todas sus circunstancias, delante de Claudio, que sufre en paciencia tal espectáculo sin darse por entendido. ¿Pues por qué no hace lo mismo en adelante? No se adivina la razon. O debió interrumpir esta escena luego que vió el argumento de ella, ó debió sufrir con igual serenidad la declamacion que sigue después, en la cual nada hay que pudiera alterarle de nuevo, habiendo visto ya puestas en accion sus maldades. Así es que este personaje se contradice en su modo de proceder: cuando ve la representacion muda, tolera mucho; y cuando oye los versos, demasiado poco. En cuanto á la temeridad del príncipe, de presentar al tirano tal espectáculo, ya se hicieron algunas observaciones en la nota 23 del acto segundo.

(9) *Ya treinta vueltas dió*. No deja de estar un poco embrollada esta cuenta: no obstante, parece que todo ello suma treinta años, poco mas.

(10) *Así pende del ramo*. Esto no es mas que una inútil amplificacion de lo que ha dicho ya.

(11) *¿Te has enterado bien del asunto?* ¡A buen tiempo lo pregunta el rey! ¿Pues no ha visto ya que se representa la muerte que dió á su hermano, su casamiento con la reina, y la usurpacion del trono? Claudio parece en toda esta escena un hombre estupido.

(12) *Al rocin que esté lleno de mataduras.* ¡Sublimes imágenes para una tragedia! Letourneur se guardó muy bien de traducirlas.

(13) *Que tanto el mundo va desordenado.* Ya logró Hamlet cuanto pretendia: el rey se ha conmovido, se ha llenado de terror, se ha visto precisado á huir por no manifestar mas claramente los remordimientos de su conciencia. Ya está averiguado el grande secreto. Cierto es que mató á su hermano, que es un usurpador, asesino, seductor, incestuoso; cierto es que la Providencia quiere su muerte; la vision terrible que habló al príncipe no es ficcion diabólica como temió; es el alma indignada de un rey, de un esposo, de un padre infeliz. ¡Qué ideas, qué afectos no debe escitar en el jóven Hamlet este momento en que se le disipan todas sus dudas, y descubre verdades tan funestas! Horror, piedad filial, ira, venganzas: esto ha de sentir, de esto ha de hablar.... ¿Quien hubiera creido que se pondria á cantar coplas, y tocar la flauta, y decir bufonadas, y llamar jumento á su tio?

(14) *Si diez veces fuera mi madre.* Querrá decir: Aunque fuera diez veces mas delincuente de lo que es, la obedeceré, por que al fin es mi madre.

(15) *Este es el espacio de la noche.* Segun las antiguas supersticiones vulgares, la noche era execrable y profana, y el dia puro y santo. (Warburton, *Notas a Shakespeare.)*

(16) *Dejame ser cruel, pero no parricida.* La ternura filial de Hamlet es uno de los rasgos mas felices de que pudo usar el autor para hacer interesante este personaje. Hamlet va á verá la reina, la hablará á solas, la hará conocer la atrocidad de su delito, la reprenderá ásperamente, llenará su corazon de angustias; pero á pesar de la justa indignacion que le agita, nada intentará contra la vida de su madre. Estos grandes afectos producen el patético tan esencial á la tragedia; y si en medio de su violento choque se ven triunfar aquellas pasiones virtuosas que la naturaleza inspira, no hay entonces alma sensible que pueda resistirse a la conmiseracion y al llanto.

Hanmer en la *Vida de Shakespeare*, cotejando la fábula de *Hamlet* con la *Electra* de Sófocles, dice asi: «En ambas tragedias se ve precisado un joven principe á vengar la muerte de su padre; sus madres son igualmente culpadas, entrambas han sido parte en el asesinato de sus esposos, y se han casado despues con los agresores de aquel delito. Orestes baña sus manos en la sangre de su misma madre; y aunque no se ve esta bárbara accion en el teatro, se ejecuta tan cerca de él, que el espectador oye los gritos de Clitemnestra, pidiendo favor á Egisto é implorando perdon de su hijo que la mata, mientras Electra desde la escena le anima al parricidio. Hamlet, movido como Orestes del amor á su padre y de la misma resolucion de vengar su muerte, no detesta menos el delito de su madre (que se hace mayor que el de Clitemnestra, por el incesto); pero el poeta inglés con admirable prudencia y artificio le hace abstenerse de usar con su madre violencia alguna. Esto es saber distinguir acertadamente el horror y el terror: la ultima de estas pasiones es propia do la tragedia; pero la primera debe siempre evitarse con el mayor conato.»

Si Hanmer hubiera comparado el *Hamlet* de Shakespeare con la *Electra* de Eurípides, seria mayor todavia la preferencia del poeta inglés. La fábula de aquella trage lia griega, los caracteres de Electra y Orestes, las circunstancias de la muerte de Clitemnestra, engañada y asesinada por sus hijos, todo esta manchado de tan negros colores, y resulta un hecho tan abominable y atroz, que en ningun teatro moderno podria tolerarse.

(17) *¡Oh! mi culpa es atroz.* Ya se ha dicho que el carácter del rey está lleno de contradicciones, y la que se advierte en esta escena no es menor que las antecedentes. Claudio acaba de disponer el viaje de Hamlet á Inglaterra para que le maten allí asi que llegue; y apenas ha resuelto esta nueva maldad, se presenta en la escena lleno de compuncion y arrepentimiento, haciendo cuantos esfuerzos son posibles en un pecador para obtener la divina misericordia.

Si se perdona lo inconexo y mal preparado de esta situacion, se hallarán en ella escelentes pensamientos de filosofía cristiana. ¿Qué mas puede decirse acerca de la bondad infinita de Dios, sobre la necesidad de la oracion y sus saludables efectos, ó sobre la diferencia inmensa que existe entre la justicia humana y la divina, inalterable, incorruptible? Estas máximas de eterna verdad hacen grande efecto en el teatro cuando se introducen oportunamente, y cuando (como en esta ocasion) no degeneran en declamacion moral ó discurso academico, sino que tocadas lijeramente y unidas a los afectos del personaje que las dice, ilustran la razon e indican al hombre el camino de la virtud.

(18) *Cuando este ocupado en el juego.* Hamlet quisiera matar al rey, pero le detiene la consideracion de que si le quita la vida mientras esta pidiendo perdon á Dios de sus pecados, podra salvarse; y suspende el golpe para cuando, cogiendole menos dispuesto, le procure á un tiempo la muerte y la condenacion. Este proyecto horrible es propio de un monstruo implacable y feroz, no de un principe virtuoso y magnanimo. Todos los delitos de Claudio no son comparables al que premedita Hamlet.

(19) *Yo entre tanto retirado aquí.* Véase la nota 1 del primer acto.

(20) *¿Qué me mandais, señora?* En esta escena se compensan los defectos de plan y estilo con el grande interés de la situacion, lo animado y rapido del diálogo, la viveza de las pinturas, y la agitacion de los afectos.

(21) *Murió.* La muerte de Polonio no produce efecto trágico, semejante en esto á la de Arlequin. Aquel personaje ha sido poco necesario á la fábula: no ha escitado mas afectos que el de la risa, no ha sido un malvado que deba morir, ni un hombre grande y virtuoso por quien el auditorio pueda interesarse. Disgusta, no conmueve su muerte; y la accion de Hamlet, á pesar de los motivos que le determinan, parece atropellada y brutal.

(22) *Los cabellos del sol.* Es lástima que Hamlet se distraiga en estos floreos impertinentes: la situacion en que se halla pide [illegible] afectos y sobriedad de estilo.

(23) *Espíritus celestes, defendedme.* Esta aparicion del muerto [illegible] Dice que viene á inflamar el ardor casi estinguido de Hamlet, y no tiene razon: nunca el príncipe se ha manifestado mas [illegible] en esta escena. Si hubiese venido cuando se entretenia en dar [illegible] de representar á los cómicos, ya era otra cosa.

(24) *La costumbre, aquel monstruo.* Estas reflexiones son [illegible] pias de la situacion, y dichas con la brevedad conveniente [illegible] y movimiento al diálogo, no le ofuscan ni debilitan.

(25) *Porque soy piadoso debo ser cruel.* Quiere decir, que el [illegible] tuvo á su padre le obliga á ser sanguinario y vengativo.

(26) *Aquel gato viejo.* A Letourneur se le olvidó traducir [illegible] pasaje.

ACTO CUARTO.

(1) *Asi el oro.* Como el rey acaba su discurso con una comp[illegible] la reina, que no quiere ser menos, le responde con otra. En [illegible] teatro hay mucho de esto tambien. Si don Felix se compara [illegible] tropio que sigue al sol, doña Isabel le asegura que ella es [illegible] enamorado del norte; si dice don Carlos que su amor es [illegible] como el fenix de Arabia, doña Leonor le replica que es [illegible] escollo combatido en vano de las tempestades y las ondas. [illegible] de discretear, volviéndose los interlocutores décima por [illegible] cepto por concepto, no está ya en uso. La buena critica ha [illegible] teatro estos ornatos inoportunos y ajenos de toda verosimilitud.

(2) *El cuerpo esta con el rey.* Steevens lo interpreta asi: *[illegible] en la casa del actual rey; pero el verdadero* (esto es, el prin[illegible]) *no esta con su cuerpo.* A M. Eschenberg le parece mas [illegible] manera: *El ataud está cerca del rey: pero el rey no [illegible] ataud;* que es decir: no está muerto aun como debia estarlo. [illegible] cree que se pudiera esplicar en estos terminos. *El rey no [illegible] cuerpo*, esto es: *Claudio no es mas que un cuerpo sin alma* [illegible] *rey, no hay un verdadero rey dentro de su cuerpo.* Si todos los [illegible] tadores de Góngora viniesen á interpretar este pasaje, no [illegible] la oscuridad en que está envuelto.

(3) *Nosotros engordamos* No hay dificultad en decir [illegible] engordamos á los demás animales para alimentarnos con [illegible] gusanos engordan despues comiéndonos á nosotros; [illegible] mirar que un hombre se coma un pez que tragó á un [illegible] bia alimentado del cadáver de un rey. Todo esto es [illegible] el mal está en que no viene á cuento, en que es [illegible] que un principe de Dinamarca se esplica en este pasaje [illegible] de Sacedon.

(4) *Id, capitán.* Este es el principe de Noruega, [illegible] dos primeros actos: no hay que esperar que este [illegible] parte alguna en el enredo de la fábula; luego que haya [illegible] cena de versos, se irá á Polonia, la conquistara, y volverá [illegible] que se acabe la tragedia.

(5) *Caballero, ¿de dónde son estas tropas?* El lector [illegible] habiéndose embarcado en Elsingor para ir a Inglaterra, [illegible] en el camino con un ejercito de Noruega que marcha á Polonia [illegible] confesar que la geografía de Shakespeare no es de las [illegible]

(6) *Cuantos accidentes ocurren.* Aquí repite Hamlet lo [illegible] otras veces: culpa su inaccion y hace nuevos propósitos de [illegible] Las reflexiones de su discurso ó son inoportunas, ó [illegible] doctrina. Fortimbrás, que emprende la conquista de [illegible] cinco ducados, y va á sacrificar veinte mil hombres [illegible] un frenético, y su ejemplo no debe ser imitado de [illegible] ni aplaudido de quien tenga sana razon. Los locos y los [illegible] cian igualmente la vida; la diferencia esta en que aquellos [illegible] por pequeños motivos, y estos (apreciándola en todo [illegible]) de ella voluntario sacrificio cuando la necesidad de las [illegible] su obligacion, la privada ó la comun utilidad lo exige.

(7) *De San Valentino.* En estos versos se alude a una costumbre [illegible] lar muy antigua en Inglaterra. Las muchachas solteras [illegible] dado de ponerse a la ventana ó salir á la calle en el primer [illegible] al rayar el alba; y el jóven que las veia primero, aquel [illegible] el que la fortuna las destinaba para marido ó galán.

En una comedia de Cervantes, intitulada *Pedro de Urdemalas* [illegible] mencion de otra práctica vulgar en España, muy semejante [illegible] acaba de referir. Las mozas casaderas se ponian á la ventana [illegible] de San Juan, con el cabello suelto y un pié desnudo dentro de [illegible] lleno de agua, y estaban atentas á escuchar el primer nombre [illegible] en la calle, suponiendo que asi debia llamarse el que habia [illegible] marido. A esto aluden los siguientes versos de *Benita* en la [illegible] media:

Yo por conseguir mi intento
Los cabellos doy al viento,
Y el pié izquierdo a una bacia
Llena de agua clara y fria,
Y el oido al aire atento.
Eres, noche, tan sagrada,
Que hasta la voz que en ti suena,
Dicen que viene preñada
De alguna ventura buena
A quien la escucha guardada.
Haz que mis oidos toque
Alguna que me provoque
A esperar suerte dichosa, etc.

(8) *Buenas noches.* La locura de Ofelia, aunque de nada [illegible] cion principal, es un episodio que produce en la representacion [illegible] ble efecto. No se caracteriza, como la del principe, con [illegible] chocarrerias, ni indirectas amargas: la demencia de Ofelia es [illegible] la de Hamlet mal fingida. La muerte de Polonio inopinada y [illegible]

ACTO QUINTO.

SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO SEGUNDO.

Pues qué, ¿Adan fué caballero?

SEPULTURERO PRIMERO.

SEPULTURERO SEGUNDO.

SEPULTURERO PRIMERO.

HAMLET.

HAMLET.

(7) *Quita esos dedos de mi cuello*. Ve aquí un príncipe y un gran señor de Dinamarca dentro de una sepultura, pateando un cadáver, agarrándose del pescuezo y de los pelos, y dándose de puñadas el uno al otro. A la estravagancia de la presente situacion se junta la desigualdad del diálogo: humilde y grosero en boca de Laertes cuando insulta al clérigo zafio, y en la de Hamlet cuando habla de los cuatro mil hermanos y del gato y el perro; inflado y campanudo cuando uno y otro empiezan á echar bravatas y hablan de las estrellas errantes, y de levantar un monte con espuertas de tierra que tueste su frente en la zona tórrida, y otras baladronadas dignas de Pyrgopolinices. Habla la reina, y todo es diferente. ¡En qué hermosa actitud se presenta esparciendo flores sobre el cuerpo de su dulce amiga! ¡Qué triste reflexion la de que esperó adornar con ellas su tálamo nupcial, no ya su sepulcro! ¡Qué inquietud materna al ver la furia de Hamlet y su peligro! ¡Qué bellísima comparacion la de la paloma cubriendo inmóbil sus nuevas crias!

(8) *Esil*. Lago inmediato á Elsingór.

(9) *Pues sabrás, amigo*. Horacio acompañado de los marineros fué á buscar á Hamlet, y ha vuelto con él á Elsingór; pero ni en todo el camino, ni desde que llegaron, se han acordado de hablar de una cosa tan interesante como es el saber lo que le sucedió en su viaje al príncipe, y por qué estraños accidentes se halla de nuevo en Dinamarca. El que los ve salir al principio del quinto acto, espera oir de su boca todo el suceso; pero esta esperanza le burla. Horacio no es demasiado curioso, el príncipe se divierte con los sepultureros y los huesos, y luego sigue el entierro y los arañazos. Pudiera, no obstante, disimularse la tardanza de Hamlet, si su relacion no estuviese llena de circunstancias inverisímiles. ¿Tan poco recelosos estaban del príncipe los dos mensajeros, tan dormilones eran, tan mal guardados tenian los despachos del rey, que así se los dejan quitar? ¿Es verisímil que Hamlet llevara en la faltriquera el sello de su padre? ¿Es creible que Claudio no use ya de otro diferente, ó que permita que el príncipe conserve en su poder un mueble tan peligroso? Es mucha casualidad que en el combate referido en la carta dirigida á Horacio, fuese Hamlet el único que saltara al bajel enemigo; ni lo es menor la de separarse inmediatamente las dos naves y cesar el ataque: como si el corsario no hubiese tenido otro fin que el de salvar al príncipe. Preso Hamlet, se ignora por qué medios pudo librarse, ni cómo halló piratas tan desinteresados y compasivos. Dícese en la carta, y en esta escena se confirma, que los dos mensajeros siguieron su viaje á Inglaterra. ¿Para qué? ¿No saben ya que el rey quiere deshacerse de Hamlet, y que á este fin le ha enviado en su compañía? ¿Pues á qué prosiguen el viaje, que es inútil ya? ¿No era mas natural volverse atrás, seguir al corsario ó informarse á lo menos de su derrota, presentarse al rey, y hacerle saber lo ocurrido para que determinase lo que en tal caso conviniera? El autor quiso que Hamlet volviese á ver el entierro, quiso que los otros muriesen ahorcados, y no se paró en delicadezas: así salió este episodio tan mal combinado, que no hay en él la menor apariencia de verdad.

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Vease la nota 1 del primer acto.

(10) *En hora feliz*. Este nuevo personaje es un cortesano zalamero que afecta cultura y elegancia en el hablar, con poquísimo caudal de talento; así que vierte los dos ó tres periodos que llevaba estudiados, se atasca y no sabe qué decir. La presente escena no es mas trágica que las anteriores: las voces y frases afectadas de que usa Enrique (en el original se llama Osrick), las réplicas y correcciones de Hamlet, la altercacion sobre si el tiempo es caloroso ó frio, las instancias cariñosas para que se ponga el sombrero, la burla que de él hace imitando su estilo ponderativo y crespo, son chistes cómicos que solo tienen el defecto de no ser oportu-
nos. Si el autor no hubiese hecho morir de mala muerte á
cardo y Guillermo, cualquiera de ellos hubiera desempeña
sin necesidad de aumentar personajes, cuyo número si es
cuando sea necesario, embaraza mucho la fábula. En esta
dos interlocutores: no es fácil hacer nada bueno con tanta

(11) *Sepa morir*. La voz comun de que el corazon no es
de fundamento: después de ocurrido un mal, se dice que
el corazon; pero antes de suceder no lo adivina. Los pr
que anuncian desgracia ó felicidad son casi siempre van
aciertan, es casualidad no mas. La prudencia es la única
oscuridad nos guia, y esta nos abandona á lo mejor, y nos
tro destino es ignorar lo que sucedera después, y cuando n
en penetrarlo, pasamos de la ignorancia al error. Dispónga
cualquier fortuna, hágase fuerte para sufrir los golpes de
aparte de sí al temor que anuncia desdichas que no vendra
nos hace incapaces de tolerarlas; y pues vivimos bajo la
Providencia irresistible, solo nuestra fortaleza hará menor
los males. Tal es la opinion de Hamlet.

(12) *Si estais ofendido*. Al acercarse la catástrofe, hac
amable al protagonista Hamlet, reconociendo el esceso
pide perdon á Laertes de haberle ofendido. Su candor y
proceder hacen resaltar mas la perfidia de sus enemigos q
una muerte tan alevosa.

(13) *Vamos*. Habiendo visto ya la escena de la sepultura
nes, no parecerá tan estravagante como lo es en efecto el
cido un desafío de espada para desenlazar una tragedia. L
por una equivocacion, tomando la copa del veneno que est
para Hamlet; y es de admirar en esto la falta de precauci
y el poco esfuerzo que hace para impedir que beba la
ciertamente no queria matar. Laertes muere tambien p
dad; ni se alcanza cómo pudo verificarse naturalmente el
espadas, lo cual (como observa Johnson) mas parece un
necesidad, que un rasgo del arte.

(14) *Buscad por todas partes*. De aquí en adelante hasta
de la tragedia es natural el estilo sin ser humilde, elegan
ornato de metáforas, comparaciones líricas, ni frases huec
cas: digno de la situacion y los personajes.

(15) *Toma, acompaña a mi madre*. Ve aquí lograda por u
venganza que pidió el muerto al principio del drama, la c
fica sin que en ella perezca tambien el mismo á quien el
la ejecucion. Todos los principales personajes de esta trag
culpados é inocentes, sin que esta matanza general sirva d
efecto trágico; pues al contrario le disminuye, dividiendo
deberia concentrarse en uno solo. Los cuatro cadáveres qu
tan la escena forman un objeto horrendo, no terrible. Pare
tor hizo la crítica de su obra cuando dijo por boca de Forti
espectáculo solo es propio de un campo de batalla.

(16) *Me atrevo á anunciar*. Este pasaje está un poco os
que el autor quiere decir que Inglaterra, como dependie
marca, daba sus votos en la eleccion de los soberanos dan
insinúa su deseo de que Fortimbrás le suceda en el trono,
Inglaterra aprobará y confirmará tal eleccion.

(17) *¿En dónde está este espectáculo?* Como el personaje
brás es del todo inútil, no es maravilla que esta segunda sali
tan intempestiva y ociosa como la primera. La brevedad con
quistado á Polonia, y vuelve vencedor, es prodigiosa por cier
es menos singular que en dos ó tres dias hayan llegado á Ing
cardo y Guillermo, y ya estén los embajadores ingleses en El
la noticia del mal despacho que hallaron en Lóndres aquellos

LA DERROTA DE LOS PEDANTES.

Esta o[illegible] no necesita prólogo, por eso no le tiene. Necesitaba notas, pero el autor no ha querido ponérselas

[illegible] Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en catre de pluma; un mosquitero verde le de[illegible]elusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; en profundo silencio, y el dios bien comido, [illegible]do y nada cuidadoso. Roncaba pues su relu[illegible]stad haciendo retumbar las bovedas; y Mercu[illegible] habia quedado traspuesto en un chiribitil cer[illegible]se a Pluton, por no darse al diablo, viendo que de su hermano no le dejaban pegar los ojos. [illegible]se ocupaban las dos referidas deidades, cuando se levantó tal estruendo en los patios, corre[illegible]talon del palacio, que parecia hundirse aque[illegible] maquina. Alteróse Mercurio, dio un salto de [illegible]suelo, y hubo de perder el juicio hallandose a[illegible], sin talares, porque madama Terpsicore, la [illegible]ona y revoltosa de todas las nueve, habia ido a la cama pasito a pasito, y se los habia quita[illegible]erle rabiar. Afligióse sobremanera, y a tientas [illegible] gregüescos, la chupa y la camisa; porque es [illegible]l tal dios no puede dormir en verano, si no de[illegible] los trastos, quedandose a la ligera como su [illegible]ario.

[illegible]e halló decente el correveidile de los dioses, [illegible]rnet is con su caduceo en la mano y en la ca[illegible]stumbrado sombrerillo. Iba corriendo a averi[illegible]sa del alboroto; y al atravesar un corredor vio [illegible]urujon de gente que luego conoció ser de los de [illegible]ardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian [illegible]nayada y casi moribunda, el peinado deshecho, [illegible], y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Que [illegible]jo el dios al ver aquel lastimoso espectaculo, [illegible]o? ¿Que ha de ser? respondió Juan de la Cueva, [illegible]aciendo aire a la desmayada con un cuaderno [illegible]s, ¿que ha de ser? sino que toda la comarca es[illegible] el palacio lleno de enemigos, las musas cual [illegible]menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy [illegible] quedar por puertas si duerme cuatro minutos [illegible]to no sabremos...—No hay mas que saber, aña[illegible], sino buscar a Apolo, darle parte de lo que [illegible]la todos a la defensa, sin andarse en aqui me [illegible] tu te la tienes, Pedro. —¡Caspita, dijo Mer[illegible] que lindo dia me he venido a comer a esta [illegible]sa! Bien haria yo en no querer admitir el con[illegible]as que mi hermano me molia a recados todos [illegible]s: mi padre come mucho mejor que el, y mas [illegible] dos tragos de nectar que tres pucheros de [illegible] de Agampe; no, si yo no fuera tonto, no me [illegible]sto. ¡Majadero de mi, que podria estar ahora [illegible]o, mientras mi madrastra duerme la siesta, ju[illegible] Hebe a la pizpirigaña y al salta tu, y no que aho[illegible]te sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi for[illegible]

[illegible]a Mercurio lleno de indignacion; y mientras [illegible]an a acostar a la triste Clio, y otros buscaban a [illegible]que estaba herborizando en un tejado humedo, y otros corrian desatinados, de una parte a otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba roncaba todavia como un provincial.

Diole un pellizco, y otro y otro, y ni por esas podia despertarle; de manera, que irritado de la poltroneria, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que a darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y a pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesandose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces, hermano? le decian a Apolo: aprisa, corre, vuela, vete por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado a Flegon para que montes en el y escapes. Corre, y avisa a nuestro padre Júpiter para que a fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y dirasle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahi los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habra visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

—Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar a qué viene toda esta bulla, y a buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estomago con el susto. —Ay, hijo mio, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales?—No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedicion?—No son esos, replicó Polimnia; ni ¿cómo era posible caber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridiculos, literatos presumidos, criticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina: unos, que hacen trafico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al publico dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles a levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en numero y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadur-

nan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al cielo al mas piadoso de sus reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo?...... ¡Mísera!... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanas se perdieron para siempre.»

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pié de la escalera principal: el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Calíope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de varias ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos: tanto que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsícore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

—¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónte los aprisa, que para escaparte son que ni pintados.—¿Q[...] eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cucl[...] atándose á toda prisa las correhuelas de los esca[...] alijeros: ¿yo escapar? no en mis dias; ahora sí, es[...] dejadme á mí, y vereis quién es Calleja.»

Dicho esto se disparó por los aires adelante co[...] cohete, y encaramándose á las bovedillas sobre el [...] de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó esta[...] de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: [...] de abajo! decia, ¿qué tremolina es esta? ¿Qué locu[...] ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcazar [...] hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez [...] es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto [...] lea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aqu[...] pantajo voceador, no pudieron menos de maravill[...] él, valiéndose de la turbacion que su presencia les [...] causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo [...] que dejeis las armas por una y otra parte; y a vo[...] quien quiera que seais, hombres desconocidos y [...] tosos, os ordena que si alguna pretension tuviereis [...] digais al instante sin andaros en ambages ni tranq[...] que como ella sea justa, desde luego quedareis se[...] porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre [...] que yo os daré á conocer del modo con que se de[...] tar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los [...] volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos reco[...] algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio [...] ces volvió á preguntar la causa de aquella barabun[...] ro como no habia entre los contrarios caudillo algu[...] llevara la voz, fueron tantas las que dieron por quer[...] ponderle todos á la par, que aunque se desgañitaba[...] doles que callasen y uno solo hablara por ellos, no [...] do conseguir en manera alguna.

Irritado pues de ver que nada podia lograrse [...] á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada [...] los talones, echóse encima de la turba, y agarran[...] pescuezo al primero que le vino á la mano, volo [...] otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto qu[...] posible haya union en vosotros para que un comu[...] vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicit[...] pillado á este para que hable por todos, y nos info[...] lo que hasta ahora no habeis querido decir: pero [...] tanto que le llevo y os le traigo, haya un armistic[...] ral para que no pasen los estragos adelante, y se c[...] ga todo a pedir de boca. Los nuestros no saldran [...] dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotr[...] sareis tampoco de la linea de estos arcos; nadie se [...] á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chi[...] ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, [...] ta con ella; porque si hasta ahora he usado de [...] suaves para conteneros, si llegais a enfadarme, [...] contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que [...] nemos apilados en la armería, muchos en número, [...] bruñidos, y todos ellos sin estrenar.» Esto decia el [...] habeo únicamente para atemorizarlos; porque, se [...] supo después, no habia en toda la casa mas instru[...] bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la [...] Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el co[...] las tropas se retiraron á los parajes señalados; y [...] satisfecho de aquella obediencia, marchó con el [...] que habia pescado, asiéndole fuertemente de las [...] que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo [...] do; y abriendo un camaranchon sucio que habia [...] muchos años de carbonera, metió en él su presa: [...] la llave, colgósela del dedo meñique, y en un san[...] buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda p[...] *Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disp[...]

o de fortificacion y defensa, le dió buenas es- y le contó ar mas ó menos cuanto se acaba de

e en estremo el dios intonso con las noticias que tenia, y tratóse lo que en el caso convenia, y on que Apolo recibiese la embajada con toda la para dar á la pompa y aparato un tono magnífico z que se oyese con benignidad al enviado, o decir al tirado, y que aunque fuese necesario por a las circunstancias, se procurase no exas- las gentes demasiado dispuestas á cometer cu d- eso; y en fin, que mientras durase la grave es- entrevistas estuviesen los talentes en tal y venir, y volver para lo que ocurriese en una y otra parte.

esto, mientras Apolo se fue á vestir de gala y al- la cabellera, su hermano marchó á buscar el pre- rose de camino á un agujero que caia al portalon, estaban todos quietecitos como unos muertos, ni menear, ni decirse los unos á los otros una verguenza. Negróse mucho de ver aquella tran- y se fue en derechura á la carbonera donde es- hombre; escuchó un poco por la cerradura, y pa- que estaba recitando versos, y así era la verdad, menos de un cuarto de hora que llevaba de en- había ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres cantatas quejándose de su mala suerte, y llorando como podiera el mismo Macías.

el de tal conaugo, dijo Mercurio, y qué pájaro en la jaula! Para más barbas si no es este el poeta más ¡Haya paciencia! ¿No ha nada que entró en y y ya tenemos coplitas de pie quebrado, y es- y una que silla tacaña, y arrojarlo inhumana lo? que el tal improvisante debe de tener manejo

le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy Salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, llegado á entender su habilidad; salga y venga- que mi hermano Apolo está deseoso de cono-

favor! esclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y en el suelo cuan largo era, agarró de las pier- rio y le besó los pies una y muchas veces. El estra, pero no lo pudo evitar; levantóle con mu- y el poeta sin cuidarse de limpiar el casco y que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió haciéndole mil reverencias, quitando de cen- sí las pelusitas que llevaba en la ropa, y ó a espantar con un pañuelo asqueroso las que no ofendiesen á la deidad, que al ver apenas podia contener la risa.

es posible, decia al mismo tiempo las cejas y dándose en la frente, que es posible que Apolo, el rubi- el claro Cintio, el Patareo numen desea ver- conocerme y tratarme? ¡Oh favor! Pero, ¿es Sueño? ¿No he de ser verdad o ilusion dulce de mi Es realidad física o estravío de la imaginacion Es portoso acontecimiento, que en le at Zaela

No es tal sueño, ni tal, ni tal estravío, ni cosa al- que habeis dicho, replicó Mercurio: mi her- de veros, y á eso vamos allá, pero os advierto tratar de no hablarle en culto, ni le ju- vocablo, ni le digais quisicosas ni garambainas, os mandaría tirar de un balcon y le obedecerían al

dioses, inclito numen del Timanto! replicó el del ¿cómo podrá caber en los celestes camarines! hele tocado de Atlante, no lo hallo posible. Si es acato, atento Mercurio, veremos pues; y vuelvo á que si no dejais esas gaitas de estilo, lo ha- pasar muy mal, señor poetista. Sic eo hercle r. ta; y en estas y otras razones se hallaron en una

pieza contigua al salon de audiencia. Asomóse Mercurio, y vio que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, ha- ciendo una reverencia profundísima siempre que atravesa- ba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gus- taba de cumplimientos.

¡Qué variedad!, ¡qué diferencia!, ¡qué opuestos polos! escribia entonces con voz recalcada y nasal: ¡á qué des- precia uno lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres! ¡qué variedad! Y si fuera decir, que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tole- rarse; pero ¿quién dirá que un hombre como yo, de tan es- quisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospre- ciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mecenas ata- vis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de mi- serias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Dígalo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Paupertatem pati*, que dijo el anónimo; esto es: *paupertatem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doc- tos es abominada. ¡Y qué obras son estas que conservo! ¡qué felices partos! ¡Ah! es nada, ¡ah es un acervo de ants lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de pri- mera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didas- cálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epope- yas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epope- yas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¡Y qué diré de mis pie- zas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabulli- do por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acon- dicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales arachneos que me cubrian? Pero, ¡qué sonetos! ¡qué madrigales! ¡qué romances! ¡qué estrambotes! ¡qué endechas amorosas! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendiga la Dios, es una dama ideal, com- puesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mia! Esta pues Nise predilecta de la cual ya tengo sucesion, segun cons- ta en el madrigal doscientos y cuatro de mi coleccion ma- nuscrita, esta es la que encendió mi numen tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi churumbela por espacio de cuarenta y cinco años; por- que yo tendria diez y ocho y la muchacha quince cuando me enamoré de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cum- plir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero con ser que aun orado á la coyunda de amor, del cual me aqueja, que, co- mo llevo dicho, volteó mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde

lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si quereis la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro soberano; dicen así ni mas ni menos: *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto
De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.
Y como era preciso, cada uno
Llevó a la fiesta su mejor caballo;
De manera que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.
Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
A cada cual mejor (si no me engaño).
Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.
Y al llegar á la puerta...

—Basta, basta, dijo Mercurio; no me reciteis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

—Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *¡proh dolor!* ni sé cuándo me veré con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo, sin haber almorzado todavía! ¡yo, debiendo cincuenta reales al padre procurador del Cármen por los alquileres de mi desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio!* ¡yo, que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfion armónico? Sí, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe; ¿qué seria ¡oh Cilenio raudo! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo...—El mismo infierno con todas sus furias desatadas debeis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calleis? ¿os estareis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

—*Parce domine*,» respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademan de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de esquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle a la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después a materias mas durables, variando, segun la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporcion de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldéos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponia sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los marmoles y bronces tan elegante forma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducia á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadia la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecian leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veian florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiracion los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias ístmicas y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacia aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetia muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudia la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liceo y el pórtico las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para oscurecer la gloria de cuantos le habian precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovia al pueblo ateniense; le persuadia por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; escitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Arístides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veia á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su pais, y perecia con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demas al ver

ura ridícula, porque era el hombre la mas triste vi-que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, mo-remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo ti-, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que sfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el , el casco y las telarañas que le cubrian el rostro. lvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de eaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambe-r las orillas a modo de randas o cucharetero; sus mo-ntos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la n teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

ste es, dijo Mercurio a su hermano, el que he podido ar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas sa-» y acercándose a él, le dijo al oido: «mirad, señor, aquí no os sufriran disparates; decid claramente quie-on los del portal, y a que es su buena venida, sin an-s en mas repulgos; porque si así no lo hiciereis, te-e mucho que mi hermano os mande freir y echar a rros, segun le he visto de mal humor esta tarde:» iendo dicho esto, se fué volando á observar lo que a en la escalera.

poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres gran-ortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. le Apolo, y él comenzó a delirar de esta manera:

«Reverberante Numen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísono te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro:
Si la aligera prole de Caistro
Blandos ministra acentos a mi burda
Armonica pasion, ¡ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.
La nubigena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro,
Me lleva en alas del Oest y el Austro,
Y hurtando a las Mnemosides el plectro,
Hoy me intromito en el fulgente claustro,
Obstupefacto, a venerar tu espectro.»

ventaba Apolo entre la indignacion y la risa; las mu-tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas; etas se miraban los unos a los otros sin saber lo que cedia; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia seguir disparatando en culto; pero Francisco de , que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor en-, que Apolo nuestro amo no os llama aqui para que ameis versos tenebrosos; lo que unicamente quiere , Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, y para que os cirnelo, que ya lo he comprendido; lo quiere es otro soneto con los mismos consonantes; alla va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
Proteges, honras al que versos urda,
Rauca mi lira atiende tosca y burda,
Simil no mucho a resonante sistro.
Que si tal vez alado el de Caistro
Pájaro dulce en la ribera zurda,
Hace canoro que fugaz aturda
Su voz rompiendo el diáfano teristro,
No va disimil yo, si el indio electro
Presto me gustas, que veloz al Austro
Sones encarga de curvado plectro,
Metricos mucho al eminente claustro
Llevare ritmos, ¡oh divino espectro!
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged a ese ste, atadle y enviadsele a Pluton con un recado mio, que se le entregue a los genios tartareos, y le ator-en con los suplicios mas atroces. ¡Qué desverguenza, a hacer burla de mí! Llevadle, digo; no quiero verle.» o decia el dios bermejo con tales ademanes, que estaban demasiado su colera, pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, o sintiendo se malograse el fin a que era traido, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar a Apolo; pero al fin se moderó algun tanto habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria a decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester; y él, mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado a los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar a Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias; pero a este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jauregui, los cuales volvieron a predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio déltico, deidad esmintea, el suceso es este:

»Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan, somos alumnos vuestros; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantes; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

»¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composicion? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca verguenza.

»Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y a las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas, ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Dicite Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

»Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cual debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa, debemos ilustrar a la nacion, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nacion ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos, sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, segun la hemos visto decadente y mal parada.

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo envió a la patria prosperidades ó desdichas.

» Se ajustó la paz, coplas a la paz; nacen los gemelos, coplas a los gemelos; nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando; se hace el bombardeo de Arjel, coplas á las bombas: en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra citara.

» Pero ¡con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¡Qué felices invenciones las nuestras! ¡oh qué felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esaú! ¡Oh Rómulo y Remo! ¡con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una ventregada! ¡Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa habia dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos) una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

» ¿Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para si, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasgo, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico con gran concurso de geniezuelos al rededor; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigricia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto y aquello, y lo de mas alla, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es a un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años a esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseandose à la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fabula siempre maravilloso y sutil.

» ¿Y el estilo? ¿y la versificacion? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil a las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables, que daran fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroborro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo a los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

» Así nos lo persuadiamos; con este fin trabajabamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria: *Pan curat oves*, *oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

» Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que asi como el murciélago torpe (*vespertilio* le llamó el doctisimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que asi como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus auriculas, le estrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, à la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron a gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

» Este fué el galardon, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios: después de habernos recocido los sesos en amontonar erudicion gentílica, histórica y dogmática; en rebenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupacion ganabamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo a Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches: *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no se qué libro.

»Pero, como por especial favor de la Providencia asi somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurrimos no ceñirnos a una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, a quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y correccion, que algunos invidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan ecónomos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á estractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron a la jocosidad festiva, y regalaron a la nacion gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios a hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡Oh, qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias a la antigua! esto es, a nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente: bien es verdad, que segun él esta arreglado, parece que se hizo exprofeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavia, alli retumbamos, y ¡oh! ¡nunca la suerte enemiga nos prive de su pacifica posesion!

» ¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la escelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las republicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura à fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y maximo, que tan habiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué, siendo tan desaforadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

» Ya en algun modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuan pocos elogios hemos

o á la ingrata patria, que paga en desprecios nuestras vigilias, hemos dado en la flor de [illegible] unos á otros, tratándonos mutuamente de [illegible] [illegible] por aquello de *asinus* [illegible] [illegible] el sapiente, ó al sapiente. Pero [illegible] [illegible] público se desengaño, ó nosotros [illegible] esas pajas, [illegible] estropajo [illegible] [illegible] y la discordia, que volvió en cenizas [illegible] muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó [illegible] á la sopa de un convento.

[illegible] en el [illegible], en que tímidos y vacilantes [illegible] irremediable nuestra desgracia; cuando en [illegible] terreros y tablas de consejo hollábamos calle[illegible] y palpábamos [illegible] los [illegible], [illegible] [illegible] estrella que aparece á [illegible] para serenar [illegible] deshechas tempestades. [illegible] á tener un príncipe, la nacion le jurará sucesor de su padre, Madrid previene regocijos, y esta es [illegible] de nuestra gloria, el feliz instante [illegible] resurreccion.

[illegible] cantar, sí, señor; queremos cantar como si [illegible] de nuevo; queremos aplaudir la jura del [illegible] con la misma gracia con que des[illegible] anteriores; queremos celebrar las [illegible] los adornos de la carrera; y no ha[illegible] de la Puebla sobre que no ar[illegible] el punto. Volveremos [illegible] [illegible] y cruzarán por esos aires á [illegible] de la limpieza, tan[illegible] [illegible] alegóricas, tanta hermosa vi[illegible] [illegible] para nuestras guardillas, para [illegible] [illegible] y romanzones, que [illegible].

[illegible] ¡Oh [illegible]! ¡Los toros! ¡Qué de con[illegible] [illegible] ¡Qué ocurrencias [illegible] para los caballeros que [illegible] para los que corran [illegible] ¡Y qué de cosas tene[illegible] [illegible] y que [illegible] [illegible] los toros de Colcos, [illegible] los toros del Sol, el toro de Creta, [illegible] el toro de san Marcos, el toro de Europa, [illegible]

[illegible] con motivo tan plausible, fatiga[illegible] [illegible] ni esquinazo, ni [illegible] [illegible] ni boca de puente que no [illegible] de alto á bajo con cartelones [illegible] llenos de letras gordas y provocativas: ni ha[illegible] ni diario ni almanaque mensual que no salga [illegible] obras. Pero ¡ay cuerpo [illegible] [illegible]! ¡Cómo nos ilude con [illegible] [illegible] el deseo!

[illegible] contra la osa[illegible] [illegible] estaban ya aguardando [illegible] para despedazar[illegible] [illegible] que se recrea [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] *Fortunata* [illegible] [illegible] [illegible] luego.

[illegible] señor, á la temeraria pretension que [illegible] augusto; antes en su [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] vuestra [illegible] [illegible] nuestras obras, [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible], elegantes, doctísimos, incomparables, y de aquí [illegible] lo que pareciese conveniente [illegible]. Direis ademas, que nosotros los que

[illegible] nos somos [illegible] sino filomenas dul[illegible] [illegible] que con vuestro influjo y [illegible] hemos cantado, cantamos y cantaremos [illegible] la piel. Direis que para que la nacion acabe de [illegible] [illegible] [illegible] que el reino de literatura se estanque [illegible] y el [illegible], siendo nosotros los [illegible] que podemos [illegible] dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres [illegible], ya de viva voz en [illegible] de la corte en sus [illegible], o ya remitiendo nuestros [illegible] dramas al [illegible] teatro. Direis que en materias de [illegible], de lógica, de [illegible], de racionalidad, de talento, nadie existe [illegible] [illegible] advirtiendo que de [illegible] en adelante á todo crítico se le llamará envidioso [illegible] [illegible] calumnia, á toda censura libelo, y á todo [illegible] personalidad ó insulto. Y que por último, vuestra [illegible] resplandezca [illegible] [illegible] y [illegible] necesario mande y condena á todo [illegible] que sepa deletrear, á que luego que [illegible] carteles, [illegible] de la [illegible] la [illegible] [illegible] que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acuda á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

Tal es, señor, nuestra pretension; que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese latronte [illegible] comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosos [illegible] y [illegible] [illegible]; pero apenas habíamos salido de los pasos [illegible] peligrosos, cuando hallamos [illegible] [illegible] [illegible] floresta sombría que el abril [illegible] de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles [illegible] en aromas índicos, [illegible] pero en vuestro [illegible] [illegible] no sé qué displicencia que me [illegible] la pintura de las flores, los [illegible], las aves [illegible] y los arroyuelos, [illegible] paso adelante.

[illegible] esta, como dije, deliciosa mansion de Flora [illegible] un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no nada [illegible], y [illegible] menos que nada [illegible] y tranquilos; [illegible] que nos detuviéramos. Hícimoslo así, nos preguntaron ¿quiénes éramos y á qué [illegible] respondimos á [illegible] y sacando el que parecia [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] leyó en él [illegible] ó quince [illegible], y al acabar nos dió por respuesta, ó la respuesta [illegible], mas que las [illegible] nos res[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] por [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] que nuestras obras [illegible] en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo [illegible] pleno consistorio [illegible] de veces, y que sería [illegible] paso adelante.

«Esto [illegible] que se llama[illegible] [illegible] para nosotros, [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] lo restante [illegible].

Replicámosle, como era razon; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos, no quiso verlos, y tapándose á toda prisa las narices, gritó que nos fuésemos inmediatamente. Repetimos [illegible] humildes; no hubo remedio; y enconado [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] con el [illegible] gentes en su ayuda; trabóse bien porfía, y [illegible] Marte, hasta que el cielo declaró por nosotros el [illegible], *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el jefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados ó mutilos

»Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

»Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretension; llegamos á los umbrales venerandos, que saludámos humildes, y al pisar los atrios magníficos vimos unidas pedestres haces que comenzaron a disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traia; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápides, á cuya ruptura hostil siguio el combate mas desesperado y sangriento.

»Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesifone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos mílites, daban al bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El númen belígero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuadriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido...

—Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses mas de mi paciencia; vete, y di a esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera a los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

»¿Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde estan?

»Cierto es que en todos los paises, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, a beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre: el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

»Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

»¿Vacilareis siempre entre las contradicciones mas absurdas, queriendo sostener por una parte, que la cultura nacional nada necesita mendigar de los estranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcais á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atreveis á tocar, porque habeis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

» Y ¡qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el esceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

»¿Llegará el dia en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepais conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su pais, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

»Entonces no se instruian los españoles en compendios y poliantéas; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo; las obras de mérito que tiene la nacion, entonces se escribieron; estudiadlas.

«Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovacion de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia: veréis tambien lo que debeis tomar necesariamente de los estranjeros, y lo que teneis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afán.

»Sí, de imitarse; porque seria indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha producido; seria indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificacion é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

»Entonces se estinguirá quizas aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nacion, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce; y á otros, por el estremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas: porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime, segun al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos mas discordes entre si, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como escelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

»Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nacion; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca, como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

...ipios conocereis cuan despreciables han ...zas, y cuanto os habeis apartado de la ...os habeis querido demostrarla: vereis ...[illegible], ni jamás han merecido el nombre ... [illegible] ideas inconexas, especies ... [illegible] o mal aplicados, abul... [illegible] solo dañosas a quien las lea, por ... a su tiempo, sino tambien porque es... [illegible] prurito de saber a poco trabajo, le ... de los buenos libros en que se debiera ...bose por este medio la falsa sabiduria, ... es que la total ignorancia.

...s esta guerra continua que manteneis ... la observancia del arte en las obras ... la razon sola os enseñara, que no es ... fantasia hacer nada perfecto, si las ... reglas no la señalan los debidos ...imente yerran los que graduan el me... [illegible] por los defectos que evitan, y la ...lad en la observancia de los preceptos, ...as la invencion, el talento peculiar de ... el fuego celestial que debe animarlas. ... por estas verdades irresistibles, ... mas justicia el sólido merito, y no lla... ellos que, como vosotros sin disposicion ... sin arte, sin estudio, sin saber persua... ..., pasan los años haciendo coplas inde... ...yen, ni deleitan, ni pueden escitar en ... [illegible] mas que el desprecio, la com...

...n estos los que esperan mi aprobacion ... disonante las felicidades de la na... ...la jura de su querido principe? Tan ... de mi citara, digno de que todo el ...le celebre, ¿habia de caer en manos ...? No, no lo pretendan; y si es la leal... ...los estimula a hacerlo, unan sus votos ...narquia. Rueguen al cielo que dilate y ... Fernando, precioso vastago del ilustre ... delicias de su madre augusta, sucesor ...es. Rueguen al cielo, que uniendo la ... a la justicia, a la fortaleza, a la grande ... padre, aprenda a su lado el arte de ... hombres, y reconozca por los altos ... [illegible], que ni la majestad ni el cetro son ... [illegible], que ella sola es el apoyo firmisimo ... sola ... a los reyes imagenes de la ..., que ella sola une en durables vin... ... [illegible], y que sin ella los estados ... [illegible], se destruyen con ruina es... ... a la posteridad la memoria de que ... al cielo, que al tiempo mismo que el ...struya en la escuela del valor, la paz, ... con osculo dulce, y en torno le ... artes todas, que moderan la natu... ...razon humana, para que a su vista co... ... una nacion por ellas que por ... armas, por los estragos de sus vic... ... [illegible] ... los ven... ... ¡Oh! ilustren tales maximas su ... [illegible] lo que de el espera, ... felices dias, pasando a sus ... [illegible] dilatar el poder, la gloria, ... principe aun mas allá de los ... [illegible].

...os de la patria tales son sus votos; ... que han de cumplirse es lo que ... [illegible] alegrias; y no os pide en tal ... versos ridiculos y desprecia... ... [illegible] no es menester ser ... posible celebrar dignamente a

los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco e inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavia en un pais en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero merito, triunfaran al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevaran su nombre a la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

Pero ¡vosotros, y tu mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y di a los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, solo sera callando, y callando eternamente: que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle.»

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete u ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban à la escalera principal, de alli le dejaron caer sobre los de abajo, y estos, viendole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar a voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fue a un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegria y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon o asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebro la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada peñola a referir lo que Mercurio hizo, mientras duro la embajada. Pareciole conveniente no descuidarse ni fiar a la fortuna el exito de aquella empresa; habia llegado a entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filologos; y conociendo que Apolo no podia concederles nada, penso seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que solo a garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamo a consejo à los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados à tales peleonas; tratose el caso con la madurez que requeria, y se acordó por ultimo que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados a socarrar pollos y envolver especias, y que ademas se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser utiles para convertirlos en armas arrojadizas, o en parapetos y trincheras.

Tratose despues del orden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando a los eruditos a que, dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que alli se les podria combatir mas a placer, ya fuese en batalla campal, o ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha, la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don Alonso de Ercilla, y el cuerpo de reserva, que debia acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargo al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristobal de Virues y otros sujetos de acreditado valor y esperiencia militar.

Despues de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir acia la escalera cuanto hallaron que podia ser util para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volumenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habian servido de gloria a sus autores, ni de utilidad alguna al genero humano, y en aquel dia se hicieron apreciables; porque

no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver a la zurra, fuése volando á decir á su hermano cuanto habia dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con animo de presentarse a los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debian ni podian oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaria respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendia; pero hubo de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejandole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde alla arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenian. Que no creyesen que la nacion perderia nada perdiéndoles á ellos; pues no solo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver a escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse a varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Díjoles tambien, que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar a todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacedera y trivial como se habien imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado a poseerlas en grado sobresaliente, y a merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional a otros talentos muy superiores, sin comparacion, a los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años a los ojos de la Europa culta; y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria a los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo a los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba a decirles; pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguan, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó a toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entre tanto la griteria y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado a otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no
necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal m
no es posible ponderar á qué estremo llegó en
frenesí. «No es ese, decian, no es ese Apolo:
le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, q
burlarse de nosotros tomándolo a fiesta y tam
venga el hijo de Latona, que venga; él nos c
nosotros le adoraremos como hijos obedientes s

—Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo qu
len ahora estos malditos. Si es imposible que no
desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se h
tal invencion? Pero yo les juro por la asperos
que no se han de reir de mi: no, sino haceos
paparos han moscas; para ellos no sirven razone
no les duele no les persuade; pues que la pag
haya su casta, que la paguen, y acabemos de u
ellos.»

Dicho esto, se metió entre los suyos; repitió
nes; previno los acasos, y sin que diera la seña
batir el estruendo de trompetas ni atambores, s
la batalla, poniendo en uso los de Apolo las me
de que se habian prevenido.

Llovian librotes sobre los literatos intrusos,
jos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos
ta, y en papel de Holanda, y con láminas y elog
montanos, y notas y animadversiones. Esta des
ordenó las primeras filas enemigas, no sin pérd
gentes, pues aseguran algunos sujetos fidedig
yados en relaciones auténticas, que pasaron de
que cayeron derrengados, cinco tuertos, des
nueve, y trece ó catorce contusionados o aturd

Con esta pérdida se notó algun desfallecim
aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apol
dudaban ya combatir cuerpo a cuerpo para c
una vez aquella empresa; bien que los jefes p
contenerlos, conociendo cuán cerca está de se
el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que
de la escalera en grave peligro de perderse; pu
bada que fué la primera descarga, vieron venir
por el aire el tenebroso *Macabeo de Silbeira*,
jado de robusta mano parecia una bala de cañ
ímpetu que traia; hirió de paso, aunque lev
Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote di
en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser p
resistirle, cayó aturdido sobre las gradas, y tu
retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca,
indignacion y dolor por la desgracia de su d
agarró seis ó siete tomos que vio a sus piés, y c
fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron al
mentos de Góngora, que esta era la gracia de
volúmenes, cuando se conoció el horrible es
habian hecho en el cuerno izquierdo de los con
que advertido por los de Apolo, se adelantaron
querer seguir acia aquella parte la derrota; per
se alejaron de los demás, se vieron rodeados de
y cortado el paso à la escalera: dieron y recibier
crueles, y con no poco trabajo pudieron volvers
porar en sus lineas, sufriendo mucho en la reti
tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que pas
bernar el ala derecha, y remediando con pront
orden, prosiguió el combate. Mercurio, sosten
borceguies, observaba desde allá arriba lo que
ambos ejércitos; y vió que del contrario se retir
chos acia el patio asaz dolientes y mal feridos:
ocupaban en conducir a algunos á quienes ya
introduciendo la forma cadavérica por las na
lante; y otros muy diligentes ejercitaban su ca
teligencia médica en dar alivio á los lastimados
banles las heridas, les apretaban los chichones

rvianos, colocaban por su órden los dientes y gue habian perdido su primer asiento, y usaban remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se á gran cantidad de telas de araña, pegotes de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, rines y buenas razones.

rado esto, partió ácia la escalera para dar aviso ar lo que convenia; preguntó por su hermano, y que habia desaparecido con las Musas y todas mujeres. Esta fuga dio que sospechar a Mercu a breve rato quedó satisfecho de la inocentísima de Apolo; porque uno de los poetas que habia busca de libros vino diciendo que en la cocina se guisando una gran porcion de mistos, y que el tenia recogidas tantas y tales armas, que si el caso de podria encerrar al patio a los pedan indubitable su destruccion.

me place, dijo Mercurio; y ahora mismo se ha de último esfuerzo para conseguirlo: Mendoza, que el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebo avanzara a viva fuerza sobre la opuesta de los ene fin de amontonarlos por aquella parte, y marchara orden siempre ácia el patio, describiendo un de círculo, para que en llegándolos a sacar del se les vuelva a presentar por frente toda la linea. esto se verifica, el centro y el ala derecha se tran sobre la defensiva, y avanzarán ó se deten vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.»

e empezó a ejecutar, cargando don Diego de Men Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que ibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la no era de burlillas sino muy a toca ropa, no de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bar-Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; lo, que aunque ya estaba herido quiso volver a la la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con lleno de tolondrones, y un arañazo en el rostro hacia derramar no poca sangre; y el mismo Men aunque peleaba valerosamente, no dejaba de re e de un latigazo que le habia sacudido en la pierna un poetilla ridículo, autor de siete comedias todas aplaudidas en el teatro, todas detestables der mas, y todas impresas por suscricion, con de y prólogo.

a pesar de estos accidentes inevitables, vió Mer ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole hizo una señal, que al observarla don Alonso de grito en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; des- y al patio*».

la orden, y al repetir la línea «*descarga, y al* comenzó a caer tal granizo de libros sobre los pe que desde luego los menos locos reconocieron evitable su ruina.

Cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los , al estremecimiento horrible que causaba en los del portalon la batería incesante de libros, parecia palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella Allí volaban a docenas, a cientos, enormes cuer mohosos bañados en sangre; allí las historias sa fanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigan de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante , se topaban en el aire contra otros no menos de sermonarios, crónicas de religiones, y di dicciónarias, en las que se veia embrollada hasta el úl la mas breve, la mas clara, la mas santa de doctrinas, y unos y otros caian despues con es estruendo, aplastando cuanto debajo de si encon allí, entre los pesados e indigestos genealogistas, los comentadores, glosadores e intérpretes del , con sus tratados, autoridades y escolios llenos de oscuridad y confusion babilónica: y allí, por último, salieron a volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las copias del célebre *Leon Marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Frunme, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso a lo divino, Jacinto Polo, Cancer, Benegasi, Villamediana, Bocangel, Tafalla, Zavaleta, Montoro, y Salas Barbadillo, con el *Arte* de Gracian, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gomez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron a estas las de don Tomas de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibañez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caroleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoida*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetas, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagran, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo mundo*, la *Hernandía*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de *los Inventores de las cosas*; siguiendo a este turbion la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio alegre en estremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó a revolar sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso a los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada a la quietud y al regodeo! ¿Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene a reducirse a una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado a entender, que venir a presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesarcedes enviar un diputado a mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado a mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

»Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado a Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corres-

ponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores mios, lo que debeis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningun chisgarabís, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la escelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto querais pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor; repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empelasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que solo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinion de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello, como gente desesperada que solo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuertas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encen fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, tementina caliente, pez y rescoldo. No era fá á tan horrible fuerza: dieron á huir acia la p la necesidad no permitia otra cosa; el ejército abrió en dos columnas para que dejándoles la y asegurado el palacio, se les pudiese cargar la retirada; y así que los vieron fuera, saliero conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza c tida lijera á seguir el alcance, y otros cuerpo se iban apostando por todos los caminos y send naso, que absolutamente ignoraban los enemig

En estas y estotras ya era de noche: la os cansancio, los golpes recibidos, el miedo, l llevaban, y sobre todo, el no tener conocimie del terreno por donde iban, eran todas circuns tales que aumentaban la desgracia de los fugit

Mercurio y los suyos les decian que se rindi algunos de ellos lo habian hecho (incluso el tuerto, que le acababan de sacar medio desc una zanja), porque si adelante seguian, perec sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en est nirse á buenas: correr que te correrás como g peñascos, atrabancar malezas, y no dar oído les decian: esto fué lo que hicieron, hasta que á encarrilar la mayor parte de ellos por unas carpadas y altísimas, á breve rato comenzar por ellas agarrados unos á otros, y dando precipitaron en una gran laguna, que está al pi llos peñascos, y se forma de las vertientes de

Los pocos que andaban descarriados por va riales libraron mejor, porque cayeron en ma de Apolo; recibieron todo agasajo y buena as les cataron las feridas, y fueron tratados co que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas bu dos los de casa no se hartaban de dar gracias tan feliz victoria; despacháronse estraordina partes con aviso de lo ocurrido en aquel tre en ocho que duraron las fiestas quedó Timbre reciendo, porque el gasto de bollos, bizcoch vas, bebidas heladas y chocolate ascendió á m puede sufrir el bolsillo de un dios que prote poesía.

Después de pasado el turbion de visitas y en se trató de lo que convendria hacer con lo Cascales, Cervantes y Luzán se encargaron de los separadamente, para ver á cuántas estaba y en vista del informe que presentaron estos mandó que algunos de ellos, después de habe una buena reprimenda, se restituyesen á sus pasaporte para todos los registros del Parnas cestillas en que se les puso su racion de pan, sas; y á los mas contritos, por via de ayuda d partieron las caritativas Musas de propio caudal los maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que a j examinadores eran incurables, los encerraron las de los locos, donde hoy se hallan tan en siempre, y tan sabios como su madre los pari

—— ——

POESIAS SUELTAS.

A TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

ernando y Doña Isabel.

> Cesse tudo o que a Musa antiga canta,
> Que outro valor mais alto se levanta
> *Camoens, Lusiadas, canto I.°*

OMANCE ENDECASÍLABO.

noche, y el comun sosiego
acas sombras se estendia,
roso silencio los mortales
ño olvidaban las fatigas.
ermosa ciudad que Jenil baña,
con sus aguas fertiliza,
sus cármenes de flores,
s flores que el abril envia,
berbio alcazar, cuya cumbre
cupa la region vacia;
tiempo del monarca moro,
gio trono granadino pisa.
vidando con descanso dulce
que al espíritu fatigan,
ocupa de su alcazar regio
ancia en que el primor lucia
rosa del metal precioso
aro Tajo en sus arenas cria,
cimbrias y estucados techos,
arios y labores ricas.
alon a trechos se miraban
torias que el pincel dio vida
randes, célebres victorias,
roes, hazañas inauditas.
estales del mosaico estilo,
no singular mazoneria,
estro cincel del bando moro
, capitanes y califas.
man y Ali, terror del oriente,
ol muestra la presencia misma
el Ulit y el valeroso Muza,
conquistador de Palestina.
os otros elevado estaba
ornato y majestad debida
lo profeta, a quien Arabia
era, y en su fe confia.
iraba el rey, cuando cubierto
ro y miedo, vió que descendia
siento, y a su lecho llega
met la estatua muda y fria.
a, y al verla con airados ojos,
ar acierta, ni callar podia;
es quiso huir de su presencia,
es lo estorbo fuerza divina.
le vas, dijo: ¿donde, desgraciado
evitaras la saña mia,
del que nunca desampara
entes que en su amor se fian?
, y en el lecho, a quien adornan
ombras, turcas alcatifas,
con el ocio entorpecido
iones de tu reino olvida.
nporta que al furor del nazareno
las se rinden tus provincias,
los o muertos o rendidos,
ad en bandos dividida?
s Fernando tus castillos toma,
tala, arrasa las campiñas,
juegan Mazas y Gomeles
mbla cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?
El que tuvo valor para oponerse
En Lucena a sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuanto a Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,
¿Hoy fuerzas no tendrá, viendose libre
De la cadena que arrastró algun dia,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?
Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De qué ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos y la fe rompida?
Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas;
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.
De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confía;
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruina.
Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡oh Allah, no lo permitas!)
Cual rapido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,
Asi, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegara audaz hasta la ardiente Libia;
El gran sepulcro librara de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.
Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al cielo súplicas envia:
Y el Cuzco teme que, cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.
¿Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,
Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla?
Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido, a vista de tus muros,
Otra ciudad levanta. ¡Que ignominia!
Ya los Abencerrajes, que otro tiempo
En bandos a la corte dividian,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones a tu vida.
Persigue al que sacrílego persigue
La verdadera ley, santa y divina;
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guia.
Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfía,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas;
Y pasando del Tajo la corriente,
En la corte imperial fijes tu silla,
Despues de haber deshecho en las Asturias
La turba de sus gentes fugitiva.
Un nuevo Abderraman y un nuevo Muza
Vendra, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovara el incendio y la ruina.
La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imagen venerada de Maria.
El Coran se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Jijon a la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.
Esto sera; que asi te lo prometo

El que pisa del sol la lumbre viva,
A quien los querubines acompañan
Y las dominaciones se le humillan;
Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
Los claros astros á su planta mira,
Y adornando la luna su turbante,
Los luceros se apagan á su vista.»
Dijo; y al ir el rey á responderle,
Veloz de entre sus brazos se retira,
Y á ocupar vuelve la animada estatua
El pedestal robusto que oprimia.
Mientras en Santa Fe mira Fernando,
Vistoso alarde haciendo su milicia,
Al son de los clarines y atambores,
Los caballos marchar é infantería,
Cuando del claro sol lucientes rayos
A los objetos su color volvian,
Dorando en los soberbios pabellones
Las banderas que el céfiro movia,
Bajo un rico dosel con perlas y oro,
Que del oriente empobreció las minas,
Fernando é Isabel el trono ocupan,
Alto campeon, castísima heroina.
En tanto que en el templo de la Fama,
Venciendo á las edades fugitivas,
Vuestros nombres en mármoles escritos
Causen al orbe admiracion y envidia,
Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,
Que su trompa sonante los repita,
Y vuestras merecidas alabanzas
Las hijas de Memnósine divinas.
Muéstranse alrededor del alto asiento
Los príncipes y grandes de Castilla,
Los Ponces de Leon y los Mendozas,
Portocarreros, Laras y Mejías;
El que de Alhama el defendido muro
Guardó á pesar de la morisma impía,
Y con débil defensa reparado,
Burló su muchedumbre descreida.
Pacheco y el Guzman van á sus lados,
Que dos robustos potros oprimian,
Mostrando el noble varonil semblante
Alzada la luciente sobrevista.
Del jóven de Alba la tristeza muestran
Las pavonadas armas que vestia:
Negro el plumaje sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturon y hebillas.
El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fué de la morisma,
Y el que llegando hasta Granada, puso
El *Ave* de Gabriel en su mezquita.
Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mia,
Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas;
Lujan se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos jinetes que acaudilla,
Que el Manzanares entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.
¡Oh patrio suelo! si al acento mio
Prestar Apolo quiere melodía,
Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcísona armonía,
Yo sabré levantar el nombre tuyo
A la esfera que Vénus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas;
Pues para trono del mayor monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
A Eton fogoso y a Flegon fatiga.
El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo
El nombre, que ultrajaba, de MARÍA,
Del gallardo Aguilar ocupa el lado:
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.
Hacen-Benel Farax Abencerraje
Lucida escuadra de su gente guia
En tordas yeguas que produce el Bétis
Y á su veloz corriente desafian.
Blancos bonetes con azules plumas,
En las adargas la comun divisa,
Corvos alfanjes, largos alquiceles,
Robusto aspecto, y la color cetrina.
El fuerte capitan, que de Lucena
Defendió la muralla combatida,
Derramando al impulso de su diestra
La sangre del infiel ismaëlita,
Muestra en su escudo entre cadenas p
Al monarca que audaz le resistia,
Y los nueve estandartes matizados
Con caracteres árabes y cifras.
¡Cuántos esclarecidos capitanes,
Que ganaron victorias inauditas,
Delante de Fernando se presentan!
Cántalos tú, Parnáside divina:
Su nombre ensalza, su valor y esfu
Por quien se vieron rotas y vencidas
Las escuadras de Agar, que el dogma si
Del fementido esposo de Cadiga.
Fernando al verlos: «claros campeo
Dice, blason de la corona mia,
Por cuya diestra las cristianas cruces
Sobre el Alhambra se verán tendidas.
Ya llegó el tiempo en que mireis cer
De esa ciudad rebelde la ruina,
Y en premio de fatigas tan dichosas
Laurel eterno vuestra frente ciña.
Desde que en Zahara combatiendo e
Rompió Muley-Hacen la union amiga,
Hasta que Boabdeli preso y rendido
Firmó la paz, que hoy niega su osadía,
¡Cuántas veces, dudosa la victoria,
Espusisteis por ella hacienda y vida,
Ya combatiendo en Baza las almenas,
O en el alto peñon de la Ajarquía!
Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abencomixa;
Y Dordux, recelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruida.
Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almería,
Y de Huescar á Ronda vuestra espada
Estrago fué y horror de la morisma.
Aun hay mas que vencer: a vuestro l
Es corto triunfo esa ciudad vecina;
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.
Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,
Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida;
Mas, ¡oh cuán presto la hollará mi plan
Si ayuda vuestro ardor la intencion mia
De hoy mas vuelva á sufrir nuevos af
Nuestros jinetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas;
Que el cielo, que hasta aquí miró pro
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.
Dios, sí, Dios mismo de rigor armad
A nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mira el Asia á nuestro pié cautiva.»
Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de Fernando repetia:
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.
Suena confuso estrépito; el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el jinete,
El caballo belígero relincha.
Ya corren por la vega dilatada,
Que el Jenil baña con corriente fria:
Los campos queman, roban el ganado,
Huye el pastor á la contraria orilla.
Tristes gemidos é incesante lloro

ciudad el aire hendian;
e temeroso y ciego,
y ocupa la mezquita.
ndo Vespasiano y Tito
muros de la sacra Elia,
mísera desgracia
y fuego y muerte destruida.
de valor y fuerzas falto,
medroso se retira:
cuchar consejos varios,
os dictamenes vacila.
conseja que la gente anime,
e las arabes insignias,
paña, y en batalla dura
intrepido resista.
tende, primero que rendirse,
as arda la ciudad querida,
a al tosigo y al hierro,
Astapa o la Sagunto antigua.
lim-Hamet, gallardo moro,
lustro de su edad cumplia,
tria, Aldoradin en sangre,
lhucen y Geloira,
barba y el color tostado,
ojos de espantable vista,
embros, corto de razones,
l arco, cimitarra y pica:
s, dijo, en pareceres varios
mpo, que veloz camina,
fuerzas, ni ocasion, ni gente
a patria que peligra.
mos acaso a una batalla
rtad que tanto estima,
spaña la potencia junta
teson nuestra ruina?
justo, ni en este medio solo
alud se encierra y cifra:
rompio de Troya el muro,
n, ni Aquiles de Larisa.
o, apenas el luciente Apolo
nbras de la noche fria,
l campo del contrario fiero
voraz vuele en cenizas.
ion, el sobresalto y miedo,
ue los miembros debilita,
la noche haran felice
eccion, si Boabdeli la anima.
a apruebo,» dijo, y de los hombros
de su amor al punto quita
alquicel, que el moro admite,
verente la rodilla.
punto las lucientes armas,
y el cincel enriquecian,
ostro su perfeccion el arte,
ivo tal vez dieran envidia.
ante el acerado casco
a luz rayos envia,
ña y afolladas tocas,
acho verdegay encima.
lo borcegui guarnecen
tos y labores ricas,
l en el siniestro lado
borlas resplandece y brilla.
tahali se ve pendiente
a fuerte y damasquina,
lado Abenhozmin su abuelo,
ervir a Solimán partia.
la lanza acomodo en la cuja,
mimbre el barbaro blandia,
pe en desigual pelea
ragon perdio la vida.
la adarga de Azamor el moro
corazon que en fuego ardia,
o azul alrededor escrito:
iera dar, mas te daria.
anga adorna el diestro lado,
far bordo y argenteria
de su nombre Zeldora,
e del en Tremecen vivia.
stado alazan oprime el lomo,
rnes y cabeza erguida,
acioso y espumante boca

Y dócil á la rienda que le guia.
Parte su dueño en la callada noche
De la famosa Iliberis antigua;
Sus muros deja atras y capiteles,
Y al enemigo campo se avecina.
Hórridas sombras, ocupando el suelo,
Al intento mejor favorecian:
Muda quietud al sueño convidaba,
Y el Darro suspendio la clara linfa.
Cuando al atravesar raudal pequeño,
Que del vecino monte descendia,
Sintio pisadas, y de rato en rato
Templadas armas que al mover crujian.
Retrena el paso el arrogante moro,
El freno y el aliento detenia,
Al ver ya cerca un caballero armado,
Que en lijero tropel tras él venia.
Sale a encontrarle, y previniendo el asta:
«¿Quién eres? dijo, ¿dónde te encaminas?
Di, si eres granadino ó castellano,
Y cual es el intento que te guia.
— Soy granadino, respondió, y si acaso
De tu amor y tu sangre no te olvidas,
Tu primo Zulemán es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.
Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzmán valiente,
Impío verdugo de agarenas vidas.
Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Cartama alcaide,
Caudillo y albaqib de su milicia.
Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometí presentar á Belerifa.
Tres veces ciento alarabes jinetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabaran que determinas.
Contigo vengo á que morir me veas
A manos del que causa mi desdicha,
O a que, logrando la venganza, vuelva
A consolar la pena que origina.»
Abrazale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.
Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabellon aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.
No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni menos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se estendia.
Bajan ardiendo de la escelsa cumbre
Ardientes leños, maquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
A quien el Tajo aurífero salpica.
Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.
Salta del lecho intrépido Fernando;
Su presencia a los debiles anima;
Manda al de Cádiz, que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.
Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.
Zuleman, que advirtió salir armada
La gente que el de Cadiz acaudilla,
Vuelve la rienda, y acia el bosque parte
A prevenirlo al comenzar el dia.
El Ponce de Leon, que desde lejos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte a alcanzarle, y al caballo pica.
Mas viendo la distancia, alza la diestra

Y en ellas mezclarás sátira amarga.
  Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.
  Y esta compilacion de boberías
Al público darás, de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envías.
  Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Jeromo.
  Mas si tu orgullo oscurecer desea
Al lírico famoso venusino,
Con quien tu preceptista me marea,
  Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.
  Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del Tonante.
  Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas
Los nítidos cabellos destrenzados,
  Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Doris, van pisando bellas;
  Al motor de la máquina rotunda
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.
  La ninfa al verle, ajena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.
  Ya los recibe el mar; la virgen treme,
Y al juvenco los álguidos, undosos
Piélagos hace duro amor que reme.
  Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (*),
Prorumpe en ululatos dolorosos;
  Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas (**),
Los antros duplicaron circunstantes.
  Mas Creta ofrece playas estendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.
  Huye gozoso amor, y agradecido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy estendido.
  Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.
  La locura también faetontea
Celebrarás, y el piélago combusto
Que en flagrantes incendios centellea.
  Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto;
  Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;
  Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.
  Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
  Habla erizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,
  Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.
  Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.
  Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
  Que él solo entiende; y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.

(*) Silveira.
(**) Villamediana.

  Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.
  Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.
  Y el númen lleno de furor sagrado:
«Canto, dirás, el héroe furibundo,
A dominar imperios enseñado,
  Que, dando ley al báratro profundo
Su fuerte brazo, sujetó invencible
La dilatada redondez del mundo.»
  Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
  No como aquel que dijo: *Canta, Diosa,
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa;*
  Porque el estilo inflado y giganteo,
Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.
  Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son estremados.
  Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
  No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pía.
  Y en todo cuanto escribas, ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas;
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
  Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con espresiones gratas,
  Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del languido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.
  Mas, no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados:
Crítica sufrirán, zurra y proceso.
  Dirán, que los asuntos adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
  Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.
  Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á esplicarte.
  Despues que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,
  Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente (*),
E invoca á una deidad tu protectora.
  Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.
  Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología;
  Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.
  Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.
  Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros;
  Desaforadas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellísimas errantes.
  A espuertas verterás, á carretadas
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
  ¡Oh cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,

(*) Candamo.

ı tu pesar ha cultivado'
ventura, y cuanto encantamiento'
ıamorados campeones!
ıin y alcazar opulento!
os episodios a millones;
miserable no parece,
ncontraran ni con hurones.
no ha de ser, si le acontece
zo en una nube le arrebata,
ır los aires desparece?
lle oscurisimo remata
demoniado su carrera,
d a cumplidos le maltrata.
ıa gruta inhabitable y fiera,
los tiempos que han pasado (*),
ene alli, quiera o no quiera.
asija y unto preparado
unto ingrediente venenoso,
e que lo ve deja admirado!
seña en un artificioso
escendencia dilatada
bre suyo ha de ilustrar famoso.
ıa ficcion muy adecuada;
e algun censor la culparia
ıente, absurda y dislocada,
logras con esta fechoria
salzar de tu Mecenas,
altara, por vida mia.
patrañas son ajenas
ıia, ¿que importa? Si conviene,
el troyano la encadenas;
n poeta facultades tiene
ı cotos, escribiendo
o a la pluma se le viene.
ue parece que estoy viendo
arro de fuego remontados
ıgos que la van corriendo.
Dios, y qué regocijados,
dades, reinos populosos
y climas ignorados!
los desiertos arenosos,
ar que hinchado se alborota,
ados, prados olorosos.
tentrional playa remota,
doblo Vasco de Gama,
agasmon registra y nota.
espues donde la ardiente llama
eulta, al espirar el dia,
tis hospedaje y cama.
recipitada correria
volador hace patente
Europa el ancho mar desvía.
auriga acia el rosado oriente
r a los reinos de la aurora
l carro de piropo ardiente...
un criticon me acuerdo ahora,
ız, ridiculo, pedante,
hiel su lengua detractora.
ılta de colera al instante
nvenciones! ¡Cual blasfema!
a irritar, no hay quien le aguante.
e que haya encantos ¡linda tema!
s, ni estatuas habladoras,
n que lo hallo, desgarra y quema.
oe por acaso le enamoras
dad que yace encastillada,
la un dragon a todas horas,
llero de una cuchillada
o culebron deguella,
nfernal luego se enfada.
ue decirle que la tal doncella
a del sabio Malambruno,
doncellez asi atropella;
ıra carcel, soledad y ayuno
sme no mas la ha reducido,
pa sus lastimas ninguno.
r, nada basta: enfurecido,
nisero autor se despepita,
el inocente le ha ofendido.
ancia infeliz! ¡vena maldita!

lo

Dice en horrenda voz, que impetuosa
Como turbio raudal se precipita.
El gusto y la razon, en verso, en prosa,
La invencion rectifiquen; que sin esto
Jamas se acertara ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto,
Su teatro en errores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto.
Muestra lo que produce el estragado
Talento que sin luz se descamina,
De la docta eleccion abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dio a la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil o tenebroso,
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,
Oye solo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.
¡Que es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladin, enderezando tuertos!
¡Que es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,
Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y celos repetidos;
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heróica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.
No es mas que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y jifero.
Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el númen ignorante
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya veis los muros de Florencia ó Gante;
Ya el son del pito los trasforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo,
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas?
«¡Oh qué abominacion!» Dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas criticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de tí ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, a pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Mas te prometo: los alegres ratos
Que te visite el apolineo coro,

No los has de vender nada baratos.
Pues, aunque el tema popular no ignoro,
De que Cintio corona á los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro,
Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.
Si, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso;
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena redundante hasta el esceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y a tu musa venal no dés sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que así el humano corazon se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte; salga Citeréa
Mayando en estribillos enfadosos.
Diversa accion cada jornada sea
Con su galan, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado,
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si a agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas
El te celebre cuando tú deliras,
Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.
Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamentos,
Y salgan los diablillos á docenas.
Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se trasforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentos.
De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.
Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcamán robusto,
Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y en tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.
Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epítetos.
¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.
Todo se desfigura, no lo dudes:
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.
Y lo que Poncio alguna vez decia,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡qué! si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.
La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.
Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino,
Y encuentra allí peligros no menores.
El padre, oyendo cuchilladas, vino;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.
Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.
Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de ronlon con un cualquiera.
¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!
Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antífila;
Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.
Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El númen y las sílabas al canto.
La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.
Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí, que te he instruido.

EPISTOLAS.

I. *A don Simon Rodrigo Laso, rector del colegio de San Clemente de Bolonia.*

Laso, el instante que llamamos vida,
¿Es poco breve, dí, que el hombre deba
Su fin apresurar? O los que al mundo
Naturaleza dió males crueles
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?
¿Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse, y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos donde suena el bronce,
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso
Todos lo son: que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creidos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante asturo
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilon sañudo
El frágil leño en remolinos hunde,
O yerto escollo de coral le rompe.
La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue,
Sin que el furor de su ambicion reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperacion y los delitos,
Ni los metales que á mi rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso: la prudente
Moderacion es la virtud del sabio.

uel que en áurea medianía,
remos evitando, abraza
quietud. Ni el bien ajeno
bó, ni de insolente orgullo
me, ni el favor procura :
su labio la verdad, detesta
unque del orbe el cetro empuñe,
da multitud le adore.
ente, oscuro, alegre vive,
iperior, de nadie esclavo.
ual frenesí la mente ocupa
e, y llena su existencia breve
as y dolor? Tú, si en las horas
studio el corazon humano
nocer, ó en los famosos
londe la opulencia habita,
y corrupcion, ¿hallaste alguno
el aura del favor sustenta,
a áspera sed de imperio,
lacer guste, que una vez descanse?
uria su esperanza, y postra
su ambicion! Los sube en alto,
il suelo con mayor ruina
ten. Como en noche oscura
rtificial los aires rompe,
dmira el esplendor mentido
da luz; retumba y muere.
lornado con diamantes y oro,
ras séricas cubierto,
s del sur que arrastra y pisa,
so audaz? ¿La numerosa
ves, que le saluda humilde,
los pórticos sonoros
ca inmensa, que olvidado
ya decrépito levanta?
envidies, que en su pecho anidan
anes. La brillante pompa,
magnífica, los humos
ion servil, las militares
e en torno á defenderle asisten.
oros que avariento oculta,
ovincias á su ley sujetas,
aran. Y en vano al sueño
pavorosa y luenga noche;
oso en vano, y por las altas
e marfil vuela el suspiro.
l Arlas vagaroso humilde
a de la mies de Céres,
nos y olivos! ¡Verde prado,
mudo el ganadillo errante,
onte, opaca selva y fria!
erá que habitador dichoso
o, rural, pequeño albergue,
e la Amistad y de las Musas,
rato y á los hombres, vea
sa paz los años mios
ces? Parca mesa, ameno
frutos abundante y flores
ltivaré, sonoras aguas
altura al valle se desliceu,
rmen trasparente lago
es de Venus, escondida
musgo y de laurel cubierta,
ras, revolando alegres
omo yo, rumor suave
no zumbe del panal hibleo,
ras espirando olores:
corazon le basta... Y cuando
silencio de la noche eterna,
é, sombra feliz, si algunas
tristes mi sepulcro bañan.

---

don Gaspar de Jovellanos (2).

ura amistad, que en dulce nudo
lmas unió, durable existe,
tre; y ni la ausencia larga,
acia, ni interpuestos montes
so mar que suena ronco,
moria apartaran tu idea.
Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives,
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo.
Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
A las que el Sena turbulento baña,
Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora,
Pueblos, naciones visité distintas;
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia,
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarásla solo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.
Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuéseme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia,
¡Cuánta doctrina al afluente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!
Cayó la gran ciudad que las naciones
Mas belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre y el valor latino;
Y la que osada, desde el Nilo al Bétis,
Sus águilas llevó, prole de Marte,
Adornado de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra, horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
Del antiguo valor hallar señales.
Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha
En el silencio de la sombra triste
Lamento funeral, la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto, y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia mitigar del hado
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden
Como la débil flor los fuertes muros,
Si los bronces y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿A quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa... ¿De qué, si cuanto existe
Y cuanto el hombre ve todo es ruinas?
Todo: que á no volver huyen las horas

Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Solo el oculto
Númen que anima el universo, eterno
Vive, y él solo es poderoso y grande.

III. *A la marquesa de Villafranca, con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla.*

Faltó mi anuncio, y generoso el cielo,
Mas que yo pude prevenir, destina
Felicidades á tu casa ilustre,
Cuando de tu cariño el digno fruto,
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
Tu sexo y gracias repetirse, y toda
Tu hermosura gentil en la querida
Prenda que dulce ya te mira y rie.
¡Oh vana prediccion! Mayor cuidado
Merece al Númen que sustenta el orbe
De los Toledos la prosapia escelsa;
Premios mas altos la virtud merece,
El tierno y casto amor, la no manchada
Pureza conyugal. Mira cumplidos
Los votos ya de tu feliz esposo,
Y los tuyos tambien, y los de tantos
Pueblos que ven en tí señora y madre.
Ese que aduermes en ebúrnea cuna,
Pequeño infante, es un Guzman; de aquella
Estirpe clara sucesor, que un dia
Fué de la patria impenetrable escudo,
Y en su defensa derramó inflexible
La propia sangre. De Tarifa el alto
Muro, sitiado de agarenas huestes,
Supo guardar su generoso abuelo.
Vió de cadenas sin piedad ceñido
El jóven infeliz, oyó sus voces,
Y el ruego y llanto de doliente esposa,
Y supo ser leal. Le ofrece el moro
Pactos indignos, y amenaza al cuello
Del inocente, si Guzman resiste;
El se desciñe la temida espada,
La tira al campo, y «Si no quieres, dijo,
La tuya ensangrentar, esa es la mia.»
¡Oh constancia! oh valor! Vive, precioso
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos
Te dan, imita. Vive, si de tanta
Ilustre accion te ha de inflamar la gloria,
Que ya del vicio y corrupcion infame
Harto el estrago se difunde y crece.
La disciplina militar, el celo
Por el público bien, costumbres puras
Faltaron... Vive; que la patria nuestra
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

IV. *Al príncipe de la Paz, dedicándole la comedia de* la Mojigata.

Esta que me inspiró fácil Talía
Moral ficcion, y aguarda numeroso
Pueblo que ocupe la española escena,
Voz adquiriendo, movimiento y formas,
Hoy te presento con afecto puro
De gratitud y amor; que en vano aspiro
Por otra senda á la difícil cumbre
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces
Lloré burlado el atrevido intento.
¡Cuántas, pulsando las aónias cuerdas,
Quise prendar con números süaves
La esquiva hermosa que en silencio adoro,
Y la voz imitar y la armonía
Que un tiempo el eco en la floresta verde
Repitió del Zurguén! Quise, animado
De mas sublime ardor, sonando Clio
La trompa que marcial ira difunde,
De España celebrar los altos triunfos,
Del cuello altivo sacudiendo rota
La bárbara coyunda; en las arenas
De Libia ardiente el vencedor vencido;
Numancia satisfecha en el estrago
De la soberbia Roma, abandonada
Al espantoso militar desórden;
Dueño Cortés del estandarte de oro
En los valles de Otumba, y á sus plantas
El cetro occidental. Pero ofendida
Culpó mi error la musa de Menandro,
Y la cítara y flautas pastoriles
Quitóme airada, y el clarin de Marte.
Sigue, me dijo, por el rumbo solo
Que te indica mi voz, si honor procuras
Que á pesar del silencio de la muerte
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
Una y mil veces en tu labio infante
Dulce beso imprimí, y al repetido
Celeste arrullo que entoné dormias.
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
Y en tí los que vertió propicios dones
Naturaleza, cultivar me plugo.
Ya con festiva aclamacion sonando
La patria escena, en su alabanza justa
Tu gloria afirma. Sigue, y en la cumbre
Del sagrado Helicon, que Cintio baña
Con su luz inmortal, las Musas bellas
De hiedra y lauros te darán corona.
No te ofenda, señor, si tan humilde
Tributo te consagro: ¿Y cuál seria
De la grandeza de tu nombre digno?
Limitado es el don, rico el deseo;
Y no bastando á mas la vena estéril,
Cuanto puedo te doy. Así postrado
Ante las aras que levanta rudas,
Suele el cultor acumular los frutos
Sencillos de su campo; y los ofrece
Al alto númen tutelar que adora,
Y aromas vierte agradecido, y flores.

V. *Al mismo.*

Buscando alivio á mi salud endeble,
Me vine á guarecer en la aspereza
De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio
Paz en el alma, soledad queria,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros, que el talento ilustran,
Y el vigor al estómago destruyen.
Holgar quise y vivir; y apenas llego
A las orillas que fecunda el Arlas,
Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adónde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella?
Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que respira
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el alguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pague,
Y no las paga; al soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza estrema
Privilegio le da seguro y cierto
De no pagar jamás. Yo así, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector, me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciría
En culta frase de Leon y Herrera,
Los garabatos que del norte frio
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. O si aspirase
A conseguir, sin merecerle, el nombre
De poligloto y helenista insigne,

con ajenas plumas
atrépido y soberbio,
udicion pudiera
entre la plebe osada
, cuya ciencia es solo
aparentar estudios.
de la impostura el arte
lucho talento anuncia,
ia y direccion prudente,
Minerva al templo.
; el límite se ignora
lacedor la siempre varia
lucir naturaleza.
imitan, aspirando
perfeccion, desisten
sas y cobardes
nto. Un primor solo,
à sus alumnos
fan, y aquel que logra
la difícil via
n con incierta planta
oso intento, adquiere
ie en las edades vive.
l mundo, porque en una
lo que anhelaron muchos.
la al término llegase,
de los hombres huye.
vocinglero, hinchado
nzoñosa envidia,
n el café gobierna
l orbe, y mientras bebe
cor, sorprende, asalta,
ar el puerto y muro.
ior, vereis qué pronto
ar de naves españolas,
asto, á Irlanda ocupa,
Jamaica os pone
or. ¿ Quereis oirle
o mas ? Latin, tudesco,
nejicano y chino,
hay, cuantos pudiera
. Erudicion, historia,
a, metalurjia y leyes :
rior, único y solo.
lozart ; nota con ceño
n tal ó tal motivo
feliz. Habla y decide
scorzos y contrastes,
egradacion de tintas,
os. Convulsion padece
de Garcilaso,
impano es el suyo !
propiedad y estilo
zó la mal tajada
intes... Vive, insigne
le la edad presente,
n comun ; esplendorosa
apagues. Yo, que admiro
opédica doctrina
banquetes clamorosos,
diar, y si consigo
mi rudo verso escuche
el grave peso á Carlos
on de tanto imperio,
a mi talento humilde.

---

n lenguaje y verso antiguo (3).

esto complido garzon,
ato la péñola mia,
a la su cortesía
idos vulgares en son;
latino sermon
se decirvos loores :
tes, que son sabidores,
ien de Tulio y Maron.
anto la suerte me da,
diga roman paladino,
e que lueñe é vecino
a mi carta verá :

E vuesas faciendas que luego dirá
Gravedosa estoria por modo sotil,
Serán de Castilla mil eras é mil
Membranza placiente que non finirá.
E tanto merece falagos é amor
Aquel que alegrose nos dió bienandanza,
E al comun conorte la mucha amistanza.
Ovo de don Carlos, el nueso señor.
«Sepades, le dijo, buen alcanzador,
Que en todo el mi regno vos fago imperante ;
A tal que del sceptro dorado, pesante,
La grave fadiga semeje menor.
Catad que mis fijos demandan de mí
De ser aducidos en sancta equidad ;
A non acuitallos las mientes parad ;
En algos abonden é pan otrosí ;
E cuando mis tierras (que tal non creí)
Mesnadas de allende osaren correr,
Faced á los míos punar é vencer,
Ca siempre ganosos de liza los vi.
E ved non fallezcan á tal ocasion
Lorigas, paveses é todo lo al,
E mucho trotero ardido é leal
De los mas preciados que en Córdoba son,
E fustas con luengo ferrado espolon,
Guarnidas de tiros que lancen pelotas;
Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
Al nueso lindero la escura Albion.
E guay, non aduzga mintrosa la paz
Al valor nativo dañinos placeres,
Nin seyan sofridos los vanos saberes
Que al mundo mancillas le dieron asaz.
Allí do pregonan olganza é solaz,
Allí rudo vulgo é sandio declina,
Divaga sañoso, virtud abomina ;
Que tanto en él vale locuela sagaz.
Empero non yaga de error circuido ;
La sciencia le amuestre su puro claror,
Non cure atristado ventura mayor,
En buen regimiento guardado é punido :
Ansí el caballero ruando lucido,
Acucia ó detiene la alfana que monta,
E parte, al agudo estímulo pronta,
O párase dócil el freno sentido.»
A tal platicaba la su señoría,
E cedo el magnate repuso á don Rey :
«Non fuera nascido de alcuña de ley
Si al vueso talante non obedescía.
Solene homenaje fago é pleitesía,
(E díjol tomando la cruz del espada)
Que finque la vuesa merced acatada,
E España recabde su prez é valía.»
De entonce colmalla de bienes cuidó :
La paz se posara á su lado yocunda,
La cuita fenesce, de frutos abunda
El suelo que en sangre la guerra alagó,
La su dulcedumbre temores quitó
Del home entorpido que yaz en tristura,
E quisto de buenos la su derechura
Le fiz, é al inico sañoso aterró.
E vimosle á guisa de diestro adalid,
Faciendo reseña la hueste real,
Mandar sus hileras, é á son de atabal
Poner á los ojos la marcha é la lid :
Ansí de los muros miró de Madrid
La plebe agarena venir á cercalla,
Desnuda tizona, en tren de batalla,
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.
¡ Oh fuérale dado seguir el pendon
Que bordan castillos, cruces é leones,
Romper azañoso por los escuadrones
Bárbaros, de sangre teñido el triton!
Tímidos fuyeran jinete é peon,
En llama aburando sus tiendas caídas ;
E á la funerea matanza é feridas,
Cuidaran que fuese Jacobo el patron.
Devédalo empero la pro comunal,
E del alto alcázar do tiene su silla,
Segundo en potencia le acata Castilla ;
Sotil palaciano, sirviente leal :
Largosa, por ende, la mano real
Quisiera abastalle de dones subidos,

Cual nunca de alguno non fueron habidos,
Siquier home bueno, siquier principal.
E ved de cuál arte ser quito pensó
El rey, que sesudo catara sus fechos:
Ayúntale dende con nudos estrechos
Al mesmo avolorio de donde nasció;
E luego é de sí voceros mandó
Que cedo a la rica Toledo se vayan,
E aquesa manceba garrida le trayan,
Fija del infante que Dios perdonó.
La flor de lindeza, donaire é mesura
En ella se adunan, la bien paresciente:
De rojos corales su boca riente,
Sobrando á la nieve su tez en albura,
La luz de sus ojos espléndida é pura,
La voz falagosa, gentil su ademán:
Florinda, la causa del nueso desmán,
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.
¡Oh! vivan entramos en placida union,
No nunca empescida de fado siniestro,
Seyendo en el siglo criminoso nuestro
De virtud ecelsa dechado y blason:
La fama, do quiera, con alto pregon,
Su prole ventura períncliia cante,
E aquisten ilustre memoria durante
Su nome, sus fechos, su clara nacion.

VII. *A un ministro, sobre la utilidad de la historia.*

Ya el invierno, de nubes coronado,
Detuvo en hielos su corriente al rio:
Brama el Bóreas. Felices
Campos, adios; y tú, valle sombrío,
A los placeres del amor sagrado
Venus hoy te abandona y los amores,
Y el sol, cercano al capricornio frio,
De la noche los términos dilata.
No toleremos, no, que voladora
Así pase la edad, si los mejores
Instantes que arrebata
Negamos del estudio á las tareas.
Por él, mi dulce amigo,
La razon conducida
Recibe del saber altas ideas.
En la carrera incierta de la vida
Dirigir puede al hombre, y enemigo
Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
O le presta consuelo
En la adversa ocasion, ó le asegura
El favor de la suerte:
Justa obediencia, y justo imperio enseña.
Si á ti benigno el cielo
Miró al nacer y hoy colma de favores,
Pues no á las letras proteger desdeña
Tu mano generosa,
Ellas su auxilio deben ofrecerte.
Que no siempre de flores
La senda peligrosa
De la fortuna encontrarás cubierta;
Ni el timon abandona el marinero,
Por mas que el viento igual, propicio espire.
Docta la historia ejemplo verdadero
A tu razon presente,
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
Mira en ella los pueblos mas famosos
Que rediment sus fastos del olvido,
Si políticos ya, si belicosos
A tanta gloria, á tal poder llegaron;
Si en ellos se admiraron
Justicia, humanidad, costumbres puras;
Si fué de la virtud asilo el trono;
Si la ignorancia, las venganzas duras,
El ocio corruptor, el abandono,
Dieron causa á su estrago.
Ya no existís, naciones poderosas;
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,
Persépolis, y tú, fiera Cartago,
Enemiga del pueblo de Quirino,
Ya no existís. Dudoso el caminante
En hórrido desierto
Os busca, y el bramido
De las fieras le aparta. La corriente
Sigue al Eufrates que tronando suena,
Y el lugar desconoce
Donde la asiria Babilonia estuvo,
Que al héroe macedon miró triunfante,
Hoy cenagosos lagos, corrompido
Vapor, caliente arena,
Aspera selva, inculta, engendradora
De monstruos ponzoñosos,
Encuentra solo; y la ciudad que pudo
Del vencedor romano
El yugo sacudir, Palmira ilustre,
Yace desierta ahora;
Sus arcos y obeliscos suntüosos
Montes son ya de trastornadas piedras,
Sus muros son ruinas.
Hundió del tiempo la invisible mano
Entre arbustos estériles y hiedras
Los pórticos del foro
En columnas de Paro sostenidos,
Basas robustas y techumbres de oro,
Donde el arte espresó formas divinas...
¡Memorias de dolor! Allí apacienta
Su ganado el zagal, y absorto admira
Cómo repite el eco sus acentos,
Por las concavidades retumbando.
De tal desolacion la causa mira,
No tanto en los opuestos elementos
Embravecidos, cuando
Al austro oscuro el aquilon compite,
Y Jove en alto carro conducido
Fulmina a los alcázares centellas;
O cuando en las cavernas oprimido
Del centro de la tierra el fuego brama
Con rumor espantoso,
Y en su reventazon muda los montes,
Ciudades arruina,
Hierve el mar proceloso,
Y arde en sus ondas la violenta llama.
Que el hombre, el hombre mismo,
Si á la maldad declina,
Desconociendo términos, escede
A las iras del cielo y del abismo.
Triunfó insolente la impiedad, faltaron
Las leyes, el pudor, y los robustos
Imperios de la tierra
Debilitó cobarde tiranía.
Las delicias funestas enervaron
El amor de la patria, el ardimiento,
La disciplina militar, y el dia
Llegó terrible de discordia y guerra,
Que al orgullo mortal previno el hado
Para ejemplo á los siglos espantoso.
Y como desatado
Suele el torrente de la yerta cumbre
Bajar al valle, y resonando lleva,
Roto el márgen con ímpetu violento,
Arboles, chozas y peñascos duros,
Rápido quebrantando y espumoso
De los puentes la grave pesadumbre,
Y la riqueza de los campos quita,
Y soberbio en el mar se precipita;
Así bárbaras gentes, descendiendo
Del norte helado en multitud inmensa
Contra la invicta Roma, estrago horrendo.
Muerte y esclavitud la destinaron,
Y al orbe que oprimió dieron venganza.
Así en edad distinta,
Osado el trace, sin hallar defensa,
Escediendo el suceso á la esperanza,
Trastornó los imperios del Oriente,
El trono de los Césares, la augusta
Ciudad de Constantino.
Grecia humilló su frente;
El Araxes y el Tigris proceloso,
Con el Jordan divino
Que al mar niega el tributo,
Las Arabias y Egipto fabuloso,
En servidumbre dura
Cayeron y opresion. Gimió vencida
La tierra que llenó de espanto y luto

[...]os ejércitos impíos
[...]derosa.
[...]mo suele en los despojos fríos
[...]ulcro voraz lleva la muerte,
[...]vios a la frágil vida
[...]studiosa,
la edad pasada examinando
pueblos la voluble suerte,
[...] de su gloria y su ruina,
[...]armiento harás la culpa ajena,
[...]a el aviso.
[...]alento la doctrina.
[...]nces que el que sabe impera,
[...] de las dichas preparando
robusto
[...]adversidad, ó la modera
[...]e intrépido. Que el mando
[...]o, si templado y justo
[...]ocial mantiene,
[...]ses públicos procura,
cumple, y ceden las pasiones.
[...]ler, no en violencia se asegura,
[...]r del suplicio le sostiene,
[...]s escuadrones;
[...]le amor faltó, la fuerza es vana.
[...]bes, señor, y en tus acciones
[...]as. Tú la virtud oscura,
[...]encia amparas. Si olvidado
[...]se vió, tú le coronas;
[...]a tu sombra florecieron,
[...]laudes, el error perdonas,
[...]o a tus aciertos recibiste
interior que el alma siente.
tan altos dones mereciste
bienhechor, que generoso
[...] tus prendas tu fortuna,
[...]ntes al tiempo presuroso,
la mente
[...]s luces, si te falta alguna.

VIII. *A Andrés* (4).

[...] casarte, Andrés? ¿O te propones
[...]men acceder sumiso?
[...]l es tu amor? ¿O tan dudoso
[...]sera de tu futura
[...]oria, que el quererla mucho,
[...]rla, de mi voz depende?
[...]n opinion saber deseas,
[...]; pero el asunto es grave
la moral filosofía:
de mí que en delicadas
[...]so de pedestre estilo
[...]pular. Tu, que las noches
[...]ndo la moderna solfa
[...]s cisnes, y por ella olvidas
Laso la diccion, escucha,
[...]misiva que a copiarte empiezo,
[...]en te doy, no te conjuro.
[...]abriles, bonancibles años,
[...] cuna en menear dormido,
[...]ante sueñecito umbrátil
huyendo, amigo Andres, no tornan,
[...] de esperanzas y deseos
[...]en derredor? ¡Ay! teme, teme
placer, velar cargoso
[...]nquietud que á par te cercan.
[...]igo, en ti mismo, ó si te place
[...]ro de ti. consulta un rato
[...]z en lóbrego silencio,
[...]ente esclamante ella te aleje
[...]ermandad desamistada,
[...]ndados cárdenos profusa.
[...]a que el pestilente soplo
[...]lo mortal de un mundo infecto,
[...]do el alma infructuosa,
[...]nza la semilla ahogue
[...]a planto; ni el freno triste,
[...]do compas de la prudencia,
[...] hervir harán que cese.

» Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,
La dócil caña en gratitud riendo
Dulce, como de leve niebla umbría
El insensato orgullo. Infortunado
Clima aridece ya con sus heladas,
Crujientes pesadumbres y fragores
El númen invernal; llegan las horas
De hielo y luto, y se empavesa el cielo.
Salud, lúgubres días, horrorosos
Aquilones, salud; que ya se cubre
Selvosa soledad de nieve fria,
Y el alto sol mirandola se embebe.
Abrego silbador, cierzo bramante,
Ya la tormenta escitan borrascosa;
Soplan el soplo de venganza, y nubes
Oscuras en los vientos cabalgando
Bañan y abisman los tranquilos surcos.
» Empero ley primaveral que vuelve
Dócil se presta al oreante soplo
Del aura matinal; cuanto es so el cielo
Todo anuncia placer; la etérea playa,
Velada en esplendor, colma la selva
De profusion fragante, los soplillos
Del favonio y el *beé* de las simplillas
Corderas, que yerbilla pastan verde.
¡Oh coronilla! a ti tambien te veo
Y la sien de la espiga, aunque levante
El abrojo su frente ignominiosa.
Las fuentes, los arroyos saltadores,
Sierpes de nácar, con albores giran;
Forman torcidas calles, y jugando
Con las flores se van. Canta el pardillo
Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
O al vislumbrar de la modesta luna,
Le responde la Eco solitaria.
» La estacion estival en pos se sigue,
Y el agosto abrasado ahoga las flores
Con ardor descollante. Palidece
El musgoso verdor, oigo quejarse
En seco son el vértigo del polvo,
Y lo que por do quier bañado en vida
El céfiro halagaba, estinto yace.
El sol en su bosquedad desjuga el suelo,
Y mientra amiga la espigosa Ceres
Con la pecha del trigo desuraña
Al cultor fatigado, los umbrosos
Frescores el postrer aliento rien.
Luego con sus guirnaldas pampanosas
Octubre empampanado, en calma frente,
La alegría otoñal nos da que vuelva;
A la esperanza la corona el goce,
Y la balanza justa al sol voluble
Ya le aprisiona en sus palacios frescos.
Cefirillo, tal vez enamorado
De alguna poma, bate el ala, y llega,
Y la besa, y la deja, y torna, y mece
Las hojitas, y baile, y gira, y para,
Y huye, y torna a mecer... Dejad que ciña
La temulenta sien, ¡oh ninfas blondas!
Mil veces Evohé... Cien copas pido,
Y en pos, y a par, y cabe mi colmadias,
Y otras ciento me dad... Así natura,
Las leyes no exorables acatando,
Próvida el perenal destino sigue,
Engranando los seres con los seres;
Que unos de otros en pos, en rauda marcha,
Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.
» ¡Ay, amigo hermanal! Cuanto desoye
Luengos trasportes y cobarde miedo,
Que a la infantina juventud apena.
Se alejan ya los intornables días,
Tremolando el terror. Ocia, si es dado;
No quieras zozobrar en el arroyo,
Con los reveses reluchando indócil.
¿Ves la rueda insociable de fortuna
Resaltar vacilante en rechinido
Y agudo retiñir? ¿y cómo torva
La insaciabilidad del oro insomne
La avaricia clavó dentro del pecho?
¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,
Riendo muertes, profusar protervias,
Y el puñal del desprecio, la ponzoña

Tal escarmiento á sus violencias pide.
Y depuesto el rigor, y engrandecido
De la corona hispana
El honor y el poder, si al mundo hicieres
Que el hijo de la guerra te apellide,
Haz que después benéfico te vea
Cuando á tu reino dieres
El áureo siglo de Saturno y Rea.
¡Oh, cuanto el dios de Cinto
Me inspira! ¡Oh, cuánto su furor me inflama!
Ya de los años el girar futuro
A mi vista pasó. Miro distinto
Del templo de la Fama
El alto techo y arquitrabes de oro,
Que en cien columnas de diamante duro
Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
Que el cóncavo sonoro
Vuelve, temblando el edificio inmenso.
Allí tu nombre suena,
Allí abultada en mármoles se ofrece
La serie de los ínclitos varones,
Cuya fama inmortal dos mundos llena.
Sacro laurel guarnece
Las lises de Borbon, las quinas santas,
El águila imperial y tus leones;
Y viendo allí entre todas eminente
Tu imágen, á sus plantas
Me postro humilde en pasmo reverente.
Y aquella te acompaña
Alta deidad, que en su feliz ribera
Vió nacer el Eridano sonante
A ser delicias de tu dulce España,
Que en ella considera
El don mayor que ha merecido al cielo.
¡Oh! ¡cómo la bondad en su semblante
Muestra y el claro ingenio peregrino,
Blason de nuestro suelo,
Y esfuerzo acaso del poder divino!
Festiva la rodea
Su prole hermosa, y suenan los acentos
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:
Fernando, en cuya vida el cielo emplea
Repetidos portentos,
Porque ha de ser en los futuros dias
De Hesperia honor, las prendas imitando
De los suyos... ¡Oh Dios omnipotente!
Que tantas alegrías
Permites hoy a la española gente!
¡Oh, señor! si á tu oido
El ruego humano es grato, si piadoso
Miras a la nacion que fiel te adora,
Carlos viva feliz, y su estendido
Imperio haga dichoso
Émulo de tal padre y tal maestro.
Viva de tanto bien merecedora
La Augusta, y aplaudir su nombre vea,
Mientras el orbe nuestro
En torno gire de la luz febea.
Mas ya el rumor se estiende,
Y el júbilo comun por todas partes
El suspirado instante nos avisa;
El son de Marte las esferas hiende:
A Carlos y Luisa
Madrid aclama, tremolando al viento
Por su nuevo señor los estandartes,
Y ya empuñando su clarin canoro
Con presto movimiento
La Fama dilató las plumas de oro.
Vos, ciñendo de flores
La docta frente y de laurel divino,
Pulsad la acorde cítara, poetas,
Y divulgad al mundo sus loores.
Pues si el hado previno
Honor durable al metro numeroso,
Que ¡oh tiempo raudo! en tu furor respetas,
Si el vuestro ensalza de mi rey la gloria,
Nunca mas venturoso
Objeto tuvo el verso ni la historia.
¡Oh, si mi voz pudiera
Al asunto bastar! ¡Oh, si mi canto
Fuese tal como es grande mi deseo!
Yo al son del plectro conmover hiciera
Los reinos del espanto,
Y del ardor fatídico encendido
Que ya en mi mente derramó Timbreo,
Prosperidad al orbe anunciaria,
Y el sármata aterido
Y el numida feroz me escucharia.
Mas no, mi dulce musa,
No te enajene el atrevido intento;
Que no es dado á la ronca humilde lira,
Entre el aplauso popular confusa,
Alzar al firmamento
Con digno estilo y elocuente pompa
Los semidioses que la tierra admira.
Otro los cante, y de la heróica Clio
Suene á su voz la trompa,
Que no es tan grande atrevimiento el mio.

III. *A la memoria de don Nicolas Fernandez de Mo*

Flumisbo, el celebrado
Cantor de Termodonte,
Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre,
Ya las sombras habita
De los elisios bosques:
Llora, Venus hermosa,
Llorad, dulces amores.
Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone,
La rica vestidura
Desceñida sin órden,
Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.
Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.
Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe:
Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.
Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,
Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.
Ninfas, la queja es vana.
Si dió la parca el golpe:
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.
Alzad un monumento
Con mirtos de Dione,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,
Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,
Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Venus
El obelisco adornen.
Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
A números acordes,
De la region que tiene
Por su cenit al norte,
A la que esterilizan
Rayos abrasadores,
Flumisbo en la memoria
Durará de los hombres,
Sin que fugaz el tiempo
Su duracion estorbe.

IV. *A don Gaspar de Jovellanos* (7).

Id en las alas del raudo céfiro,
Humildes versos, de las floridas
Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
Adonde lento mi patrio rio
Ve los alcazares de Mantua escelsa.
Id, y al ilustre Jovino, tanto
De vos amigo, caro a las musas.
Para mi siempre numen benévolo,
Id, rudos versos, y veneradle,
Que nunca, o rapidas las horas vuelen,
O en larga ausencia viva remoto,
Olvida meritos suyos Inarco.
No, que mil veces su nombre presta
Voz a mi citara, materia al verso,
Y al numen timido llama celeste.
Yo le celebro, y al son armónico
Toda enmudece la selva umbria,
Por donde el Tajo plácidas ondas
Vierte, del árbol sacro a Minerva
La sien ceñida, flores y pampanos.
Tal vez sus ninfas, girando en torno,
Sonora espuma candida rompen,
Del cuello apartan las hebras húmidas,
Y el pecho alzando de formas bellas,
Conmigo al inclito varon aplauden,
Dando a los aires coros alegres,
Que el eco en grutas repite cóncavas.

V. *A los colegiales de San Clemente de Bolonia.*

¿Por qué con falsa risa
Me preguntais, amigos,
El numero de lustros que cumpli?
¿Y en la duda indecisa,
Citais para testigos
Los que huyeron aprisa
Crespos cabellos que en mi frente vi?
Pues no los años fueron
Los que con mano dura
Me los llevaron, ni doliente ardor;
Parte al afán cedieron
Que el estudio procura,
Parte despojos dieron
A tus victorias, ceguezuelo amor.
¿Veis que en mi rostro imprima
El tiempo sus pisadas,
La lengua turbe, ó debilite el pié?
¿Veis que mi espalda oprima?
¿O de brillar cansadas,
La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?
Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
Con su fuga veloz existe en mi,
¿No es vano desvario
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy joven fuerte, como joven fui.
Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso a la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.
Tal vez Febo me envia
Entusiasmo divino,
Que a la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonia
De idioma peregrino,
Las nayades, que cria
El Reno humilde, salen a escuchar.
Seguidme, y al umbroso
Bosque mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Citara, y de frondoso
Mirto mis sienes candidas ceñid.
Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?
Yo con estos unido
Presentaré mis dones,
Cuando postradas ante el ara esten.
Del certero Cupido
Sintieron los arpones.....
¡Ay! que en vano he querido
Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

VI. *A Nísida.*

¿Ves cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los dias?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reias,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?
Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undoso:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.
¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus piés un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?
En vano es el adorno
Artificioso, y la oriental riqueza
Que repartida en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.
Ni digas indignada
Que es indomable corazon el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frio
Del ruego que me cansa me desvio.
Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.
Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto a España.
Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.
¡Qué amable, si el oido
Presta suspensa a mi pasion doliente!
¡O el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!
¡Ay! si benigno un dia
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

VII. *A Rosinda, histrionisa* (8).

Cupido no permite
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.
El me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.
Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves

Esos ojos, incendio
De los dioses celestes,
Premio darás que baste
A que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.
No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.
¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazon, que en vano
Su libertad defiende?
Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,
Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
O en tu placer se goza,
O en tu dolor padece.
Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:
¡Qué honesta, si declaras
La pasion que te vence,
O imaginados celos
Tu risa desvanece!
¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!
La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.
Mas en el drama triste
Que dictó Melpoméne
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.
¿Qué espíritu te agita?
¿Qué deidad te conmueve?
¿Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?
Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,
Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus piés humillado
Te dirá lo que pueden.
Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,
Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;
Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.
Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.
Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,
Presta su voz, y anima
Los mudos caracteres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,
Vereis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poetas
Os aclama celestes.
Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.
Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente:
Ni galardon mas alto
¿Quién pudo merecerle?
Pero el vendado niño
Que tirano me vence,
Me permite que solo
La adore reverente.
¡Oh amor! libra mi pecho
Del afán que padece;
Ni contra mí tus viras
Voladoras aprestes.
Basta que en ella admire
Las dotes escelentes
Con que á la patria escena
Sublima y enriquece,
Sin que la suma larga
De sus triunfos aumente,
Sin que á sus ojos muera,
Sin que muriendo pene.
Que si de sus hechizos
Libertarme pudieres,
Y el tiro que destinas
Al flechero le vuelves,
Por mí sus alabanzas
Serán cantadas siempre,
En acentos süaves
De cítara doliente.
Y cisnes mas sonoros
Ensalcen y celebren
Los héroes que la fama
Coronó de laureles.

VIII. *Los dias.*

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis dias,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!
Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.
Pero ¡qué!... No la cierres;
Si es menester abrirla;
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.
El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio;
¡Famoso petardista!
¡Oh! ya está aquí don Lúcas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,
Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.
¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.
Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
A engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.
Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.
Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.
Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa

Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.
Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?
¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se esplica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?
Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.
El uno acosa al gato
Debajo de las sillas;
El otro se echa á cuestas
Un canjilon de almíbar;
Y al otro, que jugaba
Detras de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.
Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.
Mis libros no parecen;
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.
¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinente eremita;
Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,
¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.
Váyanse enhoramala;
Salgan todos aprisa,
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.
Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamas a repetirla.
Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la Villa.

Al nuevo plantío que mandó hacer en la alameda
Valencia el mariscal Suchet, año de 1812 (9).

Ya la feliz ribera
Del edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.
¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.
Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aquí tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.
¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aquí el gemido
Del amador escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aquí de su celosa
Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebata
El curso de las horas fugitivo.
Y tú, que viste de tu fértil suelo
Alzarse inútil muro,
Abatir la segur antiguos troncos,
De tu curva ribera honor sagrado,
Alcázares arder y humildes techos,
Tronar los bronces de Mavorte roncos,
Envuelta en humo oscuro
Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
Ejércitos, y en sangre amancillado
Tu raudal cristalino,
¡Oh padre Turia! si difunde el cielo
Sobre tus campos su favor divino,
De guirnaldas ornándote la frente,
Corre soberbio al mar. En raudo vuelo
Dilatará la fama
El nombre, que veneras reverente,
Del que hoy añade á tu region decoro
Y de apolínea rama
Ciñe el baston y la balanza de oro,
Digno adalid del dueño de la tierra,
De el de Vivar trasunto,
Que en paz te guarda, amenazando guerra,
Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

X. *A la marquesa de Villafranca, con motivo de la muerte de su hijo el conde de Niebla.*

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Boreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los montes de Pirene helados.
A los acerbos dias
Otros siguen de paz: la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien; y en esto solo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en órden admirable
Todo lo muda y todo lo gobierna.
Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa?
¿Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima, por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes?
¿Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya?
No, que la esconde en el sepulcro frio.
Esa vida fugaz no toda es tuya;
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza;
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con oficioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.
Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía

Te muestra al hijo tierno,
Como á tu lado le admiraste un dia,
Sensible á la amistad y al heredado
Honor; modesto en su moral austera;
Al ruego de los míseros piadoso;
De obediencia filial, de amor fraterno,
De virtud verdadera
Ejemplo no comun. Negó al reposo
Las fugitivas horas,
Y al estudio las dió; sufrió constante
Las iras de la suerte,
Cuando no usada á tolerar cadena,
La patria alzó sus cruces vencedoras.
¡Oh! si en edad mas fuerte
Se hubiese visto, y del arnés armado
En la sangrienta arena;
¡Oh! cómo hubiera dado
Castigo á la soberbia confianza
Del invasor injusto,
A su nacion laureles,
Gloria á su estirpe, y á su rey venganza.
Tanto anunciaba el ánimo robusto,
Con que en el lecho de dolor postrado
Le viste padecer ansias crueles;
Cuando inútil el arte
Cedió y confuso, y le cubrió funesta
Sombra de muerte en torno. El arco duro
Armó la inexorable, al tiro presta,
Y por el viento resonando parte
La nunca incierta vira.
El, de valor, de alta esperanza lleno,
Preciando en nada el mundo que abandona,
Reclinado en el seno
De la inefable religion, espira.
Ya no es mortal; entre los suyos vive:
Espléndida corona
Le circunda la frente.
El premio de sus méritos recibe
Ante el solio del Padre omnipotente,
De espíritus angélicos cercado,
Que difunden fragancias y armonía
Por el inmenso Olimpo luminoso.
Debajo de sus piés parece oscuro
El gran planeta que preside al dia.
Ve el giro dilatado
Que dan los orbes por el éter puro,
En rápidos ó tardos movimientos;
Vera los siglos sucederse lentos;
Y él, en quietud segura,
Gozará venturoso
Del sumo bien que para siempre dura.

XI. *En nombre de unas niñas, á los dias de la duquesa de Wervick y Alba.*

Admite benigna,
Duquesa escelente,
Ofrenda que ausente
Tus siervas te dan.
Hoy alzan humildes
Sus ojos al cielo;
Su amor y su celo
No vanos serán.
La voz inocente
Al Númen agrada,
Que vuela inspirada
De puro candor.
¡Oh! llegue á su oido
La súplica nuestra;
Prodigue su diestra
En tí su favor.
Dilate tu vida
En prósperos años;
Ni sienta los daños
Del tiempo crüel.
Cual árbol robusto
Que dura creciendo,
El aura moviendo
Las flores en él.
Amante y esposo,
Ocupe tu lado
Aquel fortunado
Mancebo gentil.
Coronen su frente
Laureles de gloria;
Fatigue á la historia
Mil años y mil.
Cercada te mires
De prole fecunda;
En ella se funda
La dicha de amor.
En ella hermanarse
Verás fortaleza,
Cordura, belleza,
Virtud y valor.
Que al nombre heredado
De ilustres abuelos
Conceden los cielos
Honor inmortal.
Conceden que al mundo
Viviendo famosos,
Tus hijos dichosos
Le adquieran igual.
Por ellos un dia
Intrépida España
Sabrá en la campaña
Lidiar y vencer.
Y alzando, ofendida,
Cruzados pendones,
De osadas naciones
Domar el poder.

XII. *A la muerte de don José Antonio Conde, anticuario, historiador y humanista* (10

¡Te vas, mi dulce amigo,
La luz huyendo al dia!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fria
En el estrecho límite,
Mudo tu cuerpo está!
Y á mí, que débil siento
El peso de los años,
Y al cielo me lamento
De ingratitud y engaños,
Para llorarte ¡mísero!
Largo vivir me da.
O fuéramos unidos
Al seno delicioso,
Que en sus bosques floridos
Guarda eterno reposo
A aquellas almas ínclitas,
Del mundo admiracion;
O á mí solo llevara
La muerte presurosa,
Y tu virtud gozara
Modesta, ruborosa,
Y tan ilustres méritos
Ufana tu nacion.
Al estudio ofreciste
Los años fugitivos,
Y jóven conociste
Cuánto le son nocivos
Al generoso espíritu
El ocio y el placer.
Veloz en la carrera,
Al templo te adelantas
Donde Témis severa
Dicta sus leyes santas,
Y en ellas digno intérprete
Llegaste á florecer.
Ciñéronte corona
De lauros inmortales
Las nueve de Helicona;
Sus diáfanos cristales
Te dieron, y benévolas
Su lira de marfil.
Con ella, renovando
La voz de Anacreonte,
Eco amoroso y blando

Sono de Pindo el monte,
Y te cedió Teócrito
La caña pastoril.
Febo te dió la ciencia
De idiomas diferentes.
El ritmo y afluencia
Que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Atica,
Supiste declarar.
Y el cantico festivo,
Que en belica armonía
El pueblo fugitivo
Al Numen dirigia,
Cuando al feroz ejército
Hundió en su centro el mar.
La historia, alzando el velo
Que lo pasado oculta,
Entregó a tu desvelo
Bronces que el arte abulta,
Y códices y marmoles
Amiga te mostró.
Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rapida,
Memorias te dictó.
Desde que el cielo airado
Llevó a Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael;
Hasta que rotas fueron
Las ultimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos arabes
Las cruces de Isabel.
A ti fue concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz o la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.
Y á ti de dos naciones
Ilustres enemigas
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas,
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.
Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oir.
La parca inexorable
Te arrebató a la tumba.
En eco lamentable
La boveda retumba,
Y allá en su centro lóbrego
Sono ronco gemir.
¡Ay! perdona, ofendido
Espiritu, perdona.
Si en la region de olvido
Ciñes aurea corona,
Y tus virtudes solidas
Tienen ya galardon,
No de una madre ingrata
El duro ceño acuerdes;
Que nunca se dilata
La existencia que pierdes,
Sin que la turben perfidas
Envidia y ambicion.

TRADUCCIONES DE HORACIO (1).

I. *A Venus* (*).

Deja tu Chipre amada.
Venus, reina de Pafos y de Gnido,
Que Glicera adornada
Estancia ha prevenido,
Y te invoca con humos que ha esparcido.
Trae al muchacho ardiente
Y las gracias, la ropa desceñida,
Y a Mercurio elocuente,
Y de ninfas seguida
La juventud, sin ti no apetecida.

II. *A Leucónoe* (**).

No pretendas saber (que es imposible
Cuál fin el cielo á ti y á mi destina,
Leucónoe, ni los números caldeos
Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante
Muchos inviernos á tu vida otorgue,
O ya postrero fuese el que hoy quebranta
En los peñascos las tirrenas ondas,
Tú, si prudente fueres, no rehuyas
Los brindis y el placer. Reduce á breve
Término tu esperanza. La edad nuestra
Mientras hablamos envidiosa corre.
¡Ay! goza del presente, y nunca fíes,
Crédula, del futuro incierto dia.

III. *A Iccio* (***).

Qué, ¿al fin las riquezas
De la Arabia envidias,
Iccio, y a los reyes,
No vencidos antes,
De Sabá preparas
Guerra luctuosa,
Y al medo terrible
Pesadas cadenas?
¿Cual servirte puede
Barbara cautiva,
Que llore a tus manos
Su esposo difunto?
¿Cual en regio alcazar

(*) Horat., lib. I, ode xxx.

O Venus, regina Cnidi Paphique
Sperne dilectam Cypron, et vocantis
Ture te multo Glyceræ decoram
Transfer in ædem.
Fervidus tecum Puer, et solutis
Gratiæ zonis, properentque Nymphæ
Et parum comis sine te Juventas
Mercuriusque.

(**) Horat., lib. I, ode xi.

Tu ne quæsieris (scire nefas) quem mihi, quem tibi
Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios
Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!
Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam
Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare
Tyrrhenum sapias, vina liques, et spatio brevi
Spem longam reseces. Dum loquimur, fugerit invida
Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

(***) Horat., lib. I, ode xxix.

Icci, beatis nunc Arabum invides
Gazis, et acrem militiam paras
Non ante devictis Sabææ
Regibus, horribilique Medo
Nectis catenas! Quæ tibi virginum
Sponso necato barbara serviet?
Puer quis ex aula capillis
Ad cyathum statuetur unctis,
Doctus sagittas tendere Sericas
Arcu paterno? Quis neget arduis
Pronos relabi posse rivos
Montibus et Tiberim reverti,
Quum tu coemptos undique nobiles
Libros Panæti, Socraticam et domum
Mutare loricis Iberis,
Pollicitus meliora, tendis?

Llenará tus copas,
Ungido el cabello
De aromas suaves,
Mancebo ministro,
Enseñado solo
A tirar saetas
Séricas, doblando
El arco paterno?
¿Quién ya dudaria
Poder los arroyos
Subir á las cumbres,
Y el rápido Tibre
Volver a su fuente,
Si tú de Panecio
Las preciadas obras
Y las que produjo
Socrática escuela
(No á costa de leve
Afán adquiridas)
Dar quieres en cambio
De arneses iberos?
¡Tú, que prometiste
Virtudes mayores!

IV. *A Licino* (*).

Rumbo mejor, Licino,
Seguirás no engolfándote en la altura,
Ni aproximando el pino
A playa mal segura,
Por evitar la tempestad oscura.
El que la medianía
Preciosa amó, del techo quebrantado
Y pobre se desvía,
Como del envidiado
Alcázar de oro y pórfidos labrado.
Muchas veces el viento
Arboles altos rompe; levantadas
Torres con mas violento
Golpe caen arruinadas;
Hiere el rayo las cumbres elevadas.
No en la dicha confia
El varon fuerte; en la afliccion espera
Mas favorable dia;
Jove la estacion fiera
Del hielo vuelve en grata primavera.
Si mal sucede ahora,
No siempre mal será. Tal vez no escusa
Con cítara sonora
Febo animar la musa;
Tal vez el arco por los bosques usa.
En la desgracia sabe
Mostrar al riesgo el corazon valiente;
Y si el viento tu nave
Sopla serenamente,
La hinchada vela cogerás prudente.

(*) HORAT., lib. 2, ode x.

Rectius vives, Licini, neque altum
Semper urgendo, neque, dum procellas
Cautus horrescis, nimium premendo
Litus iniquum.
Auream quisquis mediocritatem
Diligit, tutus caret obsoleti
Sordibus tecti, caret invidenda
Sobrius aula.
Sæpius ventis agitatur ingens
Pinus, et celsæ graviore casu
Decidunt turres; feriuntque summos
Fulmina montes.
Sperat infestis, metuit secundis
Alteram sortem bene præparatum
Pectus. Informes hyemes reducit
Jupiter, idem
Submovet. Non si male nunc, et olim
Sic erit: quondam cithara tacentem
Suscitat Musam, neque semper arcum
Tendit Apollo.
Rebus angustis animosus atque
Fortis adpare: sapienter idem
Contrahet vento nimium secundo
Turgida vela.

V. *Que la virtud nada teme* (*).

El que inocente
La vida pasa,
No necesita
Morisca lanza,
Fusco, ni corvos
Arcos, ni aljaba
Llena de flechas
Envenenadas;
O á las regiones
Que Hidaspe baña,
O por las Sirtes
Muy abrasadas,
O por el yermo
Cáucaso vaya.
Yo la sabina
Selva cruzaba,
Cantando amores
A mi adorada
Lálage, libre
De afán el alma,
Por muy remoto
Sitio, sin armas;
Y un lobo fiero
Me ve y se aparta.
Monstruo igual suyo
No tiene Daunia
En montes llenos
De encinas altas,
Ni los desiertos
De Mauritania,
Donde leones
Y tigres braman.
Ponme en los yertos
Campos, do el aura
No goza estiva
Ninguna planta,
Lado del mundo,
Region helada
Que infestan vientos
Y nubes pardas;
O en la que al rayo
Del sol cercana,
De habitaciones
Carece y aguas;
Lálage siempre
Será mi amada,
Dulce si rie,
Dulce si canta.

VI. *A Póstumo* (**).

A PÓSTUMO.

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
Póstume, caro Póstumo, los años!

(*) Es la oda XXII del libro 1 de Horacio, que tradujo tambien Moratin el padre, y se halla copiada en la pág. 3.

(**) HORAT., lib 2, ode XIV.

Eheu! fugaces, Postume, Postume,
Labuntur anni: nec Pietas moram
Rugis, et instanti Senectæ
Adferet, indomitæque Morti.
Non, si trecenis, quotquot eunt dies,
Amice, places illacrymabilem
Plutona tauris, qui ter amplum
Geryonen, Tityonque tristi
Compescit unda, scilicet omnibus
Quicumque terræ munere vescimur,
Enaviganda, sive reges,
Sive inopes erimus coloni.
Frustra cruento Marte carebimus,
Fractisque rauci fluctibus Hadriæ;
Frustra per auctumnos nocentem
Corporibus metuemus Austrum.
Visendus ater flumine languido
Cocytus errans; et Danai genus
Infame, damnatusque longi
Sisyphus Æolides laboris.
Linquenda tellus, et domus, et placens
Uxor: neque harum, quas colis, arborum
Te, præter invisas cupressus
Ulla brevem dominum sequetur.
Absumet hæres Cæcuba dignior
Servata centum clavibus: et mero
Tinget pavimentum superbum
Pontificum potiore cœnis.

Ni la santa virtud el paso estorba
De la vejez rugosa que se acerca,
Ni de la dura, inevitable muerte.
Y aunque a su templo des tres hecatombes
En cada aurora, sacrificio y ruego
Pluton desprecia, á tu lamento sordo.
El al triforme Gerion y á Ticio
Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
Trance evitar de Marte sanguinoso,
Y las olas que en Adria el viento rompe
Con sordo estruendo; y vano, en el maligno
Otoño el cuerpo defender del Austro:
Que al fin las torpes aguas del oscuro
Cocito hemos de ver, y las infames
Belides, y de Sisifo infelice
El tormento sin fin que le castiga.
Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos
Arboles hoy cultivas, para breve
Tiempo gozarlos, el cipres funesto
Solo te ha de seguir. Otro mas digno
Sucesor brindará del que guardaste
Con cien candados cecubo oloroso,
Bañando el suelo de licor, que nunca
Otro igual los pontifices gustaron
En áureas tazas de opulenta cena.

VII. A *Augusto* (*).

¿De cual varon o semidios el canto
Previenes, alma Clio,
En corva lira o flauta resonante?
¿De cual deidad, a cuyo nombre santo
Eco responda alegre, en el umbrío
Helicona, ó el Pindo, ó en la altura
Del Hemo helada, en que se vió vagante
Selva seguir del tracio la dulzura
Que el curso detenia
De los torrentes rápidos, usando
Maternas artes, y al sonoro acento
De sus cuerdas los arboles movia,
Y el ímpetu veloz paró del viento?
¿A quien primero ensalzaré cantando,
Sino al gran Padre, que la estirpe humana
Y la celeste rige, el mar, la tierra,
Y al variar contino
Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?
El es primero y solo, igual no tiene
Su esencia soberana:
Si bien segunda en el amor divino
Inmediato lugar Palas obtiene.
Ni a ti, Baco, en batallas animoso
Callaré, ni a la virgen cazadora;
Ni a Febo luminoso,
Diestro en herir con flecha voladora.
También los triunfos cantaré de Alcides,
Y a los hijos de Leda, celebrado
Jinete el uno, y en dudosas lides
El otro vencedor; cuya luz clara,
Luego que al navegante resplandece,
Precipita del risco levantado
La espuma resonante,
El raudo viento pára,
La negra tempestad desaparece,
Y á su influjo, del mar en breve instante
Calma el furor terrible.
Dudo si aplauda al fundador Quirino
Después de aquellos, del prudente Numa
El gobierno apacible,
Las haces justicieras de Tarquino,
O de Caton la muerte generosa,
Los Escauros, y Régulo constante,
O si de Emilio cante,
Pródigo de la vida,
La palma por Aníbal obtenida.
Curio, la cabellera mal compuesta,
Fabricio, el gran Camilo, victorioso
Adalid, a quien dieron sus abuelos
Hacienda escasa y parca, la molesta
Pobreza tolero. Crece frondoso
Con una y otra edad árbol robusto:
Así la fama crece de Marcelo;
Y vemos ya en el cielo
Brillar de Julio la divina estrella,
Cual suele entre menores
Lumbres Dictina aparecerse bella.
Jove Saturnio, tú de los mortales
Amparo y padre, á quien cedió el destino
La proteccion de Augusto,
Tu reina, y él á ti segundo sea;
O ya sobre los Partos desleales,
Que amenazan el término latino,
Adquiera triunfo justo;
O en las últimas playas del Oriente
Indos y Seres humillados vea:
El, inferior á ti, dé soberano
Leyes al mundo; tú, de Olimpo ardiente
En grave carro oprime las alturas,
Y el rayo vengador tu fuerte mano
Vibre, las selvas abrasando impuras.

VIII. *Profecía de Nereo* (*).

Llevando por el mar el fementido
Pastor a Helena en sus idálias naves,

(*) Horat., lib. I, ode xii.

Quem virum, aut heroa lyra vel acri
Tybia sumes celebrare, Clio?
Quem Deum, cujus recinet jocosa
Nomen imago,
Aut in umbrosis Heliconis oris,
Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,
Unde vocalem temere insecutæ
Orphea sylvæ,
Arte materna rapidos morantem
Fluminum lapsus celeresque ventos,
Blandum et auritas fidibus canoris
Ducere quercus?
Quid prius dicam solitis Parentis
Laudibus? Qui res hominum ac Deorum
Qui mare ac terras, variisque mundum
Temperat horis
Unde nil majus generatur ipso,
Nec viget quidquam simile aut secundum:
Proximos illi tamen occupavit
Pallas honores.
Prœliis audax, neque te silebo
Liber, et sævis inimica Virgo
Belluis, nec te metuende certa
Phœbe sagitta.
Dicam et Alciden, puerosque Ledæ
Hunc equis illum superare pugnis
Nobilem: quorum simul alba nautis
Stella refulsit
Defluit saxis agitatus humor,
Concidunt venti, fugiuntque nubes,
Et minax, nam sic voluere, Ponto
Unda recumbit.
Romulum post hos prius, an quietum
Pompili regnum memorem, an superbos
Tarquini fasces, dubito, an Catonis
Nobile letum.
Regulum et Scauros, animæque magnæ
Prodigum Paullum, superante Pœno,
Gratus insigni referam Camena,
Fabriciumque.
Hunc et incomtis Curium capillis,
Utilem bello tulit, et Camillum,
Sæva paupertas, et avitus apto
Cum lare fundus.
Crescit, occulto velut arbor ævo,
Fama Marcelli: micat inter omnes
Julium sidus velut inter ignes
Luna minores.
Gentis humanæ pater atque custos,
Orte Saturno, tibi cura magni
Cæsaris fatis data, tu secundo
Cæsare regnes.
Ille, seu Parthos Latio imminentes
Egerit justo domitos triumpho,
Sive subjectos Orientis oræ
Seras et Indos,
Te minor latum reget æquus orbem:
Tu gravi curru quaties Olympum,
Tu parum castis inimica mittes
Fulmina lucis.

(*) Horat., lib. I, ode xv.

Pastor cum traheret per freta navibus
Idæis Helenen perfidus hospitam,
Ingrato celeres obruit otio
Ventos, ut caneret fera
Nereus fata. Mala ducis avi domum,
Quam multo repetet Græcia milite
Conjurata tuas rumpere nuptias,
Et regnum Priami vetus.

Nereo de los aires la violenta
Furia contuvo apenas, y anunciando
Hados terribles: «En mal hora, esclama,
Llevas a tu ciudad á la que un dia
Ha de buscar con numerosas huestes
Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
Y de tus padres el antiguo imperio.
¡Cuánto al caballo y caballero espera
Sudor y afan. ¡Oh, cuanto a la dardania
Gente vas á causar estrago y luto!
Ya, ya previene Palas iracunda
El almete y el égida sonânte,
Y el carro volador; y aunque soberbio
Con el favor de Venus la olorosa
Melena trences, y en acorde lira,
Grato a las damas, cantes amoroso
Verso, nunca será que las agudas
Flechas de Creta y las herradas lanzas,
Funestas á tu amor, huyendo evites;
Ni el militar estrépito, ni al duro
Ayax, lijero en el alcance. Tarde
Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
Tu cabello gentil todo se cubra.
¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes
Y Nestor el de Pilos, a los tuyos
Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
Ya te persiguen, Teucro en Salamina
Príncipe, y el que vence las batallas
Y diestro auriga á su placer gobierna
Los caballos, lidiando, Esteneleo?
Tiempo será que á Merion conozcas
Y á Diomedes, mas fuerte que a su padre.
¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
El pasto abandonar, así cobarde
Y sin aliento evitaras su golpe;
Y no, no fueron tales las promesas
Que á tu señora hiciste. La indignada
Gente que lleva Aquiles, el funesto
Hado de Troya y sus matronas puede
Un tiempo dilatar; pero cumplidos
Breves inviernos, las soberbias torres
Arderá de Ilion la llama argiva.»

IX. *Contra el lujo y avaricia de su tiempo* (*).

No de mi casa en altos artesones
 Brilla el marfil ni el oro,
Ni colunas, que corta en sus regiones
 Apartadas el moro,
Sostienen trabes aticas. Ni intruso
Sucesor, el alcázar opulento
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron

Eheu, quantus equis, quantus adest viris
Sudor! quanta moves funera Dardanæ
Genti! Jam galeam Pallas et ægida
 Currusque et rabiem parat.
Nequidquam, Veneris præsidio ferox,
Pectes cæsariem, grataque feminis
Imbelli cithara carmina divides:
 Nequidquam thalamo graves
Hastas, et calami spicula Gnossii
Vitabis, strepitumque, et celerem sequi
Ajacem; tamen, heu! serus adulteros
 Crines pulvere collines.
Non Laertiaden, exitium tuæ
Gentis; non Pylium Nestora respicis?
Urgent impavidi te Salaminius
 Teucer; te Sthenelus sciens
Pugnæ, sive opus est imperitare equis
Non auriga piger. Merionen quoque
Nosces. Ecce furit te reperire atrox
 Tydides melior patre:
Quem tu, cervus uti vallis in altera
Visum parte lupum graminis immemor
Sublimi fugies mollis anhelitu;
 Non hoc pollicitus tuæ.
Iracunda diem proferet Ilio
Matronisque Phrygum classis Achillei:
Post certas hyemes uret Achaicus
 Ignis Pergameas domos.

(*) Horat., lib. II, ode xviii.

Non ebur, neque aureum
 Mea renidet in domo lacunar,
Non trabes Hymettiæ
 Premunt columnas ultima recisas

Púrpuras de Laconia para el uso
 De su señor mis siervas;
 Pero vivo contento
 De que jamás faltaron
En mi virtud y númen afluente.
Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.
Ni pido mas a la bondad divina,
Ni para que mis fondos acreciente
Importuno al amigo generoso;
 Harto soy venturoso
 Con mis campos sabinos.
Una y otra después arrebatadas
Huyen las lunas, y de igual manera
Las nuevas horas á morir caminan.
 Tú, cercano á la muerte,
De marmol edificas levantadas
Fabricas, olvidado de la tumba;
 Y estrecho en la ribera
De Bayas, donde el piélago retumba,
 Buscas en él cimiento.
¡Qué mucho si los términos vecinos
 Alteras avariento,
Usurpando á tus súbditos la tierra!
 Por ásperos caminos
Tímidos huyen la mujer y esposo,
 Ambos al seno puestos
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
Pues no, no tiene el hombre poderoso
 Palacio mas seguro
Que la mansion del Aqueronte avara:
Ella le espera habitador futuro.
¿Para qué anhelas mas? ¡si al que mendiga,
 Hambriento y desvalido,
Y al sucesor del trono, igual prepara
 La tierra sepultura;
Ni el audaz Prometeo el aura pura
Volvió á gozar, con dádivas vencido
El que guarda las puertas del Averno?
El aprisiona á Tántalo, y la estirpe
 De Tántalo famosa;
El, de quien sufre angustia dolorosa
(Invocado tal vez, ó aborrecido),
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS.

I. *A la capilla del Pilar de Zaragoza.*

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
A quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Africa; neque Attali
 Ignotus heres regiam occupavi;
Nec Laconicas mihi
 Trahunt honestæ purpuras clientæ.
At fides et ingeni
 Benigna vena est; pauperemque dives
Me petit. Nihil supra
 Deos lacesso; nec potentem amicum
Largiora flagito,
 Satis beatus unicis Sabinis.
Truditur dies die,
 Novæque pergunt interire Lunæ.
Tu secanda marmora
 Locas sub ipsum funus, et sepulcri
Immemor, struis domos,
 Marisque Baiis obstrepentis urges
Submovere littora,
 Parum locuples continente ripa.
Quid? quod usque proximos
 Revellis agri terminos, et ultra
Limites clientium
 Salis avarus; pellitur paternos
In sinu ferens Deos
 Et uxor, et vir, sordidosque natos.
Nulla certior tamen
 Rapacis Orci fine destinata
Aula divitem manet
 Herum. Quid ultra tendis? Æqua tellus
Pauperi recluditur
 Regumque pueris: nec satelles Orci
Callidum Promethea
 Revexit auro captus. Hic superbum
Tantalum, atque Tantali
 Genus coercet; hic levare functum
Pauperem laboribus
 Vocatus atque non vocatus audit.

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos, basílica dichosa,
Donde el Señor en majestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.
Don que la fe dictó, y erige eterno
Religiosa nacion a la divina
Madre que adora en simulacro santo.
Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

II. *A don Juan Bautista Conti* (12).

Febo desde la tierna infancia mia
Quiso que el plectro de marfil pulsara,
Y en las alturas de Helicon gozara
Sus verdes bosques y su fuente fria.
Mas dudosa la mente desconfia,
Conti, aspirar al premio que prepara
A solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta poesía.
Pero si tu, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no escusas,
Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente
Suspenso al canto el coro de las Musas.

III. *A Flérida, poetisa* (13).

Basta, Cupido, ya, que a la divina
Ninfa del Turia reverente adoro;
Ni espero libertad, ni alivio imploro,
Y cedo alegre al astro que me inclina.
¿Qué nuevas armas tu rigor destina
Contra mi vida, si defensa ignoro?
Si, ya la admiro entre el castalio coro
La cítara pulsar griega y latina;
Ya, coronada del laurel febeo,
En altos versos llenos de dulzura,
Oigo su voz, su número elegante.
Para tanto poder débil trofeo
Adquieres tu, si sola su hermosura
Bastó a rendir mi corazon amante.

IV. *Las Musas.*

Sabia Polimnia en razonar sonoro
Verdades dicta, disipando errores;
Mide Urania los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro;
Une en la historia al interes decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores,
Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz, bañada en lloro;
Calíope victorias; danzas guia
Tersícore gentil; Erato en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco;
Pinta vicios ridículos Talía
En fábulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español Iriarte.

V. *Junio Bruto.*

Suena confuso y mísero lamento
Por la ciudad; corre la plebe al foro,
Y entre las fasces que le dan decoro
Ve al gran senado en el sublime asiento.
Los cónsules allí. Ya el instrumento
De Marte llama la atencion sonoro;
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.
Valerio alza la diestra, en ese instante
Al uno y otro joven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.
Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre R

VI. *Rodrigo.*

Cesa en la octava noche el ronco est
De la sangrienta militar porfía;
El campo godo destrozado ardia
Con llama que descubre estrago horren
Rodrigo en tanto, su peligro viendo
Por ignorada senda se desvia,
Y muerto Orelio, entre la sombra fria,
Herido y débil se acelera huyendo.
En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al príncipe, a quien ci
De cadena ó suplicio el justo espanto.
Surca las aguas, cede al poderoso
Ímpetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, a la corriente el m

VII. *Cuentas de Eliodora, saltatri*

Siete duros al mes de peluquero;
Para calzarme nueve; las criadas,
Que necesito dos, no estan pagadas
Si no les doy cien reales en dinero.
Diez duros al bribon de mi casero;
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, medias, hechuras y puntadas
De madama Burlet y del platero,
Noventa duros, poco mas. — Novent
Diez, siete, nueve, cinco..... ¿Y la c
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.
—¿Y esto en un mes?—Si a usted no
—Sí, calla. Bien. ¡Hermosa de mi vida
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

VIII. *La noche de Montiel.*

¿Adónde, adónde está, dice el infan
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,
Y se presenta a su rival delante.
Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca a los hados el temido instante.
Herido el rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.
No aguarde premios en el mundo van
La inocente virtud, si da la muerte
Por un delito atroz una corona.

IX. *A Clori, histrionisa, en coche su*

Esa que veis llegar, máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,
Que en vano, de rigor la diestra armada
Vinoso auriga acelerar intenta,
No menos va dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Venus, cuando en la morada
Celeste al padre ufana se presenta.
Clori es esta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del Oriente espira.
Flores al viento esparcen las hermosa
Gracias, y el virgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y suspira

X. *A Clori, declamando en fábula trágica.*

¿Qué acento de dolor el alma vino
A herir? ¿Qué funeral adorno es este?
¿Qué hay en el orbe que a tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?
¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?...
¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste
A su labio y su accion poder divino?
Quiere que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y llore;
Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

XI. *Para el retrato de Felipe Blanco, primer gracioso del teatro de Barcelona.*

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona:
Diverso de mi genio es mi semblante.
Prosa ó verso me dicten elegante
Los que suben al cerro de Helicona,
Mis gracias aseguran su corona
Cuando animo la sátira picante.
Los que quieren gemir y dar suspiros,
Y sus lágrimas compran con dinero,
Lloren, oyendo heroicidades tristes;
Mas si quereis vosotros divertiros,
Venid á mí, que el amargor severo
De la verdad os disimulo en chistes.

XII. *A la memoria de don Juan Melendez Valdés.*

Ninfas, la lira es esta que algun dia
Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
Del Tormes, cuya voz armoniosa
El curso de las ondas detenia.
Quede pendiente en esta selva fria
Del lauro mismo que la cipria diosa
Mil veces desnudó, cuando amorosa
La docta frente a su cantor ceñia.
Intacta y muda entre la pompa verde
(Solo en sus fibras resonando el viento)
El claro nombre de su dueño acuerde;
Ya que la patria, en el comun lamento,
Feroz ignora la opinion que pierde,
Negando á sus cenizas monumento (*).

XIII. *La despedida.*

Nací de honesta madre; dióme el cielo
Fácil ingenio en gracias afluente,
Dirigir supo el ánimo inocente
A la virtud el paternal desvelo.
Con sabio estudio, infatigable anhelo,
Pude adquirir coronas a mi frente:
La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.
Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasion fueron, el honor mi guia.
Pero si así las leyes atropellas,
Si para ti los méritos han sido
Culpas; adios, ingrata patria mia.

(*) La Academia de la Historia en su edicion de Moratin defiende á la nacion española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los restos de don Juan Melendez Valdés yacen en Montpeller bajo un monumento erigido por el actual señor duque de Frias, quien, á pesar de haber defendido con las armas una causa contraria á la del ilustre poeta, quiso rendirle este homenaje de veneracion en nombre de sus conciudadanos.

XIV. *A la esposicion de los productos de industria y a… hecha en el palacio del Louvre el año de* 1819 (1…

Hoy que cerrado el templo de Belona,
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal áurea corona;
Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,
Que cuando, para hacer a Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.
Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio;
Mientras su claro príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
A la estabilidad de tanto imperio.

XV. *A la muerte del escelente actor Isidoro Maiquez*

Tú solo el arte adivinar supiste
Que los afectos acalora y calma,
Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.
Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma,
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;
¿A quién dejaste sucesor muriendo?
¿De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde y abandonas?
Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas en la tumba de Isidoro
Cetro depone y púrpura y corona.

XVI. *Copia de un célebre cuadro de M. Guerin, q… conserva en Paris, en la galería del Luxemburg…*

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio adora,
A que la fuga de Sinon traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuente.
El otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Héctor sin vida, y Hécuba doliente.
Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad escita.
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste.
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII. *A don Luis de Silva, Mociño de Albuquerque, … de las* Geórgicas portuguesas.

Cantó el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores;
Después empresas celebró mayores,
Y a Roma alzó durable monumento.
Tú así, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.
Si, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.
Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inestinguible gloria,
De tu patria serás Maron segundo.

XVIII. *A doña Luisa Gomez Carabaño, premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en la botánica.*

Esa guirnalda que enlazo a tu frente,
Premio de docto afan, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia à la futura hispana gente.
Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,
En tanto que a merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.
No la que obtienes hoy cede à ninguna:
Preciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadiran decoro.

XIX. *A la señora M. D., bailarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado* Amor en la Aldea.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco armada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.
O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prision burlada;
Dulces afectos inspirar la agrada:
Triunfa, y castiga o premia generosa.
Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pampanos ornandose el cabello.
No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera:
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX. *La Muerte* (*).

(Inedito.)

En tanto que al imperio de la muerte
Llega à ceder nuestra existencia vana,
Votos ofrece la piedad cristiana
Hoy que sus triunfos con horror advierte.
Doliente aspira a mejorar la suerte
De los que un tiempo la flaqueza humana
Mancho de culpa, y purifica y sana
La pena en carcel pavorosa y fuerte.
Los que hoy existen breve sepultura
Ocuparan después, pero perdido
No sera, no, su celo fervoroso;
Que entonces hallaran las que han vertido
Lagrimas tiernas, y en region mas pura
Adquiriran tambien vida y reposo.

XXI. *La resurreccion de la carne.*

(Inedito.)

Cuando al sonido del clarin llamado
El hombre salga de su tumba fria,
Supremo Juez en el tremendo dia
Descendera de incendios rodeado.
Premio al justo dara, pena al malvado
Que de su ley eterna se desvia.
Pero ¿cual es ¡oh Dios! el que podria
Aparecer sin mancha de pecado?
No hay merito sin ti; mas si la ofensa
Perdonas, y el error se desvanece
Al lloro del mortal arrepentido;
Hoy sacrificios en tu templo ofrece,
Y se atreve a esperar piedad inmensa,
Por que eres tu, Señor, el ofendido.

(*) Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con [illegible] compañía dramática de [illegible]

XXII. *Abnegacion estupida.*

(Inedito.)

El pobre Polidemo dijo un dia:
Basilio, tú gobernaras mi hacienda;
Y aunque todo se gaste, empeñe y venda,
Siendo tu voluntad, sera la mia.
Pagaré numerosa compañia
Que a mi me insulte y à tu gusto atienda;
Entrégate al placer, cena, merienda;
No estorben mis pesares tu alegría.
Aunque soy ignorante, será bueno
Hacerme mas estupido y mas tonto,
Que los estudios para mi son malos.
Y si es que alguna vez me desenfreno,
Tratame con rigor, átame pronto;
Y si tengo razon, dame de palos.

ROMANCES.

I. *A un ministro.*

Ayer sali de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado à la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de diciembre,
Y buen principio de enero.
Pues, señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo;
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecos;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
El al verme comenzó
A dar voces desde lejos,
Y a correr y a chichear,
Y en suma, no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezamos
Este dialogo molesto:
« Moratin, hombre, ¡qué caro
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?
Vaya, mejor que el verano
Le trata a usted el invierno.
¿Con que va bien?... — Lindamente.
— Si, se conoce; me alegro.
Pero ¿cómo tan temprano?
— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo.
Vaya, el barrio es achacoso,
Usted un poco travieso...
Digo, será la andaluza
De ahi abajo. — No por cierto.
— ¿Con que no?... — ¡Qué boberia!
Ni la conozco, ni quiero;
Ni estoy de humor, ni esta cara
Es cara de galanteos.
— Pues, amigo, linda moza.
¡Caspita! Mucho salero,
Alta, colorada, fresca,
Boca pequeña, ojos negros,
Petimetrona... La trajo
De Cadiz don Hemeterio,
Y en un año le ha roido
Cinco barcos de abadejo.
¿Y qué sucede? Que acaba
De plantarle. — Buen provecho;
Pero a mas ver, porque ahora

Voy de prisa, y hace fresco.
— Hombre, para ir á palacio
Es temprano. — Estoy en eso,
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.
— ¡Ah! ya caigo; con que siempre....
Es muy justo... ya lo veo.
Bien, muy bien. El señor conde
Le estima a usted. — A lo menos
Me tolera, disimula,
Como quien es, mis defectos,
Y suple con su bondad
Mi escaso merecimiento.
— Sí, yo sé de buena tinta
Que a usted le estima. Un sujeto
Que va allí mucho... Y ¿qué tal?
¿Con que ya no quiere versos?
¿Es verdad, eh? — No es verdad,
No, señor: si no son buenos
No los quiere, y hace bien:
Si son fáciles, lijeros,
Alegres, claros, süaves,
Y castizos madrileños,
Le gustan mucho. Los mios
Suelen tener algo de esto,
Y por eso los prefiere
Tal vez entre muchos de ellos,
Que serán casi divinos,
Pero que le agradan menos.
— Ya, ya; pero usted debia
Mudar de tono... — En efecto.
Escribir disertaciones
Sobre puntos de gobierno,
Enseñar lo que no sé,
Ni he de practicar, ni quiero;
Decirle lo que se ha dicho
A todos, darle consejos
Que no me pide, y á fuerza
De alambicados conceptos,
En versos flojos y oscuros,
Y en lenguaje verdinegro,
Entre gótico y francés,
Hacerle dormir despierto;
No, señor, yo nunca paso
Los límites del respeto,
Y entre muchas faltas, solo
La de ser audaz no tengo.
— Bien está; pero ¿qué diantres
Se le ha de decir de nuevo,
Que le pueda contentar?
¿Siempre borrando y temiendo?
¿Siempre una cosa?..... — Una cosa
Dicha por modos diversos
Puede agradar, y tal vez
Anuncia mayor ingenio.
Siempre le diré que admiro
Su bondad y su talento;
Que no estimo yo las bandas,
Los bordados, los empleos:
Dones que da la fortuna,
Brillan, pero todo es viento;
Sus buenas prendas me inclinan,
Las aplaudo y las venero,
Y con ellas nada pueden
La suerte ciega ni el tiempo.
Y adios, que es tarde. — Oiga usted.
— Que voy de prisa. — Un momento.
Mire usted... yo... la verdad...
También... ya se ve... Yo tengo
Algo de vena; y en fin...
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.
¿De qué? — Digo que á las veces
A mis solas me divierto,
Y escribo algunas coplillas
Tales cuales. Yo no quiero
Darlas á luz, porque... — Bien.
¡Admirable pensamiento!
— Aquí traigo unas endechas,
Un romance, dos sonetos,
Y quiero que usted me diga
En amistad, sin rodeos,
Qué tales son. Venga usted
A aquel portal. — Nos veremos.
— Pero un instante. — Otro dia.
— Y una cancion que he compuesto
Filosófica. — Al diario.
— Y una tragedia que pienso
Acabar hoy. — A los Caños.
— Y un arbitrio. — A los infiernos.»
Esto dicho, le dejé,
Apresuro el paso y llego,
Y llegué tarde, segun
El informe del portero.
Renegué del trapalon,
De su prosa y de sus versos,
Y de mi estrella, que siempre
Me depara majaderos.
¡Ay, señor! entre las dichas
Que para vos pido al cielo,
La de no conocer nunca
A este verdugo os deseo;
Que si una vez os alcanza,
Segun es osado y terco,
Por no verle la segunda,
Os vais á habitar al yermo.

II. *Al conde de Floridablanca* (*).

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta
Has de llevar un recado:
Oye la leccion, y cuenta
Con alterar un vocablo.
Primeramente pondráste
La mantellina de trapo,
La basquiña de pedir,
Y el gesto de *No hay un cuarto;*
Que cuando me ha reducido
Mi desgracia, ó mi pecado,
A un potaje de lentejas,
Que siempre es mi estraordinario,
No es bueno que vayas tu
Muy levantada de cascos,
Crujiendo sedas, y llena
La cabeza de penachos.
Moderacion, Musa mia;
La moderacion te encargo;
No valga mas que el señor
El vestido del criado,
Y diga el ilustre conde
Al verte de punta en blanco,
Que eres musa prostituta,
Y yo tolerante y manso.
Iras... pero no; que estan
Los porteros conjurados,
Y... yo me entiendo. No vayas,
Que es gastar el tiempo en vano.
Vete derecho a San Gil,
Y ponte en medio del paso
Y no te apartes por mas
Que el cielo llueva venablos.
Espérate allí; y en viendo
Que la misa se ha acabado,
Ojo avizor... que ya sale:
Llegó la ocasion, al caso.
Pero si, como otras veces,
Va de prisa, y no ha mirado,
O se atraviesa una viuda,
O algun soldado de antaño,
O de un coscorron te envian
Al cancel mas inmediato,
O un abad gordo se sube
Encima de ti gritando;
Y en tanto se cierra el coche,
Y ya mas veloz que un rayo
Corre, tu le alcanzaras,
Que el ayuno hace milagros.

(*) Este romance fué escrito por el autor, siendo aun muy jóven, y dirigido al conde de Floridablanca, a quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedia, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Corre; y á pié firme espera
A la puerta de palacio,
Que allí ha de parar, y allí
Te ha de ver si no ha cegado.
Y entonces torciendo el cuello,
Como novicio descalzo,
Dile... (Así nunca tus versos
Se impriman en el diario);
Dile... «Señor, Moratin
Está que le lleva el diablo:
Ni sabe qué hacer, ni sabe
Cómo poder obligaros.
» No viene en propia persona
A repetir el asalto,
Por no seros importuno,
Puesto que lo ha sido tanto.
» Y así, preséntome á vos
Con poderes que me ha dado:
Escuchadme la embajada,
Que en dos puntos la despacho.
» Primero; que os da los dias,
No como se dan hogaño,
Por cumplimiento y por uso
De papelitos pintados;
» Sino por estimacion
Y afecto sencillo y llano,
Sin hipérboles de moda
Ni palabrones hinchados,
» Rogando al cielo os conceda
Mas vida que á un mentecato,
Mas robustez que á un flamenco,
Mas fortuna que á un bellaco,
» Para que la envidia os vea
Vivir feliz muchos años,
Querido de la nacion,
Y amigo siempre de Carlos.
» Esto ruega al cielo; y esto
Que os dijese me ha mandado;
Y voy al segundo punto:
La compasion os encargo.
» Dice que pues hoy es dia
De gracias y de agasajos,
El agasajo le hagais
De sacarle de trabajos;
» Que el pobrecito está ya
De esperar desesperado;
Y solo vuestra palabra
La vida le va alargando.
» El médico le visita;
Le manda jarabe y baños,
Caldos de pollo y sustancias,
Y medicinas y emplastos.
» Pero si vos no mandais
Hacerle beneficiado,
O una pension clerical
Le recetais para el caso,
» Ni pediluvios, ni ungüentos,
Ni píldoras, ni electuarios,
Ni aunque se acueste con él
Todo el protomedicato,
» Bastara para que el triste
Con la intemperie de marzo
No se muera de inaccion
Como mueren los fidalgos.
» ¡Oh, señor!... (Aquí es preciso,
Musa, que esfuerces el llanto
Con aquello de *¡Ay de mi!*
Y sollozos y desmayos.)
» ¡Oh, señor! no permitais
Que se muera tan temprano,
Si no quereis que se vista
De luto todo el Parnaso.
» Sois poderoso, y es fuerza
Que al impulso de esa mano
La mas adversa fortuna
Mire su rigor postrado.
» Que si los que adora el mundo
Tienen de divinos algo,
Es solo poder hacer
Felices los desdichados.
» Y pues la Europa os admira
Al pié del dosel hispano

y justicia
dilatado,
de vos, que habiendo
tierra tanto,
n no pudo
uestra mano
ed, señor, la errada
ulgo vano,
e en el hospicio
su palacio.
dia, pues a vos
reservado
a las letras
a los sabios,
igno que pueda
admiratos
as despreciable
a pedido?, cuando?
e que lo deis
urechano,
intendente,
veinticuatro,
ro ser abate,
n mo letrado
a ventura
es ser algo?
su vocacion
muchos años,
decis, que al fin
cristiano,
ciencia no podeis
e mucha ho
verificar
tan santo.
. Considerad
do delicado,
si quereis
consultadlo.
abate os dira
milagros,
tiene indulgencias
capularios
. tambien las tiene,
italiano
habido en Europa
bates santos.
sabe si los cielos
guardado
docena
aventurados?
abe si algun dia
on de un claustro,
colocado
os Jeronimos,
un santo mio
abajo,
en el suelo
ambas manos,
la y motilon,
ulizado,
sagrada
estra mano?
is, y espero
del encargo,
un mal poeta
os del pato,
a suerte hiciese
sible esperarlo
de mi dueño
reneroso amo
dia no habiase
mi despacho,
isa, ya puedes
ito y plato
n talento chirle,
n Madrid hay tantos
veven sin trabajo
destajo
des gustarte
muchos años,
speracion
le contado

Con esta al publico grazna,
Y engruda los esquinazos,
Y Dios te ayude y te de
Lectores desocupados;
Que si yo me llego a ver
De una vez desesperado,
O me meto a traductor,
O me deguello, o me caso.

— —

III. *Al principe de la Paz en una de sus venidas a la corte desde el sitio de Aranjuez en 1780.*

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,
Si no hay en la vista engaño,
Que venis bueno y alegre
De las orillas del Tajo,
Recibid el parabien
En versos cojos y mancos;
Y si no os parecen buenos,
A mi me pasa otro tanto.
Es muy dificil hacerlos
Bruñiditos y limados;
Pide tiempo, y no lo tienen
De sobra los secretarios.
Sabreis que mi señoria
Trabaja mas que un forzado,
Traduciendo, corrigiendo,
Reconstruyendo y firmando.
Sabreis que de Babilonia
El famoso campanario,
Si a mi portal se compara,
Fue un juguete de muchachos.
Vierais alli un tunecino
Que viene desaforado,
A que le traduzca yo
Unas coplas de su hermano;
Un irlandes que no entiende
La factura de dos barcos,
Y no sabe si llevaban
Naranjas o atun salado;
Mucho clerigo de prima
Y abatillos currutacos,
Emigrantes, bailarines
Y caldereros gabachos;
Viudas que quieren casarse,
Y como murio don Braulio
En Nortlingen, me presentan
Un borron de garabatos.
Yo los he de interpretar,
Y van y vienen recados:
Que por Dios que las despache,
Que es conciencia dilatarlo.
¡Pues, cuando vienen de Roma
Los diplomas sacrosantos
Que aquella ciudad bendita
Regala al orbe cristiano!
Alli es ver como las Musas
Se escapan por los tejados
Huyendo la incomprensible
Coleccion de garabatos.
Las bulas y pergaminos
Con tanto sello colgando
Para leche, para huevos,
Para no comer pescado,
Dispensas y absoluciones
Para primos y cuñados,
Que en vez de quererse bien
Se quisieron demasiado,
Para que don Agapito
Diga una misa volando,
Y sepa por veinte mil
Que en dinero le pagaron,
Para que sor Dorotea
Se vaya a tomar los baños,
Y fray Serapion no rece
Mientras le duren los flatos;
Para que vuelvan al siglo
Los que al siglo renunciaron...
Entonces una irrupcion
Viene de godos y alanos,
Espesa nube de frailes,
Sobre mi casa tronando,
Blancos, cenicientos, murzgos,
Negros, azules y pardos,
Mallorquines, andaluces
Estremeños y canarios,
Habaneros a docenas,
Y a cientos los peruanos,
Impacientes de soltar
Capuchas y escapularios,
Me llenan de maldiciones
Cada momento que tardo.
Todos con su papelon,
Unos en otros brincando
Que sin mi firma no puede
Cargar con ellos el diablo.
Todos en su tierna edad
Por un padre endemoniado
Y a fuerza de mojicones
Y palizas, profesaron;
Todos han sufrido injurias
Atroces de sus hermanos,
Y el convento los persigue
Porque son buenos y santos.
Todos tienen una hermana
Viuda y pobre y sin amparo,
Y dos sobrinas doncellas
Recatadas por el cabo,
Cuya doncellez esta
Por instantes peligrando,
Y si no las guarda el fraile,
Van a suceder estragos.
Esta es mi vida, estas son
Las amarguras que paso,
Los combates que me dan,
Las escaladas que aguanto.
No os admire pues que sean
Mis versos pocos y malos.
Hagalos mejores quien
Este menos ocupado;
Que para alegrarme yo
De veros contento y sano
Y que el cielo en largas dichas
Os guarde felices años,
No necesito de Apolo,
De las Musas y el Parnaso,
Y en prosa humilde diré
Que os venero siempre y amo
Y os digo verdad, asi
Vos me querais otro tanto:
Es mucho; con la mitad
Me doy por afortunado.

———

IV. *A una dama que le pidió versos*

(No recopilado.)

¿Versos le pedis a un hombre
Tan cerrado de mollera?
¿Sabeis que malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan?
¿Sabeis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas a docenas,
Y con ellas se estasia,
Se enloquece y se embelesa
Y baja al portal, y a cuantos
Pasan, por ruego o por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias,
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas;
Ese si pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó a ser poeta

Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Númen, furor, los que envían
A Salanova cuartetas,
No es otra cosa que el diablo
Que los urga y que los ciega ·
Él los inspira, y así
Son tan diabólicas ellas.
Y como hay uno encargado
De los cuñados y suegras,
Alborotador de casas,
Y amigo de peloteras;
Otro diablo comilon
Que corre de mesa en mesa;
Otro vanidoso y tonto
Con bordados y veneras;
Y otro en fin, que es el que temo,
Jugueton, mala cabeza,
Que se esconde muchas veces
Entre dos pestañas negras,
Y hace con una mirada,
Con una risa halagüeña,
Con dos lagrimas traidoras,
Que todo un hombre se pierda,
Así tambien, además
De estos diablos que nos cercan,
Hay otro mas enfadoso,
Mas insolente y perrera.
Este es el que inspira tantos
Versillos de cadeneta,
Y el que regala al teatro
Monstruos en vez de comedias.
Este, el que aforra los postes
Con cartelones de á tercia,
Embadurna los diarios,
Y hace cola en las gacetas.
Este el que enseña a hacer libros
En donde todo se enseña,
Padre adoptivo de tantos
Sócrates á la violeta.
Él apuntó a Valladares
Sus misiones de cuaresma,
Y al miserable Moncin
Sus nefandas Roncalesas,
A don Bruno sus tramoyas,
A Luciano sus endechas,
Y á nuestro Plauto moderno
Sus farsas tripicalleras.
Por él en ambos corrales
La ruda plebe merienda
Del gótico don Fermin
Las mal cocidas menestras.
Por él Zavala, execrable
Autor, fatiga las prensas,
Y el rechinante Trigueros
Aborta sus epopeyas.
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!
Gran predicador de tiendas,
Que desde el año de seis
Disparatando voceas;
Solo este diablo te pudo
Turbar así la cabeza,
Y por divertirse hacerte
Escritor de callejuela.
Él solo dicta sus coplas,
Maldecidas de Minerva,
A don Alvaro Guerrero,
A don Lucas, a Cacea,
Y á tanto varon famoso
Con quien Guarinos espera
Rebutir el suplemento
De su infausta biblioteca.
Y tú, que desde tu silla
Presides a sus tareas,
Y en pérdidas impresiones
Su celebridad aumentas,
Gran Salanova, que en todo
Te metes, y en todo yerras,
¿Qué cura te sacará
El diablo que te atormenta?
Si nuestra piadosa madre
Algun conjuro tuviera,
Como para las langostas,
Para los malos poetas,
Yo te aseguro, infeliz
Mitólogo de la legua,
Que á chorros de agua bendita
Y antífonas y coletas,
Bien presto libertaría
De la pícara caterva
De dioses y semidioses,
Y espectros y ninfas necias
Esa pobre criatura,
Que sin cesar aporrea
El enemigo, y á eterno
Disparatar la condena.
Pero es en vano : los cielos,
Quizá ofendidos, ordenan
En pago de nuestras culpas
Tanto castigo á la tierra.
Y como suele tal vez
Ocupar una floresta
Importuna multitud
De cigarras vocingleras,
Que aquí y allá chirriando
El ronco estrépito alternan,
Cantan que rabian, y nunca
Hasta reventar lo dejan,
En tanto que al son tremendo
Huyen con alas lijeras
Las avecillas canoras,
Dulce hechizo de la selva,
Vuela de una rama en otra
Asustada Filomena,
Ni el aire su voz despide,
Ni al caro nido se acerca;
De esta suerte el numeroso
Enjambre que nos apesta,
De copleros chabacanos
Ridícula turba y necia,
Fastidiosamente aulla,
Y al run run de sus cencerras
Las musas desaparecen,
Febo y las gracias con ellas.
Todo es ignorancia, y todo
Frivolidad é insolencia,
Y el Parnaso castellano
Yace morada desierta.
Ni ¿quién osará acallar
La desapacible orquesta,
Ni alternar en el solfeo
Que Salanova gobierna?
¿Y vos, señora, pedis
(Supongo que fué por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta,
Yo, cuando en tal ignominia
Esta de Apolo la ciencia,
¿He de escribir, mientras Nifo
Escribe que se las pela;
Mientras Concha, haciendo ajustes
Con Martinez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias;
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea?
Mientras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y a Trigueros le despacha
El título de poeta,
¿Yo he de escribir? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe oscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen,
Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entonces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
O han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos
Que Apolo inspira y alienta;
Y cuando mi patria logre
La felicidad que espera,
Su nuevo Augusto hallará
Marones que le celebran.

V. *Aguinaldo poético.*

Ya, señor, el tiempo llega
De presentes y regalos :
Para el que ha de recibir,
El mas alegre del año;
Para el que da, tiempo triste,
Mes azaroso é infausto,
Tanto, que muchos quisieran
Echarle del calendario.
Yo, en este mes, como soy
Tan cumplido y tan exacto,
He dispuesto remitiros
Las pascuas y el aguinaldo.
Ello es verdad que parece
Muy estravagante y raro
Que el pobre regale al rico,
Y al provincial el donado;
Pero al fin, si yo nací
De humor generoso y franco,
¿Quien me ha de quitar que tenga
El alma de un Alejandro?
Y no hay remedio, os prometo
Que me he portar con garbo:
Que cuando dan los poetas,
Dios nos tenga de su mano.
Tal vez para su traer
No suelen tener un cuarto;
Pero para regalar
El mundo les viene escaso.
Y no espereis que os envie
Rico café veneciano,
Salchichones boloñeses,
Ni vino de Chipre en frascos,
Miel de Calabria esquisita,
De Génova dulces varios,
Lenguas de Lodi escelentes,
Bien que no las he probado,
Enormes quesos de Parma,
Que dicen que son muy caros,
Macarrones, tallarines,
Pasteles napolitanos;
No, señor, porque esto al fin
En las tiendas lo encontramos,
Y si tuviese dinero,
Fácil me fuera comprarlo.
La gracia está en invocar
A Apolo, mi primo hermano,
Y hacerle venir de un brinco
Desde el Olimpo á mi cuarto,
Y en vez de tanta morcilla,
Y de tanta grasa y tantos
Dulces, que solo producen
Indigestiones y hartazgos;
Si quereis cosas gustosas
Que no os pueden hacer daño
Y en su vida las han visto
Los arrieros maragatos;
Ahí está el fénix de Arabia.

un manjar delicado,
[illegible] soberbios
[illegible] de Juno el carro;
[illegible] de Venus,
[illegible] Capricornio y Tauro,
estrellas, segun
autor castellano:
[illegible] las pondremos
[illegible] con caldo.
[illegible]
[illegible]
[illegible] las harpías,
[illegible]
[illegible]
[illegible] empinados,
[illegible]
[illegible] es muy malo,
[illegible] convulsiones.
[illegible] cabeza estragos
[illegible] y el agua
[illegible] despeñando
[illegible]
[illegible] del Parnaso,
[illegible] que los héroes
[illegible] han celebrado,
[illegible]
[illegible]
[illegible] de comida
[illegible] de beber un trago.
[illegible] el nectar que sirve
el garzon troyano.
[illegible] capaz
[illegible] el ceño airado
[illegible] de un relator,
[illegible] y americano,
[illegible] le tengo
[illegible] y arreglado
[illegible] y picar
[illegible] y muérase el diablo
[illegible] por tierra, Pluton,
[illegible] Ceres y Baco
[illegible] a porfía,
[illegible] sus cartos.
[illegible] por el mar, Neptuno,
[illegible] Tritón y Glauco
[illegible] a Barcelona
[illegible] latigazos.
[illegible] que se lleve
[illegible] y evitamos
[illegible]
[illegible]
[illegible] Apolo y Venus
[illegible]
[illegible] las aduanas
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] de versos,
[illegible] el regalo
[illegible] Pando, ¿quien puede
[illegible]
[illegible]
[illegible] el canto,
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] que os debo
[illegible] os pago.

— —

VI. [illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

Los versos que me pedis,
Si cuando pedis, mandais?
¿Acaso pudo el deseo
De complaceros faltar,
O acabaron los calores,
Con su vena perenal?
¿O fatigada tal vez
De traducir y firmar,
Tiempo la falta y humor
Para ser original?
Y en tanto, a mí se me acusa
De indolente y holgazan.
Ella se alambica y ríe,
Yo me apuro, y vos instais
¿Que la cuesta en libres versos
Maldecir y murmurar,
Sátiras dictando alegres,
Llenas de pimienta y sal?
¿Acaso la edad presente
Tan corta materia da?
¿Tan leves son nuestros vicios?
¿Tan pocas locuras hay?
Si la mandaran fingir,
Y con astucia falaz
Aplaudir los desaciertos,
Los delitos adorar;
Yo el primero disculpára
Su silencio pertinaz:
Que es mejor, cuando el asunto
Obliga a mentir, callar.
Pero si quereis que solo
Dicte sátira mordaz,
¿No es decirla claramente,
Musa, dinos la verdad?
Pues ¿por qué de la ocasion
No se debe aprovechar,
Y dar una felpa a tanto
Literato charlatan;
Tantos eruditos hueros,
Cuyo talento venal
Nos da en rudos las ciencias,
Que no supieron jamas;
Tanto insípido hablador,
Tanto traductor audaz,
Novelistas indecentes,
Políticos de desvan,
Disertadores eternos
De virtud y de moral,
Que por no tenerla en casa
La venden a los demas?
¿Y por qué tantos copleros,
Que en su discorde cantar
Ranas parecen, que habitan
Cenagoso charquetal,
Ha de tolerar mi Musa
Que metrifiquen en paz,
Y se metan a escribir
Por no querer estudiar?
¿Ella no fue la que un dia
Dio leccion tan magistral
Haciendo el ancho teatro
Púlpito de la verdad,
Que a todo autorcillo astroso
Lleno de terrible afan
Creyendo cercano el punto
De su esterminio final?
¡Oh estúpidos! escribid,
Imprimid, representad,
Que el siglo de la ignorancia
Largos años durará.
Y mientras al rudo vulgo
Embobeis y corrompais
Con farsas, que Apolo al verlas
Padece gota coral,
Ni faltará quien os dé
Para vestir y mascar,
Ni habrá un cristiano que os diga
Venceos, no chilleis mas
Seguid, y lluevan abates,
Majos, pillos de arrabal,
Arrieros, trongas y diablos
Con su rabillo detras.

Y si el público se hastía
De ver tanta necedad,
Váyase a dormir tres horas
A los Caños del Peral.
Pero, señor, si la Musa
Se llega a determinar,
Se anima y os obedece,
Y tras todos ellos da,
Y en justa sátira y docta
Los tonos quiere imitar
Del siempre festivo Horacio
O el cáustico Juvenal,
¿No será de tanto menosprecio
Las cóleras provocar,
Y esponer a mil estragos
Su decoro virginal?
¿No veis que yace el Parnaso
En triste cautividad,
Y en él bárbaras catervas
Atrincheradas están?
No, señor; pues siempre ha sido
Para vos fina y leal
Mi pobre Musa, y os debe
Lo que no os puede pagar,
No la mandeis que de tanto
Necio se burle jamas,
Ni les riña en castellano,
Porque no la entenderán.
Sátiras no, que producen
Odio y encono mortal,
Y entre los tontos padece
Martirio la ingenuidad.

———

VII. A *Geroncio* (17)

Cosas pretenden de mí,
Bien opuestas en verdad,
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor: «Señor mio,
Si usted ha de perecer,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal:
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está
Pues ¿qué piensa que resulte
De tanta debilidad?
Si come, no hay digestion,
Si ayuna, crece su mal,
A la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta
Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamas.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital,
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detras
Salga de Madrid, no este
Metido en su mechinal,
Ni espere a que le derrita
El ardor canicular
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán
Mucho burro, muchos baños
Y mucho no trabajar.»
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las muelen
En junta particular,
Dicen: «¡Oh, si Moratin
No fuese tan haragan,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar!
Él ha sabido adquirir
La estimacion general,

Aplauso y envidia escita
Cuanto llega á publicar:
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va;
Nadie acierta con aquella
Difícil facilidad;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar?
¿Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapán,
Que de francés en gabacho
Traducen el pliego á real?
¿Tanto hablador, que a su arbitrio
Méritos rebaja y da,
Tiranizando las tiendas
De Perez y Mayoral?
No, señor, quien ha tenido
La culpa de este desmán,
Si escuchara un buen consejo,
Lo pudiera remediar.
Tomasen la providencia
De meterle en un zaguan,
Con su candil, su tintero,
Pluma y papel, y cerrar;
Y allí, con racion escasa
De queso, agua fresca y pan,
Escribiese cada dia
Lo que fuera regular.
¿Emporcaste un pliego? Lindo;
Almuerza y vuelve al telar;
Come, si llenaste cuatro;
Cena, si acabaste ya.
¿Quieres tocino? Veamos
Si esta corregido el plan.
¿Quieres pesetas? Pues daca
El *Drama sentimental*.
Por cada escena, dos duros
Y un panecillo te dan,
Por cada *Pequeña pieza*
Un *Vale dinero*, y mas.
Y de este modo, en un año
Pudiéramos aumentar
De los cómicos hambrientos
El esprimido caudal.»
Esto dicen mis amigos
(Reniego de su amistad);
Mi suegro, si le tuviera,
No dijera cosa igual.
Esto dicen, y en un corro
Siete varas mas allá,
Don Mauricio, don Senén,
Don Cristóbal, don Beltran
Y otros quince literatos
Que infestan la capital,
Presumidos, ya se entiende,
Doctos á no poder mas,
Dicen: «Moratin cayó,
Bien le pueden olear;
No chista ni se rebulle,
Ya nos ha dejado en paz.
Su *Baron* no vale nada;
No hay enredo allí ni sal,
Ni caracteres, ni versos,
Ni lenguaje, ni...—Es verdad,
Dice don Tiburcio; ayer
Me aseguró don Cleofas,
En casa de la condesa
Viuda de Madagascar,
Que es traduccion muy mal hecha
De un drama antiguo alemán...
—Sí, traduccion, traduccion,
Chillan todos á la par,
Traduccion... Pues él ¿por dónde
Ha de saber inventar?
No, señor, es traduccion;
Si él no tiene habilidad,
Si él no sabe, si él no ha sido
De nuestro corro jamas,
Si nunca nos ha traido
Sus piezas á examinar;
¿Qué ha de saber?—¡Pobre diablo!
Esclama don Bonifaz:
Si yo quisiera decir
Lo que... pero bueno está.
—¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.
Díganos usted.—No tal,
No. Yo le estimo, y no quiero
Que por mí le falte el pan.
Yo soy muy sensible; soy
Filósofo, y tengo ya
Escritos catorce tomos
Que tratan de humanidad,
Beneficencia, süaves
Vínculos de afecto y paz;
Todo almibares, y todo
Deliquios de amor social;
Pero es cierto que... Si ustedes
Me prometieran callar,
Yo les contara...—Sí, diga
Usted, nadie lo sabrá:
Diga usted.—Pues bien: el caso
Es que ese cisne inmortal,
Ese dramático insigne
Ni es autor, ni lo será.
No sabe escribir, no sabe
Siquiera deletrear:
Imprime lo que no es suyo,
Todo es hurtado, y... ¿Qué mas?
Sus comedias celebradas,
Que tanta guerra nos dan,
Son obra de un religioso
De aquí de la Soledad.
Dióselas para leerlas
(Nunca el fraile hiciera tal),
No se las quiso volver,
Murióse el fraile, y andar...
Digo, ¿me esplico?—En efecto,
Grita la turba mordaz,
Son del fraile. Ratería,
Hurto, robo, claro está.»
Geroncio, mira si puede
Haber confusion igual:
Ni sé qué hacer, ni confio
En lo que hiciere acertar.
Si he de seguir los consejos
Que mi curador me da;
Si he de vivir, no conviene
Que pida á mis nervios mas.
Confundir á tanto necio
Vocinglero pertinaz,
Que en la cartilla del gusto
No pasó del *cristus, a;*
Componer obras, que piden
Estudio, tranquilidad,
Robustez, y el corazon
Libre de todo pesar,
No es empresa para mí;
Tú, Geroncio, tú me da
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamás?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar,
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas,
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan,
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

VIII. *Juicio del año de* 1813.

(Inédita.)

Ya llegó el año de trece
Por su paso natural;
Y el de doce, Dios lo guie,
Acia la historia se va.
Costumbre ha sido poner
Por cabeza de almanak
Lo que muchos llaman juicio
Y yo llamo necedad,
Prólogo de lo futuro,
Juego de pronosticar,
Anticipada gaceta
De lo que sucederá.
Y ¿qué sucede? lo mismo,
Poco menos, poco mas,
Que ya se ha visto en el mundo
Desde los años de Adan.
Dócil la naturaleza
En su movimiento igual
Cumple del Númen eterno
La constante voluntad.
Nada es nuevo á quien medita
Lo que va quedando atrás;
Lo que ha pasado es imágen
De lo que debe pasar.
Pero es tan desatinada
La humana curiosidad,
Que olvidando lo que fué,
Pregunta lo que será.
Y ¿en qué libro encontraremos
El método singular
De conocer los sucesos
Que tan callados están?
El sumario de Cortés
Poquísima luz nos da,
En Salamanca se ignora,
En Lóndres no saben mas.
¡Oh tiempo feliz aquel
De inepta credulidad,
Tan fecundo en maravillas
Que no conocemos ya!
Uno buscaba entre chispas
La piedra filosofal,
Suplemento de las minas
De Golconda y del Catay.
Otro, rebosando azumbres,
Daba salud a un lugar;
Y a repiques apagaba
Centellas un sacristán.
Las viejas entre tinieblas
Con untura general
Embrujaban el ambiente
De Rusafa y Campanar.
Este, atisvaba tesoros
La víspera de San Juan;
Y aquel, á puro exorcismo,
No dejaba diablo en paz.
Los difuntos empleaban
Las noches en pasear
Con llamas y cadenitas
Y estribillo de ¡ay! ay! ay!
Los magos quemando azufre
Llamaban á Satanás,
Y él obediente acudia
Como un donado á un guardian.
Los duendes en la cocina,
En la alcoba, en el portal,
En el terrado, en la cueva,
En lo oscuro del desvan,
No dejaban escribir,
Barrer, coser ni guisar,
Ni quedaba trasto a vida
En toda la vecindad.
Pasó aquel tiempo, y con él
La ciencia de adivinar;
Los profetas se acabaron
Para no volver jamas,
Pérdida que solamente
La pudiera reparar
Nuestro juicio, porque el año
Sin juicio se quedará.

Dejemos los otros mundos
En el espacio en que estan;
Giren como Dios lo quiso,
Brillen si deben brillar.
Y en esta pequeña bola
Llena de ignorancia y mal,
Posada incómoda y triste
Que debemos habitar,
Tratemos de ser felices,
Pues la prudencia nos da
El secreto de sufrir
Y los medios de gozar.

IX. *El coche en venta.*

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Mas ha de un mes,
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí a las diez
A ver a Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Acia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres.
«Y no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde,
Parece ingles;
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra mas cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y a los dos meses
Llegó a ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas;
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir a mi casa;
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester;
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo;
Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera a pié
Hasta la turca
Jerusalén.»
¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle,
Me equivoqué;
Sigo mi trote,
Sigue tambien,
Suelto de lengua,
Agil de piés,
Siempre á la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De San Ginés,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
El, por seguirme,
Dió tal vaivén
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió despues,
Que malherido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me le dejé.

EPIGRAMAS.

I. *Para una estatua de la Farmacia.*

A la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

II. *Para el sepulcro de Almanzor* (18).

No existe ya, pero dejó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás admirado conocerle,
Cual si le vieras hoy presente y vivo.
Tal fué, que nunca en sucesion eterna
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en lides, el temido
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III. *Para la cortina de un teatro.*

Vicios corrige la vivaz Talía
Con risa y canto y mascara engañosa,
Y el nacional adorno que se viste.
Melpómene, la faz majestüosa
Bañada en lloro, al corazon envía
Piedad, terror cuando declama triste.

IV. *Para el sepulcro de don Francisco Gregorio de Salas* (19).

En esta veneranda tumba, humilde,
Yace Salicio: el ánima celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardon. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambicion remoto,
A el trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazon, como su lengua, puro
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le ciñó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V. *Para un retrato del autor remitiéndosele á una señora valenciana.*

A la Ninfa del Turia ilustre y bella
Mi imágen doy, y el corazon con ella.

VI. *A un niño llorando en los brazos de su madre.*

(Traduccion del inglés.)

Tú, que gimes doliente,
Bañando en lloro de tu madre el seno,
Mientras que todo en torno es alegrías;
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;
Porque al venir la noche eterna, lleno
Lo dejes todo de dolor vehemente,
Y tú contento rias.

VII. *A un escritor desventurado, cuyo libro nadie quiso comprar.*

En un cartelon leí,
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende.....
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

VIII. *Irrevocable destino de un autor silbado.*

«Cayó á silbidos mi *Filomena.*
—Solemne tunda llevaste ayer.
—Cuando se imprima, verán que es buena.
—¿Y qué cristiano la ha de leer?»

IX. *A Lesbia, modista.*

Lesbia, tú que á las bonitas
Añadir adornos puedes,
Como á todas las escedes,
De ninguno necesitas.

X. *A la misma, de otro modo.*

En la gala y compostura
Que á nuestras jóvenes das,
Lesbia, tú invencion se apura;
Si las dieras tu hermosura,
Nunca te pidieran mas.

XI. *A la misma, de otro modo.*

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afan,
Venus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

XII. *A un comerciante que puso en su ca[sa] una estatua de Mercurio.*

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

XIII. *A Geroncio.*

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular;
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

XIV. *A Pedancio, autor de una obra en q[ue] le ayudaban varios amigos.*

Pedancio, á los botarates
Que te ayudan en tus obras
No los mimes ni los trates;
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

XV. *Al mismo.*

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

XVI. *A un mal bicho.*

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

XVII. *A una señorita francesa.*

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazon, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasion que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

Los padres del limbo (20).

CORO.

¡OH, cuánto padece de afanes cercada,
Merced al engaño de fiero enemigo,

Un largo castigo la prole de Adan!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

VOZ PRIMERA.

¿Cuando, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel, llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
Perdió de Edén la habitacion serena;
Espada refulgente
Vibró en sus puertas serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal estinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el numen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adan segundo.
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras,
Y el iris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tu la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tu disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita;
Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

VOZ SEGUNDA.

Mucho, Señor, hiciste,
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del Averno
Cederan á su voz omnipotente;
Quebrantara las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el Hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevara sus huellas
Adonde el astro de la luz preside,
Y mas alla del sol, acompañado
De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rapido vuelo;
Goce la tierra durable consuelo;
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ TERCERA.

Ven, prometido
Jefe temido,
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria;
Llene tu gloria
De dicha el mundo.
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rapido vuelo;
Goce la tierra durable consuelo;
Mire á los hombres piadoso el Señor.

La Anunciacion.

VOZ PRIMERA.

¿Qué nuncio divino
Desciende veloz,
Moviendo las plumas
De vario color?

VOZ SEGUNDA.

El bello semblante
En risa bañó,
Que inspira alegría,
Disipa temor.

VOZ PRIMERA.

El rubio cabello
Al hombro esparció;
Diadema le ciñe
De estremo valor.

VOZ SEGUNDA.

Ropajes sutiles
Adorno le son,
Y en ellos duplica
Sus luces el sol.

VOZ PRIMERA.

¡Feliz habitante
De la alta region!

VOZ SEGUNDA.

¡Alado ministro
Del sumo Hacedor!

VOZ PRIMERA.

En hora bendita
La tierra te vió.

VOZ SEGUNDA.

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

VOZ PRIMERA Y SEGUNDA.

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

VOZ TERCERA.

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El angel del Señor, y resplandece
La estancia de María;
De fragrantes aromas se enriquece
El aire en torno, y suena melodía
Igual á la del cielo.
La honesta Virgen, ruborosa y muda,
Se postra absorta al paraninfo hermoso;
Ve tanto bien, y merecerle duda.
El, con acento grave y amoroso,
«No temas, no, la dice,
De las hijas de Adan la mas felice.
Llena de gracia estas; está contigo
El Dios que adoras inefable, eterno;
Y el fruto santo que de tí se espera
Se ha de llamar Jesus.» Dijo, y la esfera
Que en luces arde y arreboles de oro
Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ CUARTA.

¡Oh instante dichoso
De amor y consuelo,
Que la tierra al cielo
Para siempre unió!
¡Y al Dios poderoso,
Que truena indignado,
Piadoso, humanado,
Sumiso le vió!

CORO.

Virgen, madre, casta esposa,
Sola tú la venturosa,
La escogida sola fuiste,
Que en tu seno recibiste
El tesoro celestial.
Sola tú con tierna planta
Oprimiste la garganta
De la sierpe aborrecida,
Que en la humana frágil vida
Esparció dolor mortal.

Cántico a nombre de unas niñas españolas de familia refugiada en Francia, con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente
Eco doliente, lamentos y voces;
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ PRIMERA.

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad, ¡oh Númen poderoso!
Si súplica mortal merece tanto.
Por tí los orbes giran refulgentes,
Por tí naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
¡Ay! no perezca la estimable vida
De la que fué nuestro comun consuelo
En la no merecida
Constante desventura
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fué nuestro amparo; ella serena
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas;
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guia,
Si las tinieblas del error desvía
Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya...
Viva ¡oh gran Dios! Tu diestra omnipotente
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta
A tu ley soberana,
En leve sombra y vana
Se debe disipar;
Antes la parca adusta,
Que la amenaza fiera,
De crímenes pudiera
La tierra libertar.

Alocucion con que anunció su beneficio Francisco Chiner, primer galán de la compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.

Público ilustre, que benigno siempre
Sabes suplir la insuficiencia mia,
Perdonas el error por el deseo,
Y al mas cobarde generoso animas;
Si el don que te presento no es bastante
A igualar los afectos que le dictan,
Sé que mereces mas; pero no alcanzo
La perfeccion á que mi celo aspira.
Tiempo será, que en esta escena admires
A quien mas docto y mas feliz te sirva;
Que la suerte reparte desiguales
Las gracias, los talentos y la dicha.
A mí me dió humildad; con esta solo
Esperar debo tu atencion benigna.
Damas hermosas, de vosotras fio
Que mi esperanza se verá cumplida:
Hechiceras de amor, en cuyos ojos
La libertad del corazon peligra;
Pues el don celestial de hacer felices
Es vuestra principal prerogativa;
¿Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?
Las leyes que dictais, ellos confirman,
Y el orbe entero en voluntarios nudos
Adora vuestra dulce tiranía.

Traduccion de Grécourt.

El niño ceguezuelo
Adormecióse un dia
En el recinto oscuro
De los bosques del Ida.
Venus temor concibe
Al ver que no volvia
De tan largo reposo
Que al de la muerte imita.
Y en lágrimas hermosas
Bañando las mejillas,
Al padre omnipotente
Su dolor comunica.
Jove, que tanta pena
Mitigar determina,
A los dioses consulta
Que en el Olimpo habitan.
Y viendo que en opuestas
Opiniones vacilan,
Al medio menos tardo
Su decision inclina.
Manda que al bosque umbroso
Donde el Amor dormia
Vayan los celos tristes,
Y en torno de él asistan.
Parten ellos veloces,
Y al rumor que traian,
De su letargo vuelve
El niño de Ericina.
¡Mas ay! que desde entonces
Perdió su paz tranquila,
Y nunca el dulce sueño
Sus párpados visita.

Traduccion de Pablo Rolli (*).

Diálogo.

«¿Quieres decirme, zagal garrido,
Si en este valle, naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?
—Sí, que la he visto pasar el puente,
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cuello verde liston.
—¿Solo el cordero la acompañaba?
—También con ella iba un pastor.
—¿Lícidas?—Ese; Lícidas era:
Mas ¿qué te asusta? ¿Qué mal te dió?
—¡Ay, vaquerillo! ¡Qué feliz eres!
Pues aun ignoras lo que es amor.»

Idilio á la ausencia.

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
Van á crecer del Tajo la corriente;
Esta es la selva deliciosa, donde
Gozan las horas del ardor estivo
Las bellas Hamadriades, formando
Lijeras danzas y festivos coros.
Inarco, ¡ay infeliz! ¿así la cumbre
Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
¿Así á pisar esta ribera vuelves?
Prófugo, triste, en mi destino incierto,
Dejé mi choza y mis alegres campos
Y los muros de Mantua generosa,
Y al bienhadado Coridon y Aminta,
Y al constante en amor Alfesibeo;

(*) *Sonetto pastorale in dialogo, di Paolo Antonio Rolli.*

Sai tu dirmi, o fanciullino,
In qual pasco gita sia
La vezzosa Egeria mia
Ch'io pur cerco dal mattino?—
Il suo gregge è qui vicino,
Ma pur dianzi à quella via
Gir l'ho vista, e la seguia
Quel suo candido agnellino.—
Nè v'er'altri che l'agnello?—
Sopragiunsela un pastore.—
Ah! fù Silvio!— Appunto quello:
Ma tu cangi di colore?—
Te felice pastorello,
Che non sai che cosa è Amore.

Todo lo abandoné. Por ignorada
Senda me aparto con errante huella,
Y atras volviendo alguna vez los ojos:
«Adios, mi patria, sollozando dije;
Adios, praderas verdes, donde oculto
Entre juncos y débiles cañerlas
Manzanares humilde se adormece
Sobre las urnas de oro. Adios, y acaso
Para nunca volver.» A la espesura
De incultos bosques y profundo valle
La planta muevo apresuradamente;
Bien como el ciervo, al conocerse herido
De enherbolado arpon, las cumbres altas
Sube, desciende de la sierra al llano,
Y los anchos arroyos atraviesa:
En vano ¡ay triste! en vano, que el agudo
Hierro, teñido en la caliente sangre,
Cerca del corazon lleva pendiente.
Yo, así en el pecho abrasadora llama
Siento; ni la distancia ni los dias
Alivian mi dolor; que en la memoria
Mi bella ausente y sus hechizos duran.
El donaire gentil, la risa, el canto,
El pie que mueve en ágil danza, honesta,
Los dorados undívagos cabellos,
El claro resplandor de entrambas luces,
Y el alto pecho que suavemente
Se agita al suspirar: delicioso,
Cándido seno, donde Amor se anida,
Disculpa de mi ciego desvarío.
Si alguna vez a mi dolor se presta
Benigno el sueño con amigas alas,
Hijo de la callada húmida noche,
Al fatigado espíritu aparece
De mi partida el infeliz instante.
Miro los ojos de esplendor divino
Que en lágrimas se inundan amorosas,
La trenza ondosa deslazada al viento,
Suelta la veste cándida, y escucho
La conocida voz, las dulces quejas,
Que serenar el ímpetu espantoso
Pueden del mar en tempestad oscura.
Tiemblo, y en vano la funesta imagen
Quiero de mí apartar. Ya me parece
Que con halagos de pasion nacidos
La bella Isaura mi partida estorba;
Ya, que indignada a su amador acusa
De ingrato desleal; ya, que rendida
A su afliccion, la voz y el llanto cesan...
Yo, ¡mísero! ciñendo el cuello hermoso,
Y a su labio tal vez uniendo el mio,
Juro a los cielos, que primero falte
Mi aliento débil, que en ajenos brazos
Llegue a mirarla, que la pierda y viva,
Antes que olvide mi pasion primera.
Mas ya se acerca el trance aborrecido:
Late oprimido el corazon... Entonces
Al violento pesar de mí se aparta
Leve la imagen de la muerte triste,
Mas que la muerte inexorable y dura.
Venus, hija del mar, diosa de Guido,
Y tú, ciego rapaz, que revolante
Sigues el carro de tu madre hermosa,
La aljaba de marfil pendiente al lado:
Si hay piedad en el cielo; si el humilde
Ruego de un infeliz no os ofende,
¡Oh! basten ya las padecidas penas.
Vuelva yo a ver aquel agrado honesto,
Aquel dulce reir, y la suave
Voz de sirena escuche, y sus favores
Gozando, tornen las alegres horas.
Pero si acaso mi destino fuere
Enemigo a la ventura mia,
Que en larga ausencia padecer me manda;
Alma Citeres, flechador Cupido,
Tal rigor estorbad. Falte a mis ojos
La luz pura del sol en noche eterna,
Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
Fugaz descienda, en vana sombra y fria,
A la morada de Pluton terrible.
Lauro así, de la que adora ausente,
A las deidades del Olimpo sordas
Demandaba piedad. Damon en tanto,
Joven pastor, que al valle reducia
Pobre rebaño de manchadas cabras,
Al pie de un olmo halló sobre la yerba
Al amante zagal, apenas vivo.
Le alzó del suelo con amiga mano,
Razones, no escuchadas, repitiendo,
Por si con ellas aliviar lograse
Su grave afan; piadoso le conduce
A su rústico albergue, y halagüeño
El fiel Melampo a su señor seguia.

La sombra de Nelson.

. . . . Ite,
Ferte citi flammas, date tela, impellite remos.
VIRG., AENEID. IV.

Cuando al estrago de naval pelea
Cayó sin vida el adalid britano,
Fiero terror del mar, la yerta cumbre,
Del opulento Gerion sepulcro,
Toda en las sombras de profunda noche
Arder se vió con pálidas centellas,
Y a la dudosa lumbre, pavoroso
Espectro apareció, de sangre y humo
Y de mortal amarillez cubierto,
La frente herida, y a sus plantas rota
Naval corona y militares lauros.
Y en voz terrible, que el estruendo pudo
Y el ímpetu calmar del espumoso
Piélago hinchado en la tartesia orilla,
«Llegó, dice, ¡ay de mí! llegó el temido
Instante que los cielos señalaron
En su furor contra mi patria. ¡Oh! nunca
Tanto la suerte amiga sublimara
Tu gloria y tu poder, para que fueras
Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
Que ya cercana inevitable miro,
¡Ambiciosa Albion! Vive, y el trono
Ocupa que afirmó de Clodoveo
El gran caudillo, cuyo nombre adoran
El Sena y el Tesin precipitado,
Y dos coronas a su frente ciñe.
Vive, y sus armas vencen, y al sonido
De sus trompetas vuelan fugitivas
Las águilas augustas. Inflamada
En belicoso ardor la fuerte Hesperia
Une á las rojas cruces de Pelayo
El blason imperial, que en sus pendones
Tiende el frances al aire. ¡Poderosa
Union, que tanto aborreciste y temes!
«Tronó el cañon, y huyendo de las playas
Corvas, al mar se entregan animosos:
Entre enemigos vientos, niebla oscura,
Horrida tempestad... Yo vi el sangriento
Choque, el incendio y la comun ruina;
Yo de tus armas el honor temido
Sostuve, en tanto que a la suerte plugo;
Supe en los tuyos escitar crüeles
Alientos; supe acometer terrible,
Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
Cóncavas suena del peñasco enorme,
Gloria de Alcides, funeral lamento,
Debido a tanto horror. Las crespas ondas
Sacan bramando a la desierta orilla
Los que el furor de sus voraces monstruos
No deformó, cadáveres desnudos;
Las que no oculta su profundo centro,
Naves soberbias, que a merced llevadas
Del huracán, contra su muro embisten.
¡Oh Calpe! tú, que de esperanzas llena
Hoy meditabas aclamar festiva
El triunfo, y dar coronas a mi frente,
Cubre la tuya de ciprés funesto,
Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
Vuelve a la patria, y para siempre llore,
Que es justo su dolor... No en esta sola
Víctima, no, los hados enemigos
A nuestra gente su rigor limitan:

Mayor desolacion y estragos piden;
Que al pié del solio del ibero Augusto
Próvido asiste de la guerra el númen:
La espada y el tridente húmido empuña,
Y la tierra y el mar de numerosas
Huestes se cubre, y de nadantes pinos
Al eco de su voz... Cede á la eterna
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
Grabó el destino. Los imperios mueren,
Su esplendor se oscurece, la fortuna
Que los engrandeció los abandona,
Y aun la memoria de su nombre acaba.
Si es dado al tuyo que su fin dilate,
No el ceño irrites del leon, que ruge
En su caverna, y de temor desnudo
Lame las garras con tu sangre tintas.
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego
De la discordia, y sientan las naciones
Del oro corruptor, que los delitos
Compra, el poder irresistible. Cerque
Los tronos altos sedicion traidora,
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
El favor que los débiles te pidan.
Ni guardes fe, ni los jurados pactos
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
A los cielos clamó: *¡Guerra y venganza!*
—*¡Venganza!* repitió desde sus muros
De bronce armados Cádiz Eritrea,
Y el Espartario golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino
Clamó: *¡Venganza!...* Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto
En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
Cárlos, la tierra que a tu pié se humilla
Pide venganza. Cumple los deseos
De los que imploran tu favor, y esperan
En nuevas lides, combatiendo audaces,
Castigar al soberbio que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte...
Arma su diestra, y te darán victorias.

Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa
Prole real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envía.
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Céres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuántas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor süave
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz, sombra la cerque oscura,
Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imágen celestial. Vos, entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el orígen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla,
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia, que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto;
Del hondo Bétis á los campos frios
Que al mar usurpa el belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la esciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
Filipo, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona;
Muerte infeliz le estorba que en süave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo:
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el cielo habita, y ya con él permite
Carlos que en urna breve los despojos
Tambien descansen de su digno hermano,
Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral; que tanto pudo
Imperiosa opinion, y así condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, príncipe escelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De Cárlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supisteis,
Y humillado á sus piés regir su imperio;
Ved ya del celo y el afan constante
La adquirida merced, y cuánta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono
Suprema Augusta. Así la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la vi distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio á mi teson constante;
Y a ti, sublime artífice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Émulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte quitandola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpé de temerarios mis deseos,
Tú me los cumples, y en la edad futura,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonará que al cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

Elegía á las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y mascaras alegres, que algun dia
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya cómo la edad lijera,
Apresurando á no volver las horas,
Robó con ellas su vigor al númen.
Sé que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debí. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los afanes
Que turbaron mi paz, cuando insolente,
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.
Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muros
Bañar en sangre nuestra, combatirse,
Vencido y vencedor, hijos de España,
Y el trono desplomandose al vendido
Ímpetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
Á las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio,
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte cima
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
Turba el Averno sus calladas ondas;
Y allá del Tibre en la ribera etrusca
Se estremece la cúpula soberbia,
Que al vicario de Cristo da sepulcro.
¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?
¿Quién dar al verso acordes armonías,
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto mudas;
No mas trinos de amor. Así agitaron
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region estraña el oprimido
Ánimo hallar dulce descanso y vida.
Breve sera, que ya la tumba aguarda,
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Será por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mezcla
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

NOTAS A LAS POESIAS SUELTAS.

rnas, *Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira, que publicó la Acapañola en el año de 1788, y reimprimió después en la coleccion premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para nuevo á la prensa.

e en ella la poesía en sus tres géneros principales: lírico, épico ico, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdivil logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su nciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fantams afectos; á lo que refiere, celebrando los héroes y los granos que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el a imágen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, itrar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

írica, después de hablar de los argumentos triviales y de ninos, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exa, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los s y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de rela de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes grone desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en s antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que n estilo afectado y pedantesco: aludiendo particularmente á las Góngora, Villamediana y Silveira; y en los modernos la mezrda de los arcaismos con palabras, acepciones y locuciones s, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por rnte su pureza y su peculiar elegancia.

pica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y de ficcion. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas orias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia la ni deleite. Por el segundo, la fabula épica se confunde en itud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban no del poema, y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hanrracion increible. Por las indicaciones que da el autor en esta se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas ucana de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Me*illagran, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angé*Luis Barahona de Soto. Estiende su crítica á las menudencias que degradan la sublimidad de la epopeya; á las imágenes res en las descripciones de las batallas, á los estravíos de la fanla inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, draántuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), reos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivae libros caballerescos, que ya no sufre la filosofía de nuestra xceden los límites de toda licencia poética.

ramática acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber do los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al s argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recoo los de otra clase mas elevada como acciones positivamente. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los graciosos, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fatparicioues de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondillados, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados conel voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas ens fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las s y personajes mitológicos (último esceso del error), merembién la desaprobacion del poeta.

la presente composicion debe considerarse, que la Academia ó á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundesaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lencelente poética de Boileau; nos falta en España un poema sey mientras no aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.

La pura amistad que en dulce nudo. Don Gaspar Melchor de Jo, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los rei Carlos III y Carlos IV, literato, anticuario, economista, jurismagistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prenabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A hre célebre debió Moratín una cordial estimacion, que ni la ausi el tiempo, ni las violencias y alteraciones políticas, pudieron ni debilitar. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre elogio que puede dársele: sus ideas y su conducta no eran conoá la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca debido conocer. No es mucho pues que el autor de *el Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal ticia de su delito.

Agitada después la nacion en el conflicto de una invasion estranjera, su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados, le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mundo recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(2) *A voz el apuesto, cumplido garzon.* Los inteligentes dirán cuál sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quiso darle, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personaje mereció la predileccion del soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artífices solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y sus caballerizas. Distinguió á Moratín entre los humanistas que florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfía le presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratín, ni su consejero, ni su criado; pero fué su hechura; y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratín estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas que llegaron después á trastornar el órden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honra, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(3) *¿Quieres saberlo, Andrés? ¿O te propones...* Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un centon de muchos de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo escoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que, reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasajes del centon con sus mismos originales. Esta precaucion, y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos contemporáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion, de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las lecciones de *Hugo Blair*. Allí se dice que no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Argensola, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Meléndez; porque no configuraron sus poesías, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de Meléndez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, desacreditada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera limar, castigar y perfeccionar.

(4) *Ya los felices campos que serena.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1785.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfador, á cuya planta
Yace el hereje impío, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumisbo, el celebrado.* Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravíos del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificacion de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oido acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitacion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermudez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traduccion de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó despues á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicacion al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, espresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1803, a los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios esteriores mas inmediatos á sus murallas. La órden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la Zaidía, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio; y si como fué un frances el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por uno de juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo XIX, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta coleccion se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo, desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la eleccion é imitacion de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á huir los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un figlio,
Che vivi rai pria nel senato ibero
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i succesor di Piero.
Ei, fra lire di Marte, e nel periglio
Resse lo stato, e freno l'anglio altero:
Tolse la patria all'africano artiglio,
E dell'Egeo le vie schiusse al nochiero.
Per lui Pallade ha tempio: e la, di quante
Natura erbe creó chiostra verdeggia:
Per lui piano é il cammin su gli ardui sregli.
Vom, non di fregi e d'or ch'offre la reggia;
Ma de suoi re, ma di sua patria amante...
Deh! si gran dono, ó ciel, tardi ritogli.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por escelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, tambien lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estravíe á la juventud con falsos raciocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esclavizando la fantasía de los demás con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes aplicados á la teoría de las artes que no hayamos practicado jamas.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La esposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demás de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los estranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el buen

do al fuego para usos domésticos, ó para la construccion de , hasta las porcelanas y los cristales; curtidos, encajes, lienzos, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, esbyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuames, péndulos, globos, armas, instrumentos músicos: cuanto rio á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas de-l hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

solo el arte adivinar supiste. Isidoro Maiquez, natural de Cartejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de umildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclina comedias y representarlas, y resueltos por último á abandonar por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, llos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles: esto en sus primeros años los que con mas ó menos habilidad han la escena española, desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. ciertamente debe asombrar es, que entre tales cómicos hayan do algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de s estranjeros. ¡Qué fuerza de talento natural han necesitado parse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la on, del trato culto de la sociedad; en suma, cuando era necesada uno buscase y hallara los principios de un arte que nadie ntre nosotros! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos an para en adelante el carácter intelectual y moral de los homda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los n sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la d y elegante espresion de la buena comedia. No llegando á ien deberia exigir de ellos la sublimidad que pide la tragedia en macion robusta, heróica, patética y vehemente?

ez, después de haber representado algunos años en Madrid sin (actor estremadamente frio, que entendia y no espresaba sus , pasó á Francia en el año 1799; vió en Paris el teatro francés, y dió mas. Estudió á Talma con una atencion reflexiva, de que él capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los ese dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de antos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos obetuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí o ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aun hizo noció que no debia copiar, sino imitar los escelentes modelos que el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la esfrancesa, de la que puede ser agradable á un auditorio come españoles.

o volvió á Madrid se dijo, al ver sus primeras representaciones, aba á Talma en las mismas piezas que él repetia, traducidas á lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras, que se habian después que él vino de Francia, se echó de ver que no era un coervil, sino un profesor eminente. También se dijo (¿qué deseo dice la envidia?) que en la tragedia era muy buen actor; pero hacia tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para rteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de tarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la ad de sobresalir en todos los géneros, para confundir á la ignoy lo consiguió, representando personajes y afectos de tan difeaturaleza, que parecia imposible aspirar en todos ellos á la per; y él supo hallarla. *Fenelon*, *García del Castañar*, *el Vano hu*, *Otelo*, *Orestes*, *el Pastelero de Madrigal*, *la Casa en venta*, *el lcalde el Rey*, *la Zaira*, *el Rico Hombre de Alcalá*, *el Distraido*, *el Convidado de piedra*, *Numancia destruida*. En suma: las traestranjeras, las españolas, las piezas lijeras del teatro francés, las y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha emejante.

aba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les ró las máximas que él habia adoptado, como principios seguros rtar en él. Su habilidad fue un secreto; ni tuvo rivales, ni quiso os; con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacon él acabó.

la fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Emy pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gode José Napoleon, y restituido después por el mismo á la patria. esta logró sacudir el yugo estranjero, Maiquez, digno intérprete ideas de la libertad, escitó el entusiasmo general con la imitacion os y acciones heróicas, recibiendo en la escena coronas y aplausta que por último, llegó á verse otra vez odioso á la corte, des, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la jus á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus eros procuró dilatar su vida, haciéndola menos infeliz. Murió en a en el año de 1820

Que será, que habiendo sido. Hombres hay de tan adusto humor, solo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demás. Si s fuese no existirian en la república de las letras, ni el asno de , ni la fruncida Zapaquilda. Suponen que toda composicion freegre es cosa de menos valer: como si fuera fácil encubrir la insa con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y s, y escitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado tas de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, sufrimos la censura, sino disimulada en formas halagüeñas: solo ien su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca an mejor que cuando el poeta sabe hermosearlos con las plantadobles, los conceptos agudos y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos escitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno de ellos siguió su natural inclinacion: sígala también el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo; pero el que las tenga no dude que en la poesía graciosa y lijera cultiva un género de muy difícil ejecucion.

Esta (considerándola en toda la estension que admite) exige un plan poético: una conveniente distribucion de sus partes, proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios, un objeto de utilidad, al cual vayan encaminados todos los medios, imitacion constante de lo verdadero y de lo bello, eleccion y sobriedad en las descripciones, variedad y graduacion en los caracteres, espresion en los afectos, solidez en el raciocinio, agudeza y decoro en las burlas, inteligencia en el uso del idioma, pureza en el estilo, facilidad y armonía en la versificacion. Cuando en una composicion burlesca llegan á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

(17) *Como pretenden de mí*. En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetian acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo don Rafael Costa le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud, poco robusto. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendria sujetarle á una contribucion poética, lisonjeándose de que, precisado á escribir para medrar, enriqueceria la escena española con mas acierto que los Zavalas, Moncines y Valladares: cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entre tanto sus enemigos (que no eran pocos) decian las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia: nada hay de invencion. Hasta el personaje de Coronado es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

(18) *No existe ya, pero dejó en el orbe*. El célebre Mahomet, Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo x. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y lo practicó haciéndose amar y obedecer: pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre estraordinario. Nombrado alhagib, dignidad que le hacia segundo jefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpetuo aborrecimiento á los cristianos, como Aníbal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fué una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas, sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvia á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes; asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacia con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Solo una vez le fué contraria la fortuna, y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que solo trató de aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido; negóse á la curacion de sus heridas; y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad; su hijo Abdelmelich le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda compararsele; la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años después, se oscurece al nombre de Almanzor.

(19) *En esta venerando tumba, humilde*. Don Francisco Gregorio de Salas, capellan de las Recogidas de Madrid, vivió muchos años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza, pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso se hallan algunos muy graciosos: el *Observatorio rústico*, la pintura de *La calle de San Antón*, y alguna otra de sus obrillas burlescas, merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle alguna de las mejores prebendas de España. Salas se lo agradecia, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenia un hermano exento de guardias, y una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Salas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco*. Mandó el rey parar el coche, y que llamaran al capellan; el cual se acercó sin admiracion, sin timidez, ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenia de leérselos á la reina; le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Salas, agradeciendo el favor de S. M., prometió cumplir el encargo; despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya le suponia canónigo de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderacion filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambicion) rebatian fastidiosamente sus aplaus-

los éthicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrian á buscarle, cuando le veian de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecia. Honor a la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(20) *¡Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicona. El que no trate de reducir a formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creacion, el paraiso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiendo en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el dia para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada, la soberbia Atalía, la humilde Estér, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden escitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroísmo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el sarafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Númen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. O él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas inexpertos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la curiosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

AUTO DE FE

CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

———— ——

[illegible] de las personas que salieron al Auto de la Fe que [illegible]ores don Alonso Becerra Holguin, del hábito de [illegible]ara, licenciado Juan Valle Alvarado, y licenciado [illegible] de Salazar y Frias, inquisidores apostólicos del [illegible] de Navarra y su distrito, celebraron en la ciudad [illegible]roño en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 y de las cosas y delitos por que fueron castigadas.

APROBACION.

[illegible] Vergara de Porres, chantre y catedrático [illegible] de Logroño, vicario por el señor obispo de [illegible] fray Gaspar de Palencia, guardian del convento de San [illegible] de Logroño, y consultor del santo Oficio, vi [illegible] de los procesos y sentencias que se relataron en [illegible] señores inquisidores en la dicha ciudad en 7 [illegible] mes de noviembre de 1610 años, y hallé ser toda muy con[illegible] relatado en dicho Auto, y ninguna cosa de la dicha su[illegible] contra nuestra santa fe católica y buenas costumbres [illegible] necesario que venga a noticia de to[illegible] de los engaños de Satanas. Fecha en San [illegible] de enero de 1611. — Fray Gaspar de Palencia.

LICENCIA.

[illegible]tor Vergara de Porres, chantre y canónigo de la colegial de [illegible] la Redonda de esta ciudad de Logroño, y vicario en [illegible] ciudad por don Pedro Manso, obispo [illegible] Calzada, [illegible] del rey nuestro señor etc. Por las [illegible] licencia [illegible] Juan de Mongaston, impresor, [illegible] para que pueda imprimir esta sumaria re[illegible] que se ha celebrado en esta dicha ciudad en 7 y 8 [illegible] del año de 1610, sin incurrir en pena ni cen[illegible] haber en ella cosa contra nuestra santa fe ca[illegible] costumbres.

[illegible] Logroño, a 7 de enero de 1611 años. — El doctor Vergara. — De [illegible] su mandado, Cristóbal de Enciso, notario.

JUAN DE MONGASTON (2), IMPRESOR, AL LECTOR.

[illegible] ha llegado a mis manos, y por ser tan sustancial, y que [illegible] comprende con gran verdad y puntualidad los puntos [illegible] que se refirieron en las sentencias de los recon[illegible] por la demoniaca seta de los brujos, he querido [illegible] para que todos en general y en particular puedan tener no[illegible] grandes maldades que se cometen en ella, y les sirva de ad[illegible] para el cuidado con que todo cristiano ha de velar sobre su [illegible].

Impresa con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

AUTO.

Este Auto de la Fe es de las cosas mas notables que se han visto en muchos años, porque á él concurrió gran multitud de gente (3) de todas partes de España y de otros reinos, y sábado 6 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, lo primero, siguiendo un rico pendon de la cofradía del santo Oficio, hasta mil familiares, comisarios y notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pendientes de oro y cruces en los pechos. Despues iba gran multitud de religiosos de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañía de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad, y para ver el dicho Auto, de todos los monasterios de la comarca habia acudido tanta multitud de religiosos (4), que vino á ser tan célebre y devota esta procesion como jamas se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaba en hombros el guardian de San Francisco, que es calificador del santo Oficio, y delante iba la música de cantores y ministriles, y cerraban la procesion dos dignidades de la iglesia colegial y el alguacil (5) del santo Oficio con su vara, y otros comisarios y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buen órden llevaron a plantar la Santa Cruz en lo mas alto de un gran cadalso de ochenta y cuatro piés en largo y otros tantos en ancho, que estaba prevenido para el Auto, y con vistosos faroles y familiares de guarda estuvo toda la noche, hasta que el dia siguiente, luego que amaneció, sa[illegible] lieron de la Inquisicion, lo primero, cincuenta y tres personas que fueron sacadas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin cinto y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas á la garganta, con lo cual se significa que habian de ser azotados. Luego se seguian otras veinte y una personas con sus sambenitos y grandes corozas con aspas de reconciliados, que tambien llevaban sus velas en las manos, y algunos sogas á la garganta. Luego iban cinco estatuas de personas difuntas con sambenitos de relajados, y otros cinco ataudes con los huesos de las personas que se significaban por aquellas estatuas. Y las últimas iban seis personas con sambenito y corozas de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas entre dos alguaciles de la Inquisicion, con tan buen órden y lucidos trajes los de los penitentes, que era cosa muy de ver. Tras ellos iba, entre cuatro secretarios de la Inquisicion en muy lucidos caballos, una acémila, que en un cofre guarnecido de terciopelo llevaba las sentencias, y en lo último iban á caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Alvarado, y licenciado Alonso Salazar y Frias, llevando en medio al mas antiguo, acompañados del estado eclesiástico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba en medio de la procesion el doctor Isidoro de San Vicente con el estandarte de la Fe, puestos en muy buen órden, que representaba todo grande autoridad y gravedad.

Llegados al cadalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en el, por bajo de la Santa Cruz, las once personas que habian de ser relajadas, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la mas alta grada, y luego los reconciliados, y en lo mas bajo los que habian de ser penitenciados. Y de la otra parte del tablado, enfrente, se subia

(2) Fray Gaspar de Palencia, guardian del convento de [illegible] de Logroño, tuvo el honor de llevar la Cruz [illegible] asistir al auto como calificador del santo Oficio, [illegible] que esta relacion es toda muy conforme á los [illegible] y sentencias que se relataron en el dicho auto, y [illegible] El doctor Vergara de Porres, chantre y [illegible] de la colegial, y vicario del arciprestazgo, que [illegible] a la funcion, y concluida que fué llevó la [illegible] Cruz verde a la iglesia de donde la habian sa[illegible] el mismo que da la licencia para que se imprima [illegible] con tales seguridades no podrá dudar el lec[illegible] escrupuloso y timido que cuanto se dice en ella es [illegible] fiel de lo que se llevó en los púlpitos por los [illegible] de aquel ilustrado, santo y compasivo tribunal. [illegible] Juan de Mongaston imprimió en el año de 1618 [illegible] de don Estéban Manuel de Villegas, y el poeta [illegible] de su agradecimiento le llamó *prez de los* [illegible] que incluyo muy hiperbólico.

(3) Y por otros motivos tambien.

(4) Asueto y mula, y holgura de tres semanas; y engullir sin término, y beber sin medida. ¡Y en Logroño!

(5) Ya hemos visto en Madrid á los nietos de los infantes de la Cerda honrarse con esta dignidad, y ocuparse, acompañados de otros esbirros y de sus robustos lacayos, en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar á los calabozos de la Inquisicion tunos, libertinos, frailes y viejas. ¡Estraordinaria degradacion de la nobleza mas ilustre de Europa! ¡Vergonzoso empleo, que apetecian como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio!

Mayor desolacion y estragos piden;
Que al pié del solio del ibero Augusto
Próvido asiste de la guerra el númen :
La espada y el tridente húmido empuña,
Y la tierra y el mar de numerosas
Huestes se cubre, y de nadantes pinos
Al eco de su voz... Cede á la eterna
Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
Grabó el destino. Los imperios mueren,
Su esplendor se oscurece, la fortuna
Que los engrandeció los abandona,
Y aun la memoria de su nombre acaba.
Si es dado al tuyo que su fin dilate,
No el ceño irrites del leon, que ruge
En su caverna, y de temor desnudo
Lame las garras con tu sangre tintas.
«Divide, y vencerás. Enciende el fuego
De la discordia, y sientan las naciones
Del oro corruptor, que los delitos
Compra, el poder irresistible. Cerque
Los tronos altos sedicion traidora,
Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
Rencores, tu amistad; tu paz, oculta
Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
El favor que los débiles te pidan.
Ni guardes fe, ni los jurados pactos
Cumplas; invade, usurpa...» Dijo; y triste
Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
A los cielos clamó: *¡Guerra y venganza!*
—*¡Venganza!* repitió desde sus muros
De bronce armados Cádiz Eritrea,
Y el Espartario golfo, y la fragosa
Cumbre que cierra el seno brigantino
Clamó : *¡Venganza!...* Al gran rumor confusa
El ánima feroz, gimiendo rompe
La vestidura fúnebre, y abierto
En ancha boca el monte hasta el profundo
Abismo, en él se precipita airada.
Cárlos, la tierra que a tu pié se humilla
Pide venganza. Cumple los deseos
De los que imploran tu favor, y esperan
En nuevas lides, combatiendo audaces,
Castigar al soberbio que tu nombre
No reverencie y tu poder insulte...
Arma su diestra, y te darán victorias.

Al nacimiento de la actual condesa de Chinchon.

¿Qué voz, hiriendo la region vacía,
Turba el silencio de las selvas, donde
Vivo feliz las fugitivas horas
Que al culto de las Musas, al reposo
Dedico y al placer? La Fama es esta:
Sí, la conozco. Rápida girando
Dilata al aire las doradas plumas,
Suelto el cabello que su frente adorna,
Desceñida la túnica celeste.
Ya el son escucho de la trompa de oro,
Y absorta al gran rumor calla la tierra.
¡Qué grato anuncio el suyo! Salve, hermosa
Prole real, que del Olimpo al mundo,
Signo de paz el Hacedor envía.
¡Dos lustros de furor, en llama ardiendo
Populosas ciudades, devastada
La verde pompa de Pomona y Ceres,
Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
Trastornados imperios!... Ya la estirpe
Humana advierte, de lidiar rendida,
Que es tiempo cese el funeral estrago.
Ya el dulce nombre de la paz invoca:
La espera, y naces tú. Si alguna inflama
Pura centella del saber divino
A la mente mortal; si en el futuro
Girar del tiempo investigar es dado,
¡Cuántas debe gozar la patria un dia
Mercedes altas de la mano eterna,
Si, ya depuesto el que vibró indignada
Rayo fulminador, de su inefable
Suma bondad el don primero es este!
¡Oh Musas! adornad de nuevas flores
La móvil cuna, y al rumor süave
Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
Descanse en oro y púrpura la dulce
Prenda de vuestro númen generoso.
Grato sueño inspiradla al blando arrullo
De acorde voz, sombra la cerque oscura,
Reine muda quietud, ni el viento mueva
Fugaz sus alas, ni retumbe el rio.
Viva; y en torno de ella los amores,
Las gracias puras, la inocente risa,
La virtud y el placer unidos duren.
Y al estrecharla en cariñosos nudos
La ilustre madre, repetida admire
Su imágen celestial. Vos, entre tanto,
Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
Dado es cantar los dioses de la tierra,
Para el instante en que vigor robusto
Creciendo en ella su razon se forme,
La voz, la lira prevenid y el verso.
Sepa entonces la estirpe generosa
Que el origen la dió. Verá empuñando
En larga edad el cetro de Castilla,
A los que ya de estrellas se coronan
Abuelos suyos; sostenido el trono
Por la justicia y el valor; vengada
Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
Y el Salado y Genil correr sangrientos;
Africa absorta, esclava; osadas proas
Al ignorado imperio de occidente
Culto y leyes llevar. Verá el terrible
Poder del Asia, que en Lepanto espira,
Y la victoria oscurecer de Augusto;
Del hondo Bétis á los campos frios
Que al mar usurpa el belga, del nevoso
Apenino á las bárbaras riberas
Que inunda el Marañon, la gente hispana
Tremolar sus pendones vencedora.
Tales memorias á imitar la exciten
Altos ejemplos de virtud, y en torno
Mire admirada en mármoles y bronces
La gloria de Borbon, á quien el cielo
Quiso el dominio conceder del mundo:
Filipo, que las cumbres de Pirene
Pasó animoso, á merecer lidiando
El reino que heredó, y uniendo apenas
Al blason español los lirios de oro,
Depone de su frente la corona;
Muerte infeliz le estorba que en süave
Quietud repose, y otra vez ocupa
El solio, y otra vez reina venciendo:
Fernando, á quien las artes reverentes
Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
Y de olivas pacíficas; y el claro
Sucesor suyo de una y otra Hesperia
Dueño temido, soberano y padre.
Ya el cielo habita, y ya con él permite
Carlos que en urna breve los despojos
También descansen de su digno hermano,
Dando piadoso á su memoria ilustre
Tardo honor funeral; que tanto pudo
Imperiosa opinion, y así condena
Los errores de amor, si amar es culpa.
Y vos, príncipe escelso, á quien corona
De gloria no mortal la amiga mano
De Carlos mi señor; si el peso un dia
Del áureo cetro moderar supisteis,
Y humillado á sus piés regir su imperio;
Ved ya del celo y el afan constante
La adquirida merced, y cuánta anuncian
Próspera suerte, en su natal felice,
A vuestra sucesion esclarecida
De España el númen tutelar, y aquella
Que divide con él tálamo y trono
Suprema Augusta. Así la edad remota
Verá, con nuevos timbres sublimado,
El nombre vuestro penetrar la oscura
Sombra de olvido, y á pesar del curso
De los años veloz, durar eterno.

Silva á don Francisco Goya, insigne pintor.

Quise aspirar á la segunda vida,
Que agradecido el mundo
Al eminente mérito reserva,
De pocos adquirida
Entre los que siguieron
La inspiracion de Apolo y de Minerva.
Vanos mis votos fueron,
Vano el estudio, y siempre deseada
La perfeccion, siempre la vi distante.
Mas la amistad sagrada
Quiso dar premio a mi teson constante;
Y a ti, sublime artífice, destina
A ilustrar mi memoria,
Dándola duracion en tus pinceles,
Emulos de la fama y de la historia.
A tanto la divina
Arte que sabes poderosa alcanza,
A la muerte quitándola trofeos.
Si en dudosa esperanza
Culpe de temerarios mis deseos,
Tu me los cumples, y en la edad futura,
Al mirar de tu mano los primores
Y en ellos mi semblante,
Voz sonara que al cielo te levante
Con debidos honores,
Venciendo de los años el desvío,
Y asociando á tu gloria el nombre mio.

Elegia á las Musas.

Esta corona, adorno de mi frente,
Esta sonante lira y flautas de oro,
Y máscaras alegres, que algun dia
Me disteis, sacras Musas, de mis manos
Trémulas recibid, y el canto acabe,
Que fuera osado intento repetirle.
He visto ya como la edad lijera,
Apresurando a no volver las horas,
Robo con ellas su vigor al numen.
Se que negais vuestro favor divino
A la cansada senectud, y en vano
Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
No me negueis que os agradezca humilde
Los bienes que os debi. Si pude un dia,
No indigno sucesor de nombre ilustre,
Dilatarle famoso, á vos fué dado
Llevar al fin mi atrevimiento. Solo
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
A prestarme constancia en los es
Que turbaron mi paz, cuando luego
Vano saber, enconos y venganzas,
Codicia y ambicion, la patria mia
Abandonaron á civil discordia.
Yo vi del polvo levantarse audaces
A dominar y perecer, tiranos;
Atropellarse efímeras las leyes,
Y llamarse virtudes los delitos.
Vi las fraternas armas nuestros muro
Bañar en sangre nuestra, combatirse
Vencido y vencedor, hijos de España
Y el trono desplomándose al vendido
Impetu popular. De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gade
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, uno y otro imperio
Iras, desórden esparciendo y luto,
Comunicarse el funeral estrago.
Así cuando en Sicilia el Etna ronco
Revienta incendios, su bifronte
Cubre el Vesubio en humo denso.
Turba el Averno sus calladas on
Y allá del Tibre en la ribera e
Se estremece la cúpula so
Que al vicario de Cristo da o.
¿Quién pudo en tanto horror m e
¿Quién dar al verso acordes arm
Oyendo resonar grito de muerte?
Tronó la tempestad; bramó iracundo
El huracan, y arrebató á los campos
Sus frutos, su matiz; la rica pompa
Destrozó de los árboles sombríos;
Todas huyeron tímidas las aves
Del blando nido, en el espanto
No mas trinos de amor. Así agitar...
Los tardos años mi existencia, y pudo
Solo en region estraña el oprimido
Animo hallar dulce descanso y vida.
Breve sera, que ya la tumba aguar
Y sus mármoles abre á recibirme;
Ya los voy a ocupar... Si no es eterno
El rigor de los hados, y reservan
A mi patria infeliz mayor ventura,
Dénsela presto, y mi postrer suspiro
Sera por ella... Prevenid en tanto
Flébiles tonos, enlazad coronas
De ciprés funeral, Musas celestes;
Y donde á las del mar sus aguas mez
El Garona opulento, en silencioso
Bosque de lauros y menudos mirtos,
Ocultad entre flores mis cenizas.

NOTAS A LAS POESIAS SUELTAS.

penas, Fabio, lo que diez creo. Esta sátira, que publicó la Aca-española en el año de 1782, y reimprimió despues en la coleccion premiadas, ha sido posteriormente corregida por el autor para nuevo á la prensa.

se en ella la poesía en sus tres generos principales: lírico, épico tico, prescindiendo de los demás en que estos pueden subdivi-as logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su duciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fanta-sus afectos, á lo que refiere, celebrando los héroes y los gran-[illegible] que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el na imagen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, ipirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

lírica, despues de hablar de los argumentos triviales y de nin-res, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exa-, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los s y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de re-la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes gro-ue desacreditan á su autor y a quien los celebra. Desaprueba en os antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que n estilo afectado y pedantesco: aludiendo particularmente á los Góngora, Villamediana y Silveira, y en los modernos la mez-da de los arcaismos con palabras, acepciones y locuciones s, que alterando la sintaxis de nuestro idioma, destruyen por ente su pureza y su peculiar elegancia.

épica se hace cargo de dos defectos muy considerables: falta y de ficcion. Del primero resultan epopeyas languidas, ó [illegible] historias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia res ni deleite. Por el segundo, la fábula épica se confunde en litud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban eso del poema, y cuando en el os se abusa de lo maravilloso, ba-narracion increible. Por las indicaciones que da el autor en esta se infiere que considero como faltos de invencion los poemas *Araucana* de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Me-*Villagran, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angé-*Luis Barahona de Soto. Estiende su crítica a las menudencias que degradan la sublimidad de la epopeya; a las imágenes re-[illegible] en las descripciones de las batallas, a los estravíos de la fan-a la importuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dra-estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), [illegible], globos y espejos encantados, y otras invenciones deriva-los libros caballerescos, que ya no sufre la filosofía de nuestra esceden los límites de toda licencia poética.

dramática acusa el autor a nuestros antiguos poetas de haber [illegible] los dos generos trágico y cómico, de la inobservancia de las [illegible], de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al os argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó reco-do los de otra clase mas elevada como acciones positivamente [illegible]. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los lla-graciosos, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fati-[illegible] apariciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondi-cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la [illegible] la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados con-y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas en-das fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablos, y las [illegible] personajes mitológicos (último esceso del error), mere-tambien la desaprobacion del poeta.

[illegible] la presente composicion debe considerarse, que la Academia [illegible] á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema [illegible] Juan de la Cueva escribió en verso con poco método, redun-[illegible] y no segura crítica una compilacion de preceptos [illegible] al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su len-[illegible] poética de Boileau, nos falta en España un poema se-[illegible] aparece, solo la *Leccion poética* puede suplirle.

[illegible] que en tulce nudo. Don Gaspar Melchor de Jo-[illegible] uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los rei-[illegible] Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, juris-[illegible], magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas pren-[illegible] la dulzura de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A [illegible] célebre debió Moratín una cordial estimacion, que ni la au-[illegible] tiempo, ni las vicisitudes y alteraciones políticas, pudieron [illegible]. No se omita en el recuerdo de un varon tan ilustre [illegible] sus ideas y su conducta no era acomodada á la edad de corrupcion en que vivió, ni al palacio, que nunca [illegible]. No es mucho pues que el autor de *el Delin-cuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal noticia de su delito.

Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion estranjera, su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellanos á ocupar el puesto que le pertenecia; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados, le arrojaron de él: que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apenas halló el benemérito escritor de *la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

(3) *A vos el apuesto, complido garzon.* Los inteligentes dirán cuál sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no solo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Mientras aquel personaje mereció la predileccion del soberano, y dispuso a su voluntad de los destinos de la monarquía, los literatos y los artistas solicitaron su favor, como los prelados, los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Arbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle: todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratín entre los humanistas que florecian entonces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfía le presentaban los demás. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fue su amigo Moratín, ni su consejero, ni su criado, pero fue su hechura, y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratín estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas que llegaron despues á trastornar el órden público, habrá sido bastante para despojar á este literato español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, mientras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

(4) *¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones...* Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus frases y versos, y presentárselo al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que, reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasajes del centon con sus mismos originales. Esta precaucion, y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion, de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las *lecciones de Hugo Blair*. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jáuregui, Rioja, Argensola, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Melendez; porque no castigaron sus poesías*, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de *Melendez*, *y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.*

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, descaminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar solo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera limar, castigar y perfeccionar.

(5) *Ya los felices campos que corona.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista

Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latina, compuestas al mismo asunto, en el año de 1783.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética; aplicó á la festividad del Corpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfador, á cuya planta
Yace el hereje impío, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber sin estudiar, este es el mas breve.

(6) *Flumisbo, el celebrado.* Don Nicolas Fernandez de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780. Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginacion del poeta, y el estudio que habia hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificacion son comunes á todas sus obras. Menos apto su talento para la imitacion dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entonces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfeccion que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los estravíos del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, dan á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

(7) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificacion de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximacion (ya que la identidad es cosa imposible) basta un oido acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el numero, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitacion aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificacion castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermudez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Esteban de Villegas, en su traduccion de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

(8) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernandez, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó despues á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigia en Madrid Manuel Martinez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público, por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplicacion al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo menos sustituir en su lugar un estilo fantástico, espresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

(9) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios esteriores mas inmediatos á sus murallas. La órden se cumplió con funesta prontitud; y en pocos dias se demolieron el convento de la *Zaidia*, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio; se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus orillas: todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo establecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga: la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio; y si como fué un francés el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años ha, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo solo de su ignorancia. Tal es la variedad de los juicios humanos: el poeta celebra al general francés, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

(10) *Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, espatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por [illegible] de juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aflicciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo XIX, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

(11) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta coleccion se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

(12) *Febo, desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su esquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la eleccion é imitacion de los mejores modelos; de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nuestros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven, que empezaba entonces la carrera poética, sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elogio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto:

Fra i cari suoi, vanta la gloria un figlio,
Che vivi rai pria nel senato ibero
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i successor di Piero.
Ei, fra lire di Marte, e nel periglio
Resse lo stato, e freno l'anglo altero:
Tolse la patria all'africano artiglio,
E dell'Egeo le vie schiusse al nochiero.
Per lui Pallade ha templo: e la, di quante
Natura erbe creó chiostra verdeggia:
Per lui piano é il cammin su gli ardui scogli.
Vom, non di fregi e d'or ch'offre la reggia;
Ma de suoi re, ma di sua patria amante...
Deh! si gran dono, ó ciel, tardi vitogli.

(13) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau sigue esta opinion, asegurando que apenas entre mil sonetos franceses se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España: pocos hay que puedan contarse por escelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta; y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensolas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos execrablemente malos, también lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se estravíe á la juventud con falsos raciocinios; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demás con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿qué podrá escribirse? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes, aplicados á la teoría de las artes que no háyamos practicado jamas.

(14) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La esposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrienta contra todas las demás de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya venciendo, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos esclusivos de la paz. Los estranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el lujo

[illegible]

los éthicos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectacion ni soberbia. Los niños corrian á buscarle, cuando le veian de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecia. Honor á la sencilla virtud; que de esto hay poco.

(20) *¡Oh, cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicona. El que no trate de reducir a formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesía. La creacion, el paraíso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla, y hundiendo en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el dia para dar término á su victoria; David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saul; Jezabel despedazada, la soberbia Atalía, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden escitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de mayor interés, que elevan á un alto grado de heroismo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el sarafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Númen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mejores poetas, son las demás tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. O él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no solo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motetes y villancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares, interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

AUTO DE FE

CELEBRADO EN LA CIUDAD DE LOGROÑO,

EN LOS DIAS 6 Y 7 DE NOVIEMBRE DE 1610.

[illegible]n de las personas que salieron al Auto de la Fe que [illegible]nores don Alonso Becerra Holguin, del habito de [illegible]tara, licenciado Juan Valle Alvarado, y licenciado [illegible] de Salazar y Frias, inquisidores apostólicos del [illegible] de Navarra y su distrito, celebraron en la ciudad [illegible]groño en 7 y 8 dias del mes de noviembre de 1610 y de las cosas y delitos por que fueron castigadas.

APROBACION.

[illegible] Vergara de Porres, chantre y catedratico [illegible], vicario por el señor obispo de [illegible] fray Gaspar de Palencia, guardian del convento de San [illegible] de Logroño, y consultor del santo Oficio, [illegible] y sentencias que se relataron en [illegible] inquisidores en la dicha ciudad en 7 [illegible] de 1610 años, y hallo ser toda muy con[illegible], y ninguna cosa de la dicha su[illegible] nuestra santa fe catolica y buenas costumbres [illegible] que venga a noticia de to[illegible] de los engaños de Satanas. Fecha en San [illegible] de 1611. — Fray Gaspar de Palencia.

LICENCIA.

[illegible] Vergara de Porres, chantre y canonigo de la colegial de [illegible] de la Redonda de esta ciudad de Logroño, y vicario en [illegible] por don Pedro Manso, obispo [illegible] de la Calzada, del consejo del rey nuestro señor etc. Por las [illegible] Juan de Mongaston, impresor, [illegible] para que pueda imprimir esta sumaria re[illegible] Auto de la Fe [illegible] celebrado en esta dicha ciudad en 7 y 8 [illegible] noviembre del año de 1610, sin incurrir en pena ni cen[illegible] haber en ella cosa contra nuestra santa fe ca[illegible] costumbres.

[illegible], a 7 de enero de 1611 años. — El doctor Vergara de [illegible] mandado, Cristobal de [illegible], notario.

JUAN DE MONGASTON [illegible] IMPRESOR, AL LECTOR.

[illegible] ha llegado a mis manos, y por ser tan sustancial, y que [illegible] con gran verdad y puntualidad los puntos [illegible] que se refirieren en las sentencias de los recon[illegible] por la demoniaca secta de los brujos, he querido [illegible], para que todos en general y en particular puedan tener no[illegible] grandes maldades que se cometen en ella, y les sirva de ad[illegible] para el cuidado con que todo cristiano ha de velar sobre su alma.

Impresa con licencia en la muy noble y muy leal ciudad de Logroño, en este año de 1611 años.

AUTO.

ESTE Auto de la Fe es de las cosas mas notables que se han visto en muchos años, porque á él concurrió gran multitud de gente (3) de todas partes de España y de otros reinos, y sábado 6 dias del mes de noviembre se comenzó el Auto con una muy lucida y devotísima procesion, en que iban, lo primero, siguiendo un rico pendon de la cofradía del santo Oficio, hasta mil familiares, comisarios y notarios de él, muy lucidos y bien puestos, todos con sus pendientes de oro y cruces en los pechos. Despues iba gran multitud de religiosos de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco, la Merced, la Santísima Trinidad y la Compañía de Jesus, de los cuales hay conventos en la dicha ciudad, y para ver el dicho Auto, de todos los monasterios de la comarca habia acudido tanta multitud de religiosos (4), que vino á ser tan célebre y devota esta procesion como jamas se ha visto. Al cabo de ella iba la Santa Cruz verde, insignia de la Inquisicion, que la llevaba en hombros el guardian de San Francisco, que es calificador del santo Oficio, y delante iba la música de cantores y ministriles, y cerraban la procesion dos dignidades de la iglesia colegial y el alguacil (5) del santo Oficio con su vara, y otros comisarios y personas graves, ministros del santo Oficio, que todos en muy buen órden llevaron á plantar la Santa Cruz en lo mas alto de un gran cadalso de ochenta y cuatro piés en largo y otros tantos en ancho, que estaba prevenido para el Auto, y con vistosos faroles y familiares de guarda estuvo toda la noche, hasta que el dia siguiente, luego que amaneció, salieron de la Inquisicion. Lo primero, cincuenta y tres personas que fueron sacadas al Auto en esta forma: Veinte y un hombres y mujeres que iban en forma y con insignias de penitentes, descubiertas las cabezas, sin cinto, y con una vela de cera en las manos, y los seis de ellos con sogas a la garganta, con lo cual se significa que habian de ser azotados. Luego se seguian otras veinte y una personas con sus sambenitos y grandes [illegible] con aspas de reconciliados, que tambien llevaban sus velas en las manos, y algunos sogas á la garganta. Luego iban cinco estatuas de personas difuntas con sambenitos de relajados, y otros cinco ataudes con los huesos de las personas que se significaban por aquellas estatuas. Y las últimas iban seis personas con sambenito y corozas de relajados, y cada una de las dichas cincuenta y tres personas entre dos alguaciles de la Inquisicion, con tan buen órden y lucidos trajes los de los penitentes, que era cosa muy de ver. Tras ellos iba, entre cuatro secretarios de la Inquisicion en muy lucidos caballos, una acémila, que en un cofre guarnecido de terciopelo llevaba las sentencias, y en lo último iban á caballo los señores inquisidores doctor Alonso Becerra Holguin, licenciado Juan de Valle Alvarado, y licenciado Alonso Salazar y Frias, llevando en medio al mas antiguo, acompañados del estado eclesiástico al lado derecho, y de la justicia y regimiento al lado izquierdo, y un poco delante iba en medio de la procesion el doctor Isidoro de San Vicente con el estandarte de la Fe, puestos en muy buen órden, que representaba todo grande autoridad y gravedad.

Llegados al cadalso los penitentes, fueron puestos en unas gradas muy altas que estaban en él, por bajo de la Santa Cruz: las once personas que habian de ser relajadas, que eran cinco hombres y seis mujeres, en la mas alta grada, y luego los reconciliados, y en lo mas bajo los que habian de ser penitenciados. Y de la otra parte del tablado, enfrente, se [illegible]

[illegible]ay Gaspar de Palencia, guardian del convento de [illegible]ncisco de Logroño, tuvo el honor de llevar la Cruz [illegible] asistir al auto como calificador del santo Oficio, [illegible]a que esta relacion es toda muy conforme a los [illegible] y sentencias que se relataron en el dicho auto, y [illegible]dadera. El doctor Vergara de Porres, chantre y [illegible]o de la colegial, y vicario del arciprestazgo, que [illegible]mbien a la funcion, y concluida que fué llevo la [illegible]la Cruz verde a la iglesia de donde la habian sa[illegible] el mismo que da la licencia para que se imprima [illegible]. Con tales seguridades no podra dudar el lec[illegible] escrupuloso y timorato que cuanto se dice en ella es [illegible] fiel de lo que se leyo en los pulpitos por los [illegible] de aquel ilustrado, santo y compasivo tribunal. [illegible] Juan de Mongaston imprimio en el año de 1618 [illegible] de D. Esteban Manuel de Villegas, y el poeta [illegible] de su agradecimiento le llamo *prez de los* [illegible] que sin duda es muy hiperbolico.

(3) Y por otros motivos tambien.

(4) Asueto y mula, y holgura de tres semanas; y engullir sin término, y beber sin medida. ¡Y en Logroño!

(5) Ya hemos visto en Madrid a los nietos de los infantes de la Cerda honrarse con esta dignidad, y ocuparse, acompañados de otros esbirros y de sus robustos lacayos, en saltar de noche guardillas y zahurdas, y arrastrar a los calabozos de la Inquisicion tunos, libertinos, frailes y viejas. ¡Estraordinaria degradacion de la nobleza mas ilustre de Europa! ¡Vergonzoso empleo, que apreciaban como blason hereditario de su casa los descendientes de Alfonso el Sabio!

nen en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y darles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y estendia hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponia en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y a hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va enconando é hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas,» y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barreña que para ello le ponen, la cual recogen y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres dias de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, diciendo: «señor, en tu nombre me unto; de aquí adelante yo he de ser una mesma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios.» Y María de Zozaya añade que decia ciertas palabras en vascuence, que quiere decir *aquí y allí*. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y así María de Yurreteguia se quejaba y decia á María Chipía, su tia, que para qué la achicaba y ponia tan chiquita, y le respondia que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvia á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (28), llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otras veces se van por su pié, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llegan al aquelarre, donde está el demonio con horrenda y muy espantosa figura. Y Graciana de Barrenechea, reina del aquelarre (29), dice que es de un gravísimo y malísimo olor. Y puestas de rodillas en su presencia, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corros; y á los que dejan de acudir á los aquelarres (aunque sea por precisa ocupacion ó por grave enfermedad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para ello en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Telechea confiesa (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasion de que habiendo sido elegido su marido por rey de los moros (á usanza de aquella tierra, para se holgar y festejar la fiesta de San Juan en competencia de otro rey, que también eligen, de los cristianos, como era reina, tuvo ocupacion legítima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto la maltrataron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender estaba con mal de corazon, para que su marido no viniese á imaginar y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con ella acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, sin que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echaron sueño para que no pudiese despertar (30); y en todo el dia estuvo tan mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los azotes) estaba con grave enfermedad de corazon. Y refieren otros grandes castigos que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir con mucha puntualidad á los aquelarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquelarres, no osan hablar ni poner en plática las cosas que pasan en ellos, aunque estén juntos en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ello los manda azotar muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (concordando con otros muchos que lo declaran dél) que era verdugo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que parlaban las cosas que pasaban en él, y descubrian que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unos manojos de mimbres retorcidos, ó con unos espinos muy ásperos, que se les metian por la carne y salia sangre, y que lo mas ordinario el demonio sacaba luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y polvos) (32) un botecito de barro colorado, en que tenia un ungüento con que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se les quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y llevaban en sus carnes metidas las puntas de los espinos, y que diversas veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se las estaban sacando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos niños declarado en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana los llevaban al aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y viendo los padres sus malos tratamientos, y que los niños se consumian y estaban con los dolores, acudieron al vicario de la iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, y en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuarenta niños, donde también dormia el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia los bendecia y conjuraba echándoles agua bendita, por lo cual no los podian sacar de casa. Y que aquella noche por órden del demonio hacian sus juntas muy cerca de la casa del dicho vicario.

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendiguez.

¡Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuitados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí á un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoni, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nitrate, y sulfureto, acetite y cenizas graveladas, en fin, él allá se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenia el rey en la cárcel, á peticion de su casero, y cuando salia de ella comia bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormia debalde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazuencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pobrísimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y adivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estraccion: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tio Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectore*, como yendo en una ocasion desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebídose un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á deshora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban cruzando por la media region. Oyó voces de hombres, y risotadas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderetas; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,
Tres de Pozuelo,
Y la Capitanita
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaracion (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramurdi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demasiado comun y habitual en muchos maridos; adolecen de ello, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que hay tontos que se dejen aporrear y azotar sabiendo que está en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. ¡Gran boticario!

hombre negro con una corona de cuernos pequeños y tres de ellos son muy grandes, y como si fuesen de cabron, los dos tiene en el colodrillo y otro en la frente, con que da luz y alumbra a todos los que estan en el aquelarre, y la claridad es mayor que la que da la luna, y mucho menos que la que da el sol, y la que basta para que todas las cosas se vean y conozcan, y los ojos tiene redondos, grandes, muy abiertos, encendidos y espantosos, la barba como de cabra, el cuerpo y talle como entre hombre y cabron, las manos y pies con dedos como de persona, mas de que son todos iguales, agudos acia las puntas con uñas espantosas, y las manos corvas como ave de rapiña, y los pies como si fuesen de ganso. Tiene la voz espantosa, desentonada, y cuando habla, suena como un mulo cuando rebuzna, tiene la voz ronca y las palabras que habla son mal pronunciadas, que no se dejan entender claramente, y siempre habla con voz triste, ronca, aunque con mucha gravedad y arrogancia, y su semblante es muy melancolico, y parece que siempre está enojado. Y cuando la bruja maestra le presenta el novicio le dice: Señor, este os traigo y presento; y el demonio se le muestra agradecido, y dice que lo ha hecho bien, para que con aquel vengan muchos mas. Y luego le manda que se ponga de rodillas en presencia del demonio, y que reniegue en la forma y de las cosas que la bruja su maestra le lleva industriado, y el novicio dice el demonio las palabras con que ha de renegar, las repite el novicio, y reniega lo primero de Dios, de la Virgen Santa Maria, su madre, de todos los santos y santas, del bautismo y confirmacion y de ambas las crismas, y de sus padrinos y padres, de la fe y de todos los cristianos, y recibe por su dios y señor al demonio; el cual le dice que de alli adelante no ha de tener por su dios y señor al de los cristianos sino a el, porque es el verdadero dios y señor que le ha de salvar y llevar al paraiso. Y luego le recibe por su dios y señor, y le adora besando en la mano izquierda, en la boca y en los pechos, encima del corazon y en las partes vergonzosas. Y luego se revuelve sobre el lado izquierdo, y levanta la cola que es como la que tienen los asnos, y descubre aquellas partes, que son muy feas y las tiene siempre sucias y muy hediondas, y le besa tambien en el ojo de debajo de la cola. Y luego el demonio tiende la mano izquierda, y bajandola por la cabeza acia el hombro izquierdo o en otras diferentes partes del cuerpo, segun que a el le parece, le hace una marca, [illegible] con que le hace una herida, y saca sangre, que recoge en algun paño o en alguna vasija, y el novicio siente de la herida muy gran dolor, que le dura por mas de un mes, y la marca y señal por toda la vida. Y despues en la niña de los ojos con una cosa caliente, como si fuese de oro, le marca sin dolor un sapillo, que sirve de señal (11) con que se conocen los brujos unos á otros. Y luego el demonio da a los novicios ciertas monedas de plata en precio y compra de aquel esclavo, y un sapo vestido, que es un demonio en aquella figura, para que sirva como de guarda (12) al brujo novicio que ha renegado. Y es cosa notable que por la mayor parte las monedas se desaparecen, que la bruja maestra tiene poco dicha en ellas, mayormente si no las gastan dentro de [illegible] despues que las reciben. Y el sapo siempre por cuenta con poder de los brujos, teniendole y sustentandole la maestra mucho tiempo, hasta que el demonio se lo manda entregar al brujo novicio. Tan bien es cosa notable que la marca que el demonio les hace, es de tal condicion, que con ella les amortigua la parte por donde entra la uña del demonio, de manera que aunque por ella les metan (13) una aguja o alfiler, no sienten dolor ninguno. Y en la sentencia de Joanes de Echalar, herrero, se refiere que habiendo dicho el que la marca se la habia puesto el demonio en la boca del estomago, los señores le mandaron mirar, y hallando la señal, hicieron que por ella le metiesen un alfiler, y apretaron tanto, hasta que el alfiler se quedó torcido y derecho, diciendo siempre que no sentia cosa ninguna, y poniendoselo sobre otra cualquier parte de su cuerpo, luego se quejaba y sentia mucho dolor.

Acabado de hacer el reniego, el demonio y demas brujos ancianos que estan presentes advierten al novicio que no ha de nombrar el nombre de Jesus ni de la Virgen Santa Maria, ni se ha de persignar ni santiguar, y luego le mandan que se vaya á holgar y bailar con los demas brujos alrededor de unos fuegos fingidos que alli el demonio les presenta, y les dice que aquellos son los fuegos del infierno, y que entren y salgan por ellos, y veran como no queman ni dan pena ninguna, y que asi pues no hay mas pena que aquella en el infierno, que se huelguen y hayan placer, y no teman de hacer cuanto mal pudieren, pues los fuegos del infierno no queman ni hacen mal ninguno, con que se animan á cometer todo genero de maldades, y se huelgan y entretienen bailando y danzando al son de tamboril y flauta, que en el aquelarre de Zugarramurdi (14) del cual eran casi todos los dichos brujos, le tañia uno que se llamaba Joanes de Goiburu, y al son de atambor, que le tañia otro que se llamaba Juan de Sansin (15), ambos primos, que fueron sacados al Auto, y reconciliados por haber sido buenos confitentes, y duran en las dichas danzas y bailes, haciendo fiesta al demonio (que los está mirando), hasta que es hora de cantar el gallo, despues de media noche, que se vuelven todos a sus casas acompañados de sus sapos vestidos, y se deshace la junta porque no pueden estar mas en ella, y en muy breve tiempo llegan á sus casas. Y el dicho Juan de Goyburu, algunas noches que venia al aquelarre desde otro lugar que esta a dos leguas del de Zugarramurdi, confiesa que cuando se volvia á el, si llegaba a hora de cantar el gallo (16), su sapo vestido se le desaparecia y dejaba en el camino, y le proseguia a pie hasta su casa, porque no podia ir mas por el aire.

(11) Infiérese de aqui que las seis desventuradas brujas, achicharradas por el docto Holguin con autoridad apostolica, tendrian cada una de ellas su sapito en el ojo. Cosa averiguada y constante, y de lo cual no debe dudar el lector benevolo.

(12) Una especie de asistente, o paje, o pedagogo, o escudero de a pie, o hermano lego.

(13) En el año de 1652 quemaron en Jinebra a una muchacha llamada Micaela Chaudron, a quien llegaron a persuadir que era hechicera. El estracto del proceso es este. Habiendose Micaela Chaudron encontrado con el diablo a las puertas de la ciudad, el diablo la dio un beso, la recibió por suya, la imprimió en el labio superior y en la teta derecha la señal que acostumbra a poner a aquellas personas a quienes mas particularmente favorece. Este sello del diablo es una marca que deja insensible la parte en que está, como lo afirman todos los jurisconsultos demonógrafos. Mandó el diablo a la pobre Micaela que hechizase a dos muchachas que la indicó, lo cual ella hizo con la mayor diligencia y puntualidad. Los parientes de las muchachas acusaron a la Chaudron, y esta y las otras fueron interrogadas y presentadas al careo. Confesaron que sentian cierto prurito o comezon en algunas partes de su cuerpo, y que, por consecuencia precisa, estaban endemoniadas. Llamaronse medicos, o a lo menos doctores en medicina, visitaron a las tres muchachas, buscaron en la Micaela el sello infernal, y para hallarle la metieron por distintas partes una aguja muy larga; salio mucha sangre, y la paciente manifestó con sus alaridos que los sellos diabolicos no la habian dejado insensible. Viendo pues los jueces que aun no estaba plenamente probado que fuese hechicera, la aplicaron á cuestion de tormento, secreto infalible para obtener cuantas pruebas se necesitan. Cedió la infeliz a la violencia de la tortura; confesó cuanto exigieron de ella; pero como quiera que los médicos no estaban satisfechos todavia con la operacion judicial, repitieron las suyas en busca del sello del diablo. Tanto hicieron, que llegaron a descubrir un pequeño lunar en un muslo de la muchacha; metieron de nuevo la aguja, y como las mortificaciones del potro habian sido tan terribles, apenas sintio aquella víctima desdichada las pruebas que estaban haciendo. Esto fue bastante para que la medicina y la jurisprudencia diesen por averiguado el delito; bien que como ya empezaban a suavizarse mucho las costumbres, aunque es cierto que la quemaron, usaron de la cortesia de ahorcarla primero.

En todos los tribunales de la Europa cristiana se fulminaban iguales sentencias, y esta barbara estupidez ha durado tanto, que en los tiempos modernos, en el año de 1750, han quemado con toda solemnidad en Wurtzburgo, ciudad de Franconia, a una mujer acusada de ser hechicera, señora de mucha distincion, abadesa de un convento. ¡Y en nuestra edad y siendo emperatriz Maria Teresa de Austria! (*Voltaire, Diccionario filosófico.*)

(14) Lugar pequeño del reino de Navarra en el valle de Bastan, a doce leguas de Pamplona. En el año de 1802 ascendia a poco mas de cuatrocientas personas todo su vecindario.

(15) Se ve que el demonio se acomoda al uso de la tierra. *Adonde fueres, haz como vieres.* En Valencia gustan mucho las brujas de atabalillos y dulzainas, y canto la jota; en la Mancha tocan panderos y tiples; en Andalucia sonajas y panderetas; en Galicia gaitas, en Portugal guitarras, y en Zugarramurdi se huelgan con la flauta de Goyburu y el tamborino de Juan Sansin.

(16) El gallo es un pajaro muy de bien, y no consiente picardias. Asi que el empieza a cantar, van que el diablo se los lleva brujas, y silfos, y espectros, y lemures, y trasgos, y duendes, y toda la descreida canalla de visiones horrendas, que durante la noche hacen tantas travesuras por los barrancos, encrucijadas y cementerios. Si todos supiesen la habilidad de este cantor, en mas estimacion le tuvieran, y la gente regalona no se daria tanta prisa a comer pollos.

En los teatros de Inglaterra se recomienda mucho esta virtud del gallo, y en una de sus mas aplaudidas trage-

Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, untándolos y llevándoselos al aquelarre, porque no quiere que reniegueu hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de Maria de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habia criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió á que fuese con ella á un campo donde se holgaria mucho, industriándola en lo demás que habia de hacer, y dándola noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquelarre, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que renegase de la Vírgen Santa María (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguian temiéndose de que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun deseo de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habia de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometia como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dió, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando tambien cómo, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que lo comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del altar. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre con mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de muerte, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estaba de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Y habiéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchos y buenos consejos, y la consoló y animó, mandándola que muy de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darla la absolucion hasta que tuvo órden para ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala seta, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciese bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquelarre y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y visto cómo eran brujas ciertas personas, y entre ellas la dicha María de Yurreteguia; y habiendo venido esto á noticia de Estéban de Navalcorea, su marido, el y sus deudos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y empeño afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedia al mundo venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á hablar á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decia, la cual respondió que la pusiesen en presencia de ella y la convenceria y haria confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dijo muchas razones y cosas que habian pasado en el aquelarre, y la dicha María de Yurreteguia se defendia jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban á la dicha María de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y convencida, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un desmayo, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto en sí con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó cómo era verdad todo lo que la francesa decia, y que ella habia sido bruja desde muy niña por enseñanza de María Chipia, su tia y hermana de su madre (que tambien fue sacada al Auto y reconciliada), y dijo y confesó muchas cosas que habia hecho siendo bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdon á sus vecinos de los males que les habia hecho, y públicamente confesó como era bruja, y les pidió perdon. Y confiesa que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que nunca hasta entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzaron á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquelarre, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquelarre, estando el demonio y todos sus brujos con el, les dijo el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar de su casa á la dicha María de Yurreteguia para la llevar al aquelarre. Y poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puercos y cabras, y á Graciana de Barrenechea (que era reina del aquelarre) en figura de yegua, se fueron á la casa de María de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la huerta de ella (dejando todos los brujos mozos en la dicha huerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de tener para sacalla de su casa y llevar al aquelarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndoselas el demonio; y hallaron que la dicha María de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convocado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenian todos los de la casa de los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquelarre é irian á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquelarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escaño, y por cima dél sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha María de Yurreteguia, y para la llamar haciéndole señas que fuese con ellos. Y María Chipia, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí la llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándola que se la habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendia dando voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echádoles unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha María de Yurreteguia, la cual á voces decia: «dejadme, traidores, no me persigais mas, que harto he ya seguido al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rosario que tenia al cuello, levantó la cruz del en alto diciendo: «dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me ha de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye a su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni ánima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreva á presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadenita y olor de azufre, y *¡ay de mí!* pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿á quién se debe? Al gallo. ¡Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socaliñas y malos partos nos ahorra!

(17) *Illiacos intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Vírgen Santísima, ¡adónde vamos a parar! Esta es doctrina frailesca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, tambien yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿seguir despues la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femenino, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion a tanto númen? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme a la estabilidad de sus refectorios.

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escaño, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludovico Enio en la comedia de ***El purgatorio de san Patricio.***

Yo no sé por qué no habiamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso

[illegible]

se representan *La peregrina ... , la María predicador*, *María la Remoradora*, *El Diablo universal*, *El Nazareno Sanson*, *El Votado de Tayes*, *El Convidado de piedra*, *El Lucero de Madrid y Pedro Vizcardo*, con sus dos hijos endemoniados, y el Cristo que habla y dice con voz ... y ... ya estas perdonado, Pedro.

(21) Esto es muy comun en los lugares, pero ya no son las brujas ni el demonio los autores de tales fechorias, son otra clase de gentes. El tio ... le arranca las lechugas al tio Herodes, y le rompe la tinaja del aceite, el hijo del Chato quema las colmenas de Anton Chiribitas; y Panchurrin y Canencia hacen astillas en una noche la parra de don Clerigos el Herrero, le quitan las camisas de la azotea, y le echan rescoldo en el peluquin, pero esto no se remedia con agua bendita ni exorcismos. Pide justicia ... no pocas veces.

22 ... esto, que el que no se confesaba reo ... tenia que esperar misericordia ... tribunal! No pudo inventarse ... de hallar culpa donde no la hubiese. ... siempre quedaba acreditado o de compasivo o de ... castigo al que confesaba, y quemando ... no queria confesar. Al malvado y al debil se les ... medios faciles para evitar el rigor de la ley, pero ... inocente, el virtuoso, el que estimaba en mas que la vida el ... de su conciencia, perecia en las llamas.

(23) ¡... asunto para una egloga! Si yo fuera ... brujos, ... poetas,

[illegible]

los dos en cueros vivos, los dos chorreando unguento verde y fetido, y pastoreando sapos por los campos de Barahona en una noche lluviosa de diciembre, cantando uno y otro al son del tamborino sus celos, sus esperanzas, sus dulces amores con las brujas de Angon, de ... de Jirueque y de la Rebollosa. Mezclaria oportunamente en sus ... discretos encomios del gran ... que los preside; les haria cenar ... de ahorcado, lagartijas y ... de lobo, y como ya es costumbre inveterada que todas las eglogas se concluyan al anochecer, la mia (por no parecerse a ninguna) se acabaria al cantar del gallo, y el *quiquiriquí* me serviria de desenlace.

(24) Ya me lo daba a mi el corazon.

(25) La triste bruja que hubiese de vestir a tanto sapito de paño y terciopelo, y traerlos a todos ellos decentes y aseados, como es regular, se veria muy apurada; pero el prudente demonio removio este obstaculo, disponiendo que los vestidos (por un continuado milagro) ni se les empuerquen, ni se les rompan. Con su ... de percal, su chaqueta, su pantaloncito, sus ... botas y su gorro a cada uno, los tiene ya equipados para toda la vida. Es gasto, pero al fin se hace de una vez; y en verdad que no nos sucede lo mismo a nosotros, los que no somos sapos, que a cada paso tenemos que llevar dinero a la tienda de Castillo para sustituir calzones y renovar levitas.

26 Que el vestido del ...
... que ... es el ...

(27) Esto no me gusta. ¡Tanto apetito y tanto regodeo, y que se les ha de dar una comida tan esplendida, y que a cada paso se han de estar quejando de que no los tratan bien! ¡Vaya, que son melindrosos y de mal contentar los tales sapitos, que no he visto tal en mi vida! ¡Pues pese a su alma, ¿no ven que el gran pontifice del aquelarre, que vale mas que ellos y toda su generacion, se contenta con una pepitoria de sesos y tabas de muerto, y ellos ... ridiculo vulgo de diablos) han de exigir de la pestilente bruja que los cuida manjares mas delicados y esquisitos? Es imposible que la pobre mujer no se vea negra para

adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oido, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo talle y figura que el del aquelarre, aunque mas (36) pequeños, y de ordinario son seis ó siete, y cuando son menester se aparecen allí muchos en gran cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y deslustrado, y un dosel, y en él unas imágenes de figuras del demonio, cáliz, hostia, misal y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia para decir misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, ayudándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces bajas, roncas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que parece de piedra, y les predica un sermon, en que les dice que no sean vanagloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y llevar al paraiso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, él les dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo el mal que pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertorio, asentándose para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas antigua y preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portapaz en la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra mano una vacinilla como las que usan en las iglesias con que piden para alumbrar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada uno de los dichos eslabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á ofrecer cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pié izquierdo hasta llegar á hincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapaz, y echan en la (37) vacinilla el dinero que llevan para ofrecer, y unos ofrecen un sos, que es media tarja, y otros tarja entera, y los mas ricos y poderosos ofrecen un franco, que son tres tarjas, y cuando los echan en la vacinilla dicen: *esto por el honor del santo y honra de la fiesta;* y las mujeres también ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el diálogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprímalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convengámonos.

DON PABLO.

Imprímase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas son las opiniones;no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegírico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artífice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creido que valia mas que muchas disertaciones la reimpresion de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debia hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavía en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar á la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede elegir, para evitar ambos estremos, sino el de publicar el aquelarre como está, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Doy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estremecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Logroño con esa pregunta. Ella lo creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de personas, lo imprimió para que lo leyèsen los que no lo oyeron. Ella debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué oidos honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es lícito desnudar á Venus, ni aun para azotarla.

EDITOR.

Sí, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco halagüeños, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quién ha de hallar complacencia ni peligro en semejante lectura, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que añadir? Lo mismo digo acerca de la ridícula misa del diablo. ¿Qué perjuicio ha de resultar de la descripcion disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguirá venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, lea la que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN

Sí por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en creciendo se ordenarán á la diablesca, serán predicadores sabatinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) ¡Por qué tanto el demonio misacantano no habia de ser también aficionado á la limosnita!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán tortillas; que *el abad de lo que canta yanta.*

[illegible] rodillas junto á él, y le besan la mano izquierda y los pechos [illegible] el corazon, y [illegible] brujos que hacen el oficio de caudatarios le [illegible] faldas para que le besen en las partes vergonzosas, y revel- [illegible] el demonio [illegible] sobre la mano izquierda, le alzan la cola y des[illegible] el as partes, que son muy sucias y hediondas, y al tiempo que [illegible] [illegible] que les da una ventosidad [illegible] [illegible], lo cual por la mayor parte hace siempre que se [illegible] aquellas partes. Y hecha la ofrenda prosigue su misa y alza una [illegible] como si fuera de suela de zapato, en que está pintada [illegible] demonio, diciendo: *este es mi cuerpo*, y todos los brujos puestos [illegible] de rodillas le adoran dándose golpes en los pechos, diciendo *Aquerra* [illegible] *Aquerra* [illegible], que quiere decir *Cabron arriba, Cabron* [illegible] [illegible] cuando alza el cáliz, que es como de madera, negro [illegible] la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y despues se pone [illegible] brujos alrededor, y los va comulgando dándole á cada uno [illegible] en que está pintada la figura del demonio, que es muy [illegible] [illegible], y luego les da un trago de una bebida que es muy [illegible] [illegible] mucho el corazon.

[illegible] el demonio acaba su misa, los conoce á todos, hombres y [illegible] [illegible], y la dicha Graciana de Barreche[illegible] [illegible] las brujas que habian de ir [illegible] donde estaba [illegible] apartado para el dicho efecto. Y Estebania de [illegible], era la que mas continuó á los dichos actos (48), y [illegible] [illegible] Joanes de Goyburu, [illegible] con el tamboril, y Joanes de Sansin con el atambor, [illegible] donde estaban las brujas, y la sacaban de entre ellas, y la [illegible] la parte donde estaba el demonio, que luego [illegible] la conocia [illegible], estándolo haciendo [illegible] el dicho su marido Joanes de [illegible]. Y [illegible] que el demonio [illegible] de cometer las dichas mal- [illegible] y abominables que se dejan de referir, los brujos se mez- [illegible] unos con otros, hombres con mujeres, los hombres con hombres, [illegible] grados ni á parentescos, y el demonio los aparea y [illegible] se han de juntar en forma de casamiento, diciendo [illegible] *para ti, y tu eres buena para este*, y en aquellos tiempos se [illegible] en el aquelarre, y fuera de él, con torpísimas y nefandas [illegible], y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes, [illegible] noche se les aparece el demonio en espantosa figura [illegible] y [illegible] muy de ordinario (44) se les va á las camas. Y María de Zozaya [illegible] que casi todas las noches le tenia en su cama, y le abrazaba, tra- [illegible] y comunicaba en la misma forma que si fuera su marido, [illegible] mas diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, [illegible] y de verano, tenia las carnes frias, que aunque mas hacia no [illegible] calentar. Y estas mismas maldades hacen y ejercitan en [illegible] noches siempre que van al aquelarre, y despues muchas veces [illegible] despues de haber comido, fingiendo que estan hilando, lavando [illegible] otros actos semejantes, o saliéndose á pasear acia el [illegible] demonio los arrebata, y llevándolos encubiertos con sus [illegible] de manera que aunque ellos ven á la gente, no pueden ser vis- [illegible] á cierta parte que tienen señalada para se juntar y mezclar en [illegible] deshonestos los unos con los otros, y con el demonio (45).

Y en sus casas de dia ni de noche no los echan menos aunque duermen en una misma cama, porque de noche el demonio echa sueño á los maridos ó á las mujeres que no son brujos, de manera que no puedan despertar; y en el lugar que desocupa el brujo, cuando van al aquelarre, se pone un demonio de su misma talla y figura, que está allí representando su persona hasta que vuelven, y cuando vienen les dice las cosas que han sucedido mientras [illegible] estado ausentes. Y la dicha María de Zozaya refiere que habiendo [illegible] una noche al aquelarre, una vecina llamó á su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no le tenian, y cuando volvió del aquelarre se lo dijo. Y M[illegible] refiere que otra noche fueron á buscar á su casa para comprar unos huevos, y tambien el demonio respondió [illegible] por la ventana, diciendo que no los tenia. Y [illegible] del aquelarre, le respondió que bien se los pudiera dar, que [illegible] en la cantarera. Y que siempre que habia de ir al aquelarre de dia, cerraba muy bien sus puertas por de dentro, y el demonio la sacaba por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondia [illegible]. Y [illegible] traspasaba por cima de todo el lugar, y veia y conocia á todos los que topaba ella por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no la viesen; y cuando volvia, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habian buscado.

En la noche de San Juan, despues de acabada su misa y las ceremonias [illegible] dichas maldades, va el demonio con todos los brujos á la iglesia [illegible] abriéndoles las puertas se queda él fuera, y los brujos hacen muchas ofensas y ultrajes á la santa Cruz y á las imágenes (47) de los santos.

¡Buen provecho!

¡Estraño modo de desayunarse!

Que es decir, bruja y diabla con sus puntas y co- [illegible] alcahueta.

Yo lo creo. Para estos menesteres las hijas son [illegible] ropósito que las madres.

¡Pobre Juan!

El cabron ha sido personaje muy respetable en la [illegible] dad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas [illegible]. En el pueblo de Dios fue necesario prohibir es- [illegible] ente que las damas tratasen con demasiada fami- [illegible] a esta y otras bestias; de las cuales ya no hacen [illegible] que hoy tenemos por mas antojadizas y pecado- [illegible] um omni pecore non coibis, nec maculaberis cum [illegible] lier non succumbet jumento, nec miscebitur ei, [illegible] celus est. Qui cum jumento et pecore coierit, morte [illegible] ur pecus quoque occidite. Mulier quæ succubue- [illegible] libet jumento, simul interficietur cum eo: sanguis [illegible] sit super eos.

[illegible] dre Martin del Rio, jesuita doctísimo, nos refiere [illegible] brujas llaman al cabron *Martinico;* que las favo- [illegible] n particulares muestras de amor, y que, agrade- [illegible] a docilidad que encuentra en ellas, las sirve mu- [illegible] ces de cabalgadura. Dice tambien que todos los [illegible] son mágicos, y aconseja en caridad que se les de [illegible] ao. Cita gravísimas autoridades en apoyo de la opi- [illegible] que su tocayo Lutero fue hijo de un cabron y de [illegible] per, y asegura que otra parió en el año de 1588 [illegible] tura, cuyo padre habia sido el demonio disfrazado [illegible] on. Si yo tuviera dinero (que no le tengo) reimpri- [illegible] s obras del padre Martin del Rio y otras de su cla- [illegible] confusion de los incrédulos y regocijo universal. [illegible] Ahora, que viene á cuento, permítaseme que diga fr[illegible]-

camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavia no tenemos noticias bien seguras, despues de tanto como se ha dicho en las leyendas áureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderon.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con él hasta la consumacion de los siglos, *et ultra;* pero nadie me quitará de la cabeza que a este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que a Titon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podia tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mí que padece vejez, y está sifilítico y lleno de lacras; porque solo hallándose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el picaron de las mañas antiguas. ¡Qué intrépido, qué lozano, qué de buen apetito en los oteros y barrancas de Zugarramurdi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie refiere de él empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ningun nuevo chiquillo a criar, ni se dice que se huelgue con él mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judía, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres; pudiéndosele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso:

Todo lo mancha, todo lo atropella,
No perdona casada ni doncella.

¿Quien seria capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que él guarda todavia en sus papeleras? ¿Y quién sabria reducir a número los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afligidas viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logré como de limosna el grado de bachiller; murióse mi tio, que era capellan de Reyes Nuevos; dejé los estudios, tomé el hábito, y nunca pude pasar de fraile de misa de once, y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no bajaria de tres tomos en folio, y se intitula: *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hijos del diablo, desde que empezó a ser padre hasta que lo ha dejado de ser.*

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por virtud, que en él no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar a sus nietecillos sus pasados verdores, y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y cuidarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo propósito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda.

Vixi puellis nuper idoneus,
Et militavi non sine gloria.

(46) De manera que todo el que no profese de brujo está condenado á ser marmota.

(47) Y eso que María de Yurreteguia consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y a los brujos y

Y Miguel de Goyburu refiere que algunas veces en el año, él y las brujas mas ancianas hacian al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo cada uno una cestilla que tenia asa, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menudillos de los piés, las ternillas de las narices (46), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los sesos hediondos (que aunque se van consumiendo con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y estas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocados muy sabrosos) las recogian en las cestillas, y volvian á cubrir las sepulturas con la tierra, llevando consigo luz para ver á hacerlo, que declaran es muy oscura, sin decir de qué sea. Y Joanes de Echalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo entero, y le encienden por la parte que están los dedos, y da luz como si fuera de una hacha. Y que es de tal condicion que los brujos ven con ella, y los que no lo son no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus cestillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la cesta, y llevándole tendido, hacen una reverencia hasta hincar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *tome, señor, esto que le ofresco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la cesta y la vacia en un esporton grande como de esparto, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come feamente, chascando como puerco. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendia qué para los incitar y obligar á que también ellos los comiesen. Y que les daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comian muy bien, porque el demonio les daba gracia y fuerza para los poder mascar y comer; y que cuando el demonio comia aquellos sesos hediondos, daba á entender que le sabian mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le rogasen les diese de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comian por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y panes comienzan á florecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que ha dado poder y dignidad (49) de hacer ponzoñas, y les dice el dia en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las sabandijas y cosas de que se han de hacer las dichas ponzoñas; y el dia siguiente salen por la mañana (llevando consigo azadas y costales), y luego el demonio y sus criados se les aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos y culebras, lagartos y lagartijas, limazos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bolillas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándolas echan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (50); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendicion el demonio, y comienzan á desollar los sapos, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que lo arrancan al redopelo, y le entregan al demonio, estando los sapos sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los ho[illegible]cicos; y des[illegible] las demás sabandijas, [illegible] ciándolas en [illegible] de difuntos que sacan de las iglesias, y [illegible] que tienen junta de la que han sacado de [illegible] recen hasta lo condicionan [illegible] polvos; rese[illegible] mezclan mayor cantidad [illegible] dicha agua [illegible]s, que todos se los reparte [illegible] demon[illegible] parte que le cabe.

De e[illegible] destruir los frutos, matar ó hacer mal á las personas ó á sus ganados. Y los que mas se aventajan en hacer m[illegible] yores maldades son los mas privados y estimados del demonio, con que [illegible] animosamente las acometen.

Estando los panes ó frutos en flor, juntos todos los brujos en aquelarre, van en compañía del demonio mudados en figuras de gatos, perros, puercos y otros diferentes animales, hasta las heredades y partes donde pretenden destruir los frutos (llevando el dicho Miguel de Goyburu la caldera del demonio, que es de cuero, donde se ha recogido gran parte de los dichos polvos para el dicho efecto), y comenzando primero el demonio con la mano izquierda va derramando polvos [illegible] atrás, revolviendo siempre sobre la mano izquierda, y diciendo con una voz ronca y gorda: *polvos, polvos, piérdase todo; ó piérdase la mitad*, segun que quiere que se haga el daño. Y todos los brujos y brujas ancianas van derramándolos y diciendo: *piérdase todo; ó piérdase la mitad, y salvo sea lo mio;* mas no por eso son sus heredades de mejor condicion que las demás. Y que por la mayor parte derraman los dichos polvos cuando corre un aire que en vascuence llaman *[illegible]*, que los intérpretes declaran quiere decir *bochorno*. Y que con los dichos polvos es muy notable el daño que se sigue (51) en los frutos, porque cuando los derraman sobre los castaños, los erizos se paran [illegible] y [illegible], y no tienen castañas sino cáscaras, ó una sola castaña, habiendo de tener tres cada uno. Y cuando los derraman sobre los manzanos, la flor se [illegible] chita, enferma y seca, que no llega á formarse el fruto. Y cuando los echan sobre los trigos (que es al tiempo que están espigados, antes que comiencen á granar) las espigas se quedan vanas sin que lleguen á granar sino muy poco, y los granos imperfectos; y el poco pan que sale es mal sazonado y enfermizo; y las habas se llenan de pulgon. [illegible] pierden sus frutos huelgan mucho de hacer estos daños por el contento que dan al demonio, y por el que los brujos reciben con los males que hacen á sus prójimos.

A las personas hacen mal (52), matándolas ó haciéndolas enfermar con graves enfermedades por induccion del demonio, ó por vengar sus enemistades. Y cuando han recibido algun enojo ó agravio de alguna persona, llevan al aquelarre de los dichos polvos ó ungüentos, y [illegible]

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos cuyos enterramientos no visitaba; de dia los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenia, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina, acto* VII.)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «à cedro quæ est in » Libano, usque ad hyssopum quæ egreditur de pariete,» y que no hay farmacopea que él no tenga en la uña, hasta la Edimburgense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígote, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué rechinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser brujo [illegible]ra otra cosa. ¡Y hay quien quiera serlo! Tú harás lo que te [illegible]parezca; pero yo te aseguro, á fe de hombre de bien, que [illegible]mero me pondria á escritor periódico, que obligarme [illegible] buscar por esos campos limazos, caracoles, lagartijas, sapos y culebras, y después tener que sufrir el mal humor del amo y sus lozanías.... ¡Yo, que soy de tierra de Tol[illegible]!... Y darle dinero encima y besarle en el [illegible] y... v[illegible]a, no es para mí esto.

(51) Y aun ahora sucede lo mismo con el tal bochorno, y [illegible] ue la receta de los polvos ya no parece, ni se desuellan [illegible] sapos, ni se descuartizan, ni se rehogan, ni se hacen [illegible] güentos en la oficina de Zugarramurdi.

[illegible] Ya se ve que las hacen mal. ¿Quién ignora lo que le suc[illegible]dió á nuestro rey y señor (que esta en el cielo), el [illegible] Carlos II, de feliz memoria? Yo espero que ninguno de [illegible] lectores se estará en ayunas de aquella historia [illegible]ble; pero por si acaso hay uno solo que la ignore, á ese [illegible] uno solo se la voy á contar.

S[illegible]s pues, ¡oh lector inerudito y torpe! que allá los años [illegible] 1696, ó poco mas acá, se empezó á difundir la [illegible] que el rey estaba hechizado, y tanto se dijo y se [illegible] que el mismo crédulo monarca llegó á creerlo. [illegible] por entonces en un convento de dominicas de la [illegible] Cangas tres monjas endemoniadas, y el padre vicario, [illegible] como era de su obligacion, las conjuraba muy á [illegible]do para sacarlas los demonios. El padre Froilan Diaz, con[illegible]r de S. M., instó al dicho vicario á fin de que apretase a [illegible]os diablos de aquellas madres á que declarasen, bajo [illegible]amento, cuanto se deseaba saber acerca de los hec[illegible]s del soberano. El vicario, poniendo las manos de una de las energúmenas sobre una ara, y exorcizándola [illegible] ola de piés á cabeza con agua bendita, logró que el demonio le respondiese que efectivamente el rey estaba he[illegible] maleficio en bebida [illegible] quida á [illegible]dad, «et hoc, ad destruen[illegible]s in rege, et ad eum [illegible] administrandum.» [illegible] de preguntador, y [illegible]

con sus pellejos de los sapos, y dan sus quejas al demonio contándole los motivos de su enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para las tales personas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que pretenden que tengan, segun el apetito de su venganza, y el demonio se la concede. Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo algunas brujas de las mas ancianas en la seta, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque trae dos en el colodrillo, solo aquel es el que da luz, y les abre las puertas y guia hasta las camas, donde están durmiendo, y les echa su bendicion y sueño que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

volviendo á la carga de allí á pocos dias, tuvo con el demonio el diálogo siguiente :

VICARIO.

¿En qué se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

En chocolate.

VICARIO.

¿De qué se habia confeccionado?

DEMONIO.

De los miembros de un hombre muerto.

VICARIO.

¿Cómo?

DEMONIO.

De los sesos de la cabeza para quitarle la salud, y de los riñones para corromperle el semen é impedirle la generacion.

VICARIO.

¿Hay original fuera, ó señal esterior que se pueda quemar?

DEMONIO.

No, por el Dios que te crió á ti y á mí.

VICARIO.

¿Qué persona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

Está ya juzgada.

VICARIO.

¿Y á qué fin?

DEMONIO.

A fin de reinar.

VICARIO.

¿En qué tiempo fué?

DEMONIO.

En tiempo de don Juan de Austria, á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

Vuelto a preguntar el diablo en otra ocasion (porque ya he dicho que el padre vicario no le dejaba sosegar), respondió : que al rey le habian dado hechizos en dos veces, por mandado de su madre Mariana de Austria. Que la que se los dió primero «se llamaba Casilda, fué casada y tuvo dos hijos. Cuando se los mandaron hacer (no los hijos, sino los hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué la quien los hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer. Ella propia buscó el cadáver de un ajusticiado en la misericordia.» La segunda toma de demonios que le diesen al rey la dispuso «una hechicera famosa, que vivia en la calle Mayor, era casada, tenia hijos y se llamaba Maria.» Diéronse á buscar por Madrid Marias y Casildas; pero por mas que hicieron no hallaron la que deseaban; y entre tanto el bueno del rey, que no era lerdo, eligió por su especial abogado y protector á san Simon, patriarca de Jerusalén, gran santo y pariente suyo, á quien particularmente encargó que le sacara con bien de tan enrevesado negocio.

El señor Rocaberti, inquisidor general, y el padre confesor, aconsejados del vicario de Cangas, se iban todos los dias á palacio luego que amanecia, y apenas despertaba S. M., le hacian desayunar con un gran cuenco de aceite bendito ; ponianle en cueros, como su madre le parió, y estregándole primero muy bien la cabeza con el mismo aceite, le ungian después lo restante del cuerpo como á un atleta, sin dejar parte ni resquicio que no bañaran y pringaran, y á mayor abundamiento le propinaban de cuando en cuando una buena purga, en que además de los diluentes y laxantes que son de estilo, habia incienso bendito, pedacillos de *Agnus Dei*, huesos de mártires pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Bebíase el rey esta pocima con una devocion ejemplar; y lo que es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguia preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no responderia á derechas á nada que le preguntasen, si no se lo demandaban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto «á fin de que se restituyese la devocion á aquella santa imágen, que estaba muy resfriada en los fieles». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. La primera : que aquel demonio era un demonio de bien y muy devoto, y con algunos amagos y vislumbres de cristiano viejo; y es la segunda : que las tres monjitas endiabladas, y y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vous êtes orfèvre, Mr. Josse.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y lo hizo como lo pensó : el vicario de Cangas se fastidió de preguntar, y el padre Froilán, viendo que ni el canjilon de aceite bendito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simon, ni las unciones, ni la purga servian de nada, llegó casi á desesperar de la empresa. Cuando vela que un dia se presenta muy oficioso en la cámara del rey el escelentísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venia una informacion, hecha por el obispo de Viena, de lo que habian declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo lo remitia el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo é instruccion. La declaracion de los tudescos decia : que al rey le habia maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivia en la calle de Silva, y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivia la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisicion, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de cordelería, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino de Alemania á toda priesa, llamado, y rogado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo exorcista de cuantos florecian entonces. Maravillas se contaban de él : no habia demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y afligia, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á los infiernos por no sufrirle. Pues este bendito fraile, que se llamaba fray Mauro Tenda, emprendió la cura del rey ; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció escencialísimo interrogar á unas endemoniadas, que andaban en aquella sazon por Madrid haciendo viajes. Pillóles un dia entre puertas, y compeliendo á la mas habladora, hizo que el diablo le respondiese á cuanto le quiso preguntar ; y la conversacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAURO.

¿Quién malefició al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MAURO.

¿Es la reina?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

DIABLO.

Don Juan Pallo.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor te dé mal de muerte,* ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; y padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quien pidieron venganza de enfermedad.

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada María de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berbería.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que nuevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron a enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantísimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros de la suprema; los depuso, los desterró y metió en encierros y castillos; la suprema y toda la clerigalla, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de aceite y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia al Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y frailesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando cucharetear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un heresiarca, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que lo supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavía duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo XVIII haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creido que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senone, abadía de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpreso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcilli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consuntos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia (segun el citado reverendísimo) en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemársele separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa desde el año de 1730 al de 35, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, á la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

e otras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que haber cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, l aquelarre de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella co- tener amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello ravidia y celos Marijuan de Odia, bruja que tambien tenia amo- ll, y era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (84) iron á tener entre sí emulacion y pesadumbres, sintiendo mu- á la dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida tambien onio; por lo cual determinó de tomar contra ella venganza; y he en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y compe- y de cómo queria vengarse de ella matándola; y que el demonio ndió: *pues vos lo quereis, hágase así.* Y que estando en su cama he que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas asola- ió á despertar, y le dijo se levantase luego, porque habian de ir ar la venganza que le habia pedido; y quò esto el demonio lo noche que no era de aquelarre por coger á la dicha Marijuan de cuidada y dormida; porque siendo como era bruja, no pudiera la venganza tan cómodamente en noche que fuera de aque- es ella habia de estar despierta y en él; y habiendo ido en com- l demonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dan- pedazo de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de s polvos, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (85) dia

o, en busca de un vampiro que habia muerto seis s antes, y se divertia en chupar á diestra y sinies- ntas criaturas encontraba por aquellos contornos. nle al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, ·adote, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero lde, que no entendia de fiestas, fulminó inmediata- la sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de erdugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por tado, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. ¡Y cómo se holgaria el bellaco de ver celosas á la n y á la Barrenechea! porque esto de ser querido,) a nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo io le lisonjea y le envanece.

Un sobrinito mio, que para esto del verso es una acaba de escribir una tragedia de magia y música, da: *La venganza mas horrenda y muerte de Mari-* a cual se representará, sin remedio, en alguno de tros de la corte para esta pascua próxima. Es una e taracea, compuesta, como otras de su género, de ; de los mas acreditados dramaticos antiguos y mo- , pegados unos a otros con admirable oportunidad eza. No quiero decir lo que es el plan, porque se- larle al publico anticipadamente la mitad de la di- ; pero, sin que me lleve el amor a mi sangre, co- cristiano que es una de las mas acabadas piezas nas se han visto. Lo menos va á durar cuarenta aganla bien ó háganla mal, llueva ó no llueva. Ten- ada las señoras mujeres; habrá a la puerta manti- garradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capo- hos trizas, y asfixias y navajazos para adquirir bi- Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente Dios que no vuelvan á representar en su vida. · la lista de los personajes para divertir la curiosi- ·los apasionados, en tanto que Baus dispone las las y adoba las garruchas.

ran Cabron. Sultán y capellán mayor del aquelarre arramurdi.

iana de Barrenechea. Bruja, reina y papisa del rre.

juan de Odia. Bruja, concubina del Gran Cabron, a y sin sueldo.

tania de Iriarte. Bruja, concubina del mismo, con io y gajes.

Sansin. Su esposo, brujo y maestro de capilla elarre.

el de Goyburu. Barba brujo, tamborilero y acólito n Cabron.

in de Vizcar. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

de Echalar. Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon ina.

a de Echaleco. Bruja, graciosa.

in de Amayur. Buen cristiano, hombre de bien y ro tonto.

murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el sieso y por su natura (86); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente los a-

María Chipía. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

Socarradillo.....
Centella.
Rabilargo.
Garrillas.........
} Diablos monacillos.

Don Fermin de Iparraguirre. Natural de Yurre de Arratia, vicario de Zugarramurdi.

Don Ignacio Javier María de Errotarchoeojaunarena. Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagos, grajos, cernícalos, mochuelos y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(86) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan descoloridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, coralinas de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la portería de chiquillos enteccos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta estructura, caja populosa, nariz aduncа, cerviz taurina, ademán heróico, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repartiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el asperges de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se volvia sudando á su celda. Yo bien te diria cuál era la oracion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calaínos... No obstante, así como así, mañana vendrán los nuestros, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frailes. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.
» Sunt mala quæ libas, ipse venena bibas.
» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

»Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo » te defendat. Maledicti et excommunicati dæmones: in » virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma- » nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je- » hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et » separamus á creatura ista *Pascual de Jaramillo*, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei: » et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habea- » tis potestatem per peiora, nec per aliquod quodcumque » maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vo- » bis á Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus, » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » *Oremus.* Accipiat, quæsumus, Domine Deus noster be- » nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et » mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tuæ » propitiationes beneficia semper inveniat. Amen. Potentia » Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri- » corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro

can y chupan la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupá y tragá eso, que es bueno para vosotras*; de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los azotan cruelmente con unos espinos ó mimbres retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chupó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas partes ch[illegible] las manos y con la lengua y garganta, [illegible]hos polvos y ponzoñas mató [illegible] [illegible]mbres de todos ellos y los días [illegible]ocos días, y otro gran número [illegible] diferentes males y enfermedades [illegible]. Y Estebanía de Iriarte, su hermana, y Gr[illegible]dre, refieren cosas muy notables y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebanía de Telechea confiesa haber muerto una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en las sopas que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se le ensució en un avental nuevo que tenia puesto; y que á un [illegible] grande porque le dijo: *¡ah, puta vieja! el pescuezo te se tuerza*, le aguardó en cierta parte por donde habia de pasar, y llevando la mano untada con los ungüentos ponzoñosos, trayéndosela por la cabeza y el pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad [illegible] que dentro de pocos dias murió. Y refiere otras muchas muertes y males que de dia hizo con los dichos polvos y ponzoñas, llegando como en burla á tocar con ellos á las personas que pretendia hacer los dichos males. Y María Presona y María Joanto, hermanas, refieren que el demonio en el aquelarre les dijo que ya habia mucho tiempo que no hacian males (como acusándoles el descuido que en esto tenian), por lo cual ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echaron unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho dias murieron ambos; y que esto lo hicieron solo por dar contento al demonio, que despues se les mostró agradecido porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y [illegible] de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que tambien [illegible] ponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles unos pocos de los polvos en las partes donde les quitaban los pezones [illegible] [illegible]gujero sutil y disimulado que les hacian, y las daban á las personas [illegible]e querian hacer males, con que enfermaban si las comian, y [illegible] [illegible] grandes trabajos.

[illegible]re que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas [illegible]s ó criaturas (despues de enterrados), en las primeras noches que h[illegible] de ir al aquelarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y desentierran los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) los parientes mas cercanos (con machetes que para ello llevan) los abren y sacan las tripas, y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que cayere del cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, [illegible]dola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se echa de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al difunto los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aquelarre y los despedazan en puestas, y los dividen en tres partes: una cuecen, otra asan, y la otra [illegible]

» vos, ascariles, ut convertae in aquam recedatis à cor-» pore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, » et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro no-» bis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te effi-» ciaris sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul » sint, moriantur, et exeant à corpore tuo: ut in Domino » gaudentes dicamus; dum appropiant super te nocentes, » ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latin al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantísimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocacion de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad in-» fernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio » de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fue-» gos que los hirvientes étneos montes manan, goberna-» dor y veedor de los tormentos y atormentadores de las » pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Tesifone, » Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras » del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y som-» bras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vo-» lantes harpías, con toda la otra compañía de espanta-» bles y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida » cliéntula, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas ber-» mejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con » que están escritas, por la gravedad de aquestos nom-» bres y signos que en este papel se contienen, por la ás-» pera ponzoña de las víboras de que este aceite fué he-» cho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á » obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello » estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con » aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello » de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mi-» rare, mas su corazon se ablande á conceder mi peticion. » Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Ca-» listo, tanto, que despedida toda honestidad, se descu-» bra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto » hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no » lo haces con presto movimiento, ternásme por capital » enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; » acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré » con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y » otra vez te conjuro.» *(Acto III.)*

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á [illegible]nto el saco bendito que tiene encima no hay manera [illegible] llevársele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño al[illegible]. Por eso los cereros venden hábitos de San Fran[illegible] á precio discreto, con lo cual aseguran la quietud de los [illegible]finados, y á ellos tambien les resulta alguna con[illegible]cia. ¿Cuantas veces se ha visto (ó se ha oido á [illegible]s) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados los difuntos por entre los encinares y en las [illegible] [illegible] malezas profundas gritando en voz lúgubre que les [illegible] el favor de quitarles el hábito, á fin de que estando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alcrebite en que se está [illegible]gando el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo ya) no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¿no es una solemne majadería que los otros se incomoden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo [illegible]enos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo [illegible]to es que ha sucedido muchas veces, y que no hay p[illegible], por ignorante y rústico que sea, y aunque no se [illegible] [illegible]ino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó [illegible]uatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muert[illegible]s condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

Es [illegible]n horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ron[illegible]llo, que ya estuve resuelto á contarlo, porque lo sé con tales circunstancias y menudencias, que á no haber [illegible] presenciado yo mismo, es imposible tener mas [illegible] [illegible]con[illegible] me acuerdo todavía de [illegible] [illegible]ga y tendida que [illegible] [illegible]e yo abuse jamas de [illegible] [illegible]empeñe en decirles todo lo que se. [illegible]callo.

a cruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos manteles sucios y negros, los parientes mas cercanos lo van repartiendo entre todos los demas brujos, y se lo comen asado, crudo y cocido, comiendo el demonio el corazon, y sus criados la parte que les ...; y á los sapos vestidos les dan tambien su parte, que la comen ...ndo y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y ...ndas esten las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallina, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los ...bres es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la ...ma forma desentierran y comen otras muchas personas que no ... brujos, y mueren de sus enfermedades; y los huesos los recogen ...ardan para otra noche. Y la dicha Graciana de Barrenechea de... que por ser ella la mas preeminente de todos los brujos y reina ... aquelarre, le pertenecia toda la carne, pan y vino que sobraba ... dichos banquetes; y los recogia y llevaba a su casa, y en ella lo ...daba en un arcaz grande que tenia, porque su marido y una de sus ... y el yerno (que no eran brujos) no lo viesen; y cuando no estaban ...men sacaban la dicha carne, y la asaban y comian ella y dos de sus ... (que eran brujas), y los dichos Miguel y Joanes de Goyburu y otros ... dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba ... hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comian con mucho ...o. Y refieren mucho numero de personas, hombres y mujeres, niños ...hos, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron ...quelarre, y los descuartizaron y repartieron; declarando los padres ... han comido a sus hijos (58), y los hijos á sus padres. Y el dicho Joanes ...oyburu refiere que tambien las noches que no eran de aquelarre se ...n juntar ciertas personas de los dichos brujos (que declaró) en su ... casa, y de ella iban a desenterrar algunos muchachos que se habian muerto, y llevándolos a su casa hacian banquetes, comiéndolos ...os. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hi... ...metiendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que des... el gasto repartian entre todos, y lo pagaban á escote.

...a primera vez que despues vuelven al aquelarre echan á cocer los ...sos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y ...s de una yerba que en vascuence llaman *belarrona*, que tiene virtud de ablandar los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos; y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la ...han en unos morteros, y los esprimen con unos paños delgados, y ... de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio re... en una redoma, y el casco que queda de los huesos y los sesos de ...ifuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hacer polvos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una ...ita á cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservados ... que com... tan mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza ...quella mala agua, que tocando con ella cualquiera persona en cualquier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha María de Iriarte refiere que con ella mató cuatro personas; y que habiendo una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadió á que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiera sabia que se habia de morir luego; y el demonio le dijo que bebiese como él bebia. Y que ella vio que aunque el demonio bebió de la dicha agua no por ello se murió, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha María de Zozaya declara que para se vengar de un hombre, habiendo puesto á asar un huevo, le tocaron con una gota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberlo comido padeció grandes trabajos y tormentos hasta que murió.

Y por dar fin a tantas y tan grandes y espantosas maldades con la burla de la casa, entre otras cosas que refiere la dicha María de Zozaya, declara que habiendo en la villa de Rentería un clérigo cazador, muchas veces cuando iba á caza, le decia: *señor compadre, mate muchas liebres para que nos dé lebrada á todos.* Y luego se iba a casa, y habiéndose untado con el agua hedionda que se untaba para ir al aquelarre, caminaba acia la parte donde iba el dicho clérigo, y el demonio la ponia en figura de liebre; y arremetiendo contra ella los galgos, corria por los campos haciéndoles muchas burlas y revueltas acia todas partes, con que el clérigo (59) y las demás personas que con él iban andaban desatinados corriendo tras los perros, porque siempre revolvia acia donde andaban los cazadores, con que con mayores voces y furia la perseguian, y no cesaba de hacerles burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban; con que burlados (60) y sin caza ninguna se volvian á sus casas. Y tras haber oido tantas y tan grandes maldades en dos dias enteros que duró el Auto, despues de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos á las nuestras.

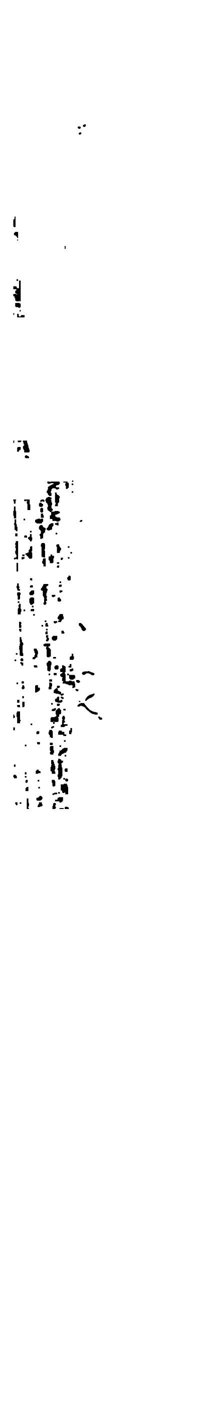
(58) Aqui vienen como de perlas cuatro versos del buen Camões:

Bem poderas, ¡oh sol! da vista destes
Teus rayos apartar aquelle dia:
Como da seva mesa da Thyestes,
Quando os filhos, por mao de Atreu, comia.

(59) Buena idea es atribuir a las brujas la ligereza de las liebres, lo paticorto de los galgos y la poca maña del clérigo montaraz de Rentería.

(60) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa Inquisicion de Logroño a cincuenta y tres personas, á cinco estatuas y a cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prision, tormento, sambenito, corozas, soga, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscacion de bienes, destierro, carcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó ó alivió el castigo a diez y ocho, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfaccion y el contoneo del licenciado Frias, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

FIN DE LAS OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.



INDICE.

Y Miguel de Goyburu refiere que algunas veces en el año, él y las brujas mas ancianas hacian al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo cada uno una cestilla que tenia asa, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menudillos de los piés, las ternillas de las narices (48), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los sesos hediondos (que aunque se van consumiendo con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y estas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocados muy sabrosos) las recogian en las cestillas, y volvian á cubrir las sepulturas con la tierra, llevando consigo luz para ver á hacerlo, que declaran es muy oscura, sin decir de qué sea. Y Joanes de Echalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo entero, y le encienden por la parte que están los dedos, y da luz como si fuera de una hacha. Y que es de tal condicion que los brujos ven con ella, y los que no lo son no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus cestillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la cesta, y llevándole tendido, hacen una reverencia hasta hincar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *tome, señor, esto que le ofrezco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la cesta y la vacia en un esporton grande como de esparto, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come feamente, chascando como puerco. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendia que para los incitar y obligar á que también ellos los comiesen. Y que les daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comian muy bien, porque el demonio les daba gracia y fuerza para los poder mascar y comer; y que cuando el demonio comia aquellos sesos hediondos, daba á entender que le sabian mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le rogasen les diese de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comian por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y panes comienzan á florecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que ha dado poder y dignidad (49) de hacer ponzoñas, y les dice el dia en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las sabandijas y cosas de que se han de hacer las dichas ponzoñas; y el dia siguiente salen por la mañana (llevando consigo azadas y costales), y luego el demonio y sus criados se les aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos y culebras, lagartos y lagartijas, limazos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bolillas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándolas echan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (50); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendicion el demonio, y comienzan á desollar los sapos, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que lo arrancan al redopelo, y le entregan al demonio, estando los sapos sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los hocicos; y después los descuartizan, y todas las demás sabandijas, mezclándolas en una olla con huesos y sesos de difuntos que sacan de las iglesias, y con el agua verde y hedionda que tienen junta de la que han sacado de los sapos vestidos, y todo lo cuecen hasta lo convertir en polvos; reservando cierta parte con que mezclan mayor cantidad de la dicha agua y hacen ungüentos ponzoñosos, que todos se los reparte el demonio, llevando cada uno á su casa la parte que le cabe.

De estos polvos y ponzoñas usan para destruir los frutos, matar ó hacer mal á las personas ó á sus ganados. Y los que mas se aventajan en hacer mayores maldades son los mas privados y estimados del demonio, con que animosamente las acometen.

Estando los panes ó frutos en flor, juntos todos los brujos en aquelarre, van en compañía del demonio mudados en figuras de gatos, perros, puercos y otros diferentes animales, hasta las heredades y partes donde pretenden destruir los frutos (llevando el dicho Miguel de Goyburu la caldera del demonio, que es de cuero, donde se ha recogido gran parte de los dichos polvos para el dicho efecto), y comenzando primero el demonio con la mano izquierda va derramando polvos hácia atrás, revolviendo siempre sobre la mano izquierda, y diciendo con una voz ronca y gorda: *polvos, polvos, piérdase todo*; ó *piérdase la mitad*, segun que quiere que se haga el daño. Y todos los brujos y brujas ancianas van derramándolos y diciendo: *piérdase todo*; ó *piérdase la mitad, y salvo sea lo mio*; mas no por eso son sus heredades de mejor condicion que las demás. Y que por la mayor parte derraman los dichos polvos cuando corre un aire que en vascuence llaman *ayoya*, que los intérpretes declaran quiere decir *bochorno*. Y que con los dichos polvos es muy notable el daño que se sigue (51) en los frutos, porque cuando los derraman sobre los castaños, los erizos se paran mústios y se caen, y no tienen castañas sino cáscaras, ó una sola castaña, habiendo de tener tres cada uno. Y cuando los derraman sobre los manzanos, la flor se marchita, enferma y seca, que no llega á formarse el fruto. Y cuando los echan sobre los trigos (que es al tiempo que están espigados, antes que comiencen á granar) las espigas se quedan vanas sin que lleguen á granar sino muy poco, y los granos imperfectos; y el poco pan que echan es mal sazonado y enfermizo; y las habas se llenan de pulgon. Y aunque pierden sus frutos huelgan mucho de hacer estos daños por el contento que dan al demonio, y por el que los brujos reciben con los males que hacen á sus prójimos.

A las personas hacen mal (52), matándolas ó haciéndolas estar con graves enfermedades por induccion del demonio, ó por vengar sus enemistades. Y cuando han recibido algun enojo ó agravio de alguna persona, llevan al aquelarre de los dichos polvos ó ungüentos, y algun

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos cuyos enterramientos no visitaba; de dia los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenia, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. *(Celestina, acto* VII.)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «à cedro quæ est in » Libano, usque ad hyssopum quæ egreditur de pariete,» y que no hay farmacopea que él no tenga en la uña, hasta la Edimburgense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígote, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué rechinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser brujo era otra cosa. ¡Y hay quien quiera serlo! Tú haz lo que te parezca; pero yo te aseguro, á fe de hombre de bien, que primero me pondria á escritor periódico, que obligarme á buscar por esos campos limazos, caracoles, lagartijas, sapos y culebras, y después tener que sufrir el mal humor del amo y sus lozanías.... ¡Yo, que soy de tierra de Toledo!... Y darle dinero encima y besarle en el [illegible] y... Vaya, no es para mí esto.

(51) Y aun ahora sucede lo mismo con el tal bochorno, y eso que la receta de los polvos ya no parece, ni se desuellan sapos, ni se descuartizan, ni se rehogan, ni se hacen ungüentos en la oficina de Zugarramurdi.

(52) Ya se ve que las hacen mal. ¿Quién ignora lo que le sucedió á nuestro rey y señor (que está en el cielo), el señor Carlos II, de feliz memoria? Yo espero que ninguno de mis lectores se estará en ayunas de aquella historia lamentable; pero por si acaso hay uno solo que la ignore, á este uno solo se la voy á contar.

Sabrás pues, ¡oh lector inerudito y torpe! que acia los años de 1696, ó poco mas acá, se empezó a difundir la voz de que el rey estaba hechizado, y tanto se dijo y se repitió, que el mismo crédulo monarca llegó á creerlo. Habia por entonces en un convento de dominicas de la villa de Cangas tres monjas endemoniadas, y el padre vicario, como era de su obligacion, las conjuraba muy a menudo para sacarlas los demonios. El padre Froilan Diaz, confesor de S. M., instó al dicho vicario á fin de que apretase a los diablos de aquellas madres á que declarasen, bajo juramento, cuanto se deseaba saber acerca de los hechizos del soberano. El vicario, poniendo las manos de una de las energúmenas sobre una ara, y exorcizándola, mojándola de piés a cabeza con agua bendita, logró que el demonio le respondiese que efectivamente el rey estaba hechizado: que se le dió el maleficio en bebida líquida á los catorce años de su edad, «et hoc, ad destruendam materiam generationis in rege, et ad eum incapacem ponendum ad regnum administrandum.»

Era el padre vicario infatigable preguntador, y sé-

es de los sapos, y dan sus quejas al demonio contándole los enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para sonas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que se tengan, segun el apetito de su venganza, y el demonio se Y luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-

a carga de allí á pocos dias, tuvo con el demo-ogo siguiente :

VICARIO.

é se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

:olate.

VICARIO.

é se habia confeccionado?

DEMONIO.

niembros de un hombre muerto.

VICARIO.

?

DEMONIO.

esos de la cabeza para quitarle la salud, y de los ıra corromperle el semen é impedirle la gene-

VICARIO.

iginal fuera, ó señal esterior que se pueda que-

DEMONIO.

· el Dios que te crió á ti y á mí.

VICARIO.

rsona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

juzgada.

VICARIO.

é fin?

DEMONIO.

· reinar.

VICARIO.

é tiempo fué?

DEMONIO.

po de don Juan de Austria, a quien sacaron de con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

ı preguntar el diablo en otra ocasion (porque ya que el padre vicario no le dejaba sosegar), res-ue al rey le habian dado hechizos en dos veces, ido de su madre Mariana de Austria. Que la que primero «se llamaba Casilda, fué casada y tuvo . Cuando se los mandaron hacer (no los hijos, hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué s hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer. pia buscó el cadáver de un ajusticiado en la mi-a.» La segunda toma de demonios que le die-la dispuso «una hechicera famosa, que vivia en Mayor, era casada, tenia hijos y se llamaba Ma-ronse a buscar por Madrid Marias y Casildas; nas que hicieron no hallaron la que deseaban; y o el bueno del rey, que no era lerdo, eligió por il abogado y protector a san Simon, patriarca de gran santo y pariente suyo, á quien particular-argó que le sacara con bien de tan enrevesado

· Rocaberti, inquisidor general, y el padre con-asejados del vicario de Cangas, se iban todos palacio luego que amanecia, y apenas desper-, le hacian desayunar con un gran cuenco de dito; poníanle en cueros, como su madre le stregándole primero muy bien la cabeza con el eite, le ungian después lo restante del cuerpo ı atleta, sin dejar parte ni resquicio que no ben-ringaran, y á mayor abundamiento le propina-ando en cuando una buena purga, en que ade-s diluentes y laxantes que son de estilo, habia oendito, pedacillos de *Agnus Dei*, huesos de ulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Bebíase a pocima con una devocion ejemplar; y lo que

gunas brujas de las mas ancianas en la seta, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque trae dos en el colodrillo, solo aquel es el que da luz, y les abre las puertas y guia hasta las camas, donde están durmiendo, y les echa su bendicion y sueño que no pueden despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguia preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no responderia á derechas á nada que le preguntasen, si no se lo demandaban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto «á fin de que se restituyese la devocion á aquella santa imágen, que estaba muy resfriada en los fieles». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. Es la primera: que aquel demonio era un demonio de bien y muy devoto, y con algunos amagos y vislumbres de cristiano viejo; y es la segunda: que las tres monjitas endiabladas, y y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vous êtes orfèvre, Mr. Josse.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y lo hizo cuando lo pensó: el vicario de Cangas se fastidió de preguntar, y el padre Froilán, viendo que ni el canjilon de aceite bendito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simon, ni las unciones, ni la purga servian de nada, llegó casi á desesperar de la empresa. Cuando vele que un dia se presenta muy oficioso en la cámara del rey el escelentísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venia una informacion, hecha por el obispo de Viena, de lo que habian declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo lo remitia el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo é instruccion. La declaracion de los tudescos decia: que al rey le habia maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivia en la calle de Silva, y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivia la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisicion, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de endiablar, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino de Alemania á toda prisa, llamado, y rogado, y pagado á peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo exorcista de cuantos florecian entonces. Maravillas se contaban de él: no habia demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y afligia, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á los infiernos por no sufrirle. Pues este bendito fraile, que se llamaba fray Mauro Tenda, emprendió la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció esencialísimo interrogar á unas endemoniadas, que andaban en aquella sazon por Madrid haciendo visajes. Pillóse un dia entre puertas, y compeliendo á la mas habladora, hizo que el diablo le respondiese á cuanto le quiso preguntar; y la conversacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAURO.

¿Quién maleficiò al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MAURO.

¿Es la reina?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

DIABLO.

Don Juan Pallia.

Los que se hacen brujos antes que lleguen á edad de discrecion no reniegan, sino tan solamente los presentan al demonio, untándolos y llevándoselos al aquelarre, porque no quiere que reniegueu hasta que lleguen á edad de discrecion, en que puedan discernir y entender cómo mediante el reniego se apartan de Dios y de la fe de los cristianos, y reciben por su dios y señor al demonio. Y es caso notable y de gran maravilla el suceso que dió principio á descubrirse estas maldades y seta de brujos en el lugar de Zugarramurdi, segun que se refirió en la sentencia de Maria de Yurreteguia, y es que una bruja (cuyo nombre no se declaró, mas de que era de nacion francesa y se habia criado en Zugarramurdi), habiendo vuelto á Francia con su padre, una mujer francesa (17) la persuadió a que fuese con ella á un campo donde se holgaria mucho, industriándola en lo demás que habia de hacer, y dándola noticia de cómo habia de renegar, y habiéndola convencido la llevó al aquelarre, y puesta de rodillas en presencia del demonio y de otros muchos brujos que la tenian rodeada, renegó de Dios, y no se pudo acabar con ella que renegase de la Virgen Santa Maria (18) su Madre, aunque renegó de las demás cosas, y recibió por su dios y señor al demonio, por lo cual todos los brujos la tomaron sobre ojos, y la perseguian temiéndose de que los habia de descubrir por no haberse querido allanar á renegar de nuestra Señora. De lo cual resultó que en año y medio que fué bruja (aunque hizo todas las cosas que hacian todos los demás brujos) siempre andaba con recelo de parecerle que no podia ser dios aquel demonio á quien adoraban, y le daba algun deseo de dejar aquella vida, y llegado el tiempo de la cuaresma, en que se habia de confesar, se determinó de no confesar aquellos pecados que cometia como bruja, por la vergüenza que de ello tenia, y porque todos los brujos la maltrataban y traian amenazada, diciendo que la habian de matar si los descubria; y habiéndose confesado, al tiempo que fué á recibir el santísimo Sacramento, como no vió la forma consagrada que el sacerdote le dio, comenzó á estar muy confusa y pensar que por haberse hecho bruja y haberse apartado de la santa fe, no la merecia ver, y considerando tambien cómo, por mas diligencias que hacia cuando oia misa, no podia ver la hostia que el sacerdote alzaba (como la via antes que fuese bruja, sino que en su lugar via una como nube negra que llevaba el sacerdote entre las manos), comenzó á estar mucho mas confusa. Porque es cosa asentada y confesada por todos los brujos, que desde el punto que lo comienzan á ser, dejan luego de ver el santísimo Sacramento del altar. Fué siempre por ello recibiendo mucho dolor y pena, y siempre con mas congoja, pensaba en el mal que habia hecho en se apartar de la fe de los cristianos, y tanto le apretó este pensamiento y congoja, que cayó enferma y lo estuvo siete semanas, hasta llegar á punto de muerte, y propuso de se confesar luego que pudiese ir á otro lugar que estaba de allí media legua, donde estaba un sacerdote, hombre docto. Y habiéndolo cumplido, el sacerdote la dió muchos y buenos consejos y la consoló y animó, mandándola que muy de ordinario nombrase el nombre de Jesus, y dilató el darla la absolucion hasta que tuvo órden para ello del obispo de Bayona; y se confirmó mucho en su santo propósito, porque luego que se confesó y propuso salir de aquella mala seta, comenzó á ver la hostia consagrada como la via antes que se hiciera bruja.

Libre ya la dicha moza de aquella maldita seta, nunca mas los brujos la persiguieron; y sucedió que volviendo al lugar de Zugarramurdi, donde se habia criado, dijo como allí habia aquelarre y junta de brujos, y que ella habia ido á él dos ó tres veces, y visto cómo eran brujos ciertas personas, y entre ellas la dicha Maria de Yurreteguia; y habiendo venido esto á noticia de Estéban de Navalcorea, su marido, él y sus deudos le pidieron sobre ello recuesta, y ella con grandes voces y enojo afirmaba que no era bruja, y que era gran maldad y falso testimonio que le levantaba la dicha francesa, y con grandes clamores pedia al mundo venganza contra ella, por lo cual se determinaron en volver á hablar á la dicha francesa y asegurarse mas de lo que ella decia, la cual respondió que la pusiesen en presencia de ella y la convenceria y haria confesar la verdad y como era bruja, y habiéndola llevado á su casa, puesta en su presencia, la dijo muchas razones y cosas que habian pasado en el aquelarre, y la dicha Maria de Yurreteguia se defendia jurando y afirmando lo contrario, y tanto le supo decir la francesa, que todos se persuadieron á creer que era verdad, y apretaban a la dicha Maria de Yurreteguia á que confesase, y viéndose atajada y convencida, le sobrevino un sudor y grande congoja, y cayó sentada con un desmayo, y daba á entender que en la garganta tenia un grande impedimento que la estorbaba para que no pudiese decir la verdad. Y habiendo vuelto en sí con un gran suspiro que dió, echó por la boca un aliento de muy mal olor, y luego confesó cómo era verdad todo lo que la francesa decia, y que ella habia sido bruja desde muy niña por enseñanza de Maria Chipia, su tia y hermana de su madre (que tambien fue sacada al Auto y reconciliada), y dijo y confesó muchas cosas que habia hecho siendo bruja, por lo cual la llevaron al vicario de Zugarramurdi para que la confesase. Y habiéndola confesado le dió por consejo que pidiese perdon á sus vecinos de los males que les habia hecho, y públicamente confesó como era bruja, y les pidió perdon. Y confiesa que luego comenzó á ver la hostia consagrada en las misas que oia, y que nunca hasta entonces la habia visto, porque comenzó á ser bruja desde muy pequeña.

Sintiendo el demonio los grandes daños que de esta confesion le habian de resultar, consultó con sus brujos el grande sentimiento que tenia porque aquella se habia salido de su bandera, y luego comenzaron á la perseguir y á ir de noche á su casa para la sacar y la llevar al aquelarre, poniéndola miedos y amenazas si no iba. Y en una noche de aquelarre, estando el demonio y todos sus brujos con él, les dijo el grande sentimiento que tenia, y que era menester que fuesen todos á sacar de su casa á la dicha Maria de Yurreteguia para la llevar al aquelarre. Y poniéndolos á todos en distintas figuras de perros, gatos, puercos y cabras, y á Graciana de Barrenechea (que era reina del aquelarre) en figura de yegua, se fueron á la casa de Maria de Yurreteguia, que era de su suegro, y habiendo entrado en la huerta de ella (dejando todos los brujos mozos en la dicha huerta), el demonio se apartó con los brujos mas ancianos, y volviendo á consultar el modo que habia de tener para sacalla de su casa y llevar al aquelarre, entraron en la casa por las puertas y por las ventanas, abriéndoselas el demonio; y hallaron que la dicha Maria de Yurreteguia estaba en la cocina de la casa rodeada de mucha gente que aquella noche habia convocado para que la acompañasen y guardasen, por el miedo que tenian todos los de la casa de los males que las noches antes la habian hecho, y porque ella les dijo que aquella era noche de aquelarre é irian á la maltratar. Y el demonio y Miguel de Goyburu, rey del aquelarre, y otros brujos, se pusieron detrás de un escaño, y por cima dél sacaban las cabezas (19) para mirar dónde estaba y qué hacia la dicha Maria de Yurreteguia, y para la llamar haciéndole señas que fuese con ellos. Y Maria Chipia, su maestra y tia, y otra hermana suya, se pusieron en lo alto del humero, y desde allí la llamaban con la mano, haciéndola señas para que se quisiese ir con ellos, y la amenazaban poniendo el dedo en la frente, jurándola que se la habia de pagar si no se iba con ellos; y ella se defendia dando voces y señalando dónde estaban los brujos; mas los que estaban allí no los podian ver, porque el demonio los habia encantado y echádoles unas sombras para que no los pudiesen ver sino la dicha Maria de Yurreteguia, la cual á voces decia: «dejadme, traidores, no me persigais mas, que harto he ya seguido al diablo.» Y viendo lo mucho que la apretaban para que se fuese con ellos, quitándose un rosario que tenia al cuello, levantó la cruz dél en alto diciendo: «dejadme, dejadme, que no quiero servir mas al demonio; á esta quiero y esta me ha de defender;» y santiguándose y nombrando el nombre de Jesus (20)

dias dice muy serio un personaje: «Yo he oido decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del dia con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que á este anuncio todo estraño espíritu errante por la tierra ó el mar, el fuego ó el aire, huye a su centro.» Y otro interlocutor le responde, no menos grave y ponderativo: «Algunos dicen que cuando se acerca el tiempo en que se celebra el nacimiento de nuestro Redentor, este pájaro matutino canta toda la noche, y que entonces ningun espíritu se atreve á salir de sus moradas; las noches son saludables, ningun planeta influye siniestramente, ningun maleficio produce efecto, ni las hechiceras tienen poder para sus encantos.»

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que luego que amanece no hay brujo, ni ánima en pena, ni fastasma, ni demonio que se atreva a presentar en público. Nadie ha visto hasta ahora en la Puerta del Sol de Madrid, en Zocodover de Toledo, en la Rambla de Barcelona, en la plaza de San Antonio de Cadiz, en el Zacatin de Granada, ni en el Espolon de Burgos, que á las once y media de la mañana se haya aparecido vision, ni endriago, ni monstruo infernal, ni pastelero difunto rodeado de gatos y perros, con cadenita y olor de azufre, y *¡ay de mí!* pidiendo pesetas á los circunstantes para que le digan misas. Y todo esto, ¿á quién se debe? Al gallo. ¡Bendito él sea, que de tantas incomodidades y socaliñas y malos partos nos ahorra!

(17) *Illiacos intra muros peccatur, et extra.*

(18) Renegar de Dios malo es; pero de la Virgen Santísima, ¡adónde vamos á parar! Esta es doctrina frailesca, lector cándido, y perdona que te llame de tú; porque al fin, si no lo has por enojo, tambien yo he sido fraile, y no he perdido la costumbre del tuteo. ¿No te acuerdas de haber visto pasar en las procesiones de Semana Santa las imágenes de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y merecer apenas una inclinacion de cabeza? ¿seguir despues la de su Madre, y no hallar el vulgo, particularmente el devoto, femíneo, ignorante sexo, genuflexiones ni actos de reverencia que fuesen bastantes para manifestar su adoracion a tanto numen? Pues mira, lector amabilísimo, esta era teología de frailes (no de todos, pero de la mayor parte de ellos), y si no la mas acomodada al espíritu de la religion, la mas conforme a la estabilidad de sus refectorios.

(19) De suerte que el pobre demonio, si no sacaba la cabeza por encima del escaño, no veia gota.

(20) Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludovico Enio en la comedia de ***El purgatorio de san Patricio.***

Yo no sé por qué no habiamos de ver alguna vez esta comedia en los teatros de la corte, en donde á cada paso

...rgen Santa María, se levantaron... y fueron todos haciendo... [illegible] ...el demonio con... [illegible] ...grandes... en la mano izquierda... para mostrar... [illegible] ...que tenia por no haber... [illegible] ...Maria. Y por vengarse de ella le... las berzas de la huerta, y... destrozar un mo... de manzanas 21, y luego se fueron á un molino que tenia... [illegible] ...Maria de... y para mas se... [illegible] ...y... el rodezno, y... [illegible] ...la piedra de moler... [illegible] ...y despues el demo... [illegible] ...aparecieron, y los... [illegible] ...y risa... [illegible] ...las brujas... [illegible] ...agua, y la piedra no... [illegible] ...mucho... [illegible] ...á la dicha Maria de... [illegible] ...y repararon el molino.

...esta Maria de Yurreteguia... en la dicha forma á... [illegible] ...y perseveró siempre en... [illegible] ...al demonio y á los demas... [illegible] ...se usó con ella de tan... [illegible] ...el sambenito, estando en el ta... [illegible] ...para que pu... [illegible] ...ejemplo á todos los demas bru... [illegible] ...por ser buena confitente 22.

[illegible] ...algunas manzanas... [illegible] ...sapos 25, que los brujos... [illegible] ...para hacer...

...esentan *La peregrina d... , la devota prest... Maria la Remolachera, El Dr... universal, El... no S... , El Nabo de... , La C... uidado de... , El Huerto de Madrid y Pedro Vaquiarde*, con... hijos endemoniados, y el Cristo que habla y dice... y estás perdonado.

Esto es muy comun en los lugares; pero ya no son... gas ni el demonio los autores de tales fechorías; ...clase de gentes. El tio... arranca las lechu... o Hércules, y le rompe la tinaja del aceite, el hijo... que quema las colmenas de Anton Chilabotas; y... hacen astillas en una noche la... don Cle... el Hidalgo, le quitan las camisas de... y le echan rescoldo en el peluquin; pero esto... con agua bendita ni exorcismos. Pide jus... y... pocas veces.

...que el que no se confesaba reo... que esperar misericordia... tribunal. No pudo inventarse... de hallar culpa donde no la hubiese. El... acreditado ó de compasivo ó de... el que confesaba, y quemando... confesar. Al malvado y al débil se les... para evitar el rigor de la ley, pero... el que estimaba en mas que la... de su conciencia, perecia en las llamas... asunto para un celo... Si yo fuera... un par de... jos,...

[illegible] ...Estos sapos vestidos son demonios 26 en figura de sapo, que acom... pañan y asisten á los brujos para... y ayudar á que come... siempre mayores maldades, están vestidos de paño de terciopelo... de diferentes colores, ajustado al cuerpo... que se cierra por lo bajo de la barriga... pillo, y nunca se les rompe... los sapos tienen la cabeza levantada, y la cara... del mismo talle y figura que la tiene el que es señor del aquelarre... traen cascabeles 26 y otros dijes... y les dan de comer y beber, pan, vino y de las demas cosas que tienen para su sustento, y lo comen llevándolo con sus manos á la boca... dan, se lo piden diciendo... de comer 27. Y muchas y diversas veces hablan... sus cosas, y el demonio les toma cuenta del...

los dos en cueros vivos, los dos chorreando unguento verde y fetido, y pastoreando sapos por los campos de Barahona en una noche lluviosa de diciembre, cantando uno y otro al son del tamboril sus celos, sus esperanzas, sus dulces amores con las brujas de Angon, de Uruqueque, de Jurueque y de la Rebollosa. Mezclaria oportunamente en sus amebeos, discretos encomios del gran cabron que los preside; les haria cenar tertulias de ahorcado, lagartijas y pedos de lobo; y como ya es costumbre inveterada que todas las églogas se concluyan al anochecer, la mia (por no parecerse á ninguna) se acabaria al cantar del gallo, y el *quiquiriquí* me serviria de desenlace.

(24) Ya me lo daba á mí el corazon.

(25) La triste bruja que hubiese de vestir á tanto sapito de paño y terciopelo, y traerlos á todos ellos decentes y aseados, como es regular, se veria muy apurada; pero el prudente demonio removió este obstáculo, disponiendo que los vestidos (por un continuado milagro) ni se les empuerquen, ni se les rompan. Con su camisolita de percal, su chaqueta, su pantaloncito, sus medias botas y su gorro á cada uno, los tiene ya equipados para toda la vida. Es gasto, pero al fin se hace de una vez; y en verdad que no nos sucede lo mismo á nosotros, los que no somos sapos, que á cada paso tenemos que llevar dinero á la tienda de Castillo para sustituir calzones y renovar levitas.

(26) Que el vestido del ...
Para que...

(27) Esto no me gusta. ¿Tanto apetito y tanto regodeo, y que se les ha de dar una comida tan esplendida, y que á cada paso se han de estar quejando de que no los tratan bien? ¡Vaya, que son melindrosos y de mal contento los tales sapitos, que no he visto tal en mi vida! Pues pese á su alma, ¿no ven que el gran pontifice del aquelarre, que vale mas que ellos y toda su generacion, se contenta con una pepitoria de sesos y tabas de muerto, y ellos (ridículo vulgo de diablos) han de exigir de la pestilente bruja que los cuida manjares mas delicados y esquisitos? Es imposible que la pobre mujer no se vea negra para

nen en regalarlos, y los castiga y reprende gravemente cuando se han descuidado en regalarlos y darles de comer. Y Beltrana Fargue refiere que daba el pecho á su sapo, y que algunas veces dende el suelo se alargaba y estendia hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se la ponia en los brazos para que ella se le diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar á sus amos, y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre; y el demonio se los da como por ángeles de guarda, para que los sirvan y acompañen, animen y soliciten á cometer todo género de maldades, y saquen dellos el agua con que se untan para ir al aquelarre, y á destruir los campos y frutos, y á matar y a hacer mal á las personas y ganados, y para hacer los polvos y ponzoñas con que hacen los dichos daños.

Esta agua la sacan en esta manera: después que han dado de comer al sapo, con unas varillas le azotan, y él se va enconando é hinchando, y el demonio, que se halla presente, les va diciendo: «dadle mas,» y les dice que cesen cuando le han dado cuanto es menester, y luego le aprietan con el pié contra el suelo, ó con las manos, y después el sapo se va acomodando, levantándose sobre las manos ó sobre los piés, y vomita por la boca ó por las partes traseras una agua verdinegra muy hedionda en una barreña que para ello le ponen, la cual recogen y guardan en una olla. Y siempre que han de ir á los aquelarres (que son tres dias de todas las semanas, lunes, miércoles y viernes, después de las nueve de la noche) se untan con la dicha agua la cara, manos, pechos, partes vergonzosas y plantas de los piés, diciendo: «señor, en tu nombre » me unto; de aqui adelante yo he de ser una mesma cosa contigo, yo he de ser demonio, y no quiero tener nada con Dios.» Y María de Zozaya añade que decia ciertas palabras en vascuence, que quiere decir *aquí y allí*. Y su sapo vestido (que está presente cuando se untan, y tiene cuidado de los avisar cuando es hora para que vayan) los va guiando y saca de las casas por las puertas ó ventanas, ó resquicios de las puertas, ó por otros agujeros muy pequeños que el demonio les abre para que puedan salir, aunque los brujos piensan y les parece que se hacen muy pequeños. Y asi María de Yurreteguia se quejaba y decia á María Chipia, su tia, que para qué la achicaba y ponia tan chiquita, y le respondia que qué se le daba á ella por eso, pues después la alargaba y volvia á poner en su estatura. Y lo mas ordinario, se van por el aire (28), llevando á su lado izquierdo sus sapos vestidos, aunque otras veces se van por su pié, y los sapos van delante saltando, y muy en breve llegan al aquelarre, donde está el demonio con horrenda y muy espantosa figura. Y Graciana de Barrenechea, reina del aquelarre (29), dice que es de un gravísimo y malísimo olor. Y puestas de rodillas en su presencia, le adoran en la dicha forma y besan en las dichas partes; y luego se mezclan en sus bailes, danzas y corros; y á los que dejan de acudir á los aquelarres (aunque sea por precisa ocupacion ó por grave enfermedad) los azotan y castigan grave y cruelmente la primera vez que después vuelven al aquelarre, ó lo hacen yendo á sus casas para ello en las propias noches que dejaron de ir. Y á Joana de Telechea confiesan (y ella declara) que la azotaron y maltrataron grandemente la noche de San Juan del año próximo pasado, sin mas ocasion de que habiendo sido elegido su marido por rey de los moros (á usanza de aquella tierra, para se holgar y festejar la fiesta de San Juan en competencia de otro rey, que también eligen, de los cristianos, como era reina, tuvo ocupacion legítima para no ir aquella noche al aquelarre, y por esto la azotaron tan cruelmente, de manera que tuvo que fingir y dar á entender estaba con mal de corazon, para que su marido no viniese á imaginar y saber los malos tratamientos que le habian hecho (estando con ella acostado en la cama), todo lo cual hicieron aquella misma noche, sin que el dicho su marido lo pudiese sentir, porque primero le echaron sueño para que no pudiese despertar (30); y en todo el dia estuvo tan mala, que fué necesario publicar (para encubrir la causa de los azotes) estaba con grave enfermedad de corazon. Y refieren otros grandes castigos que se han hecho á muchas (31) personas brujas por no acudir con mucha puntualidad á los aquelarres y juntas.

Después que los brujos salen de sus juntas ó aquelarres, no osan hablar ni poner en plática las cosas que pasan en ellos, aunque estén juntos en sus casas ó en partes muy secretas, por el gran miedo y respeto que tienen al demonio, que después por ello los manda matar muy cruelmente. Y Joanes de Echalar, brujo reconciliado, confiesa (concordando con otros muchos que lo declaran dél) que era verdugo en el aquelarre, y que estaba por su cargo azotar á los muchachos que publicaban las cosas que pasaban en él, y descubrian que eran brujos, y á todos los demás que el demonio le mandaba, y los azotaba con unas manojas de mimbres retorcidos, ó con unos espinos muy ásperos, que se les metian por la carne y salia sangre, y que lo mas ordinario el demonio sacaba luego (de su oficina y botica que tiene de ungüentos, aguas y polvos) (32) un botecito de barro colorado, en que tenia un ungüento con que luego que untaba á los azotados se les mitigaba el dolor, y se les quitaban los cardenales; aunque otras veces se iban con ellos, y llevaban en sus carnes metidas las puntas de los espinos, y que diversas veces vió á los azotados que al sol con unos alfileres se las estaban sacando. Y María Juanto refiere, que habiendo muchos niños declarado en la villa de Vera, donde vivian, como tres noches cada semana los llevaban al aquelarre las maestras que los habian hecho brujos, por ello en el aquelarre los castigaron y azotaron cruelmente. Y viendo los padres sus malos tratamientos, y que los niños se consumian y andaban con los dolores, acudieron al vicario de la iglesia para que les diese remedio, y se determinaron á se los llevar á dormir á su casa, y en una sala grande de ella pusieron sus camas á mas de cuarenta niños, donde también dormia el dicho vicario. Y antes de se acostar, por el manual de la Iglesia los bendecia y conjuraba echándoles agua bendita, por lo cual no los podian sacar de casa. Y que aquella noche por órden del demonio hacian sus juntas muy cerca de la casa del dicho vicario.

mantenerlos, porque precisamente la brujería es el camino derecho de la infelicidad y la mendiguez.

¡Trabajo es que las artes que parecen mas lucrativas hayan de ser las que mas pronto dejen en cueros á los cuitados que las profesan! Ello es que no ha habido jamás nigromante, ni brujo, ni adivino, ni hechicero, por mas intimidad que haya tenido con el demonio, que no haya muerto miserable. Yo conocí a un italiano que se llamaba Giuglio Cesare Merendoni, el cual sabia hacer oro purísimo con estaño y ocre, y régulo de antimonio, y bismuto, y nitrate, y sulfureto, acetite y cenizas graveladas, en fin, él alla se entendia, y sacaba oro tal y tan bueno como el mas estimado del Brasil, y en su vida tuvo calzones. La mitad del año le mantenia el rey en la cárcel, á peticion de su casero, y cuando salia de ella comia bodrio en la portería de los Capuchinos, y dormia de balde, *sub Jove frigido*, entre los cajones de la Plaza. En un desván, ó sea carbonera, pared en medio de mi guardilla, vive actualmente D. Bernardino de Quiroga Pazuencos Lopez de Almazán, hombre de sesenta años, hidalgo, viudo, enjuto, pobrísimo, que no cena jamás, y habla por los codos, con una chiquilla de doce años, raquítica y jorobada, que habla mas que él. Tiene la gracia este buen hombre de hacer gábulas y combinaciones y laberintos de números, y adivina puntualmente los que han de salir en la lotería. Pues no hay mañana que no me embista pidiéndome cuartos, á fin de que la corcobadilla no se le muera de hambre, y á él le suceda lo mismo antes de verificarse la próxima estraccion: término perentorio para el cual cita y emplaza constantemente á sus acreedores innumerables.

(28) ¡Y cómo que se van por el aire! Ahí está vivo y sano el tio Mentirola, vecino de los Hueros, hombre honradísimo y al cual no se le conoce otra falta sino la de cargar la mano en el vino mas de lo que á varon prudente corresponde, que me ha referido muchas veces, *tacto pectore*, como yendo en una ocasion desde Pezuela de las Torres al Nuevo Bastan le anocheció por aquellos páramos, y soñoliento y sudando, porque habia comido muy bien en la posada de Loranca y bebídose un zaque, determinó esperarse á que saliera el sol, y esperarle durmiendo. Hizo almohada de las alforjas, en que llevaba unas cuantas libras de azafrán; durmió, roncó, y á deshora de la noche le despertó un estruendo repentino de voces é instrumentos músicos que sonaba en el aire. Estregóse los ojos, se incorporó como pudo, y alzando la vista distinguió una multitud de sombras, á manera de cuerpos humanos, que arracimados y en cuadrilla iban cruzando por la media region. Oyó voces de hombres, y risotadas y chillidos de mujeres, y sonar guitarrillos y panderetas; y entre aquella confusion diabólica llegó á percibir este cantar, que traslado fielmente de su boca á mi pluma:

Cuatro somos de Arganda,
Tres de Pozuelo,
Y la Capitanita
Del Lugar nuevo.

Si el tal Mentirola hubiese florecido en tiempo del doctor Holguin, su declaracion (que ahora no sirve de maldita de Dios la cosa) hubiera producido media docena de quemaditos mas.

(29) Proserpina del Orco de Zugarramurdi.

(30) Esto de tener modorra es achaque demasiado rancio y habitual en muchos maridos; adolecen de ella, y no hay medicina que los cure.

(31) No acabo yo de entender esto de los castigos; porque si en pronunciando el nombre de Jesus toda aquella infernal caterva huye á puto el postre, ¿cómo es que hay tontos que se dejen aporrear y azotar sabiendo que está en su boca su remedio?

(32) Se ve que el demonio es aficionadísimo á la farmacia. ¡Gran boticario!

[illegible]

...tenia es la sobrepelliz, y muy a proposito el hoestola, el libro y el hisopo me parecen escelentes, pero quisiera yo que aquel santo clerigo hubiese ...las criaturas con defensivos mas eficaces, que profano llamo *hecherias*. Por ejemplo: un ...pinchi, una santa Teresa de barro, la cruz de Caravaca, de San Benito, un cuerno, una mano de piedra del rayo, la piedra del aguila, una pipa de ...jo, la firma de santa Teresa, una higa de azabache, una media luna de ... un *Agnus Dei*, una medalla ..., un nudo en cruces y una castaña de Indias ..., que pertrechados los chiquillos con ... en que al vicario se le hubiese olvidado ... mas que los *siete durmientes* de ... ni bruja, ni diablo, ni sapo, ni cosa mala ... al pelo de la ropa, y les hubiera ahorrado ... la cruel zurribanda que tuvieron ... Y todo, por que? Por el descuido del señor ... por no saber su oficio. Si yo ... me portaria.

... intitulada *El tonto molinero* ... Martin de Amayur no diese motivo ... hoja por hoja la Dramaturgia ... no hay nada que tenga relacion ... a los curiosos por si gustan de ha... ... no quiero omitir una ... que el tal molinero, a pe... ... el unico espediente que su... ... para cuando uno se ve ... No hay sino encomendarse a Dios, y ...

[illegible]

En las visperas de ciertas fiestas principales del año, que son las tres Pascuas, las noches de los Reyes, ... Corpus Christi, Todos Santos, la Purificacion, Asuncion y Natividad de nuestra Señora, y la noche de San Juan Bautista, se juntan ... a hacer solemne ...

35. Al llegar con mis anotaciones a este pasaje de la misa y la zambra diabolica de que se habla mas adelante, te aseguro, lector carisimo, que estuve por hacer añicos el testo y la glosa, y desistir de la publicacion de esta obrilla. Porque es, en efecto, tan groseramente necio y bestial cuanto aqui se refiere, y supone tan torpe y hedionda estupidez de parte de sus autores, que no parece posible, sin esfuerzo particular, llevar adelante su lectura. En esta incertidumbre quise oir el dictamen de tres amigos que vinieron a verme una mañana a mi desaliñado guardillon. Les lei de un cabo al otro el Auto de Fe y la relacion de la

adoracion al demonio, y todos se confiesan con él, y se acusan por pecados de las veces que han entrado en la iglesia, misas que han oido, y de todo lo demás que han hecho como cristianos, y de los males que pudiendo han dejado de hacer. Y el demonio los reprende gravemente por ello, y les dice que no han de hacer cosa ninguna de cristianos. Y entre tanto los criados del demonio (que son otros demonios del mismo talle y figura que el del aquelarre, aunque unas (36) pequeños, y de ordinario son seis ó siete, y cuando son menester se aparecen allí muchos en gran cantidad) ponen un altar con un paño negro, viejo, feo y desaliñado sin dosel, y en él unas imágenes de figuras del demonio, cáliz, hostia, misal y vinajeras, y unas vestiduras como las que usan en la iglesia para decir misa; mas de que son negras, feas y sucias, y el demonio se viste, ayudándole sus criados, y le ofician su misa cantando con unas voces bajas, roncas y desentonadas, y él la canta por un libro como misal, que parece de piedra, y les predica un sermon, en que les dice que no sean vanagloriosos en pretender otro dios sino á él, que los ha de salvar y llevar al paraiso; y aunque en esta vida pasarán trabajos y necesidad, él les dará mucho descanso en la otra; que hagan á los cristianos todo cuanto mal pudieren. Y luego prosigue su misa, y le hacen ofertorio, sentándose para ello en una silla negra que allí ponen; y la bruja mas antigua y preeminente (reina del aquelarre) se pone á su lado con un portapaz en la mano, en que está pintada la figura del demonio, y en la otra mano una vacinilla como las que usan en las iglesias con que piden para alumbrar los santos, con una cadena como de oro al cuello, que en cada uno de los dichos eslabones tiene esmaltada la figura del demonio, y todos los brujos, comenzando por sus antigüedades y preeminencias, van á ofrecer cada uno por sí, haciendo tres reverencias al demonio con el pie izquierdo hasta llegar á hincar las rodillas en el suelo, y luego besan la figura del demonio en el portapaz, y echan en la (37) vacinilla el dinero que llevan para ofrecer, y unos ofrecen un sos, que es media tarja, y otros tarja entera, y los mas ricos y poderosos ofrecen un franco, que son tres reales, y cuando los echan en la vacinilla dicen: *esto por el honor del mundo y honra de la fiesta;* y las mujeres también ofrecen tortas de pan, huevos y otras cosas, que lo reciben los criados (38) del demonio, y luego

vida y costumbres de los brujos, y las notas que llevaba escritas; les propuse mis dificultades acerca del pasaje presente, y resultó, con diferencia de pocas palabras mas ó menos, el dialogo que voy á copiar.

DON TOMAS.

Eso es abominable. No lo imprima usted.

DON JUAN.

Imprímalo usted, que precisamente es lo mejor de toda la obra.

EDITOR.

Con que, ¿lo he de imprimir, ó lo he de quemar? Convengámonos.

DON PABLO.

Imprímase enhorabuena el testo antiguo, y las notas con él; pero al llegar á eso de la misa, y lo que se dice mas allá, salto, y puntos suspensivos; y ate usted el hilo en donde mejor le parezca.

EDITOR.

Los consultores son tres, y otras tantas las opiniones; no cabe mayor discordia en tan corto número de vocales. ¿Con que usted, señor don Pablo, quiere que se omita algo del testo original y....

DON JUAN.

No, señor, eso no.

DON TOMAS.

De ninguna manera. O imprimirlo como está, ó dejarlo.

DON PABLO.

Pero ¿qué inconveniente puede haber en suprimir lo que mas choque y escandalice?

DON JUAN.

Muy grande; y si no, dígame usted: ¿se propone el señor, por ventura, hacer un panegírico de la inquisicion, ó dar una idea de lo que fué, de lo que hizo, de los absurdos que creyó, que promovió, que divulgó; de lo perjudicial que fué su existencia á la ilustracion y á la moral pública? En una palabra, ¿la defiende, ó la acrimina?

EDITOR.

Ni uno ni otro. Quiero únicamente retratarla, ó por mejor decir, presentar el original mismo, para que no se diga que el artífice la favoreció ni la ofendió en la copia. Por esto he creido que valia mas que muchas disertaciones la reimpresion de una obra que ella misma dictó, y por eso me inclino á conservarla entera, si mas poderosas razones no me convencen.

DON JUAN.

Figúrense ustedes que alguna de las juntillas, que andan por esos montes acabando de aniquilar á la infeliz España, consultase á un inquisidor acerca de lo que se debia hacer con el tal aquelarre. Si el inquisidor tenia un adarme de juicio, diria que este papel debe ocultarse por el honor del tribunal, y hacer pedazos y reducir á cenizas cuantos ejemplares se hallen de él. Y si la juntilla insistiera todavía en que le queria publicar, el inquisidor haria lo posible para que se omitieran los pasajes mas repugnantes y absurdos; entre los cuales no serian los últimos el de la misa y la gresca obscena que hemos acabado de leer. Pues estos dos partidos que el inquisidor propondria son los mismos que ustedes han sugerido al señor, el cual ha dicho que no trata de acriminar a la inquisicion, pero ha dicho también que no pretende defenderla. Y ¿qué otro medio puede elegir, para evitar ambos estremos, sino el de publicar el aquelarre como está, como ella le hizo?

DON TOMAS.

Todo eso va muy bien discurrido; y no pretendo yo que haga el señor lo que el inquisidor haria, porque el caso es muy diferente. Doy por asentado que para evitar toda acusacion de parcialidad y de encono, el medio mejor es el de conservar el testo en toda su integridad. Pero, vamos claros: ¿qué lector cristiano y religioso no ha de estremecerse al ver la escandalosa profanacion que resulta de la misa grotesca que dice el diablo?

DON JUAN.

A la inquisicion de Logroño con esa pregunta. Ella lo creyó, lo castigó, lo leyó en la plaza de una ciudad principal de España, delante de muchos millares de personas, lo imprimió para que lo leyèsen los que no lo oyeron. Ella debe responder, el señor no. Su oficio es copiar.

DON PABLO.

Y tanta obscenidad como sigue después ¿qué oidos honestos han de sufrirla? El señor sabe muy bien que no es lícito desnudar á Venus, ni aun para azotarla.

EDITOR.

Sí, cuando es Venus la que van á desnudar; pero cuando se presenta el vicio con accidentes tan poco halagüeños, ¿á quién le parece á usted que puede ser dañoso? ¿Quién ha de hallar complacencia ni peligro en semejante lectura, sino alguna de aquellas almas groseras y enteramente corrompidas, á cuya depravacion nada hay que añadir? Lo mismo digo acerca de la ridícula misa del diablo. ¿Qué perjuicio ha de resultar de la descripcion disparatada que se hace de ella? Ni ¿qué hombre piadoso y católico, cuando deteste la feroz ignorancia de nuestros abuelos, no seguirá venerando, como es justo, el misterio mas sublime de la religion, el mas digno sacrificio que han ofrecido los mortales á la Divinidad? Si le ofende la ineptísima imitacion que se hace de él en el aquelarre de Zugarramurdi, lea la que hizo el Tasso en el último poema épico que ha visto Europa... Pero, y á todo esto, ¿en qué quedamos?

DON TOMAS.

En que... en que lo imprima usted como está.

DON JUAN.

Se supone; sin mudar una sílaba.

EDITOR.

Y usted ¿qué dice?

DON PABLO.

¿Qué he de decir, si me dejan solo? Que haga usted lo que quiera.

EDITOR.

Pues, amigos, asunto concluido. Haré lo que me parezca: ¿es verdad?

DON JUAN

Sí por cierto, y será lo mejor.

(36) Son diablos sacristanes y monaguillos, que en creciendo se ordenarán á la diablesca, serán predicadores sabatinos, confesarán á las brujas, cenarán y triscarán con ellas, y lo pasarán muy ricamente.

(37) ¡Por qué tanto el demonio misacantano no habia de ser también aficionado á la limosnita!

¡Maldito dinero, amén!

(38) Y se lo comerán regularmente, y harán tortillas, que *el abad de lo que canta yanta.*

rodillas junto á él, y le besan la mano izquierda y los pechos [illegible], y dos brujos que hacen el oficio de caudatarios le [illegible] faldas para que le besen en las partes vergonzosas, y revuelto el demonio sobre la mano izquierda, le alzan la cola y descubren las partes que son muy suscias y hediondas, y al tiempo que le [illegible] tiene prevenida, que les da una ventosidad de terrible olor, lo cual por la mayor parte hace siempre que le [illegible] las partes. Y hecha la ofrenda prosigue su misa y alza una [illegible] como si fuera de suela de zapato, en que esta pintada la figura del demonio, diciendo: *este es mi cuerpo*, y todos los brujos puestos [illegible] le adoran dándose golpes en los pechos, diciendo *Aquerragoiti, Aquerrabeyti*, que quiere decir: *Cabron arriba, Cabron abajo*. [illegible] hacen cuando alza el cáliz, que es como de madera, negro, [illegible] la hostia y bebe lo que hay en el cáliz, y despues se ponen [illegible] alrededor, y los va comulgando dándoles á cada uno un [illegible] en que está pintada la figura del demonio, que es muy [illegible] de tragar, y luego les da un trago de una bebida que es muy [illegible] tragandola les enfria mucho el corazon.

[illegible] el demonio acaba su misa, [illegible] conoce á todos, hombres y [illegible] carnal [illegible], y la dicha Graciana de Barrenechea, [illegible] las brujas que habian de ir á él donde estaba [illegible] apartado para el dicho efecto. Y Estebania de [illegible] era la que mas continuaba a los dichos actos 43, y luego [illegible] Juanes de Goyburu, [illegible] tañendo con el tamboril, y Joanes de Sansin con el atambor, [illegible] parte donde estaban las brujas, y la sacaban de entre ellas, y la [illegible] parte donde estaba el demonio, que luego [illegible] la conocia [illegible], estandole tañendo el son el dicho su marido Joanes de [illegible]. Y luego que el demonio acaba de cometer las dichas maldades [illegible] abominables que se dejan de referir, los brujos se mezclan [illegible] otros, hombres con mujeres, los hombres con hombres, [illegible] grados ni parentescos, y el demonio los aparea y [illegible] se han de juntar en forma de casamiento, diciendo [illegible] *para ti, y tu eres buena para este*, y en aquellos torpisimos [illegible] en el aquelarre, y fuera de el, con torpisimas y nefandas [illegible] y en sus propias casas, y en los campos, y en otras partes, [illegible] se les aparece el demonio en espantosa figura [illegible] y [illegible] muy de ordinario 44 se les va á las camas. Y María de Zozaya [illegible] casi todas las noches le tenia en su cama, y le abrazaba, trataba y comunicaba en la misma forma que si fuera su marido, [illegible] mas diferencia que si fuera hombre, mas de que siempre, [illegible] de verano, tenia las carnes frias, que aunque mas hacia no la calentaba. Y estas mismas maldades hacen y ejecutan en [illegible] noches siempre que van al aquelarre, y despues muchas veces [illegible] de haber comido, fingiendo que estan hilando, lavando [illegible] en otros actos semejantes, o saliendose á pasear acia el [illegible] demonio los arrebata, y llevandolos encubiertos con sus ma[illegible] de manera que aunque ellos ven á la gente, no pueden ser vistos [illegible] cierta; arte que tienen señalada para se juntar y mezclar [illegible] y deshonestos los unos con los otros, y con el demonio (45).

Buen provecho!

Estraño modo de desayunarse!

[illegible]ue es decir, bruja y diabla con sus puntas y co[illegible] alcahueta.

[illegible]o lo creo. Para estos menesteres las hijas son [illegible]opósito que las madres.

Pobre Juan!

[illegible]l cabron ha sido personaje muy respetable en la [illegible]ad, y muy estimado de las mujeres por sus bellas [illegible]. En el pueblo de Dios fue necesario prohibir es[illegible]nte que las damas tratasen con demasiada fami[illegible]a esta y otras bestias; de las cuales ya no hacen [illegible] que hoy tenemos por mas antojadizas y pecado[illegible]m omni pecore non coibis, nec maculaberis cum [illegible]lier non succumbet jumento, nec miscebitur ei, [illegible]elus est. Qui cum jumento et pecore coierit, morte [illegible]r: pecus quoque occidite. Mulier quæ succubue[illegible]bet jumento, simul interficietur cum eo: sanguis [illegible]sit super eos.

[illegible]re Martin del Rio, jesuita doctísimo, nos refiere [illegible]rujas llaman al cabron *Martinico;* que las favo[illegible] particulares muestras de amor, y que, agrade[illegible]dad que encuentra en ellas, las sirve mu[illegible]es de cabalgadura. Dice tambien que todos los [illegible]on mágicos, y aconseja en caridad que se les de [illegible]. Cita gravísimas autoridades en apoyo de la opi[illegible] que su tocayo Lutero fue hijo de un cabron y de [illegible]r, y asegura que otra parió en el año de 1598 [illegible]ura, cuyo padre habia sido el demonio disfrazado [illegible]. Si yo tuviera dinero (que no le tengo) reimpri[illegible] obras del padre Martin del Rio y otras de su cla[illegible] confusion de los incrédulos y regocijo universal. [illegible]ora, que viene á cuento, permítaseme que diga fran[illegible]

Y en sus casas de dia ni de noche no los echan menos aunque duermen en una misma cama, porque de noche el demonio echa sueño á los maridos ó á las mujeres que no son brujos, de manera que no puedan despertar, y en el lugar que desocupa el brujo, cuando van al aquelarre, se pone un demonio de su mismo talle y figura, que está allí representando su persona hasta que vuelven, y cuando vienen les dice las cosas que han sucedido mientras han estado ausentes. Y la dicha María de Zozaya refiere que habiendo ido una noche al aquelarre, una vecina la llamó á su puerta para pedir un pan prestado, y el demonio respondió por ella que no le tenian, y cuando volvió del aquelarre se lo dio. Y María Juan refiere que otra noche fueron á buscar á su casa para comprar unos huevos, y tambien el demonio respondió por ella por la ventana, diciendo que no los tenia. Y contandoselo [illegible] del aquelarre, le respondió que bien se los pudiera dar, que allí estaban en la cantarera. Y que siempre que habia de ir al aquelarre de dia, cerraba muy bien sus puertas por de dentro, y el demonio la sacaba por la ventana, quedando otro demonio en casa, que respondia [illegible]. Y aunque travesaba por cima de todo el lugar, y veia y conocia á todos los que [illegible] pasaba ella por las malas artes del demonio, iba bien segura de que no la viesen; y cuando volvia, el demonio le daba cuenta de todas las personas que la habian buscado.

En la noche de San Juan, despues de acabada su misa y las ceremonias [illegible] dichas maldades, va el demonio con todos los brujos a la iglesia [illegible] abriendoles las puertas se queda el fuera, y los brujos hacen [illegible] ofensas y ultrajes á la santa Cruz y á las imágenes (47) de los santos.

[illegible]camente mi sentir acerca de este personaje, del cual todavia no tenemos noticias bien seguras, despues de tanto como se ha dicho en las leyendas áureas de los santos, y en los autos sacramentales de Calderon.

Confieso de buena fe que el maldito no lleva traza de morirse jamás, y que podemos contar con el hasta la consumacion de los siglos, *et ultra;* pero nadie me quitará de la cabeza que a este demonio le sucede, ni mas ni menos, lo que a Titon, esposo de la Aurora, que aunque era inmortal, no se podia tener de viejo. Pues, como digo, yo tengo para mi que padece vejez, y esta sifilítico y lleno de lacras; porque solo hallandose derrengado y fuera de concierto pudiera olvidarse el picaron de las mañas antiguas. ¡Qué intrépido, qué lozano, qué de buen apetito en los oteros y barrancas de Zugarramurdi! y tan modestico ahora y tan para poco, que nadie refiere de el empresas amorosas, ni se sabe que haya dado ningun nuevo chiquillo a criar, ni se dice que se huelgue con él mujer alguna, ni bruja, ni hechicera, ni judia, ni mora, ni buena cristiana. En los pasados siglos era el coco de los maridos y los padres, pudiéndosele aplicar lo que dijo de Witiza un moderno escritor, mas feliz en prosa que en verso:

Todo lo mancha, todo lo atropella,
No perdona casada ni doncella.

¿Quién sería capaz de contar la historia de sus galanteos, si la lista de don Juan Tenorio es una abreviatura miserable de las que el guarda todavia en sus papeleras? ¿Ni quién sabria reducir a numero los hijos que ha tenido en altas princesas, matronas honestísimas, afligidas viudas, pudibundas vírgenes, religiosas encerradas y penitentes? Yo soy un pobre hombre, que logré como de limosna el grado de bachiller; murióse mi tio, que era capellan de Reyes Nuevos; dejé los estudios, tomé el habito, y nunca pude pasar de fraile de misa de once, y con todo y con eso, y supuesta mi escasa lectura, he compuesto una obra que si se imprimiera, no bajaria de tres tomos en folio, y se intitula: *Plutarco infernal. Vidas y hechos de algunos famosos hijos del diablo, desde que empezó a ser padre hasta que lo ha dejado de ser.*

Y en efecto: de tal manera lo ha dejado (y no por virtud, que en el no cabe), que apenas le queda el amargo consuelo de contar a sus nietecillos sus pasados verdores y entre tanto abrigarse bien, acostarse temprano, y cuidarse mucho; repitiendo lo que dijo al mismo proposito un autor italiano, cuyo nombre no se me acuerda.

Vixi puellis nuper idoneus,
Et militavi non sine gloria.

(46) De manera que todo el que no profese de brujo está condenado á ser marmota.

(47) Y eso que Marta de Yurreteguia consiguió ahuyentar de la cocina y del humero al demonio, y a los brujos y

Y Miguel de Goyburu refiere que algunas veces en el año, él y las brujas ancianas hacian al demonio una ofrenda que le era muy agradable, y para ello iban de noche á las iglesias, y llevaban consigo cada uno una cestilla que tenia asa, y desenterraban los cuerpos de los difuntos que ya estaban gastados, y de ellos sacaban los huesos de los menudillos de los piés, las ternillas de las narices (46), y todos aquellos huesecillos que hay alrededor, y los sesos hediondos (que aunque se van consumiendo con la tierra, tardan mucho en se acabar de gastar), y estas partes de los cuerpos de los difuntos (que son para el demonio bocados muy sabrosos) las recogian en las cestillas, y volvian á cubrir las sepulturas con la tierra, llevando consigo luz para ver á hacerlo, que declaran es muy oscura, sin decir de qué sea. Y Joanes de Echalar refiere que cuando los brujos van solos sin el demonio á hacer las dichas cosas, la luz que llevan es una hacha hecha del brazo de un niño que haya muerto sin ser bautizado, todo entero, y le encienden por la parte que están los dedos, y da luz como si fuera de una hacha. Y que es de tal condicion que los brujos ven con ella, y los que no lo son no pueden ver los brujos; y habiendo recogido los dichos huesos en sus cestillas, las meten colgándolas por el asa del brazo izquierdo, se van al aquelarre, y puestos en presencia del demonio formando una higa con la mano del brazo izquierdo, donde llevan pendiente la cesta, y llevándolo tendido, hacen una reverencia hasta hincar en el suelo la rodilla izquierda; y habiéndose levantado andan un poco y hacen otra semejante reverencia, y acercándose mas hacen otra tercera, y quedándose de rodillas tendido el brazo con la higa formada, dicen: *tome, señor, esto que le ofrezco*. Y el demonio muestra con ello mucho contento, y tiende la mano, y toma la cesta y la vacia en un esportón grande como de esparto, que está junto á él, y que aquella higa llevan formada para mayor infamia, y hacer mayor burla y mofa de los cristianos, cuyos son aquellos huesos; y que el demonio los come con unos dientes que tiene muy grandes y tan blancos como los suelen tener los negros, y los come feamente, chascando como puerco. Y preguntado para qué come el demonio aquellos huesos, dijo: que entendia qué para los incitar y obligar á que también ellos los comiesen. Y que les daba de ellos, y aunque estaban muy duros, los comian muy bien, porque el demonio les daba gracia y fuerza para los poder mascar y comer; y que cuando el demonio comia aquellos sesos hediondos, daba á entender que le sabian mas bien, y con esto los obligaba á que también los comiesen, y á que le rogasen les diese de ellos; y aunque eran tan asquerosos, los comian por darle contento al demonio, que mostraba recibirlo.

Muchas veces en el año, siempre que los frutos y panes comienzan á florecer, hacen polvos y ponzoñas, y para esto el demonio aparta á los que há dado poder y dignidad (49) de hacer ponzoñas, y les dice el dia en que las han de hacer, y les reparte los campos para que en cuadrillas vayan á buscar las sabandijas y cosas de que se hań de hacer las dichas ponzoñas; y el dia siguiente salen por la mañana (llevando consigo azadas y costales), y luego el demonio y sus criados se les aparecen, y los van acompañando á los campos y partes mas lóbregas y cavernosas, y buscan y sacan gran cantidad de sapos y culebras, lagartos y lagartijas, limazos, caracoles y pedos de lobo (que son unas bolillas redondas que nacen por los campos á manera de turmas de tierra, que apretándolas echan de sí un humo de mucha cantidad de polvos pardos); y habiéndolos juntado en sus costales, los traen á sus casas (50); y unas veces en el aquelarre y otras veces en ellas (en compañía del demonio) forjan y hacen sus ponzoñas, echando primero sobre todo su bendicion el demonio, y comienzan á desollar los sapos, mordiéndolos con sus bocas por las cabezas y apretando con los dientes cortan el pellejo, del cual van tirando hasta que lo arrancan al redopelo, y le entregan al demonio, estando los sapos sacudiéndose con el dolor y dándoles golpes por los ho-[illegible] ricos; y después [illegible] s las demás sabandijas, [illegible] clándolas en [illegible] de difuntos que sacan de las iglesias, y co[illegible] ue tienen junta de la que han sacado de los s[illegible] ecen hasta lo confeccionar en polvos; reserva[illegible] mezclan mayor cantidad de la dicha agua y ha[illegible] s, que todos se los reparte el demonio, llevand[illegible] arte que le cabe.

De estos polvos y ponzoñas usan para destruir los frutos, matar á hacer mal á las personas ó á sus ganados. Y los que mas se aventajan en hacer mayores maldades son los mas privados y estimados del demonio, con que animosamente las acometen.

Estando los panes ó frutos en flor, juntos todos los brujos en aquelarre, van en compañía del demonio mudados en figuras de gatos, perros, puercos y otros diferentes animales, hasta las heredades y panes donde pretenden destruir los frutos (llevando el dicho Miguel de Goyburu la caldera del demonio, que es de cuero, donde se ha recogido gran parte de los dichos polvos para el dicho efecto), y comenzando primero el demonio con la mano izquierda va derramando polvos hácia atrás, revolviendo siempre sobre la mano izquierda, y diciendo con una voz ronca y gorda: *polvos, polvos, piérdase todo; ó piérdase la mitad*, segun que quiere que se haga el daño. Y todos los brujos y brujas ancianas van derramándolos y diciendo: *piérdase todo; ó piérdase la mitad, y salvo sea lo mio*; mas no por eso son sus heredades de mejor condicion que las demás. Y que por la mayor parte derraman los dichos polvos cuando corre un aire que en vascuence llaman *egoya*, que los intérpretes declaran quiere decir *bochorno*. Y que con los dichos polvos es muy notable el daño que se sigue (51) en los frutos, porque cuando los derraman sobre los castaños, los erizos se paran mústios y enferman, y no tienen castañas sino cáscaras, ó una sola castaña, habiendo de tener tres cada uno. Y cuando los derraman sobre los manzanos, la flor se marchita, enferma y seca, que no llega á formarse el fruto. Y cuando las echan sobre los trigos (que es al tiempo que están espigados, antes que comiencen á granar) las espigas se quedan vanas sin que lleguen á granar sino muy poco, y los granos imperfectos; y el poco pan que sale es mal sazonado y enfermizo; y las habas se llenan de pulgon. Y aunque pierden sus frutos huelgan mucho de hacer estos daños por el contento que dan al demonio, y por el que los brujos reciben con los males que hacen á sus prójimos.

A las personas hacen mal (52), matándolas ó haciéndolas enfermar con graves enfermedades por induccion del demonio, ó por vengar sus enemistades. Y cuando han recibido algun enojo ó agravio de alguna persona, llevan al aquelarre de los dichos polvos ó ungüentos, y algun[illegible]

brujas que la solicitaban, solo con enseñarles la cruz del rosario. Confieso de mí que no acabo de entender á esta gente.

(48) ¿Quién era todo mi bien y descanso sino tu madre? ¡Oh, qué graciosa! ¡Oh, qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba á media noche de cementerio en cementerio buscando aparejos para nuestro oficio, como de dia; ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos cuyos enterramientos no visitaba; de dia los acechaba, de noche los desenterraba... ¡Pues mañana no tenia, con todas las otras gracias! Una cosa te diré para que veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó á un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. (*Celestina, acto* VII.)

(49) Me confirmo de nuevo en que el demonio es boticario, y de muchísima habilidad; que nadie le iguala en el conocimiento de plantas y yerbas, «à cedro quæ est in » Libano, usque ad hyssopum quæ egreditur de pariete,» y que no hay farmacopea que él no tenga en la uña, hasta la Edimburgense, con las adiciones novísimas.

(50) Pues dígote, lector suave, que la brujería no es vida descansada. ¿No ves cómo el maldito de Dios les hace trabajar, y qué malas noches les da, y qué rechinante música, y cómo los asolea, y qué asquerosas cenas les guisa, y qué torpemente los engaña? Yo creí que esto de ser brujo era otra cosa. ¡Y hay quien quiera serlo! Tú haz lo que te parezca; pero yo te aseguro, á fe de hombre de bien, [illegible] nero me pondria á escritor periódico, que obligado á [illegible] scar por esos campos limazos, caracoles, lagartijas, [illegible] s y culebras, y después tener que sufrir el mal h[illegible] del amo y sus lozanías.... ¡Yo, que soy de tierra de Toledo!... Y darle dinero encima y besarle en el [illegible] y... V[illegible] a, no es para mí esto.

(51) Y aun ahora sucede lo mismo con el tal bochorno, y eso [illegible] e la receta de los polvos ya no parece, ni se desuellan sapos, ni se descuartizan, ni se rehogan, ni se hacen u[illegible] üentos en la oficina de Zugarramurdi.

[illegible] a se ve que las hacen mal. ¿Quién ignora lo que le [illegible] lió á nuestro rey y señor (que está en el cielo), el se[illegible] rlos II, de feliz memoria? Yo espero que ninguno de [illegible] ectores se estará en ayunas de aquella historia [illegible] ble; pero por si acaso hay uno solo que la ignore, [illegible] no solo se la voy á contar.

[illegible] s pues, ¡oh lector inerudito y torpe! que acá los [illegible] 1696, ó poco mas acá, se empezó á divulgar la [illegible] que el rey estaba hechizado, y tanto se dijo y se re[illegible], que el mismo crédulo monarca llegó á creerlo. [illegible] a por entonces en un convento de dominicas de la villa de Cangas tres monjas endemoniadas, y el padre vicario, [illegible] omo era de su obligacion, las conjuraba muy á menudo para sacarlas los demonios. El padre Froilan Díaz, [illegible] de S. M., instó al dicho vicario á fin de que apremiase [illegible] os diablos de aquellas madres á que declarasen baj[illegible] mento, cuanto se deseaba saber acerca de los hec[illegible] s del soberano. El vicario, poniendo las manos de una de las energúmenas sobre una ara, y exorcizándola, mojándola de piés á cabeza con agua bendita, logró que el d[illegible] nio le respondiese que efectivamente el rey estaba hechizado; que se le dió el maleficio en bebida [illegible] qu[illegible] dad, «et hoc, ad de[illegible] s i[illegible] s in rege, et ad curam » capacem pone[illegible] administrandum.»

Era el p[illegible] le preguntador, y [illegible]

a de los sapos, y dan sus quejas al demonio contándole los
enojo, y venganza que pretenden hacer, y pidiéndole (para
onas ó para sus hijos) mal de muerte, ó la enfermedad que
e tengan, segun el apetito de su venganza, y el demonio se
luego se va en su compañía, y otras veces lleva consigo al-
gunas brujas de las mas ancianas en la seta, y las va alumbrando con el cuerno que tiene en la frente, que aunque trae dos en el colodrillo, solo aquel es el que da luz, y les abre las puertas y guia hasta las camas donde están durmiendo, y les echa su bendicion y sueño que no puedan despertar, y luego la bruja que pidió venganza abre la boca á la persona

. carga de allí á pocos dias, tuvo con el demo-
ogo siguiente :

VICARIO.

se le dió el hechizo al rey?

DEMONIO.

olate.

VICARIO.

se habia confeccionado?

DEMONIO.

miembros de un hombre muerto.

VICARIO.

DEMONIO.

esos de la cabeza para quitarle la salud, y de los
ra corromperle el semen é impedirle la gene-

VICARIO.

iginal fuera, ó señal esterior que se pueda que-

DEMONIO.

el Dios que te crió á tí y á mí.

VICARIO.

rsona fué, macho ó hembra?

DEMONIO.

juzgada.

VICARIO.

fin?

DEMONIO.

reinar.

VICARIO.

tiempo fué?

DEMONIO.

po de don Juan de Austria, a quien sacaron de
con los mismos hechizos, pero mas fuertes.

preguntar el diablo en otra ocasion (porque ya
que el padre vicario no le dejaba sosegar), res-
ue al rey le habian dado hechizos en dos veces,
ado de su madre Mariana de Austria. Que la que
primero «se llamaba Casilda, fué casada y tuvo
. Cuando se los mandaron hacer (no los hijos,
hechizos) ya era viuda. La misma hechicera fué
s hizo, sin otro algun cómplice mas que Lucifer.
pia buscó el cadáver de un ajusticiado en la mi-
a.» La segunda toma de demonios que le die-
la dispuso «una hechicera famosa, que vivia en
Mayor, era casada, tenia hijos y se llamaba Ma-
ronse a buscar por Madrid Marias y Casildas;
nas que hicieron no hallaron la que deseaban; y
o el bueno del rey, que no era lerdo, eligió por
al abogado y protector a san Simon, patriarca de
gran santo y pariente suyo, á quien particular-
cargo que le sacara con bien de tan enrevesado

r Rocaberti, inquisidor general, y el padre con-
nsejados del vicario de Cangas, se iban todos
palacio luego que amanecia, y apenas desper-
., le hacian desayunar con un gran cuenco de
ndito; poníanle en cueros, como su madre le
stregándole primero muy bien la cabeza con el
eite, le ungian después lo restante del cuerpo
atleta, sin dejar parte ni resquicio que no bem-
ringaran, y á mayor abundamiento le propina-
ando en cuando una buena purga, en que ade-
s diluentes y laxantes que son de estilo, habia
bendito, pedacillos de *Agnus Dei*, huesos de
pulverizados y tierra del Santo Sepulcro. Bebíase
a pocima con una devocion ejemplar; y lo que
es bien admirable, á pesar de todas estas diligencias, aun no se habia muerto.

Entre tanto el diablo de Cangas, á quien el vicario seguia preguntando de cada vez mas, llegó á decirle, que no se cansara en repetir conjuros, porque no responderia á derechas á nada que le preguntasen, si no se lo demandaban en la capilla de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, y esto «á fin de que se restituyese la devocion á aquella santa imágen, que estaba muy resfriada en los fieles». Acerca de lo cual tengo que hacer dos advertencias. Es la primera: que aquel demonio era un demonio de bien y muy devoto, y con algunos amagos y vislumbres de cristiano viejo; y es la segunda: que las tres monjitas endiabladas, y y el padre vicario y el padre confesor de S. M., y el señor inquisidor general, todos eran dominicos. *Vous êtes orfèvre, Mr. Josse.*

Cansado pues el señor Rocaberti de las reticencias y dilatorias del diablo, determinó morirse, y lo hizo cuando lo pensó: el vicario de Cangas se fastidió de preguntar, y el padre Froilán, viendo que ni el canjilon de aceite bendito, ni los conjuros, ni el parentesco de san Simon, ni las unciones, ni la purga servian de nada, llegó casi á desesperar de la empresa. Cuando vela que un dia se presenta muy oficioso en la cámara del rey el escelentísimo señor embajador de Alemania con unos pliegos en que venia una informacion, hecha por el obispo de Viena, de lo que habian declarado los demonios por boca de unos energúmenos en la iglesia de Santa Sofía de aquella ciudad, y todo lo remitia el emperador Leopoldo I á Carlos II para su consuelo é instruccion. La declaracion de los tudescos decia: que al rey le habia maleficiado una mujer llamada Isabel, que vivia en la calle de Silva, y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio, y debajo del umbral de la puerta de la casa en que vivia la picarona de la tal Isabel. El rey envió estos papeles á la inquisicion, y á pocas diligencias se hallaron debajo de tierra en los sitios indicados algunos trastos de endiablar, y envoltorios y muñecos que inspeccionados por los peritos, les parecieron cosa mala, y lo quemaron todo. Vino de Alemania á toda priesa, llamado, y rogado, y pagado a peso de oro, un fraile capuchino, el mas furibundo exorcista de cuantos florecian entonces. Maravillas se contaban de él: no habia demonios que resistieran á la eficacia de sus conjuros, y tan poderosamente los atacaba y afligia, que al fin soltaban la criatura, y se marchaban zumbando á los infiernos por no sufrirle. Pues este bendito fraile, que se llamaba fray Mauro Tenda, emprendió la cura del rey; y para proceder con el acierto necesario en tan delicadas materias le pareció esencialísimo interrogar á unas endemoniadas, que andaban en aquella sazon por Madrid haciendo viajes. Pilláha un dia entre puertas, y compeliendo á la mas habladora, hizo que el diablo le respondiese á cuanto le quiso preguntar; y la conversacion que pasó entre los dos fué la siguiente, sin mudar letra.

FRAY MAURO.

¿Quién malefició al rey?

DIABLO.

Una mujer bella.

FRAY MAURO.

¿Es la reina?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién le hizo el maleficio á la reina?

DIABLO.

Don Juan Polla.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor te dé mal de muerte,* ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; y padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quien pidieron venganza de enfermedad.

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada María de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berbería.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que nuevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron á enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto asperges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantísimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros de la suprema; los depuso, los desterró y metió en encierros y castillos; la suprema y toda la clerigucia, obstinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de aceite y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia al Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y frailesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando cucharetear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un heresiarca, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos emisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que lo supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavía duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo XVIII haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creído que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senone, abadía de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpreso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcilli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consuntos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia (segun el citado reverendísimo) en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemársele separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa, desde el año de 1730 al de 35, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, a la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

ras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que ser cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, quelarre de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella co-er amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello dia y celos Marijuan de Odia, bruja que tambien tenia amo-era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (55) á tener entre sí emulacion y pesadumbres, sintiendo mu-dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida tambien; por lo cual determinó de tomar contra ella venganza; y n el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y compe-cómo queria vengarse de ella matándola; y que el demonio : *pues vos lo quereis, hágase así*. Y que estando en su cama que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas ancia-despertar, y le dijo se levantase luego, porque habian de ir venganza que le habia pedido; y que esto el demonio lo se que no era de aquelarre por coger á la dicha Marijuan de ada y dormida; porque siendo como era bruja, no pudiera engaña tan cómodamente en noche que fuera de aque-lla habia de estar despierta y en él; y habiendo ido en com-monio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dán-aso de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de lvos, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (55) dia murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el sieso y por su natura (56); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente los se-.

en busca de un vampiro que habia muerto seis ntes, y se divertia en chupar á diestra y sinies-s criaturas encontraba por aquellos contornos. al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, te, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero , que no entendia de fiestas, fulminó inmediata-sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de ugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por o, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. cómo se holgaria el bellaco de ver celosas á la a la Barrenechea! porque esto de ser querido, nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo e lisonjea y le envanece.

sobrinito mio, que para esto del verso es una aba de escribir una tragedia de magia y música, : *La venganza mas horrenda y muerte de Mari*-ual se representará, sin remedio, en alguno de de la corte para esta pascua próxima. Es una racea, compuesta, como otras de su género, de los mas acreditados dramaticos antiguos y mo-gados unos á otros con admirable oportunidad . No quiero decir lo que es el plan, porque se-e al publico anticipadamente la mitad de la di-ero, sin que me lleve el amor a mi sangre, co-istiano que es una de las mas acabadas piezas se han visto. Lo menos va á durar cuarenta nla bien ó háganla mal, llueva ó no llueva. Ten-las señoras mujeres; habrá a la puerta manti-rradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capo-trizas, y asfixias y navajazos para adquirir bi-cómicos quedarán ricos, y por consiguiente os que no vuelvan a representar en su vida. lista de los personajes para divertir la curiosi-apasionados, en tanto que Baus dispone las y adoba las garruchas.

Cabron. Sultán y capellán mayor del aquelarre murdi.

a de Barrenechea. Bruja, reina y papisa del

n de Odia. Bruja, concubina del Gran Cabron, sin sueldo.

la de Iriarte. Bruja, concubina del mismo, con gajes.

asin. Su esposo, brujo y maestro de capilla rre.

le Goyburu. Barba brujo, tamborilero y acólito Cabron.

le Vizcar. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

Echalar. Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon

e Echalecco. Bruja, graciosa.

le Amayur. Buen cristiano, hombre de bien y onto.

Maria Chipia. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

Secorradillo.....	Diablos monacillos.
Centella.	
Rabilargo.	
Garrillas.........	

Don Fermin de Iparraguirre. Natural de Yurre de Arratia, vicario de Zugarramurdi.

Don Ignacio Javier Maria de Errotarchecojaunarena. Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagos, grajos, cernícalos, mochuelos y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(56) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan descoloridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, calomelanos de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidiestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la portería de chiquillos enteccos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta estructura, cara populosa, nariz aduuca, cerviz taurina, ademán hercúleo, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repartiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el asperorio de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se volvia sudando á su celda. Yo bien te diria cuál era la oracion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calainos... No obstante, así como así, mañana vendrán los maestros, y por consiguiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frailes. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.
» Sunt mala quæ libas, ipse venena bibas.
» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

»Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo » te defendat. Maledicti et excommunicati dæmones: in » virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma-» nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je-» hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et » separamus à creatura ista *Pascual de Jaramillo*, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei: » et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habea-» tis potestatem per postem, nec per aliquod quodcumque » maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vo-» bis à Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus; » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » *Oremus*. Accipiat, quæsumus, Domine Deus noster be-» nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et » mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tuæ » propitiationis beneficia semper inveniat. Amen. Potestas » Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri-» corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro

cair y chupan la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupá y tragá eso, que es bueno para vosotras;* de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores les azotan cruelmente con unos espinos ó mimbres retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chupó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas

» vos, ascarides, ut conversæ in aquam recedatis à cor-» pore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, » et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro no-» bis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te effi-» ciaris sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul » sint, moriantur, et exeant à corpore tuo: ut in Domino » gaudentes dicamus; dum appropiant super te nocentes, » ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latin al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantísimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocacion de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

«Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad in-» fernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio » de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fue-» gos que los hirvientes étneos montes manan, goberna-» dor y veedor de los tormentos y atormentadores de las » pecadoras ánimas, regidor de las tres furias Tesifone, » Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras » del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y som-» bras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vo-» lantes harpías, con toda la otra compañía de espanta-» bles y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida » cliéntula, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas ber-» mejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con » que están escritas, por la gravedad de aquestos nom-» bres y signos que en este papel se contienen, por la ás-» pera ponzoña de las víboras de que este aceite fué he-» cho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza á » obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello » estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con » aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello » de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mi-» rare, mas su corazon se ablande á conceder mi peticion. » Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Ca-» listo, tanto, que despedida toda honestidad, se descu-» bra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto » hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no » lo haces con presto movimiento, ternásme por capital » enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; » acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré » con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y » otra vez te conjuro.» *(Acto III.)*

partes chupó [illegible] las manos y con la boca por la garganta, nue[illegible]hos polvos y ponzoñas mas de [illegible] hombres y [illegible]mbres de todos ellos y los [illegible] que pade[illegible]pocos dias, y otra gran [illegible] niños, h[illegible] diferentes males y enfermedades, refir[illegible]. Y Estebania de Iriarte, su hermana, y Gra[illegible]dre, refieren cosas [illegible] y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebania de Telechea confiesa haber muerto una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en las [illegible] que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se le ensució en un avental nuevo que tenia puesto; y que á un muchacho grande porque le dijo: *¡ah, puta vieja! el pescuezo te se tuerza*, le aguardó en cierta parte por donde habia de pasar, y llevando la mano untada con los ungüentos ponzoñosos, trayéndosela por la cabeza y el pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad de que dentro de pocos dias murió. Y refiere otras muchas muertes y [illegible] que de dia hizo con los dichos polvos y ponzoñas, llegando como en burla á tocar con ellos á las personas que pretendia hacer los dichos males. Y María Presoná y María Joanto, hermanas, refieren que el demonio en el aquelarre les dijo que ya habia mucho tiempo que no le [illegible] males (como acusándoles el descuido que en esto tenian), por lo [illegible] ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echaron unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho dias murieron ambos; y que lo hicieron solo por dar contento al demonio, que despues se les mostró agradecido porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y [illegible] de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que tambien emponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles unos pocos de los polvos en las partes donde les quitaban los pezones, ó en algun agujero sutil y disimulado que les hacian, y las daban á las personas que querian hacer males, con que enfermaban si las comian, y padecian grandes trabajos.

Siempre que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas personas ó criaturas (despues de enterrados), en las primeras noches que han de ir al aquelarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y [illegible] los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) los parientes mas cercanos (con machetes que para ello llevan) los abren y sacan las tripas, y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que cayere del cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, [illegible]dola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se echa de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al difunto los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aquelarre y los [illegible] en puestas, y los dividen en tres partes: una cuecen, otra asan, y la otra

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á [illegible]nto el saco bendito que tiene encima no hay [illegible] [illegible] llevársele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño [illegible]. Por eso los cereros venden hábitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual aseguran la [illegible] [illegible] finados, y á ellos tambien les resulta alguna [illegible]cia. ¿Cuantas veces se ha visto (ó se ha oido á lo [illegible]) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados [illegible]os difuntos por entre los encinares y en las arroyadas [illegible] malezas profundas gritando en voz lúgubre que les h[illegible] el favor de quitarles el hábito, á fin de que estando en pe[illegible]ta puedan los diablos cargar con ellos y llevar el [illegible] á las calderas de alcrebite en que se está [illegible] el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo ya) no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en ace[illegible]r su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se ent[illegible]le; pero ¿no es una solemne majadería que los otros se [illegible] moden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo [illegible]enos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo [illegible]to es que ha sucedido muchas veces, y que no hay p[illegible], por ignorante y rústico que sea, y aunque no se [illegible] sino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muertos condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

[illegible] tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ro[illegible]llo, que ya estuve resuelto á contarlo, porque lo [illegible] con tales circunstancias y menudencias, que á no haberlo [illegible]resenciado yo mismo, es imposible tener mas [illegible] [illegible] me acuerdo todavía de la [illegible]ga y tendida que [illegible] [illegible]e yo abuse jamas de la tolerancia d[illegible]empeñe en decirles todo lo que sé. [illegible]allo.

cruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos manteles sucios y negros, los parientes mas cercanos lo van repartiendo entre todos los demas brujos, y se lo comen asado, crudo y cocido, comiendo el demonio el corazon, y sus criados la parte que les da, y á los sapos vestidos les dan tambien su parte, que la comen gruñendo y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y hediondas esten las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallinas, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los hombres es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la misma forma desentierran y comen otras muchas personas que no son brujos, y mueren de sus enfermedades, y los huesos los recogen y guardan para otra noche. Y la dicha Graciana de Barrenechea declara que por ser ella la mas preeminente de todos los brujos y reina del aquelarre, le pertenecia toda la carne, pan y vino que sobraba de los dichos banquetes, y los recogia y llevaba a su casa, y en ella lo guardaba en un arcaz grande que tenia, porque su marido y una de sus hijas y el yerno (que no eran brujos) no lo viesen, y cuando no estaban en casa sacaban la dicha carne, y la asaban y comian ella y dos de sus hijas (que eran brujas), y los dichos Miguel y Joanes de Goyburu y otros de los dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comian con mucho gusto. Y refieren mucho número de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron al aquelarre, y los descuartizaron y repartieron, declarando los padres que han comido á sus hijos (58), y los hijos a sus padres. Y el dicho Joanes de Goyburu refiere que tambien las noches que no eran de aquelarre se juntaban ciertas personas de los dichos brujos (que declaró) en su misma casa, y de ella iban a desenterrar algunos muchachos que se habian muerto, y llevándolos a su casa hacian banquetes, comiéndolos asados. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hijo, poniendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que después el gasto repartian entre todos, y lo pagaban a escote.

La primera vez que despues vuelven al aquelarre echan a cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y raices de una yerba que en vascuence llaman *belarrona*, que tiene virtud de ablandar los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos, y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la machacan en unos morteros, y los esprimen con unos paños delgados, y sacan de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio recoge en una redoma, y el cisco que queda de los huesos y los sesos de los difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hacer polvos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una redomita á cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservados para que cometan mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza de aquella maldita agua, que tocando con ella cualquiera persona en cualquier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Iriarte refiere que con ella mató cuatro personas, y que habiéndole una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadio á que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiera sabia que se habia de morir luego, y el demonio le dijo que bebiese como el bebia. Y que ella vio que aunque el demonio bebio de la dicha agua no por ello se murio, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de *Zozaya* declara que para se vengar de un hombre, habiendo puesto á asar un huevo, le tocaron con una gota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberle comido padecio grandes trabajos y tormentos hasta que murio.

Y por dar fin a tantas y tan grandes y espantosas maldades con la burla de la caza, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de *Zozaya*, declara que habiendo en la villa de Renteria un clerigo casador, muchas veces cuando iba á caza, le decia: *señor compadre, mate muchas liebres para que nos dé lebrada a todos*. Y luego se iba a casa, y habiendose untado con el agua hedionda que se untaba para ir al aquelarre, caminaba acia la parte donde iba el dicho clerigo, y el demonio la ponia en figura de liebre, y arremetiendo contra ella los galgos, corria por los campos haciéndoles muchas burlas y revueltas acia todas partes, con que el clérigo (59) y las demás personas que con él iban andaban desatinados corriendo tras los perros, porque siempre revolvia acia donde andaban los cazadores, con que con mayores voces y furia la perseguian, y no cesaba de hacerles burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban, con que burlados (60) y sin caza ninguna se volvian á sus casas. Y tras haber oido tantas y tan grandes maldades en dos dias enteros que duró el Auto, despues de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos á las nuestras.

(58) Aqui vienen como de perlas cuatro versos del buen Ferreira:

> Bem poderas, ¡oh sol! da vista destes
> Teus raios apartar aquelle dia:
> Como da seva mesa da Thyestes,
> Cuando os filhos, por mao de Atreu, comia

(59) Buena idea es atribuir a las brujas la lijereza de las liebres, lo pasicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montaraz de Renteria.

(60) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisicion de Logroño a cincuenta y tres personas, á cinco estatuas y a cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prision, tormento, sambenito, corozas, soga, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscacion de bienes, destierro, carcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó ó alivió el castigo a diez y ocho, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfaccion y el contoneo del licenciado Frias, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

FIN DE LAS OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

INDICE.

TRAGEDIAS.

OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL.

de quien se pretende vengar, y le mete en ella unos pocos de aquellos polvos envueltos en un pedazo de pellejo de sapo, ó les unta por el pescuezo y hombro izquierdo acia los pechos, ó en otras partes de su cuerpo con el dicho ungüento, diciendo: *el señor te dé mal de muerte,* ó tal enfermedad por tanto tiempo; y luego las tales personas comienzan á estar enfermas (53) y á padecer muy grandes dolores y trabajos, muriendo en breve tiempo y con grandes ansias los que han de morir; y padeciendo grandes enfermedades y dolores las personas contra quien pidieron venganza de enfermedad.

FRAY MAURO.

¿De qué nacion es?

DIABLO.

De los allegados á la reina.

FRAY MAURO.

¿En qué se dió el maleficio?

DIABLO.

En un polvo de tabaco.

FRAY MAURO.

¿Ha quedado mas?

DIABLO.

Sí, y está guardado en un escritorio.

FRAY MAURO.

¿Qué reina dió el maleficio al rey?

DIABLO.

La que murió.

FRAY MAURO.

¿Hay mas maleficio que aquel que dijiste esta mañana?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿Quién los hizo?

DIABLO.

Una mujer llamada María de la Presentacion.

FRAY MAURO.

¿Dónde vive?

DIABLO.

En el cuarto alto de la casa en que me conjuras.

FRAY MAURO.

¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta mujer?

DIABLO.

Doña Antonia de la Paz.

FRAY MAURO.

Lo que se sacó del umbral de la calle de Silva ¿era maleficio?

DIABLO.

Sí.

FRAY MAURO.

¿De qué se componia?

DIABLO.

De un hueso de perro.

FRAY MAURO.

¿Quién le puso?

DIABLO.

Antonio Cabezas.

FRAY MAURO.

¿En dónde está?

DIABLO.

En Berbería.

No es fácil ponderar la contradiccion que resultaba de las declaraciones de aquellos enemigos; porque ¿cómo era posible concertar lo que habian dicho los de Cangas con lo que aseguraban los de Viena, y lo que nuevamente deponian los de Madrid? Todo era embrollo y behetría, y todo redundaba en perjuicio del augusto endemoniado, que cada vez estaba peor.

Obtuvo el empleo de inquisidor general el cardenal de Córdoba, y como alcalde nuevo, juraba y perjuraba que él acertaria lo que habian errado los demás, y que él sacaria los malos al rey, ó habia de poder poco. Pero ¿qué sucedió? Que los diablos llegaron á enfadarse de veras de tanto exorcizar, y tanto preguntar, y tanto aceite bendito, y tanta reliquia, y tanto aspérges, y determinaron tomar solemne venganza. Por de contado al padre fray Mauro le hicieron perder la decantada habilidad de compeler, y ligar, y espeler, y le convirtieron en un monigote ignorantísimo; al cardenal le introdujeron la forma cadavérica en el mismo dia en que llegaron las bulas de su nueva dignidad; al obispo de Segovia, á quien nombró el rey inquisidor general, le volvieron loco. Persiguió á los consejeros de la suprema; los depuso, los desterró y metió en encierros y castillos; la suprema y toda la cleriguicia, amotinada contra él, tanto hizo, que le obligó á volverse á Segovia á cuidar de su obispado, que fué sin duda la mayor pesadumbre que pudieron darle. Carlos II, lleno de aceite y jalapa por de dentro, y de nóminas y escapularios por de fuera, viendo que los demonios no trataban de dejar la posada, se fué á la gloria, y le llevaron en ceremonia al Escorial. Siguió, no obstante, la discordia clerical y frailesca; y en tanto que el padre Froilán, desterrado, fugitivo, perseguido, preso, acusado de hereje, pasaba su triste vida de cárcel en cárcel, la inquisicion andaba revuelta con monseñor nuncio, que deseando cucharetear en todo, queria avocar á Roma la causa de los hechizos, para que el pontífice, en su infalible sabiduría, declarase si los diablos del difunto rey habian sido verdaderos y legítimos diablos, y si el padre Froilán era un heresiarca, ó un solemne majadero. Los frailes dominicos, divididos en parcialidades y provincias, unos querian ver quemado á su hermano el padre Froilán, y otros le defendian y recomendaban. El general de aquella órden envió dos comisarios desde Roma para protegerle; y los demonios que lo supieron, se apoderaron de ellos así que se apearon de la calesa; á los dos los pusieron á morir, que faltó muy poco para enterrarlos, y al uno le dejaron tuerto.

Si la guerra de sucesion no hubiese interrumpido tan graves asuntos, todavía duraria el proceso del padre Froilán y la feroz venganza de los diablos, justamente ofendidos de tanta pregunta como les hizo el vicario de Cangas.

(53) ¿Es posible (dice Voltaire) que en nuestro siglo XVIII haya habido vampiros, después de haber florecido Locke, Shaftesbury, Colin y Tranchard? ¿Y que viendo á un D'Alembert, Diderot, Duclos y St. Lambert, se haya creido que hubiese vampiros? ¿Y que el reverendísimo padre don Agustin Calmet, monje benedictino de la congregacion de San Vaunes y de San Hidulfo, abad de Senone, abadía de cien mil libras de renta (inmediata á otras dos abadías de igual valor), haya impreso y reimpreso la historia de los vampiros con aprobacion de la Sorbona, firmada por Marcilli?

Los tales vampiros eran unos muertos que salian de los cementerios para venirse á chupar la sangre de los vivos, sacándosela ó por el cuello ó por el vientre; y concluida esta operacion se volvian á sus sepulturas. Los vivos chupados enflaquecian, se ponian cloróticos y consuntos; y los muertos chupadores engordaban por instantes, adquirian muy buen color y reventaban de salud. Y esto sucedia (segun el citado reverendísimo) en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria y en Lorena.

Los griegos cismáticos están hoy dia en la persuasion de que estos difuntos son hechiceros, que se van de casa en casa chupando la sangre de los niños, engulléndose la cena que sus padres tienen prevenida, bebiéndose el vino, y rompiendo cuantos muebles hallan al paso. No puede hacerse carrera con ellos hasta que los queman, si por fortuna los llegan á pillar; pero antes de echarlos al brasero es necesario sacarles el corazon y quemárselo separadamente.

En toda la Alemania oriental no se hablaba de otra cosa desde el año de 1730 al de 35, que de los tales muertos chupadores. Los avizoraban, los perseguian, les arrancaban el corazon y los echaban al fuego sin misericordia; pero, a la manera de los antiguos mártires, cuantos mas chupachiquillos quemaban mas chupachiquillos habia.

El mismo reverendo padre Calmet cuenta que por mandado del emperador Carlos VI fueron dos comisionados, en compañía del alcalde de cierto lugar de Hungría y de un

otras muchas muertes, males y venganzas, mas de veinte que haber cometido en la dicha forma Graciana de Barrenechea, aquelarre de Zugarramurdi, dice: que al tiempo que ella co-tener amores con el demonio y ser privada suya, cobró de ello avidia y celos Marjuan de Odia, bruja que tambien tenia amo-, y era la mas favorecida de todas; y por esta competencia (54) ron á tener entre sí emulacion y pesadumbres, sintiendo mu-la dicha bruja le pesase de que ella fuese favorecida tambien mio, por lo cual determinó de tomar contra ella venganza, y en el aquelarre dió cuenta al demonio de sus celos y compe-de como queria vengarse de ella matándola, y que el demonio dio: *pues vos lo quereis, hágase así*. Y que estando en su cama e que no era de aquelarre, el demonio con otras brujas ancia-r á despertar, y le dijo se levantase luego, porque habian de ir r la venganza que le habia pedido; y que esto el demonio lo oche que no era de aquelarre por coger á la dicha Marjuan de cuidada y dormida, porque siendo como era bruja, no pudiera a venganza tan cómodamente en noche que fuera de aque-e ella habia de estar despierta y en el, y habiendo ido en com-demonio, entraron en su casa y ejecutaron su venganza dan-edazo de pellejo de sapo en que iban envueltos unos pocos de s polvos, y luego estuvo mala, que dentro de tercero (55) dia murió. Y todas confiesan grande número de muertes y males que han ejecutado en la dicha forma.

Y á los niños que son pequeños los chupan por el sieso y por su na-tura (56); apretando recio con las manos, y chupando fuertemente los ...

o, en busca de un vampiro que habia muerto seis s antes, y se divertia en chupar á diestra y sinies-ntas criaturas encontraba por aquellos contornos. ole al picaron tendido en el ataud, gordo, fresco, adote, los ojos abiertos y pidiendo de comer; pero de, que no entendia de fiestas, fulminó inmediata-la sentencia contra el muerto tragon, apoderóse de erdugo, le sacó las entrañas, se las quemó; y por ado, el tal vampiro perdió el apetito para siempre. ¡Y cómo se holgaria el bellaco de ver celosas á la n y á la Barrenechea! porque esto de ser querido, á nosotros, infelices mortales, pero aun al mismo o le lisonjea y le envanece.

Un sobrinito mio, que para esto del verso es una acaba de escribir una tragedia de magia y música, da: *La venganza mas horrenda y muerte de Mari-* cual se representará, sin remedio, en alguno de ros de la corte para esta pascua próxima. Es una taracea, compuesta, como otras de su género, de de los mas acreditados dramáticos antiguos y mo-pegados unos á otros con admirable oportunidad za. No quiero decir lo que es el plan, porque se-arle al público anticipadamente la mitad de la di-; pero, sin que me lleve el amor á mi sangre, co-cristiano que es una de las mas acabadas piezas as se han visto. Lo menos va á durar cuarenta gánla bien ó hágaula mal, llueva ó no llueva. Ten-ada las señoras mujeres; habrá á la puerta manti-garradas, zapatos perdidos, abanicos rotos, capo-hos trizas, y asfixias y navajazos para adquirir bi-Los cómicos quedarán ricos, y por consiguiente Dios que no vuelvan á representar en su vida. la lista de los personajes para divertir la curiosi-los apasionados, en tanto que Baus dispone las as y adoba las garruchas.

an Cabron. Sultan y capellan mayor del aquelarre rramurdi.

ana de Barrenechea. Bruja, reina y papisa del re.

uan de Odia. Bruja, concubina del Gran Cabron, a y sin sueldo.

ania de Iriarte. Bruja, concubina del mismo, con io y gajes.

Sansin. Su esposo, brujo y maestro de capilla elarre.

el de Goyburu. Barba brujo, tamborilero y acólito n Cabron.

n de Vizcar. Barba brujo, alcalde del aquelarre.

de Echalar. Brujo, verdugo del aquelarre, y bufon ina.

de Echalecu. Bruja, graciosa.

n de Amayur. Buen cristiano, hombre de bien y o tonto.

María Chipia. Bruja vieja y tullida, maestra de novicios.

Socarradillo..... *Centella*. *Rabilargo*. *Garrillas*.........	Diablos monacillos.

Don Fermin de Iparraguirre. Natural de Yurre de Arra-tia, vicario de Zugarramurdi.

Don Ignacio Javier María de Erretarchecojaunarena. Sacristán de Zugarramurdi.

Cuatro docenas de niños chupados.

Acompañamiento de puercos, gatos, cabritos, zorros y garduños. Pajes del Cabron.

Acompañamiento de murciélagos, grajas, cercinácalas, mochuelas y lechuzas. Camaristas de la reina.

Coro de perros.

Coro de sapos.

(56) Y los angelitos se quedan tan flacuchos, tan desco-loridos, tan débiles, tan tristes, que sus pobres madres, tias y abuelas ni saben qué hacer con ellos, ni adivinan cuál sea su enfermedad. Regularmente suponen que serán lombrices, y los atracan de etiope mineral, calomelanos de Riberio, santolina, aloes, escordio y yerba cuquera; pero si la bribona de la bruja se los chupa de noche, ¿quién hallará medicina tan eficaz que baste á curarlos? Yo te lo diré, lector amoroso; bien que me parece que ya llegamos tarde. Los padres de San Bernardo habian discurrido una oracion ambidestra, que tan buena era para el chupamiento de brujas, como para las lombrices. Llenábase la porteria de chiquillos entecos, y madres devotas, y hermanas opiladitas y ojinegras; bajaba un religioso de robusta es-tructura, ceja populosa, nariz adunca, cerviz taurina, ade-mán hercúleo, y le acompañaba un hermano motilon con el agua bendita y el libro. Saludaba el padre á aquellas afligidas mujeres, no quitaba ojo á las hermanas, y repar-tiendo la oracion, las bendiciones, la estola y el asperso-rio de canijo en canijo, los dejaba como nuevos, y se vol-via sudando á su celda. Yo bien te diria cual era la ora-cion; pero si no hay padres que la administren, lo mismo sirve la oracion que las coplas de Calainos... No obstante, así como así, mañana vendrán los nuestros, y por consi-guiente volverán á chupar las brujas y á conjurar los frai-les. La oracion es esta, sin quitar ni poner.

«Vade retro Sathana, nunquam suade mihi vana.
» Sint mala quæ libas, ipse venena bibas.
» Crux sancta sit mihi lux, non draco sit mihi dux.»

»Christus vincit, Christus regnat, Christus ab omni malo » te defendat. Maledicti et excommunicati dæmones: in » virtute istorum sanctorum Dei nominum, Messias, Emma-» nuel, Sother, Sabaoth, Agios, Ischyros, Athanatos, Je-» hovah, Adonai et Tetragrammaton vos constringimus et » separamus à creatura ista *Pascual de Jaramillo*, et ab » omni loco et domo ubi fuerint hæc nomina et signa Dei: » et præcipimus vobis, atque ligamus vos, ut non habea-» tis potestatem per pestem, nec per alliquod quodcumque » maleficium, nocere ei neque in anima, neque in corpore. » Ite, ite, ite, maledicti in stagnum ignis, sivi ad loca vo-» bis à Deo assignata. Imperat vobis Deus Pater, imperat » vobis Deus Filius, imperat vobis Deus Spiritus Sanctus, » imperat vobis Sanctissima Trinitas unus Deus. Amen. » *Oremus*. Accipiat, quæsumus, Domine Deus noster be-» nedictionem tuam creatura ista, qua corpore salvetur et » mente, congruamque tibi exhibeat servitutem, atque tua » propitiationes beneficia semper inveniat. Amen. Potestas » Dei Patris, Sapientia Dei Filii, et virtus Spiritus Sancti » liberet et sanet te, creatura Dei, ab infirmitate lumbri-» corum. Amen. In nomine Jesu Christi Nazareni conjuro

can y chupan la sangre; y con alfileres y agujas les pican las sienes y en lo alto de la cabeza, y por el espinazo y otras partes y miembros de sus cuerpos; y por allí les van chupando la sangre, diciéndoles el demonio: *chupá y tragá eso, que es bueno para vosotras;* de la cual mueren los niños, ó quedan enfermos por mucho tiempo; y otras veces los matan luego, apretándoles con las manos y mordiéndolos por la garganta hasta que los ahogan. Y á los mayores los azotan cruelmente con unos espinos ó mimbres retorcidos, sin que ellos se puedan quejar ni despertar los que están en casa, porque el demonio los tiene encantados; y refieren gran número de personas que han muerto y hecho que tuviesen gravísimas enfermedades, y muy gran cantidad de niños que han chupado y ahogado, declarando sus nombres y los de sus padres, y el tiempo en que cometieron estas maldades.

Y el dicho Miguel de Goyburu, entre muchas personas, hombres, mujeres y criaturas que confiesa haber muerto en la dicha forma, declara que chupó por el sieso y por la natura, hasta que le mató, un sobrino suyo, hijo de su hermana; y la dicha María de Iriarte, que por las dichas partes chupó y ahogó, apretándolos con las manos y con la [illegible] garganta, nueve criaturas, y con los dichos polvos y ponzoñas [illegible] hombres y una mujer, declarando los nombres de todos ellos y [illegible] que padecieron hasta morir dentro de pocos dias, y otro gran [illegible] niños, hombres y mujeres á quien causó diferentes males y [illegible]des, refiriendo las causas de su venganza. Y Estebania de Iriarte, su [illegible]mana, y Graciana de Barrenechea, su madre, refieren cosas muy [illegible] y muertes que han hecho, que por ser tantas no se declaran en particular en sus sentencias. Y Estebania de Telechea confiesa haber [illegible] una nieta suya echándole unos pocos de los dichos polvos en las [illegible] que le dieron á comer, solo porque habiéndola tomado en brazos, se le ensució en un avental nuevo que tenia puesto; y que á un [illegible] grande porque le dijo: *¡ah, puta vieja! el pescuezo te se [illegible],* la aguardó en cierta parte por donde habia de pasar, y llevando la [illegible] untada con los ungüentos ponzoñosos, trayéndosela por la cabeza y el pescuezo, como que le halagaba, le causó una grave enfermedad [illegible] que dentro de pocos dias murió. Y refiere otras muchas muertes y [illegible] que de dia hizo con los dichos polvos y ponzoñas, llegando como [illegible] burla á tocar con ellos á las personas que pretendia hacer los dichos males. Y María Presoná y María Joanto, hermanas, refieren que el demonio en el aquelarre les dijo que ya habia mucho tiempo que no hacian males (como acusándoles el descuido que en esto tenian), por lo cual ambas se concertaron de matar un hijo de la una y una hija de la otra, que ambos eran de edad de ocho á nueve años; y para ello les echaron unos pocos de los dichos polvos en unas escudillas de caldo que les dieron á comer, con que dentro de ocho dias murieron ambos; y que [illegible] lo hicieron solo por dar contento al demonio, que despues se les [illegible] agradecido porque los mataron. Y el dicho Miguel de Goyburu y [illegible] de Zozaya, y otros brujos de los mas ancianos, refieren que [illegible] ponzoñaban manzanas, peras, nueces y otras frutas, poniéndoles unos pocos de los polvos en las partes donde les quitaban los pezones [illegible] algun agujero sutil y disimulado que les hacian, y las daban á las personas que querian hacer males, con que enfermaban si las comian, y padecian grandes trabajos.

Siempre que mueren algunos brujos, ó los brujos han muerto algunas personas ó criaturas (despues de enterrados), en las primeras noches que han de ir al aquelarre, se juntan los brujos con el demonio y sus criados, y llevando consigo azadas van á las sepulturas y [illegible] los tales muertos, y quitándoles las mortajas (57) los parientes mas cercanos (con machetes que para ello llevan) los abren y sacan las [illegible], y los descuartizan encima de la sepultura para que lo que [illegible] cuerpo todo quede en ella; y luego lo cubren con la tierra, [illegible]dola y poniéndola el demonio de la manera que estaba, que no se [illegible] de ver que han andado en ella. Y luego toman acuestas al difunto los parientes mas cercanos, y llevando los padres á sus hijos y los hijos á sus padres y hermanos, las mujeres á sus maridos y los maridos á sus mujeres, se van con mucho regocijo y contento al aquelarre y los [illegible] en puestas, y los dividen en tres partes: una cuecen, otra asan, y la [illegible]

» vos, ascarides, ut conversæ in aquam recedatis à corpore isto, in honorem Dei et devotionem SS. Benedicti, » et Bernardi, atque Antonii de Padua, qui orent pro nobis. Amen. Per signum sanctæ Crucis, quo signo te efficiaris sanus ab omni infirmitate, et vermes isti procul » sint, moriantur, et exeant à corpore tuo: ut in Domino » gaudentes dicamus; dum appropiant super te nocentes, » ipsi infirmati sunt, et ceciderunt. Amen.»

Ya se conoce á tiro de ballesta que la latinidad de estas preces ni es tan antigua como Salustio y Livio, ni en conciencia se le puede atribuir á Melchor Cano; pero de cualquier modo basta y sobra para los diablos, que no la gastan mucho mejor; y si no, véase la interminable nota 52 en la página 626, y la elegancia con que respondieron en latin al vicario de Cangas. Y ahora me ocurre (y ahora lo quiero decir para que no se me olvide) que las brujas, mujeres ignorantísimas y gente lega, acostumbran ellas á hacer sus conjuros en castellano claro y corriente, y el diablo, que es poligloto, las entiende perfectamente, las responde en la misma lengua, y hace cuanto le mandan. Pero como quiera que nada debe afirmarse sin prueba al canto, ahí va la horrenda invocacion de Celestina, que puede servir como de contrapeso al *Oremus* de las lombrices, que con tanta gracia declamaban aquellos benditos monjes cistercienses, de feliz memoria. Dice así la pícara vieja:

« Conjúrote, triste Pluton, señor de la profundidad in» fernal, emperador de la corte dañada, capitan soberbio » de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fue» gos que los hirvientes étneos montes manan, goberna» dor y veedor de los tormentos y atormentadores de las » pecadoras animas, regidor de las tres furias Tesifone, » Megera y Aleto, administrador de todas las cosas negras » del reino de Stige y Dite, con todas sus lagunas y som» bras infernales y litigioso caos, mantenedor de las vo» lantes harpías, con toda la otra compañía de espanta» bles y pavorosas hidras. Yo Celestina, tu mas conocida » cliéntula, te conjuro: por la virtud y fuerza de estas ber» mejas letras, por la sangre de aquella nocturna ave con » que están escritas, por la gravedad de aquestos nom» bres y signos que en este papel se contienen, por la ás» pera ponzoña de las víboras de que este aceite fué he» cho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza a » obedecer mi voluntad. Y en ello te envuelvas y con ello » estés, sin un momento te partir, hasta que Melibea, con » aparejada oportunidad que haya lo compre, y con ello » de tal manera quede enredada, que cuanto mas lo mi» rare, mas su corazon se ablande á conceder mi peticion. » Y se le abras y lastimes del crudo y fuerte amor de Ca» listo, tanto, que despedida toda honestidad, se descu» bra á mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto » hecho, pide y demanda de mí á tu voluntad. Si no » lo haces con presto movimiento, ternásme por capital » enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; » acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré » con mis ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra, y » otra vez te conjuro.» *(Acto III.)*

(57) Es cosa bien sabida que mientras no se le quite á un difunto el saco bendito que tiene encima no hay manera de llevársele al infierno, ni tocarle, ni hacerle daño alguno. Por eso los cereros venden habitos de San Francisco á precio discreto, con lo cual aseguran la quietud de los finados, y a ellos tambien les resulta alguna conveniencia. ¿Cuantas veces se ha visto (ó se ha oido á lo menos) en las noches mas tenebrosas, vagar desesperados á los difuntos por entre los encinares y en las arroyadas y malezas profundas gritando en voz lúgubre que les hagan el favor de quitarles el hábito, a fin de que estando en pelota puedan los diablos cargar con ellos y llevar el cuerpo á las calderas de alcrebite en que se está rehogando el alma? Y si he de hablar claro (que es tiempo ya) no alcanzo por qué tienen tanta prisa los tales difuntos en acelerar su tormento. Que la tuvieran los demonios, ya se entiende; pero ¿no es una solemne majaderia que los otros se incomoden con lo que les alivia, y que pudiendo pasarlo menos mal, hagan tales esfuerzos para estar peor? Lo cierto es que ha sucedido muchas veces, y que no hay patán, por ignorante y rústico que sea, y aunque no se afeite sino de pascua á pascua, que no tenga noticia de tres ó cuatro casos espantosos sucedidos en su lugar con muertos condenados, que siempre suelen ser los que han tenido mas dinero.

Es tan horrible lo que pasó en Valladolid con el alcalde Ronquillo, que ya estuve resuelto á contarlo, porque lo sé con tales circunstancias y menudencias, que á no haberlo presenciado yo mismo, es imposible tener mas puntual conocimiento de ello; pero me acuerdo todavía de la nota 52, página 626, y de lo larga y tendida que salió del tintero. No quiera Dios que yo abuse jamas de la tolerancia de mis lectores, ni me empeñe en decirles todo lo que sé. Agradézcanme lo que callo.

cruda. Y sobre una mesa que tienden en el campo con unos manteles sucios y negros, los parientes mas cercanos lo van repartiendo entre todos los demas brujos, y se lo comen asado, crudo y cocido, comiendo el demonio el corazon, y sus criados la parte que les da, y a los sapos vestidos les dan tambien su parte, que la comen do y gruñendo entre todos. Y afirman que aunque mas podridas y hediondas esten las carnes, les saben mejor que carnero, capones y gallinas, y mucho mas que todo la carne de los brujos; y que la de los hombres es mejor y mas sabrosa que la de las mujeres. Y que en la misma forma desentierran y comen otras muchas personas que no son brujos, y mueren de sus enfermedades, y los huesos los recogen y guardan para otra noche. Y la dicha Graciana de Barrenechea declara que por ser ella la mas preeminente de todos los brujos y reina del aquelarre, le pertenecia toda la carne, pan y vino que sobraba de los dichos banquetes, y los recogia y llevaba a su casa, y en ella lo guardaba en un arcaz grande que tenia, porque su marido y una de sus hijas y el yerno, que no eran brujos, no lo viesen, y cuando no estaban en casa sacaban la dicha carne, y la asaban y comian ella y dos de sus hijas (que eran brujas), y los dichos Miguel y Joanes de Goyburu y otros de los dichos brujos, que eran sus parientes. Y aunque la carne estaba hedionda, con todo eso les sabia muy bien y la comian con mucho gusto. Y refieren mucho numero de personas, hombres y mujeres, niños y niñas, que comieron en la dicha forma, y las personas que los llevaron al aquelarre, y los descuartizaron y repartieron, declarando los padres haber comido a sus hijos (58), y los hijos a sus padres. Y el dicho Joanes de Goyburu refiere que tambien las noches que no eran de aquelarre se solian juntar ciertas personas de los dichos brujos (que declaro) en su dicha casa, y de ella iban a desenterrar algunos muchachos que se habian muerto, y llevandolos a su casa hacian banquetes, comiendolos asados. Y entre otros refiere que desenterraron y comieron su propio hijo, comiendo en los dichos banquetes el pan y vino de su casa, que despues el gasto repartian entre todos, y lo pagaban a escote.

La primera vez que despues vuelven al aquelarre echan á cocer los huesos del difunto que comieron antes, y con ellos las hojas, ramas y raices de una yerba que en vascuence llaman *belarrona*, que tiene virtud de ablandar los huesos y los pone como si fueran nabos cocidos; y parte de ellos comen, y otra el demonio y brujos mas ancianos la machacan en unos morteros, y los esprimen con unos paños delgados, y sacan de los dichos huesos una agua clara y amarilla que el demonio recoge en una redoma, y el cisco que queda de los huesos y los sesos de los difuntos los recogen los criados del demonio, y los guardan para hacer polvos y ponzoñas. Y de la dicha agua amarilla da el demonio una redomita a cada uno de los brujos mas privados, que tiene reservados para que cometan mayores maldades. Y es tan grande la ponzoña y fuerza de aquella mala agua, que tocando con ella cualquiera persona en cualquier parte de su cuerpo, con mucha brevedad, muere sin que haya remedio humano para ello. Y la dicha Maria de Iriarte refiere que con ella mató cuatro personas, y que habiendo una vez hecho la dicha agua ponzoñosa, el demonio la persuadio á que bebiese un trago, pero que ella no la quiso beber, porque si la bebiera sabia que se habia de morir luego, y el demonio le dijo que bebiese como el bebia. Y que esta vio que aunque el demonio bebio de la dicha agua no por ello se murio, pero con todo eso no quiso ella beber, aunque mas el demonio se lo rogaba. Y la dicha Maria de Zozaya declara que para se vengar de un hombre, habiendo puesto á asar un huevo, le tocaron con una gota de la dicha agua al tiempo que se estaba asando, y de haberle comido padecio grandes trabajos y tormentos hasta que murio.

Y por dar fin a tantas y tan grandes y espantosas maldades con la burla de la caza, entre otras cosas que refiere la dicha Maria de Zozaya, declara que habiendo en la villa de Renteria un clerigo cazador, muchas veces cuando iba á caza, le decia: *señor compadre, mate muchas liebres para que nos de lebrada a todos.* Y luego se iba a casa, y habiendose untado con el agua hedionda que se untaba para ir al aquelarre, caminaba acia la parte donde iba el dicho clerigo, y el demonio la ponia en figura de liebre, y arremetiendo contra ella los galgos, corria por los campos haciéndoles muchas burlas y revueltas acia todas partes, con que el clérigo (59) y las demás personas que con él iban andaban desatinados corriendo tras los perros, porque siempre revolvia acia donde andaban los casadores, con que con mayores voces y furia la perseguian, y no cesaba de hacerles burlas hasta que los galgos y cazadores de cansados la dejaban; con que burlados (60) y sin casa ninguna se volvian á sus casas. Y tras haber oido tantas y tan grandes maldades en dos dias enteros que duró el Auto, despues de gran rato de la noche nos fuimos todos santiguándonos á las nuestras.

(58) Aqui vienen como de perlas cuatro versos del buen Camoens:

Bem poderas, ¡oh sol! da vista destes
Teus rayos apartar aquelle dia:
Como da seva mesa da Thyestes,
Cuando os filhos, por mao de Atreu, comia.

(59) Buena idea es atribuir a las brujas la lijereza de las liebres, lo pasicorto de los galgos y la poca maña del clérigo montaraz de Renteria.

(60) Pues por estas burlas y las que se han referido, condenó la santa inquisicion de Logroño a cincuenta y tres personas, á cinco estatuas y a cinco esqueletos. Y por estas burlas hubo prision, tormento, sambenito, corozas, soga, velas verdes, burro, azotes, multas, confiscacion de bienes, destierro, carcel perpetua, afrenta pública, pena capital, garrote y brasero; y eso que perdonó ó alivió el castigo a diez y ocho, porque fueron buenos confitentes. Todo acompañado y embellecido con las procesiones, las cruces, los vestidos nuevos de los familiares, los sermones, el estrépito de los cantores y ministriles, y la satisfaccion y el contoneo del licenciado Frias, del licenciado Valle de Alvarado y del doctor Becerra y Holguin.

FIN DE LAS OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

INDICE.

Tragedias.

OBRAS DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Orígenes del teatro español.

COLECCION DE PIEZAS DRAMÁTICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA.

COMEDIAS.

POESÍAS SUELTAS.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

FIN DEL ÍNDICE.


3 2044 010 229 30


THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.
STALL-STUDY
CHARGE
CANCELLED
SEP 1 1 1995
WIDENER
MAR 1 5 1998
CANCELLED
BOOK DUE
WIDENER
MAR 1 5 1998
BOOK DUE
CANCELLED



